El Hogar

Año X. BUENOS AIRES, 2 DE JULIO DE 1913. N.º 233.



Gouache de I. Medina Vera

Sra. Luisa Suárez Arana de Flores



LAS CHICAS Y EL GENERAL

Sabido es que el general fué siempre un hombre galante, y que sus laureles de guerrero y sus hojas de encina de estadista fueron más de una vez graciosa y poéticamente matizadas por las rosas fragantes con que Eros corona a sus elegidos.

Será esa, tal vez, la razón, porque apenas se señala su presencia en una fiesta de carácter social, ya las señoras, y aun las chicas, que viven dentro de la atmósfera de la curiosidad emanada de antiguas crónicas, más o menos fidedignas, rodean al ilustre patricio, que siempre tiene palabras de fina galantería para obsequiar a sus bellas admiradoras.

Se narra en sociedad esta breve escena, ocurrida entre el general y un grupo de chicas avispadas y pizpiretas:

—General: ¡qué lástima que el protocolo impida que los embajadores lleven secretarias en sus misiones político-sociales!

—¡Más lo siento yo que ustedes! Nos es tan difícil a los hombres esto de explorar corazones.

—Y dominarlos, ¿eh?

—¡Oh! ¡Eso!...

—¿Usted cree, general, en eso del imán?

—¡Bah!...

—Y sin embargo...

—Sí, ya sé lo que usted me va a decir: En el imán de unos ojos, de una sonrisa, de una palabra... ¡Claro que creo!... Pero en la piedra imán... para sus usos materiales, no hay duda; pero para cosas del corazón...

—Pues hay algo que substituye al imán de una manera maravillosa, obrando sobre los sentidos... hasta sobre la voluntad.

—¡Hola!... ¿Y eso?

—Es el jabón Reuter, general.

—¿Qué me dice usted?

—Lo que usted oye. Pruebe usted llevar en su equipaje diplomático algunas docenas de cajas de jabón Reuter...

—Podrían tomarlo por un epigrama...

—No, señor, puesto que no hay persona decente y que observe la higiene que no lo use.

—¿Y usted cree?...

—¡Infalible! En cuanto tomen el olor al jabón Reuter no hay corazón que no se abra ni prevención que resista...

—¿Y ustedes lo usan?

—¡Ya lo creo!

—¡Ah! ¡Ahora me doy cuenta!... Por eso, tal vez, es que estaba sintiendo síntomas perturbadores...

(Gran carcajada de las chicas pizpiretas).

BREVIARIO FEMENINO

El luto y la belleza

Las lágrimas que arrancan los lutos verdaderos son el tributo vulgar del dolor. Ciertamente no hay ninguna mujer que, en algún momento de su vida, no tenga que aceptar la melancólica librea negra y permitir que la tristeza abra, en su coquetería, un paréntesis más o menos largo.

No obstante, es necesario consolarse, y aun sin olvidar a los seres queridos que se fueron, pensar en los que quedan. Las madres enlutadas procurarán sonreir a los pequeñuelos que, ignorando los terrores de la muerte, las preguntan:

—Mamá, ¿por qué llevas esos vestidos negros que te hacen parecer tan bonita?

Porque, ¡oh, ironía de las cosas! muchas veces la simplicidad del luto presta a la belleza un marco que realza su valor. Bajo el velo compacto y limpio, los ojos tienen un encanto más dulce y la boca muestra su frescura. Enguantada de negro, sin el brillo de ninguna joya en el busto, y sin cintas ni flores, la mujer enlutada no tiene otros adornos que aquellos exquisitos que la prestan los reflejos de sus cabellos, el resplandor de sus miradas, la rosa de sus mejillas. Nada hay en su tocado que rivalice con ella misma.

Y de esa tristeza emana una seducción especial. La palidez del perfil se recorta delicadamente sobre el negro. En medio de los tules livianos, los rizos de cabellos parecen más finos. El talle es más esbelto, los contornos del cuerpo se dibujan con ondulaciones mayores, y el ritmo general, silencioso y encalmado, añade al armónico conjunto una nueva gracia.

El luto no tuvo siempre esta sencillez.

Durante varios siglos, hubo modas extravagantes que malparaban la belleza femenina.

Largo tiempo los cabellos fueron los únicos encargados de acreditar la pena que causaba la desaparición de un ser querido; y ora caían bajo el filo de la navaja, ora, por el contrario, flotaban desordenadamente.

Los galos dejaban, en señal de luto, crecer sus cabellos de cualquier modo; mientras que los romanos y, especialmente, los egipcios de todos los tiempos, se los cortaban. Muchas mujeres de la antigüedad llegaron a raparse las cejas.

Grecia descubrió una nueva y curiosa expresión de dolor. Las plañideras debían arañarse el rostro. Aun hoy día, las polinesias enlutadas se arrancan los dientes y las fidgianas llegan a cortarse el pulgar del pie derecho.

Más radical era la costumbre india, que obligaba a la mujer a ser quemada viva sobre la hoguera del esposo difunto.

En todas las épocas, ciertos trajes de coloraciones especiales, fueron la principal manifestación de la tristeza humana.

Esos trajes, que los judíos desgarraban, debían ser substituídos por otros fabricados con pelos de cabra negra.

Las griegas enlutadas vestían trajes de colores sombríos, excepción del noveno y treintavo días después de las exequias, en que, vestidas de blanco y coronadas de flores, se reunían para tributar al muerto nuevos honores.

Las mujeres romanas vestían trajes negros cuando habían perdido un pariente adulto, y azules, si el muerto era un niño. En Roma, sin embargo, nadie llevaba luto por los niños menores de tres años.

En Francia, el negro fué siempre el color de luto para los particulares, y el rojo para la corte. Otro tanto ocurría en casi todos los demás países. En Turquía, el color del luto es el violeta; en Egipto, el amarillo y el castaño; en Abisinia, el gris; en el Japón y en China, el blanco.

Y la belleza de las mujeres gana siempre en estos pintorescos decorados del dolor.

¡No uséis tacones altos!

Una costumbre coquetona y perjudicial ha tenido la ocurrencia de añadir a las botas, esos guantes del pie, tacones enormes que son verdaderos zancos de cuero. Esta moda nació bajo el reinado de Luis XV; floreció nuevamente cuando el Segundo Imperio, y en 1878, los altos tacones obtuvieron gran baja. Al cabo lograron imponerse y la altitud de las botas va acentuándose de día en día.

Muchos aseguran que esto da a la mujer entono y gracejo extraordinarios. Una mujer de rostro insignificante, pero cuyos pies van coquetonamente aprisionados en altas botas, es casi bonita. Es algo que remoza a las jamonas.

El tacón alto ofrece al pie un montaje especial y avalora sus contornos, dándole, juntamente con su sello característico de elegancia, cierta irresistible seducción. La pantorrilla es doblemente seductora si sus músculos se contraen en virtud del esfuerzo que exige el tacón. El caminar, un poco vacilante, corrobora este encanto. Cierto desparpajo conviene al diminuto pie que aparece bajo el "frufrú" de las faldas.

Otros, por el contrario, aseguran, que nada hay tan opuesto a la salud como los tacones altos, y que lo que perjudica a la salud perjudica a la belleza. Los tacones abultan el vientre y contraen los músculos de la pantorrilla. Además, turbando el centro de gravedad del cuerpo, mortifican la fisiología de los órganos internos.

¿Acaso el pie, apoyado horizontalmente, no luce toda su gracia natural? La posición a que le condenan la altitud de los tacones, desploma todo el peso del individuo sobre los dedos, que engordan y se desfiguran pronto. Finalmente: ¿el andar, para ser gracioso, habrá de parecer brincador? ¿O es que el ritmo perezozo no tiene también su encanto?

El pie de la mujer es una delicadísima joya. Por tanto, dándole un estuche no nos exponemos a estropearlo.

EL TEATRO DE "EL HOGAR"

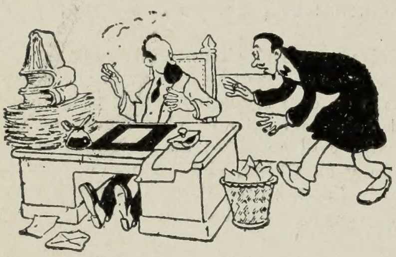
El secreto del cuarto negro o los entretelones del periodismo

(**Drama en dos actos**)

Acto I

(**La** escena representa la dirección del "Tijeretazos ad hoc", diario de la mañana. El director, en tren de comenzar sus importantes funciones, es interrumpido por el secretario de redacción).

El secretario.—Vea, ese infame traductor aun no ha traído la continuación del folletín "El secreto del cuarto negro". Mandé a buscarla al chico Serapio, y el traductor se niega a entregarla...



El director (interrumpiendo la corrección de una prueba y después de desatarse en invectivas contra el autor del suelto).—Es ciertamente una actitud original. Voy a hablarlo por teléfono. (Lo hace y exclama después consternado). ¡El traductor se ha declarado en huelga!

El secretario (con asombro).—¿Por qué?

El director.—Dice que quiere que le pongan su nombre en letra negrita y con tinta roja, así se ve mejor.



El secretario.—Tales pretensiones son inadmisibles.

El director.—Es cierto. Pero él es el único que sabe de donde proviene ese folletín, y el diario no puede aparecer sin él. Muchos no lo compran sino para leer el "Cuarto negro". Si no seguimos publicándolo, el público es capaz de incendiar el diario.

El secretario.—Podíamos hacer una notita que dijera más o menos: "Dado el excesivo material, nos hemos visto obligados a suspender la publicación del folletín".

El director.—Ese es un subterfugio que no conduce a nada... Tengo un plan...

El secretario (con asombro).—¡Usted, tener un plan!...



El director.—Sí, y es bastante sencillo... Hacer secuestrar al traductor en los sótanos de "Tijeretazos ad hoc" y obligarlo a continuar su obra.

El secretario.—Efectivamente es un buen plan.

El director (con modestia).—Pero para eso faltan hombres decididos a todo...

El secretario.—Eso es lo de menos. Encargaré al repórter de policía que los busque... (Sale).

Acto II

(La escena representa el sótano de "Tijeretazos ad hoc")

El director (al secretario de redacción que acaba de entrar).—¿Y?

El secretario.—El de policía se ha desempeñado a maravilla... Ha conseguido el concurso de Arsenio La Pino, ladrón de levita; Zanzibar, el misterioso bandido de piel atigrada y ojos de anguila; Sepulcrás, el ladrón fantasma. También



recurrió a Zigomate, pero éste se ha excusado pretextando una crisis reumática. ¡Ah!... aquí están... (Entran tres bandidos con los rostros cubiertos con antifaces, trayendo completamente atado al traductor.

Los tres bandidos.—¡Consumatum est!

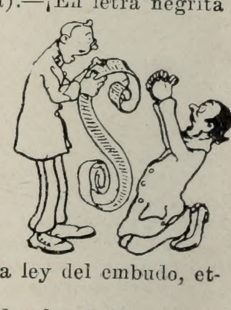
El director.—Muchas gracias, ¿cuánto es?

Los tres bandidos (consultando la tarifa de precios).—Por un rapto nocturno para adultos, y transporte hasta el sitio del secuestro, trece pesos noventa centavos.

(El director paga la suma. Los tres bandidos se van).

El director (al traductor).—Veamos señor, es inútil que se resista usted... ¿Quiere continuar la traducción del "Cuarto negro"?

El traductor (con energía).—¡En letra negrita y con tinta roja!



El director (fríamente).—Reflexione señor... Vea que estamos dispuestos a todo. Si usted persiste tendremos que aplicarle la ley del embudo, etc...

El traductor (cada vez más exhaltado).—¡Viva la huelga!

El director.—Aplíquenle la ley del embudo, etcétera...

(El infortunado sufre todas las torturas, que honran a la edad media... Pero todo resulta inútil. El hombre persiste en guardar para sí el "Secreto del Cuarto negro".

El director (con despecho).—¡Ah!... conque esas tenemos ¿no? Que vengan los repórters.

(Entra una legión de repórters, que tratan de

descubrir por lo menos el desenlace de la novela, infligiéndole todos los suplicios de la interview).

El jefe de los repórters (después de prolongados esfuerzos).—Con un hombre así, me parece que no hay caso. Jamás hablará.

El director (anonadado). ¿Qué? ¿De manera que no tendremos la continuación del "Cuarto negro"? ¡Qué será entonces de nuestro "Tijeretazos ad-hoc". Los lectores jamás perdonarán una decepción así... (Desesperado trata de arrancarse los cabellos, pero sus brazos caen a los costados, sin fuerzas). Entonces dice: ¡Serapio arráncame los cabellos!

Serapio (apiadado). — Vamos señor director, no es para tanto. Quizá si



usted permitiera, yo trataría...

El director (incrédulo).—¿Tú?

Serapio.—¡Ahora va a ver! (Se cala los lentes y le lee unas estrofas de los "Ratones atornasolados", poema traducido del ruso por uno de los colegas del secuestrado).

El traductor (dando muestras de un intolerable sufrimiento).—Basta, basta, me resigno.

Serapio interrumpe la lectura.

El traductor manda buscar los originales, y ahí no más dicta traduciéndola, la continuación de la novela.

"¡Tijeretazos ad-hoc" se ha salvado!

Bernardo **GERVAISE.**

Caprichos de escritores y escribientes

No siempre ha sido la utilidad el objeto principal de la labor literaria. No pocos escritores, sobre todo en la antigüedad, han tratado de llamar la atención del público, más que por la bondad de su trabajo, por alguna rareza. Hubo quien compuso versos omitiendo una letra determinada en cada estrofa; otros escribieron de modo que el escrito pudiera leerse lo mismo empezando por la primera línea que por la última, y otros, en fin, emplearon la aliteración o paranomasia, repitiendo frecuentemente una o unas mismas letras.

Otra de estas chifladuras, pues no puede dárseles otro nombre, consistía en escribir las obras con caracteres de letra sumamente pequeños, para que a simple vista apenas pudieran distinguirse las palabras.

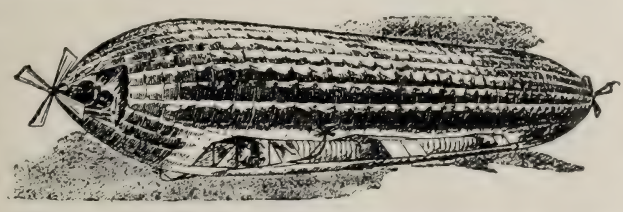
La lipogramacia, es decir, la literatura en que se prescinde de alguna de las letras del alfabeto, ha tenido muchos adeptos, a pesar del trabajo que supone. Tryphiodorus, por ejemplo, compuso una "Iliada" griega, de cuyo primer libro excluyó la letra a; la b, del segundo, y así sucesivamente.

Cuéntase que un persa leyó al rey de su país un poema en que no entraba para nada la letra a; pero el monarca no tardó en cansarse de escucharle, y en lugar de felicitar al poeta por su ingenio, le recomendó con cierta brusquedad que enviase las demás vocales a donde había dejado las aes.

Al hablar de escrituras microscópicas suele citarse una copia de la "Iliada de Homero, que cabía en la cáscara de una nuez; pero, aunque es cierto, el hecho necesita una explicación que lo haga creíble. Dícese que un tal Huet copió toda la "Iliada", cuyos versos ascienden a 15 mil, en un trozo de vitela de 25 centímetros de largo por 30 de ancho. En cada cara de la vitela cupieron 250 líneas, cada una de las cuales contenía 30 versos, y luego, bien doblada y prensada, consiguió encerrarla en una cáscara de nuez. Algunos pendolistas aficionados a la escritura microscópica han conseguido escribir los diez mandamientos en un papel del tamaño de una moneda de 20 centavos.

Un dirigible sin barquilla

A pesar de los evidentes éxitos del aeroplano, los partidarios del dirigible no cejan en su propósito de dar con la embarcación ideal para navegar por los aires. El último invento en este sentido es el de un californiano llamado Tolliver, y consiste en un globo que, a diferencia de todos los ideados hasta el día, no lleva barquilla para los tripulantes; éstos, como la máquina neumática del cuento, van dentro.



El nuevo globo, con parte de la envoltura quitada para dejar ver el pasadizo y las cámaras

El nuevo aerostato, que tiene la forma de un cilindro de setenta y cinco metros de longitud, no está enteramente ocupado por el gas, sino que lleva además en su interior un pasadizo y tres cámaras, todo ello de tela. Una de las cámaras se destina a la tripulación, y las otras dos a los motores que hacen funcionar las hélices. Estas son en número de seis, cuatro a los lados y una en cada extremo, pudiéndose cambiar la posición de sus ejes según la dirección que haya de llevar el globo, que de este modo no necesita timón, lo que constituye otra de sus particularidades. El globo en cuestión, no es meramente un proyecto; está ya construído, y tal vez cuando estas líneas se publiquen, se hayan efectuado ya las primeras pruebas.

El diario de un niño malo

Traducción de Einar J. P. Hansen

para "EL HOGAR"

Capítulo 14

En la iglesia

Ya pasó el santo de mamá. No iré a casa de Lili; perdóname querido diario, las lágrimas de mis ojos son causa de estas líneas tan torcidas. A la tarde fuime a la casa de Juancito, cuya mamá tiene un bebecito de unas dos semanas. Como me pareció que le gustaban las yemas, le puse una en la boca cuando se descuidó el ama. ¡Qué muecas más graciosas hacía el bebé! Yo reía al ver los esfuerzos que hacía el nene para tragar el bombón, pero a lo mejor se le atragantó el dulce y tuvieron que ponerlo cabeza abajo y golpearle en la espalda para que se le pasara el susto. Tenía yo grandes deseos de comprar algo con el peso que me habían regalado, y como los negocios estaban todos cerrados, no me quedó más remedio que comprarle a Lorenzo su perro bulldog en dos pesos, pero quedé debiéndole uno.

Al llegar a casa escondí el perrito en la caballeriza y junto con los demás fuí a la iglesia. El sermón fué larguísimo, monótono y cansador; ¡cuánto siento haber traído el famoso juguete chinesco! Al colocarlo sobre el banco para ver si no se había roto, sin querer toqué el resorte, partiendo el aparato como una flecha, yendo a estrellarse justamente en la frente del predicador. Las mujeres del coro al ver la víbora de papel chillaron horriblemente, como si estuvieran en su casa y no en la iglesia. Cuando notaron lo que en realidad era, una de ellas tomó en sus manos el cuerpo del delito y dirigió la siguiente alocución:

"La persona sacrílega e infame que en la santa casa de Dios se permite una broma tan cobarde, no puede comprender en su vileza lo vergonzoso de su proceder. Una acción tan fea y deshonrosa es muy baja para que merezca nuestra atención."

Yo creía que el piso iba a tragarme, pues todos me miraban a mí, como si supiesen quién era el culpable, y al agacharme para recoger el pañuelo, se me cayó del bolsillo una pistolita que me habían prestado y una cápsula hizo explosión. ¡Qué estruendo formidable! Papá me tomó de un hombro y me sacó al corredor, diciéndome:

"¡Jorge, eres incorregible, se me acaba la paciencia y no sé que hacer contigo! Yo tampoco sabía lo que iba a hacer conmigo, sin embargo, dije: Tal vez convenga que me hagas misionero para que me coman los caníbales, acabando así tus angustias, o que me muera de viruela. Desearía estar encerrado en una prisión o atado fuertemente, evitando así mis continuos percances."

Eso es, has dicho bien, te ataré, y bien fuerte, tenlo por seguro, dijo, llevándome a casa donde me ató a un pilar con las manos a la espalda, como hace la cocinera cuando asa una gallina. ¡Qué martirio, Dios mío! ¡Oir ruido de platos y percibir un tufo de exquisitas viandas, teniendo el estómago vacío! Grande fué mi alegría al oir silbar a Juanito, que andaba por el patio; lo llamé y me desató. No digas nada a mi familia Juancito—le dije—me iré con mi perro a otra ciudad donde la gente no sepa lo malo que soy. ¡Adios!

Hola!! ¿Dónde va ese joven tan apurado? oigo decir a alguien. Era un vagabundo sentado bajo un árbol que con fruición devoraba, más bien que comía, un enorme pastel. Hacía ya unas dos horas que yo corría incesantemente.

El perro se me escapó apenas sintió el silbido de su anterior dueño, ¡cómo si no lo hubiese comprado por dos pesos!

Siéntate, descansa y come un pedazo de mi torta, me dijo el individuo. Acepté dándole las gracias, porque en verdad me encontraba cansadísimo y con un hambre feroz. Yo sabía que los vagabundos no son muy buenas personas, por eso cuando me preguntó dónde iba, le dije sin andarme con rodeos que me había escapado de casa por ser un muchacho malo y que hacía avergonzar a mi familia. ¡Ah! ¡conque un muchacho malo eh! ¿has matado a alguno o robado en alguna parte? No, eso no, señor, ¡pero siempre me encuentro en un atolladero como si fuera el peor muchacho del mundo! Si yo tuviera un mono y un órgano, sabría ganarme la vida sin molestar a mis padres. Tengo ambas cosas—contestóme rápidamente—al cuidado de mis compañeros en el bosque. Si quieres quedarte conmigo te los regalaré, verás qué vida feliz pasamos; cogemos nueces y manzanas de los árboles y cocemos nuestra comida en un gran fuego. Me contó otras muchas cosas y al fin le prometí quedarme para ver si me gustaba la cosa. En el bosque había otros cinco individuos muy mal trajeados, feos y rotosos. Estaban de gran jarana, continuamente reían, bebían y hasta me tomaban de las manos, diciendo: "¡Bravo muchacho, bravo!"

Me desilusioné algo cuando ví que no tenían ningún mono ni fuego encendido, como me había dicho; en cambio el órgano no faltaba. Me dieron un pedazo de pan con queso para que comiese. Al oscurecer nos acostamos sobre la hierba; hacía un frío espantoso y Betti no estaba allí para arroparme, creo que lloré de miedo!

Capítulo 15

Ladrón a la fuerza

Apenas me había dormido cuando me despertaron diciendo que debía acompañarlos, y que si cumplía con lo que me mandaban, mi felicidad estaba hecha; en cambio, si no les obedecía puntualmente, no vería mañana el sol que nos alumbra. No encuentro medio de expresar lo que sentí al oir semejantes palabras; sin embargo, hice de tripas corazón y los seguí hasta que llegamos a las casas, donde penetramos al patio de una de ellas. El frío era cada vez más intenso. Los hombres amenazaron con matarme si hablaba o hacía el menor ruido. Querían hacerme pasar por la abertura de un ventanillo para que les abriese después la puerta y pudiesen entrar.

Querían apoderarse del dinero que había en la casa. Me introdujeron por la ventanita y me dieron unos fósforos para que me alumbrara y encontrara con más facilidad la puerta, diciéndome además que al menor ruido que hiciese sería apresado y ejecutado por ladrón. Un sudor frío me corría por la frente, y temblaba como un azogado. ¡Qué diría mi querida mamá si supiese en qué aventuras se hallaba su hijo! Yo me había escapado para ser un buen muchacho



y ahora era mil veces peor que antes. ¡Qué desgraciado soy! Encendí un fósforo y miré a mi alrededor.

———

¡Hum! Este malo de Jorgito fué hoy el héroe de la ciudad. Hasta el cura me estrechó la mano, pues el pueblo está contento porque los terribles ladrones están ahora presos en la cárcel. Habían robado en más de 30 casas. Los efectos robados fueron encontrados en el hueco de un árbol del bosque que yo les indiqué. Te contaré todo, querido diario.

Cuando encendí el fósforo me dí cuenta en seguida de que me hallaba en la despensa de mi propia casa. El corazón me latía violentamente. Subí la escalera en la mayor obscuridad, pero yo conocía el terreno.

"Papá, papá, levántate y mátales—grité—para que no se apoderen de mí."

¡Qué escena siguió a mis palabras! Al principio no me comprendieron, después salieron todos acompañados de los criados, pero los individuos se habían escapado al oir ruido. Ya era de día cuando fuimos al bosque con el comisario y tres vigilantes. Allí capturamos a los cinco.

Jamás me reuniré con vagabundos, sino que me quedaré tranquilo en mi casita. Ahora estoy con Lilí; pienso pasar una semana con ella, vive en un hotel por no haber puesto casa todavía.

"Pórtate lo mejor que puedas—díjome Lilí—hay en la casa muchas personas distinguidas y no quisiera tener que avergonzarme de mi hermanito."

¿Saben que soy un muchacho malo? "No, y no lo sabrán si tú mismo no te descubres." El almuerzo fué regio, los sirvientes tenían conmigo las mismas consideraciones que con las personas mayores. Frente a mí, sentábase una preciosa niña. En el transurso de la comida, nuestros ojos se encontraron repetidas veces. A la tarde se organizó un baile de niños, yo también tomé parte, divirtiéndome mucho con la niña que había visto en el comedor. Se llama Adela; bailamos juntos varias piezas. Le conté a Adela que ya no pensaba casarme con Betti. Ella miró al suelo y no dijo nada. No sé me ocurrió en ese momento otra cosa que extender el pie, haciendo caer de bruces a un niño que bailaba; fué una broma inocente.

A la mañana siguiente me levanté temprano y sin dar aviso salí a visitar la ciudad, que era mucho más grande que la nuestra. Había por allí un río y buques; me acerqué a la orilla para ver lo que hacían, y viendo que muchas personas subían a un buque, subí yo también para verlo de cerca. Al cabo de un rato, pregunté a un hombre que maneja el timón cuándo partiría el buque, y con la mayor naturalidad me dijo que ya estábamos en viaje. Y efectivamente era así; las hélices funcionaban y las planchadas habían sido retiradas, de manera que no pude bajar a tierra a pesar de mis deseos. Las lágrimas asomaban a mis ojos, y para no llorar me puse a silbar. ¡En qué situación me encontraba! sin haber comido, entre extraños y sin dinero para el viaje. Bajé el salón; había allí muchos caballeros y señoritas.

Alguien me preguntó con quién viajaba y no me quedó más remedio que contarles mi aventura, diciendo cómo me llamaba, quién era, de dónde venía, etc. Les conté que era yo un niño malo, que siempre me sucedían casos que no quería hacer y que ahora Lilí lamentaría mi ausencia, llamándome bandido y otras lindezas. Un señor me trajo algo de comer y me dió papel para un telegrama que hice así: "Querida Lilí: yo no quise hacerlo, la culpa es del buque, no te inquietes, estoy bien, esta noche volveré con el vapor, espérame a cenar." Cuando el buque llegó al puerto de destino, el señor bajó a tierra para llevar el telegrama y se despidió de mí, después de haber pagado mi pasaje de vuelta y de recomendarme al camarero. De pronto se me ocurrió bajar a tierra para ver si podía encontrar al señor Jener, que vivía en esta ciudad. En tierra pregunté a un hombre por el señor Jener y no me supo contestar, ¡qué ignorante! Como nadie sabía darme razón, quise regresar a bordo, pero los pies me dolían mucho, impidiéndome caminar y haciéndome saltar lágrimas de los ojos. En eso un individuo grande y gordo, vestido de azul, me tomó de un brazo, preguntándome la causa de mi llanto. ¡Oh, señor, contestéle, desearía no haber subido al buque, desearía no haber bajado del buque y desearía que la gente de aquí no fuera tan tonta! No saben ni decirme dónde está el señor Jener ni tampoco el buque; yo soy Jorgito Hacker. Bien Jorgito, díjome, si estás perdido, procuraremos encontrarte ¿no? Era un hombre bueno pero muy curioso, quería saberlo todo. Esa noche dormí en la casa del individuo de azul, que según creo era un vigilante. Alguien me despertó con sus sollozos, me incorporé y... me encuentro con Lilí. Estaba pálido y con los ojos colorados de tanto llorar. Montagne también estaba. Como el vapor llegó sin mí, vinieron en el primer tren. Les pregunté si Adela se había inquietado por mi ausencia y si me habían esperado a cenar. Luego fuimos a un restaurant, invitados por Montagne. A Lilí le conté en secreto que el señor Jener no era muy conocido como decía Isabel, porque allí en la ciudad nadie sabía quién era. Así acabó mi aventura de ese día.

FIN DEL CAPITULO 15

Para reflexionar

Conviene ser viejo en la juventud para ser joven en la vejez.

———

Es una desgracia no tener nada que desear y mucho que temer: tal es la desgracia del rico.

———

Honra en todo anciano a tu padre, en todo niño a tu hijo, en toda mujer a tu esposa y en todo hombre a Dios y a tí mismo.

Si compras lo que se te antoja, no tardarás en vender lo que necesites.

———

El tiempo es como el dinero, no lo malgastéis y siempre tendréis lo suficiente.

———

La altivez ofende y la bajeza repugna.

———

Quien manda con despotismo suele encontrar quien le trate despóticamente.

El Rey de los ciegos

En no sé qué lugar del vasto mundo
hubo un pueblo de ciegos;
pero a la obscuridad tan avezados
estaban ya ¡prodigio sin segundo!
que cualquiera creería
que era su ceguedad superchería.
Sin saberse de donde
aparecióse en él un señor conde,
diciendo: "Veo, señores, tan clarito
que descubro en el sol un montecito."
—¿Conde y con vista? todos exclamaron:
¡oh suerte bonachona!
éste es muy digno de la real corona.
¡Qué placer para el pueblo de los ciegos!
Convocóse el senado,
y era de ver los graves senadores
discernir premios, acordar honores,
al hombre para el cual guardaba el hado
la púrpura y laurel de aquel Estado.
Presentóse entre aplausos estruendosos,
y con rica facundia, muy prolijo,
de sus dotes habló parte por parte.
¡Oh cuántas cosas en su elogio dijo!
¡Qué dicha para el pueblo, qué grandeza!
Era como guerrero un Bonaparte,
Aurelio en la bondad, Tito en firmeza.
—Mas levantóse un venerable anciano
y exclamó ante el consejo soberano:
"Este es un petulante:
señores, yo barrunto
que vamos a tener un rey pedante.
Opino en el asunto,
que antes de recibir tantos honores
nos pruebe que distingue los colores,
pues cuando en estas cosas hay engaño
es para la nación el mayor daño."
Quedóse el extranjero,
como queda el ladrón que es sorprendido,
y sin saber qué hacerse, consternado,
exclamó con acento lastimero:
—Perdonad, ilustrísimo senado,
si abrigué pretensiones insensatas,
soy ciego, perdonad, de cataratas;
mas pronto tendré vista,
si entre vosotros hay un oculista.
¡Oculista en el pueblo de los ciegos!
¡esto parece chanza!
gritaron a la vez llenos de enojo:
elegiremos rey sin más tardanza
al primero que llegue y tenga un ojo.
Así lo practicaron de concierto,
y tuvieron los ciegos un rey tuerto,
y entre zumbas y risa el pretendiente
huyó y tuvo fortuna, pues faltaba
cierta gran ceremonia que se usaba
en casos parecidos al presente,
llamada, según creo,
la fiesta nacional del vapuleo.
Ejemplo para el necio caprichoso
que pretende lucir lo que no tiene:
ni al talento conviene
el aire fanfarrón del vanidoso,
que sin hacer a la modestia agravio,
brilla con sencillez el hombre sabio.

F. J. BALMASEDA.

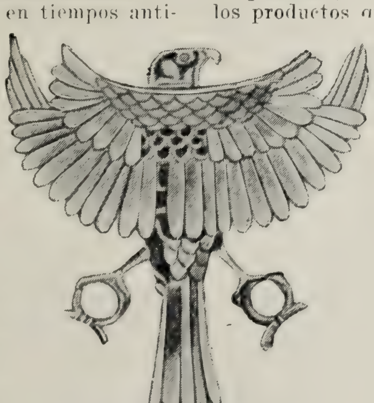


Historia del broche

Una joya antiquísima y sus transformaciones

El broche, que actualmente es un adorno exclusivamente femenino, fué en tiempos antiguos objeto muy empleado por el hombre en su indumentaria. El manto, la toga, el sago, el paludamento y otras prendas usadas por el griego, el romano y el egipcio, exigían, en efecto, la presencia de algo que sujetase aquéllas a los hombros o que impidiese el que arrastraran por el suelo.

Todavía, y sin duda por un sentimiento atávico, continúa el sexo fuerte contemporizando con adminículo tan arcaico, si bien lo ha desterrado, desfigurándolo, a la parte más insignificante del traje, a la corbata.



Broche del antiguo Egipto

La historia del broche, como la de multitud de cosas, comienza en la consabida noche de los tiempos. Los pueblos pastores debieron ya usarla para prenderse las pieles de carnero en torno del cuerpo, si bien se hallaría reducido a su más simple expresión. Las espinas de algunos arbustos o de ciertos pescados bastarían para el objeto. Aún hoy, las mujeres del Alto Egipto sujetan sus vestiduras con espinas de pescados, rechazando con entereza admirable los productos que la industria inglesa les ofrece a bajo precio.

Los descubrimientos arqueológicos en el clásico país de los Faraones prueban, sin embargo, que el imperdible, desde muchos siglos antes de Jesucristo, disfrutaba de gran favor entre las egipcias, construyéndolos los artífices de tan remotas edades con arreglo a los cánones de la estética más exquisita.

Afortunadamente para el investigador, las compatriotas de Cleopatra no dejaron los objetos de su atavío personal, tales como pulseras, collares, pendientes, sortijas y broches a sus herederos, sino que se los llevaron consigo al sepulcro. Esta suprema coquetería, que también pudo ser ofrenda fúnebre, nos ha revelado, juntamente con otros secretos de tocador de las egipcias, una superior cultura artística en el mundo femenino de aquella época.



Fíbula etrusca

Ornamentos de esa clase existen en el "British Muséum" de Londres que no ceden en belleza y perfección de mano de obra a los que hoy sa-

len de los mejores talleres del extranjero. El broche, cuyo grabado publicamos, y que fué hallado en la tumba de una de las reinas de Egipto de la XIV dinastía, es prueba de lo que decimos respecto a la elegancia y el gusto de la confección.

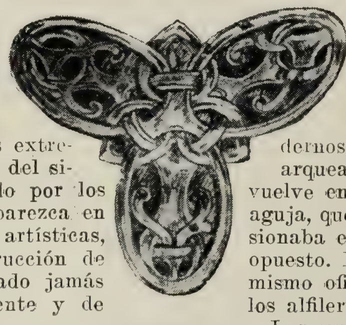
La generalidad de los broches egipcios llevaba el sello de las profundas creencias religiosas de dicho pueblo. En ellos aparece frecuentemente, o bien la sagrada flor del loto, o ya el dios Horus, representado por un halcón.



Broche noruego de plata

En los pueblos del Norte se hizo la transición de los primitivos broches de hueso, hallados en antiquísimas sepulturas normandas, al broche de bronce o cobre con gran lentitud, como lo prueba el hecho de que en tumbas de los siglos II y III de la Era cristiana aún se suelen descubrir, mezclados con broches metálicos, otros de origen orgánico.

Opinan los arqueólogos que el broche, en su forma de alfiler ganchudo y sujeto por uno de sus extremos a fin de que no pueda salirse del sitio donde se clave, fué inventado por los celtas, quienes, por extraño que parezca en un pueblo que no tiene tradiciones artísticas, parece que llegaron en la construcción de ese adorno a un punto no superado jamás por los mejores artífices de Oriente y de Roma.



Broche en forma de trébol encontrado en Dinamarca

Los escandinavos fueron también grandes aficionados al broche, considerándolo adorno de origen divino. Uno de los mitos religiosos de este pueblo se basaba precisamente en cierta mala partida jugada por el dios Loke a Freya (la Venus escandinava), a la que aquél arrebató el maravilloso broche de oro con que la diosa sujetaba sus vestiduras.

El broche tiene dramática intervención en la mitología griega. Recuérdese que Hécuba, deseando vengar la muerte de su hijo Polydoro, rey de Tebas, sacó los ojos al rey de Tracia, Polymestor, con una fíbula de oro.

Edipo, el desventurado soberano de Tebas, se produjo la ceguera introduciéndose en los ojos la fíbula de su esposa Yocasta.

De la emperatriz romana Mesalina dicen algunos historiadores que solía dar muerte a sus esclavas, cuando éstas caían en desgracia, clavándolas en el corazón la aguja de su fíbula.

Tanto la fíbula romana como la etrusca, ofrecen el mismo mecanismo y disposición que los modernos broches. Consisten en un alambre arqueado, uno de cuyos extremos se revuelve en espiral para dar flexibilidad a la aguja, que después de prender la tela se aprisionaba en el gancho que ofrece el extremo opuesto. La fíbula hizo en la antigüedad el mismo oficio que los botones, las hebillas y los alfileres hacen en los vestidos modernos.

Los romanos usaban en un principio fíbulas de bronce, y muy sencillas; pero luego, en la época imperial, se generalizó el empleo de las de plata y oro hasta en las clases populares.

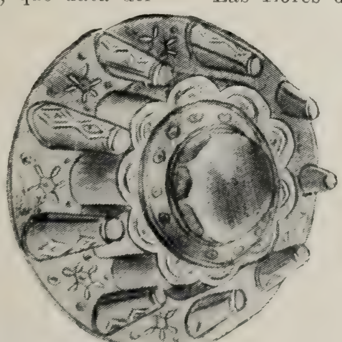
Historia del broche

Plinio se lamentaba de que el lujo hubiese invadido el ejército, hasta el punto de que los centuriones y algunos soldados empleaban fibulas de oro.

La nobleza de los siglos medios tuvo también en gran estima el broche, siendo célebres por su riqueza el famoso broche de Tara, que data del siglo VII, y el de Hunterston, del siglo XI, que posee el Museo Británico.

Durante el siglo XVI, el gusto por los broches, así como por todos los dijes, se extendió extraordinariamente en Europa, existiendo ejemplares verdaderamente admirables de esta época en el famoso Museo de Cluny, en París.

En cuanto a España, el broche fué trabajado con arte exquisito por los godos primero, después por los árabes, y sobre todo por los artífices plateros de los siglos XVI y XVII.



Broche escocés

Durante los tiempos modernos tuvo el broche extraordinaria boga, allá por los años 1830 al 40, y constituía el necesario complemento de los vistosos chales. Eran entonces circulares ú ovales, alcanzando a veces tamaño tan exagerado, que más parecían escudos de combate que pacíficos ornamentos.

De improviso, el broche grande fué desterrado del atavío mujeril, convirtiéndose en un pequeño dije adornado con una perla o un brillante en el centro.

En el siglo actual los broches han pasado ya por diversas transformaciones, algunas de ellas verdaderamente radicales, como cuando decretó la moda el uso de los broches denominados ''barrettes''. Hubo elegante que deshizo una rivière de brillantes para convertirla en ''barrette''.

Las flores de diamantes y otras piedras preciosas tuvieron también su hora de reinado.

Vinieron luego los broches en forma de cabezas de perro, de gato, de lechuza...

Ahora, se llevan la palma los minúsculos lazos de diamantes, que se completan con un moño de tul de ilusión negro y que se colocan en el cuello o en el pecho, más que como un broche, propiamente dicho, como una condecoración de elegancia, como el complemento de una toilette esmerada de una mujer a la moda.

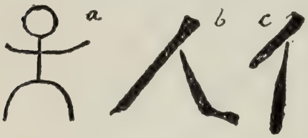
Durante una larga temporada los broches fueron sustituídos por el aparatoso ''pendentif'', que a manera de cartel de riqueza llevan colgando sobre el pecho las señoras modernas: aun ahora es joya muy apreciada y considerada de gran elegancia.

Llevando ''pendentif'' no se usa generalmente el broche; el trabajo de los ''pendentifs' recuerda mucho los caprichosos dibujos del broche con que sujetan su manto las mujeres indígenas de Bolivia, y que llaman allí ''topo''.

La escritura más chistosa del mundo

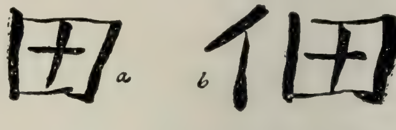
Curiosidades y extravagancias del alfabeto chino

Decir que los chinos son uno de los pueblos más interesantes y más raros del mundo a los ojos de un europeo, no es decir nada nuevo; pero acaso lo será el probar que lo más raro de China, y a la vez lo más chistoso, son los fantásticos caracteres que constituyen el lenguaje escrito de aquel país.

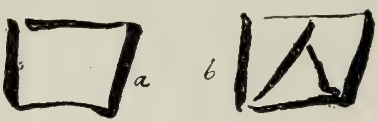


SIGNOS DE «HOMBRE» ANTIGUO (a) Y MODERNOS (b, c)

En los primeros tiempos del alfabeto chino, las letras eran toscas imágenes de los objetos cuyos nombres representaban. Después, a través de siglos y siglos, se han ido introduciendo en estos caracteres modificaciones que los han simplificado todo lo posible, suprimiendo los trazos menos importantes y dejando solamente aquellos que son de absoluta necesidad para diferenciar las letras unas de otras. Un ejemplo gráfico lo tenemos en la letra representativa de la idea ''hombre''. En un principio, cuando los chinos empezaron a tener lenguaje escrito, o sea en una época que nadie ha podido determinar todavía con fijeza, esta letra era o quería ser la figura de un hombre, trazada es verdad, con sencillez infantil; pero lo bastante clara para que el menos versado en chino pudiese comprender su significado. Vino el progreso, que ni al alfabeto chino perdona, y queriendo simplificar la letra, la mutiló despiadadamente: el hombre perdió la cabeza y los brazos, quedando solamente el cuerpo y las piernas, una de las cuales se pintan muchas veces más corta que la otra, sin duda para llevar aún más allá la sencillez.

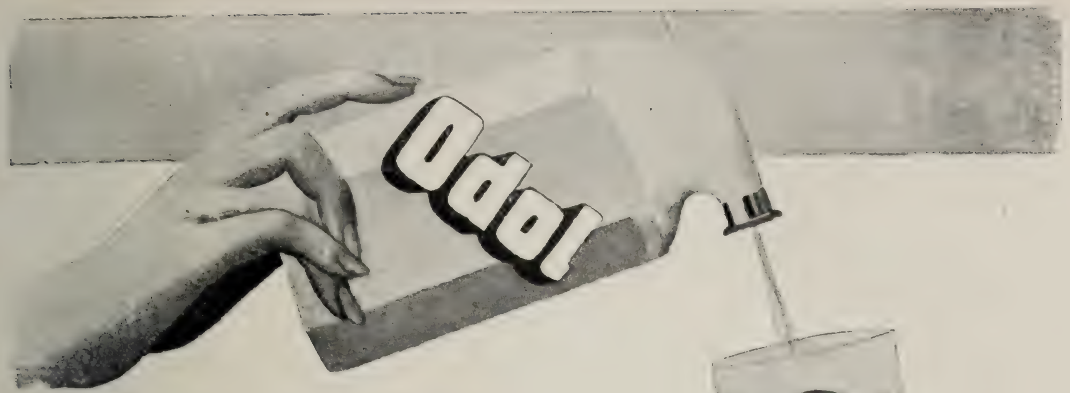


SIGNOS DE «CAMPO» (a) Y DE «AGRICULTOR» (b)



SIGNOS DE «CAJA» (a) Y DE «PRESO» (b)

No todas las palabras se representan en chino por un solo signo; muchas constan de dos o más. En este caso, la combinación de dichos signos obedece siempre a una razón de significado, que nada tiene que ver con nuestras reglas ortográficas. Figurémonos que un chino desea escribir, por ejemplo, la palabra ''agricultor''. Un agricultor es un hombre que vive en el campo y del campo. Bueno; pues el chino escribe el signo ''hombre'' y el signo ''campo'' juntos, y ya tenemos formada la palabra. La letra representativa de ''campo'' no puede ser más clara: un cuadrilátero dividido en cuatro partes, como si fuese el croquis del plano de un terreno con sus parcelas.



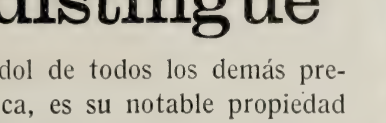


La escritura más chistosa del mundo

No menos lógica es la combinación de signos que significa "honor", empleada también para "verdad".

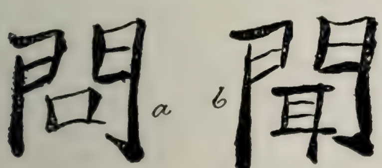
Se compone del signo "hombre" y el signo "palabra", como indicando que el honor y la veracidad de un hombie se miden por su palabra.

El signo empleado para la palabra "caja" es un simple cuadrado. Si en su interior se pinta el signo de "hombre" tendremos un hombre en una caja, es decir, la palabra "preso". No hay que olvidar que en la China, cuando un criminal es condenado a muerte, se le lleva al sitio de la ejecución encerrado en una caja cuadrada.



LETRAS QUE SIGNIFICAN «PUERTA» (a), «BOCA» (b) Y «OREJA» (c)

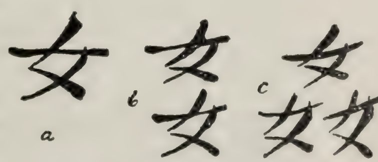
La palabra "puerta" se indica por un doble signo, representación bastante fiel de las jambas de una puerta china. Colocando entre ellas el signo de "boca", resulta una nueva palabra, el verbo "pedir". ¿Quién, al ver esta singular combinación de signos, no recuerda al mendigo o al sablista que viene a pedir a la puerta? Sustitúyase "boca" por "oreja", y la nueva palabra seiá "escuchar". Uno de los muchos modos de escuchar, en efecto, es pegar el oído a la puerta de la habitación en donde se habla. Si en vez de los antedichos signos se pone dentro del de "puerta" una raya transversal, se habrá escrito "cerrar"; y nada más natural, pues en China las puertas de las casas se cierran por dentro con una gruesa barra de madera.



LOS VERBOS «PEDIR» (a) Y «ESCUCHAR» (b)

La palabra "hogar" o "casa", se escribe también de un modo muy curioso. Debajo de un signo que significa "techo" se pone otro que quiere decir "cerdo". De esta manera parece indicarse que el hogar consiste en la colocación de la propiedad bajo techado. Agréguese un tercer signo, el que representa la palabra "mujer", y tendremos el verbo "matrimonio"; porque al fin y al cabo, el matrimonio no es sino la introducción de una mujer en el hogar.

El signo "mujer" se emplea muy frecuentemente para escribir las palabras chinas, y da origen a numerosas combinaciones. La palabra "esposa", se forma con dicho signo y el de "escoba". Dos signos de "mujer" reunidos, la palabra "disputar"; añadiendo otro, el significado varía, y ya no se trata del citado verbo, sino del sustantivo "murmuración" o "intriga".



SIGNOS DE «MUJER» (a), «DISPUTAR» (c) Y «MURMURACIÓN» (c)

GRAN CONCURSO

DEL JABÓN DE SALES

150 premios por valor de $ 10.000

¡Un AUTO, para Vd., GRATIS!

BASTA CON CONTAR ALGUNOS GRANOS DE MAIZ

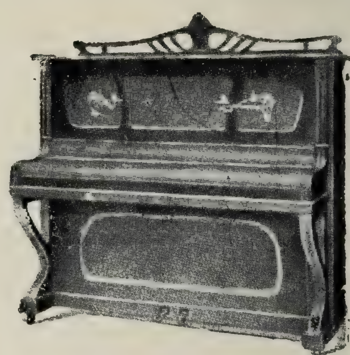
Lea Vd. las condiciones de este Concurso

BASES:

1.º—Queda abierto el concurso con los 150 premios que se detallan a continuación, los que serán adjudicados a las personas que acierten o más se aproximen a calcular la cantidad de **granos de maíz que contiene una caja de tres pastillas de jabón "La Toja".**

2.º—Este concurso se declarará clausurado a las 12 m. del día 31 de julio de 1913.

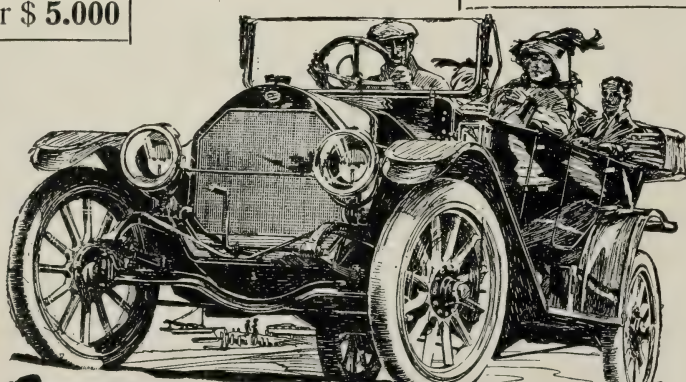
3.º—Para tomar parte en él, es indispensable escribir en el dorso de la faja que envuelve cada jabón, el nombre y dirección del interesado y número de granos que calcule contiene la caja, pudiendo una misma persona remitir cuantas soluciones quisiere, entendiéndose que en cada faja no podrá figurar más que una sola cantidad.



Piano Baña, Lottermoser y Cía.

1.er PREMIO
Valor $ **5.000**

2.º PREMIO
Valor $ **1.000**



Overland

El Automóvil más práctico

4.º—Las soluciones deberán ser enviadas a la casa concesionaria del jabón:

POLLEDO Y CIA.
Bmé. MITRE, 1352 — Buenos Aires

haciéndose constar en el sobre que se refieren al **Concurso "La Toja".** Toda solución recibida después de la hora indicada como clausura del concurso, no será tomada en cuenta, así como las que se prestasen a confusiones o no vinieran escritas con claridad.

LA TOJA

150 premios por valor de $ 10.000

Esta es la faja que envuelve el jabón "LA TOJA"



y que deberá remitirse con la solucion. Para que la faja sea válida será necesario que el trozo de la vista de la fábrica se halle intacto.

5.°—Si varias soluciones coincidiesen con el número exacto de granos de maíz, se sorteará, entre ellas, el primer premio, segundo, tercero, etc., y así sucesivamente por los restantes. Si aún quedaran premios por distribuir, una vez favorecidos los que hubiesen acertado, se procederá en igual forma para aquellas soluciones que más se aproximen al número exacto.

6.°—En la escribanía de los señores **Wright y Gamboa**, calle Avenida de Mayo, 733, se ha depositado una caja de jabón "La Toja", llena con granos de maíz, lacrada y sellada, la que será abierta el día y hora que oportunamente se indicarán.

150 PREMIOS

POR VALOR de $10.000 m/l.

1.° Un soberbio automóvil doble faetón, 4 cilindros, 30 H. P., de la marca mundial **"Overland"**, con lanzador y faros eléctricos, importados por los señores **Vda. de Canale e hijos**. (Valor: $ 5.000). El **"Overland"** hará la felicidad de usted, porque se mantiene sin composturas gracias a su motor sencillo y elástico y a sus válvulas protegidas.

2.° Un hermoso **piano** (valor: $ 1.000) de la marca **"Baña, Lottermoser y Cía."**, de la gran casa introductora de pianos, órganos, armonios y almacén de música de los señores **Baña, Lottermoser y Cía.**, cuya antigüedad — pues data de 1851 — la pone a la cabeza de las de su ramo. El piano de nuestro premio, cuya fotografía presentamos, es tan admirable por su dulzura y sonoridad cuanto por su mecanismo.

3.° Un **"Maestrófono"**, con cuerda para 10 discos, o sea lo más perfecto que se ha inventado hasta la fecha en máquinas emisoras del sonido, con más 50 piezas elegidas, de la marca "Homokord", aparato precioso como presentación y gusto, importado por la casa de los señores Mauthe & Cía. (Valor: $ 400).

4.° Un **cronómetro** de oro, 18 kilates, tres tapas, de la reputada marca **"Zenith"**. (Valor: $ 300).

5.° Un precioso reloj de señora, de oro 18 kilates, tres tapas, exquisitamente cincelado, marca **"Zenith"**. (Valor: $ 200).

6.° Una espléndida **bicicleta** de la afamada marca **"Peugeot"**, tipo turista, completa con todos sus accesorios (valor: $ 160), importada por los señores M. Recht & Lehman, Cangallo, 815, únicos introductores de las bicicletas, automóviles y motocicletas **"Peugeot"**.

7.° Una **máquina de coser**, marca **"Imperial"**, forma de mesa de gabinete, de siete cajoncitos, de la renombrada casa importadora de los señores Anderson, Clerget & Cía.

8.° Un cajón del antiguo y conocido **Cognac Martell**.

9.° Un cajón de la afamada **Ginebra Néctar**.

10-14. Cada uno un cajón del afamado **Aperitivo Tónico Pineral**.

15-19. Cada uno un cajón del conocido y delicioso **"Chinato Garda"**.

20-49. Cada uno un cajón de **Sidra Champagne "El Gaitero"**, la primera marca del mundo.

50-69. Cada uno una docena de pastillas del inimitable jabón de **"La Toja"**.

70-79. Cada uno una caja de deliciosos cigarros **"Curios"**, de la casa de los señores Massalin y Celasco.

80-99. Cada uno una caja de cigarrillos de la solicitada marca **"Colón"**, de la casa de los señores Fernández Sust y Cía.

100-150. Cada uno una caja de tres pastillas del insuperable jabón de **"La Toja"**.

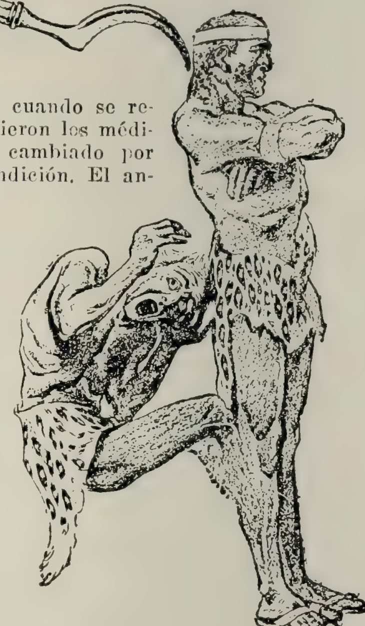


Reloj de oro, 3 tapas "Zenith" 4.° premio



Haciendo hombres valerosos

Un medio científico para extirpar la cobardía



Así como del genio a la locura no hay más que un paso, entre el heroísmo y la cobardía no media más que un nervio, según el descubrimiento del doctor Julio Bonnier, famoso cirujano parisiense y miembro del cuerpo médico del hospital Charcot.

Dicho doctor, tras de una serie de minuciosas investigaciones, ha descubierto que las emociones del miedo y de la melancolía son debidas exclusivamente a un pequeño nervio que se extiende desde esa especie de segundo cerebro que tenemos en la nuca, llamado médula oblongada, hasta el cerebelo. Cuanto más desarrollado está el referido nervio, más cobarde y más tímido es su poseedor, y cuanto menos desarrollado se halla, más valiente y más optimista es la persona. Por lo tanto, basta cortar esta fibra para hacer valeroso a un individuo cobarde, sea hombre o mujer.

En los hombres normales el miedo no ofrece más que los caracteres de la cautela, porque lo contrarrestan el buen juicio y la confianza en sí propio. En sujetos de esta condición ha encontrado siempre el doctor Bonnier el nervio en cuestión muy poco desarrollado o compensado el desarrollo por el de otros centros cerebrales.

La médula oblongada rige el sistema respiratorio, y todo el mundo sabe que el miedo corta el aliento y produce una sensación de ahogo igual a la que se experimenta al producirse un profundo cambio circulatorio. Este y otros fenómenos hicieron sospechar al doctor Bonnier lo que más tarde confirmó el siguiente hecho.

En el hospital Charcot ingresó un hombre, cobarde declarado, que había recibido una herida en la cabeza, y cuando se repuso un poco, vieron los médicos que había cambiado por completo de condición. El antes medroso no temía a nada y resistió a cuantas pruebas le sometieron. Del paciente podía decirse que no conocía el miedo.

Dicho individuo falleció más adelante y al hacerle la autopsia el doctor Bonnier descubrió que tenía roto un nervio que partía de la médula oblongada hasta el cerebelo. Con este antecedente comenzó una serie de experimentos con animales, y comprobó que los de naturaleza tímida como el antílope y el ciervo tienen el mismo nervio muy desarrollado, mientras que en el perro de presa, en el rinoceronte, en el tigre y en otros animales bravos, apenas podía descubrirse la dicha fibra. Continuó los experimentos con cadáveres y nunca dejó de encontrar el nervio desarrollado y no desarrollado, respectivamente. El heroísmo, depende pues, del bisturí.

Un concurso original. — Todos los días tenemos noticias de concursos raros; unas veces se trata de un certamen de bebedores; otras de carreras de espaldas; pero hasta ahora no habíamos sabido que hubiera certámenes de pelar pollos. Vemos en la prensa que setenta y cinco muchachas de Westhamptom han sido convocadas para ver cuál de ellas pelaba un ave en menos tiempo, para lo cual el premio había de adjudicarse a la que en igualdad de tiempo hubiera pelado más.

Dada la señal convenida pusieron manos a la obra las setenta y cinco competidoras, y comenzaron a volar plumas por todas partes. Bien pronto la joven Dolly J. de Westhamton tomó gran ventaja sobre sus compañeras, que conservó hasta el fin, pues despachó ciento diez pollos, recibiendo el premio de doscientos cincuenta francos y el campeonato de la peladura.

El juego de las frases. — En este juego pueden tomar parte cinco o más personas. El número 1 escribe en lo alto de una tira de papel un artículo; dobla el papel para que no se vea lo escrito y lo pasa al número 2, el cual escribe un nombre sustantivo. Dobla más el papel y se lo entrega al número 3, el cual escribe un adjetivo, el número 4 escribe un tiempo de verbo y el número 5 un adverbio, y al desdoblar el papel y leer la frase así formada resultan a veces graciosos despropósitos. Por ejemplo, el número 1 pone "un", el 2 "mono", el 3 "encarnado", el 4 "ladraba" y el 5 "silenciosamente", obteniéndose así la frase: "un mono encarnado ladraba silenciosamente".

El juego resulta muy divertido.

Calzado de lujo. — Son casi increíbles las cantidades que a veces se han pagado por un par de zapatillas. Cierta condesa poseía unas adornadas con rubíes, esmeraldas y diamantes, que le habían costado cerca de veinticinco mil pesos oro. En un baile de máscaras dado hace años por el duque de Manchester, se presentó una dama vestida de Cenicienta, con unos zapatos bajos adornados con piedras preciosas, cuyo valor no bajaba de sesenta mil pesos oro.

El equilibrista



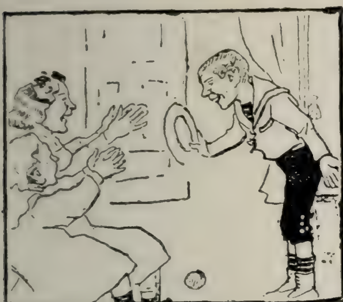
—¿Queréis verme hacer equilibrios?
—Sí, sí.
—Pues, vamos al comedor.



—¡Mira, Juanito, que eso es difícil!
—¡Qué esperanza! Los hago mejor que el equilibrista que vimos en el circo.



—¡Mira, mira, qué bien! ¿Y no se te caerá el bizcocho?
—Cuando lo tire, se caerá.



—¡Bravo, bravo!
—¡La...!
—¡Y saludas también divinamente!



—¡Eso sí que es difícil, Juanito!
—¿Verdad que sí?
—¡Cuidadito!



—¡Cataplúm!... ¡Se rompió!
—¡Buena la has hecho!
—¡Eso no tiene importancia!



—¡A ver si ahora rompes la botella!
—No... Y voy a tomar otras dos, para que sea más vistoso.



—¡Qué bonito!
—¡Ya lo decía, yo!
—¡Muy bien, muy bien!



—Este es el equilibrio más sensacional. Las botellas y los platos.
—¡Que no vas a poder!



—¿Eh? ¿Puedo o no puedo?
—¡Bravísimo! ¡Eres un equilibrista de primera!



Lisonjeado por los aplausos de sus hermanas, Juanito perdió el equilibrio y ¡adiós los platos y las botellas!



—Al ruido acudió su papá, con un bastón en la mano, dispuesto a equilibrarle las costillas.



Un suicida extraño

PRIMER CUADRO

El muerto que habla

(La escena se desarrolla en la oficina de Loufock Holmés).

El visitante desconocido (entrando).—Vengo señor a someter a su genial talento deductivo, mi inexplicable y misteriosa situación: en un tiempo fuí verdugo de sardinas.

Loufock Holmés. — ¿Verdugo de sardinas?

El visitante.—Sí, era el encargado de cortarles la cabeza, antes que las acondicionaran en sus latas respectivas. Y a fuerza de cortar tantas cabezas, me volví neurasténico. Entonces decidí suicidarme. Antes de continuar mi relato, permítame que le haga una pregunta: ¿Soy visible a simple vista?

Loufock Holmés.—Completamente visible; cosa muy natural por cierto.

El visitante.—No dirá usted que es tan natural, cuando sepa que estoy muerto desde hace dos horas.

Loufock Holmés.—¿Qué?

El visitante. — Verá usted... Esta mañana puse en práctica el proyecto de suicidarme, colgándome del techo del comedor de la casa núm. 7, de la calle X., por medio de una sólida cuerda.



Loufock Holmés. — Eso es imposible, puesto que usted está aquí.

El visitante. — Aunque le parezca imposible es completamente cierto. En el instante actual, yo estoy aquí, y al mismo tiempo colgado en mi casa.

Loufock Holmés.—¿Sabe que lo que me dice es enormemente extraño? Voy a visitar su domicilio, y comprobar por mis propios ojos la verdad de su aserción. Mientras tanto, usted permanecerá aquí, en mi consultorio, acompañado por mi fiel discípulo.

SEGUNDO CUADRO

El suicida distraído

(El mismo decorado).

Loufock Holmés (volviendo). — Usted tiene razón señor. Su cuerpo está, en efecto, colgado del techo del comedor de su casa.

El visitante (desesperado).—Entonces, ¿quién soy yo?

Loufock Holmés.—Calma señor, voy a decírselo. He hecho mis deducciones por el camino y he llegado a la conclusión de que seguramente, usted es el espíritu del cuerpo colgado. Usted ha vuelto a tomar forma inmediatamente después del suicidio, adoptando la apariencia y el traje del cuerpo que acaba de abandonar. Sin embargo, existe un detalle que me ha llamado la atención.

El visitante (ansioso).—¿Qué detalle?

Loufock Holmés.—Que sus botines son negros, y los del cuerpo colgado en su casa, amarillos.

El visitante. — ¡Amarillos?, ¿dice usted que son amarillos?

Loufock Holmés.—Si amarillos, y he llegado a la siguiente conclusión: dado que noté cierta falta de precisión en la lazada, deduje que usted no había usado en su vida más que calzado con botones; como los dedos de los pies se marcaran bajo el cuero, dije para mí: "este buen señor se ha comprado botines chicos", y como aún estuvieran cubiertos por impalpable polvillo blanco que se doraba al sol como emanaciones de oro...

El visitante.—¡Ah sí!... que poético...

Loufock Holmés.—(Estrilando y buscando con la vista algún garrote auxiliar). ¡No sea zonzo y no interrumpa... ¿O es que no quiere oir la revelación de mis deducciones que me han levantado sobre el nivel de mis congéneres?

El visitante. — No, absolutamente... continúe.

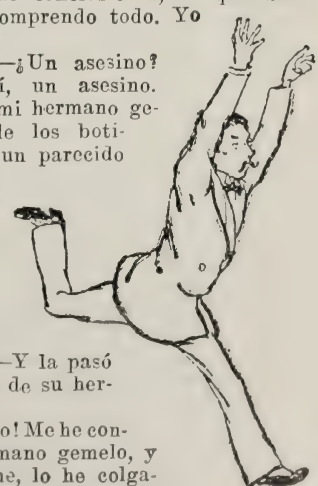
Loufock Holmés.—Sigo pues... Decía que como noté en sus botines un cierto polvillo blanco, comprendí que ese día usted había caminado por la Avenida de Mayo. Además...



El visitante. — ¿Más deducciones?

Loufock Holmés. — Tendría de ellas la cantidad suficiente como para llenar todas las páginas de esta revista. Como le iba diciendo, señor, al ver esos botines amarillos, tan nuevitos y tan relucientes, deduje que usted era un grandísimo coquetón... Como seguramente su abuelita le habrá dicho, que estaba destinado a entrar en el reino de los cielos con botines y todo, usted quiso que estos fueran nuevos y presentables. ¿Eh, qué tal? ¿Le parecen buenas mis conclusiones?

El visitante.—¡Qué conclusiones, ni qué diablos!... Ahora lo comprendo todo. Yo soy un asesino.



Loufock Holmés.—¿Un asesino?

El visitante. — Sí, un asesino. Vea: yo vivía con mi hermano gemelo, y a parte de los botines, presentabámos un parecido sorprendente. Lo que ha sucedido es muy sencillo; en vez de pasar la cuerda alrededor de mi cuello, me he equivocado y...

Loufock Holmés.—Y la pasó alrededor del cuello de su hermano...

El visitante—¡Claro! Me he confundido con mi hermano gemelo, y en lugar de colgarme, lo he colgado a él. Se precisa ser distraído ¿eh? (Loufock Holmés cae desmayado).

FELIZ ENCUENTRO



"¿Desea usted novedades literarias, señor?"

Con estas palabras, acompañadas de cultos modales, fuí recibido el otro día en una de nuestras principales librerías. Así, lector, como suena, con buenos modales, aunque parezca extraño entre empleados de comercio.

"Sírvase pasar por acá y sobre aquella mesa encontrará usted todo lo nuevo que se ha recibido en la última semana, tanto nacional como extranjero."

No joven, hoy no deseo nutrición para el espíritu, ando a caza de una obra cuya enseñanza proporcione alimento al cuerpo, cosa sencilla, al parecer; pero el caso es que no he podido dar con ella no obstante mi peregrinación por los centros libreros de la metrópoli.

Busco un manual de cocina, anticipándole, para que no se moleste innecesariamente, que ya he visto y examinado un montón de ellos, franceses, españoles, italianos, etc., muy buenos, supongo yo, para sus respectivos países; pero ninguno responde a mi ideal.

Necesito una obra genuinamente criolla, es decir, que guíe a los de mi casa en la confección de platos argentinos, que tenga por base nuestras comidas y que al indicar los ingredientes que las componen no salga con nombres raros, ni artículos que no existen en nuestros almacenes o mercados de abasto.

Me estoy convenciendo de que no hay tratado nacional alguno sobre el arte culinario y si por fin no lo encuentro, haré yo mismo obra patriótica, publicando, con el concurso de personas prácticas en la materia, un libro especial para nuestro país, que tiempo es ya lo cuente entre su bibliografía.

"Posiblemente si usted hubiese venido un mes atrás, le habría dicho que tampoco aquí tenemos tal obra. La semana pasada, sin embargo—prosiguió el ducho vendedor—se publicó la tercera edición de esta obra, titulada "Nuestra Cocina" por Gastón Dorval. Cuando hace unos seis u ocho meses se agotó la edición anterior, los editores quisieron que el contenido de la próxima respondiera como nunca al nombre del libro, y así fué que la persona encargada de corregirlo hizo tales cambios y aumentó tantas fórmulas, que como usted mismo podrá juzgar por el índice, no falta en ella ninguno de los sabrosos platos argentinos, y conste que yo soy español, acriollado."

Un tanto escéptico, pero atraído por el sugestivo título de "Nuestra Cocina", tomé el grueso volumen de las manos del nuevo coligado, paso revista al contenido, leo algunas de sus recetas y exclamo cual Arquímides: ¡Eureka!

En efecto, encontré lo que buscaba, hallábame enfrente de una obra argentina hasta entonces ignorada para mí, y después de envuelta, pagada y dar las gracias al simpático librero por su atención y ayuda, me fuí a casa contento cual pibe con zapatos nuevos.

Una por una recorrí todas sus fórmulas y al día siguiente, mi "chef" femenina, gaucha en el guiso, pero que le estorba lo negro, seguía mi lectura al pie de la letra y horas después, cuando volví de la redacción, me regalaba con los exquisitos manjares de nuestra tierra.

Agradecido al autor y editores por esta joya nacional, quiero dar a conocer el casual y valioso descubrimiento de "Nuestra Cocina" a los que leen mis crónicas, seguro de que como yo, la mayor parte, si no todos, desconocían su existencia.

Porque, podrán surgir y extinguirse las modas, podremos traer del extranjero todo aquello de que carecemos en la casa propia, podremos imitar el confort material, etc., de los demás países; pero así como la cabra tira al monte, los argentinos en nuestra patria y fuera de ella, queremos nuestros platos criollos y sentimos nostalgia por el matambre, por la humita en chala, por la carbonada y tantos otros platos y postres arraigados en nuestro gusto gastronómico nacional, que perdurará malgrado el torbellino modernista que todo lo transforma.

Hágome el deber de dejar constancia al efecto de que, a través de mi jira por los comercios de libros, donde dí con la obra en cuestión y se me trató con tan marcada afabilidad, fué en la "Librería del Colegio", declaración espontánea, bien lejos de toda reclame, pues no la necesita mía una casa establecida en el año 1830, conocida por grandes y chicos como el primer centro librero-editorial de nuestra "city".

M. PRUN.

Como se forman hombres





LAS MALAS COMPAÑÍAS. —Una de las cosas que más se aprenden por el ejemplo, es el conjunto de lo que llamamos modales; los modales que tan a menudo son causa de serias reprimendas de parte de los padres o institutores, añadiremos que es trabajo perdido castigar al niño, con el fin de corregir sus modales, si no se le evitan las malas compañías. Por el contrario, un niño educado en un ambiente cortés—cortés en toda la extensión de la palabra—aprenderá bien pronto y de un modo inconsciente estas maneras de buena sociedad y las aportará a un salón o un comedor, a un paseo, a todas partes. Por un extraño fenómeno que podemos observar todos los días, los niños imitan con mayor facilidad los malos modales que los buenos. Quizá carezcan los malos modales de ciertas inhibiciones, una negligencia que se acomoda mejor a la pereza de un espíritu en formación.

Hay que evitar las consecuencias de esta mala disposición.

Desde su más tierna edad, desde la cuna, por así decirlo, es preciso que el niño no tenga otra sociedad que la de las personas capaces de dirigir en buen sentido sus inclinaciones, e insensiblemente, hacerle adquirir el porte de un niño bien educado. En la práctica, por desgracia, casi nunca sucede, y los métodos que se emplean con tal fin, son contraproducentes, en la mayoría de los casos. Por ejemplo: cuando un niño comete una falta de cortesía, se le abruma con reprimendas en presencia de extraños, no sólo para corregirle, sino también para demostrar a los demás, que se conocen las reglas de urbanidad.

Los niños no sacan ningún provecho de estas reprensiones hechas a destiempo, y en cambio cobran aversión a todo lo que se refiere al mundo y a sus costumbres.

Si el niño—como muchas veces sucede—en sus primeros años se muestra rebelde a la enseñanza de los buenos modales, se aplaza para cuando tenga una edad más avanzada, el cuidado de corregirlos. Este procedimiento resulta más eficaz que el de reñirle continuamente sin obtener resultado alguno. Si el niño es de buen corazón y susceptible de sociabilidad, el tiempo y el roce del mundo irán puliendo, a medida que avance su crecimiento, una buena parte de esta rusticidad exterior.

Todo esto a condición de que frecuente buenas compañías, pues si éstas son malas, todas las correcciones imaginables serán impotentes para refinarlo.

Por sanos que sean los preceptos y los consejos que se traten de inculcar a un niño, ninguno de ellos tendrá tanta influencia sobre su espíritu como las compañías que frecuente.

Los niños, aún más que los hombres, obran por imitación. Somos verdaderos camaleones, y las cosas que nos rodean, siempre causan alguna impresión sobre nuestro espíritu; no ha de extrañarse, pues, que los niños sufran más que nosotros la influencia de lo que ven y oyen.

LA CAMARADERÍA ENTRE LOS NIÑOS.—Los niños aman la libertad, esto es muy natural; hay pues que tenerlo presente y sacar el mejor provecho posible de esta inclinación. Pero existe algo que aman más que la libertad y este algo es el dominio, dominio sobre otros, se entiende. Este amor hacia el dominio aparece desde muy temprano en el niño; prueba de ello es que si se encuentran juntos, inmediatamente se pelean por saber quién será el jefe y ejercerá sobre los otros una autoridad absoluta. Es esta una mala tendencia, pues no es la voluntad la que se desarrolla por este medio, como se ha dicho en alguna ocasión, sino el orgullo y el despotismo; y un orgullo que no tiene fundamento, se condena por sí mismo.

Para remediar este defecto no sólo hay que reñir y aun castigar si fuese necesario al niño, que ha suscitado la cuestión de la preponderancia a fin de ejercerla, sino también enseñarle a tratar a sus compañeros amablemente y de un modo cortés.

Los niños pronto comprenderán que en vez de humillarse por esta conducta, se hacen querer por sus camaradas, y encuentran mayor placer en este intercambio de cortesías que el que puede producirle un vanidoso predominio.

HAY QUE INCULCAR AL NIÑO EL HORROR A LA DELACIÓN. — Los niños tienen la frecuente costumbre de sustraerse a la tiranía del más fuerte, quejándose contra él oponen a una fuerza otra fuerza de una eficacia mayor. Por natural que sea esta pequeña cobardía, es preciso combatirla por todos los medios posibles. Nada rebaja más el carácter de los niños que la delación; por otra parte si son maltratados por un camarada, y se le acostumbra a no asombrarse por ello, esto los habituará a sufrir valientemente las injusticias de la vida. Esto no implica que se debe permitir las maldades de un tercero. Si una persona mayor asiste a una acción de esta naturaleza, hay que protestar contra ella ante la víctima, y si un niño se queja de algo que merece castigo severo, a fin de que no se repita el hecho, es mejor aplicar una corrección al autor del delito en ausencia de quien se ha quejado, y obligar a aquél a que pida perdón a su víctima y le ofrezca una reparación.

Una vez implantado este método, el que se haya conducido mal, cumplirá con más facilidad su pena, y los ofendidos recibirán con mayor dulzura una reparación ofrecida de buena voluntad. Así se educa el amor propio y se reparan las injusticias sin que intervenga para nada la idea de la delación.

Porque el niño delator se degrada a sí mismo, mueren en él los impulsos nacientes de la dignidad, de la altivez personal, se acostumbra mal a las durezas de la vida, pues tiene en la mano un arma infamante, que puede evitarle muchos obstáculos pero que al mismo tiempo le quita simpatías. Y no hay que olvidar que las simpatías que se capta un niño tienen una influencia directa sobre la vida futura, y como se dice vulgarmente pero de un modo significativo, le abren muchas puertas.

Los libros de caballería
Su origen y sus personajes

Es general la creencia de que los libros de caballería, origen y causa primera de las locuras de Don Qijote, tuvieron su origen en Inglaterra y en el Norte de Francia, y realmente así debe ser, pues los primeros héroes de estos libros son ingleses y franceses. El primer lugar lo ocupa el rey Artús con los paladines de la Tabla Redonda. Dicho héroe fué el Pelayo de Inglaterra. Combatiendo con los sajones, que habían invadido la Gran Bretaña, se retiró al país de Gales, donde él y los suyos hicieron prodigios de valor y grandes proezas, que asombraron a las gentes.

Las conquistas de Carlomagno y los hechos de sus capitanes, particularmente de su sobrino Roldán, dieron también origen a canciones y romances, celebrados de todos; pero éstos sólo eran muestras embrionarias del nuevo género de literatura que, según opiniones autorizadas, debió aparecer por los siglos VII y VIII.

Las crónicas de Geoffroy y de Monmouth y del arzobispo Turpin, cuya autoridad ha servido después para acreditar las cosas más absurdas, fueron los manantiales de donde se sacaron la mayor parte de los asuntos de las novelas caballerescas, que ya en el siglo XIII habían pasado de Francia a Italia, donde tomaron un carácter más poético. El rey Artús, Carlomagno, los Doce Pares y los caballeros de la Tabla Redonda son los héroes de estas novelas, y su asunto la conquista del santo Grial (escudilla en que comió Jesucristo) o la libertad de Francia y de Europa entera del yugo de los sarracenos.



Portada del "Floriseo", edición de 1516

Los poetas se despacharon a su gusto inventando fábulas que exceden la medida de toda posibilidad, como las de los gigantes, los genios, las hadas, los magos, los dragones alados, las armas y objetos encantados, etc., con cuyos medios los protagonistas se exponen a los peligros más horribles, siempre en servicio de Dios, del rey y de la dama de sus pensamientos.

Los dos libros de caballería más antiguos que se hallan en castellano son "Amadís de Gaula" y "Tirante el Blanco", cuyo verdadero origen es

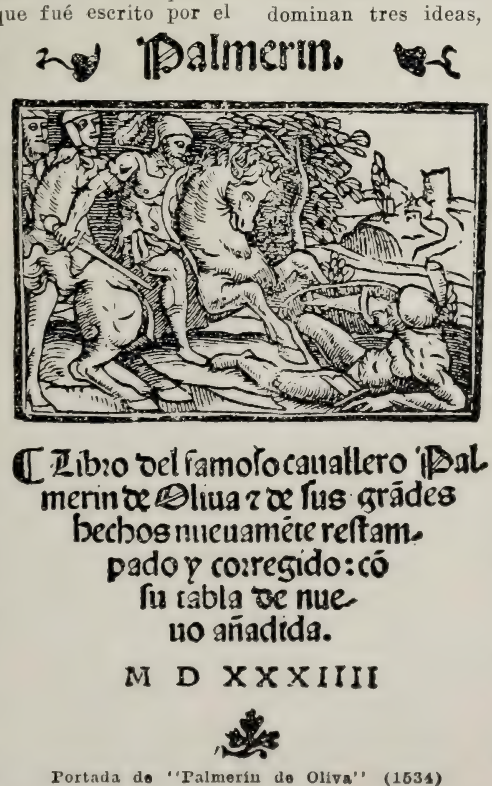
todavía dudoso. Del primero dicen unos que es flamenco; otros afirman que fué escrito por el portugués Vasco de Lobeira, que floreció a principios del siglo XIV, y otros presumen que el verdadero original español fué el que, cayendo en manos de García Ordóñez de Montalvo, hizo éste imprimir en los comienzos del siglo XVI, como él mismo expresa, corregido y reducido a más culto lenguaje que el que tenía en el códice o manuscrito de que se sirvió para publicarlo.

"Tirante el Blanco" fué escrito por Juan Martorell, caballero valenciano, quien dice que lo tradujo del inglés al portugués, en 1460, para Don Fernando de Portugal, hijo del infante D. Alfonso y luego lo trasladó al lemosín. Se ignora quién lo vertió al castellano, en cuyo idioma apareció en 1511.

Tirante no ha sido imitado, pero Amadís es el patriarca de una dilatada familia de caballeros, cuyas historias componen un sinnúmero de tomos. En toda la obra de Amadís dominan tres ideas, que son: una religiosidad a toda prueba, el valor llevado hasta la temeridad y la adoración de las mujeres, ideas fundamentales del sistema caballeresco. Su boga fué tan inmensa, que no se concibió ya caballero andante que no perteneciese al linaje de Amadís. Los héroes de las crónicas caballerescas que por lo siglos XVI y XVII inundaron a España y recorrieron toda Europa, se suponen descendientes de aquel héroe modelo.

Después de los cuatro libros de Amadís de Gaula, aparecieron "Las Sergas o hazañas de Esplandián", hijo de Amadís de Gaula; Florisando de Grecia", hijo de Esploudián" y nieto de Amadís; "Lisuarte II de Grecia", "Perión de Gaula", "Amadís de Grecia", caballero de la Ardiente Espada, biznieto de Amadís; "Don Florisel de Niquea" y "Anaxarte".

Cuartos nietos de Ama-


Palmerin.

Libro del famoſo cauallero Palmerin de Oliua z de ſus grãdes hechos nueuamẽte reſtampado y corregido: cõ ſu tabla de nueuo añadida.

M D XXXIIII

Portada de "Palmerín de Oliva" (1534)

dís fueron ''Rogel de Grecia'' y ''Agesilao de Colcos'' y tras de ellos aparecen nuevos descendientes, como ''Don Silvis de la Selva, ''Esferamundi'', ''Amadís de Astra'', ''Don Fortunián'' y ''Arstapolo'', ''Don Belanio'', emperador de Constantinopla, descendiente de Amadís, fué padre de ''Belianís de Grecia'', el cual tuvo amores con ''Florisbella'', hija del soldán de Babilonia. Se finge ser este libro traducción del que escribió en griego el sabio ''Fristón'', o ''Fritón'', como decía Sancho Panza.

Otra familia de caballeros empieza en ''Palmerín de Oliva'', y sus descendientes se enlazan al fin con los descendientes de Amadís en la familia imperial de Constantinopla.

Larga sería la lista de los libros de caballería que han alcanzado popularidad. Sólo citaremos ''El caballero Platir'', y ''Flotir'', su hijo; ''Don Cirongilo de Tracia''; ''Don Clarián de Sandanis'' y su hijo ''Florante de Caloña''; ''Cristalián de España'', príncipe de Trapisonda; ''Don Claribalte'', caballero de la Fortuna; ''Félix Marte de Hircania''; ''Floriseo'' o el caballero del Desierto; ''Lindamor'' de Escocia, y el poema ''Orlando Furioso'', del célebre Ariosto.



Portada del ''Amadís de Gaula'' (1533)

Todos estos libros cantaban las glorias de un héroe inverosímil, sin precisión en sus rasgos, a los cuales se les hacía cometer aventuras muy lejos del alcance humano, y realizar proezas, que incitaban por el solo hecho de ser imposible igualarlas.

Estos fueron los libros que formaron el género conocido hoy con el nombre de novela caballeresca.

La boga de estas obras cayó con la aparición del Quijote. Probablemente su derrumbe, no sólo se debió a la divina crítica de Cervantes sino también a la lasitud con que empezaban a mirarlas las gentes de aquella época, escépticos por una guerra

continua donde habían asistido a la caída de muchos ídolos, aventureros descreídos, ansiosos de oro, y caballeros que habían manchado la armadura, en más de una expedición corsaria... La naturaleza de un libro, y sus tendencias dependen del modo con que el público la considera. Y aquellos espíritus escépticos saturados de criticismo, no vieron en el Quijote más que la sátira. No comprendieron que el hidalgo manchego era también un paladín a la manera de sus antecesores. Rieron de la vacía barberil, sin penetrar hasta el fondo de su alma, transfundida por la misma pureza, los mismos bríos sublimes, que si resultaron heroicos en Amadís de Gaula, en el Quijote fueron ridículos por la sabia deformación que el "ilustre manco" supo imprimir a su personaje. Don Quijote, fué la obra caballeresca más humana, que se hallaba más cerca de la tierra, y por esto, les fué permitido a sus contemporáneos reirse de ella.

Felixmarte de Yrcania.



Primera parte dela grande historia del muy animoso y esforçado principe Felixmarte de Yrcania, y de su estraño nascimiento. En la qual se tratan las grandes hazañas del valeroso principe Flosaran de Misia, su padre. Dirigido al Illustre señor Juan vazquez de Molina, del consejo de estado de su Magestad, y su secretario. Comēdador de Guadalcanal, Trece dela orden de Santiago.

Con priuilegio, eneste año. 1556.

Portada del "Felixmarte de Ircania" (1556)

Debemos manifestar, que esta inclinación a reirse de lo que al principio comenzó por deslumbrarnos no sólo es una característica humana.

El hombre por naturaleza tiende siempre a caricaturizar a sus héroes, y librarse con una carcajada, del vasallaje de admiración que les imponen sus hazañas.

Los japoneses también tienen su Quijote, que se conoce con el nombre de Horrífico Jorimitsu. De igual modo que Don Quijote, con el cual presenta sorprendente analogías, el "Horrífico Jorimitsu", acomete sus delirios caballerescos a enemigos que no existen sino en su mente; defiende a los débiles y menesterosos contra los fuertes; es engañado frecuentemente por astutos villanos; ataca a un molino, creyendo que ha de habérsela con un gigante, cabalga sobre nubes, y por último tiene como el Hidalgo manchego su escudero correspondiente: el buen Tsuna, al cual entristece con sus mil disparatadas empresas.

Los crímenes de París

Los malhechores elegantes

En ninguna parte del mundo ocurren tantos crímenes como en París, ni distingue a los criminales ferocidad tan grande.

Diariamente puede leerse en los periódicos de aquella capital el relato de los ataques de que son víctimas durante la noche pacíficos transeuntes a quienes se encuentra poco menos que agonizantes por efecto de los golpes horribles que les han dado los ladrones para hacerles perder el sentido y robarles.

Así como en otros tiempos, Sierra Morena en España y el bosque de Bondy en Francia eran famosos como guarida de bandoleros, hoy día funcionan en París una porción de partidas de malhechores perfectamente organizados.

Una de ellas tiene por campo de acción el elegante barrio de Cours-la-Reine. Esta partida tuvo en otro tiempo por jefe a una mujer, y realizaba sus proezas cerca de las fortificaciones, con objeto de poder arrojar a los fosos los cuerpos de sus víctimas. La capitana era la criminal más temida en todo París.

Había sido en su juventud una muchacha preciosa, recibió buena educación y pertenecía a una familia excelente. Rechazada por la sociedad a causa de la depravacion de sus gustos, se hizo criminal y declaró una guerra llena de odio a todo lo respetable. La caracterizaba la crueldad con que cometía los crímenes con su propia mano. Su mayor placer era arrancar los ojos a sus víctimas, quitarles un bocado de la nariz o hacerles sufrir otras mutilaciones innecesarias, puesto que el objeto de sus crímenes era sólo el robo.



Hace algunos años la policía consiguió prenderla, y ahora la capitana está cumpliendo en Nueva Caledonia una sentencia de cadena perpetua.

Su partida se ha reorganizado y cuenta actualmente como auxiliares con unos cuantos laceros habilísimos. Créese que proceden del Far West de los Estados Unidos y de Méjico, es gente toda que maneja perfectamente el lazo, y cuya misión consiste en echar desde lejos el lazo a la persona a quien quieren robar y privarla del sentido, arrastrándola por el suelo sin dejarle medio de gritar.

La nueva partida de Cours-la-Reine se compone ahora de gente bien vestida. Ninguno de sus individuos tiene facha de criminal. Gastan guantes y visten ropa elegante. Así sucede que el infeliz transeunte que discurre por aquellos sitios cuando están solitarios, no sospecha nada al ver que se le acerca uno de estos foragidos.

La partida de los "habits noirs" (del frac), es otra de las celebridades del crimen en París. A ella pertenecieron Pranzini y Prado, los dos famosos asesinos que tanto dieron que hablar y que expiaron sus crímenes en la guillotina.

Los individuos de la "partida del frac" son por lo general hombres guapos y elegantemente vestidos.

Frecuentan los salones de lectura de los mejores hoteles, los museos y los sitios de diversión durante el día, y los "cafés-concerts" durante la noche, siempre vestidos a la última moda y de frac en cuanto oscurece. Tratan siempre de hacer amistad con los extranjeros, a quienes llevan a sitios donde se les puede robar impunemente, por maña, por fuerza o por engaño. Pero generalmente se dedican más a explotar a las mujeres. Si consiguen arrancar a cualquier señora dos líneas de manuscrito, un pañuelo marcado, una tarjeta o cualquier documento comprometedor, la convierten inmediatamente en víctima, aterrándola con amenazas de revelaciones deshonrosas, y si la infeliz mujer no tiene el buen sentido de acudir inmediatamente a la policía para que la proteja, puede considerarse perdida, porque irá rodando de escalón en escalón hasta degradarse.

Los "habits noirs" se reclutan en todas las clases sociales.

Pranzini había sido camarero de vagones dormitorio.

Prado era hijo natural de un embajador alemán. Hoffman era un desertor austriaco y llegó a introducirse en cierto círculo cortesano. Algunos llevan títulos más o menos auténticos. Su maña para sacar dinero es amenazando con el escándalo, aun cuando la víctima no tenga que temer. ¡Pobre del amenazado que se asusta!

Supónese que el príncipe de la Moscowa, cuyo cadáver fué hallado medio comido por las ratas en un caserío de aspecto siniestro, en Croissy, fué muerto por un "habit noir".

Otra partida es la del Bosque de Bolonia, y las frecuentes batidas de la policía no bastan para limpiar completamente de aquellos criminales al aristocrático paseo.

La partida de Neuilly se compone de criminales rudos que se dedican principalmente a robar por la noche a las personas que se aventuran solas por calles solitarias o mal alumbradas. Su audacia es tan grande que más de una vez la partida ha atacado a los agentes de policía y éstos no se atreven ya a ir sino por grupos de tres en aquel barrio. Marquelot, el fundador de esta partida, murió en el patíbulo por asesinato de una señora vieja, y durante su proceso reveló que había tomado parte en la friolera de 70 robos a mano armada. El sistema favorito de esta partida es dar un fuerte golpe en el cráneo a las víc-

Los crímenes de París

timas para atontarlas. Si no consiguen su objeto y la víctima resiste, entonces la deshacen la cabeza a palos o pisoteándola. Luego los cuerpos son echados por el puente al río. No hay ningún puente en todo París que haya sido teatro de tantos asesinatos como el de Neuilly.

Cuando, durante el proceso Dreyfus, hubo un atentado contra la vida de su abogado Labori, uno de los jefes de la policía secreta de París, Mr. Hennion que acaba de ser ascendido a la prefectura de policía en reemplazo del célebre Mr. Lepine, dijo que no le cabía duda de que el atentado era obra de un asesino mercenario al cual se habrían dado probablemente dos mil francos. Hay en París asociaciones de criminales que se comprometen a asesinar a un hombre por precios que oscilan entre un vaso de ajenjo y unos cuantos miles de francos, según la categoría social de la víctima. Dijo también que gran número de "camelots" (vendedores ambulantes de París) pertenecían a esa partida, y que la que lleva el nombre especial de partida de los camelots contiene a los asesinos más anarquistas de Francia y de Italia. Cualquiera de ellos es capaz de matar a un hombre por un franco.

Algunas veces penetra en París el crimen en las altas clases. Siendo embajador de Inglaterra Lord Dufferin, le robaron importantes papeles de Estado y se cree que el ladrón fué un convidado de categoría oficial. La misteriosa muerte del agregado militar de Rusia en la Haya continúa sin explicar; pero hay la circunstancia de que el militar había anunciado que pensaba revelar quién le había suministrado en el Ministerio de la Guerra francés secretos importantes que podían ser muy útiles en campaña y que obtuvo antes de la conclusión de la alianza franco-rusa.

Cuando "l'affaire" Dreyfus, se vieron cosas tan extrañas como esta de la muerte del agregado ruso. No fué la menor de ellas la dimisión del presidente Faure, lo cual demostró que la gente que defendía a Dreyfus disponía de una fuerza enorme y no se paraba en barras.

Otro crimen famoso en Francia fué el del prefecto Barrême, ocurrido mientras éste viajaba en ferrocarril entre Meaux y París. Jamás se logró prender al asesino. Pero se sabe que el prefecto acababa de descubrir graves irregularidades en las cuales estaban complicados altos funcionarios, y que, hombre honrado a carta cabal, estaba resuelto a dar publicidad a su descubrimiento.

Extravagancias

Una mujer recientemente fallecida en Chicago, ha dejado en su testamento mil quinientos dollars para la construcción de un gallinero "bueno y abrigado, y bien forrado por dentro y por fuera", para unas gallinas que poseía desde hace años.

Jackson, el célebre pintor inglés, pintó en un día cinco retratos acabados, para ganar una apuesta.

En Rock-Island (Estados Unidos) acaba de morir M. William Biferwanger, que pesaba 417 libras; hubo que ensanchar la puerta de la casa mortuoria para que pudiera salir el ataúd.

Las estadísticas de la segunda ciudad del mundo

Datos curiosos acerca de Nueva York

A los aficionados a las estadísticas y a los números grandes les gustará seguramente leer las cifras que aparecen en el último informe de la cámara de comercio de Nueva York.

Hablemos primero de la extensión de la metrópoli que por su población ocupa el puesto inmediato a Londres, es decir, el segundo lugar, en la lista de las grandes ciudades. El área de la ciudad es de 844 kilómetros cuadrados, casi el doble que la de Chicago.

El área de su territorio comprende 84.670 hectáreas. Sus orillas marítimas y fluviales miden 714 kilómetros lineales.

Las calles de Nueva York miden en total 6.018 kilómetros, que es exactamente la distancia que media entre Nueva York y Londres. De dichos kilómetros de calles, 3065 están adoquinados. Las calles asfaltadas miden 1.292 kilómetros y además hay 1.034 kilómetros con pavimento de macadam.

De los 1.125.142 pasajeros llegados en el año a los Estados Unidos, desembarcaron en Nueva York 843.547, o sea el 75 por 100 del total.

En Nueva York van a los diversos colegios unos 1.047.012 niños de ambos sexos de cinco a dieciocho años. El 37 por 100 de la población, o 1.270.000 personas son extranjeras, por lo cual puede decirse que Nueva York es la ciudad más cosmopolita del mundo.

El puerto de Nueva York es uno de los más grandes y mejores de la tierra. En el mundo no hay más que tres o cuatro puertos que puedan recibir buques del tamaño del ''Mauritania''. La ciudad posee 107 kilómetros de muelles en sus orillas que produjeron en un año cerca de cuatro millones de pesos oro. Hay además 372 kilómetros de muelles de propiedad particular. En total hay 840 muelles distintos, de madera y dos de piedra. El valor de las mercancías extranjeras entradas en el puerto de Nueva York en 1909 ascendió a 1.311 millones de pesos oro. En el mismo año recibió Londres 1.220 millones; Liverpool 1.300 millones y Hamburgo 1.303 millones de pesos oro. En el mismo año entraron en el puerto de Nueva York 10.759 buques, 4.501 de comercio extranjero y 6.258 de cabotaje.

Nueva York hace cerca de la mitad de todo el comercio extranjero de los Estados Unidos y pasan por ella el 57 por 100 de las importaciones y el 40 por 100 de las exportaciones. El valor total del comercio extranjero de Nueva York ascendió a 1.521.966.090 pesos oro en 1909.

Según uno de los últimos censos había en Nueva York 20.839 establecimientos fabriles, o sea próximamente una décima parte del número total de fábricas de los Estados Unidos. En dichas fábricas trabajaban 467.716 obreros que sus familias constituían el 50 por 100 de la población de la ciudad. Sus jornales ascendían a 248.128.259 pesos oro anuales, cantidad igual a los ingresos del presupuesto de la nación.

El valor total de los productos fabricados en 1905 fué de 1.526.523.006 pesos oro.

Nueva York es el centro editorial de los Estados Unidos. La circulación de todos los periódicos llegó a la cifra de 37.660.382 en 1905. El capital empleado en toda la nación en negocios editoriales era de 289.588.524 pesos oro, de los cuales corespondía el 21 por 100. En Nueva York ven la luz más de 900 publicaciones en

veintitantos idiomas diferentes, lo cual demuestra el carácter cosmopolita de la ciudad.

La potencia bancaria del mundo se calcula en 47.750.300.000 $ oro, de los cuales 17.642.700.000 están en los Estados Unidos, y de ellos 4.553.700.000 en Nueva York.

En 1908 la existencia de dinero en los Estados Unidos era de 3.378.800.000 pesos oro, de los cuales 1.362.900.000 o sea el 40 por 100 se hallaba en los bancos como reserva. Sólo en Nueva York ascendían estas reservas bancarias a 493.000.000 pesos oro.

Las transacciones realizadas en la Bolsa de Nueva York ascendieron a 20.429.098.660 pesos oro en 1909.

Nueva York tiene dos Universidades, siete colegios de estudios superiores para hombres, dos para mujeres y uno para ambos sexos; en total, doce instituciones de altos estudios con 1.306 profesores y 11.372 estudiantes. Hay también cuatro semanarios teológicos con 381 estudiantes, cinco escuelas de leyes con 2.416 alumnos, diez escuelas de medicina con 2.506, tres escuelas de arte con 2.244, cinco escuelas de música con 1.772 y una escuela de comercio con 809. Las Universidades y colegios tienen fincas y capitales por valor de 52.144.033 pesos oro y un ingreso anual de 5.470.066. Las academias particulares de Nueva York tienen treinta y ocho edificios y otros bienes valorados en 5.594.199. Sus profesores son 514, y sus alumnos 8.318 y sus ingresos anuales 1.442.270.

La ciudad pagó en 1909, 36.319.624 pesos oro a las escuelas públicas de educación.

En dicho año acudían a estas escuelas 730.234 educandos. Además había 120.290 alumnos matriculados en escuelas nocturnas superiores y elementales. El número total de profesores era de 17.073.

En Nueva York hay cuarenta y tres puentes, cuatro de ellos clasificados entre los más grandes del mundo. Por los tres puentes principales han llegado ha pasar en un día 567.686 personas.

El crecimiento de Nueva York se demuestra con las estadísticas de edificación. El número total de edificios erigidos o proyectados en 1909, fué de 19.185 y su valor de 253.905.267 pesos oro.

Los libros del mundo

En el mundo se imprimen anualmente, por término medio, tres mil quinientos setenta y cinco millones de libros.

En una estadística recientemente publicada figuran los Estados Unidos con un total de 700 millones de libros vendidos, y Europa occidental, que es la parte más intelectual del mundo, acusa una venta de 1.800 millones. En la Europa oriental la cifra no pasa de 460 millones.

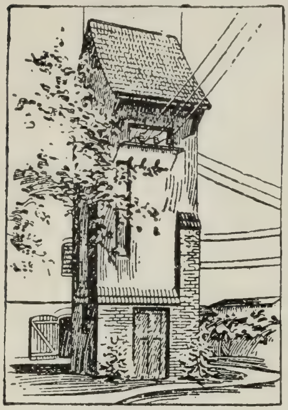
El número de libros nuevos que ven la luz anualmente se distribuye en la siguiente forma: Alemania, 25.000; Francia, 13.000; España, 12.000; Italia, 10.000; Inglaterra, 7.000. Las demás naciones, figuran con un total englobado de 63.000 libros nuevos al año.

En conjunto puede calcularse que los lectores de todo el mundo tienen 205 novedades cada día.

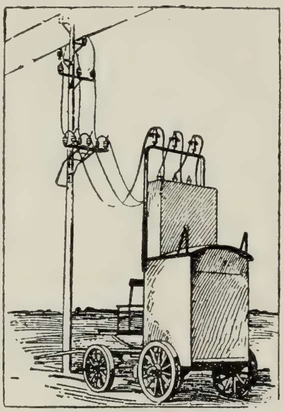
Por las cifras expuestas se ve que los alemanes son los más aficionados a leer. En los demás países no faltan autores; lo que faltan son lectores.

De todo un poco

DISTRIBUCIÓN DE ENERGÍA ELÉCTRICA EN AGRICULTURA.—La transmisión de electricidad a grandes distancias es uno de los problemas más importantes con que tropiezan hoy los ingenieros. Siempre se presentan nuevas dificultades que vencer, y el problema de la distribución es uno de los obstáculos que han impedido que se generalice el uso de la electricidad en las casas de campo.



Los dos grabados que acompañan a estas líneas reproducen dos transformadores, uno fijo y otro móvil, usados en Alemania para recibir energía eléctrica de las líneas de transmisión, y distribuirla en los pueblos para las necesidades de la agricultura.



En las grandes explotaciones agrícolas y en los pueblos que gastan energía eléctrica, los transformadores se instalan en cabinas de ladrillo.

También se usan transformadores portátiles que se llevan de un punto a otro y se enganchan a la línea de transmisión donde más conviene para mover arados, segadoras, molinos y demás máquinas agrícolas.

Un notable ejemplo de la distribución eléctrica rural se encuentra en el norte de Alemania, donde funcionan dos estaciones generadoras hidroeléctricas, y suministran energía a las tres estaciones transformadoras principales, que la distribuyen entre 152 pueblos y granjas. La mayor de las dos estaciones generadoras se halla en la inmediaciones de Borkendorf.

FOBIAS VERBALES.—No es raro el caso de personas cultas y capaces de expresar sus propios pensamientos con toda claridad que, al verse obligados a hablar en público, balbucean, y a veces llegan a enmudecer. Tan desagradable accidente ocurre a quien se halla atacado de una enfermedad particular de la médula, que pertenece al grupo de las "fobias verbales", y de la cual se conocen algunos ejemplos curiosos. Refiere "Il Corriere della Sera" que cierto individuo, dotado de clara inteligencia y poseyendo en toda su plenitud el uso de la palabra, se atropella siempre que tiene que pronunciar un vocablo que comienza con la sílaba "cu" y sólo consigue vencer el obstáculo aplicándose una palmada en la garganta.

Otro individuo, hablador perfecto, sufre ligeras crisis, durante las cuales se siente atacado de un absoluto mutismo que suele prolongarse a veces hasta cinco minutos.

Pero he aquí un caso aún más extraño: Un oficial que mandaba un pelotón en la plaza de armas, después de haber pronunciado la palabra "¡marchen!", comenzó a pensar en lo peligroso que sería si no pudiese dar a tiempo la voz de "¡alto!", porque, en efecto, los soldados se movían en aquel momento en dirección a un extremo de la plaza limitado por un precipicio. Mientras el oficial se preocupaba con tan extraña idea, los soldados continuaban marchando.

La preocupación del oficial aumentaba por instantes, y el miedo de no poder articular aquella palabra llegó a ser tal, que cuando se decidió a pronunciarla, le fué materialmente imposible hacerlo. Entonces precipitóse hacia los soldados, que habían llegado ya al extremo de la plaza, y los detuvo con las manos, haciendo gestos y lanzando extraños gritos.

EL PUNTO CIEGO DE LOS OJOS.—De puro sabido resulta olvidado que una pequeña parte de la retina que corresponde al principio del nervio óptico es ciega. Según Volkan, este punto, extremadamente pequeño, corresponde exactamente en tamaño a la arteria que hay en el centro del nervio óptico. El punto ciego está situado en el eje del ojo. El fenómeno no se nota mirando con los dos ojos porque uno suple la falta del otro.

Esta particularidad de la vista se conocía ya hace 100 años y se prueba su existencia con el siguente experimento.

Ciérrese el ojo izquierdo y diríjase la mirada del derecho en línea recta hacia el aspa de este

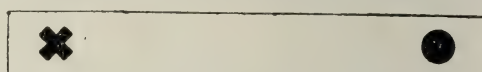


diagrama poniendo el papel a la altura de los ojos, a medio metro de distancia.

Poco a poco váyase acercando el papel hacia la cara sin apartar la vista del aspa y se observará que llega un momento en que el punto desaparece, sígase acercando el papel y el punto volverá a aparecer.

El fenómeno se debe a que la línea de visión ha pasado por el punto ciego del ojo.

EL PELIGRO DE LOS COLORES A LA ANILINA.—Nunca se insistirá demasiado sobre los posibles daños que puede ocasionar la substancia extraída del alquitrán de hulla, llamada anilina. Ella es la culpable de numerosos envenenamientos causados por las tinturas capilares; el veneno manifiesta frecuentemente su acción por terribles hinchazones. También es muy común que las medias de color, teñidas con anilina, produzcan erupciones muy dolorosas.

La tinta violeta no es menos temible. Si, como es muy fácil, se pone en contacto con una herida, seguramente producirá sobre ella una acción nociva; hay muchos niños que tienen la mala costumbre de llevarse los dedos a la boca, y cuando tienen éstos manchados por tinta de esta clase, más, pues la quieren disolver con saliva; no hay que decir lo que se ha de evitar esta operación, a la vez sucia y peligrosa.

Hay que advertir que también existen tintas negras y de otros colores a base de anilina, y que tanto cuidado se ha de tener con éstas como con la violeta.

EL ORIGEN DE JUEGO DE LA MOSCA.—Muchas personas creen que el juego que los yanquis llaman "fly-loo", y que tan de moda se ha pues-

to, es nuevo y de origen americano, pero no hay tal cosa. Los franceses salen ahora reclamando la paternidad de la diversión, y en apoyo de su aserto aducen varias pruebas concluyentes.

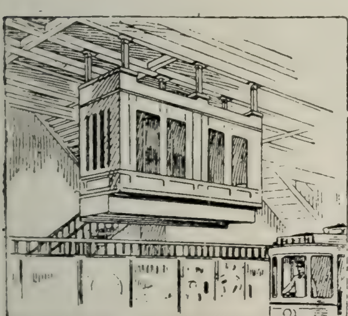
En la "Revue de París" del año 1838, se lee:

"Cuando el rey Luis XIV prohibió los juegos, los jugadores se reunían en una sala baja, se sentaban en derredor de una mesa, y ponía cada uno ante sí un panal de miel y una moneda de oro. Una mosca era la que decidía la suerte; la primera que se posaba sobre la miel representaba oficialmente la fortuna. El jugador favorecido por el insecto recogía todas las monedas. Presidía el juego el más profundo silencio, y no se pronunciaba ninguna fórmula aleatoria. La policía no podía impedir razonablemente que se reuniesen unos cuantos amigos con unos panales de miel y que uno de ellos recogiese el dinero de sus vecinos, cuando éstos no se oponían a ello."

Musset no sólo no ignoraba las sutilezas de este juego, sino que en su novela "Frederic et Berneretto", lo practican los personajes en una forma parecida a la anterior. Bernerette toma una mosca y dice a sus amigos:

—Cojamos ahora cada uno un terrón de azúcar y pongámoslo delante, encima de esta mesa. Echemos cada cual una moneda en un plato; esto será la puesta. Que nadie hable ni se mueva. Dejad que la mosca se espabile; ya revolotea; va a posarse en un terrón para dejarlo en seguida e irse a otro, y de éste al de más allá, según su capricho. Cada vez que se detenga sobre un terrón de azúcar, tomará su propietario una moneda del plato hasta que se quede vacío, y entonces volveremos a empezar.

Salón de espera en el aire.—Para el tranvía de Boston de la línea Forest Hills, se ha construído recientemente una originalísima y práctica sala de espera, que se sostiene en el aire y que no es ni más ni menos que un ascensor como el más pequeño de la torre Eiffel. El objeto de semejante aparato no puede ser más útil.



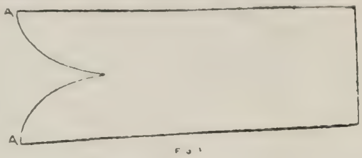
Mediante él no ocurrirá en lo sucesivo que los viajeros se atropellen para tomar el tranvía. Entrarán primero en el ascensor, que tiene la misma capacidad que el tranvía, y quedarán en el aire para no interrumpir el paso de otros vehículos.

Llega el tranvía, baja el salón, se acopla al coche y el público emprende el viaje.

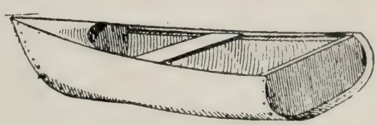
La antropofagia en el Ubangui.—La "Salut Public" de Lyon reproduce una carta de monseñor Angouard al cardenal Ledochowski, prefecto de la Propaganda, diciendo entre otras cosas que en el mes de septiembre pasado recorrió el R. P. Allaire las aldeas de la orilla derecha del Ubangui (Africa ecuatorial), y pudo observar que aquella gente practica la antropofagia de un modo espantoso.

Llevan los esclavos al mercado, y el individuo que no puede darse el lujo de adquirir un esclavo entero, compra solamente un miembro. Si, por ejemplo, el cliente escoge un brazo, le hace una señal longitudinal con una especie de tiza blanca, y espera a que se presenten más compradores que se queden con las demás partes del cuerpo vendidas así, al por menor. Entonces se le corta la cabeza al desgraciado esclavo y se reparten sus despojos los que los han adquirido.

Cómo se hace un bote de acero.—Los materiales principales son dos trozos de chapa de metal galvanizado, a ser posible, de largo igual al de la mitad del bote.

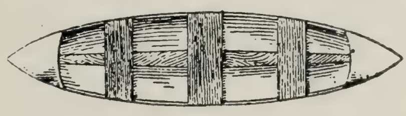


Cada una de estas chapas se recorta dándola la forma que indica la figura 1. Los extremos AA se unen sujetándolos con roblones remachados. La parte puntiaguda del extremo se tapa y se suelda para formar un compartimento impermeable al aire.



Las dos mitades del bote pueden unirse de dos modos diferentes, bien con roblones remachados, bien poniendo un grueso mamparo en cada mitad, como se ve en la figura 2, y uniendo ambos mamparos con el asiento como indica la figura 3.





Si se adopta este último sistema los bordes metálicos de cada mitad deben encajar muy justamente uno en otro y quedar bien sujetos con los montantes del asiento central. De este modo, en caso de accidente basta desencajar el asiento para desprenderse de la mitad del bote que haya sufrido la avería, y el tripulante puede seguir navegando con perfecta seguridad en la mitad que quede a flote. Los asientos se hacen de madera y el bote se pinta exteriormente con pintura de buena calidad para resguardarle de la acción del agua.

La duración de una pluma. — A cuantos escriben con pluma de acero y saben la frecuencia con que hay que cambiarlas, les chocará seguramente la noticia que tomamos de un periódico extranjero: Tackeray escribió durante dos años dos largas novelas con una sola pluma. Francofort Moore tiene una pluma con la que ha escrito cerca de dos millones de palabras, y el más maravilloso de todos es Oliver Mendell, que usó la misma pluma cerca de treinta años en cuyo tiempo escribió 12 millones de palabras.

Nosotros habíamos experimentado la conveniencia de clavar en un pedazo de patata la pluma, después de escribir, para evitar su oxidación; pero, francamente, no teníamos idea de la duración maravillosa que han sabido dar a sus plumas los citados escritores.

Los héroes de la fantasía.— Teseo

GRECIA personificó en este héroe la emulación. Las hazañas estupendas y portentosas del divino Hércules llenaban todo el ancho de tierra cuando Teseo, niño, las oía con ardor y desasosiego. Los monstruos y los bandidos surgían por todas partes, no rendidos aún, ni vencidos tampoco por el más fuerte de los hombres. Teseo, predestinado a conquistar un reino por la fuerza de su brazo, quiere obedecer la voz de su destino y su madre entonces le revela el secreto de su nacimiento. Es hijo de Egeo, rey de Atenas, que no podía recibirle como no lleve en señal de reconocimiento la espada y las sandalias que dejó bajo un enorme peñasco.

Logra recoger este legado, y en posesión de ambas prendas se lanza a las aventuras, divorciándose de una tranquilidad sin gloria. El gigante Sinnis, que destrozaba a los hombres blandiendo sobre ellos un árbol; Perifetes, que los torturaba con una maza; Procusto que extendía a los viajeros sobre un lecho que estrechaba y encogía a su gusto para supliciarlos por manera horrible, fueron vencidos y desarmados por el joven príncipe.

Teseo se presenta en Atenas, pero tan escasamente vestido que los obreros encargados de concluir las obras del templo de Apolo Délfico se burlan de él. Encendido en ira, el héroe se acerca a un carro cargado de materiales, desunce a los bueyes y lo lanza sobre el edificio por toda contestación, y después se presenta a Egeo. Medea esposa del rey, adivina en el extranjero un rival y trata de envenenarlo, pero no lo consigue. Se da el héroe a conocer a su padre y le defiende de los olígarcas que tratan de mermarle poder, derrotando a los Palátidas, jefes del movimiento.

Para satisfacer a las masas emprendió luego uno de los trabajos más célebres de su vida: la captura del toro de Moratón, un toro rabioso que asolaba la comarca y llenaba de terror a las gentes. Teseo le ataca, le aprisiona y cargado de cadenas, le lleva ante los atenienses sacrificándolo en el ara del templo de Apolo.

Otra hazaña más portentosa le tocaba cumplir y llevar a feliz término; la liberación a Atenas de un deprimente tributo. Minos, rey de Creta, para vengar el asesinato de su hijo Andrógeo por los atenienses, cada año exigía de ellos un número determinado de jóvenes de ambos sexos que inmolaba o destinaba a la esclavitud. Al llegar el plazo, Teseo se hace conducir entre las víctimas y parte para Creta resignándose, en apariencia, a ser devorado por el Minotauro. Llega a su destino, alcanza la compasión y el amor de Ariadna, la hija del tirano y por ella puede salir del laberinto donde debían perderse los reclusos para ser sacrificados. Un ovillo que le diera a la entrada de la horrorosa cripta, su amada, soltándolo a medida que avanzaba le sirvió para salir de aquel seno de la muerte.

La conclusión y premio de tales trabajos fué para Teseo que Atenas le otorgara la dirección de los negocios públicos y que él sentara definitivamente la unidad nacional del pueblo griego haciendo de Atenas la metrópoli y el centro político del Atica, infundiéndole al mismo tiempo paz y serenidad.

Pasatiempos de invierno

Una colección de juegos

Comienzan esas interminables tardes lluviosas del invierno tan aburridas para la gente menuda y aun para los grandes si se trata de un día de fiesta y no hay humor para pasarse horas enteras en el café o en el teatro. En esas tardes, cualquier pasatiempo nuevo es recibido con júbilo.

Aunque no nueva precisamente, vuelve a estar muy de moda la diversión de las sombras chinescas, que si están bien hechas distraen mucho a los niños. Pero ya no se trata de las antiguas sombras de la mano; ahora, con un poco de imaginación pueden hacerse funciones enteras con siluetas.

Las aventuras de cualquier personaje tradicional pueden dar motivo para una representación de este género; la historia de Don Quijote, la de Robinsón, y hasta las aventuras del muñeco de Don Pucho o de cualquier otro héroe de historieta, son asuntos que siempre tendrán aplausos.

Las únicas cosas necesarias para esta diversión, son una sábana blanca, una luz fuerte provista de un reflector, cartulina, tijeras y goma.

Los personajes se recortan de cualquier periódico ilustrado, o se copian o dibujan a capricho si hay habilidad para ello. Después de pegarlos en cartón, se fijan en lo alto de una cañita un poco partida por una punta para encajar allí la figura. Esta cañita sirve para manejar las figuras como en un guiñol, sin que se vean las manos de los que las sostienen. Se cuelga la sábana delante del auditorio, se coloca la luz detrás, y entre la luz y la sábana se mueven los muñecos, teniendo en cuenta que cuanto más lejos de la sábana estén, se verán más grandes, pero menos claramente.

Terminada la representación, puede darse otro espectáculo, que consiste en dibujar las siluetas de los presentes, proyectando la sombra de su perfil sobre un papel puesto en la pared, recortar estas siluetas y proyectándolas después sobre la sábana para que el auditorio acierte a quién representa cada una.

También son muy entretenidos los juegos con premio. Uno de ellos consiste en poner sobre una bandeja unos cuantos cromitos o estampas de animales, tapándolos con una servilleta. Cada uno de los presentes saca una de las figuras sin que los demás la vean, y en seguida imita los movimientos, no la voz, del animal representado, para que los demás adivinen cuál es. El que mejor hace la imitación, de modo que se acierte inmediatamente lo que ha querido representar, es el que se lleva el premio.

También puede hacerse una parodia de concurso hípico. Todos los niños presentan sus caballos de cartón, chicos o grandes, nuevos o rotos; el caso es divertirse. Cada cual procura ensalzar los méritos de su caballo y hasta, si lo exige la persona encargada de otorgar los premios, hacer marchar al juguete por el suelo o por encima de la mesa.

Tales son los entretenimientos que indicamos a nuestros lectores para que se diviertan en las largas veladas de invierno.

El Hogar

Revista quincenal para las familias

Año X. | BUENOS AIRES, 2 DE JULIO DE 1913. | N.º 233.

DAMAS ARGENTINAS



Señora María Luisa Quintana de Rogríguez Larreta

Fot. Merlino.

Notas de la Quincena

De las noches camperas con sus frondas misteriosas y sus estrellas solitarias, sus rumores de hojas, sus perfumes de tierra arada y sus lánguidos silencios de doncella ávida de amor, ya nos han dicho bastante los poetas románticos, pálidos enamorados de la luna,—pero ¿quién nos ha dicho de las noches metropolitanas, a esa hora en que el vicio, la vagancia, el crimen, las pasiones, todo lo que forma la resaca social, asoma a la superficie y asume el imperio de la ciudad dormida?

Buenos Aires, como el París de Víctor Hugo, y aun con razones más poderosas, presenta características propias en su vida nocturna. De las deformaciones sociales que aprovechan esas horas para reventar como un hervidero de larvas vermiformes, no os hablaré hoy, sino de la vagancia, y especialmente en cuanto esta se refiere a mujeres, a niñas, diré mejor, cuya regeneración debía intentarse y cuya suerte no puede ni debe depender del medio ambiente fatal y vicioso en que pululan.

Figuraos, vosotras, almas femeninas, honestas mujercitas que dormís al amparo del hogar en lechos cómodos, acaso velados por la imagen del santo predilecto colgada a la cabecera, figuras, digo, la caravana de pobres muchachas y mujeres sin familia, sin hogar, sin nadie en la vida, que asoman, apenas las luces artificiales rasgan las tinieblas, como visiones fantásticas, por las aceras del centro, que merodean en busca de la limosna o del mendrugo hallado tras empeñoso hurgar en el cajón de basura que por acaso se colocó en la puerta para evitar el madrugón de la sirvienta... Y las horas corren, y la caravana se disgrega. Algunas tienen un sitio donde pasar la noche; otras, las más, no lo tienen. He ahí porqué se ve en estas noches destempladas, frías y húmedas, cuerpos flacos mal envueltos en ropas de mujer, ocupando los quicios de las puertas, bajo la impasible mirada de los agentes de policía. Y es así como otras desgraciadas vagabundas gastan sus treinta o cuarenta centavos, durmiendo en los tranvías... ¿Me preguntáis cómo? Os responderé lo que ve todo el que viaja a altas horas de la noche en las líneas permanentes, de largos recorridos, como sabéis; Boca, Barracas, Belgrano, Floresta... Mujeres, muchachas, repito, que toman el tranvía en el centro y duermen apenas pagado su boleto, y así llegan al final del viaje, y si allí el guarda las despierta para exigir un nuevo pago o para interrogarlas sobre si descienden o siguen, abonan otros diez centavos para disfrutar otra hora y pico de sueño, repitiendo la operación tantas veces como la necesidad o sus recursos lo permitan... Pienso que esto ocurre por pura despreocupación de las autoridades encargadas de extirpar la vagancia y de amparar la adolescencia huérfana o abandonada. Entre esas mujeres hay muchachas que aún no han llegado a su mayoría de edad; lo que ellas hacen, lo verifican asimismo muchachos sin casa ni familia; ahora bien, ¿no existen entre nosotros leyes contra la vagancia? ¿Por qué no se aplican si existen, o se dictan si no las hay? Los guardas de tranvías debieran dar cuenta a los agentes de facción cuando un menor o una muchacha repitiera su viaje en el tranvía sin otro objeto que dormir, y la autoridad policial, conducir a los asilos, o por lo pronto a los calabozos de las comisarías, a estos vagabundos, para proveer a su posterior destino,—y de los quicios de las puertas y de los bancos de las avenidas, los señores agentes deberían hacer una levantada general sin otra excitación que el cumplimiento de su deber; los menores tienen un ministerio Pupilar con legítimo derecho para intervenir en su vida y en la orientación de ella; los demás vagos, supongo que habrá autoridad legal para asilarlos, o siquiera para salvarlos de la intemperie en las noches atroces de la estación invernal... Y si la previsión oficial no ha llegado hasta amparar esas miserias, ahí os las muestro, señores filántropos: ¿que la holganza no os es simpática y que estos seres habituados a vivir sin contralor alguno, son reacios al orden de un asilo? ¡Oh! la máxima cristiana: "¡haz bien y no mires a quien!" Y vosotras damas pudientes, pensad en esa triste falanje de pobres mujeres haraposas, aferradas por la mano del ocio, que es hermano del vicio,—pensad en sus días lívidos, en sus noches heladas, cuando duermen tiradas en el mármol de un umbral o sobre las maderas de un banco... Y en esas jóvenes existencias que la vorágine de la holganza y de las malas pasiones atrae cada día un poco más... ¡Dios mío! Y después de saber de todo esto, ¿es posible creer en la perfección humana? ¡Cuánto, cuánto, hay que redimir, que levantar, que purificar, que salvar, para ponernos en camino!

Un escritor español, observador profundo, que ha escrito y escribe de vez en cuando sobre cosas nuestras, decía no ha mucho, que notaba con extrañeza, cuán pocos viejos se veían por nuestras calles. Si el escritor mencionado, hubiera profundizado un poco más su idea, fácilmente se explicaría por qué nuestros viejos se quedan todo cuanto pueden en el retiro tranquilo de su casita; el ambiente callejero con esa incultura que casi creo exclusivamente nuestra, es hostil a la ancianidad. Todos los respetos que las cabelleras blancas inspiraban a las civilizaciones antiguas, han desaparecido en nuestra civilización porteña; empieza el mal en el propio hogar y se expande al exterior con esa increíble fuerza con que se propaga lo malo. Desde que el padre y la madre, pasaron a ser casi despectivamente "el viejo" y "la vieja" a quienes no se hace mayor caso porque sus consejos y sus amonestaciones y sus advertencias, son solamente "cosas de viejos", la falta de respeto a la ancianidad quedó consagrada. Sale la viejecita, y al cruzar la calzada, el cochero o el chauffeur la dirigen una lluvia de improperios porque no corre a fin de que ellos no se molesten con dos minutos de espera; quiere tomar un tranvía y el motorista no hace caso de sus señas; si en vez de viejecita es un caballero anciano, el caso es peor, pues que él, al trepar con el coche en movimiento, corre inminente peligro de caer y matarse. ¿Se trata de compras? Ellos, los viejos, son los últimos en ser atendidos; se les da cualquier cosa porque ya su vista no es clara ni su gusto exigente. Si con todo esto no queda claramente dicho por qué nuestros abuelos están más tranquilos en su retiro que en la calle, confieso que no sé a que se llaman claras razones... Y si creéis que he exagerado, os remito a los mil casos que a diario podéis observar en la hirviente vida de nuestra vasta metrópoli.

Lola S. B. de BOURGUET.



Los ojos grises

No es suficiente—continuó el juez de instrucción—es necesario que explique el hecho.

—Para explicar el hecho—respondió el procesado—tendría que explicar, previamente, las causas del hecho, y esto sería demasiado largo; además, sería inútil, porque no se me entendería.

—Estamos aquí para escucharle; cuente todo, lo mejor y lo más claro posible.

El hombre hizo un movimiento de indecisión y por fin replicó:

—¿Para qué voy a molestar la atención del tribunal? Prefiero confesarme reo.

—Ya se le ha dicho—dijo el juez impaciente—que no basta; es preciso exponer el hecho.

—Sea—dijo el acusado después de breve lucha interior.—Nada probaré, porque no podrían comprender la prueba. La vanidad del hombre es siempre un obstáculo para sí misma.

—Tenga usted cuidado con lo que dice.

—Digo, con Flammarión, "que aunque nuestro saber es equivalente a nada, y nuestra realidad una apariencia vacía, somos lo bastante presumidos para creer que gobernamos la naturaleza."

—¿Y a qué viene eso?

—A que, cuando no sabemos entender, sabemos burlarnos. Es lo mismo que, cuando no podemos concebir a Dios le negamos, sin tener en cuenta siquiera que un Dios comprendido intelectualmente sería más pequeño que nuestra inteligencia, y por lo mismo, no podría ser Dios. Lo limitado...

—Bueno—gritó el juez—no abuse de la paciencia del tribunal; vamos a lo que tenga relación con el hecho.

—Suplico al tribunal que escuche primero los antecedentes.

El hombre pareció recogerse en sí para evocar sus recuerdos y comenzó:

—¡Los ojos grises!... Tuve, desde niño, animadversión hacia ellos. Y no, ciertamente, por por un acto reflexivo, que en esos primeros años de la vida no lo hay, sino por algo que sólo era conocido en las sombras del instinto.

—¿Qué tiene que ver aquí el color de los ojos? —interrumpió el juez.

—Para explicar efectos, es necesario exponer causas.

—Ruego al tribunal que tenga paciencia—dijo el abogado—y permita hablar a mi defendido.

—Que siga.

—El instinto, sin duda el instinto, era el que se exteriorizaba en mi cara con un gesto de repulsa y en mi cuerpo con un ademán de repugnancia. Para que vea el tribunal hasta qué límite llegaba, he de recordar que, cuando me miraba un gato que en casa había, clavando en mí sus plúmbeas pupilas, sufría de tan horroroso modo, de tan cruel manera, que no era susto lo que de mí apoderábase sino terror. Así es que, en cuanto las personas a mí allegadas convenciéronse de que no era mi actitud una pamema de niño mimado sino un dolor hondamente sentido, decidieron regalar el gato. Esto, un tanto, me tranquilizó. Luego, con los años, se fué acentuando en mí esa instintiva aprensión; a compás que el espíritu se iba robusteciendo, fortalecíase también aquel odio, que en mí germinaba en cuanto veía unos ojos grises; pero nunca llegaba a comprender, a darme exacta cuenta de la razón de aquel sentimiento. Por mi lado, en el correr de mi existencia, pasaron muchos, muchísimos seres, sin que en mi memoria dejaran recuerdos, y recuerdos desagradables, más que las contadas personas con ojos grises cuyo trato, por imperiosos mandatos de la vida, no me fué posible rehusar; pero como no había hecho amistad con ninguna, no llegaron jamás a perjudicarme seriamente. Más daños recibí de otros seres que no tenían los ojos grises; ahora que yo, a éstos, no les daba importancia; tuve siempre, para todo, una gran indiferencia, la indiferencia que debe tener quien sabe analizar lo que dictan los actos que van formando los sucesos. Y esta indiferencia que había en el fondo de mi ser, me daba una aparente bondad, para muchos inexplicable, porque no podían comprender cómo ante el mayor desafuero que se cometiera conmigo, me encogía de hombros y me quedaba tan tranquilo. Pero ésta, llamémosla bondad, fruto de mi idiosincrasia, no alcanzaba nunca a unos ojos grises; con éstos fuí intransigente. La repulsión que me causaban esos ojos tras los que parecíame se ocultaba un alma capaz de retener toda maldad y de abrigar las más bajas pasiones, era más fuerte que yo. Claro que ésta la creía una consideración subjetiva, que en modo alguno hubiera elevado a definitiva, pues tampoco sentía la misma sensación ante todas las diversas tonalidades de grises que existen. La causa de mi horror era una, no sé cómo definirla, una que por fortuna la encontraba pocas veces, aunque sí las suficientes para hacer la observación

de que esos ojos están dotados de un poder magnético especial, inconfundible, completamente suyo, y que este poder era el que me producía esa sensación desagradable, esa antipatía, ese odio.

Y todo esto me llevó a la convicción de que mi sufrimiento no era producto de una idea descabellada, ya que, de modo continuo, venía apoyándose en la sólida armazón de concienzudas observaciones, si bien las causas permanecían en una ley oculta. Y digo una ley oculta, porque la tonalidad a que yo me refiero no la da, seguramente, ninguna causa anátomo-fisiológica, sino esa fuerza que emana de la psiquis del individuo.

El hombre hizo una pausa. Los jueces le miraban en silencio, y en sus caras había un gesto de extrañeza indefinido. Aquél continuó:

—Todo esto pasaba antes de conocer al muerto. Cuando conocí a éste, quien tenía los ojos grises, decidido a vencer aquel sentimiento de odio, a curarme de lo que ya iba creyendo una estúpida obsesión, entablé amistad con él. Pues bien, esta amistad, después de una serie de cosas que entre nosotros pasaron, me sirvió para explicarme, para ver claramente, sin la menor duda, la causa de lo que podía llamarse mi manía. Ruego al tribunal que, por lo menos, no se burle de mí. Los ojos grises no eran más que... ¿cómo explicarlo?, las ventanas por donde se asomaba un espíritu enemigo mío. Si yo tenía un espíritu que me odiaba y que me perseguía toda la vida, y este espíritu me hacía sentir su presencia siempre que encontraba ocasión: una persona con quien armonizara su flúido. Pero como yo de estas personas había huído instintivamente, ni él había tenido oportunidad de hacerme daño ni yo de conocer su existencia. Luego, puestos en contacto, por medio de mi amigo, las cosas cambiaron, y las perrerías que me hizo no tenían fin.

—Si era un espíritu, ¿qué podía hacerle?

—Ahí está la cuestión. Al parecer, era mi amigo el autor de todo, pues de éste servíase el malvado. Afortunadamente mi espíritu, aunque estaba influído por el otro, no había perdido su cualidad de observador, y así me había podido dar exacta cuenta de que en el muerto había dos personalidades: una incapaz de perjudicarme y otra que me odiaba terriblemente, tanto, que, por no saberse contener, se descubrió, y una vez descubierto, fué cuando se entabló la lucha que debía concluir con uno de los dos, y que, por un accidente, concluyó con el instrumento que a él le servía, con mi amigo... Y ya estamos en el hecho.

—Expóngalo tal como ocurrió.

—Deseando salvar a mi amigo de la posesión que sufría, y para evitarme yo las persecuciones, decidí la destrucción del espíritu, ya que otros medios, intentados con el mismo fin, habían fracasado. Para eso, preparé convenientemente unas puntas de acero, una espada, y esperé un momento oportuno para, aprovechando un descuido, aprisionar al espíritu y deshacerlo; pero el maldito conoció mi intención antes de que yo tuviera tiempo de cumplirla. Cuando vi que se me escapaba, ciego de ira, empecé a dar sablazos en el aire, sin fijarme en que mi amigo, por la salida brusca del espíritu, se había desmayado y caído sobre las puntas de acero que estaban a su espalda... Lo demás, ya lo sabe el tribunal.

—¿Qué razón tenían las puntas de acero? ¿No comprende que todo eso es absurdo?

—Más absurda parecería la explicación. Hablar en el siglo xx de círculos mágicos es sentar plaza de loco, irremediablemente. Ya dije, al principio, que prefiero confesarme reo. No tengo, pues, nada que agregar.



Tenían sus últimas palabras tal acento de seguridad, su mirada era tan franca y en toda su persona había tal solemnidad, que los magistrados quedaron en la misma actitud meditativa con que habían escuchado la narración del acusado. Por largo rato permanecieron sin que sus ojos se movieran ni un sólo músculo de sus caras se alterara. Parecía que un soplo de algo misterioso cuyo reino no fueran las regiones humanas, sino las ultrahumanas, habíalos petrificado. En efecto, en un orden moral, así era. Por sus mentes pasó, sin duda, la idea de que hay sucesos, muchos sucesos en la vida, que los va combinando siempre de una manera armónica lo que está fuera de ella... El defensor del reo aprovechó el instante de confusión en que se encontraba el tribunal para abogar por la absolución del irresponsable. Después de finir éste su perorata, el presidente, al hacer el resumen de la acusación y de la defensa, dijo que se debiera dictar el veredicto considerando el delito con toda clase de atenuantes... Así se hizo.

Angeles VICENTE.

LOS SECRETOS DE LA GRACIA



La gracia es, en el sentido etimológico de la palabra, una obra de caridad amable que se hace a una persona; definición exquisita, tan sugestiva como sutil.

La flor, luminosa y delicada, ¿no es también una obra de caridad ofrecida por la naturaleza, a nuestros ojos?

No es aventurado decir que la gracia es la flor del movimiento, porque recoger el vestido, saludar o beber con gracia son otras tantas flores que nacen de estos gestos cotidianos, para los que algunas mujeres poseen un arte incomparable, que las hace parecer de distinta esencia que la multitud que las rodea.

La gracia es la "Diana cazadora", es la "Venus Urania", sujetando su velo, es la "Victoria de Samotracia", es, en fin, toda la estatuaria griega que encarna a las tres diosas hijas de Júpiter y Yuno, clasificadas por Hesiodo en tres categorías.

Eufrosina, la alegre; Aglae, la brillante; Talía, la floreciente.

¿Qué mujer no desea poseer la gracia, este adorno más precioso aún que la belleza? Pero según parece, la gracia es un don. Sin duda; hay privilegiadas a quienes tocó la varita del hada maravillosa, cuando nacieron. Pero si es un don, es preciso cultivarlo, pues si no se rodea de cuidados minuciosos y constantes, se corre el riesgo de perderlo. También es un arte que puede adquirirse. Que nuestras lectoras, a quienes la gracia encanta, mediten sobre los consejos que para agradarlas y servirlas se han escrito, y conocerán los secretos de este arte femenino entre todos. .

No podemos hablar de la gracia, sin que reviva en nuestro espíritu el recuerdo del país helénico, con la alegría de su cielo puro, con sus danzas, con sus pastorelas, con todas sus aspiraciones hacia la belleza real, cuya influencia jamás ha cesado de actuar sobre las generaciones que siguieron, sufriendo tan sólo leves modificaciones, de acuerdo con los estados de ánimo y las fluctuaciones del gusto.

La gracia, a decir verdad, sufre la influencia de la moda; fué fría y mística en tiempos de la reina Ana; fastuosa con Catalina de Medicis; preciosa y atildada, bajo la influencia de la Pompadour, para afirmarse libre y audaz bajo el Directorio y el Imperio. Luego, melancólica y vacilante, apareció la gracia romántica de la cual nació la pérfida y burlona de las mujeres del Segundo Imperio.

De 1885 a 1900, reinó la gracia decadente y provocativa, influenciada por los cuadros de Burne Jones y que se reflejó en los cuentos perversos de Jean Lorrain. Emanaba del estetismo, que hizo estragos y produjo tipos muy curiosos.

Hoy la gracia femenina se inspira en gran parte en la literatura y en el arte. Merced a la admiración y conocimiento de las obras maestras de arte, se ha llegado a sentir esta necesidad de la belleza física, de la cultura de las líneas, de la armonía del cuerpo que buscamos para nosotros y para los que nos rodean, porque si bien reconocemos que en muchos casos la gracia es una condición innata, en otras personas es el fruto de una educación profunda, de una ciencia perfecta. Muchas veces la diferencia no es perceptible, este es el mayor elogio que podamos dedicar a esta ciencia antes de estudiarla, y aun podríamos decir de enseñarla; pues, si las mujeres siguen







El espejo, consejero de las gracias, es pretexto de gestos exquisitamente armoniosos.

La lectura permite el abandono, pero la gracia debe moderarlo.

El andar debe ser una armonía en movimiento.



La ternura inspira la gracia



Nada más hermoso que una mujer despojándose del abrigo



Dando a besar la mano

los consejos que damos más adelante, adquirirán progresivamente la armonía de las actitudes, la línea en el gesto y la flexibilidad en el andar. Ante todo, para adquirir la gracia, es preciso evitar la grosura. Para esto se recomiendan numerosos sistemas gimnásticos, sin hablar de los deportes al aire libre, que contribuyen a dar flexibilidad a los miembros al mismo tiempo que fortifican el organismo. Todos estos ejercicios no dan la gracia, pero su utilidad es indiscutible. Preparan, despejan por decirlo así, el camino que debemos recorrer para llegar al templo de amor en que se guarece la gracia. Uno de los puntos esenciales, en el que jamás se detiene la atención, es el pie, el calzado que determina la buena o mala manera de andar.

Para que el cuerpo conserve su equilibrio—primer comienzo de la gracia—debe tener una base, esta base es el pie, proporcionado al cuerpo. Ahora bien, aunque los movimientos de la cabeza y de los brazos sean bonitos, nunca podrá ser graciosa una mujer que lleve tacos exageradamente altos.

Citaremos al respecto el ejemplo de Mme. Charles Max, una de las más armoniosas bellezas de nuestra época, que no usa más que la sandalia griega sin tacos.

Así se explica su andar cadencioso y deslizante, de una distinción tan exquisita, que encanta...

Madame de Max sabe caminar...

Lo primero que hay que aprender, pues, es a caminar.

PARA esto existe más de un sistema. Uno de los más apreciados es la gimnasia rítmica de Jacobo Dalcroze, cuyos detalles complejos son difíciles de explicar aquí. Otro más reciente es el de Mrs. Watts, una gran señora norteamericana, que provocó una verdadera revolución el año pasado, en los círculos aristocráticos de Roma y París, a tal punto que no podía entrar una elegante en una casa del Faubourg sin que se le preguntara si había "trabajado" el arte de recoger graciosamente el pañuelo o de subir una escalera.



De visita

Aún actualmente en París, cuando ya Mrs. Watts se ha retirado a Capri en busca de nuevas fuentes de belleza, su sistema se sigue diariamente como los ritos de un culto. No hay una sola mujer enamorada de lo bello, que deje de practicar cotidianamente las flexiones de rodillas y los paseos alrededor de la habitación con la cabeza alta y el busto echado hacia atrás, siguiendo principio de Mrs. Watts.

Este principio consiste en no caminar con los talones, sino colocando primero la punta del pie, con lo cual se adquiere un andar acompasado de un porte incomparable.

Si se llega a adoptar este modo de andar, lo cual aliviana notablemente el peso del cuerpo, la gracia aparece; está ahí, muy cerca de la persona, y entonces el deseo de continuar el sistema se trueca en pasión; ya no se piensa en otra cosa.

PARA subir las escaleras se observan las mismas reglas correspondientes al andar; es decir, no inclinar jamás el busto hacia adelante, colocar primero el pie sobre el borde del escalón a fin de tomar el impulso que nos elevará al escalón siguiente.

¿Y para recoger un pañuelo caído al suelo? con el busto siempre recto y la cabeza alta se flexionan las piernas, como si se ejecutara el movimiento de un acordeón que se pliega, se recoge el pañuelo y el cuerpo se endereza nuevamente con un pequeño envión. Esta maniobra es de gran elegancia, la mejor manera de darse cuenta es ensayarla; la joven condesa de Vallombrosa, declara que desde que hace este



Ante el espejo



La taza de te



Los sports

ejercicio—escrupulosamente ejecutado todos los días—se encuentra más liviana y flexible.

Según parece, en Roma, donde Mrs. Watts ha dejado gran número de discípulas, las señoras de la alta sociedad se dedican con ardor a estos ejercicios cotidianos que les dan admirables resultados.

También ha enseñado Mrs. Watts a saltar desde un caballo que no se puede dominar; a volverse bruscamente, sin cortedad, para responder a un llamado; a levantarse y hasta a caer con gracia.

La condesa Greffulhe, cuyo aire y cuya silueta son una sinfonía viviente, ha seguido con escrupulosa regularidad y sigue aún los ejercicios prescriptos por Mrs. Watts.

Mme. Guy de Wendel es una de las fieles discípulas de este sistema.

En cuanto a la condesa de Beaumont y a la marquesa Casati que despiertan la admiración por donde pasan, ya vistan un sencillo traje de mañana o una toilette de gala, su arte es más sabio y más profundo, pues no sólo han aprendido la flexibilidad, la gimnasia rítmica de Dalcroze, sino que también han estudiado la danza, lo que les da ese porte tan extraordinariamente armonioso.

La princesa Ghika, da diariamente varias veces la vuelta a su habitación con los pies descalzos y con un ánfora en la cabeza, a fin de adquirir esa línea altiva del busto y de la cabeza que da cadencia y ennoblece el andar.

Mme. Charles de Max, a quien ya hemos nombrado, es una sacerdotisa de ritmo; el estudio de las armas es para ella el secreto de su elegancia tan flexible y correcta. Los movimientos de la muñeca y de la cabeza, minuciosa y regularmente seguidos, traen insensiblemente esa naturalidad del gesto.

TODOS los gestos de la mujer deben ser graciosos, pues no es admisible que se deje caer el abrigo con un movimiento digno de Cleopatra, y se tienda luego la mano a un amigo con un gesto tosco y mezquino. Adquirida, pues, la flexibilidad, debe obtenerse la amplitud en el gesto, y con la amplitud la mesura.

Regla general, la rapidez perjudica a la elegancia. La lentitud en el gesto, es una de las razones de la elegancia y también uno de los medios de la gracia.

Partiendo de este principio, jamás se debe subir rápidamente una escalera, ni preguntar jadeante al criado por la señora a quien se viene a visitar.

En un salón debe entrarse a paso lento y mesurado. Dar la mano a la dueña de casa, extendiendo completamente el brazo, y con una ligerísima inclinación de la cabeza hacia un lado: tomar asiento lentamente con la gracia aprendida a maravilla en uno de los sistemas a la moda, teniendo especial cuidado de que el cuerpo al inclinarse o al levantarse, dibuje siempre una curva armoniosa. Para esto, nada mejor que ensayarse ante el espejo.

Al saludar a una señora de edad se extenderá el brazo, flexionando ligeramente la rodilla e inclinando un poco el cuerpo hacia adelante.



La carta

La reverencia ya no se hace, pero esto es un simulacro de reverencia.

Cuando un hombre saluda a una señora, ésta deberá mover solamente el brazo, conservando inmóviles el busto y la cabeza; esto se hace lo mismo en los salones que en cualquier sitio público, exposiciones, tiendas, etc.

Las mujeres de la misma edad, tienen para saludarse entre ellas, gestos de una gracia infinita, o bien se extienden a la vez ambas manos, o bien colocan una mano sobre el hombro de la amiga, o le pasan una mano alrededor de la cintura para conducirla a un sillón. Raramente se besan. Es esta una costumbre que tiende a desaparecer, aun

Actitudes elegantes



entre los niños, muchos de los cuales, sólo le besan la mano a su madre, antes de salir.

Para pasar al comedor, la sonrisa con que algunas mujeres acogen al caballero que ha de conducirlas, es todo un poema de bienvenida, sin demasiadas promesas... pues el vecino que le toca en suerte, puede a veces ser bastante aburridor.

PERO el gesto gracioso por excelencia, el gesto que clasifica a la mujer como reina de todos los encantos, es el del abrigo: avanzar lentamente hasta la baranda de un palco, abarcar la sala de una sola ojeada antes de sentarse, y abrir negligentemente el suntuoso abrigo que oculta los hombros desnudos para tomar asiento con mesura y armonía, es todo un andante... El allegretto, es el lindo salto que lanza a una mujer del suelo al auto.

En este paso de la acera al coche, es donde únicamente se permite un poco de precipitación, y se comprende: no todas las mujeres tienen un lacayo que las siga, y cuando visten trajes de gala (muy excéntricos, pues así lo ordena la moda actual), es natural que no les guste retrasarse en la vereda.

Las artistas en coquetería no descuidan la gracia ni aun fuera de los ritos mundanos. La sonrisa con que una gran señora agradece la diligencia de un criado, pone tanta distancia entre uno y otro y es tan benévola a la vez, que más que un gesto es una expresión de infinita gracia.

Y ahora en confianza, daremos a nuestras lectoras algunos preceptos de gracia. que los escépticos, llamarán "trucs", palabra desagradable, pero cuyo sentido es significativo.

1.° Demostrar en una reunión un aire distraído, no demostrar más que un escaso interés por lo que se dice en derredor; esto os dará, lectoras, un aire enigmático... y nada sienta tan bien.

2.° Hablar lo menos posible, y cuando lo hagáis, hacerlo para decir cosas precisas; y sobre todo, hablar sin gestos. El gesto en la conversación es el enemigo de la gracia.

3.° En la mesa, saborear más que comer, y comer con gestos estudiados, haciendo lucir los brazos y las manos.

4.° Durante las recepciones o en el teatro debe tenerse en la mano un ramo de flores de largos tallos, que serán aspiradas de tiempo en tiempo; este movimiento de acercar las flores al rostro, es de una gracia que fué y será de todas las épocas.

5.° Cuidar el sonido de la voz, ¡cuántas mujeres pierden gran parte de sus encantos cuando abren la boca!

La voz en media tinta, baja, sin gravedad, puede obtenerse con un poco de paciencia, y es de una seducción infinita. ¡Estudiad, estudiad vuestra voz!

6.° Y última recomendación diremos que estas cinco "gamas" deben ejecutarse de la manera más natural del mundo sin que se note el menor esfuerzo; en esto consiste la mayor dificultad y si no se consigue, mejor es renunciar a ello. Sin embargo, una mujer coqueta es capaz de todas las metamorfosis, hasta hacerse bonita siendo fea por este solo y único medio: la gracia.

NADA.

Actitudes incorrectas



La Alegría del Hogar



Niño de Alurralde

Fot. Merlino



Niño de Depreti

Fot. Merlino



Adita Zuretti

Fot. Z. y Fiorini



Niños de Wehemeyer

Fot. Witcomb



Niña de Uribelarrea-Peña

Fot. Witcomb



Nena de Colombo

Fot. Merlino



Lo que no vuelve

SOBRES rectangulares de doble cubierta, de apagados tonos, maculados por sellos de correos, atravesados por aristocráticos caracteres angulosos que forman un nombre de mujer, ¡cuán desdeñosamente os miran los hombres... porque no vais dirigidos a ellos! Suponen que, en casos tales, sólo podéis encerrar chismecillos mundanos, detalles de tocador, pueriles consultas sobre achaques de modistería, protestas de fingida amistad. Y sin embargo... una afectuosa confidencia puso en mis manos, no ha mucho, a dos de vosotros, gris blanquecino el uno, levemente amarfilado el otro. Los plieguecillos que guardabais, y que devoró mi inquieta curiosidad, antojáronseme reveladores de selectas almas femeninas, y hoy los echo a los cuatro vientos, sin resquemores en la conciencia, ocurriéndoseme que estas indiscreciones con el público suelen ser las únicas discretas.

Laura queridísima: Me es imposible explicarte todo lo impresionada y conmovida que me encuentro al escribirte. ¡Permita Dios que pasen a tu alma querida estos sentimientos que agitan la mía!

He visto a Juan Pedro, hemos hablado íntimamente, me ha abierto su corazón dolorido. Pero voy a contártelo todo en orden, pues hasta ahora nada habrás sacado en limpio de mis frases atolondradas. Creo haberte referido que, próxima al Naranjal, donde habitamos desde la muerte de mi suegro, hay otra hacienda extensísima, con espléndidos terrenos para sembradíos y casi inexplotada por la escasez de capital de sus propietarios. Ultimamente lograron éstos venderla a una poderosa compañía agrícola que se propone darle enorme impulso; por lo pronto ya ha iniciado serios trabajos, encargado maquinarias... y nombrado cajero de la vasta empresa a Juan Pedro, el cual vive con sus chicos y sus criados en una casita construída expresamente para él, muy cómoda, muy clara, muy alegre y que, como me decía, sería una verdadera preciosidad si se viera en ella la mano diestra y cariñosa de una mujer. ¡Vamos! No sirvo para narradora; el interés me ofusca y me atropello en mi relato; no hagas caso "todavía" de lo que acabo de decir y sigue leyendo.

Tuvo mi marido que ir a la hacienda en cuestión a arreglar unos asuntos de linderos, y al regresar me dijo que Juan Pedro y sus chicos vendrían a vernos el domingo próximo. La noticia no me hizo ninguna gracia. Yo no podía perdonarle a ese caballero su conducta desleal contigo, y, desde entonces, cuando por azar le he encontrado, he esquivado su saludo en la calle y su conversación en sociedad; desaprobé, pues, el convite de Héctor, manifestándole que me iba a ser muy difícil cumplir con la necesaria cortesanía mis deberes de ama de casa... No fué así: el día indicado, poco antes de las doce, precedido de una nodriza mal pergeñada, con un angelote de un año en los brazos y trayendo de la mano a una pequeñuela de tres, que peinada y vestida como Dios manda sería preciosa, entró Juan Pedro, algo encorvado el cuerpo alto y fuerte dentro del traje de luto, un poco desguarnecida ya la amplia frente, mustio y con tal cual hilo de plata el bigote, antes tan dorado y enhiesto, cansada y meditabunda la expresión. Ríete cuanto quieras de mí y llámame romántica y sensiblera; pero te confieso que, ante el interesante grupo, mi sorda hostilidad se desvaneció como por ensalmo y acogí con tan efusiva ternura a los nenes como simpatía al papá. Durante el almuerzo sólo se habló de generalidades; pasamos luego a tomar el café a una glorieta del jardín desde donde veíamos jugar a los niños; a poco vinieron a buscar a mi marido y nos quedamos solos, callados, la mirada fija en el vacío, tal vez viendo ambos lo mismo: tu silueta ondulante, tu altiva cabeza, tu cara bonita con el contraste inquietador de los negros ojos pensativos y la boca maliciosa y pícara. Por fin él rompió a hablar; lentamente y con esfuerzo al principio, enardeciéndose muy pronto hasta atropellarse en sus labios las frases ardorosas. Renuncio a repetirte todo lo que dijo; no bastaría

una resma de papel; pero ahí va, con fidelidad posible, un resumen de sus frases, que ojalá encuentren generosa resonancia en tí: "Créame usted, Clemencia; la mayor falta, el error supremo de mi vida fué romper con Laura, y, lo peor de todo, romper enamorado de ella, porque nunca he dejado de estarlo. Es verdad que contribuyó algo su actitud orgullosa, pero de todos modos, yo soy el verdadero culpable. Bien caro lo he pagado. No se imagine usted por esto que no tuviera verdadero cariño a mi pobre mujer, bella, dócil, afectuosa, ¡una santa! Fuí un buen marido; puedo decirlo con tanta sinceridad como satisfacción; pero ni un instante olvidé a la novia abandonada, ideal compendio de todo lo noble y dulce de mi juventud, aunque usted juzgue poco verosímil esta complejidad de mis sentimientos. No la engaño a usted ni me engaño al analizar lo que experimentaba entonces, ni mucho menos exagero ahora al implorar de usted, nuestra protectora y confidente de tiempos felices, de su alma misericordiosa y comprensiva, el auxilio magnánimo y empeñoso para reconquistar mi felicidad. Usted, en la perseverancia de su amistad, tiene la fuerza que yo, ¡estúpido!, perdí; usted no ha olvidado ni en la apariencia; ella y usted están unidas desde la infancia por verdadera confraternidad: ¡no se niegue a ayudarme, Clemencia! ¡Sólo confío en usted... y en el amor que ella me tuvo; no puede usted figurarse cuán mía era esa alma pura!" Yo le oía con las lágrimas en los ojos, y él, cada vez más excitado, seguía infatigable, y estaría hablando todavía si no me llegan otras visitas. ¡Ah!, me olvidaba. En lo más fervoroso de la peroración se acercó su hijita a pedirle algo y él la despidió bruscamente. ¡Me dió una pena! No olvides esto, Laura: los hombres no son para tratar niños; los padres mejores, los más abnegados, los más complacientes no los entienden; las pobres criaturas necesitan del calor femenino como las flores del sol.

Al atardecer se despidió Juan Pedro; lo acompañó Héctor un buen trecho, oyendo sus confidencias, y volvió entusiasmadísimo:

—"Hija, tenemos que lograr esta reconciliación; es indispensable para todos: para esa casa, falta de dirección; para esos niños sin madre; para Juan Pedro, que necesita estímulo y halago en su existencia, y para Laura, que ya tiene la edad y la experiencia del mundo suficientes para comprender que, por ley fatal, quizás no tarde mucho en quedarse sola y sin afectos propios, y debe aceptar, por lo tanto, el de un hombre honrado, inteligente, laborioso, el único a quien ha querido, según creo, y que está por ella loco de atar."



Medita sobre esto, Laura mía, o, mejor dicho, siéntelo todo: el abatimiento y la inquietud de esa alma varonil, anhelosa de rehacer bajo tu dulce influjo su vida fracasada; el abandono de esos huerfanitos inocentes, faltos de los mimosos cuidados maternales; la voz de tu propio corazón, que amó mucho para poder olvidar.

Que no tarde tu respuesta. La espero como esperaba las cartas de Héctor cuando éramos novios.—Clemencia.

¡Qué inocente, qué buena y qué feliz eres querida mía! Sí, porque se necesita ser las tres cosas en grado superlativo para defender con tanto calor causas... Bueno; nada de calificativos por ahora. Quiero seguir en mi carta la norma ordenada de la tuya y dar una ojeada rápida a pasados sucesos para deducir de ellos sabias leyes para el porvenir. ¡Poquito que me gusta a mí la filosofía de la historia!

Cinco años duraron mis amores con Juan Pedro, en los cuales, como él te ha dicho, fué suya mi alma toda, sin reservas, sin veleidades, total

y absolutamente. Al cabo de ellos, lo mandaron a establecer una sucursal de la oficina comercial donde trabajaba en una ciudad del Norte; era un gran progreso en su carrera y debió ser el término feliz de nuestro noviazgo; pero su madre, prototipo cargante de la madre de hijo único, absorbente y dominadora en su ciego cariño, le convenció que debía ver si el nuevo puesto resultaba antes de embarcarse en la peligrosa aventura conyugal. Yo callé; esto de que el matrimonio sea nuestra única carrera, hace que el decoro nos selle los labios aun cuando esté en juego nuestra ventura. Marcháronse, pues, madre e hijo, y yo me quedé con la vida pendiente del correo; a poco empezaron a escasear las cartas y a llegarme rumores de que mi presunta suegra prefería serlo de una linda provinciana de alto linaje, hija de un viudo acaudalado y todavía de buen ver. Naturalmente, por lealtad transmití estos decires a Juan Pedro, segura de que la respuesta sería una explicación apasionada y vibrante, acaso no epistolar, sino personal; ¡era tan fácil el viaje! Recibí en respuesta una carta llena de disculpas tan frías, y evasivas tan torpes, que, sin pedir consejo a nadie, según mi loable costumbre de no importunar, le escribí sencillamente: ''Eres libre''. El no contestó ni una línea... y se casó a los pocos meses. Lo cómico del caso es que el papá político, por no ser menos, se apresuró, en cuanto se vió libre de la niña, a recibir la bendición nupcial y a obsequiar a su yerno puntualmente con un cuñadito anual.

Ahora Juan Pedro, enervado por la monótona existencia lugareña, gastado por el clima casi tropical de esas regiones, abrumado por las responsabilidades de la paternidad, se acuerda de que alguien le amó tan de veras, que, al verse nuevamente requerida por él, sentirá la fruición embriagadora de la odalisca a quien el sultán arroja su pañuelo; pero ¡ay!, que con esto de la civilización y el progreso las odaliscas andan tan echadas a perder que dejan en el suelo el pañuelito.

Tu patrocinado, para conmoverte o conmoverme, mejor dicho, apela al recurso, no muy nuevo, de la perduración del sentimiento primitivo a través de una existencia conyugal modelo, dejando a expertos y avisados psicólogos la explicación de esta misteriosa... y cómoda ''dualidad''. Te diré con Benavente: ''¿Ahora lo llaman así?'' Pues lo llamo falta de delicadeza con el recuerdo de la esposa muerta, desahogo y frescura. Es cierto que Juan Pedro no rompió conmigo porque yo le fuera indiferente ni impulsado por una nueva pasión, sino cediendo a extrañas sugestiones que le presentaban el nuevo enlace como la seguridad de un porvenir dorado en toda la extensión de la palabra. Me quería y me dejó por debilidad para defenderme, por desconfianza en sus fuerzas para la lucha del existir, por miedo; y esta convicción es la que me ha permitido reaccionar tras el golpe alevoso y traidor, pues al desaparecer la estimación, murió de vergüenza el amor, ¡ay!, no tan pronto ni tan fácilmente como la paz de mi alma necesitaba. ¿Verdad que es imposible la resurrección de amor que así sucumbe?

Mi buen amigo Héctor, sin pararse en escrúpulos sentimentales, aduce el argumento de la conveniencia, en forma acaso menos suave de la que tú transmites. Me parece que le oigo:—''Mira, tu Laurita que se deje de tonterías y de hacerse la interesante; si no ha llegado a los treinta, le faltará muy poquito; no está ya para perder el tiempo en escoger, y cuando falten su madre y su tía se quedará sin otro consuelo que el de los santos a quienes vista. A Juan Pedro le ha entrado la chifladura muy fuerte; aconséjala que la aproveche; ¿qué más quiere?'' Este ''qué más quiere'' lo oigo, te aseguro que lo oigo, pues en circunstancias semejantes brota fatalmente en los labios de los representantes del sexo modesto y abnegado. Tú, mi suave Clemencia, flor y espejo de la Perfecta Casada, asentirías dócilmente a las opiniones de tu señor y dueño; confiésalo, tontuela; si no me enojo con él ni contigo; simplemente respondo: — Como negocio, tampoco me resulta; mi bienestar material está asegurado con la modesta herencia de mi padre, y si ésta me faltara, me serviría para la prosa de la vida lo que ha sido siempre deleite de mi espíritu, la música, en la que, modestia a un lado, no soy tan poquita cosa. Por otra parte, la edad no es un seguro de vida, y espero que Dios conserve aún mucho tiempo a las viejecitas adoradas que prolongan mi juventud, a fuerza de llamarme niña y de empeñarse en que me engalane y pasee. Quizá por esto los desengaños y el tiempo no han logrado aún encorvar mi estatura, encanecer mis cabellos ni matizarlos de blanco. En fe de ello, ahí va mi último retrato, que si no es el de un ''premier prix de beauté'', tampoco es el de una jamona. Tal vez si me empeñara mucho, mucho, podría encontrar algún excéntrico que se hiciera de mí.

Queda aún el punto más delicado, la preocupación íntima, la obsesión conmovedora que nubla la serena claridad de tus pupilas y el limpio cristal de tu voz, que murmura: ''Laura, ¿y los niños?'' ¡Ah, los niños, los niños! ¡Pues que los cuide su abuela! Sí, alma mía; que cumpla esa misión mi imponente ex suegra, la cual ahora quisiera serlo de veras por librarse del peligro de una nuera cerril. Me explico así el origen de sus sonrisas protectoras, a las que correspondo con unos saluditos que, si los ves, me pagas, tú, cuya benevolencia no concibe la voluptuosidad refinada, el goce divino de fastidiar al prójimo.

En resumen; renuncio a pasear, entre trigales y alfalfares, las delicias de un idilio trasnochado y a ser madre de hijos ajenos, a quienes llegaría a querer como propios y que me corresponderían, indudablemente, con ingratitud. Me quedo en mi casa tranquila, con mis libros y mi piano, junto a mis dos ancianas, mimadoras y mimadas. Bajaré probablemente al sepulcro con palma y corona, pero si cambio de opinión y cometo en ello un disparate, será por ley de mi deseo y de mi gusto y no por espíritu de sacrificio. He dicho. Ahora tú procede como mejor te parezca: sóplale a tu protegido la píldora en todo su amargor o dórala cuidadosamente con tus dedos piadosos; me es igual; pero, sea cómo fuere, hazle comprender que nunca, nunca será suya esta mano que tantas veces se estremeció dulcemente bajo sus labios acariciadores y que ahora deja en el papel la expresión de su afecto invariable y cordialísimo por la venturosa pareja y sus lindos muñecos.—Laura.

P. S. Por si acaso, no le enseñes mi retrato a Juan Pedro.

Por la copia:

MARIANELA.



El caballero Arlequín

Especial para **EL HOGAR.**

Estaba la noche obscura
y solitario el jardín;
a la cita en la espesura
fueron con planta insegura
Colombina y Arlequín.

Arlequín, triste y callado,
fijos en tierra los ojos
y con el pecho angustiado,
revelaba sus enojos
bajo el rostro enharinado.

Colombina, como fina
y ondulante serpentina,
voló hasta él con leve paso...
y los brazos Colombina
echó al cuello del payaso.

Ni la caricia amorosa,
ni el suave aliento de rosa,
ni el incitante mohín,
cambiaron la faz llorosa
del dolorido Arlequín.

—Habla, Arlequín. ¿Por qué callas?
¿Con qué amargo pensamiento
o con qué duda batallas,
que a solas conmigo te hallas
y te abate el sufrimiento?

Calló Arlequín. Colombina,
suave, mimosa y felina
—Habla, Arlequín...—repitió;
su beso marcó en la harina
de Arlequín, y el hombre habló.

—Colombina, en rudo caso
me pone tu amante fuero.
En un secreto me abraso
¡y ha de callar el payaso
lo que sabe el caballero!

—¿Por qué te guardas así
de Colombina?
—¡Perdón!
Mas otro se confió a mí
y sé que hay una traición...

—¿De Pierrot?
—De Pierrot, sí

—¡Arlequín, no ocultes nada!
A Pierrot no amé jamás.
Para ser con él casada,
de él me fingí enamorada...
—¿Y acaso no lo estarás?

Del payaso la sospecha
se clavó como una flecha
en la gentil Colombina,
que hacia él, en llanto deshecha,
dobló la frente divina.

... Y a su oído murmuró
Arlequín lo que Pierrot
le confesara imprudente:
que no era su amor ardiente
para Colombina, no.

La revelación cruel
hizo saltar en tropel
las lágrimas de la bella;
y tal duelo viendo en ella,
levantándose dijo él:

—Ese llanto es puñalada
que mis ilusiones corta.
¿Por qué tan acongojada?
Amor que no importa nada,
que se pierda poco importa.

Colombina, me engañó
tu alma tornadiza y ruin;
mas no temas que hable yo:
¡que lo que llora Arlequín
nunca lo sabrá Pierrot!

Deslizó con suavidad
sobre las hierbas su paso;
y con doliente ansiedad
se perdió en la obscuridad
la figura del payaso.

V. SERRANO CLAVERO.

Dib. de Rojas.



Señorita Celia Blomberg

Fot. Merlino



Señorita María Luisa Galvez

Fot. Merlino.



Señorita Sofía Rojas

Fot. Merlino.



Señorita Leonor Laburu

Fot Merlino



Señorita Emma Papi

Fot F Bixio



Señorita María Mercedes Gambaudi

Fot. Witcomb



Señorita Carmen Capece

Fot. Zuretti y Fiorini.



Señorita Enriqueta Miller



Señorita Lucía Necol

Fot. Merlino.

VIAS



Señorita María Antonia Arce

Fot. Merlino



Señorita María Luisa Cabezón

Fot. Merlino



Señorita Delia Valdivieso Vela

Fot. Merlino



Señorita Angelina Griffero

Fot. Witcomb.



Señorita Rosa Cáceres



Señorita Angélica Figueroa

Fot. Merlino



Señorita Leonor Casarino

Fot. Merlino.



Señorita de Caminos y Justo

Fot. Zuretti y Fiorini.



Señorita Zulema Gowland

Fot. Zuretti y Fiorini.

Venezuela



Vista de Caracas

VENEZUELA, que por su naciente prosperidad empieza a atraer las miradas de mundo comercial europeo y americano, es uno de los países más simpáticos de la América latina. Su envidiable posición topográfica la tiene en inmediata comunicación con Europa y Norte América, pues de ésta dista sólo 7 días y de aquélla 15, y esto, que la travesía se hace en vapores de muy escasa velocidad. Esta posición privilegiada hace que en Venezuela se encuentra un adelanto intelectual y científico que asombra al extranjero, acostumbrado a juzgar esos países como muy atrasados e ignorantes. Los extranjeros notan, como es natural, la falta de algunos adelantos materiales, que otros países ponen a su disposición; pero en cambio, la exuberante naturaleza, con sus múltiples encantos y la



El panteón de Caracas, donde se encuentran los restos de Bolívar

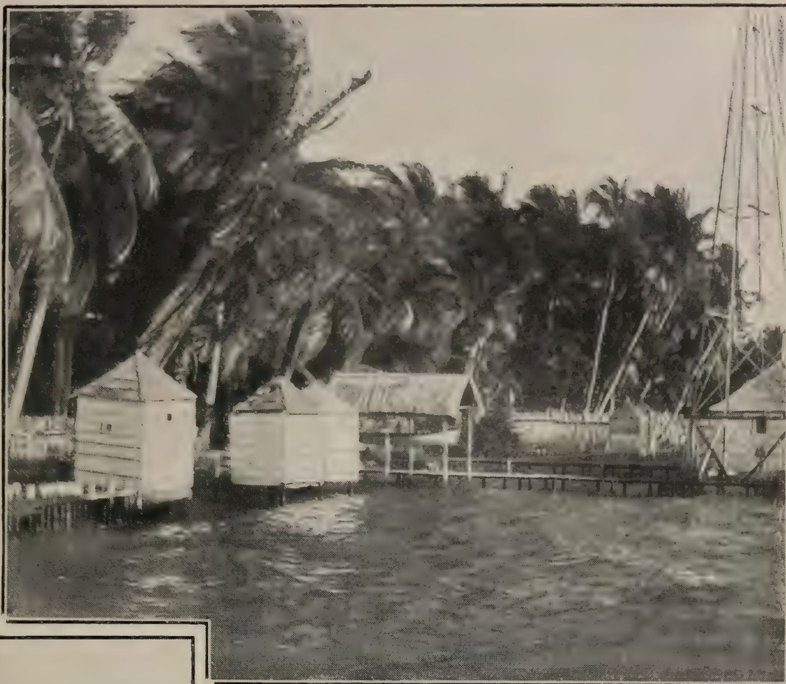
franca hospitalidad que se les brinda, acaban por conquistarlos y hacen que los que han vivido algunos años en Venezuela guardan por ella el cariño de segunda patria.

Los variados climas con que cuenta Venezuela hacen que en sus feraces campos crezca en las empinadas cumbres de la Cordillera la dorada espiga, y en la baja orilla de los ríos y mares el suculento plátano, con cuyo nombre se conoce allá la banana;



Hacienda de café en la cordillera de Venezuela

la orgullosa palmera, colgada de cocos, brinda agradable sombra al sol abrasador y gran gusto al paladar. Las vastas llanuras que atraviesan el país podrían servir para alimentar millares de animales de cría, y es por eso que la industria ganadera empieza a tomar un incremento que la colocará entre las mayores competidoras de la Argentina en los mercados europeos. Mútiples pequeños ríos riegan sus campos, cuyo cultivo es por esta razón tarea fácil. Y el caudaloso Orinoco y sus grandes afluentes hacen la



Orillas de la laguna Maracaibo



Iglesia de la Pastora, en Caracas

comunicación fácil en el interior de la República. También en minas es un país riquísimo y con la era de prosperidad de que goza Venezuela, se han organizado ya varias compañías americanas y europeas que empiezan a explotar una pequeña parte de ellas. La riqueza de la isla de Margarita consiste en la pesca de perlas, las cuales encuentran muy buenos precios en los mercados extranjeros.

Pero la mayor riqueza de Venezuela constituyen el café y el cacao, que se exportan en grandes cantidades. El café venezolano consigue en los mercados extranjeros los más altos precios, porque allá lo mezclan con otras clases menos buenas para que les dé su rico aroma. Y en cuanto al cacao, el de las costas cercanas a Caracas es considerado como uno de los mejores del mundo.

Las ciudades más importantes de Venezuela son



La Guayra

Caracas, la capital, bella ciudad que se reclina poéticamente a los pies del orgulloso Avila y cuya población de 100.000 habitantes, goza de un clima envidiable; la siguen Valencia, sobre el pintoresco Lago Tacarigua, Maracaibo, a orillas de la hermosa laguna en comunicación con el Mar Caribe, La Guayra, Puerto Cabello y Ciudad Bolívar, en el Orinoco. La inmensa Cordillera de los Andes que atraviesa el país, está sembrada de prósperos lugares. Uno de los más importantes, Mérida, goza del admirable espectáculo de la nieve eterna, lo cual, unido a la grandiosa vegetación que rodea la ciudad, hacen que uno, al llegar allí, se considere trasportado a un pequeño rincón del Paraíso.

Hoy, con la paz que le brinda el actual gobierno que preside el general Juan Vicente Gómez, el país se desarrolla de manera asombrosa y sus exportaciones e importaciones se han duplicado en los últimos dos años. Esta era de paz unida a la próxima apertura del canal de Panamá, que le aportará grandes ventajas, hacen presumir que Venezuela en breve ocupará el lugar que corresponde a una nación que como ella cuenta con tan brillantes páginas en su historia.

El 5 del corriente (Julio) celebra Venezuela la memorable fecha que fijó para siempre la libertad en el país y le dió su soberanía, fecha que se recuerda con igual simpatía en una gran parte del continente sudamericano, porque el nombre venerado de Bolívar está ligado a sus más gloriosas efemérides.

Porque Bolívar es héroe universal en toda Sud América. Su genio guerrero y sus visiones de americano, no conocen fronteras. El continente del sud era su patria verdadera y por su bienestar luchó con verdader ahinco, y esparció sus laureles, para alfombra de la libertad.

El valle de Caracas con el Avila



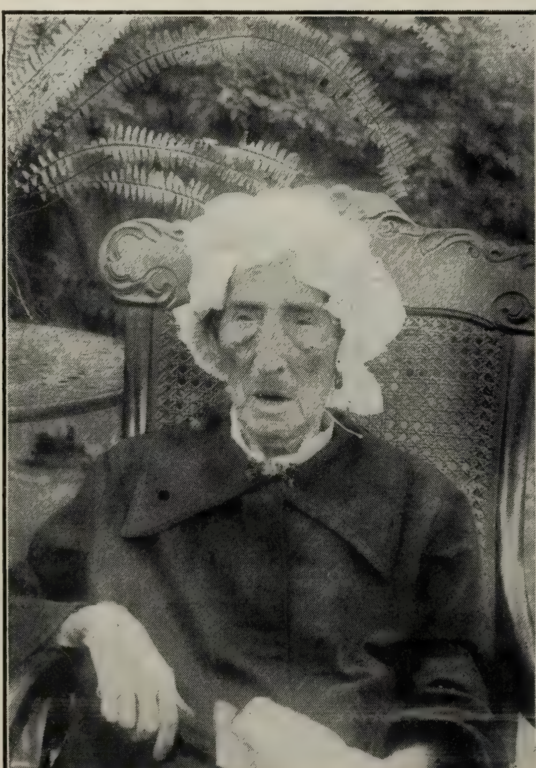
Una reliquia viviente

Las personas ancianas, las que ya pasaron el límite de los cien años, no sólo merecen respeto y la consideración del público, por su edad, sino que también merecen la veneración que se dispensa a un símbolo.

Porque ellas son símbolos vivientes de una raza fuerte y peleadora, desbordante de bríos, que lucha con la muerte y se resiste a su extinción.

Son reliquias... Hay en ellas recuerdos únicos, que no vieron nuestros ojos, ni pueden forjar nuestras mentes con exactitud.

Han actuado y vivido en ambientes que no conocemos, y en la época de nuestra primera ilusión ya los dolores eran viejos para ellas.



La señorita Margarita Berón de Astrada, hermana del gobernador de Corrientes, que encontró su beatificación como mártir en Pago Largo, y que hace poco cumplió sus ciento tres años, se ha hecho acreedora al culto respetuoso de nuestra admiración no sólo en el concepto de ser de las pocas sobrevivientes de las horas tumultuosas que fraguaron nuestra nacionalidad, sino también por el hecho de ser la representante directa de una estirpe fuerte, que culminó en la figura imperecedera del mártir de Pago Largo, como cariñosamente lo llaman aún los correntinos.

El rostro de la señorita Berón de Astrada, cubierto de nobles arrugas, refleja la serenidad y el temple de su alma patriota, y los cabellos, blancos por los años, tienen la pureza de una cándida aureola patriarcal.



El peral de la Miseria

Allá, por los tiempos que pertenecen a la historia antigua, y en un pueblo cuyo nombre no hace al caso, vivía una vieja muy vieja y muy pobre, tan pobre, que necesitaba mendigar de puerta en puerta el cotidiano sustento, albergándose en una choza fuera de poblado, cuya propiedad nadie reclamaba, porque los gastos de reparación hubieran importado más de lo que valía la finca.

Ninguno de los habitantes en el país sabía la procedencia de aquella mujer, ni se tomaba el trabajo de averiguarla. Conocíanla todos por la Miseria, y, a cambio de algunos mendrugos sobrantes, se divertían con ella, convirtiéndola en el hazmerreír de los mayores y en el espantajo de los chiquitines.

La mísera vivienda tenía a la espalda un pequeño huerto, completamente estéril, por falta de brazos que la cultivaran, pero en cuyo centro alzábase un árbol de extraordinarias proporciones, el ejemplar más hermoso de la creación, si se exceptúa el célebre manzano del Paraíso: era un peral, de fruto tan abundante como sabroso, que compartía con un perrito, bastante feo por cierto, los únicos goces terrenales de la buena anciana, y originaba, a la par, sus no flojos disgustos, cada vez que los grandullones del pueblo atormentaban al uno o se comían fraudulentamente los productos del otro.

¡Cuántas rabietas costaron a la Miseria aquelas benditas peras!

Una noche en que la nieve caía a capazos, poniendo los caminos poco menos que intransitables, hallábase la vieja junto al hogar, dándose un calentón, cuando llamaron a su puerta y una voz suplicante murmuró desde fuera estas palabras:

—¡Por el amor de Dios, socorred a un infeliz que se muere de hambre y de frío!

La Miseria acudió solícita en auxilio del forastero, franqueándole la entrada, y ofreciéndole el calor de la lumbre y los frugales alimentos que guardaba de reserva para desayunarse al siguiente día.

No contenta con ésto, cedióle su propia cama; desprendimiento que la costó dormir sobre el duro suelo, envuelta en su mugriento mantón, y teniendo por cabecera el montoncillo de paja que servía de lecho al can, su inseparable compañero.

No bien entró por las rendijas del mal unido techo la primera luz del alba, estiró sus entumecidos miembros y se puso en pie, con ánimo decidido de salir en busca de una limosna que le permitiera atender a las apremiantes necesidades de su huésped; pero éste, que se levantaba también, adivinando su intención, la detuvo oportunamente, preguntándola:

—¿Dónde vais, buena mujer?

—Al pueblo; vuelvo en seguida.

—Es inútil; no os fatiguéis por mí. A vuestro regreso, estaría yo muy lejos. Mi misión ha concluído, y he de volver cuanto antes al lado de mi amo y señor.

Y como la vieja le mirara con ojos espantados, añadió:

—Yo no soy lo que aparento. Ved en mí a San Perfecto, enviado por el Dios de los cristianos para fiscalizar en qué forma practican acá abajo la virtud, por Él practicada, de la Caridad. Y, hablándoos con franqueza, os confesaré que entre los poderosos de la tierra no he encontrado la espontánea y cordial acogida que me habéis dispensado vos. Para que compadecieran sinceramente mi desgracia, me ha sido preciso llamar a la puerta de una persona más desgraciada que yo. ¡Dios os lo recompensará! Pedid lo que gustéis; en su nombre os garantizo que se realizará vuestro deseo.

—¡Oh, santo mío! Al ofreceros lo poco de que dispongo, no me guiaba interés alguno.

—Por esto vuestra acción es más meritoria. Pedid sin escrúpulo; todo os será concedido. ¿Queréis honores, riquezas? ¿Un título de duquesa? ¿Una corona de reina?

—¿Para qué? ¡si estoy ya con un pie en el otro mundo! Os agradezco la oferta; pero...

—Pensad que, rehusándola, ofendéis a vuestro Señor, quien tomará muy a mal el desaire.

La Miseria quedóse pensativa; nada en aquel momento se la ocurría pedir.

—Pues bien,—balbuceó al cabo, viendo la impaciencia de su interlocutor,—ya que forzosamente lo exigís, sea. Yo tengo en mi pequeño huerto un peral muy hermoso, de cuyo fruto apenas me aprovecho, porque los mozos de la comarca se lo comen, antes de que esté en sazón. Concededme la gracia de los que suban a mi peral, grandes o chicos, no puedan bajar de él sin consentimiento.

—Amén,—respondió el santo, riéndose interiormente de la sencillez de la vieja; y después de echarla su bendición, desapareció como por encanto.

Desde entonces, la situación de la mendiga fué mejorando gradualmente; tanto, que su colecta

—¡Este árbol está embrujado!—gritó, bramando de coraje.—¡Condenada vieja! sácame al punto de aquí o teme mi venganza.

—¡Quiá, amiguita!—contestó bromeando la Miseria.—¡Tragad quina, mientras yo bailo, por haber librado a la humanidad de vuestras crueles garras! Ahí os pudriréis por ''secula seculorum''.

Pasó una semana, un mes y un año. Como la Muerte no ejercía su odioso oficio, los enterradores tuvieron que abandonar el suyo, y los médicos todos, incluso los homeópatas, aprovecharon la ocasión para demostrar el alcance ilimitado de su sabiduría.

Al principio, el universal indulto había sido acogido con regocijo y entusiasmo indescriptibles; mas, no bien transcurrió medio siglo, los inmor-



cotidiana llegó a proporcionarla un relativo bienestar, que ella atribuía a la protección de San Perfecto, afirmándola en este convencimiento la circunstancia de que nadie se acercaba ya, con mala intención, al famoso peral.

¡Calcúlese cuál sería el desconsuelo de la Miseria, que le había ido cobrando mucho apego a la vida, el día en que se le presentó la Muerte, intimándola la orden de que la siguiera!

—¡Tan pronto!—arguyó en son de reproche;—¡si no he cumplido todavía los setenta!

—¿Te parecen pocos? Ea, déjate de lamentaciones; arregla tus bártulos, y en marcha.

El tono resuelto de la importuna visitante desvaneció en la anciana toda esperanza de arreglo, y disponíase a obedecerla, cuando de pronto brotó en su mente una idea luminosa.

—Si en absoluto lo exigís... — balbuceó con aparente resignación—iré a donde queráis. Mientras preparo la maleta, dispensadme el obsequio de coger algunas peras, para que las comamos amigablemente por el camino.

Cayó la Muerte en el lazo. Encaramóse al árbol, llenóse los bolsillos del sabroso fruto y... cuando quiso bajar, se encontró prisionera de las ramas.

tales de ambos sexos lloraron a lágrima tendida sus funestas consecuencias.

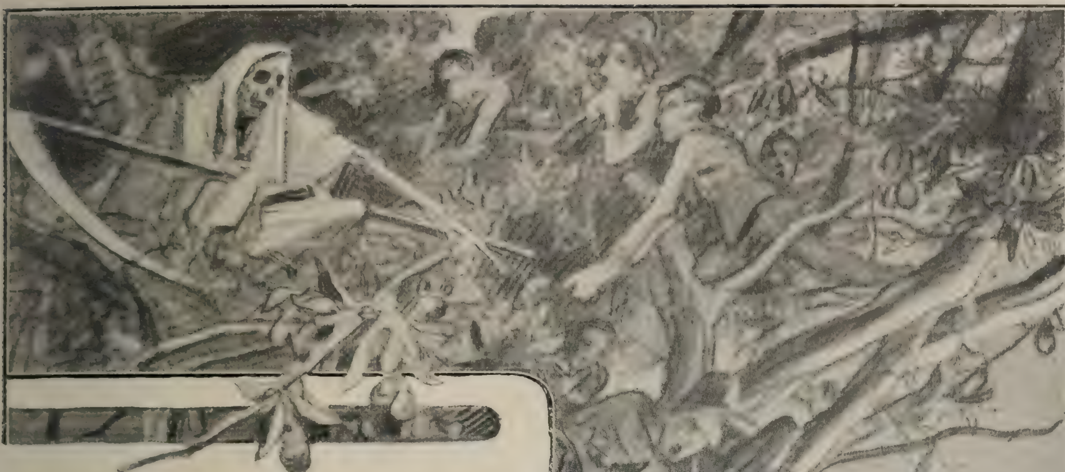
Decrépitos, la mayor parte, y llenos de achaques, gastada su memoria, ciegos, sordos, sin gusto, tacto ni olfato, e insensibles a todo placer, vivían en perpetua agonía, en particular las mujeres, que, sobre tantas pejigueras, lamentaban otra mayor: la de haberse puesto horriblemente feas.

Llegó un día en que la tierra, materialmente pequeña para contener un número tan considerable de habitantes, no producía lo suficiente para alimentarlos... y vino el hambre, implacable enemigo, el peor, con que en general tropiezan los hijos de Adán. Varones y hembras, poco menos desnudos que nuestros primeros padres, en sus mocedades, corrían despavoridos de ceca en meca, buscando un techo bajo el cual guarecerse y un pedazo de pan que llevarse a la boca.

¡Y en medio de este feroz tormento, no les quedaba ni el consuelo de morir!

La existencia se hizo insoportable: los vivientes en masa, pedían a voz en grito la Muerte, persiguiéndola con ansiedad febril.

Al fin, unos cuantos, más diligentes que los de-



más, la encontraron... en el peral de la Miseria.

—¡Gracias a Dios! ¡Vaya una calma! ¿Qué hacéis aquí?

—¿No lo véis? ¡Fastidiarme de lo lindo!

—¡Y fastidiarnos a nosotros! Bajad de prisa; os esperamos.

—Difícil me parece, si no me ayudáis.

Diciendo esto, tendió la mano al que se encontraba más próximo, quien se apresuró a tirar de ella con frenético ahinco; pero los esfuerzos de la Muerte por romper su largo cautiverio, produjeron contraproducente efecto: el de atraer hacia sí al voluntarioso protector que también quedó aprisionado entre el espeso ramaje del árbol.

—¡Valiente alfeñique! Venga otro; el de mayor empuje.

Uno a uno, y por pelotones luego, intentaron todos lo propio, con idéntico resultado; de manera que, en un santiamén, ostentó triunfalmente el peral más hombres que peras.

Armóse un vocerío de mil demonios, tan enorme, que llamó la atención de la vieja propietaria, a pesar de su sordera. Arrastrándose casi, a tientas, pues con dificultad veía, y en compañía de su perro, al que se le contaban los huesos, presentóse la Miseria en el lugar de la ocurrencia, pidiendo que le explicaran la causa de tamaño alboroto.

—No os molestéis,—dijo a los de abajo y a los de arriba, en cuanto la pusieron en autos;—sólo yo puedo libertar a la Muerte, y lo haré con sumo gusto, en obsequio a los presentes, mediante una condición:

—¿Cuál? ¡Habla, maldecida bruja! —gritó furiosa la interesada.

—Que no usaréis nunca de vuestro poder conmigo ni con mi fiel compañero; que no se os volverá a ocurrir jamás darme un susto como aquel de marras.

—¡Calle! ¿Esas tenemos? ¿No piensas, infeliz que te condenas a padecer eternamente?

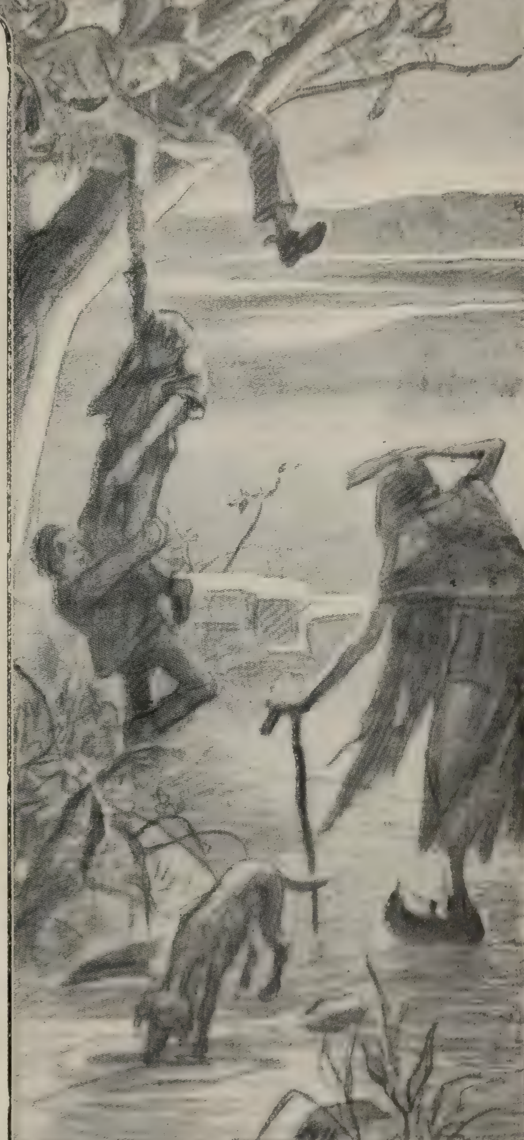
—¡Hija! ¡Peor fuera no verlo! Viva la gallina y viva con su pepita.

—Trato hecho. Lo prometo;... y por testigos no ha de quedar.

—Pues bajad, y despachaos a vuestro gusto.

—Descuida; por lo que he rabiado en este maldito peral, te juro enmendar pronto el daño que causaste sin saberlo. ¡Lástima grande que no pueda empezar por tí!

... ...



He aquí, caros lectores por qué razón, mientras exista el globo terráqueo, subsistirá en él la Miseria.

Salvador CARRERA.



Contra el aire y el sol

I. Velo de encaje, colocado a la antigua, con las puntas flotantes; favorece a las fisonomías de rasgos correctos. — II. Velo blanco con ligeros arabescos negros. — III. Velo para auto. Envolverse en él. es un arte. Debe anudarse y echarse las puntas hacia atrás.

En el palacio del Hada Coquetería hay gran movimiento y alborozo extraordinario. El Hada ha encontrado la manera de hacer aún más más hermosos, más tentadores aún los rostros de mujer, ha inventado nuevos velos, nuevos tules, nuevas tenues muselinas que protegiendo la tez contra las inclemencias del aire y del sol, avivan bajo sus casi impalpables mallas, el carmín de las mejillas y el brillo de los ojos.

¡Tules y muselinas destinados a nuestros velos, delicados como sueños de mujer, frágiles como las ilusiones!...

Velos engaña-bobos, que disimulan el cansancio de la noche de teatro, cuando debemos salir al día siguiente a nuestro paseo matinal que ordena la inflexible higiene: tul color de polvos de arroz, calado de trecho en trecho por grandes flores de narciso, que dejan transparentar la fina piel y los ojos parleros, alegres o melancólicos, pero siempre elocuentes bajo la sutil cárcel...

Velos azules, violetas, rojos y verdes, de anchas mallas, sembrados de lunares de terciopelo.



IV. Para la mañana, los velos tupidos son siempre los preferidos de las coquetas.— V. Para el campo, un velo de encaje es siempre agradable. — VI. El velo de auto se envuelve sobre el gorrito de viaje con gracia encantadora.



Velos de sombrías ramazones negras, que proyectan sus contornos sobre las jóvenes y encantadoras sonrisas, como si el sol se filtrara sobre el rostro por entre el ramaje de poética glorieta.

Tules ligeros de seda impalpable, rosas, azules o blancos, nacarados con flores más claras que subraya un ligero hilo de seda negra.

Tules y gasas de seda de todos los colores que ponen en el semblante el fuego de la divina fragua o el pálido reflejo de los mimbres.

Velos de viaje, de mallas más espesas, del color gris de las nubes, o moreno de la tierra, cuando no son de color de cielo, amplios, envolventes, de infinita largura...

Para el ardiente sol del verano, los velos de muselina color de agua, de fuego o de sol, que levantados por delante sobre el ala del sombrero caen en largos paños hacia atrás.

Velos vaporosos como el humo, velos de pasión, velos de ternura, velos de ilusión, velos de esperanza... ¡velos de dolor!... De todos tiene el Hada Coquetería... sólo aquél que en vano buscamos sin encontrarlo jamás y que, sin embargo está, tal vez invisible, entre nuestras manos... el velo de la dicha... ese no lo tiene en su palacio, el Hada Coquetería...

Nuestros Hogares



Señora de Díaz Valdez, con su niñito

Fot. Zuretti y Fiorini.



Mi afición a los estudios fisonómicos data de muy antiguo. Siempre he considerado el rostro humano como un libro interesantísimo. Tengo por indudable que la cara no es el espejo del alma, cual suele decirse, sino su propia forma exterior. Una estrecha correlación media entre las facciones y ese conjunto de cualidades psíquicas que constituyen la personalidad. Esta se halla expresada tanto en el rostro como en la totalidad del cuerpo humano. Hay narices que reflejan bondad, bocas que mienten antes de haber hablado, ojos cuya transparencia inspira respeto, manos que hacen pensar en la estrangulación o en el robo. No hay un solo rasgo espiritual, una pasión o un gusto, que no tenga su obligado concomitante en las facciones del hombre, en sus actitudes o en los miembros y órganos de su cuerpo.

A la revesada y oscura ciencia fisonómica me he dedicado con pasión desde hace muchos años; en su estudio y aprendizaje me han ocurrido lances muy singulares; el más raro de todo es el que voy a referir.

Una tarde, en una reunión de café, fuí presentado a un señor extranjero: el doctor X. El contacto de su mano me produjo una extraña e indefinible sensación repulsiva; era una mano inerte, sudorosa y helada como la dé un cadáver. Mientras balbuceábamos las frases de rigor, formulé entre mí el siguiente diagnóstico: Hombre impasible; carácter tenebroso e indescifrable; corazón de acero.

El nuevo contertulio era un hombre como de unos cuarenta años, de recia complexión, alto y membrudo, de cutis amarillento y cabellos de un rubio desvaído. La frente amplia y cuadrada, las cejas profusas y enmarañadas, los ojos hundidos, grises y de una vidriosidad inexpresiva y un recio bigote a lo Bismarck que apenas si dejaba entrever la boca, constituían los rasgos más característicos de su semblante. La rigidez del busto y la fría parsimonia de los ademanes, complementaban su singular figura.

Vestía el doctor con el sobrio y exótico atildamiento de la moda inglesa. Se expresaba con lentitud en castellano no muy puro, pero perfectamente inteligible. Por su tipo era a todas luces un ejemplar claro y definitivo de la raza teutónica; por su pergeño, un hombre de estudio y un correctísimo caballero.

Nada había en él que justificase a los ojos de un observador no iniciado en los estudios fisonómicos la desfavorable presunción formulada por mí en el momento de estrechar su mano cadavérica; esto no obstante, a los pocos minutos de examinarle sentí que mi primera impresión, lejos de desvanecerse, se hacía más intensa y más firme. Al despedirme del doctor y darle la mano por segunda vez, repetí el diagnóstico: Hombre impasible; carácter tenebroso e indescifrable; corazón de acero.

Aquella misma noche supe quién era el doctor y el objeto de su estancia en la capital de provincia donde nos hallábamos. El doctor, de origen

alemán, muy rico y sin familia, viajaba desde hacía algún tiempo. Afirmábase, aunque sin concretar pormenor alguno, que nuestro caballero buscaba fuera de su patria el olvido de los sinsabores ocasionados por un divorcio muy comentado por la alta sociedad de Berlín. En apoyo de esta afirmación nada podía alegarse. Lo único cierto era que el doctor vagabundeaba a su antojo, y que cultivaba con gran acierto la microbiología. Pude inquirir sobre la vida y milagros del doctor X., que los datos reducían su personalidad a los límites de lo corriente; pero yo, tuve por cierto que el doctor no era lo que a la simple vista parecía. Bajo su envoltura de hombre de mundo, mi instinto me dejó entrever algo anormal y monstruoso. La helada viscosidad de su mano era un indicio de capital importancia. Su desagradable contacto había hecho surgir en mi mente la imagen de esos criminales que pasman por su feroz impasibilidad.

Huelga decir que a nadie comuniqué estas extravagantes suposiciones. Se hubiesen reído en mis propias narices, o me hubiesen conceptuado como loco. Guardé, pues, mis atrevidas conjeturas y me dediqué con ahinco y cautela a observar al recién llegado. La mesa del café, en torno de la cual nos reuníamos diariamente, fué mi campo de estudio.



Nada o muy poco pude sacar en limpio. El doctor era uno de esos hombres impenetrables que, dueños por completo de sí y amparados por la máscara de una educación exquisita, ocultan cuidadosamente su personalidad íntima. A los tres meses de tratarle día por día, estaba yo al cabo de lo que era mi amigo en su aspecto social y meramente externo, pero de su vida y de su historia no me había sido posible recoger ni un solo dato. El doctor, muy inteligente y de solidísima cultura, poseía la rara habilidad de mantener la conversación en el elevado y puro campo de las ideas generales, y cuando los caprichosos vaivenes de ésta nos arrastraban hacia el terreno confidencial y privado, encerrábase en un mutismo del cual era punto poco menos que imposible hacerle salir.

En el entretanto, nuestra amistad tocaba ya en los límites de la confianza, Bien porque se sintiese observado por mí, bien porque la franqueza y la caprichosa inquietud de mi carácter meridional le agradasen, el doctor me distinguió desde el primer momento entre todos los contertulios y sostenía conmigo largas conversaciones.

¿Adivinó el doctor, hombre sutil y perspicaz, el juicio casi temerario que sobre su carácter había yo formulado? ¿Se dió cuenta de la disimulada, pero constante observación de que era objeto? ¿Temió verse descubierto en aquella parte de su vida que con tanto tesón recataba? Preguntas son estas a las que nunca he podido responder. Solo sé—y esto he llegado a comprenderlo mucho tiempo después—que se propuso ser mi amigo y ganarse mi confianza. En ambas cosas vió su deseo cumplido. A los seis meses de tratarnos, aunque yo continuase con respecto a su vida en la más completa ignorancia, y él, en cambio, conociese la mía hasta en sus más nimios pormenores, la extraña y singularísima impresión que el contacto de su mano me produjera se había casi desvanecido. El trato cotidiano dió al traste con mis sospechas y conjeturas. Mi amigo llegó a presentarse ante mis ojos como un hombre frío y reservado, pero exquisitamente correcto. De nada anormal podía reprochársele. Las temerarias suposiciones de mi diagnóstico no sólo carecían de fundamento alguno, sino que eran, a todas luces, fruto de mi inexperiencia en el obscuro arte fisonómico.

Tal era mi opinión sobre el doctor a los seis meses de tratarle; aunque, si he de decir verdad, su presencia me hacía experimentar algo así como una vaga sensación de disgusto, malestar indefinible, en todo semejante a una repugnancia de orden físico.

Por aquel tiempo, y con motivo de mi doctorado en Derecho, tuve que ausentarme durante un año entero. A mi regreso fuí sorprendido con la noticia de que el doctor, no sólo había fijado su residencia en la ciudad, levantando de nueva planta un soberbio instituto de microbiología, sino que además, y esto era lo de mayor monta, se hallaba a punto de contraer matrimonio con una muchacha amiga mía: Carmen Santoya. El anuncio de esta boda, que en sí nada tenía de extraordinaria, causóme, sin embargo, profunda admiración; extrañeza naturalmente justificada por la condición, tipo y carácter de la prometida de mi amigo.

Carmen, con la cual me ligaba una estrecha amistad, no podía ser en modo alguno la compañera de un hombre como el doctor X. Aquel enlace se me antojó desde el primer momento fuera de razón y desatinado. Y ante la simple idea de ver unidos para siempre a seres de tan contraria idiosincrasia, surgió en mi mente la contingencia de un desastre. La tenebrosa personalidad del doctor, entrevista por mí en otro tiempo y ya casi olvidada, recobró entonces toda su primitiva fuerza. Sin saber por qué, tuve el presentimiento de algo trágico y luctuoso.

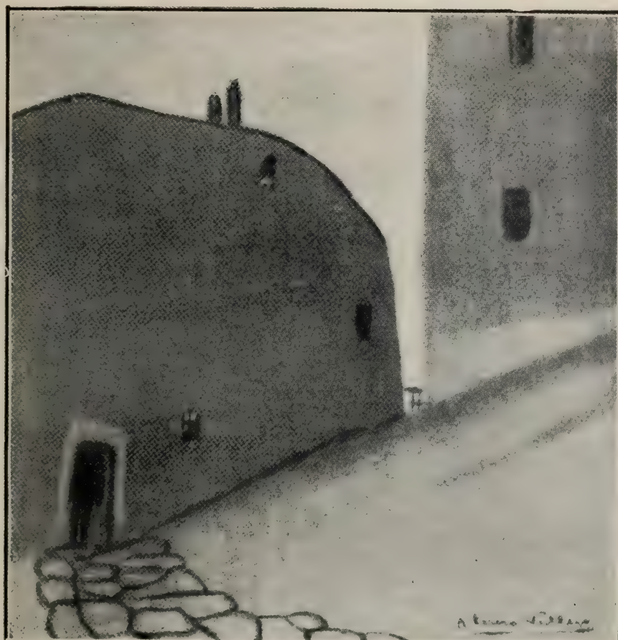
Las Santoya eran tres hermanas a cual más guapas y divertidas. Pertenecían a la clase media, pero eran conocidas en la capital hasta por los pilluelos de la calle. El vulgo las había bautizado con el pintoresco remoquete de "Las hijas de Elena", por ser este el nombre de la madre de las muchachas. El padre había muerto de coronel del ejército y la pensión de doña Elena constituía todo el haber de la familia.

Las Santoya eran populares, tanto por la bella originalidad de sus tipos (trigueñas las tres, de exuberantes formas y ojos incendiarios) como por su buen humor y el ruido de sus devaneos y noviajos. No había fiesta de alguna importancia

en la que ellas no figurasen como partes principalísimas.

Empero ninguna de las tres hermanas había podido encontrar marido. Los hombres en general gustan mucho de estas mujeres divertidas y comprometedoras; las cortejan con ahinco y tienen amores con ellas, pero no las llevan al altar. Escogen para mujer propia a la mocita encogida y recatada, hipócrita tal vez, pero tipo perfecto de la humilde y sumisa esclava soñada por él. Ninguna de las tres hermanas, repito, logró encontrar marido. Y no fué seguramente por falta de novios.

Como al buen entendedor con pocas palabras basta, creo que mi extrañeza ante el proyectado enlace del doctor se hallará plenamente explicada. Yo tenía la certidumbre de que Carmen no podía enamorarse del flemático y estudioso extranjero. Las hembras de su tipo no gustan de los varones graves y sesudos. El doctor distaba tanto del ideal soñado por Carmen, como un oso de una golondrina. El móvil que inspiraba su resolución no podía ser otro que el interés. Esto cuadraba mal con su temperamento y con sus anhelos sentimentales. Aquel matrimonio era, a mi entender, una doble equivocación. Si bien es cierto que el proceder de Carmen se hallaba disculpado por el hecho de haber cumplido ya los treinta años, y porque, tanto ella como sus hermanas, habían perdido casi por completo las ilusiones matrimonescas. El modestísimo vivir de la familia, que no era en realidad sino una mal encubierta pobreza, venía también en apoyo de su determinación.



No hay que decir que mi primer visita fué para las Santoya, las cuales me recibieron con los brazos abiertos. Yo era un amigo fiel, a la antigua, de los que hoy no se estilan, y era muy justo hacerme copartícipe del alborozo por ellas sentido. Carlota y Eugenia, las hermanas menores, se hallaban ausentes. Doña Elena, mujer obesa y sentimental, aquejada de un agudo histerismo, rompió a llorar a lágrima viva. Verdad es que la buena señora, en cuyo rostro oval y de correctas facciones veíanse aún los vestigios de una singular belleza, lloraba a cada instante y por el más fútil motivo. Mientras las lágrimas le corrían hilo a hilo por la cara, comenzó a contarme, entre hipos y ''pucheros'', la historia del noviazgo de Carmen.

—Era cosa de Dios—decía;—que no podían permitir que yo faltase dejando a mis tres hijas, solas en el mundo y sin el amparo de alguien... Porque, ¿qué tienen mis hijas menos que otras para no casarse? Carmen se casa con el doctor X; es millonario; ya habrás visto al pasar el palacio que ha edificado, se casa y nos vamos todas a vivir con él.

—Yo le contaré a Juan cómo ha sido lo del noviazgo, — dijo Carmen y tomó una silla, se sentó a mi lado, y con un gentil y graciosísimo abandono, mezcla de mimo, de amistosa confianza y de coquetería femenil, me dijo:

—Mira, Juan, lo que está de Dios... Y comenzó a narrarme la historia de sus amores, con un habla tan suave y un tan singular gracejo, que fuera vano empeño el pretender describir su expresión mediante la pluma.

De lo que mi amiga me refiriese, sólo guardo un lejano recuerdo. Carmen había tenido siempre para mí la rara virtud de ponerme como alelado. La oía, pero no la escuchaba. No me enteré, pues, sino de un modo vago y borroso, del relato de sus amores. Creo que la coincidencia de edificar el doctor su instituto junto a la casa de ella, había dado pie para el conocimiento de ambos. El doctor, a los dos meses de tratarla, le había declarado rotundamente su propósito matrimonial. He aquí lo que pude sacar en limpio de la admirable y pintoresca charla de mi amiga.

Pero, en cambio, la tuve junto a mí durante media hora y la contemplé una vez más a todo mi sabor. Carmen era un tipo de belleza extraño, no muy correcto, pero de extraordinaria fuerza expresiva. La frente angosta; el cabello azulado de puro negro; los ojos fulgurantes o de velada languidez, según el momento; la boca grande, húmeda e inquieta; menudos y parejos los dientes; la barbilla carnosa, suavemente redondeada y con un hoyuelo en el centro, hoyuelo que, cuando la muchacha reía, sellaba el rostro entero con una gracia inenarrable.

Carmen era morena, de mediana estatura y admirablemente proporcionada. Los treinta años, si le habían quitado esbeltez, habíanle dado en cambio redondeces espléndidas, curvas suntuosas que acusaban la plena madurez de su cuerpo.

Vestía aquella tarde una bata color celeste, amplia y sin entallar. Una sutil cadenilla de oro circundaba su cuello. Para hablar conmigo Carmen se había sentado en una silla baja y casi a mis pies. El olor penetrante de su cabello recién humedecido, y el suave perfume de violeta que exhalaba su cuerpo, se esparcían alrededor suyo, envolviéndome en la red invisible de sus efluvios. ¿Cómo ha de extrañar el lector que yo apenas recuerde lo que mi amiga me refiriese?

Al salir de su casa me encontré de manos a boca con el doctor. Su presencia me produjo una sensación rara y desagradable.

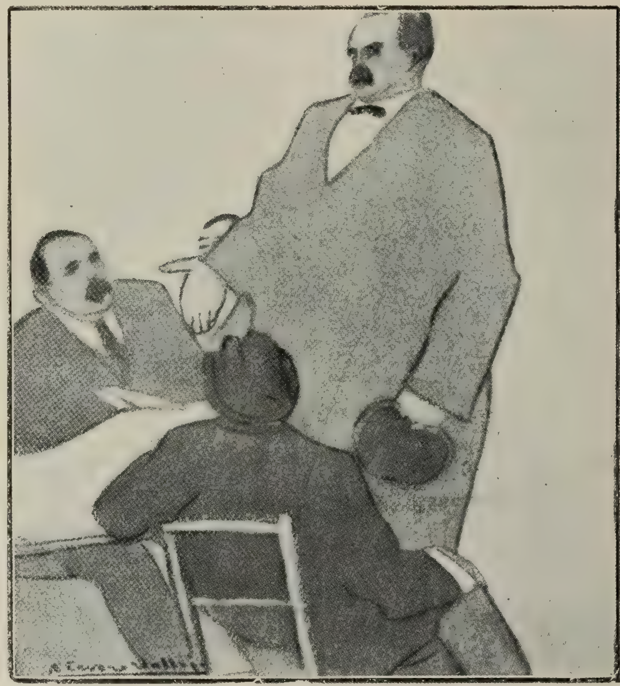
El doctor me saludó como si me hubiese visto el día antes. Su impenetrable rostro no dejó tras-

lucir la más ligera alteración. Me habló con su habitual parsimonia del instituto, a la puerta del cual nos encontramos; me hizo entrar en él y se informó del resultado de mis estudios. Fué una entrevista ceremoniosa y como de cumplido. Al despedirnos me tendió la mano, aquella mano fría, sudorosa y casi cadavérica. Su contacto me hizo rememorar el olvidado diagnóstico. Hombre impasible; carácter tenebroso e indescifrable; corazón de acero.

En un mismo día se celebraron la boda del doctor y la inauguración del instituto. En aquélla figuramos como testigos, por parte de la novia, Pedro Machuca y yo. Pedro, era pariente lejano de Carmen; además, había tenido amores con ella durante mucho tiempo. Era un buen mozo, muy varonil, de facciones correctas, aunque algo toscas y de cutis renegrido por la intemperie. Según el decir de la gente, era el único hombre por quien la muchacha se había apasionado.

Terminada la ceremonia, en la cual Carmen, vestida de negro, llamó poderosamente la atención por su belleza, nos trasladamos al instituto; en él nos tenían preparado un exquisito "lunch". Hubo los brindis de rigor y, al anochecer, nos retiramos los invitados, dejando sola a la familia. Los novios, con excelente acuerdo, habían suprimido del programa el clásico y ridículo viajecito.

Pasados algunos días, comencé a frecuentar la casa del doctor. Mi antigua y estrecha amistad con las Santoya justificaba la asiduidad de mis visitas.



Aquí me parece oportuno hacer constar, por si un mal pensamiento ha cruzado por la imaginación del lector, que mis visitas no obedecían más que a un solo y único móvil: la curiosidad. El atrevido diagnóstico que sobre el carácter del doctor había yo hecho, mi cariñosa admiración hacia Carmen y lo desacertado que yo conceptuaba aquel enlace, todo esto ejercía sobre mi espíritu una extraña fascinación. Yo había pronosticado una tragedia, y, sin saber por qué, aguardaba verla surgir de un momento a otro.

La realidad, madre fecunda en todo género de invenciones, no tuvo a bien complacerme por aquel entonces. Mis augurios fueron frustrados.

Un año era transcurrido desde la fecha de la boda sin que nada desagradable les ocurriese a mis amigos. Antes y por el contrario, todo en aquella casa pregonaba felicidad y buena suerte. Carmen había añadido a su hermosura algo así como un punto de señoril entono, que le sentaba a las mil maravillas. Carlota y Eugenia habían renunciado a sus coqueteos, en espera de novios formales y de posición. Doña Elena continuaba, como de costumbre, hecha un mar de lágrimas; pero eran lágrimas de alborozo. El doctor, glacial e impenetrable, ocupábase con ahinco en el estudio.

Era tan claro y tan apacible el ambiente de aquel hogar, que hasta la helada rigidez del doctor parecía reblandecerse, cual si los rayos del amor y la dicha la hubiesen penetrado. En más de una ocasión le escuché bromear en el laboratorio con Guillermo, su ayudante, muchacho de aspecto enfermizo, alto, delgaducho, con el cabello rizo y unas ojeras que le comían la cara.

Nada anunciaba, por tanto, que mis fatídicas predicciones pudieran cumplirse. Mi fracaso como fisonomista y augur era más que evidente.

Esto hizo que poco a poco fuese perdiendo para mí el nuevo matrimonio la a modo de aureola dramática con la que en un principio me había complacido en rodearlo. El manso y monótono discurrir del tiempo hizo cada vez más vaga y borrosa la imagen de la tragedia que yo columbrara. Carmen y el doctor no fueron ya seres de excepción, predestinados a una catástrofe, sino que entraron a formar parte de la masa común e indistinta de gentes a quienes tratamos, con mayor o menor intimidad, pero sin concederles una particular atención.

El nuevo giro que por aquella época tomaron mis aficiones (me había entregado con pasión al "sport" cinegético), contribuyó también a que me olvidase de mis amigos casi por completo. Meses enteros me llevé sin visitarlos, y sólo muy de tarde en tarde cruzaban sus nombres por mi memoria.

Un día, al atravesar las callejas de las afueras, de regreso de una excursión campestre, llamó mi atención un coche de alquiler que se detenía ante una casa de sórdido aspecto. Del coche saltó rápidamente a tierra una mujer con el rostro velado y envuelta hasta los pies en un amplio y oscuro guardapolvo. Se acercó a la puerta del casucho, la abrió y desapareció como por encanto. El carruaje se alejó dando tumbos callejón arriba.

Yo me quedé parado en medio del arroyo, con la boca abierta y como quien ve visiones. Porque era el caso que, no obstante la extraordinaria rapidez de lo acontecido, me fué fácil conocer a la encubierta dama. Hay figuras de mujer que son inconfundibles; la gracia de la línea y la personalidad de sus movimientos y ademanes las delatan, aunque se disfracen y desfiguren. La tapada era mi bellísima amiga Carmen Santoya.

Me quedé, pues, en medio de la calle, inmóvil y petrificado.

El silencio y la soledad del lugar eran turbados únicamente por los juegos de unos chiquillos

desarrapados que se revoleaban por el suelo. La noche se aproximaba, envolviéndolo todo en sus sombras.

La estupefacción teníame aún como clavado en tierra, cuando un hombre entró en la calleja. Instintivamente me amparé en el portal de la casa más próxima con el fin de disimular mi presencia. A la escasa luz del crepúsculo me pareció entrever en aquel hombre una figura que me era familiar. Venía de prisa, pegado a la pared, baja la cabeza y en la medrosa y fugitiva actitud del que teme ser visto. Llevaba un pañuelo en la mano y procuraba disimular su rostro con él.

Cuando se detuvo ante la casa de la cita y bajó la mano para buscar la llave, reconocí en el recién llegado a Guillermo, el ayudante del doctor X.

¿Cómo expresar el inaudito asombro que se apoderó de mí en aquellos momentos? ¿Cómo trasladar al papel las tumultuosas, contradictorias y simultáneas ideas que acudieron a mi cerebro? Hay estados de ánimo que por lo intensos y por la vertiginosa rapidez con que las sensaciones cambian y se suceden en ellos, son de todo punto intransmisibles.



Mi primera impresión fué la de una sorpresa inenarrable. ¡Venía yo tan descuidado y tan ajeno a semejante encuentro! ¡Se hallaba mi pensamiento tan distante de Carmen y de cuanto pudiera acontecerle!... ¡Además, los dos años transcurridos desde su boda y la paradisíaca tranquilidad de su hogar habían hecho renacer en mí la confianza, la ciega confianza que pierde a los hombres más discretos. Nada más lejos de mi ánimo que la posibilidad de que Carmen fuese infiel a su esposo. De ahí la intensidad de mi sorpresa.

Una vez aceptado el hecho, de cuya evidencia no podía tener la más leve duda, todos mis antiguos temores y suposiciones acudieron atropelladamente a mi magín, reviviendo con todo su vigor primitivo. Diríase que el doctor me había dado nuevamente la mano, y que la extraña cadena de ideas y sensaciones provocadas en otro tiempo por su helado contacto, se repetía sin que un solo eslabón faltase.

El doctor X apareció otra vez ante mis ojos como un ser enigmático cuya verdadera personalidad no era la exterior y aparente, sino otra recóndita por nadie sospechada ni entrevista. Esta segunda personalidad rayaba por lo impasible y tenebrosa casi en los límites de los monstruoso. El doctor era un criminal nato, al que sólo faltaba una ocasión propicia para manifestarse. La infidelidad de su esposa era motivo más que suficiente para que el monstruo despertase en él. La tragedia vaticinada por mí antes de su boda reapareció de nuevo ante mis ojos con una realidad aterradora.

Todo esto desfiló por mi pensamiento en el breve espacio de unos segundos y sin que se me ocurriese salir del portal a cuyo amparo me encontraba. Me dí luego cuenta del sitio en que me hallaba y, a buen andar, me encaminé hacia mi domicilio. Aquella noche dormí mal. El secreto que poseía, y el presentimiento de un trágico desenlace, me produjeron horribles pesadillas. Por la mañana, algo más tranquilo, pude recapacitar con lucidez y reposo sobre las consecuencias probables de la intriga que el acaso me había hecho descubrir.

Para mí era evidente que el doctor, más o menos tarde, tenía que enterarse de la conducta de su esposa. El doctor, hombre de agudo entendimiento, era asimismo un sutilísimo observador. Su proceder para conmigo me lo había demostrado con creces. Además, su temperamento impasible, no cegado por la ofuscadora llama del amor, hacía más seguro e inevitable el que llegase a conocer la deslealtad de su compañera.

Aun suponiendo que, abstraído en sus estudios no cruzase por la mente del doctor la más leve sospecha, no faltaría un alma caritativa que le informase sobre las andanzas de Carmen.

El doctor tenía, pues, que enterarse necesariamente de su desgracia Era probable que estuviese ya al cabo de ella.

El problema reducíase, por tanto, a pronosticar cuál fuese la conducta de nuestro caballero desde el punto y hora en que conociese su deshonra.

Aquí perdíame en un intrincado mar de conjeturas y suposiciones. Desde luego daba la preferencia a las soluciones dramáticas. Mi amor propio de fisonomista se hallaba comprometido en que el doctor resultase un monstruo de perversidad. Veíalo revólver en mano, acechando a los culpables y dándoles muerte a mansalva con una sangre fría horripilante. Un crimen alevoso del que salía impune y hasta triunfador merced a la barbarie de nuestras leyes y costumbres.

Otras veces pensaba que mi calenturienta imaginación me había llevado a deducciones casi fantásticas. El doctor era un temperamento linfático, un alma de Dios incapaz de dar muerte a un mosquito. De fijo que, al descubrir la infidelidad de su consorte, tomaba el asunto bajo su aspecto filosófico, sin concederle mayor transcendencia. Una discreta separación ponía fin al conflicto; desenlace que, no sólo cuadraba con la ecuánime templanza de mi amigo, sino que tenía en su abono el precedente de su divorcio anterior.

En estas y otras cavilaciones por el estilo transcurrieron seis u ocho días. El doctor no pareció por el café en todo este tiempo. Yo no estimé prudente, a pesar de la intensa curiosidad que me devoraba, visitarle en aquellos momentos. El secreto que el caso había puesto en mis manos, me imponía la mayor reserva. Era muy probable que el día de la cita hubiese sido visto por alguno de los amantes, en cuyo caso, mi situación con respecto a ellos era por demás delicada y difícil.

Así las cosas, entró una mañana mi hermano en mi cuarto y me dijo de sopetón:

—Juan, ¿a que no sabes quién ha muerto? Y como yo no respondiese, añadió:—¡Adivina, hombre, adivina!... Carmen Santoya: anoche y de repente.

No es posible describir la emoción que la triste nueva me produjo. Me puse tan pálido, que mi hermano me miró de hito en hito y como diciendo:—¡Vaya un efecto que le ha hecho la noticia! ¿Estaría éste quizá?...

—Qué, ¿te sientes mal o has perdido el habla?—exclamó.

—Ni lo uno ni lo otro. Unicamente... como Carmen era muy amiga mía y yo no supiese...

—Bueno, bueno... Si quieres asistir al entierro, todavía tienes tiempo; es a las once.

Me vestí en un santiamén y me dirigí rápidamente hacia la casa del doctor. Era tal mi excitación y enagenamiento, que apenas si me daba cuenta de los lugares por donde transitaba. Una idea fija se había apoderado de mi cerebro, dominándolo hasta el extremo de hacerme perder la conciencia de mis actos. Todo a mi alrededor era incierto y como borroso. En aquel momento sólo tenía yo por seguro un hecho único y culminante, hecho de cuya realidad no abrigaba la menor duda: Carmen había muerto asesinada por el doctor.

"¡La ha matado! ¡La ha matado!", repetía entre mí una y cien veces con la frenética obstinación de un monomaníaco. Mi andar y mis ademanes descompuestos, y la demudada expresión de mi rostro, dábanme, sin duda, las trazas de un demente.

Llegué al instituto momentos antes de que el fúnebre cortejo rompiese la marcha. Pedro Machuca me llamó y me hizo sitio en su coche.

Le rogué me informase de cómo había sucedido la repentina muerte de Carmen. Con las lágrimas en los ojos, se expresó de este modo:

—Anoche, a las dos de la madrugada, recibí la noticia como un escopetazo. No tengo para qué decirte el efecto que me produjo. Tú sabes que Carmen y yo... vamos, que era conmigo con quien la pobrecita debía haberse casado... ¡Cosas de la vida! ¡No estaba de Dios que fuese mi mujer! ¿Pero quién podía figurarse que se iba a ir así, de repente, en la flor de la juventud, y cuando menos lo esperábamos?

—Bueno, ¿pero esa enfermedad?...

—Dicen que se quejaba desde hace algunos días de un vago malestar: mareos, sofocaciones, náuseas... La insignificancia de los síntomas hizo suponer que no era nada grave. Anoche, después de la comida, se sintió peor y tuvo que acostarse. Cuando el doctor volvió de la calle, a las doce, se la encontró muerta.

Experimenté una sensación tan clara del crimen, que en un tris estuvo que no tomase a Pedro por las solapas y le gritase: "¡Pero, ven acá, pánfilo del demonio! ¿Tú has creído que la muerte de esa infeliz criatura es un hecho natural y corriente? ¡Ha muerto asesinada! ¿Te enteras? ¡¡Asesinada!!"

Pedro prosiguió:

—Esta mañana, cuando entré en el laboratorio, convertido en capilla ardiente, y la ví, se me doblaron las piernas y a poco si me caigo redondo al suelo. ¡La muerte, hijo, qué horror!... Carlota y Eugenia le habían puesto a la pobrecita el traje de novia, aquel traje negro con el que estaba tan hermosa, ¿te acuerdas? Una irresistible curiosidad, mezcla de amor, de miedo y de religioso respeto, me hizo aproximarme a su cabecera; quería verle la cara por última vez. ¡Nunca lo hubiera hecho! ¡Para mientras viva la tendré presente! ¡Qué horror, hijo, qué horror!... Las cuencas de los ojos como dos agujeros oscuros; la nariz afilada y blancuzca; la boca negra, negra;... y unas manchas verdosas en la piel... ¡Pobrecita, pobrecita, quién iba a suponer que tan pronto!...

Pedro rompió a llorar como un chiquillo. Yo mordisqueaba mi pañuelo, mientras que el sonsonete de la obsesión repetía en mi cerebro con enloquecedora tenacidad: "¡La ha matado! ¡La ha matado!"

En el entretanto terminó el sepelio. Al desfilar, busqué con los ojos a Guillermo; pude cerciorarme de que no había asistido a la ceremonia.

Una vez en mi casa fuí acometido de una fiebre intensísima. Durante cuatro días consecutivos deliré sin tregua ni reposo. Mi hermano, que apenas si se apartó un solo punto de mi cabecera, cuenta que mi delirio giraba siempre alrededor de un mismo tema: una mujer asesinada y un criminal que huía constantemente de entre mis manos. Fueron cuatro días horrorosos de lo que no guardo, por fortuna, la más leve memoria.

En cuanto pude salir de casa fuí en busca de mis amigos del café, los cuales me recibieron con gran alborozo. Todavía me acosaban a preguntas, inquiriendo las causas de mi enfermedad y prolongada ausencia, cuando, de improviso, y como caído del cielo, vimos aparecer al doctor X.

Vestido de riguroso luto y con su impenetrable y glacial aspecto de siempre, se acercó a nuestra mesa, quitóse el sombrero y nos dijo:

Señores: vengo a despedirme de ustedes. Salgo mañana para Berlín. Mi ausencia será larga; Dios sabe cuándo volveré por aquí.

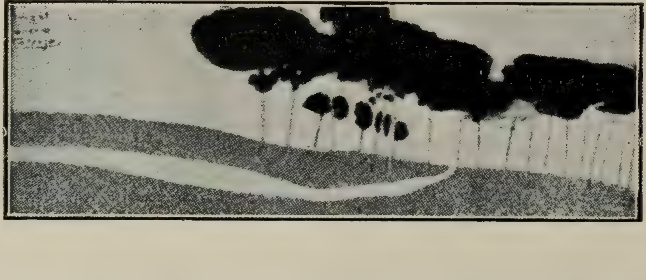
Siguió hablando, pero yo no le oía. Una emoción intensa, la más poderosa quizá que he experimentado en mi vida, se adueñó de mí en aquel instante. Sentí que las fuerzas me faltaban y que la sangre se helaba en mis venas... Sólo el corazón me martilleaba el pecho, tal y como si quisiese abandonarlo.

Por uno de esos inexplicables fenómenos intuitivos, comprendí que algo grave y trascendental me iba a ser revelado. Mis ojos miraban al doctor con la atónita y suplicante expresión de un reo que aguarda su sentencia.

Hubo una pausa.

El doctor habló de nuevo:

—También tengo que comunicar a ustedes una triste noticia. Guillermo, mi ayudante, está agonizando. Por cierto que ni el médico de la casa, ni yo, sabemos la enfermedad que lo consume. Tiene una fiebre altísima y la piel cubierta de manchas verduzcas. He llegado a sospechar que pueda haberse inoculado en el laboratorio preparando algún suero. ¡Como nosotros jugamos con la muerte!



Despidióse de todos, giró sobre los talones y se alejó tranquilamente.

Nunca he vuelto a tener noticias suyas.

Juan Héctor **PICABIA.**

Crónica de la Moda

Esta crónica tiene hoy, sobre todo, opiniones y noticias sobre la moda para las niñas.

La sencillez, la extremada sencillez es lo que debe dominar en la elección del traje infantil. Nada de formas complicadas, de volados, de drapeados o de recogidos que hacen perder toda su elegancia a la silueta.

Para las más pequeñitas se permite alguna excentricidad. Esta excentricidad consiste sobre todo en la elección del tejido: las telas con dibujos raros y con los chillones colores búlgaros, son de muy bonito efecto; se emplean en muy pequeña cantidad, pero en general no gustan mucho a los chiquillos. ¿Para qué imponer a los niños cosas que no les agraden? Siempre recuerdo con disgusto cierto sombrero marinero, de hule, que me hacían poner cuando yo tenía cinco o seis años... era horrible y verdaderamente sufría vergüenza de tener que ponérmelo...

Todavía hay mamás sin corazón que afrentan a sus pobres hijitas con sombreros y gorretes de hule, tan feos como aquellos de mi infancia...

¡Y tan fácil que es hacer a las niñas vestiditos prácticos, económicos y encantadores!

Un vestido de niña bien hecho, comprado en una buena casa, cuesta muy caro, y se comprende que así sea porque se parece terriblemente al de las hermanas grandes o al de la mamá.

Con un buen molde y una forma bien comprendida, podemos hacer nosotras mismas, por cuatro centavos, deliciosos vestiditos, que adornarán y realzarán la silueta de las gráciles y de las regordetas muñequitas.

Es una locura emplear en los vestiditos de niñas telas caras y complicaciones ridículas.

Para vestir de diario se usa siempre, aunque es más cómodo que bonito, el vestido marinera de sarga azul, que también se lleva siempre para playa, como se lleva el de lana tejida, que es tan confortable e higiénico.

Por el momento hay dos formas que se disputan la preferencia; el talle muy largo; cinturón de cuero o de cinta ciñendo el vestido más abajo de la cadera, en el estilo de las blusas rusas que usan los varoncitos, o bien el talle Imperio, bajo el brazo, y confieso que esta última forma es mucho más bonita. Es preciso evitar todo lo que dibuje las formas imprecisas, que ganan mucho en elegancia cuando no están ceñidas. Una especie de bolero corto, acompaña muy bien este estilo de vestiditos: no hay nada más bonito y más cómodo que una falda de sarga blanca o azul, o de tela a cuadros, combinada con un bolerito zuavo, de sarga punzó, bordado, trencillado y adornado con minúsculos botones de pasamanería o de metal. La falda sube hasta debajo de los brazos, y aun cuando las niñitas son muy pequeñas, puede reemplazarse por un vestidito enterizo, descotado sobre una "guimpe" con mangas, de linón blanco. Hasta los diez años se puede elegir esa blusa lisa y larga estilo ruso; de diez a catorce años cuando las niñas son tan difíciles de vestir, háganse polleras de talle corto, estilo sastre, completadas por tirantes de la misma tela que se hacen los tirantes para hombre.

Las batistas, las muselinas, las telas de hilo y crespones hacen vestiditos preciosos por muy poco precio.

Las telas de dibujos o de fantasía hacen vestiditos muy lindos a muy poco precio. Las telas de fantasía tienen la ventaja de no necesitar adornos; un sesgo de tela lisa, combinado con el género floreado, hasta para adornar el escote y el cinturón.

El crespón de algodón, es la tela práctica por excelencia, porque no necesita plancharse; pero es necesario tener cuidado de mojarlo antes de cortar el vestido, porque de otro modo podrían producirse desagradables sorpresas, pues estos tejidos acresponados se encogen muchísimo al lavarse. Un bolerito casaquín de tela o de taffetas liso, de color fuerte, sobre un vestidito de género floreado con ramitos muy pequeños o de lunarcitos hace un efecto



I. Vestido de linón rosa con dibujos negros; gran cuello de linón cerrado con un moñito de terciopelo negro. — II. Vestido de linón blanco: cuello y cinturón de linón celeste adornado de soutache blanca; el cuello termina adelante en dos solapas. — III. Vestido de broderie blanca, túnica de linón colorado, con la orilla de cordón colorado.



I. Capelina de paja de Italia adornada con ancha cinta ''picot'' de faya azul viejo: gran barbijo flojo anudado atrás que cae en una larga coca. — II. Traje de vestir de raso flexible, color marfil, adornado con botones de terciopelo negro, cubierto con un alba de monaguillo, de muselina cereza, cuyo borde es de grueso guipure de Venecia. — III. Túnica de velo de algodón rosa, ador nada en el borde, las mangas y el escote con una guarda griega bordada. — IV. Vestidito de crespón azul viejo cubierto de una larga blusa de crespón blanco adornada con galones de algodón azul y soutache blanca: cuello y moñitos de crespón azul. — V. Cloche de taffetas, que puede hacerse también de terciopelo, color tostado; el ala es lisa con un cordón grueso a la orilla; fondo drapeado: corona de cerezas y hojas de taffetas cereza. Collerette pierrot sujeta por una cintita de taffetas cereza: pequeño barbijo de taffetas cereza en el sombrero

precioso. Para toilette de vestir, una blusa recta, de tul blanco, plegada acordeón, cubierta con una casaquita de cretona o de muselina floreada, será muy elegante. Para el casamiento de una hermana mayor, sería de una sencillez exquisita. Un alba de monaguillo, de chiffon plegado a máquina, color cereza o violeta, sobre una pollera de encaje, sería de una originalidad chic y fácil de hacer con los moldes de los vestiditos de diario, pues toda la elegancia consiste en la tela y es indispensable que ningún otro adorno le quite el sello de suprema distinción a esta toilette.

Para las niñas, grandes o pequeñas, la túnica antigua, con una guarda griega a la orilla, hecha con bordado, con ''soutache'', o de aplicación de ''voile'' blanco o rosa, es de una sencillez adorable.

El chaquetón largo o semi-largo, de ratina azul marino o punzó, es siempre un abrigo práctico. Los colores verde esmeralda y turquesa muerta, son nuevos y elegantes aunque un poco excéntricos. El abrigo de vestir se hace de taffetas azul marino o negro, bien acolchadito en invierno, si no se tiene un abriguito de piel; se le da ese estilo ''vieillot'' que dicen los franceses, con ruches y abullonados, y el cuello se hace con frecuencia en forma de capuchón de la misma tela, pues aquellos grandes cuellos de encaje que fueron tan de moda se han dejado por completo: ahora se prefiere para las niñitas la inmaculada blancura de los cuellos y puños de linón de hilo a todos los ricos encajes que antes se es ponían.

El sombrero de niña, siguiendo la moda de las mamás, es liviano y generalmente pequeñito. Para vestir se prefieren, sin embargo, las grandes capelinas ''pastora'', de paja de Italia, coronadas de ramitos o de guirnaldas de flores, o bien adornadas con dos o tres volados de fino encaje salpicados de moñitos minúsculos. La ''charlotte'' no se lleva absolutamente este año o se lleva convertida en un gorrete chiquitito y muy flexible. Son monísimos y sientan divinamente a las graciosas caritas infantiles los sombreritos Directorio; casco, jockey o cabriolet, son muy chic.

Se hacen unos ''canotier'' chiquititos, de paja



I. Gorrete de broderie inglesa con borde de terciopelo, cinta de faya azul alrededor, con un gran moño a un lado. — II. Abriguito de taffetas negro adornado con plegaditos alrededor de los bolsillos y del cuello marinero. La martingala de la espalda atraviesa dos pliegues flexibles. — III. Vestido de diario, de sarga azul: chaquetita a cuadros azul y crudo; cuello, puños, cinturón y botones azul. — IV. Trajecito de vestir, de tul blanco plegado acordeón, ligeramente bordado con soutache blanco en el cuello y en la cintura. Chaquetita suelta de cretona floreada con orilla de soutache: cuello de tul blanco. — V. Toca de paja rodeada de una guirnalda de rosas y miosotis de colores viejos. Plegado de tul blanco rodeando el ala levantada

ficelle, forrados en tela de Jony, que son deliciosos, se adornan con un ruche de encaje en el que se salpican unas hebillitas hechas con cinta "picot" de color cereza y azul viejo. Y mil otras fantasías menudas y delicadas que son inéditas casi siempre, pues cada mamá se empeña en convertir sus hijas en verdaderas muñecas de exposición.

El calzado de niñas no varía, no se ha contagiado felizmente de la fantasía que impera en el calzado de día y de noche para señora.

La forma del calzado de niñas es ancha y racional, sin taco o con un taco muy bajo, al llegar a los siete u ocho años. Para traje de vestir, es bonito tanto en las mujercitas como en los varones, el zapato escotado o el Richelieu, de charol. Como calzado corriente se lleva de preferencia el de cuero amarillo más o menos obscuro, el de antílope gris, blanco o "beige", para acompañar los vestidos de lencería se usa siempre, pero es poco práctico para los niños que naturalmente juegan y corren, estropean enseguida las puntas de los zapatos. ¡Y no hay que pensar en privar a un niño de sus juegos y de su alegría, que son vida y salud! La madre que recomienda quietud y compostura a un niño, para cuidar un vestido lujoso, es criminal.

Vístase al niño limpio y cómodo, pero sencillo, tan sencillo que un desgarrón del traje no produzca en su hogar una catástrofe: ¡y déjesele retozar, jugar, vivir!!...

Muchas mamás preguntan hasta qué edad pueden llevar las niñas el calcetín o "media corta", como aquí por un empobrecimiento incomprensible de nuestro rico idioma se les llama. Esto depende, evidentemente, del tamaño de la niña. Hasta los siete años si la niñita es grande, es decir, hasta su primera Comunión, pero si es pequeñita y delgada, puede llevar calcetines hasta los trece años; no puede haber en esto reglas absolutas. Pero como en general se viste a las niñas con pollerita muy corta, la cuestión de los calcetines es delicada, aunque, a decir verdad, esos vestiditos cortos pierden mucho de su gracia cuando la niña lleva la media larga.

Encuentro chocante y de mal gusto que se vista a las niñitas con túnica antigua y sandalias, como ha habido algunas tentativas de hacerlo, en Europa. Esas semi-desnudeces tan radicales, llegan a hacer del pudor un mito...

Temporada de casamientos, el invierno bonae-

rense registra siempre en sus anales visiones de elegancia y lujo insuperables en los cortejos nupciales.

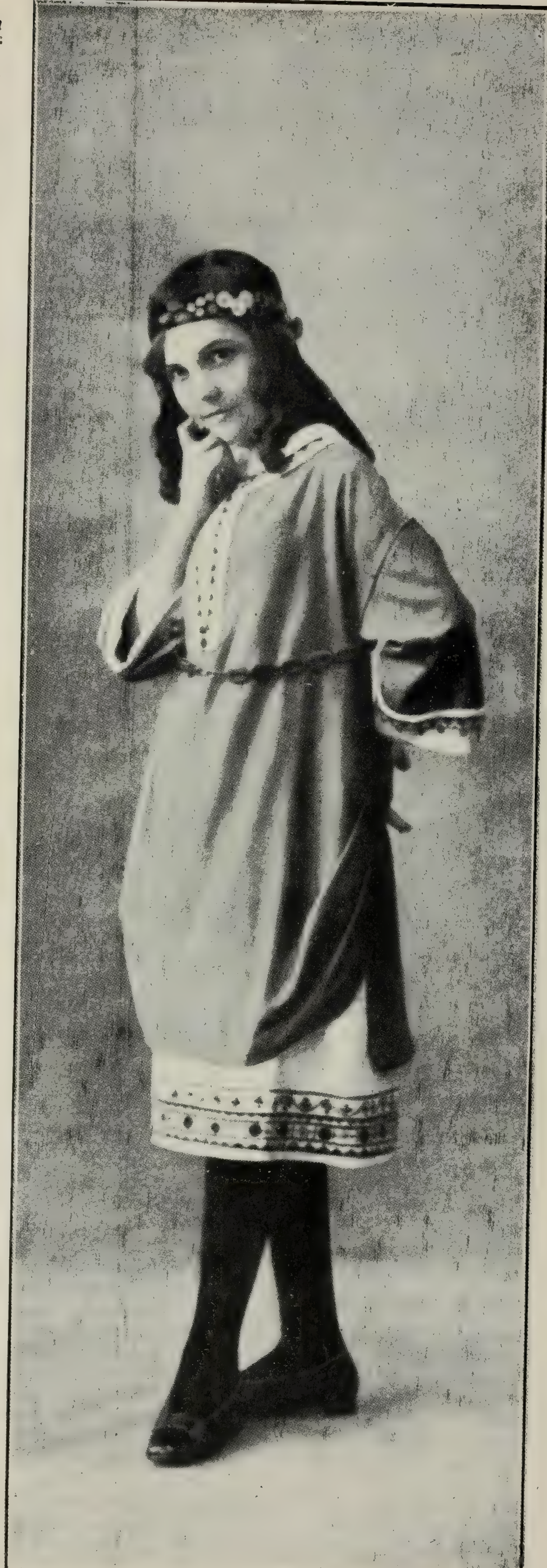
En una gran casa de la calle Florida he podido admirar dos regios vestidos de novia, de tejido de plata, encaje y crêpe de Chine, con el velo de encaje, formando manto de corte, que es la última palabra de la elegancia.

Sin duda los veremos lucir por algunas de las novias de nuestra haute, pues son maravillosos. Esta casa, que ha quedado sola en una cuadra en que deslumbraban las vidrieras de tres grandes comercios de modas, parece que hubiera concentrado en ella sola el lujo y el buen gusto de las otras. Si pasan por la acera de enfrente del Jockey, las elegantes lectoras de El Hogar, podrán dar fe de que no hay exageración en este aserto.

Bueno es pues hablar un poco de vestidos de novia.

Para los trajes de novia, algunas telas nuevas tienen tanto éxito como las clásicas; pero antes de describirlas, hemos de hablar de los velos de encaje, que con sus blandos pliegues y sus floridas guirnaldas adornan a las desposadas, rubias o morenas. Cuando en las arcas de la familia no hay uno de esos velos que todas las jóvenes lucen el día de la boda, y que son de todas sin pertenecer personalmente a ninguna, se comete la locura de comprar un velo de encaje que se utilizará más tarde como túnica o en plegados sobre un traje de baile.

Estos velos son de forma oval, más anchos por abajo que por arriba y su longitud no pasa más allá de dos metros y



Vestido para niñas de 6 a 12 años; túnica de cachemir, paño o terciopelo, sobre doble falda de paño bordado

medio. Unos son de punto de Inglaterra y otros de tul bordado, puntilla o punto de Alenzón, por el estilo de los maravillosos velos que cuestan a las encajeras muchos años de trabajo para que lo disfruten las princesas y las archimillonarias.

Los velos de tul bordado, con aplicación de Inglaterra y de Malinas, son de un precio más accesible, pues los hay desde 1.500 hasta 12.000 pesos. Los más baratos son de tul liso, con una guirnalda más o menos ancha en el borde. Otros están sembrados de motas, y algunos, de dibujo más valioso, ostentan lindos ramitos de flores.

No vaya a creerse que tan sólo se lleven estos velos dispuestos al estilo judío o a la española, pues también se les deja caer sueltos sobre el rostro, de modo que la porción que lo oculta sea siempre de tul liso.

Los velos de encaje se colocan generalmente llanos sobre el peinado para que subrayen las líneas de la cabeza apuntadas por el peinado bajo y de poco volumen. Está el velo retenido, como los de tul ilusión, por un delgado cordoncillo de flores de azahar o por ligeros ramos prendidos cerca de las orejas.

Por más que los velos de tul ilusión no ofrezcan el encanto de las modas nuevas, muchas novias se mantienen fieles a esta prenda, porque con sus vaporosos pliegues envuelven lindamente la silueta. Sientan a maravilla y son simbólicos.

Tan sólo se les puede reprochar cierta vulgaridad, disimulable por la manera de disponer los pliegues en el prendido.

Casos y cosas



—¿Por qué has escrito tu nombre tan arriba en la tapa del cuaderno?
— Porque papá me recomienda siempre que mantenga muy alto el nombre de la familia.



—Perdone, señor, pero todavía me debe usted aquellos veinte pesos.
—Sí, hombre, te perdono, no faltaba más.



—¡Qué magnífico alfiler de corbata llevas hoy! ¿Es de oro?
—No, hombre; es mío.



—¡Pero qué cosa bárbara! ¡Cómo estan de sucias estas sábanas!
—Es cierto, señor, pero de noche no se nota.



El conferenciante (a su único oyente).—Y le doy las gracias por haberme escuchado tan atentamente.
El oyente.—¡Oh, no! Yo soy el que debo hablar después de usted.



—Me parece que tu mujer se pinta demasiado.
—¡Que si se pinta! En tres años que llevo de casado, no le he podido ver la cara.



— Tiene usted una mano preciosa, Emilia.
—¿Le gusta a usted?
—Muchísimo.
—Pues pídasela usted a papá.



—¿Pinta usted por afición?
—No, por necesidad, para ganarme la vida.
—¡Ah, entonces tiene usted una excusa!

Puntos y Comas

"Una empresa particular se ha presentado al congreso ofreciendo proporcionar carne, para el consumo, a treinta centavos el kilo, de primera clase y a menor precio la más ordinaria".

Felicitémonos y sigamos leyendo:

"Si fuera esto de inmediato ya estaríamos de parabienes; pero será de aquí a tres años y eso si consigue que le despachen su solicitud en el corriente, y si no, dentro de cuatro, cinco o más".

¡Sí, no hay prisa! Bien podemos aguantar treinta o cuarenta mesecitos comiendo piltrafas o pagando la carne a precios fabulosos.

Pero, ¿quién es esa sociedad filantrópica que con tan generoso impulso se compadece de las desgracias ajenas? ¿Qué pide en cambio de esa gauchada?

Poca cosa: sólo pide
trescientas leguas de campo
que debe estar en Misiones
en Formosa o en el Chaco.
Y para pagarlo exige
Un par de lustros de plazo.
Pide a más doscientos metros
de muelle, derechos pagos,
concesión de frigoríficos,
y pide que el proletario
vaya a comprar de rodillas
la carne durante un año.
Y que no la pague en níquel
ni haga de deber conato,
ni quiera elegir los bifes,
antes bien, que resignado
acepte lo que le vendan
sin protestas, sin escándalo
pues con que le vendan ya
debe quedar obligado.
El comprador no podrá
ir sin un certificado
acreditando que tiene
apetito de Heliogábalo.
¡Qué empresa tan desprendida!
Mucho más hoy que es muy raro
hallar quien se sacrifique
por el pueblo soberano.
El recurso me parece
un poquito complicado...
¡Providencia, o nos ayudas
o hay conflicto para rato!

Bajo el epígrafe "Un pueblo embotellado", leemos:

"Es muy difícil la situación en que se halla el vecindario de Villa Diamante, partido de Avellaneda, con motivo de haber quedado sin vías de comunicación, completamente embotellado, porque los propietarios de los terrenos que la circundan han construído alambrados que cierran las calles. El único acceso a ese pueblo, es el arroyo de Paso Chico, que no puede ser utilizado para el tránsito, porque es un cauce fangoso y de largo recorrido.

Desde entonces, los vecinos de Villa Diamante, han realizado diversas gestiones para que se les dé comunicación hacia las vías del ferrocarril y del tranvía, pero no solamente nada han conseguido, sino que han empezado a ser explotados en otra forma, por demás irritante e ilícita, con la complicidad de las autoridades locales".

¡Vaya unas bromitas que gastan los vecinos de ese pueblo!

Sin duda por importante
quisieron embotellarlo.
Así será, ese Diamante,
más difícil de encontrarlo.

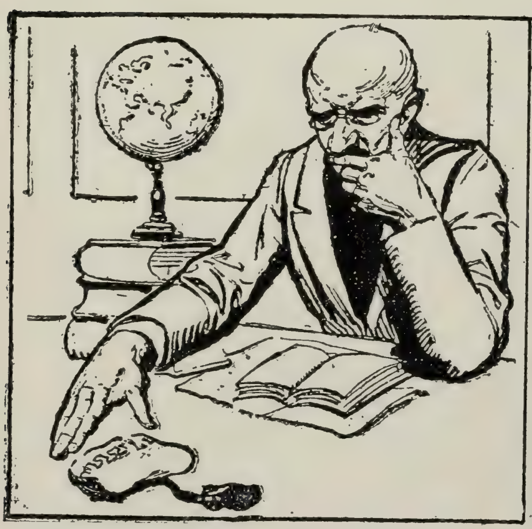
A nuestros lectores

IMPORTANTE

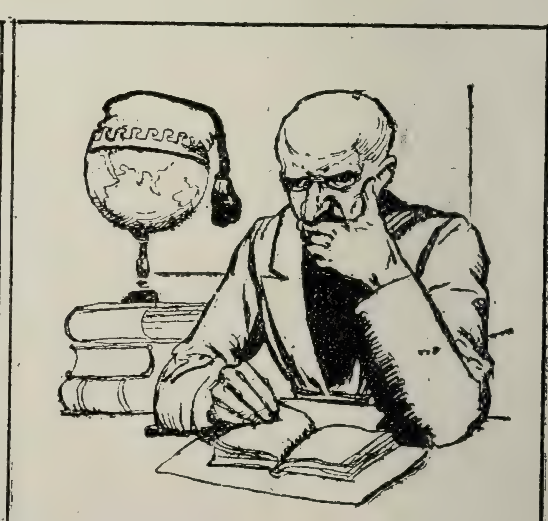
La administración de esta revista sólo acepta los avisos que considera de buena fe, y continuamente rechaza aquellos cuya oferta o cumplimiento para con el público le parecen dudosos.

No obstante, si en algún caso, nuestros lectores se creyeran engañados por un aviso aparecido en EL HOGAR, se les ruega que lo comuniquen a esta administración para procurar esclarecer los hechos y suspender las publicaciones del aviso si el cargo se confirmara.

LA ADMINISTRACION.



El geógrafo.—¡Caramba! ¡Qué frío hace, voy a ponerme el gorro...



porque si no, podría pescar un resfriado macanudo!

Labores femeniles

Especial para EL HOGAR.

MUCHAS veces hemos afirmado que la variedad de los encajes y los bordados no tienen límite, pues cualquiera que sea su motivo y por más dificultades que puedan ofrecer en sus minuciosos detalles, la aguja todo lo reproduce en el finísimo encaje, como en el artístico bordado en blanco o en el bordado en seda.

Los mismos detalles, los mismos efectos que puede obtener la pintura y la escultura, con la misma suavidad y la misma minuciosidad los define la aguja cuando es llevada con sentimiento, con estudio, con una base segura; la ejecutante siente esa impresión que la atrae y que da a la aguja esa vida natural, esa expresión que ha sabido interpretar con sentimiento propio para darle al objeto bordado o al encaje toda la naturalidad que exige el arte.

Es cierto que una de las artes más difíciles de interpretar con veracidad, es la ejecución de un encaje o de un bordado, que a su alcance sólo tiene una aguja y unas hebras de hilo o un manojo de seda de múltiples colores.

Sin embargo, con todos esos diminutos materiales, son numerosas las obras modernas de encajes y bordados que que se han reproducido; muchas de ellas pertenecientes a nuestra producción local han desfilado en nuestras páginas, hoy cábenos la satisfacción de ofrecer a nuestras gentiles lectoras algunas, tan interesantes y de tanto mérito como todas las ofrecidas en los números anteriores de EL HOGAR.

¿Quién de nuestras lectoras no conocerá el célebre cuadro de Millet "La cosecha"?, que ha sido reproducido en todas formas de impresiones, pero seguramente, ninguna vez en encaje. Por eso publicamos hoy este cuadro reproducido en encaje de Venecia, como una primicia del arte encajero.



Busto bordado en blanco

Muchos son los datos que ya conocen nuestras amables lectoras sobre la ejecución del encaje de Venecia y demás encajes a la aguja que son todos basados sobre el mismo procedimiento de ejecución y preparación del dibujo, siendo esta una de las partes más importantes para obtener una ejecución perfecta.

Cuando un motivo de encaje es formado por figuras, como el presente cuadro, cuya posición es difícil de perfilar, el dibujo debe ser muy nítidamente concluído para poder seguir sobre el mismo la colocación de la guía del encaje sostenida por un hilván, que es la que ha de formar el encaje sucesivamente.

Esta es la parte más importante que tienen los encajes de aguja en general, pues de la colocación de la guía sobre el dibujo depende el obtener un buen perfilado y una ejecución nítida.

Recuérdese que el encaje debe trabajarse siempre del lado del revés del dibujo para evitar que el trazado de la tinta manche el encaje, como igualmente el dibujo debe ser colocado sobre un hule verde para que no fatigue la vista al trabajarse.

Lo mismo debe recordarse que lo primero que se ejecuta son todos los medios puntos, los zurcidos, los calados, el fondo, y por último se hará el punto festón, que es el que remata y concluye el encaje.

El cuadro "La cosecha" es un bonito motivo para un almohadón; está confeccionado en cincuenta y dos centíme-

tros de largo por cuarenta centímetros de alto; estas medidas en proporción pueden ser aumentadas o disminuídas según el destino que quiera dársele.

El hilo que se ha empleado en su ejecución es el Venecia núm. 50, algodón núm. 25 y agujas núm. 7 y dedal de hierro.

tallados los perfiles de la cara y diferentes puntos empleados en su bordado.

La tela empleada en este bordado es el linón de hilo muy fino; una vez concluido el bordado se recorta bien todo en contorno del bordado quedando éste solamente, el cual se aplicará sobre un raso negro y se obtendrá el mismo efec-



''La Cosecha'', notable cuadro de Millet, copiado en encaje de Venecia

En bordado en blanco ofrecemos un busto, copia del natural; para que nuestras lectoras tengan una idea más acabada de cómo se borda en blanco una cara, hemos hecho aumentar la fotografía media vez más grande de lo que es natural el bordado, así más fácilmente podrá verse la dirección de la puntada y estar más de-

to que un busto de mármol.

Los algodones empleados son los de la marca D M C números 60, 80 y 120, aguja números 10 y 12 y dedales de hueso para que no manchen el bordado.

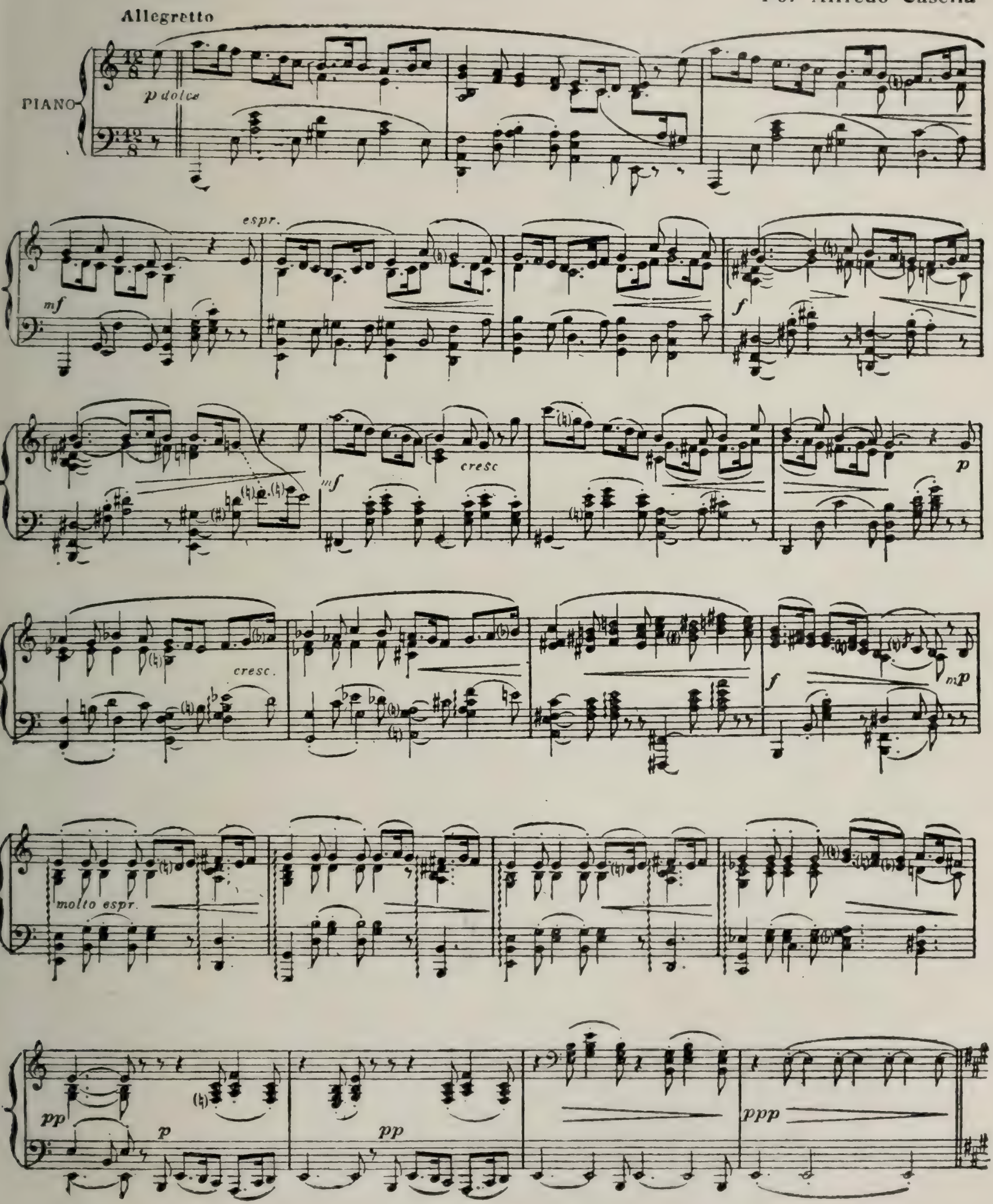
Rosa ASPLANATO.


JAVOL
SIN
GRASITUD
JAVOL
Hace crecer el CABELLO LARGO,
SUAVE,
RIZADO, SEDOSO, ONDULADO,
LUJURIOSO,
EXUBERANTE, ABUNDANTE
y PERFUMADO.
Cura la caspa; Evita la caida.
FRASCOS DE $ 2.50 Y $ 4.50.
En todas las Farmacias, Peluquerías y Mercerías bien surtidas.
Unico concesionario en la Argentina y el Paraguay:
A. O. DIESEL
RECONQUISTA, 326 - BUENOS AIRES
JAVOL
CON
GRASITUD
JAVOL-SHAMPOO
POLVO
PARA
LAVAR LA CABEZA
PAQUETES DE
30 CENTAVOS

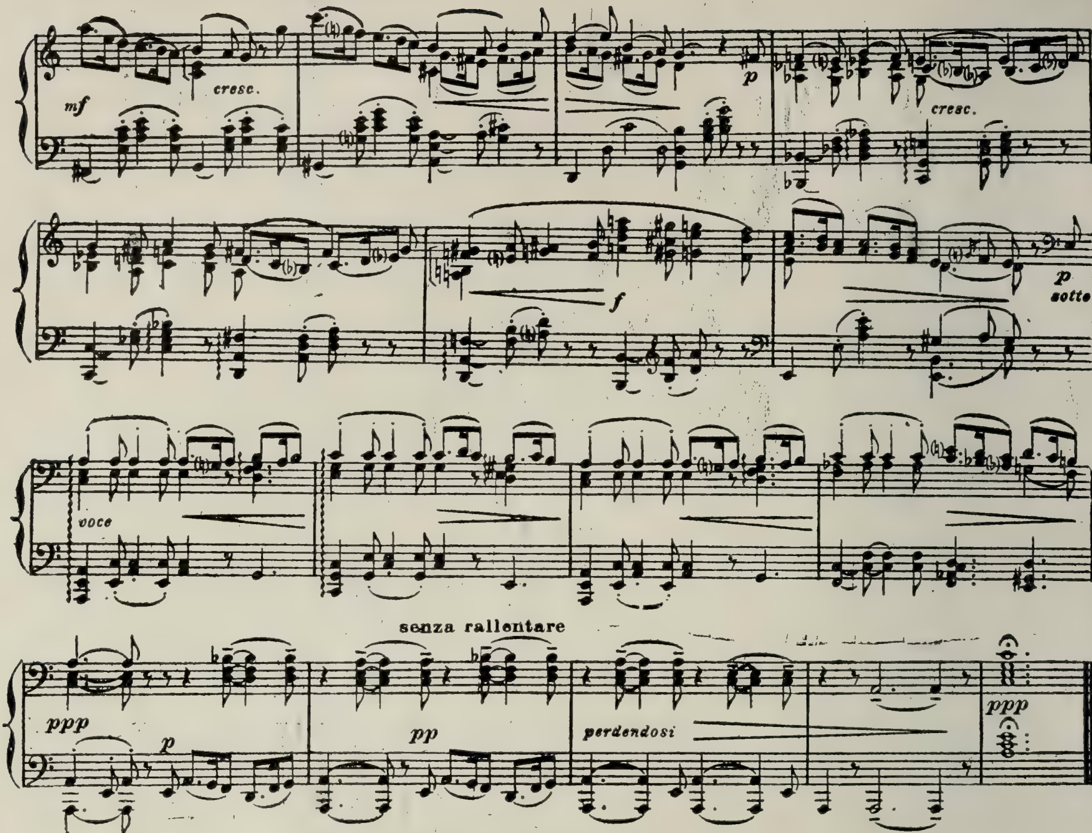
Album musical de "El Hogar"

BARCAROLA

Por Alfredo Casella




Allᵗᵗᵒ più mosso, quasi Serenata
espr.
dolcissimo, ma sonoro
mf
sf poco
pp
mf
sf poco
sf poco
pp
perdendosi
rall.
T° 1°
p
espr.
mf
f


mf
cresc.
p
cresc.
f
p
sotto
voce
senza rallentare
ppp
p
pp
perdendosi
ppp



Señora Rosa G. de Pujadas, directora de la Academia "Santa Rosa", de corte y confección, con las señoritas que se recibieron de profesoras en los últimos exámenes.—Señoritas María Rosa Vattuone, Saida Senepost, Emma Borrazás, Josefina Talau, María Luisa Alberdi, Felisa del Fresno, Julia Scazziotta, Eugenia Filippi, Magdalena Tepatti, Encarnación Seoane y Angela Lafiandra

Curiosidades

Los mendigos cojos y mancos de París se han asociado para defender sus privilegios contra los que fingen estas mutilaciones con perjuicio de los lisiados de buena fe. La asociación ha solicitado que se exija a todo mendigo inválido un certificado médico.

En París el número de mujeres excede en 200.000 al de hombres.

Los naturalistas conocen más de 200.000 especies de insectos.

Los seguros marítimos datan del siglo XV.

En el bosque de Fontainebleau (Francia), se han matado cerca de 8 mil víboras en un año.

Las "serpientes de Faraón", que tan en boga estuvieron no hace muchos años, produjeron a su inventor más de trescientos mil pesos.

El mejor medio de escoger un buen cachorro es dejar la elección a su misma madre. Cuando llega a la cama donde están los perritos, al que primero atiende y lame es el mejor.

Los chinos añaden siempre un año a su edad, porque consideran que en el momento de nacer tienen ya un año de vida.

La planta más grande del mundo es una especie de alga que mide próximamente trescientos metros de largo. Los isleños del Mar del Sur emplean los tallos secos para hacer cuerdas.

LA PASIÓN DE MÍSTER CASTLE

Continuación

—¿De modo que casi puede decirse que usted no conoce a míster Castle?... Su padre de usted, que es tan amable, ¿no se lo ha presentado?...

—Me ha dicho varias veces que me lo presentaría cuado las circunstancias se ofrecieran; pero...

—Pero, ¿qué?...

—Se conoce que míster Castle ha hecho todo lo posible por evitarlo... porque las circunstancias no se han ofrecido...

—¡Ah! ¿Cree usted que ha hecho todo lo posible?...

—De otro modo no se concibe que, viviendo hace tres años juntos, como quien dice, no...

—Es verdad...

Ahora es cuando yo me iba intrigando de verdad. Seguí preguntando:

—¿Y cómo se explica usted esta falta de interés, mejor dicho, este interés negativo por parte de míster Castle en no serle presentado?...

—¡Yo qué sé!... ¡Déjeme usted en paz!... ¡Va a acabar por aburrirme, y eso que no me aburro nunca! ¡Por vida de las preguntas!... ¿Vale ese loco la pena de que desperdiciemos este sol hablando de él?

—¿Por qué ha dicho usted "loco"?

—¡Dale!... Porque lo parece... Cada vez que le encuentro en el camino del convento, me muero de miedo cinco minutos seguidos y aprieto el paso hasta perderle de vista.

—¿Le encuentra usted siempre en el camino del convento?

—Siempre...

Me había llamado la atención aquel detalle; pero, para no despertar sospechas en la muchachita, dije:

—Es natural. Como está escribiendo un libro sobre la Cartuja, debe hacerle visitas a menudo...

—Pues, ¡gracias a Dios que sabe usted alguna cosa del "inglés" sin necesidad de preguntármela!...

En aquel momento, Fyol, que volvía de herborizar, según costumbre, detúvose en mitad de la explanada, y viéndonos sentados en el banco, gritó alegremente:

—Pero, hija... ¿no comeremos hoy?

Catalina respondió:

—¡Ay, es verdad!... Corro a hacer lumbre.

Y levantándose, con un mohín delicioso y vengativo, dijo, golpeándome en el hombro:

—Pues, para no querer decir tonterías, esta mañana... ¡se ha lucido usted!...

Tenía razón; pero yo estaba satisfecho. Había dado con una pista.

Y solo, en el gran sol, jugando mis manos con el pañolito de Catalina, que había quedado olvidado sobre el banco, medité un plan de campaña...

De cuando en cuando, lejos, la oía cantar a ella.

Sonreía.

III

Yo había formado mi proyecto, que pude ejecutar, punto por punto, a los dos días.

Era un jueves. La señorita Catalina Fyol solía bajar todos los jueves al convento a hacer su provisión de frutas, hortalizas y otros ingredientes para la casa y la cocina, que el padre Juan, deseando estar en buena armonía con las gentes de La Solera, les vendía por mediación de los hermanos. Comenzaba a decirse que cuando la comunidad volviera a organizarse en pleno, no sería posible aquel comercio, y todos los veraneantes, según me dijo mi vecina, lo habían sentido grandemente porque, al parecer, la fruta del huerto de San Bruno era exquisita.

Yo no había dado importancia alguna a aquellos viajes de mi vecinita al monasterio, hasta la mañana de nuestra conversación en el banco la explanada.

Me llamó entonces la atención la particularidad de que ella no hubiera tropezado jamás con míster Castle sino en el camino del convento; y como ciertos diálogos con él me habían podido convencer de que aquel hombre tan raro nada hacía en la vida que no fuera intenso e interesante, supuse, desde luego, que el mayor interés de la existencia de mi vecinita y aún, tal vez, la explicación de las palabras del monografista, estaban en aquel camino del convento.

Me fué fácil, desde la ventana de mi cuarto, abierta al claustro, atisbar a la muchachita cuando, con el cesto de mimbres bajo el brazo, salía, dirigiéndose al convento.

La seguí de lejos.

Ya he dicho que el monasterio de San Bruno ocupa una hondonada, al pie de La Solera. Un senderito estrecho, que corre entre retamas altas, zarzamoras y pinar, baja del cerro al valle. Catalina lo seguía con su pasito firme y armonioso, que se aceleraba un poco en el descenso. No había en su rostro muestras de la más ligera alteración. Yo le andaba casi al lado; pero los arbustos y retamas me ocultaban por completo, y estoy seguro de que ella no sopechó un intanto mi presencia.

Ya en los alrededores del convento, tuve que dejarla llegar sola, agazapándome detrás de una roca, para observar sin ser visto.

Creo que, si hubiéramos estado en un local cerrado, habría podido oir desde mi escondrijo la armoniosa respiración de Catalina. Tan corto trecho nos separaba. Pero al aire libre, pensé que ni siquiera sus palabras llegarían hasta mí, y esto me produjo una gran contrariedad. Sin embargo, habría sido imprudente abandonar la roca sin delatarme en el acto, y de ninguna manera quería que mi vecina se enterara de mi espionaje.

Me dispuse a no perder un gesto, y ahora diré lo que pude observar, secamente; porque era tanto el interés con que yo fuí siguiendo aquella mañana memorable, movimientos y actitudes, que cuando luego he querido recordarlos me los he representado siempre en un plano blanco, sin accesorios de paisaje, como si hubieran tenido lugar fuera del tiempo y del espacio.

La puerta del convento etá cerrada. Catalina tira de una campanilla. La puerta se entreabre. Un hermano lego. Me parece el mismo hermano idiota que cuida de las vacas suizas. El hermano sonríe, y su rostro resplandece en aquella sonrisa como el de un transfigurado. Hablan unos momentos, en el quicio mismo de la puerta. Pienso que

las mujeres no deben poder trasponerlo. El hermano desaparece. Catalina, ''con su rostro de siempre'', sin una alteración, se sienta en un banco de piedra, al pie de un árbol... La cesta a su lado, en el banco... La puerta entornada... Pasan unos minutos... Deben cantar pájaros en el árbol, porque Catalina levanta la cabeza y la ladea varias veces, contorsionando el cuello blanco, como si siguiera vuelos... Yo pienso que toda la vasta plenitud del orbe no encierra en estos momentos cosa más exquisita y adorable que aquel cuello gentil de Catalina... El hermano vuelve a aparecer... Viene cargado... Frutas, hortalizas, dos botellas en la mano... Ayuda a Catalina a meter en la cesta todo aquello... Ella quiere precipitarse... El hermano debe decir que no, que no es así... Ella ríe... Hay que volver a empezar... Finalmente, es el hermano quien se cuida de arreglar la cesta... Catalina le hace preguntas... El hermano se detiene para contestarla, y sus respuestas duran rato, mucho rato... Noto que, mientras habla, sus ojos no se apartan del rostro de Catalina... Creo que, si en aquel momento, por una casualidad, a Catalina se le hubiera ocurrido alzar de nuevo la cabeza para seguir vuelos de pájaros, dejando al descubierto el cuello blanco que a mí me había estremecido poco antes, ''yo habría dejado mi escondrijo y me habría arrojado sobre ella, para esconderlo a las miradas del fraile''... Nada más... Todavía hablan un rato, después de cerrar bien la cesta... Me llegan algunas palabras del fraile, que tiene la voz seca y metálica, un poco febril...

... amor de Dios... la vida... la vida es tan corta...

Finalmente, se separan... Sigo comprobando que el rostro de a muchacha no ha sufrido la más mínima alteración... El hermano se aparta para dejarla pasar... Ella vuelve a entrar en el sendero... Contengo la respiración, ahora que cruza por delante de la roca... Me distraigo unos segundos contemplándola... Lo siento, porque, mientras tanto, creo que el hermano acaba de besar la piedra en que ella se ha sentado... No lo juraría; pero creo que la ha besado... Ya no aparto mis ojos de él... De espaldas al convento, el hermano sigue, sin respirar, con toda la vida en sus ojos avidísimos, la figura de la muchachita que se aleja... En las agonías hay ojos que se clavan con este mismo interés en un punto del espacio, ejerciendo tal influencia entre los que rodean al agonizante, que acaban por tener visiones... No le basta al lego mirar... Lentamente echa a andar... Parece que obedezca a una atracción sobrenatural e irresistible... Pasa, a su vez, por delante de la roca... Hay una emoción de amor y de dolor tan grandes en su rostro, que da espanto... El hermano acelera su marcha... Más, más todavía... Echa a correr... Temo por Catalina; el corazón me da un bote y veo rojo... Voy a salir de mi escondrijo...; pero repentinamente, como si le hubiera herido un rayo invisible, veo al fraile derribarse contra las piedras del camino... Se golpea el pecho, se azota el rostro con las manos... Tiene rugidos guturales que sobrecogen como los gritos de las fieras, y exclama: ''¡Perdón, Señor, perdón!'' Y, de rodillas, los brazos en cruz como un milenario, con el rostro contraído de un dolor sobrehumano, baja, arrastrándose, por todo el sendero; reza, reza, reza; llama a Dios gritando y entra en el convento...

La impresión que yo acababa de experimentar era tan grande, que estuve unos instantes sobrecogido de espanto, inmóvil, agarrándome a la roca y sin poder coordinar ninguna idea.

Ignoro el tiempo que pasé en aquel estupor. Cuando volví a recobrar la conciencia de mis sensaciones, abandoné por fin mi escondrijo, y, tambaleante como un ebrio, eché a andar por el sendero.

Ignoraba que no habían hecho sino empezar mis emociones de aquel día.

IV

¡Dónde quedaba Catalina?... Completamente inocente de la tragedia que desencadenaba con sus visitas al convento, tal vez a estas horas ya andaba allá, por La Solera, toda extrañada y compungida de no haberme encontrado en aquel banco, donde, de algún tiempo a esta parte, solíamos hablar.

Me emocioné, pensando que aquella misma muchachita, origen de la escena que acababa de trastornarme como una catástrofe, estaría a la sazón mirando con curiosidad todos los caminos de la sierra para ver por cuál de ellos asomaba el amigo con quien plácidamente jugaba y conversaba.

¡Pobrecilla!... No era compasión... Era algo más hondo, más humano y mucho más tierno... Ella ignoraba completamente la espantosa máquina trágica que mueve, ardiendo para su Dios y para el bien, como una lámpara en lo infinito, la vida más pura.

Y me horrorizaba pensando que aquellos dulces y engañados ojos suyos podrían "ver" algún día... y su corazón convencerse... Y ella, que era incapaz del mal, horrorizarse del mal que estaba haciendo... Y, para darle algún remedio, resignarse a aberraciones de sacrificio y de dolor...

En aquel momento, yo hubiera querido coger a la dulce muchachita entre mis brazos, envolverle en un cendal muy suave la cabeza, para que ni viera ni oyera, ni aspirara las cosas de la vida, y llevármela yo no sé dónde, a sitios de sueño y de reposo, donde estuviera seguro de que no llegaban hasta ella más que los piadosos engaños de mi espíritu benevolente...

Yo había dado muy pocos pasos por el sendero... Este hacía una curva en aquel sitio, y desde allí se dominaba toda la mole del convento, tan cerca, que parecía que iban a poder tocarse sus tejas con la mano.

Las celdas de la futura comunidad estaban en vías de restauración, todas abiertas a un pequeño huerto por aquella parte y dejando ver la paz y sobriedad de su interior...

En aquel sitio, inmóvil, sentado en una piedra y mirando fijamente al monasterio, había un hombre... Recortábase, negra, la silueta, en el ambiente cristalino y limpio de la sierra.

Apresuré el paso... Me había parecido reconocer en la silueta a míster Castle... Iba, finalmente, a arrancarle a aquel hombre su secreto.

En dos saltos estaba a su lado... Sobrecogido, levantó su rostro... Corrían de sus ojos dos ríos de lágrimas; era, en efecto, míster Castle.

. . . .

Estuvimos, tal vez, diez minutos sin hablar... A nuestros pies, en una de las celdas del convento, de espaldas a nosotros para poder darle la cara al Santo Cristo, el hermano idiota, cuyas ansias yo acababa de presenciar, se había desnudado medio cuerpo y se azotaba cruelmente...

Era una escena horrible... No la he presenciado más horrible en mi vida... Pero, a pesar de tanto horror, yo no me explicaba las lágrimas de míster Castle viendo aquello... No me explicaba aquellas lágrimas, en aquellos ojos que a mí me parecían dignos de llorar llamas y sangre.

Míster Castle, que se fué serenando poco a poco, no parecía decidido a hacerme ninguna confidencia. Aquel hombre no comprendía la curiosidad; cuando una cosa le interesaba, sabía hacerse con ella por los caminos directos, y despreciaba a los pobres de espíritu que preguntan para conocer...

Se levantó y echó a andar.

Por un momento temí que el secreto de aquel hombre, ya casi palpitante entre mis manos, se me desvaneciera.

Hice un esfuerzo supremo, y dije entonces:

—Trágico, ¿verdad?...

—Trágico... grande...

Su voz era cálida... Y aquellos dos epítetos los pronunció con emoción tan honda y concentrada, que a mí me pareció deletrearlos incrustados, para la eternidad, en una lámina de bronce. Seguí diciendo:

—Este desgraciado está funestamente enamorado de ella...

No quise mirarle, porque estaba decidido a continuar hablando y sus ojos me habrían dado miedo. El replicó:

—Funestamente... La ama como se debe amar... Como ya nadie puede amarla...

—¿Nadie?...

—¡Ni yo mismo!... ¡Ni yo mismo!...

Aquel taciturno apasionado no era un hombre para diálogos... Recordé el alma de Hamlet, sarcástica y llena de reticencias con Ofelia, desbordándose ingenua en un monólogo, y callé. Mi silencio produjo el efecto apetecido... Desde que aquel hombre pudo imaginarse solo y los ojos de gatita de mi curiosidad no le inspiraron repulsión, su alma inquietante le asomó, sangrando, a flor de labio... Habló largo rato... A veces se detenía, y yo también... Me miraba sin verme, estoy seguro... Si alguna vez se me hubiera ocurrido hacer uso, hablando con él, de aquellas confidencias, se habría maravillado como de un milagro de que yo conociera sus secretos.... Era un hombre raro... No he recordado nunca su fin trágico sin decir: ¡qué lástima!...

—¡Ni yo mismo!—decía míster Castle.—¿Cómo podría yo acercarme con mi amor pobrísimo, manchado de deseos mezquinos, a este altar de ella, santificado por un amor sobrehumano, de cuya pureza, pero de cuya intensidad son valederos Dios y veinte siglos de misticismo?...

Se había detenido... Sus labios, secos y ondulantes, se plegaron como si los hubiera retorcido, pasando por ellos una llamarada de ironía ardiente.

Me miró... Había en sus ojos el delirio místico a que pueden llegar los ojos de un demonio que recuerda a Dios...

—¡La señorita Catalina Fyol de Castle!... Por esta línea de tarjeta a 2.50 el ciento, ¿iba yo a hacerle perder su encanto terrible de criatura de hechizos, amasada por el maligno, con niebla de los ríos para tentar en la soledad a un anacoreta?...

Manoteaba... Se cogía los labios con las manos como si quisiera arrancar de ellos las pala-

bras que no expresaban bien su pensamiento...

—No, no; tampoco es esto... Miento ahora. En el fondo, ¿qué me importan a mí los misticismos?... Lo que me enloquece, lo que me enfurece, lo que me caldea, lo que me apasiona, lo que me consume y me hace vivir al mismo tiempo no, está en esto... Lo terrible es más humano: le habla más a la sangre que estas fantasías... ¡Que no me cure yo jamás de haber sido el hijo de un obispo!... ¿Qué me importa Dios? ¿Qué me importan las tentaciones de ese hombre?... ¡Al diablo todo!... Pero este hombre, que la adora, ya no me cabe duda, lo he observado demasiadas veces, ha vaciado delante de mí, durante estos tres años, casi toda la sangre que se necesita para una vida larga... Ese hombre la deseará y la respetará siempre... ¡siempre! Y yo vendré todos los días a macerarme en el espectáculo de sus deseos y de su maceramiento, para no caer jamás en la tentación de perder, por un goce fútil y pasajero, la delicia infinita de estos tormentos, que nacen de una privación constante...

Volvióse al convento una vez última.

—¡Gracias, tosca y vieja figura del trescientos! Tú me has enseñado a amar... Lloro de pena viéndote a diario depurar tu amor en el martirio, para volver a diario con nueva furia y nuevas ansias al martirio de tu amor...

Se encogió de hombros, y añadió:

—Soy feliz... Ella nunca será mía... pero no será de nadie... Porque tú, pobre idiota, no me la robarás... Si la robaras, no la amarías, te conozco bien... Definitivamente tu amor la guarda, la santifica, la hace un altar, una reliquia... ¿Quién ha dicho que yo tengo celos?... Mira, mira, pobre hermano: podría matarte, y te perdono cada día y cada hora del día en que te veo... Y no son armas las que me faltan, ¿ves?...

Amartillaba un revólver en dirección del monasterio.

—Pero no, al revés; te doy las gracias... Sigue, sigue, buen hermano... Convierte las nieblas de la tentación en paños de altar... ¡Otra vez!... ¿Quién ha dicho que soy pusilánime?... ¡Es mentira!... ¿Que ella sería mía, si yo tuviera fuerzas para lograrla?... ¡Mentira! ¡Mentira!... No son fuerzas las que me faltan... Tengo armas con que aterrorizarla, en caso necesario... ¡Oh, qué delicia besar en sus ojos el espanto de la muerte!... Pero no quiero... No quiero...

Aquí sus manos y su cabeza, que se iba hundiendo entre los hombros, tenían movimientos bruscos, involuntarios, de maníaco...

Al mismo tiempo la voz se iba tornando ronca... Las palabras se iban haciendo ininteligibles...

Miró a su aredeor. Yo me detuve entonces, afectando no oirle y mirar el paisaje distraidamente...

Pude notar que le sorprendía mi presencia... De puntillas acercóse a mí como si quisiera adivinar, por la expresión de mi semblante, si le había estado oyendo...

Hice un esfuerzo supremo para revestir una máscara de absoluta abstracción en el paisaje...

Le ví que sonreía; que volvía a alejarse de mi lado, tranquiizado... que echaba a correr sende-

ro arriba, sin hacer ruido, de puntillas...

Quedé solo... Entonces volví a sentarme al pie de un árbol; apoyé mi cabeza entre las manos, y aterrorizado de lo que acababa de ver, de lo que acababa de escuchar, de lo que empezaba a temer, entré a refugio dentro de mí mismo; pensé en ella y bendije mi corazón que la sabía agasajar de un modo tan dulce.

V

Yo quería—y al mismo tiempo no quería—hablarle a mi excelente amiga la señorita Catalina de los sucesos de aquella mañana.

Esperé con verdadera impaciencia la hora en que solíamos ir todas las tardes a aquel húmedo soto de la fuente, donde yo trabé amistad con el señor Fyol a las pocas horas de mi llegada a La Solera.

Los primeros días, Catalina y yo nos encontrábamos en el soto casualmente.

Yo llegaba el primero. Ella solía tardar unos minutos y manifestaba cada día mayor asombro de que la casualidad nos reuniera en aquel sitio, precisamente todas las tardes y precisamente a la misma hora cada tarde.

Yo no diré que en los asombros aquellos de mi amiga hubiera asomo alguno de hipocresía o fingimiento.

Por mi parte, yo me alegraba cada tarde de aquella feliz casualidad, y puedo asegurar que tampoco había fingimiento en mi alegría.

Resbalaban los instantes con tan pasmosa celeridad en el lugar repuesto con mi buena amiga, que, sin casi darme cuenta yo fuí, a los pocos días, adelantando cada tarde un poquitito mi llegada al soto.

Invariablemnte Catalina se presentaba a los pocos minutos de haber llegado yo, y entonces yo paladeaba la satisfacción pueril de irle dando cada día razones más justificadas a su asombro.

No esconderé a mis lectores que cada tarde, cuando yo dejaba mi habitación para marcharme al soto, solía pasear algunos minutos por el claustro, cerrar a dos o tres golpes la puerta desvencijada para que hiciera ruido, y en fin, procurar, por todos los medios, que mi vecina se enterara de mi paso. Pero, como ella no daba muestras de enterarse nunca, ni me decía "ya le he oído a usted", o "ya me he figurado que le encontraría aquí", etc., etc., yo no tenía motivo ninguno justificado para sospechar que Catalina viniera al soto siguiendo mis pasos, ni, por otra parte, mi escepticismo natural y melancólico me consentía decentemente forjarme hipótesis tan halagadoras.

A medida que las relaciones entre nosotros se fueron estrechando, notaba yo que entrambos dábamos a nuestros actos un tono más acentuado de naturalidad y sencillez.

Yo suprimí, pues, mis paseos por el claustro y mis portazos al salir, que retumbaban temerosos en la clara soledad.

Cuando pasaba por la habitación de Catalina solía dar unos golpes con la mano en el cristal de su ventana, y gritaba una o dos veces:

—¡Catalina!...

Luego me dirigía al soto, sin esperar respuesta. Como es natural, mi vecina no tardaba en presentarse, y también como es natural, **seguía**

asombrándose cada tarde de la casualidad que allí nos reunía, sin haber ninguna referencia a mis gritos, y yo acababa por asombrarme también cada tarde, sin acordarme tal vez de haberlos dado.

Había indudablemente un poco de farsa infantil en todo aquello, había un poco de monotonía, acaso; pero era un modo excelente de entrar en conversación por una puerta conocida, y además, la cara primaveral de mi vecina revestía cada tarde la escena de una novelad inusitada.

No será necesario consignar que la tarde de mi visita al convento yo pasé por delante de la habitación de mi vecina, di con los nudillos en los cristales, y grité muchas veces ''Catalina'', lo menos dos horas antes de lo que tenía por costumbre.

Corría por el sendero en pendiente, como si llegando antes al soto, antes también hubiera de presentarse en el soto mi vecina.

Algo inusitado estaba rompiendo la calma de mi espíritu. Había caído yo no sé qué lluvia de piedras en el lago de mi alma, y rota la linfa, burbujeaban en ella todos los légamos del fondo.

No, no eran celos del hermano idiota... Dios me perdone; aquel santo varón no me tenía la catadura de un Tenorio... Adivinaba que tan sutiles y místicos arrobos jamás turbarían a mi amiga, ni acaso penetrarían nunca por la puerta sanamente sensual de sus floridos años... En el bucólico ornato del ''herbario'' de su padre, asumía ella yo no sé qué terrenas serenidades de deidad pagana, contra las cuales los sacrílegos ojos del santo habrían de estrellarse siempre... ¡Los ojos!... Decididamente la causa de mis inquietudes era míster Castle... Me asustaba aquella pasión tenaz y respetuosa que—como había tenido ocasión de observar momentos antes—pasaba sin transición ni violencia del respeto a la amenaza, del misticismo a la lascivia, de la generosidad y del arrobo al crimen... Míster Castle—pensaba yo entre mí—es el hombre al que quisieran amar y al que suelen fallar todas las mujeres... El que las hace sufrir y gozar, y porque las hace sufrir y gozar, no las causa; les enamora cada día... Catalina será suya cuando él se decida a abandonar, por aburrida, la ridícula pantomima del idiota. ''Catalina será suya''... Estas palabras me sonaban de una manera ingrata en los oídos... Estas palabras me humillaban... Yo no me había preguntado nunca si amaba a mi vecina... En aquel momento habría deseado amarla para jugarle, vulgar y todo mediocre como soy, una mala pasada a míster Castle...

A mí me enardecen los gestos románticos en el arte, en la poesía y en los libros. La vida... ¡Ah, si a mí me hubieran dotado de otro modo!... ¡Qué romántica aureola de locuras coronaría mi existencia!... Pero mi enfermedad, mi reciente fracaso, mi incurable melancolía, ¿no eran motivos suficientes para encauzar a los tranquilos goces de una existencia media, las ansias de mi espíritu?... Le tenía una tirria irreprimible a la pasión de míster Castle... Además, aquel hombre habría devastado en un arranque la primavera en flor de mi vecina, y yo, egoístamente, vulgarmente, sensatamente, quería conservarla, cuidarla, prolongarla para ornato de la tierra y goce apacible de mis ojos, no diré

por una eternidad de eternidades—la eternidad me asusta, es romántica—pero sí por toda la duración de mi existencia.

Llegó en esto Catalina; yo no había tenido tiempo de hacer un plan de conducta—a todos los actos de mi vida, excepto a mi desdichada enfermedad, precede siempre un plan—y viendo el asombro de ella al encontrarse conmigo en el soto como todas las tardes, me asombré también.

—¿Pero está usted seguro de que no nos damos cita todos los días para encontrarnos aquí?

—La verdad es que parece mentira.

—¡Y tanto!... ¡Y a horas tan diversas! Hoy es más temprano, ¿verdad? ¿Qué tiene usted?

—Nada... ¿Me encuentra usted algo raro?...

—Un poco pálido... No vaya usted a ponérsenos enfermo.

—¿Me cuidaría usted?

Catalina sonrió.

Bien. Yo creo que no es posible desleir mayor goce en mayor vulgaridad. La sensación de delicia que me produce el tejido burdo de una conversación trivial, insustancial, insignificante, mientras bebo en sus ojos y aspiro a través del aire, en los efluvios que emanan de su cuerpo, la esencia virginal del alma de aquella mujer, yo no creo que pueda encerrarse en giros de palabras. Toda atención que yo hubiera prestado al diálogo, me parece que necesariamente habría tenido que hurtarla a aquella absoluta y exclusiva contemplación de ella completa, en que estaba como divinamente suspenso y embargado.

Y aquí creo que ha llegado el momento de incluir una tímida defensa de mi manera y de mi personalidad.

Míster Castle—¡siempre míster Castle!—no habría comprendido que se pasasen horas al lado de Catalina sin decirla cosas alambicadas y exquisitas. Porque míster Castle reducía todas las cosas a expresión, furiosamente, dominándolas y subyugándolas.

Yo, no. Yo prefería, y prefiero, dejarme penetrar y embargar de las cosas, en una actitud de modestia y de insignificancia que no quiere turbar ningún suceso de la vida.

Hay quien tiránicamente quiere, en la vida, realizar su sueño. Yo, menos egoísta, recojo de la vida todos los elementos que me aprovecharán después de muerto, para un sueño inmortal.

Y, tal vez por este motivo, cuando más decidido estaba a hablarle a mi vecina de las confidencias que aquella mañana, y seguramente contra su voluntad, me hizo el inglés, mi natural idiosincrasia triunfó de mis resoluciones, y decidí callarme.

—Haría usted una enfermera cuidadosa y buena, Catalina. No olvidaría usted las horas del caldo, de la medicina o la tisana, y tendría manos de aire para ahucar las plumas de la almohada...

—Diga usted que sí,... aun cuando me parece que se burla. Siempre me han inspirado cariño los enfermos. Como que creo yo que por enfermo...

—... ¿me quiere usted a mí?

—No digo tanto; le he cogido tanta simpatía...

Mi corazón tenía latidos alarmantes, en un hombre que había perdido todas las esperanzas.

—Catalina... ¿le parecen a usted enfermos los locos?

(Concluirá).

Galería infantil de "El Hogar"



Palmerito Granito (Lules, Tucumán)



Julio Filgueira (Capital)



Niñ s de Beherán Sarciat (Magallanes)



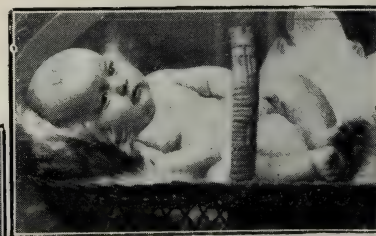
Esperanza Elissetche (Villanueva)



M. Elena Alemán (Gualeguay)



Niños de Bruno (Mercedes, San Luis)



Alberto Ros-Collins (Santa Fe)



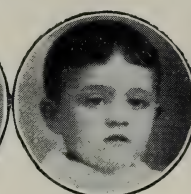
Ana y Enriqueta Abal (Escobar, F. C. C. A.)



Alfredo y Mercedes Ricci (General Madariaga)



Gustavo Ricci (Gral. Madariaga)



Rogelio Gervasoni (Santa Fe)

Galería infantil de "El Hogar"





Ricardo Claro — Estela Claro (Santa Fe)



Niños de Bravo (Mercedes, San Luis)





José H. Galletti (Maipú) — Luis Lupatto (Neuquén)



Roberto González (Rosario)



Ernesto Ortiz (Rosario)





Armanda González (Rosario) — Genoveva Cataldi (San Juan)



Niños de De Angelis (Corrientes)





Alfredo Iriarte — Tomás French (Rosario)

EL INGENIO A PRUEBA

HUMORADA, *por Rino*



COMBINACIÓN, *por María Luisa*

1.ª palabra. — La que no está muerta.
2.ª ,, — Nota musical.
3.ª ,, — El suelo donde nací.
4.ª ,, — Advervio.
5.ª ,, — Pronombre.
6.ª ,, — Verbo.
Fórmese una frase criolla.

JEROGLÍFICO, *por Quilinera*

G ño A

CRUZ DE PUNTOS, *por María Luisa*

●
●
● ● ● ● ●
●
●
●

Sustitúyanse los puntos por letras de manera que verticalmente se lea cosa que narra y horizontalmente en el mar.

CAPRICHO ENIGMÁTICO, *por Mario*

1
2 ○
○ ○
3 ● ○ ●
○ ● ● ○
○ ● ○
4 ● ●
● ○ ●
5 ● ○ ○ ●

1. De Teresa Raquin yo soy el autor. 2. Pedir, suplicar o hacer oración. 3. Si un campo es muy seco, por cierto es tal. 4. Yo soy un adverbio, yo soy negación. 5. En el mar me hallo, querido lector. ● Delgada una plancha yo soy de metal; no leerme al revés porque soy... un animal.
Las palabras se leerán diagonalmente.

PAJARITA NUMÉRICA, *por Amapola*

2 1 2 4 7 Nombre de mujer
2 1 6 7 ,, ,, ,,
7 4 7 ,, ,, ,,
1 6 4 7 ,, ,, ,,
5 2 1 6 7 ,, ,, ,,
7 1 6 5 6 7 ,, ,, ,,
1 2 3 4 5 6 7 ,, ,, ,,
5 2 5 6 1 6 7 ,, ,, ,,
2 1 3 6 4 7 ,, ,, ,,

EL INGENIO A PRUEBA

CHARADA, *por Delia*

En un ataque una *cuarta prima*
de faz horrible y *dos* repetida,
desesperada y abatida,
la *prima dos* muy desfigurada,
pedía a gritos que por favor
le dieran a una *cuarta dos*
un *todo* muy rico y fino.
¿Qué será el *todo*, mi buen lector?

LÁMPARA NUMÉRICA, *por Remo*

NOTA DI NOTA NOTA

LAMPARA NUMÉRICA, *por Remof*

4	Vocal
1 0	Nota
5 4 7 6	En la marina
3 6 7 6	Parte de un animal
3 8 5 6 7 6	En el mar
0 5 6 7 0 5 8 0	Sitio sagrado
9 8 5 4 7 6	En la carpintería
3 4 5 6	Nombre de mujer
0 5 7 0	En astronomía
7 2 7 2 5 6	Envase
1 2 3 4 5 6 7 8 9 0	Medicamento

ANAGRAMA, *por Clavel*

A	D	E	M	O	N	C	P	R
3	1	1	3	3	1	1	1	2

Repetir estas letras tantas veces como indica el número que hay debajo de ellas y combinarlas de modo que resulte el nombre y apellido de un gran poeta y escritor español.

ACERTIJO, *por Carola*

¿Cuáles son las plantas que se resfrían?

PEQUEÑA CORRESPONDENCIA

Enviaron colaboraciones. — Corita, Rino, Remo, Margen, Delia, Mario, Reparáz, Tip-top, Amapola, María Luisa y Clavel.

Rima. — A nombre de la dirección.

Pepito. — Si usted fuera asiduo lector de esta sección, como dice, no haría semejante pregunta.

Bobalicón. — En tiempo de los apóstoles...

Clarita. — Las soluciones, bien. Puede remitir sus producciones, siempre que sean inéditas.

Chó. — Los dibujos no están de acuerdo con la solución.

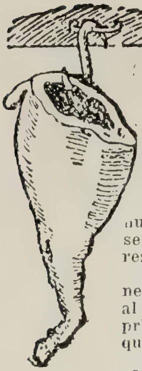
SOLUCIONES AL Núm. 231

A la adivinanza, por "Carmen": *Taco.*
Al salto de caballo, por "Rino": *No siendo hoy ni mañana cualquier día de la semana.*
A la adivinanza, por "J. H. del G. T.": *El honor.*
A la charada, por "Mario": *Carabobo.*
Al jeroglífico, por "Reparáz": *Tocador.*
A la cruz numérica, por "Amapola": *Alberto.*
A la fábula enigmática, por "Violeta": *Oscar.*
Al viceversa numérico, por "Artepal": *Reconocer.*
Al jeroglífico, por "Porteña A.": *Alfalfa.*

ENVIARON SOLUCIONES

Miguelito, Sarah T. Britos, Alfredo Walda Britos, Dominga T. Reparáz, Rosa F. Reparáz, Manuela Reparáz, María F. Reparáz, Zulema V. Rodríguez, Mario Sormani, Rosaura, Elvira y Mercedes Abeleira, Anita C. Pisani, María Araldi, Delia C. Díaz, María Robledo, M. R. Muxi, A. L. D., Clotilde Cambet, Rino, Corina M. Oddone, Lucía y Antonio, Jorgecito, Juanita, Concepción Obieta, Amaleta L., Edelmira Pellin, Juan A. Hazebrauck, Perito de Chaves, Amapola, Pochocha Pieruzzini, Negrita, Juan B. Salda, Elena Duart, Julio Ituriaga, Margarita Iglesias, María Luisa González, Pedro Casalonga, Francisco Weis, Clotilde Regueira, Rodolfo Martínez y Teresa.

Cosas útiles

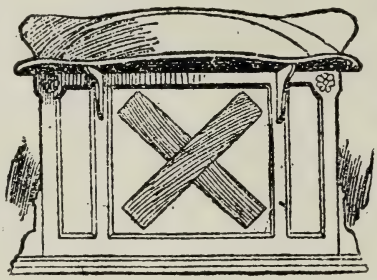


Como se cuelga una pierna.—Para colgar las piernas de carnero se emplea siempre el clásico sistema de ponerlas con la parte ancha hacia abajo y la estrecha hacia arriba cuando debe hacerse todo lo contrario precisamente, porque en esta posición los jugos de la carne bajan a la parte ancha y se evaporan rápidamente dejando seca la pierna.

El verdadero sistema de colgar las piernas de las reses es el que indica nuestro dibujo, porque impide que los jugos se disipen y hace que la carne no se endurezca ni pierda el buen gusto.

Para transportar espejos.—Las vibraciones que los espejos grandes experimentan al ser transportados en ferrocarril pueden producir su rotura, por muchas precauciones que se tomen al embalarlos.

Pero hay un remedio tan sencillo como eficaz para evitar que se quiebren. Todo se reduce a pegar en el cristal dos tiras de papel de estraza, cruzadas como se ve en el grabado. Después se embala el espejo como de ordinario en la seguridad de que las vibraciones no afectarán al cristal.

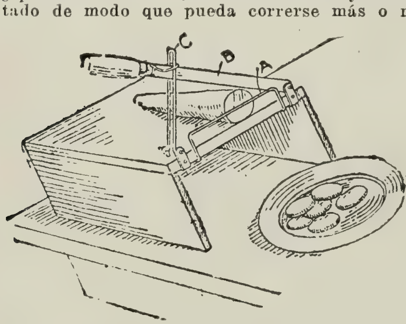


El procedimiento puede emplearse también en las mudanzas.

Una vez trasladado el espejo se despegan las tiras de papel frotándolas con una esponja y agua.

—**Para cortar hortalizas.**—Un aparato sencillo para cortar las hortalizas a rajas de grueso uniforme y que puede hacerse fácilmente en casa es el que reproduce el grabado adjunto.

De base sirve una caja de madera, de tamaño adecuado con un extremo abierto. En el fondo de la caja e pone un alambre en forma de U muy ancha (A) montado de modo que pueda correrse más o menos según el grueso que se desee que tengan las rajas.



La punta del cuchillo (B) se sujeta con un pivote al borde del fondo de la caja y para que no se tuerza al cortar se le pone una guía de alambre C, de la forma que se ve en el grabado.

Desaguadero para macetas.—Para evitar que se manche la madera o la piedra de los pedestales de las macetas, con el agua que sale por el desaguadero, se hace una especie de bandeja de cinc de tamaño adecuado, sobre la cual se coloca la maceta, como se ve en el grabado, y en un lado de dicha bandeja se suelda un tubito de hojalata lo bastante largo para que el agua, al salir por él, caiga fuera del pedestal donde se halla el tiesto.



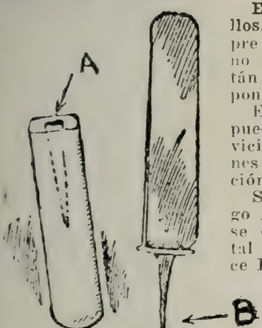
Debajo de la bandeja deben ponerse unos taruguitos de madera, pequeños, para que corra el aire y no se forme moho.



Para decorar la mesa.—En esta época es difícil encontrar flores para la mesa si no se está dispuesto a pagarlas bien, y por lo tanto pueden sustituirse con el sistema que reproduce nuestro dibujo. El sistema es bonito y no cuesta nada.

Se cortan los extremos gruesos de unas zanahorias y se ponen en unos vasitos de cristal como el que se ve en el grabado, echando un poco de agua por encima.

Al poco tiempo las zanahorias retoñan produciendo una planta de color verde delicado, muy decorativa.



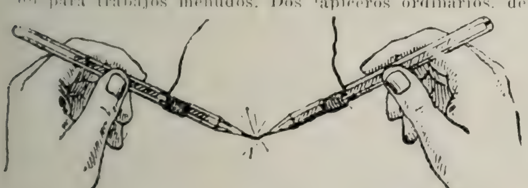
El arte de arreglar cuchillos.—En toda casa hay siempre uno o más cuchillos que no pueden usarse porque están poco firmes en su correspondiente mango o se salen.

Estos inválidos de la mesa pueden volver a prestar servicio siguiendo las instrucciones que anotamos a continuación.

Se llena el hueco del mango A, con resina pulverizada, se calienta la espiga de metal B, de la hoja, se introduce B en A y el cuchillo queda más firme que nunca, porque con el calor, la resina se pega y forma un cuerpo duro y resistente que sujeta perfectamente la hoja.

Los lapiceros electrodos.—Los electrodos del horno eléctrico consisten en dos barritas de carbón con las puntas un poco separadas para que se corte el circuito y la corriente salga formando un arco. El intenso calor del arco se usa para fundir metales y los electrodos son tanto más grandes cuanto mayor es la masa de metal que se vaya a fundir. Para trabajos pequeños y delicados se emplean electrodos muy pequeños.

Como el grafito de las barras de los lapiceros es una forma del carbón, puede constituir un excelente electrodo para trabajos menudos. Dos lapiceros ordinarios, de



cinco o diez centavos, se pueden usar. Primeramente se aguzan como si se fuera a escribir con ellos. Después se les pasa una pequeña muesca en la madera para que quede al descubierto la barra, a unos cinco centímetros de distancia del extremo aguzado. En dichas muescas se enrolla un pequeño alambre de cobre que queda en contacto con el grafito y por medio de estos alambres se toma la corriente de otros hilos más gruesos.

En algún punto del circuito debe haber una resistencia para impedir un corto circuito y para regular la fuerza de la corriente. Como la envoltura de madera de los lápices ofrece suficiente aislamiento, se pueden coger con la mano sin sentir los efectos de la corriente.

Barniz blanco para la madera. En medio litro de alcohol se disuelven batiéndolo a cada momento, 235 gramos de laca blanca y unos 10 gramos de bórax finamente pulverizado.

Cuando la mezcla se pone homogénea, se filtra por una muselina y queda el barniz en disposición de usarse.

Se hace una pasta plástica que se endurece muy deprisa, y que no se altera, con estos ingredientes:

Gutapercha.	2 partes
Acido tánico.	1 ,,
Polvo de catecú.	1 ,,

Se reblandece la gutápercha en agua caliente, y se mezcla con las otras dos substancias. Con esta pasta se pueden modelar medallas, camafeos, etc.

Si se trata de modelar adornos para marcos o similares, se hace una pasta compuesta de:

Cola fuerte.	2 partes
Aceite de linaza hervido.	2 ,,
Resina de pino.	1 ,,

Blanco de España, cantidad suficiente.

Bien homogénea la pasta, se conserva envuelta en lienzo húmedo. Se modela fácilmente con los dedos y se adhiere fuertemente a la madera. Se endurece uniformemente sin agrietarse, y una vez pintada y barnizada imita perfectamente las entalladuras.

Para aumentar el buen gusto de las verduras no hay cosa mejor que añadir una cucharadita de azúcar al agua de hervirlas.

Antes de cocer un huevo cascado se frota con sal húmeda todo el cascarón. La sal impide que se salga la clara.

La ropa blanca y los pañuelos amarillentos pueden blanquearse de la sencilla manera siguiente: después de haberlos lavado como de costumbre, se dejan una noche en agua clara con una cucharada pequeña de crémor tártaro por cada litro. Al planchar las prendas sometidas a este tratamiento, se quedan tan blancas como la nieve.

Las pinzas de madera, de tender la ropa, conviene hervirlas en agua y ponerlas a secar antes de estrenarlas. De este modo duran mucho más tiempo.

Los manuscritos y cartas indescifrables por haberse desvanecido el color de la tinta, se tornan legibles pasand por los caracteres una pluma o un pincel mojado en tintura de agallas. Este fácil procedimiento hace revivir los caracteres hasta el punto de parecer recién escritos.

Cuando no tira bien una chimenea, ábrase el balcón del aposento diez minutos antes de encenderla, y no al mismo tiempo, como suele hacerse.

Antes de asar las patatas, pónganse en agua caliente por espacio de un cuarto de hora. De este modo se asan en menos tiempo y salen más harinosas.

Es cosa poco sabida que el aceite de eucalipto quita la grasa, incluso la de máquina, de cualquier tejido, por delicado que sea, sin perjudicarlo en nada. Esta receta es de gran utilidad para los sastres, porque permite quitar las manchas de la máquina en los paños.

Un remedio tan sencillo como eficaz para el insomnio consiste en bañarse la cara, las sienes y la parte posterior de las orejas con agua todo lo caliente que se pueda soportar.

Al quitarse la corbata por la noche, se enrolla fuertemente a uno de los barrotes de la cama, y al día siguiente no tendrá ninguna arruga.

Un buen método preventivo contra los sabañones consiste en friccionarse las partes amenazadas con alcohol alcanforado, agua de Colonia o decocciones de plantas aromáticas en vino. También son buenos el uso del colodión alcanforado y las fricciones con alcanfor.

Hay aún otro sistema más sencillo, que consiste en bañar las partes propensas con agua a 10 ó 15° centígrados.

Jabón especial para ropa blanca. Se disuelve jabón de sosa y se le añaden las siguientes materias para neutralizar su exceso de alcalinidad:

Jabón de sosa.	1 kilo
Esencia de petróleo.	120 gramos
Acido acético fuerte.	30 ,,
Acido esteárico. . . . . de 10 a	50 ,,

La adición del ácido esteárico tiene por objeto dar a la ropa blanca planchada un brillo intenso y uniforme.

La aspiración de vapores de alcanfor es muy útil contra los constipados. Se vierte agua hirviente sobre el alcanfor pulverizado, y se aspiran por la nariz durante unos quince minutos los vapores que se desprenden. Se repite varias veces la operación. Por cada vaso de agua se emplea una cucharadita de alcanfor.

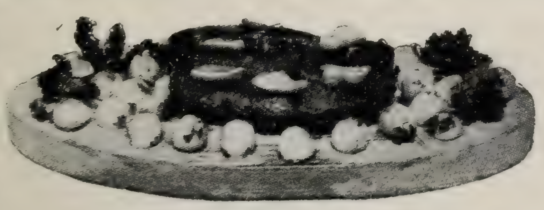
Para limpiar las puertas barnizadas, cuando no bastan los lavados con agua de salvado, se emplea con precaución el agua de cal diluída o bien una solución de cloruro amónico, frotando con un trapo de algodón.



COCINA PRACTICA

Salmón a la plancha, con papas. — El salmón se corta en lonjas que tengan de cuatro a seis centímetros de espesor. Dos de estas lonjas se colocan en una plancha de regular tamaño. Esta plancha se aceita antes de colocar el pescado sobre ella. Se usa para calentarla el pico de una estufa a gas, debiendo amenguar la llama pasados los primeros momentos. Se sirve el manjar rodeado de patatas, que han sido cortadas con un cuchillo especial para cortar legumbres. Se calienta un cuarto de taza de crema, se añade sal y pimienta y tres cucharadas de perejil cocido y picado. Las patatas se mojan en esta salsa que se sirve conjuntamente con el salmón.

Caramelos al minuto.— Los caramelos que compramos en las confiterías han pasado por una serie de operaciones que requieren aparatos a propósito y que necesitan su tiempo; pero sin esta complicación puede obtenerse un caramelo, y aun varios pequeñitos, con una gran rapidez sin más aparatos que un platillo y una cuchara.



Salmón a la plancha, con papas

Echese en el platillo alcohol, y en la cuchara póngase un terrón de azúcar previamente mojado en agua ligeramente. Enciéndase el alcohol y colóquese sobre él la cuchara.

A muy pocos segundos se deshará el terrón y comenzará a hervir. Tengan cuidado de observar el color del líquido, y cuando toma un color rubio subido, se vierte en gotas grandes sobre un mármol de aparador o chimenea bien limpio. Al enfriarse quedan hechos unos caramelitos redondos que se separan fácilmente del mármol. Si se adhieren y no acaban de cristalizar, es que no estaban en su "punto", porque no habría hervido el líquido lo suficiente.

Las verduras se desinfectan teniéndolas durante cinco minutos en un baño de agua acidulada con ácido acético al 2 por 100, o con la misma proporción de ácido tartárico. Con este baño no sólo no se marchitan las verduras, sino que resultan más sabrosas. Tratándose de apio, cardo y ciertas ensaladas, es preciso abrir bien las hojas para que se pongan por completo en contacto con el baño desinfectante.

El perejil es, además de un condimiento insustituíble, una planta medicinal. La decocción de 30 a 90 gramos de hojas de perejil en un litro de agua es aperitivo y estimulante y se emplea para combatir la hidropesía, las irregularidades de la circulación, etc. Las hojas frescas, machacadas, producen efectos disolutivos en casos de tumores, contusiones, etc., limpian muy bien las úlceras y provocan la cicatrización. Poseen también propiedades febrífugas a dosis de 150 a 200 gramos de jugo.

Mayonesa de pollo.—Trinchad un pollo asado como si fuerais a servirlo a los comensales. Colocad los pedazos en una ensaladera, en el centro de la cual colocaréis cuatro o cinco repollos de lechuga partidos cada uno en cuatro pedazos y abundantemente polvoreados con hierbas finas picadas. Verted por encima de ello una salsa mayonesa algo abundante. Del mismo modo se pueden utilizar restos de pollo asado.

Picadillo de ave.—Picad restos de ave; echad en una cazuela un buen pedazo de manteca, con una cucharada de harina; desleídla con crema, añadidle el picadillo mezclado con sal, pimienta, nuez moscada y yema de huevo; untad de manteca una fuente que pueda ponerse al fuego y echad en ella el picadillo; unidlo con un cuchillo y polvoreadlo con raspaduras de pan, fina y tamizada; ponedle encima rodajitas de manteca y tapadlo con un hornillo portátil.

Arroz con leche. — En la mayor parte de las casas se echa a cocer, desde luego, el arroz en agua, como para la sopa de arroz. Cuando está a medio cocer, se añade leche, poco a poco, y terminada la cocción, se echa el azúcar que se quiere. Se le hace más delicado preparándolo del modo siguiente: Después de haber hecho hervir el arroz en agua con un poco de sal, se le escurre a fin de que no contenga agua; se termina el cocimiento con la leche, en el cual se sumergen las cortezas de un limón, y cuando el arroz está cocido, y momentos antes de servirla, se añade una cuccharada de agua de azahar.

Nuestro Correo



Las cartas deben limitarse a dos preguntas solamente y venir con la firma auténtica, como constancia de ser subscriptor. Las contestaciones se hacen únicamente en esta página y no por carta particular, pudiendo contestarse bajo un seudónimo, si se desea. En la carta en que se haga la consulta no debe tratarse de ningún otro asunto, como renovación de subscripciones, reclamaciones, etc. Esto debe escribirse en otra carta, aunque puede incluirse bajo el mismo sobre.



Ragoh-lc.—Pesos 40 moneda nacional.

B. T. A.—No podemos complacerle.

Mendocina.—El 6 de diciembre de 1891 fué jueves.—Lavarse con agua de Vichy, y fricciones dos veces al día con una mezcla de: esencia de rosas, 100 gramos; glicerina, 25 gramos; tanino, 0.75 centigramos.

Flor azul.—El Agua Nupcial.—Lo mismo que Mendocina.

Impertinente.—Zapato de raso negro o del color del vestido.—Guantes de piel de Suecia, blanco o color de la piel natural.

María E. J.—Quilmes.—No lo aclara; si desea alguna receta con ese objeto se la daremos.

B. M. P.—R. C.—Luto de lana, tres meses, sin crespón.

Una suscriptora de "El Hogar".—Como es persona conocida, bastará poner **España...**

Un aficionado a lo bueno.—Lamentamos ignorarlo.

Interesada.—Vestido Luis XV.

Mameluco.—Frotar las manos con una pequeña cantidad de vaselina, se lavan después con agua caliente y jabón ordinario y quedan limpias y suaves.

Chinita.—Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres, Lavalle, 1430.—Con un lápiz de nitrato de plata, llamado vulgarmente "piedra infernal", se humedece la punta muy poco, apenas, y se aplica en el sitio en que se desea. Pruebe primero en la palma de la mano, le advertimos que no se nota nada en el primer momento pero luego da el color. No se borra en muchos días; cuidado, porque quema.

M. E. E.—Moreno.—Sí, pero no hay que exagerar lo de la ballena.

Amanda Fitsalau.—No podemos informarle al respecto por falta de datos.—Diríjase a la librería del Colegio, Alsina y Bolívar.

P. L. B.—Haga una cura de Agua Hungaria, tomando diariamente, al despertarse, durante ocho días, un vaso aproximadamente de doscientos gramos. Descanse ocho días y vuelva a empezar y así sucesivamente durante un par de meses.

Una morena.—Diríjase al Aero Club Argentino.

Propagandita de "El Hogar".—El retrato a que se refiere no ha sido posible publicarlo, lamentándolo infinito.—En todos los países y en todas las épocas, las mamás han dicho que eso es censurable; pero generalmente ellas lo hicieron en sus tiempos, como lo harán mañana las nietas y lo hacen hoy las hijas.

Flor de nardo.—Contra la tartamudez se aconseja, para tan pronto como se note dificultad en pronunciar una palabra, callarse y hacer una inspiración profunda, entonces la palabra saldrá con toda facilidad y si bien no se habrá corregido el defecto, se tendrá un medio para disimularlo un poco.

A una de Concordia.—Se hace una mezcla de vinagre y polvos finísimos de piedra pómez, se frota con una esponja el objeto, después se lava abundantemente varias veces. Otra receta: lavar con agua de cloro que se dejará obrar por espacio de una hora próximamente, después se lava con agua pura y se seca.—No hay inconveniente en participarlo.

Mechante.—La pintura vieja y ya seca se quita con esencia de trementina caliente. También se frota con jabón negro y al cabo de unas veinte horas se ha ablandado la pintura y sale lavándola con agua fría.

G. G.—Santo Domingo.—Cada uno con sus padres.

Flor del aire.—Consultaremos a la persona que indica; pero creemos difícil obtener lo que desea.

A. A. A.—Creemos que no puede volver si antes no se ha acogido al indulto. En la legación de España le suministrarán amplios informes.

Jujeña.—Probablemente en la librería del Colegio.—El 25 de mayo de 1899 fué jueves.

Suscriptor 4244.—No poseemos los informes que solicita. Lamentamos no poder complacerle.

Violeta.—El 15 de junio de 1892 fué miércoles.—En ningún caso está obligada, pero puede hacerlo si no hay algún motivo para que lo considere incorrecto.

María Luisa.—El agua oxigenada no es depilatorio, pero su uso es conveniente, pues descolora completamente el vello al cabo de algún tiempo de uso haciéndolo casi imperceptible y convirtiendo en un atractivo lo que era un defecto.—Si es de buena calidad, no es perjudicial; la economía en eso resulta muy cara.

Suscriptora 57960.—No puede ser objeto de críticas si lo hace con la debida circunspección.

Rosarito.—En la librería del Colegio, Alsina y Bolívar.—Sí, puede hacerlo, pero no le conviene pues resulta algo caro.

F. O. B.—Son cuatro: un senador y tres diputados.—Nació en España pero se ha naturalizado argentino.

Armert.—No lo conocemos.

Malva.—Sí, esa es la fórmula.—La otra la encontrará en el número 229 de esta revista.

2958.—El 16 de noviembre de 1892 fué miércoles.

Ignorante.—"Aujord'hui plus qu'hier", significa "Hoy más que ayer".—Es muy apropiado.

Buenas noches.—La segunda.—Por la mañana.

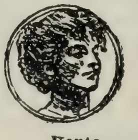
Carpino.—Para preparar un barníz brillante se disuelven en caliente 200 gramos de goma laca y 20 de carbonato potásico en un litro de agua. Se añaden 6 gramos de negro de anilina (o de otro color) y, finalmente, 100 gramos de glicerina.

Admiradora de "El Hogar".—Debe evitársele la luz, que le hace perder sus cualidaades. Si le es posible guárdelo en frascos de color anaranjado o azul muy oscuro.

"EL HOGAR"

REVISTA QUINCENAL PARA LAS FAMILIAS
LITERARIA Y DE ACTUALIDADES

Aparece cada dos miércoles



La primera publicación y la de mayor circulación en su género en la República Argentina

Editores: Empresa Haynes. La correspondencia debe dirigirse al Señor Administrador de la Empresa Haynes, CHACABUCO, 677|685, Buenos Aires. Unión Telefónica, 1472 (Avenida). Los reporters y fotógrafos están munidos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente. — No se devuelven originales, no se mantiene correspondencia respecto a los recibidos, ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la dirección, aunque se publiquen.

Agente en Montevideo: señor MANUEL FONSECA, Buenos Aires, 722

Venta en París en los kioskos de los bulevares y en la Librairie Française et Etrangére, 37, rue Saint-Augustin (Avenue de l'Opéra).

SUSCRIPCIONES

República Argentina: Por año, $ 4.— m|n. Número suelto, capital e interior, $ 0.20
Exterior: „ „ $ 3.— oro. „ atrasado. . . . . $ 0.30

Avisos. — Agentes en París: L. Mayence y Cía., 9 rue Tronchet.
En Londres: South American Press.— 1 Arundel St. Strand.
En Estados Unidos de América: Cía. J. Walter Thompson, 44-60 East 23 rd. St., New York.



TALLERES HELIOGRAFICOS DE RICARDO RADAELLI, PASEO COLON, 1266 — BUENOS AIRES

EL HOGAR

Año X. BUENOS AIRES, 16 DE JULIO DE 1913. N.º 234.

BELLEZA PORTEÑA



Srta. María Cristina Beristain

Arte fotográfico por C. Merlino



Baños perfumados

PARA la mujer, la hora del baño es encantadora. Allí su cuerpo descansa largamente, su ... cobra nueva frescura, sus carnes se aprie... y sale del agua más tranquila y más bella.

En todos los tiempos, la coquetería femenina ...uró poetizar el baño lo más posible, para lo ...al añadió al agua bienhechora un complemento ...ispensable: el perfume.

Las princesas asiáticas, las atenienses, las co...intias y las matronas romanas, usaban frecuen...emente los baños aromáticos. Aspasia, Lais y ...riné, esos tres arquetipos de la hermosura y ...e la coquetería griegas, se bañaban diariamente ...n un agua mucilaginosa aromatizada con esen...ias.

MIENTRAS Cleopatra hacía echar en su baño puñados de rosas de te, la célebre Popea, ...ueriendo ofrecerse cada vez más seductora a los ...jos de sus admiradores, se bañaba diariamente ...n leche, para lo cual criaba quinientas burras ...ue sólo comían hierbas aromáticas. Otros qui...ientos esclavos no tenían más ocupación que la ...e cuidar estos animales, ordeñarlos y preparar ...os baños de la princesa. Popea, al salir del baño, ...ra esponjada, secada, frotada con piedra pómez ... perfumada, por las delicadas manos de ocho ...oncellas. Después del baño, Popea se echaba so...re un suntuoso lecho, donde permanecía una ...ora aproximadamente, envuelta en lienzos que ...reviamente fueron expuestos a los vapores del ...loes y del benjuí.

NINÓN de Lenclós logró conservar sus encantos hasta edad muy avanzada, merced a baños ...osméticos cuyas misteriosas recetas arrancó de ...a antigüedad, guardándolas después celosamente ...ara ella sola.

Una de estas fórmulas, no obstante, fué des...ubierta:

Fundid 250 gramos de sal de cocina y 1.000 ...ramos de carbonato sódico, en 1 kilogramo de ...gua potable: disolved separadamente, 1 kg. 500 ...e miel en 3 litros de leche. Echad la primera ...olución en el agua del baño, removiéndola muy ...ien. Después, verted la mezcla de leche y de ...iel, mezcladlo todo cuidadosamente y sumer...íos en el baño.

PAIVA, la célebre reina de la belleza tomaba baños de fresas y de frambuesas aplastadas. ...esto achacaba la frescura excepcional de su ...iel. He aquí la receta:

15 libras de fresas, 5 libras de frambuesas, 5 ...ibras de salvado, 2 libras de grumos en polvo, ...odo ello mezclado y regado por 250 gramos de ...gua de rosas.

Esta mezcla, convertida en pasta, se disolvía ...oco a poco en el agua. Al salir del baño, era necesario frotarse la piel con una esponja empapada en agua ordinaria, y arroparse en lienzos perfumados con benjuí.

En nuestros días, todas las mujeres aman apasionadamente los baños perfumados, y cada una de ellas dispone de recetas especiales que no entrega a nadie. Muchas se bañan con leche, otras con vino, algunas con sangre de buey...

UNA célebre bailarina rusa, cuyas frescas mejillas son la pesadilla de sus rivales, se sumerge diariamente en un baño compuesto con 300 kilos de fresas, lo que representa en invierno una fortuna considerable. Mme. Réjane quiere que la superficie del agua desaparezca bajo una capa de violetas frescas. La Bellinzioni se baña con hojas de rosa. La Tortajada, manda llenar su bañadera de te perfumado con esencia de rosas.

NO recurráis a tales extremos para perfumar vuestro baño.

Las flores recién cogidas y echadas, simplemente, sobre el agua pura, son más poéticas que útiles; pues, una vez sumergidas, no tardan en marchitarse.

Un baño "primaveral" merece, sin embargo, ser citado. Coged en primavera algunos puñados de fresas salvajes, y arrojadlas en el agua de vuestro baño. Estas flores lo perfumarán, prestándole, al mismo tiempo, excelentes propiedades calmantes.

El agua de Colonia, el aguardiente de espliego, el agua de Portugal, el agua de rosas, la tintura de benjuí y la esencia de violetas, son también perfumes muy sencillos y agradables. Podéis hacer además, según vuestro capricho, armoniosas combinaciones. Disponed la dosis a vuestro gusto, pues es difícil determinar las cantidades. He aquí, no obstante, una buena fórmula:

Agua de rosas, 1.500 gramos; tintura de benjuí, 50 gramos, esencia de tomillo, 30 gramos; agua de Colonia, 30 gramos.

Otra fórmula, algo más complicada, pero excelente:

Poned en infusión durante una hora, algunos puñados de rosas de Provins; añadid 5 gotas de esencia de jazmín, 25 gotas de esencia de menta, 12 gotas de esencia de espliego, 15 gotas de esencia de salvia y 100 gramos de alcohol. Mezcladlo todo con el agua de vuestro baño, y bañaos durante un cuarto de hora y a una muy baja temperatura.

Podéis obtener efectos análogos a los producidos por los baños de leche (que son muy costosos), añadiendo sencillamente al agua de un baño ordinario, un cocimiento de 2 kilogramos de raíz de malvavisco y 250 gramos de hisopo.

GRAN CONCURSO
DEL JABÓN DE SALES

150 premios por valor de $ 10.000

¡Un AUTO, para Vd., GRATIS!

BASTA CON CONTAR ALGUNOS GRANOS DE MAIZ

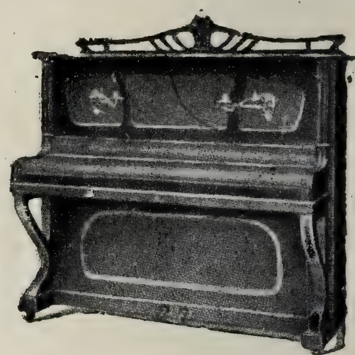
Lea Vd. las condiciones de este Concurso

BASES:

1.º—Queda abierto el concurso con los 150 premios que se detallan a continuación, los que serán adjudicados a las personas que acierten o más se aproximen a calcular la cantidad de **granos de maíz que contiene una caja de tres pastillas de** jabón "La Toja".

2.º—Este concurso se declarará clausurado a las 12 m. del día 31 de julio de 1913.

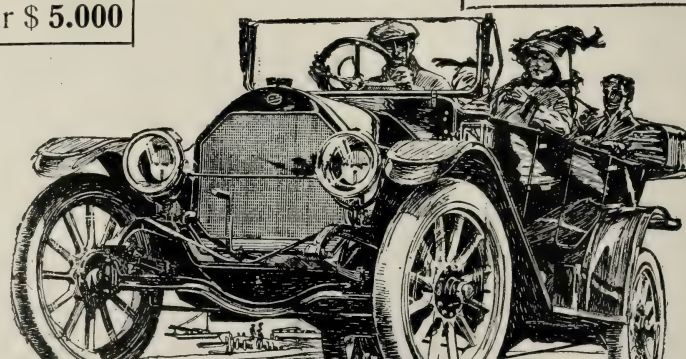
3.º—Para tomar parte en él, es indispensable escribir en el dorso de la faja que envuelve cada jabón, el nombre y dirección del interesado y número de granos que calcule contiene la caja, pudiendo una misma persona remitir cuantas soluciones quisiere, entendiéndose que en cada faja no podrá figurar más que una sola cantidad.



Piano Baña, Lottermoser y Cía.

1.er PREMIO
Valor $ **5.000**

2.º PREMIO
Valor $ **1.000**



Overland

El Automóvil mas practico

4.º—Las soluciones deberán ser enviadas a la casa concesionaria del jabón:

POLLEDO Y CIA.
Bmé. MITRE, 1352 — Buenos Aires

haciéndose constar en el sobre que se refieren al **Concurso "La Toja"**. Toda solución recibida después de la hora indicada como clausura del concurso, no será tomada en cuenta, así como las que se prestasen a confusiones o no vinieran escritas con claridad.

LA TOJA

150 premios por valor de $ 10.000

Esta es la faja que envuelve el jabón "LA TOJA"



y que deberá remitirse con la solucion. Para que la faja sea válida será necesario que el trozo de la vista de la fábrica se halle intacto.

5.°—Si varias soluciones coincidiesen con el número exacto de granos de maíz, se sorteará, entre ellas, el primer premio, segundo, tercero, etc., y así sucesivamente por los restantes. Si aún quedaran premios por distribuir, una vez favorecidos los que hubiesen acertado, se procederá en igual forma para aquellas soluciones que más se aproximen al número exacto.

6.°—En la escribanía de los señores **Wright y Gamboa**, calle Avenida de Mayo, 733, se ha depositado una caja de jabón "La Toja", llena con granos de maíz, lacrada y sellada, la que será abierta el día y hora que oportunamente se indicarán.

150 PREMIOS

POR VALOR de $10.000 m/l.

1.° Un soberbio automóvil doble faetón, 4 cilindros, 30 H. P., de la marca mundial **"Overland"**, con lanzador y faros eléctricos, importados por los señores **Vda. de Canale e hijos**. (Valor: $ 5.000). El **"Overland"** hará la felicidad de usted, porque se mantiene sin composturas gracias a su motor sencillo y elástico y a sus válvulas protegidas.

2.° Un hermoso **piano** (valor: $ 1.000) de la marca "**Baña, Lottermoser y Cía.**", de la gran casa introductora de pianos, órganos, armonios y almacén de música de los señores **Baña, Lottermoser y Cía.**, cuya antigüedad — pues data de 1851 — la pone a la cabeza de las de su ramo. El piano de nuestro premio, cuya fotografía presentamos, es tan admirable por su dulzura y sonoridad cuanto por su mecanismo.

3.° Un **"Maestrófono"**, con cuerda para 10 discos, o sea lo más perfecto que se ha inventado hasta la fecha en máquinas emisoras del sonido, con más 50 piezas elegidas, de la marca "Homokord", aparato precioso como presentación y gusto, importado por la casa de los señores Mauthe & Cía. (Valor: $ 400).

4.° Un **cronómetro de oro**, 18 kilates, tres tapas, de la reputada marca **"Zenith"**. (Valor: $ 300).

5.° Un precioso **reloj de señora**, de oro 18 kilates, tres tapas, exquisitamente cincelado, marca **"Zenith"**. (Valor: $ 200).

6.° Una espléndida **bicicleta** de la afamada marca **"Peugeot"**, tipo turista, completa con todos sus accesorios (valor: $ 160), importada por los señores M. Recht & Lehman, Cangallo, 815, únicos introductores de las bicicletas, automóviles y motocicletas **"Peugeot"**.

7.° Una **máquina de coser**, marca **"Imperial"**, forma de mesa de gabinete, de siete cajoncitos, de la renombrada casa importadora de los señores Anderson, Clerget & Cía.

8.° Un cajón del antiguo y conocido **Cognac Martell**.

9.° Un cajón de la afamada **Ginebra Néctar**.

10-14. Cada uno un cajón del afamado Aperitivo Tónico **Pineral**.

15-19. Cada uno un cajón del conocido y delicioso **"Chinato Garda"**.

20-49. Cada uno un cajón de **Sidra Champagne "El Gaitero"**, la primera marca del mundo.

50-69. Cada uno una docena de pastillas del inimitable jabón de **"La Toja"**.

70-79. Cada uno una caja de deliciosos cigarros **"Curios"**, de la casa de los señores Massalin y Celasco.

80-99. Cada uno una caja de cigarrillos de la solicitada marca **"Colón"**, de la casa de los señores Fernández Sust y Cía.

100-150. Cada uno una caja de tres pastillas del insuperable jabón de "La Toja".



Reloj de oro, 3 tapas "Zenith"
4.° premio

EL TEATRO DE "EL HOGAR"

Amor viejo

Proverbio en un acto

PERSONAJES.—ELLA.—EL

Epoca actual

Pequeño salón. Al alzarse el telón aparecen ella y él. Este se quita los guantes, como acabando de entrar; aquélla viste un elegante "tea-gown".

ESCENA UNICA

Ella.—¿Qué hada bienhechora ha dirigido los pasos de usted hacia mi casa? Hace mucho tiempo que no tenía yo el gusto de verle y estaba enfadada con usted.

El.—Bien sabe usted, que he estado ausente tres años.

Ella.—Sí. Pero también sé, que desde hace dos meses está usted de regreso. Las puertas de mi casa están siempre abiertas para mis amigos, y la verdad es que creí contar a usted entre ellos.

El.—No me riña usted. Voy a hacerle una plena confesión. Desde el primer momento, después de mi llegada, fué mi intención visitarla. Pero por esos motivos difíciles de explicar, lo dejaba yo siempre para el día siguiente. Todos los días me decía yo: "Mañana sin falta iré a verla". Pero ese mañana llegaba y se tornaba en ayer, y la visita quedaba sin efectuarse. Debo advertir a usted, sin embargo, que dos o tres veces he llegado hasta la puerta misma de esta casa, pero no he tenido el valor suficiente para entrar. Hoy, por fin, lo he logrado.

Ella.—Le felicito cordialmente por ese gran valor. Merece usted que la posteridad conozca esta acción de usted, para que en tiempos venideros le admire y coloque entre los grandes héroes de la historia.

El.—Por Dios, no se burle usted de mí. Bien sabe usted por qué no me atrevía a pasar sus umbrales.

Ella.—No lo sé.

El.—Me detenía la sombra del pasado. Pero ayer me han dado una noticia que apartó ese obstáculo, y es debido a ella que me tiene usted ahora aquí.

Ella.—¿Y qué noticia fué esa?

El.—Usted sabe muy bien a qué aludo.

Ella.—Otra vez le aseguro a usted que no lo sé.

El.—Nadie ignora ya que usted contraerá segundas nupcias.

Ella.—¿Nadie lo ignora?

El.—No. En una sociedad como la nuestra esas noticias corren velozmente.

Ella.—Ya lo veo. Es en extremo notable... ¿azúcar? "(ofreciendo el te)".

El.—Dos, gracias.

Ella.—¡Cómo se saben ciertas cosas!

El.—Sobre todo, por los interesados.

Ella.—No comprendo lo que quiere usted decir.

El.—¿No recuerda usted que al partir de aquí, hace tres años, llevé el alma despedazada, el corazón hecho girones?

Ella.—Pero ¿quién hizo a usted tanto daño? ¿Quién fué esa fiera?

El.—Usted.

Ella.—Gracias por lo de fiera.

El.—¡Oh! Perdóneme usted, bien sabe usted a lo que me refiero; bien sabe usted quién fué la causa de mi desdicha. Por usted he sufrido lo que no es decible; despierto y en mis sueños la he tenido siempre en mi mente.

Ella.—Ya que tiene usted tan buena memoria recordará usted, sin duda, todos los acontecimientos que precedieron a su... partida. No habrá usted olvidado los detalles de la vida que llevaba usted en aquel tiempo.

El.—Mi vida fué como la de los demás. Usted veía en las pequeñeces...

Ella.—Veía yo en las "pequeñeces" que usted llama, una enormidad, enormidad que se interpuso entre usted y yo, enormidad que sólo el tiempo pudo haber eliminado.

El.—Han pasado tres años... El tiempo...

Ella.—¿No han dicho a usted que me caso?

El.—Es verdad. Llegó tarde. (Aparte). ¡Qué suerte la mía! Siempre igual, siempre adversa. Por doquiera que voy, encuentro abrojos en el camino; en donde quiera que piso, brotan yerbas inmundas que envenenan el ambiente. La felicidad, al momento de alcanzarla, huye de mí. ¡Adversa suerte mía, siempre igual!

Ella.—Se ha quedado usted pensativo.

El.—Pensativo me he quedado. Mi mente se puebla de recuerdos y tristezas.

Ella.—¡Ah! ¿Tristezas? ¿quién no las tiene? Pero hay que desecharlas, no hay que dejarlas vencer.

El.—Pues desechadas quedan. (Pausa). Pero debo exponer el objeto de mi visita.

Ella.—No esperaba yo más objeto que el gusto que tienen dos buenos amigos en saludarse.

El.—Al recibir la noticia del matrimonio de usted, me tomé la libertad de buscar un obsequio de bodas. Es una pequeñez, pero espero que en nombre de nuestra buena amistad lo acepte usted. Que sea un recuerdo mío. (Le da un pequeño estuche).

Ella. — Gracias, es usted bondadoso. (Abriendo el estuche). ¡Qué hermoso anillo! Es en verdad un rubí muy lindo. (Se lo pone). Mire usted qué bien se ve.

El.—Parece una rosa entre la nieve.

Ella.—¡Hola! ¿Poesía tenemos?

El.—Estando con usted, ¿cómo no ha de haber poesía? Usted es la musa que me inspira.

Ella.—Muy galante. Una vez más, mil gracias por su magnífico obsequio; lo acepto y puedo asegurar a usted que será de mis joyas más preciadas... Pero nada me ha dicho usted de mi futuro ¿qué opinión tiene usted de él?

El.—Ninguna, no le conozco.

Ella.—¿No? ¿Pero qué ha oído usted decir de él?

El.—Mucho bueno.

Ella.—¡Vaya!

El.—Y mucho malo.

Ella.—Está compensado. En los tiempos actuales no hay que ser muy exigente; además, raro sería encontrar una persona tan buena como fué mi difunto marido. Tenía cuantas cualidades podían ambicionarse en un marido; su memoria será siempre muy grata para mí.

El.—(Aparte). Buena manera de celebrar su memoria, casándose de nuevo. (Alto). ¿Me perdonará usted una pregunta indiscreta?

Ella.—Dada nuestra amistad...

El.—Si venera usted la memoria de su primer marido, ¿por qué contrae usted nuevas nupcias?

Ella.—Hay razones para ello, razones que siento no poder comunicar a usted. Sobre todo, espero que mi futuro esposo sea tan bueno para conmigo como lo fué el primero.

El.—¡Ojalá!

Ella. — ¡Ojalá! (Pausa). Aún no se ha fijado la fecha, pero por supuesto vendrá usted a mi casamiento, ¿no es verdad?

El.—Ruego a usted que si puede dispensarme...

Ella.—No, vendrá usted. Insisto.

El.—Como usted quiera. (Aparte). Cruel hasta lo último.

Ella.—Mientras tanto, espero que vendrá usted a menudo a visitarme. Tengo verdaderos deseos de saber qué ha sido de usted todo este tiempo.

El.—Como el judío errante; de un lado para otro.

Ella.—¡Ah! ¿sí? Me contará usted sus aventuras, sus amores.

El.—Bien sabe usted que no he tenido más que un verdadero amor. "Amor viejo, ni te olvido ni te dejo"; ya conoce usted el refrán. En cuanto a mis aventuras, también han brillado por su ausencia.

Ella.—Se empeña usted en que su vida carezca de interés, pero no creo que sea así; ya iremos sabiendo las cosas poco a poco.

El.—Pues todo lo sabrá usted, pero otro día. Ahora, tengo que marcharme.

Ella.—¿Tan pronto?

El. — (Conmovido). ¡Adiós! Que cuanta dicha pueda existir en la tierra sea de usted; que el cielo la bendiga y colme de prosperidad; en suma: que sea usted muy feliz, eso es lo que deseo; créame usted, ese es mi más ferviente deseo. Adiós. (Bésale la mano).

Ella.—Adiós. (El se retira hacia la puerta y, cuando va a salir, lo detiene ella). Perdone usted la curiosidad. ¿Quién dió a usted la noticia de mi casamiento?

El.—La verdad es que no recuerdo exactamente. Se dijo en el Club... La gente en general.

Ella. — (Lentamente, con énfasis). ¡Ah sí! ¿Y no ha notado usted que la gente en general siempre miente?

El.—¿Qué quiere usted decir?

Ella.—La noticia que han dado a usted es inexacta.

El.—De manera que... (Lleno de gozo, no sabiendo qué decir)... ¿No hay lugar a mi regalo?

Ella.—No, no lo hay; pero pienso conservarlo de todas maneras.

El.—Lo que usted guste, por supuesto. (Aparte). ¿Qué quiere decir esto? (Alto). ¿Aquella enormidad, que según decía usted se hallaba interpuesta entre usted y yo habrá desaparecido ya?

Ella.—No lo creo. Sólo puede desaparecer con el tiempo.

El.—Han transcurrido tres años.

Ella.—Tal vez no sea lo suficiente.

El.—Pero el tiempo corre muy veloz, y cuando volvemos hacia atrás, los años han pasado. ¿Por qué no me oye usted? Pobre amor mío, amor viejo, amor único... Mi corazón está lleno de él. Como un templo se llena de la armonía que producen las voces del órgano, así llena este amor mi corazón, templo en donde se rinde culto a usted, en donde está usted entronizada desde hace mucho tiempo. (Pausa. Aparte). ¿Seré tan feliz? ¿Tornaráse propicia mi suerte y me premiará con la dicha que tanto he anhelado? ¡Dios lo quiera!

Ella.—¿Otra vez pensativo?

El.—Sí. Mi mente se puebla, ya no de tristezas, sino de ilusiones, ilusiones que tienden el vuelo como mariposas de mil colores. No acierto a saber si debo cortarles las alas o dejarlas volar.

Ella.—¡Son tan bellas! ¡Dejarlas volar!

El.—Vuelan, pues, en busca de aroma y miel, miel y aroma que encuentran en una rosa entre la nieve. (Le arrebata la mano y la besa apasionadamente).

Ella.—¿Más poesía?

El.—Poesía siempre... al lado de usted.

Ella.—¿Siempre... Carlos?

El.—Siempre... María.

TELON.

Una imprenta en el Japón

Si a un cajista europeo o americano le pusiesen en una imprenta japonesa es posible que acabara sus días en un manicomio nipón. Aquí tienen que luchar con la mala letra de algunos escritores, pero allí tienen que habérselas con seis mil u ocho mil signos diferentes.

Los japoneses como los chinos, emplean un lenguaje escrito completamente distinto del lenguaje hablado. No escriben como hablan y esto les obliga a componer sus periódicos en dos idiomas, el "kana" y los caracteres cuadrados que sirven de clave para pronunciar los otros. Los caracteres cuadrados están formados de los ideográficos chinos y forman un conjunto de figuras geométricas, cruces, etc., de pintoresco aspecto.

En las imprentas se usan a diario de cuatro mil a cinco mil signos ideográficos, por cuya razón el cajista tiene que ser un letrado, en el sentido oriental de la palabra, y conocer los caracteres a primera vista. Para facilitar en lo posible su tarea el obrero que compone se sienta ante una mesilla sobre la cual tiene los cuarenta y siete caracteres "kana". Al recibir el original lo corta en pequeñas tiras y las reparte entre unos muchachos que recorren las cajas de la imprenta buscando los signos ideográficos que indica el original.

Cada cajista tiene a sus órdenes seis o siete chicos los cuales no cesan de canturrear los caracteres mientras los buscan, produciendo entre todos un zumbido continuado capaz de poner nervioso a cualquiera que no sea oriental.



El arreglo interior de la casa

La buena educación no brilla únicamente en las tertulias y en el trato general con la sociedad, sino que se refleja en todo lo que nos rodea y se encuentra naturalmente bajo nuestra inmediata inspección y gobierno.

Si examinada una casa en todas sus interioridades, encontramos que no hay en ella ningún lugar en que no se halle impreso el sello del orden, del método y de la elegancia, podemos desde luego asegurar que sus habitadores son personas finas y bien educadas.

La sala es el punto general de recibo; y como teatro de toda especie de sociedad, debe estar montada con todo el rigor de la etiqueta. En ella no aparecerán nunca más objetos que los que sirvan a la comodidad y al recreo de las visitas, los cuales estarán siempre dispuestos con orden y buen gusto.

Siempre que nuestras circunstancias nos lo permitan, evitemos que la pieza que sigue a la sala sirva de dormitorio; y si no podemos evitarlo, cuidemos de que las camas no estén jamás a la vista, pues sería considerado por las personas cultas y juiciosas, como un signo de vulgaridad y mala educación.

Cuando puede evitarse que la pieza indicada en el párrafo anterior sirva de dormitorio, es muy elegante el convertirla en lugar de recibo, abriéndole, si es posible, una puerta que dé al corredor principal, y montándola con toda la decencia que nos permitan nuestros medios y sea propia de nuestras particulares circunstancias. En este caso, ella nos servirá para recibir a las personas que nos soliciten para tratar de negocios, y a nuestros amigos de confianza cuando vienen a vernos fuera de las horas ordinarias de tertulia.

La pieza destinada para comer, estará ordinariamente montada con menos aparato que las piezas de recibo; pero el orden y la decencia deberán reinar siempre en ella, y habrá de estar dispuesta de manera que allí podamos recibir a nuestros amigos de confianza, los cuales pueden alguna vez visitarnos a las horas de sentarnos a la mesa.

Aunque el acto de escupir no está admitido entre la gente bien educada, es siempre necesario que en una casa haya escupideras, sobre todo en el salón de fumar; pues un accidente cualquiera puede poner a una persosa en la necesidad imprescindible de escupir o tirar el cigarro, y si no encontrase como hacerlo sin manchar el suelo, es claro que se vería en un fuerte y desagradable embarazo.

En la parte exterior de la puerta de toda pieza de recibo debe existir siempre un felpudo, para que las personas que entran limpien la suela del calzado; y aun es conveniente tener además en el corredor principal un instrumento, que generalmente se construye de hierro, en que quitar antes al calzado el lodo que pudiera ensuciar demasiado el mismo felpudo.

En las casas muy concurridas debe haber en el corredor principal un mueble aparente para colocar sombreros, sobretodos y bastones; a fin de que los que entran no se vean en la necesidad de introducir estos objetos en las piezas de recibo, donde serían embarazosos y ofenderían el despejo y lucimiento de las mesas y asientos.

Desde que se aproxima la noche, debe iluminarse todo el edificio, empezándose por el corredor principal, el cual no deberá jamás estar a obscuras, aun cuando lo esté la sala por encontrarse ausentes o no estar de recibo los dueños de la casa.

Los muebles y demás objetos que se encuentren en nuestro aposento, deben estar siempre ordenados y dispuestos de manera que hagan una vista agradable: nuestra cama, constantemente limpia y arreglada: nuestra ropa guardada, y la que no pueda estarlo, acomodada en la mejor forma posible; y los enseres que sirvan a nuestro aseo y deban estar visibles, colocados en aquellos lugares en que puedan ser menos notados por las personas que hayan de entrar hasta nuestro dormitorio.

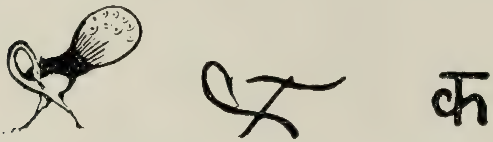
Debe ponerse un especial esmero en el orden y decencia de los aposentos que ocupen los criados, tanto por estimación hacia ellos, como por nuestra propia dignidad y decoro. Es imposible, por otra parte, que seamos servidos con exactitud, y sobre todo con aseo, por personas que se acostumbren a vivir en el desorden y a despreciar, en lo que personalmente les concierne, aquellas reglas que han de aplicar en nuestro servicio.

En el lugar más conveniente de la parte interior de la casa, debe existir siempre un lavatorio, junto con una toalla que se mude con frecuencia, para uso exclusivo de los sirvientes. Si no se les proporciona esto, se verán obligados a permanecer con las manos desaseadas, y cuando se las laven, lo cual harán a veces con mengua del aseo de las vasijas y aguas destinadas a la preparación de las viandas, se las enjugarán en los paños de limpiar los cubiertos y demás utensilios de la mesa, si no lo hicieren en sus propios vestidos.

¿Vienen del aire las letras?

Los reveladores divinos.—Descubrimiento de un niño.—La epopeya del alfabeto.—El monograma de los P. P.

Por distintos caminos, sin conocerse siquiera, ni tener referencias de sus respectivos éxitos, han llegado los sabios que últimamente se ocupan en el origen de las letras, su valor y representación a conclusiones análogas y semejantes, conviniendo en su conjunto en que el hombre al querer dibujar sus ideas y fijar las exposiciones de su mente, no ha hecho otra cosa que dejar en sus idiomas las huellas de sus asociaciones primeras.



Evolución de la K (kha en davanagiri.—El pavo real

Una escritura es una convención y, naturalmente, no ha podido llegarse a ella sino después de convenir en establecerla para evitar un desorden y desbarajuste existente. Las primeras exteriorizaciones del pensamiento fueron así jeroglíficas; pero multiplicadas en seguida fué preciso recurrir a simplificaciones, a signos, que concretando los grandes grupos permitieran por leves alteraciones indicar las variaciones y desinencias. Que esto ha sido así, lo comprueban los jeroglíficos egipcios, los alfabetos orientales y hasta nuestras mismas letras, degeneraciones muy degeneradas y regeneradas de los jeroglíficos primitivos. El canto y la facultad parlera de algunas aves llamaron desde luego la atenci[ón] de los hombres primitivos; y comprueban aq[ue]lla admiración, la exaltación y preponderan[cia] de las aves en los jeroglíficos, y la nominaci[ón] análoga, en muchos idiomas, de las aves y las cosas sagradas, dioses, sacerdotes, etc. [En] algunas islas de Oceanía, las de Harvey, se llam[a] a los sacerdotes los "piac-actua", esto es, "[las] cajas de los dioses". Los indígenas dicen q[ue] percatados los dioses de la pristina ignoranc[ia] del hombre sobre las cosas sagradas, crearon los pájaros para que les enseñasen tan subli[me] conocimiento; pero siendo inútil tal medida, p[or]que los hombres oían sin entender, los mism[os] dioses entraron entonces en los cuerpos de [las] aves, para enseñar a los hombres en su lengua.

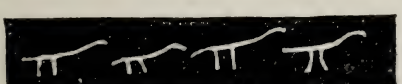


Evolución de la Kh davanagiri.—El quebranta-hues[o]

Los caracteres aviformes son los más pers[is]tentes y observables, en efecto, en casi todos [los] alfabetos; y examinando detenidamente ta[les] idiomas, se ve que las letras que tienen tal [ca]rácter dan el nombre al ave que representan. [La] comprobación más extraordinaria de esta vero[si]milísima hipótesis se debe, sin embargo, no a [...]

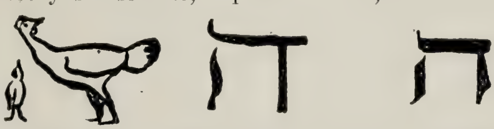
¿Vienen del aire las letras?

sabio, sino a una criatura de tres años, que viendo las cruces avásticas que acompañan al trabajo del profesor Carlos Von de Steinen sobre los "Dibujos y ornamentos prehistóricos (Prahistorische Zeichen und Ornamente"), no pudo por menos de exclamar: "¡Anda, qué cigüeñas!" El grito de aquel chico valió por todas las razones, y aceptada la intuición infantil por soporte de toda investigación, la teoría del origen aviforme de las letras quedó, si no firme, al menos bastante bien sentada, y desde luego como corroboración de que el dibujo y la escritura primitiva no han sido sino la expresión de las primeras asociaciones del hombre. La "K" davanagiri es la evolución de un pavo real: la "kh", nuestra j, transcribiéndola en carácter latino representa la evolución gráfica del quebrantahuesos. La "Hhé" hebrea, la de un polluelo y su madre, confirmando el valor alegórico de la letra que le daban los antiguos gramáticos cabalistas: el amor, el cariño. La "P" griega es la evolución de una cigüeña; la "Y" zenda de un pato, de un pelícano, de un cisne, acaso.



Evolución de la P griega.—La cigüeña (?)

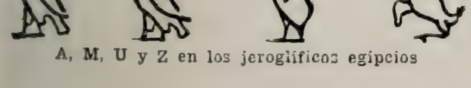
¿Es mentira? ¿Es verdad todo esto? No lo sabemos. La hipótesis tiene verosimilitud y eso es todo. Lo que sí es evidente es que las formas animales han servido de modelo y patrón para la ornamentación, y que mil dibujos caprichosos y sin sentido, a primera vista, son reductibles a una forma animal, como el triciclo, según ha visto Von den Steinen en las monedas licianas.



Evolución de la Hhé hebrea.—Un ave y su polluelo

En este pie se ha ido más allá y se ha llegado a creer que el alfabeto universal, la figura primitiva de todas las letras, no son sino el gráfico de una famosa epopeya en que actúan como héroes y guerreros la cigüeña y la serpiente. Todos los caracteres se han reducido ingeniosamente a esa lucha que por rara coincidencia, por extraña casualidad, se ve esquemáticamente trazada en el monograma de los jesuítas, al decir de los visionarios más exaltados, que para robustecer sus ideas recuerdan el papel de las cigüeñas en Troada, el papel profético que les asignaban los griegos y la fábula de Antigona, hermana de Priamo. Orgullosa aquella de su magnífica cabellera, la diosa se la trocó en serpientes, hasta que apiadados los dioses de su tormento la convirtieron en cigüeña para que acabase con ellas.

Π



A, M, U y Z en los jeroglíficos egipcios



Pieles

EN PLENA ESTACIÓN REALIZAMOS A PRECIOS DE VERDADERA OCASIÓN EL MÁS COMPLETO Y EXCEPCIONAL SURTIDO EN PIELES Y MANCHONES.

En nuestro ANEXO: Av. de Mayo, Perú y Rivadavia

Echarpes, estolas y corbatas de armiño legítimo;
cuyo precio era de $ 220.— 185.— 140.—
ahora a „ **140.— 110.— 80.—**

Echarpes y estolas imitación armiño, gran variedad de modelos;
cuyo precio era de $ 30.— 23.50 18.80 11.80 9.80
ahora a „ **21.50 15.50 12.50 7.50 4.50**

Estolas de zorro, gran variedad de modelos;
cuyo precio era de $ 158.— 145.— 110.— 100.— 70.— 68.—
ahora a „ **98.— 85.— 70.— 65.— 45.— 39.50**

Echarpes y estolas, oppossum y skungs, variado surtido de modelos;
cuyo precio era de $ 365.— 245.— 120.— 100.— 75.— 60.—
ahora a „ **250.— 175.— 75.— 65.— 48.— 38.—**
cuyo precio era de $ 45.— 22.— 14.—
ahora a „ **28.— 14.50 9.50**

Estolas y corbatas, loutre de Colombia, gran variedad de modelos;
cuyo precio era de $ 55.— 47.50 34.50 18.50 12.50 9.90 7.50
ahora a „ **32.— 24.— 18.— 11.50 6.80 5.50 4.50**

Echarpes, estolas y corbatas, de liebre de Australia, variado surtido de modelos;
cuyo precio era de $ 26.50 19.50 18.50 15.50 10.50
ahora a „ **17.50 13.50 10.50 7.50 6.50**
cuyo precio era de $ 8.50 6.90 3.90
ahora a „ **3.90 2.75 1.90**

Manchones de armiño legítimo, excepcional surtido de modelos;
cuyo precio era de $ 250.— 220.— 145.—
ahora a „ **160.— 140.— 95.—**

Manchones, imitación armiño, en varios modelos;
cuyo precio era de $ 42.— 29.50 22.—
ahora a „ **26.— 18.50 14.50**

Manchones de zorro, extraordinario surtido en modelos;
cuyo precio era de $ 180.— 170.— 105.— 42.—
ahora a „ **110.— 95.— 65.— 28.—**

Manchones de oppossum y skungs, variedad de modelos;
cuyo precio era de $ 195.— 180.— 125.— 100.— 75.— 63.—
ahora a „ **135.— 115.— 75.— 68.— 45.— 35.—**

Manchones de liebre de Australia, variedad de modelos;
cuyo precio era de $ 28.— 24.50 16.50 10.50 8.50 4.90
ahora a „ **17.50 14.50 9.80 6.50 5.50 1.90**

GATH & CHAVES

SOCIEDAD ANÓNIMA

BUENOS-AIRES - SANTIAGO DE CHILE - LONDRES - PARIS -

El diario de un niño malo

Traducción de Einar J. P. Hansen

para "EL HOGAR"

CAPITULO 16

La noche de Navidad

La cocinera está muy atareada, debe hacer masas, rellenar pollos y otras cosas para la fiesta de Navidad. Hoy no me dejó jugar a las bolitas con las nueces moscadas ni chupar la cuchara con dulce ni ninguna otra diversión en la cocina; me tuve que conformar con el agradable olor de las masas y confituras.

Isabel y Susana darán una recepción el 1.° de año. Dicen que es mucha incomodidad recibir visitas todos los días: hay que cambiarse de vestidos, preparar café, ostras, pollos y otras golosinas. Lo mejor será que yo pida a algunos de los individuos que avisen a los demás que no vengan, así mis hermanas se evitarán muchas molestias. Hace más de una semana que tengo una idea en la cabeza. Ayer probé a subirme a la azotea y mirar por la chimenea de la estufa, tuve que bajar en seguida; casi me caigo por la abertura. No comprendo cómo puede pasar por allí el deshollinador, si llega a engordar estando en la chimenea, no sé cómo lo sacarán! Por ese camino vendrán los regalos de Navidad. Quisiera saber lo que me traerá Noel; mis hermanas me regalarán unos patines, una carpeta de escritorio, un cortaplumas y varios pañuelos con mis iniciales bordadas; todo eso tuve ocasión de verlo ayer mientras inspeccionaba las cajas que hay en el cuarto de Susana.

Me parece que Noel no podrá pasar por la chimenea de casa, tengo esa idea. Le pregunté a papá si no sería prudente ensanchar la abertura y me dijo que Noel ya se arreglaría. Yo creo que sacando unos ladrillos, pasaría lo más bien.

Casi se echó a perder un día tan lindo. Estuve todo el día en cama y 3 días más. Mamá también enfermó. Puede ser que haya recibido muchos regalos, no lo sé con certeza. Me parece que la noche de Navidad volvió a pasar algo en casa. Serían más o menos las nueve de la noche, estando reunidos en el salón, Isabel, Lilí Montagne y el señor Jener, hablando y comiendo golosinas; cuando mamá me dijo que debía irme a la cama, si no, no vendría el viejo con los regalos. Subí la escalera lo más lentamente posible, no tenía ni la cuarta parte del sueño que dominaba al señor Jener.

Cinco minutos después se oyó de pronto un estruendo formidable, como si el mundo se viniera abajo; algo golpeóme en la cabeza, haciéndome perder el sentido; dicen que estuve seis horas sin conocimiento. Parece que la estufa se rompió en mil pedazos, pegándome uno de ellos en la cabeza; es un milagro que esté vivo todavía, pues la destrucción ha sido completa. De los vidrios no quedó uno sano, el espejo hecho añicos, el cielorraso algo roto y la alfombra toda mojada por haberse roto la cañería del agua. Mamá se enfermó del susto. Papá dice que por casualidad no hubo más desgracias; cuando volví en mí, estaban comentando el origen del accidente. Yo dije que tal vez Noel habría traído consigo algunos cohetes que hicieron explosión. El doctor Moore dijo que debía ser así no más, pero papá no era de esa opinión porque preguntó: "Jorge, ¿por qué has echado pólvora en la chimenea?" Yo grité: "¡Oh, papá! no quise hacerlo, ciertamente no quise hacerlo! No hice más que echar una tacita llena como para arrancar tres o cuatro ladrillos y que pudiera pasar Noel más cómodamente. ¿Hay algo de malo en eso?

—¡Oh, no Jorge—díjome seriamente—absolutamente nada. La reparación no costará más de 900 pesos y tal vez no te importará que mamá esté enferma y que no haya regalos para tí! Desde que oí esto, estoy completamente abatido, tanto más, cuanto que hacía ya unas semanas que me alegraba por los regalos que me harían. Por las observaciones de algunas personas, comprendí que lamentaban que no hubiese yo también volado por los aires.

Pedrito estuvo a visitarme y por él supe que no era necesario ensanchar la chimenea, ya que Noel no eran otros que mis padres. Le pregunté a Susana si era cierto, y me contestó que Pedrito es un tonto. A él, le habían traído un precioso cortaplumas. Para ver si estaba bien afilado, corté un pedazo de las sábanas, pero Betti me prometió que las remendaría, para evitarme un disgusto o una paliza, a las que por desgracia ya me he acostumbrado a recibir con suma frecuencia.

Mis hermanas desean que las reparaciones de nuestra casa estén terminadas para el 1.° de año, creo que no debían preocuparse tanto por esa nimiedad, además ya he avisado a nuestros conocidos, que harían mejor en no visitarnos para evitar molestias.

Los chichones de mi pobre cabeza van desapareciendo poco a poco. Ya estoy mejor de mis heridas; el día de Año Nuevo pienso divertirme mucho, veremos si la casualidad no vuelve a intervenir para frustrar mis planes; sería poca suerte la mía. Hasta pronto.

CAPÍTULO 17

El día de Año Nuevo

Mi querido diario. ¡Adiós! Debo partir, los baúles están listos, Betti y mamá han llorado hasta enrojecerse los ojos. Tengo que irme a una escuela que se encuentra tal vez a 100 millas de aquí; en la carta dice:

"Una casa saludable en el campo, para varios niños, precios módicos, buena alimentación, instrucción inmejorable". Compadezco a mis futuros compañeros, pues soy un monstruo según dicen mis hermanas que están furiosas conmigo. No importa, ya veré cómo me arreglo. Ayer fué día de Año Nuevo.

No hemos recibido ni una sola visita, las muchachas estaban fuera de sí por la inútil espera. Muchos jóvenes conocidos pasaron por nuestra calle, algunos llegaron hasta la puerta, pero no entró nadie porque yo había colocado en la puerta un tarjetero para que la gente pusiese allí sus tarjetas y no molestasen a mis hermanas. Por la noche tomóme Isabel de un brazo y me dijo: Jorge, segura estoy de que has hecho alguna de

las tuyas, vamos a ver, mírame a la cara y dime lo que has hecho!

La miré fijamente y dije:

"No he hecho nada más que ahorrarles a ustedes muchas molestias. Pero qué has hecho, replicó sacudiéndome violentamente. Lo que hacen todos en estos casos contesté, escribí algunas líneas para que las publicaran en el diario". Isabel fué corriendo a buscar el diario y una vez en su poder leyó en alta voz: "¡A los interesados! —Las señoritas de Hacker no quieren estar en casa el día de Año Nuevo, porque su salud deja mucho que desear, les duele la cabeza cuando deben ponerse los vestidos de seda, además acarrea mil dificultades y contratiempos el preparar una buena mesa y las ostras son caras, por lo tanto ruegan a sus conocidas quieran disculparlas.

Susana Hacker.

Isabel Hacker."

Cuando Isabel terminó la lectura estaba roja como el fuego, lo mismo que Susana y al rato estaban blancas como la tiza, sentándose las dos al unísono como a una voz de mando. Al fin pudo Susana articular: Desde este momento reniego de tí, esto es demasiado, demasiado! jamás podré presentarme en adelante con la cabeza levantada, eres el último de los bandidos!

Las muchachas son muy desagradecidas, no merecen que su hermanito las quiera ni gaste 60 centavos de su bolsillo para poner un aviso en los diarios que al fin y al cabo sólo a ellas beneficia. Yo creía que si los jóvenes no venían me haría acreedor a una cantidad de masas y bombones, puesto que nadie los iba a aprovechar, pero desgraciadamente me equivoqué de medio a medio, en lugar de eso me encerraron en la buhardilla.

El día de Año Nuevo fué el más largo de mi vida. Si el gato no hubiera venido a hacerme compañía, creo que me hubiera vuelto loco. Me sospecho que Isabel se sorprenderá un poco cuando mañana abra la caja de su sombrero nuevo y le salte encima el gato que acabo de encerrar allí.

¡Adiós otra vez querido diario mío! En la escuela me portaré muy bien.

He prometido a mamá evitar en lo posible los escándalos.

¡Ya estoy en viaje, qué sólo me encuentro! el único pasajero que viaja conmigo es un señor de edad que se ha dormido. ¿Qué sucederá si le pincho con un alfiler, pegará un brinco y se le caerán los lentes?

¡Heme ya en la fastidiosa escuela! Qué triste es sentir nostalgias de la casa paterna. Anoche estuve mucho, mucho tiempo despierto—más de media hora—y pensé en Betti y en su novio, allá en casa. Y aquí estaba yo, pobre niñito, desterrado de la casa paterna, enfermo y cansado de la vida. Oh mamá, hacer que me saquen de aquí, no puedo soportar las críticas que hace el profesor Pitins a mi modo de ser, ni tampoco las albóndigas de carne picada que nos dan para comer. Los muchachos mayores, se permiten conmigo toda clase de chanzas.

Me parece que ellos creen que los menores no tienen más sentimientos que un sapo.

Fin del capítulo 17.

El suero contra la pereza, descubierto

De dar resultados en la práctica los experimentos de que nos informa la "Muenchener Medicinische Wochenschrift, la fatiga y el agotamiento físico serán una cosa del pasado.

Para desterrar el cansancio o la somnolencia, bastará propinarse una dosis de cierta antitoxina obtenida recientemente por el doctor berlinés Herr Wolfang Weichardt, quien con su flamante descubrimiento, no sólo ha hecho un impagable servicio a la humanidad libertándola de su tenaz enemiga la pereza, sino que viene a enriquecer el ya vasto campo de los conocimientos fisiológicos.

En pocas palabras, diremos que el referido di-

En pocas palabras, diremos que el referido doctor alemán opina que el cansancio y la tendencia al sueño producto son, no de lo limitado de nuestras facultades físicas, sino de una toxina o veneno orgánico elaborado por el cuerpo humano durante los períodos de actividad muscular.

De modo que, según esto, mientras andamos o ejercemos algún esfuerzo físico, lo que hacemos es envenenarnos lentamente, siendo el cansancio un síntoma de la autointoxicación.

Veamos cómo ha demostrado Herr Weichardt su teoría experimentalmente:

Después de atar por una pata a un conejo de Indias, lo arrastró buen espacio de tiempo sobre una estera, hasta que el animalejo, que naturalmente pugnaba por escapar, dejó de hacer resistencia, agotadas sus energías por el continuo esfuerzo. Estimulado el sistema nervioso del conejillo por medio de descargas eléctricas, continuó el doctor arrastrando a su víctima, cesando en tan cruel operación cuando el conejo dejó de existir por absoluto agotamiento físico; esto es, cuando, según las teorías de Herr Weichardt, se hallaba completamente intoxicado.

Sin perder tiempo procedió el experimentador a separar, macerar y desecar en el vacío los músculos del animal. A las pocas horas pudo descubrir en la masa fibrinosa la toxina del cansancio. Esta presenta la forma de delgadísimas escamas, de un color amarillo oscuro, en extremo inestables, por lo que hay necesidad de conservarlas, bien en tubos de vidrio soldados, o bien en aire líquido.

Inyectada dicha toxina o veneno en otros conejillos de Indias, se produjeron en ellos síntomas de cansancio, seguidos de muerte a las veinticuatro horas.

Para obtener la antitoxina procede el doctor Weichardt de igual suerte que para conseguir la de la difteria, o sea inoculando la toxina en la sangre de los caballos. Las escamillas de la antitoxina, son muy permanentes y conservan sus propiedades durante largo tiempo. El suero contra el cansancio puede administrarse, bien disuelto en algún líquido, ya que el estómago lo soporta perfectamente, o bien con auxilio de la jeringuilla hipodérmica.

Calcúlase que la décima parte de un miligramo de antitoxina basta para neutralizar diez miligramos de toxina.

En cuanto a los resultados de las inyecciones del nuevo suero han sido, según vemos, concluyentes. Todos los animales inmunizados con la antitoxina permanecieron en condición normal al inoculárseles el veneno.

La calefacción de nuestros abuelos

Reyes y grandes señores que se helaban de frío

Cualquier estufa de las más malas que hoy existen es un aparato de calefacción excelentísimo y perfecto comparado con los aparatos que para calentarse usaban los ricos y hasta los reyes en tiempos no muy lejanos.

Nadie creería, si no lo atestiguasen auténticas memorias, que Luis XIII, Luis XIV y Luis XV se helaban de frío en sus espléndidos palacios del Louvre, de Fontainebleau, de Marly y de Versalles.

Pontis nos pinta a su amo Luis XIII tiritando en su cámara del palacio del Louvre y deseando ver salir el sol para que sus criados le saquen en su silla al lugar donde le calienten los benéficos rayos del astro; y hojeando las cartas de la famosa "Madame", madre del regente, vemos que en 1695 se helaron el agua y el vino en la misma mesa regia.



Gran señora recibiendo en la cama las visitas. (Grabado de la época)

Madame de Rambouillet recibía a los personajes que a sus reuniones acudían metida en la cama, con las piernas dentro de una especie de saco de piel de oso y la cabeza tan entrapajada, que justificaba completamente lo que en tono de broma solía decir: "Por San Martín me quedo sorda y no recobro el oído hasta pasadas las Pascuas".

Casi hasta los comienzos del siglo XVIII, tanto las personas de sangre real como las damas francesas, recibían a las visitas en la cama y bien cubiertas con mantas, costumbre de la que nacieron las famosas "ruelles" francesas, y que se referían al espacio que quedaba entre la cama y la pared. Algún tiempo después, la divina Arthenice (anagrama del nombre Catherine de la marquesa de Rambouillet que era la reina de la moda y a la que todos seguían, inauguró en su palacio el uso de las alcobas, y por ella se generalizó el uso de los biombos, con cuya innovación se consiguió establecer un aposento pequeño dentro de uno grande y con mejores condiciones de habitabilidad.



Chimenea del palacio de Fontainebleau

Aún más práctico, aunque menos hospitalario, fué el sistema ideado por cierto personaje muy curioso, llamado el doctor Delorme, el cual pensó que para pasar el invierno abrigado lo mejor era poner una silla de manos junto a la chimenea y meterse dentro de aquélla para guardar bien el calor. El sistema podrá parecer digno de algún esquimal, pero el caso fué que muchas damas lo adoptaron, y especialmente la mariscala de Luxemburgo.

La célebre madame de Maintenon se mandó hacer una especie de confesonario bien tapizado interiormente, para guarecerse del frío dentro de sus propios aposentos. Inútil es decir que también cundió la moda de la Maintenon, hasta el punto de que después de fallecer Luis XIV la adoptaron las princesas.

Ya que de muebles históricos hablamos, no hemos de dejar en el tintero el "tonneau" de madame de Deffand, también muy célebre en su época, en el cual metía las piernas aquella espiritual dama para preservarlas de las corrientes de aire.

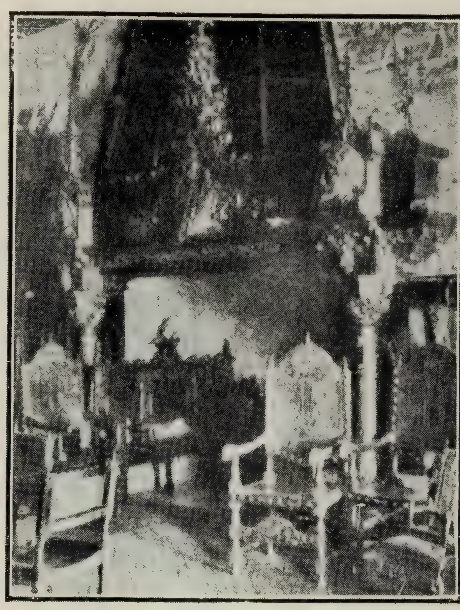
Para huir del frío se usaba un arsenal formidable de utensilios que hoy ya han caído en desuso: calientacamas, calientapiés, falsos libros de misa de



Chimenea del boudoir de María Antonieta

porcelana llenos de agua caliente y que se llevaban a la iglesia, bolas de plata llenas de carbones encendidos que se ponían en el altar para que el oficiante se desentumeciera las manos, calzado con tacones huecos de metal llenos de agua caliente que se llamaban ''zapatillas de teatro'', y que hicieron la reputación del señor de Ambrún.

¿Pero y las chimeneas? No estaban desprovistos de ellas los palacios de los reyes ni los particulares, y eran inmensas. Demasiado grandes y mucho menos numerosas de lo que generalmente se cree.



Chimenea de un antiguo castillo español

Por la Grande Mademoiselle sabemos que había muy pocas en el palacio de San Germán, y que en el palacio donde vivió en Perpiñán no había más que la de la cocina, y allí tenía que ir la heroína de la Fronda para mudarse de camisa.

Las gigantescas chimeneas que adornaban los aposentos de las residencias reales solo servían, como las que aún existen en muchos pueblos, para achicharrar a los que estaban cerca, mientras que a los que se distanciaban un poco se les quedaban heladas las piernas por la gran corriente de aire frío que arrastraba el hogar. Llenaban de humo las habitaciones, y la supresión de éste obsesionó a más de un hombre de talento. Rafael, el divino maestro de Urbino, se preocupó grandemente para hallar el medio de impedir que llenasen de humo las habitaciones las chimeneas del palacio del duque de Este, y el célebre arquitecto Filiberto de l'Orme hizo estudios muy profundos del asunto, tan delicado por entonces, los cuales forman todo un tomo de su inmortal obra sobre la Arquitectura.

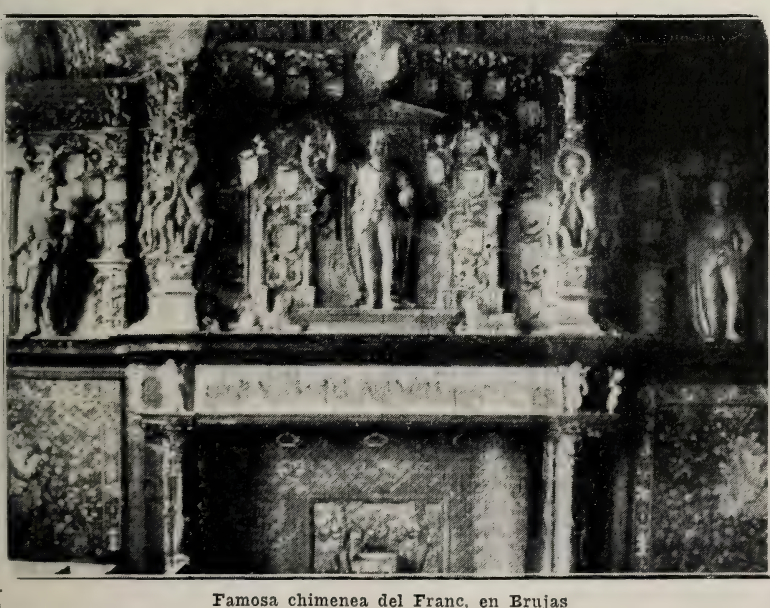
No obstante sus inconvenientes, la chimenea continuó siendo de proporciones monumentales. La chimenea, que según Le Muet en su ''Maniére de bien bastir'', debía colocarse frente por frente a la puerta principal del aposento, para que todo el que entrase la viese en seguida, era en realidad un aparato que molestaba y hacía llorar a la fuerza a nuestros antepasados.

Hasta la segunda mitad del siglo XVIII no se trató en serio a tales inconvenientes, si bien an-



La calefacción de nuestros abuelos

tes de esta época el ilustre arquitecto Roberto de Cotte ya había hecho una revolución que ejerció gran influencia en el porvenir, reduciendo las proporciones del hogar y bajando considerablemente la campana. A Cotte se le debe la disposición actual de las chimeneas. No hay que olvidar tampoco a Meissonnier ni a Oppenhord ni a Blondel, que acabaron de hacer elegante y práctica la nueva forma del clásico hogar.



Famosa chimenea del Franc, en Brujas

El ilustre Franklin contribuyó asimismo al progreso de la calefacción, inventando el sistema que lleva su nombre, y también contribuyeron al progreso Lavocat, mecánico de la corte de Bruselas; el doctor Halyburton, de Londres; el caballero Lamothe, y otros muchos.

Hasta la literatura se encargó de propagar y vulgarizar tan útiles descubrimientos.

Los periódicos publicaron artículos sensacionales, y en los escaparates de las librerías abundaban libros especiales, desde la "Caminología" o "Tratado de las chimeneas, con observaciones acerca de las causas que las hacen humear y medios para corregir el defecto", publicado en Dijon en 1751, hasta la "Memoria sobre las chimeneas y las estufas", del marqués de Montalembert, publicada en París a fines del siglo XVIII y de los más curiosos tratados sobre la materia.

X. NAGRIEN.

Los héroes de la fantasía.— El duende

La creación más gigantesca y portentosa de toda la Edad Media, es este pequeñito ser que llamamos duende. Casi no se ve; es casi nada. Se trata de una cosa diminuta. Es el espíritu y la materia en su condición infinitesimal.

El duende ha precedido a las fracciones infinitesimales de la matemática y a lo pequeñísimo de la óptica. Los duendes son algo así como los verdaderos microrganismos de la antigüedad; nada hay más pequeño y maligno que ellos. En algunos casos el duende es bueno, cariñoso, amable; pero en todos se distingue por su inquietud, por el ideal y la práctica revolucionaria que le distingue.

Estos seres tan pequeños han llamado de un modo poderoso la atención pública y la reflexión de los sabios. Si los bacilos, los proteos, los espirilos, todos esos ejércitos de lo infinitamente diminuto, provocan tanto estudio, tanto trabajo, sobre una base de veracidad, de experimentos, ¿qué no provocarían los duendes? En el siglo XVII el P. Fray Antonio Fuente de la Peña, uno de los ingenios más peregrinos de España consagró al estudio de estos seres un libro rarísimo y extraordinario: "El ente dilucidado" donde trata de la existencia y realidad de los duendes, "seres secundum quid trasteadores por naturaleza".

El duende es muy pequeñito, nace, vive, se reproduce y muere en condiciones ignoradas para la generalidad de los seres humanos. Es probable que pueda venir a la vida como aseguraba Van Helmont, que aparecían los ratones: metiendo en una cacerola una camisa sucia con un poco de trigo nuevo.

El duende, bueno casi siempre, no es más que un ente revoltoso y burlón. En la terrible noche de la Edad Media se siente, de cuando en cuando, una risa infantil, casi imperceptible que como una esfera de cristal, suena retemplando sobre una superficie mal bruñida: es la risa del duende.

Las habitaciones preferidas por el duende son las despensas. Es un poco goloso; no puede remediarlo. Más que glotón quizá es sencillamente goloso. Tampoco es tan goloso como parece. En realidad es un curioso, un investigador, un indiscreto graciosamente inoportuno.

De la despensa salta con frecuenica sobre el fogón, y hace mil diabluras y chiquilladas. Es el verdadero culpable de que se vuelquen las cacerolas de una manera inusitada. Sobresala las comidas, introduce una cuchara en el fondo de un pastel o esconde un dedal en un tarro de conserva.

Su preferencia la tiene por las mujeres y por los niños. A éstos no los molesta jamás. De las mujeres, escoge, sobre todo, para blanco de sus burlas a las más jóvenes, a las solteras. El es el que revuelve los cajones de la costura, el que hurta y esconde las agujas. ¡Las agujas! la máquina más útil y preciosa de las industrias femeninas.

No hay noticias de que haya proporcionado jamás un serio disgusto. Ha producido terrores, contratiempos; pero no se ha debido jamás a duende alguno una catástrofe. Burlón, molesto, inoportuno, cobraba cariño al hogar. Es conocida la historia aquella de los pobres inquilinos, que no pudiendo soportar sus ataques, determinan cambiar de casa. Recogidos los últimos trastos la mujer le dijo al marido entre temerosa y alegre:

—Por fin nos vamos...

—¡Ah! nos mudamos, señores!...—interrumpió el diablillo.

La fantasía popular ha dado vida a estos seres, pero no pocas veces la misma locura y la fiebre los ha hecho saltar sobre las palmas de las manos. El célebre Ben Johnson, sentado sobre su lecho de dolor, se entretenía en jugar con un puñadito de duendes que remedaban una compañía de soldados.

Las proyecciones personales de nuestro miedo pueden poner en el espacio seres extraordinarios, según creen los oculistas. Sin llegar a tanto, cuando no percibimos con claridad y distinción las cosas que se agitan en torno nuestro, todo se anima de pronto, porque llevamos nuestro miedo a los rincones más obscuros de la estancia o a los límites más densos del bosque.

El vaso que se quiebra, para nosotros sin razón alguna; el mueble que cruje en el silencio de una somnolencia nuestra, surgen como duendes en la realidad del ambiente, y con un poco de buena voluntad correrán ante los ojos como silfos y náyades, delfos y nereidas, de un mar y de un bosque pequeñísimos.

Un calambre que se viera en vez de sentirlo como un rollo de alambre sobre el cuerpo, tomaría la forma de un duende.

La fantasía popular no ha mentido ni se han engañado los graves hombres que han tratado con esmero y atención sobre este asunto. Este duende que nos persigue, que oculta el objeto que buscamos, que nos esconde cuanto tenemos a mano, es sencillamente un último dios pagano que se ha quedado niño y que perdura como tal en la vida de los alocados y desordenados en el trabajo: es sencillamente el Descuido.

La memoria de los musicos famosos

Puede decirse, sin caer en contradicción, que la mayor parte de los grandes músicos virtuosos han revelado más o menos una memoria prodigiosa. Pero aun entre esta clase, hay algunos que descuellan tan prominentemente que llegan a empequeñecer aún aquellos excepcionalmente dotados entre sus compañeros. Un ejemplo típico de esto es el finado Hans von Bulow, quien, según tradición, tocaba toda la música de memoria horas tras horas, sin tener nunca que consultar las obras que ejecutaba al piano. Conocía todas las composiciones de Wagner de memoria, y consideraba como gran desgracia que los músicos de la orquesta no tocaran de memoria como él. Cuando un compositor le llevaba una partitura nueva, le pedía excusa para pasar un momento a la habitación contigua, donde echaba una rápida ojeada al manuscrito. Volviendo a los pocos momentos a la sala se sentaba al piano, y sin mirar siquiera una vez las notas, tocaba la composición de memoria con gran asombro, como puede imaginarse, del autor que le oía.

Liszt, también, de quien se decía que tocaba la mayor parte de las obras de Beethoven de memoria, es otro ejemplo de prodigiosa retentiva.

Más extraordinario aún que esos dos prodigios de memoria musical, fué Rubinstein, de quien se dijo que en una serie de conciertos tocó al piano, de memoria, más de 1.000 composiciones, comprendiendo todo lo de más mérito del repertorio de ese instrumento.

Las señoras feudales
La vida de la mujer en la Edad Media

MRS. Putnam viene publicando en un periódico inglés una serie de artículos muy interesantes, fruto de sus estudios acerca de la situación de las mujeres en las diversas épocas.

El publicado últimamente tiene por título "La castellana", y encierra datos muy curiosos de la vida de las damas feudales.

Mrs. Putnam comienza su trabajo describiendo de qué modo influía la arquitectura del castillo en el carácter de la mujer. El señor y la señora vivían, comían y dormían en un aposento común, en la famosa sala de honor. El lecho estaba situado junto a la pared frontera a la chimenea, rodeado de grandes cortinas que lo convertían en una estancia dentro de otra estancia. La costumbre de vivir juntos en la misma sala el marido y la mujer quitaba a ésta su independencia doméstica, pero la libraba del aislamiento. Toda la vida de la casa y de la hacienda estaban en el salón. Lo que la castellana perdía en refinamiento lo ganaba en educación. La vida de su época era para ella como un libro abierto por el que podía formar opinión de los hombres y de las cosas. Su gabinete era el jardín. Uno de los deberes de las hijas de la castellana era cuidar del baño, porque en los comienzos de la Edad Media, el baño se consideraba como una cosa necesaria para la vida. El aseo fué desapareciendo muy poco a poco en Europa, y la suciedad no triunfó hasta el Renacimiento. En 1292 había veintiséis baños públicos en París, y en tiempos de Luis XIV sólo existían dos.

Por lo general la castellana estaba mejor educada que el esposo. Todo el trabajo casero le era familiar, y era también médico, hilandera y costurera.

Todos los libros que se leían o recitaban ante el señor del castillo los oía también la señora. Su valor físico estaba desarrollado en alto grado. Cazaba, pescaba, montaba a caballo con destreza consumada, y le gustaba la vida al aire libre.

Bajo el sistema feudal el tributo se pagaba al rey en hombres de guerra y cuando el esposo moría la viuda tenía que casarse en seguida con otro caballero que pudiese proporcionar los guerreros necesarios para conservar el feudo. Al marido le estaba permitido pegarla "razonablemente" pero se le prohibía mutilarla, destruirla un ojo o romperla un hueso.

Bajo el código de Justiniano los hijos y las hijas participaban de la herencia de la hacienda de su padre, y si reinaba la paz, la mujer heredera gobernaba su hacienda dando muestras de sorprendente habilidad.

En vez de mostrarse como un resto atrofiado de una clase suprimida, presto a gobernar nominalmente, pero en realidad dispuesto a ser gobernado por el hombre más próximo, demostraban las mujeres feudales que eran capaces de formar proyectos razonados y hacerlos prevalecer, y por su influencia produjeron cambios en la sociedad y en la cultura, de los cuales subsiste todavía una parte en la vida de Europa.

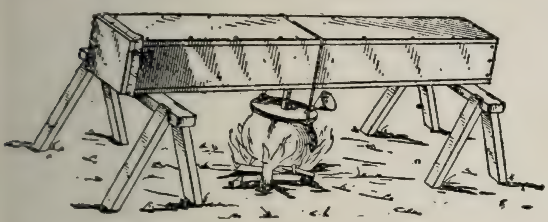




Una caja de vapor

A veces es necesario doblar o encorvar la madera para cierta clase de trabajos, y esto se consigue fácilmente. Listones largos y cortos y hasta tablas pueden hacerse muy plegables sometiéndolos a la acción del vapor durante media hora o una, en una caja especial de poco precio como la que se ve en el grabado.

El tamaño de ésta depende, naturalmente, de la clase de trabajo que se haya de hacer. Para encorvar tablas para embarcaciones se emplean



cajas de unos once metros de largo por uno de alto, y otro de ancho, mas para trabajos ordinarios resultan suficientemente amplias las de 25 a 30 centímetros de alto y ancho dos metros y medio o tres y medio de largo.

La caja es de tabla ordinarias de 2'50 centímetros de grueso clavadas con clavos corrientes espaciados de 9 a 20 centímetros. Uno de los extremos va cerrado y el otro queda descubierto o lleva una tapa fija con bisagras y dos ganchos a los lados. En el primer caso se puede tapar la boca con un trozo de alfombra vieja, o arpillera, o con hierba seca. Si se usa la tapa de bisagras conviene poner también un trozo de arpillera. Por otra parte se prepara una olla grande con una tapa de madera que ajuste bien, y en el centro de esta tapa se practica un agujero, y otro en el fondo de la caja de vapor com una sierra de punta. Los agujeros deben ser bastante anchos para ajustar a ellos un trozo de cañería de 3 ½ a 5 centímetros de diámetro.

El tubo que ponga en comunicación ambos agujeros, debe ajustar bien y ser lo bastante largo para que la caja no esté demasiado cerca del fuego, quedando por lo menos a un metro veinticinco centímetros del suelo.

La olla se cuelga del centro de la caja por medio de un alambre fuerte o una cadena, para que quede suspendida sobre la lumbre.

En la tapadera de la olla hay que hacer otro agujero para meter por él un embudo y echar agua cuando se consuma la que contenga. Este agujero se tapa con un corcho cuando no hay que usarlo.

La caja se pone generalmente fuera del taller en sitio conveniente sobre un par de caballetes.



Como se forman hombres



DIFERENTES ESPECIES DE CARACTERES.—El objeto de la educación debe ser, acentuar a veces, a veces corregir las tendencias que resultan del predominio de tal o cual facultad y destruir, o por lo menos paralizar en lo posible, aquellas tendencias que se opongan al desarrollo normal de las facultades.

Supongamos que un educador tenga que dirigir a tres niños en cada uno de los cuales predomine una de las tres facultades: el primero es lo que se llama un "sensitivo" o un "emocional", es decir, una naturaleza impresionable en exceso; el segundo es un "activo", siempre en movimiento, comunicativo, expansivo; el tercero es un "meditativo", o un contemplativo, que fácilmente se reconcentra. ¿Cuál será la tarea del educador en presencia de estos tres tipos absolutamente distintos unos de otros?

No ha de borrar por cierto en ellos las diferencias que los caracterizan, pues sería vano intento pretender imprimirles un tipo único, y además el objeto de la educación no es destruir los caracteres, sino dirigirlos, y a lo sumo, corregirlos.

Esta tarea será aún más complicada si los niños son de un tipo mixto, combinación estrecha y difícilmente analizable de las tres facultades. ¿Qué hacer?

No cabe duda de que deben respetarse las indicaciones de la naturaleza y no desfigurarla con el pretexto de rehacerla. Cada tipo tiene sus ventajas propias y su encanto particular. Cada uno de ellos, aun el más exclusivista, ha puesto de relieve grandes genios o grandes almas, cualquiera que fuese el desequilibrio o las lagunas producidas por el predominio de una facultad sobre las otras. Pero no se puede pretender edificar en un niño un carácter normal y sano, aun apoyándose sobre la base más o menos estrecha de que le haya dotado la naturaleza, si no es a condición de ampliar esa base y si llega el caso, de modificarla, de fortificarla en aquellos puntos en que fuera débil.

Cuando, por ejemplo, la "sensibilidad" es exclusiva, centuplica sin duda las fuerzas; pero si no es para el bien, lo es para el mal. Expone al espíritu a la falta de medida y de reflexión.

Se sabe qué sitio tan prominente han ocupado en el mundo los grandes intelectuales, pero cuando son demasiado exclusivamente "meditativos" corren el riesgo de ver marchitarse en ellos toda facultad de simpatía, o el de adolecer de falta de energía y de decisión. En fin, los voluntariosos o "activos" cuyo grado de inteligencia no está de acuerdo con su energía, sólo son testarudos, que cierran los oídos a los más juiciosos consejos que no quieren o no pueden comprender.

Así pues, vemos que las tres formas esenciales del carácter, aun cuando en ellas colaboraran dos de las facultades constitutivas del espíritu humano, tienen defectos que provienen de una falta de equilibrio. Con un valor y con cualidades propias, cada uno de estos tipos exclusivos o de estos tipos mixtos, carece de un elemento esencial, que le serviría de moderador, de contrapeso.

La tarea del educador está, pues, perfectamente indicada: debe completar y equilibrar las buenas disposiciones del niño, fortificándolas, deslindándolas y desarrollándolas, alentándolas, cultivándolas, cuidando los puntos débiles y reprimiendo por otra parte los excesos de una inclinación que amenace hacerse exclusiva: en una palabra, debe transformar las tendencias mal equilibradas en una armonía general de tendencias: de donde resultará un carácter normal.

CÓMO FORMAR UN CARÁCTER.—¿Por qué procedimientos? Ante todo por la higiene, porque si bien el carácter no depende exclusivamente del temperamento, no se puede negar que le debe una buena parte de sus tendencias. La higiene recomienda, por ejemplo, para un carácter apático, correspondiente a un temperamento linfático, alimentos que produzcan sangre: prescribe la gimnasia y los juegos que dan calor a la máquina animal.

Por el contrario, para los caracteres demasiado impresionables, que corresponden a temperamentos nerviosos o biliosos, está indicado un régimen de alimentos sedativos, reposo prolongado, agua como única bebida, etc. En Norte América, para dominar los caracteres rebeldes, derivados de temperamentos sanguíneos, recurren... a la sangría. Contentémonos nosotros con los baños, las bebidas refrescantes, el régimen vegetariano, etcétera.

Pero la verdadera tarea del educador es obrar directamente sobre lo moral. Cuando ha discernido bien la naturaleza del carácter que debe moldear, o reformar, para volverlo al equilibrio del que tiende a alejarse, tendrá, o que desarrollar una facultad o por el contrario comprimir las tendencias de otra; tendencias excelentes de por sí, pero que por su exceso amenazan convertirse en peligrosas para un carácter: la bondad puede convertirse en debilidad: la firmeza en testarudez.

Horas de estudio y horas de juego; todas las circunstancias serán aprovechables para desarrollar unas facultades y combatir el predominio de otras; pero para ello la vigilancia del educador ha de ser tan constante como discreta.

Veamos hoy cómo puede ejercerse sobre la sensibilidad.

EDUCACIÓN DE LA SENSIBILIDAD. — Ante todo será necesario esforzarse en reprimir las inclinaciones egoístas del niño, y en desarrollarle el sentimiento de la piedad. El hombre, preciso es confesarlo, es instintivamente egoísta, y aunque a veces consigue disimularlo, en la mayoría de los casos prima su egoísmo. El niño lo es inocentemente, con un cinismo ingenuo. Su escusa es "que él no sabe". No sabe que hay seres sensibles como él, que sufren como él y más que él. Hay que decírselo, y sobre todo, hacérselo comprender mostrándole con tacto y discreción el espectáculo de algunas miserias humanas. Una visita al cuarto miserable donde hay niños que tienen frío y hambre, vale más que una lección sobre la generosidad.

Una desaparición misteriosa



Lo que primero llamó la atención pública, sobre la desaparición de Gaviota, fué la insólita cantidad de botellas de leche que se amontonaban en la puerta de su habitación.

Todos los días, el lechero le traía una botella conteniendo medio litro de leche, según las condiciones de un viejo tratado establecido entre ellos. Ahora bien: un buen día los vecinos vieron que desde hacía mucho tiempo esos medios litros, quedaban en la puerta, sin que nadie los tocara.

Un espíritu ingenioso y perspicaz tuvo la idea de contarlos, y encontró que eran veintitrés, de donde se pudo deducir que Gaviota hacía veintitrés días que había desaparecido.

La conclusión fué plenamente confirmada poco después por otro vecino, quien estimulado por el éxito del primero, contó a su vez, los panes de a un kilo, que formaban un montón frente al conjunto de las botellas: también eran veintitrés.



Si se agrega a estos primeros indicios, el hecho de que poco después se encontraron veintitrés números atrasados de un periódico matutino, se comprende de qué modo se arraigó en los vecinos la convicción de que debía haberle sucedido alguna desgracia a Gaviota.



Sobre la naturaleza de la desgracia las opiniones estaban muy divididas: algunos creían en el asesinato, otros en el suicidio. Como no era posible permanecer eternamente en esta incertidumbre desconcertante, se dió parte a la policía. Esta vino bajo la forma de un comisario y un cerrajero, quien provisto de los utensilios de un ladrón cualquiera, pronto hizo saltar la cerradura. Los circunstantes penetraron en el departamento, convencidos de que, no bien transpusieran los umbrales de la antesala, penetrarían en los dominios de lo horrible. Pero no fué así, en el comedor tuvieron la primera decepción: no estaba allí, como era de esperarse, con un metro cincuenta de lengua fuera de la boca.



Ni tampoco se hallaba en su dormitorio ahogado entre dos colchones. Ni en el tocador con una navaja de afeitar clavada en la garganta. Ni menos en la cocina, donde los partidarios de la asfixia esperaban verlo prendido a una goma sujeta a un caño de gas. En vano se miró debajo de los muebles, se golpeó el piso, se probó el espesor de las paredes y hasta se miró por la ventana, con la vaga esperanza de verlo extendido al pie de éstas. Gaviota no pareció en ninguna parte.

Entonces las pesquisas abarcaron un radio más extenso y no quedó potrero ni sótano sin registrar.

Se buscó en los malecones, en las zanjas, entre los escombros de las diagonales (bien pudiera ser) en los terraplenes, en el subterráneo, debajo de los bancos de las plazas, entre las ramas de los árboles copudos, en las jaulas del zoológico, y hasta en los teatritos de 0.10 la entrada, para ver si lo habían pescado para "¡Gran fenómeno natural y desopilante!, ¡una foca que se parece a un hombre, que fuma y tiene callos en los pies!" Nuestra policía resultó infructuosa. Hasta trataron de ver si estaba en alguna leonera, metido allí por equivocación, con programa de "mangiamiento", "pianito" y "bifes" de circunstancias. ¡Nada! Misterio inescrutable.

Entonces la pesquisa adquirió mayores proporciones, y se buscó a Gaviota en el extranjero. Hubieron enviados especiales, sueldos extras, comisionados "linces" con viático respetable, se apeló por cable a la ciencia de todos los Sherlocks Holmes, Nick Carters y todos los de la banda policial. Esta vez ninguno de ellos encontró un cronista que subrayara con varias líneas finales y admirativas las historias más o menos posibles de sus pesquisas. Gaviota parecía haberse volatilizado.



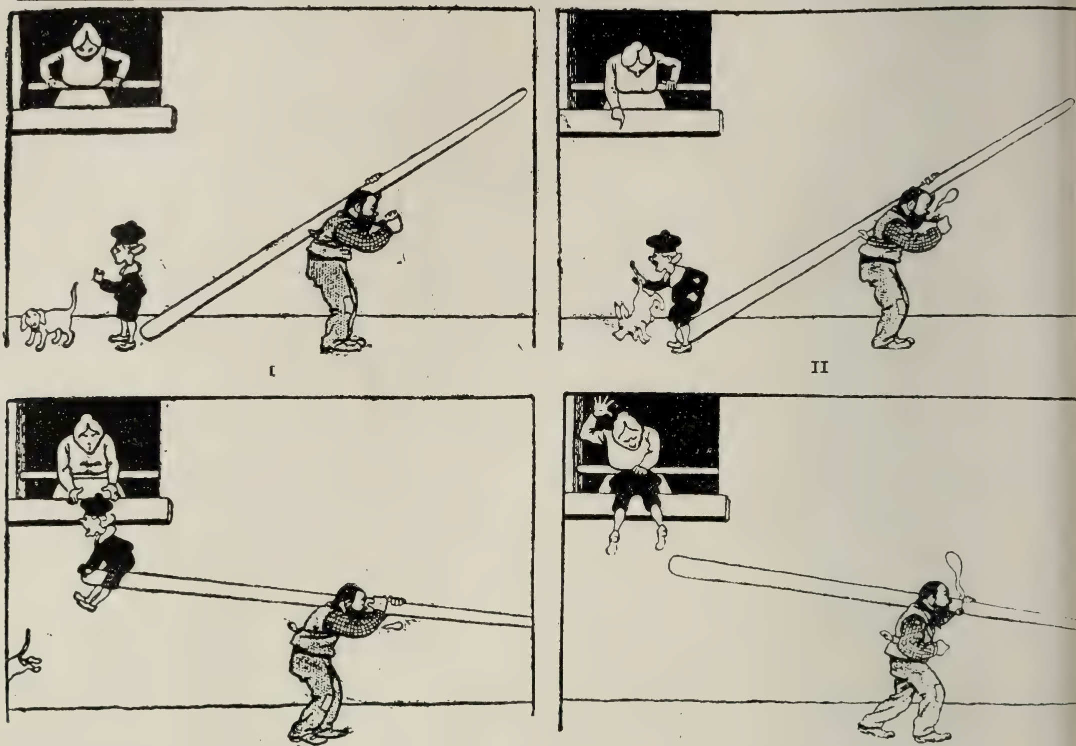
Algunos espiritistas hicieron experimentos tratando de probar la desintegración de las moléculas infinitesimales. Los crédulos creyeron firmemente en el carácter sobrenatural del desaparecido. Algunos hasta dijeron que habían visto a Gaviota robarle la escoba a un barrendero para remontarse a los espacios azules...

Los escépticos, creyeron también que Gaviota había volado, pero de diferente manera, bien lastrados los bolsillos con pesos y níqueles... Esto no pasó de rumores. La verdad no resplandecía en ninguna parte. Como todo resultara infructuoso, la policía decidió echar tierra al asunto, ya que no podía hacerlo con el cuerpo de Gaviota.

Y sólo después de casi catorce años se vino a aclarar este conflicto, que no tenía nada de misterioso, sino que por el contrario era muy natural, y así fué comprendido cuando se vió salir a Gaviota del gabinete donde se hallaba instalado el teléfono, radiante de alegría por haber obtenido una comunicación.

Bernard GERVAISE

Sea compasivo con los animales



En busca de dos tesoros

Los escondrijos del pirata Morgan

ACTUALMENTE se están organizando dos expediciones para descubrir tesoros escondidos en islas del mar Caribe por el famoso pirata Morgan. Dirige la primera una mujer, la primera que fué al Klondike y que publicó no hace mucho un libro relatando sus aventuras en el país del Oro.

Estando allí, escuchó una noche un relato de un viejo que la puso sobre la pista de dónde puede estar uno de esos tesoros, y no ha perdido tiempo en ir a buscarlo.

La otra expedición está organizada por un tal Hale, que no hace ahora su primera tentativa.

Estando hace años en Maracaibo, Hale intimó mucho con un portugués viejo y estrafalario que traficaba con antigüedades.

El portugués enfermó y murió no sin antes haber revelado que existía en la isla de Santa Catalina una cueva oculta que él había visitado y de la cual había sacado en una sola vez 50.000 pesos.

Tenía un plano del lugar y se lo entregó a Hale, con otra porción de pormenores, haciéndole prometer que le daría la tercera parte del tesoro al nieto del portugués.



El pirata Morgan

Hale recogió al niño, se lo llevó consigo e hizo tres viajes a la isla sin encontrar el tesoro, aunque sí el sitio descrito por el portugués.

Por último, después de muchos estudios, cayó en la cuenta de que la entrada a la cueva estaba debajo del agua y hay que buzar para meterse en ella. Una vez dentro de la cueva es necesaria luz y luego trepar hasta las intrincadas galerías, marcadas por pasos en el plano, hasta llegar al escondrijo donde se cree deben estar depositados dinero y alhajas por valor de 10 a 15 millones de pesos.

Hale, en su último viaje se tiró al agua y logró penetrar en la cueva. Encontró una cámara de unos 13 pasos de ancho. No llevaba luz y tuvo que limitarse a tantear el terreno con un largo palo que llevó consigo. La cueva parecía ser muy alta y tenía una especie de basar en uno de los lados: este basar era sumamente profundo hasta el punto de que Hale no llegaba a su límite con el palo y estaba demasiado alto para poder trepar hasta él.

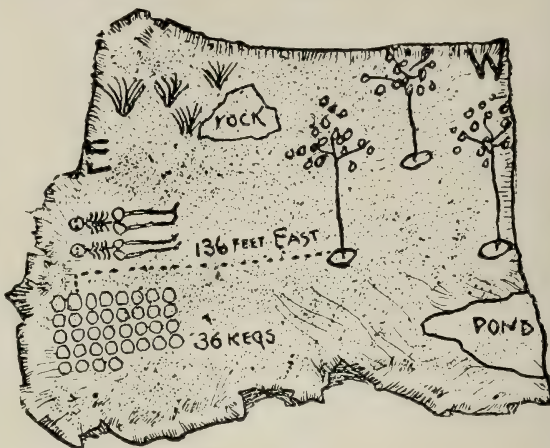
De aquella exploración, Hale no sacó más que confirmar la exactitud de los datos que le dió el

portugués. Ahora vuelve a la isla provisto con todos los útiles necesarios para descubrir el tesoro. No son muchos; unos picos, unas lámparas eléctricas y unos sacos.

Indudablemente el pirata Morgan descubrió casualmente la cueva de entrada submarina, y rompiendo las piedras por encima de las aguas almacenó en ella su tesoro, y luego volvió a poner las piedras en su sitio. Pero Hale no quiere volar las piedras de la gruta por miedo a que los escombros oculten el tesoro.

No cabe duda de que Morgan escondió enormes cantidades de dinero, fruto de sus rapiñas.

Es un hecho histórico que habiendo armado una escuadra de 27 barcos y un buen ejército, llegó a Colón y marchando por tierra se apoderó de la ciudad de Panamá, la saqueó y se llevó consigo a 600 prisioneros para obligarlos a revelar dónde tenían escondido el dinero y las alhajas que no habían sido encontradas en sus casas. De Panamá salió con 127 mulas cargadas de objetos de oro y plata y metálico, y se calcula que el saqueo le produjo de 10 a 15 millones de pesos, que son los que probablemente están escondidos en la isla de Santa Catalina.



El plano del náufrago

El portugués no es la única persona que ha sacado dinero de la isla de Santa Catalina.

Hace unos 20 años un inglés llamado Curry, que mandaba un barco español llamado "Bonita", yendo de Jamaica a Maracaibo, se encontró falto de agua y de provisiones, y arribando a Santa Catalina, desembarcó y lo primero que vió fué una iguana, o gran lagarto comestible, a la cual persiguió. La iguana se refugió en una gran grieta en las rocas. Siguióla el marino y se entró en una pequeña caverna. A poca distancia de la entrada descubrió un muro de cantería que la cerraba. Su curiosidad fué grande porque la isla estaba deshabitada; así es que llamó a un par de marineros y deshicieron el muro.

Encontróse entonces dentro de una gran caverna natural muy obscura. Encendió una antorcha y descubrió en el fondo nueve grandes tinajas llenas de doblones españoles y gran número de imágenes de oro y plata, que indudablemente procedían de iglesias de la América española.

Antes había mandado alejar a los marineros que le ayudaron a derribar el muro. Se escondió entre la ropa cuanto pudo y se volvió al barco a Kingston, en cuyo banco depositó objetos de oro por valor de bastantes miles de pesos. No está claro por qué no se llevó todo el tesoro, siendo el capitán del buque; tal vez temiera que los armadores le pidieran parte o receló que la tripulación le asesinara para robarle. Lo más probable, sin embargo, es que Curry exageró la importancia de su descubrimiento y que los miles de pesos que negoció en Kingston representaban el valor de todo lo que encontró.



La cueva de Santa Catalina

Otro escondrijo de Morgan está en la isla del Cayo de la Media Luna y acerca de él se tienen noticias obtenidas de un modo muy novelesco.

Uno de los marineros de Morgan dejó al morir un plano que, corriendo los tiempos, fué a parar a manos de otro marinero, el cual fué hallado hace 11 años agarrado a un madero en medio del mar. Era el único superviviente de un naufragio. Entre los pasajeros del vapor que lo recogieron estaba un juez de San Francisco de California, llamado Davidson, el cual se interesó mucho por el marino. Murió éste en la travesía, pero no sin haber antes revelado al juez el secreto y entregarle el plano.

Davidson interesó en el negocio a varios amigos suyos, entre los que figuraban el famoso Platt, uno de los mayores caciques políticos de los Estados Unidos.

Se hicieron dos expediciones, se encontró el sitio indicado por el plano y hasta fueron exhumados los restos de dos marineros a quienes Morgan había enterrado allí.

Pero en el sitio donde debía estar el tesoro, sólo se encontró arena movediza que se tragaba cuanto se echaba en ella: era una verdadera sima sin fondo. Se ha llevado maquinaria para hacer pozos en aquel sitio, pero han resultado inútiles porque la arena vuelve a tragárselo todo. Vanos han sido todos los planes ideados por eminentes ingenieros con el fin de rescatar el tesoro del tembladeval. Nada ha dado hasta ahora un resultado que pueda llamarse medianamente satisfactorio.

Dios sabe a qué profundidad estarán ahora los grandes arcones llenos de alhajas que enterró Morgan en la isla del Cayo de la Media Luna.

EL HOGAR

Revista quincenal para las familias

Año X. BUENOS AIRES, 16 DE JULIO DE 1913. N.º 234.

DAMAS URUGUAYAS



Señora Acevedo de Mañé

Fot. Merlino.

Notas de la Quincena

No puede dejarse de experimentar una intensa satisfacción, leyendo el libro del maestro Berrutti, titulado "Educación"; y digo maestro porque creo que es el nombre que mejor cuadra al profesor inteligente que ha sabido luchar contra todas las zarzas del camino, sosteniendo en alto el ideal y la misión que voluntariamente se impusiera.

Imposible resulta reseñar en tan corto espacio el contenido siquiera de tan precioso cuanto bien meditado libro, puesto que todo él refleja las impresiones, experiencia y observaciones del que supo ser cumplidamente maestro, director e inspector de Escuelas de Adultos de la Capital; pero, tiene páginas muy hermosas que toda madre debe conocer, y conceptos muy atinados que servirán de norma y de ayuda a todo educacionista que anhele conseguir con éxito lo que muchas veces no se adquiere en las aulas a pesar de la Ciencia, de la preparación y del estudio.

Dice el señor Berrutti refiriéndose a los niños en uno de sus párrafos: "En el momento en que el corazón se abre, en que la inteligencia se despierta, en que el carácter comienza a definirse, es cuando debe tenerse especial cuidado en edificar con el ejemplo sano de la moral en acción. El culto de las virtudes cívicas. Hay pues, necesidad absoluta de que el niño sea convenientemente preparado en la familia, para actuar más tarde en la sociedad a la que, hasta por egoísmo, le conviene servir con inteligencia."

Pensamos como el señor Berrutti que, no es necesario esperar a que el niño crezca y tenga cierta edad determinada para comenzar su educación; su capacidad imitativa y su facultad de observar se ponen en acción en él desde que sonríe en la cuna al ser querido que más tarde balbuceará como una primicia y una gracia el dulce nombre de madre.

Después dice: "Cito preferentemente a la madre porque ella es el alma del hogar, y su influencia es más decisiva que la del padre sobre el corazón de los hijos.

Basta recordar que ella es la compañera inseparable, la amiga modelo, el ángel que vela a todas horas por el bienestar de todos sin reparar en sacrificios."

Es como se ve un libro cuya lectura recomendamos muy especialmente a las madres; libro que puede orientar muchos hogares y fijar rumbos a la educación de los niños con todo el acierto, altivez y ecuanimidad con que el autor ha sabido enseñar con la palabra que levanta y el ejemplo que edifica y labra.

Años hace que se vienen poniendo en práctica muchos medios para festejar con todo brillo la fiesta patria; los hay rumbosos y llamativos y también humildes y sencillos. Entre estos últimos hemos visto figurar con mucho agrado la distribución de ropas a los niños pobres que concurren a las escuelas, por la Asociación Cooperadora "Ricardo Gutiérrez".

Nada tan bello como homenaje al día de la patria que vestir y equipar al niño pobre para que pueda concurrir a la escuela, donde recibirá más tarde el albo ropaje para su alma.

Pero la Asociación no se contenta sólo con esto, sino que, sintiéndose niños también los socios que la forman, han obsequiado a aquellos con entradas para una función cinematográfica que se dará para ellos, donde la alegría sana rebose y donde todos puedan divertirse en la feliz camaradería infantil, mezclando sus risas, sorpresas y palmoteos con toda la ingenua efusividad del recreo de la escuela.

Ojalá cundiera la idea en los demás distritos escolares.

En un meditado informe del actual rector del Liceo de Señoritas, elevado al Ministerio de Instrucción Pública, donde hace resaltar las urgentes necesidades y reformas del local, hay un punto que, aunque muy real es doloroso; porque hace tiempo creíamos extirpado—a raíz del látigo policial—un mal callejero.

El señor Herrera señala las molestias a que se ven expuestas las alumnas a causa de la incultura de ciertos transeuntes; "mozos de café, horteras, parroquianos de trattoria y peones de registro" a tal punto que algunas madres se toman la ímproba tarea de acompañar a sus hijas hasta la puerta del colegio y otras llevan su queja y su asombro hasta el escritorio del rector, doloridas ante la cobarde bajeza del lenguaje callejero. Como se ve, esto es tan odioso y repugnante como común; pues hemos observado que, hasta madres de familia con chiquitines de la mano han sido víctimas de la chocantería grosera de los que quizás no piensan que sólo demuestran su pésimo bagaje moral y la ausencia absoluta de educación del hogar. Pero no es esto lo que más nos duele, rebela y mortifica, sino que sean también estudiantes de enseñanza secundaria los que se mezclen y confundan con la resaca del arroyo, enlodándose hasta el extremo de olvidar que son ellos los obligados a ser modelos de cultura, criterio, educación y juicio.

¿Dónde están los estudiantes altivos de otrora, los que saben alzarse para defender la enseña patria contra el amago de ultraje y así ofenden a la mujer, a la niña, que será más tarde maestra en el aula o madre en la casa?

Sean caballeros en el decir y hombres en respetar, y habrán conquistado la estima que merece la cultura como adorno de la ciencia, y no el desprecio y el estigma que despierta todo el que es indelicado y descortés.

Muy digno sería de los estudiantes que así malgastan su tiempo y su verba, el que sintiéndose hermanos de las jóvenes que concurren al Liceo y compañeros en la ardua tarea de aprender, dedicasen las horas que pierden menoscabándose a sí mismos, en defender y en hacer respetar por otros, aunque sean de mayor edad, a todas las niñas que en su presencia fuesen ofendidas; bastaría "uno" no más que se levantara y protestase enérgicamente para que todos le imitaran.

Sólo así desaparecerían los desmanes denunciados; sólo así podrán borrar los malos compañeros la impresión ingrata producida por su incorrecto proceder y su falta de cultura; que si pueden disculparse en los ineducados, son imperdonables en un estudiante cuyo primer deber es el respeto.

Perpetua AUBONE.



El buzo de la muerte

Parece que aún la vea, aquella Sala de Profesores de la Facultad de Medicina. Recibía luz y saludable oreo por un ancho ventanal abierto al Norte, semejante a un gran paisaje colgado en lo más alto del muro para no estorbar la colocación de los muebles de aquel lado. El ventanal daba a un patio medianamente angosto, inasequible a la vista desde dentro, cerrado por un gran paredón, en el cual la brocha pecadora de un pintamonas pretencioso había representado un jardín tropical de flora caótica, anegada en un verde sucio, húmedo, indiferente al espléndido cielo azul que remataba por arriba la obra del anónimo ornamentador y crecía inacabable hasta el tejado. Aun cuando se cerrasen las vidrieras, la luz llegaba a la Sala de Profesores reflejada por el colosal mamarracho y alteraba allí la tonalidad de las tintas.

Era a fines de abril, cerca del mediodía; se estaba formando una tormenta, y el carreteo confuso de truenos abortados daba a entender que no llegaría la tarde sin traer un aguacero intempestivo. Tocando a los quiciales de la puerta dos cuerpos de librería puestos de riguroso luto y repletos de libros encarnados ocupan la testera, las otras tres paredes dan apoyo a largos escaños rojos, de ese terciopelo barato, sin el cual no se comprendería ningun salón en los establecimientos oficiales. El tapicero creyó deber suyo poner también en las paredes un papel granate que casi pudo haberse ahorrado, porque los cuadros se tocan. Son estos los retratos al óleo de todos los decanos que ha tenido la Facultad; mas el cuadro del centro, frente a la ventana, es una mesa revuelta artísticamente combinada con fotografías de todos los señores que en la actualidad desempeñan cátedra en aquel celebérrimo palacio docente. Los señores al óleo están muy graves, y todos miran a la gran mesa central, quien con ceño, quien con asombro, como si nunca la hubiesen visto en aquel sitio.

El día a que nos referimos, la mirada convergente de todos aquellos sabios pretéritos era motivada, porque no se veían encima de la mesa libros, revistas, escribanías y sombreros de copa como de costumbre. ¿Qué iba a pasar allí? La mesa estaba cubierta con un colchón. ¡Cosa más rara!

Iban entrando los maestros uno tras otro y voceaban desde la puerta un "buenos días, señores" que iba para todos y para nadie, porque allí, como en los cabildos, hay compañeros que se saludan, pero no se hablan.

Iban, pues, ocupando los escaños en este o en aquel paraje, según secretas afinidades, y en uno de ellos el buen don Antonio departía con Tellez el fisiólogo, y la conversación parecía interesar a todos. Don Antonio era el decano, hombre amabilísimo, modesto, de complexión blanda y rostro sonrosado puesto entre dos patillas de armiño. El doctor Tellez era un joven moreno, de frente despejada y barba semítica, dotado de una mirada penetrante y ansiosa, que salía al mundo pasando por unos muy pulcros lentes de oro.

—La Facultad es pobre, Conradito,—decía el decano al fisiólogo—pero no he querido,... es decir, he tenido la persuasión de interpretar los deseos de todos ustedes, ¿estamos? la persuasión de que ustedes verían con gusto en este caso portentoso.

—Usted es la discreción personificada, señor decano. La Facultad agradece; es decir, creo interpretar el pensamiento de mis compañeros al decir que la Facultad agradece y estima esta prueba de deferencia.

—Por de contado. Exactísimo,—dijeron varias voces.

—Gracias, doctor Peña. Gracias, señores.

El doctor Peña era profesor clínico; muchacho listo y marrullero, escéptico hasta el tuétano, con grandes alientos, personilla menuda y un ojo médico como una barrena de fino temple.

—Señores,—iba diciendo el buen don Antonio—he creído que podíamos gastar algo en este caso.

—Parece mentira lo que puede inventar un gandul para ganarse unos billetes,—dijo Peña.

—Pero ¿a qué hora viene ese condenado Portoni?

—A las once y media; no puede tardar ya—dijo el decano; a no ser que la lluvia le detenga, añadió mirando al ventanal.

Todos volvieron la cabeza hacia el paredón de enfrente.

—Bermudez ¿me hace usted el favor de tocar el timbre?

El interpelado oprimió el botón: entró el bedel, gorra en mano.

—Canencia, estoy desde las siete con el mísero café con leche. Tráigame un poco de Jerez y unos bizcochitos.

En esto, una hermana de la Caridad, joven y linda, llegó con una sábana y un cabezal y acomodó ambas cosas sobre el colchón con mañosa y simpática presteza: su toca inmaculada parecía una paloma aleteando en torno de un altar enigmático. Cuando Canencia entraba, Sor María le tomó la bandeja y ofreció el refrigerio al anciano, quedándose en pie con un aire tan natural como respetuoso.



Don Antonio tomó la copa en la mano izquierda, la llevó hasta la altura del pecho y con un bizcocho en la diestra, dijo a la monja:

—Sor María, hoy tendremos aquí al célebre Portoni.

—¿Es ayunador, don Antonio?

—No es ayunador; es un portento.

Mojó el bizcocho, fué con la boca adelante en demanda de la reblandecida y escurridiza sopa, y con ella entre los dientes añadió:

—Es un hombre que hace con el corazón lo que usted haría con un dedo.

—Sor María, interrumpió Peñita, el corazón de Portoni es indigno de ser comparado con el dedo meñique de usted, dicho sea con perdón de don Antonio.

—Deje usted en paz mis dedos—replicó la monja con dulzura.

—Dios los bendiga—añadió el decano. — Pues Portoni, cuando él quiere, suspende el latido de su corazón y se queda como muerto. Lo hace andar o lo mantiene quieto a su capricho.

—¡Jesús! Esos experimentos son terribles—exclamó la hermana.—Pero yo me estoy aquí charlando y hago falta en la enfermería.

Y se fué con la bandeja. Peñita la siguió con la vista hasta la puerta.

La conversación iba generalizándose entre los doctores. Bermudez aseguraba que el caso de Portoni era único en la ciencia. El movimiento del corazón no puede ni debe estar sometido a la voluntad y era inconcebible un hecho de esta índole dentro de la precisión admirable y de la riqueza del aparato nervioso del centro circulatorio, a menos de que se admitiese que Portoni era un enfermo. Bermudez abogaba por la hipótesis de una lesión en el nervio sensitivo. Tellez discutía con calor: él había visto un hombre que podía contraer o dilatar sus pupilas en cualquier momento a su antojo, y el caso era el mismo ''mutatis mutandis''; únicamente variaba la localización del fenómeno.

Disputaron mucho y no llegaron a entenderse.

—Estoy seguro — decía Bermudez — que en la autopsia encontraríamos la lesión; para mí no tiene vuelta de hoja.

Tellez aseguraba que en la auptosia no se hallaría nada.

Portoni era entonces hombre de actualidad. Ni Tanner, ni Succi, ni otros compatriotas suyos taumaturgos, habían logrado causar en los centros científicos la impresión que él, sencillamente, reservaba a la investigadora curiosidad de los sabios por unas pocas liras. Dos años llevaba de peregrinación por todas las capitales del mundo. Las revistas científicas y la vocinglera prensa diaria se ocuparon repetidas veces de aquel sujeto maravilloso, que sabía simular la muerte ante médicos avezados al análisis de los signos de defunción y que, después de llevar a su ánimo el convencimiento de que real y efectivamente había fallecido, con la habilidad de un juglar siniestro volvía a la vida desde las profundidades del otro mundo y, con sonrisa de triunfo, alargaba la mano para recibir el precio de su ''trabajo''. Era el colmo de la gracia para pedir.

* * *

Canencia entró, gorra en mano, a eso de las doce y anunció a Portoni. Todo el mundo se puso en pie y miró hacia la puerta.

''Il signor Andrea Portoni'' no tenía el aspecto de un tenor de cartel:

Respondió el toscano con amabilidad a un diluvio de preguntas, informóse de si estaba dispuesta la cama, palpó la almohada, rehusó un cigarrillo que se le ofrecía y pidió la venia del decano para comenzar el experimento.

Rodeábanle los profesores en actitud curiosa y deferente y él procedió a la operación de desnudarse, que no fué larga. Cuando hubo tirado del segundo calcetín, echóse a reir alegremente y, golpeándose los pectorales, se puso en pie sobre la alfombra diciendo como invitación:

—''Eccomi, signori''.

Sin dejar de sonreir, Portoni miró hacia el ventanal; por allí entraba una luz entre gris y verdosa; el carreteo de trueno lejano distraía la mente y dentro de la sala roja flotaba un ambiente cárdeno.

Muchas manos cayeron sobre el pecho y la espalda del desnudo, palpando y percutiendo con un ojo en cada dedo. Después, media docena de estetóscopos se pegaban a las carnes del toscano; con los largos tubos de goma y la seriedad de los actores aquello parecía una escena del mesmerismo antiguo o una audición fonográfica en barraca de feria.

Cuando Portoni se aproximó a la cama, no podía ser contemplado sin emoción profunda. Oyósele decir con voz débil:

—''Madona! Qual tetra luce!''

Luego se pasó la mano por la frente, se atusó el bigote y, volviendo a sonreir, dijo en italiano con mucho donaire:

—Vaya, señores; procuren no perder el tiempo y estén alerta. Voy a morir.

En derredor, del lecho los negros bustos de los catedráticos, quietos y solemnes, alineaban sus testas inteligentes con la emoción expectante e intensa de nigromantes que asisten a un conjuro. El rostro de Portoni expresó con un fruncimiento de cejas, con la inercia del resto de la cara, la mirada fija en el techo y la boca entreabierta, un esfuerzo supremo de voluntad. Pocos segundos más tarde, aquel rostro se descompuso, tomó la blancura del papel y una oleada de palidez recorrió todo el cuerpo como un escalofrío. Los ojos seguían abiertos, pero fijos, vidriosos, cercados de sombra; la nariz se puso afilada y polvorienta, los labios exangües, la mandíbula caída; el cuerpo se enfriaba.

Un zumbido medroso de comentarios empezó a surgir del silencio. Cuando el corazón de Portoni cesó de latir, los de los maestros se echaron a galopar por su cuenta. Aquellos hombres tenían todos familiaridad con la muerte; la conocían antes de verla, la comprendían viéndola y podían reconstruirla cuando se presentaba antes que ellos en una morada; aquellos hombres tuvieron idéntica impresión:

—Ese infeliz está muerto.

Hubo un instante de ansiedad horrible. Las manos y los estetóscopos se pasaron a una sobre el cadáver, y los maestros, al mirarse unos a otros, veían su propia idea reflejada en el semblante de los demás, en el azoramiento de los ojos, en el fruncimiento de los labios. La Facultad estaba tan pálida como el difunto. Creció el murmullo, desatáronse las lenguas y hablaron todos a un tiempo; pero nadie escuchaba a nadie. Los relojes proseguían su faena indiferente. Peñita anunció:

—Señores, minuto y medio.

Todos los semblantes se mudaron, radiantes de admiración, coloreados por el entusiasmo. Las lenguas se movían solas.

—¡Magnífico! ¡Superior! ¡Bien por Portoni!

Los maestros hablaban entre sí con calor. Casi nadie miraba al muerto.

Peñita, viendo que le dejaban el caso todo para él, le tocó las córneas, le puso la tapa del reloj ante la boca, le auscultó con suma atención y luego hizo con el brazo un ademán para reclamar silencio.

—Señores, dijo con entereza; pido humildemente perdón a los sabios extranjeros, pero juro y perjuro que este hombre está muerto en toda regla y que no resucitará hasta que lo haga con nosotros en el valle de Josafat.

Bermudez añadió:

—Ya han pasado los tres minutos.

Todas las miradas se volvieron ansiosas hacia Portoni; de segundo en segundo los corazones volvían a galopar y los rostros a palidecer y las lenguas a paralizarse. En el aire pesado en medio de la luz cárdena, flotaba un malestar siniestro.

Pasaron dos minutos, tres, cuatro.



Don Antonio gritó imperativamente en medio del silencio.

—Este hombre se nos muere. Venga el nitrito.

Varios profesores corrieron a buscar lo necesario, mientras Tellez y Peñita practicaban la respiración artificial. Momentos después, todo el protomedicato se descrismaba para resucitar al italiano. Inyecciones de éter, de trinitrina, tracciones rítmicas de la lengua, flagelación... todo fué inútil. Peñita tenía buen olfato.

Movido por la consternación de sus colegas, Bermudez opinó que el italiano tenía algo en el plexo cardíaco y que si no se hubiese muerto entonces lo hubiese hecho también de repente a la hora menos pensada. Tellez no lo quiso sufrir y empezó una objeción, pero el gran Bermudez le cortó la palabra en esta forma:

—Amigo Tellez, mañana a las dos espero a usted en la Sala de autopsias.

Y señaló con el índice el cadáver.

Manuel **LASSALA.**

Almas lejanas

Especial para EL HOGAR.

Cuando Hernández cumplió los cuarenta, pensaba todavía en Luisa Vergara.

La había conocido cuando ella salía del colegio, quince años atrás, y al mirar con los ojos del recuerdo el panorama vago de aquellos quince años muertos, Hernández se confesaba a sí mismo, en el silencio de su departamento de soltero, que la amaba como antes, como el primer día.

La última vez que la vió fué en la estación de Córdoba, una mañana ardorosa de enero, vestida de blanco, alta, arrogante, hermosísima.

La miró durante cinco minutos, porque Luisa se iba a Tucumán y había llegado a la estación pocos minutos antes de que el tren partiera. El llegaba a la vieja ciudad para pasar dos meses de verano allí, fatigado del tumulto de Buenos Aires.

Luisa lo vió cuando el tren se ponía en movimiento y lo saludó con el pañuelo y con un "¡Adiós, Hernández!" que se perdió en el rumor de la estación.

El tren de Tucumán desapareció en la curva y Hernández oía aún la despedida y veía el blanco pañuelo ondeando en la ventanilla. El señor que iba con ella había saludado gravemente...

Aquella fué la última vez que la había vuelto a ver, y de ello hacía tres años.

Después no supo nada más, ni la volvió a encontrar; pero se le aparecía siempre como aquella mañana asoleada de enero, ataviada de blanco, alta, rubia, divina. Y aquel día que Hernández cumplía cuarenta años, sintió una ráfaga de frío en su corazón al rcordar aquel ensueño imposible de quince años.

¿Dónde estaría Luisa Vergara? Su marido era médico, uno de esos médicos bohemios y errantes que no se encuentran bien en ninguna parte, y que de pronto cerraba su consultorio en Bahía Blanca para ir a estudiar la malaria al Chaco.

Hernández sabía que desde que Luisa se había casado, su inquieto consorte la había paseado por todas las ciudades de provincia, de tren en tren, de hotel en hotel.

Luisa tendría ahora treinta años. ¡Cuán hermosa debería ser en su gloriosa segunda juventud de rubia! ¡Cuán distinta de la chiquilla que vió salir del colegio de la calle Rivadavia en el tiempo que fué!

Aquella visión de blanco que subió al tren de Tucumán era la verdadera Luisa, como él la soñaba desde que se casó con el doctor Vila.

¿Dónde estaría el ídolo? Hernández se puso a mirar la calle, con la frente apoyada en el cristal de la ventana. Era un domingo de invierno, con un poco de sol. La calle estaba sola. ¿Por qué habrá canciones que nunca enmudecen, y que cantan en nuestro corazón a través de la desesperanza y del tiempo, como ensueños que no quieren morir?

El sol, aquel pobre sol de junio, se iba lentamente, y las sombras crecían en la calle.

Cuando cerró la noche, Hernández estaba todavía junto a la ventana, mirando alargarse las sombras. Alguien tocóle en el hombro, y al volverse encontróse con Pedro Indarte, su amigo inseparable, que iba a comer con él en su solitario cumpleaños.

Indarte conocía el viejo ensueño de su amigo, pero jamás le hablaba de ello. El también tenía un ídolo en su pasado, un ídolo imposible y lejano...

Sólo esa noche cuando terminaban de comer y bebían silenciosamente una botella de champagne, hizo referencia al tema.

—Luisa Vergara está en Buenos Aires, Hernández.

Hernández calló, contemplando su copa.

—Se ha quedado viuda... Vila murió en Misiones a principios de diciembre,—agregó.

Cuatro días después se encontró con ella. El luto riguroso la hacía más blanca, más rubia. Tenía una arruga leve a cada lado de la boca.

Mirábala Hernández, murmurando las palabras de fórmula, y se maravilló de no hallarse conmovido. Le parecía que la había dejado de ver el día antes.

Aquella señora pálida, toda vestida de negro, algo envejecida, un poco cansada, no era la Luisa Vergara de Córdoba, no era el ídolo adorado en silencio durante quince años.

La canción estaba muda. La ilusión estaba muerta. Aquella canción que Hernández había oído durante quince años, no era más que un eco engañoso.

Caminaron en silencio durante varias cuadras. Hernández la miraba de reojo y la veía arrogante y hermosa aún.

Y mientras caminaban silenciosos, tan cerca el uno del otro, el enamorado de tantos años sintió renacer su ilusión. Invadióle una ternura extraña por aquella mujer tan triste, tan sola, que siempre había soñado tan lejana. Creyó que era el viejo amor que cantaba siempre...

¡Pobre Hernández! No supo nunca que aquello era la ilusión de su ilusión... Y cuando llegaron a la casa de ella, oprimió los pálidos dedos del ídolo y murmuró:

—Oh, Luisa, si usted supiera...

Héctor Pedro BLOMBERG.

Dib. de Rojas.



. . . aquella visión de blanco que subió al tren de Tucumán era la verdadera Luisa, como él la soñaba. . .



La eterna angustia

Tiembla la luz en Oriente,
alegrando el horizonte,
Tiembla y tiembla, levemente
pasando de monte a monte.

Bajo el beso del rocío
late de gozo la flor.
Tiemblan las aguas del río
con más intenso temblor.

Al sentir el soplo blando
de la brisa que despierta,
desperézanse, temblando,
los árboles de mi huerta.

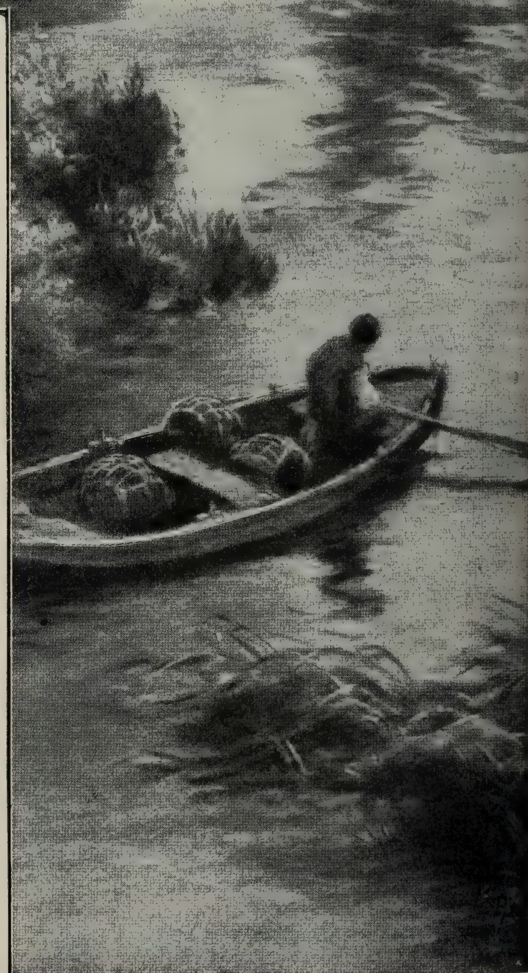
Pasa un tren, con el temblor
formidable que lo agita;
al impulso del vapor
que en su máquina palpita.

Retorno a la realidad,
y a mis angustias, ¡Dios mío!
Con que tiemblo, de ansiedad.
como temblara de frío.

Con una angustia creciente,
que es afán devorador;
con el dolor de quien siente
más, cada vez, su dolor.

Y pido a Dios, sin cesar,
desde que torno a vivir,
¡que deje al fin de temblar!...
¡¡Que acabe ya de sufrir!!

Carlos **FERNÁNDEZ SHAW.**



Cosas que suceden

Da el mundo unos desengaños...

Especial para EL HOGAR.

Artículo ilustrado por artistas del teatro Nacional (Corrientes), bajo el siguiente reparto: Doña Rafaela (señorita Blanca Vidal), Celedonio (señor Rosich). Un andaluz (señor Soriano). Una mucama (señorita Roure)

Las cosas andan como andan en el departamento de doña Rafaela. Esta señora, que hasta poco ha fué un modelo de encargadas, parece que ha perdido la brújula; antes era una especie de Saturno para las criaturas; en cuanto echaba la vista a un niño era capaz de reñir hasta con sus bisabuelos. Pues ahora, vamos, el otro día, alquiló una pieza a un matrimonio con cinco chiquillos traviesos como diablejos que se bañan en la coci-



— ... Es realmente ahora otra doña Rafaela...



—Misté, señora,—exclama el tal sujeto cuando doña Rafaela le habla del asunto...

na, inundándola, revuelven los cachivaches de los cuartos de los otros inquilinos, rizan los bigotes al gato y cantan el himno nacional antes de amanecer, sirviendo su voz a los vecinos de despertador adelantado.

¿Qué más? En aquella mansión por donde durante cinco años han desfilado huéspedes a centenares, pagando hasta los más reacios, según el ritual, mes adelantado y depositando el importe de otro, como fianza, ha ingresado ¡sin abonar un centavo! un andaluz que viene de su patria con la cabeza henchida de ilusiones y los bolsillos dispuestos a llenarse.

—Miste, ceñora—exclama el tal sujeto cuando doña Rafaela le habla del asunto—aquí ha venío un servior pa manejá er oro a patás, ¿sabe?

—¿Y eso cuando será?

—Mu pronto; en cuanti una gran empresa yanqui me dé una miyoná por mi invento.

—¿Qué inventó el señor?

—¿Yo? Se v'aste' a'pasmá, ceñora; la fabricasión de guitarras, sin nesesidá de maera ni de cuerdas.

—¡Cosa grande!

—Mu mayor. Po eso e na, en comparasión con lo que me traigo aquí.

—¿Dónde?

—Entre seja y seja. Novísimos modelos pa la construcsión de vapores, automóviles, aeroplanos y... ¡la Biblia!

—¡Oh! ¿La Biblia también?

—E un desir. Ya verasté, comarita, cómo, por mi influjo, va a adelantá er mundo.

Es realmente ahora otra doña Rafaela, de veras. El corazón, que antes era en extremo duro,



... En cuanto la vió por primera vez, quedóse prendado de su mirada lánguida...

parece que se le ha reblandecido. Alaba hasta los artículos averiados que le sirve el almacenero, cuando fué su costumbre despreciar hasta los más frescos; conduélese de las miserias ajenas, cosa que jamás hizo hasta la fecha y hasta ha llegado al extremo de regalar a un changador, que va muy roto por la parte de los costados, un saco verde que perteneció a su difunto esposo, quien lo dejó por inservible en 1895.

A los cincuenta y cinco años se ha enterado de que posee voz linda y de que sus sentimientos están en buen uso, y canta de sol a sol, descansando tan sólo durante algunos ratitos para exhalar suspiros bastante fuertes.

¡Ah! Es que doña Rafaela se ha enamorado como una colegiala. ¿De quién? De don Celedonio, un músico sin contrata, a quien no admiten en ninguna orquesta porque sopla con indómita crueldad en el cornetín y lo convierte en arma mortífera.

En cuanto el tal la vió por primera vez, quedóse prendado de su mirada lánguida y de los muebles de su comedor y la dijo:

—Créame, señora, es usted ebúrnea.

—No diga...

—Posee carnes marfíleas.

—Calle...

—Y nació para Venus, o cosa así.

—Frases de galantería...

—Frases que emanan de lo más profundo de mi alma, señora. ¡Oh! comprendo que la amo a usted de la manera más sublime, como Hipólito a Dinorah, como Abelardo a Eloísa, como Diego, el de Teruel, a Isabel...

—Recita el señor todos los nombres del calendario... ¡Qué memoria!

—Ese busto marmóreo, me inspira. Esa voz armoniosa me subyuga.

—Calle no más. Tiene demasiada fortaleza ese lenguaje para una viuda.

—La señora inspira mi pasión e inspira también mi musa. Capaz sería en estos álgidos instantes de emular a Bethoven, a Haynni, a Chopín, al propio Wagner; porque usted, doña Rafaela, es para mí una arrebatadora melopea, un hada espiritual y sugestiva.

—¡Qué lindas frases! Ni en el Congreso debe oirse hablar así.

—Conque, doña Rafaela, de usted he de ser, o habrá de poseerme ''ipso facto'' la tumba fría. Quiérame, porque yo... la adoro.

Y se arrojó a sus pies.

—Levántese, caballero—profirió algo atolondrada la interfecta—el suelo está sin alfombrar y va a pillar un resfrío.

—Así he de permanecer hasta



—¡Pero si no es su marido!...

que esos rojizos labios pronuncien un sí sonoro. ¡Oh, qué nota más enloquecedora para este su seguro servidor!

—Eso tiene más mérito.

—Señor, así, de pronto...

—El señor es más joven que yo.

—Cuando transcurran algunos años, tendré la edad de la señora.

—Desconfío...

—¿De mí? Si soy un modelo de constancia... Las mismas deudas tengo hoy que hace diez años, la misma ropa, el mismo apetito...

—Si tanta prisa le corre...

—Muchísima. Si viese usted qué brincos tan altos me está dando el corazón... Parece que se efectúa dentro de mi pecho una fuga desenfrenada de fusas y corcheas... Suelte ese sí tan frenéticamente ansiado.

—Bueno; délo por pronunciado.

—Gracias, gentil gacela.

—Ahora levántese.

—Con su permiso... Efectivamente, está húmedo el pavimento.

Doña Rafaela ayudó a alzarse al músico y prefirió sonriente y coquetamente:

—Sea cauto, ¿no? No abuse de mi bondad.

Doña Rafaela, desde aquel momento, ha vuelto a la niñez; se ha mandado estrechar las polleras,



— ... Esa voz armoniosa me subyuga.



...El virtuoso Celedonio y su selecto auditorio...

ha llenado de cintas sus batas, ha añadido jopos rubios a su cana cabellera y ha estrenado media dentadura.

Se siente dichosa pensando en su Celedonio y en la envidia que causaría a tantas y tantas viudas y doncellas, cuando su amador la dijese: "Esta es mi blanca mano; dispón de ella y vamos a ingresar en la cofradía de las personas casadas."

De pronto... ¡oh! ¿era su amador aquel individuo?

Imposible. El con otra...

Corrió presurosa hasta alcanzar a la pareja.

—¡Perjuro!—gritó violentamente.

—Calma. Yo te diré...

—¿Quién es esa fregona a quien acompañas?

—¡Vaya con la grandísima otaria—vociferó la ofendida. Escuchá, Celedonio, ¿es tu abuela?

—Soy su próxima esposa.

—¿Usted? ¿Se l'ha estropiao el mate a esta vieja? Mire, señora, Celedonio es cosa mía no más.

—Pero si no es su marido...

—Más aún.

—¿Qué dice?

—Es mi hucha, ¿comprende? Mi caja de caudales; el que me guarda todo lo que siso a los patrones.

J. Víctor TOMEY.





El espejismo de la gloria

Conocí a Honorio Zarzal, el famoso pintor, durante mi permanencia en París, cuando estuve pensionado para estudiar cierto famoso palimpsesto de excepcional interés para la historia de nuestras leyes medioevales. El polvo de los archivos—que es polvo asaz molesto, aunque prócer—produjóme una conjuntivitis por demás desagradable, que, impidiéndome fijar la vista, me condenó a huelga forzosa.

Pero hizo el azar que trabase conocimiento por aquel entonces con un tipo de lo más pintoresco que puede pasearse por los bulevares parisinos. Llamábase ''el doctor Héctor Amílcar Babironi'', y decía ser ministro plenipotenciario de la república centroamericana de Guanamajate.

Héctor Amílcar Babironi, gran psicólogo, se adueñó de París con rapidez inusitada. Por su hotel del bulevar Montmartre desfilaba la ''élite'', y no había ciudadano de la democrática ciudad republicana que no aspirase a decorar su ojal con el distintivo de la Gran Cruz o, cuando menos, de la Encomienda del Cóndor Azulado, alta presea otorgada por el gobierno de Guanamajate a los súbditos de países amigos. Claro está que el perínclito Babironi cobraba por derechos de expedición de los diplomas cuatro y cinco mil francos.

En el suntuoso hotel del sedicente plenipotenciario fuí presentado a Honorio Zarzal una noche de orgía pantagruélica. Días antes se habían otorgado tres collares de la Tortuga Roja, y Babironi nos obsequió con un festín digno de su habitual esplendidez.

Zarzal y yo simpatizamos desde el primer momento. Me abrió las puertas de su soberbio ''atelier'', y yo frecuenté su trato, dejando transcurrir largas horas de mis forzados ocios sentado en un rincón del estudio, caladas las verdes antiparras, que resguardasen mi doliente vista de la radiante luz cenital, mientras él, incansable, trabajaba. Su especialidad eran los cuadros ''de género''; tenía un exquisito gusto para la elección de asuntos y colocación de modelos, y sus obras, aparte el mérito artístico, eran muy ornamentales. Esta circunstancia contribuyó indudablemente a consolidar su fama, acrecentando sus ingresos de un modo extraordinario: yo recuerdo que Ugo Zopetti, el ''marchante'' de la calle de Rívoli, le pagó en mi presencia 25.000 francos por una escena versallesca—deliciosa, eso sí—en cuya ejecución invertiría Zarzal poco más de dos semanas.

Era hombre un tanto huraño. Tenía fama de orgulloso, de endiosado, de fatuo. Nada más erróneo. Su carácter reflexivo, taciturno, reconcentrado, le hacía parecer lo que no era. Más de una vez despedíame del maestro después de dos o tres horas de mutismo, que él invirtió en retocar la labor emprendida y yo en contemplar su obra. Al oir mi voz parecía despertar de un sueño.

—¡Ah! ¿Pero estaba usted aquí?

—Aquí estaba, y ya me voy.

Y nos estrechábamos la mano sonrientes, sin que por mi ánimo cruzase la idea de que su abstracción era indicio de grosería.

***

Los detractores de Honorio Zarzal—¿quién no tiene enemigos, sobre todo, siendo artista?—hallaban motivo para zaherirle en el desdén con que parecía mirar los certámenes y exposiciones. Jamás se dió el caso de que un cuadro cuyo apareciese en los magnos salones parisinos. Invitado a figurar en concursos mundiales, nunca envió sus obras para someterlas al fallo de un jurado. Y esta circunstancia, de indiscutible exactitud, era hábilmente explotada por maldicientes y envidiosos.

—¡Bah! ¿Honorio Zarzal? No es más que una medianía laboriosa. Le ha sonreído la suerte lo bastante para que se tome por oro de ley el talco de su numen. Sólo se ocupa de vender bien los cuadros. Su única aspiración es el ''marchante''. Y a la gloria que la parta un rayo. ¿Por qué no acude a las exposiciones, como hacen todos? ¡Por miedo, nada más que por miedo a que se proclame su impotencia!

Más de una vez tuve que defenderle de tamañas diatribas, creyéndolas injustas y apasionadas, aunque reconociendo ineludiblemente que tenían un fondo de verdad. Y como mi afecto hacia el ilustre pintor iba creciendo, juntamente con la confianza que mediaba entre nosotros, un día me decidí a abordar el peligroso tema con toda clase de miramientos, temiendo herir su suspicacia. Sonrió, encogiéndose de hombros.

—¡Oh! Sí; conozco todo eso que de mí dicen; pero no me importa. Mi conciencia artística está tranquila, y eso es lo interesante. ¿Quiere usted saber por qué no concurro a las exposiciones? Por miedo...

—¿Miedo a qué? ¿A no llevarse el premio?—inquirí vivamente.

—Al contrario. Miedo a triunfar, a conseguir el galardón supremo, una de esas medallas de honor que consolidan definitivamente la reputación de un artista.

Quedé perplejo, sin saber qué responder. Zarzal sonreía siempre.

—¿No me comprende usted por lo visto? ¡Oh!

No me extraña. Y, sin embargo, es muy sencillo...

Hubo una breve pausa, durante la cual los ojos del maestro, con fijeza extática, parecían no ver. Súbito rompió a hablar con un ímpetu extraño en él, tan frío, tan circunspecto siempre.

—Mire usted... Todo artista, desde que comienza a trabajar, no tiene más que un ansia suprema, la del éxito definitivo ¡La consagración! Con este afán vivimos olvidados de todo, incluso de nosotros mismos. ¿Qué importa, si nuestros sufrimientos son pasos que nos aproximan al triunfo?... Yo, como todos, he sentido ese anhelo. Pero hubo un día—tal vez el día que más cerca me creí del ideal—en que se me ocurrió hacerme una pregunta desoladora: "¿Y después?... Y esta pregunta, al parecer tan sencilla, dió al traste con todas mis ilusiones. ¿No comprende usted el negro poema contenido en esas dos palabras? "¿Y después?..." Después del triunfo supremo, ¿a qué aspirar? ¿Para qué

—Eso mismo pienso yo algunas veces... Para demostrárselo, voy a confiarle mi secreto...

Me condujo a un estudio supletorio, siempre cerrado a miradas profanas. En uno de los testeros había un caballete tapado con un lienzo. Vivísima luz iluminaba la estancia.

—Nadie sabe lo que usted va a saber—dijo el artista.—A pesar de esos temores, mi culto por la gloria no decae. Desde hace diez años, a la par que los cuadros de venta, preparo un lienzo grande cada año, en el que pongo todos mis amores. Estos cuadros, que he pintado sin más móvil que el arte, me han satisfecho plenamente. Y lo que es el último... ¡Oh, el último!... Vea usted, vea usted.

Descorrió el cendal que cubría el caballete. Quedé maravillado ante aquella obra prodigiosa. ¿Quién habló de impotencia, de decaimiento? Honorio Zarzal era un artistazo, un fenómeno, un elegido. Lleno de gozo contemplaba el efecto que me producía su obra.



vivir? ¿Qué norte ha de guiar nuestros pasos? ¿En qué estímulo han de inspirarse nuestras obras? Después de triunfar, sólo cabe morir... O, por lo menos, romper los pinceles, cruzarse de brazos, vivir de recuerdos.

Me permití objetarle tímidamente:

—Bien, sí; pero yo creo que la gloria bien merece...

—¡Oh, la gloria, la gloria!... El templo de la gloria sólo tiene fachada. Una escalinata espléndida, un peristilo maravilloso, una puerta incomparablemente bella... Pero, traspuestos los umbrales, nada. El vacío. La obscuridad del caos. ¡Oh! Yo quiero conservarme las ilusiones del que lucha. Quiero ver la fachada del templo, sin convencerme de la vacuidad del interior.

Moví la cabeza dubitativamente.

—Pues, con franqueza, maestro: yo creo que usted hace mal.

—No lo crea usted. Me conozco. Si lograse una apoteosis, ya no trabajaría. Y, mal que bien, cien obras de las de ahora son preferibles a una, la del triunfo, por magna que fuese.

—Aquéllas y ésta pudieran ser compatibles.

Dejó de sonreir. Agarrándome con fuerza ambas manos, exclamó en voz baja:

—¡Oh, maestro! Esto es insuperable. El mundo entero proclamará su gloria.

Tal vez tenga usted razón... Y no crea usted; los nueve cuadros anteriores acaso no fuesen inferiores a éste...

—¿Dónde están? ¡Quiero verlos! Diez obras maestras de la misma mano...

Honorio Zarzal se encogió de hombros.

—¿Verlos...? Imposible.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho usted con ellos?

—Lo mismo que con éste...

No pude evitarlo. Cuando quise acudir, ya era tarde. El artista, con una cuchilla que empuñaba su diestra, rasgó de alto abajo la pintura, que crujió con chasquido de entrañas desgarradas...

—¡Qué hace usted, desgraciado!

—Evitar la tentación. Conservarme ante los ojos el espejismo de la gloria, ese bello engaño que nos ilusiona sin poseerlo, y cuya proximidad nos desencanta...

* * *

Honorio Zarzal murió loco años más tarde. Genio y locura, según Lombroso, marchan de bracero...

Augusto MARTINEZ OLMEDILLA.



Perros para por la mañana

LOS PERROS Y LA MODA

Mi amigo Joaquín ha venido al campo a visitarme. ¿Conocen ustedes a mi amigo Joaquín? Seguramente no, pero conocen a muchas personas que se le parecen: de esas personas amables, fáciles, ligeras, afectuosas, que se dedican con toda gravedad a pequeñeces, que tienen todas las cualidades de los seres inútiles... Son los aficionados de nacimiento, los "dilettanti" por vocación y en un grado inferior, los "snobs". Mi amigo Joaquín es simpático y tiene una bonita fortuna, con lo cual ya es hombre a la moda. Se viste perfectamente: tiene una "garçonnière" gris y negra llena de colgaduras de colores salvajes y de almohadones violetas, amarillos, verdes y rojos, estilo búlgaro. Baila el tango porque se baila en París. No se quita el habano de la boca, para imitar a Tomasito Anchorena. Caza el zorro para imitar al barón Demarchi. Sé que ha escrito una novelita en la que tienen más papel los muebles que los personajes y cuya acción se desarrolla primero en Versalles y después en Venecia. Y en esta novelita imita a cierto novelista que a su vez imita a dos o tres grandes escritores... Estos breves datos bastan para pintar a mi amigo Joaquín, "snob" ingenuo a quien no se puede dejar de querer en los breves momentos en que no imita a alguien.

Mi amigo Joaquín es esportivo. Caza, boxea, hace golf y polo, auto y rowing y hasta aeroplano. Pretende que entiende de atletas y de animales de raza. Habla de los caballos y de los perros con una ternura que no tendrá seguramente para sus parientes pobres. Verdad es que los animales de su propiedad son criaturas escogidas, ejemplares de exposición.

Si yo tuviera la pretensión de estar a la moda, tendría miedo a las visitas de mi amigo Joaquín, porque en mi casa hay muchas cosas que podrían merecer sus críticas. Mi casa de campo, muy modesta en verdad, es, sin embargo, de un estilo antiguo que le gusta: y yo sé que no mira sin envidia algunas antigüedades que la adornan. Esto basta para consolar mi vanidad cuando pienso que tal vez Joaquín mira con compasión, y hasta tal vez con desprecio, el caballo y el coche que no son para enorgullecerme, el tennis poco cuidado, o el criado demasiado familiar... Para mí, me basta con que mi casa me guste, y la preocupación de la moda no turba mi tranquilidad.

Como iba diciendo, ayer, a eso de las once de la mañana, tuve el gusto de recibir a mi amigo Joaquín. Llegó en auto, y no les digo nada de la hermosura de su máquina y de su traje. Me dijo que venía a comprar por estos alrededores un perro que quería regalarle a una señora.

—A una señora que usted conoce,—añadió—es la linda inglesa que... quien...

—¿Su flirt?

—Usted lo ha dicho. Mrs. Hobson desea un perro, y le he prometido acompañarla uno de estos días a la exposición canina, donde encontrará todo lo que pueda desear. ¿Pero no sería más elegante adelantarse al deseo de la señora y llevarle el animalito soñado antes de que haya acabado de formular su deseo? Porque como Mrs. Hobson tiene confianza en mí, aceptará a ojos cerrados el animal que yo elija.

—Lo cual demuestra, Joaquinito, que esa señora lo quiere mucho a usted y cree que sólo quiere a los perros. Un perro es un amigo. Lo debe elegir uno mismo.

—Es que usted es sentimental—dijo Joaquín—y Mrs. Hobson no lo es. Para ella el perro no es precisamente un amigo, es más bien una especie de complemento, como una sombrilla o una



Los favoritos para paseo

cartera, o como un lacayito de aquellos que nuestras bisabuelas llamaban "un tigre". Un perro forma parte de los muebles, de los bibelots de la casa de una mujer: no tiene por qué interesar su corazón. Estamos muy lejos del cuzco del ciego, o del perro que acompaña el féretro de su amo, en la famosa litografía. La sola idea de exhibir por la mañana en Palermo, o por la tarde en un tea-room, un perro que no estuviera a la moda, haría enrojecer de vergüenza a Mrs. Hobson.

—¿Pero es que hay perros a la moda?

—¡Solamente usted lo ignora!

—Instrúyame, pues, por favor, Joaquín, porque tengo perros y puede ser que estén a la moda sin que yo lo sepa.

—Veamos esos perros—dijo Joaquín con condescendencia.

—Llamé "¡Madó!" y por las avenidas del jardín se precipitó un pequeño "fox": blanco, con dos bandós negros en la cabecita, los músculos netos y como recortados, los ojos delirantes de alegría: traía una piedra en el hocico y la depositó a mis pies, como un homenaje. Tomé la piedra y la lancé muy lejos, sobre el césped. Madó, achatado por la rapidez de la carrera, llegó recto como una flecha adonde estaba la piedra y empezó a enterrarla con las patas: después arrancó un poco de césped y lo colocó cuidadosamente sobre la tumba de la piedra querida...

—Los fox adoran las piedras—dijo Joaquín. —Yo tenía uno que se desesperaba porque no podía llevarse los adoquines, y que se desarticulaba el hocico por abarcar con sus mandíbulas piedras enormes. Era un fox muy lindo, parecido al de usted. Ya no lo tengo; se lo dí a mi tía de La Plata porque han pasado de moda.

—Me quita usted una ilusión: ¿tendré que dejar a Madó en la quinta?

—Será más prudente, si no quiere que la critiquen.

—Llevaré a mi otro perro.

—¿Qué es?

—Un pastor, un lindo pastor, muy puro y de buen origen.

La cara de Joaquín se iluminó.

—El perro pastor está de moda este año, para por la mañana.

—¿Como el vestido sastre con pollera de un color y chaqueta de otro?



Perritos para la intimidad



Perros de por la tarde

—Exactamente. Este perro puede seguirla, si va a pie, o seguir a su caballo, si usted monta a caballo.

—Me alegro mucho: ¿Quiere verlo Joaquinito?

Y llevé a mi amigo a la casita del jardinero, donde tengo la caballeriza y la cochera. Allí reina, temible y encadenado, mi perro Peter, terror de los pobres diablos, terror del peón del carnicero, del panadero, y hasta del señor cura, cuya sotana negra no le es simpática.

Peter quiere solamente a los niños. Es una hermosa criatura salvaje, desconfiada, melancólica, de pelo rudo, de ojos fieros y dorados, casi fosforescentes en la sombra, un perro que se acuerda de su antepasado el lobo, un perro que guardaría los corderos si no tuviera otro oficio, como para expiar los pecados de sus abuelos, que han comido tantos.

Joaquín lo consideró con gravedad.

—No está mal... pero querida amiga, tiene un defecto: es francés. El pastor francés no se usa. Hábleme del alemán, llamado perro de policía. Ese, para hablar como los prospectos de los comerciantes, "reune lo útil a lo agradable: perro de lujo, perro de defensa y perro guardián: es magnífico en automóvil".



El perro de última moda

—No tengo automóvil, y aunque lo tuviera...

—¿No pondría su pastor al lado del chauffeur?... ¡Querida amiga, querida amiga, sería una falta de elegancia, una herejía!

—El buen Peter está tan hecho para automóvil como para el manchón.

—Si quiere usted un perro que sea chic, cómprese, en vez de una sortija, o de una piel, un pequeño bull-dog de cara alegre, un toy-bulidog gesticulador y divertido, que parece un sapo jocoso o un monstruo japonés. Pero le prevengo que esos animalitos cuestan muy caros y son más difíciles de criar que un niño nacido antes de tiempo.

—¿Necesitarán una "nurse" especial?

—Necesitan cuidados minuciosos inspirados por una solicitud casi maternal. Y con frecuencia se tiene la desgracia de perderlos... Todos los perros preciosos son delicados.

—¿Los perros grandes también?

—La estatura y la robustez no tienen relación directa. Los enormes daneses grises, los colleys poderosos y finos, tienen infancia atormentada y penosa adolescencia. Y su edad madura no está exenta de inconvenientes... Mientras que un perro bastardo, horrible, inclasificable, soportará estoicamente el frío, el hambre y la sed, los palos y la miseria.

—¡Hay, pues, justicia en este mundo, Joaquín! Esto me consuela; y me gusta esa fuerza de resistencia que existe en los humildes y en los pobres.

Seguramente un mendigo soporta la intemperie mejor que un archiduque.

Joaquín no es partidario de la ironía desde que está pasada de moda, y contestó:

—Criar un animal precioso y frágil es interesante, porque significa vencer dificultades. Un jardinero no se enorgullece por cuidar bien un plantío de margaritas: en cambio siente legítimo orgullo cuando cultiva con éxito las orquídeas. Ciertos perros son con relación a sus congéneres, lo que las orquídeas a las margaritas. La mujer que los lleva a paseo, piensa: "No existe una docena de perros tan lindos, tan raros, tan costosos". Y esto la alegra.

¿Qué cosa más natural?

—Evidentemente: el perro de lujo da tono.

—Como el collar de perlas, el abrigo de zibelina y el auto de gran parada.

—¿Y cuáles son los perros más caros?

—Ya le he dicho que el toy-bull-dog era carísimo. Una verdadera elegante no puede dejar de tener uno; pero además necesita un perro de tarde, porque el toy-bull-dog no se usa más que por la mañana. El perro de tarde, para que haga juego con los trajes de seda y de muselina, debe ser pequeño...



El "Boy-terrier"

—Como los sombreros de este invierno.

—Minúsculo: debe caber en el manchón de su dueña, acurrucarse en el hueco de sus faldas, o bajo el brazo, no ocupar mayor sitio que un ovillo de seda. Su oficio es divertir a su bella poseedora cuando se aburre, darle la ilusión de una maternidad particular, de una ternura de madre adoptiva. Tiene derecho de ser exigente, celoso, gruñón, susceptible, rencoroso, caprichoso, de tener todos los defectos que no se le tolerarían a un marido, que se trataría de corregir en un niño y que se le soportan al perro, porque el perro es bonito o porque ha costado mucha plata.



"Lulú" de Allsacia

—¡Amable animalito! (¡Me refiero al perro!...) Pero dígame Joaquín, y el que usted busca para su inglesa...

—Es un lulú de Pomerania que pertenecía a una señora anciana. La señora lo adoraba: lo alimentaba con pechuga de pollo, y le lavaba los dientes todas las mañanas con un cepillito mojado en pasta de coral mentolada. Como esta señora ha fallecido, su heredero, que no es aficionado a perros, quiere vender el lulú...

—¿Buen precio?

—Gran precio. Estoy dudando entre ese lulú negro que parece el diablo y un griffón belga de pelo corto.



"Lulú" de Pomerania

Me han ofrecido también un terrier de Escocia, gris plata y dorado, notable... Pero el propietario quería dos mil quinientos pesos... ¿Le asombra la suma, querida amiga? ¿Qué diría usted del precio fabuloso a que llegan los perritos de Pekín, color arena y negro o rojo? Estos perros de pelo muy largo que traen del norte de China, se aclimatan bastante bien y son, si se me permite la frase, un certificado de elegancia; cuestan de doscientos a cinco mil pesos; pero en este, como en otros casos, los cálculos de economía no resultan... Le citaré de paso los perros japoneses blancos y negros o blancos y colorados, que se ven en Europa, aquí no llegan, y allí mismo sufren mucho; su precio es de diez mil francos en Europa; aquí no se puede obtener uno por diez mil pesos.



El "Prince-Charles"

—Muy instructiva su conferencia, amigo Joaquín. Pero en esta charla está usted perdiendo su tiempo y puede que entretanto se venda el lulú. Mrs. Hobson se quedaría inconsolable.

—Permítame que uno de estos días, por amistad y no por flirt, le ofrezca un perrito digno de usted... créame: hoy más que nunca el placer de obsequiar es un sport. Ya no nos contentamos con elegir un objeto de valor: queremos sobre todo un objeto poco común, y es una cosa encantadora e infinitamente delicada esa rebusca del hallazgo único, de la maravilla que en ninguna otra parte podrá encontrarse. El trabajo que nos tomamos en estas múltiples correrías: la amistosa preocupación de dar el mayor placer posible, es, para los amigos así mimados, la más dulce alegría, y para el que la produce, la más perfecta recompensa... permítame regalarle un perrito a la moda...



El "Yorkshire-terrier"

—Tiene usted razón Joaquín, pero no se moleste. Mis dos amigos de cuatro patas tendrían mucha pena de verse desdeñados. Decididamente yo no seré jamás mujer a la moda: no me gusta separarme de lo que ha conseguido entrar en mi corazón y no sería capaz de desterrar a mis perros sólo por snobismo... Téngame lástima: ¡no puedo ser elegante!

Marcela
TINAYRE.



El perrito de Pekín



Esperando el castigo

En el suntuoso gabinete de Simón Feutrel, director del Banco Feutrel Blache y Cía., el ordenanza acababa de dar paso a una viejecita menuda, cubierta por un bonete de tela adornado con una estrecha puntilla plisada. Un traje obscuro y un chal negro de una limpieza irreprochable completaban la indumentaria de la visitante.

Una vez sola, frente al ilustre financista, la mujer permaneció inmóvil cerca de la puerta cerrada, fijando sobre Feutrel sus ojos azules, de tierna mirada, a la sazón llena de angustia.

—¿Qué deseaba?—preguntó secamente el banquero.

Ella contestó con voz vacilante donde palpitaba el latido de un corazón agitado:

—Yo soy Magdalena... Magdalena Sauval.

Hubo una contracción de sorpresa en el rostro frío del financista y por sus ojos, pasó un resplandor de emoción.

Y murmuró lentamente:

—¿Usted? ¿Usted, es Magdalena Sauval?

¡Oh, la extraña y misteriosa influencia de las palabras sobre el corazón humano. Bastóle pronunciar el nombre de Magdalena Sauval, para que el banquero evocara de golpe todo un pasado que creía muerto, desde hacía treinta años.

Evocó su juventud, cuando tenía veinte años y era escribiente en el estudio de un abogado; volvió a ver a aquella Magdalena Sauval, aquella muchachita, fresca como una flor, a la que había amado durante dos años, y con quien había estado a punto de casarse. Y ella había tenido demasiada confianza en él... Luego todo un porvenir brillante se había revelado ante la imaginación de aquel joven ambicioso; al ser electo diputado su patrón, lo había llevado consigo en calidad de secretario político, y Simón Feutrel pudo escalar así, una envidiable posición.

Siendo ya diputado, e ilustre financista había contraído matrimonio con una mujer rica. La unión duró poco. Su esposa murió siendo aún muy joven y el viudo halló entonces consuelo en la administración de sus bienes y ejerciendo un cargo de senador.

¡Cuán lejos estaba de la época de sus amores con Magdalena!...

A pesar de todo, aquellos ojos claros cuya ternura le había turbado en otro tiempo, se habían conservado los mismos, y sin esfuerzo, pudo evocar las trenzas negras y sedosas de aquel cabello, ahora partido en dos mitades de plata.

Por la segunda vez exclamó:

—¿Qué deseaba?

—Usted me ha conocido ¿verdad? — exclamó Magdalena respirando con más alivio. Pues bien, tenga la bondad de escucharme. Me han dicho que su tiempo es precioso, pero, ¡qué vamos a hacerle!...

El tuvo un gesto de protesta, y levantándose le indicó un sillón.

— Muchas gracias—exclamó ella, sentándose. Estoy tan cansada de mi viaje y carreras en esta ciudad que no conozco... He venido para avisarle que un gran peligro le amenaza. Y como él sonriera alzando los hombros con despreocupación exclamó:

—Le aviso que es un gran peligro, el peor de todos para usted. Permita que le diga lo que pasó después... después de su partida.

Hacía seis meses que no recibía noticias suyas cuando tuve un hijo... un hijo que se llama Juan, y que se le parece. Yo comprendí que no le volvería a ver más, pues, aunque le anuncié la noticia, usted me contestó con su silencio. Decirle de qué manera eduqué a Juancito, es cosa que no viene al caso en este momento. Sepa únicamente, que después de muy buenos estudios efectuados en la escuela del pueblo entró de escribiente en casa de un abogado, lo mismo que usted.

Pero la vida es muy dura para los que no tienen padre y Juan ha sufrido mucho.

Desde hacía mucho tiempo me había expresado el deseo de saber. Por fin, llegó el día en que juzgué conveniente decírselo todo... ¡Ay si yo hubiera previsto!...

A penas hace ocho días que me dijo que vendría aquí a vengar mi abandono, que usted debería pagar mis sufrimientos, y que el cumplimiento de esa deuda se le imponía como un deber...

Y todo esto apoyado con una lógica que me aterrorizó. En vano he tratado de hacerle comprender su locura, en vano he suplicado y llorado; él movió la cabeza, enjugó mis lágrimas y me dijo con una voz cuyo recuerdo me hiela de terror: "es preciso que ese hombre muera". Y entonces decidí venir a avisarle, a ponerle en guardia, y decirle que desconfíe hasta de su sombra si no quiere que se cumplan las palabras de mi hijo...

Porque yo lo adoro, y no quiero, no, no quiero que cometa un delito tan espantoso, un delito contra natura.

Se había cubierto los ojos con sus manos delgadas y morenas como para apartar de ellos la

trágica visión del parricidio, y Simón por la primera vez en su vida de ambicioso y triunfador, se sintió invadido por el malestar ante la idea del drama que podía desarrollarse de un momento a otro.

Y dijo, no pensando más que en sí mismo.

—Pero si yo no deseo otra cosa que ayudar a su hijo. Si es inteligente yo le puedo preparar un bello porvenir.

Ella lo miró, expresando con su rostro un mudo reproche y exclamó dulcemente:

—Dos veces seguidas yo le imploré por él, pero usted no me contestó... Hoy día estoy segura que mi hijo no aceptará nada de usted...

Sí, lo recordaba, Magdalena había intentado



dar algunos pasos en este sentido, hacía mucho tiempo, pero él se hallaba a la sazón en plena lucha, su mente calculaba formidables empresas, y apenas si se acordaba de la costurerita de sus mocedades.

—Puesto que así lo quiere, — exclamó él, en tono de amenaza—voy a hacerlo prender.

—Juan Sauval es un hombre honrado,—dijo ella con altivez. Y continuó humildemente: No sé dónde se oculta. Lo único que puede usted hacer es tomar sus precauciones; usted es todopoderoso; con el poder y el dinero, se pueden dominar las circunstancias. Por lo menos así lo creo yo. El tiempo aplacará la cólera y el odio de mi hijo. Si algún día vuelvo a verlo, yo me encargaré de calmarlo.

El banquero, permaneció callado, pálido, sintiendo en el corazón una angustia no conocida hasta entonces. Luego levantándose bruscamente, exclamó:

—Quizá usted tenga razón. Le quedaré muy agradecido que me avise, si algo sucede. ¿Lo hará? Cuento con usted.

Ella esperaba una palabra de simpatía, una afectuosa despedida, pero Simón esperó que saliera, callado, absorto en su miedo creciente.

Sin decir palabra salió ella.

Algunos minutos después Simón abandonó su despacho del Banco y se precipitó de un salto en su auto que lo esperaba.

—Al hotel, dijo al chauffeur.

Una vez en la lujosa vivienda se encerró en su habitación y a la mañana siguiente sostuvo una larga conferencia con un alto empleado de policía. Esta tuvo por resultado la aparición de numerosos pesquisas en las inmediaciones de la casa. Pero con esto no se aplacaba su miedo.

A despecho de su fuerza de carácter, y aunque en el curso de su vida hubiera testimoniado muchas veces una sangre fría a toda prueba, Simón Feutrel se sintió presa de un temor indomable. Magdalena Sauval, había levantado en cada esquina y detrás de cada árbol, el espectro de un hombre, joven y vigoroso, repleto de odio, y que empuñaba un arma, y este hombre, este enemigo implacable y misterioso se le parecía notablemente.

¿De qué manera lo mataría su hijo? ¿Con puñal, con revólver? ¿Acecharía su sueño? ¿O bien al entrar una noche en su casa, sentiría entre los hombros una hoja cortante que abriría sus carnes y haría crujir sus huesos?

A estos pensamientos, añadía la conciencia de un justo castigo por todo lo que había hecho.

Poco a poco, y a fin de ahorrarse momentos de inmensa angustia, Simón renunció a las reuniones del club, a las sesiones de la bolsa y concurría rara vez al senado.

Sus colegas notaron que tenía una lividez in-

tensa, los ojos apagados, y su voz, de ordinario autoritaria, se había hecho balbuceante.

Falló en muchos negocios, y el directorio del Banco decidió reemplazarlo.

Como su mandato de senador estuviera a punto de expirar, quiso visitar la provincia que lo había elegido, pero, la víspera de su partida, recibió una carta de Magdalena, que decía:

—Lo he visto. Sabe que usted va a efectuar un viaje. Por lo que más quiera en el mundo, ¡no salga de su casa!

Y Simón Feutrel permaneció encerrado en su vivienda.

No fué pues reelecto, y poco después supo que un mal negocio lo había arruinado. La desgracia hubiera podido evitarse, si Feutrel hubiera conservado mayor lucidez de espíritu. Había sufrido tanto en sus largos días de incertidumbre y angustia, en sus noches de terror, que la pérdida de su fortuna llegó a causarle una sensación de alivio. Quizá el enemigo se sintiera desarmado ante su desgracia.

Y de pronto, tomó una resolución suprema: recogió los restos de su fortuna y partió furtivamente. Quería ponerse bajo la protección de Magdalena. Ella al verlo pobre y caído, no rehusaría compartir su vida.

Una mañana, al despuntar la aurora, un hombre golpeó a la puerta de una modesta tienda.

—¿Qué deseaba, señor? — preguntó desde su puerta un panadero.

—¿Vive aquí Magdalena Sauval?

—Magdalena Sauval ha muerto, hace unas semanas.

Sin contestar Simón emprendió el camino del cementerio.

Apenas despierto el guardián quedó muy sorprendido ante la tristeza y la agitación de este visitante, y curiosamente interesado lo guió a través de los senderos de la fúnebre ciudad.

El sol, al levantarse en el horizonte, iluminó los muros húmedos de rocío, y las flores y coronas que adornaban las tumbas se envolvieron en collares de fúlgidas perlas y redecillas de diamantes.

El guardián se detuvo y le dijo mostrándole una cruz plantada sobre un montón de tierra:

—Aquí está la tumba de Magdalena Sauval. La hemos enterrado con su hijo.

—¿Con su hijo?

—Sí, su hijo Juan murió hace tres años.

—Su hijo... hace tres años... repitió balbuceante Feutrel.

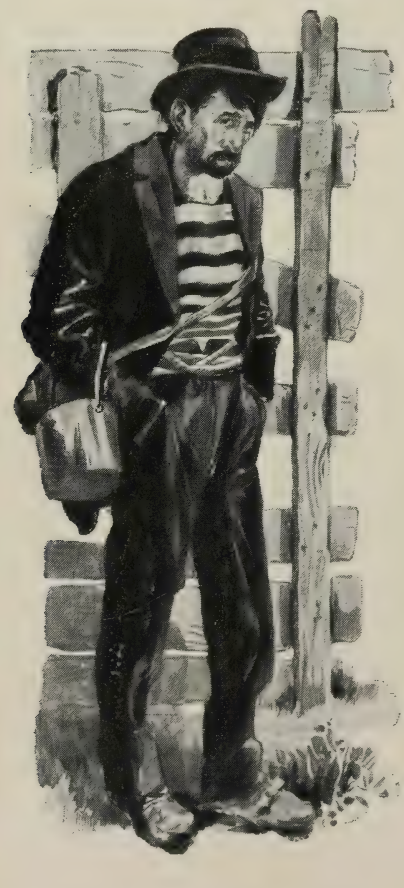
—Sí... su hijo, que durante toda su vida atormentó a la madre, pues nació paralítico e idiota.

Un gemido escapóse de los labios de Simón Feutrel.

Hacía tres años que Magdalena había ido a avisarle... Y había mentido, mentido para vengarse, una venganza largo tiempo esperada, perfectamente pensada, peor que la muerte... ¡Y durante tanto tiempo había temblado ante un fantasma!

Y las lágrimas corrieron por las mejillas de Simón Feutrel. Lloraba no por su vida estúpidamente arruinada, sino por la decepción de vanidad y de ternura que le esperaba ante la tumba de Magdalena Sauval.

Pedro VERNON.



Dib. de Rojas.

EL ATORRANTE

Especial para EL HOGAR.

Bajo el sucio desorden del vestido,
Como un gesto de orgullo y de desprecio,
Muestra el músculo joven, fuerte y recio
A la inercia y al ocio apercibido.

No hay en su vida opaca de vencido
Ni calor, ni virtud, ni fe, ni aprecio;
Solo, inmutable, soñador o necio
Es solo sombra de otro ser que ha sido.

Acaso entonces fué su fibra inquieta;
Paladín, cortesano, artista o poeta,
Su alma vibraba con intensas notas

Y ¡quién sabe qué tromba de dolores
Le arrastró como en vértigo de horrores
A la más grande y vil de las derrotas!

Lola S. B. de BOURGUET.

LA ALEGRIA DEL HOGAR



Niño de Marino

Fot. Merlino.



Niño de Dellepiane

Fot. Zuretti.



Niñitos de Christophersen

Fot. Merlino.



Lola Keen



Nélida Zuretti

Fot. Z. y Fiorini



Horacio Keen



Sta. Luisa A. de Urquiza

Fot. Merlino.



Sta. Ana Balestra

Fot. Zuretti y Fiorini.



Sta. Emilia Quaglia

Fot. Merlino.



Sta. Elena Bermejo

Fot. Merlino.



Sta. Margarita Graña

Fot. Merlino.



Sta. Nely Homs

Fot. Zuretti 'y Fiorini.



Sta. Fany Puchan

Fot. Merlino



Sta. Celestina F. Riera



Sta. Sara García

VIAS



Sta. María Arenaza

Fot. Merlino.



Sta. Amelia Dulce

Fot. Merlino.



Sta. Margarita Rillo

Fot. Zuretti y Fiorini.



Sta. Celia C. Vacarezza



Sta. Clotilde Feraud

Fot. Chandler.



Sta. Enriqueta M. Pena



Sta. Celmira Ferreyra



Sta. C. Aguerregaray



Sta. María Elena Olivera

Fot. Merlino.



LA VIRTUD DE LOS HOMBRES

UNA pequeña estufa eléctrica producía temperatura de verano en aquella habitación elegante, donde los "stors" de color marfilino, las plantas, los divanes "modern styl" y las acuarelas, suspendidas sobre los muros por gruesos cordones verdes, convertían en gabinete la estancia.

Una mesita de costura, incrustada de nácar y bronce, que mostraba en el interior una luna biselada, ofrecía a Carlota los torzales y las agujas exigidos por su femenina labor.

Carlota, la viuda joven, la viudita desengañada del mundo; la que abominaba de los maridos, descubriendo despiadadamente el desabrido recuerdo que el suyo le dejara, hablaba allí con sus amigas Nati y María, aleccionándolas, llenando de pesimismos su espíritu; sembrando la desconfianza en sus corazones.

—Es tontería, Nati; tu esposo es... como todos; y tu novio, María, como los demás: "hombres"; y con esta palabra se dice todo: "hombres".

—Es cierto que a tí te fué mal, Carlotita; aunque hay quien dice que Miguel no era malo.

—¡No!... ¡Malo, en el sentido estricto de la palabra, no! ¡Era... enamoradizo; y ya es bastante!...

—Ah; pues lo que es mi Luis, no piensa en ninguna mujer, si no es en la suya. ¡Seguro; segurísimo!

—¡Habrá tonta! Ya me lo dirás cuando lleves un par de años de casada.

—¡Pero qué empeño en quitar su optimismo a la pobre Nati!...—terció María.—Yo, por lo que a mí toca, no sé lo que mi novio dará de sí para el día de mañana; pero os diré que está loco perdido por mis huesos.

—¡Bah!... Todos son iguales. Y si no... Vamos a ver: ¿te atreves a hacer una prueba sencilla, Nati?

—La que quieras: te desafío.

—Está bien: recojo el guante. Ahora mismo vamos a dirigirle a tu marido una carta, dándole una cita para esta noche.

—¿Cómo?

—Verás.

—¡Qué ocurrencia!...

Levantóse la viudita y se dirigió al secreter, que aparecía en otro de los ángulos del "budoir".

Dejó caer la tapa del escritorio; acercó una silla al mueble; sentóse, y, desfigurando su propia letra, escribió.

Mientras, María y Nati comentaron donosamente aquella inquina de Carlota hacia los hombres, que, en rigor, no eran tan malos como propalaba la mayoría de las mujeres.

—He aquí la carta.

—¿Ya?

—¿A ver?

—Léela.

—Oid: "Sr. D. Luis... etc.: una mujer que le admira por su talento, y que siente por usted un afecto muy parecido al amor, desea hablarle. Esta mujer sabe, de más, que es usted casado; pero tiene absoluta seguridad en su discreción, y le cree capaz de guardar un secreto. Esta noche irá la dama de que se trata, de ocho a nueve, a la iglesia del Salvador. ¿Estará usted en la esquina?... Así lo espera, R."

—¿Y por qué se te ha ocurrido la misma donde yo vivo?—Interrogó María.

—Porque, con tu venia, podemos irnos anticipadamente a tu casa Nati y yo, y desde el mirador, atisbaremos.

—Tengo plena seguridad en que mi Luis no acude a la cita.

—Lo veremos—dijo, poniendo gesto de duda, Carlota; y, añadió:—Te advierto que si tú le haces alguna indicación, o procuras por algún medio ingenioso que deje de ir, "no vale". ¿Eh?...

—¡Yo te aseguro!...

—!Quién sabe—dijo María—si la curiosidad le haga acudir al llamamiento misterioso!

—¡Vamos, María; no dudes de mi Luis!... ¿Iría tu novio?

—¡Ese sí que no!

—¡Vaya un par de bobas!... El libro de la

vida es un tomo... morrocotudo. ¡Vosotras estáis en el proemio!

—¿Y tú?

—Yo, en el índice.

—Mi Luis no va.

—¿Dónde le enviamos la carta a Luis?

—Al club.

—Eso; al club.

* * *

DESDE las siete hallábanse reunidas las tres amigas en casa de María. Ellas charlaban bajito y reían nerviosamente; pero las señoras graves (la tía y la abuela de María), ignoraban aquella comedia representada en silencio.

Desde las ocho y media, no quitaron ojos de la calle las buenas amigas: Nati tenía las manos frías; ardorosas y latentes las sienes. ¿Iría su marido?... ¿Sería él como los demás hombres? ¿Le mentiría, cuando le aseguraba que para él habían desaparecido del "globo" todas las mujeres?...



—No; pues lo que es él ha recibido la carta porque el portero dijo que tu marido no debía de tardar mucho.

— Seguramente: como que antes de venir yo salió él, y me dijo que iba allá. ¡Vaya si debe de haber recibido la esquela!

—Pues entonces... ¡De aquí a las nueve!... No desesperemos. Vendrá.

— O no vendrá — exclamó, algo amostazada Nati.

* * *

Y ello fué que Nati se salió victoriosamente con la suya, pues Luis no pareció por la esquina, ni por los alrededores; con lo cual se dice que su esposa ganó la partida, y que Carlota salió condenada en costas.

Las costas de este pleito consistían en una buena ración de bombones, que, por anticipado, se comprometieron a pagar la viuda y Nati, según perdiera o ganara cualquiera de las dos.

Volvió, pues, a su casa la feliz esposa, reservando mentalmente mil y mil caricias para aquel marido ejemplar, que no acudía a llamadas de amor, seguramente por lo mucho que a su mujercita amaba. Al penetrar en casa Luis, abalanzóse Nati a su cuello, con toda suerte de zalamerías.

—¿Qué pasa, mi Nati?...

—¿Qué te quiero mucho, mucho!

—Sea enhorabuena. Pero es que me recibes como si me vieses ahora a salvo de algún peligro.

—¡No! ¡Eso sí que no!—Y de seguida pensó Nati que el peligro lo había corrido ella.

* * *

PERO fué más gracioso lo acaecido el día siguiente, en que Luis llegó, como solía, al club.

No bien pasó por el "buró" del portero, cuando este funcionario le llamó atentamente:

—Don Luis. Esta carta.

Tomó en sus manos aquella misiva, y regocijóse de que la letra fuese de mujer. Rompió el sobre. Leyó la carta. "¡Esta noche, de ocho a nueve!..."—exclamó.

Miró la fecha, que era la del día anterior.

—¿De modo que una carta traída ayer se me entrega hoy?... Son ustedes unos bandidos. ¡Por vida!...

—Pero, don Luis...

—¡Qué don Luis, ni qué cebolletas! ¿Usted sabe, estúpido, el "perjuicio" que me ha causado no entregándome la carta a tiempo?... Me quejaré al presidente y le plantará en la calle.

Bajó el portero la cabeza, y don Luis se internó en el club, soplando fuerte y lanzando rayos de ira por los ojos.

Ramón A. URBANO.

Nuestros Hogares



Señora de Kay y sus niñitos

Fot. Witcomb.

El asesinato del dinero

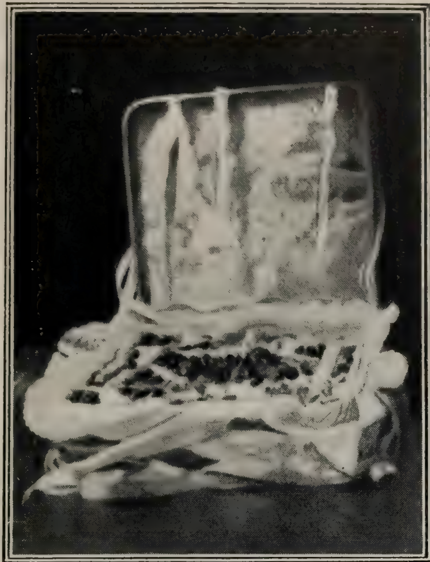
En una especie de covacha de una miserable casa de vecindad, en uno de los barrios bajos y sucios, se veía el demacrado cadáver de un niño de pocos meses. El niño había muerto a causa de mala nutrición, según el certificado facultativo. Mejor dicho: había muerto de hambre. Porque, hablando en términos generales, cuando un niño muere durante el primer año, es porque ha estado mal nutrido, o por la mala higiene, o porque la madre es demasiado ignorante o demasiado pobre.

Ignorancia y miseria aparecen como dos causas, y, en verdad, no son más que una, por lo regular, porque el miserable es ignorante.

En resumen: mueren de hambre. El término no es científico, pero es de rigurosa exactitud.

Ese espectáculo desgarrador me trae a la memoria la estrofa en que Lamartine habla de

> L'enfant dont la mort cruelle
> Vient de vider le berceau
> Qui tombe de la mamelle
> Au lit glacé du tombeau.



Una caja de dulces que se vende por $ 100

La muerte de un anciano me contrista. La muerte de un niño me desespera. La primera parece la desaparición de una realidad que se ha inutilizado. La segunda tiene la brutalidad de una esperanza que se disipa cuando empezaba a esbozarse.

Y luego, como dijo Víctor Hugo, ese anciano que tenía tanta pasión por los niños:

> Il est si beau, l'enfant, avec son douce sourire,
> Sa douce bonne foi, sa voix qui veut tout dire,
> Ses pleurs vite apaisés,
> Laissant errer sa vie étonnée et ravie
> Offrant de toutes parts sa jeune âme à la vie
> Et sa bouche aux baisers!

Pero apartemos la vista del cadáver del niño, para fijarnos en la desventurada madre, otro cadáver animado por un soplo de vida, y en cuya alma libraban doble batalla el dolor por la prematura muerte del hijo de sus entrañas y la desesperación al ver que la extremada miseria le impedían enterrar al niño con ese aparato que, para los espíritus primitivos, no significan lujo y vanidosa ostentación, sino que expresan la piedad, el dolor y el cariño que va más allá de la tumba.

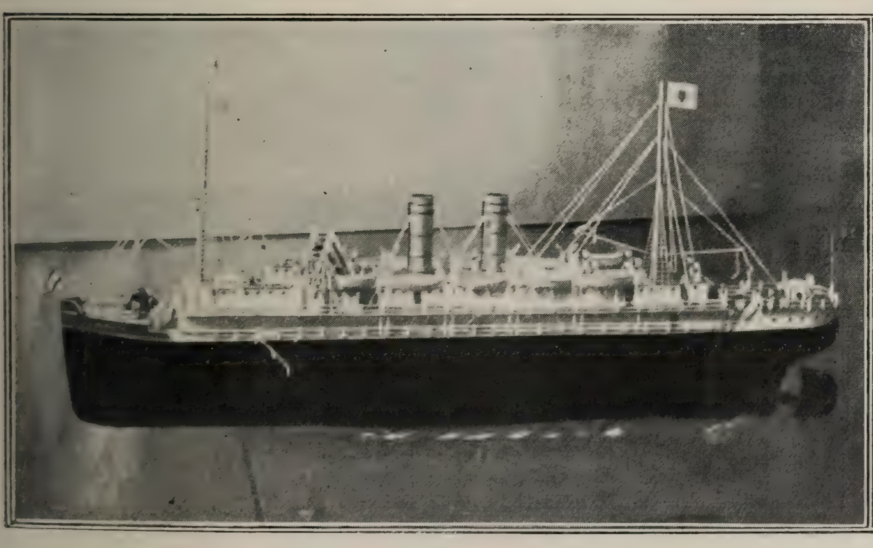
Su hijo, muerto en el tugurio de la miseria, tenía que ser enterrado en la fosa común, el tugurio de los muertos enterrados por la miseria.

En esos momentos un joven rico y ocioso visitaba una de las elegantes confiterías del barrio aristocrático de la ciudad. Compró unas cuantas libras de dulces exóticos y brillantes, colocados con esmero en una costosa caja, que más parecía un caprichoso joyero que un receptáculo de golosinas. Pagó con un billete de cien pesos y no le dieron vuelto. Entregó una tarjeta para acompañar la caja, y dió orden de que la llevaran inmediatamente a cierta hermosa mujer amiga suya.

¿Qué enlace existe entre estos dos hechos aislados y que, a primera vista, no tienen ni pueden tener conexión alguna?

..... Vamos más lejos. La mimada joven que recibió los dulces, tuvo, al recibirlos, un instantáneo estremecimiento de satisfacción. Guluzmeó las golosinas e hizo a un lado la caja, casi intacta. Las criadas consumieron subrepticiamente el resto del contenido. Después aquel precioso mueble, forrado de seda, adornado con valiosas cintas y con un exquisito paisaje hecho a mano, rodó hasta el cajón de la basura.

Un trapero la encontró y la recogió, que lo que estorba a los ricos lo aprovechan los pobres.



Modelo de un trasatlántico para divertir a un niño. Costo, $ 4.000

Ese trapero vivía en la misma casa de vecindad que la madre de que he hecho mención; y al ver que para el cadáver del niño no había féretro, tuvo la piadosa idea de ofrecer la caja lujosa que había recogido.

¡La miseria auxiliando a la miseria!

Aquel trapero rudo, ignorante, indigente, tuvo en ese momento la facultad divina de encender un rayo de luz en las tinieblas del alma de la angustiada madre.

Porque esa infeliz mujer consideró como una bendición del cielo la adquisición de aquella caja vacía, estropeada y sucia, en la que apenas había fijado una mirada distraída la caprichosa beldad que la había recibido fresca y llena de valiosas golosinas.



Muñeca que costó $ 2.500

Sí, la caja despreciada era un preciado presente del cielo para ella. Un hermoso féretro, en que su adorado hijo podría dormir el sueño eterno entre la capisonada seda.

¡Oh! El dinero es la cosa más peculiar que hay en el mundo. Se ha escrito más sobre ese tema que sobre todos los demás concebidos por el cerebro del hombre, exceptuando tal vez el del amor. Sabios doctores en la económica ciencia, matemáticos de alta ilustración, pensadores fríos, soñadores románticos, novelistas inspirados le han dedicado toda su atención y lo han ensalzado hasta las nubes, o lo han deturpado hasta la abyección. Esperanza para el ambicioso; motivo de orgullo para el afortunado; el señor absoluto, el esclavo sumiso, la salud y la enfermedad del siglo, la vida y la muerte de la humanidad... todo eso y algo más es el dinero.

Para mí sólo representa una cosa: el signo visible y tangible del esfuerzo humano realizado de una manera conveniente. Es el pensamiento del pensador troquelado en metal brillante, o en papel crujiente. Es el sudor del que trabaja, transmutado como por arte de magia en algo inerte pero de mucho mayor poder. Es el instrumento del mercader, la habilidad del inventor, el producto de todos los productores. Un símbolo en el que está viva la cosa simbolizada.

Para mí no hay más riqueza que la que es producida y productora, cualquiera que sea la mano en que se encuentre la prueba de esa producción. Cada moneda, cada billete de banco, cualquiera que sea la fuente de donde emane, cualquiera que sea el empleo que se le dé, no es más que el representante efectivo de tantos días de trabajo, de tantos pensamientos útiles, reducidos a una forma concreta y tangible para hacer más fácil su manejo.

Y dando un paso más hacia adelante por ese sendero, veo en cada moneda la representación de una parte de la vida humana o de varias vidas, de una manera actual y potencial a la vez.

El dinero es una cantidad física y moral, si no en la forma, sí en la esencia.

Producto de la vida es vida y lleva vida en sí.

Cuando está en el arca, se encuentra en estado potencial, como el agua contenida entre las paredes de un estanque.

Cuando circula, entra en el estado dinámico, como el agua del estanque cuando se abre la compuerta, y se lanza para dar movimiento a la turbina.

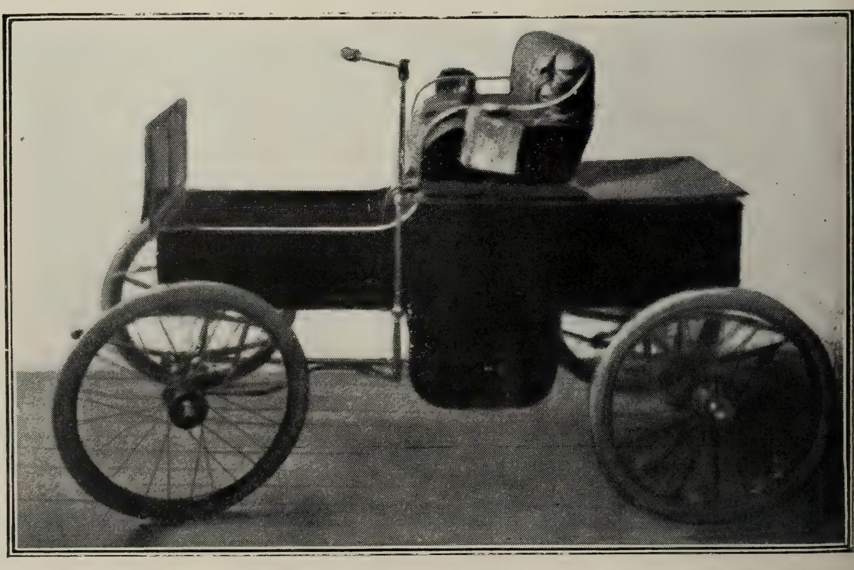
Vida acumulada y en reposo, en el primer caso; vida desbordada y en acción, en el segundo.

Bien empleado, es la fuerza vivificante, multiplicadora del bien.

Despilfarrado, es la fuerza sin dique ni freno, asoladora, maléfica.

Asesinar significa, en su sentido recto, matar alevosamente a un miembro de la familia humana. Los legistas han establecido distintos grados de homicidio, esto es, a la muerte causada a un hombre por otro hombre, según las circunstancias del caso. Pero en la mente popular se confunden todos los conceptos del homicidio en el asesinato.

Considerando el dinero como una entidad po-



Automóvil en miniatura, completo en todo detalle

sitiva, como vida humana acuñada, sostengo que el título que he dado a este artículo está justificado, y que es igualmente posible para un hombre cometer el crimen del asesinato, perpetrándolo sobre otra unidad humana; y aunque no hay ningún código que lo tenga como delito y que, por consiguiente, le imponga pena, tengo para mí que debería tratársele con mayor severidad, porque de las dos formas del delito, la que se perpetra en el dinero es la más grave y trascendental.

Después de Dao, la humanidad se encuentra aún tomándola en su conjunto, casi sobre la superficie de la delgada capa de la civilización, y nada lo demuestra de un modo tan evidente como la manera con que trata esos pequeños pedazos de metal o de papel que representan nuestra propia vida y la vida de nuestros sucesores.

Hasta el hombre menos sagaz reconoce que la riqueza, al par de la felicidad, es una cosa relativa, y que la ambición humana, una vez que logra su objeto, no se siente feliz, ni satisfecha, ni contenta, sino en estado de disgusto, de fastidio y de abatimiento. Y esto no obstante, seguimos considerando el dinero como el signo exterior, como el símbolo supremo de la ambición realizada. Ese concepto está justificado, en cierto modo. Sin embargo, al emprender la lucha y al sostenerla para su conquista, nos olvidamos de que, una vez obtenido, el dinero deja de ser un agente de felicidad, para convertirse en instrumento de tortura, y en una plaga.

El hombre que ha dedicado lo mejor de su vida a ganar dinero a todo trance, al verse rico considera siempre que la felicidad consiste en el dinero, porque con él se compra esa felicidad, y cifra su placer en gastarlo para conseguirla. Ha confundido lastimosamente el placer con la felicidad.

Sus hijos y sus nietos siguen por el mismo camino trazado por el fundador de la fortuna, hasta que ésta queda disipada, y vuelven a la tarea de la conquista del precioso metal, sin persuadirse de que la verdadera felicidad consiste en el esfuerzo, y que el logro es un infortunio.

Y ese hombre que se entrega a la loca disipación de su riqueza, es precisamente el que designo con el nombre de asesino del dinero.

No se contenta con tener por habitación un palacio rodeado de espléndidos jardines, decorado y amueblado con gran lujo, con disponer de magníficos trenes, poseer valiosas joyas y soberbias obras de arte, sino que idea modos más violentos, menos razonables para disipar esa fortuna, que entre sus manos ha dejado de ser una bendición para él y para el prójimo, para convertirse en una maldición bíblica.



11.000 $ de perro.

Esa destrucción voluntaria, consciente, premeditada, del dinero, de la vida acuñada de los seres humanos, constituye un asesinato en el sentido más lato del concepto.

Aquel joven que mencioné al principio, que gastó cien pesos en una caja de dulces que, bien mirados, no valían más de un peso, es un asesino, o algo peor, pues no solamente destruyó ese valor, sino que contribuyó a descarriar el talento y la habilidad, sacándolo de la línea de la creación útil, para extraviarlo en la de objetos fútiles, tal vez nocivos, dedicados a complacer la debilidad inimaginativa de los ricos.

El inteligente artesano cuyos hábiles dedos construyeron la preciosa caja para dulces, y que no sospechó, de seguro, que su obra serviría de féretro a un niño desamparado, pudo haber dedicado su talento y su tiempo a producir otra cosa de valor permanente. Ese rico desocupado, y otros de sus congéneres, son los que descarrían al artesano de lo verdaderamente útil, para que se consagre a lo fútil.

Un rico hombre inglés mandó hacer una muñeca para su hija. Para realizar su capricho en la forma por él indicada, fueron empleados muchos hombres y muchas mujeres de especial habilidad.

La muñeca resultó una obra ingeniosa, es cierto. Tenía un fonógrafo que le permitía hablar, un mecanismo de relojería que le permitía andar, mover sus brazos, abrir y cerrar los ojos y hacer otras cosas poco comunes en juguetes de esta clase. Se le proveyó de un ajuar completo de trajes y sombreros de gran costo, y de toda la indumentaria que acostumbran las mujeres ricas, de la que sólo una niña entre cada cien mil puede soñar poseer algún día. Ese fantaseo de millonario ocioso costó 8.500 $, y tal vez no representaba la mitad de ese valor, pues bien sabido es que, comúnmente, todos los hombres de esa especie son explotados por los que realizan sus caprichos.



Un gato que vale casi 5.000 $

Ahora bien: ocho mil quinientos pesos representan el valor de unas diez y siete mil muñecas ordinarias. En su afán de obsequiar a su hija, ese prócer, presidente de un banco, privó a diez y siete mil niñas del placer de recibir una muñeca. No lo hizo intencionalmente, no se apercibió siquiera de ello, pero ese fué el resultado. Y, lo que es peor, no consiguió su objeto, pues su hija desdeñó la costosa muñeca, prefi-

riendo otra que su aya le había hecho con algunos trapos.

En relación con el salario ordinario, aquella muñeca representaban 5.500 días de trabajo de un hombre fuerte y laborioso; 50.000 horas de una tarea con la azada o con el hacha, enfermando la espina dorsal; diez años de la vida de un obrero que apenas ganaba para dar de comer a su familia; y eso para proporcionar cinco minutos de distracción a una chicuela.

¿Que esto no es un asesinato?

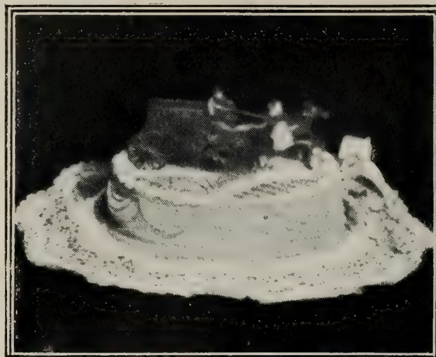
Seguramente no; es algo peor todavía. He aquí el cuadro que representa a la hija de un rico con su mimado cachorro de león. Las complacencias para con esta chiquilla la han descarriado hasta al punto de que no le satisface nada de lo que constituye un placer sencillo en la existencia. Su vanidad la obliga a desear y a procurarse justamente aquello que los demás no pueden obtener. Para complacer esa tendencia, sus padres pagaron dos mil pesos por ese cachorro de león, que le servirá de juguete durante unos cuantos meses, si es que vive tanto, después de cuyo tiempo ya se hará peligroso como compañero de diversión. Dos mil pesos representan dos años de dura labor para un obrero ordinario. Dos mil pesos bastarían para asegurar a cien niños de la ciudad veinte días de reconstituyentes vacaciones en el campo. Esa suma sería suficiente para educar a un hombre, o a una mujer, desde la infancia hasta la madurez.

¿Acaso la palabra asesinato da completa idea de la locura que devora la décima parte de la vida activa de un hombre, la salud de cien niños, y todo ello para divertir un poco de tiempo a una criatura que no tiene en qué pensar?

La pasión por los animales constituye uno de tantos modos de despilfarrar el dinero, y quizás no la supera en extravagancia sino la pasión por las joyas. Aquí tenéis un perro y un gato. El perro, que supongo es de una raza soberbia, representa la alta aristocracia de la especie, como lo evidencia su fealdad. Su actual dueño pagó por él once mil pesos para que su hijo tuviese un perro con que jugar. ¡Once mil pesos! El salario de un buen mecánico durante nueve años. El valor de muchas toneladas de carne... cuando tanta gente está muriendo de hambre mientras el lector pasa los ojos por este artículo. ¡11.000 $! Lo bastante para edificar una escuela, para pagar los gastos de investigación de una plaga. ¡Veinte o treinta años de vida humana echados a los perros literalmente, en un momento de inconsciencia!

¿Asesinato?...

Un gato. ¿Costo? Cuatro mil setecientos cincuenta pesos. ¡Todo ese dinero por un gato! Por un animal inútil, de mal carácter, haragán, ingrato, que sólo sirve como estorbo o como curiosidad de desequilibrados. ¡Gastar lo que representa cinco años de trabajos en un obrero, en semejante peligrosa inutilidad! Eso equivale a dar por un gato cincuenta mil litros de leche, cuando en la ciudad mueren anualmente diez mil niños menores de un año, a causa de lo que los médicos llaman mala nutrición, esto es, de hambre, porque las madres no tienen con qué alimentarlos.



Torta nupcial. Precio, $ 1.400

¿Asesinato?... ¿Carnicería?...

Llamadlo como queráis, con la seguridad de que no encontraréis el término adecuado y preciso, sobre todo si sabéis que el hombre que compró ese gato, por no sé qué extraña coincidencia, canceló la subscripción de cinco mil pesos con que contribuía para que una sociedad de beneficencia proveyese de leche a los niños pobres de la ciudad en que reside. En el año próximo esa sociedad distribuirá 50.000 litros de leche menos que el año actual. Cincuenta mil niños llorarán de hambre durante una noche, por causa de ese gato. Probablemente morirán mil, a causa de ese gato.

¿Es esto asesinato? No creo que tal sea el nombre que se dió a la atroz fechoría de Herodes, la que empalidece en presencia de la que vengo relatando.

En muchos países existe la inocente costumbre, tanto entre los ricos como entre los pobres, de repartir pedazos de una gran torta llamada "torta nupcial". En esa costumbre hay algo de superstición popular, y mucho de tradición y de broma. La novia corta y distribuye la torta entre sus amigas solteras, deseándoles buena suerte. La costumbre es agradable, tiene carácter de hospitalidad y de altruísmo, por el deseo que la acompaña de que los demás sean tan felices que también lleguen al matrimonio. Parece imposible que esos despiadados despilfarradores de dinero hayan corrompido tan bella práctica, como han destruído o envilecido tantas otras con su maléfica influencia. Esos asesinos del dinero aprovecharon la oportunidad que les ofrecía la torta nupcial, para sacrificar tanto como posible fuese esa anulación de vida humana de la que son administradores infieles.



2.000 $ por un cachorro de león

He aquí una torta nupcial adornada con oro puro, y cuyo costo ascendió a $ 1.400, destruídos en una sola tarde.

Por diez pesos se puede obtener una torta del mismo tamaño, igualmente atractiva, igualmente sabrosa, que sirva tan bien o mejor para el propósito. Los otros 1.390 $ representan únicamente el asesinato no intencional del valor. Con ese dinero despilfarrado se pudo haber comprado 27.000 tortas de pan

para dar de comer a otras tantas familias. Se pudo haber mantenido a un niño hasta que llegara a la virilidad, con esa suma. Se hubiera podido perfeccionar cualquiera noble invención, publicar cualquier libro útil... ¡Quién sabe de cuántas cosas habrá privado al mundo esa compra absurda! ¡Quién sabe qué gran espíritu se podría haber formado con esa suma, si la hubiesen gastado convenientemente!

¿Asesinato.... Peor aún, a causa de su ramificación y sus trascendencias.

Cierto hombre rico tiene un hijo, muchacho de mucha inteligencia, de alma alegre y cariñosa. Si este muchacho fuese hijo de un mecánico o de un empleado cualquiera, estaría destinado a hacer grandes cosas. Tiene grandes disposiciones naturales para la mecánica, y se complace en el manejo de cualquier máquina o aparato que puede comprender. Para complacer este gusto, su padre ha hecho construir un modelo de vapor transatlántico, completo hasta en los detalles más insignificantes, movido por máquina de vapor y su par de hélices. Es en realidad una obra maestra de mecánica, la producción de un ingenio que debió haber consagrado sus esfuerzos a algo más útil. El padre pagó por este modelo cuatro mil pesos. Luego gastó ocho mil pesos más en la construcción de un gran estanque, en sus terrenos, con la profundidad suficiente para que pudiese navegar la embarcación. Pero al cabo de una semana el hijo se sintió cansado de aquel costoso juguete, que resultaba demasiado perfecto. Colocando el timón de cierta manera el barco navegaba constantemente alrededor del estanque, sin que en ello hubiese nada de excitante, ni siquiera de divertido. El muchacho acabó por desarmar el mecanismo, pieza por pieza, teniendo la satisfacción de romper algunas.



Cama para muñeca, $ 2.500

Dejemos a un lado lo que esos cuatro mil pesos representan y todo lo que con ellos se pudo haber hecho. Lo más grave es que el constructor del modelo, que es un hombre de ingenio, ha empleado un año en producir aquella obra inútil. Un año en el que ese hombre pudo bien crear algo verdaderamente importante, tal vez trascendental, para la especie humana.

Otro tanto puede decirse del pequeño automóvil que en grabado reproducimos en estas páginas. Este juguete fué construído para entretener a un chiquillo de nueve años, y puede ser manejado en el piso de una sala de gimnasio. Está provisto de todo lo que se necesita para su operación, y de seguro que entretuvo al niño por espacio de un par de semanas, después de las cuales se fastidió del juguete. Incidentalmente produjo los mismos efectos sobre el hombre que lo construyó, sobre el que lo compró y sobre el rapaz que jugó con él, que sobre los que figuran en el caso de modelo de transatlántico de que antes hice referencia.

La hijita de otro hombre rico tiene un armazón de cama para muñeca, la cual armazón es de bronce. Para satisfacer un capricho de la niña, se plancheó de oro la cama. Está provista de colchón y de almohadas de lo más fino, con las sábanas más exquisitas, y sirve para que en ella se suponga que duermen las muñecas, en medio de las comodidades y del lujo más refinados que se pueden concebir.

Esta cama, con sus adminículos, saca un costo de dos mil quinientos pesos y en la ciudad en que reside la niña que es la afortunada dueña de este costoso mueble, hay más de mil niños de la misma edad que ella tiene, poco más o menos, que duermen a la intemperie, acurrucados en el rincón de una puerta, o al abrigo de algún carro en la plaza del mercado...

El hombre que asesina su dinero, lo mismo que el hombre que en un acceso de cólera mata a su amigo, no procede siempre con criminal intención. Además el homicidio es a menudo incidente de otro propósito, del que a veces no se da cuenta ni el mismo que lo ha cometido, quien, por regla general, no comprende la magnitud del hecho. El homicida, siempre hablando en tesis general, es hombre de escaso intelecto y procede por pasión, porque le falta el freno de la educación, porque no está formada su conciencia moral.

El que asesina el dinero, se encuentra en condiciones superiores, y por eso, en mi concepto, el que asesina el dinero es, cuando menos, tan culpable como el que mata a su prójimo.

Hace dos mil años que, en una pequeña población del Asia Menor, fueron pronunciadas unas palabras tan aplicables al mundo de entonces como al mundo de hoy: "Y en verdad os digo que es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja, que un rico por las puertas del cielo".

Juan de VOE.

Crónica de la Moda

DICE la gente que Buenos Aires está atravesando un momento crítico, tanto que pudiera llamarse trágico por las proyecciones que pueden traer consigo la restricción del crédito de los bancos, la disminución de los capitales extranjeros que en tiempos normales venían en busca de hipotecas a altos intereses, etc., etc. Eso y mucho más que no es fácil explicar para quien de lo que menos entiende en el mundo es de números, dice la gente pesimista y agorera.

Sin embargo, los modistos no se quejan: uno de ellos y de los más renombrados hizo en el mes de mayo la bonita suma de 124.000 pesos de ventas. Los joyeros parecen cada día más convenci-



Vestido de tarde, de velo amarillo bordado con sedas de color naranja y algunos toques negros, adorno de encaje y skungs en la blusa

dos de que el lujo desenfrenado que ostentan sus tiendas y sus escaparates es ya artículo "de primera necesidad"... y no sólo en collares y diademas se imponen las voluntades de la moda: se imponen también en todos los detalles del confort moderno, que se traducen en cajas soberbias de cubiertos de plata, cajas que son de roble, de "citronnier", de "bois de rose", con incrustaciones de bronce o de plata, con cubiertos que son verdaderas alhajas. Cajas, o mejor dicho, vitrinas primorosas, que ostentan vajillas copletas de plata sellada, mesas-bars, conteniendo todas las clases de botellas y de jarras y de copas, necesarias para el servicio de la hora del te... Champagne, oporto, jerez, licores, aparatitos para hacer limonada, cocktailera, etc., etc., mesas para fumadores, mesas para arreglarse las manos con todos los útiles necesarios en plata, en oro, o en platino, mesitas-tocador con la última palabra de todas las elegancias, servicios completos para frutas, para helados, para cremas, para champagne, para te, para café, todo eso y mucho más hay para vender en cincuenta o más casas de gran lujo: y no es que solamente las haya para vender: es que hay quien las compra, como hay quien compra toilettes y pieles y sombreros y automóviles, sin cuidarse ni poco ni mucho de la situación comercial de la plaza. ¿Que no hay dinero para el abono al Colón, al Coliseo y al Odeón?... Pagarés para fin de año. ¿Que no se puede pagar la cuenta del joyero?... ¡Pagarés! ¿Que la modista tiene un abrigo de pieles de veinte mil pesos y la señora tiene el capricho de lucirlo en la recepción de tal o cual diplomático de nota? Pues... pagarés, y venga el abrigo. ¿Que a fin de año veremos si se fabrican abanicos con tantos pagarés?... Confiemos en que la plaza habrá mejorado, en que Dios aprieta pero no ahoga, y sigamos en la vorágine... De todos modos, sin lujo no podemos vivir, venga el lujo de donde venga.

Hoy da EL HOGAR sitio preferente a los sombreros, aunque se han hecho en Europa estos modelos para el rigor del verano, como son tan coquetos y sentadores no han vacilado las elegantes argentinas en ponérselos en pleno invierno, para cuya bonita extravagancia les ha favorecido la temperatura tibia y hasta caluro-



1. Vestido de paño de seda azul obscuro, falda drapeada adelante y en la espalda, blusa muy abierta sobre un chaleco de charmeuse color tilo; fichú y voladitos de tul Alençon; cinturón plegado de paño azul, terminando atrás en una caída forrada en seda color tilo. — 2. Sombrero de terciopelo y muaré negros, dos flancos de paradís color fuego dan la nota original y viva que exige la moda; y el barbijo de muaré que encuadra armoniosamente la cara es la elegancia de última hora. — 3. Capelina de paja de Italia, con copa de terciopelo y ruché de valenciana negra. Dos grandes margaritas blancas con tintes color paja le dan un sello de elegancia extraordinaria. — 4. Elegante abrigo de seda brochada, cuyo adorno es un soberbio cuello y botamangas de encaje

sa del fin del mes de junio y principios de julio.

Se llevan mucho los de tul negro, y aun sobre las formas de paja y de seda campean de preferencia los adornos de tul.

Se nota una marcada tendencia hacia formas más amplias, sin llegarse por eso, ni con mucho, a las exageraciones del pasado verano. Tanto en los modelos llamados ''niniche'' como en las formas reducidas, tiene gran aceptación el lazo que, desprendiéndose del adorno del sombrero, pasa por debajo de la barbilla, ciñendo la línea de los maxilares a modo de ''barbijo'' o ''barbuquejo'' y anudándose con una pequeña lazada de costado, sobre la parte inferior de la mejilla, o cayendo, si la lazada es muy amplia, por detrás de la nuca.



1. Sombrerito de paja con el ala de raso adornada con plumas de buitre formando un penacho muy alto. — 2. Sombrero de paja de fantasía con el fondo de muaré, se adorna con plumas de paradís unidas en forma de punto interrogante. — 3. Sombrero de paja cuyo adorno de cinta de faya simula dos grandes alas que se cruzan sobre la copa. — 4. Encantador sombrerito de seda rodeado de un doble plissé de tul y adornado hacia atrás con aigrettes. — 5. Elegante y sencillo adorno de cinta en un sombrerito de paja picot. — 6. Sombrero capota, todo de tul, rodeado en la copa de una cinta de seda, gran penacho de aigrettes y barbijo muy estrecho

Uno de este estilo, y de los más bonitos es el de terciopelo y muaré negro con dos flancos de paradís color fuego, cuyo barbijo de cinta de muaré negra hace un marco exquisitamente sentador al rostro juvenil. Son también preciosos los adornos de tul que hacen nimbo de discreta sombra a los ojos que bajo la caricia vaporosa parecen más grandes, más brillantes, más tentadores. Los otros, los adornados con cintas o con plumas tienen también un chic muy parisiense y copiados en seda o en fieltro, si no se quiere adoptar la ''extravagancia'' de llevar paja en invierno, harán tan bonito efecto como sus modelos.

—Las pieles han reinado este invierno con desoladoras intermitencias para sus felices dueñas... Las más hermosas, las que se han vendido a 18, 25, 30, 45.000 pesos... están esperando los días fríos para salir de los armarios y envolver amorosamente los gentiles cuerpos ondulantes.

Entre tanto, otra moda reciente, ''acabadita de sacar del horno'', o sea de París, se impone con la autoridad que le da su belleza clásica. Como un romántico recuerdo de la última visita del joven rey de España a Francia, París ha creado la capa; la capa española, airosa y noble, que lleva entre sus profundos pliegues algo de la austera hidalguía de la raza castellana.

''La capa'', más que vestido nuevo es un nuevo complemento que presta a los modelos veraniegos ya existentes un encanto y una elegancia excepcionales. Como su nombre lo indica, consiste en un manto de gasa negra que se prende en los hombros y cae sobre la espalda, ligeramente terciado. Su silueta, como ''drapé'', es la de las capas militares usadas antaño por los capitanes de Felipe II, y de este modo su airosa marcialidad, al envolver en parte los cuerpos femeninos, atenúa, con una bella sombra de majestad, la frágil ligereza de las líneas, al par que, pasando hipotéticamente sobre la espalda, detiene el aparente impulso de un perpetuo invento de vuelo que a nuestros movimientos imprimen las faldas estrechas, los tacones altísimos, las telas vaporosas, que a modo de alas, rodean el busto y, por fin, los airones de garza que sobre las cabezas se yerguen en constante afán de un remoto cielo.



Magnífico abrigo de armiño y chinchilla, manchón doble faz, de chinchilla por un lado y armiño del otro. Sombrero de terciopelo rodeado de aigrettes crosse



Abrigo semilargo y manchón de peluche blanca y skungs, elegante gorrete de peluche con colas de paradís

"La capa" se lleva con vestidos de "meteore" color de turquesa muerta con "toilettes" de raso violeta y con otras combinaciones apropiadas; pero en general, el manto es siempre negro, y para vestir, de noche, se sustituye la capa de tul corta por otra muy larga de paño de seda, negro también, guarneciéndola con un cuello de terciopelo del mismo color.

Actualmente es muy fácil vestirse según el



Otro aspecto del elegante abrigo de peluche blanca adornado con skungs

propio gusto siguiendo sin embargo la moda, porque se hace todo, se lleva todo, y todo es chic.

Como siempre el vestido tailleur triunfa para la calle: se hacen muy elegantes y hay modelos que pueden servir para visitas.

Aún en los trajes de lana se ven faldas ligeramente drapeadas atrás: generalmente la falda es de un tejido claro del tono de la chaqueta, obscura y lisa...

En la parte de atrás de la falda sólo se lleva el pliegue necesario para la pretina, pero adelante se pliega en forma de abanico. De esta manera se obtiene la silueta moderna, y aunque no se señale el vientre, el conjunto de la figura aumenta sensiblemente. Al lado de esos modelos, vemos otras faldas cruzadas adelante adornadas solamente con grandes botones y ligeramente abiertas.

Las faldas lisas se hacen solamente en lana; para la seda la hechura tiene que ser más esmerada. Se hacen en forma envolvente, que en un cuerpo fino y esbelto resulta extremadamente graciosa, y se hacen con un sencillo recogido sobre el pie que es una forma encantadora y discreta.

Los chalecos se llevan cada día más; se hacen



Soberbia estola de armiño, boa y manchón de zorro blanco; toca de armiño y zorro blanco, adornada con paradis blanco también

de brocato o de faya con dibujos rebordados o bien en modesto pequín, según que el traje sea o no de visitas.

Algunos hacen el cuello vuelto del mismo tejido del chaleco, lo cual alarga el busto. Es indispensable llevar el cuello libre tanto en los vestidos como en las blusas. Un ruche de tul, derecho se pone alrededor del escote y cae en chorrera adelante, mientras que de atrás forma marco al cuello.

Nada hay más bonito ni más práctico y al mismo tiempo más económico que la blusa. Si el año pasado se dejó un poco, a causa de los vestidos princesa y de las túnicas, ha vuelto ahora y se hace indispensable con los vestidos tailleur.

Casos y cosas



El yerno.—¡Esto si que se llama una desgracia con suerte!



—¿Unas personas tan distinguidas como ustedes jugando a la escoba? ¿Pero ustedes no conocen el bridge?



Borrachini. — Hola... un ladrón... que suerte... Siga, siga no más, he perdido mi llave.



—¿Papá, si plantase esta pepita, saldría un naranjo?
—Claro, y daría naranjas.
—Pues sería muy raro porque es una pepita de limón.



—Señorita, tengo el honor de pedirle su mano.
—Caballero, no esperaba esa declaración, déjeme usted pensar un poco.
—Bueno, pero apúrese porque tengo un taxímetro esperando.

Puntos y Comas

Las pitonisas continúan publicando avisos como éste, que es un ultraje a nuestra cultura, recortado de un diario de la mañana:

"**Amor:** La Venus Mágica, Filtros de Amor, colección de recetas y secretos mágicos para hacerse amar, $ 5. Tesoro de Milagros y Oraciones de la Cruz de Caravaca de suma virtud y eficacia para curar toda clase de dolencias así del cuerpo como del alma, como también un sinnúmero de prácticas para librarse de hechizos y encantamientos con bendiciones y exorcismo, etc., $ 3."

Si al que da un cheque doloso se le condena a unos cuantos meses de prisión ¿qué motivo hay para no hacer lo mismo con quien se aprovecha de la ignorancia ajena para venderle remedios contra hechizos y encantamientos que no existen?

Si esto sigue tolerándose
habrá que creer en hechizos
y en las brujas con escoba
y en los diablos, y en los filtros,
y en las maléficas sombras,
y en que hay dragones horribles
que por sus enormes bocas
arrojan humo y azufre
que a los mortales trastorna.
¡Cómo engañan a los zonzos!
¡Cómo la ignorancia explotan!

En la conferencia que el insigne americanista don Manuel Ugarte dió en el Anfiteatro, hizo resaltar la política absorbente de los Estados Unidos, citando la frase de un estadista yankee que aseguró que antes de un siglo la población de aquellos Estados excedería de mil millones.

En las cuestiones de Estado
un estadista no debe
presumir de exagerado
¡Séale la tierra leve!

El ex presidente Taft no fué, a lo que parece, menos expresivo, pues en cierto discursito, intercaló estas o parecidas frases:

"Un día no lejano, tres banderas de la Unión señalarán el inmenso territorio de la gran República: una desde el polo Norte, otra desde el Panamá y otra desde el polo Sur..."

¡Pues no faltaba más!

Y otra en Europa, otra en Asia;
y en la China y en el Congo
y en las Batuecas y en Babia
y en las regiones celestes
y hasta en las inexploradas.
En toda mi vida he visto
más absurda petulancia.

Pero no ha terminado aún el tema.

El señor Ugarte nos descubrió también algo que produjo gran efecto en su auditorio.

Según parece, el sindicato Fahquar gestiona de nuestro gobierno la concesión de los pozos petrolíferos de Comodoro Rivadavia, que, imperfectamente explotados, han producido en cinco meses 8.200 toneladas de combustible.

El propósito del sindicato no es ampliar la explotación, sino suspender ésta, inutilizar esa fuente de riqueza, para que los argentinos nos veamos en la necesidad de comprar tan indispensable artículo a la Standard Oil.

Si eso llega a suceder
y tal abuso se acata
los yanquis van a creer
que nuestra sangre es de horchata.

En un diario de provincia hemos leído el siguiente aviso:

"Doctor R. V., cirujano, jefe de la sección de oído y garganta en el Hospital X de Buenos Aires, director del servicio de ojos del Hospital Z".

¿Conque servicio de ojos?

¡Linda clasificación la de un hospital que tuviera sus consultorios así rotulados: "Servicio de orejas" "Servicio de narices". Y así sucesivamente.

Aunque tendrá quizá muy buena vista
quien redactó ese aviso, ¿no sabía
que la ciencia que estudia el oculista
se llama oftalmiatría?

A nuestros lectores

La administración de esta revista sólo acepta los avisos que considera de buena fe, y continuamente rechaza aquellos cuya oferta o cumplimiento para con el público le parecen dudosos.

No obstante, si en algún caso, nuestros lectores se creyeran engañados por un aviso aparecido en EL HOGAR, se les ruega que lo comuniquen a esta administración para procurar esclarecer los hechos y suspender las publicaciones del aviso si el cargo se confirmara.

LA ADMINISTRACION.

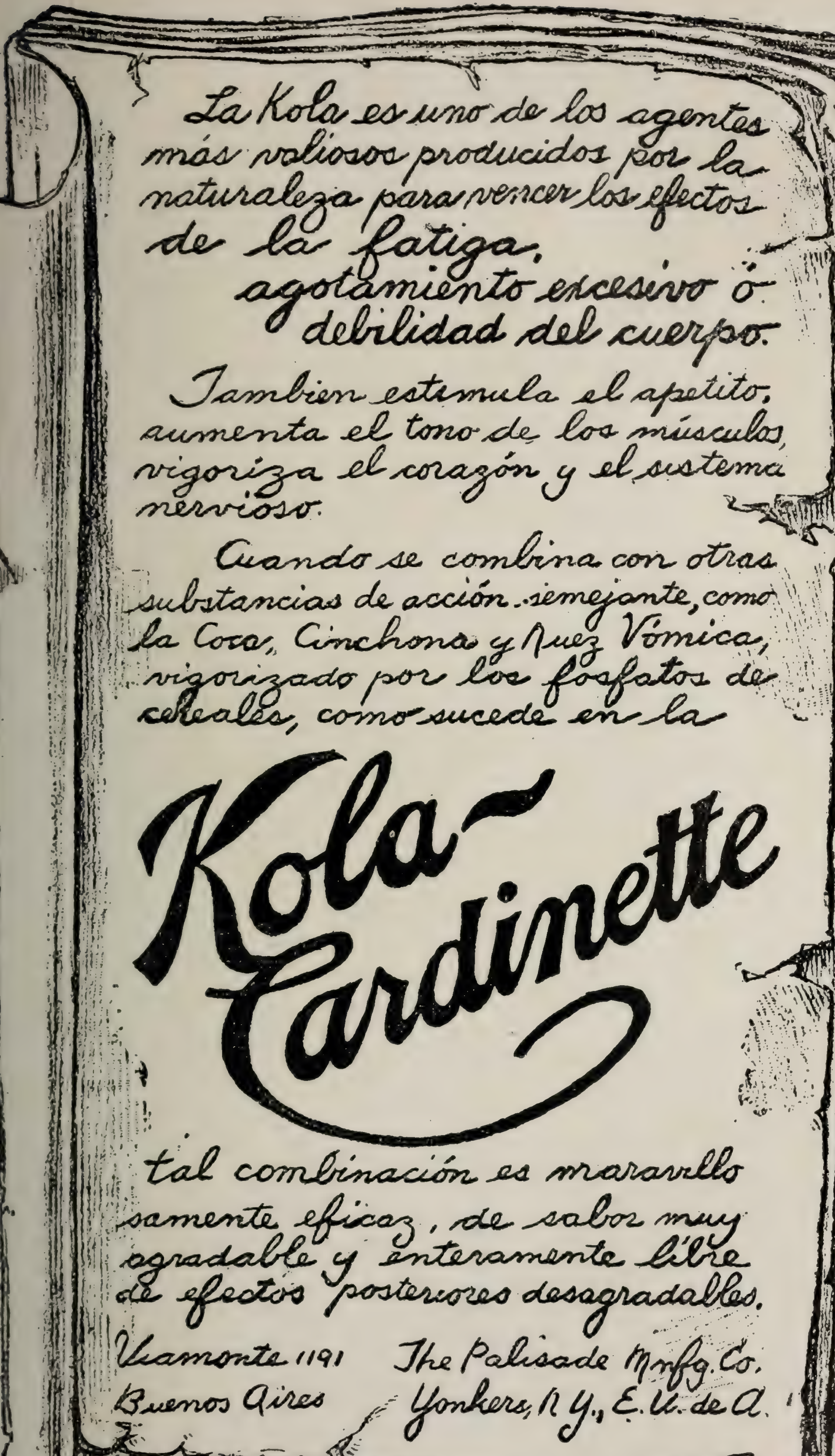
En el Palomar



—¡Pero hombre, te has puesto el cuello al revés...!



—Ya lo sé, pero es mucho más cómodo para ver volar los aeroplanos...


La Kola es uno de los agentes más valiosos producidos por la naturaleza para vencer los efectos de la fatiga, agotamiento excesivo ó debilidad del cuerpo.
Tambien estimula el apetito, aumenta el tono de los músculos, vigoriza el corazón y el sistema nervioso.
Cuando se combina con otras substancias de acción semejante, como la Coca, Cinchona y Nuez Vómica, vigorizado por los fosfatos de cereales, como sucede en la
Kola-Cardinette
tal combinación es maravillosamente eficaz, de sabor muy agradable y enteramente libre de efectos posteriores desagradables.
Viamonte 1191
Buenos Aires
The Palisade Mnfg. Co.
Yonkers, N.Y., E.U. de A.



¡UN BESO
á su magnífica cabellera
EL TÓNICO
JAVOL
hace crecer un cabello largo, suave, hermoso, ondulado, perfumado
EL JAVOL cura la caspa
Hay frascos negros con grasitud y frascos blancos sin grasitud. Cada frasco lleva un paquete de
Polvo JAVOL Shampooing
para lavar la cabeza
En todas las farmacias, mercerías y perfumerías bien surtidas
JAVOL
CON GRASITUD

Labores femeniles

Especial para EL HOGAR.

El bordado en seda es en las labores de actualidad el más fecundo en producciones de todo estilo y forma, aliado a la pintura al óleo o a la acuarela.

Pero por regla general, en las labores que se ejecutan, no siempre se estudia el conjunto del dibujo, de manera que éste pueda responder a lo que se desee hacer; esta es la causa de que se vean infinidad de bordados, cuyo conjunto inarmónico hace desmerecer el valor real del trabajo.

Ante todo, el dibujo para un bordado en seda debe ser prolijamente definido en todos sus detalles para que la aguja pueda seguirle minuciosamente y obtener con seguridad las sombras y luz adecuadas al dibujo.

A más las partes pintadas deben ser siempre pintadas antes de empezar el bordado para poder seguir los mismos efectos de luz con los matices de la seda que hagan combinación con las partes pintadas, para formar en consonancia con la pintura y el bordado lo que se llama un verdadero bordado imitación pintura o la pintura a la aguja.

Como también debe tenerse presente que el bastidor de la bordadora en seda, debe estar siempre colocado en un mismo sitio y en una misma posición, así como la bordadora debe estar sentada siempre del mismo lado, a fin de recibir la misma luz natural que es la que la acompañará para bordar y a obtener con mucha más naturalidad los efectos del bordado.

Nunca debe bordarse en seda con luz artificial, pues cambia completamente el colorido de la seda y naturalmente los efectos de luz, como tampoco no es posible hacer esas esfumaturas tan suaves que son la belleza del bordado en seda.

Teniendo presentes todos estos datos, unidos a los muchos más que ya son del dominio de nuestras amables lectoras, con un poco de paciencia, un poco de estúdio y perseverancia, podrán obtener muy hermosas obras con muy pequeño desembolso; no es el valor de los materiales que se emplean en un bordado en seda, sino la mano de obra, la que le da mérito.

Con una obra de arte, bordada totalmente en seda, engalanamos estas columnas, ofreciéndola a nuestras gentiles lectoras como una verdadera primicia de nuestra producción local, ejecutada por la señorita E. S. con una intuición de colorido perfecta y una ejecución admirable en la puntada.

La clara expresión de la cara y de los ojos, tan difíciles de obtener en el bordado en seda, han sido reproducidas con toda maestría y con una prolijidad de detalle que daría envidia al más renombrado pincel.



Bordado en seda imitación pintura

Este trabajo ha sido ejecutado sobre raso blanco marfil con las sedas marca "Encajera" en los siguientes tonos: para la cara los colores números 111 al 113, 271, 103 y 104, 92 al 98, 254 y 255, blanca y negra. Para el cabello los tonos números 261 al 267. Para hacer el fichú, números 256, 257, 262 y 263.

Para hacer el vestido se emplean los tonos números 21 al 25, 132 al 135, el moño con los tonos 361 al 364, las rosas números 311 al 316, las hojas números 332 al 339, 343 al 347 y 164 al 170.

El som-

El período más crítico para la vida de una madre que cría es cuando la leche indica síntomas de retirarse

Sólo la madre puede, por sí misma, comprender con certeza, la terrible presión que siente sobre el organismo cuando esto ocurre.

El niño mina su fuerza vital, dejándola débil y en estado deprimido. Cuando tal acontece, existen dos remedios.

El uno consiste en alimentar al niño por medios artificiales (procedimiento que está en pugna con el buen sentido materno).

El otro es que ella consuma un extracto de malta de clase excelente, tal como el

AFRICANA EXTRACTO DOBLE

El Africana Extracto Doble se recomienda muy especialmente por la profesión médica, para las madres que crían. Los elementos nutritivos de sus costosos componentes, cebada y lúpulo, fortalecen a la madre, y favorecen la abundancia de rica y saludable leche

Cuando la madre que cría sienta los síntomas del principio de debilidad, deberá tomarse inmediatamente un vaso de Africana Extracto Doble. Esto le repondrá las fuerzas, casi al momento. Un vaso de Africana Extracto Doble tomado al acostarse, calma los nervios y promueve un saludable reposo.

AFRICANA EXTRACTO DOBLE se halla en venta en todas partes

Precio en la Capital: $ 4.00 la docena

CERVECERIA BIECKERT LTDA

SAN JUAN, 3334
Buenos Aires

Unión Telef. 2272 (Mitre)
Coop. Telef. 290 (Oeste)



brero es bordado totalmente con seda negra, matizando con el tono 267, el moño del sombrero con los tonos números 361 al 364, las plumas son bordadas en los tonos 265 al 267 y negro, las manos con los mismos tonos empleados para bordar la cara.

Todas estas sedas deben estar muy bien matizadas, y sobre todo, la dirección de la puntada para obtener la naturalidad perfecta del bordado en sus esfumaturas y en los efectos de luz, debe ser esmeradísima.

En un delicado marco, forman nido dos paisajes y un ramo de rosas, bordados en blanco artístico y dos motivos de encaje árabe al bolillo. Los bordados en blanco, formando uno de ellos un paisaje y el otro una escena de costumbres venecianas, tienen figuras que son una pequeña obra de arte por la nitidez y minuciosidad de los detalles.

Hay que tener en cuenta las numerosas dificultades que tiene el bordado en blanco, cuyo efecto hay que obtenerlo con la dirección de la puntada y los pequeños puntos de fantasía.



Bordados en blanco artístico y encajes árabes al bolillo

El bordado que ofrecemos es copia de un antiguo cuadro cuya figura es bien conocida por estar reproducida en todas formas: en oleografías, en las miniaturas que se emplean para los bordados de fantasía, y a no dudarlo será la primera vez que se reproduce en un bordado en seda tan artístico. Nuestras lectoras tendrán una preciosa obra que podrá servirles de modelo para ejecutar otras de igual mérito, siguiendo todos los datos que dejamos anotados.

La tela empleada en la confección de los tres bordados, es el linón de hilo: algodón para bordar números 60, 80 y 100, aguja número 10.

Los principales detalles de ejecución del bordado en blanco y de los motivos de encaje árabe, son ya del dominio de nuestras lectoras por haberlos hecho conocer en números anteriores de El Hogar.

Rosa ASPLANATO.

Para reflexionar

La fuerza no consiste en derribar al enemigo, sino en dominar la propia furia.

No empieces la segunda parte sin haber acabado la primera; sin orden no hay medida y sin medida no hay concierto.

No desprecies a nadie; mira al viejo como a tu padre, al de tu edad como hermano y al niño como si fuera tu hijo.

El alma no tiene secretos que los actos no descubran.



El primer pensamiento

Bien engañados andan los hombres cuando creen que el primer pensamiento de sus adoradas es absolutamente dedicado a su recuerdo.

Afortunadamente, y por lo general, el dichoso rival que les roba este inicial recuerdo, no es un hombre, ni menos una personificación humana cualquiera, porque sabido es que hay mujeres que se enamoran entre sí, por un sentimiento inocente, pero no por eso menos efusivo de estética.

El rival poderoso que tienen los hombres — apresurémonos a decirlo — es un jabón.

—Sí, así como suena: "un jabón", el delicioso, incomparable, irreemplazable, inimitable jabón Reuter.

No hay mujer linda o elegante, que, al abrir sus ojos a la luz del día, su primer pensamiento no sea averiguar si tiene la provisión necesaria de Jabón Reuter para los efectos de su baño y toilette consecutiva.

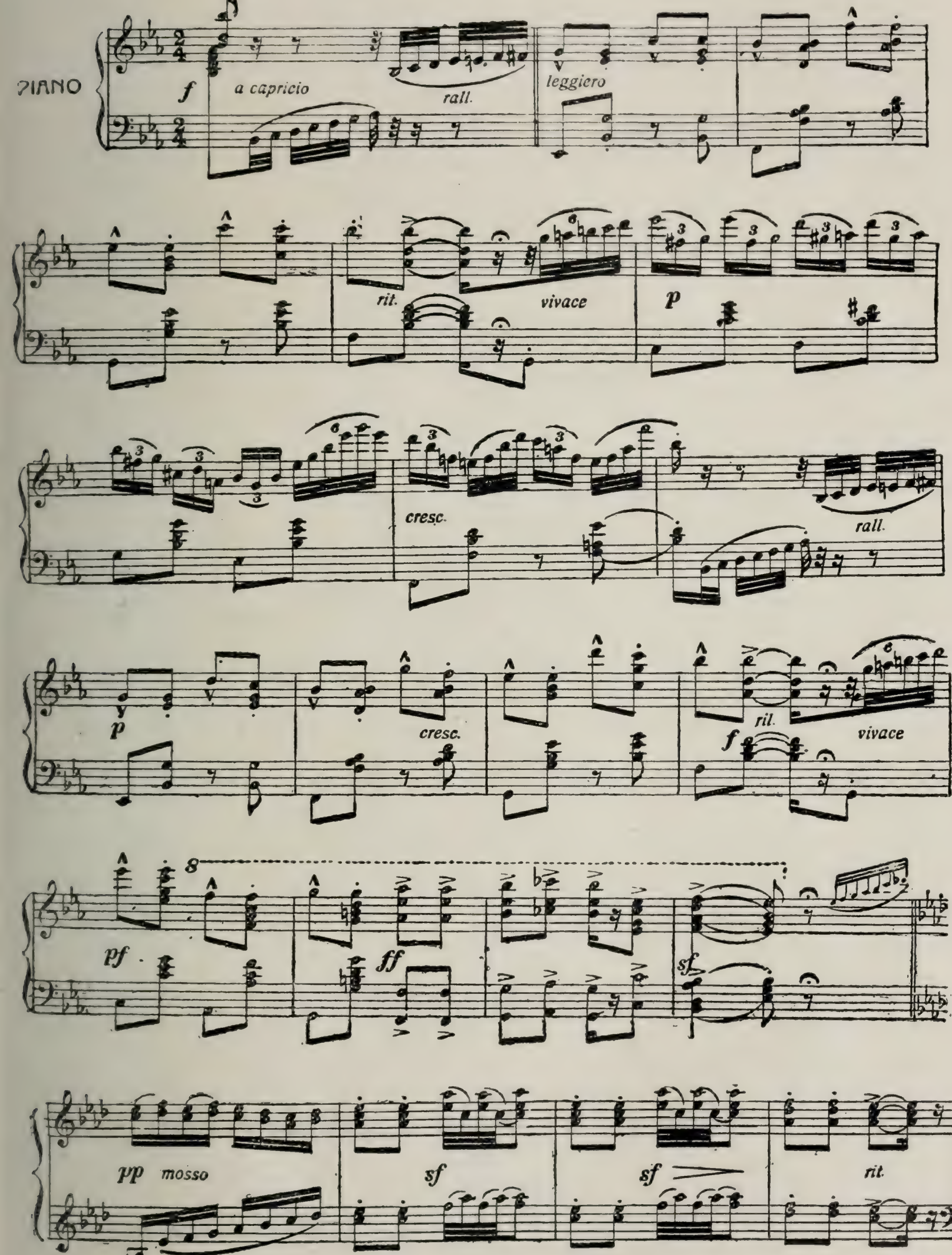
En caso negativo, su primer llamada al teléfono es dirijida al proveedor de la preciosa pasta, pidiéndole el envío de las cajas necesarias.

Luego, posiblemente, dará los buenos días al amartelado galán; pero no hay duda alguna, que el primer pensamiento es al Jabón Reuter.

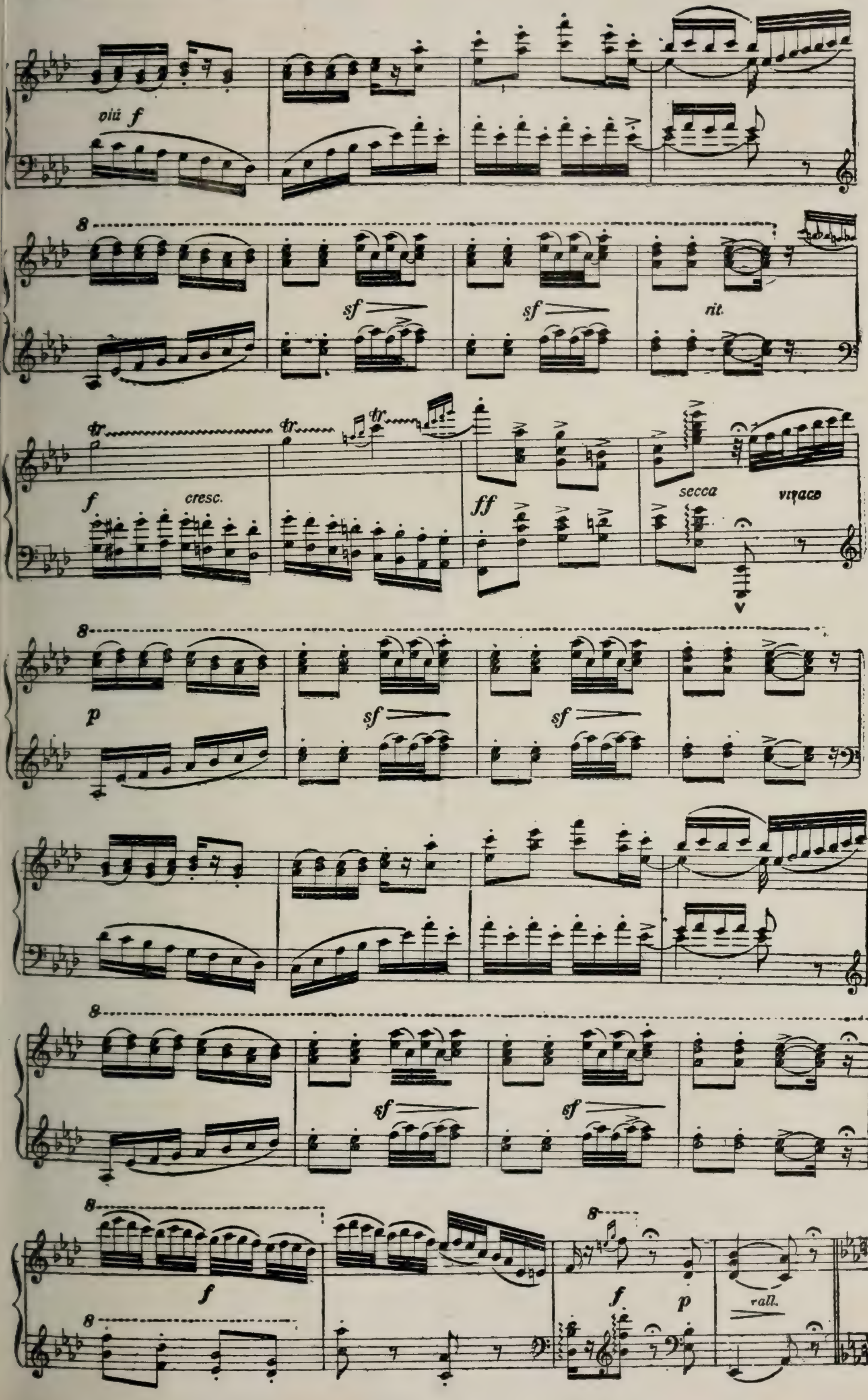
Album musical de "El Hogar"

HUMORESQUE

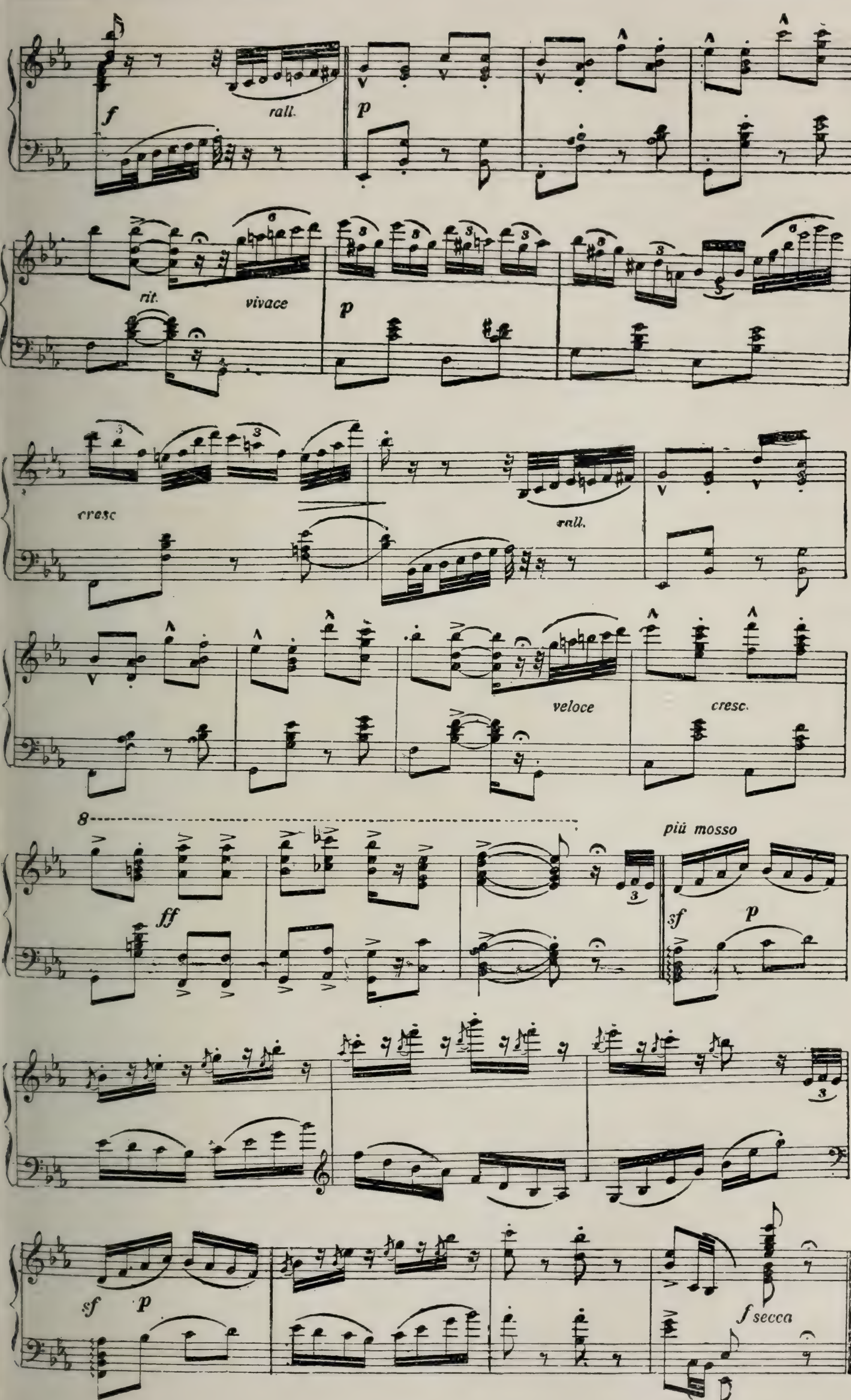
por J. E. Bulterini






più f
sf
rit.
tr
f
cresc.
ff
secca
vivace
p
f
p
rall.


Continental
CONTINENTAL
LA MÁQUINA
DE ESCRIBIR
MAS PERFECCIONADA
BUENOS AIRES
Avenida de Mayo, 1328
Curt Berger & Cía.
"Sección Continental"
Rosario de Santa Fe
CÓRDOBA, 1344


f
rall.
p
rit.
vivace
p
cresc
rall.
veloce
cresc.
8
ff
più mosso
sf
p
sf
p
f secca



Por qué no se baña

No se baña en el mar, porque no tiene cabello, pues aunque éste se recoge dentro de una cofia impermeable y bajo de ésta puede fingirse una abundosa cabellera ¡vaya uno a confiarse de los caprichos del mar!

Se habla por allá, por las regiones del «Negro pescador», que no hace mucho, a una bellísima señora, muy conocida en los principales centros sociales, le pasó un chasco soberano, merced a esta misma circunstancia.

Se metió al agua con una cofiecilla muy coqueta, que hasta exhibía algunos mechoncitos por la parte de las sienes; la señora avanzó hacia lo hondo, cuando, de repente, una ola mayúscula le cayó encima, cubriéndola de espuma.

Cuando pasó el chapuzón aquel, la señora asustada y echando buches de agua salada, apareció ante la concurrencia asombrada y divertidísima, con la «coca» como un melón.

No tenía un pelo.

Ella achacó al susto aquella instantánea depilación, recordando el encanecimiento de María Antonieta; pero una cosa es encanecer y otra quedar con la cabeza como una bola de billar.

Alguna alma caritativa le aconsejó el uso del «Tricófero de Barry» que era un excelente reactivo capilar «para las peladuras por susto».

El hecho es que la señora tomó el consejo al pie de la letra, y este año se exhibe en la playa de Mar del Plata, con una rizada melenita, suya propia, que le ha nacido a fuerza de fricciones con el milagroso Tricófero, y que no se la cubre, ni para bañarse, en lo que hace muy bien, pues el triunfo del Tricófero debe de ser popular para ejemplo de los que lo necesiten.

El suero contra la vejez

Una guerra civil en nuestro cuerpo y cómo puede remediarse

Las teorías del profesor Metchnikoff acerca de las causas que producen la vejez y la manera de impedir ésta, hasta cierto punto por lo menos, vienen dando mucho que hablar en el mundo científico. Algo ha dicho ya de las ideas de Metchnikoff parte de la prensa, pero desnaturalizándolas. La teoría es ésta, según el profesor.

Los fagocitas no se limitan a ser los defensores de la salud, comiéndose a los microbios que se atreven a penetrar en nuestro cuerpo. Hay fagocitas de diversas clases. Metchnikoff los divide en dos clases: los micrófagos, o sean los comedores de microbios; y los macrófagos, que se entretienen en comerse las células y en ser los agentes activos de una verdadera guerra civil entre las células de un mismo organismo. Los primeros habitan sobre todo en la sangre. Los segundos se encuentran principalmente en el bazo, el hígado y los ganglios linfáticos, considerados como órganos fagocitarios.



Los fagocitas macrófagos atacan y devoran las células vivas pertenecientes a los mismos órganos que ellos. Las células se defienden segregando substancias solubles que apartan a sus adversarios; pero el funcionamiento normal de las células atacadas, acaba por modificarse, su vitalidad flaquea y entonces sirven ya definitivamente de presa a los fagocitas. El resultado de esta lucha que se libra dentro de nuestro organismo es a veces ventajosa porque hace desaparecer una porción de elementos viejos o enfermos. Así sucede que los glóbulos de la sangre estropeada van siendo destruídos en el bazo por los fagocitas que habitan ese órgano.

Por un mecanismo análogo desaparecen una porción de órganos larvarios, como por ejemplo la cola de los renacuajos al transformarse este ser en una rana adulta: los elementos de la cola son destruídos por las células fagocitarias.

Muchas veces, sin embargo, la ferocidad de los fagocitas es perjudicial al organismo, porque destruye células incapaces de regenerarse, como por ejemplo las nerviosas.

Igualmente a consecuencia de ciertas intoxicaciones crónicas, como el alcoholismo, hay órganos interiores que acaban por ser devorados: el hígado, por ejemplo, en este caso particular. Multitud de fagocitas se acumulan entonces alrededor de la célula atacada, la despedazan, la devoran y acaban por ocupar su puesto tomando la forma de tejidos conjuntivos. Las células nobles perecen de esta suerte y el organismo entero se ve invadido por un tejido conjuntivo casi inerte.

A medida que avanza la edad se produce el doble fenómeno de debilitación de la vitalidad de gran número de células nobles y de aumento de actividad en los fagocitas macrófagos.

A consecuencia de esto sucede que con la vejez gran número de órganos importantes se atrofian, es decir, se ven invadidos por el tejido conjuntivo inerte de que hemos hablado, resultado de la acción devoradora de los fagocitas. La vejez es, por lo tanto, resultado de una multiplicidad excesiva del tejido conjuntivo que se sucede a las células nobles. Envejecemos y morimos presa de nuestros fagocitas, y la senilidad es producto de una infección crónica, durante la cual vemos atrofiarse antes que ninguna, las células del ovario, las más delicadas de todas, y después las células nerviosas.

La vejez es, según Metchnikoff, resultado de una rotura del equilibrio en las relaciones normales de los elementos celulares.

Si se pudiera—añade—restablecer ese equilibrio conseguiríamos detener o por lo menos atenuar la atrofia senil y la vejez llegaría más tarde.

Tal es el grandioso problema planteado por Metchnikoff.

¿Hay medio de intervenir en esta lucha entre las células nobles y los fagocitas? ¿Podemos atenuar esa reacción inflamatoria que da por fruto la atrofia senil?

En este combate entre las células nobles del organismo y los fagocitas devoradores, se ocurren dos medios de intervención. Uno consiste en debilitar la acción fagocitaria. El otro, evidentemente superior, consistiría en permitir luchar con ventaja a las células nobles; pero para ello sería necesario poder ejercer una acción específica sobre tal o cual categoría de células, por ejemplo la célula nerviosa o los espermatozoides, sin tocar a los demás grupos.

Un descubrimiento hecho por el doctor Bordet permite concebir la posibilidad de tal acción específica.

Bordet ha establecido que si se inyecta sangre de una especie animal a otra especie diferente, por ejemplo, sangre de conejo ordinario a un conejo de Indias y se renueva cierto número de veces la operación, el suero del conejo de Indias adquiere la propiedad de disolver los glóbulos

sanguíneos del co
nejo ordinario. E
suero del conejo d
Indias "vacunado'
contra la sangre de
conejo ordinario, po
see, con respecto
esta sangre, propie
dades específica
mente destructoras
En efecto, la inyec
ción de este suer
bajo la piel de u
conejo, da por re
sultado una abun
dante destrucción d
los glóbulos rojos d
este último y per
manece sin acció
sobre los demás sis
temas celulares.

De igual maner
se pueden obtene
sueros que posea
una acción especí
ca sobre otros siste
mas celulares, com
por ejemplo, los e
permatozoides, lo
fagocitas, el epiteli
renal, el del híga
do, etc. En una pa
labra, es posible pre
parar sueros espec
ficos anticelulosos d
igual manera que l
es el preparar su
ros específicos con
tra tal o cual espe
cie de microbios. N
es por lo tanto im
posible una acció
específica sobre la
células; sólo que d
cha acción, lejos d
ser estimulante, se
ría destructora de l
vida celular.

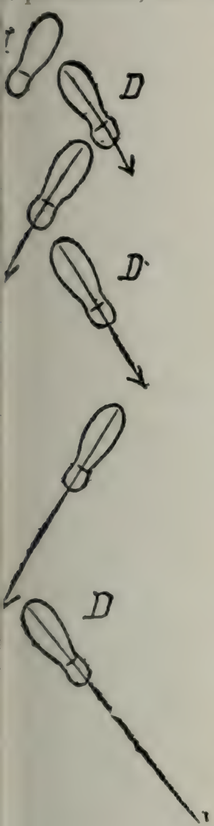
Pero, dice Metch
nikoff, es un hech
científico que la
substancias, que so
tóxicas cuando s
las emplea a alta
dosis, conviértens
en estimulantes
la vida celular cua
do se las aplica e
dosis débiles. A s
sucede con la dig
tal, que a dosis a
tas es un veneno
que a dosis débil
es un tónico de
fibra cardíaca.

Como la ley es g
neral, tal vez los v
nenos al ser emple
dos en dosis conv
nientes se convie
tan en estimulan
tes.

Figuras del "Skating"

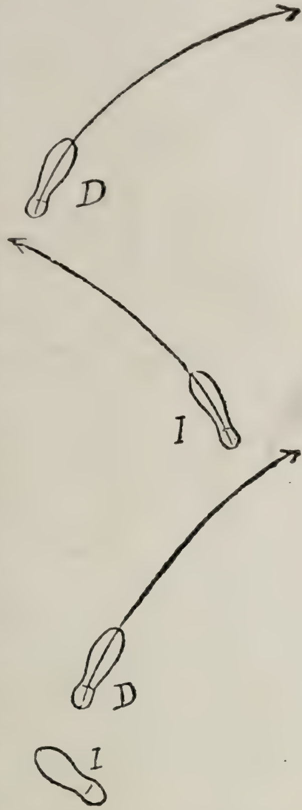
E L arte de describir figuras al patinar con patines de ruedas ontribuye mucho a dar más atrac- ivos al deporte. Este arte no es di- ícil de aprender, sobre todo, si da ecciones una persona entendida. 'ero a falta de maestro es cosa fá- il para el principiante seguir las nstrucciones que damos a conti- uación.

El paso holandés es uno de los jercicios mejores para empezar. onsiste en comenzar cada paso ruzando alternativamente un pie obre otro. Se pasa, por ejemplo, el ie derecho sobre el izquierdo, se lobla la rodilla y se deja que todo l peso del cuerpo descanse sobre l pie derecho, volviendo a medias el cuerpo hacia la derecha. Luego se pasa el pie izquierdo alrededor del derecho, volviendo el hombro izquierdo hacia adelante, se pone el pie izquierdo al otro lado del derecho, y así sucesivamente. Como se ve por el diagrama, es semejante al que se da cuando se patina en línea recta hacia adelante, pero los pies están cruzados de modo que el pie derecho empieza a andar donde debía andar el izquierdo, y viceversa.



Paso holandés

Para patinar sobre las ruedas del lado de fuera, que resulta un ejercicio muy bonito, se echa resueltamente el peso del cuerpo sobre el lado del pie que patina, y cuanto más inclinado se vaya, mayor será la curva que se describa. Esto requiere mucho equilibrio, porque el cuerpo va realmente fuera del pie que patina, y por ese lado no se dispone de un pie suplementario en que apoyarse si se pierde el equilibrio. Las curvas que se describen a un lado y a otro a cada paso son muy graciosas. Al empezar cada paso, el pie que acaba de levantarse del suelo debe dejarse detrás del pie que empieza a patinar trayéndole, gradualmente, hacia adelante para que a su debido tiempo pueda hacerse el cambio de pies. Al traer hacia adelante el pie que está en el aire, hay que tener mucho cuidado de volver todo el cuerpo formando una ligera curva. El hombro opuesto al pie que está patinando se vuelve al mismo tiempo hacia adelante. Los brazos deben usarse al principio para guardar el equilibrio, pero la figura no puede darse por bien aprendida hasta que se hace con las manos atrás.



Patinar con las ruedas de fuera

Para patinar hacia atrás hay que poner los pies formando un ángulo, con los dedos mirando hacia adentro. El cuerpo se equilibra sobre el patín de atrás, y el patín delantero se emplea para el impulso. Al principio conviene andar sencillamente hacia atrás, con los dedos vueltos hacia adentro, sin intentar dar dos pasos demasiado largos. Los dedos de un pie se ponen detrás del centro del otro pie con el cual se da un ligero impulso.

Patinar sobre el borde del pie, hacia atrás es fácil cuando se domina la marcha de retroceso. El cuerpo se inclina hacia atrás sobre el pie que patina, mientras que el pie que queda en el aire se lleva rápidamente hacia atrás para tenerlo preparado para el próximo paso.

Al patinar hacia atrás, conviene ir mirando por encima del hombro para evitar choques.



Patinar hacia atrás

Hay otro paso que llaman de "águila explayada", que si bien no tiene atractivo, considerado aisladamente, es parte esencial de otras muchas figuras, especialmente del paso de vals, por cuya razón conviene dominarlo. Consiste en patinar con los pies vueltos en direcciones opuestas, es decir, que uno de los pies vaya con los dedos hacia adelante y otro con el talón. Se da un paso hacia adelante, con el pie izquierdo, luego se vuelve hacia afuera, todo lo posible, el pie derecho con las rodillas ligeramente dobladas; entonces se ponen en el suelo las ruedas delanteras del pie derecho en la misma línea que acaba de recorrer el pie izquierdo y, finalmente, se deja que toque el pavimento el tacón derecho.

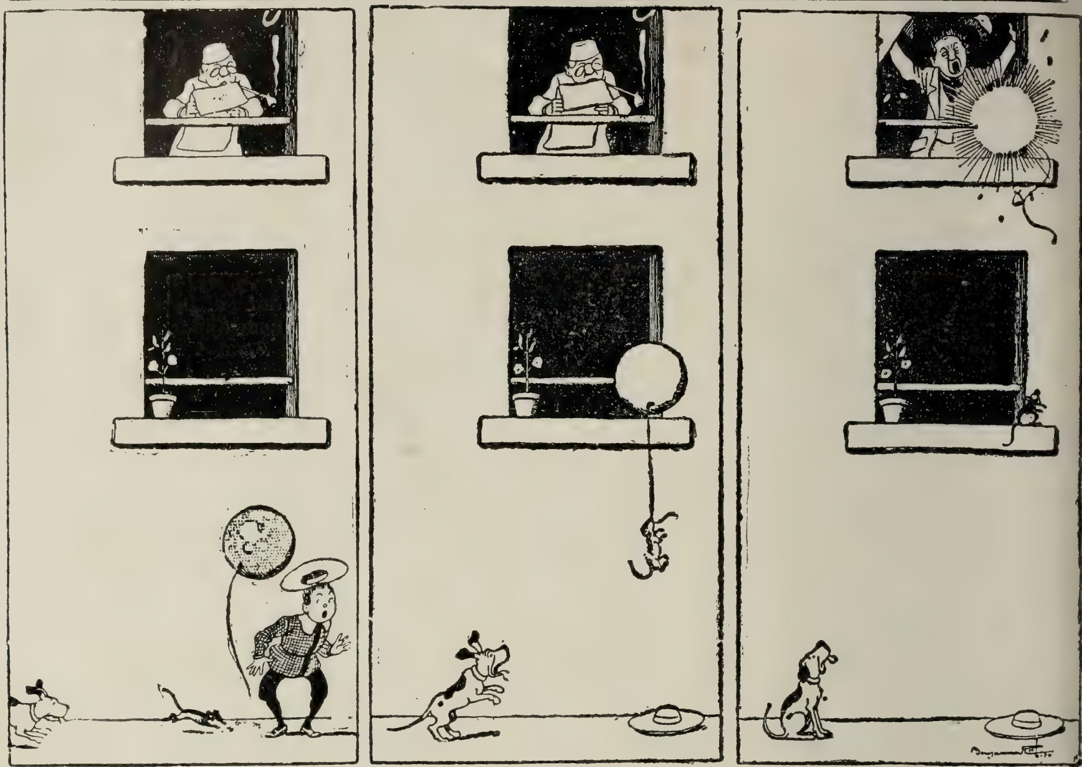
Las figuras que acabamos de describir son las que ahora están más de moda en Inglaterra, donde hay gran afición al deporte del "skating", que cuenta con infinidad de adeptos.



El águila explayada

Para los niños

El ratón aeronauta



I II III

Napoleón I no ha existido

En el primer tercio del pasado siglo apareció con este extraño título, un folleto que causó la admiración de toda la Francia, siendo comentadísimo en las Tullerías y produciendo verdadera sensación en la Soborna.

El caso no era para menos, pues aunque la obra era debida al ingenio de un poeta, la argumentación era tan natural y verosímil, que a haber ocurrido la Odisea napoleónica algunos siglos antes, hoy serían muchos los historiadores que negarían rotundamente la realidad del héroe de Marengo.

¿Nos engañamos al estudiar cosas que fueron mezclando o mejor dicho confundiendo la verdad con la mentira, lo real con lo fabuloso, la historia con la leyenda? Es muy posible. He aquí la prueba.

Napoleón Bonaparte de quien tantas cosas se han dicho y escrito, "no ha existido jamás", pues no es otra cosa que un ser mitológico, un personaje alegórico; el Sol personificado.

De él se cuenta lo siguiente:

1.° Que se llamaba Napoleón Bonaparte.

2.° Que nació en una isla del Mediterráneo.

3.° Que su madre se llamaba leticia.

4.° Que tuvo tres hermanas.

5.° Que tuvo cuatro hermanos de los cuales tres fueron reyes.

6.° Que tuvo dos mujeres y una de ellas tuvo un hijo.

7.° Que tuvo diez y seis mariscales, de los cuales doce estaban en activo servicio.

8.° Que puso término a una gran revolución.

9.° Que triunfó en el Mediodía y sucumbió en el Norte.

10.° Que después de un reinado de doce años murió en una isla del Atlántico.

1.° Los poetas llaman al Sol, Apolo (en francés Apollo). Es constante que Apolo significa "exterminador", y parece que los griegos dieron al Sol esta calificación a causa del mal que les hizo delante de Troya donde pereció gran parte de su ejército.

Ahora bien, Apolo es sinónimo de Apoleo, palabra que se deriva de "apolluo", ó "apoleo", dos verbos griegos que significan perder, matar, exterminar: de manera que si el supuesto héroe se llamase Apoleon tendría igual nombre que el Sol, y la misma significación, pues nos lo pintan como el mejor exterminador de hombres de los modernos tiempos. Pero su verdadero nombre es Napoleón (Napoleón por contracción) mas esta sílaba "ne" no constituye diferencia alguna porque en griego "ne nai" es afirmación, y así podemos traducir, verdaderamente exterminador, vedadero Apolo, verdadero Sol.

El apellido Buonaparte (Bonaparte por contracción) nos indica que se trata de una cosa que tiene dos partes, una buena y otra mala, lo cual conviene perfectamente al Sol, cuyos efectos son día y noche, luz y tinieblas, alegoría persa de los genios buenos y malos, pues a estos últimos se les conjuraba con la imprecación "abi in malam partem"; y si por mala parte se alude a las tinieblas, es claro que Bona parte significa la luz el día, el Sol.

2.° Apolo, según la mitología griega, nació en la isla de Delos, y a Napoleón se le ha hecho nacer en otra isla prefiriendo la de Córcega, porque la situación política de ésta respecto a Francia, era anóloga a la de Delos respecto a Grecia.

Es verdad que Pausanias concede a Apolo el título de divinidad egipcia, pero también en esto vemos otra analogía entre Napoleón y el Sol, pues es sabido que en la soñada campaña de Egipto se consideró a Napoleón como un ser superior, sobrenatural, divino.

3.° Suponen que su madre se llamaba Leticia, pero es claro que bajo el nombre de Leticia, que quiere decir Alegría, se ha querido designar a la Aurora, cuya luz naciente esparce alegría por toda la naturaleza.

Es también notable que la madre de Apolo se llamaba Leto, de donde los romanos derivaron el nombre de Letona, madre de Diana, y los modernos el de Leticia, madre de Napoleón.

Es, pues, evidente que tanto el hijo como la madre están tomados de la mitología griega.

4.° Según se cuenta, este hijo de Leticia tuvo tres hermanas, y es indudable que con ellas se alude a las Tres Gracias que con sus compañeras las Musas formaban la corte de su hermano Apolo.

5.° Añaden que este moderno César tuvo cuatro hermanos, los cuales representan las cuatro estaciones. Tres fueron reyes, y son la Primavera que reina sobre las flores, el Estío que reina sobre las mieses y el Otoño que reina sobre los frutos, y como estas tres estaciones dependen del influjo del Sol, se nos dice que los tres hermanos de Napoleón recibieron de éste el poder, y sólo reinaron por él. En el cuarto hermano que no fué rey se alude al Invierno que sobre nada reina.

6.° Se dice que Napoleón tuvo dos mujeres y otras tantas se han atribuído al Sol. Estas fueron la Luna y la Tierra, con la coincidencia notable que sólo de esta última tuvo sucesión un hijo único que fué Horo, hijo de Osiris y de Isis, es decir, del Sol y de la Tierra.

Esta es una alegoría egipcia en que el niño Horo nacido de la Tierra fecundada por el Sol, representa los frutos de la agricultura. Y precisamente se ha fijado el nacimiento del supuesto rey de Roma en el 23 de Marzo, equinoccio de primavera, porque en esta estación es cuando nacen los frutos de las flores fecundadas.

7.° Dicen que el Gran emperador tenía al frente de sus ejércitos a doce mariscales, y cuatro que no estaban en ejercicio.

Los doce primeros significan claramente los doce signos del Zodíaco marchando a las órdenes del Sol Napoleón y mandando cada uno una división del innumerable ejército de estrellas.

Los otros cuatro representan los cuatro puntos cardinales, que sin moverse en medio del movimiento general, representan muy bien la inmovilidad de que se trata.

De modo que estos mariscales son entes simbólicos sin más realidad que su jefe.

8.° Dícese que el célebre guerrero puso coto a un azote devastador que llenaba de terror a toda la Francia y que se llamó la Hidra de la Revolución. Ahora bien, esta hidra, dragón o serpiente es la alegoría de la serpiente Pito que llenaba de terror a toda la Grecia y que fué muerta por Apolo.

Por esto se nos dice que Napoleón empezó su reinado ahogando la revolución francesa, tan quimérica como todo lo demás, pues es evidente que la palabra "revolución" está tomada de la lati-

na "revolvo", que indica la posición de una serpiente enroscada.

9.° Dícese que Napoleón recorrió gloriosamente los países del Mediodía, pero no habiendo penetrado demasiado en los del Norte no pudo mantenerse en ellos. Todo esto caracteriza perfectamente la marcha del Sol, pues es sabido que éste domina soberanamente en mediodía, pero lo más notable es que después del equinoccio de otoño trata el Sol de internarse en las regiones septentrionales, y al cabo de tres meses de marcha encuentra el trópico boreal que le obliga a retroceder hacia el mediodía siguiendo el signo de Cáncer que indica la marcha retrógada del Sol en este punto de la esfera.

De aquí ha nacido la imaginaria expedición a Rusia, la derrota de Moscou y la humillante retirada que tuvo peor resultado.

10.° Por último, todo el mundo sabe que (en apariencia) el Sol nace en oriente y se pone en occidente. De la misma manera Napoleón Bonaparte nace en Córcega, mar de oriente, y muere en Santa Elena mar de occidente. Y muere después de haber reinado sobre la Francia durante doce años, que no son otra cosa que las doce horas del día que brilla el Sol sobre el horizonte.

Queda, pues, demostrado que el Gran emperador, el coloso de la guerra, el héroe extraordinario, no es más que un personaje alegórico, cuyos atributos son tomados del Sol, y por consiguiente que Napoleón Bonaparte "nunca ha existido", naciendo el error en que se ha incurrido, en el "qui pro quo" de haber tomado por historia la mitología del siglo XIX.

Nota curiosa. — Cuando Napoleón fué proclamado rey de Italia, se sobresaltó al ver en la sala del trono esta inscripción:

I N R I

Hubo que explicarle que quería decir: Imperator Napoleone Rex de Italiæ.

Pedro BOFILL.

LA PARAFINA Y LAS MANZANAS.—La parafina y la lechada de cal son los grandes remedios para el manzano, porque con ellos se conservan los árboles fuertes y libres de insectos enemigos de la fruta.

Un cultivador inglés cuenta que poseía un manzano cuyo tronco estaba enmohecido en casi sus dos terceras partes, y se le ocurrió saturar de parafina las ramas principales y el tronco. Esto fué en octubre; en noviembre raspó toda la corteza enferma y dió al árbol otra mano de parafina.

"En diciembre—añade—le dí otra nueva mano de parafina y luego una de lechada de cal. Cada vez me bastó un cuartillo de parafina para todo el árbol.

"El resultado fué que obtuve una cosecha excelente, y que las manzanas alcanzaron mayor tamaño que de ordinario y tenían aroma exquisito. Además no fueron atacadas las hojas por ninguna plaga.

He estudiado la cuestión del cultivo productivo del manzano en pequeños jardines, y siempre me ha dado grandes resultados el sistema de aplicar parafina y lechada de cal a los árboles infestados de insectos. Por esta causa no vacilo en recomendar el procedimiento a los "amateurs" de la jardinería, para que lo ensayen."

LA PASIÓN DE MÍSTER CASTLE

(Conclusión)

—¡Qué pregunta!

—Responda usted, por Dios.

—No, Dios me libre; los locos me dan miedo.

—¿Por qué?

—¿Ya vuelven las preguntas? ¿Se ha propuesto usted examinarme?

—Respóndame: ¿por qué los locos le dan miedo?

—¡Qué sé yo! Porque deben parecerse a míster Castle...

¡Ah, por mucho que yo había tratado de evitarla, la irremediable escena se imponía!

—¿Míster Castle?...

No pude acabar... Catalina rompió a reir estrepitosamente... Me miraba con unas malicias provocadoras, irreverentes, desvergonzadas y gritaba entre sus risas:

—¡Lo he dicho adrede!..., ¡lo he dicho adrede!... Ya sabía yo que le pondría furioso oir nombrar a ese sujeto...

¿Furioso por qué?... La verdad es que yo mismo no acertaba a contestarme; pero la muchacha tenía razón.

Entonces me acerqué a ella mucho, mucho, y en voz muy baja le repliqué:

—Catalina, sea usted buena conmigo...

La voz me temblaba: ella tuvo un estremecimiento ligero y se puso repentinamente seria.

—Dígame que el inglés no la interesa nada...

—Nada—respondió serenamente—¿y qué más?...

—¿Qué más?...

Ella callaba. Miré a mi alrededor. El soto estaba obscuro. Había caído la tarde. A nuestro lado el caño de la fuente destrenzaba el monótono rosario de sus notas argentinas.

Cuando quise atraerla a mí para besarla, ella cerró la boca convulsivamente y su tibia cabezuela llena de vitalidad plegóse humilde, cayendo desvanecida de emoción sobre mi pecho.

Fuí absolutamente feliz... Fuera de mí, besé aquella frente de nieve, aquellas rosas empalidecidas de su rostro.

Sobresaltóme el ruido de unos pasos, cerca del soto, en el sendero.

Sobresaltóse ella también, volviendo en sí.

Los pasos a toda prisa se alejaban.

—¿Quién ha sido?—preguntó la muchachita.

Miramos, miramos. Una sombra blanca se alejaba sendero arriba.

Algún fraile, tal vez, que volvía de la aldea...

No nos importó gran cosa. Teníamos prisa de volver a mirarnos, de apurar santamente, en aquella soledad, los ojos en los ojos, el inmenso deliquio de nuestros corazones, que por la vez primera se hablaban sin engaños.

VI

—¿Y tú crees que papá se resignará a dejar sus hierbas, sus plantas y sus montes?

—Sí, Catalina mía, sí... Además, no es necesario que lo deje todo... Trasladaremos el herbario a la ciudad: haremos que lo ceda al Muni-

cipio... Tú verás, tú verás... Todavía le haremos grande hombre...

Ella sonreía... Ella era una sonrisa perpetua desde aquella tarde en que, saltando por encima de todos mis temores, le dije, casi sin palabras, mi cariño...

Pero yo no vivía ya en la sierra... Además, se acercaba el verano... Aquello iba a llenarse de curiosos, de envidiosos...

—¿Ya?... ¿De veras no esperamos unos días todavía?...

Era la renuncia de su vida lo que yo pedía a aquel hombre, y no tenía fuerzas para tanto.

Me resigné a esperar. Se resolvió que haría mis comidas en la habitación de los Fyol. Catalina ponía en los guisos un arte de ama de casa consumada.

Yo encontraba en ella más virtudes cada día. Pero no podía vivir tranquilo en la sierra; tenía la aprensión de una desgracia.

No comiendo ya con los colonos no volví, ni quise volver a ver cara a cara a míster Castle.

Tampoco dejé que Catalina bajara al convento. Afirmé que me daban horror las frutas y las hortalizas.

Una tarde, paseando por la sierra, encontramos al padre Juan y a su pequeña comunidad de Hermanos...

Catalina me cogía el brazo y me miraba tan embelesada, que no pudo verlos, hasta que los tuvo casi enfrente...

Pasaron.

"El" nos vió... Debió adivinar... Reía... Reía primero silenciosamente; luego a carcajadas...

Vimos que la pequeña comunidad se detenía y le rodeaba... Tenía algo anormal aquella risa...

Catalina dijo:

—Ese pobre Hermano siempre me ha parecido un poco idiota... ¿verdad?... Esa risa es de loco. Vamos, vamos... Me hace daño...; ¿no le oyes?

La risa paró de pronto... Los cuatro hombres acababan de tomar en brazos el cuerpo del pobre idiota, que se convulsionaba con temblores de epiléptico...

Asustada Catalina ocultó su rostro en mi pecho y estuvo largo rato así.

El egoísmo del amor humano llega a veces a unos refinamientos de crueldad que espantan.

Cuando Catalina, asegurándola yo que estábamos solos otra vez, levantó su adorable cabecita, nos besamos...

Pero a la mañana siguiente, yo, que había pasado una noche horrible, oyendo, disonantes en la calma de la sierra, las carcajadas del idiota, improvisé unos negocios repentinos, manifestando a los Fyol que aquella misma tarde tenía que salir para la ciudad, donde permanecería unos meses, solo, si ellos no querían acompañarme.

Con lágrimas en los ojos, el buen Fyol dijo:

—¡Sea! Partiremos esta misma tarde... Hija mía, no te quejarás de mí...

Le abrazamos los dos. Muchas veces he pensado que ya van faltando en el mundo almas como la de este pobre viejo.

Cuando, por la tarde, dejábamos La Solera, encontramos en el camino a míster Castle... Se hizo a un lado, para dejar pasar el coche. No tuvo ni un saludo, ni una palabra.

con sus ojos imponderables, únicos: con una mirada que, estoy seguro, "recordaremos los tres hasta el día de nuestra muerte".

. . . .

EPILOGO

Llevábamos dos semanas de matrimonio. Catalina servía el almuerzo, en aquel claro comedor de mi casita, en uno de cuyos extremos papá Fyol se había empeñado en colocar un jarro con unos helechos disecados.

—¿Recuerdas?—me dijo, sonriendo.—Son aquellos mismos helechos que yo llevaba en mis manos, llenas de arañazos, la tarde que nos conocimos... Vamos, ahora que ya pasó, te lo confieso: me pareció que estabas enfermo, muy enfermo, aquella tarde.

—¡Pobre papá!... "Súbase, súbase usted el cuello del gabán..." Lo dijo con un interés que no podré olvidar...

—¡Quién había de decirme entonces!... ¡Ea! Ya está esto...

El viejecito acababa de colocar el jarro y los Sólo nos miró; nos miró a todos fríamente, helechos. Se alejó un espacio para contemplar su obra a su sabor.

—¡Perfecto!... ¡Catalina!... ¿no vienes a verlo? ¡Así se aprecian en esta casa mis atenciones delicadas!

—¡Voy, ya voy, espérame! ¡Que no mire nadie hasta que llegue yo!

—Ya has oído... ¡A cerrar los ojos!... No se mira, no se mira; no puede verse nada hasta que llegue la señora de la casa.

—¡Pobre viejo! Era un alma blanca, de niño, de franciscano; un alma de estas cuya inocencia hace llorar a veces... ¡Tan fuera de su sitio están entre los hombres!

Entró Catalina. Fué el gran momento del entusiasmo familiar... Yo he tenido siempre una inclinación irresistible a estas escenas de familia tan triviales, tan sencillas, de un gusto tan dudoso y a veces de un ridículo tan conmovedor... El jarro, los helechos, la disposición que había ideado el buen viejo eran inverosímiles, horribles; pero este rincón será siempre uno de los rincones de mi casa donde mi corazón tendrá un reposo...

—¿Verdad que está bien, Catalina?—pregunté yo conmovido a mi mujer.

—¡Ya lo creo!... ¡Pobre papá!... ¡Mira cómo ha pensado!...

Le abrazamos y nos sentamos a almorzar. Pero las emociones no se habían terminado.

Papá Fyol era aquella mañana el héroe de la casa.

Como hacía unos días había cedido al Municipio su importante herbario, aquella mañana los periódicos hablaban del donativo y ponían en las nubes al donante generoso.

Leímos todos los artículos... Catalina los hubiera deseado más largos... y sobre todo, más cariñosos.

—Mucho decir que papá sabe tanto, sabe tanto... y nadie sirve para explicar lo bueno que es... cuando podrían llenarse libros con sus cosas buenas.

Papá Fyol reía.

Catalina volvió a coger los periódicos. Repasaba, repasaba los artículos buscando ávidamente

lo que no se encuentra nunca en ellos: la palabra cordial que no pueden tener estos sueltos estereotipados, hechos de compromiso, para acompañar una noticia, que satisfacen a los vanidosos, y hielan y matan en flor los entusiasmos de las gentes de corazón...

Repentinamente, Catalina, que debió tropezar en uno de aquellos periódicos con una noticia inesperada, tuvo un grito ahogado, y dijo:

—¿No has leído?... ¡Mira!

Me tendió el periódico, señalándome unas líneas. Leí:

"Sucesos.—En el sitio conocido con el nombre de La Solera, cerca de esta ciudad... ha sido hallado el cadáver de un sujeto norteamericano llamado míster Castle, quien según todas las probabilidades, debió suicidarse disparándose dos tiros de revólver en la sien izquierda. El cadáver fué hallado, no en la habitación que dicho individuo ocupaba en La Solera, sino en la que ha sido hasta hace poco tiempo albergue del ilustre motanista don Santiago Fyol. Se ignoran los motivos que hayan podido impulsar a míster Castle a tomar una resolución tan desesperada."

Catalina había palidecido... Yo no me atreví a mirarla.

Papá Fyol dijo al cabo de un momento:

—¡Pobre muchacho!... Era un hombre muy entendido; pero estaba loco.

Y por entonces nadie anadió nada.

Pero, al quedarnos solos, aquella noche, pasada ya la fúnebre impresión de la noticia, suavizada y como desleída en los acontecimientos del día la brusquedad de la tragedia, todavía Catalina que, tal vez sin yo sospecharlo, había hecho una revisión consciente de su vida entre mis brazos, dijo sin pronunciar nombres, pero con una suave melancolía que no podía herirme:

—¡Pobre muchacho!... Tal vez estuviera enamorado de mí...

Y en seguida, rodeándome el cuello con su brazo, como si con una caricia suya quisiera despertar en mí las bondades que están por encima del amor:

—¿Verdad—añadió—que no era tan feo como yo te dije un día?...

Estaba a punto de brotar de sus pupilas una lágrima.

Si yo hubiera querido, se habría volatilizado antes de correr...

Pero a mí me parecía bien aquella lágrima. No me inspiraba celos; la miré correr como una póstuma justicia, por la dulce tez de mi adorada.

Y estuve más tranquilo desde aquel instante.

¡Ah!... En las profundidades dantescas que habían merecido aquellos ojos réprobos, creo yo que la lágrima de mi amiga debía premiar al fin la funesta pasión de míster Castle.

Dije a mi mujer:

—Has sido buena... Y ahora, no pensemos más...

Casi todas las noches, las tinieblas a altas horas me recordaban las pupilas del extraño... Aquella noche corría por las tinieblas, como una vía láctea, la lágrima inconsciente y redentora.

Eduardo MARQUINA.

FIN

Galería infantil de "El Hogar"



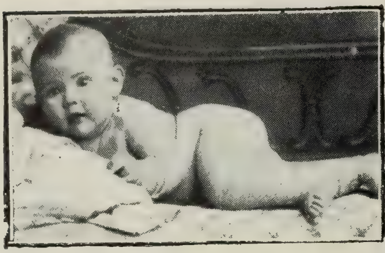

Eligio Posadas José M. Posadas (Bragado)



Rosita Parés




Primo Antonio y Dominga Anita Nosetto (Aranguren)



Nélida Inés Posadas (Bragado)



Urbano Salas (Resistencia)



Niña de Bachiller (Paz, F. C. C. A.)



Luis S. Tropini (Aranguren)



Alida Delfino (Gral. Pinto)




Teresa y Aída Rosenda Cosci (Santiago del Estero)

Galería infantil de "El Hogar"





Niñitos de Bachiller (Paz, F. C. C. A.)

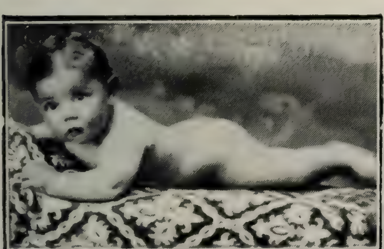


Américo J. De Cesaris
(Capital)

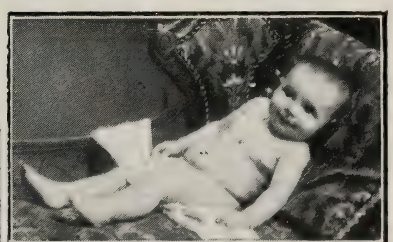




Niñitos de Bachiller (Paz, F. C. C. A.)



Héctor Antonio Chauvillard
(Ruiz, F. C. C. B. A.)



Lina Itala Rossi (Freyre, F. C. C. A.)





Niña de Olivé Niña de Rodríguez
(Patagones)



Niñas de Barbieri (Patagones)





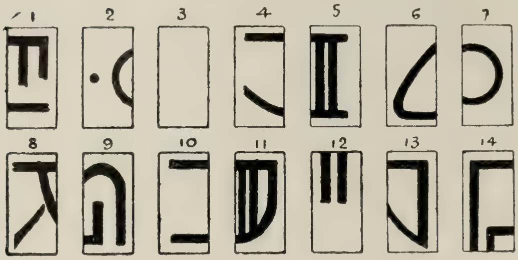
Niño Olivares Castro Niña de Vadillo
(Patagones)

EL INGENIO A PRUEBA

CHARADA, *por María Luisa*

Puntuación mi *prima dos,*
nombre augusto *dos tercera;*
mi *todo,* lector amigo,
más que un ave vocinglera.

MOSAICO, *por Rino*



Amable lector: si colocas los mosaicos convenientemente, leerás el nombre de un amigo que visita a menudo vuestra casa. Adivinar el orden en que debe ir el número de cada mosaico.

JEROGLÍFICO, *por Teresa*

NUEVO consejo VIEJO

DIALOGO ENIGMATICO, *por Clavel*

De paseo por la Avenida, entré en un café; encontré a un avaro, salí a la calle y vi a las dos señoritas, cuyos nombres he dicho, paseando en un carruaje particular.

SALTOS ENIGMATICOS, *por Amapola*

AQUEL
VENTUROSO
MIRÉ
CARA
EN
FONDO
MI
FLORECIÓ
SIEMPREVIVA
UNA
PECHO
DE
EL
NIÑA
TU
QUE
DÍA

Siguiendo cierta marcha regular, reconstruir un cantar con las 17 palabras anteriores.

JEROGLÍFICO, *por Carmen*

DAR DER DIR DUR

ENIGMA, *por Carola*

Lector: no me tengas nunca
ni me permitas crecer,
pues, o me matas tú a mí,
o yo a ti te mataré.

CARTA-CHARADA, *por Amapola*

Vengo bien de salud. Hemos llegado ya a la *tercera-cuarta.* Estas líneas fueron trazadas en *primera segunda.* Ahora sólo espera el momento en que pueda abrazarte tu *todo. Cuarta segunda.*

EL INGENIO A PRUEBA

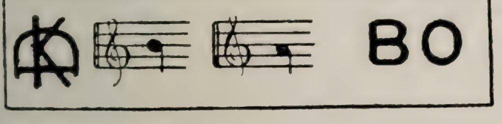
JARRÓN NUMÉRICO, *por Negrita*

1 2 3 4 5 6 7 8 9	Prohombre argentino
4 6 7 8 5 3 9 1 9	Adjetivo calificativo
4 5 9 1 9 8 5 1	Flor
4 2 3 2 8 9 7	Aldea del Atica
8 9 4 2 7 6	Fruto
4 2 3 2 8	Personaje de la revolución francesa
5 3 6 7 6	Nombre de mujer
5 1 5 1	Diosa egipcia
2 5 3 6	Elemento
2 3 6 2	Medida
1 6 7	Vegetal
8 6 2	Antorcha
1 6 7 8 5 4 5 6 7 8 9	Afección
8 5 8 5 3 5 8 6 3 9	En los títeres

CHARADA, *por Raquel*

Prima dos nombran mujer,
quinta tres en el billar;
cuarta nota y en mi *todo*
una cenobita has de hallar.

JEROGLÍFICO, *por Margen*



ACERTIJO, *por Mario*

Mar el *primero*,
mar el *segundo*,
en el mar el *final*,
mar el *total*.

PEQUEÑA CORRESPONDENCIA

Enviaron colaboraciones. — Mario, Rino, No me olvides, Arol, Amapola, Raquel, María Luisa, Negrita, Teresa y Clavel.

Rino.—Poco a poco se irán publicando.

No me olvides.—Es necesario, si quiere ver aparecer sus juegos en esta página, acompañarlos de su respectiva solución.

SOLUCIONES AL Núm. 232

Al problema, por "Violeta": 8 *señoritas.*

Al capricho-reclame, por "Mario": *El Hogar, revista quincenal.*

A la charada, por "Carmen": *Charada.*

A la carta numérica, por "Perito de Chaves": *Panadero.*

Al ¿Qué es esto?, por "Amapola": *Un boleto de tranvía, después de un largo viaje.*

A las charadas, por "Yatay": 1.a, *Coracero;* 2.a, *Miope.*

Al diálogo, por "Claveles": *Ernesto.*

A la combinación, por "Teresa": *Sotero.*

Al jeroglífico, por "Pieruzzini": *Mariscal.*

Al marconigrama, por "Mario": *Alfredo.*

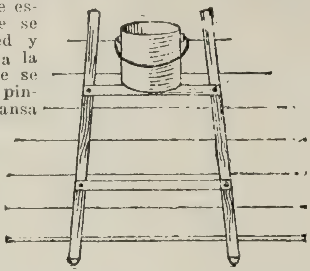
Al cuadrado, por "María Luisa":

R A M A
A T A R
M A Z A
A R A R

ENVIARON SOLUCIONES

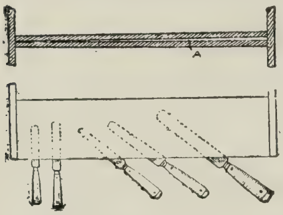
Elvira y Mercedes Abeleira, Anita C. Pisani, Edelinda Pellin, Alfonso Alonso Aragón, Clotilde D. Abal y Tellechea, Jorgecito, Dominga Teresa Reparáz, Rosa F. Reparáz, María Felisa Reparáz, Esther Z. Malter Casenave, Sarah T. Britos, Walda Britos, Julia A. Hazebrouck, Alberto Aburbe, María Araldi, Angelita Etcheverry, F. G. de Gamez Langenheim, Tip-Top, Mario Sormani, Enrique Pranzetti Amapola, Rosa Rebagliatti, Pedro Noel, María Luisa Reinol, Juan José Pereira, Adolfo Rey, Margarita Joanicó, Ricardo Losardo, Miguel Martínez, Angela Valdiviero, Enriqueta Rossel, Pedrito Marineta, Lola Seijo, Fructuoso Lavalleja, Norberta Cancella, Josefina Murga, Blanquita Rasetto, Filomena Ferriol, Elena Bianchi, Emilia Duart, Berna Fernández, Teresita, Manuela Reparáz, María Esther Fernández Gándara, Lucio y Antonio.

Util para los pintores.—El operario que tiene que pintar una pared empleando un bote grande que no puede sostenerlo en la mano por su excesivo peso, se ve obligado a bajar de la escalera cada vez que tiene que mojar la brocha. Mas para evitar esto se puede emplear una especie de escalerilla de mano que se apoya contra la pared y sobre unos peldaños; a la altura más conveniente se coloca el cubo de la pintura cuyo borde descansa sobre la pared.



Como esta escalerilla hay que ponerla a veces muy vertical conviene proveerla de unos pinchos o puntas en los extremos inferiores de los largueros.

Anaquel para cuchillos.—La idea es de un droguero que deseando tener siempre limpias y brillantes las espátulas construyó el anaquel que reproduce nuestro dibujo. Consta sencillamente de dos tablas con un espacio A, entre ambas cuya anchura decrece de un extremo a otro. La superficie interior de las tablas está forrada de tejido de esmeril fino. Después de usar una espátula la limpia y la encaja en el espacio de las tablas donde queda más sujeta, con lo cual las hojas de acero siempre se conservan brillantes.



La idea puede aplicarse a los cuchillos de cocina y, en general, a todos los oficios que requieran el uso de herramientas de hoja plana.

Para regar jardines.—Las mangas de riego que generalmente se usan en los jardines sólo proyectan un chorro de agua recto; mas para regar plantas delicadas es necesario que el agua caiga en forma de lluvia y esto se consigue por medio de un trozo triangular de red de alambre galvanizado, doblado y ajustado en la forma que indica el dibujo. Esta pieza de red metálica



se quita y se pone con toda facilidad.

Util para los músicos.—El sistema que aparece en el grabado adjunto constituye una mejora muy práctica del atril del piano, porque evita muchas molestias al volver las hojas de la partitura.

Consiste en dos sujetadores colocados en la forma que se ve en la figura 1.ª que giran libremente sobre el tornillo que los sostiene en su sitio.

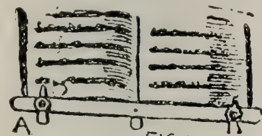


FIG. 1

Al tirar de la página para volverla como se ve en la figura 2.ª el sujetador de la derecha cede y una vez pasada la hoja, recobra automáticamente su posición gracias al mayor peso de su parte ancha que le obliga a permanecer en sentido vertical.

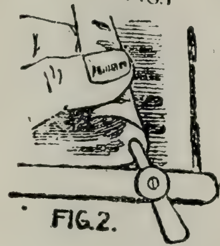
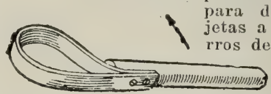


FIG. 2.

Los sujetadores pueden hacerse de bronce y en forma más o menos decorativa, pero siempre bajo el principio de que una de sus mitades pese más que la otra.

Abridor de tapas de rosca.—El dibujo que acompaña a estas líneas reproduce un aparato sencillísimo para destornillar las tapas sujetas a rosca, como la de los tarros de mermeladas, por ejemplo.

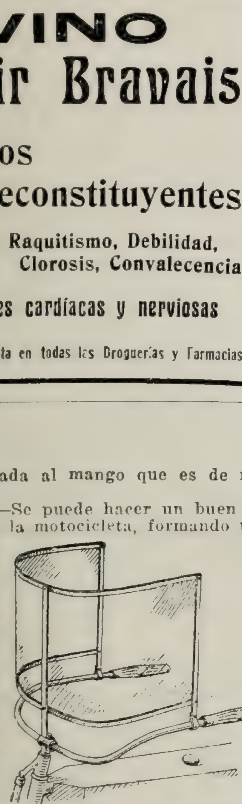


La lazada se pone alrededor de la tapa y con el mango se empuja en la dirección que indica la flecha del dibujo.

La lazada debe ser bastante grande para que entre holgadamente en ella la boca del tarro. Dicha lazada

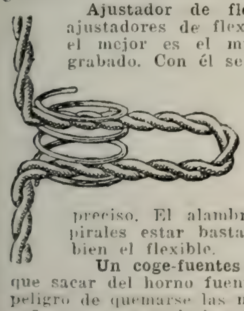
es de cuero y va atornillada al mango que es de madera.

Escudo de motocicleta.—Se puede hacer un buen escudo contra el viento para la motocicleta, formando una armadura con tiras de cobre de 3 milímetros de grueso por 1 ¼ de ancho como se ve en el dibujo. La armazón se sujeta en el guía y se cubre con celuloide cuyos bordes se sujetan con tornillos pequeños. Los tornillos y las tuercas deben estar provistos de arandelas.



El escudo se adapta fácilmente a la forma del guía y debe ser lo bastante alto y largo para proteger gran parte del cuerpo del ciclista, pero no tan largo que impida la refrigeración del motor.

Ajustador de flexibles.—Entre los muchos ajustadores de flexibles de lámparas eléctricas, el mejor es el muelle que reproduce nuestro grabado. Con él se puede poner la luz a la altura conveniente con la mayor rapidez y facilidad.

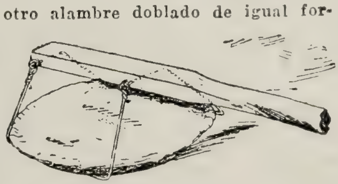


El muelle lo puede hacer cualquiera si no lo encuentra hecho, y una vez colocado sirve para variar la altura de la lámpara y para inclinar ésta si es preciso. El alambre debe ser fuerte y las espirales estar bastante juntas para que sujeten bien el flexible.

Un coge-fuentes práctico.—Cuando se tienen que sacar del horno fuentes o pasteles se corre mucho peligro de quemarse las manos, y aunque se emplee un paño para resguardarlas, siempre hay probabilidades de quemarse los brazos.

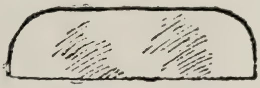
Para remediar esto un cocinero ingenioso ha inventado el aparato que reproduce el grabado.

El mango es de pino, de unos 35 centímetros de largo. En uno de sus lados lleva un alambre fijo y doblado como indican las líneas de puntos, y en el lado opuesto tiene otro alambre doblado de igual forma que el anterior, pero montado de modo que puede girar sobre sus goznes. Para usar el aparato se mete el alambre suelto por debajo de uno de los extremos de la fuente o del pastel, y haciendo girar el mango sobre sí mismo se mete el alambre fijo por debajo del otro extremo del recipiente, cuyo peso sostiene ambos alambres en posición.



El cogefuentes sirve para todos los recipientes, cualquiera que sea su tamaño.

Contra los zancajos.—Cuando los calcetines se rompen mucho por los talones es señal de que el calzado está algo ancho por aquella parte y su roce destroza rápidamente el tejido.





Cuando sea esta la causa de los zancajos no hay que hacer sino pegar interiormente en el talón del calzado un trozo de terciopelo o de cuero de la forma que indica nuestro dibujo. El procedimiento ahorra muchos pares de calcetines.

Cuñas para libros de contabilidad.—Cuando al abrir un libro de contabilidad queda en la forma que se ve en la figura 2, resulta muy incómodo escribir en él,

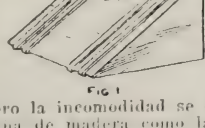


Fig 1

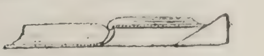


Fig 2

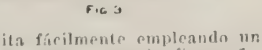


Fig 3

pero la incomodidad se evita fácilmente empleando una cuña de madera como la que representa la figura 1 y colocándola como en la figura 3.

Se obtiene un lustre ininflamable para los suelos, según Beaumont, mezclando 550 partes de tetracloruro de carbono, 225 de trementina, 125 de cera, 10 de copal duro y 90 de alcohol metílico. Los componentes pueden variar, pero en todos los casos la trementina no debe exceder en cantidad al tetracloruro de carbono. El tetracloruro de carbono se calienta al baño-maría sin pasar de los 70° centígrados y se echa la cera cortada en trozos menudos, agitándola hasta que esté completamente disuelta. Luego se echa la trementina y se sigue moviendo hasta obtener una masa homogénea a la cual se agrega el alcohol metílico, en el que se habrá disuelto previamente el copal. La cera puede teñirse con siena, ocre, rojo inglés, etc., y aromatizarse con esencias.

Para blanquear los pisos de madera, échense dos cucharadas grandes de parafina al agua jabonosa caliente que se emplee para el fregado. Con este sistema, no sólo se limpian las tablas, sino que, además, se destruyen los insectos que puedan contener en las grietas.

Cuando las uñas tienen tendencia a partirse, se deben frotar diariamente con un poco de vaselina.

Los cuchillos no deben emplearse nunca para mover grasa hirviendo, porque se embotan.

Goma líquida que seca rápidamente. Disuélvase 450 gramos de dextrina en 700 de agua fría, dejándola ablandarse y reposar, y luego se recoge el líquido gomoso que sobrenada.

También pueden mezclarse partes iguales de goma arábiga y dextrina, pero en mayor cantidad de agua: 1.600 gramos.

Para quitar el olor del humo del tabaco de una habitación, se pone en el aposento un braserillo con unas ascuas, y se echa en ellas un poco de café molido. El humo del café purifica inmediatamente el aire de la habitación.

Para limpiar el roble, uno de los mejores procedimientos es frotarlo con cerveza caliente. De este modo se quitan el polvo y la grasa. Para sacar lustre, se da cera mezclada con trementina y un poco de jabón blando. Para que salga bien el brillo hay que frotar con fuerza.

A muchas personas no las sienta bien la leche, porque no saben beberla. La leche no debe tomarse ni muy deprisa ni mucha de un solo trago. Si se bebe un vaso deprisa, el líquido entra en el estómago casi de una vez y forma una masa sólida y ondulada de difícil digestión. Pero si se toma a sorbos la misma cantidad tardando aunque sea tres minutos en apurar el vaso, llega al estómago dividida, y como se digiere debidamente, surte mejores efectos nutritivos.

Para quitar las manchas de la franela blanca, se mezclan partes iguales de yema de huevo y glicerina, se aplica la mezcla sobre las manchas, y se deja media hora. Luego se lava la franela como de ordinario.

Para pegar el caucho al metal, se pone a hervir cola de Colonia de buena calidad, previamente reblandecida en agua, hasta que tome la consistencia de un fluído espeso. Entonces se echa ceniza de leña y se bate para obtener una masa homogénea no muy espesa.

Se emplea en caliente. Las piezas pegadas se ponen de modo que permanezcan bien unidas hasta que el secado sea completo.

Para quitar las manchas de aceite en el cuero, se recomienda darlas ligeramente con una muñequilla mojada en espíritu de sal amoníaco. Se deja que la substancia obre un instante, y después se aclara la parte tocada con agua pura.

Conviene dar los toques muy rápidamente y con suavidad, aunque sea preciso repetir la operación varias veces, mejor que aplicar la muñequilla fuertemente, porque si se da mucho espíritu de una vez se corre peligro de quitar hasta el color del cuero.

Para destruir las lombrices de tierra de los jardines, hay que regar primeramente la tierra ligeramente blanqueada con cal. Las lombrices suben a la superficie y mueren retorciéndose. El procedimiento puede aplicarse a los semilleros, siempre que se tenga la mano ligera, y hasta a las cajas que contengan árboles verdes como las palmeras, por ejemplo.

En segundo lugar, puede regarse con agua salada, pero conviene obrar con mucha prudencia, pues la sal no les gusta a las plantas, por encontrar en ella a su enemiga la sosa.

Algunos jardineros, para preservar las semillas en tiestos, ponen en el fondo de la maceta una delgada capa de cal que las lombrices no se atreven a atravesar.

Guantes impermeables. Aunque ofrece sus inconvenientes el llevarlos desde el punto de vista de la transpiración, etc., puede haber personas que deseen tener guantes que no puedan ser atravesados por el agua, y para conseguirlo no hay más que darles por encima una mano de aceite de linaza de buena calidad, hervido, al cual se haya añadido un 1 por 100 de aceite de ricino.

Después de darles la preparación a los guantes, se ponen a secar al aire.

COCINA PRACTICA

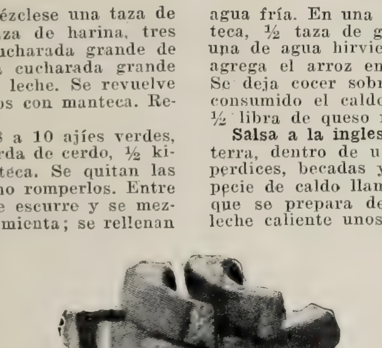
Bizcochos de harina de maíz. — Mézclese una taza de harina de maíz, tres cuartos de taza de harina, tres cucharaditas de levadura y media cucharada grande de sal. Se añade un huevo batido, una cucharada grande de manteca derretida y una taza de leche. Se revuelve el todo y se cuecen en formas untados con manteca. Resultan unos bizcochos muy apeitosos.

Ajíes rellenos (receta vienesa).—8 a 10 ajíes verdes, ½ taza de arroz, ½ kilo de carne gorda de cerdo, ½ kilo de tomates, sal, pimienta y manteca. Se quitan las colas y las semillas con cuidado de no romperlos. Entre tanto se cuece el arroz 5 minutos, se escurre y se mezcla con la carne picada, la sal y la pimienta; se rellenan los ajíes tapándolos con los fondos y atándolos, se colocan en una cacerola con tapa y se cuecen en la manteca. A los 5 o 6 minutos se agregan los tomates cocidos y colados. Si el jugo es muy chirlo se espesa con un poquito de harina.

Riñones ensartados o a la brochette.—Quitad la película exterior a seis riñones de carnero; abridlos a lo largo y mantened separadas las dos mitades, atravesándolas con un bastoncito de madera; cada bastoncito puede mantener abiertos tres riñones puestos uno a continuación del otro. Remojad los riñones así preparados dentro de manteca tibia y empapadlos con miga de pan finamente desmenuzada y sazonada con sal y pimienta. Coced los riñones empanados en las parrillas volviéndolos una o dos veces; retirad los bastoncitos, y colocad los riñones en una fuente muy caliente. Meted en medio de cada riñón un pedazo de manteca del grueso de una nuez, amasada con una mezcla de hierbas finas, sal y pimienta, como para una salsa a la "maitre d'hôtel", y rociad ligeramente los riñones con zumo de limón. Este plato ha de servirse muy caliente, a fin de que se derrita la manteca. Es el modo más rápido y económico de preparar los riñones de carnero e improvisar con ellos un plato sustancioso.

Arroz para servir como entre plato o para acompañar croquetas o verduras. Se lava taza y media de arroz en agua fría. En una cacerola se echan 60 gramos de manteca, ½ taza de gordura de caldo, 2 tazas de caldo y una de agua hirviendo, sal y pimienta al paladar, y se agrega el arroz en el líquido hirviendo. Se tapa bien. Se deja cocer sobre fuego lento sin revolver; una vez consumido el caldo, se retira del fuego y se le agrega ½ libra de queso rallado.

Salsa a la inglesa.—Sírvense habitualmente en Inglaterra, dentro de una salsera, al mismo tiempo que las perdices, becadas y otras aves de caza asadas, una especie de caldo llamado "bread sauce" (salsa de pan), que se prepara de la manera siguiente: Se echan en leche caliente unos 250 gramos de miga de pan, dejándola cocer luego a fuego lento, hasta que resulte una papilla muy consistente que se adereza con sal, con pimienta y ralladuras de nuez moscada. En el momento de servir, se echan encima 60 gramos de manteca fresca derretida, que se incorpora a la papilla agitándola con una cuchara.



Bizcochos de harina de maíz

Cerdo asado con castañas.—A un buen trozo de costillar se quitan los huesos y un poco de la grasa; se arrolla y se ata con hilo, colocándolo en una fuente ovalada, donde se pueda servir una vez asado. Se espolvorea con sal, se unta con grasa y se pone al horno. Entre tanto se han pelado y cocido en caldo unas veinte castañas hasta que estén casi tiernas. Cuando la carne está casi lista se agregan las castañas para que terminen de cocer juntas. Un momento antes de servir se le agrega un poco de caldo y gotas de alguna esencia apropiada. Se arregla la carne colocándola bien en el centro de la fuente rodeada por las castañas. Debe servirse muy caliente.

Canapés a la Brillat Savarín. — 125 gramos de atún fino de conserva, se pica bien y se mezcla con algunas gotas de aceite; se untan con este puré, tostadas, untadas con manteca, se adornan con medio rabanito y lonjitas de aceitunas saladas.



Nuestro Correo



Las cartas deben limitarse a dos preguntas solamente y venir con la firma auténtica, como constancia de ser subscriptor. Las contestaciones se hacen únicamente en esta página y no por carta particular, pudiendo contestarse bajo un seudónimo si se desea. En la carta en que se haga la consulta no debe tratarse de ningún otro asunto, como renovación de subscripciones, reclamaciones, etc. Esto debe escribirse en otra carta, aunque puede incluirse bajo el mismo sobre.

Suscriptora 11678.—Tres meses el mismo luto, sin tul ni cola, y tres de lana y seda, o de seda opaca, con sombrero de seda o de castor. Por hermana, lo mismo.

No me olvides.—Consulte un médico.

Pérez.—Santa Fe.—Diríjase a la Librería del Colegio, Bolívar esquina Alsina, que le mandarán lo que usted desea.

Admirador de "El Hogar".—No debe participarse con papel de luto un acontecimiento feliz; es costumbre en algunas familias, cuando se celebra un casamiento estando de luto, dejar los trajes y velos negros por un día, y vestir de blanco, como haciendo en esa forma un paréntesis al dolor para festejar la vida nueva que se inicia.

Radical.—Explique qué quiere decir esta frase de su carta: "qué es apropiado para no volver al desperdicio".

"Ninfa".—Agua oxigenada.—Masaje suave.

Una ignorante.—1.º Vea a ese respecto la respuesta a "Admirador de El Hogar". 2.º Las iniciales de ella con la del apellido de casada. 3.º No hay inconveniente para ambos regalos. 4.º Si es un novio, lo hacen muchas.

Una curiosa de la moda.—Felpas de color para calle, no; para teatro o baile, sí. Paños flexibles; formas, todas las extravagantes, y de preferencia las llamadas estilo sastre.

A una rubia.—Con uno o con otro estará bien siempre.

Jazmín.—Con el seudónimo que usted envió, "Propagandista de El Hogar", le ha sido contestada su carta en el número anterior.

Rosa blanca.—1.º Glicerolato de almidón adicionado con 5 % de ácido tártrico. Ponerse como cualquier otra pomada, después de haberse lavado la cara, antes de acostarse, primero con agua todo lo caliente que se pueda aguantar sin llegar a quemarse, y en seguida con agua fría, de preferencia agua llovida; se seca suavemente, se extiende la pomada y se deja toda la noche. 2.º No hay nada más bonito que una mujer que se ruboriza.

Heredera, B. G.—Nuestras leyes así lo exigen: la mujer depende en un todo del marido, y no puede disponer de nada ni recibir nada, sin su venia.

El tigre del Quequén.—1.º Le aconsejamos que consulte a un médico. 2.º Lea la primera respuesta a "Rosa blanca".

C. T. de A.—No dan buen resultado los que conocemos.

Old Jack.—1.º Treinta y dos años. 2.º Luto, nueve meses; medio luto, tres meses.

Vieja suscriptora.—Está en las condiciones que exige la ley, si no hay hijos de C. F. que le puedan discutir el derecho. Debe presentarse ahora a las cámaras.

María del Socorro.—Estación Aparicio.—1.º De verano. 2.º Chile, 460.

Clotilde.—Colonia Alejandra.—En el anular de la mano izquierda. — Peinado bajo, sencillo.

Capricho.—De los dueños de casa y de los que estén presentes, o más próximos a su paso, debe despedirse; pero no necesita recorrer toda la reunión, uno por uno. — No conocemos ese preparado de leche y limón para el cutis.

Gioconda.—1.º Lavarlos todos los días en agua tibia, en que se hayan disuelto tres o cuatro gramos de permanganato de potasa. 2.º Alcohol alcanforado al 10 %; usarlo como loción, es excelente para la caspa.

Una suscriptora de "El Hogar".—Corrientes.—Se pueden lavar con bencina; después se agitan en el aire hasta que estén secas. — También da excelentes resultados y no tiene el inconveniente del mal olor, tenerlas uno o dos días en agua oxigenada diluída, ligeramente alcalina; se frotan después ligeramente entre las manos, se exprimen entre dos trozos de tela y se dejan secar en una corriente de aire.

Una suscriptora enamorada.—¿De qué son las manchas en su traje negro?

Amor oculto.—¿Por qué no ensaya las cataplasmas de lino al exterior, y tisana de malva endulzada con miel, a tomar dos o tres veces al día? También podría probar ponerse una planchita delgada de algodón iodado, y atarse el cuello poniendo sobre ese algodón otro simple y un pañuelo durante algunos días; cambiarlo todos los días.

A Enamorada.—Lávese la cabeza, y después de seca, frótese con un cepillo humedecido en agua oxigenada diluída al 1|10; repita la cepillada con agua oxigenada durante cinco o seis días.—Se puede ir a baile con vestido obscuro, siempre que su hechura sea adecuada. —Partes iguales de agua oxigenada, agua de rosas y glicerina; es maravilloso.

A. Herrera Vega.—Tucumán.—Lamentamos no poder complacerlo, por no disponer del espacio necesario. Además, existen varios libros para el objeto.

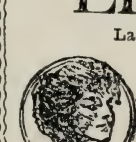
Kepta.—Los puntos negros se sacan: untando previamente la nariz con vaselina, se da un vaho de vapor de agua durante tres o cuatro minutos; en seguida se exprime fuertemente la piel entre dos dedos y se expulsa de raíz el parásito que los forma; locionar con un poco de alcohol rectificado o con éter, y empolvar con polvos de talco.—Para la otra consulta, dicen que es bueno una ramita de perejil sobre cada uno... pero eso y otras recetas por el estilo, ablandan y deforman.

Arimón.—Bencina rectificada pura, de la botica; gasa esterilizada, que viene en tarritos, cortada en pedacitos de 10 centímetros cuadrados; se pone un pedacito de gasa mojado en bencina, después de lavarse con agua tibia, por la noche. Para los pómulos, lo mismo. También es buena para una y otra cosa la receta que damos en este número a "Rosa blanca". Segunda pregunta: del asunto Marconi, se han ocupado recientemente con toda amplitud los diarios de esta capital; se trata de una acusación contra ciertos ministros ingleses y la compañía Marconi por relaciones ilícitas. El fallo de la comisión investigadora ha sido absolutorio.

"EL HOGAR"

REVISTA QUINCENAL PARA LAS FAMILIAS
LITERARIA Y DE ACTUALIDADES

Aparece cada dos miércoles



La primera publicación y la de mayor circulación en su género en la República Argentina

Editores: Empresa Haynes. La correspondencia debe dirigirse al Señor Administrador de la Empresa Haynes, CHACABUCO, 677|685, Buenos Aires. Unión Telefónica, 1472 (Avenida). Los reporters y fotógrafos están munidos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente. — No se devuelven originales, no se mantiene correspondencia respecto a los recibidos, ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la dirección, aunque se publiquen.

Agente en Montevideo: señor MANUEL FONSECA, Buenos Aires, 722

Venta en París en los kioskos de los bulevares y en la Librairie Française et Etrangére, 37, rue Saint-Augustin (Avenue de l'Opéra).

SUSCRIPCIONES

República Argentina:	**Por año, $ 4.— m|n.**	**Número suelto, capital e interior,**	**$ 0.20**
Exterior:	**„ „ $ 3.— oro.**	**„ atrasado. . . . .**	**$ 0.30**

Avisos. — Agentes en París: L. Mayence y Cía., 9 rue Tronchet.
En Londres: South American Press.— 1 Arundel St. Strand.
En Estados Unidos de América: Cía. J. Walter Thompson, 44-60 East 23 rd. St., New York.



PIDAN PROSPECTOS DEL GRAN CONCURSO "KORIAL VINO" A PINI HNOS. Y CIA., AV. DE MAYO 1129

El Hogar

Año X. BUENOS AIRES, 30 DE JULIO DE 1913. N.º 235.



Srta. María Virginia Madariaga

(Oleo de Arduino)



El nuevo paso de baile

—¡Ligero! ¡Ligero!—decía la primera bailarina a su "soubrette", despojándose de su tapado de pieles y apareciendo graciosa y frescamente ataviada con sus gasas tentadoras.—¡Ligero! que ya inició la orquesta el paso del resbalón!

—¿El paso de qué, señorita?

—Del resbalón; ahora verás.

Salió y la recibió un trueno atronador de aplausos.

Bailó primero de puntas, luego de volteo, hizo piruetas y batimanes hasta hacer delirar a los espectadores.

De repente un violento resbalón hizo estremecer a los circunstantes.

Todos creían que aquello era un incidente.

Se levantó con la risa en los labios.

Dió una vuelta y ¡zás! otro resbalón.

Se levantó de nuevo y glisó casi como patinando de un extremo al otro de la boca del proscenio.

El público no sabía si aplaudir o intervenir para que concluyera aquel paso que más denotaba una embriaguez que un número artístico.

Una voz, a la que siguieron las de casi toda la concurrencia, gritó desde el paraíso:

—¡Basta!

Entonces la diva coreográfica ejecutó una maravilla de volteo vertiginoso, al terminar el cual se la vió envuelta en una banda de seda en la que en grandes y claras letras se leía **Fin del nuevo paso del glorioso jabón Reuter.**

BREVIARIO FEMENINO



Cómo debéis arreglar vuestro cuarto-tocador

Las lindas mujeres del siglo XVIII, no tenían inconveniente en recibir mientras se "tocaban", o por lo menos, cuando estaban concluyendo de arreglarse. Los amigos iban allí para decir galanterías y comentar los chismes del día, en tanto las criadas peinaban y empolvaban a la hermosa. Por lo demás, el escenario era encantador, pues aquellos tocadores estaban decorados, generalmente, por algún pintor en boga.

Los gabinetitos modernos se prestan poco a esas recepciones. Los frescos delicados y los enguirnaldados techos, resistirían mal a la humedad.

El templo se ha convertido en laboratorio.

Pero la mujer no lo siente. Los recursos de la higiene son infinitamente prácticos y, en la soledad de esos gabinetes, nos hallamos mejor dispuestas para cuidar nuestra belleza, para descansar libres de miradas molestas, para buscar reposadamente medios inteligentes que den a nuestra hermosura mayor realce.

Dos adjetivos convienen particularmente al tocador de una mujer bonita: coquetón y confortable.

Que sea coquetón en su tonalidad general, pues los colores claros permiten que los vestidos se destaquen mejor. Los muros estarán completamente cubiertos de porcelanas azules, verdes o rosadas, o bien desaparecerán bajo ciertas medias tintas suaves, cretonas con grandes flores, telas Liberty, tules transparentes, sedas brillantes cubiertas de muselina.

Nada de dorados, que distraen las miradas inútilmente.

Recomendamos los tapices claros, de color perla o lila salpicados de rosas.

El aire y la luz penetrarán libremente en esta habitación alumbrada, no por un postigo minúsculo, sino por una gran ventana bien soleada, que tamice la claridad diurna con cristales esmerilados o ricas cortinas graciosamente fruncidas. Es necesario que el aire pueda ser renovado fácilmente.

Una temperatura caliente y, a ser posible, muy elevada y homogénea, debe reinar en el tocador donde la mujer ha de desnudarse: una chimenea en buenas condiciones y que tire mucho, será tal vez el sistema más sano de calefacción.

Lo principal, para las pequeñas abluciones, es un gran lavabo; ora esté improvisado sobre una mesa sencilla adornada con las porcelanas indispensables, o bien consista en un verdadero lavabo perfeccionado y suntuoso, como la industria moderna sabe construirlos.

No pongáis sobre él demasiados objetos; únicamente la palangana, el jarro del agua, la jabonera y el porta-cepillos. Una especie de entrepaño colocado en la parte superior y al alcance de la mano, servirá para colocar los frascos con esencias, los vinagres, las lociones refrescantes y los dentífricos. Algunas cajitas largas servirán para guardar la vaselina, los polvos de licopodio, la glicerina, el tanino, la piedra pómez en polvo y el jabón para los usos corrientes.

Cada mujer adornará dicho lavabo según su mejor capricho y fantasía.

Otro tocador más pequeño, adornado por un espejo excelente y perfectamente movible, servirá de "mesa para peinarse". Deberá hallarse adornada como el lavabo y, a ser posible, mejor. Sobre ella habrá un juego de cepillos: cepillos para la cabeza, uno duro, el otro suave y más largo; borlas, cepillos para vestidos.

Tened, a un lado, un cofrecillo para los peines, y otro más pequeño para las horquillas y los frasquitos útiles al cuidado de la cabellera; además, el uñero, las polveras, el vaporizador, las borlas, los afeites.

En un rincón, sobre algún estantito colocado con este sólo objeto, poned las tenacillas para rizar y una lamparilla de alcohol.

Las toallas se dispondrán extendidas y ordenadamente sobre un secador movible, y las esponjas en las redecillas, con el indispensable guante de crin.

Adornad la chimenea con un pequeño reloj, jarros con flores de perfumes suaves y lindos candeleros. A ser posible, colocad en el muro y no muy altas, antorchas para alumbraros de noche. La luz debe venir de abajo, para que no proyecte sombras feas sobre vuestra belleza.

Pocos "bibelotes". Tened, cuando más, algunos pebeteros o cazoletitas a propósito para quemar perfumes. No llenéis vuestro tocador de cacharros inútiles.

Diseminados por la habitación debe haber taburetes, una sillita baja donde sentarse para abrocharse cómodamente las botas; un diván muy blando en que reclinarse y descansar.

Finalmente, es necesario, para guardar la ropa blanca, un armario con espejo cuya amplia luna os permita apreciar en conjunto el aspecto de vuestro peinado y de vuestros vestidos.

En este ambiente delicado, íntimo y práctico, una mujer bonita se hallará en condiciones inmejorables para engalanarse.

Claro es que estos pormenores variarán según los recursos de la interesada; pero los objetos que acabamos de enunciar y que constituyen el indispensable arsenal de la belleza, persistirán siempre, aunque su calidad sea más o menos modesta.

EL TEATRO DE "EL HOGAR"

Coloquio de almas

PERSONAJES: Luisa, veinticinco años. El mirar limpio y sereno de sus ojos azules, le presta una cierta expresión soñadora que contrasta notablemente con sus formas opulentas y magníficamente acabadas; y es que lo material y lo espiritual en este artilugio humano rara vez andan acordes. Así, pues, si en cuanto a lo primero puede constituir, sin hipérbole, el ideal para el hombre más exigente en punto a estas cuestiones, en cuanto a lo segundo es la doña Inés cándida y enamorada, con sus puntas y ribetes de romántica, que ama a don Juan por encima de todos sus sacrilegios.

María, treinta y ocho años. Casada desde los veinte, por su espíritu han pasado los suaves desengaños del vivir cotidiano vistiéndole el alma de la dulce melancolía de los recuerdos, templando sus gallardías juveniles, aprisionando en suave lazo las doradas alas de su imaginación.

Pepe, esposo de Luisa, un don Juan que disfrutó largo tiempo de su juventud; cuarentón largo cuando se acogió al matrimonio, con los restos de su gallarda figura, como a cuartel de inválidos, donde encontrar asegurados amor y un hogar propio donde carraspear y llevar con hartas comodidades los mil alifafes que el tiempo no ha de tardar en descubrir.

Luisa, acodada en sus rodillas, mira tras los cristales del balcón sin ver lo que pasa en la calle. Quizás se encuentra en uno de esos momentos decisivos en la vida en que, escuchando el soliloquio interno de nuestra alma, ese soliloquio tras el cual no es raro ver brotar las lágrimas como respuesta a una interrogación que llevamos en ojos y boca desde que nacemos, parece que no vivimos, cuando en realidad vivimos la vida entera en unos instantes. Su alma debe "hablar" muy alto, cuando ni el tintineo de un timbre, ni el suave taconeo de una persona que hace incursión en el saloncillo, consiguen sacarla de su abstracción.

María (entrando).—¿Qué haces, hijita, con una tarde tan espléndida?... ¡Válgame Dios, y qué casera te hizo!

Luisa.—¡Ay, querida!... ¡Si supieras cuánto te agradezco que te hayas acordado de mí!

(La charla amiga ha roto el hilo de sus reflexiones; pero sus palabras van teñidas de una suave melancolía, y su dedo índice, pálido y afilado, ha recogido una gotita que asomaba indiscreta bajo el dosel de sus pestañas).

Pepe (entrando en el saloncillo).—¡Querida María!... Usted me perdonará, pero la he visto entrar y vengo a pedirle un favor. (Da un golpecito en la mejilla a Luisa; carantoña, que o indica mucho o no indica nada). Verás, hijita: no puedo acompañarte como habíamos quedado. Precisamente me acaban de telefonear de la sucursal, que esta tarde hacen las pruebas de un gasógeno, que de confirmarse lo que de él se promete, la casa me resolvería un problema para mi usina.

María.—¡Está usted desconocido!... Como que casi me da risa la seriedad... ¡qué!... el fuego con que toma usted estas cosas.

Pepe.—La autorizo para que se ría cuanto guste. A mí mismo me falta poco a veces para soltar el trapo... ¡Son otros tiempos María!; ¡aquello... pasó ya! Hay que trabajar, ser hombre. ¡Qué caramba!, siquiera, conservar lo que a uno le han dejado.... ¿Quedamos en que será usted tan amable que acompañe a Luisa?...

María.—Le aseguro a usted que venía dispuesta a no separarme de su lado en toda la tarde.

Pepe.—Así, pues... perdóname, hijita.

Luisa.—(Con esa expresión mansa y quieta de los espíritus hechos a vivir de sí mismos, al no encontrar fuera el calor de otro cariño con quien mutuamente establecer el dulce cambio de sus afectos). Te aseguro que no me encontraba muy valiente que digamos.

Pepe.—¿Te sientes mal?

Luisa.—¡Oh!; no, no: simplemente cansada.

María.—¿Pero va usted a alarmarse?...

Pepe.—¡Tiene usted razón! (Y en sus ojos, parece brillar un punto la íntima satisfacción que le produce el recuerdo en que ha nacido: algo así como el postrer triunfo de don Juan). Entonces, hasta luego... A los pies de usted, María.

María (cortando el encanto).—Te felicito, hija; ya veo que Pepe...

Luisa.—¡Sí!; en plena fiebre industrial.

María.—No iba mi felicitación por ese camino; pero aun así y todo, eso te probará que no se olvida de tí; ¡que mira lejos!

Luisa.—¡Por eso sin duda, no me ve a mí, que me tiene a su lado!

María.—¡Vaya por Dios! ¿Celos tenemos?

Luisa.—¿Celosa yo?... Nunca lo he sido; y tú sabes que su historia de soltero—¡casi una leyenda! — abonaría cualquier sospecha. Además, que hoy sería infundada.

María.—¿Pues entonces?...

Luisa.—Es que de un devaneo, tarde o temprano se hastiaría; en cambio, ¡de ese furor industrial!...

María.—El cual no es óbice para que sea un marido modelo.

Luisa.—Según el figurín que admitamos; porque voy sospechando que el marido modelo para la sociedad no es precisamente el marido modelo para nosotras.

María.—¿Pero es que has notado algún desvío en tu marido?

Luisa.—¡Hay algo peor que el desvío!... algo que no sé... ¿Ves a Pepe tan satisfecho? ¡Pues en su satisfacción me parece ver un fondo de egoísmo que me hace daño!

María.—¡Vamos!; algo así como la satisfacción que encontramos en la postura cómoda que nos permite descansar.

Luisa.—Mira: a Pepe no le hables de clubs ni de teatros por la noche... En invierno, después de cenar, gusta de tomar el te,—¡eso sí! preparado por mí, lo que me vale los consabidos elogios, como que tiene otro aroma, o un sabor delicioso cada día nuevo,—arrimado a la chimenea donde arde un buen fuego que yo me entretengo en conservar, fumando su cigarro y charlando un poquito, ¿sabes?... hasta que el puro que se le cae, o la ceniza que le salpica el batín, le avisan que se está durmiendo. Y en esas horas de la noche que yo consagraría por entero a repasar nuestra vida diaria, echando sendos planes para lo porvenir, arreglando nuestros asuntillos, cambiando impresiones... tengo que hacer el gasto de la conversación con cuatro vulgaridades, porque si pretendo otra cosa, en seguida me dice: "¡Mira, mira, hijita!: me encuentro tan requetebién en estos momentos, que no quiero saber nada de esas pequeñas chinchorrerías. ¡Te nombro mi ministro de relaciones exteriores!" Y con un golpecito de camarada, me cierra el pico tan ricamente.

María.—Porque no tendrás el talento suficiente para poetizar... eso que tu marido llama "pequeñas chinchorrerías". ¿No sabes, hija, que nuestras manos, como nuestras palabras, deben poner una eterna poesía en todo cuanto toquen? De lo contrario, ¡adiós marido! Desengáñate, Luisa: las mujeres, y sobre todo las propias, ¡nos prosaizamos tan rápidamente!...

(Se hace un silencio prolongado; uno de esos silencios en los que en rápido recuerdo comparamos tiempos con tiempos, promesas con realidades).

Luisa.—¿Recuerdas sus cartas?...

María.—¿Pero es que vas a pretender que todos los juramentos que mutuamente hacemos tengan cumplimiento en el matrimonio?... Además, que saldríamos alcanzadas; ¡nosotras, que lo sacrificamos todo en cuanto un pequeño nuestro tiene la más mínima tontería!... ¡Y aun cuando nada le ocurre, también!... ¡Vaya! ¿Quieres conocer un capítulo de mi vida de casada?... Estamos por lo visto en plena fiebre de confesiones y no quiero ser menos que tú... Recordarás perfectamente lo enamorados que nos casamos Ricardo y yo; que si yo sentía delirio por Ricardo, Ricardo estaba lo que se dice materialmente chiflado conmigo... Con estos antecedentes, fácilmente te imaginarás cuán rápidamente se deslizó nuestra luna de miel y lo que ésta fué... ¡Lo que se debieron reir de nosotros por esos mundos de Dios!... Como te digo, pues, amaba y era amada por el hombre que había elegido. ¿Qué más podía desear?... A los pocos meses vino la gran nueva de mi "embarazo"; y tú, que sabes el afán u... ¡orgullo!... que siempre ha sentido Ricardo por los hijos, puedes figurarte a los extremos a que se entregó. ¡Qué de mimos y consentimientos para conmigo! ¡No era cariño: era culto lo que aquel hombre sentía por mí! Al menos, tales ilusiones me hacía, y con ellas me consideraba la más feliz de las mujeres y la más querida de las esposas. ¡Quizás ninguna haya disfrutado tan por adelantado y tan cumplidamente de las alegrías que proporciona la maternidad como yo!... ¡Y llegó el tremendo desencanto!... ¡Todo un puro sueño! Figuraciones o todavía menos: ansias de figuraciones. Y el golpe para Ricardo, si fué doloroso, supo conllevarlo; Ricardo, desde aquel momento, cambió notablemente su manera de conducirse conmigo. ¡No creas! Nada de violentas disputas, ni de genios agrios, ni de inculpaciones soeces; ¡fué algo peor!: la frialdad, revestida de las más refinadas formas de la cortesía: "la soledad de dos en compañía", ¡la más espantosa de las soledades! Te aseguro que su alejamiento fué de una distinción y un buen tono exquisitos... La ciencia, como le ocurre de vez en cuando, se equivocó: yo me quedé embarazada. Y si aparentemente mi marido no modificó su conducta, sin duda por un resto de temor a un nuevo desencanto, en el fondo, la esperanza le sonreía, comunicándole una mayor suavidad a sus palabras. Yo lo notaba, y me sorprendía que no me alegrase de ello tanto como debía... El parto fué felicísimo; y como si ello no fuera bastante, una niña, Leonor, vino a colmar la felicidad de Ricardo... Ninguna explicación entre nosotros: ni las exigí ni tan siquiera las provocaba. Ricardo andaba como avergonzado. Comprendía yo que se encontraba violento en mi presencia; que alcanzaba de sobra todo lo indelicado de su conducta anterior; y sin embargo, ¡Dios sabe que le había perdonado de todo corazón! ¡Cuántas veces—no me cabe la menor duda—estuvo a punto de confesarse conmigo!... Pasaron los meses, e insensiblemente nuestra situación dejó de ser tan violenta. De mí, te sé decir que como si de golpe hubiera aprendido muchas cosas, me sentía con mayor bondad para juzgar; todos mis antiguos amores se habían fundido en uno muy grande hacia mi hija... ¡y hacia el padre de mi hija! Entraba como de nuevo en la vida, pero con una mayor tranquilidad en mis afectos, menos vehementes, pero más grandes, más desinteresados; y así fuímos los dos paulatinamente olvidando nuestro primero y único disgusto, encarrilándonos en la vida, en esta vida que no es sólo poesía, Luisa, como no es únicamente prosa; que tiene de lo uno y de lo otro: de idilio... pero casero.

Luisa.—¡Aun así y todo, ya ves que Pepe dista mucho de volverse loco!

María.—¡Como que Pepe no es ningún chiquillo para que vayas a exigir de él ciertos transportes! ¡Hazte cargo, hija!

Luisa.—Es que voy viendo que en estas, como en otras muchas cuestiones, somos nosotras las que debemos hacernos cargo; y sufrir y perdonar.

María.—Tu "caso", como el mío, como el de todas, no es sino el "colorín-colorado" del cuento de hadas.

Luisa.—¡Del cuento de hadas que todas entretejemos!... (Queda unos momentos pensativa. Se rompe el silencio, y de su alma suben prendidos en lágrimas, erizados de espinas, a juzgar por lo que se enredan en sus labios, los tristes comentarios a un sueño que se ha deshecho.) ¡Aquello pasó! ¡Todo un sueño!... ¡Nuestra juventud!... ¡Nuestro amor!... ¡Olvidémoslos por la Agenda o el libro de recetas culinarias!...

(Y estas palabras, sordas y graves como los cánticos de un funeral, dejan una estela de amargura que envuelve a las dos almas femeninas en una nube de recuerdos; porque las dos amaron; porque las dos hilaron el copo de oro de sus ilusiones el hilo de una bella historia de amor que quebró la realidad; porque ninguna olvida los mágicos sueños; porque son mujeres, y decir mujeres, es decir amor.)

Federico **VILLACAMPA.**

Para salvar submarinos

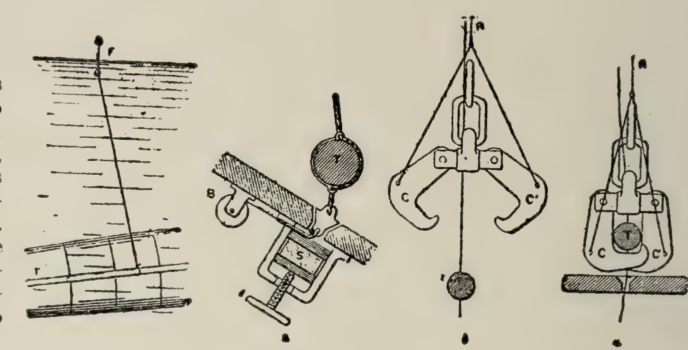
Entre los procedimientos últimamente ideados para el salvataje de submarinos hundidos, se cita uno, basado en el empleo del aire comprimido, que ha sido objeto de interesantes experimentos en Cherburgo, donde se ha sacado a flote el sumergible "Narval". En este caso los buzos aplicaron al casco del submarino unos tubos que partían de las poderosas bombas de compresión de aire de otros submarinos colocados encima del náufrago, y con el aire de las bombas se hizo salir el agua del casco hundido, por las mismas brechas por donde había entrado. De este modo se consiguió desalojar del "Narval" un peso considerable de agua que fué reemplazado por igual cantidad de aire comprimido, y en estas condiciones resultó fácil remontar el casco por medio de pontones.

El procedimiento es útil, mas para que dé resultado es preciso que la brecha por donde haya penetrado el agua esté en la parte inferior del submarino; pues si está en la parte de encima el aire comprimido se escapa inmediatamente sin producir efecto.

Por tal causa el sistema no es perfecto, pues la parte de los submarinos más expuesta a colisiones es la superior, y, como queda dicho, el aire comprimido no da resultado en este caso.

Un obrero del arsenal de Rochefort, M. Fougerome, ha inventado un procedimiento, mediante el cual un submarino hundido se remonta automáticamente a la superficie, y puede sostenerse en ella algún tiempo. Los detalles del invento no se han divulgado, pero los experimentos realizados han sido satisfactorios.

Muchos inventores han procurado encontrar un sistema de boyas o de señales que, al desprenderse del casco del buque hundido y subir a la superficie, no sólo sirvan para indicar la situación exacta del submarino náufrago, sino también para comunicarse con su tripulación por medio de un hilo telefónico.



El aparato Mesnard. — Fig. 1. F, flotador vertical en forma de boya que se desprende del casco del submarino. T, varilla fija al casco capaz de resistir el esfuerzo de los aparatos elevadores. V, volante de un tapón que cierra el paso de la cuerda fija a la boya. S, terrón de azúcar que puede derretirse al contacto del agua introducida en el submarino y soltar la cuerda de la boya. B, cabria donde está enrollado un alambre de acero unido a la cuerda de la boya. — Fig. 3. Garfio de la cadena de elevación que se agarra automáticamente a la varilla del submarino. R, cuerda que sirve para maniobrar automáticamente las dos piezas C, del garfio. — Fig. 4. El garfio cogiendo la varilla T.

Esta parte del problema se ha resuelto, pero no de un modo completamente satisfactorio. Casi todos los submarinos llevan una boya de esta clase, pero tiene que soltarla la tripulación desde el interior del buque.

M. Mesnard, profesor de la Escuela de Ciencias de Ruan, ha inventado una boya que se suelta automáticamente, cuyo dibujo reproducimos. La cuerda de la boya está sujeta por una especie de tapón, del que forma parte un terrón de azúcar que se deshace al contacto del agua en caso de que ésta invada el interior del casco. M. Mesnard ha ideado también un sistema de enganche de cadenas para levantar el casco sumergido. Entre otros sistemas de salvamento figuran los del empleo de alambres, bien para buscar el punto preciso donde yace el submarino náufrago, bien para remontar éste a la superficie aplicándole cierto número de electroimanes potentes, pero desgraciadamente aún no hay ninguno absolutamente perfecto.

Los pájaros y los aeroplanos

Por qué vuelan unos y otros

En esta época en que la atención del mundo está concentrada en los voladores, interesa saber de un modo exacto cómo vuelan las aves. Geralmente se cree que el pájaro "nada" a través del aire empleando las alas como remos, lo cual es un error. Ninguna de las aves conocidas avanzan por sí mismas en el aire; lo que hacen es elevarse dando aletazos, y luego se dejan caer en dirección diagonal como las cometas, atraídas por la fuerza de gravedad. Esto se ve oservando atentamente a las aves de vuelo lento. El airoso vuelo de la gaviota es debido a la regularidad con que se eleva batiendo las alas y se deja caer después siguiendo un plano inclinado con las alas extendidas, para volver a remontarse y deslizarse de nuevo. Lo mismo hacen las palomas mensajeras. Se elevan, caen, vuelven a elevarse, vuelven a caer y así sucesivamente, con tan inconcebible rapidez que la vista no puede seguir sus movimientos y sólo se ve el resultado final.

Ahora bien, ¿cómo se cierne o cómo vuela un ave a diversas alturas, durante largos intervalos sin ningún movimiento de las alas? En este caso entra en juego un principio adicional. El ave y la cometa, ambos más pesados que el aire, los sostiene éste por la resistencia que ofrecen.

Si se deja caer una hoja de papel extendida, no cae verticalmente en el suelo, sino que sigue una línea diagonal sinuosa buscando el camino por donde encuentra menos resistencia, hasta llegar abajo atraída por la fuerza de la gravedad.

Si en vez de una hoja de papel empleamos un trozo de hojalata sigue una línea menos sinuosa que el papel, porque la resistencia que el aire ofrece es igual para dos superficies de iguales dimensiones, y como la hojalata pesa más que el papel, la acción de la gravedad es más marcada en proporción a la resistencia.



La paz doméstica

Por muy propicia que se nos muestre la fortuna en la marcha de nuestros negocios; por muy constante que sea nuestro estado de salud; por muy sólida que sea la paz pública en el país en que vivimos; y por muy gratos que sean los momentos que pasemos en sociedad con los extraños, jamás podremos ser completamente felices si entre nosotros no reina la paz doméstica.

Las riñas y altercados entre los que viven bajo un mismo techo, amargan la existencia en su único refugio contra las constantes contradicciones y penalidades que ofrece el mundo, y arguyen siempre falta de educación y buenos principios, e ignorancia o desprecio de las leyes del decoro.

El que por un accidente cualquiera de la vida doméstica se encuentra alguna vez desagradado, y es sorprendido en estos momentos por una visita, puede fácilmente sobreponerse a la alteración de su ánimo y presentarse con semblante sereno y afable; pero si la discordia interior devora constantemente su corazón y le ha hecho habituales sus crueles impresiones, imposible le será componer repentinamente su rostro y suavizar toda su exterioridad, para aparecer con aquel aire de tranquilidad y contento que es la primera señal de buena acogida que ha de darse a los extraños.

Las personas de una misma familia que se encuentran desacordadas no pueden jamás recibir dignamente a nadie. Aunque no estén en aquel momento bajo la impresión de un reciente disgusto, y puedan por lo tanto mostrarle respectivamente la necesaria afabilidad, su manera de tratarse entre sí habrá de revelar su desacuerdo; y una visita, al mismo tiempo que verá en esto un signo de mala educación, se sentirá fuertemente embarazada para tomar parte con libertad y acierto en la conversación, cuyo movimiento ha de ser irregular y enojoso, por cuanto no está basado en la armonía general y recíproca de todos los circunstantes.

La discordia interior no puede ocultarse nunca a los sirvientes, los cuales la transmitirán fácilmente al conocimiento de los extraños; y el lamentable estado de una casa abandonada por la paz, y consiguientemente por la dignidad y el decoro, vendrá por este medio a hacerse público y a retirar de ella las simpatías, la estimación y el trato de las personas juiciosas y bien educadas.

La paz doméstica es el perfume delicioso que da animación y contento al círculo de la familia. Ella estrecha los lazos con que la naturaleza nos ha unido a nuestros parientes, fomenta aquel afecto, siempre sincero, que excluye todas las desconfianzas y nos entrega al más grato comercio de la vida, mitiga nuestras penas, nos ofrece consuelos en medio de la adversidad, nos imprime hábitos de dulzura y benevolencia, y a su suave y apacible sombra podemos consagrarnos con nuestra familia al ejercicio de todas las virtudes, y al ensayo de las prácticas que nos disponen a manejarnos dignamente en todas las situaciones sociales.

Por el contrario, cuando la paz abandona nuestro hogar, cuando la odiosa discordia ha penetrado en el sagrado recinto de la familia, nuestra vida está cruelmente agitada por todos los dolores; pues si en el trato con la generalidad de los hombres y en medio del torbellino de los negocios, encontramos a cada paso contradicciones y sinsabores, en el hogar doméstico nos aguardan aún mayores sufrimientos. Endurécese entonces nuestro carácter, nuestros modales se hacen toscos e inciviles, y por muchos que sean los dones con que la naturaleza nos haya favorecido, nuestra conducta social llevará siempre impreso el sello del mal humor, y apareceremos frecuentemente extraviados de las reglas de la urbanidad.

No reservemos, pues, a la paz doméstica otros sacrificios que aquellos que se opongan a la moral, al decoro o a la dignidad personal. Sabemos que sin ella no hay felicidad posible, ni consuelos en la desgracia, ni hábitos de buena educación; así es que en conservarla están interesados todos nuestros goces, el porvenir de nuestra familia, y la buena reputación a que debemos aspirar en la sociedad en que vivimos.

El conocimiento y la práctica de los deberes morales, serán de un grande auxilio para la conservación de la paz en las familias. El respeto de los hijos a sus padres, de los sobrinos a sus tíos, de los hermanos menores a los mayores, y en general, de todos los inferiores a sus superiores, suavizará siempre el trato de unos con otros, e impedirá que en las pequeñas discusiones que se suscitan en la vida doméstica, se mezcle nunca aquel grado de calor, aquella acrimonia que las hace tomar el carácter disociador y tempestuoso de los groseros altercados. La benevolencia y el cariño que los superiores deben a los inferiores, no les permitirán abusar de su posición y emplear palabras ofensivas, que armen la ira de éstos y les obliguen a usar de términos irrespetuosos.

Formemos en nosotros el hábito de ceder de nuestro derecho, siempre que nos veamos contrariados en materias de poca entidad, y aun en todas aquellas en que el sostener nuestra opinión no haya de traernos una ventaja de importancia, sino que por el contrario pueda llegar a irritar el ánimo de los demás y hasta el nuestro propio.

Las sombras de 160 ajusticiados

Lo que dice el verdugo Deibler

El intento de suicidio de Deibler, que nos ha comunicado recientemente el cable, constituye un caso curiosísimo.

Durante 45 años Deibler fué el encargado de guillotinar a todos los criminales sentenciados a muerte en Francia y Argelia. Después de haber cortado unas 160 cabezas, trató hace dos o tres semanas de cortarse la suya acosado por los remordimientos. Pero su mano vaciló, la navaja de afeitar que le sirvió de arma no cortaba bien, y el ex verdugo sólo pudo hacerse una ligera herida. Jura, sin embargo, que intentará otra vez suicidarse tan pronto como aminore la vigilancia que su familia ha puesto en torno suyo.

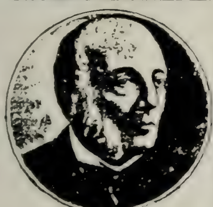
Hace algunos años que se retiró el verdugo parisiense, y su hijo, que había venido siendo su primer ayudante, le sucedió en el puesto. El anciano había alcanzado la edad bien madura de 78 años; tenía ahorrada una fortunita, pensó que había trabajado ya bastante, y se instaló en un sonriente hotelito de las afueras de París, como un honrado comerciante que ha prosperado y que por último traspasa el negocio a manos más jóvenes.

Pero entonces sucedió una cosa extraña.

El hombre endurecido, que por la fuerza había obligado a más de un cuello rebelde a colocarse en el tajo y que sin conmoverse veía escaparse la vida de los reos entre borbotones de sangre, se sintió de repente acosado por espantosas visiones de su vida pasada.



La visiones de Deibler



Ultimo retrato de Deibler

Los espectros de sus víctimas le persiguen constantemente, le han quitado su descanso y hacen imposible su sueño.

Por huir de ellos es por lo que el verdugo ha tratado de hacer consigo mismo lo que había hecho con tantos otros.

No es que se le aparezcan fantasmas, pues Deibler es un hombre demasiado inteligente para creer en supersticiones y en visiones. Razona y explica perfectamente su afección en estas palabras:

"Por la edad o por falta de ocupación, mi memoria se ha convertido en la facultad más poderosa de mi cerebro. Antes recordaba lo pasado, pero sin insistencia, como le sucede a todo el mundo. Ahora, sin embargo, a pesar de todos mis esfuerzos, el pasado ocupa exclusivamente mi imaginación y lo hace con un vigor que a cada momento parece que está de nuevo presenciando las escenas de sangre en que he sido actor durante mi larga vida. Vuelvo a verlo todo cual si lo tuviera delante de los ojos: la sangre que brota, los cuerpos que se estremecen, los músculos del cuello recién cortados.

Recordaréis cómo luchó Carrara cuando lo subieron a la guillotina. Se defendió a brazo partido, suplicó, lloró; no quería morir. Pues bien, por la noche oigo su voz en mi memoria, con la misma entonación y con el espantoso clamor del hombre fuerte y lleno de vida a quien se arrastra a la fuerza para ponerlo bajo la cuchilla. Escucho sus gritos de terror lo mismo que aquella mañana en que lo ajusticiamos.

Otras veces invade repentinamente mi memoria el recuerdo de María Chamut, la horrible mujer a quien ejecutamos en Argel hace 18 años.

La escucho maldiciéndonos a mí y a mi raza. Oigo la cuchilla traspasar las carnes al cortarla el cuello y el sonido de la cabeza cayendo sobre el serrín.

En vuestra vida habréis presenciado algún accidente horrible de esos que ocurren en la calle y que hacen palidecer de espanto a los transeuntes: un niño aplastado por un tranvía, por ejemplo. Durante algunos días tenéis grabado en la memoria el cruel espectáculo, y en vuestros oídos los gritos de dolor y de espanto de la infeliz criatura. Pero luego los váis olvidando. No podríais vivir si no sucediera así.

Yo tengo en mi vida cerca de 200 tragedias de ese género, y cuando en mi pobre cabeza se desvanece el recuerdo de una, viene a sustituirla el recuerdo de otra más espantosa.

Mis ensueños son horribles. En ellos veo a mis ajusticiados. Sus cabezas cortadas me hacen guiños desde el cesto en que han caído; y aquellos cuerpos descabezados saltan y se estremecen como el de una gallina a la cual se corta la cabeza. De todos brota la sangre: unas veces en saltador, como cuando se pincha una manga de riego; otras, a borbotones; y las más de las veces inundando el tablado como si se derramara el líquido de un cubo."

Los especialista en enfermedades mentales dicen que el caso de Deibler, si bien muy curioso, no es nuevo, pues en la historia de muchos grandes hombres, se han producido casos idénticos.

El penúltimo peatón
Escena policial futurista

(La acción se desarrolla en la oficina central de la Sección Tráfico, en el año de gracia de 1963, más o menos.)

Un agente acelerador de vehículos (entrando a paso de costumbre, es decir, precipitado, para detenerse frente al comisario.)—¡Señor comisario: un espíritu criminal y delictuoso acaba de atentar contra la buena circulación de nuestras calles!





El comisario (ocupado en un partido de telefonotruco, empeñado desde hace días, con tres comisarios de campaña; dejando sus cartas en el instante en que una voz le comunica desde Calamuchita: "¡Flor y truco!") —¡Que me lo traigan!

El agente (trayendo asido del saco un buen señor retrasado y tradicionalista, que aún conserva la indumenta prehistórica de 1830.) — Aquí está. A las 23 y 20 lo he sorprendido plantado en mitad de la calle con los ojos vueltos al cielo. Los rápido-autos, los expreso-tramways y los presto-taxis tuvieron que disminuir sus marchas por no arrollarlo. Un instante más, y los que imprudentemente se habían detenido serían atropellados por los que venían...

El comisario. — Agente, reciba mis felicitaciones por haber evitado la hecatombe. Es una lástima que los chauffeurs no se parezcan a los de antes. (Al acusado, con severidad.) ¿Tiene su patente de transeunte?



El pobre diablo. — ¿Patente de qué?

El comisario. — Vea, no se me haga el pavo, ¿quiere? Usted sabe perfectamente, que desde que se suprimieron las veredas, todo ciudadano que desee usar de sus piernas debe poseer una patente y un certificado, donde conste que es capaz de marchar cuando menos a veinte kilómetros por hora. Usted



El penúltimo peatón

no tiene ni patente ni certificado, ¿verdad? ¿Y cómo explica entonces su estacionamiento en plena vía pública? A ver... diga algo, defiéndase pues... ¿Qué hacía usted en la calle... miraba los avisos luminosos?

El pobre diablo (con modestia).—No, miraba la luna.

El comisario y el agente.—¡¡La luna!!

El pobre diablo.—Sí, la luna, ¿qué tiene eso de particular? La noche era tranquila, propicia al ensueño... yo componía versos in mente, bajo el cielo deslumbrante de astros...

El agente.—¡Versos! ¡Soñaba! Decididamente estamos tratando con un loco.

El comisario.—Un loco... criminal atacado de astronomanía y crísis agudas de autofobia. ¡Agente!, póngalo en seguida a disposición de nuestro electro biabista... Así, muy bien... ¡Y cómo grita el maldito! Después usted se encargará de llevarlo al manicomio. Allí se reconocerá si tiene o no las facultades mentales alteradas. De ser normal, ya nos encargaremos de darle un buen calabozo. Vamos... en marcha.

(El agente saluda y sale llevándose al pobre diablo. El comisario vuelve a su partido de teléfonotruco.)

El telón cae lentamente.

LORTAC.

La plata del mundo

CADA día va quedando más relegada la plata a usos industriales y su producción no ha seguido el enorme desarrollo alcanzado por la producción aurífera en los últimos veinte años.

El peso de la plata producida en la actualidad apenas es igual al de ocho veces el del oro, mientras que en 1893 era 22 veces mayor.

Sin embargo, su precio sigue siendo bajo, y quizás baje más, porque desde hace tres años va aumentando sensiblemente su producción, y llegará a ser mayor que la demanda de plata para la industria, aunque ésta va también en aumento.

En 1909 la producción fué de 6.600 toneladas, mientras que en 1908 fué de 1613 toneladas, por 5.753 en 1907, 5.130 en 1906, y cerca de 5.200 en los años anteriores desde 1893. En este total los Estados Unidos que desde 1897 han perdido el primer puesto, figuran con una cifra de 1.650 toneladas durante quince años, pero con una ligera tendencia a la baja. La gran transformación viene de Méjico, donde la producción se ha duplicado con exceso desde 1891 (2.330 contra 1.088) y del Canadá, donde, habiendo sido nula en 1903, llegó a 870 toneladas en 1909.

En Méjico, a pesar de la supresión de la acuñación libre, las minas obtienen hoy rendimientos considerables, beneficiando grandes masas de minerales pobres.

Australia produjo en 1909 528 toneladas, pero ¿qué se hace de toda esa plata? Las naciones grandes no la compran ya para la acuñación, porque tienen bastante con las reacuñaciones. La mitad va a la China y a la India. Esta última absorbe 2.870 toneladas en joyas de poco precio.



Memorias de un cazador de osos

El señor Arsenio Gentil, el canadiense "recordman" de la caza de osos, acaba de publicar sus memorias, de las cuales extractamos algunas emocionantes anécdotas: "Comencé a cazar osos cuando tenía diez y seis años, en una época en que las fieras abundaban en los bosques. Mi padre, que había enviudado muy pronto, se había hecho cazador, y yo lo acompañaba en sus expediciones, desde que tenía fuerzas suficientes para cargar con un fusil.

Nos encontrábamos en el estado de Manitoba, a orillas de Saskatchewan, cuando se me presentó la ocasión de matar mi primer plantígrado.

La ocasión se debió al azar y debo confesar que no me agradó del todo. Hasta entonces me había limitado a marchar tras mi padre, cuya fuerza y maestría me inspiraban completa confianza.

De esta suerte, había visto muchos osos de cerca, mas nunca me había atrevido a tirar sobre ellos.

—No te precipites a matarle, me había dicho a menudo mi padre. Primero observa sus movimientos como lo hago yo.

De este modo me había familiarizado con los peligros y las costumbres de estos animales.

Pero un día, al volver a mi cabaña, después de visitar una serie de trampas que habíamos tendido para cazar animales de pieles valiosas, me encontré de repente y cara a cara con un "grizzle" enorme. Durante un momento, permanecimos inmóviles, observándonos, separados por una distancia de seis metros.

El oso parecía sorprendido, se mantenía erguido, con las patas delanteras flojas, pero prontas a tender sus zarpas temibles, y mientras tanto yo, vacilaba, preguntándome si tendría tiempo de echar mano a mi fusil que llevaba en banderola. La perspectiva de empuñar mi cuchillo y combatir cuerpo a cuerpo con ese gigante no me resultaba halagadora. Infaliblemente me hubiera aplastado.

De pronto, el oso lanzando un gruñido formidable se echó sobre mí. Instintivamente dí unos pasos hacia atrás, a fin de tener tiempo de empuñar mi fusil. Desgraciadamente, mis pies tropezaron contra una rama, y caí al suelo...

El oso dió un salto, pero yo ya tenía pronto mi fusil, y sin perder tiempo hice dos disparos casi a boca de jarro, uno de los cuales dió en el vientre y el otro en la garganta. El oso cayó sobre mí arañándome en su agonía, pero hice poco caso de estas heridas; me sentía demasiado orgulloso para ello.

Así fué como maté mi primer oso. Siguieron tres años durante los cuales tuve ocasión de voltear siete osos más. La caza al noveno, fué particularmente dramática.

Hacía dos meses que nos hallábamos en la bahía de Hudson, cazando focas en compañía de otros peleteros, cuando, cerca de un riacho advertí huellas de un grizzle de gran talla. Inmediatamente emprendimos su persecución. Después de seis horas llegamos a una región montañosa, donde las huellas se perdían. Era necesario dar una batida y con tal objeto, cada uno de nosotros tomó por su lado. Yo marché con mi padre, y me hallaba a cincuenta metros de él, cuando el oso hizo su aparición. Nunca he visto un plantígrado ni más grande ni más hermoso. Mi primer bala no le produjo más que una dolorosa quemadura en la cara. Al segundo tiro, mi fusil estalló.

El oso se abalanzó sobre mí. Era necesario combatirlo cuerpo a cuerpo, con cuchillo, y decidido a todo salí a su encuentro, con todo el ardor de mis veinte años. Yo era vigoroso, y luché con rabia, frenéticamente.

Herido en diversas partes, jadeante, cegado por la sangre que manaba de mi frente, estaba a punto de sucumbir, cuando mi padre que seguía la lucha desde lejos, con la emoción que es de comprender, consiguió matar al animal, de un balazo en un ojo.

Nunca, en el transcurso de los treinta años, que llevo como cazador de osos en el Canadá, he visto tan próxima la muerte como esta vez.

He muerto ciento veinte osos, pero nunca una cacería me ha resultado tan emocionante como aquella.

Tampoco he de olvidar aquel grizzle que nos sorprendió a un amigo y a mí, al borde de un riacho, y al que tuvimos que matar a tiros de revólver. Llevo en los hombros la mordedura de un oso, y otro me arañó la frente, pero yo me siento orgulloso de estas heridas como puede estarlo un soldado de sus cicatrices."

En el fin de su libro Arsenio Gentil, da algunos consejos a aquellos que quieran seguir su ejemplo, aunque los osos son ya muy raros. Las cualidades indispensables para este deporte, son: fuerza física, sangre fría, decisión y un gran desprecio hacia el peligro.

"Es un sport fecundo en aventuras emocionantes, dice, pero mejor es cazar liebres.

Para los niños

Un loro indiscreto



Durmientes famosos

Sueños que han durado siglos

Uno de los cuentos más bonitos del célebre Perrault, es aquel en que un rey y una reina se olvidan de invitar al bautizo de su hija a una de las hadas del país, y ésta condena a la princesa, a sus servidores, a sus caballos, a sus perros, hasta a las aves del bosque que rodea el castillo, a un sueño mágico de cien años. El encantamiento no debía cesar hasta que cierto príncipe, atravesando los jardines y los patios del castillo dormido, llegase hasta el dormitorio de la princesa, y cuando esto sucede, la princesa despierta y el príncipe se casa con ella.

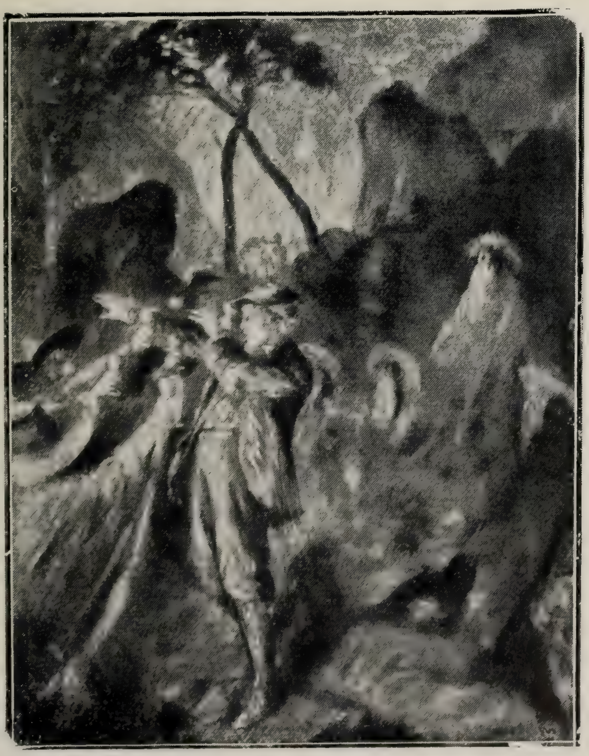


El castillo del bosque dormido (dibujo de Gustavo Doré)

Este cuento podrá ser fruto de la fértil imaginación del escritor francés, pero la leyenda del durmiente o los durmientes que pasan años y más años sumidos en profundísimo letargo, es universal. Los antiguos griegos contaban del sabio cretense Epiménides que, siendo niño y habiéndole enviado su padre cierto día de verano en busca del ganado, rendido por la fatiga y por el calor del mediodía, entró en una caverna a descansar, y en ella se quedó dormido para no despertar hasta cincuenta y siete años después. Cuando despertó, ignorando el tiempo transcurrido, todo cuanto le rodeaba había cambiado; él mismo no se reconocía, y al volver a la casa paterna quedó asombrado al ver a su hermano pequeño convertido en un viejo.

Aunque no en la forma, en el fondo es igual la historia de Rip Van Winkle, que transformada en opereta, recorrió todos los escenarios del mundo hace veinticinco años. Esta leyenda se basa en una tradición norteamericana, según la cual, el capitán Hudson, explorador del río y la bahía que llevan su nombre, que se perdió cierto día al ir con algunos de sus hombres en busca de víveres, vive en los montes Kaatskill, y cuando ruge el trueno, es que los

navegantes extraviados tratan de consolarse jugando a los bolos. El año 1775, es decir, poco antes de proclamarse la independencia de los Estados Unidos, un tal Rip Van Winkle, tan holgazán como curioso, quiso convencerse de si era verdad aquello y penetró en las misteriosas quiebras de la montaña. Nunca lo hubiera hecho. Encontró, en efecto, a Hudson y a sus compañeros, que le obligaron a jugar a los bolos y a beber con ellos, y cuando después de una noche de horrores y sobresaltos volvió a su casa, se encontró con que todo había sido un sueño, pero un sueño de veinte años, y con que los hijos de los que fueron sus convecinos, súbditos de la libre América, se negaban a reconocerle creyéndole muerto.



Rip Van Winkle y los genios de las montañas

Washington Irving fué quien popularizó esta leyenda. El grabado que damos ilustrándola, es una escena de la opereta en ella basada, tal como se representó diez años ha en el Her Majesty's Theater de Londres.

Los japoneses tienen también su durmiente nacional, el pescador Urashima, un muchacho perezoso, sí, pero de corazón bueno y compasivo. Urashima vió cierto día que un chico martirizaba a una tortuga; dió una paliza al malvado chicuelo, y echó al mar el reptil que acababa de salvar. Después, cebó sus anzuelos, tendió sus sedales y se echó a dormir tranquilamente.

Poco después, sintió que le despertaban; era la tortuga, que se había hecho de un tamaño gigantesco y le invitaba a bajar al

fondo del mar. Urashima, curioso como todo el que tiene poco que hacer, subió sobre el caparazón de la agradecida tortuga, y ambos se hundieron en las olas. Poco después, se detenían ante un precioso castillo submarino; era la vivienda del rey del mar. Nuestro pescador fué recibido por el monarca, que tenía un cetro de coral y una corte de peces y monstruos marinos, además de una hija preciosa, una ninfa, llamada Otohime, de la que al punto quedó prendado Urashima. En aquella corte acuática pasó el muchacho una temporada, teniendo la dicha de ver, no sólo que Otohime correspondía a su amor, sino que su padre, el rey, se la daba en matrimonio. Desde el día de la boda, el tiempo pasó rápidamente para la joven pareja, como pasa siempre para los que son felices.



Urashima ante el rey del mar

Pero un día, le dió a Urashima la ocurrencia de volver a la tierra, a ver a sus padres. La princesa rogó, lloró, y acabó dándole al despedirle, una cajita cerrada, con encargo de que no la abandonase ni la abriese jamás.

Lo mismo que Rip Van Winkle, al volver a su país se encontró Urashima con que todo había cambiado, como que habían transcurrido trescientos años desde el suceso de la tortuga. Despechado, abrió la caja... y en aquel momento despertó de su letargo, viéndose convertido en un viejo de luengas barbas que se cubría de arrugas, caía al suelo y dejaba de existir.

La tradición cristiana nos cuenta también una historia de durmientes, la de los siete durmientes de Efeso, condenados por Decio, durante una persecución de cristianos, a morir de hambre en una caverna, cuya entrada fué perfectamente tapiada. Siglo y medio después, en tiempo de Teodosio, hubo que abrir la caverna para construir un establo, y se halló a los siete supuestos mártires dormidos, pero con vida, siendo tan grande el asombro de cuantos presenciaron aquel milagro, como el de los durmientes al ver por todas partes, allí donde antes se les perseguía, la cruz de Cristo.

También es muy conocida la historia del fraile aquel que pasó una infinidad de años escuchando a un ruiseñor y una abstracción tan prolongada no se explica, sino por el sueño del digno beato.

La vida de los animales

El instinto de asociación

Lo mismo los cuadrúpedos que las aves y los insectos, conocen tan bien como el hombre, si no mejor, las leyes de la moralidad, de la higiene, de la caridad y hasta de la etiqueta. Tienen, pues, los irracionales una especie de civilización relativamente tan importante como la de los seres humanos que disfrutan de mayor cultura.

Hay muchas especies de aves que constituyen asociaciones perfectamente organizadas, observándose esto muy especialmente en las aves de paso. Durante las emigraciones, se protegen unas a otras y se prestan auxilio mutuamente para soportar mejor las fatigas del viaje. Se observa, por ejemplo, que las alondras viajan siempre en compañía de las grullas; cuando una alondra se cansa de volar, se posa en el lomo de alguna de sus zancudas compañeras, y así prosigue la travesía con toda comodidad, no habiéndose dado nunca el caso de que las grullas se manifiesten disgustadas del proceder de las alondras.

Los pelícanos, tan torpes aparentemente, se asocian para pescar, y lo hacen bajo un plan verdaderamente ingenioso. Cuando encuentran una bandada de peces, la rodean formando un gran semicírculo y la van empujando hacia la orilla, armando mucho ruido con las alas y graznando estrepitosamente para espantar a la pesca, que de este modo cae fácilmente en su poder.

Otras veces, estas extrañas palmípedas forman dos bandos, y nadando uno contra otro, toman a los peces en medio, exactamente lo mismo que podrían hacerlo dos grupos de lanchas pescadoras.

Hay una especie de águila que busca su alimento reuniéndose en grupos de diez o doce individuos, que vuelan a gran altura y un poco separados unos de otros. Si una de las águilas descubre alguna presa, lanza un chillido, que es inmediatamente contestado por las demás. El ave que hizo el descubrimiento baja para apoderarse de la presa, pero, lejos de devorarla, espera a que sus compañeras vayan a tomar parte en el festín.

Lo más singular es que, según las reglas de la etiqueta aquilina, las águilas más viejas comen siempre las primeras; las jóvenes esperan a que aquéllas concluyan, para apoderarse luego de los restos.

Costumbres no menos notables nos ofrecen muchos mamíferos que viven formando grandes sociedades. Los caballos salvajes, los búfalos, y en general todos los grandes cuadrúpedos que se reunen en manadas, se someten a la voluntad de un jefe, ordinariamente un macho muy viejo, que está encargado de velar por la seguridad del rebaño y de savarle distrayendo, si es preciso, la atención de los cazadores.

Los perros salvajes del Africa austral, por otro nombre perros-hienas, se reunen en gran número para dar caza a los antílopes, y mientras unos hacen de ojeadores y persiguen la pieza, los otros le cortan la retirada.

En cuanto a los insectos, tanto se ha escrito acerca de las costumbres y de la sociabilidad de las hormigas, abejas, etc., que sería punto menos que ocioso el repetir aquí tan curiosos detalles.

Una nueva máquina para volar

A título de curiosidad vamos a ocuparnos de una nueva máquina para volar, cuyo inventor se ha propuesto resolver el problema de la aviación por medio del motor humano. No ha imaginado una bicicleta aérea, sino una máquina de género completamente nuevo y completamente inédito que no ofrece más interés que su originalidad, si los experimentos no demuestran lo contrario.

Sobre un eje que sirve de soporte y por el cual pueden deslizarse verticalmente van montadas dos superficies A B (Fig. 1), horizontales, sujetas con cuerdas. Estas superficies son de lona con una armazón que las conserva tirantes y las mueve con los pies el aviador por medio de los estribos E G pendientes de unas maromas o cables. Uno de estos cables pasa por una polea P montada en el eje y unida al plano superior, siendo solidario al mismo tiempo en S del plano inferior. El segundo cable está unido a la base C del plano superior.

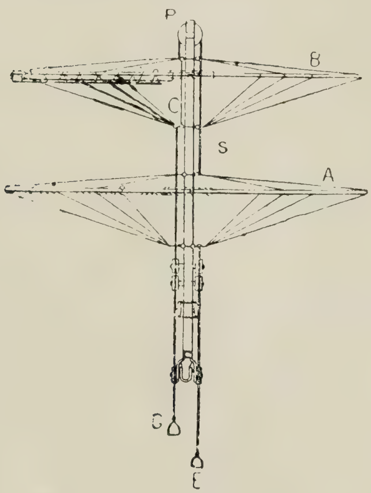


Fig 1

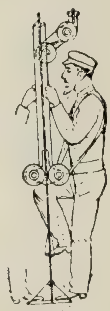


Fig 2

Cuando el aviador hace presión sobre el estribo E obliga a descender al plano inferior, mientras que el plano superior se eleva, y haciendo la presión sobre el estribo G el plano superior desciende, y como al mismo tiempo tira del primer cable, se eleva el plano inferior.

La maniobra, muy sencilla por cierto, consiste en obligar a ambos planos a juntarse y separarse (figuras 3 y 4), obteniendo así la sustentación.

La colocación de los cables es exactamente igual a la que permite abrir y cerrar unos cortinones tirando de una cuerda o de otra, y es de notar también que el sistema de maniobrar con estribos lo indicó Leonardo de Vinci, el cual lo aplicaba a unas alas que ideó. El aviador se sostiene en el aire por el movimiento opuesto de las dos superficies. Para la dirección se vale de un cuadrante K (figuras 3 y 4), y según en el punto donde apoya la mano, obliga al aparato a tomar una posición más o menos oblicua.

El inventor dice que si las superficies de sustentación miden cada una 25 metros cuadrados de superficie, pueden levantar los cien kilos que pesan en junto la máquina y un aviador de regulares proporciones, y avanzar por los aires con una velocidad de 5 metros por segundo.

Una nueva máquina para volar

Así el aeroplano puede mantenerse en el aire sin peligro alguno para el aviador. Porque no hay que olvidar que la sustentación es la base del vuelo. Se puede volar, es cierto, con un aeroplano cuyo equilibrio presente escasas condiciones de seguridad, y aún con esto se aumenta la velocidad de la máquina. Pero entonces el aviador y el aparato están expuestos a una brusca caída no bien se levante una racha de viento.

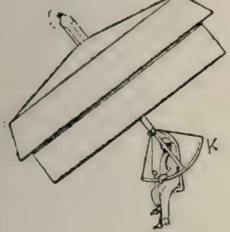


Fig. 3

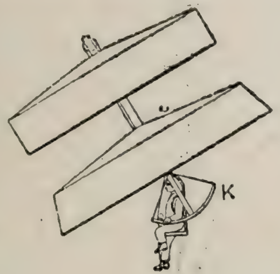


Fig. 4

La pasión del juego

En una comedia que se ha representado últimamente, una señora joven explica cómo se traduce en ella la pasión del juego. "Yo no juego para ganar o para perder", — dice — "juego para saber si voy a ganar o si voy a perder". Esta frase marca el punto exacto donde el placer de jugar se convierte en pasión, es decir, un sentimiento tan intenso y exclusivo, que encuentra en sí mismo su propia satisfacción y su alimento. Es lo que los filósofos contemporáneos expresan cuando dicen que la pasión es en el orden afectivo lo que la idea fija en el orden intelectual.

He aquí una frase de hombre: "Después del placer de ganar, no hay mayor placer que el de perder". Palabras de un poseído que se abandona sin resistencia a la emoción.

Ahora bien: es más difícil saciar la curiosidad que el ansia de emociones. Cuando la curiosidad llega a cierto estado agudo, se hace imposible satisfacerla. La curiosidad se renueva sin cesar: tiene un dominio ilimitado.

La emoción cerebral, por el contrario, a causa del cansancio que produce, puede muchas veces decrecer y aún desaparecer. De donde resulta que el hombre puede llegar a curarse de la pasión del juego más fácilmente que la mujer.

Si hay más hombres que mujeres que juegan, es porque el juego es más accesible en la práctica al hombre que a la mujer. Pero la pasión del juego es más compleja, más profunda, más temible en la mujer que en el hombre. Pone en movimiento en ella más instintos y más fibras secretas.

Los rostros traicionan estas diferencias. La mirada del jugador es taciturna: la de la jugadora es brillante, con algo así como un reflejo enfermizo e inquieto que le resta toda belleza. El hombre que juega se pone tonto; pero la mujer se pone fea.

Alfredo CAPÚS.



Como se forman hombres



Si es urgente despertar en el niño la sensibilidad, no es menos necesario reglamentarla para realizar en él la igualdad de carácter. Para que un carácter de niño pueda adornarse de esta amable virtud, el mejor medio consiste en fortificar su voluntad, dominando su cólera y su orgullo.

La experiencia hace que el hombre encuentre en un excepticismo práctico, ya que no en un carácter equilibrado, el arma de circunstancias contra los tormentos de la vida. El niño, por el contrario, está siempre dispuesto a convertirse en un déspota. Toma fácilmente el hábito de la cólera y la irascibilidad, se convierte en un defecto permanente de su carácter, porque no tiene la fuerza de luchar contra esta pasión, en primer lugar; y en segundo lugar porque a pesar de traer consigo sentimientos penosos, no deja de producir cierto placer cuando puede satisfacerse con una venganza, aunque sea imaginaria.

Bastará con que el placer que siente en romper los objetos que tenga a mano, sea lo suficientemente intenso para compensar los inconvenientes que los gritos, los llantos y los pataleos puedan costarle, para que se rompa el equilibrio de un carácter, para que la pasión turbe la nitidez de una inteligencia, para que la voluntad pierda todo dominio sobre sí misma.

La primera barrera que debe oponerse a la cólera infantil es una actitud de sangre fría, de desaprobación y hasta de desdén, por parte de las personas mayores. Si las rabietas del pequeño tirano se estrellan contra el silencio tranquilo del educador, a quien él esperaba poner fuera de sí, éstos se perderán en el vacío y se colmarán por sí solos. La intervención no es oportuna hasta que haya pasado el acceso. El reproche, el llamado a la dignidad personal, y hasta en algunos casos, una discreta burla, son los mejores medios de reprensión. Pero en la mayoría de los casos es necesario dirigirse al corazón del niño y hacerle sentir toda la pena que ha causado a quienes le quieren y sólo desean su bien.

Además de la inclinación a la cólera, la educación debe reprimir ciertas tendencias a la vanidad y al orgullo, cierto carácter "contrariante" de los niños mimados: No se puede perder un minuto para volverlos a la modestia, pero una mala costumbre como aquella, echa rápidamente profundas raíces en una alma joven.

Educación de la voluntad. — Veamos ahora cómo puede educarse la voluntad. Esta educación debe tender a que el niño persista en sus opiniones si puede sostenerlas con razones plausibles, a menos que razones más fuertes le obliguen a renunciar a ellas. Si en aquello que no está a su alcance, o en casos de necesidad urgente, conviene prohibirle la discusión, e imponerle una autoridad superior, a medida que el niño crece y se hace razonable, debe invocarse cada vez menos la autoridad que dice "yo quiero", y hacer el honor al niño inteligente de legitimar las órdenes que se le dan, con razones de buen sentido, de justicia o de sentimiento.

Querer, y querer enérgicamente, es el fin u objeto de la libertad moral. ¿Cómo desarrollar esta libertad en el niño? Puede deducirse de lo que hemos dicho anteriormente. Hacer pesar sobre él una disciplina estrecha que ahogue todo espíritu de iniciativa, toda espontaneidad en la idea o en la acción, es el verdadero método para no llegar al fin deseado. Siendo este fin la verdadera formación de un ser apto para gobernarse a sí mismo, nunca es demasiado pronto para acostumbrarlo a manejarse, a desenredarse y a juzgarse.

Pero si bien es necesario guardarse de aniquilar en el niño el precioso instinto de la libertad, no quiere esto decir que se haya de ceder a todos sus caprichos. La educación no es escuela de anarquía mental ni de esclavitud: es una liberación gradual. Complacer al niño dejándole hacer todos sus caprichos no lo haría jamás capaz de gobernarse a sí mismo. La voluntad no es el capricho: querer no es hacer lo que agrade, sino manejarse conforme a la razón.

Trabajar es hacer un esfuerzo de atención, es decir, manifestar el poder que ejercemos sobre nosotros mismos, por la repetición cotidiana de esfuerzos más o menos penosos, pero que por la costumbre se convierten poco a poco en fáciles.

Querer con constancia, es el primer paso que hay que franquear; pero es necesario, además, que la educación enseñe al niño a querer "inmediatamente". La indecisión es un defecto casi tan grave como el capricho o la incoherencia en la voluntad. Esta indecisión no es siempre pereza de espíritu; puede ser causada por la desconfianza de sí mismo, o por una modestia exagerada. Estimular un alma timorata demostrándole que puede lo que quiere y acostumbrándola a salir victoriosamente en tareas hábilmente proporcionadas a sus fuerzas, halagar el triunfo, si es necesario, con elogios que se rehusaran, por el contrario, a los vanidosos, es una obligación o, mejor dicho, un placer para el educador.

Trabajar con confianza, con la voluntad de triunfar, o, en otros términos, tener amor al trabajo. Es saborear todos los goces, los más legítimos, los más nobles desde la satisfacción del amor propio hasta la alegría de sentir desarrollarse las propias facultades y la de hacer felices a los padres y maestros. Para exaltar aún más este generoso entusiasmo, se debe ofrecer a la meditación y también a la ambición del niño el ejemplo de los grandes trabajadores y de los grandes servidores de la humanidad, que fueron tan admirables por su voluntad como por su genio, y todo esto poblará el alma del niño de una sociedad de seres superiores, que serán sus modelos y sus maestros y le darán el culto del trabajo.

El diario de un niño malo

Traducción de Einar J. P. Hansen

para "EL HOGAR"

CAPITULO 18

En la escuela

En la circular que recibió papá decía: "Se tendrá especial cuidado con los estudiantes más jóvenes" y la señora de Pitins le dijo a papá que sería una madre para mí; eso no me gusta; no soy ningún bebé; por otra parte, mamá no dice que soy regañón y descontentadizo cuando solo siento nostalgias y ¿cómo me voy a callar si cuando comemos me ponen un diccionario en la silla para que esté más alto y los demás se ríen? Si me siguen mortificando perderé el juicio. Me han tirado muchos pelotazos, mi pañuelo de seda se perdió y mi corbata está en el techo, porque los muchachos me la quitaron para atársela al gato, pero no importa; he soportado los agravios sin llorar lo más mínimo y no han podido doblegarme. Pepe Benz dice que soy un muchacho valiente y que será mi defensor; es uno de los muchachos mayores, ahora tengo por lo menos un defensor. La señora Pitins es muy gruesa pero el motivo no lo sé; tal vez comerá durante todo el día; en la mesa estoy siempre a su lado. Hoy quise ser muy cortés y hacer como el sirviente del hotel de Lilí, y cuando la señora Pitins se levantó, me apresuré a retirar su silla, pero como ella no sabía que yo fuera tan cortés, volvió tontamente a sentarse, pero esta vez en el suelo. ¡Qué ruido hizo! ¿Pero es justo que se enojara diciendo que lo había hecho adrede?

Ahora quiere escribir a mis padres que soy el peor niño de la escuela, pero antes debe esperar dos o tres días para curarse y reponerse de la caída. Dice que se siente muy mal; creo que si hubiera sido de porcelana se habría roto. He empezado a estudiar geografía. Dice allí, en el libro, que la tierra es redonda, pero no he podido comprobarlo. En el aula tenemos un globo terráqueo que se puede dar vueltas con la mano. Tengo que cortar un pedazo con mi cuchillo para cerciorarme de si la tierra es hueca, si hay fuego en su interior o cómo es la cosa. También aprendo aritmética. Es un libro muy cómico, dice que si Juan tiene siete barriletes y Carlos dos veces tanto, tiene catorce barriletes, y a mí, francamente, me parecen muchos barriletes para un solo muchacho. Tenemos en la escuela una señorita que aprecia mucho a los niñitos; yo la quiero mucho, pero Pepe Benz dice que es una solterona. ¿Y qué hay con eso? Se llama Irma. Le he contado en secreto que en casa me tienen por un mal muchacho, pero que yo no hago las cosas con mala intención. Me permitió que fuera a su cuarto cuando me encontrara solo. Creo que esta noche la visitaré. Betti dice siempre que el viernes es día de desgracias; creo que tiene razón, todos los chicos están ahora cenando; yo no, ni comeré tampoco. Es triste que lo castiguen a uno en la primer semana de escuela. He llegado a la conclusión de que tengo a la desgracia como compañera; puede ser que si fuera yo sordo, mudo, ciego y paralítico, no me sucederían tantas cosas.

El señor Pitins está resfriado. ¡Hay que oirlo estornudar! La señora está en cama aún. Ayer me llamó para volverme a decir que soy un muchacho malo, muy malo; pero si eso ya lo sé de memoria, ¿por qué me lo dicen a cada rato? Le pedí que me dijera algo, y toda bañada en llanto díjome que temía la muerte de su esposo, al oir lo cual repliqué: "Si se muere cerrarán la escuela y podré volver a casa; qué suerte la mía!" Se enojó, diciéndome que era un demonio sin corazón.

Lo que sucedió con el profesor fué lo siguiente: Una hora más o menos después de haber tomado el te, ayer, fuí al comedor para ver si tal vez la mucama se habría olvidado de sacar las masitas, y me encuentro con el profesor lo más cómodamente acostado en un diván, cerca de la estufa y con un libro en la mano, pero sin leerlo, pues se había quedado profundamente dormido. Estábamos solos los dos; me acerqué para escuchar de más cerca la música de sus ronquidos. Al principio creí que se quejaba por algún dolor; de pronto veo que la parte superior de la cabeza se le ha caído un poco. Me asusté, creyendo que estaba muerto y fuí a contarle el caso a Pepe Benz quien dijo que el profesor usaba peluca y que se le habría caído. Le pregunté lo que era una peluca y me dijo que era lo que los indios cortaban cuando desollaban el cráneo a una persona. Al oir eso tomé un cuchilo y con mucho cuidado le desollé el cráneo al profesor sin que lo notara. Con el trofeo conquistado hice irrupción en la sala de estudio siendo acogido con una salva de aplausos y exclamaciones como "¡Hurrah! ¡Viva Jorgito!"

"¡El profesor se pondrá furioso!" "¡Cómo te has atrevido!". "Guárdala, Jorgito!" y "Déjame ver qué tal es!" Fué pasando de mano en mano y de cabeza en cabeza. Por fin, mis compañeros me adornaron con la peluca y colocándome sobre una mesa gritaron en coro: "Un discurso, Jorge, un discurso, que hable!" Tuve que ceder, improvisando esta peroración, remedando al profesor: "¡Hem! señores: quisiera hoy encaminar vuestra atención hacia el reino animal, que es compuesto por bichos de todos tamaños, pelajes y clases. El elefante es mucho más grande que la pulga, pero ésta, sobrepasa a aquél en lo que a saltar se refiere. No desearía yo, por ejemplo, que mientras durmiese me pasease un elefante por la espalda. No los detendré más tiempo, señores, porque sé que ustedes están deseando salir para jugar en el recreo." Jack Benz me aconsejó que debía volver la peluca a su sitio, y al bajar la escalera con ese propósito, lo hice dejándome deslizar por el pasamanos, queriendo la fatalidad que un pie mío fuese a dar precisamente en la cara del profesor que se disponía a subir. A consecuencia del choque se le ensangrentó la boca cayéndosele los dientes. Yo no sabía que se le iba a caer la dentadura y además no lo pude evitar. Mientras se limpiaba la cara arrojé la peluca en la estufa, preguntándome en eso el profesor dónde estaba su peluca. Me sacudió tan fuerte que hasta lloré y dije que tal vez los indios lo habían asaltado cuando dormía cortándole los pelos. Hizo formar a todos los niños. Naturalmente, nadie supo decirle lo que había pasado con su cabeza. El profesor estaba cada vez más furioso y en esto empezó a estornudar. Dijo que estaba casi seguro de conocer al culpable y que si lo llegaba a saber con seguridad ya le arreglaría las cuentas! Recordé que mamá decía que era muy feo mentir y conteniendo el llanto dije: Señor profesor: mis compañeros son inocentes; ha sido el gato; he visto cómo jugaba con su pe-

luca cuando fuí al comedor a decirle a la mucama que guardase las masitas. El profesor calóse los lentes y miróme fijamente un largo rato así como se mira a un gusanito a través del microscopio. Comprendí que debía cambiar de conversación y le dije: ¿Es usted calvo de nacimiento, señor? ¿Se ha olvidado su ama de traerle dientes? ¿Por qué no tiene ojos con garantía para no usar lentes? ¿Siento mucho que esté usted resfriado pero me parece que aún no es usted tan viejo como para morir y hacer por eso tanto ruido? ¡Se puso rojo como la grana y arrugó el entrecejo, creo que iba a decir algo fuerte, porque empezó: ¡Eres tú el niño más impertinente, hatschí!... ¡que jamás he... hatschí! ¡conocido! Se fué sin terminar, dicen los muchachos que ha pedido por telégrafo otra peluca a la ciudad. Fuí encerrado en un cuarto alto. Si no hubiera encontrado en el piso un agujero tapado por la alfombra, me hubiera aburrido soberanamente. Miré por la abertura y ví que me encontraba sobre la pieza de la señora Pitint; sobre la mesa había muchas cosas; tomé un alfiler, lo doblé y lo até al extremo de un hilo dedicándome a la pesca. He capturado algunos pescados interesantes: unos lentes, un alfiletero, unas tijeras, siete horquillas de pelo, un cuello y dos puños; un dedal, una polvera, pero ésta se abrió y el polvo desparramóse por todo el piso, por lo que volví a tapar el agujero. Querido diario, ahora debo escribir a mamá mis progresos en geografía y otras cosas. Adiós.

Fin del capítulo 18

Las momias vengativas

Con motivo de la decadencia del Palacio de Cristal, de Londres, en lo tocante al favor del público, se han expuesto varias teorías, pero ninguna tan curiosa como la de un afgano llamado Golab Shah. Este individuo asegura que el edificio está maldito, porque lo primero que se exhibió en él fueron unas momias robadas de las tumbas de los templos egipcios, y según sus propias palabras para que la fortuna vuelva a sonreir al Palacio, deben enviarse las momias a la tierra de los faraones.

La idea tiene sabor oriental y está de acuerdo con las supersticiones de Oriente. Pero no puede negarse que la mala suerte ha frecuentado algunas veces a los guardianes de estas reliquias. Es, por ejemplo, un hecho cierto que las momias del Museo Británico ha habido que retirarlas por la perniciosa influencia que ejercían sobre los guardianes y sobre otras personas. Particularmente una mujer momificada producía una misteriosa alucinación, por efecto de la cual, parecía que iba a agarrar al que se aproximaba demasiado.

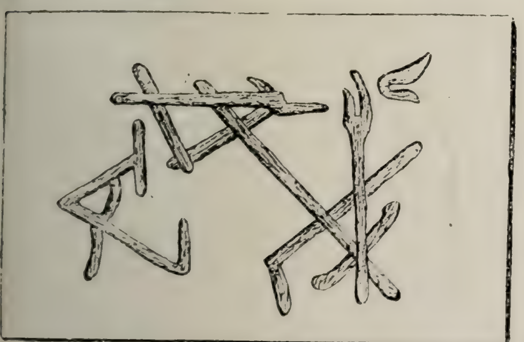
También es muy conocido el caso de Franz Hentsch, el famoso egiptólogo alemán, que murió de repente hace algún tiempo, poco después de desempaquetar una momia que se supone es de Sebekhotep VI, uno de los Hyksos o reyes pastores.

Examinando las envolturas se encontró una inscripción cuneiforme, que después de traducida se vió que era una solemne y precisa maldición para todo el que tocase el cadáver.

Escrituras indescifrables

Signos y letreros que nadie ha podido leer

PARECE imposible que nuestra época, que interpretó los jeroglíficos egipcios, que sorprendió el mecanismo de las escrituras cuneiformes y que se apoderó del sánscrito, haya sido impotente para descubrir el secreto de tantas otras escrituras cuyo conocimiento sospéchase aclararía para siempre no pocas dudas hoy irresolubles... No hablaré del problema de las letras celtibéricas, aún hoy dudosísimo, ni de otras que están en vías de aclaración.



Inscripcion del monte Horquera

Citaré solamente casos concluyentes.

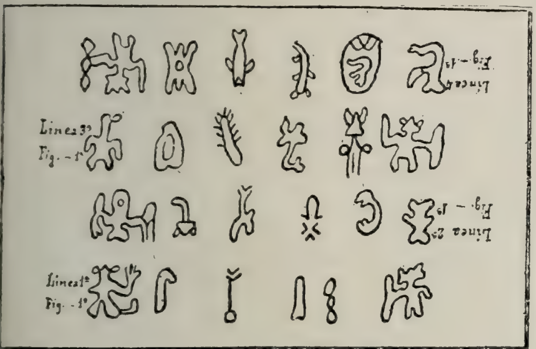
En España, encontraremos las diversas inscripciones de que habla Góngora (Antigüedades prehistóricas de Andalucía), todas completamente indescifrables. Podría decirse de alguna de ellas que más bien pudiera ser simple dibujo que verdadera inscripción, pero otras son indiscutibles restos de una escritura tan enigmática como la raza que la empleara. En las cuevas de Carchena, en Fuencaliente, Batanera, Zuheros, Nacimiento y otros lugares de la Andalucía desconocida, abundan inscripciones de este género, una de las cuales, encontrada no lejos de Torre del Puerto, en el monte Horquera, cortijo de las Cumbres, es la representada en uno de nuestros grabados. Doy también muestra de los signos encontrados en la "Cueva de los letreros", a kilómetro y medio de Vélez-Blanco (Almería).



Inscripciones de la cueva de los letreros, en Almería

De la importancia de estos signos nada he de decir, sino que tienen no poco parecido con otros que he observado en ciertos restos prehistóricos americanos y con las casi desconocidas escrituras "en forma de copa", de que no conozco si no una sola mención.

No creo a los que me aseguran que los signos de Vélez-Blanco sean "toscos dibujos sin importancia". Este es el cómodo procedimiento que empleó Heide cuando tropezó con los caracteres cuneiformes, "simples adornos caprichosos, según él, de cualquier escultor". Aunque no creo que estos caracteres de Vélez-Blanco sean la clave de otras tablillas babilónicas, afirmo tienen suficiente interés para ser estudiados. Otra de las escrituras indescifrables que conozco, es la encontrada en la extraña isla de Pascua, la misteriosa isla perdida en el Pacífico, a 412 kilómetros de la costa más cercana... En esta isla, poblada de cientos de estatuas colosales, eternamente erguidas ante un horizonte solitario, perduran restos de una civilización desconocida,



Escritura de la isla de Pascua

en la cual la escritura era jeroglífica. Han dado idea de ella algunos viajeros, especialmente D'Axieri y Pierre Loti (L'ile de Pâques, pág. 332); mas, aunque se conoce el significado de algunos signos y aun la dirección de su lectura (en zigzag), "nada se sabe de su verdadera clave", perdida Dios sabe hasta cuándo, con sus primitivos poseedores.

¡Quién sabe las revelaciones que encerrará tal escritura para la historia de América, con cuyos jeroglíficos guarda tanta semejanza!

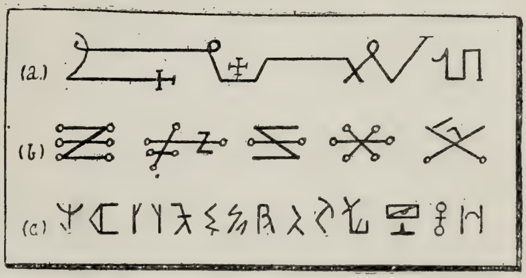
En el Nuevo Mundo, lo característico en las escrituras es "lo indescifrable". La clave de la escritura Azteca "no ha sido encontrada". De la escritura Maya del Yucatán se conocen 71 signos por el español Landa, y otras particularidades por el admirable estudio de Cyrus Thomas ("A Study of the manuscript Troano". Washington, 1882); pero son más de setecientos los signos hasta hoy registrados. Landa y el gran Brasseur, por una parte, y sus críticos Bollaert, Chareacey, Banerof y el pomposo Rosny, por otra, han trabajado sin lograr traducir realmente una sola línea. Y es de advertir que en códices escritos en estos caracteres se encuentra (aunque no quiera Rosny) la solución de no pocos problemas históricos y, sin género alguno de duda, toda la sabiduría de las primitivas razas de América. En el Museo Arqueológico de Madrid se conserva el original del célebre "Códice Troano", que, como los restantes de la América precolombiana, "no ha sido descifrado", pues no creo en las versiones del español Castrobeza.

En la misma América, en el Perú, la clave de los "kippos", o escritura por medio de nudos, "nos es asimismo completamente desconocida". En un principio se quiso negar a los "kippos" como a los caracteres cuneiformes, su índole de escritura; mas hoy se afirma que es todo un perfecto sistema, en el que están escritos los "Anales del Arcaico Imperio de los Incas". Dícese que era "rápidamente leído" por los indios del tiempo de la conquista y que sus descendientes poseen hoy mismo la clave, si bien la ocultan a los europeos.

De este originalísimo procedimiento lo único que se sabe es que el número, la disposición, el color y otras particularidades de los nudos y de las cuerdas determinan la diversidad de signos. Que estos tenían para su interpretación varias claves... Que aún hoy los emplean ciertos indios para sus cuentas (como los chinos)... Que los libros eran... grandes montones de cuerdas, pero ¡ni una sola letra!

Además de las citadas, indicaré de paso tres escrituras más, también indescifrables, de las dos primeras (véase el último grabado, a y b), se sirvieron para ocultar sus observaciones los filósofos "hermetistas y alquimistas" de la Edad Media. Fueron verdaderos sistemas de escritura, de los que suelen encontrarse restos en los talismanes y en algunas obras astrológicas. "No han sido descifrados", si bien se están estudiando en la actualidad. La tercera (c en el dibujo) recuerda a primera vista los signos lapidarios de los obreros medioevales, pero no tiene de común con ellos más que la forma. Es una escritura de la que no sé que hable nadie más que C. W. King (The gnostics and theise remains). Están grabados sobre roca en los subterráneos de Silsiles (Alto Egipto) y según King son "alfabéticos, aunque no puede decirse ni a qué lengua ni a qué pueblo pertenecen".

Y para terminar, citaré entre estas escrituras



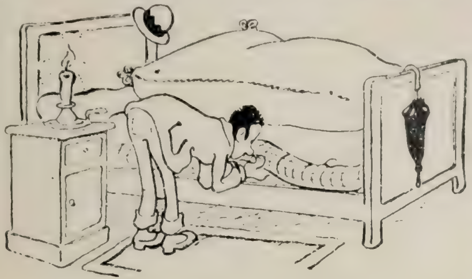
a y b, signos de los filósofos de la Edad Media; c, signos hallados en Silsilis

indescifradas: los mismos signos lapidarios medioevales de que he tratado antes de ahora; la "escritura mística" de los filósofos musulmanes, no estudiada más que por Kircher; los signos encontrados en Andalucía en el Cerro del Sol (si no son apócrifos); los que se citan de la cueva de Santo Tomás, en el Paraguay; los que se dicen encontrados en las Canarias (si no son apócrifos), y por último, la más extraña, misteriosa y enigmática de todas cuantas escrituras pudieran imaginarse, la que pudiera denominarse "escritura prehistórica y sagrada de puntos", de la que no puede hablarse sino más extensa y detalladamente.

Viriato DIAZ-PEREZ.

El colchón

En aquel tiempo, yo era presa del más vivo deseo de hacer una rápida fortuna. Además, vivía próximo a un viejo mendigo que, como todos, era rico en extremo y que ocultaba su riqueza dentro de su colchón. Naturalmente que nadie conocía el secreto del colchón, caja fuerte, y si yo llegué a enterarme fué debido a la innata tendencia que tengo de espiar por las cerraduras.



Ahora bien: cierto día el mendigo desapareció. ¿Qué había sido de él? Todo el mundo lo ignoraba y por lo demás nadie trató de averiguarlo. Al cabo de quince días, el casero respetuoso de sus cuentas, dijo que probablemente el viejo se había suicidado y decidió rematar el moblaje por lo que dieran. Era el momento que yo esperaba.

Pero no crean que fuí tan zonzo de ir a pedirle el colchón al casero, y despertar de ese modo sus sospechas, ¡de ninguna manera!, soy más prudente de lo que ustedes creen.

Lo que hice fué dejar que se lo vendiera a un cambalachero, y después de pasados varios días, efectué una visita a su boliche y le dije con aire distraído:

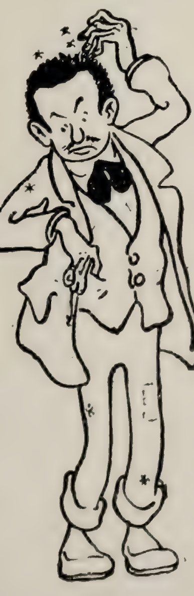


—Quisiera un colchón que estuviera muy viejo, muy sucio, con varios agujeros y un remiendo colorado en el medio. Es para colección...

Luego comprendí que había hecho muy mal en esperar tanto, pues el cambalachero me dijo:

—Mira, yo tiner uno igualito al qui vos quirías. Piro ista mañana a las noive ha estado vindido a otro moiblero como estar yo.

Entonces usando de la mayor astucia, le saqué que el "moiblero" a que aludía no era otro que el dueño de un fondín y albergue titulado: "Hotel de todos los hemisferios".



Como la decisión es una de las cualidades que más me distinguen, en seguida formé mi plan de campaña. Esa misma noche fuí a dormir a "Todos los hemisferios". El colchón no estaba en la cama que me dieron. Volví un día y otro, hasta visitar todas las habitaciones del hotel, y digo habitaciones, obligado por la fuerza de la costumbre, porque aquéllas más parecían gabinetes de fotógrafo que dormitorios. La pesquisa duró dos años, al cabo de los cuales tenía yo una estancia en la cabeza, una cantidad de enfermedades de la piel, poco dinero, y esta idea impagable:

—El colchón no está en "Todos los hemisferios".

En trance tan apurado resolví preguntar por el paradero del colchón al dueño del hotel.

—Pues—me dijo él—como estaba ya algo viejito le regalé al asilo nocturno. Hay que ser caritativo en el mundo, ¡qué diablo!

De nuevo sobre la pista del colchón de mis ensueños, decidí ir a dormir al asilo nocturno. Aquí mi estancia adquirió mayores proporciones, y las enfermedades de la piel adquirieron incremento. Pasaron dos años en esta forma hasta que el director del asilo, de quien me había hecho muy amigo, me dijo que el colchón lo había cedido a un atorrante de carácter rebelde que nada quería saber con establecimientos, pagados por el estado, y que prefería dormir allí donde lo sorprendiera la noche. Inquirí las señas de este vago original, pero cuando fuí a interpelarlo me recibió con tanta descortesía que dí de narices en la calle, embarrándome, por completo, como comprenderá quien haya vivido en Buenos Aires.

Pero ya había dado con el colchón, y ya estaba dispuesto a apoderarme de él por la fuerza, cuando un encuentro inesperado me convenció de la inutilidad de mis esfuerzos: acababa de ver a mi vecino a quien todos creían muerto.



No había fallecido, pero se había transformado en un rico burgués poseedor de un automóvil particular, en el cual probablemente había invertido parte del dinero que durante tanto tiempo había guardado en su colchón. Aquel encuentro picó mi curiosidad de la cual poseo una buena dosis, y no paré hasta averiguar todos los detalles del encumbramiento fastuoso del ex mendigo. Supe que con el dinero ganado en muchos años de "una limosnita por Dios, que tengo diez y seis hijos que me piden pan, y yo no puedo dárselo", se había comprado un chalet coqueto en la afueras de la ciudad, a muchas cuadras de un tranvía. Esto lo hizo por mostrar a los vecinos que no necesita tan barato medio de locomoción ya que poseía el automóvil de que he hablado.

Además poseía un gallinero chiche y una máquina para afeitarse sin peligro.

Fué una revelación que me deslumbró.

Pero como también soy un tanto filósofo, comprendí de pronto cuán quiméricos son los ensueños de enriquecerse rápidamente, y que sólo por el trabajo y la economía puede llegarse a ser rico. Dado lo cual, compré también un colchón para guardar mis futuros ahorros, y me metí igualmente a atorrante.

Bernardo GERVAISE.

Nueva raza canina



I



II



III



IV

Los héroes de la fantasía.— Sylock

Es privilegio de los verdaderos artistas crear espíritus. Y nadie ha creado tantos como este inagotable Guillermo Shakespeare, que ha dejado por lo menos uno, si no dos, en cada drama suyo.

Sylock, el famoso judío a quien recurre Antonio, mercader de Venecia, era entonces, como hoy, el desconfiado creyente de los hombres y el firme adorador de los contratos. Los judíos vivían en esta época en Venecia como luego han vivido en Amsterdam, en Hamburgo, en Londres. Arrojados del templo por profanarle con los cambios, los descendientes de aquellos mercaderes han colocado el escabel y la banqueta cerca de los traficantes para continuar su obra.

Por alguna excepción, el judío llega a experimentar ternura, pero no quiere caer en ella, porque teme comprometer sus negocios si alguien sabe dónde tiene sus afectos. Escondido el dinero y alejado el corazón, el anciano del gheto se cree seguro y libre de los asaltos humanos, viviendo con un pensamiento y con una letra de cambio.



Lo que hace menos repugnante al judío de Venecia es el amor por su hija; pero lo que más le caracteriza es la idea de un Derecho inmutable, fijo, paralizado, por encima de los hombres y de la vida.

El rico mercader Antonio ha asegurado un barco en el que va toda su fortuna. Las crueldades del destino le sumen en la desgracia por el naufragio de todos sus bienes, y desconfiado de sí cifra toda su esperanza en la piedad del judío, que le presta una cantidad a cambio de otra mayor, más una libra de carne de su propio cuerpo.

¿Habrá quién pueda exigir el cumplimiento de ese pacto? Sí. Sylock, que lleva el alza y baja de los negocios mercantes de la república, que con los ojos en lo futuro y en el esfuerzo de los demás, sabe hasta dónde puede aceptarse el desesperado auxilio que se le pide: Sylock, que no quiere conocer las condiciones modificativas de los contratos: que se atiene a las letras de todo pagaré que guarda, se alza ante sus deudores como ante ellos podría alzarse la sombra de un delito, y les pide lo que han firmado. Nada más que lo que han firmado. Ante todo es un hombre justo. Por lo menos así lo cree y así debe hacérsele creer para que sienta la injusticia de una justicia sin tiempo.

—Perfectamente: aquí tienes este cuerpo, Sylock, toma de él una libra de carne; pero sin derramar una gota de sangre.

Y el judío, chasqueado, no tiene para sí más pensamiento que las dos palabras que a otro Sylock en nuestro tiempo le hace decir un hijo de Shakespeare: "¡Mi dinero!" "¡Mi dinero!"



EFCº
LONGINES
Face-à-Main_Reloj
Los Relojes
Longines
5 Grands Prix
Precision
Elegancia
Pendentif_Reloj
Medallon_Reloj
De venta en todas las Relojerias y Joyerias
Cliché "ATLAS"

EL HOGAR

Revista quincenal para las familias

Año X. BUENOS AIRES, 30 DE JULIO DE 1913. N.º 235.

DAMAS ARGENTINAS



Señora Celina Bustos Arana de Demaría

Fot. Merlino.

Notas de la Quincena

El espíritu de mercantilismo que corroe las entrañas de nuestra generación, no respeta ni la memoria de los muertos ni los sentimientos de acontecimientos en que han representado un papel trágico la fatalidad y la desgracia: testimonio inconsciente de este aserto, la legión de chicos que ofrecen en todos los tonos y con todas las leyendas imaginables, "la historia de la señorita Irma Avegno, con los detalles completos de su muerte", etc., etc. Y la curiosidad malsana de un público malevolente, ávido de la nota escandalosa y vulgar, adquiere la mercancía voceada a todos los vientos con un nombre propio, — un nombre de mujer tanto más respetable cuanto más desgraciada,—que se me antoja un trozo de alma doliente y vencida, tendido como guiñapo sangriento a la lástima hiriente de los extraños.

¿La víctima infeliz no ha dejado tras sí ningún deudo que impida esa profanación vergonzosa de su memoria, ese reclamo ignominioso que la explotación hace de su apellido? ¿No hay acción legal que ejercer en contra de semejante abuso? ¿Era, pues, desgraciadamente cierto que estuvo sola en su Vía Dolorosa, cuando nadie reivindica derechos a la defensa póstuma, no de sus actos, no siquiera de su nombre, sino de la paz violada de su memoria? ¡Qué triste es caer para ser despedazado por la jauría! Así se conciben todas las protestas, todas las sublevaciones, todas las rebeldías.

Una saludable reacción por nuestras glorias patrióticas se ha difundido en la masa del público cuya fibra solía inflamarse en ardores cívicos a fechas fijas... allá para 25 de Mayo y 9 de Julio. No sin sorpresa,—lo confieso,—he visto una multitud llena de entusiasmo y respeto, desfilar ante las reliquias que conserva y custodia el Museo Histórico Nacional, de todas edades y de todas las clases sociales, empeñada en acercarse espiritualmente al alma de la patria identificada en esos objetos, páginas tangibles y múltiples de su historia. Anoté un dato que me llamó particularmente la atención, y lo anoté tan complacida, que difícilmente olvidaría consignarlo aquí; muchos, muchísimos padres extranjeros, y españoles en especial, enseñaban a sus hijos las venerables reliquias expuestas; he visto a alguno levantar en brazos a su pequeñuelo para que pudiese admirar mejor una de las telas históricas que cubren los muros del viejo e incómodo edificio del Parque Lezama — y leerle, a guisa de explicación que acaso fuera para él ardua y complicada cosa, — la leyenda puesta al pie del cuadro... Detrás de este acto tan sencillo y sugestivo he creído ver no tan sólo el interés hacia lo que fué de España, sino también, claro y definido, el amor a la patria de los hijos; sólo así podrá desaparecer la huella de extranjerismo que aún divide nuestra población y marca diferencias despectivas para los que nos traen de otras tierras el empuje de su brazo y de su esfuerzo.

Un redactor de un diario de nuestra metrópoli, imbuído, sin duda, en desteñidas ideas de castas y privilegios, anota como insólito y censurable el hecho de que la hija de una lavandera, pueda cursar estudios superiores en el Liceo o en una Escuela Normal... ¡Esto en plena democracia y en pleno siglo de la luz! Según la peregrina teoría del sueltista, la hija de la lavandera debe ser fatalmente lavandera; como en la religión de los hindúes, nunca podrá salir de su casta ni por sí ni por sus descendientes...

Si no hubiera una ley de educación obligatoria, es posible que el periodista en cuestión, hubiera exigido que siendo la madre analfabeta, la hija no debía saber leer... Existiendo tal ley, él admite que la hija de la lavandera sepa contar por docenas las ropas que ha de entregar, y calcular por operaciones que no han de pasar de las cuatro reglas elementales, — lo que ha de cobrar por su trabajo... Más allá no puede ni debe ir la hija de la lavandera según el razonamiento del caballero sueltista... Y luego seremos tan exigentes que desconozcamos el tesón con que se persigue la ilustración y la cultura del pueblo! Si no hubiera más paladines que el periodista del popular diario vespertino donde leo semejante dislate, lucidas estarían las mujeres del pueblo y lucidos los hogares que formarán mañana esas hijas modestas de la empeñosa lavandera que trabaje y luche para desbrozar sus mentes y para iluminar sus espíritus!

¡Oh! Colón, hijo de un humilde cardador de lanas... ¡Oh! Cardenal Wolsey, hijo de un carnicero... ¡Que vuestras sombras irritadas no turben el sueño del autor de tal idea!...

La Academia Nacional de Bellas Artes tiene salones que son semilleros de bronquitis, influenzas y otros gajes por el estilo que nada tienen de agradables para la salud de las alumnas. Los pisos de mosaico, sin una mala alfombra que disimule su nociva frialdad, dejan amplio margen para que al cabo de tres horas de permanecer las jóvenes de pie sobre él, sientan heladas sus extremidades inferiores y miren con envidia la posesión de la más humilde y barata alfombrita que las librara de semejante suplicio.

Negligencias de esta clase son muy frecuentes en los establecimientos oficiales donde la niñez y la juventud pasan una buena parte de su vida comprometiendo su salud tal vez para siempre. No se haría un gasto exorbitante proporcionando a las niñas de la Academia una alfombra para los pisos de mosaico... Siempre resultará más barata que la célebre araña del Congreso.

El asalto a los tranvías en ciertas horas de la tarde, para el regreso del centro a los hogares, da ocasión a escenas que poco abonan en favor de sus actores.

He visto a una señora con elegante abrigo y sombrero de plumas, arrastrar "tras sí" a su hijito pequeño con peligro de desarticularle un bracito, subirlo al tranvía a tirones, sin mirarlo siquiera, golpearlo con el ímpetu del tirón, primero contra el estribo, después contra la barra de bronce que defiende los vidrios de la plataforma, donde sonó la cabecita del inocente: y he visto a esa señora seguir tirando del niño hasta llegar al asiento triunfalmente conquistado, sin saber si su hijito, que lloraba para enternecer a un alcornoque, estaba herido o no... Y lágrimas de indignación y de profunda lástima por el porvenir de ese inocente, han nublado mis ojos...

Lola S. B. de BOURGUET.

EL FRIO DESNIVELADOR

(Para **EL HOGAR**.)

El frío invernal tiene bastante semejanza con los perros. Es sabido que éstos ladran a los pobres y lamen la mano de los ricos; de igual manera el invierno fastidia a los pobres y hace la felicidad de los potentados.

En cuanto llega el invierno, los ricos se ponen a sonreir. Estaban aburridos, no sabían cómo entretenerse. Pero el frío y la nieve les proporcionan grandes ocasiones de diversión. En las montañas de Europa pueden jugar con trineos y skis; si los ríos y los lagos se endurecen a la presión del hielo, se calzan los patines y su felicidad no tiene nombre. Después de unos juegos tan sanos y alegres, los ricos mortales se meten en los hoteles abrigados, y comen con un gran apetito. El frío aumenta el hambre, y no hay ajenjo que le aventaje en virtudes aperitivas. Además, el frío ayuda a dormir bien. De modo que entre el sano ejercicio al aire libre, la copiosa comida y el sueño reparador, los ricos encuentran que el invierno es la estación más propicia y sociable. Se presta el frío también a las reuniones y los banquetes, a las gratas audiciones de ópera y a los paseos en carruaje por las bien pavimentadas avenidas.

Veamos ahora los pobres.

Los pobres ven venir el invierno como a un



enemigo implacable. Es el encargado de segar las vidas vacilantes, el que se lleva a los niños mal nutridos y a los ancianos mal abrigados. Los pobres piensan que deben tomar serias precauciones. ¿Pero qué precauciones pueden adoptar? No se les permite subir a las montañas a correr en trineo, ni ir a la caza del zorro, ni meterse en los hoteles lujosos a comer viandas sabrosas. Han sido alguna vez lo que la ciencia aconseja; dice



la ciencia que el cuerpo humano necesita mantener una cierta temperatura; añade la ciencia que el hombre, para compensar la pérdida de calórico producida por las bajas temperaturas invernales, debe echar mano del abrigo de lana, el uso de grasas y carnes, bebidas tónicas y azucaradas. Pero todo esto vale muy caro. Entonces los pobres se acuerdan del alcohol, estufa de los miserables. Pero los higienistas y moralizantes gritan alarmados: "¡No bebáis alcohol, porque es un veneno!" Y los pobres no saben qué hacer. Los remedios se hallan fuera de su alcance, los peligros les acosan. Ante el problema, optan por tiritar y resignarse.

Ninguna estación del año pone, como el invierno, tan en evidencia las distancias sociales. En la primavera nadie se acuerda de la miseria; hay sol, hay trabajo y la tierra produce abundantes y baratas hortalizas. En verano todavía es mejor; hasta es posible que los pobres tengan más medios de defensa contra el calor que los mismos ricos. Este se encuentra sujeto a los cien compromisos de la etiqueta; se ve obligado a vestir trajes que le oprimen y calzados que le molestan. Mientras que el pobre, cuando se ve muy apurado, aligera su ropa y vive tan campante.

En invierno la desproporción entre las dos clases es horrenda. Un individuo de buena posición es, respecto al frío, lo que era un guerrero de la Edad Media respecto a la muerte. A un guerrero de aquellos no había espada que se atreviera; rodeábase el cuerpo de hierro, cubría la cabeza con un casco, embrazaba el escudo, y podía reírse de las estocadas o lanzazos. Igual le sucede a un rico con el frío; los industriales lo han previsto todo. Trajes interiores de fina y espesa lana; chalecos de franela con ventiladores higiénicos; calcetines tupidos; bufandas para envolverse el cuello; guantes forrados de piel; gorras con orejeras; gabanes almohadillados. Provisto de esas prendas, el hombre acaudalado puede transitar sin riesgo por entre los mayores fríos.

¿Y los pobres? Contemplad a ese miserable: ni ropa de lana, ni calefacción familiar. Cuando sopla el aire de cara, encorva la cabeza, cierra los ojos, mete las manos en los bolsillos y avanza estoicamente. En casa hace más frío todavía. Los chicos tienen sabañones, la mujer está resfriada. Cenan una bazofia y se acuestan. Algunas noches se despiertan tiritando. Dan media vuelta en la cama, suspiran y vuelven a dormir.

¡Pobres de los pobres! Sólo les queda el recurso de aguardar otros tiempos más humanos, en que estas cosas se resuelvan humanamente. Y esperar entre tanto a que llegue el sol primaveral,—ese sol igualitario y piadoso que no tiene en cuenta el mayor o menor capital de cada individuo, sino que a todos distribuye por igual su calor y su alegría.

José M.ª SALAVERRÍA.

Dib. de Marchisio.

La asechanza

I

El señor Jorge Ward, apenas hubo terminado aquella mañana el cuidadoso y sencillo tocado de su persona, asomóse a un balcón, como solía hacer cada día a esa misma hora, dió un rápido vistazo a la calle ancha y soleada, cuyo aspecto siempre igual no ofrecía nada de raro y después de respirar a sus anchas el aire matinal que hallaba fresco y perfumado lo mismo que llegara de las pampas, como que hubiese atravesado los bosques chaqueños antes de pasar por su lado, disponíase a retirarse para marcharse a su oficina. Pero se detuvo, creyendo reconocer por el color gris claro, al pequeño auto de su hermano, en uno que llegaba a gran velocidad.

Era en efecto, el de Enrique. Y no estaba éste solo, sino que acompañábalo su hijita Lola. Detúvose el coche y bajaron.

Jorge, escaleras abajo, fué a su encuentro.

— Escucha, estoy muy apresurado — gritóle Enrique entrando—¿Y mamá?

—Está en su cuarto. ¿No quieres subir? ¿Qué te trae por aquí tan temprano?

—Ya verás. Salgo ahora mismo para la estancia; como sabes, he de arreglar unos asuntos allá; me llevo a mi amigo Oscar que se invitó de por sí, me alegro, pues me agrada su compañía. Os dejo a Lola por estos seis u ocho días que estaré ausente. Así que no incomodes a mamá, ya la abrazaré el sábado, a mi regreso, y cenaré con vosotros. ¡Un beso a papá!... y vete a saludar a abuelita. Hasta la vista, Jorge. Me voy corriendo a buscar a Oscar que me espera desde hace una hora por lo menos; figúrate que la señora gobernanta de la pequeña se enfermó ayer y tuvo que irse con unas sobrinas suyas; y yo esta mañana me devané los sesos para concluir de vestir a ese diablo de chica. Bueno, adios, ¿eh?—A Jorge aturdióle esa charla.—Diviértete—le deseó cuando el ruido del motor se perdía ya al doblar una esquina. Por todo ese día y los sucesivos no pudo Jorge alejar de sí una opresión extraña, que suponía irrazonable e insensata.



Y es que a menudo sobre los cálculos, las esperanzas y los afectos profundos de los hombres, ciérnese la sombra de alguien que pone un freno a sus entusiasmos, que se interpone en sus soberbios propósitos, que espera al paso, en el recodo, y su golpe jamás suele errar; es la que está siempre en acecho, la muerte.

II

Estaba la noche extremadamente fría; refugiada en la tibia atmósfera del salón anticuado, de muebles artísticos y valiosos que recordaban el gusto fastuoso de otra época, la anciana señora de Ward esperaba a sus hijos. Lolita charlaba muy animada; en casa de la abuela se hablaba siempre inglés y la niña no faltaba a la tradicional costumbre.

Pero esa tierna y fina voz que trinaba sus alegrías con célica inconsciencia no lograba aliviar la repentina pesadumbre que comenzó a angustiar a la vieja señora. Enrique había anunciado para esa noche a eso de las siete, su regreso. No cesaba la madre de seguir el movimiento lentísimo de la aguja grande del reloj; faltaban ya pocos minutos para esa hora. Jorge aún no había vuelto de su oficina; sin duda vendrían juntos. Dieron las siete.

La anciana, ensimismada, permanecía inmóvil en su sillón.

Desfilaron por su mente queridos fantasmas de vivos y de muertos.

Su hijo mayor Jorge, sumido en sus negocios, siempre jovial y expansivo; Enrique, más joven y aún más bullicioso y loco que su hermano, tenía treinta y cuatro años, era viudo y contaba con casarse de nuevo; Lola, traviesa chica, graciosa, con aquellos obscuros ojos y tez morena de porteña, heredada de su madre. ¡Y todos los que en tiempos no lejanos llenaban de animación y de vida ese viejo salón en las tertulias familiares y que partieron para no volver! ¡Cuántos amores santos que mueren dejando el recuerdo de la separación!

El toque de la media la arrancó a sus pensamientos. ¡Las siete y media! ¿Cómo es que aún no había llegado Enrique? Irguióse, llena de un miedo que no podía explicarse. Contempló un instante a la niña que hojeaba un álbum de retratos y buscaba como siempre uno de los suyos que la hacía estallar en risas al mirarlo, un retrato de ella misma pequeñita, en camisolín. La anciana la llamó, con su dulce voz apagada, trémula de llanto reprimido.

—Ven aquí, Loly, querida mía; junta tus manitas, así, ahora rézale a Dios tu plegaria por papá, ¿la sabes siempre? Empieza, darling...

—O Lord, bless me, save my dear father...

La abuela la interrumpió con un beso apasionado. Y enderezóse, pálida de esperanza; oíanse rumores en las escaleras. Ella esperó, con infinito sufrimiento en la mirada y retemblando de terror.

Entró Jorge, solo. Trataba de disimular su preocupación.

—Nada, mamá; no te inquietes, le habrá sucedido algún pequeño percance. Ten paciencia un ratito: yo salgo a su encuentro y volveré con él. Hasta luego.—Salió apresurado. Por más que quisiera ocultarlo, estaba algo trastornado el pobre muchacho. ¿Qué podía haber ocurrido? La señora Ward dejóse caer en su sillón, con sumisión desolada; allí la tenían sujetada a menudo sus dolores reumáticos. Dejó que pasaran, ¡oh tan lentos! los minutos, un cuarto, media, una hora, dos; sus ojos no se apartaban del cuadrante del antiguo reloj de la chimenea. Poco a poco, sentía su viejo corazón helársele de espanto. Ya no tenía esperanzas.

Dos veces el sirviente asomóse a preguntar si debía hacer servir la cena; al ver llorar a la dueña se retiraba consternado. La pequeña Loly, con la cabecita sobre las rodillas de la abuela, dormía apaciblemente.

III

Enrique y su amigo Oscar eran rivales en todo, hasta en amor, y lo sabían; mas por un fenómeno extraño al parecer, ésto no bastaba a alterar el afecto que los hacía inseparables. La joven a cuya mano aspiraban, tratábalos a ambos de igual correcta manera, sin demostrar preferencia por uno ni por otro; esa prolongada incertidumbre no dejaba de ser un tormento para los tres. Quizás la ausencia de uno de ellos, habría puesto fin al secreto conflicto. En su íntima conciencia acaso pasase con frecuencia este pensamiento... Pero la tierna amistad que los unía, el franco compañerismo que databa de las primeras hazañas estudiantiles y la comunidad de gustos e inclinaciones poníalos por encima de todo móvil egoísta en provecho propio. Tal era la firme convicción de Ward.

Evander era el más joven; delgado, casi rubio, de ojos claros algo fríos y penetrantes; su carácter retraído y desconfiado, no estaba exento de una ligera doblez que escapaba a la perspicacia de su amigo. Después de esos breves días pasados en divertidas excursiones, volvían a la capital, con los morrales llenos de caza menuda y ocupando uno al lado del otro el asiento delantero del auto que Enrique conducía hábilmente. Oscar estaba nervioso, aunque pretendía disimularlo y respondía con sonrisas forzadas a todas las preguntas y chistes que le dirigía.



—Vaya, que eres marmota hoy—observóle Ward, riendo—¿Has dejado algo que te agradaba allá en la estancia?

Oscar rió también, pero muy falsamente. Cerraba la noche, fría y límpida por un espléndido claror de luna que ponía relieves fantásticos en las líneas del paisaje, sobre las poblaciones que iban dejando atrás rápidamente. Oscar dijo al oído de su amigo:

—¿Me permites guiar un rato? Ya sabes que te igualo.

—Como en cualquier cosa, sí, sí, — contestó Ward siempre jovial, accediendo.—Iba a pedirte me suplantaras; tengo heladas las manos.—Tras de un largo instante de silencio, Oscar exclamó tranquilamente:

—Con semejante noche sería estupendo estrellarnos con la máquina.

—¡Qué broma! ¿No sabes hablar de algo más decente?

—¿Cómo no? ¡Y pensar que tengo tu vida y la mía entre mis manos!

Enrique persuadido de que su amigo bromeaba, echóse a reir. Pero la frase que éste murmuróle friamente, reposadamente, con ferocidad velada, lo dejó aterrado, incapaz de reaccionar y defenderse.

—Uno de nosotros está de más; tú mismo lo convienes y el que quedara sería el triunfador. Pues bien, ni uno ni otro. A mí la vida no me seduce mucho, a tí te encanta. ¿Ves aquellos árboles? Allí dirijo el coche; si me salvo, tanto mejor, si eres tú el afortunado, ¡allá vosotros! A menos que nos acompañemos hasta el final de este viaje, ¿qué me dices?

Enrique Ward, horrorizado, se levantó para arrojarse del auto. No tuvo tiempo. En un relámpago la máquina voló, chocó; y en el estrépito infernal sintióse magullado, aplastado por algo enorme que cortó su respiración y estrujó huesos; la luz de la vida se apagó en él, bruscamente.

IV

Cuando Jorge llegó al sitio de la catástrofe siguiendo el camino que su hermano debía recorrer, una loca esperanza animaba su desesperación. Si siquiera lo halláramos aún con vida!— dijo a Jacobo Torres, su socio y amigo que había querido acompañarlo en su nocturna y triste excursión. El primer cuerpo que descubrieron fué el de Oscar, desfigurado el rostro, destrozado, muerto.

—¡Ay de mí! ¡Cómo está mi pobre Enrique!— decía Ward aterrado; cuando a la clara luz de la luna comprobó la inmovilidad absoluta de su hermano, cuya fina e inteligente cabeza era cuanto parecían haber respetado los escombros, él desechó toda ilusión. ¿Ya no le mirarían más esos ojos dilatados en doloroso espasmo, que daban a su agresivo y burlón perfil una expresión juvenil que aún ahora conservaba, con esa eterna sonrisa que descubría sus dientes blanquísimos? ¿Ese querido semblante sólo habría quedado intacto para que pudiera la madre besarlo una vez más? ¡Oh, con qué ánimos iría el pobre Jorge a anunciar la desoladora nueva, a ella y a la huérfana, a quienes no les quedaba sino él!

—¡Atrás! ¿Le parece momento éste de poéticos devaneos? Permítame y disculpe, mi amigo.—Sin miramientos, Jacobo lo echó a un lado y arrodillóse junto a Enrique. Enseguida exclamó con sincero júbilo:

—Pronto, Ward, ayúdeme usted; tiene fracturada una pierna y otras contusiones; pero está vivo, ¿me entiende usted? bien vivo, gran Dios.

En la insensata alegría que lo invadió, no supo Jorge lo que hacía al querer ayudar mejor a Torres a instalar a su hermano para transportarlo durante el escaso tayecto a la estación más cercana. Cayóse dos veces cuan largo era, a riezgo de desfigurar también su rostro, lo cual no ocurrió. El médico llamado con urgencia, confirmó cuanto había dicho Jacobo Torres; en breve el herido podría restablecerse.

Al saber Enrique el triste fin de Evander, supo disimular la intensa conmoción que le sacudió; su fisonomía adquirió una gravedad indefinible y algo medrosa, que jamás perdió en adelante. Había estado tan cerca de la muerte, que envuelto en esa inmensa paz llena de perdón, le había penetrado el infinito desprecio con que la terrible Diosa descarnada parece aniquilar todos los engaños, pasiones y locuras que convierten al ser humano en una fiera acechadora. A nadie habló de la celada que le había tendido Oscar y en la que halló su castigo; ni siquiera a su buena madre. Ella y la pequeña Loly serían para siempre sus únicos amores. Y Jorge su mejor amigo.

Damiana DASSO.

Dib. de la autora.

Nuestros Hogares



Señora de Philipon y su niñita

Fot. Witcomb.

Baladas



(Para EL HOGAR)

I

Hay un mágico tesoro
en tus pupilas de ensueño,
y en tus cabellos de oro
hay un encanto sedeño.

¿Cuándo será que podré
besar tus trenzas doradas?
¿Cuándo en tus ojos veré
mis pupilas retratadas?

Cuanto más lejos te miro,
más se aviva mi deseo,
y con más dolor suspiro
cuanto más cerca te veo.

Mi pasión, que no te olvida,
lucha por verte y no verte.
Tus ojos me dan la vida
y tus miradas la muerte.

Bajo tu encanto perdí
mis dichas, que en vano espero.
Me muero, lejos de ti,
y cerca de ti, me muero.

II

Tienes, manita de nieve,
siendo tan blanca y tan pura,
una caricia tan leve,
como tu misma blancura.

Cuando miré tu primor,
que tan tiernamente adoro,
quedó engarzado mi amor
en tus ajorcas de oro.

Hilas con tu misma seda
tan fuertemente mi vida.
que sin quererlo se queda,
entre tus dedos prendida.

Bella manita que eres,
blanca paloma de encanto.
Dame a gustar los placeres
que han de curar mi quebranto.

Estando herido de amor,
cura con tu amor la herida.
¡O mátame de dolor,
si no has de darme la vida!

III

Noche de invierno sin fin;
entre cuyas sombras yertas,
los senderos del jardín
se cubren de rosas muertas.

Hojas secas; hojas mustias;
¿qué triste desolación,
llena de grandes angustias,
ponéis en mi corazón?

Caen las hojas, sin medida,
en remolinos extraños;
igual que van en mi vida
cayendo los desengaños.

En las sombras los abetos
lloran sus amargas cuitas.
¡Lloran por los esqueletos
de tantas rosas marchitas!

Flores de desolación,
son las angustias despiertas
que cubren mi corazón
lo mismo que rosas muertas.

Antonio M. PEREZ PINTOR.



¡Somos así!

(Para EL HOGAR)

REPLETO el "buche" de trigo, redondos de puro cebados, con el plumaje brillante, los gorriones sabios de "Picardini" revoloteaban en su jaula de doradas cañas, esperando, celosos de cumplir con su deber, a que su amo y señor alzase las puertecillas de alambre. Entonces, dando graciosos brincos y revuelos, como muestra de agradecimiento por la libertad de unos instantes, extraían con su pico gastado en fuerza de rozar el grano, de una diminuta arquilla mágica y milenaria con inscripciones babilónicas, papelillos adivinatorios en los que genios invisibles escribían en el acto de ser pedidas, respuestas a cuantas preguntas se hicieran.

Los rústicos de todos los lugares por donde peregrinaba con su "troupe" alada "Picardini", ensalzaban boquiabiertos y espeluznados no ya el instinto, sino el portentoso talento de aquellos pájaros brujos, de más sutil espíritu de observación que las cartománticas, espiritistas y cíngaras, ya que las sentencias que les presentaban con su pico eran émulas ante sus atónitos ojos de las del legendario Salomón, rey y sabio, cosas, por cierto, bien heterogéneas.

Sonreían los hombres ilustrados al oir relatar las proezas de las bestiecillas — es de excelente tono el escepticismo en esta época en que se niega todo. — Después... acudían de "ocultis" a consultarlas, a la vez con orgullo y con temor, porque aunque, como todos los mortales, presumían estar dotados de las más excelsas virtudes, presagiaban, tal vez, una decepción.



Que somos otros de lo que creemos y aun de lo que aparentamos, es cosa conocida desde el origen de los tiempos; mas imaginamos ignorarla porque gozamos engañándonos a ratos y engañando siempre con tal ficción a los demás ¿no? Pues las avecillas de nuestro cuento parecían tener persistente interés en desenmascarar cruelmente a cuantos demandaban sus servicios. ¡Tontos!, crearse enemigos cuando, obrando a la inversa, hasta reverenciados hubieran sido... ¿Cómo, si eran acres, cáusticas las respuestas que brotaban de la portentosa arquilla? Leamos algunas:

Ved la recibida por un adolescente, que pretendía debutar en el gran mundo:

"La vida social es el contacto de personas que se aborrecen. El odio recíproco engendra la amistad. Esta, en casos raros, es la máquina de hacer favores inmerecidos; mas, de ordinario, la que teje solapadamente el descrédito, precursor del infortunio.

"En las sociedades cultas hay afección y no cariño; los hombres se aniquilan moralmente. En las incultas, es muy distinto; los hombres ámanse a su manera, sin afecto aparente, y aun se protegen, hasta que el exceso de su cariño los enemista. Entonces... se asesinan, cara a cara. ¿No es esto más noble? Joven incauto, contempla en el frac una máscara y opta por el taparrabo. Antes que "snob".... hazte salvaje."

A un extranjero que quería radicarse en cierto país:

"Este es un pueblo cosmopolita, donde se asocian individuos de todas las latitudes y de todas las ideas, cumpliendo en apariencia la máxima fundamental de todas las religiones y no observada en ninguna: "Amaos los unos a los otros". Mas oigámoslos por partes, confidencialmente. Los que de otras partes del mundo llegan, dicen: "Aquí se viene a desollar a los de casa". Y estos, a su vez; "Hay que explotar a los de fuera". La fiebre del negocio hace que vosotros os ensañéis con ellos y que se ensañen ellos con vosotros; más aún, porque el afán de lucro no tiene entrañas; vosotros con vosotros, sin respeto a las nacionalidades, y ellos con ellos. ¡Oh, qué lindo cruce de ensañamiento!

"Caiga quien caiga; sálveme yo", es aquí el lema de todos. ¿Te alarmas? ¡Fingido! Si ese lema es universal... ¿Pues qué, no pensáis lo propio en tu tierra?"

A quienes demandaban protección para empresas:

"¿Capital buscas? Echa el ojo al más grande; cuanto mayor sea, más puntos vulnerables ofrece para atacarlo; y aun cuando le hieras por algún lado y chorretee por el boquete, no hagas ánimo de que fenezca, pues conserva savia vital en el resto de su espacioso cuerpo, como al hombre apoplético le queda en el suyo líquido suficiente después de una sangría, mientras si el capital es pequeño se vacía por el agujero abierto.

"Pero para cuenta en lo que sigue:

"El gran capitalista murmura al arremeter un negocio: "Si me sale mal, apretaré en otros, y el pelambre que me propone éste se fastidia-

rá''. Atinada observación, porque el capital grande es el anzuelo donde prenden los pequeños; las fortunas importantes se nutren de las insignificantes. ¿Que no? Enójense varios príncipes del dinero, creen un ''trust'' o agujero, y verás cómo aquéllas desaparecen por él como por escotillón.

''Decís quienes tenéis ideas: ''El capital de los otros, nos pertenece, a cambio de nuestro ingenio''. Y piensan esos otros: ''El ingenio es nuestro siervo; para eso lo compramos''.

''En síntesis: si eres protegido, serás esclavo''.

Pregunta un encogido de carácter: ¿Cómo llegaría yo arriba, si no tengo dotes para ello? Un pajarillo entrégale un papelillo que dice:

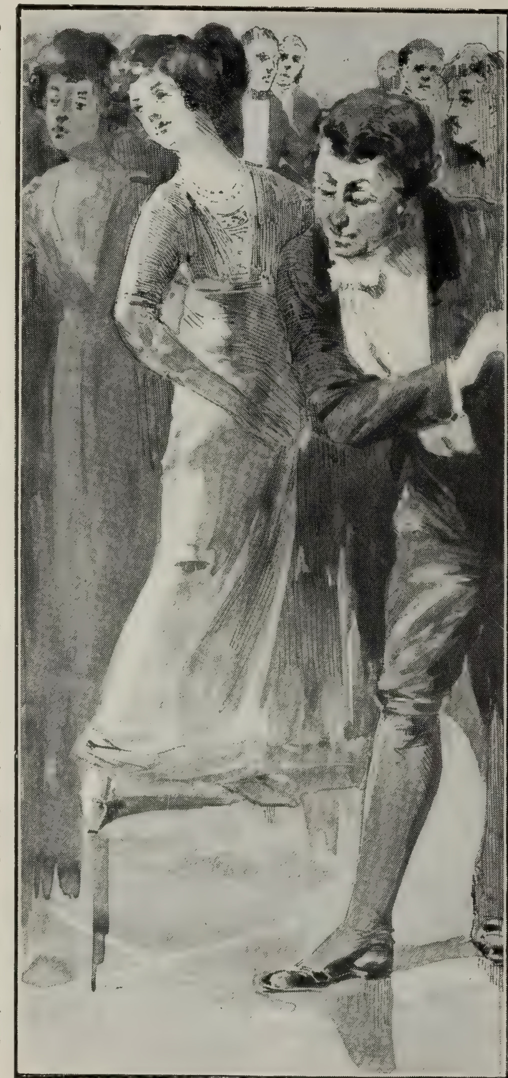
''Con petulancia. La modestia es un escudo abollado y mugriento que no para los golpes.

''Mira, joven incauto, el hombre inútil, si es fatuo, presumido, parlanchín, osado, déspota con los humildes y servil con los potentados, está en camino para llegar muy alto. Pruébalo y te convencerás. ¡Ah! No olvides ir bien vestido; recuerda que a las personas, como a los melones, hogaño se las justiprecia por la parte externa; el aspecto lo es todo.

''Aprovecha la recetita; apropiándosela han llegado a la meta de sus aspiraciones cientos que tú y todos conocéis''.

—¿Qué preciso para regentear negocios que desconozco?—pregunta un desaprensivo.

''Pose, mucha frescura. Otros tan simples como tú pregonaron a voz en grito sus inéditas aptitudes. Creyóseles y se les buscó, colmándoselos de grandezas. ¿El secreto? Sencillísimo: tomaron a su cargo individuos modestos pero hábiles; de ellos aprendieron. Los maestros hicieron de discípulos asalariados y los ignorantes gozan la fama de sus maestros.''



—Dadme escritas mis altas virtudes, pajarracos—exclama un filántropo, poseído de insigne fama.

''¿Tú filántropo? No digas...

''Si la filantropía es una función teatral de mucho aparato, de excesivo ruido y vacía de sindéresis... Calcula por los instrumentos de la orquesta con que se anuncia; la trompeta de la Fama y el bombo de la Prensa.

''Se danza, se ríe y se flirtea a beneficio de los que entretanto están gimiendo, y en honor a la caridad lucen sus joyas las damas. Se hacen suscripciones para exhibir nombres en los periódicos y se tolera en las calles al astroso y lisiado mendigo para favorecerle en público. En privado se les niega todo a los menesterosos.

''Vaya con tu filantropía... Patrocinas obras de beneficencia, instituyendo antes la miseria... Recuerda el epigramático epitafio:

''Yace aquí don Juan de Robres.
Con caridad sin igual
hizo este santo hospital,
pero antes... hizo los pobres.''

Un millonario ególatra lee en su papel:

''¿Que quién eres? El panal donde revolotean los zánganos ansiosos de su miel. Hablas despectivamente de los desvalidos, admirándolos en tu interior, y ellos te ensalzan, despreciándote a tus espaldas. ¡Pobrecito millonario! Modera tu soberbia y recuerda tu humilde origen. Si no eres quien dices.... ¿Ganaste en buena lid tu inmensa fortuna? ¿Ni siquiera se te otorgaron por méritos propios los cintajos que ostentas en tu frac?''

A un educador fantasioso:

''¿Pero sabes qué es la instrucción? ¿Quiénes son los instruidos? ¿Qué saben? ¿Cuál es la instrucción verdadera? El sabio desconoce cuanto no afecta a lo que ha estudiado. El ignorante conoce la vida mejor que el sabio.

''Filosofías, religiones, moral de todos los pueblos forman un conglomerado laberíntico social. Nadie se entiende; ninguno piensa como su vecino; los que profesan las más exóticas ideas, propias, al parecer, de superhombres, creen en supersticiones; los fanáticos en religión criminalizan sus actos por pasiones lejanas de la ética; los demagogos furibundos, ácratas de corazón, según ellos, cometen locuras por eclipsar al prójimo con sus glorias. Todos los más eximios actos de la humana naturaleza se hallan confundidos. Se ve con frecuencia al hombre niño y al niño hombre. Ahinca ahí; nuestra sociedad se remoza y envejece al propio tiempo. ¿No es esto un problema misterioso? ¿Das con su solución? No lo creas. En tiempos del oscurantismo luchábase por la libertad para educar a los pueblos mediante ella; ahora, conseguida, se la refrena. La libertad lleva al despotismo, éste a la esclavitud, y ésta a la anarquía; de la anarquía se vuelve al despotismo... siempre igual, ¿verdad? Como que siempre habrá que reconocer el imperio de la fuerza; a él se sujetó, se sujeta y se sujetará por ''in aeternum'' el género humano, sin consideraciones étnicas. A la fuerza acompaña el engaño.''

Seguían desfilando tipos ante los pajarillos y persistían éstos en soltarles verdades amargas.

Los insoportables sabios sabían por ellos que se nutrían de ideas ajenas, cribándolas de tal modo que las hacían aparecer propias.

Los pretendidos ignorantes, en cambio, experimentaban ligero gozo al entender que solían tener ideas propias. Mas proviniendo de ellos, a nadie interesaban y seguían en flor.

Los altruístas que se sacrifican por sus ideas, diéronse cuenta, por las aves, de que eran reconocidos por el vulgo como chiflados.

Los hombres de mundo (según ellos), supieron por los pájaros que eran unos egoístas; los hombres de acción... unos inconsecuentes; los egoístas que solo por sí miran..... verdaderos hombres de mundo.

¡Ah, qué de cosas dieron a conocer a todos, uno por uno los pajarracos, individual y colectivamente maldecidos por cuantos fueron en su consulta! ¡Cómo se juzgaron sus caracteres! ¡Cómo se pusieron de relieve los viceversas!

El caricaturista que hacía desternillar de risa al público, era un ser bilioso, de horrible genio, imposible de aguantar. El dramaturgo que asesinaba a los actores, alegre y juguetón. Quien se preciaba de modestísimo, sólo hablaba de sus lauros.

Llegó al conocimiento de los pueblos que el odio sobrepuja al talento; que el talento verdadero se oculta avergonzado; que el escritor falto de ideas se adueña de las de otros; que el hartazgo oculta la miseria; el descote la bronquitis; el corset, la tisis; los brillantes, el deshonor y el suicidio. Que las acciones infames labran las riquezas; que la verdad es quebradiza; que la virtud anda a pie y descalza.

— ¡Moriréis si así seguís expresándoos! — dijeron algunos a las aves.

— ¡Son el genio del desprestigio! — otros. — Nos vengaremos.

— Pi, pi pi, — trinaban ellos, encogiéndose de alas y picoteando el grano.

Los más conspicuos psicólogos solicitaron de aquellos modestos animalitos, elevados por quienes de ellos apetecían opiniones a mayor altura que la de los más elevados superhombres, algo así como una tesis para modular sus juicios.

Para tales zarandajas estaba la "troupe" alada de "Picardini"...



Dib. de Marchisio.

Cuando más, a fuerza de ruegos, extrajeron de la milenaria arquilla un pepelucho entre sentencioso y cínico, que decía:

"La mentira es la base de la vida. Muchos lloran cuando deben cantar; los más ríen cuando deben gemir.

"Desengañaos, adelantarán constantemente las ciencias; llegaréis a habitar en los aires y en las profundidades del Océano, y vuestro modo de vivir será otro muy distinto al que fué. La mecánica variará totalmente vuestra existencia. pero el cerebro de los hombres, pese a los célebres cirujanos que ya transplantan e ingertan miembros en el cuerpo humano, será siempre el mismo; ahí se estrella la patología.

"La ficción, siempre la ficción irá en aumento; a mayor virilidad, extinguimiento más grande. El mundo reformado, será el mundo de la mentira. Jano será el prototipo de la futura humanidad.

* * *

"Picardini" y sus discípulos fueron condenados a la cárcel, con el aplauso de todos, y después, tras largo proceso en el que prestigiosos jurisconsultos probaron ampliamente la insubstancialidad y socarronería del primero y la inconsciencia de los segundos, por acuerdo del jurado, uno y otros fueron desterrados.

Por gusto de todos, hombre y pájaros habrían sido decapitados, más salvan tantas vidas que deberían perderse, esos abogados defensores, mediante su talento, tristemente célebre en algunos casos...

—De todos los lugares salimos lo mismo—decía Picardini.

—¿Pero es cierto que, es así nuestra sociedad?

—La vuestra... y todas.

—Si cuanto nos dijeron los gorriones es tan vulgar, tan añejo...

—¿Acaso puede decirse a estas fechas algo nuevo?

—¿Por qué se expresaron con tan brusca claridad?

—¿No lo pedíais así?

—Creíamos que, como es costumbre, se nos halagaría a todos. Han obrado impolíticamente.

—¿Por cantar las verdades?

—Cierto. Soltar verdades es el único delito que no es digno de perdón.

J. Víctor TOMEY.

LA ELEGANCIA NO ES EL LUJO

Esta crónica no se dirige seguramente a las grandes elegantes, a aquellas que tienen para su toilette un presupuesto tan elástico que les permite adquirir sin inconvenientes un vestidito chic que les haya gustado. En una gran casa de modas puede costarle a una elegante ese capricho efímero de 250 a 300 pesos. Pero a las lectoras económicas, a las niñas presumidas y a las mamás que por vestir con mayor coquetería a sus bebés se privarían sonrientes, de un adorno personal, voy a darles hoy algunos consejos que les permitan hacer en su casa esos preciosos vestidos sencillos que son tan necesarios, porque economizan las toilettes más costosas.

¡Veinticinco pesos! Que no sonrían las lectoras incrédulas: con veinticinco pesos se puede hacer un vestido y hasta puede suceder que alcance para pagar con eso, dos días de costurera en casa a razón de dos pesos y cincuenta centavos, si no son las interesadas bastante hábiles para atreverse a cortar y preparar la costura.

Ante todo debe elegirse una hechura sencilla sin drapeados ni complicaciones, sin separarse de la línea clásica. Los modelos adjuntos desmuestran que hay mil detalles ingeniosos que bastan para dar a un vestido novedad y chic. Conviene estudiarlos, y copiarlos bastará para dar un sello muy personal al vestido sencillo. ¡Es tan cómoda la ''petite robe'' como la llaman los franceses, tan joven, tan práctica, que se pueden combinar varias con el mismo molde, empleando telas diferentes y colores variados. Segun el ancho de la tela se harán costuras en ambos lados de la falda, o sólo una pinza sobre las caderas, con un paño estrecho que forme el delantero o haga un tablón atrás. Si la persona es delgada y la tela de un buen doble ancho, podrá hacerse la falda con el género al ancho, lo que economiza tela y queda muy bien en los tejidos lisos. En todo vestido de telas livianas se debe tener en cuenta no hacer las faldas demasiado estrechas, máxime si se trata de tejidos lavables como franelas, crespones de lana, etc., etc., los cuales conviene siempre que hayan sido mojados antes de cortarlos. Como forma de blusa el kimono servirá de base; pero aquellas que prefieran un poco de pliegue, cosa indispensable en la moda actual que no admite nada liso ni ceñido, añadirán una pieza sobre el hombro que permitirá fruncir el género adelante y atrás. La manga corta hace más fácil la hechura y además es mucho más distinguida Con ella se pueden llevar guantes largos y flexibles de piel de Suecia color champagne, gris Trianon o blancos, que envuelven elegantemente el brazo y van a perderse bajo la bocamanga de fino encaje, dando al vestido más sencillo un sello de distinción muy bonito: en estos pequeños detalles se distingue el refinamiento actual del vestir bien. Si se quiere manga larga, debe hacerse estilo bebé, con puño, mejor que ajustada: es más práctica y más fácil de hacer.



(1) Vestido de seda azul, cinturón y adornos de fular negro con lunares blancos, cuello de tul blanco

(2) Vestido a rayas azul y blanco, adornado con cuello, mangas y moñitos de linón blanco

En todos estos vestidos se suprime el forro. Conviene tener una o dos combinaciones de corpiño y viso, en raso, pongé o nansouk, li-

sas, de forma princesa, descotadas, con o sin mangas, que servirán de forro a todos los vestidos. Si el vestido es de un tejido opaco se arma sobre una cinta de talle de las llamadas "gros grain", es mucho más fácil y quedan más fuerte. Si no, se unirá la falda a la blusa con un sesgo del mismo género que se tapará con el cinturón.

Con 3.50 m., o 4 m. de tela de 1 m. o 1.10 m. de ancho, puede hacerse un vestido. Este cálculo servirá de base para saber la cantidad necesaria de tela según los diferentes anchos. Con frecuencia se encuentran en las grandes tiendas, retazos de rica seda a cuatro o cinco pesos el metro. Como estas telas no necesitan otro adorno que un poco de tul o de encaje en el cuello y las mangas, se puede obtener un bonito vestido por un precio mínimo.

El vestido de entre casa forma parte también de las elegancias fáciles de hacer una misma: los hay de dos clases: el kimono sirve de base a todos los batones, generalmente se cortan al hilo, sin ninguna dificultad de corte y por consiguiente puede hacerlo la menos práctica en costura. Los crespones japoneses de grandes ramazones se emplean demasiado en los batones baratos que se venden en las tiendas entre ocho y quince pesos, para que puedan contentar el buen gusto de quien pretende vestirse de un modo más personal. Las sedas ligeras, estampadas, los crespones de lana, hacen batones muy bonitos y baratos. El tejido esponja de color, casi la salida de baño clásica, es muy cómodo para la hora de la toilette y mientras se ocupa la mañana en arreglos de la casa. Lo que debe evitarse sobre todo entre casa, es el vestido o el batón complicados y llenos de perendengues, que son poco elegantes y sin ningún chic, y están diciendo a la legua su procedencia de tienda de ropa hecha: una forma original y hasta un poco excéntrica, pero que respete bien la silueta será siempre sentadora y bonita.



(1) Gracioso vestido de crespón bordado con flores de algodón blanco, grueso. Mangas y volados blancos

(2) Vestido de color claro, cuello y cinturón de raso negro, túnica hecha con un volado ancho bordado

Para los vestidos sencillos de campo o de jardín, para los vestidos de tarde, los fulares, las espumillas, los crespones de lana y de seda dan muy buen resultado y además tienen colores muy bonitos; pero evidentemente, para hacer un vestido de seda en el precio enunciado, no ha de llevar ningún adorno. Los vestidos cerrados por delante son muy prácticos, y la botonadura puede contribuir al adorno, haciéndola aparente y señalada con botones. Antes de decidir la forma de uno de estos vestidos, será bueno revisar las cajas y los cajones en que guardamos generalmente restos de géneros, cintas, sedas, encajes, tules, terciopelos de esos que vamos almacenando poco a poco y que adornarán otros vestidos o sombreros: allí se encontrarán seguramente esas mil pequeñeces, susceptibles de engalanar el vestido: una cinta que servirá para el cinturón, puesto que se llevan éstos diferentes del traje; unos botones que darán realce a la sencillez del conjunto; un retazo de tul o de linón que podrá utilizarse en plegaditos o abar-

quillados para rodear el escote: un pedacito de encaje con el que se hará una corbata, o una solapa, o un cuello; un cordón que podrá emplear se en el cuello o en la cintura, etc., etc.

Si no se tuviera nada de eso, un poco de ingenio y de buena voluntad lo remediarán, hay que procurar no hacer compras de esas menudencias que a veces sobrepasan el precio de la tela. Se pueden bordar en una tela lisa, anchas bandas con punto de marca, en colores azul, blanco o rojo, sobre crudo, es muy bonito; pero no se empleen los colores vivos y mezclados, estilo "búlgaro"; se han hecho muy vulgares. También, si es por ejemplo etamina o voile el género que va a emplearse, podrían hacerse guardas caladas, cosa muy elegante; pero todo esto toma un poco de tiempo y es más fácil mezclar una tela lisa con otra de rayas o de lunares, y esta mezcla hará todo el adorno. Un vestido de voile blanco puede adornarse con una guarda de veinticinco centímetros de voile cereza y blanco o cereza liso. En la blusa blanca, cuello y botamangas de color; la corbata y el cinturón negros. Hay voiles lindísimos a tres y cuatro pesos el metro.

Los vestidos forma "marinera", de sarga blanca o azul, con gran cuello y corbata negra, son muy sentadores para las siluetas jóvenes y delgadas. Muy prácticas para diario, para excursiones al campo, y para las sierras, no difieren mucho de los trajecitos que llevan las niñitas en la playa durante la época de baños. Y si todo esto puede hacerse barato y chic, para la estación actual, mucha mayor variedad puede conseguirse con las telas de verano. Las telas de fantasía, con dibujos y guardas, tienen la ventaja de simplificar la hechura. Se hacen crespones de algodón con ramitos estampados muy delicados y juveniles, tejidos esponja, schantungs y tusores, de precios muy accesibles.

El schantung crudo de grano fino, no es caro; es fuerte y no se ensucia y un vestido de esta tela es tanto más conveniente, cuanto que al año siguiente es fácil encontrar tela igual para arreglarlo. El schantung de color es de mayor precio y en general tiene mal tinte. Los brines de hilo, brines schantung, brines bordados, la tela de hilo, no son caros y son fáciles de trabajar. Las batistas estampadas son los tejidos económicos y sentadores por excelencia. Las batistas mercerizadas hacen vestidos preciosos de jardín o de tennis, que resultan baratísimos.

Clara LAUNAY.

El derecho al beso

para EL HOGAR.



— Señoras y señores:

Señoras y señores:

Aquí me presento yo a indicar un derecho que se nos pretende quitar en nombre de la higiene: el del beso.

Cuando yo era pequeñito notaba que en las ternuras de mi mamita y mi papá faltaba algo. Me acariciaban, me pasaban la mano por las mejillas, pero yo no quedaba satisfecho con eso. Una vez ví a mi madre, tender su cara hacia la mía, y noté en sus ojos que era presa de un impulso muy grande que me hizo estremecer, pero todo quedó en la nada, pues mi madre se detuvo porque papá le dijo no sé qué cosa. Cuando comencé a entender el significado de las palabras se me dijo que lo que deseaba mamá en esa ocasión era besarme, pero como mi padre tiene la manía de la higiene y cree que un beso de mi madre puede enfermarme...

Yo no pienso como él y afirmo que nuestros derechos se encuentran lesionados con esa prohibición de la señora higiene. Nada infunde más salud ni más vida que el beso de una madre, y si yo estoy triste es por que nunca he sentido esa caricia que debe ser la más linda de todas.



... y afirmo que nuestros derechos se encuentran lesionados...

Cuando veo a una mamá que besa a su hijito, que lo acaricia y lo besa muy fuerte y el hijito contento se ríe, una pena muy grande me aprieta el corazón... y me da mucha rabia no sentir yo también la caricia de los besos de mamita.

De manera que he resuelto protestar, y en prueba de mi indignación contra esa medida, acudiré a ustedes, señoras.

¿No hay ninguna que quiera darme un beso?

BEBÉ.



—...¿No hay ninguno que quiera darme un beso?

Comp. fot. de Fernández.

¡ASI ES LA VIDA...!

Velad por vuestras hijas

(Para EL HOGAR)

Una penosa, penosísima impresión, pugna desde hace algún tiempo por tomar forma en mi cerebro, sin encontrar aquella que me permita exteriorizar la angustia, el dolor, la infinita y profunda compasión que el feminismo mal interpretado despierta en mi alma... Sin encontrar la forma de gritar muy alto, con un acento muy sincero y muy convincente: "¡Alerta, alerta madres!!" "¡Alerta hijas, criaturas indefensas e ignorantes! ¡El abismo está ahí, abierto a vuestros pies! ¡El abismo de la abyección y de la miseria y del dolor!"...

Ante mis ojos, una visión se desarrolla, lentamente al principio... Son muchachas, criaturas casi, de catorce a veinte años, menuditas, bonitillas, que pasan trotando como ratoncitos, subidas sobre increibles tacones con un libro o un rollo de papeles en la mano, y dejan a su paso una estela de perfume barato... La primera impresión al mirar bajo el sombrero más o menos gracioso, más o menos extravagante, es de asombro. ¡Cómo, muchachitas adolescentes, que deben tener la tez fresca y lozana, pueden enmascarar su juventud con semejantes capas de albayalde y colorete y tiznarse tan despiadadamente ojos y cejas! ¿Por qué, criaturas que deben tener cabellos propios, que arreglados con esmero y pulcritud formarían hermoso marco a sus caritas limpias y juveniles, llevan esos horribles montones de trenzas o de rulos que están diciendo a gritos que son postizos y que las afean y envejecen?

... La visión va haciéndose vertiginosa: ahora ya son tantas que no pueden detallarse una por una: muchachitas pintadas y enjaezadas como burritos de feria, con toda la imitación barata de los lujos a la moda, desde la media transparente y el bolsón de largos cordones, hasta el collar de perlas y las pieles en estolas y manchones pasan, pasan recorriendo a la ventura cuantas agencias de colocaciones y escritorios en que se piden "señoritas dactilógrafas" se anuncian en los diarios.

Van buscando un empleo... he ahí uno de los inconvenientes del feminismo mal entendido... un empleo que no llega nunca, porque no están preparadas para obtenerlo, porque han aprendido mal y por mal cabo los seis grados de los colegios del Estado y apenas saben leer, y escriben con tales faltas de ortografía que crispan los nervios, y confían sólo, para obtener el anhelado empleo, en el brillo de sus ojos y en el atractivo de esas "elegancias" que seguramente habrán adquirido a costa de cruentos sacrificios, empeñadas en conquistar el Eldorado de sus ensueños!



Dib. de Arata

Y el empleo no se encuentra entre tanto, y oyen sus oídos insinuaciones toscamente veladas aquí, y más allá povocan con su actitud o con sus miradas, insolencias y atrevimientos que no saben hasta dónde pueden llegar... Y los tacones altísimos, se tuercen de tanto andar y los sombreritos se ajan y los vestidos van perdiendo la hechura y el color... todavía queda un poco de velutina y el colorete: pero hay que reponer las armas de combate, los lujos de moda y llega el momento de escuchar complaciente la insinuación que ya no se vela... y cae el ratoncito en la trampa y va a engrosar el torbellino de desdichadas que a diario se precipita en el abismo de la abyección y del vicio...

Madres que dejáis salir solas a vuestras hijas en busca de un empleo; que mandáis solas a vuestras hijas al conservatorio o al liceo... si no podéis dejar vuestras tareas para acompañarlas, si no podéis conformaros con que sean como vosotras, honradas cocineras, laboriosas lavanderas, planchadoras, obreras humildes y sencillas, exigid por lo menos que vayan vestidas modestamente sin pintarrajeos ni modas exageradas y ridículas que las hacen anhelar lujos inabordables.

Lógico, humano y justo es el querer subir: y muy digno de aplauso vuestro sacrificio, madres humildes, que (aun a trueque de ver mal pagados vuestros desvelos por esas hijas que habéis querido hacer superiores a vosotras) todo lo arrostráis por darles educación y medios más amplios para ganarse el sustento.

Pero este sacrificio suele resultar estéril y entonces entraña grave peligro para las muchachas que no han llegado a ser algo en una carrera o en un oficio. Esa vagancia en busca de un empleo, las marchita, corrompe poco a poco su inocencia y las hace resbalar, sin darse cuenta, hacia el abismo.

Si quieréis que sean señoritas de sombrero y que ganen un sueldo en escritorios, pensando que así encontrarán marido más fácilmente, estáis en un lamentable error, del que es necesario, imprescindible, que salgáis.

Esa muchachita pintada y emperifollada, que va sola o con una amiguita por la calle, es la conquista segura del compadre o del mocito dependiente de comercio, cuando no del viejo indigno que explota su credulidad y su ambición de lujo: la muchachita esa, fea o bonita, lleva escrito en la frente su destino.

¡Madres honradas! ¡Velad por vuestras hijas! ¡La corrupción y el vicio las acechan!

Fulana de TAL.





Cosas de chicos



HACE cerca de un siglo que Blake describió la feliz infancia en sus "Cantos de inocencia". Según él, el mundo para los niños es una fuente inagotable de placer y regocijo, y estos dos sentimientos son provocados por las cosas más sencillas: "la luz del sol sobre la hierba, la primer caída de nieve en el invierno, el salto del pez en el arroyo, la tibia brisa acariciando sus mejillas, el paso de un gran convoy por la calle, el nido de golondrinas sobre la ventana de su dormitorio, la hora de acostarse y la oración sobre la falda materna; todo es sentido sutil, finamente, con emociones de lirismo".

Los niños nacen con una marcada inclinación a adquirir conocimientos. Quieren saberlo todo y saberlo de un modo correcto. Hacen preguntas y no se satisfacen tan fácilmente. Están muy propensos a imitar todo lo que ven en su derredor. Gozan de gran imaginación, y reducen siempre sus ideas a formas concretas. Generalmente se cree que los niños son de escaso poder reflexivo, y sin embargo, tienen pensamientos que indican bien a las claras el trabajo oculto de una fuerza mental e inconsciente. La niñita que "juntaba sol en sus manos para ponérselo en la cara" conocía algo de los efectos del calor. Los niños saben sentir a veces la poesía de la vida. Uno dijo una vez que las mariposas eran "flores voladoras". Otro exclamó: "las estrellas son las cenizas de la gran estrella de Dios". No puede negarse el significado poético de esta frase. Pero quizá el arranque de lirismo más lindo que haya tenido un niño, fué aquel de un chico que exclamó al ver el rocío: "la hierba está llorando". Otro al ser castigado severamente exclamó: "ahora sí que volveré al cielo de donde he venido...

—¡Oh, tía—dijo una vez una niñita—he visto caminar a un lápiz!

Pero la tía que no creía en las hadas le explicó que aquello no era un lápiz, sino un gusano.

La cuestión del tamaño y el sentido de la proporción se manifiesta a veces curiosamente en los niños. ¡Qué natural fué la contestación de Tomasito cuando Dick le dijo a su amigo que su mamá tenía un abanico nuevo pintado a mano: "¡bah! gran cosa, nuestra tranquera también está pintada a mano". Un pedagogo inglés, el profesor Muirhead, ha dicho: "el estudio de los niños demuestra que la religión ha sido un producto natural del alma humana, y el interés que aquellos se toman por la religión, se demuestra con estas preguntas que hacen a diario: ¿Quién creó a Dios? ¿Hace Dios que algunos sean niños buenos y otros malos? Estamos tan acostumbrados a considerar a los niños de antaño tan piadosos, que nos cuesta creer la historia de una niñita que después de pasar varios meses en una estancia, exclamó de pronto:

—Quisiera que Dios estuviera ahora conmigo.

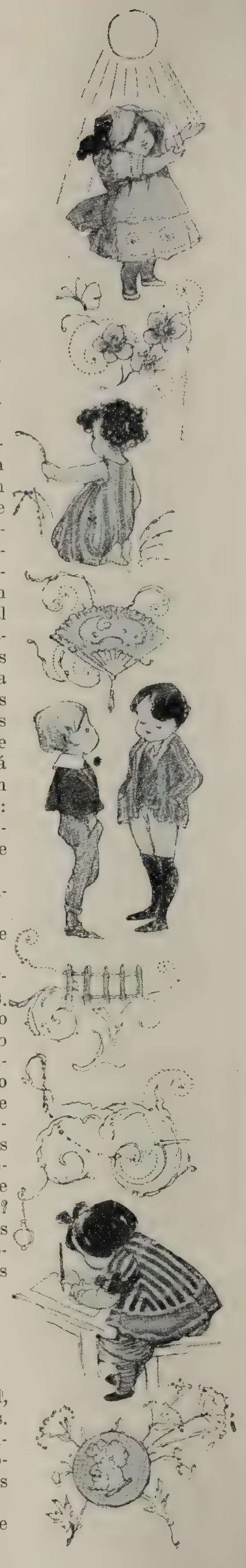
—¿Por qué, querida?—preguntó la madre.

La niña levantó los ojos al cielo y replicó:

—Porque ya estoy cansada de tí, mamita.

En los niños a veces se observa una gran rectitud, que desgraciadamente decrece cuando son ya mayores. Lo prueba la historia de dos niños que trataban heroicamente de ahorrar sus centavos y que todas las noches concretaban sus anhelos con estas palabras: ¡Dios mío, ayúdame a ahorrar mi dinero!

Hay otros que obedecen a una lógica desconcertante como lo prueba el caso siguiente:







Una niñita estaba muy descontenta porque su hermano cazaba pájaros con trampas. Al preguntársele respecto a lo que haría en lugar de su hermano, contestó:

—Suplicaría a las trampas que no cazaran pájaros.

—¿Nada más?

—Luego rezaría al buen Dios que no dejara entrar ningún pájaro en las trampas—y añadió con el fin de ilustrar la doctrina sobre relación de la fe y los actos que comporta—y finalmente rompería las trampas en mil pedazos.

Hay una historia que demuestra en los niños la tendencia a interpretar literalmente el significado de las palabras.

Dos enamorados entraron en el compartimento de un tren con la esperanza de permanecer solos durante todo el viaje, pero quedaron sumamente disgustados al ver que los acompañaba una niñita que no les quitaba los ojos de encima.

—¿Qué deseas hija mía?—dijo el novio, tratando de mostrarse todo lo más cariñoso posible.

—No veo los tórtolos—contestó la niña.

—¿Qué tórtolos?

La chiquilina respondió inmediatamente:

—Cuando entré en el tren oía a un guarda que decía:

—"Déjala que vaya con los tórtolos."

—Papá, está lloviendo—decía un niño mirando por una ventana.

—Bueno,—contestó el padre algo fastidiado—deja que llueva no más.

—Así lo haré papá—contestó el chico, con lo cual demostró tener un espíritu más sutil de lo que se le creía.

—Mamá—exclamaba en cierta ocasión un niño—he visto un hombre que hacía caballos.

—¿Cómo?...

—Sí, cuando yo lo ví le faltaba poquito, poquito para terminarlo: le estaban clavando los pies.

Se ha dicho en muchas ocasiones que las contestaciones de los niños se parecen mucho a las de las mujeres. Nadie sabe a ciencia cierta qué giro han de dar a la respuesta. Muchas veces, llegan a incurrir en el dogmatismo, como en el caso de una niña "que ejecutaba un dibujo de cabeza".

—¿Qué haces hija mía?—le preguntó la madre.

—Estoy pintando a Dios.

—¡Pero si Dios no se puede pintar! Nadie lo ha visto, nadie sabe cómo es...

La chiquilina se llevó el lápiz a la boca y antes de continuar dibujando respondió:

—Espera a que concluya y sabrás entonces cómo es.

Otra muestra de la lógica que demuestran los niños lo prueba la contestación que dió un niño a su maestra que le preguntaba por qué la bandera de la patria flota siempre en los campos de batalla:

—Porque sopla el viento.

Y esta otra:

—¿Tienes hambre?—preguntó un buen señor a una niña.



—Sí.

— Y entonces por qué no te sirves un sandwich?

—Porque no tengo tenedor.

—Los dedos se hicieron antes que el tenedor.

—Los míos por lo menos, no.

J. C. WRIGHT.

MOV



Sta. Dora Quinteros

Sta. N.



Sta. Elena Grañ

Fo



Sta. Zulema Salaberry

Fot. Witcomb



Sta. María Inés González Guerrico

Fot. Merlino.



Sta. de Fernández

Fot. Zuretti y Fiorini.



Sta. Aurelia G

Sta.

IAS



ández Oro

lino.



Sta. Irma Malbrán

Fot. Merlino



Sta. María Amenabar Peralta



Sta. C. Villanueva Guerrico

Fot. Witcomb.



Dellarosa

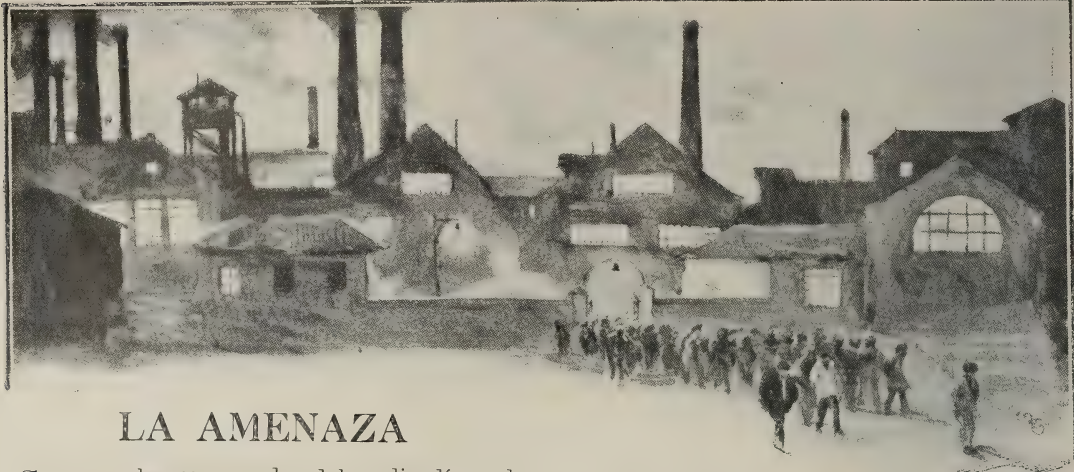
Celis

Gersbach



Sta. de Martínez Rosas

Fot. Zuretti Fiorini.



LA AMENAZA

Sonaron las campanadas del medio día y de allí a poco la puerta comenzó a despedir, en oleadas de marea humana, la muchedumbre cansada y silenciosa que componía el personal de los talleres. Nadie hablaba, no hacía el varón caso de la mujer, ni buscaba la muchacha el halago del mozo, ni el niño se detenía a jugar. Los fuertes parecían rendidos, los jóvenes avejentados, los viejos medio muertos. ¡Casta dos veces oprimida por la ignorancia propia y el egoísmo ajeno!

El gentío se fué desparramando como nube que el viento fracciona y desvanece: pasó primero en turbas, luego en grupos y después en parejas que calladamente solían dividirse sin despedida ni saludo, tomando unos el camino de su casa, entrando otros en las tabernas, diseminándose y perdiéndose, confundidos todos y sorbidos por la agitada circulación del arrabal.

Uno de los últimos que salieron fué Gaspar Santigós, alias "el Grande o Gasparón", porque era de tremendas fuerzas, muy alto y muy fornido. Hacíame simpático el semblante apacible, la frente despejada, el mirar franco; y era tan corpulento, que parecía Hércules con blusa.

Echó a andar por la sombra de una tapia, cruzó dos o tres calles, atravesó una plaza y metiéndose por pasadizos y solares para acortar distancias, vino a desembocar en un paseo de árboles gigantescos cuyo ramaje se entrelazaba formando bóveda de sombra, bajo la cual le esperaba, sentada en un tronco derribado, una mujer joven, limpia y graciosa, que tenía delante una cesta, al lado un perro y en el regazo un niño. Corrió el animal hacia su amo, el pequeñuelo alargó las manecitas, y mientras el hombre sacaba de la cesta y partía la dorada libreta, ella sin dejar de mirarle, apartó a un lado la ensalada, sacó la botella del tinto, la servilleta, las cucharas de palo, y sobre el hondo plato de loza blanca, con ribete azul, volcó el puchero amarillento y humeante.

Cuando sonaron a lo lejos las campanadas "de vuelta", echó el último trago, encendió un cigarrillo, dió un beso al niño, arrojó al perro un mendrugo y, oprimiendo rápidamente el talle a la muchacha como un avaro que palpa su tesoro, tomó el camino de la fábrica.

Transpuso la puerta, cruzó un patio lleno de pilas de lingotes de hierro, y entró en una nave larga y anchurosa, iluminada por ventana tras cuyos vidrios empañados se adivinaban muros ennegrecidos, montones de carbón, chisporroteo de fraguas, y altas chimeneas que en nubes muy densas lanzaban a borbotones el humo pesado y polvoriento de la hulla. En lo alto y a lo largo de la nave corría en complicadas líneas un número incalculable de aceros relucientes, hierros bruñidos, palancas, vástagos y ruedas unidas por correas, que subían, bajaban, se retorcían cruzándose, y giraban vertiginosamente como miembros locos de un mecanismo vivo en que nada pudiera detenerse sin que el conjunto se paralizara. El piso entarimado temblaba con la trepidación del vapor, cuyos resoplidos se escuchaban cercanos; y de otros talleres, debilitado por el vocerío y la distancia, venía rumor de herrajes golpeados y zumbido de máquinas mezclado a cantos de mujeres.

Al término de aquella nave había otro igual y, salvando un patio que las separaba, había entre ambas un puentecillo estrecho de madera, junto al cual giraba sobre su eje la enorme rueda de un colosal volante.

Cuando iba Gasparón por la mitad del puentecillo, vió que de la segunda nave llegaba un aprendiz corriendo, con tal ímpetu, y tan lanzado a la carrera, que ya no podía detenerse. Sin tiempo para retroceder, y adivinando que no cabrían los dos en el angosto pasadizo, Gasparón, encogiendo el cuerpo, se hizo a un lado: llegó el muchacho como un rayo, se desvió mal, sufrió el encontronazo y cayó de bruces, quedando casi fuera del tablón estrecho que formaba el piso, suspendido sobre el abismo, y sin lugar a donde sentarse. Gasparón, más cuidadoso del peligro ajeno que del propio, le tendió una mano; y el chico, cegado por el miedo, se agarró a ella con tal fuerza y tal ansia, que hizo vacilar al obrero. Este, al perder el equilibrio, instintivamente, para recobrarlo haciendo contrapeso, echó hacia atrás el otro brazo puesto en alto, y alcanzándole un radio del volante le partió el hueso por más arriba de la mano. El muchacho dijo luego que, a pesar del terror, oyó un crujido como cuando se parte una astilla de un hachazo. Pero aún tuvo aquel hombre fuerza y serenidad para retroceder algunos pasos; arrastró al chico, y al dejarlo en salvo sobre el piso de la nave, cayó rendido a la violencia del dolor.

Recogiéronle sus compañeros, y por no tener enfermería en la fábrica, le llevaron sentado en una silla al hospital cercano, donde aquella misma tarde hubo que desarticularle el codo.

La convalecencia fué larga: en ella se gastaron, primero los ahorros; luego el préstamo tomado sobre la ropa dominguera, después algún socorro de camaradas y vecinos, y por último, un donativo de la "Caja de resistencia en huelgas". En nuevo trabajo no había que pensar, porque el brazo perdido era el derecho.

Cuarenta y tantos días después de la desgra-

cia, la mujer de Gasparón se presentó a la caja de la fábrica.

Era una habitación pequeña dividida por un tabique de madera y tela metálica con ventanillos, tras los cuales se veía un señor viejo, bien vestido, de camisa limpia y leyendo un periódico, sentado junto a una caja de caudales. Cerca de él, al alcance de su vista, había dos hombres que de pie y encorvados escribían en unos grandes libros puestos sobre pupitres de pino.

—¿Qué traes tú por aquí? dijo uno de los escribientes al acercarse la mujer.

—¿Cómo ha quedado Gasparón? preguntó el otro.

—Pues, ¡cómo ha de quedar! Manco.

—¿Y a qué vienes?

—A cobrar.

Uno de aquellos hombres tomó un cuaderno y comenzó a pasar hojas, murmurando:

—Gaspar... Garpar...

—Está por Santigós. Nave de taladros, sección segunda, dijo la mujer.

—Es verdad: Gaspar Santigós, aquí está.

—Ese es, añadió ella suspirando.

El escribiente se puso a hacer números en una cuartilla de papel, y sin alzar la vista preguntó:

—¿Había cobrado la semana anterior?

—Sí, señor.

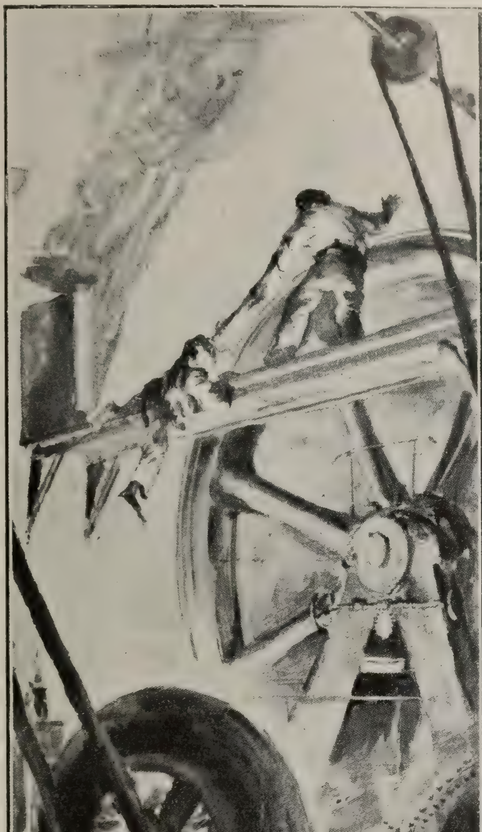
—Pues son... deben ser...

Entonces el caballero de la camisa limpia soltó el periódico y sin mirar a la mujer preguntó:

—¿Qué día fué eso?

—El 20 pasado: Miércoles, a las dos, contestó ella tristemente.

—Pues poca duda cabe, repuso el caballero; Lunes, uno; Martes, dos; Miércoles... dos días y medio, que a cuatro y medio de jornal... son once con veinticinco. Y se volvió de espaldas.



Sacó el dependiente una esportilla de la caja, contó el dinero, y sin más conversación hizo la entrega. Salió llorando la muchacha; y aún se oía el ruido de sus pasos, cuando el caballero de la camisa limpia dijo severamente:

—No se le olvide apuntar que "Gasparón es baja".

Cuando los obreros supieron que a Gasparón se le habían pagado dos días y medio, corrió sobre sus tugurios y agitó sus cabezas viento de tempestad. La iniquidad llamó a la ira.

Reuniéronse los delegados de los grupos, hubo Junta una noche en la taberna del "Francés", y, para completo conocimiento del caso, se citó también al pobre manco.

Gasparón contó su desgracia con la mayor naturalidad, mostró el muñón cicatrizado, lleno de costurones, y luego, mientras duró la reunión, no dejó de molestar a los amigos pidiendo que le encendieran cigarrillos, porque aún no estaba acostumbrado a valerse con una sola mano.

Una lámpara sucia, que apenas daba luz, ardía inútilmente, sin alumbrar el cuarto. Casi no se veían cuerpos, ni figuras, ni rostros. Las voces parecían salir de entre sombras, como protestas y amenazas anónimas.

—Llevo cincuenta y dos años de taller, dijo el que habló primero, y sé más que vosotros; porque he recorrido muchas fábricas; entré a los doce... Siempre he dicho que lo mejor sería obligarles a sostener a los que ya no pueden trabajar. Si no, ya lo veis; callos en las manos y la tripa vacía.

—Yo, con menos años, dijo otro, tengo más experiencia: ponernos de acuerdo, guardar secreto y estropearles el material, la mano de obra, la herramienta, todo lo que se pueda; perder tiempo, fundir mal, tejer peor. En un año no queda fábrica con crédito.

—Ni obrero con pan.

—¡Las ocho horas! exclamaron varios al mismo tiempo.

—¡Buen consuelo! ser perros ocho horas en vez de nueve.

—Aumento de jornal.

—Y en seguida suben ellos la ropa, el pan, la casa... si pudieran... ¡hasta el aire tasaban!

De pronto se levantó Gasparón, dió dos chupadas al cigarrillo y, colocándose bajo la débil claridad de la lámpara para que le leyeran en el rostro lo inquebrantable de la resolución, habló de esta manera:

—Todo eso es inútil, o es infame. ¿Montepío ni pensiones, con dinero de ellos? Estais soñando. ¿Huelga? ¿Para qué? ¿Para hocicar en cuanto falta el pan en casa, quedar empeñados y volver al trabajo?

Dejad a mi cargo la venganza, que será buena y larga...

Unos refunfuñando, y otros de buen grado, por miedo los pusilánimes, y los exaltados porque en los ojos de Gasparón adivinaron algo tremendo y misterioso, todos accedieron a su ruego.

Al día siguiente, Gasparón se puso a pedir limosna al pie de la soberbia casa donde vivía el fabricante, y llevando siempre colgado al cuello un cartelillo en el que se leían estas palabras: "Inutilizado en la fábrica de don Martín Peñalva". Súplicas, amenazas, ofertas para que se retire, todo ha sido en balde.

Aquel mendigo en la puerta de aquel palacio, es una afrenta viva... Y es también una tremenda profecía.

La mano con que pide, parece que amenaza.

Jacinto Octavio PICON.

Las pieles

(Para **EL HOGAR**.)

Estamos en pleno invierno... Huelga la descripción de los árboles desnudos, el canto fúnebre a los verdores tumultuosos de las copas, que han desaparecido, y nuestro improperio a ese frío penetrante de las tardes en calma, que parece haber cristalizado en el ambiente.

Por las veredas asoleadas el público marcha en caravana cosmopolita y abigarrada, avanzando despacio, sintiendo una leve pereza en los músculos, como si quisiera retardar su paso bajo la tibieza divina del sol. El astro hunde sus puntas sutiles en los fieltros peludos, en las boas cariñosas y en la masa de las cabelleras, dándoles transparencias de nimbo o aureola. Las muje-







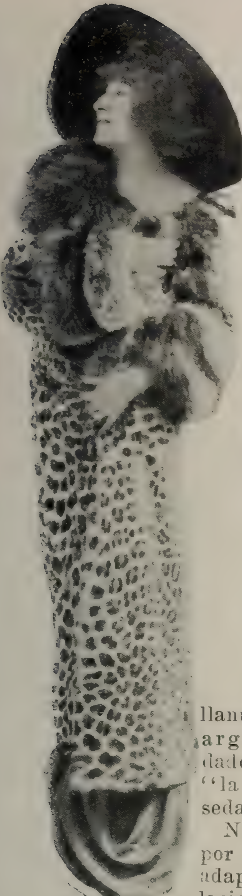
res se detienen extáticas ante los escaparates, en cuyos vidrios el sol se esparce en veteaduras de fuego, escaparates armados con soportes niquelados y planchas de cristal de filos verdosos, donde lucen suaves amontonamientos de pieles.

Muchos ojos femeninos las contemplan con unción, con verdadero recogimiento.

¡Cuántas mujeres al imaginarse tenerlas puestas no doblan la cabeza bajándola un poco, como si quisieran probar con el mentón la suavidad de la pelambre, mientras que sobre el cutis, corre la ilusión de una caricia. Son las pieles lujosas, que determinan en nuestras mentes cálculos fabulosos. Los loutre de Alaska, esparcidos en desorden estudiado brillan dulcemente, con reflejos de seda sobre sus felpas de negro lustroso; los zorros argentados dejan colgar las patas afelpadas y sus cabezas triangulares, las costosas chinchillas tienen transparencias de nube y los armiños blancuras excelsas. Acude a nuestra mente la evocación de todas las penurias que ocasionaron a los peleteros árticos; el cuadro de una persecusión tenaz sobre las nieves de las estepas, el acecho de una trampa, oculta bajo el hielo, que espera la primicia de algún zorro de gran valor. Y por asociación de ideas, nuestra fantasía cambia de derrotero y acude a las selvas indias, donde se cazan panteras, para confeccionar con sus pieles de oro y negro, vestidos para una mujer, y la persecución que sufrieron antaño las serpientes por el sólo hecho de haberse puesto de moda los tapados de cuero de reptil.

Y luego, cansados de tanto deslumbramiento volvemos los ojos hacia pieles más buenas, más meritorias, porque dan abrigo a cuellos cloróticos y a manos trabajadoras, al mismo tiempo que satisfacen una ilusión... Son las pieles baratas accesibles a todos los anhelos, bautizadas por ritos comerciales, con nombres de abolengo en el ramo, en tanto que sobre la felpa brillante destaca su blancura, un carte-





lito conteniendo un precio irrisorio. Las pieles baratas son productos nuestros, tienen luces del sol de nuestros campos, y la fecundidad de llanuras y zarzales argentinos, les ha dado lo que Lugones llamó "la vida misteriosa de la seda".

Nuestras liebres cubiertas por fino pelo de invierno se adaptan a todas las manipulaciones de la industria y sufren valientemente los procesos de la alquimia comercial que las transmutan en zorros de procedencias exóticas.

Nuestros conejos blancos, de ojos de albinos, después de muertos reciben el epitafio mercantil que los consagra en armiños, y si el chinchillón aún no ha merecido el honor de verse transformado en chinchilla es porque su felpa es de escasa resistencia para el fin a que se la dedica.



El lobo marino de nuestros breñales patagónicos, imita perfectamente a los loutres que arrastran pesadamente sus aletas sobre las riberas gélidas del Yukon, y hasta las pieles más modestas de los animales domésticos, pueden cobrar el valor que se asigna a las pieles de "renard", del Japón, con sólo recibir emanaciones de azufre que las hacen palidecer... Son buenas y caritativas las pieles baratas con que se cubren nuestras modistillas. Ellas abrigan y adornan el cuello de las obreritas en los días de intenso frío, y el leve cosquilleo de sus felpas, sobre la nuca desnuda, quita precisión al alivio del pleno contacto, lo indefine, lo hace más misterioso y sutil, excita a la risa. Arrebujadas en sus pieles, las "midinettes" de nuestra ciudad, ríen gárrulas y francas, y el arco húmedo de sus dentaduras al descubierto parece infundir luz a la breve carcajada.



Así, bajo la suavidad acariciante de sus boas baratas, dan alegría a la cosmópolis y engalanan de risas a este Buenos Aires, donde todo el mundo parece que marcha enojado consigo mismo, o sintiendo el impulso de llevar reflejado en el rostro el sello de un hondo dolor.



El adorno barato les comunica satisfacción, y una dulce confianza en sí misma penetra en sus espíritus cuando se miran, de paso, en las vidrieras que tienen tenues reflejos de luna veneciana. Y asimismo una bella esperanza, flor caritativa que nos habla de amor a la vida, las reconforta en medio de la existencia azarosa a que se ven sujetas por brutales circunstancias. La hora meridiana las sorprende en plena calle. Y si las encontramos en unos de esos días sin sol, tristes jornadas, pobres de luz, entonces el transeunte enervado, bajo la garra del cansancio moral que produce ese crepúsculo prematuro, siente una prodigiosa resurrección de todos sus sentimientos ante el espectáculo de la ciudad, convertida en jardín de invierno.

Guillermo **ESTRELLA.**



MIENTRAS LA TARDE MUERE...

El sol, el señor del día,
marcha veloz a su ocaso.
Sobre la tierra bravía
parece el cielo de raso.

Corren las fuentes risueñas
entre juncos vocingleros,
y, misteriosas, las peñas,
dan su sombra a los senderos.

Las avecicas sus nidos
buscan a todo volar.
¡Ya los fríos son venidos
y de noche puede helar!...

Ya el viento, si se aproxima,
cual látigo el rostro cruza;
y ya muestra cada cima
su nevada caperuza.

Juanillo, el pastor más mozo
de toda la serranía,
va camino de su chozo
y al redil sus reses guía.

En el extremo horizonte,
donde el aguilucho vuela,
ve el mozuelo sobre un monte
recostada su aldehuela.

De su torre fuerte y ruda
rueda el Angelus *potente.*
Juanillo al punto, desnuda,
ofrece al aire la frente.

Y reza con torpe afán
sin dejar su lento paso,
mientras dos luceros van
surgiendo en el cielo raso.

Pídele a Dios por su abuela
la de las ciegas pupilas.
¡Si Dios, que todo lo cela,
le diese noches tranquilas!...

Pídele a Dios por la moza
más garrida que vió el sol.
Su faz, donde amor se goza,
luce con claro arrebol,

y en sus ojuelos traviesos,
yacen dormidos los besos
que a estrellas causan agravios,
que despiertan en sus labios.

¡Ay, si la Virgen quisiera
y si quisiera el buen Dios,
al llegar la primera,
hacer uno de los dos!

Pide a Dios que lo prospere
y mejore años tras años,
y que nunca el lobo altere
la calma de sus rebaños.

En esto el perro brioso
murmura pensando en sí:
—¡Como mi amo es tan miedoso,
no mira que estoy yo aquí!—

A su dueño se abalanza
y le lame lentamente.
Es tan grandote que alcanza
con su lengua hasta la frente.

A su contacto la pena
huye cual torvo ladrón,
pues quiso hurtar la serena
dulzura del corazón.

La brisa, que valle y cerro
huella con pasos livianos,
ve, al fin, al pastor y al perro
jugar como dos hermanos...

....

....

El sol una cumbre enhiesta,
besa rojo en este instante,
y en otra empinada cresta
brilla la luna radiante...

JOSE A. LUENGO.

Dib. de Regidor.

Fuera del mundo...



Cuando vemos paseando por la tarde alrededor del lago de Palermo, a hermosas señoras, lujosamente ataviadas haciendo tomar el aire a sus perritos, cuando pasamos a las nueve de la noche por el teatro Colón, y contemplamos los magníficos automóviles que se estacionan a lo largo de cuadras y cuadras, después de haber depositado a la puerta del soberbio coliseo la flor y nata de

Las reclusas de la correccional de menores en un momento de recreo



Una reclusa ejecutando un bordado

la sociedad porteña, cuando se ven desbordar los otros teatros y los cinematógrafos, de gente ávida de diversiones y esparcimiento, cuando se oyen los acordes de las orquestas de restaurants y tea-rooms, cuando se ve el hormigueo de paseantes y desocupados que llena la calle Florida y sus tiendas, donde están expuestas todas las tentaciones de la moda y del derroche, recordamos con melancolía la correccional de menores y la cárcel de mujeres. Dos títulos distintos y en realidad un solo establecimiento...

¡Si todas las que allí están fueran culpables! ¡Si todas las que allí purgan un delito fueran criminales!...

¡Señoras ilustres, jovencitas elegantes, mujeres desocupadas y ricas de todas las clases sociales! ¡Cuán pocas sois las que volvéis la vista al rozar una miseria! ¡Cuán pocas las que sabéis de la verdadera caridad! ¡Cuán pocas



La escritora señora María de Bueno, conversando con una presa

las que tendéis la mano para que no caiga una desdichada, para levantarla si ya ha caído!...

Contestarán algunas que hay en la República miles de sociedades benéficas formadas por mujeres: que la mujer argentina es caritativa y compasiva como la que más...



La capilla de la cárcel



Celda de arresto disciplinario



La enfermería



Es cierto: la caridad colectiva es una de las más nobles características de nuestra patria. Hay grandes y poderosas socieda-



Un dormitorio de menores

des que hacen mucho bien: asilos, hospitales perfectamente organizados y que marchan a la cabeza de sus similares de otros países... Hay pues mucho hecho y mucho bueno; pero falta la caridad individual, la caridad "consciente", y, bueno es puntualizar, se habla aquí en tesis general: claro es que hay honrosísimas excepciones, pero... suman una gota de agua en el inmenso mar de esta ciudad enorme... Hace falta más, y entre otras cosas, es necesario propender a evitar la delincuencia.

¡Cuántas de esas mujeres encerradas en la cárcel, purgarán delitos cometidos por culpa de la indiferencia que las ha rodeado en un determinado momento de su vida, por la deficiencia de medios para evitar la tentación!

Y en la cárcel sólo se aprende a coser: ahí están las fotografías que así lo atestiguan: no hay un solo taller en estas fotografías; no se les enseña una industria lucrativa que pueda proporcionarles al terminar su condena, los medios de subsistencia que han de salvarlas de la miseria y de la tentación del mal... Coser a mano, coser a máquina, bordar... y rezar: "el sentimiento religioso, fuerte en toda mujer, es aún más enérgico en la reclusa,



Galería de la planta baja

que, atribulada, poco dispuesta a ningún género de rebeldía, y con la necesidad de paz propia de su sexo, la busca en la resignación y en Dios consuelo'', dice Concepción Arenal; bien está pues, el oratorio y el rezar, pero coser y bordar por toda industria **en una cárcel**, es entregar a la mujer a la miseria y dejarla al borde de la perdición.

¿Puede la mujer mimada por la suerte, recordar sin oprimírsele el corazón que hay mujeres criminales, encerradas en una cárcel? Y aquella que sabe ejercer la caridad, que la practica con devoción ¿no ha pensado alguna vez que en la cárcel también hay infelices dignas de recibir el consuelo de un consejo o de una esperanza? que hay allí también niñas, criaturas en los comienzos de la vida... de una vida cuyo desarrollo está fatalmente señalado...



Uno de los comedores

Que sin moral ni principios, la religión convencional a que las obliga la disciplina del establecimiento no es freno que pueda llegar a ejercer influencia en sus pobres almas desorientadas. Que necesitarían la abnegación de inteligencias superiores que por humana solidaridad se acercaran a ellas...

Fuera del mundo están... muertas vivas, que inspiran repulsión por sus delitos, o lástima por sus errores... pero no hay ningún ser caído tan abajo que no pueda levantarse, ninguno tan humillado que no pueda ennoblecerse, ninguno tan culpable, que si de veras se arrepiente, no pueda ser perdonado.



Taller de costura a máquina



Una clase de costura



Reclusas en clase de labores

Inmolación

(Para EL HOGAR)

POR amor de Dios!... ¡Mis hijos no tienen pan! ¡Por cualquier precio, con tal que pueda llevar un poco de alegría a mis pequeñuelos!...

—Imposible, — repuso el editor, — usted no es bastante conocido. Es cierto que ha hecho obra buena; pero... no puedo cargar con ella en tales condiciones. Procúrese dinero, edítela por su cuenta y en ese caso le prometo hacerle la mayor propaganda.

—¡Dinero!... ¿conseguir dinero yo, el miserable, el vencido? ¡Dinero! ¿sobre qué bienes?... éstos son los únicos, en ellos vive mi alma y ya ve, no sirven ni para proporcionar un mendrugo a mis hijos que tiemblan de hambre y de frío, allá... en el arrabal!...

Como broche digno de cerrar tan justa lamentación, un golpe de tos seca convulsionó el organismo del escritor hambriento.

—Vuelva mañana, hablaré con mi socio de este asunto,—dijo el editor,—y acaso convengamos en darle ocupación en nuestra casa.

—¿Mañana?... está bien, mañana volveré.

Guardó bajo su raído gabán ese manojo de papeles donde palpitaban todas sus ilusiones, todos los desencantos de su vida, y con un nuevo dolor y otra esperanza salió de la casa editora a la que debía volver al día siguiente.

La urbe hormigueante, pletórica de vida, sintiendo en sus entrañas el latido de millares de corazones, se encontraba en una de sus horas más febriles. Era ese momento en que el pueblo trabajador cuelga sus herramientas y se dispone a descansar de las fatigas de su jornada, mientras el otro, el indolente, el feliz, el que ignora que hay miserias y dolores, cuando no ve la mano del mendicante extendiéndose en nombre de Dios para solicitar una migaja, volvía a sus palacios a continuar el festín.

La hermosa avenida se presentaba radiante, deslumbradora, mientras la sombra del escritor hambriento, prolongándose sobre la acera a la lívida claridad de los focos eléctricos, como una silueta de ultratumba avanzaba hacia su lejano arrabal.

La fiebre que lo consumía, le tendió una especie de grillete que detuvo su marcha y recostándose entonces en un árbol de la avenida empezó el monólogo en alta voz, sin cuidarse de la abigarrada multitud andante que lo miraba apenas, tal vez por respeto al dolor, tal vez por indiferencia o por apresuramiento en el vivir.

—¡Me llaman desconocido!—se dijo,—desconocido, es cierto, porque un director culpable explotó mis aptitudes durante diez años en la labor anónima y enervante de dar vida a su periódico; sin embargo, ¿qué me importaba entonces el nombre?... allí habría continuado porque de los florones negros que mi pluma estampaba brotó siempre el pan para mi pobre compañera y nuestros hijos; pero, esta maldita enfermedad edificó su palacio en mis pulmones, por eso estoy aquí como un náufrago, como un vencido, como un harapo humano, sin esa santa mujer que fué el único encanto de mi juventud, que me dejó cuatro ángeles, las pálidas flores de nuestro amor de tísicos...

¡Pobrecitos!... carne doliente de mi carne, almas de mi alma desprendidas!... Hoy, no; pero mañana, mañana tendrán pan.

¡Ah!... sin embargo, los días del hambre son tan largos, y van dos que no comen ¡hijos míos!... ¿Qué puedo hacer? Tenderé mi mano descarnada pidiendo una limosna? Sí, no me importa la humillación del hombre si ella consuela al angustiado padre.

—¡Señor... por lo que usted más ame!—dijo al primer transeúnte.

—Toma, porque no eres pordiosero vulgar,—respondióle entregándole un flamante billete de un peso.—La salud no marcha muy bien ¿eh?

—Le agradezco su dádiva, señor, porque mis hijos se mueren de hambre; pero, por favor, no emplee ese tono ligero, ni esa sonrisa de felicidad ante este jirón de vida que se acaba.

—¿Quieres darme una lección?... ¡Qué gracioso!... Bueno, bueno, y que Dios te ayude pobre diablo...

Y se alejó apresurado, mordido tal vez en lo más hondo de su alma por la lógica del mendigo.

—No eres malo,—repuso éste, mirándolo de la distancia,—sólo necesitas que la escuela del mundo te dé sus lecciones y sepas aprovecharlas. Yo perdono tu ligereza de hombre feliz que al fin me hiere apenas porque haya o no sentimientos de solidaridad humana en tu limosna, lo más urgente es que mis hijos coman y el pan de esta noche te lo deben.

¡A qué extremos nos lanza la fatalidad! ¡Yo mendigando!...

Un sollozo desgarrante estalló en su garganta. Era que su altivez ingénita se levantaba para llorar "la humillación del hombre". Creyó por un instante que la hubiera ahogado, pero la sentía elevarse calcinando sus venas y su frente. Tuvo miedo, miedo de sí mismo; mas, la visión de los hijos hambrientos le inundó el alma y supo abrazarse a ella como a una cruz.

—Papá, ¿traes pan?—le preguntó al entrar a su covacha la mayor de los hijos.—Hoy el nene ha llorado todo el día, está medio muerto de hambre y de frío el pobrecito.

—Mira, querido,—repuso el padre enseñándole un paquete, aquí hay cena para todos.

—¡Ay! papacito mío, ¡qué alegría!... Despertemos a los chicos que se durmieron tiritando.

—Bueno, mi alma, pero... ¿cómo haremos para improvisar una estufa?... Todos estamos helados.

—Y aquí, papá, no hay nada con que hacer fuego.

—¡Ah!... ya está resuelto el problema, hija mía. Alcánzame aquellos cartones, agregaré estos papeles y habrá lumbre.

Pocos instantes después una fuerte llamarada inundó la covacha con su rojizo reflejar incierto. El escritor sacrificaba su obra sobre la que se agitaron tantos ensueños, tantas esperanzas de porvenir, mientras el padre sonreía plácidamente... santamente.

María Josefa Varela.

Dib. de Marchisio.



—¡Ah!... ya está resuelto el problema, hija mía. Alcánzame aquellos cartones, agregaré estos papeles y habrá lumbre.



Cartas de amor

¿QUÉ mujer no ha recibido, qué mujer no ha escrito una carta de amor?

¿Cuál es aquella que no conoce esta seducción, una de las principales en un afecto tierno y ardiente? ¿esta alegría, una de las más profundas y puras? ¡Carta, significa, es verdad, separación; pero qué grande, qué divina compensación puede ser una carta en la que el alma se desborde por entero, con todo el fervor, con toda la poesía, con todo el impulso y la elocuencia del sentimiento que la hace vibrar como un arpa melodiosa, comunicando al alma que palpitante recoge este tesoro, la misma emoción de quien lo expresa! La palabra hablada, brilla y se desvanece: la palabra escrita brilla y se fija, más duradera, muchas veces, que la fragilidad humana, más duradera que la vida, más duradera que el impulso que la hizo brillar como viva chispa, pálida y tardía comparada con el deseo... Y sin embargo, se apagó el deseo, desapareció el amor, y la palabra escrita está aún allí, ardiente, conmovida, sugestiva —imagen vana y fatal de algo que ya no existe...

Carta de amor significa a menudo vulgaridad, retórica común, ficción, engaño cómico y maligno, vicio y sensualidad; pero expresa también fe sincera y candorosa, ingenuidad y primavera, dedicación altísima y sublime, heroísmo y purificación. Hay cartas que son el espejo fiel de una personalidad moral e intelectual. Cartas que desafían todas las distancias, todos los espacios de tiempo, y todas las fatalidades del destino y que pueden ser para algunas almas apasionadas y austeras el único alimento.

¡Y sin embargo, cuánto mal han hecho las cartas de amor! ¡de cuántos daños fueron el origen! Casi todas las tragedias empezaron con una carta interceptada, perdida o sorprendida.

Son, con frecuencia, la primera revelación del amor y su triste último saludo.

El epistolario amoroso de una mujer de corazón y de talento, constituiría, sin duda, la más delicada y pasional novela vivida que pudiera leerse.

Un gran escritor ha dicho, que las mujeres se llevan la palma en la literatura epistolar, porque si en general son amaneradas y poco simpáticas cuando escriben para el público, se revelan incomparables en la conversación íntima, en sus monólogos profundos, y sobre todo en su correspondencia.

Y es justamente esta facilidad de abandono la que con frecuencia motiva nuestra ruina. ¡Cuántas mujeres han debido arrepentirse amargamente de haber escrito cartas reveladoras, cartas de intimidad y de pasión, a hombres que después reconocieron indignos de su confianza y de su afecto! ¡Pero no basta la experiencia! y las cartas de amor continúan brotando de las almas como sus más hermosas flores, en una primavera incesantemente renovada, y se envían fiando a la frágil envoltura toda nuestra vida: y se reciben y se leen como se apaga la sed en una nueva fuente de vida y de energía...

Besadas o desdeñadas, bendecidas o malditas, ¡salve!, palomas mensajeras o fatigadas peregrinas, flores del corazón, del talento, del bien y del mal! ¡Salve! pequeñas mártires a quienes espera el olvido, en compensación de la hora divina que disteis, y se os estruja, y se os destruye, y se os dispersa. ¡Salve también vosotras, cartas encerradas en los misteriosos escondrijos (viejas cartas de amor) cartas sepultadas vivas, escritas en vano, respiradas en vano; tristes restos de naufragio, que fuisteis, sin embargo, alegría, gloria, riqueza de un alma!; ¡obras de arte ignoradas y exquisitas, compuestas para una sola criatura: esencia de pasión; cartas que fuísteis la vida y el porvenir, que ahora sois la muerte y el pasado!

¡También a vosotras, especialmente a vosotras, va la melancólica caricia del pensamiento, la efusión conmovida de los corazones!

YOLANDA.

La Alegría del Hogar



Niñito de Gallotti
Fot. Merlino.



Niño de Marino
Fot. Merlino.



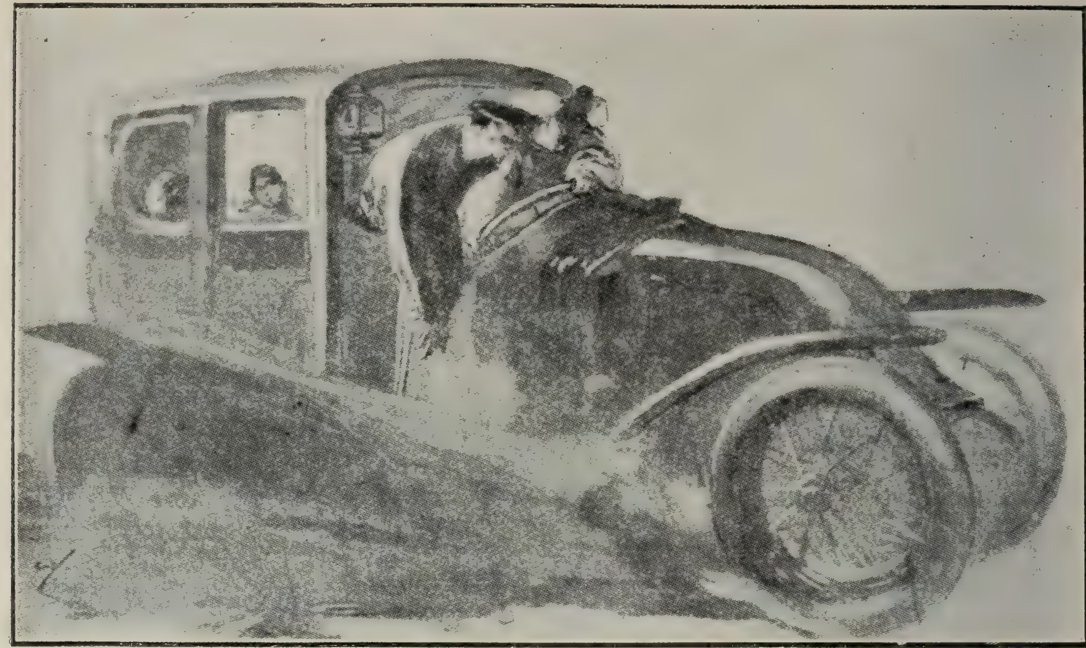
María Elena Delfino
Fot. Merlino.







Niña María Teresa Dávila Hoverna
Fot. Witcomb.



Una hora de terror

No insista, querido amigo; jamás le acompañaré en su automóvil. ¿Se empeña en saber por qué? Escuche, pues, esta aventura que me resisto siempre a contar porque despierta en mí el más terrible recuerdo... ¿Lo ve usted? mi mujer se horroriza de pensar en oirlo y prefiere alejarse.

Hace cinco años Susana y yo volvíamos de un viaje de placer por Europa, cuando en Dijon al salir del hotel, tropecé con Jacobo de Césy, uno de mis mejores amigos de colegio, de quien los azares de la vida me habían separado desde hacía muchos años.

Nos pusimos alegremente a conversar y me contó que acababa de casarse y aprovechaba una licencia de seis meses para recorrer el mundo en automóvil...

Su mujercita, Elena, una rubia de ojos acariciadores y risueños, tan fina y delicada como musculoso y fuerte era Jacobo con su gran tamaño, sus anchos hombros y su barba morena en forma de abanico, saltó al cuello de Susana, sin mayor ceremonia, y en seguida su marido nos propuso llevarnos a París en su automóvil. Susana, encantada, me rogó que aceptara, y una hora después, habíamos confiado nuestro equipaje al chauffeur que lo llevaría en tren, y me encontraba instalado al lado de Jacobo, que iba a guiar personalmente su auto, mientras que en el interior, bien cerrado y tibio, que embalsamaba un delicioso ramo de aromas y violetas, las dos nuevas amigas charlaban alegremente. Y empezó el viaje embriagador y vertiginoso a través de los valles de Borgoña.

Jacobo me iba explicando que no marchábamos muy rápidamente: apenas a cuarenta kilómetros por hora, cuando a cien metros delante de nosotros, justamente en un brusco recodo, una carreta cargada de grandes piedras y tirada por cuatro caballos se detuvo rápidamente atravesada en el camino. La pendiente es muy acentuada y el choque parecía inevitable. Pero con una valiente maniobra Jacobo eludió el obstáculo pasando al ras de una zanja, y continuamos la carrera.

Respiré con fuerza, y habiéndome dado vuelta a mirar por los cristales del auto, distinguí a nuestras dos compañeras que no se habían dado cuenta de nada y cuyas risas revelaban la alegría de vivir... ¿Pero qué pasaba a mi amigo? El auto parecía ahora hacer zigs-zags en la carretera llana y recta...

—¿Por qué llevas así el auto? — pregunté con un poco de inquietud a Jacobo.

Y como no me respondiera, lo miré asombrado y apercibí sus ojos vidriosos, fijos, su boca entreabierta, torcida en un rictus de agonía, su cabeza vacilante. Tuve la inmediata, la absoluta certidumbre de que una existencia humana acababa de apagarse a mi lado, de que íbamos guiados por un muerto...

¿Qué hacer? Yo no tengo la más pequeña noción de automovilismo: jamás he tocado una palanca ni un pedal ni nada de ese mecanismo complicado... Mi espanto se trocó en locura ante la visión de lo que iba a suceder. ¡Oh, hemos estado a punto de chocar contra un poste del camino! e instintivamente mis manos fueron a posarse al lado de las manos del muerto, aferradas al volante. En aquel momento, llegó hasta mí, por el tubo acústico, la voz clara de Elena de Césy.

—¡Jacobo, no seas tonto! ¡Qué gusto tienes de asustarnos! Después, y como viera mi movimiento, añadió con una carcajada: ¡Muy bien, muy bien, si se duerme el chauffeur, ayúdelo y vigílelo!

Y todavía oigo su fresca risa, como si la mujercita rubia se divirtiera con lo que ella tomaba como una broma concertada entre Jacobo y yo.

Yo no podía volverme hacia ella para explicarle la horrible cosa. Todo mi cuerpo estaba apuntalando el cadáver, cuya cabeza tocaba la mía: todo mi ser estaba dedicado a un solo objeto: mantener el auto en línea recta...

Un estremecimiento de espanto recorría mis venas pensando que la vida de Susana estaba entre mis manos. A su lado la pobre Elena continuaba riendo, porque creía con persistencia en una broma que se prolongaba, y empezó a manifestar en las reflexiones que por el tubo llegaban a mi oído, un poco de impaciencia y de ironía.

El camino se extendía ante nosotros sin curva, por suerte. Pero en lo alto de una cuesta apareció un puentecito. Penetramos en él como una tromba, desparramando patos y gallinas. Un carrito cargado de pasto estaba en medio de la calle; yo no podía, para tocar la sirena, retirar mi mano, que oprimía el círculo de madera del que dependía la vida de tres seres... Felizmente sólo arrancamos un poco de pasto con uno de los guardabarros... y nos persiguieron los gritos y los insultos de los paisanos.

Y marchábamos a una velocidad diabólica. El motor había desarrollado toda su fuerza y pasábamos como una exhalación ante las casas rústicas, en cuyas puertas aparecían caras absortas, y junto a los potreros alambrados, dentro de los cuales las vacas levantaban los hocicos y dirigían las orejas hacia aquel monstruo veloz que deslumbraba sus retinas y dejaba en sus tímpanos la impresión de un zumbido de bestia torturada. Gracias que el camino se extendía ante mis ojos, despejado, blanquecino, interminable.

El viento pasaba como un ciclón junto a mis mejillas, y en mi mente se evocaban recuerdos de catástrofes automovilísticas, y era tal la intensidad de la evocación, que me parecía estar viendo ya un hombre que salta en el aire, arqueado como un pez, y varias mujeres, rompiendo con las cabezas el vidrio delantero, y desangrarse sobre el cefo de cristal. Y sobre todas las cosas, sobre aquellos motivos de terror, primaba el horror hacia aquel cadáver junto a mí, apretándose contra mi costado como si rehusara apartarse, como un compañero que lamentase haber precipitado su partida y hubiera vuelto para llevarme consigo. En aquellos momentos me pareció tan justificada la superstición.

Poco a poco nació en mí la confianza: me sentí más seguro de la dirección: era preciso seguir hasta que se terminara la provisión de nafta... por algo que oí a la salida, no debíamos tener para mucho más de una hora todavía... Una de las manos de mi desgraciado amigo, como si se hubiera roto, se había desprendido del volante y golpeaba sobre mí inerte. Todo el peso de su gran cuerpo gravitaba sobre mí, aplastándome y agotando mis fuerzas. Hubiera querido buscar con los pies los pedales para ver si encontraba algún freno, pero las largas piernas del muerto estaban atravesadas, y yo necesitaba de todas mis fuerzas para tener mi cuerpo en tensión...

Y entre tanto en el interior del auto, charlaban, bromeaban, reían. Elena, cansada de recomendarnos prudencia, había concluído por decir que éramos un par de muchachos mal criados, que la broma era tonta, que ya se iban cansando y que no se ocuparían más de nosotros...

—¡Con tal que a la desdichada no se le ocurra bajar el cristal y tocar el cadáver que se va enfriando poco a poco! Pero no lo hará porque el viento es glacial y se está muy bien en la tibia atmósfera del auto donde se evapora el aroma penetrante de las flores...

...¿Hasta cuando tendría nafta el tanque?... ¡Ya no podía más! La mano izquierda del cadáver se había convertido en una maza de hierro sobre mi muslo dolorido. Su cabeza me golpeaba y me empujaba fuera del asiento: con un esfuerzo supremo, quise de un empellón echarla hacia atrás, y entonces, todo su cuerpo cayó sobre mi pecho y mis brazos! Estuve a punto de soltar el volante que tanto me costaba mantener. Esperaba ya con estoicismo el momento en que mis dedos se paralizaran y se abrieran...

Pero el motor empezó a disminuir su velocidad, las ruedas a andar menos aprisa... y el auto se detuvo.

Había terminado mi suplicio. No puedo describirle la escena que se desarrolló en la carretera desierta. Elena, que se enloqueció del dolor, ha muerto el año pasado.

¿Comprende usted ahora por qué no quiero repetir esta horrible pesadilla, ni revivir esa hora trágica?

Pedro VERNON.



Crónica de la Moda

El tul de ilusión triunfa en toda la línea: en los sombreros, alrededor del cuello, en colleretas en echarpes, envuelve y nimba de una nube graciosa y frágil tanto la frescura juvenil como la triunfante madurez. Esta moda, completamente de verano, que hemos adoptado aquí con entusiasmo, no puede lavarse en los días húmedos, pues el tul cae y se aja lamentablemente en cuanto lo hiere la humedad.

En un delicioso modelo de Worth forma el tul el principal elemento del traje, sencillamente adornado de menudos volantes de finísimos pliegues; y cuando así no sucede, es el tul el adorno del traje en los plegados, en la túnica o en el cinturón, subrayando con sus pliegues el cuello, el chaleco, el peto y las bocamangas; así como también aparece en las corbatas y sombreros, pues son muy variadas sus aplicaciones ornamentales.

En cuanto a los trajes en que el tul es elemento principal de la hechura, constan generalmente de falda, con tres volantes superpuestos, casi llanos, de tul blanco bordado, en cuyos dibujos están dispuestos muy ingeniosamente los fondos y los realces. Otras veces son los volantes de tul negro con bordados de colores vivos, que contrastan vigorosamente con el fondo negro.



Original sombrero de terciopelo con ala de paja y una gran rosa con toda su rama, cayendo sobre la espalda

En ocasiones sólo hay dos volantes, y desde la cintura a las caderas cae una túnica corta del mismo tul, a estilo de bayadera, que dibuja la silueta de una manera muy precisa.

Aunque estas faldas tengan los volantes superpuestos, como los trajes del Segundo imperio, no se les parecen en las líneas, pues son estrechos, flexibles y esponjosos.

Algunos modistos sostienen el borde de las túnicas cortas por medio de una delgada planchuela de latón, que les da muy curiosa rigidez. Es una reminiscencia de ciertos trajes persas; pero las señoras de buen gusto no adoptan fácilmente estas excéntricas novedades, sino que las dejan a las privilegiadas de la fortuna, cuyos posibles les permiten desechar un traje al cabo de dos o tres veces de llevarlo, cuando ya se han cansado de él.

Los cuerpos que completan estas faldas de volantes no son de tul, sino que están formados por una especie de chaqueta corta por delante y larga por detrás, de color verde pálido, verde tilo o moaré cereza, o bien de tafetán de los mismos tonos.

Los cuellos guarnecidos de tul ofrecen un aspecto de ligereza y esponjosidad que les gana la estimación del mundo femenino; pero también se llevan cuellos de batista lisos, llanos, sin picados, ni calados, ni volantes, que resultan sobrios y austeros hasta el punto de extrañarnos, porque no estamos acostumbradas a ellos. Se adoptan unas u otras formas de cuello, según la que mejor se armonice con el rostro y la edad que represente la que lo lleve.

Para los vestidos de carreras o de visitas, se hace mucho uso del taffetas flexible: algunos blancos que han recibido las grandes casas de Buenos Aires, son preciosos: con pequeñas variantes son muy drapeados, con cinturones de color vivo, o con una gran rosa de terciopelo cereza tomando los drapeados un poco más abajo del talle y a un costado.

Una nueva coquetería de las elegantes, consiste en vestir completamente de negro: el taffetas, tan flexible como una muselina, se presta para todo y en el movimiento de los drapeados, la juventud que da a la silueta se completa exquisitamente con la nota fresca y blanca de los petos de tul.

Si el arte de hacer un vestido elegante y un sombrero que favorezca exige un gran estudio y no menos habilidad profesional, el arte de la corsetera se ha convertido en algo de mayor importancia, porque hoy ya no se trata, como hace algunos años, de redondear el talle y disminuirlo hasta el punto de poderlo abarcar con la mano; cosa sumamente fácil de conseguir torturando todas las entrañas.

El corsé se ha metamorfoseado por completo, ya no es un instrumento de suplicio; el corsé moderno sirve para conservar la pureza de las líneas, la gracia natural de la figura y la flexibilidad de movimientos. Tanto las señoras como las muchachas y aun las chiquillas de catorce y quince años, necesitan corsé; pero es preciso que éste reuna las condiciones precisas para cada una de ellas.

Es un error grave, y hasta peligroso, comprar un corsé hecho, porque, al menos, será inútil, y la mayor parte de las veces perjudicial a la estética y a la salud.

El corsé hecho a la medida por una corsetera que sepa perfectamente su oficio y tenga un conocimiento profundo de anatomía, será el único hi-

giénico. Hay quien dice que resulta demasiado caro. No. Un corsé bien cortado y bien hecho dura, por lo menos, el doble que uno barato de proporciones tan absurdas como las de los maniquíes que vemos en los escaparates.

Ahora, la moda exige una línea fina, sin grandes prominencias, y, naturalmente, al corsé incumbe la misión de modificar la figura, sin aprisionarla.

Esto significa que un mismo modelo no sirve a todas las configuraciones. Unas necesitan el corsé de punto de seda o de algodón, que no tiene broches delante ni ballenas detrás; se cierra por los costados con ojales y trencillas. La línea de la espalda es admirable y la curva exagerada de los costados desaparece. Alarga el talle, sujeta sin molestar lo más mínimo, y la carencia total de ballenas le hace invisible, aun a través de las blusas transparentes.

Este mismo modelo, con broches y abierto, como todos, por la espalda, lo usan las señoras que prefieren vestirse solas.

Para las que practican los "sports", montan a caballo, juegan al "tennis", al "golf", y patinan, nada mejor que la cintura dilatable. Enfundará el talle, como un guante fino aprisiona la mano; no cohibirá ningún movimiento y dejará los pulmones en plena libertad. El "maillot", de tejido también dilatable, tiene la misma forma del modelo anterior, pero es todavía más artístico y más higiénico que aquél. Pudiera llamarse invisible; sin costuras, ballenas ni broches, envuelve el cuerpo, acentúa su esbeltez, le presta la gracia de la línea estatuaria, sin la más ligera exageración, y permite moverse con más facilidad que si no se tuviese corsé.

Por último, hay otro modelo que reune todas las condiciones para merecer el calificativo de perfecto. Se hace de batista o de seda brochada, con ballenas o sin ellas, y del largo que se desee.

El mérito particular de este corsé consiste en que arregla los cuerpos menos perfectos y los que por descuido hayan perdido su natural esbeltez. Al principio resulta menos cómodo que los anteriormente mencionados, pero nunca perjudicial para la salud.

Conviene tener en cuenta, cuando llegue el momento de mandar reformar o guardar los abrigos y estolas de pieles, la utilidad de ciertas precauciones, que sin ofender la probidad de peleteros y guardadores, son indispensables para la tranquilidad de los dueños. En las casas más seguras y honorables puede deslizarse un error en el momento de la manipulación, y entre numerosos abrigos de pieles semejantes.

Es por lo tanto prudente descoser algunos puntos del forro y poner en el revés de la piel la firma de su dueña, o una señal cualquiera, fácil de encontrar, y varias veces repetida, en el interior de la piel, que hagan imposible todo error o sustitución.

Preciso es convenir que los sombreritos sin ala y las blusas sin cuello dejan la cara en un desamparo cruel. Afortunadamente se han puesto en circulación unas golas de tul preciosas que favorecen mucho, porque sólo dejan al descubierto los ojos. Son de tul blanco y negro, plegado a máquina, armadas sobre cinta de raso con un gran



Sombrero de paja adornado con plumas de dos tonos de violeta; interior del ala de paja violeta. — Sombrerito de terciopelo negro; escarapela de tul sujetando un penacho de plumitas de paraíso



Vestido de raso blanco: túnica de velo de seda blanca; cinturón ancho de cinta en la que se prende un bonito ramo de flores

lazo de la misma cinta: también se hacen de un solo color.

Tanto o más bonitas son las boas de pluma, que no pierden su favor entre las mujeres elegantes; pero para ser lindas han de ser caras, porque la pluma ordinaria es horrible.

A veces en el fondo de una cómoda o de un armario se encuentra un pedazo de tela antigua, tejida con oro o plata, adquirida unas veces en casa de un anticuario, que hace la historia de la tela afirmando que ha pertenecido a una dama del tiempo de Luis XIV; otras veces heredado de alguna abuela ilustre.

Pues bien; una buena modista hace de este pedacito una toca deliciosa y de última moda. La copa lleva la tela extendida; pero flexible, sujeta con un biés en la pegadura con el borde. El ala puede ser de paja y también de la misma tela. La toca no es redonda, sino un poco alargada, y tan metida en la cabeza, que son completamente inútiles los alfileres para sujetarla.



Bonita combinación de encaje y chiffon blanco, adornando una blusa de chiffon negro sobre raso blanco

Las cintas de moda se prestan a mil combinaciones, no sólo para los sombreros, sino para una infinidad de adornos de vestidos.

Se unen dos cintas estrechas de tonos suaves estilo Luis XVI, con ligeras florecillas o formando listas. Se doblan las dos cintas de manera que parezca un cordón y se coloca al final de una túnica o como adorno en el delantero plegado de una blusa. Es un adorno muy propio para los trajes de las muchachas recién puestas de largo, y al par que sencillo es de poco coste.

El automóvil no es un coche que ha venido a substituir al "landeau" o al "coupé" tirados por caballos; sirve como aquél, para transportarnos de un lado a otro; pero es algo más que un coche: es una especie de salita ambulante, que su dueña decora con igual entusiasmo que decora su casa.

El "auto", tapizado de gris claro, encierra cuanto se puede necesitar en un día de excursión.

Perfectamente acoplado, de manera que ocupe muy poco sitio, vemos un estuche de "toilette", otro con utensilios para escribir, un par de libros, que son los amigos más sinceros que se pueden encontrar; la caja de bombones y el ramo de flores.

Descuidar la elegancia del coche, aunque sólo se use para hacer excursiones a través del campo, es un error.

Hay quien dice que un "auto" de paseo, provisto de todos los refinamientos del lujo moderno, se concibe; pero que esos "detalles" resultan ridículos fuera de la ciudad.

Los que así hablan, ignoran por completo cómo piensan las señoras.

Una mujer quiere siempre estar bonita, y que cuanto la rodee sea bello; hasta cuando se oculta debajo de un capuchón y de un abrigo de viaje, se preocupa de la estética y del decorado de su coche, y quiere que el perro que lleva consigo, un perro alemán, por ejemplo, complete un conjunto perfecto, en el cual reine la más sublime armonía.

¿Qué importa un posible accidente? Como los soldados de Francia, que se visten de gala antes de entrar en batalla, la mujer moderna, en la lucha esportiva contra los malos caminos y la inclemencia del tiempo, quiere estar bonita, y vencer o perecer en plena belleza.

Los sombreros de "auto" son innumerables. Los de seda, en forma de capota; los de paja, muy encajados sobre la frente, que recuerdan la hechura



Una sencilla y fresca blusa de mañana, realzada por el delicado adorno de chiffon que forma marco al cuello

de los moldes para flan, y los de fieltro americano, que no pesan, y son tan flexibles que se adaptan perfectamente a la cabeza sin despeinar.

Sobre todos ellos es preciso ponerse una gasa inmensa que envuelva la cabeza, convirtiendo a la más elegante de las mujeres modernas en una "desencantada" de Occidente.

Sólo la poesía del velo bastaría para que los temperamentos más "antiesportivos" se aficionasen al automóvil; de tal manera completa una finosomía el misterio y la precisión de adivinar lo que no se puede ver.

Una receta para terminar: Para disimular la canas. Se compran diez centavos de romero, se tiene en agua, y al cabo de quince días, que ya ha tomado un color obscuro, se da un con un cepillo suave. Una vez seco queda un color de tonos tan limpios, tan brillantes y tan naturales, que engaña al más experto. Se debe dar dos o tres veces por semana, y lejos de perjudicar fortalece las raíces.



Vestido de fular celeste con puntos negros; cintas de terciopelo negro pasadas por ojales; cinturón de cuero amarillo bordado en celeste y negro; cuello de batista blanca



La casa de la señorita Mariposa

Una mariposilla, toda mudanzas de voluntad, toda caprichos, que más variedad de ellos tenía que de matices sus alitas, quiso poner casa.

—Si, señor, se dijo, no me tienen a mí por persona formal y de arreglo, y piensan sólo en que soy muy volandera y pizpireta, y puede que se engañen. Lo primerito que voy a hacer es buscar un sitio que no esté muy lejos de las flores; luego compraré muebles y cachivaches, y al fin iré a ofrecer mi casita a mis amigos.

El Señor hace en el mundo los más curiosos contrastes: en tanto que la mariposa inquieta, revoloteando por cima de las rosas, hacía sus propósitos, al pie del rosal se arrastraba un pardo untuoso caracolillo con su casa a cuestas, y al ver a la mariposilla, alargó los cuernecillos como se alarga un anteojo astronómico y se dijo:

—¡Qué feliz, qué ligera, qué hermosa y libre de cuidados es aquella locuela, sin casa ni hogar que pesen sobre sus espaldas!

Y el casero prosiguió su mesurada marcha llevando sobre sí su finca, como todos los ricos avaros sus riquezas.

—Pondré mi casa, y nadie me vendrá a mí con que si la abeja, si la hormiga, la araña y el caracol, son gentes laboriosas, ordenadas y prácticas, esto es, dotados de sentido práctico. Se puede vivir en sociedad, vestir las galas que yo visto, aventajar en bellezas a las flores y en la danza a las libélulas, y ser muchacha de orden; esto no lo puede entender la gente esa de la tierra, el bajo pueblo de gusanillos y hormigas.

El caso era que la casa de la señorita tenía que ser un palacio, o por lo menos como un camarín de un palacio. No podía estar en la tierra, porque el polvo y el lodo mancharían la preciosa vestidura, y porque los malvados grillotalpas, con su chillido estridente, la aturdirían, y otros malvados insectos podrían devorarla... No podía estar en lo alto de los árboles, porque los pájaros voraces, en un abrir y cerrar el pico, se engullen a una mariposa y se quedan tan frescos.

—Buscaré una flor desalquilada, blanda, llena de perfume, de tallo firme, para que el viento no la doble, pero flexible, para que la brisa la mueva en placentero vaivén. Ea, recorramos esta calle de rosas.

¡Cómo estaba el jardín aquella mañana! ¿Qué sucesos importantes habían ocurrido en él? Estos son puntos que es necesario declarar para comprender bien el sentido de esta historia.

Ante todo, la guardia de la noche, los dondiegos de noche, habían sido revelados por los dondiegos de día, que, muy lozanamente abiertos, cumplían con sus ordenanzas caballerescas. Como si se hubieran pasado la noche en un baile y a la madrugada aún no se hubieran despojado de sus aderezos de pedrería, veíase sobre casi todas las flores un profuso lujo de brillantes diminutos, diáfanos como lo que eran, gotitas de rocío y franjas de plata de la escarcha.

Como brazos y manos amorosamente enlazados, muchos arbustos tenían enlazadas sus ramas; al soplo del fresco matinal se habían saludado gravemente los grandes árboles.

Había gran murmullo y alboroto entre las abejas y las avispas, gente plazolera y vulgar que va de flor en flor, como de tienda en tienda, a hacer sus compras, y bullangueaba monótonamente el populacho de los moscardones.

Lo de todos los días: el mundo rueda, repitiendo siempre el mismo seguido movimiento; la vida no es más que la rutinaria sucesión de los hechos; esto es, sin duda, lo que produce la inquietud y la desesperación de las mariposas; y no bien se supo entre aquella población del jardín cuál era el propósito de la mariposilla, cuando éste fué el tema de todas las conversaciones.

—¡Buena es ella para hacerse monja! piaban burlescamente los pájaros.

—No le durará mucho el deseo, pensaban las arañas, símbolo de la astucia y de la constancia.

La bella mariposilla ni atendía ni le importaban los juicios de sus enemigos o de sus envidiosos.

—He dicho que pongo casa, y lo hago. ¡Bonita soy yo para volverme atrás luego de haber tomado una resolución! Ahora se verá si soy o no soy activa y diligente.

Y hermoseada por la luz, que le daba luminosos reflejos, y llevando en sus lindas alas, como las almas de los artistas, la copia fiel de lo bello de la naturaleza, luz del sol, color de las flores... volaba cual si por alas hubiera tenido dos llamas y por espíritu el pensamiento de un poeta.

Pasó recorriendo todas las rosas: una era excesivamente grande, otra estrecha; aquella guardaba una avispa, esa otra una tribu de pulgones; los jacintos se marchitarían pronto, los lirios aletargaban con la pujanza de su perfume... los pensamientos están demasiado bajos, las dalias demasiado altas, las magnolias tienen duras las corolas... No hallaba lugar a propósito para hacer su casa la mariposilla.

Voló de calle en calle, luego de jardín en jardín, de campo en campo, hasta que al anochecer vió brillar una estrella... y una loca alegría la encendió el deseo. Allí iría, a aquel hermoso lugar de luz. Tras de la estrella brilló otra y otra, y al fin el cielo se pobló de maravillosos puntos de luz en medio de la noche... y desatentada, ebria, ardiendo en deseo, voló de aquí para allá, arrebatada por el delirio.

Y así vivió, trémula de asombro, a merced del grande e insensato pasmo que produce la belleza del mundo y de los cielos. Vagaba, vagaba por danza continua, abrazándose en ese amor de las almas voladoras... que mueren al fin, perdiéndose en la inmensidad de la belleza... que jamás llegan a entrever los obscuros caracoles, envueltos en su babosa codicia y con la casa a cuestas.

Sin embargo, la mariposilla se transformó, se hizo idea, se introdujo en mi cerebro... y me ha comunicado su afán. Heme a mí buscando casa de estrella en estrella, ¡como tantos otros espíritus-mariposas! No haremos casa... pero, ¡qué diablos! buscándola... vivimos.

José ZAHONERO.

Casos y cosas



—¿Porqué miras tanto el termómetro de la pared?

—Porque el doctor me ha encargado que si sube la temperatura le dé a mamá dos píldoras de quinina.



—Necesito un ordenanza que se esté aquí catorce horas diarias. ¿Tendrá usted paciencia para tanto?

—Ya lo creo. Estuve en un sitio del que no me moví en tres años.

—¡Demontre! ¿Qué sitio es ese?

—En presidio, señor.



— Papá, ¿quién ha inventado la frase: "el silencio es oro"?

—Probablemente algún desgraciado que tenía un loro, un chico preguntón, un fonógrafo y un barbero charlatán.



LA ESPOSA SE HA PRECAVIDO

Borrachini.—Con tal que no haga ruido al entrar...



—¡Qué estrafalarios son los médicos: mi marido está neurasténico y manda el doctor que yo tome bromuro!



Coronel, el viernes doy una fiesta, **supongo que nos honrará usted con su compañía.**

—Señora, yo no mando una compañía: mando un regimiento.



—Perdone señor, soy un poco miope. ¿Quiere usted hacerme el favor de decirme si he comido ya todo el asado?

Puntos y Comas

Escribo bajo la expectativa de la crisis que, cuando esto se publique, habrá tenido ya una solución más o menos satisfactoria.

Todo llega en este mundo.
Todo tiene solución,
pues hasta Ramos Mexía
que por su arraigo profundo
eterno nos parecía
presentó su dimisión.

Y conste que nos referimos a la eternidad ministerial de don Ezequiel.

Hay quien asegura que se retira de la política. Pero no lo crean ustedes.

Ese parece que se va.

Pero vuelve.

Durante los días de crisis, dicen malas lenguas que el presidente estaba inconsolable. No se quería convencer de que Ramitos se ausentaba de las tareas políticas.

Los murmuradores aseguraron que Sáenz Peña había ofrecido a Ramos Mexía la cartera de Guerra.

El Dios Marte nos ampare.

¡Que lindo don Ezequiel
calzando flamante espuela
y jinete en un corcel
y con escudo y rodela...

Era lo único que nos faltaba.

Ya organizaría el hombre alguna guerra de cien años para perpetuarse en la poltrona.

"Hace más de un año, el concejo deliberante resolvió que una comisión especial procediese a revisar las ordenanzas en vigencia, con el objeto de eliminar aquellas que no pueden cumplirse, y modificar las que levantan resistencias por su difícil aplicación.

La iniciativa fué muy bien recibida; pero nada se ha hecho hasta ahora, y, en cambio aumentan a diario las reglamentaciones."

Eso si, ordenanzas no faltan.

Y mientras tanto continúan las escandalosas adulteraciones de alimentos y las calles intransitables, aun aquellas que nada tienen que ver con las diagonales.

Al lamentarnos de ello, días pasados, en la esquina de Sarmiento y Pellegrini, nos contestó un amigo:

—No extrañe usted esto. Es que al intendente le gustan los obstáculos.

—En camino ajeno. ¡Cómo se conoce que él no tiene que asistir puntualmente a su trabajo y que no lo molestan las congestiones del tráfico.

—A él sólo le molestan una clase de congestiones: las de la caja municipal.

"Cordoba, 1.º—Los órganos independientes censuran al gobernador por el nombramiento del camarista doctor Rodolfo Ordóñez.

"Los Principios" dice que el decreto ha ocasionado impresión porque, a pesar de las versiones que circulaban, la opinión estaba esperanzada en la sinceridad de las promesas del gobernador Cárcano."

¡Qué inocentes!

Hay que ser más precavido y no hacerse ilusiones ni fiarse

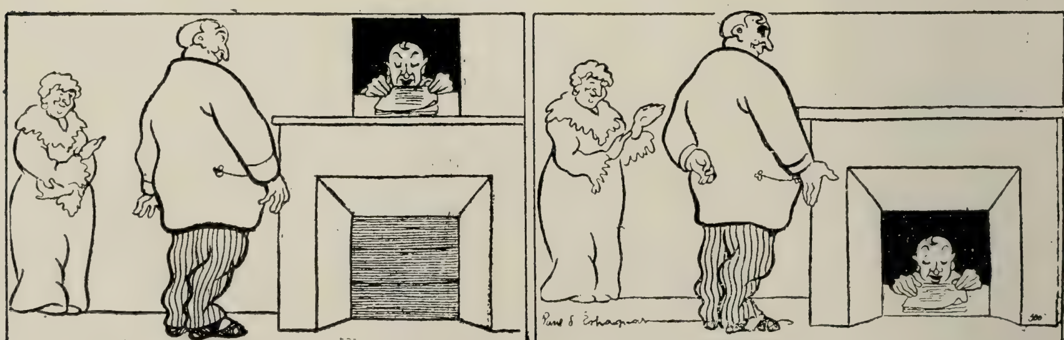
de juramentos de amor
ni de promesas "sinceras"
de ningún gobernador.

Porque la decepción es horrible.

Hemos recibido un artístico y lujoso álbum de la Academia Asplanato de Artes Femeninas, que es el mejor exponente de la importancia que en la educación de la mujer ha adquirido tan prestigioso centro de enseñanza.

Profusión de grabados ilustran dicho álbum, evidenciando los progresos que en bordados y labores vienen realizando las alumnas de dicha Academia, que fundó y dirige, con su acreditada competencia, la señorita Rosa Asplanato, nuestra consecuente y eficaz colaboradora.

El retrato del apuntador



Antes de que se retirase del oficio, la mujer del apuntador de teatro hizo hacer un retrato de su esposo en el ejercicio de sus funciones... ... pero él lo colocó de esta manera para que le recordase más fielmente su antiguo oficio.

La "felicidad" de los millonarios
Los inconvenientes de ser rico

Si a un pobre o a una persona de mediano pasar se le habla de los sufrimientos de los millonarios, se echará a reir burlonamente, porque generalmente se cree que con dinero no hay preocupaciones, y porque el vulgo se imagina que, necesariamente, el millonario tiene casi toda su riqueza en dinero contante y sonante, repartido en las cajas de los bancos y en las arcas de su casa. La imaginación humana se resiste a creer que existan penas y cavilaciones con tantos millones al alcance de la mano. El rico lleva siempre llenos de dinero los bolsillos, y si se le antoja algo no tiene más que sacar las monedas o los billetes, o extender un cheque. El millonario puede viajar cuando quiere en trenes especiales, dispone de cuantos criados necesita; puede vestir suntuosamente a su mujer y a sus hijos, puede construir palacios, coleccionar cuadros de mérito; en una palabra, es omnipotente con la varita mágica del talonario de cheques.

Verdad es que hasta cierto punto un aumento de renta significa un aumento de placeres, siempre que el que gana o posee el dinero no sea un tacaño avariento que no se atreva a hacer ningún gasto por miedo de quedarse pobre. La posesión de unos cuantos centenares de miles de pesos bien manejados da una sensación de independencia y de seguridad que después de todo es el mejor beneficio que puede dar el dinero, pero el que tiene un millón está ya fuera del límite en que el aumento de capital puede traducirse en aumento de placeres.

Un sabio proverbio francés dice: "Si eres rico come dos hogazas" lo cual indica que una vez satisfechas las exigencias racionales de la vida ordinaria, el aumento de riqueza no trae el aumento de satisfacciones. El millonario no puede comer más que el que posee cien mil pesos, ni puede dormir más tiempo. Podrá construir casas más grandes y mejor amuebladas, podrá viajar en trenes más lujosos, pero ni sus casas serán más cómodas, ni sus viajes más deliciosos que las casas y que los trenes relativamente más modestos del otro.

En realidad los hombres más ricos son los que menos se cuidan del lujo y hasta de las comodidades ordinarias.

Rusell Sage, fallecido recientemente, puede servir de ejemplo. A su muerte dejó una fortuna de ochenta millones de pesos oro, y, sin embargo, hasta los últimos momentos blasonó de no haberse tomado un día de vacación en toda su vida de negociante. Vivía en una casa como otra cualquiera, amueblada modestamente, y se cuidaba muy poco de la ropa.

La visión de los millones, repartidos en los bancos o almacenados en grandes cajas de seguridad, es una idea muy natural en toda persona que sólo posee unos centenares de pesos depositados en la Caja de Ahorros o acaso en una media vieja metida en un escondite, pero el hombre que posee muchos millones deja muy sabiamente de sentir interés por el dinero amontonado que no produce. Este sistema medioeval no prevalece entre los millonarios de hoy día. Sus fortunas están empleadas en cien negocios diferentes: en ferrocarriles, en empresas industriales, en compañías de navegación y en títulos de la Deuda, que

no pueden lanzarse de una vez al mercado en caso de querer realizar el dinero que representan, porque en el acto bajaría su valor, ocasionando grandes quebrantos al capitalista.

Las preocupaciones del millonario son tanto mayores y numerosas cuanto mayor es el número y la complejidad de sus diversos intereses. El capitalista tiene que estar siempre en guardia para evitar sorpresas de sus rivales en los negocios, tiene que atender a la dirección de las numerosas empresas que acomete y acudir a todos los puntos donde peligran sus intereses. Muchas veces al ver a un millonario viajando en tren de lujo, sentimos envidia creyendo que goza de la vida libre de cuidados, cuando de cien casos, en noventa y nueve, el que suponemos colmado de satisfacciones lleva el cerebro y los nervios en tensión, y sufre indecibles ansiedades.

Una de las cargas más pesadas que tienen que soportar los multimillonarios es la falta de independencia que les acarrea su misma posición. Pocas personas saben apreciar lo que vale vivir tranquilo y en paz en el retiro de su casa. El multimillonario, cuyo nombre resuena en todo el mundo, no puede vivir como un simple particular. Donde quiera que va le rodea la multitud, los periódicos dan cuenta de todos sus actos; los repórters le retratan y se divulgan los hechos de su intimidad con la inevitable exageración.

Un capitalista americano se ha visto obligado a poner guardas armados en su casa de campo, y a iluminar con luz eléctrica los campos colindantes, y casi todos los millonarios tienen que tener una policía particular para librarse de posibles asechanzas. Cuando toman pasaje en un vapor se ven obligados a hacer el viaje sin salir de su cámara, porque de lo contrario los rodean los demás pasajeros y no los dejan ni a sol ni a sombra, contemplándolos como si fueran bichos raros.

Los pedigüeños de todos los matices constituyen una serie de molestias menores para el capitalista. Cada solicitante lleva una historia diferente para justificar su demanda de dinero. El antedespacho de un millonario ofrece un curioso espectáculo: el repórter, armado de lápiz, que va a celebrar una interview, el que va a pedir para el sostenimiento de tal o cual fundación, el joven artista que demanda protección y el pedigüeño descarado que solicita dinero alegando francamente que carece de él. Y en la mayoría de los casos no le vale al millonario negarse ni tener un secretario con buenas despachaderas, porque muchos de los solicitantes llevan cartas de antiguos amigos, y otros son los mismos amigos antiguos, tan antiguos, que ya están olvidados y resurgen para recordar al capitalista que "in illo tempore" fueron camaradas, y pedirle algún dinero en gracia a la ya olvidada amistad. Y menos mal si son modestos y sólo piden para sí, porque no falta quien vaya a pedir para pueblos enteros, y hasta para toda la humanidad, como un socialista que fué a pedir a uno de los Rothschilds, que repartiese su dinero entre los pobres, y a cuyas pretensiones respondió el célebre millonario con estas palabras:

—He calculado que, repartiendo mi fortuna por igual entre todos mis prójimos tocarían cinco centavos a cada uno... Aquí tiene usted su parte. Guárdesela y vaya con Dios.

Labores femeniles

Especial para EL HOGAR.

El arte de la encajería palillera, que tan vasto desarrollo ha tomado en estos últimos lustros, nos ofrece innumerables obras que por su estilo de dibujo, por su combinación de puntos, nos representan toda una nueva faz prodigiosa de adelanto, de delicadeza y de armonía.

La diversidad de encajes al bolillo en una nueva forma, reproduciendo flores, paisajes, figuras, ornatos, alegorías, etc., son de una nitidez perfecta (poco común en los antiguos modelos a causa de la falta de materiales y dibujos adecuados) y denotan un estudio prolijo en la combinación de los bolillos.

Cada dibujo tiene una combinación distinta de palillos y cada dibujo requiere un estudio particular para comprenderlo y llevarlo a una feliz ejecución.

En todos los encajes al bolillo que se ejecutan actualmente se ha reunido la mayor simplificación posible en la cantidad de bolillos, tratando de hacer los menos cortes y añadidos para obtener una ejecución mucho más nítida; naturalmente, que para llegar a tener este resultado es necesario conocer muy a fondo la ejecución de este encaje y aún más la combinación de los palillos para que en sus pases de derecha a izquierda tengan la suficiente cantidad de puntos que respondan a poder ejecutar el espacio que se debe tejer con los necesarios palillos sin necesidad de aumentar su cantidad en el centro del tejido, o del medio punto a punto entero.

También hay una dificultad en su ejecución, que es bien poco conocida, y que muchos llamarán secretos del arte; pero no es así, no es ningún secreto: es la falta de conocimientos prácticos, o más bien dicho los conocimientos más esenciales que son los que muchas veces se tienen menos en cuenta y hacen tropezar con dificultades que no existen.

Pues bien: esa dificultad consiste en el grosor del hilo; hay dibujos que pueden ejecutarse con diversos grosores de hilo, pero muchos de ellos deben tener un grosor de hilo adecuado a la forma del dibujo, pues de lo contrario no respondería a la ejecución deseada, porque en parte se tendrían palillos sobrantes ya que en el espacio que se debe hacer el zurcido o el medio punto, el mayor grosor del hilo no permite el pase de los otros, y lo mismo sucede con un hilo empleado demasiado fino, se hallaría la dificultad que faltarían palillos para hacer el zurcido en una forma prolija.

Como el grosor del hilo puede decirse que es una de las partes más importantes de la buena



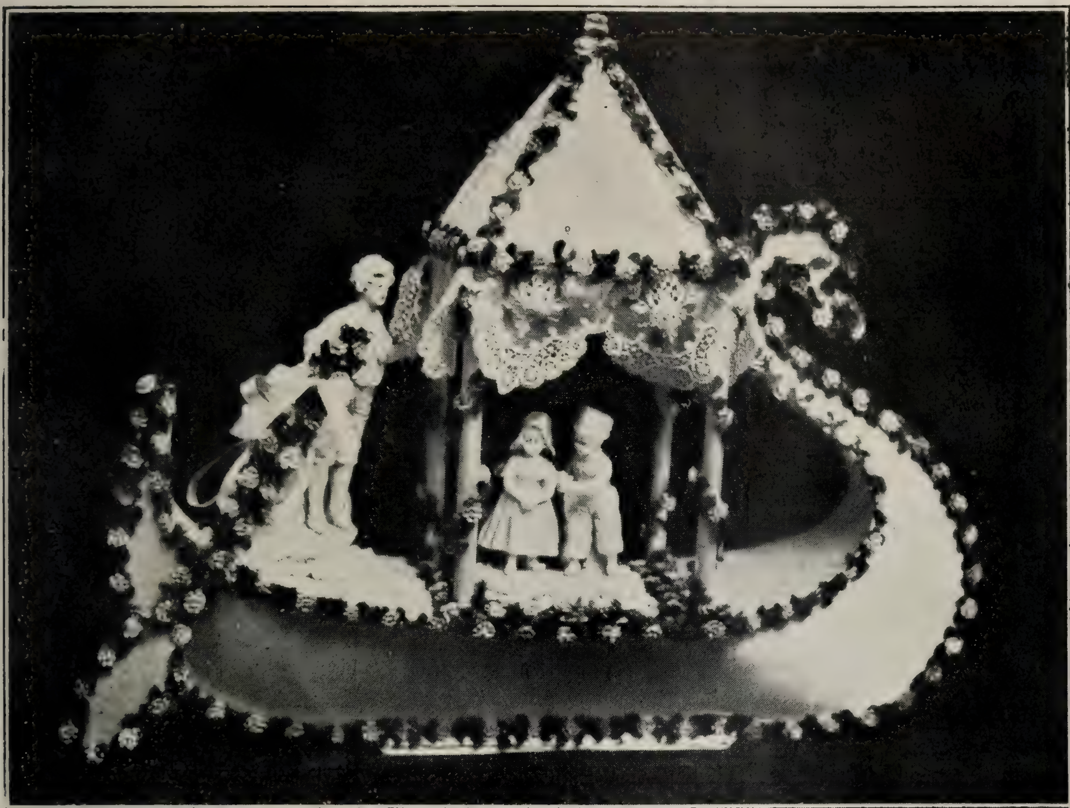
Almohadón o motivo de encaje Bruges estilo árabe, ejecutado al bolillo

ejecución de un encaje, esto debe tenerse muy en cuenta para poder hacer una obra delicada; al mismo tiempo es una de las bases para obtener una terminación más prolija.

El encaje que ofrecemos a nuestras lectoras forma un almohadón o carpeta, o indistintamente un motivo para visillo de comedor, es totalmente ejecutado al bolillo en encaje Bruges estilo árabe; el material empleado en su ejecución, es el hilo Bruselas número 60, alfileres número 28 y palillos número 10. Dada la nitidez del grabado podrán es también de guipure estilo venceciano con cadenetas de cuatro palillos con un picot.

La pequeña conclusión que lleva en todo su contorno, es trabajada con doce palillos toda a punto zurcido muy tupido con muchos piquitos a su conclusión.

¡Cuántas veces nuestras lectoras se habrán hallado en el apuro de hacer un pequeño obsequio a una amiguita y no encontrar el objeto deseado: una fantasía o cualquier otra cosita útil o un objeto de poder hacer una misma que, por cierto,



Bombonera veneciana bordada en rococó

nuestras amables lectoras cerciorarse de la perfección con que están concluídas las terminaciones de las hojas, los troncos y los ciervos, como igualmente los diferentes fondos en sus uniones; precisamente esto es lo que hace que el encaje sea doblemente hermoso.

Todas las hojas y troncos son ejecutados con punto zurcido y lo mismo la trencilla que forma las ondulaciones del terreno es toda de punto zurcido; los dos ciervos son de punto zurcido y medio punto en su totalidad.

El calado que forma el terreno es de punto esterilla; llena cada punto ocho palillos; el fondo es un guipure simple formado con una cadeneta con cuatro palillos y un picot a los costados; el fondo que está a un lado y en la parte baja del terreno

tendría doble mérito! Pues bien, esta es la que le ofrecemos: una bombonera en forma de góndola veneciana. La armazón, igual al modelo puede adquirirse en nuestras principales casas de bordados, y adornarla según indica el grabado, con florecitas de cinta rococó, que una misma puede confeccionar muy fácilmente.

La casillita de la góndola es forrada en seda liberty muy plegada y sobre ella un fino encaje a la aguja; en el centro de la casillita una lamparita eléctrica con su toma-corriente. Una vez encendida, hace un efecto muy precioso.

Es un trabajo muy fácil de hacer y de mucha novedad.

Rosa ASPLANATO.

Para reflexionar

La mayor desgracia del poeta es que si brilla, le devoran sus colegas, y si no triunfa, le devora el vulgo.

Como los peces voladores, si asciende por la atmósera se los comen las aves, si descienden al mar se los comen los peces.

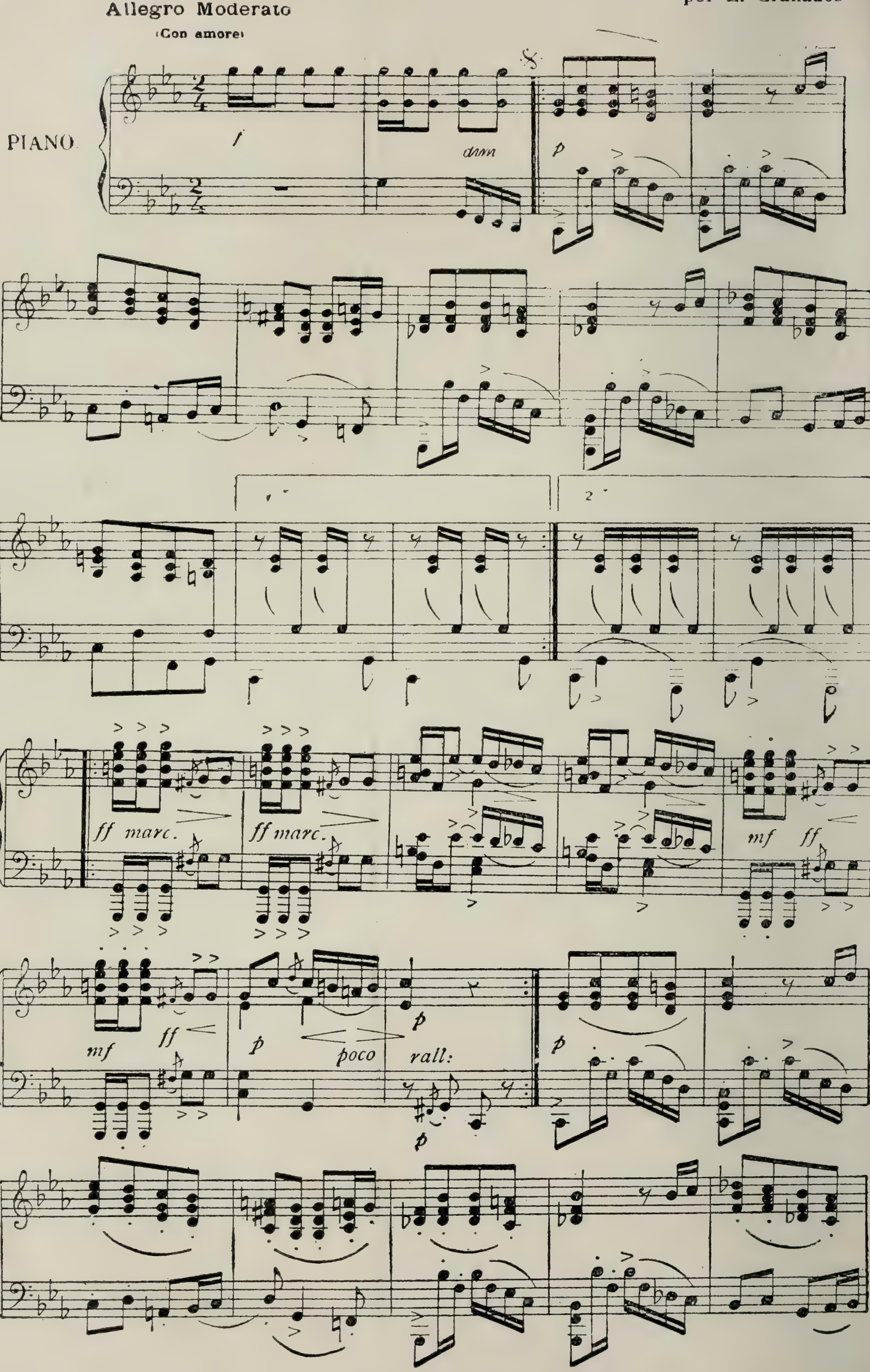
La memoria de las mujeres es más peligrosa que su talento.

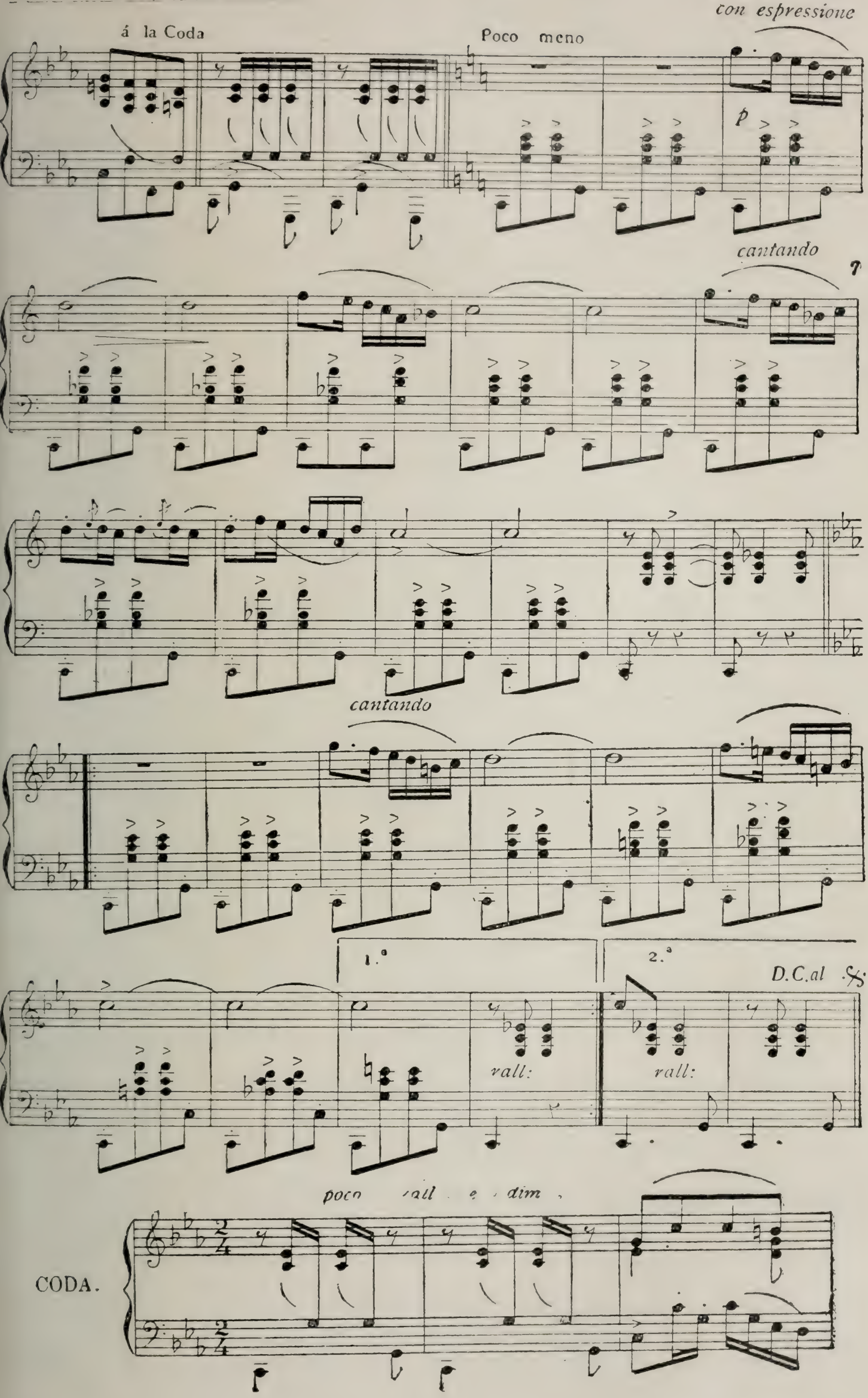
Cuando la época cambia, el arte cambia. El talento, como el insecto, toma el color de la planta en que vive.

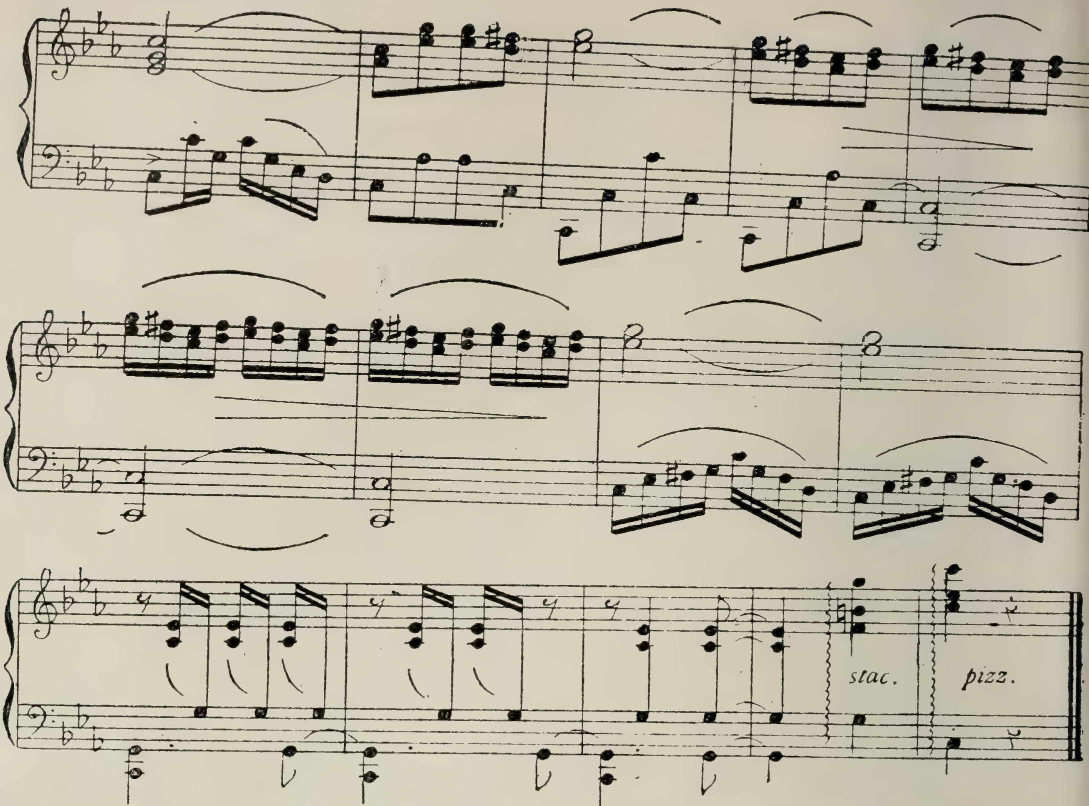
Album musical de "El Hogar"

MARCHA ORIENTAL

por E. Granados




con espressione
á la Coda
Poco meno
p
cantando
7
cantando
1.ª
2.ª
D.C. al 𝄋
rall:
rall:
poco rall. e dim.
CODA.


stac.
pizz.

¿Saben contar los animales?

Asegúrase que en ciertas minas de carbón de Hainaut están tan habituados los caballos a hacer treinta veces el mismo recorrido que, al concluir el trigésimo viaje, se retiran solos a la cuadra. Una cosa semejante ocurre en la India con los elefantes, los cuales se niegan a trabajar cuando llega la hora habitual del descanso.

En las obras de Montaigne se lee que los bueyes que se empleaban en los jardines de Susa para hacer girar las ruedas de las norias, se negaban resueltamente a dar más de cien vueltas que era su tarea cotidiana.

Delbœuf refiere el caso curioso de un perro que hubo en su casa. "Mi madre —dice— se levantaba muy temprano, y para encender la lumbre había enseñado a "Marqués" (así se llamaba el perro) a ir a buscar leña al granero. El animalito debía traer cinco trozos, ni uno más, ni uno menos, y "Marqués" tomaba un interés grandísimo en la operación. Subía y bajaba las escaleras con una rapidez pasmosa, y no dejaba de traer leña hasta que mi madre le decía: "¡Basta!" Un día salimos de casa dejando al perro solo, y cuando regresamos encontramos la cocina llena de leña. Para no aburrirse, "Marqués" había vaciado la leñera".

Evidentemente los animales saben con mucha exactitud el número de hijos que tienen, y cuando las hembras están criando se pueden hacer observaciones interesantes. El capitán Marryat cita un caso curiosísimo. Trátase de una gata a la que habían confiado la cría de dos perritos que hubo que quitar a la madre porque tenía muchos. Los perrillos amamantados por la gata no tardaron en saber comer, y cuando los otros tres hermanos que criaba la perra eran incapaces de valerse por sí solos, ellos podían pasarse sin nodriza, y no tardaron los amos en regalarlos. La pobre gata se quedó inconsolable. Durante dos días no tuvo un momento de reposo recorriendo toda la casa, desde el tejado a la cueva. Por fin encontró manera de penetrar en el cuarto donde la perra criaba los tres perritos que la habían dejado, y creyendo que ésta la había robado sus crías la acometió con las uñas. La perra respondió al ataque con una dentellada, y la lucha se hizo encarnizada, hasta que la gata quedó vencedora y pudo llevarse triunfalmente uno de los perritos. A penas lo hubo dejado en lugar seguro volvió por otro y consiguió tomarlo después de librar otro combate. Lo curioso del caso es que este doble triunfo no envalentonó a la gata y no repitió el ataque. La habían quitado dos crías, y había reconquistado dos. Su cuenta era exacta.

Houzeau asegura que sus observaciones en los tranvías de Nueva Orleans le probaron que las mulas saben contar hasta cinco, porque estando acostumbradas a hacer cinco recorridos de un extremo a otro de la línea, antes de desengancharlas, si se las obliga a hacer el sexto recorrido demuestran su descontento rebuznando.

M. Trinofreff, cuenta también el curioso caso de un labrador que araba con un caballo, al cual acostumbró a descansar cada vez que abría veinte surcos, y al cabo de cierto tiempo se detenía al concluir su tarea.

LA EXPIACIÓN

por Pablo Bourget

I

Uno de los períodos más difíciles de caracterizar exactamente cuando se escribe una historia de las ideas de Francia durante el siglo XIX, será sin duda alguna el de la generación posterior a la guerra de 1870. En efecto, nunca se vieron influencias más contradictorias actuando sobre la dirección de los espíritus. Los jóvenes que entraban en la vida en esta época, hallaban entre sus compañeros inmediatos el conjunto de las concepciones filosóficas elaboradas bajo el segundo imperio, de las que Taine y Renán eran los dos representantes más ilustres. No es este el lugar a propósito para examinarlas en detalle; sin embargo, bastará recordar que la fe absoluta en la ciencia formaba como la base de estas doctrinas, y que el dogma de la necesidad circulaba de un extremo a otro de la obra de estos maestros, en fórmulas más brutalmente claras en el primero, más sutilmente envueltas en el segundo. Quisieran o no, su enseñanza conducía al más completo fatalismo. El historiador de la *Literatura inglesa* nos enseñaba a considerar toda civilización como un producto de la raza, del medio y del momento, en tanto que el autor de la *Vida de Jesús* nos presentaba la evolución del pensamiento religioso a través de los siglos como dominado por leyes naturales tan fijas cual las que gobiernan el desarrollo de una especie animal o vegetal. Semejantes hipótesis pueden conciliarse, en hombres ya hechos, con los escrúpulos de la moralidad y las energías de la acción, mas, para los jóvenes, sólo entrañaban un principio de negación y de pesimismo precisamente cuando los desastres de la guerra y de la *Commune* acababan de herir tan duramente a la patria y de imponer a nuestras conciencias la evidencia del deber social y la obligación del esfuerzo útil y directo. A decir verdad, la antítesis era demasiado aguda entre las teorías profesadas por nuestros maestros más admir dos, más amados, y las necesidades de accion que el infortunio del país nos imponía a pesar nuestro, y esta antítesis la ha sentido ciertamente uno de los dos grandes escritores que acabo de citar. En efecto, si Taine no hubiera tenido la influencia paralizante de su obra, ¿habría dedicado su edad madura a los enormes trabajos de historia contemporánea que hacen de su último y magnífico libro el breviario político de todo buen francés? Taine ha necesitado una obstinada labor de un cuarto de siglo para operar una reconciliación entre la Creencia y la Ciencia, entre la moral cívica y la psicología, entre las afirmaciones de su filosofía y las realidades nacionales; pero un problema de esta índole no estaba al alcance de nuestros veinte años. De un lado veíamos a Francia herida profundamente; sentíamos la responsabilidad que nos incumbía en su fracaso o en su resurgimiento próximos; queríamos obrar bajo la impresión de esta crisis y, por otro lado, una doctrina desesperante, impregnada del más nihilista determinismo, nos desalentaba por adelantado. El divorcio entre nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad era completo. Si la mayoría de entre nosotros quisiera dirigir una mirada al pasado, reconocería que la obra de su juventud se limitó a reducir una contradicción de la que sufren algunos todavía — aunque la vida haya ejercido también sobre ellos su inevitable disciplina — que consiste en hacernos aceptar tales antítesis como la condición natural de las almas modernas, antítesis compuestas de elementos demasiado heterogéneos para que puedan nunca simplicarse por completo.

¡Extraña juventud cuyos más vivos placeres eran las discusiones de ideas abstractas! En el momento crítico de relacionar a ellas un episodio, me ha parecido que era necesario darle su tonalidad moral por medio de este recuerdo de las condiciones de ansiedad intelectual, en que transcurrió nuestra adolescencia. El drama de familia que quiero contaros, no sería por sí mismo más que una noticia de periódico, tal vez algo menos común y corriente que esos sucesos de que se da cuenta en unas cuantas líneas, pero aquél de mis amigos que fué el héroe y la víctima del hecho, poseía en un grado muy alto ese carácter común a nuestra generación: los problemas de su existencia cotidiana transformábanse al punto en problemas de pensamiento, y este suceso llegó a ser para él una crisis de responsabilidad verdaderamente trágica. ¿Contempló con una mirada muy lúcida la situación en que se hallaba colocado. ¿Acaso dió a los acontecimientos, dolorosamente singulares por sí mismos, una significación demasiado arbitraria y resolvió en el sentido de un excesivo escrúpulo una dificultad de suyo bastante cruel? En cuanto a mí, que fuí un testigo emocionado de esta aventura, he atravesado respecto de mi amigo y del partido a que se había afiliado, dos estados sucesivos muy diferentes. En la época en que los acontecimientos que voy a narrar se desarrollaban, había adoptado como un axioma indiscutible el de que no hay en la naturaleza huella de voluntad particular y por lo tanto no creía en modo alguno en esa lógica secreta del destino, que los cristianos llaman la Providencia, y que los positivistas definen con la fórmula, no menos obscura, de justicia inmanente. La tragedia en que mi amigo creyó ver la revelación de una fuerza vengadora, siempre dispuesta a castigar al criminal en las imprevistas consecuencias de su crimen, se me apareció como uno de los innumerables juegos del azar. Hoy la experiencia me ha demostrado, con demasiada frecuencia, cuán exacto es el «todo se paga», de Napoleón en Santa Elena, por qué sinuosidades el castigo persigue y se une a la falta y que el azar no es con frecuencia más que una forma inesperada de la expiación. Me inclino, pues, a creer con Eugenio Corbières — era el nombre de mi compañero — que el drama al que estas sobrado largas reflexiones sirven de prólogo, fué verdaderamente uno de esos vencimientos a plazo desconocido, en los que creía el Emperador. Este vencimiento fué humilde y secreto. Los hay que son escandalosos y resonantes. Tal vez el espíritu de equidad, que gobierna las cosas humanas, aparezca como más temible en sus más obscuras ejecuciones.

He dicho que Corbières era mi compañero. Nos habíamos conocido en el liceo Luis el Grande donde seguía los estudios en calidad de externo lo mismo que yo, en que por mi parte pertenecía al propio tiempo a una institución cerrada. En estas grandes hornadas escolares, que se llaman clases, una amistad de esta naturaleza no era más que un pretexto para tutearse. Eugenio y yo habíamos oído a los mismos profesores, aprendiendo las mismas lecciones, y puesto en versos latinos

las mismas materias durante varios años, sin habernos hablado como no fuera para decirnos: «Buenos días, o buenas tardes». Como acontece, con frecuencia, a condiscípulos de un mismo colegio, hicimos el descubrimiento uno del otro después que salimos del colegio y cuando ambos nos hallábamos ya en caminos opuestos, a pesar de lo cual aportábamos a nuestros trabajos, de órdenes tan diferentes que llegaban a ser contradictorios, ese mismo cuidado de los problemas de nuestro tiempo, esa misma necesidad de poner de acuerdo el determinismo intelectual y la acción cívica en la que creo descubrir el sello peculiar de nuestra generación.

Era en la primavera de 1873 cuando se verificó este reflorecimiento de compañerismo a causa de un encuentro que debo únicamente atribuir al azar. Las menores circunst ncias de entonces están presentes en mi espíritu con una extremada precisión: yo salía de un café, que en la actualidad ha desaparecido y que ocupaba el ángulo de la calle de Vaugirard frente al jardín del Luxemburgo y al teatro del Odeón, donde se reunía un pequeño grupo, hoy disperso, de escritores jóvenes, que tenían el ingenuo capricho de llamarse a sí mismos «¡los vivientes!»

Creía yo sentar plaza de literato perdiendo varias horas del día en la alegre y paradójica sociedad de estos amables compañeros, que dejaban sin satisfacer la parte más íntima de mi inteligencia, pues tod s

llos eran únicamente artistas literarios — algu-
ıos ya superiores — y yo estaba entonces mucho
nás preocupado por el análisis que por el estilo,
›or la psicología que por la estética separándome
iempre de su lado descontento de mí mismo,
›rimero por haber charlado con ellos en vez de
rabajar, y después porque la sensación de su
ersonalidad harto contraria, hacíame dudar de
a mía.

Me veo aquella tarde, hacia las tres, pasando
a verja del jardín y caminando a lo largo de la
ıvenida, presa de esa nostalgia de la soledad espi-
itual tan intensa entre los jóvenes, y vuelvo a
er a Corbières venir en sentido inverso y abor-
larme con una de esas sonrisas de simpatía que
ntre antiguos camaradas se dirigen menos al in-
lividuo que a ese pasado común que comienza
a a echarse de menos. Después empezamos a
›reguntarnos el uno al otro caminando algunos
asos juntos. Le dije a Corbière que me dedicaba
ı la literatura; él a su vez me declaró que estu-
liaba medicina y aún le oigo, durante el curso de
sta conversación, que hubiera debido ser super-
icial, explicarme esta elección de su carrera por
notivos de un orden tan especial, tan análogo a
ni habitual modo de discurrir, que de pronto nos
ıicimos amigos. En la edad en que uno y otro
eníamos ciertas semejanzas en la manera de sentir,
quivalen éstas a años enteros de intimidad.

— Mi padre y mi madre — decía — deseaban
que después de mi servicio militar me graduara
n derecho. Mi padre ha sido durante treinta años
le su vida ujier en el ministerio del Interior, de
uyo puesto se ha retirado hace un año, y como
iene culto por la Administración, veíame ya, por
ıdelantado, hecho un subprefecto. Hubiera en-
trado en su tipo social... ¡Afortunadamente mi
adre es tan bueno para mí!... Mi madre tam-
ién, y, con tal de que no los abandone, están
contentos. Cuando les declaré mi propósito de es-
tudiar medicina hubieron de asombrarse un poco,
ero accedieron a ello cuando les di como pretexto
l de que con la inestabilidad política actual, las
funciones del Estado no ofrecían ya las mismas
garantías que bajo el Imperio. Claro está que no
les dije la verdadera causa de mi resolución. Mis
pobres padres no tienen otra filosofía que la del
corazón, y no habrían comprendido mi punto de
vista. En cambio tú lo comprenderás... Lo que
me ha decidido a seguir esta senda, acaso te pa-
rezca singular; es la necesidad de certidumbre.
Mi gusto personal me habría elevado hacia estu-
dios más abstractos; acaso hubiera entrado en la
Escuela Normal, para estudiar metafísica, a no
haber leído a Kant y también *La Inteligencia*, de
Taine, pero se me antojaba que el objeto, en las
ciencias filosóficas, es demasiado dudoso y mi
espíritu tiene hambre y sed de algo positivo, in-
discutible y, como precisamente las ciencias natu-
rales dan todo eso, he ahí por qué me he inclinado
en esa dirección. Además he reflexionado bastan-
te... No sé en qué punto estás en cuanto a con-
vicciones morales; de mí debo decirte que profeso
el agnosticismo absoluto. Considero que no pode-
mos conocer con conocimiento cierto si hay un
Dios — para tomar la fórmula más sencilla — o
si no le hay; si hay un Bien o un Mal o si no le hay;
un mérito o un demérito, o ni una cosa ni otra,
otra vida o no... Y sin embargo es preciso obrar...
Yo al menos siento una necesidad de determinar-
me, sobre todo después que he visto la guerra...
Siento la misma impresión que tendría en una tem-
pestad, sobre un barco en peligro, y es una ver-
güenza no tomar parte en la maniobra pudiendo
hacerlo. Frecuentemente he recordado el razona-
miento de Pascal; ¿te acuerdas? el de la apuesta.
Me he dicho a mí mismo: ¿Cuál es, entre las cien-
cias naturales, la rama que se presta a una apli-
cación práctica, tal que dicha aplicación sea acep-
table en todas las hipótesis? Y me ha parecido
que la medicina, comprendida de una manera un
poco alta, respondía a este programa. En efecto,
examina una y otra solución; supón demostradas
todas las teorías espiritualistas; ve más lejos aún,
todas las teorías cristianas; ¿cuál es el deber? Ali-
viar al ser que sufre. Pues bien, eso es lo que hace
el médico. Supón ahora demostradas todas las
teorías contrarias; ¿a qué se reduce la moral?
A un instinto de altruísmo que es preciso demostrar
y satisfacer como todos los instintos, y que con-
siste en una necesidad de asociarnos a nuestros
semejantes, de ayudarles y ser ayudado por ellos
frente a la naturaleza rebelde. ¿Quién cumplirá
esta misión mejor que el médico? El es el altruísta
por excelencia; él está en lo cierto, cualquiera que
sea el postulado metafísico a que nos sometamos,
y la prueba es que, desde el día en que hice mi
primera matrícula y crucé el umbral del hospital,
he saboreado una especie de calma que me era
desconocida. Desde entonces tuve la evidencia de
que intelectual y moralmente tenía los pies sobre
la tierra y que marchaba por terreno sólido... En
fin, ya no he vuelto a dudar...»

¡Qué admirable estaba Corbières mientras me
hablaba así! La llama del pensamiento transfigu-
raba su rostro irregular y más bien feo. Este hijo
de un empleadillo de ministerio, descubría por la
construcción de todo su cuerpo esa herencia semi-
campesina, semi-ciudadana que no tiene ni la in-
tegridad de la fuerza rústica ni la refinación de la
verdadera burguesía. Tenía los huesos fuertes y
pocos músculos, las facciones gruesas y la sangre
pobre; únicamente la belleza de los ojos y de la
boca corregía su aire raquítico. Era una boca de
una belleza encantadora, que sonreía con libre
ingenuidad, eran unos ojos azules de una lealtad
tal que parecía imposible que el hombre que con-
templaba con aquella mirada pudiera nunca men-
tir y, unido a esto, una voz seductora en la que
vibraba el ardor de la convicción íntima. ¿Hacía
falta más para explicar la profunda impresión que
me produjo este discurso de cuyo texto estoy bien
seguro? Yo lo transcribí aquella misma noche en
mi diario de aquella época, con otros muchos de-
talles, inútiles de referir, donde he vuelto a encon-

trar nuevamente los indicios del arrebato de entusiasmo que recibiera aquel día bajo los verdes árboles del viejo jardín.

Me imagino, y lo espero, que hoy, como entonces, estas apacibles avenidas a cuyo borde se alzan las estatuas de las reinas y los bustos de los poetas, sirven de teatro a conversaciones entre jóvenes en el mismo tono exaltado de aquella cuyo lejano recuerdo evoco. Horas semejantes son lo único que lamento de una juventud mal gobernada, y también la ingenua plasticidad de alma que permite las nobles preocupaciones semejantes a la que aquella misma tarde hizo que abandonara todos mis proyectos, para acompañar a Eugenio hasta su casa, adonde apenas hubimos de llegar cuando a su vez él me propuso venir conmigo hasta la mía. Era ya noche cerrada cuando nos separamos, después de haber tratado durante esta interminable conversación de todos los objetos del pensamiento humano y habernos dado cita para el día siguiente por la mañana, en que habría de acompañar a mi amigo al hospital de la *Pitié* a cuya clínica asistía.

— Creo — le dije dándole la mano, — que voy a hacer lo mismo que tú, y dedicarme a la medicina...

No me dediqué a la medicina, reduciéndose esta repentina resolución de imitar a Corbières a algunas sesiones de hospital que por lo menos consiguieron colocarme en presencia de un poco de realidad, de cuyo contacto estaba realmente necesitado, pues mi error, que fué el de tantos otros jóvenes extraviados como yo, por una precoz ambición de escribir, consistía en hacer de la literatura un fin no siendo más que un resultado. Quería componer novelas y no había observado nada; versos, y nada había sentido. El mejor servicio que podría hacérseme era sacarme del medio completamente artificial y meramente erudito en que me amustiaba, para mostrarme la humanidad sencilla y necesitada, la vida humilde y prosaica, pero verdadera, y este servicio Eugenio me lo hizo dos veces, sin sospecharlo, con sus saludables visitas a la *Pitié* primero y después haciéndome penetrar en el interior de su familia, ese original y misterioso interior del que durante mucho tiempo no pude percibir más que lo pintoresco: el misterio no apareció sino mucho después.

Los viejos Corbières habitaban con su hijo en el segundo piso de una casa muy vieja de una muy vieja calle del barrio del Panteón. Esta calle, que en otro tiempo se llamaba calle del Pozo que habla, no tiene otra cosa de moderno — ¡y qué modernismo! — que su reciente nombre de calle de Amyot. Nada parece haberse movido desde la remota época en que florecían el colegio de los escoceses y de los irlandeses, vecinos uno de otro y cuyos rótulos existen todavía. Cuando a veces vengo a esta calle en peregrinación, encuentro siempre el lugar de la escena tal y como era hace veinte y cinco años. El desigual empedrado donde raramente se aventuran los coches se encuadra siempre de una verdura provinciana; las ramas de los árboles se elevan allí por encima de los muros de los jardines, y los porteros mantienen constantemente desde la acera sus largas sesiones de trabajo y de charla con los inquilinos, al aire libre, mientras los niños juegan en el arroyo a las bolas o al *diablo* sin que tengan que temer para nada el brusco paso de los vehículos. Las casas irregulares,

de fechas y de estilos diferentes, recuerdan que el barrio se ha desarrollado como una creación natural, lentamente, lentamente, a medida de las necesidades, y no por una de esas decisiones del municipio que imprimen sobre el París nuevo un sello de universal monotonía.

Ningún cuadro convenía mejor a la inmóvil y como petrificada fisonomía de los padres de mi amigo. El ujier retirado, que abría por sí mismo la puerta al toque de campanilla del visitante, era un hombre de unos cincuenta años muy derecho y muy delgado con un rostro indescifrable donde no había nada expresivo más que los ojos, azules como los de su hijo, pero de un brillo singular donde ahora, a distancia, descubro la fiebre secreta de un constante remordimiento.

En aquella época sólo veía en ellos el ardor de una idolatría paternal de la que no he encontrado ejemplo, pues este buen hombre, cuya vida se consumiera en el rincón de una chimenea calentada a costa de los contribuyentes, en una antecámara de la plaza Beauvau, haciendo esperar a los solicitantes, parecía haber concentrado en su hijo toda la compensación y la alegría de su miserable existencia.

A juzgar por la modestia de la vivienda, por la sencillez de los muebles y la indumentaria del padre y de la madre, los recursos del hogar debían ser harto exiguos. Sin embargo, nunca le fué negado ningún libro a Eugenio para sus estudios, y jamás el ex ujier consentía en que el estudiante en medicina perdiera ni una sola hora de sus trabajos para dar una lección, colaborar en algún periódico, en fin, para ganar dinero. La intensidad de su cariño le hacía adivinar que, para un futuro sabio, los años de juventud cuentan triple y que la independencia completa durante este período es el más precioso de los bienes.

— Le he dicho a Eugenio — repetía con frecuencia — no pienses en nosotros. Nuestra felicidad es estar contigo... No sería picardo si no afanara para mi hijo... Esto último lo dijo en picardo pues había conservado de su origen — era de Peronne — ciertas palabras del dialecto de su país que se complacía en pronunciar cuando quería hacerse el rústico.

— Es preciso que sea un hombre célebre — añadió — y lo será... He pensado siempre en ello desde que salió de la escuela... Mire usted sus libros de premios: ¡hay ochenta y siete!

Y con su mano callosa en fuerza de humildes servicios, el padre me indicaba los lomos de una hilera de libros colocados sobre los estantes de una biblioteca de caoba con vidrieras, y cerrada con llave. La historia completa de su pasión por su hijo hallábase en aquellos pobres libracos de colegio a quienes a veces llamaba — ¡oh ingenuidad! — «sus títulos de nobleza». Adivinaréis las etapas de todo esto: el niño va a la escuela de los Hermanos del barrio; es inteligente y aprende en seguida... — Es lástima que no vaya más lejos — dice el Superior. El padre y la madre se consultan entonces: — ¡Bah! Se economizará del tabaco y del azúcar; pasaremos sin asistenta. Y el muchacho es enviado al liceo vecino donde triunfa. Primero querían retirarle después del cuarto año y del examen de gramática, pero vinieron los éxitos alcanzados en el concurso y decidieron que continuara hasta el bachillerato. El resto fué una consecuencia de tales premisas. De otra parte, multitud de indicios delataban el imperio de la más severa economía en la casa de Corbières. No hay que decir que era el viejo el encargado de la labor más ruda: frotar el suelo, dar cera a los

muebles, partir la leña, arrojar las aguas, e incluso hacer las camas. Su cara roja, congestionada, tenía una piel como grabada por anchas arrugas cada una de las cuales proclamaba la paciencia, la perseverancia de una ruda y sólida raza. Una meticulosa limpieza — otro rasgo de su país vecino de Flandes — reinaba en las seis piezas que constituían todo el piso, a saber: una cocina, una entrada, una alcoba para el padre y la madre, un comedor, una sala que inmediatamente hubo de convertirse en gabinete de trabajo de Eugenio, y el dormitorio de éste. De este modo el estudiante ocupaba más de un tercio del modesto local, y, como es de suponer, la parte más amplia del mismo, la más aireada, aquella cuyas ventanas daban a los jardines y también la única que se hallaba amueblada casi lujosamente, agasajo que mi compañero aceptaba un poco, dicho sea en honor de la verdad, con el egoísmo más natural de los grandes trabajadores, y un mucho con la idea de que su porvenir depararía a los actuales sacrificios de sus padres una amplia compensación. ¡Cuántas veces le he oído decir cuando quería llevarle a algún teatro o paseo:

— No puedo; es preciso que piense en mis viejos...

Yo sabía bien que «sus viejos», como él les llamaba con tierna familiaridad, no hubieran proferido jamás una palabra de censura contra él, sea cual fuere el empleo que hubiera hecho de su tarde o de su noche... No. Lo que él quería significar con esto era su apasionado interés por merecer ese admirable sacrificio, aplicándose tanto más a él, cuanto que creía adivinar en ellos una extraña facilidad para sufrir. Y era realmente cierto que este honrado matrimonio no respiraba la alegría de que esta abnegación, prolongada durante tantos años, le hacía digno. Sobre la roja frente del padre, donde las venas en relieve marcaban en las sienes la fuerte circulación de la sangre, parecía pesar una constante preocupación. ¿Temería morir antes de haber acabado su obra, sin haber visto a su hijo convertido en agregado, profesor de la Facultad o miembro de la Academia? ¿Todas sus economías habían sido agotadas en esta larga y costosa carrera? ¿Su pequeño retiro de antiguo empleado, siempre en vísperas de desaparecer con él, constituían lo más cierto de su haber actual? ¿Era sencillamente un hombre de humor voluntariamente triste a quien apenaba aún más la incierta salud de su mujer? Tales eran las preguntas que sin duda el hijo debía hacerse a sí mismo, como yo también me las hacía cada vez que notaba sobre el rostro del señor Corbières, en el transcurso de mis visitas, alguna huella de este obscuro ensombrecimiento. En cuanto a la señora Corbières, la respuesta era sencilla, o al menos me parecía sencilla. El mismo Eugenio habíame hablado con gran frecuencia de sus temores respecto al porvenir patológico de su madre, pues creía diagnosticar en ella la amenaza de una enfermedad del hígado. Era una mujer pequeña y rechoncha que a los veinte años debió ser bella, con esa belleza del mediodía montañés, a la vez ligera y fornida, en la que se advierte tanta vitalidad reconcentrada y como comprimida bajo una pequeña envoltura.

(Continuará)

Homenaje póstumo



Acto de la colocación de una placa en la tumba del señor Manuel E. Frugone, fallecido en Tres Arroyos, y con la que sus amigos y compañeros rindieron culto a su memoria

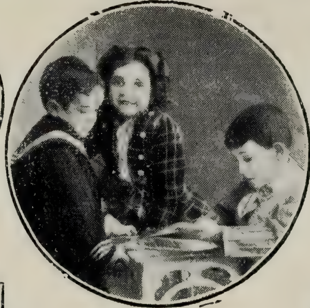
Galería infantil de "El Hogar"



María del C. Zunino (Caseros, E. Ríos)



María Esther Angélica (Rosario)

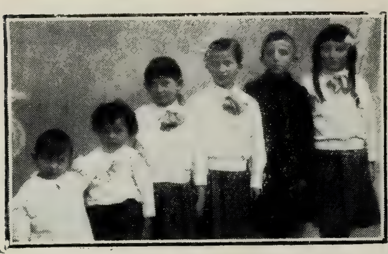


Teresa y Oscar Alvarez y Luis Juez (Alta Gracia)





Edith y Silvio Bordoni (Mar del Plata)



Niños de Vaisblatt. (Corrientes)



Amandita C. D'Atri (Banfield)



Dora Lucy Palabella. (La Plata)



Niñita de Vago (Ayacucho)



Cristina Constantin (Pila)



Ana E. Goñi Muli (Las Flores)



Niño de Gutiérrez (Ayacucho)

Galería infantil de "El Hogar"



Niño de Laurencena Iribarne



Julieta Isurieta Adela (F. C. S.)



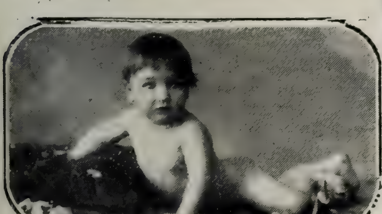
Niñita de Cianciarullo (Capital)



Juan J. Zavala (La Plata)



Rogelio Galván (La Verde, San Luis)



José Claudio Caribaux (Las Garzas, Santa Fe)



Angel Iraola (Est. Médanos)



Niñita de Deymonnaz Bergadá (Paraná)



Adolfo Marvulti (Capital)



Niños de Alvaro Amigorena (San Javier, Río Negro)



María J. Martínez (Gral. Lamadrid)



Héctor J. Breglia (Cucha-Cucha)

EL INGENIO A PRUEBA

UNOS A LA DERECHA, *por Clavel*

O 1	Persona taimada o bribona
O O 1	Nombre de varón
O O O 1	Clase de ganado
O O O 1	Pronombre
O O O O 1	Lo que pertenece a las ovejas
O O O O O 1	El que viene a tiempo
O O O O O O 1	Modesto

JEROGLÍFICO, *por Rino*



CUADRADO, *por Amapola*

A A A A A
A B E E S
S L L L M
N O O S S
S S S S S

Combinar con estas letras cinco palabras, que han de leerse horizontal y verticalmente, significando: la primera, un objeto que se halla en la iglesia; la segunda, cómo desearía verte después de un terremoto; sin la tercera, no hay truco posible; la cuarta, un tiempo de verbo, y la quinta, el cementerio.

CARTA-CHARADA, *por Arol*

Querida *primera cuarta:* Envíote un *primera cuarta*, que hallé en una hermosa *todo*, del bosque de Palermo. No sé cómo se llama; sólo que *primera tercera cuarta* en el suelo. Tuya *tercera cuarta*.

TARJETA ANAGRAMA, *por Carmen*

LUCAS A. MESA

Con las letras que forman el nombre de esta persona, combinar el de la profesión que ejerce.

ROMBO, *por Perito de Chaves*

O
O O O
O O O O O
O O O O O O O
O O O O O
O O O
O

Sustituir los círculos por letras, de modo que horizontal y verticalmente se lea: 1.°, consonante; 2.°, nombre de mujer; 3.°, ganancia; 4.°, nombre de varón; 5.°, verbo; 6.°, composición poética; 7.°, vocal.

LOGOGRIFO NUMÉRICO, *por Porteña A.*

1 2 3 4 5 6 7 8	Nombre femenino
7 8 3 5 2 3 4	Animal
8 3 5 6 7 8	En la farmacia
3 4 5 7 8	El que duerme
3 4 7 8	Apellido
2 3 8	Temporada
3 2	Musical
8	Vocal

EL INGENIO A PRUEBA

SILABICO, *por Mario*

1. oo
2. oo oo oo oo
3. oo oo oo
4. oo oo oo oo
5. oo

1. Esta sílaba, repetida, a cualquiera huele mal. 2. Una especie soy de nave y fuí usada por Colón. 3. Todo lo que pertenece a la guerra es así. 4. Si es una noticia breve y concisa, será tal. 5. Esta letra, repetida, a cualquiera huele mal.

JEROGLIFICO, *por Titina*

NOTA OIDO

BARCO NUMÉRICO, *por Tip-Top*

2 4	Nota
2 4 8 9	Animal
2 4 6 7 5 1	Parte del ojo
1 2 3 4 5 6 7 8 9	Nombre
5 4 3 2 7 6 9	Diminutivo de raza
2 4 3 4 8 6 4	En las monarquías

PEQUEÑA CORRESPONDENCIA

Enviaron colaboraciones.—Rino, Amapola, Mario, Aragón, Yrabul, Tip-Top, Porteña A., Arol, Clavel y Carmen.

Caracoles.—Pregunta usted: "¿Qué le parece mi ingenio?" Vamos a contestarle:—Un ingenio... de Tucumán.

Amapola.—Probablemente lo publicaremos pronto.

Errata.—En el núm. 233, donde dice: Lámpara numérica por Remo, debe leerse: Jeroglífico por Delia.

Clavel.—No es malo, en realidad;
Pero ofrece muy poca novedad.

SOLUCIONES AL Núm. 233

A la humorada, por "Rino": *Palomita blanca vidalita pecho colorado.*

A la combinación, por "María Luisa": *Viva mi patria aunque yo perezca.*

Al jeroglífico, por "Quilimera": *Engaño.*

A la cruz de puntos, por "María Luisa":

```
    N
    O
N A V Í O
    E
    L
    A
```

Al capricho enigmático, por "Mario":

```
      Z
     O O
    L R L
   A A A A
    R M R
     I I
    N D N
   A O O A
```

A la pajarita numérica, por "Amapola": *Leoncia.*

A la charada, por "Delia": *Caramelo.*

Al jeroglífico, por "Delia": *Redimido.*

A la lámpara numérica, por "Remo": *Depurativo.*

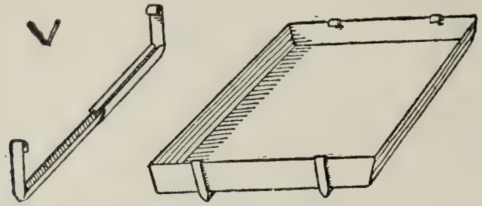
Al anagrama, por "Clavel": *Ramón de Campoamor.*

Al acertijo, por "Carola": *Las de los pies.*

ENVIARON SOLUCIONES

Víctor León Zasso, F. G. de Gómez Langenheim, Amancio Alvarez, Héctor Justino Charry, Jorge Zaracóndegui, L. Cyolisciani, Chola, Elvira y Mercedes Abeleira, Amapola, Clementina y Rosita Di Paolo, Anita C. Pisani, Miguelito, Leonorcita Alvarado Lubary, Teresa Darenzo, Pochocha Pieruzzini, Beatriz E. Verdona Traverso, Anita M. Peter, Clavel, Amalia Lubary de Barreto, Electra, Anita R. de Frira, Juan A. Maggi Zavalía, Alfonso Alonso, A. A. Aragón, Agustina R. Sarraúa Laza, América Inés Fraga, Enrique Pranzetti, Marina Emilia Ponsa, Mario Sormani, Margarita Ambrosio, E. H. Bossi, Ana Inés, María Emilia y Sarita, Esther Fernández, Francisco O. Migliaraca, Josefa Reinol, Alfonso Bianchi, Margarita Casal, Rodolfo Lisandro y Juan Carlos Pereira.

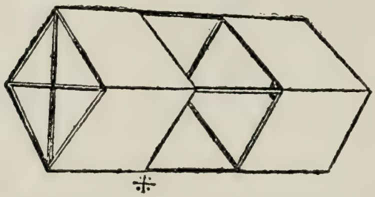
Pies para bandejas de horno. — A veces se queman por abajo los manjares que se ponen al horno, porque el fondo de la bandeja está en contacto con el suelo demasiado caliente. Pero esto se evita poniendo a las bandejas unos pies de metal como los que reproduce



el dibujo que al conservarlas en alto permiten el paso del aire por debajo.

Los pies se hacen de tiras de metal dobladas en V, y cada una consta de dos partes, que encajan una dentro de otra para alargarlas o acortarlas, según las dimensiones de la bandeja.

La cometa prismática. — He aquí una cometa que seguramente hará las delicias de cualquier chico, por la rapidez con que se eleva y el mucho tiempo que permanece en el aire.



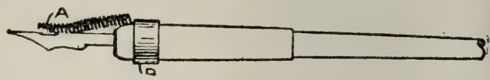
Para hacerla, se buscan cuatro cañas o varas muy ligeras, de 90 centímetros de longitud, y se fijan sus extremos a las puntas de otras cañas más cortas cruzadas, de modo que formen como la armazón de una caja o una jaula en prisma recto de base cuadrada, según se ve en el dibujo. La longitud de esta armazón será, naturalmente, de 90 centímetros, y cada una de sus bases deberá tener 30 centímetros de lado. Divídase la longitud total en tres partes, y alrededor de cada tercio, excepto el del centro, que debe quedar en hueco, tiéndase una banda de tela ligera, de 30 centímetros de anchura.

La cuerda de la cometa se ata donde se ve la marca +. No hace falta ponerle rabo.

Para lanzarla, basta soltar algunos metros de cuerda y que otra persona la lance hacia arriba. Cuanta más cuerda se suelte, más alta subirá, y luego permanecerá inmóvil en el aire horas y aun días enteros.

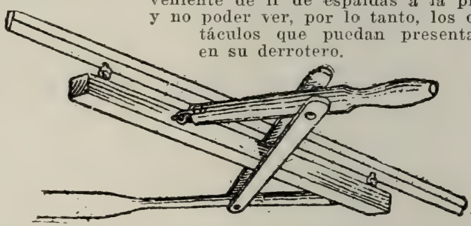
Pluma-tintero. — La pluma-tintero que se ve en el dibujo adjunto tiene la ventaja de ser igualmente útil para escribir con tinta china que con tinta ordinaria.

Encima de la pluma y sujeta al mango por una abra-



zadera se pone una espiral de cuerda de plano, del largo conveniente. Esta espiral recoge tinta suficiente para escribir durante bastante tiempo, sin necesidad de mojar la pluma en el tintero.

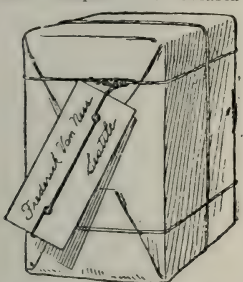
Para remar de cara. — Cuando un bote va tripulado por una sola persona, el remero tropieza con el inconveniente de ir de espaldas a la proa, y no poder ver, por lo tanto, los obstáculos que puedan presentarse en su derrotero.



El sistema que enseña nuestro dibujo resuelve ingeniosamente la dificultad, porque el tripulante del bote puede remar cara a la proa. Los remos se cortan y se fijan con unas argollas que permiten el juego de las piezas en un listón fuerte que va fijo con argollas también a las bordas. Los dos trozos de cada remo se ponen en comunicación con un par de chapas de metal. El dibujo ahorra toda explicación porque revela claramente el sistema.



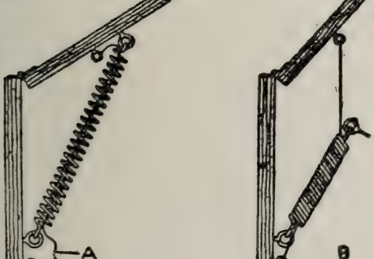
Etiqueta para paquetes postales. — Un empleado de cierta compañía ferroviaria francesa ha obtenido recientemente patente de invención por una etiqueta para paquetes que no se puede despegar ni perder, asegurando así la pronta entrega del encargo y facilitando el servicio.



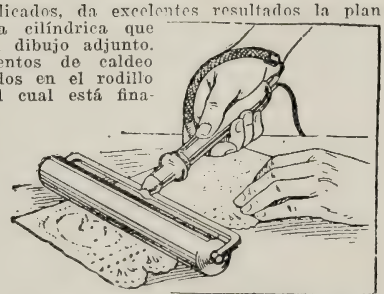
La etiqueta es de cartulina fuerte, con dos agujeros por los cuales se pasa un alambre en la forma indicada, que impide que se arranque al rozarse con otros paquetes.

Actualmente usan esta etiqueta patentada varias compañías de ferrocarriles de Francia.

Cuerda de seguridad para muebles de puerta. — Cuando las puertas están provistas de muelles, como el del dibujo, siempre hay peligro de que se desprendan y hieran al que pasa por debajo, sobre todo si abre demasiado la puerta. Para impedir esto, se pasa un trozo de cuerda por el hueco del muelle, y se sujeta a la puerta y al cerco atando los extremos a unas armellas. La cuerda no necesita ser muy fuerte; basta un sencillo bramante, porque como no está sujeta en tensión, no se deteriora. Sólo en el caso de ser muy pesado el muelle se debe poner una cadenita.



Plancha eléctrica cilíndrica. — Para planchar encajes y tejidos delicados, da excelentes resultados la plancha eléctrica cilíndrica que reproduce el dibujo adjunto.



Los elementos de caldeo van encerrados en el rodillo de acero, el cual está finamente pulimentado y la corriente se da o se corta dando una vuelta al mango.

Este rodillo es mucho mejor que la plancha corriente para los encajes, porque no hay peligro de que se enganche y los rompa.

Receptor sanitario para teléfono. — Para los transmisores telefónicos se han ideado hasta ahora muchos sistemas sanitarios más o menos prácticos, pero nadie o casi nadie se había ocupado de la sanidad de los receptores, hasta que un inventor francés tuvo la idea de poner en lugar de la arandela de caucho endurecido del receptor, un bloque de doscientas cincuenta hojas de papel esterilizado. Cada vez que se usa el teléfono se arranca una hoja y se evita que la oreja se ponga en contacto con la superficie empolvada o contaminada por la piel del comunicante anterior.



El sistema es útil, sobre todo para los teléfonos públicos, donde es conveniente tomar toda clase de precauciones higiénicas.

ECONOMIA DOMÉSTICA

Para pegar el estaño a la madera, se funden en un recipiente de hierro de paredes gruesas, una parte de cera amarilla, 2 de goma laca en escamas y 0.1 de aceite de linaza hervido, moviéndolo todo hasta la completa disolución. Una vez fría la masa se vierte sobre una placa de metal humedecido o sobre una piedra, se amasa y se forma con ella unas barritas.

Pasta para marcar la ropa: 30 partes de sulfato de cobre y 30 de anilina hidroclórica, se pulveriza bien por separado, se mezclan luego cuidadosamente.

Esta composición se mezcla con 5 partes de glicerina y agua suficiente para hacer una masa pastosa, espesa y uniforme que puede usarse en cualquier momento. Para usarla se emplea un estarcidor y una brochita de cerdas fuertes. Después de marcar o estarcir los artículos, se dejan por lo menos dos o tres días sin planchar, al cabo de cuyo tiempo las marcas se ponen de color verde obscuro, después de lavadas con jabón y sosa se vuelven de color negro intenso.

La pasta puede conservarse mucho tiempo. Si se seca, basta mojar la brocha en un poco de agua. El color es tan resistente como el de la anilina.

Para hacer tinta de marcar, basta echar en agua un poco de pasta.

Limonada al vino. Es una bebida excelente, especialmente en casos de enfermedad febril, por ser corroborante y calmar poderosamente la sed. Se mezclan: jarabe cítrico, 60 gramos; vino del tipo Burdeos, 300, y alcoholato de corteza de limón, 2. Luego se completa con un litro de agua.

Para copiar los bordados, se extienden sobre una superficie plana, se cubren con una hoja de papel blanco bastante flexible, y se frotan rápidamente sobre el papel con un trozo de estaño o de plomo. De esta manera, el bordado queda reproducido gracias al relieve de sus detalles.

Licor de café. Se tuestan 500 gramos de café moka de buena calidad, y todavía caliente se pulveriza, se vierten sobre el polvo 5 litros de alcohol y 2 ½ de agua, y se deja en maceración durante ocho días, agitando con frecuencia. Luego se decanta el líquido. Se disuelven aparte 2 kilos de azúcar en 2 ½ litros de agua, se mezclan ambas soluciones en caliente, y al día siguiente se filtra.

El cristal de las lámparas de incandescencia se deslustra limpiándolo previamente y sumergiéndolo en una solución saturada de nitrato potásico.

Contra el musgo que se cría en los intersticios de las fachadas, escaleras exteriores y muros de todas clases, puede emplearse una solución al 4 por 100 de nitro y 30 por 100 de sal de cocina.

Las maderas y las piezas de estaño que hayan de pegarse se secan perfectamente y se les aplica el cemento derritiéndolo y repartiéndolo por igual.

Las piezas unidas hay que conservarlas bajo una presión moderada durante 24 horas.

Para batir los huevos en la cuarta parte del tiempo, no hay que hacer sino emplear tres tenedores a la vez, que se pueden tener perfectamente en la mano.

Las manchas del linoleum se quitan espolvoreándolas con sal y frotándolas luego con un trapo mojado en trementina. Una vez quitadas las manchas, se da brillo al linoleum en la forma acostumbrada.

Antes de lavar por primera vez los cortinones de encaje nuevos, hay que tenerlos dos horas en agua de sal. Este baño quita el apresto al encaje y queda mejor después del lavado.

Las sillas de cuero se limpian con un paño suave y un poco de vaselina blanca. Después se frota con un paño perfectamente seco hasta que el cuero haya absorbido todos los rastros de la vaselina y no saque grasa el paño.

Los objetos de plata se conservan brillantes, echando un poco de amoníaco en el agua de lavarlos.

Cuando sobreviene un acceso de asma, conviene ante todo abrir rápida y completamente las ventanas de las habitaciones del paciente, sin exponerle a ninguna corriente de aire. Acto continuo se le aplican sinapismos en las piernas, pediluvios calientes, etc. Sientan igualmente muy bien las inhalaciones de vapores de alcanfor, y para los individuos que no tienen costumbre de fumar, las aspiraciones de unas bocanadas de humo de tabaco.

Metal argentino. Se emplea para cubiertos, teteras, etcétera, y se compone de 85,5 partes de estaño y 14,5 de antimonio.

Las toallas deben secarse perfectamente antes de guardarlas, porque si no están bien aireadas y conservan humedad, pueden criar una especie de moho.

Las mondaduras de patata se pueden utilizar para encender la lumbre en lugar de astillas.

Si el horno no da calor a los manjares, se desparrama en el fondo un buen puñado de azúcar, y la falta queda corregida.

COCINA PRACTICA

Croutes de camarones a la Madrás. — Ingredientes necesarios: una docena de camarones, dos yemas de huevos duros, cuarenta y dos gramos de manteca, dos cucharaditas de pasta de camarones, otras dos de mayonesa o salsa tártara, jugo de limón, pimienta, tres aceitunas sin carozo, dos cucharaditas de arroz bien cocido y pan viejo.

Córtese una rebanada de pan de un centímetro y cuarto, escaso de grosor, sáquense luego de este trozo varios redondeles del tamaño de un cobre. Derrítanse veintiocho granos de manteca en una sartén, fríanse las redondelas de pan, hasta que se doren. Déjense secar sobre un papel.

Muélanse las yemas de huevo en un mortero con el resto de la manteca y la pasta.

Cuando todo este conjunto forme una pasta blanda y suave, agréguense los camarones y las aceitunas, ambas cosas cortadas en cuadraditos, y también el arroz y bastante salsa para mezclar bien todo. Deberá quedar como una masa compacta, pero no seca. Sazónese la mixtura con jugo de limón y pimienta; apílese sobre los croutons y colóquese, al través, encima de cada uno de ellos un camarón pelado, los que se polvorearán con un poquito de carolina.



Croutes de camarones a la madrás

Raya con salsa blanca. — Después de haberla limpiado cuidadosamente y trinchado en sentido inverso al de sus fibras, hay que ponerla en remojo durante una hora, en agua bien salada. Se la cuece luego en media salsa hecha con una parte del agua salada en que se ha puesto en remojo, un vaso de vinagre, unas cuantas cebollas, y un puñado de hierbas finas. Cuando la raya esté cocida, quitadle la piel por ambos lados; colocadla en una fuente, vertedle encima una salsa blanca y salpicadla de alcaparras en cantidad bstnte considerable.

Para avivar una lumbre medio apagada se espolvorean los carbones con un poco de azúcar.

Salsa de trufas. — Picad menudamente 125 gramos de trufas bien limpias. Sofreídlas en 60 gramos de manteca muy fresca, sin dejar que ésta tome color. Mojadlo en seguida con una taza de buen consumado, al que añadiréis, teniéndolas a mano, algunas cucharadas de "veluté". Al cabo de 20 minutos de cocción a fuego lento, retirad la salsa del fuego para desengrasarla y servidla. El aderezo, que siempre ha de ser algo subido, puede variar según los gustos.

Bifteks a la Chateaubriand.—Cortad los biftecks de 5 a 8 centímetros de espesor (y esto en el filete de buey); disponedlos convenientemente; aplanadlos un poco con el llano de la cuchilla. Sazonadlos con sal y pimienta, metedlos en una fuente y echadles un poco de aceite por encima. Asadlos después en las brasas bien ardientes y sin humo. Cuando estén cocidos por un lado, volvedlos del otro. Sólo han de volverse una vez en las parrillas. Colocadlos en una fuente encima de una salsa a la "maître-d'hôtel"; rodeadlos de patatas fritas y servidlos.

Para saber si la leche es pura se limpia muy bien una aguja de hacer media, se introduce en el líquido y se saca inmediatamente en sentido perpendicular. Si la leche es pura, tiñe la aguja; si tiene agua, por poca que sea, el líquido no se adhiere al acero.

El aroma del café se mejora notablemente mezclándolo al tostarlo con unos cuantos clavos de especia.

Pollo asado en el asta. — Cuando un pollo está gordo, el mejor modo de prepararlo consiste en asarlo en el asta con mucho cuidado, sin dejarle tomar demasiado color, y disponiendo la cocción de manera que, al trincharlo, no quede ninguna parte interior que no sea perfectamente blanca. El pollo asado conserva sus patas, de las cuales únicamente se cortan los dedos; se atan al asta con un hilo, para que no se doblen sobre sí mismas. En las grandes cocinas, se mecha con tocino, como un fricandó, la pechuga del pollo, o bien se envuelve en lonchas de tocino antes de ponerlo en el asta. Un buen pollo gordo no necesita tales preparaciones para ser excelente; el tocino sólo sirve para alterar la delicadeza del sabor natural del pollo, sin mejorarla.



Nuestro Correo



Las cartas deben limitarse a dos preguntas solamente y venir con la firma auténtica, como constancia de ser subscriptor. Las contestaciones se hacen únicamente en esta página y no por carta particular, pudiendo contestarse bajo un seudónimo si se desea. En la carta en que se haga la consulta no debe tratarse de ningún otro asunto, como renovación de subscripciones, reclamaciones, etc. Esto debe escribirse en otra carta, aunque puede incluirse bajo el mismo sobre.

Extranjero.—Dejó de serlo al asumir el cargo inmediato superior.

Campesina.—En cualquier droguería, ignoramos su precio.

Violeta de Valle.—Uno es concuñado del marido de su hermana o de la mujer de suhermano.—Independencia, 3325, es la dirección pedida.

Mal de testa.—El 18 de diciembre de 1895 fué miércoles. — Lanolina, 100 gramos; parafina líquida, 25 gramos; vainilla, 0.1; esencia de rosas, Q. S.

Liliana.—Lomas.—Corteza de nuez verde, 450 gramos; alumbre en polvo, 30 gramos; agua de rosas, 120 gramos. Tritúrese todo junto en un mortero y añádanse a cada 100 gramos de jugo, 30 gramos de alcohol de 90°. Abandónese la mezcla a sí misma durante 4 días en un recipiente cerrado, fíltrese y perfúmese a gusto. Aplíquese con un cepillo.

Flor de magnolia.—Se exprime jugo de limón en una cuchara de plata, se calienta y se lava la mancha con el líquido caliente. Enjuagar con agua clara tibia.

Siglo XX.—Enviar tarjeta por correo. — Colofonia, 2 gramos; Goma laca, 90 gramos; trementina de Venecia, 18 gramos; alcohol desnaturalizado, 425 gramos. Se sacude la mezcla y al cabo de algún tiempo se filtra. — Negra y si el cabello es castaño, marrones. — Protestante.

Airam.—A los zapatos escotados se les pone, para que no se salgan, cintas largas de faya o raso, cosidas a ambos costados del empeine, de modo que crucen sobre éste y después den dos vueltas alrededor del tobillo terminando con un moñito en un lado de la pierna; la cinta deberá tener a lo sumo de 2 a 3 centímetros de ancho. — No poseemos datos respecto a la segunda consulta.

V. de una rubia.—Concordia.—El ruido del calzado se quita haciendo dos o tres agujeritos en la suela con una lezna de zapatero.

Lina.—Se puede usar lana y seda opaca en el segundo año de luto. El sombrero durante los primeros seis meses del segundo año debe ser de crespón o gasa opaca, pero muchas lo llevan de fieltro o paño con adornos moderados y no brillantes.

Esposa feliz.—El piso de mosaico se hace bruñir con cera, como los pisos de madera. Se obtiene una buena mezcla para ese objeto disolviendo sobre el fuego 750 gramos de cera y 250 gramos de jabón en 12 litros de agua; cuando la solución es completa se retira del fuego y se añaden 100 gramos de carbonato de potasa. Se deja enfriar y se mezcla bien. Se aplica con un pincel y se frota. Al cabo de 24 horas se frota de nuevo con un trapo de lana. Las cantidades indicadas son para una superficie de 30 a 35 metros cuadrados. — Para que los pañuelos de hilo queden blanquísimos, frótelos con papas cocidas. El efecto es superior al de una buena lejía y además se puede emplear el agua de pozo, aunque sea de mala calidad.

Mari.—Las manchas de champagne en el terciopelo se lavan con un trapito embebido en amoníaco líquido, después se plancha por el revés, teniendo la tela entre dos personas en el aire para que el pelo se enderece. Las de chocolate se quitan con un cepillo fuerte embebido en alcohol; para secarlo, el mismo procedimiento indicado en el caso anterior.

Crisantemo.—No es obligatorio obsequiar a un recién nacido, pero entre amigas de confianza se suelen obsequiar batitas o gorritas o escarpines de punto, o algún baberito bordado, algo que sea hecho por la obsequiante. La visita depende también del grado de amistad; pero está convenido que debe hacerse después de los diez días y antes de los cuarenta cuando no se tiene gran intimidad.

Suscritora correntina.—Las aceitunas se pinchan con una aguja de hacer medias, en cuatro o cinco sitios cada una, según su tamaño, se dejan sumergidas en una solución de cal y potasa durante 6 a 12 horas, según el grado de concentración del líquido. Después se ponen en agua pura que se renovará todos los días durante seis u ocho, hasta que se esté seguro de que han perdido el amargo y el gusto que les comunica el primer baño empleado. Finalmente se ponen en salmuera con un poco de hinojo. Se conservan en barrilitos de madera o en tarros de vidrio. — Para el resfrío, dos o tres veces al día, dos píldoras de quinina Pelletier.

Suscriptora núm. 58249.—Junín, 262, departamento H, es la dirección pedida.

La que ama su violín.—Agua oxigenada, después de lavada la cabeza, una ligera fricción, otra al día siguiente con cepillo en el cuero cabelludo y a lo largo del pelo, separándolo por mechones pequeños para mojarlo todo, deje dos días, vea el efecto y repita la operación de dos en dos días hasta obtener el color deseado. — Peinado bajo. — Agua oxigenada, glicerina, agua de rosas destilada, en partes iguales, se friccionará con esa mezcla todas las noches, es el tiempo suficiente. Si se ha lavado antes con agua bastante caliente dará aún mejor resultado. — "Otario" quiere decir imbécil.

Patriota.—Agua oxigenada.—Nadie ha escrito con su nombre hasta ahora.

Ravanin.—Vino Nourry.

Clavel rojo.—Lávese todas las noches con agua tibia, en la que haya echado unas gotas de esencia de benjuí; séquese con un paño suave.—Mezcle agua de rosas, 100 gramos; glicerina neutra, 25 gramos; ionino, 75 gramos, en un frasquito, y de esa mezcla póngase en el cutis, friccionando suavemente, dejándose así para dormir.

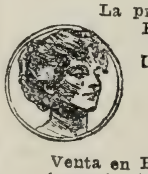
Pichi-Cura.—Es un preparado muy difícil para hacerlo personalmente. Preferiría el agua oxigenada.

Rosaura.—"En el mes de marzo, yendo vestida de verano, y con zapato blanco", se puede llevar chambergo de castor blanco, o de color; por lo menos, se llevó el verano último.

"EL HOGAR"

REVISTA QUINCENAL PARA LAS FAMILIAS
LITERARIA Y DE ACTUALIDADES

Aparece cada dos miércoles



La primera publicación y la de mayor circulación en su género en la República Argentina

Editores: Empresa Haynes. La correspondencia debe dirigirse al Señor Administrador de la Empresa Haynes, CHACABUCO, 677|685, Buenos Aires. Unión Telefónica, 1472 (Avenida).

Los reporters y fotógrafos están munidos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente. — No se devuelven originales, no se mantiene correspondencia respecto a los recibidos, ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la dirección, aunque se publiquen.

Agente en Montevideo: señor MANUEL FONSECA, Buenos Aires, 722

Venta en París en los kioskos de los bulevares y en la Librairie Française et Etrangére, 37, rue Saint-Augustin (Avenue de l'Opéra).

SUSCRIPCIONES

República Argentina: Por año, $ 4.— m|n. Número suelto, capital e interior, $ 0.20
Exterior: „ „ $ 3.— oro. „ atrasado. . . . . $ 0.30

Avisos. — Agentes en París: L. Mayence y Cía., 9 rue Tronchet.
En Londres: South American Press.— 1 Arundel St. Strand.
En Estados Unidos de América: Cia. J. Walter Thompson, 44-60 East 23 rd. St., New York.

TALLERES HELIOGRAFICOS DE RICARDO RADAELLI, PASEO COLON, 1266 — BUENOS AIRES

EL HOGAR

Año X. BUENOS AIRES, 13 DE AGOSTO DE 1913. N.º 236.

OBRAS DE ARTE



Oleo de José León Pagano

CABEZA DE NIÑO



Por faltar al respeto...

—Pero, hombre, ¡si yo no he faltado al respeto a nadie!

—Sí, señor, usted les dijo "cosas" a esas jóvenes.

—Si son dos amiguitas mías, a quienes les pregunté por su mamá, y le mandé recuerdos a su abuela.

—Usted les dijo también algo del cutis y esa es una palabra...

—¿El cutis? ¡Pero, sargento, por Dios! ¿En qué idioma habla usted? El cutis, es ese cuero con que tiene usted forrada como un becerro de color, la cara.

—Mire; a mí no me falte, porque soy autoridá ¿sabe?

—Si yo no...

—Bueno... se acabó, y marche no más pa la comisaría, a pagar los bravos cincuenta.

—Pero óigame usted.

—Yo no sé nada. Usté es un infractor.... ¡Marche!...

. . . .

—Señor comisario... el sargento éste, hablando con el debido respeto, es un cafre. Dice que cutis es una mala palabra.

—¿Cómo es eso, sargento?

—Sí, señor comisario. Este endevido les dijo en la calle no sé qué cosas del cutis a unas jóvenes con sombrero.

—Sí, señor. Yo soy propagandista del muy celebrado Jabón Reuter, del cual tengo el placer de ofrecerle a usted una pastilla, última que me ha quedado. Al ver pasar a esas dos espléndidas señoritas, de que habla el prehistórico sargento este, no pude menos que ponderar su radiante hermosura, fresca, límpida, encantadora y exclamar:

—¡Cómo se conoce que el magnífico cutis de estas bellísimas niñas es conservado por el uso del mágico Jabón Reuter!



El pie, dije delicado

Un pie debe tener proporciones exactas, en armonía con las del cuerpo.

El empeine del pie debe ser alto y la caña delgada. La planta y el talón descansan solos sobre el suelo. De aquí procede la extremada fealdad de los llamados pies planos. El pie deberá presentar, desde el talón a los dedos, un leve abovedado. El pulgar, para ser bello, debe ser delicado, y los otros dedos podrán moverse libremente y sin hallarse amontonados los unos sobre los otros, como sucede frecuentemente cuando se lleva calzado estrecho. Las uñas estarán bien cortadas y no empequeñecidas por compresiones funestas.

Algunos prefieren los pies un poco largos, que, yendo bien calzados, tienen más elegancia porque parecen más delgados: otros optan por los pies pequeños.

Es necesario cuidar el pie que la Naturaleza, que hizo tantas cosas buenas, nos dió. Un pie feo puede llegar a parecernos horroroso, si procuramos corregir sus proporciones comprimiéndolo, sometiéndolo a las torturas de un calzado estrecho que, lejos de enmendar sus defectos, le da otros que no tenía.

Tanto las japonesas como las chinas rivalizan en el arte absurdo, y para ellas encantador, de reducir sus pies a proporciones minúsculas. Queriendo empequeñecer los pies, sólo se obtiene este resultado: deformarlos. Por lo demás, nada tan feo como esos pequeños cimientos que soportan formas opulentas.

Las españolas también consiguen, aunque apelando a medios mucho más sencillos y racionales, procurarse piececitos lindísimos, muy levantados de empeine y de gran concavidad. Son cortos, nerviosos, inquietos, impacientes, como hechos para las jotas y los tangos. Muchas españolas, mayores de veinte años, no se acuestan sin antes envolverse los pies y la caña en vendas que, no obstante estar fuertemente apretadas, no impiden la circulación sanguínea.

El pie genuinamente bonito es aquel que nos muestran los escultores antiguos. Los pies griego y romano no sufrieron jamás presión ninguna; sino que permanecieron libres en el coturno, y los calzados blancos que llevaban ciertas mujeres sólo servían para disimular las vergüenzas de los pies defectuosos.

La falta de ejercicios y las largas horas pasadas indolentemente en habitaciones demasiado abrigadas, son las causas que más influyen en la gordura excesiva de los tarsos.

Esperar que tales costumbres determinen formas bonitas, es tan absurdo como pretender que nazca y florezca un rosal en un espacio herméticamente cerrado.

La célebre Mme. Vestris mandaba coser todas las mañanas sobre su pie sus botitas de satén blanco, con objeto de que fuesen adaptándose perfectamente a sus contornos exquisitos. Llegada la noche era necesario romperlas, de modo que cada par sólo podía servir una vez. Esta célebre belleza se complacía en la fama que la reconocía poseedora del pie más bonito del mundo, y aseguran que realizó más conquistas con su pie que con su rostro, que también era bellísimo.

La mujer cuyos pies no sean muy bonitos, procurará que la atención no converja hacia esta parte de su persona, evitando los "bajos" demasiado llamativos, los calzados charros; mientras que, si el tarso es elegante, el trocito de una media calada constituye una artificiosidad seductora.

No hagáis alarde de tener el pie bonito. Nada provoca tanto las burlas como la exhibición inconsiderada y manifiesta de este encanto.

Es un gran error encerrar los pies en calzados demasiado estrechos, lindos sin duda, pero que deforman y martirizan el delicado dije que guardan. Usad calzados elegantes que aprisionen vuestro pie sin lastimarlo, y huíd de esos enormes tacones que parecen zancos y que, sorportando todo el peso del cuerpo, son altamente antihigiénicos para vuestra salud. No olvidéis nunca que todo calzado, por cómodo que sea, es una prisión, y una prisión sin aire, en la que el menor rozamiento puede llegar a ser grave, porque la antisepsia se emplea allí difícilmente.

Bueno es que las formas del calzado y del pie estén en armonía. Si éste es un poco largo, calzadlo con botas o zapatos de corto empeine, atados o abotonados por la parte superior, lo que parecerá disminuir su longitud.

El pie grueso y corto, requiere calzados que tengan altos empeines atados o abotonados a un lado.

Cuando es plano, necesita tacones un poco altos. Si, por el contrario, es de elevado empeine, no conviene exagerar esta forma con levantados tacones que achican el pie de un modo extravagante.

El zapato Moliere robustece el tarso; el zapato descubierto, por el contrario, es muy gracioso. Las mujeres que tengan los tarsos robustos, llevarán medias bordadas por su parte alta y de modo que la caña del pie parezca más delgada.

En todos los casos, nunca nos cansaremos de aconsejar que siempre debe llevarse el calzado hecho a medida; y, caso de no poder hacerlo así, de no probaros el nuevo calzado más que de noche, cuando los pies estén descansados y poniéndoos medias o calcetines relativamente espesos. Evitad las largas caminatas hechas con calzado nuevo, mal amoldado aún a vuestro pie.

Los calzados demasiado estrechos o excesivamente largos, producen en los pies un sin cuento de dolores. Si son muy anchos, el pie roza a cada momento contra el cuero. Si son demasiado estrechos, la circulación se entorpece, las extremidades nerviosas se atrofian.

RESULTADO DEL GRAN CONCURSO DE

En el Salón San Martín, 344 Rodríguez Peña, y ante numerosa con currencia, tuvo lugar el viernes pasado la apertura de la caja de tre pastillas de Jabón LA TOJA que servía como base á este Concurso.

Los granos de maíz fueron contados en presencia del Escribano se ñor Gamboa, de nuestros representantes y de algunas personas del pú blico, quienes tomaron parte activa en las diversas operaciones que so de práctica en estos casos.

El recuento dió la cantidad de 1416 granos de maíz, y de la 25.571 soluciones recibidas acertaron la cantidad exacta 35 perso nas. Después de efectuados los sorteos necesarios, resultaron adjudicado los premios en la siguiente forma:

1.er **PREMIO:** Magdalena Fabre, Lincoln.
2.° „ Alberto Cúneo, Moreno (F. C. O.)
3.° „ Vicente Vecchioni, Antofagasta 158.
4.° „ Jorge Carrera, Bernardo de Irigoyen 1512.
5.° „ Armando Erraiz, 25 de Mayo (F. C. S).
6.° „ Fanny Grimer, Lanús (F. C. S.).
7.° „ Angela B. de Rosa, Cepeda (F. C. C. A.)
8.° „ D. Cambessies, Hinojo (F. C. S.)
9.° „ Ramón Casanova, Estela.

10 al 14 **PREMIOS:** M. A. Bonta, Cuba 2982; S. Segovia, Liniers 1256; B. F. Rivas, Fray Caye tano 325; Marcelino Henau (hijo), Est. Thames; Sabas Ledu, Patagones (F. C. S.)

15 al 19 **PREMIOS:** Chacón Hnos., Alsina 1215; Concepción García, Ayacucho (F. C. S.); H. Ce rutti, Achaval 279; B. Bouzá, Sarmiento 212; Juan A Mancini, Lomas de Zamora.

20 al 49 **PREMIOS:** Antonia Márquez, Garibaldi (F. C. C. A.); M. G. de Iglesias, Ayacucho 934 G. Nazzari, Valentín Gómez 3109; Paulina Avila, Moreno (F. C. O.); Magdalena Aguila, Bulnes 267 Alfredo Ayerra, Lugano (F. C. O.); Jacinto R. Benavidez, Justo Daract (F. C. P.); Plácido Delfore Esperanza (F. C. C. A.); Javiera Contellier, Esperanza (F. C. C. A.); Agustina A. Lepeda, Malabi 3290; Catalina E. de Zabalaza Garay, Lincoln (F. C. O.); Camilo Lozada, Bragado (F. C. O.); Ma nuela Vallarino de Larrudé, Ingeniero Luiggi (F. C. O.); Anita Espinal, Suipacha 751; Jesusa Ca dosa, Rivadavia 2250; Fernando Golf, Las Palmas; Concepción García, Ayacucho (F. C. S.); Marí Esther Meyer, Cañada de Gómez; B. F. Rivas, Fray Cayetano 325; Luis Garanadio, Los Surgente (F. C. C. A.); Alberto Benzo, Florida 391; S. J. Medrano, Santiago del Estero, 180; S. Segovi Liniers 1256; Angela Levaggi, Mármol 923; Magdalena Aguila, Bulnes 267; Martín V. Garal, Sa José 1710; Antonio Menéndez, Tucumán; Sigfredo Ruíz, Zárate; Jesusa Candosa, Rivadavia 225(Ramón Casanova, Estela.

50 al 69 **PREMIOS:** Angel Mutti, San Francisco (F. C. C. A.); C. Pérez, Juncal 1149; Ida Beltr me, Corrientes 965; S. Segovia, Liniers 1256; Román Guinea, M. Riglos (F. C. P.); A. F. Fili paedi, Azul (F. C. S.); S. Fernández, C. Seguí (F. C. O.); Miguel Coma, Victoria 720; María del (

EL TEATRO DE "EL HOGAR"

Antes y después

(Horas de despacho)

La escena, en una oficina cualquiera del Estado. Los personajes, empleados de sueldos ¡espléndidos!—van llegando al despacho, pues es por la mañana. Los ordenanzas Manuel y Julián, saludan a los superiores según van entrando.

Manuel.—Buenos días, señor de Rodríguez.

Rodríguez.—Hola, González. ¿Tienes los diarios?

Manuel.—Sí, señor; aquí están.

Trujillo.—Buenos días. ¿Qué me cuentas?

Rodríguez.—Nada. Estoy viendo el periódico, a ver si han publicado un suelto que mandé ayer dándome un bombo.

Julián.—Hola, don Andrés, ¿qué tal?

Andrés (entra muy contento).—Vengo loco. Me han mandado de Alemania unas muestras de una pomada que hace nacer el pelo en menos que canta un gallo.

Julián.—Pues pruébela en usted, porque su calva es de las buenas.

Rodríguez.—¿Qué es eso?

Trujillo.—¿Te ha tocado la lotería?

Andrés.—¿Que si me ha tocado?... Más, hombre. ¡Una fortuna! Un específico que quita la cabeza.

Trujillo.—Como los rascadores de las cajas de fósforos. (Este Trujillo tiene fama de gracioso y es uno de tantos imbéciles que llenan el mundo con sus insulseces. Todos ríen, más por costumbre que por chiste).

Andrés.—Nada, que de esta hecha "Rochile". ¡Pues mira, aquí, con la de calvos que vienen!... El primer negocio.

Lucas.—¿Qué pasa? ¿Habéis ascendido? (Andrés ha desenvuelto los tarros y todos miran con curiosidad). Vamos, una pomada para el pelo. (Con desprecio).

D. Isidro (jefe de la oficina).—Que no me gustan tertulias.

Lucas.—Pero, don Isidro, si mirábamos un específico que trae éste, que dice que es infalible para los calvos.

D. Isidro (tiene la cabeza como una bola de billar).—Eso es otra cosa. A ver, a ver.

Andrés.—Mire, podía usted comprarme un par de tarros. Dice el inventor, que al tercero nadie se resiste.

Rodríguez.—Lo creo. Al tercero, tiene que llevar la cabeza debajo del brazo.

López.—¡Pero, don Isidro!... ¿Usted también de tertulia?...

D. Isidro.—¡Chist! ¡Chist! A callar, y sentarse a trabajar... ¿Y dice usted que valen?...

Andrés.—Quince pesos los dos, y veinticinco los tres.

D. Isidro.—No lo entiendo.

Trujillo.—Te colaste, Andrés.

Andrés.—Sí, señor: veinticinco los tres. Pero es que el último, es doble que los anteriores, de modo que resulta una economía grandísima.

Julián (que también presencia la escena).—¿Y eso sirve para las mujeres también?

Rodríguez.—¡Y hasta para los gatos! Los convierte en cochinillos. ¡Es prodigioso!

Andrés.—Bueno. Deshacer los negocios no. Que cuando tú vendías aquellas plumas estilográficas, que no escribían ni mojándolas en el tintero, nadie te tiró el género a la cabeza.

D. Isidro.—Tomaré uno para probar. (Llega un interesado a la ventanilla).

Interesado.—¿Me hacen ustedes el favor?... (Nadie le escucha).

Andrés.—Tienen que ser dos. No se venden sueltos.

Interesado.—¿Me permiten ustedes una pregunta? (Nada, tarea inútil).

Andrés.—Le pongo a usted los dos; y además...

Rodríguez.—Además le regalan a usted una gamuza para sacarse brillo.

Trujillo.—Has estado bueno. ¡Choca! (Todos ríen).

Manuel.—Este Rodríguez tiene golpes...

Julián.—Serán los que le dé su esposa, que creo que le trae frito.

Andrés (sigue su conversación con don Isidro). —Y, además, yo me encargo de darle a usted aquí la fricción de la mañana. Me han mandado un libreto con instrucciones.

Manuel.—Don Andrés, que hay un señor en la ventanilla.

Andrés.—Que se aguarde.

Rodríguez.—Será algún pelma.

Trujillo (a Andrés).—Hombre, vuelve la cara, que es un cliente. (En efecto, el hombre no tiene pelo de tonto).

Andrés.—¡Pues es verdad! Tenga, don Isidro, ahora seguiré con usted. (Al interesado). Dispense; pero estábamos viendo una pomada milagrosa.

Interesado. — Nada, nada, siga. No tengo prisa...

Andrés.—No, señor, no. ¡Hombre, por cierto que para usted sería eficacísima!

Interesado.—¿Sí, eh? Bueno, pues deseaba saber si tienen aquí un expediente... (Andrés le interrumpe).

Andrés.—Aunque no compre, se lo voy a enseñar, don Isidro.

D. Isidro.—Tenga, tenga los quince pesos.

Andrés (Guardándoselos).—Gracias. Présteme un tarro para enseñárselo a este caballero. (Don Isidro se lo dá). Mire usted: es una pomada para el pelo.

Interesado.—Primero tendré que ponerme el pelo.

Andrés.—Si es para eso: para hacer nacer el pelo. Pase, pase. Aunque vea usted un letrerito que dice: "Se prohibe la entrada", usted no haga caso. Son cosas del jefe, que hoy se marcha.

Interesado.—El caso es que ahora tengo un poco de prisa

Andrés.—Es solo un momento. Pase por allí. A la izquierda.

Interesado.—Bueno. (Da la vuelta, y cuando va entrar, Julián le pregunta).

Julián.—¿Qué desea?

Interesado.—Yo... nada más que un expediente de...

Andrés (sale a su encuentro).—Es cosa mía, este caballero, Julián.

Julián.—Bien, bien. (Pasa el interesado y Andrés le hace sentarse y le enseña el bote).

Trujillo (a don Isidro).—¿Me deja usted que moje un poco, para darme en esta calva que tengo en el bigote?

Isidro.—No, hombre; que me lo van ustedes a gastar antes de que yo lo emplee.

Rodríguez. — Por un poco no se va usted a arruinar. Además, usted es rico... Trae yo te daré. (Toma el tarro y le frota en el bigote a Trujillo. A éste se le saltan las lágrimas, pues Rodríguez, que ha oído a Andrés lo conveniente que es frotar con fuerza, le está deshaciendo el labio superior). ¿Ves? ¡Ya sale, ya sale... la piel!

Trujillo.—Te creo. ¡Qué horror, y qué ratos más amargos hay que pasar con la vaselina esta! (Don Isidro contempla la escena. Andrés está haciendo una prueba con el interesado, quien aguanta la fricción después de haber soltado sus quince pesos. Llega en esto Vargas, sordo como una tapia, y por desgracia suya, un poco dado a la bebida).

Vargas.—¿Qué ocurre?

Rodríguez.—¿Por qué lo dices?

Vargas.—Como os veo a todos de limpieza.

Trujillo.—¡Basta, basta! Creo que para la primera vez es muy suficiente.

Interesado.—¿Usted cree que esto será bueno? Porque a mí me duele la cabeza ferozmente.

Andrés.—Eso es ahora. Cuando pase un rato, notará usted como un desvanecimiento; luego se acuesta usted con la cabeza al aire y hasta que se le seque bien no se levanta.

Interesado.—¿Pero es que no me puedo cubrir hasta que esto se seque?

Andrés. — No, señor. Por eso es conveniente dárselo al acostarse.

Interesado.—Habérmelo advertido.

Vargas (ya le han enterado de todo).—Oye. Para esta calva que tengo yo en este lado, ¿servirá eso?

Andrés.—¿A ver? ¡Ya lo creo! Infalible. Esto, antes de ocho días, se te ha llenado de pelo.

Trujillo (a Vargas, gritando).—Quince pesos dos tarros, ¿eh?

Vargas.—¡Quince pesos! Le doy vino con romero y en seguida se cura.

Rodríguez.—El vino, por supuesto, por dentro.

Vargas.—Tú lo has dicho. Y el romero en la calva.

Interesado.—Oiga usted: ¿me podría decir lo del expediente?

Andrés.—Si ahora no tiene usted prisa. Hasta que se seque no se puede marchar, porque le entraría un jaquecazo atroz en cuanto se cubriese.

Interesado.—¡Me ha matado usted! Con lo que yo tengo que hacer hoy...

Andrés.—Mientras busco el expediente y veo a este compañero, se pondrá eso en condiciones de que pueda usted ir cubierto por la calle algún rato.

Interesado.—Pero, ¿cómo voy yo en junio con la calva al aire por esas calles de Dios?

Trujillo.—Igual me pasa a mí: tendré que ir con el bigote... Por un día, ¿qué puede pasar?

Interesado. — Eso lo llevamos siempre. ¡Mira qué salida!

Trujillo.—No, señor; que yo voy siempre muy tapadito. Pero, en fin...

Interesado.—Si en este día cojo un catarro que me lleva pateta, ¿para qué quiero ya el pelo?

Andrés.—Para que cuando le exhumen a usted sus parientes vean que yo no fuí un charlatán de esos que venden cosas inútiles. Ya, ya sacaremos una fotografía de su cabeza ahora, y otra cuando tenga pelo. Le colocaremos a usted en actitud de echar abajo la tapia con los sesos. "Antes y después", diremos en el fotograbado. (Andrés, mientras habla, no deja de frotar a Vargas).

Vargas.—Bueno, basta.

Trujillo.—Sí, para lo que vas a pagar...

Andrés.—¿Cómo que no? Ahora mismo extenderá un vale, como hace con el camarero, por valor de quince pesos.

Vargas.—Pa mí que hay errata.

Interesado.—Bueno; ¿me da usted los tarros, que ya volveré mañana?

Andrés (llamando).—¡Manuel, Manuel!

Manuel.—Mande, señor.

Andrés.—Llégate a casa y tráete una docena de tarros de "Para-piloso". Dile a mi mujer que hoy puede que salgamos tarde. (Mutis Manuel para cumplir el encargo).

Interesado.—¿Pero no los tiene usted aquí?

Andrés.—No, señor. Este es uno de los que le corresponden. Tome. Ahora traerán el otro.

D. Isidro.—A ver, Trujillo, mi bote, y a trabajar en seguida.

Trujillo.—Sí, señor, sí: tenga. (Va a dárselo).

Andrés.—No; mira, trae. Le daremos ese a este caballero y así no tiene que esperar. (Trujillo da el bote a Andrés).

Interesado.—Pero estos ya están empezados y...

Andrés.—Verdaderamente... A usted le sobra con un bote (Vuelve a dar el tarro a Trujillo y éste se lo da a don Isidro).

Interesado.—Entonces me llevaré uno solo y...

Andrés.—No se venden sueltos. Es combinación.

Rodríguez. — Sí, señor; le ocurre lo que al Dandy.

San Pedro (en la ventanilla. Es hombre gran amigo de aquella oficina. Usa peluca).—¡Hola, señores!

Todos a una.—Pase, pase, San Pedro.

San Pedro.—¿Hay que abrir las puertas del cielo a alguien?

Andrés (ha dejado al señor calvo con la palabra en la boca y sale a recibir a San Pedro con el tarro en la mano).—Este va a ser el caso más bonito que vamos a tratar.

Interesado. — Bueno; mire usted: yo vendré mañana.

Andrés.—¡No! No puedo permitir que se marche sin un tarro. Es cuestión de un momento. Además, ya le he dicho que en un rato no se puede cubrir; le sería muy perjudicial. Póngase aquí, en este rinconcito, que ni estorba ni le estorbarán. (Lleva al señor a un rincón y le hace sentar en una silla, contra su voluntad, pero primero es la salud). Tome este tarro, que ya pronto traerán el otro.

San Pedro.—¿Qué quieren ustedes?

Rodríguez.—Que ya está usted salvado.

Andrés.—Usted, con los tres tarros se puede peinar a lo "Merode". Mire usted. Trae para acá, Trujillo. Pídele a don Isidro el tarro.

Trujillo.—Don Isidro, el tarro: que nos le preste un momento.

D. Isidro.—¡Es que me voy a dar yo con el

cristal, o qué? Buena la hemos hecho con hacer caso al tarambana de Gil.

Trujillo.—El le traerá a usted otro. Creo que lo fabrica su suegra, con sebo de cerdo neoyorkino. Pero guárdeme el secreto, ¿eh?

San Pedro.—Don Isidro, ¿es verdad lo que me dice Andrés?

D. Isidro.—¿Qué si es verdad? A mí, por lo pronto, ya me han sacado la plata.

Andrés.—Traiga, traiga el tarro, para enseñarlo aquí, a San Pedro.

D. Isidro.—Ahí va. Pero conste que me debe usted dos tarros.

Rodríguez (que por casualidad está trabajando).—Chico, si necesitas quien te lleve el muestrario, avisa.

Trujillo.—Está todo muy malo.

Andrés.—Se los traeré. San Pedro, quítese la peluca.

San Pedro.—¡Pero hombre, aquí!

Andrés.—Siéntese al lado de aquel señor, en aquel rinconcito, que no le ve nadie. Es un experimentado.

San Pedro.—Pues poco se le conoce. Tiene la cabeza peor que yo.

Rodríguez.—Es que está en la primera fricción. Ahora está haciendo penitencia, hasta que se seque.

San Pedro.—Es preferible que me diga lo que he de hacer, y yo...

Rodríguez.—No, no. La primera fricción se la damos a los clientes en seguida.

Trujillo.—Ande, San Pedro, ande. (Entre todos lo empujan y lo llevan al lado del señor calvo, que está el hombre bendiciendo al Santo del día. Intentan quitarle la peluca y él se resiste).

San Pedro.—Déjenme. Yo me la quitaré.

Manuel (con un paquete de tarros).—Aquí está esto; y me ha dicho su señora que están haciendo ahora otra partida.

Andrés (mira a Manuel como para comérselo). —¿Qué dices, hombre?

Manuel.—Que están haciendo...

Andrés.—Que acaba de llegar partida, dirás.

Rodríguez. — Es lo mismo... Anda, hombre, vete.

Manuel.—¡Bueno! (Todos ríen).

Andrés.—Verá usted, San Pedro. En un momento...

Trujillo.—Mira, mira. A este señor ya se le ven unos pelitos así de punta. (Corren todos a mirarle).

Rodríguez.—A ver, a ver.

San Pedro.—Yo no veo nada.

D. Isidro.—Es que yo estoy despachando al público y yo lo estoy haciendo todo. ¿Pero es que hoy no se trabaja? ¡Ya me voy yo cargando!

Rodríguez.—No se incomode. Por un día...

D. Isidro.—Esto es ya mucho moler.

Andrés.—Mire usted, don Isidro: este señor ya tiene pelo; ¡sólo con la primera fricción!

Interesado.—Hombre, ¿me quieren dejar de jorobar? Ea. Vengan los tarros.

Andrés.—Trujillo, dale otro tarro a este caballero. Ahora, usted verá lo que hace... (Rodríguez ayuda a Trujillo a desliar el paquete y entregan un tarro al interesado, mientras le convencen de que debe quedarse. Entre tanto, Andrés ha cogido por su cuenta a San Pedro y le está dando un frote regular).

Interesado.—¡No, si ya he perdido la mañana! (Mirando el reloj). ¡Qué oficinas!

Andrés.—Quéjese; después que le hemos dado el medio para embellecer su nunca bien ponderada testa.

San Pedro.—Y esto, ¿qué vale?

Andrés.—Para usted veinticinco pesos, la combinación de tres tarros.

San Pedro.—¿No podría llevar uno, y luego?...

Rodríguez.—No se venden sueltos. Además, que una calva como la de usted, con carencia absoluta...

San Pedro.—¿Y usted me asegura?...

Andrés.—Ya ve usted este caballero: con una sola fricción y ya le hemos sacado...

Trujillo.—Quince pesos.

Rodríguez.—Ya le hemos sacado el pelo a la superficie.

Becerra (viene de otra oficina, atraído por la noticia del ingrediente). ¡Hola, señores! Han dicho en mi oficina que tenéis una cosa para el pelo.

Andrés.—Para donde no lo hay. (Deja de frotar a San Pedro). ¡Al pelo! Ya está usted.

Becerra.—Oye, ¿a mí me podrías dar una unturita a ver si me salía?

Trujillo.—Siéntate al lado de San Pedro y extiende el vale. ¿Tú sabes la de conquistas que te pierdes por carecer de pelo?

Rodríguez (llamando). — ¡Julián! Tráete una silla. (La trae, le sientan y venga nuevo frote. En este instante entra el repartidor de bollos, que con su cajita recorre todas las oficinas. Se llama Salustiano, y todos le llaman "Salus").

Salus.—¿Quieren bollitos hoy?

Trujillo.—¡Hombre, sí! Andrés, toma unas docenas y así se van entreteniendo estos señores.

Salus (a Rodríguez).—¿Hay concurso de calvas?

Rodríguez.—Eso parece.

Andrés.—Deja un par de docenas. (Los saca y Andrés da un bollo a cada cliente. Estos, a falta de mejor ocupación, se los comen).

San Pedro.—Bueno; pues yo me voy.

Rodríguez.—¡Nunca!

Interesado.—¡¡Nunca!! Ahora tiene usted que hacer la digestión de la pomada. ¡Si es muy distraído! Ya verá usted.

(Entran por la puerta, claro es, todos los calvos que hay en el Ministerio, a quienes ha llegado la noticia por los ordenanzas).

Andrés.—Pasen, pasen.

D. Isidro.—¿Pero qué es esto?

Trujillo.—Huelga de billares.

Julián.—¿Traigo sillas?

D. Isidro.—¡A la calle todo el mundo! ¡Pues no faltaría más! ¡Fuera, fuera! (Llamando). ¡Manuel! No dejes entrar a nadie, y que salgan los señores. (Los calvos salen contritos, como si volvieran de un sermón de pasión; pero protestando los más).

Andrés.—¡Qué corta es la felicidad! Desde mañana, pongo chapa en la puerta de mi casa, que diga:

> Andrés Gil, empleado,
> hombre serio y muy cabal,
> hace que le nazca el pelo
> desde el humilde pocero,
> hasta al noble cardenal.

(Risas, contorsiones y cada cual ocupa su puesto, empezando la tarea a la hora en que debía estar para terminar).

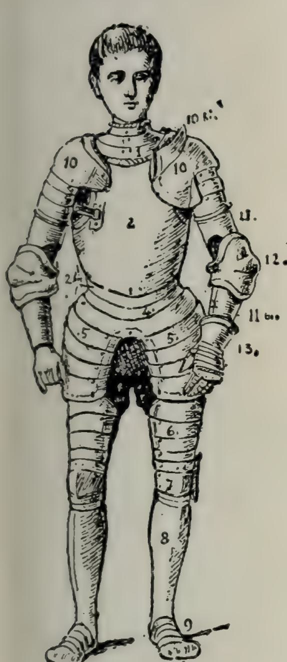
Juan GÓMEZ RENOVALES.

La armadura antigua

Nomenclatura y colocación de las piezas que la componen

Muy común es en la actualidad ignorar, o, por lo menos, interpretar mal los nombres de las diversas piezas que componían la armadura defensiva usada por la gente de guerra en los pasados tiempos; errores e ignorancia disculpables en quien no se ha dedicado a este género de estudios, máxime si se tiene en cuenta que al acudir a los Diccionarios modernos de nuestra lengua, o se omiten, o están mal interpretadas las voces con que aquéllas deben designarse.

La variedad de piezas que componían un ''arnés'' era muy numerosa, pues éste comprendía, además de las usadas en la guerra o de ''seguir'', que así se llamaban, las de ''dobladura'', ''refuerzo'' o ''encambronado'' para justas, torneos y guerra, y dentro de unas y otras, infinitas diferencias. Por ahora nos limitaremos a describir, con ayuda del adjunto dibujo, las piezas de guerra sin dobladura, de un caballero, procurando conservar la nomenclatura con que eran conocidas en la época en que la armadura llegó a su apogeo en punto a elegancia y riqueza, o sea en la primera mitad del siglo XVI, época de la cual se conservan también más datos precisos.



La nomenclatura poco varió durante cuatro siglos; no así la forma que, ya por los caprichos de la moda, ya por las mejoras que la práctica aconsejaba, tuvo necesariamente que cambiar algo, hasta que el progreso creciente de las armas de fuego hizo desechar a fines del siglo XVII, por inútiles, tan embarazosas defensas, que sólo podían tener razón de ser contra las armas blancas, de asta y arrojadizas: buena prueba de ello es que ya en la batalla de Pavía la flor de los caballeros franceses cayó bajo el fuego de la arcabucería española, superior a la enemiga.

El arnés o ''aderezo'' completo del hombre de armas en España data del siglo XIV, y es opinión generalmente admitida, que su introducción se debe a las bandas auxiliares francesas que, con Beltrán Claquin o Duguesclin fueron a España en ayuda del bastardo don Enrique de Trastamara contra don Pedro I de Castilla.

Muchas de las piezas ya se usaban allí pero no habían llegado hasta entonces a formar el conjunto que cubría de hierro de pies a cabeza al guerrero, tal como van las figuras A B que aquí presentamos.

Núm. 1, es la ''gola'' o ''gorjal''. Esta pieza, que era articulada, se ponía debajo del ''peto'' y del ''espaldar'', y en ella se apoyaban las correas que unían estas dos piezas y se ataban las que sostenían los ''guardabrazos''.

Núm. 2, ''Peto'' o ''coraza''. Esta segunda denominación es la más moderna, pues la primitiva fué la de ''fojas'' o ''platas'' al conjunto de peto y espaldar. Posteriormente, se llamaba algunas veces ''coraza''; pero casi siempre para designar un peto ligero cubierto de tela. La que aquí presentamos es de las llamadas ''tranzadas'', y debe su nombre a la pieza inferior denominada ''trance'' (núm. 2 bis), que es una independiente del peto, aunque unida a él y sirve para dar flexibilidad al torso. Del mismo género es el ''espaldar'' (núm. 3), de cuyo trance pende el ''volante'' o ''falda'' (núm. 4). Del volante del peto (núm. 4 bis) cuelgan las ''escarcelas'' (número 5), compuestas de láminas o ''launas'' articuladas que podían unirse al ''medio quijote'' (núm. 6), formando en tal caso ''quijote entero''. La rodilla iba defendida por la ''rodillera'' o ''navaja de quijote''.



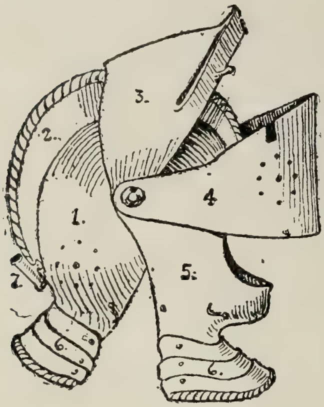
En la figura B se ve la parte lateral de esta pieza, llamada por su forma ''abanico''. El núm. 8 es la ''greba entera'', pieza que defiende por completo la pantorrilla. Cuando sólo cubría la parte externa se llamaba ''media greba'', y cuando el borde de la tibia o espinilla, ''esquinela'' o ''espinillera''; pero esta pieza se usaba sólo al ir armado a la ligera. A la ''greba entera'' se unía el ''escarpe'' o zapato (número 9), que solía ser de launas de hierro en el empeine, o de malla con una punta de acero: el talón lo forma la continuación de la ''greba''. En España nunca llegaron a tener las puntas de los zapatos las exageradas proporciones que en Alemania y Francia durante los siglos XIV y XV, y la forma más común fué la aquí representada, llamada de ''pico de pato''. El núm. 10 representa la ''hombrera'' o ''guardabrazo'' que, como su nombre indica, defiende el hombro. El número 10 bis, es la ''aleta'', pieza que era algunas veces de quita y pon, otras iba en ambas hombreras, aunque no siempre se llevaba, pues por lo común se ponía otra de refuerzo para el hombro izquierdo y tenía, formando parte de ella, la citada ''aleta''. Esta pieza se llamaba ''bufeta''.

Como puede verse en el dibujo, la hombrera derecha es más escotada por la parte inferior que la izquierda, para facilitar el enristrado de la lanza, que apoyaba en la pieza saliente unida al peto, llamada ''ristre''.

El ''brazal'' lo constituían las piezas unidas a la hombrera, que son el ''cañón'' o ''cubo'' (núm. 11), del cual la parte superior era de launas y la otra cilíndrica, giratoria y sostenida en aquélla por una muesca o reborde. Sigue luego el ''codal'' o ''abanico de brazal'', y unido a éste el ''avambrazo'' o ''cubo'' inferior (núm. 11 bis)

que se componía de dos piezas embisagradas para facilitar el paso de la mano al vestirse la armadura.

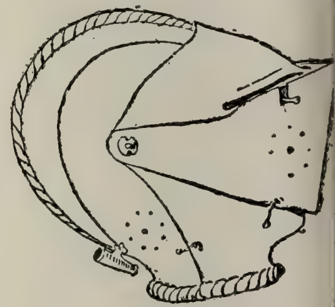
Encerrando la mano como un guante, pues tal era en realidad, viene luego la ''manopla'' o ''mandilete'' (núm. 13). La voz guantelete ha sido usada más modernamente, traducida del francés ''gantelet''. La parte superior, que montaba en el ''avambrazo'', se llamaba ''copa'', y ''artejos'' las chapitas que defendían los dedos. Para facilitar los movimientos de éstos, algunas veces eran los dediles de malla, otras de ésta solamente el dedo índice, como en casi todas las del emperador Carlos V.



Tales son las piezas que constituían más comunmente un arnés de guerra; pero volvemos a repetir que en esto había tal número de variantes, que su explicación llenaría un libro.

Fáltanos aún describir el ''arnés de cabeza'' o casco, como ahora decimos, correspondiente a la armadura que hemos reseñado, y como ésta, también admitía muchas formas distintas en las piezas que lo componían, aunque aquí presentaremos el tipo más general, o sea la ''celada borgoñona'' engolada, colocada abierta para la mejor inteligencia de su composición en la figura C.

El núm. 1 es la parte defensiva del cráneo y se llama ''calva'': en la parte superior y forjado en la misma ''calva'', está la ''cima'' o ''crestón'' (núm. 2). Viene luego la ''vista'' (núm. 3) o visera, con dos ranuras que corresponden a la altura de los ojos. La vista encaja en el ''ventalle'' (núm. 4), el cual tiene varios agujeritos para facilitar el paso del aire, como la ''calva'' los tiene lateralmente comunicando con el oído. El número 5 es el ''barbote'', el cual, como la ''calva'' por detrás, termina en la ''gola'' o ''falda'' (núm. 6). Todas estas piezas giran sobre sus respectivos ejes, colocados lateralmente. Como es natural, una vez puesta la celada en la cabeza, el ''barbote'' se une por los costados a la ''calva'' y sólo tienen movimiento la ''vista'' y el ''ventalle'', que pueden subirse para dejar la cara descubierta.



Envenenadores ilustres

En Roma hubo una época en que los envenenamientos se hicieron tan frecuentes que Juvenal, reflejando sin duda el sentimiento público, describió el temor al veneno que obsesiona a aquellos cuya herencia puede ser codiciada. El ejemplo venía de arriba.

El emperador Claudio, esposo de aquellas dos terribles mujeres llamadas Mesalina y Agripina, murió por haber comido un plato de setas que la segunda de las mujeres citadas le mandó servir cuando hubo reconocido como heredero a Nerón, hijo de Agripina. Británico, hijo de Mesalina, corrió la misma suerte. Heredero presunto del Imperio, fué separado del trono por las maquinaciones de Agripina, pero cuando el hijo de ésta fué elevado a la dignidad imperial sintió perder el poder, y amenazó a Nerón con restablecer a Británico en sus derechos, y Nerón le hizo envenenar en un festín.

La autora material de ambos crímenes fué la envenenadora profesional Locusta, a la cual recompensó Nerón por la muerte de Británico, regalándola tierras y encargándola de reunir descípulos.



Agripina

Por los siglos XVI y XVII Italia se nos presenta como el país clásico del veneno. Háblase con terror del "acqua Toffana", especie de solución arsenical debida a una mujer llamada Toffana, y se cita el veneno "de los Borgia", en torno de cuya familia se alzan las más espantosas sospechas. Con referencia al papa Alejandro VI (Borgia) y a su hija Lucrecia han corrido las más siniestras leyendas, pero la Historia no puede admitirlas por falta de pruebas.

Pero hay hechos acerca de los cuales no cabe dudar, como por ejemplo, en el caso de Bianca Capello. Esta mujer de extremada belleza y culpable de grandes crímenes, llegó a ser esposa de Francisco de Médicis, gran duque de toscana, y desde aquel momento despertó el odio de su cuñado el cardenal Francisco de Médicis. En 1587 después de una comida de caza en Piggio, Blanca y su marido murieron casi de repente, y no sin razón se dijo que el Cardenal los había hecho envenenar.

Muchos hechos extraños pueden explicarse por el veneno. Cuando Jacques de Molay el gran maestre de los Templarios fué quemado por orden de Felipe el Bello con el asentimien-

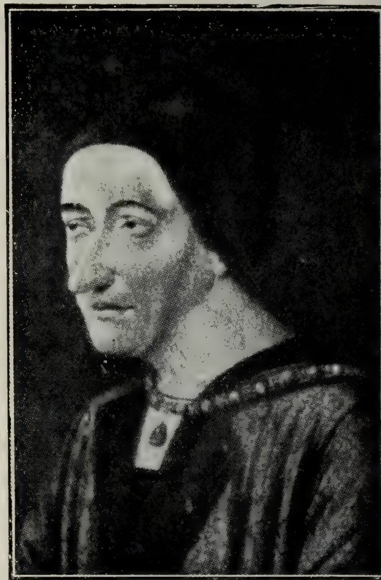
to del papa Clemente V, emplazó a ambos ante el tribunal de Dios en el término de un año y, en efecto, el papa y el rey murieron antes de expirar el plazo. Si tales hechos son ciertos, bien pueden explicarse por la intervención de un cómplice.



Rodrigo Borgia (Alejandro VI)

Luis XI, siendo todavía delfín, fué acusado de haber envenenado a una dama de la corte, la bella Ines Sorel, que falleció de un modo misterioso y repentino después de una escena violenta con el futuro rey de Francia.

Cerca de un siglo después el delfín Francisco, hijo de Francisco I, moría de repente, y se atribuyó la muerte a su copero Montecuculli, gentilhombre de Ferrara que en su juventud había servido a Carlos Quinto, yendo más tarde a Francia con Catalina de Médicis. En el reinado de los Valois figura también el veneno. Juana d'Albret, reina de Navarra, pereció cuando fué a la corte de Francia con su hijo, el futuro Enrique IV, y se afirma que encontró la muerte en unos guantes que Catalina de Valois le había regalado.



Luis XI de Francia

En todos los relatos de esta época se repite el nombre de Zamet, financiero italiano que alcanzó los más altos favores en Francia, en tiempo de Enrique IV. A este personaje se le atribuye la muerte de Gabriela d'Estrées, ejecutada por orden del gran duque de Toscana. El reinado de Luis XIV se hizo notar por varios envenenamientos célebres, entre ellos el de Enriqueta de Ingla-

terra, hija de Carlos I y esposa de Felipe de Orleans.

Todo el mundo acusó de este crimen al caballero de Lorraine.

En la misma época coometieron infinidad de crímenes la célebre Brinvilliers, la Voisin y otras.

El siglo XIX no se queda atrás en envenenamientos cometidos por hombres de cultura.

En 1823 se sustanció el proceso Casting. El doctor Casting, que tenía veintisiete años, era íntimo amigo de otro joven muy rico llamado Ballet, que le había instituido heredero. En una excursión que hicieron ambos amigos, Ballet cayó enfermo después de beber un vaso de vino que le sirvió Castaing; a los pocos días empeoró al tomar una taza de leche, y después de ingerir un calmante administrado también por el médico, el enfermo entró en la agonía. Tan extraños hechos suscitaron sospechas, y Castaing murió en la guillotina convicto y confeso en 4 de diciembre de 1823.



El doctor Palmer

Años después ocurrió en Inglaterra otro suceso parecido. El 21 de noviembre de 1855 murió de repente en un hotel, el sportsman John Parsons Cook; iba acompañado de un amigo médico, William Palmer, deportista también y miembro de una familia rica, pero que en aquellos momentos se veía en graves aprietos financieros. Como Palmer no se había separado de su amigo, la justicia sospechó; hizóse la autopsia del cadáver y Palmer fué preso y condenado a la horca por envenenador.

Desde que se crearon los seguros de vida, han sido frecuentes los crímenes por envenenamientos perpetrados por personas que primeramente tuvieron cuidado de asegurar a sus víctimas en su favor.

Buen ejemplo de esto es el caso de otro médico, Courty de la Pommeraye, de quien ya hablamos extensamente en otra ocasión.

Pommeraye era hijo de un médico y se hizo doctor en 1854, en París, donde ejerció la medicina y se ocupó de especulaciones bursátiles.

En 1861 se casó con una joven que poseía una dote de 150.000 francos y que murió en seguida.

Después le tocó la vez a su suegra Mme. Dubizy a quien envenenó con digitalina.

En 1863 convenció a su segunda mujer Mme. de Pauw para que tomase un póliza de seguro de vida de 550.000 francos y pocos meses después moría envenenada. Estas muertes extrañas y sucesivas llamaron la atención, y Pommeraye fué preso y condenado a muerte después de un ruidoso proceso.

Le ejecutaron en 1864.



En la playa antes solitaria, donde hace pocos meses todavía sólo el monótono murmullo de las olas rompía el majestuoso silencio del desierto en

Ostende

el nuevo Balneario del Atlántico, se alza hoy una población bulliciosa y animada, donde centenares de hombres entonan el santo himno del trabajo.

OSTENDE será siempre el Balneario preferido de la República Argentina.

En **OSTENDE** los terrenos valorizan rápidamente.

PEDIR DATOS EN LAS OFICINAS DE LA EMPRESA:

Calle Charcas 1600 y Bartolomé Mitre 363

Títulos perfectos depositados en la escribanía del Sr. Miguel A. Silva, Calle URUGUAY, 344.

¡La vieja mendiga

La clase está por terminar; Pablito empieza a impacientarse; mordisquea su lapicera y con el rabillo del ojo observa el reloj colgado en la pared, ¡Dios mío, qué lentamente se mueven esas agujas!

Ding, ding, ding, ding, dice por fin el reloj, ¡Drelán, dan, dan! ¡Drelán, dan, dan!, responde la campana grande del patio. ¡Las cuatro! Los pies se agitan bajo las bancas, se cierran con estrépito los cuadernos, y Pablito se precipita a la calle en medio de los compañeros que ríen, gritan y se empujan a la salida.

Una vez en la calle, ¡en libertad! Pablito emprende la carrera; su mejor amigo, su inseparable Pepito, trata de detenerlo:

—¿Adónde vas?

—Déjame, me están esperando, — responde Pablito sin mayores cumplidos.

¿Qué lo están esperando? ¡Eso es cosa seria! ¿A qué cita puede acudir ese rubiecito de siete años?

Cuando está a buena distancia de sus compañeros, Pablito aminora la marcha, toma el paso tranquilo y reposado de un escolar juicioso que vuelve a casa por el camino más corto. Sigue andando por el medio de la acera, mirando hacia el fin de la calle a una viejecita que está apoyada en el hueco de una puerta cochera.



¡Qué juicioso parece Pablito! Su papá, que es un señor muy respetable, no va por la calle con mayor dignidad. ¿Quién podría suponer, al ver un niño tan bien educado, que esta mañana en la clase de caligrafía echó polvos de tiza en el tintero de su vecino y que durante el día ha merecido que sus diferentes profesores lo traten de "muchachito insoportable"?

A pasitos tranquilos, Pablo se acerca a la viejecita. Esta, vista de cerca, parece muy miserable. Cubre sus pobres hombros con un chal tan usado, que Juana la sirvienta de Pablito no lo querría para limpiar las hornallas. Tiende a los transeuntes una mano cubierta de arrugas y murmura con voz temblorosa: "¡Una limosnita por amor de Dios!" Es una mendiga.

Pablito se detiene ante ella, se quita el sombrero, saca una moneda del bolsillo la pone en la mano de la pobre y dice tímidamente:

—"Buenos días, señora."

—"Buenos días, niñito, muchas gracias. Dios se lo pagará. Póngase el sombrero, niñito."

Y la mano temblorosa acaricia furtivamente los rizos rubios. ¡Cuánta ternura y cuánta gratitud hay en la voz de la pobre mujer! Parece que quisiera pasar su brazo alrededor del cuello del muchachito y atraer hacia sí la linda carita, roja de timidez. Pero no se atreve.

Pablito le dice amablemente: "¡Adios, señora, hasta mañana!" y se aleja.

¡Qué corazoncito de oro tiene Pablito! ¡Y con qué juicio va por la calle! Casi podría decirse que exagera; no es natural que un niño sea tan juicioso.

¿Pero qué sucede? Al volver la esquina y en cuanto ya la vieja no puede verlo, empieza a hacer piruetas y a cantar a plenos pulmones cosas insensatas.—"¡Dios me lo pagará! ¡Dios me lo pagará! ¡Es un hada, seguramente es un hada!"

¿Es esta la manera de portarse un niño bien educado? ¿o es que realmente Pablito es un "muchachito insoportable?

Desde hace un mes, todos los días a la salida de la escuela Pablito viene amablemente a darle diez centavos a la vieja mendiga. Y desde hace un mes vive en un sueño maravilloso. Tiene un secreto, un secreto que no ha confiado a nadie, ni a su mamá, tan buena, tan indulgente, ni a su amigo Pepito.

¡Pablo conoce a un hada! Y no sólo la conoce, sino que para darle todos los días diez centavos se priva de las ricas tortas con azúcar que venden en la esquina del colegio!

Esta hada, como todas las hadas, se le aparece disfrazada de vieja mendiga.

¿Cómo ha reconocido a ésta, Pablito, bajo su disfraz? Durante mucho tiempo ha pasado delante de ella sin reconocerla, y hasta alguna vez se ha permitido remedarle su voz cascada que murmura: "¡Una limosna por amor de Dios!" Pero el día de su cumpleaños, su papá le regaló un libro muy lindo con ilustraciones, que se llama "Cuento de Hadas" y desde entonces Pablito no lee otra cosa. Vive en el mundo maravilloso en que los niñitos tienen una madrina poderosa que los protege con su varita de virtud.

¡La varita de virtud! ¡Qué invención admirable! ¡Quién pudiera tenerla siquiera por un ratito! Pablo no se cansa de imaginar todas las cosas maravillosas que haría con ella. Primero convertiría en oro el gran montón de arena que hay en el jardín, y así sería inmensamente rico. Compraría muchos palacios y todas las tortas con azúcar de la escuela. Al profesor de aritmética, un viejo feo y malo que tiene la barba en punta, que da

más problemas cuando uno no sabe la lección, a ese, Pablito lo convertiría en cabra con la barbita blanca!... y se ríe sólo pensando en esta espléndida broma.

Fué en plena fantasía de estos ensueños cuando Pablito hizo el gran descubrimiento: la viejecita mendiga era idéntica al Hada Merliga, cuyo retrato auténtico estaba en su libro de cuentos. ¡Qué sorpresa tuvo aquel día! Se quedó largo rato con los ojos desmesuradamente abiertos. ¡Una hada! ¡Estaba viendo una Hada!

¡Y decir que le había faltado al respeto! ¡Dios mío, con tal de que no se haya apercibido!

Era urgente entrar en relación con ella.

Y como las hadas quieren mucho a los niñitos caritativos y detestan a los egoístas, Pablito, diariamente y cada vez con la misma emoción le daba diez centavos a la mendiga. El hada no tardaría en recompensarlo y entonces él sería el chico más rico y más poderoso del mundo...

Así pues, Pablito no le había dado jamás limosna a la vieja hasta que no supo que era un hada... Esto le quita algún mérito a su actual caridad.

Hoy está triste Pablito; hace tres días que no ve al hada.

¿Se habrá marchado? ¿Habrá volado en una carroza arrastrada por mariposas? ¿No la volverá a ver?...

Al llegar a su casa encuentra a su mamá que lo esperaba en la puerta.

—Pablito,—le dice antes de besarlo siquiera, —¿conoces a la mendiga de la calle Callao?

—Sí, mamá,—responde Pablito, colorado hasta los ojos.

—¿Y cómo la conoces?

—Yo le daba diez centavos todos los días a las cuatro.

—¿Y de dónde sacabas diez centavos?

—Eran los que tú me dabas para las tortas con azúcar.

En las preguntas de la mamá de Pablito no había ninguna severidad, pero su voz se hizo aún más suave.

Tomó al niño en sus brazos y le dijo:

—Con que te privabas de tu merienda por dar diez centavos a la vieja mendiga... ¡Qué hijito tan bueno tengo!

En los brazos de su mamá, donde generalmente se encuentra Pablito tan a gusto, se siente ahora algo incómodo. ¿Acaso merece esos elogios? Su conciencia le molesta mucho. ¿Por qué frunce el ceño? ¿Es para reflexionar o porque tiene ganas de llorar?

—¿Sabes tú dónde está, mamita?

—Está en su casa, hijito mío. Está enferma. Vive aquí al lado. Juana, que la conoce, ha ido a preguntar cómo sigue.

—¿Está enferma?—dice Pablito pensativo.

—Sí, queridito, y desea verte. Me ha mandado pedir que te permita ir a su cuarto. ¿Quieres que vayamos juntos?

—¡Oh! sí, mamá. ¡Vamos en seguida!

—¿Cómo puede estar enferma si es un hada? se pregunta Pablito, sorbiendo sus lágrimas, en tanto que de la mano de su madre sube la estrecha y sombría escalera que lleva a la habitación de la anciana.

La madre y el niño llegan al último piso. Las paredes están sucias, hay muchas puertas bajas

alrededor de una estrecha galería; Juana, que les ha oído subir, está en una de esas puertas y con el dedo en los labios, les recomienda silencio.

—¿Cómo sigue?—murmura la mamá.

—Está muy mal, señora, — contesta Juana tristemente.—El médico de los pobres ha venido y dice que no pasará la noche. Entre, ligero niñito. Hace mucho que está pidiendo verlo.

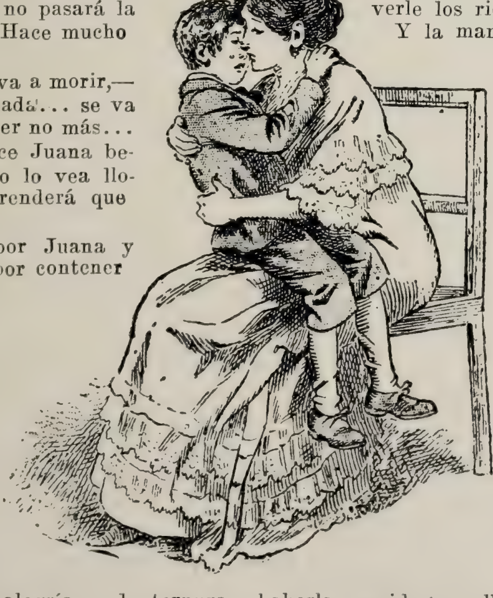
—Dios mío, Dios mío, se va a morir,—piensa Pablito,—no es un hada... se va a morir. Era una pobre mujer no más...

—Y no llore, niñito,—dice Juana besándolo,—es preciso que no lo vea llorar, porque entonces comprenderá que está muy enferma.

Empujado suavemente por Juana y haciendo un gran esfuerzo por contener los sollozos que suben y le llenan el pecho, Pablito entra en el cuarto.

¡Qué pobre y qué triste cuarto! Tan obscuro que Pablo no distingue nada.

Se adelanta de puntillas hasta la cama. Se inclina. Ve la cara tan delgada, tan arrugada... Los ojos, que estaban cerrados, se entreabren y lo ven. Una expresión de alegría y de ternura ilumina el pobre rostro deshecho. La anciana se incorpora un poquito y habla con voz muy baja y temblorosa, con una voz tan cansada que parece



que cada sílaba le costara un soplo de vida.

—¡Es usted, mi niñito lindo! ¡No quería morirme sin volverlo a ver! ¡Mi niñito querido, mi Pablito! ¡Bendito sea por haber puesto un poco de cariño en el corazón de la pobre vieja abandonada!... ¡Déjeme verle los ricitos rubios tan lindos!

Y la mano temblorosa acaricia una vez más la cabecita de Pablo que se muerde los labios para no llorar. Erguido, al pie de la cama, no quiere llorar, y sin embargo es desgraciado, muy desgraciado... En su larga vida de niño de siete años no ha tenido nunca tanta pena.

Sus sueños, todos sus sueños se han venido abajo! ¡Haberla creído hada, rica, bella!... ¡y verla así! Pero no es sólo este desencanto lo que oprime su corazón. ¡Oh, no! Eso es lo de menos. Lo que es horrible es estar tan descontento de sí mismo... Querría arrodillarse delante de la pobre vieja y pedirle perdón, humildemente, de no haberla querido por ella, de haber querido a otra en ella, a otra que él creía todopoderosa.

La anciana lo mira, lo mira con todas sus fuerzas, como si quisiera, antes de morir, llenar sus

ojos de la hermosa visión, y dice dulcemente:

—Mi niñito querido, ¿quiere darme un beso?

Pablo se inclina, besa la frente surcada de profundos pliegues y pone luego su mejilla sobre los pobres viejos labios. Pero esta vez es demasiado, es demasiado... Las lágrimas, tanto tiempo contenidas, caen a torrentes, y zollozando, de rodillas al pie de la cama, balbucea con voz entrecortada.

—¡Perdón, perdón!

La anciana no lo ha oído. Ya no puede oir más... Una sonrisa de bienaventuranza flota en su rostro rejuvenecido...

Y Pablo oye que al salir él con su madre, Juana reza una oración.

Ahora mamá está sentada en su sillón y tiene a su hijito en el regazo y le acaricia, un poco inquieta por las lágrimas que no cesan de correr, porque Pablo, con la cabecita escondida en el pecho materno donde ha llorado y se ha consolado ya de tantas penas, llora desesperadamente. En fin, la voz tan dulce y tan querida lo calma un poco.

—¿Pero qué te pasa hijito, qué te pasa?

Entonces, interrumpiéndose a menudo para retener un sollozo, muy bajito, como en la confesión, Pablo dice todo a su madre. A veces no sabe explicarse bien: ¡su pena es tan compleja!... Pero mamá sabe comprender a media plabra.

—¡Yo soy un muchachito malo, mamá! ¡Yo soy un muchachito malo! repite sollozando otra vez.

—No, hijo mío, dice papá, que ha entrado sin hacer ruido y ha oído una parte de la historia y adivinado el resto: no eres un chico malo. Seguramente hubiera sido mejor que fueras caritativo sin segunda intención, pero eso no es fácil en un hombrecito de siete años... Y ya es mucho, hacer el bien sin querer.

. . . .

. . . .

Han pasado muchos años y Pablito no ha olvidado aquel gran dolor de su vida. El recuerdo de la vieja mendiga le acompaña y le protege; está convencido de que era realmente un hada, y que le dió el don de la sabiduría, en aquella memorable tarde en que él besó su rugosa frente.

Cuando ve en la calle a una anciana temblorosa y apenas cubierta con un manto tan raído que la doncella Juana no lo querría para fregar su fogón, se detiene ante ella, y saludándola cortesmente, le da una limosna. ¿Creéis acaso que no saluda en la mendiga, la memoria de su hada?

Ahora Pablito es célebre: es uno de los más conocidos médicos de su país y cuando asiste a sus enfermitos del Hospital de Niños, les cuenta que hay hadas que protegen a los niños buenos y castigan a los malos: que él, él mismo, conoció al Hada Mendiga y que fué el hada quien le dió el don de sanar a todos los niños, de volverles la salud y la alegría...

Y los enfermitos sonríen, y sueñan por la noche con el hada y con su varita de virtud.

Víctor GERMAIN.

La horrible desgracia de Joë Brick

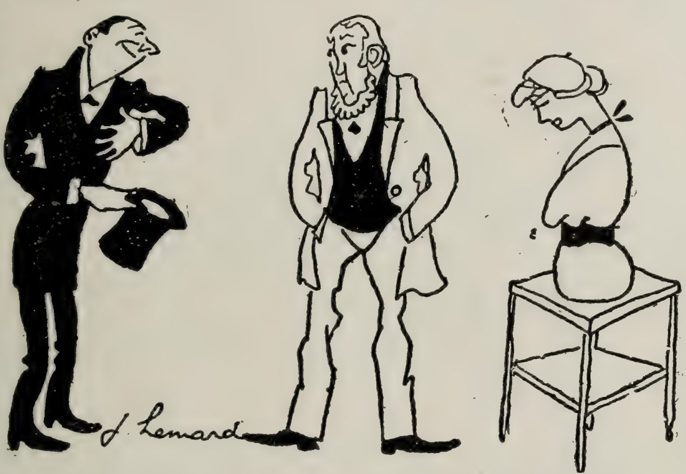
El otro día encontré a mi amigo Joë Brick en la avenida trescientos noventa y ocho. Parecía muy triste. A mis palabras alegres contestó con esta frase lamentable:

—¡Ay amigo! si supieras... pero no sabes...

Cediendo a la necesidad que experimentan los afligidos, de confiar al primero que caiga la causa de sus penas, me contó su historia, una historia muy triste.

—Mis negocios iban viento en popa—comenzó—y ya había formado el propósito de hacerme admitir en el Club de los billonarios. Un matrimonio con una mujer rica podía ayudar mis planes.

Había oído hablar mucho de Miss Rubí Smith, la hija del rey de la agricultura, una mujer de gran belleza, pero ¡ay!, privada de brazos y piernas. Se la llamaba la mujer-tronco. Se decía que era caritativa y dulce, que tenía una inteligencia superior, y colaboraba con su padre en la conducción de formidables negocios. Una vez se dijo, refiriéndose a élla, que la agricultura carecía de brazos, ante lo cual la joven



se había encogido de hombros despreciando tan mezquinos conceptos. Y era que Miss Rubí conocía a fondo los últimos progresos de la mecánica y sabía que las máquinas han reemplazado en todas partes a la mano de obra.

Inútil es decir que pronto formé el proyecto de casarme con Miss Rubí. Una tarde, pues, me presenté en casa del rey de la agricultura y le pedí la mano de su hija.

—¿Viene usted con el fin de burlarse?—me dijo el papá.

Creí haberlo ofendido usando una fórmula acostumbrada, pero poco exacta en esa circunstancia, y ya iba a deshacerme en excusas, cuando el hombre de las mil propiedades, sin pararse en chiquitas prosiguió:

—Mi hija es rica... ¿cuánto vale usted en cambio?

Confié mis esperanzas al Creso. Le demostré que tenía ideas muy modernas respecto a las remolachas. Le dí pruebas de una cultura, de una cultura intensiva; le demostré la manera exacta de obtener una cosecha de repollitos de Bruselas tres veces más abundante regándola dos veces por día con el agua recogida en Bélgica, el agua del Manekenpisse. Le probé por una demostración de una suprema claridad, que podía amasarse una fortuna enviando periódicamente al Africa remesas de rábanos blancos, destinados a los negros.

Después de escucharme atentamente me dijo:

—Señor, usted será mi yerno si mi hija lo acepta como esposo.

Miss Rubí me recibió con una sonrisa encantadora. ¡Pobrecita! ¡Qué linda era! ¡Un busto de la Venus de Milo!

En resúmen: yo le caí en gracia y el matrimonio se realizó con gran pompa. Fué el día más bello de mi vida. Después de la bendición nupcial mi mujer recibió a sus antiguas amigas con los brazos abiertos, en el "home" que iba a ser nuestro. Creía firmemente en el triunfo de mis planes y que pronto sería admitido en el Club de los billonarios. ¡Ah¡ ¡ah!, ¡qué cerca está la desgracia de la alegría!

—Mujercita mía, mi cara mitad, dije a Rubí la noche de nuestras bodas, ¿qué te parece si rindiéramos tributo a las costumbres tradicionales y huyéramos de esta ciudad febril para realizar un viaje idílico?

—Joë mío, piensas en todo—y como no pudo colocar sus manos sobre las mías, hundió sus miradas en mis ojos.—Iremos adonde tú quieras.

Soy un hombre galante. Hubiera querido besarle las manos ante esta respuesta encantadora. Pero como era imposible le besé la frente. Ella me dijo:

—¡Joë, te amo!

Y yo contesté:

—Rubí, te adoro. Sin tí no hay felicidad posible.

¿No encuentras enternecedora la historia? Espera. Voy a contarte el brutal desenlace. Partimos para el Canadá, con el fin de hacer ese famoso viaje de que tanto hablan los diarios. Íbamos a atravesar las montañas Rocallosas y luego descender embarcados hasta California. Pero la garra del destino implacable se cernía sobre la cabeza de mi bien amada.

Por fin llegó el minuto fatal: el tren marchaba a toda velocidad.

De pronto el convoy se detuvo de golpe. Oímos gritos de terror. Varios bandidos enmascarados habían hecho detener el tren, y amenazaban con sus revólvers a los pasajeros. Seguramente habrás oído hablar de esos atentados audaces, contra los cuales el gobierno se siente impotente.

—¡Arriba las manos!—gritó un bandido, haciendo irrupción en nuestro compartimiento.

Rubí era muy valiente, no lo dudo, pero ¡qué iba a hacer!...

—¡Arriba las manos!—repitió el hombre del revólver.

Y como los brazos—los brazos ausentes de Rubí—no se levantaran, el hombre hizo fuego. He aquí cómo me convertí en viudo, sollozó Joë Brick.

Luego el rey de la agricultura me acusó de haber conducido a su hija—su brazo derecho, como él la llamaba—a una emboscada. No quiso cumplir sus contratos, combatió mis negocios personales y yo, Joë Brick, el viudo de la mujer tronco, pronto me ví arruinado y en la necesidad de recurrir a la caridad pública. ¡Hermano! ¿puedes prestarme cien dólares?

Pablo Luis **HERNIER.**





Elegancia, Confort y Calidad

serán siempre condiciones que distinguirán una buena CAMISA. Si además de esas condiciones, el precio es reducido, entonces no hay que dudar. Es GATH & CHAVES quien lo ofrece.

El lunes 11 empezará en nuestra Casa Matriz: Bmé. Mitre y Florida, la exposición anual de

CAMISAS BLANCAS para HOMBRE

Gath & Chaves

SOCIEDAD ANÓNIMA

BUENOS AIRES ◇ SANTIAGO DE CHILE ◇ LONDRES ◇ PARÍS



Como se forman hombres



La vida de los niños debe reglamentarse. —Uno de los mayores errores en que generalmente se incurre en la educación de los niños es el poco caso que se hace de la reglamentación de sus costumbres, de su vida en general. Sería tan fácil hacerlo desde un principio, mientras que cuanto más se tarde más ardua resulta la tarea. Con mucha sabiduría la naturaleza ha inspirado a los padres el amor a sus hijos; pero si la razón no modera este afecto natural con una extremada circunspección, el afecto degenera fácilmente en excesiva indulgencia. Nada más justo que los padres y madres amen a sus hijos, a ello les obliga la naturaleza y el deber. Pero a menudo no solamente aman sus personas sino también sus defectos. Según ellos, no se debe ni contrariar ni molestar a los niños: se les debe dejar hacer todo lo que quieran. Y como no hay peligro de que en la infancia contraigan vicios importantes, los padres se imaginan que pueden tener indulgencia con sus pequeños defectos y aun permitirles algunas picardías que, según ellos, son naturales en esa edad inocente. Para destruir el error de algunos padres, que, ciegamente apasionados de sus hijos, no han querido tomarse el trabajo de corregirlos por una pequeñez, recordemos la respuesta llena de sabiduría de un viejo filósofo: "Una falta ligera es poca cosa, pero no es poca cosa la costumbre".

El exceso de indulgencia es peligroso. —¿El niñito querido se divierte pegando e injuriando? ¡Esto le divierte, y quién lo va a tomar en serio! ¿Llora porque quiere que le den una cosa? ¡Pues dársela en seguida! Hay que dejarle hacer cuanto se le ocurre: tiempo tendrá después de sufrir contrariedades. Dice la canción que a los niños no se les debe causar la más pequeña pena. Y es así como, por una excesiva indulgencia los padres corrompen en sus hijos todos los principios de una buena educación. Cuando los niños han crecido y con ellos han crecido sus malos hábitos, los padres empiezan a sentir acerbos remordimientos: entonces se enfadan y se lamentan de la falta de obediencia de sus hijos. ¿Cómo pueden extrañarles las malas inclinaciones que ellos mismos han inspirado y cultivado? Pretenden extirpar demasiado tarde las malas yerbas que han dejado crecer y que han echado raíces demasiado fuertes para poder ser arrancadas...

¿Podemos esperar que un niño a quien hemos tolerado insolente, se convierta en un adolescente respetuoso? ¿Que un niño insoportable se transforme en un compañero amable? No. Es verdad que algunos niños hacen esa ilusión: después de haber sido intolerables en su primera edad, son unos jovencitos perfectos. No hay que engañarse: la transformación no se ha hecho sola, y buscando bien se encontrará la causa en la mano firme de una madre o de un padre que ha sabido no tener todas las indulgencias.

No perdamos de vista este precepto: el niño que no está acostumbrado desde la infancia a someter su voluntad a la razón de los padres, encontrará mucha dificultad para escuchar y seguir los consejos de su propia razón cuando, hecho hombre, esté en edad de aprovecharlos: no es difícil prever que será un impulsivo y nada más.

Es preciso saber negar a los niños. — El principio del verdadero mérito consiste en vencer los propios deseos cuando éstos no están autorizados por la razón. Este poder se adquiere y se perfecciona por la costumbre, que convierte todo en fácil y familiar si a ella nos sometemos desde pequeños. Por esto sería bueno que se acostumbrara a los niños desde que nacen a refrenar sus deseos y no tener caprichos. Lo primero que habría que enseñarles, es que no se les da una cosa porque les guste, sino porque se considera que les es útil. Después de haberles dado, bien entendido, cuanto les es necesario, si no se les diera jamás aquello que pidieran llorando, aprenderían a pasarse sin ello y no gritarían para hacerse obedecer: no llorarían para conseguir un objeto prohibido, como no lloran para obtener la luna: y esto los haría la mitad menos insoportables.

No quiere decir esto que sea necesario carecer de indulgencia para todos sus deseos y exigir de ellos una prudencia de filósofos. Los niños son niños y estamos obligados a ser complacientes con su debilidad como a darles juguetes para su distracción. Todo es cuestión de medida. Pero cuando lloran para obtener lo que no es necesario que tengan, o para hacer lo que no deben hacer, no se les debe conceder lo que piden so pretexto de que lo desean; muy al contrario: si redoblan sus importunidades para conseguirlo, es necesario hacerles comprender que precisamente por eso se les rehusa. Hay niños que no piden nunca nada en la mesa, cualesquiera que sean los manjares que ven ante ellos, pero que toman con gusto los que se les quiere dar; otros piden todo lo que ven, quieren tocar todas las fuentes, y hasta pretenden que les sirvan antes que a los demás. ¿De dónde puede provenir esta diferencia, si no es de que los primeros están acostumbrados a obtener chillando todo lo que quieren, en tanto que los segundos están acostumbrados a privarse?

Cuanto más pequeños son los niños menos se deben satisfacer sus caprichos. Cuanto menos razón tienen más necesario es que se sometan a la autoridad de los padres o de aquellos a quienes los padres los han confiado. Se debe tener como una máxima inviolable que después de haberles rehusado una cosa, no se les debe conceder porque griten y reclamen, a menos que se desee enseñarlos a ser impacientes y rabiosos, recompensándoles cuando dan muestras de rabia y de impaciencia.

En resumen, se forma el carácter estudiando los defectos y las tendencias del niño, proporcionando y diversificando los métodos de educación según su temperamento, sometiéndolo a una disciplina que no sea una obligación servil, sino una obediencia razonable, que se hará cada vez más espontánea hasta la hora de su completo desarrollo moral.


Madres dad a vuestros hijos el
Jarabe "Roche"
es agradable al paladar
cura Tos
Constipados
Bronquitis
da Pulmones robustos,
y precave la Tuberculosis
Jarabe Roche
Ch. Weiss
30 Boul^d Magenta
PARIS
F. HOFFMANN LA ROCHE
7. Rue S^t Claude
PARIS
Precio: 4^f 50 el frasco
F. HOFFMANN-LA ROCHE y C^ie PARIS.
De venta en toda Farmacia y Droguería.
Agentes. O. MONACO y C^a 871 Viamonte Buenos Aires.

La peineta



—Ven aquí, León; toma tu sopa...



—¿Tenías hambre, eh?



¡Pero, cómo has quedado! ¿No sabes comer sin mancharte?



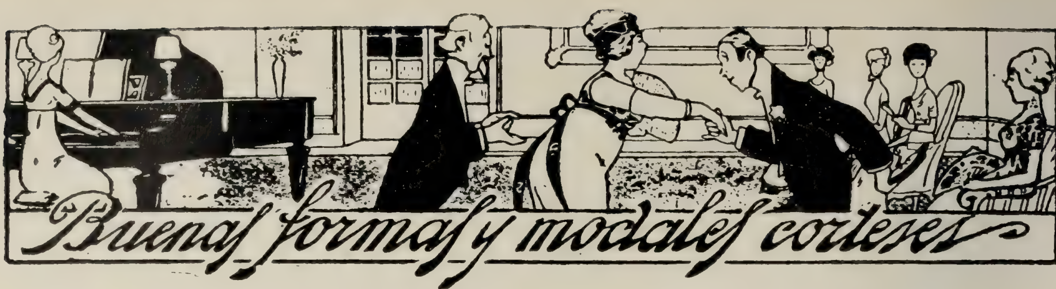
—Mi peineta lo arreglará todo.



—Ahora pareces una colegiala.



—¡Qué cara pondrá mamá cuando me vea en esta facha.



Las visitas

Las visitas son los actos que más eficazmente contribuyen a fomentar, consolidar y amenizar las relaciones amistosas; a conservar las fórmulas y ceremonias que tanto brillo y realce prestan a la sociabilidad; a facilitar todos los negocios y transacciones de la vida; y a formar, en fin, los buenos modales y todas las cualidades que constituyen una fina educación, por la multitud de observaciones que ellas nos permiten hacer a cada paso, las cuales nos conducen a imitar lo que es bueno y a desechar lo que es malo, adoptando insensiblemente los usos y estilos de las personas que más se insinúan en el ánimo de los demás, por su trato agradable, delicado y culto.

Las visitas son indispensables para el cultivo de la amistad, pues por medio de ellas manifestamos a nuestros amigos, de la manera más evidente y expresiva, cuán grato es para nosotros verlos y tratarlos, así como la parte que tomamos en sus placeres, en sus conflictos y en sus desgracias, y el agradecimiento que nos inspiran sus atenciones y servicios.

Por eso es que la sociedad ha dado universalmente una grande importancia a las visitas; y como actos que expresan afecto, consideración y agradecimiento, las ha hecho necesarias y obligatorias, interpretando siempre su omisión como una grave falta a los deberes sociales.

Seamos, pues, cuidadosos y esmerados en hacer oportunamente todas aquellas visitas a que tales consideraciones nos obliguen, y pensemos que por más que nuestra omisión no tenga origen en la ignorancia de las leyes de la etiqueta, ni en la falta de sentimientos amistosos, ella será casi siempre atribuída a una u otra causa, por cuanto es por las señales exteriores que se juzga más generalmente de nuestra educación y de nuestras disposiciones para con los demás; siendo digno de notarse, que son muchos los casos en que la falta de una visita llega a ocasionar serios desagrados, y aun a disolver los lazos de una antigua amistad.

Nos es enteramente lícito negarnos, o hacer decir a las personas que nos soliciten que no estamos de recibo, cuando no nos encontremos en disposición de recibir, ya sea porque tengamos entre manos alguna ocupación que no podamos abandonar ya porque nos preparemos a salir con urgencia, ya por cualquier otro motivo, que a ninguno le es permitido entrar a juzgar ni a examinar. Y es mostrar poca cultura, y una completa ignorancia de los usos de la buena sociedad, el darnos por ofendidos porque una persona se excuse de recibirnos, o porque hayamos sospechado, y aun llegado a descubrir, que se encuentra en su casa, habiéndosenos contestado estar fuera de ella.

Sin esta libertad, las visitas, que son generalmente actos de amistad y de consideración, se convertirían en muchos casos en actos tiránicos, y aun llegarían a ser hasta cierto punto odiosas, según fuese la entidad del perjuicio que una persona recibiese en sus intereses, por haber de someterse a recibir una visita, precisamente a tiempo en que negocio de importancia y de naturaleza perentoria exigiese su presencia en otra parte.

Este general consentimiento nos ahorra también el embarazo en que nos encontraríamos muchas veces en una visita, por ignorar si habíamos llegado en oportunidad; pudiendo desde luego estar tranquilos y satisfechos, al considerar que la persona que nos recibe ha tenido la libertad de excusarlo.

Para terminar esta breve disertación sobre la libertad de excusarse de recibir visitas, que admite hoy la buena sociedad en todas partes, advertiremos que el que usa de este derecho, lo hace muchas veces aun cuando se trate de la visita de un amigo muy querido, cuya compañía le proporciona los ratos más amenos, o de una persona que le solicita con el objeto de hablarle sobre negocios para él importantes; consideración que hace subir de punto la justificación de todo el que, impulsado por un motivo cualquiera, tiene a bien hacer que se diga a los que le soliciten en su casa que no se encuentra en ella o que no está de recibo.

Por regla general, siempre que se nos diga que la persona que solicitamos en su casa está fuera de ella, nos abstendremos de hacer ninguna inquisición sobre el lugar en que pueda encontrarse; y aun cuando tengamos motivo para sospechar que se ha negado, o la hayamos alcanzado a ver en lo interior de la casa, nos retiraremos sin decir una sola palabra sobre el particular, y sin darnos por ofendidos. Y en el caso de que se nos conteste que no está de recibo, guardémonos de dirigirle ningún recado pretendiendo que nos reciba a nosotros, y retirémonos igualmente, sin creernos tampoco por esto en manera alguna ofendidos.

Siempre que se nos niegue o excuse recibirnos, una persona a quien solicitemos para advertirla de un peligro que la amenaza, o para tratar de un asunto cualquiera de urgencia, la discreción y las circunstancias nos indicarán de qué manera debemos conducirnos, si es que nos fuere imposible dejarle una nota en que la impongamos brevemente del objeto de nuestra visita.

¿Son degenerados los hijos de los millonarios?

Una nueva teoría científica

En vista de los frecuentes casos de locura y de manía suicida que se registran entre los hijos y descendientes de los multimillonarios, los médicos yanquis han llegado a sospechar que la lucha por la fortuna produce en los cerebros de los grandes negociantes alguna anormalidad que es causa de la degeneración de su descendencia.

Según los médicos, los padres o antecesores de estos locos y suicidas, en su tensión mental constante, agotan sus nervios de tal modo, que sus descendientes nacen en un deplorable estado de organización mental y nerviosa.

A propósito de esto, uno de los casos más trágicos que pueden citarse, es el Mrs. Herbert M. Sears, una de las principales damas de la alta sociedad de Nueva York, tanto por su capital como por su belleza, que se tiró por el balcón de su alcoba en un acceso de manía suicida. Mrs. Sears poseía una fortuna de cinco millones de pesos oro, heredada de su abuelo materno John F. Sater, conocido financiero de Norwich. Los trastornos nerviosos de Mrs. Sears comenzaron a manifestarse en los primeros años de su matrimonio. Creíase rodeada de enemigos, y al fin, presa de un brusco temor, puso fin a su vida en la forma que dejamos relatada.

La hija mayor de Mr. Rockefeller es un caso curiosísimo de las ironías de la suerte. Una mujer tan rica como ella dió en la manía de creerse en la última miseria, y tan de veras lo sentía, que llegaba al extremo de rebuscar los mendrugos de pan en la basura que tiraban en su casa. Poco después de casarse con el profesor Strong comenzó a hacer cosas muy extrañas. Teñía la ropa de sus hijos, y aprovechaba los trajes suyos para vestirlos, zurcía y repasaba las prendas, compraba sólo lo más indispensable, y en cantidades muy pequeñas, y hasta regateaba y rebajaba el sueldo de los criados.

Ni su marido ni su padre podían convencerla de que no se hallaba en la pobreza. Una vez Mr. Rockefeller sacó del Banco un millón de dollars en billetes, y se los enseñó a su hija para demostrarla que no la amenazaba la miseria, pero no produjo ninguna sensación la vista de aquella fortuna. Con la esperanza de curarla, su marido la llevó a Francia, y allí murió con su manía.

El caso de uno de los hijos de Mc. Cormick, el inventor de numerosas máquinas agrícolas, es de los más tristes y, según los doctores, es uno de los que demuestran más claramente el peligro que amenaza a los hijos de los millonarios. Mc. Cornick hacía una vida muy metódica y tenía gran disposición para los negocios, pero de improviso se volvió loco. Su monomanía empezó a manifestarse en forma de un vivo deseo de alcanzar grandes velocidades. Entre los accesos de demencia tenía períodos de melancolía aguda, al cabo de unos cuantos meses fué preciso recluirle en un manicomio.

Teodoro Haveneyer, gran negociante, y uno de los fundadores del trust del azúcar, ha sido también muy desgraciado con sus hijos. Dos de ellos se suicidaron, y otro murió loco.

Todos estos ejemplos y algunos más, son los que han dado origen a la curiosa teoría que hemos enunciado.

La dificultad de lo sencillo

¿Creen nuestros lectores que son dueños absolutos de sus nervios y de sus músculos? Pues están en un error. Unos cuantos ejemplos les convencerán de ello. Hay cosas sencillísimas al parecer que no pueden hacerse más que a fuerza de práctica y ejercicio, y aún así, a veces no se logra hacerlas nunca.

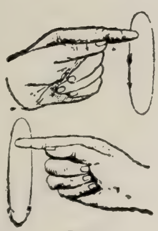


Fig. 1.ª

Colocadas las manos en la postura que indica la figura primera, ¿no es verdad que parece sencillísimo hacer que el dedo índice de la mano derecha describa un círculo en el aire "hacia" el experimentador, mientras el índice de la mano izquierda describe otro en sentido contrario? Pues, sin embargo, hacer ésto con facilidad y sin esfuerzo aparente requiere una larga práctica y una seria lucha mental, porque es verdaderamente sorprendente la tenacidad con que las mans se empeñan en seguirse una a otra. Para que no se desanimen los que pretenden conseguirlo, hay que advertir que con paciencia se vence la dificultad y unas personas lo logran antes que otras.

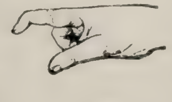


Fig. 2.ª

Esto recuerda otro juego bastante conocido que consiste en frotarse la frente con la palma de una mano, y darse golpes de pecho con la otra, lo cual es mucho más fácil. Veamos la figura 2. Colóquense las manos en la posición indicada y hágase por separar los dedos anulares del contacto de las yemas. La cosa es imposible como no se posean unos músculos y unos huesos constituídos por el estilo de los de ciertos fakires indios que hacen diabluras con su cuerpo. Los dedos pulgares, los índices y los meñiques se separan fácilmente, pero los anulares no hay medio de despegarlos sin despegar al mismo tiempo los dedos corazones que, como se ve, están doblados. Nótese que juntando todos los dedos en su posición normal, es decir, todos estirados, se pueden despegar independientemente cualesquiera de ellos. De seguro que la figura 3.ª parecerá fácil de hacer a todos los que la vean, pero póngase la mano en la posición que indica el dibujo, con el dedo índice estirado, procure doblarse la punta de éste y cuando se haya conseguido hacerlo, de seguro se habrá pasado distraído toda una tarde.



La figura 4 también parece sencilla, pero no lo es. Se abre la mano, se extienden todos los dedos, conservándolos pegados unos a otros y entonces se dobla el meñique como se ve en el dibujo, sin que los demás dedos se despeguen ni se doblan hacia adentro. El lector que consiga hacer los movimientos que quedan expuestos no podrá decir que ha salido ganando nada, pero realmente habrá adquirido cierta flexibilidad en los dedos y se habrá distraído y mientras se está distraído, se ve uno libre de caer en tentación de hacer cosas menos inocentes.



El diario de un niño malo

Traducción de Einar J. P. Hansen

(Para EL HOGAR.)

CAPITULO 19

Estudiante aventajado

Es maravillosa la cantidad de cosas que se aprenden en la escuela.

Arturo Brown me ha enseñado la forma de tirar pelotitas de papel sin que nadie se de cuenta. Guillermo Wilson me enseñó a levantarme de la cama y dar bromas, también a escribir las respuestas en las uñas y en papelitos, así uno no tiene necesidad de estudiar tanto. El cálculo mental me da dolor de cabeza, es más fácil hacerlo en la pizarra porque se puede retratar al maestro y también a la señora de Pitins, lo que sí hay que ser rápido para borrar, pues se enoja si la pintan más ancha que alta. Ayer me pescó en eso y tuve que quedarme en medio del aula con un bonete colorado en la cabeza. Le dije que prefería un bonete a una peluca y se puso colorada. Desde que sucedió lo de la peluca me parece que tiene tirria y eso que ahora tiene una peluca mucho mejor que la otra. Siempre he de tener yo la culpa.

No he sido yo el que roció con tinta todo el salón, es injusto culparme a mí, cuando lo único que hice fué atar el tintero a la cola del gato, fué él quien derramó la tinta con sus locas cabriolas y no yo. El profesor me notificó que si vuelve a suceder algo parecido me suspenderá. Le pregunté a Jack Benz lo que quiere decir suspender y me dió un diccionario para que mirara. Allí dice: "Suspender". Atar a algo que se encuentra en lo alto, colgar.

¡Dios mío ¡lo que me espera! Yo creía que sólo se colgaba a los criminales. La señorita dice que no me ahorcarán sino que me mandarán a casa, que es precisamente lo que yo deseo, pero además dice que sería una vergüenza para mamá y mis hermanas, figúrense ustedes. ¿Cómo puede ser una vergüenza el que me vuelvan a tener a su lado?

La señora de Pitins tiene mucho miedo a los ladrones, los muchachos dicen que no pasa noche sin que despierte a su marido gritando que hay ladrones en la casa. Es una lástima que siempre se chasquee el profesor, así es que anoche hubo un ladrón debajo su cama. La señora Pitins roncaba estrepitosamente. De pronto se despierta gritando: ¡Pintins, Pitins, hay un ladrón debajo de la cama! No seas tonta y duerme fué la respuesta.

Te digo que hay uno, lo siento moverse, Pitins, levántate! ¡Fuego! ¡Asesinos! ¡Ladrones! ¡Oh, Pitins, enciende la luz! El profesor volvió a decir que no fuera tonta, y en eso el individuo que estaba debajo la cama pegó un golpe contra los elásticos y el profesor fué a dar con sus huesos en el suelo a donde fué a seguirlo su señora que no se pudo levantar de miedo, gritando a Pepe Benz y a otros muchachos que acudieron presurosos con velas y lámparas. Si ustedes pudieran ver a la señora Pitins en camisón y con los pelos envueltos en papelitos, se desternillarían de risa. Pepe Benz miró debajo de la cama pero no vió a nadie porque en la obscuridad ya me había escabullido yo y fingía dormir profundamente cuando Pepe volvió al dormitorio. Ya reina la tranquilidad. Por esta vez no me he visto mezclado en este asunto. La directora envió sus alhajas al

banco como medida de precaución, espero que no las perderá, sería una gran desgracia.

Y pensar que a Jorgito el mimado de su mamá lleve un título tan feo y largo como "Cleptómano", que quiere decir que uno no puede resistir a la tentación de apoderarse de lo ajeno. Ayer tuve que andar todo el día con un papel en la frente en el que estaba escrita la fatídica palabra. Ya te he contado, querido diario, que había una abertura en el piso de mi pieza que se encuentra justamente sobre el cuarto de la directora. Bien, pues, revisaron hoy mi baúl y el de los demás condiscípulos míos. ¡Qué de cosas encontraron en mi baúl! Los lentes de la directora, cuellos de encaje, un frasco de agua perfumada, dos almohadillas, seis pañuelos, un plumero, una cartera con 50 centavos, el reloj nuevo del profesor y la peluca nueva que creía se la habían llevado las ratas por su misteriosa desaparición, por eso dijeron que era yo un cléptomano. Yo desearía saber qué muchacho en mi lugar no hubiera hecho lo mismo que yo. Tenía la intención de devolver las cosas, pero como los cléptómanos también lo hacen, no hay duda de que lo soy efectivamente. Todos los viernes el profesor se pone un cuello nuevo, bien planchado, y viene gente del pueblo a oir las composiciones de los muchachos, los diálogos, etc. Hoy me llegó el turno a mí. Era una composición sobre la escuela que la señora Pitins había escrito así: "¡Qué " felices son los días pasados en la escuela! ¡los " más felices de la vida! Los niños que tienen " la suerte de poder ir a la escuela deben agradecerlo mucho a la Providencia. Los pobres " muchachos de la calle desearían también poder gozar esa inmensa dicha. Debemos apro- " vechar bien el tiempo mientras somos jóvenes " y dedicarnos al estudio. Nuestra nación debe " su grandeza, en primer término, a su buen sis- " tema de educación, sobresaliendo las escuelas " de pupilos y las preparatorias de cursos supe- " riores." Eso escribió la directora, pero como no me gusta mentir escribí yo mis ideas sobre el asunto, y cuando llegó el momento subí a la tribuna y leí ligero y bien fuerte:

"Los días pasados en la escuela son los peo- " res y más desagradables de la vida. Debemos " compadecer de todo corazón a los niños que " van a la escuela, los pobres niños de la calle " son más felices y se divierten más jugando a " las bolitas desde la mañana a la noche. Yo qui- " siera ser un muchacho de la calle para apro- " vechar bien el tiempo. Las escuelas de pupilos " son las peores". Esto es lo que yo sé de la escuela. Parece que a la concurrencia le agradó mucho, pues sonreía durante la lectura, el director y su señora también se sonreían pero muy a pesar suyo. Cuando la fiesta hubo terminado y yo me disponía a patinar con los demás niños, se me acercó la directora diciendo dulcemente: No se moleste en ponerse los patines, lo mejor es que se pase la tarde haciendo sumas en la pizarra por haber modificado el texto que yo le di. Me llevó a la clase donde me encerró bajo llave. ¡Qué crueldad! ¡yo que tan anhelosamente había esperado el viernes para patinar! A cada suma que intentaba hacer, caían las lágrimas sobre la pizarra, no tenía así necesidad de usar borrador. Como sentía frío me acerqué a la estufa. Había en ella una sola brasa, rompí un cuaderno y lo eché al fuego que se reavivó algo, seguí entonces echando todos los cuadernos que había a mano y me calenté lo más bien, pero desgraciadamente el caño de la estufa se descompuso y se llenó el

cuarto de humo. Como me estaba asfixiando llamé con toda la fuerza de mis pulmones. Golpeé la puerta, pidiendo a la directora que me dejase salir, pero se había ido al pueblo llevándose la llave en el bolsillo. La señorita de nuestro grado que oyó el ruido, al enterarse de lo que sucedía me dijo que abriese la ventana para no asfixiarme mientras llamaba a un hombre para que abriese la puerta. A pesar de todo no pude abrir la ventana, por lo que la señorita gritó: rompe un vidrio, Jorgito! Qué farra, pensé yo al oir esto, y a los diez minutos no quedaba ni un vidrio sano en todo el cuarto, hasta los del armario quedaron hechos pedazos. El director se quedó aterrado al ver los destrozos. ¿Por qué rompió todos los vidrios? Ahora estaremos una semana de composturas, será su papá que pague los vidrios rotos. Juan, dijo la señora de Pitins, no sería mejor que junto con la cuenta mandásemos también este muchachito insoportable? Si lo tenemos con nosotros hasta el fin de curso nos va a arruinar; es peor que las siete plagas de Egipto. Nadie me quiere, de casa me mandaron aquí y ahora la señora Pitins me quiere devolver otra vez. Ya sé lo que voy a hacer. El otro día leí en los diarios un aviso que decía: Se desea adoptar un niño bueno y robusto. Voy a mandar un aviso al diario para que me adopten a mí; diré que soy robusto sin que sepan que soy malo, ¡qué chasco se van a llevar! Lo voy a escribir esta noche: Un niño robusto desea ser adoptado por una familia decente, se prefiere el hogar de un confitero.

Fin del capítulo 19

Los secaderos agrícolas

Mientras en unos sitios se hacen esfuerzos para propagar el uso de las cámaras frigoríficas en la conservación de materias agrícolas, frutas y legumbres, en otros se ocupan de propagar el empleo de la desecación para la conservación de los productos de las granjas, y también para su transporte, que resulta más económico, por la reducción hasta el mínimum del agua que contienen.

La desecación se emplea mucho para las pulpas de azúcar y de fécula, etc., porque permite retardar considerablemente el tratamiento. La remolacha azucarera, por ejemplo, cortada en prismas rectangulares desecados, puede esperar muchos meses el momento de ser utilizada para la fabricación del azúcar.

En Alemania se someten a la desecación cantidades enormes de patatas cuando la cosecha es abundante. Cada cien kilos de tubérculos se reducen a 28 al secarse. Esto bastará para formarse idea de las ventajas que el procedimiento ofrece para el transporte.

En los Estados Unidos se emplea mucho la desecación o evaporación, pues también se le da este nombre, para la conservación de frutas que, llegado el invierno, sirven para hacer excelentes compotas.

Cómo se hace un modelo de monoplano

Se necesitan para fabricar el armazón de este volador seis listones cuadrados de madera de cinco milímetros de lado por noventa centímetros de largo, una planchita cuadrada de madera de seis centímetros de lado y otra de cuatro centímetros de lado, planchitas que deben tener cuatro orificios cuadrados en los que enchufen los listones. Hace falta además puntas de París, cola fuerte y bramante.

Pasemos a la colocación de estas piezas. Se enchufan los listones previamente mojados en la cola dentro de las planchitas, una en cada extremo, de modo que formen un rectángulo (fig. 1), y luego se atraviesan con una punta de París para hacer más sólido el armazón. Luego a todo lo largo del chasis se colocan encolados y clavados pequeños listoncitos distantes unos de otros diez centímetros para reforzar el armazón (fig. 1-b). Tómese cuarenta metros de hilo de goma puro núm. 18; clávese en una tabla dos clavos separados por una distancia de cincuenta y cinco centímetros y arróllese formando madeja el hilo de goma, sin alargarlo; anúdense sus extremos y quedará construído el motor.

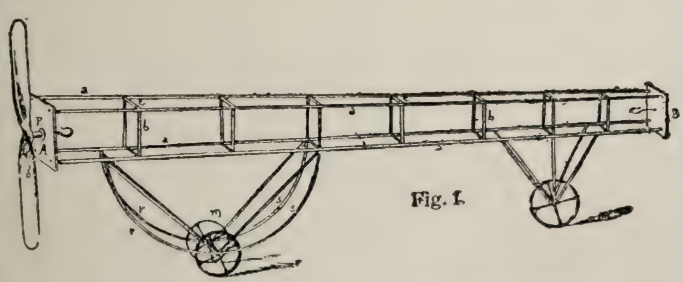


Fig. 1.

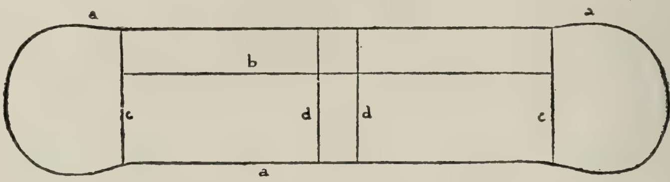
La hélice es la parte más delicada del aparato; tiene veinte y siete centímetros de punta a punta por un ancho de cuatro centímetros, y está construída de madera de Flandes, toda de una pieza. El modo de construirla es el siguiente: Cortar un rectángulo a lo largo, de madera que no tenga ningún nudo; de treinta centímetros de largo por cinco de lado. Sobre este rectángulo trazar una diagonal sobre las caras largas y una sobre cada sección. Fijarse que la diagonal de una cara debe formar cruz con la del lado opuesto. Con un cortaplumas bien afilado, disminuir las dos palas hasta un grueso de un milímetro, dándoles una ligera curvatura. Pulirla luego con papel esmeril y en el centro practicar un orificio por el que pasará un trozo de alambre de acero 20'10 milícos.

En el centro de la planchita (A fig. 1), hágase un orificio por el que se pasa el alambre eje de la hélice; entre ésta y la planchita se interpone un tubito de madera de un centímetro de largo separado éste de la hélice y de la planchita por dos rodajas de hojalata (P) para evitar el roce. Unase la argolla de la hélice con la que lleva la planchita B mediante la madeja de goma, advir-

tiendo que la argolla de la planchita B es fija. Ya tenemos el armazón con el motor y hélice construído; ahora se comprenderá que si hacemos girar la hélice hacia un lado la goma se arrollará sobre sí misma produciendo una reacción contraria, al dejar la hélice, es decir que girará en sentido contrario.

Dándole 200 a 250 vueltas tarda en desarrollarlas en sentido contrario de 20 a 22 segundos, y en este caso está bien construída, pues impulsará al monoplano con una velocidad de cinco metros por segundo.

Debe fijarse la atención al montar en el armazón la hélice que ésta al girar rápidamente produzca la corriente de aire hacia atrás, mejor dicho, sobre el armazón. Para conservar a la goma sus propiedades elásticas es preciso untarla toda ella con la mezcla siguiente: talco, 2 gramos; vaselina pura, 10 gramos; adquiriendo así una gran elasticidad y resistencia a la rotura. Si pasado algún tiempo se secara, úntese de nuevo, mas sólo con vaselina pura.



Los planos sustentadores son dos: uno anterior grande y otro pequeño o posterior. El ala anterior tiene una forma rectangular, algo ovalada (fig. 2). El borde es de mimbre o rejilla (a) sujeta mediante los listones o nervios (c) y éstos a su vez por el b; en el centro hay otros dos (d) distantes tres centímetros que son los que se unen al chasis.

Las dimensiones de estas piezas son: La rejilla o mimbre, 185 centímetros largo; el listón b, 60; los listones c, 26; y los listones d, 24.

Todos los listones son cuadrados, de ocho milímetros de lado.

El ala posterior o estabilizadora tiene una forma parecida a la anterior, sólo que sus dimensiones son más pequeñas (fig. 3) y consta de dos partes (L M); las terminales o extremos son las llamadas timones de profundidad.

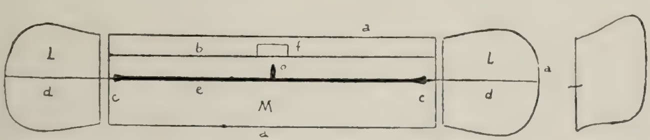
Está también formada por rejilla y listones, siendo sus dimensiones: los listones c, 17 centímetros largo, y el listón b, 42. Las aletas L son todas de rejilla teniendo como refuerzo el nervio de que va unido al eje e; este nervio tiene siete centímetros de largo en cada lado.

El eje es redondo, de cinco milímetros de diámetro y sus extremos atraviesan los listones c, y van a unirse con el nervio d; en el centro hay un pequeño tope o perpendicular que inclinándolo hacia adelante o atrás mueve a las aletas hacia abajo o arriba. En la mitad del listón b, va unido un pequeño trocito de madera con un eje vertical en el que se apoya el timón de di-

Cómo se hace un modelo de monoplano

rección (fig. 4) cuyas dimensiones son diez centímetros de alto por once de ancho, estando construído de rejilla.

La unión de los nervios de madera con la rejilla se lleva a cabo mediante cola y puntas de París. Falta sólo forrar estos armazones; para ello se utiliza tela fuerte y ligera, siendo la mejor la seda del Japón. Engómese todos los listones y rejilla y aplíquese bien tirante la tela sobre ellos, colóquese encima una tabla con pesos y déjese secar. Recortar los bordes y si se quiere reforzar, cósase con hilo fuerte los bordes de la tela sobre el mimbre o rejilla.



A un listón cuadrado de ocho milímetros de lado por veintiún centímetros de largo se le clavan en sus extremos dos ruedas de hojalata o plomo (g. 1 m) de cinco centímetros de diámetro. Por la parte media de este listón o eje se hacen pasar dos hilos de acero, separados por una distancia de ocho centímetros; los extremos terminales r, se unen al chasis a una distancia de la plancha A, de doce centímetros y los otros extremos S, a una distancia de treinta y dos centímetros a partir del mismo punto y así quedarán las ruedas distantes del armazón perpendicularmente doce centímetros.

Ahora a una distancia de sesenta centímetros de la plancha A se colocan a cada lado del chasis perpendicularmente a la longitud del mismo dos listones de doce centímetros de largo, los cuales sujetan por su extremo otra rueda de iguales dimensiones que las anteriores.

Ya tenemos el armazón montado, el cual ya con veinte vueltas de hélice corre por el suelo liso seis metros.

Veamos la colocación de las alas sobre el chasis:

A una distancia de la hélice de ocho centímetros sobre la longitud del chasis se clava el ala sustentadora o mayor, y en la parte terminal B, se clava la otra ala o estabilizadora por su eje b, de manera que sobresalga fuera del chasis unos ocho centímetros.

El tope (0) que hay en el ala estabilizadora se une a la misma mediante un hilo de goma y este mismo tope a una palanca que se coloca en la parte anterior del chasis mediante un hilo.

Así se comprende que al mover la palanca el hilo tira del tope y hace mover a los timones de profundidad, volviendo a su posición natural mediante la tracción de la goma.

Para lanzar el aparato, se dan unas diez vueltas a la hélice y teniéndola sujeta con la mano izquierda y con la derecha al aparato procurando que esté horizontal, se le lanza con un ligero impulso, impulso suficiente para correr doce metros en trayectoria descente.

Es preciso además evitar que el aeroplano se destroce en su caída...

Los héroes de la fantasía.—Aquiles

En la leyenda de Aquiles, el héroe tesalio cien veces cantado por los poetas y otras tantas pintado o esculpido por los artistas, hay una nota tierna, bella, a la que acaso no se ha dado tanta importancia como realmente merece. Esta nota es el amor maternal de Tetis, la madre del héroe.

Tetis era una diosa; Peleo, el padre de Aquiles, aunque hijo de un rey, era al fin y al cabo un simple mortal. Desde que Aquiles nació, la preocupación constante de su madre fué evitar que heredase la mortalidad paterna. Con este fin, es fama que, cogiéndole por el talón, lo zambulló en las prodigiosas aguas de la laguna "Estigia", con lo que el cuerpo del chiquillo hízose invulnerable, a excepción de aquel punto por donde su madre lo sostenía. Pero no fué esto todo.

Peleo entregó a su hijo a un centauro llamado Quirón para que lo educase, y aquel extraño preceptor enseñó al joven Aquiles las artes de la guerra y de la caza y lo alimentó, para hacerle enérgico y valeroso, con entrañas de leones y tuétanos de oso y de jabalí, logrando también su propósito, que apenas contaba el discípulo seis años cuando ya cazaba fieras y venados sin auxilio de perros, causando la admiración y la envidia de la propia Diana. Aquella precoz intrepidez hizo sin duda que Calcas, sabio adivino de Megara, predijese que Troya no sería conquistada sin el auxilio de Aquiles, y entonces renacieron los temores de Tetis, que conocedora de que su hijo tenía un punto débil, se lo imaginó víctima de aquella empresa y se propuso evitar a toda costa el peligro. Para lo cual, lo retiró al punto de la tutela de Quirón, lo disfrazó de mujer y rogó a Licomedes, rey de Sciros, lo admitiese entre sus hijas, para que entre ellas se educase como si realmente perteneciese al mismo sexo. El joven cazador de fieras vino así a transformarse en gentil princesa; Aquiles pasó a ser Pirra, y las manos que tendieron el arco y lanzaron la jabalina, manejaron ahora la rueca y tejieron guirnaldas de flores. Sin embargo, cuando Aquiles llegó a la edad viril, la educación recibida del centauro dió sus frutos; el héroe aparentemente afeminado se acordó de que era hombre, y de la amistad de la supuesta Pirra y de Deidamia, una de las princesas, nació un niño, al que se le dió el nombre de Pirro.

Entretanto, los griegos buscaban por todas partes al héroe que había de hacerles dueño de Troya. Sospechando algo de la verdad, enviaron una embajada al rey de Sciros; pero éste negó que Aquiles estuviera en su palacio, y permitió a los embajadores que en éste lo buscasen. Sólo encontraron en él a las princesas. El hijo de Peleo, tras largo tiempo de hacer vida de mujer, confundíase con ellas hasta tal extremo que nadie hubiera sospechado su sexo. Pero entre los embajadores se hallaba Ulises, que era la perspicacia en persona, y antes de retirarse, quiso convencerse de que se habían engañado. Al efecto, con pretexto de obsequiar a las princesas, puso ante ellas diversas joyas y adornos mujeriles, y entre ellos, como por descuido, una espada y un escudo. Al mismo tiempo, en el vestíbulo del palacio se dejó oir una trompeta guerrera. Ante

aquellas demostraciones bélicas, Aquiles no pudo resistir los impulsos de su corazón; rasgó sus vestidos femeninos, arrancóse collares y fíbulas, y empuñando la espada ofreció espontáneamente su concurso a los griegos.

Aquiles partió para Troya con cincuenta naves, acompañado del viejo Fenis y de Patroclo, su compañero de la infancia. Durante los diez primeros años de aquella larga guerra, destruyó doce ciudades por mar y once por tierra. En el año décimo, una contrariedad que le tocó al corazón le indujo a retirarse: Agamenón le había robado su cautiva Briseis, en quien Aquiles tenía puestos todos sus amores. Acaso no habría vuelto jamás a tomar las armas contra los troyanos, a no haber mediado su amistad con Patroclo. Aunque Patroclo pertenecía al ejército de Aquiles, y por tanto se abstenía de combatir, el héroe le permitió volver a la lucha al frente de los mirmidones, y hasta le prestó su armadura. Patroclo sucumbió en la refriega, vencido por Héctor, y aunque su cuerpo pudo ser recogido, las armas quedaron en poder del enemigo. Aquiles lloró la triste suerte de su amigo y juró vengarle de un modo terrible. Reconciliado con Agamenón, inmediatamente volvió a la lucha.

Ya Tetis tenía preparada a su hijo nueva armadura, expresamente encargada a Vulcano. Revistóla Aquiles, y poniéndose al frente de su ejército salió al encuentro del troyano, al que venció y desbarató por completo, consiguiendo apoderarse de Héctor, a quien dió muerte. El cuerpo del troyano matador de Patroclo fué atado a la trasera de su carro de guerra, y en esta forma lo arrastró Aquiles tres veces en torno de la ciudad sitiada. No contento con esta degradación, el hijo de Peleo quiso imponer todavía otras al cadáver de su enemigo, y dispuso que fuese expuesto a la voracidad de los perros y de las aves de rapiña. Los ruegos y las lágrimas del viejo Príamo, padre de Héctor, consiguieron sin embargo ablandar el corazón de Aquiles, quien accedió a suspender la ejecución de aquella orden.

Muerto el más valeroso defensor de Troya, la toma de la ciudad parecía cosa inmediata. Aquiles volvió al asalto, y en uno de los movimientos que hacía al frente de los suyos, una flecha lanzada certeramente por Páris le alcanzó en el talón, precisamente en el punto vulnerable, y antes de que pudiesen acudir a socorrerle, se desangró en tal medida, que dejó de existir en el mismo campo de batalla.

Así, por lo menos, lo cuenta la tradición griega más corriente; pero hay quien refiere que Aquiles estaba a punto de pasarse a los troyanos para unirse con Polixena, hija de Príamo y hermana del difunto Héctor, y habiendo entrado sin armas en el templo de Apolo, fué muerto por Páris.

Sea como fuere, Tetis y las diosas del mar lloraron con los griegos la pérdida de Aquiles, y depositaron su cuerpo, con el de Patroclo, en la ribera del Helesponto, conduciéndole luego a la isla de Leuca, es decir, a la región eternamente luminosa, a la antítesis del tenebroso Hades.

Así obtuvo para su hijo la inmortalidad la divina Tetis, en el mundo de los dioses, ya que no había podido logrársela en el de los mortales.

FIJESE



si la botella del Extracto de Malta de la marca que Vd. favorece lleva la estampilla del impuesto sanitario.

Un producto sin esta estampilla, aunque se venda como Extracto de Malta, no lo es; será sencillamente una cerveza negra.

Cada botella del Extracto de Malta

Malta PALERMO

lleva la estampilla.

Malta PALERMO es el único verdadero Extracto de Malta de producción Nacional. Es el más puro extracto de cebada y lúpulo de la mejor clase que produce la tierra de Baviera. Su uso constante en todos los hospitales del país comprueba su superioridad bajo todo punto de vista.

¿Seguirá Vd. pagando como Extracto de Malta una cerveza negra cualquiera?

EN VENTA EN TODAS PARTES

Cervecería Palermo

(SOCIEDAD ANÓNIMA)

3253 - Calle Santa Fe - 3253

Teléfonos: Unión 110 y 144 (Palermo) - Cooperativa 5 y 28 (Norte)

Representante en Montevideo: JUAN MUSANTE, 448 - 25 de Mayo - 450

El Hogar

Revista quincenal para las familias

Año X. BUENOS AIRES, 13 DE AGOSTO DE 1913. N.° 236.

DAMAS ARGENTINAS



Señora Josefina R. de Cano

Fot. Merlino.

Notas de la Quincena

ERA el servidor de todos, que, olvidándose de sí mismo y de lo que cada cual debe a la conservación de su vida, solía arriesgarla cada vez que el fuego azotaba una gran casa o el más humilde hogar.

José María Calaza, español de origen, vivió abnegándose por su patria adoptiva, la Argentina, pero vinculado en todas sus glorias y sus riesgos a la madre España que supo distinguirle como el mejor de sus hijos.

El cortejo fué de los más numerosos e imponentes; el dolor hondo y silencioso, marcaba todos los rostros; quizás guardara cada uno como santa reliquia en su alma un recuerdo querido del bueno, del valiente, del arrojado, del que mandaba con el ejemplo y con la excelsa ley del gesto.

El público se apiñaba reverente en las aceras descubriéndose respetuoso a su paso. Desde los balcones de la Escuela Sarmiento pudimos contemplar alumnas y maestras, esa demostración última con que la humanidad que queda rinde como un tributo sagrado el adiós postrero al que supo ser siempre tan valiente como bueno.

Caigan sobre su tumba, como un presente de lágrimas, todas las rosas del recuerdo, cuyo perfume se conservará fresco y eterno como la estela de su paso y de su acción en esta tierra que le guarda.

HACE tiempo que varias personas, y también algunas revistas se ocuparon de la urgente necesidad de establecer una casa, con el confort equivalente al hogar — que las niñas trabajadoras dejan para cumplir con las exigencias de su labor donde poder almorzar. Se propusieron varias formas diversas, sin que fuera posible llegar a un resultado feliz. Cábele la gloria a la sociedad ''Liga de Protección a las Jóvenes'', el haber podido inaugurar el sábado 2 del corriente un local en la calle Tucumán 864, destinado a proporcionar comida sana a las jóvenes por la suma de 40 centavos.

Nada tan de acuerdo con los nobles propósitos de la Institución como esta obra, donde las niñas que trabajan encontrarán un sitio ''suyo'', su ''home'' donde, al par que el refrigerio que devuelve las fuerzas perdidas que reclama el trabajo, el espíritu se tonificará con el ambiente tranquilo, sin cuidados y sin ansias, sin esperas que impacientan y entre la alegría del compañerismo nivelado por la edad y la condición de medios de ganarse el diario sustento.

Sólo tenemos una cosa, y es que el local resulte dentro de poco tiempo estrecho; pero esto no desalentará a las valientes señoras de la Comisión, que hallarán en esto un estímulo para batallar más y más.

CON todo el empeño que merece un asunto de tan trascendental importancia, prosiguen los trabajos patrocinados por la Asociación Nacional del Profesorado para la sanción del proyecto de ley Láinez-González en favor del magisterio.

No será la primera vez en que la tenacidad y la justicia se den la mano para alcanzar el más sólido de los triunfos; puesto que está en todos los ánimos, como una convicción irrefutable y una razón de lógica, que el tiempo ha llegado y que la necesidad de asegurar la estabilidad y el mejoramiento del maestro son una verdad que no debe sufrir demoras ni postergaciones, ya que él contribuye en primer término al perfeccionamiento de las generaciones que en sus manos se confían, prodigándoles sin tasa sus primicias, sin entrever entre sus idealismos más que íntimas satisfacciones alcanzadas tras de abnegadas luchas y de propios esfuerzos.

HA dejado de ser una necesidad para transformarse en un imperioso deber, la reglamentación del trabajo de las mujeres y de los menores. Lo amargo de la estadística de lo criminoso y de la miseria, se levanta como un dedo acusador para indicar esta urgencia.

Ya no es nueva la incongruencia que existe entre lo largo del tiempo que la mujer-madre pasa en la fábrica, y lo poco que le resta para dedicar a las atenciones que reclaman sus hijos y su hogar. La falta de dirección y calor maternos hace que los niños sean siempre los perjudicados, y, ni la escuela, ni la política, ni las asociaciones benéficas, podrán devolver a esos seres toda la fuerza moral que la agitación de la vida de la madre que batalla les arranca.

De las menores se reclama tiempo, energías y actividades que por su edad y sus fuerzas es imposible darlas, y de ahí van saliendo para el futuro generaciones débiles, niños viejos de alma, amargados de desencanto, antes de tiempo y que, con seguridad, serán en el mañana seres exhaustos de ambiciones y hasta pesimistas en los caros ideales de la vida.

Las que estamos en contacto con las mujeres que trabajan tan rudamente, podemos comprobar en las clases nocturnas hasta dónde las rinde el cansancio y cuál es el límite de su penoso desencanto. La tarea de aprender para mejorar de situación, conviértese en ansia febriciente, y el temor de no poder conseguirlo, pronto en una horrible amenaza.

El desfallecimiento producido por la larga jornada de trabajo, y tal vez por la ausencia absoluta de consideraciones, que la edad y el estado de las mujeres reclama, pinta sus trazos indelebles en muchos rostros. No basta observarlos, es preciso mezclar a la compasión un poco de la rebeldía que la comparación de situaciones y de sino surge, y con ella bregar hasta conseguir que una ley humana y equitativa proteja y defienda el lugar que a cada uno corresponde en el eterno concurso del trabajo.

HA surgido como una medida preventiva la idea de crear un patronato para convalecientes. Consultado el director de la Asistencia Pública, encuentra acertadísima tal idea, puesto que el Hospital asila durante la enfermedad, proporcionando cama y alimentos a los enfermos pobres, mientras dura su dolencia, pero que una vez curados se hallan imposibilitados por la debilidad, su pobreza y la urgencia de convalecer, para poder ocuparse en trabajos que le permitan hacer frente a las necesidades de la vida.

Y no sólo cree el doctor Piñero que deba crearse un fondo de ayuda para el hospitalizado, sino también para su familia, pues es muy natural que restándole la enfermedad un elemento de trabajo que concurre al sostenimiento del hogar, éste se halle en las más pésimas condiciones para seguir subsistiendo.

Tenemos fe en que tal proyecto encuentre la más franca acogida, porque si bien es cierto que curar al enfermo es humano, el no abandonarlo durante su convalecencia es sagrado y laudable.

Perpetua AUBONE.



... Y a tientas, anduvo por la casa...

(Para **EL HOGAR**.)

I

—¡Marcelino! ¡Marcelino!—gritó la campesina desde la puerta de la casa de campo llamando a su marido, que era el capataz de la finca.—Aquí hay un forastero que te quiere hablar.

Marcelino, que se hallaba en el palomar cebando de comer a las aves, bajó hasta el portalón con su paso habitual y cachazudo, y saludó con un ademán noblote y cortés:

—A la paz de Dios. ¿En qué le puedo servir?

—Señor—dijo el forastero—me llamo Daniel Morales; soy un hombre honrado, pobre, que busca la vida de aventura en aventura. No tengo familia; viajo en busca de almas nobles que me auxilien. Ahora no hallo trabajo. Y esta noche carezco de domicilio, de un tejado indulgente a cuyo abrigo cristiano pueda descansar y dormir. ¿Me quiere usted hospedar?

Marcelino, hombre noblote, buenazo, feliz a su modo, de esos hombres tan virgilianamente sanos de corazón que ni conciben la maldad humana ni pueden apreciar en realidad la adversidad cruda y radical que soportan los desgraciados, permaneció un momento sin responder, observando el semblante del aventurero, y luego, como si de pronto hubiese podido leer en aquella alma desconocida que se le presentaba, contestó:

—Yo no soy el dueño; ¿sabe usted? Soy el capataz. Pero el amo nunca viene y puedo hacer... No tengo inconveniente.

—¡Gracias! ¡Gracias por Dios!

—No tengo inconveniente... Mire usted; carezco de instrucción, de luces, de experiencia; pero en este momento—o será nua mágica ilusión que me hago—parece que alguien está diciéndome al oído: "Complace al forastero; ¿por qué no? Es un desgraciado en realidad, y aunque alguna vez haya cometido actos criminosos, en esta ocasión le detendrá el respeto..."

El aventurero, bruscamente turbado, dió un paso atrás; luego, ya repuesto, con voz insegura preguntó:

—¿Por qué lo dice usted? ¿Acaso le parezco un hombre sospechoso?

Al decir estas palabras hizo un gesto amargo...

No hay nada que más hiera que una verdad, cuando la tal verdad nos es adversa; la vergüenza de toda una raza, en forma de sonrojo, se nos asoma al rostro.

—No señor; líbreme Dios de sospechar con motivos de usted; ello fué una corazonada solamente. Puede pasar. Comerá en nuestra mesa; dormirá en nuestra casa; de poca hacienda dispongo, pero ella queda ya a su disposición.

El forastero, aunque levemente humillado, aceptó.

—Muchas gracias. Efectivamente, hombre de lucha, hasta de lucha díscola fuí: aunque obligado siempre por las circunstancias, quizás en

casiones delinquí: ya ve usted, lo que le digo tiene peligrosa grandeza, grandeza de confesión. Pero usted, señor Marcelino, es un hombre inteligente y bueno y me perdonará.

—Perdonado está.

El capataz hizo un gesto a un tiempo revelador de confianza, de satisfacción y de orgullo, e invitando a pasar al caminante, repuso:

—Puede venir.

En aquellos momentos, una tarde expirante, calurosa y bella, moría. De la campiña, como una mirra profana y espesa llegaba, compuesta de aromas diversos, de celaje, de tierra y de fronda; el sol se hundió; se marcharon las púrpuras que orlaban el semicírculo visible del caos; como un luto grandioso se echaba la noche. Entre las higueras del huerto revolaban, como entontecidos y raudos, los murciélagos; una lechuza bufaba en el corral; por los rincones refulgían las retinas incandescentes de dos gatos.

II

Al lado del hogar, cuyas brazas enrojecían el suelo bajo la ahumada campana de la chimenea, comieron. La mujer vertió la cazuela con el suculento guiso, puso luego la fuente humeante sobre la mesa...

El aventurero estaba triste. El capataz le dijo:

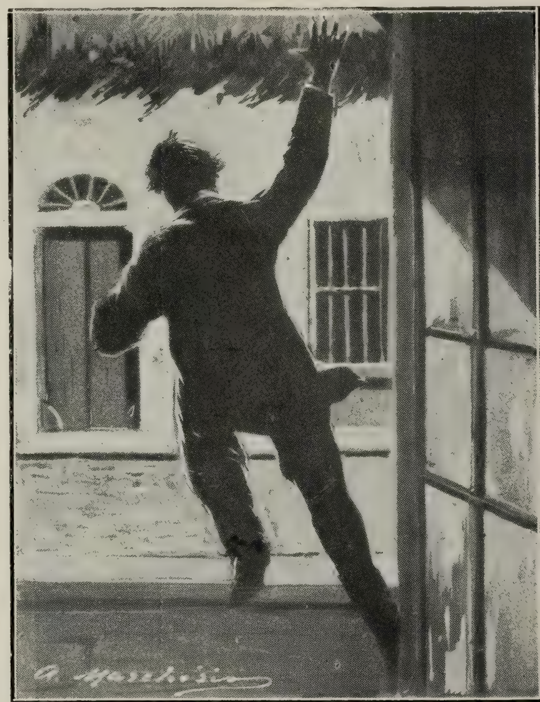
—Sírvase usted. Con franqueza. Cuanto pida su hambre. Eche un olvido ahora sobre los tristes pensamientos...

Daniel Morales, con un ramolazo de agradecimiento en los ojos, miró al capataz Marcelino.

—¡Qué bueno es usted!

Esto es lo que supo solamente decir.

—¡Bah, tanto no! —contestó con modestia.— Soy un hombre del montón que tiene la creencia de que todas las maldades que cometen las personas son debidas a las circunstancias...



... Tropezando, convulso, llegó a la puerta...

Emocionados, en silencio, iban comiendo los dos; la mujer, cohibida, alternaba sin hablar, lo mismo que si fuese un perrazo manso.

La cena se terminó.

—Ahora, si quiere usted dormir, como no tengo catre ni lecho, sólo puedo ofrecerle un rincón en el pajar. ¿Hace mi ofrecimiento?

—Sí que hace. Y en lo que vale se estima.

—Pues a descansar.

—Bueno. Pues buenas noches nos dé Dios.

El aventurero, con un candil en la mano, se fué; el capataz y su consorte se retiraron a su alcoba. Y cuando se acostaban, a su marido la mujer le dijo, toda temblona, con inusitadas frases:

—¡Ay, Marcelino! ¿Y crees tú que ese hombre no nos hará mal?

—¡Quita allá, cobarde, mujercilla! ¿Qué ha de hacer? Los criminales, lo mismo que las fieras, se doman. El mérito está en el tino y en el valor del domador. Oportunidad...

III

El forastero no durmió; hondas preocupaciones le intranquilizaban; en su alma brava y decidida de ex-criminal y licenciado de presidio, luchaban la tendencia malsana, tendencia de origen, de hábito, de educación y el puntillo de rara dignidad...

Todos los hombres, buenos y malos, tenemos amor propio; el pundonor es muy abstracto: los detalles son generalmente los amos reguladores de la vida. Las circunstancias constituyen la única brújula determinadora de las cosas que suceden.

En los mares de tierra no manda más piloto que el piloto Azar, almirante corsario...

IV

No pegaba los ojos a pesar del cansancio que domaba su cuerpo. Intranquilo se revolvía sobre el jergón; y veía con sus ojos calenturientos, cómo caían sobre la paja del piso, cenizas candentes.

Y así reflexionaba:

—Me han dominado, sí; hay un ángel en el alma de ese hombre, que vence al demonio que reside en mí. Y me faltará esta noche el valor suficiente para robar, para atropellar, para asesinar...

Sin embargo, se levantó del catre cautelosamente a media noche, en la sombra. Salió descalzo y a tientas anduvo por la casa; su mirada furtiva escrutaba con ahinco, en busca de un resquicio de claridad lunar que le orientase, con el anhelo de hallar un mueble cerrado que violar, un cajón que abrir, algo que le hiciese rico un día por lo menos...

Nada halló. Llegó a la puerta cerrada de un dormitorio y acechó: pudo oir la respiración tranquila del capataz y de la mujer que dormían. Al forastero le latió el corazón.

—¡Qué diablo!—pensó.—¡Si parece que tengo una máquina en el pecho! ¡Malhaya!...

Se apartó de la puerta. En dirección opuesta anduvo a ciegas dos pasos y tropezó: un gato bufó y salió corriendo.

Acobardado el malhechor huyó, tropezando, convulso, llegó a la puerta, la abrió... Se fué.

V

Se levantó de madrugada el honrado Marcelino, registró la casa, advirtiendo con sorpresa que el caminante no estaba.

—Oye—le dijo a su mujer al regresar después al dormitorio.

—¿Qué?

—Esta noche ponle una lamparilla a la Virgen. Hemos nacido...

De su pecho escapóse un suspiro de orgullo. Hay auroras boreales en el alma.

La felicidad es una sensación que boga, que mariposea: dichosos los corazones que le sirven de flor, de regalo, de cáliz.

Francisco de la ESCALERA.

Dib. de Marchisio.

Una conferencista de 17 años

En la última sesión de lectura celebrada por la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres llamó poderosamente la atención la conferencia "Ecos de mi clase de literatura" pronunciada por la señorita Emma Luisa Migliano, verdadero prodigio de inteligencia que disertó durante veinte minutos sobre literatura en general y sobre la obra poética de Becquer en particular, teniendo al selecto público que llenaba la sala, pendiente de sus labios, no sólo por la forma del discurso, que bajo la capa de una sencillez adorable, dejaba ver la sólida preparación literaria de la conferencista y su sorprendente temperamento artístico, sino por la deliciosa manera de decir los versos del poeta de las rimas, en los que parecía poner toda entera su alma soñadora y exquisita.



Hará un mes próximamente que mi profesor de literatura y declamación me llamó aparte y me dijo: "La señora presidenta de la Biblioteca desea que una de mis discípulas diserte en la próxima sesión de lectura—a la de hoy se refería—sobre algún tema instructivo y ameno...



Aquella tarde supe con asombro que allá lejos, muy lejos, en la opuesta orilla de un mar de cuarenta siglos, entre brumas que no nos dejan ver claro, que percibimos apenas, como el astrónomo percibe los tenues reflejos del planeta que refulge a distancias infinitas...



Llegó la noche y no encontré un asilo.—¡Y tuve sed!... Mis lágrimas bebí—¡Y tuve hambre! Los hinchados ojos—Cerré para morir!
(G. A. Becquer, Rima LXV.)



Cuando me lo contaron sentí el frío—De una hoja de acero en las entrañas;—Me apoyé contra el muro, y un instante—La conciencia perdí de donde estaba...
(G. A. Becquer, Rima XLII.)

La progresista institución que cada día da mayores muestras de su desarrollo, puede estar orgullosa de este nuevo triunfo de su feminismo eminentemente femenino.

Propender al desenvolvimiento intelectual de la mujer, cultivando y estimulando en ella el amor a la literatura, es obra digna de todo aplauso y el aplauso se hace aún más entusiasta cuando se aprecian los frutos de esa labor en inteligencias privilegiadas como la de la señorita de Migliano.

La Biblioteca tiene un grupo escogido de jóvenes estudiosas que le hacen honor, y no es aventurado decir que hay entre esas niñas muchas inteligencias hermanas de la de la señorita de Migliano, cuando recordamos los merecidos triunfos de alumnas como las señoritas Leonor Kiernann, Adela Marchelli, Alicia y Sofía de Ezcurra, Emma Aubone Schieroni, Nelly Pietranera, Julia García Rams, Margarita Villegas Basavilbaso, etc., etc., etc.

Jeanne MARIE.

Fot. "El Hogar", por Fernández.

El pasajero

(Para **EL HOGAR.**)

Las coplas de los emigrantes subían hasta las solitarias cubiertas del ''Sorrento'', nostálgicas y tristes, al son de los acordeones melancólicos, y se perdían en el ruido del agua.

Allá abajo bullía la andrajosa muchedumbre; chillaban agudamente los chiquillos desarrapados, reñían los hombres sobre las barajas mugrientas, contemplaban el agua móvil con triste mirada las pobres mujeres.

Corría el ''Sorrento''. El áspero oleaje azotaba sus enormes flancos; el jadeo de sus máquinas potentes estremecía su titánico cuerpo. Las gaviotas que habían venido escoltando al transatlántico desde los muelles apiñados de Cádiz, habían desaparecido. Sólo quedaba una, una solitaria gaviota gris, que revolaba vertiginosamente sobre la bullente estela, a la caza de mendrugos.

El calor comenzaba a hacerse sentir, en la proximidad del trópico.

Las cubiertas estaban solitarias. Detrás de un bote descubríase una figura inmóvil que miraba el agua, apoyada en la borda bajo el cálido sol.

Era el pasajero misterioso. Un hombre alto, delgado, de canoso cabello, que había embarcado en Cádiz con los demás.

Desde el primer día de viaje había guardado una extraña reserva que rayaba en la descortesía. Veíasele siempre aislado en algún rincón del transatlántico, fijos sus ojos febriles en el agua trémula y azul, a toda hora; bajo el helado viento del amanecer, en las noches desapacibles o serenas su flaca silueta recostábase inclinada sobre la borda, absorto en su contemplación del mar.

Señalábanle con el dedo los demás pasajeros del ''Sorrento'' y las imaginaciones ociosas aventuraban toda suerte de leyendas en torno de su actitud.

—Debe tener un gran remordimiento—dijo de él una noche, en una mesa de ''póker'', un actor dramático.

—O un gran dolor—murmuró una señora joven, recogiendo sus cartas.

Una semana había transcurrido.

Tornábase el agua cada vez más azul. Las coplas de los emigrantes volvíanse más tristes en la nostalgia de la patria cada vez más lejana.

Pero la extraña actitud del pasajero no cambió.

Sólo averiguaron su nombre. Llamábase Vicente Castellón, pero eso no decía nada a la curiosidad general.

—Debe ser un loco con una manía tranquila—afirmó un periodista.

—O un desgraciado—repitió la señora joven, que no abandonaba su idea.

Las partidas de ''póker'' se sucedían, sin que el pasajero aceptase nunca la invitación que por fórmula ya le hacían diariamente de participar del juego.

El ''Sorrento'' estaba en pleno trópico. Las noches tranquilas, luminosas, diáfanas, ejercían sobre los viajeros el encanto indefinible de los cielos extraños.

Las humildes coplas de la tercera clase cantaban en los hondos silencios del océano dormido con una nota sutil de esperanza.

Y allá en un rincón de la popa, sin escuchar las canciones, ni las risas, inmóvil y sólo bajo la áspera brisa oceánica, erguíase la figura de Vicente Castellón.

—Acabará por arrojarse al agua—dijo otra noche un viajero alemán, cortando las cartas al comenzar el juego.

Una tarde aparecieron a la distancia las costas obscuras y lejanas de San Pablo, casi sobre la línea.

Y esa noche el pasajero solitario saltó la borda y se arrojó al océano.

Resonó en el silencio de las cubiertas el grito estremecedor y trágico:

—¡Hombre al agua!

Oyéronse voces, gritos, órdenes; gimieron las enormes máquinas del vapor; corrieron marineros, oficiales, pasajeros por las cubiertas. Un bote cayó al agua, y lo estuvieron buscando hasta el amanecer.

Pero Vicente Castellón no apareció.

Transcurrido el tiempo reglamentario, el ''Sorrento'' continuó su viaje con un pasajero menos y un misterio más.

Fué al día siguiente de la misteriosa tragedia, cuando el periodista descubrió el enigma del pasajero suicida, que había dejado en su camarote una carta dirigida al capitán del transatlántico.

Narró la historia después de la comida, pálido y conmovido. Ya no se jugaba al ''póker'' en el ''Sorrento''.

—Vicente Castellón era un músico de Málaga, que cinco años antes habíase casado con una hermosa sevillana y había embarcado rumbo a Buenos Aires en busca de fortuna y de gloria. Lleno de esperanza, el músico soñaba con la felicidad en la tierra extraña, junto a aquella mujer que fué el amor de su juventud.

Pero a los seis días de viaje, la mujer del músico contrajo una pulmonía fulminante y moría en una noche azul, luminosa, diáfana, al cruzar la línea...

La sepultaron solemnemente en el mar, en un amanecer, mientras las obscuras costas de San Pablo se perdían en la distancia.

El músico llegó a Buenos Aires como un muerto, anonadado por la fatalidad, enloquecido de dolor.

Desde entonces hacía el viaje cada seis meses, el viaje trágico, inolvidable, para visitar la tumba de su muerta, aquella tumba inmensa y azul...

Y en uno de aquellos viajes, Vicente Castellón se arrojó al Atlántico para reunirse con su mujer, que dormía bajo el requiem eterno de las olas, en el seno de las aguas trémulas y profundas.

El periodista guardó silencio. Los pasajeros del ''Sorrento'' miraban, pensativos, el cielo estrellado del trópico. La señora joven lloraba calladamente.

Héctor Pedro **BLOMBERG.**

Dib. de Oñiverta.



... una figura inmóvil que miraba el agua, apoyada en la borda, bajo el cálido sol...



Baladas pastoriles

Para El Hogar.

I

Pastor que subes al monte.
Pastor que bajas al llano
con tu rebaño de ovejas
y tus corderos de ogaño.

Pastor de la sierra brava
que llevas, al ir cantando,
una ilusión en los ojos
y un madrigal en los labios.

¿Dónde vas con esas flores
monte abajo, monte abajo?
¿Acaso busca tu dicha
la soledad del remanso?

¿Por qué miras al molino?
¿por qué me miras llorando?
¿por qué, sin querer, deshojas
las flores entre tus manos?

¿Bajo este cielo tan puro...
¿No te alegra el sol de Mayo
ni los verdes olivares
ni tus corderillos blancos?

Pastor que subes al monte.
Pastor que bajas al llano.

¡Pastorcillo de mi vida!...
¿Qué tienes que lloras tanto?

II

Era tan blanca; tan blanca
como los blancos jazmines,
fragante como las rosas
y pura como las vírgenes.

Era zagala del llano,
donde la noche deslíe
una tristeza sonora
llena de encantos felices.

Donde las aguas besando
plantas y flores nos dicen
en su canción unas cosas
tan gálanas y gentiles,

y donde las frondas tiemblan
y donde las fuentes ríen,
y donde llora sus penas
aquel que muriendo vive.

¿Qué pesares me dejaron
aquellas horas felices
que tornaron estas otras
tan amargas y tan tristes?

¿Por qué me dejó tan solo?
¿En estas montañas grises,
qué lobos despedazaron
su cuerpecito de virgen?

¡Eran sus manos tan blancas...
¡Eran sus carnes tan firmes...
¡Era su pelo tan negro...
¡Y eran sus ojos tan tristes!...

Antonio M. **PÉREZ PINTOR.**



Sra. Flora A. de Arce con su niñita

Fot. Merlino.



La clase práctica de cocina

El instituto profesional de economía doméstica

DESDE la creación de la primera Escuela Profesional de Mujeres, que bajo el patronato de Santa Marta, fundó en Buenos Aires la ilustre matrona argentina, señora Dolores Lavalle de Lavalle, hasta la fundación del Instituto Profesional de Economía Doméstica que acaba de inaugurar el Consejo General de las Conferencias de San Vicente de Paul, se han creado varios establecimientos de esta clase, por iniciativa del gobierno y por la de algunos particulares y sociedades benéficas, dando todos óptimos resultados, que demuestran la urgente necesidad que estas escuelas o institutos han venido a llenar en nuestra gran metrópoli, recibiendo en sus aulas un extenso núcleo de niñas que se preparan en ellas para la vida modesta del hogar, adquiriendo los conocimientos domésticos tan necesarios para una buena dueña de casa y madre de familia.

En esta época de emancipación más o menos razonable de la mujer, no hay mejor dique para las aspiraciones demasiado radicales, que hacer agradable el hogar a la mujer que ha de guardarlo y adornarlo: y para hacerlo agradable y hacer sentir la necesidad de su refugio y de su calor, a la que obligada por la lucha por la vida debe abandonarlo durante largas horas del día, nada hay mejor que enseñarle a saber dirigirlo, a saber regir los destinos de su casa, por humilde que ésta sea, con orden, con economía y hasta con arte.

El Instituto Profesional de Economía Doméstica, dirigido por las religiosas de Jesús María, especialistas diplomadas en la materia, de una preparación tal que asegura el éxito completo de



Clase de corte y confección



Clase de planchado

la institución, acaba de ser inaugurado en la calle Tacuarí 1005, esquina a la de Carlos Calvo. Escuelas similares, denominadas Ecoles Ménagères, llenan ya todas las capitales del viejo mundo.

Es allí el centro de acción de la ilustrada orden que hoy nos trae junto con su actividad y preparación el más alto caudal al hogar argentino: la enseñanza de la ciencia doméstica.

La enumeración de las materias que componen los cursos dará una idea clara de lo que el Instituto Profesional de Economía Doméstica importa para nuestros hogares.

Cocina práctica; Teoría de la alimentación; Corte y confección teórico y práctico; Lavado y planchado teórico y práctico; Contabilidad doméstica, Fisiología; Medicina casera; Zurcidos y remiendos; Física, Química e Higiene aplicada a los quehaceres domésticos.

Esto, enseñado por maestras diplomadas, de preparación exquisita y cultura refinada, llegará indudablemente a formar el ama de casa económica y la higienista ideal del hogar.

Las clases están repartidas así: Cocina teórica y práctica, Corte por las profesoras normales de la "Ecole Ménagère de Fribourg", señoritas Margarita Menoud y Magdalena Ecabert. Las demás materias están todas a cargo de las religiosas de la orden, diplomadas y especialistas.

Anexo al Instituto funciona un pensionado para señoritas, cuyas familias no habiten la capital y que por consiguiente viven expuestas a todas las contingencias de la falta de hogar.

Es esta una de las fases más simpática y más benéficas de la institución. Montado en las mejores condiciones, a precios en extremo módicos, hallan las pensionistas no el ambiente frío de las



Un grupo de alumnas durante un recreo

casas ordinarias de huéspedes, si no el afecto de familia, el calor tibio y agradable del hogar, porque no otra cosa es el pensionado de las religiosas de Jesús María.



Una de las habitaciones del pensionado para señoritas, anexo al instituto

A todo esto, agréguese la libertad en que se deja a las pensionistas, independencia que habla muy alto en pro de la ilustración de las simpáticas dueñas de casa y que indudablemente debe satisfacer por completo a las niñas que allí se hallan con un hogar respetable, con un afecto inalterable, con una paz envidiable y con todo el confort y las comodidades modernas.

El Consejo Directivo de San Vicente de Paul debe estar satisfecho como el que más de haber traído una orden que hace honor al país y a la religión a que pertenece.

En la primera lista de alumnas de este instituto, figuran las señoras Elena V. de Roca y Francisca Ríos de Paez, y las señoritas Estela y Zulema Salaverri, María Magdalena y María Luisa Durañona, María Garguilo, Lastenia Tezanos Pinto, María Enriqueta Pascual Ordóñez, Clementina Sal Vázquez, Margarita Firkal y otras.

R. DUPUY DE LOME Y MORENO.

Fots. "El Hogar", por Fernández.

NUEVO PINCHE DE SOMBRERO

En más de una ocasión se ha ocupado la prensa de uno y otro continente de los inconvenientes de los alfileres de sombrero demasiado largos, que se convierten fácilmente en armas peligrosas y se han hecho ordenanzas reglamentando su uso, estableciendo sus dimensiones y por último, obligando en algunos países a llevar resguardadas sus puntas por pequeños obturadores o guarda-puntas, que si





bien son prácticos no han resuelto el problema, pues fácilmente se pierde ese resguardo, lo que hace que casi nadie observe esa medida de seguridad para el prójimo.

El "auto pinche universal", de reciente invención argentina, resuelve el problema del constante y gran peligro que encierra el uso de los actuales pinches, y es un aparato sumamente sencillo, cómodo y práctico.

¡ Así es la vida... !

Los viejos

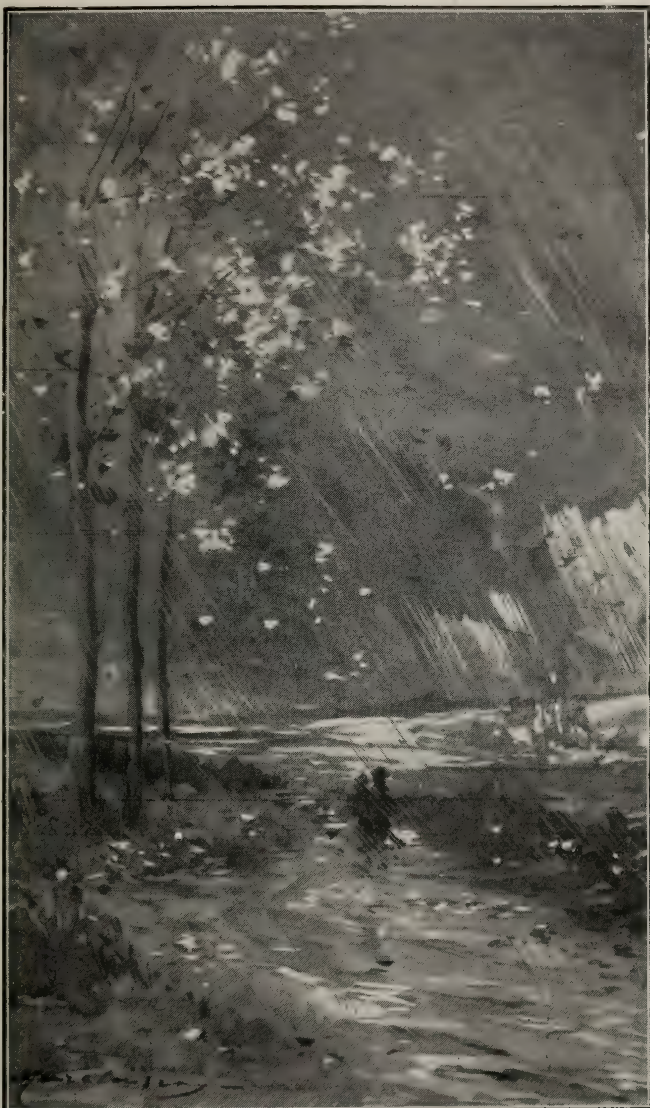
Llovía: la quinta daba miedo: Por los cristales de las ventanas veíamos la recia avalancha de agua que caía en millares infinitos de saetas rebotando en las baldosas, como rabiosa de no poder penetrar en ellas, mientras que más allá corría con furia por las alamedas, arrastrando hojas y ramas de los pobres árboles sacudidos como caballeros de locos, por la violencia del huracán.

Llovía y nosotros mirábamos por los cristales de las ventanas, tristemente, angustiosamente...

Los dos viejecitos habían salido hacía apenas un cuarto de hora, agobiados bajo el peso de dos o tres paquetes de trapos viejos y de víveres que les habíamos arreglado lo mejor posible para que les pesaran poco: ¡pero eran tan viejecitos! y la viejecita tan achacosa, con su asma, y su brazo derecho inutilizado por una cruel quemadura! ¡Pobre Nieves! ¡Pobre Bernardo con su pierna rota que apenas lo sostiene! ¡Por dónde irán! ¡Dónde les habrá tomado la lluvia!... ¡Y tan solitario el camino hasta su mísera vivienda!... ¿Quién los habrá amparado? ¿Dónde habrán hallado abrigo al desencadenarse esta tormenta inesperada? Nieves se habrá acurrucado como un pajarito en cualquier rincón, y el viento y la lluvia azotarán sin piedad sus viejos huesos cansados de sufrir... Y Bernardo... pobre Bernardo ¿qué hará sin poder socorrer a su infeliz compañera? ¡Pobres viejos! Lamentables despojos de la inmigración!

Son ambos canarios: él tendrá setenta años: ella ochenta, tal vez más: Debió ser una graciosa mozuela alegre y pizpireta...

El es apático, reposado, fatalista: ella aún en su extrema indigencia, espera en Dios y le da gracias efusivas cada vez que entra en nuestra casa, porque aquí encuentra un plato de sopa caliente y un pedazo de pan... "Vengo a mi casa", dice: "aquí me dan ánimo para vivir: bendita sea esta casa"...



...la recia avalancha de agua que caía en millares infinitos de saetas...

Y ahora se ha ido... y la lluvia no cesa, y es tan lejos su cuartito... ¡no llegarán jamás!... ¡Pobres viejos!... Que triste es la lluvia...

* * *

Toda la noche ha llovido: hemos rezado pidiendo a la Virgen que ampare a los pobrecitos sin hogar y sin abrigo; hemos rezado también por Nieves y Bernardo. ¡Qué será de ellos! Si llegaron a su cuartito allí en aquel campo desolado donde no hay ni luz ni vecinos, ni auxilio alguno, podrán tiritar de frío o de fiebre sin que una mano compasiva les haga un poco de fuego, les dé ropas secas para abrigarse...

* * *

El día amanece lluvioso, sombrío, sin embargo, no podemos resolvernos a permanecer en la inacción sin saber si los viejecitos están necesitando nuestro auxilio...

Pronto; un caballo valiente y seguro para atarlo al sulky y salir de exploración.

Todo está inundado: el animal retrocede varias veces sin que nosotros desistamos de nuestro propósito: es preciso llegar hasta el casucho de Nieves y Bernardo: es preciso seguir adelante... ¡Pobres viejos! ¡Qué odisea habrá sido la suya para llegar hasta este erial! ¡Si habrán podido llegar siquiera!

Con espanto escudriñamos las zanjas; en todas partes nos parece que vamos a ver los cuerpos inanimados de nuestros protegidos.

¡Llegamos por fin! ¡Bernardo! ¡Nieves! ¡Ah, bah! ¡qué susto nos habíamos dado, hombre! ¿Llegaron ustedes bien?... Sí niños, muy bien, yo la traje en brazos... ahí está... pude llegar hasta aquí con ella... Está muerta... se me murió en los brazos, bajo la lluvia... y dijo al cerrar sus ojos... ¡Bendito sea Dios!...

Fulana de TAL.

Dib. de Marchisio.



Srta. Matilde Schelsinger
Fot. Merlino.



Srta. Angéli



Srta. Judith Mocchi
Fot. Merlino



Srta. Delia Etchevarne
Fot. Merlino



Srta. Maria Roitman
Fot. Merlino.



Srta.

…IAS



…. Maria Lafosse
Fot. Merlino.



Srta. Elvira Cárcano
Fot. Merlino.

…rdinarrain
…Merlino.



Srta. Filomena Higueret
Fot. Merlino



Srta. Josefina Mocchi
Fot. Merlino.

…ta. Florinda Bostegui
Fot. Merlino.



… Montagne
…ot. E. Bixio



Srta. Leonilda Moroni
Fot. Merlino.



LLEVAS prisa?—pregunté a mi amigo, viendo que apenas se dignaba saludarme.

—Te diré... La llevo, porque puede salir de su casa la persona a quien deseo ver. Pero como no confío gran cosa en mis gestiones, quisiera retardar lo más posible el instante del desengaño.

—Es asunto de interés, por lo visto.

—De intereses, que es peor. Voy en busca de un dinero que necesito con urgencia.

Instintivamente me abotoné. Mi amigo no aparentó advertir el movimiento previsor.

—En realidad — prosiguió confidencialmente— no necesito mucho. Es un atrasillo sin importancia en la cuenta de la patrona. Con veinte pesos tendría bastante. Pero no vale la pena de molestarse para pedir tan poca cosa. De pasar la vergüenza, que sea por algo. Además, tengo observado que es más fácil dar un "sablazo" grande que otro pequeño. Los veinte pesos se llevan en el bolsillo del chaleco, o en la cartera, y se les tiene un cariño atroz. Casi nadie los da. En cambio, los cincuenta están apartaditos, para un apuro.

Mi amigo se revelaba como profundo psicólogo.

—Tienes razón—le dije. Y añadí: —¿Has elegido ya la víctima?

—Verás: tengo dos víctimas para estos casos; mi tío Fulgencio y mi tío Rafael. Los dos están cargados de dinero; pero el uno es tacaño y cicatero hasta lo inverosímil, mientras el otro es campechano y espléndido como un nabab.

—Pues ve en busca de este último, sin acordarte del primero.

—Eso voy a hacer; ¡no faltaba más! Buena gana de ver malas caras y oir peores razones... Ya hemos llegado. Aquí vive tío Fulgencio, el simpático. ¿Quieres aguardarme en el portal? Bajo en seguida...

* * *

Transcribo la escena, sin añadir ni quitar una tilde, ateniéndome al relato de mi amigo.

El tío.—¡Dichosos los ojos! Tanto tiempo sin verte... Eres un descastado, un perdeval. Divirtiéndote, como si lo viera. Y haces bien, ¡qué demonio! La juventud pide lo suyo, y el que otra cosa diga es un mentecato. ¿Vendrás a comer conmigo?

El sobrino.—Imposible; me esperan abajo.

El tío.—(Riendo campechanamente).—Lo comprendo. Alguna amiguita dentro de un coche, de seguro. Aventurilla tenemos, ¿eh, picarón? No me parece mal; ya vendrán los tiempos de bonanza. Pues nada, chico; un abrazo, y a disfrutar del mundo. No quiero entretenerte.

El sobrino.—(Compungido.)—No, señor; si no es eso. Si quien me espera es un amigo. Se trata de otra cosa.

El tío.—(Poniéndose serio.)—Veamos, veamos.

Mi amigo, con la voz más suave de su repertorio, expone sus deseos. Tímidamente pronuncia la cifra de sus pretensiones.

El tío.—(Arqueando las cejas; con acento patético.)—Me pescas en un momento difícil de mi vida, querido sobrino. Más que difícil, imposible. Esta es la palabra. Tú no sabes cómo vivo; mi vida es una cadena sin fin de sacrificios. El sostenimiento del coche me cuesta un dineral. Los abonos a teatro, no hay que decir. De modistas, y sastres, y mueblistas y abastecedores, ni hablemos siquiera. ¿Cuánto dirás que pago al mes al proveedor de flores y plantas para el ornato de la casa? ¡Doscientos pesos, querido sobrino! Y sobre todos estos gastos habituales, me dijo anoche mi mujer que el landó está algo deslucido, y hay que comprar otro. ¡Figúrate, querido sobrino! Pongamos dos mil quinientos o tres mil pesos para esta renovación. ¿Te parece? Probablemente habrá que cambiar también uno de los troncos... Excuso decirte, en estas condiciones, ¿cómo he de complacerte? Créeme que, de no ser así, no digo doscientos, doscientos mil que me pidieras y yo tuviese... En cambio, te daré un cigarro de los míos; águilas im-

periales, ya recuerdas. ¡Hombre! Maldita casualidad... Pues no me queda más que uno, el que he de fumarme después de la comida. Ya sabes que no puedo prescindir... Otro día será. Venga un abrazo. No te enfadas conmigo, ¿verdad?

* * *

Por la cara de mi amigo, comprendí el resultado fatal.

—Un golpe en vago. Pero no es por culpa suya. Me ha explicado las razones, que son poderosas. Eso sí; tan campechano como siempre. Tiene un gran corazón tío Fulgencio. No así el otro, que es un cascarrabias. No quisiera verle; pero es imprescindible. Pecho al agua. Aquí es. Espérame.

* * *

El tío.—(Viendo llegar al intruso.)—¡Adiós! Ya estás aquí. No podía ser por menos. Esta venga un hambrón como tú a llevarse con sus manos lavadas, el fruto de mi trabajo...—(Pausa, durante la cual tío Rafael mide a grandes pasos la estancia. De pronto se detiene, mirando con cara feroz a su sobrino.)—Vamos a ver: ¿es cierto eso que me dices? ¿Necesitas esa cantidad imprescindiblemente?... ¡Claro! Tú qué has de decir... En fin, voy a hacer una necedad. Te daré el dinero. Probablemente será mentira eso que me cuentas; pero cabe en lo posible que sea cierto, y yo no puedo consentir que un hijo de mi hermano... Toma. ¿Qué rezongas ahí? ¿Que ya me los devolverás? ¡Qué has de devolver, criatura! Tan perdido lo tengo... Anda con Dios, y a ver si no vuelves en un par de años...

* * *

Apareció mi amigo en el portal, con un gesto avinagrado.

—¿Qué? ¿Tampoco?



mañana vi un tuerto, estando en ayunas, y tres moscardones. ¡Todo sea por Dios!

El sobrino.—(Mortificado.)—Por lo visto, considera usted mi visita como una desgracia.

El tío.—Tu visita precisamente, no. Pero como nunca vienes "a palo seco"... Y si no, vamos a ver, desembucha. ¿Qué vienes a pedirme? Porque, de seguro, no querrás salir de aquí con las manos vacías...

Mi amigo, en efecto, "desembucha". Tío Rafael da un puñetazo en la mesa.

El tío.—¡Eso es! Vengan acá doscientos pesos como si yo fuese la Casa de la Moneda. Pero, ¿qué crees tú que es el mundo? ¿Piensas que no hay más que divertirse, y caiga el que caiga? ¿Por qué no trabajas? No me ves a mí, que no descanso un momento, a pesar de mis años? Por supuesto, que para lo que me sirve... Para que

—Calla, hombre, que no sé cómo no le he dicho cuatro frescas, olvidando el respeto debido por el parentesco y por la edad. ¡Qué de inconveniencias y de insultos. Y total, ¿para qué? Para dos billetes amarillos. Como si se tratase de una fortuna.

—Pero, ¿te los ha dado?

—Sí. Pero maldito si se los agradezco. Un hombre que tiene el dinero a montones... Debían ser de lana los billetes de Banco, para que se le apolillasen al majadero que los guardara... Tú no sabes las cosas que me ha dicho. Te juro que tendré una pesadumbre toda mi vida...

—¿Por haber aceptado su dinero?

—¡Hombre, no! Por no haberle pedido, por lo menos, quinientos pesos...

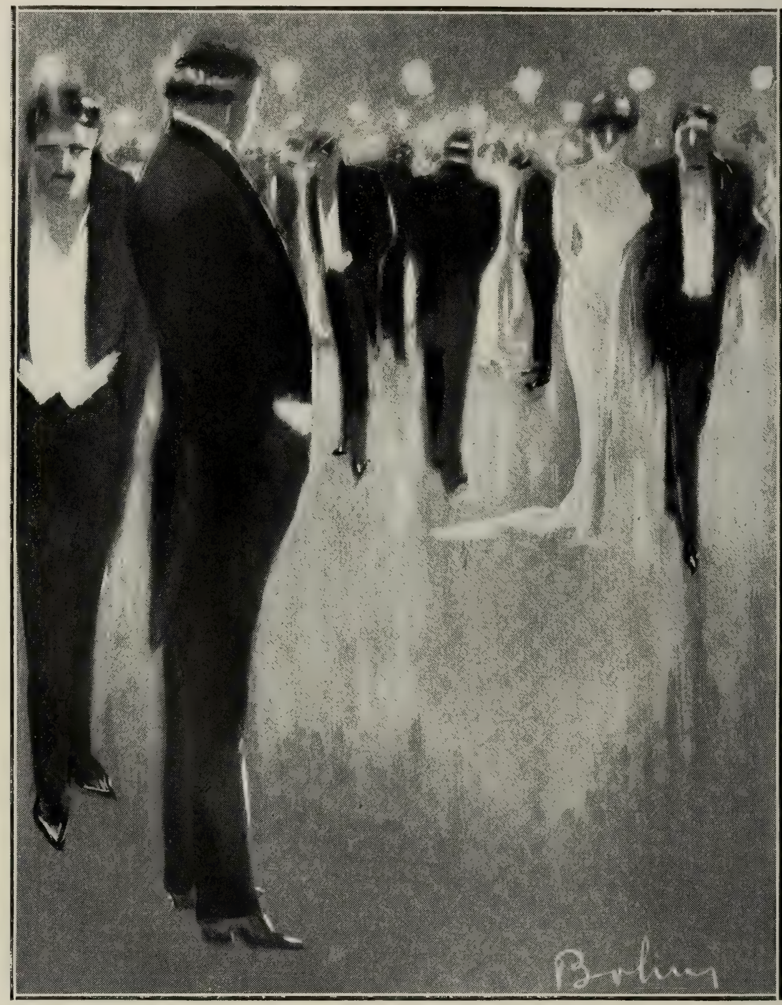
Augusto MARTINEZ OLMEDILLA.

VORREI MORIR

para **EL HOGAR**.

Caía la tarde entre matices verdosos y leves tonalidades lila como jirones de gasa esparcidos sobre un fondo de lapizlázuli.

"Vorrei morir", la rústica melodía con sus notas plenas de nostalgias infinitas, cabalgaba en el éter en derroche de ensueños, de visiones ultraterrenas, cual si un mundo de leyenda desplegara el magnífico dosel de su cielo, dilatando los horizontes del alma hacia la patria de la eterna luz. La cantante, un tipo fino de mujer nerviosa, maravilloso "bibelot", figurita de esas que cruzan rápidas, casi aéreas, volcaba su alma entera en el romántico misticismo de la melodía. Todo su ser inmaterial vibrando al conjuro de quién sabe qué íntimos anhelos o inconfesadas tristezas, engrandecido al rozarlo el ala del misterio, desprendíase de la tierra en una especie de gloriosa ascensión hacia regiones de quimera.



Entre el grupo de oyentes figuraba un joven escritor de amplias ideas humanitarias, inspiradas siempre en el bien y la belleza. Caballero del ideal, cruzado de los grandes pensamientos redentores, clavó su estandarte en las cimas del dolor como para tenderlo a manera de alas protectoras sobre todos los desheredados de la tierra. Entre su vida y su obra, no existieron jamás esas contradicciones que se ciernen sobre algunas famas cual bandada de aves negras sobre un cielo muy azul. Por no ser acomodaticio, susceptible de acostumbrarse, de resignarse a todas las vaciedades humanas, cruzaba como extranjero, como un sonámbulo que esparciera manojos de rosas a lo largo del camino, las rosas indiscentes y fragantes de sus páginas, ánforas de esencia paradisíaca, destinadas a saturar con sus perfumes los corazones y a envolver en sus ondas luminosas los cerebros; pero en la realidad de la vida ¿quién podría penetrar en los dominios de ese ser complejo y amarlo, sentirlo, sostenerlo?...

¡Ah, pobres almas incomprendidas!... ¡Fraternas almas en el ideal y en el dolor!...

"Vorrei morir" con su nostálgica melodía produjo en el espíritu del joven escritor las indefinidas e infinitas vibraciones de una evocación lejana, mustias flores del pasado, rosas muertas del ayer...

Veinte años antes, cuando arrancado fuí del valle nativo, como la débil brizna que arrastra el huracán, argentina voz modulaba las notas de "vorrei morir" que saludaron al huérfano cual si ellas fueran las aguas bautismales de la tristeza... su alma de niño, su pobrecita alma tímida y pura cual blanca mariposa que ensaya el primer vuelo, no podía entonces penetrar en los dominios del arte, ni tampoco identificarse con su expresión; pero algo confuso, algo vago quedó flotando en ella para contornearse después con perfiles de añoranza.

Tornóse el niño en gallardo efebo, se abrieron sobre su frente las flores del ensueño y aislado y solitario como verdadera ave de cumbre, volcó sus pensamientos en páginas ingenuas que fueron robusteciéndose a manera de alas.

La noche que hacía su debut periodístico como cronista social, en un salón desbordante de luces, de flores, de mujeres hermosas, otra vez las notas de "vorrei morir" lo saludaron, rozando como con manos de seda la cuerda de sus nostalgias, momentáneamente adormidas y por natural evocación, recordó los primeros días de orfandad, las tristezas, los solitarios errabundeos de entonces.

Cumplida su tarea, cumplida febrilmente, se alejó pensando que en la atmósfera del salón, el gesto de los tristes, resulta una ironía muy sangrienta y no era que analizara a los demás; se analizaba, se miraba por dentro, sintiéndose vibrar en su vida de dolores!...

Después, mucho después, fué cuando hombres, hechos y cosas pasaron por el tamiz de sus sensatas observaciones, dejando en su espíritu esos sedimentos de amargura que son patrimonio de los que miran las almas hacia el fondo. Sin embargo, eterno soñador, reconstruyó muchas veces el palacio de sus quimeras e ingenuamente sonreía ante la luminosa visión del porvenir aun cuando ella entre sus promesas sólo guardara cuadros de miraje.

Tras una larga intermitencia, por tercera vez "vorrei morir" hizo vibrar la lira de su corazón y se dijo entonces, pensando en la joven cantante cuya garganta emitía las notas del "morir, quiero morir", —¡morir... morir en plena primavera y en plena juventud!... ¿Será ésta la mujer esperada; será el alma que busco o será ánfora vacía?...—y los cuellos de cisne de la interrogación siguieron dibujándose ante su espíritu.

El análisis le dejó otro nuevo desencanto. La expresión de sentimiento, de nostálgica tristeza que se extendía sobre el rostro de la cantante, debió ser aprendida frente al espejo.

Aquellos ojos velados por una tristeza infinita al acometer las notas finales de la melodía, cual bizarro caballero que lleva su airón glorioso a flotar en el azul de una cumbre, ¿cuántas veces no se tornaron siguiendo la indicación de un reflejo? Aquella voz cálida desmayando rosas líricas sobre el último compás de la canción, infundiendo al alma el deseo supremo de morir, cuando "tramonta il sole" y dejar el último suspiro, entregado a la pompa divina del oro astral, ¿cuántas veces había sido modulada escuchándose a sí misma?



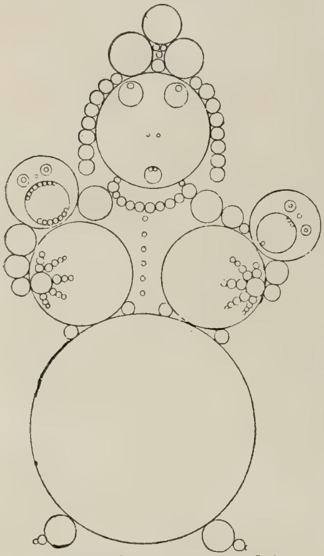
¡Pobres buzos de almas!.. Bajan a ellas en busca de perlas y corales; pero, ¡cuántas veces sólo encuentran el vacío!...

—"Vorrei morir, vorrei morir" me dejas otro recuerdo—dijo el joven escritor mientras se alejaba, pensando acaso en la humanidad futura, en aquella que también sabrá amar con el cerebro.

María Josefa **VARELA.**

La última palabra del arte
LOS GEOMETRISTAS

Los impresionistas, los simbolistas, cubistas y futuristas han pasado de moda y se han impuesto los geometristas, libres como el aire, que tienen a su disposición la rotunda bohonomía del círculo, la agresiva agudez del triángulo, el antagonismo de los isóceles, la versatilidad del polígono e infinidad de otras formas que cuentan en calidad de recursos como lo prueban las obras maestras que reproducimos. Por ejemplo, Hearh Robinson, cuyos dibujos de una gracia grotesca y extraña, hemos admirado tantas veces, ha explotado en su cuadro de "Los mellizos y su nodriza" (núm. 1) el lenguaje simbólico del círculo. El efecto en el arte depende de una asociación de ideas, ¿y qué figura puede expresar mejor que un círculo los gritos de los interesantes bebés? Sus caras formadas también por un círculo, demuestran su salud rebosante, y con un toque sutil, del cual sólo es capaz un genio, el artista nos ha dado una feliz demostración de la causa de sus gritos que aqueja a los nenes con varios circulitos en forma de dientes. Y nada hay tampoco más expresivo como los ojos vueltos al cielo y la boca circular de la nodriza.



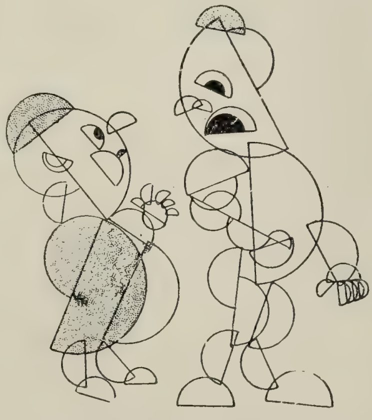
1—Los mellizos y su nodriza. (Círculos), por W. Hearth Robinson

Por su parte M. Bateman nos ha demostrado que también puede darse significado concreto a una figura hecha con semicírculos. Con ellos el citado artista ha trazado su gran obra alegórica "El capital y el trabajo" (núm. 2). Los semicírculos indican aquí la división cotidiana en las jornadas de trabajo; las redondeces de uno y la crecida musculatura del otro, se encuentran sutilmente representadas. El trabajo abre enormemente su boca como es natural; y las manos de ambos personajes, por sus formas, tienen exactamente la expresión que ha querido dársele. Bien es cierto que pueden reducirse los semicírculos a cuadrantes, cada uno de los cuales seguirá conservando su vida y expresión sin que éstos disminuyan un ápice. Y ello ha sido probado y puesto en práctica por Alfredo Leete, en su obra maestra titulada "El loro de misia Blasa", disponiendo los cuadrantes tal como se ven en la figura número 3 (preciso es advertir que esta figura puede hacerse también con abanicos). El mismo artista ha utilizado las propiedades del rombo y el romboide. Sus disposiciones angulares han servido maravillosamente para representar la querella entre dos profesores (núm. 4). El ecuánime bien humorado y sólido señor Rombo, siempre nos resulta más simpático que el mezquino, estrecho y agresivo Romboide que lo reprende.

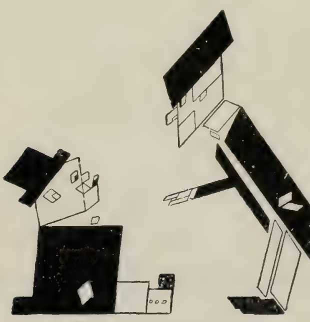


3—El loro de misia Blasa. (Cuadrantes), por Alfredo Leete

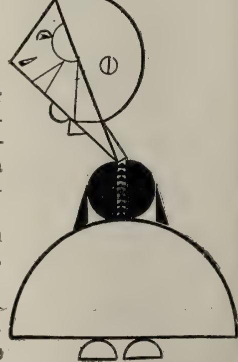
En su cuadro siguiente el artista Letee combina diferentes elementos, como ser: semicírculos y triángulos; los triángulos son de las tres clases: equiláteros, isóceles y escalenos. Con ellos ha hecho una dama holandesa de Voledam. (núm. 5), lugar adonde acuden los artistas europeos en busca de motivos para sus cuadros flamencos contemporáneos. La expresión satisfecha de la casa y la actitud gozosa de todo su cuerpo, no pueden estar mejor señalados. Ambrosio Chew, uno de los geometristas más puros, ha introducido el nuevo método en su especialidad: la de pintar animales. Su primer cuadro se titula "Un disgusto" (núm. 6) y está hecho con triángulos. Una de las características de Chew es que deja campo libre para que trabaje la imaginación del espectador, y esta particu-



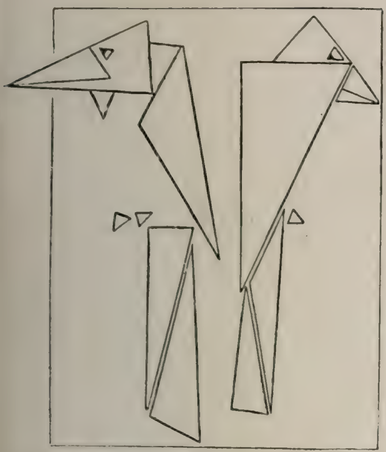
2—El capital y el trabajo. (Semicírculos), por H. M. Bateman



4 — El profesor Romboide, reprendiendo al profesor Rombo. (Rombos y Romboides), por Alfredo Leete



5—Una dama de Volendam. (Semicírculos y triángulos), por Alfredo Leete

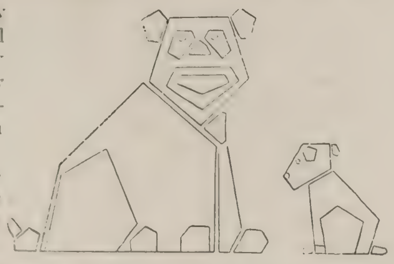


6—Un disgusto. (Triángulos), por Ambrosio Chew

laridad se observa también en este caso; pues sólo por un esfuerzo de imaginación se puede determinar la especie a que pertenecen los pájaros representados. Pero lo que es innegable en ellos, es la expresión de disgusto que el artista ha sabido comunicarles. Para su cuadro perruno ''Dignidad e Imprudencia'' (núm. 7), Chew ha utilizado los pentágonos. Francamente ese título nos recuerda un cuadro célebre de Eduardo Lauseer, y si resulta cierta nuestra afirmación entonces la obra de Chew tendrá que quedar reducida a una parodia, lo cual es una lástima, pero ¿qué vamos a hacer? Juan Hassall, otro dibujante célebre, ha entrado también en la hermandad de los geometristas, utilizando para una primera prueba los triángulos curvilíneos; y con éstos ha formado ''La vuelta de los golondrinas'' (núm. 8).

El triángulo curvilíneo aunque algo desdeñado, es capaz de tener diversidad de significaciones. Acostado sobre su lado convexo es una ola, invertida es una golondrina en pleno vuelo; reunidos pueden ser: un velámen, una señorita, una sombrilla o un peñasco.

Harry Rountree ha aplicado el nuevo método con una eficacia que incita a cualquiera a entrar en la hermandad. Su ''Leona bebiendo'' (núm. 9) es un prodigio. Usando tan sólo triángulos ha hecho el cuerpo del animal, y también el fondo y cuadro y los accesorios de la escena.



7—Dignidad e imprudencia. (Pentágonos), por Ambrosio Chew

El dibujante René Bull, que tantos buenos ratos nos ha proporcionado ha adquirido el virus de los geometristas en la forma más aguda que se conoce. El mismo artista describe su teoría de la manera siguiente:

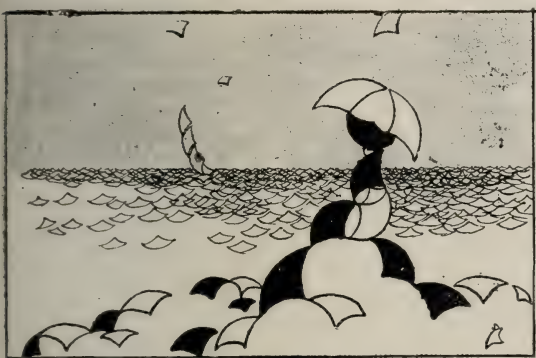
Supongamos que un cuerpo puede ser descrito con líneas rectas. Entonces el cuerpo puede leerse de la manera siguiente: H, F, P, A, O, K, Y, D, G, E.

Se describe un círculo, en cuya circunferencia se describe el ángulo A, P, F de tal modo que si se prolongara K P formaría su diámetro. Se inscribe dentro del círculo mayor un círculo menor y así tenemos formada una cabeza. Se reunen los puntos H O por medio de una recta, cuyas extremidades se prolongan hasta B y C. En C se traza el triángulo C N N. Ahora bien, si los puntos P, A, F, H fueran movibles, entonces B C podría acercarse a la figura formada sobre los puntos X X mediante cinco círculos, dos líneas rectas y una elipse, con todo lo cual he querido representar el ave de la sabiduría. Si K, Y, G fueran movibles, entonces D E podrían avanzar sobre el plano L L, consiguiéndose así una escena cinematográfica que podría titularse ''Diana persiguiendo el buho de Minerva'' (número 10).

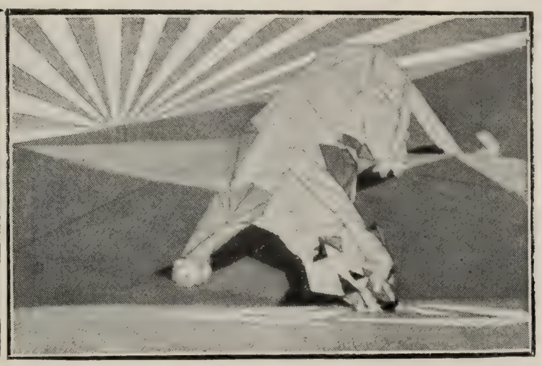
Para demostrarlo hay que recurrir a la reducción del absurdo.''

Estamos de acuerdo con esta útima cláusula.

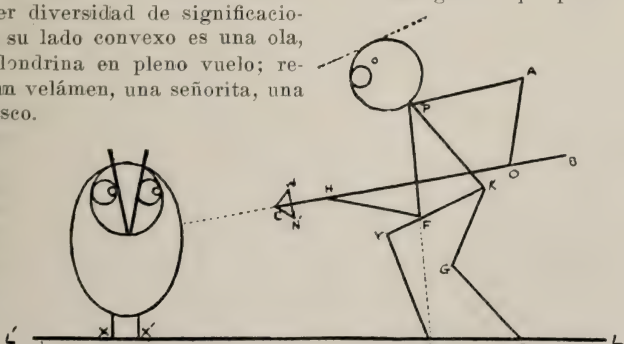
Porque tal es al fin y al cabo la base del sistema de los geometristas, que hace furor en Europa.



8—La vuelta de las golondrinas. (Triángulos curvilíneos), por Juan Hassall



9—Leona bebiendo: una escena crepuscular. (Triángulos), por Hawy Rountree



10—Diana persiguiendo al buho de Minerva. Círculos, líneas rectas y una elipsis), por René Bull

AL NATURAL



El coronel Wedge era un solterón bueno y alegre. Por su porte y anchura de hombros se adivinaba un militar retirado. A pesar de haber ya cumplido los cincuenta años, aún conservaba todo su vigor y actividad.

Al día siguiente de su llegada a París, donde había ido a pasear algunos días, dedicó toda la mañana a visitar aquellos sitios que más llaman la atención del extranjero.

Entró en un restaurant cerca de la Porte St. Martin, encontrándose allí en un pleno ambiente parisién, se fumó un cigarro y salió para pasearse por las calles, sin rumbo determinado. La casualidad lo encaminó en dirección al norte, y como a las tres de la tarde se encontró en el barrio de Montmartre.

Caminaba sin rumbo, maquinalmente, con las manos cruzadas a la espalda, disfrutando de cuanto veía. Entró por una calle lateral y se detuvo ante un aviso muy llamativo de un cinematógrafo.

El coronel, aficionado a las vistas cinematográficas, pensó que allí podría ver algo nuevo y fuera de lo común. El cartel era espeluznante: representaba un hombre atacado por víboras. El coronel dominaba suficientemente el francés para comprender bien el significado del aviso que explicaba que el ataque y estertor de la muerte eran obras maestras de simulación.

"Es admirable lo que hacen hoy en día con las películas, pensó el coronel. Es de suponer que a estas serpientes les habrán extraído las glándulas venenosas."

Se detuvo un rato contemplando aquel cartel, y al fin se decidió a entrar. Se acercó a la boletería, que se hallaba en la vereda, y pidió una entrada. Era evidente que aquella instalación no era de primer orden, pues a un lado y a otro se veían tabernas, y aparentemente la boletería había sido en sus buenos tiempos alguna garita, habilitada a la sazón para despacho de entradas.

Wedge, al tomar su localidad, miró calle arriba.

Apenas había tráfico y las tabernas estaban vacías.

Un rayo de sol iluminaba el cartel que representaba al hombre atacado por las serpientes. Hedge volvió a mirar el affiche. Sentía una atracción misteriosa, acaso porque le interesaban los problemas psicológicos.

"Parece una especie de pista", pensó, "pues sino fuese así podría huir. Verdaderamente tiene un parecido real."

Con el billete en la mano se dió vuelta. Delante de una cortina de peluche había un hombre que le hizo seña para que pasase. Wedge pasó de la brillante luz del día a una obscuridad completa.

Nada podía ver, sintió que alguien le tomó del brazo y lo conducía adentro. A su izquierda oía el click familiar del cinematógrafo.

La mano que agarraba su brazo suavemente, lo seguía conduciendo y Wedge tenía la impresión de caminar en una curva, pero una curva interminable. Pero como apenas podía expresarse en francés, no podía preguntar cuánto más tenía que caminar. Vagamente comprendía que había gente alrededor, cerca de él, y naturalmente pensó que atravesaba el salón del espectáculo.

¿Pero dónde estaba el telón?

No percibía ni siquiera un rayo de luz. Lo envolvía una obscuridad densa e impenetrable, oprimiéndole los párpados, como si fuese con un paño mojado.

De pronto sintió que la mano que agarraba su brazo le soltó. Welge se detuvo pestañeando.

— Quiere decirme, — exclamó algo irritado, — dónde me encuentro?

No obtuvo contestación. Esperó y puso atención. El click del aparato se había apagado.

Profundamente intrigado extendió los brazos, adelantando un paso y entonces su pie descendió en el... vacío.

Cayó sobre algo blando, pero antes que pudiera levantarse o moverse, fué sujetado y sintió su cara oprimida contra algo blando, que a él le pareció un montón de almohadas. Un olor sofocante y penetrante invadió todo su ser, llegando a perder gradualmente el conocimiento.

Cuando el coronel Wedge volvió en sí, se encontró en una pequeña habitación, iluminada por un candil de aceite suspendido de la pared. Estaba tendido en un montón de colchones, amarrado de manos y pies.

Comenzó por mirar vagamente hacia arriba. Justamente encima de donde él estaba, vió una marca circular en el techo. Al oir ruido de voces volvió la vista y vió cerca un grupo de hombres sentados a una mesita.

Con asombrosa rapidez recordó lo sucedido. Volvió a mirar al techo, y ya no le cupo duda que aquella marca circular era la compuerta por donde él había caído.

Ni siquiera intentó moverse; permaneció quieto buscando en su mente una explicación a su extraña situación.

Los hombres sentados a la mesita hablaban alto, pero hablaban en francés y él no los comprendía.

Se dió vuelta para mirarlos bien. Cinco de ellos—había seis— estaban mal vestidos, con pañuelos azules y encarnados al cuello; uno de ellos era de tipo diferente y tenía el aspecto de un negociante feliz en sus negocios. Era el orador y cabecilla del grupo. Wedge pudo observar que tenía una expresión perversa y enérgica, que hablaba con rapidez y gesticulaba violentamente mirándolo y dando de vez en cuando puñetazos en la mesa. Finalmente se levantó y cruzó la habitación.

—Mi nombre es Dance—dijo, y colocó el cigarro que fumaba a un lado de la boca y siguió hablando entre dientes.—Soy inglés de nacimiento y tengo un cariño entrañable a mis compatriotas. Por eso está usted aquí. Usted es justamente el hombre que yo necesitaba. Cuando lo vi contemplando el cartel, me felicité por haberlo encontrado. Que le pareció ¿eh? Lástima que no llegara a ver la película.

Y echóse a reir sardónicamente.

Wedge lo miró fijamente, pero no contestó.

El otro se encogió de hombros y se volvió.

Después de una ligera discusión los seis se marcharon.

Wedge esperó a que se apagara el ruido de los pasos para erguirse.

Miró en torno. Sólo vió una puerta pero ninguna ventana. Las paredes eran de ladrillo sin revoque y se comprendía que aquello era un sótano. Los únicos muebles eran una mesa y varias sillas. El piso húmedo, era de piedra, y por el ruido comprendió que en un rincón había una gotera. Después de efectuar el primer escrutinio a su prisión, se dejó caer otra vez sobre los colchones y trató de coordinar sus ideas. No distinguía ningún ruido exterior, ni del tráfico de la calle, y creyó que sería inútil gritar.

Salvo el goteo del agua y chisporroteo del candil, reinaba en el recinto un silencio absoluto. La atmósfera era muy pesada. La luz del candil lentamente se extinguía hasta que llegó a apagarse completamente. Wedge, tendido y rodeado de la mayor obscuridad, con los ojos abiertos, escuchaba los latidos de su corazón.

¿Con qué objeto lo querían? ¿Si era simplemente para robarlo, porque lo tenían prisionero? El tiempo transcurrido le pareció una eternidad. Desesperado, quiso dormir, pero la pregunta del por qué lo tenían prisionero se le volvió a presentar ahuyentando el sueño. Wedge era hombre que tenía su valor bien probado, pero en esa situación era tan extraña que le causaba escalofríos.

La trampa, el cloroformo, las ligaduras, aquel grupo de malhechores, no eran recuerdos tranquilizadores. Además, aquella soledad en la más completa obscuridad, escuchando el caer del agua, era como para desesperar a cualquiera. Pasó así una hora, y entonces hizo otro gran esfuerzo para soltarse. Respiraba convulsivamente, con los ojos cerrados veía sábanas de fuego. Resultando todos sus esfuerzos inútiles, y completamente exhausto se dejó caer otra vez, fijando la vista en el techo.

Por una de esas obsesiones de la vista, quizás porque los rayos del sol hubiesen avivado el colorido del cartel al fijarse en él, volvió a ver la figura sombría del hombre defendiéndose en una pista contra el ataque de varias serpientes. Con cierta amargura pensó que tarde, o quizás nunca, llegaría a ver la representación de esa película. No era muy probable que lo soltaran, pues su libertad significaba el arresto de sus captores.

—Seguro combinan algún plan conmigo,—pensó—pero su móvil sólo Dios lo puede saber. No puede ser el robo, y nada ganarían con asesinarme. El secuestro no tiene objeto, puesto que no soy persona de importancia, a no ser que me hayan confundido.

Un ruido de pasos que llegaba del exterior vino a interrumpir sus congeturas y reflexiones. Oyó que la puerta se abría y que depositaban en el suelo algo que sonaba como un plato; se cerró la puerta y los pasos se alejaron. Pasados unos minutos volvió a oir los mismos pasos, y al abrir la puerta vió a un hombre que traía una vela encendida en la mano. El coronel Wedge comprendió entonces que sus carceleros querían alimentarlo, y se decidió a aceptar lo que le dieran, pues no ganaba nada con debilitarse por el ayuno.

Resignadamente aceptó lo que le ofreció el carcelero, y con avidez bebió el vino agrio que éste traía. Al terminar su colación lo dejaron sólo nuevamente, dejando la luz sobre la mesa. Observando la consunción de la vela, Wedge pudo darse una idea del tiempo que pasaba. Hizo un cálculo basado en el número de las pulsaciones de su corazón, que en estado normal eran 70 por minuto, y así dedujo que la vela debía durar como unas cuatro horas, pero el cálculo de Wedge estaba errado. La vela ardió sólo tres horas, pues a causa de las emociones que había recibido, su corazón latía a razón de 80 pulsaciones por minuto.

Parecía que habían transcurrido meses antes que la vela diera su última llamarada.

El coronel fijaba su vista en la pared, en los toscos ladrillos y en aquella trampa colocada en el techo. Cerraba los ojos y procuraba dormir. A ratos se sentaba y tendía una mirada en derredor. Se acostaba y daba vueltas de un lado al otro, pero nada aligeraba el tiempo, y cuando se quedó otra vez en la obscuridad, comprendió por primera vez en su vida, cuán fácil era volverse loco.

Cayó en una especie de letargo, que fué interrumpido por rumor de pasos. La puerta se abrió con estrépito. Los hombres que él había visto sentados a la mesa habían regresado. Dos de ellos se adelantaron y le cortaron las ligaduras que ataban sus pies y lo pusieron de pie. Se sostuvo con dificultad, pues tenía las piernas entumecidas.

El hombre llamado Dance, que antes le había hablado y cuyas faciones malévolas le habían impresionado tanto, se sentó a la mesa e hizo que Wedge se colocara delante de él.

—¿No habla francés?—preguntó.

—No.

El hombre movió la cabeza con satisfacción, mientras jugueteaba con una gruesa sortija de oro, y fijó la vista en la cara del coronel.

—¿Por qué estoy aquí?—preguntó Wedge tranquilamente.

—Pronto lo sabrá.

—¿Quiere usted mi dinero?

—Ya se lo hemos tomado.

—Se miraron fijamente. Los otros se movían inquietos.

—¿Usted es un oficial del ejército inglés, no es cierto?

—Sí.

—¿Y ha peleado alguna vez?

El coronel alzó los hombros por respuesta. Rehusaba someterse a un examen de esta naturaleza hecho por un canalla.

—Está bien—dijo el otro—no se enoje por eso. Le prometo que ha de presenciar una pelea antes de morir.

Algo en la expresión del hombre hizo que Wedge se adelantara hacia la mesa.

—¿Qué quiere usted decir con eso? ¿Piensa asesinarme?

No obtuvo respuesta. El silencio era significativo. Wedge se desanimó un poco.

—¿Es dinero lo que usted necesita?—preguntó después de una breve pausa.

—De nada sirve que usted nos ofrezca dinero,

pues una vez fuera de aquí le faltaría a usted tiempo para delatarnos a la policía. Sí, necesitamos dinero, pero no de usted.

Sólo una idea dominaba a Wedge, era evidente que su situación no requería grandes actos de nobleza. Cualquier medio que empleara estaba justificado.

—Le daré mil libras y prometo no dar parte a la policía,—dijo.

—Ofrece dinero y da su palabra de honor de no comunicar con la policía,—dijo el otro hablando con los hombres que estaban detrás de Wedge.

Hubo una violenta oposición. Todos rodearon a Wedge gritando y gesticulando a cual más excitado, amenazándole con sus puños cerrados.

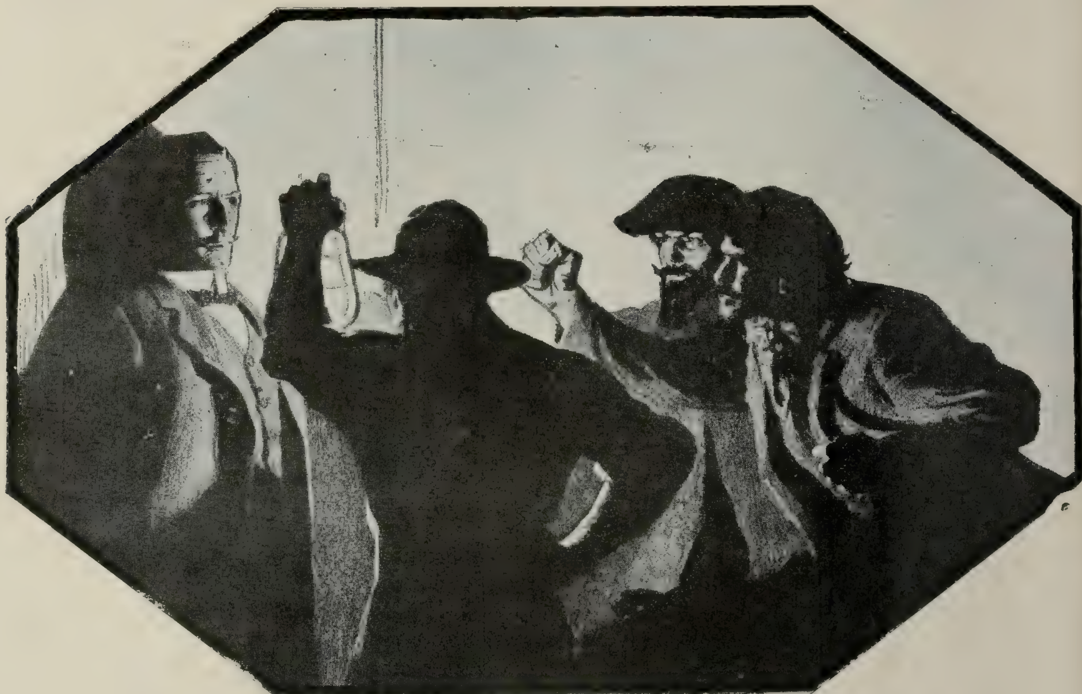
El coronel no perdió su serenidad.

—¿Las mil?—les dijo tranquilamente.

—¡Imposible!—y el hombre que estaba sentado a la mesa se levantó.

En medio segundo fué sujetado por media docena de manos, y a pesar de defenderse como un valiente, poco a poco tuvo que ceder a la fuerza mayor y dejarse empujar hacia otro recinto que no conocía. Trató de defenderse pero todo fué en vano. Cansado ya de luchar, sintió que alguien le apretaba la garganta, mientras otros le sujetaban los brazos, y así fué derribado al suelo. Oyó el crujir de la puerta de hierro y se vió tendido en el suelo respirando convulsivamente.

Instantáneamente el recinto fué iluminado por una luz intensa y ofuscadora. Tambaleándose se puso en pie y con la mano hizo pantalla para su vista. Se hallaba en un espacio circular, cuyas paredes eran blancas y lisas. Arriba funcionaban una media docena de lámparas de arco, cuyos discos metálicos reflejaban la luz abajo. A pesar que la parte superior del recinto quedaba en la sombra, pudo ver un balcón o plataforma que



... Todos rodearon a Wedge, gritando y gesticulando, a cual más exitado, amenazándole con sus puños cerrados.

—Estamos perdiendo tiempo.

Tomando la linterna salió y los otros empujando a Wedge adelante lo siguieron. Atravesaron un largo corredor de piedra. Wedge oyó el ruido de llaves en mohosas cerraduras y al fin la puerta se abrió. El interior estaba completamente obscuro.

Dance, desde la puerta y con la linterna en alto, dió una orden y le desataron las manos.

—Denle el garrote.

Le pusieron en la mano un grueso garrote de madera, retorcido, con la punta gruesa y roma.

Wedge era hombre ágil y de acción, y como un relámpago comprendió que esta era ocasión que debía aprovechar para escaparse. Trataban de empujarlo hacia adentro de aquel recinto obscuro.

—Vite! Il est dangereux!—gritó el hombre con la linterna.

Wedge aprovechando el momento levantó el garrote y lo hizo girar alrededor, dándole a la linterna que al caer se deshizo en mil pedazos.

sobresalía de la pared y como a quince pies de altura del piso enarenado.

El coronel Wedge se dirigió a la pared y empezó por examinar su superficie, era lisa y parecía de hierro pintado. El marco de la puerta por donde lo habían echado, se veía de un lado, y enfrente vió el marco de otra puerta de hierro, como el resto del recinto, empujóla pero vió que estaba cerrada. El ruido de algo que caía al suelo le hizo dar vuelta, y entonces vió que de la plataforma le habían tirado su garrote, y mirando hacia arriba vió unas cuantas caras que se fijaban en él, además de unas cajas como de algún instrumento, a cada lado de la plataforma. Debido la potencia de la luz nada podía distinguir. Sombreándose los ojos se fijó arriba y sólo entonces comprendió lo que aquello era. Eran dos máquinas cinematográficas.

Hasta ese momento Wedge no había comprendido todo lo crítica que era su situación. Ya estaba explicado el cartel del hombre luchando con

las serpientes. Recordó la pista. Caminó hasta el centro y se detuvo con los puños crispados. Se agachó para recoger el garrote. Sucediese lo que sucediese, por lo menos moriría peleando.

Instintivamente se puso a observar la segunda puerta, pues estaba convencido que por ella entraría la muerte.

En la plataforma se oía hablar en voz baja. Su cerebro estaba despejado y se sentía sereno.

Sabía que lo que saliera por esa puerta venía con intención de matar y también sabía que sus espectadores no consentirían su triunfo.

En aquellos momentos de interrupción deliberadamente se puso a adivinar lo que podría suceder. Seguramente no repetirían la lucha de las serpientes. Esa escena ya había tenido una víctima. En esta misma arena un hombre había mostrado su terror con una exactitud real y positiva.

Con el garrote en la mano, fuerte y valiente, retorciéndose el bigote y fijos los ojos en la puerta esperaba el coronel Wedge.

—Veo que usted entiende ahora—dijo una voz.—Esta vez tomaremos una buena película, la mejor de las que hemos hecho hasta ahora.

Wedge ni pestañeó.

—Confiamos en que usted se portará bien, dándonos buen resultado.

Allá en el fondo de su corazón juró matar a Dance si llegaba a salir de allí con vida.

Oyó unas risotadas seguidas de un completo silencio. Luego el click de una máquina. Los cinematógrafos habían empezado a funcionar.

—¿Estamos prontos?

Wedge respiraba tranquilamente. La puerta empezó a abrirse. En la pared blanca vió abrirse gradualmente una brecha obscura. La mano que retorcía su bigote quedó paralizada. Levantó el garrote y se endurecieron los músculos de su brazo derecho. Pulgada por pulgada y sin el menor ruido fué abriéndose la puerta hasta quedar completamente abierta.

Pasaron unos minutos y nada entró. La incertidumbre se estaba haciendo insoportable, y cuando Wedge determinó acercarse, vió moverse una forma indistinta en el fondo del obscuro interior, y en seguida vió deslizarse hacia la pista un gran animal amarillo que deslumbrado por la fuerte luz se detuvo. No podía equivocar esa cabeza chata, cuadrada y esas afelpadas orejas. La puerta se cerró con estrépito.

—Puma,—murmuró y fijó los ojos en la bestia, y una ligera esperanza brotó en su corazón. Conociendo las condiciones caprichosas de este animal, comprendió que podía haberse encontrado frente a uno bastante peor.

Sus congeturas cesaron repentinamente, el animal se movía. Se arrastraba sobre el vientre hacia la pared, y muy despacio empezó a dar vuelta al recinto. Wedge seguía sus movimientos, siempre dándole frente. Gradualmente aligeró el paso hasta llegar a trotar, y mientras corría indiferentemente miraba al hombre que estaba en pie en medio de la pista. Parecía que la pared le llamaba más la atención. De vez en cuando alargaba el cuello y miraba arriba.

Por el momento no se le conocía animosidad en su descarnada y blanca mandíbula y sus ojos amarillos. Se detuvo en su carrera y escuchó. El rui-



... Y en seguida vió deslizarse hacia la pista un gran animal amarillo que, deslumbrado por la fuerte luz...

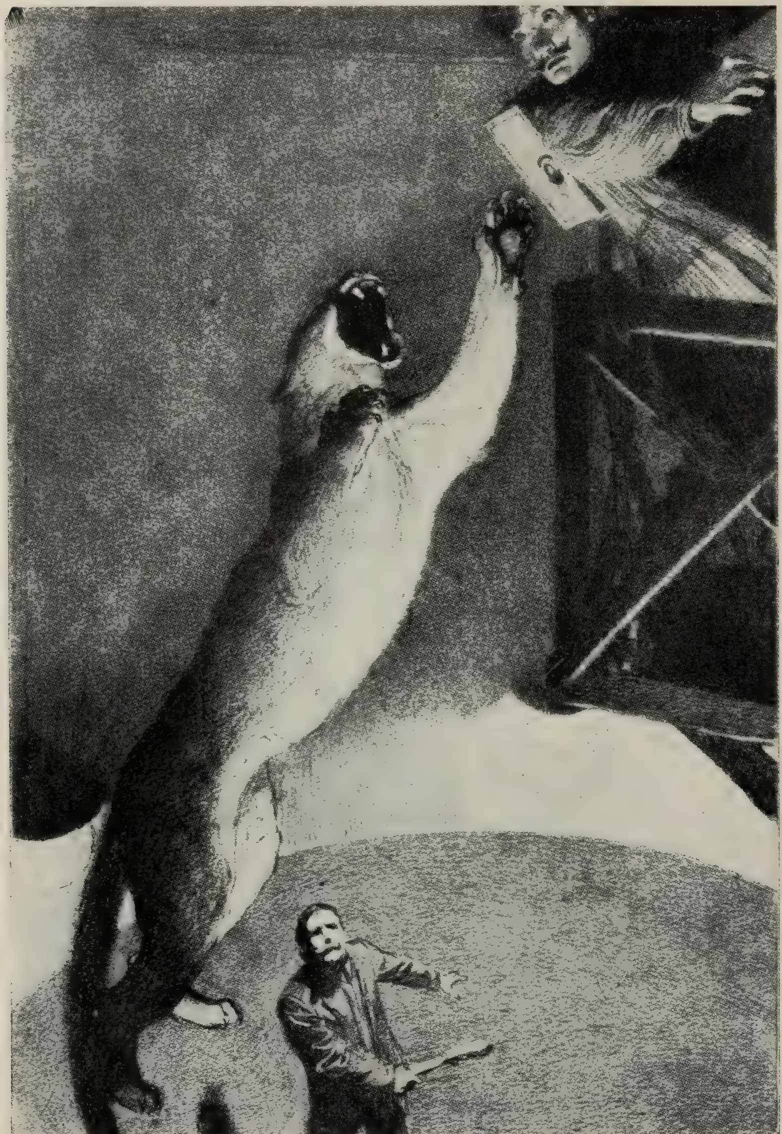
do del cinematógrafo le había llamado la atención. Se paró contra la pared, arañando la pintura. Después dando la espalda a Wedge se sentó sobre los cuartos traseros y pestañeando contemplaba la plataforma.

El olor repugnante del animal saturaba la atmósfera.

Wedge quiso ponerse en una posición más descansada, pero el puma oyó el leve ruido y volvió la cabeza para mirarlo.

Parecía como si lo hubiese visto entonces por primera vez, empezó a dar vueltas otra vez, sin dejar de mirarlo. Cuando llegó a la puerta por donde había salido, se detuvo y se acostó, extendiendo sus patas y siguió mirando a Hedge. Este se quedó inmóvil, pues sabía que al menor movimiento suyo incitaría al animal.

Wedge apoyaba la creencia de que los animales por una razón o por otra son conscientes de las emociones sufridas por los demás y obran en esa conformidad. Bajo la influencia de esa creencia se esforzó por dominarse y mirar al animal con completa serenidad e indiferencia.



...dió un magnífico salto hacia las sombras que estaban detrás de las lámparas eléctricas...

El puma con sus cuartos delanteros extendidos sobre la arena, lo miraba también con indiferencia. Su actitud indicaba soñolencia. Había momentos en que casi cerraba sus brillantes ojos.

Pero una voz exclamó arriba:

—¡Hay que excitar a ese bicho!

Rígido, mirando arriba, el animal se levantó como impulsado por un resorte. Miraba aquella plataforma, que aparentemente era la causa de su enojo, agitaba la cola, y al levantar el labio de un lado para lanzar un gruñido mostraba sus blancos dientes.

Sería posible que entre los espectadores reconociera algún viejo enemigo.

—Va a acometer,—pensó Wedge.—Pero no es a mí a quien mira.

En ese momento alguien le tiró un fósforo encendido que le cayó sobre el lomo. Entonces el animal dió un magnífico salto hacia las sombras que estaban detrás de las bombas eléctricas.

Súbitamente cesaron las voces, para volverse a oir gritos ensordecedores. Wedge oyó el arañar de las garras de la bestia sobre la barandilla de la plataforma y un grito de terror. Hubo gran movimiento de pies. Siguió una serie de gruñidos y se oyó el caer de un cuerpo pesado.

Wedge se quedó un momento aterrorizado. En seguida volvió en sí y corrió hacia la puerta que había dado entrada al animal y se echó encima con toda su fuerza, una y otra vez, cedió con estrepito, y vino a caer sobre la fétida paja que estaba en la jaula del puma. Se levantó inmediatamente.

Por la luz que proyectaba la bomba de la pista pudo ver que la jaula tenía una compuerta de hierro que cerraba por la parte exterior con un cerrojo. Metió la mano por las rejas, y abrió el cerrojo.

Como un rayo salió de la jaula, y empuñando todavía el garrote corría por un corredor de piedra y obscuro, y con el propósito de matar al primero que le impidiera salir. Al final de un tramo de escalera había una puerta cerrada por dentro; descorrió los cerrojos y tambaleándose salió a la calle.

Cuando unas horas después la policía invadió los sotanos del cinematógrafo, encontraron al puma dormido en su jaula, y arriba en la plataforma estaba todo lo que quedaba del señor Lance, inventor y productor de películas al natural.

Con la luz del día Wedge descubrió que le habían pintado las cejas y la cara, con el objeto de desfigurarlo.

Martín SWAYNE.

Crónica de la Moda

El eclecticismo de la moda permite a las mujeres de buen gusto y que saben vestir bien, mil felices combinaciones con las que pueden variar cuantas veces lo deseen el aspecto de sus toilettes. Como fondo, tienen un vestido de rica seda flexible, negra o de un azul lo más obscuro posible. Para las combinaciones sobre este vestido, un juego de chaquetas y túnicas, además de la de igual tela del vestido. Una de dibujos violentos que sólo se pone algunas veces, otra de un tono vivo que se lleva para alguna reunión, muy elegante, al aire libre; una o dos túnicas de encaje o de tul o de velo bordado, del color del vestido o blanco; a esto se añade un juego de cinturones. Estos, con la enorme variedad que pueden dar a los diferentes conjuntos, han de dar origen a maravillosos resultados de elegancia en una mujer coqueta y entendida.

Las capas de tul negro, verdaderas preciosidades de última hora, también dan un sello artístico a los vestidos así combinados. Hemos visto una, llegada en estos días de París: es simplemente de tul, sin dobladillos ni más terminación que un simple punto de guante en la orilla y terminada en cuatro puntos (porque es algo así como un mantoncito japonés de luto, en su forma), por cuatro borlas que haciéndole un poco de



La "cape" de estirpe castellana, creada por Paquin, constituye la última palabra de la moda

peso impiden que la frágil monada se vuele al primer soplo de la brisa.

La capa española, de que se hacía mención en la crónica del número anterior de El Hogar, es creación de la casa Paquín, de París, y seguramente obtendrá gran éxito en Buenos Aires, también como abrigo de media estación y de verano en las playas y en los hoteles elegantes de las sierras. El modelo que es de seda flexible, negra, con cuello de terciopelo, es indudablemente de una gran elegancia y sobriedad.

Muchas señoras la adoptarán justamente por esa cualidad, pues hay quien cifra toda su coquetería en vestir muy sencillamente, tratando de que su toilette sea toda de líneas puras, de una elegancia severa, así como otras se preocupan de buscar todo lo que sea recargado, atormentado, de movimientos combinados y difíciles, muchas veces más raros y originales que bonitos.

En las últimas reuniones del Jockey Club, no se ha visto un solo sombrero de invierno. Todos son ya de paja y de tul: algunos grandes, de paja flexible, pero sobre todo de tul; la última manera de poner los volados de tul es alrededor del borde del sombrero, como las "collerettes". Los nuevos adornos de los sombreros son altos, más altos que nunca, bolas de aigrettes cros-



ses, de aigrettes, de hilos de plumas, rosas livianas o ramos de florecitas de pétalos delicadamente recortados, anchas mariposas de encaje, o de hilillos de aigrettes, o de plumas, o de muselina pintada o ricamente incrustada de pequeñísimas piedrecitas de fantasía; todos estos adornos se balancean en la punta de un largo alambre y se mueven coquetamente sobre las copas redondas de los sombreros, siguiendo los movimientos de la cabeza.

Desde que la moda es moda, desde que la mujer ha puesto en su adorno toda la minuciosidad de su coquetería innata, desde que los fabricantes de tela, secundados por los tintoreros buscan y encuentran para satisfacer el femenil capricho, mil felices combinaciones, artísticas u originales, los lunarcitos, las pastillas más o menos grandes, ya sean estampadas o bordadas de colores sobre fondo de tono distinto, han tenido siempre buena acogida. Damos hoy un modelo de media estación, que puede hacerse en crespón de algodón, bonita tela muy flexible y liviana, o en fular de seda, también de lunares; el color puede variarse hasta lo infinito, justamente se hacen ahora tan preciosos tintes para esta clase de vestidos, que la dificultad está en la elección. En la abertura de la blusa se ve un plastrón de tul de Alençon, delicadamente bordado en la orilla; el cuello que forma fichú, es del mismo tul de Alençon bordado

El precioso sombrero que completa el traje es de paja blanca, fondo todo cubierto de tul y cresta de tul negro, barbijo de cinta de terciopelo negro y aigrette de crossos blancas.



1. — Sombrero formado con volados de tul, aigrette negra
2.—Sombrero cloche, de tul ligeramente drapeado, borde de tul cubierto por encima por un borde de paja
3.—Charlota de tul point d'esprit completamente plisado, sobre fondo de tul blanco. Rosa blanca

4.—Sombrero de tagal rodeado de un volado de tul, muy levantado. Aigrette de Paradis, colocada delante
5. — Sombrerito de paja negra con el fondo de tul, que deja ver el cabello
6.—Sombrero de noche, de tul negro, casi liso, ceñido con una faja de terciopelo. Paradis negro

---

Algunos adornos entran con suerte en la moda y se generalizan con sorprendente rapidez; uno de ellos es el faldón corto de encaje, de tul o de muselina de seda, faldón plegado o fruncido que aparece alargado ligeramente en algunos modelos a causa de la importancia del cinturón; éste se hace cada vez más alto sobre el busto, ancho sobre las cade-

ras, largo sobre la falda; a veces el cinturón constituye por sí sólo la parte más importante de un vestido, si se le elige con discernimiento puede dar un estilo original y coqueto al vestido más sencillo. Para cerrar los cinturones se usan ramos de flores artificiales perfectamente imitadas o creadas en los tonos fantásticos de las telas; botones antiguos, hebillas grandes o pequeñas o grandes moños planos de los llamados japoneses, o mariposas, porque las cocas se desprenden ligeramente, como si fueran a volar, o simplemente nudo primitivo, de esos que hasta los niños saben hacer.

Todavía se ven algunas rosas de lana; su contraste con los vestidos livianos es precioso.

Más que nunca son favoritos los vestidos blancos, pero el amarillo limón les hace gran competencia en las muy reducidas esferas de la alta elegancia. Gusta siempre mucho el azul de todos los tonos, desde el más claro hasta el más obscuro, que se acerca al negro en una gama que se alarga cada día más y que es tan sentador que jamás envejece. La mezcla del verde y del azul sigue gustando; todavía se encuentran en esta combinación efectos nuevos e imprevistos. Así por ejemplo, ha tenido un éxito colosal un vestido de tela azul mezclada con hilos blancos que daba un tono nebuloso muy suave, adornado con un ancho cinturón de cinta verde lechuga.

Hasta ahora se llevaban los zapatos y las medias haciendo juego unos con otras. El último capricho de la moda decide otra cosa. Impone a las muy elegantes el zapato de raso mordoré o el zapato de terciopelo negro, acompañados de medias grises. La media gris es actualmente el chic de los chics. Por un refinamiento de coquetería todas las que calzan zapato mordoré llevan el sombrero del tono de su calzado; este color va bien con todos los vestidos.

Los velos, que para el paseo matinal siguen llevándose de tul o de encaje rameado, son ahora para la tarde de un tul de anchas mallas sobre el que está colocado un sólo lunar grande de terciopelo negro. Este lunar se parece a un lunar verdadero, es algo así como "la mouche" asesina del siglo XVIII. Se puede variar el sitio de este lunar improvisado según como se ponga el velo sobre la cara.



Se lleva mucho el peinado alto, que deja libre la nuca. La masa de pelo ondulado que cubre el casco se sujeta por medio de peines de carey durante el día, y con peines adornados con pedrería durante la noche.

Como adornos nuevos para el peinado, aparecen los siguientes:

Un hilo de gruesas cuentas de azabache que, luego de ceñir con dos vueltas la cabeza a modo de turbante, pasa por debajo del mentón, ciñendo la línea de los maxilares a modo de "yugular".

Un pequeño lazo prendido en el pelo sobre la frente, y acogido a la oquedad del moño alto, como un pájaro al abrigo de un nido.

Dos altas y airosas plumas de



Vestido de crespón de algodón o de fular con lunares.



Núms. 1 y 3.—Dos aspectos de un mismo vestido, de paño gris muy delgado, chiffon y encaje. La blusa, unida a la falda por un cinturón de seda gris, es de gasa chiffon blanca y encaje. La falda de paño, sobre la que cae en el delantero un volado del mismo encaje de la blusa, en forma de túnica, es de paño con un elegante drapeado a ambos costados, siguiendo el movimiento de túnica; las mangas de la blusa se terminan con dos voladitos, uno de chiffon y otro de encaje. La chaquetilla bolero, muy moderna y original, está adornada en el cuello, los puños y los faldoncitos son bordados en seda blanca y dos botones de pasamanería

Núm. 2.—El modelo del centro es un elegante vestido cuya falda de velo de seda color cereza, está casi cubierta por una túnica de la misma gasa, a rayas blancas y cereza. La parte superior de la blusa y el cuello, plegado, son de encaje blanco

pavo real que arrancan del flequillo, sobre la frente también, sujetas a una peineta disimulada bajo el pelo. Estas plumas tienen la forma de grandes puntos de interrogación, y parecen ser, sobre la cabeza que los sustenta, el leve símbolo de un enigma.

De noche quedan en absoluto proscriptas las cintas como adorno de peinado.

Las sombrillas han sufrido en su forma y en su aspecto un completo cambio.

La sombrilla redonda, en forma de semi-esfera, ha desaparecido para ser sustituída por la sombrilla ovalada, que abierta tiene la forma de un inmenso cascarón de huevo partido por la mitad.

El éxito de estas sombrillas se debe, en primer término, a su novedad, y en segundo lugar, a la circunstancia de que, merced a su forma, protegen mucho mejor el rostro contra los ultrajes del sol.

Las sombrillas de seda adornadas con encajes están muy en favor, y como modelos de toda elegancia se ven las adornadas con piel de armiño—que cubre el borde en forma de orla—y los modelos guarnecidos con pluma de avestruz o de marabú.

Entre los accesorios de la "toilette" femenina, los guantes son, seguramente, de los más importantes. No se puede ser elegante e ir mal "gantée". Los guantes con cadenetas negras, si aquéllos son blancos, o del mismo color de la piel, que Eduardo VII puso de moda, son hoy indispensables para salir por la mañana.

Por la tarde no son admisibles más que los guantes de Suecia, largos, con objeto de que se arruguen sobre el brazo.

Casos y cosas



— Protesto enérgicamente contra los nuevos impuestos... es mucho mejor aumentar los antiguos a que ya están acostumbrados los contribuyentes.



— Esta semana he recibido tres bofetadas, y ya comprenderás que no estoy dispuesto a que me peguen todos los días.

—Pero puedes señalar un día a la semana para recibirlas.



—¿Qué haces ahí delante del termómetro?

—Estoy viendo cuánto frío tengo.



El profesor (criminalista entusiasta).—¡Qué lindo sitio!

Su amigo.—¿Por qué?

—Pues porque si yo lo matara aquí, ¡figúrese usted el tiempo que se necesitaría para encontrar el cuerpo!



El repórter.—Usted conservó su sangre fría cuando ocurrió la explosión, ¿no?

—No, señor. ¡Cualquiera conserva fría la sangre frente a una caldera hirviendo!



—A pesar de ser tuerto, veo más que usted.

—No me parece.

—Claro, porque yo le veo a usted dos ojos y usted me ve a mí uno solo.



—Por favor, Epifanio, tú que no llevas corsé, recógeme el boleto que se me ha caído.



— ¡Pues no está lloviendo! ¡Qué fastidio! ¡Ahora que iba yo a ponerme a regar!

Puntos y Comas

Censuran algunos diarios el abandono en que el gobierno nacional tiene la columna meteorológica instalada en la plazoleta del que fué mercado del Centro.

Como es sabido, dicha columna fué regalo de la colectividad austro-húngara con motivo del Centenario de la Revolución de Mayo.

Y cuando algún extranjero se detiene ante la valiosa columna, ávido de conocer los datos climatológicos de nuestro suelo, se encuentra con que

No funcionan los termómetros
cada reloj está impávido
y es la columnita mágica
observatorio enigmático.
Abandonó la profética
columna el gobierno apático
y no tiene así, la dádiva,
ningún resultado práctico.

Escriben de Francisco Madero (Pehuajó):

"La oficina de telégrafos de la provincia, hace cuatro meses que está instalada y hasta la fecha no funciona por falta de empleados.

Sería conveniente que la dirección se ocupara del asunto."

¡Resultan muy cómicas estas cosas!

Instalar una oficina de telégrafos y no haber reclutado personal que la desempeñe, es como si quisiéramos construir avenidas en el Chaco.

¡Oh imprevisión gubernamental! ¡Cuánta plata nos cuestas!

Telegrafían de Wáshington:

"Se dice que el gobierno tiene esperanzas de encontrar una solución al problema mexicano, proponiendo la realización de nuevas y muy próximas elecciones, en las cuales sería eliminado el nombre del general Huerta. Este declaró últimamente que no tiene intenciones de presentar su candidatura, pues su única aspiración es retirarse, tan pronto como sea posible, a los Estados Unidos, para educar a su hijo, en la Universidad de Harvard."

Hace perfectamente el general
en dejar el sillón presidencial,
pues a los yanquis llama la atención
su acendrada amistad con el Japón.

"Entre las modificaciones que, como reglamentación de tráfico, ha formulado el director de tráfico, señor Paulovsky, figura la obligación, por parte de los propietarios de automóviles de alquiler, de forrar con cuero los asientos de sus coches."

Es loable que en bien de la higiene
tal cosa se hiciera;
pero deben asearse los coches
por dentro y por fuera.

Porque hay cada carraca automovilística que no ha visto la pintura desde su debut.

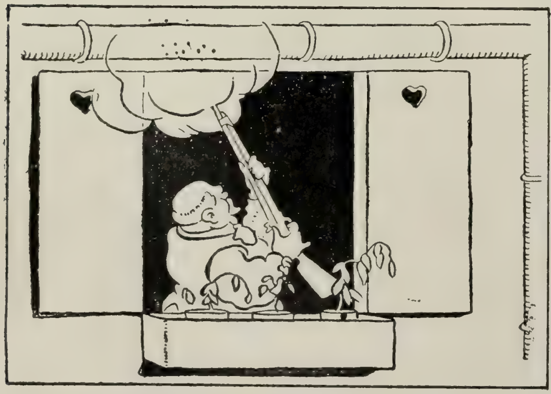
"El doctor Oscar Carreras se presentó en la comisaría 7.ª, donde hizo levantar una exposición, en la cual pide que se retire, por inmoral, una "Venus" de mármol que se exhibe en un comercio de esta ciudad.

Citado el dueño del establecimiento mencionado, manifestó que la "Venus" que exhibe es reproducción de una famosa obra griega que no tiene nada de inmoral. En defensa de su estatua, reprodujo, por otra parte, mucho de lo que se ha dicho sobre el arte y el desnudo y la moralidad de las grandes obras pictóricas y escultóricas."

No hay que exagerar tanto, pues en tal actitud, habría que proveer de indumentaria a

las notables esculturas
de jardines y museos
y hasta algunos angelitos
que ufanos revolotean
en las naves de los templos.

Lluvia artificial



Como sus plantas estaban mustias, y el riego con regadera es muy molesto...



...el coronel Mosquetón decidió procurarse una lluvia artificial por medio de unos cuantos tiros en la canal de desagüe.

Kola-Cardinette

se emplea muchísimo por los médicos en todas las partes del mundo, quienes lo recomiendan como el tónico mejor para combatir el abatimiento y la postración nerviosa, la pérdida del apetito, debilidad, enervamiento, dispepsia, insomnio, disminución de fuerzas vitales, así como para contrarrestar los efectos de la fatiga, del calor excesivo, excesos en las bebidas alcohólicas o narcóticas, etc,



PORQUE

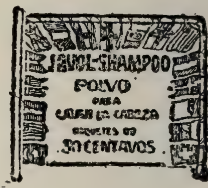
Es en extremo agradable de tomar.
No produce abatimiento ni reacción desagradable.
Mejora el apetito y el vigor mental y físico.

Dosis: De 1 a 2 cucharadas tres o cuatro veces al día.

De venta en todas las Droguerías y Boticas.

VIAMONTE, 1191
BUENOS AIRES

The Palisade Mfg. Co.
Yonkers, Nueva York, E. U. A.


JAVOL-SHAMPOO
POLVO
30 CENTAVOS


JAVOL


JAVOL
CON
GRASITUD

Especial para EL HOGAR.

Entre las labores de fantasías modernas, el piroplanchado, piroquemado y pirograbado es lo más novedoso para las labores de almohadones, paneaux, carpetas de escritorio, tapateclas, tapapianos, senderos de mesa, y hasta para sillas y sofás estilo Luis XIV, es una labor muy delicada.

La tela especial para esta clase de trabajo: para el piroplanchado es el terciopelo, pero este debe ser de una calidad especial que ya viene preparado expresamente para esta clase de trabajos, y para el piroquemado y pirograbado la tela especial es el frustaño o piel de diablo, ésta igualmente viene especial para este trabajo, es una tela muy aterciopelada y muy suave que permite hacer la más tenue sfumatura con la pluma incandescente, ambas telas se hallan en venta en nuestras principales casas del ramo como asimismo los dibujos y útiles para su ejecución.

Para el piroquemado también se emplea en algunas labores, el muaré y la faya, pero ésta debe tenerse por base de elegir una calidad gruesa con un tramado muy parejo para que al piroquemarla no queme al tejido, quedando por cierto la labor inutilizada.

El almohadón largo que ofrecemos como una primicia en dicho trabajo a nuestras lectoras, es trabajado sobre frustaño en color beige muy claro, todo el contorno del dibujo es pirograbado con la pluma de platino puntiaguda incandescente, concluída esta operación con la misma pluma se hacen las sombras más fuertes que dan relieve al dibujo, como claramente se nota en el grabado.

Para hacer las sombras claras y obscuras del piroquemado se cambia la pluma puntiaguda por otra plana que mantendrá la misma incandescencia que la primera, se pasa muy suavemente sobre todas las partes que haya que darle la tonalidad que dé realce a la figura; ésta es por cierto la operación más dificultosa para encontrar bien el contraste de la naturalidad del objeto que se deseare hacer, pero con un poco de paciencia y de buen gusto se consigue hacer muy fácilmente el objeto deseado.

Las figuras de dragones, ornatos Bizantinos, perros y grupos de gatos, son preciosos ejecutados en este estilo; para los grandes paneaux se emplean las figuras antiguas del tiempo de los Luises, de las Merveilleuses, de los Medici y tantos otros motivos que numerosas oleografías nos traen reproducidas, las cuales quedan muy bonitas en piroquemado.

Para mejor efecto de las sombras del piroquemado, se hacen unos retoques con pintura alemana y se obtendrá una naturalidad más perfecta.



Almohadón sobre frustaño piroquemado

El armado del almohadón lleva un grueso cordón dorado viejo, almohadón de algodón de Cuba y forro de raso.

El gajo de guindas es bordado en seda imitación pintura sobre raso color marfil claro, el color del fondo donde está bordado el gajo de guindas es pintado al óleo, las guindas son bordadas con seda de la marca "La Encajera", en los siguientes tonos: color números 91 al 100 como base y matizando con los tonos números 71 al 75, y 101 al 106; estos tonos deben ser muy bien matizados con el tono de base a más según la posición en que estén colocadas las guindas, y según la luz que reciban deben emplearse mayor o menor cantidad de tonos claros, como igualmente de matizarse con mayor o menor cantidad de tonos para poder obtener una naturalidad perfecta.

Todos estos pequeños detalles reunidos son los que hacen formar un bordado perfecto y son los que más deben tenerse en cuenta, pues de ellos

depende todo el éxito del bordado que se ejecute.

Las hojas son bordadas con el tono de base números 181 al 190 y matizando con los tonos números 171 al 174, 141 al 145, 125 al 127; los troncos son bordados con los tonos números 184 al 190, 144 al 146 y 128, igualmente los tonos de las hojas deben de estar muy bien matizados, y según su posición y su forma deben de emplearse los tonos más claros o más obscuros.

Los colores de la seda que dejamos mencionados pueden emplearse para bordar el mismo gajo de guinda sobre un fondo marfil, crema, beige, verde nilo muy claro y blanco. Para otros tonos de raso no se prestan los referidos tonos, habría que cambiar los tonos para que hagan una buena naturalidad sobre el fondo del raso que se hubiera elegido.



Gajo de guindas bordadas en seda, imitación pintura

Rosa ASPLANATO.

Lo que teme la madre cuando el padre se queda cuidando al niño



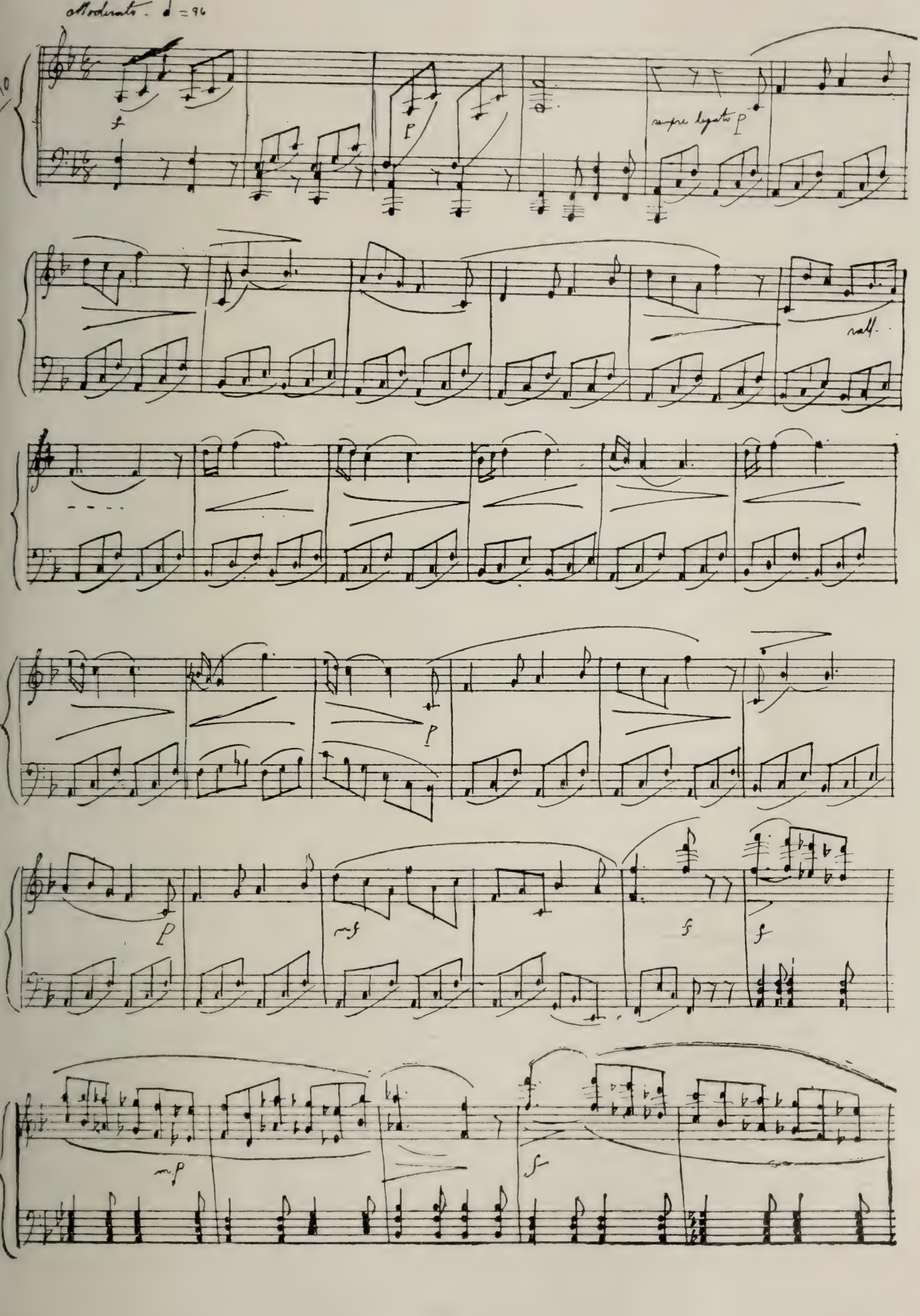

Cuando elija Vd. un extracto de malta recuerde que—nada es tan importante como su
PUREZA
La garantía de pureza bajo la cual expendemos el
AFRICANA EXTRACTO DOBLE
significa para Vd. absoluta higiene en cada detalle de su manufactura. Le asegura la eliminación de toda substancia extraña y la exclusión de toda materia colorante ó preservativa artificial. Cada botella contiene solamente los más finos y más costosos ingredientes—extracto de cebada y lúpulo—que se usan en su elaboración.
Para las madres que crían, convalecientes, personas de negocio y ancianos, no hay mejor ni más saludable bebida.
Las propiedades nutritivas de Africana Extracto Doble dan fuerza á los débiles y más fuerza á los fuertes.
DE VENTA EN TODAS PARTES
En botellas de cierre común o con tapones con coronas de seguridad
PRECIO EN LA CAPITAL $ 4.00, DOCENA
CERVECERIA BIECKERT Ldo. - SAN JUAN 3334, Bs. As.
U. T. 2272 (Mitre)
C. T. 290 (Oeste)

Album musical de "El Hogar"

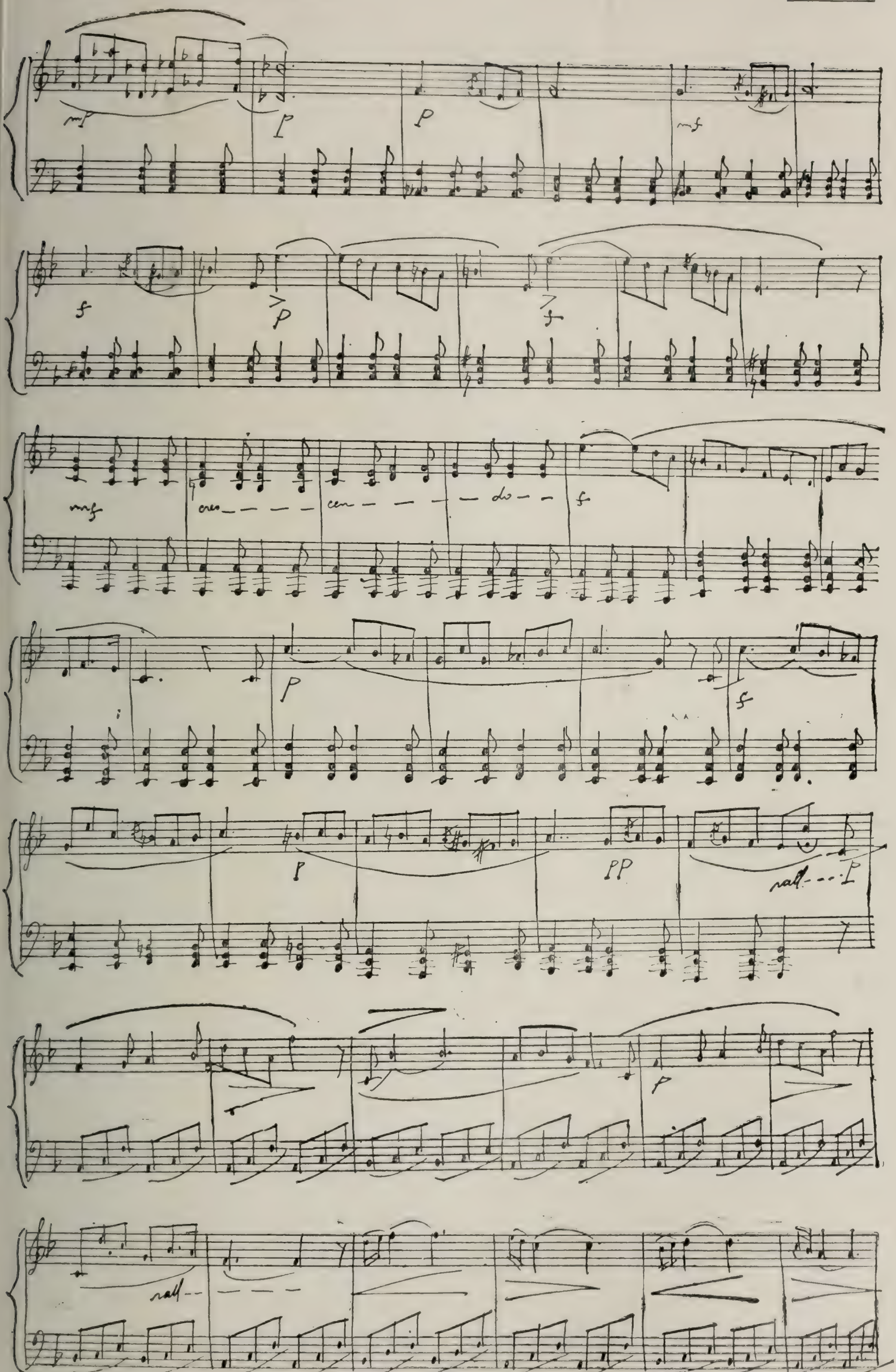
BARCAROLA

A mi madre

por María Amelia Castro




Continental
LA MÁQUINA
DE ESCRIBIR
MAS PERFECCIONADA
BUENOS AIRES
Avenida de Mayo, 1328
Curt Berger & Cía.
"Sección Continental"
Rosario de Santa Fe
CÓRDOBA, 1344


mf
p
p
mf
f
p
f
mf
cres
cen
do
f
p
f
p
pp
rall
p
p
rall



Los secretos de la escoba

La fámula es de esas que causan envidia a las señoritas y levantan tempestades en el corazón de las señoras casadas.

"Está tan mal orientada la sociedad", según el dicho de las damas severas, que no debían meterse a sirvientas sino los esperpentos.

Es bonita de veras, "aunque sirvienta", dicho que hace pendant a aquel de "honrada, aunque pobre".

Pero le hace falta algo.

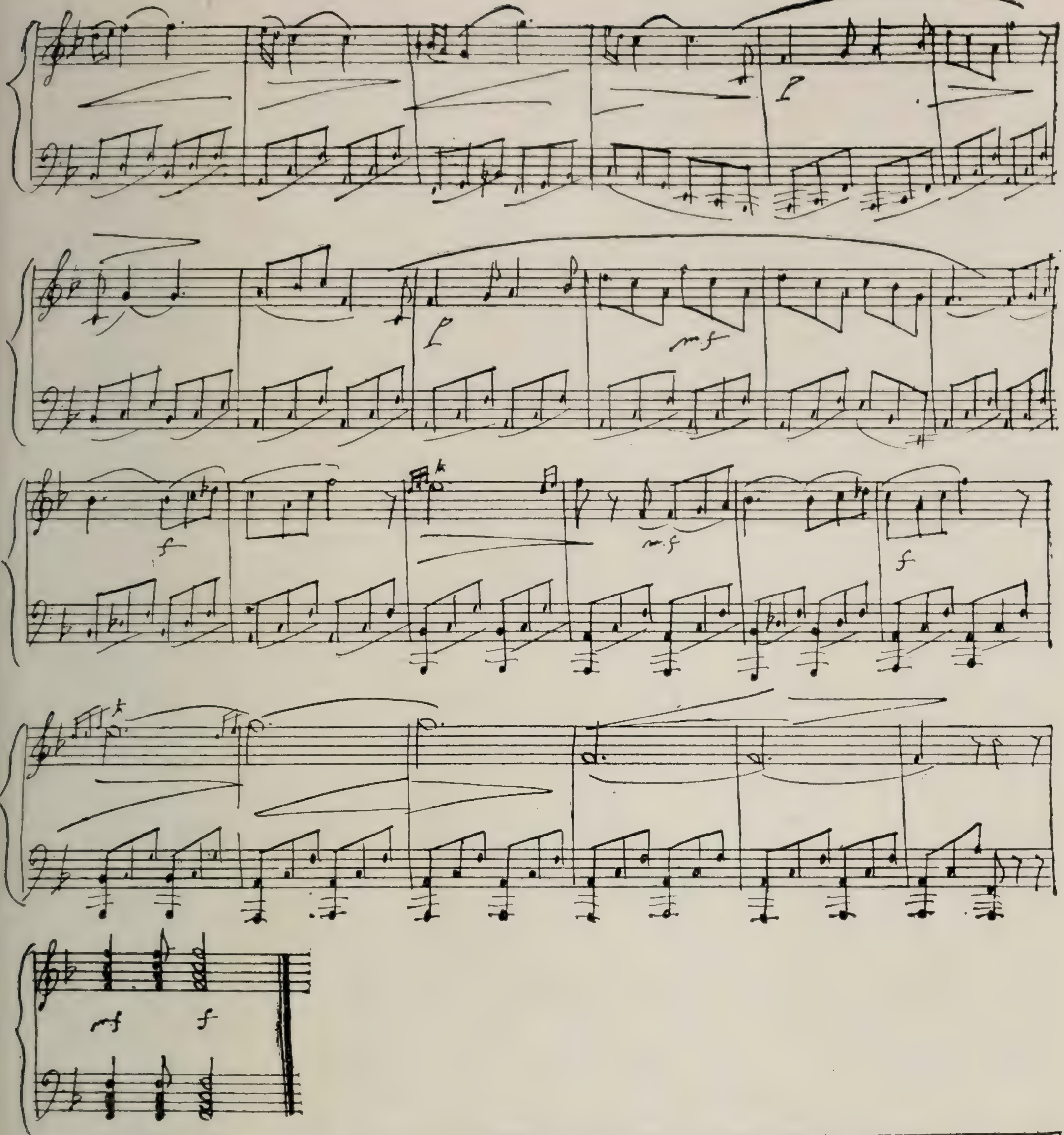
Cuando barre y su cepillo arrolla esos envoltorios de cabellos que se arrancan con el peine las mujeres nerviosas, suele exclamar:

—¡Qué lástima! ¡Cuánto pelo desperdiciado!

A ella se lo cortaron durante una fiebre y apenas puede ostentar una melenita, como la de las actrices del teatro nacional.

Pero llega un día (¡cuando no llega!) en que una amiga que ostenta una mata de cabello lujuriante, la informa de que hay un tónico verdaderamente milagroso, para el crecimiento, vigorización y belleza del cabello, que se llama Tricófero de Barry, tópico maravilloso, merced al cual ella debe ese lujoso manto capilar que es envidia y admiración de cuantas mujeres la contemplan, y deleitoso encantamiento de los hombres que lo admiran.

La muchacha adquiere un frasco, prueba; se convence de la bondad de la loción; compra otro y otro. Habla con sus señoras de los mágicos efectos del Tricófero. Estas empiezan a usarlo también, y hoy, gracias al portentoso Tricófero de Barry, la muchacha tiene que hacerse entresacar el pelo, y ya no barre con su cepillo los mechones que se le caían antes a sus patronas.



Para que no se sequen las plantas medicinales

Los extractos de las plantas medicinales están muy lejos de tener las mismas propiedades que los vegetales de que se obtienen. Las diferencias pueden ser lo bastante grandes para determinar efectos contradictorios, como ocurre, por ejemplo, con la digital, con el acónito, etc.

Ello puede explicarse por la hipótesis de que un principio extraído de una planta no representa más que una parte de los elementos activos de la misma, parte que, para tener todo su valor, necesita imprescindiblemente hallarse asociada a otras substancias; al separase de ellas, queda, por decirlo así, como un vino al cual se hubiesen quitado el alcohol y los éteres.

Sea ésta u otra la explicación, es el caso que, pese a los progresos de la química, resulta muchas veces preferible emplear las plantas mismas, los "simples", como en otro tiempo se decía; pero es necesario que estos simples se hallen lo más frescos posible, porque la desecación destruye también ciertas combinaciones naturales que son precisamente la base de las virtudes de la planta. Por fortuna, existe un medio de reducir los efectos de esta desecación, conservando las plantas en un estado de relativa frescura. Este medio, ideado por el médico francés doctor Perrot, consiste en tratar las plantas en un autoclavo con los vapores de alcohol o de cualquier otro líquido volátil. Esterilizada así, desprovista de los fermentos perturbadores, la planta se conserva indefinidamente con su color, su olor, sabor, etc., y sin que los principios terapéuticos que encierra sufran la menor descomposición susceptible de alterarlos.

Este método se ha aplicado ya con éxito para preparar una digitalina que contiene, efectivamente, todos los principios activos de la digital fresca.

Curiosidades

La tripulación del vapor "Syria" pescó recientemente en el canal de Suez un tiburón, y al abrirlo le encontraron una cabeza de hombre, tres sombreros de paja, dos aves y gran cantidad de huesos. El tiburón medía cuatro metros y medio de largo y pesaba más de 350 kilos.

Un periódico inglés dice que España es el país más soleado de Europa. Según sus cálculos, en España se disfruta anualmente de 3.000 horas de sol, por término medio, mientras que en Inglaterra sólo luce el astro unas 1.400.

Después de una tormenta que estalló en Wiener (Alemania), las calles quedaron cubiertas de azufre y el aire despedía un olor penetrante muy desagradable. El fenómeno, que causó gran pánico, se atribuyó a la influencia del cometa, pero los meteorólogos creen que el azufre lo trajeron las nubes de algún volcán lejano.

Calcúlase que la la producción de oro del mundo desde el descubrimiento de América, asciende a 13.000 millones de pesos oro.

El hombre adulto crea mediante la alimentación cotidiana una energía de dos mil quinientas a tres mil calorías, las cuales le permiten hacer funcionar sus órganos, conservar invariable la temperatura y realizar cierta cantidad de trabajo.

El pan, alimento ideal

Un manjar que no tiene microbios

La ciencia confirma la tradición. El pan, considerado por el vulgo de todos los tiempos y de todos los países como el alimento por excelencia, como la base de la nutrición del hombre, como el comestible enviado por la divinidad, resulta ser ahora el rey de las substancias alimenticias, lo más sano, lo más puro que entra por nuestra boca, el alimento aséptico, es decir, el alimento ideal en estos tiempos de microbios y de higienistas para todos los gustos.

Un sabio francés, el profesor Auché, demostró hace tiempo que los bacilos de la tuberculosis que el azar lleva hasta la masa del pan mientras se está elaborando, pierden toda su virulencia en virtud de la cocción, y ha repetido sus experimentos con cultivos de bacilos tíficos, paratíficos y disentéricos, así como de estreptococos y de estafilococos, y ha quedado convencido de que todos estos diminutos enemigos de nuestra salud perecen con la cocción.

Y cuenta que el experimentador ha utilizado panes exageradamente infectados, inyectando en ellos cultivos líquidos; conque si aún así y todo ha logrado sacarlos de la prueba en el más absoluto estado de asepsia, calcúlese lo que será con los panes que se nos venden, a cuya masa sólo llegan algunos gérmenes arrastrados por el agua, por la harina... o por las manos sudosas del tahonero.

Se ha tratado de hacer cultivos empleando, a modo de simiente, la miga del pan que a diario comemos. El resultado ha sido nulo. El pan es un alimento aséptico, aparte, claro está, de las impurezas superficiales que pueda contraer después de salido del horno.

Por desgracia, estas impurezas superficiales son demasiado numerosas, y como nosotros comemos el pan cuando ha pasado por muchas manos y han transcurrido algunas horas desde la cocción purificadora, resulta que al meterlo en la boca ya no es, ni con mucho, el manjar aséptico de que nos habla el profesor Auché. Pensemos por un momento, si tenemos buen estómago, en las manos del panadero, en la tabla del mostrador, en los dedos de nuestras domésticas, y comprenderemos cuán mal hacemos en comer el pan tal como lo recibimos, mientras nos preocupamos de filtrar el agua y de cocer todos los alimentos.

¿Qué medio poner en práctica para completar la primitiva asepsia del pan? El célebre Metchnikoff, que ha estudiado los peligros de la corteza a raíz de las últimas epidemias del cólera en Rusia, ha indicado uno muy sencillo: no comer pan sin exponer previamente la corteza a la llama y sin tostar ligeramente cada rebanada. Es una precaución fácil de tomar, pero que no tendrán en cuenta muchas personas, porque el espíritu del pueblo parece reñido con la higiene.

Sin ir más lejos, muchas madres riñen a sus hijos cuando tiran el pan, y luego les ordenan que lo besen, para aplacar la cólera divina. Y eso no tiene nada de higiénico, pues a cambio del beso, la boquita del niño recoge, no sólo los microbios que pudiera tener la corteza del pan, sino los que, a millones acaso, acaba éste de adquirir en el suelo.

Problemas del hogar

El servicio doméstico



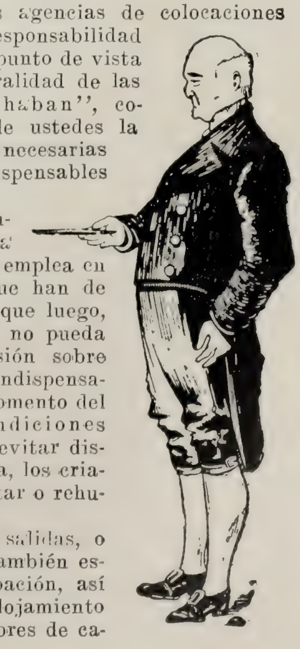
Sin remontarse demasiado en la historia, es curioso observar que hasta la época de nuestros padres existió en Buenos Aires una especie de monopolio de criados fieles a sus patrones, que, de padres a hijos, servían en la misma casa, cuidaban los niños, los veían crecer y hasta envejecer; eran sumisos y tenían muy buenos sentimientos.

A su derredor, la vida era tranquila, y las gentes a quienes servían no les daban más que excelentes ejemplos.

En el torbellino de la actual vida, en medio de nuestro presente cosmopolitismo, ¿es posible tal cosa? El despego que la gente moderna tiene por el hogar, impide desarrollar la fidelidad de nuestros servidores.

A menudo se carece hasta del tiempo y la facilidad para relacionarlos. En el campo y en las ciudades de provincia, el asunto es relativamente simple. Se conoce de antemano a los que nos sirven, y es difícil, si no imposible, la equivocación. Pero cambiar de sirviente en Buenos Aires, es la más arriesgada de todas las loterías. No fiándose del aviso, muchos recurren a la agencia de colocaciones, y no sabemos si es peor, en este caso, el remedio que la enfermedad.

Por lo regular, las agencias de colocaciones suelen declinar toda responsabilidad por su parte, desde el punto de vista de la probidad y moralidad de las personas que "conchaban", corriendo por cuenta de ustedes la tarea de tomar las necesarias precauciones y los indispensables informes.



Es muy prudente indicar exactamente a los sirvientes que uno emplea en su casa, las tareas que han de incumbirles, a fin de que luego, en mitad del trabajo, no pueda haber ninguna discusión sobre este punto. Es, pues, indispensable establecer, en el momento del empleo, todas las condiciones imaginables, a fin de evitar discusiones. El primer día, los criados son libres de aceptar o rehusar lo que les parezca.

La cuestión de las salidas, o "días libres", debe también establecerse con anticipación, así como el asunto del alojamiento y otros usos y costumbres de ca-



rácter particular. Sentadas todas estas cuestiones, no está de más informarse con toda detención de la forma en que los sirvientes empleados piensan hacer uso del tiempo que tendrán disponible para sus salidas. Esta averiguación es sólo aplicable, claro está, para los criados jóvenes, que es necesario no adquieran malas relaciones ni se entreguen a prácticas que puedan dar lugar a sospechas.

A todo doméstico que entra al servicio de la casa, es bueno, si no indispensable, someterlo con delicadeza a un pequeño interrogatorio sobre el género de servicio que está acostumbrado a hacer en su vida, igualmente como averiguar las causas que determinaron su salida en la anterior casa en que estaba empleado. Es muy raro que, gracias a esta pequeña y nada enfadosa investigación, no sirva de corolario la revelación de interesantes particularidades de su carácter.

Las recomendaciones ofrecidas en carta dadas en tal forma por los interesados, no son nunca las más seguras. Rara vez ponen al descubierto los defectos notorios del portador, y no son, en la generalidad de los casos, otra cosa que una respuesta cortés y... algo embarazosa a la petición del criado.

Esta reserva es muy legítima y explicable si se tiene en cuenta que es muy frecuente el caso de que un doméstico hable mal de sus antiguos patrones por malas recomendaciones dadas por escrito respecto a él.



Lo más indicado para el caso es una visita, en la que se pueden lograr informes precisos y sinceros sobre todos los puntos que más interesan; éstos completan o explican, la mayoría de las veces, la redacción de la recomendación.

Es, pues, indudable, que actualmente la provisión del servicio doméstico constituye uno de los problemas más serios y trascendentales del hogar, especialmente en Buenos Aires, por la colosal e incesante afluencia de gentes de todas partes del mundo, cuyos antecedentes se ignoran siempre.

FOLLETINES BREVES

LA EXPIACIÓN

por Pablo Bourget

(Continuación)

Procedía de la Roquebrussanne, una aldea del Var recostada sobre los contrafuertes de los Maures, entre Bignoles y Tulón y conservaba de la Provenza, su patria, lindos pies y lindas manos —verdaderos pies de mula, finos y bien asentados, capaces de subir sin el menor traspié, a los cincuenta años cumplidos y bien cumplidos, las escarpaduras de las cuestas natales—manos ágiles y delgadas de cogedora de olivas. ¡Y qué llama negra en sus ojos! Ardían literalmente en una cara arrugada, amarillenta y como impregnada de bilis. ¿Por qué no me sentía yo nunca en seguridad frente a esta mujer, a pesar de recibirme siempre con una extremada cortesía en sus maneras? Había en toda su persona un no sé qué de adusto y como de desconfiado, que ni aun la presencia de su hijo calmaba ni endulzaba completamente.

— Es un alma inquieta—decíame Eugenio cuando le preguntaba por su madre. Si yo fuera creyente, he ahí una cosa que me haría dudar de la justicia de Dios. Tú conoces a mi madre, ya ves vivir; desde mi lejana infancia me acuerdo de ella como de una persona que sólo ha respirado para los demás, para nosotros dos, para mi padre y para mí. Entre la plaza, su cocina, la ropa blanca y los arreglos de nuestros trajes, su vida se ha agotado en las más modestas ocupaciones de la más humilde sirvienta, a pesar de que nació señorita y recibió educación!... Si alguno merecía tener la paz del corazón era ella seguramente y sin embargo no la tiene... Es piadosa, hasta devota, si se quiere, pero su religión sólo la sirve para remorderla con escrúpulos... Débil como está, me da miedo verla caer enferma a cada Cuaresma, pues no hay medio de impedir su exceso de austeridad. Hubiera querido hablar a su confesor, pero no sé a qué iglesia va; es muy reservada sobre ciertos puntos y especialmente sobre ese, y cuando se intenta interrogarla, aunque sea yo, se ve que no le gusta... Se nos habla de tener buena conciencia... de un buen estómago y de un buen hígado es de lo que se nos debiera hablar... En cada período digestivo el hígado se llena de sangre y, si por un accidente cualquiera, esta sangre, acarreada por la vena-porta, se carga de principios irritantes para las células hepáticas, todo nuestro ser moral queda envenenado físicamente...

—¿Pero no hay casos—le respondí yo—en que la pena mata y por lo tanto en que el ser físico es envenenado moralmente?...

—Cierto, y eso acaba por demostrar que no sabemos nada de nada... Es decir sí... Comprendo que el día en que esa honrada mujer, que es mi madre, me vea de agregado, este triunfo la causará mejor efecto que todas las aguas de Carlsbad o Mariensbad. Así, pues, te dejo para ir a mi trabajo...

II

Me he detenido de intento en estos recuerdos cuyos detalles podría multiplicar y en los que se resumen para mí las impresiones de varios años, años que van desde la primavera de 1873, en que renové con Eugenio Corbières la amistad, apenas iniciada en el colegio, hasta el invierno de 1882 en que se desarrollaron los sucesos que voy a narrar y que forman la verdadera historia de este relato, incoherentes años para mí que los empleé, como la mayoría de los aprendices de escritor, en toda clase de ensayos abortados, de experiencias insensatas y más o menos peligrosas para el porvenir de mi pensamiento, fecundos y metódicos para mi amigo que encontró su camino tan pronto y a quien sucesivamente hube de ver externo del hospital y alcanzando la medalla de oro, después doctor, aproximándose ya con paso seguro hacia ese puesto de médico de los hospitales y a ese título de agregación que se había fijado como término de su carrera.

La divergencia de nuestras direcciones fué demasiado fuerte para poder facilitarnos a lo largo de este período las cotidianas relaciones. Quiero decir, que durante estos nueve años no tuvimos más que una de esas intimidades intermitentes que no permiten observar ciertos imperceptibles cambios en la vida de familia de aquellos a quienes frecuentamos así de tiempo en tiempo. En cada una de mis visitas a la calle Amyot hallé siempre el interior de los Corbières semejante a sí mismo: el ex ujier del ministerio, un poco más rojo de color, un poco menos diligente; la madre un poco más plomiza y de rostro más gruesa, pero nada había cambiado en sus costumbres. Cuando llegaba, era siempre el padre de Corbières el que venía a mi toque de campanilla, en mangas de camisa casi siempre con un palo para frotar el suelo en la mano, o bien algún cepillo, o algún trapo para limpiar la lámpara, mientras, por la puerta entreabierta de la cocina, divisaba a la madre que ante su horno preparaba alguna golosina meridional, un ''rizot'' o una sopa de pescado, para la cena de la noche del paciente obrero de la Ciencia a quien solía encontrar sentado ante su mesa en medio de sus papeles y de sus libros, en el momento de redactar las ''observaciones'' de la víspera o de la mañana.

Aunque Corbières empezaba ya a ser llamado por sus profesores a fructuosas consultas y colaboraba en algunas revistas especiales, donde era convenientemente pagado, apenas si ''los viejos'' toleraban la intrusión en su domicilio de una asistenta, a veinticinco céntimos la hora, que venía solamente durante un rato por la mañana.

—No insisto más — me decía Eugenio explicándome esta situación, — pero a la primera enfermedad del uno o del otro, les impondré una criada de hecho. De aquí hasta entonces tengo miedo de que al perturbar su plan de vida, siquiera sea un poco, perturbe su salud. Mi madre, sobre todo, no soportaría que se la contrariase; ya conoces mis antiguos temores respecto de ella. Noto que se consume siempre, a propósito de cualquier cosa, y que mi padre sufre de rechazo. ¡Siempre encuentran el medio de no ser felices estos corazones tan buenos! ¡No, decididamente no hay Providencia...

Sin embargo, a principios de este año de 1882

la situación de las cosas habíase modificado. Eugenio hubo de manifestar su deseo de abandonar la calle Amyot pretextando la necesidad de establecerse, y este fué el primer choque serio entre el hijo y sus padres. Después de haber aprobado su resolución, ayudándole a la busca de una nueva casa y presidido a su instalación, el padre y la madre declararon, a la vez, que les era demasiado penoso renunciar a la vivienda que ocupaban desde hacía treinta años, y su resolución fué invencible. A la claridad de los hechos que más tarde he conocido comprendo que esta voluntad de los viejos Corbières encerraba una idea de expiación sugerida por la mujer. En efecto, en la ignorancia de la falta, cuya secreta vergüenza devoraba a este matrimonio irreprochable en apariencia, ¿cómo explicar esta obstinación sino por una especie de manía? El médico no dejaba de visitarlos, pero la sospecha de que el estado moral de sus padres ocultaba un misterio, cruzaba ya vagamente por su espíritu. Notaba en sus padres una idea preconcebida de no querer asociarse en modo alguno al bienestar que traería aparejada su nueva situación, pues sin casi ningún esfuerzo y sin interrumpir los trabajos preparatorios de sus exámenes, el año anterior había obtenido un ingreso de más de diez mil francos, suma enorme para costumbres como las de esta familia. Recuerdo que vino a verme después de la última escena en que vanamente intentara convencerlos. Luego que me hubo relatado su entrevista con ellos, su apremiante insistencia y su negativa cada vez más resuelta, terminó diciendo:

—Hay algo de "fobia" en su caso; es indiscutible, pero veo también en esto, por lo que respecta a mi madre, una idea religiosa. Es una manera de llevar el cilicio, vivir en esta humildad. Me da la impresión de que quiere castigarse... ¿Castigarse de qué? ¡Pobre mujer! De amarme demasiado sin duda, de estar demasiado orgullosa de mí... Lo que más me asombra es que haga participar de su manera de ver a mi padre... El no es devoto; cuanto más, irá a misa ahora y cuando yo era chicuelo recuerdo que no iba nunca. ¿Qué argumentos le da ella para convencerle? No lo sé; ello es que se va haciendo viejo, que tendría necesidad de descanso, de estar mejor alimentado, de vivir en una casa mejor, de estar servido... ¡Y no hay manera de hacer entrar en razón a esas viejas cabezas! ¡Es incomprensible! ¡Era incomprensible verdaderamente! ¿pero por qué esta excentricidad del ujier retirado y de su mujer no llegó a asombrarme a mí en lo más mínimo? ¿Hay en ese conjunto de impresiones mal definidas, que nos da la personalidad de otro, una lógica oculta cuya intuición, no formulada, es superior a nuestra propia conciencia? Hubiera sido incapaz de decir por qué esta actitud de los padres de Eugenio se acoplaba a la imagen que me forjaba de ellos en el fondo de mí mismo. Sin embargo ¡qué inverosímil paradoja resultaba este súbito alejamiento de un padre y de una madre, que sólo han vivido para su hijo, ante el éxito de la persona adorada! ¡Qué anomalía mayor que este renunciamiento a la alegría cotidiana, a participar de su triunfo, de su obra! Durante diez años viéralos no respirar ni vivir únicamente por asegurar a su hijo el placer de continuar su carrera, de pre-

parar sus exámenes, de que fuera el respetable médico que iba a ser, que ya era, y he aquí que ahora se negaban a mezclarse a esta realización del apasionado deseo de toda su existencia! ¿Se juzgaban tal vez de extracción demasiado humilde, sobrado añejos de maneras? ¿Acaso preveían que su hijo se casaría en un mundo superior a ellos y se separaban ya en un supremo sacrificio? Algunas de estas hipótesis eran aceptables, otras no. La única en que jamás hubiera pensado era en la de que esta gente llegara a cometer una acción que no pudiera perdonarse. ¿Cómo imaginar que el remordimiento de este acto pesara sobre el crepúsculo de su vejez con un peso tanto más duro (y en este punto Eugenio no se engañaba) cuanto que la señora Corbières con su devoción semi-italiana se espantaba constantemente y espantaba a su marido ante la idea de la muerte próxima y del infierno seguro? Verdaderamente, cuando pienso en la serie de incidentes tan sencillos que descubrieron al hijo este abismo de miseria, lo repito, no puedo menos de encontrar en ella también yo ese castigo que la creyente temía, y pienso en el refrán con que los italianos, esos primos hermanos de los provenzales, han resumido justamente con su viva, imaginación ese retorno de la falta sobre el que la ha cometido: ''la saetta gira, gira'', dicen (la flecha da la vuelta)—''torna adosso a chi la tira'' (y cae sobre el que la tira).

Hacía un mes poco más o menos que Eugenio deplorara en los términos que acabo de transcribir la obstinación de sus padres de no querer vivir a su lado, y aunque desde entonces no le había vuelto a ver, no me extrañaba su ausencia porque conocía las múltiples exigencias de su trabajo y no sospechaba, ni remotamente, que durante estas cuatro semanas su pensamiento estuviera preocupado en otra cosa que no fueran las enfermedades de la desnutrición—objeto favorito de sus estudios—y que inaugurara, casi a pesar suyo, una información cuyo seguimiento habríale hecho retroceder al haber adivinado a dónde iba a parar.

Era una de esas inteligencias viriles tan contadas, incluso en su profesión, y para las cuales ningún sentimiento prevalece contra el impetuoso deseo de vivir en la verdad, por dura que ésta sea. Todavía le veo entrar en mi casa, al cabo de estas cuatro semanas, un poco antes de las once. Era un momento incómodo para él a causa de sus trabajos y que únicamente indicaba una causa excepcional. La expresión de su rostro lo demostraba más todavía. Una evidente violencia crispaba sus facciones y en sus ojos, tan transparentes generalmente, tan llenos del hermoso y claro ardor del estudio, leía algo así como una angustia implorante, la angustia de un hombre a punto de intentar cerca de otro una gestión que no quisiera en modo alguno ni siquiera ver discutida. Debo decir, además, que no puso en dicha revelación ninguna diplomacia y que me vi abordado con una decisión verdaderamente quirúrgica:

—Tengo que pedirte un favor muy delicado, para lo cual empiezo por declararte que si no crees conveniente hacérmelo, no me daré en modo alguno por ofendido. Sólo te ruego que reflexiones antes de responderme que no...

—Te prometo hacer todo cuanto pueda para de-

cirte que sí,—le contesté en el mismo tono que él acababa de adoptar para hablarme. Conociendo su aversión por toda suerte de preámbulos, semejante entrada en materia indicaba en él una decisión razonada que yo estimaba en alto grado porque me evitaba el colocarme inmediatamente en su mismo diapasón de gravedad.

—Gracias—respondió apretándome la mano, y después, sin más circunloquios, añadió:—Ya te he contado con qué extraña obstinación se han negado mis padres a vivir conmigo; te he dicho también que esta negativa era sólo la consecuencia de una determinación general, la de no cambiar nada en su norma de vida ahora que pueden, ahora que deben hacerlo. Es como si temieran que, al participar de mi vida, participasen de una fortuna mal ganada, precisamente cuando todo lo que tengo, todo lo que tendré en el mundo es el resultado de mi trabajo y del suyo. Ellos, con sus sacrificios, me han hecho lo que soy; tú eres testigo de ello. Si he tenido tiempo, todo mi tiempo, si no he sufrido ninguna esclavitud de oficio, a ellos sólo se lo debo, que se han consagrado a mí con una abnegación que ha ido desde mi infancia hasta mi mocedad, en todas las horas, durante años enteros. Por mi parte yo no aceptaba este sacrificio sino con la esperanza, con la certidumbre, de defender su vejez, y he aquí que ahora me quitan esta pobre alegría cuya espera era lo único que me justificaba ante mí mismo de recibir tanto de ellos...

—No te dejes arrastrar por ese sentimiento —le interrumpí—no es digno ni de ti ni de tus padres. Hay corazones para quienes se es ingrato al tratar de ser agradecido. Debemos tomar lo que nos dan, tal y como nos lo dan sin tenerlo en cuenta... Se les paga amándoles...

—Precisamente porque los amo y porque sé cuánto me aman—replicó—es por lo que su actitud con respecto a mí me atormentaba. ¿Te acuerdas de que yo creí en cierta "fobia"? La palabra creo que te divirtió. He pensado que sobre todo mi madre, de la que conozco su catolicismo completamente meridional, podría hallarse dominada por cierto escrúpulo religioso... En resumen, desde que no te he vuelto a ver, hace ya un mes y pico, he renunciado a discutir con ellos esta cuestión que debiera ser tan sencilla ¿no es verdad? Me he instalado en la calle Bonaparte, en mi nuevo domicilio, reservándoles desde luego la habitación que les había preparado... Ahora bien, a pesar mío, me he puesto a observarlos. La frase acaso te asombre, puesto que jamás me he separado de ellos. Sin embargo, es la verdad. Salvo en la época en que hube de temer para mi madre un principio de hepatitis, jamás les había aplicado esta agudeza de observación que se desarrolla en nosotros a causa de nuestro oficio. Fué algo así como si, de pronto, el hijo se aboliera en mí para ceder el puesto al clínico... Me es difícil explicarte un estado que sin duda no tiene igual. No obstante voy a hacértelo comprender: —si la facultad profesional no estuviera en ciertos momentos, como adormecida en nosotros, ningún médico se enamoraría jamás, y si, por otra parte, esta facultad, una vez despertada, no dominara completamente al hombre, ninguna linda cliente estaría en seguridad cerca de un médico. No conozco ningún ejemplo que demuestre mejor de qué desdoblamiento nos hace capaces nuestra

educación técnica... Así, pues, he podido observar en el transcurso de esta crisis de análisis, que mi padre y mi madre estaban más enfermos de lo que hasta aquí había notado, cada cual según su temperamento. El está expuesto a verse atacado del mal de Bright y ella de una enfermedad del hígado. Pero pasemos adelante. Te ahorro el detalle de una información cuyo único interés, para lo que tengo que pedirte, estriba en el resultado el cual me hizo saber que había en su existencia un principio de inquietud oculta, inquietud que nunca llegué a sospechar...

—¿Una inquietud de que tú no eres la causa? —le interrumpí—yo también he observado a tus pobres padres. No es posible...

—Escucha pues,—replicó con impaciencia.—Hace ocho días, al salir del hospital, me obsesionaban estas ideas más que de costumbre. Debo decirte que la víspera dejé a mi madre con un aspecto inquietante, y como la visita de los enfermos había sido más corta de lo que yo creía, calculé que tendría tiempo de pasar por la calle Amyot para informarme de la salud de los viejos antes de ir a la escuela práctica, donde tenía una cita. Llego, subo los tres pisos, y ya en el rellano, cuando iba a dar dos golpes a la puerta—es mi manera de anunciar mi regreso desde hace veinte años,—oí un ruido de voces que venían del interior. Dijérase que reñían detrás de la puerta, y aunque era imposible distinguir las palabras, pude reconocer una de las voces, la de mi padre; la otra no. Durante un minuto permanecí con el oído atento sin percibir otra cosa que algunas frases sueltas, entre ellas esta exclamación lanzada por mi padre dos veces: "¡Pero eso es una vergüenza, una vergüenza!"... De repente, el pensamiento de que si la puerta llegaba a abrirse, sería sorprendido por él o por mi madre desempeñando el papel de espía, me hizo coger el puño de la campanilla y al doble tintineo que revelaba mi presencia, las voces se callaron. Al poco rato oí los pasos de mi padre que se acercaban. Yo estaba en uno de esos momentos en que la máquina nerviosa se halla en tal estado, que registra las más pequeñas señales. Sólo en el crujir del entarimado bajo sus pies hubiera adivinado que mi padre temblaba, como también lo hubiera adivinado en la manera con que hizo girar el pestillo equivocándose tres veces.

Estaba tan desconcertado, que apenas halló palabras para responder a mi pregunta.—¿Estabas con alguno? ¿Te molesto?—De ningún modo—dijo y continuó:—Mamá no está en casa, pero si quieres esperar un minuto, acabo y vuelvo en seguida. No quería que viera a la persona con quien acababa de tener aquella violenta disputa; esta persona, al contrario, deseaba sin duda verme, pues en el instante en que mi padre me introducía en el comedor, la puerta de la cocina, donde introdujera a su visitante, se abrió de par en par y la misma voz que había oído disputar con mi padre, dijo: "Señor Corbières, no quiero importunarle; ya volveré para arreglar ese asuntillo" viendo aparecer, al mismo tiempo, a un hombre de nuestra edad, poco más o menos, de facciones bastante finas, en una cara horriblemente degradada, hombros puntiagudos y cuerpo descarnado al que cubrían vestidos innobles. Ya conoces esos harapos del "sablista" profesional, sobre el que

acaban nuestras viejas levitas, nuestros pantalones desechados y nuestros sombreros, convertidos en innombrables guiñapos. Este apestaba a alcohol y a pipa y tenía en sus ojos, de enrojecidos párpados, esa mirada de estupidez y de insolencia que con frecuencia he visto en las personas de su clase, y que forma una mezcla de orgullo y de embrutecimiento, reveladora de una inminente parálisis general. Al verme, me miró de hito en hito, repitió su palabra: "Ya volveré" y salió arrastrando por el suelo, con paso arrogante, sus pies calzados con unos zapatos rotos...

—Es un desgraciado a quien tu excelente padre hace la caridad, eso es todo,—le dije.—Cierto que sería más prudente no recibir, estando solo, semejantes personajes, pero estos mendigos parisienses están organizados en "camorra" como los de Nápoles, se informan los unos a los otros, y éste sabe que el señor Corbières no es muy rico, no te quepa duda...

—Sí—contestó Eugenio,—es un mendigo seguramente, pero no es sólo un mendigo...

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que en el timbre de su voz, que yo oí mientras escuchaba detrás de la puerta, en su manera de irse y en el acento de su "ya volveré", había algo semejante a una amenaza, una casi autoridad... Y si era un mendigo ordinario ¿por qué, mi padre se turbó hasta aquel punto a mi llegada? ¿Por qué eludió mis preguntas luego que nos vimos solos, y me suplicó que no dijera nada de este encuentro a mi madre?...

—Muy sencillo—repliqué;—todo se explica si supones precisamente que es algún mal pobre a quien tu madre, más prudente, niega la limosna y que busca el medio de introducirse en tu casa cuando ella sale, para arrancar unos cuantos cuartos de la piedad del señor Corbières"...

— Tú no has visto a mi padre y a este hombre uno frente a otro — respondió Eugenio; — yo que los he visto, he percibido el misterio tan claramente como siento este fuego... Y tendió su mano hacia la llama que ardía en la chimenea, ondulante y dorada. — Lo he sentido de tal modo — continuó — que me he dejado arrastrar bajo la influencia de esta impresión a un acto increíble. Al llegar a casa de mi padre, despedí a mi cochero a fin de hacer un poco de ejercicio caminando a pie hasta la escuela. Así, cuando dejé la calle Amyot el azar quiso que tomara la calle de Vieille-Estrapade para oblicuar por la calle Saint-Jacques. No sé si tú recuerdas que antes de llegar a la calle Soufflot existe, a mano derecha, una especie de taberna, más bien un despacho de licores, de un carácter bastante raro, con un decorado de toneles y de mesas de madera sin desbastar... No es tienda de vinos, ni tampoco es café; el público, que allí frecuenta, no es tampoco el de los cafés ni el de las tiendas de vinos. Van allí algunos obreros, muy pocos, sobre todo burgueses a punto de desclasificarse, de perder toda categoría económica: pasantes sin colegio, pintores sin taller, publicistas sin periódico, poetas sin editor, futuros abogados sin causas, estudiantes de medicina sin matrícula. La bebida favorita del lugar es el ajenjo y rara vez paso por delante de este sitio, sin que casi a pesar mío, no dirija una ojeada allá adentro.

(Continuará).

Galería infantil de "El Hogar"





Niños de Cozzi (Empalme Lobos)



Pascual Elizondo (Patagones)





Niños de Cozzi (Empalme Lobos)



Blás M. Chiarelli (Mercedes, Corrientes)



Niñitos de Lartigue (V. Sarmiento, Córdoba)



Niño Cadenazzo



Niña de Zabala (Patagones)



Rosa Briaño Garabito (Lanús)



Niña de Ruano (Patagones)



María L. Ambao (Capital)

Galería infantil de "El Hogar"





Dora Pistone — José Carlos Vidal (25 de Mayo)



María Delfina Combessies (Hinojo)



Pedro Mercuri



Ricardo Gómez Tapalqué



María Elena Bullo (La Pelada)



Berta Dumont (Tucumán)



Mario Petit de Murat (Zárate)



Juan M. Urrutia (Los Pozos Río Negro)



Niño de Grosso (Mendoza)



Juan José Crotti (Santa Fe)



Niños de Fratti Ramelia (Capital)





Roberto Collins — Celia Collins (Santa Fe)

EL INGENIO A PRUEBA

CHARADA, *por Ñata*

Con *segunda* y *tercera* miras
mi *prima* nota es;
mi *todo* es un conjunto
que te suele distraer.

JEROGLÍFICO, *por Rino*



CUADRADO DE PUNTOS, *por Mario*

● ● ● ● ●
● ● ● ● ●
● ● ● ● ●
● ● ● ● ●
● ● ● ● ●

Leer horizontal y verticalmente lo lo siguiente: 1.º Lector, si me quieres aquí estoy presente. 2.º Color del melocotón. 3.º En todos los ramos, estos son los que mandan. 4.º Metal reducido a partes muy pequeñas. 5.º Mancha encarnada que suele salir en el cuerpo humano, en número plural.

CHARADA RÁPIDA, *por Teresa*

Primera segunda, trabajo;
tercera y *cuarta,* ave;
segunda y *cuarta,* en las huelgas;
segunda, tercera y *cuarta,* proyectil.
todo, oficio.

TRIÁNGULO NUMÉRICO, *por Clavel*

1 2 3 4 5 6	Nombre de mujer
5 6 1 2 3	,, ,, ,,
3 4 5 6	,, ,, varón
2 3 6	Mineral
5 6	Artículo
2	Consonante

JEROGLÍFICO, *por Perito de Chaves*

NOTA R NOTA NOTA R

CHARADA, *por Negrita*

Mi *segunda,* una infusión.
Mi *tercera* es un licor.
Primera en el firmamento.
Mi *todo,* un viejo señor.

JEROGLÍFICO, *por Rino*



PREGUNTA, *por Amapola*

¿Cuál es el nombre de varón compuesto de siete letras, en el cual entran las cinco vocales?

EL INGENIO A PRUEBA

LETRA U, *por Mario*

✤ OOO ✤ De enojo sinónimo y también de ira.
✤ OOO ✤ Del zar un decreto por cierto yo soy.
✤ OOO ✤ Fuí el gran jefe turco, de guerra, en la Libia.
✤ OOO ✤ De rapiña un ave, especie de halcón.
O✤ ✤ ✤O Con este tirano, querido lector,
en nuestro país ha reinado el terror.

En los asteriscos se leerá el nombre de una gran ciudad.

COMPRIMIDO, *por María Luisa*

SU	DE
SA	DU
SI	DI
SE	DA

ANAGRAMA, *por Mario*

—Lo que explicar yo quiero, en el segundo verso,
es que un recuerdo en Francia, lo llaman ....,
y que el terráqueo orbe, se llama el ....,
en el verso tercero también quiero decir.

PEQUEÑA CORRESPONDENCIA

Enviaron colaboraciones. — Amapola, Rino. Nene, Clavel, Negrita, Ñata, María Luisa, Carmen y Teresa.

M. Araldi, Pergamino. — Por el momento, ninguno.

Jacintos. — Sí, señor ¿a qué negar que el jueguito es muy bonito? Arréglelo usted un poquito y se podrá publicar.

Amanda. — Cuando lo ignoramos pasa; pero cuando reconocemos un plagio...

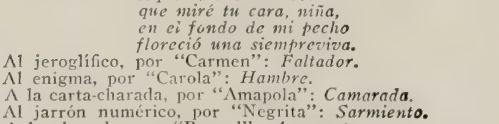
Alberto, Paraná. — Es viejísimo el comprimido.

Carancho, Corrientes. — Demasiado extensa. Envíenos otras más breves.

Raquel.—La solución, bien. El dibujo, mal interpretado.

SOLUCIONES AL Núm. 234

A la charada, por "María Luisa": *Comadre.*
Al mosaico, por "Rino":



Al jeroglífico, por "Teresa": *Entre nuevo y viejo cabe consejo.*
Al diálogo enigmático, por "Clavel": *Ida y Rosalía.*
A los saltos enigmáticos, por "Amapola":

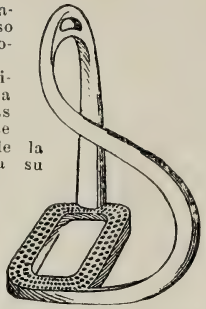
Aquel día venturoso
que miré tu cara, niña,
en el fondo de mi pecho
floreció una siempreviva.

Al jeroglífico, por "Carmen": *Faltador.*
Al enigma, por "Carola": *Hambre.*
A la carta-charada, por "Amapola": *Camarada.*
Al jarrón numérico, por "Negrita": *Sarmiento.*
A la charada, por "Raquel": *Anacoreta.*
Al jeroglífico, por "Margen": *Endecasílabo.*
Al acertijo, por "Mario": *Marmara.*

ENVIARON SOLUCIONES

María Luisa Salinas, R. Leibovich, M. P. Aramtarri, Natita Villegas, Walda Britos, Sarah T. Britos, Cecilia Harguindeguy, Angelita Etcheverry, María Luisa Puy, Amapola, Dominga Salaberry, Lucio V. López, Leonidas Sassi, R. E. Cañete, Augusto Casal, Vicenta B. de Garmendia, Ñata, María Araldi, María y Lina, Negrita, Anita C. Pisani, Edelina Bellini, Carmen G. López, Joaquín Fernández, Enzo Campodónico, Aristóbulo Portela, Matilde Balonchard, Juanita Saint Pierre, Teresa, Clavel, Pepita Amadeo, Elvira y Mercedes Abeleira, Carmen Ferriol, Emilia González, Rosaura Campistegui, Juan Antonio Weis, Fernando Pérez, Margarita Requena, Esther y Felicia Touque, Dominga Teresa Reparáz, Rosa F. Reparáz, Manuela Reparáz, María Felisa Reparáz.

Estribo de seguridad.—En Inglaterra se va extendiendo mucho el uso del estribo de seguridad que reproduce nuestro grabado.

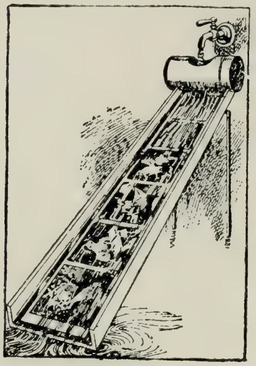


Es de gran utilidad para los niños y para las señoras que montan a caballo a horcajadas y reune todas las condiciones de seguridad que se pueden apetecer en esta pieza de la montura cuya forma no aumenta su precio.

Por su novedad quizá no puedan encontrarse aquí estos estribos, pero dada su sencillez no habrá herrero que no sea capaz de construirlos.

Lavado de películas.—El lavado de las películas fotográficas es operación delicada, sobre todo en tiempo caluroso porque se arañan con mucha facilidad.

Para lavar cómodamente una tira de películas, no hay nada mejor que el sencillo aparato que reproduce nuestro grabado, el cual tiene que ser de tamaño especial, según las dimensiones de la película.



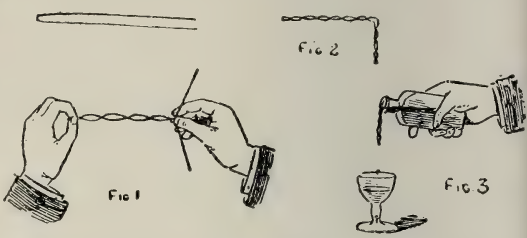
Para hacerlo se corta una tabla de seis milímetros de grueso, de largo igual al de la película, y un poco más ancha que ésta, y se le clavan a los lados unos listones para que forme canal y el agua no caiga por los bordes.

En el centro de un lado de un bote de dimensiones suficientes se abre un agujero bastante ancho para que quepa por él el chorro de agua de un grifo, se le suelda la tapa y se practica una línea de agujeros en el lado opuesto al agujero grande, y una vez preparado en esta forma se une a la tabla como indica el dibujo.

Un alambre grueso, doblado en forma de U invertida, y sujeto a la superficie inferior de la tabla, puede servir de soporte para sostenerla diagonalmente, con el bote debajo del grifo.

La película se extiende sobre la tabla sujetándola por los extremos con unos alfileres y se da paso al agua. Cinco minutos de lavado con tan sencillo aparato son suficientes para quitar todo rastro de hiposulfito de la película.

Cuentagotas de alambre. — Cuando hay que contar cierto número de gotas de un líquido y no se tiene a mano un cuenta-gotas es difícil medir la dosis exacta aunque se tenga muy buen pulso.



Nuestros dibujos enseñan cómo puede hacerse un cuentagotas con un trozo de alambre. Este se dobla primeramente como una horquilla y se retuerce como se ve en la figura 1, cortando luego los extremos y doblándolo en ángulo recto como indica en la figura 2.

De esta suerte queda hecho el cuentagotas que se usa como demuestra la figura 3.

Una prensa de carpintero práctica.—Nuestro dibujo representa una prensa muy útil para ensamblar tablas cuando se va a hacer una puerta o algo que requiere la unión de varios trozos de madera.

Consiste en un trozo de tablón de 15 centímetros de ancho, dos y medio de grueso y un poco más largo que el ancho que hayan de tener las tablas unidas. En cada extremo del tablón se clava o atornilla un tarugo A de 3 ½ o 4 centímetros de grueso por 10 de ancho en un extremo y 5 en el otro. (Figura 1).

También se necesitan dos cuñas B del mismo grueso

que los tarugos, pero de largo doble y un par de listones anchos de madera blanda de medio centímetro de grueso para colocarlos entre las cuñas y evitar que sufra el borde de las tablas.

Para usar la prensa se colocan las tablas C C en el centro, a los lados se ponen las cuñas metiendo los lis-

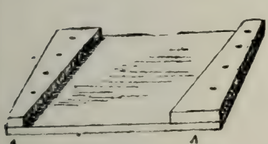


Fig. 1

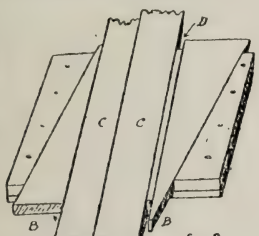
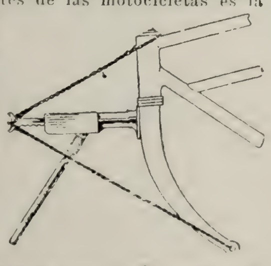


Fig. 2

tones D de madera blanda entre éstas y aquéllas y entonces se aprietan las cuñas con un mazo. (Figura 2).

Este instrumento puede servir para obras más pequeñas metiendo un trozo de madera suelto entre las cuñas y el borde de las tablas o bien atornillando los tarugos de los lados más en el centro del tablón.

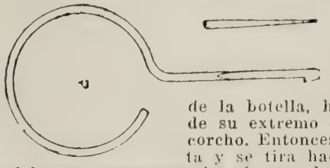
Cómo se endereza una horquilla de motocicleta.—Una de las averías más frecuentes de las motocicletas es la torcedura de la horquilla de la rueda delantera, por choque o por otra causa cualquiera.



En casos como éste, si el motociclista tiene ocasión de encontrar quien le proporcione un gato de automóvil y una cadena y los monta como indica el grabado puede reparar la avería en poco tiempo.

Colocada la cadena como se ve en el dibujo se hace funcionar el gato y la horquilla recobra su posición normal con mucha facilidad y sin estropearse.

Sacacorchos sencillo.—Una botella ordinaria puede descorcharse con gran facilidad empleando el sencillo sacachorchos que reproduce el dibujo.



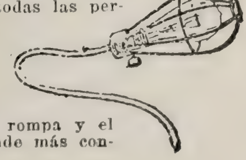
El sacacorchos se introduce entre el corcho y la pared interior del cuello de la botella, hasta que el ganchito de su extremo queda por debajo del corcho. Entonces se le da media vuelta y se tira hacia afuera. La forma del sacacorchos permite el paso del aire al introducirlo, y se evita que se forme el vacío dentro de la botella y se dificulte la operación, por lo cual es más práctico que los sacacorchos ordinarios. Además no rompe el corcho, como suele ocurrir a veces con los sacocorchos de otros sistemas.

Para no quemarse los dedos.—El grabado adjunto enseña un buen sistema para no quemarse los dedos con las vasijas de los laboratorios que contienen líquidos hirvientes o reacciones químicas que desarrollan



gran calor. Con una cuerda algo gruesa se envuelve el cuello de las botellas en la forma indicada en los dibujos, y de este modo no hay peligro de quemarse.

Gancho para lámpara eléctrica.—Los electricistas, los comerciantes y todas las personas que tienen que usar una lámpara eléctrica portátil hallarán de mucha utilidad la aplicación de alambre provisto de un gancho.



La jaula de alambre evita que la lámpara tropiece y se rompa y el gancho sirve para colgarla donde más convenga.

Antes de lavar los cortinones de encaje, deben tenerse durante dos horas en agua fría, en la que se haya disuelto un poco de bórax. De este modo se lavan después con mucha más facilidad y se les quita el olor a humo.

Para hacer agua ferruginosa artificial, se disuelve seis decígramos de extracto de hierro amoniacal en media botella de agua carbónica, y luego se añade agua común hasta completar un litro. Se tapa la botella asegurando el corcho con un bramante, y se conserva en lugar fresco.

Los objetos de alabastro amarillentos por causa del humo y del polvo, se pueden volver a su blancura primitiva lavándolos con agua y jabón y restregándolos al propio tiempo con la hierba llamada cola de caballo. También pueden restregarse con un pincel duro impregnado en yeso en polvo.

Como la calidad del vidrio influye grandemente en la conservación del vino, especialmente si se trata de conservarlo mucho tiempo, es bueno asegurarse de que el vidrio sea de buena calidad.

Con este fin se llena la botella de agua con 10 gramos de ácido tártrico en disolución. Si al cabo de cinco o seis días no se ha producido cambio alguno en el líquido, es señal de que el vidrio es de buena calidad, pero si la disolución se torna gelatinosa o si se han formado cristales en el fondo de la botella, es prueba de la pésima calidad del material.

Para limpiar el bronce dorado, se empieza por quitar las manchas de grasa y de estearina con un poco de potasa o sosa disueltas en agua caliente. Se deja secar, y luego con un trapo se aplica la mezcla siguiente a la superficie del metal: carbonato de sosa, 7 partes; blanco de España, 15; alcohol a 85 grados, 50; agua, 125.

Cuando se seca, se quita restregando con un paño fino o con una piel suave. Las partes cóncavas se limpian con un cepillo.

Para asegurar la inviolabilidad de una carta, basta escribir la dirección en la cara engomada del sobre, es decir, en el lado por donde se cierra. El sistema es aún más seguro si se emplean tintas de anilina, que a la menor tentativa de reblandecimiento de la goma se corren revelando la indiscreción.

Las esponjas se limpian con agua del mar mejor que con nada. Es una receta que puede probar fácilmente todo el que viva en la costa.

Laca transparente coloreada.—Disuélvanse 20 partes de trementina, 15 de esencia de trementina, 100 de goma laca blanca y 500 de alcohol a 95°. Para dar a esta laca los diversos colores deseados, se emplean materias colorantes a base de anilina solubles en alcohol. Para las cantidades más arriba apuntadas, se emplearán: amarillo de metilo, 7 u 8 partes, para el amarillo; para el rojo, de 10 a 15 de croceína brillante; para el anaranjado, 10 ó 12 de naranja Poirreir, y para el pardo, 10 partes de pardo de Bismark.

Barniz brillante.—Se disuelven en caliente 200 gramos de goma laca y 20 de carbonato potásico en un litro de agua. Se añaden 6 gramos de negro de anilina (o de otro color) y, finalmente, 100 gramos de glicerina.

Las flores se conservan muy bien cortándolas con un cuchillo bien afilado y no con tijeras ni rompiéndolas. Se ponen en seguida en agua clara, que se cambiará cada día, y al tiempo de mudarla se corta a cada flor un trocito de pedúnculo.

El extracto de las cáscaras verdes de las nueces es sensible a la acción de la luz. Si se sumerge una hoja de papel en este extracto y se expone en una cámara obscura, el color no cambia más que en los puntos alcanzados por la luz, los cuales se obscurecen como si se tratase de una preparación a base de nitrato de plata.

Para fijar la imagen basta, después de la exposición, sumergirla durante algunos minutos en amoníaco diluído en 200 partes de agua. Así se obtiene una imagen de tono pardo intenso.

Vino de quina ferruginoso.—Ante todo, se debe privar al vino de su ácido tánico por medio de la gelatina. Luego se añade al vino alcohol en cantidad suficiente para que marque por lo menos 15 grados alcohométricos (15 por 100 en volumen), se filtra y se conserva a temperatura constante, fuera de la acción de la luz. Se disuelve en caliente un gramo de gelatina en 10 de agua destilada y se diluye la solución en un litro de vino tinto de primera calidad. Se añaden luego 50 gramos de corteza de quina en polvo grueso y se deja en digestión de ocho a diez días, agitando con frecuencia. Después se filtra.

A 100 partes de vino filtrado se podrán añadir unas 200 de jarabe para endulzar, y además cinco partes de citrato de hierro amoniacal. Al cabo de quince días se filtra.

En vez de la corteza de quina, se puede emplear la tintura con arreglo a esta fórmula: tintura de quina, 100 partes; tintura de canela, 10; tintura de naranjas, 10; vino blanco, 1.000. Se añaden las tinturas al vino, se agita y se filtra.

COCINA PRACTICA

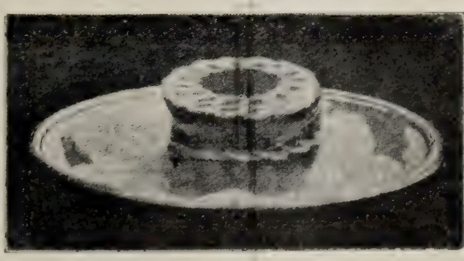
Chartreuse de bananas. — Un medio litro de gelatina dulce, ya sea de vino, limón, maraschino o cualquiera otra, tres bananas maduras pero firmes, no blanduchas.

Enjuáguese con agua fría un molde de Charlotte. Echese dentro una cantidad suficiente de gelatina caliente para formar una capa o asiento de uno y medio centímetro, y déjese solidificar. Móndense las bananas y córtense en rodajas de un cuarto de centímetro, no más, de grosor, debiendo emplearse para esto, si es posible, un cuchillo de plata.

Arréglese un círculo de estas redondelas, sobrepuesta la orilla de una sobre la otra, alrededor de la gelatina del molde. Echese encima un poco de gelatina como para cubrir este círculo, y después agréguese más gelatina, pues antes de colocar el otro círculo de banana, el molde deberá estar lleno. Déjese solidificar la gelatina primero y recién pónganse las redondelas.

Si se quiere enfriar bien, póngase el molde en el hielo una vez concluída la preparación. Después se le rociará abundante y cuidadosamente con chartreuse.

En caso de querer decorarlo con nueces de pistacho, tómese un molde con borde, y rellénese el centro con crema batida.



Chartreuse de bananas

Si el horno no da calor a los manjares, se desparrama en el fondo un buen puñado de azúcar, y la falta queda corregida.

La ratafía de naranjas se compone de la siguiente manera: jugo de naranjas frescas, lit. 1,15; agua, lit. 3,1; alcohol a 95°, lit. 4,6; azúcar, kg. 4,5; tintura de curaçao, gr. 150; amarillo de oro.

Las naranjas se descortezan y limpian de la parte blanca y se exprimen; el jugo obtenido se une al alcohol y se deja reposar todo ocho días, al final de los que se habrá formado un depósito de albúmina vegetal, etc., se decanta y se filtra si es necesario; luego se añade a la solución principal; por último se agrega la tintura de curaçao, cuidando no esté muy acentuado el sabor amargo, y si lo requiere, se colora de amarillo.

Fritos de pepinos.—Se pelan los pepinos, se cortan en tajadas de un centímetro, se pasan por harina y se fríen en aceite hirviendo.

Becasinas en vino.—Se doran en una cacerola en manteca las becasinas previamente aderezadas y saladas; se agrega un poco de jamón crudo, cebollas y jugo de carne. Luego se cubren con una botella de vino de Borgoña o de buen vino tinto y se consume hasta obtener una salsa espesa, que se servirá con las becasinas. Se adornan con tajadas de pan frito en manteca y untadas con las menudencias picadas muy fino y saltadas en manteca.

Las alcaparras, los pepinillos y las cebollas se ponen crudos en vinagre con un poco de sal y astrágalo. Las chauchas verdes y tiernas se escaldan fuertemente y luego se dejan casi secas. Entonces se salan, teniéndolas durante veinticuatro horas en una solución de sal marina bien concentrada, y, finalmente, se ponen en vinagre. De igual manera se pueden conservar los espárragos y la parte tierna de las alcachofas.

Lentejas a la maître-d'hôtel.—Coced en agua, con un poco de sal y 30 gramos de manteca fresca, un litro de lentejas; como todas las legumbres secas, las lentejas han de ponerse al fuego en agua fría. Luego que estén cocidas, sin estar reducidas a puré, escurridlas, echadlas inmediatamente de nuevo en la cazuela con 125 gramos de manteca fresca, un poco de harina, hierbas finas picadas, sal y pimienta. Añadidles tres yemas de huevo batidas en el momento de servir.

Si las lentejas han de cocerse con caldo, deberán suprimirse las yemas de huevo y sustituirse la manteca por saín o grasa de pato.

Ponche de crema, frío.—Se baten 12 yemas de huevo con 500 gramos de azúcar, luego se agrega ¼ litro de buen ron y las claras batidas a nieve. Al fin se agrega 1 litro de crema chantilly a la vainilla.

El ponche se pone por una hora en hielo, **se sirve en** vasitos.



Nuestro Correo



Las cartas deben limitarse a dos preguntas solamente y venir con la firma auténtica, como constancia de ser subscriptor. Las contestaciones se hacen únicamente en esta página y no por carta particular, pudiendo contestarse bajo un seudónimo si se desea. En la carta en que se haga la consulta no debe tratarse de ningún otro asunto, como renovación de subscripciones, reclamaciones, etc. Esto debe escribirse en otra carta, aunque puede incluirse bajo el mismo sobre.

A una que no sabe.—Si las manchas en la blusa son recientes, lávelas en agua con un poco de amoníaco: una cucharadita por litro de agua, más o menos. Si son manchas viejas, en vez de amoníaco ponga ácido oxálico y después enjuáguelas bien. Tenga cuidado de no mojar más que la parte manchada. La receta pedida es: Albayalde, 40 gramos, creta humedecida 175 grs., carbonato de magnesia 15 grs., óxido de aluminio 40 gramos, arena silícea 25 grs., rojo de París 15 grs. Se mezcla y se pasa por tamiz.

Directorio.—El peso llamado "dinero", antiguamente, equivale a 19 gramos y 16 centigramos.

Rosa verde.—1.º Diríjase a la Librería del Colegio, Bolívar esquina Alsina. 2.º En el número 226 de esta revista se publicó una larga serie de depilatorios.

E. E. de M.—La costumbre de obsequiar, en el caso que V. indica, no es general. Pero algunas personas lo hacen, sobre todo cuando se trata de parientes o amigas íntimas; pero no hay preferencia especial en el objeto. Lea la respuesta a "Crisantemo" en el núm. 235.

Berazategui.—Diríjase a las casas que los anuncian. No es costumbre poner piano donde V. indica: y si está obligada a ponerlo, lo mejor será poner el asiento contra la pared.

Rasee.—1.º Poner solamente el nombre. 2.º Si va con su familia, no habrá inconveniente en que lo acompañe. 3.º Sería del peor gusto y muy criticable esa visita.

Porteñita.—La colocación de la inicial del apellido antes de la del nombre, es un error y no una moda. La señora o señorita a quien le presentan un caballero, estando ella sentada, debe permanecer sentada, salvo el caso en que ella fuera joven y él un anciano.

Suscriptora Montense.—Lea la primera respuesta a "Rosa Verde".

Solitaria.—El infante Alfonso y el príncipe Raniero son dos personas distintas. No poseemos datos fidedignos respecto a su segunda pregunta.

María.—Tome todas las noches al acostarse lo que cabe en el extremo de un escarbadientes, nada más, de magnesia calcinada; no es desagradable, puede ponerlo en la lengua y beber un sorbo de agua. Repita el remedio durante tres o cuatro semanas seguidas y verá el resultado asombroso.

Cuñado.—Luto nueve meses. Medio luto tres meses. Tela de hilo, linón, etamina, según la clase de bordado.

Suscriptora de Belgrano.—Vaselina 5 gramos, aceite de ricino 2 grs., ácido gálico 0,5 ctgs., esencia de Lavanda 4 gotas. Ponerla con un algodoncito envuelto en la punta de un palillo fino, por la noche, después de haberse lavado con agua tibia boricada; evitar el frotarse los ojos como los chicos.

Flores.—Se calienta una solución de alumbre concentrándola hasta consistencia de jarabe. Se aplica en caliente. Una parte de corteza machacada de quina, en 30 partes de vino de Málaga, dejar macerar durante diez días y filtrar.

Ojos misteriosos.—Ungüento de cinc 20 grs., almidón de arroz 5 grs., azufre 2 grs. Aplicar por la noche: lavar por la mañana con agua lo más caliente que pueda resistir y enseguida con agua bien fresca: esta transición provoca la circulación y en poco tiempo verá usted los buenos resultados.

Porteña.—No aconsejamos la electricidad, mejor es seguir con paciencia repitiendo el sistema empleado hasta ahora u otro análogo; por ejemplo la respuesta a María Luisa en el número 233. Colores que no son dañinos: Verde, claro, lila. Rojo, cochinilla en polvo, alumbre y carbonato potásico, 1 gr. de c. u. y crémor tártaro 2 grs., se tritura con agua, se deja en reposo y se filtra.

Azucena Tandilera.—Diríjase al Consejo Escolar de Ayacucho. Frote los zapatos con un trozo de franela en el que pondrá polvo impalpable de creta, los sacude después bien para quitar el polvo adherente y finalmente se devuelve el brillo al tejido frotándolo con miga de pan.

Catita.—Según parece existen fábricas en los Estados Unidos y hasta creemos que se venden aquí en alguna parte, pero no tenemos datos al respecto. Las dos preguntas siguientes, no; ambas cosas corresponden a la sirvienta y jamás a la señorita.

Una Martinetense.—Aunque el traje sea negro, debe llevar tul y azahares. En los avisos de nuestra revista encontrará lo que desea.

Educacionista.—¿Ha ensayado ponerse compresas de agua oxigenada pura? Pruebe, dejándolas "un par de minutos" sobre las manchas, durante ocho días, después ponga vaselina boricada todas las noches otros ocho días.

Una que no quiere poner su nombre.—Hallará lo que desea en los avisos de esta revista. No conocemos el específico que indica.

Fiel a su promesa.—1.º Luto nueve meses; medio luto, tres meses. 2.º Tomar laxantes, no comer queso ni nada que sea picante, ni tomar vino ni café; los granitos desaparecerán.

Caprichosa.—1.º Con un trapito mojado en una taza de agua en que haya diluído una cucharadita de amoniaco. 2.º Aspirina.

Carmen.—Lea la crónica de la moda del núm. 235.

Flor azul.—Para la primera pregunta sirve la respuesta a Carmen. La dirección pedida es Callao esquina Sarmiento. Se dice que da muy buenos resultados, pero no lo conocemos.

Una suscriptora de Barcio.—Luto un año; medio luto, seis meses.

Mary.—Uniforme negro: delantal, toquita y cuello blancos. Si la señora sale con la sirvienta debe llevarla con el uniforme, sombrero muy sencillo y guantes, el delantal y la cofia son para la casa: si van en carruaje, deberá sentarse en el asiento de adelante, jamás al lado de la señora. Una señora acompañada de un caballero deberá tener la derecha de éste y también la derecha cuando va con una señorita.

"EL HOGAR"

REVISTA QUINCENAL PARA LAS FAMILIAS
LITERARIA Y DE ACTUALIDADES
Aparece cada dos miércoles

La primera publicación y la de mayor circulación en su género en la República Argentina



Editores: Empresa Haynes. La correspondencia debe dirigirse al Señor Administrador de la Empresa Haynes, CHACABUCO, 677|685, Buenos Aires. Unión Telefónica, 1472 (Avenida). Los reporters y fotógrafos están munidos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente. — No se devuelven originales, no se mantiene correspondencia respecto a los recibidos, ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la dirección, aunque se publiquen.

Agente en Montevideo: señor MANUEL FONSECA, Buenos Aires, 722

Venta en París en los kioskos de los bulevares y en la Librairie Française et Etrangére, 37, rue Saint-Augustin (Avenue de l'Opéra).

SUSCRIPCIONES

República Argentina: Por año, $ 4.— m|n. Número suelto, capital e interior, $ 0.20
Exterior: „ „ $ 3.— oro. „ atrasado. . . . . $ 0.30

Avisos. — Agentes en París: L. Mayence y Cía., 9 rue Tronchet.
En Londres: South American Press.— 1 Arundel St. Strand.
En Estados Unidos de América: Cía. J. Walter Thompson, 44-60 East 23 rd. St., New York.

ECONOMÍA PRÁCTICA

MÁQUINA "IMPERIAL"



Las máquinas de coser "IMPERIAL" son las más perfectas que hasta la fecha se conocen, por haber adoptado los ÚLTIMOS perfeccionamientos de la mecánica.

Son las únicas que tienen los movimientos rotatorios y los cojinetes colocados sobre bolillas.

Pueden bordar, vainillar, hacer encajes y otras labores de precisión y artísticas.

PÍDASE NUESTRO CATÁLOGO N.º 55

ES GRATIS

"EXPRESS"



Máquina francesa para hacer la lejía, patentada. Ha sido adoptada en Europa por millares de familias, por hoteles, por lavaderos, por colegios, por ejércitos... Es la mejor y la más económica qne se conoce. Surtido completo. Precio desde $ 10.

Gratis remitimos nuestro catálogo N.º 66.

AUTOMÓVILES

Tenemos 12 modelos artísticos y elegantes. Automóviles, desde $ 20 c/l.; manomóviles, desde $ 15.

Es de su interés solicitar nuestro catálogo N.º 111 Gratis.





LAMPARAS "STAR"

Son sencillas y económicas. Inmejorables para estancias, campos, pueblos, etc. Consumen un litro de kerosene en 16 horas; su esplendor es de 90 bujías normales.

Nuestro surtido es extenso y completo; comprende: lámparas de mesa, de pared, de colgar, etcétera.

Pida el catálogo N.º 11, que remitimos porte pago á quien lo solicite.

Anderson, Clerget y Cía.

Casa matriz: 135, Calle MAIPU, 147. - Gran anexo central: 47, Calle MAIPU 49. - Buenos Aires



TALLERES HELIOGRAFICOS DE RICARDO RADAELLI, PASEO COLON, 1266 — BUENOS AIRES

EL HOGAR

Año X. BUENOS AIRES, 27 DE AGOSTO DE 1913. N.º 237.



NENA DE SAGUIER

Arte fotográfico, por Witcomb



El secreto del amor

Relegados a las óperas Wagnerianas los filtros mágicos que encendían en el alma y la sangre el sentimiento cálido y apasionado del amor. Desprestigiados los coyas bolivianos, últimos propagandistas de la haba misteriosa que encerraba los más intensos gérmenes del erotismo. Completamente en decadencia las rujas vulgares que trasmitían con palabras cabalíscas, cuyo sentido ellas mismas ignoraban, el flúido doroso de las mutuas simpatías, la gente amartelaya no sabe a qué ni a quién recurrir para activar corriente de los mutuos amores.

na mujer apasionada recurre al "Amor", desenada de la inutilidad de las evocaciones del diablo, Mefistófeles, escarmentado con la pérfida jugae Fausto, que se sirvió de él como de un vulgar broso", para dejarlo, al morir, con un palmo de es; y el amor viene, la escucha, y la aconseja. consejo del hijo de Venus es sencillísimo, claro, ulgar

—Usa y abusa del Jabón Reuter—le dice.—El más grande atractivo de una mujer fea o bonita, es la limpieza, la pulcritud, la higiene, y el Jabón Reuter es el único elemento que pueda representar todo esto en el tocador y en el baño.

Tú, que eres bonita, con él resplandecerás de hermosura. La que cual tú no haya sido dotada por la belleza, mejorará su aspecto físico, pues el Jabón Reuter regenera la piel que es, como si dijéramos, la encuadernación humana. A las viejas, les dará un aspecto agradable de frescura; a las niñas, les trocará en flores animadas.

Su perfume atraerá a todos, y serás amada, pues el amor no entra tan sólo por los ojos, ni se insinúa por las prendas intelectuales; el amor entra también por las narices.

Oler a limpio, que es como oler a flores, es el más sugestivo mensaje de los sentidos.

¡Jabón Reuter! (no lo olvides). ¡¡Jabón Reuter!!...



BREVIARIO FEMENINO

Flores, plumas y cintas

Las flores artificiales constituyeron una industria muy explotada, en Italia, y luego en Francia en el transcurso del siglo XVIII.

Mme. de Pompadour, usó mucho en su tocado rositas de seda y muselina, y desde esa época la afición hacia adorno semejante ha ido en aumento. La flor artificial, que da de comer a tantos millares de obreras, no es un adorno inútil; la flor natural no dura más que el tiempo de una fiesta, y no puede ser reemplazada en todas las estaciones.

La flor artificial, es poco costosa e imita de un modo adorable a las flores verdaderas. Con el material que sirve para su confección pueden hacerse también imitaciones de frutas, pero estas no deben usarse. Salvo las cerezas que sientan muy bien a las jovencitas, las demás frutas adornando los sombreros, son de un gusto deplorable.

Los pétalos de las flores artificiales, primero se aplastan sobre la palma de la mano, para darle luego al enderezarlas exquisitas redondeces de corola. Sobre ésta se sopla a fin de darle una forma graciosa, y los pétalos se reunen mediante unas pinzas de florista, mientras se desliza en su fondo una gota de goma.

Un pétalo caído puede incorporarse nuevamente a la corola, de esta manera fácil y sencilla.

Las plumas eran en otros tiempos, los adornos favoritos para el adorno de los caballeros, pudiéndose recordar como el más bello entre ésos, el penacho blanco de Enrique IV.

Los gentilhombres de las cortes de Luis XIII y Luis XIV, llevaban sus fieltros engalanados con una gran pluma, que debía barrer el suelo, cada vez que el noble señor saludara.

Hoy la pluma en los hombres se ha hecho marcial y entre nosotros sólo se ve en los cascos de los soldados.

Pero después del siglo XVIII, las plumas ocuparon gran parte en los atavíos femeninos, como lo atestiguan los peinados del tiempo de María Antonieta.

No obstante esto, el uso de las plumas estuvo vedado a las solteras hasta hace poco, sólo las casadas podían emplearlas. En la hora presente las jóvenes adornan profusamente sus toilettes con ellas.

En Inglaterra, bajo la reina Victoria, el peinado reglamentario de las damas recibidas en el "Darwing-Room", era lo que se conoce con el nombre de "Cresta del príncipe de Gales"; adorno que consiste en tres plumas clavadas en la masa de los cabellos, tal como se ve en el blasón del príncipe heredero. Hoy día, este peinado es de rigor en las grandes recepciones de la corte.

Entre nosotros también la pluma figura entre nuestros adornos de baile; y con ellas se adornan los corsages, los sombreros, los manchones; son boas para los lindos cuellos y abanicos para las manos exquisitas.

Para obtenerlas se despojan a los más hermosos pájaros, desde los humildes hasta los altaneros. El gallo, la pintada, el faisán y el pavo real contribuyen al adorno femenino; en los países tropicales se dan caza con este objeto a las aves del paraíso, a los loros, a los casoares y avestruces.

Si las plumas han estado expuestas a la humedad, acérqueselas al fuego o al vapor de una pava, con esto su felpa caída se erguirá.

Si se toma esta precaución, rara vez tendrán necesidad nuestras lectoras de volverlas a rizar, operación que las estropea.

Si se quiere rizarlas, estírese sus hilos, uno por uno, tomándolos entre el índice y el pulgar, pasándolas suavemente sobre el filo de un cortapapel.

Las plumas blancas se limpian muy bien en agua tibia de jabón.

Las cintas son de una adorable inutilidad, pero adornan las toilettes de una manera exquisita, formando lazadas o nudos.

Actualmente se usan con la misma profusión de que se hacía gala en siglos pasados, en los vestidos, en las batas, en los abrigos, prendidas a los cabellos.

Ellas, adornan asimismo las cinturas, y su uso ha vuelto nuevamente al favor de la moda.

Quizá nadie haya definido mejor las exquisiteces de la cinta como Mario Vachon, citado por la marquesa de Tramar, en una obra de la reputada escritora sobre la exposición de San Esteban (Francia).

"Las cintas me encantan, dice Vachon; de todas las creaciones del arte de los hilanderos y los encajes, no hay ninguna que presente cualidades más exquisitas, que produzca sensaciones más delicadas e inspiren ideas de mayor gracia. En estos filetes de seda, livianos, alados, flexibles y frescos como los pétalos de una flor, reside una seducción soberana de los ojos y el espíritu, bajo la caricia de la luz, sus colores parecen vivos, y nada se amolda con tanta elegancia a todas las fantasías de las femeninas, adornando su juventud y su belleza."

Como adorno las cintas son indispensables; sin ellas no se concibe un vestido. Constituyen un complemento imprescindible. Son, en el vestuario de la mujer, lo que las horquillas en el peinado.

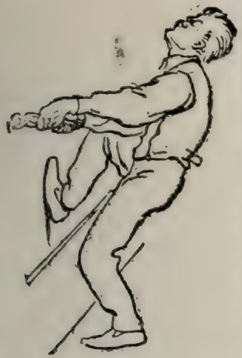
Por eso no nos extraña que Vachon, un enamorado de lo bello y de la mujer, haya cantado a las cintas como si fueran una diosa o un ángel de blancas alas.

Hubo una época, sin embargo, en la cual se abusó de su uso; se llevaban en el cabello, adornando el peinado, en el traje, y en cuanta parte se consideraba de buen gusto colocarlas.

No obstante, tanta abundancia de cintas no chocaba, pues ellas tienen la especial cualidad de ser enteramente simpáticas a la vista de todas las personas.

Hoy día el uso es más moderado. Esto, empero, no quiere decir que no estén de moda, pues ellas, como las flores y las sonrisas, lo están en todos los tiempos.

El clavo





Es un personaje muy común. Es de una apariencia fría y dura y se complace en pinchar al primero que le venga a mano. Se introduce en todas partes, y una vez que ha sentado sus reales en un sitio es difícil desalojarlo. Tiene una cabeza tan dura que siempre ha de salirse con la suya...

En ocasiones, hasta llega a demostrar y hacer reales sus tendencias perversas.

Se esconde socarronamente en los caminos, para prenderse de los pneumáticos, y pronto los hace exhalar el último suspiro.



Algunas veces también se prende al hombre y en este caso toma el nombre de furúnculo.

El clavo se encuentra en las ferreterías, pero no se limita a este puesto, y muchas veces aparece de improviso en casi todos los negocios de ventas por mensualidades. Estos últimos pertenecen a una variedad degenerada que engendra innumerables perjuicios para los bolsillos. Y es inútil tratar de combatirlo. Con esto no se consiguen más que complicaciones que dan nacimiento a multitud de nuevos clavitos.

El clavo vulgar, tan usado en el comercio es, contra la creencia general, de muy difícil manejo. Muchos piensan que todo consiste en tomar un clavo y golpearlo con un martillo. ¡Magno error! Por primera providencia, si no se conoce el uso de este último instrumento, uno comienza por machacarse los dedos; también es necesario tener en cuenta el carácter del clavo en sí, y hallarse al tanto de las condiciones en que se encuentran su punta y su cabeza.



Cuando se le golpea, finge docilidad y buen humor, y luego se detiene bruscamente como un caballo empacado.

Resiste valientemente cinco o seis golpes, hasta que se hunde de nuevo, desapareciendo por completo, no sin antes haber pellizcado la yema de los dedos.



Otras veces simula una pérfida complacencia, y cuando uno, muy satisfecho de su obra, va a colgar de él el retrato de su suegra, el maldito clavo nos hace el favor de dejárnoslo caer sobre la cabeza. O bien si pretendemos buscar en él un auxiliar para aliviar nuestras desdichas terrenas, cederá en el preciso momento en que saboreamos la dulzura del último suspiro.

Pues ¿y los clavos que al introducirlos en una tabla se doblan? Probablemente, en ellos deben haber vehículos de la desesperación, pues el infeliz que topa con uno de estos especímenes, por más versado que sea en el arte de San José, lleva camino del manicomio. Estos clavitos participan de la pertinacia de los "empacadores" a que ya hemos aludido y de la ductilidad torturante de un alma femenina. Se doblan para cualquier lado menos para aquél que se desea. Y si se los apura mucho a fuerza de martillo, entonces animados por un deplorable espíritu de vanganza clavan la cabeza sobre la tabla, marcándola para "in eternum" y en esta posición reclaman a gritos los servicios de las tenazas.

En cambio los clavos que aparecen de pronto sobre las plantillas de los botines, son de una resistencia a toda prueba para doblar la cerviz. Eluden la presión de la horma, se esconden del modo más imprevisto y sólo aparecen cuando confiados en su desaparición nos disponemos a dar un paseíto.

Otros hay más destrozones que las propias sufragettes. Demuestran una marcada aversión hacia el lujo, detestan las sederías femeninas, y los fondillos de los pantalones.

Por lo general se encuentran en los asientos de las sillas, sobresaliendo audazmente sobre la arista de la pata de una mesa, y en los corredores de pasaje dificultoso, y producen una herida característica, que comunmente se llama "siete".

Hay clavos de todos los tamaños y dimensiones.



Los mayores se encuentran en el Monte Pío, que debe llamarse así porque retira a muchos clavos de la circulación, sin responsabilizarse por la polilla, con lo cual hace muy bien por eso, sin duda, dícese "un clavo saca otro clavo".

Y ahora punto final.

Porque voy barruntando que mi artículo sobre los clavos ya resulta también un ídem.

E. JOLICLER.

El diario de un niño malo

Traducción de Einar J. P. Hansen para "EL HOGAR"

CAPITULO 20

Suspendido!

Ayer a mi llegada hubo un gran alboroto en casa. El director de la escuela me recomendó al guarda del tren con estas palabras: Guarda, vigile usted bien a este niño, es un chico insoportable a quien he tenido que expulsar de mi academia. ¿Qué has hecho para que te expulsen? me preguntó el guarda cuando el tren se hubo puesto en movimiento. Pareces un inocente corderillo incapaz de cometer ninguna fechoría, díjome palmeándome suavemente la cabeza. He cometido una gran cantidad de travesuras, señor. Le hacía gastar mucha plata al director en pelucas, pero siempre por casualidad, jamás he hecho algo malo adrede. Debido a la última casualidad que me sucedió es que me veo ahora suspendido. Le parece a usted que sea suficiente motivo para expulsar a un niño bueno, el que haya tomado de la cocina un pedazo de pasta para masas? No, no me parece suficiente. Pues bien, debido a eso me encuentro aquí. Todo lo que hice fué apoderarme de la pasta y esconderla bien. Al día siguiente el profesor fué a dar una conferencia al pueblo, sobre filosofía. Cuando salimos del aula, me dirigí al cuarto de la directora, me senté en un sillón y me puse la masa en la cara, pareciendo así una careta, pues había hecho dos agujeros que simulaban los ojos y otro para la boca y por último tomé una sábana de la cama, en que me envolví de pies a cabeza. En eso entró la directora con una luz en la mano y al ver el fantasma pegó un grito y disparó. Todo hubiera ido lo más bien si la tonta no hubiese dejado caer al suelo la lámpara, que hizo una gran mancha en la alfombra y le prendió fuego a la ropa. Si Pepe Benz no llega a tiempo se hubiera muerto quemada, pero el vestido quedó a la miseria, al ver lo cual empezó a gritar que ahora sabía muy bien por qué mi mamá me había mandado a la escuela. Le ofrecí mi única moneda de cinco centavos que tenía para que se comprase otro vestido nuevo, pero ella los rechazó. Dijo que ya los pondría en la cuenta. ¿Qué dirá papá cuando vea la cuenta? ¡Me han sucedido tantos percances! Señor guarda, no necesita usted un muchachito para vender diarios o caramelos en el tren? El guarda me dijo que ya había otro en esa ocupación y añadió: Ahora quédate quieto en el asiento, toma este periódico ilustrado y espera a que regrese, voy a revisar los pasajes.

Apenas había salido del coche cuando entró el muchacho que vendía caramelos y le compré cuatro cartuchos y cuando se fué empecé a recorrer el coche ofreciéndolos en venta. Como la gente se sonreía conmigo sin comprarme nada, salí a la plataforma para pasar al otro coche. Hacía mucho viento y el tren trepidaba de una manera espantosa y no supe nada hasta salir de un montón de tierra y el tren casi se perdía de vista, encontrándome yo solo en el campo. Como tenía en el bolsillo los paquetes de caramelos podría resistir el hambre durante dos o tres días, pero ¿y después? De pronto veo que el tren retrocedía como un cangrejo, me hizo reir mucho; el maquinista, el guarda y muchos pasajeros sacaban las cabezas por las ventanillas; eran como doscientas personas que saltaron fuera del tren cuando éste paró. El guarda estaba pálido como un cadáver, pero cuando me vió comiendo caramelos se puso furioso. Suba en seguida; hemos perdido diez minutos, muchacho endemoniado, ¿qué bromas son esas? Siento mucho, señor guarda, no volveré a hacerlo, la culpa es del tren que se movía tanto. Me izo entrar en el tren, donde todas las señoras lloraban y me palpaban para ver si no me faltaba algún pedazo.

Como ves, querido diario, te confieso que no he contado al guarda todas las travesuras que hice, pero a tí no te ocultaré nada: Es costumbre en el colegio enviar una vez al año una cartita de sorpresa a los amigos y maestros; a la señorita de la clase puse: Trataré de corregirme y ser bueno como usted quiere que yo sea. Su amiguito, Jorgito.

La señora Pitins recibió esta: La rosa es roja, la violeta es azul, pero como el vinagre, de agria eres tú. Pero no sólo por esto hizo tanto ruido, sino que uno de los muchachos había pescado todos los peces de colores de su pecera.

Además al día siguiente me embadurné la cara y las manos con tinta negra y quise subir por el caño de la estufa cayendo al suelo y haciéndome un chichón en la cabeza tan grande como un huevo de pato. Pero eso lo hubiera olvidado sino hubiese recortado todos los pájaros del diccionario ilustrado y pegado sobre la cama para tener algo en qué entretenerme; también adquirí el vicio de toser como el director. Otro día le puse al perro el camisón y la gorra de dormir de la señora Pitins y le até una gruesa de cohetes en la cola, y el perro salió disparando por todo el pueblo. Cuando el guarda volvió se le había pasado el enojo y me dijo: Has tenido suerte muchacho en no lastimarte al caerte del tren. Al verlo tan amable le pregunté: Señor guarda, si no me quieren en casa ¿me tomará usted para que le ayude? Pasarías una vida muy triste, hijo mío; soy un viejo solterón. Tanto mejor, así su mujer no nos molestará. Mis hermanas son muy lindas pero no toleran a los chicos, no me dejan jugar a la pelota en la sala cuando hay visitas; les gustaría pegarme con cola en una silla para que no me pueda mover. ¿Dígame, señor guarda, se ha quedado usted soltero porque su novia le colgó la galleta? El suspiró y se puso triste, preguntándome al rato si mis hermanas me esperarían en la estación; como yo no lo sabía, no le pude contestar. Me gustaría conocerlas, díjome, añadiendo: ya estamos en tu pueblo. El guarda me acompañó hasta el andén y ahí estaba Susana más hermosa que nunca con su saco de terciopelo, y también Isabel, las que al verme dijeron: Oh muchachito malo, déjanos besarte. Entonces dije yo: Señor guarda, estas son mis hermanas, pero las dos están comprometidas, lo siento por usted. Venga a visitarnos alguna vez. ¿No le parece que mis hermanas son dos pimpollos? Adiós. El guarda y todos los pasajeros se rieron y gritaron ¡Hurrah! Adiós Jorgito el guarda tren.


SILLONES
para enfermos y ancianos
Calentador Norma á aguardiente Sin ruido, sin olor, sin peligro
El más económico.
Precio $ 7
y $ 10 -
SECADOR
de
cabello eléctrico.
Precio $ 40.—
Vibrador eléctrico para masaje Da nueva vida á los reumáticos
Precio $ 50.—
Lo que usted puede conseguir
EN LA CASA
GESELL
1431, Avenida de Mayo, 1431
BUENOS AIRES
¡PIDAN EL NUEVO CATALOGO!
Medias elásticas para varices y úlceras.
Termómetro para medir la fiebre
Indispensable en todo hogar
Fajas abdominales "Gesell."
Completamente elásticas.
Sostienen el vientre mejor que ninguna otra.
Precio $ 8.50 a $ 12.—
BAÑOS TURCOS
para la higiene del cuerpo
Precio $ 20.—
ANDADOR BABYWALK
Precio $ 11.—
COCHECITO PARA NIÑOS
Precio $ 50.—

La viuda rencorosa



—¡Aquí es! Me han dicho que este doctor es un gran especialista para eso de evocar los muertos.



—¿Podría usted evocar a mi difunto para esta noche?
—Con mucho gusto, señora; vuelva usted a las diez.



—Caracterízate bien, chico, que vamos a hacer un buen negocio a expensas de esta viuda inconsolable.



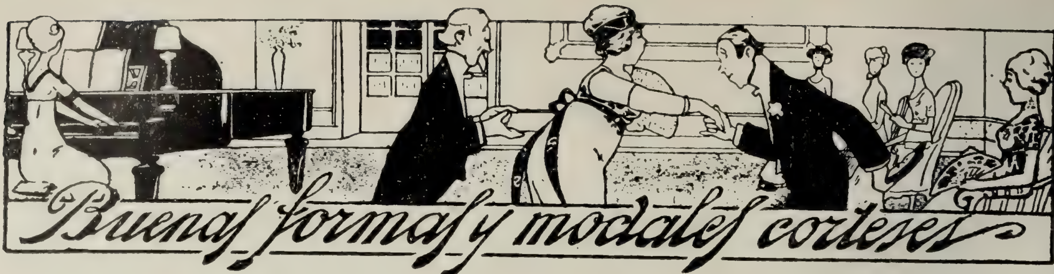
—Ya está aquí, señora, su querido esposo; ¿no le ve usted? Ya va acercándose... ya va acercándose...



—¡Ah pillo, traidor, marido infiel, por fin has caído en mis manos y me las vas a pagar todas juntas!...



—¡No ha sido malo el negocio que hemos hecho con este saldo póstumo de cuentas... matrimoniales!



De la mesa en general

La mesa es uno de los lugares donde más clara y prontamente se revela el grado de educación y de cultura de una persona, por cuanto son tantas y de naturaleza tan severa, y sobre todo tan fáciles de quebrantarse, las reglas y las prohibiciones a que está sujeta.

Según esto, jamás llegará a ser excesivo el cuidado que pongamos en el modo de conducirnos en la mesa, manifestando en todos nuestros actos aquella delicadeza, moderación y compostura que distinguen siempre en ella al hombre verdaderamente fino.

Es importante advertir, antes de entrar en el pormenor de las reglas de esta sección, que la mayor parte de los excesos y desaciertos en que suele incurrirse en las reuniones de mesa, aun por personas bajo otros respectos recomendables, tienen origen en los hábitos que hace contraer el gravísimo error de pensar, que en la mesa privada o de familia puede usarse de una amplia e ilimitada libertad. Tan absurda creencia conduce a prescindir de una multitud de reglas que, estando fundadas en los principios inalterables de la delicadeza, la propiedad y el decoro, pertenecen indudablemente a la etiqueta general y absoluta y hace sacrificar a cada paso la belleza, la dignidad y la elegancia, a una comodidad que no acierta nunca a concebir el que ha llegado a acostumbrarse a proceder en todas ocasiones conforme a los preceptos de la urbanidad.

Las costumbres domésticas, a fuerza de la diaria y constante repetición de unos mismos actos, llegan a adquirir sobre el hombre un imperio de todo punto irresistible, que le domina siempre, que se sobrepone al conocimiento especulativo de sus deberes, que forma al fin en él una segunda voluntad y le somete a movimientos puramente maquinales; y así, cuando hemos contraído hábitos malos en la manera de manejarnos en nuestra propia mesa, es imposible que dejemos de deslucirnos en una mesa extraña, por grande que sea el cuidado que pongamos entonces en aplicar unas reglas que no nos son familiares, y que por el contrario estamos acostumbrados a quebrantar diariamente.

No tomemos nunca asiento en la mesa antes que lo hayan hecho nuestros padres, o cualesquiera otras personas de mayor respetabilidad que nosotros y de quienes estemos acompañados.

Situémonos a una distancia conveniente de la mesa, de manera que no quedemos ni muy próximos ni muy separados, y demos a nuestro cuerpo una actitud en que aparezcan combinadas la naturalidad y la elegancia, sin inclinarnos hacia adelante más de lo que sea absolutamente indispensable para comer con comodidad y aseo.

No apoyemos nunca en la mesa todo el antebrazo, y en ningún caso pongamos sobre ella los codos. Y téngase presente que es un acto que manifiesta poca cultura, el dejar caer sobre las piernas una mano, ocultándola así de la vista de los demás, mientras que se está haciendo uso de la otra para comer o beber.

No nos reclinemos en el respaldo de nuestro asiento, ni nos apoyemos en el de los asientos de las personas que tengamos a nuestro lado, ni toquemos a éstas sus brazos con los nuestros, ni estiremos las piernas, ni ejecutemos, en fin, otros movimientos que aquellos que sean naturales y absolutamente imprescindibles. El acto de levantar los codos al partir con el cuchillo la comida que se tiene en el plato, o al tomarla con el tenedor para llevarla a la boca, es singularmente característico de las personas mal educadas.

Cada uno de los instrumentos y utensilios de que nos servimos en la mesa, tiene su manera peculiar de manejarse; y es observación que no debe omitirse, que las faltas en este punto, de tan poca entidad real, son sin embargo características de las personas mal educadas.

La cuchara y el cuchillo se manejan invariablemente con la mano derecha; mas en cuanto al tenedor, tan sólo podrá manejarse con la derecha, cuando se tomen comidas que no necesiten ser divididas con el cuchillo.

No incurramos nunca en la grave falta de llevar el cuchillo a la boca, pues el comer con el cuchillo es una mala costumbre que nunca se ve entre gente medianamente educada: éste no tiene en general otro uso que el de partir y servir las comidas sólidas con el auxilio del tenedor, y el de subdividir de la misma manera la parte de estas comidas que viene a nuestro plato.

No comamos nunca aceleradamente ni demasiado despacio: lo primero haría pensar que procurábamos ganar tiempo para comer como glotones, nos impediría tomar parte en la conversación, y nos haría incurrir en las faltas que la precipitación trae consigo en todos los casos; y lo segundo imprimiría en nosotros cierto aire de desabrimiento y displicencia, que entibiaría la animación y el contento de los demás, y nos expondría, o bien a hacer el deslucido papel que hace siempre el que se queda al fin comiendo solo, o a tener que renunciar, para evitar esto, a tomar lo indispensable para satisfacer debidamente la necesidad de alimentarnos. En cuanto a la manera de beber, también debemos observar la misma regla que para la comida...

La iglesia cerrada

Cuento, por F. Navarro Ledesma

Penetra el rayo de sol al través de los cristales de colores incrustados en el rosetón gótico; mancha de azul y rojo y violeta las losas de la catedral, acaricia después los jaspeados frisos, encarámase por los haces de columnas: aquí hace resaltar el dorado de una estatua olvidada en un rincón, allí anima con extrañas luces la cara marmórea del obispo tendido en su sepulcro, como quien ya nada espera sino del cielo, o el bulto brillante del señor arrodillado ante un cojín, pidiendo a Dios perdón de sus desafueros y liviandades; sube despacio la luz policroma luchando con la traidora pátina en los ennegrecidos retablos y con la herrumbre en las repujadas rejas, toca en las hojarascas de los capiteles, coloreando con la desbocada fantasía de la Naturaleza lo que en blanco trazó la imaginación no más segura, pero sí más pobre del escultor; extiéndese por las anchas bóvedas, y al caer el sol hacia la tierra, mueren sus rayos en las doradas claves, allá donde las aristas de granito se entretejen, ligeras como cintas sujetas con broches de oro.

Al mismo tiempo que el sol, apáganse todos los ruidos en la catedral; muere la plegaria que zumbaba perezosamente en las bocas de los sacerdotes, calla el órgano, cesa el cuchicheo de las devotas. A poco el sacristán, repicando el manojo de llaves, recorre las capillas, acompañado por el perro negro que husmea todos los rincones, escurriéndose por entre los altares, serpenteando por bajo de las sillerías, olfateando los confesonarios. De pronto lanza el aullido triste y prolongado del can que ventea la muerte. El sacristán corre lleno de zozobra hacia uno de los pilares, y allí, en un colchoncillo de cuero, descubre a un niño rígido, mal envuelto en miserables jirones, por entre los que asoma la carne amoratada y yerta, las piernas y los brazos encorvados y el cuello encogido y los dedos en premiosa crispatura, como queriendo volver a la posición que antes de salir a este mundo tenía en el seno caliente de la malvada madre.

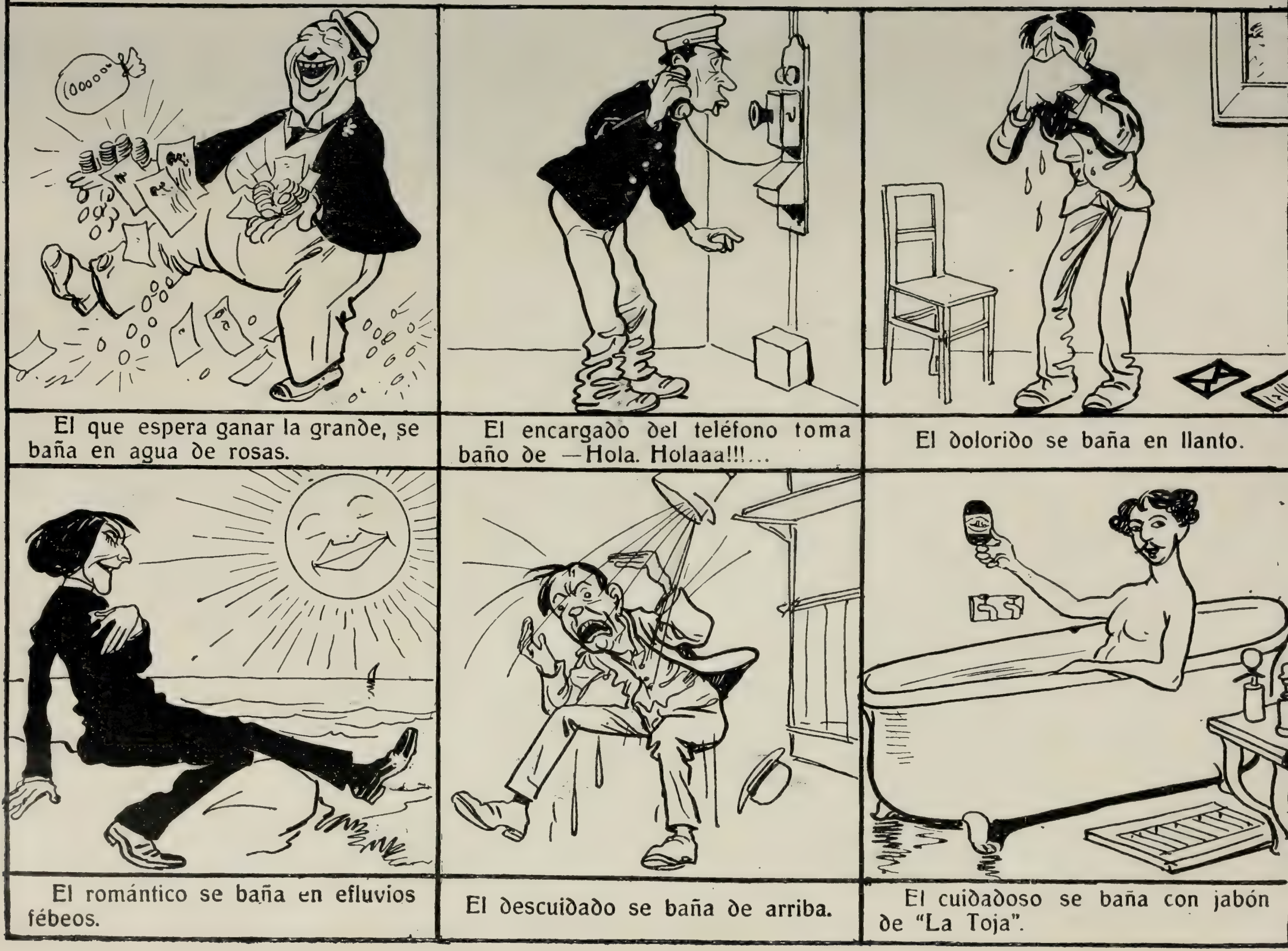
El hombre coge al niño y le palpa, el perro le olfatea y ambos convienen en que está muerto. Poco rato les dura la emoción, si es que la sienten, pues tristes y con la cabeza baja continúan su requisa por capillas, altares y confesonarios lo mismo que antes... No, lo mismo, no; porque el hombre lleva en brazos aquel cadáver, que no pesa tanto como la llave del portón principal, prolija obra de los Villalpando.

El viento frío del anochecer penetra en el templo por hendiduras y mechinales, hace ondear los paños de banderas y pendones colgados de los muros y chisporrotear las lámparas con medrosos restallidos y cantar destempladamente los tubos del órgano, en donde se cuela a deshora. Con el gemido del viento se entrelazan otras cien armonías del propio silencio emanadas, el dentellear de la carcoma en los tallados sitiales, el chasquido de una tabla que cede, la fuga alocada de los ratones por entre el maderamen de los retablos...



Y el anciano sacristán, helado por el contacto del frío ambiente y del cuerpo muerto que en una mano lleva y de las férreas llaves que empuña en la otra, siente acaso por primera vez, al realizar aquel su monótono y cotidiano ministerio, un escalofrío de terror que le recorre el espinazo, y allá en el pecho se le queda clavado, ahondando, ahondando como una cuchillada. En un instante, su limitado espíritu se ensancha, se eleva y se engrandece, y cediendo al impulso de algo antes presentido que pensado, antes adivinado que visto en su interior, deja caer al suelo las llaves, cuyo metálico golpe sobre el mármol repiten las bóvedas con estruendosa resonancia.

DIVERSAS MANERAS DE BAÑARSE



El que espera ganar la grande, se baña en agua de rosas.

El encargado del teléfono toma baño de —Hola. Holaaa!!!...

El dolorido se baña en llanto.

El romántico se baña en efluvios férbeos.

El descuidado se baña de arriba.

El cuidadoso se baña con jabón de "La Toja".

Ignora entonces si Dios o el demonio le han inspirado la idea de que aquello que haciendo estaba es un sacrilegio, un pecado horrible; y sin dejar de los brazos el niño, se arrodilla ante el más próximo altar, en el cual, sobre fondo de oro y entre nimbos estrellados, medio se divisan las cabezas de la Virgen, San José y el Niño de Dios adorado por los pastores.

Aquella pobre criatura muerta en el templo solitario, encaja mejor allí que los pocos seres vivos que por él cruzan diariamente. En ella se reconocen, y con ella se hermanan, las estatuas yacentes de los obispos y los bultos orantes de los caballeros: a servirla de cuna y sepulcro parecen destinados los mil huecos vacíos y empolvados de las horcinas viudas, de los sitiales sin ocupar, de los rotos sarcófagos.

Todo en la Iglesia yace frío y muerto. El sol mismo, al huir de la tierra, ha ido buscando su refugio y su fin en la parte más alta, y no pudiendo romper las reforzadas claves, ha desaparecido con desconsoladora palidez. Las voces se han extinguido, considerando lo inútil de su empeñada canturia. El viento ha soplado con intento de congelar la sangre en las venas del único ser vivo entre aquellas muertas grandiosidades. ¿De quién es la culpa?—piensa el buen viejo—y al pensarlo mira al llavero, caído a sus plantas, y todo lo ve claro y se asusta de su oficio, que entonces reputa bajo y miserable. ¡Cerrar la iglesia! ¡Impedir con cerrojos y llaves y ferrados portones la entrada en la casa de Aquel que nació a los cuatro vientos en un portal desmantelado, y que al aire libre vivió con la cabeza ante el cielo descubierta siempre, sin techo ni hogar propio, y que murió desnudo y azotado por todos los huracanes del mundo. La Iglesia, cerrada con tan prolijo cuidado como si fuera un Banco o un almacén o depósito de dineros viles, se convierte en cementerio de seres sobrantes en el mundo, en albergue de la soledad y de la tristeza, si no de algo peor.

Y el viejo, espantado al pensar que él también ha arrimado el hombro y ha prestado el brazo a la obra de aniquilamiento y destrucción; que él también "ha cerrado la iglesia", de la cual mucho tiempo hace huyó la multitud con el alma fría y avellanada; de la cual van huyendo asustados ante el rechinar de los cerrojos y el estrépito de las llaves y la dureza de las puertas, hasta los espíritus más felices y encendidos; en la cual, aun el rayo del sol busca su albergue y no le encuentra; al pensar esto, comprende que la humanidad ha perdido su camino, porque en él vió una barrera por la misma humanidad construída, y la saltó con ímpetu salvaje.

Y entonces, anegado en lágrimas, moribundo de dolor, obscuro y frío, cae sobre el pavimento, donde rebota la frente partida, que enrojece el suelo al desangrarse y en la que se empapan los harapos del niño difunto.

El perro, adivinándolo todo, se lanza a la abierta portada y aulla, aulla desesperadamente...

F. NAVARRO LEDESMA.



El caballo descontento

Poesías infantiles (Para recitar)

Refiere un escritor del paganismo
que, en el principio, Júpiter supremo
creó los animales y fué dándoles
las formas y atributos más diversos.
Su utilísima trompa al elefante;
sus garras al león, su pico al cuervo,
las ágiles aletas a los peces
y alas de tul a los insectos...
A aprovechar se dedicaron todos
los medios adecuados que obtuvieron,
cuando llegó un caballo al trote largo
ante el solio de Júpiter excelso.
—Has de saber, ¡oh Júpiter!, que vivo
muy disgustado con el ser que tengo.
—¿Cómo no estás contento con tu suerte?
—Porque tengo muchísimos defectos.
—Pues si es así, pondrémoslos enmienda;
dime tú cuáles son, pues no los veo.
—Pues en primer lugar, me encuentro bajo.
—Crece, pues—y las patas crecieron.
¿Qué más?
—En cuanto doy una carrera.
ya estoy muerto de sed, y si no encuentro
agua donde beber, sufro muchísimo.
—Pues desde hoy llevarás el agua dentro—
y colocó en su estómago un depósito.
—¡Hay más!
—¿Hay más? Pues dímelo, y te advierto
que con ésta se acaban las enmiendas.
Aprovéchate, pues.
—Pues me aprovecho.
Para montar me ponen una silla,
y esto a mí me resulta muy molesto.
—Pues una silla natural te pongo—
y al punto dos jorobas le salieron.
Contento por demás salió el caballo
de la audiencia de Júpiter, creyendo
resultar mejorado en tercio y quinto;
pero al ir a beber a un arroyuelo
se avergonzó de verse. ¡Aquel caballo
se había convertido en un camello!

CHIRÓN.



Las visiones del hachich

Contadas por los que las experimentaron

¿Quién no ha oído hablar de la secta de los asesinos, que en el siglo XI, bajo la influencia del hachich, droga preparada con el cáñamo indio, cometían toda clase de crímenes, cebándose especialmente en los cruzados?

Mucho se ha dicho acerca de los extraños efectos del hachich, pero pocas personas pueden hablar de ellos por experiencia propia. Uno de estos pocos es el viajero Bayard Taylor, que ha contado lo que a él y su compañero de viaje Carter Harrison, les ocurrió después de tomar una cucharada de una mezcla de cáñamo indio, azúcar y especias. Cosa de cuatro horas de tomar este hachich, Harrison empezó de repente a gritar y a reir, exclamando:

—¡Cielo santo! ¡Soy una locomotora! Y durante más de dos horas estuvo corriendo por la habitación, resoplando con toda la fuerza de sus pulmones, y moviendo las manos como si fuesen los émbolos de una máquina.



El barco de nácar en el desierto



La visión del médico ingles

Bayard Taylor, por su parte, se creyó primero subiendo a la gran pirámide de Cheopo, con la particularidad de que ésta, en vez de estar hecha de piedra, lo estaba de paquetes de tabaco; en seguida se vió surcando las arenas del desierto en una preciosa barca de nácar, cuajada de piedras preciosas, y fondeando con ella en una plácida bahía, cuya vegetación destilaba miel a jarros llenos. A medida que aumentaban los efectos de la droga, se creía retorcido de mil maneras, sentía unas ganas invencibles de reirse, y parecíale que tenía dos corazones que latían a distinto compás.

Otro viajero que pasó mucho tiempo en Oriente, según cuenta Teófilo Gautier, después de tomar una fuerte dósis de hachich creyó ver un extraño desfile de seres monstruosos, que dejaban muy atrás las más raras concepciones de Breughel y de Teniers.

Murciélagos, grullas, unicornios, grifos y lechuzas, toda la fauna de las pesadillas, trotaba, brincaba o volaba a través de la habitación. Los cuernos de unos eran ramas de árboles, las patas de otros eran patas de sillas; los ojos, esferas de reloj; una nariz enorme bailaba la machicha sobre patas de pollo. El experimentador se figuraba ser la cotorra de la reina de Sabá, y como mejor podía, imitaba la voz y los gritos del verde pajarraco. De pronto, con inconcebible rapidez, bosquejó tan extraños animales en pedazos de carta, en tarjetas de visitas, en los primeros trozos de papel que encontró a mano. Cuando hubieron pasado los primeros efectos del hachich, vió con asombro que al pie de uno de aquellos croquis había escrito: "Un animal del porvenir". Era una locomotora con un cuello de cisne, terminado en cabeza de serpiente, de cuya boca brotaban nubes de humo; los miembros de este monstruo estaban formados por ruedas y poleas, y en su cola se sentaba el Mercurio de los antiguos.

Otro experimentador, a poco de haber probado el hachich, se imaginó convertido en tintero, y otro creía que sus manos y sus pies crecían indefinidamente, y que todos los objetos que le rodeaban subían, en el aire, subían, subían, hasta desvanecerse en el espacio. Los efectos tóxicos del hachich no son siempre continuos; como la locura, con frecuencia son interrumpidos por momentos de lucidez. Un

médico inglés, que también experimentó en sí mismo la famosa droga, asegura que sus alucinaciones podrían dividirse en tres fases, en cada una de las cuales fueron los efectos más intensos y más raros, y entre las cuales hubo breves períodos de relativa serenidad. Este experimentador creía que estaba viendo dentro de sí mismo la substancia que acababa de tomar

Aparecíasele bajo la forma de una esmeralda, de la que brotaban millares de tomar.

Sus pestañas crecían rápidamente, y cuando llegaron a dos o tres palmos de longitud, se enrollaron, como hilos de oro, en torno de rodajas de marfil que giraban rápidamente. Sus amigos se le representaban como seres extraños, medio plantas, medio animales, y un ibis fantástico, puesto en una pata, echaba un discurso acerca de la música en italiano, discurso que el hachich—esmeralda traducía al español. Tras un momento de lucidez, le pareció que su oído alcanzaba un desarrollo extraordinario, hasta el punto de que oía el sonido de los colores, distinguiendo con toda facilidad las notas verde, roja, azul y amarilla. Más de quinientos relojes (uno solo en realidad) dieron la hora.

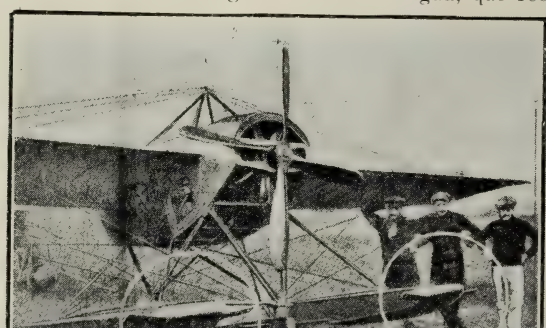


El espíritu del hachich

Nadaba en un océano de sonidos, donde los más bellos pasajes de las óperas flotaban como islotes de luz. Después se sintió como una esponja en medio del mar; a cada instante pasaban sobre él oleadas de felicidad, entrando y repartiéndose por todos sus poros, pues su cuerpo era permeable en alto grado, y hasta el más pequeño de sus vasos capilares estaba lleno del color del fantástico medio en que se hallaba sumergido. Según sus cálculos, el médico permaneció en semejante estado unos trescientos años, si bien las sensaciones se sucedían tan rápidamente que la apreciación del tiempo era imposible. Cuando cesó la crisis, vió que apenas había durado quince minutos.

Por el agua y por las nubes

La antigua leyenda referente al pez volador, cuya vida está en constante peligro, por verse expuesto en el agua a ser presa de otros peces mayores que él, y en el aire a perecer entre las garras de las aves marinas, podrá ser fundada o no serlo, pero desde luego puede asegurarse que no ha influído lo más mínimo en la mente del género humano. Tal vez es que en nuestros tiempos de positivismo el hombre sólo toma de la naturaleza las lecciones puramente prácticas, dejándose de moralejas buenas a lo sumo para que los fabulistas tengan un modo de terminar sus narraciones; o acaso sea que los inventores piensan hoy que mucho más infortunado que el pez que puede moverse en dos elementos es el que se ve condenado a permanecer en uno solo. Sea como fuere, el caso es que hoy en día una de las ambiciones del género humano es poder hacer lo que hace el pez volador; nadar y volar. Lo primero, aisladamente, lo ha conseguido hace muchos miles de años, por medio de la navegación; lo segundo, lo vemos hoy realizado con los aeroplanos y los dirigibles, pero falta reunir en una sola las dos cosas, y de esto es de lo que ahora se preocupan no pocos inventores.



De los varios aparatos ideados para convertir en realidad esto que ya parece muy próximo a dejar de ser un sueño, uno de los más dignos de interés en el hidro-monoplano Nieuport, el primero, de los monoplanos adaptados para la locomoción en el agua, que recientemente ha sido ensayado en Francia, y que probablemente será adoptado por la marina francesa, si es que no lo ha sido ya en el momento de llegar este número a manos de nuestros lectores.

Este hidroplano tiene los flotadores de un tipo nuevo enteramente distinto de los que llevan, en forma más o menos parecida a la del casco de una embarcación, los biplanos acuáticos ensayados anteriormente en Inglaterra y los Estados Unidos. Son estos flotadores en número de tres. Dos de ellos, que van en la parte anterior, forman una suerte de cajas planas y van provistos de aletas de madera, dispuestas de un modo parecido a como están en los peces las aletas llamadas torácicas, esto es, las que están cerca de la cabeza; el tercero, colocado debajo de la cola, tiene la forma de una bellota.

Asamblea general de maestros



La concurrencia durante la asamblea general de maestros, realizada en el Teatro Odeón

Mesa revuelta

La mano negra.—A pesar de tener actualmente su principal foco en Italia y en América, la mano negra ha sido fundada en España. Tiene por objeto la defensa de los pobres y oprimidos en contra de la explotación y de los verdugos. Sus estatutos son cortos y claros. Cualquier socio que rehusa obedecer a la sociedad, o que traiciona sus secretos, es castigado con la muerte.

No se puede entrar en la asociación antes de ser sometido a un examen severo, teniendo el candidato que mostrarse capaz de ejecutar una orden de asesinato o de incendio, en contra de un determinado rico. Ni el parentesco, ni los lazos de la amistad son suficiene disculpa, en caso de desobediencia. Lombroso estimaba en 90.000 el número de los afiliados, cuyos jefes más temibles se encuentran en América.

No hace mucho, esta terrible asociación fué para algunos habitantes de Nueva York el objeto de temores que a poco toma las proporciones de pánico.

Habían encontrado encima de su mesa, entre las cartas, una gran mano negra, impresa en un papel, con las palabras "¡cinco días todavía!" Asustados, algunos escribieron a los diarios, hicieron intervenir a la policía, y no salieron de casa sino armados hasta los dientes. Al día siguiente, apareció una nueva mano negra, con la inscripción: "¡Cuatro días todavía!", repitiéndose en la misma forma hasta el sexto día, cuando se pudo ver en todos los diarios la siniestra mano, acompañada de estas palabras:

"No tendrán más la mano negra si usarán el Jabón X", lo cual fué un inmenso alivio para la conciencia pública.

Curiosidades históricas.—Existe en Inglaterra una familia que ofrece la extraña particularidad de descender en línea directa del rey Carlos I y de su verdugo Cromwell.

Efectivamente, lord Waltor Montagu Louglas Scott se ha casado con miss Hartopp, la cual desciende en línea directa de mistress Fleetwood, hija de Cromwell; pero los Montagu Douglas Scott descienden, también directamente, de Carlos I, por el casamiento de su abuela, condesa de Buccleuch, con el duque de Monmouth, hijo de Carlos II.

Sería curioso saber la opinión que sus hijos tendrán sobre la Revolución que destronó a los Estuardos en cuanto cumplan los veinte años.

El número 13.—Es curioso de observar lo viejo que es el prejuicio popular en contra del número 13.

Antes del cristianismo, era el símbolo de la muerte.

En el juego de naipes de que se sirven los gitanos para pronosticar el porvenir, la décima tercera carta representa un esqueleto armado de una hoz.

Se encuentra una huella de este símbolo en la palabra sagrada de la cábula judía "Yod-he vauhe", que los hebreos jamás deben pronunciar y que sólo el gran sacerdote podía decir una vez al año.

13 era el número sagrado de los mejicanos y de las poblaciones de Yucatán, porque había 13 serpientes-dioses. En la mitología noruega, el dios del mal se presenta en un banquete dado en el Walhalla, para ser el décimo tercero convidado, y acierta a matar, con una flecha de muérdago, a Balder, dios de la Paz.

Una anécdota del rey de Montenegro.—Cuando el actual rey Nicolás era sólo príncipe de Montenegro, recibió un día en audiencia a un periodista inglés. Este se extasiaba ante la belleza del país y ante la sencillez bíblica de sus habitantes; pero se lamentaba de lo estéril de la región y de que Montenegro no tuviera nada que exportar.

—Se equivoca usted, amigo mío,—le contestó el príncipe Nicolás.—Por el contrario, tenemos aquí hermosísimos artículos de exportación.

—¿Cuáles, Alteza?

—Mis hijas—replicó el príncipe, riendo.

La princesa Elena es actualmente reina de Italia; la princesa Militza se ha casado con el gran duque Pedro de Rusia; la princesa Zorka estuvo casada con Pedro Karageorgevich, y de no haber muerto prematuramente, sería hoy reina de Servia; la princesa Stena se llama ahora duquesa de Leuchtenberg; y la princesa Ana es duquesa de Battenberg.

La frase de Nicolás de Montenegro estaba, pues, justificada.

Grajea.—Dos jóvenes se disputaban la conquista de una señorita, que se hacía notar por su extrema delgadez.

Un día se hablaba en una reunión de esta rivalidad, y alguien exclamó:

—Son dos perros que se disputan un hueso.

En una visita.

—Supongo que a usted le gustará la buena música.

—¡Oh! ¡Ya lo creo! Pero no importa, siga usted tocando.

¡Lo que vale el amor!—El respetable ciudadano Cuyas Sabotoff, de ciento un años de edad, se había enamorado como un chiquillo de una dama de noventa años, algo parienta suya.

Ella no compartía su cariño.

Estaba indecisa entre él y otro ciudadano, Vyaryanine Garine, de ciento tres años de edad.

Los dos fogosos centenarios se encontraron un día en casa de su senil amada.

Y dijeron a ésta se decidiera por uno de ellos.

—No puedo—dijo la nonagenaria.—Ambos sois apuestos. Ambos sois bellos. Mi corazón oscila entre el uno y el otro.

Sabotoff y Garine salieron de la casa de la coqueta y vetusta dama, completamente decididos a aclarar de una vez la situación.

—Tenemos que batirnos—dijo Garine.

—Y ha de ser a muerte—añadió Sabotoff.

—Le enviaré mis testigos.

—Ahora voy a buscar los míos.

Al día siguiente, los cuatro testigos, que eran oficiales retirados, casi contemporáneos de la campaña de Russia, se reunieron y convinieron las condiciones del desafío.

Los dos centenarios se batieron a pistola.

El duelo se efectuó prestamente en un bosque de los alrededores de San Petersburgo.

Garine y Sabotoff cambiaron cuatro balas.

Las dos primeras no dieron en los respectivos blancos, pero las dos últimas sí.

Garine recibió un balazo en el pecho.

Sabotoff otro en un muslo.

Los adversarios no se reconciliaron.

La ancianísima señora causa del desafío ha dicho que dará su blanca, aunque arrugadísima mano, al adversario que sobreviva, y si los dos curasen, al que quede "en mejor estado de uso".

El carácter por los pies
Lo que dicen los tacones torcidos

No hay nada tan complejo como el carácter humano. Esta marca personalísima de la constitución moral resulta de innumerables asociaciones y combinaciones de nuestras aptitudes, inclinaciones y costumbres.

El conocimiento del carácter del hombre sólo se adquiere a fuerza de un largo trato, pero nunca ha faltado quien haya pretendido descubrir en pocos segundos el arcano.

Según unos, la forma de los dientes o de la lengua, los rasgos de la fisonomía, el movimiento de los músculos de la cara tienen su elocuencia para el observador perspicaz que sabe comprenderlos e interpretarlos, según otros es preferible estudiar las protuberancias del cráneo, las líneas de la mano o el carácter de la escritura; hay quien pretende leer en el alma de un individuo con sólo observar su manera de dar la mano, pero a nadie se le había ocurrido preguntar a los pies los secretos de la cabeza y del corazón.

La frenología y la quiromancia hace tiempo que se desecharon; la grafología no está acreditodavía, y quizás por eso el Dr. Garré, de Basilea, pone enfrente de tales doctrinas un arte nuevo: la "escarpología", cuya definición puede expresarse así: "la escarpología es el arte de conocer el carácter y las inclinaciones de los hombres (y de las mujeres también), por el modo de desgastar el calzado".

Los ojos son espejos del alma, dicen los poetas; y también las suelas, añade el doctor Garré. Basta enseñarle un par de botas usadas durante dos meses como mínimum, para que conozca nuestro carácter mejor que uno mismo muchas veces.

Un tacón y una suela desgastados simétricamente anuncian un hombre equilibrado, enérgico, buen empeado, o si es mujer, buena madre de familia.

Si está desgastado el borde externo, el dueño de la bota es un terco, un voluntarioso, un hombre de iniciativa; si el desgaste es excesivo puede tratarse de un aventurero.

Si el desgastado es el borde interno, todo cambia de un modo radical; el individuo es débil e irresoluto; la mujer dulce y modesta.

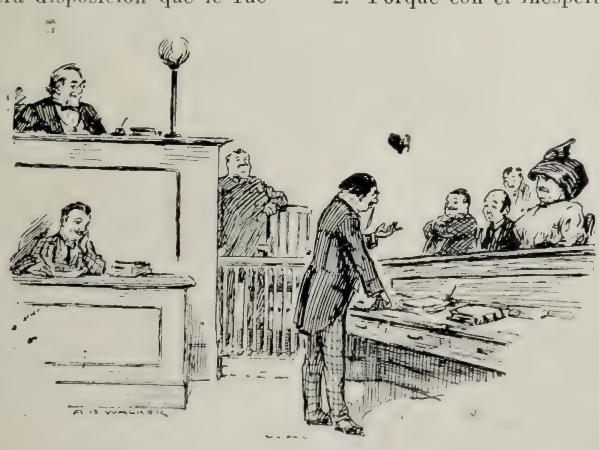
Si además del borde externo está desgastada la punta, mientras que el resto de la suela se conserva casi nuevo, el sujeto es casi siempre un pillo. ¿La prueba? El doctor Garré vió entrar un día en su consulta un desconocido, al que, según su costumbre, examinó de pies a cabeza, o mejor dicho, desde la cabeza hasta as botas, que presentaban las tres marcas esenciales, y, en efecto, al día siguiente aquel sujeto caía en manos de la policía por ladrón.

"Dadme cuatro líneas de la escritura de un hombre y le haré ahorcar", decía un juez célebre. El Dr. Garré no es tan exigente; le basta un par de botas viejas. El peor de los caracteres, según La Bruyere, es no tener ninguno. En escarpología sólo está en este caso el zapato nuevo; todos los demás llevan rasgos imborrables del carácter de su propietario.

Más besos, y...baratos

La señora Sarah Saltzman, agente de una compañía de seguros de Brooklyn, viajaba hace pocos días en el coche-cama, en los trenes de los puritanísimos Estados Unidos de América.

Dormía en su apartadijo la señora Sarah, a pierna suelta, (o en otra disposición que le fuese más cómoda), cuando fué despertada de improviso por un joven estudiante de Princetown, que la imprimió una buena serie de ardientes besos en los mismísimos labios.



La señora Sarah dió un agudo chillido, fuerte como el silbar de la locomotora, y en todo el tren cundió una alarma general.

No valieron excusas, no valió la demostración de que el estudiante estaba completamente beodo; la señora trató con indignación máxima a todos los empleados, responsables, según ella, del hecho.

Inmediatamente de terminado el viaje Sarah acudió a los tribunales de justicia, exigiendo cincuenta mil dólares de indemnización a la Compañía del Ferrocarril de Pensylvania y a la empresa de los vagones Pulman, por un doble orden de razones:

1.° Porque son responsables las compañías de que el estudiante encontrase en el tren cantidad suficiente de alcohol para embriagarse.

2.° Porque con el inesperado asalto, aunque de gentil intención, la ha producido una perturbación a la salud que la ha perjudicado en el desarrollo de sus negocios.

Parece que también en Francia, una Sta. Reouard, que fué besada en el tren París-Rouen por un señor barbudo, obtuvo trescientos mil francos de indemnización.

¡Sesenta mil pesos oro por un par de besos!.. Son baratos.

Las feministas están dispuestas a pedir la sanción de una ley que castigue severamente a todo hombre o mujer que bese a viva fuerza. Pero existen sus oposiciones con tanta más razón cuanto se ha establecido una sociedad anónima para explotar tan nueva como floreciente industria.
¡Habrá que ver eso!

Lección de tango en París



El tango argentino es la danza de moda en París, la de más vista en los salones mundanos. Hasta los clásicos "five o'clock tea" han tenido que cederle el puesto, y ahora hace furor el "té-tango". "Hacía falta—dice una ilustración parisiense—una danza original, inédita, adaptándose a la estética nueva de las danzas modernas, y el tango llegó del fondo de la América".

Los males de una moda femenina

Las señoras no gastan sombrero desde hace unos tres años. El aserto parece una enormidad al ver que jamás han gastado las mujeres sombreros tan extraordinariamente grandes. Pero esos sombreros de alas inmensas, tan grandes como sombrillas, no son sombreros, sino ''formas'', como las llaman las modistas de sombreros, y ''formas'' sin adornos o casi sin adornos. Pero tranquilícemonos: no por eso cuestan más baratas que los sombreros; su precio es hasta más elevado que cuando se usaban adornos.

A la cantidad de adornos ha sustituído la calidad, y como, por otra parte, es muy limitado el número de adornos que la moda se digna aceptar, se los quitan materialmente de las manos y se paga por ellos mucho más de lo que valen en realidad.

¿Son más o son menos lindos estos sombreros que sus predecesores? Difícil es contestar estando como estamos acostumbrados a acatar lo que la moda impone y consagra. Pero hay que desear la muerte de la ''forma desnuda'', no atendiendo a la moda, sino por la miseria que ha acarreado a los obreros. La crisis alcanza también a las casas de modas al por mayor y a los comercios al detalle.

¿De dónde vino esta moda ruinosa? Hace algunos años apenas se llevaban sombreros ''formados''. Utilizábanse casi exclusivamente para viaje, pero de repente llegaron los representantes de las fábricas de ''formas'' e inundaron de nuevos modelos el mercado, y tanto las sombrereras como los almacenes, en vez de emprender una guerra sin cuartel contra los nuevos modelos, fueron sus mejores clientes.

En aquella época, los sombreros exigían para su adorno largas horas de trabajo, y los obradores necesitaban emplear un personal numeroso. Las modistas no vieron por entoces más que al utilizar las ''formas'', adornándolas más o menos, disminuían de una manera muy sensible el trabajo, y necesitaban menos obreras. Por otra parte, los almacenes al por mayor, que no podían dar abasto a los numerosos pedidos de sus clientes de provincias, porque la mano de obra exigía mucho tiempo, se pusieron a combinar modelos, y los grandes modistos que lanzaron la moda en París, en la temporada siguiente no quisieron oir hablar sino de sombreros ''formados''.

Las modistas de provincias, que no tenían costumbre de fabricar, al ver unos sombreros tan fáciles de confeccionar, decidieron comprar ''formas'' a los representantes, y adornarlas con una flor, una pluma o una modesta cocarda. Los almacenes y las modistas empezaron a despedir gente, y al año siguiente se agravó la situación, porque los clientes hicieron la misma observación que las modistas de provincias, y empezaron a adornarse por sí mismas las ''formas'' adquiridas en las fábricas, hasta el punto de que hoy el 50 por 100 de mujeres de todas las clases sociales se hacen los sombreros sin auxilio de la modista, y decimos de ''todas las clases sociales'' porque hay elegantes acostumbradas a gastar sumas fabulosas en su ''toilette'' que se distraen adornando sus sombreros.

Riñas de animales

La primavera es la estación en que riñen todos los animales. Por lo general, estas riñas tienen por único motivo diferencias de opinión en asuntos amorosos; pero algunas especies de irracionales las llevan a efecto de modo tal, que se diría que las tomaban por diversión. Hay, en efecto, animales para quienes el boxeo y el jiu-jitsú parecen no tener secretos.

Tales son, entre otros, las liebres. Porque estos roedores, pese a su timidez, son entre ellos tan reñidores como un calavera de las comedias de capa y espada. Sus duelos, claro está, no pueden presenciarse de cerca; pero si se sale al campo con unos buenos gemelos o un anteojo de campaña, no es difícil ser testigo de tan curiosa escena. Para reñir, pónense las liebres en dos pies, y con los anteriores boxean enteramente como dos profesionales en este género de lucha. Cuando una de las luchadoras sale vencida, otra liebre ocupa su lugar, y así continua el combate, hasta que uno de los animalitos resulta vencedor de todos sus compañeros.

Los conejos también pelean entre sí pero, a diferencia de sus veloces parientes las liebres, prefieren luchar durante la noche, de modo que es muy difícil, por no decir imposible, verlos ocupados en ello. Cuando se encuentran en el campo, en las mañanas de primavera, mechones de pelo de conejo, es indicio seguro de que la noche anterior ha habido allí un duelo entre dos de estos animales, a no dudar motivado por los atractivos de alguna coneja más o menos coqueta.

Las luchas que sostienen los ciervos por la jefatura de un rebaño de ciervas, son verdaderamente terribles. Con sus enramadas astas asés-tanse tremendos golpes, hiriéndose a veces mortalmente; y no es raro el caso de que, enredándoseles sus cuernos, queden dos de estos valientes de rodillas sobre el campo, testuz con testuz, sin poderse desunir, hasta que la escopeta de algún cazador se encarga de poner fin a situación tan desagradable.

También las ratas tienen sus disensiones, y saben ventilarlas a mordisco y arañazo limpios. Más de una vez se ven ratas con media cola de menos, o con las orejas taladradas con tanta regularidad como si hubiesen pasado por manos de un inspector del tranvía. Son consecuencias naturales de alguna riña de alcantarillas abajo. Las ratas, como las mujeres, no saben pelear sino chillando mucho; verdad es que sus afilados dientes excusan esta costumbre.

Entre las aves, los faisanes y las avutardas figuran en el número de las más belicosas. A fines del verano, los pollos de faisán que apenas tienen un año empiezan ya a ejercitar sus espolones para las luchas de la siguiente primavera.

Las perdices son igualmente reñidoras; pero es muy raro que en sus combates corra la sangre. No sucede lo mismo con los gorriones, que también riñen con frecuencia, y entre los cuales hay la costumbre de darse fuertes picotazos en el cráneo y sacarse los ojos. En los jardines y sobre los tejados, óyese a veces una atroz chillería de pájaros, que hace pensar si todo el mundo alado habrá perdido el seso. Son los gorriones, que están empeñados en tremendo combate, en el cual toman parte a veces centenares de ellos.

Córdoba.—Bodas de oro



El señor Juan G. Posse y su señora Trinidad Martinez, rodeados de sus descendientes

El temperamento y los labios

Todo el mundo sabe, y principalmente los artistas, que los labios son con los ojos los rasgos fisonómicos que más sirven para expresar las emociones y los sentimientos.

Constituyen por lo tanto un indicador excelente para poder juzgar del carácter de las personas.

Las bocas grandes no indican vigor más que cuando tienen los labios apretados. Una boca abierta por costumbre expresa sorpresa, sordera, estupidez o indecisión.

La primera boca de nuestro grabado es típica de una mujer reservada. Los labios apretados lo indica así como rasgo característico. No se puede mirar a esta boca sin comprender que su dueña es persona de mucha fuerza de voluntad.



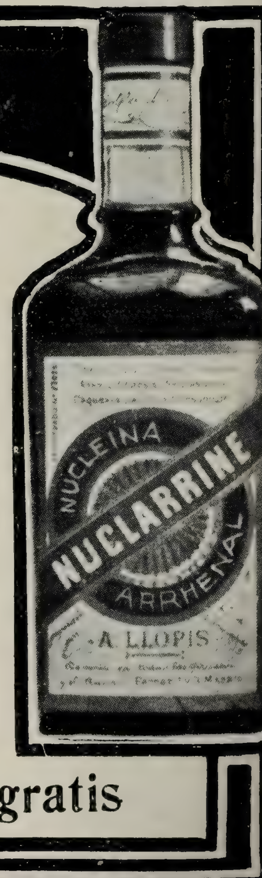
La segunda boca tiene los labios llenos y el superior algo corto, pero bien proporcionado y dotado de mucha movilidad. Todo esto y la pequeña curva hacia arriba indican que la mujer que la posee quiere sobre todo agradar y hacer lo posible por conquistar corazones; es capaz de todo cuando está enamorada. Al mismo tiempo puede afirmarse que la mujer que tiene este tipo de boca es ambiciosa.

La tercera boca representa un carácter lleno de la hermosa virtud de la fidelidad. El labio superior tiende ligeramente a caer a uno y otro lado del centro, lo cual indica una tendencia extraordinaria al sacrificio y a la constancia. La dulce firmeza de esta boca revela en conjunto una lealtad a toda prueba.

En las mujeres sobre todo, cuando no sonríen ni contraen las facciones, es decir, cuando la boca está en reposo, pueden los labios por sí solos servir como para apreciar el carácter, si la mujer de quien se trata ha pasado ya del período de formación; pero aun en la primera juventud, la boca sirve también, por lo menos de indicio.

Las bocas pequeñas, según los fisonomistas, no son por lo general atributo de caracteres fuertes ni heroicos.

Esto no quiere decir que las bocas grandes sean reveladoras de energía, por más que ha habido muy pocos personajes célebres que hayan tenido pequeña la boca.



El temperamento y los labios

La boca número cuatro es del tipo entusiasta. Si en el teatro o entre la muchedumbre que acude a escuchar a algún predicador célebre hay personas que se exaltan, que aplauden exageradamente o que lloran, de seguro que tienen esa clase de boca.



La boca número cinco demuestra un carácter fuerte y denuncia a una persona dotada de extraordinaria confianza en sí misma. Es también la boca del egoísta y de la persona que estima muy altos sus propios méritos. Una mujer con esos labios será dominante y hará carrera en el mundo.

Los labios gruesos con el inferior algo saliente revelan a una mujer aficionada a hablar y a sostener con terquedad sus opiniones.



Antes de casarse estudien los novios las bocas de sus novias, por más que la empresa es difícil porque no hay mujer que no tenga la sonrisa en los labios mientras su amante está a su lado.

Nada decimos de las bocas masculinas porque es difícil verlas bien: los bigotes son grandes ocultadores de ese importante rasgo fisonómico.

Si fuéramos a estudiar los labios masculinos, con alguna detención, nos encontraríamos con revelaciones verdaderamente curiosas. Pero este estudio tropieza con el uso del bigote.

Es quizá por eso que muchos hombres no se afeitan, no obstante estar convencidos de lo poco higiénico que es el bigote.

Lo único que se puede decir es que, en el hombre, los labios gruesos indican carácter regañón y pendenciero. Las mujeres observan este detalle con más cuidado del que nosotros suponemos. A muchas de ellas, hemos oído exclamar con cierto dejo de fastidio:

—Tiene los labios demasiado gruesos, no debe ser cosa buena.

El misterio de los tesoros de los Incas

La esperanza de hallar los ocultos tesoros de los Incas ha quitado el sueño a muchas generaciones de peruanos. Tiahuaco, la Baalbec del Nuevo Mundo, yace completamente destruída. Sus ruinas, como las de Cartago, han servido de cantera para construir otras muchas ciudades. No hay iglesia ni aldea de aquel valle que no esté hecha con sillares de Tiahuaco, y hasta la catedral de La Paz, en Bolivia, debe los materiales de sus muros a la antiquísima capital pagana. Lo que dejaron en pie los fundadores de poblaciones nuevas lo han destruído los cazadores de tesoros. Igual suerte ha sufrido la hermosa fortaleza de Cuzco, donde es fama que está escondida la hermosa cadena de oro de Huayna Capac.

Las leyendas sobre tesoros escondidos o "tapados", que es como allí los llaman, flotan en la atmósfera en gran parte del Perú, y algunas de ellas se apoyan en testimonios históricos y escritos de diversa fecha.

Felipe de Pomanes refiere, por ejemplo, que bajo el antiguo castillo de Cuzco hay una bóveda que contiene las estatuas de todos los Incas, labradas en oro. Y que en su tiempo, una doña María de Esquivel vió con sus propios ojos, las estatuas. Según la tradición corriente, esta señora estaba casada con un descendiente de los Incas, a quien echaba frecuentemente en cara su pobreza y su falta de medios para mantenerla en el rango digno de su persona. Un día, el irritado marido vendó los ojos a su mujer, y llevándola por largas e intrincadas galerías subterráneas, la condujo a una gran cueva, donde al quitarse la venda de los ojos, vió doña María de Esquivel las imágenes de oro de los Incas y riquezas sin cuento. De qué razones se valió el marido para convencer a doña María de que no debía tocar aquellos tesoros porque estaban destinados a la restauración del poder de los Incas, es cosa que no refiere Felipe de Pomanes.

Durante la rebelión de Pumacacua, en 1814, cuéntase que los jefes rebeldes utilizaron estos u otros tesoros para los gastos de la guerra. Algunos años después una señora de la familia Astete contó que su padre, que era compañero de rebelión de Pumacacua, vió una noche entrar a éste en el salón de consejos chorreando agua, de vuelta de una expedición que había hecho por el río Huatanay a una cueva secreta llena de oro. Y es lo cierto que cuando los rebeldes fueron derrotados en la llanura de Ayaverene, Pumacacua estuvo ofreciendo hasta el momento de expirar una pila de oro tan grande como un monte si le perdonaban la vida. Pumacacua fué muerto y con él se perdió el secreto de la cueva.

Muchos de los cráneos hallados en las antiguas tumbas estaban rodeados de planchas de oro. El templo del Sol tenía las paredes, las columnas y las cornisas cubiertas de oro. Las imágenes del sol y de las demás divinidades eran de oro macizo. La cadena de oro de los Incas se componía de anillos del grueso del brazo de un hombre, y era tan larga que daba dos veces la vuelta a la gran plaza de Huacapata; su valor era incalculable.

Una pesca peligrosa

Las esponjas! Cuántas personas usan tan indispensable utensilio de limpieza, y cuán pocas saben los peligros a que se exponen por pescarlas los que viven de esa industria. Las esponjas, nadie lo ignora, viven en el fondo del mar, y hasta en el fondo del mar, naturalmente, han de ir a buscarlas los que quieran apoderarse de ellas. Dicho está, pues, que sólo los buzos pueden ser pescadores de esponjas.

Los buzos bajan al fondo del mar unas veces completamente desnudos, cuando la profundidad no excede de 15 o 20 brazas, y otras, cuando las profundidades son mayores, como ocurre en las pesquerías del Mediterráneo, con escafandra.

En el primer caso, antes de lanzarse al mar el buzo hace colocado de pie en la barca y completamente desnudo, inspiraciones muy profundas con el fin de oxigenar completamete su sangre. Cuando lo ha conseguido, se lanza llevando bajo el brazo una piedra de mármol ancha y plana de unas 25 libras de peso, y colgado del cuello un saco de malla donde ha de colocar las esponjas que vaya arrancando.

La piedra de marmol le sirve de sostén cuando anda por el fondo del mar.

La presión del agua a las 15 o 20 brazas, es tan grande, que produce hemorragias abundantísimas por boca y nariz, sobre todo a los buzos que son aún nuevos en el oficio.



Las esponjas desembarcadas son el resultado de una semana de trabajo

Cuando el pescador tiene llena de esponjas la bolsa de malla o lleva demasiado tiempo en el fondo y necesita respirar, tira de la cuerda que sirve a sus compañeros para sacarle a la superficie y ellos le elevan.

En cuanto aparece, sus compañeros le aligeran de la carga, y él salta a la barca para descansar, respirando libremente. La pesca de esponjas no puede hacerse durante todo el año; se necesita que la mar esté en calma, y en invierno apenas si hay cuarenta o cincuenta días de mar tranquila. El resultado de la pesca no suele ser muy abundante, sobre todo, teniendo en cuenta lo peligrosísimo de ella.

En nuestro grabado puede verse un montón de esponjas que son el resultado de una semana de trabajo.

Los árabes tienen otro procedimiento más cómodo y sencillo de pesca, que consiste en buscar las esponjas con los pies entre las algas y las rocas a poca profundidad; pero las esponjas que logran por este sistema, como todas las que viven cerca de la superficie, son malas y pequeñas.

Es por eso que tal procedimiento no ha sido aceptado. Los mismos árabes que se dedican a la pesca de esponja lo consideran malo, y recurren al otro, al común. A pesar de lo difícil que es esta pesca, la esponja se vende a precios sumamente bajos, lo que quiere decir que es esta una industria poco remuneradora.

Una aventura de caza en Africa

El narrador de esta aventura es un inglés, Míster Walter Cooper, a quien acompañaban un capitán del ejército británico y una hermana del mismo.

"Cuando el tren nos dejó en la estación de Stony Athi, donde había de empezar la expedición, el jefe de estación, que era un indígena, fué nuestro consejero.

Su hermana Sibila, "sportswoman" de corazón, estaba deseando verse en el campo. El jefe nos contó que cinco leones habían venido a beber no lejos de allí, pero como era algo tarde para ir a buslarlos, hubo que acampar. Armamos, pues, nuestras tiendas y encendimos en torno de ellas grandes hogueras, porque aunque estábamos impacientes por ver leones, no necesitábamos trabar relaciones con ellos a media noche.

A la mañana siguiente nos pusimos en marcha hacia la colina de Lucania, situada a unos quince kilómetros de la estación, y en cuyos alrededores nos dijeron que abundaban los leones. La luz del día nos reveló varias manadas de búfalos, cebras y gacelas, y todos cobramos algunas piezas, en cuya caza invertimos todo el día. Al siguiente, estábamos desayunando, cuando llegó a todo correr uno de nuestros negros para decirnos que mientras estaba cogiendo leña había visto siete leones entre ellos tres con grandes melenas. Inmediatamente echamos a andar. Para llegar a una espesura donde habían sido vistos los leones, teníamos que cruzar una pradera cortada con frecuencia por los cauces secos de pequeños arroyos. Ya estábamos cerca de los árboles, cuando vimos un león que se deslizaba por una depresión del terreno y se metía en un cañaveral medio seco. En seguida decidimos que uno de los negros diese la vuelta y prendiese fuego a los juncos, mientras nosotros nos apostábamos como para cazar faisanes. Sibila se colocó en medio, su hermano a su izquierda y yo a la derecha. Pronto empezaron a levantarse las llamas, y en seguida se oyó el ruido que un animal hacía al venir corriendo entre los juncos; pero con despecho, y a la vez con alegría, en vez de un león vimos salir un antílope hembra, al que en seguida siguió su macho.



Una leona, huyendo de las llamas, se lanza sobre un escopetero

Un momento después, sin embargo, por un hueco que dejaban los juncos, saltó en frente del capitán una enorme leona, que, sin duda, nos vió en seguida, porque dejó de huir y empezó a lanzar sordos gruñidos. De pronto, surgieron del cañaveral nada menos que siete leones. Pasaron huyendo entre la joven y yo, pero dos leonas se volvieron y se lanzaron hacia ella. Como se halla-

ban precisamente entre la joven y yo, no me era posible tirar; pero Sibila no era en vano de familia de soldados. Sin perder la serenidad, descargó tres tiros sobre las leonas; la que iba primera cayó dando un brinco como un conejo, con un balazo en el ojo izquierdo que le entró en el cerebro; los otros dos tiros sólo enfurecieron más a la otra loena. Yo no podía hacer nada, y ya esperaba ver a Sibila entre las garras de la fiera, cuando su escopetero, viendo que la cosa se ponía fea, echó a correr.

Atraída por la vista de aquel hombre que huía, o acaso atemorizada por la serenidad e inmovilidad de la cazadora, la leona se volvió y salió a escape, en pos del fugitivo. Este apenas la llevaba veinte varas de ventaja, y la fiera no tardó en alcanzarle. Sibila tiró, nosotros tiramos también; pero estábamos demasiado lejos. El negro entonces, con ese valor que da la desesperación, se volvió y trató de dar un golpe a la leona con la carabina. El golpe cayó en vago y la fiera, abriendo la boca, cogió entre los dientes el cañón del arma; llevaba tanta velocidad, que a su empuje el negro cayó hacia atrás. Y entonces ocurrió una singular casualidad. Al caer, el negro puso sin querer el dedo en los gatillos, y ambos tiros salieron a la vez, rodando la leona con la cabeza hecha casi polvo. El hombre quedó debajo, y cuando le sacamos de allí, estaba cubierto de sangre del animal. El sólo tenía algunos rasguños en el muslo, producidos por las garras de la leona al contraerse sus músculos después de muerta.



El capitán atacado por un león

Entretanto, Sibila insistió en que debíamos seguir a los otros leones, que se habían metido entre unas hierbas altas. En consecuencia, avanzamos desplegados en guerrilla. Habíamos recorrido así más de un kilómetro, cuando mi escopetero nos señaló la parte alta de la cabeza de un león, que se veía sobresalir de la hierba. Seguimos avanzando, y al acercarnos a un cauce seco, Sibila vió a unos treinta metros, por entre unas peñas, la cabeza del león. Hizo fuego y el animal desapareció. Un momento después, se asomó de nuevo. Volvió a disparar nuestra compañera, y el felino tornó a ocultarse, para reaparecer por tercera vez. Una vez más hizo fuego la hermana del capitán, y entonces saltaron de detrás de las peñas un león y cinco leonas, que emprendieron la fuga a campo traviesa. Pasaron delante de mí, y al segundo tiro derribé al león, mientras al cuarto le metí la bala a una leona detrás de la cabeza. El animal cayó pesadamente al suelo, gruñendo con desaliento.

El adorno del brazo femenino

Entre las mujeres elegantes de París se ha puesto de moda el adornarse los brazos, o por lo menos uno de ellos, en la forma que demuestran las ilustraciones adjuntas. Trátase de explicar este nuevo capricho del atavío femenino, ya como una resurrección de un adorno personal de los tiempos clásicos, o bien, como un pretexto del sexo amable para aumentar las oportunidades de exhibir joyas. La moda fué lanzada hace poco tiempo, cosa de un par de meses, por una aristocrática dama parisiense, poseedora de buen número de alhajas antiguas, y quizá también por algún modisto famoso, en combinación con la referida señora.



Hombrera de piedras

Diremos, en efecto, que aunque en el adorno del brazo pueden ser empleadas joyas modernas, siempre que armonicen con el color, la forma o la hechura de la ''toilette'', lo verdaderamente ''smart'' consiste en usar alhajas antiguas. Estas no han de ser empleadas a capricho, sino con arreglo a ciertos cánones severos que procuraremos concretar en pocas líneas. Cuatro formas principales de aplicación admite el adorno braquial, correspondientes a las formas de las mangas; debiendo advertirse, aunque en realidad no sea necesario, dado el carácter del ornamento, que éste sólo se usa en ''toilettes'' de comida, recepción o teatro. Cuando se lleve manga corta, la joya debe tener la forma de brazalete, a fin de que ciña la terminación de dicha manga. El brazalete podrá estar hecho con cualquier clase de piedra antigua, pero las que más favor disfrutan entre las elegantes parisienses, son la cornalina o la malaquita en medallones labrados, constituyendo lo que se denomina camafeos. Con manga corta, pero terminada en ''puff'' sobre el hombro, está indicado un solo camafeo o un imperdible Luis XV, con miniaturas pintadas o esmaltadas. En ese caso se obtiene un efecto muy artístico, ciñendo al desnudo brazo un brazalete de factura oriental o modernista; mas hay que cuidar, para que aumente el efecto, de que sólo quede al descubierto la parte central del brazalete, permaneciendo el resto suavemente velada por las gasas o el encaje del adorno.



Un broche de malaquita

Vistiendo cuerpo sin mangas, ya no se debe emplear brazalete o imperdible, sino un adorno que cubra la hombrera, yendo desde el arranque anterior del brazo hasta el posterior, como puede verse en el grabado. Para este fin suelen usarse las medias diademas de brillantes y perlas, constituyendo una preciosa prolongación del adorno del busto, cuando sobre él se lleva gran cantidad de joyas. En aquellos trajes de ''soirée'' o teatro que llevan la manga abierta en V, en la parte alta del brazo, yendo a cerrar cerca del codo, no se usa más que un adorno, bien en forma de imperdible sujetando la tela en el vértice del ángulo, o bien en forma de brazalete con colgantes.

En el casado de colores y piedras, hay que cuidar de que los contrastes no sean demasiado violentos. Si los adornos de la manga son de encaje, armonizará muy bien la amatista; si el ''chiffon'' es verde, harán efecto precioso los camafeos de ágata cercados de perlas y los imperdibles de oro y esmeraldas; sobre tela heliotropo, se colocarán adornos de turquesas, y sobre tela negra los adornos de turquesas. Tales son los principales preceptos de la nueva moda, que sin duda será bien acogida por las damas elegantes, con tanto más motivo, cuanto que muchas casas aristocráticas conservan como precioso recuerdo magníficas colecciones de alhajas antiguas que son, precisamente, las que deben emplearse en el adorno que nos ocupa.

Siendo una moda bonita, aunque relativamente cara, es muy justo que se imponga poco a poco, como lo hemos dicho al principio.

Las mujeres elegantes de nuestra sociedad porteña han sido las primeras en aceptar el adorno del brazo, considerándolo de buen gusto y de mucho efecto.

Es por eso que nos atrevemos a creer que las indicaciones que dejamos apuntadas serán bien recibidas por las simpáticas lectoras de El Hogar.

Una cosa, sin embargo, hay de malo en esta moda: el gasto.

Los adornos deben ser buenos, de mucho precio, pues de lo contrario pierde todo mérito y todo el buen efecto que puede producir. Pero es esta una dificultad... que no es tal, o mucho nos engañamos.

La moda es quizá la más tirana y hasta la que exige mayores desembolsos y más aún cuando, sólo sirve para brillar por el lujo y el valor de las prendas que sirven de adorno.

Por otra parte bien merece la pena adquirir joyas para lucirlas en forma tan bonita y tan chic. Los figurines que se reciben de París nos dicen que tal moda se está imponiendo.



Combinación de brazalete y broche

La historia de la sombrilla

De símbolo regio a artefacto femenino

Según refiere una leyenda china, la sombrilla, parte indispensable del equipo femenil desde que empieza a sonreir la primavera, fué inventada por una mujer, la mujer del carpintero Lu-Pan. "Señor—dijo cierto día a su marido esta ingeniosa hija del Celeste Imperio—tú sabes construir casas muy bonitas, pero que no pueden llevarse de un sitio a otro; yo he fabricado un tejado, pequeño, sí, pero que cualquiera puede llevarlo en la punta de los dedos, lejos, muy lejos, más allá de mil leguas". Y el carpintero, asombrado, vió a su esposa abrir el primer quitasol.



Un rey asirio bajo su quitasol

No es fácil cerciorarse de si la sombrilla se inventó efectivamente en la China; lo que se puede asegurar es que su origen se remonta a una antigüedad respetabilísima. En los bajorrelieves de Ninive, que datan de mil años antes de nuestra Era, en los muros de ladrillo esmaltado de Ecbátana y de Susa, en las pinturas sepulcrales aún más antiguas de Tebas y de Menfis, la sombrilla se levanta por encima de la corona del rey, de la tiara del sátrapa o del "pschent" del faraón, lo mismo cuando el soberano pasea en su carro triunfal que cuando se recuesta muellemente en su litera. En aquellos grandes imperios, el uso del quitasol estaba reservado para los reyes, para los poderosos, como si sólo ellos tuviesen derecho a protestar contra los rigores del astro rey. Como el abanico y el bastón, la sombrilla vino a ser en tales tiempos y en tales casos un signo externo de la majestad soberana.

También en la Grecia clásica había sombrillas. El chistoso Aristófanes nos muestra en sus comedias a Prometeo, cuando quiere huir de la mirada de Júpiter, gritando a su esclavo: "¡Coge pronto la sombrilla y tápame para que los dioses no me vean!". Y hablando de un personaje espantado, el mismo autor dice que "sus orejas se abrían y se cerraban casi como un quitasol", lo que prueba que las sombrillas griegas eran articuladas como las nuestras.

En las procesiones, en las fiestas de Eleusis y en las Panateneas, las jóvenes griegas salían con sombrillas, y en Alea, en la Arcadia, celebrábanse en honor de Dionisios las "skierías" o fiesta de los quitasoles, en los cuales era llevada la imagen del dios bajo una gran sombrilla que sostenía una hermosa doncella.

Este carácter semirreligioso del artefacto en cuestión, fué sin duda motivo bastante para que, a la venida del Cristianismo, quedase el quitasol desterrado de Europa, a donde no volvió hasta bien entrado el siglo XVI.

Seguramente, esta reaparición de la sombrilla comenzó por los países meridionales. El Tiépolo nos presenta a las elegantes venecianas protegiendo con ella su delicado cutis, que podría oscurecer la ardiente luz del cielo italiano. En España, la sombrilla era útil indispensable para el que tenía que viajar a caballo, como aquellos comerciantes cuyos criados tan mal parado dejaron al hidalgo manchego.

En el siglo XVIII se convirtió la sombrilla en un instrumento puramente mujeril, en objeto de arte, sujeto a los variables caprichos de la moda.

Primeramente fué vaporosa, como los vestidos de la época, y confeccionada de telas de un valor inestimable.

Las había verdes, brochadas de oro, de color carne con grecas escarlatas, azules con bonitos dibujos labrados en plata, de cachemir, de crespón de China, todo ello montado sobre mango de una sencillez afectada, o bien exageradamente delicados en su trabajo.

Después, cuando nació la afición a la melancolía y a la naturaleza, las damas elegantes iban al campo a soñar con el crepúsculo o con la caída de las hojas, llevando sombrillas de colores sentimentales.

Fué quizás entonces cuando el quitasol adquirió más renombre, extendiendo sus dominios, pues su uso, que aún no estaba generalizado lo fué poco tiempo después.

Hubo países donde se le consideró como un útil regio. De ese reinado solo queda, como recuerdo, el quitasol papal.

En el Oriente y en Africa conservan todavía su valor simbólico.

El sultán de Marruecos, por ejemplo, no aparece en ningún acto oficial sino a la sombra de un gigantesco quitasol encorvado que sostiene un funcionario especial, encargado de abrirlo cada vez que su majestad cherifiana, en sus viajes, se acerca a alguna ciudad o al campamento imperial.



La sombrilla japonesa en día de nieve

En el Extremo Oriente también impera hoy día el quitasol simbólico; no se concibe un alto dignatario sin su sombrilla. Allí es tan indispensable como en otros países la toga, en los miembros de los altos tribunales.

Lo cierto es que, desde aquellos tiempos a nuestros días, el uso de la sombrilla ha variado muchísimo.

La moda, que nada deja en paz, ha introducido modificaciones en la forma y en el tejido. Su uso es verdaderamente indispensable en verano, cuando los grandes calores caen sobre la tierra a guisa de plomo derretido.

En esos días poco importa el color, la forma y el precio, lo que se quiere es evitar el sol; por eso la sombrilla se ha impuesto y nunca caerá en desuso.

La forma de la sombrilla antigua, plana, ancha y poco vistosa, no volverá. No obstante, los colores de aquella época, se encuentran repetidos hoy día, aunque con más gusto y refinamiento.


EFCo LONGINES
Face-à-Main_Reloj
Los Relojes
Longines
5 GRANDS PRIX
Precision
Elegancia
Pendentif_Reloj
Medallon_Reloj
De venta en todas las Relojerias y Joyerias
Cliche "ATLAS"

EL HOGAR

Revista quincenal para las familias

Año X. BUENOS AIRES, 27 DE AGOSTO DE 1913. N.° 237.

DAMAS ARGENTINAS



Fot. Merlino.

Sra. de Escudero

Notas de la Quincena

Cuando traté en mis notas anteriores de la idea sostenida por un diario vespertino sobre el ingreso de modestas hijas del pueblo a liceos y escuelas normales, considerado por el sueltista como algo anómalo, irregular y hasta atropellador de los privilegios de las clases superiores, —no me figuré que tan extraña teoría estuviera hondamente arraigada en el espíritu de las buenas gentes de la "burguesía"... He tenido ocasión de oir numerosas lamentaciones sobre el "martirio" que sufren las niñas bien, al lado de las pobres chicas del pueblo, que aspiran con perfecta justicia a labrarse un porvenir más amplio y más luminoso,—intelectualmente hablando,—que el que tuvieron sus padres, trabajadores rudos, pero no tanto que sustraigan a sus hijas de las carreras profesionales en que el cerebro se abre a la luz y el espíritu a la más refinada cultura.

Confieso que he recibido una honda decepción al notar que no es la ecuanimidad ni la justicia quienes presiden esas quejas, esos juicios y esos distingos que llegan hasta propiciar la eliminación absoluta de las modestas niñas del pueblo, de los establecimientos de educación superior a donde concurren las de las otras clases... ¡Hénos aquí con una tácita división de castas en pleno régimen democrático y en pleno siglo de igualdad!

Me ha costado no poco trabajo convencer a una respetable señora cuya hija concurre a cierta escuela normal, de la sinrazón de sus quejas; he debido hablarla con todo el calor de mi convicción, y la he preguntado que si su hija, al igual de menganita, zutanita y fulanita puede costearse sus estudios en un instituto particular y la hija del menestral modesto, no puede hacerlo; ¿no pertenece, lógicamente a ésta el derecho de ocupar un asiento en la escuela normal o en el liceo? Establecimientos costeados por y para el pueblo, han de dar preferencia,—deben darla, por lo menos,—a la humilde muchacha que sale de las filas obreras para pedir su parte en las conquistas del saber, puesto que para las niñas pudientes, hay colegios particulares donde se seleccionan las clases en razón de los fuertes emolumentos que deben abonarse y que constituyen —ellos solos,—el escalafón aristocrático de las educandas.

Hay mucho que decir sobre esto; tenemos muy mal fundada idea de los derechos del pueblo, y la clase media que hemos dado en llamar burguesía, olvida con dolorosa frecuencia los comienzos lentos y amargos de su encumbramiento actual. Si los recordara, vería en cada obrero un continuador de sus horas de lucha y de trabajo; en cada niña que representa la esperanza de padres modestos pero llenos de nobles aspiraciones, una meritoria fuerza empeñada en llegar como tantas otras y mejor que muchas otras de esa misma clase burguesa, a la meta del saber, cuya luz, como la del Sol, no escatima a nadie sus rayos vivificantes ni establece diferencias entre pobres y ricos, nobles ni plebeyos. ¿Hay algo más bello y hermoso que la igualdad y la confusión de ricos y pobres? Por ahí debe comenzar la educación: por igualar a todos.

Dicen nuestras abuelas que antaño, las estaciones del año se sucedían invariablemente dentro de los términos precisos del calendario; que en invierno hacía frío, mucho frío, y que en verano el calor semejaba por su intensidad el vaho de las calderas infernales... Y agregan que hasta la inmutabilidad consagrada de las estaciones se siente conmovida en este siglo extravagante, ahito de electricidad y de inventos estupendos... De ahí que este invierno haya parecido verano; que las gentes hayan mirado con desprecio las ropas de abrigo de que están abarrotadas las tiendas, y las pieles suntuosas y abrigadas que se exhiben en las lujosas vidrieras; de ahí que corra entre nosotros el rumor de la situación difícil de ciertos comercios y de ahí también la innumerable cantidad de carteles de liquidación que desfiguran las fachadas y manchan los grandes cristales de los escaparates... Y como corolario, nuestras abuelas suspiran: "¡Si hasta las estaciones cambian y se confunden sin respeto a la tradición!, ¿cómo exigir de los sentimientos y de las pasiones una inmutabilidad eterna?"... popular deducción que está echando raíces en nuestra época.

El saneamiento de nuestro ambiente social en cuanto se refiere al peor de sus males endémicos,—la trata de blancas,—ha preocupado a los padres de la patria y pronto habrá una ley de represión enérgica para tan infame comercio. Marca nuestro país, por desgracia, el punto más alto en la introducción de pobres mujeres que son arrancadas con engaños y promesas de bienestar, a la tranquila vida de las aldeas europeas, y no harán nada de más nuestros legisladores reivindicándose el honor de imitar a la vieja Albión cuya enérgica ley de azotes ha surtido efectos eficaces y sorprendentes.

Algo por el estilo debía existir aquí; la regresión a los castigos bárbaros no debe detener a los hombres que nos gobiernan, y legislar penas infamantes para los viles traficantes que al amvicio en descarado objeto de comercio con un cinismo que asombra.

Lola S. B. de **BOURGUET.**

Carmen de Burgos (Colombine)

ENCONTRÁNDOSE en Buenos Aires la distinguida escritora española señora Carmen de Burgos, resulta de interesantísima actualidad la siguiente autobiografía escrita hace unas semanas:

"Nací en Almería, mi padre era cónsul de Portugal. Pasé la infancia en la Rodalquila, pueblecito de la costa mediterránea, próximo al cabo de Gata, tierra eminentemente moruna, que he tratado de describir en mi novela "Los inadaptados".

"Me eduqué a la inglesa, practicando toda clase de ejercicios físicos, montando a caballo, cazando, pescando y cultivando por mí misma un pequeño campo."

Después de algunas consideraciones sobre su vida de estudiante, dice:

"Casé muy niña, enviudando al poco tiempo. Teniendo ya mi hija María cinco años, di validez académica a mis estudios y obtuve por oposición la cátedra de profesora de la escuela normal de maestras de Guadalajara. Al ascender fuí a Toledo y luego a Madrid, donde desempeño actualmente la cátedra de Derecho en la escuela normal central de maestras."



Dedica varios párrafos a su viaje por Italia, para decir:

"Me enamoré de la figura del gran poeta Giacomo Leopardi y visité su tumba en Nápoles, el lugar de su nacimiento en Recanati y los sitios en que vivió. Después de cuatro años de estudio de su obra apareció mi libro de crítica "Giacomo Leopardi. Su vida y sus obras", en dos tomos, para el cual han tenido elogios muy cariñosos los diarios de Italia y de España".

"Todos los años voy a París y a Niza, y en los veranos visito las playas más concurridas por el gran mundo europeo (Etretat, Aixes les Baines, Biarritz, San Sebastián, etc., sin olvidar las de Ostende y Holanda). Producto de mis observaciones en dichos puntos ha sido la extensa labor que acerca de modas y costumbres de las elegantes llevo realizada, en la cual figuran entre otros los siguientes libros: "Arte de saber vivir", "Arte de ser elegante", "Arte de ser amada", "Salud y belleza" y "El tocador práctico".

"Al mismo tiempo di a la publicidad obras de enseñanza: "Moderno tratado de labores", "La mujer en el hogar", "La espina moderna", "La mujer jardinera", "Manual de cartas", etc.

Sigamos a Colombine, después de pasar varios párrafos:

"Estuve como corresponsal del "Heraldo de Madrid" en la última guerra de Melilla y escribí entonces mi novela "En la guerra".

Luego agrega:

"Mi novela "El honor de la familia" me ha valido una demanda de personas que se consideraban aludidas. En "El veneno del arte" se ha creído ver tipos reales, siendo así que todos son imaginarios y de los que pudiéramos llamar romántico-naturalistas."

Hablando de su extensa labor periodística concluye con este párrafo:

"Después escribí en "El Globo", y cuando el insigne e inolvidable maestro de periodistas Augusto Suárez de Figueroa fundó el "Diario Universal", entré a formar parte de su redacción, siendo la primera mujer que en España ocupó ese puesto, desde el cual hice una labor diaria."

Colombine, conferencista:

... Además de la de Roma sobre "La mujer española", he dado otras en La Unión Ibero-Americana, en otros centros artísticos y literarios de Madrid, en El Sitio de Bilbao, en el Centro Artístico de Logroño, en los Ateneos de Béjar y de Zamora y en la Lonja de Valencia, a donde fuí de mantenedora de unos juegos florales."

Algo sobre sus producciones:

"Pero mi pasión la reconcentro en la literatura. Además de "Los inadaptados", "Por Europa" y "Cartas sin destinatarios", he escrito un libro de cantares andaluces, "Notas del alma", y varias novelas: "Cuentos de Colombine", "El tesoro del castillo", "Sendero de vida", "El veneno del arte", "Siempre en tierra", "La indecisa" y "La justicia del mar".

Poco después continúa diciendo:

"En Portugal tengo también muchos amigos. Conozco al detalle la historia del pueblo lusitano y su literatura, que he estudiado con interés, favoreciéndome para ello la circunstancia de ser mi padre cónsul de dicha nación."

"Posteriormente seguí viajando y visitando museos. Estuve en Inglaterra, en Bélgica y en Holanda, escribiendo a propósito de una excursión mi libro "Cartas sin destinatarios", y conociendo entonces a las mujeres más renombradas de Europa."

Habla de sus traducciones:

He traducido a Moebius, Longo, Max Nordau, Naquet, Renan, Roberto Bracco, Tolstoi y otros.



Otra vez, entre los cuatro muros blanqueados...

EL ATENTADO

I

Es una contrariedad que ese viejo se parezca a mi padre. Yo tenía cuatro años cuando mi padre murió, y el recuerdo que tengo de él se habría perdido sin un retrato en el que está con otro señor que no sé quién es. He extraviado ese retrato hace bastante tiempo; pero cuando el viejo abogado entró esta mañana en la celda y tomó asiento junto a mí, he vuelto a ver la fotografía como si la tuviera delante, mejor aún, como si estuviera dentro de ella... Porque yo soy "el otro señor", y el abogado es mi padre, y la mesa que está entre nosotros es aquella mesa... Sí, la misma mirada, el mismo lento parpadeo, el mismo cuello de camisa entreabierto, por el que se desborda una sotabarba de canónigo. En otro tiempo, esa semejanza me habría sorprendido; hoy no... Me contraría, pero no me sorprende. El es mi padre y yo soy el señor que no sé quién es, como antes fuí "el otro", el que ojalá nunca hubiera sido... Mi verdadero mal es ser la funda de un hombre en la cual entran otras personas, otros hombres que, ocultos dentro de lo que queda de mí, me toman por disfraz y van por la vida irresponsables, sirviéndose de mis pies, de mis manos, de mis palabras, sin que yo pueda oponerme a esa usurpación.

Cuando el abogado se ha puesto en pie y mirándome al fondo de los ojos me ha dicho: "Usted volverá de su acuerdo. Estoy designado de oficio y quiero oir cuanto en su defensa pueda decirme... Hoy todavía está usted muy excitado; cálmese... Volveré dentro de dos o tres días y entonces hablaremos";... cuando me ha dicho estas palabras con la voz de mi padre, que nunca oí, con la figura inconfundible de mi padre, yo he bajado la cabeza cual corresponde a un hijo sumiso, y le he contestado:

—Perdóneme la violencia de antes... Nada tengo que decir, nada puedo decir. Acepto gustoso la pena que quieran imponerme los jueces... ¿La muerte?, la muerte. ¿El presidio?: el presidio... Nada puedo decir en mi defensa, pero si usted insiste, si se obstina en volver, vuelva cuando guste.

Me miró un momento con atención, como sorprendiéndose de lo que he crecido, y salió en silencio. Otra vez entre los cuatro muros blanqueados, que rezuman humedad, se me ha ocu-

rrido lo que ya se me ocurrió antes: ¿Por qué no podría seguir siendo el señor del retrato? Recuerdo bien que sentado con las piernas cruzadas, mirando en el vacío algo que mi padre mira al mismo tiempo que él, no tiene cara de hombre malo... Las arrugas de su frente no son arrugas de preocupación; dos extremos de una cadena pendiente de un ojal, van a perderse en los bolsillos del chaleco trazando dos combas parecidas a un cortinaje. No debía ser rico ni pobre, ni muy torpe ni muy listo... Yo hubiera estado perfectamente siendo él, ya que me es necesario sobrevivir a mi verdadera muerte. Pero el otro, el terrible "otro", el que ordena, el que me ha traído aquí, el que me impide descubrir el secreto, vió mi cuerpo vacío y se refugió en él con la avidez de un caminante que, sorprendido por el temporal, ve un árbol frondoso en la llanura...

Nada debo decir. Los muertos somos más discretos que los vivos y, sin embargo... Si ese viejo abogado vuelve, si se sienta otra vez como está sentado mi padre en el retrato, si me permite un momento la dicha de sentir dentro de mí al otro señor que no sé quién es, presiento que le contaré todo igual que si no se tratara de mí, lo mismo que si le contase un cuento fantástico...

II

—Bien; usted sabe que queriendo salvar a una niña, fuí alcanzado por un tren y lanzado fuera de la vía, en apariencia sólo contuso, pero en realidad muerto. ¿No lo sabía usted? No me extraña: yo tampoco lo supe hasta que él me lo dijo... Pero tiene razón, empezaré desde el principio para no embrollarme... Es absurdo que las cosas no puedan empezar por la segunda parte, que es... Sí, renuncio a las digresiones. Voy a contarle el caso con método; oígame y se convencerá de que todo fué terriblemente sencillo.

Yo era jefe de estación cuando ese salvamento de que le he hablado. Veintisiete años de antigüedad me hicieron acostumbrarme a esa vida, más que dura, monótona. Entre el telégrafo y el contínuo tránsito de trenes, no se me hacían los días largos. Usted conoce mi estación, que hasta el suceso nadie conocía, pues aunque cuando el salvamento hablaron de mí, no fué tan sonado como ahora. Perdida entre montañas, en medio de dos túneles que la acechan, es una estación de poco movimiento. Solo hay cuatro empleados, y dos de ellos viven en el pueblo, que está a dos kilómetros de cuesta pina y pedregosa. No está bien que yo, un empleado, critique a la compañía, pero bien podía hacer un pabelloncito anexo para evitarnos la insuficiencia de personal... Realmente, me es penoso pensar que no veré más mi mesa con el Morse, el casillero de billetes, la casita de paredes granulosas pintadas de gris y el gran reloj con sus dos esferas... ¡Bah! Todavía he visto todo eso más tiempo del debido: desde el día de mi muerte hasta el día que me prendió la policía... No haré ninguna otra digresión: no se impaciente, que ya entro en materia.

Es seguro que nadie había tenido la ocurrencia de hacer destacar mi nombre del montón de empleados hasta aquel día. Figúrese cuántos López habrá en ese interminable escalafón. Era una tarde de nieve, y en todos los servicios había un retardo atroz. Cuando de la estación inmediata me anunciaron la salida del mixto 422, me abotoné mi chaqueta, y salí al andén. Además de dos o tres pasajeros, estaban allí una mujer con un niño de pecho y otra mayorcita ya. No sé cómo fué; parece que la muchacha quiso inclinarse para ver si ya el tren había tomado la curva de entrada... El caso es que patinó, que la vimos todos tendida cuan larga era entre los dos railes. La madre quiso abalanzarse, y yo de un salto me puse allí y la tomé en brazos... Pero ya el tren estaba allí sobre nosotros... Y la madre tuvo que esperar que pasara la interminable fila de vagones para ver qué nos había ocurrido... porque el bárbaro del maquinista, por ganar algo de retraso, venía lo menos a setenta por hora, y no pudo parar hasta muy lejos del andén. La niña estaba salvada, y yo, aunque molido, después de un desmayo me hallé perfectamente: algunas erosiones, un ruído grande dentro de la cabeza, pero nada más. Eso creyeron todos, eso creí yo mismo...

Ahora comienza lo extraordinario... Una noche yo dormitaba en mi cama volante junto a la mesa; el primer tren—uno de carga—no pasaba hasta las cuatro y media; tenía tiempo de echar un buen sueño... Ya desde el salvamento yo venía padeciendo insomnios pero aquella noche el desvelo me desesperaba. Y no era verdaderamente desvelo, porque como tener sueño, ¡vaya si tenía sueño!... y no podía dormir. Me puse a contar hasta mil; a los cuatrocientos me vino la idea de calcular de memoria los billetes vendidos durante la semana... Nada, ¡que si quieres!... De pronto el Morse comenzó a marchar... Tac, tactac, tac... Usted conocerá bien esos golpecitos secos... Punto, raya, dos rayas, punto... Desde la cama yo iba coordinando letras primero, luego sílabas, palabras después. Los sonidos se sucedían con tan poco intervalo, que, a pesar de quince años de práctica y de ser uno de los mejores telegrafistas — perdone la inmodestia — me era difícil seguir de oído... Le juro que nunca he sentido tal impresión de terror; quise incorporarme para ver, y el telégrafo dijo dos veces seguida:—"No te levantes; en la cinta de papel nada queda escrito. Escucha desde ahí sin moverte"...

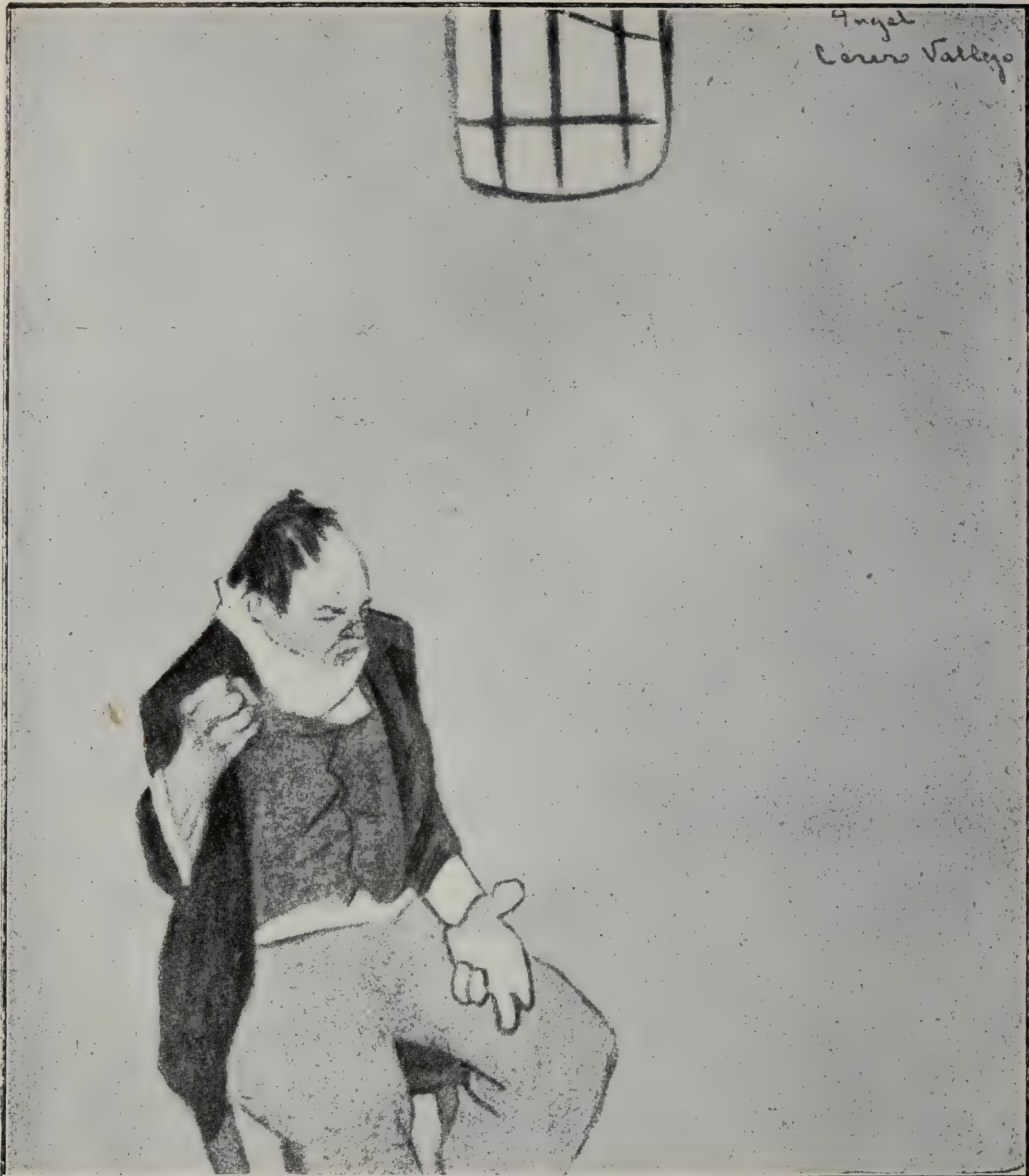
Al recibir esta orden, ya me hubiera sido imposible faltar a ella: fuí como un pelele al que quitan el alma de hierro; me desplomé, sentí que todos mis huesos se hacían gelatinosos; casi con los ojos dilatados, todo el ser puesto en los oídos, para escuchar el tac tac del telégrafo. Y entonces él empezó sus revelaciones.

—Tic tac, tic tac, tac, tac, tac... Escucha... Estás usurpando una vida. El topetazo que te dió la locomotora, aquel dolor que sentiste en el costado izquierdo, fué el corazón que había dejado de latir. Estás muerto y bien muerto... Tú ya no existes: tu cuerpo está vacío.

Fué, papá, como una gran luz que se encendiera dentro de mí; comprendí en seguida que él decía la verdad... Ya una obscura conciencia de eso había surgido en mí varias veces, pero tan turbia, que la idea se fugaba en cuanto hacía un esfuerzo para fijarla Aquella comunicación la iluminó... Yo estaba muerto. Súbitamente sucedió al primer terror una sensación de tranquilidad... no, de inexistencia... Sin que mis labios se movieran, tuve este pensamiento: "Y tú, que hablas conmigo, ¿quién eres?"

El tic tac se reanudó otra vez.

—Soy... A mí me pasa lo contrario que a tí: mi cuerpo ha muerto y mi espíritu vive... Sin duda me conoces. Soy Francisco Gener, el anar-



Fué una catástrofe formidable. De entre el montón de escombros...

quista a quien fusilaron hace tres meses... No fué obra de justicia, no: fué un asesinato: yo no era culpable de la conspiración que me imputaban. El gobierno me temía y quiso librarse de mí... El no sabe que sólo mi cuerpo ha muerto, y tú no puedes decírselo a nadie, porque entre los muertos los secretos se guardan... Es extraordinario, ¿verdad? Tú sólo eres cuerpo y yo sólo soy espíritu. Los dos unidos haríamos un hombre...

Aquí el tic tac se aceleró tanto que no pude entender. Me parece que una vez suspiró: "¡Ah, si tú quisieras!"... Luego, siempre con precipitación, me dijo que San Cristóbal venía a comunicarle que Dios lo llamaba a toda prisa. Prometió volver, y, en efecto, a la noche siguiente volvió.

Pero no puedo contarlo de un tirón todo. Yo creía que ser orador era profesión de holgazanes. Una vez, en un mitin al que fuí por darme cuenta de qué era eso, se me ocurrió la idea oyendo hablar a un señor que quería ser diputado. Y no, vaya si cansa hablar... Si quiere usted saber el resto, pida un vaso de vino y cualquier cosa para comer. Como no tengo más que cuerpo, estoy esclavo de todas sus necesidades... Hasta en esto he tenido mala suerte.

III

No, es mejor que no me contrarie, luego hablaré de esa pretensión suya de que repita ante su hermano la historia... Acabe de oirla usted y luego veremos. Pero siéntese aquí, junto a la mesa, y yo me sentaré del otro lado; ponga la mano sobre el libro, lo mismo que en la fotografía... No podría seguir contando de otro modo.

Yo trabajé aquel día automáticamente, como

puede trabajar un cuerpo que se mueve por un viejo impulso. Al fin, la noche que esperaba con tanta impaciencia vino, y él vino también. Llegó a la misma hora que la noche anterior, con la exactitud de un tren expreso.

—Tic, tac, tic, tic, tic... Estoy aquí.

—Te esperaba.

—Vengo contentísimo... ¿A que no aciertas para lo que anoche me mandó a buscar Dios?

—No puedo acertar; ya sabes que mi espíritu ha muerto.

—Verdad, verdad... Me ha dado al fin el permiso... ¡Mi asesinato no quedará impune!

—¿Te ha dado permiso para qué?

—¡Para vengarme!

El Morse tuvo una trepidación larga y colérica. Después continuó imperativamente:

—Necesito tu cuerpo. Sin un cuerpo no puedo hacer nada: ni esgrimir un cuchillo, ni arrojar una bomba... Es preciso que me prestes tu cuerpo, que seas mi brazo.

Yo me incorporé para gritar:

—¡No, no!... ¡No quiero ser instrumento tuyo! ¡Yo fuí un hombre honrado!... Lamento el daño que te hicieron, pero me niego a que te sirvas de mí...

—¡Te necesito! ¡Tengo el permiso de Dios!... ¡No me obligues a ser violento!

—¡Jamás te serviré para un crimen!... Busca otro cuerpo cualquiera... Ten compasión de mí. ¡Jamás te serviré para eso!

—¡Sí!

—¡No, nunca!... ¡Me opongo con todas mis fuerzas!

—¿Es esa tu última palabra?

—¡Déjame, déjame! ¿Qué mal te he hecho yo?

—Sí...

—¡Nunca... nunca!

—¿Nunca?... Verás...

De pronto, y esto fué horrible, papá, el tic tac cesó, y la voz de él, timbre de ironía y de triunfo, habló. ¿Dónde cree usted que habló, papá? Habló dentro de mí...

—Yo hubiera preferido un acuerdo—dijo.—Me es doloroso entrar violentamente en un cuerpo ajeno, aunque reniego de la propiedad... Ya toda resistencia es inútil... En realidad, lo que quiero que hagas por mí no será demasiado violento ni te obligará a salir de tu profesión... Tirar de una palanca en vez de tirar de otra, cambian las agujas y asunto concluído... El tren en que viaja el ministro pasará mañana por aquí.

—¿Qué podía yo hacer, sino únicamente lo que hice? No iba a meter mi propia mano dentro de mí para echarlo fuera; además, aunque lo hubiera hecho, un espíritu es incorpóreo. Ni siquiera podía hablar, ni aun desear su salida, porque ya mi voz no era mi voz, ni tenía otro pensamiento que el suyo... Hace usted bien en enternecerse; yo también hubiera llorado lágrimas largas aquella noche, si siquiera hubiera podido disponer de mis lágrimas. Usted sabe casi tan bien como yo el resto... Al día siguiente, el tren que debía pasar ante mi pequeña estación como un meteoro, tomó una vía equivocada y fué a hacerse añicos contra otro tren. Fué una catástrofe formidable. Del montón de escombros salían gritos y humo; ví a una mujer con una astilla clavada en el cuello y dos hombres despedazados y cocidos después por un chorro de vapor de agua. Setenta y dos muertos y cuatro heridos: una cosa horrible... Pero el ministro se salvó milagrosamente. Después he tenido una sospecha. ¿No le parece a usted?... Se me figura que él me engañó, que Dios no le había dado permiso para hacer aquello.

IV

—No he querido darle un disgusto a su edad, y por eso he vuelto a contar todo ante este señor. Ya estuvo hace dos días aquí, y el guardián me dijo que era médico forense. Como no sabía que era hermano suyo, papá, me limité a contestarle sí y no; ustedes comprenderán que no iba a revelar el secreto. Ahora bien: tratándose de un tío y por complacerle...

—¿Sigue usted con su cantilena de que me ha salvado la vida? Confórmese con habérmela dado por primera vez, papá; tiene usted esa obstinación de los viejos. ¿Cómo va a salvarme la vida si no la tengo? Es de sentido común. ¿No me ha oído referir dos veces que morí el mismo día que salvé a la niña?... Claro que esas son chocherías de la edad. Vamos a ver. Cuando usted se hizo el retrato tendría setenta años y yo dos, ¿no es verdad? Yo tengo ahora cincuenta y nueve. Luego usted tiene hoy ciento veintisiete años. A esa edad ya se pueden tener manías.

¡Ah! quiero pedirles un favor... Si, como ellos, no saben nada, me condenan a muerte, hagan ustedes que partan mi cuerpo en pedazos; que no lo vayan a dejar entero, ¡por Dios! no vuelva él a venir otra vez y ponga un cuchillo en mi mano y me obligue a segar la garganta de quien le venga en gana, del ser más querido por mí... de usted mismo, papá, si se le antoja. ¿Por qué se levantan así, de pronto? ¿Tanta prisa tienen? Escuchen antes una cosa, para que se convenzan de que yo no era yo aquella tarde... Yo, que era caritativo, que había perdido la vida por salvar a una niña, no hubiera podido hacer lo que él me hizo hacer.



Alfonso Hernández Catá.

Biografía extranjera contemporánea

Miss Morgan

El rostro sonriente y agradable y la bondadosa voz de Miss Gwenllian Philippa Morgan son conocidísimas, no sólo en Brecon, donde ha desarrollado principalmente el trabajo de su vida, sino en toda la parte meridional del país de Gales, donde su intenso interés y su constante labor en pro de la templanza y de la educación, han hecho popular su nombre.

Y no sólo en Gales, sino en toda la Gran Bretaña, se conoce a Miss Morgan, porque en fecha muy reciente fué nombrada Alcaldesa de Brecon, honor que muy rara vez se concede a una mujer, en atención a sus obras religiosas y sociales. Con este motivo habló de ella toda la prensa inglesa, y por eso es conocida de todos sus compatriotas, según queda dicho.

Miss Morgan ha heredado sus altruístas inclinaciones de sus padres. Su padre, el reverendo Philip Morgan, era pastor protestante, párroco de Breconshire y Radnorshire, y a la vez juez de paz de ambas regiones. Su madre tomó parte siempre en todas las obras filantrópicas, y se hizo famosa en Brecon por su caridad, así, pues, no es extraño que una hija de tales padres se dedicase desde la juventud a continuar la obra de la familia, obra admirable de sacrificio por el progreso y la religión de su país.

Miss Morgan ha sido, durante muchos años, secretaria y principal organizadora de varias misiones en Gales del Sur, cuyo objeto era fomentar la templanza y la religión entre la gran masa de obreros que puebla aquel país y que tan solicitada se ve por los vicios y el despilfarro.



Miss Morgan

La obra de Miss Morgan la ha puesto en relación con muchos hombres y mujeres eminentes en el campo de la reforma social, los cuales la han considerado siempre como una consejera excelente.

Al vacar el cargo de alcalde el Ayuntamiento de Brecón comprendió que no sólo el pueblo, sino toda la provincia vería con gusto que se dispensase a Miss Morgan el honor de ocupar la presidencia del Concejo, y le fué ofrecida. Su natural modestia la impulsó a rehusar en principio, pero era tan unánime el deseo de la población de Brecón de tener al frente de su Ayuntamiento una mujer de los merecimientos de ella, que al fin aceptó, y desde que empuña la vara de Alcaldesa, se ha distinguido en muchas ocasiones por sus acertadas medidas y por sus trabajos.

Miss Morgan es una excelente oradora. Su palabra es cálida y convincente. Obliga a escucharla, y, como dice un biógrafo suyo con gráfica frase, no hay auditorio que se duerma escuchándola. Posee una exquisita educación, y todo proyecto para fomentar la de las clases humildes, encuentra en ella un entusiasta abogado.

También ha escrito mucho sobre antigüedades y otros asuntos relacionados con la provincia donde ha nacido. En Gales del Sur se la considera como una autoridad en estos asuntos.

Es de estatura regular, y tiene el cabello tan rubio como en su juventud, y la sonrisa siempre en los labios. Por el dinero que gasta a manos llenas con los desvalidos, por su talento, por sus trabajos y por las simpatías de que goza, todos sus paisanos la consideran como una alcaldesa insustituible.

Es muy posible que si el feminismo llega a triunfar alguna vez logren su triunfo no los procedimientos de violencia de las sufragistas compatriotas de nuestra biografiada, sino las mujeres como Miss Morgan, que por su inagotable bondad, por su talento y por sus especiales aptitudes ha llegado a ocupar la presidencia del ayuntamiento de una población sin haber aspirado jamás a ella, sin haberse ocupado nunca del feminismo, sino de la caridad y de las buenas obras. En el porvenir no será raro, seguramente, ver ocupados por mujeres puestos que hoy no desempeñan más que los hombres, pero no es de creer que la conquista la lleven a cabo unos cuantos centenares de mujeres vocingleras y perturbadas.

En Miss Morgan debían encontrar un ejemplo las sufragistas tan partidarias de la revolución y el barullo.

Las mujeres apacibles, buenas de alma y sentimientos, son las llamadas a triunfar contra toda esa avalancha de anarquistas que consideran más eficaz una bomba de dinamita que a la inteligencia y a lo apacible del carácter.

La historia de la vida de miss Morgan está cuajada de hermosos paisajes en los cuales resaltan sus buenas inclinaciones y sus dotes sobresalientes de mujer educada para una época de lucha y labor como lo es la actual.

En su pueblo natal la adoran y con sobrada razón, pues no se han de encontrar muchas mujeres como ella que, voluntariamente se sacrifica en beneficio directo de la colectividad.

¡Ah, todas las mujeres fueran de las mismas ideas y de los mismos sentimientos!...

Boda



Los desposados, señorita Zulema Devoto y Don Dionisio Schóo Lastra, saliendo del templo de la Merced

La moda de los viajes

La afición de los viajes se desarrolla cada día más. Hace treinta años todavía pudo escribir Antonio de Trueba:

''Dichoso aquel que no ha visto
más río que el de su patria''.

Hoy esa quietud nos parece una monstruosidad. Existe todo un mundo de viajeras que declaran lo más ingenuamente del mundo que no pueden permanecer más de un mes en un mismo sitio. Este afán por los viajes responde, sin duda a un estado de alma.

Entre nosotras, aunque poco extendida la afición a los grandes viajes, se multiplica el gusto por las excursiones, y ya el veraneo es una imposición a la que obedecen las familias más modestas. Cada vez se viaja con más facilidad, con más soltura; y un viaje largo tiene para nosotras menos importancia y requiere menos preparativos que los que hacían nuestras abuelas para ir de Madrid a Aranjuez.

El equipaje numeroso se simplifica y la moda actual hace posible el que la mujer más coqueta no necesite en su viaje más que una sola maleta, una sombrerera y un saco de mano; las faldas son fluidas, estrechas y cortas; las blusas, fáciles de doblar con poco volumen; los zapatos, ligeros como una pluma; los sombreros, pequeños y de los cuales es fácil desmontar lazos y ''aigrettes'', para la necesidad del embalaje. Saber hacer la maleta es un arte. Cada cosa debe estar en su sitio, para que no sea necesario revolverlo todo cuando se busque un pañuelo.

La ''toilette'' de viaje exige una elegancia especial; no estamos ya en los tiempos en los cuales se ponían para viajar un vestido viejo y un sombrero estropeado. La sencillez de los viajes y lo discreto del equipaje no excluye la elegancia. Un ''tailleur'' de forma perfecta, poco ajustado y de tejido en el cual no se introduzca el polvo; un sombrero ''souple'' y ligero, con adorno sencillo; zapato o bota alta; guantes largos; un abrigo, con grandes bolsillos, amplio para podérselo poner sobre la chaqueta, y un gran velo para envolver la cabeza si se quiere apoyar sobre los cojines. He aquí el traje adoptado como más elegante y práctico.

Ahora, sin duda, el sombrero de viaje tiende a suprimirse por completo por la prohibición de llevar alfileres largos que le sujeten. La coquetería femenina habrá de inventar un gorrito especial que pueda sujetarse fácilmente.

El mayor peligro de los viajes está en verificarlos con personas que, aunque nos sean familiares, no tengan nuestros mismos gustos. Señoras que se cansan; personas que se quejan de falta de comodidad y refunfuñan en toda comida... Creo que no hay principio de filosofía mejor aplicado que el que hace a los prometidos ingleses viajar juntos. Ocho días de viaje hacen conocer mejor el carácter que diez años de relaciones mundanas o íntimas: son la piedra de toque de las afecciones frágiles o sólidas y... también de los egoísmos.

COLOMBINE.



Para título de una comedia tendenciosa con sus ribetes de poética, no está mal el que encabeza estas líneas; pero no se trata de eso: se trata de Juanito Belmonte.

Desde hace varios días el fenómeno descansa. En pleno verano, cuando es costumbre que los astros del toreo salgan a seis corridas por semana, el diestro Juan Belmonte (a) ''el Trianero'',—¿por qué no se llama así?—se ve obligado a reposar, dejando a públicos y empresas con unos cuantos palmos de narices.

Una vez más la salud se ha declarado incompatible con la gloria: Napoleón murió de un cáncer en el estómago, Milton de unas fiebres tercianas, Verdi de un catarro mal curado, y aun cuando no sabemos de qué morirá—¡quiera Dios que tarde cien años!—el general Weyler, es seguro que ya lleva en sí el gérmen morboso que ha de ''perjudicarle'', adquirido acaso en uno de sus raros viajes de Madrid a Barcelona.

Belmonte, con sus doce corridas por semana, iba camino de la Estigia, si no se hubiese metido en la cama a tiempo.

Así es la gloria: mata y asesina, mientras acaricia la frente de la víctima con el cloroformo del laurel. ¡Cuánto poeta ilustre, al cincelar un soneto, estará pescando sin darse cuenta un garrotillo tuberoso o una bronquitis capilar!

Sí, no cabe duda, la gloria mata, pero... como resulta que las tuberculosis, los catarros, las bronquitis y los cólicos de frutas, se pescan también en las vulgares oficinas y en las plataformas de los tranvías, ¡qué demonio! sigamos siendo genios, dejémonos acariciar por la gloria y... Dios sobre todo.

Joaquín **BELDA.**



Ladrón, comprador y novio

Cuento ilustrado por artistas del teatro de la Comedia, bajo el siguiente reparto:

Carmen: señora Mayendía
Irene „ Esplugas
Don Bruno: señor Carreras
Cheviot „ del Pino

Don Bruno. doña Irene, su esposa, y Carmen, hija de ambos, dispónense a retirarse a descansar. Son ya las diez de la noche y hay que levantarse tempranito.

—Esperemos un poco más—dice Carmen, temblorosa.

—¿Tienes miedo, hijita? —la interroga doña Irene.

—Sí, mamá; ya sabes que nunca reposo, desde que vivimos en el campo.

—¡En el campo!—murmura don Bruno—Llamar campo a un sitio cercano a las inmediaciones de Olivos...

—Pero, papá, son esas unas inmediaciones... muy poco inmediatas.

—Y tú, que así manejas los vocablos, eres una criatura tan tímida como impertinente.

—¡Bruno, no riñas a la nena!

—¡Vaya con la niñita! Emplear las economías de toda mi vida para pagar un terreno en ochenta mensualidades; edificar en él una casita como un chiche; venir ahora diciendo que no hay comprador...

—¿Quién dijo eso?

—Yo, que estoy harto de las nerviosidades de nuestra hija y de mi candidez, por creer aún en los negocios de la venta de tierras.

—No desesperes... Recuerda que hay quienes hacen ofertas.

—Sí, sí,—lloriquea Carmen.—Cuando ustedes hayan vendido esto, ya habré muerto de pánico.



— Sí, también hay ladrones automovilistas...

—¡Usted a acostarse! Ya la velaremos aquí un ratito, hasta que se duerma — clama don Bruno, muy incomodado.

—Que sea largo. Buenas noches.

—Descansa, hija,—la responde doña Irene.

Carmen penetra en su pieza, que da acceso al comedor, y el matrimonio permanece en éste, apo-



— Dios no lo quiera... ¿Y usted?
— Bueno, gracias, aunque maldiciendo de mi auto...

yado de codos en la mesa y medio adormilado.

De repente, por la parte exterior de la casa, óyese un ruido horrible. ¡Paf! ¡paf! ¡paf!, como si un automóvil se lanzase contra las paredes, y luego ¡pum! algo parecido a un disparo.

—¿Qué ha sido eso?—inquiere la esposa, alarmada.

—Algo grave—contesta el marido, asomándose precipitadamente a una ventana. Desde ella, entre la penumbra, descubre un bulto voluminoso.

—¿Quién va?—pregunta.

—Nadie—le contestan.—Quien aquí llegó, no va; se queda.

—Caballero, esta es mi casa.

—Señor mío, no lo dudo. Gócela por muchos años.

—Dios no lo quiera... ¿Y usted?

—Bueno, gracias, aunque maldiciendo de mi auto. ¿Pues no se le ha apabullado un neumático? ¿Qué hago yo? ¿Cargo con mi vehículo en vez de que cargue él conmigo? No, señor, porque no tengo fuerzas para tanto. ¿Me quedo a dormir en él? Tampoco, porque llueve y temo al reuma. ¡Ay, señor mío! No hay ser más desgraciado que el que posee un automóvil.

—Sí, el que posee una casa en las inmediaciones de Olivos.

—Mira,—interviene doña Irene—invítale a descansar. Por el metal de su voz parece una excelente persona.

—Sí, sí,—salta Carmen, apareciendo de nuevo en el comedor—mamá entiende mucho de metales. Recuerda cuando compró mi pulsera; fué una verdadera ganga.

—¡Vaya a su cuarto!

—¡Sal de aquí!

—Las niñas no se presentan de visita a estas horas.

—Está bien, mamá; disculpa.



—¡Ay! ¡Ay!... ¿Qué ocurre?... ¡Ladrones!... ¡Asesinos!

Vuelve a retirarse.

Don Bruno, compadecido del del auto, brindóle alojamiento por aquella noche. Al amanecer se llamará a quien repare las averías de su aparato. El invitado se apresura a subir.

Es un buen mozo, vestido de chauffeur.

—Mil perdones; excúsenme los señores—profiere al presentarse ante los dueños de la casa.—El bien que me hacen brindándome albergue, es de esos que no se olvidan nunca.

—No diga... Cumplimos con un deber humanitario. ¿Quiere el señor comer alguna cosa?

—Gracias; nada preciso. Hace poco rato cené en el Tigre. Vengo de allí; se me hizo tarde; con la obscuridad, me desvié de mi ruta y casi me rompo la crisma por aquí. Feliz he sido al hallar en mi camino personas tan bondadosas.

—Bien; no hablemos de eso. El señor necesitará descansar. Tenemos una piecita muy linda, inhabitada, y en ella va a pasar la noche lo más bien...

—Porque esta casa—salta doña Irene—ofrece muchas comodidades.

—Muchísimas — continúa don Bruno.—Y es muy sana y perfectamente ventilada. De su situación no hay que hablar; ya ve el señor: está cercana a las inmediaciones de Olivos...

—Sí, sí...

—Apriétale—dícele bajito su esposa a don Bruno—tiene aspecto de comprador.

—Si el señor quiere verla... No está gravada con hipoteca alguna; puede creerlo.

—Ya, ya; no se molesten...

—Bueno... mañana, ¿verdad? Ahora descanse. Ahí tiene su habitación.

—Repito mi agradecimiento por sus bondades. Hasta mañana, pues.

—Salud. Que descanse.

El matrimonio quedó solo, pero por breves instantes. Carmen volvió a aparecer en el comedor diciendo:

—No dormiré; imposible.

—Ni yo—contestó su padre.

—Ni yo—aumentó la madre.

—Eso de tener un huésped desvela a cualquiera.

—Un huésped que posee automóvil de todo lujo.

—Parece rico...

—De seguro nos compra casa y terreno.

—Dios lo quiera.

—¿Qué hacer sino intimar con nosotros? Y... favor por favor.

—¿Quién sabe si hasta acabará por casarse con la niña?

—Yo lo ví—objeta ésta—por la cerradura, y no me pareció mal.

—¡Silencio! Tienes el feo vicio de curiosearlo todo; como tu mamá.

—Sé prudente y no enteres a Carmencita de ciertas cosas.

—Bien, ¡a dormir!

—No, no...

—Pues quedáos aquí conmigo. Pero quietitas, ¿no? Yo también estoy algo temeroso. No sabe uno a quien admite bajo su techo.

Las dos mujeres encogieron sus brazos y apoyaron sobre ellos sus cabezas, reclinándose encima de la mesa. Don Bruno comenzó a leer un periódico. Avisos de remates, de específicos que lo curan todo; noticias políticas, ecos sociales... no le interesaba nada de eso... y faltaban algunas horas para amanecer... El sueño no asomaba a sus ojos, y con el silencio de la noche, su miedo aumentaba...

¿A ver los telegramas del extranjero? Una nación guerreaba con otra... Otras naciones buscaban también pelea... ¡Diablo! ¡Qué afán de sangre! La lectura era así como para calmar la inquietud de un ánimo que se iba exaltando con el miedo... ¿A ver? "Expectación en París..." ¡Los robos con automóviles!... ¿Eh? Sí, también hay ladrones automovilistas... y allí estaba guarecido un chauffeur desconocido completamente... ¿Sería un criminal disfrazado? ¿Por qué no? El huésped poseía mirada viva... sí, ojos penetrantes; facciones correctas, es cierto, pero como los malhechores tienen la habilidad de disfrazar hasta sus facciones... ¿Cómo no, si lo aseveran las novelas que tratan de ladrones y



— ¡Arriba las manos!
— Pero...
— ¡Pronto!...



—...Con el gatillo levantado, no crea que soy tan zonzo que me descuide.

de detectives?

¡Estaban perdidos! El chauffeur en una pieza y a la puerta de calle el vehículo que tal vez en aquel instante estaría ocupado por una cuadrilla de bandoleros...

¿Qué hacer? ¡Oh, qué apuro! Afortunadamente él, don Bruno, tenía un revólver; estaba cargado con seis cápsulas; podía, si su puntería era certera, matar a media docena de pícaros. No cabían tantos en el automóvil... Bueno, alguna bala quedaría para alojarla en el cuerpo del apache a quien albergaba. Porque era un apache, sí, no le quedaba duda; había notado, ahora lo recordaba, que su acento era afrancesado...

¡Qué peligroso es habitar un paraje desierto, siquiera esté éste cercano a las inmediaciones de un pueblo próximo a una gran ciudad.

Tomó su arma; la examinó con serenidad... en cada uno de los agujeros del cargador asomaba su correspondiente píldora. Si él, Bruno Pipiólez, resultara un nuevo Guillermo Tell con arma de fuego...

No más vacilaciones. Abrió la ventana; miró el automóvil... nada, nada de ruido... De más lejos sí, percibíase un rumor vago... ¿Serían los secuaces del chauffeur que se acercaban en su auxilio? ¡Fuego sobre ellos!

¡Pum! ¡pum!... ¡Atiza! ¿Pues no habían salido las seis balas, seguiditas, rápidas como exhalaciones? ¡Qué desastre habrían causado!

—¡Ay! ¡ay!—alborotaron la madre y la hija—despertando súbitamente.—¿Qué ocurre? ¡Ladrones! ¡asesinos!

—¡Calma! ¡Un poquito de serenidad! ¡Tened sangre fría como yo!—las interrumpió don Bruno, dando diente con diente y con los cabellos erizados.—A grandes males, grandes remedios.



—Acepte la invitación de mi esposo, caballero...

—¿Y?...

—Hállenos prevenidos el peligro. Aquí, escuchadlo bien, se encuentra un desalmado. Será capaz de hacernos picadillo, si puede.

—¡El chauffeur!

—¿Qué ocurre, señores?—preguntó el aludido, presentándose ante la despavorida familia.—¿Puedo ser útil?

—¡El!—exclamaron los otros, asombrados.

—¡Qué atrevimiento, hombre!—masculló don Bruno, tembloroso. Y añadió, mostrándole su descargado revólver:

—¿Ve esto?

—¡Cómo no!

—Pues con ello me siento capaz de repetir lo que acabo de hacer con otros. Ya sabe el señor con quiénes. Esos no secundarán sus planes.

—Ignoro de qué me habla.

—¡Basta de conversación!

—¡Arriba las manos! (Así he leído que se hace, en las novelas).

—Pero...

—¡Pronto! Antes que este cañón comience a soltar proyectiles. (Si supiera este monstruo que no me queda ni uno...)

—Sea como el señor guste. Veremos en qué para todo esto.

Diciendo así el huésped hizo lo que le ordenaban.

—Tú, Irene—clamó don Bruno con voz de trueno—regístrale despacito.

—¿Yo?

—Calla y obedece. ¡Que no quede nada en sus bolsillos!

La buena señora desposeyó al otro de cuanto llevaba consigo, dejándolo sobre una silla, mientras su esposo le apuntaba con el revólver. La niña se atrevió a interceder, pidiendo misericordia para quien de tal manera desvalijaban, mas su padre le ordenó:

—Tú toma el plumero y observa a este hombre. Al primer movimiento que haga sin mi permiso, introdúcele el palo por un ojo. Ese es un sistema defensivo y ofensivo muy acreditado.

—Está bien, papá.

Hizo lo que le mandaban, murmurando:

—¡Qué lástima! Tan simpático que es y con tan buena presencia... ¿Por qué se dedicará a ladrón?

—Bueno, caballero... o lo que usted sea—dijo por fin el que llevaba la peor parte de aquella escena—ya me canso. ¿Me va usted a tener con los brazos levantados toda la noche?

—No; he terminado. Ahora...

—¿Me va a reintegrar lo que me mandó quitar?
—No soy tan necio. ¿Cree que no lo conozco? Ahora ¡salga de aquí; pero en la misma actitud. Si baja las manos... ¡disparo! Irene, mucho cuidadito con él; tú, Carmen, dirígele siempre a los ojos el palo del plumero. Por mi parte, guío, para abrir la puerta; pero de espaldas, y siempre con el gatillo alzado. No crea que soy tan zonzo que me descuide.
Así se hizo. Ya en la calle el chauffeur despidióse de aquella hospitalaria familia, diciendo:
—Si yo sé que esto era un manicomio, a cualquier hora me meto aquí... Mañana intervendrá el juzgado en el asunto. Cara va a salirles la fiesta.
Don Bruno gritó, al volver a su comedor, loco de contento, después de atrancar todas las puertas y cerrarlas con llave:
—¡He llevado a cabo un acto heroico! Los periódicos hablarán de mí, elogiándome como al más hábil de los detectives. Saber librarme de un apache de malas entrañas... En cuanto salga el sol, mando avisar a la comisaría. Veamos las armas y objetos que le quitamos. Servirán de documentos que acrediten la personalidad de ese bandido.
—Armas, no llevaba ninguna.
—Es extraño...
—Esto le substraje. Un reloj de oro...
—Robado, seguramente.
—Un pañuelo; una cartera con doscientos pesos...
—También robados.
—Y muchas tarjetas.
—¿De sus cómplices?
—No, todas del mismo. Juan Cheviot.
—¿Eh? ¡Juan Cheviot!—profirió Carmen acongojada.
—Sí, así lo leo.
—Llamarse Juan Cheviot...
—Como si se llamase Lucas Gil. Ese hombre es un asesino.
—¡Asesino!... Ese joven es boticario. Acaba de terminar su carrera.
—¡Cómo! Tú lo sabes?
—Mi primo Romualdo, compañero que fué suyo de estudios, me ha hablado mucho de él.
—De él...
—Y a él de mí. Sin habernos visto nunca, puede decirse que ya nos conocíamos. Romualdo dice que está lo más contento de mis condiciones... Yo también de las suyas. Y ahora que le he visto, aún estoy más satisfecha. Es un buen tipo ¿no?
—¡No lo nombres! Va a ser la causa de nuestra perdición.
—Presentarse en una casa sin decir su nombre...
—¡Ay, mamá! Perdí mi novio.
—¿Qué has de perderlo, si debe estar abajo? Voy a cerciorarme de ello.
Asomóse don Bruno. Sí, el chauffeur habíase guarecido en el interior de su automóvil y allí maldecía en todos los tonos.
—¡Pobrecillo!—exclamó, compadecido de él.
Y gritó:
—Suba, amigo, y perdone. Fué una equivocación. ¡Cómo íbamos a figurarnos que era el señor Juanito Cheviot!
—No, no—contestó éste.—A mí con la piolita... Esa es una casa de locos.
—Se equivoca. Esta es la mansión de los tíos de Romualdo, edificada en un hermoso terreno próximo a...
—Calla—interrumpióle doña Irene. Y agregó:
—Acepte la invitación de mi esposo, caballero. Yo le garantizo que todos estamos pesarosos por lo que hicimos. Sí, perdónenos...
Cheviot volvió a presentarse en el comedor. La familia lo recibió avergonzada. Doña Irene le entregó sus efectos; don Bruno le abrazó y Carmen lanzóle una tiernísima mirada.
Una hora después, la niña y el presunto criminal habían simpatizado; una semana más tarde eran novios. Al cabo de dos meses los casaron.
Cheviot compró a su suegro la casa y el terreno, pagándoselos de una vez. Le agradaba vivir con su mujercita en el sitio de aquella terrible aventura.
Al recordarla, don Bruno, dice muy ufano:
—No hay como meterse a ladrón, siquiera sea inconscientemente. Es el mejor medio para casar a una hija y para vender un terreno del que está uno descontento.

J. Víctor TOMEY.

Una encuesta de "El Hogar"

¿Qué haría usted si fuera muy rico, esto es, si tuviera mucho dinero?

Un viejo lector de El Hogar, el señor Leopoldo Pérez, nos envía una atenta carta proponiéndonos abramos una encuesta en la que puedan tomar parte todas las personas que lo deseen.
"¿Qué haría usted si fuera muy rico, esto es, si tuviera mucho dinero?"
Tal es la pregunta a que deben contestar los lectores que deseen enviar sus respuestas, sujetándose a las indicaciones que daremos más abajo.
Hoy que todo luchador por la vida sueña con riquezas y millones, en la época de las grandes empresas, de las preocupaciones incesantes y de las continuas batallas por la adquisición del dinero, resulta de actualidad palpitante, la iniciativa del señor Leopoldo Pérez.
Los obreros de toda clase y categoría, empleados, estudiantes, enamorados, corredores, etc., etc., que anhelan poseer mucho dinero, grandes palacios y servidumbres a granel para hacer vida regalada de grandes señores, son los llamados a contestar la pregunta que formulamos al iniciar esta encuesta.
Una persona que desea ser rica, y que duerme pensando en billetes de banco y en relucientes libras esterlinas, sabrá decir muy bien lo que haría en el caso de que sus sueños se trocaran en una preciosa realidad.
Creemos que nuestra encuesta no es una cosa del otro mundo, ni tampoco un rompecabezas de difícil solución. Al desear algo lo hacemos con un fin, con un deliberado propósito, siempre hay una causal que justifica nuestros sentimientos. ¿Deseamos ser ricos? ¿Para qué? La respuesta surge sola, al impulso mismo de la pregunta.
Pues, bien, escríbase esa respuesta en forma más o menos correcta, désele cierta gracia y se habrá contestado a nuestra pregunta. La tarea no puede, pues, ser más fácil ni más trivial. Está al alcance de todos. En cambio los que tomen parte en esta especie de torneo podrán apreciar los sentimientos e inclinaciones de los demás, pues, no todas las personas desean ser ricas para lo mismo.
Hay hombres distintos, distintas ideas, pareceres y anhelos. En eso, sin duda alguna, estribará la importancia de la encuesta que iniciamos en el presente número de El Hogar.
Las respuestas no deben contener más de 100 palabra y serán escritas con letra clara para evitar confusiones y facilitar la tarea de los encargados de la encuesta. Las contestaciones se publicarán en el mismo orden que se reciban en la redacción.

NOVIAS



Srta. María Ernestina Figueroa
Srta. María Durac Mignaberrigaray

Srta. Carmen Pérez Catón

Srta. Susana Niño Vela
Srta. Virginia de Marinis

Fot Merlino.

FIESTA



Interesante fiesta infantil realizada en casa del



rMartínez, con motivo del cumpleaños de su hijita Fituta

Bodas blancas

—"¿Cómo es eso, señor Vinolet, va usted a salir con semejante tiempo? ¿No le tiene miedo a la muerte? Mejor sería que viniera al salón: justamente falta una pierna para el bridge."

El viejo profesor hizo señas de que le era imposible, con un gesto un poco teatral, de toda su persona temblorosa. Y salió sin decir una palabra, con los pálidos ojos fijos en el vacío, para no ver las curiosidades femeninas, chisporroteando en los pliegues de todas las arrugas y en los viejos labios de bocas desguarnecidas.

Ante él veía el jardín de la Casa de Pobres Vergonzantes. Las sombrías borduras de boj que lo rodeaban recordaban la orla de luto de una esquela mortuoria. El cielo pesado de nubes parecía henchido de próximas avalanchas.

Tras él, la galería de cristales, templada por el calorífero, se poblaba de pensionistas que salían del comedor.

Los ancianos y las ancianas que tras largos trámites y solicitudes habían conseguido ese asilo supremo, apreciaban mejor tal privilegio en aquel horrible día de invierno. ¿Dónde estarían, si la benéfica fundación, no les asegurara por un precio irrisorio este relativo bienestar?

Sesenta camas en dormitorios comunes y veinticinco habitaciones particulares tenía la casa.

¡Las habitaciones!... ¡cuántos las ambicionaban, y cuántos, en el mismo establecimiento, y fuera de él contaban para obtener una, con la muerte posible de los actuales ocupantes!

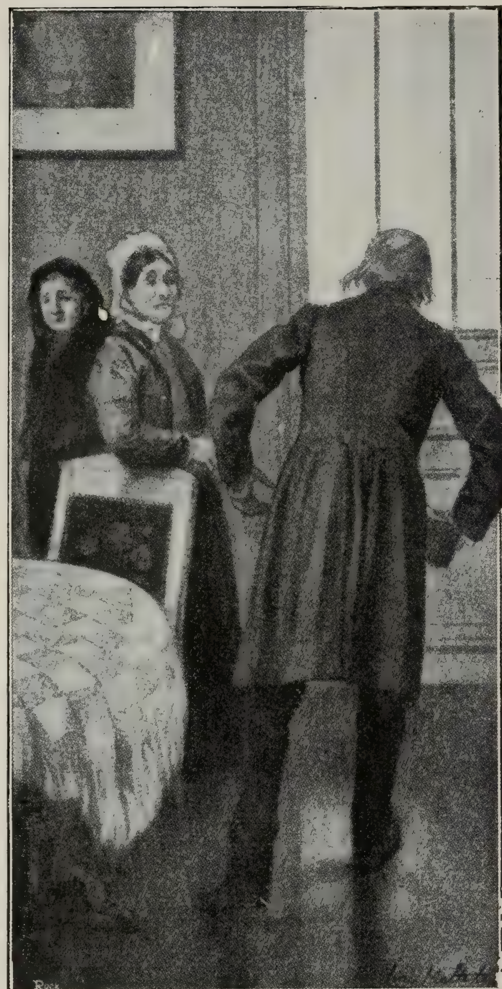
El señor Vinolet, antiguo profesor, era de los felices: Tenía una habitación particular.

— ¡Dios mío, parece mentira! — murmuraba una vieja, rozagante todavía, con sus bucles blancos coquetamente peinados. A su edad,... no poder quedarse en casa tranquilo con el tiempo que hace! ¡Qué bien agarradito lo tiene esa a quien va a visitar todos los días!

—¿Se fijó usted?,—dijo otra—hoy también llevaba un paquetito.

—¿De dónde sacará dinero para hacer esos regalos?

A lo largo de la galería rodeada de bancos, los comentarios seguían su curso. En aquellas ancianas criaturas, heredadas de todas las gracias, subsistía el sentimiento de las rivalidades femeninas. No admitían que el viejo camarada desdeñase su compañía.



—¿Cómo es eso, señor Finolet? ¿Va usted a salir con semejante tiempo?

—¿Y por quién? Imaginaban ellas alguna grotesca y senil aventura.

Entre tanto los zapatos de goma del señor Vinolet marcaban sus huellas en la tierra blanda. El arrugado rostro se enrojecía por la congestión de la poca sangre que al pasar por los pulmones recibía el choque del aire helado.

—"Se expone usted a una pulmonia, hace usted una locura en salir, señor Vinolet", le dijo el ecónomo que apareció en el umbral de su pabelloncito cerca de la gran verja de entrada.

El anciano se detuvo y dijo con voz temblorosa:

—"¿No hay ninguna esperanza antes de fin de mes, señor ecónomo?

El ecónomo movió tristemente la cabeza.

—"No hay ni un solo sitio libre, ni aún en los dormitorios comunes. Además... hay tantos inscriptos antes que su cuñada. ¡Y con mejores cuñas, que es lo peor!

—"¿Qué hará la pobre vieja?" Dijo Vinolet con desesperación. "Dentro de tres semanas se quedará en la calle".

Y salió: fué según su costumbre cotidiana a llevarle a la hermana de la mujer a quien había amado durante veinte años y a quien lloraba todavía, lo que había podido guardarle de su mísero almuerzo. La muerte repentina de un hijo que la mantenía, dejaba a la desdichada en el mayor desamparo. Tenía setenta y dos años y estaba casi ciega.

Cuando Vinolet regresó, se detuvo en el pabellón del ecónomo.

—"¿Señor, preguntó, se opondría el reglamento a que yo ceda mi cuarto y mi sitio aquí, a mi pobre cuñada? Soy hombre y soy sano. Ella es mujer, está enferma, moribunda. Mañana la echarán a la calle"...

—"Ni piense en eso, señor Vinolet", dijo el ecónomo.

—"¿No puedo cederle mi lugar?"

—Imposible.

—¿Puedo darle la mitad de mi habitación?

—No.

—Pero aquí hay parejas, marido y mujer que viven juntos.

—Son casados: es muy distinto.

—Señor ecónomo, replicó el viejo Vinolet rojo de emoción: ¿se opondría el reglamento a que yo me casara?...

H.



ADIVINANZA

(Esta graciosísima composición tiene su historia. Apareció hace doce años en "Caras y Caretas", con la firma de Luis Chalard. Gustó mucho y todos se preguntaban quién sería Chalard. La paternidad de la "Adivinanza" fué atribuída a diversos escritores y aún a cierto político de fuste. Después de tantos años, la casualidad nos ha puesto en posesión del enigma, y creemos que bien vale la pena reproducir el coloquio. Su autora, el misterioso Luis Chalard, es la distinguida escritora señora Rosario Puebla de Godoy, cuya galana pluma ha honrado más de una vez las páginas de EL HOGAR.)

(Dos pilluelos. — Uno lleva colgado en el brazo un canasto tapado con un paño):

— Chéi, Pedro, querís adivinárme úna adivinánza?

— ¡A ver, largála y verís si la pillo de la cola!

— ¡Si podís!...

— ¡Y cómo no!

— ¿Sois cápaz de adivinar lo que llevo en este césto?

— Bueno... pero dame unas señitas...

— Is para vender. Son rédondos y dúros y emprincipian con b.

— ¡Bizcochos!

— ¡No! Son dúros y blándos...

— ¡Búñuelos!

— ¡No! Son dúlces y se vénden por dócenas...

— ¡Bagres!

— Ti dicho que son rédondos, dúros y...

— ¡Blandos! ¡Qué barbaridá!

— ¿Te dáis por vencido?

— ¡De juro!

— ¡Pues tí páso por debajo de la cóla del pávo y te digo que son búevos!!!

— ¡Pucha! ¡Y tan clarita qu'éstaba! ¡Si soi avestruz!

—Adiós y poné múchos pa venderlos y ganar plata.

Luis CHALARD.

La Plata.

Hacia el ideal...

(Romance)

Para EL HOGAR.

I

Va la virgen..., va la blonda princesita misteriosa..., va la dulce prometida del Ensueño, lentamente, suavemente, bajo el palio de la aurora; del litúrgico ciborio de sus labios desgranando las perladas armonías de una mística romanza, nota a nota...

— ¿Dónde irá la princesita?...

— ¡Va a la Gloria!...

Tal pregunta una andolina que se aleja, y orquestando sus arrullos le responden las palomas...

Y, los lises pensativos, y las pálidas magnolias, el jacinto, las violetas, el heliotropo y las rosas, — lo más frágil, lo más bello, lo que vive de más puro, más ideal entre las cosas con que la naturaleza nos cautiva y nos asombra, — al pasar la linda niña desplegaban sus corolas, y le daban sus perfumes, que la brisa suave y loca, esparcía en los alcores aventando con el mágico abanico de sus alas de gigante mariposa!...

— ¿Dónde irá la princesita?...

— ¡Va a la gloria!...

Y, pasaron muchos días, y la virgen caminaba... caminaba, siempre sola...

II

Una tarde, — a esa hora, cuando el sol envuelto en llamas, ora pálidas o rojas, y entre un cúmulo de nubes vaporosas, váse hundiendo mientras deja, allá en el huérfano Oriente, un reguero de palores que es la sombra... sombra a trechos combatida por los rayos de un lucero de luz blanca, inmaculada, como el velo de una novia... — llegó al fin la princesita a los umbrales de una choza, do vivía la Esperanza bienhechora... ¡Mas, después de mucho tiempo, que la virgen caminara siempre sola!...

— ¿Qué me pides, princesita?... ¡Nada tengo!... Mas ¡mi reina!...

— ¡Sin corona!...

Y enjugándose los ojos llenos ya de blancas perlas, abrazada al hada hermosa, prorrumpió:

— ¡Salve, Esperanza!... ¡Clara fuente del desierto de la vida!... ¡Santa copa nunca falta de un elixir confortante!... ¡Flama eterna que en las sombras de la noche del destino, nos alumbras y nos guías!... ¡Salvadora mano oculta que en el borde del abismo nos detienes!... ¡Eucarística paloma, cuyo pico nunca cesa de llevar para la boca del hambriento, criminal o miserable, el mendrugo porque llora!... ¡Tú, la única que puedes alcanzarlo todo, todo... ¿no tendrías para mi alma dolorosa, compasión?...

— ¡Soy solo una hada!...

— ¡Oh, la Gloria!... Dulce anhelo de mi vida, por quien todo, soñadora, abandoné... desdeñando mis tesoros, mi corona, los placeres infinitos con los príncipes galantes... ¡el delirio de las bodas!... Y, de todo, más que nada, lo más triste, más amargo... unos padres... ¡ay! mis padres, que me adoran!...

. . . .

Dijo, y llorando la niña, volvió a tomar el camino amargado de la Gloria...

Y, pasaron muchos años... muchos años... y la virgen caminaba... caminaba... siempre sola!

Severo F. VILLANUEVA.



— 1

De donde, cambiando de signo a la ecuación, o, lo que es lo mismo, multiplicando sus dos miembros por — 1, resulta:

x = — b + ...

—

Y mientras el alumno, encarado con la ancha pizarra, desarrollaba la nueva fórmula, la reducía entrando a saco en sus rincones misteriosos, oxeando exponentes y radicales que huían espantados, saltando de un miembro a otro como aves perseguidas y amenazadas..., el viejo ctedrático quedóse abstraído, murmurando, como eco que repite las últimas sílabas de una frase:

—Cambiando de signo..., cambiando de signo...

El bedel, silenciosamente, apareció en la clase por la puertecilla situada detrás del sillón del anciano profesor, y con mesurados movimientos gatunos, colocó ante el arrugado viejecillo—aplastado por el peso de la toga—un ancho sobre enlutado, en el que se destacaba una larga cruz negra, severa, "amenazadora"... Ello era una esquela mortuoria—veíase a cien leguas—el facsímil de una hora profunda, misteriosa, en cuyo avaro seno acaso dormía alguien ya...

Eseremeciéndose de terror, terror senil, merecedor de toda disculpa en quien durante largos años ha burlado a la Ineluctable, el conturbado matemático desplegó la ominosa misiva y, calándose los recios quevedos de carey, posó sus frías miradas sobre ella.

Quedóse inmóvil, pálido, agobiado por la impresión... Tan formidable fué el golpe recibido. Apoyó los codos sobre la mesa, ocultó la frente en las abiertas palmas de sus manos y sobre la lista de la clase cayeron dos gruesos lágrimones, tributo rendido al dolor por los cansados ojos del anciano.

Los alumnos, conmovidos, guardaron silencio, como si ante ellos se apareciese, rodeado de blandones, el cadáver de aquel cuyo tránsito anunciaba la esquela..., y el catedrático, alzando la testa venerable, pudo apenas, cno voz velada por la emoción, pronunciar balbuciente estas palabras:

—Continuaremos mañana, señores... Pueden ustedes retirarse...

Salieron los muchachos silenciosamente, ahogando la alegría producida por aquel sueto inesperado, dirigiendo una compasiva mirada al viejo profesor, cuya angustia adivinaban... Y cuando éste vió el aula desierta, cruzó los brazos sobre el vade, reclinó sobre ellos la frente y prorrumpió en sollozos como un niño.

Sor María Jesús de San José—en el siglo, señorita María de la Luz,—había fallecido a los cincuenta y seis años de edad y treinta de religión.

¡María de la Luz! ¡Lucita!... La amada, la adorada, la inolvidable!...

Toda su propia vida, en visión dolorosa, cual procesión goyesca de cruentos disciplinantes, pasó ante los cerrados ojos del angustiado maestro. Volvió éste a verse joven—pálido, tristón, encorvadillo, como lo era entonces,—en aquellas benditas tierras floridas y verdes de la amada montaña, y volvió, ante su vista deslumbrada, a aparecerse por primera vez aquella divina cria-

tura, más ángel que mujer, qu einundaba los campos de luz con su presencia, el aire de armonías con los cristales de sus risas y con las dulzuras de su voz, y el ambiente de perfumes con los nardos de su aliento... ¡Qué hermosa estaba aquel "primer día", aquel primer día en que el Señor creaba nuevamente la Luz, para encanto y ecreo y consuelo de los hombres!

Era una tarde de romería; el prado, verde y húmedo, sembrado de manzanillas y de tréboles, servía de alcatifa a la amplia rueda de bailadores; cantaban las mozas bajo unos álamos, agitando sus panderetas; las flauta y el tamboril resonaban entre el boscaje, evocando a los dormidos faunos, despertando al viejo Pan, reuniendo a las dispersas ninfas..., y bajo un dosel de madreselvas, rodeada de doncellas y de galanes, apareció una mujer, un copo de nieve envuelto en esofas de oro, nimbado de rayos de sol...

Era María Luz, Lucita, la hermosa, la apetecida, la codiciada..., el mejor partido de la provincia, chica rica, hija única...

¡Qué hermosa era Lucita! ¡Qué azules sus ojos, de claro mirar sereno; qué rojos sus labios, de entreabierta flor de granado; qué bella su faz de nácar y de rosa; qué rubios sus cabellos, sutiles hebras de oro!... Sus manos eran dos jazmines; sus pies, dos almendras; su cuerpo, una palma... ¡Qué hermosa aparecía a los veinte años, ante unos ojos soñadores que, indiferentes, habían deslizado sus miradas por el mundo, sin descansar una vez siquiera en el dulce regazo del amor!... Porque Juan Manuel, el hombre de ciencia, el famoso doctor, el futuro catedrático, absorto en sus estudios, metido en sí, reservado, huraño, n ose había acordado de que era hombre hasta que vió a Lucita; y hasta que contempló su hermosura de ella, no había reparado en su fealdad de él; y hasta que admiró la juventud ajena no se dió cuenta de la pérdida de la juventud propia..., y hasta que vió a Venus, no había sentido jamás el fiero saetazo del amor.

Juan Manuel amó a Luz con toda su alma. La amó por hermosa y la amó por imposible..., porque Lucita tenía novio: un muchachote gentil, arrogante, distinguido, abogado de la última hornada, hidalgo... mozo de gran porvenir, aunque de menguado presente, a quien Luz amaba con delirio, a quien devolvía perla por perla, flor por flor, suspiro por suspiro, todos los suspiros y todas las perlas y todas las flores de un pecho enamorado. María Luz, que, libre, no sería de Juan Manuel, iba a casarse... Y al convencerse él de que su amor hacia ella era un absurdo, encerrólo dentro de su corazón y la amó más aún: con ansias de desesperado, con aplanamientos de vencido. Ascua viva era su amor, oculta en lo más hondo de su pecho; brasa ardiente, mordedora, amortajada con el albo sudario de las cenizas...

María Luz era rica, y la fortuna ciega, al girar de su rueda, la trocó en pobre. Arruinados los padres de Lucita, hallóse ésta al borde de la miseria..., y entonces ocurrió lo inesperado, lo incomprensible, lo absurdo... Con el bienestar, huyeron las amistades, volaron las relaciones, y se escapó el amor. El amor, ¡oh, dioses!, que parecía no ser cosa de este mundo; tan alto, que no podrían mancharlo con sus impurezas las salpicaduras del lamedal terreno; tan recio, que no podrían combatirlo todas las tempestades humanas...

Desertó el amor, y el amador de un día, volviendo el rostro, tendió de nuevo su arco, lanzó su flecha y la clavó—lejos de María Luz—en un burdo saco henchido de doblones. La virgen quedóse viuda.

Juan Manuel, grande y noble, lloró el dolor de Luz—dolor que para él podría ser alegría;—sintió en su propio rostro la afrenta de ella, ¡de ella, tan suya, que era él mismo!, y, andando el tiempo, sin ofrecerse él: mísero, deforme, viejo, atre-



vióse como dádiva piadosa, como reparador acto de justicia, a ofrecer lo suyo: su posición, sus caudales, su talento, su nombre...

Y María Luz, serena ya, resignada ya, vencida ya, y hermosa, hermosísima siempre, depuso su arrogancia, destruyó sus ilusiones, desgarró su corazón y aceptó a Juan Manuel como futuro esposo.

Nada se había hablado aún de la boda, ningún paso oficial habíase dado; el compromiso éralo de los dos y sólo de los dos.

—Luz mía: vas a ser mi mujer, tú, que lo eres todo para mí; que te amo con todo mi corazón... Abreme tu pecho; no me engañes, que no merezco ser engañado. Dime la verdad, como si fueras a morir y al confesor se la dijeras... Bien sé que no me amas, que no puedes amarme aún, como estoy seguro de que habrás de amarme después, cuando la gratitud pase a ser amistad, y ésta se convierta en amor...; pero temo, dudo, vacilo...; tiemblo ante la idea de encadenarte a mí para siempre, de atarte de pies y manos a mí, que podré ser tu cruz: no cruz redentora que salva, sino mortal suplicio que martiriza... El mundo, en su rodar continuo, puede convertir mañana en fácil lo que es imposible hoy... Lo destruído puede reedificarse; reunirse lo disperso, soldarse lo roto. No quisiera cerrar tus puertas a la esperanza... Lucita, lee bien en tu corazón, no te engañes, no te engañes tú, amor mío, y díme: si, por ventura, ''él'', libre..., volviera mañana a tí..., ¿volverías tú a ''él''?... ¿Lo amas aún?

—¿Amarlo, dices? — exclamó, apretando los dientes hasta hacerlos rechinar.—¿Amarlo aún? ¡Qué poco me conoces! ¡Lo aborrezco, lo odio con todas las potencias de mi alma!...

—Haces mal, Luz. Luz de mi vida, haces mal —contestó moribundo.—Eso no es cristiano... Recoge tu palabra... y no te cases. Tiemblo, no por mí, que sabría perdonártelo todo, que acaso podría evitarlo todo...; tiemblo por ti misma. Tú no puedes amar a nadie, porque tu alma toda está henchida, saturada, de una pasión tan arrolladora, tan absorbente como el amor... Tu alma destila odio, y el odio, vida mía, es tan fuerte como el amor, porque es el amor mismo... El odio es el amor... ''con signo contrario''... Donde yo esperaba encontrar indiferencia, hallo aborrecimiento... Recoge tu palabra, Luz, Luz de mi vida y no te cases... ''Vete a un convento, Ofelia''.

Por esto causó al viejo catedrático don Juan Manuel, impresión tan honda y tan violenta la esquela mortuoria recibida aquella mañana, en el preciso momento en que él—revolviendo, acaso, las lindes de su pecho—decía a sus discípulos:

''De donde, cambiando de signo a la ecuación, o, lo que es lo mismo, multiplicando sus dos miembros por — 1, resulta...''

... ¡Resulta el recuerdo amarguísimo de una época, en la que él estuvo a punto de ser este — 1!...

Vicente DIEZ DE TEJADA.

Supersticiones nupciales

Muchos países tienen sus creencias y supersticiones propias acerca de las bodas. En muchas partes se consideran infaustas las bodas celebradas en mayo, creencia que data de los romanos según los cuales el referido mes se hallaba bajo la influencia de los espíritus adversos a la felicidad de los matrimonios. En cambio, el mes de junio era considerado como el más propicio para casarse.

Las supersticiones matrimoniales eran numerosísimas en los tiempos medioevales. La gente recurría a toda clase de filtros de amor, invocaciones mágicas y otras tonterías que se suponía traían la buena suerte al novio o a la novia. Algunas supersticiones de la Edad Media eran muy curiosas. Creíase de muy mal agüero que al ir los novios a la iglesia encontraran en el camino un fraile, un sacerdote, una liebre, un perro, un gato, un lagarto o una serpiente y en cambio se consideraba de muy buena suerte el encuentro de un lobo, una araña o un sapo.

''Cásate en Cuaresma y vivirás para arrepentirte'' es una superstición que aún subsiste en muchas regiones donde se consideran impropios para festejos de bodas los días cuaresmales.

También se cree que es malo que llueva el día de la boda, porque presagia que la novia ha de llorar mucho. Asimismo es de muy mala suerte para la novia ponerse el vestido de la ceremonia antes del día de la boda.

En Inglaterra, y no sabemos si en otros países, se cree que la joven que es tres veces madrina de boda no se casa nunca, por lo cual no hay muchacha casadera que quiera ser madrina más de dos veces.

Considérase de mal agüero que el novio y la novia tengan las mismas iniciales.

Los novios suecos tienen mucho miedo a los gnomos y a los aparecidos y como defensa contra sus asechanzas se cosen en los forros de la ropa diversas plantas de olor fuerte, tales como el ajo y el romero. Las novias, por su parte, tienen la costumbre de llenarse de pan los bolsillos y repartirlos entre los pobres que encuentran en el camino de la iglesia para alejar la desgracia con estas limosnas. Al regresar de la iglesia los recién casados, visitan sus establos y sus rebaños, porque creen que de este modo se reproduce y se multiplica más el ganado.

El anillo nupcial es un símbolo que data de muy antiguo y cuyo uso está muy extendido, con diversas variantes, pues en unos países usan dicho anillo ambos cónyuges, mientras que en otras partes sólo lo llevan el marido o la mujer. También varía el dedo en que se lleva.

En los tiempos antiguos puede decirse que el marido compraba a la mujer, y así como los judíos confirmaban las ventas dando una sandalia a los compradores, los papás anglosajones daban una bota al novio, el cual pegaba con ella en la cabeza a la novia indicando que desde aquel momento era de su propiedad.

Cuando se celebra alguna boda en Inglaterra, todas las muchachas casaderas procuran guardar un trozo del pastel que se sirve en la comida, para ponerlo debajo de la almohada de su cama, porque creen que así se casan más pronto.

Y todo lo dicho prueba que la superstición y la tontería están muy extendidas por el mundo.

Pianistas célebres



Pocas son las personas que conocen cómo se ha desarrollado la técnica del piano desde los primeros pasos con el clavicordio hasta nuestros días.

Las dificultades fueron allanadas en los últimos tiempos, por hombres de reconocida inteligencia musical, tales como Clementi, Kalkbrenner, Mozart, Beethoven, Weber, Schumann, Chopin y Mendelssohn, cuyos nombres son mundialmente conocidos.

Liszt y Rubinstein se encuentran también asociados al desarrollo de la técnica; sus composiciones, llenas de melodías y ritmos, representan al pianista profesional, estudioso y amante del arte.

En nuestros días el bagaje del gran pianista, hombre o mujer, que pasa su vida cosechando triunfos en las grandes ciudades del mundo, está por arriba de la comprensión de la mayoría. Sólo los que han estudiado suficientemente pueden emitir juicios con cierto viso de justicia.

Para conseguir agilidad en los dedos y allanar las dificultades de técnica es preciso estudiar mucho. Casi podría decirse que la perfección en el piano, es la obra de los años.

La profesión musical está penosamente abarrotada; hoy día el número de pianistas que se presenta en público es enorme y tiende a experimentar aumentos de consideración. De toda esta larga falange de hombres y mujeres, niños y viejos, son pocos los que logran triunfar en el difícil arte.

En la vida de esta gente no hay un momento de quietud ni de descanso. Como corolario final deben estudiar siempre y mucho porque una generación más joven los sigue de cerca tratando de alcanzarlos. Entonces se entabla una lucha desesperada, en la cual el viejo está predestinado a sacar la peor parte.

Si el que supo arrancar aplausos, cae vencido por nuevos retoños, por gente joven y fuerte, le queda el santo derecho de manifestar que es ciudadano de cada país amante de la música y que habla, con los dedos sobre el teclado, un lenguaje que comprende una gran mayoría.



Quizá si se interrogara a mil amantes de la buena música acerca los seis más grandes pianistas en nuestros días, todos, en la nómina harían figurar el nombre del célebre Ignacio Juan Paderewski.

Este mago del piano es polaco; nació en la provincia de Podolia, hace 52 años e hizo sus estudios en el conservatorio de Varsovia. Al final del primer curso llegó a ser profesor.

Poco después, y cuando estuvo seguro de sus condiciones de pianista, fué a Berlín y a Viena con el propósito de perfeccionar sus estudios. En la segunda de estas ciudades estuvo bajo la dirección de uno de los más grandes maestros de la edad moderna: Teodoro Leschetizky.

Por primera vez se presentó en público en Inglaterra en 1890 consiguiendo un triunfo completo.

Desde el día de su debut, hasta la fecha, su figura como artista ha adquirido proporciones enormes, conquistando un nombre tan justo como merecido.

Como compositor nos ha dado una ópera ''Manrú'' y una sinfonía en B menor, ejecutada bajo la dirección de Brether, hace dos o tres años. Además ha escrito varias melodías para piano.

Cercano a Paderewski está el polaco Pachumann. Es 12 años mayor que aquél, y sus padres fueron músicos de alguna fama.

Pachumann es uno de los más agudos críticos entre los pianistas vivientes.

Es este el pianista más difícil de conformar. Basta un solo ejemplo para demostrar cuanto decimos. Después de haber cursado estudios en Viena y conseguido una respetable cantidad de premios, hizo un hermoso debut en Rusia, sin encontrarse personalmente satisfecho, no obstante estarlo cuantos concurrieron al concierto.

A raíz de esto se retiró a la vida privada, permaneciendo 8 años sin aparecer en público.

Hace treinta años que debutó en Londres. Hoy día no tiene rival como intérprete de la música de Chopin.

Otro pianista polaco de mucho nombre es Leopoldo Godorowsky.

Nació en Viena hace 42 años. Hizo su debut a los 9 años, con tanto éxito que a éste siguió un viaje a través de Polonia y Alemania.

Luego perfeccionó sus conocimientos en Berlín y, a los 14 años efectuó un viaje por América.



Después de recorrer Europa, empleando para ello doce años, y de cosechar infinidad de triunfos, volvió sus pasos hacia América. En la ciudad de Chicago fué nombrado director del conservatorio musical.

Bajo las manos de Godorowsky el instrumento semeja una orquesta; tal es la seguridad y precisión técnica con que ejecuta las piezas.

Apartándonos por un momento de las celebridades para ocuparnos de los pianistas monstruos, nos toca manifestar que, quien marcha a la ca-

beza de estos últimos, es Teresa Carreño, nacida en Caracas, capital de Venezuela.

Teresa Carreño se educó en Nueva York, pasando luego a Europa, donde fué discípula de Antonio Rubinstein.



Su debut como pianista lo hizo a los 9 años de edad. A los 22 dejó toda clase de distracciones para dedicarse de lleno al piano, por el que sentía una vocación indescriptible. Como artista es realmente perfecta. Hay momentos en que, los que la oyen sin verla, creen que no es una mujer la que toca; tan viril es su manera de ejecutar.

Fanny Dawis, nacida en Guernesey hacen 50 años, es una pianista popular inglesa. Estudió en Francfort bajo la dirección de míster Schumann.

A los 24 años debutó en el "Crystal Palace" bajo los auspicios de Sir Augusto Maunes.

Poco después de su debut fué contratado por los directores de la Sociedad Filarmónica y de los "conciertos populares". Su éxito fué tan rápido como merecido. Hoy se halla a la cabeza de los pianistas ingleses.

Entre la generación joven de pianistas ocupa lugar preferente M. Katarine Goodson.

Sus primeros estudios los realizó en una provincia inglesa, concluyéndolos en Londres donde reveló sobresalientes condiciones. Más tarde estuvo en Viena, siendo dirigida por Leschetitsky, durante cuatro años.

En 1903 contrajo enlace con Mr. Arturo Hinton, un compositor de bien sentada fama. Las composiciones de éste son presentadas al público, en el piano, por su señora.

Federico Lamond, el gran intérprete de Beethoven, ha conseguido renombre fuera de su patria.



Nació en 1868. A los 14 años ingresó en un conservatorio alemán bajo la dirección de von Bulow y Liszt. Antes de los 18 años se presentó en público, en la ciudad de Berlín, consiguiendo un éxito muy halagüeño.

Al año siguiente apareció en Londres, y Franz Liszt, que se encontraba de viaje, asistió al concierto de su discípulo. El alumno supo hacer honor al maestro.

En el Crystal Palace y en la Sociedad Filarmónica se consolidó su reputación, corriendo su nombre por todos los países del mundo.

Es un pianista que al ejecutar a Beethoven, se coloca a la altura de Pachumann y de Raúl Pugno.

Raúl Pugno es uno de los más grandes pianistas vivientes, quizás el más sano y hasta el más sincero.

Tiene 60 años. Nació en París; fué organista, maestro de coros y profesor de piano. Es curioso que, al propio tiempo que sobresalía como pianista, fuera compositor fecundo. En sus composiciones musicales ocupan puestos preferentes trabajos sobre ópera cómica, pantomimas, ópera bufa, cantos, danzas, etc., etc. No visitó Londres hasta los 40 años.

—

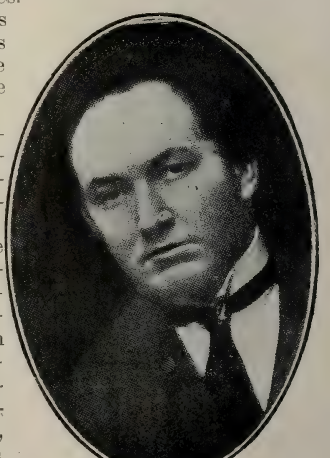
El joven australiano M. Percy Granger es otro pianista de volúmen. Fué él quien sacó del olvido la hermosa composición "Los Old English Folk Sougs" (Cantos de la vieja gente inglesa).

Sus primeros estudios los hizo sin maestros de ninguna clase. Se presentó en público por primera vez, en la ciudad de Melbourne, donde fueron reconocidas sus buenas cualidades.

Más tarde viajó por varios países europeos, consagrándose como excelente pianista.

—

Mr. Hamilton Harty, de treinta y tres años de edad, es otro músico que goza de bastante fama por sus producciones.



Tiene escritas sinfonías, piezas para concierto, de violín, música de cámara, etc., etc.

Donde más sobresalió fué acompañando a los grandes cantantes modernos.

Es quizá uno de los músicos más fecundos y laboriosos, pues sus producciones recorren el mundo en cantidad considerable, apreciándoseles por su forma, variedad y buen

gusto musical. Harty es un enamorado del arte. Desde muy joven se reveló un artista de cuerpo entero. Siendo niño se presentó en público, ante un considerable número de familias conocidas y, no obstante su corta edad, se portó muy bien ejecutando piezas de reconocida dificultad.



Esto fué lo que dió margen a que sus padres se ocuparan más de la educación del niño.

Fué un alumno estudioso y aprovechado. En poco tiempo logró igualar a sus maestros y profesores, lo que revelaba en él condiciones poco comunes en música.

Mr. Hamilton Harty tiene fama como pianista, pero con lo que ha cosechado más triunfos, logrando que su nombre se popularice por todo el mundo, es con sus producciones llenas de sentimiento y música.

Como acompañante de artistas no tiene rival. De tal manera se posesiona de los papeles, tan a fondo van sus estudios, que, por difícil que sea la partitura, él la ejecuta con una precisión que podría llamarse matemática. En su calidad de acompañante ha trabajado con gran número de artistas de fama mundial, lo que ha contribuído, en gran parte, a que su nombre se popularice haciéndosele la justicia que tiene merecida.

Es joven, entusiasta y de inteligencia clara, tres cualidades suficientemente valiosas para creer que aún logrará subir a mayor altura, para colocarse a la par de los mejores del mundo.

Mr. Grainger es otro pianista de mucho vuelo y cuyas producciones han causado la admiración de la gente entendida en cuestiones musicales

Como Harty, es joven y trabajador; su carrera en el piano la inició siendo una criatura, pues, como tantos otros, se reveló artista al poco tiempo de comenzar los estudios. Dos años de conservatorio fueron suficientes para que el joven estudiante se elevara a sorprendente altura.



Fué entonces cuando, tanto sus profesores como sus maestros, comprendieron que se trataba de un niño llamado a ser todo un genio en el difícil y hermoso arte musical.

Más tarde, cuando ya su nombre comenzaba a circular, pronunciándose con cariño y respeto, hizo conocer varias producciones que produjeron excelente impresión entre los artistas y los aficionados a la buena música.

Puede decirse que desde entonces el nombre de Grainger fué acercándose poco a poco al de los más célebres pianistas de la época actual.

Es un acompañante de primera fuerza. En esto resulta un digno rival de Harty. Como éste, sabe hacerse sentir con satisfacción, arrancando los aplausos del auditorio con una facilidad que asombra y encanta.

Al igual que el anterior ha trabajado con cantantes muy buenos, mereciendo ser continuamente disputados por éstos.

Y no se crea que acompañar es una tarea trivial al alcance de cualquier pianista.

Como todas las cosas tiene sus secretos, los que es necesario descubrir por medio del estudio, la dedicación y el gusto, si se quiere.

Es el acompañamiento, una de las tantas bagatelas que, miradas en el fondo, dejan entrever grandes dificultades.

Antes de cerrar estas breves notas biográficas, deseamos ofrecer a nuestros lectores la vida íntima de Schubert.

La suerte había decidido que Beethoven, el prodigioso maestro de la música heroica, fuera conducido a la tumba precisamente el día que Schubert debía presenciar el casamiento de sus mejores amigas, Hedwiga y Heida. Pero él prefirió elegir el paseo tras el ataúd del gran muerto y mientras las dos bonitas muchachas, después de haber sofocado cada una un principio de simpatía hacia el pobre musicante, iban a confiar su juventud y su felicidad en manos de dos honrados burgueses, Schubert caminó solemnemente detrás de un féretro, él, a quien parecía que en toda su vida ninguna felicidad amorosa debía de sonreirle, Schubert llevó una antorcha como los demás músicos.

Cuando después de diseminado el cortejo fúnebre, los amigos volvieron a encontrarse, anduvo Schubert, al regresar a su casa, callado siempre. El día ya había casi transcurrido y los amigos propusieron pasar un rato en la ciudad.

En el camino de las acacias, tuvieron que apartarse para dejar paso a tres coches. Eran las dos parejas que emprendían el viaje de bodas. Y en el tercer coche iban los padres acompañándolas con Hannel, la hermana menor.



Las jóvenes llamaron y guiñaron. Hannel gritó:

—Bertl Bertl (diminutivo de Schubert) . Y hasta los padres bajaron del coche para ver si conseguían que su viejo amigo se decidiese a ocupar un sitio entre ellos. Hannel ya se disponía a recoger su vestido para que ocupara menos sitio, pero Schubert, sumido en pensamientos profundos, sólo se sacó el sombrero y saludó, completamente distraído y triste.

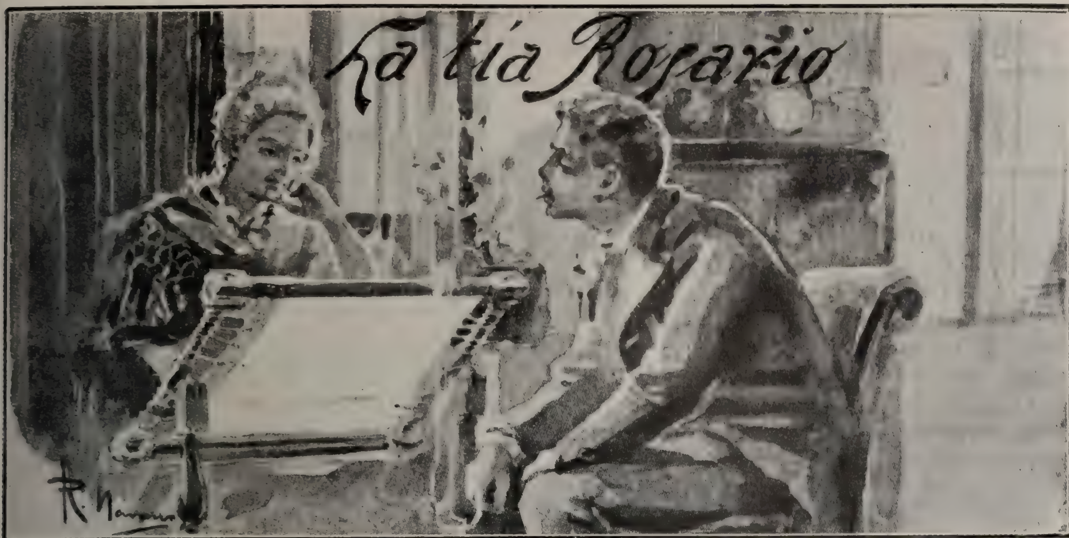
G. R. FAUSHANE.

LA NUEVA MUÑECA



La rica heredera, la niña mimada,
la que rizan gentiles doncellas
su trenza dorada,
el encanto del viejo palacio,
la niña preciosa,
la que envuelve en riquísimas pieles
sus carnes de rosa;
la que deja en muellísimo lecho
su cuerpo rendido,
mientras van de puntillas las damas
con blando ruïdo,
tiene un rico bebé, prodigioso,
de rara hermosura,
al que viste, lo mece y lo besa
con ciega ternura.
De sus muchos juguetes, ninguno
estima ella tanto
como al rico bebé, que es su dicha,
su gozo y su encanto.
El bebé es simulacro, y es nuncio
de aquellos amores
que después ilusionan el alma
con vivos fulgores.
Una noche, el lebrel predilecto,
que husmea y retoza,
al bebé, que en su lecho yacía,
asalta y destroza.
En él ceba el impulso terrible
que anima a su raza,
y ejercita en el pobre muñeco
su instinto de caza.
Lo tritura, lo asalta, lo acosa,
lo toma, lo deja,
y hasta verlo deshecho en mil trozos,
ni para ni ceja.
¡Cuánta pena produjo a la niña,
qué angustia, qué espanto,
ver en tierra, deshecho el muñeco,
que ella amaba tanto!
No hay promesas, caricias ni halagos,
que amengüen su pena,
y su llanto del viejo palacio
las salas atruena.
Pocos días después, un regalo
le dió su fortuna:
una rica muñeca, bellísima,
dormida en su cuna.
Muy despacio la niña mimada
llegóse hasta ella,
la estrechó entre sus brazos, y dijo:
—¡Cuán mona, cuán bella!
Del bebé fué la nueva muñeca
feliz lenitivo.
Todo l mundo se olvida del muerto
pensando en el vivo.
Los mayores pesares el tiempo
en dicha los trueca,
y no hay nadie en el mundo que no halle
su nueva muñeca.

Rafael **TORROMÉ.**



DIME, tía Rosario: ¿cómo es que siendo tan bonita no te has casado nunca?

La primera vez que, siendo todavía un chiquillo, dirigí esta pregunta a tía Rosario, recuerdo, como si la cosa datara de ayer, que vi su semblante ponerse muy pálido y sus ojos llenarse de lágrimas. Comprendí, instintivamente, sin explicarme la razón, que mis palabras habían causado daño, y, deseoso, en mi conciencia de muñeco, de repararlo inmediatamente, acudí al único recurso que tenía a mi disposición:—Anda, tiíta, no llores...—exclamé echándome impetuosamente en sus brazos y cubriendo su rostro de besos.—¿No sabes que te quiero mucho, muchísimo, más que a nadie?

Más tarde, a medida que iba creciendo y que mi imaginación se metía en averiguaciones, asaltóme con frecuencia la misma curiosidad: ¿por qué tía Rosario, que debió ser tan guapa cuando joven, que conservaba, en sus cuarenta y cinco bien cumplidos, agradables vestigios de su belleza, que era siempre tan amable, tan discreta, tan buena y tan rica, no se había casado como sus hermanas, como mi madre y tía Lola, como iban a hacerlo mi hermana Enriqueta y mi prima Paca? Eso de que ella se hubiese quedado solterona me parecía muy raro, y más aún habiendo averiguado, por murmuraciones recogidas acá y acullá, que a tía Rosario se le habían presentado pretendientes a docenas que ella desairó, rehusó constantemente, desoyendo ruegos e instancias, declarando su inquebrantable resolución de vivir como siempre viviera.

Y muchas veces se me vino la pregunta de antaño a los labios, pero sin atreverme a formularla, temeroso de lastimar el corazón de aquella buenísima parienta que fuera para mí una segunda madre, que tanto había cuidado y mimado mi infancia. Hasta que un día, cuando era ya un adolescente, casi un hombre, brotó de nuevo de mi boca aquella interrogación, arrancada por un impulso irresistible.

Fué al caer de una tarde de verano: nos hallábamos mi tía y yo en la sala baja de nuestra quinta, a donde habíamos ido a pasar la temporada estival. Los últimos rayos del sol poniente penetraban por la ventana abierta, junto a la cual estaba mi tía absorta en su labor de tapicería, poniendo como un nimbo de oro sobre la gentil cabeza cubierta de una espesa y rizada mata de pelo blanco como la nieve. Pero se conservaba tan puro el escultórico perfil de su rostro, era de un sonrosado tan suave y, por decirlo así, tan juvenil el cutis terso, sin arrugas; surgía además el busto tan bien contorneado y airoso, que, más que una dama jamona y encanecida, de nueve lustros cumplidos, creí ver la imagen animada de una de aquellas hermosas y elegantísimas marquesas del siglo XVIII, inmortalizadas por los pinceles de Wateau y de Boucher.

Durante algunos minutos la estuve contemplando, sin que ella se diera cuenta de mi examen. Por fin levantó los ojos y me dijo sonriendo:

—¿En qué piensas, muchacho? Parece que estás como embobado.

—Pensaba, tiíta, que cada vez me pareces más guapa.

—¡Jesús!—exclamó ella entre asombrada y risueña.—¿Piropos ahora?... Y ¡qué poco me figuraba yo tener un sobrino tan galante!

—Búrlate tanto como quieras, pero, la verdad, estás monísima así, con el sol que dora tus cabellos. Me gustaría ser pintor para retratarte, tal como estás en este momento: ya verías tú qué marquesa de Pompadour más hechicera saldría de mis pinceles.

—Eso. Y además podrías retratarte tú mismo a mi lado, en traje de abate, para completar el efecto.

Nos echamos a reir los dos, y luego, sin poder contenerme, solté la frase que constantemente bullía en mi cerebro:

—Vaya, tía Rosario, que cuanto más te miro menos me explico una cosa.

—¿Qué cosa?

—Pues que no hayas querido casarte.

Púsose, como la vez primera que hiciera tal pregunta, triste, muy triste, el semblante de mi tía. Y al punto me asaltó el remordimiento de mi ligereza.

—Perdóname,—exclamé cogiendo su cabeza entre mis manos y poniendo un beso en su frente;—perdóname... Soy un tonto, un imbécil, en decirte estas cosas.

—No, hijo mío, no: tu pregunta es muy natural. Y, puesto que te pica la curiosidad por saber el motivo de mi soltería,—añadió tía Rosario con melancólica sonrisa,—voy a explicártelo. Una vez, cuando niño, me preguntaste lo mismo; pero ahora eres ya un hombre y puedo contarte lo que entonces no hubieras comprendido.

* * *

Veinticinco años atrás (ya ves que te hablo de cosas antiguas) vivíamos mi pobre padre, que en gloria esté, mis dos hermanas, esto es, la que hoy

es tu madre, tu tía Lola y yo en un pequeño lugar de la provincia de Zaragoza llamado Villadarsa, en donde llevábamos una existencia de las más precarias. Nuestra posición distaba entonces muchísimo de ser lo que es hoy. Tu abuelo era un humilde maestro de escuela, cuyos miserables haberes no habrían bastado a mantener a su familia, sin el suplemento que mis hermanas y yo aportábamos semanalmente con nuestros trabajos de costura. Con el esfuerzo de todos íbamos tirando; pero había temporadas fatales en que el trabajo faltaba por completo y, entonces, la miseria penetraba en nuestro pobre hogar. Las semanas, y hasta los meses, se sucedían con el cortejo inevitable de cotidianos apuros, y más de una noche nos acostamos sin haber cenado más que un mendrugo de pan negro.

Mis hermanas eran verdaderamente hermosas; yo... pasadera; pero, como ya puedes comprender, no teníamos entre la juventud masculina del pueblo ningún partido. Claro: nos faltaba lo principal; nos faltaba el dinero; y harto se sabía en toda la comarca que, si las hijas del maestro eran guapas, no tenían en cambio donde caerse muertas. Esa circunstancia bastaba para alejar de nuestro lado a todo pretendiente aceptable. Verdad es que, si hubiésemos querido casarnos, pasando por todo, no nos faltara el medio. Más de un gañán, calculando que quien nada posee debe apechugar con quien no tiene nada, se dignó solicitar nuestra mano; pero, como la perspectiva de un matrimonio semejante nos halagaba muy poco, preferíamos la de la soltería perpetua.

De esta suerte vivíamos resignadas a nuestro humildísimo destino, cuando estalló la guerra civil, que a la vuelta de algunos meses convirtió aquel nuestro tranquilo rincón en punto estratégico, en donde las huestes de don Carlos establecieron posiciones importantes, fortificándolas y artillándolas. Era para ellos Villadarsa un buen centro de operaciones, y a cada momento veíamos entrar y salir partidas que poco a poco engrosaban hasta convertirse en nutridos batallones. Cuanto a las tropas liberales, no vimos una sola en algo más de un año. Pero un día nuestra pacífica población escuchó durante largas horas el fragor de un combate empeñado a corta distancia: oíamos perfectamente el estruendo del cañón y las descargas de fusilería; desde la meseta en donde estaba enclavada la iglesia parroquial se veía, allá en el fondo del valle, una densa humareda blanquecina cruzada por un incesante relampagueo.

Caía ya la noche, cuando llegaron a la desbandada los soldados carlistas: la batalla les había sido funesta, y, perseguidos de cerca por los liberales, atravesaban el pueblo en precipitada carrera y se perdían en los vecinos bosques. Tras los fugitivos vinieron los victoriosos, y, como la obscuridad imposibilitaba continuar la persecución, paráronse en aquel sitio y se alojaron en las casas del vecindario.

En la nuestra recibimos a un oficial de húsares y algunos soldados. El oficial, un joven alto, de rostro atezado y mirada enérgica, se excusó con mucha finura de la molestia que por las necesidades de la guerra se veía obligado a causarnos; molestia que, si a la verdad existía, no era nueva para nosotros, puesto que hacía largo tiempo teníamos alojados en casa. Y, que fueran carlistas o fuesen liberales, lo mismo daba.



Al otro día salieron de nuevo a operaciones las tropas del gobierno. Pero, como el pueblo ofrecía una buena posición estratégica, el general dejó una pequeña guarnición para guardarlo y de la que formaba parte una sección de jinetes mandada por Luis. Luis,—añadió mi tía ruborizándose al recuerdo de este nombre,—era el oficial alojado en nuestra vivienda.

¿Qué te diré ahora, sobrino mío, sobre aquel idilio que la juventud y el amor hicieron nacer entre el gallardo militar y la pobre hija del maestro de escuela? Sólo puedo decirte que Luis se enamoró de mí y que fué ciegamente correspondido. A los quince días de conocernos, me juraba él que en concluyéndose la guerra sería mi esposo, y, como yo le objetase que mal negocio iba a hacer un oficial de brillante porvenir enlazándose con una lugareña que no poseía nada, contestóme: "No quiero por esposa más que a una mujer que yo ame y que me ame, y ésta la he encontrado ya. Dentro de poco seré capitán, y si la guerra se pro-

longa un poco, verás cómo me ascienden a comandante. Y con mi sueldo tendremos lo suficiente para vivir felices; no con lujo, pero sí con decoro. Y cuando más tarde seas tú toda una señora generala, no te digo nada...''

¡Pobre Luis mío!—murmuró tía Rosario con los ojos arrasados en lágrimas.—Recuerdo que me decía eso, una noche de invierno, al amor de la lumbre, en nuestra cocina. En aquel momento entró mi padre, que, al ver mi mano entre las manos de Luis, frunció el entrecejo mirándonos severamente. Pero mi novio, levantándose, fué a coger la diestra de mi padre y le dijo:

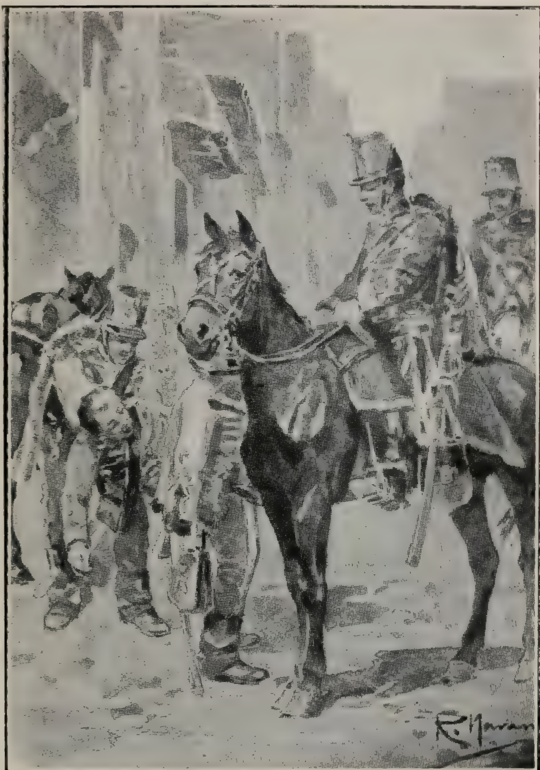
—Señor don Marcos: Rosario y yo nos amamos: ¿me quiere usted por yerno?

Aquella misma noche quedamos prometidos, y Luis, sacando de su dedo un sencillo aro de oro que había pertenecido a su madre, lo puso en el mío. Míralo... es este mismo... es mi anillo de desposorios...—exclamó tía Rosario con hondísima emoción, mostrándome la modesta e inapreciable joya que lucía en su anular.

Permaneció algunos momentos silenciosa, embargada la mente por el lejano, pero siempre vivo recuerdo. Luego prosiguió:

—Viví entonces, durante cinco o seis semanas, el período más dulce que Dios ha puesto en mi existencia. Luis y yo nos amábamos con delirio, y sólo turbaba nuestra dicha el inquieto temor de una brusca separación que las exigencias de la guerra podían imponernos de un momento a otro. Y a este temor se unía, por mi parte, el de que en una acción me hirieran, me mataran quizás, a mi prometido.

Una noche entró Luis en casa con el semblante ligeramente nublado.



—¿Qué te pasa?—le pregunté temerosa.

—Nada; pero tengo que decirte algo que, aunque sea cosa muy corriente tratándose de un militar en campaña, va a desazonarte.

—¿Partes acaso?...—murmuré estremecida.

—¡Oh!... Por algunas horas solamente, a lo que presumo: acabo de recibir la orden de salir a la madrugada para hacer un reconocimiento, por esos campos con mis húsares. Ya ves tú que no tiene el lance nada de particular.

Y se echó a reir, para quitarme con su jovialidad el íntimo terror que me dominaba. Cuando él, después de pasar dos horas a mi lado, según su costumbre, se retiró a su cuarto, me fuí yo al mío, pero pasé en vela y rezando el tiempo que nos separaba de la madrugada. Y cuando clareaba el alba y se disponía mi prometido a montar a caballo, me tenía a su lado para recibir su adiós... y un beso... el primero y el último que sus labios habían de posar en mi boca.

—¿Murió?—pregunté con una emoción que nunca había sentido en mi alma.

Hizo un esfuerzo tía Rosario para reprimir el sollozo que burbujeaba en su garganta, y dijo con voz apagada:

—A poco de haber salido los jinetes, se oyeron disparos a corta distancia del pueblo, y una hora después los húsares conducían sobre un caballo el cadáver de su jefe, de mi Luis, con el corazón atravesado por una bala.

Cubrióse el rostro con las manos mi tía para ocultar el llanto que bañaba sus mejillas, y así estuvo largo rato, sin que yo me atreviera a interrumpir el desahogo de aquel dolor tan sagrado, tan viejo ya y aún tan vivo. Por fin levantó la cabeza y, mirándome con sus hermosos ojos llenos de lágrimas, añadió:

—Ante aquel cuerpo exánime y cuya mirada vidriosa parecía clavarse en la mía, juré no pertenecer a ningún hombre, y ahí tienes, sobrino mío, por qué tía Rosario, que después, gracias a una herencia inesperada, pasó de la suma pobreza a la suma riqueza, ha querido permanecer soltera, fiel a su promesa y a su único amor.

Hubo una larga pausa.

La tía Rosario secó con su pañuelo algunas lágrimas que asomaban en sus ojos azules y un suspiro se escapó de su pecho.

Nunca la había visto tan triste. Y así, llorosa, sumida en un dolor tan grande como su misma alma de mujer buena, la encontré más linda, más digna de ser querida como la quería.

Su historia tan común en el libro de la vida humana, me había conmovido. Yo también estaba triste, también sentía unos deseos locos de llorar igual que ella.

—Tía, no llores.

Ella me miró con el dolor pintado en sus ojos y dijo:

—Sí, déjame que llore... llorar es bueno para los que sufren penas viejas como las mías.

Y entonces yo me arrepentí de haber provocado aquella escena de lágrimas y suspiros. Era malo, ingrato con tía Rosario, cuyo amor hacia mí, como el infinito, no podía medirse.

—Tú también estás triste, hijo de mi alma—habló después, como quien toma una resolución definitiva.—Igual que yo has tenido penas... pero todo pasará... con la cana y los años los dolores se amortiguan... después... después no lloraré más.

Y no lloró. Pero mi tía nunca ríe, siempre está triste.

En poco tiempo ha envejecido mucho. Su cabello es más blanco y su carita palidece...

Juan **BUSCON.**

Crónica de la Moda

¿No es verdad, lectoras, que estos tres primeros modelos son de un "chic" acabado y de un gusto a toda prueba? Los tres son correctos, elegantes, bonitos y de un corte a la última moda.

La moda actual, es rica en modelos, pero, debemos confesarlo con toda franqueza, que ocupan un puesto preferente los que hacemos conocer a las simpáticas lectoras de EL HOGAR.

Los grandes modistos del mundo elegante que viste con tanta gracia y donaire, están dando pruebas de inimitable competencia en el difícil arte de los modelos. Las últimas creaciones se encargan de atestiguar cuanto manifestamos.





El refinamiento da un toque de gracia sutil a los atavíos femeninos y un aire de suma belleza al cuerpo.

Los modelos que presentamos son sin duda unos de los mejores y los que causarán más revolución en el mundo de las modas femeninas.

El primer vestido, el de la izquierda, es un rico traje de tarde ligeramente "drapeado". Un pliegue del paño está cortado en forma de diagonal desde la parte anterior de la cintura hasta los bajos de la pollera. El cuerpo tiene largas mangas que terminan en una hilera de pequeños botones. La parte del cuerpo está cortado al estilo jockey.

En el centro se ve un hermoso vestido de noche, color blanco, con un elegante toque de color en el tul japonés de la banda que va en la cintura. El conjunto del modelo a que hacemos alusión, es de una encantadora blancura. Sobre el



vestido cae, convenientemente arreglado y en forma muy "chic", un tul bordado que da más perfección al traje. Este bordado se lleva sin mangas.

El tercer modelo es un bonito traje con una graciosa falda cortada con mucho gusto y precisión. Una ligera túnica de seda plegada parcialmente cubre la encantadora falda dándole más elegancia. Los pliegues que adornan este rico vestido concluyen en pesadas borlas de seda. En la confección del cuello y puños se ha empleado lienzo blanco, adornándolo con una guarnición artísticamente plegada.

Como el anterior, es un vestido de tarde, el que se puede lucir como bueno entre todos los buenos que están de moda rigurosa en la época.

La señora o señorita que lo vista puede estar segura que sabrá sobresalir y, más aún, si en la confección del vestido se hace gala de buen gusto y corrección, dos cosas indispensables en una buena modista.



Traje de mesa

Estamos seguros que las lectoras, en el apremio de elegir uno de los tres modelos que presentamos como alta novedad de la moda, no sabrían con cual quedar. Nosotros nos encontramos en idéntico trance: sin saber cual es el mejor.

* * *

Carteras de mano.—La moda de las carteras de mano para señoras, como los trajes, las pieles, los sombreros, guantes, peinados, tules, etc., etc., ha experimentado grandes transformaciones en estos últimos tiempos. Es en las carteras donde los modelos han sido más abundantes y donde el ingenio del hombre ha hecho más derroche.

Por las vidrieras de las principales casas han desfilado desde las grandes de forma cuadrangular, hasta las microscópicas que apenas servían para llevar un pañuelito y varias monedas.

Las carteras constituyen un accesorio indispensable para una señora y, por lo tanto, bien merece que se les dedique alguna atención. Nosotros sabemos que nuestras lectoras son amantes de la moda y, por eso mismo, les daremos a conocer dos últimos modelos muy prácticos y novedosos.

El primer modelo, es una elegante cartera en forma de botella. El tejido, en conjunto, está trabajado en rica seda negra y bordada con cuentas oxidadas de manera que hagan juego con el tejido de seda. El cordón para sostener la cartera también es de seda. Se trata de una cartera novedosa tanto por la forma como por el material que se emplea en su confección.

El segundo modelo también es bonito.

Para esta cartera se debe usar terciopelo color púrpura. Lo que podríamos llamar cuerpo, concluye en la parte baja en una linda borla de cuentas de varios colores, artísticamente dispuestas. Una cadena con dos borlas, pasando a través de anillos, la sujeta al cuello.

Es una cartera de mano tan buena como la anterior. En lo único que se diferencia es en la forma.

No sería difícil que, dentro de poco, la moda de las carteras de mano fuera enriquecida con algún nuevo modelo. Decimos esto en atención a las muchas novedades que se están conociendo sobre el particular.

Y ya que hablamos de las carteras de mano bueno es hacer algunas consideraciones oportunas.

Observando las vidrieras de los cientos de casas de comercio, que existen en nuestra capital, se ven modelos de todas clases, unos bonitos, algunos raros y todos fuera de moda o poco menos.

Esto vendría a atestiguar lo que decimos al principio, que la moda en las carteras ha sufrido muchas y continuas variaciones.



Un modelo interesante

Aún existen, en muchas vidrieras, esos grandes carterones que supieron hacer furor dos años atrás; eran, como se recordará, tan ridículas como molestas. En ellas se podía llevar cómodamente un falderillo, o todas las compras hechas en una tarde.

Su uso se aceptó porque no había otro remedio; pero la moda duró poco; algunos meses después fué sustituída por otra más elegante y, si se quiere, más práctica.

Y así, poco a poco, paso a paso, pasando por distintos períodos de transformación, se ha llegado a un punto en el cual será necesario hacer un alto.

Pasemos a otro asunto:

Con los trajes femeninos sucede todo lo contrario. Las crónicas europeas nos traen novedades mensualmente y, cada nuevo modelo, es una nueva obra de arte, pues no de otra manera se puede calificar tanto derroche de ingenio y buen gusto.

Con la entrada del otoño la moda ha sufrido variaciones.

Las grandes casas de comercio han recibido enormes surtidos de artículos de alta novedad que exponen en la vidriera para excitar la codicia de las señoras amantes del bien vestir.

Sin embargo, las personas entendidas y prácticas, salvan las dificultades que ocasionan las cambiantes de la moda, arreglando los trajes usados de acuerdo con los últimos modelos.

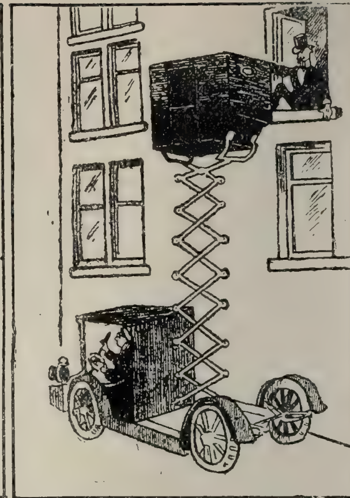
Casos y cosas



— Juan, he tocado dos veces el timbre.
— Perdone, señor, no había oído.
— Bueno, pero cuando no oiga avíseme para volver a llamar.



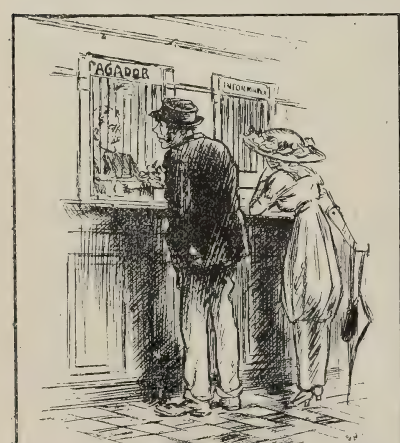
— ¡Qué tacaño es tu padre! Siendo zapatero te deja andar con los botines rotos.
— ¡Más tacaño será el tuyo, que es dentista y deja salir sin dientes a tu hermanito.



El automóvil-ascensor que, para llegar más pronto a su habitación, ha mandado construir en París el millonario Moneti.



— Yo prefería los sombreros grandes.
—Pues estos chicos no son más caros.
— Pero caben más en tu ropero.



— ¿Tiene usted algún testigo que pruebe que usted es Miguel Sánchez?
— ¿Cree usted que yo no sé quien soy?



— ¿Puede darme un buen motivo para el aumento de sueldo que solicita?
— Puedo darle dos, señor: los mellizos que acaba de tener mi señora.



— Lamento mucho que necesite usted dinero.
— No soy yo quien lo necesita, sino mis acreedores.

La mujer argentina tal cual es

Sus cualidades y sus defectos

Desde hace algún tiempo, el mundo europeo empieza a notar que existe un país llamado Argentina: sabe a punto fijo que no habitamos una isla, y que sus mujeres no somos del todo feas, ni devoramos a nuestros semejantes.

Personalidades ilustres en las letras han venido a descubrirnos, y se han ocupado prolijamente de nuestras costumbres, organización política, actividad comercial, riqueza ganadera, y de mil otras cosas muy interesantes, muy dignas de admiración, pero que no podría analizar, pues confieso humildemente no encontrarme preparada para disertar sobre temas tan importantes.

Pero ¿cuántos capítulos han dedicado nuestros ilustres huéspedes a la mujer argentina? En un volumen de 600 páginas, sólo ocupan 20 o 25 de ellas para ponderar nuestra elegancia, nuestras miradas "devoradoras", y para decir muy ligeramente que nuestras conversaciones "giran alrededor de las recientes conquistas y de los esponsales futuros." Apenas se salvan de estos juicios, harto severos, las dignas matronas que dedican su actividad y su energía a las obras benéficas.



Señorita Juanita Saralegui

Ahora bien, gentilmente invitada, me decido a "presentarnos" tal cual somos; con una lealtad, tal vez criticable, respondo a la confianza demostrada a mi persona por el director de El Hogar, hablando de nuestras cualidades como de los defectos de que adolecemos. ¡Quién puede jactarse de perfección, ay de mí! Pido indulgencia para mis juicios; no serán himnos, como los que prodigó a nuestro país un coloso de la literatura española, pero procuraré demostrar a nuestros lejanos amigos que no adolecemos de muchas pequeñeces de que nos acusan ciertos viajeros y hasta viajeras, que no han disimulado su rigor respecto de la mujer argentina: "que es muy bella, elegantísima, pero que no tiene más mérito que su lujo y hermosura."

Tal vez nosotras mismas nos hemos condenado por nuestra despreocupación; jamás se nos ha ocurrido analizarnos y presentar nuestra personalidad más o menos artísticamente aderezada, como se estila en otros países; es rasgo predominante en la mujer argentina su presunción; anhela entrar por los ojos, de manera que el profano, al contentarse con admirar su elegancia y su corrección exquisita, supone que, el cuadro vivo presentado, no tiene más ocupación que la de producir efecto. He principiado por atacar una de nuestras debilidades, que considero defecto cuando llega a ser exagerada, pero, reconocida esta presunción, haciéndola moderada y razonable, constituye uno de los halagos del hogar porteño. Los viajeros que han visitado prolijamente nuestros edificios públicos, pocas ocasiones han tenido para penetrar en la verdadera vida íntima de nuestros hogares, y es donde se revelan con mayor intensidad los rasgos predominantes de nuestra raza; la completa abnegación, el afectuoso respeto hacia el compañero de su vida, el amor acendrado y hasta un exagerado desvelo por los hijos, es entre nosotras regla general; aquella máxima de: "tengo derecho a rehacer mi vida", es casi desconocida en nuestra sociedad; la esposa desdichada sufre y se resigna, por no ver destruído su hogar. La mujer infiel, vana e insubordinada, es caso excepcional juzgado con la mayor severidad, porque somos intransigentes, eso sí, y como comprobamos orgullosamente la pureza de nuestras costumbres, no concedemos circunstancias atenuantes... para ciertas faltas.

Fuera de su casa, la argentina mundana gusta de llamar la atención, aunque sea de sus amigas; su "tenue" es irreprochable, pues aunque conservemos fama de llamativas, nos vestimos adecuadamente a todas las circunstancias del día; una elegante que se respeta, no lleva a paseo colores fuertes ni frondosas plumas; el lujo del cual se hace derroche, se reserva para los abonos chic del Colón o del Odeón, o las grandes recepciones. El "día" de una mujer "conocida" está repartido hora por hora; las obligaciones sociales son numerosas, pues se visita mucho, y se realizan continuamente tardes musicales y "progresivos bridges", con una característica: la ausencia completa de caballeros en las recepciones de 5 a 7, lo que sorprendió tanto a una espiritual artista francesa, que nos visitó no hace mucho, que al verse agasajada por una brillante falange, puramente femenina, declaró: "estuve realmente encantada y agradecida a la cariñosa recepción ofrecida en mi honor, pero creí hallarme en un Harem, pues no pude descubrir a ningún caballero en tan numerosa reunión."

La mujer de clase elevada es devota y conservadora; la que no es devota de corazón, practica por ser chic ¡el chic! ¡qué microbio desastroso! conozco muchas mujeres rectas e inteligentes, que atrofian más de un impulso generoso por temor de que se les llame cursis.

El modernismo nos ha invadido con tan pujante oleaje, que recién nos despertamos como de un sopor, preguntando: ¿qué se hizo aquella copa enorme de bronce, en que se ponían brasas de fuego en la sala, cuando yo era niña? ¿y aquel feísimo retrato del virrey, tío de mi abuelo? ¿y aquellos espejos tan raros, que me costó acostumbrarme a llamarles "cornucopias"?—Hélas! hélas! como decimos ahora; se regalaban las vejeces por ser poco elegantes; sólo las moradas de provincias conservaron con respeto esas reliquias, y hoy, las que profesamos un culto por la tradición, tenemos que ir a comprar antigüedades a

peso de oro, y muy contentas si no nos las hacen pagar como castigo, el doble de su valor. Y como a esos venerables testigos de nuestra infamia, condenados a depósito, hemos relegado también al fondo de nosotras mismas la espontaneidad, el apego a lo nuestro, el entrañable cariño a la tierra; somos muy distinguidas, pero hallo en nuestra distinción buena parte de compostura; no somos frías, no, es falso, y sin embargo, tratamos de aparentarlo, por considerarlo chic; vamos tarde al teatro, porque en París y Madrid se va al teatro muy tarde, y aunque aquí no comamos como allí a las nueve de la noche, no podemos presentarnos a un espectáculo cuando recién empieza... eso sería vulgar...

Y eso del teatro lo encontramos en muchísimas partes, a cada momento. Se imita demasiado sin reflexionar si es buena o no la imitación. Hay modas, o mejor dicho, costumbres buenas y completamente aceptables que nosotras debemos desterrarlas por ser ridículas en nuestro país y en nuestro ambiente muy distinto al europeo.

Tan distintas son nuestras modalidades que, aquí, hay costumbres que se desconocen en absoluto en casi todos los pueblos de la vieja Europa. Cae al caso lo que sucedió no hace mucho a una escritora que nos visitaba por primera vez, en compañía de su esposo, un distinguido conferencista de mucha fama y buena reputación como hombre de ideas.

Dicha escritora, en un viaje que hizo por el interior de la República observó que las mujeres argentinas tomaban mate. A su regreso escribió un extenso artículo sobre la mujer argentina y, al final, como una alta novedad, dijo que la mayor parte de las mujeres, fumaban en grandes pipas.



Señora de Anchorena, con su hijo. Magnífico cuadro de Antonio de la Gándara, pintor de las elegantes

Tales declaraciones, tan apartadas de la verdad, dieron margen a que la prensa nacional se ocupara al respecto, poniendo en claro el error que había padecido la escritora, confundiendo un mate con una pipa.

¿Y qué resultó de esto?

Una cosa muy sencilla. Algunas que aún tomaban mate se dijeron, después de leer los diarios:

—Esto no es moda.

—En Europa no se conoce.

—Se nos critica.

—Hay que dejar la costumbre.

Y temiendo al "que dirán" el criollo brevaje, tan sano y tan verde, fué relegado al olvido por puro espíritu de imitación. Desde aquel día se boycoteó el mate.

¿Y qué me dicen del tango?

Aquí no se bailó nunca. Se dijo que era inmoral e impropio para presentarlo en reuniones. Sin embargo la música es muy linda. El tango... sólo tiene de malo el nombre, pues los autores y músicos han hecho derroche de ingenio maligno.

Cuando nadie hablaba sobre el particular se recibe una noticia-bomba diciendo que en París ¡la cuna de la moda y el buen gusto! se había creado una academia de tango.

Es de figurarse los comentarios que provocó tal noticia en nuestro mundo social.

Y, desde ese día, se sigue paso a paso, con un interés cada vez mayor, cuanto se hace en Francia en favor del tango criollo.

Allá se aceptará. Se bailará en los mejores salones y, entonces, nosotras que lo despreciáramos por malo, lo tendremos que aceptar como la última palabra en la cuestión baile.

Así es la mujer argentina, no sabe imponerse. Es demasiado modesta y acepta todo lo que viene allende el mar con el rótulo de "alta novedad".

En el deseo de imitar hemos olvidado tradiciones muy bonitas que, conservadas al amparo de nuestro amor, constituirían aún notas de alta sociabilidad, bonitas, interesantes y, sobre todo muy nuestras, muy argentinas.

Sin ir más lejos, ahí tenemos lo que ha pasado con la simpática fiesta de San Juan, quizás la más tradicional del pueblo argentino.

Poco a poco, insensiblemente, se la fué relegando al olvido hasta que hoy nadie la recuerda, precisamente porque no está de moda en Europa y, porque es una fiesta que data de una época vieja. ¡Como si las cosas de lejanos tiempos no fueran tan buenas como las de ahora!

En cambio, se han aceptado costumbres que serán muy buenas, muy lindas y muy adaptables en otros países, pero que en el nuestro resultan simples mamarrachadas. Y perdonen, mis lectoras, la libertad con que me expreso, pero creo necesario hacerlo así.

No hace mucho, en una reunión oí un diálogo, cortado, que me causó mucha gracia. Una niña decía a otra:

—Mira, eso no está de moda.

—No importa.

—¿Quieres ridiculizarte?

—¡Eso nunca!

—Entonces conviene seguir la moda aun cuando ella no esté de acuerdo con nuestra modalidad ni con nuestra manera de ser.

Yo no dije nada. Pero pensé para mis adentros que la mujer argentina es demasiado condescendiente en todo lo que se relaciona con la moda. Y eso es un grave defecto.

¿No estoy en lo justo, mis queridas lectoras?

Doña URRACA.

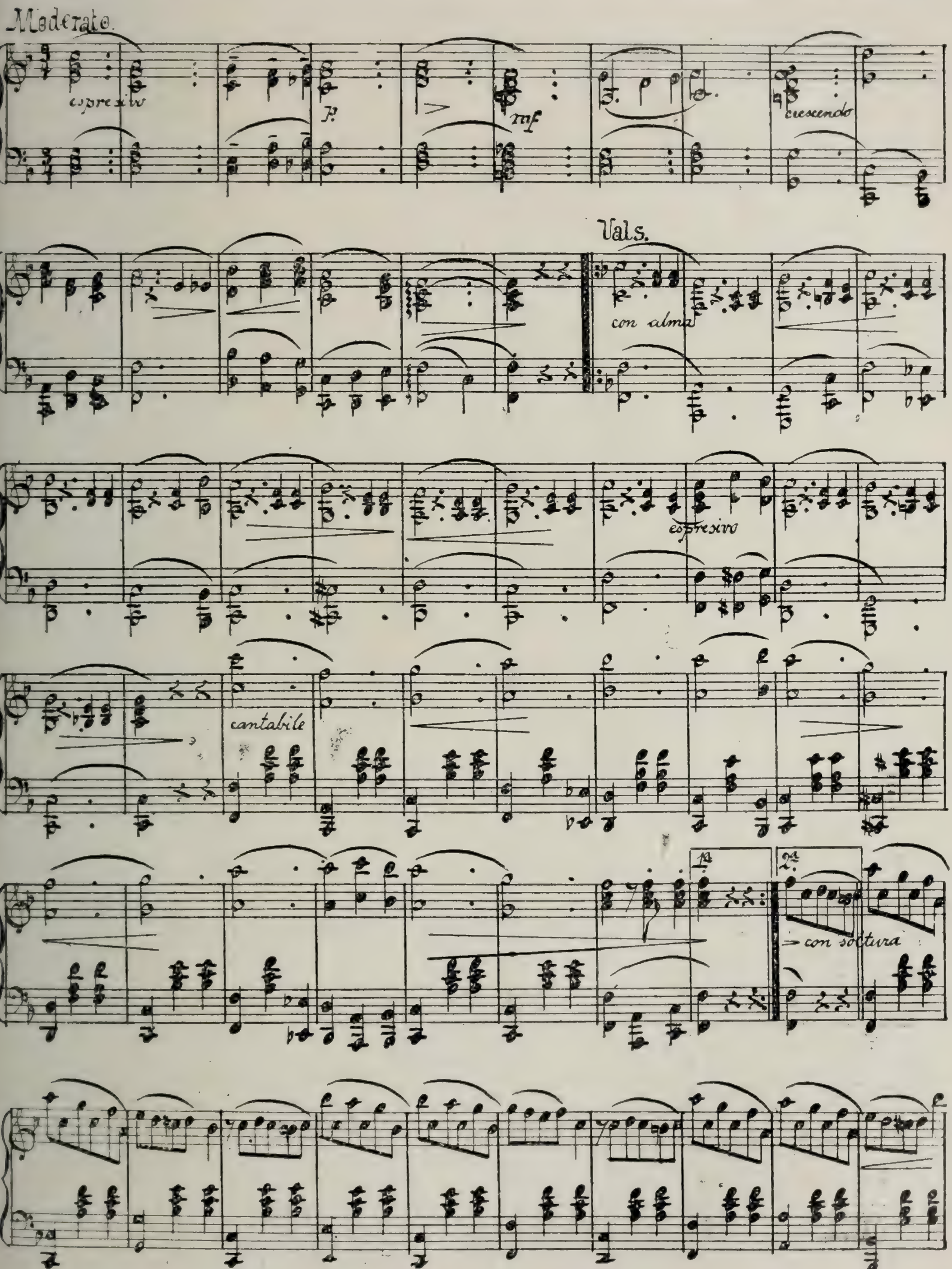
Album musical de "El Hogar"

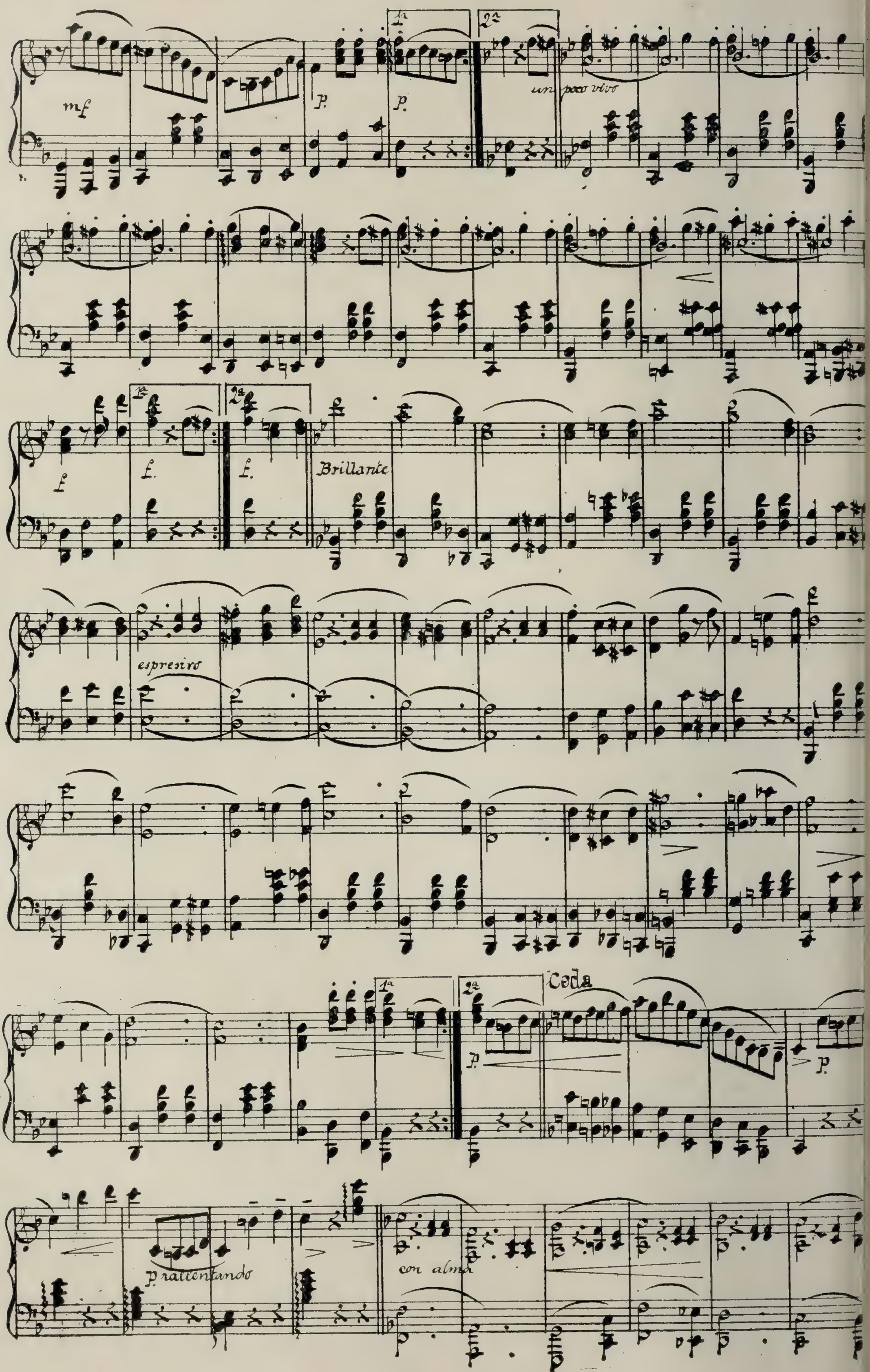
Confidencias amorosas

(Vals para piano)

Al señor Francisco T. Bó

por Federico D. Schenkel





mf
1a
2a
p.
un poco vivo
f
Brillante
espresivo
Coda
p rallentando
con alma



XXV aniversario de la Escuela Normal de La Plata



La Srta. Juana Morales leyendo su discurso en la velada con que se celebró las bodas de plata de la Escuela Normal de que es directora

Puntos y Comas

Leemos en un suelto telegráfico: "Pehuajó.—Pésima impresión ha producido en el personal docente de la escuela normal que el reducido aumento de sus sueldos, introducido en el presupuesto del corriente año, la contaduría del consejo nacional, por sí, resuelva abonarlo desde julio, en oposición a lo sancionado por el congreso.

"Varios profesores reclamarán contra tan arbitraria disposición."

¿Y creen que van a conseguir lo que en justicia reclaman? ¡qué esperanza! Los altos funcionarios tienen los oídos entaponados.

Por tanto dichos señores
tienen ya que convencerse
de que si gritan, tan sólo
lograrán... enronquecerse.

* * *

Un diario, refiriéndose a las últimas lluvias caídas dice que "el agua llega en momentos oportunos, pues comenzaban a escasear los pastos abundantes y tiernos, que son los que requieren la hacienda de alta mestización para su engorde".

¡Por favor, que se pueden disgustar los propietarios de campos ubicados en el sur de la provincia de Buenos Aires! Allí no hay pastos, no hay ganado, no hay sementeras, ni hay ranchos... todo está bajo el agua. Los canales de desagüe son hermanos del palacio del congreso. ¡Decididamente! La lluvia ha caído en momentos muy oportunos.

* * *

Los conscriptos que prestan servicios en los regimientos de caballería que componen la división en operaciones en el Chaco se muestran quejosos del mal trato y de los trabajos que deben hacer. En Concordia se ha iniciado un movimiento para protestar de tantas injusticias. Como primer medida se enviará una nota solicitud al ministro de la guerra, en la cual se pintará la situación de los jóvenes conscriptos.

Nosotros, que conocemos cómo marchan las cosas, nos concretamos a repetir un refrán muy viejo, pero que se pinta solo: "¿Para qué gastar pólvora...?"

* * *

Dice un periódico cordobés: "Con motivo de la reaparición de la peste bubónica en algunos departamentos de la provincia, el consejo de higiene acaba de enviar a los puntos en que el flagelo ha hecho su aparición inspectores sanitarios con la necesaria dotación de suero Yerssin y demás elementos profilácticos para combatir el mal".

La bubónica reaparecerá nuevamente, pues si no aparece ¿para qué servirían los inspectores? Los muchachos son diablos y sabrán cuidar sus puestos.

* * *

"Los vecinos de O'Brien se han dirigido al ministerio de obras públicas solicitando la inmediata reparación de los caminos de acceso al pueblo, que por encontrarse intransitables ocasionarán incalculables perjuicios, dada la proximidad de la nueva cosecha."

Sin duda los peticionantes ignoran que en el ministerio de obras públicas hay un letrerito que dice: "Por razones de economía no se atienden reclamos".

* * *

"Gualeguaychú.—Ayer dejó de existir el conscripto Ramón Gómez, del cotingente del Uruguay, de fiebre intestinal y neumonía doble."

Sin comentarios; hay cosas tan conocidas que molesta repetirlas.

Tomado de improviso



— ¡Tome, por miserable!
— ¡Espérese un minuto!... ¡Necesito que me hagan las tarjetas para retarlo a duelo!...

Agua Nupcial

Resulta de las experiencias del pasado y del presente, que el **Agua Nupcial** ha sido y es hoy día el mejor medio para que la mujer obtenga o conserve una belleza de cutis de todo punto de vista incontrastable.

Un cutis sano, armoniosamente desarrollado es uno de los atractivos más cautivadores de la mujer. Por otra parte, indica una salud exuberante y las preferencias instintivas o razonadas van siempre hacia aquellas que la naturaleza ha favorecido bajo este aspecto.

Las que no se hallan en esta circunstancia, recurren y deben recurrir al **Agua Nupcial**, con la que en el transcurso de algunas semanas, ven depurada su piel y asomar a ella una lozanía y transparencia encantadoras.

La larga práctica, no ha hecho sino consagrar la reputación del **Agua Nupcial**, poniéndola a cubierto de toda comparación imaginable con otro producto o tratamiento similar. Y dase el caso, a menudo observado, de una sorprendente rapidez en su acción que ha valido a sus fabricantes calurosas felicitaciones.

Su acción preciosa se exterioriza diversamente, según la naturaleza de la tez a que se aplica. Si se tratase de una demasiado seca, la suaviza y le imprime una flexibilidad admirable. Si por el contrario, se trata de un cutis grasiento, le despoja de su untuosidad, morigera su brillo, comunicándole un aspecto agradable. Las asperezas de la tez, desaparecen, pues, por completo, especialmente aquellos barritos y puntos negros que tanto afean a un rostro.

Luego, pues, cualquiera que sea nuestro caso en que se trate de mejorar, afirmar o conservar vuestro cutis, no se debe hesitar en recurrir al **Agua Nupcial**, único producto que se os ofrece para la realización de vuestros deseos. Y si aspiráis a reforzar la eficacia de su acción rejuvenecedora, procederíais inteligentemente, usando su complemento, el **Jabón Nupcial**, cuya composición abonan los elementos básicos de la maravillosa **Agua Nupcial**.

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS, DROGUERIAS Y PERFUMERIAS

Cómo comen los indúes

Los platos son confeccionados con hojas de cocotero cosidas y se tiran después de cada comida. Los platos de metal o de vidrio no se usan más que en la más estricta intimidad; la esposa no está autorizada para comer en el plato del esposo, hasta no haber transcurrido cierto plazo después del casamiento. Mientras no haya cumplido con este acto, ella puede comer en el plato de su padre, al encontrarse en casa de sus parientes.

Una vez cumplida aquella formalidad, su familia la considera como una extraña, y le sirven la comida en un plato vegetal. Pero, al casarse una muchacha, se le ofrece un plato de plomo o de plata, llamado 'kurnu'', cuyo acto significa: ''tendrás tu plato particular''.

Para beber, los convidados usan una especie de cantimplora grande, pero que no deben tocar con los labios. El indú inclina la cabeza hacia atrás y el agua corre en un chorro continuo. Beben por tragos y durante mucho tiempo. No es permitido beber sino al fin de las comidas.

Después de la comida, los comensales deben lanzar dos o tres eruptaciones sonoras, en señal de que han comido bien. El más anciano se levanta el primero, dándose así por terminada la comida, y trasladándose cada uno ante una palangana llena de agua, para lavarse las manos y la boca.

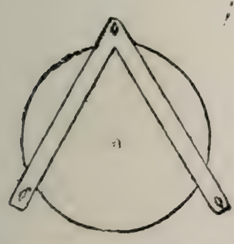
¡Cuántas lecciones de higiene podríamos sacar de esta comida de los indúes!

Una butaca hecha en casa

PARA ello basta con tener paja, tela, una sierra, unos clavos y la barrica, naturalmente, que habrá de ser cuando menos tan alta como una butaca ordinaria. Se empieza por cerrar la barrica en la forma que indica nuestra primera figura, y luego, debajo del fondo, se ponen dos tablas largas y estrechas dispuestas en forma de V. Si se quiere, puede ponerse en el vértice y en los dos extremos del ángulo unas ruedecillas como las de las camas, para que pueda rodarse la butaca; pero esto no es indispensable. Con las tablas que formaban la tapa de la barrica, se hace el asiento, que no conviene clavar, sino dejarlo solamente sostenido sobre cuatro tarugos clavados en el interior de la barrica; de este modo queda un asiento que puede levantarse, y la butaca sirve al mismo tiempo de caja.



El tonel aserrado



Disposición de las patas y ruedas

El borde de la parte que sirve de respaldo y brazos, así como el semicírculo que rodea anteriormente el asiento, se cubren con un grueso burlete hecho de arpillera y relleno de paja. Con estos mismos materiales se hace una especie de tosco almohadón circular para el asiento, y otro para el respaldo en la misma forma que tenga éste. Este almohadón de arpillera se cubre con tela más fina y del color que convenga, y para simular el acolchado, se cruzan por encima cordones muy finos del mismo color, que se sujetarán en los puntos de intersección con clavitos dorados. Unas faldillas de tela como la que cubre todo el mueble, completan la obra, que el gusto y habilidad del constructor pueden hacer tan perfecta, que nadie llegue a figurarse cual fué su humilde origen.



Colocación del relleno

No es necesario decir que el constructor puede introducir cuantas combinaciones y alteraciones le parezcan, dejando, por ejemplo, el asiento y el respaldo sin acolchar y pintando la tela, o bien llamando en su auxilio manos femeninas que la borden artísticamente para que tenga mejor vista.



La butaca lista

Labores femeniles

Especial para EL HOGAR.

Presentamos hoy a nuestras lectoras dos labores tan delicadas como fáciles y cuya ejecución es ya conocida por haber ofrecido ya numerosas labores en esos mismos estilos en varios números anteriores de EL HOGAR.

Como recordarán nuestras lectoras, para obtener un buen armado de una pantalla es necesario tener primeramente el armazón de alambre dorado o de alambre de bronce grueso, de la medida y forma que se desea hacer, lo primero que se hará será forrar todos los alambres con cinta de liberty núm. 3, en color cremita o rosa, y armar sucesivamente el bordado que se hubiese hecho.



Pantalla bordada sobre tul dorado

Nuestro modelo de pantalla es un bonito estilo Luis XIV, lleva cuatro medallones con una miniatura pintada a la acuarela sobre gasa; esta miniatura es contorneada con mostacilla de fantasía color acero, igualmente pueden ser pequeños cabuchones o piedras de colores amarillitas.

Las flores que forman la corona son rosas de campo, ejecutadas con cinta de gasa oro viejo de dos centímetros de ancho, colocada de modo que los pétalos de las rosas queden un poco levantados para darle mejor naturalidad y mayor efecto al bordado; esta forma se consigue sujetando en el centro de la flor la cinta con unas puntadas.

El centro de las flores es formado por una perla chata y todo al contorno lleva mostacillas plata vieja muy chicas núm. 0; sobre los pétalos de las flores lleva salpicadas pequeñas puntadas con hilo de oro opaco y unas mostacillas doradas muy pequeñas.

Las hojas son formadas con la misma cinta y el tronco es formado con un cordoncito dorado; el moño que sujeta a las coronas de las flores es de la misma cinta completamente matizada de pequeñas mostacillas plata vieja.

Todas las coronas de las flores y miniaturas son bordadas sobre un tul dorado con fondo de chantilly que lo hace muy consistente y muy fácil para trabajarlo con cualquier clase de cinta metálica o de seda de los diferentes estilos que se emplean para el bordado rococó estilo antiguo.

Entre ambas coronas en la parte superior de la pantalla vienen colocadas en guía seis rosas hechas con cinta liberty núm. 9, en colores rosa fuerte, rosa viejo fuerte, color oro y un color obispo, las cuales bien dispuestas forman un bonito contraste; estas rosas son muy fáciles de hacer con unas cuantas vueltas de cinta sujetas con unas puntadas en su base, y el centro de la rosa es formado con la misma cinta, unas muy flequetadas y otras muy abullonadas, o igualmente pueden colocársele las semillitas que se emplean en las flores artificiales; quedan muy bien.



Almohadón de cuero de Rusia, cincelado o repujado

En su armada ante todo se coloca el primer forro de la pantalla; éste es de seda liberty, colocado muy plegado, sujeto en la parte superior e inferior de la pantalla con puntadas escondidas, este podrá ser del color que más sea del agrado y según sea su color se forrarán los alambres de la pantalla del mismo color.

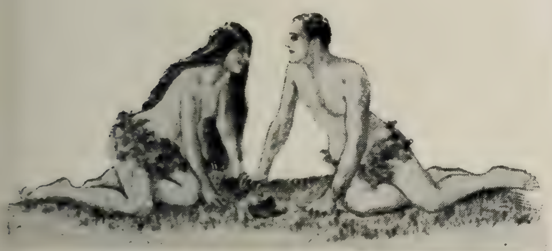
Rosa ASPLANATO.

¿Vencido ó vencida?



Liquidación final de una partida de tennis

Ley física



El descubrimiento de la ley de atracción

Día de lluvia



—¿Te ensuciaste los botines, hijito?
—Sí, pero me limpié el paraguas...

LA EXPIACIÓN

por **Pablo Bourget**

(Continuación)

Allí he encontrado algunas veces a antiguos compañeros de hospital...

Esta mañana, precisamente, volví a mirar y reconocí acodado sobre una de las meses del fondo, con un vaso a su lado, lleno de la horrible droga verdusca y lechosa, al enigmático refractario que acababa de encontrar en casa de mi padre. Como yo me paré allí, inmovilizado por la curiosidad, él levantó la cabeza y miró hacia donde yo me hallaba; retrocedí entonces como un culpable cogido en flagrante delito, y me oculté tras el colgadizo de una tienda próxima. ¡Trabajo inútil! Estaba ya completamente ebrio e incapaz de reconocer mi rostro, en cambio el suyo me sorprendió esta vez más siniestramente que hacía un momento, a causa del contraste entre el estupor huraño de la intoxicación y esa fineza de facciones de que ya te he hablado. Hay dos tipos muy distintos de alcohólicos: el brutal y — si se puede emplear semejante palabra para tal abyección — el delicado. Hay el borracho que se pone a beber por grosería, y el que se embriaga cerebralmente, por depravado nerviosismo, para olvidar, lo más frecuente para olvidar.... Es la embriaguez más particularmente propia del bebedor de ajenjo, la de un Musset, la de un Verlaine y esa era también la de mi desconocido, la más triste de todas. Renuncio, en efecto, a expresarte la singular melancolía de que estaba impregnada aquella cabeza en la que leía, no ya la insolencia ni el orgullo, sino una tristeza de un destino roto para siempre. A un mismo tiempo levantó su copa y se rió convulsivamente de su pensamiento con una boca en la que faltaban los dientes de delante. Este agujero negro en aquella cara lívida y abotargada, ante el veneno de color turbio como zumo de euforbio y en aquel antro, cuyo acre olor, un nauseabundo aroma de aguardiente barato, llegaba hasta mí, era un espectáculo casi terrible, te lo juro. El borracho apuró su copa de un trago; debía ser la cuarta o la quinta porque depositó sobre la mesa un moneda blanca de la que no le devolvieron nada, y precisamente en ese cuchitril las bebidas cuestan tres o cuatro sueldos. Después, completamente rígido y automático, con ese aire de sonámbulo vacilante en el que se adivina la falta de coordinación de la médula, la fijeza del objeto en la vacilación del movimiento, salió de la calle y tomó la acera. Yo seguí por la misma acera detrás de él. Camina, yo camino detrás; pasamos la calle de las Fuldesinas, el Val-de-Grace, el bulevar de Port-Royal, hasta que al fin se detuvo en la calle del faubourg Saint-Jacques ante la puerta de una de esas casas de patio interior, que son verdaderas ciudades de miserables... Le esperé largo rato, pero no volvió a salir...

—¿Y entonces?—dije yo al ver que vacilaba.

—Entonces—prosiguió con la visible perplejidad de un hombre muy escrupuloso, a quien los procedimientos de dudosa inquisición repugnan en

todas las circunstancias,—entré, llamé al portero, le interrogué y ya sé el nombre del individuo que efectivamente vive allí, y que se llama Pedro Robert.

—¡Muy bien! Es preciso ir inmediatamente a la Prefectura de policía—repliqué,—donde te informarán dando ese nombre y esas señas.

—Ya lo he pensado—respondió Eugenio,—pero después he renunciado a ello por un razonamiento muy sencillo: mi padre ha pertenecido al ministerio del interior; él sabe mejor que nadie los procedimientos que hay que adoptar para defenderse de cualquiera que intente sacar dinero por medio del escándalo, y, si él no los ha adoptado, es porque tendría alguna razón...

—Pero ¿qué razón?—insistí yo.

—¡Ah!—exclamó con emoción cada vez más grande.—¿Qué sé yo? En fuerza de dar vueltas y más vueltas en mi espíritu a todas las probabilidades, he llegado a imaginarme que este joven era un hijo natural de este pobre padre, que él lo había tenido antes de su matrimonio, que se lo ocultaba a mi madre... ¡Y que ésta, sensible como es, sospecha la verdad sin saberla en toda su extensión, y he ahí lo que explica tantas cosas!... No bien esta hipótesis se hubo apuntado en mi pensamiento, ya se convirtió en certidumbre. Te digo esto para demostrarte en el estado mórbido en que me encuentro con respecto a la turbación de mis padres... Ya no distingo bien lo posible de lo real. A partir de este momento he empezado a pasar y repasar sin tregua por esa calle del faubourg de Saint-Jacques, y ante esa casa que me atrae y me da miedo a la vez. La idea de que ese abominable degenerado, cuyos pasos inciertos he seguido a lo largo de la acera de ese populoso barrio, pudiera ser un hermano mío, me causaba uno de esos indecibles escalofríos que nos estremecen hasta la raíz de nuestro ser... Paso por alto mis locuras, pues eran locuras, lo comprendo; pero la actitud de mi padre respecto a mí aumentaba este trastorno mental. Ni una sola vez nos hemos vuelto a ver a solas desde la escena que ya te he relatado. El había eludido mis preguntas, ya te lo he dicho también, para que no hablara de ello a mi madre, y esta súplica del silencio que yo encontraba en sus ojos a cada visita, hundíame más y más en mis imaginaciones hasta que ayer por la tarde, al pasar de nuevo por la calle del faubourg Saint-Jacques ante la casa que ya te he descrito, cátate que he visto entrar en ella a mi madre...

—Y ¿qué deduces de eso?—le pregunté sufriendo yo también a pesar mío la sugestión de la apasionada pesquisa a que se dedicaba en mi presencia.

—Nada—respondió—sino que mi hipótesis es falsa. Desde el momento en que mi madre conoce también a ese personaje, ya no es lo que yo había supuesto... Es un razonamiento que puede parecer especioso, mas para mí es evidente: al suplicarme, como lo ha hecho, que no hable de este encuentro en su casa con ese Robert, mi padre no ha querido ocultar a mi madre nada ''concerniente a este hombre'', ha querido solamente ocultarla algo ''concerniente a mí...'' ¿Por qué?... Sí, ¿por qué?...

El callaba sin que yo pudiera encontrar ni una sola palabra que le ayudara a soportar la extraña ansiedad de que le veía dominado. Veíame obligado a reconocer que había algo de anormal, que llegaba hasta el misterio, en el conjunto de los hechos en que acababa de iniciarme, pero la continuación del discurso que escuchara de labios de Eugenio, suponía una relación entre estos hechos de una parte, y de otra la negativa que sus padres opusieron a su demanda de vivir con él. Ahora bien, ¿cómo admitir esta relación? ¿Cómo admitir, más aún, que las alteraciones de salud de que pretendía atacados a su padre y a su madre, tuvieran una revelación cualquiera con la existencia de ese Pedro Robert, a menos que este presunto explotador del escándalo, este mendigo y borracho verdadero, no fuera el hijo natural, no ya del padre, sino de la madre? Esta fué la hipótesis que para servirme de la frase del médico, apuntó repentinamente en mi espíritu, entreviendo entonces esta horrible complicación: una joven que se deja seducir, tiene un hijo, se casa sin confesar su falta, el niño crece lejos de ella, que rehace su vida, la madre tiene después otro hijo, legítimo, y un día el hijo primero reaparece. Ha encontrado las huellas de su madre, la amenaza, la desgraciada mujer confiesa todo a su marido que la perdona; pero ¿perdonará el hijo legítimo? La madre agoniza de terror ante la idea de perder esta querida estimación y el marido lleva su grandeza de alma hasta comprender este terror y participar de él... Tales eran los pensamientos que me invadían mientras mi amigo, siempre en silencio, paseaba por la habitación de un lado a otro. ¿No eran los suyos también en aquel instante? Yo no me atrevía a hablarle ni casi a mirarle, por temor a que esta identidad de conclusiones se revelara a nosotros de repente. Esta verdad le hubiera sido harto dolorosa; pero ¿podía yo prever que la verdad verdadera sería más dolorosa todavía?

III

Por eso, por no denunciar la gravedad de mis sospechas a este hijo atormentado, es por lo que acepté la proposición muy singular, no obstante, con que se terminó esta confidencia por parecerme que el medio más seguro de calmarle era el de seguir sus indicaciones aunque yo las tuviera por poco razonables.

—Ahora llegamos al objeto de mi visita—continuó Eugenio;—no te he ocultado nada de lo que me preocupa. Primero, porque sé que tú eres un buen amigo mío y además por tener el derecho de suplicarte un favor que está fuera de nuestras costumbres, lo comprendo. Te repito lo que te decía al principio: me responderás que no, si quieres responderme que no... Escucha... Quiero saber a qué atenerme respecto a ese Robert. "Lo quiero"... y puso en esta palabra la indomable energía de su naturaleza tan concentrada.—Pensaba dirigirme yo mismo a su domicilio para hacerle hablar, pero después he reflexionado. El me ha visto en casa de mi padre, probablemente habrá adivinado que yo soy su hijo y desconfiará... Ahora bien. ¿Quieres tú, a quien él no conoce y de quien no puede desconfiar, encargarte de esta comisión?...

(Continuará).

Nota teatral



Una de las escenas de la opereta "La dama roja", estrenada con éxito en el teatro Victoria, por la compañía Casas

Galería infantil de "El Hogar"



Pepito y Aníbal Maggi.—Chascomús



Niños de Déjean.—Florencia



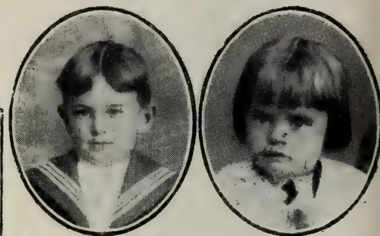
Niños de Déjean.—Florencia



Niñitas de Orbea.—La Colina (F. C. S.)



María Angélica Palacios



Niños de Sarasola.—Ayacucho



Niño de Zapater



Niño de Arrieti
Patagones



Niños de Gasparri Berghmann.—General Lavalle (F. C. S.)

Galería infantil de "El Hogar"



Lucila Echeverría



Carlos Echeverría

Carmelo (R. O. del Uruguay)



Niñito de Espinosa.—Ciudad



María Celina Presa
Est. Tedín Uriburu



Angel H. Bolcatto
San Carlos Centro



Niñita de Costa
Corrientes



Juan J. Blanco
La Plata



Alfredo R. Arigós
Paraná



Zulema E. Cerliani
La Plata



Noemí Spinassi
Bell Ville (F.C.C.A.)



Lolita Osinaldi
Rosario del Tala



Niñita de Alarcia.—Pujol



Nélida D. Domecq
Uriburu (F. C. P.)



Jorge A. Reyes
Nogoyá (E. Ríos)

¿Qué raza domina en el mundo?

Tanto se ha hablado de la supremacía de los anglosajones y de la decadencia de los pueblos latinos, que no puede menos de ser interesante un estudio comparativo ligero, al alcance de todos, de la situación en que éstas y las demás razas del mundo occidental se han encontrado en el transcurso de medio millar de años.

Al inaugurarse el siglo xv, la raza anglosajona no había salido de sus islas. Ocupaba apenas un territorio de 312.500 kilómetros cuadrados, y contaba con unos cuatro millones de almas. En cambio, las expediciones y conquistas portuguesas en las costas de Africa, el descubrimiento del Nuevo Mundo por los españoles, y el famoso viaje de Vasco de Gama que abrió una ruta marítima para las Indias Orientales, dieron a la raza latina el dominio de América y de los mares. España, Portugal y, en último lugar, Francia, poseían casi todo el Nuevo Mundo y las Indias Orientales. Inglaterra sólo tenía algunos establecimientos en Nueva Inglaterra y Virginia. De las naciones germánicas, Holanda era la única que manifestaba algún humor de colonización, y en cuanto a los eslavos, Polonia cedía poco a poco su primacía a Rusia, pero estos pueblos aún no poseían nada fuera de Europa. Rusia no empezó a avanzar a través del Ural hasta el reinado de Pedro el Grande, pero como de por sí tenía ya una gran superficie, en 1700 los eslavos pudieron verse inmediatamente a continuación de los pueblos latinos. Estos ocupaban 20.126.000 kilómetros cuadrados, y aquéllos 14.900.0000. La raza germánica poseía 2.750.000 kilómetros, y los anglosajones 1.625.000 solamente. En cuanto a la población, los alemanes ganaron un puesto. A la raza latina pertenecían 41 millones de almas; a la alemana, 28 millones, 14 millones a la eslava y 9 millones, ni uno más, a la anglosajona.

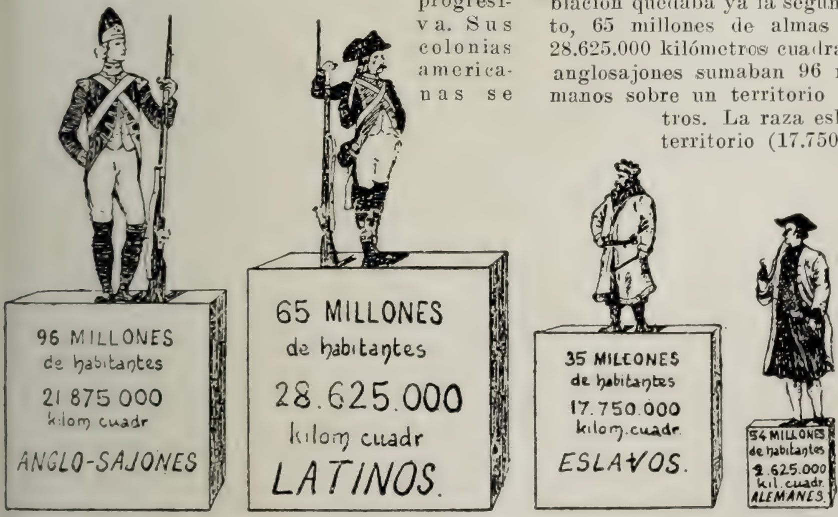


Las cuatro razas principales en 1400

Pero téngase presente que estas cifras de pobación no sólo comprenden los individuos de la

raza, sino todos los seres humanos que, más o menos voluntariamente, viven sometidos a esta raza; de modo que los indígenas de América se consideran, en aquella época, como españoles, los de la India como franceses o portugueses, etc.

A partir de 1700, los ingleses comienzan su marcha progresiva. Sus colonias americanas se



Las cuatro razas principales en 1800

hacen más extensas y pobladas, hasta llegar al extremo de poder formar por sí mismos un nuevo pueblo anglosajón (1776); once años más tarde, se establecen en Australia los primeros "squatters"; a fines del siglo, la colonia holandesa del Cabo pasa al poder de Inglaterra, y ésta, mantenida algún tiempo a raya por unos cuantos franceses olvidados de su gobierno, y que ni siquiera podían entenderse entre ellos, hízose definitivamente dueña de la India.

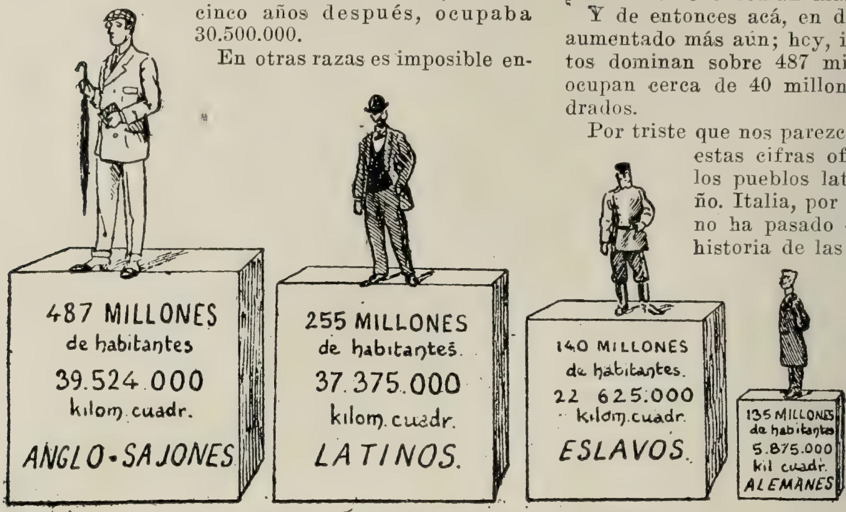
Cuando comenzó el siglo XIX, la raza latina era todavía la primera en territorio, pero en población quedaba ya la segunda. Contaba, en efecto, 65 millones de almas y una superficie de 28.625.000 kilómetros cuadrados, mientras que los anglosajones sumaban 96 millones de seres humanos sobre un territorio de 20.875.000 kilómetros. La raza eslava era la tercera en territorio (17.750.000 kilómetros) y la última en población (35 millones), y la germánica contaba con 54 millones de almas y una extensión de 2.625.000 kilómetros. Entre las cuatro razas dominaban ya, en más de la mitad de la superficie del globo, y en los dos quintos de su población.

Desde entonces los anglosajones no se han detenido en el camino de la expansión nacional. Los Estados Unidos, sobre todo, han sido como la bola de nieve: aparte de lo que resta de Méjico, han suprimido la dominación latina de la América del Norte. Los ingleses, en tanto, han sometido a su influencia los territorios al norte de Canadá, han

colonizado la Australia, han extendido su dominio en Asia, han fundado nuevos imperios en Africa.

En 1850, la raza anglosajona ocupaba 28.125.000 kilómetros cuadrados; veinticinco años después, ocupaba 30.500.000.

En otras razas es imposible encontrar nada parecido, como no sea el aumento de población de los eslavos, que en cincuenta años subió de 66 a 85 millones. Los latinos, en el mismo lapso de tiempo, perdieron 2.500.000 kilómetros de extensión, y adquirieron sólo 250.000. En 1875, los eslavos habían llegado a 19.750.000 kilómetros, y los alemanes a 2.875.000.



Las cuatro razas principales en la actualidad

Al terminar el siglo XIX, los anglosajones sumaban 475 millones de almas, casi un tercio de la población total del globo. Las otras tres razas juntas no le excedían más que en 55 millones.

Y de entonces acá, en diez años, aquéllos han aumentado más aún; hoy, ingleses y yanquis juntos dominan sobre 487 millones de personas, y ocupan cerca de 40 millones de kilómetros cuadrados.

Por triste que nos parezca, el contraste que con estas cifras ofrece la decadencia de los pueblos latinos es poco halagüeño. Italia, por lo que a colonias toca, no ha pasado de la segunda fila; la historia de las que fueron españolas, es demasiado bien conocida. Portugal no ha perdido las suyas sólo por las querellas que suscitaria el reparto de los despojos; y en cuanto a Francia, si bien posee aún vastos territorios, no es más hábil que los demás para conservarlos y sacar partido de ellos. No podemos, pues, acusar de orgullosos a los profetas ingleses que pretenden que toda Asia meridional, toda Oceanía y casi toda Africa serán anglosajonas, y que un siglo más tarde, la cifra de la población anglosajona excederá a la población mundial.

Las invasiones inglesas

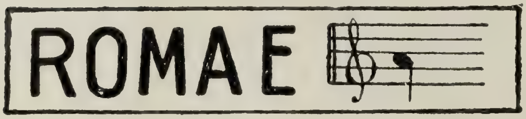


— Veamos: ¿en qué época sufrieron mayores dificultades económicas los argentinos?
— En los meses de Julio de 1806 y 1807....
— ¿Por qué?
— Porque con el asunto de las invasiones las calles estaban llenas de "ingleses"....

CHARADA, *por Clavel*

Muy *prima dos* era un jaco
prima tres que yo tenía,
y tanto me fastidió,
que le apliqué cierto día
un *todo*, y ¡horror!... voló.

JEROGLÍFICO, *por Mecha*



LETRA NUMÉRICA, *por María Luisa*

1 2 3 4 5 6 7	En las casas
1 2 3 4	Tiempo de verbo
3 2 1 4	En la poesía
1 2 5 6	Notas
3 4 1 2 3 6	Nombre de varón
3 4 1 4	En el árbol
7 6 1 4	Capital
5 4 3 4	Tiempo de verbo
1 4 3 1 4 3 4	Mar

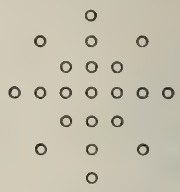
ANAGRAMA-ACERTIJO, *por Mario*

AIDA MOLSI

FLORES.

Lectoras queridas,
lectoras lozanas,
aquí están escondidas
las... *siete hermanas*.

ESTRELLA DE CÍRCULOS, *por Tip-Top*



Léase horizontal y verticalmente lo siguiente: 1.°, consonante; 2.°, astro; 3.°, en las aves; 4.°, república sudamericana; 5.°, animal; 6.°, flor; 7.°, vocal.

JEROGLÍFICO, *por Rino*



CHARADA, *por Amapola*

Primera es nota, *tercera* es letra,
segunda y *cuarta* preciosa flor;
la *cuarta* corre sin detenerse,
y en un buen *todo* que tengo yo,
se ve la cara de una muchacha
que tiene el nombre de Encarnación.

FUGA DE VOCALES, *por Martel*

M. s.g..s t. d.spr.c..nd.
Y y. t. s.g. q..r..nd.
¡Q.. m.l c.r.z.n t. t..n.s!
¡Q.. b..n c.r.z.n y. t.n.. !

EL INGENIO A PRUEBA

CHARADA, *por Carmen*

Fué mi *segunda prima* un asesino
que la historia nos cita con horror;
y *primera segunda* un gran imperio
que un célebre guerrero conquistó.
Quien reune *segunda* con *tercera*
ser reverso del *todo* consiguió
que es mi *todo* adjetivo que hace siempre
y *segunda* y *tercera* oposición.

REFRAN COMPRIMIDO, *por Mario*

DURO, PESO, REIS...
DURO, PESETA, REAL...
DURO, MARCO, FRANCO...
DURO, LIRA, CORONA...
DURO, RUBLO, DOLAR...

PEQUEÑA CORRESPONDENCIA

Enviaron colaboraciones.—Artepal, María Eulalia, Incógnito, A. A. A., Porteña A., Mosca muerta, Maruja, Alegria, Amapola, María Luisa, Tip-Top, Clavel y Teresa.

D. G. Asovy.—Puede enviar todas las soluciones aun cuando no sea suscriptor de la revista.

Amelia, Mendoza.—No nos gusta lo que ha mandado. Usted puede hacer algo mejor.

Margarita. — Pensamos realizar uno dentro de poco.

Buena Suerte.—¿No se publicará? Pues ¡claro está! No se publicará!

SOLUCIONES AL Núm. 235

A los unos a la derecha, por "Clavel": *Tuno, Bruno, Vacuno, Alguno, Ovejuno, Oportuno, Importuno.*

Al jeroglífico, por "Rino": *Enderezado.*

Al cuadrado, por "Amapola":

M I S A L
I L E S O
S E Ñ A S
A S A B A
L O S A S

A la carta-charada, por "Arol": *Avenida.*

A la tarjeta anagrama, por "Carmen": *Sacamuelas.*

Al rombo, por "Perito de Chaves":

R
L I A
L U C R O
R I C A R D O
A R R E A
O D A
O

Al logogrifo numérico, por "Porteña A.": *Verónica.*

Al silábico, por "Mario":

CA
CA RA BE LA
BE LI CO
LA CO NI CA
CA

Al jeroglífico, por "Titina": *Resentido.*

Al barco numérico, por "Tip-Top": *Argentino.*

ENVIARON SOLUCIONES

Sarah T. Britos, Walda Britos, Esther Crauzet Novaro, Irene Montoto de Urioste, Chochito Mailharro, Bertita Espeluse, Nélida Gamarra Arlo, Electra, Teresa Darenzo, Angela Maggi Zavalía, María T. Cabezzoni, Anita C. Pisani, Miguel Palant, Alberto Aburbi, Anita Esther Ayerbe, Incógnito, Mosca Muerta, Daniel G. Asovy, Adolfo y Eulalia Iriarte, Alonso Aragón, Maruja B. B., Artepal, Amapola, María Teresa, Lucía y María Elena Pérez Roca, Mario Sormani, Rebeca Latori, María Eulalia Ortiz de Rosas, Rosa Ganduglia, Josefina Montes, Ernestina Puig, Dominga Reparáz, María Felisa Reparáz, Catalina Rocamora, Pepita Guastavino, Lola Montero, Inés Doninselli, Juan Carlos Pereira.

Gollerías



— El pescado es caro, sí; pero hay que tener en cuenta que lo traemos del criadero.



— Por Dios, María, es usted tonta de remate...
— De remate, no, señora; soy de la Coruña.



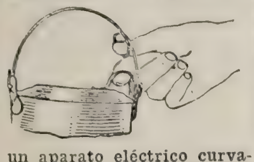
— ¿Quiere usted darme un anillo de compromiso?
— Darle, no; venderle dirá usted...



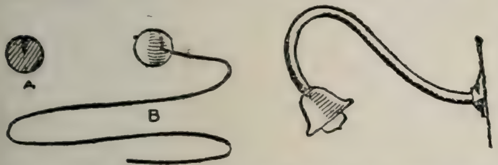
— ¡Bájense, que les voy a comprar un juguetito!

Cosas útiles

Nueva asa de tapadera.—En vez de estar en el centro de la tapadera, el asa se pone en el borde junto al asa del cubo o recipiente. El asa del cubo forma una anilla lo bastante grande para enganchar en ella el dedo pulgar, y de este modo, poniendo los dedos como se ve en el grabado, puede quitarse la tapa con una sola mano.

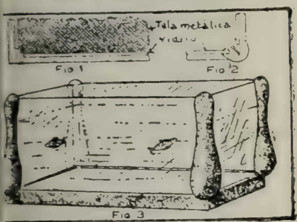


Para meter un flexible en un aparato eléctrico curvado.—Para pasar con facilidad un flexible a lo largo de un aparato de electricidad de forma curvada, se corta una muesca en un perdigón gordo, A, y se fija en ella



el extremo de una cuerda B. El perdigón corre por el interior del tubo del aparato, arrastrando consigo la cuerda, la cual, una vez pasada, sirve para introducir el flexible, atando un extremo de éste a un extremo de aquélla. El perdigón debe tener un tamaño prudencial, para que no se atasque en el camino.

Un buen limpia-peines.—Con una brocha plana de barnizar, que ya no sirva, puede hacerse un buen limpia-peines.



La brocha no debe tener más de cinco centímetros de ancho.

Después de limpiar bien los pelos con bencina, se cortan en bisel, como se ve en el dibujo.

Para usarlo se pasan las púas del peine por los pelos del cepillo, como si se estuvieran peinando, y sale fácilmente todo el polvo y la grasa que los obstruye.

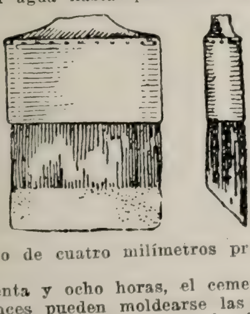


Llave de seguridad.—Una cerradura ordinaria puede convertirse en cerradura de seguridad de un modo sencillísimo, siempre que la llave sea hueca. Para ello se corta un trozo del extremo de la llave, (véase el grabado), y se suelda al interior de la cerradura, pasándolo por la espiga, con lo cual se obtiene una especie de tope que impide la entrada a una llave extraña, de forma corriente.

Un acuario barato.—Con cemento armado y cristal se puede hacer un acuario como el del grabado, artístico y duradero.

Lo primero que se necesita son cuatro cristales, gruesos a ser posible, del tamaño del tanque, es decir de unos veinticinco centímetros de ancho, por treinta de largo y veinticinco de alto. Estos cristales se encajan por su borde inferior en una base de cemento armado, de unos dos centímetros y medio de grueso, que se hace con un molde de madera.

Para hacerlo hay que emplear cemento Portland de buena calidad, mezclado a partes iguales con arena limpia. Ambos componentes, bien mezclados, se amasan con agua hasta que toman la consistencia de una masa floja, y al hacer la base se refuerza con una red de alambre (fig. 1) cuyos bordes se vuelven hacia arriba para que los cristales queden bien encajados.



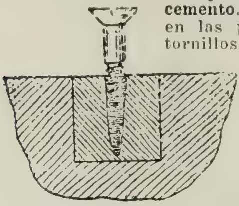
Entre los bordes perpendiculares de los cristales se deja un espacio de cuatro milímetros próximamente.

Transcurridas cuarenta y ocho horas, el cemento de la base seca, y entonces pueden moldearse las esquinas, dándoles la forma que se desee, y reforzándolas con alambre, tornillos o clavos, como se ve en la figura 2.

Los ángulos interiores se cubren también con una capa de cemento de seis milímetros de espesor.

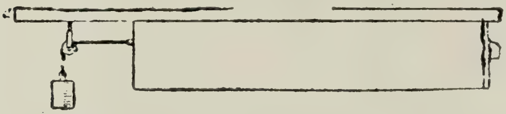
Terminada la confección del acuario, se deja secar un día, y después se pinta toda la parte de cemento armado con cemento puro y agua, en proporción suficiente para que la mezcla tenga consistencia de pintura. Con ella se pinta también todo el fondo del acuario, dándole una o dos manos para que la capa de pintura sea gruesa, y al cabo de dos o tres días se podrá llenar de agua el tanque.

Si se desea decorar mejor el acuario, no hay inconveniente en broncear, esmaltar o pintar de cualquier color el cemento, porque las pinturas agarran perfectamente.



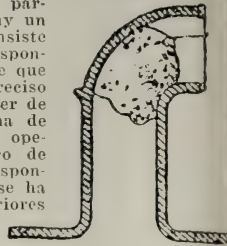
Sujeción de tornillos en muros de cemento.—El tarugo que se incrusta en las paredes cuando hay que fijar tornillos, puede sustituirse ventajosamente con el procedimiento que indica el dibujo. La rosca del tornillo se rodea de alambre fino que generalmente es de metal blando y se pone así el tornillo en el hueco abierto en la pared, rellenando éste con cemento fresco. El cemento llena los intersticios de la envoltura de alambre y una vez endurecida la masa, puede ponerse y quitarse el tornillo cuantas veces se desee, porque el alambre ha quedado siempre formando la hembra de la rosca.

Cajón de cierre automático.—Para que un cajón se cierre automáticamente hay un sistema muy ingenioso que consiste en ponerle en la tabla posterior una cuer-



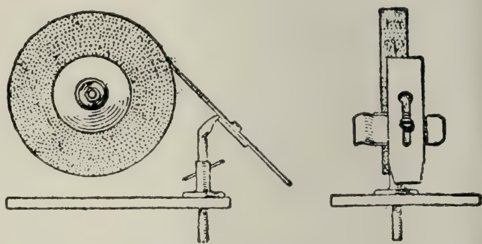
da que, pasando por una polea, según se ve en el grabado, lleva un peso en el extremo libre, que obliga al cajón a cerrarse en cuanto se suelta. El sistema es útil para los cajones de los mostradores.

Filtro para bomba.—Para evitar que el agua de un pozo sacada con bomba, traiga partículas de arena y de polvo, hay un remedio muy sencillo, que consiste en poner dentro del caño una esponja ordinaria atada a un alambre que sirve para sacarla cuando es preciso limpiarla, cosa que hay que hacer de vez en cuando, porque se llena de arena. Cuando se efectúa esta operación se hace correr un poco de agua (después de sacada la esponja), para que arrastre lo que se ha depositado en las paredes interiores del caño.



No hay que meter muy apretada la esponja porque impediría la salida del agua.

Guía para afilar metales planos.—Cuando una herramienta plana como, por ejemplo, la hoja de un cepillo



de carpintero se afila muchas veces, se sale tanto de la escuadra que no hay medio de ponerla paralela a la superficie inferior del cepillo aun usando un ajuste lateral, en cuyo caso no hay más remedio que volver a afilar la herramienta para escuadrarla.

Para evitarse estos errores y estos trabajos supletorios es mejor montar el aparatito que reproduce nuestro dibujo y cuya construcción resulta muy fácil para el aficionado a esta clase de trabajos, porque con él jamás pierde la escuadra la herramienta.

ECONOMIA DOMÉSTICA

Un cemento invisible para la porcelana se hace disolviendo cola de pescado en espíritu de vino. Esta disolución hay que guardarla en un frasco muy bien tapado para que no se evapore el alcohol.

En toda cocina debe haber un cepillo de raíces, porque con él se limpian las verduras mucho mejor que con la mano.

Las sillerías de cretona se limpian del modo siguiente: se pone en el horno un poco de salvado limpio, y cuando está bien caliente se toma un puñado en la palma de la mano y se frota la cretona, haciendo un movimiento circular. Las fricciones se continúan hasta que la cretona quede perfectamente limpia.

Para dar a una oleografía el aspecto de un verdadero cuadro al óleo, se le cubre de un barniz preparado, exponiendo al sol durante cerca de un mes, la siguiente mezcla, y agitándola cada día: esencia de trementina, 900 gramos; vidrio en polvo, 125, y almáciga en polvo, 250. Después se le añaden 500 gramos de trementina de Venecia, se expone al sol durante algunos días más y se filtra.

A fin de que la tinta se adhiera con facilidad al papel tela, basta frotarlo ligeramente y con presión uniforme, con un poco de salvado grueso. De esta manera, la tela se desengrasa sin perder ninguna de sus propiedades de transparencia y resistencia.

También se obtiene igual resultado pasando sobre el papel tela sandáraca en polvo, que se extiende con una muñequilla.

El petróleo reblandece el material del calzado endurecido por la humedad, hasta el punto de dejarlo como nuevo.

El perejil es muy eficaz para cortar las hemorragias. Si se trata de hemorragias nasales, pueden taparse las ventanas de la nariz con perejil machacado. En las heridas se aplica en forma de compresas.

El clorato de potasa es un excelente antiséptico de la cavidad bucal; provoca además la expulsión de los detritus alimenticios, porque aumenta la secreción salival. Atendiendo a estas cualidades, se recomienda la fórmula siguiente: clorato potásico en polvo, 30 gramos; salol, 10; creta preparada, 10; carbón vegetal en polvo, 10; quina en polvo, 10.

El clorato de potasa se ha de añadir en último lugar, mezclando el polvo con precaución, porque es explosivo y detona por simple percusión.

Se prepara un desinfectante económico calentando 20 partes de ácido sulfúrico al 90 por 100 y añadiendo con frecuencia cantidad suficiente de agua calentada a 100 grados centigrados.

Para limpiar los galones se frotan con carbonato de magnesia seco y un cepillo de los que sirven para las uñas y, finalmente, se cepillan con otro cepillo limpio.

Otro procedimiento consiste en cubrir los galones con miga de pan algo consistente calentada en un utensilio bien limpio. Se aplica en caliente y se frota bien con la mano. Se cubre con un lienzo, y cuando esté todo frío, se sacude un poco y se cepilla con precaución.

Los baños esmaltados se quedan como nuevos, limpiándolos con trementina y sal. Después se aclaran bien con agua caliente.

El calzado de charol se abrillanta frotándolo con una esponja mojada en trementina.

Para secar un tornillo enmohecido, se le aplica a la cabeza un hierro hecho ascua durante unos momentos, y se destornilla antes de que se enfríe.

Para que las sillas y los demás muebles no estropeen el linoleum, se les pega con cola en las patas unos discos de fieltro grueso.

Los pinceles y brochas que se usan para los barnices hay que limpiarlos bien, pues, de lo contrario, se endurecen los pelos y se rompen con facilidad. Así, pues, es necesario lavarlos cuidadosamente con trementina, y aún mejor, meterlos en un baño compuesto de tres partes de trementina y una parte de aceite de linaza, que les da toda su flexibilidad.

Las manchas de barro en los paraguas se quitan con agua hirviendo, en la que se haya disuelto un poco de amoníaco.

Las teclas de los pianos se limpian y blanquean con leche.

Echando un poco de leche al almidón, sale más brillo al planchar.

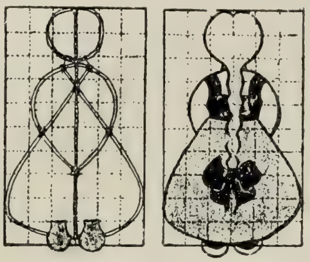
La leche es excelente para limpiar los marcos dorados.

La caoba y todas las maderas de color se obscurecen, frotándolas con aceite de linaza caliente.

Las sopas de pasta deben cocerse en agua salada, y una vez cocidas, se escurren bien, se ponen en la sopera y se echa el caldo hirviendo. De este modo, el caldo no se debilita ni adquiere el sabor ácido que le comunica la pasta cuando se ha iniciado en ella la fermentación.

Barriletes grotescos

Todos los chicos son aficionados a los barriletes, pero no todos saben hacerlos; los que se apartan de la forma corriente, triangular o poligonal, y tienen figura de persona o de cualquier animal, parecen ser para muchos los más difíciles de construir. Sin embargo, las instrucciones que vamos a dar ponen su fabricación al alcance de cualquier muchacho medianamente mañoso.

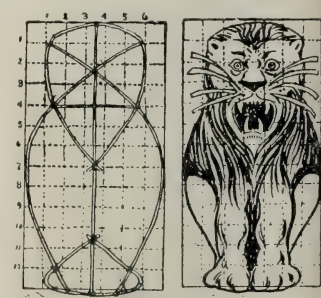


Cuadrícula, armazón y cubierta de un barrilete en figura de aldeana

Los materiales necesarios son varios pliegos de papel de seda fuerte, de tres o cuatro colores; las cañas o varillas que sirven para hacer la armazón, y algunos mimbres o tiras estrechas de caña que puedan encorvarse cuanto se quiera.

Un barrilete que figure un clown, o un personaje grotesco con frac y chistera, puede tener metro y medio de altura. Para empezar, se traza en el suelo, con tiza, un rectángulo que tenga este largo y un metro veinte centímetros de ancho, y en él se hace una cuadrícula por medio de líneas trazadas de decímetro en decímetro, de modo que el rectángulo quedará dividido en doce partes a lo ancho y en quince a lo largo. Hecho esto, se dibujan las líneas que representan la armazón, teniendo cuidado que las varillas del mismo pasen por los cuadros numerados exactamente en la misma forma que en el dibujito primero. Sirviéndose de las líneas de tiza como guía, se cortan y entrecruzan convenientemente las cañas, atándolas entre sí con bramante fino y fuerte a la vez. Para las manos y los pies del muñeco, se hacen con el mimbre o junco flexible unos a manera de marcos, pero cuidando mucho de que sean exactamente iguales, a fin de que pesen lo mismo, porque en un barrilete, el equilibrio perfecto es el todo.

Después de terminada la armazón, se hace la cubierta. Cuatro clases de papel son suficientes: azul, encarnado, amarillo y blanco, por ejemplo. El blanco se emplea para la cara y las manos, y los demás colores se combinan a gusto del constructor. Para pegarlo se emplea un engrudo muy claro, o una pasta de harina, cocida hasta tener la consistencia del almidón. Con esto se pegan las secciones de papel, dejando para ello un reborde de un centímetro o dos. Cuando la cubierta está lista, se corta el contorno con unas tijeras.



Cómo se hacen barriletes de animales

COCINA PRACTICA

Conservación de jaleas, confituras y mermeladas.— Todos estos productos no son en realidad sino conservas de frutas en las cuales entra el azúcar en cantidad suficiente para evitar la formación del moho. Pero como el azúcar no es un antiséptico poderoso, importa guardar ciertas precauciones para asegurar la perfecta conservación de las conservas azucaradas de frutas.

Una de las más usadas consiste en cubrir la superficie de la confitura con un redondel de papel blanco fino, cortado de modo que cubra exactamente la superficie de la jalea, y humedecido inmediatamente antes de usarlo en alcohol, en glicerina o en una solución saturada de ácido bórico. Estos líquidos retenidos por el papel forman encima de las confituras una superficie protectora que dificulta la germinación de los esporos del moho. Después se cubren los tarros con otro papel pegado o atado por los bordes a la parte exterior del recipiente. Debe evitarse el empleo de tapaderas de barro o de cristal, porque la humedad de la confitura sube a la superficie y la capa de aire que existe entre ésta y la tapa se satura de vapor de agua, favoreciendo el desarrollo de las vegetaciones. Empleando como tapadera un papel poroso la humedad pasa al exterior, y si el aire del aposento es seco se seca también el del interior del tarro y no se producen vegetaciones.

Cuando, a pesar de estas precauciones, las confituras se conservan mal, la alteración es debida a la insuficiencia de cocción, por efecto de lo cual queda mucha agua en la mezcla, y en este caso lo mejor es limpiar cuidadosamente de vegetaciones la superficie de la confitura y cocerla nuevamente durante media hora. Después de esto, y tomando las precauciones acostumbradas, las confituras permanecen inalterables durante muchos años.

Las papas asadas salen más secas y harinosas si se tiene cuidado de pincharlas un par de veces con un tenedor para que tenga salida el vapor.

Para saber si el café es puro se echan unos granos en un vaso de agua. El café puro flota; el adulterado se va a fondo y decolora el agua.

El vino de Madera se imita echando en 8 litros de vino blanco 300 gramos de azúcar, 300 de higos secos machacados, 25 gramos de flores de tilo, 4 gramos de ruibarbo y 1 gramo de áloe. Se hierve todo durante dos minutos y cuando está frío se añaden 600 gramos de alcohol. Por último, se filtra.

Costillas a la milanesa.—Preparad con cuidado seis costillas; remojadlas dentro de manteca derretida y panadlas fuertemente con miga de pan bien aderezada con sal y pimienta. Batid seis huevos, yema y clara, mojad en ellos las costillas ya panadas, y panadlas por segunda vez con miga de pan mezclada con queso parmesano. Apoyad fuertemente sobre esta segunda panada, a fin de que toda la superficie de las costillas absorba la mayor cantidad posible. Haced derretir 150 gramos de manteca fresca; freid en ella las costillas así preparadas, a fin de que tomen buen color. Colocadlas en corona en la fuente, llenando el hueco central con macarrones a la italiana. Verted, por encima de todo, salsa de tomate, salsa española, o una taza de consumado reducida con medio vaso de Madera y unas cuantas cucharadas de jugo de carne asada.

Salsa remolada.—Se empieza por preparar una mayonesa según la fórmula precedente, a la cual se incorpora, meneándola largo tiempo con viveza, una cucharada de mostaza por cada dos yemas de huevo que se emplean. Cuando la mezcla sea bien íntima, se añaden tres o cuatro escaluñas bien picadas, una cucharadita de perejil picado también, unas cuantas alcaparras, y, según los gustos, uno o dos pepinillos cortados en pedazos muy pequeños. El aderezo de sal y pimienta debe ser algo más considerable que para la mayonesa.

Para conservar la corteza de limones.—Se raya completamente la corteza de limones frescos, se mezcla la corteza rayada con bastante azúcar en polvo (cristalizado), y se conserva esta mezcla en una lata bien tapada.

Arroz con leche y jarabe de fruta.—Se prepara el arroz con leche como de costumbre, pero añadiendo almendras, canela, corteza de naranja y un poco de vainilla. Se echa después en formas, previamente lavadas con agua fría, se deja enfriar enteramente, y se sirve con jarabe de frutas, o con vino.



Nuestro Correo



Las cartas deben limitarse a dos preguntas solamente y venir con la firma auténtica, como constancia de ser subscriptor. Las contestaciones se hacen únicamente en esta página y no por carta particular, pudiendo contestarse bajo un seudónimo si se desea. En la carta en que se haga la consulta no debe tratarse de ningún otro asunto, como renovación de subscripciones, reclamaciones, etc. Esto debe escribirse en otra carta, aunque puede incluirse bajo el mismo sobre.

Amapola. — Hay métodos especiales para aprender sin maestro. Se venden en cualquier librería.

Flor Marchita. — Ya está dicho: los originales no se devuelven. Sin embargo podía hacerse una concesión especial.

Pocholita.—José M. Pérez Arzeno.

Una subscriptora. — **Chascomús.** — Se usan siempre, pues son prendas que siempre están de moda. Se pueden adquirir en cualquier joyería de esta capital y su precio varía.

María Luisa. — El vello desaparece radicalmente, pero el procedimiento es largo y costoso.

Gioconda única. — **Rosario.** — Hay varios específicos, figurando entre los mejores el conocido por el nombre de "Pilules orientales".

Clota. — **Colonia Alejandra.** — Lo más corriente es agradecer la dedicatoria verbalmente o de palabra.

Jak. — **Tandil.** — Por la tarde, de cinco en adelante.

A. Rivadavia. — **Curuzú Cuatiá.** — Lo más conveniente es usar faja ortopédica.

M. P. de Colonia Sarmiento. — No sirve. Se vende en las boticas en la forma que se desee comprar.

J. M. — **M. Cascallares.** — Lo riguroso es llevar botas, aunque es una costumbre que se quebranta muy a menudo.

A. Esther. — Para todas las carreras que usted indica se necesita el título de bachiller nacional.

Manena. — **Gualeguay.** — El método común es rociar el dibujo con leche, valiéndose para ello, de un pulverizador. Es este un procedimiento fácil y barato.

Perico. — **Carcarañá.** — En cualquier diario encontrará avisos que se encargarán de contestar a su pregunta.

Estrella Polar. — **Del Carril.** — No es perjudicial. Su uso es bueno y corriente.

Chirimoya. — **Florencio Varela.** — La tarjeta debe encabezarla la madre o sea la suegra. Pertenece a la familia de los batracios.

Pasionaria. — Requieren tierra húmeda y estar en la sombra y, si fuera posible, donde no haga calor.

L. B. de L. — **Los Chañares.** — Pueden contestar todas las personas que así lo deseen.

L. R. — **Esperanza.** — Hace años se puso en venta un método para aprender sin maestro, pero sus resultados fueron completamente negativos.

M. del Socorro. — **Estación Aparicio.** — Fué abogado.

Nueva suscriptora. — Se puede publicar. Es costumbre no devolver los originales.

Siglo XX. — Lavándose con agua oxigenada. Debe servirse sin espuma.

Rosalía. — Efectivamente, hay máquinas especiales para ello, que se pueden adquirir en cualquier casa comercial.

Felicidad eterna. — **Mercedes.** — Lo correcto es agradecer la deferencia o cortesía con una inclinación de cabeza, en el caso de que el joven no sea conocido.

H. H. — **T. Arroyos.** — Su empleo es muy común y nunca perjudicial. Puede continuar usándolo.

Una bandeña. — **La Banda.** — Hay varias, o mejor dicho, muchas, y en ellas se puede encontrar artículos muy buenos. En las páginas de "Mundo Argentino" y El Hogar se publican o se han publicado avisos que podrán ilustrar a usted sobre el particular.

Chichita. — Fels era piloto aviador cuando ingresó al ejército como conscripto. A raíz de su primer hazaña, cruzando el Río de la Plata, fué ascendido a cabo. Ahora, cumplido el año de servicio militar, es civil como cualquiera.

Aficionado. — **Chascomús.** — El primer requisito es ser mayor de edad. Debe ser presentado por socios de la asociación.

Santafecino. — Su verdadero nombre es Gabriele Rapagneto.

Mimosa. — **Quilmes.** — El ruido del calzado se quita haciendo tres o cuatro agujeros en la suela con una lezna. Se debe tener especial cuidado que los agujeros sean pequeños.

Pequeña 2.ª — A la maestra se le debe obedecer siempre. Su caso no es único y, aunque le parezca arbitrario, tiene su razón de ser. Un maestro nunca amonesta sin razón.

R. L. S. — **Dorrego.** — Es un caso muy discutido. Mientras unos defienden al tabaco, otros lo condenan, pero está descartado que nunca podrá hacer bien, y sí mucho mal.

M. A. A. — **Diamante.** — Se construirá una escuela para honrar la memoria de San Martín. Los vecinos de Yapeyú han hecho los primeros trabajos.

White N. — **Santa Fe.** — Fué prisionero del tirano Rosas y, muchos de sus brillantes sonetos contra el dictador, los escribió en las paredes de su calabozo con palitos de yerba, carbonizados al efecto.

Propietario. — **Maipú.** — Los desagües cuestan más de cuarenta millones y no están concluídos. El puente de cemento armado más extenso existe cerca de Dolores, sobre el canal 9 B. Su construccin es reciente y aún no ha sido librado al servicio público.

L. Viggiano. — Se obtiene su superficie descomponiendo el polígono y sumando las superficies de los triángulos y los trapecios en que ha sido descompuesto.

Francés. — **Ciudad.** — Hipólito Marinoni nació en Sevres en 1823, y fué pastor de vacas hasta la edad de doce años. Al morir, en 1904, dejó un capital de 80 millones.

Bahiense. — **B. Blanca.** — Cuando los brotes no tienen más de 20 centímetros, tratamiento con un caldo compuesto así: Sulfato de cobre, 1.500 gr.; polvo de jabón, 1.50 gr.; agua, 100 litros.

Aficionado. — Miguel Angel nació en Capresse el 6 de Marzo de 1475.

Carmen.—**Tandil.**—Sócrates vivió en Atenas. Fué hijo de una comadrona; su vida la pasó en compañía de su esposa Xantina y sus numerosos discípulos. Fué condenado a beber cicuta. Tiene un pensamiento célebre que dice: "Conócete a tí mismo".

"EL HOGAR"

REVISTA QUINCENAL PARA LAS FAMILIAS
LITERARIA Y DE ACTUALIDADES

Aparece cada dos miércoles



La primera publicación y la de mayor circulación en su género en la República Argentina
Editores: Empresa Haynes. La correspondencia debe dirigirse al Señor Administrador de la Empresa Haynes, CHACABUCO, 677|685, Buenos Aires. Unión Telefónica, 1472 (Avenida).
Los reporters y fotógrafos están munidos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente. — No se devuelven originales, no se mantiene correspondencia respecto a los recibidos, ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la dirección, aunque se publiquen.

Agente en Montevideo: señor MANUEL FONSECA, Buenos Aires, 722

Venta en París en los kioskos de los bulevares y en la Librairie Française et Etrangére, 37, rue Saint-Augustin (Avenue de l'Opéra).

SUSCRIPCIONES

República Argentina: Por año, $ 4.— m|n. Número suelto, capital e interior, $ 0.20
Exterior: „ „ $ 3.— oro. „ atrasado. . . . . $ 0.30

Avisos. — Agentes en París: L. Mayence y Cía., 9 rue Tronchet.
En Londres: South American Press.— 1 Arundel St. Strand.
En Estados Unidos de América: Cía. J. Walter Thompson, 44-60 East 23 rd. St., New York.

ECONOMÍA

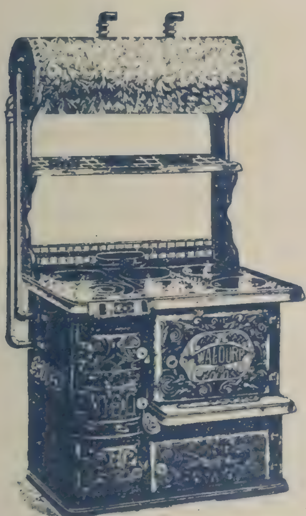


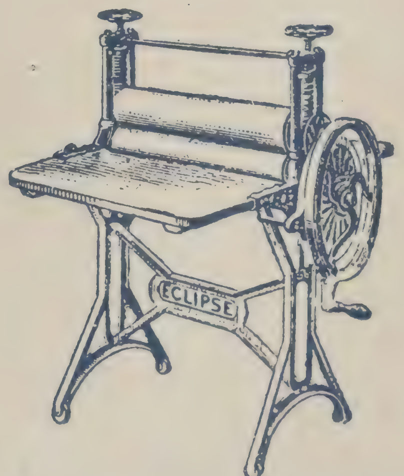


La "HORTON" es una nueva máquina de lavar ropa, que responde a todas las exigencias del ama de casa. Reduce el trabajo. Ahorra dinero. Es de fácil manejo y de construcción robusta. Catálogo especial N.º 122, gratis.

CALORÍFEROS A KEROSENE "EXPRESS" y "STAR"

Sin humo. Sin olor. Presentación elegante. Tenemos 30 modelos diferentes. NOVEDAD: caloríferos esmaltados, de colores inalterables. Gratis remitimos nuestro catálogo 44.





COCINAS ECONÓMICAS

Pueden quemar leña o carbón. Tenemos más de 50 modelos nuevos y prácticos, para ciudad y campaña. Marcas (todas registradas): "STELLA", "STAR" e "IMPERIAL". Catálogo 99, gratis.

Las máquinas de planchar ropa "ECLIPSE" y "STAR" representan la última palabra de la perfección en este ramo. Y su precio (desde $ 25.—) está al alcance de todas las fortunas.

Surtido completo en exprimidoras de ropa, planchas especiales, rizadores, etc. Gratis catálogo 122.

ANDERSON, CLERGET Y CÍA

Casa Matriz: 135 - MAIPÚ - 147

GRAN ANEXO CENTRAL: 47 - CALLE MAIPU - 49 — BUENOS AIRES



TALLERES HELIOGRAFICOS DE RICARDO RADAELLI, PASEO COLON, 1266 — BUENOS AIRES

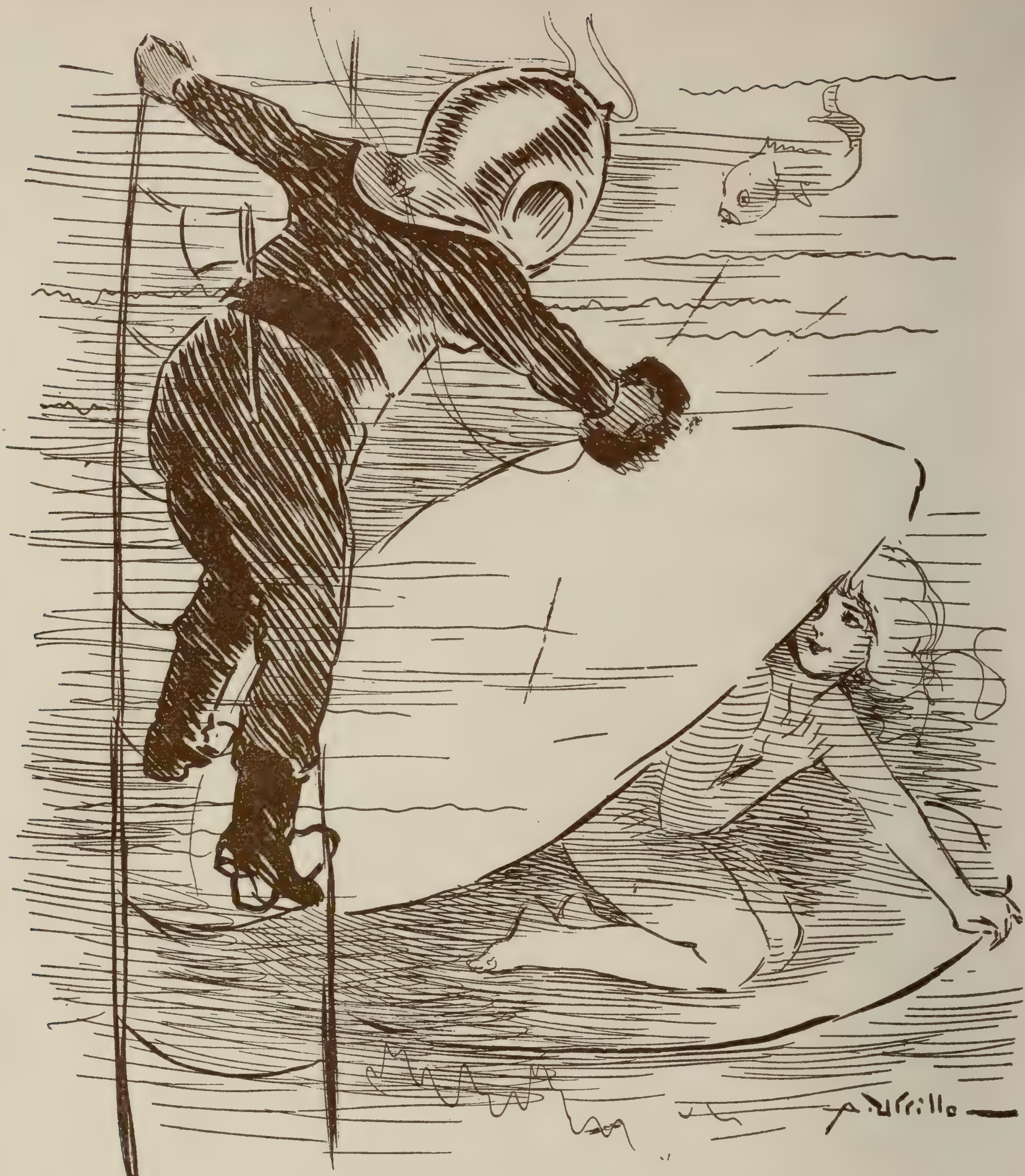
EL HOGAR

Año X. BUENOS AIRES, 10 DE SEPTIEMBRE DE 1913. N.º 238.



Arte fotográfico, por Merlino

SEÑORA DE RIVERA



De una escafandra

Las profundidades del mar es lo único que en el presente reserva aún misterios ignorados.

La exploración que de ellas ha podido hacerse, es relativamente pequeñísima con respecto a la vasta extensión de sus dominios.

Julio Verne entrevió con su poderosa fantasía una faz apenas de ese dilatado imperio de Neptuno, presentándonos, no obstante, páginas de una sorprendente originalidad e interés.

La ''Historia de una escafandra'' que acaba de publicar en Londres Max Wells, el rey de los buzos (''The king of diver's'') como se le llama, nos ofrece páginas tan extraordinarias como esta:

Bajaba yo—dice—con el objeto de explorar los restos del ''Conqueror'', buque del ''Lloyd Oceanía'', naufragado en las costas de la Bretaña, cuando de pronto, y al tocar fondo en una especie de altiplanicie que se elevaba junto a un abismo suboceánico, noté un objeto grande, oval, blanco, y con el aspecto de una ostra perlífera monstruosa. Alumbré con mi linterna eléctrica, y noté que por un lado los labios de aquella concha monstruo estaban ligeramente entreabiertos. Pensé operar con mi hacha, pero temí desperfeccionar aquel raro y precioso hallazgo, y entonces recurrí a un medio, que en otros casos de lejana analogía me habían dado un resultado eficaz. En una caja de estaño, fuertemente ajustada por un tornillo a base de caucho, llevaba yo siempre conmigo algunas pastillas del celebrado Jabón Reuter, que entre otras asombrosas virtudes, tiene la de extraviar, cuando se la disuelve en el agua, a los monstruos marinos. Saqué una pastilla y unté con ella los bordes de la gigantesca ostra. Entonces sucedió... (mis lectores van a tomar por un sueño lo que voy a referir) entonces sucedió que, lentamente, como en esos maravillosos tracs de los bailes teatrales en que figuran ondinas, la ostra empezó a entreabrirse, y en un fondo sonrosado de madreperla, apareció la figura arrebatadora de una bellísima mujer, en la actitud poco más o menos idéntica de la Venus ''acroupie'', que se admira en el museo del Louvre.

—¡Oh! ¡That is delicious! — exclamó en buen inglés.—¿What is the name of this weak fragance?

—¡Reuter's soap!—le contesté.—Jabón Reuter, el más genuino, el más puro, el más sano, el más aromático de todos los jabones.

—¿Y hay mucho de eso allá arriba en la tierra?

—El mundo está lleno, como de su fama.

—Pues me voy arriba con usted.

. . . .

Hoy es una de las mujeres más festejadas del mundo galante europeo, y se hace llamar Miss Reuter.

CRÓNICAS del TIEMPO HEROICO

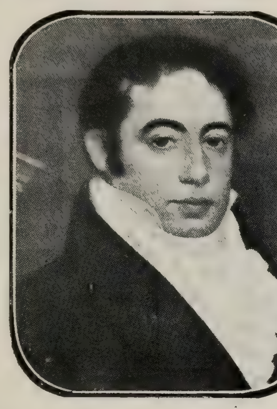
El primer presidente

(En el 68.° aniversario de su muerte). 1845 - 2 de septiembre - 1913

Hoy cumplen 68 años que murió en la ciudad de Cádiz (España), el primer estadista de la América Latina y primer presidente argentino, don Bernardino Rivadavia.

Nacido en Buenos Aires, el 20 de mayo de 1780, se educó, como la mayoría de los jóvenes de su época, en el histórico Colegio de San Carlos, yendo luego a perfeccionar sus estudios a Europa. Allí adquirió nuevos y preciosos conocimientos que había de aprovechar más tarde en beneficio de su patria.

Vuelto a Buenos Aires, después de largos viajes, hizo su aparición oficial en el famoso Cabildo Abierto del 22 de mayo de 1810, piedra angular de nuestra emancipación. Por ésto y por la actuación siguiente, su personalidad debe figurar en primera línea entre los próceres de la patria. El fué, efectivamente, el continuador de Moreno en la secretaría omnipotente de nuestros primeros gobiernos y ambos son las dos grandes personalidades de la época más difícil de nuestra vida independiente; pero, la primera resulta de éxito mayor porque a la segunda la interrumpió en su obra la muerte prematura. A no desaparecer Moreno, éste y Rivadavia se habrían tal vez obstaculizado en sus misiones paralelas, porque la genial iniciativa del primer presidente argentino no habría consentido en la existencia de otra que la desviara del camino que, con terquedad sublime, se había marcado.



D. Bernardino Rivadavia

El programa de acción de Rivadavia había sido acumulado y corregido muchas veces cuando el estadista silencioso recorría en sabia jira las naciones del viejo continente. Así se explica que al regreso de su viaje se pusiera a la tarea con horas marcadas para cada uno de los números de ese programa. Preveía que la ingratitud de sus contemporáneos no le permitiría cincelar por completo la nación que había soñado y quería dejarla labrada con el mayor número posible de contornos. Por eso, cada día de su vida pública fué el de una conquista civilizadora para el país.

Diríjase el pensamiento a cada una de las instituciones en que se basan nuestro bienestar y prosperidad, y en todas ellas se verá la paternidad o el perfeccionamiento debidos a Rivadavia. Fundó el sistema representativo de gobierno, estableciendo el sufragio universal; dió impulso extraordinario a la instrucción: "no hay libertad ni riqueza sin ilustración", decía; corrigió los abusos eclesiásticos; fundó la Sociedad de Beneficencia; prohibió el comercio de esclavos; creó el Registro Civil, el Estadístico, el Archivo, las Cajas de ahorro; dió la primera ley protectora de la libertad de imprenta y la de fomento a la inmigración, cuyo centésimo primer aniversario cumple el 4 del que rige... Pero la lectura de fojas de servicios sabido es que no interesa a nadie o a muy pocos, y si se quiere hacer comprender todo el mérito de una personalidad, debemos saber elegir uno sólo de esos actos, para que el espíritu fatigado del lector pueda deducir fácilmente la índole de aquélla.

Por eso, para hacer justicia a la memoria de Rivadavia, bastaría que el niño argentino tuviera muy sabido que se le debe a aquél la lana que le abriga y que exportada, le trae el oro de Europa con el cual atiende a las demás necesidades de la vida.

Habla Mitre:

"El primer rebaño de ovejas merinas, introducidas al Río de la Plata, había perecido trágicamente en medio de un incendio de la desierta pampa. Fué, con tal motivo, que Rivadavia, en 1824, hizo venir de Francia, por medio del introductor de las cabras tibetanas y por cuenta del gobierno, el primer rebaño de la raza pura leonesa, origen de nuestra asombrosa prosperidad actual. Sucesivamente, en 1825 y 1826, vinieron del mismo modo otros dos lotes de carneros de la cría "South Down", de Inglaterra, y de la genuina raza de España y Portugal, introduciéndose al mismo tiempo los dos primeros caballos frisones y aportándose a nuestras playas los dos primeros pastores alemanes que, hablando latín, enseñaron el modo de cruzar las razas y perfeccionar el producto. Cayó Rivadavia y las introducciones cesaron, pero el germen de la riqueza futura había sido inoculado en la sangre de la oveja pampa degenerada, y los grandes destinos comerciales de la República Argentina estaban asegurados para siempre, aunque escondidos en las entrañas de un animal."

Este genial argentino y eminente patriota murió en el ostracismo, repudiado por sus conciudadanos, en la ciudad histórica de Cádiz, el día 2 de septiembre de 1845, aunque legando a la historia nacional su nombre cubierto de imperecedera gloria.

Hoy sus restos descansan bajo el cielo de la patria, al amparo de sus connacionales reconocidos a su obra espectable y de la bandera azul y blanca, a cuya gloria coadyuvó con las luces de su talento peregrino y los entusiasmos de su corazón ardiente de patriotismo.

En este nuevo aniversario de su deplorada desaparición depositamos en la huesa, guardadora de sus cenizas augustas, el tributo modesto de nuestro sincero homenaje.

¡Flores, flores, flores!...

María del Carmen LOBO ARRAGA.

Una encuesta de "El Hogar"

¿Qué haría usted si fuera muy rico, esto es, si tuviera mucho dinero?

Un viejo lector de El Hogar, el señor Leopoldo Pérez, nos envía una atenta carta proponiéndonos abramos una encuesta en la que puedan tomar parte todas las personas que lo deseen.

"¿Qué haría usted si fuera muy rico, esto es, si tuviera mucho dinero?"

Tal es la pregunta a que deben contestar los lectores que deseen enviar sus respuestas, sujetándose a las indicaciones que daremos más abajo.

Hoy que todo luchador por la vida sueña con riquezas y millones, en la época de las grandes empresas, de las preocupaciones incesantes y de las continuas batallas por la adquisición del dinero, resulta de actualidad palpitante, la iniciativa del señor Leopoldo Pérez. Los obreros de toda clase y categoría, empleados, estudiantes, enamorados, corredores, etc., etc., que anhelan poseer mucho dinero, grandes palacios y servidumbres a granel para hacer vida regalada de grandes señores, son los llamados a contestar la pregunta que formulamos al iniciar esta encuesta.

Una persona que desea ser rica, y que duerme pensando en billetes de banco y en relucientes libras esterlinas, sabrá decir muy bien lo que haría en el caso de que sus sueños se trocaran en una preciosa realidad.

Creemos que nuestra encuesta no es una cosa del otro mundo, ni tampoco un rompecabezas de difícil solución. Al desear algo lo hacemos con un fin, con un deliberado propósito, siempre hay una causal que justifica nuestros sentimientos. ¿Deseamos ser ricos? ¿Para qué? La respuesta surge sola, al impulso mismo de la pregunta.

Pues, bien, escríbase esa respuesta en forma más o menos correcta, désele cierta gracia y se habrá contestado a nuestra pregunta. La tarea no puede, pues, ser más fácil ni más trivial. Está al alcance de todos. En cambio los que tomen parte en esta especie de torneo podrán apreciar los sentimientos e inclinaciones de los demás, pues, no todas las personas desean ser ricas para lo mismo.

Hay hombres distintos, distintas ideas, pareceres y anhelos. En eso, sin duda alguna, estribará la importancia de la encuesta que iniciamos en el presente número de El Hogar.

Las respuestas no deben contener más de 100 palabras y serán escritas con letra clara para evitar confusiones y facilitar la tarea de los encargados de la encuesta. Las contestaciones se publicarán en el mismo orden que se reciban en la redacción.

Desde el próximo número comenzaremos a publicar las respuestas. Todos los sobres deben decir a un costado: "Para la encuesta de El Hogar".

EL TEATRO DE "EL HOGAR"

Nos van á internar

Traducción de Máximo Goldstein

Especial para EL HOGAR.

Juana, once años; Luisa, nueve. Las diez de la noche. Acostadas en sus camitas, colocadas a derecha e izquierda de la chimenea, las niñitas parecen dormir. En el cuarto inmediato, Rosa, la gobernanta alemana, está roncando con fuerza. No se oye otra cosa. De repente, después de cinco minutos, un llanto apagado, como de pajarito, sale de una de las camitas: de la cama de Juana, la mayor.

(Luisa, que no duerme, se incorpora en su cama).

Luisa.—¿Llorás, Juana?

Juana (Entre suspiros).—Sí.

Luisa.—¡No hay que hacer eso!

Juana.—¡Sí; hay que hacerlo!

Luisa.—Pero ¿por qué llorás?

Juana.—Porque...

Luisa.—¿Por qué cosa?

Juana.—Porque papá y mamá han dicho ¿vos no sabés lo que han dicho?

Luisa.—No; yo no estaba allí.

Juana.—¡Si supieras, vos llorarías también!

Luisa.—No; yo no lloro nunca.

Juana.—¡Esta vez llorarías!

Luisa.—Pero ¿qué han dicho?

Juana.—Han dicho... hace poco... en el comedor donde estuve escondida: "las pobrecitas no se imaginan que las vamos a internar!" Las pobrecitas somos nosotras ¿comprendés?

Luisa.—Bien lo comprendo.

Juana.—Por eso tengo pena. ¿Y vos?

Luisa.—Mucho no. ¿Qué quieres? Si tenemos que ir a una pensión ¿qué hemos de hacer?

Juana.—¡Gracias! ¡Eso, no! ¡Yo no pienso como vos! ¡Y además, todavía no es cosa hecha!

Luisa.—No te hagás la mala!

Juana.—¡No quiero ir a la pensión!

Luisa.—¡En balde refunfuñas. No te servirá de nada!

Juana.—¡No quiero ir a la pensión. Seguiré de medio pupila!

Luisa.—Pero si papá y mamá quieren que estemos internadas. ¡Son nuestros padres!

Juana.—¡Lindos padres que quieren desembarazarse de sus hijitas, para poder ir solos a cenar en el restaurant... a comer masitas... a llenarse!

Luisa.—Y a vos ¿qué te importa eso?

Juana.—¡Me hace rabiar!

Luisa.—Cuando van ahora al restaurant, ¿acaso nos llevan? No; así es que con internarnos, quedaremos en lo mismo.

Juana.—No importa; yo no quiero ir. Más bien me acostaré en el piso y tendrán que llamar un vigilante para arrastrarme.

Luisa.—¿Y qué ganarás con eso?

Juana.—Nada; pero haré mi gusto.

Luisa.—¿Por qué te ponés así esta noche? De día sos más buena.

Juana.—Yo soy buena con los buenos.

Luisa.—Acaso ¿no soy buena con vos?

Juana.—Sí; pero no te ponés de mi parte. A vos no te importa que te internen, ¡tonta!

Luisa.—¡Pero qué sonsa te ponés! Si no seremos desgraciadas.

Juana.—¡Sí, que lo seré!

Luisa.—Te digo que no!

Juana.—¡Te digo que sí. Yo lo sé mejor que vos!

Luisa.—Y siendo medio pupilas, ¿no seremos desgraciadas?

Juana.—Medio pupila no es lo mismo que ser internada del todo; por lo menos no dormiremos en ese dormitorio que me da asco; me gusta más dormir en mi camita, aquí; quiero quedarme en mi camita.

Luisa.—Pero, las camas del dormitorio también son blancas y lindas.

Juana.—Te prohibo que digas eso. ¡Son feas; son sucias!

Luisa.—No es cierto.

Juana.—Te digo que sí. Y además, han de tener pulgas. No me gustan.

Luisa.—No hay pulgas en la pensión.

Juana.—¡Oh, sí! He visto saltar una! ¡Déjame! ¡No he visto una chica con tanto deseo de negarlo todo!

Luisa. — Cuando visitamos los dormitorios el otro día, ví unas camitas verdaderamente cómodas; estaremos muy bien en ellas.

Juana.—Si me obligan a acostarme ahí, no voy a poder cerrar los ojos y lloraré toda la noche.

Luisa.—Yo seré tu consuelo.

Juana.—¡Toma! ¿Te figurás que te pondrán al lado mío? Te pondrán en el dormitorio de las pequeñitas, y a mí en el de las medianas.

Luisa.—Te consolaré lo mismo, a la mañana, a la noche, y en los recreos.

Juana.—Si hacen la barbaridad de internarme, siento que voy a morir.

Luisa.—¿De qué enfermedad?

Juana.—Un resfrío que pescaré a propósito, caminando descalza en el agua.

Luisa.—Y si la hermana Santa Bonifacia te da pastillas de goma sanarás y después te castigarán.

Juana.—No sanaré, porque las escupiré tan pronto como ella se dé vuelta.

Luisa.—¿Y si son pastillas a la violeta que tanto te gustan?

Juana.—Lo mismo haré.

Luisa.—Será mejor que las guardes para mí.

Juana.—¡Qué glotona sos!

Luisa.—¡Claro¡ Es que no soy como vos; no tengo ganas de morirme. Quiero vivir mucho tiempo, mucho. ¿A vos no te gusta jugar, correr? Es muy divertido!

Juana.—Seguro que me gusta, pero en el campo, donde hay gallinas, vacas y el portón con el columpio... pero no como internada...

Luisa.—¡Pero si todo el mundo es internado!

Juana.—Miren qué tonta! ¿Blanca Larcher va de pupila? ¿Y Justina Retel, María Lanoue, Teresa Boivin? ¿Y Magdalena Breton, que trabaja en su casa, con maestras que le enseñan a jugar al tute? Eso se llama tener buen padre y buena madre; tiene suerte; quisiera estar en su lugar.

Luisa.—No digás eso; yo no quisiera tener que cambiar de padres. No tienes razón para desesperarte. Bien sabés que también papaíto estuvo internado a los ocho años y medio, muy lejos de aquí.

Juana.—Porque tuvo padres malos, no es una razón para que nos hagan sufrir.

Luisa.—Te prohibo que digas que abuelito y abuelita son malos. ¡Cuando ellos nos miman tanto y nos satisfacen todos los gustos!

Juana.—No son malos para nosotras, porque son viejos y nosotras pequeñas, pero lo han sido con papá, ya que se atrevieron a internarlo a los ocho años. ¿Acaso el padre de Magdalena Bretón habría hecho lo mismo? ¡Vea un señor que me gusta!

Luisa.—Pero si no lo conocés!

Juana.—No importa; lo mismo lo quiero con todo mi corazón; voy a rogar a Dios que le conserve la salud; que no sea atropellado cuando atraviese...

Luisa (Se levanta descalza, va hasta Juana). —Vamos, hijita, no seas mala... No escuchés al ángel malo, que después lo sentirás. Haremos lo que se nos mande: eso es todo. Si tenemos que acostarnos en el dormitorio, bueno, ahí dormiremos; eso no es una desgracia.

Juana (Algo sosegada).—Pero, entonces, ¿qué harán con nuestras camitas; ¿las van a echar afuera?

Luisa.—No; volveremos a dormir en ellas durante las vacaciones.

Juana.—Resultarán chicas, porque nosotras creceremos.

Luisa.—También crecerán ellas.

Juana.—Si las camas no crecen!

Luisa.—Es verdad, pero nos comprarán otras más grandes.

Juana.—¿De madera barnizada? Así me parecen más lindas. También me gustaría un cubrepié con un león parado, que pareciera aguardar que le tiren pan.

Luisa.—¡A mí me daría miedo! Me gustaría más una alfombrita con una gallina blanca. Vos tendrás el león; yo la gallina.

Juana.—¿Te parece que papá y mamá nos comprarán las alfombritas?

Luisa.—Sin duda; pero a condición de que estudiemos mucho y saquemos la medalla de buena conducta. Ahora, basta. Te daré mi rosario azul y pedirás perdón a Dios por lo que dijiste recién, michito mío. (La abraza).

Juana.—No necesito tu rosario; tengo el mío debajo de la almohada.

Luisa.—Buenas noches, entonces; y rezá el Padrenuestro, ruega sobre todo por papá, mamá y todo el mundo; ¡No ruegues solamente por el padre de Magdalena Bretón!

Juana (Un tanto consolada).—No tengás miedo; no me importa nada el señor Bretón; lo detesto.

Luisa.—¡Pero si no lo conocés!

Juana.—¡Qué tiene que ver! Que lo atropelle un automóvil; ¡no lloraré ya!

Luisa.—¡Oh, Juana!

Juana.—Es verdad; soy mala todavía. Era un pequeño resto. Ahora, se acabó. Buenas noches, Lulú.

Luisa.—Buenas noches. ¿Oíste?

Juana.—¿Qué cosa?

Luisa.—¿No te parece que Rosa duerme con mucha tranquilidad?

Juana.—Sí; así son los extraños; no tienen el mismo sueño que nosotros. (Se quedan escuchando).

Luisa.—Mira: ¿quieres saber por qué Rosa ronca tan fuerte?

Luisa.—Sí.

Juana.—Bueno; es que duerme a la alemana. Se acabó. No puedo más...

Enrique LAVEDAN.

Poesías infantiles (Para recitar)

El Cuco



Paseándose un niño
por un bosque frondoso
se encontró con un pájaro asomado
a un agujero que tenía un tronco.
Acercóse a mirarle
y notó con asombro
que ni salió volando ni en el árbol
se guareció medroso.
—Vaya un ave valiente, dijo el niño,
pero notó muy pronto
que ni moverse el pájaro podía
porque el nido era angosto.
Contó el caso a su padre, que fué a verlo,
y se lo explicó todo.
—Es un cuco. Los cucos, hijo mío,
cucos como ellos solos,
ponen sus huevos en el nido ajeno
para que los demás saquen sus pollos.
Este lo puso en nido de pinzones;
salió como los otros,
pero al crecer, volaron los pinzones
y él se vió en un estrecho calabozo,
pues para el agujero era su cuerpo
ya demasiado gordo.
Vieron venir volando a los pinzones
trayéndole el sustento cariñosos
como a sus propios hijos,
y si al mirarlos resultaba cómico
ver un pájaro grande abrir el pico
como un pobre pipiolo
para que le metieran la comida
con su pico los otros,
la generosidad de aquellos pájaros
cebando de igual modo
a aquel hijo adoptivo
que a sus hijuelos propios,
para el padre y el niño
resultó un espectáculo precioso.
—Aprendamos, le dijo el padre entonces
en este noble ejemplo tan notorio,
y con una navaja fué ensanchando
el agujero angosto,
y el pobre prisionero
fué libre y fué dichoso.

CHIRÓN.

Animales pequeños vistos en grande

La invención del bioscopio, debida a un distinguido naturalista de la Universidad de Nápoles, el doctor Aurelio de Gasparis, ha venido a completar otro invento muy superior a él, pero que desde cierto punto de vista resultaba imperfecto: el microscopio. Por medio del microscopio, se ha podido conocer la organización, la estructura de los seres más pequeños; pero la necesidad de fijar estos seres, para su observación, en un vidrio portaobjetos, impedía examinarlos en su vida libre, entregados a sus trabajos, a sus luchas, a sus pasiones. Esto precisamente es lo que se consigue con el bioscopio.



Una araña pequeña disponiéndose a lanzarse sobre su presa

El aparato óptico inventado por el Dr. de Gasparis, no sólo no necesita portaobjetos, siendo posible observar con él seres libres y a una distancia de un metro o más, sino que puede aplicarse a una cámara clara o a un aparato fotográfico, lo que permite obtener con él dibujos y fotografías de dichos seres en sus actitudes naturales y con gran aumento.

De este modo han sido tomadas las curiosas figuras que ilustran este artículo. Una de ellas representa una araña común que, saliendo de una grieta del marco de una ventana, se dispone a lanzarse sobre su presa. Su aspecto infunde realmente miedo; todo su cuerpo aparece erizado de pelos; sus ojos, grandes e inmóviles como los de un pulpo, reflejan una luz extraña que sin duda debe hipnotizar a la víctima; los pulpos oscilan rápidamente ante la espectativa del botín en que el pequeño monstruo va a probar sus garfios venenos[os]. Esta observación, que es la expresión misma de la v[eraci]dad, fué hecha a una distancia de cincuenta y ci[nco] centímetros.



Una lucha de hormigas

En otra ocasión se retrató una araña grande, [u]n[a] de esas arañas de largas patas que abundan en los [jar]dines. El animalejo se hallaba emboscado sobre [un]a hoja y fué retratado por medio del bioscopio a m[edio] metro justo de distancia. Se ven perfectamente [s]us ocho ojos, fijos sin duda en alguna inocente presa, y [el] cuerpo peludo suspendido entre las ocho patas, que [a] causa de su longitud, no han cabido ya en el cam[po] del aparato.

Las hormigas figuran entre los animalitos que [se] prestan a más interesantes observaciones con el b[ios]copio. El Dr. de Gasparis ha dibujado y fotografi[ado] ya numerosas escenas de la vida de estos insectos. [En] uno de sus dibujos se ve una hormiga haciéndose [la] "toilette"; en otro, dos de estos himenópteros, pr[oce]dentes de hormigueros rivales, traban encarnizado c[om]bate; en un tercero, una hormiga ha encontrado [a] mosca muerta, le ha abierto el vientre y le está [sa]cando las vísceras.

Desde luego, no son solamente los animalillos [pe]queños los que pueden estudiarse con el bioscopio. U[na] porción de diminutas plantas, tales como los mus[gos], las hepáticas, los líquenes, se pueden observar muy b[ien] con este nuevo aparato.

El orfeo de las ratas

MELVIN Tyler es un maquinista norteamericano, que tiene en estos momentos maravillados a us convecinos de Logansport (Estados Unidos). Y hay razón, ciertamente, para ello, según verá l curioso lector.

El referido Tyler entró hace poco tiempo en no de los teatros de Logansport como encargado e los motores. Hallábanse éstos instalados en n sótano húmedo y obscuro. Para no aburrirse, l buen Tyler, que a más de su ficio tocaba con bastante afinaión el violín, esgrimía el arco y llá te iban melodías y "pizzicaos", mientras el agua de las calleras entonaba su monótona canión.



Pues, señor, ocurrió que un día, ıstrosa rata salió de su escondi- e, y acercándose al violinista, se uso a escuchar el concierto. Al ía siguiente disfrutaban ya de la udición dos ratas, yendo poco a oco en aumento el número de oncurrentes ratoniles, hasta el unto de que, a las dos semanas, ormigueaba a los pies de Tyler n verdadero ejército de los perniciosos roedores. Lo cual parece demostrar que ıs ratas, sobre poseer un excelente servicio de ıformaciones, son en extremo aficionadas a la ıúsica; por lo menos, a la música gratuita.

Observando el maquinista cuán completo era u éxito entre los huéspedes subterráneos del teatro, ocurrióse le que si Orfeo había domesticado as fieras a los sones de su lira, él podía hacer tro tanto con sus ratas musicófilas, empleando su vulgar violín de a tres dollars. Y tal como lo pensó lo puso en práctica. El resultado fué sorprendente; al mes de enseñanza, la grey ratonil estaba más amaestrada que perro de circo.

Estos dulces pasatiempos se llevaban todos los ratos libres del maquinista. Chocándole al director del teatro las largas y voluntarias reclusiones de Tyler, pues éste había guardado celosamente su secreto, bajó una noche al cuarto de los motores. Allí se estaba Tyler tocando valses y polkas, mientras que en torno de una vela fija en el suelo bailaban gustosamente centenares de ratas, ratones y ratoncillos. Era un correr y triscar que daba gloria. La negra faz del músico relampagueaba de júbilo.

El visitante no acertaba a salir de su asombro. Este creció de punto, al advertir que habiendo disminuído algo la animación de los danzarines, cambió de tocata el instrumentista, entonando una melopea dulcísima y apacible, al oir la cual cesaron en sus bailoteos los roedores, agrupándose, inmóviles, alrededor del tiznado Orfeo.

A un empresario latino es seguro que se le hubieran saltado las lágrimas ante el conmovedor espectáculo. Pero como se trataba de un empresario yanqui, lo único que se le ocurrió es que los conciertos de Tyler atraían al teatro todas las ratas de la ciudad, con lo que corría grave riesgo la solidez del edificio y la del negocio. Y, en seguida, el tiznado fué puesto en la calle.

NIÑOS ALEGRES Y RISUEÑOS

son el resultado de la alimentación con una rica y sana leche materna. Toda madre que cría su niño al pecho debe reemplazar las fuerzas gastadas tomando el Extracto de Malta



Malta Palermo

el tónico y alimento indicado para mantener el organismo en condiciones de corresponder a sus altas demandas.

Señora, tratándose de la salud de Vd. y de sus hijos, no incurra en el error de falsas economías tomando productos que se expenden al precio de una vulgar cerveza negra; estas preparaciones no tienen otro parecido con un verdadero extracto de Malta, que la denominación. Insista en obtener la

MALTA Palermo

el único verdadero Extracto de Malta de producción nacional.

CERVECERÍA PALERMO
(SOCIEDAD ANÓNIMA)
SANTA FE, 3253

TELÉFONOS:
Unión, 110 y 114, Palermo
Cooperativa, 5 y 28, Norte

En venta en todas partes.

Precio por botella
$ 0.65

Precio por cajón
24 botellas, $ 14.00



El hada

En el mundo de las hadas y los duendes



Un silfo

PARA las imaginaciones supersticiosas, un estornudo, una puerta que cruje, un vaso que se rompe, una porción de cosas, en fin, que generalmente atribuímos a la casualidad, son obra de seres misteriosos que pueblan los campos, los bosques y las casas, seres invisibles para nosotros, y que sin embargo, se preocupan de nuestra vida y parecen gozar interviniendo en ella a cada momento.

Cada raza, tiene distintas clases de estos seres. Nosotros, por ejemplo, creemos en los duendes, fantásticos personajes que a las altas horas de la noche travesean en nuestros propios domicilios, llenándolos de ruidos extraños; los pueblos del Norte creen en los silfos, hijos del aire y moradores de los campos.



Un gnomo

Los silfos son pequeños, como el dedo meñique de una niña; tienen el cabello de oro y los ojos brillantes como estrellas, y llevan calzas de flexible cristal y sombrerillos hechos con el cáliz de la rosa o de la flor de la digital. Les gusta corretear por las ramas de los arbustos y dormir la siesta sobre los hongos, y en las noches de luna danzan en corro en los claros del bosque, acompañados de los suaves acordes de arpas minúsculas, de oro puro.

El país de los silfos es el país de la juventud eterna; allí, los años transcurren veloces como minutos, pero no importa, porque no se envejece jamás. Algunos hombres han llegado casualmente a ese país, pero ninguno ha vuelto. ¿Sabéis por qué? Pues porque los silfos ofrecen en seguida al recién llegado, riquezas sin cuento y manjares deliciosísimos, y el que se deja tentar por la ambición o la gula, no puede volver a salir de allí.



El duende

En Inglaterra, además de los silfos viven los "goblins", enanillos de grotesca facha, con ojos como platos y piernas como alambres, que gozan lo indecible haciéndose rabiar unos a otros y, sobre todo, burlándose del género humano. Cuando estornuda un inglés, es que un goblin le hace cosquillas en las narices; cuando le duele la cabeza, es que toda una colección de estos seres está pataleando sobre su cuero cabelludo, y si un niño se pone de mal color o tiene que guardar cama, hay que atribuírlo a que los goblins han sustituído al niño sano por otro enfermo, por el puro placer de hacer sufrir a la madre.

En oposición a estos bribonzuelos, están en Escocia las "buenas personas", otra suerte de geniecillos, de aspecto más serio y de mejores sentimientos. Ellos son los que, durante la noche, se meten en los armarios y limpian la ropa y los sombreros para que no se apolillen, ellos los que cuidan de que no se apague la lumbre, y también los que inspiran a los ricos a que envíen socorros, en dinero o en efectos, a los pobres en los días crudos del invierno.

También son escoceses los "brownies", los pardillos, que diríamos en castellano, cuya misión es mirar por los ganados y facilitar las tareas de los campesinos. Son, por consiguiente, mucho más útiles que los "leprechauns", genios escoceses n figuras de viejos con frac rojo, que se pasan su inacabable vida haciendo zapatos.

Los tales leprechauns son aficionados al tabaco, y grandes bebedores. Conocen un procedimiento para hacer cerveza de la turba; pero los muy pícaros no han querido revelar a nadie su secreto. A diferencia de los demás habitantes del país de las hadas, no pueden conseguir todo lo que quieren; su poder es limitado, y para adquirir ciertas cosas necesitan dinero; pero no se preocupan por eso, pues siempre que meten la mano en el bolsillo encuentran en él un schilling, que se renueva tan pronto como lo gastan.

Pero de todos estos seres, los más famosos son los gnomos, los enanos fantásticos de cara arrugada y barba blanca, que guardan las minas de oro y plata, escondidos en las fisuras metálicas del planeta, y en grutas llenas de brillantes estalactitas.



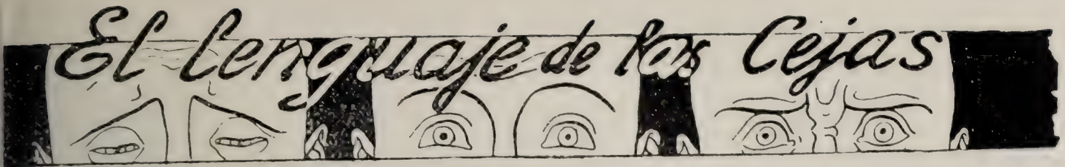
Los goblins

El gnomo es bueno, aunque travieso, y aunque feo, es esposo de una linda enanilla, la gnómida, cuya diminuta boca sonríe constantemente, y cuyos pequeñísimos pies, blancos como el alabastro, van calzados con babuchas formadas por un rubí y una esmeralda. El gnomo adora a esta encantadora miniatura, con la que comparte el fondo de las minas, y desprecia al resto del mundo. Para ella trabaja, para ella acumula los ricos metales y las piedras preciosas.

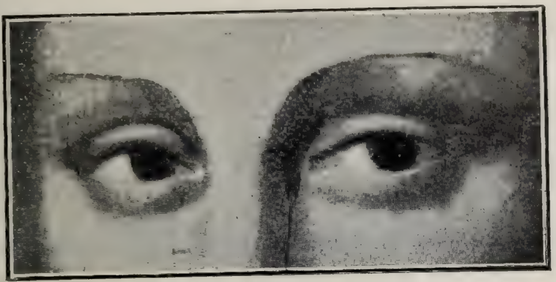
Los gnomos son de origen germánico, pero los desde el escarabajo hasta la ballena, lleva la afirmar que cada flor, cada árbol, cada animal, desde el escarabajo hasta la ballena, lleva un gnomo dentro. Cuando el animal o la planta mueren, es porque el gnomo que lo habitaba se ha ido de él.


los Constipados antiguos y recientes
Tos, Bronquitis
son radicalmente curados por el
Jarabe "Roche"
da
Pulmones robustos
y precave la
Tuberculosis
Jarabe Roche
Ch. Weiss
30 Boulevard Magenta
PARIS
F. HOFFMANN-LA ROCHE & Cº
PARIS
Precio 4.50 el frasco.
F. HOFFMANN-LA ROCHE & Cº
PARIS
De venta: en toda Farmacia y Droguería.
Agentes: O. MONACO & Cº
871 Viamonte Buenos-Aires

El lenguaje de las Cejas

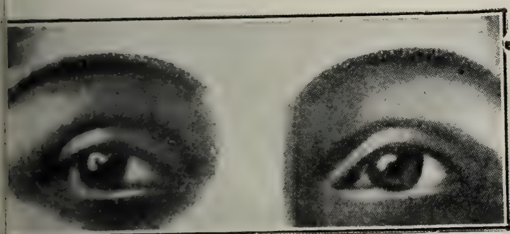


ocas personas se han fijado seguramente, en que la expresión del rostro humano reside y principalmente en la cejas y en los párpa- superiores. Sin embargo, así es, y la mejor ueba de ello la tenemos en los cantantes, que la menor contracción de la boca, puesto que a se traduciría en un mbio de voz, expre- admirablemente las siones y los senti- entos con su rostro. No hay más que pa- revista a los cua- s de los grandes pin- es, o a sus reproduc- nes, tapando todas figuras, excepto la rte correspondiente a ojos, y se verá có- cualquier persona no haya visto ja- is aquellos cuadros, ede desde luego, decir lo que las figuras expre- n.



La expresión enigmática de Mona Lisa, por Leonardo de Vinci

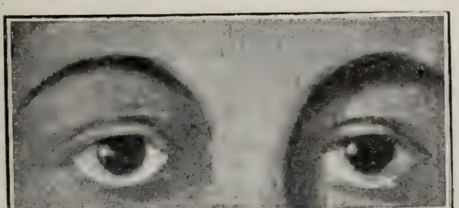
Las cejas naturalmente bajas, tal como las co- an las personas vanidosas que quieren demos- r no admirarse por nada, expresan en reali- d la fatiga física o mental; son las cejas que contramos casi siempre en la gente que ha pa- lo de la primera juventud. Las cejas juveniles rman un arco elevado y perfectamente simé-



Las cejas perfectas de la cantante Mariska Aldrich

ico; son las cejas de la inocencia, tan admira- emente pintadas por Greuze.

La ceja de la belleza se asemeja a ésta por la stancia a que se encuentra de los párpados y r su elegante contorno. Cuanto más lejos está l ojo, más grande parece éste; pero las cejas locadas naturalmente a ucha altura, no son nun- tan expresivas como las e se encuentran algo ba- s y pueden levantarse a luntad. Los técnicos lla- an a las cejas arqueadas el iris de la paz'', por- e sólo se ponen rectas iando pronostican una rmenta del alma. En rminos generales, la ce- participa del movimiento elevatorio de la ex- tación por alegría, y del movimiento depresivo la tristeza o la ira. Las cejas muy bajas, hasta si ocultar los ojos, dan al rostro una expresión ferocidad muy notable.



Las cejas de la inocencia, por Greuze

En posición oblicua desde la base de la nariz hacia abajo, denota diferentes estados de ansiedad, sufrimiento y terror, mientras que en posición inversa, es decir, como las de los chinos, representan sentimientos variables entre la burla y la malicia más diabólica. Obsérvese que Mefistófeles siempre sale a escena con las cejas pintadas en esta forma.

El desdén levanta ligeramente las cejas junto a la nariz, pero hace bajar los ojos, que se dirigen en tal caso hacia la cosa desdeñada. En cambio, el éxtasis levanta a la vez los ojos y las cejas.

Nadie ha representado tan bien la expresión de sutileza como Leonardo de Vinci en su ''Mona Lisa''. Véase el fragmento que damos de este cuadro, representando las cejas y los ojos, y se comprenderá que su enigmática expresión haya intrigado en todos los tiempos a los inteligentes, a los artistas y a los psicólogos.

Una sorpresa, sea buena o mala, produce un movimiento característico de las cejas acompañadas de los ojos, el que no se puede confundir con ningún otro.

Luego vienen las cejas desarrolladas con ex-



Las cejas sentimentales

ceso, abundantes y lacias, indicadoras de un carácter agrio e irascible.

Casi la totalidad de los grandes pintores tienen cuadros en los que han hecho estudios detenidos sobre las cejas, sirviéndose de ellas para expresar, a través del lienzo, los sentimientos e inclinaciones del individuo.

Quizá por eso muchísimas personas se desfiguran las cejas ora pintándolas, ora cortándolas, según sus gustos o caprichos.

También hay algunos raros — muy pocos por cierto — que se las arrancan dejando unos cuantos pelillos.

Pero los que observan tal procedimiento son más fácil de clasificar, pues esa sola actitud denota ciertos síntomas de locura o, si se quiere, falta de carácter. Por último, un repentino arrugamiento de las cejas es indicio de tempestad. Este lenguaje es el más claro y comprensible.



Del aseo en nuestra habitación

De la misma manera como debemos atender constantemente el aseo en nuestra persona y en nuestros vestidos, así debemos poner un especial cuidado en que la casa que habitamos, sus muebles, y todos los demás objetos que en ella se encierren, permanezcan siempre en un estado de perfecta limpieza.

Este cuidado no debe dirigirse tan sólo a los departamentos que habitualmente usamos: es necesario que se extienda a todo el edificio, sin exceptuar ninguna de sus partes, desde la puerta exterior, hasta aquellos sitios menos frecuentados y que están menos a la vista de los extraños.

La entrada de la casa, los corredores y el patio principal, son lugares que están a la vista de todo el que llega a nuestra puerta; y por lo tanto deben inspeccionarse constantemente, a fin de impedir que en ningún momento se encuentren desaseados. Como generalmente se juzga de las cosas por su exterioridad, un ligero descuido en cualquiera de estos lugares, sería bastante para que se formase una idea desventajosa del estado de limpieza de los departamentos interiores, por más aseados que estos se encontrasen.

En el patio principal no se debe arrojar agua, aun cuando ésta sea limpia, porque todo lo que interrumpe el color general del piso, lo desluce y hace mala impresión a la vista. Las personas mal educadas acostumbran arrojar en los patios el agua en que se lavan, y aun otros líquidos corruptibles o saturados de diversas substancias colorantes, los cuales, a más de dejar duraderas manchas, producen mal olor, y en su evaporación obran directamente contra la salud.

La limpieza del piso contribuye en gran manera al lucimiento de los edificios, a la conservación de los muebles, y a ahuyentar los insectos y reptiles cuya presencia es casi siempre un signo de suciedad y de abandono. Deben, pues, conservarse los suelos en un perfecto aseo, cuidando muy especialmente de que en ellos no aparezcan nunca esputos, sin exceptuar para esto los patios ni la cocina.

No hay ninguna habitación, ningún lugar de la casa, que no reclame nuestros más exquisitos cuidados en materia de aseo y limpieza; pero consideremos que si una pequeña falta puede alguna vez ser excusable en la parte interior, jamás lo será en la sala ni en los demás puntos de recibo. Una mancha en nuestros vestidos tomada en un asiento, podrá ser imputada a nuestros sirvientes; en los vestidos de un extraño, nos será siempre, y con razón, imputada a nosotros mismos.

En cuanto a los dormitorios y demás aposentos interiores, cuidemos además de que en ellos corra el aire libre, en todas las horas en que la necesidad no nos obligue a mantenerlos cerrados. Esta regla de aseo es al mismo tiempo una prescripción higiénica, por cuanto la ventilación de los aposentos contribuye en gran manera a la conservación de la salud. Nada debe sernos, por otra parte, más desagradable que el que un médico, o cualquiera otra persona a quien debamos dar entrada en ellos, tenga que pasar por la pena de echar de menos un ambiente puro.

Por esto al levantarnos, debemos apresurarnos a abrir puertas y ventanas, previas las precauciones necesarias a la salud, y tan luego como nos encontremos vestidos.

No mantengamos ni un instante en nuestro aposento ningún objeto que pueda producir un olor desagradable. Por el contrario, procuremos conservar siempre en él alguna cosa que lisonjee el olfato, con tal que sus exhalaciones no sean nocivas a la salud, por más que el mejor olor o sahumerio es la ventilación y el aire puro. El calzado inútil, las ropas destinadas ya a ser lavadas, las aguas que han servido para nuestro aseo, etc., etc., descomponen la atmósfera y producen olores ingratos, que tan mal se avienen con la decencia y el decoro como con las reglas higiénicas.

Las ropas de nuestra cama deben estar siempre aseadas. Nuestras circunstancias particulares nos indicarán siempre los períodos ordinarios en que debamos mudarlas; pero jamás aguardemos a hacerlo obligados por su estado de suciedad. La ropa de la cama deberá ser ventilada y si es posible asoleada todos los días, y tener uno determinado para cambiarla.

La cocina es una pieza en que luce muy especialmente el buen orden y la educación de una familia. Por lo mismo que en ella se ejecutan tantas operaciones que pueden fácilmente y a cada paso relajar el aseo, es más importante la supervigilancia que exige de las personas que dirigen la casa. Inconcebible es cómo el lugar destinado a preparar las viandas y donde debe reinar la limpieza, se descuide a veces hasta el punto de que su aspecto produzca las más fuertes sensaciones de asco.

Tampoco están exceptuados del orden y el aseo el corral y la caballeriza. Cuando estos lugares están llenos de basura y otras inmundicias, y sus paredes manchadas y deterioradas, difícil es que en el resto de la casa se encuentren observadas las reglas aquí establecidas.

Mesa revuelta

En la oficina de la junta de excepciones se presenta un mozo a quien el presidente le pregunta:

—¿Tiene usted algo que alegar?

—Que seré hijo de viuda dentro de pocos días.



Una mujer le pregunta a su marido, empecatado borracho:

—Pero, dime, indigno, ¿por qué bebes tanto?

—Calla, mujer, es para ahogar mis penas.

—¿Y logras ahogarlas?

—Las condenadas saben nadar.

—Le recomiendo a usted mucho ejercicio, mucho sol, mucho aire, y sobre todo, nada más que un cigarrito, un solo cigarrito después de comer.

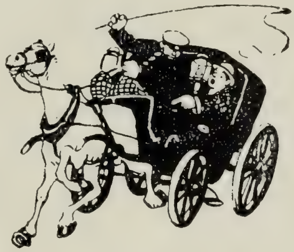
A los ocho días vuelve el médico y le pregunta a nuestro enfermo:

—¿Qué tal el plan?

—Voy mejorando... todo me sienta bien menos el cigarro.

—¿Cómo es eso?

—Es que no había fumado en mi vida.



Un provinciano toma un coche por horas.

El cochero pone el caballo al galope y nuestro hombre asoma la cabeza por la ventanilla y le dice:

—Bien podrías ir más despacio, porque con estos trotes en seguida habrá pasado la hora.

—Aquí donde usted me ve,—le decía un mocetón a Rossini,—también yo soy músico.

—¿Compositor?

—No, de orquesta.

—¿Y qué instrumento tocas? ¿De viento o de cuerda?

—De cuerda.

—¿Y cuál es?

—La campana de misa, porque soy el sacristán de la parroquia.



A Manolita le han dicho que muy pronto le van a traer de París un hermanito.

La niña sale al día siguiente de paseo con su mamá y al poco rato le dice:

—Volvamos de prisa a casa porque puede que nos lleven el niño antes de que lleguemos nosotras.

Un abogado a su cliente:

—¿Le presentó usted el pagaré a su deudor?

—Sí, señor.

—¿Y qué le dijo?

—Que me fuera al diablo... Por eso he venido a verle a usted.



Los progresos del cinematógrafo

Empezó como un espectáculo de barracón de feria; fué luego un sucedáneo del antiguo titirimundi, más tarde número obligado de los programas de circo y de las funciones de "varietés" y finalmente, por un lado medio novísimo de educación y demostración científica, y por otro rival serio y temible del teatro. Tal es la historia del cinematógrafo en los veintidós años escasos que han transcurrido desde su aparición en el mundo.

Conociéndola, hay que convenir en que es muy difícil predecir lo que con el tiempo podrá llegar a ser la fotografía animada.

El progreso del cinematógrafo lo revelan, mejor que nada, algunos datos y cifras que el público en general, desconoce. En los grandes talleres de material fotográfico de la compañía Kodak, en Rochester, se enseña al visitante una pequeña barrica con una inscripción haciendo constar que en ella se hizo la pasta con que se confeccionaron todas las películas de celuloide



Una fábrica de películas

que de dichos talleres salieron en 1891. Hoy, cada veinticuatro horas, se necesita el contenido de toda una batería de cubas cinco o seis veces mayores, produciéndose semanalmente unos mil doscientos kilómetros de película.

Hace sólo diez años, la casa mejor montada disponía, como escenario cinematográfico, de un pequeño cobertizo con techo acristalado, cuya edificación apenas costaba 2.500 pesos, y donde media docena de actores ignorados trabajaban ante el objetivo. Hoy se emplean inmensas construcciones, que cuestan más de 1.250.000 pesos y en las que caben verdaderos ejércitos de comparsas, y trabajan las grandes estrellas de la pantomima. Entonces, se consideraba una película muy cara cuando le costaba a la casa 1.250 pesos; hoy, cualquier firma un poco acreditada gasta en una película más de 250.000 pesos.

El "cine" de hace diez años era un caserón de madera, con bancos molestos y algún palco más molesto todavía, y un cortinón negro en la puerta para impedir la entrada a la luz del día. Ahora, se hacen edificios de planta y hasta grandes teatros destinados exclusivamente a las exhibiciones cinematográficas, pudiendo servir de ejemplo el Hipódromo de París, donde pueden sentarse cuatro mil espectadores y caben con comodidad hasta dos mil más.

La razón de este prodigioso avance no es difícil de encontrar. El teatro es, en todas partes, cada vez más caro; el cinematógrafo, por el contrario, es relativamente barato. El "cine" es el teatro del pobre. Además, este espectáculo tiene la ventaja de no imponer horas; el público no necesita gastar en él toda una tarde o una noche, sino que entra y sale cuando le da la gana. Aún

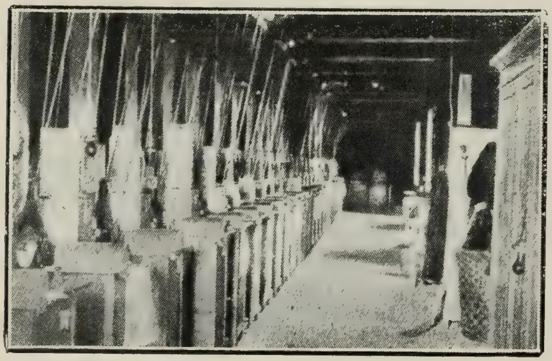
más: sin esfuerzo ninguno mental, sin cansar otro sentido que el de la vista, puede seguir la representación y comprenderla perfectamente.

Los miles de pesos que cuesta el impresionar ciertas películas, parecen a mucha gente un gasto demasiado grande para que de él pueda resarcirse fácilmente la casa productora. Sin embargo las grandes firmas aseguran que estas películas caras son precisamente las que dan más dinero.

Cuando el cinematógrafo comenzó a estar de moda, sólo se ofrecían al público películas cortas. Diez minutos de duración parecían una cosa excesiva. Ahora se exhiben cintas que duran dos horas, y aún más, sin que por eso decaiga un momento el interés del público.

La misma diferencia se observa en los locales elegidos para las exhibiciones. En Londres, el teatro de la Opera, el de la Scala y el Metropolitan, han sido transformados en cines; en Nueva York, una empresa cinematográfica, ha arrendado la academia de música pagando una renta igual a un tercio del valor del mueble.

Pero lo más notable es que en Italia, el país de la música y el teatro por excelencia, se edifican a diario verdaderos palacios destinados a la cinematografía, con vastos "foyers" que permiten al público esperar confortablemente a que una sección termine para entrar a ver la siguiente, hallándose el sistema de entradas y salidas tan bien estudiado, que en diez minutos escasos queda el local enteramente vacío y se llena de nuevo.



Taller de tiraje de positivas

Es indudable que el cinematógrafo irá muy lejos, y más aún cuando se le introduzcan mejoras, pues, opinamos que tan valioso invento no quedará donde está.

Hace muchos años que se habla, con insistente entusiasmo, del cinematógrafo parlante, problema que, tarde o temprano, tendrá que ser resuelto, pese a todos los pesimistas de nuestra época.

Actualmente se están realizando grandes y detenidos estudios sobre el particular.

La reconocida competencia y sabiduría de las personas que intervienen en los estudios a que hacemos alusión, hacen creer que algo se sacará en limpio.

Es muy fácil que antes de encontrar la incógnita ansiada, pasen años y mueran muchos hombres de ciencia. No es cuestión fácil. Mientras el cinematógrafo seguirá triunfando, pues en el mundo cuenta con elemento suficiente para triunfar. Un ejemplo lo tenemos con lo que pasa en nuestra populosa capital.

A la enorme lista de cines se han incorporado, últimamente, muchos otros y, todos ellos, mejorando en lo que se refiere a lujo y comodidad.

Mesa revuelta

La frugalidad de un rey. — Cuéntase una anécdota que demuestra bien la frugalidad del soberano italiano.

Cierto día que se encontraba solo en una región montañosa de su reino, mató un ciervo en el fondo de un precipicio. Un joven campesino que fué testigo del golpe, se ofreció para bajar al abismo y recoger el animal.

—Bueno,—le dijo el rey,—¡te espero!

—Pero ¿qué me dará usted si voy allá?

—¿Qué pides?

—¡Una lira y la mitad de su desayuno!

—Está bien; los tendrás.

El galopín descendió con presteza y volvió cargado con el ciervo.

Soltó la carga y se sentó cerca del rey, esperando el desayuno prometido.

El soberano le entregó la lira convenida, y sacando después sus provisiones, las dividió en dos partes.

Al verlas, la cara del muchacho se alargó; después se levantó dándose vuelta con desprecio, al ver que el rey le ofrecía un pedazo grande de pan moreno y una cebolla.

—¡Me figuré que ustèd era un gran señor, pero me doy cuenta de que es tan pobre como yo!—dijo el joven campesino alejándose.

El casamiento en las Filipinas. — Cuentan que los habitantes de las islas Filipinas tienen extrañas costumbres referentes al matrimonio.

Cuando dos indígenas quieren casarse, los padres y los amigos buscan dos palmeras "jóvenes", perfectamente derechas, con la superficie lisa, de la misma altura y cercanas una de otra.

Al encontrarlas, comunican su descubrimiento a los novios, los cuales, seguidos de todos los invitados, se trasladan el día del casamiento al pie de los dos árboles.

Llegado a la cumbre, el joven alarga el brazo para agarrar la copa del otro árbol tratando de atraerla hacia él. Esta tarea dura hasta que logra tocar con su frente la de su novia; ella por su parte, hace esfuerzos para facilitar el contacto.

Entonces el convidado de más importancia declara solemnemente que "el casamiento está concluído".

Si tales costumbres encontraran ambiente entre nosotros, creemos que el casamiento no prosperaría, pues, no está al alcance de cualquiera poder trepar hasta la cima de un árbol. Los jóvenes poco fuertes, o las señoritas precozmente desarrolladas tendrían que renunciar para siempre a las felicidades del casamiento.

Sordera preciosa. — Se sabe que Thomás Edison, el inmortal inventor del teléfono, se ha vuelto por una triste ironía de las cosas de este mundo, completamente sordo.

Lo que se ignora es que este gran sabio, que piensa perfeccionar la aviación, considera a la sordera como una gracia de los dioses.

Hace algún tiempo un médico amigo, le aseguró que por medio de una operación podría recobrar el oído.

—¡Jamás en la vida! — exclamó Edison. — ¿Abandonar la gran ventaja que tengo sobre mis semejantes? ¡Usted se chancea! Mi oficio es pensar; poco me importa lo que dicen los demás y el barullo que hacen. No me importa todo este caos, y por eso puedo concentrar sobre mi objeto toda mi actividad intelectual, sin que la menor parte de ella sea distraída por los ruidos y movimientos exteriores.

Curarse con flores

El valor terapéutico de las plantas no consiste sólo en las primeras materias que de ellas se extraen para fabricar ciertos medicamentos.

Sólo por el hecho de existir en torno nuestro muchos vegetales, ejercen benéfica influencia sobre nuestra salud.

Las flores, por ejemplo, pueden servir para el tratamiento de los neurasténicos. En Inglaterra, una secta de terapéuticos utiliza las virtudes curativas de los árboles. Para ciertas afecciones, estos médicos recomiendan pasar dos o tres horas a la sombra de un árbol determinado, un manzano, un cerezo, una acacia, según la región enferma.

Los vivos colores de las flores, los perfumes de las plantas olorosas, ejercen, sin duda, mucha más influencia sobre el sistema nervioso que las radiaciones hipotéticas de los árboles. Sabido es que ciertos colores, como el rojo y el amarillo, excitan y estimulan; que otros, como el verde y el azul, calman, mientras otros, como el violeta, ejercen una influencia depresiva.

A los neurasténicos demasiado excitados, podrían recomendárseles los macizos de "salvia patens", hermosa flor del más hermoso y más puro azul, un azul único, un azul verdaderamente milagroso. En cambio, a los que padecen de "spleen" podrían recomendárseles los macizos de salvia roja y de geranios de color vivo. El día que se estudie detenidamente la virtud medicinal de las plantas vivas, se devolverá su reputación a muchas flores injustamente vilipendiadas. Algunas de ellas, cuyos colores nos parecen hoy desprovistos de belleza, serán precisamente las que convengan a tal o cual enfermedad. Otras, se recomendarán por su perfume. Los vegetales de perfume pronunciado son pequeñas máquinas productoras de ozono, gran purificador del aire.

Aun cuando nadie pudiera sospecharlo, nada tan saludable dentro de la casa como reservar en todas las habitaciones un sitio para las flores de hermosos colores o delicado perfume. Se aconsejan especialmente las verbenas, las petunias, los claveles, las centáureas, el espliego, las clemátides y los heliotropos. Estas últimas flores esparcen un aroma exquisito por la mañana y a la caída de la tarde.

No hay que olvidar que todas aquellas flores que generalmente consideramos sin olor, como las dalias y los crisantemos, emiten también vibraciones oloríferas imperceptibles para nuestros sentidos, que están muy lejos de ser perfectos, pero sin embargo, activas sobre nuestro organismo.

Hoy está demostrado que nuestra salud no sólo se altera por el frío o por la humedad que haya en la atmósfera. Las corrientes eléctricas y magnéticas, las vibraciones del color y del olor, y hasta las ondas sonoras, influyen también sobre ella. Sería, pues, de desear la multiplicación de las flores en los hospitales, en los hospicios, en las escuelas y en las casas de corrección.

A nuestros lectores

Los que deseen subscribirse a la popular e interesante revista semanal "Mundo Argentino" y no tengan facilidad para conseguirla en la localidad de su residencia, pueden obtener una subscripción anual (52 números) dirigiéndose directamente a esta Administración, adjuntando la suma de $ 5.— moneda nacional.

"Mundo Argentino" es el semanario ilustrado de mayor éxito, y su circulación garantida de 130.000 ejemplares semanales, demuestra la aceptación que merece por parte del público. Su precio de $ 0.10 por ejemplar, en toda la República, lo pone al alcance de todos.

ADMINISTRACION

CHACABUCO, 677/85

BUENOS AIRES

Una plaga de caballos

Aunque generalmente se cree que las manadas de caballos salvajes que en otro tiempo recorrían las llanuras norteamericanas, han desaparecido lo mismo que los bisontes y los pieles rojas, en realidad está muy lejos de ser así. Lo que hay, es que casi todos los caballos salvajes que quedaban en el país han ido refugiándose en Nevada y los estados adyacentes, donde se han reunido en tal número y se han propagado con tal rapidez, que hoy día constituyen una verdadera plaga.

La citada región de los Estados Unidos es famosa por sus condiciones de clima y vegetación favorable para la cría caballar; pero desde hace algunos años nadie se atreve a practicar allí esta industria, porque las piaras de yeguas salvajes se mezclan con las yeguadas domésticas, y se llevan detrás los potros y los sementales, que el ganadero puede considerar perdidos para siempre. Los propietarios de caballos emplean toda clase de procedimientos para acabar con estos cuadrúpedos salvajes, y últimamente han adoptado el plan de contratar indios para que los maten a tiros, pagándoles un peso oro por cabeza de caballo. La utilidad de este sistema no es mucha, porque los solípedos se han hecho fuertes en la selva de Toyabe, considerada como parque nacional, y en la que, por consiguiente, está prohibido cazar cualquier clase de animales.

El prolema es más serio de lo que parece, pues se calcula que cada año aumenta en unas cinco mil cabezas el número de los caballos indómitos. Se ha pensado en cogerlos vivos para utilizarlos de alguna manera, pero la raza está tan degenerada, que los servicios que pudieran prestar no compensarían el trabajo que costaría domarlos, aparte de que son tan ligeros, que los más hábiles "cow boys", montados en sus más rápidos corceles, no pueden alcanzarlos.

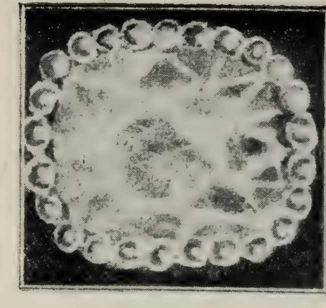
Ultimamente se ha puesto en práctica otro medio de destruir a estos animales, y consiste en hacer un gran corral con postes muy fuertes, de cuya entrada arrancan dos barreras de tela metálica que se extienden a muchos kilómetros de distancia, separándose más cada vez. En esta forma, es muy fácil empujar una manada entera de caballos hacia el corral, y una vez dentro de él, irlos matando desde fuera. Sus pieles se llevan a San Francisco para venderlas al precio de dos a tres pesos oro cada uno.

Pero este medio no basta, y los habitantes del país que ven agotados los pastos y muerta la ganadería, han pedido ayuda al gobierno, rogándole que envíe tropas o cazadores en gran número para que acaben con la plaga. Después de todo, las autoridades son en parte culpables del actual estado de cosas. Hace doce años permitíase en Nevada, a todo el mundo, matar caballos salvajes; pero en la guerra que se les declaró, fueron muertos, por equivocación, algunos solípedos domésticos que pertenecían a personas influyentes, y desde entonces se prohibió este género de caza, a lo que se debe que hoy haya en aquella región más piaras salvajes que nunca. Para los españoles tiene este hecho excepcional interés, pues ya se sabe que los caballos libres en América del Norte descienden de los que llevó Hernán Cortés a la conquista de Méjico. No deja de ser curioso que al cabo de tantos siglos la sucesión de aquellos heroicos caballos de guerra haya venido a ser una plaga para el Nuevo Mundo.

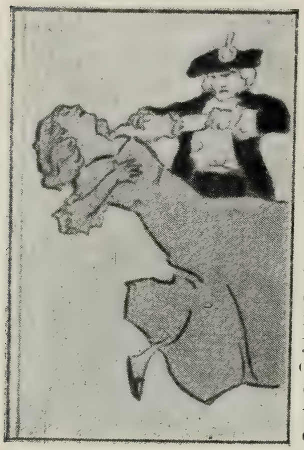
El diamante fatídico

El destronamiento de Abdul Hamid atribúyenlo las gentes supersticiosas a que el odioso monarca otomano era poseedor del diamante Hope, cuya historia respira crimen y desgracia por todas sus páginas. El Kohinoor, tan famoso por su mala sombra, tiene por tanto un émulo no menos notable.

El diamante Hope fué obtenido en la India, a mediados del siglo XVII, por el viajero francés Tavernier, que, según parece lo robó



El diamante Hope

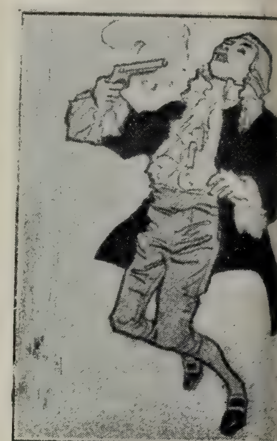


Muerte de la princesa Lamballe

en un templo indígena. A su regreso a Francia, lo vendió a Luis XIV. Poco después, contraía una enfermedad misteriosa y moría en Copenhague. Luis XIV, entre tanto, hacía tallar la piedra y obsequiaba con ella a su favorita, la bella marquesa de Montespan. Esta no había lucido la joya en público media docena de veces, cuando vió decaer su estrella y fué sustituída en el corazón del rey por la célebre Maintenon.

Volvió el diamante al tesoro real, pero para salir a poco por mano de Nicolás Fouquet, el romántico intendente de Hacienda que lo empeñó para pagar una de las suntuosas fiestas con que llegó a despertar los celos del rey. Algunos días después, era encerrado en un castillo, donde murió de un modo misterioso; dicen algunos que ahorcado, mientras otros creen que él fué el famoso Máscara de Hierro.

Si Luis XV conocía o no estas coincidencias, no se sabe; lo cierto es que, desempeñado el diamante, durante su reinado estuvo oculto en el tesoro de la corona. Pero al subir al trono Luis XVI, María Antonieta vió la hermosa piedra y quiso lucirla en un collar. Presentóse con ella en algunos bailes de las Tullerías, y en una o dos ocasiones se la prestó, como marcada muestra de consideración, a su amiga la princesa de Lamballe. El final de todo aquello fué la



El hijo del diamantista

revolución francesa. La princesa de Lamballe fué asesinada por el populacho, y su cabeza presentada ante las ventanas de la prisión de los reyes; Luis XVI, que consintió en sacar el diamante de su escondite, y María Antonieta que lo llevó en público, murieron en la guillotina. Llevado el diamante con las otras joyas de la corona, al Guardamuebles, un día desapareció. No se volvió a saber de él hasta 1830. En este año, un comerciante inglés lo recibió, en pago de un pequeño socorro, de un francés llamado Beaulieu, que estaba a punto de morirse de hambre. Este individuo contó que un desconocido había llevado la piedra a cierto diamantista holandés llamado Fals, para que la tallase de nuevo; hízose la operación, pero antes de que fuesen a recoger la joya, un hijo del diamantista la robó y se escapó con ella. Buscado por la policía, se la dió a Beaulieu para que la ocultase, y se pegó un tiro. En cuanto a Fals padre, desde que talló el diamante empezó a faltarle trabajo, se arruinó y murió en un hospital. Poco tiempo después de hacer esta relación al inglés, Beaulieu perecía de necesidad.



El esclavo turco

El comerciante se apresuró a vender la piedra, y el comprador fué un rico banquero inglés, Henry Thomas Hope, de quien aquella tomó su nombre. Tan pronto como la tuvo en su poder, comenzó a llover sobre él una serie interminable de calamidades, entre ellas la muerte de su hijo predilecto. Su nieto, el actual Lord Francis Hope, que heredó el diamante, fué más desgraciado todavía. Casado con la hermosa actriz May Yohe, ésta se escapó con un amante, dando un escándalo que resonó en todo el mundo. Tras de esta desgracia vino un principio de quiebra, y sabe Dios a dónde habrían llegado las desgracias de Lord Hope si no se hubiera dado prisa a vender la fatídica gema.



La favorita del sultán

De sus subsiguientes propietarios, fué uno el prestamista francés Colot, que se volvió loco y se suicidó; otro, el príncipe ruso Ivan Kanitovski, a quien los nihilistas dieron de puñaladas, y otra la bailarina Lorence Ladue, asesinada por su amante.

Llegó el Hope, tras tan dramática carrera, a manos de un joyero griego llamado Montharides, que fué quien se lo vendió a Abdul Hamid.

EL MÉDICO EN CASA

El conocido escritor festivo que se firma SERRUCHO, *ha tenido la ocurrencia de redactar, en forma amena, una colección de recetas, al alcance de todo el mundo, para curar la mayor parte de las enfermedades.*

Se disponía a publicar un libro con ese material, destinado a las familias, cuando una feliz oportunidad nos hizo conocer sus propósitos. Vimos en su proyecto una idea que encajaría muy bien en EL HOGAR, *le hicimos proposiciones y hemos llegado a un acuerdo para que nuestros lectores sean los favorecidos con una publicación de indudable utilidad.*

Desde el presente número empezamos a publicar esas recetas en orden alfabético, las que seguramente serán leídas con gusto por la forma en que están escritas, y equivaldrán a tener "el médico en casa" para quien las coleccione todas.

Es un nuevo esfuerzo que hacemos para corresponder al creciente favor que el público nos dispensa.

Abatimiento. — (No confundir con abatatamiento, que es el estado de batata, ni con la manía de batirse, que es una de las formas de la manía del suicidio).



El abatimiento suele presentarse después de una "sindineritis" crónica, a consecuencia de amores contrariados, o de cualquiera otra enfermedad, al parecer, incurable.

El abatimiento se manifiesta con síntomas de postración. Se pierden las fuerzas, y para encontrarlas no es suficiente poner avisos en los diarios ofreciendo ''primas'' ni otros parientes más o menos sobrantes que uno tenga.

Para reaccionar contra el abatimiento lo mejor es buscar las causas y suprimirlas; pero no siempre es fácil hacer eso dentro de los medios legales.

Si la causa del abatimiento es una mamá política o una cuñada in-política, hay que acordarse del código penal antes de proceder a suprimir el ''abatidor''.

El abatimiento se cura con el reposo y la despreocupación de todo, o sea con la política de don Roque.

Hay que seguir un buen régimen de alimentación y bebimentación: vino ''generoso'' sin tacañería; huevos (prefiriendo la yema a la cáscara); carnes asadas (la de oso y la de toro son excelentes para obtener fuerzas), frutas frescas mejor que podridas, etc.



Si estás abatido, lector ''andá a bañarte''. Los baños fríos en verano y templados en invierno ''desabaten'' y ''desenchanchan.

Es bueno además ''distraerse'' pero no tanto que se olvide uno de los peligros de la calle. ¡Cuidado con los automóviles!

Como distracciones curativas y no muy peligrosas, puede alternarse entre el truco y un ''afile'' pasajero, que no haga ''mella''. Ese es el arte del buen ''afilador''.

No hay que ''distraerse'' demasiado en el ''afile'', pues el efecto, entonces, contra el abatimiento puede ser contraproducente y grave.

Con todo lo dicho se cura el abatimiento; pero el remedio infalible contra esa enfermedad es no abatirse por nada



El médico en casa

Absceso. — El absceso puede ser superficial, (como el amor que se recomienda para el "afile" contra el abatimiento), o bien hondo (como los suspiros de los enamorados románticos).

En el absceso superficial, los esfuerzos solos de la naturaleza suelen ser suficientes para que el pus se mande mudar al exterior, en viaje de placer... para el que lo albergaba. Pero al salir, deja la puerta abierta, y es preciso tapar el boquete.

Para ello, no se necesita un albañil. La cosa es tan sencilla, que bastan los paños calientes.

Las "compresas" empapadas en agua de eucalipto, "comprenden" muy bien la misión que se les encomienda, y taparán perfectamente la puerta.



Previamente será bueno limpiar el quicio de dicha puerta, prefiriendo para ello cualquier desinfectante, a la escoba o al plumero.

Cuando se empieza a formar el absceso, produce un dolor que no es agradable precisamente.

Para calmarlo, no bastan buenas razones. Una cataplasma de linaza suele ser más convincente. La cataplasma se renovará dos o tres veces al día, para evitar que se vuelva ácida o irritante.

El lino es como el ciervo del Zoológico: se "irrita" fácilmente.

Adelgazar. — La obesidad o gordura es una enfermedad reñida con la limpieza y la ilustración porque da al paciente el aspecto del chancho o de cualquier otro animal de engorde, como el novillo o el capón, coincidiendo con éstos en lo de ser "paciente" porque "pacen".

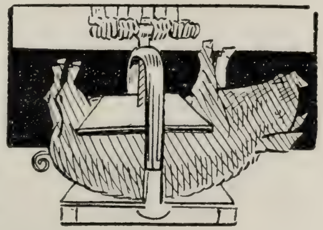
Por la somnolencia que le ataca, el obeso se parece además a otro ilustre cuadrúpedo: la marmota, animal que se pasa los inviernos enteros en un sueño no interrumpido por la carestía de la vida ni otras cavilaciones.

Los médicos, en competencia con los sastres, modistas y corseteras, se desviven por conseguir la esbeltez de sus semejantes; pero muchas veces no obtienen resultado alguno, ni en ellos mismos.

Sin embargo, hay ejemplares de paquidermos humanos que consiguen menguar y convertirse en fideos o alfeñiques con un régimen de no alimentación, a base de leche aguada, te sin masitas, legumbres verdes (mejor que de otro color), espinacas, ensaladas y frutas frescas. Como bebida, el agua pura... y simplemente.

Con estos "des-alimentos", administrados con celo de tutor o de madrastra, en dosis homeopáticas, y durante algún tiempo, se va perdiendo carne, hasta que la balanza marca el peso neto de la osamenta.

Conviene advertir que, antes de llegar a perder completamente la tara, o sea el envase, habrá que suspender el sacrificio del ayuno.



El que pueda habitar siempre en países fríos, tendrá mucho adelantado para no engordar, pues sabido es que el calor dilata los "cuerpos".

Además, este sistema, es de doble efecto: adelgaza o "desenmondonga" y evita las cuentas corrientes con el almacenero, bellísima persona que siempre nos "corre" por "su cuenta" y riesgo.

Otro procedimiento muy bueno es caminar, todas las mañanas, cuarenta o cincuenta cuadras. Ir a Palermo y volver, por ejemplo, teniendo la precaución de no tomar desayuno de ninguna clase.

Dicen algunos doctores que no deben "recomendarse" los medicamentos que se "recomiendan" para adelgazar, porque son perjudiciales para el corazón, como el amor no correspondido.

Pero esto no reza con el sistema del hambre que es bastante seguro, y menos doloroso que el de recurrir a un tornero para afinarse.

SERRUCHO.

Dib. de Caro.

Las musas de los pintores

Bellezas que han inspirado a artistas célebres

¡Cuántas figuras femeninas, que en museos y galerías de arte, nos sonríen desde sus lienzos, son mujeres que han existido realmente, trasladadas a los cuadros por corazones inflamados de amor, por ojos ardientes de pasión!

Compárese la ''Joconda'' con cualquier retrato femenino moderno. En éste todo es sobrio, impecable, elegante; pero en aquél se ve el pensamiento, la inteligencia, que parecen querer salir fuera por aquellos ojos espirituales, por aquella boca adorablemente irónica. Philipo Lippi es, de los pintores del siglo XV, el que nos ha dejado mejores figuras de mujer, sin duda porque su naturaleza era ardiente y apasionada. Cuando abandonaba su caballete y su tiento, era para correr aventuras galantes, y si los Médicis, sus protectores, le hacían encerrar en su estudio para que cumpliese sus compromisos, se escapaba por la ventana. La encantadora Virgen que sonríe en el cuadro de la Natividad que se conserva en el Louvre, tiene una historia curiosa. La modelo fué Lucrecia Buti, que dió al pintor un hijo, Philippino, artista como su padre.

Rafael mismo encontró en su carácter apasionado una fuente de inspiración. La hermosa figura de la ''Fornarina'' basta para probar que el amor es un gran auxiliar del genio. Las composiciones del Ticiano, las blondas evocaciones del Corregio, pintan igualmente estados amorosos del corazón.

Con el siglo XVIII viene una época que puede compararse al Renacimiento.

Quentin de La Tour, carácter mucho más independiente, se hizo suplicar muchísimo para hacer el retrato de la reina de Francia; pero toda la aspereza del artista desapareció ¡oh, fuerza del amor!, el día que Quentín La Tour conoció a la Fel, cantante de la ópera, más célebre por sus hermosos ojos que por su talento.

Greuze, también buscó inspiración en el amor. Casado a la fuerza con la hija de un librero que no se detuvo ante ningún escándalo para conseguir sus propósitos, amaba tanto a su mujer, que hizo de ella su tipo favorito. Su cara redonda y su naricilla respingada figuran en muchos cuadros suyos.

Prudhon se inspiró también en el amor de una mujer. Tras algunos años de una triste vida conyugal, el gran pintor tuvo la suerte de encontrar el afecto en su discípula, Mlle. Mayer, joven más inteligente que hermosa, y dotada de un corazón admirable y sensible; pronto entre maestro y discípula se estableció una intimidad que sólo terminó con el trágico fin de la joven.

Un día, ésta se figuró que era un obstáculo para la carrera del gran artista, y que su compañía impedía que el mundo rindiese el debido homenaje a su genio.

Encerróse, entonces, en su habitación, y se degolló con la navaja de afeitar del mismo Prudhon. El dolor del pintor fué terrible; y a consecuencia de él murió dos años más tarde, sin poder sobrellevar el peso de aquel recuerdo.



El descanso dominical

La cuestión del descanso dominical o semanal data de muy antiguo. Los romanos distinguían los días de su calendario en "fastos" y "nefastos". Entre los días fastos se contaban, además de aquellos en que era permitido trabajar como de costumbre, los días reservados a los comicios, a las elecciones y a la política.

En los tiempos a que nos referimos no había casi fiestas en la primera mitad del mes, pero, en cambio, durante la segunda quincena se sucedían rápidamente las ocasiones de entregarse al descanso.

Los primeros cristianos descansaban el sábado, pero celebraban en domingo la resurrección de Jesucristo, y el sábado se fué convirtiendo paulatinamente en día de ayuno, hasta que el emperador Constantino declaró oficialmente "día nefasto" al domingo, y por dicha disposición quedó prohibido el funcionamiento de los tribunales y el trabajo en general.

El emperador Teodosio suprimió los espectáculos públicos el día del Señor, y luego la Iglesia en numerosos concilios prohibió seriamente el trabajo en ese día.

Corazas y no pan. — En los tiempos medioevales se hiló muy delgado en lo referente al descanso dominical. Prueba de ello es que siendo una época en que, no obstante la leyenda, la gente se lavaba mucho, no se caldeaba el agua de los baños, los panaderos no cocían pan y las tiendas permanecían cerradas. Solamente ciertas corporaciones lograron obtener el privilegio de la excepción: los plateros podían abrir una sola tienda siguiendo turno, y otro tanto podían hacer los pañeros, los vendedores de sombreros de fieltro y los corseteros o vendedores de justillos.

Desde el siglo XII empezó a manifestarse cierta libertad de costumbres, e iban aumentando los abusos, a pesar de leyes y costumbres y con perjuicio de los pobres jornaleros que perdían su salario con numerosos días de huelga forzada motivados por fiestas semirreligiosas.

Cuando la Convención francesa instituyó el calendario republicano, los meses quedaron divididos en tres décadas, y el último día de cada una de éstas reemplazaba al domingo, de modo que los cincuenta y dos días de fiesta semanales quedaban reducidos a treinta, y los industriales salían beneficiados en veintidós días de trabajo al año. Pero el descanso decenal, no arraigó en las costumbres.

Napoleón y el domingo. — Siendo cónsul Napoleón, restauró la libertad del domingo, y un mes después prohibió que se publicasen amonestaciones de casamiento en este día; pero aun cuando Napoleón deseaba apoyarse en la Iglesia, no quería ser dominado por ella y jamás consintió en imponer a los obreros el descanso dominical.

En 1900 se reunió un congreso internacional al que asistieron delegados de las ligas que se habían constituído para "el descanso dominical" y en aquella reunión produjo sensación profunda Mr. Honoré, director de los grandes almacenes del "Louvre", de París, con sólo exponer unos cuantos hechos.

Desde 1869, jefes y empleados estaban de acuerdo para cerrar en domingo. En 1878 las compañías de ferrocarriles preguntaron al "Louvre" si se avenía a no recibir mercancías en domingo, y la proposición fué aceptada.



Como se forman hombres



Higiene y moral

GENERALMENTE se dice que todos los niños son iguales, y este aforismo como todos aquellos dimanados de la experiencia de las gentes, encierra dos partes casi iguales de verdad y de error. No hay duda que cada niño tiene su carácter, y en este concepto difiere de sus pequeños camaradas. Pero es el caso que este carácter no se manifiesta ni con el primer diente ni con los primeros pantalones.

A menudo, el niño es, durante años, un pequeño ser sin voluntad; la entidad "de será", como decía Horacio, dispuesto a recibir todas las impresiones, y solo a los ocho, diez o doce años, comienza a ser algo. Pero aún en posesión del carácter y la personalidad, todavía conserva un fondo general de elementos intelectuales y morales que comparte con los de los niños de su edad, detalle que asigna la razón a aquellos que sostienen que los niños se parecen entre sí.

Lo mismo sucede bajo el punto de vista físico. El temperamento se afianza tarde en el niño, y así, si se quisiera establecer para la primera infancia una higiene o una medicina, sería más correcto tomar en cuenta la edad del sujeto que su temperamento. Igual ocurre en cuanto a la intelectualidad; por precoz que sea un niño, el conjunto de aptitudes especiales, que constituirán un día su espíritu, no se pondrán en evidencia sino después de pasados varios años.

Y ha sido tomando en cuenta este período de la infancia, que comienza con los primeros pasos y las primeras palabras y termina en la edad tan variable, durante la cual el niño conquista su personalidad, teniendo en cuenta decíamos, este período tan delicado, en que el niño a menudo se ve abandonado a su propio instinto, hemos creído conveniente juntar algunos consejos, con los cuales, probablemente todo el mundo estará de acuerdo, y que en la práctica serán aplicados sin vacilar.

Estos consejos se han establecido sin atender a leyes pedagógicas, y bajo la norma del buen sentido y la experiencia: ellos son aplicables a todos los niños, pues se refieren a sus caracteres comunes, abstracción hecha de los temperamentos, caracteres e inteligencias individuales.

Es conveniente que los padres o aquellos a quienes incumba la vigilancia de los niños, posean un código educacional para la primera edad, y este código no solo comprende esta época de la vida , sino también puede aplicarse a los adolescentes.

Estos preceptos tratan a la higiene y al desarrollo moral e intelectual de los niños.

Para las Madres

Los niños pequeñitos son la alegría del hogar; sus sonrisas y caricias forman la felicidad de los padres; pero también, a veces, estos seres queridos, nos tienen preocupados y tristes.

Ríen raramente, lloran por cualquier pretexto, están nerviosos, intratables, no hay medio de distraerlos y todo les fastidia.

En esos casos, muchas madres sufren y soportan resignadas, lo que ellas llaman "carácter irascible del niño". Otras recurren al médico, y éste, en la mayoría de los casos, dan con la causa del estado anormal del niño y tratan su factor: la enfermedad.

Entre las causas de las enfermedades de la primera infancia, figura en primera línea — después del aparato digestivo — la higiene del niño.

Pues bien, si todas las madres cuidaran este requisito de capital importancia para la vida humana, muchas de ellas se evitarían los malos ratos que pasan por el malestar de sus hijos y éstos serían alegres y lozanos.

Las madres no deben olvidar jamás de bañar sus niños todos los días, pues el baño reacciona favorablemente sobre el espíritu de ellos y los pone de buen humor.

Además, la higiene es el preservativo de la mayor parte de las enfermedades y donde ella reina, la medicina poco tiene que hacer.

Tengan pues las madres, presente este consejo, y recuerden también que, al bañar el chico, deben usar el Jabón Chinosol, el cual, al mismo tiempo que perfuma y suaviza, desinfecta y evita las afeccinoes de la piel..

Cómo se forman hombres

Los beneficios del aire libre.—La primera regla y quizá la más importante que puede prescribir la higiene, es la de dejar que los niños gocen del aire libre. ¿Cuántas madres habitantes en la ciudad no han envidiado alguna vez el aspecto sano de los chicuelos campesinos, criados las más de las veces sin higiene, sin buena alimentación y sin vestidos adecuados, pero que se desarrollan admirablemente gracias al aire libre?

El aire libre no sólo duplica las fuerzas, sino que amolda el cuerpo al frío, al sol y a la lluvia, y permite en consecuencia, combatir el reuma y todas las afecciones análogas. A este régimen es preciso acostumbrarlos desde pequeños, pues cuando son grandes, este acondicionamiento resulta imposible.

Dejémolos, pues, jugar al viento y al sol, sin temor a que se enfermen, pues cuanto más expuestos se hallen al aire, serán más sanos y vigorosos.

El único inconveniente que existe en dejar a los niños en estas condiciones, es que después de haber transpirado, se expongan a una corriente de aire, se instalen en un sitio húmedo o absorban alguna bebida fría. A decir verdad, este inconveniente no tiene gran importancia para los niños, cuyos juegos deben ser objeto de una vigilancia incesante. Lo esencial es inculcarles la costumbre de evitar el frío cuando sienten calor. Una vez adquirida esta costumbre, los niños la observarán sin dificultad cuando no tengan nadie que los cuide, primero porque será una costumbre y luego porque experimentarán sus ventajas y beneficios.

La comida del niño. — La comida del niño debe ser sencilla. Muchos higienistas prohiben la carne hasta la edad de tres y hasta cuatro años, y casi estamos por participar de esta opinión. En la mayoría de los casos los niños no sufren con esto; y de tal modo se preparan un estómago y un temperamento más vigoroso para el resto de su existencia.

Poca carne. — Si a pesar de todo quiere dársele carne al niño antes del tercer o cuarto año cumplidos, ésta deberá administrarse uan vez por día. Este régimen conviene también a los adultos, y en los niños debe aplicarse con estrictez. Uno de los grandes inconvenientes de la carne, es que los niños generalmente la mascan muy mal. Hay pues que observar gran cuidado al respecto y cortarles la carne en trozos pequeños.

No dar especias. — Las especias no deben existir en los platos destinados a los niños y aun la sal debe emplearse con discreción.

El uso inmoderado de este condimento, excita la sed, y hace beber mucho, lo cual entraña inflamaciones que pueden degenerar en perturbaciones intestinales.

El empleo de las frutas. — La cuestión de las frutas tiene su importancia en la alimentación de la primer edad; los niños las apetecen, y es conveniente satisfacer este deseo, que generalmente trae buenos resultados. Pero es necesario seleccionar las frutas: las ciruelas, las uvas de gruesa holleja, los duraznos y los damascos deben prohibirse; estas frutas son todas difíciles de digerir. Por el contrario, las fresas, las cerezas y las grosellas poseen inapreciables virtudes higiénicas. Si están bien maduras (o se dan cocidas, lo cual es preferible), contribuyen a regularizar las funciones intestinales y refrescan más que una bebida cualquiera el estómago.

El retrato

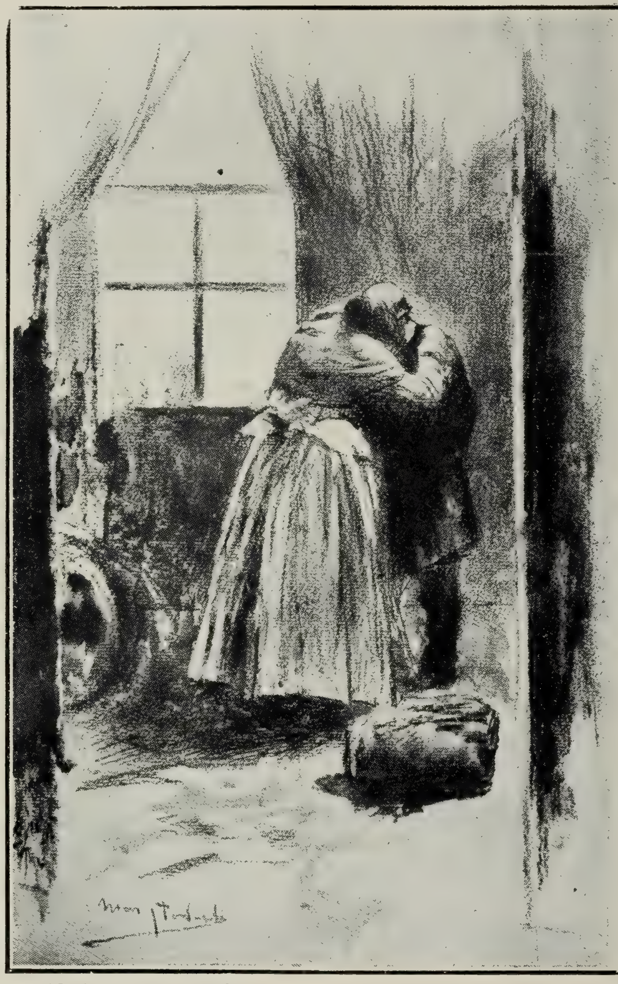
Era la vanidad, una vanidad desaforada y loca, el único móvil de las acciones de toda su vida. Con la fuerza de un Cid, sabía defender todos los días su caja de valores contra las embestidas más hábiles de los pedigüeños. En la labor sempiterna de la ostentación de su persona, ocupado en cultivar el reclamo, no había tenido tiempo de acordarse ni un solo día de su pobre mujer, la cocinera más reputada de Asturias, a quien despiadadamente dió el esquinazo, partiendo a Cuba, después de haberle gastado hasta el último céntimo del producto de sus ahorros y de sus sisas.

En la localidad donde residió, después de su fuga de la corte, llegó a tener en el terreno de los honores cuantas venturas están al alcance de un tendero favorecido por la fortuna. Y fué, entre otras cosas, juez municipal, concejal, diputado provincial, vice-presidente de varias sociedades patrióticas y hermano mayor de dos o tres cofradías. La gran cruz de Isabel la Católica, le dió ocasión para retratarse y hacer exhibir en el portal del fotógrafo aquel vulgar y mofletudo rostro, animado por una interesante sonrisa. Gran satisfacción para él cuando las damiselas de su parroquia le detenían en la calle para decirle:

—Ya hemos visto su retrato en casa de Pérez.

—Cosas de Pérez... Se empeñó en hacerme ese retrato, para darse él pisto...

—Está usted hablando. La banda y la cruz, iluminadas, han quedado muy bien... ¿Quién se lo hubiera dicho a usted, don Panchito, cuando, hace años, desembarcó en este país con alpargatas y gorra?...



—¡Al fin te encuentro!...

Cuando fué elegido por mayoría de votos coronel del batallón de voluntarios de la villa, y se vió con su uniforme de rayadillo, las tres estrellas de la bocamanga y la escarapela en el rico sombrero de Panamá, plantóse el hombre ante un armario de luna, y, acometido de ardor bélico, imaginóse estar enfrente del enemigo, y, gritando: "¡A ellos, muchachos!", desenvainó la espada virgen y arremetió contra su propia figura, que se reflejaba en el espejo, y destrozó el cristal, y recibió, al herirse en un dedo, su bautismo de sangre. Una criada, que, al oir el estrépito, acudió alarmada y presurosa, narró después en todas partes el sucedido; divulgóse entre risas el cuento y no fué mala caricatura la que publicó sobre la batalla del Espejo el popular semanario satírico de la localidad...

Y no hay para qué decir, conociendo el carácter de don Panchito y su delirio de grandezas, que aumentó su nutrida colección de retratos aquel ejemplar famoso en que aparecía con su flamante uniforme, jinete sobre arrogante bridón de guerra, la espada extendida en el aire, el continente marcial y terrible. La manía de retratarse le subyugaba en absoluto. Quería, por medio de la repartición de las cartulinas, hacer la propaganda de su persona. Además, tiempo atrás, una gitana vieja y astrosa, pero resabida y de mucha fama por sus acertados augurios, echándole la buenaventura, habíale dicho estas palabras:

—Hay una mujer en el mundo que te quiere y que te anda buscando. Por un retrato te encontrará.

* * *

Por aquella sazón llegó al pueblo el último número de la revista madrileña titulada "Los Personajes". Su principal y quizá único objeto era publicar biagrafías y retratos de los hombres de pro.

¡Qué tentación para don Panchito! Por su gran cruz, por su elevada posición, por los cargos que había ejercido, ¿no era él digno y muy digno de que se publicase su "vera efigie" en la galería de "Los Personajes"? Lo que en él fué al principio tenaz deseo, se convirtió en verdadera obsesión cuando vió salir el retrato del cacique del pueblo, su eterno rival y el objeto de su envidia y su odio.

No era empresa tan fácil como don Panchito creía. El cacique vió aparecer su retrato, porque el cacique... era el cacique. Había en la capital más de diez personas influyentes que le debían el acta de diputado o senador y que bebían los vientos por complacerle y halagarle. Don Panchito no estaba en el mismo caso. Por eso sus cartas, sus insinuaciones, sus súplicas, sus ofertas, no daban, ni con mucho, el resultado apetecido.

Mas no era él hombre que se desalentaba fácilmente. Una mañana, con gran sombro de sus

domésticos, mandó hacer las maletas, tomó pasaje en un vapor de la Transatlántica y se embarcó para la Península. A ningún amigo dió cuenta del viaje ni se despidió de persona alguna. No se tuvo noticia de su marcha sino al echársele de menos en el círculo del partido; y, aunque se intentó averiguarlo, nadie pudo aclarar el misterio de la fuga del grande hombre.

El cuál, después de un viaje "tartarinesco", llegó a la capital, vió y venció.

* * *

El retrato se publicó.

Pero ¿qué iba a hacer don Panchito con cinco mil ejemplares, ni uno más ni uno menos, de la ilustrada revista? Luego que remitió por correo un ejemplar a cada uno de sus amigos, a cada uno de sus electores y a cada uno de los voluntarios del batallón de que era coronel, aún le quedó papel bastante para llenar una habitación del hotel. Todas las peluquerías, las fondas, las casas de baños, los salones de limpiabotas, recibieron un ejemplar. Y el bueno de don Panchito, fatigado de la labor de poner fajas, con los dedos llenos de tinta, se acostó aquella noche diciéndose:

"Acuéstate, grande hombre, acuéstate y duerme feliz, que el mundo contempla tu retrato".

Al día siguiente, bien temprano, se echó a la calle para gozar de su gloria. En el escaparate de una librería del centro, exhibía la revista "Los Personajes" sus planas lujosas. Don Panchito se colocó detrás de un grupo de estudiantes que miraban las fototipias y hacían, burla burlando, alguna que otra observación.

—¿Quién será este excelentísimo señor don Francisco Gonzalez y González?... —preguntó uno.

—Muy conocido en su casa.

—Y ¡qué cara de bruto tiene!

—Y está guapo, coloradote y rollizo... ¡Valiente cerdo!

Con cara fosca, con humor tétrico, se retiró el hombre a su hotel. Allí, en el portal, en doble fila, le esperaban ansiosos una docena de individuos, no mal trajeados, que habían visto el retrato y leído la biografía e iban a tener el honor de conocer personalmente y de cumplimentar con profundísimo respeto al ilustre prócer. Los unos, proyectistas crónicos, le propusieron la implantación de negocios pingües y de resultado seguro. Los otros, del gremio literario, le dedicaron, con frase hiperbólica, sendos volúmenes que le hicieron pagar a buen precio. Los más, de la clase de sablacistas, apelaron a sus sentimientos filantrópicos, tan justamente encomiados por el biógrafo de la revista, para sacarle un puñado de pesos. Y todos, triunfantes y satisfechos, al bajar la escalera decían:

—¡Qué animal! ¡Qué ladrón!... Lo que habrá robado "este tío" en América!...

* * *

—Una señora está ahí preguntando por el señor,—dijo el camarero a don Pancho.

—¿No ha dado su nombre?

—No quiere decirlo.

—¿Qué señas tiene?

—Gruesa, entrada en años, con aspecto de sirvienta.

—Traerá algún recado. Que pase.

Una mujer, vieja y fea, penetró rápidamente en el salón, y sin dar tiempo a don Panchito para verle el rostro, se precipitó en sus brazos y se colgó, sollozando, de su cuello.

—¡Al fin te encuentro! ¡Paco! ¡Pacorro! ¿No me conoces? Soy la Mónica, tu mujer, tu mujer legítima. Si me parece mentira... En el periódico, en casa de mis amos, vi tu retrato... En la redacción me dijeron tus señas, y aquí me tienes. Y ahora no te volverás a escapar. ¿Verdad que no, ladrón?...

Don Panchito, desasiéndose de sus brazos, se echó, pálido como un muerto, sobre una butaca. Desde allí, pensativo y mudo, oyéndola hablar, la "recordó", la contempló y... ¡qué remedio! la aceptó. Después de todo, ¿a qué luchar contra la suerte? Aquello era la realización de una profecía... Allá en el pueblo, en el teatro de sus triunfos, una gitana se lo había dicho:

—Una mujer te anda buscando: por un retrato te encontrará.

Antonio CORTON.

Los hogares tristes

Hay hogares muy tristes, desamparados
de todo amor tranquilo, puro y sereno,
donde sólo se incuban fieros rencores,
donde moran los seres desventurados
en cuyas tristes almas, llenas de cieno,
jamás de la ternura brotan las flores.
Hay hogares muy tristes, faltos de amores,
cuyos siniestros muros nunca han oído
aquel santo proceso
en que se vierten frases en un oído
que las va recogiendo con embeleso,
mientras suena el chasquido
con que bate sus alas un tierno beso.

———

Son los hogares tristes como pantanos
productores de gérmenes caliginosos
que emponzoñan el cuerpo que los respira,
focos pestilenciales de aires insanos
que truecan a sus hijos en ominosos
perdurables esclavos del vicio y la ira.
¡Quién no siente piedades cuando los mira
y el ansia de quitarles el maleficio
que a cada paso augura
que ha de hacer en sus almas su presa el vicio!
¡Quien no siente en su espíritu la gran ternura
del santo beneficio
¡Quién no siente en su espíritu la gran ternura

———

Como la luz del día baja del cielo
y entra del hogar triste por la ventana,
cubriendo sus miserias con manto de oro,
llegue hasta el hogar triste nuestro consuelo
y henchida de piedades el alma humana
derrame allí las ánforas de su tesoro.
Levante al abatido, seque su lloro...
Que los hogares tristes, faltos de amores.
son plantas agostadas
por la brutal crudeza de sus dolores.
Dirijamos hacia ellos nuestras miradas,
y sus marchitas flores
por nuestras propias manos sean regadas.

Rafael TORROMÉ.

Pequeños inconvenientes de la vida



Estar en la mesa con un señor que le quiere explicar largamente la cuestión de los Balkanes.



No poder conseguir la comunicación con el cuartel de bomberos cuando hay un incendio en casa.



Tener un flemón en la cara el día de una cita con la novia, esperada desde tiempo atrás.



Estar en el Colón delante de un señor que canta todos los aires al mismo tiempo que los artistas.



Contar un cuento muy gracioso a uno que no se ríe y que le dice: "Lo conozco".



Esperar una señora para almorzar y abrir la puerta a un viejo camarada de colegio que viene a pedir 20 pesos.



Estar de visita en casa de una señora, cuyo hijito le toma a uno el sombrero nuevo para divertirse.



Recibir un cajón de chucherías rotas y oir decir al empleado: —¡Es demasiado tarde para reclamar.



Perder un ojo en el tranvía por el pinche de una dama, que dice: —¡No lo he hecho expresamente!



Face-à-Main_Reloj
Los Relojes
Longines
5 Grands Prix
Precision
Elegancia
Pendentif_Reloj
Medallon_Reloj
De venta en todas las Relojerias y Joyerias

EL HOGAR

Revista quincenal para las familias

Año X. BUENOS AIRES, 10 DE SEPTIEMBRE DE 1913. N.º 238.

BELLEZAS ARGENTINAS



Señorita Alcira Renée Casalia

Fot. Merlino.

Notas de la Quincena

El 11 de Septiembre marcará una vez más una fecha triste al par que augusta, puesto que en ese día se eclipsó momentáneamente un astro radioso dejando como estela de luz los fundamentos de su obra civilizadora, tan vasta que se necesitará lo menos otro siglo para abarcarla y convertirla en sólida realidad. La escuela es la infatigable sembradora de sus concepciones geniales y, los niños de hoy — hombres de mañana — sus continuadores en la lucha afanosa del progreso, de la luz y del bien universal.

Preciso es cambiar de patria, necesario es morir para que las visiones grandes del alma puedan ser aquilatadas en su justo valer; por eso pues, ahora se busca a Sarmiento, se le estudia, se pretende analizarlo, se desea imitarlo y la ambición común es llegar a fusionarse con aquel que fué cóndor de las cumbres y que formó su nido con corazones infantiles, sabiéndolos gérmenes de esperanzas futuras y de promesas sagradas e invariables.

Cuando los labios de los escolares se entreabran para cantar su excelso nombre, sus melodías llegarán a las alturas como ofrenda de hadas; tan alto y tan grande hay que enseñarlo como tan sencillo y humilde es deber recordarlo.

Place saber que no sólo los corazones piadosos se preocupan y cavilan por la Humanidad que sufre, sino que también los hombres de ciencia se desvelan estudiando y precaviendo la manera de evitar las grandes ruinas con que la mano impía de la tuberculosis azota, agota y flagela a las personas.

El doctor Aráoz Alfaro, en una brillante conferencia, dada en la escuela Presidente Roca, expone con detalles evidentísimos todos los males que esta cruel enfermedad trae consigo y la fatalidad prodigiosa con que se propaga por medio del "contagio" y de "la predisposición".

Pero señala también como factores propicios para que este mal adquiera terreno, a la "miseria" y al "sufrimiento". Creemos que hay en esto sobrada razón puesto que el que no sabe, el que todo lo ignora, es el más pobre de espíritu, y que el que sufre será siempre el eterno vencido del más fuerte, del injusto o del perverso.

Combatir la ignorancia y hermanarse con el que padece, ayudándole a subir la áspera cuesta, son funciones gubernativas y comunes a todos los que mandan y sostienen los pueblos y son razones de humanidad que deben tener arraigo en todo corazón generoso.

Imposible resulta para el jornalero, padre de numerosa familia, poder precaverse contra la tuberculosis; si la pobreza mina su organismo y si su prole tiene que ajustarse al escaso jornal para comer y vestir. La preocupación del mañana basada sobre lo mísero del presente, será el primer aguijón que devaste y lo que venga a desequilibrar una naturaleza que se necesita toda para el trabajo productor de los medios de vivir, de prosperar y de luchar.

Favorezcamos — dice el doctor Aráoz — todas las instituciones de defensa; las cocinas económicas, las casas baratas e higiénicas, para que el bienestar y la alegría no sean sólo patrimonio de los ricos. Difundamos la instrucción en la escuela, el libro, las conferencias y el diario, porque así nos encaminaremos hacia la futura sociedad feliz, sin odios ni amarguras en que los pobres verán disminuir su dolor y tendrán su parte de bienestar, de placer y de amor.

Un acto hermoso y de trascendental importancia llevó a cabo el día 30 la Conferencia de San Vicente de Paul, inaugurando en el Asilo Santa Clara un edificio provisional para matrimonios ancianos.

Dos bellezas: el fin que se dará a la casa y lo anónimo del donante de ella.

No más los viejecitos que el amor y el destino los uniera en la juventud, y que pudieron seguir persiguiendo juntos las añagazas de la vida, se verán en la etapa final, cuando las fuerzas se agostan y hay que declararse vencidos, no más pues, tendrán que ser separados, como si en lo amargo de la miseria cupiera también la horrible disociación.

Lo sencillo y modesto de la dádiva hará prodigios; y, por más densa que sea la sombra tras la cual su generoso dador se oculte, allá irán como rayos de luz para irisar sus sienes, las plegarias de los ancianos, de los desamparados y angustiosos de ayer, cobijados ahora bajo un techo suyo, al abrigo y al calor no de la lástima que deprime, sino del amor respetuoso a la ancianidad que levanta, ensalza y conquista.

En su infatigable tesón la Conferencia Vicentina inaugurará dentro de poco otro local para los trabajadores con familia imposibilitados por accidentes del trabajo.

Cuando estas notas aparezcan habrá tenido lugar la inauguración del nuevo local de la Biblioteca del Congreso Nacional de Mujeres en la calle Callao 1859. Allí como en su antigua casa — que dejara por resultarle estrecha — la Biblioteca seguirá su vasto programa de trabajo en favor de la mujer.

Es difícil y hasta imposible reseñar en tan corto espacio todo lo que la Comisión Directiva y su infatigable Presidenta señora Carolina Sena de Argerich, secundada muy eficazmente por su secretaria señorita Mercedes Moreno, tan realizado hasta ahora.

Los cursos de Dactilografía, Contabilidad, Francés, Inglés, Taquigrafía, Literatura, Declamación y Canto están concurridos por un crecido número de alumnas que aprovechan con todo entusiasmo e interés las lecciones, gentilmente trasmitidas por los profesores que prestan su concurso a la obra de la Biblioteca.

Muy pronto la Comisión Directiva deberá ocuparse de la Fiesta del Libro, época en la cual se envían libros a las cárceles y fábricas. Es de esperar que el público, compenetrado de lo simpático del propósito, cooperará como siempre con donaciones que le permitan seguir ampliando su esfera de acción.

Es norma de esta revista no silenciar la acción de la mujer que lucha y que trabaja por el bienestar de los demás, coadyuvando así al del progreso universal; por esto no es posible dejar de dedicar unas líneas en recuerdo de la señora Josefa Aguirre de Vassilicós, cuya desaparición de entre nosotras, deja un tristísimo vacío junto a un inconsolable dolor para todas las personas que la conocieron y amaron.

Perpétua AUBONE.

EL CREPUSCULO DEL MATE

Un progreso desenfrenado e incontinente se ensaya contra las formas y convenciones de la tradición, arrumbando como cosas viejas muchas costumbres, muchos sentimientos que en su día gozaron de gran predilección. En los pueblos como la Argentina, esta despiadada acción demoledora es mucho más visible, rápida y profunda. Casi bruscamente han pasado muchas personas del chiripá al frac... La bombilla del mate se va retirando asimismo ante la británica taza de te.

El mate, esa infusión aromática, cordial y tónica, pierde cada día nuevas posiciones. Se le ha ido rechazando de las casas patricias; en las tertulias medianamente discretas ya no cumple como antaño, sus funciones de acercamiento social; hasta en el campo, el extranjero agricultor lo rechaza, como inconveniente a sus hábitos.



Acaso logra sostenerse todavía en la intimidad de los hogares criollos de la clase media; pero en este mismo caso el mate arrastra una existencia vergonzante y tímida, y las señoras, si se arriesgan a chupar la antigua infusión, lo hacen a escondidas, sigilosamente, como quien comete un pecado de urbanidad.

En cambio era el mate antiguamente, algo que estaba adscrito a las pragmáticas de la buena sociabilidad.

En las tertulias corría la bombilla ancestral a manera de vínculo amistoso. Como dicen que los indios norteamericanos fumaban unánimemente de una misma pipa, mientras ventilaban sus altas cuestiones de estado, así las familias criollas se pasaban de mano en mano la calabaza tradicional, mientras charlaban de política, de casamientos o de negocios.

Tiene, en este sentido, el mate, una significación sagrada. Recuerda al culto íntimo de la familia griega y romana. Por otra parte, el mate representa toda una época, aquella época patriarcal en que los deberes hospitalarios eran un deber y una necesidad. En un país despoblado y pastoril, cada cabaña era un punto de apoyo para el viajero; menos árido que el Sahara africano, pero tal vez más despoblado, el desierto platense se ofrecía al viandante como la suma del riesgo, de la soledad y de la inclemencia. Encontrar al paso una población era un júbilo. Y el viajero, nada más que por ser viajero, sabía que bajo el techo propicio encontraría paz, amor, abrigo. Y como confirmación y sello de esta religiosa hospitalidad, al viandante se le ofrecía, antes que nada, la amarga y salutífera infusión criolla. Aquello era el vínculo moral, el consuelo para el alma, el beso de paz, el calor para el cuerpo, el tónico para todo el fatigado organismo...

Pero la civilización nada respeta. Un prejuicio inflexible acusa al mate de ser anti-higiénico y anti-social.

No es higiénico, porque la promiscuidad en que se toma, chupándolo de una única espita, favorece el contagio de las lacras y enfermedades personales. No es social tampoco, porque requiere mucho tiempo para ser tomado; porque ayuda a que se prolonguen las tertulias, hoy en que el tiempo dícese que guarda el valor del oro; y porque, en fin, induce a la pereza y a no hacer nada.

¿Cómo contradecir estas acusaciones? Son razonamientos de índole práctica y actual, y para contradecirlos no valen las razones de índole sentimental. En un tiempo, cuando los microbios no existían, al menos oficialmente, el mate, al pasar de mano en mano, cumplía amplias funciones prácticas. Era indudablemente práctico para el viandante, aterido o fatigado, práctico para la higiene intestinal, complemento de la excesiva alimentación carnívora, y práctico también para sellar las relaciones sociales, cuando la gente no tenía grandes cosas que hacer y el tiempo no valía nada, o valía muy poco.

Hoy el tiempo vale mucho, y los microbios se han hecho dueños de nuestra preocupación. El mate no es práctico; es mucho más práctico el te, o cualquiera otra infusión de última moda... Ante la retirada del mate, ante la omisión despiadada de esa bebida cordial, sentimental y caballeresca, ¿se nos permitirá, cuando menos, verter una lágrima de melancolía?

José M.ª SALAVERRÍA.

Arenas de oro

—Vuestra prudencia sea siempre sin orgullo, y vuestra humildad esté siempre acompañada de prudencia.—**San Agustín.**

—El diablo persigue a los buenos y no a los malos, porque éstos son sus amigos y hacen siempre su voluntad.—**San Cesáreo.**

—Gloriosa es la humildad, pues la misma soberbia se cubre con su capa para verse honrada.—**San Bernardo.**

—No contraigáis compromisos que no estéis seguros de cumplir, ni dejéis nunca en mal lugar la palabra que hayáis empeñado.—**Washington.**

CANTAR DE CANTARES

I

Níveo cáliz de magnolia
Decorando los retoños de la rama
Cual un ánfora de sueños,—es tu frente!...
Sí, tu frente,
Hija mía, madre mía, novia miá
Es el gótico remate de la rama
Su divino corolario;
Es el grave, pausadísimo incensario
Cuya mirra de sapiencia por mi templo se derrama!

II

Radiaciones de las mieses,—
Rubias ondas encrespadas y brillantes
Y crujientes de los trigos,—tus cabellos!...
Tus cabellos,
Hija mía, madre mía novia mía.
Son las hebras rubicundas y brillantes
De la testa de las diosas,
De las diosas imperiosas y graciosas
Con el casco de sus crines enrizadas y flotantes!

III

Como sellos de turquesas,—
De turquesas bien profundas, bien extrañas,
Bien azules como el aire,—son tus ojos!....
Sí, tus ojos,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son dos piedras bien azules, bien extrañas,
Que clavaron los querubes
Que sumergen á los astros en las nubes,
Bajo el arco y en el fleco de tus cejas y pestañas!

IV

Florecitas de durazno
Que la veste de las auras amontona
Bajo el cielo de la tarde,—tus carrillos!...
Tus carrillos,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son las flores que un arcángel amontona
Bajo el cielo de tus ojos,
Por los valles de rubores y sonrojos
Que divide tu severa naricita de matrona!

V

Cicatrices de caricias,—
Cicatrices de dos besos fraternales
De las almas de dos lirios,—tus hoyuelos!....
Tus hoyuelos,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son las huellas de dos besos fraternales
Que te dieron al venirte,
Que te dieron al salir á despedirte
Los dos ángeles más puros de los coros celestiales!

VI

Como pétalos de rosa,
Como pétalos de rosa purpurada,—
Purpurada como sangre,—son tus labios!....
Sí, tus labios,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son dos pétalos de rosa purpurada
Que cayeron en la nieve;
Son el borde que resuena, que se mueve,
De aquel vaso de Sajonia de tu barba nacarada!

VII

Blanco polvo sacarino
Que decora rojos néctares de fresas,
Tamarindos y granadas,—son tus dientes!....
Sí, tus dientes,
Hija mía, madre mía, novia mía.
Son azúcar en la crátera de fresas
De tu boca cuando ríes;
Son diamantes de Golconda que deslíes
En el bálsamo bendito de tus besos cuando besas!

VIII

Caracoles nacarados,—
Nacarados caracoles pequeñitos
De la playa de los mares,—tus orejas!....
Tus orejas,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son dos bellos caracoles pequeñitos
Que te llevan el augurio.
Que te llevan á tu espíritu el murmurio
De las cosas venideras, de los tiempos infinitos!



IX

Minarete de alabastro,—
Torrecilla de alabastro cimbradora
Cual pedúnculo vibrátil,—es tu cuello!....
Sí, tu cuello,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Es la blanca columnita cimbradora
Que se yergue y balancea,
Que se yergue columpiando la presea
De tus rizos, de tus ojos, de tu faz encantadora!

X

Como bloques de azucenas,—
Como bloques de azucenas de la aurora,
Tras la gasa de la niebla,—son tus pechos!....
Sí, tus pechos,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son dos ramos de azucenas de la aurora
Que pusieron las vestales,
Que pusieron, bajo tules virginales,
En el trono de Carrara de la Virgen mi Señora!

XI

Ramilletes maternales
De claveles y mosquetas y alelíes
Rodeados de cedrones,—son tus manos!...
Sí, tus manos,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son tisanas maternales de alelíes
Para todos los dolores;
Napoleones del azúcar y las flores,
De vendajes y brocatos, de utensilios y rubíes!

XII

Mecanismo de diamantes,—
De diamantes en espumas incrustados
Por milagro de Natura,—son tus pies!....
Sí, tus pies,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son diamantes en aljófar incrustados;
Son motores cadenciosos,
Que golpean cadenciosos y orgullosos
De sentirse con la gloria de tu cuerpo coronados!

XIII

Arreboles matinales,
Matinales arreboles como velos
Recamados de oro puro,—son tus ropas!....
Sí, tus ropas,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son celajes recamados como velos
Con la luz de la mañana,
Con la luz que va filtrando soberana
Por el tul abullonado del ropaje de los cielos!

XIV

Bella página de un libro,—
Bella página de un libro de oraciones,
Con estampas bizantinas,—tus afectos!....
Tus afectos,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son la página del libro de oraciones
Donde rezan los nenitos,
Donde buscan los nenitos, ¡pobrecitos!
Las Madonas y los Cristos de radiantes corazones!

XV

Como cítaras angélicas,—
Como notas inefables de ocarines
Que bajaran de lo alto,—tus acentos!.....
Tus acentos,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son acentos inefables de ocarines,
Ora tiples, ora graves;
Son escalas fugitivas de los claves,
Y vibrantes pizzicatos de los tiernos mandolines!



XVI

Como lámpara votiva
Que llenase de fulgores el santuario
De algún pálido Eccehomo,—tu gran alma!..
Sí, tu alma,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Es la lámpara votiva del santuario
Que fulgura dulcemente,
Que derrama dulcemente, tiernamente,
Sus caricias luminosas en la cruz de mi Calvario!

XVII

Como el bíblico poeta,—
Como el Rey de los proverbios seculares,
Que no pasan, que no mueren,—yo te canto!.
Sí, te canto,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Con palabras que retumben seculares,
Que no pasen, que no mueran,
Que los hombres para siempre las profieran
Como al cántico sublime del cantar de los cantares!

ALMAFUERTE.

La llave

Al llegar Héctor Domínguez frente a la puerta de su casa, sintió un saludable escalofrío...

—¡Santo Dios! ¿Qué hacer?

Poseía todavía un relámpago, una chispa de clarovidencia para darse cuenta de que se había emborrachado más que de costumbre.

Había perdido el sombrero, roto su bastón al tropezar con un farol... y ahora eran las tres y media de la mañana.

—¡Pucha, digo! Lindo recibimiento me hará Adelaida—murmuró para sí.—No será muy suave que digamos...

Buscó en sus bolsillos.



—¡Pero habrán embrujado mi llave!—Asustado la buscó en todos los bolsillos, palpó el billetero; al fin consiguió sacarla del bolsillo trasero de su levita.

—¡Qué raro! ¡He de estar borracho por completo, porque no recuerdo haberla puesto en este bolsillo!

Entró muy despacio, procurando no hacer ruido. Para mayor seguridad, no quiso dar vuelta al conmutador de luz eléctrica, y con mucha precaución se sacó los botines en la antesala; lo mismo hizo con el sobretodo, después se escurrió tímidamente en el dormitorio, caminando con la punta de los pies

A pesar de todo, se preparaba para aguantar humildemente el más violento chubasco conyugal, pero, tuvo la agradable sorpresa de constatar que su señora dormía profundamente. Tan profundo era su sueño, que no se percibía su respiración.

—Esta es mucha suerte — pensó Domínguez, — con tal que me encontrase en la cama sin haberla despertado...

En la más completa oscuridad, caminó a tientas penosamente; luego se sacó la ropa, lo que le costó menos trabajo.

—Ya se acerca el peligroso instante,—se dijo— tendré que subirme a la cama sin que rechine el elástico, lo cual despertaría a Adelaida infaliblemente.

Con la mayor precaución posible levantó la frazada, y pronto estuvo en la cama, dando un salto viril, porque en circunstancias como estas hace falta demostrar un poco de valor.

No se movió más; contuvo la respiración; pero, de repente, empezó el estómago a atormentarlo espantosamente; tuvo la conciencia de encontrarse en alta mar.

—¡Dios mío,—murmuró— cómo sube el buque en los aires, y baja, luego, al fondo del océano!

Felizmente Adelaida continuaba durmiendo, y eso era lo más importante.

Cansado por la posición incómoda que ya le había entumecido las piernas, estiró primero un pie, después un brazo, hasta que al fin tuvo suficiente valor para darse vuelta por completo.

Al hacer esta maniobra, se dió cuenta que, si su señora no había despertado todavía, era porque precisamente no se encontraba en la cama.

—¡Demonio, eso se pone curioso!

La llamó fuerte por su nombre, pero en vano.

—¿Qué quiere decir esto,—gritó con voz colérica,— qué capricho es éste? ¡Te aconsejo vengas en seguida; sabés que no entiendo de bromas!

Pero Adelaida permaneció muda, a pesar de repetir sus llamadas con voz colérica.

Por fin decidióse Domínguez a dar vuelta al conmutador, pero, lo mismo que Adelaida, la luz no quiso aparecer.

—¡Pero si yo no permitiré que se rían de mí!—gritó. —¡Adelaida, déjate de jugarretas, ven a acostarte!

Escuchó, pero no se percibía ni el menor ruido en el cuarto. Hasta el reloj parecía haber enmudecido, porque tampoco oyó el tic-tac de costumbre.

Otra vez volvió a gritar furioso:

—¡Es increíble de que se permitan tal extravagancia conmigo!

De repente se le ocurrió llamar a la mucama; enfurecido, mantuvo algunos minutos su dedo sobre el botón de la campanilla.

—¡Gertrud!—bramó el infeliz.

Gertrud tampoco se dejó ver ni oir.

—La muchacha es una estúpida, la despediré inmediatamente. Pero, antes de todo, tengo que saber dónde se habrá quedado Adelaida.

Levantóse con mucha pena, para volver en seguida a caer pesadamente en la cama, falto de fuerzas. Ahora ya no era el vaivén del buque de un costado para el otro, no, ahora comenzaba el cabeceo, y tan pronto se encontraba con la cabeza para arriba como hacia abajo. Parecía haberse desencadenado un tremendo huracán.

—No puedo, no puedo—se lamentó el pobre Domínguez—pero no importa, tengo que ver a Gertrud y sacudirla como se lo merece.

A tientas, se arrastró sobre las cuatro patas, chocando sin cesar en la antesala con la cabeza contra todo lo que encontraba a su paso.

Allí tampoco funcionaba la luz, y para colmo no tenía los fósforos consigo. Finalmente, encontró la puerta del cuarto de la mucama, la abrió y descargando su rabia, gritó:

—¿Gertrud, no sabés contestar, por qué no vienes cuando te llamo?, pava... ¿dónde está la señora?

¡Ninguna contestación! ¡Silencio lúgubre!

Loco de cólera se echó en la cama de la muchacha, descargando con sus puños una granizada de golpes. Demasiado pronto notó que todo era superfluo, porque la cama estaba vacía.

—¡Es como para perder el sentido común, es increíble lo que ocurre!—dijo.—¿Qué habrá sobrevenido? ¡Tengo que ver al portero!

Al querer encaminarse a la portería recordó que se encontraba en paños menores y, calmándose un tanto, reflexionó que esta vestidura no era decente.

Se arrastró, pues, de nuevo, regresando al dormitorio para vestirse. Desgraciadamente, su estómago volvió a atormentarlo; el precedente huracán tomó las proporciones de una tromba marina. En la más completa oscuridad, todo daba vueltas con una vertiginosa rapidez.



Un rayo deslumbrador lo despertó de repente, el sol le caía directamente en la cara.

—¿Qué ocurre de nuevo?—preguntó disgustado.—Gertrud, ¿quiere cerrar las persianas?

Pero, instantáneamente, se incorporó en la cama, mirando en su torno, con hojos desencajados.

—¿Dónde ha ido a parar el ropero de luna, y el lavatorio... y los otros muebles?

Sólo vió una cama mezquina, de una plaza, la misma en que había dormido, y que no le pertenecía.

—¡Voto a Dios! ¿se habrá concertado todo para que me vuelva loco? ¿Qué jugarreta es ésta, Adelaida: ¿qué has hecho del ropero de luna y de mi lavatorio?

Ni una sola voz compasiva contestó a sus llamadas.

—¿Qué significarán todas esas historietas?—tartamudeó.

Entonces tuvo un pensamiento luminoso, que acabó por despejarle la cabeza, y exclamó:

—Dios mío, ahora empiezo a comprender... ahora recuerdo... ¡si nos mudamos anteayer!... pero esta cama vieja, ¿de quién será?... sin duda, ha de pertenecer al nuevo locatario... estará por ocupar la casa. ¡Ay de mí! no faltaba más que viniese a parar en casa ajena!

Y arrancándose el cabello, gimió, con lágrimas en los ojos:

—¡Si por lo menos pudiera recordar dónde, en qué barrio, nos hemos mudado!...

Mauricio PRAX.

Dib. de Rojas.

Apoteosis de Sarmiento

(Aparece la República Argentina de pie, contemplando extasiada el busto de Sarmiento. A la derecha del busto la bandera argentina y a la izquierda el sitio apropiado para colocar la chilena. Golpean la puerta con suavidad; la República se vuelve y dice:)

Argentina.—¡Adelante! (Entra San Juan, coronada de pámpanos con un racimo de uvas en la mano y aire orgulloso; se acerca a la República, la besa y dice:)

San Juan.—Madre mía, ¡cuánto me alegro de verte, siempre joven y hermosa, después de tan larga separación! Vengo de Cuyo, la ciudad heroica, cuna del ejército libertador de tres repúblicas y desde el pie mismo de la majestuosa Cordillera de los Andes. Ya lo ves, estoy orgullosa, muy orgullosa de que todos digan al nombrarme: Esa es San Juan, la cuna del genial Domingo Faustino Sarmiento!

Argentina.—Tienes razón de estarlo, pues ese orgullo dignifica. Yo te esperaba, ansiosa de abrazarte, hija mía (lo hace).



San Juan.—Vengo a ofrendar en este día a su inolvidable memoria (señala al busto) este símbolo de mi riqueza (indicando el racimo) al par que la expresión de mi afecto maternal (coloca el racimo al pie del busto y extendiendo la mano hacia él, en actitud de bendecir, exclama con fervor). ¡Que Dios bendiga en la eternidad al hijo que ha hecho célebre el nombre de su país natal! (La Argentina aprueba y San Juan se coloca a su derecha).

Córdoba.—(Asoma la cabeza y la República la llama). ¡Salud, madre mía! Aquí tienes a la docta Córdoba, tabernáculo de la primera intelectualidad argentina; la que debe al gran pensador, que veo allí retratado (se inclina ante él) la fundación del Observatorio Astronómico y la Academia de Ciencias, estela de luz que marcará allí por siempre la huella de sus pasos!

Vengo en prueba de gratitud y admiración, a quemar incienso a la ilustre memoria de Sarmiento (lo hace con el incensario que trae en la mano.)

Argentina.—Es justo, justísimo tu homenaje, pues a él le debo, y jamás lo olvidaré, la ilustración de muchos de mis hijos más notables, que tanto han contribuido a mi progreso y engrandecimiento. (Golpean suavemente la puerta. A San Juan:) Haz entrar a las demás que llegan. (San Juan, besando a La Rioja y Jujuy, que vienen sencillas, tímidas y vergonzosas). ¡Queridas hermanitas! ¡Cuán feliz soy de veros por aquí! Entrad (las niñas se dirigen con los ojos bajos, ocultándose el rostro con la mano.—San Juan las empuja hacia la República.)

Argentina.—Acercáos. ¿Por qué os avergonzáis así? ¿Quienes sois?

La Rioja.—(Levantando el rostro y señalando a Jujuy:) Reconocéis, madre querida, a tus dos pequeñuelas, que el destino colocó, desgraciadamente (con pena) tan lejos ¡ay! de tu diestra protectora y maternal? Soy La Rioja, la antepenúltima de las 14 hermanas. Aunque es escaso mi patrimonio, he extraído de las ígneas entrañas de mi gigantesca montaña, esta pepita de oro de las minas, poco notables aún, pero que más tarde contribuirán a aumentar tus tesoros, para ponerlo como ex-voto de cariño, ante el busto del maestro de fama legendaria, como la belleza de mi viejo Famatina! (coloca la ofrenda y después volviéndose a Jujuy dice:) Habla tú, y no temas nada, pues estamos en familia.

Jujuy.—(Entregando a la República el trozo de plata.) Madrecita mía, tú sabes que soy pobre, porque mis riquezas permanecen todavía casi ignoradas; así sólo traigo esta barreta de plata de lo que encierra mi montaña. Ofrécela tú al Gran Sarmiento, como recuerdo de tu hija menor (la República lo hace, y acaricia a ambas, colocándolas a su lado y retirando a las otras que lo estaban antes).

B. Aires.—(Entra sin llamar, altiva y lujosa). Aquí está tu hija mayor, la preferida, como dicen mis hermanas (con cierta oculta pena) y en todo caso, la más favorecida por la fortuna, la que causa asombro y admiración a los viajeros por su progreso y desarrollo increíbles. Soy la feliz provincia que pudo ofrecerte el Hada que arrulla al Río de la Plata, a la ciudad de Buenos Aires, la primera de Sud América! Y vengo a recordar y proclamar aquí, noblemente, que mi mayor progreso data desde el día venturoso que tuve el honor de albergar en mi suelo, al presidente más sabio y de iniciativas más patrióticas y progresistas: al campeón del saber, al Gran Sarmiento, a quien tributo mis entusiastas aplausos (aplaude y se coloca la última.)

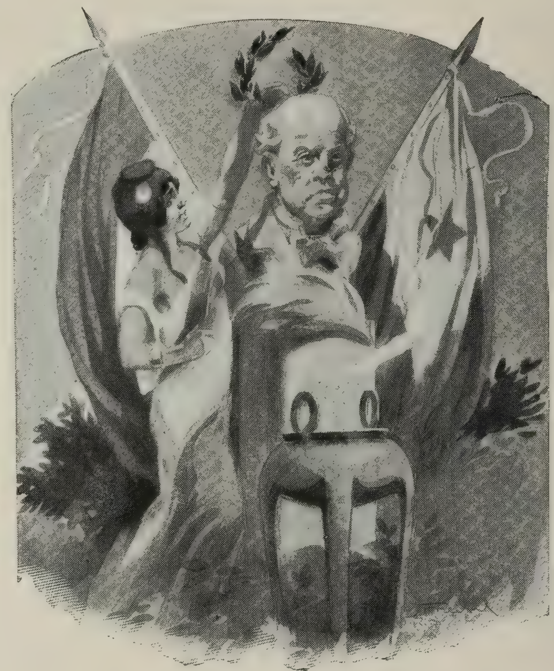
Argentina.—(Aplaudiendo también). Te acompaño en tus justos y sinceros aplausos. ¡Ojalá lleguen hasta él!...

Chile.—(Golpea. San Juan lo hace entrar y dice:) ¡Salud a mi noble y generosa vecina! (a la Argentina, saludándola con la bandera que trae.) Voy a recordar aquí un hecho, escrito con letras de oro en los anales de nuestra común historia:

Un día muy lejano, el eco, repercutiendo en las cumbres y los valles de la Cordillera Andina, que deslinda—sin separarlas—nuestras dos heredades, llevó la dichosa nueva de que había nacido en la Argentina el apóstol de la civilización, Domingo Faustino Sarmiento. Más tarde mi patria tuvo la honra de hospedarlo, y allí su cerebro genial difundió la luz del saber, iluminando ambos países!

¡Que la bandera de Chile, entrelazada con la Argentina, cobijen el busto del vencedor de la barbarie y la ignorancia! (coloca la bandera, anudándola con la nuestra, debajo del busto; da la mano a la República Argentina y se coloca a su derecha. Se oye un fuerte golpe en la puerta y entra una niña alta, varonil y con paso resuelto avanza y dice mirando al busto:)

Estados Unidos.—¡Salud al ilustre educacionista que fué a estudiar a mi país, y trajo al suyo, las bases de la educación popular, y trajo también, como vanguardia activa y civilizadora, las primeras maestras para directoras de las primeras Escuelas Normales de esta gran República Argentina! ¡Hurra al célebre Sarmiento! (estrecha fuertemente la mano a la República Argentina y se coloca a su izquierda.)



Paraguay.—(Entra con una planta de gran flor blanca y dice a la República, saludándola con la cabeza). ¿Me conocéis, augusta señora? ¡Cómo podría faltar en este día, el Paraguay, a quien le cupo el triste, pero grande honor, de asilar en su suelo hospitalario, ya vencido por la enfermedad, al coloso de la idea, que cayó como un astro, en su tierra de ambiente tibio y perfumado, para no levantarse jamás!

Colocaré en el altar erigido a su memoria, esta flor, que recogió en su cáliz inmaculado, el último suspiro del inmortal Sarmiento! (lo hace. La República y demás países aplauden y estrechan la mano al Paraguay.)

(Entran tomadas del brazo la Educación e Instrucción, con sus atributos, mapa y libros, y señalando a Sarmiento dicen:)

Educación.—¡Yo fuí la pasión de su niñez y de su juventud!

Instrucción.—¡Y yo la constante preocupación de su virilidad, de su vigorosa ancianidad, noble y fecunda, como las encinas seculares que sombrean la tierra!

La acción.—(Entrando y avanzando con un martillo en la mano.) No me olvidéis a mí que soy la acción, el trabajo perseverante, el yunque y el martillo con que el ciclópeo luchador forjó el engrandecimiento del país y su propia grandeza!

La Justicia.—(Con la balanza.) Es verdad. Yo lo afirmo, pues soy la encargada de juzgar y aquilatar el mérito de los grandes hombres y de las mujeres célebres, que en vida fueron mal comprendidos, mal apreciados o injustamente olvidados. Soy la incorruptible justicia, y proclamo y consagro, con el sello de los inmortales, al genio del trabajo y del saber, al gran Sarmiento!... (Se coloca en la fila. Salen las bellas artes y la Industria y dicen:)

Pintura.—Soy la pintura que tanto protegió él.

Escultura.—Soy la escultura que ha conservado su figura.

Música.—Soy la música que entona himnos a su memoria gloriosa.

Industria.—Saludo al impulsor de las industrias que son la fuente de riqueza de nuestra nación y la de los hombres de todo el mundo que vienen a cobijarse bajo la sombra de nuestra bandera.

La justicia.—(Con tono varonil, señalando a Sarmiento). Este hombre de ancha frente y gesto firme, el defensor de los niños y el escritor fecundo, tiene también rasgos muy grandes y muy nobles, fuera del campo educacional.

Fué un patriota íntegro, un defensor tenaz de su patria. Cuando ésta gemía bajo la férrea garra de un tirano, cuando el pueblo veía correr sangre a cada rato, él luchó como un bravo, exponiéndose a las furias de esa fiera que rigió los destinos del pueblo, manchando de rojo a la bandera azul y blanca.

Puesta en peligro su vida, huyó para continuar la lucha desde lejos. Entonces, Sarmiento, se hizo conocer como periodista de fibra y de temperamento.

Sus artículos, vibrantes de patriotismo, se conservan en libros, constituyendo una enseñanza y un ejemplo de lo mucho que puede el hombre cuando tiene carácter y fuerza de voluntad.

Podría decirse que su campaña contra Rosas le valió uno de sus primeros triunfos haciéndose simpático, no sólo ante el pueblo argentino, sino en todo el mundo civilizado.

Yo, que he pesado sus obras en balanza que no sabe mentir, rindo mi homenaje al gran Sarmiento!

¡Compañeras! ¡Viva el genial Sarmiento!

R. Argentina. — (Avanzando al centro.) Miradme todos y escuchad mi voz: Yo la madre amorosa y justiciera, vengo, en el triste aniversario de su muerte, en mi nombre, en el de mis hijas aquí presentes, y en el de las otras ausentes, en el de todo mi gran pueblo argentino, a coronar a uno de mis más esclarecidos hijos, el noble, el honrado, el patriota, el sabio, Domingo F. Sarmiento, con la corona de la gloria y de la inmortalidad! (La corona, y todas aplauden).

Rosario Puebla de GODOY.

Dib. de Friedrich.

BODA



Los novios Srta. Virginia de Marinis y el Sr. C. D'Ascenzo Schaer, saliendo del templo

Las narices bonitas

La nariz perfecta, la nariz clásica, es hoy muy rara. Es la nariz de la Venus de Milo, perfectamente recta desde el entrecejo a la punta. Mucho tiempo antes del sitio de Troya, estaba ya considerada como uno de los principales elementos de la belleza griega.

Y no sólo ha desaparecido casi la nariz de corte griego, sino que además la gente no la admira tanto como en la antigüedad, sin duda porque ha perdido la costumbre de verla.

En un concurso de narices femeninas abierto por un periódico francés, el público otorgó el premio a una nariz ligeramente "retroussée", lo cual quiere decir graciosamente remangada. En otro de perfiles de bellezas célebres de París, organizado por "La Vie Heureuse", con fotografías del famoso Reutlinger, el de la Cavalieri reunió mayoría de votos; siguiόle el de Mlle. Felyne; y sólo el tercer lugar y con menos de la cuarta parte de votos que el de la Cavalieri, obtuvo el de Mlle. Nelly Cormon, único perfil que se acercaba algo al griego.



Lina Cavalieri

Insisten los fisiólogos en que la nariz helénica es producto de la vida tranquila, artística y poética, es decir, de un estado de ánimo que se pierde en medio de la vida agitada de nuestros días.

Comparando la nariz de cualquier mujer de hoy día con una silueta o un daguerrotipo de su abuela, obsérvase ya una diferencia sensible. Si la mujer continúa llevando una vida activa, la nariz irá de generación en generación adquiriendo un contorno más curvo y acentuado. La razón es muy sencilla: una persona muy activa mental y físicamente, tiene que estar como un buen perro de caza, en un alerta continuo, y la nariz del sér humano se aguza entonces a semejanza de la del pointer, aunque por fortuna no tan exageradamente.



Nelly Cormon

A pesar de esto, si las madres y las ayas se cuidasen un poco de las narices de los niños, seguramente no habría tantos chatos ni tantas narices de porra en el mundo. Las madres no debieran olvidar que la belleza empieza por la nariz.

Uno de los primeros principios de belleza que debiera enseñarse a los niños, es la necesidad de respirar por las narices, no por la boca. Muchas narices mal formadas pertenecen a personas que respiran por la boca. Por otra parte, lo mismo la nariz de los niños que la de los adultos, se deforman muchas veces a consecuencia del trato que reciben. Nótese que la mayor parte de las personas de nariz respingada, se suenan empujando el pañuelo hacia arriba; de este modo, acaban por dar al órgano olfatorio una dirección contraria a la que realmente debe tener. La nariz de un niño pequeño puede modelarse casi con tanta facilidad como si fuese de barro; en ella no hay todavía hueso, y la presión del pulgar y el índice, puede influir notablemente en su forma.

Otra prueba de la relación entre la manera de usar el pañuelo y la forma de la nariz: jamás se verá a una mujer de nariz bonita sonarse como esas personas que, sacando el pañuelo, se agarran con él la nariz y soplan con toda su fuerza, acabando por darse tres o cuatro soberbias sacudidas. Una nariz tan mal tratada, no tarda en adquirir formas y proporciones nada bellas.

El enrojecimiento de la nariz, salvo contadas excepciones, puede curarse fácilmente. A veces es una consecuencia de las malas digestiones, pero generalmente se debe, en las mujeres, al uso del velillo de la cara, que en tal caso deberá abandonarse inmediatamente. Conviene dar siempre a las narices sitio para respirar, y ejercitarlas abriéndolas un tanto cuando se respira.

La forma de la nariz, cuando no es enteramente correcta, puede en ciertos casos disimularse buscando un vestido apropiado. En nuestros tiempos, la mayor parte de las mujeres de nariz larga, se ponen un cuello muy apretado, lo cual hace que aquella protuberancia facial resalte más todavía; es precisamente lo contrario de lo que hacía Isabel de Inglaterra, quien, dotada de una nariz respetable, tenía el sentido común suficiente para llevar una inmensa gola rizada que destruía el mal efecto de la nariz.

El vestido es el llamado a coadyuvar porque no resaltan muchos defectos del cuerpo. Con un poco de paciencia y de buen gusto puede, muy bien, evitarse el mal efecto que siempre produce una nariz muy desarrollada.

Las indicaciones que hacemos al principio acerca de los peligros que entraña el poco cuidado de la nariz, las creemos de una conveniencia muy oportuna.



M. Felyne

Hoy, por las condiciones climatéricas, abundan los resfríos, los que dan margen a que la nariz sufra mucho por razones que todos los lectores conocen.

Las precauciones que se aconsejan para no estropear las buenas formas de la nariz se deben observar siempre, particularmente en la niñez, por estar, entonces, en su desarrollo.

Quizá el poco cuidado que se tiene al respecto es lo que ha influído para la desaparición del tipo griego, correcto, bonito y muy elegante.

En los niños pequeñitos es preciso extremar estas precauciones, desde el momento que en tal edad la nariz es susceptible y puede deformarse con mucha facilidad.



ROMANCE DE LOS BESOS

Era una tarde de aquellas
en que el corazón nos manda...
Y en el jardín solitario,
bajo la tarde encantada,
junto al rosal florecido
que a una Venus enguirnalda,
tierno romance de amores
dijo el galán a la dama...

—Déjame hacer con mis besos
un rosario en tu garganta,
suave como las palomas,
lustral como una esmeralda,
como el jacinto pulida,
como el jazmín perfumada;
y al embriagante connubio
de mi labio y tu garganta
rodarán perlas de ensueño
sobre tus hombros de Diana.

—¡Ya sé, galán, que tus labios
queman como tus miradas!

—Déjame besar tu frente
magnífica y soberana
como los mármoles griegos,
como el caracol rosada,
como los nardos fragante,
como las auroras casta;
y en tu frente, milagrosa
flor de leyenda romántica,
se ha de encender un sagrado
lucero de mi esperanza,
para alumbrar el divino
diamante azul de tus gracias.

—¡No me mires, no me mires,
que me queman tus miradas!

—Déjame besar tus ojos
radiantes de circasiana,
como los astros profundos,
tranquilos como las aguas
de las fuentes melancólicas
que en los jardines te cantan;
y a la fusión de mis labios
con tus pupilas amadas
han de encender los amores
en sus ánforas gallardas
todo el incienso que envuelve
la religión de tus galas.

¡Calla, galán, pues me inquietan
con su calor tus palabras!

—Déjame besar tu boca
meridional y encarnada
como la guinda incitante,
como los claveles grata,
dulce como una sonrisa,
fresca como una mañana
primaveral y armoniosa
bajo una alegre enramada;
y, así, el corazón se funda
con esa boca sultana,
para aprisionar dos vidas
en la cárcel de dos almas...

—¡Vete, galán, que me queman
tus ojos y tus palabras!

—Quiero besar tus pupilas,
y tu frente soberana,
y el encanto de tu boca,
y el jazmín de tu garganta;
quiero posar la amargura
de mis labios en tus gracias;
y en tanto que me consuelas
de la errabunda nostalgia,
pensaré sobre tus ojos,
sobre tu frente pagana,
sobre tu boca de mieles,
sobre tu fresca garganta:
¡que está besando a la Gloria
mi amor, tendido a sus plantas!

La dama clavó al galán
sus ojos—dos puñaladas—
y en el rosado misterio,
de la tarde visionaria,
besos de amor escucharon
las rosas y las estatuas...

José de MATURANA.

Dib. de Pelayo.

NUESTROS HOGARES



Sra. María T. Peró de Bonorino Udaondo con su niñita

Fot. Garro.



Sra. Julia de Macías con sus niñitos

Fot. Zuretti y Fiorini.



Sra. María Meyer Pellegrini de Vallée con sus niñitos

Fot. Garro.



Sra. Angela E. de Espinosa con su niñito

Las penas hondas

"*Era solemne el ocaso.*
"*Triste avanzaba la sombra;*
"*Herman me miró y me dijo:*
"*¿Ante qué altares te postras?*
"*¿Cuál es tu Dios?*"...

(V. Hugo.)

Luchando con una interna desesperación me encontró aquella tarde. Apoyado en la ventana de mi cuarto, contemplaba hacía rato el declinar de la luz. El agreste panorama que se divisaba desde mi aposento se extendía hasta el confín y bajo las nubes purpurinas que iban palideciendo gradualmente había ido tomando un aspecto impresionante que lo asemejaba a esos paisajes pintados por el pincel efectista de Salvator Rosa.

Era una de esas tardes con que se despide el verano. De esos crepúsculos aromáticos y soporíferos que despiertan en las mentes románticas toda la idealidad de la vida, y en las almas, obsesionadas por los desengaños, la visión gris del cercano otoño que se presiente con sus ráfagas frías y sus ramajes mustios tan triste como la desolación que impregna esos espíritus.

También yo, que otras veces al observar los rojos velos del ocaso sentía aletear los sueños en mi frente como pájaros azules, estaba dominado en aquel momento por la enervación moral del fatalista.

¿Y quién no se siente aletargado por el dolor cuando ve derrumbarse el palacio de sus primeros sueños?...

La más bella de mis esperanzas por la cual mis veinticinco años parecían veinticinco amapolas abiertas a un soplo de primavera. se había desvanecido hacía tres días.

Tres atardeceres que devorado por un sufrimiento mudo pero progresivo iba a recostarme en aquel balcón, abismado en la lejanía hasta que cerrada la noche me sentaba dentro del aposento, con la frente entre las manos... ¿Qué veía? ¿Qué pensaba?... Jamás lo he sabido. Así me encontraba la luz blanquecina del alba; ¡esa luz que nunca llega en las noches de desesperanza!...

Habíase sucedido a la claridad rojiza del horizonte ese tinte amarillo pálido diluído en la extensión que viene a ser como un epílogo del día fenecido. Aquella tarde agonizante me recordó un apóstrofe de Fedra en la comedia de Racine. ¡en la tristeza todo lo melancólico lo asimilamos a nuestro dolor!—Y lo murmuré despacio:

"¡Soleil! Je te viens voir pour la dernière fois!"

Pensamientos lúgubres atravesaban por mi frente. Sentía una voz misteriosa al oído que me decía ¡nunca volveré!, como si fuera un eco de aquella ilusión agostada al entreabrir su corola; como si lo dijera esa íntima y vehemente confianza, patrimonio de la juventud que a veces huye al primer zarpazo del destino dejándole al hombre como indeleble huella la irónica sonrisa del excepticismo.

¡No volverás, no, primer frenesí de mi vida! Flor del aire que se va del corazón barrida por el desencanto! ¡Fe purísima que nos encanta en la primer etapa de la existencia para luego abandonarnos a la incredulidad de los afectos y al realismo de lo material!...

El tañido de una campana rompió en aquel instante el silencio del contorno. Era el Angelus. Por primera vez desde que los candores de la infancia se habían eclipsado en mí, pensé en Dios.

Recordé tardes lejanas cuando al escuchar ese toque dejaba mis juegos infantiles para correr a prosternarme junto a mi buena madre en un rincón de mi hogar donde un Cristo crucificado formaba el altar de la casa: "Recemos por los seres que sufren"—me decía mi hermana mayor y rezábamos.

¡Qué distante estaba todo aquello!... ¡Qué diferente yo!... Las nocturnas sombras que descendían sobre el paisaje turbaron mi pensamiento, y empezaba instintivamente a murmurar el principio de una oración, rezago de la niñez, cuando una mano familiar se posó en mi hombro y una voz conocida me nombró a mis espaldas. Era Luciano, mi más íntimo amigo.

Supo en pocas palabras el origen de mi pesadumbre. Quedó pensativo... reflexionaba. Después sonrió y asomándose a la ventana como para distraer una preocupación repentina, me dijo intempestivo.

—Apropósito, venía a invitarte para una fiesta entre amigos. Es necesario que vengas.

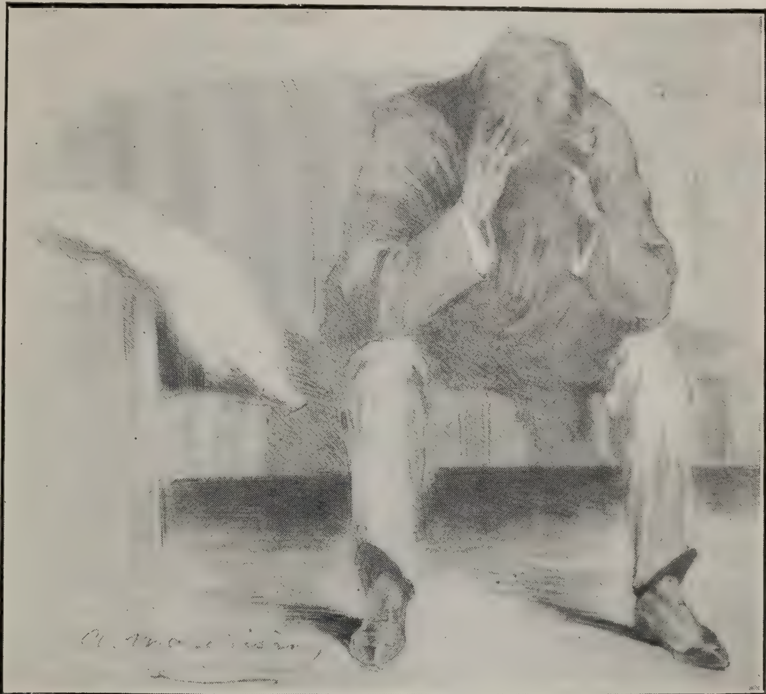
—¡Una fiesta!...—le miré asombrado—pero, por Dios, ¿te has vuelto lo...

Una carcajada me interrumpió.

—No nombres a Dios—me dijo Luciano—¿acaso Dios te podrá devolver lo que has perdido? esa idealidad platónica de tu ensueño, ¿acaso de la memoria se pueden desechar los recuerdos?...

Y acercándose a mi oído agregó con voz grave, con entonación que yo nunca le sintiera hasta entonces:

—¡Yo también he sufrido lo que tú! ¡También yo he implorado!... pero ningún Dios me ha oído. ¿Ves esta sonrisa eterna que contrae mis labios? pues bien, infortunios más amargos que los tuyos me han azotado en la vida y he aprendido a olvidar! ¡aprende tú, también!... ¡Vamos!...



...¿Y quién no se siente aletargado por el dolor...?

Me dejé conducir como un idiota. Aquella noche me embriagué con licores y caricias compradas. Reí mucho y olvidé mis sueños tristes. Al calor del champagne canté como nunca. Mis amigos también cantaban.

Tal vez en aquellas canciones habría algo de ese propósito inconsciente que germina en el espíritu cuando tenemos necesidad de envolver en sombras de olvido esa blanca rosa del dolor que se llama la esperanza...

Desde entonces vivo dando vueltas en redor de esa hoguera de pasiones y vicios que se llama "mundo". Y río y canto y doy vueltas con el propósito de olvidar y distraerme. Rodaré hasta que mis alas negras se quemen en sus llamaradas.

A veces, en esa hora confidencial de la tarde, cuando le cuento mi amargura a las paredes de mi silenciosa alcoba he sentido el tañido profundo con que la iglesia llama a sus fieles, me han asaltado intenciones místicas, y luego ante la verdad de las palabras de Luciano he salido rápidamente a la calle para esconder entre el bullicio de la gente ese lento mal que vive en casi todas las almas y que nadie sabe, nadie observa, sino nuestro pobre corazón que es el único amigo generoso que tenemos y el que más atormentamos en la vida.

Julián de CHARRAS.

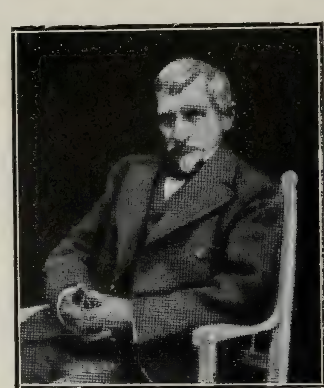
Dib. de Marchisio.

Stephan Sinding

STEPHAN Sinding no es joven. Ha trabajado ya mucho en este mundo y es famoso en Escandinavia, Alemania y Francia. Nació en 1846, en Dronthein, población situada en la costa norte de Noruega, y es hermano de Christian Sinding cuyas composiciones para piano son conocidas de todos los músicos, y de Otto Sinding que ha llegado a ser una eminencia en pintura. Tal concentración de genio en una misma generación es quizás única en la historia del arte.

Nacido de tan artística estirpe, parece lo natural que Stephan Sinding hubiese dado muestras precoces de su genio, pero no fué así, porque ni sus inclinaciones naturales ni su primera educación se encaminaban hacia el arte. Su padre quería darle una carrera civil y le hizo ingresar en la Universidad de Cristianía. Por esta circunstancia tuvo una ventaja negada a otros artistas cuyo talento se manifiesta en edad temprana: la del conocimiento de la vida y la posesión de una cultura general antes de dedicarse exclusivamente al desarrollo de una aptitud.

Veintiséis años tenía, es decir, la edad en que la mayor parte de los artistas han dominado la técnica de su arte y se hallan ya en el camino del triunfo o del fracaso, cuando se abrieron por primera vez sus ojos al gran don que la naturaleza le había concedido y abandonó sus estudios para dedicarse al modelado.



Stephan Sinding

Durante algún tiempo trabajó en casa de su padre, pero como encontrase pocas o ningunas facilidades para estudiar en su patria, se trasladó en 1871 a Berlín, donde ingresó como discípulo en el estudio del profesor Albert Wolff, único maestro que ha tenido, y allí se desarrolló tan rápidamente su genio que a los seis meses pudo fiarse de sí mismo y volver a Noruega. Sin embargo, al poco tiempo volvió a abandonar su patria y permaneció diez años en Francia y en Italia estudiando las obras de arte antiguo en los museos de París y Roma.

En 1883 salió de Roma para establecerse en Copenhague, centro del arte del norte, habiendo acabado ya su escultura "La madre bárbara". El grupo llamó mucho la atención y le dió a conocer al público de Copenhague proporcionándole además la amistad del doctor Carl Jacobsen, hombre de gran riqueza y Mecenas del arte que ha organizado un famoso museo de escultura en Vy-Carlsburg.

Desde el primer momento Sinding halló en Jacobsen un amigo, un aliado y un comprador liberal de sus obras, con lo cual el escultor aseguró su posición en Copenhague. Establecido en la capital dinamarquesa, se casó con la célebre actriz Fru Elga y ejecutó las grandes obras que mencionaremos más adelante.

No hay cosa en que más se diferencien los grandes artistas como en el número de los trabajos que han producido. Los títulos de las composiciones de Beethoven ocupan muchas páginas en los catálogos de sus obras musicales; las de Wagner pueden enumerarse en pocas líneas. Sinding se parece en esto a Wagner. Aparte de diversos retratos en busto y de varios frisos ornamentales, no pasaron de siete las grandes obras del escultor.

Los trabajos de Sinding ofrecen especial interés, porque en su arte más dominado que ningún otro por la influencia del pasado y más sujeto a los dictados de la antigüedad y del mito, el escultor noruego se ha conservado fiel a sí mismo, a su nacionalidad y a la época en que vive. Es imposible imitar o revivir la escultura griega, porque el pensamiento y la fe que la inspiraban han muerto.

La escultura helénica como todas sus artes, tuvo su origen en la adoración religiosa. La concepción pagana de la deidad era muy peculiar y se fundaba no tanto en la convicción nacional como en el temperamento propio de los griegos. Creaba seres humanos y sin embargo, eran perfectamente bellos, pero directamente tanquilos; no sabían nada de las penas, de la vejez, ni de la muerte, y la aspiración a ralizar esta concepción en forma visible y palpable era el motivo dominante de la escultura griega. De ahí el que fuese completamente extraño al ideal griego toda representación de fealdad, inquietud, muerte, pasión o deformidad.

Esta concepción ha pasado de la tierra con los helenos y sus glorias. Los dioses de Asgard no son como los dioses de Grecia: son los espíritus violentos del trueno, de la tempestad, de la catarata, son formas de sombra, no de luz, sujetos a las pasiones y sujetos a la muerte. Pero lo que más interesa al arte moderno no es la deidad, sino la humanidad, y Sinding ha sabido dar sublime expresión con su arte a lo maravilloso, a lo misterioso, a lo bello de esta humanidad que conocemos, con sus pasiones, sus penas y su mortalidad.

"La madre bárbara", primera obra maestra del escultor y "Viuda" semejante en época y en pensamiento, son asuntos tomados de una edad pretérita. El mundo no esté dividido ya en civilizado y bárbaro. Triunfó este último y sus descendientes son ahora las razas dominadoras de la tierra. El hombre corriente que lee en la historia las matanzas que hicieron los romanos entre las naciones del Norte, valerosas, pero faltas de instrucción, considera aquellos sucesos como los consideraba entonces el mundo civilizado. Se alegra del triunfo de un César, y siente más la destrucción de una sola cohorte del ejército romano, que la aniquilación de diez mil bárbaros. Pero el poeta ve estas cosas desde un punto de vista muy diferente.

En el triunfo de las armas romanas ve el valor y el patriotismo destruídos ante la disciplina y el ansia de lucro. Tras del frío relato del número de personas pasadas a cuchillo, ve aquellas esposas y aquellas madres, cuya nobleza, virtud y valor ha descrito tan perfectamente Tácito, cada una de las cuales tiene uno o varios seres queridos en el montón anónimo de los muertos y en estos primitivos recuerdos de su raza no ve ya el símbolo de la debilidad y de la cobardía, sino el del amor ardiente y el del heroísmo femeninos, mayores que los del hombre.

En la gran exposición de Berlín de 1893, Sinding estuvo representado por "La madre bárbara" y por "Hombre y mujer", y ambas obras llamaron mucho la atención, mientras que en la exposición de París de 1899 su "Madre cautiva" le proporcionó el gran premio.

La academia de la Compota

Las hacendosas vienesas dan tema de conversación. La Asociación de Horticultura, institución que depende del Estado, ha abierto cursos públicos en los que se enseña con científica seriedad, los altos misterios que rigen la conservación de frutas y verduras. Los cursos han sido organizados por el gobierno; un inspector de horticultura los preside y trescientas señoras de todas las clases sociales participan en las tareas del aprendizaje.

Hay, por consiguiente, mucha probabilidad de que durante el próximo invierno, haya abundancia de mermeladas en casa de trescientas familias vienesas.

Estos cursos superiores para la enseñanza dulcera, no son escuelas para aprender a cocinar mejor o insuperablemente, sino que el principal objeto de su creación es introducir "reformas". Por ejemplo, se enseñará a las señoras vienesas a confeccionar las llamadas conservas "Jams", que no faltan en ninguna mesa inglesa, en vez de la arcaica mermelada; a cuyo efecto tendrán que abandonar el sistema de prensar y exprimir las frutas, lo cual disminuye el "valor nutritivo" y da más trabajo.



"En el jugo de una clase de frutas, de manzanas, por ejemplo, se deja hervir otra fruta, la grosella, supongamos",—ha dicho el director de los cursos a un periodista — nos parece que la combinación ha de agradar al paladar más delicado.

Hasta aquí nosotros, profanos en la alta ciencia culinaria, debemos aplaudir entusiasmados. No obstante, renacerá desconfianza al oir, después, que los jugos y demás han de rectificarse con ayuda de "aparatos físicos". Ahora, para preparar la fruta tendrán el primer puesto, y el más decisivo, las "ollas de esterilización", los "termómetros" y quién sabe cuántos inventos técnicos.

En los tiempos en que el gabinete físico de una cocinera consistía en un cucharón de madera, también se disfrutaba de muy buenos dulces, pero parece que no se procedía de acuerdo con las reglas científicas.

Ahora hay que emplear cierres herméticos, patentados, para los tarros de dulces; la sabia química moderna brillará también, en las ollas. ¡Veremos si saben cocinar tan bien como las sencillas cocineras de antaño!

Pero, por lo menos, hay una razón para que la cocina moderna apele a nuevos medios de acción, y esta es: "propender al ahorro". Así principia siempre el ahorro en la cocina: con la compra de nuevas ollas complicadas.



Ya que hablamos de cocina y de ahorro, tenemos naturalmente que abordar la cuestión de la escasez de carne, que es afligente en la capital austriaca. El objeto verdadero de los cursos mencionados es precisamente, subsanar, en parte, esta escasez.

Justamente la cocina vienesa se encuentra sin medios para suplir la falta de carne, porque descontando sus muy apreciables postres de cocina, sólo conoce platos preparados con carne, no habiendo prestado mayor importancia a las verduras.

Cuando un médico recomienda a un paciente abstenerse de comer carne, éste ya se pone melancólico; pero, más melancólica todavía se pone la dueña de casa que cocina para él.

Es increíble lo difícil que resulta para una cocinera austriaca preparar un menú exento de carne. De tres platos de verdura conocidos en Francia o en Italia, apenas si allá se conoce uno. Eso tiene su causa también en que el cultivo de ciertas verduras no ha prosperado, y que el de otras ha sido descuidado por completo.

De aquí viene el interés que se toma la mentada asociación de Horticultura, y se comprende porque tal institución se haya encargado de la misión de propagar, por medio de cursos públicos, el cultivo de nuevas especies de verduras.

Las vienesas, para las que solo el saludable ruibarbo (romaza) era una planta extraña, aprenden ahora lo que es la acederilla, varias clases de lechugas, el stachys del Japón, etc.

La activa asociación de las dueñas de casa—lástima que no haya algo parecido entre nosotros—se dedica al asunto con mucho celo, y trata de que cualquiera pueda conseguir, con pocos centavos, muestras bien preparadas.

Se prueban, en esta forma, toda clase de verduras rellenadas, costillitas y tortillas de verdura, platos que en otras partes, ni en los restaurants vegetarianos se consiguen y que deberían figurar con regularidad en el menú de toda mesa bien servida.

Naturalmente, también en la preparación de las verduras interviene la técnica moderna con sus vocablos: "valor nutritivo", "desgaste de fuerzas", etc. Antaño, estos términos eran desconocidos, pero una buena cocinera de la vieja escuela nos mandaría de paseo con tanta sabiduría.

La vieja escuela sólo se fijaba en que los platos agradasen, y en cuanto a la noción del desgaste de fuerzas", la suplía suficientemente la buena voluntad de la dueña de casa.

Pero, sin duda alguna, el mundo ha progresado; por lo que toca al valor nutritivo, se ha reconocido que la verdura cocinada por la acción del vapor es preferible a la verdura preparada por ebullición. Y para disminuir el trabajo se han ideado ollas que son más prácticas que las antiguas.

En cuanto a ahorrar plata, se ensayan para llegar a este resultado, nuevas mantecas vegetales que se extraen de las plantas.

Trescientas señoras, que seguramente sabrán cocinar maravillosamente, están aprendiendo ahora, en Viena, todas estas cosas dulces.

Aquí debía imitarse tal conducta con tanta más razón cuanto con ello se llenaría un vacío que se viene notando entre nosotros.

Las personas que dirigen las cuestiones educacionales deben pensar seriamente sobre el particular.

No estaría de más que, en los programas de estudios, figurara también la enseñanza culinaria, conocimientos indispensables para toda niña, sea cual fuere su condición social o pecuniaria.

Así como se las enseña labores de todas clases, haciéndose obligatoria su enseñanza, ¿por qué no se han de dar lecciones de cocina?

Al fin y a la postre es un renglón que hace muchos años está incluído en lo que conocemos con el nombre de economía doméstica.

En muchas escuelas normales, por mero pasatiempo, se preparan algunos platos, bajo la dirección de una persona competente en la materia.

Pues bien, esto que se hace como distracción agradable, y al mismo tiempo provechosa, puede incluirse en los programas como materia, en la seguridad que los padres de familia sabrán aplaudir tal resolución.

La enseñanza no debe circunscribirse a la preparación de platos raros y exquisitos. Lo más práctico es que nuestras niñas aprendan platos comunes y, sobre todo, cocinar con economía, como lo hacen las vienesas, según lo decimos al principio.

Las vienesas, que son ante todo mujeres hacendosas y prácticas, nos acaban de dar una lección que deberíamos aprovechar en lo que vale.

¡A imitarlas, todas!

Sería injusto no reconocer los pasos que se han dado en favor de la enseñanza culinaria.

Hace cosa de tres años, se fundó aquí una escuela particular en la que, entre otras cosas, se enseñaba a cocinar.

La escuela en cuestión se inició con un regular número de alumnos, dando margen a que se pusiera de relieve lo necesario que es un colegio de tal naturaleza.

No sabemos cuál ha sido el final del establecimiento. Suponemos que, después de dos o tres años de vida anémica, habrá desaparecido así como desaparecen tantas cosas útiles, por falta absoluta de apoyo.

Es sensible que tal cosa suceda en un país como el nuestro, donde la educación debe ocupar un puesto preferente en las tareas del gobierno.

Matilde BARRANCOS.

Dib. de Pelayo.

FIESTA INFANTIL



Niñitas de nuestra sociedad que tomaron parte en el con[curso]

[E]N EL PLAZA-HOTEL



[...] de baile infantil organizado por la señora Drago-Mitre

El encanto de los bailes rusos



El coro de las adolescentes en "Le sacré du Printemps"

TIENEN estos bailes rusos el encanto del movimiento, del gesto, del color, de la línea, de la plasticidad: del movimiento ondulante y felino, que parece insinuar una caricia en cada uno de sus serpenteos; del gesto que dibuja en el aire espirales y curvas y óvalos, en un rítmico torbellino; del color al medio tono, que apaga con una suave tinta rosa la insolencia gritona del bermellón; de la línea que no pierde en las expresiones de la acción su gracia exótica llena de sugerencias; de la plasticidad hecha estampa, que dijérase arrancada al espíritu mismo que flota como un hálito de misterio y encantamiento por las páginas de "Las mil y una noches".

El baile ruso es un espectáculo donde todas las bellezas se juntaron, sin que ninguna perdiera su brillo al fundirse la conjunción; por eso deslumbra, como ninguna otra de las manifestaciones de arte grande que por esos mundos se exhiben. La decoración sugestiona; emociona la música; arrebatan los bailables fantásticos, donde la gracia lánguida y perversa de la Karsavina se une al revoloteo fantasmagórico de Nijinsky, que deja entonces de ser el Narciso que se contempla perfecto en su belleza para ser el genio del baile hecho girón, gasa, espiral, serpentina...

Fijemos nuestros ojos en la magia de las decoraciones. Las ha pintado León Bakst, el único escenógrafo contemporáneo que maneja la brocha como un pincel, poniendo un rayo de ensueño donde los otros ponen un claro de luna y un jardín mágico donde sólo saben bocetar unas flores chillonas y un arbusto frondoso los profesionales de la tela escenográfica. Bakst es un innovador; no acaba preceptos: crea. Y al crear lo hace de una manera hasta hoy no superada, aunque son muchos los que han intentado imitar sus telones, que parecen arrancados al mundo de lo ignoto maravilloso. Son policromías relucientes, cuando la situación así lo requiere; son parajes llenos de sombras y de agorerías cuando pasa por la escena el fantasma del misterio; y si las bambalinas no dan nunca una impresión de verdad, producirán siempre, en cambio, una sensación de belleza. Es así su arte de los colores y de las líneas: siempre raro, como si una alucinación le hubiera transfigurado la visión lógica y perfecta de la naturaleza. Entre ese marco y en ese ambiente se desarrollan los bailes, que son también creaciones extraordinarias, donde la imaginación de más vuelo y la más brillante fantasía logran efectos nunca previstos.



Thamar Karsavina en "La tragedia de Salomé"

El repertorio no es muy extenso; pero es selecto sin excepción. Lo forman "Le Dieu bleu", "Pavillon d'Armide", "Le sacré du printemps", "La tragédie de Salomé", "Camaral", "Sylphides", "Oiseau de de feu". "Spectre de la rose", "Pehoncka", "Narcise" y "La Krovanchina", que es, entre todos, el baile más reciente, pues fué estrenado en la última temporada que realizó en París la compañía de Sergio de Diaghiler—triunfadora por el aplauso del público y por el elogio de la crítica en los primeros teatros de la ciudad Luz, en el Convent Garden de Londres y hoy en el Colón de esta ciudad, donde hasta ahora sólo habían desfilado los invariables cantantes de romanzas a la moda romántica, recitados wagnerianos y guturales gorgoritos, más propios para flauta de ébano que para humana garganta. Buenos Aires ha consagrado ya la "saison russe", como consagrara en



Nijinsky en el ''Pavillon d'Armide'', admirablemente dibujado por Frank Haviland



Nijinsky en ''Le Dieu Bleu'', según un caprichoso dibujo de Bakst, el más original de los escenógrafos contemporáneos

los buenos tiempos del antiguo Colón incendiado la temporada de ópera italiana.

Fueron, al anunciarse, mal acogidos los bailes rusos. Los espectadores de cierto grupo de la aristocracia gazmoña fruncieron el ceño: ''¡Oh, eso no es espectáculo para esta ciudad!... Hay demasiadas desnudeces... Esos bailes hasta parecen eróticos''... Y los bailarines rusos llegaron; y fué una fiesta para los ojos la plasticidad y el ritmo admirable de los danzantes y una música como ninguna sugestiva la que se desgranaba por la sala en notas ardorosas, gimientes, convulsivas...

Thamar Karsavina fué desde el debut la estrella sin rivales, que venía de la helada Rusia hasta estas tierras de fuego a enseñarnos pasionales matices que todavía no habíamos adivinado en la animada escultura de nuestras mujeres; y Nijinsky, bello como un adolescente, fué el héroe triunfador y seductor: triunfador entre las bambalinas de la escena, seductor entre el homenaje unánime de la sala admirada... Y no faltaron tampoco en el coro figuras de una extraña y rubia belleza, que contribuyeran a hacer de las piezas bailables un animado cuadro de algún Alma Ta-



En la danza persa de la Krovanchina



Ida Rubinstein

dema que en vez de pintar faustos romanos hubiera evocado, entre los oropeles orientales, cadencia de bayaderas, ensueños de sultana, voluptuosidades de pardas esclavas, travesuras de ignorados silfos...

Los bailes rusos, entre graciosos oropeles, vistosos trajes y gestos delicados, se imponen en forma tan imprevista como rápida. Un diablillo rubio, de bonitas curvas y movimientos atrevidos, arranca los aplausos de la concurrencia no tanto por la novedad, sino por quien la presenta y el derroche de buen gusto de que se hace gala.

Aquí se conocían estos bailes por las crónicas de los diarios y las revistas y por alguna mala fotografía que se publicaba de tarde en tarde. Todo, tanto crónicas como fotografías, resultan pobres ante la realidad y la vida de los bailables rusos.

Estos bailes tienen el encanto de una nevada y la gracia de un velo sobre cabeza de novia. Parece que los rusos, recopilando en una todas las bellezas del país, de sus campiñas heladas, de sus lagos soberbios, de sus ríos sin término y de sus mares fríos y congelados, las inyectaron en el alma de esos bailes para que tuvieran vida, para que cantaran, para que hablaran cosas lindas y que llegaran al alma, como trasunto espiritual de la raza, como un poema de lánguidas estrofas entrelazadas a la manera de un magnífico collar de perlas encantadas; hondo trasunto espiritual engendrador de amables y perfumadas sensaciones de arte, como el eco de músicas extrañas...

Es quizá por eso que, en todas partes, producen excelente impresión arrancando fervientes aplausos hasta a las personas más indiferentes y frías.

Y es por eso, también que en nuestra capital, al igual que en tantas otras, nos hemos sentido subyugados ante los bailes rusos, pura gracia, puro brillo, puro relumbrón, mucha vida y mucho aparato.

La música, como decimos, también tiene sus



"L'Oiseau de Feu"

encantos y sus sugestiones.

Y es que el encanto de estos bailes, allá en la Europa vieja y sabia como en esta Atlántida juvenil y recelosa, es de aquellos que entran en nuestra alma sin que haya prejuicio alguno que pueda impedirlo, y triunfa en nuestro espíritu aletargado por eternas formas del arte hecho rutina y cartabón. Triunfa porque es la belleza nueva, porque es el arte del mañana que asoma a las floridas ventanas espirituales...

Ruy de LUGO-VIÑA.

NOVIAS



María Celina Massa



Estela Carreño

Elena Williams Martinez





María Esther Bottaro

Fot



María Delfina Migoni



Juanita Palacios

Fot. Merlino

La nariz de la señora de Manzanillo



Artículo ilustrado por artistas del Teatro de la Avenida, bajo el siguiente reparto:

Luisa . . . . Srta. Julia Galiana
Mondonguín . . . . . Sr. Eugenio Casals
Manzanillo. . . . . . ,, Rafael Díaz

Manzanillo, Doña Rosa y Mondonguín

I

El señor Mondonguín llegó aquí, procedente de Europa, e instaló su institutuo o "fábrica" de belleza artificial, de cultura física, según él lo intitula.

Lindo gabinete de operaciones el suyo, montado a la moda norteamericana. Por doquier se admiran en aquél maquinillas eléctricas que extraen por los poros del rostro los gérmenes de los malos humores contenidos en la parte más interior de las personas, mediante vahos odoríferos y maravillosos; tenacillas impregnadas de "radium", que arrancan las raíces de granos perversos; agujas creadoras de vistosos lunares en el lugar que se desee; moldes para el rápido brote de cejas; cepillitos imantados que desalojan de su sitio a los pelos que afean la estética femenil, y, en fin, cuanto instrumental e ingredientes se precisan para convertir, por ejemplo, en rubia a la negra de cutis más azabachado.

Quien tiene el acierto de ponerse en manos de Mondonguín se hermosea tan rápidamente que antes de un mes de tratamiento, al mirarse en el espejo se desconoce, y si es hombre se toma por un Apolo, y por una Venus, si pertenece al género contrario.

Así por lo menos lo asegura él, jurando, de paso, que en eso de la dermatología no hay doctor que le iguale y que en lo que respecta al arreglo de las facciones es el escultor número uno del globo terráqueo.

Las damas de cara dificultosa se disputan sus cuidados; su clientela es numerosa. Multitud de ojos, orejas, bocas, frentes y narices que antes hacían un papel feo en los rostros de sus respectivas dueñas, llaman la atención ahora por su corrección; son distinguidos, de aspecto aristocrático, de corte perfectamente delineado.

Una de las clientes de aquel Praxíteles que a guisa de barro trabaja con la carne humana, lo fué la señora de Manzanillo.

Manzanillo es un hombre adusto, malcarado, de genio feroz; un caballero de esos que con cualquier motivo estallan, porque están repletos de bilis, que viene a ser en ellos un líquido corrosivo al que hace explotar el más ligero fulminante.

Doña Rosa de Manzanillo era casi bella; faltábale para serlo del todo la extirpación de ciertas sobras de su abundante nariz, retocada en diversas ocasiones por expertos naringólogos, quienes tras de pacientes estudios y sabios toques y retoques convenciéronse de que su ciencia se estrellaba ante aquel aditamento facial y convinieron en que siguiese gozando de su natural robustez y desviación.



—¿La quiere usted griega, romántica, achatada, aguileña?

En ocasión de que viajaba por Montevideo el esposo de doña Rosa, ésta llamó a su domicilio al especialista.

Mondonguín la tomó el pulso, la auscultó, la hizo toser y cantar. Por último la agarró por las narices hasta hacerla llorar, y dijo sentenciosamente:

—Muy bien, señora. ¿La quiere usted griega, romántica, achatada, aguileña? Elija el modelo más en armonía con su gusto, con sus trajes o con sus muebles.

—Pero, de veras, ¿se siente usted capaz de transformar esa nariz que en forma de penitencia colocó entre mis ojos la naturaleza? ¡Ay, doctor, cuánto voy a deberle!

—Unos dos mil pesos, aproximadamente, cuando la operación esté hecha a satisfacción de la señora.

—Si es así, todo me parecerá poco.

—Y a mí; pero puede aumentar, según su capricho, hasta lo inconmensurable.

II

Llevóse a cabo felizmente el arreglo nasal.

Doña Rosa parecía otra; estaba bellísima.

Sus amigas murmuraban de ella; no podían perdonarle aquel acto inaudito. ¿Con qué derecho variaba de narices? ¿De qué se le iban a burlar ahora? Eso no estaba bien; cuando una persona se presenta de tal modo que no da lugar a la crítica, huelga su presencia en sociedad.

¡Infeliz señora! Comprendió que excitaba la tristeza de cuantas la conocían y suspendió sus visitas.

¡Con qué ansiedad aguardaba el regreso de su marido! ¡Qué estupefacción iba a ser la suya! Debe ser cosa de morir de gusto cuando un esposo queda gratamente sorprendido al encontrarse con que su amada compañera, que antes usaba una especie de pera en la parte más atrayente de su faz, le presenta una naricita modelo, de perfección completamente nueva, no obstante ser el mismo trozo de carne de antes, modelado según escogido figurín, y le dice con coquetería, bajando los ojos y esperando frases de éxito:

—Ese cambio se verificó en honor tuyo. Aplaude, hombre, que me impaciento. ¿No es así como me soñabas?

Aguardaba nerviosa el regreso de Manzanillo y éste parecía que no tenía prisa por volver a su hogar.

Que estaba bonita lo sabía de sobra. No solamente se lo decía el espejo a cada momento, sino que se encargaban de recordárselo con lenguaje pintoresco esos caballeretes descarados que acechan el paso de las mujeres en la vía pública, sin temor a multas ya en desuso, lanzándolas a modo de cohetes abrasadores, frases de esas tan gordas que harían sonrojar a un sargento de granaderos.

Todos apreciaban su hermosura antes que su adorado Manzanillo... Su ausencia no debía prorrogarse más y tenía que conseguir que volviese a su lado. ¿Cómo? Cablegrafiándole continuamente.

¡Oh, cuán natural, enorme y hasta latoso es el afán de una buena esposa por atraer a su marido! Máxime si está ventajosamente metamorfoseada.

A Manzanillo también le asaltó la impaciencia. ¿Qué diablos le acontecía a Rosa? ¿Por qué aquel deseo de que regresara?

Dejó sus asuntos a medio arreglar, tomó el vapor y se presentó en Buenos Aires algo enfadado, porque no le gustaba hacer las cosas a medias.

III

Al penetrar en su casa, vió en la sala a una señora.

La saludó fría pero afectuosamente, murmurando entre sí: "¿Quién será ésta?"

Ella avanzó hacia él, pretendiendo arrojarse en sus brazos. Mas Manzanillo se desvió con prontitud, profiriendo las siguientes acres frases:

—¡Apártese, joven deshonesta e intrépida!

—¡Cómo!

—Soy casado, ¿sabe? y por nada del orbe faltaría a la fe jurada.

—Así me gusta. ¡Ah, lo que tú vales!

—Pero esa voz....

—La de tu Rosita, Manzanillín, mío ¡rico! ¿Te sorprende mi nuevo aspecto? Si por tí soy capaz de todo.... Anda, elógiame. Te permito que me galantees.

—¡Quite de ahí! usted no es usted.

—No digas sandeces, ídolo mío...

—Señora, usted está guillada. O se me presenta como mi verdadera Rosa, o la conduzco a la comisaría. ¡No admito burlas de nadie! ¿Con qué permiso ha cambiado usted la facción de su cara que era más de mi agrado?



—. ¡Apártese, joven deshonesta e intrépida!

—No hables de ese modo, Manzanillito... Me laceras el corazón.

—Eso ha sido una burla. ¡Pronto, vive Dios! Colóquese su antigua nariz. De lo contrario, soy capaz... hasta del divorcio.

—¿Qué oigo? Ya se ve que viene de Montevideo.

—¿Quién fué el osado que, sin mi permiso, verificó ese cambio?

—Una lumbrera a quien no debo permitir que ofendas. El célebre doctor Mondonguín.

—Mondonguín... ¡Que me traigan inmediatamente a ese sabio! O te deja como estabas antes o va a ocurrir aquí una catástrofe.

IV

¿Cómo iba Mondonguín a destruir su obra más perfecta, la que más felicitaciones le había valido, la que había aumentado el número de sus clientes? Decidle a un inspirado pintor que tome pinceles impregnados de color negro y que borre la más feliz de sus concepciones en un lienzo premiado y admirado por todos. No lo hará, ¿verdad? ¿Porque quién es el loco que atenta contra su gloria?

En el mismo caso se hallaba el eminente dermatólogo.

No y mil veces no. Aquella nariz irreprochable sería siempre respetada por él. Deformarla era tanto como cometer un crímen.

—Se lo mando yo — objetó frenético Manzanillo.

—No hay poder humano que me haga desvalorizar mis obras — replicó Mondonguín.

—Lo pide el honor conyugal.

—Lo niega la estética y el sentido común.

—¿Sí, eh? — vociferó el marido hecho un basilisco.

Y arrojándose sobre el doctor comenzó a golpearle de lo lindo, prolongando su tarea hasta perder las fuerzas.



— No será nada...

Cuando Mondonguín logró verse libre de aquella fiera, se dió cuenta de que tenía un carrillo atrozmente hinchado. Era aquel el sitio donde más se había ensañado Manzanillo. ¡Qué puños tenía el hombre!

—No será nada,—se dijo.—Un poco de pomada y un rato de masaje acabarán con esto.

—Sí, sí; como si tocase el violín.

Cuanto más cuidados, más crecía la inflamación, y al tenor de ella, la desesperación del especialista.

Porque ¿cómo iba a presentarse ante las clientes con un moflete que parecía un durazno de los más crecidos?

El creador de la cultura física estaba demasiado caricaturizado para inspirar seriedad. Nadie podría tener fe en él, porque, al verle, a todos se les ocurriría la misma pregunta: "¿Por qué no comienza por embellecerse a sí mismo?"

Al principio de su desdicha se negó hasta a las señoras y señoritas más impacientes.

Después, para no dejar de ganar dinero, ideó recibir con sujección a cierto plan maquiavélico.

Se ocultaba en una piecita obscura cuya puerta, enrejada, daba al salón. En éste graduaba la luz muy débilmente.

Las operaciones, en tales condiciones llevadas a cabo, no eran coronadas por el éxito asombroso de antes y las personas operadas comenzaron a llamarse a engaño, con lo que Mondonguín empezó a desesperarse.

El bulto de su cara no cedía ni con ungüentos extraordinarios, masajes, vendajes, raspaduras ni baños.

Probó a tratamientos internos; sometióse a todo género de terapias... Como si no; su carrillo estaba cada día más robusto.

¿Qué virtud poseerán las manos de Manzanillo, que así hinchan los cuerpos? ¡Valientes golpes de gracia los de sus puños! ¿Qué mejor específico para las personas delgadas?

El sabio y perínclito Mondonguín está haciendo la maleta; nos abandona.

Es ya otro del que era; un verdadero adefesio, incapaz de sugerir la idea de la belleza. Su monstruosidad aumenta, porque llora constantemente y se le estropean los ojos y los párpados. Además en sus ratos de rabia se estira de los pelos, y su cuero cabelludo viene a ser una especie de espejo biselado.

¿Adónde irá Mondonguín? A morir en un rincón, muy lejos, olvidado. Donde pueda maldecir de los maridos caprichosos que se conforman con la fealdad de sus mujeres.

El célebre doctor Mondonguín, especialista en hinchazones, narices chatas, orejas grandes y piernas torcidas, prepara sus valijas. Tiene pensado irse lejos, donde los maridos sean más artistas, donde quieran tener esposas lindas y donde nadie pueda reirse de su deformidad.

—¡Si será raro, ese tal Manzanillo! ¡Enojarse porque le hermosean la mujer!—exclamaba mientras encajonaba sus chismes de transformar caras y embellecer fealdades de mono.

Se encontraba en lo mejor de su tarea cuando una pinza se le clavó en un dedo produciéndole un dolor agudo:

—Bueno—dijo, chupándose el dedo para aliviar el dolor—cada cual tiene sus gustos... y hay gustos que merecen palos; el de este Manzanillo es uno de ellos.

En tanto la señora, desconsolada, llorando como una Magdalena, se estiraba la nariz con ambas manos, pretendiendo alargarla para que su marido no la regañara. Y ¡cosa rara! mirándose en el espejo, creía verse fea, horriblemente fea, con aquella naricilla redonda, pequeña y colorada a causa de los tirones.

Grande fué su desgracia. Tropezar con un marido así en una capital donde tantos esposos se desvían de sus compañeras en busca de otras más lindas; donde tantos otros las hermosean con afeites, descotes y postizos...

Es que cuando uno está de "jetta".

J. Víctor TOMEY.

Las vírgenes en el arte

El arte no ha producido jamás figura más bella ni más atractiva que la de la Virgen María. Los pintores más célebres han buscado inspiración en ese tipo ideal que reune, a la más pura expresión de la belleza física, el sentimiento más profundo de la pureza moral; en todas las épocas, en todos los países, se han esforzado los grandes maestros por dar realidad a esta figura, y todos ellos parecen haber comprendido la gran dificultad que se opone a su interpretación: revestir de formas bellas lo que es en sí mismo el más casto de los pensamientos.



Por Van-Dyck

Y esta dificultad han logrado vencerla muy pocos. Los que han querido hacer resaltar la nota religiosa, han pintado una Virgen fea, o por lo menos, llena de frialdad y falta de vida; los que, inclinándose del lado del realismo, han tratado de representar una Virgen bonita, hacen pensar a quien ve sus cuadros, en la mujer, no en la Madre de Cristo. Ejemplo de esto último tenemos en las Vírgenes de Rubens; son mujeres hermosas, sí; pero mujeres solamente, con las mismas carnes exuberantes y la misma mirada picaresca que las cortesanas de su ''Jardín del amor''.

El mismo Miguel Angel, genio fogoso y gigantesco, decae al pintar tan sublime figura. La pintó pocas veces, pero esas puso en ella su propia aspereza de carácter. Sus Vírgenes no tienen ese rasgo esencial y evangélico que hacen de María la primera entre todas las mujeres, no tienen humildad. Se las mira con respeto, pero no inspiran veneración ni cariño.

Las Vírgenes de Rafael tienen fama universal; el mismo Proudhon decía que le inspiraban profundo amor, y hasta aseguraba que estaría enamorado de ellas si el respeto a la maternidad no se lo impidiese. Pero ese es precisamente el gran defecto de las Madonas del gran maestro; son mujeres hermosas, mujeres humildes, mujeres santas si se quiere, pero son sobre todo madres; cada una de ellas es un canto a la maternidad. Como escribía Jorge Sand en un artículo dedicado a la Virgen de la Silla, son romanas de pura raza, no son semíticas, y ni su tipo ni su indumentaria convienen a la fe austera de los primeros cristianos.



Por Rafael

En este defecto han caído casi todos los artistas que han representado a la Madre del Redentor con su divino Hijo en los brazos. Por el contrario, los que la han representado sola han extremado el misticismo en tal forma, que de una mujer bienaventurada entre todas, han hecho una monja condenada a la seriedad y tristeza del claustro.

A España corresponde, tal vez, el honor de haber contado con el artista que mayor inspiración ha demostrado al interpretar tan difícil personalidad. Las Concepciones de Murillo, son, en efecto, los más acabados conjuntos de belleza física, humildad y sentimiento religioso; en ellas no hay nada de carnal, pero no hay tampoco misticismo exagerado. Demasiado conocidas en nuestro país y fuera de él, mejor que reproducirlas, nos ha parecido publicar las Vírgenes de otros autores, para que se pueda establecer mejor una comparación, y se vea a la vez cómo la Madonna es el espejo donde se refleja el alma de cada época, de cada pueblo y hasta de cada artista, a lo que se debe que no haya dos iguales, ni aun parecidas.

Las fotografías que acompañan a esta ligera crónica ilustrarán al lector acerca de lo que decimos.

Son tres vírgenes y, en las tres, hay algo que las diferencia entre sí, de una manera muy visible.

No obstante, los pintores han tenido idéntica idea, han perseguido el mismo proyecto.

Si continuamos analizando cuadros de unos y otros, de distintas épocas y disposición, encontraremos, siempre, esa diferencia que comienza en los ojos y concluye en el conjunto poco en armonía con el de una virgen toda humildad y mansedumbre.

¿Las causas? Personas entendidas creen que tal fenómeno — si cabe la denominación — se debe a la elección de los modelos y hasta al mismo estado de ánimo en que se encuentra el artista.



Por Grosse

Recordamos que, no hace mucho tiempo, hubo grandes discusiones al respecto. Después de escribirse mucho, de llenarse grandes columnas de diarios y revistas y despertar el interés del público, se llegó a la conclusión que nada se podía decir y menos arrojar sombra sobre trabajos de tanto mérito y de tan grandes maestros en el arte y en la pintura.

Para arribar a conclusión tan gastada y universalmente sabida no valía la pena haber producido tanto alboroto perdiendo el tiempo en for-

ma lastimosa. No se discute, aquí, el mérito — indiscutible, por otra parte — de las vírgenes llevadas al lienzo, se hace notar simple y puramente, la diferencia que existe entre trabajos y trabajos.

Los estudios de Mignard, Carlos Dolci, Botticelli, Leonardo de Vinci, etc., etc., que ilustran estas páginas informarán al lector acerca de cuanto decimos.

Entre un estudio y otro hay una diferencia notable, visible a primera vista y, sin embargo, los pintores tuvieron una misma idea.

Hablando sobre el particular dice un crítico de nota:

"Cada país tiene sus hábitos y costumbres; cada hombre sus inclinaciones y su manera de ver las cosas. Es indudable que en eso estriba el fenómeno que se ha podido observar en los cuadros que representan vírgenes.



Por Botticelli



Por Leonardo de Vinci

"Leonardo de Vinci, por ejemplo, concibió en una forma a su Gioconda, nos presentó una insuperable obra de arte, y Mignard nos presenta otra que también tiene fama por la precisión de los rasgos y la hermosura del conjunto."

"Pero Vinci y Mignard no dieron la misma expresión ni el mismo gesto de dulce mansedumbre a sus valiosos trabajos. Y esa diferencia la encontramos en la manera de pensar de cada uno de los artistas."

"Alguien ha dicho que no hay dos hombres iguales sobre la tierra. Y no habiéndolos ¿cómo pueden serlo sus obras, cuando ellas son hijas del individuo, cuando encarnan sus ideas, su vida y sus inclinaciones?

"Los mismos artistas han observado lo que nosotros. Y cada cual ha defendido su obra alegando razones para ellos de mucho peso y fundamentales. Han entrado a relucir costumbres, manera de vestir, gestos de dolor y sufrimiento y muchas otras cosas que, aunque nimias al parecer, tienen capital importancia para los buenos artistas.



Por Carlos Dolci

"Nunca se logró arribar a conclusiones precisas. Y las vírgenes en el arte siguieron siendo "un problema" para los gacetilleros de la prensa diaria.

"Es curioso lo que pasa en algunos lienzos. Nos presentan unas vírgenes de carnes rosadas, lindas como una rosa recién abierta, fuertes, llenas de vida, que despiertan amor, antes que esa pasión mística que se debe sentir por ellas.

"Una virgen con ojos de fuego, que abrasan con ciertos fulgores de amor, de cuerpo perfecto y de líneas provocadoras, nos resulta una camarera, o una coqueta que pretende vestir el ropaje de un cordero.

"Esas mujeres toda dulzura, toda mansedumbre, que tienen la conciencia limpia y tranquila, deben reflejar en su rostro y, particularmente en los ojos, ese "algo" que obliga a pensar fuerte y hondo.

"Para hacer resaltar la diferencia a que aludimos, basta colocar un cuadro al lado del otro. De esta manera se ven cosas que, en verdad, tienen su importancia.

"Con esto no queremos decir que las obras desmerezcan —¡líbrenos Dios de ello!—pues el arte, lo bueno, en lo que hay vida e ingenio de artista creador, nunca puede desmejorar.

"La comparación de dos cuadros nos hará resaltar más aún lo que nosotros observamos aisladamente, vale decir ese algo que no se puede explicar y que, sin embargo, existe.

"Si en esas obras geniales hay diferencias entre sí, si los ojos de una virgen no dicen lo que los ojos de otra, en cambio los lienzos hablan por los siglos de los siglos. Y eso vale más que todo."

Tiene razón el cronista. Si en los cuadros de vírgenes existe algo que los diferencia entre sí, poniendo de relieve las inclinaciones, gustos y maneras de ver del artista, en cambio ahí tenemos las obras con mucho ingenio y de un valor verdaderamente incalculable.

Las generaciones presentes pueden estar conforme de ello.

Si las vírgenes no tienen la mirada dulce y mansa como sería del caso, en cambio el lienzo tiene otros méritos que no lo pueden destruir simples detalles, hijos de la observación y hasta de la fantasía.



Por Mignard

El crítico—del cual hemos transcripto algunas apreciaciones — bien claro lo dice, reconociendo lo que todos reconocemos. A fuer de francos y sinceros estamos por manifestar que nada de nuevo nos ha enseñado, después de todo.

Preciso es convenir que, esta vez, como tantas otras, tampoco se ha arribado a nada concreto en lo que respecta a las vírgenes en el arte.

DEL NATURAL



LAS MALAS LENGUAS

—¡Rosa!... ¿Por dónde andás?... ¡Rosa!...
—¿Qué querés?
—¿Está el almuerzo?
—No.
—Mirá, che, que es muy tarde
y tengo muy poco tiempo.
—¿Y qué querés que yo te haga?
—Avivá un poquito el fuego.
—Recién acabo de echar
la verdura en el puchero.
—¿Has hecho puchero?
—Sí.
—Para variar.
—No podemos
comer otra cosa, Juan,
los pobres en estos tiempos.
—¿Por qué?
—Porque todo es caro.
Y hoy me ha dicho el carnicero
que van a subir la carne.
—¿Más?
—Sí.
—Pues estamos frescos.
—Te aseguro que, a este paso,
yo no sé qué comeremos,
si a vos, en el escritorio,
no te aumentan pronto el sueldo.
¿Querés un pollo diario
ganando ciento diez pesos?
—Pues otros comen mejor
y ganan bastante menos.
—¡No me parece!
—¿Que no?...
Ahí lo tenés al gallego
del cinco, don Rafael,
que gana sesenta pesos
como peón de la aduana,
y veinte su hija Consuelo,
y nunca les falta en casa
una ensalada de berros
o de tomate, fiambres,
y cada domingo un queso
del Chubú.
—¡Mirá qué gracia!
Si tuviéramos, como ellos,
una hija de quince años
y la vergüenza en el suelo,
también yo podría darte
fiambres, tomate y queso.
—¡Ya empezaste a murmurar!
—¿Que yo murmuro?... ¡Está bueno!...
—Sí, murmurás... ¡mala lengua!...
¿Quién te ha dicho que Consuelo
es eso que vos decís?...
¿quién?...
—Nadie; yo que lo veo.
—¿Y qué has visto?
—Muchas cosas.
—¡Mentira!
—¡Juan!...
—¡No te creo!
La mujer que, como vos,
anda metiendo en enredos
a todo bicho viviente,
sin que se le importe un bledo
la honra de los demás,
es una mujer sin seso,
sin dignidá, sin vergüenza,
sin sentido y sin criterio...



Vos sos una tarambana
y una envidiosa...
—¡Está bueno!...
—Que porque nunca sabés
arreglarte con mi sueldo,
y porque la ves a ella
que con muchísimo menos,
se arregla perfectamente,
estás rabiando por dentro
y largás toda la baba
que está de más en tu cuerpo.
Vamos a ver: ¿qué tenés
vos que decir de Consuelo?...
¡Larga el rollo!...
Pues que es una...
—¡Calláte la boca!...
—Bueno;
ya me callo; pero conste
que la muchacha es todo eso
y mucho más.
—¡Desgraciada!...
Mirá, che, Rosa: te advierto
que si te metés con nadie
y le andás sacando el cuero
a esa muchacha...
—¡Caramba!...
¿Tenés algo con Consuelo
que, contra mí, de ese modo
la defendés?
—La defiendo
por acto de humanidad;
porque defender debemos
a la persona que se halla
en la boca... o poco menos,
de fieras tan peligrosas
como una que me está oyendo;
porque la muchacha es buena,
muy honrada y nada de eso
que vos decís; porque yo
soy en todo un caballero...
—Sin caballo.
—¡Sin vergüenza!
Calláte cuando yo tengo
la palabra, y no graznés.
—No graznaré.
—La defiendo
por... porque me da la gana,
¡y se acabó! que no quiero
darte más explicaciones
quiero perder el tiempo
porque razonar con vos,
pedirte juicio y criterio,
viene a ser casi lo mismo
que criticar al gobierno,
dar serenata a la luna
o hacer cosquillas a un muerto.
¡Andáte a poner la mesa!
—¡Pero, Juan!...
—¡Anda ligero!
Y en cuanto sepa otra vez
que andás con chismes y enredos
y hablás mal... o bien de nadie,
de un palo te rompo un hueso.
—Pero...
—¡Caminá, te digo!
—Voy a probar el puchero.
—Antes pincháte la lengua
para que largue el veneno.

Julián J. **BERNAT.**

Crónica de la Moda

CON la próxima terminación de la estación invernal—la cruda y fea estación de los grandes fríos y los fuertes vientos—la moda sufre variaciones de todas clases.

Los modistos, que tienen ingenio y aguda penetración, han creado modelos muy bonitos y llamados a causar sensación en el mundo femenino.

Una vez más nos toca, pues, reconocer la competente maestría de los que rigen los destinos de la moda, como asimismo el buen gusto para la elección o imposición de los modelos.

Las crónicas que nos llegan de París abundan en detalles sobre las variantes que está sufriendo la moda con la entrada de la nueva estación.



La ''Cape'', de estirpe castellana, creada por Paquín, que constituye el último ''gran chic''

El acontecimiento más grande lo ha sido, sin duda alguna, la exposición de Gante en la que los grandes maestros de la moda expusieron trabajos que causaron la admiración de cuantos tuvieron oportunidad de presenciarlos.

Según informaciones había allí, desde el rico vestido de fina seda, hasta el sencillo y de poco costo. Y tanto los unos como los otros poseían una gracia inimitable, derrochando buen gusto y hasta arte.

No cabe duda alguna que la mencionada exposición marcará nuevos rumbos en las modas femeniles perfeccionándolas más aún.

Esas y no otras han sido las causas que se tuvieron en cuenta al organizar tan importante exposición.

Como no es nuestro propósito hacer crónica de cuanto pasó en Gante—que no sería una novedad para nuestras amables lectoras por cuanto ellas estarán mejor informadas que nosotros mismos—nos concretaremos simple y puramente a presentar algunos modelos muy buenos y, sobre todo, apropiados para la estación en que nos encontramos.

*
* *

La ''cape''.—El primero de nuestros grabados presenta una capa o ''cape''.

Aunque no es una novedad para nadie, y menos aún para las lectoras de EL HOGAR, diremos que esta elegante prenda de vestir, es de abolengo español.

Casi podría decirse que no es un vestido, pues la capa viene a ser algo así como una prenda secundaria llamada a dar más elegancia al cuerpo. Pues, nadie podrá discutir la gracia de una bonita capa como la que presentamos en estas páginas.

Consiste esta prenda en un manto de gasa negra, prendida cuidadosamente en los hombros y que cae sobre la espalda.

El conjunto tiene mucha semejanza con las capas militares que usaban los capitanes en tiempo de Felipe II.



Otro aspecto de la ''Cape''

La airosa marcialidad de esta prenda influirá para que se la adopte. No sería difícil que, dentro de breve, fuera ésta impuesta como tantas otras.

Para que la capa produzca buen efecto y dé cierto aire de gracia al cuerpo, es preciso saberla llevar con ese gusto artístico de que hacen derroche las mujeres elegantes.

La capa se debe usar con vestidos de ''metheor'' de color de turquesa muerta, con toilette de raso violeta y con otras combinaciones apropiadas; pero, en general, el manto es siempre negro, y para vestir, de noche, se sustituye la capa de tul, corta, por otra muy larga, de paño de seda negro también, guarnecida con un cuello de terciopelo del mismo color.

*
* *

Tocas y sombreros.—A continuación publicamos dos modelos de tocas y uno de sombrero, quizá los más bonitos que se conocen hasta ahora en el renglón modas.

El primer fotograbado es una preciosa toca de charmeuse color fresa y violeta, de seda, con adornos de blonda y tul blanco.

Es una cota elegantemente dispuesta que constituye un bonito adorno para el sombrero.

Enseguida presentamos un modelo de sombrero sencillo, modesto y elegante. Estos modelos son, quizá, los llamados a sustituir a esos otros que estuvieron de moda hasta ahora, causando el consiguiente furor.

No hay duda que esos sombreros del tamaño de un paraguas están llamados a desaparecer dentro de un plazo poco más o menos corto.

El modelo que presentamos es negro, adornado con tul color rosa en el medio y aigrettes blancas.

Creemos que toda descripción es inútil, pues las lectoras lo sabrán apreciar mirando el fotograbado que publicamos.

La fotografía siguiente es una toca diáfana de tul bordado con oro, sobre raso blanco.

Consideramos inútil toda ponderación.

*
* *

La invasión del tul.—No cabe duda que la nota dominante en la indumentaria femenina la constituye la inesperada invasión del tul.

Llama particularmente la atención lo que está pasando con los sombreros. Los modelos que se hacen conocer como de última creación tienen el indispensable adorno del tul negro en forma muy elegante y muy bonita. Y no es sólo en los sombreros donde se le usa. Si hiciéramos un examen de la indumentaria femenina nos encontraríamos con que el tul se emplea en la mayor parte de las prendas de vestir, haciéndose verdadero derroche de él.



Toca de charmeuse color de fresa y violeta, de seda, con adornos de blonda y tul blanco

Y lo más curioso del caso es que la moda de usarlo se generaliza en una forma rápida e imprevista.

Los modelos para esta clase de vestidos están constituidos en la siguiente forma:

Un traje de seda blanca, combinado con la levita de tul negro. Esta levita no tiene mangas y se completa con un fichú de tul blanco, adornado solamente con entredoses de tul negro.



Sombrero negro adornado con tul color rosa en el medio y aigrettes blancas

Con esta toilette se llevan medias de seda blanca y se calzan coturnos de raso negro, sujetos por anchas cintas de seda, negras también, que cruzándose en trenzados sucesivos, ciñen la pierna, armándose muy alto, casi bajo la rodilla.

Claro que es complemento necesario de este vestido un sombrero de tul negro, adornado con terciopelo y guantes largos y blancos que cubran todo el brazo.

El modelo que presentamos a las lectoras de esta revista, es tal vez uno de los más elegantes y quizá el que se usará con más predilección que cualquier otro vestido análogo.

Obsérvese detenidamente el conjunto de este vestido y se verá que tiene gracia y no poca elegancia.

*
* *

Vestidos para niñas.—En nuestra crónica semanal no hemos de olvidar que las niñas son también mujercitas, y que también tienen su moda en el vestir.

En la indumentaria de las niñas es donde los modistos encuentran mayores dificultades, pues el cuerpo de éstas no se presta tanto como el de las señoras.

Es por eso, precisamente, que los modelos confeccionados por las casas de modas cuestan muy caro.

Un traje para niña requiere, para un modisto, la misma atención y hasta el mismo trabajo que para uno de señora: otra causa por la cual los modelos resultan más caros.

Lo que siempre se debe tener presente en un vestido de niña, es la sencillez. Es un error creer que la elegancia de éstas consiste en adornarlas con artículos de mucho precio y delicados.

En estos últimos tiempos se ha dado en utilizar para las niñas los vestidos más abigarrados de la moda búlgara exagerando la nota del mal gusto. A las chicas no se las ha de vestir, en ningún caso, con indumentarias feas.

Entre los modelos para niñas hay dos que tienen gran aceptación; el uno de talle muy bajo, lleva un cinturón de cuero o de tela que ciñe el cuerpo por debajo de las caderas. El otro es de estilo imperio, tiene la cintura muy alta, debajo de los brazos, y resulta mucho más airoso.

En la indumentaria de las niñas es preciso evitar todo vestido que modele las formas todavía imprecisas, que ganan mucho en elegancia llevando vestidos sueltos.



Toca diáfana de tul bordado con oro, sobre raso blanco

Los boleros se llevan muy cortos, de forma zuavo, y se hacen de jerga encarnada, adornándose con pequeños botones de pasamanería o de metal. La falda que llega hasta el medio del pecho, se hace de jerga blanca o azul.

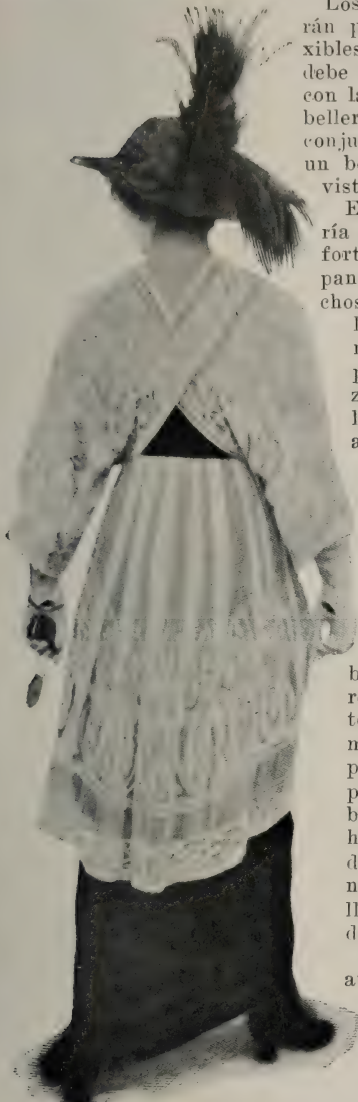
Las batistas, el hilo crudo y los crespones se prestan mucho para la confección de vestidos muy bonitos. Los modelos que presentamos tienen una ventaja muy grande sobre todos los otros: la falta de adornos.

Para una niña el traje más apropiado para

vestir es: una blusa recta, de tul blanco, plegada en algodón y cubierta con una casaca de "persia" o de gasa estampada. Este vestido constituye una toilette original, elegante y sencilla, tres cosas que se deben tener en cuenta en estos casos.

Para las más pequeñas se estila la túnica de corte antiguo, orlada con una greca bordada o con el mismo dibujo hecho con "soutache".

En lo que respecta a los abrigos siguen eligiéndose las chaquetas vareusse, larga o semilarga, azul marino o encarnada.



Levita de gasa y tul blanco con "toilette" negra

Los somberitos serán pequeños y flexibles; cuya forma debe armonizar bien con la cara y la cabellera para que el conjunto presente un bonito golpe de vista.

El calzado no varía en forma y, por fortuna, está escapando a los caprichos constantes de la moda. Las nenas siguen, pues, calzando zapatos racionales, acomodados al pie, sin tacones y otros inconvenientes que tienen sus consecuencias.

La elección del calzado, por regla general, está bajo el sano y reconocido criterio de las mamás, las únicas personas que pueden y saben vestir a sus hijitas con indumentaria que no resulte chillona ni perjudicial.

Para vestir aún se prefieren escarpines o los *richelieu* de charol.

Las botitas de uso corriente para las niñas se hacen de cuero rubio o amarillo para acompañar a los vestidos de hilo.

El calzado este es muy elegante, viste muy bien, pero tiene el inconveniente de ser poco práctico, pues las niñas no pueden conservar, como deben, toda la libertad en sus movimientos.

Y decimos esto último porque hay razones para ello. Está demostrado hasta el más allá que los vestidos para niñas deben ser anchos de manera que no constituyan un obstáculo para el desarrollo. Otro punto difícil es la elección de las medias y calcetines.

Una cronista entendida se pregunta: ¿Hasta qué edad una nena puede usar calcetines, y cuando, éstos, se han de substituir por medias? Claro es, que este dato varía según la estatura de la niña, y así oscila entre los doce y trece años. Pero más que nada, es cuestión de tacto en la madre, que ha de evitar, en ese detalle, todo contraste chocante que pueda llamar la atención, y por ende molestar a la muchachita perturbando su serenidad.

* * *

Las variantes de la moda.—Con la terminación del invierno las modas han sufrido considerables variaciones, particularmente en lo que se relaciona con el peinado de las señoñoras. Una distinguida cronista parisién se ocupa sobre el asunto, abordándolo en los siguientes términos:

"Los peinados han sufrido también una evolución, de la que dan cuenta, mejor que todas las descripciones, los dibujos que acompañan a esta crónica.

"Se lleva mucho el peinado alto, que se obtiene mediante el auxilio de los postizos, y que deja libre la nuca. La masa de pelo ondulado que cubre el casco se sujeta por medio de peines de concha durante el día, y con peines adornados con pedrería durante la noche.

"Como adornos nuevos para el peinado, aparecen los siguientes:

"Un hilo de gruesas cuentas de azabache que, luego de ceñir con dos vueltas la cabeza a modo de turbante, pasa por debajo del mentón, ciñendo la línea de los maxilares a modo de "yugular".



El mismo modelo visto por delante

"Un pequeño lazo prendido en el pelo sobre la frente, y acogido a la oquedad del moño alto, como un pájaro al abrigo de un nido.

"Dos altas y airosas plumas de pavo real que arrancan del flequillo, sobre la frente también, sujetas a una peineta disimulada bajo el pelo. Estas plumas tienen la forma de grandes puntos de interrogación, y parecen ser, sobre la cabeza que los sustenta, el leve símbolo de un enigma.

"De noche quedan en absoluto proscriptas las cintas como adorno de peinado."

Poco después dice:

"Las sombrillas han sufrido en su forma y en su aspecto un completo cambio.

"La sombrilla redonda, en forma de semi-esfera, ha desaparecido, para ser sustituida por la sombrilla ovalada, que, abierta, tiene la forma de un inmenso cascarón de huevo partido por la mitad.

"El éxito de estas sombrillas se debe, en primer término, a su novedad, y en segundo lugar, a la circunstancia de que, merced a su forma, protegen mucho mejor el rostro contra los ultrajes del sol.

"Las sombrillas de seda adornadas con encajes están muy en favor, y como modelos de toda elegancia se ven los adornados con piel de armiño —que cubre el borde en forma de orla,—y los modelos guarnecidos con pluma de avestruz o de marabú."



Vestido de niña, de crespón. Sombrero de batista. Esta "toilette" sencilla compone un conjunto encantador

*
* *

"Entramos, pues, en el gran mes de las elegancias: Longchamp, el Bosque, los salones, las exposiciones de flores, los concursos de "sport": he aquí toda la fiesta de la belleza y de la vida. Ensalzan el encanto de esta fiesta la clemencia del cielo despejado, y un asomo de fiebre,—anticipo de nostalgia de la gran ciudad,—que en las almas de estas mujeres - golondrinas ponen la proximidad y los preparativos de viaje: del obligado y no siempre divertido viaje a las playas impuestas por el "chic".

Tiene razón la entendida cronista parisién.

En la época presente la moda está sufriendo grandes cambiantes y grandes transformaciones.

Cambían las costumbres: cambían el aspecto de las grandes ciudades trocándose en lugares encantadores donde brilla el lujo, salta la vida y cascabelea la alegría en coqueto movimiento de danza loca; cambian los paisajes de los prados y ¿por qué la moda—hija directa del hombre y del ingenio—no ha de cambiar también?

Y los modistos no quedan atrás.

Las revistas que se reciben de París dicen bien claro que los príncipes de la moda no comen, ni duermen por no perder pie y poder continuar trabajando en la linda tarea de satisfacer al bello sexo.

Lo más curioso del caso es que los cronistas, que son las personas que siguen más de cerca las mil evoluciones de la moda, dicen que aún habrá más novedades llamadas a causar la consiguiente sensación.

Y nosotros que, entendemos poco en cuestiones de esta índole, pensamos en los del sexo feo—fuerte—que son las verdaderas víctimas del ingenio agudo y penetrante de los grandes modistos parisienses.

Ellos, como todas las víctimas, recibirán con profundo descorazonamiento todas estas metamorfosis en favor de la elegancia femenil.

Pero como siempre triunfa el amor, y en todo prima la mujer, el sexo feo tendrá que soportarlo todo.

¡Al fin y al postre la moda en los vestidos masculinos también cambia con más o menos rapidez, y ellas no dicen: ¡esta boca es mía!

En conclusión, para nosotros, no son muy oportunas tantas modificaciones en el renglón moda porque atravesamos por una época relativamente mala a la que se ha dado en llamar de "crisis".

¡Pero como en París poco importa lo que sucede en el mundo!...

Esperemos, entonces, las grandes novedades que, con puntos y comas, nos anuncia la mencionada cronista parisién.

Si queremos ser galantes, si nuestro deseo es aparecer simpático ante la consideración de las personas del sexo contrario, debemos, ante todo y en primer término, satisfacer sus gustos y hasta sus caprichos.



Vestido de niña, hecho con "charmeuse" y adornado con "glacé". Cuello de encaje y pechera y puños de tul

Lo malo es que, a la par de modelos bonitos y gustos de mucho mérito, se ven otros tan malos como pudo serlo la falda-pantalón, pese a todas aquellas personas que se avocaron el derecho de la defensa.

Modas como esa no se deben aceptar porque están llamadas a destruir toda belleza, presentándonos a la mujer vestida con un ropaje que tiene cierto viso varonil que contrasta con la manera de ser, con la dulzura y delicadeza de las señoras.

Los modelos de la última creación se imponen, o mejor dicho, se están imponiendo precisamente por eso. Porque aportan su contingente de belleza a las bellezas naturales de la mujer.

No nos sorprenden, tampoco, las noticias que se reciben de París. Bien sabemos y comprendemos que la moda vive en continuo transformismo.

Desde los tiempos del miriñaque famoso a nuestros días, ha habido una enorme cantidad de modelos. Su número es tanto que un estadista se quedaría asombrado ante el trabajo de los modistos y, más aún, ante las cantidades de dinero, empleado en vestidos, chiches y adornos femeniles.

Sería poco lógico creer que la pollera ceñida vivirá muchos años sin sufrir variaciones.

Estamos por creer que ésta desaparecerá dentro de poco, pues en el mismo elemento se observa ya cierto descontento.

En efecto: el vestido excesivamente ceñido tiene sus inconvenientes. Es bonito para ciertas personas y ridículos para otras que los usan porque "están de moda y lo que es moda no incomoda".

Carmen AGUIRRE.

Casos y cosas



—Ahora, dígame, ¿cuál es la forma más alta o superior de la vida animal?
—¡La jirafa!



—Nelli es muy delicada de salud, ¿no te parece?
—Sí, sobre todo a la hora de levantarse.



—¿Ve usted esta canasta? ¿la ve bien; observa que es nueva, de mimbre blanco, de buena forma, casi elegante, de excelente tamaño?
—Sí, la veo.
—¿Y a mí qué me importa?



—¡Qué arregladito tiene el pelo, camarero!
—Es el aceite. Siempre que lleno las botellas me limpio las manos en la cabeza.



—¿Usted me dice que el señor no está?... ¿a qué hora tiene que volver?
—Espérese usted un momentito, que se lo voy a preguntar.



—¡Es sorprendente! Los imbéciles siempre se casan con mujeres bonitas.
— Vamos, Gastón, no me hagas cumplidos.



—Yo, de perder mi señora, ¡creo que me moriría de dolor!
—Amo tanto a la mía, que no podría resignarme verla viuda.



—¿Cuánto te costarán tus trajes el próximo año?
—No te lo puedo decir porque no sé los que llevarán mis amigas.



—Pero, señora; ¿por qué tomarse la molestia de acompañarme hasta la puerta?
—Si no es molestia, amigo mío, ¡es un placer!

Anécdotas y Curiosidades

EL PODER DE LA LISONJA

En los tiempos en que Berlioz escribió su ópera "I Trojani" (Los Troyanos), la cual tenía ocho actos, ningún empresario quería representarla por lo larga que era; por eso fué rechazada por todos.

Carvalho, el director del teatro lírico, propuso al compositor la supresión de algunos pasajes.

—Seis horas de música,—le dijo,—¿no encuentra usted que es mucho?

—No me parece demasiado largo —contestó Berlioz.

—Pero usted se olvida, maestro, que en el escenario la obra durará más que en el piano; ¡por lo menos una hora más!

—Es cierto—asintió Berlioz.

—Y que hay que añadir el tiempo que durarán los entreactos, por más cortos que sean.

—¡Podrán reducirse mucho todavía!

—Y a más—sugirió maliciosamente el director, a guisa de argumento decisivo,—usted no tiene en cuenta maestro, el tiempo que se necesitará para repetir los trozos que el público quiera hacer "bisar".

Berlioz, al fin convencido, redujo su ópera a tres actos.

EN EL HIPÓDROMO



—Ha de ser muy duro eso de perder dinero en las carreras, ¿no?
—Nada de eso, señora, es la cosa más fácil del mundo.

LAS DOCTORAS EN LA ANTIGÜEDAD

A propósito de las mujeres médicas, un diario extranjero afirma que eso no es una novedad y que la antigua Grecia ha conocido estos ejemplos.

En Atenas, una ley prohibía a las mujeres ejercer la medicina. Cierto día se presentó al famoso médico Hierophyto un bello joven, que solicitó ser admitido con los demás estudiantes, a los que enseñaba la ciencia de Esculapio.

El joven fué aceptado y demostró un celo incomparable, a punto de que el viejo médico estaba encantado de su discípulo.

Sin embargo, pronto notaron que sólo curaba a señoras. En poco tiempo tuvo una clientela femenina tan numerosa, que los otros médicos constataron con envidia la disminución de sus entradas. Complotaron en contra del joven competidor y lo acusaron de seducir al bello sexo.

Delante de los jueces, el acusado se sonrió y declaró que no era posible, porque "él" mismo era mujer.

La acusación desapareció, pero el asunto tuvo que seguir otro trámite. Por haber practicado la medicina como mujer, incurría, según la ley ateniense, en la pena de muerte. No obstante, las mujeres de Atenas se unieron para salvarla, y efectivamente, obtuvieron su sobreseimiento definitivo. La misma ley fué abolida.

LO DE MUCHAS



—¿Y qué está haciendo ahora su hija, don Julián?
—¡Lo de siempre, señora, buscando un marido!

ANÉCDOTA DE BIZET

Bizet, el autor de "Carmen", viajaba por España. Se alojaba en un hotel, pero jamás quiso comer en él. En vano le suplicaba el dueño:

—Espero que comerá hoy, ilustre señor.

—No,—contestaba Bizet invariablemente.—He prometido visitar unos amigos.

Y el hotelero hacía ademanes de desesperado, exclamando:

—¡Qué desgracia para mí, señor, usted me cubre de ridículo!

Pero, al pedir Bizet su adición, vió en la cuenta: "Diez comidas, cincuenta pesetas."

—¡Pero, si yo no he tomado comidas en su casa!—protestó Bizet.

—Si usted las hubiera tomado, importarían sólo treinta pesetas,—contestó el hotelero.

—¡Ah! ¿Y las otras veinte pesetas?

—¡Se las cobro porque me ha puesto usted en ridículo!

EL SERMÓN DE UN SEMINARISTA

Un predicador eminente fué llamado repentinamente para inaugurar una iglesia levantada en un pueblo cercano; no pudiendo encontrar en tan corto tiempo quien lo reemplazara, tuvo que confiar el servicio de domingo a un joven seminarista.

—¿Qué sermón predicó el joven?—preguntó a su regreso a uno de los diáconos.

—Para decirle la verdad—contestó aquél—ha sido el peor de cuantos he oído; se notaba la falta de preparación, la argumentación frágil y probaba que provenía de un hombre con el entendimiento falto de madurez. Su dicción era excelente, pero el sermón era sumamente pobre.

El mismo día encuentra el predicador, al joven seminarista y le pregunta cómo se desempeñó.

—Con la voluntad de Dios, bastante bien, señor; no tuve tiempo para preparar un sermón, así que he predicado uno de los suyos que encontré a mano.

LAS DISTRACCIONES DE UN GRAN HOMBRE

Edison habiendo salido una mañana para pasearse un cuarto de hora, recordó que tenía que echar una carta en el buzón. Al llegar al correo, introdujo la mano en el bolsillo, sacó el estuche de sus anteojos, lo cerró con cuidado y, finalmente, lo echó en el buzón.

Después, satisfecho, volvió a su laboratorio donde tenía, por casualidad, gafas de repuesto.

LOS ROBOS CON ANZUELO

Hace poco que la policía de Berlín sorprendió en su guarida a dos ladrones, atacados de enajenación mental, consiguiendo detenerlos después de una lucha peligrosa. En la elegante habitación de los ladrones se encontró un buen lote de sederías caras y de trajes que provenían de hurtos realizados en distintas casas de comercio.

Posteriormente, se llegó a aclarar la vida de los dos ladrones y descubrir una serie de casas perjudicadas. Uno de ellos tenía siempre puesta una gran pelerina, provista de piolines que terminaban en anzuelos. Cuando el vendedor le presentaba las mercaderías, Lerch se colocaba junto al mostrador y sujetaba un anzuelo en la pieza de seda. En momento oportuno daba un paso hacia atrás y la pieza desaparecía instantáneamente debajo de la pelerina. Su cómplice, Lensen, lo acompañaba como viajante, con un gran baúl de cuero, en el cual escondía lo robado cuando le parecía no ser observado.

Los géneros los transformaban en trajes que en parte vendían, y en parte regalaban a sus queridas.

La policía secuestró también una cantidad de manuales criminales y de textos científico-criminales, que parecen haber sido detenidamente consultados por Lerch.

En sus bolsillos se encontró un librito titulado: "¿Por qué son castigados los ladrones?". Su autor, un abogado, emite la opinión de que, en muchos casos, los ladrones no podrían ser castigados, si no fueran tan débiles para confesar sus delitos.

La policía comprobó, además, que los ladrones tenían el plan de introducir en una de las casas con las que estaban en relación, a la querida de Lerch en calidad de detective. Esta debía procurar que los ladrones no fuesen descubiertos

UN RELOJ PARLANTE

Este reloj ha sido construído por dos alemanes, y consta de un mecanismo de repetición combinado con un gramófono.

El tiempo es indicado por medio de un disco que pronuncia las horas, los cuartos y las medias. Este reloj es la última palabra sobre cuestión inventos.

NARCISISMO



—¡Oh, señorita, me doy cuenta de que seré un marido tan perfecto, que quisiera ser la mujer que se casara conmigo!

Arte fotográfico por GARRO



Niña del doctor Enrique Anchorena

A Sarmiento

(Para decir este recitado alegórico en las escuelas, las niñas se dispondrán en semicírculo y ostentará cada una la letra inicial de cada estrofa, la misma que le corresponderá recitar. En el conjunto de cartelitos que lucen las niñas, se leerá el nombre del prócer. La estrofa final deberá ser dicha por todas las niñas).

Salve, oh genio inmortal, que en los albores
De nuestra patria vigorosa y fuerte,
Dominaste el problema de la escuela
Poniendo vida donde había muerte!

Antes que tú ninguno vió en la escuela
El surco donde el fruto se madura,
Tu voluntad de hierro, inquebrantable,
El saber esparció por la llanura.

Redimiste al hijo de las selvas
Dándoles la instrucción, que es luz del alma
La verdadera y única riqueza,
La que produce bienestar y calma.

Mi voz se une al concierto de recuerdos
En esta escuela que tu fe consagra,
Es débil, pero siento que la alienta,
El poder de tu mágica palabra.

Innumerables son los beneficios
Que la escuela le debe a tu memoria,
Por eso brillarás en nuestras almas
Con la luz esplendente de la gloria.

Empeñado en fundar muchas escuelas
No desmayó jamás tu alma gigante,
Y el lema de tu vida luchadora
Fué esta frase marcial: ¡siempre adelante!

No hay hijo de esta patria que adoraste
Que no sienta en su pecho la dulzura
De venerar tu obra y tu memoria,
Fuente de inspiración altruista y pura.

Tu vida que fué emblema de constancia
Y admiración del argentino suelo,
Siempre ha de ser la estrella refulgente
Que brille esplendorosa en nuestro cielo.

Obra fué de tu genio soberano
La escuela que redime y enaltece,
El templo del saber, santuario augusto,
Donde el hombre se inspira y se engrandece!

Por eso nuestras almas infantiles
Elevan hacia tí su pensamiento,
Y se inclinan sinceras al brindarte
La flor de su cariño ¡oh, gran Sarmiento!

Carmen S. de PANDOLFINI.

Puntos y Comas

Hablando sobre las ventas de tierras en el Chaco, dice un diario:

"Poco después se pusieron en venta sesenta y dos lotes de una legua y quince de media, a un peso la hectárea, continuando así el ensanche de la colonia Buena Ventura."

¡Qué gran país es la Argentina! ¡Tierras a un peso la hectárea, como si fuera época de liquidación!...

* * *

Dice un diario:

"Ayacucho.—Las inundaciones en esta localidad asumen proporciones por momentos. De noventa manzanas de que se compone el pueblo, setenta se hallan bajo el agua. Hay puntos, como el bulevar Circunvalación, donde las aguas alcanzan una altura de dos metros."

¡Con razón el gobierno provincial se ocupa de la pesca del pejerrey! ¡No faltaba más que se habían de gastar tantos millones en canales, para no sacar un solo peso!

* * *

Leemos por ahí:

"Se ha realizado una demostración de aprecio al comisario Gómez Molina con motivo de su actuación." Es en un pueblo de la Pampa.

"Se le entregó un pergamino artísticamente dibujado a pluma, suscripto por cien firmas de las más representativas del departamento y una medalla de oro."

"En el momento de la entrega le dirigió la palabra el doctor Ala en forma que revelaba el aprecio con que el vecindario acompaña al obsequiado y reasumía su actuación en sus importantes funciones."

Después de leer este pequeño suelto, hemos suspirado con satisfacción. En el largo ejército de malos comisarios "pampeanos" existen "lunares" que sobresalen como manchas blancas sobre fondo negro.

¡Todas las cosas tienen su excepción!

* * *

"Como resultado de la visita que hizo el ministro de justicia e instrucción pública a la Prisión Nacional, en donde pudo observar la forma inconveniente en que se practica la reclusión de los menores encausados, el Poder Ejecutivo dictó un decreto, por el que resuelve destinar el local del guardia de cárceles, en la parte no ocupada actualmente por el cuerpo, para el alojamiento provisional de los menores abandonados y encausados, que no puedan ser trasladados a la Colonia de Marcos Paz."

Más vale tarde que nunca. Ya era tiempo que problema tan serio fuera abordado con toda decisión. Bueno, y ahora que se planteó el punto y se encontró la cifra que ha de sustituir a la equis, conviene que se trabaje y que se trabaje bien. Y decimos esto porque aquí, generalmente, se empieza con mucho entusiasmo para concluir con un sueñito.

¡No hay que dormir!

* * *

Leemos en un suelto telegráfico:

"Santa Fe.—Se dirigió una circular a todas las comisiones de fomento, en la que se les manifiesta que la dirección de la Defensa Agrícola acaba de hacer saber que en breve remitirá a todas las poblaciones de la provincia los materiales indispensables para combatir la langosta que ha empezado a aparecer ya en algunas partes."

¡Diablo: la situación de los colonos no puede ser más difícil! Con dos plagas encima no podrán ni pestañear... Y menos mal, todavía, que la langosta vuela... ¡Y para la Defensa no hay defensa!

* * *

"París.—Durante la última noche se desarrolló un pintoresco suceso, de que fué protagonista una loca, la cual, invadiendo los dominios de la mucifuz del "quartier", se instaló cómodamente en un tejado."

El telegrama dice que la loca fué reducida a prisión por la policía, la que parece tener por misión evitar que la jurisdicción de las tejas sea usufructuada por personas "sin cruz en el mate".

* * *

Un telegrama recibido de Nueva York, dice que "se anuncia que en breve será levantado el edificio más alto del mundo y que será consagrado a la industria panamericana."

"La Sociedad Industry Panamerican States Association proyecta construir ese edificio, que tendrá 901 pies de altura y en cuya construcción se gastarán aproximadamente nueve millones de dólares."

Lo más curioso del mundo, y lo que más llama la atención, es que — ¿lo adivinan ustedes? — no habrá ascensor.

En el último piso se instalará la oficina de pagos.

* * *

El corresponsal, en Roque Pérez, de un importante diario de ésta, envía la siguiente noticia-petitoria:

"La dirección de escuelas debía de una vez ordenar la construcción del edificio local para escuela, de sentida y urgente necesidad, y para cuyo fin hace seis años donó y escrituró el terreno el señor Espelosín. La concurrencia de alumnos es grande y los locales actuales insuficientes e inadecuados."

Ese corresponsal vive en la luna... No sabe que en los tiempos modernos quedaron muy atrás las cuestiones educacionales. Muy bien lo dice aquella canción popular:

"¿Ha visto, entre los modernos,
pintar el mundo al revés,
el fuego al agua apagando
y el ladrón detrás del juez?"

* * *

La Cámara de Diputados pierde el tiempo de un modo que da gusto. Los padres de la patria hablan sin cesar. Palabras, palabras y palabras... Entre tanto, los proyectos de verdadera utilidad para el país, permanecen relegados al más triste de los olvidos... ¿Para qué ocuparse de cosas que interesen al pueblo, si eso cuesta trabajo?

¿No es mejor, según se ve,
tener quietitas las alas,
y estar en las antesalas
tomando café y café?
La patria no es una chica,
¿Algo útil? ¿Para qué?
y aquel que se mortifica
para luchar por su bien,
merece sólo desdén...
¡Qué diablos! ¡La patria es rica!

Un estornudo a destiempo



—Aquí tenés, querido Arturo, tu plato favorito.

—¡¡At...a...a...achisss!!



Se vende el JAVOL en buenas Farmacias, Perfumerías y Peluquerías. En Frascos negros para los cabellos secos y en Frascos blancos para los cabellos grasosos.

Frascos pequeños: $ 2.— Medianos: $ 3.50 Grandes: $ 5.—

Cada frasco lleva gratis un paquete de polvo ''Javol Shampoo'', para lavar la cabeza

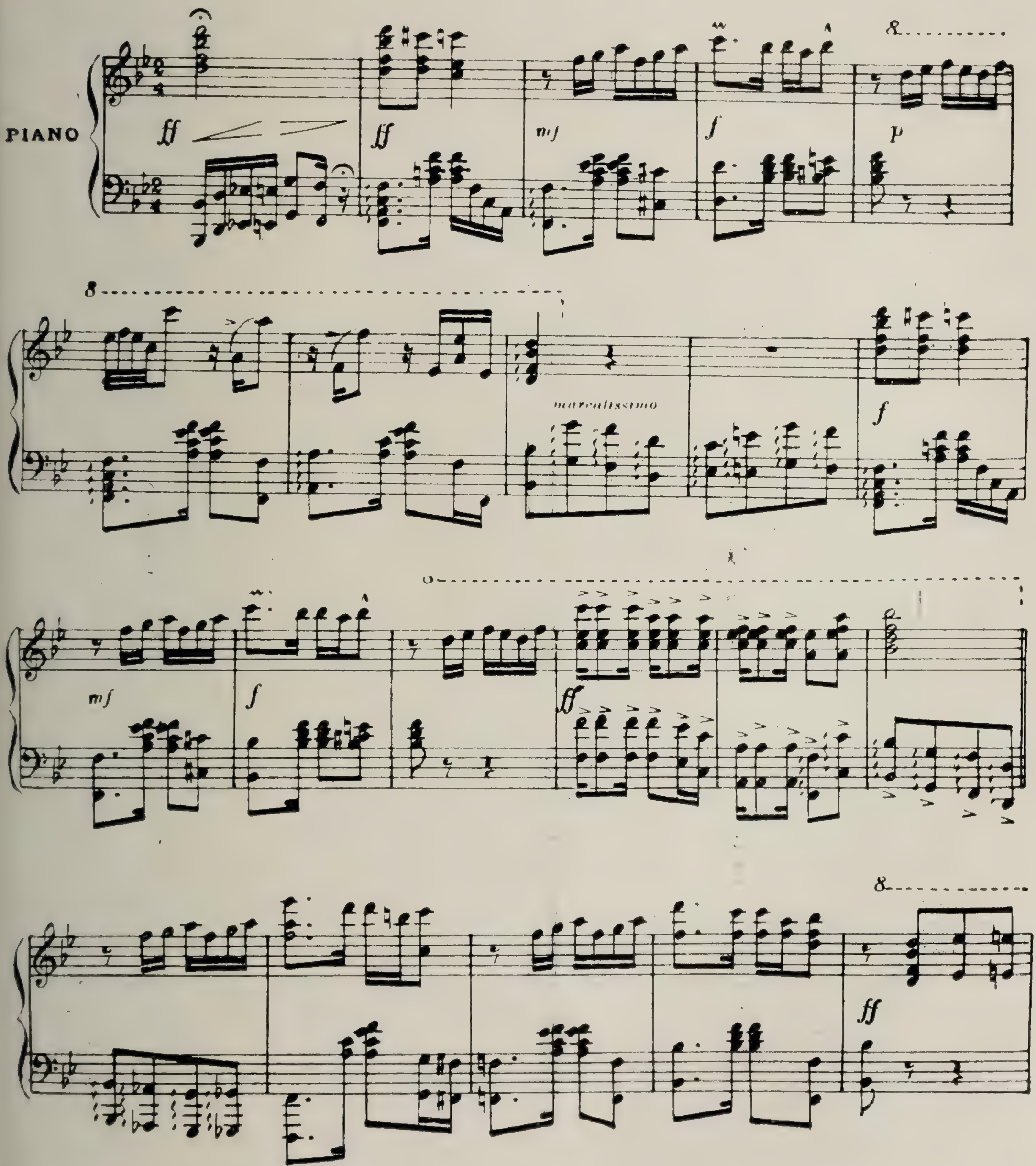
Unicos concesionarios: ARTURO O. DIESEL & Cía. — Reconquista 459

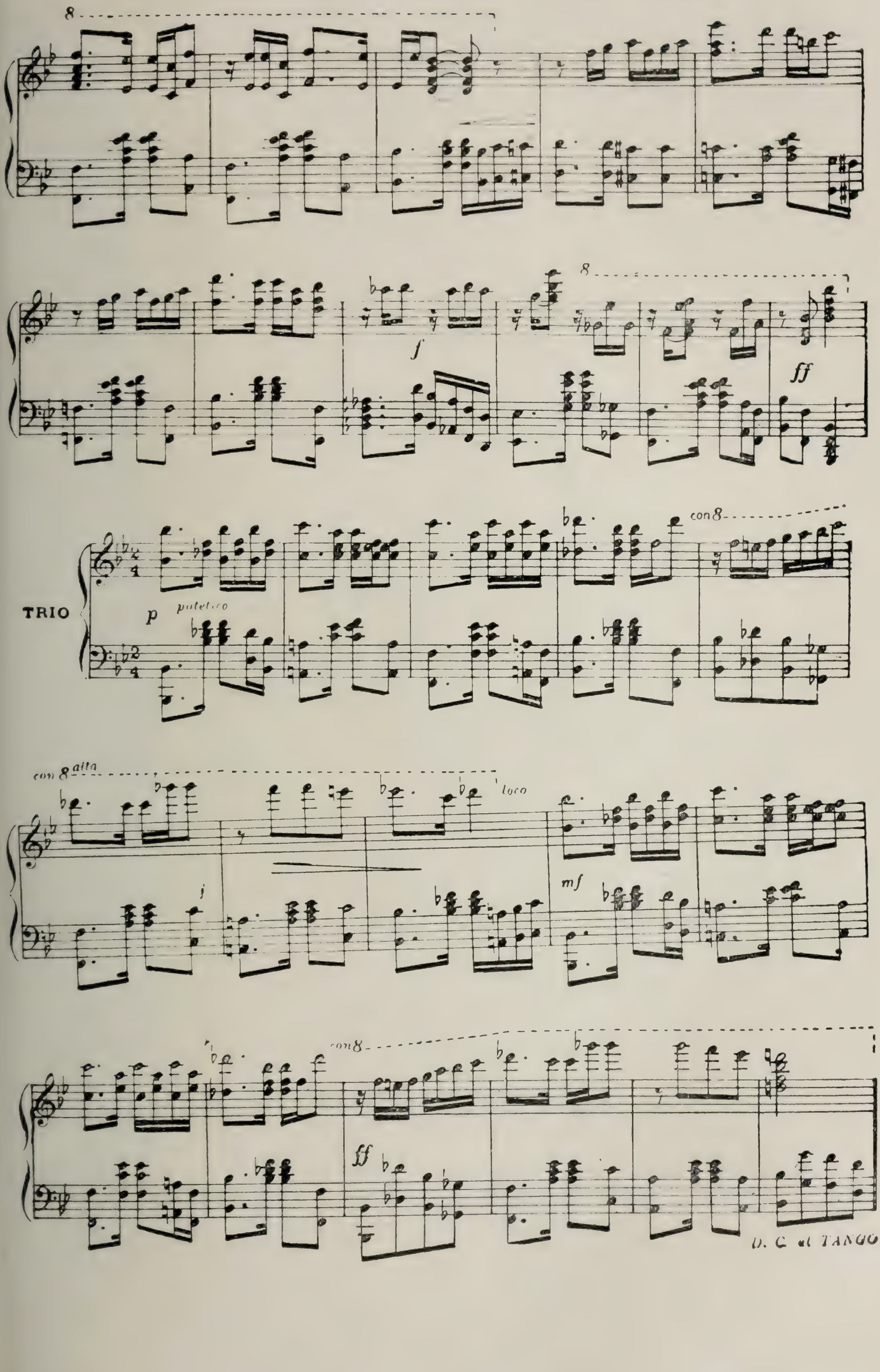


El Calabozo

TANGO

A. GENTILE




TRIO
p
f
ff
mf
con 8
loco
D. C. al TANGO



La crónica escandalosa y los reyes



El zar aterrado cuando le ofrecen la corona

No hay como ocupar una posición elevada para convertirse en protagonista de las anécdotas más inverosímiles.

Desde los doce Césares a Napoleón, todos los que han ejercido el poder en el mundo, han pasado por las horcas caudinas de la crónica escandalosa.

Los presidentes de la República Francesa, por ejemplo, son blanco de la chismografía más escandalosa por parte de los periódicos del boulevard. A Grévy se le acusaba de vender las condecoraciones de la Legión de Honor, Faure murió envuelto en una historia de galanteo, de Loubet se dijo que tenía asesinos en su familia, y una de las razones que hicieron a Casimiro Perier dimitir su cargo de presidente, fué la campaña de ciertos diarios. Y eso que el presidente de la República Francesa no tiene poder político si se compara con un rey y un emperador. Júzguese lo que ocurrirá con éstos.



La señorita Langtry vaciando botellas de champagne por el cuello al príncipe de Gales

Observemos el caso del zar, modelo de esposos y de padres, y dotado de valor fatalista que caracteriza a los rusos. Sin embargo, cuando murió su padre, se dijo que Nicolás había experimentado un horrible ataque de miedo, declarando que no quería ser emperador, temblando y chillando como un loco. Añadíase que al príncipe de Gales (en aquella época Eduardo VII), le costó muchas horas de esfuerzo conseguir que el nuevo zar aceptase la corona, y sólo después de muchas angustias y vacilaciones consintió en ello.

Después se le ha representado como aterrorizado por el fantasma del nihilismo, refugiado en cuevas blindadas a prueba de bomba y rehusando hasta comer por miedo de que los alimentos estuvieran envenenados, o bien se ha dicho que es un hombre místico y medio imbécil, instrumento ciego del fanático clero ruso.

Cuando Eduardo VII ocupó el trono de Inglaterra, la calumnia dejó un tanto de cebarse en él, atendiendo sin duda a su edad y a su conducta; pero cuando no era más que príncipe de Gales, la prensa del mundo entero tomó pie en sus deseos de huir de la rigidez palaciega para colgarle toda clase de aventuras con borrachos, cocheros, mujeres de dudosa reputación y demás gentecilla por el estilo. Contábase que Mrs. Langtry se divertía derramándole botellas de champagne por entre el cuello de la camisa, y en otra anécdota figuraba el príncipe bebiéndose en vino una pulga que saltó de entre la ropa de cierta famosa belleza.

Lo absurdo de tales cuentos sólo pueden comprenderlo lo que saben que Eduardo VII fué siempre muy cuidadoso de su propia dignidad y que ha exigido en todos los casos el mayor respeto por parte de cuantos le han rodeado.

Del kaiser también se ha murmurado lo indecible antes de que subiese al trono. Decíase que estaba loco, que era un débil, un degenerado, que no podría reinar; se le acusaba de mal hijo, que al hablar de su madre decía despreciativamente "esa inglesa", y que trataba de impedir que fuese coronado su padre, porque padeciendo un cáncer en la garganta, no podía dar las voces de mando al frente del ejército. Las fábulas recogidas en casinos y cuerpos de guardia, pintando al emperador Guillermo como un loco que invierte sumas inmensas en toda clase de caprichos, llenan dos gruesos volúmenes, y los admiradores de Bismarck, molestados por la forzosa dimisión del canciller, se unieron con los socialistas y radicales de Alemania para propalar la mala fama del soberano.

Hasta los príncipes más jóvenes se hallan expuestos a ser víctimas de las malas lenguas. Del actual rey de Italia, cuando era todavía príncipe de Nápoles, ya se decía que era un joven raquítico, de cortos alcances y hasta repulsivo. La energía que demuestra desde que llegó a ser rey, ha puesto fin a tales cuentos, pero, en cambio, se ha propalado una absurda historia de celos, tomando como base la belleza de la reina Helena.

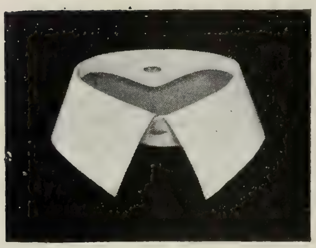
De todos los monarcas de Europa, la reina Guillermina de Holanda es la única cuyo nombre ha sido respetado; hubiera sido poco caballeroso el denigrarla. De su marido, el príncipe Enrique, se ha dicho, en cambio, cuanto de malo puede decirse de un hombre, empezando por el mismo parlamento holandés, que se negó a concederle el título de rey que para él solicitaba su augusta esposa. Un criado del palacio real, despedido por motivos que no hacen al caso, se vengó hablando mal de él.



Aventura atribuida al ex rey Leopoldo

Un consejo importante para los padres

Vds. se pueden economizar :: :: mucho dinero y muchos enojos,



Forma "Arthur"



si sus niños llevan los afamados

Cuellos MEY,



Forma "Niño"

pues no valen más que

$ 0.90 la docena

y Vds. no tienen los grandes gastos del lavado y planchado pues una vez sucios los cuellos se tiran.

En venta en: "LA ELEGANCIA ECONÓMICA"

Buenos Aires: ESMERALDA, 184
Rosario: SARMIENTO, 779

y en las mejores tiendas, peluquerías y demás negocios del ramo

Especial para EL HOGAR.

Bordar y hacer encajes es lo más bello, lo más hermoso que hay entre todas las delicadas artes que la mujer cultiva como un adorno a sus bellas cualidades.

¿A quién más que a nuestras gentiles lectoras podríamos ofrecer una labor útil, práctica y fácil en su ejecución que por cierto hará el más bonito adorno del hogar? Con tres labores en distinto estilo engalanamos nuestras páginas y a vosotras amables lectoras las ofrecemos.



Pañuelera con motivos de encaje de Venecia y broderie veneciana

La canastilla de violetas es bordada sobre un fondo de raso color cremita pastel, bordada con seda imitación pintura con las siguientes sedas de la marca la "Encajera": en los tonos núm. 241 al 246 como base y matizando con los tonos núm. 231 al 235 y 351 al 353; estos tonos son para bordar las violetas, los cuales deben ser muy bien combinados para obtener un buen efecto de luz y una buena naturalidad.

También mucho influye, la posición que tengan las violetas y la luz que reciban. La dirección de la puntada es uno de los principales motivos que deben tenerse en cuenta, pues con ella se podrán obtener perspectivas de una naturalidad mucho mayor, pero que por cierto, es necesario estudiarlas muy minuciosamente para llevarlas a la práctica con un resultado seguro.

La canasta es bordada con seda números 33 al 40 como base y matizando con los tono números 132 al 134 y 344 al 346, con los cuales se hará una verdadera canasta de las que acostumbran a verse en nuestra canasterías.

Las hojas de las violetas son bordadas con seda números 193 al 200 como base, matizando con la seda números 172 al 174 y 163 al 167; los tronquitos son bordados con la seda del tono de base.

Este bordado puede utilizarse para una pañuelera en forma de caja, una bombonera, una caja para cuello y puños o cualquier otro destino.

La preciosa pañuelera estilo lencería lleva en su centro un rico encaje de Venecia en un antiguo dibujo del siglo XVII; su ejecución está admirablemente hecha, tanto en los calados como en los diferentes puntos de fantasía que lleva intercalados entre su dibujo. La ejecución de este encaje es ya del dominio de nuestras lectoras por los numerosos datos que hemos dejado explicados en estas mismas páginas en varios números anteriores de EL HOGAR.

A ambos lados del encaje Venecia lleva dos motivos bordados en broderie veneciana sobre fina batista de hilo con pequeñas ramas bordadas en blanco; forma marco a ambos motivos una ancha vainilla bordada con un pasacinta para cinta núm. 5, con la cual se forma un moño en cada esquina.

En su armado lleva un viso de seda color celeste muy pálido y al contorno la misma seda formando volado colocada doble sobre la cual cae una pequeña puntilla de guipure de smirne formando margaritas, todas trabajadas al bolillo. Por dentro lleva acolchado color celeste pálido y cintas del mismo color con un pequeño bolsillito para colocar los perfumadores.



Almohadón estilo lencería

El almohadón largo posee una bonita combinación de encajes y de bordados. Los dos cuadros del centro son bordados en blanco y el dibujo es formado por un cisne; constituyen el

Un criadero de mariposas

A veces vemos en ciertos museos y en algunas escuelas, colecciones de mariposas delante de las cuales uno se queda maravillado. ¿Cómo y dónde podrá conseguirse insectos de colores tan admirables, tan variados? ¡Cuántos pacientes escudriñamientos ha de requerir esta amable ocupación de naturalista?

Fácil es, sin embargo, formar una colección de mariposas. En Colchester, en Inglaterra, hay un establecimiento en el que se hace la cría de la mariposa. Imagínese una serie de bosquecitos de vegetación, formando manzanas de una docena de metros por cada lado, donde se encuentran plantas herbáceas y arbustos de roble, álamo, etc., cuyas especies son apropiadas a las categorías de larvas que se desarrollarán. Las colonias de larvas están rodeadas y protegidas por envoltorios de gasa de malla muy fina. Cuando han devorado toda la verdura, son trasladadas a otra porción de árbol.

Producida la metamorfosis, se recogen las crisálidas y se ponen en cajas preparadas especialmente.

En éstas nacen las mariposas, y se alimentan con azúcar, ciruelas o fresas. Las hembras se aislan en la estación en unas cajas, en que acostumbran poner los huevos, las cuales serán llevados al lugar donde deba prosperar la larva.

No es raro que los encargos de mariposas suban hasta treinta mil al año.

recuadro del bordado cuatro triángulos de encaje de Venecia y cuatro triángulos de filet, dos en cada esquina, los que dan el cuadrilongo del almohadón.

Los dos triángulos que forman el centro del almohadón están formados por dos tiras bordadas en blanco con pequeños ramitos, concluyendo con un motivo de filet cuadrado y en su centro lleva un triángulo de encaje reticella.

Forma marco al almohadón un embutido de encaje reticella de seis centímetros de ancho concluyendo en cada esquina del almohadón con una aplicación de filet de seis centímetros cuadrados.

Como conclusión tiene a ambos lados una puntilla de guipure del Puy de diez centímetros de ancho con un fleco de macramé de cinco centímetros y a los lados laterales una puntillita de guipure de dos centímetros de ancho. Todos los materiales indicados tal cual a las labores que dejamos mencionadas, se hallan en venta en nuestras principales casas del ramo en variados dibujos.



Violetas bordadas en seda imitación pintura

La confección de tan lindas canastitas, no solamente es un agradable pasatiempo, sino la revelación de excelentes cualidades para las labores femeniles.

Siguiendo punto por punto las indicaciones que damos al principio con toda claridad y sencillez — dos cualidades indispensables en estos casos—se logrará hacer canastitas muy buenas, iguales a los modelos que engalanan las páginas de esta revista.

Además de ser ésta una tarea entretenida y de indiscutible provecho, tiene otro mérito: ser barata.

Pocas labores como ésta requieren menos "capital".

El único capital que exigen es la paciencia.

Rosa ASPLANATO.

Flores que brotan entre la nieve

Es una equivocación creer que las flores son producto de la primavera y del verano. Muchas de ellas y algunas muy bonitas, sólo se abren en el invierno, y hasta las hay que parecen enorgullecerse mostrando su corola entre la blanca nieve.

Tal vez la más notable de todas estas flores es la rosa de Navidad, que florece en los países del Norte entre Noviembre y Marzo. Como en su época de floración entre la Navidad, no es raro verla abierta en ese día, y de aquí el nombre que se le ha dado; pero la denominación de rosa no es muy exacta, pues no se trata de una rosa verdadera, sino de un heléboro, al que los botánicos, disparatando también, han llamado heléboro negro, a pesar de que sus flores son realmente blancas, pareciendo de cera por su color y su consistencia. Su tamaño es el de una rosa ordinaria, pero hay una variedad que produce flores de quince centímetros de diámetro.

Con mucha frecuencia, al socavar en la nieve en sitios donde abundan esas plantas se encuentran bajo la blanca sábana sus flores abiertas; y no es que hayan florecido antes y hayan sido después cubiertas por la nieve, sino que sus corolas se abren en realidad debajo de ella. Un experimento muy interesante consiste en llevar estas flores nacidas entre la nieve a una habitación caliente, y ver cómo se marchitan rápidamente, asfixiadas por el calor. Si se quiere que duren, hay que tenerlas un rato en agua fría para que vayan acostumbrándose a la nueva temperatura. Tan enemiga es esta planta del calor, que en los jardines hay que colocarla siempre donde no dé el sol, o de lo contrario es seguro que no prosperará.

Algunas plantas bulbosas del mismo género que el azafrán, florecen también entre la nieve, sobre todo en las montañas; pero a diferencia de lo que ocurre con la rosa de Navidad, es preciso que les dé el sol para que se abran. Una de las especies más notables es el croco imperial, cuyas flores son amarillentas con una raya morada, y color lila por dentro.

Generalmente florece en Enero o Febrero, pero si el sol se oculta durante muchos días, no se abre hasta que se acerca Marzo.

Mucho más interesante es esa florecilla blanca denominada rompe-nieve por la energía con que se alzan sus capullos para abrirse, a través de las capas de nieve más espesas y endurecidas. Es planta que florece en Enero, mucho antes que la temprana hepática, y, lo mismo que el heléboro negro, no puede resistir el sol del verano.

El rompe-nieve no es sólo notable por las circunstancias en que florece, sino también por las propiedades terapéuticas que se le atribuyen. Dícese, en efecto, que sus bulbos aplicados en cataplasma, constituyen un poderoso febrífugo.

No hay que olvidar entre las flores que desafían los rigores invernales a la modesta soldanela, que florece, no ya bajo la nieve, sino bajo el hielo mismo, en el cual sabe abrirse paso, y de no conseguirlo, practica una cavidad esférica lo bastante grande para poder subsistir en ella hasta que el sol se encarga de romper la dura corteza. La soldanela ostenta sus florecillas azules en los ventisqueros y heleras de las más elevadas montañas.

En los mismos sitios se encuentra el sarcodes sanguinario, llamado planta de la nieve.

LA EXPIACIÓN

por **Pablo Bourget**

(Continuación)

Este hombre es un indigente; mendiga en casa de mi padre y creo que también por ahí; lo he deducido de los informes que me ha dado la portera. Tú vas a su vivienda por caridad, le dejarás una limosna, tu conciencia quedará tranquila con eso, y le harás hablar. De ese modo sabrás su vida, quién es, de dónde viene, en fin, alguna cosa...

—Sabré todo lo que quiera decirme—repliqué—pero, por tratarse de tí, intentaré hacerle hablar... No me lo agradezcas—continué al ver que me cogía la mano y me la estrechaba con uno de esos viriles apretones más elocuentes que todas las protestas;—eso es muy fácil de hacer... Y ¿cuándo quieres que vaya a ver a ese hombre?

—En seguida—dijo vivamente—si fuera posible. Vengo del faubourg Saint-Jacques; está en su casa...

Esta prueba de que Corbières había contado conmigo de una manera absoluta, hubiera vencido mis últimas vacilaciones, si por acaso tuviera alguna y le respondí con un: ¡Pues bien, vamos! que puso una sonrisa de gratitud en su preocupado rostro y salimos a la calle. En su certidumbre de mi aceptación, no había despedido su coche; subimos a él y desde el barrio de los Inválidos, donde yo vivía entonces, hasta la calle del faubourg Saint-Jacques, en que habitaba el desconocido personaje a quien yo iba a sondear, apenas tardamos un cuarto de hora. No obstante, el trayecto me pareció bastante largo. Si esta diligencia que yo iba a hacer era extraordinaria, su fracaso en cambio no tenía consecuencias de ninguna clase, lo cual no impedía que yo sintiera palpitar mi corazón como ante la proximidad de cualquier prueba temible, que tan poderoso es el contagio de ciertas ansiedades. Es un fenómeno completamente físico del que ya he tenido varios ejemplos, pero jamás lo he sentido como en aquel carruaje que nos conducía a Eugenio y a mí hacia una escena que, sin embargo, no podía prever tan cruelmente irreparable. Por su parte mi compañero no pronunció ni una palabra como no fuera para mandar parar al cochero antes de que hubiéramos llegado a la casa de Pedro Robert, la cual me designó diciéndome su número y añadiendo:

—Yo me quedo aquí en el coche esperándote...

Dos minutos más tarde había atravesado el umbral de la gran construcción arruinada que Corbières me definiera tan justamente con el nombre de una ciudad de miserables, y preguntado a la portera por el cuarto del señor Robert. Por indicaciones de esta mujer, hube de penetrar en un patio húmedo y mal oliente, por encima del cual aparecían seis pisos con ventanas y sin postigos, cruzados por cuerdas tendidas de una a otra de estas viviendas que soportaban ropas abominables, harapos usados, calzones recosidos, pingajos remendados en cantidad bastante para inundar de microbios a algunos barrios.

Folletines breves — *La expiación*

Empecé a subir una escalera que comunicaba con multitud de pequeños cuartuchos numerados, hasta que al fin llegué, bajo la techumbre, ante la puerta de una buhardilla con el número 63. La llave estaba en la puerta. Llamé. —¡Adelante! —exclamó una voz algo sorda, pero que no era la que yo esperaba oir, pues no tenía ni el acento rasgado de barrio ni la ruda brutalidad del puela puerta abierta, era realmente el hombre de esta voz. Ciertamente la miseria y deterioro de los andrajos, de que Pedro Robert estaba vestido, le daban un aspecto sórdido en armonía con la miseria de la habitación, casi sin muebles y repugnante de suciedad, mas esta degradación de la ropa y del decorado hacía resaltar doblemente en el habitante de aquel tugurio la singular delicadeza de sus facciones, que tanto había extrañado a Corbières. La extrema fineza de los cabellos, que habían permanecido muy rubios, y el color de los ojos, de un azul muy suave sobre una cara marchita como por remedios secretos, acusaban aún más la real elegancia del primitivo dibujo en aquella cabeza hoy envejecida. Las manos, innoblemente descuidadas y cuyas uñas estaban mordidas hasta hacerse sangre, no eran ni canallas ni comunes; los dedos aparecían en ellas delgados y flacuchos, pero lo que sobre todo revelaba la derrota social y personal más sinceramente que todas las confesiones, era la expresión entristecida de su rostro.

El refractario apenas levantó la cabeza a mi llegada. Aunque ya estaba bastante entrada la mañana, todas las cosas en este tugurio permanecían en desorden. Una manta de lana desgarrada yacía sobre un jergón amontonado en un ángulo de la estancia, verdadera leonera que el dormilón debió dejar para hacer un desayuno del que aún se veía sobre una mesa de madera, en otro tiempo blanca, los tristes residuos: un mendrugo de pan cuya miga había arrancado dejando sólo la corteza, a falta de dientes con qué masticarla, y un resto de chicharrones sobre un papel grasiento. Este fiambre barato hubo de ser para él lo que los poetas contemporáneos de Luis XIII llamaban "una espuela para beber mucho", a juzgar, no por el vaso, que no le había, sino por el litro vacío que debió contener vino blanco, y que se hallaba cerca, y por el color de los círculos que trazara sobre la mesa el fondo de esta botella apurada a trago limpio. Completaban el mobiliario dos sillas, un cubo de cinc abollado y sin asa, una jofaina y un jarro desportillados, un peine sin dientes y un pedazo de espejo roto, colocado sobre la pared. Olvidaba una docena de libros colocados sobre una tabla con una apariencia de orden y de cuidado; eran los supremos despojos de una educación, que luego supe había sido brillante, para llegar ¿a qué? a ser un alcohólico ya perturbado antes de salir de su casa y que fumaba en una pequeña pipa de barro despreocupadamente. La procedencia del tabaco que llenaba el hogar negruzco de esta pipa, se revelaba en la colección de colillas amontonadas en un rincón de la mesa, y que el vagabundo debió recoger a lo largo de las calles. Este filósofo desarrapado no hizo el menor movimiento para recibirme; ni se levantó de su silla, ni perdió una chupada de su pipa ni sus ojos azules dejaron pasar ninguna curiosidad, ningún asombro por sus obscuras pupilas,

cuando yo le pregunté:

—¿El señor don Pedro Robert?...

—Soy yo, señor—respondió.—¿Qué desea usted?

Empecé explicándole, tal y como convine con Corbières, que yo pertenecía a una sociedad benéfica, que por uno de sus vecinos sabía que era poco afortunado y que venía a ver lo que realmente hubiera de cierto. A decir verdad, yo me sentía terriblemente torpe en este papel, tan nuevo para mí, de hermano de la Caridad. Veía esa orgullosa arrogancia de que Eugenio me hablara, pero el sobresalto de amor propio, no llegó a producirse. El miserable me escuchaba con la misma pasividad que había tenido para recibirme, no inquietándose ni al oir el nombre de la sociedad que yo fingía representar, ni por el supuesto vecino que le designara y solamente dijo, mostrándome las sobras de su desayuno esparcidas sobre la mesa y las colillas:

—Verdaderamente no soy muy rico en este instante, pues ya ve usted lo que como y lo que fumo... Pero he visto otros más pobres que yo en Africa...

Después, con una cortesía que revelaba un último resto de costumbres burguesas, me dijo:

—Hágame el favor de sentarse, caballero...

—¿En Africa? ¿Luego ha servido usted?—le pregunté yo después de haberme sentado, aprovechándome de la coyuntura que su frase ofrecía a mi información. Mi pregunta le hizo continuar inmediatamente, pues apenas la había formulado ya el desconocido empezó a hablarme con esa locuacidad de los alcohólicos, tan dolorosa de seguir, a fuerza de ser morbosa, y que alternativamente precipita o busca sus palabras. Es la primera forma de lo que habrá de ser en tres meses, dentro de ocho días, mañana acaso, el delirio expansivo con todo el desconcierto de su vanagloria y sus fanfarronadas. En realidad estas confidencias del refractario no se dirigían a mí: era el monólogo, apenas dirigido por mis interrogaciones, de un semimaníaco que pensaba a viva voz con la cabeza perturbada ya por el veneno, pues aunque aquella mañana no había tomado más que una dosis muy débil, este simple litro de vino blanco, bastaba, en su estado de espantosa saturación, para que apenas pudiera reprimir sus movimientos y nada en absoluto sus palabras.

—Me he licenciado dos veces—respondió—yo debiera ser comandante hoy, y oficial de la legión de honor, si no hubiera sido por mi mala suerte... Soy bachiller en letras y bachiller en ciencias, señor, aquí donde usted me ve. Hasta he obtenido un premio en un concurso general... Todavía guardo uno de los libros que me dieron... Mire, allí está... y con su pipa, que quitó de un lado de su boca, me señaló la hilera de los libros entre los cuales pude distinguir, colocado preferentemente en la fila, un volumen encuadernado en tafilete verde con las armas del imperio y los cantos dorados.—Es un Horacio que suelo leer algunas veces, pues no he olvidado del todo mi latín:

Qui fit Mœcenas, ul nemo, quam sibi sortem,
Seu ratio dederit, seu fors objecerit, illâ
Contentus vivat...

"Contento de su suerte... En cambio yo no puedo estar contento con la mía como usted podrá juzgar por sí mismo, señor. Entro en el ejército a los veintiún años y escojo la artillería. Yo me había dicho: con mis diplomas y lo que sé de matemáticas, llegaré a la Escuela de Versalles donde a los tres años seré oficial... Mi mala fortuna quiso que cayera bajo un sargento que me tomó ojeriza sin saber por qué, y tardé dos años en ser cabo, ¡dos años con mi instrucción, sí, señor! Unicamente al cuarto año pude presentarme en la escuela siendo recibido. Como durante el tiempo que permanecí en el regimiento hallábame muy lejos de ser dichoso, bebía de vez en cuando... Es natural ¡qué caramba! El coronel que dirigía la escuela, y a quien tampoco caí en gracia, me encontró una noche al tiempo de entrar en el cuartel medianamente alegre, pero nada más que alegre. Si él hubiera tenido un poco de tacto, me habría dejado pasar haciendo como que no veía; pero en vez de adoptar esta actitud, me arrestó y dos días más tarde ya estaba despedido. Vuelvo al regimiento; mientras tanto mis cinco años de servicio terminaban y senté plaza de nuevo en la artillería de marina. No había que pensar ya más en Versalles... ¡Es lástima! Yo hubiera hecho un buen oficial. Estoy convencido de ello. Entonces me dije: iré a las colonias como soldado y me quedaré allí como colono. He pasado dos años en Argelia y dos en Tonkin, pero cuando he visto la farsa que era esta vida de las colonias, el asco se apoderó de mí. Además, estaba enfermo... ¿Valía la pena, pregunto, de conquistar países donde un hombre honrado no puede ni siquiera tomar una copita sin que el hígado padezca? Apenas me ví libre, me juré no abandonar París y heme aquí desde hace tres años. Es duro, no cabe duda, vivir aquí cuando no se tiene carrera, y a mi edad no se empieza una de nuevo...

—Sin embargo, como antiguo oficial tiene usted derecho a una pensión, insinué.

—Cuando salí de la escuela me dejaron otra vez de simple soldado, pues cuando no se tiene influencias "ellos" no perdonan nada.

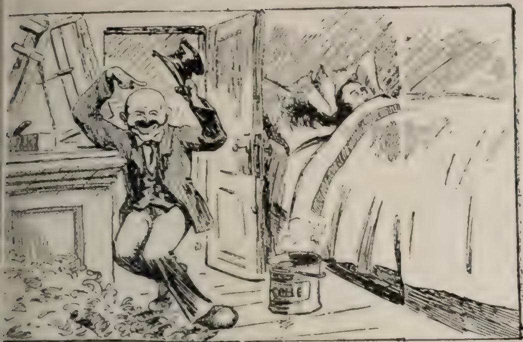
¿Quiénes eran estos "ellos" misteriosos sino los perseguidores imaginarios que el desorden de su vicio hacía entrever al desgraciado, detrás de sus fracasos, en espera de que el "delirium tremens" viniera a sitiarle con sus pesadillas? Era hasta aquí la lamentable confesión del vencido vulgar que más bien que descender se ha dejado arrastrar por la pendiente del vicio, falto de voluntad, por carencia de medio en que fortificarse y también por falta de suerte. ¡Esta margen tan ancha para el rico y tan estrecha para el pobre, es la consecuencia más cruel de la necesaria desigualdad social! Algunas palabras iban a ser suficientes para que esta vulgar fisonomía de una de las innumerables víctimas de la educación moderna, se iluminara para mí con un fulgor que me espanta todavía cuando revivo con la imaginación este minuto tan lejano.

—¿No tiene usted familia?—le pregunté.

—Soy hijo natural—respondió,—un bastardo, y toda mi desgracia viene de ahí... Sin embargo, la culpa no es de mi padre... El estaba casado; ocupaba un puesto importante y ha hecho por mí todo cuanto ha podido. Dió dinero a mi madre para que me educara mientras viviera. Cuando mi madre murió, yo tenía ocho años; mi padre entonces me puso en un colegio donde pagaba por mí. Si no hubiera muerto él también, en el momento en que yo salía del liceo, mi vida hubiera adquirido otra dirección... o si me hubieran entregado lo que él me dejara...

(Continuará).

El carpintero, la bebida y el pelo



—Mi mujer quiere que deje de beber para que me crezca el pelo... ¡Como si eso tuviera algo que ver con la pelada!



—Está durmiendo... ¡Venir a caerme sobre el tarro de la cola!



—No se despertó... ¡Qué suerte! Me introduciré suavemente debajo de las frazadas...



Al otro día, mientras se mira al espejo:
—¡No te decía yo que dejando de beber te crecería el pelo!

Galería infantil de "El Hogar"



Niña de Montero (Patagones)



Dominga G. Chiarelli (Mercedes, Corrientes)



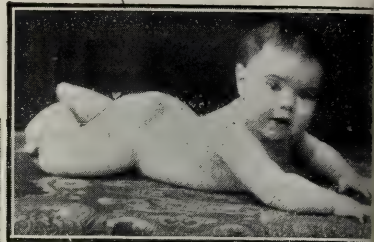
Pepita Pedraza (Capital)



Jaime Galván (La Verde)



Niños de Carrante (Patagones)



Niña de Corterg (Patagones)



Niños de Morando (Patagones)



Niños de Castro (Patagones)



Rodolfo Panigadi (Empalme Lobos)

Se alquila un departamento...



— ¡Pero, aquí hay ratones, arácnidos y toda clase de alimañas!...
— Eso no es nada... Y a propósito: ¿tienen ustedes perro, gato o loro? ¡Por qué el dueño no quiere bichos en la casa!

El animal con más medios de locomoción

Nada, bucea, anda, trepa y vuela

El hombre se ha preocupado desde los tiempos más remotos por descubrir medios para volar por los aires, para surcar las aguas o para subir a grandes alturas. La naturaleza, mucho más sabia, ha sabido reunir en un diminuto sér todos estos medios de locomoción, creando un insecto que nada, vuela, anda y trepa. No hay que decir que



El dyticus nadando y volando

el tal insecto está admirablemente preparado para ser, en proporción a su talla, el más fuerte entre los fuertes.

Este animalillo privilegiado es el "dyticus", o escarabajo de agua, que puede verse en cual-



El dyticus andando y trepando

quier charca o estanque cuando sube a la superficie para recoger su provisión de aire levantando ligeramente los élitros o cubiertas coriáceas de las alas; porque si puede nadar y bucear como los peces, no le es posible como a éstos, pasar demasiado tiempo bajo el agua, y tiene que subir de cuando en cuando a la superficie para respirar.



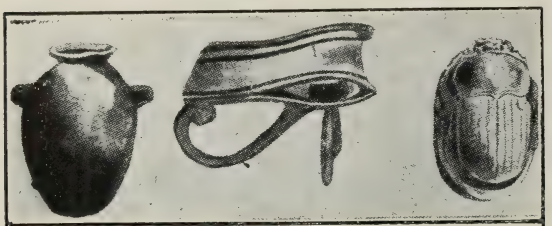
De compras



Nuevo muñeco de carga para sustituir al marido en días de compra

Amuletos de ayer y de hoy

Ninguna superstición más universal que la del amuleto. Esos pequeños objetos que todavía hoy usamos, con cierta credulidad mal disimulada, como dijes o como imperdibles, han gozado en todos los pueblos y en todas las épocas de la más buena fama imaginable.



AMULETOS EGIPCIOS
EL CORAZÓN — EL OJO SAGRADO — EL ESCARABAJO

El "Libro de los muertos" de los antiguos egipcios tiene ya algunos capítulos consagrados a los amuletos; éstos eran considerados por aquellas gentes como arma defensiva contra los peligros que traían consigo los días que el horóscopo consideraba nefastos. Cada uno tenía su virtud especial, no sólo para los vivos, sino también para los muertos, a quienes protegían si eran enterrados con ellos, sujetándoselos a la cabeza, al tronco, a los brazos o a las piernas. Estos amuletos egipcios eran de amatista, de jaspe, de lapislázuli, de vidrio; sus formas eran variadísimas: los había representando al dios Tot, de cabeza de mono; otros eran columnas, dedos, la cruz con asa, símbolo de la vida, el corazón en forma de puchero, el ojo simbólico, el tocado de Haton, compuesto del disco solar y dos plumas de avestrúz. Pero el amuleto egipcio por excelencia era el escarabajo; los había de todos tamaños y de todas las materias, y durante la dinastía XI estuvo en moda llevarlos engarzados en una sortija en la mano izquierda. Simbolizaban la continua renovación de la existencia, la vida humana y las transformaciones del alma en el otro mundo, y no sólo se usaban como amuleto externo, sino que además se colocaban dentro del cuerpo mismo de las momias, ocupando el sitio del corazón.

En Asiria, cuando se comenzaba un edificio público, era costumbre que el pueblo arrojase sus amuletos, bajo la forma de diminutos conos y figurillas de barro cocido, entre los fundamentos. ¿Quién sabe si vendrá de aquí la moda de poner monedas bajo la primera piedra de los edificios modernos?



AMULETO GNÓSTICO — AMULETO DE CARLOMAGNO — AMULETO BIZANTINO

Del Oriente, el amuleto llegó a Grecia y a Roma. Los romanos llamaban "phisica" a ciertos amuletos que se empleaban para curar o pre-

caver ciertas enfermedades cuyas causas, por ser desconocidas, se tenían como sobrenaturales. La superstición se ha conservado bajo la forma de amuletos contra el mal de ojo.

La cara de Gorgona, la mano con uno o dos dedos extendidos y el ojo, de origen egipcio, gozaban de especial favor. Grecia, y sobre todo



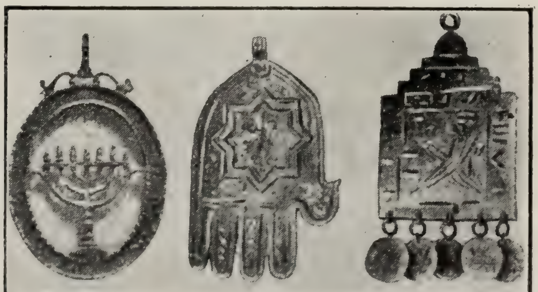
AMULETO DE LA EDAD MEDIA — AMULETOS MODERNOS: EL AHORCALO Y LA MANO DE CORAL

la Etruria, copiaron de Egipto la moda de los escarabajos; los etruscos fueron también los inventores del racimito de uvas, que al cabo de muchos siglos, hace cosa de un año, se puso de moda entre nosotros.

El cristianismo no pudo acabar con los amuletos, aun cuando la iglesia condenara su uso. En las catacumbas se han encontrado amuletos que pueden calificarse de cristianos; unos tienen el monograma de Cristo, otros la figura de una liebre.

Los gnósticos fueron tal vez los más dados a usar estos "porte-bonheur", casi siempre en forma de medallones de ciertas piedras con figuras mágicas, entre ellas el "Abraxas", manifestación extravagante del sér supremo con cuerpo de hombre, cabeza de gallo, dos serpientes en vez de piernas y un escudo y un látigo en las manos.

De nuestros días, no hablemos. Aunque nadie tenga ya la fe ciega en los amuletos que tenían romanos o egipcios, todavía son innumerables los que buscan y se cuelgan en un dije el trebol de cuatro hojas, los que clavan una herradura en la puerta de su cuarto, los que no consienten en llevar un adorno que no figure un cerdo o una seta, "et sic de cœteris".



AMULETO HEBREO — AMULETOS ÁRABES

Después vienen los que temen al número trece, los que no se cortan las uñas los días martes, los que tocan "fierro" cuando ven caer un caballo y los que creen que es buen síntoma tropezar con un jorobado.

Es preciso confesar que aún hay muchas personas que creen en la eficacia de los amuletos y, son también muchas las que los usan.

Las manos y las enfermedades

No hay signo más seguro para conocer el estado de salud de una persona que los que presenta la parte del cuerpo más sensible a los cambios nerviosos, la mano. Son ya muchos los médicos que estudian y comparan estos signos para formular el diagnóstico y hasta para conocer la propensión del individuo a tal o cual padecimiento.

La piel de la palma de la mano es un signo de gran valor para la medicina. Cuando aparece sonrosada es indicio de salud, de pureza de sangre; excesivamente roja, indica tendencias a la apoplegía y a la hemorragia cerebral; suave y sedosa, augura el reuma o la gota; húmeda, significa que el individuo debe moderarse en el trabajo mental o en los placeres. Los vicios traen siempre como resultado la frialdad y humedad de las palmas, sobre todo cuando la fuerza nerviosa está agotada.

Para las enfermedades del hígado y las afecciones biliosas no hay síntomas más seguros que los que ofrecen las manos.

Las manos representadas en el primero de nuestros grabados anuncian riqueza de sangre, normalidad en los nervios y salud excelente bajo todos aspectos. Sus líneas son seguidas, no nudosas. La línea de la vida rodea la base del pulgar con toda limpieza, sin solución de continuidad; la del corazón, que se extiende hasta la base del primer dedo, denota una naturaleza emocional perfectamente equilibrada, y la línea de la cabeza que cruza la palma de la mano es vigorosa y decidida. Si esta última se inclinase hacia abajo en el canto de la mano, indicaría facultades mentales vacilantes y mal equilibradas. El vigor del trazado de cada línea indica su valor físico; lo perfecto de su forma denota una mente normal y un cuerpo sano. Si las fuerzas estuviesen agotadas, las líneas serían débiles y aparecerían nudosas y hasta rotas, sobre todo la línea de vida.



Las manos de un hombre saludable e inteligente a la vez



Las manos de una persona delicada y nerviosa

La proximidad de una enfermedad cualquiera puede observarse en las manos aun antes de que el paciente se dé cuenta de ella. Ante todo es digno de notarse que la forma de las líneas principales corresponde al estado físico y mental del individuo. La línea de vida, que rodea la base del pulgar, no presagia por su longitud una larga vida, pero registra por lo menos la intensidad vital del organismo, y las líneas de la cabeza, del corazón y de la salud muestran si el individuo goza de buena salud y puede llegar a una edad avanzada.

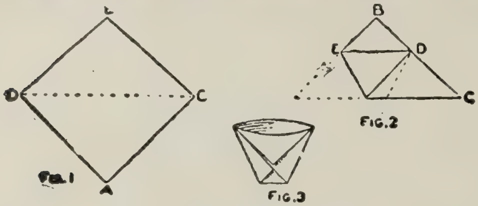
El segundo grabado muestra las manos de una persona delicada; la línea de vida tiene la forma de cadena, y además se interrumpe de pronto.

Trance imprevisto

(Cuento sin palabras)

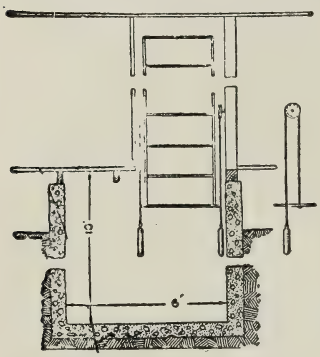


Vaso de papel.—Este vaso se hace rápidamente con un trozo cuadrado de papel de 12 centímetros de lado. Se pone el papel sobre una superficie plana y se dobla



la punta A, hasta encontrar la punta B, señalando el doblez C D, figura 1. Después se dobla la punta D hasta encontrar la línea B C, figura 2, teniendo cuidado de que el nuevo borde D E quede paralelo al borde inferior y se aplaste el doblez. Se dobla la punta C de la misma manera, hasta ponerla en contacto con la punta E. Se doblan las dos puntas de B por fuera, hacia abajo, y queda hecho el vaso de la figura 3.

Fresquera práctica. — Hay muchas casas situadas en lugares donde no se encuentra hielo, y si a falta de él pueden poner a refrescar las viandas en una cueva, siempre es una molestia tener que bajar y subir por ellas.

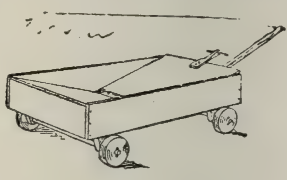


Con muy poco gasto puede construirse la fresquera de nuestro grabado. En sitio conveniente de la cocina se hace un pozo cuadrado de seis pies de lado por diez de profundidad, y se revisten con una gruesa capa de cemento las paredes y el fondo, para que no puedan entrar bichos.

La fresquera se hace con suficiente número de entrepaños, atendiendo a las necesidades de la casa, y se monta en la forma que indica el esquema, con un par de contrapesos que permiten subirla y bajarla con toda facilidad.

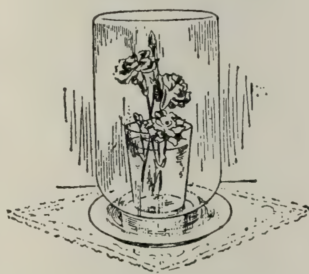
Si durante el invierno puede recogerse hielo en la región donde esté la casa, se hace el pozo más ancho y más hondo, y se va almacenando hielo, el cual se conservará hasta el verano, si se tiene cuidado de tener bien tapado el pozo.

Carro para enarenar.—Para enarenar caminos de jardín o de cualquier otra clase, da muy buen resultado el carro que reproduce el grabado, porque la capa de arena queda mucho más igual que arrojándola con pala o espuerta del modo usual.



El fondo de la caja del carro se compone de dos piezas que forman dos planos inclinados, y una de ellas se desliza por dos ranuras, para que tirando de un mango adecuado, pueda entreabrirse la juntura de ambas piezas más o menos, según el grosor que se quiera dar a la capa de arena que va cayendo al suelo.

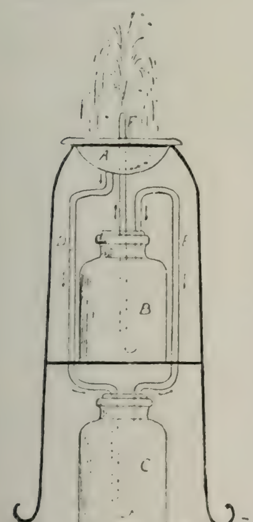
Conservación de las flores. — Un ramo de flores puede conservar muchos días su frescura y su fragancia ateniéndose al siguiente plan:



las flores se ponen bien sueltas en un vaso lleno de agua, el cual se coloca en un plato llano que también se llena de agua. Luego se pone invertido un tarro de cristal de boca ancha, de modo que asiente bien en el plato, cuya agua forma un cierre hermético. La humedad que se produce continuamente en el interior del tarro de cristal prolonga la vida de las flores y sus colores durante

un espacio de tiempo sorprendentemente largo, siempre que se tenga cuidado de que no falte agua en el plato.

Una fuente que no se agota.—Por muy poco dinero puede tener cualquiera una fuente que, una vez que empieza a echar agua, continúa funcionando sin que haya que cuidarse de ella, ni para vaciarla ni para llenar el depósito. Todo lo que se necesita para hacerla, son dos frascos de boca ancha, tres tubos de vidrio o de plomo y una taza o pileta de cristal o de loza con dos agujeros en el fondo, a más de dos tapones de corcho y alambre de cobre bastante sólido para construir una sencilla armazón que sostenga todo el aparato.

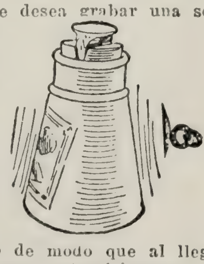


Los dos frascos, cerrados con los tapones, se colocan uno sobre otro (B, C), y encima se sostiene la taza (A). A través del fondo de ésta pasa el tubo (F), que atravesando el tapón del frasco (B), llega casi hasta el fondo del mismo. En el otro agujero de la taza se adapta el tubo (D), que baja casi hasta el fondo del frasco (C). De la parte superior de éste arranca otro tubo (E), cuyo extremo opuesto se introduce un tanto en el recipiente (B). (Véase el grabado).

Una vez colocadas así todas estas diversas partes, se echa agua en la taza, e inmediatamente caerá por el tubo (D), y llenará el frasco de más abajo; pero la continua presión del agua que sigue cayendo, la obliga a salir del frasco, subir por el tubo (E), y llenar el otro frasco, o sea el de la parte superior, el cual rebosa a su vez, y su contenido asciende por el tubo (F), y cae en forma de surtidor dentro de la misma taza, para introducirse de nuevo por el primer tubo y repartir una, dos y cien veces el mismo recorrido.

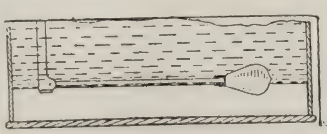
Para que la fuente funcione bien, hay que dejar de echar agua en ella tan pronto como se ve subir el chorro del surtidor. Ocultando los tubos, los frascos y los alambres con flores, lazos u otros adornos, se tiene un ornamento de mesa muy bonito, y que puede hacerse más interesante si la taza es grande, poniendo en ella algunos peces de colores, aunque en este caso hay que tener la precaución de cerrar el tubo de salida del agua con un trocito de tela metálica.

Mandril improvisado. — Si se desea grabar una sortija de sello y no se tiene a mano un mandril de grabador, se puede sujetar la sortija en un corcho que ajuste bien en un frasco de boca ancha.



Según se ve en el grabado, el corcho tiene una muesca para encajar en ella el anillo sin peligro de que se estropee la superficie del metal.

Flotador de ocasión. — Los depósitos de agua de los inodoros tienen una varilla con un flotador de cinc, dispuesto de modo que al llegar el agua a cierto nivel, se cierra automáticamente el grifo.



Como puede ocurrir que el flotador se pique y se llene de agua, quedando, por lo tanto, inservible, conviene saber un modo muy sencillo de sustituirlo temporal y definitivamente. Todo se reduce a quitar el flotador estropeado y poner en su lugar una bombilla eléctrica fundida, lo más grande posible. Puede atarse a la varilla con un alambre o con una cuerda, mejor con un alambre. Para que no se ablande la escayola del casquillo se le da una buena mano de barniz de esmalte.

CHARADA, *por Maneca*

Lectores: si con paciencia combináis
Mi *primera* con *tercera,*
un útil para jugar tendréis,
y reuniendo *segunda* con *tercia,*
el nombre de un Dios leeréis.

JEROGLÍFICO, *por Rino*



ACERTIJO, *por Maruja*

Lector: cambia una letra al nombre de una de las estaciones del año y te hallarás en el reino de aquel cuyo nombre se forma agregando una s al de una tela que se usa en los forros de los vestidos.

JEROGLÍFICO, *por Amapola*

FU URUGUAY NEGRO PARAGUAY **O**

ROMBO-CAPRICHO, *por Mario*

OOOO✽OOOO Ciudad de Colombia, también de España.
OOO✽O✽OOO Un poeta español, comentador de Dante.
OO✽OOO✽OO Mi profesión, lectores, es la cronología.
O✽OOOOO✽O En música está, más vivo que el andante.
✽OOOOOOO✽ Sevilla y Cádiz son dos provincias mías.
O✽OOOOO✽O Sinónimo de embuste y también de enredo
OO✽OOO✽OO En la Casa Rosada soy muy observado.
OOO✽O✽OOO Un ítalo poeta, de cierta "Nave" autor.
OOOO✽OOOO Provincia soy de España, querido lector.

Nota: Leyendo el rombo, alrededor, de cualquier manera, se notará el nombre de un corpulento árbol del Perú y Méjico.

DIALOGO ENIGMÁTICO, *por Amapola*

—¿Vió qué pelea?
—¿Cuándo?
—Ayer; dos que se disputaban el amor de una muchacha.
—No, no sabía.
—¿Y sabe lo que sucedió? Que uno fué herido.
—¿Y cómo se llama la muchacha?
—No se lo puedo decir; averígüelo usted.

CHARADA RÁPIDA, *por Teresa*

A *prima segunda,* le falta la *segunda tercera,* pero no el *todo.*

PEQUEÑA CORRESPONDENCIA

Enviaron colaboraciones.—Porteña A., Jaruma, Maneca, Rino, Eusebia, María Esther, Irabul, Amapola, Clavel, y María Luisa.

Alfonsino.—No es un necio quien sabe que es una medianía y se conforma.

Ñandutí.—Ahí va un consejo de amigo: no vuelva a escribir charadas en su vida.

SOLUCIONES AL Núm. 236

A la charada, por "Ñata": *Revista.*
Al jeroglífico, por "Rino": *Enamorado.*
Al cuadrado de puntos, por "Mario":

H O G A R
O V E R O
G E F E S
A R E N A
R O S A S

A la charada, por "Teresa": *Zapatero.*
Al triángulo numérico, por "Clavel": *Isabel.*
Al jeroglífico, por "Perito de Chaves": *Dormilón.*
A la charada, por "Negrita": *Solterón.*
Al jeroglífico por "Rino": *Miramiento.*
A la pregunta, por "Amapola": *Aurelio.*
A la letra U, por "Mario":

B I L I **S**
U C A S **E**
E N V E **R**
N E B L **I**
R O S A S

Al comprimido, por "María Luisa": *Sinsonido.*
Al anagrama, por "Mario": *Souvenir-Universo.*

ENVIARON SOLUCIONES

Magdita del Pino, Rosa Blanca, M. Angela Maggi de Zabalía, Arturito Mailharro, Amalia Lubary de Barreto, María Luisa C., Pepita Amadeo, María Esther Achinelli, María Robledo, María Lucía Golisciani, Juan Lacuara, María Celsa Alvarez Hermida, Sara González Montaner, Juanita Saint-Pierre, Victorina Dendary, E. H. Bossi, Angelita Etcheverry, Dora Alvarez Pezzano, Inés Eugenia Levrero, Teresa Darenzo, María Lacuara, Elena Demaría, Encarnación Ramírez, Maneca, Esther Crouzet Navarro, Emma Rosa, Nélida Gamarra Arbo, María Zanguitu, Enrique Pranzetti, Celestina C. Vega Astrain, Beatriz Eugenia Verdona Traverso, Delia Pérez, Dominga Teresa Reparáz, Manuela Reparáz, Rosa F. Reparáz, María Felisa Reparáz, Angela Magdalena, Dominga Lacay, Juanita Lagomarsino, Elisa J. de Plaza, Miguelito y José Eduardo Jaime, Salustiano González, Juan C. Robinson. y Lola M.

ECONOMIA DOMÉSTICA

Lápices quitamanchas. Se hacen con los siguientes ingredientes: extracto de palo de jabón, 160 gramos; bórax, 120; alcanfor, 15; carbonato de potasa, 40; hiel de vaca fresca, 30. Se empasta la mezcla hasta una consistencia espesa, y se moldea en barritas de un centímetro de diámetro por cinco de longitud.

Para usarlo, se disuelve un poco de este lápiz en agua, se aplica la solución a la mancha, y se frota con un cepillo.

Para la limpieza de la madera pintada o barnizada, no hay mejor que el agua de te. Para prepararla se echan hojas de te, ya usadas, en agua hirviendo, y una vez frío, se pasa el líquido por un paño y puede emplearse para el lavado de la madera. El agua de te arranca el polvo con gran facilidad.

Para restaurar los sombreros de paja blanca, se les quitan las cintas o adornos y se frotan con un cepillo de uñas mojado en agua de jabón tibia. Después se aclara con agua fría y se ponen dentro de una caja grande o cajón, colgados de modo que pueda colocarse debajo un platillo con un poco de azufre, al cual se prende fuego. El cajón se cubre en seguida con una manta y se deja que se queme todo el azufre. A las pocas horas los sombreros estarán secos y perfectamente limpios.

Cuando la ropa se pone amarilla después de lavarla, es porque no se ha aclarado bien. La causa del color es el jabón que queda en su superficie.

Los entrepaños de las alacenas conviene que estén forrados de hule, porque así se pueden limpiar muy bien con un paño húmedo.

Cuando no se usan las botellas de goma, hay que dejarlas ligeramente infladas para que no se peguen interiormente.

Los azulejos manchados se limpian con zumo de limón dejándolos sin secar hasta pasado un cuarto de hora, y entonces se frotan con un paño suave. Los azulejos no deben fregarse; lo mejor es frotarlos con un paño húmedo y luego se les saca brillo con leche desnatada y agua.

Para conservar las flores frescas, basta echar una pulgada de bicarbonato de sosa en el agua del florero.

Cuando se cose mucho a máquina, conviene forrar el pedal con un trozo de alfombra, porque los pies están así más cómodos.

La carne se conserva fresca, por mucho calor que haya, lavándolas en agua con un poco de vinagre y envolviéndola con cebolla picada. Antes de guisarla, se lava con agua clara.

Para fortalecer la garganta, es muy bueno hacer gárgaras con agua de sal.

La trementina ahuyenta a las cucarachas. Dondequiera que las haya, réguese con dicho producto y desaparecerán.

Cera para modelar. Se mezclan dos partes de esteatita (talco) en polvo y una parte de harina de trigo, y se reduce la pasta con dos partes de cera fundida que no esté demasiado caliente. Se da color con un colorante cualquiera. En vez de la esteatita, se puede emplear creta seca.

El yeso toma el aspecto del marfil bañándolo en cera o en estearina derretida.

El agua muy caliente, aplicada al exterior, contiene las más peligrosas hemorragias.

Para aumentar la duración de la suela del calzado, basta aplicarla barniz copal hasta la saturación. Antes de usar el calzado, conviene dejarlo secar durante varios días.

Cemento hidrófugo. Se moja cal viva con agua y por efecto de la hidratación se hincha y se reduce a polvo, con el cual se forma una pasta con aceite de pescado y de ricino, de la consistencia de la masilla de vidrieros. Así se obtiene un producto excelente que a las veinticuatro horas se pone durísimo, aunque se la sumerja en agua.

Para distinguir rápidamente y con facilidad los objetos de acero de los de hierro, se toca la superficie del metal con una gota de ácido sulfúrico diluído. Si ésta produce una mancha negra, se puede asegurar que el metal es acero, mientras que el hierro es atacado por el ácido; en el caso de ser todo hierro, se produce una mancha de color verdoso que desaparece lavándola con agua.

Para conservar el hielo mucho tiempo, basta envolver el recipiente que lo contenga en almohadas de pluma, porque ésta es muy mala conductora del calor; pero el medio mejor y más económico consiste en envolver el hielo entre paños de lana y tener el envoltorio al abrigo de agentes externos, o bien enterrarlos debajo de una gruesa capa de salvado o de serrín, de manera que se evite el contacto del aire libre.

Para pegar fotografías, se emplea una mezcla compuesta de 106 partes de sandáraca, 40 de almaciga, 2 de alcanfor, 16 de esencia de lavanda, 180 de alcohol absoluto, 12 de éter y 8 de trementina de Venecia.

Galería infantil de "El Hogar"



Tolito y Solanito Pataño (Río Seco)



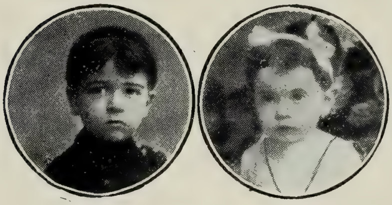
María N. y Sara A. Sarbach (Venado Tuerto, F. C. C. A.)



Eduardo Méndez Decoud (Río 4.°)



Julita A. Páez (A. van Praet)



Angel N. y Magdalena Esterico (Córdoba)



Niñas de Araujo Villar (Capital)



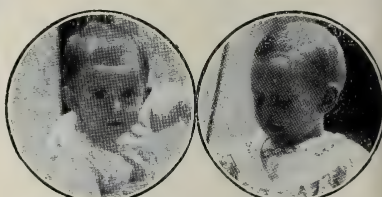
Eduardo L. Larsen (San Pedro, F. C. C. A.)



Aída J. Sabella (Maipú)



Elena y Alberto Bertón (Jacinto Arauz, F. C. B. A. P.)



Niñitos de Keller (Paso de la Patria)

COCINA PRACTICA

Costillas y solomillos—Estos trozos pueden prepararse de muchas maneras; proporcionan manjares poco dispendiosos, de buen gusto, muy nutritivos, que pueden ocupar frecuentemente el puesto principal en las comidas caseras.

Sesos de ternera a la maitre d'hotel—Los sesos ligeramente hervidos y enfriados, se cortan cada uno en tres pedazos, se cuecen durante media hora en una requemada de manteca blanca, bien aderezada con sal y pimienta. Terminada la cocción, colocad los sesos en una fuente, que conservaréis caliente, tapándola junto al hornillo. Derretid separadamente 125 gramos de manteca amasada con una cucharada de harina, dos cucharadas de hierbas finas picadas, sal y pimienta en bastante cantidad; añadid unas cuantas gotas de vinagre o el zumo de un limón, y verted esta salsa por encima de los sesos en el momento de servir.

Mollejas de ternera—Las mollejas de ternera son, entre las partes comestibles del interior de la ternera, las que proporcionan los platos más delicados y de más fácil digestión; por esto es que la cocina de todos los países donde se sabe vivir, admite gran número de modos diferentes de acomodar las mollejas de ternera.

Pava rellena—Estando la pava vaciada por el buche y convenientemente atada, llenadla de un relleno de aves y hacedla cocer con las consiguientes precauciones. Es necesario dejarla en el asador y con fuego moderado, una media hora y aún una hora más que cuando se asa sin relleno.

Compota de frambuesas.—Haced un jarabe muy cocido con 500 gramos de azúcar blanco; echad en este jarabe un kilogramo de frambuesas de primera calidad, maduras sin serlo demasiado, a fin de que se conserven enteras. Sacad la cazuela del fuego, agitadla para que las frambuesas se mezclen bien con el jarabe, volved a poner la cazuela al fuego; tan pronto como la compota haya hervido un poco, echadla en el tarro con mucho cuidado a fin de que las frambuesas conserven su forma.

Lenguado—El lenguado es el mejor de los pescados planos, por lo que toca a la delicadeza de la carne, pero es también el más indigesto, y, por lo mismo, el que se ha de comer con más moderación. Los lenguados más grandes no son los mejores; los de 20 a 25 centímetros de largo son justamente preferidos por los cocineros, porque se les puede preparar al sacarlos del agua; los más grandes son demasiado duros y hay que dejarlos pasar dos días, en invierno, y uno en verano, sin lo cual apenas se podrían comer; pero, en estos casos, pierden por un lado lo que ganan por el otro, y nunca valen tanto como los lenguados muy frescos, de regulares dimensiones.

Salsa suprema—Juntad en una cazuela, a fuego vivo, una taza de ''veluté'' y una de consumado, dejándolo reducir a la mitad; añadid luego 60 gramos de manteca fresca, y, en el momento de servir, una cucharada de agraz, o, a falta de agraz, el zumo de un limón.

Filetes de chancho en el asta—Se necesitan tres o cuatro pequeños filetes para componer un buen plato. Mechad los filetes como los fricandós; ponedlos en remojo durante veinticuatro horas en una marinada de vinagre; escurridlos bien; ensartadlos en una aguja de madera que ataréis sólidamente al asta. Hacedlo cocer con precaución.

Sollitos a la maitre d'hotel—Asad en las parrillas sollitos vaciados, escamados y limpiados, envueltos en un papel untado de manteca. Una vez cocidos, quitadles el papel y llenadlos de manteca fresca con hierbas finas picadas, el zumo de una naranja agria, sal y pimienta. Servidlos calientes al sacarlos de las parrillas.

Fideos con leche—Esta sopa se prepara echando en la leche en ebullición fideos triturados, a razón de 30 gramos por cada litro de leche; no hay que dejarla espesar mucho; esta sopa no necesita más condimento que un poco de sal o de azúcar. Todas las pastas de Italia pueden prepararse con leche del mismo modo.



Nuestro Correo



Las cartas deben limitarse a dos preguntas solamente y venir con la firma auténtica, como constancia de ser subscriptor. Las contestaciones se hacen únicamente en esta página y no por carta particular, pudiendo contestarse bajo un seudónimo si se desea. En la carta en que se haga la consulta no debe tratarse de ningún otro asunto, como renovación de subscripciones, reclamaciones, etc. Esto debe escribirse en otra carta, aunque puede incluirse bajo el mismo sobre.

No me olvides. — 1.ª Con masajes. — 2.ª Teñirlas. — 3.ª Buscando la tintura que corresponda al color del cabello.

Quilmeñita nerviosa. — No conocemos nada mejor que los baños faciales.

Mirasoles. — Siete años en cada una de ellas. En las escuelas profesionales, cuatro años para el dibujo.

Rosa misteriosa. — 1.ª Si es señora, negro; si es señorita, de cualquier color. — 2.ª La persona destinada a ocupar el lugar de una compañera en todos los momentos. Está bien la designación. — 3.ª Azahares. — 4.ª El novio. Por las razones que invoca en su carta, quedan contestadas todas las preguntas.

Bochi. — 1.ª Caminando por lo menos treinta cuadras cada día, conseguirá ambas cosas. — 2.ª Lo mejor es con quillay (jabón de palo).

Morocha irigoyense. — Dando la mano a los dueños de casa; a los demás, un saludo general.

La ñata de un porteño. — Con bencina.

La Humilde.—1.ª Haciéndolo hervir juntos, colándolo después con papel de filtrar. — 2.ª Sí.

Picaflor. — Para lo primero, almendras machacadas. Lo segundo puede evitarlo con hojas de eucaliptus bien hervidas; emplee el agua lo más caliente posible.

Rago. — No puede hacerse esa clase de publicaciones sin un motivo justificado.

Ignorante. — Con traje de fiesta. — El día del casamiento es preferible.

Una rubia. — E. B. de B. (por ejemplo). — En el centro.

Chicharrón. — Indistintamente; pero es mejor en el comedor. — Sí; color topo y todos los tonos del gris.

A una de ojos negros. — 1.ª No; unas más grandes que otras. — 2.ª Mezclándola con agua, en partes iguales, no hay peligro.

Una ñata porteña. — 1.ª Un año. — 2.ª De cualquier seda opaca.

Violeta de las toscas. — Cualquiera de los dos géneros, prefiriendo el que corresponda a la estación. — Debe retirarse a un lado.

Uruguaya. — Un mes después. — Es buena y no produce lo que a usted le han dicho.

Indecisa. — Sería correcta la respuesta de acuerdo con sus sentimientos.

Carlota Abad Pezzano. — Deseamos vivamente complacerla: formule todas las preguntas que quiera. Su "yetta", como usted dice, ha huído para siempre, en lo que respecta a nosotros.

Clavel del aire. — Agua de lino en grano, preparado en forma de te, y tomado en abundancia. Para la erupción, le aconsejamos el uso constante de vaselina pura.

Aljaba. — 1.ª Como estudio, en cualquier momento; como placer, después del luto. — 2.ª Por la noche, vaselina; al levantarse, dos o tres fomentos de ácido bórico.

A. Quica. — Rodríguez Peña, 935.

A una porteña. — En la mano izquierda.

Una suscriptora de Parish. — Es costumbre no devolverlos. — El royal.

Solange. — Un calígrafo, de los que hay aquí muchos, podría satisfacerla plenamente. — Para el cutis, emplee vaselina pura; para lo segundo, una mezcla por partes iguales de limón y glicerina.

Ina. — Son inmejorables, sin producir el perjuicio que usted indica.

Virginia. — Chacabuco, 314.

Pimpollo. — 1.ª No sabemos. — 2.ª Pringles (Pascual).

Ignorante de Chascomús. — Indistintamente. — No.

Raquel. — Sí, a las dos preguntas.

A suscriptora que poco molesta. — Todo con las letras de ella y la inicial del apellido del novio.

Amor oculto. — 1.ª Es mejor que desaparezca todo, pues el que sale tiene vigor. — 2.ª Horquillas de rizar, porque las tenacillas destruyen el cabello. — 3.ª Pasando la navaja. No conocemos otro procedimiento. No debe dirigir más que dos preguntas.

Mercedes Sánchez. — 1.ª Sí. — 2.ª No es inconveniente.

Risueña. — 1.ª Lo más apropiado serían bucles recogidos por un gran moño. — 2.ª Aplicar dos o tres noches en el casco, vaselina pura, y lavar después la cabeza con agua más bien caliente.

Toujours triste. — En el próximo número le complaceremos.

A. J. G. — La expresión correcta es: "... no pueda vivir sin amar". La otra es equivocada.

Lily Amelia.—1.º La Fiesta del Libro se celebrará el 8 de octubre. 2.º Debe dirigirse a la casa que hace el concurso.

M. T. C.—Brasil.—Siguiendo las instrucciones pueden encenderse sin peligro, pero debe tenerse siempre mucha prudencia. Diríjase a la casa que lo expende.

Claribel.—1.º Debe consultarlo en las casas que venden grafófonos. Alcohol alcanforado al 10 %, usado como loción evita la caspa.

A una ignorante.—Diríjase a la Librería del Colegio. Alsina y Bolívar.

Heliana.—Duchas frías locales y un tratamiento general fortificante.

Cordobesa.—Lea la 2.ª respuesta a Lily Amelia.

La tristeza.—Quince días de negro, como atención a la parienta nada más.

P. C. A. T.—Su pregunta es algo confusa, sírvase aclararla y le contestaremos. El 6 de abril de 1888 fué viernes.

"Una andaluza".—Leandro Nicolás Alem. Oportunamente se le avisará en esta misma sección.

Celeste.—No hay otra reproducción. Es gratuito, se devuelven, reclamándolas después de publicadas, acompañando el franqueo, pero sin responsabilidad por pérdida o deterioro.

"EL HOGAR"

REVISTA QUINCENAL PARA LAS FAMILIAS
LITERARIA Y DE ACTUALIDADES

Aparece cada dos miércoles

La primera publicación y la de mayor circulación en su género en la República Argentina

Editores: Empresa Haynes. La correspondencia debe dirigirse al Señor Administrador de la Empresa Haynes, CHACABUCO, 677|685, Buenos Aires. Unión Telefónica, 1472 (Avenida). Los reporters y fotógrafos están munidos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente. — No se devuelven originales, no se mantiene correspondencia respecto a los recibidos, ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la dirección, aunque se publiquen.

Agente en Montevideo: señor MANUEL FONSECA, Buenos Aires, 722

Venta en París en los kioskos de los bulevares y en la Librairie Française et Etrangére, 37, rue Saint-Augustin (Avenue de l'Opéra).

SUSCRIPCIONES

República Argentina: Por año, $ 4.— m|n. Número suelto, capital e interior, $ 0.20
Exterior: „ „ $ 3.— oro. „ atrasado. . . . . $ 0.30

Avisos. — Agentes en París: L. Mayence y Cía., 9 rue Tronchet.
En Londres: South American Press.— 1 Arundel St. Strand.
En Estados Unidos de América: Cía. J. Walter Thompson, 44-60 East 23 rd. St., New York.



TALLERES HELIOGRAFICOS DE RICARDO RADAELLI, PASEO COLON, 1266 — BUENOS AIRES

El Hogar

Año X. BUENOS AIRES, 24 DE SEPTIEMBRE DE 1913. N.º 239.



PRIMAVERA

Acuarela, por Friedrich



Como un jabón...

Hay términos vulgares que deberían modificarse, porque el progreso de las nuevas ideas y la invasión de los modernos inventos los han hecho inoportunos y hasta ridículos.

Comparar, por ejemplo, el lodo infecto y asqueroso de una calle, "a un jabón", es no ya tan solamente un adefesio, sino hasta un sacrilegio.

Está bueno que eso tuviera su razón de ser, cuando el tradicional "jabón negro", a base de sebo y de lejía de "yuyo colorado" o "quinua" como se le llamaba, no tan solamente era del dominio de las lavanderas de las toscas, sino que hasta invadía el baño en tina recortada de una bordalesa y hasta el tocador; cuando esa masa repugnante y viscosa, servía para frotar el cuerpecito de los niños, el apergaminado rostro de las viejas y el encantador y sonrosado palmito de las doncellas, pero hoy que el puro, finísimo, delicado, higiénico, perfumado jabón Reuter, impera, gracias a Dios en todos los hogares, desde el más modesto hasta el más opulento, decir que las calles convertidas en lodazales "están como un jabón", es cosa que no se puede permitir ni menos tolerar.

Y sin embargo, se dice así con más frecuencia que lo que pudiera creerse.

No bien los caballos de un coche patinan. resbalan y caen en una de esas calles enlodazadas, desde el auriga furioso hasta los paseantes risueños exclaman:

—¡Qué! ¡Si la calle está como un jabón!

No falta, sin embargo, quien proteste del dicho y murmure:

—Sí; como un jabón de los fementidamente fabricados a base de sebo y de lejía, según "récipe" de muchos muy preconizados; pero no como un jabón Reuter, sobre el que ya querrían muchos caer, pues sería como caer sobre un ramo de flores.

Anécdotas y curiosidades

SOBERANO, HOSTELERO Alfonso Daudet, en los "Reyes en destierro", nos habló de monarcas corriendo tras el ómnibus.

Solamente con lo que rinden los hoteles de los que es propietario, puede el rey de Wurtemberg pagar con liberalidad una victoria cada mes, y hasta un auto.



—Escucha, Luciano: por esta vez no te castigaré, pero tienes que prometerme que te portarás bien...

— Entonces, mamita... prefiero que me castigues.

Este soberano es, en efecto, propietario de dos grandes hoteles que trabajan espléndidamente y rinden unos 150.000 pesos por año.

He aquí el origen del hecho:

Cuando Pedro el Grande dió su famosa vuelta por Europa, no quiso hospedarse sino en hosterías.

El rey de Wurtemberg, deseando, no obstante, recibirlo en su casa, salió del paso colocando un letrero de taberna en el exterior de su castillo, y, vestido como un hostelero, se presentó delante del zar. El mismo castillo fué transformado en hotel, y los descendientes del anfitrión del autócrata de todas las Rusias, se han quedado con el oficio, como se dice en el lenguaje mercantil; el actual rey hasta ha ensanchado los negocios.

FRAILES Y MONJAS PRÍNCIPES El hijo del príncipe de Hohenloe, ex canciller del imperio alemán, es sacerdote y ha sido nombrado rector de una parroquia de Transilvania.

Esta noticia recuerda el hecho de que no pocos individuos pertenecientes a familias no ya principescas sino regias, han renunciado al mundo para seguir una vocación religiosa, como, por ejemplo, la viuda del duque de Braganza que al morir su esposo y obligada a dejar el trono de Portugal se metió monja y fué a vivir con una hermana suya joven, pacíficamente retirada en un convento de la isla de Wight, donde iban con frecuencia a visitarla el rey Eduardo de Inglaterra y otros miembros de la familia real.

El príncipe Maximiliano, hermano del actual rey de Sajonia, después de ejercer su apostolado en Londres, se dedica ahora a explicar cánones y liturgia a los seminaristas de la Universidad de Friburgo.

El príncipe Fernando de Croy fué prelado doméstico de León XIII, y es actualmente párroco de Mores.

La princesa Enriqueta de Liechtenstein es benedictina en un convento de las cercanías de Praga, donde adoptó el nombre de Madre Adelgunda.

GALANTERIA



—Nicolás acaba de decirme que soy una gansa.

— ¡Hija, alégrate!... Como las aves de corral están muy caras, tu novio te ha dicho un cumplido.

CON EL SOBRANTE Un cura novicio tuvo que predicar por vez primera, y eligió como tema el milagro de los peces y de los panes. Pero, como estaba muy nervioso, se equivocó al decir:

—Y alimentó 5 hombres con 5.000 panes y 5.000 peces.

Uno de los oyentes no quiso dejar pasar el error, y murmuró, lo bastante fuerte para ser oído:

—Eso no es milagro; ¡también yo lo hubiera hecho!

El cura simuló no entender, y el domingo siguiente predicó sobre el mismo tema, corrigiendo:

—Y alimentó 5.000 hombres con 5 panes y 5 peces.

Hizo el cura una pausa, y, levantando la cabeza, preguntó al mismo campesino que había murmurado:

—¿También eso lo hubieras podido hacer?

—Fácilmente, padre, con lo que sobró del domingo pasado.

LAS FARSAS DEL TELÉFONO Un abonado pide comunicación con su médico.

—Doctor, ¿es usted?

—Sí.

—Vea lo que pasa: mi señora se siente muy cansada, tiene la lengua blanca, experimenta mucha dificultad para tragar, y en el fondo de la garganta se nota algo blanco.

El doctor.—Es una angina.

El abonado.—¿Qué hay que hacer?

Desgraciadamente, un empleado cambia la comunicación, y el abonado se entera de la contestación dada por un mecánico a un propietario de una máquina a vapor:

—Déjela que se enfríe esta noche, y mañana, antes de calentarla, empiece con el desincrustante; después, golpéela con un martillo, y finalmente, tome una lanza de riego con agua a presión fuerte, y lávela.

EL MEJOR REGALO DE BODA El regalo de boda más espléndido que se recuerda es probablemente el que hizo el cardenal Mazarino a María Teresa.

El regalo en cuestión se componía de una vajilla de oro puro, dos carrozas lujosísimas, doce caballos de los mejores que podían encontrarse en Rusia e Italia, y varias joyas que costaron al donante algo más de seis millones de duros (que son casi trece millones de pesos).

El cardenal regaló a cada una de sus siete sobrinas una fortuna cuando se casaron, y Saint Simon recuerda el hecho de que en su testamento dejó a uno de sus sobrinos políticos cerca de treinta millones de francos.

Los tapices, los libros, los cuadros y los muebles que dejó el cardenal, constituyen hoy los tesoros más preciados de muchos museos, y se los disputan los millonarios del mundo las pocas veces que sale alguna de aquellas obras de arte al mercado.

UN ORIGEN CURIOSO Bajo el reinado de Luis XIII, muchos soldados de un regimiento de infantería huyeron al acercarse el enemigo.

El cardenal de Richelieu, hombre resuelto, decretó que todos los soldados y oficiales de este regimiento, que merecían la pena de muerte, pasasen por el infamante suplicio de la horca.

Los demás soldados del regimiento, tomaron a pecho la lección dada, y en lo sucesivo se acostumbraron a marchar al combate con el cuello rodeado por la cuerda con que estaban amenazados.

Al principio era de cáñamo; después se confeccionó con seda; el clavo que la adornaba fué reemplazado por adornos de plata y de oro, y del instrumento de tortura nació el cordón que actualmente engalana el uniforme de los oficiales.

UN RASGO DE MOZART Mozart, a pesar de la armoniosa nobleza de su vida, y de las tristezas que obscurecieron su fin, no desdeñaba la broma. Un día, Haydn departía con Mozart, su joven y ya triunfante rival. El autor de "Don Juan" le dijo:

—Maestro, apuesto que usted no podrá ejecutar un trozo que yo escribiré.

Hydn aceptó la propuesta, sonriéndose.

—Aquí lo tiene—díjole Mozart, al acabar de escribirlo.

Haydn se coloca al piano, pone la música delante y deja correr sus dedos. Cierta dificultad del trozo lo sorprende de pronto.

—¿Qué es eso? Tengo las dos manos ocupadas, una toca a la izquierda, la otra a la derecha, y queda una nota para hacer vibrar en medio. Nadie en el mundo puede tocar esto. ¡Debe ser un error!

Mozart se divierte con la sorpresa del ejecutante, al cual quita de la banqueta. Se sienta en ella y comienza a tocar el trozo. Al llegar al pasaje imposible para Haydn, baja un poco la cabeza, apoya la nariz sobre la tecla del medio y concluye la frase musical, sin el menor tropiezo.

Haydn tuvo que declararse vencido, y, largando un palmazo al joven Wolfgang:

—Veo, mi querido amigo, que nos llevarás a todos por la punta de la nariz.

BROMA PESADA



—Hay un joven que daría su fortuna por verla a usted...

—¡Oh!... ¿Quién es?

—¡Es un ciego!...

CASA RIGHINI

Esta antigua y acreditada casa, que cuenta con veinte años de existencia entre el comercio porteño, acaba de trasladarse a un nuevo y amplio local, sito en la calle Carlos Pellegrini núm. 101 esquina Bartolomé Mitre.

La ampliación y cambio de local ha impuesto también apreciables mejoras y aumentos en el surtido general de la casa, todo lo que sabrá apreciar debidamente su numerosa clientela y el público de la capital que, por su inteligencia y elegancia responde siempre generosamente al esfuerzo de nuestro comercio, cuando se le ofrecen artículos de superior calidad, buen gusto y a precios moderados.

Las nuevas y lujosas instalaciones de la casa Righini, han recibido pues en sus estantes un moderno surtido de carteras para señoras y señoritas, gemelos de teatro de variados gustos y precios, paraguas, sombrillas, preciosos abanicos de encaje y otras clases de menos valor pero siempre bonitos y elegantes; un sin fin de estuches y artículos para regalos, muchos de ellos de elevado precio y otros muchos de esos "que hacen quedar bien por poca plata"; carteras de bolsillo y billeteras para hombre, trabajadas en cueros finos y además un sin fin de pequeñas cosas u objetos que son indispensables o necesarios para satisfacer y completar los gustos, confort y costumbres de la vida moderna.

Al renglón de pieles, la casa ha dedicado siempre especial atención y basta dar un vistazo al saldo de su existencia de estación, actualmente liquidándose, para darse cuenta que se hallan reunidas las tres condiciones que más estiman las señoras: últimos modelos en cuanto a confección, superior calidad en cuanto a las clases que imponen las exigencias de la moda, y precios bajos, o más bien dicho, bajísimos. Además la casa se ocupa en guardar pieles de una a otra estación para evitar a sus numerosas clientes el peligro que entraña su mala conservación.



Frente de nuestro nuevo local: C. Pellegrini esq. Bmé. Mitre

Es sabido que una piel mal cuidada durante el verano, cuando está fuera de uso, puede facilitar que se pique debido a la polilla, polvo, etc., y al llegar el invierno siguiente, se halla en un estado que imposibilita su nuevo uso. Hay pues que com-

prar otra piel y puede considerarse este gasto como inútll y fuera de todo principio de economía, dado que tomando las precauciones necesarias, una buena piel debe durar varios años con sólo remodernarla un poco si fuera necesario.

Las vidrieras de la casa Righini, arregladas con un gusto artístico exquisito son una verdadera tentación para nuestras damas. Pararse en ellas "sólo para ver" hace nacer el deseo de entrar y comprar.



Instalación de una de nuestras dependencias de novedades

Bien se comprende que producir este deseo en el público es sólo posible para los comerciantes de arraigo, para aquellos que después de haber estudiado durante largos años los gustos y costumbres de la clientela que están llamados a satisfacer, no incurren en errores al efectuar sus compras y sabido es que el arte de "saber comprar" es la clave para "saber vender" y esta clara visión de las cosas no es patrimonio de todo el comercio: la experiencia y los viejos errores son los que proporcionan esa seguridad en la elección. Por esto puede decirse, sin caer en exageraciones, que la mercadería que ofrece la antigua casa Righini en su nuevo y lujoso local responde toda ella a los gustos de nuestro público; es toda noble, toda buena y por ser importada directamente de las principales casas europeas, los precios fijados para la venta son los más baratos de cuantos se ofrecen en Buenos Aires.

Es conveniente pues a los intereses de la clientela y del público visitar las nuevas instalaciones de la antigua

CASA RIGHINI

Carlos Pellegrini 101, esq. Bartolomé Mitre

BUENOS AIRES





Nuestras encuestas

¿Qué haría usted si fuera muy rico, esto es, si tuviera mucho dinero?

Si pudiera disponer de millones, viajaría por apartadas y extrañas regiones que jamás visitaré. La India con sus inexploradas selvas, con sus extraños ritos y supersticiones y con la majestuosidad de sus pagodas sería el país preferido por mi ardiente fantasía ansiosa de lo desconocido, y después pasaría a Egipto y me extasiaría en la contemplación de sus grandiosas pirámides, y pisaría emocionado el lugar que ocupan las ruinas de la antigua Tebas. Y de una parte a otra del globo, ya en buque, ya en ferrocarril o en lomo de camello, mi vida sería un continuo viaje y una serie no interrumpida de gratas emociones.—**Juan Calegari.**

Si la idea que tengo ahora la cambiara al tener mucho dinero ¡que me parta un rayo antes!

Si yo tuviera mucho dinero haría edificar grandes palacios y los alquilaría para que los habitara la gente pobre, sólo al precio de diez pesos cada departamento de dos piezas.

Darle pan al pobre es llenarle el estómago y eso no es difícil. Pero darle una habitación en donde pueda vivir tranquilo, es más que el goce del estómago, es un goce del corazón. ¡Qué idea loca, dirán muchos! ¡Pero qué sentimiento noble, digo yo!—**Hitta.**

Le diré que deseo ser rica para las siguientes cosas: Fundaría hospicios para niños pobres, refugios para ancianos, distribuiría limosnas a los necesitados y por último me divertiría y pasearía por todos los puntos para gozar de los diversos placeres de la riqueza. Con esto creo haber contestado a su encuesta.—**Teresa Marcelina Vigano.**

¿Qué haría yo si fuera muy rico, esto es, si tuviera mucho dinero? Pues proteger a los niños huérfanos de los asilos que en esta época tan crítica carecen de lo más necesario. Si mi respuesta carece de gracia como se desea, me retiro con el más profundo respeto.—**A. K.**

¿Qué haría yo si fuera muy rico, esto es, si tuviera mucho dinero? En primer lugar, destinaría de mi fortuna la cantidad de doscientos mil pesos para asegurar y normalizar mi vida durante los años que a Dios pluguiese concedérmela, los cuales invertiría de tal manera que me darían lugar a seguir trabajando, atendiendo personalmente mis trabajos y mi casa, la que reuniría todas las comodidades necesarias para pasar una vida descansada, sin lujo ni ostentación.

Dividiría las horas del día en el trabajo, en el cuidado de mi familia a cuyos miembros haría dar una educación sólida y esmerada y les haría gozar de todos los placeres nobles y altruístas en los que, a la par de recreativos serían un estímulo para engrandecer el alma.

El restante de mi fortuna lo repartiría haciendo todo el bien posible, buscaría personalmente a aquellos seres que gimen ignorados en los arrabales y en buhardillas donde las sociedades de beneficencia no llegan.

Es allí donde llegaría yo con el sobrante de mi fortuna y los intereses que ella me produjera. Es hasta allí donde iría yo a mitigar en lo posible con mi óbolo el triste estado de esas personas y arrancaría de esa manera muchos infortunios que la miseria arroja como cebo ante las insaciables fauces de gentes sin corazón.

"La caridad bien entendida empieza por casa" dice un viejo adagio, pero también es bien cierto que la verdadera caridad es aquella que se hace sin que sepa el socorrido quién la ha hecho descender hasta él, dando así las gracias al Supremo Hacedor, ante quien todos debemos inclinarnos con amoroso respeto y sin hipócrita humildad.—**Javier H. de Quintana.**

¿Qué haría yo si fuera muy rica? ¡Ah, si fuera muy rica!... ¡Me compraría un automóvil!—**Mimosa.**

En contestación a la interesante encuesta que abre hoy El Hogar, donde se revelarán los sentimientos nobles y mezquinos, altruístas y avaros de los habitantes de esta caritativa tierra, diré:

Fundaría asilos semejantes a la Casa del Niño y Patronato de la Infancia, donde se albergarían todos los niños desamparados desde la más tierna edad, se les educaría, y a todos aquellos que tuviesen vocación para el estudio se le costearía la carrera. Estos desgraciados, ¿por qué han de estar destinados a ganarse un pedazo de pan cerca del yunque o labrando la tierra? Estas ocupaciones, si bien es cierto tienden al bienestar general, no reportan grandes beneficios para aquel que tal vez bien cultivada su inteligencia sería un excelente maestro, abnegado médico y honrado empleado comercial, etc.

Si todos los que desean poseer bastante dinero lo emplearan de este modo, no tendríamos que avergonzarnos de la vagancia infantil.—**Pobre estudiante enamorado.**

Comprar tierras en ciertas partes del Río Negro o Limay al gobierno o a los especuladores con que favoreció el gobierno; formar una colonia a mi gusto, y en el centro de ella vivir yo en un chalet lleno de flores y circundado por quintas de árboles frutales y forestales de todas clases. Buscar una linda mujercita que haga vida arreglada y disfrutar de todo lo que la naturaleza nos brinda, sin abusar de ella. Visitar algunas provincias y seguir fomentando la agricultura en mi soñada colonia.—**Sarhuel.**

Si yo tuviera mucho dinero haría lo siguiente: 1.º Practicaría la caridad ante todo. 2.º Mandaría construir hospitales y colegios. 3.º compraría terrenos en grandes extensiones y pondría labradores pobres, dándoles todas las herramientas para que trabajen y se ganen el pan nuestro de cada día, y 4.º, para terminar, me casaría con una muchacha pobre. Eso es lo que haría si yo tuviera mucho dinero.—**Santiago C. Barrios.**

Contestando a la pregunta del señor Leopoldo Pérez, "qué haría si fuese rico"; en primer lugar me pondría contento; en segundo, pagaría mis deudas, y después haría lo que debe hacer un hombre de criterio y buenos sentimientos: pondría industrias benéficas al país y a la humanidad, dedicaría el 50 % de mis rentas a obras caritativas; haría educar mis hijos y les inculcaría mis ideas para que siguieran mi ejemplo. No ostentaría lujo ni me pondría orgulloso; estas son mis opiniones.—**V.**

En la última publicación de El Hogar he leído ¿por qué deseais dinero? Yo lo deseo para alimentar a los hambrientos, vestir a los desnudos y consolar a los afligidos. Un gozo puro invade mi corazón cuando me es dado hacer despuntar una sonrisa en un rostro todavía humedo de lágrimas, ¡es tan dulce procurar alivio!—**Marcela Ducom.**

Si yo fuese rico haría construir un teatro al estilo del que piensa fundar en Italia Ermete Novelli, esto es, popular; dotaría al teatro de todo lo más moderno, para poner en escena obras que sirvieran al público de cátedra de enseñanza. Contrataría artistas de talla, que supieran interpretar a los grandes autores, como Lope, Calderón, Tirso, Shakespeare, Maeterlink, Ibsen, Suderman, y otras glorias universales. Fundaría también un conservatorio, en donde pudiesen estudiar todos los amantes del arte y que se encontrasen faltos de recursos. Anexo al teatro, un chalet para mi familia y yo... y alguno que otro amigo.—**F. Quesada.**

¿Si yo fuera rico? Mi única ambición se cifraría en tributar homenaje al Todopoderoso, no erigiendo suntuosos templos repletos de ídolos repujados en oro y diamantes puesto que ello señalaría el colmo de lo ridículo e insensato, sino prodigando asilo, abrigo, nutrición y educación a la infancia desventurada, patrimonio de las grandes ciudades, que desde tan temprano ha apurado el cáliz de la amargura.—**José Arreguí.**

Si yo tuviera mucho dinero, haría obras de caridad, levantaría grandes palacios, socorrería al necesitado, me compraría un auto, construiría salas para enfermos y también me compraría una pianola, porque estoy aburrida de estudiar el piano y le regalaría una a cada una de mis amiguitas, que también ellas estarán cansadas de estudiar.

¿Quién de ustedes, apreciables lectoras de esta revista, es de mi opinión?—**Antonieta.**

Yo, abajo firmada, quisiera ser rica para hacer primero una casa y recoger a los niños abandonados en las calles, hacerlos hombres y mujeres educados para el bien de la patria y formar hogares honrados.

No me valdría de extraños; personalmente iría en busca de los lugares en que existe la desgracia y la miseria para ayudarlos.

La fortuna la ambiciono para el bien de mis hijos y del prójimo.—**Sara Andrade.**

En el Departamento

Sanitario

de nuestra

Casa Matriz

Bme Mitre y Florida



ARAÑA PARA LUZ ELÉCTRICA, MODELO LUIS XVI, DE OCHO LUCES

GRAN RECLAME

Artículo de fabricación francesa, brazos y adornos de bronce fundido, caireles de cristal pulido, cadena y florón de bronce fundido, tulipas de cristal, completa, lista para ser conectada, a . . . . $ **100**

GATH & CHAVES

—SOCIEDAD ANÓNIMA— BUENOS AIRES - SANTIAGO de CHILE - LONDRES - PARIS

CRÒNICAS del TIEMPO HEROICO

"El numen de Mayo"

(En el CXXXV.º aniversario de su natalicio—1778, 23 de septiembre 1913)

Cumplen hoy ciento treinta y cinco años del natalicio de don Mariano Moreno, notable jurisconsulto y escritor argentino, considerado como "el alma y el genio de la Revolución de Mayo".

Hijo de don Manuel Moreno y Argumosa y de doña Ana María Valle, nació en Buenos Aires el 23 de septiembre de 1778.

Terminados sus estudios en la ciudad natal, pasó hacia 1800 a la ciudad de Charcas, en el Alto Perú, y habiendo ganado en aquella Universidad el grado de doctor en leyes practicó su carrera y fué recibido en la profesión de abogado por la Audiencia de aquel distrito.

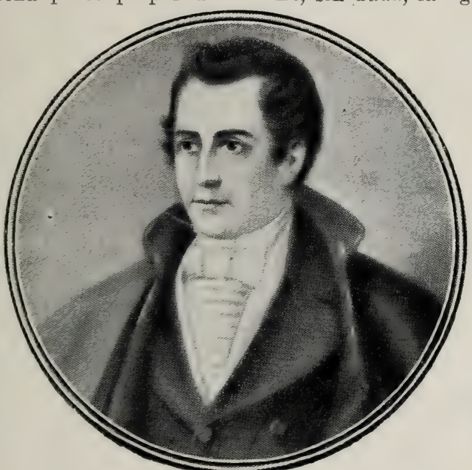
Regresado a la patria a mediados de 1805, abrió en ella su bufete.

Poco tiempo después fué empleado por el Tribunal de la Audiencia en calidad de Relator. La fama de su integridad y talento crecía por instantes, y así se hallaba cuando se inició la revolución que quitó a España el dominio de estas provincias.

Moreno, que había en mucha parte preparado aquel suceso con sus luces y consejos, obtuvo el nombramiento de secretario del primer gobierno americano, en 25 de mayo de 1810, y en aquel puesto se atrajo la atención y dió a los negocios de su país un impulso bien calculado a su independencia.

En tiempo del último virrey había acreditado su genial talento con su celebrado memorial sobre la libertad de comercio.

Después de la revolución, sin descuidar sus otras atenciones, se encargó de la redacción de la "Gaceta de Buenos Aires". Promovió así y despertó un noble interés sobre las cuestiones de estado.



Mariano Moreno

Salió del gobierno para encargarse de la primera misión que se despachó a Inglaterra; pero, la muerte, cortó su carrera mientras navegaba con rumbo a la Gran Bretaña, al amanecer del día 4 de marzo de 1811, a los 28 grados y 27 minutos de la línea.

Sus últimas palabras fueron: "¡Viva mi patria, aunque yo perezca!"

Su cadáver, luego de los honores de ordenanza, envuelto en la bandera del barco inglés que le conducía, fué confiado a las embravecidas olas del Océano, lo que dió motivo, al conocerse la infausta nueva en Buenos Aires, a la frase histórica del presidente de la Junta, coronel don Cornelio Saavedra:

"¡Era menester tanta agua para apagar tanto fuego!"

Mas, como dice uno de sus biógrafos, don Gontrán Ellauri Obligado: "No. El fuego sagrado que vivió en el alma de Mariano Moreno no ha sido apagado aún, y si la ambición y el logro gangrenaron los corazones de un puñado de miserables, el amor a la patria y el culto a los héroes vive y se profesa allá en lo más íntimo del corazón de la juventud argentina, que se elevará algún día, probando al mundo que siempre viven la llama enrojecida de aquel corazón, la luz deslumbradora de aquel numen y la pujanza justiciera de aquel brazo!"

La figura de Mariano Moreno se agiganta con el trascurso de los años.

En 1810, cuando desplegaba toda su inteligencia en favor de la causa emancipadora, cuando los ánimos estaban caldeados de patriotismo y amor de libertad, su personalidad no era tan venerada.

Cuando Moreno desapareció y los argentinos de aquel lejano entonces perdieron a un consejero útil y bueno, fué reconocido y apreciado en lo que justamente valía como hombre inteligente y como argentino amante de su patria.

Es, sin duda, la figura de Moreno la más grande y simpática de cuantas hubo en aquella época, en la que muchos argentinos fueron puestos a prueba.

Su obra es la obra de un hombre sano y de clara inteligencia.

Así se encargan de declararlo sus biógrafos, los que no han encontrado, en Moreno, un sólo acto reprobable.

La obra más grande de Moreno, la que afianzó su reputación de bueno, dándole un título de distinción entre las eminencias del país, fué su célebre Representación de los hacendados.

Las últimas publicaciones que se han hecho de la revolución de Mayo ponen a Moreno en un sitial de preferencia diciendo que, con mucho fundamento y sobrada razón, se la llama "numen de la revolución de mayo".

Tiene—como todo hombre que vale— sus detractores.

Desgraciadamente hay aún individuos de ideas mezquinas e inteligencia turbia que desean echar tierra sobre famas bien sentadas.

Juicios de tal especie sólo merecen recriminaciones por parte del pueblo argentino el que ama y aprecia a los hombres que lucharon por su engrandecimiento y su libertad.

¿Qué hace al mar una gota de agua dulce? ¿Qué le importa al águila del insecto que se arrastra culebreando por entre trebolares? ¿Qué le importa a la nube los alambrados de los campos y los pantanos de un camino?

¿Qué nos importan a nosotros esas opiniones de alcoholistas que nada valen y nada pesan?

María del Cármen LOBO ARRAGA.

EL TEATRO DE EL HOGAR

El Instante oportuno

Traducción de Máximo Goldstein.

Especial para **EL HOGAR**

> **PERSONAJES**
>
> **El visistante, el ujier, el ministro, el empleado viejo, el empleado nuevo.**
>
> **MARESCOT**
>
> **Una oficina del ministerio. Dos escritorios están ocupados. Es invierno; las 4 de la tarde, más o menos. La puerta se abre, aparece el ujier, hablando con un visitante.**

ESCENA I

El ujier.—No, señor, su amigo no ha venido aún...

El visitante.—¡Es una broma! Tenía que participarle algo muy urgente.

El ujier (amable y condescendiente).—Si usted desea esperarlo... quizá venga pronto.

El visitante.—Sí... eso es... lo esperaré.

ESCENA II

El visitante (al cabo de un cuarto de hora, con voz tímida).—Perdón, señores, ¿creen ustedes que el señor Marescot vendrá esta tarde?

El empleado nuevo.—Es probable.

El empleado viejo (con gravedad).—No ha de faltar, señor.

El visitante.—Algún trabajo urgente, tal vez?

El empleado viejo.—No; es día de pago.

El visitante.—¡Ah! muy bien... Entonces esperaré... (Nuevo silencio). Estarán ustedes muy bien en este ministerio, ¿verdad?

El empleado nuevo.—¡Ps! se podría estar mejor.

El empleado viejo.—¡El ascenso es tan lento!



El visitante.—Sea como fuere, ustedes no tienen por qué quejarse... ojalá estuviera yo en el sitio de ustedes! ¡Oh! ser empleado de ministerio! Este era mi sueño dorado, pero no tengo bastantes cuñas.

El empleado nuevo.—Para lo que sirven las cuñas con el ministro que tenemos! Mire, señor, yo estoy apoyado de tal manera que debía ser de los primeros en ascender... ¡Ah! ¡frescos estamos! No se puede hacer nada con este ministro. Pretende descubrir por si sólo a los empleados buenos... juzgarlos por sus obras... ¡qué locura!



El empleado viejo.—Sí: esa es la chifladura de este hombre... Cada uno tiene la suya... He conocido a un ministro bueno que quería solamente a los emplados rubios; otro que no ascendía a los cortos de vista. Decía que los miopes eran los únicos que miraban las cosas de cerca... ¡He visto pasar más ministros y chifladuras diferentes desde veinticinco años que estoy en la administración!

El visitante.—Vale más ser empleado de ministerio que corredor de seguros.

El empleado viejo.—Evidentemente, se vive más tranquilo...



El visitante.—A propósito... ¿por qué no se aseguran la vida, ustedes que gozan de una entrada fija? (Despachando su acostumbrado discursillo). La vida de todo asalariado es un capital y todo capital debe estar asegurado... Podría ofrecerles varias propuestas, las unas más ventajosas que las otras. Mediante una entrega anual de 500 pesos, usted está garantido, al cabo de treinta años... (Largo silencio). ¡Bueno! ¿No desean ustedes asegurarse la vida? Eso no me sorprende... Toda vez que propongo mi negocio a alguien, sucede lo mismo... Así son flacas mis ganancias.

El empleado viejo (por decir algo).—Los tiempos son duros, amigo.

El visitante.—¡Oh! si que lo son. Y ahora comprenderán por qué los envidio, a ustedes, que están muy tranquilos, abrigados en su oficina, que no tienen necesidad de trepar escaleras y de llamar a las puertas, y concluir por verse plantados en la calle por la gente a quien uno propone un excelente negocio.

(Dan las cuatro y media. Es el momento en que deben retirarse del escritorio. Después de haber hecho minuciosos preparativos para la partida, discutido si llueve o si lloverá, saludan al visitante y se van.)

ESCENA III

El visitante (solo).—¡Este Marescot ya me fastidia! Hace más de una hora que lo estoy esperando... (Mirando en su derredor). Después de todo, uno no está mal aquí... ¡hace calor! Afuera, un tiempo de perro... Estoy solo... ¡si aprovechase para instalarme cómodamente y hacer mi correspondencia!... Se está cómodo aquí... con la espalda a la estufa... papel a discreción... y con encabezamiento del ministerio, todavía! Voy a escribir a mi director; verá que, si no hago negocio, tengo, por lo menos, relaciones en el mundo político.

ESCENA IV

El ministro (al ujier).—Déjeme solo... no lo necesito.

El ujier (saludando).—Muy bien, señor ministro.

El ministro.—Perfectamente... quiero hacer solo la inspección en las oficinas... soy un hombre por el estilo de Arún-al-Raschid... ¿no conoces a Arún-al-Raschid?



El ujier.—¿Arún? No, señor ministro, no es de mi comarca.

El ministro.—¡Bueno! Este era un sultán por el estilo mío; se paseaba por todas partes, todo lo quería ver... Yo también quiero ver todo, recorro todos los escritorios... y no encuentro a nadie en mis oficinas. (Notando al visitante, el cual, sorprendido por la llegada del ministro, trata de esconderse detrás de una pila de cajas de cartones verdes). ¡Ah! ¡por fin! Hay un empleado... es el primero que apercibo. (Se acerca al escritorio). Y trabaja todavía! (Al visitante que se levanta y quiere marcharse). Pero no tenga miedo. Le repito que soy como Arún-al-Raschid, duro para con los haraganes, pero justo para con los que trabajan... Ahora bien, usted es un trabajador... ¿Cómo se llama usted?

El visitante (con voz ahogada).—Gobergeois, señor ministro, Gobergeois.

El ministro.—¿En qué sección está?

El visitante.—Estoy en la Franco-Argentina, señor ministro, compañía de seguros sobre la vida.

El ministro.—¡Eso es malo... muy malo! Quiero que un empleado de mi ministerio se ocupe de un trabajo únicamente.

El visitante.—Pero...

El ministro.—¡Oh! yo sé de antemano lo que usted me va a decir... que no gana lo suficiente aquí, y que por eso corretea seguros.

El visitante.—No es así, señor ministro, yo...



El ministro.—Sea franco... Además tiene usted una cara que me agrada. Y fuera de eso, es usted el único empleado que encuentro en su puesto, de las tres oficinas que acabo de inspeccionar... esto merece una recompensa (con tono solemne). Señor Gobergois, quiero hacer algo por usted... venga a verme mañana a las 10 de la mañana.

El visitante (aturdido).—Con mucho gusto... ¿pero para qué?

El ministro.—Lo tomo como secretario particular.

El visitante (atontado).—¿A mí?

El ministro.—Sí, a usted... ¿Le extraña?

El visitante.—¡Ya lo creo!



El ministro. — Así soy yo... todo por el mérito, nada por favoritismo. No lo conozco... no me ha sido recomendado por nadie.

El visitante. — ¡Eso es muy cierto!...

El ministro.—Pero lo encuentro solito, mientras sus camaradas toman las de Villadiego... y como necesito una persona buena, lo tomo... ¿Está convenido?

El visitante. — Bien, señor...

El ministro.—Ni una palabra más... Sin duda, me quiere preguntar por las condiciones... Le daré quinientos pesos por mes, es siempre más de lo que está ganando.

El visitante.—¡Oh, sí!...

El ministro.—Y después habrá queso.

El visitante (sin comprender).—¿Queso?

El ministro.—¿Para qué titubear?... Cuando deje el ministerio, dentro de algunos años, le conseguiré un empleo de recaudador de impuestos o una subprefectura.

El visitante.—¡Oh! ¡es demasiado!, señor ministro... Es demasiado, ¡es enorme!...

El ministro.—Pero no, hijo de mi alma... Ya le he dicho... Yo mismo me encargo de descubrir a los perezosos y de recompensar a los que trabajan... me gusta practicar el bien... ¡Tanto mejor para aquél que se lo merece!... Dormiré bien esta noche pensando que he llevado inesperadamente la felicidad a un hogar modesto. Hasta la vista, señor Gobergois. (Le da la mano). Hasta mañana a las diez.



El visitante. — Hasta mañana, señor ministro.

(El ministro se retira.)

Gobergeois.—¡Y bien!... ¿qué le parece a usted todo esto?

El ujier.—Todavía estoy aturdido... Es el primer caso que ha ocurrido en este ministerio.

Gobergeois.—Una verdadera casualidad, que ha venido a favorecerme. Y el ministro estará tan seguro de que premia mis méritos.

El ujier (con aire adulador).—Indudablemente, usted debe tenerlos.

Gobergeois. — ¡Muchas gracias! Usted cree que yo...

El ujier.—Sí, señor. Usted habrá merecido alguna recompensa, que le ha sido negada en otra ocasión, y ahora la Providencia, por mano del ministro, se la otorga a usted.



Gobergeois.—¡Ciertamente! Esto es providencial.

El ujier (ceremoniosamente).—De todos modos, yo felicito a usted cordialmente, señor Gobergeois, y tengo sumo placer en ponerme a sus órdenes, desde este momento para usted tan feliz. Quizás usted pueda ser mi Providencia algún día.

Gobergeois (con gesto de protección).—¡Sí, sí! Le tendré a usted presente.

El ujier.—¡Usted no sabe la influencia que puede ejercer en el ánimo de un ministro su secretario particular!

Gobergeois.—No lo sé todavía, es cierto; pero en cuanto vea que mi influencia es efectiva, la aprovecharé en su favor.

El ujier.—¡Muchas gracias, señor Gobergeois! ¡Ah! Ya llega el señor Marescot.

ESCENA V

Marescot (entrando apresurado).—Buenos días, Augusto... Dispénsame que te haya hecho esperar.

Gobergeois.—No necesitás excusarte... no he perdido mi tiempo.

Marescot (mirando a su escritorio).—Ya te comprendo... lo veo... ¿has hecho tu correspondencia?... ¿Cierto que no se está mal aquí?

Gobergeois.—Se está tan cómodo, que voy a quedarme.

Marescot.—¿Cómo, te quedás?

Gobergeois.—Sí... el ministro acaba de designarme su secretario particular.

Marescot.—¿A vos?

Gobergeois.—Sí, a mí... quinientos pesos por mes.

Marescot.—¿Desde cuándo tenés el nombramiento?

Gobergeois.—Desde hace cinco minutos... El ministro ha venido aquí, me ha encontrado en tu lugar, ocupado en escribir mis cartas; entonces me ha felicitado; me ha dicho que era un hombre por el estilo de Arún-al-Raschid, y me ha citado para mañana, a las 10, en su escritorio.

Marescot.—¿Qué significa este cuento?

Gobergeois.—Es la pura verdad.

Marescot.—¡Anda hombre! El ministro te ha encontrado en mi lugar... ha creído que soy yo y ha querido nombrarme a mí...



El ujier. — Nada de eso... ha escrito en su libreta el nombre del señor Gobergeois.

Gobergeois.—¿Cómo podrá creer que vos eras yo o viceversa, cuando no nos conoce ni a vos ni a mí? Es decir, a mí me conoce ya, mientras que a vos no te ha visto. Y entre un desconocido y uno a quien conoce, es natural que elija a éste. ¡Y este soy yo!

Marescot.—¿De modo que has venido aquí y no sólo te has sentado en mi sitio, sino que me has quitado el que el ministro quizás me tenía reservado? ¡Siempre ocurre lo mismo! Un advenedizo, el primero que llega, se lleva el mejor bocado...

Gobergeois.—Considera, amigo mío, que yo no he intervenido en nada. Que el ministro, por su propia y generosa voluntad...

Marescot.—¡Pero si es imposible! ¡Es estúpido!

Gobergeois.—¡Oh! No te excedas en tu indignación. No veo la estupidez.

Marescot.—¡Claro! Ya lo dice el refrán: de fuera vendrá quien de casa te echará.

Gobergeois.—Yo no he venido de fuera para echarte. Me conocés y sabés que no soy intrigante y mucho menos tratándose de un amigo como vos.

Marescot.—¡Vaya un amigo, que viene a usurparme el puesto!

Gobergeois.—¡Hablas de usurpación, cuando todo esto me ha venido como llovido del cielo! ¡Pura casualidad! Y además, nadie te echa; quedas en tu puesto... y yo en el mío. Si desde él, puedo favorecerte y lograr para vos un ascenso, contá conmigo.

Marescot.—¡Eso es! Ahora te burlás.

Gobergeois.—¡Qué me he de burlar! Si lo digo con la mayor buena fe. En todo lo ocurrido, no hay más que buena fe, por mi parte, y no tenés derecho a dudar de mi palabra. Y en último caso, pídele explicaciones al ministro, que es el autor del lío.

Marescot.—Pero, ¿qué títulos tenés vos para ocupar ese puesto?

Gobergeois.—¡Hasta tal punto te lleva la obcecación, que vas a suponerme poco menos que analfabeto! Algunos méritos me has reconocido siempre.

El ujier.—Con su permiso, señor Marescot... su amigo, tiene el mejor título para obtener un empleo. Veinte años de antecámara ministerial me han enseñado que, en la vida, es lo principal... encontrarse a mano en instante oportuno. El señor lo estuvo... tanto mejor para él! (Saluda con la cabeza.) Hasta la vista, señor (se inclina muy abajo delante de Gobergeois). Saludo a usted, señor secretario particular. Recuerde usted que me ha ofrecido su valioso apoyo...

Gobergeois.—Sí, lo recuerdo; también usted me ha conocido en el instante oportuno.

El ujier.—¡Hasta la vista, señor secretario! (Otra profunda reverencia.)

Marescot (desplomándose en su silla).—¡Estuvo allí en el instante oportuno!

(Sin hacer ya demostración alguna de indignación o protesta, Marescot, resignado, se encierra en profunda meditación sobre la frase pronunciada por el ujier y que sirve de moraleja a esta pieza, suponiendo que una pieza necesite moraleja.)

Julio CHANCEL.

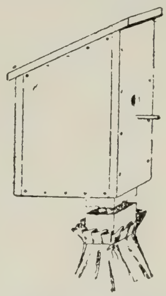
La guerra a los gorriones

Nuestra ley de caza tiene muchos puntos censurables, que dejan al que la conoce, y es inteligente en la materia, perplejo acerca de los conocimientos que tuvieran las personas a quienes se confió su redacción. Con decir que es una ley que sólo permite cazar corzos cuando estos rumiantes tienen las cuernas en terciopelo, es decir, cuando están más huídos y quebrantados, y que considera al gallo y a la gallina como aves de especies distintas, está dicho todo. Pero en pocas cosas yerra tanto esa ley, como en la protección que dispensa a los gorriones.



Gorriones sobre una casilla de trampa

No hay que alarmarse ni salir con sensiblerías. Bien que no se consienta a los chiquillos perseguir a estas avecillas tirador en mano, pero de ahí a considerar al gorrión como ave útil, y por ende digna de protección, media un abismo. Es cierto que los gorriones destruyen muchos insectos nocivos, pero eso no es nada junto a los perjuicios que ocasionan. ¿Se le ocurriría a nadie proteger a los zorros porque se comen los conejos, que tan nocivos son cuando se propagan en demasía?



Casilla con trampa y saco adaptado al fondo

El gorrión es un enemigo de los frutales, que pica y estropea las uvas, las cerezas, las peras y los higos. Destruye también muchos capullos de árboles y arbustos de adorno, se come las simientes y picotea las lechugas y otras hortalizas apenas salen de la tierra. Consume también mucho grano, calculándose que una bandada de cincuenta gorriones puede comerse en un día un litro de trigo o su equivalencia en cualquier otro cereal. Añádase a esto que el gorrión es el causante de que en los parques, jardines y campos próximos a poblaciones haya tan pocos pájaros de otras especies. Ataca y ahuyenta, en efecto, a los petirrojos, reyezuelos y ruiseñores, y usurpa los nidos de los herrerillos y de las golondrinas, destruyendo los huevos que en ellos encuentra. Protegiendo al gorrión se contribuye, por consiguiente, a la extinción de especies eminentemente insectívoras. Nuestro bullicioso pajarillo ni siquiera compensa estos perjuicios con un plumaje vistoso ni con un canto agradable.

No se crea que hay apasionamiento en estas acusaciones. El Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, después de muchos años de observación, ha declarado la guerra a los gorriones y ha publicado folletos aconsejando su destrucción y los medios más eficaces para llevarla a cabo. Introducido en América hace poco más de sesenta años, este pájaro constituye aquí como en todas partes, una verdadera plaga; no debía haber un solo estado cuyas leyes le dispensaran protección.

El primer procedimiento de combate propuesto por las autoridades norteamericanas, es de simple expulsión.

Poesías infantiles (Para recitar)



La abeja y la hormiga

Una tarde de verano,
en extremo calurosa,
una hormiga y una abeja
se pusieron a la sombra.
—¡Caramba!—dijo la hormiga—
mira tú que es trabajosa
esta vida que llevamos,
trabajando a todas horas.
—Qué le hemos de hacer—repuso
la abeja, pero la otra,
menos resignada, dijo:
—Hacer no; ninguna cosa,
pero quejarnos podemos;
pues que la razón nos sobra.
¿No estás viendo a la cigarra
qué vida se da la tonta,
todo el verano de huelga?
¿No estás oyendo a la alondra
desde que Dios amanece
cantando como una loca?
—¿Y qué tenemos con eso?—
dijo la abeja juiciosa;—
no hemos nacido cigarras,
ni somos grillos ni alondras...
¡Yo no me meto con nadie
si antes no se me provoca!
—¡Nadie te llama holgazana,
hija, pero no te pongas
delante de las hormigas,
moños de trabajadora...
¿No somos el prototipo
de las gentes laboriosas?
—La fama no te la niego,
pero distingo las cosas.
Las abejas trabajamos
en construir una obra
y el panal que fabricamos
no es sólo para nosotras.
¿Qué obras hacéis las hormigas?
Agarrar a todas horas
lo que encontráis por delante;
trabajáis de avariciosas.
Déjate de fama, y mira
cómo viven unas y otras:
La abeja, de su trabajo;
la hormiga, de lo que roba.

CHIRÓN.

El diario de un niño malo

Traducción de Einar J. P. Hansen
para "EL HOGAR"

(Continuación)

Como una boba, y como saludo díjome: Jorgito ¡cuánto lo hemos extrañado en casa! faltaba un muchachito malo que nos diese trabajo. Ya lo creo, añadió Susana, hemos matado un ternero gordo en honor al hijo pródigo; está esperándonos en la mesa. Pero resultó que en vez de ternero era pavo asado, ostras, dulces... ¡qué atracón me dí! Comí hasta matar el hambre atrasada que tenía. La única nube fué la cara que puso papá al ver la cuenta del colegio. Jorge, díjome, debes dar vuelta a la hoja de tus travesuras, trata de no cometer faltas y antes de obrar piensa dos veces lo que vas a hacer... En ese momento se iba a cerrar la puerta apretando la cola al gato y papá me dijo: ¡Sostén la puerta, Jorgito! Pero como yo quise seguir sus instrucciones, pensé dos veces lo que debía hacer, y el gato se quedó sin cola! El doctor Moore, novio de Susana, me dijo que cuando sea grande estudiaré medicina con él. En el bolsillo de su sobretodo encontré un estuche con remedios y me pareció una buena oportunidad para empezar a practicar y tomé un poco de polvo blanco que en seguida administré a una ardilla que tenía. La enterré esta tarde. Juancito asistió al entierro. Beti está más gorda que antes y siempre es la misma. Mi corazón rebosa de alegría. He prometido a papá no hacer más tonterías.

N. B.—Para enterrar a la ardilla tomé la caja de labores que tenía Susana; era un regalo de su novio. Creo que a Susana no le gustaría si se lo contara, pero la pobre ardilla necesitaba un ataúd para dormir el último sueño y para eso nada más apropiado que la caja de labores.

CAPITULO 21

¡Díos mío, si fué el gato!

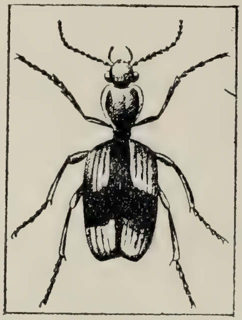
El doctor Moore y Susana han roto el compromiso. Es una pérdida terrible para Susana, pues ya tenía listo el ajuar. Me parece que se va a pasar de moda antes de que encuentre otro buen partido como el doctor. Además ¡las modas cambian tanto! Sin embargo, la torta de bodas no será perdida mientras que Juancito y yo sepamos donde está guardada. La semana pasada volvió a aparecer un suelto en el diario. Al leerlo Susana, le provocó un acceso de llanto que hizo enrojecer sus ojos como a Juancito cuando le puse pimienta. Nunca creí que la pimienta negra pusiese los ojos tan colorados. El suelto del diario decía así: "Se hacen comentarios sobre la ruptura de un compromiso matrimonial. Según nuestra información, sabemos que las tarjetas estaban ya hechas y casi repartidas en su totalidad. La causa de este repentino cambio de programa no se ha hecho pública aún, pero lo cierto es que el caballero no es el culpable."

¡Pobre Susana! ¡Cuánto te compadezco! ¡Cómo

me alegro que no sospeches que fué tu hermanito quien puso el aviso. ¡Cómo me pesa la culpable conciencia! Por causa mía han desecho el compromiso. Todo hubiera ido lo más bien si Susana no tuviera un hermanito tan malo. Sin embargo, creo que Edison tiene más culpa que yo. ¿Quién le mandó descubrir la luz eléctrica? El doctor Moore tiene en su laboratorio un aparato eléctrico; un día me dejó tomar los manubrios y me divertí mucho sintiendo las cosquillitas que hace; por eso se lo conté a Juancito, quien quiso probar la batería. Para eso esperamos que el doctor se ausentara en su coche y entramos por la ventana a su laboratorio; le dí a Juancito los manubrios de la batería, y apreté un botoncitto como hacía el doctor y el zonzo dió un salto tremendo y se cayó al suelo tan largo como era; le grité con todas mis fuerzas que soltara el manubrio, pero como si nada; no lo quiso soltar y no dijo ni una palabra; parecía muerto. Como lo quiero mucho a Juancito y temía una desgracia, llamé a varios hombres que entraron también por la ventana y le echaron agua en la cara, diciendo que yo era un muchacho malo. Como Juancito no se despertara, lo llevaron a su casa, donde la mamá ni quiso hablarme, consiguiendo reanimar a Juancito después de un rato largo. El doctor Moore me reprendió mucho; me dijo que lo estaba arruinando, que sus enfermos se resistían a tomar las medicinas que les daba por temor a ser envenenados por mí. Le dije que sentía mucho lo pasado y que no lo volvería a hacer más. Tenía verdadera intención de cumplir mis promesas, así que la siguiente vez que estuve en su casa, vi un ratoncito que entraba y salía continuamente de un agujero por lo cual fuí a casa y le traje un gato para que cazara el ratoncito. Después de tomar el te, el doctor vino a visitar a Susana. Cuando volvió a su consultorio oyó ruidos sospechosos y al encender la luz ¿qué vió?... ¡pobre gato! El ratón se había subido a un estante y el gato le siguió. Los frascos rodaron por el suelo hechos añicos. Nunca se vió una catástrofe semejante. Los remedios volcados por la alfombra nueva y todo revuelto que daba miedo. El que llevó la peor parte fué el gato, que había puesto una pata en un charco de vitriolo, así es que no hay que asombrarse si los maullidos del pobre animal se oían desde el fondo de la casa. Cuando el doctor abrió la puerta, el gato le saltó a la cara, pero afortunadamente pudo protegerse la vista con el brazo, así que el gato no le pudo arañar más que la frente y la nariz. Yo creo que no hubiera ido tan mal la cosa, si al otro día, cuando el doctor se presentó a casa para contar la aventura, Susana no se hubiera reído con toda gana al ver su cara toda arañada y su nariz del doble tamaño del natural. Entonces dijo él: "A usted, señorita tal vez le parezca gracioso el estado en que me encuentro, pero maldita la gracia que me hace a mí. Estoy harto ya de su hermanito de usted, y no me casaré nunca con un miembro de la familia de Jorgito. ¡Adios para siempre, señorita. Adios!" Salió dando un portazo. A Susana se le acabó la gana de reirse y se puso a llorar como una desesperada. El no ha venido por casa desde hace ya dos semanas, por eso puso el aviso en el diario.

Un insecto que se defiende a tiros

La naturaleza ha dado a casi todos los animales medios para defenderse: unos tienen cuernos, otros pesuñas y otros dientes; pero los medios de defensa más extraños e interesantes son sin duda los que se encuentran en el mundo de los insectos. De estos diminutos bichejos, ninguno es tan curioso como el que los naturalistas llaman ''braquino'', y que vulgarmente recibe el nombre de escarabajo escopetero o bombardero. A primera vista, el bombardero parece un ser enteramente inofensivo e indefenso. Apenas mide un centímetro de longitud, y su cuerpo azul y rojo, pese a sus colores militares, tiene más de atractivo que de imponente. Sin embargo, este pequeño insecto es el artillero del reino animal. Cuando advierte cualquier peligro cercano, cuando otro insecto mayor le va a atacar, o el implacable entomólogo extiende hacia él sus pinzas, vuélvese repentinamente de espaldas y hace un disparo, con su correspondiente detonación y producción de humo, por aquella parte del cuerpo donde la espalda pierde el nombre.



Un bombardero

El aparato detonador del bombardero lo lleva éste en su propio cuerpo. Como todos los coleópteros a cuyo orden pertenece, tiene las alas cubiertas por dos fundas o caparazones denominados élitros. Bajo la extremidad de estos élitros, existe una glándula llena de un ácido semitransparente, de olor poco agradable. Cuando el insecto quiere asustar a un enemigo, aprieta esa glándula con los élitros, y al punto salta hacia afuera un fino chorro del ácido, que al ponerse en contacto con el aire se transforma en vapor humeante. Esta vaporización del líquido es tan rápida, que se produce con explosión, de modo que el aire hace en el contenido de la glándula el mismo efecto que una chispa en un frasco de pólvora. El enemigo que persigue al escarabajo escopetero, recibe de frente una nube de humo desagradable, y se retira medio cegado.



El bombardero haciendo fuego

Para mayor propiedad del nombre que se ha aplicado a este animalejo, acostumbra el bombardero a refugiarse con otros de su misma especie, debajo de las piedras o de los terrones de tierra desprendidos del suelo, que de este modo vienen a quedar convertidos en verdaderas fortalezas con sus baterías capaces de tener a raya a cualquier intruso. Es este, sin duda alguna, el insecto más raro y el que cuenta con el más original medio de defensa.

La vida íntima, por Rojas

Cómo se hace el puchero á la española



El puchero corriente se compone de unos cuantos garbanzos, alguna carne, tocino, un hueso, la sal necesaria, una verdura, una o dos patas, una hebra de azafrán y un litro de agua.



La clase media, a más de ser la más sufrida, puede aumentar la proporción de este puchero añadiéndole cerdo, chorizo u otro embutido cualquiera.



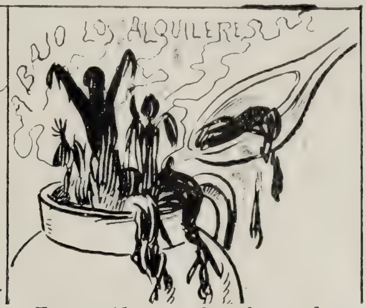
La gallina, otras aves y el jamón están reservadas para las clases más elevadas de la sociedad.



Pero, sean cuales fueren las substancias empleadas en su confección, al parecer muy fácil, el puchero requiere ciertos cuidados para no perder el prestigio que goza desde tiempo inmemorial.



El puchero, para que sea verdaderamente a la española, prepárase con una olla de boca ancha y de bastante cabida. Se pondrá a la lumbre con agua suficiente para que hierva.



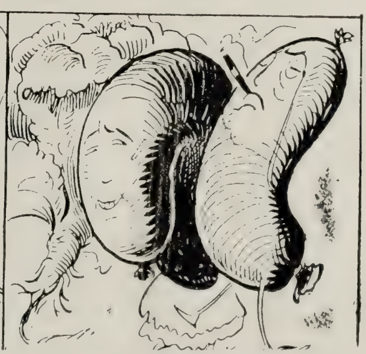
En seguida se echan los garbanzos, previamente remojados, la carne y los huesos y se sacará con una cuchara de palo la espuma obscura que se formará al borde de la olla como protesta de la carestía de la vida.



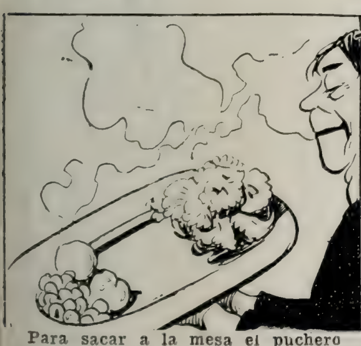
Aunque la gallina y el tocino no quieran se les reducirá por la fuerza, lo mismo que la lumbre, para que todo se cueza en la mayor armonía y no pase como en las sesiones del Congreso.



Cuando el caldo esté espeso, claro y aburrido de tanto elemento extraño, se sacará para utilizarlo en la preparación de la sopa, y entonces es cuando la patata entra en la olla para ver lo que pasa allí dentro.



La verdura que se incorporará al grueso del ejército alimenticio media hora antes de servir el plato en unión de las substancias hervidas con ella, será cocida aparte en la agradable compañía de la burguesa morcilla y el orgulloso chorizo.



Para sacar a la mesa el puchero se colocarán en un extremo de la fuente los garbanzos y las patatas y en el otro la verdura.



A la gallina, la carne, el jamón y demás substancias privilegiadas se les reserva el centro, si el tamaño del recipiente lo permite.



Porque si sucede lo contrario puede ocurrir esto y entonces todos los comensales se quedan con las ganas de probar el puchero.

Montevideo.—Fiesta social



Concurrentes al lunch ofrecido por las alumnas de la Escuela del Hogar, a la señora Teresa S. de Bosch (Fabiola)



VECINO PREVISOR



— Señora, ha venido el afinador de pianos...
— ¿El afinador?... ¿Cómo? ¡Si yo no lo mandé llamar!
— Es cierto... ¡Pero se lo manda el vecino de abajo!...

UNA APUESTA



— ¡Te juego diez centavos a que no!
— ¡Y yo te juego veinte a que sí!
— Bueno, entréguenme la plata, que yo la voy a tener...
— ¡Estás fresco!... ¿Y a vos... quién te tiene?

EL MÉDICO EN CASA

Afonía. — La afonía es casi lo contrario de "sin-fonía", aun cuando ambas palabras, por sus prefijos y terminaciones, parece que debieran significar la misma cosa.

Afonía es la pérdida de la voz a causa de la parálisis temporaria o permanente de los músculos que aproximan las cuerdas vocales en la producción de los sonidos.



En nuestro congreso, la afonía es crónica e incurable. Allí se pierde siempre la voz, y el voto a veces.

La falta de voz es una dolencia que hace padecer, más que a los afónicos, a los que se esfuerzan por oirlos.

Hay muchas tiples sin voz, y ni siquiera se dan cuenta de su enfermedead. El que sufre en este caso es el público que ha pagado la entrada.

La afonía aguda obliga al paciente a entenderse con el prójimo por señas y es peligroso para dicho prójimo si las "frases" son muy expresivas.

Cuando los músculos del "organillo" vocal se paralizan definitivamente, o las cuerdas se rompen (por el lado más flojo), la afonía es incurable.

Huelgan entonces los remedios porque el afónico definitivo es como el hipócrita: no "habla claro" aunque lo maten.

Pero la afonía proveniente de un modesto resfrío o de la irritación de la laringe, puede curarse por el sistema indicado para la hidrofobia. Matando el perro, se acabó la rabia; es decir, curando el resfrío o la tos, el afónico grita... de contento. Las pastillas de clorato "acloran" y aclaran la voz. Las "claras" de huevo dan cierta "claridad" al lenguaje, sobre todo, combinadas con lecciones de gramática. Todos los jarabes son buenos también; pero el más indicado en esta enfermedad es el "jarabe de pico".

La voz más difícil de aclarar es la de la conciencia.

Aftas de los niños.—Se manifiestan en forma de ampollitas redondas, blancas y aisladas, y si no se detiene su desarrollo, llegan a agruparse y ulcerarse o formar una costra que se extenderá por todo el interior de la boca... (como el Riachuelo cuando se desborda) pudiendo interesar la garganta y el tubo digestivo.



Raras veces son peligrosas, pero molestan mucho a los nenes, pues no les permite mamar, aunque lloren. La falta de limpieza suele ser la causa de las aftas. Se recomienda no dejar al nene chuparse los dedos de las manos ni los de los pies.

El médico en casa

El asco de los niños debe cuidarse mucho. Sin embargo, no conviene abusar de la escoba para limpiarles la cara.

El tratamiento de las aftas no exige cortesía ni trato esmerado, como no sea el "nitrato" de plata en disolución al uno por treinta.



Una disolución de bórax, muy concentrada, suele también poner a las aftas en precipitada fuga.

Ahogados. — La salvación de un ahogado puede ser una tabla; sobre todo, cuando el ahogado no está completamente fallecido. Si está muerto, lo indicado es un responso; pero sucede con frecuencia que los ahogados se "desahogan" y vuelven a la vida después de haber pasado media hora, o algo más, en el otro mundo.

De manera que, cuando el muerto es persona a quien vale la pena hacer resucitar, las personas interesadas por su vida (por la del ahogado) pueden tomarse la molestia de amasarlo con fricciones, ponerle paños calientes y meterlo en un baño de agua idem, procurando dejarle la cabeza en su sitio, pero fuera del agua para que respire cuando pueda.

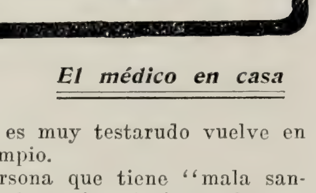
Si el ahogado se resiste a volver a este pícaro mundo y no quiere hablar, ni aun dar las gracias, se le "tira de la lengua" al compás de un tango cadencioso. Al cabo de pocos minutos el ahogado que no es muy testarudo vuelve en sí y se encuentra limpio.

Anemia. — La persona que tiene "mala sangre" es candidato a la penitenciaría o a la anemia. El individuo que en vez de sangre tiene agua de choclo en las venas, está divertido.

Sentirá palpitaciones; tendrá dolores en el mate, poco apetito, respiración difícil, digestión lenta, se fatigará y sudará tinta sólo con ver un calamar pintado, en actitud de hacer ejercicios aerobáticos.

En los consejos para una buena elaboración de sangre están interesados: los vendedores de chalets en el campo, las compañías de luz eléctrica, los abastecedores de comestibles y los profesores de gimnasia. Estos consejos son: aire puro, mucha luz, nutrición suficiente y ejercicio necesario.

Los baños fríos por fuera y el agua ferruginosa por dentro, completan la curación de la anemia.



Angina. — Uno de los inconvenientes de "tener agallas" es que pueden inflamarse fácilmente. Eso es la angina. Produce sed, calentura, dolor al tragar, fetidez de aliento, fuego en las mejillas, inflamación de los ojos, dolor de cabeza, y hasta... "el delirio".

SERRUCHO.

Dib. de Caro.



Del modo de conducirse en los viajes

Cuando hayamos de viajar en compañía de otras personas, seamos exactos en reunirnos con ellas a la hora señalada para emprender la marcha; pues si siempre es impolítico hacerse esperar, lo es todavía más en estos casos, en que toda demora produce trastornos y aun perjuicios de más o menos trascendencia.

Si se viaja a caballo el inferior se adelanta siempre al superior, y el caballero a la señora, en los lugares peligrosos, en los lodazales y en los pasos de los ríos, etc.; debiendo cuidar cada uno muy especialmente, de que la bestia en su paso no salpique a ninguna de las demás personas.

En los caminos se relaja un tanto la severidad de la etiqueta, y pueden dirigirse un saludo las personas entre sí desconocidas que se encuentren; pero este saludo, que adelantará el inferior, deberá ser autorizado por una mirada del superior.

Si viajando a caballo se reunen en un punto del tránsito dos personas entre sí desconocidas que marchan en una misma dirección, el inferior debe alejarse del superior; a menos que éste le invite a continuar la marcha en su compañía, a lo cual deberá prestarse si no tiene para ello inconveniente.

Para los casos en que se ha de viajar en un carruaje público es enteramente excusada la recomendación del párrafo I, por cuanto no esperándose entonces por ningún pasajero, una vez llegada la hora de la partida, cada cual tendrá el cuidado de acudir oportunamente a tomar su asiento. Pero existen reglas que observar cuando se viaja de esta manera, y vamos a exponerlas en los párrafos siguientes:

El caballero ofrecerá la mano a la señora para subir al coche y para bajar de él; y de la misma manera, cederá su asiento a una señora a quien haya tocado uno menos cómodo o menos digno.

Las señoras, por su parte, procurarán no abusar de la preferencia que la urbanidad les concede, aceptando sin instancia un asiento que no les pertenezca; a menos que las circunstancias sean tales.

Buenas formas y modales corteses

En los coches pueden entrar en conversación personas que no se conozcan entre sí; pero nunca será el inferior el que dirija primero la palabra al superior, ni el caballero a la señora, ni la señorita al caballero. Entre señoras, señoritas y caballeros, una notable diferencia en la edad puede autorizar la alteración de esta regla, dirigiendo primero la palabra, por ejemplo, un anciano a una señora joven, o una señorita a un joven de mucho menor edad que ella.

SEGÚN lo hemos indicado ya, la etiqueta en los viajes no es tan severa como en las demás situaciones sociales; así, al mismo tiempo que nos está permitido conversar en un coche con personas que nos son absolutamente extrañas, podemos igualmente, sin faltar a la urbanidad, dejar de tomar parte en la conversación general, guardar absoluto silencio, limitándonos únicamente a contestar a lo que se nos pregunte.

Es un acto extraordinariamente incivil el fumar dentro de un coche, aun cuando no haya entre los pasajeros ninguna señora; cuando la hay no es posible que exista un hombre medianamente educado que sea capaz de hacerlo.

En los lugares donde se detenga el coche, veamos si las señoras que vayan con nosotros desean algo que les podamos proporcionar, y ofrezcámosles de las comidas y bebidas que encontremos.

EN los viajes por mar se observarán los mismos principios que rigen para los viajes en coche o ferrocarril; debiendo siempre el hombre de buena educación sacrificar su propia comodidad a la de las señoras, y mostrarse en todas ocasiones afable, cortés y condescendiente.

Si por desgracia amenaza algún peligro a la embarcación en que nos encontremos, rodeemos a las señoras; y aun cuando nos sintamos impresionados y temerosos, nosotros debemos acudir siempre en auxilio del sexo débil.

NO es correcto, ni lo permite la educación permanecer sentado en sitio preferente, estando una señora en lugar incómodo. Lo cortés, es, cederle el asiento.

Otra cosa que se debe tener en cuenta en todo momento es el tema de conversación. Es ridículo, y poco político saltar de una cosa a otra y más aún hablar personalizando.

POR ejemplo, si se hablase de los Balcanes, no sería lógico ni de buena educación, atacar a Italia o a Turquía, pues eso podría dar margen a discusiones que siempre acaloran los ánimos y pocas veces concluyen bien. Lo más correcto es mostrarse correcto, parco, sin pecar en extralimitaciones, salvo el caso que así lo exigiera las circunstancias.

Tampoco conviene dar opiniones sobre religión cuando nos consta que en nuestra compañía viaja una persona de ideas contrarias a las nuestras. En viaje es necesario ser prudente, y más aún cuando viajamos con personas que desconocemos o que conocemos de vista o de nombre simplemente. Se debe evitar, entonces, toda conversación que pueda dar motivo a discusiones.

EN las conversaciones no se debe abusar de la nota cómica y del exceso de confianza y menos aún cuando hablamos con señoras o caballeros respetables. Esto no quiero decir que se ha de ser excesivamente frío y seco como un juez.

Mesa revuelta

—Pero, hombre, ¡qué cosa más rara! ¿Cómo el juez le ha concedido a usted el divorcio sin leer tan siquiera la demanda?

—Porque ese funcionario había sido el primer marido de mi mujer... y ya la conocía.

Una señora entra en un establecimiento en compañía de catorce chicos.



Durante la compra, la señora del dueño le pregunta:

—¿Son todos hijos de usted?

—Sí, señora.

—¿Y qué profesión tiene su marido?

—Es proveedor del ejército.

—Observa, hijo mío, que cuando aquí es de día, es de noche en la China.

—¿Entonces, papaíto, cuando nosotros nos acostamos se levantan los chinos?

—Claro, a no ser que guarden cama por enfermos.

—Pues no me casaré yo con una china.

—No tengo piano, ni criaturas, ni perros... ¿Por qué no me alquilan el piso?



—La verdad, señor: es usted muy viejo y nos molestan mucho los entierros.

—¡Hombre!, no nos venga usted con infundios. Eso que dice usted que ha cazado, no es un jabalí.

—¿Pues qué es?

—Un cerdo. ¿No ve usted que tiene los colmillos cortos?

—¡Los colmillos! Vaya, se le habrán desgastado en el corral.

La víspera del matrimonio le dice al novio uno de sus íntimos:

—Debería daros la enhorabuena a los dos; pero como no conozco a la novia, no te puedo felicitar a tí, y como a tí te conozco ya demasiado, no puedo felicitar a la novia.



Casóse un joven con la hija de un banquero millonario y a los pocos días quejóse el yerno a su suegro del carácter frívolo y despilfarrador de su hija.

Fastidiado el banquero de las continuadas quejas del yerno, le dijo un día:

—Pues mira, si mi hija vuelve a darte motivo de queja, la desheredo inmediatamente.

No se quejó más el yerno.

Tiquis-Miquis

Loro delincuente. — En Leipzig ocurrió un desgraciado accidente del que resultó responsable un loro.

El animal ocupaba una jaula situada en los balcones de una casa próxima a la estación de un tranvía eléctrico. La costumbre de estar oyendo constantemente a los empleados, hizo que el loro aprendiese a imitarlos tan perfectamente, que, hace poco, un conductor oyó la orden reglamentaria "en marcha", y creyéndola de origen autorizado, puso el coche en movimiento en ocasión en que una señora anciana subía al estribo. La pobre señora sufrió una caída que le ocasionó heridas graves. La orden de marcha fué dada por el atrevido loro.

Esto presentó ante los tribunales de aquel país una cuestión de solución difícil.

¿Quién era el responsable del accidente ocurrido en el tranvía?

¿El conductor?

¿O el dueño del loro que no proveyó los inconvenientes que podría reportar un animalito de esa naturaleza, colocado un día tras otro en aquel sitio?

Mujeres que hacen el amor. — Tan singular costumbre existe desde tiempo inmemorial en una provincia de Rusia llamada Ukrania. Allí es la mujer quien se encarga de todo el proceso amoroso que empieza con miradas y acaba ante el altar. Cuando a una muchacha le gusta un mozo, se lo dice. Si el amor es recíproco, la boda no se hace esperar. En el caso contrario, o sea cuando el novio no corresponde a la pasión de su pretendiente, esta considera cuestión de amor propio la conquista, y no deja a sol ni a sombra al galanteado. Este si decididamente se obstina en no casarse con aquella mujer, sólo puede librarse de la persecución huyendo del país. Así las gastan las niñas de Ukrania...

Un encaje valioso. — El encaje más costoso que se ha fabricado tenía un valor de 264 pesos oro la onza, o sea diez veces el precio del oro de ley. Esto fué lo que costó un hermoso encaje confeccionado con hilo finísimo de Bruselas, hilado a mano y sacado de un lino que se cría en Haití, que se vende a 3.200 $ oro los 400 gramos.

Jacobo Astor, el millonario yanki, compró un traje de encaje en París por 23.1000 $ oro.

Otro traje del mismo material se vendió poco tiempo después por 33.000 pesos oro.

Los millonarios yankis tienen verdadero delirio por los encajes. La familia de los Vanderbilts se dice que posee encajes por valor de 1.000.000 de pesos. La familia de los Astor tiene un tesoro en encajes avaluado en 39.600 pesos oro.

¿Desaparecen las voces? — La escasez de voces potentes, sonoras y timbradas es ya notoria, y ha llegado a constituir un peligro en el mundo de la música.

Cuestión es ésta que merece ser estudiada con detenimiento. Puede asegurarse, sin temor a errores, que, por cada mil individuos, apenas se halla una mediana voz. Y no es atrevido anotar que hay poblaciones de cuarenta o cincuenta mil habitantes donde no podrían elegirse para el canto más de media docena de personas, prefiriendo, desde luego, a las mujeres.

La voz de hombre, cualquiera que sea su timbre, atraviesa hoy una honda crisis. La voz de contralto (hombre) puede decirse que ha desaparecido por completo. Aquellas partituras italianas del tiempo de Farinelli; la misma "Flauta encantada", de Mozart, y mil producciones más que pudieran citarse, son hoy imposibles de ejecutarse por necesitar dos cantantes diferentes.

Cómo se forman hombres

La cantidad de comida

Una vez hechas las observaciones referentes a la calidad de la alimentación (véase el número anterior), hablaremos ahora de la cantidad de aquélla. Existe la costumbre de que los niños coman cuatro veces al día, y contra esta costumbre no se puede hacer una crítica seria. Así mismo, nada es posible decir contra las horas señaladas; lo importante en este caso, es que el niño no coma nada entre estas cuatro comidas y que se respeten las horas. Es esencial que el niño no coma demasiado. Bien es cierto que todos los niños no pueden comer lo mismo; unos son de estómago exigente, y otros de estómago razonable, pero también es cierto que muchos chicos con el régimen de la hartura, aprenden a ser glotones, sin serlo por naturaleza. Es preciso preocuparse, pues, tanto de la cantidad como de la calidad.

Si se controla con frecuencia el peso del niño, se verá si come lo suficiente; observando sus digestiones, tendremos la prueba de si come demasiado. Cualquier perturbación gástrica que aparezca deberá ser combatida por una dieta completa e inmediata. Es lo mejor que puede hacerse mientras acude el médico y un medio eficaz de evitar su visita.

Existe una cuestión secundaria, pero que no carece de interés, y es la siguiente: ¿hay que obligar a los niños a comer de todo? El problema pronto será solucionado, si se sabe distinguir entre lo que se hace por capricho, y lo que se hace por hostilidad natural del estómago.

Por desgracia no existe un criterio justo y adecuado en estos casos. Lo mejor es insistir tratando de vencer la repugnancia, sobre todo cuando se trate de platos corrientes, pero sin demostrar mayor osbtinación que el niño mismo.

Frecuentemente la edad modifica el gusto de los niños, y es probable que más tarde degluten lo que antes les causaba evidente desplacer.

Los vestidos de los niños.—Fueren cuales fueren las exigencias de la moda los niños no deben vestir nunca trajes pesados y estrechos. Los trajes pesados fatigan rápidamente y deforman las partes del cuerpo de donde cuelgan, especialmente los hombros, que deprimen, sin contar el peso que gravita sobre el pecho, estorbando la respiración; siendo este último inconveniente, mucho más grave en los vestidos estrechos.

Los pulmones entonces funcionan mal, el tórax se deprime, las espaldas de doblan, y he ahí, una salud destruída a causa de los vestidos ajusta-

dos en demasía. Además los niños no deben sentirse nunca estrechos, y es preciso tener en cuenta, que en los chicos, un pequeño crecimiento puede determinar en pocos días la ampliación pectoral.

Menos grave, es el punto que se refiere a las estrecheces de las prendas del cuello, aunque es preciso tener cuidado con ellas, pues sus consecuencias pueden ser funestas: una mala circulación es el origen de muchas enfermedades.

Las madres que confeccionen en sus casas vestidos para sus hijos, deben tener en cuenta este punto. Un mal corte, puede originar una estrechez perjudicial y de ahí se deduce que el buen corte no sólo es cuestión de coquetería, sino también de salud.

En fin, lo esencial, es que todos los órganos, —todos,—puedan funcionar libremente sin impedimentos que dificulten sus ejercicios.

Tampoco es conveniente que los niños se habitúen a llevar en el invierno vestidos demasiado calientes. Pero esto es una tendencia y no una regla absoluta.

Es absurdo que, so pretexto de higiene, se pretenda acostumbrar a los niños a los rigores del frío. En este entrenamiento, como en todos los demás, es preciso ser mesurado si se quiere alcanzar éxito. En consecuencia se puede recomendar que el niño ande con las piernas desnudas, el cuello desnudo, los pies descalzos, (o en sandalias), y si el niño se habitúa a este régimen, entonces, estará en condiciones de resistir a muchas enfermedades. Lo mismo se acostumbra con los baños de agua fría: el procedimiento ha ocasionado tantos bronquitis y reumas, que resulta más peligroso que benéfico.

Mucho sueño.—No hay nada que deba permitírsele con mayor largueza que el sueño.

A este respecto es preciso dejar que se satisfagan, pues nada contribuye más eficazmente a su crecimiento y a su salud. La única regla que puede imponérsele es que se levante temprano: como corolario es preciso obligarlos a que se acuesten temprano. Con esto obtendrán dos ventajas: hallarse de pie, por las mañanas cuando el aire es mejor, y evitar por la noche la sociedad con personas mayores.

Esta liberalidad debe limitarse a la primera infancia, pues más tarde induce a la pereza. Sin embargo no es fácil determinar con precisión a qué edad deben reducírsele las horas de sueño. Generalmente se acostumbra a hacerlo entre los siete y diez años, pero siempre teniendo en cuenta su constitución, sus fuerzas y su temperamento.

De una manera general, si el niño es muy dormilón, entonces hay que reducirle las horas de sueño, poco a poco, hasta llegar a ocho, que son las que convienen a un chico que goce de buena salud. La reducción deberá hacerse por la mañana, pero con gran cuidado. El padre de Montaigne despertaba a su hijo al son de un instrumento de música. El procedimiento no es práctico, pero nos enseña a no ser bruscos cuando despertemos a un niño. Puede despertarse con rudeza diez veces a un niño diez veces se volverá a dormir. La única manera de conseguirlo, es despertarlo dulcemente y no abandonarlo hasta que no se haya levantado.

Los niños deben acostarse en un colchón más bien duro, nunca sobre un lecho de plumas, un colchón duro fortifica los miembros; una cama blanda, debilita el cuerpo en general y los riñones en particular.



El Hogar

Revista quincenal para las familias

Año X. BUENOS AIRES, 24 DE SEPTIEMBRE DE 1913. N.º 239.

LA MUJER ARGENTINA



Señora Virginia de M. de D'Ascenzo

Fot. Merlino.

Notas de la Quincena

Las inundaciones han puesto, de nuevo, en evidencia la tristísima situación de los barrios suburbanos del sur de la metrópoli. Todos aquellos vecindarios, constituídos en su inmensa mayoría por gente pobre,—jornaleros, obreros y trabajadores en general,—están condenados a perder periódicamente sus modestos enseres, penosa y lentamente adquiridos, y a vivir en la angustiosa incertidumbre del peligro, esperado y temido cada vez que el cielo amenaza tempestad.

Fácil es imaginar cuántas miserias, cuántas enfermedades y cuantos graves trastornos surgirán entre las víctimas de la inundación, y, especialmente, entre esa legión de niños semi-desnudos que aguantan temblando los latigazos de la lluvia, las mordeduras del frío y los tormentos del hambre. ¡Y pensar que esto se viene repitiendo año tras año, apenas la estación de las aguas inicia su inclemente reinado!

¿Cómo no ha de preferir el proletario la miserable zahurda del conventillo, si la vivienda independiente y sana del arrabal resulta un mito? ¿Cómo no ha de sufrir resignado los peligros de insalubridad, de vicio, de promiscuidad y hasta de crimen, de esos antros infectos, cada una de cuyas nauseabundas habitaciones cuesta tanto o más que una limpia y ventilada casita de extramuros, si en éstas le acecha una amenaza constante que no se cuida de alejar la acción resuelta y eficiente de la autoridad que corresponda?

* * *

Es inútil hablar de higiene y por consiguiente de salud cuando no puede substraerse al niño y al adulto de la atmósfera impura del conventillo, sino para arrojarle al peligro de muerte, de miseria y de desolación que hoy rodea a las tres cuartas partes de los arrabales de Buenos Aires.

En las líneas sombrías de este cuadro, el valor y la abnegación de los humildes, se destacan como simpáticas rachas de luz: ya es un intrépido marinero en lucha con las aguas, disputándoles cuerpo a cuerpo la vida de un hombre, de un simple prójimo ya exhausto y vencido, — o bien un valeroso agente de policía retando a la muerte en la realización de un doble salvataje; — ya el sentimiento hospitalario que permite albergar en dos pequeñas habitaciones en que vive la buena alma generosa con sus hijos, nada menos que diez familias con algunos enfermos...

La caridad porteña, la clásica caridad nuestra que está en todas las desgracias para ofrecer consuelos y auxilios, se ha puesto ya de pie. Ella es, al fin y al cabo, la única que puede descontarse como segura en todos los desastres, y sus bienes, amplios, sinceros y oportunos, no bastarán, con todo, a indemnizar a esos millares de desgraciados de sus horribles horas de angustia, de sus enseres, muebles y útiles arrastrados por la corriente, de sus corrales destruídos y de sus plantíos barridos por las aguas... Y no hablemos de las vidas perdidas, que no hay poder de caridad alguna capaz de devolverlas a los hogares enlutados.

* * *

Era tiempo ya de que nuestros hombres de ideas dejaran el retiro silencioso de sus Tebaidas y, predicaran el verbo de la Belleza y de la Poesía. Ayer fué Lugones; hoy es Almafuerte... El Odeon ha debido delatar la voz del pensador en su recinto, con estremecimientos de orgullo en los ecos repetidos de las bóvedas sonoras...

* * *

No he llegado aún a las últimas páginas del libro del señor Nelson "Hacia la universidad futura", y ya estoy encantada de la sana enseñanza que él contiene. Con sobria descripción y preciso estilo, transporta al lector a un verdadero país de ensueño. No creáis, sin embargo, que nos relate aventuras maravillosas, brillantes utopías o imaginativas transformciones y perfeccionamientos para el siglo venidero... ¡No! Todo su argumento se reduce a hacernos conocer cómo funcionan las universidades de la América del Norte... Y no os extrañe, caros lectores, que llame país de ensueño al pueblo estudioso de la gran república, — ya que aquí no hemos llegado todavía, no obstante nuestras pretensiones de marchar a la cabeza del progreso sudamericano, ni al comienzo de aquello que nos cuenta el autor del libro que menciono. Nos falta,—es cierto,—lo principal, lo que podríamos llamar la materia prima, ya que ogaño como antaño lo absolutamente preciso para hacer un guiso de liebre es, ante todo, tener a mano la liebre...

Sí; nos falta esa juventud enérgica, obstinada, resuelta y laboriosa, jóvenes y muchachas, en marcha recta hacia un ideal, con la conciencia clara de sus deberes y de su misión en la vida,— esa legión trabajadora y sencilla que lejos de desdeñar los menesteres humildes de las faenas domésticas y manuales, los acepta y alterna con ellos las lecciones de Ciencia, de Verdad y de Belleza que emanan de las aulas! Id a pedir a nuestras jovencitas estudiantes algo semejante a lo que hacen sus colegas norteamericanas en las universidades y ciudades universitarias que describe el señor Nelson; id a aconsejarlas que se desprendan de sus prejuicios, que venzan sus atavismos, que sean—en suma—el revés de lo que son... Os desafío a conseguirlo, y lo mismo digo de los jóvenes universitarios...

* * *

La tradición popular tiene a Agosto por mes nefasto, pero en razón de la variabilidad de las cosas humanas, parece que está llamado a ser Septiembre el sucesor de Agosto en tan ingrato papel. No hay día de estos quince corridos que, recorriendo las noticias de todo el mundo que los diarios nos dan, no anotemos un sinnúmero de hechos fatales, ya por causas voluntarias y de vulgar origen terrestre, ya por decretos inapelables de un poder superior o divino...

De todo puede encontrarse en estas columnas de cablegramas: robos, tempestades, asesinatos, incendios, catástrofes de aviación, derrumbes, venganzas, revoluciones, naufragios, choques, accesos de locura homicida, y creo que basta con esto para dar idea de lo bien que andan las cosas por todas partes. Suponed ahora, que eso que se trasmite es un caso solo de los muchos que ocurrirán en cada país y os convenceréis de que la primera quincena de Septiembre es digna de figurar junto a los Idus de Marzo...

Lola S. B. de BOURGUET.



EL SEGUNDO VIOLIN

Con la cabeza inclinada, los ojos fijos en el suelo, el violín apretado bajo la mejilla, el segundo violín parecía aislarse del resto del mundo en el bullicio del teatro.

En el escenario de aquel coliseo de provincia desfilaban los heroicos personajes de todo el repertorio de la ópera barata; amaban, luchaban y morían los gallardos barítonos y los simpáticos tenores bajo el fulgor de las candilejas, ante la admiración del ingenuo público de aquella villa provinciana, a la canción sonora de la orquesta que gemía en los violines y sollozaba en los óboes.

El segundo violín, aislado en su rincón, nunca levantaba la mirada para ver la agonía de las Traviatas ni el dolor de las Aídas.

Pero el público de aquel teatro, embobado ante los delirios musicales de los personajes, no reparaba en el solitario violinista que movía su arco en su rincón, sin conmoverse ante las hazañas, los dolores y los idilios que pasaban en la escena.



Muchas ciudades había recorrido ya la compañía de ópera; muchas le quedaban por recorrer aún.

Cuando terminaban las funciones en un pueblo, embalaban los maquinistas las selvas y las montañas de papel, arrojaban los Scarpias y los Otelos sus avíos arrugados en el fondo de una maleta, y toda la farándula saltaba al tren.

Era una pobre gente, toda aquella.

Unos pobres italianos errantes, envejecidos y fracasados, que andaban haciendo gorgoritos estridentes de pueblo en pueblo para tener qué comer.

La dulce Desdémona, que arrancaba tantas lágrimas a los públicos ingenuos, tenía tres pequeños flacos y pálidos que lloraban toda la noche en el camarín, mientras su madre se moría en una Venecia de papel desgarrado. Y el tenor, aquel tenor arrogante y noble, se moría de pena porque su mujercita endeble y enfermiza amenazaba no pasar el invierno...

Los cantantes del resto de la compañía tenían también sus historias humildes y obscuras. Pero las callaban heroicamente.

Y la gente de las ciudades pequeñas contemplaba con admiración aquellos hombres y mujeres ya viejos, tan pálidos y mal vestidos, que subían al tren y se iban después de haber revivido tantas cosas bellas, nobles y dulces, en el teatrillo polvoriento y silencioso.

Una noche de invierno encontré al segundo violín en un gran coliseo de la metrópoli.

Le esperé después de la función, y cuando el último automóvil se hubo ido y la calle se volvía desierta, apareció con la caja de su instrumento bajo el brazo.

En la quietud de un café nocturno, contóme a rápidos trazos una historia vulgar, que tuvo para mí el encanto indecible de las vidas humildes y grises.

Hablóme de su juventud, de cuando soñó ser un gran músico. Pero el lobo aullaba a su puerta, y tocó en la alegría de los cafés, hasta que encontró un puesto en una compañía de ópera barata, una compañía incompleta y errante.

Aquello fué su pesadilla. Los pobres cantantes le enloquecían con sus notas desafinadas; aquel errar continuo por villas lejanas, tocando en los teatrillos sucios, le llenaba de inconsolable tristeza. El, que había soñado siempre con las ciudades grandes y luminosas, con los públicos artistas, con los cantantes gloriosos...

Once años anduvo así. Todas las miserias de la farándula triste repercutían en su corazón y le parecían los suyos propios.

Al fin se habituó a aquel vivir errante, laborioso y obscuro. Tal vez era lo mejor.

Pero allá en el fondo de su corazón de artista, soñaba, soñaba siempre con las ciudades lejanas, las ciudades inmensas que recogen en su seno generoso a todos los artistas y los consagran con el laurel y el oro de la gloria...

El segundo violín se había quedado silencioso. Le pregunté por su madre, sus hermanos, su mujer, su novia, y me miró un instante, diciéndome con sencillez:

—No tengo más que mi violín...

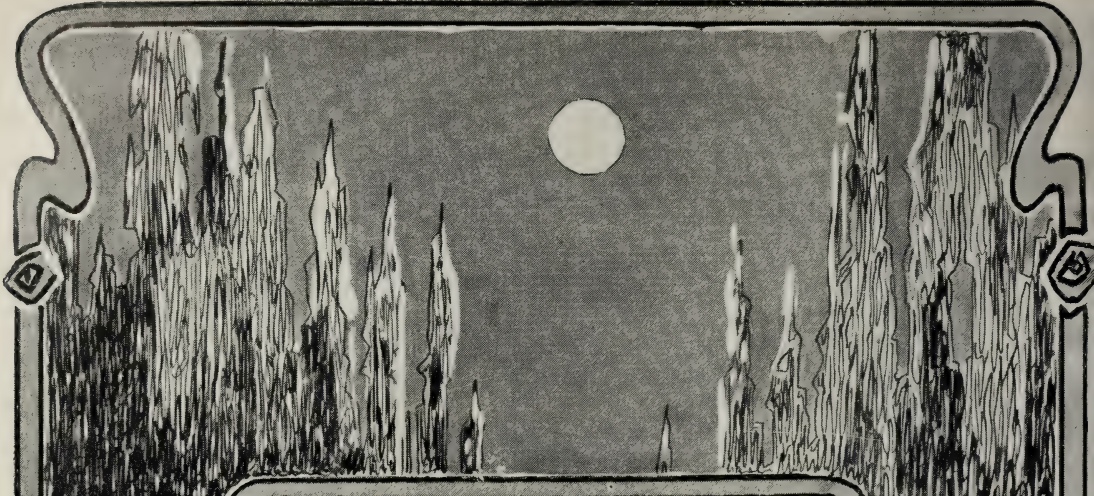
Volvió a callar. Tenía la caja de su instrumento sobre sus rodillas, la cabeza inclinada, los ojos fijos en el suelo. Estaba en el primer peldaño del éxito, pero aquellos once largos años, toda aquella vida obscura, miserable y errante, pesaba aún sus hombros.

Cuando tocaba en el grande y lujoso coliseo, veía aún los pueblos de provincia donde pasó su juventud, los teatrillos polvorientos, los malos cantantes, los públicos ingenuos y embobados; oía el llanto de los tres pequeños de Desdémona y la tosecilla de la mujer del tenor...

El segundo violín no alcanzó a tocar un mes en la metrópoli. Una noche vi una cara extraña en su lugar, y cuando inquirí noticias a un profesor, díjome que el segundo violín había abandonado voluntariamente el teatro. Creía que se había ido a las provincias, con una compañía de ópera.

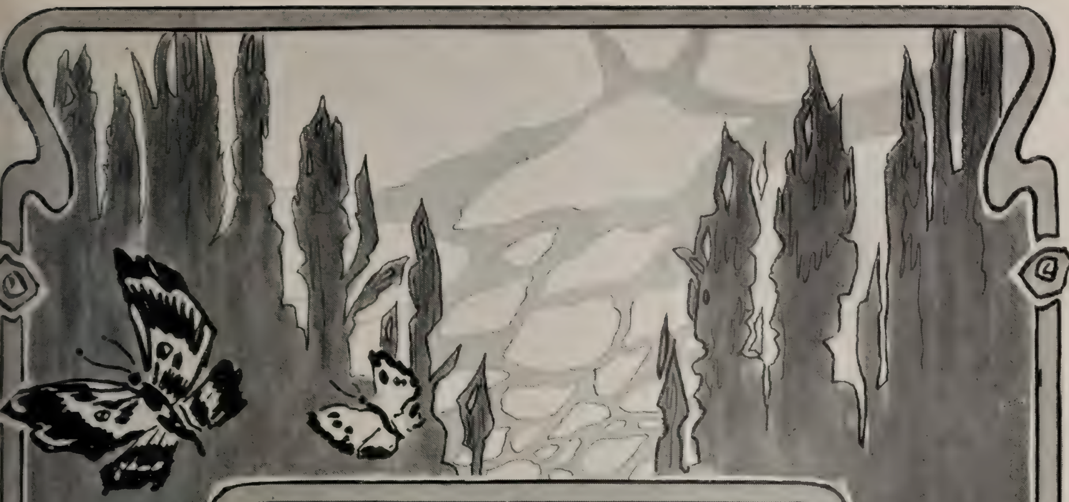
Héctor Pedro BLOMBERG.

Dib. de Pelayo.



El milagro del jardín

Era una tristeza antigua
la del jardín ideal,
sin la gaya ofrenda astral
que el desencanto amortigua,
y junto a la fuente ambigua
lloraba el mustio rosal.
Bajo los arcos gentiles
del propicio mirador,
no encantaba el surtidor
como en lejanos abriles,
e insinuaban los pretiles
vagos recuerdos de amor.
La siempre viva elocuencia
de las cántigas florales,
nevaba, sobre otoñales
olvidos, su indiferencia:
pues donde no está Clemencia
no puede haber madrigales.
Por eso el jardín sonoro
de mi Provenza interior
perdía su resplandor,
sin fragancia el rosal de oro,
bajo el romántico lloro
de ausencias del ruiseñor.
Sólo al claro de la luna
mi alma, viejo violín,
ante el dolor del jardín
deshojaba, sin fortuna,
líricas flores de alguna
serenata del esplín.
Y en su triste letanía,
por el seto sin verdor,
con el doliente fervor
de una esperanza tardía,
la virgen Melancolía
buscaba en vano una flor...
Hasta aquella Pascua blonda
de la aurora jazminera,
en que llegaste, viajera
de una lejana Golconda,
resucitando en la fronda
mis cantos de primavera.
Fué una transfiguración
maravillosa, encantada;
brotó por cada pisada
de tus pies, una canción...
¡Qué augusta resurrección
la del parque, a tu llegada!
¡Qué rumores de alegría,
qué ensueño en la rosaleda,
qué bullicio en la arboleda,
y en el aire qué armonía
difundió la fantasía
de tu abanico de seda!
La pompa crepuscular
vistió el cielo de escarlata,
bordando la escalinata
como un luminoso altar
y echó el ambiente a volar
sus mariposas de plata.
Luego, el triunfo de la vida,
por tus ojos de agarena,
mostró en tu gracia morena
una luz desconocida,
pura, radiante y florida
sobre tu sien macarena.
Las alondras matinales,
en el bosque de laurel,
desgranaron su rondel
en sartas primaverales,
y a tus fulgentes umbrales
sangró mi gloria el clavel.
Y en la olvidada fontana
del tritón, meridional,
su primavera augural
volvió a encender la mañana.
cantando la más lozana
de sus trovas de cristal.
Y huyó la vieja tristeza
con su máscara sombría,
vencida en la valentía
de tu alegre gentileza,
y el sol cuajó en mi cabeza
su fértil soberanía.
Y en todo, en todo el deseo
de amar, volvió a ser canción,
colores, ritmos, pasión,
perfume, gracia, himeneo,
arte, belleza, trofeo,
caricia, luz, corazón...
Porque tu ciencia divina
de diosa, de hada y mujer,
el arco supo extender,
con la flecha diamantina,
para clavar la eglantina
de tu hermosura en mi sér.
Y así, al conjuro armonioso
de tu alado ajonjolí,
fué vida triunfante en mí
tu talismán milagroso...
¡Y este es el canto glorioso
que voy cantando por tí!...
Como el ébano de Creta,
que siente hervir en su rama
toda la sangre que inflama
su flor de roja faceta:
así te siente el poeta,
convertida en flor de llama.
Y estás en mí, magna y sola,
como en el día el color,
como la esencia en la flor,
como el arrullo en la ola,
como en el triunfo la aureola,
como en el mundo el amor.
Tú estás en mí, acariciante
voz de un eterno cantar,
como el ave en el pinar,
como el brillo en el diamante,
como Beatriz en el Dante,
como el misterio en el mar.
Tú estás en mí, como el ala
está en el cóndor caudal.



como el ansia en lo genial,
como el aplauso en la gala,
como el laurel en la escala
que conduce a lo inmortal.

Y eres mágico lucero
de una azul constelación,
que alumbra mi corazón,
para alumbrarme el sendero
por donde marcho, romero
de una loca emigración.

De tu frente en el divino
contorno de serafín
triunfar he visto el jazmín
de mi futuro destino,
como estrella en que adivino
mi norte de paladín...

Y así algún día el doncel,
después del viaje ideal,
de tu torre al ventanal
llegará con su corcel,
para ofrendarte el laurel
de su conquista inmortal.

Y en la turgente diadema
de tu garganta gentil,
pondrá el brillante marfil
de algún soberbio poema,
como una espléndida gema
sobre una rosa de abril.

Nada igualará al tesoro
de su encantada Stambul,
florecida bajo el tul
de tus leyendas que adoro,
cuando sus góndolas de oro
sueñen en tu lago azul.

Será en nosotros el modo
de amar distinto también:
mi palma sobre tu sien,
tú, por encima de todo;
y el amor, inmune al lodo,
sobre los dos, como el bien.

Caerá en lluvia bienhechora
sobre el fecundo terreno,
como el resplandor sereno
de una magnífica aurora:
¡oh, cosecha embriagadora
de bendición, en tu seno!

Y lucirá la obsidiana
de tus ojos pasionales,
como en esos madrigales
en que mi ensueño se afana...
de una Venecia lejana
por los tranquilos canales.

Pues mi alma, como una flor
al triste otoño marchita,
se estremece y resucita
de tu mirada al calor:
mi alma es un lirio de amor
que de tu luz necesita...

Puerta de sándalo rosa,
que se abrió ante mi tristeza,
descubriendo la belleza
de una ciudad prodigiosa:
¡yo no sé qué misteriosa
luz, difunde en mi cabeza!

Tuya es la gloria florida
de que haya resucitado
este manantial cansado
de mi juventud perdida.
¡Tú me has devuelto a la vida,
y yo la vida te he dado!

Yo soy así, como el viento,
como el sol, como las flores:
doy enteros mis amores,
mi savia, mi pensamiento.
¡Y pago el bien de un momento
con mis momentos mejores!

Y así estoy en tí: como una
gratitud que no he descrito,
como un consuelo infinito
bajo una noche de luna...
Por tí, tengo la fortuna
de que mi amor quede escrito.

Y por tí vuelve a soñar
el andante caballero,
por tí el audaz mosquetero
la espuela vuelve a calzar;
por tí, vuelven a flotar
las plumas de su sombrero.

Por tí, del ancha Castilla
surgiendo en la carretera,
torna su audacia guerrera
sobre la tierra amarilla,
y abre al espacio en la silla
las alas de la Quimera.

Por tí, sin paz ni reposo,
vuelve el soñador andante
en busca de Rocinante
con su lanzón victorioso...
¡Cuántas Villas del Toboso
sueña, camino adelante!

Y el mar negro de mi hastío
se torna alegre y sonoro,
bajo el sublime tesoro
de tu bendito albedrío,
que es un gallardo navío
como una alondra de oro.

Bien haya el destino fiel
que así te brinda a mi suerte,
hurtándome al roce inerte
de la farándula cruel,
que antes de darme un laurel
quería hundirme en la muerte...

¡Por mi amor y tus venturas,
soy capaz de las más puras
y recias temeridades,
de las mayores bondades
y las más santas locuras!

Porque tú estás en mi vida
como en la aurora el color,
como la esencia en la flor,
como la sangre en la herida,
como en el triunfo la egida,
como en el mundo el amor...

José de MATURANA.

Dib. de Bolín.



SUEÑO DE AMOR

CON el rápido movimiento que, dirigiéndose a Juan Real, hizo la señora de Espinosa, la cola del vestido, arrollándose en torno de sus pies, formó una especie de pedestal a su esbelta figura, erguida en mitad del salón.

Y habló ella en estos términos:

—¡No le amo a usted, por que no le amo, amigo mio! Y no es que mi pasado matrimonio me desilusionara con respecto del amor, pues a pesar de no haberlo encontrado en mi difunto esposo, no he renunciado a él. Antes bien, al contrario, por no haberlo obtenido me parece todavía más maravilloso. La música fué el lenguaje que hablaba a mi corazón, el sueño de los poetas henchía de ella mi pensamiento, y en una palabra, amé y amo todavía...

—¿A quién?

—¡Oh, tranquilícese! No es más que un sueño. Jamás ví a aquel a quien amo, y es indudable que ni siquiera le veré nunca.

Dió un paso, como arrastrada en pos de su quimera; después quedóse callada y pensativa, inclinó la frente y dejó caer ambas manos cruzadas.

Real hízose a un lado. Su mirada, vagando de una parte a otra, llegó a fijarse en una mesa sobre la cual había un libro. Su título "Sueño de amor", resultaba para él singularmente irónico. ¡Precisamente era obra suya! Su primer libro, versos publicados en otro tiempo bajo un pseudónimo. Nunca hablaba de ellos, y ya casi los había olvidado. Rozó ligeramente las hojas del volumen y dijo, burlándose de si mismo:

—¡Cosas que se escriben a los veinte años! ¡Alguna vez hasta se piensan!

Una sonrisa de indulgente lástima detuvo en los labios de la señora de Espinosa una protesta para la opinión de Real. Por otra parte, éste se despidió brusca y silenciosamente. La señora le acompañó hasta la puerta.

Al pronto, juzgó Real que tan sólo la ausencia, algún largo viaje, podría apaciguar su violenta desilusión, y disponíase a hacerlo, cuando recibió una carta que su editor le trasmitía. Después de abrirla y leerla, la estrujó con despecho. ¡Todavía "Sueño de amor"! La burla le iba persiguiendo, pues hete aquí que con sus versos había latido un corazón de mujer, se había caldeado un cerebro. Una desconocida le expresaba su admiración y su emoción al mismo tiempo.

Real se encogió de hombros. ¡Alguna enferma! ¡Alguna loca! ¡Seguramente una romántica!

Sin embargo, no rompió la carta y la leyó de nuevo. La letra era bien trazada, suelta, elegante. Revelábanse en ella la juventud y la distinción de la mujer con seguros indicios.

Sin darse cuenta de ello, Juan Real fué resbalando por la pendiente de una tentación, cedió a la necesidad de apoyarse en un pensamiento amigo. Tal vez encontrase en aquella aventura un alivio. Aún concebía la esperanza de curar su amor con otro amor.

Y contestó la carta.

A ésta siguieron otras y empezó un idilio novelesco, absurdo, del cual él mismo se burlaba muy donosamente.

No tardó, sin embargo, en gustarle semejante jingo y enfrascarse en él desesperadamente. Al mismo tiempo que derramaba en sus cartas todo el fervoroso duelo de su amor, se complacía adornando de atractivos y belleza a la desconocida admiradora. El misterio la poetizaba.

Los sentimientos que a su vez expresaba ella en sus cartas, le atribuyeron miradas de ternura que atravesaban llamas; la gracia de su pensamiento se expansionaba, sin duda, en frescas sonrisas de su boca y en lo rosado de su cutis; y la armonía de las frases hiciéronle ver espléndida y magnífica a aquella mujer desconocida, que tal vez encarnaba el olvido y el desquite de los pasados sufrimientos.

Tras de algunas semanas de puntual correspondencia, llegó el día que, por fin, los dos debían conocerse y eligieron una mañana primaveral para la primera entrevista.

Sitio: un delicioso parque.

Juan Real volvía a sentirse pueril al estar cerca del pequeño lago, punto de la cita, donde se reflejaba esbelta columnata de blanca piedra. ¿A qué aventura trivial o estúpida accedía? ¿Qué mujer iba a acercársele? ¿Bella? ¿Fea? ¿Qué burla le reservaba todavía el destino? O ¿qué minuto grave iba a sonar en su vida?



Chorros de sol caían dentro de los árboles en el agua semi-rubia. Un jardinero, distraído y perezoso, arrastraba con indolencia una pértiga por la calle de árboles. A lo lejos, en las encañonadas brillantes, en los céspedes rasos, de entre los cuales surgía a veces la blancura de un mármol, pulverizábanse chorros de agua y se tornasolaban en mudos arco-iris.

La misteriosa imagen flotó allí fugaz, inaccesible. Participó de la belleza de las flores y de los mármoles y del explendor de los sonoros versos.

Forjáronla en el recuerdo y el ensueño, y la idea indestructible de la señora de Espinosa, bañóla con su reflejo mezclando en ella por instantes la dulce y triste sonrisa de la joven viuda y su mirada soñadora.

De pronto unos pasos hicieron crujir la arena. El corazón de Real latió bruscamente; luego se detuvo y presa de sin igual trastorno, gritó, tendiendo las manos:

—¡Usted!... ¡Es usted!...

Imaginóse que era ilusión aquello, que era el poder de la imaginación, la porfía de antiguo amor que no le abandonaba.

Pero la señora de Espinosa tenía en la mano un libro, su libro "Sueño de amor".

—¿Es posible? ¡Usted me amaba sin saberlo! ¡Mi rival era yo mismo!

La señora de Espinosa hizo un débil gesto. "¡No le amo a usted, porque no le amo!

Hubo un silencio prolongado.

—¡El de usted—interrumpió Real—no era más que un sueño!

—Precisamente. Un sueño que jamás será sustituido por otro. El libro se había deslizado suavemente de su mano y al dar en el suelo hizo un leve ruido...

Roberto BUENO.

Dib. de Caro.

Instituto nacional para ciegos

Los diputados nacionales señores Agote y Carranza han presentado a la cámara de que forman parte, un proyecto referente a la fundación de un instituto argentino para ciegos que comprendería los departamentos y accesorios para la enseñanza primaria, profesional y artística de los ciegos de ambos sexos hasta la edad de 22 años.



Orquesta

El proyecto que nos ocupa, lleva un fondo muy humanitario. En el seno mismo de la cámara ha producido excelente impresión, dando margen a comentarios enteramente favorables.



Jardín de infantes

Nosotros reconocemos la bondad de la idea, no así su originalidad, pues hace muchos años que, en nuestra capital, funciona un instituto idéntico al proyectado por los señores Agote y Carranza y el que, de más estará decirlo, desempeña un importantísimo papel en la educación de las criaturas que han tenido la desgracia de nacer ciegas.

El "Instituto Nacional para ciegos" fué fundado hace 12 años por la señorita Eva San Román, uruguaya.

La creación de este instituto vino a llenar un sentido vacío que comenzaba a preocupar a las personas de sentimientos nobles y caritativos.

Aquí, como en todas las grandes poblaciones del mundo hay necesidades y miserias, las que es humano combatir por medio de asociaciones, asilos, institutos y escuelas.

Estas razones fueron las que tuvo en cuenta la señorita San Román, al gestionar la creación de un instituto para ciegos.

Conseguida la fundación bien pronto se impuso, así como saben imponerse todas las cosas que son buenas. Poco a poco ha ido ensanchando su radio de acción hasta colocarse a la altura de los mejores de América.

El instituto tiene por fin educar e instruir a todos los ciegos de la república, mediante métodos y procedimientos especiales; proveer de conocimientos en un oficio o profesión de acuerdo con las aptitudes individuales, eligiendo ocupaciones a los alumnos que aseguren el desarrollo de las aptitudes físico-psíquicas y un medio seguro y lucrativo de vida.

La institución tiene las siguientes secciones: escuela preparatoria, escuela de instrucción general y escuela profesional, al frente de las cuales se encuentran maestros y profesores de suficiente preparación para educar a los alumnos.



Clase de geografía

El plan de estudios comprende: lectura y escritura de Braille, ocupaciones propias del jardín de infantes, lecciones de cosas, gimnasia, canto, cálculo mental, escritura con máquina de escribir, idioma nacional, aritmética, historia, geografía, moral, instrucción cívica, ejercicios físicos, música, etc., etc.



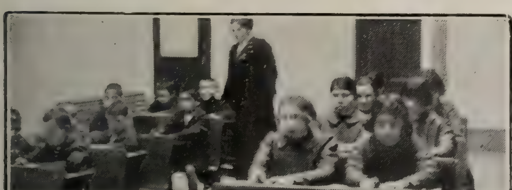
Ejercicios físicos

En la visita que hicimos días pasados al instituto nacional de ciegos tuvimos ocasión de observar la dulzura y el cariño con que se trata y educa a los alumnos. Los maestros ponen toda su buena voluntad, toda su dedicación y toda su inteligencia para que los ciegos aprendan a ser útiles y puedan sobrellevar la carga de la vida.

Estos, por su parte, se muestran atentos, estudiosos y contraídos. Sus rostros no reflejan pena, ni sus cuerpos son enclenques como si les faltara savia de vida. El ejercicio físico, la gimnasia, el estudio, el aire, la vida metodizada y el buen trato influyen en favor de la salud de todos ellos.

—¿Está usted contento?—preguntamos a uno que estudiaba anatomía, palpando con cuidado el esqueleto de un cuerpo humano.

—Sí. Pude ser muy desgraciado, porque me falta lo más esencial en la vida. Aquí se está bien y pocas veces pensamos que somos ciegos. La ceguera está sustituída por maestros buenos y



Clase de escritura Braille



Clase de aritmética

cariñosos. ¡Y eso vale mucho! Puede decir, señora, que aquí nos encontramos como en la gloria.

Hemos presenciado también una interesante clase de geografía, en la que algunos revelaron estar a un nivel superior a muchos que se titulan escritores y dicen que la Argentina es capital de la nación de Misiones.



Banda del establecimiento

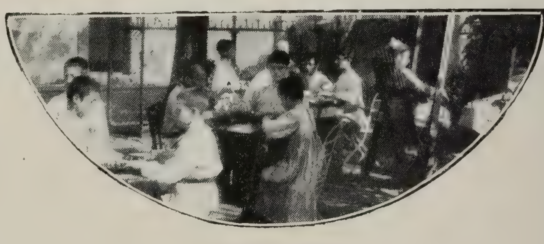
Otro grupo interesante es el de la banda. Ejecutan trozos delicados, con una precisión y un sentimiento que encantan. Escuchándolos hemos recordado aquello de ''todo ciego es un excelente músico.''



Clase de zoología

¿Y la orquesta? Los alumnos, mientras tocan, parecen sonreir, comprendiendo sin duda que un fotógrafo los está enfocando. Observando las fotografías que ilustran estas páginas se podrá notar algo de alegría en el rostro de los ciegos.

Muchos de ellos hablan con sorprendente naturalidad; cualquiera diría que ven tanto y tan bien como nosotros mismos. Ese fenómeno es hijo de la educación especial y esmerada que reciben en el establecimiento y, también, al interés con que estudian, sacando provecho de las lecciones.

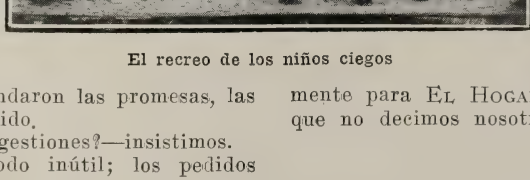


Juego de ajedrez

—¿Tropieza con muchas dificultades la institución de los ciegos? —preguntamos a uno de los profesores.

—No señor. El ciego, por instinto propio, es calmoso, obediente y atento. Tan fácil es enseñar a leer a un ciego, como a uno que ve perfectamente bien. Muchos de estos ciegos que usted ve, tienen una preparación más o menos completa.

En efecto: asistiendo a varias clases de lectura, escritura, aritmética, geografía, zoología, etc., nos hemos podido dar cuenta de cuanto se nos decía.



El recreo de los niños ciegos

—¿Cuenta con algún apoyo oficial esta institución? — preguntamos a uno de los profesores que nos acompañaba.

—Cuenta con muchas promesas pero nada en el fondo. Esta institución fué nacionalizada en 1909 y, entonces abundaron las promesas, las que aún no se han cumplido.

—¿Y no se han hecho gestiones?—insistimos.

—¡Y tantas! Pero todo inútil; los pedidos no se atienden, no obstante la justicia que los acompaña.

Y es una lástima que instituciones de esta clase estén condenadas a una vida anémica por falta de recursos y apoyo oficial.

El dinero, o parte del dinero que se emplea en obras inútiles o de reducida importancia, debía destinarse a las escuelas de la índole del instituto que nos ocupa.

Antes de pensar en palacios de oro, de mucho relumbrón, y en los que se sepultan millones y millones, es necesario, más aún, es humano dar un ligero vistazo por esas instituciones, que recogen en su seno a todos los despara prepaamparados ralos para la dura lucha por la vida.



Clase de anatomía

Y en las condiciones del instituto nacional para ciegos hay muchas escuelas en esta capital.

Cuando su acción es más necesaria, cuando es mayor el número de personas que reclaman sus servicios tienen que cerrar las puertas porque la falta de recursos es un tirano de corazón duro como una piedra.

El instituto que hemos visitado, no obstante la estrechez en que vive, presenta, interiormente, un aspecto que encanta y conmueve al propio tiempo.

La sencillez del conjunto forma marco con el aseo que se observa por doquier. Allí se hace obra humana y obra buena.

Con una regular subvención mensual, el instituto para ciegos se colocaría en inmejorables condiciones, tanto más cuanto con ese dinero la dirección podría llevar a cabo algunos proyectos que nos bosquejó y que conceptuamos muy buenos.

Para hacer una crónica detallada necesitaríamos disponer de mucho tiempo y espacio.

El lector que desee darse cuenta de lo que es el Instituto Nacional de ciegos, fundado por la señorita Eva San Román, puede observar las fotografías que ilustran estas páginas, tomadas expresamente para EL HOGAR. Ellas, quizás, digan lo que no decimos nosotros.

Juana **MOLINA.**

BODA



Los novios Srta. Norah Cabral Hunter y el Dr. Antonio Marcó del Pont, saliendo del templo



APESAR de todos los consejos de parientes y amigas, Luisa no consintió en romper su compromiso con Ramón.

Sabía, sí, que Ramón era algo dado a la bebida, pero pensaba que su cariño y su amabilidad tendrían sobre él más dominio que el embrutecedor placer de la bebida.

Influían en este sentido las palabras que tantas veces le había oído decir que cuando fuera casado no bebería más.

Mil veces repetía que al encerrarse en su piecita, sola y fría, después de todo un día de labor, una indecible tristeza invadía su alma.

Sólo los que han vivido durante años esta vida de hombre solo—decía Ramón—pueden comprender todo lo que de lúgubre encierra la palabra "solo".

La pobre Luisa creía en las promesas de enmienda. No sabía, en su inocencia, que tarde o temprano vuelve al vicio el que en el sendero del vicio anduvo!

Ramón había vivido siempre solo. Sus padres lo habían abandonado muy pequeño, lanzándole a la batahola de la vida, donde no tenía en su soledad ni el consuelo que presta la lectura.

El libro, ese amigo siempre dispuesto a agradarnos, a elevarnos y distraernos, era para Ramón un enigma.

Aquellas paredes desnudas, aquella cama mal tendida, aquella ropa en desorden; todo, en fin, en aquella piecita del fondo de un conventillo, se le hacía insoportable.

Las horas de que disponía entre el trabajo y el sueño, las pasaba entonces, en la taberna, sentado ante una mesa, donde dejaba en íntima trinidad su salud, su dignidad y su dinero. Pero en el fondo, era un buen muchacho.

Amaba a Luisa porque era limpia, ordenada y dulce sin ser servil, altiva sin ser altanera.

Con ella veía ya aquella piecita llena de las mil chucherías femeniles que alegran la vista; veía su ropa bien doblada en su baúl; la mesa de pino blanco, escrupulosamente cepillada; el piso siempre limpio, y... cuando su imaginación volaba más adelante, veía dos manecitas sonrosadas que, agitándose en la cuna, parecían en su mudo lenguaje, llamarle por el dulce nombre de ¡papá!

¿Por qué, pues, no había de ser feliz, él, que tan poco pedía para serlo?

. . . .

Casáronse... y en la casa de Luisa, entre uno y otro sollozo comprimido de la madre, se oía la voz de don Jenaro que, con una copa de barbera en la diestra, gritaba:

—¡Salute! ¡Viva Italia!

Luisa que había sido educada con la sublime plegaria del trabajo en los labios, convirtió en realidad el sueño de Ramón; y hasta la segunda parte de su fantasía, cumplióse también, pues al año ya aquellas manecillas sonrosadas se agitaban en la cuna.

Pasaron muchos años en el correr monótono de la vida, Ramón trabajaba siempre en la empresa de un ferrocarril; Luisa ayudábale con su costura para poder dar a su único hijo una educación e instrucción de que ellos estaban privados.

Antonio, que así se llamaba el adorado muchacho, no había heredado de sus padres el amor al trabajo. Era perezoso, vicioso, embustero, y aunque no carecía de inteligencia, sólo la ponía al servicio del mal.

¡Cuántas veces Luisa y Ramón, mirando a su hijo sentían correr por sus mejillas dos lágrimas de fuego!

Se emplearon todos los medios para encarrilarlo en la senda del deber: la violencia sucedió a la excesiva bondad, pero todo fué inútil.

Así como bendición vieron aproximarse la época de prestar a la patria el servicio militar.

Jugaba en la calle el dinero que le daban para sus útiles; permanecía en la plaza las horas de clase; imitaba las firmas en las libretas de la escuela, y hasta sabía sacar monedas del bolsillo de su papá, o billetes en el escondite de la madre.

Tocáronle dos años de marina.

Dos años durante los cuales, si no podían cambiar su alma envilecida, al menos someterían su voluntad a una disciplina que podría influir favorablemente sobre su carácter, y más aún, se le apartaría de tantas malas compañías con las que no hacía sino acrecentar sus vicios con el contacto de los vicios ajenos.

Ramón había obtenido un puesto de confianza.

Como desde que se había casado no se le había vuelto a ver ebrio, sus jefes le habían nombrado guarda-agujas.

Agrégase a su buena conducta que había ingresado en una escuela nocturna al poco de haberse casado, y antes de 6 meses sabía leer y escribir lo bastante para seguir instruyéndose por medio de la lectura.

Nada sabía de lo que significa la auto-educación, pero la practicaba con maravilloso resultado.

El puesto que ocupaba desde hacía 5 años era de suma responsabilidad, en el que miles de vidas quedaban libradas a sus manos.

Año tras año pasaba la vida en aquella especie de torre de vidrio donde brillaban, numeradas, una cantidad de palancas.

La mano sobre ellas, el oído atento a los más lejanos silbidos de la locomotora, y la vista fija en la tira Morse, cumplía con la religiosidad de un sacerdocio, aquella misión delicadísima.

Sin embargo su corazón gemía de dolor.

Luisa, su tan amada Luisa se iba; las penas que en secreto había sufrido por la inconducta de su hijo, habían quebrantado irremediablemente su salud.

Una tosesilla seca la atacaba todas las mañanas con insistencia; sus fuerzas flaqueaban; sus ojos se rodeaban de un círculo cada vez más negro, y sus mejillas se coloreaban de un rojo que hacía resaltar más aún la palidez de sus labios, casi cadavéricos.

Aunque Ramón no sabía de medicina, cuando vió que su compañera esgarraba pequeños hilos de sangre, comprendió que estaba atacada del terrible mal.

Duplicaba sus cuidados y la rodeaba de un cariño casi maternal; pero la nube negra no había disipado el horizonte.

Su hijo no se había conducido mejor en las filas militares, que lo que lo había hecho en la vida del hogar.

La disciplina le era insoportable y un día, tal vez sin medir la extensión de sus palabras, insultó a su jefe inmediato, y cuando éste quiso hacer uso de la autoridad que, sobre el conscripto, le daba su grado, recibió en pleno rostro una bofetada.

Ya no había remedio; Antonio iba a ser juzgado por un consejo de guerra, y el fallo de este consejo se preveía de antemano. Tal noticia llegada a oídos de Luisa, fué su sentencia de muerte. Por más precauciones que tomara Ramón para comunicársela, el golpe fué fatal. esa misma noche, en un violento ataque de tos, quedó inconsciente en brazos de su compañero a quien tanto amara.

¿A qué intentar la empresa de describir la pena de ese hombre que lloraba amargamente a un tiempo la muerte de su Luisa y la condena de su hijo?

Y en medio de su dolor, sólo acertaba a exclamar con el más triste de los acentos:

—¡Otra vez "solo"!

"Solo", con la imagen de esos dos seres que se habían llevado los pedazos de su alma; "solo", llegó hasta odiar el recuerdo de ese hijo que, con su mala conducta había acelerado el último suspiro de su madre.

. . . .

Pasaron cuatro años en el correr monótono de aquella existencia alejada del resto del mundo. Allá en su casilla de señales, cuando apoyado sobre las palancas veía en su imaginación el cuadro de una catástrofe, ante sus ojos pasaba, teñido en rojo, el fantasma de la venganza. ¿No tenía él derecho a matar ya que otros hombres habían matado a su hijo? ¿No tenía él derecho a matar ya que su hijo había muerto a su madre? Pero un acontecimiento imprevisto vino a cambiar el rumbo de sus ideas; vino a traer un poco de esperanza en aquella vida, un poco de satisfacción para esa existencia...

¡Ya no estaría más solo!

Su hijo, su Antonio qu tantos pesares le había dado y del que ninguna satisfacción había podido obtener, era ya padre cuando las leyes militares condenáronle

a muerte. Aquella criatura nacida fuera de los convencionalismos sociales, era también víctima de sus errores. ¡Aquella mujer que hubiera podido borrar su falta con el heroico papel de madre, no quiso exponerse a la crítica social y agregando el crimen a la ligereza, abandonó su hija, pobre víctima de errores ajenos!

Ahora esta niña tenía 6 años y vivía con una mujer de alma noble y generosa que, a pesar de sus 5 hijos y de su situación precaria se había hecho cargo de ella.

Pero todo lo ignoraba don Ramón, aunque bien pronto debía saberlo... ¿y de qué manera?

En las mañanas en que no estaba de servicio, solía sentarse sobre un banco cercano a la puerta de una escuela, y se entretenía mirando los pequeños niños que jugaban mientras la campana no les llamaba a clase.

Interesóse por una pobrecita niña que, maltratada y vejada, lloraba en un rincón, y a quien las compañeras más grandecitas, en la inocente maldad de sus cortos años, repetían sin cesar: "salí, nosotras no queremos jugar contigo porque eres chica sin padre ni madre".

La chiquilla lloraba más, quizá, por la privación del juego que por las crueles palabras que oía, pero acostumbrada ya al sufrimiento, no profería ni una queja.

Cada día a la misma hora, don Ramón iba frente a la escuela y mientras los demás niños jugaban, él llamaba a la desechada niñita y le regalaba juguetes golocinos y cariños.

El afecto fué mutuo; la chica contó en su casa lo que le pasaba y pronto don Ramón fué el amigo de aquella buena gente.

Hoy un dato, mañana otro, el enigma se fué descifrando poco a poco, llegando a la conclusión de que la niñita no era otra sino la nieta de don Ramón, la hija de su Antonio.

Loco de alegría al abrazarla exclamó, por segunda vez en su vida: "¡Ya no estaré solo!"

Llevóla a su casa y consagró a ella todo lo que le restaba de afecto.

La alegría de don Ramón no fué, sin embargo, duradera.

Esta criatura le recordaba incesantemente la niñez de su hijo, y por consiguiente, la imagen de su Luisa; estaba ahora en la peor de las soledades, pues era la triste "soledad de dos en compañía".

Hoy por aplacar una pena, mañana por ahogar un recuerdo, Ramón volvió a ser el antiguo parroquiano de la taberna.

Ebrio del todo, no se le veía; pero en la resbaladiza pendiente del vicio ¡es tan difícil detenerse!

Un día el jefe de la estación fué a la casilla a comunicarle que, a causa de un descarrilamiento producido a algunos kilómetros de allí era necesario cambiar la línea de los trenes dando paso en una vía suplementaria al que iba a llegar de las carreras atestado de gente.



Parecía que un presentimiento hubiera anunciado al jefe un próximo desastre.

Nunca, como en esa oportunidad, le había recomendado serenidad y exactitud, y tantas veces le había repetido palanca número 4 en la vía número 7; palanca número 2 en la línea número 5, que hasta la inocente criatura que allí estaba con su abuelito, sabía de memoria el orden de los cambios.

Ramón estaba malhumorado; sus ojos inyectados en sangre parecían buscar en el infinito, la víctima a su venganza; un temblor convulsivo agitaba sus huesosas manos, y se mostraba indiferente a las carreras de su nietita.

Eran las 3 de la tarde, y no había que hacer ningún cambio hasta las 7; ¿por qué no había de salir un momento de esa casilla?

Sí; saldría de aquella casilla cubierta de palancas, cuajada de indicaciones y letreritos que recomendaban un sin fin de cosas para evitar eminentes catástrofes que podrían causar males enormes.

Pero él, aquel día, se sentía triste, más triste que nunca; la bebida le producía sueño, un sueño que lo volteaba, oscureciéndole la inteligencia.

Y sin querer, la imaginación de su cerebro enfermo, recorrió largos trechos pasando sobre recuerdos que permanecían olvidados. ¿Por qué no podría salir un momento, tan solo algunas horas, las suficientes para cerrar los ojos y espantar esa pesadez terrible que lo tenía enfermo?

¿La obligación? ¡Bah! Desde que la desgracia se cebó en él con felino refinamiento, vivía durmiendo como si en su cerebro hubiera entrado alguna ráfaga mala, como si el dolor lo hubiera embrutecido.

—¡El empleo!—dijo mirando las negras palancas de señales y desvíos que permanecían enfiladas en la casilla y, una sonrisa de profundo desprecio apareció en sus labios sin color. —¡Vaya una ganga! Trabajar toda la vida para eso... ¡para nunca ser nada!

Y otra vez sintió pesadez en la cabeza, malestar en el cuerpo, pesadez en las piernas. Decididamente estaba mal; sentíase viejo y abrumado por las penas sufridas, quemado por la llama del alcohol.

—¡Lo único bueno es beber!—exclamó de pronto sin cuidarse de la niña que lo contemplaba en silencio, ignorando su inocencia de niña la enorme batalla que se libraba en el alma de su abuelo.

—Lo encuentro mal abuelito—dijo de pronto la pequeña.

—Sí; hace mucho que una llama me devora, consumiéndome la vida.

Y al hablar así, decía la verdad. Hacía meses que había vuelto a la vida de la taberna con el propósito de olvidar penas y apagar dolores.

—Usted tiene sueño.

—También es cierto. Tengo sueño. Iré a dormir.

Después enmudeció otra vez y, nuevamente experimentó las puñaladas del cansancio en todo el cuerpo.

La noche era oscura y silenciosa; en los alrededores de la casilla todo era negro como el destino del guarda-agujas; y era aquella soledad, aquella calma, invitaban a dormir.

Ramón miró a la niña y la idea de dormir ganó terreno en su cerebro de hombre enfermo, de obrero alcoholista y roído por un sin fin de sufrimientos.

A la idea siguió el hecho. Quedó sola la niñita, y entretenida con un libro de láminas que ese mismo día le había regalado el jefe, no se dió cuenta de la salida del abuelo; pero de pronto, el crepúsculo tendió su melancólico manto, y la niña empezó a tener miedo, y entre llorosa y asustada resolvió esperarle.

De repente el estridente silbido de la locomotora se hace oir; ya a lo lejos se distinguía como un punto negro aquel monstruo de acero, y aún no estaba en su puesto el guarda-agujas. ¿Qué hacer?

El sublime recurso de los niños... ¡lloró! Un segundo y más intenso silbato hendió los aires, y la criatura en un supremo esfuerzo de voluntad fué hacia las palancas, recordó las palabras del jefe, se acordó de aquel tren que llegaba atestado de pasajeros, y consciente de su valor, apoyó con toda la fuerza de su cuerpecillo sobre las palancas 4 y 2, hasta colocarlas respectivamente en las líneas 7 y 5.

En ese mismo momento el convoy pasaba como una exhalación frente a la casilla de vidrio donde la pobrecita niña lloraba en un sentimiento que llenaba de pena, de miedo y de orgullo de sí misma.

Fuera imposible describir la ternura profundamente inexplicable de aquel momento en que su tierno corazoncito de niña palpitó con esa inusitada violencia de los instantes más supremos de la vida.

Una mezcla de angustia y de satisfacción la hizo estremecer de pies a cabeza; y suspiró, rendida por el esfuerzo enorme realizado, cayendo, después de un intenso sollozo, en ese raro sopor que producen los estremecimientos impresionantes.

Un hombre hubiera sufrido idénticas sensaciones.

Largo rato estuvo la pobre niña sollozando. Por fin levantó a cabeza, y miró ávidamente hacia la dirección en que el tren, como una culebra gigantesca, había desaparecido...

Una hora después, se encontraba en medio de la vía, algo distante de la estación, el cuerpo destrozado del guarda-agujas, que del sueño alcohólico había pasado al sueño de la tumba.

Sorprendidos, corrieron todos hacia la casilla y allí, apoyada aún sobre las palancas, se había dormido, a fuerza de llorar, aquella pequeña heroina, salvadora de tantas vidas.

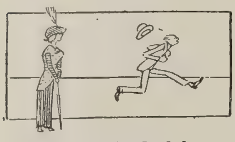
Una dama que, a su bondad de alma unía una regular fortuna, adoptó como hija a aquella niña para derramar sobre su tierna almita toda la ternura de su corazón de mujer, es decir, de madre, ya que en inseparable unión nuestro espíritu concibe siempre estas dos grandes imágenes: mujer y madre.

Josefina **DURBEC ROUTIN.**

Dib. de Bolín.

Los avisos y agencias matrimoniales

PARA cada mujer hay en Buenos Aires más de cien hombres. Y sin embargo las pobrecitas mujeres no nos casamos—nos dice una señorita amiga, más deseosa de tener novio que de vestir santos. Y agrega, con picaresco mohín: —Ya ni el flirt nos sirve. Tenemos que recurrir a otros medios...



Huye a mitad del encantamiento

¿Cuáles serán esos medios? No es cosa de pensarlo mucho; pronto se da en el clavo.

A nosotros, al menos, se nos ocurre pensar que son los avisos y agencias matrimoniales.

Pero ¿se publican en Buenos Aires esos avisos? ¿Existen esas agencias?

De los avisos no puede dudarse; basta hojear una sección que se publica en la página de anuncios chicos de un diario de la mañana. Respecto a las agencias, hay que ponerlas en cuarentena; y si es que en verdad existen, no están aún lo bien organizadas que a su funcionamiento convendría.



Siguió a una dama sin poderle decir ésta boca es mía

Demos un vistazo a los avisos. Es curioso; vale la pena... y es seguro que alguna almita femenina nos quedará agradecida. Y no precisamente porque hagamos propaganda de un procedimiento que ya va siendo bastante conocido...

* * *



Tenemos que recurrir a otros medios

Cuando falta el novio, se sueña con él a todas horas; y cuando se llega a soñar así, lo más natural es buscarlo poniendo en juego todos los encantos: sonrisas, miradas, actitudes... esas infinitas atracciones que tiende tan sabiamente el anzuelo de la coquetería femenina. Pero a veces, aun siendo muy dulces las sonrisas, muy lánguidas las miradas y muy sugestivas las actitudes, el novio no cae; unas veces ni se acerca y otras, ni se ha acercado en un principio, huye a mitad del encantamiento, cuando ya iba cayendo en la red. Entonces la niña casadera se pone triste y pálida, como la princesa de aquellos versos de Darío que han encendido tantos sentimentalismos; y llora y suspira, viendo como no llega en la realidad el galán anhelado en los largos ensueños de las horas románticas. El pesar, el desencanto—y más que nada, la neurosis—aguzan su entendimiento, y piensan... Piensan que la juventud va pasando, que el matrimonio se impone; y mientras así meditan, corre impetuosa la sangre juvenil y el travieso diablillo de la voluptuosidad hace cosquillas... ¿Qué hacer, si todos los recursos del flechazo se han agotado? Pues redactar un aviso... muy en secreto; dar un nombre supuesto y una discreta dirección. Y mediante el modestísimo pago que impone la tarifa, publicarlo en ese diario de la mañana que es el áncora de salvación de cuanto infeliz gime de amor, sin tener con quien partir su ternura. Y el aviso se publica. Unas veces dice así:



La señora me enseña una fotografía

> DOS JOVENES morochitas, distinguidas, bien parecidas, casaríanse con profesionales jóvenes ó bien empleados; dirigirse á "Venus y Martes" en Poste Restante de este diario. 1075-21-23-n.

Son dos solteritas que claman por nuevo estado; no son muy exigentes y eso de que sean "morochitas y bien parecidas" no está mal. Es como para animárseles a ojos cerrados... Y como este aviso ¡son tantos los que a diario se publican! También los hay muy sugestivos, como éste:

> SEÑORA viuda extranjera, con un capital de 200 000 $ en bienes y herencia á recibir, desea casarse con señor desde 20 años, culto y trabajador, aunque sin fortuna. Recibe correspondencia hasta el 15 del corriente; escribir á Enriqueta en Poste Restante Sucursal No. 38, ciudad. 512-9-12-jn.

Si eso de los 200.000 es cierto y no hay en ello fantasía ¿quién no se le arrima a este partido? Se contenta con "joven culto y trabajador", creyendo exigir poco. Pero se engaña: jóvenes sin fortuna—o mejor dicho, sin un centavo—sí que hay muchos; pero que también sean cultos y trabajadores... Ya eso es otro cantar. Sobre todo, los que gustan de cortejar a una viuda rica como la del aviso son muy poco dados al trabajo. Que pruebe la viudita, y verá.

También se publican avisos de este estilo:

> SEÑORITA distinguida formal, aceptaría serio intercambio de correspondencia de distinguido caballero argentino, mayor de 38 años, militar ó que actúe con carrera ó empleo distinguido: escribir á las iniciales V. L. H., Maipú 152, oficinas de este diario. 5194 9-13-jn.

Pero... pasemos por alto. Esto ya no huele a vicaría, ni a registro civil. Es de notar, de paso, que el aviso se presta también para toda clase de combinaciones. Pero estamos hablando de anuncios seriamente matrimoniales... y no es bueno salirse del tema. Observemos ahora otro aspecto de la cuestión.

Los verdaderos especialistas en esta clase de publicaciones un tanto escabrosas y otro tanto equívocas son los del sexo feo, que en eso de insinuarse nunca han tenido prudente medida; aunque mucho lo deseen, son pocas las mujeres que solicitan. Pasa en el texto de los avisos lo que en el trato diario... El hombre, simpre a la ofensiva.

Veamos cómo se expresan. Dice uno:

> EXTRANJERO, empleado de escritorio, de 35 años, de distinguida familia, serio, honrado, bueno, afectuoso, sin vicios, desea casarse con señorita buena, simpática, honrada, modesta educada de 25 hasta 30 años y que tenga capital, máxima seriedad; escribir á Felicidad en Poste Restante de este diario. 511-9-12-jn.

¿Sin vicios? ¡Vaya con el viudo blanco!

Dice otro, que seguramente pasa por un período de acaramelamiento exacerbado:

> SOY JOVEN, de 18 años sin fortuna, pero en cambio tengo un corazón bueno, como para amar. Si hay alguna señorita, de 16 á 18 años, que quiera cambiar correspondencia, puede hacerlo á nombre de Pedro T., en poste restante de este diario. P. 10-12 j.

Y este, que lo mismo puede sufrir delirio de grandeza, por lo de la nobleza, o melancolía de jockey fracasado, por lo del peso:

> JOVEN español, con derechos á título nobiliario, buena figura, peso 72 kilos 800 gramos, desearía casarse con señorita de corta edad, de familia muy bien. Se ruega envíen retrato y detalles completos á P. A. C. 15 215-19-n.

Este no pide mucho, si se tiene en cuenta el alto precio a que se cotizan los doctores.

> TITULADO, laureado en derecho, joven, italiano de 26 años, distinguido y elegante, desea casarse con viuda ó señorita sería con dote de cien mil pesos á lo menos; escribir á abogado en este diario. 228-19-n.

Y he aquí, para que nada falte, un aviso muy curioso:

> MECANICO desea encontrar señorita planchadora, argentina, con fines matrimoniales; escribir á Huérfano, á este diario 812-29-30-s.

¿Ha de ser precisamente planchadora? Pues sí que es caprichoso el señor mecánico... ¡Ah, pero vaya con el pícaro! Es muy corriente que todas las planchadoras sean de busto opulento. No está mal...

Y para cerrar la serie, no olvidemos el aviso tan corriente del enamorado que siguió a una dama sin poder decirle esta boca es mía y que luego recurre al anuncio que es al mismo tiempo declaración y súplica:

> EL PASAJERO que viajaba en el tranvía 73 el domingo 9 y que siguió á la señorita con traje amarillo acompañada de un anciano hasta la calle Lambaré, desearía entablar correspondencia con fines puramente nobles y matrimoniales; escribir á Ricardo calle Maipú 450. 226-11-15-jn.

¿Dará resultado este sistema? Sería el caso de levantar una encuesta entre aquellos donjuanes de calles, teatros y tranvías que siguen los pasos de la desconocida que supo inspirarles por su belleza o por su gracia un momentáneo ensueño o un fugaz deseo. Pero... contentémonos por el momento con saber que el recurso, por tan favorecido, debe ser de los más eficaces. Bueno sería probar cuando la ocasión se presente.

Y a todo esto, se nos ocurre una pregunta: ¿para qué recurrir a la tercería de un anuncio, ofreciendo la vida tantas ocasiones de acercamiento entre los de un sexo y los de otro? Y es esta la única respuesta

que podemos dar: la vida, en su aspecto humano, debiera ofrecerlas; pero el aspecto social puede más, y las niega. ¡Y de qué modo las niega en esta sociedad porteña, de donde ha tenido la liberalidad de costumbres, el franco acercamiento entre los que están llamados a constituir una casa y una familia!

¿Cómo no recurrir entonces a los medios extremos? Y cuando ya se han agotado todos, al aviso. Es la esperanza última, la buena y consoladora esperanza de los que perdieron la fe en el ''flirt''...

Bien dice entonces nuestra amiguita con su gracioso mohín:

—Ya, ni el ''flirt'' nos sirve. Tenemos que recurrir a otros medios...

¡Que sea enhorabuena, si es bueno el medio!

* * *

¿Y las agencias?

Esas están todavía en la nebulosa; no son, al menos por el momento, una de las tantas instituciones que aquí se acomodan al mecanismo de la vida diaria.

Pero antes de decir lo que sobre ellas sepamos, nos parece de oportunidad copiar parte de una crónica que en 1887 publicara el celebrado escritor Eusebio Blasco. Dice así:

''Pues que tengo libre una hora—me dije—busquemos una diversión tranquila, algo que dé lugar a la observación o al estudio. Documentos humanos, como diría Zola.

''En un rinconcito del ''Petit Journal'' decía: ''A marier.—Huérfana, diez y ocho años, un millón de dote. Desea un extranjero. Mancha.'' ¿quién me impide pasar por soltero una vez?—pensé.—Veamos esa señorita y esa mancha. La agencia estaba cerca de la plaza Clichy, en un segundo piso. La directora era, naturalmente, una señora con cierto aire de respetabilidad. Una jamona de invierno.

''—¿Deseaba usted?...

''—Acabo de leer uno de los anuncios de la casa.

''—Tenga usted la bondad de pasar.

''Pasamos a un saloncito amueblado con buen gusto. La señora me invita a sentarme a su lado.

''—¿Conque venía usted a enterarse?...

''—Sin duda.

''—¿El interesado es usted mismo?

''—Yo mismo, señora.

''La señora entonces va a buscar un cartapacio que hay sobre un velador. Lo abre y repasa varios papeles.

''—Tenemos ya—dice—para el caso de que se trata, proposiciones de un ruso, dos chilenos, un árabe y un polaco. No sé si es esta la primera vez que acude usted a mi casa o a otra del mismo género para tratar de matrimonio.

''—La primera vez.

''—Entonces tengo que explicarle a usted el procedimiento, generalmente es un terreno neutral. La agencia no quiere aparecer como acaparadora de estos negocios; así, pues, después de un cambio de fotografías en que se detallan los informes respectivos, las dos personas se encuentran, por ejemplo, en un teatro. Toma usted un palco de cuatro asientos y una noche yo iré con esta señorita, pues ya sabe usted que es huérfana y no puede ir acompañada de su madre; y usted acude un poco después de comenzada la función. En esa primera entrevista ven ustedes si se establece la simpatía. Después continúan viéndose aquí o en otro sitio que no sea ocasionado a malas interpretaciones. Se trata de una señorita sumamente distinguida, y...

''—Eso es, hablemos de la señorita, porque hasta ahora sólo hemos hablado de mí.

''Aunque la casa no tiene por costumbre enseñar los retratos hasta después que la persona responde sobre los primeros informes, como me es usted simpático quebrantaré por esta vez el secreto profesional. Vea usted...

''La señora me enseña una fotografía grande. La persona es lindísima y así lo declaro.

''—Y sin embargo, la fotografía no da bien la idea de ella. Si llega usted a conocerla reconocerá que es una verdadera belleza... Diez y ocho años, huérfana de padre y madre y disponiendo de una dote de un millón de francos en campos y valores. Si quiere usted repasar los documentos justificativos...

''En efecto, los papeles están en regla. Casi me pesa haber ido allí como un curioso y haber dado un nombre cualquiera.

''—Pero—digo—nos falta hablar de lo más importante.

''—¿Qué?

''—Al fin del aviso dice: ''mancha''.

''—¡Ah, sí! Eso lo verá usted todos los días en los anuncios y eso prueba la lealtad de la persona y la de la agencia. Comprenda usted que esas manchas son fáciles de ocultar...

''—No tan fácil...

''—¡Bah! Bien se conoce que no ha sido usted nunca mujer.

''—En efecto, no recuerdo...

''—Pero, en fin, lo importante para el que hace una boda es que no se le engañe.

''—De modo, que... hay una mancha.

''—Sí, señor, pero con un millón de francos se hay borrado tantas en este mundo...

''Aquí la conversación toma ya un carácter grave. Estas últimas palabras de la tal comienzan a causarme la repugnancia del local y de la señora, que habla en lenguaje moderno, en vida práctica.

''—Y en fin—digo—eso de la mancha ¿qué es?

''—Es muy sencillo. Esta señorita tuvo, en vida de sus padres, un novio que la sedujo y desapareció dejándola...

''—Comprendo.

''—Quiso ocultar a sus padres lo que ocurría...

''—¿Y?...

''—Su hijo... acaso en la precipitación de ocultarlo... no se sabe cómo... este niño murió asfixiado...

''Como si me hubieran aplicado un hierro candente a la espalda, me puso de pie.

''La señora continúa:

''—Y ya comprende usted que estas cosas suelen traer consigo procesos... Afortunadamente el jurado fué justo y no la condenaron sino a seis meses de cárcel por homicidio... por imprudencia... Si viera usted que mala estuvo la pobre....

''—Luego—exclamé—me ofrece usted una infanticida.

''—Le ofrezco a usted un millón de francos—responde la señora poniéndose los lentes y mirándome tranquilamente.

''—Es decir, que la mancha que yo creía nada más que...

''—¡Bah! Esas son tan vulgares que sólo cuando van acompañadas de escándalo las hacemos constar...''

Y después de añadir el cronista cómo salió escapando de aquella casa equivoca, donde tal ofrecimiento se le había hecho con la mayor tranquilidad, termina su narración en la forma siguiente:

''Ello fué hace tres años.

''Y anteayer, cruzando el boulevard Beaumarchais, ví venir hacia mí una mujer en la que reconocí a la señora de la agencia. Nos saludamos y me extendió un periódico:

''—Lea usted...

''Leí: ''Brillante soirée anoche en el hotel de los príncipes de... El todo París se dió allí cita.'' Y seguían doscientos nombres.

''—Luego, esta princesa...

''—Es nuestra huerfanita. Un príncipe extranjero, un príncipe auténtico, arruinado al baccará y escapado de su país por estafa, ha dado su nombre a la señorita. Se han instalado como unos reyes, dan de comer admirablemente, no niegan mil francos a un amigo apurado... Son estimadísimos. ¿Quién va a recordar ya aquel accidente?

''Me da frío oir a esta mujer, que de seguro debió notar en mi cara mi asombro.

''—Pero ¡hombre!... ¿Qué idea tiene usted de la vida práctica?

''Me alejé silencioso, preguntándome dónde empieza y dónde acaba eso que se llama la consideración social.''

Y esto que el cronista narra, pasaba nada menos que allá por el año 1887. ¿Qué no será ahora? La vida de París, en su complejidad, necesita de estos recursos; las agencias matrimoniales seguramente se han de contar a cientos. Lo mismo pasará en las otras grandes capitales europeas; en diarios de Milán y de Londres hemos visto anunciadas agencias semejantes. Es la mejor fe que se puede dar de su existencia. En Nueva York también abundan, pero desde que Gordon Bennet, director del famoso ''Herald'', fué condenado judicialmente por publicar en su diario avisos de esta índole, son más escasas las publicaciones; la propaganda se hace privadamente.

Se nos ha dicho que en Buenos Aires existe una agencia que disfruta de muchísimo crédito. Según los informes obtenidos, se encuentra situada en una de las calles más transitadas del barrio comercial. Pero hemos renunciado a una investigación periodística acerca de esa agencia por tener a la mano una circular muy curiosa, que reproducimos en otro lugar.

Hace algunos meses ha circulado profusamente en las casas de esta capital y también en las de provincia, con no escaso éxito. Lo sabemos por el mismo firmante, que nos ha dicho, respondiendo a un interrogatorio nuestro:

—El negocio es bueno; no faltan los candidatos. Pero... ¡es tan engorroso! Son pocos los que quieren casarse de veras... Sin embargo, no nos han faltado solicitudes... Podemos mostrarles varias...

Y pone ante nuestros ojos un montón de cartas, que hojeamos con la delectación del que penetra en los misterios de la vida ajena, no como simple acto de curiosidad, sino amparados en el espíritu de observación que tanto gusta de ahondar en los documentos humanos para sacar luego reflexiones y consecuencias. En todas las cartas se manifiesta la misma desesperación por la vida solitaria, estéril; se agita el mismo deseo de compartir la existencia con quien sea capaz de amar un poco, muy poco... aunque sólo sea por caridad. Y los buenos ofrecimientos abundan... Veamos el que hace una soltera que pasó los treinta, en una carta de pequeño pliego perfumado. Copiamos exactamente, sin cambiar una coma:

"Mi situación es desahogada, pues poseo bienes raíces, una dote de doscientos mil pesos y única heredera de la fortuna que existe en la familia.

"Una pequeña dificultad es la que encontrará usted para proporcionarme lo que deseo y es: el tener cuarenta y dos años, aunque represento mucho más yo no acostumbro sacarme años, soy un poco renga a causa de una caída del caballo cuando era niña, de un tipo

COMPAÑIA INTERNACIONAL
DE
AGENCIAS
DE
MATRIMONIOS
Casilla de Correo

Muy señor mío

Tengo el honor de manifestar a Vd que desde la fecha se recibe correspondencia en Casilla de correo ▬ hasta que se abra al público la casa central de la Republica Argentina que en su oportunidad se hará conocer su ubicacion

Esta casa será copia de las que existen en los Estados Unidos y Europa en donde se respirará verdad formalidad y felicidad

Habrá instaladas salas independientes para señoritas y caballeros para consultas y otras de entrevista que se efectuará bajo la responsabilidad de la dirección y a vista de empleado

Debe entenderse que para llevar a efecto la entrevista tienen que haberse cruzado las reproducciones de sus respectivas fotografías y estar conforme con lo ofrecido por su futuro o futura

Esta casa garantizará el éxito a quien lo solicite

Se eliminará todo acto correspondencia entrevista o consulta a la dirección que fraude nuestras esperanzas de ser útiles a la sociedad o se note falta de cultura

Rogamos a Vd encarecidamente haga circular este prospecto por manos amigas

Sin más, me suscribo de Vd su atto y S S

EL DIRECTOR

Angel Delgado

distinguido, gruesa, estatura regular, soltera, trabajadora y honesta.

"Nacida en Buenos Aires, criada en París, ahora pienso encontrar lo que tanto desprecié cuando era hermosa.

"Mi futuro será de veinticinco a treinta años, aunque sea viudo, al poder ser lindo, estatura regular, educación esmerada, de pocos o ningún vicio y de algún capital.

"Le mandaré una fotografía de hace cuatro años, espero impacientemente la contestación en la que me notificará en cuánto tiempo se compromete servirme. Saluda a usted con la mayor consideración..."

Y pone la firma, que no hay para qué reproducir también. En este caso, sólo la carta es lo que interesa. Es, en verdad, "un documento"...

—¿Y ha encontrado usted lo que pide esta señora?— le preguntamos al agente Delgado.

—A todos aquellos que les he hecho la propuesta me han contestado inmediatamente que sí... ¡Ninguno se ha negado! Y ya tiene la... señorita en su poder una buena serie de contratos con sus datos respectivos...

—Entonces, todos sus clientes son interesados; todos quieren hacer un buen matrimonio... aunque la novia tenga una facha como la que se presume en la que escribió esa carta.

—Casi todos; pocos son los que no piden una fortuna sin un centavo de dote. En cambio, mis comunicantes femeninas se contenta con hombres pobres, siempre que sean trabajadores...

—Pero, en definitiva ¿es bueno o no el negocio?

—El negocio, a la verdad, es malo. Pocos son los matrimonios concertados por la agencia que llegan a realizarse... Al poco tiempo de trato, degenera el noviazgo en otra cosa... Y, naturalmente, la casa pierde su comisión.

—Así que...

—Tendrá que darse por cerrada la agencia. No está Buenos Aires todavía para eso...

—Entonces ¿lo de la agencia matrimonial es aquí un fracaso?

—Casi, casi...

—Y los avisos que establecen el conocimiento directo ¿tampoco cree usted que dan resultado?

—Matrimonialmente, tampoco... salvo raras excepciones. La mayoría de los hombres que acuden al aviso o a la agencia lo hacen con otra intención... Se hacen los sentimentales, pero... Y cuando no hay dote de por medio, no hay registro civil que valga...

Y el señor Delgado, agenciero matrimonial, pone fin a la entrevista diciéndonos:

—Para qué llegar al casorio, no hay como el "flirt". Yo tengo mi experiencia y sé por qué lo digo...

* * *

Y ahora ¿qué moraleja ponemos al final de estos apuntes?

La que mejor se te ocurra, lectora, pues dueña eres de recurrir algún día, en trance matrimonial, a esos avisos y a esas agencias que, a pesar de sus peligros, suelen ser providenciales. Y como la providencia no se sabe nunca dónde está, hay que buscarla por todas partes.

Ruy de **LUGO VIÑA.**

Las exigencias de la moda



Las clases de perros que constituyen "el buen tono" actual

Dib. de Gibson

Una pintora extranjera

Mme. Miriam Rocher

SOBRE la puerta de entrada al pequeño y hermoso hall de la casa que habita en esta capital la pintora francesa señora Miriam Rocher, podrían escribirse tres palabras: luz, arte, vida. Ellas darían la forma más exacta de definir la personalidad femenina que vive entre aquellos muros.

La casa es hospitalaria, y la adornan hermosas plantas, flores variadas e infinidad de objetos artísticos que hablan elocuentemente de los gustos de su moradora.

Y en aquel interior tan bello en que los tintes más vivos se suceden a las esfumaduras más tenues, en aquel gran cuadro luminoso del ''l'atelier'' en el que trabaja la artista, se ven jirones de belleza llevados al lienzo por el arte verdaderamente delicioso de Miriam Rocher. Y delante de sus cuadros el visitante se detiene admirando el noble esfuerzo de la artista que ha fijado en la inmutabilidad eterna de la tela el momento tan inestable de un color natural.

El ambiente culto y artístico en que Miriam Rocher ha vivido desde sus primeros años contribuyeron para encaminar sus tendencias hacia el arte que cultiva con tanto entusiasmo. La importancia que a sus cuadros se le ha concedido en Francia, la han colocado por derecho propio entre las mejores pintoras contemporáneas de su país.

Si como artista se le admira, se le ama por la bondad de su alma y por su trato atrayente. Como ''causeur'' resulta encantadora.

Está unida en matrimonio a uno de los arquitectos más notables de Tolosa, Mr. Rocher, de cuya unión tiene dos hijos a quienes adora.

Siente madame Rocher verdadera simpatía por nuestro país, pasando en Buenos Aires todos los inviernos, desde hace cuatro años.

Ha visitado detenidamente el interior de la República, habiendo pintado varios cuadros de paisajes del Chaco, Chubut y Tierra del Fuego. Cuando regresa a París ella toma también apuntes, para los cuadros que ha de exhibir entre nosotros.



Mme. Miriam Rocher

Es quizá por eso que los cuadros de Mme. Miriam Rocher tienen doble mérito. Valen como obras de arte, como pinturas de altos vuelos y como cuadros reales que manifiestan algo, que hablan y que ríen a través de la tela.

Nuestro país ofrece vasta escena a las personas trabajadoras y para las que sienten por el arte una pasión tan grande como una vida.

Esos cuadros, fielmente copiados de la naturaleza, esos lienzos que llevan algo de la patria argentina, ocuparán sitial en las exposiciones parisienses y, con el lenguaje mudo que le dió el pincel, hablarán más, mucho más, que algunos de los libros publicados y escritos exprofesamente para hacernos conocer en el viejo mundo.

Esa es la obra de Mme. Miriam Rocher.

En nuestra ligera visita a su taller-exposición hemos podido recrear nuestro espíritu contemplando obras de una precisión verdaderamente matemática.

En pocos momentos hemos vivido mucho. El arte es algo que, filtrándose por los ojos penetra hasta el corazón haciendo revivir recuerdos y provocando lindas ensoñaciones.

Y mientras nosotros contemplamos cuadros, Mme. Miriam Rocher, nos habla de su arte, de sus proyectos y de obras que piensa hacer cuando concluya algunas que tiene comenzadas. En su voz encontramos—como en el conjunto artístico de sus cuadros—algo que encanta.

Su afición por la pintura data de la más temprana edad. Esa inclinación al pincel ha nacido con ella, pues no recuerda cuándo se inició en las difíciles tareas de la pintura.

No nos toman de sorpresa estas manifestaciones. Parangoneando la célebre frase podríamos decir: ''el artista nace y no se hace''.

En efecto: el artista podrá perfeccionarse, pulirse, mejorar por medio del estudio, el trabajo y la observación, pero el sentimiento artístico, no se forma porque es una obra de la naturaleza. Hablando con la mencionada pintora hemos encontrado en ella mucho dominio y profundos conocimientos en la materia que es una de las más hábiles maestras de la época.

—¿Hace mucho que viaja? —preguntamos.

—Sí—nos contesta — mi segunda pasión son los viajes. La Argentina me encanta porque, huyendo de las grandes poblaciones se encuentran cosas muy bonitas y, sobre todo, muy originales.

Sus paisajes del Chaco, Chubut y Tierra del Fuego, son de una sorprendente naturalidad. En ello parece que todo vive, incluso las hierbas y los árboles.

Queriendo como quiere a las cosas argentinas es muy natural que, al llevar al lienzo un paisaje, lo transporte dándole algo de su sentimiento y de su brillo de buena artista.

Pero es preciso convenir que las mejores obras no son de paisajes argentinos. Los cuadros tomados en París sorprenden por su originalidad y el gesto.

El 16 del corriente se inauguró en el salón Witcomb la exposición de sus obras correspondiente al año actual, habiendo merecido los mejores elogios de los entendidos en la materia.

Adelia di CARLO.

NUESTROS HOGARES



Señora María C. Martínez Arroqui de Ezcurra, con sus niñitos

Fot. Merlino.



Señora Madero de Gowland, con sus niñitos

Fot. Freitas.



Señora María E. Peralta Alvear de Láinez, con su niñita

Fot. Freitas.



Señora Mercedes Peña de Del Carril, con su niñito

Fot. Merlino

EL PELIGRO REVELADOR

Media hora después de zarpado el buque, los tres señores que con el capitán rodean una de las mesas del comedor, han escuchado de labios del último el relato de un siniestro a bordo: un incendio por explosión de la caldera. El horror de aquel cuadro de angustia y pánico colectivos, mezcla de actos brutales y urgencias desesperantes de humana protección, ha tenido suspenso, inmóvil, absorto al breve auditorio.

—Ya ven ustedes—concluye el capitán—que en la travesía del Plata la desgracia ha sido casi siempre, como esta vez, sólo hija de lo imprevisto. Al menos no se debió directamente a descuido de pilotos.

—Entre los actos de apremio en que se hallaron algunos de los pasajeros, recuerde usted bien, capitán, ¿no se le olvida algún detalle?—pregunta el más joven de los oyentes.

El que así interroga es hombre de cuarenta años, fornido y esbelto, de mirada y ademanes francos.

El capitán clava en él sus pequeños ojos claros. Sonda y recuerda.

Como si quisiera ayudarlo a hacer memoria, el pasajero le sostiene aquel penetrante mirar con una expresión de aliento y ansia en su rostro abierto!

—Sí,—responde el capitán, que no deja de observar a su interlocutor, excitando así en efecto su memoria.

—Sí: tres señoras y un joven caballero. Se hallaban, por ejemplo, allá en la última mesa del comedor, donde solos, absolutamente solos, habían pasado la noche conversando despacio y sin desfallecimiento. Cuando después de gritar mi primer "¡sálvense como puedan!", cruzaba yo a escape el comedor, la confusión y el espanto habían cundido entre los tripulantes. Los últimos salvavidas del puente, arrancados a salvajes manotadas, eran disputados ferozmente: puntapiés, dentelladas, puñetazos y hasta armas diversas se ponían en juego en tales refriegas. El fuego ascendería pronto tras las enormes nubes de humo. Entre el velo de éstas, veía, como les dije antes, caer de rodillas, indefensas, a las mujeres. Ante este espectáculo, volví a mirar hacia el comedor, súbitamente interesado por aquellos pasajeros tan tranquilos que, a pesar de mi grito y acaso por un absurdo milagro de ignorancia a toda prueba, quedarían conversando todavía!

—¡No!—exclama sin poderse contener el pasajero que había hecho la pregunta. Los otros dos caballeros del corro muévense sorprendidos, acrecentada su curiosidad.

—¡Precisamente no!—agrega y continúa el capitán.—Usted, que ahora no lo dudo, era el caballero, tuvo una resolución tan decidida como no la advertí en nadie aquella noche de prueba.

—Salva sea la memoria de aquel anciano que en los álgidos instantes del siniestro dió su salvavidas a una dama!

—De ese acto de magnífico heroismo se encarga de hablar alto y eternamente un monumento que existe en nuestro cementerio,—agrega el capitán.—Pero no es a eso a lo que yo quiero referirme, sino a la decisión única de su actitud, señor. Porque una cosa es determinarse a proteger a éste y luego a los otros entre los seres queridos con quienes nos hallamos en un peligro. Eso se hará siempre después de angustiosas indecisiones muy justificables. Otra cosa es hacer lo que usted, que se lanzó todo íntegro sobre la joven morena, quien rompió el modo pasivo, callado y distante de toda la velada con un abrazo frenético y seguro que echó a su cuello. Recién casados ¿verdad?

—No señor.

—¿Su novia?

—Tampoco.

—¡Una hermana, entonces!

—Tampoco, señor capitán.

—¡No entiendo!

—¡Es extraño!—corroboran los dos oyentes.

—Muy extraño,—repite el capitán.—Hubiesen visto ustedes al señor cruzar como una exhalación el comedor. La carga de aquella mujer, antes que serle un peso, constituía el aliento veloz de su marcha. Ví a usted atravesar vertiginosamente entre el gentío que enloquecía y aullaba exactamente al fulgor inquietante de la primera llamarada con que el incendio ascendía triunfal en los aires! Llegó usted a la baranda y dió usted un largo salto, ágil, limpio, hasta airoso, si usted me lo permite. Cayó con su carga en una barca de salvataje repleta ya de gente.

—¡Ah!—interrumpe el aludido.—Y mentiría si dijese que quise desatar de mí el abrazo de aquella mujer para acudir en auxilio de madre e hija dejadas en el comedor. Quizá pensé en ello, pero fué para estrechar más junto a mí a la que a mí se asía férreamente.

La extrañeza sube de punto en los circunstantes, sobre todo cuando oyen agregar al protagonista:

—La señora era mi futura suegra, y la hija que quedaba con ella mi novia.

—Pues entonces—interrumpe fuera de sí el capitán—¿quién era ese demonio de persona en protección de la cual se había arrojado usted con tanta seguridad y denuedo?

—Una conocida, una simple conocida, vista cuatro o cinco veces antes, de modo pasajero, en algunas tertulias familiares.

—¡Ah, señor mío!—arguye el capitán.—Me explico entonces aquéllo!

—¿El qué?

—Su novia se incorporó, pero cayó desmayada en su mismo asiento. La madre, en cambio, de pie, no se alarmó tanto, se lo aseguro a usted, no se alarmó tanto por el enorme peligro de un incendio a bordo, como por su acto de usted, por su decisión imprevista, loca, ¿quiere usted que se lo diga?... ¡atrozmente reveladora!

—Ha dicho usted la palabra.

—Al menos eso ví yo en la expresión de la señora que siguió o más bien que fué casi simultánea al grito de instintivo miedo que diera. Eso leí sobre todo en la mirada delirante con que persiguió su huída.

—Lo adivinaba, señor capitán; porque desde aquella noche no hablé nunca, no ví una sola vez ni a ella ni a la hija! ¡Oh tremenda noche que me dió de pronto el sentido de mi felicidad!

Los rostros de los oyentes, el mismo del capitán, interrogan ahora más que nunca.

—Sí. Era mi felicidad la que estaba en peligro: no tanto mi vida. Pero ¿por qué no afirmarlo? Era la suerte de todos, tal vez tan feliz como la mía, la que corría idéntico riesgo, pues ninguno fué víctima del siniestro. Consideren ustedes: una noche de viaje completa empleada en concertar los mil y un detalles de mi boda con la que había de ser mi mujer y la que había de ser mi suegra. Ahí tiene usted, señor capitán, la causa de nuestra velada. Aquella joven morena, simple conocida, era testigo del contento mío, que, bien puedo decirlo ahora, sólo existía porque ella, a cada uno de esos detalles, hundía en mí su mirada dulce, cálida, bondadosísima. La dicha cierta de mi próxima boda tenía por causa la mirada de una mujer ajena a esa boda. Pero yo no me daba exacta cuenta de ello. Iba sintiendo, diré así, aquel rostro moreno, suave e intenso que reflejaba una espiritualidad superior. Creía leer en él fraternidad, maternidad, a veces un afecto más profundo y férvido que el de la amistad sencilla. Pero en pos del grito estremecedor dado por usted, en pos de su "¡sálvense como puedan!", algo que acaso sería la fuerza de la naturaleza, algo impulsador e irresistible como el destino y al par sublime como soplo de Dios sobre la frente, me lanzó hacia la joven, simple conocida. Sólo me dí cuenta de que la quería sobre todas las cosas de este mundo, cuando, en una volanta, ambos salpicados de mar, la conducía a su hogar paterno, en Montevideo. Ella me preguntó, tras un convulsivo terror:—¿se habrán salvado?—Yo guardé un silencio avaro, hermético.

El reseñador, fatigado, interrumpe un corto instante su relato.

—¿Y qué hizo usted después?—incita el capitán, compartiendo el estupor de sus contertulios.

—Me encerré en mi pieza. Pensé durante quince días qué palabras debía escribir a la madre de mi novia. Ese tiempo y esa concentración me bastaron para convencerme de que mi relación con la joven rubia era una de las tantas equivocaciones nacidas de la que desde entonces llamo "peligrosa amabilidad social". Un vals lento, un flirt, un poco o un mucho de la sentimentalidad fácil en seres sensibles y... solteros: eso era todo en aquel noviazgo. Veía la manera fría y metódica como en la noche del incendio iba la rubia enumerando los objetos de nuestro próximo hogar, colaboraba sabiamente por la mamá. Sin duda estaban ellas tan engañadas como yo. Así se lo expresé en la carta que les dirigí, pidiendo apreciaran serenamente los hechos y mi comportamiento "instintivo, impensado y, por lo mismo, revelador." Y tan serenamente fué considerado el caso por madre e hija, que antes de los seis meses anunciaron los diarios el nuevo compromiso de mi exnovia. Sólo así pude yo resolverme a visitar a Clelia, la morena; pude yo, en fin, arrojarme a los pies de ella y confesarle conmovido lo que ella ya sabía. Desde entonces acá hace doce años que vive a mi lado. Es mi esposa, madre de cinco hijos. Soy, en materia de hogar, un hombre feliz.

Edmundo MONTAGNE.

Dib. de Pelayo

Mistres Bedford Fenwick

DESDE que falleció hace un par de años Florencia Nightingale no hay enfermera contemporánea que haya alcanzado tanto y tan merecido renombre como Mrs. Bedford Fenwick.

Es una verdadera personalidad, una mujer, cuya influencia, poder y habilidad, y cuya obra ha hecho familiar su nombre en todos los centros frecuentados por enfermeras.

La hoy esposa del doctor Bedford Fenwick lleva más de treinta y cinco años de práctica como enfermera de los hospitales de Londres, Manchester y Nottinghan donde ha alcanzado tanta autoridad que los médicos más eminentes escuchan y tienen en cuenta sus consejos.

Mrs. Bedford Fenwick no representa ni con mucho la edad que tiene. Su rostro joven, su agradable conversación, su constante actividad, las consideraciones y las atenciones que dispensa a toda persona que demuestra interés por su profesión, la buena voluntad con que se encarga de trabajos ante los cuales retrocedería una enfermera de treinta años, más joven y más fuerte, todo, en fin hace que se la admire y se simpatice con ella desde el primer momento.

En su época de soltera se llamaba Ethel Gordon Manson y pertenecía a una antigua familia de Morayshire. Actualmente está casada con el doctor Bedford Fenwick, cuyo nombre es casi tan conocido en el mundo médico como el de su esposa en el mundo de las enfermeras.

Cuando se casó, apenas había cosa que ignorase de la enfermería profesional, porque había estado tres años en un hospital de Londres y había sido durante ocho matrona del hospital de San Bartolomé.

Por aquellos tiempos era muy popular el oficio entre las mujeres, pero no constituía una profesión organizada como está hoy.



Mistres B. Fenwick

La organización y los progresos de la profesión se deben en gran parte a nuestra biografiada.

Ella fué quien fundó la hoy famosa "Asociación de enfermeras británicas"; es directora de la "Sociedad de enfermeras titulares"; fué presidenta de la sección de enfermeras inglesas en la famosa exposición de Chicago; fué organizadora y consejera principal de la exposición de enfermería celebrada en Londres en 1896 y fué presidenta de la "Junta nacional de enfermeras de la Gran Bretaña e Irlanda en 1908. Lo dicho no es más que una muestra de los altos y honrosos cargos que Mrs. Fenwick ha desempeñado en los últimos quince años.

También ha escrito mucho y ha dado numerosas conferencias acerca de su asunto predilecto. Durante nueve años publicó el "British Journal of Nursing" y apenas hay periódico en el mundo que trate del tópico tan interesante para las enfermeras y para los médicos, que no haya publicado valiosos artículos de Mrs. Fenwick tratando de alguna parte de la obra de las enfermeras.

Es mujer que conoce a fondo la literatura y el periodismo, tanto que la "Sociedad de mujeres periodistas" la dispensó hace un año el honor de nombrarla presidenta.

Constantemente se ve consultada por elevadas personas de todos los países pidiéndola consejos y opiniones sobre la organización de las enfermeras y sobre asuntos similares y por este motivo ha viajado mucho. No es pues, extraño que el viajar constituya para Mistres Fenwick una de sus principales distracciones.

Como es una mujer de gran inteligencia, de gran capacidad y de amplio espíritu tiene tiempo para trabajar mucho y para recrearse. En su casa de Londres está rodeada de una magnífica colección de porcelanas timbradas con escudos, y Mistres Fenwick dice que después de los viajes no hay cosa que le guste tanto como coleccionar porcelanas de esa clase. Semejante capricho la sirve como de descanso de la tremenda y pesada labor de asistir a los enfermos.

Sus amigas y admiradoras, teniendo en cuenta esta afición, le hacen, continuamente, valiosos regalos que se incorporan a su bien provista colección de porcelanas.

Podría decirse que es ella la que posee la colección más original del mundo en porcelanas y, también, la más valiosa. Muchos de los objetos coleccionados son de mucho mérito.

Su mejor distracción, en la que pasa los momentos que le dejan libres sus múltiples ocupaciones, es arreglar vitrinas y dar coquetón aspecto a su ejército de curiosas porcelanas. En estas tareas demuestra poseer tanta competencia como en las de enfermera, pues su colección se encuentra admirablemente organizada.

No hace mucho tiempo recibió, de varias amigas, un cajón de curiosidades acompañado de una carta respuestuosa. Su alegría fué tanta que estuvo varios días trabajando constantemente hasta dar conveniente ubicación a los objetos que acaba de recibir.

Su esposo le hizo, entonces, una cariñosa observación pidiéndole que descansara un poco, a lo que ella contestó:

—Este es mi mejor descanso.

Las personas que conocen a mistres Bedford Fenwick dicen que es una mujer muy amable y de una conversación agradable al par que interesante.

En eso, sin duda, estriba su popularidad como enfermera.

El comienzo de lo que podría llamarse su carrera, data de muchos años atrás, pues desde la más tierna edad, sintióse atraída por los hospitales.

Y no se crea que en sus tareas de curar enfermos han sido todas flores. En momentos difíciles, cuando las enfermedades infecciosas adquirían grandes desarrollos, ella siempre dispuesta, se confundía con los enfermos, mientras otros enfermeros huían, temiendo al contagio y una posible muerte.

EL PUNTO ROJO

(Traducción especial para **EL HOGAR**)

En un recodo del camino se levantaba la fonda. Parecía sencilla y buena bajo el cortinado de viña que suspendía sus guirnaldas de los agrietados muros. La sombra debía ser fresca dentro de la glorieta. Máximo Arlés mandó parar a su chauffeur. El automóvil detúvose tras una trepidación.

No había nadie en la gran ruta, deslumbradora de luz, que refractaba el pesado calor de aquella jornada de julio. La fonda estaba situada al pie de una colina poblada de árboles, y prolongada por otras hasta el infinito muy azul. Los campos, en frente, extendíanse apacibles, alternando el dorado de las sementeras con el verde de los prados; hileras de álamos dibujaban el curso de un invisible riachuelo del cual subía una bruma húmeda. Después que el motor del coche hubo cesado de marchar, Arlés se apeó, encantándolo el silencio absoluto que le pareció delicioso, y paseó una larga mirada sobre tan bella campaña. Se sentó después en una mesita, pidió de beber y desembarazándose del guarda-polvo y de los anteojos, volvió a ser el mismo; sereno y pensativo a la vez.

Llegaba al término de una jira de varios días a través de la Turena e iba a buscar en una playa del océano a su señora, que se había marchado con sus dos niños para preparar la instalación de una villa. Evocó sus siluetas con una enternecida dulzura, a la vez que admiraba el soberbio paisaje, gozando del agradable descanso, mientras su chauffeur, debajo del coche, corregía un defecto del mecanismo.



Arlés se sentía plenamente feliz. Treinta y nueve años, una buena fama de pintor, una medalla, salud robusta, con fortuna y ganas de crear una multitud de obras, una mujer encantadora, un varoncito y una mujercita deliciosos, todo se unía para hacerle querer la vida. Se sirvió una segunda copa de cerveza y encendió un cigarro.

En ese momento, un hombre cubierto de polvo entró en la fonda y entregó un paquete.

—Es para el señor Davreuse — dijo. — ¿Vendrá alguien de su casa?

Máximo Arlés se estremeció. La dueña de la fonda contestó:

—Sí, sí, puede irse, no vale la pena que suba. La mucama tiene que bajar a las cinco; se lo voy a entregar.

—Tanto mejor—dijo el hombre marchándose.

—En estos tiempos—dijo la fondera, mirando a Arlés—los mensajeros no quieren caminar mucho. Aquel viene de muy lejos. Aquí hay que traerlo todo de la ciudad, y, para subir a las casas de la colina, es bastante duro, cuando hace tanta calor...

Arlés vió en el paquete la etiqueta de una casa de pinturas. Preguntó de repente:

—¿Dígame, señora... será un pintor este señor Davreuse?

—Sí señor.

—¿Gustavo Davreuse?

—Eso es, si... Manda al Salón de París. Y además es un parisiense. Pero vive aquí una gran parte del año. ¿El señor lo conoce talvez?

—No,—contestó Arlés algo nervioso.—Así que hay casas más arriba que la suya? Ha de estarse bien arriba, entre estos grandes árboles...

—Como no; el señor Davreuse ha venido aquí con su señora, sobre todo por el niño que no es fuerte. Son personas muy finas, de buen trato. La señora es bonita. Hasta ha tenido que ser más linda antes. Solamente que se roe de inquietud por el chico. El señor Davreuse trabaja mucho. No son ricos, pero están bien... Hay tres villas en la colina. El camino es por aquí, por detrás de mi galpón. Tienen la más pequeña de las villas, aquella de la reja verde. "Las Fuesias", como la llaman. La grande, con una escalinata, pertenece al notario de la subprefectura, señor Migeot, y la otra a...

Máximo Arlés no escuchaba más. Se había quedado con la cabeza inclinada, absorto. Puso unas cuantas monedas sobre la mesa, y dijo:

—A fe mía, voy a dar algunos pasos por la colina, que me parece atractiva... ¿quiere advertir a mi chauffeur?

Se levantó y penetró en el sendero ascendiente. Una vez traspuestos los primeros árboles, se detuvo y respiró con violencia. Después murmuró:

—Van nueve años... Es raro... No debería sentir nada...

Se apoyó en el tronco de un roble y miró, sin verlas, las manchas del sol sobre el césped. Volvió con su pensamiento a la época en que había pagado su tributo al dolor. ¡Ah esa Clara, cómo la había querido! No se ama dos veces de tal manera, frenética, feroz, más parecida a una enfermedad que a un sentimiento de hombre civilizado. Aquello había durado cuatro años. Había hecho, al pintar a esta amante pálida y morocha, sus primeros cuadros apreciados. Y después, ella cedió a los galanteos de Davreuse, impresionista excesivo y extraño, huésped de la casa.

Había sido el último en saberlo; tuvo conocimiento de su desgracia el día de la fuga. Había sufrido horriblemente y conservado durante muchos años la resolución de alcanzar a su amigo y echarle en cara su odio, matarle, si preciso fuera.

Arlés caminó un poco, después se paró, diciendo:

—Es tonto ¿qué haré allí? ¡Y después que vea la casa? Vale más que retroceda y siga mi camino.

Pero es curioso lo que he sentido en el corazón... una quemadura, una pequeña quemadura...

Miró su cigarro, en el que había un punto colorado, debajo de la ceniza blanca, y meneó la cabeza:

—Un pequeño fuego debajo de mucha ceniza... Es raro. No creía odiar más a esta gente... Después de todo, mi suerte es mil veces preferible a la que habría tenido casándome con Clara... Mi vida se ha ordenado admirablemente... Y además mi mujer es buena e inteligente, los niñitos son lindos y fuertes... y entonces, ¿que me pasa? ¡Tendré pena! ¡Vamos, hombre!

Respiró largo tiempo, como para darse cuenta del vivo dolor de su pecho, y dijo:

—Es odio...

Volvió a caminar, como a pesar suyo, y notó a través de la hojarasca de la fachada una casa modesta con una reja verde. Su mano palpó el revólver.

—¿Qué estoy haciendo? ¡Es una locura! ¡Oh, qué fuerte es el odio, terrible! ¡No quiero ir... y sin embargo sería justo!

Adelantó hasta la reja verde y miró, olvidándose hasta de esconderse, volviendo a decirse:

—No, no... Mis hijos, mi mujer, mi nombre... En fin, todo! Y sin embargo no tendría más que penetrar allá los encontraría juntos, abrazados tal vez...

De pronto se estremeció. Entre la casa y la reja vió una pequeña senda recubierta de césped, que ya cubría la sombra. La señora Davreuse estaba ahí, vestida con una bata blanca. La contempó con avidez. Estaba decaída, enflaquecida, con una expresión de cansancio profundo. Se levantó indecisa. Percibió en el silencio completo, viniendo de una ventana abierta del piso bajo, una tos que sacudía un cuerpo de niño.

—¡Ah!—exclamó la mujer con voz quebrantada—cierre la ventana, Justina, ¡otra vez está tosiendo el chico!

Arlés dió entonces un salto para atrás y disparó, escapándose por el sendero. Rápido atravesó el camino, agitado por la alegría y el temor; saltó en el coche al lado del chauffeur, y le gritó:

—¡Ahora, adelante, y ligero, lo más ligero posible!

Salieron a todo escape. A unos trescientos pasos se cruzaron con un transeunte que llevaba un caballete y una tela. Para no verlo, Arlés volvió la cabeza.

Camilo **MAUCLAIR.**

Dib. de Pelayo

ESCENAS DE



Curso abreviado y elemental de anatomía



El au



Cdontología escolar



La maestra impone una pequeña penitencia...

Al visitar una escuela reviven en nue
que se han grabado en el alma; son rec
atardecer de primavera, acariciadores co
ños, desandamos lo andado en el camino
atentos a la grave explicación del maestr

La escuela es para el hombre lo más
como efluvios de dulzura que llegan al c
creo, dan sus lecciones, o sufren una p

Por eso en la escuela Coronel Suáre
nas, el sordo rumor que llega a los oído
el tartamudeo de alguna chica poco estu
estudiado mucho, las pizarras, los bancos
rece que hasta las paredes sonríen al ver
hay el mismo ambiente; en todas se educ
dres de familia y en todas se trabaja p



Química y física: combustión y descomposición de los cuerpos...



Pedagogía culinaria. La cocina de

Una visita a la Escuela Coronel Su



las más chiquitas



La clase de dibujo



¿Qué es un Boy Scout?



Nociones de instrucción cívica

...maginación viejos recuerdos que no se borran por-
...s de la infancia, bellos como un lento y hermoso
...beso de una madre; al evocarlos nos sentimos ni-
... vida para encontrarnos en una banca de colegio,

...o, quizá lo más sagrado. Su recuerdo tiene algo así
... Entrar a ella, cuando los alumnos gozan del re-
...ia, es vivir lo vivido.
...nos encontrar algo familiar; el rostro de las alum-
...saber de dónde, las explicaciones de las maestras,
... el incesante levantar de mano de otras que han
...s, cuadros, ¡todo! todo nos es conocido. Nos pa-
...iciendo: ¡Ea, amigo! Es que en todas las escuelas
... todas se forman hombres hábiles y excelentes ma-
... afianzamiento y felicidad del hogar.



...ela. Sopa a la reina y empanadas a la criolla...



Cuadros históricos dibujados por las alumnas de 4.° grado

...z, número 4 del Consejo Escolar 3.°

Cómo se forma una belleza

La riqueza lleva siempre aparejado el refinamiento, y en ninguna parte del mundo abunda el dinero tanto como en los Estados Unidos, ni en parte alguna se consagra culto tan exquisito al perfeccionamiento de la belleza femenina.



Movimiento para robustecer la espalda

El secreto de la hermosura ha sido revelado por una profesora de belleza, Margarita Thuma. Los medios de que se vale para realzar los encantos naturales de las célebres yanqui son tales, que cualquier mujer puede practicarlos por sí misma. Diez años contaba Mrs. Thaw cuando empezó su educación física. Era una belleza notable, una chiquilla encantadora y llena de gracia. Pero con defectos.

Tenía un hombro más bajo que otro. Para corregir este defecto, su profesora la obligaba a doblar los brazos en la espalda, de modo que las manos se tocasen palma con palma, y en esta posición la hacía cuadrar el cuerpo. Luego la hacía cruzar los brazos más arriba, y así llegó un momento en que los dos hombros quedaron a igual altura. El ejercicio para alargar el cuello consiste en poner el pie derecho de punta hacia afuera, y con las manos en las caderas levantarse sobre las puntas de los pies y mirar por encima del hombro hasta poder verse el talón izquierdo.



Ejercicio para alargar el cuello

Con el fin de desarrollar el pecho empleó un ejercicio especial. Levantados los brazos en alto, la alumna se balanceaba de derecha a izquierda, doblándose por la cintura. Prueben las lectoras de El Hogar a hacer este ejercicio delante de un espejo, y observarán la graciosa actitud que toma el cuerpo naturalmente al hacer este movimiento. El ejercicio se hace andando hacia adelante y hacia atrás a tiempo de vals.

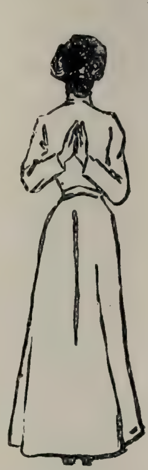


Para desarrollar el pecho

El embellecimiento del busto requiere otros movimientos, que a la vez contribuyen a calmar los nervios. Apoyándose rápidamente sobre el pie derecho, se levanta el izquierdo, dejándolo de puntillas, teniendo siempre las manos en las caderas. En esta posición se llevan los codos hacia adelante, y luego hacia atrás. Es un ejercicio que hace desaparecer, si se practica con regularidad, todas las desigualdades del busto.

Para dar mayor elegancia a la figura, el mejor ejercicio consiste en volver el pie izquierdo por detrás del derecho hasta presentar de frente el lado derecho del cuerpo, y entonces se inclina el cuerpo hacia la derecha doblando la rodilla izquierda, de modo que el peso descanse por igual sobre ambos pies.

Muy conveniente para el desarrollo total de los músculos, es otro ejercicio, que consiste en juntar las manos, y partiendo desde la cintura, llevarlas hacia abajo, después hacia afuera y luego otra vez hasta la cintura, como quien está remando, todo ello mientras con los pies se sigue un paso de vals.



Para igualar los hombros

Como se ve, los tiempos de los distintos bailes forman siempre parte integrante del sistema de la mencionada profesora de belleza, merced a la cual, en aquel país de mujeres bonitas y elegantes, Evelyn Thaw ha llegado a ser una de las más notables, no sólo por sus encantos físicos, sino también por la gracia perfecta de sus actitudes y de sus movimientos.

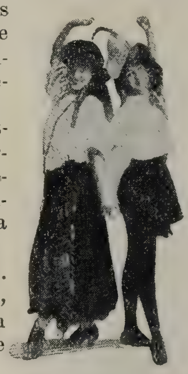
Si en las escuelas se observaran los procedimientos que aconsejamos más arriba estamos seguros que, muchos niños que tienen el cuerpo deformado, podrían corregirse en poco tiempo y en forma radical.

Pero, por lo general, la gimnasia escolar resulta deficiente, primero porque es defectuosa y segundo porque no se la practica debidamente como sería del caso.

Es por eso que en nuestras escuelas nunca se pueden corregir los defectos físicos. Al niño es preciso engañarlo para que haga bien las cosas y, para ello, nada mejor que el ejercicio llamativo y original.

El procedimiento de la mencionada profesora daría muy buenos resultados aunque ignoramos si sería posible practicarlo en las escuelas y por un considerable número de personas a las vez.

Para completar las indicaciones ilustramos esta página con algunas fotografías alusivas las que se encargan de demostrar la bondad del procedimiento gimnástico de la profesora Margarita Thuma.



Otro ejercicio interesante

Al pasear la vista por las ilustraciones lo primero que observará el lector será cierta semejanza entre el baile y el ejercicio aconsejado por la profesora norteamericana.

En efecto: hay mucho de eso. Y hay sus razones, entonces, para decir que el baile es un ejercicio tan bueno o mejor que cualquier otro.

Por último, creemos que la mejor manera de embellecer el cuerpo, es el ejercicio moderado, cualquiera que sea el procedimiento.

Lo que requiere la gimnasia es mucha constancia y mucha fuerza de voluntad, pues los efectos de ella solo se consiguen después de un tiempo mas o menos largo y de practicarlo con asiduidad.

La huérfana

A la margen derecha del Sauce Grande se levanta la vieja estancia ''La Quínua'', formando contraste con la ininterrumpida planicie de la pampa que se extiende lisa y llana, sin una loma y con pocas arboledas.

''La Quínua'' está rodeada de altos eucaliptus que cantan su canción siempre que el pampero pulsa la vihuela de sus hojas y de sus gajos.

El río se desliza por medio de la arboleda, describiendo una curva rápida que hace lloriquear el agua, cuando la corriente es fuerte.

Las casas, construídas a la buena de Dios, dicen bien claro que su dueño primitivo fué algún gaucho tan rico como ignorante.

Don Mateo era, en verdad, un paisano redondo, rico, muy amigo de la bulla, la ostentación y la grandeza. Su fortuna, que ascendía a muchos miles de pesos, la heredó de sus padres, una buena yunta de indios que la ganó en los ''malones'' que dieron conjuntamente con la tribu sanguinaria y traicionera.

A la lumbre de sus riquezas, atraídos por la dulce música de los patacones, vivían en ''La Quínua'' una veintena de agregados que dormían siempre y no trabajaban nunca.

El gauchaje indolente y haragán encontraba allí seguro techo y carne en abundancia para asar en el rescoldo del fogón. Porque allí se carneaba a toda hora y de cualquier señal, pues la prodigalidad de don Mateo era tanta que no sólo admitía gauchos desconocidos, si que ovejas y vacas de otros dueños.

—Hay campo pa todo—decía cuando alguien le traía la noticia de que una punta de ovejas de otra señal se habían mesturado con las suyas.

Su vida íntima de paisano la compartía con su hijo Julio y su ahijada Honoria, en los que depositó todo su amor de hombre que no supo desparramar afectos en su juventud.

Honoria era una huerfanita que prometía ser, con el tiempo, una de esas muchachas lindas, sanas y robustas que hacen volver la cabeza hasta a los que no creen en el influjo del amor.

Cuandos los chicos se perdían en el bosque, entretenidos en sus juegos infantiles, preguntaba:

—¿Y los cachorros?

—Andan jugando por el monte.

— Güeno. Cuídenlos, que no caigan al arroyo.

Más tarde, cuando Julio tuvo doce años, pensó en su educación, pues, aunque ignorante y tonto, quería que su hijo supiera ser útil.

—Pa que sirva a la patria y combata a los ratones qu'están minando el páis—decía.

Soñaba con la carrera de su hijo. Lo haría abogado para que conociera las leyes y pudiera defender y defenderse de las injusticias intemperantes de los hombres.

Julio recibió con júbilo esta noticia, pues el imán de la capital, en la que estuvo una vez, lo atraía con su bullicio ensordecedor y sus encantos mágicos.

Al igual que tantos otros, abandonó los viejos lares, cantando de alegría y llevando una tracalada de proyectos en su cerebro de niño que ha visto muy poco y vivido menos. No sintió penas, ni derramó lágrimas, cuando vió desaparecer a sus espaldas el monte de ''La Quínua''.

———

Julio tenía veinte años y cursaba el tercer año en derecho cuando resolvió pasar algunos días de vacaciones en la estancia de su padre.

Los primeros días fueron de gloria y regocijo, pero, después, el campo le pareció feo, sin encantos, sin atractivos.

Honoria, convertida en una preciosa muchacha de diez y ocho años, trataba de distraerlo, enseñándole los lugares donde corrieron cuando chicos, persiguiendo mariposas o jugando a la manchita.

La solicitud de la muchacha pudo más que la caza, la pesca y los paseos a caballo. Julio se sintió otro y, bien pronto, renació en él la perdida alegría.

—¿Sabés, Honoria, que esto es muy lindo?—sabía decirle cuando, por la tarde, muy juntitos, daban un paseo por las costas del Sauce Grande.

Ella lo miraba con sus ojos cándidos, con sus ojos de buena, y contestaba:

—Sí, muy lindo.

Muchas veces, al cortar una flor cualquiera, sus manos se juntaban y ambos experimentaban una agradable sensación de íntimo placer.

Y una mañana que estaban sentados en la orilla del río, él le tomó una mano, sin que Honoria intentara retirarla.

—¿Sabés una cosa?

—¿Qué?—preguntó la muchacha, distraidamnete.

—Que te amo con locura.

Ella lo miró sonriendo y, acercándose más, le dijo:

—¡Qué gracia! Yo también te quiero.

Desde aquel instante las aguas del río, las hojas de los añosos eucaliptus y los trebolares, presenciaron muchos idilios, cuando el sol salía o cuando daba las buenas noches.

El reloj del tiempo marchó demasiado aprisa para los dos enamorados.

Julio debía regresar a la capital para seguir sus estudios. La hora de la separación había sonado. Un día antes lo habló a don Mateo, diciéndole:



—Mire, papá: la ciudad me hastía, me siento mal, enfermo, neurasténico. Déjeme vivir aquí en ''La Quínua'', disfrutando de las dellicias del campo. Yo administraré la estancia, trabajaré en lugar suyo, que ya está viejo.

Don Mateo quedó frío. ¿Cómo, su hijo no quería continuar sus estudios? ¿Era él, su Julio, quien defraudaba todas sus ilusiones de buen padre y buen patriota?

—No, amiguito, es preciso dir a estudiar—contestó arrugando el entrecejo.

Ante los ojos de Julio apareció la imagen de Honoria y, no pudiendo guardar el secreto por más tiempo, murmuró:

—Estudiaré, siempre que me permita unir mi vida a la de Honoria.

Fué esta una nueva puñalada para el gaucho viejo, que nunca experimentó las delicias de un amor correspondido.

—¡Nunca, canejo! ¡M'hijo casao con una güerfana...! Vos serás hombre laido, serás menistro o presidente... y si te casás con esa... no serás nada... ¡Y, en último caso, no quiero y, basta!

Julio no contestó.

———

Una tarde, cuando ya caía la oración, don Mateo, observó que Honoria no estaba en las casas.

—¿Y la niña?—preguntó a uno de los agregados que yerbeaba en la cocina.

—No la he visto, señor.

Salieron a buscarla por el monte de eucaliptus y la encontraron ahogada en el río, testigo de sus amores.

Dos días después llegaba Julio. Era otro: flaco, pálido, ojeroso, parecía un cadáver.

Lo primero que hizo fué saludar a su padre con estas palabras:

—¿Para qué la mató?

—Yo no la he matao.

—¡No la mató! ¡Qué ha de ser usted!

Y, sin esperar contestación, corrió al arroyo, al sitio mismo donde le hablara de su amor y, rasguñando la tierra con sus dedos, gritó: ¡Honoria! ¡Honoria! ¡Ven... soy yo... tu Julio!... ¿Por qué no contestas, linda mía?

Por último, sentándose, sin hacer caso a sus dedos ensangrentados, habló así:—¡Ah! Ya sabía que vendrías, alma mía! Nunca vi en mi vida criatura más buena y angelical que tú. Oye, mi Honoria querida: en la capital hay mujeres lindas que lucen joyas y adornos para parecer más hermosas. Tras de mí corrieron muchas codiciando mis riquezas y mi juventud. En reuniones mil jovencitas me miraron con sed de matrimonio y muchas madres, indirectamente, me ofrecieron la mano de sus hijas. Yo pensé en tí, florecita de ceibo, en tí...

Don Mateo se acercó, y, tocando a Julio, dijo:

—Che, vamos pa l'estancia.

Este lo miró con ojos de espanto, y, soltando una carcajada fea, fúnebre, enervante, una carcajada de muerte, se acostó sobre las hierbas, besando el suelo. Estaba loco.

Dib. de Arata. **Benito J. CASTAÑO.**

Los elefantes y los ratones

EXISTE la tradición, bien conocida, de que los elefantes tienen un miedo cerval a los ratones, y a esta tradición dió no poco peso el hecho de que el famoso elefante "Pizarro", que vivía en el Parque Zoológico del Retiro de Madrid, falleció a consecuencia de habérsele subido por la trompa un ratón, que se quedó atascado en ella.

Lo cierto es que tan generalizada se halla la creencia en el miedo de los elefantes a los ratones, que no pocos naturalistas han investigado el caso y escrito acerca de él.

Una teoría no muy aceptable para explicar ese miedo es que como la piel del elefante es tan gruesa, no siente cuando un ratón la roe hasta que ya le ha hecho un agujero que llega a la carne, y la cuestión es grave porque las heridas de los elefantes suelen tardar uno o dos años en curarse. Según otra teoría, el miedo de los elefantes, lo mismo que el de las mujeres, es debido a un exceso de imaginación: no cabe duda de que esos paquidermos tienen realmente mucha fuerza imaginativa. La otra teoría es la de que temen, sobre todo, que se les suba el ratón por la trompa.

Apartándose un poco de lo dicho hasta ahora por los naturalistas, nos atrevemos a exponer la creencia de que bien pudiera ser que el elefante tuviese hacia el ratón el mismo asco que nosotros hacia las cucarachas o la misma repulsión instintiva que solemos tener nosotros a las arañas y a otros animales incapaces de hacernos daño, y harto lo sabemos, pero que sin embargo nos repelen casi tanto como si fuesen fieras.

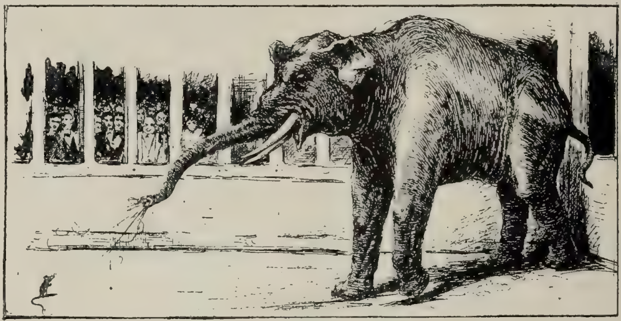
Una prueba decisiva de si el elefante teme real y verdaderamente al ratón se ha hecho hace poco en un circo. El experimento era más interesante que el de la lucha del león con el toro o del toro con el elefante.

El ratón había sido cogido en una ratonera y se le echó en la jaula del elefante a la cual se había cuidado de forrar de hoja de lata todo alrededor por la parte baja a fin de que no hubiese escape posible para el diminuto animal. Este no pesaba más que 60 gramos; el elefante pesaba 1.700 kilos.

Al entrar el ratón, el elefante lo vió y no le quitó ya ojo, al mismo tiempo que enderezaba en pabellón las orejas formando con ellas un ángulo recto. El ratón dió una carrera como si fuese un juguete mecánico. El elefante contestó levantando el rabo y poniéndolo tieso como un palo. El ratón da una vuelta a la sala buscando una salida; no hallándola, se sienta en un rincón y se atusa los bigotes en una actitud meditabunda. El elefante, muy asustado, menea las orejas como si fuesen abanicos. Así concluye el primer asalto.

En el segundo, el ratón acomete dando rapidísimas carreras en distintas direcciones. El elefante, notablemente agitado, recula despacio hacia un rincón, sin dejar de mirar ni un instante a su enemigo. Cuando llega al rincón avanza de vez en cuando prudentemente la trompa, tratando de alcanzar lo más lejos posible con ella. El ratón la evita con mucha habilidad. Así se pasan algunos segundos, hasta que el ratón acomete de repente al elefante, dirigiéndose en línea recta hacia él. El coloso, aterrado, trata de darle un golpazo; pero el ratón evita el golpe y se mete por entre las patas delanteras del paquidermo. Terror y confusión de éste.

Empieza el tercer asalto. Lo inaugura el elefante dando grandes patadas sobre el suelo en medio de la mayor agitación; cualquiera de ellas haría añicos al ratón, el cual comprendiendo que no está seguro en aquel sitio, da una carrera y se pone otra vez en campo abierto. El elefante parece muy tranquilizado al ver otra vez a su enemigo y avanza heroicamente hacia él; pero a mitad del camino le acomete otra vez el miedo y se retira a un rincón, apoyando el cuarto trasero contra la pared, sin duda con objeto de evitar un ataque por retaguardia. El ratón hace ademán de volverse a meter entre las patas del paquidermo. Este lo evita poniéndolas muy juntas y emprendiendo con la trompa un movimiento de péndulo para impedir el paso del ratón.



La fiera enfurecida

Asalto número 4. Después de breve rato, durante el cual el elefante no sabe qué hacer, avanza nuevamente, sin duda decidido a poner término a aquella situación. El ratón retrocede alarmado, y se refugia en un rincón. El elefante sigue avanzando hacia él, y entonces el roedor vuelve a su táctica de meterse entre las patas del paquidermo. Este se defiende con la trompa pero no consigue detener al ratón y éste tiene la osadía de subírsele por una de las patas delanteras. El elefante, loco de terror, sacude violentamente la pata y el ratón sale despedido por el aire. Antes de que llegue otra vez al suelo, el elefante se precipita hacia él y lo pisotea durante varios minutos hasta dejarlo hecho papilla.

Con un solo pisotón habría bastado, pero el elefante no tiene misericordia y no se muestra tranquilo hasta que ve que de su enemigo no queda entero ni el rabo.

Tal es el relato de la lucha heroica verificada hace pocas semanas entre un elefante veterano y un ratón novicio; es digna de que la cante un poeta épico. Lo malo es que aunque demuestra la superioridad del elefante sobre el ratón, no pone perfectamente en claro si real y verdaderamente los elefantes temen tanto como se dice, a sus diminutos enemigos.

Estos experimentos—si es que así se puede llamar a la desigual lucha de un ratón con un elefante—se han repetido varias ocasiones con resultados más o menos iguales.

Es un hecho que el paquidermo, el grande y morrudo animalote de gruesa piel, siente miedo por los ratones.

Lo que toca, entonces, descifrar a los naturalistas es el por qué de ese miedo que, a primera vista, no tiene ninguna razón de ser.

La lucha de un elefante con un ratón se presta admirablemente para un lápiz humorístico.



Srta Cora Jorge



Srta Maria A. Leal Garmendi



Srta Lucia Guevara



Srta Carmen Almanza



Srta Juana Lavignolle



Srta Isolina Soares

Fot Merlino



— Caballero, mi hija es poetisa...

Artículo ilustrado por artistas del teatro San Martín, bajo el siguiente reparto:

Magda	Srta. Julia Fons
Timotea	Sra. Martina Clemente
Chufillas	Sr. Juanito Martínez
Un amigazo	„ Federico Montejano

—Chufillas, que sea la última vez que retirás a las nueve pasado meridiano.

—Es que unos amigos me entretuvieron, conversando de cosas de carreras...

—¡Carreras, dijiste! ¿Es que jugás?

—¿Yo? Si siempre salgo sin un centavo... Fumo de gorra, porque no sé qué es eso de comprar un atadillo, ni de veinte, y si alguna vez voy en tranvía, es porque alguien se conduele de mí.

—¿Murmurás?

—No, señora. Si estoy lo más contento con mi suerte.

—¡Cómo no! Disfrutás de trescientos nacionales al mes en un gran bazar.

—Y los entrego tal como los cobro...

—Te permites salir después de cenar, a ver cómo toman café los viciosos...

—De salud les sirva.

—Y tenés una suegra como yo, que soy modelo de limpieza, de economía, de buen carácter...

—Pare no más, que va a fatigarse.

—Gracias. Y una mujercita que otros que yo me sé quisieran.

—¿Quiénes?

—Es un decir. Pero podés creer que vale mucho tu esposa. Con la lapicera en ristre hace maravillas.

—Ya, ya. Mas no se digna pegarme los botones del saco, ni es capaz de manejar la sartén ni el plumero.

—¡Cínico! ¿Querría el señor que mi Magda aprendiese a fregar la loza y a planchar y a barrer? Si estos del comercio no saben apreciar lo que es genio... ¡Caballero, mi hija es poetisa!

—Dígamelo a mí, que me voy contagiando de su mal. Recién ayer vino un cliente. Me preguntó:

—¿Hay aquí lindas corbatas?

Y le respondí:

—Muy lindas y muy baratas.

Continuó él:

—También deseo ver cuellos.

Y repliqué yo:

—Le enseñaré los más bellos.

Con que el buen señor creyó que le tomaba por la farra y se quejó al patrón, quien me amenazó con un metro, mientras gritaba: "Aquí la clientela viene a surtirse de los artículos que precisa, y no de aleluyas. Si vuelve a insolentarse de ese modo, mándese mudar".

—¡Che, qué hombre inculto!



— Oíd cual resuenan las eólicas arpas...

—Eso pensé yo cuando me retiraba de su presencia, mientras en mi interior le iba componiendo una décima terrible, que comienza de este modo:

Piensan algunos patrones...

—Che, no me la digás, que tengo jaqueca.

—Si no podría... Sólo he podido enzarzar nueve versos y voy a que Magda añada el último.

—¡No la molestés ni la enojés! No podés entrar a su pieza. La niña está en éxtasis.

—¿Eh?

—El numen sacro acaba de visitarla.

—¡Eso sí que ya no lo tolero! En esa pieza no se reciben visitas de nadies. ¡Que salga! El numen... yo he oído ese nombre en algún lado...

—¡Válgame el Cristo de los Andes! ¿Pero aún no sabés vos que el numen viene a ser algo así como la inspiración? ¿Qué aprendés, pues, en el bazar?

—A ganar dinero para ustedes.

A fuerza de ruegos, doña Timotea, la madre política de Chufillas, permitió a éste entrar a ver a Magda, quien se violentó al verle y murmuró:

—¿Qué querés? ¡Callá! Sentate en un rincón. ¡Chist!

Y comenzó a decir en alta voz, poniendo la vista en el techo y haciendo violentos ademanes con los brazos:

Oid cual resuenan las eóli-
[cas arpas
vibrando al aire melodiosos
[sones,
angêlicos arpegios que cauti-
[van...

—Mirá, Magda, que vas a pillar un resfrío; no te movás así.

—¡Estúpido! Me has cortado la fantasía.

—Excusá, pero como entra ese vientito pampero por la la ventana y vos vas tan liviana de ropa..

—¡Vete, Chufillas! ¡Me desesperás, hombre prosaico, con tus ordinarieces! Ahora mismo, tal es mi furor, que me arrancaría los cabellos.

—Andá, no más.

—Arrancame tú algunos, mientras sigo pensando. Y traeme las zapatillas y un vaso de agua, ¿no? ¡Pronto!

Chufillas levantóse de un brinco, con intención de ejecutar lo que se le mandaba. Mas también en su horteril cabeza germinaban ideas, de vez en cuando, y en aquel crítico instante asomó una repentinamente en su cerebro. Corrió a la sala, atropelló a su suegra en su camino, tomó la galera y se dirigió a la puerta de calle.

—¿Dónde vas así, tan de la precipitación?—le interrogó asustada doña Timotea.

—Donde va lo que zozobra,
lo que gira, lo que rueda...

—Esos son versos de mi hija, ¿no?

—¡Mentira! Lo oí en un drama. Apártese de mí. Estoy harto de ser un marido de sainete, y desde este momento va a revestir otra faz mi existencia. Quiero gozar, gastar, triunfar, divertirme. Se acabó mi papel de marido aniñado, tímido y cobarde. ¡Me declaro independiente! ¡Viva la libertad! ¡Chau!

Y en cuatro brincos se plantó en la calle.

Recordó que llevaba nueve pesos en un bolsillo, resto de un billete de diez, que había cambiado al comprar una cacerola por encargo de doña Timotea, y aún no había cumplido con el deber de entregar a ésta el vuelto.

—¡Garufa! ¡Garufa!—se gritaba a sí mismo por la parte interna.

Penetró en un café y pidió whisky y un Santos. Después coñac, cerveza y otro cigarro de hoja y luego te con anisado.



— **Vamos al almacén a tomar ginebra.**

Al volver a la vía pública tropezaba y pretendía versificar al mismo tiempo, en alta voz, como si interpretase su papel en alguna zarzuela, gritando:

Yo soy el gran Chufillas,
perdido y calavera.
¿Mi suegra? Buena, gracias;
tómela el que la quiera.

De pronto un individuo le echó los brazos al cuello, exclamando alegremente:

—¿Vos? ¿Pero sos vos?

—Sí, pero no apretés de esa manera. Y vos ¿quién sos, vamos a ver?

—¡Cha! No me conoce... Ya se ve que chupaste bien, hermano.

—Porque celebro mi emancipación, ¿comprendes?

—¿Vos solito?

—Con quien quiera. Vamos al almacén a tomar ginebra. El hombre es autónomo, ¿no?

Copa tras copa, a las diez se despidió el amigazo de Chufillas.

Este se vió de nuevo solo y sin un níquel, porque los nueve pesos habían volado.

¡Y en qué estado!

Un vigilante amenazóle con conducirle a la comisaría, si no andaba más derecho.

Otro le despertó con malos modos cuando comenzaba a dormitar en un banco del Paseo de Julio, y otro más caritativo, que no estaba de servicio, le condujo a su casa, como a los niños extraviados.

Comenzaba a serenarse y quiso ver la hora. Mas su vista no alcanzó a tanto, porque su reloj... había desaparecido con el amigo improvisado, quien aprovechándose de su ebriedad, habíase largado con la alhaja y hasta con los gemelos de los puños de Chufillas, en busca de algún otro zonzo a quien desvalijar por el procedimiento del encuentro o por el del cuento del tío.

Aquel golpe le devolvió el juicio por completo. Sacó la llave y abrió la puerta de su casa.

Su esposa y su suegra no se habían acostado y lloraban a lágrima viva.

Al verle se precipitaron en sus brazos.

—Lo que me has hecho sufrir...—clamó doña Timotea.

—Duro trance es considerarse viuda casi en los albores de la existencia—aumentó Magda en actitud melodramática.—Ya tenía "in mente" una elegía dedicada a tu memoria.

—¡Pero qué geniazo tenés, hombre;—siguió la suegra—lo echaste así, de repente... ¿Te pasó la rabia, m'hijito?

Las dos mujeres estaban temerosas. Seguramente habían conferenciado, poniéndose de acuerdo respecto a su comportamiento con Chufillas, conviniendo en enmendarse.

Le besaron, le llamaron rico, le ofrecieron tila y le prometieron que en lo sucesivo serían para él dos madres amantísimas, dos ángeles que velarían siempre por conservarle a su lado. Pero que no volviese a pensar en abandonarlas. Sin verle, se morirían ambas.

A Chufillas, escuchándolas, se le caía la baba de gozo. Desapareció el ceño de su semblante, sonrió y volvió a ser el Chufillas de antes, plácido, obediente, sumiso y manso.

Ya en su estado normal narró su desventurada aventura, sin callar detalle alguno de ella.

—¿Eso te ocurrió?—le increparon.—No tenés dignidad, ni vergüenza.

—¡Sos el más inícuo de los maridos!

—¡Y el más perverso de los yernos!

—¡Perdón! No volverá a suceder...

—Te lo garanto. Eso corre de mi cuenta. Yo, como madre política, me encargaré de seguir tus pasos y de darte la plata justa para las compras. ¡Otario! Retale tú también, Magda.

—¿Yo? Desprecio al vil.

—Pero negrita mía...

—No soy tuya. Desde ya pertenezco tan sólo al estro.

—¡No pertenecés a nadie más que a mí!

—¡Te repudio, ente vulgar! Ni aún supiste tener un bello gesto en tu intento de emancipación...

—¿Y este tuno gritó: ¡viva la libertad! ¿Dónde se vió tal descaro?

—Fué en un momento expansivo...

—¡Basta! Quedan suprimidas para siempre las salidas nocturnas. Nosotras seremos las que salgan; entretanto tú...

—¿Dormiré?

—¡Dormir! ¡Grandísimo vago! Copiarás las poesías que Magda escriba; así no intervendrás en sucesos dolorosos y podrás darte el corte de que valés para algo, ilustrándote, de paso, que buena falta te hace.

—¿Ves, Chufillas, qué buena es mamá? Te impone un castigo bien liviano... Andá, dale las gracias.

—¿En verso?

—¡Eso quisieras vos! Saber hacer versos.

—¡No! Lo que quisiera es que vos no supieras hacerlos. Así no tendría yo que copiarlos.



— **¡Lo que nos has hecho sufrir!...**

—¡Calláte y obedecé!

—¡Es mi sino!

—¡Dejále, m'hija! En el pecado llevará la penitencia.

¡Pobre Chufillas! Su esclavitud va a ser mayor que antes. Si no se hubiese sublevado... A cualquiera se le ocurre querer ser libre, no sabiendo serlo.

Como este buen hombre, hay tantos otros predestinados a las iras conyugales y a los mandatos de la suegra...

J. Víctor TOMEY.

Las joyas de Abdul-Aziz

HACE seis años, cuando todavía era sultán de Marruecos, Abdul Aziz empeñó sus joyas y como no ha podido rescatarlas, las ha sacado a subasta el famoso Monte de Piedad de París, y las ha vendido.

La mayoría de sus transacciones las hace dicho establecimiento con gente pobre, naturalmente, pero también ha tenido por clientes a no pocos personajes regios. Esto se debe a que los reyes empobrecidos acuden generalmente a París para rellenar sus arcas, y el Monte de Piedad tiene el monopolio de los anticipos sobre toda propiedad no inmueble. Cualquiera que infringe este monopolio, sea banquero o príncipe de la sangre, está expuesto a una demanda por daños y perjuicios.

La historia de las joyas de Abdul, desde que su dueño se desprendió de ellas, hasta su venta, es muy interesante.

Un alto funcionario moro, Mohammed Tazzi, y el doctor Verdon, médico inglés del sultán, salieron de Tánger para París, con las joyas, en septiembre de 1907. De la situación financiera del monarca en aquel momento puede juzgarse sabiendo que al día siguiente estaba obligado a pagar a Alemania un préstamo de 2.500.000 duros, y que pocos días después, Francia iba a reclamarle el reintegro de 400.000 duros.

Los enviados llegaron a París y desde el primer instante constituyeron el centro de atracción de todos los criminales de la capital francesa.

A un conocido corredor de alhajas le confiaron un collar de diamantes tasado en 150.000 pesetas. El corredor encontró quien lo comprase y quedó convenida la fecha en que había de efectuarse el pago; pero cuando llegó el día fijado, se presentó el corredor, medio loco, diciendo que le habían robado el collar y no podía efectuarse la venta..

Los desesperados emisarios del sultán reclamaron el auxilio de la policía, la cual consiguió recuperar todos los diamantes, menos uno, en varias joyerías donde los habían vendido los ladrones.

El último diamante, el más grande y más valioso de la serie, no pudo encontrarse por el pronto; pero al fin lo hallaron en poder de un joyero, el cual dijo que se lo había vendido una señora muy elegante a quien no conocía.

El gobierno francés descubrió que los enviados marroquíes habían faltado al monopolio del Monte de Piedad, valiéndose de corredores para la venta de las joyas, y los marroquíes no tuvieron más remedio que depositar en el Monte las alhajas que no habían vendido todavía.

La colección de joyas le había costado al sultán unos dos millones de duros, y ésta era la cantidad que Tazzi pensaba llevar a su amo; pero el Monte se negó a dar dicha suma, y el enviado sólo pudo llevar al sultán 225.000 duros, según dicen unos, y 300.000, según otros.

Abdul no pudo luego pagar los créditos, y mucho menos desempeñar las joyas, por cuya razón las autoridades resolvieron sacarlas a subasta; y en atención a la importancia de la venta, publicaron anuncios en los periódicos ingleses para atraer a los comerciantes de Londres.

Abdul Aziz no es, sin embargo, el único personaje de sangre real que ve su nombre mezclado en negocios de préstamos y empeños. En Viena se vendió, en pública subasta, gran parte del guardarropa de la princesa Luisa de Bélgica.

Homenaje a Sarmiento



Grupo alegórico realizado por las alumnas de la escuela Sarmiento en homenaje al gran educacionista americano



Niñita de Casares

El retrato auténtico de Cleopatra

HACE mucho tiempo que los historiadores y los arqueólogos deseaban tener un retrato exacto, auténtico, de aquella mujer cuyo nombre ha venido a ser sinónimo de fascinación, cuyos encantos cambiaron los destinos del mundo, de Cleopatra, en fin.

En Roma hay una pintura sobre pizarra que fué desenterrada hace algunos cientos de años, y que se suponía representaba a Cleopatra de medio cuerpo, con la corona en la cabeza, y oprimiendo contra su seno la ponzoñosa serpiente a que la tradición atribuye su muerte. Pero hoy se tiene por seguro que este documento no es auténtico. Se trata de una de tantas falsificaciones como se produjeron en los siglos XVI y XVII, y que tanto daño han hecho al estudio de la Historia.

En vista de todo esto, un aficionado a las antigüedades, Mr. Gorringe, ideó un medio para procurarse el verdadero retrato de la famosa reina egipcia. Conócense varias monedas de plata con su busto, aunque desgraciadamente, todas ellas se encuentran en mal estado de conservación, de modo que en una ha desaparecido media nariz de la figura, en otra, un trozo de barbilla, y así sucesivamente. Mr. Gorringe ha hecho una fotografía compuesta de ellas, superponiendo los negativos, de modo que uno diese lo que en otro faltaba, y de esta suma de imágenes ha hecho una ampliación, que es la que aquí reproducimos. Puede considerarse, pues, este retrato como el único auténtico y contemporáneo de la mujer que por más de veinte años ejerció tan notable influencia sobre los destinos del imperio romano.



El retrato compuesto de Cleopatra

El que conoce la historia de Cleopatra, no puede de menos de sufrir un desencanto al ver este retrato. La fisonomía no es precisamente la de una mujer hermosa, ya lo indicamos hace poco, y parece imposible que fuese ésta la que supo fascinar a Julio César, el hombre más grande de la antigüedad, y la que hizo que Marco Antonio perdiese el dominio del mundo entero. Pero hay que tener presente que todos los antiguos relatos referentes a Cleopatra hablan de su gracia, del atractivo de su conversación, de sus aptitudes para el fingimiento y la intriga, pero no dicen una palabra de su hermosura. Su retrato compuesto está en todo acorde con dichos relatos. Es la imagen de una mujer sensual e intrigante; es la Cleopatra de la historia, llena de fuerza de voluntad más bien que de belleza, la reina enteramente desprovista de preocupaciones morales, que empleaba todas las artes imaginables para fascinar al hombre de quien quería hacerse dueña. Julio César quedó cautivo de su talento y del sincero o fingido aprecio que la reina hacía de su grandeza; Marco Antonio quedó cautivo de su abierta sensualidad y de sus monstruosos vicios.



—¡Señora!... ¡Que son las siete!...
¡Señora!... ¡Mire que es tarde!...
—¿Eh?... ¿Quién es?...
—Soy yo, María.
—¿Por qué viene a recordarme?
—Como usted me dijo anoche
que quería levantarse
temprano, para ir a casa
de la señora de Sánchez...
—¡Es verdad!... ¿Y qué hora es?..
—Las seis y media.
—¡Qué tarde!
No voy a tener apenas
tiempo para prepararme...
Dije que iría de cuatro
a cuatro y media...
—Apurándose
tal vez llegue allá a las cinco.
—Pues no perdamos instante.
¿Está el baño?
—Sí, señora.
—¿Te has acordado de echarle
agua de Colonia?
—Sí:
seis litros.
—¿Será bastante?
—¡Ya lo creo!
—Bueno; vamos...
—No vaya usted a abrasarse,
que está el agua muy caliente.
—Aunque queme he de aguantarme,
pues, según dice el doctor,
es fácil que así adelgace...
¿Y el jabón?...
—Aquí, señora...
—Ahora, dame un masaje
bien dado por todo el cuerpo...
Sin miedo... Aunque me levante
la piel... Más fuerte, María...
—No puedo más.
¡Qué cobarde!
—Es que tengo poca fuerza.
—¡Qué floja!
—¿Quiere que llame
al "chofer"?
—¿Te has vuelto loca?...
Ya circula bien la sangre...
¡Basta! Dame la "salida"...
Ahora vení a pesarme...
—Ciento veinticuatro y medio...
—¡Cien gramos más que ayer tar-
[de!...
¡Qué desgracia!...
—Será el chancho.
—¿Cómo?...
—Aquel lechón fiambre
que comió anoche.
—¿Y por eso
querés que haya...
—Es muy probable.
Como el chancho es tan pesado,
según dicen...
—¿Vino Carmen?
—¿La peinadora?
—Sí.
—No,
señora.
—La echo a la calle
en cuanto venga. Supongo
que vos ayer le avisaste
que estuviera aquí a las siete.
—¡Cómo no!...
—Vení a peinarme.
¿Qué hora es?
—Las ocho y cuarto.
—Vamos, María, apuráte...
—¿No toma usté el desayuno?
—No, que voy a llegar tarde...
¡Che, no des esos tirones!
que vas a descabellarme!...
Poneme bien la torzada...
Aquel horquillón tan grande...
Esa peineta... El flequillo...
—¿Está bien así?
—Admirable.
—¿Qué más?
—Agarrá la crema.
—Aquí la tengo.
—Frotáme
toda la cara muy bien,
sobre todo en estas partes
que tengo tan coloradas.
Mirá: parece un tomate
esta maldita nariz.
Por más que tomo vinagre
no me bajan los colores.
¡Es para desesperarse!...
Poneme mucho carmín
en los labios...
—¿Hay bastante?
—Sí. Con ese lápiz negro
pintáme ojeras muy grandes
y, aquí, en la barba, a la izquierda,
sobre el mentón, dos lunares.
—Sobre todo las ojeras.
—¿No es cierto?... Debe ser tarde...
—Las once y media.
—¡Jesús!...
¡Pronto, María, calzáme!...
¿Eh?... ¿Quién es?...
—Juana, señora.
—A ver qué quiere; que pase.
—El almuerzo ya está pronto;
¿puedo servir?
—Esperáte
a que me ponga el corsé,
pues si llego a almorzar antes,
me será imposible luego,
por más que quiera, apretarme.
—Entonces, ya avisará
la señora.
—Sí, sí, andáte...
Trae unas medias. ¡Ligero,
María!... ¡Señor, qué tarde!...
—¿Caladas?
—De muselina.
—Aquí están.
—Pues, apuráte...
—Zapatos... ¿los de gamuza?...
—No, que son un poco grandes
y se me salen del pie.
—¿Los de charol?
—Sí, calzáme.
—Estos son chicos, señora.
—Apretá bien.
—Es en balde;
no entran.
—Pero, María.
si vos misma los compraste.
Son...
—Treinta y siete.
—Y yo calzo...
—Cuarenta.
—¡Qué disparate!...
—¡Ya están!...
—Sacá el calzador.
—¡Cómo sudo!...
—Pues secáte,
no me vayas a ensuciar...
Si no puedo menearme...
—¡Claro! Tres números menos...
—¡Basta, María! ¡Calláte!...
Poneme ahora el corsé.
—Pero, señora, ya sabe
que sola no puedo nunca.
—Pues que vengan a ayudarte
Juanita y la cocinera...
—Aquí están.
—¿Señora?...
—Pasen.
A ver si entre ustedes tres
pueden el corsé apretarme...
—¡Fuerza!...
—¡Fuerza!...
—¡Otro poquito!...
—No podemos más.
—Pues aten.
el cordón a ese barrote
de la cama... Así... Descansen
un momento y seguiremos.
—¿Se pone usté el traje sastre?
—Sí, con la blusa de seda,
o si no con la de encaje...
Que me traigan una taza
de te con leche.
—Al instante...
Sírvase.
—Dámela vos,
que no puedo menearme...
¿Qué hora es?
—Las cuatro y quince.
—Vení, María; arregláme
un poquitito el peinado,
marcáme más los lunares
y las ojeras... Traé crema...
Carmín... Polvos... Perfumáme...
¿Está el auto?
—Hace dos horas.
—Poneme el saco... ¡Apuráte!
Arregláme la pollera,
que sube un poco... Pasáme
el cisne por el escote...
¡Qué tarde ha de ser!... ¡Qué tar-
[de!...
—Las cinco y diez.
—¡No te dije!...
¡Pronto! ¡El sombrero! ¡Los guan-
[tes...
¡No voy a llegar a tiempo!...
¡Ay, Dios mío!..
—¿Qué?
—¡Un desastre!
Que ha reventado la blusa...
¡Ligerito, che! Alcanzáme
la de seda.
—Sírvase.
—Cuidadito con pincharme
con los alfileres... ¡ojo!...
—No tenga miedo.
¡Apuráte!
Poneme el sombrero.
—Voy...
—Ahora del brazo llevame
hasta el auto, que no puedo
caminar.
—Puede apoyarse
lo que guste.
—Adios, Juanita.
—Hasta luego. ¡Qué elegante!
¡Qué distinguida! ¡Qué chic!...
—¡Aduladora! ¡Calláte!
—Hasta luego.
—Adios.
—Adios,
(globo cautivo).
—¿Es muy tarde?
—Las seis y veinte.
—¡Dios mío!...
¡No voy a encontrar a nadie!...
No salgo.
—¿Cómo?...
Es inútil;
ya no estarán.
—¡Qué percance!
—Iré mañana. ¡María!...
—¿Qué, señora?...
—Recordáme
mañana a las tres y media
de la madrugada... o antes.
A ver si así, y apurándonos,
puedo al fin en lo de Sánchez
estar mañana sin falta
a las cinco de la tarde.

Julián J. BERNAT.

Dib. de Caro.

CRÓNICA de la MODA

La presente estación nos está presentando contrastes verdaderamente atrevidos, lo que da margen a que la crónica de la moda abunde en detalles y desconcierte.

Una afamada cronista dice: "Polleras de muselina y de tul, de una ligereza poco real; vestidos caprichosos, sombreros de terciopelo y boas!... Y esta combinación acampañada de exquisitas "chiffons" de una suavidad que maravilla"...

No cabe duda ninguna que todo cuanto se escribe en la actualidad, respecto de los modelos estivales, hará cavilar a nuestras nietas, porque la confusión se hace cada vez mayor.

Algo muy parecido sucede en lo que se relaciona con la silueta; cierto que la línea continúa fina, estrecha y disimulando todas las desventajas, pero la moda—que es una señora que no puede estar quieta ni un sólo instante — está creando otra: la del vientre; y esa creación es muy atrevida. La pollera, exageradamente remangada por delante, acentúa lo que nosotros podríamos llamar "defecto".

Los cambios bruscos que está sufriendo la moda hacen pensar: ¿No habría algun medio para consultar de antemano a todas las señoras respecto a los cambios profundos de la moda de cada estación, toda vez que ésta deba sufrir alguna transformación radical?

La consulta podía realizarse por medio de un plebiscito al que contestarían las señoras aportando el contingente de su opinión o su parecer. Quizá así, se evitarían tantos saltos y tantos inconvenientes, como los que se observan en nuestros días.

Los modistos, tendrían en estas indicaciones una base segura para sus creaciones de acuerdo con las tendencias y gustos de las señoras. Además, las cambiantes de la moda, serían mejor recibidas, pues estarían de acuerdo con los deseos de las personas interesadas.

Preciso es convenir que no todas las mujeres son bonitas ni todas tienen formas graciosas, y aparentes para los modelos creados por los modistos. Muchas que poseen formas correctas, no son lo suficientemente jóvenes para aceptar vestidos que están en desacuerdo con sus años. Estos inconvenientes —que señalamos de paso, sin detenernos en la forma que lo merecen—deben tenerse en cuenta, desde el momento que son de capital importancia.



En la gracia de las líneas flexibles y en la sencillez intencionada reside la elegancia de este traje

Con el plebiscito que aconsejamos, se evitaría el desfile ridículo de elegancias falsas y hasta absurdas que causan risa, constituyendo, muchas veces, notas con cierto ribete de comicidad.

En los momentos actuales se están bosquejando ideas para las nuevas siluetas de verano, muy imprecisas todavía. Las últimas creaciones no marcan evolución de ninguna clase.

"No hay duda que este verano sólo las amantes del tango—dice una cronista parisien — seguirán conservando las líneas delgadas y ondulantes de la falda actual".

Se ha dado en asegurar que estarán de moda los volantes plegados en hileras superpuestas o fruncidos. Por el momento se componen de una túnica corta, sin cintura que deja una línea de pureza antigua.

Vestida de blanco, con velo de seda o crespón, la mujer se idealiza de una manera exquisita.

Los vestidos de terciopelo, en tonos crudos, están de moda, y, por lo general se llevan sobre conjunto blancos o claros. El efecto que producen es muy bonito por lo que están teniendo aceptación por parte de las señoras que siguen paso a paso las constantes evoluciones de la moda.

Para las playas se confeccionan smokings muy elegantes de "ratine" y "sweater" de tejidos de punto, de seda, color naranja, verde 'pré", violeta, malva, cereza o ámbar. Estas dos prendas tienen un chic extraordinario.

Podemos asegurar que este verano se usarán mucho.

Otra indumentaria femenina que comienza a generalizarse es el chaleco de hule flexible, muy elegante y de un efecto bonito.

Por creerlo oportuno daremos, en seguida, los detalles de un lindo traje de playa en granito blanco "Trianon"; adornado, en la parte baja con una cinta entrelazada de tonos vivos, color limón, cereza o azul.

La camisa, abierta del lado del cuello forma una túnica larga, también abierta en el costado y

adornada con una cinta. La cintura es trenzada con cuerdecillas de cueros de varios tonos que forman un vistoso conjunto.

Para campaña, indicamos otro modelo, verdaderamente práctico y que posee una línea nueva.

La túnica, sencilla y muy exaltada, tiene forma ''kimono''.

Las mangas son abiertas hasta el talle y ligeramente adornadas por una cinta bordada que forma una cintura ancha y chata.

La túnica es amplia y larga y remonta descubriendo el fruncido de la falda. Como no hay más adorno que la cinta, el traje resulta muy original.

Este se puede llevar con sombrero grande de paja de Italia, anudado con una cinta de terciopelo negro.

Tienen mucha aceptación para los trajes de verano, los adornos recortados en forma de fruta.

Y ya que hablamos de trajes para campaña indicaremos otro muy bonito y que se puede ejecutar fácilmente.

Toda la parte alta de este traje es en tul blanco y forma blusa; las mangas son abiertas. La parte delantera forma un chaleco muy vaporoso y espumoso, confeccionado con adornos de tul.

En el bajo de la falda se emplea el raso blanco; ésta es de tul y linón de Prusia bordada.

La cintura de este traje es de muselina azul. Completa el conjunto un chaleco corto y original. Este chaleco es de tela blanca con rayas azules, con cuello y solapas de linón blanco y bordado con los mismos linones, recortados e incrustados en la parte baja del chaleco, hacia el talle.

Las jóvenes ingeniosas encontrarán en la confección de este vestido, un lindo pasatiempo para las horas desocupadas.

Las faldas de lencería se usan mucho en estos momentos.

Estas faldas llevan fondos de raso flexible de tafetán color rosa.

Las faldas se rodean con una ancha cinta de terciopelo, puesta en ''bias'' y llevan como cintura una cinta negra, también de terciopelo, con grandes rosas ''france'' en el talle.

Desde algún tiempo a esta parte, las faldas de lencería han ganado mucho terreno, imponiéndose por lo bonito del conjunto.



Sombrero de terciopelo negro, rodeado de manojos de ''aigrettes'' negras, dispuestas verticalmente

Una bonita novedad la constituyen los cuellos de muselina de seda negra ribeteados ''a jours'' y formando sombras ligeras sobre los conjuntos blancos y claros.



Toca de terciopelo negro, con la toca flexible y el borde levantado, con enlazamiento de ''aigrettes''

He aquí un ejemplo: Encima de una blusa lor rosa que atraviesa los ojales hechos en el tul de tul blanco, sobre fondo de seda liviana, se coloca una larga pelerina de muselina negra, convenientemente ribeteada.

Lo novedoso de esta blusa queda todavía más caracterizado por una ancha cintura de raso coformando un nudo muy chato.

Esta blusa, usada con traje ''tailleur'', de la tela blanca o ''fraliné'' es de mucha gracia y frescura.

Esta última cualidad es la que más se debe tener en cuenta en la rigurosa estación del verano.



Sombrero con la copa recubierta, llevando delante, en el medio, un manojo de ''aigrettes'' blancas y flexibles

Con la desaparición del invierno comienzan a parecer los nuevos modelos de sombreros, los que, en síntesis, poco se diferencian de los usados el año próximo pasado.

Los modistos han lanzado los últimos modelos en las playas más de moda en estas épocas. Por lo general la forma es la misma de invierno salvo modificaciones de detalles.

Parece que tienden a aceptarse los sombreros combinaciones secretas sólo son perceptibles para alargados hacia atrás los que dan cierta marcialidad al cuerpo presentando un elegante conjunto.

Esta forma recuerda al sombrero predilecto de una emperatriz que lo usó durante muchos años poniéndolo de moda tal vez sin querer.

Se hace en seda opaca con bordes de terciopelo verde muy obscuro o totalmente negro.

Luego se adorna con una guirnalda de fruta entremezcladas y desparramadas por entre flores.

Otros sombreros se adornan con ''aigrettes'' blancas, encuadradas entre dos ''paradis'' negros.

Tales son, a grandes rasgos, las cambiantes o modificaciones introducidas en los modelos de sombreros para la próxima estación de verano.

Al hablar de la moda y sus cambios dice un cronista de París:

''El traje femenino va siendo cada día más complicado y resulta casi imposible hacer una exacta reseña del mismo. No en vano se llama a la nueva moda un conjunto de fantasías, cuyas combinaciones secretas sólo son perceptibles para

el que las estudia desde hace años y sabe, por lo tanto, de dónde proviene lo que ahora vemos y a lo que según todas las probabilidades llegará.''

''En la moda de este verano, pueden fijarse desde luego ciertos puntos sobresalientes: primero, que la figura va siendo cada vez más abultada sobre todo en aquella parte que hasta ahora era una negativa, o sea el vientre; segundo, que la falda alrededor de las caderas y las rodillas es más ancha que antes, estrechándose, en cambio, en los tobillos: y, por último, que los corpiños caen sueltos y amplios en la espalda.''

''De estas tres condiciones principales, se deducen otras que al pronto causan nuestra admiración.''

''He visto un traje de crespón de seda lila pálido, de estilo oriental, que sigue aún gustando, cuya cintura ancha, de brocado color dorado obscuro y malva, envolvía las caderas en forma de coraza. De la misma tela era el pequeño cuello redondo que rodeaba el escote en punta, rellenado con un encaje. Las mangas largas y anchas, en forma de kimono, llevaban también un idéntico encaje que caía sobre la mano.''



Sombrero forma ''cloche'', revestido de seda moiré y con un gran lazo de terciopelo



Traje de tarde, de marquesita azul real con aplicaciones de encaje y cinta de fantasía

''Para ''soirées'' íntimas, he podido admirar una ''toilette'' de raso rosa con túnica de tul de oro, de anchas mallas. La chaqueta, que bien visto no consistía más que en una aldeta abierta detrás y en unas grandes mangas kimono unidas en la espalda y también abiertas, llevaba todo el adorno de un lado y estaba recubierta parcialmente por el referido tul. Un adorno de cintura que hace parecer el recogido de la falda aún más inclinado, daba al vestido un carácter completamente nuevo y marcaba la tendencia de la moda actual.''

''Otro vestido parecido era de ''charmeuse'' verde claro, que también reunía todas las características de la nueva moda.''

''La estrechez de la falda alrededor de los pies, resaltaba aún más por ser ésta algo corta. Envolvía los hombros y el busto una ''écharpe'' de muselina color sepia. El talle era corto y toda la falda estaba muy recogida, marcando aún más este recogido una gran flor bordada. El escote en punta y muy pequeño sombrero en forma de casco de paja y tul color sepia



Un vestido de tarde elegante y práctico



Toca baja, rodeada de una gran cinta de terciopelo y bridas de la misma tela

con una "aigrette" de pluma verde, imprimía a esta "toilette" el sello de un perfecto modelo de 1913."

Tal es lo que dice la cronista parisien; todo está de acuerdo con lo que dejamos expuesto.

Y no se crea que estas cambiantes pasan inadvertidas en nuestro mundo social; en conversaciones familiares y hasta en ruedas de señoras y niñas se comenta con cierta vivacidad las mil transformaciones que sufre la indumentaria femenina.

—Es inconcebible lo que está pasando—oímos decir, vez pasada, a una respetable dama de nuestra sociedad.—Los modistos cambian de opinión y parecer con una rapidez que asombra. Una moda no alcanza a vivir dos meses sin ser reemplazada por alguna otra.

Ojeando, al acaso una importante revista inglesa de modas, nos encontramos con las siguientes declaraciones:

"En Europa la silueta de las modas para la próxima estación ha cambiado tan pronto, con tan asombrosa facilidad se han aceptado las nuevas y últimas ideas, que actualmente las elegantes se encuentran rodeadas de cambios e innovaciones antes de poder llegar a tener conocimiento preciso de lo que se trata."

"Tanto capricho ha causado una revolución sorda en los círculos sociales y no pocas protestas por parte de las mujeres que desean vestir, siempre, de acuerdo con el último figurín."

"Puede decirse, también que la moda actual es más atrevida y audaz que las anteriores."

"Los pequeños detalles se pierden en los pliegues del paño, en la abundancia del colorido, y así se obtiene la silueta general que da al conjunto un tinte de mucha novedad."

No debemos, extremar tanto la nota. En nuestra metrópoli, por ejemplo, hay muchos modelos que, apesar de ser de rigurosa moda, no se aceptan.



Preciosos trajes de encajes de Irlanda, para niñas de 4 a 7 años

En la aceptación de nuevas formas se marcha con mucho pie de plomo. Aquí las señoras todavía no han perdido su dominio y continúan seleccionando los modelos y rechazando los más atrevidos e inconvenientes.

Pero... dejemos este punto ingrato.

*
* *

Hemos hablado, al correr de esta charla, de los nuevos vestidos. Pues bien, esta misma condición de nuestra indumentaria externa exige, en lo que hace a la interna, mayor cuidado, mayor lujo y, sobre todo, más acabada perfección.

Las íntimas prendas femeninas, esas que en Francia se designan con el nombre genérico de "dessous", pudieron ser hasta ahora más o menos ricas y más o menos elegantes, pero su elegancia y su riqueza fueron siempre del todo privadas, y en modo alguno transcendieron fuera de los estrechos límites de la alcoba o del tocador. Cierto es que en los "skatings" durante el invierno, y en las excursiones campestres durante el verano, se lució con frecuencia buena parte de esas prendas íntimas, sin que de ello se lamentaran nunca galanes y galanteadores; pero tales exhibiciones, en muchos casos un poco voluntarias, fueron siempre, oficialmente al menos, del todo involuntarias e imprevistas. Nunca constituyeron por lo tanto un artículo en el código del "saboir vivre", aunque se consideraron en todo tiempo como elementales ardides en las artes de coquetería y de seducción.

Tampoco ahora se trata de pasear por las calles en camisa o en pantalones: lo que es cierto es que la delicadeza, la forma y la disposición de nuestra indumentaria interna, constituyen hoy elementos tan importantes como indispensables para nuestra elegancia externa.

En tanto que las faldas, las blusas o los cuerpos fueron amplios, o siendo ceñidos se confeccionaron con tela fuerte y consistente, el mal corte o los pliegues defectuosos de las prendas interiores quedaron ocultos bajo el vestido. Hoy, en cambio, las túnicas de tul, las levitas de fino encaje y las "toilettes" de gasa, no se prestan a disimular lo más mínimo: así ocurre que la menor imperfección de la ropa interior se traduce por arrugas inoportunas o líneas defectuosas en nuestro vestido exterior.

Las hombreras se han reducido a su mínima expresión, convirtiéndose en diminuto lazo de seda, y en la mayoría de los modelos actuales estas hombreras se suprimen por completo, sustituyéndose con dos tirantitos de batista que se prenden mediante invisibles botones en el interior del corsé.

La forma de la camisa está también muy lejos de ser, como antes amplia y holgada. Por el contrario se corta usando de iguales recursos y cuidados que si se tratara de un vestido, de modo que, puesta, se amolde exactamente a la forma del cuerpo, ciñéndolo como si fuera un guante.

La camisa, en fuerza de acortarse y aligerarse, no es ya sino una sombra, un recuerdo de lo que en lo pretérito hubo de ser esta parte de nuestra indumentaria.

Consecuencia de todo esto es que la moda de los "dessous" o interiores, tenga en el día la misma importancia, exija los mismos cuidados y sufra las mismas transformaciones que la del resto de nuestra ropa: forzoso es, pues, ocuparse de ella detalladamente.

Los mismos modistos lo han entendido así presentando modelos muy elegantes y, ante todo, prácticos.

No era posible que variando la moda del vestido exterior, la ropa interior permaneciera sin variaciones, desde el momento que esa invariabilidad tendría sus inconvenientes.

Carmen **AGUIRRE**.

Hogares pobres

Alguien dijo, hablando de los ranchos: "Yo he visto desgranarse sus paredes de barro y paja como si fueran una espiga de cebadilla, reseca por el sol. Negros cascotitos, redondos unos, sin forma definible otros, caían cuando algún perro se rascaba las costillas en el palo costanero".

Más tarde, el quincho, ralo, feo y viejo dejó filtrar el viento produciendo un silbido fino y cosquilloso que hacía rechinar los dientes. Entonces observé que el gaucho tapó el agujero con una lona, que en mejores tiempos fué bajera, y... siguió viviendo, prendido a la bombilla... Un viento endiablado y fuerte arrastró lejos el remiendo y el gaucho miró con indolencia la pared convertida en espumadera y:

—Embromáte—dijo.

Y, al decir del paisano se "embromó", pues nunca más cubrió el "aujero", así entrara viento frío o agua helada.

Pocos son los criollos que cuidan sus ranchos. Ellos limpian el recado, soban los corriones y los maneadores, la cincha y los bozales, se esmeran en sacar tientos parejos y delgaditos como prima de guitarra, cuidan que el flete no se "mate" o "avejigue", fabrican riendas trenzadas con maestría de gauchos hábiles, engrasan todas las guaschitas con mucha calma y doble afición... pero el rancho que se caiga, "que s'embrome".

Si el viento huracanado, remolineante y bravo, levanta la paja del caballete, o la vuela arrancándola de cuajo, todo lo arregla con un cuero de potro, o una matra pampa que saca del recado.

—Hasta cuando haiga tiempo—dice siempre. Y cuando el tiempo le sobra juega a las bochas o preludia algún estilo en la guitarra.

En la familia ranchera hay de todo. Hay ranchos lindos y ranchos feos. Los unos semejan ramos de flores perdidos en el campo, los otros parecen cicatrices en plena cara.



Rancho de ladrillo y paja

Mientras los últimos ostentan miseria, haraganería y suciedad; los otros, blancos como alas de gaviota, rodeados de violetas y madreselvas se levantan sonriendo a la pampa y al viajero...



Otro tipo de rancho

Otros se agazapan a la sombra de algún sauce y, los más, tienen muy cerca un montecito, el corral y el gallinero.

Y entre el cacareo de las gallinas, el cantar del gallo y el piar del pollo, vive el gaucho como un patriarca, sobando sus sogas y haciendo runrunear el mate.

Y esas casas de grotesca y mala construcción tienen su belleza y hasta su poesía. Nuestros mejores poetas han encontrado motivos en ellos, e inspirándose, han escrito páginas de marcado sentimiento nacional.



De puro corte criollo

El rancho es, quizá, lo único que no ha destruído el transcurrir de los años y lo que no ha muerto ante el precipitado avance del modernismo; y no cae porque es hijo de la pobreza; porque es la casa del pobre, del gaucho que nace bohemio, bohemio hasta la médula de los huesos, pero también muy bueno y muy noble.

Empero, algo ha desaparecido.

En los ranchos de hoy—salvo rarísimas excepciones—no se observa ese antiguo sello de criolla holgazanería que se notara en épocas poco más o menos lejanas.

No es extraño encontrar casas humildes, levantadas a base de barro, madera y paja, rodeadas de jardines floridos y con una huerta al frente donde la mano poco avezada del paisano supo aprovechar la tierra en forma curiosa y extraña.

La mujer, más previsora que el hombre, más amante del hogar, ha hecho mucho en poco tiempo. Pero aún subsiste el sello criollo.

Los gauchos más haraganes levantan sus chozas donde quiera, en cualquier terreno—sea loma o bañado—y con cualquier palo.

Poco les importa que la cumbrera sea sillona y los palos del mojinete semejen las patas no muy derechas de un loro barranquero. Para ellos es lo mismo.

—Mesmo dá—exclaman.

Linda o fea... la casa será siempre un rancho, un amparo, un rincón donde guardar las pilchas y un techo donde guarecerse de las lluvias del invierno.

Si tuvieran que comprar un caballo, lo eligirían bueno, sin defectos, sin basteaduras, con dientes grandes, sin vejigas en las patas... pero un rancho... ¡rancho al fin! ¡qué importa! Mañana o pasado lo volteará un ciclón, o lo aplastará el tiempo, así tenga la cumbrera derecha y el alero compadrón.

Luis HORACIO.

Regalos de boda suntuosos y extravagantes

QUIZÁS no haya habido novia que reciba tan notable colecció de regalos como Miss Alicia Roosevelt, hija del ex presidente de los Estados Unidos, cuando se casó hace pocos años con Mr. Longworth. Los regalos ascendieron a cuatro mil y su valor se calculó en cinco millones de pesos.

La emperatriz viuda de China envió una gran cómoda llena de sedas de todos los colores que constituía un inapreciable tesoro de arte. La emperatriz de Austria la regaló un maravilloso "pendantif" formado por un solo diamante de enormes proporciones. El emperador Guillermo la mandó un brazalete de piedras preciosas. De la casa imperial del Japón recibió candelabros de plata y bordados admirables. Francia envió una colección de tapices de los Gobelinos, bandejas de oro y plata y collares de diamantes. Los "roughriders" de Mr. Roosevelt rindieron homenaje a la hija de su antiguo coronel, enviándola un servicio de plata y los oficiales del ejército de los Estados Unidos costearon una carabina de tamaño natural, de oro de ley, con las iniciales de la joven en diamantes. Con la carabina iba una provisión de balas de oro.

Los "cowboys" y los granjeros amigos de su padre la remitieron modestos regalos consistentes en diversos productos del campo. Un labrador de Kansas envió un saco de nabos gigantes y otro del sur de Dakota una cesta de patatas formidables, con una de las cuales hubiera tenido para hartarse el hombre más tragón.

Pero a pesar de todo, Alicia Roosevelt no puede blasonar de haber recibido los regalos más originales.

Un sportman inglés que regresó a su patria para casarse después de hacer un viaje por las Montañas Rocosas llevó a su novia el trofeo más original que se ha podido ofrecer a una joven: diez y nueve serpientes de cascabel de gran tamaño matadas por el novio.

Al llegar a Londres mandó hacer un cinturón con las pieles de los ofidios.

Otro novio regaló a su prometida un traje exclusivamente hecho con pieles de oso blanco y un collar de dientes del mismo animal.

Al ser llevada al altar por Herr Schneider, Fraulein Becker, de Berlín, la madre de ésta, que posee una colección de fieras ambulantes, regaló a los recién casados un elefante, un león y otras fieras para que empezasen a dedicarse al mismo negocio con que se había enriquecido ella.

M. Souverin, propietario del gran periódico ruso "Novoie Vremia", casó a su hija con M. Masoiedoff Ivanhoff, hijo del ministro de obras públicas del imperio, y les señaló "los beneficios de una de las páginas de anuncios de su periódico" lo cual representaba 1.500 pesos semanales o sea una renta en realidad envidiable.

Menos suntuoso, indudablemente, pero muy original fué el regalo de un aldeano a su hija, la cual recibió el día de la boda diez y ocho hermosas vacas (una por cada año que contaba). Al novio que tenía veintitres años, le regaló otros tantos corderos.

Mr. Harper, ricacho del Illinois señaló los siguientes dotes para sus hijas: la primera recibiría su peso en oro, la segunda su peso en plata y la tercera su peso en cobre.

Casos y cosas



— ¡Llorá, sinó te pego!
— ¿Por qué quieres que llore?
— Porque mamá te dará chocolate, y luego... ¡me lo comeré!



— ¡Quisiera leer algo horroroso que me haga estremecer y poner los pelos de punta!
— Tomá, leé la cuenta de tu modista!



— Dime la verdad, pícaro: ¿cuántos golpes de regla recibiste hoy en la escuela?
— No sé, tío; ¡nunca me preocupo de lo que ocurre detrás de mí!



—¡Oh, qué lindo bebé! ¡Cómo se parece a su padre: los mismos ojos, el mismo cabello!...



— ¿Sabe que Juan se ha caído, rompiendo cuatro patas?...
— ¿Cómo es eso?
— Sí; se cayó sobre una mesa, y la rompió.



— ¡Diga, señor marido! ¡Usted no es más que una calabaza!
— ¡Permítame, señora, que le recuerde que usted ha sido hecha de una costilla mía!



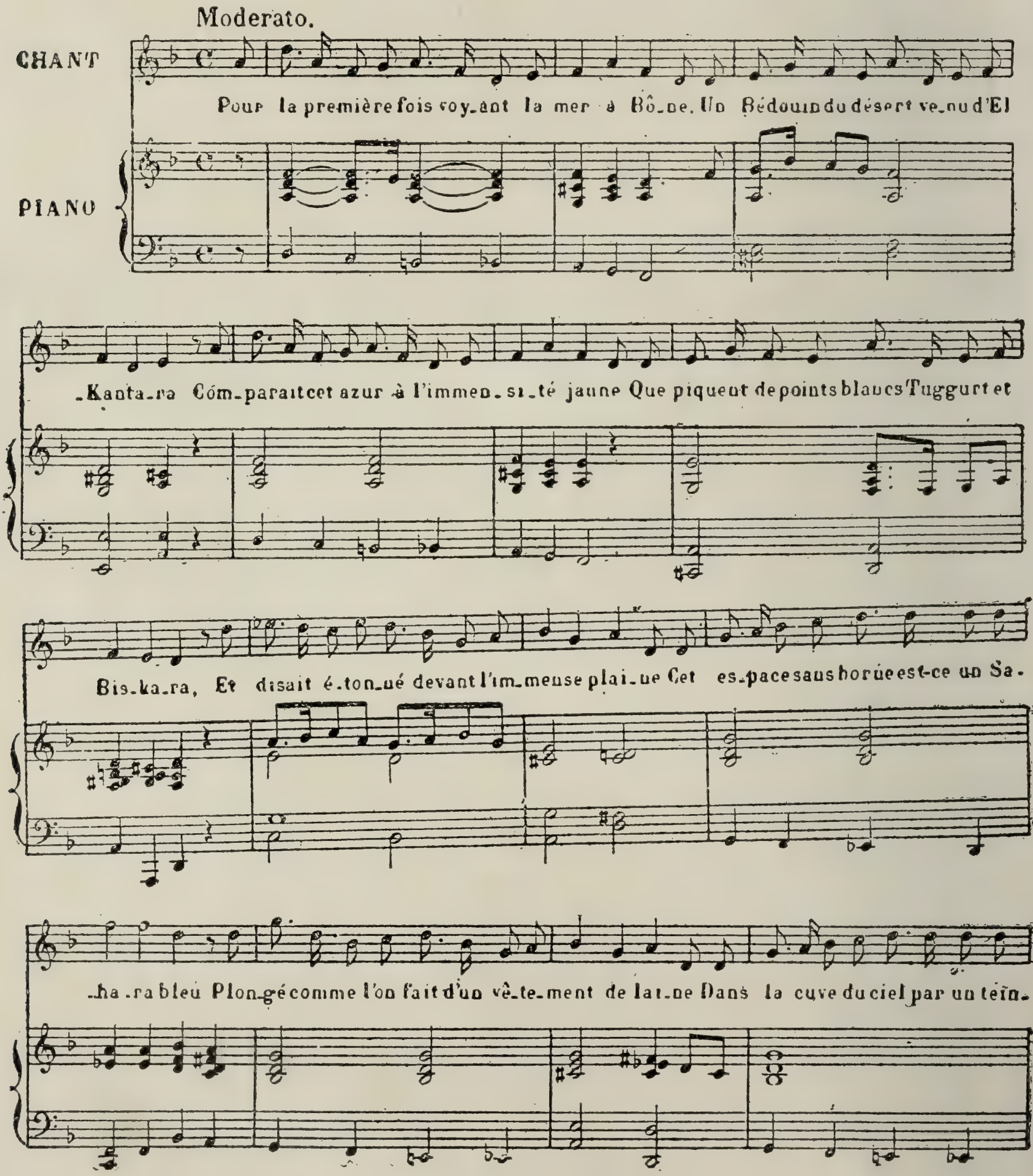
—¿Cuáles son los hombres más felices?
—¡Ay, Doroteo; los que no se han casado todavía!

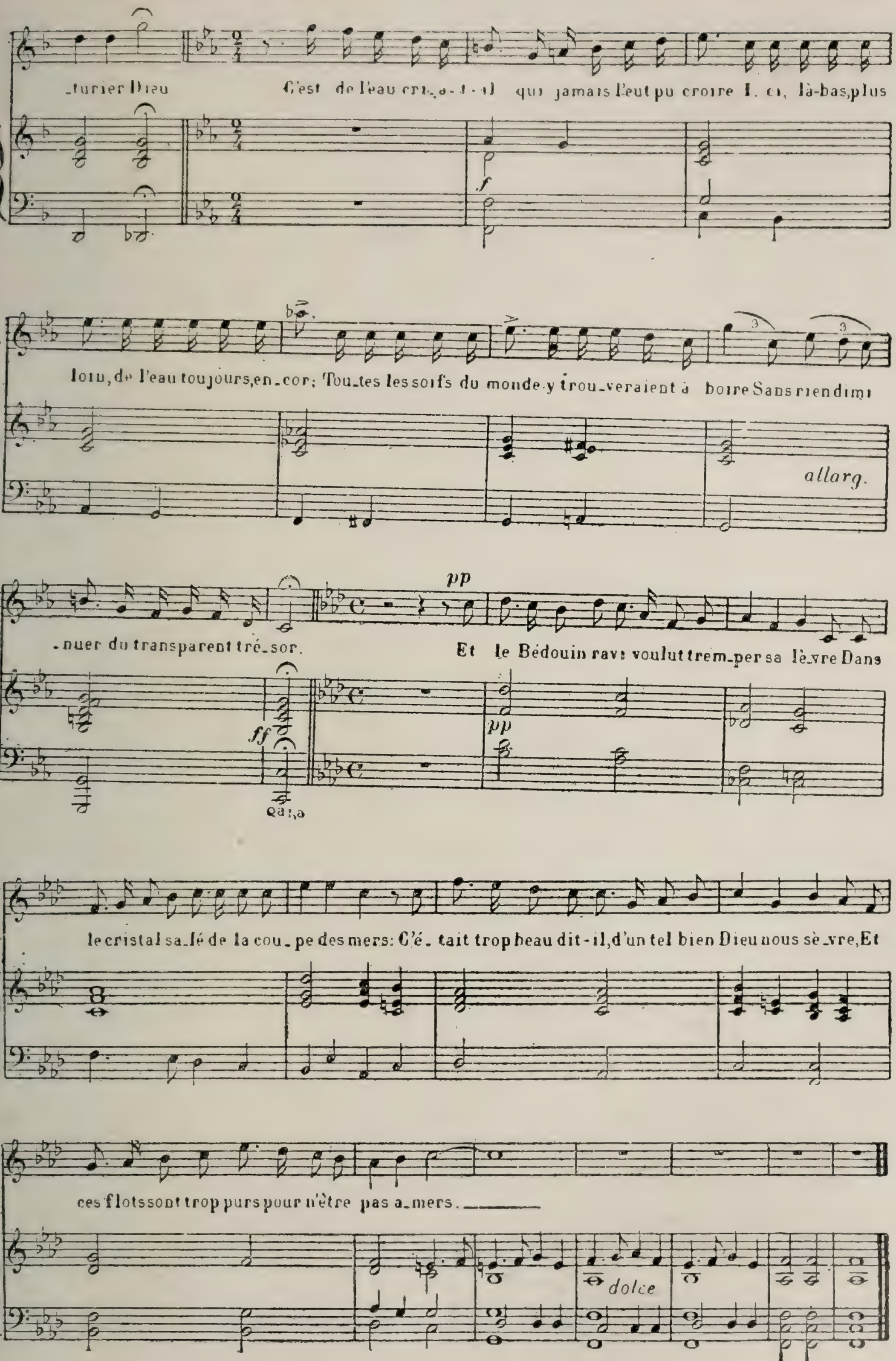


CANCION ARABE

LETRA DE
TH. GAUTIER

MÚSICA DE
CH. D'HARMENON




_turier Dieu
C'est de l'eau
qui jamais l'eut pu croire
là-bas, plus
loin, de l'eau toujours, en_cor; Tou_tes les soifs du monde y trou_veraient à boire Sans rien dimi
_nuer du transparent tré_sor.
pp
Et le Bédouin ravi voulut trem_per sa lè_vre Dans
le cristal sa_lé de la cou_pe des mers: C'é_ tait trop beau dit-il, d'un tel bien Dieu nous sè_vre, Et
ces flots sont trop purs pour n'être pas a_mers.
f
allarg.
ff
pp
dolce

Puntos y Comas

El cuerpo médico escolar de la provincia de Buenos Aires se ha dirigido al director general haciéndole notar el incremento que ha tomado el sarampión en los establecimientos educacionales. A fin de evitar la propagación del mal recuerda la conveniencia que hay de recomendar al personal docente el cumplimiento de las medidas profilácticas estatuídas en el reglamento pertinente''.

¿No te parece, lector, que el cuerpo médico escolar peca de chambón? Los maestros conocen sus deberes, cumplen con ''las medidas profilácticas estatuídas en el reglamento''. Lo que falta es dinero para combatir las enfermedades y para abonar los sueldos a los maestros!

Si no hay dinero... todos enfermerán de sarampión.

Por la cámara de diputados se aprobó un crédito extraordinario de 500.000 pesos para combatir una reciente invasión de langosta en las provincias de Córdoba, Santa Fe, Salta, Catamarca, Tucumán y Santiago del Estero.

¡Qué farra para las ''langostas''!

Juan conoció a Matilde, en el tranvía,
y se casaron, al siguiente día.
En cambio, Luisa y Valentín Moriones
tuvieron muchos años relaciones.
Son, lectores queridos,
el amor y la muerte parecidos:
hay agonías lentas
y muertes repentinas y violentas,
como hay bodas, que se hacen de repente
y otras, que ''se producen'' lentamente.
Quien no quiera disgustos de esta clase...
¡que no se muera nunca, ni se case!

La manía de los congresos tiende a recrudecer de una manera alarmante. En Europa y América se anuncian cada día convocatorias para congresos de toda índole.

En París se ha reunido últimamente el congreso de los sindicatos del cuero, y como de costumbre en tales casos, ha habido suculentos banquetes.

Ahí estaba indicado el asado con cuero, para hacer resaltar la importancia del tema.

En la primera sesión se trató del aumento de sueldos, cosa que interesa a los obreros de esa industria, a los que amenazaba el peligro de quedarse en cueros, de no otorgárseles el aumento.

Dice un diario, refiriéndose a las últimas inundaciones:

''La inundación ha obligado a sacar de sus hogares a multitud de niños, que ha recogido la caridad pública y privada.''

''La impresión de conjunto ha sido dolorosa. Esos hogares, edificados en terrenos no saneados, en esas ''villas'' autorizadas oficialmente para la especulación, resultan sitios mortales para la infancia, impotente para resistir todos los inconvenientes y peligros de un medio inadecuado.''

¡Y después nuestras autoridades hablan de mortalidad infantil, y se asombran ante las cifras de las estadísticas respectivas!

Mientras se gastan millones en palacios, banquetes, bailes y fandangos, un centenar de barrios, a pocas cuadras de la Avenida de Mayo, carecen de lo principal: de saneamiento.

La cámara de diputados acordó celebrar sesiones diarias, acuerdo que la opinión aplaudió, traduciéndolo en un laudable deseo de los padres de la patria, dispuestos a despachar cuanto antes todos los asuntos pendientes de discusión.

Pero de buenas intenciones está empedrado el infierno y embaldosado el congreso.

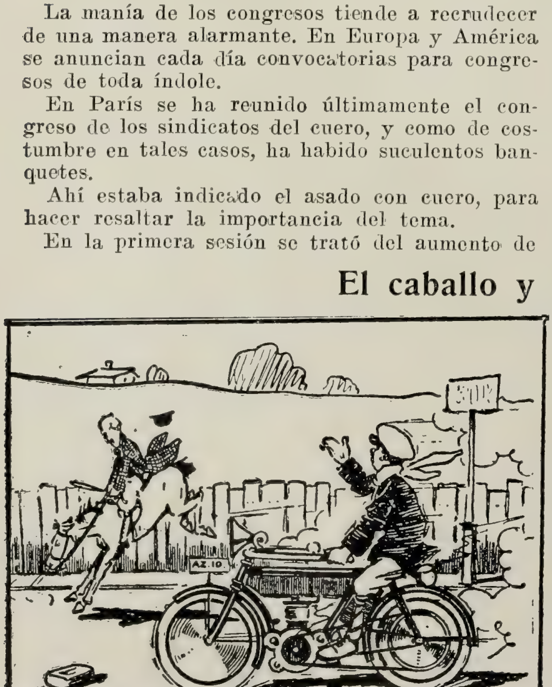
Los diputados no sólo no han celebrado sesión diaria, sino que muchos de ellos han hecho rabona a las del turno ordinario y alterno.

El acuerdo, en mi opinión,
no envolvía la intención
laudable de trabajar,
sino el gusto de faltar
más veces a la sesión.

Habla ''La Razón'':

''¿Qué ha hecho el congreso en los cuatro meses que van transcurridos de este período ordinario de sesiones? Nada. Y decimos nada porque la sanción de dos o tres leyes de trascendencia, no alcanza a disculpar la esterilidad de un período, esterilidad resultante exclusivamente del desorden que siempre ha reinado en las deliberaciones de las cámaras, de la holgazanería de una, y de la falta de iniciativa de la otra.''

El caballo y la motocicleta



El motociclista.—Con una motocicleta, amigo, estaría todo arreglado. A una máquina así nunca se le ocurre dar coces.



El jinete (instantes más tarde).—Sí, ya lo veo... pero se alza de manos...

Labores Femeniles

CON dos de las labores más bellas, que son la inspiración delicada de dos artes a cual más hermosas, ofrecemos a nuestras gentiles lectoras un ramo de rosas the bordado en seda imitación pintura y un almohadón totalmente ejecutado en encaje de Venecia; ambas labores pertenecen a nuestra producción local.

El ramo de rosas, bordado en seda, es la más fidedigna expresión del arte del bordado en seda, por su naturalidad en el colorido y en la posición de las hojas, troncos, pimpollos y de las rosas abiertas con sus pétalos, que apenas han recibido los primeros rayos del sol y otras con los primeros pétalos ya marchitos que empiezan a doblegarse para desprenderse de su cáliz.

Todo el ramo es completamente bordado en seda sobre raso color marfil muy claro.

Muchos son los datos que hemos dejado anotados en estas páginas para obtener una buena ejecución en el bordado en seda; a ellos unimos otros más, que son: el raso que se elija para el bordado debe ser de un tejido especial, parejo, compacto y muy liso para que al bordarse no se levante la trama de seda que tiene el tejido del raso; además el raso que se emplea para los bordados en seda imitación pintura debe ser especial; la trama de hilo que lleva entremezclada con la seda tiene una preparación especial para que al bordarse, como las puntadas son pequeñas y muy juntas, no formen bolsa, que por cierto sería un efecto muy grande y muy difícil de poder subsanar una vez que el bordado ya estuviera a punto de terminar.



Ramo de rosas té, bordado en seda imitando pintura

La calidad de la seda que se emplea para bordar, también tiene muchos inconvenientes, que sólo pueden llegar a conocerse con la práctica constante de efectuar bordados en seda, especialmente en imitación pintura en las figuras y, sobre todo en las caras por ser la parte que lleva las puntadas más pequeñas y la que menos coloridos necesita porque es con la dirección de la puntada que se obtienen las facciones naturales de una cara.

La seda para bordar debe ser de pura seda y de una calidad elegida para que al teñirla en las sombras de los colores, no se deshilache.

El dibujo es uno de los datos que más debe tenerse en cuenta, pues de él depende el éxito del bordado; la colocación del bastidor siempre debe ser en un mismo sitio para que reciba la misma luz y demás datos que ya son del dominio de nuestras gentiles lectoras.

Las sedas para bordar el referido ramo de rosas son las siguientes, de la marca ''La Encajera'': para las rosas y pimpollos los tonos números 61 al 64, 221 al 223, 2 al 5 y 12 al 14. Todas estas sedas pertenecen a cuatro escalas distintas, las cuales deben mezclarse al bordar, según podrá verse por el grabado la posición de las rosas y de sus pétalos para obtener la naturalidad del colorido de cada uno de ellos; por cierto que estos tonos deben estar muy bien mezclados para que se note la flexibilidad y la transparencia de la flor natural y se vean esos pliegues que forman los pétalos al abrirse completamente; esta es una de las dificultades mayores que tiene el bordado en seda.

Estas mezclas de seda se efectúan como si se mezclaran dos colores de pintura al óleo para obtener un semitono o para formar una esfumatura tenue que se pierde casi en la nada; las sedas se mezclan lo mismo y se obtiene el mismo resultado.

Las hojas son bordadas con el tono de base número 331 al 340, matizando con los tonos 171 al 174, 201 al 207, 162 al 166, 141 al 145, 131 al 135 y 128; las hojas reunen tantas dificultades cuantas reunen las rosas por sus distintas posiciones y por las combinaciones de los diferentes tonos que ellas llevan para obtener una naturalidad perfecta.

El almohadón de encaje Venecia es una delicada obra por la nitidez de su ejecución y por el perfilado de la figura y ornatos.

La preparación del dibujo y ejecución del encaje es ya del dominio de nuestras lectoras; los puntos empleados son el medio punto, el zurcido liso y con calados, el punto festón y punto de Milán.

Para el fondo de la figura, el hilo empleado es el de Venecia, números 150 y 200; dedal de hueso y aguja número 9.

Repetimos nuevamente que el éxito de estas labores depende, en mucho, de la elección del dibujo en la que se debe tener exquisito tacto y especial cuidado.

Sabemos que muchas niñas aficionadas a esta

clase de entretenimientos, han trabajado inútilmente porque no supieron elegir el dibujo que les convenía. Lo más práctico es elegir uno sencillo, lo más sencillo posible.

Estos son los dibujos más aparentes para iniciarse en las tareas del bordado. Luego que una labor ha sido concebida en forma correcta, y se han logrado subsanar los obstáculos que presenta todo primer trabajo, se buscan otros más complicados, siguiéndose, en esa forma, hasta llegar a los más difíciles y de más complicada trama.

No creemos lógico comenzar por lo más difícil, pues es así como se aprende mal, y lo que es peor, se recibe una educación deficiente y sin base de ninguna clase.

Bordar es educarse.

Y en ninguna parte del mundo se educa al niño, enseñándole gramática primero que el abecedario, los números y el deletreo correspondiente.



Almohadón de encaje de Venecia

Apliquemos el caso a las labores y nos encontraremos que las aficionadas deben comenzar por lo más fácil, por lo más elemental, para ir mejorando gradualmente como un chico de colegio.

En atención a tal principio es que en nuestras crónicas damos muchas variedades, a fin de satisfacer, de la mejor manera posible, las justas exigencias de las amables lectoras de esta revista.

Sin ambages podemos manifestar que el modelo que presentamos en este número puede ser aprovechado por todas las aficionadas, pues la dificultad de su confección es más aparente que real.

Mucho nos agradaría saber que nuestras indicaciones se cumplen al pie de la letra y, más aún, que nuestros modelos sirven a las personas amantes al bordado, el más hermoso de los adornos de una mujer.

Rosa ASPLANATO.

La vida en Nueva York

Cómo se viaja

Nueva York, el verdadero Nueva York, se encuentra en la isla de Manhattan, es largo y estrecho. Parece un enorme cuchillo-hacha de carnicero, con el mango en el norte, la punta en el sur, el lomo al poniente y el amellado filo al oriente. Nada tan natural como que el filo sea lo más deteriorado: es lo que más se usa; es esa espantosa sección del Este, en la que abundan fábricas, tugurios, guaridas, obreros sin trabajo y malhechores a quienes el trabajo sobra.

Ese cuchillo tiene unas quince millas de largo. Ante esa magnitud parece que no es posible hallar brazo bastante poderoso para manejar instrumento semejante. ¡Error! Y si no, que se lo pregunten a Tammany Hall, con cuyo nombre se conoce aquí la más formidable asociación política que hay en el mundo.

En la punta del cuchillo se encuentran las grandes oficinas bancarias y mercantiles; los muelles, la aduana, las bolsas, los consulados extranjeros, las casas de ventas al por mayor. Ese es el centro de las grandes transacciones, el semillero de todas las ambiciones y el lugar donde se ganan la vida las nueve décimas partes de los oficinistas.

Más arriba se encuentran las grandes casas de ventas al menudeo, esas tiendas gigantescas que semejan fantásticos animales antidiluvianos, cada una en sí una ciudad entera, donde se puede comprar desde una aguja hasta una locomotora.

Más arriba aún están los teatros, los magníficos hoteles, almacenes de arte, tiendas de modas elegantes, y empieza el lujo y el refinamiento.

Más arriba se hallan las mansiones de los multimillonarios, las casas de departamentos, más o menos suntuosas, en las avenidas; más o menos modestas y aún pobres, en las calles trasversales.

Y más arriba hay de todo un poco, variando la belleza de los edificios y su magnificencia según el barrio, siendo Riverside Drive lo más rico, yendo en descenso la suntuosidad a medida que se pasa el Este, o que se asciende de la calle 157.

La parte que forma el mango del cuchillo, comprendida entre Highbridge y Kingsbridge, no merece mención particular. Es simplemente el mango del cuchillo del carnicero, y todos saben lo que es eso.

Pero del otro lado de Manhattan está la inmensa barriada del Bronx, que no tiene pretensiones, refugio de empleados de corto salario, de obreros mejor pagados, y de gentes que buscan la manera de sacar los cien centavos a cada peso que reciben.

Como se ve por esta breve descripción topográfica y social, en la parte baja de la ciudad es donde se trabaja y se gana para vivir, y en la parte alta es donde se vive; y desde el poderoso banquero, que firma diariamente cheques por muchos cientos de miles de pesos, hasta el ganapán que hace la estiva de los barcos surtos en los muelles, todos tienen necesidad de bajar en las mañanas a los centros del trabajo, y de subir en las tardes a los centros del descanso. Los ricos, y quienes quieran aparentar que lo son, usan de vehículos ostentosos, como el automóvil; los regularmente acomodados, utilizan los tranvías superficiales, no por cuestión de precio ni de lujo, sino porque viven menos lejos de sus oficinas y tienen más tiempo de que disponer. Pero la inmensa mayoría se ve obligada a tomar los ferrocarriles elevados, o los subterráneos, que son más rápidos y corren extraordinariamente.

El misterio de los cucos

Sabido es que los cucos ponen los huevos en nido ajeno; pero nadie ha podido averiguar hasta ahora cómo lo hacen.

Suponíase que el cuco iba y ponía sencillamente el huevo en tal o cual nido, y una vez concluída la operación desaparecía. Pero, según parece, no sucede así.

Cierto zoologista da cuenta de las siguientes observaciones hechas por un ornitólogo:

"Estaba en el campo observando un pájaro con mis gemelos cuando de repente un cuco pasó por encima de mi cabeza y después de atravesar un vallado, volvió a salir de seguida perseguido por un pajarillo al cual se unieron dos o tres estorninos que indudablemente tenían su nido y su familia en la vecindad. Acerquéme más y al cabo de menos de dos minutos el cuco volvió deslizándose a lo largo de la valla. Presentaba un aspecto anormal: tenía el cuello hinchadísimo y hacia el centro proyectaba un objeto esférico que tenía atravesado en la garganta y hacía que las plumas se pusieran de punta. El cuco fué atacado furiosamente por una pareja de pardillos, sobre cuyo nido tenía evidentemente sus miras. Los pajarillos lo acosaban con tanto valor que dos veces uno de ellos se le agarró a la nuca y se quedó suspendido de él con la tenacidad de un perro de presa. A cada ataque de los pajarillos el cuco echaba la cabeza hacia atrás, abría el pico de una manera exagerada y lanzaba un grito. La lucha duró algún tiempo, pero al fin el cuco, no obstante los ataques de que era objeto ,dió una zambullida repentina en la hierba y desapareció casi por completo en ella, no dejando fuera más que la cola, que no cesé de ver en todo el tiempo. Después de dos o tres segundos el cuco volvió a salir y echó a volar tan rápidamente que no pude ver si había desaparecido el bulto que tenía en el cuello.



El cuco

Corrí de seguida al sitio de donde había salido y ví un nido con tres huevos. Uno de ellos estaba húmedo y pegajoso: era el del cuco."

Las conclusiones que saca el ornitólogo es que el cuco llevaba el huevo más abajo de la garganta y que introdújoselo en la parte superior del tubo digestivo y que así es como suelen transportarlos para depositarlos en el nido que ha elegido.

El cuco no llevaba el huevo en la boca, o mejor dicho en el pico, puesto que podía abrirlo y gritar. Parece también cierto que tampoco lo puso en el nido de los pardillos, puesto que la cola permaneció todo el tiempo visible y no podía tomar la actitud ordinaria del ave que pone.



Estas pildoritas entonan el estómago, estimulan la acción del hígado y mueven suavemente el vientre, sin producir irritación intestinal. Por eso están indicadas y son eficacísimas en todos esos molestos achaques, que provienen de las malas digestiones, la inacción ó pereza del hígado y la sequedad del vientre. La falta de apetito, la dispepsia, los dolores de cabeza, la jaqueca, la irritabilidad nerviosa, la hipocondría y el insomnio, casi siempre tienen por causa algún desarreglo funcional del estómago, del hígado ó de los intestinos. En tales casos las

Píldoras de Reuter

desembarazan el intestino de las materias irritantes y mal digeridas que contiene, activan la acción del hígado, permitiendo cumplir su misión de eliminar de la sangre las toxinas ó venenos que se producen durante el proceso de la digestión y dan vigor al estómago, produciendo de este modo un alivio inmediato, y con un poco de constancia y régimen, una curación completa.

SE VENDEN EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ÚNICO IMPORTADOR:

RICARDO ILLA

VENEZUELA, 610. — Buenos Aires.

El poeta de la lágrimas

(EN EL XVII ANIVERSARIO DE SU MUERTE)

1896 - 23 de septiembre - 1913

"Soldado, trovador, luz de la ciencia,
Le lloran la poesía y la inocencia.
CARLOS GUIDO Y SPANO."

La fecha ha pasado desapercibida. Cúmplese hoy el décimo séptimo aniversario de la muerte del doctor Ricardo Gutiérrez, médico distinguido y poeta delicado, cuyo recuerdo no ha de borrarse con facilidad en quienes lo conocieron y lo amaron por sus condicines y sus méritos.

Fué para él el ejercicio de la medicina, el cumplimiento de un apostolado y a sus bondades exquisitas reunía una preparación vasta y sólida, lo que lo hizo destacarse de entre los médicos más sobresalientes de su época.

Sus producciones, después reunidas en un volumen, aparecieron en la prensa diaria, desde 1857, en "La Tribuna", en que escribía con el pseudónimo oriental de "Omar", hasta en las columnas de "La Patria Argentina", diario que él mismo fundara y redactara desde 1875 al 79.



En sus últimos años, dedicado de lleno a su noble profesión de médico, y a la dirección del Hospital de Niños,—del que fué su fundador,—dejó de cultivar la poesía: "cambió entonces,—según sus propias palabras,—"las bellas mentiras del ideal, por las tremendas verdades de la ciencia".

Pero, sus versos llenan páginas de oro de nuestra literatura. Y se leerán siempre con encanto, porque conservan, a pesar de ls cambios que ha sufrido el gusto y de la nueva tendencia de la poesía contemporánea, un lindo perfume de ingenuidad y sencillez característica de la época en que vivió aquel médico bueno, admirador de la hermana de caridad, del misionero, de las vidas sensibles y delicadas e intérprete del suave romanticismo de la sociedad vieja.

Todos hemos leído y recitado las tiernas poesías de Ricardo Gutiérrez; algunas de sus estrofas se conservan en nuestra memoria, porque traducen sentimientos inmutables y reproducen escenas humanas, y casi todas sus composiciones viven y son actuales todavía y lo serán por mucho tiempo aún, porque en el fondo de aquel médico había un verdadero poeta o en el fondo de aquel poeta había un gran médico espiritual.

Bueno es evocar, de cuando en cuando, las figuras intelectuales que, en medio de la cultura en formación, luchando con la adversidad del ambiente, ennoblecieron sus horas con el cultivo de una aspiración superior a la vida; y Ricardo Gutiérrez ocupa entre esas figuras, un rango que el tiempo se encarga de robustecer y la posteridad ha ratificado.

Sí, "el poeta de la tristeza y la piedad", el cantor del humilde soldado de Cristo, el admirador de la abnegada anónima de las temeridades ignoradas, tiene ya reservado un sitio predilecto en nuestras letras y nuestros más vivos recuerdos!

Cumplimos, pues, con un sentimiento de simpatía y de cariño, hacia el médico filántropo y genial poeta, al recordarlo una vez más, en este aniversario de su desaparición, a fin de que la fecha,—contrista confesarlo,—no transcurra en el más absoluto silencio...

Y como un homenaje a su memoria, reproducimos una de sus celebradas composiciones, por otra parte poco conocida, y que tomamos de diarios de la época:

El extranjero

"Tú ves nadar en tu natal ribera
las mansas ondas de tu Plata inmenso,
y él cruza las tormentas del océano
a la merced de su destino incierto!
El náufrago del mundo y de las olas
es un hermano que te manda el cielo.
Hombre, hermano del hombre,
abre tus playas
al extranjero!

"Tú ves brillar el rayo de la aurora
en el regazo del hogar paterno,
y él dejó el suyo,—para siempre acaso,
¡ay, allá, en otra tierra y otro cielo!
El peregrino de la tierra extraña,
es el hermano del hogar ajeno.
Hombre, hermano del hombre,
abre tus puertas
al extranjero!

"Tú el canto escuchas del amor sublime
que arrulla el corazón dentro tu seno,
y él oye solo en la orfandad del suyo
el fúnebre sollozo del recuerdo!
En medio de tu gloria y tu alegría,
él cruza solo allí como un espectro!
Hombre, hermano del hombre,
abre tus brazos
al extranjero!

"Tú amarás a la tierra de tu patria
todas las ilusiones de tus sueños,
y él, a través de los lejanos mares,
lanza los suyos que arrebata el viento!
Tú llevas en tu rostro la alegría
y él lleva el luto del hogar paterno!
Hombre, hermano del hombre,
abre tu alma
al extranjero!

"Tú dominarás al lado de los tuyos
las muertas horas del eterno sueño,
y él en el fondo de la mar acaso
sepultará el cadáver de su cuerpo!
Abre tu corazón al peregrino.—
¡Oh, Dios! no sea que al llamar al cielo
digas tú mismo:
—abre tus puertas
al extranjero!"

M. del C. L. A.

El pito de las locomotoras

A principios de 1833, la máquina "Samson", del ferrocarril de Leicester a Swannington (Inglaterra), encontró una carretilla atada a un caballo, en el paso a nivel de Thornton.

El mecánico sólo disponía de la corneta como instrumento de advertencia, empleado en aquella época, y la carretilla fué atropellada, echándose a perder su contenido.

Se habló mucho del accidente. Mr. Ashlen Bagster, director de la empresa, se marchó el mismo día a Alton Grange, residencia de Jorge Stephenson, el cual era al mismo tiempo que uno de los administradores, el accionista más fuerte de la línea. Bagster se informó si no se podía colocar en la máquina un pito que vibrase por medio del vapor.

—La idea es muy buena, hay que hacer un ensayo.

El primer pito fué confeccionado por un fabricante de instrumentos de música de aquella región; dió tan buen resultado que el consejo de administración resolvió colocar pitos iguales en todas las máquinas de la compañía.

Tuvieron primero que pagar el caballo, el carrito, cincuenta libras de manteca y ochenta docenas de huevos rotos.

Posteriormente, se prohibió la circulación de locomotoras que no estuviesen provistas de una corneta a vapor, la cual era considerada en los primeros tiempos como trompeta o pito, más propiamente dicho. Pero muy pronto quedó reemplazada por el pito actual.

La casa moderna

Casas de departamentos.—En estos últimos años se han construido, en nuestra capital, una considerable cantidad de casas de departamentos, grandes y vistosos edificios, que hablan en favor del progreso metropolitano.

Estas casas tienen la propiedad de garantir un crecido interés, amén de la consiguiente seguridad. Es sin duda, por eso, que muchos capitalistas y especuladores en grande escala, han invertido respetables sumas en la construcción de casas de departamentos, levantándolas en los sitios más céntricos de la city, precisamente donde es más factible alquilarlos a precios muy buenos.

Con profunda tristeza hemos observado que muchos de esos edificios—en el deseo de construir rápido, quizá por aquello de que "el tiempo es oro"—carecen de estética interna y, si se quiere, hasta de comodidad. Los departamentos buenos, los verdaderamente habitables, aireados, con luz y conveniente disposición con respecto a los demás, son pocos, pues la mayoría, a causa de imperdonables descuidos y apresuramientos que no tienen su razón de ser, son obscuros y mal distribuidos. Esto es, precisamente, lo que se debe evitar a fin de que una casa dé buenos intereses y no permanezca deshabitada por falta de inquilinos.

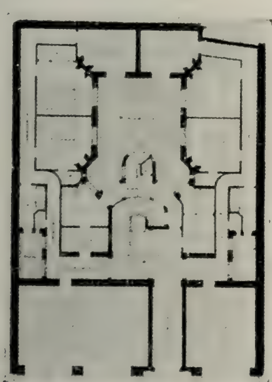


Modelo de balcón florido

Las causales de tal fenómeno son: el valor de la tierra y el afán de economizar dinero y tiempo.

Por lo general, las casas de departamentos, se construyen en terrenos de poco frente, lo que obliga a que la edificación se extienda hacia adentro, que es donde está el peligro y donde se debe tener más cuidado para no incurrir en errores perjudiciales.

En estos casos es necesario estudiar mucho, teniendo en cuenta el sol y la dirección del terreno, dos cosas que juegan un importante papel en todo edificio, y más aún cuando este es de gran tamaño.



Planta baja

El arquitecto, pues, debe prever todo, teniendo en cuenta hasta los detalles más insignificantes, tanto más cuanto pueden adquirir volumen y convertirse en inconvenientes difíciles de salvar.

Otro punto de capital importancia, y que no se debe descuidar un solo momento, es la ubicación de los departamentos, en lo que estriba el pronto alquiler de los mismos. Deben ser, como ya lo hemos dicho, agradables, poseyendo estas tres cualidades: confort, alumbrado y aireación.

Un departamento se debe dividir en piezas de recepción, piezas de habitación y piezas de servicio, convenientemente dispuestas.

También es ventajoso orientar las piezas principales, ocupadas durante el día, como salón de familias, comedor, gabinete de trabajo, etc., etc.

En París, donde abundan estas casas, se las construye con material de poca duración, empleándose, en cambio, grandes sumas en el adorno de los frentes. Allí más preocupa la belleza que la seguridad.

Es por eso que Ruskin, el célebre poeta ruso, dijo: "Yo no puedo dejar de prever un futuro triste para una nación cuyos edificios se levantan para una sola generación".

Nosotros, felizmente, no estamos en las mismas condiciones. Aquí los edificios se construyen con solidez y con material de primera calidad. Pero, no obstante, los franceses están a mayor altura. ¿Por qué?

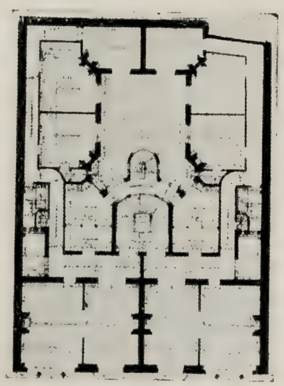
Porque ellos se preocupan de la distribución de los departamentos, porque los arquitectos estudian, porque se combinan planos sobre planos, a fin de salvar los inconvenientes de la mala ubicación del terreno. Cuando aquí se haga todo eso, estaremos a la altura de los franceses.

No hace muchas semanas se estableció, en París, un concurso de planos para casas de departamentos, con el sano propósito de introducir modificaciones en su construcción.

Demás estará decir que el concurso tuvo el más completo de los éxitos. La mayor parte de los arquitectos franceses enviaron trabajos de verdadero mérito.

Los dos planos que ilustran esta página pueden servir de modelo para la construcción de casas. El primero de ellos es el plano de la planta baja y el otro, de los pisos.

La diferencia que se observa entre plano y plano se explica teniendo en cuenta que, por lo general, la planta baja se construye con capacidad y comodidad para casas de comercio. Los departamentos para familia ocupan la planta alta.



Plano de pisos

Balcones floridos.—¿Quién no siente apego por las flores, cuando ellas, con su perfume, embalsaman el ambiente de nuestra vida? ¿Y quién no experimenta una íntima sensación de alegría, ante un balcón florido, cuajado de hojas verdes y flores de distintos matices?

En nuestra capital son muchas — casi la mayoría — las niñas que encuentran un agradable entretenimiento en el cultivo de las flores, y no pocos los balcones que las ostentan con cierto orgullo mujeril.

Adornar un balcón, y adornarlo bien, requiere arte y buen gusto. Con pocas flores, con plantas sencillas y de escaso valor se puede conseguir un bonito efecto. Damos, a las lectoras, un modelo de balcón florido.

Gollerías

La muchacha Angelita le pregunta a su hermanito, enseñándole un periódico:

—¿Qué querrá decir esto de crónica local?

—¡Pareces tonta! Eso quiere decir crónica de los locos.

Un sujeto muy cobarde le dice a un amigo:



—Esta semana he recibido tres bofetadas, y ya comprenderás que no estoy dispuesto a que me peguen todos los días.

—Haz una cosa.

—¿Qué?

—Señala un día a la semana para recibirlas.

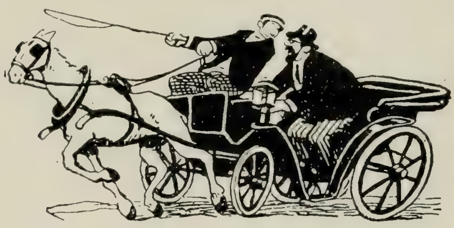
—¡Ande usted de prisa, borracho!

—No se altere usted, hombre, porque siendo usted agente de orden, luego...

—¿Luego, qué?

—Pues van a echarme a presidio por alterar el orden.

Una sirvienta se despide de casa de los patrones por incompatibilidad de carácter con la señora, y pide a ésta le dé un certificado.



—¿Y qué quieres que diga?—le pregunta la señora.

—Lo que usted quiera. Basta con que haga constar que he tenido paciencia para sufrirla a usted tres meses.

—¡Cochero! ¿por qué da usted tantas vueltas? Tome usted calle arriba y llegaremos más pronto.

—No puedo, señor; si el caballo ve toda la cuesta de un golpe, no la sube; y así lo engaño...

En un coto de caza.



—Es usted una calamidad con la escopeta.

—¿Por qué lo dice usted?

—¡Hombre, por Dios! Si ha errado usted el tiro cuando tenía la perdiz a boca de jarro.

— Como estaba tan cerca, vi que no era muy tierna y desvié la puntería.

Juan va de viaje y al llegar a una estación de parada y fonda entabla amistosa plática con el jefe, quien le dice:

—Cuando vaya usted en el tren, no suba usted nunca al último vagón, porque en caso de descarrilamiento es el que sufre más averías.

Juan, tan sereno como de costumbre, responde:

—Entonces, ¿para qué lo ponen?

Nota rosarina

En una fiesta social que se realizó en la ciudad del Rosario en honor de la esposa del presidente de la república, la niñita de tres años de edad Amanda Cortinez, saludó a la distinguida dama en la siguiente forma:

"Distinguida señora: mi tierno corazón palpita de alegría ante su presencia, y en prueba de ello, permítame que bese su mano con cariñoso respeto."



La niña Amada Cortínez

El saludo de la niñita Cortinez causó excelente impresión en el ánimo de todas las personas que rodeaban a la esposa del doctor Roque Sáenz Peña. Esta, visiblemente emocionada acarició a la niñita, en prueba del buen efecto que habían causado sus palabras.

En el seno de la sociedad rosarina, en la cual la familia Cortinez ocupa un puesto de señalada distinción, produjo excelente impresión el saludo de la niñita. Pocas son, en verdad, las niñas que, a tan corta edad, se muestren con la suficiente serenidad para hablar sin sufrir los errores propios en una criatura que aún no habla con cierta corrección.

Las aguas minerales

Es indiscutible que en nuestro país se cometen muchos abusos con las aguas minerales y de mesa. Los médicos aconsejan reservar el empleo de las aguas minerales para aquellos casos previstos por la ciencia.

Pero como los malos hábitos son los primeros en arraigarse, nuestro pueblo se ha convertido en un consumidor obstinado de toda clase de aguas minerales que nos llegan de la vieja Europa. Y ahí está, precisamente, el peligro. El uso inmoderado, o mejor dicho, indebido de estas aguas ocasiona enfermedades tales como la dispepsia, calculosis venales, cálculos vesicales y tofáceos, etc.

En algunos países comienza a preocupar este abuso. No hace mucho se reunió en Lieja (Bélgica) el congreso de alimentación, el que practicó un detenido estudio sobre el particular.

El congreso llegó a las siguientes conclusiones: "Parecen ignorarse los perjuicios que estas aguas minerales aportan al organismo. No se repetiría bastante que es peligroso consumir las aguas activas que sólo deben tomarse por prescripción médica."

Por regla general el consumidor no se da cuenta del mal que pueden ocasionar estas aguas al organismo, provocando distintas enfermedades.

Hay más aún: muchas de las aguas importadas, al ser vertidas para servirse, disuelven cierta cantidad de la sal de plomo adherida al gollete. En otras se ha constatado la presencia del cobre en una proporción que alcanza hasta un milímetro por litro.

En conclusión: el agua de mesa más higiénica es la menos mineralizada.



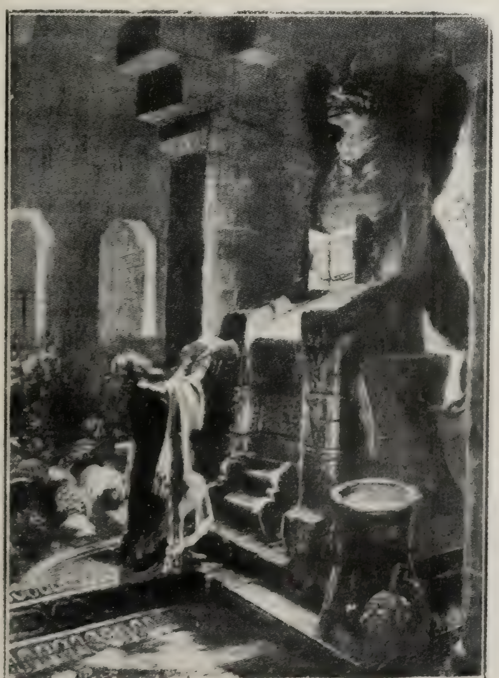
Comisión de niñas organizadora de la "kermesse" celebrada con motivo de la fiesta del árbol

Un sacrificio a Moloc

Moloc, de quien la Historia Sagrada nos habla como una deidad de la mitología ammonita, era el dios supremo de todos los antiguos pueblos semitas y caneos. Moloc no era, en efecto, sino uno de los muchos nombres con que en el Oriente antiguo se designaba a Baal. Llamábasele también Bel, Melcon, etc., y en cierto modo era una personificación del sol, como Ra entre los egipcios.

El Moloc de los cartagineses simboliza la fuerza destructora del sol. Era un gigantesco ídolo de bronce, con cabeza de toro, y en su pecho había una abertura por la cual se arrojaban los sacrificios en un hornillo encendido. Por regla general, estos sacrificios consistían en niños de corta edad, pero se ignora si aquellas tiernas víctimas eran arrojadas al fuego vivas o si se les daba muerte antes. Fuera como fuese, la ceremonia era tan terrible como repugnante. Estos crueles ritos fueron suprimidos oficialmente en Cartago por el emperador Tiberio.

Es un hecho que el pueblo de Israel adoptó en diferentes ocasiones el culto de Moloc, y el mismo Salomón, a pesar de su sabiduría y religiosidad, le erigió un altar sobre el monte de las Olivas. En tiempos de Manasés, eran niños los que alimentaban el fuego del altar del ídolo en Tofet.



Algunos eruditos en asuntos bíblicos pretenden que para los israelitas Moloc era uno de los nombres de Dios, y que los reproches de sus profetas iban sólo encaminados a combatir los sacrificios de seres humanos.

Sin embargo se ha podido constatar que los israelitas, como los cartagineses, rindieron culto a Moloc sacrificando criaturas de corta edad. El sacrificio se realizaba en medio de la alegría del pueblo, pues, se creía que la ofrenda perdía su valor religioso, si no iba unida a una fiesta de carácter popular.

Los niños eran arrojados a un hornillo y allí morían de una muerte espantosa que provocaba gritos de alegría a la multitud que contemplaba la ofrenda y el sacrificio de los seres humanos.

La pesca con caña

I. **El pescador.** —La pesca con caña es uno de los sports atléticos más violentos, y aquel que desee practicarlo debe poseer un buen número de cualidades físicas y morales, entre las que pueden contarse las siguientes:

Primeramente la fuerza. Es indispensable que el pescador sea un individuo de lo más vigoroso, pues no sólo tiene que transportar hasta el lugar de la pesca sus abundantes utensilios, sino también resistir a las sacudidas, que comunican a la línea multitud de objetos flotantes que se prenden a ella, y que en ocasiones son bastante voluminosos.



Luego la resistencia: ¡Cuánta resistencia no debe poseer el pescador de caña, expuesto en todas las épocas a las inclemencias más diversas, como ser: la lluvia, el viento, la helada, y las inundaciones!... Esta resistencia debe hallarse reforzada por un traje abrigado y cómodo.

"El pescador ideal es un hombre de hierro dentro de un vestido de terciopelo"—ha dicho La Rochefocault.

La sangre fría: es ocioso señalar toda la sangre fría que debe poseer un pescador de caña.

Para triunfar, ¿no debe ser superior a los mismos peces cuya sangre fría es notoria?

La aptitud de estar alerta no es menos importante. ¿Qué sería de un pescador que se durmiera sobre una orilla en declive?

Finalmente debe ser un impasible en todo el sentido de la palabra, pues no sólo tiene que resistir sin descomponerse a la vista del cebo, sino también a las manifestaciones dolorosas del pescado, y a sus lamentaciones.



II. **La caña y el hilo.**— La caña es, naturalmente... de caña. Su longitud no debe ser mayor a la extensión que media entre orilla y orilla, pues de lo contrario, se correría el riesgo de que el hilo en lugar de hundirse en el agua, fuera a parar a la ribera de enfrente, pescando en vez de peces, los terneros, las vacas, ovejas y otros animales incómodos que frecuentan el sitio.

2.° El hilo puede ser de seda, cordel de crin, o no importa qué, está provisto de varias municiones que lo conducen al fondo del agua y un corcho, que lo mantiene en la superficie.

3.° El anzuelo. El anzuelo es un corchetito metálico, muy apto para capturar zapatos viejos, trapos, sartenes fuera de uso y baratijas de toda clase, que abundan en el fondo de los ríos.



A propósito diremos que el pez (animal muy limpio puesto que vive en el agua) no puede sufrir la vista de las lombrices de la tierra, carnaza, sangre corrupta y otros ingredientes poco apetitosos que se clavan en los anzuelos, de manera que demuestran tanto ardor en limpiarlos, que cuando se los saca del agua, están como nuevos.

III. **El lugar.**—El lugar debe ser elegido con gran cuidado. Este sitio debe hallarse en un pa-

rajo agradable, apacible, sombrío, protegido contra ráfagas, heladas y cubierto de hierba fresca y suave. Debe darse preferencia a aquellos que están al borde del agua.

IV. **El pez.**—Existen dos variedades de peces: los de mar y los de agua dulce.

El pez de mar es un pez excelente, pero por desgracia no se encuentran en ninguno de los ríos, riachuelos o pantanos que rodean a la capital.



Tampoco existe en estos parajes, el pez de agua dulce. Sólo en el museo de historia natural pueden admirarse dos ejemplares de ambas especies.

Y es muy difícil ir a pescarlos allí, porque el reglamento del Museo lo prohibe.

V. **El cebo.**—El cebo o carnada puede ser variado, como un menú de restaurant a 50 centavos la comida. Algunos pescadores cometen el error de llevar siempre la misma carnada, lo cual disgusta a los peces, a quienes cansa la misma comida repetida a diario. Unos gustan de los gusanos, muchos prefieren los despojos mortales de otros peces, algunos se deleitan con carne de ternera y otros se despepitan por el escabeche. De ninguna manera debe ponerse en el anzuelo trozos de zapallo, melón, sandía. Las cucubitáceas están reñidas con la piscicultura.

VI. **Los curiosos.**—Se ha observado siempre—y los pescadores se lo saben de memoria—que a su alrededor suele reunirse un número considerable de curiosos, gente vaga, por lo general, que, además de estorbar a los que pescan, se ríen de ellos y de los peces, tanto de colores, como incoloros.

Para evitar las molestias que proporcionan los curiosos, no es necesario recurrir a procedimientos de violencia, como sería sacarles un ojo con el anzuelo o romperles la caña en la cabeza: basta con levantarse del sitio y trasladarse a otro, donde, seguramente, se reunirá otro grupo, dispuesto a hacer fracasar al pescador.

Entonces este se arma... de paciencia, recoge sus bártulos y regresa a su domicilio, con la seguridad de que será bien recibido por la familia y aun acogido con demostraciones de lástima.



VII. **Reincidencia.** — El pescador no debe amilanarse por un fracaso. Al día siguiente—o al domingo siguiente, si tiene otras ocupaciones durante la semana—ha de repetir la suerte, hasta que tenga la fortuna de pescar algo. ¡Aunque sea un resfrío!

Ya dice el refrán que "pobre porfiado saca mendrugo.n, y así el pescador, aunque no sea pobre, debe ser porfiado en su empresa, para sacar, ya que no un mendrugo, por lo menos un bagre cada dos o tres meses. Con esto su amor propio queda satisfecho... y los peces tranquilos.

La constancia es la virtud de que debe hacer gala el pescador de caña. ¡Tenga constancia y espere... sentado a que piquen los peces.

Jorge **BUENDIA.**

LA EXPIACIÓN

por Pablo Bourget

(Continuación)

—¿No hizo acaso testamento en regla?—le interrogué al ver que se callaba.—Tenía una de esas repentinas reticencias como las que suelen tener estos extraños interlocutores que os cuentan las particularidades más íntimas de su vida, las más vergonzosas a veces, y luego se paran ante un detalle, con frecuencia insignificante, obstinándose en un mutismo tan completamente inexplicable, tan involuntario e irreflexivo como su confianza de un momento antes. Son impulsivos y momentáneos que no obedecen sino a impresiones en absoluto subjetivas.

El de mi cuento mirábame, al preguntarle, con sus azules pupilas cuya dulzura me sorprendió al principio y en las que en aquel instante yo observaba una extraña desigualdad. ¿Estaba tal vez fatigado de la narración que acababa de hacerme, con vacilaciones en la elección de las palabras que revelaban una latente afasia? ¿Acaso manifesté con demasiada vivacidad una curiosidad injustificada, ante la que se detenía asombrado? Ello es que en vez de responder, contestó:

—Ya ve usted, señor, que no le han engañado y que necesito el socorro de las personas caritativas...

—Usted debe conocer a algunas, dije yo sacando del bolsilo la moneda de oro que al efecto tenía preparada, colocándola sobre la mesa y pronunciando el nombre de los padres de Eugenio.—Sé que los Corbières son muy buenos para usted...

—¿Conoce usted a los Corbières?—preguntó retirando su pipa de la boca, mientras, inclinado hacia adelante, me miraba con una mirada que esta vez se alumbró con un extraño brillo. Después, encogiéndose de hombros volvió a fumar añadiendo:—Ahora lo comprendo; son ellos los que le han enviado a usted aquí; lo sé y sé por qué. ¿Quiere usted que se lo diga? Usted viene a aconsejarme que me vaya de París, ¿es verdad o no? Ellos le han contado que yo me harto de alcohol, que me embrutezco, que me mato. Es el sermón que me predican siempre que voy allí. Pues bien, no, no, y no... No me iré de París. Esa gente me verá ¿lo oye usted? "me verá"... Esa es mi venganza y habrán de sufrirla hasta el fin...

Mientras me hablaba así, tomando mi silencio por una aquiescencia, su fisonomía se animaba, reconociendo en ella esa expresión de arrogante autoridad que a Eugenio sorprendiera. Este cambio de actitud era tan singular en un mendigo, minutos antes tan humilde, había una amenaza tan enigmática en las palabras de que se servía y al mismo tiempo una tal certidumbre de un derecho imprescriptible, que hube de dejarle hablar sin contradcirle. Tuve algo como una fulminante adivinación de lo que iba a oir. La frase que había pronunciado cinco minutos antes: "si le hubieran entregado lo que su padre le dejara..." se iluminó de pronto para mí con una evidencia horrible. Pero esto no fué más que un relámpago y yo le dije:

—No es usted justo. No vengo de parte de los

Folletines breves — *La expiación*

Corbières, pero suponiendo que viniera de su parte a transmitirle ese encargo ¿por qué no hacerlo? Si los Corbières desean que usted abandone París, es en interés suyo; si le reprochan el que se está matando con el alcohol, tienen razón, y puesto que usted mismo me ha confesado haber recibido buena educación, debe saber que no debe hablar así de sus bienhechores...

—¿Ellos?—exclamó.—¿Mis bienhechores? ¿Ellos se han presentado a usted como mis bienhechores? Y se echó a reir con la risa que Eugenio le había visto ya en casa del licorista de la calle de Saint-Jacques, ante su copa llena de ajenjo. Un salto súbito de semiembriaguez hacíale pasar de la torpeza a la excitabilidad. Esta irritación hacía su palabra más torpe todavía y sus frases, enunciadas con este esfuerzo, casi tartamudeando, adquirían una fuerza más dolorosa aún. Era como el símbolo de la sujección en que se debatiera durante toda su juventud a causa del crimen cuyo testimonio aportaba ahora.—No, señor —repitió—esos no son mis bienhechores, al contrario, son mis verdugos. Si yo he llegado a ser lo que soy, un fruto seco, un fracasado, un lamentable fracasado, si bebo, señor, es por su culpa.... Cierto que no tengo la prueba, no tengo la que podría exhibir ante la justicia para demostrar que estos sedicentes bienhechores me han robado, sí señor, me han robado.... Y por otra parte, ¿qué es lo que haría ahora con ese dinero? ¡Mientras a los veinte años!.... A los veinte años me hubira eximido del servicio militar, primero, y después habría concluído mi carrera de derecho o de medicina y hoy sería un gran abogado o un gran médico hay que juzgarme por lo que usted ve... 'a ruin'd piece of nature (1) como dijo el otro.

Pronunció esta frase inglesa con un acento bastante incorrecto, pero lo bastante claro para que pudiera reconocer el célebre grito de "El Rey Lear". Si podía en esta degradación citar a Shakespeare, siquier no fuese más que una frase, después de haber citado de Horacio aunque no fuera más que dos versos, ¿qué prueba más angustiosa de que en efecto, en el Pedro Robert que yo escuchaba, había habido el esquema de otro hombre? ¡Ay! De este otro no quedaban más que los finos rasgos de esta máscara consunta, estos pequeños restos de cultura y estos espasmos de rencor contra aquellos a quienes acusaba de haberle perdido. Es casi seguro que de todos modos se hubiera perdido por su propio carácter; su naturaleza habría sido la misma en otras circunstancias; sin embargo, tenía derecho a formular la acusación que formulaba ahora:

—Es su culpa, señor—decía,—la culpa es de ellos, de ellos solos. Si no es verdad, señor, que se justifiquen. Vaya a hablarles, usted que es su amigo, vaya y repítales lo que yo le cuento. Eso les enseñará a no enviarme a ninguno. Entonces les verá ante su presencia, como yo les he visto ante la mía, palidecer y temblar. Ellos le dirán que estoy loco como me lo han dicho a mí; es decir, no ellos, él. La vieja no ha hecho nunca más que llorar cuando ha sabido que yo lo había adivinado todo...

(Continuará).

(1) Un desecho de la naturaleza.

La mujer más extraña del mundo

Hay en el mundo una mujer que desde hace veinticinco años realiza los siguientes prodigios:

Anuncia con bastante anticipación las tormentas, los accidentes y los incendios.

Describe minuciosamente las personas que llaman a la puerta de su casa antes de que abran la puerta y permaneciendo ella en su habitación.

Dice con la mayor exactitud la hora que es, sin necesidad de ver el reloj.

Lee los libros sin abrirlos.

Si se le enseña el dorso de la fotografía, dice en el acto de quién es el retrato.

Aunque es ciega, borda perfectamente y sabe el color de las sedas y de los estambres que usa.

Ve al través de las paredes de su cuarto y describe a las personas que se encuentran en la habitación inmediata.

Adivina el nombre de la persona que por primera vez va a verla y la describe con todo detalle.

Lee en el pensamiento de todo el mundo.

No duerme nunca; lo único que hace es quedarse en éxtasis o en estado de catalepsia con mucha frecuencia.

No nos permitiríamos publicar estos detalles si no estuviesen garantizados por varios hombres de ciencia, entre ellos el profesor West y los doctores Fleet Speir, Ormiston, Mitchell, Hutchinson, e juez Dailey y otros y otros. Y aun así...

¿Quién es esta mujer extraordinaria?

Es sencillamente una cataléptica, paralítica, ciega, y probablemente histérica en alto grado. Pero las cosas que hace tienen maravillados y confusos a los hombres de ciencia, que no aciertan a explicarse tan misterioso fenómeno. No se trata de una mujer vulgar, sino de una señora de buena familia que hizo estudios superiores y se graduó siendo muy joven en un colegio de Brooklyn. Teniendo 16 años un caballo la tiró y la arrastró dejándola muy mal parada. Cuando estaba ya casi restablecida, se cayó al arrojarse de un tranvía, y enganchándose en éste, fué arrastrada durante más de cien metros. Las heridas que recibió entonces fueron tan tremendas, que durante nueve años se encontró casi constantemente entre la vida y la muerte, sufriendo terribles ataques de catalepsia, y perdiendo poco a poco el sentido del tacto, el oído, la vista y el uso de la palabra, además de quedarse por completo paralítica. Andando el tiempo recobró el tacto, el oído y la palabra, así como el uso de las manos. La ocurrieron estas desgracias en los años 1864 y 1865. Diez años después empezó a revelar sus facultades extraordinarias de doble vista. A lo mejor decía:—"Mi amiga María está ahora saliendo de su casa y viene a verme" —y en efecto, a los pocos minutos su amiga se presentaba. Muchas veces la daban dentro de un sobre cerrado y sellado una carta hecha pedacitos: Miss Fancher, que así se llama esta señora, escribía inmediatamente en su pizarra una copia de la carta. Otra prueba que se ha hecho con ella es la de arrancar a un libro una hoja, partirla en pedazos y meter éstos en un sobre dejando fuera algunos. Miss Fancher reproducía cuanto decían los pedazos después de reconstituídos y omitiendo las palabras contenidas en los pedazos que faltaban. Por este estilo podríamos citar una porción de hechos verdaderamente extraordinarios. Barnum la ofreció una suma fabulosa para que se dejara exhibir en público, y la ofreció poner además a su disposición un coche salón lujosamente alhajado para sus viajes y alojarla siempre en los principales hoteles. Miss Fancher rechazó indignada este ofrecimiento, de igual modo que se ha negado a someterse al estudio de una comisión de hombres de ciencia. Aborrece todo lo que es publicidad, y una de las cosas que más lamenta es el llamar tanto la atención.



La mujer prodigio

Ella misma no se explica el misterio de su segunda vista, y lo único que dice es que a veces le parece estar ausente de su cuerpo y hablando con otras personas; y añade que los objetos materiales no parecen ofrecer obstáculo alguno para ella, pues ve a distancia a través de ellos, cual si estuviese dotada de una especie de rayos X.

Es muy cristiana y muy creyente.

SUICIDIO RETARDADO



— ¡Oh! Siempre estuve irrevocablemente decidida a suicidarme cuando me saliera la primera cana...
— Pero, no se ha suicidado usted todavía, señora...

MORAL EN CIERNES



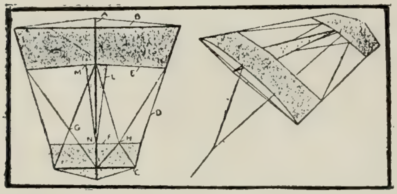
— Papá dice que, cuando mi tío Julio se haya muerto, nosotros seremos ricos... ¿Será pronto, mamá?
— Calláte... No hay que desear la muerte de nadie... sobre todo porque, descándola, se corre el riesgo de que ocurra lo contrario...

Para tener los dedos bonitos.—Para las francesas, la conservación de la belleza parece ser cuestión de vida o muerte. Al menos, obligan a pensarlo así los tormentos inquisitoriales a que gustosas se someten con tal de conservar más tiempo los encantos de la juventud, Los últimos inventos en este sentido, son una máscara de caucho, que se aplica muy apretada sobre el rostro durante la noche para impedir la formación de arrugas, y unos tornillos de presión para los dedos, que se colocan,



como se ve en el grabado, y tienen por objeto disminuir el tamaño de las puntas de los dedos y dar a las uñas una forma estrecha y alargada, que se considera el colmo de la elegancia.

Cometa aeroplano.—Este cometa llama mucho la atención por su aspecto y por su modo de comportarse en el aire. La armazón principal se compone de una varilla central A, de 31 pulgadas de largo y dos travesaños. uno de los cuales, B, mide 31 pulgadas de largo, y el otro, C, 15 ½. La colocación de los travesaños sobre la pieza central A, se indica en la figura 1.ª. El travesaño B queda a 1 ¾ de pulgada del extremo, y el travesaño C a 2 ¼ del extremo opuesto. Los extremos de las varillas tienen unas pequeñas muescas para recibir una cuerda, D, que forma el contorno de la armazón y da consistencia al conjunto. En E y en F se ponen dos cuerdas transversales de 7 pulgadas. De un extremo a otro de la varilla central A se cruzan otras cuerdas como se ve en G y se atan a la cuerda transversal F, en ambos lados, como se ve en H.



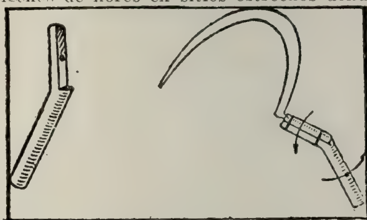
El travesaño largo, B, se curva hacia arriba para que forme un arco cuyo centro deberá quedar a 3 ¼ pulgadas sobre la cuerda que une sus extremos. El travesaño corto se curva y se ata de la misma manera hasta 2 ½ pulgadas. La varilla central se curva también hacia arriba 1 ¾ de pulgada. Las curvas mirarán hacia arriba. Las partes de delante y de detrás, entre el extremo y las cuerdas transversales E y F, se cubren con papel de seda amarillo pegado a los travesaños y a las cuerdas. Las alas pequeñas L son de papel color púrpura, de 4 pulgadas de ancho en M, y terminan en punta en N.

Las bridas del cometa se atan a la varilla central A en a unión de los travesaños B y C, y debe calcularse su largo según el peso y el tamaño del cometa. De las bridas arranca la cuerda de echar el cometa, como se ve en la figura 2.ª.

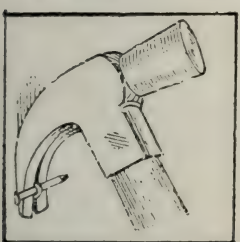
Este cometa no tiene cola y necesita una brisa constante para flotar en las corrientes de aire como un aeroplano.

El largo de las bridas, el punto donde se ata la cuerda y la curvatura de las varillas, requieren varios tanteos para obtener el efecto deseado, porque el centro de gravedad no es el mismo para todos los cometas de esta clase.

La hoz-guadaña.—Para segar los bordes de las praderas y de los lechos de flores en sitios estrechos donde no puede manejarse con holgura la guadaña, lo mejor es emplear una hoz corriente como la que usan los segadores, prolongando el mango con una pieza de madera en la forma que indica el dibujo. Dicho mango suplementario se fija con un tornillo y unas vueltas de alambre. Las flechas del grabado de

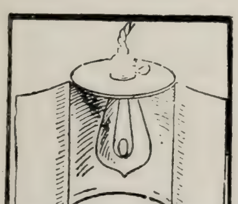


la derecha indican las direcciones en que se deben mover las manos al trabajar con la hoz-guadaña.



Para sacar grapas.—Las grapas u horquillas que usan los electricistas para fijar los hilos conductores y cualquier otra clase de grapas, se pueden arrancar fácilmente sin torcerlas ni estropear la superficie en que están clavadas, empleando la boca de un martillo de carpintero y un clavo, tal como se ve en el dibujo adjunto. El sistema es tan rápido como fácil.

Reflector para lámpara eléctrica.—Un bote grande de hojalata puede convertirse rápidamente en un excelente reflector para lámpara eléctrica.



No hay que hacer sino cortar el bote en la forma que indica el dibujo y abrir un agujero en el fondo para pasar el porta-lámparas.

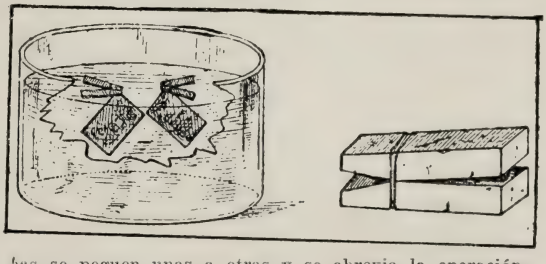
Las dos piezas que quedan a modo de puertecillas se abren más o menos, según convenga, y si la hojalata está bien brillante refleja la luz perfectamente.

El reflector puede aplicarse a muchos usos, pero sobre todo es excelente para tirar al blanco de noche.

Pinza flotante.—Todos los aficionados a la fotografía saben que para lavar bien las pruebas en papel conviene prenderlas en un corcho para que queden verticalmente en el agua y no se vayan a fondo.

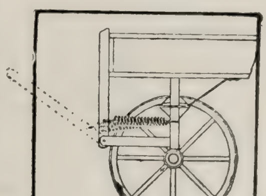
Pueden emplearse diversos medios, poco complicados, para fijar la prueba al corcho, pero es más cómodo proveerse de unas pinzas como las que reproduce el grabado. Su fabricación es sencilísima. Constan de dos trozos de corcho de tres centímetros y medio de largo, cortados en bisel y unidos por una goma. Oprimiendo los extremos se abre la pinza, y una vez puesto el papel en el flotador, se coloca éste de modo que descanse horizontalmente en el agua.

Empleando este procedimiento se evita que las prue-



bas se peguen unas a otras y se abrevia la operación del lavado, porque todas las pruebas se hallan siempre en contacto con agua constantemente renovada.

Para la lanza de los carritos de niños.—Los cochecitos y carritos con que juegan los niños están provistos de una lanza sujeta por un pivote. El extremo libre de dicha lanza descansa en el suelo cuando los niños no juegan con el carro, y ofrece peligro de romperse por cualquier tropiezo y, lo que aún es peor, los niños pueden caerse por tropezar con ella.



Para evitar ambas cosas es muy conveniente poner un muelle como se ve en el grabado, para que al faltar tirantez a la lanza se ponga en posición vertical en vez de quedar descansando en el suelo. El muelle no debe ser demasiado fuerte, porque en dicho caso no se podría bajar bien la lanza; basta con que la lanza se conserve en posición vertical.

Para limpiar el cobre hay un procedimiento muy sencillo, que consiste en pegar fuertemente el cobre con un manojo de hojas de acedera y enjuagarlo luego con agua abundante.

Encáustico ininflamable. En vez de disolver la cera, para comodidad de la aplicación, en la esencia de trementina se puede emulsionar en el agua. Las mixturas así preparadas tienen la ventaja de ser ininflamables, pero ofrece el inconveniente de tardar en secarse. Existen muchas fórmulas para la composición de estos encáusticos, la mayoría de los cuales llevan un baño de jabón con la adición de carbonato o tartrato alcalino. Pero los tartratos no dan buen resultado. En cambio, el carbonato de potasa permite obtener emulsiones muy estables. Se emplea así: prepararse en caliente un baño con 500 c. c. de agua y 50 a 60 gramos de jabón de Marsella raspado. Se añaden a la mezcla hirviente 10 gramos de cera de abejas, moviendo hasta la perfecta homogeneidad. Se guarda en vasijas bien tapadas y se recalienta hasta liquidarlo cuando se va a usar.

Para aumentar la espuma en cualquier clase de jabón. Para obtener este resultado, basta con hacer una mezcla o pasta con lejía de 18°, sebo de carnero, aceite de coco y resina colofonia o pedriega o pez blanca, en la forma siguiente:

En un caldero se ponen 18 libras de lejía de 18°, con cuatro libras de sebo de carnero, cuatro de aceite de coco y otras tantas de resina colofonia, pedriega o pez blanca.

Puesta al fuego esta mezcla, se lleva al estado de masa por medio del hervor, agregándose a las operaciones del jabón común, sea crudo o cocido, al comenzar la cocción. La proporción será de 8 %.

Cuando se compra alfombra para una escalera, conviene adquirir medio metro más de lo necesario. Este sobrante se dobla en ambos extremos, y de vez en cuando se tiene cuidado de correr la alfombra hacia arriba o hacia abajo para que las partes que caen sobre cada escalón queden verticales, y de este modo la alfombra se desgasta por igual.

Para lavar la ropa con facilidad, conviene ponerla el día antes en remojo en agua de jabón caliente.

Granadas para apagar incendios. Para hacerlas, pueden emplearse botellas de cristal fino, a fin de que se rompan con facilidad, y todo el secreto está en llenarlas de una solución saturada de sal común.

Al estallar un incendio, se arrojan entre las llamas las botellas, con suficiente fuerza para que se rompan, y donde toca el agua, la sal forma una capa incombustible.

Para que las granadas contra incendios sean útiles, es preciso tenerlas siempre preparadas y al alcance de la mano, a fin de poder alcanzarlas en el momento de iniciarse el fuego.

Para exterminar los caracoles y las babosas que pululan en los jardines, basta espolvorear con alumbre la parte que se desee proteger.

La harina de avena es un gran suavizador del agua. En el lavado debe tenerse siempre un tarro con harina de esta clase, para echar en el agua una cucharadita al tiempo de lavarse. De este modo el cutis se conserva muy suave.

Las mechas de algodón para quinqués de aceite, deben bañarse en una solución de sal de cocina y agua que se filtra previamente para que no contenga más que sal en la disolución. Después de seca la mecha sometida a esta operación da una luz brillante y sin humo. Para que alumbre aún mejor el quinqué se hace una mezcla a partes iguales de aceite y de solución salina, se agita un rato, se deja en reposo hasta que todo el aceite sube a la superficie y se decanta para recogerlo. Así dura más el aceite y su luz es más amarilla, porque posee las rayas del espectro del sodio.

La hojalata adquiere un brillo blanco argentino, frotándola con un trapo empapado en ácido acético diluído.

Para restaurar el linoleum no hay nada mejor que la trementina. Hay que emplearla con moderación y frotar antes el linoleum con un trapo para que no tenga polvo.

Las manchas de nitrato de plata se quitan con una solución de cianuro potásico, o, si esto parece peligroso, con una solución concentrada de ioduro potásico, seguido de un lavado con una solución de hiposulfito.

También puede emplearse una solución compuesta de 10 gramos de bicloruro de mercurio, 10 de cloruro de amoníaco y 80 de agua destilada.

Las manchas de iodo desaparecen humedeciendo la parte manchada con una solución de hiposulfito de iodo.

Para evitar la congelación del agua en los radiadores de un automóvil, por ejemplo, puede emplearse la glicerina, pero este producto es bastante caro. Resulta más económico emplear una solución de cloruro de calcio y agua, en proporción de 100 gramos de cloruro por cada litro de agua.

COCINA PRACTICA

Sopa de ostras.—Machacad en un mortero de mármol dos o tres docenas de ostras, según su magnitud y el número de comensales; echadlas en caldo de pescado en ebullición y dejadlas cocer durante media hora larga. Freíd con manteca cortezas de pan en cantidad suficiente; metedlas en la sopera al sacarlas de la sartén, verted el puré de ostras por encima y servid la sopa muy caliente.

Tomates.—Cortadlos en gajos y ponedlos al fuego en una cazuela, con un poco de sal y un ramo de perejil y tomillo. Dejadlos cocer bien. Cuando estén bien derretidos, pasadlos por el tamiz, con presión, de manera que en el tamiz no queden más que las semillas, las pieles y la pulpa. Dejad enfriar este puré y embotelladlo. Tapad las botellas y sometedlas a 4 minutos de ebullición en el baño maría.

Para conservar **tomates en gajos hay que operar del** siguiente modo: Escoged tomates bien maduros; partidlos en cuatro gajos y embotelladlos. Tapad las botellas o los frascos, cubriendo los tapones con una vejiga bien atada, y someted los tomates embotellados a 4 minutos de ebullición en un baño maría.

Pastelitos de la reina.—Se preparan las rodajas de pasta; se las cubre de picadillo de pechuga de ave, se pone encima otra rodaja en forma de tapa; se unen los bordes de ambas y se cuece el pastel en el horno.

Tortas.—Este género de pastelería no tiene tapadera como las empanadas; una torta se compone siempre de un fondo de pasta hojaldrada, rodeado de un cordón, y lleno de crema, de compota o de una confitura cualquiera.

Crema helada de rosa.—Meted en una vasija 125 gramos de pétalos de rosa; mezcladles ocho yemas de huevo, 400 gramos de azúcar en polvo y un litro de crema. Hacedla cocer en un baño maría; pasadla comprimiendo un poco los pétalos de rosa; añadid, para dar color a la crema, algunas gotas de carmín líquido; hacedla helar como las demás cremas.

Conejo al minuto.—Se monda un conejo polvoreando separadamente cada pedazo con una mezcla de sal, pimienta y ralladuras de nuez moscada. Se echan los pedazos en una cazuela con 125 gramos de manteca, cuatro escaluñas y un puñado de perejil, finamente picado todo junto. Colóquese la cazuela a fuego vivo revolviéndose a menudo los pedazos de conejo, para que cuezan por igual en todos sentidos; diez minutos de cocción han de bastar. Este es un excelente modo de preparar en un momento un plato magnífico cuando se tienen huéspedes inesperados.

Pasta italiana.—Se ponen en un vaso de porcelana 250 gramos de harina, agregándosele, poco a poco, dos vasos de agua tibia y una buena cucharada de aceite de oliva superfino; se añade, luego a la pasta aderezada con sal, un poco de pimienta, una clara y media de huevo hecha espuma, en el momento de servirse.

Pato con puré.—Coced un pato; pasad y desengrasad el jugo, sazonando con éste un puré claro de lentejas, habichuelas o nabos, en medio del cual colocaréis el pato. Guardad un poco de jugo para rociar el pato en el momento de servirlo a la mesa.

Coliflor estofada a lo Luis XIV.—Se lava varias veces la coliflor en agua tibia; se la pone a cocer en bastante cantidad de consumado, añadiéndosele un poco de moscada rallada. Tan pronto como está cocida la coliflor se la escurre y cuando aún está caliente se menea en una cazuela puesta en el fuego el tiempo necesario para hacer derretir e incorporar a la coliflor estofada un buen pedazo de manteca fresca.

Salsa blanca.—Se mezcla en una cazuela, a fuego lento, 125 gramos de manteca, una cucharada de harina, dos o tres cucharadas de agua o de leche hervida, sal y pimienta según los gustos; se menea continuamente, sin permitir que la mezcla entre en ebullición, porque entonces la salsa contraería un sabor análogo al del engrudo. En el uso ordinario, cuando la salsa blanca debe acompañar legumbres, como espárragos o alcachofas, se le añaden, en el momento de servirla, una o dos yemas de huevo y un poquito de vinagre; la salsa es entonces menos blanca, pero, en cambio, más agradable al gusto.

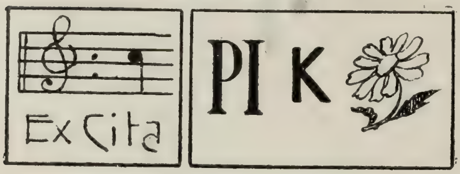
Becacinas al minuto.—Se hacen saltar media docena de becacinas a fuego muy vivo, en manteca fresca, durante ocho o diez minutos, con cinco o seis escaluñas picadas, una hoja de laurel, sal, pimienta y nuez moscada rallada. Se retiran las becacinas de la cazuela; se moja la manteca con un buen vaso de vino; se añade el zumo de dos limones y un poco de raspadura de pan; se ponen las becacinas en salsa. Tan pronto como hayan se ponen las becacinas en salsa. Tan pronto como hayan tomado un caldo, se sirven muy calientes, vertiendo la salsa por encima.

EL INGENIO A PRUEBA

CHARADA, *por Artepal*

Prima, segunda y *tercera*,
con *cuarta quinta*, tuvieron
una singular quimera;
intervino mi *total*,
y... ¡cómo si nada hubiera!

JEROGLÍFICOS, *por Rino*



LETRA C, *por Tip-Top*

● ● ● Esto significa un mineral.
● ○ ○ Es de nuestras casas fiel guardián.
● ○ ○ A muchas personas aqueja este mal.
● ● ● Este un camino quiere significar.

En los puntos negros un vicio se leerá.

JEROGLÍFICO, *por Aleunam*

SIGNO 50 NOTA

PEQUEÑA CORRESPONDENCIA

Enviaron colaboraciones.—Amapola, Piquita, Mario, Argentino, Artepal, Aleunam, María Luisa, Clavel y Teresa.

María Luisa C.—Amapola no ha copiado; fué un error de redacción.

Samudio (Corrientes).—Le agradecemos la primicia; pero no la podemos aprovechar.

Jariloca (Chaco).—Inútil vomitar injurias con *velipendios* atroces...

Perito de Chaves.—Todo bien. Remita nuevos.

SOLUCIONES AL Núm. 237

A la charada, por "Clavel": *Torpedo.*
Al jeroglífico, por "Mecha": *Ciudadela.*
A la letra numérica, por "María Luisa": *Mirador.*
Al anagrama-acertijo, por "Mario": *Do, re, mi, fa, sol, la, si.*
A la estrella de círculos, por "Tip-Top":

B
S O L
A L A
B O L I V I A S
A V E
L I S
A

Al jeroglífico, por "Rino": *Entretenimiento.*
A la charada, por "Amapola": *Relicario.*
A la fuga de vocales, por "Martel":

Me sigues tú despreciando,
y yo te sigo queriendo.
¡Qué mal corazón tú tienes!
¡Qué buen corazón yo tengo!

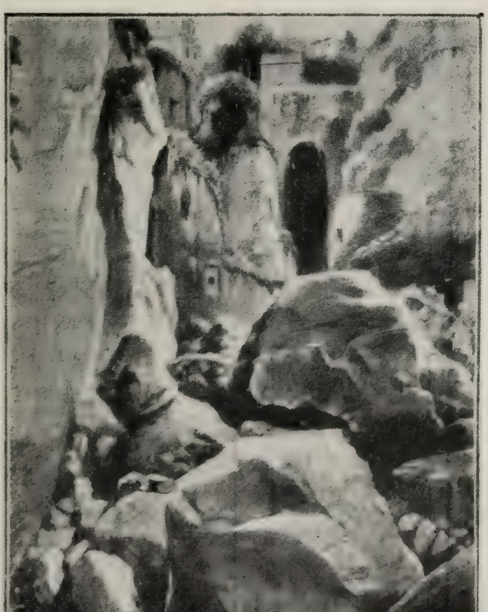
A la charada, por "Carmen": *Incapaz.*
Al refrán comprimido, por "Mario": *Cada principio es duro.*

ENVIARON SOLUCIONES

Arturito Mailharro, Mario Sormani, Alberto Aburbe, Ana Esther y Elena Ayerbe, Dominga Teresa Reparáz, Rosa F. Reparáz, Manuela y Felisa Reparáz, Artepal, Margarita Amalia y María E. Iriarte, Argentino, María Luisa Duronto, Rosa E. Mordente Silva, Anita C. Pisani, María Teresa Bugarini, Piquita, Clavel, Rosa Pérez, Rosa M. Otero Rifé, Juan Antonio Rebagliatti, Clarita Ortiz de Rosas, Amanda Regueira, Isabel y Carmen Bianchi, Rosaura William, María Luisa, Amapola, Alberto Bernasconi, Juan José Biela, Emilia González, Elenita Duart, Blanquita e Isabel Mailhos, Roberto Casas, Teresa Capo, Luisa Rey, Enriqueta Sué, Adelita y Amanda López.

La tumba de Virgilio

Uno de los monumentos antiguos más estimados de los italianos, tan celosos de la conervación de los recuerdos de la grandeza latina: a tumba del poeta Virgiio, ha estado a punto de er destruído por un desrendimiento de enormes nasas de piedra, ocasioado por las excavaciones echas en la montaña veina para extraer piedra e construcción.



Encuéntrase este monunento junto al antiguo amino de Pausílipo, cera de Nápoles, al lado de a gruta o túnel de Pauílipo, cuya entrada se ve erfectamente en el fondo el grabado que sirve de lustración a estas líneas.

La tumba es un columario arruinado, que puee verse, casi oculto por a vegetación, a la izquiera de dicha gruta y algo or encima de ella. Hay uien duda de su autentiidad y considera su nomre como puramente lendario. Lo cierto es que irgilio, que poseía una villa en Pausílipo, quiso que su cadáver fuese conducido a Nápoles desde Brindisi, donde murió el año 19 a. de C., cuando regresaba de Atenas con Augusto, y es muy probable que fuese sepultado en este punto o muy cerca de él, pues poco más de un siglo después de su muerte, el poeta Stacio ya lo visitó como la tumba de Virgilio. El monumento en cuestión ha sido siempre una especie de santuario para los poetas italianos. Antiguamente le daba sombra un laurel gigantesco, que, según es fama, se secó el día en que murió Dante, siendo después sustituído por otro que plantó Petrarca. En este mismo sitio, Boccaccio renunció para siempre a su profesión de mercader para convertirse en poeta.

El grabado dá una idea del estado en que ha quedado un sitio tan pintoresco y tan lleno de interesantes tradiciones. Los trabajos de desescombro han comenzado ya, y se espera que en lo sucesivo se adoptará todo género de precauciones para poner a salvo de todo daño tan famoso monumento; porque, como es lógico, debe tenerse por ésta clase de obras todo el cariño y todo el respeto que merecen las vidas admirables y el talento inmortal que es flor y esencia de la vida...

Galería infantil de "El Hogar"



Lolita Presa (Tedin Uriburu)



M. del Carmen Dasso (Diamte.)



Niños de Araujo Villar (Capital)



Nélida I. Sabella (Maipú)



Eduvijes Passeri (Diamante)



María Bonifacia y Aurora Formosa (Diamante)



Sarita Doce (Tres Arroyos)



Niña de Pissani (Rivadavia)



Félix Arbisú (Banfield)



Emilia del S. Oughterson (Capital)



Niña de Bonfanti (Corrientes)





Niña de Lozano Niño de Ibáñez (Capital)

Galería infantil de "El Hogar"



Clementino Rosen-senbrock (Est. Viale, E. Ríos)



Niño de Lagarde-re (Capital)



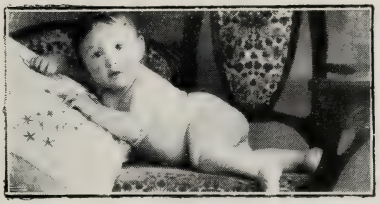
Niños de Palacios (Capital)



Niñitas de Soto (Capital)



María Aurora Tolosa (Jacinto Arauz)



Dorila C. Armando (Bragado)



Raúl Carrera Az-cárate (Capital)



Pedro Gadea Do-menicone (La Paz, E. Ríos)



Esther Malter Casenave (Flo-rencio Varela)



Mechita Torres (C. Pringles)



Rosa Fernández Pujol (Corrien-tes)



Nuestro Correo



Las cartas deben limitarse a dos preguntas solamente y venir con la firma auténtica, como constancia de ser subscriptor. Las contestaciones se hacen únicamente en esta página y no por carta particular, pudiendo contestarse bajo un seudónimo si se desea. En la carta en que se haga la consulta no debe tratarse de ningún otro asunto, como renovación de subscripciones, reclamaciones, etc. Esto debe escribirse en otra carta, aunque puede incluirse bajo el mismo sobre.

La hija del Plata.—1.ª Ninguno de los dos procedimientos. Lávese por la noche con agua caliente para limpiar el cutis, y póngase después, con constancia, vaselina pura. — 2.ª El presidente costea los gastos del padrinazgo, nada más.

La Subscriptora.—1.ª "Cada día te quiero más". — 2.ª Es mejor que se dirija a algún establecimiento especial.

Pirincho.—Ignoramos lo que usted desea saber.

Resedá.—1.ª Puede utilizarla.—2.ª Significa: Siempre. —3.ª El sufrimiento moral.

Lita.—1.ª Con agua oxigenada al 50 %.—2.ª Dése primero un baño de vapor bien caliente, que abrirá los poros; al apretar, saldrán inmediatamente.

Gordita de Z.—Es cuestión de criterio personal. ¿Qué siente usted?

Clota.—Lo correcto es darle las gracias.

Isolina.—Dos años.—Capa o saco es igual.

María Luisa.—1.ª No hay inconveniente. Debe atender su pedido, a fin de conocer lo que desea.

Jack, Tandil.—Lea lo que le decimos a Isolina. Puede salir cuando tenga necesidad.

La apasionada Sarita.—En la librería Cabaut, Bolívar y Alsina.

Chirulita.—No hemos recibido.

Lalo.—Le conviene más, limpiarla con quillay.

A una Martinetense.—1.ª Almendras machacadas.— 2.ª Con una mezcla igual de glicerina y limón.

M. C. B., La Paz.—Dos años; uno con crespón, es decir, riguroso; el otro, más aliviado.

A Mariano.—1.ª No hay peligro mientras no tenga el mal.—2.ª Si no está enefrmo, no.

Luisa G. B.—Seis para lo primero. Tres para lo segundo.

Zolange.—1.ª Diríjase a cualquier perito calígrafo de los que se anuncian en la sección avisos de los diarios, que podrá informarla con exactitud.—2.ª Lo mejor para el paspado de la cara es la vaselina pura.—3.ª Glicerina con limón todas las noches.

Tristeza.—1.ª Creemos que ninguna publicación dejaría de contribuir al objeto que usted menciona.—2.ª La forma de acuerdo con la cara; de seda opaca es lo correcto.

Magdalena J. Z.—1.ª A la amiga.—2.ª Si algunos fomentos de ácido bórico no dan resultado, es conveniente consultar a un médico. Es nuestro deseo satisfacer en lo que podemos a todas las suscriptoras.

A. R.—Creemos que sí.

Tucumana ingrata.—No se paga y puede devolverse si no tiene usted más que esa. Aparecerá en la sección correspondiente, dedicada al efecto.

Suscriptora 55816.—1.ª El "Mundo Infantil" y "El Hogar y la Escuela" no aparecen más.—2.ª Lea la respuesta que sigue.

A Chola y a Magdalena F. C. S.—Diríjanse a lo de Moussión, Callao y Cuyo, donde podrán darle las instrucciones que necesitan.

Esperanza.—1.ª Por la noche, limón y glicerina en partes iguales. Después de lavarse, póngase talco.—2.ª Crema de almendras o agua Casanovas.

Presumida.—Lavarse con alguna sustancia astringente; puede usar el limón.

Ragh-le.—1.ª Montevideo.—2.ª Por el momento no recordamos.

Suscriptora de Belgrano.—No ha llegado su carta anterior. Es prudente que consulte a un médico.

Calchaquense.—1.ª Encaje crema y gasa del mismo color.—2.ª Masaje todas las noches hasta conseguir lo que desea.

Aurora del campo.—1.ª Con te o chocolate.—2.ª Lo mejor es aclararlo con agua oxigenada.

María Luisa.—Salta.—La casa de flores de Peluffo, podrá informarla mejor que nosotros.

Juventud alegre.—1.ª Nicolás.—2.ª Con baños faciales; vaselina después.

A dos suscriptoras.—1.ª Sí.—2.ª El acto de pedirla lo autoriza; sin embargo, puede hacerlo como una deferencia. En cada carta pueden enviar dos preguntas.

Flor del Valle.—1.ª Prepare una pomada con sebo y azufre.—2.ª La trenza o bucles recogidos con un gran moño.

Negrita.—C. del Uruguay.—Póngale a las ramas afectadas, azufre en polvo.

Flor de lis.—1.ª Las iniciales de ella y la del apellido de él.—2.ª Lavarse con agua caliente y poner después vaselina.

Argentina.—Qué preguntas desea primero, pues usted ha enviado cuatro en lugar de las dos establecidas para este buzón. Por excepción, y atendiendo a una causa especial manifestada, hemos contestado tres preguntas, en el número anterior.

Pocholita.—1.ª Pimienta en grano colocada en paquetitos, da muy buenos resultados, y si le agrega un poco de alcanfor, creemos que podrá obtener lo que desea.— 3.ª Esta pregunta la conceptuamos muy natural, pues las suscriptoras tienen el derecho de saber a quien dirigen sus consultas: es una señora la encargada de esta sección.

Violeta.—1.ª Agua de afrecho.—2.ª Como no sea tiñéndolas, no conocemos otro procedimiento.

Kikiriki.—1.ª Jugo de limón con un poco de glicerina, por algún tiempo.—2.ª No, si lo emplea con moderación.

Franchisco.—1.ª Algo que usted sepa que les agrade mucho.—2.ª Sí.

A Carol Otto.—1.ª Con una franela seca, gruesa, frotarlo con fuerza.—2.ª Resultaría imperfecto.

A una Ignorante.—Averigüe si fué un descuido; de lo contrario, es una incorrección.

No me olvides.—1.ª La persona que le sirve de madre.—2.ª Hervirlo a fuego lento y batirlo en el momento de servirse.

Alma triste.—Tomar un laxante, te de lino en grano, por ejemplo, y ponerse todas las noches vaselina pura.

"EL HOGAR"

REVISTA QUINCENAL PARA LAS FAMILIAS
LITERARIA Y DE ACTUALIDADES

Aparece cada dos miércoles



La primera publicación y la de mayor circulación en su género en la República Argentina
Editores: Empresa Haynes. La correspondencia debe dirigirse al Señor Administrador de la Empresa Haynes, CHACABUCO, 677|685, Buenos Aires. Unión Telefónica, 1472 (Avenida).
Los reporters y fotógrafos están munidos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente. — No se devuelven originales, no se mantiene correspondencia respecto a los recibidos, ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la dirección, aunque se publiquen.

Agente en Montevideo: señor MANUEL FONSECA, Buenos Aires, 722

Venta en París en los kioskos de los bulevares y en la Librairie Française et Etrangére, 37, rue Saint-Augustin (Avenue de l'Opéra).

SUSCRIPCIONES

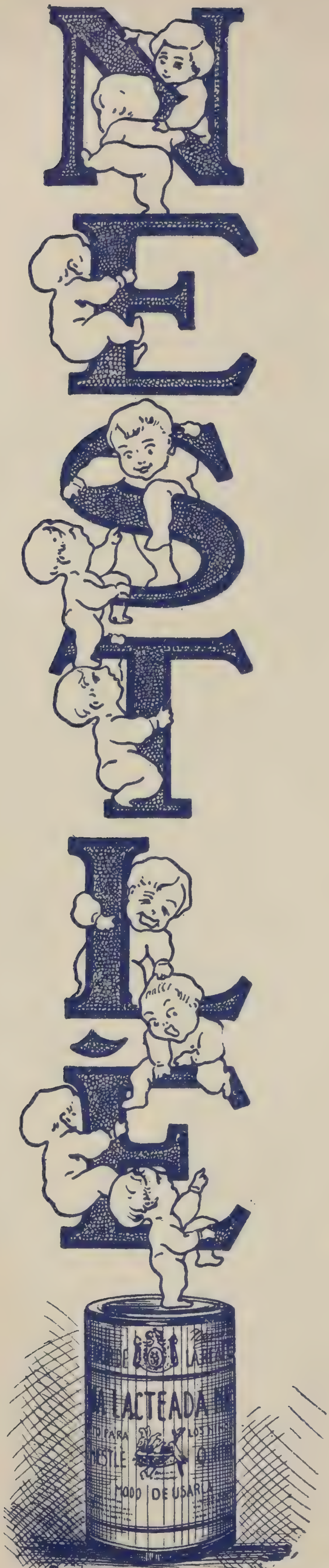
República Argentina: Por año, $ 4.— m|n. Número suelto, capital e interior, $ 0.20
Exterior: „ „ $ 3.— oro. „ atrasado. . . . . $ 0.30

Avisos. — Agentes en París: L. Mayence y Cía., 9 rue Tronchet.
En Londres: South American Press.— 1 Arundel St. Strand.
En Estados Unidos de América: Cía. J. Walter Thompson, 44-60 East 23 rd. St., New York.



TALLERES HELIOGRAFICOS DE RICARDO RADAELLI, PASEO COLON, 1266 — BUENOS AIRES


EL HOGAR
AÑO X
Nº 240


NESTLÉ
LACTEADA
MODO DE USARLA
Perluca

Anécdotas y curiosidades

RAZON DECISIVA Hace algunos años, un rico propietario ruso sacaba más orgullo de su parecido con el zar que de su fortuna, sobrepujando esta debilidad hasta la tontería. Se complacía en imitar la voz del emperador, sus entonaciones, sus actitudes, sus gestos.

El zar le dijo un día amigablemente:

—¿Por qué no afeita su barba, mi querido conde? Su parecido con su emperador le expone a riesgos terribles, sobre todo teniendo en cuenta que usted no deja pasar ninguna oportunidad para mostrarse en público.

—No modificaré nunca mi exterior—dijo el conde con orgullo.—Me siento demasiado feliz por mi parecido con su majestad.

—¡Oh, muy bien!—contestó el zar, con algo menos de amenidad—tengo simplemente miedo de que, si usted no modifica ese parecido por sí mismo, no se le ocurra algún día a un nihilista modificárselo a pesar suyo.

Al otro día el conde se había hecho rasurar la barba.

MITIN FEMINISTA



—¡No se olviden, señoras, que el cegado odio de nuestros enemigos tiene los ojos clavados en nosotros!

La moda fué imitada pronto en las restantes cortes extranjeras, demostrando el favor que encontró, el que existen algunos retratos de damas ilustres de aquella época, en los que puede verse el referido tocado. Entre esos retratos, hay uno muy conocido, de la reina María Estuardo.

PERRO QUE COME BILLETES En un conocido comercio del bulevar de los Italianos se ha registrado el siguiente curioso suceso:

El gerente de la casa se hallaba en su despacho haciendo un recuento de la recaudación del día. Le acompañaba "Azor", un perro muy inteligente y muy querido de su dueño. Tuvo éste necesidad de subir un momento a sus habitaciones y lo hizo así, dejando sobre la mesa los libros y un fajo de billetes de banco. "Azor" quedó en su despacho, cuya puerta cerró el comerciante con llave.

Cuando tornó a su trabajo y como observase algún desorden en los billetes que había dejado sobre la mesa, los contó de nuevo, y notó la falta de diez billetes de cien francos.

La ventana estaba cerrada, y la puerta no había sido violentada.

Además, el perro fiel estaba allí, y sus ladridos hubieran alarmado al comerciante si algún ladrón hubiese penetrado en el local.

Pero "Azor" estaba masticando unos papeles.

Su dueño le abrió la boca y observó que el can acababa de engullirse unos cuantos billetes de banco.

Inmediatamente hizo comparecer a un veterinaario, que suministró al perro un vomitivo enérgico.

La poción dió sus resultados.

Los diez billetes aparecieron poco déspués algo averiados; pero con la numeración lo bastante clara para poder canjearlo en el Banco de Francia.

UN CASTIGO EJEMPLAR Conocida es la antipatía que Lord Stanley profesaba hacia Escocia y los escoceses.

Un día, Lord Stanley, vestido sencillamente se presentó en palacio solicitando audiencia.

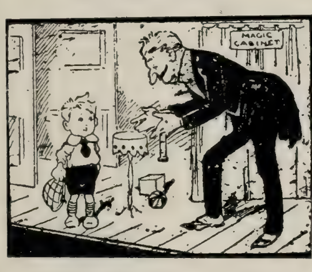
Un guardia escocés, vestido con esplendor, impidióle la entrada. El rey, al notar el altercado suscitado entre los dos, salió para informarse de lo que ocurría.

—Majestad—quejóse Stanley—este campesino me impide ser admitido en vuestra presencia.

—¿Quieres que lo mande a la cárcel?

—¡Oh, no, majestad! Infligidle una pena más dura: ordenadle que se vuelva a Escocia.

GABINETE MÁGICO



El prestidigitador. — ¿Quiere algún chico subir al escenario? (Sube un chico).

—Vos nunca me has visto, ¿no es cierto?

—¡Es verdad, papá!

UNA LUNA PRECIOSA El vagón-salón del rey Christian de Dinamarca está adornado de una luna que constituye, ella sola, una verdadera colección de autógrafos; lleva, en efecto, las firmas de casi todos los soberanos actuales, y de algunos de sus predecesores.

Quien dió el ejemplo fué el difunto zar de Rusia, Alejandro III; viajando una vez en el tren real se le ocurrió escribir sobre esta luna, con la ayuda de un diamante, su apodo familiar: "tío Sachem".

Otros grandes personajes imitaron el ejemplo: Nicolás II, entre otros, el cual, lo mismo que su padre, firmó con un seudónimo: Nicky; la zarina, Eduardo VII, la reina de Inglaterra, la reina de Grecia, toda la familia real de Dinamarca, incluso el rey Haakon.

En cuanto a las altezas, grandes duques, príncipes, etc., sus firmas no se cuentan más; la luna en cuestión está actualmente constelada de autógrafos. Si alguna vez llegara a ser puesta en venta, es probable que los coleccionistas se la disputaran a precio de oro.

ESCUELA DE "CROUPIERS" Probablemente, nadie odia tanto la vista del dinero como los "croupiers" del Casino de Monte Carlo, por cuyas manos pasan anualmente millares de pesos. Y es que, no todo el mundo puede ser "croupier". El manejo y el recuento del dinero en el Casino de Monte Carlo, requiere cierta práctica, y con tal objeto, existe en Mónaco una verdadera escuela de "croupiers". En estos establecimientos "educacionales", existen mesas semejantes a las de las salas de juego y en ella practican los colegiales bajo la acertada dirección de un maestro. Uno de los educandos desempeña el rol de "croupier", y los otros de jugadores. El dinero está representado por discos de metal y papeles recortados en forma de billetes. En un tiempo dado el "croupier" debe calcular y pagar las puestas ganadas, no debiendo equivocarse. También tiene que aprender a tirar el dinero de una punta a la otra de la mesa, calculando el tiro de manera que las monedas caigan en el sitio deseado.

Una vez que un colegial ha sido declarado ya idóneo entra al servicio del Casino, firmando un contrato donde se estipula que puede ser despedido sin que tenga derecho a ninguna explicación.

LA MODA DE LAS PLUMAS Aunque el empleo de las plumas, especialmente de avestruz, en el atavío femenino, lo hacen remontar algunos autores a cuatro mil años antes de la Era Cristiana, atribuyendo la implantación de la moda a las hijas de un Faraón, parece ser que hasta bien entrada la Edad Media no las usaron las señoras principales en su tocado.

La primera que adornó su cabeza en Europa con plumas de avestruz, fué la princesa Leonor de Austria, hermana del emperador Carlos V, quien al hacer su presentación ante la Corte de Francia, con motivo de su casamiento con el rey Francisco I, llevaba cubierta la cabeza con una toca de terciopelo negro adornada con una pluma de dicha ave.

UN LEGADO CURIOSO

El director de un periódico suizo, el "Schweitzerische Volkswacht", ha recibido un legado de cuatro esterlinas anuales, de una persona a quien jamás conoció.

La cláusula del testamento, estableciendo el legado, reza de la siguiente manera:

"Cada 1.º de enero y 1.º de agosto se pagará, respectivamente, dos esterlinas al director del "Schweitzerische Volkswacht", a condición de que éste beba un vaso de cerveza en honor del extinto".

PECES FRUGALES



—Juana: ¿pusiste agua fresca en el jarro de los pescaditos?

—No, señora; ¿no ve que todavía no se han bebido el agua que les puse el mes pasado?

CASA E. OZOLLO

387, CARLOS PELLEGRINI, 387

PETIT LOUVRE

(MARCA REGISTRADA)



CORSÉS Y FAJAS
Porta-senos y Corpiños

2.000 CORSES. En los números 48, 50 y 52, a liquidar por la mitad de su valor. Los que valían pesos 8.— a $ **4.—**, los de $ 10.— a pesos **5.—** y los de $ 16.— a $ **8.—**



PORTA-SENOS

EN BATISTA BLANCA, A PESOS 2.50
EN BATISTA HILO, A PESOS 6.— Y . . $ 7.—
EN BATISTA HILO BROCHE, A . . . . $ 7.50
EN BATISTA HILO Y SEDA, A . . . . . $ 8.50
EN BATISTA BRODÉ, A PESOS . . . . . . 9.—
CUTI SEDA BROCHÉ, A PESOS . . . . . . 10.—

2.000
BLUSAS
en modelos extranjeros á vender á precios irrisorios



EN CUTI CRUDO FINISIMO . . . $ 6.—
EN BATISTA LISA. COLORES . . . „ 7.—
EN BATISTA LISA FINISIMA, $ 10.— Y PESOS . . . . . . 12.—
EN CUTI BROCHADO, $ 8.— Y . $ 10.—
EN CUTI HILO, LISO, $ 12.— Y . „ 14.—
EN CUTI RASO FINISIMO . . . . „ 15.—
EN CUTI RASO BROCHÉ . . . . . „ 18.—
EN BATISTA BROCHÉ . . . . . . „ 18.—
EN BATISTA HILO Y SEDA . . . . „ 22.—

CORPIÑOS

EN BATISTA BLANCA, A PESOS 2.50
EN BATISTA HILO BRODÉ, A . . . . $ 4.50
SOBRE MEDIDA, EN BATISTA HILO Y SEDA O CUTI, a $ 8.—, 10.— Y PESOS . . . . . 12.—

ESPECIALIDAD
EN
CORSÉS
Y FAJAS
á la medida

Nuestras encuestas

¿Qué haría usted si fuera muy rico, esto es, si tuviera mucho dinero?

Ante todo haría en mi pueblo un asilo para ancianos y pondría en su portada este letrero: "Dios y caridad".

Construiría una escuela para adultos, en la cual se les enseñaría a los hombres a ser buenos.

Que se amen entre sí, que no se odien, que se disculpen las faltas.

He ahí lo que yo haría si fuera rico.

Opea.

¿Qué haría yo si fuera rica, si tuviera mucho dinero? ¡Qué pregunta más fácil de contestar, para una persona como yo, que anhela y sueña ser rica!

Lejos de considerar una desgracia el ser pobre, diré sí que es cansadora la pobreza para toda persona aspirante y con algo de educación de espíritu.

¡Ay si tuviera dinero! ¡Qué rejuvenecida se pondría mamá y qué hermosa! No porque ella no lo sea, sino porque el semblante tranquilo es más bello que el triste, el revelador del sufrimiento. Mis hermanas y todas las personas que me rodean ¡cómo gozarían! Las plantas ¡qué bellas se pondrían! y hasta los animales ¡qué lindos serían!

¡Hay nada más hermoso, ni que reporte mayor felicidad que la tranquilidad del hogar!...

Pagar las deudas, pagar lo que uno debe ¡qué mayor satisfacción!

Dar limosna, socorrer al necesitado ¡qué inmensa dicha! Pasear, hacer un viajecito, todos los años fuera de la provincia, con el fin de conocer y admirar lo bello, ¡qué benéfico sería todo esto para nuestra alma! Darse gusto en todo aquello de provecho, poder seguir sin interrupción un estudio de piano, labores, pintura, arte culinario, etc., etc.; qué dicha más grande será poder hacer todo esto; de seguro tendría novio enseguida, porque mi semblante (porque no es feo que digamos) estaría risueño y mi carácter jovial no cambiaría de repente al sentir el llamado de la puerta que siempre sería para recibir a las amigas y no avisos de bancos, cuentas, etc., etc. Para terminar diré que no perdono al rico que no sea feliz.

M. Lucy.

Si yo tuviera mucho dinero, fomentaría la instrucción, creando escuelas, porque tengo entendido que, la verdadera civilización, consiste en la instrucción eficiente del hombre.

Formaría una colonia para menores retardados.

Trataría en lo posible hacer desaparecer de las calles a los niños vagabundos, vendedores de diarios, etc., para lo cual formaría una escuela de Artes y Oficios para obtener, en el mañana, hombres que fueran el orgullo de la patria.

Finalmente, como lo anhelo también, mejoraría mi situación, hoy poco envidiable.

Pecho argentino.

Lo que haría si fuera muy rico, sería procurarme la dicha de poder despreciar a los hipócritas, pedantes y botarates, estimulando en cambio a buen premio, la franqueza, la lealtad y el noble sacrificio.

Briukmann.

¿Desearía ser rica? ¿Para qué?

Para socorrer a tantos infelices niños abandonados y faltos del cariño de sus padres y sin el arrullo maternal que es el más preciado tesoro; si la Providencia colmase mis deseos, de manera que pudiese llamarme rica, después de reservar la parte precisa para mis exigencias personales, fundaría un asilo para la niñez desvalida poniendo los medios necesarios para educar sus corazones, ilustrar su entendimiento, haciéndose hombres para seguir por el sendero de la honradez y del bien.

Teresa D.

Siempre he tenido la ambición de poseer un capital regular para vivir sin preocupación del porvenir; eso no es mucho.

Pero si el destino quisiera darme unos millones, haría construir hospicios para viejos, para huérfanos abandonados y para obreros enfermos y pobres. En fin, haía buena propaganda para que todos los chicos nacidos fuera de uniones regulares tuvieran derecho a llevar el nombre de sus padres.

Señora L. B. de Grec.

¡Ser rico! ¡Ambiciosa frase que encierra la preocupación de muchos millones de seres humanos de todas partes del mundo! Yo, en mi humilde condición no ambiciono mayormente las riquezas, pero si la casualidad me hiciera rica, educaría mi única hija dándole una profesión útil a la familia y al pueblo; practicaría la caridad socorriendo en silencio a aquellos infelices que verdaderamente lo necesitaran. Y por último distraería mi ánimo viajando por la vieja Europa, puesto que el conocer mundo es uno de mis mayores anhelos.

Asunción Saharrea de Tambascia.

Quisiera ser inmensamente rico para convertir una región — como ser parte del Chaco — en grandes praderas, hermosos pueblos y crear grandes industrias; quisiera sembrar el bien para todos aquellos que me rodean. Me consideraría altamente recompensado viendo nuevos progresos en mi patria y que mis beneficiados no reconociesen el bien que les hiciera.

Juan R. Ferrero.

¿Qué haría yo si fuera rica? Desde que El Hogar ha publicado este concurso, me he hecho varias veces la misma pregunta y siempre con igual resultado: emplear mi dinero en obras de caridad.

Soy enemiga del lujo. ¿Para qué gastar el dinero en cosas superfluas, cuando se puede hacer feliz a esos pobres niños vagabundos que andan mendigando un pedazo de pan para dar a sus hermanitos o padres enfermos?

A la fortuna la emplearía en dar limosnas a los asilos, a familias menesterosas, aliviar la desgracia de los pobres ancianos; en fin hacer todo el bien posible a los necesitados.

¿Creéis que habría dinero mejor empleado?

Inés Fragas.

¿Qué haría usted si fuera muy rico, esto es, si tuviera mucho dinero? Quisiera ser inmensamente rico. Encontrar para esposa una mujer más rica, más buena que yo e invertir nuestras riquezas...

En escuelas; pero no de tiro, ni navales, ni de esgrima, ni de barbaridades análogas. Escuelas para inculcar amor al projimo y al trabajo.

Convertir nuestro hogar en bálsamo de alivio para el necesitado. Difundir instituciones benéficas, hospitales, asilos para huérfanos desamparados, para ancianos indigentes, imposibilitados, cuyo ambiente les fuera agradable, logrando dulcificar su existencia.

En nuestra vejez sin hogar donde refugiarnos, agotados nuestros recursos todos, ignorados ya, encontrar un alma compasiva colcándonos al abrigo, donde aún amándonos, deslizáranse nuestros últimos días.

Constantino.

Mi primer pensamiento, si yo fuese muy rica, sería para los obreros padres de muchos hijos o para los que tuvieran muy poco sueldo. Y para llevarlo a cabo, lo primero que haría sería comprar una gran extensión de terreno y formar una villa con pequeñas casitas de dos y tres piezas con su cuarto de baño y terreno para sembrar o un jardincito. Cobraría por el alquiler muy poca cosa, y con el producto de los alquileres fundaría una escuela de cursos libres como también una casa de socorros para ancianos y desvalidos. Advirtiendo de que para nada servirían las cuñas y que me ocuparía del bienestar de mis favorecidos.

C. Bancalá.

Tan buena impresión me ha causado la encuesta por ustedes iniciada que procuraré tomar parte en ella.

Muchas veces, como todo ser que tiene pensamiento, he imaginado tener riquezas y correlativamente he pensado qué destino les daría: modificaría en primer término la situación de mi hogar, haciéndolo más acomodado, hasta en su parte intelectual instruyendo a los de mi familia. Me perfeccionaría en las artes de que soy ferviente admiradora y procuraría asegurar mis últimos años buscando un pintoresco lugar de los que tiene mi patria, donde tal vez viviría con felicidad.

Idólatra.

En contestación a su pregunta, tengo el gusto de decirle que si fuera muy rica, haría espléndidos viajes de placer.

Recorrería toda Europa, visitaría todas sus curiosidades y grandezas, y me divertiría.

Por último me sentaría tranquilamente a recrearme con la interesante y amena lectura de su linda revista El Hogar después de haberme hecho suscriptora.

Luego trataría de hacerme centenaria porque así valdría la pena vivir mucho tiempo.

Celia Núñez Aguilora.

Crónicas del tiempo heróico

Un patriota olvidado

Doctor Juan José de Cernadas (En el XLVIII aniversario de su muerte)

"Perpetuar las virtudes de los hombres recomendables, es hacer justicia a sus méritos y estimular a los demás a que sigan su ejemplo. — **Bernardino Rivadavia.**"

Cúmplese hoy el cuadragésimo octavo aniversario de la muerte del doctor don Juan José de Cernadas, eminente jurisconsulto y prócer de la emancipación argentina.

Honrando su memoria, tracemos, siquiera, a grandes rasgos, su biografía.

Nació en Buenos Aires, el 1.° de noviembre de 1782, siendo sus padres don Pascual de Cernadas, español, natural de Galicia y doña Brígida Vivas, porteña.

Educado en el Real Colegio de San Carlos, en la capital del virreinato, hacia el año 1800, marchó al Alto Perú, hoy Bolivia, en cuya doctoral universidad de San Francisco Javier de Charcas o Chuquisaca, y cual no pocos ilustres jóvenes de su época: Juan José Paso, Vicente Anastasio de Echeverría, Mariano Moreno, Manuel Alejandro de Obligado, etc., se graduó en derecho.

Vuelto a su ciudad natal, en 1805, tomó parte muy activa en las invasiones inglesas de los años 1806 y 1807, y en 1810, cuando el memorable movimiento emancipador del 25 de mayo, como uno de los más decididos sostenedores de la libertad de la patria.



Dr. Juan José de Cernadas

Ingresado a la magistratura en 1812, desempeñó cargos y comisiones honoríficas con la circunspección y talento que lo caracterizaron.

Fué juez de primera instancia en 1813; delegado ante el ejército en operaciones contra los realistas del Alto Perú; miembro de la Junta de Teólogos, defensor de pertenencias extrañas, en 1821; enviado extraordinario, en unión del doctor Cavia, por el gobierno unitario, ante el general José María Paz, misión que dió por resultado la derrota del terrible caudillo Facundo Quiroga, en la Tablada y Oncativo, miembro reelecto de la Honorable Junta de Representantes de la provincia de Buenos Aires.

Desempeñaba este cargo, cuando previendo los males que con ello se traería sobre la patria, se negó enérgicamente a prestar su voto para la exaltación de don Juan Manuel de Rozas al gobierno de la provincia, con "facultades extraordinarias", por cuyo motivo fué destituído de su cargo, y perseguido por los esbirros del déspota, vióse precisado a emigrar a Montevideo, baluarte, por entonces, de la libertad rioplatense.

En esta ciudad formó parte, en unión de los doctores Florencio Varela, Julián Segundo de Agüero, Gregorio Gómez, Valentín Alsina e Ireneo Portela, de la célebre "Comisión Argentina", cuyas gestiones y desvelos trajo, como es sabido, el derrumbe de la tiranía en los campos inmortales de Caseros, el 3 de febrero de 1852.

Regresado al país, después del triunfo, se le nombró camarista de la Suprema Corte y al poco tiempo, por ser el decano de los miembros que la componían, fué designado,—bajo la administración del primer gobernador constitucional de Buenos Aires, don Pastor Obligado,—para el más alto puesto a que podía aspirar un jurisconsulto de la época: presidente del Supremo Tribunal de Justicia; cargo en cuyo desempeño le sorprendió la muerte, el 8 de octubre de 1865, a los 82 años de edad, y luego de más de dos tercios de su vida en brega heroica y abnegada por la felicidad de la patria.

El doctor de Cernadas,—ha dicho un distinguido escritor y biógrafo del eminente ciudadano, el señor Ellauri Obligado, al trazar con mano maestra y colorida la personalidad brillante del preclaro patricio (1);—"fué uno de los pocos hombres que se atrevieron a luchar frente a frente y sin pusilanimidades, con el poder del tirano. "Repúblico convicto y acérrimo paladín de la libertad, el nombre del doctor de Cernadas, pasará a la posteridad, recordado con cariño y rodeado de aquella aureola de gloria y de respeto, de que sólo son dignos los que, como él, se sacrifican desinteresadamente en aras de la libertad, engrandecimiento y prosperidad del suelo que les vió nacer."

Grande y fecunda ha sido, pues, la labor patriótica del doctor Juan José de Cernadas.

Sin embargo, su nombre no figura a la par de otros de aquella época, que, lo mismo que él, lucharon valientemente por la emancipación de nuestro país.

Quizá este olvido se deba a la misma modestia del doctor Cernadas, ya que siempre luchó en silencio sin hacer ostentación, guiado solamente por los impulsos sanos de su corazón de buen argentino.

Las misiones que se le confiaron en los distintos períodos de su vida las supo cumplir debidamente, revelándose siempre un hombre íntegro, de clara inteligencia e integridad ciudadana.

Es preciso convenir que nuestra historia está incompleta. Los historiadores aún tienen mucho que escudriñar para dar el último toque a la magna obra. Para esto será necesario estudiar mucho, y más aún, investigar y tomar datos en fuentes que todavía no se han tocado.

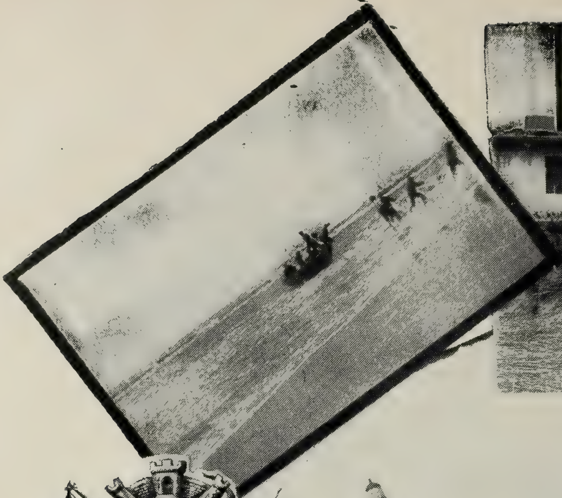
Cuando se haya hecho eso, cuando nuestra historia esté completa—y haya sido analizada a través de un lente de impecable imparcialidad—estarán arriba muchos hombres que hasta ahora son poco conocidos como protagonistas de nuestra emancipación política.

María del Carmen LOBO ARRAGA.

Octubre 8 de 1913.

---

(1) "Apuntes y documentos para la biografía del doctor Juan José de Cernadas, eminente jurisconsulto, virtuoso ciudadano y prócer de la independencia argentina".









OSTENDE

es
LA PERLA
del ATLÁNTICO
y es el Balneario
preferido por las familias

SOCIEDAD ANÓNIMA

PALACE HOTEL y HEMICICLO OSTENDE

Sede Bs. Aires - Capital integrado: $ 1.620.000
con decreto 12 de Agosto de 1913

LLOYD - OSTENDE

CON LÍNEA DIRECTA ENTRE BUENOS AIRES Y OSTENDE

FERROCARRIL PARTICULAR DE LA EMPRESA. — PLANTACIONES Y VIVEROS CON MÁS DE 300,000 PLANTAS

HOTELES Y CHALETS DE TODO CONFORT. — FABRICAS DE MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN

MUELLE DE 250 METROS DE LARGO POR 10 DE ANCHO

Hermosa playa de fina arena y declive suave muy seguro. — Alrededores encantadores para paseo, pic-nic, y partidas de caza

Venta en 80 mensualidades sin interés ni comisión

FACILIDADES PARA TODOS LOS QUE DESEEN EDIFICAR

PIDAN DATOS Y PLANOS: **CHARCAS, 1600** - U. T. 169, Juncal

EL TEATRO DE EL HOGAR

El testigo

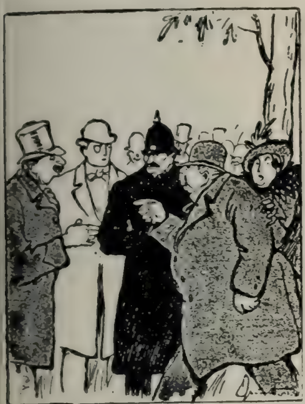
En la Avenida. Un automóvil y una victoria acaban de chocar. Mientras el conductor del auto, un señor elegante, explica a un agente de policía lo ocurrido, para demostrar que él no es el culpable del accidente, — afirmación refutada por el cochero — una muchedumbre curiosa y burlona oye la discusión, soltando chistes y sandeces.

El señor elegante.—El cochero se ha lanzado sobre mi carruaje.

El cochero.—¡Esto es demasiado! ¡Vaya una frescura!

El agente (al cochero).—Déme usted su número. ¿Tiene usted testigos?

El cochero (echando una mirada suplicante a las personas que lo rodean).—¿Hay alguno entre estos señores y estas damas?



(Silencio profundo en el grupo. Cada cual mira a su vecino, como diciéndole: "¿No es usted el testigo?" De pronto vése a un hombre gordo, con el rostro colorado surcado de vénulas azules, con los ojos inyectados en sangre, el cuello muy corto, que avanza, a pesar de los esfuerzos que hace por contenerle una señora, que viste traje obscuro y que tiene todas las apariencias de una burguesa acomodada.)

Señora Castañeira.—¡Te lo ruego, Castañeira! ¡No te mezcles en ese asunto!

Castañeira.—Y ¿por qué he de callarme? Yo defiendo una causa justa. Yo he visto el accidente. (Al cochero) Usted, amigo, es el que tiene razón.

(Murmullos de aprobación por la energía que ha demostrado Castañeira. Este yergue el cuerpo, sacando el pecho, y adoptando una actitud de triunfo.)

El señor elegante.—Permítame, señor; ¿usted se ha fijado bien en lo que ha sucedido?

Castañeira. — ¡Me llamo Castañeira, señor! Tengo carnicería y tienda de embutidos en el Caballito y sé lo que es guiar carruajes. ¡Yo los conduzco todos los días! Y declaro que es usted quien se ha arrojado sobre el coche. Además llevaba usted una velocidad...

El cochero (radiante de alegría).—¿Ve usted, agente, lo que yo decía?...

El señor elegante (a Castañeira).—Me parece que usted exagera bastante al decir que yo llevaba gran velocidad. Iba, precisamente, a media marcha.

Castañeira.—¿Media marcha?

Señora Castañeira.—¡Te lo ruego, Castañeira!

Castañeira.—¡No!... Pero ese señor dice "a media marcha". ¿Qué será, entonces, ir a toda velocidad?

El agente.—Es inútil entrar en explicaciones. El público se aglomera y la circulación se interrumpe. (A Castañeira.) Dé usted su tarjeta al cochero.

Castañeira (sacando su cartera y entregando una tarjeta al cochero.)—¡Tome usted, joven!

El agente (al señor elegante.)—Y usted ¿no tiene testigos?

El señor elegante.—No tengo más que a mi "chauffeur" que permanece en el auto. El podrá decir qué marcha llevábamos.

Castañeira.—¡Naturalmente! Afirmará que el señor iba al paso.

Señora Castañeira (tirando del traje a su marido).—¡Basta, por Dios, Eugenio!

Castañeira.—¡Tu lo has visto, como yo!

Señora Castañeira.—¡No! Yo miraba hacia otro lado.

El señor elegante.—La señora dice bien, ella...

Castañeira.—¿Cómo "dice bien"? No querrá usted insinuar que yo hacía lo que ella... ¿que no he visto nada?...

El señor elegante.—Pero...

El cochero (a la multitud).—¡Son ganas de perder el tiempo! ¡Por un guarda-barros partido, tanto escándalo!

El agente.—¡Basta! ¡Circulen!

(El agente trata de hacer circular a la multitud, la cual se resiste en espera de un nuevo incidente.)

Señora Castañeira (queriendo convencer a su marido).—¡Vamos, Eugenio; ya que has dado la tarjeta, marchemos!...

Castañeira.—¡Sí! (Al cochero.) Yo haré una declaración en su favor.

Señalando al señor elegante.—Cuando gentes como esas conducen automóviles...

El señor elegante.—¿Es que va usted a pedir el monopolio?

Castañeira.—El mono... el mono... ¡Yo me llamo Castañeira!



El señor elegante.—Ya me voy enterando.

Castañeira. — ¡Vaya! ¡Dudar de mí!

El señor elegante. —¡Paciencia!

Castañeira.—¡Y yo no estaba presente! ¡Quizá me encontraba en Palermo cuando usted ha estropeado el coche!

Señora Castañeira.—¡Por Dios, Eugenio, calla!

El agente.—¡Todavía! ¿No ha terminado la discusión? (A Castañeira.) ¿No le he dicho a usted que despejara?

Castañeira.—¡Sí, señor agente, sí, ya me voy! Sólo falta que ese señor insista... Si cree que me humilla, porque con ese sobretodo chic y guantes de cabritilla... ¡No! ¡Ha de saber cómo me llamo!



El señor elegante.—¡Castañeira! ¡Castañeira!

Castañeira (dirigiéndose al señor elegante).—¿Sabe usted que empieza a molestarme?

Voces de la multitud.—¡Ouá, Ouá! ¡Mordéle!

Otras voces.—¡Coméle la nariz!

Un canillita.—¡Castañeira, Castañeira!

Castañeira (al señor elegante).—¿Usted me ha llamado mentiroso?



El señor elegante.—He contestado simplemente a sus palabras.

Castañeira.—Pues bien, señor; nadie se ha permitido semejante cosa, hasta ahora. ¡Nadie! ¿Lo entiende usted? ¡Y si estuviéramos solos, le deshacía a usted la cara!

El señor elegante.—¿De veras?

Castañeira.—¡Sí, animal!

El señor elegante (con desprecio).—¡Rantifuso! ¡Granuja!

Señora Castañeira.—¡Eugenio! ¡Eugenio!

Castañeira.—¡Dejáme! ¡Me ha llamado rantifuso!

(Se arroja sobre el señor elegante, al que dirige un puñetazo, con intención de darle en la cara. Pero el golpe se desvía y le da en el hombro.)

El señor elegante.—¡Ha marrado, buen hombre!

(El señor se pone en guardia, denotando que frecuenta las salas de box. Y en seguida deja caer sobre el rostro de Castañeira un "directo", que le hace vacilar.)

La muchedumbre.—¡Bravo! ¡Bravo!

Castañeira.—¡Rayos y truenos!...

(Se arroja otra vez sobre el señor, dándole puñetazos a diestra y siniestra.

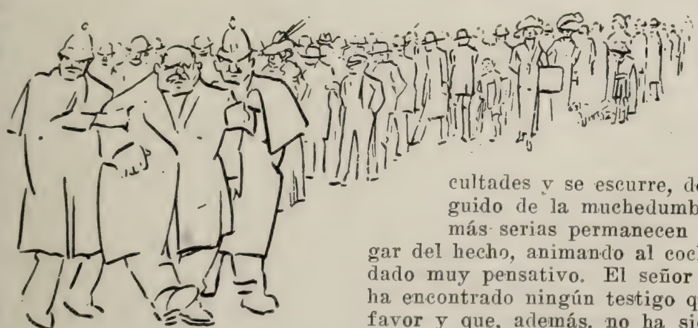
El agente (precipitándose sobre Castañeira).—¿Quiere usted terminar, caracoles?

Señora Castañeira.—¡Por Dios, Eugenio!

Voces.—¡Dejarlos! ¡Que se maten!

Un muchacho.—¡Ya vendrá por ellos la Asistencia pública!

El agente (agarrando con todas sus fuerzas a Castañeira).—¡No digo! ¿Ha terminado usted?



(Pero Castañeira que ha recibido un puñetazo en la nariz, se enfurece y rechaza con violencia al agente.)

El agente.—¡Ah! ¿Me atropella usted?

(Castañeira, perdiendo por completo la cabeza, ataca al agente; éste le contesta, terminando Castañeira por hacer rodar al agente a cinco pasos de distancia.)

La muchedumbre.—¡Ah! ¡Ah!...

Un muchacho.—¡Un "botón" por el suelo!

Señora Castañeira.—¡Esto es violento! ¡Mi marido!... ¡Sepárenlos!

El agente (levantándose; a Castañeira).—¡Usted verá lo que le cuesta! ¡Entréguese usted o desenvaino!

(En este momento otro agente franquea el círculo formado por los curiosos.)

Segundo agente.—¿Qué ocurre?

Primer agente (señalando a Castañeira).—¡Es ese señor!

(Inmediatamente el segundo agente se precipita sobre el carnicero. Su colega, enardecido, le imita. El señor elegante les presta ayuda. En el espacio de treinta segundos conoce las dulzuras de una de esas palizas que hacen época en la vida de un hombre.)

Algunas voces.—¡Muy bien!

Otras voces.—¡Esto es indigno!

Otras.—¡No ha robado!

(Se forman grupos y aumentan las discusiones. Muchos curiosos, a su vez, vienen a las manos.)

Los agentes (conduciendo a Castañeira).—¡Vamos! ¡A la comisaría!

Señora Castañeira (sollozando).—¡Ay, ay! ¡Pensar que hemos venido al centro para comer en el restaurant!

Primer agente.—No se preocupe usted por su marido, porque comerá en el Departamento.

Segundo agente.—Injurias y resistencia a la fuerza pública... Seis meses de prisión.



Señora Castañeira.—¡No le lleven ustedes!

Primer agente.—¿Quiere usted dejarme el codo o también le encierro a usted?

Señora Castañeira.—¡Qué desgraciada soy! Cuando mi esposo se había decidido a satisfacer mi antojo de comer en el restaurant!...

Un atorrante.—¡Sí que es lástima! Yo tampoco puedo comer en el restaurant.

(Mientras los curiosos siguen comentando el suceso, los agentes luchan con Castañeira, que se resiste a ser conducido a la comisaría. El grupo, naturalmente, ha ido engrosando y una barrera humana impide a la autoridad desempeñar su misión. Castañeira aprovecha estas dificultades y se escurre, desapareciendo, seguido de la muchedumbre. Las personas más serias permanecen un rato en el lugar del hecho, animando al cochero, que ha quedado muy pensativo. El señor elegante, que no ha encontrado ningún testigo que declarase a su favor y que, además, no ha sido molestado por los agentes, echa una mirada despreciativa sobre la muchedumbre y, montado en su auto, sale rápido.)

El cochero.—Con todo eso verán ustedes como soy yo quien paga el pato.

Augusto GERMAIN.


Jarabe Roche
Ch. Weiss
Jarabe Roche
los
Constipados
antiguos y recientes
Tos, Bronquitis
son radicalmente curados
por el
Jarabe "Roche"
da Pulmones robustos
y precave la Tuberculosis
F. HOFFMANN - LA ROCHE & Cº PARIS.
De Venta: en toda Farmacia y Droguería.
Agentes: O. Mónaco y Cº 871 Viamonte. Buenos Aires.

La vida íntima, por Rojas

Cómo se sirve a la mesa.—La educación de las criadas



La educación de las criadas debería ser obligatoria para los que han de servirse de ellas.



Si es mayor, deberá ser bonita y vestirá traje negro con cuello y puños y delantal blancos, muy bien planchados, con tirantes.



Una vez dichas las palabras "La señora está servida", debe colocarse a la puerta del comedor hasta que todos entren.



Mientras toman asiento, deberá presentarse con la sopa y con voz baja preguntar por encima del hombro izquierdo: "¿sopa, caballero?", o bien "señora".



El pescado se sirve por lo común del mismo modo, aunque algunas veces se encarga de ello la señora de la casa.



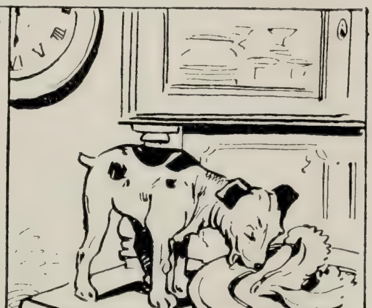
El segundo plato se sirve de distinta manera. La criada va pasando la fuente para que cada comensal se sirva de ella.



Después de este servicio llega el de las carnes blancas o rojas, según el chiste que diga el dueño y que es el que las debe servir y pasarlas a manos de la criada que las conducirá a su destino.



Si los platos de promiscuación son de cordero asado y pastel de caza la sirvienta debe ser la que pregunte al invitado qué es lo que quiere, haciendo un estudio de su voz para no interrumpir la conversación y al mismo tiempo no pueda parecer un cuchicheo.



La salsa debe servirse inmediatamente después de la carne, junto con un plato de verdura que se deja sobre el trinchero en los intervalos del servicio.



El vino se vierte en los vasos por encima del hombro derecho y la fórmula de preguntar es: "¿Jerez o Rhin, caballero?", aunque sea de Mendoza o San Juan.



La criada debe estar atenta a los menores movimientos de la dueña de la casa. Sus primeras cualidades han de ser serenidad y presteza.



Los dulces se sirven distribuídos y en seguida se quitan los platos, fuentes y copas, y se recogen las migajas en un vertedero de plata. La criada deberá tener mucho ojo con el vertedero si los convidados no son de confianza.

Una moda macabra

Triste es decirlo, pero es verdad. La moda de los bucles postizos y de los rellenos que hoy prima entre las damas, es una de las más repulsivas que pueden darse. Vamos a decir por qué.

Pelo de muertos y bandidos.—La mayor parte de estos bucles se hacen con pelo muerto, es decir, con pelo cortado de la cabeza de mujeres difuntas o, con más frecuencia, de chinos muertos, lo cual resulta mucho más barato.



En los cementerios chinos es costumbre despojar a los cadáveres de sus rozagantes trenzas. Las repetidas ejecuciones de los bandidos manchúes han abaratado el género y han convertido en una lucrativa industria, más lucrativa que nunca, el comercio de cabello humano. Desde que arraigó la nueva moda en Europa y en América, el robo de coletas en los cementerios de China ha alcanzado alarmantes proporciones.

Cuando un chino muere, se le mete en un ataúd y se le lleva al cementerio; pero no se le entierra en seguida, sino que se le deja quince días fuera para dar tiempo a que el alma pueda separarse del cuerpo y tomar el camino del otro mundo. Después, se sepulta al difunto; pero entretanto, algunos chinos poco escrupulosos y algunos extranjeros de sentimientos no mucho más delicados, han abierto el féretro y se han llevado la coleta del infeliz que hay encerrado dentro. No hay buque que venga de China que no traiga muchos fardos de pelo, y la mayor parte de éste procede de los cementerios.

Y no se consuelen las rubias pensando que el negro pelo de los chinos se destina sólo a las morenas, pues por medio de ciertos ingredientes se le puede dar el color que se desee, incluso el rubio más claro y el blanco de nieve.

Es peor el pelo propio.—Tampoco deben estar libres de cuidado aquellas que se mandan hacer bucles con su propio pelo, caído al peinarse.

Realmente, es mucho más sano llevar postizos de pelo de chino muerto que de pelo propio, porque la fabricación de los rizos de origen mongólico exige un procedimiento antiséptico, en el que se emplean substancias químicas que acaban con toda clase de microbios, incluso los de la fiebre amarilla y los de la lepra.

En cambio, cuando una mujer encarga al peluquero que le haga un postizo del pelo que a ella misma se le cae, no sabe si se le ha caído como resultado de alguna forma de calvicie, en cuyo caso los microbios de la enfermedad permanecen en el postizo y atacan al pelo restante, corriendo el riesgo de que la enfermedad se contagie, con tanta más facilidad cuanto el cabello no se desinfecta.



Poesías infantiles (Para recitar)



El pobre grillo

Ni envidioso ni envidiado
pasaba su vida un grillo
ajeno completamente
a zozobras y peligros.
Una noche que cantaba
a la vera de unos trigos,
al escuchar una oruga
su monótono chirrido,
le dijo con mucha sorna:
—Dígame usted, buen amigo,
¿no tiene segunda parte
ese canto tan bonito?
—¡Por qué lo dice, vecina?
—Porque hace ya un mes, vecino,
que estoy oyendo su cántico,
y siempre dice lo mismo.
—Eso consiste, vecina,
en que yo así lo he oído
que lo cantaban mis padres,
mis hermanos y mis primos,
y así lo canto y espero
cantarlo siempre lo mismo,
porque así es como se canta
en toda tierra de grillos.
—Ya se ve que son ustedes
apegados a lo antiguo
y que ni cambian de música,
ni se mudan de vestido.
—¿Y usted se muda de traje?
—Y preparo uno magnífico.
¿Ve usted esta estrecha túnica
que en este momento visto?
Pues dentro de poco tiempo
me verá usted con un lindo
vestido de mariposa,
que se quedará usted bizco.
—¡Cómo son las mariposas?
—Pero usted, mi noble amigo,
¿dónde vive?
—En mi agujero
durante el día, al fresquito,
y cuando salgo a la noche
ya todas se han recogido,
por eso no las conozco...
—Sí que es mal, amigo mío.
—Mas me gustaría verlas.
—Pues, hijo, mañana mismo
puede ver las más preciosas,
porque en este mismo sitio
se celebrará un gran baile
de insectos.
—Pues me convido:
yo le prometo mañana
levantarme tempranito.
Cuando llegó la mañana
y vió con qué regocijo
se entregaban a la danza
aquellos seres tan lindos;
cuando contempló sus alas,
que eran un puro prodigio
por la mezcla de colores,
tan alegres y tan finos,
lejos de gozar alegre,
se puso muy triste el grillo
comparando aquellas galas
con su uniforme humildísimo.
Tuvo envidia, ese pecado,
el más triste de los vicios,
pues todo aquel que lo siente
labra su propio martirio.
Estaba el pobre llorando,
cuando llegaron dos niños,
que al verlo, los dos dijeron:
—¡Ay qué feo es ese bicho!
Tomemos las mariposas
que nos ha encargado el tío...
Este era naturalista,
y el grillo vió estremecido
clavarlas con alfileres
gordos, sobre un acerito,
y volviendo a su agujero,
dijo:—Vivamos tranquilos,
y guarde Dios a los feos
de morir como bonitos...

CHIRÓN.

EL MÉDICO EN CASA

Veníamos hablando de la angina. A veces se forma un absceso en las partes blandas de la garganta.

Acudiendo a tiempo, puede resolverse; de otro modo sólo cede al reventar el absceso, si no revienta antes el enfermo.

Las cataplasmas calientes a la garganta, por fuera, y gárgaras por dentro, es el tratamiento indicado. Evítese la inversión de los remedios, pues las cataplasmas por dentro pueden ahogar al paciente, y las gárgaras por fuera son muy difíciles de hacer.



Como gargarismo puede usarse flor de sauco hervido con leche; malvabisco; limón; ácido bórico y otros análogos. Se recomienda tener a mano una salivadera.

Angina de pecho.—El ''paroxismo del dolor'' es una frase ''folletinesca'', y es lo que ''se siente'' también en los ataques de ''angina pectoris''. (Lo traduzco al latín para mayor claridad).

Ataca principalmente, dice un autor, a las personas ''de edad''. Y como no hay personas ''sin edad'' (pues los que se quitan años siempre se dejan algunos), resulta que la angina pectoris no respeta las canas de la vejez ni los rulos postizos.

Se desarrolla a consecuencia de las afecciones del corazón (ingratitudes, etc.); de la gota (y también de los chorros o copetines copiosos); del reumatismo; de la ruina; del agotamiento.

El lujo de una bailarina espiritual puede producir la angina de pecho en el prójimo ''pagano'', a causa del agotamiento del bolsillo.

Los ''pechazos'' de los amigos suelen también producir la angina de ''pecho''.

Durante los ataques están indicados los sinapismos al pecho y algunos otros remedios que recetará el doctor (hay que recurrir a él) para ir tirando.

Apendicitis.—Ningún hombre, por burro que sea, tiene ya cola. De manera que el apéndice no está donde lo siguen teniendo los monos que aún no han evolucionado hacia la perfección humana.

El apéndice sigue siendo, sin embargo, una especie de símbolo del ''oscuantismo'', pues es una porción del tubo intestinal, cerrada por un extremo y unida por el otro al intestino ''ciego''. No se puede dar mayor ''obscuridad''.

El hombre es la primera obra con apéndice que se ha dado a luz, y la utilidad de ese aditamento no se ha descubierto todavía.

Yo creo que Dios hizo el hombre, y el diablo el apéndice, pues hasta ahora sólo sirve para facilitar el pasaje al otro mundo, sobre todo cuando interviene el cirujano en los preparativos del viaje.

La moda de cortar el rabo a los pichichos ha inspirado, tal vez la extirpación del apéndice en el hombre. Los doctores Albarracín y Bourget protestan, respectivamente, de esa poda insensata; pero son pocos los que les llevan el apunte.



Y las víctimas de la apendicitis aumentan cada día de un modo que asusta.

Si la desinfección de los intestinos y los fomentos muy calientes, o bien las aplicaciones de hielo no hacen que el apéndice recobre su frescura y ''buen humor'' habitual, déjense ustedes morir solitos, sin la ayuda del cirujano.

Apoplegía. — Las personas ''sedentarias'', que con ''sed'' o sin ella beben licores ''fuertes'' (con excepción del agua de ''hierro'') y comen vorazmente, están expuestas a la apoplejía o sea un derrame de sangre en el mate.

También pueden sufrir esos ataques los que se de-



dican a estudios profundos y se meten en honduras; (ingenieros de minas, buzos, poceros, rabdomantes, pescadores de perlas, etc.); los que sufren de pasiones violentas o llevan el cuello apretado (que viene a ser lo mismo); y los que sobrepasan el estado de cangrejo cocido tomando un baño de agua caliente.

Puede conjurarse el mal poniendo al enfermo con la cabeza muy alta (aunque sea un bandido sin vergüenza) y las piernas colgando. Se le suelta el cuello de la camisa y se le aplican sinapismos en las pantorrillas y en la espalda, aunque proteste de la picazón. Los pacientes suelen preferir que los sinapismos se los pongan al que se los recetó. Pero no hacen el mismo efecto.



También está indicada la dieta y una purga, a fin de obtener la "desocupación" total del paciente, ya que en ese estado no debe "ocuparse" absolutamente de nada.

El hombre propenso a los ataques apopléticos debe conservar los pies calientes y la cabeza fría. Por lo tanto, si es negro, no debe oir sermones.

Asma.—Es una enfermedad del pecho que consiste en la dificultad de respirar. Si el fuelle no funciona bien, el individuo corre la "suerte" del "último mono": se ahoga.

El asma se la puede uno ganar por sus propios puños o bien heredarla. Este derecho de heredero forzoso es indiscutible.

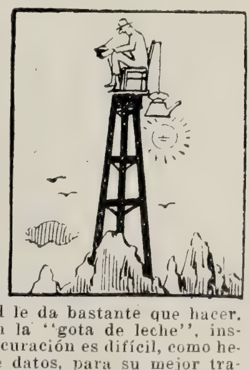
Cuando el ataque de asma es muy fuerte y los pulmones "trabajan mal", el pecho "silba" y hace otros "ruidos" en "son" de protesta. Una especie de "pan francés".

El asmático, durante el ataque no puede estar tendido a lo largo ni trabajar tampoco. ¡Bastante trabajo tiene! Debe "esperar sentado", que el ataque ceda, procurando ahuyentarlo con sinapismos en las piernas.

Para combatir el asma es muy conveniente habitar en parajes altos, prefiriendo las montañas a las azoteas, pues éstas, con ser altas, parece que no sirven para el caso, a juzgar por lo común que es el asma en los gatos.

En los casos graves de asma, cuando se ha producido un ataque fuerte al encontrarse, por ejemplo, con una de esas mujeres tan hermosas que "quitan la respiración", lo primero que hay que hacer es cerrar los ojos. Inmediatamente procúrese al enfermo inhalaciones de oxígeno para que recobre la respiración.

Gota.—Es una especie de enfermedad que afecta a las articulaciones y especialmente a las más pequeñas; pero "gota a gota" llega a afectar a las más grandes. Ataca con preferencia a los dedos de los pies, donde se muestra "rubicunda", como si le avergonzara molestar al paciente. Los dolores que produce excitan la simpatía de las vísceras y éstas, a su vez, enferman con caracteres graves. ¡Vaya una simpatía! El gotoso es un ser digno de compasión, porque sufre la enfermedad más paradójica que existe: la tiene "a sus pies" y no puede dominarla. Generalmente se hace "crónica", pero es una "crónica" en la que sólo pueden leerse malos augurios, porque son escasos los remedios que pueden aliviar tan aguda enfermedad.



Su origen es desconocido, pero se supone que antes del diluvio universal ya hubo gotas.

Es enfermedad de ricos y desocupados. Sin embargo, a la vista de un rico gotoso, exclamamos: "¡pobre!"; y al desocupado, esa enfermedad le da bastante que hacer.

No hay que confundirla con la "gota de leche", institución benéfica. Aunque su curación es difícil, como hemos dicho, pueden consultarse datos, para su mejor tratamiento, en el Almanaque de Gotha. En él se hallará la nómina de varios monarcas, príncipes y nobles aristócratas, que padecen esa dolencia.

SERRUCHO.

Dib. de Caro.



— Aquí donde me ve, tan mal vestido, he contribuído a enjugar muchas lágrimas y he secado muchos ojos...
— ¿Cómo?
— ¡Vendiendo pañuelos!

LA MUJER DEL DENTISTA



— ¿Por qué quieres que tus clientes me vean cuando estoy cantando?
— ¡Para que no crean que los gritos parten de mi consultorio, mujer!...

Cuasimodo

Cuasimodo es el más notable, el más interesante el más violento y, sin embargo, el más natural de los contrastes creados por Víctor Hugo.

La figura de Cuasimodo parece ideada para reconciliar a la humanidad con la deformidad física. Desde que el mundo es mundo, la mente humana representaba lo deforme y lo feo en moral correspondiendo a un exterior igualmente feo y deforme. El sátiro, la bruja, y en tiempos posteriores la antipática figura de Polichinela, son productos de esta supuesta asociación de ambas deformidades. Cuasimodo es el primer monstruo humano en lo exterior que posee un alma noble y buena, y Víctor Hugo parece haberse esforzado en borrar con su figura las falsas ideas concebidas por el hombre acerca de los defectos físicos.

Cuasimodo los reune todos: es feo, jorobado, patizambo, verrugoso. Para que no le falte nada, es hasta sordo. Su oficio es el más a propósito para un sordo: es campanero de Nuestra Señora de París. Sin más cariño que el de sus campanas, sin más sociedad que la de las gárgolas del inmenso templo, no menos monstruosas y repugnantes que él, vive aislado del mundo, reducido casi al estado de cosa, de instrumento que sirve para hacer sonar las campanas.


La figura de Cuasimodo

De pronto, en medio del mundo de monstruosidades físicas y psíquicas que constituye la Corte de los Milagros, surge, bajo la forma de una hermosa niña, la chispa que inflama en el cuerpo horrible del campanero sordo un alma de héroe. Cuasimodo ve bailar a Esmeralda sobre su viejo tapiz persa; la ve mostrando al público callejero las habilidades de su cabrita amaestrada, y siente nacer en su pecho una sensación hasta entonces para él desconocida. Cuasimodo ama, pero no ama como un monstruo, sino como un ángel. Pero como no ha sido educado para las cosas nobles y buenas, como al fin es un horror de la naturaleza, sus actos, aunque inspirados en una pasión noble, surgen al exterior deformes y monstruosos como su cuerpo. Por eso, cuando quiere manifestar su amor, sólo sabe expresar la humildad y la bajeza. Por eso, cuando quiere salvar a Esmeralda de las garras de sus jueces, no se le ocurre otra cosa que arrebatarla en el aire y subir con ella hasta el campanario, hasta su cubil.

Por eso da horrible muerte a su rival, al tenebroso Frollo, precipitándole desde las alturas del templo inimitable...


LA TOJA
LA TOJA



Reglas diversas

Evitemos cuidadosamente que se nos oiga nunca levantar la voz en nuestra casa, a lo cual nos sentimos fácilmente arrastrados en las ligeras disensiones que se suscitan en la vida doméstica, y sobre todo cuando reprendemos a nuestros inferiores por faltas que han llegado a irritarnos.

La mujer se halla más expuesta que el hombre a incurrir en la falta de levantar la voz, porque teniendo a su cargo el inmediato gobierno de la casa, sufre directamente el choque de las frecuentes faltas que en ella se cometen por niños y domésticos. Pero entienda la mujer, especialmente la mujer joven, que la dulzura de la voz es en ella un atractivo de mucha más importancia que en el hombre; que el acto de gritar la desluce completamente; y que si es cierto que su condición la somete bajo este respecto, así como bajo otros muchos, a duras pruebas, es porque en la vida no nos está nunca concedida la mayor ventaja sino a precio del mayor sacrificio.

La mujer debe educarse en los principios del gobierno doméstico, y ensayarse en sus prácticas desde la más tierna edad. Tan pronto como una señorita ha entrado en el uso de su razón, lejos de servir a su madre de estorbo en el arreglo de la casa y la dirección de la familia, la auxiliará eficazmente en el desempeño de tan importantes deberes.

Tengamos como una regla general el servirnos por nosotros mismos en todo aquello en que no necesitemos del auxilio de los criados o de las demás personas con quienes vivimos; y no olvidemos que la delicadeza nos prohibe especialmente ocurrir a manos ajenas, para practicar cualquiera de las operaciones necesarias al aseo de nuestra persona.

No aparezcamos habitualmente en las ventanas que dan a la calle, sino en las horas de la tarde o de la noche, en que ya han terminado nuestros quehaceres del día. Una persona en la ventana fuera de estas horas, se manifiesta entregada a la ociosidad y al vicio de una pueril o dañada curiosidad, y autoriza a sus vecinos para creerse por ella fiscalizados.

La ventana es uno de los lugares en que debemos manejarnos con mayor circunspección. En ella no debemos hablar más que en voz baja, ni reirnos sino con suma moderación ni llamar de ninguna manera la atención de los que pasan, ni aparecer, en fin, en ninguna situación que bajo algún respecto pueda rebajar nuestra dignidad, y dar una idea desventajosa de nuestro carácter, de nuestros principios.

En ninguna hora es decente ni bien visto que una mujer habitualmente en la ventana a solas con un hombre, sobre todo si ambos son jóvenes, sean cuales fueran las relaciones que entre ellos medien, a menos que sean los de padre e hijos, hermanos o esposos.

Es altamente incivil conversar en la ventana en el acto de pasar una persona por la calle, de manera que pueda pensar que nos referimos a ella; y lo es todavía mucho más reirnos en ese acto, aun cuando nuestra risa sea muy inocente y no tenga ninguna relación con la persona que pasa.

También es poco correcto fijar la vista en las personas que pasan por delante de nuestras ventanas; siendo necesario declarar, para que sirva de oportuno aviso a los jóvenes que se educan, que en las personas de su sexo es todavía más reprochable esta costumbre.

Cuando una señora está en la ventana y pasa una persona de su amistad, tan sólo puede dirigirle una mirada de frente para autorizar su saludo, pues toca al caballero saludar primero.

Cuando una niña se encuentre sola en la ventana, y algún amigo de la casa, que ignora los deberes de la buena educación, se detuviere por fuera a conversar con ella, empleará todos los medios delicados que estén a su alcance para que el amigo entre o se retire.

Cuando sepamos que una persona de consideración se encuentra en nuestros umbrales, por cualquier motivo que la haya obligado a suspender su marcha, la excitaremos a pasar adelante, y le haremos todos los honores debidos a una visita de etiqueta.

Cuando en nuestra casa ocurra alguna desgracia, tal como la muerte, no abramos nuestras ventanas, ni salgamos a la calle en algunos días. El número de estos días nos lo indicará siempre nuestro estado de dolor y la importancia del accidente, o de la persona que hemos perdido; pero tengamos por regla, que en los casos de muerte, estas privaciones no podrán durar menos de ocho días.

Puede suceder que de nuestra casa salga el entierro de una persona que no haya habitado ni muerto en ella, y con la cual no nos hayan ligado ningún vínculo de amistad o parentesco. En este caso, el decoro exige que guardemos algunos fueros a la triste visita que hemos tenido; cerraremos, por lo menos, las puertas, omitiendo todo signo exterior de alegría.

Cómo se forman hombres

La imaginación

Sin entrar en profundidades de psicología hay que considerar que la inteligencia, aún aquella que se está formando, puede dividirse en: imaginación, que da nacimiento a las imágenes, la abstracción que separa las ideas; y la lógica que las clasifica. Cada una de estas sub-facultades deben ser conocidas por el educador a fin de que aplique al niño el método que mejor le convenga.

Trataremos aquí de la imaginación:

La cultura de la imaginación.—La diversidad de las naturalezas infantiles se evidencia con mucha claridad en la manera cómo el niño percibe y retiene las imágenes. El predominio de tal o cual categoría de imágenes, ya sean visuales, auditivas o táctiles, en el espíritu de los niños bastaría a distinguirlo en varios tipos diversos y netamente caracterizados.

Como se ve, empleamos aquí la palabra ''imagen'' en un sentido más amplio de lo que sucede generalmente. La facultad que poseemos de representarnos y acordarnos del mundo exterior, no se refiere a la vista sino también al oído; pues podemos recordar tanto un sonido como una visión; al gusto, pues podemos recordar el sabor de un plato; al tacto, puesto que recordamos las formas; en resumen: a todos los sentidos.

Pero todas estas imágenes no ofrecen el mismo interés bajo el punto de vista intelectual, pues no todas representan el mismo papel en la vida del espíritu. Así, las percepciones del gusto y del olfato ofrecen muy pocos elementos a nuestra inteligencia.

En cambio, las sensaciones visuales ofrecen un gran campo a la actividad del espíritu; ellas nos dan a conocer en los objetos, sus propiedades de color, de claridad, sus dimensiones, su localización, etc. Por medio de la abstracción y de signos convencionales nos inician en el pensamiento de otra persona. Además, constituyen, una de las fuentes mayores de impresiones estéticas.

Por su parte, los sonidos, nos ofrecen un aspecto no menos interesante y más íntimo aún, de las cosas exteriores; según su intensidad, su timbre y su altura, nos revelan todo un orden de fenómenos y nos permite interceptarlos. En fin, ellos dan nacimiento a la música.

Las sensaciones táctiles, nos permiten distinguir el peso, la elasticidad, la resistencia, el volumen y la forma de los objetos; su situación en el espacio, etc.

Diversas formas de la imaginación.—Los niños que aún no han aprendido a prevenir las sorpresas de sus sensaciones, a controlarlas, a llenar las lagunas que ellas presentan, se distinguen unos de otros de la manera cómo sienten, recuerdan o imaginan las cosas exteriores.

Este retendrá sobre todo las imágenes visuales, esotro los sonidos, el de más allá, las formas o los movimientos, etc. Esta variedad en la representación de los recuerdos depende de la desigualdad de los géneros y de la aptitud que posee cada niño, de percibir más particularmente un orden de sensaciones.

Aquel que se particularice en el sentido de los colores, guardará más netamente el recuerdo de este orden de fenómenos; lo mismo sucede con los sonidos, los sabores, los olores, etc. De este modo hay niños que pueden concebir imágenes abstractas o simbólicas, que no son posibles para otro.

Esto depende, sin duda, de razones fisiológicas y de razones de herencia, pero también la educación coopera mucho en el desarrollo de estas diversas facultades.

Si ésta es impotente para crearlas, por lo menos puede desarrollarlas por una cultura metódica.

De manera que: de esta diversidad en las percepciones sensibles resultan tipos absolutamente distintos.

El tipo llamado visual, es aquel que tiene la facultad de evocar imágenes visuales tan intensas como sensaciones, en tanto que sus representaciones auditivas y táctiles son extremadamente débiles. El tipo auditivo evoca sonidos; en su defecto presta vibraciones a las cosas inanimadas, hace hablar los objetos mudos; el auditivo tiene necesidad de oir sonidos; cuando éstos no existen, los crea.

En fin, el tipo táctil o motor, percibe ante todo el movimiento en los fenómenos de todas clases. No ve ni oye propiamente una imagen: pero en cambio la compone, la dibuja. Cuando no puede ni componer una imagen, ni seguir un ángulo con el dedo, un contorno, una línea, no tiene más que una percepción confusa e insuficiente del objeto.

Ocioso sería hacer notar todas las ventajas que el predominio de una categoría determinada de imágenes, asocia a cada uno de los tipos de que hemos hablado: pintor o músico, sabio y matemático ¿quién no se debe su talento a una feliz disposición fisiológica que da a un orden especial de sensaciones una agudeza particular?

Pero no es sólo en los grandes hombres ni en la práctica exclusiva de los diferentes actos, que esta especialización, esta ''vocación'' hace sentir sus felices efectos. Un niño puede realizar siempre progresos notables en aquellos estudios que se han elegido para él, teniendo en cuenta sus aptitudes naturales. Por el contrario, nunca arribará a nada en estudios que reclamen una forma particular de imaginación de la cual carece. ¿Es preciso acudir a una demostración para probar cuánta ventaja puede obtenerse al enseñar a un tipo visual la geografía o las ciencias, las ciencias naturales por ejemplo? En cambio, para la poesía y el canto es necesario ''tener oído'' como se dice vulgarmente. Hasta en las matemáticas, la vista y el oído desempeñan un papel señalado, y prueba de ello son los calculadores, que para hacer de pronto sus inmensas operaciones, tienen que recurrir ya sea a la memoria visual o a la memoria auditiva de las cifras que manejan.

Fábricas de belleza

A estas fechas hay en Inglaterra, en Austria, en Rusia, en Francia, en Alemania y en los Estados Unidos, sobre todo en este último país, unas cuantas ''fábricas de belleza'' donde cualquier mujer fea puede con mucho o poco dinero, según sus circunstancias, adquirir mayor o menor belleza; y si sus bienes de fortuna son grandes y su fortaleza o su persistencia no escasas, llega a cambiar tan por completo sus facciones, que al concluir el tratamiento no la conocerían ni los mismos padres.

No se trata del antiguo arte francés de ''esmaltar'', tan caro como sucio, y que en realidad consiste en poner una verdadera careta sobre la piel del rostro de las mujeres.

Las fábricas de belleza están dirigidas por hábiles cirujanos que han hecho un estudio especial de su arte. Este tuvo su origen hace unos diez años en los Estados Unidos, país que después de ser cuna de los mejores dentistas que hay en el mundo, lleva tiempo de hacer méritos para conseguir puesto preeminente en la medicina y la cirugía. Luego el arte ha ido teniendo cultivadores en otros países de Europa. La clientela es tan grande que en la primera ''fábrica de belleza'' que se estableció hace diez años, trabajaban constantemente seis cirujanos, a pesar de lo cual siempre hay gente esperando en los salones. En la misma fábrica hay expuestos al público varios álbums en que pueden verse por medio de parejas de fotografías de ''antes y después'' de algunos miles de personas feas a quienes han hermoseado los cirujanos del establecimiento.





Las narices.—Antes y después

Maravilla la rapidez con que trabajan éstos. En un periquete transforman una nariz demasiado arqueada en otra de líneas clásicas, hacen desaparecer el bigote del labio superior de una mujer, suprimen la doble barba de algunas personas obesas, y cuando se les da más tiempo convierten a un jorobado en un hombre más derecho que un huso, enderezan las piernas más torcidas y aumentan y disminuyen a capricho pantorrillas, bustos y hasta el grueso de los labios.

Los sistemas que usan los cirujanos de este género para sus diversas operaciones son muy sencillos, y los aparatos no tienen nada de complicados. Muchas operaciones se hacen como hemos dicho en unos cuantos segundos, sin dolor para el paciente, pero en la mayoría de los casos se recurre a la anestesia.

Un escritor refiere de este modo la visita que hizo a la ''fábrica'' de que venimos hablando:

''Para hacerme ver cómo se fabrica un hoyuelo en la mejilla, me dejaron entrar en la habita-



ción donde se encontraba una joven de diez y nueve años, deseosa de poseer tal gracia. Me pareció que no necesitaba el hoyuelo para ser bonita y así se lo dije en voz baja al médico. Este me contestó que pensaba de igual modo; pero que la joven estaba tan contenta, porque la había hecho unas orejas pequeñitas de unas muy grandes, que ya aspiraba a la belleza perfecta. Examiné las orejas y no vi en ellas rastro alguno de cicatriz.

Cuando estuvo colocada la paciente en el sillón de operaciones, el cirujano la dió un espejo de mano diciéndola que se mirase en él y sonriera. Obedeció la joven, y el médico señaló con un lápiz un punto en su mejilla. La anestesió y a los pocos segundos la había hecho perder el conocimiento. Entonces el cirujano tomó un bisturí estrecho y diminuto e hizo una incisión recta y corta en la piel; apartó ésta a uno y otro lado y cortó una pequeña sección elíptica de carne. El ayudante regó la herida con un antiséptico para impedir la inflamación, según me dijo el cirujano, después de lo cual unió los bordes de la piel y los cosió. La operación estaba completa, y el cirujano fabricante de belleza me dijo que la herida estaría completamente cicatrizada a los pocos días, y que entonces la paciente volvería para que se le quitase la cicatriz por medio de la electricidad, con lo cual no quedaría ya rastro alguno del bisturí y la valerosa joven tendría un hoyuelo tan gracioso como el más natural del mundo.



Fabricando un hoyuelo

El médico añadió: "Tengo otra manera de fabricar hoyuelos y opero según la clase del paciente y el tamaño del hoyuelo que se desea. Algunas veces meto una aguja eléctrica debajo de la piel con objeto de destruir el tejido con el cual se pone en contacto. Al cicatrizarse la pequeña herida, las capas inferiores del tejido se contraen, lo cual produce un hoyuelo. Otro sistema más usual consiste en hacer la aplicación eléctrica en el interior de la boca, con lo cual se destruyen algunos de los tejidos del forro de ésta. Cuando se cicatriza la herida, no hay posibilidad de que se adivine cicatriz alguna, pero este sistema produce molestias durante algunos días hasta que se cierra la herida."

El día que estuve en la "fábrica", vi en ella al célebre jockey Lindstron, que tiene, o mejor dicho tenía una nariz con un puente demasiado alto. Venía a que se lo redujesen, y el resultado de la operación fué tan perfecto que no mostró repugnancia alguna a que publicasen su retrato con su nombre poniéndole de manifiesto antes y después de la operación.

Cuando Lindstron se encontró en la sala y le anestesiaron, el cirujano le hizo una incisión vertical, que iba desde el entrecejo hasta la punta de la nariz, después empleó la electricidad para borrar la cicatriz.

Suplicios de oriente

Antes de la llegada de los franceses e ingleses a la India, los rajahs gaekwards y otros potentados, que tenían derecho de vida y muerte sobre sus vasallos, indultaban sólo muy raras veces a los condenados, y la falta más ligera comportaba generalmente la pena capital.

A pesar de los horrores de los suplicios, los desgraciados se resignaban a sus tristes suertes con una filosofía verdaderamente desconcertante, pues estimaban que después de todo, la tortura podía haber sido más larga y que el magnate les demostraba su benevolencia haciéndolos pisar por un elefante. Porque era un dócil e inconsciente paquidermo a quien se le confiaba el oficio de verdugo. El condenado, sujeto en tierra y con la cara vuelta al cielo, veía avanzar a la bestia enorme conducida por su mahut.



El elefante levantaba la pata inmensa y la apoyaba con todas sus fuerzas sobre el pecho o la cabeza del pobre diablo.

El procedimiento era atroz pero rápido.

Suplicios aún más abominables se aplicaban en China, en el Siam, en Corea o en Indochina.

Los europeos sólo tienen en cuenta la muerte misma. Por el contrario el asiático, da una importancia enorme a la manera de ser muerto. A los chinos, por ejemplo, les importa muy poco morir con tal de que el cuerpo sufra el menor deterioro posible. La creencia de que conservarán en el otro mundo la figura y la forma que tuvieron en nuestro planeta, les comunica el deseo de llegar al reino de los espíritus con su anatomía intacta.

La legislación china tiene en cuenta este sentimiento y por él gradúa la severidad de las penas.

A este respecto la mentalidad del anamita no es la misma que la del chino; la degollación lo preocupa poco. Antes que el protectorado francés se extendiera según las reglas del antiguo código Khmer, que es por Annam y Cambodge, los condenados se ejecutaban la enumeración más terrible de los diferentes modos de aplicar la pena de muerte. Júzguese:

Una vez que los ejecutores han hecho en el paciente anchas heridas por donde salga la sangre en abundancia, lo pondrán sobre una plancha de hierro candente, hasta que no queden más que los huesos.

Abrirle la boca de un tajo, que vaya de oreja a oreja, y mantenerla abierta hasta que expire el condenado.

Llenarlo de tajos desde el cuello a los tobillos y luego apalearlo hasta que muera.

Arrancarle pedazos de carne, de manera que le quede el cuerpo lleno de llagas.

Cortarle de los pies trozos de carne que no pesen más que una onza, hasta que queden los huesos limpios.

Los ejecutores acuestan al paciente sobre un costado, luego le hunden una barra de hierro que le atraviesa la cabeza de parte a parte.

Rociarlo de aceite y de pez hirviendo hasta que expire.

Hacerlo devorar por perros hambrientos.

Partirlo en dos con un hacha.

Pincharlo con una pica.

Cavar una fosa donde se entierra hasta los riñones al culpable. Luego se lo cubre de paja y se le prende fuego. Cuando ya está bien cubierto de quemaduras se le producen arañazos con una garra de hierro, hasta que sobrevenga la muerte.

Cortar del cuerpo del culpable pedazos de carne que luego se fríen y se le dan a comer al condenado.

Matarlo a palos.

Apalearlo con una rama de roten aún cubierta de espinas, hasta que muera el culpable.

Pasar a través del cuerpo del delincuente un tridente de hierro, y se le mantiene así clavado en tierra. En esta posición se le prende fuego.

Romperle todos los huesos con una piedra, doblarlo como un paquete y aplastarlo en seguida.

Agregaremos, para terminar, que en la ejecución de un culpable no deben emplearse más que uno sólo de estos suplicios.

Una captura emocionante

CITAREMOS aquí los detalles de una captura rocambolesca si las hay, sucedida no hace mucho en el Canadá.

La escena pasó en un tren rápido de la línea que va desde Winnipeg a Port Arthur. Actuaron en el drama, por una parte Donald Ramson, un peligroso bandido, condenado a cadena perpetua y dos detectives, jóvenes, deseosos de sobresalir por algun hecho de mérito: los hermanos Jaime y Juan Heatching. El delincuente se escondía en una taberna de mala muerte, sita en las afueras de la ciudad, de donde no salía más que de noche. Una tarde llegaron los pesquisantes a la taberna con ánimo de sorprender al peligroso individuo, pero este ya les había tomado la delantera, montado en una bicicleta, y los hermanos Heatching se vieron obligados a perseguirlo desde lejos, sobre un carricoche campesino.

Sabiendo Ramson que era perseguido, se internó en la campaña, pero como había llovido mucho en los últimos días, los caminos estaban en pésimo estado, y el bandido comprendió que le sería difícil conservar la ventaja sobre sus perseguidores. En consecuencia, volvió a Winnipeg. Al pasar frente a la estación, donde silbaba un tren próximo a partir para Port Arthur, se le ocurrió una idea repentina. Sin vacilar el hombre abandonó la bicicleta y se perdió entre la multitud que llenaba la sala de espera. Esto desconcertó a ambos detectives que llegaron a sentirse indecisos. Empero esta vacilación duró poco, y pronto los detectives estuvieron instalados en el furgón de cola. Aun les faltaba detener a Ramson, tarea nada fácil, pues el bandido estaba sobre aviso. Penetrar en su vagón, por el corredor interno, era exponerse a un balazo; avanzar por afuera, siguiendo el estribo, era más arriesgado aún. Uno de los guardas, a pedido de los detectives, constató en efecto, que Ramson vigilaba los estribos desde las portezuelas.



¿Qué hacer? Esperar a que el tren se detuviera era exponerse a que Ramson se bajara a contra mano y se les escapara, Jaime Heatching tuvo entonces una idea más que audaz. Como a Ramson no se le ocurriría mirar hacia arriba, era por el techo por donde podía sorprendérsele.

Durante tres cuartos de hora, los polizontes, provistos de cuerdas, se arrastraron por los techos de los vagones, hasta que llegaron al sitio conveniente. Entonces, el uno, a la derecha y el otro a la izquierda, asidos con una mano a una cuerda sólidamente atada, y empuñando en la otra un revólver, aparecieron ambos hermanos a los ojos del bandido.

Pero no se crea que la empresa fué cuestión de segundos y de fácil realización.

Los valerosos detectives tuvieron que salvar grandes dificultades, tanto más graves cuanto el tren marchaba a considerable velocidad.

Arrastrase por los techos de los coches no es tan difícil cuando se dispone, libremente, de las dos manos; pero los hermanos no estaban en este caso; tenían que estar a la expectativa, desde el momento que se las tenían que ver con un enemigo astuto y dispuesto a todo.

Para salvar el techo de cuatro coches emplearon más de media hora.

Aparte del peligro de caer debían observar precauciones para no ser vistos, porque entonces el bandido sería puesto sobre aviso y podría sorprenderles o huir.

La aparición, como decimos, la hicieron por ambos lados y al mismo tiempo.

El golpe fué tan imprevisto, que el bandido se dejó arrestar sin oponer resistencia alguna.

Cine-"Hogar"





¿Está usted en alguna de estas películas?

Palabra de casamiento

El donjuanismo es un sport al que es preciso dedicarse con suma prudencia en Inglaterra, donde acarrea disgustos y expone a peligros desconocidos en el resto de Europa.

Aunque el Reino Unido sea, por excelencia, el país del "flirt", no es terreno abonado para los hombres galantes que no toman precauciones o que ignoran los usos y costumbres ingleses: el proceso por ruptura de compromiso les amenaza siempre y corren el riesgo de ver disminuir su bolsa.

¿En qué consiste ese proceso? En pocas palabras: si ha cometido usted la imprudencia de escribir a una joven manifestándole que le ha parecido a usted bonita y que le sería a usted muy grato tener una compañera como ella, queda usted comprometido ante la joven, la que, por su parte, conserva su libertad de acción y puede, si le conviene, enamorarse de un quidam cualquiera y casarse con él, sin que usted tenga derecho a quejarse.

Pero si la joven no encuentra otro partido más ventajoso que el que usted le ofrece, el día menos pensado viene y le recuerda a usted la cartita que usted seguramente había olvidado.

—Usted me ha dado palabra de casamiento —dice ella.— Vamos al registro, si no...

—Si no ¿qué?

—Si no, yo le entablo un proceso por ruptura de compromiso.

¡Y lo hace como lo dice!

Los procesos de este género, en el curso de los cuales se leen, para mayor regocijo de la galería, todas las cartas dirigidas por el demandado a la demandante, son muy frecuentes en Inglaterra, donde los jueces se muestran severamente inflexibles frente a los desgraciados cuyo delito fué haber sido imprudentes y no haber sabido resistir a las señoritas "candorosas" y demasiado hábiles que solicitaban de ellos cartitas perfumadas y tiernas, que habían de proporcionarles, en su día, una ganancia en dinero contante y sonante.

Porque las indemnizaciones a que se condena a los delincuentes, muchas veces suelen ser enormes.

La más considerable es la que recibió recientemente una joven y bella actriz, miss Daisy Markham, a quien el marqués de Northampton tuvo que entregar un millón doscientos cincuenta mil francos.

Mesa revuelta

—¡Mira qué mujer tan hermosa, elegante y distinguida! Me lanzo a ella y me declaro.

—No lo intentes. Te ha visto conmigo y te enviará al diablo.

—¿Cómo lo sabes?

—Es mi esposa.

*
* *



—¡Hijo, por Dios! Ten en cuenta la ortografía. "Hoy" se escribe con "h".

—¿Y cómo se escribe "ayer"?

—Sin ella.

—Pues no sé por qué ha de haber esa diferencia de un día a otro.

*
* *

—Todo está muy mal. No se hacen negocios.

—Me extraña lo que usted dice, porque en casa ha sido preciso aumentar el personal por el mucho quehacer.

—¿A qué se dedican ustedes?

—Tenemos casa de préstamos.

*
* *



En un travía:

—¡Esto es intolerable, conductor! ¡El agua se filtra a través del techo!

—¡Agua filtrada! ¿Y todavía se queja usted?

*
* *

Entre amigas:

—¿Has notado qué corta de vista es Matilde?

—Sí.

—Me han dicho que usa anteojos hasta para dormir.

—¿Cómo es eso?

—Porque así conoce a la gente que ve en sueños.

*
* *



Disputa conyugal:

—No podrás decir que yo fuí detrás para atraparte.

—La ratonera no va detrás del ratón, y, sin embargo, lo atrapa.

*
* *

Una señora va de paseo con su hijito. En la calle encuentran un perro fatigado, que mira al niño, sacando la lengua.

El niño dice entonces:

—¡Mamá!

—¿Qué?

—¡Este perro me está sacando la lengua!

—¿Y qué hay con eso?

—¡Se ha creído que yo soy el médico!

Tiquis - Miquis

Una moda original. — Todas las mujeres de Swinburne (Colonia del Río Orange) llevan un collar muy ancho en el cuello cuando son casadas, para indicar su estado civil.

Este collar está cortado por la parte posterior para poderlo quitar por la noche. Cuando hace mucho calor lo revisten con arcilla roja para que refleje el calor; de otra manera su uso sería insoportable.

Las campanas de buzo.—La campana de buzo fué aplicada por primera vez en el siglo XVI. En esa época,—1538,—dos griegos, en presencia de Carlos V bajaron a las profundidades del mar, metidos en una campana y empuñando teas encendidas. Ambos hombres volvieron a la superficie en perfectas condiciones y sin haberse mojado. Las teas seguían ardiendo.

Perros que no ladran.—Existen varias variedades de perros que no ladran, como ser: el perro australiano, el perro ovejero de Egipto, y el perro "cabeza de león" del Tibet.

La flor mayor del mundo.—En la isla de Mindanao se produce la mayor flor del mundo.

Esta flor crece en las montañas de Parag a dos mil pies sobre el nivel del mar. Los habitantes del país la llaman Bolo. Tiene una corola que mide un diámetro de tres pies, y su peso es de veinte y dos libras. Esta flor, fué encontrada por primera vez en Sumatra, y se le dió el nombre de "Rafflesia Schadenburgia" en memoria de su descubridor.

Caja de resonancia.—En una exposición musical celebrada en Berlín, fué expuesto un invento para aumentar la resonancia de la voz. Consiste en una película que se aplica al paladar, y que obra como una caja de resonancia. Su inventor cree que será de gran utilidad para los oradores, los oficiales del ejército, y para todo el que desee aumentar el alcance de su voz.

La historia de las estampillas.—Las estampillas turcas llevan, como emblema la media luna. Esta ausencia de imágenes humanas es debida a que los mahometanos no pueden retratarse, según las leyes del Corán.

Las estampillas griegas y egipcias son notables porque constituyen un verdadero álbum de los países que representan.

Las de Grecia nos dan las líneas clásicas de los famosos jugadores de disco y de Hermes, el de los pies alados.

Globos dirigibles.—En el archivo histórico de París se encuentra un documento que, entre otras cosas, dice lo siguiente:

"Ciudadano acusado.—A pesar de haber obrado sin previsión, pronunciado palabras y escrito cartas comprometedoras, creía ser tratado con al morir dejo el modelo de un globo nuevo que al morir dejó el modelo de un globo nuevo que tiene la ventaja de ser dirigible. Desearía dar una explicación de la teoría al comité revolucionario o por lo menos a dos de sus miembros. Para ello bastarán dos horas. No trato de prolongar mi vida; sólo deseo que mi invento no muera conmigo."

Parece que la guillotina consumó su obra sangrienta sin dar tiempo a que se conociera tan importante invento.

En favor de los sapos. — En una memoria presentada a la sociedad de agricultores franceses, se ha demostrado que los sapos son amigos y defensores de los viñedos. Ellos destruyen muchos coleópteros que atacan a la vid, produciendo mermas en la producción.

El diario de un niño malo

Traducción de Einar J. P. Hansen
para "EL HOGAR"

(Continuación)

Toda la familia me tiene ahora tirria por causa del gato y, sin embargo, lo puse en el laboratorio con la mejor intención del mundo! Quién había de suponerse que Susana iba a morir soltecrona solo por haber puesto yo un gato en el consultorio del doctor para que cazase un ratoncito! ¡Tengo mucha jetta! Susana casi no se alimenta y en cuanto a Isabel, cada vez que me tiene a mano me da golpes y coscorrones. Susana dice que todo se lo perdonaría al doctor menos la última parte del suelto: "El caballero no es el culpable". Sin embargo es así, cómo no lo voy a saber yo, si he sido el causante de todo. ¡Qué escándalo se armaría si llegasen a descubrir que el suelto fué obra mía!

Ayer volvió Susana a llorar; las muchachas estaban en su cuarto y yo escondido en un rincón lo más apurado recortando un zapato de goma para fabricarme una pelota, cuando oí que Isabel le decía a Susana que le habían dicho que el doctor iba todas las noches a visitar a Inés Jewel, de quien se dice es la niña más hermosa de la ciudad. Susana lloró mucho y no bajó a comer, lo que me incomodó, pues casi me pesca al abandonar mi escondrijo. Cuando bajé al comedor, reflexioné que verdaderamente era yo un mal muchacho, que no merecía más que comer una torta y varias frutas; por eso no probé la demás comida y me dije que haría lo posible por volver las cosas al estado normal.

Después de comer le dije a Betti que si preguntaban por mí, les dijera que había salido a buscar unos amigos y que volvería en seguida. Me fuí derechamente a la casa de Inés Jewel. Llamé. ¿Está la señorita Inés? Deseo verla. Me hicieron pasar a la sala. La señorita estaba sentada al piano, toda emperifollada, las mejillas rosadas, los ojos brillantes. Al verme, empezó a reirse. ¿Cómo te va, Jorgito? ¿Conoce usted a Pinafohr, señorita Inés? Ya lo creo, me repitió. Pues entonces recordará la parte que dice:

"Dios mío, si fué el gato",

lo mismo sucedió en el laboratorio del doctor Moore, y ahora, señorita Inés, hablando seriamente, dígame si es justo que el doctor haya roto el compromiso de mi hermana por un gato que rompió unos miserables frascos de medicinas. Yo venía a pedirle a usted que esta noche, cuando venga el el doctor, le diga que Susana no come nada, ha perdido el apetito, los vestidos le están quedando grandes. Es una vergüenza la manera como él se ha portado con Susana y yo lo voy a demandar por faltar a su palabra, tan cierto como que vivo y respiro y cuando sea grande me voy a batir con él!

En ese momento alguien me tapó los ojos levantándome en el aire y me colocó sobre sus hombros. Al darme vuelta me encuentro que era el doctor en persona. No, Jorgito me dijo no nos batiremos, sino que nos haremos amigos otra vez. Yo estaba tan triste como tu hermana; vamos

los dos a decírselo. Cuando llegamos a casa, dije yo: "Doctor, vaya usted a la sala; yo la voy a llamar."

Entonces subí la escalera, entré en el cuarto de Susana y grité: ¿Dónde estás, Susana? Te necesitan abajo; en la sala hay un prodigioso ejemplar del circo Barnum. Susana me tomó de un brazo, diciendo: ¿Qué quieres significarme con eso, Jorge? Que no seas boba y vayas inmediatamente a la sala, le repliqué; al oir lo cual bajó la escalera a todo escape. Yo la seguí pero no llegué a tiempo, porque me entretuve en el vestíbulo dándole cuerda al reloj, la que se rompió, pues ya se la habían dado. Cuando llegué a la sala, me encontré con una escena! pero corramos el velo del silencio para no pecar de indiscretos! Jorgito es, por el momento, el héroe del día; ni siquiera le regañaron cuando vieron el enorme agujero que algún ratón había hecho en la torta de bodas. La ceremonia tendrá lugar tan pronto como desaparezcan de la cara del doctor las marcas que le dejaron las caricias del gato.

CAPITULO 22

Fabricación y ascensión de un barrilete

Rosa Prince va a dar una fiesta el día de su cumpleaños. Ya es una niña grandecita; tiene 10 años. Se van a divertir en grande, pero dice que está dudando si invitarme o no, porque soy menor que ella y además muy malo. La convencí de que estaba equivocada, le dije que me estoy convirtiendo en un chico modelo, que le preguntara a mamá si no era así y que era feo no invitarme y que si no lo hacía, yo tampoco la invitaría para el baile que prometió dar mamá cuando yo sea bueno. Por todas estas razones, fué que Rosa me invitó. La fiesta tendrá lugar mañana a la noche.

Ahora voy a la escuela del pueblo, donde pienso adelantar mucho; el profesor dice que yo podría llegar a ser presidente de la república si prestara la atención debida en clase, pero hay mil cosas que lo distraen a uno. En invierno no hay moscas, pero en cambio uno se distrae mirando si los otros muchachos le hacen señas y también pintar en la pizarra al maestro y mostrarlo a los demás chicos. También sucede que uno come frutas debajo del banco por estar prohibido hacerlo en clase o que el lápiz chirría continuamente poniendo nervioso al maestro. Tengo muy poco tiempo de tanto aprender, pero siempre es mejor que una escuela de pupilos.

Isabel dice que la casa parece un paraíso cuando yo estoy en la escuela. Le pregunté si también había ángeles, porque yo no veía a ninguno. Le pedí a Isabel que me hiciese un barrilete, pero dice que no tiene tiempo hasta después de la boda de Susana. Todos los muchachos tienen barrilete; es precisamente la época y no me agrada estar con la boca abierta mirando los barriletes de los otros chicos. Creo que lo mejor será que yo mismo lo fabrique. Lo construiré en mi cuarto; tomaré la goma arábiga de papá, las tijeras de mamá, algunos diarios y un ovillo de hilo.

Esta noche es la fiesta en lo de Rosa Prince. Yo estoy lo más solo, encerrado bajo llave en mi cuarto. Creo que en la fiesta se estarán divirtiendo de lo lindo; en cambio yo no he probado bocado desde el almuerzo que fué a las 11. Mi interior está tan hueco como un tambor, pero ¿qué les importa a estos padres sin corazón que su chico sufra?

Historias de Hadas

El hada, ese sér fantástico que tanto nos ha hecho gozar en la infancia, y que los cuentos nos presentan interviniendo en todos los negocios humanos, nació en el Oriente. Los persas enseñaron su leyenda a los árabes; de éstos la copiaron los españoles, de España pasó a la Provenza, y desde aquí se extendió por toda Europa, principalmente por Francia, Italia e Inglaterra. Los países del Norte, Dinamarca, Alemania y Noruega, conocieron también a las hadas, pero éstas no pudieron ocupar allí el puesto que ya habían llenado los elfos y las ondinas, los gnomos y los silfos.



El hada Maimuna

Esa serie de cuentos orientales antiquísimos, universalmente conocida con el nombre de "Las Mil y una noches", está llena de hadas y de genios a su servicio. ¿Quién no recuerda la historia del hada Maimuna, haciendo aparecer al feísimo Caschach para que decida sobre la hermosura del príncipe Camaralzamar y de la princesa de la China? En dichos cuentos, las hadas aparecen siempre como los más elevados entre los seres fantásticos, como los más próximos a Dios, y así han pasado también a la leyenda europea. Sin embargo, por un singular contraste, el hada Maimuna vivía en el fondo de un pozo.

Las hadas desempeñan un importantísimo papel en los libros de caballerías, especialmente en los que nos refieren las hazañas de Carlomagno y sus paladines. Las hay de varias clases. Unas, como Titania, son seres enteramente sobrenaturales; otras, como Morgana, son mujeres de carne y hueso, aunque versadas en las artes mágicas. Algunas se dedican a velar exclusivamente a una persona o a una familia; de este número era Viviana, la protectora del caballero Lanzarote del Lago. También hay hadas malignas, que se rodean de feos monstruos y de animales repugnantes y venenosos, y que persiguen a las princesas hermosas y a los valientes caballeros fingiéndoles amistad. Viviana es la más bella, la más dulce, la más atractiva de todas las hadas; es el hada del amor, que para vivir necesita ser amada. Habiendo encontrado en el bosque al encantador Merlín, que asegura amarla y desear su vida, le pide una prueba de aquel cariño. El encantador le enseña una fórmula mágica para sumir al hombre en un sueño del que no se despierta jamás; Viviana recita nueve veces las misteriosas palabras, y desde entonces Merlín duerme en el fondo del bosque, sin que nadie pueda hacerle despertar.

Las hadas mejores son seres vengativos, que saben castigar a quien las desprecia o a quien se olvida de ellas. En la Edad Media era costumbre muy general, cuando nacía un niño, convidar a las hadas. En la Provenza, por ejemplo, se ponían sobre una mesa tres panes blancos, tres jarras de vino y tres vasos, y en medio se

---

CARTA DE PARIS

Enfermedades de la piel, vicios de la sangre y su tratamiento por la uva

El mundo de los infinitamente pequeños tiene sus revoluciones como los otros. Si los hombres se devoran entre sí, moralmente se entiende, los seres microscópicos: microbios, fermentos, bacilos, etc., se devoran los unos a los otros; pero, realmente, esta vez y según las circunstancias, la victoria es de los buenos y malos microbios.

Todo el mundo sabe, por haber leído y releído bastantes veces, que los microbios, nuestro enemigo declarado, son la causa principal de todas las enfermedades: la tuberculosis tiene su bacilo, la rabia, el cólera, la difteria encuentran cada una su causa en un microbio, cuyo descubrimiento ilustró un nombre, revelando al mundo un sabio, bienhechor de la humanidad; Pasteur, Roux, Koch, nos han hecho conocer al enemigo que guadaña la humanidad y nos han dado los medios de combatirlo útilmente. Al lado de estas enfermedades terribles que matan, hay otras que, no siendo mortales, son terriblemente dolorosas, penosas, que envenenan la existencia hasta el punto de hacerla insoportable; queremos referirnos a las enfermedades de la piel, de las molestias que ocasionan a los enfermos que las padecen: la comezón, barros, salpullido y empeines, las unas dolorosas y las otras feas, pero todas desagradables en el más alto grado.

Las enfermedades de la piel, todas originadas por un vicio de la sangre, debido a un defecto hereditario, han sido también objeto de serios estudios, y su microbio, bien conocido hoy día. Pero lo que interesa verdaderamente a los enfermos que sufren, es el descubrimiento de un ser infinitamente pequeño, como ese microbio, pero dotado de un poder notable para absorber a éstos y destruirlos, o para hacernos comprender mejor, de comerlos y digerirlos como nosotros podríamos hacerlo con un pescado o pájaro tomado en nuestra comida.

El fermento, tal es el nombre de este ser pequeño, pero voraz, puesto en contacto con ciertos microbios, de la enfermedad de la piel en particular, los envuelve, los chupa de su substancia y los hace desaparecer por disolución, absorbiéndolos, como un pedazo de azúcar que se sumerge en un vaso de agua. Tal es, en dos palabras, la teoría del descubrimiento maravilloso que ha realizado uno de nuestros sabios más distinguidos: el químico Jacquemín.

Los fermentos empleados son los que todo el mundo conoce: es el de la uva, el agente, en suma, que transforma el jugo de uva en vino que bebemos diariamente. Se había intentado ya, pero en vano, obtener el mismo resultado con otros fermentos, la levadura de cerveza, entre otros; pero desgraciadamente este fermento no vive en el jugo del estómago y, apenas absorbido, es destruído en gran parte, lo que le quita mucho de su poder destructor frente a frente de los microbios. Al contrario, el profesor Jacquemín, después de largas y pacientes investigaciones, ha llegado a probar que los fermentos puros de uva de los países cálidos pueden vivir en el jugo gástrico.

Este descubrimiento tiene una importancia considerable, y en todas partes los médicos lo prescriben a sus enfermos atacados de afecciones de la piel. Los resultados obtenidos en la práctica sobrepasan en mucho las promesas de la teoría, y las curaciones obtenidas por los Fermentos puros de Jacquemín se cuentan hoy día por millares. Agreguemos a esto que, siendo el fermento de uva un producto absolutamente natural, no puede ocasionar el menor accidente y que su absorción agradable no tiene nada de repugnante para el enfermo, y permite administrarlo aun a los niños. ¡Qué feliz noticia para los enfermos torturados día y noche por comezones terribles, y sobre todo para aquellos que lloran en silencio al ver su cara y su cuerpo cubierto de barros, manchas y costras terribles, que los hacen casi repugnantes a sus seres queridos!

En algunas semanas, gracias a los Fermentos puros de Jacquemín, todos estos males habrán desaparecido como por encanto, y los enfermos tendrán que agradecer a la Providencia o a la casualidad el haber puesto en su camino un gran sabio dotado de una verdadera filantropía.

Dr. Passy-Terrier—*De la Facultad de París.*

Recorte este aviso y remítalo con su nombre y dirección a nuestro depósito general: CANGALLO, 845, Buenos Aires, y se le remitirá gratis un folleto explicativo. En nuestro depósito hay siempre LEVADURA JACQUEMIN en plena actividad, que remitiremos a cualquier punto de la república, como también en la Farmacia del Aguila, Rosario de Santa Fe, y en todas las farmacias.

colocaba al recién nacido, dejándole allí solo unos momentos para que pudiesen acercarse las hadas, que eran consideradas como sus madrinas. En otras partes el niño era abandonado durante breves instantes en algún sitio frecuentado por las hadas, en el fondo de un bosque o junto a una fuente. Olvidar estas ceremonias era exponerse a la venganza de las hadas, como en aquel cuento de Perrault en que, por un olvido semejante, una princesa y toda su corte fueron condenadas a dormir un sueño de cien años, sin que se escapasen del castigo ni los perros y caballos del palacio.

No hay nadie tan suceptible como las hadas.

Otra cosa que disgusta sobremanera a estas encantadoras hijas de la superstición popular es la curiosidad humana. Les agrada hacer el bien, pero no pueden soportar que nadie se meta en sus secretos. Recuérdese la historia de la bella Melusina, que accedió a ser esposa del príncipe bretón Raimundino, a condición de que éste renunciase a verla un día de la semana, el sábado. Juró el príncipe hacerlo así, y durante algún tiempo cumplió su juramento; pero un sábado, impulsado por la curiosidad y por los celos, se atrevió a penetrar en la habitación del hada, y ésta, después de lanzar un espantoso alarido de dolor, transformada en serpiente de medio cuerpo abajo, desapareció por la ventana, dejando en el marco su huella, que no se borrará jamás. En esta leyenda debemos ver un símbolo de la fragilidad de nuestra dicha, que con frecuencia destruímos con nuestra propia curiosidad. Los franceses hicieron teatro de ella al castillo de Lusignan, que en 1574 tomó el duque de Montpensier, y que el rey hizo demoler sin respetar ni aun la torre llamada de Melusina, donde se decía que acostumbraba encerrarse el hada todos los sábados.



El hada Viviana con el encantador Merlin

La Iglesia, al perseguir la superstición, declaró la guerra a las hadas; a Juana de Arco, en su proceso, se le preguntó si tenía comunicación con éstos u otros seres de naturaleza fantástica. Combatidas por la religión, las poéticas creaciones de la imaginación oriental huyeron de los bosques y abandonaron los torrentes para refugiarse en el arte, y hoy sólo las encontramos en los cuentos para niños, en las poesías y en el teatro, donde las introdujo Shakespeare, el poeta inmortal que en "Romeo y Julieta" describe a la reina Mab, la pequeña hada, autora de los sueños de amor, corriendo sobre las narices de los hombres dormidos, en su cochecillo de cáscara de avellana, vaciada por la industriosa ardilla o por el gorgojo, eternos fabricantes de coches para hadas. "Los ejes del carruaje—dice el poeta—están hechos de largas patas de araña.

CASA RIGHINI

CARLOS PELLEGRINI, 101 -- Buenos Aires

PIELES - PARAGUAS - SOMBRILLAS - CARTERAS - ABANICOS - GEMELOS PARA TEATRO Y ARTICULOS PARA REGALOS



ANTÍLOPE en fantasía, con bolsa adentro y necessaire, tipo simple y de mucha elegancia para el verano, a pesos. . . . . **21.—**



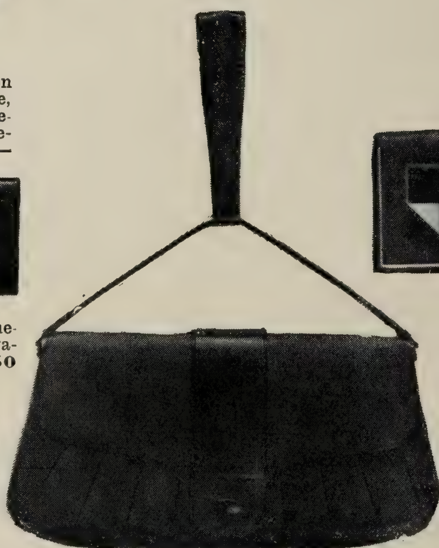
MODELO muy elegante, de gamuza, a. . . . . $ **12.—**
El mismo, en marroquín negro, a pesos. . . . . **13.—**



Ultimo modelo de París.—Marroquín con incrustaciones, bolsa adentro y necessaire, varios colores, a. . . . . $ **8.—**



CARTERA marroquín, con necessaire y manija atrás, varios colores, a. . . . $ **4.50**



MARROQUIN necessaire completo, forma modernísima, a. $ **17.—**



MARROQUIN, lo más fino, con incrustaciones plata y monedero aplicado, necessaire completo, bolsa adentro y manija atrás, a . $ **25.—**



MARROQUIN con incrustaciones plata, bolsa adentro, necessaire, 2 manijas, varios colores, a. . . . . . $ **15.—**

En estos precios tenemos gran variedad de modelos de diferentes gustos, todos de última moda, que recibimos semanalmente.

Todas las carteras tienen una confección especial y son forradas con moiré de seda.

La casa cuenta con taller especial para las confecciones y composturas de sus artículos, etc.



LO MAS CHIC.—Marroquín negro, modelo último con necessaire, a. . . . . . . $ **10.—**

EL HOGAR

Revista quincenal para las familias

Año X. BUENOS AIRES, 8 DE OCTUBRE DE 1913. N.º 240.

LA MUJER ARGENTINA



Señora Magnasco de Marinelli

Fot. Merlino.

Notas de la Quincena

Como una sonrisa de alegre despertar, la Primavera viene anunciándose por sus más simpáticos voceros: los árboles que esbozan las primeras frases, y, el aire tibio y perfumado por las flores que, con lujuriosa exquisitez de color y de matices ostentan el resto del poema que ofrece la más bella de las reinas.

Preciso es ser muy apático o muy indiferente para no sentir como un delicioso rejuvenecimiento, algo, como un ''ritornello'' inesperado, a la época de la infancia; parece que los pájaros que cantan, las flores que ahora se agitan movidas por suave brisa, fueran otra vez aquellas que, en lejana época oyeron nuestras risas infantiles, presenciaron nuestros juegos y las primeras travesuras, tan inocentes como ellas mismas.

Hermana gemela de la Primavera de la vida del hombre, viene cada año a deshojar una hermosa flor de su diadema de diosa de la pureza y de la paz; dejándonos en la frente la frescura que tonifica el alma y, quizás, quizás, debido a ella, el batallar de la vida no nos resulte tan áspero ni tan seca y espinosa la jornada.

Nada hay tan sugerente de la capacidad del alma infantil como uno de sus gestos o de sus espontáneos arranques, cuánta ternura no revelan y qué bella manifestación, para los que observan, lo que serán más tarde por lo que dejan entrever.

Una niñita de Montevideo, ha tenido la feliz ocurrencia de regalar toda la colección de sus juguetes—que guardara cuidadosamente—a la Sociedad de San Vicente de Paul, para que fueran distribuídos entre los niños pobres; entre esos, a quienes sólo les es dado contemplarlos en los escaparates y vidrieras o jugar con ellos durante sus sueños.

María Emilia Bonilla Muñoz, se llama la niña; poseedora de tan generoso corazoncito, bella promesa de mujer buena para el mañana.

Sabido es cómo quieren los niños a sus juguetes, cómo se identifican con ellos y cómo también sabe su imaginación y su cariño darles vida y realce cual si fueran seres pensantes.

No hace mucho que en una clase de la escuela primaria alguien preguntó a los niños si querían mucho a una de sus maestras, muy bondadosa; uno, el más pequeñito y muy inteligente repuso:

—Yo la quiero como a un caballo.

Sorprendida la maestra pidióle explicación de su respuesta, a lo que él con rostro muy sereno contestó:

—Sí, como a un caballito de juguete que hace mucho quiero tener.

¡Pobrecito niño, alma incomprendida, llena de sinsabores, huérfano de cariños, sombreada de ansias!...

Aunque las dificultades surjan deteniendo la solución de los grandes problemas que atañen al porvenir del obrero como factor del progreso de nuestro país; hay, sin embargo, quienes se preocupan y estudian profundamente su suerte.

El doctor Anchorena ha presentado hace poco, al Concejo Deliberante, un concienzudo proyecto sobre la construcción de 10.000 casas para obreros; las que vendrían a librarles del penoso fantasma del ''alquiler'', asegurándoles al mismo tiempo por una cuota módica su propiedad al cabo de algunos años, lo que afianzaría su estabilidad en la República y por ende, la formación del hogar honesto, tranquilo y económico.

Alega el señor intendente, tres razones poderosísimas: la higiene, la educación y la filantropía; puesto que, de cada uno de ellas, depende todo un sistema de evolución social si es bien encaminado o de una ruina total, si sólo se miran conveniencias individuales y no el bienestar colectivo.

El tipo elegido de casas es sencillo y confortable; la comodidad impondrá el orden, y por lo tanto, el obrero se verá sujeto a vivir dentro de ese límite igualitario que no provocará comparaciones perjudiciales, ni rebeldías injustas e innecesarias.

No nos sorprende tan magno proyecto en estos tiempos en que, como dije al principio, los hombres bien intencionados, comienzan a preocuparse del obrero, convencidos de que esta es la primera ''necesidad'' como que es él, el que coopera paciente y silenciosamente al engrandecimiento del país.

No dudamos tampoco de que se llevará a cabo, tan pronto como se sancione y sea celebrado el contrato con la Compañía de Construcciones Modernas, que se hará cargo de tan importante obra.

La quinta conferencia preparatoria del Congreso del Niño, estuvo a cargo de la educacionista señora Julia S. de Curto, el sábado 27 en la Sociedad Científica Argentina, ante numerosísimo y selecto auditorio.

''Historias de niños abandonados'', fué el tema elegido, el que seguramente formaría un voluminoso libro, dada la existencia de la ''Casa del Niño'', de cuya historia, la señora de Curto, entresacó algunas hojas, las menos penosas, por cierto, para leernos a costa de la intensa emoción que produce tener que hablar de lo doloroso y de lo amargo.

Hemos podido apreciar una vez más lo grandioso de la obra realizada entre los niños abandonados, por este grupo de incansables maestras que, no contentas con enseñar en la escuela, a los niños felices, hacen aún la sublime obra de amor hacia aquellos que no han cometido más delito que ser huérfanos y carecer de hogar.

El recelo los torna mentirosos y el hambre audaces y simuladores.

¡Cuánta carita buena e inteligente desfiló ante nuestros ojos haciéndonos pensar en toda la habilidad desplegada, la ternura fundida para poder convencerlos y acercarlos al corazón, conquistándolos por el cariño y la semejanza!...

Con acento dulce, pausado, la señora de Curto, como madre que cuenta y aconseja; como maestra que educa y levanta, fué dejando caer en cada alma de los presentes, como lágrimas arrancadas, las tristísimas historias de sus páginas...

¡Pobrecitos niños! Sustraídos de la vagancia y de la calle, para transformarlos en seres buenos y útiles, la ''Casa del Niño'' guarda para ellos las dulzuras de un hogar, donde todos viven como hermanos.

Perpétua AUBONE.

LOS DOMINGOS



El domingo es un día muy triste; el más triste y largo de la semana; parece que nunca concluye; es como un bostezo; el aburrimiento se contagia; todo es feo... o nos parece feo.

Como el hombre es un ser muy raro implantó el descanso dominical, en la creencia de poder "descansar", pero no es así, pues el domingo, por ser el día más triste y largo de la semana, se cansa más aunque trabaja menos.

Por regla general, es un día de desórdenes, de grandes desórdenes, en lo que podríamos llamar régimen administrativo de la vida.

Comenzamos por levantarnos a las once de la mañana, cuando siempre lo hacemos a las siete y media o a las ocho. El café, a tal hora, nos produce malestar en el estómago, pues él no entiende de esas cosas que ocurren en los dominios del hombre. El estómago es más serio que nosotros.

El reloj da las 12.

No tenemos apetito. Aún sentimos cierta atracción hacia la cama; los ojos no se han abierto del todo.

La comida nos parece mala; sin embargo el menú es el mismo del día anterior; la cocinera no es nueva; el servicio no ha sufrido ninguna variación.

A las dos salimos a la calle sin saber donde ir; sin tener "programa" trazado de antemano.

Entonces entramos a un café; nuestro estómago está ahito de comida; sin embargo, por formulismo, pedimos un te o una copita de wisky.

Como el ambiente tiene algo de tristezas que enferman, nos retiramos.

Las personas que transitan por las aceras llevan en el rostro el sello de un aburrimiento crónico; todas caminan despacio; nadie tiene apuro; ninguno sabe qué hacer.

Tropezamos con un amigo en plena avenida de Mayo en momentos que camina mirándose los botines, que acaba de estrenar.

— Buenas tardes.

— Muy buenas.

— ¿Qué tal?

— Así, así...

— ¿Dónde vas?

— Por ahí.

Y como dos aburridos no pueden hacer yunta, nos separamos.

En los cafés observamos idéntico fenómeno; todos callan; nadie tiene ganas de conversar; hasta los mozos padecen de sueño.

Y para colmo de tristezas no hay un solo canillita que anuncie a voz en cuello una hecatombe colosal: la caída del congreso, por ejemplo.

Parece que todo se conjura en favor de su majestad el aburrimiento callejero. Parece que todos los domingos cae un bostezo sobre la ciudad toda luz, toda movimiento, toda vida.

Una voz misteriosa nos dice: ¡Palermo! Y vamos allá a ver lo que hemos visto cien veces.

Lo primero que encontramos es un letrerito, colocado en sitio visible, que canta: "cuidado con los ladrones". Es una advertencia provechosa.

Ahí observamos lo que en todas partes. Mientras se pasea y se charla, se bosteza. En el zoológico no encontramos novedades, las únicas que podrían alegrar nuestro espíritu de gente criada en el trabajo.

Algunas horas después retornamos al hotel, a la pensión o a "nuestra casa". Hemos gastado, sin saber en qué, siete u ocho pesos, y no nos hemos divertido ni lo más mínimo.

Y para colmo de males sentimos malestar en el cuerpo, particularmente en el estómago, a causa de tantos cafés y copitas bebidas para matar el tiempo.

Pero no todo es aburrimiento; hay quienes pueden divertirse y para quienes el domingo tiene ribetes de gloria. Así nos dice alguien.

Teatros, biógrafos y otros puntos de recreo poco más o menos caros se llenan de gente; nosotros hacemos un esfuerzo para creer que se distraen y gozan. Faltaría saber lo que piensan en su fuero interno.

Quizá como nosotros, sientan las nostalgias del domingo, ya que "en este mundo traidor nada es verdad ni mentira", según el poeta.

Los empleados, bien saben que el domingo es un día triste y, más aún, el último de cada mes. ¡El último domingo! Es terrible; es un día sin sol.

Y después de esto aún exclamamos con retintín:

— ¡Qué gran cosa es el descanso dominical!

Después nos sentamos a la mesa; aún creemos sentir, en el estómago, el sabor del último vermut, bebido para ahogar el aburrimiento dominguero.

¿Apetito? ¡Qué esperanza! Entonces llegan las rencillas familiares.

—Un bocadito de esto.

—No tengo ganas.

—Esta costillita de capón.

—No.

—Un huevo frito.

—Menos.

—¿Te sientes mal?

—No.

—Sí... ya te veo...

Y para evitar un mal rato comemos; el estómago se hincha como un globo y nos sentimos mal, incómodos, repletos, ahitos.

Después de la cena ¿quién se queda en casa?, ¿quién comete la cursilería de no salir? Un amigo, o dos amigos, nos invitan "a dar una vuelta".

—Vamos.

—¿Adónde?

¡Y siempre en lo mismo! ¡Y vuelta al café maldito, al teatro o al biógrafo, para ver siempre lo mismo y gastar el sueldo. Y como los amigos son "amigos" nos obligan a beber, beber y beber.

Muy cerca nuestro, algún otro aburrido, quizá por decir algo, murmura:

—¡Qué linda cosa es el descanso dominical!

Roberto L. **CABOTI.**



El día del kilo.—Grupo de concurrentes al iniciarse la distribución de los comestibles en lotes de 5 y 6 kilos por persona, el día 21 del mes pasado

La progresista y culta Villa Ballester se señala, desde hace poco tiempo, por sus actividades generosas en favor del desvalido. Y este hecho habla muy alto en favor de aquella población siempre dispuesta a la caridad bien entendida y mejor practicada.

Los buenos sentimientos humanitarios se manifiestan, siempre, dando la mano al que está caído y, particularmente, a los niños, futuros ciudadanos, futuros obreros y jefes de hogar. Dar al niño lo que no tiene, vestirlo, educarlo o darle pan, es una obra muy humana y muy santa.

Villa Ballester como tantos otros pueblitos vecinos a la capital, servidos por líneas urbanas, tiene sus pobres; muchos de ellos cargados de familia y de compromisos, y esa situación crítica se prolonga y agrava con la pesada carestía de la vida, ya que es en los hogares pobres donde se siente más ese mal crónico de nuestros días.

Por eso es noble la acción desplegada por la Sociedad de Beneficencia y por eso tienen doble méritos los trabajos empeñosos que realiza en favor de la niñez pobre.

Villa Ballester se presenta ante la vista del paseante como un centro de rápido progreso, como algo que tiene plétora de vida y que quiere vivir mucho.

—¿Qué tal la edificación? — preguntamos a un caracterizado y amable vecino.

Nuestro interrogado extiende la vista hacia la derecha y, señalándonos una casa en construcción, en la que trabajan, cantando, varios obreros, nos contesta:

—Ahí tiene un ejemplo.

Y después de una corta pausa agrega:

—En poco tiempo se ha hecho mucho. En el lapso de año y medio se han construído una considerable cantidad de casas. Aquí no sucede lo que en el centro: una casa nunca, o pocas veces, permanece desalquilada, lo que quiere decir que hasta la misma población aumenta de acuerdo con el creciente progreso de la villa.

Nos habla, luego, de proyectos, de comisiones de vecinos y hasta del porvenir que señala el tiempo para Villa Ballester.



Frente de la logia D. F. Sarmiento y del salón-teatro

—¿Existe aquí una sociedad de beneficencia?—interrogamos, deseando apartarnos del tema.

—Sí, existe, y por cierto que hace mucho, cumpliendo religiosamente su delicada misión filantrópica.

—¿Data de mucho tiempo esta institución?

—Hace poco más o menos un año que fué fundada, bajo el patrocinio de un núcleo de excelentes personas de esta localidad. Poco después de ser fundada, la municipalidad de San Martín puso bajo su tutela y autónoma administración, la sala de primeros auxilios local, la que había sido creada poco tiempo antes. Inmediatamente se estableció, en esa misma sala, un consultorio médico gratuito para los pobres...

—Entendido... y con ello se cubrió uno de los más grandes vacíos de la población.

—Usted lo ha dicho. La sociedad de beneficencia, actualmente atiende alrededor de 200 enfermos por mes.

En efecto, la antigua sala de primeros auxilios ha sido convenientemente metamorfoseada y enriquecida con una buena cantidad de efectos, muebles, etc., adquiridos por la misma sociedad. Además del consultorio, sala de primeros auxilios, etc., cuenta con dos salas para enfermos internos.

—¿La sociedad tiene alguna subvención? — preguntamos.

—Podría decirse que no. Sólo recibe sesenta pesos mensuales, suma insignificante y con la que no es posible hacer frente a los gastos que demandan los servicios que presta. Y no es esto solamente...

—¿Hay más?

—Sí. La sociedad socorre a un respetable número de familias, dándoles ropas, alimento y hasta pagándole los alquileres. No hace mucho, con motivo de festejar el ''día del kilo'', efectuó una colecta y distribuyó, entre los pobres, más de 2.000 kilos de comestibles y ropas. El comercio y las familias respondieron generosamente a los trabajos de la sociedad de beneficencia, contribuyendo en forma eficaz.

Un miembro de la filantrópica institución nos informó que tenían el propósito de instalar un colegio-asilo en el que se daría alimento y educación a los niños pobres, sin cobrarles un solo centavo.



Frente de la Sala de Primeros Auxilios, sostenida por la Sociedad de Beneficencia de Villa Ballester



Primeros Auxilios.—Sala de operaciones

Tan hermosa iniciativa no puede llevarse a cabo por falta de fondos. Para efectuar obra tan meritoria y vasta se necesitan recursos que, por ahora, no se poseen.

Y es sensible que tan buena idea fracase por la mezquindad de unos pocos pesos.

Suprimiendo gastos enteramente superfluos, reduciendo renglones inútiles, nuestros hombres de gobierno podrían hacer mucho en favor de los pobres y, por consecuencia real y lógica, en favor de la patria argentina, ya que es defenderla y quererla, luchar porque haya hombres de labor y ciudadanos conscientes de sus deberes cívicos y morales.

Entristece el alma pensar en estas cosas que no se remedian no obstante ser tan fácil el remediarlas.

Todos esos chicos que hemos visto en Villa Ballester, y muchos otros que estarían en el hogar, podrían empaparse en saber escolar, con la sola inversión de una parte de lo que se tira en champagne y en banquetes oficiales. Bastaría con suprimir, una sola vez, el impuesto "tabano" de las reuniones.

¡Y eso es tan poco!

Nuestra curiosidad de periodistas nos obligó a interrogar nuevamente:

—Y no existe aquí, otra asociación filantrópica?

—Sí, la logia Domingo F. Sarmiento.

—¿Qué hace?

—Además de la silenciosa caridad en que se encuentra empeñada, acaba de inaugurar un hermoso salón-teatro en el que funciona un cinematógrafo. El monto casi total de las entradas se destina a los pobres. Ya ve usted que esta logia hace honor a Villa Ballester.

Esta obra es hija de una institución privada, pues la logia, como su nombre lo indica, tiene otra misión, aparte de la caridad que practica.

Como en este salón-teatro se efectúan todas clases de reuniones, resulta que es, además, un verdadero centro social y una fuente segura de recursos.

El salón es de buenas dimensiones y reune toda clase de comodidades ya sea para funciones teatrales, biógrafo, conciertos, bailes, etc.

—¿Y hace mucho que existe este teatro?

—No. Ha sido inaugurado a principios del mes de septiembre pasado.

El aspecto interior de la sala es de un gusto y sobriedad arquitectónica muy apreciables. La esbeltez de las líneas y elegancia en los adornos revelan que los planos son obra de un experto en la materia.

En él se tiene luz, buena ventilación y una distribución racional de galerías, butacas, etc.

A primera vista se deduce que los iniciadores de esa obra son, ante todo, personas muy prácticas.

Regresamos de Villa Ballester bien impresionados de nuestra visita y sin querer, pensando en el proyecto de colegio-asilo de que nos acababan de hablar.



Salón-Teatro D. F. Sarmiento, recientemente inaugurado y cuyo producto se destina totalmente a la beneficencia

Si el gobierno provincial o nacional ayudaran a la sociedad de beneficencia como se merece podrían recogerse todos los niños de esa población que la fatalidad persigue, muchas veces desde la cuna, alimentarlos bien e instruirlos convenientemente, para que mañana hicieran honor a su patria. ¡Qué buena obra, qué grande obra sería así hacer los hombres!

Y de esta manera habrían llenado una necesidad y cumplido un deber.

En nuestro país faltan escuelas, muchas escuelas y los hombres de gobierno deben crearlas para bien de la república y como sólida garantía ciudadana.

"Por cada cárcel debe haber doscientas escuelas", ha dicho Sarmiento, el padre de los maestros argentinos y el más ferviente defensor de la educación popular.

Y luchó sin descanso, y creó escuelas, y enseñó cosas muy bellas y se consagró ejemplo de alta enseñanza para nosotros.

No hace muchos meses los niños de una villa—no recordamos cuál, en estos momentos—efectuaron una manifestación para pedir escuelas.

Fué una manifestación de protesta única en su género, imponente y punzante, al mismo tiempo.

¡Los niños pidiendo escuelas!

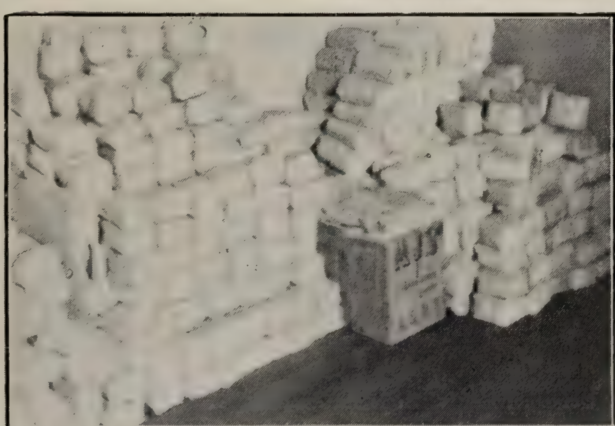
¡Los niños diciéndoles a los hombres: ¡ea, queremos colegios, queremos aprender a leer, queremos ser hombres, y no parásitos humanos!

Es que las villas—centros que progresan con increible rapidez y en forma sólida y segura — no son tenidas en cuenta.

Felizmente, en todas esas poblaciones, al igual que en Villa Ballester, existen la caridad y los buenos sentimientos.

Y si los gobiernos descuidan la obra educacional, tampoco faltan asociaciones que se lo recuerdan con una constancia que llega al alma.

No importa que la campaña en favor del pobre y del niño, sea desigual; no importa que se pierdan muchas gestiones... el que persevera, triunfa al final de la jornada.



El día del kilo.—Un detalle del depósito de comestibles



El último ajenjo

Al caminar sin rumbo por las oscuras selvas de la vida, bajo las tempestades más ingratas, sobre los más inmundos lodazales y en medio de los más hondos desalientos, han visto los hombres en la noche fulgurar una estrella triunfadora, que resplandecía como el mismo sol. Esa estrella, surgía desde la noche del propio espíritu de los hombres, como el alma de fuego de la Voluntad... A su hermoso fulgor se han entregado y han podido comprender después, que era la Voluntad, el único astro de las protecciones, guiando al través de los mares el bajel de las humanas conquistas, y alumbrando como una antorcha magna la impenetrable tiniebla que gravita sobre las frondas de la existencia...

Esto que quiero contar, carece casi en absoluto de intriga novelesca. Es un pedazo de la vida interior, tal vez un poco tinto en amargura, pero con la eficacia de lo verdadero, que es el alma del colorido vigorizando el panorama de las cosas, metafísicas o concretas.

Se trata, si queréis de una simple conversación. También se trata de un sueño, aunque no lo queráis. Yo os digo que este sueño y esta conversación, me proporcionaron alguna utilidad, en la tristeza de aquel crepúsculo nublado y pensativo, como los ojos de la esperanza bajo las lágrimas de un profundo desconsuelo.

Fué, en efecto, a la luz fría y entristecedora de una tarde de principios de invierno, a esa hora en que la vida de la ciudad se desparrama por los cuatro costados, cuando me refirió su sueño aquel hombrecillo amigo mío, pálido y sentencioso, en cuyos ademanes se advertía una desenvoltura fraternal y simpática.

Sentados ante la mesa de un café, dejábamos correr la charla un tanto melancólica, contagiados sin duda por el brumoso tedio de la tarde.

Mi amigo el hombrecillo había sido en otra época un insigne bebedor de ajenjo. Y aquel día, — sirviéndose un modesto café — afirmábame, lleno de meridional aplomo, su odio formidable hacia el "veneno" del cual, según decía, había estado a punto de ser víctima.

— ¿Dice usted, pues, — quise preguntarle, no sin cierta curiosidad — que aunque le costase la vida no volvería a beber una sola gota de ajenjo?

— Exactamente. Yo no volveré a beber más ajenjo. Verá usted... Yo he tenido un recatado y filosófico menosprecio por los líricos cantores que hablan bien del dolor, — prosiguió el hombrecillo.

— ¿Sí?... — pregunté.

— Comprendo yo que ese dolor profundo, producido por el malestar social en la entraña de los pueblos sea precursor de partos revolucionarios que traigan, con la venganza colectiva, la regeneración, los rumbos juveniles y risueños, y los valores de la vida nueva... Comprendo que el dolor sea épico, magnífico, como en Homero; glorioso, como en Cervantes; sangriento, imperativo y pirata, como en Napoleón, que fué la síntesis del dolor de medio siglo; sublime, humanitario y tempestuoso, como en Bakounine; pasivo, como en Cristo y en Tolstoi; locura mística, como en Santa Teresa de Jesús; filosofía, como en San Agustín; paciencia, como en el patriarca Job; molinos de viento, como en Don Quijote; triste ingenuidad, como en Perogrullo; donaire amargo, como en Cyrano de Bergerac; fiebre de libertad y de horizontes, como en todos los gallardos paladines del Arte y de la Ciencia... Pero fecundo en lo general, sobre toda la turbamulta de los seres... ¡Oh, eso, de ninguna manera!

— Sin embargo... — quise indicar.

— Tengo mis razones para expresarme así. — dijo. — Veo todos los días, a lo largo de todos los caminos, una interminable caravana de derrotados, enjambres de leprosos, batallones de hambrientos y borrachos, sobre quienes el dolor ha extendido sus enormes alas negras, como un pájaro inmortal y fatídico. Veo todos los días estas caravanas, estos batallones, en cuyas filas van también muchas mujeres, y pienso que el prostíbulo, el hospital, el manicomio y la calle no son seguramente lugares muy fecundos... En fin, le hablaré de lo mío, para explicarme más a mis anchas. Y habló:

— Pues bien; yo he sufrido. Tanto he sufrido, que todos los propósitos resultarían inútiles si alguna vez se tratara de sondar el abismo de mi dolor. Mi dolor ha sido insondable, como el dolor universal, y a la manera de un hacha decisiva, tuvo la virtud de partir, al primer golpe, el eje mismo de mis voluntades, que crujieron con la firmeza de un cráneo. La vida, ante la muerte de la voluntad, es una barca vieja que arrojaran las olas a la playa batiéndola en pedazos. Yo fuí una barca vieja, cuando, para ahuyentar mi dolor, clavé por primera vez la pupila fascinada en una copa de ajenjo. Me dí entero a otro mundo. Largos días sin voluntad secuestraron lo más íntimo de mi existencia, con el alma en cruz frente a la mentira de una cinta diorámica, sobre la cual giraban y giraban mis paisajes de absintio. Realicé — no es arriesgado creerlo — un cúmulo de insanas aspiraciones, y muy poco conscientes, que me alejaron del suicidio violento. Era aquello una gloriosa insensatez erigida en el cerebro, mientras la fuerza de mi moral fracasaba en una aurora de alucinantes maravillas. Maravillas, sí... Pero yo no era una integridad. Yo era un instrumento. No avanzaba. Retrocedía. No era un nudo motriz. Llevaba en mi desbarajuste la inercia propia de las leyes retroactivas, que anulan los designios naturales y cuajan las rosas de la vida con un hielo mortal. Me ocurría, en el fuero de la individualidad, lo que a los pueblos en el terreno colectivo. El hombre sabio y el hombre bueno comprenden que todo fermenta, que todo está en actividad, que todo trabaja y tiene vida... ¿Vivía yo de la muerte, según la creencia del hombre sabio y del hombre bueno? No lo sé. Yo sólo afirmo que mi dolor me había lanzado por un camino infecundo. Esto lo afirmo ahora, porque en aquel entonces el ajenjo me tenía demasiado profeta. Mi vida—como ciertas esquinas de la ciencia contemporánea—descansaba sobre los planteles de una pequeña profecía...

Volví a sonreir, exclamando:—¿Eh?...

—¿Sonríe usted?—interrumpió el hombrecillo.—No, no sonría. He visto eso en un célebre escritor, y creo que está en lo cierto... Pero la verdad es que, mientras tanto, yo estaba incapacitado para notar que mi espíritu se ennegrecía, alargando sus ramas secas, como esos árboles que en los campos desiertos parecen alas de temibles fantasmas, cuando la tierra duerme...

Una noche en que más temprano que de costumbre me había retirado para aprender a morir, tuve un sueño doloroso.

—¿Aprender a morir?—interrogué.

—¿Vuelve usted a su sonrisa?—preguntó a su vez, ya algo impaciente.—No, no sonría, mi amigo. La naturaleza, esencialmente previsora, hace que durante el transcurso de nuestra vida vayamos aprendiendo a morir. Por eso el hombre duerme. Y en el sueño de todos los días va adquiriendo la costumbre de reposar en la postura estética de la muerte.

—Es usted un artista, francamente, lleno de paradojas, hipérboles y rarezas.

—No... Soy como la vida. Soy, simplemente, un hombre que ha "vivido". Un discípulo de la vida, si usted me permite... Pues bien; aquella noche, mi murria inseparable tenía cara de hereje. Me acosté. El sueño—la lección diaria que nos familiariza con la muerte—no quería venir. Yo tenía sobre la cama un libro abierto. Era un estudio de Jorge Wells: "El descubrimiento del porvenir"... Recuerdo que leí muchas páginas, casi de mala gana, con deseos de fatigarme, nada más. De pronto, algunos párrafos vibrantes me sorprendieron un poco. ¿Por qué? No podría decirlo. Mi ánimo, sin embargo, estaba como para sorprenderse por nada. Pero el caso es que aquellos párrafos hablaban del porvenir, de la muerte de lo actual y de una vida futura; y sus palabras llegaron a resonar en mi cerebro como un tropel de centauros en la sombra...

El libro se me escapó de las manos, y medité largo rato. Antes de decidirme a la lectura había volcado en mi copa una excesiva cantidad de ajenjo. La copa, reposando sobre la pequeña mesa, junto a la cabecera, resplandecía bajo el beso de la lámpara. Me puse a contemplarla, lleno de lujurioso panteísmo, como se contemplan en las noches de amor los ojos adorables de una mujer apasionada, y vi que las fulgencias mágicas del ídolo de color esmeralda, tenían—como el alma femenina—severas penetraciones de tragedia, dormidas en una onda lírica, avasalladora y magnética.

Asaltáronme de improviso unas indescriptibles ansias de beber. Loco, transfigurado, en pleno naufragio de la conciencia, los ojos del ídolo se clavaron en mis ojos como una bárbara sugestión. No pude resistir más. Hice un ademán histérico, felino, y apretando la copa con salvaje vehemencia, de un solo sorbo la dejé vacía...

Ni un roce levísimo se deslizaba en la estancia turbando el austero y claustral recogimiento. La ventisca nocturna arrastraba a lo lejos la amarga complacencia de sus canturrias. Y oyendo cantar al viento me quedé dormido.

Al principio mi sueño era nada original. Yo marchaba, esforzadamente, por un largo camino, semejante a un desierto. El sol dejaba caer de lleno sus rayos de oro sobre la polvorienta sequedad de la tierra. Ni un asomo de tributo al trabajo, ni una lonja sembrada, ni un mísero instrumento labrantío. Aquella vasta llanura era como un gran salmo a la pereza.

Yo sudaba, sudaba aplastado por la horrible canícula. La sed me devoraba, amenazando concluir con mis fuerzas, cuando acerté a divisar en un recodo del sendero cierta especie de minúscula gruta, a cuya simple vista experimenté una agradable sensación de frescura.

—¡Allí brotará el agua!—grité al punto. Y loco de alegría, de cuatro zancadas, me planté en la gruta. Miré hacia todas partes. La garganta me crujía como una tabla que se quema. El cerebro me vacilaba. Nada. El agua no existía. Mis ansias recrudecieron de tal modo, que al no poder apagarlas, me dejé caer, desfallecido sobre la dura piedra.

En la postura claudicante en que había caído, sin ánimo de levantarme, quién sabe hasta cuando, ya comenzaba a sentirme invadido por las angustias de un peligroso desvanecimiento. De pronto, apareció ante mis ojos, apenas dibujada en la siniestra obscuridad de la gruta, la figura de un hombre.

—¿Qué haces? ¿Por qué te has detenido?

Yo temblé un poco, sacudiendo el bulto de mi postración. Del aspecto indefinible de aquella persona, de la vibración metálica de su voz, del autoritarismo y de la seguridad de sus palabras, resultaba un conjunto por el que podía creerse que aquel hombre era orgulloso, tenaz, agresivo y poco conciliador...

—¿Qué haces?—repitió.—¿Por qué, si tienes sed, te has detenido, echándote sin esperanzas como en el seno de una amarga derrota? ¿Por qué no proseguiste hasta encontrar el agua?

—Yo no he proseguido porque no puedo más—me atreví a responder.

Entonces el anciano se indignó. Clavó sus ojos en mi frente, crispando el puño como si hubiera querido fulminarme, y me rugió a la cara, con más violencia aun, sus vituperios.

—¡Tú no has proseguido porque eres un cobarde! Te has entregado en brazos del desfallecimiento, y la cobardía es la madre de la impotencia. Por eso no has podido proseguir. Bien se ve que eres un pobre náufrago de la vida, en quien ha muerto la augusta voluntad de la lucha.

—Yo he querido luchar...

—¡Pero no has sabido vencer!

—El camino era largo, y me ha faltado el agua, señor...

—¡Basta! ¡Tu misión es marchar siempre hacia adelante!—arguyó el anciano.

—Las fuerzas no me han alcanzado, y voy solo, señor... ¿Es fatal que yo marche hacia adelante?...

—¡Siempre, siempre hacia adelante, pero solo jamás!

—¿Y quién, pues, me acompaña?

El anciano hizo un gesto que me pareció horroroso, y extendiendo el brazo derecho, colocó el índice, blanco y recto, como la hoja de un puñal, en dirección a mis espaldas.

En ese instante corrió por todas mis venas un frío glacial e insoportable. Sin poderlo remediar, volví la cabeza hacia donde el índice del anciano me indicaba, y en medio de un espanto indescriptible, vi que el fantasma de la Muerte sonreía detrás mío, rozándome casi el hombro con su guadaña trágica. Di un grito de horror incorporándome para echar a correr, y el anciano, con aire de satisfacción, me dijo entonces:

—No temas ante un hecho tan natural y sencillo. El glorioso fantasma de la Muerte es el acompañante de toda la humanidad. Va constantemente, detrás de todos los hombres. Lo que hay es que los hombres no lo ven... En eso está el peligro. Es necesario verlo por lo menos una vez en la vida.

Tranquilízate;—dijo—yo he querido, en medio de este gran desierto donde has estado a punto de morir, hacerte ver de cerca la figura del eterno fantasma; él te seguirá acompañando, como a todos los hombres; pero no te horrorices: aún estás a tiempo de triunfar. Todos los hombres tienen algo sagrado que cumplir en la vida. Piensa que tú aún no has cumplido lo tuyo, y que no es echándote derrotado por un trago de agua, cómo vas a cumplirlo. El porvenir es de los que saben realizar la conquista de sí mismos; sólo alcanzan el triunfo los que quieren marchar, alta la frente y firme la voluntad, hacia el norte donde fulgura esa estrella que disipa con sus resplandores la tiniebla que gravita sobre las frondas de la existencia.

—Ya lo has oído—concluyó.—El norte es tu camino. Siempre has de marchar hacia adelante. ¿Has visto aquella estrella? Esa es la estrella de tu porvenir...

No dijo más, y desapareció antes de que yo volviera a hablarle. Un sudor frío me corría por la frente. El terror me atenazaba hasta lo indecible.

—¡Adelante!—tronó la voz en la sombra.

Yo no pude. Me temblaron las piernas, se me hizo un nudo en la garganta, y caí en brazos del Moloch, pavoroso.

Oí algo así como una exclamación de triunfo, y los brazos de la Muerte me oprimieron como garras de acero. Sin fuerzas para resistirme, aquellas garras poco a poco me iban ahogando, ahogando hasta dejarme sin vida.

Un apretón supremo, me despertó. La pesadilla había sido formidable. Abrí los ojos y el sol me los cegaba. Repuesto ya de tan amargas impresiones, salté del lecho y comencé a vestirme.

Me sentía como bajo la caricia de un saludable reconfortamiento, cuando ví sobre la mesa de luz la tersa copa rebosante de ajenjo que la noche anterior había llenado por segunda vez antes de caer rendido por el sueño.

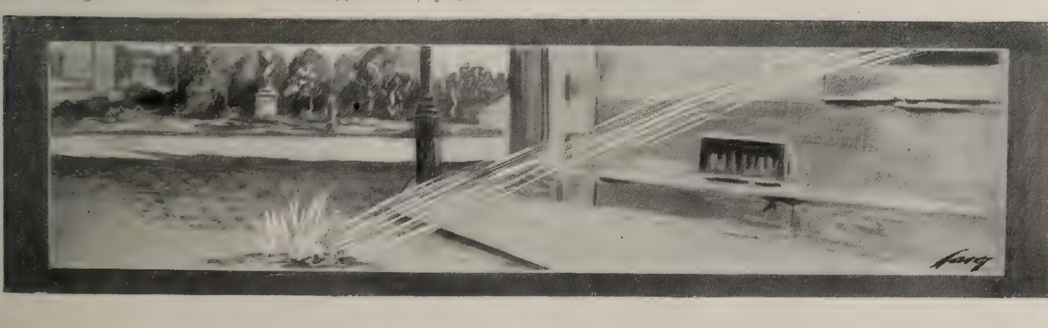
La miré fijamente, y en ese instante recrudeció en mi cerebro el sueño amargo, presentándoseme como un símbolo revelador y concreto.

Comprendí... Abrí de par en par la ventana, tomé la copa, y con firmeza increíble, la estrellé en mil pedazos contra las piedras de la calle.

Aquel ajenjo de la noche antes había sido "el último ajenjo". Pensé en ello, respirando una extraña alegría, y me puse a cantar a voz en cuello como un niño que abandona la escuela...

José de MATURANA.

Dib. de Caro.



EL LINDO Mr. FRAPPÉ

Don Juan Tenorio era un poroto de color, si se le compara con algunos artistas que trabajan para las empresas cinematográficas.

¿Qué son las conquistas de don Juan hechas a base de tiradas de versos, trajes de colores, plumas, bolsas llenas de oro, claros de luna, estocadas, y lanchas que se deslizan por el Guadalquivir entre flores y naranjos?

Lo notable, lo asombrosamente notable, es taladrar corazones a tres mil leguas de distancia; sin hablar ni por teléfono, vestido con el antiestético frac o con el horroroso traje de automovilista.



Bueno: pues con todos estos inconvenientes, hay artista de "films" sensacionales que está haciendo sin saberlo verdaderos estragos en los corazones de muchas señoritas; las hay que aporrean despiadadamente el piano, y que dibujan con maestro y esfumino.

La señorita Fili, que pertenece a esta clase, es una de las víctimas cinematográficas. ¡Hay que verla el día que su mamá no la lleva al cine "Excelsis"! Se le hacen unas ojeras más negras que la mejor tinta china, y se pone de un color "beige" clarito que da pena.

En el Excelsis ya saben que a la una p. m. tienen que acudir al teléfono para oir a la señorita Fili que pregunta:—¿Hola?... ¿con quién hablo?... ¿con el Excelsis?... Reserve dos plateas para esta tarde, fila doce... ya sabe, punta de banco.

El boletero que es hombre de buen humor, suele contestar: ¡Señorita, yo no me llamo punta de banco! pero es lo mismo, se las reservaré.

Ese día Fili no come puchero porque le parece muy prosaico, se emperifolla, y poseída de una dulce melancolía se dirige al Excelsis acompañada de su respetable mamá. Aunque esté lloviendo y todos los tranvías vayan completos, Fili sonríe, y todo el mundo le parece que tiene cara de buena persona.



Llega al cine y lanza un leve y aristocrático saludo al boletero; la mamá la empuja para que entre pronto, pues acaban de empezar; y en medio de la obscuridad, precedidas del acomodador que parece una luciérnaga con su linterna eléctrica, avanzan majestuosamente y como si todo fuera suyo, hasta ubicarse en la punta de banco de la fila doce.

Fili lee en el programa:

El conde... Mr. Frappé. Como está obscuro no podemos ver el júbilo que se pinta en el rostro de Fili.

Ya sale Mr. Frappé... Fili le lanza todo el repertorio de miradas adquirido en las novelas de Paul Bourget, y en las películas del cine cuando trabajan Mlle. Mistinguet y Mlle. Ojoalegret; como si Mr. Frappé fuera de carne y hueso. ¡Naturalmente! el señor Frappé no le lleva el apunte, porque el cinematógrafo todavía no está tan perfeccionado; pero Fili lo hace inconscientemente, y goza hasta lo indecible viendo la elegancia con que Mr. Frappé chupa un cigarrillo (que tampoco es del trust) y el delicioso chaleco de fantasía a cuadros, que luce su bello ideal... ¡Y ahora! ¡con qué elegancia se suena la nariz ¡parece que no ha hecho otra cosa en su vida! ¡y cómo odia Fili a la hija del banquero que no se da cuenta de lo buen mozo y lo elegante que es Mr. Frappé!, es decir el conde... Bueno: ahora parece que la hija del banquero le va tomando algún cariño... pero entonces los celos roen el corazón de Fili al punto que no puede contener un débil gemido, la mamá que lo oye le dice bajito:—Pero che, ¿es que te hacen doler las ballenas del corsé?—No mamá, no es nada—contesta Fili sin dejar de mirar a Frappé—¿Entonces por qué te quejas? ¿No ves que se está riendo de vos ese ñato de la otra fila?

Fili no escucha a su mamá; está como en éxtasis contemplando al conde que se pone los guantes con una elegancia suprema, y después de terminada esta importante operación, se dirige a la hija del banquero, la estrecha entre sus brazos y le da un elegante beso en la mejilla.

Fili no puede contenerse, da un grito, la gente vuelve la cabeza, encienden la luz y para la cinta. El ñato de la otra fila se ríe descaradamente, casi en la cara de doña Ambrosia (madre de Fili); doña Ambrosia iracunda y terrible lanza al ñato los dos insultos más graves de su colección: ¡¡¡Grosero!!! ¡¡¡chusma!!!, el ñato ríe más fuerte, Fili pálida como un cadáver llora en silencio.

En las filas lejanas al lugar del suceso, dicen que se trata de un suicidio. Un espectador chistoso pregunta al acomodador si la escena es también de la cinta. Doña Ambrosia remolca briosamente a Fili. Se apaga la luz y sigue la cinta que tiene ciento veinte partes.

Ya en la calle, doña Ambrosia hace seña a un taxí y rápidamente se acomodan en él.

—¿Pero qué demonio te ha pasado, hija mía?

—Nada, mamá—dice Fili,—¡yo me quiero morir!

—Pero ¿qué decís? ¿qué te duele?

—¡El alma, mamá!

—¡El alma! ¿Querrás decir el estómago?

—No, mamá, ¡el alma! ¡yo amo a Mr. Frappé! ¡El que hacía de conde en la película!

—¡¡¡Ah!!! ¡¡¡Pues, mandále un mensajero!!!

Dib. del autor. **Juan B. PELAYO.**

El día de los niños pobres en Rosario



Niños del Hospicio de Huérfanos esperando a las comisiones que deben acompañar para la recolección de donativos



Comisiones recolectoras de óbolos recorriendo las calles de Rosario



Saliendo de la Municipalidad con dirección a las casas de comercio



Procediendo al recuento de los óbolos en el Palacio Municipal

MUJERES QUE HAN DERRIBADO TRONOS



Ludovico de Baviera defendiendo a Lola Montes en la corte

VARIOS son los casos que se han repetido en la historia contemporánea, de mujeres que han ejercido tan extraña y poderosa fascinación sobre un monarca, que han llegado a hacer vacilar su trono.

El más extraordinario de estos casos es el que registran las crónicas europeas de la mitad del siglo pasado: es la historia de una mujer cuyo nombre ha pasado al dominio de la leyenda, una mujer peregrina, cuyas bizarras aventuras resonaron durante quince años en las cortes de Europa.

Llamábase esta singular heroína Lola Montes.

Este fué el nombre que ella hizo célebre, y era el apellido materno, porque el suyo propio fué el de un obscuro oficial inglés que casó con una bailarina andaluza, hija de árabes.

Lola Montes pasó su infancia en el clima ardiente de la India, donde su padre tenía un empleo. Su extraordinaria precocidad llamaba la atención de propios y extraños.

Tenía Lola Montes un carácter caprichoso y versátil, heredado de su madre semiárabe, lo que fué causa de que su padre la enviara a un colegio de internas en Inglaterra.

Allá fué, pues, la inquieta chiquilla, y al año de estar en el severo establecimiento, cuando apenas contaba quince, casábase con un oficial inglés secretamente.

Y aquí comienzan sus peregrinas aventuras. A los pocos años divórciase, y aparece en París, donde despierta la atención y la envidia universales con sus trenes deslumbrantes y con sus excéntricos actos.

Pasea por Londres, Viena, Roma, Madrid, Berlín; cruza todas las estaciones de aguas y los balnearios de Europa entre un murmullo de escándalo. Debutó como bailarina en un célebre "music-hall" londinense y el público la silba estrepitosamente...

Vuelve a París, teatro de sus primeros triunfos, y es recibida mejor, y de allí continúa su loca carrera aquella extraordinaria mujer.



Lola Montes en su mejor época

Pero es en Baviera donde culminan sus aventuras, donde su encanto fascinador adquiere contornos de tragedia al precipitar desde lo alto de su trono a un rey infatuado y excéntrico.

Reinaba en Baviera por aquel entonces el rey Ludwig (o Ludovico) II, célebre por sus raras costumbres y sus inofensivas manías, tales como no querer usar jamás, ni en las más graves ceremonias de Estado, vehículo de ninguna especie, o como andar por las calles volteando el sombrero a las personas que encontraba a su paso.

Pero como en el fondo era un buen monarca, apreciábale el pueblo y disculpaba sus inocentes manías, que si bien rebajaban la dignidad real, no afectaban la seguridad ni los intereses del Estado.

Llegó pues Lola Montes a Baviera, expulsada del reino de Prusia por sus escándalos, y Ludovico II se sintió fascinado por esta mujer más excéntrica que él y que llegaba rodeada del prestigio de ruidosas aventuras.

Dióle el rey Ludovico un título de nobleza y asignóle una elevada suma, ante el silencio de la corte, que no se atrevía a protestar.

Uno de los primeros actos de Lola fué amotinar los estudiantes, creando un cuerpo que llevara sus colores en la Universidad militarizada.

El motín fué creciendo, y una noche Lola Montes disparó un tiro de pistola desde su ventana contra un grupo de estudiantes.

Todo el reino estaba indignado. Pero el infeliz e infatuado Ludovico aprobaba todos los actos de la aventurera, cuya casa fué incendiada una noche por la muchedumbre.

Lola tuvo que recurrir a la fuga para salvarse de las iras populares. Al día siguiente de su partida, el rey Ludovico se vió obligado a abdicar el trono de Baviera.

Durante algunos años más continuó Lola sus resonantes aventuras. Se casó y se divorció varias veces; conmovió las sociedades de las principales capitales europeas; muchos la amaron sinceramente.

Cuando se sintió envejecer, cerca de los cuarenta años, fuése a los Estados Unidos, donde había estado ya anteriormente, y allí vivió obscuramente, lejos del teatro de su inquieta juventud, y algunos años después murió.

En el cementerio de Brooklin se encuentra su tumba modesta y olvidada. Allí duerme el sueño eterno una de las mujeres más extraordinarias que hayan pasado por la historia de las cortes contemporáneas.

Otra mujer que cambió la historia de un pueblo y ocasionó la extinción de una dinastía de cinco siglos, fué la tristemente célebre reina Draga de Servia.

Era de origen burgués, y se casó durante su primera juventud con un obscuro cirujano, que murió al poco tiempo.

El rey de Servia prendóse de la bellísima viuda, y previa la imprescindible ceremonia de ennoblecerla, la llevó hasta el trono. Era este rey el último de la famosa dinastía de los "reyes porqueros", cuyo origen remontábase a las guerras de la Edad Media.

Draga, si se hizo amar profundamente por el rey, granjeóse en cambio el odio del pueblo y de la corte, odio que fué acentuándose a medida que la sutil y altanera soberana iba mezclándose cada vez más en los asuntos del Estado, e influyendo en la voluntad del rey en contra de los intereses de todas las clases sociales.



La reina Draga

El odio universal crecía como una marea. La desdichada reina se alejaba cada vez más del corazón de su pueblo, y arrastraba al rey en su caída.

El desenlace tuvo lugar antes de lo que se esperaba, y un día, pocos años hace, el mundo entero se estremecía al tener conocimiento de la tragedia de Belgrado. El rey y la reina de Servia eran asesinados por un grupo de oficiales. El corazón de la reina fué mostrado al pueblo ensartado en una bayoneta desde las ventanas de la cámara real.

Así terminó la dinastía de los "reyes porqueros" en el reino de Servia, ocasionada por la influencia maléfica de una mujer que salió de un hogar burgués para trepar los peldaños de un trono.

En la historia social de nuestros días, existen otros dos casos, que si bien es cierto no tienen la importancia y la grandeza de los que ya hemos relatado, queremos recordarlos a título de curiosidad, aunque no se ajusten al concepto del epígrafe.

Uno es el caso del rey Leopoldo de Bélgica, fallecido hace poco tiempo, y la célebre Cleo de Mérode.

Bailaba Cleo en un teatro de segundo orden de París cuando el galante monarca a quien llamaban "el moderno Ulises", la conoció. Era una simple corista que ganaba ciento cincuenta pesos mensuales cuando el excéntrico soberano la cubrió de joyas y sedas imperiales.

El mundo todo se enteró de aquellos regios amores, en medio de la consternación de la corte belga, que tuvieron por teatro los sitios más suntuosos de la Ciudad-Luz. Decíase que el rey Leopoldo pensaba ennoblecer a su morganática esposa para llevarla al trono de Bélgica.

El caso fué que esta bizarra idea no se realizó jamás.

La gloria de Cleo estaba en su apogeo. Llevaba en sus collares piedras de la corona belga; sus armiños rusos y sus sedas de Ispahán depertaban la admiración y la envidia de las princesas...

Pero esta gloria, como todas las falsas glorias, no duró mucho.

La muerte sorprendió al viejo y excéntrico monarca de los belgas, y la estrella deslumbrante de Cleo de Mérode empezó a decaer.

Dícese que la mujer morganática del "moderno Ulises" ha vuelto al coro de aquel teatro de segundo orden a ganar como antes ciento cincuenta pesos mensuales.

"Sic transit gloria"...

El otro caso al cual nos referíamos, el más reciente, que tiene por trágico fondo un doble regicidio y una revolución, es el caso de la célebre Gaby Deslys y el ex rey Manuel de Portugal.

Este caso no es más que un rumor persistente que repiten las crónicas. Acaso sea verdad, acaso no lo sea...

Pero tanto se ha hablado y escrito sobre el asunto, que le dedicaremos un poco de atención...

Después del atentado en que sucumbieron el rey Carlos y el príncipe heredero de Portugal, cuéntase que el joven rey Manuel estrechó sus relaciones con Gaby Deslys, estrella naciente que comenzaba a surgir en el cielo del París artístico.

Estas relaciones, llevadas a cabo en el palacio de dos reyes muertos recientemente, y donde lloraba una reina a su hijo y a su rey, en medio de las sordas y extrañas agitaciones de una nación, no eran muy a propósito para popularizar a un joven rey sin experiencia.

Indudablemente que la caída de la monarquía portuguesa y el establecimiento de la república no fué motivada por los ligeros amores de un rey con una bailarina, sino por causas muy distintas y más profundas...

Pero el murmullo popular ha pronunciado el hoy ilustre nombre de Gaby Deslys cuando se ha hablado de la caída de la monarquía en Portugal...

A raíz de la proclamación de la república el murmullo adquirió ciertos contornos de verosimilitud...



Gaby Deslys

NUESTROS HOGARES



Señora Alcira Sastre de Fyn con sus niñitos



Señora María L. Laclau de Díaz Arana con sus niñitos



Señora Manuela Conde de García con su niñita



Señora de Ruiz con su niñita

Fot. Merlino.

Teobaldo von Bethman-Hollweg

La imperial Alemania ha tenido cinco cancilleres. Bismark, el incomparable como le llaman muchos alemanes, era un estadista; Caprivi y Hohenlohe fueron respectivamente, militar y cortesano; Bülow, diplomático, y Bethman-Hollweg, el que rige los destinos del imperio desde 1909, es un filósofo. Cuatro años de cancillería dan poca base para formar juicio exacto de las condiciones y de las aptitudes que puede desarrollar un primer ministro, mucho más cuando la suerte o las circunstancias no le han proporcionado ocasión para alcanzar éxitos resonantes.

El palacio imperial, lleno de recuerdos de sangre y de hierro, ha adquirido nuevos esplendores en el tiempo que ocupa la cancillería nuestro biografiado y hasta hay alemanes apasionados que se inclinan a creer que ha perdido prestigio la nación desde que el doctor von Bethman-Hollweg puso sus filosóficas manos sobre la dirección de los asuntos imperiales y prusianos.

En el terreno de los negocios extranjeros se ha distinguido su régimen por el fiasco del "raid" en Marruecos y dentro de casa, es decir, en Alemania se ha visto el canciller-filósofo abrumado por los desastres políticos y por el descontento nacional.

El antiguo enemigo de los gobiernos alemanes, la Democracia Social, se ha alzado en revuelo popular contra el mando autocrático y las arcaicas leyes electorales, ha alcanzado una fuerza sin precedente y se ha convertido en el partido político más poderoso del país.

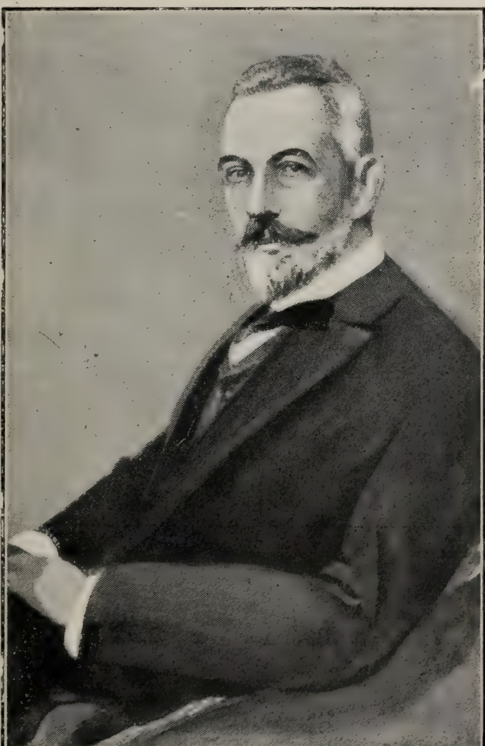
Bethman-Hollweg se halla en relaciones de semi-hostilidad con los católicos romanos, que constituyen una de las organizaciones políticas más fuertes. El partido conservador, apoyo tradicional del trono y del gobierno, está dispuesto a arrojar de sí al quinto canciller en el momento que se atreva a asaltar sus intereses. El liberalismo, o si se quiere, los restos de lo que fué en otro tiempo un elemento viril, cuando no se halla en abierto conflicto con Hollweg hace causa común con él, de muy mal grado. Políticamente está reducido a un estado de triste aislamiento.

Y sin embargo nadie podría acusarle rotundamente de carencia absoluta de aptitudes de estadista. Modesto y retirado por naturaleza, no hace nada ruidosamente y ha alcanzado indudablemente muchas victorias en la política interior y en la diplomacia extranjera, pero las ha alcanzado por sistemas demasiado callados para satisfacer a los de casa y a los de fuera.

El canciller es sobre todo un hombre completamente sincero y honrado y no le gustan los ardides de los diplomáticos profesionales. De la aventura de Agadir que estuvo a punto de producir una guerra europea en 1911, no tuvo ninguna culpa Bethman-Hollweg. La apadrinó, como era su deber constitucional, pero todos los que le conocen saben muy bien que la deploró hondamente.

Cuando Hollweg fué elevado a la cancillería imperial se dijo que su principal mérito consistía en ser amigo del Kaiser. Habían estudiado juntos en la Universidad de Bonn y los lazos de amistad que han unido siempre al emperador Guillermo con sus compañeros del famoso cuerpo de Borussia seguía viva en la memoria del soberano. Como el vice-canciller, príncipe Bülow, Hollweg hace mucho tiempo que era un candidato lógico para la cancillería.

Su carrera administrativa es notable por su apego a los deberes oficiales. Sus discursos en la Dieta Prusiana y en la Cámara de los lores y los pronunciados anteriormente en el foro del Reichstag sólo se distinguen por su claridad, su rectitud y su sinceridad.



Teobaldo von Bethman-Hollweg

El canciller nació en Brandemburgen, pueblo situado a tres cuartos de hora de Berlín. Tiene cincuenta y siete años. Amable y filosófico, muy alto y delgado, frente despejada y mesurados modales. Von Bethman-Hollweg no deja de dominar al auditorio, y atrae la atención del Reichstag no tanto por el vigor y el fuego de sus frases como por su firmeza y su lucidez.

Habla con mucha naturalidad, en forma sencilla y precisa. En muchísimas ocasiones se ha declarado contrario acérrimo de las ampulosidades oratorias tan comunes en nuestros hombres de gobierno.

Sus enemigos, encuentran en esas declaraciones, mucho paño para cortar.

Dicen, por ejemplo, que sus discursos son llanos y sin ningún adorno de vuelos literarios porque su cerebro es incapaz de producir algo mejor, más bonito, de más efecto y de doble resonancia.

La misma intriga de sus enemigos es la que lo hace aparecer como un hombre poco práctico para ocupar el alto puesto que ocupa actualmente.

Muchos de los actos de mal gobierno que se le achacan, no han sido cometidos por él.

Su manera de ser, modesta y silenciosa, da margen a que las habladurías ganen terreno, diciéndose que, si no tuviera culpa, haría oir sus protestas a fin de defenderse como hombre y como canciller.

Es preciso, empero, reconocer que Teobaldo von Bethman-Hollweg es un hombre de muchos méritos, en primer término como diplomático y estadista.



Como a tres kilómetros del pueblecillo, sobre una irregular planicie, alzaba sus pardas tapias el pequeño cementerio, rodeado de severos cipreses, que en la penumbra del anochecer semejaban inmóviles encapuchados que a la muerte prestasen misericordiosa vela.

En un ángulo del callado recinto erguía sus enanas y agrietadas paredes la casa del sepulturero, raquítica manifestación de la vida dentro de aquellos dominios de la nada.

Expiraba la tarde. Un viento frío de otoño sacudía los desnudos rosales que bordeaban las sepulturas, haciendo cabecear lentamente a los obscuros cipreses, como obligándoles a rendir el saludo que debían al misterio de la noche cercana.

El tío Genaro, el viejo sepulturero, después de echar las dos vueltas a la cerradura de la verja, emprendió por una angosta vía de cruces y zarzas el retorno a su mísera vivienda, en la que penetró indiferente, entornando la frágil puertecilla que comunicaba con el reino de la muerte. Encendió después una amarillenta vela de sebo y fué colocando sobre una mesa de pino, sucia y desvencijada, las reducidas viandas que formaban su cena de aquella noche.



A los pocos minutos, el viejo comía con esa natural tranquilidad que presta la costumbre al individuo familiarizado con lo mismo que a otros parece repugnante y aterrador. La noche había caído por completo y las rachas del aire, golpeando la enclenque puertecilla, hacían vacilar la llama de la vela, cuyos amagos proyectaban veloces sombras en las paredes, aumentando la lobreguez del momento.

De repente, en la puerta de la vivienda sonaron dos golpes, dados por una mano vigorosa. El tío Genaro detuvo la suya cerca de la boca, soltando el pedazo de pan que conducía.

¿Quién podría llamar a tales horas?

Otros dos golpes, más violentos que los primeros, pusieron en pie al tío Genaro, que ni por un momento dudó que no eran muertos los que de modo tan enérgico se anunciaban.

— ¿Quién va? — preguntó.

— Gente de paz. Abra usted — respondió una voz varonil.

El tío Genaro no conocía el miedo. Con una decisión que contrastaba con sus muchos años, levantóse y descorriendo un cerrojo dejó franca la puerta de entrada.

No bien lo hiciera, retrocedió sobresaltado, a pesar de su probada sangre fría. Un hombre de elevada estatura, cubierto el rostro con un antifaz, extendía hacia el viejo sus dos manos. En la derecha brillaba un revólver; con la izquierda ofrecía una cartera repleta de billetes de banco.

— De estos dos regalos, usted elegirá el que más le convenga, buen hombre, — dijo con tono amenazador el enmascarado, penetrando en la habitación.

— Bien, señor, pero usted dirá — tartamudeó el tío Genaro.

El desconocido cerró la puerta y repuso con acento más amistoso:

— No se asuste usted, buen viejo, no tengo ningun interés en alojarle para siempre en una zanja de las que usted mismo abre en ese desierto — y señaló el cementerio. — Usted será razonable y sabrá preferir este puñado de oro a estas seis balitas de acero blindado.

El tío Genaro asintió con un movimiento instintivo.

— ¡Bravo, amigo! — dijo el encubierto. — En tal caso, ahí va la cartera. Contiene cuatro mil pesetas. Puede usted contar y convencerse.

El viejo sepulturero tomó maquinalmente aquella fortuna que se le ofrecía y de cuya realidad quedó pronto satisfecho, no sin un previo restregón de ojos.

— ¿Qué hay que hacer? — preguntó resueltamente.

— Poca cosa. Acompañarme hasta el panteón blanco, levantar la losa de la cripta y dejarme bajar al fondo.

— ¡Un robo! — exclamó asustado el tío Genaro.

— ¡Majadero! — contestó el encubierto, cuyos ojos relampaguearon de cólera a través del antifaz. — ¡Robar! ¿Qué hay que robar en esa tumba?

Tenía razón el desconocido. El sepulturero recordó que en el panteón blanco no había más que los restos de una dama extranjera, muerta en el pueblecillo próximo hacía seis años...

A la imaginación, un tanto turbada, del viejo Genaro, fueron acudiendo, imprecisos y atropellados, ciertos detalles de aquel enterramiento. rodeado de misteriosas rarezas. Recordó el pobre hombre que la dama llegó al pueblecillo acompañada de un anciano señor, que era su padre, y de una viejecita estirada y limpia, que decíase aya de la joven señora.

Esta llegó al pueblecillo muy pálida, muy enferma, tanto, que ni los aires puros de la montaña, ni los mil cuidados del amante padre y de la buena aya pudieron impedir que la joven muriera a la caída de las hojas.

Y él mismo, el tío Genaro, fué el que cubrió de tierra aquel cuerpo que parecía de diosa... Las mozas del pueblo dieron en decir que había muerto de amor... ¡Buen amor te dé Dios! En el certificado del médico rezaba — y de esto sí

que tenía memoria el tío Genaro — que a la muchacha la había matado no sé qué del corazón.

Años después se construyó el panteón, aislado y suntuoso, y a su cripta fueron trasladados los despojos de la damita extranjera, único cadáver que reposaba en aquel coquetón hotelito de la muerte...

— ¿Qué piensa usted, viejo imbécil? — exclamó con impaciente tono el enmascarado. — ¡Ea, pronto! ¡Al panteón!

Fué tan imperioso el mandato, que el sepulturero, cortando de golpe el hilo de sus recuerdos, guardóse la cartera, encendió un farol de mano y descolgando un mohoso manojo de llaves, echó a andar, seguido del extraño visitante.

Azotados por el viento, los dos hombres avanzaban por los torcidos caminos que la azada y el pie del tío Genaro abrieran en aquel suelo fúnebre y solitario. Al poco rato, ambos se detenían ante un esbelto panteón cuya mole blanca se destacaba en el fondo obscuro de la noche. El aire, al pasar por zarzas y rosales secos, producía como un espantable lamento de los difuntos, profanada su paz en la aventura impía.



La verja del panteón cedió al impulso del tío Genaro; éste dejó en el pavimento el farol y tomando una barrena de acero que había en un ángulo, dijo al desconocido:

—Tendrá usted que ayudarme, señor. Yo solo no puedo levantar la losa.

La barrena, pasada por el interior de las dos gruesas anillas de la piedra sepulcral, sirvió de asidero a los dos hombres.

Momentos después quedaba al descubierto la entrada de la cripta, un cuadrilátero obscuro y aterrador, como pórtico siniestro de una eternidad tosca y temida.

— Venga ese farol, — murmuró con voz agitada el desconocido.

— ¿Qué va usted a hacer? — preguntó intranquilo el tío Genaro, mientras el enmascarado, con el farol en la mano, comenzaba a bajar los húmedos escalones de la cripta. — ¿Dónde va usted, señor?

—Al infierno o a la gloria, no lo sé, buen hombre. Voy... con "ella". Usted aguarde ahí, pero no espere que yo le ayude otra vez a encajar la losa.

Y desapareció en el fondo de la cripta. El tío Genaro quedó solo, arrimado a la verja, sintiendo que el pavor le pinchaba la piel y que sus crespos pelos blancos se erizaban sobre su frente. Allí iba a pasar algo malo, se lo daba el corazón. Y el susto se lo tenía bien merecido. ¿Quién le mandaba a él ceder ante la exigencia de aquel intruso? ¡Maldito dinero! La cartera empezaba a pesarle al tío Genaro casi tanto como la losa profanada...

De abajo, del fondo de la tierra, llegó a los oídos del apesadumbrado viejo un ruido de tablas rotas violentamente.

— ¡Está destrozando el ataúd! — adivinó aterrado.

Al ruido seco de la madera astillada, siguió una voz:

— ¡Olga, Olga!

Después, nada... El tío Genaro, haciendo un esfuerzo inaudito, avanzó a tientas hacia el boquete. Oyó sollozos.

— ¡Olga mía, perdóname!

Y una seca detonación sonó allá abajo, conmoviendo el piso del panteón y haciendo retroceder al tío Genaro, que, inmóvil de espanto, quedóse arrimado a un muro, sintiendo que las piernas le flaqueaban y que un sudor frío le empapaba la frente.

Un silencio absoluto reinó después en el pavoroso recinto. Fuera, en el cementerio, el viento seguía retorciéndose entre las cruces y los arbustos secos.

Pasó una hora. El instinto de salvación hizo reaccionar al viejo sepulturero, devolviéndole parte de su habitual entereza. Lo hecho, hecho estaba. Había que enterarse ahora de "aquello" de allá abajo y hacer lo más conveniente.

El viejo, tambaleándose como un borracho, adelantóse en las tinieblas. Palpó el boquete y se descolgó hasta la escalera, por la que siguió descendiendo, guiado por un resplandor medroso.

Cuando llegó al último escalón, se detuvo espantado. En un ángulo de la cripta, iluminado por el sucio farolillo, destacábase, inmóvil, el cuerpo del enmascarado, tendido en las baldosas, con la cabeza y los brasos caídos sobre la destrozada tapa del ataúd de Olga.

El tío Genaro avanzó lentamente y tomando el farolillo, lo acercó al grupo macabro.

La boca del suicida y la boca descarnada de Olga estaban apretadas una sobre otra.

La luz mortecina del farolillo chocaba en las paredes de la cripta, siluetando algo así como fantasmas macabros que danzaban un aire terrible y funerario.

El tío Genaro miró a diestra y siniestra espantado ante la visión aquella, y por su cerebro de viejo sepulturero cruzó un rayo de arrepentimiento.

La cabeza del enmascarado, cubierta de sangre, fea, repugnante, manchaba de rojo, de un rojo obscuro, los huesos blancos de la calavera arrancada violentamente del ataúd.

Y, en el piso húmedo de la cripta, la sangre corría coagulándose, mientras en el espacio abovedado flotaba un fuerte olor a pólvora y a sangre que parecía adherirse a la ropa, impregnándola.

Después acercó el farolillo a las dos cabezas como si quisiera verlas bien, escudriñando hasta sus últimos gestos. La del suicida tenía algo de trágico en la posición, y el cuerpo, violentamente torcido, completaba el cuadro. De sus cabellos pendían largos coágulos de sangre.

Y la calavera parecía sonreir de dicha, al dar y recibir aquel beso eterno, tan deseado en la vida y tan embriagador hasta en la muerte...

V. SERRANO CLAVERO.

Dib. de Pelayo

¿Se transforma la vida del hogar?

Asistimos a una transformación radical en las costumbres privadas, más revolucionadas en su intimidad que las costumbres públicas y más en peligro de desaparecer.

La servidumbre, dignificada por los auxilios que presta la electricidad, se ha elevado a un nivel muy superior, y hoy un ayuda de cámara, un chauffeur, ocupan un puesto envidiable muy superior al de cualquiera de los senadores romanos.

El "confort" asegurado y extendido por el triunfo de la higiene y las preminencias del arte, es una cosa que no pertenece exclusivamente a un grupo social. Además, hemos llegado a una fórmula admirable que soluciona todos nuestros problemas individuales, familiares y de sociedad: Todo está fuera de casa; todo se hace fuera del hogar.

Las fantasías de ese año 2000, 3000, de todos los porvenires, han sido sobrepasadas. El hogar ha quedado reducido a sencillo dormitorio, y nada más. En casa no se recibe a nadie; en casa no se dan bailes; en casa, no se come, ni se toma café, ni te, ni se viste o desviste artísticamente nadie. En casa, tampoco se trabaja ya.

Todo está fuera. Hay que salir.

La adjunta fotografía muestra el aspecto que ofrece el "foyer" del "Savoy Restaurant" de Nueva York, un lunes por la tarde.



La vida está fuera del hogar...

Los mejores hogares de la gran capital se han volcado en él. Las mujeres que en otro tiempo sólo usaban descote para los actos de la corte, lo emplean para acudir al "hall" de un Hotel o un Restaurant Palace, que no es precisamente una morada regia; pero donde puede darse un baile que no podría celebrarse en el cuarto segundo de la derecha de cualquier familia adinerada.

Nuestra nobleza tradicional, como la de todos los países, la francesa sobre todo, se escandaliza y protesta de este cambio de las costumbres; pero lo han impuesto mil cosas que no estaban en el programa de lo previsto: la extraordinaria subida de la renta urbana, la necesidad de la cooperación social para todas las esferas sociales y lo imperativo de la higiene.

Sobre todas estas razones, otra razón todavía: la necesidad del menor gasto.

Un hotel de éstos es, además, una verdadera bolsa de actividad humana, una exposición permanente. Desde la mañana a la noche desfilan por cualquiera de estos grandes establecimientos más de seis mil personas. Durante una sesión o jornada se han celebrado miles y miles de actos humanos menos el nacimiento de un individuo, que sólo se da por cada diez millones de asistentes, uno, y eso en condiciones anormalísimas, que hacen retirar la cifra a setenta millones de individuos visitantes.

Toda la potencia económica de la cuarta parte de los asiduos no podría permitirse ni la mitad del lujo ni la octava parte de los negocios y de las relaciones que se crean en el Hotel. Los platos y la vajilla que se rompe, los disgustos con los criados, la reposición del mobiliario, los gastos de la calefacción, en fin, una colección de servicios y de beneficios sociales que no pueden lograrse por ninguno de los individuos aislados que concurren.

Todo ha cambiado.

El trabajo mismo se efectúa fuera de casa. Los "building-houses", verdaderos palacios del trabajo, oficinas federales, permiten por un módico precio tener un despacho confortable y bien servido.

¿Vivimos así, mejor o peor que antes? Hasta la fecha, mejor, porque no hemos visto todavía los inconvenientes.

Tal es lo que sucede en lejanos países. El hogar se transforma, se descentraliza a causa de una fuerza que emerge de la época y de las circunstancias de la vida.

Un ligero estudio nos permitirá observar la existencia de idéntico fenómeno en nuestra capital; aquí, como en tantas otras grandes ciudades, el hogar se resiente, digamos así, metamorfoseándose poco a poco e insensiblemente, a medida que el reloj del tiempo mueve sus agujas que son sentencias solemnes y graves para la humanidad viviente.

La vida de hogar se comienza a hacer fuera del hogar. Se vive para el teatro, para los clubs sociales, para los suntuosos hoteles, para las playas veraniegas, para los sitios de recreo.

En esos sitios los espíritus experimentan alegre expansión como si todo aquello que rodea al hombre fuera su hogar.

El rinconcito querido—el inolvidable nidito de antaño, cubierto de primores, cuajado de recuerdos imborrables—se deshace ante esta transformación de la vida.

Aquí como allá hay sus exigencias que son, también, razones. Es preciso no gastar mucho.

En casas de familia no se realizan banquetes; todos se efectúan en hoteles; en las casas pocas veces se recibe; nunca hay reuniones. Todo se hace fuera, lejos del hogar, como si se quisiera huir de él, como si fuera incorrecto e impropio.

La vida agitada y la constante preocupación de nuestros hombres han sido algo así como un buril para siluetear este fenómeno que tiende a adquirir formas precisas.

Se principia por hacer vida ambulante, se vive en la oficina, en el restaurant, en la calle, en cualquier parte, menos en el hogar.

Ahí quizá estriban las causales de la mencionada transformación.

Esta especie de hábito ha ido echando raíces hasta contaminar la familia.

Y, posiblemente, ha de aumentar con el tiempo, pues este es uno de esos fenómenos sociales que avanzan porque es una consecuencia de la época.

Para el hogar se reservan todas las tristezas, es el lugar de todas las rencillas familiares.



La ópera de Andrés Kellerman alcanzaba al fin los honores de la escena; aquella ópera que habíale costado al pobre empleado de correos veintiséis años de labor, veintiséis años de esperanzas y desengaños...

Una vida. Andrés Kellerman contaba a la sazón cuarenta y nueve. Hijo de un músico de café, de un pobre violinista que vivió y murió rascando las cuerdas de su violín en los bars de la ciudad, nació con la locura divina de la música, y él también anduvo durante su juventud con la casaca roja de los zíngaros, cantando su canción en la alegría de los cafés iluminados, en el bullicio de los hoteles, en los restaurants de los ricos.

Desde aquel tiempo, lejano ya pero nunca olvidado, cantaba en el corazón del músico sin gloria, el motivo de su ópera, de una ópera que debía ser inmortal.

¡Cuántas veces creyó haberla terminado Andrés Kellerman!

Pero siempre le parecía imperfecta. Siempre hallaba un defecto en aquella obra que habíale llenado su vida, aquellas innumerables páginas cubiertas de notas negras en las que había cristalizado los ensueños de su juventud.

Para comenzarla había tenido que abandonar su vida de músico errante; le absorbía demasiado tiempo, y aquel continuo tocar y tocar en lugares bulliciosos, fatigábale mucho.

Desempeñó varios oficios, después que hubo colgado el destemplado violín del viejo Kellerman en un ángulo de su modesta habitación.

Fué copista, maestro de música, empleado de los tribunales, corredor de anuncios... Hasta que llegó a conseguir el empleo en correos, donde se quedó. Allí, en el silencio de la noche, el ex zíngaro oía cantar su ópera, se embriagaba con su propia música, soñaba estupendas armonías... El "tic-tic" monótono de los receptores telegráficos le arrancaba de su ensueño, al amanecer, y Kellerman se iba a su casa en los arrabales, a contarle al viejo piano comprado en un remate las melodías de su delirio musical...

Así transcurrió la juventud de Andrés Kellerman.

¡Y cuán larga fué la historia de su ópera terminada! ¡Qué odisea las de las notas negras, antes de llegar al atril de los músicos de la Gran Opera!

Pero había llegado allí. La ópera del empleado de correos, del antiguo violinista de café, se estrenaba al fin.

El público, ese público heterogéneo de millonarios y estudiantes, de artistas y obreros, de costureras y nobles damas, escuchaba, atónito, el prólogo de la ópera nueva, que cantaba por la garganta de plata del tenor, una melodía extraña y sutil, suave y lejana como un rayo de luna en las montañas. Era la canción de la primavera humana, el despertar del mundo, el alba de la vida...

Nadie dijo nada. Ni un aplauso, ni un rumor...

Cantaba ahora, en las gargantas cristalinas, en las voces divinas, el dolor y la angustia de la vida; el dolor obscuro de la noche y la duda, la trágica pena de todos los hombres, la misteriosa tristeza de todas las cosas...

La gloriosa música se entraba en todas las almas. El público ya comprendía el símbolo inmortal de aquella música extraña.

El tercero y último acto fué la apoteosis del símbolo. Fué el canto triunfante del vivir, el himno de la esperanza; aquella música tenía sonoridades maravillosas; rumores de ríos y de vientos; melodías sutiles como risas de ángeles; carcajadas de cíclopes, dulzuras de madrigales, tempestades en la selva...

La ópera había triunfado. Aquella ópera poderosa, que era un canto a la gloria de la vida...

Repuesto de su emoción, llamó el público al autor, al compositor desconocido para tributarle el homenaje de su admiración.

Pero el autor no apareció.

Un hombre pobremente vestido había escuchado, estremecido, la ópera desde las alturas inquietas del paraíso, confundido entre los obreros y los estudiantes.

Al apagarse la postrera nota, cuando estallaba la ovación, el hombre huyó precipitadamente, escurriéndose entre el público.

En la puerta de la Gran Opera tomó un tranvía y media hora después se apeaba en un arrabal.

Llegó a una habitación modestísima. Un piano viejo negreaba en un ángulo; un violín pendía de un clavo.

En un lecho, agonizaba el autor de la ópera. El hombre que venía del teatro se acercó al moribundo.

—Kellerman—dijo el hombre en voz baja.

El moribundo no pudo articular una palabra.

—Tu ópera, Kellerman — repitió, — ha triunfado... es inmortal...—dijo el hombre.

El ex zíngaro comprendió. Una luz suprema brilló en sus pupilas. Después, cayó pesadamente sobre la almohada, y sus ojos se cerraron para siempre.

Héctor Pedro BLOMBERG.

Dib. de Caro.

La más bella esencia

Lo dijo ella riendo, entreabiertos los rojos labios, como herida de una cereza:—Eso es mucho, poeta; para alcanzarlo se necesita gran corazón... Y haber gustado la hiel de la vida. ¿Un beso? Sí... lo otorgaré. Pero cuando me entregues la más bella, la más sensible de las cosas del mundo.

Personificación de la Gloria, tirana y voluble, la amada sonreía para marcar la petición cruel.

Sus ojos entornados de soñadora, dejaban fluir a través de la red de pestañas, una mirada dulce, mitad amor y mitad mandamiento.

El poeta sintió en el fondo de su ser alzarse una idea con desperezas de águila que se eleva al azul.

—¿Prometes?

—¡Juro!—dijo la amada, en cuya alma femenina despertó admiración la audacia del poeta.

—Será.

Callaron ambos. En las sendas tortuosas del jardín sólo se oía el sonar de sus pasos. Las florecillas humildes del camino, se hundían sin ser vistas bajo los pies de la amada pensativa. Las flores altas, orgullosas, de los cercados, chocaban suavemente las unas con las otras a los efluvios de un viento cálido, como si se contasen sus amores viejos.



Como un recuerdo enlutado que viniera del cielo, pasó una mariposa negra ante los ojos de los amantes.

El poeta partió.

¡Felices tiempos! ¡Las almas eran buenas! Los poetas tenían poder para sacar de las aguas ondinas y náyades. Las diosas, ocultas en el rumor amoroso del bosque, despertaban gozosas para escuchar su canción. La leyenda, anciana ciega, recluida en los muros de los castillos abandonados, siempre les regalaba alguna historia hidalga y galante. Los genios, escondidos en las piedras preciosas, les sonreían y les mimaban, y por si fuera escaso tal concurso, algún eco curioso venía a completar aquellos cuchicheos con una frase oída en su carrera rápida por las ciudades y los valles.

Así sabían los trovadores entender la Natura y traducir en palabras sus encantos. ¡Felices tiempos!

Por entonces vivía mi poeta, y fué entonces cuando buscó por la tierra su esencia más bella, para ofrecerla a la amada impaciente.

No, no le faltó ayuda. Mi poeta era antiguo conocido de todas las hadas. ¡Cómo que sólo le estorbaba la carne para ser igual a ellas! ¡Tan pura era su alma! Debía haber nacido flor y nació hombre. Las hadas lo sabían.

La más joven de todas le ofreció su concurso. En la cúspide de una montaña de su reino había una flor; la flor de la Inocencia. Era sin duda, aquella, la cosa más preciada de los mundos, porque su aroma hacía eterna la juventud de las almas. Para alcanzarla era preciso, sin embargo, desprenderse de una yedra muy amarrada al corazón de los mortales: la ambición.

El poeta arrancó con energía los anhelos de gloria y cortó aquella flor con humildad. Era blanca, muy blanca, inmaculada, y con un aroma sutil, muy sutil, apenas perceptible.

El poeta la guardó en su pecho.

Otra hada, la más vieja de todas, le entregó un búcaro, en cuyo fondo bullía una cosa espiritual, invisible, que no lograba definir la vista. Era un girón de céfiro que tenía el don de ofrecer a su dueño la victoria, eterna brisa de Constancia. Para lograrla, entregó la juventud del cuerpo, y apenas tomó el búcaro en sus manos, aparecieron entre los rizos de su melena negra muchos cabellos blancos, como hilitos de manantial oculto en el césped.

¡Cuántas... qué bellas cosas llevaba a su bien amada! Las ondinas, las hadas y los genios, traían a los pies del poeta lo más maravilloso de sus reinos, y se llevaban, como cambio, lo más hondo de su alma, lo más costoso de su inteligencia, lo más gallardo de su cuerpo.

Pero el poeta, alegre con su divina carga de dones, no se arrepentía. Flores, aves y brisas simbólicas, encontrarían en la muy amada un grito de asombro y de placer en el que iría envuelto el beso que soñó. ¡Para el vate, aquel beso era lo más dulce de la tierra!

En el jardín, en primavera, el poeta ofrece a la admiración de la amada sus preciosas conquistas y cada nueva oferta es una nueva desilusión.

Ningún regalo es capaz de arrancarla un grito de entusiasmo, ni una frase de complacencia. Ante todos contesta invariablemente una sola palabra:

—Sé de algo más hermoso.

Ni la inmaculada flor de la Inocencia perpetuadora de la juventud; ni el búcaro que encierra la brisa codiciable que da la victoria; ni las piedras brillantes que traen esperanzas; ni las aves de pintado plumaje que hablan de ilusiones.

¡Nada! ¡Nada!

La amada contesta invariablemente:

—Sé de algo más hermoso.

Y cuando el poeta se declara vencido, dejando caer a lo largo del cuerpo los brazos inertes, ella, brillantes las pupilas negrísimas, entreabiertos los labios, rojos como la herida de una cereza, mostrando en su actitud la alegría radiosa de la mujer segura de que la aman, murmura:

—Ya me lo entregaste. Porque lo más hermoso, lo más sensible que existe en la tierra, poeta, "es tu corazón".

Del jardín, oreado por el viento, sube un himno de vida. Al estallido triunfante del beso, un pajarillo asustado cruza el espacio con vuelos ansiosos, curvos, ondulados... como si asaltara glorioso los aires.

Roberto BUENO.

Dib. de Arata.

Novias



Srta. María Elena Ocampo Giménez



Srta. Esperanza Martínez



Srta. María Paz



Srta. Angela Desgracia Cruz

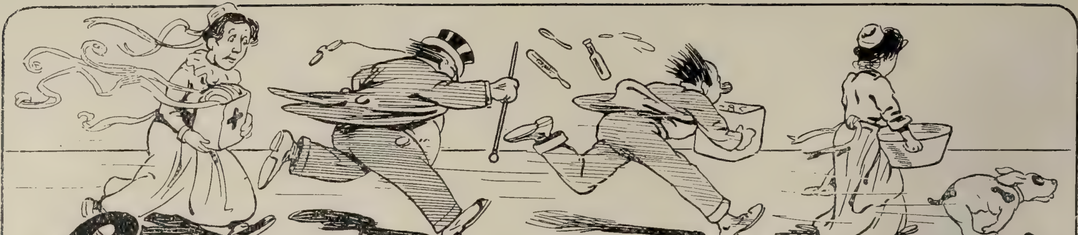


Srta. Nélida Passina



Srta. Susana Siccardi

Fot.s MERLINO



La señora está indispuesta

—¡Juana!... ¡Juana!... ¡Y no contesta!...
¡Juana!...
—¡Ya voy!... ¡Qué embromar!
—¡Pronto! ¡El agua de azahar!...
La señora está indispuesta.
—¿Qué tiene?
—Le dió un vahído.
—Pues el éter es mejor.
—Cualquier cosa.
—¿Y el señor?
—No está en casa; ya se ha ido...
¡Apúrese, que está sola!...
¿Dónde está el éter?
—Aquí...
—¡El timbre!... ¡Ya ha vuelto en sí!...
¡Déme, pronto!
—Tome, Lola...

—¡Juana!...
—¡Voy!... ¿Cómo se siente
la señora?
—No lo sé
todavía. Traigamé
un jarro de agua caliente.
¡Pronto!...
—¡Cuántos aspavientos!
¿Tan grave es la desazón?...
—Dos tohallas y algodón
para hacerle unos fomentos.
¡Ligero que está rabiosa
y si tardo va a retarme...
Que venga Rosa a ayudarme.
¡Ligerito!...
—¡Rosa!... ¡Rosa!...

—¡Juana!... ¡Un sello de aspirina!...
Tiene una jaqueca horrible.
—¿Cómo está ahora?
—Insufrible.
¡Qué genio, Virgen divina!...
—La jaqueca...
—Claro está.
—¡Es mal terrible!
—Ya sé;
pero lo peor es...
—¿Qué?
—Que la tiene... y nos la da.

—¡Juanita!... Ya estoy cansada...
—¿Cómo está?
—¡Cómo ha de estar!
No se la puede aguantar.
Ahora le dió una puntada...
—¡Ay, Dios mío, cuántas cosas!...
—¿No la oye?
—¡Cuánto grito!...
—¡Ya voy!... Déme ligerito
tres copas para ventosas...

—¡Juana!... ¡Juana!... ¡Qué cachaza!...
¿No oye que la estoy llamando?
—Sí; pero estaba...
—¡Volando!
Traiga harina de linaza.
—¿Aceite?
—¡Qué aceite! Harina.
¿Tiene ganas de embromar?
—Tome.
—Tiene que cortar
un poco de crinolina.
—¿Va a hacer cataplasmas?
—Sí;
para el asma.
—¿Para el asma?...
¡Ella sí que es cataplasma!
—Que me lo cuenten a mí.

—¡Juana!... ¡Juana!... ¡Por favor!
que Rosa parece idiota.
Le pido la creosota
y me trae el alcanfor...
—¡Voy!...
—Se me gastan las suelas
ya con tanto ir y venir.
—¿Sufre?
—Si, y hace sufrir.
Ahora le duelen las muelas.

—¡Juana!...
—¿Qué? ¿Sigue mejor?
Yo ya me empiezo a cansar...
—Vaya prontito a llamar
por teléfono al doctor.

—¡Hola!... ¡Doctor!... ¿Es usted?...
La señora está muy grave...
¿Que qué tiene?... No se sabe...
Está mal.... ¡Apuresé!...
¡Dios mío, qué hombre tan bruto!...
—¡Juana!... ¡Juana!... ¡En seguidita!
¡Un vaso, una cucharita...
—¡Voy!...
—¡Y el frasco del bismuto!...

—¡Juanita!...
—¡Qué impertinente!...
¿Qué tiene ahora?
—No sé.
Traiga una taza de te
muy cargado y muy caliente.

—¡Juana!...
—¿Acabaremos hoy?...
—¡Ligerito!...
—¡Cuánto apuro!...
—Traiga un poco de bromuro
y una copa de agua.
—¡Voy!...

—¡Juana! Tráigame...
—¡Un veneno!...
—¡Qué fastidiosa!...
—Lo es.
—¿Qué quiere?
—Un baño de piés
con mucha mostaza.
—Bueno.

—¡Juana!...
—No estoy.
—¡Por favor!...
—¿Qué quiere ahora, la luna?...
¡Si no fuera porque una
es pobre!...
—Aquí está el doctor.

—¿Ya la vió, doctor?
—La he visto.
—¿Recetó?
—No he recetado.
—¿Pero es cosa de cuidado?
—Es muy grave.
—¡Jesucristo!...
¿Y qué tenemos que hacer?
—Nada.
—¿No hay remedio?
—Sí,
pero no me incumbe a mí
aplicarlo a esa mujer.
Si ustedes le quieren dar
un palo, eso le conviene...
—¿Pero, qué es lo que ella tiene?
—Pues... ganas de fastidiar.

Julián J. BERNAT.

Dib. de Arata.

CRÓNICA de la MODA

En estos últimos quince días no ha sido posible fijar definitivamente la silueta femenina. El problema de las modas se encuentra en el mismo estado. La interrogante de hoy es igual a la de ayer.

Hemos oído decir por ahí:

En la presente temporada los sombreros se llevarán pequeños, de forma parecida a un molde de flan y adornado con un solo airón de garza o de paraíso.

Contrariamente a esta primera, hemos oído esta otra:

Los sombreros serán grandes, de ala muy alta y muy vuelta y se guarnecerán con mucha pluma dispuesta en briznas en derredor del casco y siguiendo la dirección del ala. De este modo el tocado formará una especie de aureola en torno de la cabeza, sirviéndole de marco, pero dejando las sienes y la frente al descubierto...

Tal es como marchan las cosas.

En moda nunca se encuentran dos opiniones concordantes.

Otro dilema difícil, y que también está dando lugar a grandes tenidas, es el del escote.

¿Continuará descendiendo? ¿Morirá esa moda? ¡Grave problema, por cierto!

En esto sucede lo mismo que en los sombreros: unos creen en la larga vida de los escotes y otros dicen que están en vísperas de morir.

Alguien ha hablado de la posible resurrección del cuello "Médicis" el que dará lugar a que, como complemento de tal prenda, se adopten las altas y ajustadas gargantillas de tul que aclararan por completo lo que ahora se luce con tanta prodigalidad.

En esto de los escotes, como en política, las partidarias están divididas en dos bandos diametralmente opuestos.

Las partidarias del sombrero diminuto abogan por el amplio y osado escote. En cambio, las afiliadas al bando de los sombreros grandes, optan por la modesta gargantilla Médicis.

Sería curioso—aunque nunca extrañable—que las de uno y otro bando se encarnizaran en una sorda guerra en la defensa de sus ideales. ¿Quién vencería a quién?

Y creánnos las simpáticas lectoras, que, en estas rencillas de modas, en las que sólo son hábiles las mujeres elegantes, también toman participación los hombres, pues ellos también tienen sus gustos, sus preferencias y sus inclinaciones.

¡Muchos, casi la mayoría son defensores del escote!

Un escote moderado da mucha gracia al conjunto y más aún cuando el vestido armoniza por la perfección de su modelo.

Repetimos que con los sombreros ocurrirá también algo muy original.

Y decimos esto porque las opiniones y pareceres están enteramente divididos. Y no se crea que tales divergencias dimanan del público; quienes se muestran más "encontrados" son los modistos.

Esas divergencias comienzan a trascender presagiando una batalla muy bonita, pues siempre resulta agradable una lucha en la que no se derrama sangre, sino cintas, plumas y formas más o menos graciosas.



Preciosa "toilette" en seda crema, guarnecida con flores y encajes

Parece que en la presente estacion se usarán mucho las lanas cover-coat, homespum, heriots, diagonales, escoceses, etc.

Actualmente predominan las chaquetas diferentes de las faldas; las hay muy largas que se llevan con un elegante chaleco. El gran chic consiste en ponerse con una chaqueta de terciopelo negro, un chaleco de armiño o seda brochée, pompadour o rayado, pero de un tono apagado.

Las modas de las chaquetas se extiende cada vez más; algunas de ellas se abrochan adelante, muy arriba y con un solo botón.

Otras, en cambio, son rectas y sin más adorno que un cuello "chale" y a veces un bolsillo, y casi siempre de un género distinto al de la falda.

El tul que se llevó tanto sobre los vestidos reina ahora en los sombreros. Mezclado con el terciopelo forma un bonito conjunto.

Los anchos cinturones negros continúan llevándose, consiguiendo efectos muy bonitos cuando se combinan con los trajes blancos.

Estos cinturones, combinados con maestría y cuidado, producen un efecto gracioso y que no deja de presentar sus encantos.

*
* *

Como siempre la moda ha impuesto nuevos modelos, de los cuales trataremos de dar una breve reseña, empezando por un encantador traje de linón.

Este se compone de seis volantes de linón con adornos de encaje antiguo, colocados sobre un fondo de liberty blanco. Estos volantes fruncidos, y un poco más cortos en la parte delantera, dan a la silueta el cachet de la moda y el toque característico de la pollera estrecha y fina.

El corsage es muy sencillo y está adornado de "broderie" antigua, mezclada al encaje. El cin-

turón es de seda clara, atado en un moño original en la espalda. El sombrero, de encaje Chantilly, adornado de terciopelo y aigrettes maravillosas, es todo un poema de gracia y de chic.

Hay también trajes de liberty blanco, polleras estrechas, sueltas, que se fruncen enderredor para dar la amplitud requerida.

El corsage, muy chic es de muselina clara con un cinturón de terciopelo mordoré.

Las mangas son largas, y con bocamangas del mismo terciopelo. El descote se abre en forma de fichú cruzado y con un volante en la parte anterior. Un adorno de cabouchones de marnl da a la pollera un toque original.

Un casquito de terciopelo mordoré adornado con plumas de aves del paraíso, completa el conjunto.

También se ha admirado mucho una toilette de satén blanco con tres volantes de muselina, fruncidos que contornean la pollera, y los tres volantes sueltos, le comunican la gracia ligera de los trajes de bailarinas.

El corsage es también de muselina, igualmente adornado de un volante doble que forma un nuevo cuello Médicis, de un efecto singular. El cinturón es de terciopelo obscuro. El sombrero que completa la toilette es de paja, con aigrette.

Estos tres trajes necesitan telas muy livianas, como ser: sedas, muselinas, tules y linones.

Hay otras toilettes más fantásticas aún, hechas con muselinas uniformes, bordadas y hasta pintadas. ¡Toda una maravilla! La pollera lleva varios volantes superpuestos, de los cuales el primero es amplio y un poquito fruncido en la cintura. El segundo volante, de ruedo de encajes, es de muselina color malva sobre fondo de seda rosada, con lo cual se consiguen clarores atenuados de gran efecto.

El último tiene festones de satén color malva, sobre un viso de encaje, y cuyos dibujos se entrevén bajo el fino tejido. Este volante de muselina, está adornado en la parte anterior con un ramo de flores pintadas de color azul violáceo. La cintura es de satén, con un gran nudo. El corsage se anuda en el pecho, y es de muselina bordada con bieses color malva. La guimpe es de tules.

Las mangas son cortas con altos volantes de muselina. Completa la toilette un sombrero de encaje Chantilly sobre fondo de terciopelo obscuro coronado por las plumas soberbias de un pájaro del paraíso.

Esta toilette, de líneas sencillas, presenta en todos sus detalles un exquisito refinamiento, y son precisamente esta sencillez, esta línea, tan simple, realzada por detalles imprevistos, estos tejidos de flexibilidades admirables y colores delicados, las características de la moda.

Una armonía muy dulce emana de tales conjuntos, que parecen misiones ideales o inspiraciones de artistas.

Este año el París elegante ha presentado toilettes muy lindas; como ser: el traje de seda de túnica bordada, destacándose sobre un fondo de tul claro. Esta túnica lleva un alto volante de seda, plisada.

El viso de la pollera es de pálido satén rosado.

Otro traje más: sobre un vestido de satén obscuro, drapeado de manera original, se pone una blusa de encaje adornada por galones y perlas, formando un gran adorno en el corsage.

Estas chaquetas han obtenido un gran éxito; siendo de una gran elegancia sobre los conjuntos obscuros.

El sombrero de terciopelo negro, de ala levantada en un costado, tiene por adorno un manojo de plumas de avestruz, dispuestas en forma de pompones ligeros.

El conjunto se completa con una sombrilla de satén negro, amplio y con volantes.

Después de la enumeración de toilettes tan graciosas, he aquí un deshabillé muy nuevo y elegante:

Es una amplia túnica de satén color naranja, con mangas anchas y cortas, adornadas por un volante de encaje.

Este conjunto se cubre con un "kimono" de larga cola y sin mangas, sujeto en la cintura y abierto por delante.

Es de brocado blanco con adornos de plata. Las aberturas que corresponden a las mangas, se cierran sobre los hombros de una manera original.

La túnica de debajo se sujeta en la cintura por medio de un cinturón de grandes lazadas de satén anaranjado y con dos borlas de plata. No hay nada más elegante que este deshabillé.



Preciosos vestidos en "charmeuse" negro y encaje crema bordado

Se puede reemplazar el kimono de brocado por una túnica de encaje sobre un viso vaporoso de seda rosada, sujeta a la cintura.

Para terminar diremos a nuestras lectoras que ahora se usa mucho la boina, entre las mujeres que practican algún sport. No lleva adorno ninguno y puede armonizarse con el color de todas las cabelleras.

* * *

Con la entrada de la primavera—la hermosa estación de las flores y la vida, al decir del poeta—los escaparates de las casas de comercio se pueblan de novedades.

Y entre las altas novedades que se exhiben para despertar la codicia de las bellas, sobresalen hermosas y elegantes sombrillas que hacen detener a las señoras.

Es la sombrilla un indispensable complemento de la indumentaria femenina, es algo que no debe faltar a ninguna señora y menos aún cuando están de rigurosa moda.

Y las sombrillas que nos brinda la moda actual tienen un corte — pedimos disculpas por la aplicación del vocablo—gracioso que hace juego con el color de la tela, presentando un conjunto con ciertos ribetes de encanto.

Estos artefactos vistosos no tienen mayor utilidad. La sombrilla constituye el ''manchón''; es un aditamento indispensable para el airoso empleo de las manos.

No importa que el día aparezca seminublado, o el paraje esté a cubierto de los rayos solares... siempre hay motivos para usarlas.

¿Qué hacer sin sombrilla? Y nunca falta pretexto para llevarla; el resplandor, el sol, la necesidad de cruzar una bocacalle...

Este año, pues, como todos los anteriores, tendremos oportunidad de presenciar el largo e interminable desfile de señoras y sombrillas.



Elegante vestido en terciopelo, seda pekiné y satén ''uni'' negro

Los ''plaids'' escoceses que forman, por así decirlo, las divisas suntuosas de las viejas y rancias familias de la tierra encantada de Robinhood, ha tenido su reciente participación en la moda.

Todo el mundo conoce los paños espesos, cuadriculados en diversos colores, algunos contrastantes, otros más armónicos, sobre los cuales Mak Twain escribió una de sus más regocijantes historias.

Ellos son las divisas de los ''clanes''; clanes de ''Mac Leod'' de ''Douglos'', de ''Bruce'' de Mackay, etc.

Con estos paños se hacen vestidos y adornos para trajes de muy buen efecto. Los más usados son los ''plaids'' de los clanes ya nombrados: el de los Douglas, donde se mezclan artísticamente coloraciones azules y verdes; el de los Mac Leods, color azul marino y blanco, el de los Mackays, auri-rojos, que se usan más que para hacer el cuerpo de los vestidos, como adornos de éstos.

Sus cuadritos de colores armonizantes, son de muy buen efecto sobre una solapa, formando un cinturón para caer luego en una gran lazada que termina en una borla.

También cuenta con grandes adeptos el paño de los Bruces, una atrevida combinación de rojo y verde, que usado con cierta mesura a pesar del contraste de ambos colores, pueden producir una sensación de armonía.

Pero no se limita a esto la influencia de los gustos nórdicos en la moda, latina, meridional. A más de los fuertes paños que revuelan alrededor de las rodillas desnudas de los ''highlanders'' en una feria de colores brillantes y hasta chillones, también se usa el Tam o Shanter, especie de boina lanuda amplia, con una borla en el centro o adornada por una pluma.

El conocido diario ''Excelsior'', de París, ha dirigido a conocidas personas del mundo literario y artístico, la siguiente pregunta:

''¿Cuál es la moda que, dentro de cien años, representará para nuestra época, es decir de 1880 a nuestros días, el papel que los paños y la crinolina representan para el siglo XVIII y el segundo imperio, respectivamente?''

Esta encuesta ha dado ocasión para conocer variadas e interesantes opiniones sobre el particular, todas argumentadas en forma muy razonable.

La princesa Lucien Murat, mujer de mundo y muy celebrada como pintora de nota, ha contestado de esta manera: ''Las últimas revelaciones de este arte, en su forma de bailes rusos, han hecho una profunda impresión en nuestro espíritu, que modificando, poco a poco, nuestra manera de ver y nuestro carácter, han orientado nuestro gusto hacia esas direcciones completamente nuevas y de seductora originalidad.

''Es lo que verán nuestros descendientes, y exagerando la nota nos presentarán en los trajes, un poco fantásticos, que los espectáculos orientales nos han inspirado.''

La baronesa Aymery de Gienebourg—más conocida por el pseudónimo de Claude Ferval, después de una larga serie de atinadas consideraciones dice así:

"Perdurará la falda trabada, con el sombrero muy grande. Nuestros nietos hablarán de sus abuelos irreverentemente; los creerán un poco locos por haber encerrado sus piernas en un pequeño círculo muy estrecho y llevado en sus cabezas, para parecerse más a los hongos, unos inmensos armatostes."



Bolsa de mano, alta novedad

En cambio el pintor ruso M León Bakst habla francamente diciendo:

"El traje "tailleur" es el que subsiste a través de las múltiples transformaciones de nuestra moda. Pero yo me refiero al más masculinizado, porque me parece que este acercamiento del traje masculino al femenino es la idea más interesante de los modistos modernos. Preveo una pronta asimilación y creo que la vestidura de ambos sexos será, más adelante, muy singular. Este acercamiento, esta fusión, está ayudado por el deporte. Y será esto lo que llamará la atención de nuestros descendientes."

M. Andre de Fouquieres, quizá el árbitro más autorizado en cuestiones de elegancia, contestó así:

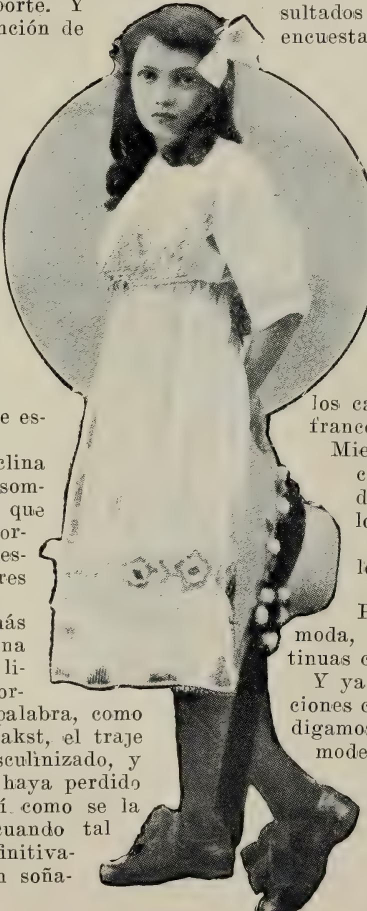
"La pollera trabada, que dá a la mujer moderna una silueta esbelta y flexible, bajo un gran sombrero, será la típica de nuestro tiempo. Es la única moda verdaderamente novedosa que hemos visto—agrega.—Todas las otras invenciones, ya sean persas, chinas o indúes, derivan de otro arte y no pueden jamás ser un símbolo.

"¿Qué conclusiones sacamos de este conjunto de respuestas?

"Parece que la mayoría se inclina a favor de la falda estrecha y el sombrero grande; nosotros creemos, que en el año 2013 los modistos del porvenir vestirán así a las artistas destinadas a representar a las mujeres de la actualidad.

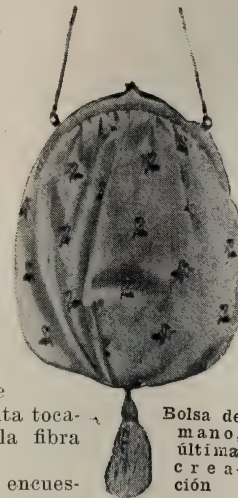
"Más activas, más libres, más deportivas, han querido tener una indumentaria flexible, ajustada y ligera sin inútiles adornos ni deformación de sus líneas; en una palabra, como lo dice apropiadamente León Bakst, el traje de nuestras jóvenes se ha masculinizado, y añadamos, sin que hasta ahora haya perdido nada de su elegancia. Y es así como se la imaginarán más adelante... cuando tal vez la mujer haya adoptado definitivamente la chaqueta y el pantalón soñados por las sufragistas."

En tan interesante encuesta han tomado parte Mme. Alphonse Daudet, Mme. Armande de Polignac Chabannes, Mme. Rachilde, Claude Lowey, Gladys Maxhauce, Jules Bois, Antonio de Gándra, etc., etc. Todos tienen distintos pareceres y todos opinan con un convencimiento tal que se deja traslucir a través de las opiniones vertidas. Pero con todo este bagaje no se vá a ninguna parte, o mucho nos equivocamos.



Vestido de niña en crespón de China azul celeste, con volante y "fichú" de encaje y guirnalda de rosas

Entre las contestaciones más originales figura la de M. Coppielo que dice que desaparecerán todas las exigencias de la moda persa y las fantasías orientales y sólo "quedará lo más característico de nuestro gusto, es decir, la moda deliciosa de 1900 y 1901".



Bolsa de mano, última creación

El periódico parisién "Excelsior" puede estar satisfecho de la revolución originada por su pregunta, en el mundo del arte y la moda.

¿Y cómo no había de ser así, cuando la preguntita tocaba, a muchas personas, la fibra más delicada y sensible?

Sin embargo, con la tal encuesta, no se ha podido arribar a nada concreto, pues todo se ha reducido a la publicación de las contestaciones.

Si se quiere hacer algo práctico y de resultados positivos, lo mejor es abrir una encuesta, por el estilo de la iniciada por "Excelsior" pero que, a la par que encuesta, sea un plesbicito. De esta manera se iría muy lejos. Por de pronto, y como más inmediata consecuencia, se sabría, o mejor dicho, se conocerían los gustos de la mayoría de las señoras.

Quizá de esta manera se lograrían evitar disgustos.

Y decimos esto porque entonces las continuas cambiantes de la moda estarían de acuerdo con la opinión de la mayoría, y no supeditadas a los caprichos de unos cuantos modistos franceses.

Mientras no se recurra a tan fácil recurso la moda continuará sorprendiendo al mundo elegante, tal cual lo ha hecho hasta ahora.

Y no se crea que somos nosotros los únicos sorprendidos.

En el seno del mismo París, del París elegante, fino y amigo de la moda, causan profunda sorpresa las continuas cambiantes de la moda.

Y ya que hablamos de las transformaciones continuas de la moda, bueno es que digamos algo—muy poco—de los últimos modelos para bolsas de mano, con los que engalanamos esta página.

Se trata de dos modelos muy prácticos y sobre todo pequeños.

Aquellas bolsas de descomunal tamaño que constituyeron la risa de cuantos las vieron tienden a desaparecer, o mejor dicho han desaparecido ya.

Creemos—y lo manifestamos con toda sinceridad—que las bolsas de mano están llamadas a experimentar grandes y fundamentales transformaciones.

Los mismos cronistas parisienses tienen formada una idea muy pesimista acerca de la continuidad de estas carteras.

Carmen **AGUIRRE.**

¡Primavera hermosa!..



—¡Los pajarillos se persiguen entre la fronda!
—¡Es la primavera!



—El gato salta al aparador y... voltea un reloj.
—¡Es la primavera!



—¡Mi marido está de un humor!... Creo que haría bien en tomar un purgante...
—¡Es la primavera!



—Quiero que me compres un sombrero y un vestido de media estación, porque como comprenderás...
—¡Es la primavera!



—El nene tiene la escarlatina; a menos que no sea el sarampión.
—¡Es la primavera!



—¿Mi hijo? Pues le diré, tiene diez y siete años, quiere casarse, ser generoso, ser grande... se siente brioso...
—¡Es la primavera!



—Yo quisiera ahora, una casita blanca... un nidito a una hora de la capital...
—¡Es la primavera!



—Acabo de echar a la sirvienta... Tiene demasiados primos.
—¡Es la primavera!



—Cobros de alquiler, caseros irascibles al extremo.
—¡Es la primavera!



—Vivas al intendente, loas en su honor, ¡cómo se le quiere!
—¡Es la primavera!



—Bochinches en el congreso, recrudecimiento de la racha de suicidios. ¡Inundaciones!
—¡Es la primavera!



(El, 80 años; ella, 60 años.)
El.—¿Ha llegado la primavera?
Ella.—Así dicen...

PUNTOS Y COMAS

—¡Rayos, truenos, terremotos,
erupciones, temporales,
vientos fuertes, vidrios rotos,
incendios... y fieros males!...
—¿Está usté haciendo un dramón?—
me dice el señor Vigil—
—¡No! ¡Leo una predicción
del amigo Martín Gil!

* * *

En una revista de carácter pedagógico, que publican las maestras normales de una de las provincias del norte, se lee una sección destinada a traducir las locuciones latinas más vulgarizadas.

Así, por ejemplo, aparecen las de "Dura lex, sed lex", "Quod scripsi, scripsi", Aquila non capit muscas" y otras transcriptas con más o menos errores. Pero lo gracioso es que entre los latinajos figura la expresión "Bon vivant", interpretada en el sentido de "Hombre de buen humor".

Y si caprichosa y convencional es la traducción, también es capricho—inexplicable en maestras normales—dar por locución latina una frase puramente francesa.

Y aunque, de fijo, en el Lacio
hubo más de un "bon vivant",
hay que proceder despacio,
pues no es la lengua de Horacio
la de Guy de Maupassant.

* * *

Dice un suelto telegráfico:

"Rivadavia.—El veterinario de la localidad ha dirigido un extenso telegrama a la dirección de salubridad, poniendo en su conocimiento el desarrollo alarmante que adquiere en esta zona la fiebre aftosa y el indiferentismo de las autoridades municipales, las que, a pesar de su denuncia, no han adoptado ninguna medida para evitar la propagación de la epidemia."

¡Qué ocurrencias raras tienen los veterinarios! ¿No saben que las intendencias de campaña no tienen nada que ver con la aftosa? ¿Que se enferman las vacas? ¡Que vayan al hospital!

* * *

El ministro Mujica piensa realizar una jira por todas las zonas invadidas por la langosta para darse cuenta personalmente de los trabajos que realiza la Defensa Agrícola contra la propagación del molesto acridio.

Los referidos trabajos, por ahora, parece que van bien dirigidos y de ellos se espera un buen resultado; pero el ministro de agricultura estima necesaria su presencia en los campos invadidos.

Perfectamente se explica
que se vaya, por la posta,
a combatir la langosta
el buen ministro Mujica.

Sin duda, él piensa: "—¡Yo acabo
con esa calamidad,
pues siempre ha sido verdad
que un clavo saca otro clavo!"

* * *

Una revista extranjera publica una receta "para resucitar los peces". Consiste en una operación minuciosa y delicada, que suele hacerse con éxito, sobre todo con las langostas.

El hecho es consolador, pues si bien el descubrimiento afecta únicamente a los peces, es de esperar que se extienda su aplicación a otros animales y acabe por servir también a la humanidad, adelantando los acontecimientos anunciados para el día del juicio.

Si antes del juicio final
se aplica remedio tal
al hombre, el Supremo Juez
dirá al inventor: —¡Buen pez!
¡Me has hecho quedar muy mal!

* * *

Del estudio de las ordenanzas de impuestos municipales no se ha sacado nada en limpio, no se ha llegado a nada concreto y ventajoso para el pueblo.

No sería difícil, tampoco, que la enorme carga sea aumentada con alguna nueva ordenanza.

Presupuestos edilicios
dan siempre los mismos frutos:
ahorros en los servicios
y aumentos en los tributos.

* * *

La señorita E. Drouot, encantadora socia de la Liga Nacional Aérea de Francia, ha compuesto un delicado poema, en verso, titulado "Les ailes triomphantes", al que ha puesto música Mr. L. A. Droceas, también aficionado a la aviación.

Desconocemos las disposiciones poéticas de Mlle. Drouot y los méritos musicales de Mr. Droceas, pero, desde luego, nos inclinamos a creer que ambos "han rayado a gran altura" en sus labores respectivas.

Con el natural anhelo,
de ensalzar la aviación,
el poema será un modelo
de "elevada" inspiración.

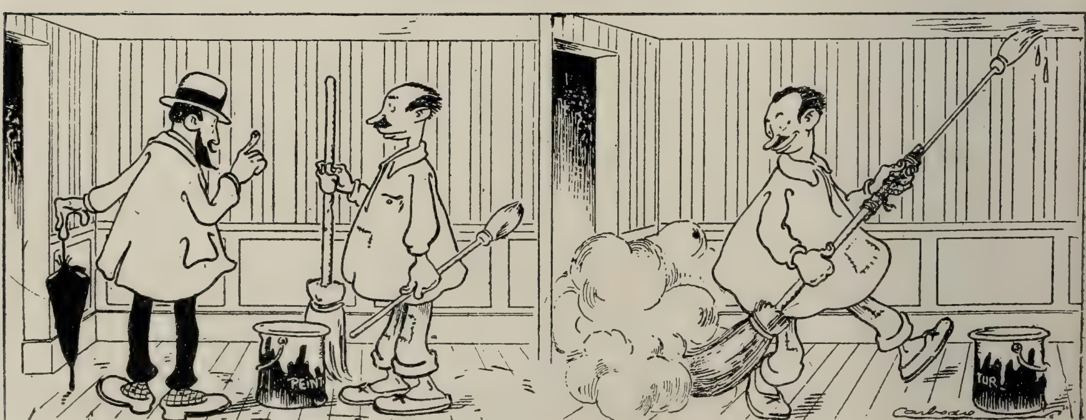
* * *

Dicen de Sevilla que durante la sesión celebrada en el ayuntamiento de Pedroso, pueblo de la provincia, el hijo del alcalde hizo un disparo de arma de fuego al concejal doctor Gallego, jefe de los liberales de la localidad, dándole muerte.

El móvil del crimen es la divergencia política existente entre los partidos de la localidad.

¡En todas partes se cuecen habas!

El pintor ingenioso



—Apúrece a pintar el techo; luego tendrá que barrer el piso.

—¿Para qué apurarme? Voy a hacerlo todo junto.





Kola-Cardinette



El JAVOL es un compuesto de extractos de plantas vegetales y ''Naftalan'' el célebre remedio cutáneo de la ''Fuente Sagrada'' del Cáucaso. Por esta feliz combinación se consigue no solamente evitar la caída de los cabellos, la extirpación de la caspa, sino el crecimiento de los cabellos en manera sedosa, ondulada y exuberante. Es de rico perfume.

Cada frasco lleva un paquete de JAVOL-SHAMPU para lavar la cabeza. Frascos de $ 2.—, 3.50 y 5.—.

DE VENTA EN FARMACIAS Y PERFUMERIAS

Concesionarios: ARTURO O. DIESEL y Cía., Reconquista N.° 459, Buenos Aires

La poesía del ruido

—¡Mozo... mozo... mozo!—grité yo tres veces en "crescendo" y golpeando sobre el mármol de mi velador.

—¡Esto es ensordecedor!—continuaba furioso. —¡Es imposible entenderse en medio de esta batahola!

Y, en efecto, frente a este café, situado en el centro de París, el ruido era formidable.



Sin embargo, el camarero se acercó al fin, y pude pedirle una consumación.

Mi vecino de mesa, hasta entonces ensimismado en la lectura, dejó su diario y volviéndose hacia mí, me observó, a través de sus anteojos. Después se inclinó, para decirme:

—Me ha parecido comprender, caballero, que se quejaba usted del ruido de la calle.

Yo tuve un gesto elocuente.

—¡Ah, caballero!—prorrumpió él.—¡No blasfeme usted! El ruido de todos esos vehículos es una música deliciosa. Es su alma, su personalidad, sin la cual su movimiento sería la sorda representación de un frío cinematógrafo. Una música deliciosa ¡sí! Sólo que es necesario comprenderla.

Después de esto, levantó los ojos al cielo, y murmuró:

—¡Ah! ¿Quién cantará la grandeza, la majestad, la poesía del ruido?

—¡Ahora caigo!—me dije.—¡Ese es uno de tantos a quienes ha vuelto locos la música moderna!

El barullo, en efecto, tenía semejanza con las disonancias que suelen oirse en determinados conciertos.

Yo iba, para confirmar mi suposición, a poner la cuestión sobre el tapete.

Un sonido agudo, chillón como el maullido de un gato desesperado, vino a herirme el tímpano.

Era uno de esos frenos innobles, llamados frenos Lemoine, de que van provistos algunos carros de transporte.

Miré a mi vecino, que sonreía beatíficamente, con los ojos entornados.

—¡Oh!—murmuró—¡Ruido, ruido delicioso... qué de cosas en tí!... ¡Veamos!—continó, dirigiéndose a mí.—Esta clase de sonidos ¿no evoca en usted algo agradable y dulce? ¿Los gorjeos de una golondrina, por ejemplo, el silbido de un mirlo, el canto de una alondra o quizá todo ello a la vez?... ¿No? ¡Me deja usted sorprendido!



—¿Y eso?—dije yo irónicamente, señalando una hilera de autobus que seguían a toda marcha, armando un ruido atronador.

Inclinó la cabeza, escuchó, buscando, evidentemente, el sentido de esa música infernal.

—¡Lo entiendo muy bien! Eso imita—si no me equivoco—el ronquido feliz de un gato que se roza... ¿Oye usted? Rron... Rron... esas notas sordas y bajas cuya amplitud se denota pasándole la mano por el lomo al gracioso animal.

Luego continuó, explicándome sus sensaciones.

La explosión de un pneumático le hacía el efecto de un corcho que salta de una botella de Champagne.

El ruido de los automóviles un ligero aleteo de moscas.

El escape de vapor de un tranvía, chasquido de besos.

Las llamadas del motorman, un lejano ruido de campanas.



El relincho de un caballo, el llanto de un recién nacido.

En cuanto a los vendedores de diarios, voceando a grito pelado, opinaba que les faltaban pulmones.

Al murmullo incesante de las conversaciones le hallaba el socorrido símil de las aguas murmuradoras del arroyo.

Cuando oía gritos entrecortados o voces destempladas, se empeñaba en que era exacta su semejanza con el cacareo de la gallina que acaba de poner un huevo.

Su feliz imaginación, o su extremada chifladura, convertía los ruidos más molestos y ásperos en deliciosos sonidos de significación poética, ya de una belleza apacible, ya de una sublimidad aterradora.

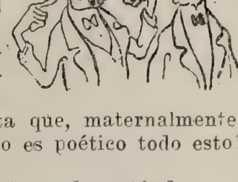


El suave rumor de la brisa, el fragor del trueno, el murmullo de la fuente, la erupción de un volcán, el balido del cordero, el mugido del toro, todo, indistintamente, llegaba a su oído por sugestión de una semejanza, casi siempre tan remota, que más parecía antítesis.

Y lo peor no era que él estuviese convencido de la semejanza de los ruidos callejeros con los sonidos que él imaginaba, sino que se esforzaba por convencer a su interlocutor.

Insistió el hombre con nuevos ejemplos, demostrando poseer una imaginación verdaderamente extraordinaria para establecer las más absurdas comparaciones entre los ruídos diferentes que se percibían en aquellos momentos.

Empezaba a aburrirme soberanamente con semejante interpretación de los sonidos. Grité de nuevo, llamando al camarero, pero mi voz fué apagada por un desfile de autos, que iban abriéndose paso a fuerza de bocina.



En este momento, mi vecino me agarró por el brazo.

—Chut!—me dijo.—Cierre usted los ojos y escuche. ¿No se cree usted en plena campaña? ¡Esa pata que, maternalmente, llama a sus patitos!.. ¿No es poético todo esto? jeros?

—¡Pero, señor!—exclamé yo, levantándome.—¿Está usted en su cabal juicio, para encontrar poesía en esos ruidos callejeros?

—¿Dice usted?...

Le repetí mi pregunta y me replicó:

—Haga usted el favor de hablar más alto, caballero, pues debo confesárselo a usted... ¡Yo soy muy duro de oído!

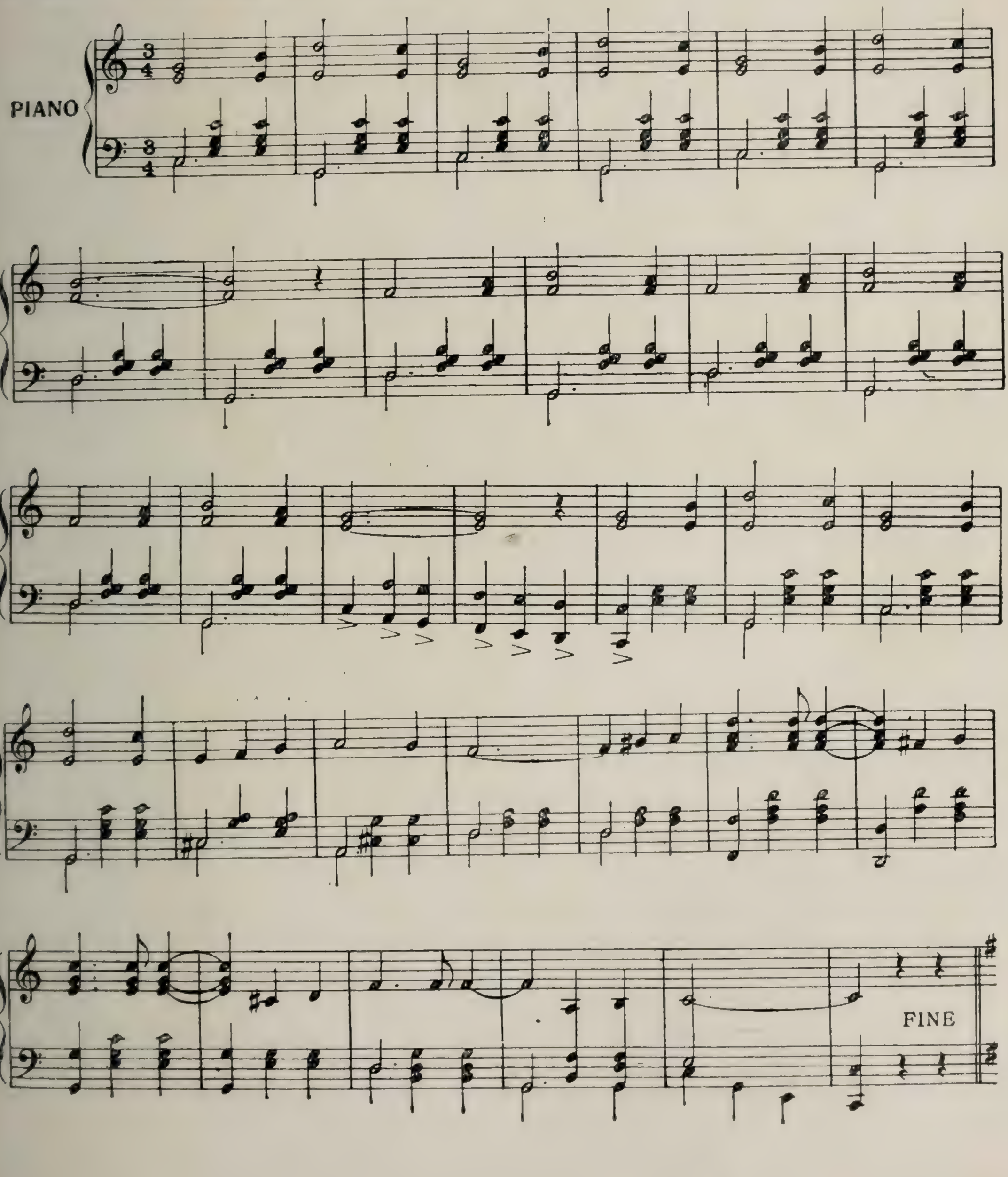
Etienne **JOLICLER.**

Album musical de "El Hogar"



VALS

HECTOR LÓPEZ OSORNIO





Au bord de la rivière

Dos lindas chicas conversan, apoyadas en la baranda que da al río de su "villa" del Tigre.

¿De que hablarán?

¿Se referirán secretos de sus respectivos "pizcoiros"?

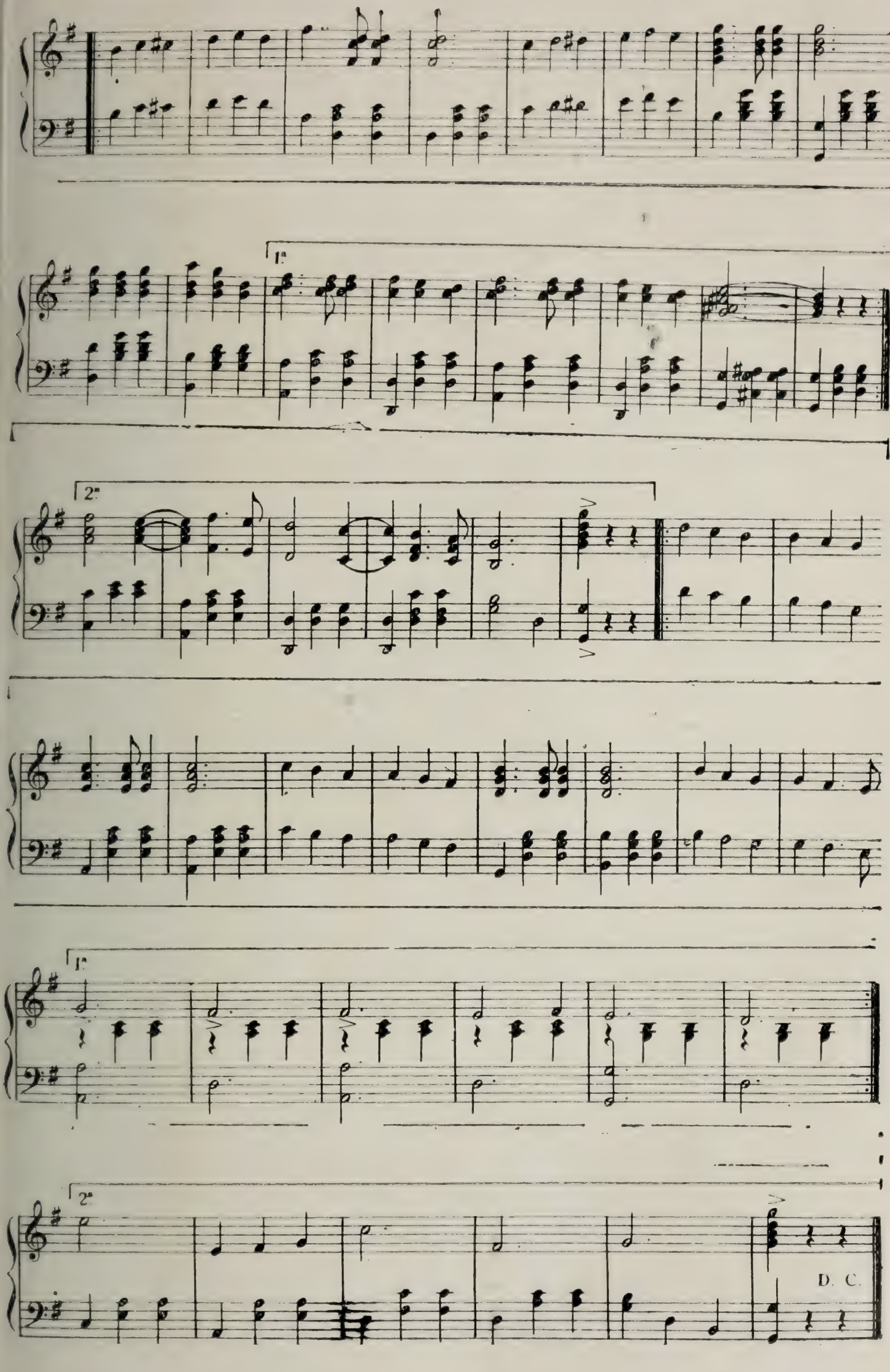
¿Harán crónica retrospectiva, sobre los dramas que han tenido por teatro aquel encantador pedazo de tierra porteña?

¿Formularán proyectos para la próxima época veraniega, que el adusto y áspero invierno se empeña en retardar?

Nada de eso.

Hablan sencillamente de su toilette a que presta un singular encanto el uso abundante del delicioso Jabón Reuter, merced a cuyas cualidades higiénicas y reconstituyentes, aumenta cada día el prestigio ideal de su fina y aristocrática hermosura.

¡Quién fuera Jabón Reuter!


1ª
2ª
1ª
2ª
D. C.

Labores Femeniles

Con la delicada y hermosa labor del bordado en seda, fuente inagotable de bellezas que encierra entremezcladas en sus diminutas puntadas la inspiración delicada del arte de las manos femeninas, ofrecemos a nuestras gentiles lectoras un pequeño automóvil bordado en seda imitación pintura. Su formato tiene un largo total de cuarenta y cinco centímetros por veinte de ancho; la tela empleada para su bordado es el raso especial para bordar, en color crema paja; sus motivos principales son varias ramas de orquídeas encerradas en un pequeño marco bordado en oro de fantasía.



Mantel de bóveda de broderie y encaje

Las ramas de orquídeas son bordadas con seda marca "La Encajera" en los siguientes tonos: 121 al 127 como tono de base matizando con los tonos 351 al 354; para los pimpollos se emplearán los tonos más claros; como las orquídeas son varias y colocadas en distintas posiciones, bordando siempre con las mismas sedas según su posición y según la luz que ellas reciban; se emplearán para su bordado los tonos más claros o más obscuros para obtener un efecto de mayor naturalidad.

La orquídea es una flor sumamente conocida en todos sus colores y es por lo tanto sumamente fácil bordarla con los colores que dejamos anotados, siendo los más corrientes.

Las hojas en su bordado merecen tanta o mayor atención cuanto necesita la flor, por su forma y por sus posiciones que necesitan una buena como difícil combinación en los matices de la seda para llegar a obtener un buen colorido.



Automóvil bordado en seda

Para las hojas se emplearán los tonos verde número 181 al 190 como base y se matizará con los tonos números 164 al 168, 172 al 175, 141 al 147 y 132 al 135; estos tonos deben ser muy bien matizados buscando los efectos naturales que ofrecen dichas hojas en sus diferentes posiciones.

Un buen matiz en una flor o en una hoja constituye el mérito principal de todo el bordado, como lo es también la dirección de la puntada que da la vida y hace resaltar la parte que más debe predominar en el bordado sobre cualquier motivo que se borde.

Teniendo en cuenta todos estos datos y estudiando con un poco de paciencia el dibujo, muy fácilmente se llega a producir buenas obras que podrán merecer el título de pequeñas obras de arte y que serán indudablemente un buen estímulo para nuestras futuras bordadoras.

Todo el ornato es bordado o más bien dicho, es ejecutado con un cordonet que imita al gusanillo brillante briscado y liso opaco y este solamente hay que aplicarlo sobre el dibujo sujetándolo con puntadas escondidas con seda color oro y hará todo el efecto que el bordado con gusanillo de oro.

Entre el referido ornato hay bordadas unas pequeñas ramitas de jazmines con seda en tonos crema claros sombreados con los primeros tonos de la escala 11 y 12; en su centro llevan aplicada una lentejuela de fantasía muy pequeña; los troncos y las hojas bordadas con seda verde.

Una vez concluído el bordado, en nuestras principales casas del ramo puede adquirirse la armazón con sus focos eléctricos y toma-corriente como también en las mismas puede hacerse armar tal cual el grabado.

Dos bonitos manteles para bóveda son los que completan nuestra página de labores; uno de ellos es efectuado en uno de los más novedosos estilos lencería en combinación con la broderie simple y la broderie veneciana, encaje reticella, encaje guipure de Aubri y Cluny.

Es una delicada pieza que se distingue por su ingeniosa combinación y por su modelo que se destaca completamente de la generalidad de sus congéneres; ambas broderies están bordadas con una perfección que hace notar la habilidad de su ejecutor en este artículo de bordado, tan bonito como delicado por la suavidad del dibujo; en el centro lleva un mono-

EL SALVADOR DE LA VIDA



Al bueno de don Cipriano
le salió en el cuello un grano.



A un médico fué a ver
quien le cortó sin temer.



Y antes de cumplir el mes
el grano salió otra vez.



Desesperado por esto,
meditaba un fin funesto.

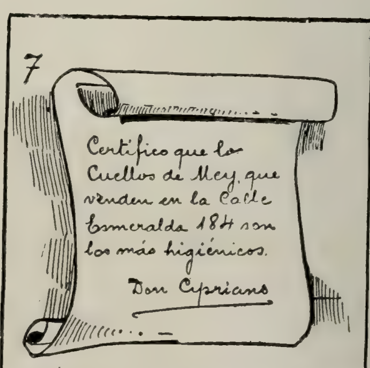


Ya tenía el arma lista,
pero el remedio a la vista.



Una docena Cuellos "Mey" compró
que 90 centavos le costó.

Y en cuantos éstos usó,
el grano se le curó.



Y escribió un certificado
con entusiasmo y agrado.

grama ejecutado también en broderie que hace resaltar el conjunto delicado de los encajes.

Los dos grandes motivos son de encajes guipure de Aubri; los cuatro motivos cuadrados son de reticella y la puntilla que lleva como conclusión es de encaje Cluny.

Recomendamos especialmente este estilo de manteles para bóvedas por ser el más práctico, el más novedoso y el más económico.

Todos los materiales se hallan en venta en las principales casas del ramo.

El otro mantel es bordado en oro sobre terciopelo negro; es una artística pieza por la perfección admirable de su bordado; todo el ornato principal es bordado con gusanillo de oro briscado, brillante y liso mate; los puntos de fantasía con hilo de oro diamante; las orquídeas y las rosas con hilos de oro liso; las espigas con gusanillo de oro e hilo de oro de fantasía; en sus ondas lleva un fleco de oro de ocho centímetros de ancho.



Mantel de bóveda bordado en oro sobre terciopelo

Esta labor, además de ser muy bonita, tiene la particularidad —casi diríamos, la ventaja,—de ser fácil.

Solamente requiere un poco de dedicación, cosa que casi estaría demás decir, desde el momento que casi todas la requieren.

Y decimos esto porque, ¿cuál es la labor femenina que no demanda estudio, dedicación y tiempo?

Esto, mejor que nosotros, lo saben las simpáticas lectoras de El Hogar.

Además, se debe tener cuidado en la elección del material. No nos cansaremos de recomendar mucho tacto en la cuestión compra y, sobre todo, en la elección de los tonos.

Para el pequeño automóvil —del que nos ocupamos al principio de la crónica—es preciso tener cuidado en la puntada, desde el momento que en ella estriba el éxito del trabajo.

Es preciso no echar en olvido estas ligerísimas indicaciones.

Rosa ASPLANATO.

Arte fotográfico, por Garro



Inesita Anchorena Cobos



Tesorito Garrido



Acuerdo de bellezas

En el ángulo de un pequeño salón, se han reunido las primeras bellezas del baile y acompañando la charla con una taza de aromático té, discuten un asunto de sumo interés femenino.

Se trata del cabello.

Una tiene la cabellera negra, la otra castaña y la otra rubia.

—El pelo corto, es detestable—dice una. —Las mujeres de melenita, me hacen el efecto de saltimbanquis o *ecuyères*. No puedo hacerme a la idea, de que una señora o una señorita bien, se despoje voluntariamente de uno de los dones más excelsos con que la ha favorecido la naturaleza.

—Toman el pretexto, las que tal cosa hacen—dijo otra—de que el cabello largo, es más propenso a su caída, y que por lo tanto, puede ser determinante de una prematura calvicie.

—Las que dicen eso — interrumpió una tercera—ignorarán que existe el Tricófero de Barry, con cuyo uso tienen asegurada, no tan sólo la integridad de la mata cabelluda, sino también, y como si dijéramos, la replantación de ella, pues su uso abre los poros del pericráneo, estimulando el crecimiento de nuevo pelo, vigorizando el existente, y comunicándole una sedosidad y un brillo esplendoroso.

El resultado de la conferencia, fué la confesión de que las tres poseían magníficas cabelleras, usaban desde pequeñas el Tricófero de Barry.

La casa moderna

Casas de campo. — En la construcción de las casas de campo — comunmente conocidas con el nombre de estancia — se debe tener en cuenta, en primer término, las condiciones del terreno y más cuando éstos presentan ondulaciones poco más o menos pronunciadas.

Las casas de campo, por regla general, se construyen "a la buena de Dios", sin observar muchas cosas que, en ningún caso, deben pasar inadvertidas.

Sin embargo, es conveniente que estas construcciones sean cómodas, bien ventiladas y de una distribución práctica.

Y esto sólo se consigue confeccionando un plano de acuerdo con el terreno, y hasta con el destino que piensa darse al establecimiento. Los arquitectos deben, pues, practicar estudios detenidos antes de iniciar los trabajos.

Un bonito plano para edificios de esta clase sería el que reproducimos, obra de un competente arquitecto, que siempre se destacó en esta clase de construcciones.

El edificio presenta un bonito conjunto, ofreciendo, además, excelentes condiciones en lo referente a comodidades. Lo más original de esta construcción es lo práctica y bien dispuesta que resulta.



Vista exterior

La entrada principal está formada por un porche con terraza que da acceso al hall, el que a su vez es una especie de sala de espera. A la derecha del hall se encuentra un salón cuyas dimensiones son de 7×5, y, a la izquierda, formando juego, un comedor, también de 7 por 5.

Estas dos habitaciones dan acceso al jardín por una puerta-ventana.

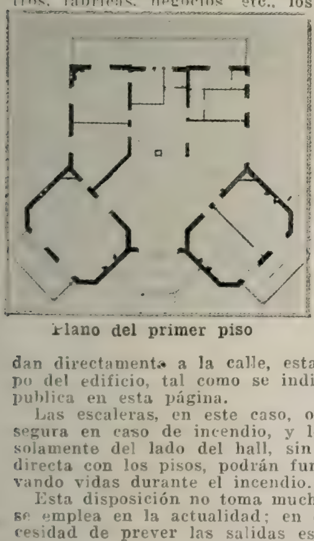
Por otra parte, de todos los costados de la construcción, desde el entresuelo al primer piso, y aun en el techo, emergen balcones convenientemente dispuestos.

Tras el hall, un vestíbulo da acceso a la parte exterior y también a los servicios, toilette, lavabo y w. c.; una escalera desciende al subsuelo, donde se encuentra la despensa, el coladero y el calorífero.

Cerca de la puerta del salón arranca la escalera que conduce al piso superior, en el que hay habitaciones para huéspedes y gente de servicio.

Escaleras y ascensores. — La mayor parte de los incendios que han sobrevenido en los últimos tiempos, han demostrado que sólo son una consecuencia lógica de un estado de cosas que ni leyes ni ordenanzas municipales pueden remediar.

Para eliminar todo peligro de fuego en iglesias, teatros, fábricas, negocios, etc., los edificios deberían ser de planta baja solamente o tener un solo piso y estar provistos de todos los medios de salida.



Plano del primer piso

Los huecos formados por escaleras, monta-cargas y ascensores, obran como chimeneas y propagan el fuego y el humo, aun en los edificios construídos con materiales incombustibles.

En todos los edificios altos, conviene que las salidas, los vestíbulos, salas de venta, escaleras, etcétera, etc., respondan directamente a la calle, estando aislados del cuerpo del edificio, tal como se indica en el plano que se publica en esta página.

Las escaleras, en este caso, ofrecerán una salvación segura en caso de incendio, y los ascensores, abiertos solamente del lado del hall, sin ninguna comunicación directa con los pisos, podrán funcionar libremente, salvando vidas durante el incendio.

Esta disposición no toma mucho más sitio que el que se emplea en la actualidad; en cambio, suprime la necesidad de prever las salidas especiales para casos de incendios.

Arquitectura. — Los árabes no inventaron ningún estilo arquitectónico, sólo se valieron de una decoración espléndida para diferenciar los edificios construídos por ellos de otros monumentos semejantes levantados por otros pueblos. La arquitectura romana y la persa dieron a los árabes los elementos de la suya. Los arabescos sólo son perfeccionamiento de los mismos motivos, ya conocidos y empleados por asirios, egipcios y griegos. Inventaron los azulejos, y los hicieron tan bellos, que nadie ha podido superarles ni igualarles siquiera, y con ellos sustituyeron los mosaicos bizantinos. En España, Sicilia, Marruecos, etc., quedan monumentos preciosos, de todos admirados y realmente admirables, que demuestran lo que el talento puede hacer sin inventar, perfeccionando y ordenando elementos dispersos y hermanándolos de un modo armónico.

Y ya que hablamos de la arquitectura árabe, no está demás que dediquemos algunos párrafos a la caldea, pues, ambas, en lejana época marcharon a la par.

De la arquitectura caldea sólo quedan recuerdos del imperio caldeo y montones de ruinas de su capital, de Babilonia la inmensa, de modo que cuantos datos se tienen acerca de su arquitectura proceden de los relatos que han dejado los historiadores antiguos.

Por ellos sabemos que la capital de Caldea era vastísima; que contenía grandiosos jardines y que sus monumentos pertenecían a dos épocas distintas: la de Semíramis y la de Nabucodonosor, hallándose los de la primera en la orilla occidental del Eufrates y los de la segunda en la oriental.

La necesidad de defenderse de las inundaciones hizo que construyeran unas enormes murallas de ladrillo, que se consideraban como una de las maravillas del mundo y que tenían un perímetro de 86 kilómetros, midiendo 120 metros de altura y 30 de espesor, con 50 o 60, y según algunos, 100 puertas de bronce y 250 torres. Había 25 calles paralelas al Eufrates y otras 25 perpendiculares y un túnel que por debajo del río unía dos palacios, situados en cada una de las márgenes.

Junto al de la izquierda estaba el templo de Belo, construído sobre las ruinas de la torre de Babel. Este edificio tenía la forma de una pirámide de ocho pisos terminando en una plataforma que servía de observatorio a los sacerdotes caldeos, muy conocedores de la astronomía; en este edificio se conservaba el tesoro nacional, que fué saqueado por las tropas de Jerjes.

Dando un salto desde el antiguo puente de la arquitectura árabe y caldea a la nuestra, prometemos ocuparnos, ligeramente, de lo que pasa en nuestra capital.

En estos últimos años se han hecho grandes construcciones de mucha importancia, las que hacen resaltar la pobreza franciscana de las antiguas.

Frente a un suntuoso palacio, allá abajo, como si estuviera infamemente arrodillado a sus pies, como si fuera algo que se arroja y deja en el camino, se ven pobres construcciones de antigua y vieja arquitectura.



Plano del entresuelo

Ese contraste de lo nuevo con lo viejo, representa la vida ante lo que muere.

Empero, esos palacios, o mejor dicho, muchos de ellos, adolecen de una arquitectura perfecta, sólida y, sobre todo, original.

Y es que aún nosotros no conocemos ni concebimos el arte en una construcción.

Nuestros arquitectos, hasta hace pocos años vivían encastillados en ideas tan antiguas como rancias, de ahí que muchos edificios tengan grandes defectos en lo que se refiere a la arquitectura.

Poco a poco han ido mejorando al seguir de cerca las cambiantes europeas.

Es por eso que hoy día se nota mucha mejoría en lo que se refiere al arte arquitectónico, tan difícil, bello y complicado como cualquier otro.

Ahora es preciso luchar contra la terquedad de ciertos propietarios que no creen en la eficacia de las modernas construcciones.

Aforismos de un médico

El niño que al nacer pesa menos de dos kilos, o no es de tiempo o está enfermo.

—El dar jarabes a un recién nacido para subsanar deficiencias de la naturaleza, es empeñarse en dar lecciones a quien nos las está dando a toda hora.

—Mezclar a la leche que se da a los niños, te o café, es procurarles una excitación que les es dañina. En cambio, el agua de cal es siempre conveniente para favorecer la digestión de tan precioso alimento.

—Los amigos impertinentes que por cariño a una criatura la zarandean y besan sobradamente, son como los amantes de las flores, que no saben gozar con ellas sin arrancarlas de sus tallos.

—La madre que no aprenda, a los pocos meses de serlo, cuándo llora su hijo por mimo y cuándo por dolor, establecerá los cimientos de una mala educación de aquel ser que desde la cuna necesita una disciplina cariñosa.

—El vómito en los niños pequeños es grave únicamente cuando se realiza una hora después de tomar su alimento y le devuelven sin alteración ninguna.

—Debe pesarse a los niños para saber que, cuando no crecen, están amenazados de raquitismo u otra enfermedad. Al fin del primer año debe triplicar el peso que tuvieron al nacer.

—No se puede asistir bien a los enfermos cuando no se tiene esta virtud: paciencia, y esta cualidad: energía.

La actriz más fea del mundo

Esa actriz es Mlle. Polaire, cuyo retrato han popularizado entre nosotros las tarjetas postales, y que con toda su fealdad ha destronado a las Lianas de Pougy, Cleos de Merode y otras bellezas profesionales, convirtiéndose en la niña mimada del "todo París" que se divierte.

"Yo soy—dice a quien quiere oirla, Mlle. Polaire—la actriz más horrible que ha pisado los escenarios. Tengo ojos de buey, boca de pez, talle de sílfide y pies de ogro".

Esta autodisección en labios de una mujer, es quizá la primera que sale de una boca femenina, siquiera esa boca sea deforme. Poseer una mujer conciencia de su fealdad es caso raro, pero que suele ocurrir. Lo que no tenía hasta ahora precedente es que una mujer, y actriz por añadidura, hiciese alarde de sus defectos físicos.

Quizá en esto ha estribado el éxito de la referida artista. Cuando "debutó" la Polaire en uno de los más famosos "music-halls" parisienses, hace algunos años, decíase todo el mundo:

—"¿Cómo se habrá atrevido a presentarse en público esa criatura? ¡Qué cara y qué cuerpo, Dios Santo!... ¡Valor se necesita para arriesgar el juicio de gentes acostumbradas a ver las caras más bonitas de la tierra!"...

Y el caso era que Mlle. Polaire, con su ademán de impertinencia infinita, con sus piernas torcidas y con su aspecto de excéntrico de circo, seguía atrayendo espectadores al "music-hall" y triunfando por su talento y gracejo extraordinarios.

Cuéntase que cuando la Polaire se presentó al empresario del teatro, negóse éste en redondo a contratarla.

—"Hace usted mal — observó la artista "in partibus",— porque yo me comprometo a llenarle a usted la sala todas las noches. No tengo belleza, pero tengo lo que vale tanto como ella: una fealdad completa." El empresario reflexionó durante algunos segundos, y luego, súbitamente, hizo firmar a la Polaire un contrato por dos años, comprendiendo que aquella mujer extraña podía tener razón: que el atractivo de lo horrible podía ser más poderoso que las seducciones de la belleza.



Mlle. Polaire

Las previsiones de Polaire se cumplieron: el "music-hall" realizó magnífico negocio; las artistas más bonitas de París se vieron abandonadas por Polaire la repulsiva.

"Al principio—ha dicho—se me admiraba por mi desvergüenza, por mi atrevimiento al buscar la celebridad escénica con esta cara. Ahora soy adorada por París entero, precisamente por mi fealdad. ¡"Voilà"! Mi trabajo me ha costado vencer.

De igual suerte que las hermosas cuidan de perfeccionar sus rasgos, de embellecer sus líneas, yo he destruído voluntariamente o desfigurado lo poco bueno que me dió la naturaleza. Por ejemplo, yo tenía un pelo soberbio y una frente recta; con ambos elementos me hubiera sido fácil hacerme una cabeza artística. Pues bien: me corté los cabellos, dejándome melena de acróbata, y disimulé la belleza de la frente cubriéndomela con un mechón lacio y desgarbado. Otro caso: no ignorando que mi perfil izquierdo es peor que el derecho, procuro ofrecerme siempre a la vista del público por el lado siniestro.

Mi talle es inverosímilmente delgado, y en cambio tengo unas caderas anchísimas. Hago resaltar la desproporción apretándome el talle hasta no poder más y usando faldas rellenas de algodón en la cintura. ¡Mis piernas!... Mis piernas son un verdadero tesoro. No pueden ser más cortas ni más torcidas, y terminan con un par de pies que causarían espanto a un aguador. Con objeto de que destaque bien el "zig zag" de las piernas, uso siempre faldas de bailarina, y para que no quepa duda sobre el tamaño descomunal de mis peanas, me pongo zapatos sin tacón.

Tengo brazos delgadísimos y huesudos. Los hago parecer todavía más flacos y más largos llevando mangas muy apretadas. Esto tiene otra ventaja, y es que al comprimirse la circulación desciende la sangre a las manos, que se hinchan y se amoratan, presentando un aspecto repugnante.

¡Y pensar que todo este arte de hacerme una fea sin rival no fué comprendido al principio por los empresarios! Yo estaba segurísima de mis talentos; tan segura, que tuve un día la ocurrencia de presentarme a Willy, el autor de las "Claudinas", y pedirle el papel de protagonista de "Claudine a l'école".

Yo llevaba aquel día un traje "ad hoc": cuerpo ajustado, falda estrecha, y por remate un cuello muy alto y muy ceñido. El maestro se quedó verdaderamente "viendo visiones".

—Quiero hacer el papel de Claudina—le dije;— seré una Claudina excepcional, se lo aseguro a usted. París tiene exceso de bellezas. Mi fealdad causará sensación. No hay quien se resista a mi boca de a cuarta diciendo: "S'il vous plait!"...

Willy quedó encantado. Accedió a mis pretensiones... y ya sabe usted lo ocurrido. Mi Claudina fué un exitazo de primer orden.

La leyenda de la mariposa

Hubo en el mundo una época ya muy lejana, muy lejana, en que no existían mariposas.

Los hombres entonces eran muy desdichados: no tenían ilusiones.

Los gusanos también eran muy infelices: no tenían alas.

Todo lo que vuela y alegra los ojos llenos de luz en la primavera, todo lo que huye y no se deja coger, sin causarnos más que un leve y también fugitivo enfado, en aquel triste tiempo se arrastraba por la tierra. Las mariposas eran larvas. Las ilusiones voladoras, groseras realidades.



Y apenas se podía dar paso por el suelo sin aplastar las larvas, orugas y lombrices asquerosas, que formaban un tapiz semoviente y todo lo babeaban y todo se lo comían. Contra aquella invasión perenne de los gusanos, el hombre no tenía defensa entonces ni la tendría ahora si el caso ¡lo que no permita Dios! se repitiese.

En tan desigual lucha, sólo contaba el hombre con unos aliados fieles, constantes, desinteresados, intrépidos y listos como ellos solos: con sus amigos los pájaros, destructores infatigables de la vil raza gusanil.

Pero ¡qué ironías las del destino! como las larvas destruían todas las hierbas del campo y, trepando por los troncos de los árboles, roían las hojas y carcomían las frutas antes de la madurez, el hombre, que aún era muy endeble para luchar con las fieras y muy torpe y desmañado para dedicarse a la caza menor... no tenía otro remedio sino comerse a los fieles amigos, a sus valientes aliados los pájaros, y cuando éstos, hartos de comer gusanillos, se ponían gordos y pesadotes a puro haber prestado servicios a la humanidad, el hombre los cazaba fácilmente con la mano y se comía, con la más negra y odiosa ingratitud, pero con el mayor apetito, a sus bienhechores volátiles.

Sucedió una vez que cierta esforzada y heroica tribu de jilgueros logró darse tal faena para matar gusanos, que ninguno de éstos pudo llegar al bosquete por los colorines habitado; y claro, en el bosquete hubo frutas y flores, y los jilgueros piaron sin cesar, y aquello fué un paraíso.

Un día que los jilgueros dormían, un gusano atrevido se arriesgó a llegar sigilosamente hasta el bosque. ¡Nunca viera tan linda cosa! Flores de todos los matices y castas cubrían el suelo. El gusanillo estaba encantado y no pensaba en roer los tallos de las plantas, antes bien se contentaba platónicamente con pasearse por cima de ellas, recreándose en sus colores y perfumes.

Y como por primera vez aquel gusano fué platónico, es decir, que tuvo un ideal superior al de arrastrarse por la tierra comiendo, y por primera vez sintió y admiró la belleza pura, he aquí que al verle un colorín y querer lanzarse sobre él para castigar su avilantez, la justicia inmanente en el mundo realizó el prodigio de que con la esencia o el polvillo sutil de todos los pétalos de todas las flores por el gusanillo admiradas, se le formasen y adhiriesen al cuerpo unas miríficas, vaporosas y multicolores alitas, que le sirvieron para volar...

Nota social



Parte de la concurrencia a la fiesta realizada en casa del señor H. Sierra, con motivo del enlace de su hija Rosario

Pensamientos de escolares

La dirección de El Hogar, *en el deseo de estimular entre la población educanda de la República Argentina la afición al estudio y el culto de lo noble y bello, ha resuelto abrir esta sección, en la cual serán publicados todos los pensamientos interesantes que se reciban por intermedio del jefe de la misma, que no excedan de 80 palabras y que no revelen la intervención de persona que no sea el autor; al efecto débese indicar: la escuela, grado o año a que asiste el dirigente. Los retratos de autores que se envíen serán publicados.*

Gisberto P. Vidiri.



La nube, creadora del país de los sueños donde se inspiran los poetas; es la errante "Frégoli"; se tiñe de carmín, de plomo, de salpicones de oro; se pone tormentosa y sangrienta, para luego surgir brindando alegría y felicidad.

Fanny Meerof, Normal núm. 1.



¡El gaucho! ese primitivo poblador de la inmensa llanura argentina, ha dejado y dejará, en las páginas de nuestras bellas tradiciones, impresa: la nobleza y el orgullo del alma, del valiente hijo de nuestras pampas...

Regina Ullmann.
Liceo.



¡La ola! Hija del "viejo ebrio", hija mala e inconstante que se aleja de la orilla donde vió nacer el día, para ir a otros cerros bromeando o tarareando la canción del náufrago...

Beatriz Aguirre.
Normal núm. 1.



¡Bandera mía! símbolo de nuestra libertad que flameas gallarda y victoriosa a merced del argentino viento; eres divina porque son del cielo tus colores inmaculados.

Amelia E. Vigliani, Normal número 1.



La escuela es el templo del saber; ahí recibimos diariamente: educación e instrucción, la base de todo ser que quiera vivir libre y honestamente.—¡Compañeros no faltéis a la escuela!

Angel Olivares (h.).
4.° grado. Escuela General Pueyrredón

¡Inmortal Sarmiento! maestro de todos los niños, porque procuramos seguis tus consejos llenos de patriotismo, de amor y de abnegación.

María Hegoburu, 5.° grado, normal núm. 6

El renacimiento de la literatura religiosa

Un eminente crítico francés, comentando las nuevas traducciones de libros religiosos, decía, empleando una expresión que puede parecer irreverente, pero justa, "que los Padres de la Iglesia están de moda".

Nuestra generación, que tal vez es menos crédula que las anteriores, y que desde luego está menos apegada a las prácticas religiosas, muéstrase entusiasta hasta el extremo de la literatura eclesiástica. Desenterrando obras hasta hoy desconocidas y sacando otras que yacían olvidadas bajo el polvo de las bibliotecas, los amantes de la literatura y los eruditos aumentan, día por día, el caudal de las joyas sagradas, y nadie se sorprende al ver en las colecciones populares los libros de los hagiógrafos y de los apologistas al lado de las obras más profanas.

¿A qué atribuir este renacimiento de la literatura religiosa? Creemos que esta pregunta no tiene respuesta alguna. La humanidad suele aficionarse, de repente, sin que nadie sepa por qué, a temas que poco antes parecían caducos.

En todo caso, debemos enorgullecernos al ver que la librería española no ha esperado, como en otras ocasiones a que una moda impere, para ponerse a la altura de las demás librerías del mundo, obligando a los lectores hispanoamericanos a recurrir a los textos italiano o francés.

Por primera vez, en efecto, puede decirse que el movimiento editorial es simultáneo en nuestra lengua y en las demás lenguas europeas, gracias a la Casa Editorial Garnier Hermanos, de París, que ha emprendido la publicación de una "Biblioteca de las Religiones".

Los libros que hoy ofrece al público son traducciones de los originales griegos y latinos, hechas con una fidelidad digna del mayor elogio, y presentadas de una forma tal de economía y de lujo que puede considerarse única en el mundo.

Los primeros libros que la Casa Editorial de Garnier Hermanos anuncia son: "LAS FLORECILLAS DE SAN FRANCISCO", que contiene toda la esencia de la santidad del pobrecito sublime; "LOS EVANGELIOS APOCRIFOS", libro de lectura indispensable a todos; "LOS PADRES DEL DESIERTO", de Paladio, que fué el libro predilecto de Flaubert. Y sucesivamente irán apareciendo "TRATADOS EPISTOLARES DE SAN JERONIMO", "LA HISTORIA DE LAS HEREJIAS", de San Alfonso Ma de Ligorio, y otras obras divinas, para formar el más precioso tesoro que los cristianos—y aun los incrédulos—pueden desear.

A un escritor ilustre que es un gran artista, y cuya erudición es universal, el señor Gómez Carrillo, autor del famoso libro "Jerusalem y la Tierra Santa", ha encargado de presentar al público, en Prefacios admirables, cada uno de los tomos de la BIBLIOTECA DE LAS RELIGIONES. ¿Puede desearse mayor garantía?

Al encomendar a un escritor laico, cuyo respeto por las creencias es reconocido aun por los más intransigentes católicos, los editores han ampliado el cuadro de la publicación, dándole un carácter literario e histórico que creemos será del agrado de nuestros lectores.

Y si a esto agregamos que los tomos de esta Biblioteca están artísticamente presentados, con una cubierta impresa a dos tintas, en papel pergamino, no es dudoso augurar un éxito más a los que ya ha conquistado en todos los países hispano-americanos la Casa Editorial Garnier Hermanos.

Pensamientos de escolares



La primavera desenvuelve las bellezas que oculta el invierno.

María E. Guiñazú, cuarto grado, escuela núm. 5, C. E. 10.

El trabajo campestre es la alegría del campesino que ve con ansias aumentar en sus campos, el dorado trigo.

Florentino Yannelo, tercer grado, escuela núm. 13, C. E. 6.

El trabajo es bienestar, es alegría. ¡Todos trabajan! hasta la insignificante hormiga que transporta su carga en su casa, trabaja sin cesar varias horas al día.

José M. Guiñazú.
Escuela núm. 2, C. E. 10.

Un país adelanta cuando hay escuelas porque los niños se instruyen, y la instrucción de los niños depende un país muy grande y civilizado.

Juana Ces, tercer grado, escuela núm. 13, C. E. 6.





Reciba EL HOGAR mis más expresivas felicitaciones porque invitar a los educandos a colaborar en él, es acostumbrarlos a escribir con corrección, ¡tan necesario en la vida!...

Juan Hegoburu.
Nacional sur.

Cuando se da una limosna se debe dar con humildad y deseo y no con mal modo y orgullo, porque muchos pobres rechazan con los ojos lo que sus manos mecánicamente recogen.

Adelina Gatti.
Normal núm. 6.



¡Niños! no os acostumbréis a ser ociosos, trabajad siempre, pues, el trabajo es honor, es riqueza, es virtud, es valor y es jemplo.

María E. Salorio, escuela General Viamonte, grado tercero.



Lo que debe predominar en la mujer es la belleza moral por ser la que enaltece y estimula: todas pueden contar con esa belleza y sin embargo todas sueñan con la belleza física que no deja de ser un adorno muy superficial.

María Elena Finochietti.
Liceo.

Tenemos un 35 por ciento de analfabetos en la República Argentina, porcentaje que constituye un grave estado de cosas.

Adolfo E. Zani.
Nacional Central, tercer año.



Para colaborar en esta sección, dirigirse al
Sr. GISBERTO P. VIDIRI
Pueyrredón, 680.

Gollerías



—Justina, no vayas al salón porque todavía están las visitas.
—¿Cómo lo sabés?
—Papá ha llamado a mamá "mi querida compañera".

El pañuelo

PARA la mujer, significa en la actualidad este aditamento de la indumentaria humana, más bien un artículo de lujo que de utilidad; parece que se ha nulificado la necesidad que de él se tiene.

Se hacen en tela blanca más o menos fina, holanda, batista, seda, y bordados o con encajes más o menos ricos.

Algunas veces se llevan también de algodón y sedas de colores, lisos o estampados, pero éstos son menos bellos. Una mujer distinguida y elegante no puede llevar un pañuelo vulgar; es ésta una manifesación de su categoría.

El uso del pañuelo es atribuído a los chinos desde épocas anteriores a los años 1540. Tanto ellos como los japoneses lo usaron mucho, sirviéndose de telas más o menos finas de seda para fabricarlos.

Algunas crónicas aseguran que no alcanzó éxito en Europa, sino mucho después de esa feria, en que un italiano llamado Funio, lo lanzó al uso social, dándole por nombre el de "Fazzoletto" porque puesto frente al rostro da un aspecto de disimulo marcadísimo.

En Francia, durante el primer imperio, la emperatriz Josefina, que tenía una boca poco graciosa y una dentadura detestable, introdujo la moda del pañuelo, con el que artificiosamente cubría lo imperfecto de su dentadura; la corte toda, y en seguida la sociedad, lo adoptaron como medio de aseo muy necesario.

Los romanos tuvieron varias especies de ellos, dice un historiador; el "sudarium", para limpiarse el sudor del rostro; el "solare" y que se echaba sobre la cara para librarse del sol.



—Vea, señor; yo he visto una vez una serpiente de mar, y créame, fuí el único hombre de la tripulación que no se movió de su puesto sin que un solo pelo se me extremeciera.
—¡Claro! ¡Cómo se le iba a estremecer, si no le queda uno solo!

Mosaico

De otra época.—El mariscal de Bassompierre, que fué uno de los espíritus más brillantes de su tiempo, y que al morir en 1646, dejó memorias de gran interés, era, a pesar de su extremado valor, un enemigo encarnizado del cardenal de Richelieu. Este, para librarse de un adversario testarudo y temible, lo mandó encerrar en la Bastilla.

La detención de Bassompierre duró cerca de diez años. Al salir de la prisión, el viejo mariscal fué a ver a Luis XIII, el que le preguntó por su edad.

—Sire, tengo cincuenta años.—contestó.

—¡Cómo—exclamó el monarca sorprendido— me parece que usted tiene por lo menos sesenta, señor mariscal!

—Es cierto, sire,—contestó Bassompierre,—pero me quito los años que estuve en la Bastilla, porque no los he empleado en el servicio de Su Majestad...

Afabilidad de príncipe.—El rey Christian Frédérik de Danemark se hizo popular entre sus súbditos debido a su afabilidad. Cuando aún era príncipe real, encontraba frases que lo hacían querer por todos y daban a conocer la cordialidad de su carácter.

Dirigía en 1877 las grandes maniobras. Mañana y noche se le veía inspeccionando los campamentos y examinando todo con detención, preocupándose del bienestar de sus hombres.

Un día, acompañado de algunos oficiales, entró en la casa de una vieja campesina, que vacilaba en servirle de beber.

Para influirle confianza, el príncipe sacó de su bolsillo una pieza de oro y dijo:

—Soy el príncipe real...

—Usted se está chanceando. ¿Cómo quiere que el príncipe real se atreva a venir a casa de una pobre como yo?

Pasados algunos días, hubo una revista en los alrededores. La campesina, se había colocado delante de su puerta para ver el desfile.

Cuando pasó el príncipe a la cabeza de las tropas, estuvo a punto de desmayarse.

Pero él, reconociéndola a su vez, la saludó sonriendo y preguntó:

—Y bueno, ¿esta vez, madrecita, me crees que soy el príncipe real?

Un cañón monstruo.—Hace cuatrocientos cincuenta y nueve años se realizó un acontecimiento que ha cambiado los destinos de Europa: el 26 de mayo 1453 (20 djumodi I, 857 de la hégira) el sultán Mohamed II, después de un memorable sitio, hacía su entrada triunfal en Constantinopla.

Ha sido durante este sitio que se vió el cañón más colosal que la historia menciona. Fué construído en Adrianópolis, por un fundidor húngaro y encargado por Mohamed II; lanzaba piedras de 12 palmos de circunsferencia y pesando 12 quintales.

Tan formidable era la detonación que se oía desde varias leguas. Para atravesar las treinta y seis leguas que separan Adrianópolis de Constantinopla, esta monstruosa pieza de artillería fué tirada por cien bueyes, precedida por doscientos cincuenta soldados y obreros carreteros, y mantenida en equilibrio por cuatrocientos hombres. Se necesitaban dos horas para cargarla y no se podía tirar más de ocho veces por día. Colocado delante de una de las puertas de la ciudad, este cañón reventó en poco tiempo, matando a los setecientos hombres que lo atendían, incluso al húngaro que lo había fundido.

La educación durante el sueño

Un nuevo sistema de educar a los niños está en vías de experimento. Consiste en esperar a que los niños estén medio dormidos de noche, en su cama, para inculcarles ideas.

Es un hecho que muchas madres habrán observado, que si estando sus hijos durmiendo se destapan, adoptan posturas incómodas y malsanas, están inquietos, etc., y los despiertan y estando medio dormidos les mandan que no hagan aquello, obedecen casi siempre muchísimo mejor que si estuvieran despiertos. Diríase que vuelven a recobrar por completo el sueño bajo la impresión del mandato que acaban de recibir, y esa impresión se prolonga muchísimo más tiempo y más profundamente que durante el día. Es una verdadera sugestión que resulta permanente por lo mismo que no hay otra idea que distraiga la del mandato recibido. Este es un hecho positivo que, como decimos, habrán observado muchas personas.



El momento oportuno

Esta observación ha sugerido la idea de renunciar a los castigos y a los regaños a los niños durante el día y sugerir los mandatos sólo en la forma que hemos indicado.

La propagandista de este nuevo sistema de educación es Mrs. Kerry, nieta del doctor del mismo nombre, profesor de griego, de la Univer sidad de Wisconsin. Esta señora ha educado a su hija por su método y he aquí lo que refiere:

"Cuando mi niña tuvo tres años empecé a poner en práctica el educarla durante el sueño. Tenía el vicio de chuparse el dedo pulgar, y un día la dije que por la noche iría a hablarla para decirle que no se debía chupar más los dedos, pues se los iba a estropear y además se pondría fe[a] la boca. Aquella noche me acerqué a ella cuando estaba durmiendo, la cogí las manos, y frotándola suavemente los dedos, la dije muchas veces seguidas en voz baja, pero en tono firme: "No te vas a chupar más los dedos. ¿No es verdad que no lo volverás a hacer? ¿Te acordarás de lo que te estoy diciendo y por la mañana cuando te despiertes no volverás a hacerlo?"

Repetí noche tras noche la misma operación. Algunas veces la niña me contestaba, pero la mayor parte de las veces no hacía más que volverse al otro lado y murmurar palabras inarticuladas.

Todo indicaba, sin embargo, que me había entendido más o menos vagamente. Mis ocupaciones me impidieron persistir en el método que me ha

bía propuesto y muchas noches no pude tener tiempo para sugerirla el mandato. Sin embargo, al cabo de un mes tuve la satisfacción de ver que el vicio había desaparecido por completo. La niña no dejó de chuparse los dedos repentinamente, sino que poco a poco fué olvidándose de ello, obedeciendo a mis sugestiones, poco a poco. Estoy persuadida de que si hubiese tenido yo más perseverancia se hubiera corregido en menos tiempo.

Mi hija, como todas las niñas nerviosas, tenía la costumbre de levantar mucho la voz y de hablar muy de prisa cuando extaba excitada. La corregí ese defecto haciéndola repetir despacio y en voz natural todo lo que hablaba demasiado alto o demasiado de prisa, y además todas las noches, cuando estaba durmiendo, la mandaba que se quitase aquella mala costumbre.



La hija de Mrs. Kerr

Otro vicio que adquirió poco después fué el de andar con los pies hacia adentro, como los patizambos. La curé por igual método, y al mismo tiempo que la ordenaba que anduviese derecha, la frotaba suavemente las piernecitas y la ponía los pies derechos como yo quería que los tuviese al andar. Tuve la satisfacción de ver que se curó de ambos vicios en muy poco tiempo.

El estar encorvado y el morderse las uñas, son otros dos vicios bastante arraigados en los niños y muy difíciles de quitar. Tengo, sin embargo, la seguridad de que si mi hija los hubiese tenido, la habría curado lo mismo que la curé de los otros”.

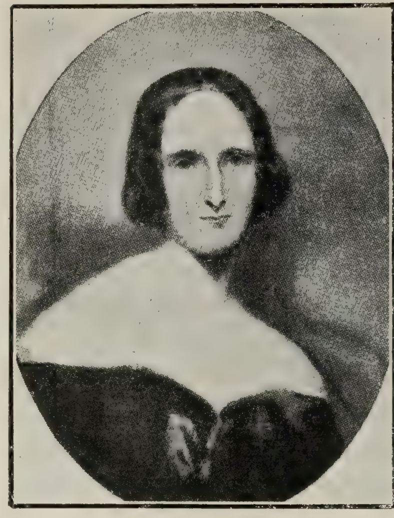
En el sistema que venimos describiendo hay algo de sugestión y es natural el temor de que puede ser perjudicial para los niños el sugerirles ideas e impresionarles con mandatos que puedan perturbar su sueño. A esto contesta Mrs. Kerr:

“Sugestión es la impresión que uno produce en la mente de otro. Todos nuestros métodos de educación se verifican en realidad por medio de la sugestión. Los niños obran siempre sugestionados por lo que les mandan sus padres y maestros. Empleada con inteligencia y con dulzura, la sugestión es el mejor auxiliar del médico, del maestro y del padre. Cuando yo digo a mi hija: “Vas a ser buena porque quieres a mamá y deseas tenerla contenta”, realizo un verdadero acto de sugestión que en la mayoría de los casos da resultados excelentes, pero si digo: “Eres una niña mala y me estás fastidiando, verifico una sugestión negativa que produce también efectos, pero no buenos, sino todo lo contrario.”

El sistema de Mrs. Kerr ha sido ensayado por otras madres, a quienes la autora aconsejó adoptarlo; y las pruebas parecen confirmar los buenos resultados. Pero siempre debe cuidarse — como dice esa señora — de que la sugestión no se produzca en forma violenta, sino suave y dulcemente para que dé el resultado apetecido.

Shelley y María Godwin

PERCY Bynhe Shelley, uno de los más grandes poetas ingleses, ha sido seguramente mucho más que Byron, una naturaleza predispuesta a la poesía. Como Byron, tampoco logró sino después que la gloria absorbente de Carlisle y de Macauley, pasaron, gozar todo el esplendor de la propia.



Los dos poetas, nada ingleses en su vida interior, estuvieron distanciados de su patria y como castigo a su cosmopolitismo, el delito mayor en Inglaterra, han tardado en ascender a los cielos de la gloria de los hombres.

Shelley es un ejemplo de precocidad. La disolución y el escándalo de su conducta, no perdonada aún, aunque subsista en su mayor apogeo la sociedad shelleyiana encargada de difundir no sólo sus obras, sino lo llamado la filosofía del artista, no le han hecho popular como a Byron. Menos político que el cantor de "Childe Horold" no ha pasado aún las fronteras de todos los pueblos.

Los padres del poeta le dieron por igual la belleza extraordinaria que poseía la madre y la feroz independencia que bajo una rústica tendencia, rayana en la simplicidad, poseía el señor Timoteo Shelley, muy reputado como majadero por sus vecinos.

Las cuatro hermanas del poeta contribuyeron a una exaltación femenina del hogar; y Shelley, hombre en apariencia, en sus cóleras, en sus iras, en sus accesos, era como la quinta y última niña de la familia. Al pasar al colegio, fuera de su medio femenino, frente a la brutalidad de los muchachos, a las graves, formales y serias exigencias de los maestros, sostenedores del método, del orden y de la disciplina, el niño se sintió rebelde, subió a su sangre la romántica oleada de aquel abuelo aventurero y extraordinario que del Norte de América va a Inglaterra, recordó que había nacido bajo la roja aurora de la Revolución Francesa y su abierta rebelión contra los preceptores del colegio, subió de rebeldía en rebeldía hasta lo Divino. Un chico así tuvo que ser expulsado, por mucho talento que tuviera.

Abandonado a sí propio, deshecho el hogar por las exigencias de la cultura a los niños, de cuando en cuando el poeta, joven aún, ¡quince años todavía! se escapaba al colegio de sus hermanas, al colegio de Chapham Comman, donde le llamaba, no sólo el cariño fraternal, sino la viva simpatía, la pasión irresistible, de la preciosa Enriqueta Westbrook, una niña morena, de cabellera abundante, judaica, pálida y modesta como Ruth. Era la hija del propietario de un

Shelley y María Godwin

cafetín popular, de Mount Street, rotulado "Jew Westbrook" — "El judío Westbrook", aceptando por complacencia el remoquete del dueño, hábil, servicial y amable.

La colegiala de Champham Comman experimentaba el primer amor. A su pasión añadía la admiración por un joven que, pareciendo una compañera, sabía cosas graves, serias, profundas, en las que acabó por interesarse. La niña Harriet se hizo excelente lectora, conoció el griego, el latín, estudió química, poesía, ciencias, economía política y crítica religiosa.



Un día, el poeta tenía ya diez y nueve años y la joven no llegaba a diez y siete, los enamorados novios salían para Edimburgo y se casaron allí.

El colono que recibió a la pareja, romántico también, gozó de la aventura y recibió a los novios, que le dieron un susto considerable, pues el galán salió al poco rato del cuarto nupcial disparando una pistola.

Aquel matrimonio efectuado de prisa, más que nada también por la habilidad del suegro, que pensaba atrapar a un buen muchacho, terminó de muy mala manera. La mujer no quiso criar al hijo, se llegó a la separación, y, finalmente, la esposa se suicidó.

El poeta recordó entonces su verdadero primer amor, no el de su esposa, sino el de una prima de él, Enriqueta Grove, con la que en verdad se debía haber casado. Comprendió también que si cayó en el garlito de los Westbrook fué acaso porque la muchacha llevaba el mismo nombre que la desdeñosa prima.

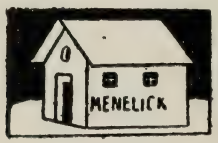
Por aquellos días un ingenio original y poderoso extendía su influencia y su poder en los círculos liberales de Inglaterra: William Godwin, el autor de "La Justicia Política", un precursor de Marx. Shelley, atraído por los estudios del revolucionario filósofo, llegó hasta su hogar y allí conoció a la que debía ser su segunda esposa: María Godwin, una de las mujeres más cultas, más inteligentes y más bellas de su tiempo. Todo el prestigio poético de nuestro héroe lo adquirió después del matrimonio con María Godwin, a la que conoció antes de enviudar, y por la que tuvo siempre una gran veneración. Casi toda la obra de Shelley es hija de este matrimonio fecundo para la historia de la literatura inglesa y la literatura del mundo. Fué María Godwin para el poeta, la verdadera musa y por inspiración de ella escribió las obras que le han hecho acreedor de la gloria y de la fama.

El poeta fué realmente feliz...

CARTA-CHARADA, *por Mancca*

Querida *quinta cuarta*:
Me dijo *tercera repetida* que hoy te había enviado una caja con *cuarta tercera* y también una *tercera cuarta*; está muy contento con tu *todo* regalo.
Te abraza tu *Primera Segunda.*

FRASE DE AJEDREZ, *por Clavel*



DIALOGO ENIGMATICO, *por Perito de Chaves*

—¿Sabes que corrió el caballo?
—¿Cómo entró y quién lo corría?
—José finalizó segundo a media cabeza.
—¿De quién era?
—Pues de quien te nombré.

TARJETA-ANAGRAMA, *por Mario*

DARIO BONCOR

Berna.

Descompónganse las letras de la presente tarjeta y luego combínense de manera que pueda leerse el nombre de un eminente estadista brasileño fallecido.

FUGA DE CONSONANTES, *por Teresa*

.a.a a.a..a a u..e. .a.í
.u. o.o. .e .o .i.e.o.
.ua..o .o. .io. .a .ie.o.
.a ..i.e. .e. .ue .a .í.

PEQUEÑA CORRESPONDENCIA

Enviaron colaboraciones. — Porteña A., Negrita, Ñata, Artepal, Carmencita, Mary, Amapola, María Luisa, Clavel y Teresa.
Periquito (Corrientes).—
Es de esas cosas sin ton ni son
que no merecen contestación.
Margarita.—Después de una larga meditación hemos decidido no publicarlo.

SOLUCIONES AL Núm. 238

A la charada, por "Mancca": *Tabaco.*
Al jeroglífico, por "Rino": *Remontamiento.*
Al acertijo, por "Maruja": *Infierno-Satanás.*
Al jeroglífico, por "Amapola": *Furioso.*
Al rombo-capricho, por "Mario":

CARTAGENA
FERNANDEZ
CRONOLOGO
ANDANTINO
ANDALUCIA
ANDROMINA
PROTOCOLO
DANNUNZIO
SANTANDER

Al diálogo enigmático, por "Amapola": *Isabel.*
A la charada-rápida, por "Teresa": *Corazón.*

ENVIARON SOLUCIONES

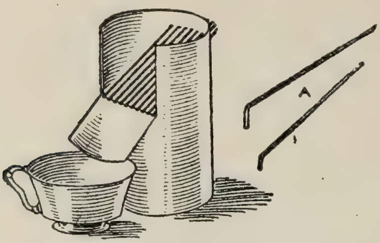
Delia Giménez Pastor, Mary, Raúl Calvo, Elda Rosalía Saint Pierre, Nélida Gamarra Arbo, Carmen Sánchez Sáez, Artepal, Anita Esther Ayerbe, Negrita Miguel Rico, Elvira y Mercedes Abeleira, Amapola, Teresa Darenzo, Rodolfo Regueira, Anita C. Pisani, Rosa Mailhos, María Finck, Electra, Margarita Soe, Enriqueta Bianchi, Lorenzo Martínez, Teresa, María Luisa, Clavel, José María Casal, Pedro Filloi, Blanquita Pereira, Sarita Manetti, Miguel Nieto, Josefina Fontana, M. Angela Maggi de Zabalía, Esther Crouzet Navarro, Dominga Teresa Reparáz, Manuela Reparáz, Rosa F. Reparáz y María Felisa Reparáz.

LOS GRANDES HUMORISTAS INGLESES. — RHON



"Tres argumentos contundentes en favor del voto de la mujer"

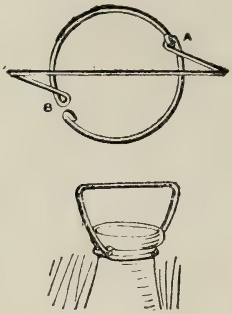
Separador de yemas. — Los materiales necesarios para hacer este separador de yemas de huevo se reducen a un trozo de alambre delgado y a un bote muy grande.



El alambre se corta en varios trozos de igual longitud y se les dobla un extremo como se ve en A. El bote se corta y se dobla hacia afuera el trozo cortado, como indica el dibujo y se hacen los agujeros necesarios para fijar los alambres.

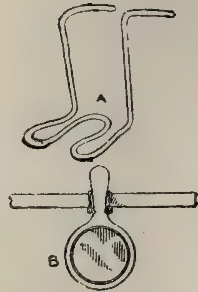
Al cascar el huevo encima de esta especie de parrilla, la clara cae al fondo del bote y la yema rueda hasta la taza que se había puesto previamente como se ve en el grabado.

Asa para frascos de leche. — Como el llevar una botella de leche asida por el cuello es bastante incómodo, conviene conocer el modo de construir el asa de alambre que reproduce nuestro grabado. Es una asa de quita y pon que puede llevarse en el bolsillo.



La parte que ajusta bajo el borde del cuello de la botella forma dos semicírculos enganchados permanentemente en A, mientras que en B, se pueden desenganchar para quitar y poner el asa a la botella.

Colgador para espejos de mano. — Un espejo de mano ordinario se puede convertir en un buen espejo colgante para afeitarse, empleando el sencillo aparatito que reproduce la figura A del grabado, hecho de alambre fuerte.



Con dicho aparato se puede colgar el espejo B en la forma que indica la figura.

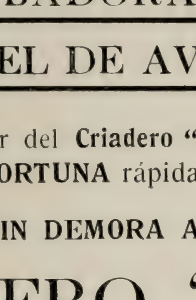
Para guardar dibujos. — Para guardar dibujos o planos sin que se enrollen, en los cajones de los muebles que suelen emplearse para la conservación de esta clase de trabajos, se ponen dos cintas fuertes, tendidas diagonalmente desde la parte superior de las esquinas de los cajones. En las esquinas de la parte de atrás del cajón se fijan las cintas con un clavo. En las esquinas delanteras se pone un ganchito para enganchar la anilla que cada cinta llevará en ese extremo.

Como se ve, el sistema es excelente para que los dibujos se conserven extendidos y no se rompan las esquinas del papel al meter y sacar el cajón.

Lámpara para leer. — Un inventor americano ha ideado una lámpara eléctrica de tipo completamente nuevo y especial para la lectura, porque el reflector da luz difusa. La bombilla eléctrica está montada dentro de un reflector que dirige los rayos hacia arriba para que los recoja otro reflector, el cual irradia la luz hacia abajo con pronunciada intensidad, permitiendo así que se puedan leer impresos o manuscritos sin forzar la vista ni someterla directamente a los rayos de la bombilla.



Para ver lo que hay detrás. — Los anteojos que reproduce nuestro dibujo llevan a los lados un espejito que permite al portador ver lo que pasa detrás de él, sin volver la cabeza y sin perder por eso de vista lo que ocurre delante.

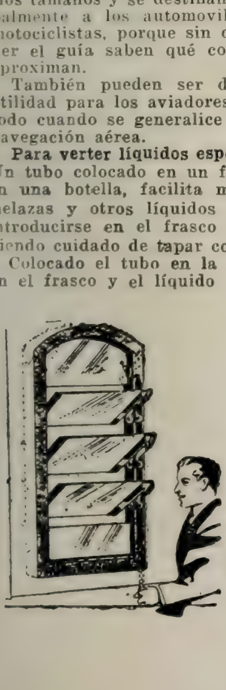


Estos anteojos se hacen de varios tamaños y se destinan principalmente a los automovilistas y motociclistas, porque sin desatender el guía saben qué coches se aproximan.

También pueden ser de gran utilidad para los aviadores, sobre todo cuando se generalice más la navegación aérea.

Para verter líquidos espesos. — Un tubo colocado en un frasco o en una botella, facilita mucho la operación de verter melazas y otros líquidos muy espesos. El tubo puede introducirse en el frasco sin que le entre líquido, teniendo cuidado de tapar con el dedo el extremo exterior.

Colocado el tubo en la forma indicada, entra el aire en el frasco y el líquido se vierte perfectamente.



Ventilador de cuadros giratorios. — La ventana que reproduce nuestro dibujo es un reciente invento francés para la buena ventilación. Las tres secciones de que se componen pueden inclinarse como más convenga, tirando sencillamente de la cadena. Cerrados los cuadros ajustan perfectamente e impiden la entrada del viento y de la lluvia.

Para las plumas y los pinceles. — Un trozo de papel ondulado es muy útil en la mesa de dibujo para colocar en sus canales las plumas y los pinceles mojados.

El papel absorbe el líquido y las canales impide que se junten los pinceles y permiten cogerlos con más facilidad, además de impedir que rueden. Una hoja de papel ondulado es casi tan útil en la mesa de trabajo como el papel secante.

Util para las mecedoras. — Hay unas butacas bajas que son mecedoras y que ofrecen el inconveniente de que si se sienta una persona en el respaldo, se expone a volcar la silla y a darse un golpe.

Estas sillas tienen un muelle para evitar semejante catástrofe, pero suele ser un muelle endeble que no cumple su misión, en cuyo caso conviene poner un par de muelles suplementarios (los de un colchón viejo pueden servir), cuyos extremos se doblan para formar una especie de armella para los tornillos que han de sujetarlos.

Cuanto más fuertes sean los muelles, más seguridad ofrecerá la estabilidad de la butaca.

Las nuevas brochas de afeitar.—Acaban de inventarse algunas brochas que serán indudablemente bien recibidas por todos los barberos. Una de ellas puede compararse en cierto modo con las plumas estilográficas, porque el mango forma un depósito que contiene jabón líquido, depósito que puede llenarse abriendo un pequeño orificio en la parte superior. Otra brocha tiene el mango de caucho, y dentro de él lleva el jabón líquido. La presión de la mano del barbero hace que salga un chorro de jabón y se reparta por los pelos de la brocha. Una válvula en la parte superior del mango puede hacer el vacío en éste e impedir que el líquido salga cuando así lo desee el barbero.

Muy curiosa también, es otra brocha, que en vez de pelos lleva una esponja de caucho de forma ovalada. Este modelo es más notable por su novedad que por sus ventajas.

Hay, sin embargo, una brocha más ventajosa aún, que tiene la facilidad de poderse meter en la estufa de desinfección sin que se estropee el mango.

El mango de pelos va herméticamente colocado entre dos medias cañas que forman pinza y que se meten dentro del mango, que es hueco, y al abrirse permiten sacar las cerdas y llevarlas aisladamente a la estufa.

Es esta tal vez la brocha más práctica y la que presenta más ventajas en lo que se relaciona con la desinfección, cualidades que se deben tener presente en todas partes y especialmente, en las peluquerías.

LA EXPIACIÓN

por Pablo Bourget

(Continuación)

Pero mis ideas se van. Parece que tengo algodones en la cabeza. ¿Qué estaba yo diciendo?... ¡Ah! En la época del liceo. Yo era entonces alumno en Versalles y solo supe mucho tiempo después quién era mi padre. Yo le llamaba M. Robert; era su nombre de pila que él me ha dado como apellido. Yo le creía mi padrino; le veía, los días de salida, en casa de unos parientes que mi madre tenía en París y que me servían de apoderados. Por ellos es por los que he sabido infinidad de cosas más tarde. Ya le he dicho que mi padre era casado y padre de familia; tenía un alto puesto de jefe de negociado en el ministerio del Interior, donde el señor Corbières era ujier. ¿Empieza usted a comprender? Mi padre no quiso nunca que su mujer ni sus demás hijos, los legítimos, supieran mi existencia, y como tenía al señor Corbières bajo sus órdenes, al sentirse enfermo, le confió la suma que pudo distraer de su fortuna y que estimaba necesaria para la terminación de mis estudios... Treinta y cinco mil francos si no me engaño...

—¿Y el señor Corbières ha podido quedarse con ese dinero?—interrumpí yo.—¿Pero es posible? ¿Para qué? Yo les he visto vivir a él y a su mujer y puedo asegurar que son las personas más sencillas, más rectas, más honradas.

—Esas honradas personas me han despojado de lo que era mío—dijo Pedro Robert sonriendo sarcásticamente y alzando la cabeza mientras su boca manifestaba la más amarga de las repugnancias, la del despreciado que a su vez puede llegar a ser despreciativo.—¿Para qué? Sí ¿para qué? Y su hijo, señor, ¿cómo le han educado? El ha podido hacer su voluntariado de un año, él ha seguido sus cursos de medicina... ¿Con qué dinero? Un hombre que es ujier en un ministerio no puede hacer fortuna. ¿Es que con las economías que éste haya ido haciendo, ha podido tener a su hijo estudiando hasta los treinta años? ¡Quite allá!... Es mi dinero, se lo aseguro, mi dinero el que han gastado, ¿lo oye? "mi dinero".

—¿Pero usted mismo confiesa que no tiene una prueba de lo que dice?—pregunté yo; y mientras protestaba sentíame abrumado ante la evidencia de que no mentía. Sus palabras eran como la clave que permite leer y comprender de una vez el sentido de una página de escritura cifrada... Las impresiones que tan frecuentemente había sentido de un misterio existente en torno a los viejos Corbières, el fondo de tristeza en que vivían, tan poco en relación con la devoción profesada a su hijo, las confidencias de éste, sus últimos tiempos y esta mañana todavía, todo se explicaba por la revelación que el borracho precisaba ahora.

—Ha hablado usted de una prueba que llevar ante la justicia... pero pruebas para mí tengo bastantes...

Folletines breves — ***La expiación***

¿Quiere usted saberlas? Antes de morir mi padre me escribió. Ahí tengo su carta. En ella me decía que era mi padre y no mi padrino, prohibiéndome que viera nunca ni a su viuda ni a sus hijos y llevando su escrúpulo hasta no decirme su verdadero nombre... Señor, he sido bien desgraciado, se lo aseguro. He obedecido siempre a esta orden de un muerto. Jamás he pedido nada a esta mujer ni a mis hermanos, que son dos, y bastante ricos y que me ayudarían, pero no quiero. Mi padre agregaba que había asegurado mi porvenir y que recibiría mil quinientos francos todos los años hasta los treinta, y un pequeño capital después. Esta cifra de renta es lo que me ha hecho calcular que la suma debió ser de treinta y cinco a cuarenta mil francos. En su propósito de absoluta separación entre la vida de su hogar y mi vida, no me decía ni quién me enviaría esta renta y este capital ni de qué modo quería que, incluso este medio de elevarme hasta sus hijos, me fuera prohibido. Sin embargo, todo lo he sabido después. He sabido que murió de una enfermedad que debió herirle como un rayo y que no le permitió evidentemente tomar las medidas que había aplazado tal vez porque contaba a mis veinte y nueve años decirme la verdad y entregarme, por sí mismo, esta pequeña fortuna. Entonces se sirvió de Corbières porque tenía seguridad en él. Este Corbières era entonces un hombre honrado... ¿Quiere usted una prueba? Mi primero y mi segundo año de pensión me fueron pagados; el tercero no. Precisamente ese fué el año del voluntariado del hijo. El dinero de estos dos años llegaba a mi poder por semestres, en billetes de banco y en sobres certificados sin otra mención que estas palabras: "Con arreglo a la voluntad del señor Robert." Ahora bien, señor, yo he tenido más tarde una muestra de la escritura del señor Corbières y ¡era la misma que la de estas palabras y de las señas escritas en los sobres!... Pero volvamos a este año de 1873. El dinero no había venido; yo debía hacer mi servicio militar; tenía algunas deudas... ¿Quién no las tiene? No encontraba medio de buscar la razón por la cual mi renta no me era ya entregada ni de comprometerme en proceso alguno. Además, era muy joven y en esta edad se es indiferente a todo. Yo contaba con mi propia suerte... En resumen, ingresé en el ejército y ya sabe usted lo demás...

—¿Pero cómo ha vuelto usted a encontrar a los Corbières?—le pregunté yo.

—Quiere usted decir ¿cómo los Corbières me han encontrado a mí? Porque son ellos los que me han buscado... Han tenido remordimientos, he aquí todo. Cuando se siente llegar el fin, se suelen tener estos miedos, según parece, y entonces es cuando se quiere engañar al buen Dios...

Y rió de nuevo con esa risa silenciosa que descubría el negro agujero de su boca desdentada. Ellos han querido, pues, saber lo que había sido de mí y me han descubierto. ¿Cómo? no hace falta explicarlo. Al verme pobre dábanme limosna de vez en cuando para acallar su conciencia, y también para conjurar la mala suerte... ¡Je! ¡Je! No lo han conseguido. Cuando yo vi al viejo Corbières por la primera vez, ahí donde usted está, le dejé que hablara como hace un momento le he dejado hablar a usted.

(Continuará).

Cuando se va a echar vino blanco en una cuba que ha contenido vino tinto, conviene disolver tres kilos de sosa en veinte litros de agua hirviendo, enjuagar muy bien el tonel con dicha solución y aclararlo después varias veces con agua pura, caliente.

Todos los que emplean reveladores fotográficos de diamidofenol o de amidol saben que el bromuro potásico ejerce muy poco efecto y por consecuencia es bastante difícil sacar partido de un cliché muy pasado empleando dichos reveladores. Pero en el congreso de química celebrado el pasado año en Londres, M. Namias hizo notar que los baños de diamidofenol se tornan muy sensibles a la acción del bromuro si se les añade ácido bórico. Esta adición no influye nada en la aparición de la imagen, aun cuando el baño esté saturado de ácido, y en cambio, tiene la ventaja de conservarlo largo tiempo y de asegurar su sensibilidad a los bromuros alcalinos.

La fórmula recomendada por Mr. Namias es la siguiente:

Sulfito de sosa cristalizado. . .	100	gramos
Agua.	4	,,
Acido bórico en polvo.	5	,,
Diamidofenol.	0,5	,,

La solución de bromuro potásico al 10 % se agrega cuando es necesario, como los demás reveladores.

Una cucharadita de vinagre añadida al agua en que se cuecen las aves, las pone muy tiernas, aunque sean viejas, y no afecta en nada al gusto.

Todos los frutos secos deben ponerse en remojo en agua fresca durante veinticuatro horas antes de hervirlos. Así recobran el aroma y se abrevia el tiempo de la cocción.

Cuando se quiere cambiar el aire de una habitación en poco tiempo, se abre la ventana y la puerta, y se mueve ésta hacia atrás y hacia adelante, muy de prisa, como si fuera un abanico.

Para pintar de nuevo un baño, se empieza por frotarlo todo con papel de lija o piedra pómez, y después se le dan dos o tres manos de pintura de esmalte, la cual se adhiere mejor si la superficie del baño está áspera. Para que la pintura se conserve bien, hay que tener cuidado en echar siempre el agua fría antes que la caliente.

Las chimeneas se limpian fácilmente echando en la lumbre un trozo de cinc. Los vapores que se desprenden de este metal quitan el hollín por descomposición química.

Goma para pegar etiquetas. En un cuartillo de agua se hierven, hasta su completa disolución, una onza de bórax finamente pulverizado, y dos onzas de goma laca, y se obtiene una goma muy útil.

Para pegar cristal y porcelana, se hace un cemento invisible disolviendo cola de pescado en alcohol.

El papel engrasado se hace fácilmente en casa. Con una brocha se unta aceite frito al papel y se pone a secar al aire.

La pintura luminosa se hace echando un poco de sulfuro de calcio en pintura blanca y ordinaria.

Cuando se fríen lenguados, el mejor sistema para darles la vuelta, si son grandes, es clavarles un tenedor cerca de la cabeza, porque así no se estropean.

Las manchas de café, vino y frutas, desaparecen rápidamente humedeciéndolas con agua oxigenada, y aclarándolas después con agua corriente.

Para ahuyentar las hormigas de las alacenas, no hay más que poner en los entrepaños unas hojas de ajenjo, cuyo olor les es muy desagradable. Durante el verano es preciso renovar las hojas todos los meses.

Cuando se interrumpe una obra de hormigón por la noche, al día siguiente el hormigón que se echa encima, no forma cuerpo con el del día anterior, porque ya se ha secado, y así, en lugar de obtener una masa monolítica, cada una de las partes sucesivas forman un bloque separado.

Como para que la obra tenga solidez es preciso e indispensable que la masa sea homogénea, los americanos han ideado un procedimiento que, según se dice, da buenos resultados. Al acabar el trabajo cotidiano cubren con sacos, llenos de hielo machacado, la superficie libre del hormigón, la cual, por efecto del frío, permanece plástica hasta el día siguiente, y forma cuerpo con la masa que se pone encima.

El procedimiento resulta algo caro, pero puede ser preciso en algunos casos.

Los cristales de las ventanas manchados de pintura, se limpian con un poco de trementina.

Los felpudos deben ser tan anchos como la puerta, para evitar que entre polvo y aire.

Si las cafeteras no están bien limpias, no sale bien el café, por bueno que sea. Después de hacer el café, hay que fregarlas y secarlas bien.

La ropa se pone amarilla cuando no se aclara bien después de lavarla, y por lo tanto queda jabón entre el tejido.



COCINA PRACTICA

Hortelanos a la provenzal.—Se cuecen en vino blanco gruesas trufas enteras; disponiéndolas de modo que en cada trufa se pueda meter un hortelano asado. Colóquense las trufas en una fuente, y viértase encima una salsa española reducida, o, a falta de esta salsa, una requemada clara de manteca, mojada con vino blanco y algunas cucharadas de jugo de asado.

A pesar de su pequeñez, los hortelanos pueden prepararse según todas las fórmulas indicadas para las codornices y las alondras.

Mermelada de ciruelas.—Se hace cocer a fuego lento, durante un cuarto de hora, un kilogramo de ciruelas, se las machaca, después, haciéndose pasar la pulpa a través de un tamiz metálico. Se añade un kilogramo de azúcar blanca, reducida a polvo; esta mezcla se pone en el fuego hasta que el azúcar se derrita y la mermelada hierva un poco. Siguiendo las mismas indicaciones se puede preparar compota para llenar un tarro.

Costilla a la milanesa.—Coced en medio litro de caldo y medio de vino blanco, una costilla de vaca mechada y bien aderezada con sal y pimienta. Al cabo de dos o tres horas de cocción a fuego lento, retirad la costilla de la cazuela, pasad el jugo por el tamiz y reducidlo hasta la mitad. Por otra parte, coced macarrones con caldo, sazonados con una fuerte dosis de queso parmesano y rallado. Colocad los macarrones en una fuente; poned la costilla encima, y echadle todo el jugo reducido. Esta manera de preparar la costilla de vaca da uno de los mejores platos de la cocina italiana.

Ponche a la parisiense. — Echese en una cazuela la corteza de un limón cortado en pedacitos, y el zumo, pasado por el tamiz, de dos limones, con medio litro de jarabe de azúcar blanco muy cocido y un litro de aguardiente de 20 grados. Se mezcla bien el azúcar con el aguardiente calentándosele moderadamente, y se saca el ponche del fuego antes de que entre en ebullición. Se pasa el ponche por el tamiz y se sirve muy caliente, en una copa de porcelana o de plata; se pega fuego al vapor del ponche, cuando esté en la mesa al servirlo.

Helado de fresa.—Machacad en una vasija de barro 500 gramos de fresas, con una cuchara de palo. Pasad la pulpa a través de un tamiz, a fin de que no queden pepitas. Mezclad con la pulpa de fresas medio litro de jarabe de azúcar blanco muy cocido y el zumo de dos naranjas. Hacedlo helar siguiendo el procedimiento indicado para las cremas heladas.

Guisantes a la casera.—Se hace una requemada rubia de manteca y se fríen sin dejarlos estar más que uno o dos minutos; luego se les echa encima medio vaso de agua hirviendo; se les cuece a fuego vivo a fin de que desaparezca la salsa de la que nada ha de quedar una vez que están cocidos. Luego se echa sobre los guisantes una trabazón de tres yemas de huevo por cada litro de guisante.

Salchichas.—Picad menudamente 500 gramos de carne magra de chancho y 500 de tocino fresco. Añadidles una buena cucharada de hierbas finas picadas; sazonadlas con zal, pimienta y ralladuras de nuez moscada, humedecedlo todo ligeramente con un vaso de vino de Madera u otro vino blanco de buena calidad. Llenad con este embutido tripas de carnero y atadlas por ambos extremos con un hilo; así tendréis lo que se llaman salchichas largas. También se puede envolver cada 60 gramos de embutido en un pedazo de tela de saín de chancho o de grasa de ternera, y se tienen salchichas planas. Hay que pinchar las salchichas largas para cocerlas en la sartén, con un poco de manteca o grasa; son de difícil digestión, si no están bien cocidas.

Merengues de crema.—Los merengues se hacen con clara de huevo batida hasta que quede convertida en espuma, y con azúcar en polvo. Se hacen con limón o con naranja, frotando terrones de azúcar contra la corteza de un limón o de de una naranja. Para una docena de merengues, se necesitan seis cucharadas de azúcar en polvo aromatizado con naranja o limón, y seis claras de huevo hechas espuma.

Coliflor.—Se limpian y dividen en pequeñas partes, cociéndolas casi por completo en agua hirviendo. Luego se las escurre y se las deja enfriar. Se las embotella después con su caldo de modo que queden cubiertas. Se tapan las botellas y se las somete a media hora de ebullición en un baño maría.

Hígado de ternera a la casera.—Pasad por la cazuela con 125 gramos de manteca fresca, un hígado de ternera mechada con gruesas tiras de tocino; volvedlo con cuidado, a fin de que tome buen color por ambos lados. Aderezadlo moderadamente con sal y pimienta; añadid una cebolla, una o dos zanahorias y medio litro de vino blanco, y dejadlo cocer a fuego lento durante tres horas. El hígado a la casera debe permanecer tapado durante todo el tiempo de su cocción, y debe ser movido de vez en cuando, para que no se pegue.

Galería infantil de "El Hogar"



Celia A. Labriola (25 de Mayo)



A. Pérez Speranza (Ayacucho)



Margarita Santa María (Capital)



Julio A. Fossarelli (Venado Tuerto)



Dalila Monteverd[illegible] (9 de Julio)



Henri O. Mazzola (Emilia, S. Fe)



Niñita de Márquez (Corrientes)



Valentincito Santa María (Capital)



Javiera M. Reta (C. Dorrego)



M. Katzenelson (Jubileo, E. Ríos)





Juan Manuel y Esther Elissondo (De la Canal, F. C. S.)





Fernando y María E. Sanz (Pozo del Molle)

Galería infantil de "El Hogar"



Niñita de Casillas
(Rivadavia, F. C. O.)



Emma e Hilda Buonacucina
(Córdoba)



Niñita de Elizalde Orbea
(9 de Julio)





Esther Belingeri — Elida Petroni
(Mercedes, Buenos Aires)





Tita y Pibe Domeniconi
(Mar del Plata)



Alicia Julieta Orbea
(9 de Julio)



Luisita Esther Castro
(Formosa)



Juan B. Tisera
(9 de Julio)



NUESTRO CORREO

Las cartas deben limitarse a dos preguntas solamente y venir con la firma autén-tica, como constancia de ser subscriptor. Las contestaciones se hacen únicament en esta página y no por carta particular, pudiendo contestarse bajo un seudónim si se desea. En la carta en que se haga la consulta no debe tratarse de ningún otr asunto, como renovación de subscripciones, reclamaciones, etc. Esto debe escribirs en otra carta, aunque puede incluirse bajo el mismo sobre.

B. López. — 1.ª Un rodete cerca de la nuca, donde puede poner dos horquillones. 2.ª En escuelas nacionales, donde hasta los sueldos son mejores.

Ninfre. — 1.ª Creemos también que sí.—No conocemos la dirección que solicita. 2.ª Para qué y por qué? Necesitamos más datos para poder responder satisfactoriamente.

Argentina. — ¿Quiere tener la bondad de formular nuevamente sus preguntas? Con mucho gusto la complaceremos.

La Chola de Azul. — 1.ª Lávese un tiempo con agua de afrecho y póngase encima almidón del país. 2.ª Sí, como usted indica: con un especialista desaparecen más pronto.

C. C. P. Subscriptora 56956. — Enviarlo directamente haciendo el pedido.

Regis Valsena. — 1.ª Es preferible quitárselos. 2.ª Con un toque de campanilla, y leyéndose enseguida el acta de la sesión anterior.

Noir. — 1.ª Seis meses. 2.ª Es bastante una inclinación de cabeza.

Bella de noche. — 1.ª Baños faciales de vapor. 2.ª Lo mejor: sobreponerse a ellos por medio de la voluntad. La sugestión es eficacísima en este caso. 3.ª Baños largos y permanecer un gran rato de pie, después de comer.

Alma Negra P. P. — 1.ª Lavarse con quillay. 2.ª Fomentos de ácido bórico. Si persiste el dolor sería conveniente consultar a un médico.

Porota. — 1.ª Someter la parte afectada a un baño de vapor, y apretar después suavemente. 2.ª No son perjudiciales.

Quilmeñita. — Las prendas personales, la novia o su familia; las de uso común, es decir las de la casa, el novio.

Uruguaya. — Es un poco difícil contestar su pregunta original; ella revela bien a las claras que usted no necesita "consejos" para conseguir lo que pretende. Va como respuesta nuestro mejor deseo por que "así sea".

Peret. — Puede enviarlo, que será complacido.

Ojos negros. — 1.ª Si es de su agrado no hay inconveniente. 2.ª El de simple acompañante.

La Micha de J. — 1.ª Aplicando con constancia tintura de yodo. 2.ª Puede ponerle algo de crespón. Es mejor no dejar los guantes.

A Margarita Silvestre. — 1.ª De mi aprecio. 2.ª Siendo amigos no hay inconveniente.

A porfiada de T. — 1.ª Es más cuestión personal que de etiqueta; aconsejamos, sin embargo que pase la fuente la sirvienta. 2.ª No es de rigor sino cuando se come pescado. 3.ª Indistintamente.

Renesita. — 1.ª El cabello recogido en la nuca, en forma de rodete. 2.ª Puede enviar las fotografías que indica.

A Violeta. — Lo mejor: el jugo de almendras machacadas.

María Luisa. — Salta. — En los dos casos, injertando las sencillas con las dobles. Si la respuesta no apareció oportunamente, puede estar segura que su carta n llegó. Como usted bien lo dice, contestamos siempre co gusto y puntualidad todo aquello que está dentro c nuestros conocimientos.

Una aficionada. — 1.ª Los amarillos. 2.ª Es costum bre no devolverlos, pero si usted no tuviera más qu uno, trataríamos de complacerla.

Katia. — 1.ª Ignoramos. 2.ª La de mayor mérito pr mero. 3.ª La niña, a menos que el caballero sea u anciano.

Margarita. — El bien es anónimo; el mal tiene nom bre y domicilio.

A Dudosa. — Cristo fué el maestro de la sincerida y del amor, el mártir de la propia conciencia. Com hombre convirtióse en la flor de la humanidad, no u dios disminuído, sino hombre en su mayor potencia: Jesús de Nazaret sonriendo a los niños, el Jesús indu gente hacia la arrepentida, incapaz de un rencor, s reno en la amonestación como en la profecía. — Tal ve no la hayamos satisfecho; su pregunta, sencilla al par cer, resulta escabrosa para la respuesta, cuando se est fuera de la visión de una doctrina "amorosa", má que todo.

Huascar Magdalena F. C. S. — El oculista, cuya di rección solicita, tiene su consultorio en la calle La valle, 445.

A Curiosa. — El autor del libro es un sociólogo cuy nombre se ha difundido por todo el mundo. Una agud facultad de intuición y una verdadera genialidad d síntesis dan una sugestión rara a su obra, valientement pensada, y por cuyas páginas corre un franco sentimien to de humanidad.

Lirio azul. — El primer tema del concurso literari organizado por la Biblioteca del Consejo Nacional d Mujeres, es: "En qué consiste el verdadero femini mo?"

A Argentina. — 1.ª Seis meses. 2.ª Al año.

Subscriptora de San Antonio Oeste. — Una mezcl de kerosene con azufre en polvo le dará buen resultad — No hay obligación de saludar a las personas cuand son desconocidas.

Subscriptora chileciteña. — Póngase dos noches s guidas en el casco, frotándolo bien, vaselina pura y l vese después con quillay o eucaliptus. Repita esta op ración todas las semanas hasta que haya desaparecid la causa, es decir, la caspa.

Victoria B. Medina. — Por la primera un año; se meses por el segundo. El manto en la cabeza no se llev

Una que quiere a Tapalqué. — Los dos ingredient son inofensivos pero el segundo es mejor.

María L. de Fiulda. — Contestamos las dos primer preguntas, pues son "dos" las que pueden enviarse e cada correo. 1.ª de raso y de gamuza, especialment 2.ª Sí.

Elena O. — 1.ª No puede ser. 2.ª Lea "Mundo A gentino", y encontrará eso.

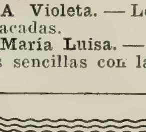
Juanita Fuster. — Todas las mañanas temprano.

Desideratum. — Como usted guste está bien.

"EL HOGAR"

REVISTA QUINCENAL PARA LAS FAMILIAS
LITERARIA Y DE ACTUALIDADES

Aparece cada dos miércoles



La primera publicación y la de mayor circulación en su género en la República Argentina

Editores: Empresa Haynes. La correspondencia debe dirigirse al Señor Administrador de la Empresa Haynes, CHACABUCO, 677|685, Buenos Aires. Unión Telefónica, 1472 (Avenida).

Los reporters y fotógrafos están munidos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente. — No se devuelven originales, no se mantiene correspondencia respecto a los recibidos, ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la dirección, aunque se publiquen.

Agente en Montevideo: señor MANUEL FONSECA, Buenos Aires, 722

Venta en París en los kioskos de los bulevares y en la Librairie Française et Etrangére, 37, rue Saint-Augustin (Avenue de l'Opéra).

SUSCRIPCIONES

República Argentina: Por año, $ 4.— m|n. Número suelto, capital e interior, $ 0.20
Exterior: „ „ $ 3.— oro. „ atrasado. . . . . $ 0.30

Avisos. — Agentes en París: L. Mayence y Cía., 9 rue Tronchet.
En Londres: South American Press.— 1 Arundel St. Strand.
En Estados Unidos de América: Cia. J. Walter Thompson, 44-60 East 23 rd. St., New York.



TALLERES HELIOGRAFICOS DE RICARDO RADAELLI, PASEO COLON, 1266 — BUENOS AIRES

EL HOGAR



AÑO X · Nº 241




LA REAL
LACTEADA
MODO DE USARLA

Anécdotas y curiosidades

LAS RAZAS QUE DESAPARECEN

Actualmente deben existir en África unos 400.000 elefantes; los buscadores de marfil y los amantes de emociones fuertes matan 40.000 por año, o sea, el diez por ciento. Aun contando la probable reproducción, a este paso, es casi seguro que dentro de veinte años, la especie habrá desaparecido. El avestruz ya no existe en estado salvaje.

Los ingleses, los portugueses y los alemanes toman medidas tardías, pero severas, para contener ese exterminio en sus respectivos territorios. Algunos periódicos de París se quejan de que en las posesiones francesas continúe libremente el ejercicio de la caza, citando, con cierta indignación, el caso de un rico aficionado a ese sport, que ha matado, en los primeros meses del corriente año, 467 piezas de caza mayor, entre ellas, doce elefantes y tres girafas.

Las autoridades científicas y los funcionarios inteligentes comienzan a conmoverse ante semejantes hechos, pues, a su juicio — que, de fijo, comparten el doctor Albarracín y el señor Onelli — la destrucción de especies animales es tan estúpida y funesta como la de los bosques. Todas las razas y todas las cosas, en general, tienen su interés y tienen una utilidad.

LOS DUELISTAS



—Y ¿qué pasó para que se suspendiera el duelo?
—¡Nada! Que el fotógrafo que teníamos avisado, no llegó a tiempo.

EL AUTOMOVILISMO NO ES UN SPORT

Esto acaba de declarar el Tribunal del Sena, en París, donde se ha producido el caso que ha dado origen a la sentencia.

Un contrato de seguro sobre la vida expresaba que los herederos del asegurado cobrarían determinada suma, a su muerte, salvo en caso de accidente en un sport o en automóvil.

¿Qué interpretación debía darse a esa restricción?

Muerto el asegurado en un viaje en auto, la compañía se negó a pagar la indemnización, apoyándose en la cláusula de la póliza. Pero no fué ésta la opinión del Tribunal, que condenó a la compañía de seguros, dictaminando que el hecho de viajar en automóvil era perfectamente normal en estos tiempos y no constituía un sport, y que la cláusula de la póliza sólo podía referirse al automovilismo como tal sport, es decir, en carreras.

Seguramente, esta sentencia sentará jurisprudencia en Francia.... y quizá en otras naciones.

LOS ASTORGAS



—Fijáte en aquel aprendiz de Astorga. Está pescando una pulmonía en nombre de la salud.

RECURSO INGENIOSO

Un comerciante de artículos japoneses supo que una importante cosa de Yokohama iba a presentarse en quiebra. Sin conocer a punto fijo el nombre de la casa, sospechó que debía ser la que mantenía con él más estrechas relaciones mercantiles.

Inquieto por tal sospecha, se trasladó al despacho de un banquero parisiense, que había abierto cuenta corriente a la citada casa, y le preguntó qué fábrica japonesa estaba a punto de quebrar.

—El informe que me pide es muy grave — replicó el banquero, — y si el rumor está mal fundado, yo cometería una ligereza al darle a usted el nombre.

—Por lo menos ¿podría usted decirme si figura en la lista que voy a entregarle? Si no se encuentra en ella, quedaré tranquilo.

—¡Sea! — dijo el banquero.

Y examinó la lista, declarando que el nombre estaba incluido.

—En este caso — replicó el comerciante — es la casa X la que va a quebrar.

—¿Cómo diablos lo ha adivinado?

—Es muy sencillo. Todos los nombres que he escrito son imaginarios, exceptuando el que acabo de citar, y que era el único que me interesaba.

UNA COMPENSACIÓN

El espiritual escritor francés Max O'Rell, fué contratado ventajosamente por un empresario, para dar una conferencia en Boston.

Unas horas antes de la sesión, el empresario, que quería mostrarse amable, dijo al conferenciante, entregándole un puñado de billetes de banco:

—¡Tomad! Ya que tengo el dinero aquí, os quiero pagar en seguida.

—Como gustéis, — respondió Max O'Rell. — Plata recibida por adelantado, es excelente para aclarar la voz. Pero ¿no habéis pensado que esto podría ser imprudente, por vuestra parte?

—¿Qué queréis decir? Sé perfectamente que no os despediréis "a la francesa" antes de la conferencia.

—Gracias por vuestra opinión. Pero suponed que me muero de repente...

—¡Oh! — declaró fríamente el empresario. — Yo he calculado que haría el mismo negocio, exhibiendo vuestro cadáver.

No quedó desmentido esta vez el sentido práctico de los yanquis.

PROFESOR PARA LOROS

Una profesión en que nadie habrá pensado y que, sin embargo, existe en Inglaterra.

En Londres, al parecer, habita un profesor de idiomas... para loros. A razón de diez chelines por semana, un loro puede, en dos o tres meses a lo sumo, aprender el inglés, el francés, el italiano, el español... Y así le es más fácil (al loro), encontrar comprador en cualquiera de esos países.

En un año, este profesor se encarga de convertir a un loro en un poliglota consumado, que domina cuatro o cinco lenguas.

Se afirma que los loros son unos alumnos modelos y que obtienen excelentes clasificaciones a fin de curso.

¡BUENA FIRMA!

El duque de Veragua, descendiente de Colón y ministro que fué de Marina en España, hallándose en Chicago el año 1892, durante las fiestas del 4.º centenario del descubrimiento de América, fué a la oficina de Telégrafos a depositar un despacho. El empleado de turno estaba de mal humor, quizá por el excesivo trabajo en aquellos días de extraordinaria concurrencia extranjera, y al preguntarle el duque el precio del telegrama, contestó con gesto agrio:

—Cinco dollars.

—¿Comprendida la firma?

—La firma es gratuita.

—¿Aunque conste de varias palabras?

—¡Es igual!

El duque sonrió amablemente y escribió al pie del texto del despacho:

"Cristóbal Colón de la Cerda, de Toledo y Larreategui, Ramírez de Baquedano y Gante, Almirante y Adelantado Mayor de las Indias, marqués de la Jamaica, duque de Veragua y de la Vega, Grande de España, Senador del Reino, Caballero de la Insigne Orden del Toisón de Oro, Gran Cruz de Carlos III y de Isabel la Católica, de la Concepción de Villaviciosa de Portugal, Gentilhombre de Cámara, con ejercicio, etc., etc."

Depositó el telegrama en la ventanilla... y el empleado se desmayó.

MILLONARIOS JAPONESES

No es sólo en los Estados Unidos donde existen millonarios. Un periódico de Tokío publica una estadística interesante que revela que los hijos del Sol Naciente también saben acumular capitales.

Hay en el Japón 501 millonarios, entre ellos 24 que tienen más de 10 millones, 21 de los cuales residen en Tokío. Noventa y dos se limitan a vivir de las rentas, 148 son comerciantes, 59 propitarios de tierras, 55 industriales y 38 prestamistas.

LOS MÉDICOS



—Y, ¿cómo van esos negocios, doctor?
—Como sobre ruedas: tengo tres bronquitis, cuatro pneumonías y ocho principios de tuberculosis.



Nuestro surtido de blusas para primavera y verano, está compuesto por más de 800 modelos distintos, todos del más distinguido gusto y de la más alta novedad. Los publicados en esta página los ofrecemos a precios excepcionales.

N.º 2342. — **BLUSAS** de voile rayado, en colores y blancas, adornadas con punto de encaje en la pechera, cuello y puños y voladitos plisé en la delantera . . . . $	9.00
N.º 2257. — **BLUSAS**, de sedalina blanca, adornadas con bordados hechos a mano, alforcitas y embutidos valencianas . . . . $	2.25
N.º 2641. — **BLUSA**, sedalina blanca, adornada con lindos bordados hechos a mano, alforzas y embutidos de valencianas . . . . $	2.80
N.º 2408. — **BLUSA** de foulard algodón rayado, en colores y blanco, adornada con jabot del mismo, bieses color liso y alforzas . . . . $	2.70
N.º 2467. — **BLUSA**, de batista blanca, adornada con finos bordados hechos a mano, vainillas, botoncitos de Irlanda y alforcitas . . . . $	7.50
N.º 2668. — **BLUSA**, de voile blanca, con bordados de seda en colores, anchas alforzas y fruncidos. . . . . $	8.80
N.º 2410. — **BLUSA**, de linón blanco, adornada con lindos bordados hechos a mano, alforcitas y embutidos valenciana . . . . $	6.70

Pida Vd. nuestro **Gran Catálogo General Ilustrado** para PRIMAVERA y VERANO.
GRATIS y franco de porte, lo remitimos a cualquier punto del interior o exterior, lo mismo que muestras y presupuestos.

TIENDA SAN JUAN

ALSINA y PIEDRAS

Nuestras encuestas

¿Qué haría usted si fuera muy rico, esto es, si tuviera mucho dinero?

¿Qué haría usted si fuera muy rico, esto es, si tuviera mucho dinero? Sinceramente hablando: en primer término, contraería enlace con el objeto de mi amor. En segundo término, invertiría una fuerte suma de dinero en colegios: en formar la mayor cantidad posible de esas nobles instituciones, tan necesarias—como el pan de cada día—en un país de progreso como el nuestro; y basta con decir: que fué ese el pensamiento que a semejanza de un culto dominaba al gran Sarmiento...

Y para finalizar, diré: que mi óbolo estaría siempre pronto para ser ofrecido a los hospitales, a la Asistencia Pública y al Cuerpo de Bomberos.

Violeta Bermejo.

Con placer he leído en la primera publicación "Nuestras encuestas" que muchos son de mi opinión. Ayudar a nuestros semejantes, es el mayor goce que puede caber en todo buen corazón. Por desgracia, estos no son sino castillos en el aire. Todos o los más de los que así pensamos no contamos nada más que con un buen deseo, pero ya es algo. Dios nos lo tendrá en cuenta. Hagamos, pues, lo que nuestros medios nos permitan, esto es, ayudar en lo posible a los más desgraciados.

Contestando a mi vez, ¿qué haría yo si tuviera mucho dinero? diré: en primer lugar protegería a los míos: decir lo contrario sería mentir. ¿Quién, siendo dueño de una gran fortuna no se acuerda, ante todo, de los seres que le son más queridos? Luego procuraría ayudar en lo posible a aquellos pobrecitos de verdad.

Ninguno verdaderamente desgraciado llamaría en vano a mis puertas. Ejercería la caridad sencillamente y sin ostentación y, naturalmente, al poseer una gran fortuna, pasaría buena vida.

Z...

Francamente, difícil me es concretar lo que haría en caso de ser muy rica: probablemente prodigaría todo el bien posible a mis semejantes y quizá realizaría la gran obra de fundar un asilo para recoger en él a nuestros pordioseros, a fin de que "estos estandartes de la miseria, bordados con toda especie de microbios" dejen de "flamear" por las calles infestando el aire. Este es mi ideal, en la suposición de que me lloviese del cielo una fortuna y que no me ocurriese la desgracia de metalizarme y pudiera conservar mi corazón inaccesible a la avaricia y a la tacañería.

Eloisa Castro de Leiva.

Si yo fuese rica, si yo pudiese disponer de millones, viajaría, visitando desconocidas y lejanas regiones, vanamente anheladas por mi ardiente fantasía, ansiosa de lo desconocido y de admirar cuanto de grandioso y emocionante encierra el mundo.

C. Amelia.

¿Qué haría yo si tuviese una fortuna? Si tengo deseos de poseer una fortuna, es porque veo que me hace falta para la realización de grandes obras. Si dispusiese de dinero pondría gran parte de él en manos de la señora presidenta de "La Casa del Niño" para que pudiese realizar, tal como ha concebido, su noble y altruísta obra. Arrancar al niño del vicio, darle un hogar donde reciba las caricias y cuidados que merece es la idea fundamental de esa institución. ¿No merece ser ayudada? Yo estoy convencida que sí, y por eso en la medida de mis pocas fuerzas hago por ella todo lo que puedo.

Vagabunda.

Si yo tuviera mucho dinero haría lo siguiente: Establecería escuelas de moral y cultura, para hacerles comprender el error en que viven, a los que se pintan, embriagan, juegan y fuman cigarros o cigarrillos que de todo tienen menos de tabaco.

Arem.

¿Qué haría si tuviera mucho dinero? Primero: ambicionar más, mucho más: nunca creería tener suficiente. Segundo: no daría limosna, porque creería a los pobres usurpadores de mi tesoro (es decir todo lo contrario de lo que hago hoy) y sólo me mostraría espléndido, en los casos de que el mundo entero conociera mi bolsa y mi dorado nombre. Por fin, la tacañería, el egoísmo, la desconfianza, sería mi norma de conducta.

Invariable.

En mi anhelo de instruírme, que jamás convirtióse en realidad, por... falta de recursos ¡cuántas veces deseé ser rica!

Pues bien: si lo fuera, emplearía mis rentas en el estudio, ayudando a quienes no pudieran hacerlo, no obstante sus buenas intenciones. Coadyuvaría a la fundación de escuelas gratuitas, para cultivar allí la inteligencia de muchas niñas que no pueden hacerlo por... no ser ricas. Dedicaríame con afán a la enseñanza, y por fin, me asociaría a instituciones que, como "El Consejo Nacional de Mujeres", realizan grandes obras sociales.

Pero lo primordial sería tratar de no cambiar de ideas.

Minerva.

Si yo fuera rica: me procuraría una biblioteca, viajaría por todos los puntos, por instrucción y por placer. Así mismo fundaría un asilo para niños huérfanos y abandonados y otro para ancianos menesterosos.

H. C. Foray.

¿Qué haría si fuera rica? ¡Ah! ¡Bien pensado lo tengo! Por más que me falte para serlo, va aquí mi opinión. Dispondría primeramente una parte de mi riqueza para construir un hospital o asilo, como lo hicieron los hermanos Fiorito, en Avellaneda.

Luego me dedicaría a socorrer y mitigar las penas de tantos desgraciados que azotados por el hambre y el frío derraman en sus tristes hogares amargas lágrimas. ¡Después! Después mi ferviente anhelo sería el de viajar por regiones desconocidas, apreciando la belleza y costumbres de otros lugares.

¿No les parece sublime opinión la mía?

Iris Mitológica.

Si yo tuviera mucho dinero, viviría espléndidamente gozando de todas las comodidades y de las muchas y muy felices distracciones que brinda la riqueza. No quiero ser rica económica. Destinaría una cuota anual al hospital de un pueblo. Recibiría a mi cuidado algún niño huérfano y tendría una regular cantidad de perritos de diversos colores, entre ellos uno preferido para que jugara el bebé.

Anita.

Si yo tuviera mucho dinero, haría lo siguiente: después de practicar la caridad, emplearía la mitad de mi fortuna en adquirir aeroplanos para la flota aérea militar y lucharía porque nuestra flotilla aérea estuviera a la par de las mejores del mundo. La otra mitad la donaría al Tiro Federal Argentino, tan simpática institución merece el apoyo del pueblo para proseguir tan brillante causa. Siendo una aficionada a los viajes, el resto del dinero lo emplearía en conocer parte del mundo, empezando por nuestra República.

Isola.

Ya que tan gentilmente quiere el señor Pérez conocer nuestras ideas, voy a decirle lo que haría yo si tuviese mucho dinero: Yo soy joven, nacida entre abrojo, sin más alegría ni anhelos que oir gemir el vendabal y escuchar el canto de pajarillos; no ambiciono piedras preciosas ni soberbias alhajas; me gustaría viajar, conocer ciudades que imagino serán muy lindas; llevaría mucho dinero para dar limosna a los enválidos; luego me compraría una linda casita-quinta y viviría con mis padres una vida dichosa. Esto es lo que mi corazón y mi conciencia me dictan.

Etelvina.

En contestación a su interesante encuesta de EL HOGAR, revelaré a usted mi pensamiento:

Si pudiera disponer de muchos miles, viajaría por todos los puntos de la República Argentina para poder ser un argentino conocedor de su patria; después recogería en un gran asilo a todos los niños para educarlos y criarlos para que encontrasen en el futuro alguna vez, la dicha.

He aquí mi idea.

Bretense.

Si yo fuese muy rico y tuviese mucho dinero, principiaría por hacer caridad a mis consanguíneos y afines y luego procedería a la edificación de dos grandes edificios con toda clase de comodidades para alojar todos los menesterosos y demás seres desocupados, y en el interior de aquéllos haría una capilla evangélica para que se predicase la verdad por hombres liberales e ilustres, pues los seres no sólo necesitan vivir del pan sino también del espíritu. Aquellos locales estarían al norte y sud de la ciudad y tendrían capacidad para asilar 20.000 pobres. Protegería la infancia, establecería colegios gratis, carnicerías y otros establecimientos de artículos de primera necesidad los que se abaratarían.

I. P. Siba.

EL TEATRO DE EL HOGAR

Entre hermanos

PERSONAJES

El Marqués Juan De Guébrianges.—El Conde Renato de Guébrianges. — El Vizconde Francisco de Guébrianges. — Médico primero. — Médico segundo. — Médico tercero.—La Marquesa viuda de Guébrianges.—Una religiosa de Nuestra Señora del Buen Socorro.

EPOCA ACTUAL

La escena representa un cuarto aristocrático y severo. A la derecha, en una cama, yace la marquesa viuda, pálida, enflaquecida, blancos los cabellos, como inanimada, respirando apenas.

Sobre las consolas, lámparas que alumbran discretamente.

Al levantarse el telón, aparece el cuadro siguiente: a la cabecera de la moribunda, la religiosa lee la "Imitación de Cristo"; la enferma, cerrados los ojos, está inmóvil.

A la derecha, los tres hijos y los tres médicos, agrupados del modo siguiente: el médico más viejo, al frente de sus colegas, mira al Marqués, quien asimismo está frente a sus hermanos. El Conde, vuelto de espaldas, mira a su madre... y el Vizconde, con aire cascado, casi de viejo, se halla de pie, con un pañuelo en la boca.



ESCENA PRIMERA

El Marqués. — ¿Qué dicen ustedes?

El Conde.—Hablad.

(Pausa. Los médicos se miran entre sí).

Médico primero (haciendo un ademán).—Con permiso de ustedes. (Avanza dos pasos hacia sus colegas. Conciliábulo mudo... Movimientos desdeñosos de cabeza. El Marqués se pasea de un extremo a otro de la habitación. El Conde mira la cama fijamente. El Vizconde, sentado en un taburete, con los brazos apoyados en las rodillas, contempla la alfombra y juguetea con el monóculo. Los médicos terminan el conciliábulo. Reúnense las seis personas. El Marqués y el Conde miran a los médicos como interrogando).

Médico primero (con tono lastimero y dolorido).—Señores... hay que ser hombres... Esto ha concluído.

El Conde (con un gesto que quiere decir: ¡Cuidado!, señala la cama).

Médico primero.—¡Oh!... no tiene ya conocimiento.

El Marqués.—Perdonad. (Se inclina. Los tres médicos saludan).

El Conde (con ansiedad, avanzando un paso).—¿No es posible hacer nada?

Médico primero.—Nada. A menos que un milagro...

(Pausa corta. Saludos. El médico, al retirarse, se encuentra con sus colegas cerca de la puerta. Salen).

ESCENA II

Lentamente los tres hermanos se dirigen hacia la cama, que está colocada de manera que puedan situarse a su alrededor.—Un "paravent" al fondo. —El Marqués, de pie, al otro lado de la cama.— A los pies, el Vizconde, apoyando las manos en la baranda.—En primer término, el Conde.—A la cabecera, "la hermana". — Pausa. — Suena un timbre.—A una mirada del Marqués, la religiosa abandona el libro y va a ver quién llama...

El Marqués.—¿Sufrís, madre mía?

(No responde la enferma, cuya respiración es anhelante).

El Conde (le coge la mano, que tiene abandonada sobre las ropas de la cama. Vuelto hacia su hermano el Vizconde: ¡Fría!)

El Vizconde (toca la mano... y hace una mueca de horror).

El Conde (inclinado sobre el lecho).—¿Nos reconocéis, madre mía?

(La moribunda abre los ojos, hace un signo con la cabeza. Sonríe... Comprenden que desea hablar y se aproximan).

La Marquesa (con voz tan débil que parece un soplo). — Hijos míos... voy... a morir...

El Marqués.—¡Oh, madre mía! (Fingen los tres una sonrisa de incredulidad).

La Marquesa. — Sí... ¡No lloréis!... y cuando esté así... (Cruza los brazos sobre el pecho en la actitud de una muerta)... rogad por mí... (con voz ronca) por mí... Yo he sido una mujer... (con horror) infiel. (Alteración rapida en las fisonomías de los tres hombres). Yo he cometido una gran falta... un crimen, del cual he pedido perdón a Dios. Antes de morir... (levanta una mano hacia el cielo)... debo haceros... ¡aproximaos! (se acercan)... la confesión...

(La puerta se entreabre y aparece la religiosa; los hijos se vuelven rápidamente).

El Marqués.—Esperad; un momento... (No entra la religiosa, que cierra de nuevo la puerta).

La Marquesa.—Yo... yo... ¡Oh Dios mío!... yo engañé a vuestro padre, tan bueno... Uno de vosotros (los envuelve en una mirada sin fijarse en ninguno en particular) no es hijo de él... Y es... es... (Hipea... cae inanimada. Los tres retroceden algunos pasos y quedan inmóviles.— Pausa.—Después el Marqués saluda a la muerta solemnemente con una sencilla inclinación de cabeza. El Conde se acerca, se inclina y la besa en la frente dulcemente.—El Vizconde coge una de las manos de su madre y hace como que la besa.—Luego los dos últimos se reunen con el Marqués, que se halla en el extremo de la derecha.—Pausa.—Están los tres muy violentos).

El Marqués (con la autoridad de primogénito y muy bajo, aunque muy acentuadamente).—¿Ha-

béis oído? (Pausa). Comprenderéis que este secreto jamás... jamás... ¿No es cierto? (Asentimiento de los otros dos). El mundo no sospechará nada... A los ojos de todos seremos siempre, yo, Juan, el marqués... Tú, René, el conde, y tú, Francisco, el Vizconde de Guébrianges... Pero hay aquí uno.... uno de nosotros que tiene en sus venas sangre de un extraño... quizás menos pura que la de nuestro padre... ¿Podemos nosotros... debemos nosotros... seguir viviendo juntos ante semejante incertidumbre?... Creo que no. (Pausa).

El Conde.—Tenéis razón.

El Vizconde.—Ciertamente.

El Conde.—Eso mismo pensaba yo... Me os habéis adelantado. No hubiera yo pensado ni hablado mejor... Gracias... ¡y escuchadme!... quiero probaros que soy sincero... Tengo la convicción... ¿comprendéis?... de que nuestra madre ha querido... señalarme a mí.

(Gesto de sorpresa y casi de protesta de los otros dos).

Sí... ¿Tú, Juan, el mayor, venido al mundo el año mismo de su casamiento?... ¡Oh! ¡Tú, Francisco, que naciste algunos meses después de la muerte de nuestra hermana Juana... de nuestra hermana, a quien ella tanto lloró!... ¡No... no!... Mentras que yo... ¡comprendedme sin que os lo diga!... nací en el extranjero... M. de Guébrianges, embajador en San Petersburgo... nunca había estado ella más hermosa... veintinueve años... más de una vez se dijo que el zar... En fin, soy yo... soy yo. (Señalando a la muerta por encima del hombro). Oigo que me lo dice.



(El Marqués y el Vizconde insensiblemente se han apartado y están cogidos de la mano, como para deslindar bien y marcar en lo futuro la distancia que los separa. Se miran con altivez).

El Conde (con naturalidad).—Acepto vuestra decisión.

El Marqués (con tono glacial).—Gracias, caballero, por vuestra franqueza. Para todos, excepto para nosotros, seguiréis siendo el conde de Guébrianges... Sólo que no viviremos juntos...

El Vizconde.—¡No es posible!

El Conde—¡Y es doloroso! ¡Romper, de pronto, el vínculo que nos unió en estrecho y fraternal amor!

El Marqués—Era el vínculo de la sangre, que creíamos pura en vuestras venas y que —ahora, descubierto el misterio— aparece mezclado quizá con sangre real, pero, al fin, germen de culpas desdorosas.

El Conde (entre avergonzado, por la sospecha de su origen bastardo, y orgulloso, por la hipótesis de una intervención imperial, en ese origen).—Tened presente, sin embargo, que nunca pude ser hijo de un villano y que, probablemente, extravíos, como el que lamentamos son frecuentes donde el brillo de las altas jerarquías deslumbra y ciega.

El Vizconde.—Eso atenúa la falta, pero no quita gravedad a las consecuencias.

El Marqués.—Los hechos son fatales. Ante el mundo, pueden disimularse, guardarse misteriosamente hasta el punto de que nadie tenga conocimiento de ellos, como ha sucedido en este caso; pero desde el momento que se descubren, las conciencias rectas deben proceder con arreglo a sus propios dictados.

El Vizconde—Bien está que cubramos las formas; pero la esencia de nuestros seres, cambia al descorrerse el velo del misterio, y a ese cambio debe seguir el de nuestras relaciones.

El Cónde.—Lo mismo opino, pues igual actitud hubiera yo asumido, en el caso de ser uno de vosotros el hijo de la culpa. No obstante, en mí no podrá borrarse el recuerdo de los años en que los tres vivimos engañados.

El Marqués. — Ese recuerdo puede desvanecerse; además, no ha de reportarnos utilidad a ninguno de los tres.

El Vizconde.—¡Ni ha de servirnos de consuelo!

(Un momento de silencio, durante el cual los tres hermanos se miran, alternativamente, reflejándose en sus semblantes, con fugaces transiciones, sentimiento de dolor, de dignidad y de resignación. El marqués, más altivo, esquiva las miradas del conde, como si se esforzara por contener cualquier impulso afectivo).

El Marqués.—Así, pues, decidida nuestra separación... ¿cuándo os mudais?

El Conde.—Naturalmente... después del entierro...

(El Marqués y el Vizconde saludan. Van a retirarse cada uno por su lado. Miran casi simultáneamente al lecho, y quedan como clavados en el suelo por el espanto).

La Marquesa (incorporada en la cama, abre dos o tres veces la boca, sin poder hablar. Tiene la mirada fija... Alarga el brazo... y señalando con el índice al Marqués, dice con voz fuerte):—Es el Marqués... es Juan.



(El estupor que sigue a esta declaración de la moribunda se refleja en el semblante de los tres hermanos. El Conde parece recobrar su serenidad y por un momento cree que la Providencia ha venido a vengarle de la dureza de su hermano, el Marqués, quien dirige a su madre una mirada terrible. La moribunda, a su vez, abre los ojos desmesuradamente, como intentando descubrir el efecto que su declaración ha producido, pero no puede fijarlos en ninguno de sus hijos, que abrumados por el dolor y la sorpresa, caen de hinojos junto al lecho).

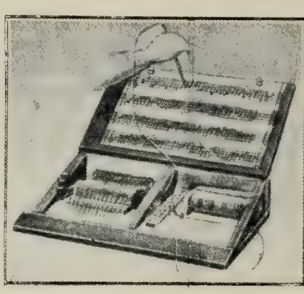
La Marquesa (en un supremo esfuerzo).—¡Perdón! Es... el Marqués... es Juan. (Cae muerta).

Dib. de Caro. **Gustavo GUICHES.**

De aquí y de allá

MUSICA A PINCHAZOS

En el interior de la tapa de la ingeniosa caja de música que reproduce nuestro grabado, caja destinada a educar el oído de los principiantes en el estudio de la música; hay cuatro filas de hilos eléctricos sobre los cuales se pone el papel de la composición que haya de ejecutarse. Pinchando consecutivamente con un punzón de metal las notas impresas en el pentagrama se van cerrando circuitos que por medio de electro-imanes ponen en movimiento los martillos productores de las notas perforadas.



La caja tiene un aparato especial para regular la clave de la composición y se obtienen los agudos, los naturales y los graves tocando unos pulsadores o botones especiales.

PARA LOS MUDOS Y CIEGOS

Ser sordomudo es una desgracia, pero cuando a este defecto se une el de ser ciego, la infortunada criatura a quien tal ocurre es verdaderamente digna de compasión, y cuanto se haga por aliviar su triste suerte merece el aplauso de la humanidad entera.



De este aplauso es digno, como pocos, el ingenioso invento denominado "conversador Braille", cuyo objeto es facilitar la conversación entre dos ciegos que sean a la vez sordo-mudos.

El conversador Braille es un pequeño tablero con siete teclas de madera en cada extremo, teclas sobre las cuales han de poner los dedos las dos personas que hablan. Seis de cada grupo sirven para formar palabras con el alfabeto Braille, que consiste en un sistema de puntos agrupados de distintas maneras. Los movimientos de las teclas que toca la persona que habla, se reproducen en las del lado opuesto, bajo los dedos del que atiende. La séptima tecla de cada lado es el "espacio"; tocada una sola vez, significa que acaba una palabra, y dos veces, que el que habla ha terminado lo que tenía que decir.

POSTE INDICADOR

Es frecuente hallar en los cruces de caminos de todos los países, postes indicadores de adonde conduce cada una de las vías que a la encrucijada concurren. Pero generalmente no suelen ser sino una estaca con carteles donde las indicaciones están escritas.



El que reproduce la inmediata fotografía es mucho más pintoresco.

Lo forma una escultura grosera que representa un segador anciano de luenga barba, por cuyas piernas trepa la yedra, y que con la punta de su guadaña indica el camino que en las montañas de Silesia conduce de Warmbrun a Giers.

En la hoja de la guadaña están grabadas las siguientes palabras (claro es que en alemán) "Al pueblo de Giers, media hora".

Tampoco es difícil encontrar en otros sitios figuras y señales que denotan la habilidad o la ingenuidad—o ambas cosas a la vez—de gentes sencillas.

Contra lo pintoresco se levanta, fatalmente, el espíritu oficial que tiende a uniformarlo todo, hasta en los puntos más agrestes.

Hay una exajerada tendencia a "urbanizar" la Naturaleza, privándola de sus encantos.

Robinsón

Se ha dicho que Robinsón Crusoe no es un héroe ficticio, que su historia está sacada de la del náufrago escocés Alejandro Selkirk. Con la misma razón pudiera decirse que De Foe había calcado la figura de su héroe sobre la de Pedro Serrano, o Hans Staden, o Leguat y sus compañeros de expatriación en la isla Rodríguez, o el P. Crespel, o los marineros rusos abandonados en el Spitzberg, o Adams y los amotinados de la "Bounty", o cualquier otro de los infinitos viajeros a quienes su suerte o su desgracia llevó a regiones desiertas y apartadas, teniéndolos en ellas desterrados más o menos tiempo. No; de Foe pudo haberse inspirado en la historia de cualquiera de estos viajeros, pero su héroe no es ninguno de ellos en particular y son todos ellos a la vez, porque Robinsón es la humanidad aventurera en general, y es, sobre todo, la imagen de una raza por excelencia aventurera, exploradora y colonizadora de la raza anglosajona. Lo que él hace, es lo que luego hacen los "pionneers" de Australia, los "squatters" de América o los exploradores del Africa Central: Robinsón no es más que el símbolo de los Mungo Park, de los Francklin, de los Wallace, de los Livingstone, de los Stanley.

Robinsón Crusoe es un hombre que, llevado del mismo espíritu que impulsó a todas estas glorias de la historia de los viajes, abandona su patria y sus padres; y que lejos de acobardarse ante los primeros fracasos, parece ser excitado por ellos para lanzarse a nuevas aventuras. Arrojado al fin sobre una isla desierta, se ve en el caso de tener que reconquistar poco a poco, una a una, todas las adquisiciones de la industria humana. Y entonces es cuando se revelan en él la energía, la paciencia y la perseverancia que deben caracterizar al hombre que quiere ser digno de este nombre. Cuando, para defender su caverna, corta en el bosque aquellas estacas que le cuestan un día de trabajo cada una, comprende que su obra es larga y difícil; pero en seguida piensa: "¿Qué necesidad hay de considerar si una cosa es difícil o no, cuando sobra tiempo para hacerla, y no hay nada más que hacer?" Sin más útiles que un hacha y un cepillo, emplea cuarenta y dos días en hacer una tabla, y cinco meses en construir una canoa. Luego empieza a abrir un canal que le permita botar su embarcación al agua, y cuando, comenzada la obra, cae en la cuenta de que necesitará diez o doce años para terminarla, construye otra canoa en otro sitio, donde sólo es necesario un canal que le ocupará dos años. Con la misma perseverancia se construye sus muebles, se confecciona sus trajes y domestica los animales que constituyen su única compañía hasta el momento en que libra al negro Viernes de una muerte espantosa, y que son su único consuelo después de aquella vieja Biblia que le aconseja en sus momentos de desesperación: "Invócame en el día de tu aflicción, y yo te socorreré."



Robinsón Crusoe

Robinsón, como la mayor parte de los viajeros perdidos (lo que prueba que el mundo no es tan grande como parece), es al fin sacado de su isla por un barco que casualmente viene a anclar junto a ella. Los ocho años de terribles experiencias porque el náufrago ha pasado, no extinguen su amor a las aventuras, y vuelve a correr mundo, unas veces con suerte, sin ella otras. Atraviesa la Tartaria, visita la China, vuelve a su isla, y cuando regresa a su patria después de una nueva ausencia de diez años, es cuando aprecia por fin las delicias del descanso. "Ya es tiempo, — dice — de que me vaya preparando para un viaje más largo que los que he descrito."

Y todos sus viajes estuvieron cuajados de aventuras; todos fueron ricos en peligros novelescos, casi fantásticos.

Si este hombre es hijo neto de la imaginación de un escritor de altos vuelos, queda, por lo menos, algo muy grande: la enseñanza de lo que puede hacer el hombre siempre que cuente con la suficiente fuerza de voluntad.

El carácter es quizá lo que más falta hoy día y es, también lo más necesario en el momento actual. Salta a la vista que en el presente siglo hacen falta muchos Robinsón Crusoe.

UNA BUENA ESCALERA

Entre las cosas más típicas de las ciudades del Japón, figuran las "casas de te".

En Yokohama, que es una de las poblaciones más hermosas del país del Sol naciente y más visitada por los europeos, hay muchos establecimientos de este género; pero el más curioso, es sin duda, el llamado "la casa de te de los ciento un escalones".



Como se ve en la fotografía adjunta, hay que subir una larga escalera para llegar a esta casa donde se sirve un te excelente. Por eso no es extraño que en el libro de visitantes que se presenta a todo forastero, se encuentren autografías y tarjetas de casi todas las celebridades que han visitado el Japón.

Desde la altura en que está situada la casa de te de los ciento un escalones, se disfruta de una magnífica vista del puerto de Yokohama y del célebre Fujyama.

UN CABALLO CON CABEZA DE MONO

Un propietario de los alrededores de Manila se quedó estupefacto hace pocos meses al ver que una yegua de su propiedad daba a luz el fenómeno que reproduce nuestro grabado.

La yegua es de constitución perfecta, y el potro con cara de mono nació viable, pero, como generalmente ocurre con todos los monstruos, murió a los pocos días, a pesar de los cuidados que le prestaron los veterinarios, los cuales tenían gran empeño en sacarlo adelante, porque tan extraño caso de teratología merecía un estudio detenido. Pero ante lo irremediable tuvieron que conformarse con hacerle la autopsia y disecarlo. Ahora se conserva en el museo de Manila.

La autopsia no ha revelado nada de particular. El cuello y el cuerpo son los de un caballo, y las vísceras son las mismas de todos los animales de su especie. Lo raro es la cabeza, que, como puede verse en la fotografía, parece de mono, pero como es natural, no hay posibilidad de cruzamiento entre un simio y una yegua, y todo se explica por un desarrollo exagerado de la frente, acompañado de la atrofia de las orejas.



El potro en cuestión es sencillamente un monstruo un error de la naturaleza que puede ocupar un lugar entre las monstruosidades observadas en todas las especies.

Y aquí ni termina la historia del célebre monstruo. Muchos sabios, al tener conocimiento de la existencia de tan raro fenómeno, se han trasladado a Manila con el propósito de realizar estudios.

Pero los sabios esta vez no han podido sacar nada en limpio pues, el fenómeno, estudiado con atención pierde la importancia que tiene a simple vista.



Poesías infantiles (Para recitar)

El burro maravilloso

Al pie de un árbol frondoso,
a la orilla de un camino,
tumbado en el santo suelo
estaba un hombre dormido.
Unos niños que pasaban,
al verle así, en aquel sitio,
dijeron:
—¡Vaya una mona
que está durmiendo el amigo!
Y un borrico que se hallaba
junto a aquel hombre, les dijo:
—Este hombre no está borracho,
porque en su vida lo ha sido
y es pecado el hacer esos
juicios temerarios, niños.
Los chicos al ver a un burro
que hablaba con tanto juicio
lo mismo que una persona,
huyeron despavoridos.
A poco, cuatro ciclistas,
al pasar por aquel sitio,
estuvieron a dos dedos
de atropellar al dormido.
—¡Vaya un sitio de echar siestas:
por poco no nos rompimos
la crisma, por no arrollarle!—
el más enfadado dijo.
A lo cual replicó el asno:
—Si corrierais con más juicio
no os veríais en el trance
en que ha poco os habéis visto.
Los ciclistas, asombrados
de oir hablar a un borrico
se marcharon al momento
tomándolo por hechizo.
Dos viejecillas del pueblo,
trayendo sus cantarillos,
regresaban de la fuente;
iban cortando un vestdo
como se suele llamar
al murmurar de lo lindo,
y el jumento al escucharlas
dijo en tono compungido:
—¡Válganos Dios, hermanitas,
y qué largas son de pico,
y cómo ponen al prójimo
doñas Siglos de los Siglos.
Las viejas así que oyeron
la advertencia del pollino,
estremecidas de espanto
escaparon dando gritos.
Cuando llegaron al pueblo
y contaron lo ocurrido,
de que ya habían hablado
los ciclistas y los niños,
fué general el asombro,
y todos, grandes y chicos,
tuvieron el caso extraño
por diablesco maleficio.
Tanto se habló del suceso,
que el alcalde, decidido
a descifrar el misterio
diabólico por sí mismo,
se fué al sitio donde estaban
el durmiente y su borrico.
Aún se encontraba durmiendo,
cuando fueron los vecinos
con el alcalde y prendiéronle
con el asno del prodigio,
para que explicara el caso
o purgara su delito.
—¡Porque eso de que los asnos,
que allá en los tiempos antiguos
de la fábula charlaban,
sigan charlando lo mismo
en los tiempos que corremos,
es cosa del enemigo!
Así hablaban los del pueblo,
cuando el hombre muy tranquilo
le dijo al señor alcalde
un recadito al oído:
—El burro no habla ni parla,
y lo que piensan que ha dicho,
lo he dicho yo.
—¿Cómo es eso?
—¡Señor, porque soy ventrílocuo!

CHIRÓN.

EL ARBOL DE LA VIRGEN

En la fotografía adjunta se ve un árbol famoso que existe en el pueblecito egipcio llamado Matariyah, construído en parte sobre las ruinas de Heliopolis y situado a unos veinte kilómetros al norte del Cairo.



El árbol en cuestión se denomina "de la virgen" porque según la tradición es el mismo a cuya sombra dscansó la Virgen María durante su huída a Egipto y en cuyo hueco tronco se escondió para librarse de sus perseguidores.

El árbol de la Virgen es muy visitado por los viajeros, pues aparte de lo interesantísimo que resulta por la sagrada tradición referente a él, es un árbol antiquísimo.

UN DEPORTE ACUÁTICO



La fotografía adjunta ha sido tomada en la isla de Kanai (Hawai), y representa un deporte muy característico de los hawaianos. En aquellas islas hay una porción de cascadas y en las lagunas que se forman al pie de ellas se reunen los hombres y las mujeres durante las horas de calor para bañarse. La cascada de nuestra fotografía es muy notable, porque se desliza por una superficie de piedra muy lisa de cinco metros de largo que permite deslizarse por ella como por un tobogán acuático para ir a parar a la laguna.

Dicha cascada constituye la delicia de los hawaianos desde hace varios siglos, tanto, que en los tiempos de la antigua monarquía indígena fueron muchos reyes a recrearse en ella con el fresco deporte.

EL TE EN ASAM

La recolección del te en Asam es de lo más pintoresco que puede imaginarse. La efectúan cuadrillas de mujeres indígenas a las que dirige un capataz del sexo masculino. En nuestra fotografía se ve una de estas cuadrillas de colectoras, todas ellas igualmente vestidas, con un gran cesto a la espalda. La recogida es delicada porque sólo deben arrancarse de la planta las hojas que están en las debidas condiciones. El capataz reconoce de vez en cuando las hojas que las mujeres tienen en los cestos para ver si hacen el escogido a conciencia, porque las diferentes clases de te se crían en las mismas plantas y sólo es la edad de la hoja lo que decide su especie. En cuanto llegan las hojas frescas a la factoría se extienden por igual en el suelo o en bandejas de mimbre, para que se pongan tiernas y flácidas y cuando no crujen al oprimirlas con la mano es que están en disposición para el enrollado que consiste en esprimirlas, enrollándolas a mano o a máquina, para que suelten el zumo. Después viene la importante operación de la fermentación de la cual depende en gran medida la calidad del te. Cuando las hojas enrolladas han tomado cierto color conocido de la gente práctica en este asunto, se extienden y se ponen al sol durante una hora, y, finalmente, se secan con corrientes de aire caliente. Hecho esto se hace un escogido de las hojas que es lo que determina su valor.



La aviación no es peligrosa

La aviación no es peligrosa... relativamente. Puede decirse que ofrece tantos riesgos de accidente como el jugar al football.

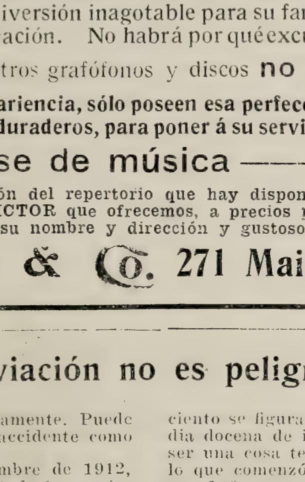
Desde septiembre de 1908 hasta noviembre de 1912, han ocurrido 224 accidentes fatales, en 23 de los cuales se mataron el piloto y el pasajero que le acompañaba.

Los accidentes fatales se reparten de este modo: 1 en 1908, 4 en 1909, 30 en 1910, 77 en 1911 y 112 en 1912 hasta el 2 de noviembre.

Semejante aumento de accidentes se explica de dos modos: En primer lugar, los pilotos existentes en 1900 no volaron más que 1.000 millas. (La milla tiene 1.609 metros); en 1909 se volaron 28.000 millas; en 1910, 600.000; en 1911, 2.300.000, y en 1912, 12.000.000.

Por otra parte, el número de pilotos ha ido aumentando. En 1908 había 5; en 1909, 50; en 1910, 600; en 1911, 1.500 y en 1912, 5.800.

Teniendo en cuenta el rápido crecimiento del espacio recorrido y del número de aviadores, no es de extrañar que aumente el número de accidentes, y, sin embargo, la aviación hace cada vez menos víctimas proporcionalmente a las anteriores. Para convencerse de ello no hay que hacer sino atender a las estadísticas. En 1908 hubo una muerte por cada 1.000 millas de vuelo; en 1909, una por cada 7.000; en 1910, una por cada 20.000; en 1911, una por cada 30.000, y en 1912, una por cada 107.000. Por otro lado tenemos que en 1908 los aviadores muertos fueron uno por cinco; en 1909, uno por doce; en 1910, uno por 17; en 1911, uno por 20, y en 1912, uno por 51.



Aeroplano último modelo

Todos estos datos publicados por un periódico americano, demuestran que la aviación ha mejorado rápidamente sus medios de seguridad. A la reducción de peligro por individuos, se une una mayor reducción por unidad de distancia. Hoy se recorren 107.000 millas con la misma contribución de vidas que se pagaba hace cuatro años por recorrer mil.

Y, sin embargo, noventa y nueve personas de cada ciento se figuran que la aviación que mató menos de media docena de individuos hace cuatro años, ha llegado a ser una cosa terriblemente peligrosa, cuando en realidad lo que comenzó siendo arriesgadísimo ofrece hoy un 99 por 100 menos de riesgos. Un vuelo en aeroplano ofrece actualmente más seguridades que un viaje en un automóvil de carreras. La aviación es todo lo peligrosa que puede ser una partida de football, deporte que también cuenta con algunas víctimas.

Comparemos ahora el número de muertes en las ocho naciones principales, donde han ocurrido más de las nueve décimas partes de los accidentes.

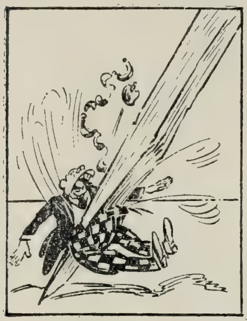
Austria con 100 pilotos, cuenta cinco muertes o sea una por cada veinte aviadores; Bélgica, 100 pilotos, cuatro muertes, 1 por 25; Rusia, 200 pilotos, doce muertes, una por 17; Estados Unidos, 300 pilotos, 43 muertes, una por 7; Italia, 300 pilotos, 15 muertes, una por 20; Inglaterra, 350 pilotos, 20 muertes, una por 18; Alemania, 1.500 pilotos, 54 muertes, una por 28; Francia, 3.000 pilotos, 73 muertes, una por 41.

Las anteriores cifras indican que donde está más adelantada o mejor organizada la aviación es en Francia, pues contando con 3.000 pilotos, es decir, más que las demás naciones de la lista juntas, sólo registra un aviador muerto por cada 41, mientras que en los Estados Unidos, donde no tienen más que 300 pilotos, se cuenta un muerto por cada 7, es decir, una proporción casi tan alta como cuando la aviación se hallaba en el terreno experimental. Esto se debe, y los yanquis son los primeros en lamentarlo, al hecho de no estar tan bien organizada la aviación como en Europa. Allí se dedican al manejo de los aeroplanos jóvenes atrevidos, que quieren ganar dinero a toda costa y que no se someten a la dirección de ingenieros y de hombres expertos, como ocurre en las naciones donde la aviación es una ciencia y no un espectáculo para divertir al público.

EL MÉDICO EN CASA

Astilla. — Astilla no es el nombre de una enfermedad, precisamente; ni la empleo en el sentido de "asta chica" o "cuernecito". No es cosa de la "córnea".

Lo que podríamos llamar "astillitis" es el padecimiento ocasionado por la introducción de una astilla de madera u otro "cuerpo extraño" en nuestro propio "cuerpo". El cuerpo humano, después que sale del "cuño" en las fábricas de París (que es de donde vienen todos los nenes), no admite más "cuñas".



Lo que podríamos llamar "astitillitis"

Así es que demuestra en seguida su "mal humor", cuando una astilla penetra en sus carnes.

Ese "mal humor" va creciendo y poniéndose serio, y hay que "temer al humor".

Procúrese que le vuelva a uno la alegría y el alma al cuerpo.

Para conseguirlo, comiéncese por invitar a la astilla a salir o póngasela de patitas en la calle por medios violentos si se trata de una astilla mal educada.

Se recomienda el mismo procedimiento que para echar de nuestra casa a un atorrante en perfecto estado de desaseo, es decir, el uso de las pinzas.

La astilla que se saca será de la misma madera que el palo de donde procede. De tal palo tal astilla, y no hay peor cuña que la de la misma madera.

Si el individuo es un alcornoque, la astilla será muy dura de sacar.

Después hay que curar la parte enferma del individuo, de donde se sacó la astilla.

Esta curación es igual que la indicada para el absceso.

Baile de San Vito. — Esta enfermedad se llama también "corea", porque pertenece a la "coreografía".

Se llama baile de San Vito, no porque el santo fuese bailarín, sino porque se le invocaba antiguamente para la curación de ese mal.

Consiste en contorsiones y movimientos convulsivos, más agitados que los del "tango", esa otra enfermedad que está de moda actualmente, con carácter epidémico.

Las causas de ese mal pueden ser varias. La herencia, triste legado de nuestros padres, es una de las causas más frecuentes.

También puede adquirirse el bailecito ese, a consecuencia de una emoción terrorífica o una caída de cabeza.

Es decir, si se le cae a uno la cabeza, maldita la gana que le queda de bailar. Al decir "caída de cabeza", me refiero al acto de pegarse con el mate en el suelo al ejecutar un volatín mal ensayado.



Se llama también corea porque pertenece a la 'coreografía"

Estas y otras emociones fuertes, como por ejemplo la presencia de un ratón o un "bolsazo" inesperado, suelen producir el baile de San Vito.

Esta enfermedad ataca generalmente a los jóvenes. Las personas maduras ya no están para esos bailes.

Para descansar del baile puede uno encomendarse al santo que dió nombre a la enfermedad.

Si eso no basta, complétese la curación con alimentos nutritivos, baños templados y corrientes galvánicas. La "galvana" es un buen antídoto contra el baile.

Un doctor recomienda ingerir cosas refrescantes. Está bien, pero procúrese no comer abanicos ni ventiladores, por más refrescantes que sean.

El médico en casa

Aunque parezca mentira, la música es una de las distracciones más recomendadas para curar el baile de San Vito.

Bilis. — Lo que es bueno para el bazo, es malo para el hígado, y viceversa.

Así es que, cuando el bazo está contento, el hígado, para llevarle la contraria, se pone de mal humor, y lo manifiesta segregando un líquido amarillo-verdoso, amargo, que es la bilis.

Los fisiólogos no están muy seguros de que la bilis sirva para otra cosa más que para molestar y "amargar" la existencia del individuo cuyo hígado larga ese chorro tan poco apetecible.

Y, quien más, quien menos, todo el mundo se ve obligado a tragar alguna bilis.



La música es una de las distracciones más recomendadas

Lo mejor para evitar la bilis, es fastidiar al bazo todo lo posible, pues el hígado entonces se mostrará satisfecho.

Las cosas "dulces" pueden contrarrestar las "amarguras" de la bilis.

Está muy indicada una luna de "miel".

Y cuando esa luna empieza a menguar (que generalmente es bastante pronto), si la bilis persiste, tómese jugo de naranja dulce, una hora antes del desayuno, durante algunos días.

Boca. — Las enfermedades de la boca en el hombre, no siempre son mortales, como en los peces. — Por la boca muere siempre el pez.

El hombre también suele tragar el anzuelo cuando se lo echa una hábil pescadora de maridos. Pero, aun en ese caso, no sufre el "pescado" una muerte completa. Su muerte es solo civil o cuando más, civil y canónica, si el matrimonio se lleva a cabo con todas las formalidades de la ley y del rito católico. Cada caso de estos tiene su "cura" correspondiente.

Los otros padecimientos de la boca son muchos, pero todos ellos menos graves.

Hay la hinchazón, que se cura con gargarismos de agua y leche. No es de gente limpia tragarse el gargarismo después de usado.

Los dolores nerviosos de la boca son muy molestos y agudos.

Figúrense ustedes que su cocinera, después de haber quitado pacientemente todas las espinas a un lenguado, hace unas milanesas utilizando, por equivocación, las espinas en vez de la carne limpia del pez. Ustedes, que se fían de la cocinera, porque no les queda otro remedio, al probar el primer bocado de aquella milanesa, sentirán pinchazos en todas las partes blandas de la boca.

Pues una cosa así son los dolores nerviosos de la boca.

Una franela muy caliente aplicada en la cara suele hacer olvidar aquello que parece una diablura de la cocinera.

Contra la acidez, no hay mejor cosa que tener poca plata, pues de ese modo se come moderadamente y no se "acidaza" la boca.

El amargor de la boca puede producirse sin que uno se coma la hiel destinada al gato ni tenga el vicio de mascar retama.



Las enfermedades de la boca

El amargor de boca y la dentera suelen producirse cuando uno ve a cualquier amigo del brazo de una buena moza.

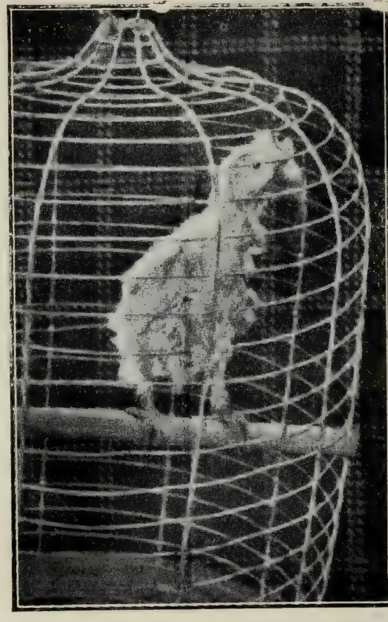
La dieta y una taza de infusión de manzanilla, con algunas gotas (bastantes), de resignación cristiana, tomada en ayunas, vuelven su dulzura natural a la boca.

SERRUCHO.

Dib. de Caro.

Una cacatúa centenaria

Las cacatúas viven muchísimos años, como todo el mundo sabe, pero quizás no exista en el mundo otra ave de este género de la que se sepa con certeza que cuenta más de un siglo, como sucede con la cacatúa que reproduce nuestro grabado y que, aunque bastante estropeada, vive en una fonda de las cercanías de Sydney, en Australia.



Cuando tenía plumas suficientes para reconocer su especie, se veía que era un cacatúa de cresta color limón, pero como lleva más de medio siglo literalmente "en cañones", vive hoy poca gente que se acuerde de haberla visto con muchas más plumas de las que hoy posee.

Dicha cacatúa estuvo la friolera de ochenta años en poder del capitán Jorge Ellis, marino muy conocido en Sidney, que murió de ochenta y nueve años, en 1887, en las Islas Salomón.

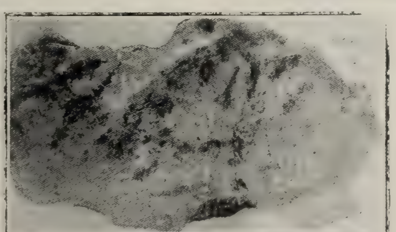
El ave se la regalaron cuando él no era más que un chiquillo de nueve años y se le dijo que el pájaro tenía igual edad. Al morir el marino, heredó la cacatúa Mrs. Bennet, popular fondista de Sydney, pero no se hizo cargo de ella hasta 1891, y desde entonces vive con ella la veterana ave. Hace veinte años tenía tan pocas plumas como ahora, todas ellas blancas como la nieve. Conserva íntegras sus facultades y es tan locuaz como puedan serlo los ejemplares de su especie con un siglo menos de existencia. Cuando está contenta bate lo le queda de las alas y grita: "¡Voy a volar! ¡Voy a volar!", lo cual no deja de ser una baladronada a sus años. Su pico mide ya diez centímetros largos, pero todavía puede coger y triturar perfectamente los granos de maíz, con la misma facilidad que en su juventud. Su ama tiene guardados tres trozos del pico, de unos cinco centímetros de largo cada uno, que le ha cortado en diferentes ocasiones, cuando le crecía demasiado. "Cocky", así se llama la cacatúa, es conocida de millares de australianos y viajeros, porque habla con todo el mundo y todavía sabe lucir sus habilidades acrobáticas y coreográficas y pedir su "poco de papa" a los visitantes.

La señora Bonnet muestra con orgullo ese viejo ejemplar a todos los clientes de su fonda. Para ella el animalito es un tesoro, que, seguramente figurará entre los más importantes legados de su testamento; porque ella piensa que la cacatúa ha de sobrevivirle.

Las mayores pepitas de oro

La pepita de oro más grande que se ha encontrado en el mundo, fué una que se descubrió en Australia el año 1852. Pesaba cien kilos y valía cincuenta mil pesos oro.

En ninguna otra parte del mundo se ha hecho jamás un hallazgo semejante. La pepita más grande hallada en California pesaba bastante menos que ésta, apenas sesenta y ocho kilos y medio. Fué desenterrada en Campo Corona el 18 de noviembre de 1854, por un tal Oliver Martín. Son raras las colecciones mineralógicas de los grandes museos, que no poseen algún grabado o algún facsímil de este admirable lingote, compuesto casi enteramente de oro puro, con sólo una pequeñísima cantidad de cuarzo blanco. Después de fundido, valió a su descubridor cerca de cuarenta mil dollars. Pero lo más curioso de esta pepita, es la historia de su hallazgo.



Pepita gigantesca de California

Oliver Martín había estado trabajando muchas semanas en los placeres de Campo Corona, con un compañero llamado Flower, sin que el uno ni otro encontrasen el más pequeño grano de oro. Cansados ya del trabajo, y con las provisiones agotadas, los dos mineros fueron sorprendidos por una espantosa tormenta que duró varios días con sus noches, y una exhalación quitó la vida al desdichado Flower. Aunque más muerto que vivo, Martín quiso cumplir los últimos deberes respecto a su pobre compañero, y empezó a cavarle una fosa al pie de un árbol. No había sacado aún la mitad de la tierra, cuando el azadón tropezó contra un cuerpo duro, y el minero encontró recompensados su trabajo y sus buenos sentimientos, con la pepita más grande que se ha encontrado en América.

Es muy raro que un minero tenga la suerte de encontrar dos pepitas de tamaño respetable; sin embargo, conócese un caso ocurrido también en California. Un tal Daniel Hill descubrió un lingote bastante grande, que se vendió en 15.000 dollars, y a los cinco años descubrió casi en el mismo sitio otra pepita, tan grande como un coco, que le valió 12.000 dollars. En vez de seguir probando suerte, Hill abandonó desde aquel momento al trabajo y se entregó a la bebida; a los dos años no tenía un centavo, y moría en la cárcel de delirium tremens.

Otra historia curiosa es la de dos vagabundos que en 1889 fueron encontrados sin billete en un tren californiano. Al llegar a la primera estación, se les obligó a bajar, y los dos infelices echaron a andar por el campo sin saber a donde dirigirse. Al día siguiente, tenían la suerte de descubrir una pepita de oro que, llevada a la población más cercana, les valió 3.000 pesos oro.

En Poseidon, el campo aurífero más recientemente descubierto en Australia, se están encontrando algunas pepitas de oro muy notables.

Fuera de Australia y California, ningún otro país rico en oro ha dado pepitas de tamaño digno de tenerse en cuenta. Hasta ahora, en el Klondike no se ha citado ningún hallazgo como los que acabamos de referir, y la pepita más grande que se ha encontrado en Rusia es una de 32 kilos hallada en los Urales en 1842.

Según noticias que se reciben de Poseidon, se sabe que se ha encontrado otra pepita de 3195 gramos, que se parece mucho por su forma a una concha de nautilus.

No acababa de recogerla el dueño de la mina en cuestión, cuando otro individuo de al lado sacaba, clavada en la punta del pico, otra pepita de 1180 gramos; poco después un muchacho que guiaba un carro encontró una cosa que relucía entre la hierba, la que resultó ser una pepita de unos 125 gramos.

Poseidon es quizá el punto donde se ha encontrado mayor número de pepitas de oro.

Un marinero, no hace mucho, encontró una de forma semejante a una pelota de jugar al cricket.

Entre las historias más tristes ocasionadas por el repentino hallazgo de una fortuna, se encuentra esta:

Un francés encontró en California una pepita, por la que le dieron 28.000 pesos. Al recibir el dinero, fué tan grande la alegría que experimentó, que se volvió loco sin que jamás volviese a recobrar la razón.

Un pobre marinero que tuvo la suerte de encontrar una buena pepita de oro, fué a parar a la cárcel, pues no faltaron envidiosos que lo denunciaron como ladrón. El marinero estuvo preso hasta tanto se pudo constatar la falsedad de las acusaciones.

Crónicas del tiempo heróico

Rasgos íntimos del general San Martín

"Era un hombre envuelto en el misterio y en lo equívoco. Nadie tenía una idea neta de sus verdaderos talentos, de su carácter, ni de sus proyectos. Los extranjeros que se le acercaban personalmente, encontraban en él un hombre de alta cultura, de conversación animada, pero seria, de un lenguaje sencillo y claro, exento de frivolidad, con maneras elegantes y aún seductoras, con el rostro pálido y ojos vivos y penetrantes que no dejaba adivinar lo que pasaba en su alma impenetrable."

Tal ha dicho el famoso historiógrafo universal Gerome, y con poca diferencia tal era el hombre, que retrataron sus contemporáneos en crónicas ligeras que han servido para reconstruir el tipo severo y caballeresco del capitán de los Andes.

El general don Jerónimo Espejo, entre otros, que conoció al ilustre vencedor de Chacabuco como su subalterno, nos ha dejado informaciones precisas.

La vida íntima de San Martín puede presentarse como un modelo de orden y de escrupulosidad.

En Cuyo—dice el general Mitre—San Martín daba el ejemplo de labor perseverante y de moral en acción, y llevaba personalmente su correspondencia, dictaba o redactaba los despachos oficiales, que escribía él mismo cuando eran de índole reservada, atendiendo a la vez un cúmulo de pequeños detalles que asustan cuando se compulsan sus papeles y explican como en la vida de todos los grandes capitanes el éxito de todas sus empresas está en el trabajo perseverante.



El general San Martín, retrato por Jorge Scott, que se exhibió en el Salón de París

Los contemporáneos que han vivido cerca de San Martín y han dejado escritas sus memorias, están contestes en afirmar que era de alta estatura, entre delgado y grueso, bien sentada sobre los hombros la cabeza, tostada la tez por la inclemencia de la vida militar, los ojos negros y de mirar penetrante, el cabello también negro; se sabe que no se dejó el bigote en los últimos años de su vida.

Vestía habitualmente el uniforme de "Granaderos a caballo", es decir, casaca de paño azul, con vivos rojos y dos granadas bordadas en el remate de los faldones; pantalón de punto de lana o paño también azul y ajustado para calzar botas de montar, y sombrero de dos puntas forrado de hule, sin otro adorno que la escarapela nacional.

Montaba de ordinario un caballo tostado, tuzado, de cola corta, a la inglesa, y silla, cubierta por una manta azul, de cuyos picos pendían dos grandes borlas, tenía en la parte delantera dos pistoleras de cuero que guardaban pistolas siempre cargadas.

Su gallarda figura imponía tanto de cerca, como a distancia, y a su paso, lo mismo en Cuyo que en Chile, que en el Perú y en Colombia, se renovaban las demostraciones de simpatía con que le habían acogido a su llegada a Buenos Aires.

Vivía en Mendoza con su esposa doña Remedios de Escalada, en casa muy modesta y abierta siempre a la sociedad de la capital andina, a la cual recibía en amables reuniones semanales.

Un historiador describe así sus comidas: "En su mesa era muy parco y muy sobrio. A mediodía dirigíase a la cocina y elegía dos platos—generalmente puchero o asado—que a veces despachaba de pie, y por postre, dulce mendocino, tomando después dos copas de vino. En verano dormía una siesta de dos horas sobre un cuero tendido en el comedor de su casa.

En ambas estaciones su bebida habitual era el mate que preparaba con sus propias manos. Después volvía al trabajo, y por la tarde inspeccionaba los cuarteles y establecimientos públicos. Por la noche recibía visitas con quienes tertuleaba.

En estas visitas, el general llevaba casi siempre la palabra, con satisfacción de todos, pues era muy entretenido y muy amable con las damas.

A veces, después de su frugal almuerzo, solía pasar al comedor de sus oficiales, cuya mesa presidía en esas ocasiones.

En su casa daba pocas órdenes, pues gustaba de servirse por sí mismo, aunque no permitía que se alterase en lo más mínimo el régimen que tenían establecido.

Muy cariñoso con los niños, los recibía siempre con amabilidad, dominando su brusquedad ingénita.

Con sus subalternos, aunque sin dejar de hacer sentir, aun en la intimidad, el peso de su autoridad, era también muy afectuoso, y solía invitarlos a sus reuniones sociales.

María del Carmen LOBO ARRAGA.



Oferta Excepcional

á las lectoras de "EL HOGAR"

para las que sufren de afecciones pulmonares, bronquitis, consunción, anemia y enfermedades del sistema nervioso.

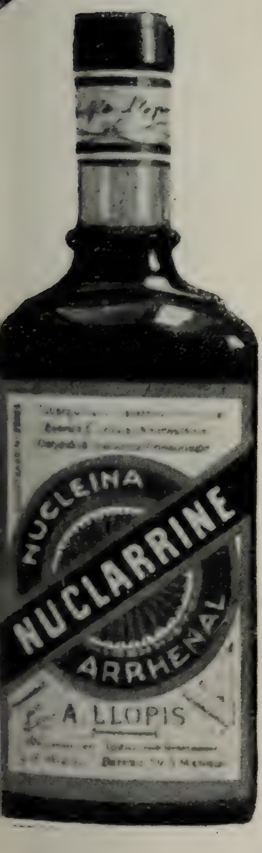
Para hacer conocer el maravilloso producto

NUCLARRINE
LLOPIS

hemos resuelto repartir GRATUITAMENTE

10.000 frascos de muestra

Toda persona que presente personalmente en nuestra casa, calle Sarmiento 1302, Buenos Aires, el cupón inserto al pie de esta página, recibirá **absolutamente gratis** un frasco de muestra de **''NUCLARRINE LLOPIS''**. (Los pedidos del interior deben venir acompañados de $ 0.60 en estampilla, para gastos de encomienda).



Unicos Agentes:

Chialvo Delfino y Cía.

Sarmiento, 1302

VALE POR UNA MUESTRA GRATIS
Nombre . . . .
Calle . . . .
Ciudad . . . .

NOTA: No se entrega muestra a menores de edad si el pedido no viene acompañado de una tarjeta del interesado.

La vida íntima. por Rojas

Se ofrecen



Aprendiza o media oficiala en trajes de niños.



Camisera buena y con muestra.



Corredor para vender vino en casa de familia.



Chauffeur muy práctico.



Oficial peluquero, fijo.



Joven se ofrece para llevar los libros en un escritorio.

Se precisan



Cortador de corbatas, se necesita.



Mucama de adentro o general, sabiendo su obligación.



Empleado serio, sin pretensiones, se precisa.



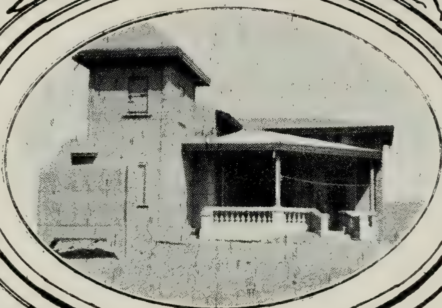
Joven español, muy práctico en el manejo de incubadoras.



Mayordomo alemán, casado, enérgico y competente en agricultura y ganadería, sabiendo el trato que debe dársele a los chanchos.



Cocinera joven, para cocina sencilla.



BALNEARIO OSTENDE

LA PERLA DEL ATLÁNTICO

La Playa más hermosa de Sud América ◎ Hoteles y chalets para familias

Ferrocarril particular de la empresa

Rambla monumental

Plantaciones y viveros de plantas, auxiliados por el Ministerio de Agricultura

Sociedad Anónima Palace Hotel y Hemiciclo de Ostende.—Capital integrado: $ 1.620.000

Lloyd Ostende con línea de navegación directa

Los terrenos se venden en 80 mensualidades

Hágase usted propietario de un lote de terreno y le daremos muchas facilidades para construirse un elegante chalet en este nuevo Balneario

Pida datos en Calle CHARCAS, 1600 - Bs. As.



Pensión barata

ALGUIEN grita dando golpes en la puerta:

—¡Señor, son las diez!

Es la sirvienta que nos despierta con dos horas de "atraso". Nos levantamos mal humorados y echando pestes contra todas las casas de pensión habidas y por haber, porque en la oficina nos espera un café. ¡El de todos los días!...



—¿Por qué no llamó a las ocho? Parece mentira que no se haga caso a los pensionistas — gritamos, mientras nos sirven el cotidiano "incompleto" de indefinido color y, como el agua, "insípido e inodoro".

—La patrona ha dado orden de no despertar a nadie.

—¿Y no dió orden de revisar los bolsillos y los baúles?

¡La patrona! ¡Pero eso es ridículo! Pagamos, de buena o mala manera, y tenemos "patrona"... no podemos decir esta boca es mía...



Los que nunca han vivido en casas de pensión barata, no saben lo que es bueno, ni pueden decir que conocen Buenos Aires.

La metrópoli perdería su encanto con la desaparición de estas casas y la vida del empleado —¿por qué no?—sería más monótona, más aburrida, más triste.

Estas casas son el refugio de los empleados de escaso sueldo, son el infierno de muchos pobres diablos. En ellas, como en la regla de tres, más dan menos y menos dan más.

Es decir, los que dan más son los pensionistas... y no comen; los que dan menos—legión constituída por parásitos que pican de noche y duermen de día en los dobleces del colchón—comen hasta reventar.

—Quiero que limpien la cama.

—No es posible.

—¿Por qué?

—Porque somos socios de la protectora de animales.

—Me voy, entonces.

—Buen viaje.

Y en la nueva pensión sucede lo mismo. Los "patrones" explotan estómagos y bolsillos con una frialdad de agua solidificada y un descaro que quita el apetito.

Todos se abalanzan por el centavo: todos quieren plata, mucha plata, pilones de plata.

Si los pensionistas piden un huevo frito, ellos —"los patrones"—miran el almanaque.

—Estamos a 28... no hay extra.

Y dicen eso porque para ellos la única razón es el dinero contante y sonante ¿queremos agua caliente, leer un diario, o ser mejor servido? ¡Es preciso pagarlo en calidad de extra!

Y como última condición se impone ser cortés con quien "nos da" casa y nos saluda, algunas veces, con un gruñido seco y feo.

¿Y los "compañeros" de pensión? Los hay gordos, flacos, altos, bajos, viejos, barbudos, malos, nerviosos, lateros y hasta "fúnebres" con pretensiones de chistosos.

Es preciso soportar a todos. Atender a los lateros. Reir de chistes sin sal. Hablar del tiempo. Ponderar las tonterías insulsas de algún tenderito de sombrero sobre la oreja. Y pasar el pan, el agua y el salero quinientas veces al vecino gruñón de la derecha, mientras el de la izquierda nos atiza un puntapié o nos pisa un callo.

En esos mismos momentos un cómico de doublé — flaco como una pulpa — grita improperios mientras come a tirones, por faltarle el cuchillo.

Y en medio de tan descomunal batuque quien pierde es el estómago, porque el hambre se evapora...

La pensión barata es un conventillo con ropaje dominguero, es una casa de préstamos donde se da mal techo, mala comida, en cambio de platita, contada diez o doce veces.

Estas casas, sin embargo tienen algo bueno, que no falla nunca, algo que se porta a la altura de sus antecedentes: las chinches.

En muchas pensiones se leen letreritos de dudoso castellano, como este: "Se avisa a los señores clientes que no desocupando las piezas por las 10 a. m. deberán pagar todo el día."

Y los domingos—el día que se destina a dormir hasta las doce—la "patrona", el gato y la sirvienta gritan y vociferan para que los pensionistas se levanten.

—¡Mala mujer!

—¡Patrona de a cinco el kilo!

—¡Gato haragán!

Y el pobre pensionista tiene que abandonar la cama y gritar media hora para que la sirvienta le traiga agua. La mucama se presenta con la cara larga y los ojos atravesados de pura rabia.

—¡Ah! ¿Recién se levanta? ¡Caramba, creí que estaba enfermo! La "patrona" tenía ganas de llamar el veterinario.



¿Qué hacer? Callar, soportar con indiferencia los casi insultos de la señorita de blanco delantal, pues una contestación podría provocar la ira de la "patrona".

En las casas de pensión se modela el carácter; los más indomables se doman y los más gritones callan.

—Esta comida está sucia.

—No, señor; usted no sabe comer—contesta el mozo con ínfulas de profundo conocedor y, ante aquel erudito en cuestiones de comida, hay que poenr punto en boca.

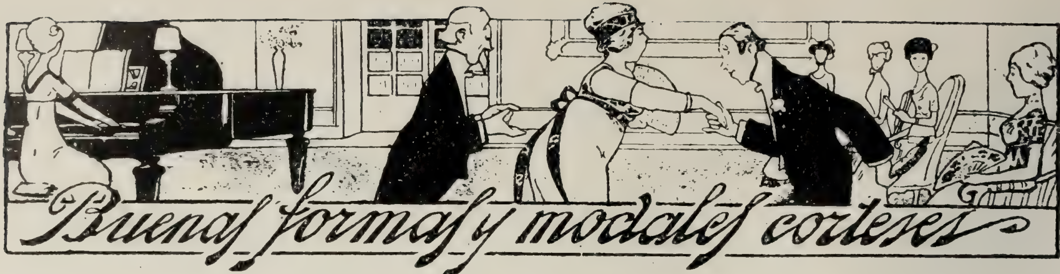
—Está bien, tata.

Después... ¡caramba! No podemos seguir, ante nuestra mesa de trabajo ha aparecido una visión: es una mujer fea, musculosa, con garras largas y fuertes, es una fiera, es... es la "patrona".



Roberto L. CABOTI.

Dib. de Caro.



De la atención que debemos á la conversación de los demás

PRESTEMOS una completa atención a la persona que tenga la palabra en una conversación general, y a la que nos hable particularmente a nosotros; dirigiendo siempre nuestra vista a la suya, y no apartándola sino en aquellas breves pausas que sirven de natural descanso al razonamiento.

Es un acto impolítico, y altamente ofensivo a la persona que nos habla, el manifestar de un modo cualquiera que no tenemos contraída enteramente la atención a lo que nos dice, como ejecutar con las manos alguna operación, tocar con los dedos sobre un mueble, jugar con un niño o con un animal, fijar la vista en otro objeto, etcétera.

LA urbanidad exige que manifestemos tomar un perfecto interés en la conversación de los demás, aun cuando no nos sintamos naturalmente movidos a ello. Así nuestro continente deberá participar siempre de las mismas impresiones que experimente la persona que nos habla, sobre todo cuando nos refiere algún hecho que la conmueve, o nos refiere sobre un asunto patético de cualquiera especie.

No quiere decir esto que debamos contribuir a aumentar la exaltación de aquel que nos refiere la ofensa que ha recibido, ni la amargura del que nos habla de sus desgracias. Por el contrario, debemos siempre tratar de calmar al uno, y de consolar al otro, con palabras y observaciones delicadas y oportunas; pero sería grande incivilidad e indolencia manifestarnos serenos y tranquilos con el que está agitado, alegres con el que está triste, mustios y displicentes con el que se muestra animado y contento.

DE la misma manera nuestra atención debe corresponder siempre a las miras del que habla, o al espíritu de su conversación; manifestándonos admirados o sorprendidos, cuando se nos refiera un hecho con el carácter de extraordinario,

y compadecidos, si el hecho es triste y lastimoso; aplaudiendo aquellos rasgos que se nos presenten como nobles y generosos; celebrando los chistes y agudezas, y manifestando siempre, en suma, con naturalidad y sencillez, todos los afectos que la persona que nos habla ha esperado excitar en nuestro ánimo, aun cuando no haya sido feliz en la elección de los medios.

La distracción es casi siempre una grave falta, que puede conducirnos a lances de una desagradable trascendencia, por cuanto indica generalmente menosprecio a la persona que nos habla, y no siempre encontramos indulgencia en el que llega a creerse de esta suerte ofendido. Las frecuentes preguntas sobre la inteligencia de lo que se nos está hablando, la excitación a que se nos repitan palabras o frases de fácil comprensión, y una mirada fija, inanimada e ininteligente, revelan distracción en el que oye; y nada puede haber más desatento ni más bochornoso, que llegar a un punto de la conversación, en que nos toque hablar o contestar una pregunta, y tener que confesar nuestra incapacidad de hacerlo, por haber permanecido sordos durante la explicación.

Hay personas que contraen la costumbre de desatender completamente al que refiere una anécdota, desde el momento en que principia a hablar, para ocuparse en recordar los pormenores de otra que desde luego se proponen referir. Además de ser este un acto de incivilidad y menosprecio, él puede dar origen, a la más ridícula de todas las faltas de este género, como es la de repetir precisamente el mismo hecho que acaba de relatarse.

Cuando una persona con quien tengamos poca confianza nos refiera algún suceso de que ya estemos impuestos, conduzcámonos en todo como si hasta aquel momento lo hubiésemos ignorado.

Aunque al principiar una persona la relación de un hecho notemos que no está tan bien impuesta como nosotros de todas sus circunstancias, guardémonos de interrumpir el relato para continuarlo nosotros.

Por regla general jamás interrumpamos de modo alguno a la persona que habla. En los diálogos rápidos y animados, en que se cruzan las observaciones con demasiada viveza, suelen ser excusables aquellas ligeras e impremeditadas interrupciones que nacen del movimiento mismo de la conversación. En todo otro caso, este acto está justamente considerado como incivil y grosero, y por lo tanto proscrito entre la gente fina.

La más grave, acaso, de todas las faltas que pueden cometerse en sociedad, es la de desmentir a una persona, por cuanto de este modo se hace una herida profunda a su carácter moral; y no creamos que las palabras suaves que se empleen puedan en manera alguna atenuar semejante injuria. Es lícito en ciertos casos contradecir un relato equivocado; mas para ello deberemos tener muy presentes las reglas que acerca de este punto quedan establecidas, y sobre todo, la estricta obligación en que estamos de salvar siempre la fe y la intención de los demás.

Cómo se forman hombres

El egoísmo en los niños.—A veces los niños manifiestan su amor hacia la dominación por el deseo que evidencian de poseer las cosas de las cuales no son absolutamente los dueños. Y les gusta llegar a ser propietarios por gozar del poder que ésta posesión parece procurarles, o de los derechos de qué disponer a capricho.

Es el principio de la avaricia que comienza por el placer de la posesión, e inspira rápidamente el derecho de poseer más de lo que no es necesario tener, sin que otro se aproveche de ello.

Para vencer este triste defecto, es necesario enseñar a los niños a dividir desprendida y alegremente con sus amigos todo lo que posean; es necesario que aprendan por experiencia que el más liberal es siempre el que está más acompañado, sin contar la estimación y el elogio que comportará su actitud generosa. Cuando un niño tiene un acto espontáneo de generosidad, hay que recompensarlo con usura. Es preciso hacerle saber que al dar a los demás no se perjudica, sino que por el contrario se atrae la generosidad de aquellos a quienes da y de todos los que son testigos de la dádiva.

Después de que una práctica constante le haya hecho adquirir la facilidad de compartir con otro sus bienes, puede ser confirmado en ella por su bondad natural y hacer del hecho de ser generoso no sólo un deber sino también un goce.

El castigo a los ladronzuelos.—El amor a la propiedad conduce a los extremos de la avaricia, y si bien es cierto que debe inspirarse a los niños la liberalidad, mucho más hay que impedirle que viole las reglas de la simple honradez. Todas las veces que se extravíen hay que volverlos vivamente al buen camino recurriendo al castigo si fuere necesario.

Nuestras primeras acciones están dirigidas más por el instinto que por la razón o reflexión: no es, pues, extraño, que los niños pasen los límites de la honestidad, la cual es fruto de la razón cultivada y de la meditación. Pero cuanto más sujetos estén a engañarse a este respecto, más es preciso observarlos cuidadosamente e incautarse de la menor falta que cometan en este orden de ideas, a fin de instruirlo sobre este importante capítulo y darle inmediatamente costumbres leales. Si los niños comienzan haciendo trampas, a las bolitas, pronto incurrirán en indelicadezas de mayor calibre, que los llevarán a la deshonestidad.

Desde que en sus primeras acciones se descubra la menor señal de indelicadeza es preciso hacerle comprender vivamente todo lo que este descubrimiento puede inspirar de sorpresa y de horror. Y si la censura y los retos no consiguen corregir esta mala inclinación es preciso recurrir a remedios más enérgicos.

Lo mejor es apoderarse de un objeto que el niño considere como suyo, u ordenarle a otra persona que se apodere del objeto; de este modo el niño comprenderá que le trae poco provecho eso de apoderarse ilícitamente de un objeto, cuando existen en el mundo tantas personas fuertes que le pagarán en la misma moneda.

Pero si se toma el cuidado de inspirarle desde temprano un santo horror hacia la deshonestidad, esta será más segura que todas las consideraciones basadas en el interés; los hábitos de honradez actúan más constantemente y con mayor facilidad que el razonamiento, el cual, siempre es el menos consultado y oído cuando es más necesario.

Hay que enseñar a los niños la dulzura.— Los niños son crueles por naturaleza; crueles hacia los animales, hacia los inferiores, hacia las cosas mismas. No hay ninguno que escape a este sentimiento; pues encuentran un marcado placer en sentirse los más fuertes, y este placer se acrecienta cuanto más débil es el niño. Al torturar a los animales, al romper un objeto por el sólo gusto de romper y al ser insolente con los débiles, ejercen su fuerza aunque no cometan actos de crueldad. Si son crueles lo hacen inconscientemente. Pero esto no es una razón para dejar que cometan tales actos.

Desgraciadamente sucede que la gente se ríe cuando se le hace daño a los otros, o si les sucede alguna desgracia; y esta conducta de las personas que rodean al niño lo confirman en esta deplorable condición. Se cultiva en ellos el espíritu de la dominación que se traduce por el deseo de pegar y de matar; y la aprobación general hace pasar por un placer lo que es puramente una falta de humanidad.

Es una tendencia que sería preciso coartar desde temprano, substituyéndola por su contraria; la compasión hacia todo lo que es débil. Aquí menos que en cualquier parte caben los preceptos generales.

El niño nada comprende; la compasión es un sentimiento de naturaleza muy superior, que no se adquiere sino con el desarrollo del corazón y del razonamiento. Es necesario reprender al niño, toda vez que falte a esta regla que aún no conoce, pero que es preciso enseñarle, valiéndose de ejemplos y hasta de fórmulas.

Es preciso velar para que los niños no ejerzan la crueldad con los inferiores y sobre todo con los sirvientes. No es raro ¡ay! que los niños hablen a los criados con palabras insolentes y plenas de desprecio, los traten de una manera imperiosa y altiva, como si fueran de una especie distinta a la suya. Ya sea esta tendencia provocada en ellos por los malos ejemplos o por la vanidad de sus fortunas o por una vanidad natural, es preciso impedirla, explicarla cuando se manifieste y substituirla por una especie de dulzura y de humanidad que los hace afables con las personas de la más baja condición. Con esto no perderán nada de su superioridad y ganarán en cambio ser servidos con mayor presteza.

Mesa revuelta

En el aula de medicina:

El catedrático presenta a uno de sus discípulos una tibia.

—¿Podrá usted decirme qué es esto?

El discípulo toma la tibia, la examina por todos lados y después de darle muchas vueltas, responde:

—Esto es... un hueso de muerto.



———

Vuelve del campo un cazador con el morral vacío.

—¿No ha cazado usted nada?—le pregunta un compañero.—Pues yo traigo el zurrón lleno.

—Es que a usted no le conocen las codornices. A mí me temen y no me esperan nunca.

—Entonces ¿para qué sale usted de caza?

—Cuando quiero matar, salgo disfrazado.

———

—Niño, vamos a dar la lección de catecismo. ¿Quiénes son los ángeles?

El niño se calla.

—Veo que no has estudiado bien la lección. Recuérdala y dime: ¿quiénes son los ángeles?

—Los pájaros del cielo.

———

Encargaron marido y mujer sus retratos a un pintor muy malo, quien hizo primero el de la señora y llamó a un amigo para que diese su opinión.



—No has favorecido a esa señora—dijo el amigo con franqueza.

—¿Qué me aconsejas?

—Que le pongas unos bigotes y digas que es el retrato del marido.

———

—Sepa usted, amiguito, que lo que valen son las obras y no las palabras.

—Me parece que variará usted de opinión cuando tenga que mandar un telegrama muy largo.

Lección de guitarra entre aragoneses:

—Fíjate, hombre, fíjate... Ese dedo en el cuartotraste... ¡No, hombre, no! La prima en el aire y que el índice pise la segunda...



—Chiquio, ¿sabes lo que te digo? que soy el amo de la guitarra y pongo los dedos donde me da la gana.

———

En un coche de primera van fumando todos los pasajeros menos uno, quien les dice con sorna:

—¿No les molesta a ustedes que yo no fume?

Tiquis - Miquis

Un animal curioso.—Hay en el campo un animal que ocupa grandísima extensión de terreno, y que es por sus costumbres muy interesante.

Ese animal es la vizcacha, sociable en extremo, alegre, retozona, limpia como los chorros del agua, y valiente, aunque en algunas cosas se asemeja al conejo.

Las vizcachas viven formando verdaderas aldeas. Sus madrigueras, algo parecidas a las de los conejos, tienen las bocas en forma de pozo, de los cuales arrancan grandes galerías. En cada aldea de vizcachas viven veinte o treinta, y a veces hasta cincuenta familias.

Durante el día duermen, o por lo menos no salen de sus viviendas; más de una vez puesto el sol, asoma primero por la boca de una de las madrigueras el bigotudo ocico de una vizcacha, y detrás del hocico sale el resto del cuerpo. Es una exploradora cuya misión consiste en cerciorarse de que no hay perros, ni zorros, ni oposums, ni otros enemigos en las cercanías. Si el campo está despejado, la exploradora lanza un gruñido de tonos alegres, y los individuos que componen la aldea salen rápidamente. Se ponen luego a comer desparramándose por las cercanías, pero no sin colocar antes centinelas, que para ver mejor sobre las altas yerbas, se colocan de pie como kanguros.

Después de la comida, que suele durar dos o tres horas, las vizcachas se dedican a sus deberes sociales. Las familias se reunen y van seriamente a visitar otras familias amigas, residentes en aldeas, que a lo mejor distan un kilómetro.



Afirman algunos que la vizcacha pare varios hijos; y Goering sostiene que jamás ha visto vizcacha alguna acompañada de más de un hijo. ¿Qué hace con los demás? ¿Los saca por turno a paseo, comprendiendo la dificultad de defender a más de uno a la vez? ¿Se los come? ¿O es sencillamente que dió la casualidad de que Goering no vió nunca más que una cría con cada madre?

El amor maternal de la vizcacha es tal que, siendo un animal pequeño, se atreve con los perros de mayor alzada y con los mismos hombres, arrojándose sobre ellos y mordiéndoles con furia cuando ve amenazados a sus hijos.

De la inteligencia de estos animales se cuentan cosas curiosas.

En previsión de que alguna noche pueda haber en las cercanías de su aldea enemigos que hagan peligroso el alejarse, cortan las altas yerbas en buen trecho todo alrededor de sus viviendas, y así consiguen tener campo despejado donde no pueda emboscarse ningún enemigo y donde las observaciones sean fáciles, y además disponer de de yerba tierna y menuda.

El país es todo de llanura, y cuando vienen grandes lluvias la tierra se inunda, y cuando vienen grandes lluvias la tierra se inunda. Sabiéndolo las vizcachas forman cerritos de tierra, de donde parten las bocas de las madrigueras, de modo que sólo en casos excepcionales puede el nivel de las aguas llegar a dichas bocas.

Hemos dicho que la vizcacha es muy limpia. La prueba de esto es que cuando en su madriguera se instala un buho o cualquier otro animal de mal olor, la abandona y va a contruir otra vivienda un poco mas allá.

La isla de los pelícanos

En un lago de Buena Vista (California) hay una isla de pequeñas dimensiones habitada exclusivamente por pelícanos silvestres, en número de ocho mil o diez mil. En la fotografía aparece un grupo de pelícanos de cría, cuyos padres los reunen en la orilla del agua mientras van a buscar comida, la cual se compone casi exclusivamente de peces. Los padres engullen la pesca, y cuando vuelven a tierra introducen el pico en el de los hijos y devuelven el alimento que traen almacenado en el estómago.



Las hembras no ponen más que dos huevos en mayo. Casi todos los nidos están situados en la parte del mediodía de la isla, para que dé el sol todo el día.

Los pequeños alcanzan el tamaño de un pavo, antes de echar la pluma, pero cuando ésta empieza a crecer adquiere en seguida una dureza y una resistencia tales, que es invulnerable a las perdigonadas, por lo cual hay que emplear bala para cazar estas aves.

Un palacio de hielo

Los yanquis y los canadienses son muy aficionados a construir durante el invierno verdaderos palacios de hielo, para cuya edificación se trazan planos y se calculan las flexiones como si se tratara de un edificio de vida menos efímera que lo tales palacios que se derriten y hunden a pesar de los cálculos del arquitecto, en cuanto hay un brusco ascenso de temperatura.



La fotografía adjunta es una vista de las obras de un gran palacio de hielo que se construyó el año pasado en las cataratas del Niágara, con motivo de una bellas fiestas. El material empleado fué exclusivamente hielo natural y artificial, cuyos bloques se unían firmemente al helarse las junturas. Una inesperada subida del termómetro y la escasez de hielo consiguiente obligó al arquitecto a modificar sus primitivos planos, pero al fin quedó hecho el palacio y fué muy admirado por su espléndida iluminación eléctrica que le daba un aspecto fantástico.



El diario de un niño malo

Traducción de Einar J. P. Hansen

para "EL HOGAR"

(Continuación)

Ellos son grandes, sus tentaciones ya pasaron y nadie los encierra en ninguna parte, no les quitan la libertad ni les privan de su comida, nadie los castiga si no hacen las cosas mejor, nadie les obliga a quemarse las pestañas estudiando la aburrida gramática, no se quedan quietos en un sillón sin decir esta boca es mía, cuando hay reunión o visitas. Esta mañana terminé el barrilete; me levanté temprano y sin hacer el menor ruido me deslicé en el cuarto de papá, encontrando allí su paraguas de seda, del que recorté las varillas para hacer el armazón del barrilete y con la seda hice la cola larga, larga! Al mediodía estaba todo listo para cuando fuera a la escuela. Por casualidad llegué hoy algo tarde a la escuela; aunque hablando francamente, llegué cuando estaban cerrando el local y el maestro se retiraba a su clase por haber ya concluído con las lecciones del día. La culpa de mi tardanza es del barrilete, que quise probar; el hilo era muy largo y me llevó mucho tiempo el remontarlo y volverlo a recoger. Por eso el maestro fué a casa preguntando si Jorgito estaba enfermo por haber faltado a clase, y... allí se descubrió la cosa. Al salir de la escuela los niños remontaron sus barriletes y yo por supuesto volví a remontar el mío, había mucho viento por cuya causa mi barrilete cayó en la calle sobre la cabeza de un caballo que se asustó y disparó como una flecha, despidiendo al jinete que lo montaba, quién fué a dar con la cabeza en un poste del camino; creo que se rompió el poste y deberán poner otro. Algunos transeuntes dicen que el jinete murió, otros opinan que ya volverá en sí. Si sucede así, creo que en lo sucesivo, no será tan tonto de volver a montar un animal tan asustadizo—es peligroso.

Un individuo me dijo que me fuera a otra parte, yéndome entonces a la estación del ferrocarril, pues allí por lo menos no hay más que locomotoras y éstas, no se asustan. ¡Gran Dios! ¡Qué hermoso era mi barrilete, con que elegancia se elevaba! Le dejé la cuerda a Juancito para que se divirtiera un rato. En lo mejor se quedó el barrilete enredado en la copa de un altísimo árbol y por más que tiramos no lo pudimos bajar. Me acordé de que en un bolsillo tenía 10 centavos que me había dado el doctor Moore y le dije a Juancito que si subía y me bajaba el barrilete los 10 centavos serían para él. No quise subir yo mismo al árbol, puesto que mamá me lo había prohibido; es muy fácil caerse y romperse cualquier cosa. Juancito vaciló, diciendo que era peligroso. ¡No seas tonto, Juancito, no sabía que eras tan cobarde! ¡Además, con los centavos podrás comprarte tantas golosinas! Al oir lo de cobarde se enfureció y sin esperar más empezó la ascensión, pero sucedió que al llegar a la mitad del camino, se resbaló o se rompió la rama, de esto no estoy seguro; lo cierto es que cayó de cabeza al suelo, teniendo por lo tanto que dejar el barrilete donde estaba, lo que no dejó de molestarme, pues era un barrilete nuevecito recién fabricado. Al caerse Juancito se hizo algún daño. Se rompió una pierna y deberá quedarse por lo menos seis semanas en la cama; ese es lo que dijo el doctor cuando le entablilló la pierna. ¡Pobre Juancito! Bien desearía yo poder ir a ver como sigue pero la mamá de él no quiere ni verme por su casa. Betti me contó que cuando Juancito se cure, se mudarán de barrio, pues dice no estar dispuesta a arriesgar la vida de su hijo dejándolo en la vecindad de un muchachito tan malo y perverso como lo soy yo. ¡Es una injusticia! Yo lo quiero mucho y jamás soñé en causarle el más mínimo daño, y no sospeché que iba a caersé pues bastante le había dicho que se sostuviera fuerte y si me hubiese hecho caso tal vez no se hubiera caído, ganándose los 10 centavos.

Papá está enojadísimo por la rotura del paraguas, saben que he sido yo, porque no tuve la precaución de esconder los sobrantes en mi cuarto. En cuanto llegué a casa me tomó de un hombro, llevóme a la bohardilla y me encerró bajo llave. Nadie me trajo algo de comer, que bastante falta me hacía, pues el estómago rugía de apetito por lo que había estado correteando todo el día. Si supiera donde está la sociedad protectora de animales le escribiría una carta diciéndole la forma en que me tratan. Juancito no irá a la fiesta de esta noche, en cambio le darán jalea, dulces, caramelos, masas y helados, mientras que yo... yo... pobre de mí, estoy pasando un hambre feroz. Desearía ser Juancito, desearía estar en la fiesta comiendo golosinas; desearía ser Robinson Crusoe y comer moluscos asados; desearía que en mi cuarto creciese de galpe un árbol del pan. Si por lo menos dispusiera de una lámpara, leería todas estas lindas cosas, pero ni eso me han dejado, debiendo escribir mi diario a la pálida luz de la luna—estoy inconsolable—me acostaré en la cama y procuraré soñar con aquel marinero náufrago, que una vez salvado fué espléndidamente agasajado, comiendo de los mejores manjares que existen, así tal vez consiga engañar a mi pícara hambre que me atormenta constantemente no dejándome ni un momento en paz.

CAPITULO 23

El día de inocentes

Hace dos noches que no he dormido; hice a mi querida hermana Lilí una visita de sorpresa. Ya sabes, diario querido, que ayer fué el día de los inocentes. Todos los muchachos contaban con anticipación todo lo que iban a hacer, pero yo ni abrí la boca siquiera, papá dijo que yo pensaba demasiado y que parecía más formal ahora. Desde que Juancito se rompió la pierna me he aburrido mucho, porque la madre no me ha permitido visitarlo tan siquiera; dicen algunos niños que lleva siempre en el bolsillo un revólver cargado. Todos los vecinos también se aburren, dicen que Jorgito debe alegrarlos de vez en cuando, por lo menos con sus inocentes travesuras infantiles, y desean que mis hermanas se casen lo más pronto posible, así puedo volver a jugar libremente; pero, volvamos al punto de partida.

(Continuará).



Face-à-Main_Reloj
Los Relojes
Longines
5 Grands Prix
Precision
Elegancia
Pendentif_Reloj
Medallon_Reloj
De venta en todas las Relojerias y Joyerias

EL HOGAR

Revista quincenal para las familias

Año X. BUENOS AIRES, 22 DE OCTUBRE DE 1913. N.º 241.

LA MUJER ARGENTINA



Señora Elvira Vasena de Tronconi

Fot. Merlino

Notas de la Quincena

Es desagradable, pero preciso, insistir sobre los avances de la incultura callejera en cuanto se refiere a la inmoderación del lenguaje. Apenas ponemos el pie fuera del umbral de nuestra casa, nuestros oídos y nuestra paciencia pasan a ser blanco de palabrotas groseras, de imprecaciones obscenas, de juramentos repugnantes, y—lo que es peor aún que la misma procacidad de esas frases—de las carcajadas y pullas con que infaltables espectadores, corean tales desahogos. Donde el cuadro se recarga de tintas sombrías para la señora o la niña que escucha, es en el tranvía donde no le queda el recurso salvador de escapar a la avalancha de desvergonzadas palabrotas: el suplicio, entonces, no es para descripto.

Los guardas no cumplen con su deber dejando impunes esos desmanes de lenguaje que ruborizarían hasta a las piedras; por el contrario, los honorables empleados de las empresas (guardas y motoristas) abren la válvula de escape a la misma mal disimulada costumbre, cada vez que por cualquier causa sus nervios se desequilibran, y dando tan mal ejemplo, no es fácil que puedan hacer respetar del pasajero incorrecto, los oídos y la dignidad de los demás. A este respecto, las empresas deberían exigir de sus empleados la necesaria energía, corrección y ecuanimidad, para evitar las enojosas escenas que a diario presenciamos y los inspectores que oyen con estóica indiferencia el despliegue de fraseología gruesa que provoca en aquellos funcionarios un carro obstaculizando la vía, un cochero que arrea su yunta a paso de buey o un pasajero impertinente que no respeta el ''completo'', estarían obligados a poner coto a tales abusos de lenguaje, enseñando a aquellos como deben proceder para dar ejemplo de respeto y cultura.

Para algo mejor que para desvergüenzas y groserías, ha merecido el hombre el don augusto de la palabra.

Contra la impresión ingrata de las vulgares escenas de la calle, recojemos, en ocasiones, alguna tan hermosa, tan vívida y tan pura, que basta para indemnizarnos de las otras...

Figuraos dos niñas leyendo en la puerta de su casa, allá por el barrio sur, cerca de Constitución. La lectura se presentaba un poco difícil para la infantil inteligencia de ambas (entre las dos, no llegarían a quince años) y es así como la menor interrumpió a la otra preguntando:

—¿Qué quiere decir ''atónita''?

En aquel preciso momento, un joven que con paso apresurado se dirigía seguramente a sus ocupaciones, enfrentaba al grupo de las niñas y oía la pregunta de la pequeñuela, como la oí yo, que del opuesto lado, llegaba también junto a ellas en el mismo instante. Se detuvo el joven un segundo y observando la perplejidad de la lectora, díjole:

—¿No sabes que es ''atónita''? Pues, asustada, sorprendida, asombrada...

Y siguió rápidamente su marcha, antes que las niñas, realmente ''atónitas'', volvieran de su sorpresa. Cuando las miré sonriendo, ellas también sonreían... En cuanto a mí, quedé pensando cuan fácil y sencillamente se puede practicar la máxima sublime de enseñar al que no sabe, y cuan pocos, cuan enormemente pocos son los que se detienen un segundo ante dos criaturitas enredadas en un pasaje incomprendido de su lectura, para explicarlas, concisa, rápida y caritativamente, el significado de una frase...

El nuevo examen a que el Consejo Nacional de Educación pretende someter a los profesores de música que ocupan cátedras dependientes de aquella institución, no puede emanar de resolución más inconsulta, vejatoria y arbitraria que la que impone semejante diligencia a viejos y experimentados maestros de la materia.

Con el mismo criterio, mañana, cuando la oferta supere a la demanda y las galerías se pueblen de aspirantes hasta el punto de parecer aquello una agencia de colocaciones, según frase de un alto miembro del Consejo—mañana, digo, cuando haya más maestros que puestos y más candidatos que maestros—se podrá disponer nuevos exámenes de ''eliminación'' para maestros, profesores y catedráticos de cualquier asignatura, y arrojar de sus puestos á los veteranos de la enseñanza bajo el pretexto de indisciplina e insubordinación si resisten, o de ineptitud si se someten... Y maestros, profesores y catedráticos que han dado a la instrucción un tercio de su vida, presentarán, en vano, títulos, certificados e informes... Pasarán, como ahora, por las horcas caudinas de un examen que representa el juicio de un grupo de personas, acaso menos competentes que muchos examinados, o salvarán su dignidad—también como ahora—con una sana y consoladora rebeldía, sacrificando sus puestos.

El precedente envuelve una perspectiva muy poco tranquilizadora para el gremio.

Lola A. B. de BOURGUET.

El congreso del niño

De los fines y motivos que se invocan para justificar la celebración de congresos, hoy tan en boga, pocos tienen tanta importancia y merecen tanta simpatía como los que tuvieron en cuenta los organizadores del Congreso Nacional del Niño. En efecto, todo cuanto tiende a defender la vida y a educar el espíritu de la infancia despierta interés legítimo, porque desde cualquier punto de vista, el porvenir de la patria, su futura grandeza y las evoluciones que para su mejoramiento, realiza la humanidad, están íntimamente relacionados con las vidas que se inician, con las fuerzas que empieza a desarrollarse.

Con razón ha dicho uno de los más conspicuos miembros del Congreso que todos estamos de acuerdo en una misma concepción: que la educación de nuestros niños será la ley de las leyes, porque será la ley de la edificación y de la depuración social.

Sería difícil establecer grados de importancia para los temas tratados en las asambleas y mostrar la preferencia que merecen unos sobre otros. Presentados y desarrollados todos con altura de miras, tanto los referentes a instrucción como los que atañen a la higiene, son dignos de que fijen en ellos su atención los padres de familia, los maestros y los poderes públicos, a fin de que la idea generosa y noble que ha presidido la organización del Congreso y la provechosa labor realizada durante las sesiones, de sus frutos.

LA ALDEA DE LAS MUJERES



Vista general de Froissy, con su típica iglesia en primer término

No crean nuestras lectoras que la aldea de que voy a tratar esté en la tan famosa como imaginaria isla de San Balandrán, donde, según cuenta la fábula, que no la historia, gobernaban las mujeres muchísimo antes de que el moderno feminismo hubiese amenizado la vida masculina con la inquieta cohorte de sufragistas, cuyos excesos, dicho sea de paso, comprometerán, si no cesan, la simpática causa de la emancipación de la mujer.

La aldea a que se refiere el epígrafe no se asienta en el movedizo campo de la fantasía novelesca ni es uno de esos lugares geográficos que el explorador no encuentra en mapa alguno. Por el contrario, la aldea de las mujeres es un punto de la superficie poblada del planeta.



La guardaagujas de la vía férrea en el acto de dar entradas a un tren en la estación

Pero hasta ahora no he dicho cómo se llama esa aldea de las mujeres ni por qué se la apellida de este modo, y forzoso es no pasar adelante sin que nuestras amables lectoras se enteren de ambos particulares, de capitalísima importancia en esta verídica información. Sépase, pues, que la aldea en cuestión responde en las guías de viajeros al nombre de Froissy, que si bien se pronuncia y mejor se escucha, es nombre eufónico y aun algo poético, cual conviene a la arcadiana felicidad de sus 553 habitantes, entre hombres, mujeres y niños. Bien es verdad que entre tan corto vecindario deben estar muy trenzaditos los vínculos de parentesco, y más que aldea merecería Froissy el nombre de casa de vecindad, habitada por una misma familia, pues lejanos o cercanos, todos los vecinos de esta curiosa localidad son o deben de ser, lógicamente pensando, más o menos parientes.

Pero, ¿qué hay de curiosamente insólito en ella para que el público interés se detenga a contemplarla y por el mundo derramen su nombre las voces de la fama? Es que en Froissy pueden admirar los sociólogos el feminismo en acción; pero no el feminismo político, científico, académico y literario que tan violentamente está fermentando en las ciudades populosas, sino el feminismo positivo, laborioso, que predica con el ejemplo y da pruebas concluyentes de que la mujer puede emplearse decorosa y útilmente en oficios y menesteres cuya ambigua índole convenga por igual a los dos sexos.

En efecto, la aldea de Froissy parece algo así por el estilo de un laboratorio sociológico, en que experimentalmente se ensayaran el pro y el contra de admitir a las mujeres al desempeño de funciones sociales que sólo la tradición degenerada en rutina reservó hasta ahora exclusivamente al hombre. Con todo, no hay tal laboratorio sociológico en el sentido de institución adredemente establecida, aunque para la sagaz observación pueda serlo la aldea en que, por espontáneo y tácito consentimiento, están desempeñados por mujeres los servicios que pudiéramos llamar municipales o colectivos.



La jefa de la estación dando, por medio del silbato, la señal de partida al tren

A pesar de su corto vecindario y de la pobreza de su caserío es Froissy estación de vía férrea, y esta circunstancia ha sido más que poderosa para el acrecentamiento de su fama. Por supuesto, que la estación no es de primera clase ni en ella se detienen los rápidos y expresos; pero tal vez sea la estación en que más se fijan los viajeros deseosos de conocer al jefe, que no es jefe sino jefa, la señora de Taillefer, cuyo esposo ocupa en la misma línea el cargo de jefe de tren, y según exige la disciplina ferroviaria, está sujeto en los actos del servicio a las órdenes de su mujer, con grave detrimento de la epístola de San Pablo, si a juzgar fuésemos por su letra y no por su espíritu. Lo cierto es que la señora Taillefer desempeña su cometido con tal diligencia, escrupulosidad y celo, que los aldeanos no tienen memoria de ningún accidente ocurrido por culpa de la jefa de estación, y se enojarían de lo lindo si la compañía resolviese trasladarla, aunque fuera con ascenso, por más que, según se infiere, la jefatura femenina de la estación de Froissy es

un caso excepcional en la jerarquía de empleados ferroviarios. De todos modos, ya no se contrae á la mera especulación sociológica la aptitud de la mujer para el desempeño de cargo tan delicado como la jefatura de una estación ferroviaria, y es de ver el aplomo y seguridad con que la señora Taillefer da la salida al tren con el silbato, que en sus labios parece sonar como merecida pitada contra los hombres que relegan a la mujer a oficios de soplillo y escoba.

Pero aunque parezca cuento, en Froissy hay todavía más, ¡oh curiosas lectoras! Dije curiosas y pido perdón por el epíteto, a no ser que se tome en la acepción de limpio, aseado y cuidadoso, cual conviene a la simpática señora Lesobre, que ejerce en Froissy y aldeas circunvecinas el delicadísimo cargo de peatón correo y, como tal, recibe diariamente la valija de la correspondencia dirigida a todos aquellos aldeanos y la reparte escrupulosamente, para lo cual ha de medir con sus pies, de sol a sol, algunos kilómetros de caminos vecinales. La delicadeza de este cargo y la fidelidad con que lo desempeña la señora Lesobre suben de punto al considerar que la valija postal guarda secretos cuya violación por parte de su custodio podría turbar la paz de aquellos campos



La telegrafista de Froissy disponiéndose a transmitir un telegrama



Mujer que ejerce de peón caminero



Una vaquera de Froissy

idílicos y sembrar la cizaña entre sus humanas mieses. Con la señora Lesobre no reza aquello de que la mitad de las cartas que se pierden. se deben de perder, pues hasta ahora no ha perdido ninguna que sepamos la diligente peatona, ni le ha entrado comezón de violar el secreto de la correspondencia, como suelen hacer los hombres en los gabinetes negros de la política recelosa de conspiraciones. De hoy más, gracias a la peatona de Froissy, no tendrá la curiosidad nombre de mujer, aunque femenino sea su nombre.

Háganse ahora atrás los pregoneros, tamborileros, redoblantes y demás paraninfos callejeros de la gacetilla pública, y abran paso, aunque no sea más que por respeto a sus canas, a la venerable señora Druhon-Marchandin, quien no obstante los ochenta inviernos que lleva a cuestas, todavía tiene nervio y sangre para llamar la atención de sus convecinos y alegrar los oídos de la chiquillería aldeana con el redoble del tambor, a cuyo marcial son pregona la pérdida de un pollino, la venta de un pegujal o el matrimonio de una pareja anhelosa de felicidad conyugal. Es la octogenaria señora Druhon el periódico viviente, ambulante y resonante de la aldea, con la ventaja de que el papel impreso nos da las noticias trasnochadas y la pregonera de Froissy las echa a los cuatro vientos, envueltas en las vibraciones de su tambor, cuando el suceso que las motiva está en la plenitud de su incitante actualidad. Aquí vemos que ni años ni achaques entorpecen la acción de la mujer en empleos que los hombres no desempeñarían pasada la edad de jubilación.

De las noticias ruidosas, saltemos a las de misterio y sigilo que calladamente transmiten los alambres telegráficos, y veremos cómo en la humildísima aldea de Froissy tuvo su precedente la señorita telegrafista, hoy reconocida oficialmente en todos los países donde la mujer empieza a encontrar abiertas, siquiera en postigo, las puertas que años atrás se cerraban a su paso. La telegrafista de Froissy no ha de entrar continuamente en el gabinete de transmisión, ni necesita quien la releve en sus funciones, pues la estación telegráfica no es permanente ni hay necesidad de que lo sea, en vista de las pocas cosas que los vecinos de Froissy habrán de comunicar urgentemente al resto del mundo.

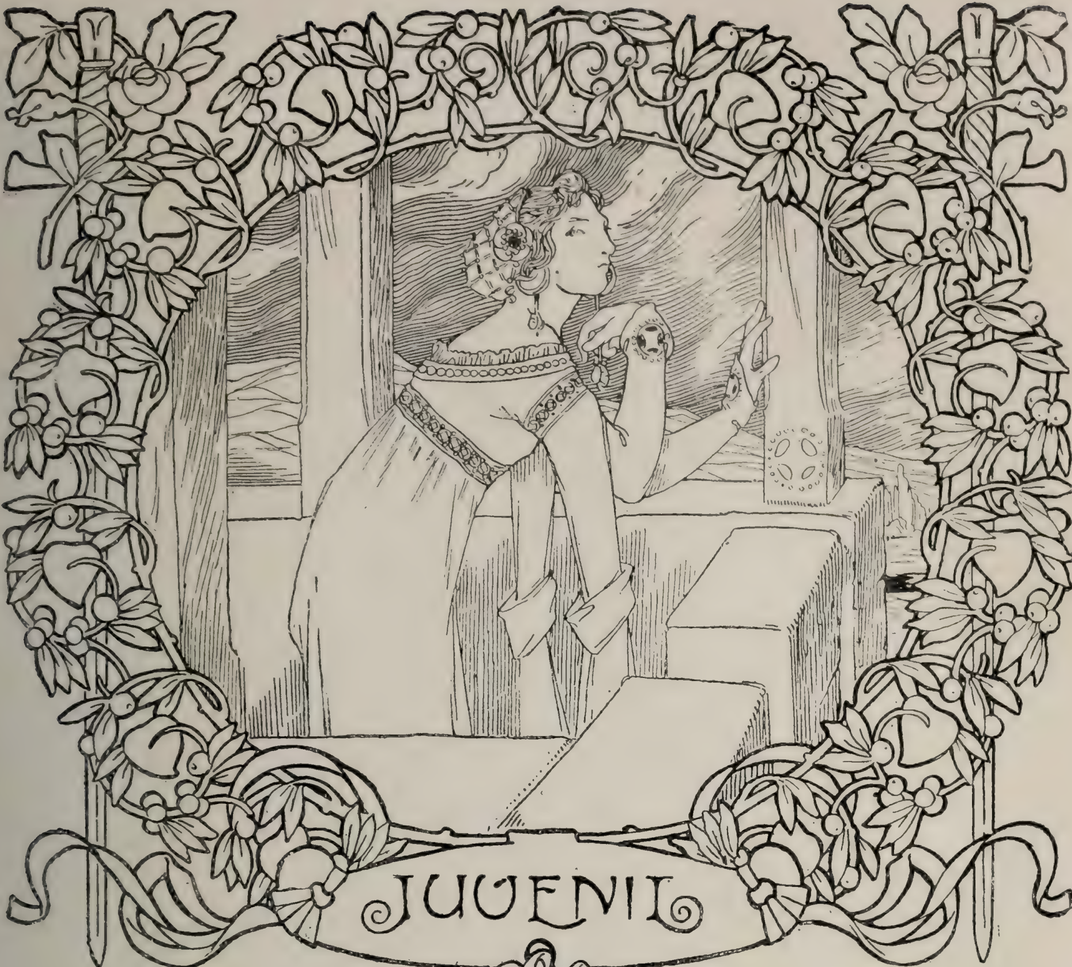
También son mujeres las ocupantes de los modestos pero importantísimos cargos de guarda-barrera y guarda-agujas de la estación de Froissy. Por lo que toca al primero de estos dos empleos, no es novedad verlo desempeñado por una mujer, pues mujeres son en su mayor parte las guarda-barreras de los ferrocarriles; pero no sucede lo mismo respecto del guarda-agujas, en cuyas manos está de continuo la vida de los pasajeros, por lo que es preciso que la persona a quien se confíe tan delicado servicio reuna las debidas condiciones de probidad, diligencia, aguda percepción y resistencia física. La guardesa de Froissy no cede al hombre más perspicaz en el estricto cumplimiento de su deber, a pesar de tener a su cargo cuatro agujas desviadoras.

En cambio, resulta más curioso por lo raro que una mujer desempeñe en Froissy el oficio de peón caminero, pues no parece ocupación propia de manos femeninas el cuidado y conservacin de los caminos vecinales. Sin embargo, la mujer empleada en tan penoso oficio lo cumple a satisfacción de los trajinerós.



La barbera de la aldea rasurando a un vecino al aire libre

Anita MARÍN.



JUVENIL

El príncipe mío partióse á la guerra
callados sus labios, miróme al marchar
Temblé por su vida temblé por mi vida
temiendo que acaso no pueda tornar

Si á verle no vuelvo, mis ojos se cierren
cegados y esconda su imagen mi amor,
para mas tenerla, que yo guarde en sombras
la clara mirada de mi trovador

Su regia armadura, su lanza, tenían
al sol de la tarde, remansos de luz;
en el férreo cinto prendióse mis rosas,
y en su níveo manto sangraba una cruz

Partióse volviendo la triste cabeza,
y desde mi torre mirélo partir
Adusto mi padre, cerróme en mi estancia,
temieron mis dueñas que yo iba á morir

Y en sombras quedóse mi fiero castillo,
cerradas poternas y puentes están,
los cuerpos se alejan, las almas se buscan,
y halladas, y unidas, amándose van

Sin ver el camino, yo sigo á mi amado.
lo busco en la ausencia y es paz mi dolor,
no está, mas lo tengo; no está, mas es mío
porque hace milagros de ausencia el amor.

Si nunca volviera traedme su espada,
mi torre, mi lecho, que venga á guardar
y si darme esposo mi padre quisiera,
con ella mi pecho podéis traspasar

Mi sangre de ofrenda, la cubra, la bese.
la guarde mi tumba, guardándome á mí;
doncella que pierde su amado en la guerra,
con su espada sea desposada así

Pero si tornara mi buen caballero,
dejadme á su encuentro dichosa marchar,
diréle un secreto que es dulce, callado,
pero que más dulce será confesar

Que sobre su pecho se rinda mi frente,
tornando ternura su ardor varonil,
y por las mis trenzas resbalen sus manos
en una caricia callada y sutil

Demanden mis brazos, buscando los suyos,
consuelos, amparo, cariño, pasión,
y cierren mis ojos sus labios, en tanto
desposase al mío su fiel corazón

El príncipe amado partióse á la guerra,
la tarde moría y hundióse en su luz..
en el férreo cinto prendióse mis rosas,
y en su manto níveo sangraba una cruz

SOFÍA CASANOVA.



La sacristía del Monasterio de los Gerónimos, con su admirable columna central donde la delicadeza de los detalles esculpidos supera a toda ponderación, imponiéndose al visitante desde el primer momento, por su gracia forida de artística serenidad.

"El Hogar" en Europa

UNA JOYA ARQUITECTÓNICA

He penetrado por segunda vez en el famoso Monasterio de los Gerónimos. La admirable reliquia arquitectónica, convertida en asilo de huérfanos, eleva en el encanto vespertino la soberanía maravillosa de sus flores de piedra; ofrece al regocijo del espíritu sus inmortales portadas que el arte glorificó; sus góticas columnas; sus altos ventanales, calados como encajes minuciosos; sus floridas barandas, elegantes y puras; sus limpias escalinatas resonantes; sus esculpidas bóvedas, acústicas y magnificentes, en la medida de cuya altura puede aquilatarse la fe de un pueblo remoto, conquistador y marino, enamorado del arte y de la vida, de la aventura y del porvenir.

El Monasterio de los Gerónimos está desierto y silencioso. Sólo de cuando en cuando, confusamente, llega hasta mí, desde los claustros internos, entre el rumoreo de las expansiones colegiales, la musical melancolía de algún canto que entonan los pobres niños sin madre y sin hogar...

Recuerdo haber leído, no sé dónde, que nada hay más triste, más amargo y desolante que un teatro vacío... Sí; yo he experimentado verdadera congoja algunas veces, al encontrarme solo en medio de la herradura de un teatro sin gente, bajo la penumbra aciaga del crepúsculo, después de los ensayos, rodeado de un silencio inquietante, que tenía algo de misterioso y sibilino. Y, rememorando esta sensación, que, según tengo entendido, es muy común, hasta en los espíritus menos familiarizados con las cosas de la Iglesia, obtuve la medida más o menos exacta del efecto que debe producir a los católicos sinceros la entrada en un templo desierto, de donde, por añadidura, se sabe que huyeron los mantenedores o guías espirituales del culto impelidos por sacrílegos vientos. Aquí, en el Monasterio de los Gerónimos, como en las demás iglesias de Lisboa, son los vientos del gobierno inflexible que arrojaron a los sacerdotes de sus viejos dominios. Los arrojaron por disposición oficial y terminante de la república. El Estado no quiso continuar prestando su concurso a la Iglesia. Y, además, ahora, opone al desenvolvimiento del culto toda clase de trabas. No han emigrado en su totalidad los sacerdotes; pero quedan muy pocos. Y, como una consecuencia del malestar católico provocado por las autoridades, los templos de Lisboa parecen casas vacías. Los altares están desmantelados. Sin luces las místicas hornacinas. Las cristianas imágenes que aún quedan, en vano aguardan al pecador arrepentido. Las vírgenes azules y los pálidos Cristos moribundos, no escuchan el implorante arrullo de las preces sagradas. Y los viejos misales, de florecientes letras y páginas amarillecidas por la edad, tal vez no volverán ya a abrirse sobre los discretos encajes del altar... Los templos de Lisboa están desiertos, y han desaparecido los sacerdotes. ¿Acaso para no volver nunca? Yo he recorrido casi todos los templos de Lisboa, pues en casi todos hay alguna joya de arte que admirar. Y en todos, absolutamente en todos los que he visitado, la sensación de vacío era terrible. Claro está que esta sensación no nacía en mi espíritu como podría nacer en el espíritu de un sincero creyente. Pero me preocupaba con otra vaga inquietud. Y esta inquietud, traducíase, imperativa y urgentemente, en una pregunta, muy lógica, propia para ser formulada por un viajero que trata de conocer las costumbres y el alma de un país.

Yo me interrogaba:

—¿Al desaparecer los sacerdotes del templo, se han llevado ellos consigo la fe católica, la creencia y el fervor religiosos, arraigados—de antemano lo suponemos—en la conciencia popular?

Era difícil responderme de inmediato. Por eso, traté de orientarme averiguando. Y la mejor manera de obtener certidumbre, no era seguramente la de acosar a interrogatorios a los claros repúblicos que informan los destinos del nuevo régimen, pues ellos, desde luego, en aras de su credo político, aunque con toda buena intención, habrían sido parciales. Entonces pensé que el mejor medio de obtener certidumbre estaba en codearse con el pueblo, inquirir en su ambiente rústico y sencillo, aventurar observaciones personales entre la masa simple de la población, que es donde por lo general se hallan los más limpios manantiales de la sinceridad. Y a ello fuí, derechamente, convencido de obtener resultado.

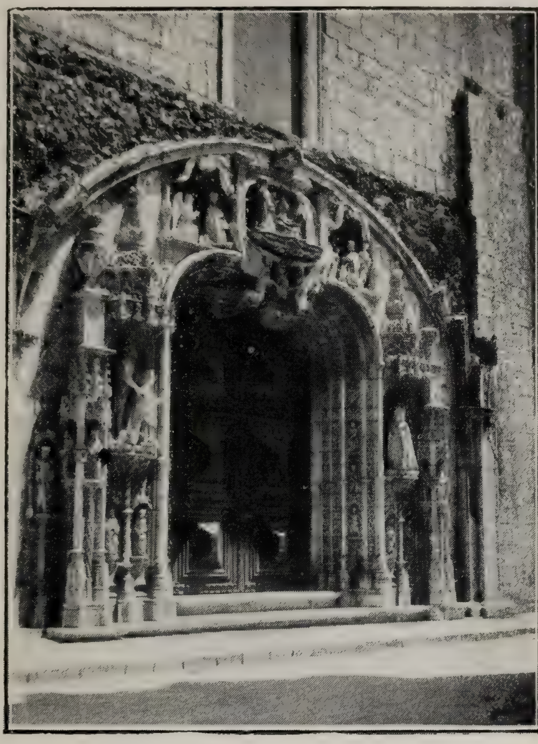
Fué mi primera impresión la de que el pueblo portugués era un pueblo por excelencia religioso. Sin llegar al fanatismo, su alma ingenua y sentimental pertenecía por completo a la religión de Cristo; es decir, no precisamente a aquella religión sembrada por el genial y apostólico vagabundo galileo, sino a la que, con sucesivas modificaciones, hijas del tiempo y del hombre, fueron poniendo en práctica los padres de la Iglesia... El clima, la naturaleza, las mismas modalidades étnicas, habían hecho que el pueblo lusitano se inclinase hacia la pompa y los misterios de la religión católica...

Esto constatado, con mis propios aunque humildes medios de comprobación, faltaba poner en claro algo más importante todavía. Tratándose de un pueblo de espíritu esencialmente religioso, ¿qué efecto había producido en su temperamento la intervención fulminante, subitánea del Estado, que trataba de dar por tierra, de la noche a la mañana, con el cultivo, diremos así, de los llamados viejos símbolos espirituales? Una desorientación y una tristeza inenarrables. Porque no hay que creer que el pueblo republicano, el mismo pueblo que ha hecho la revolución, sea ni siquiera un pueblo "liberal". No. Es necesario no olvidarse de que, desgraciadamente, el pueblo portugués es uno de los pueblos más analfabetos del mundo, y que si bien es cierto que allá donde hay más ignorancia es donde suele darse el caso de que exista mayor exaltación revolucionaria, como ocurre en España con Andalucía, también es verdad que la noción de los ideales no puede adquirir vigor, expansión ni consistencia decisiva allí donde las gentes no han aprendido todavía a leer. Queda el factor sentimental, diréis. Y, efectivamente, es ese el motor, la fuerza que por lo general realiza la revolución. Pero es que la transcendencia de la revolución no puede, no debe reducirse pura y exclusivamente al hecho material de haber destruído un régimen. No basta que la revolución destruya. Es necesario que construya también.

Los únicos conscientes, pues, del valor y de la importancia de las nuevas orientaciones han sido y son los intelectuales, los jefes de partido, los hombres que asumieron la dirección del régimen actual en sus distintos radios de actividades.

—¿Qué ha hecho, entonces—preguntaréis—la propaganda republicana, en favor de la educación popular?

—La propaganda republicana—debemos tener la nobleza de creerlo—ha hecho en ese sentido todo lo que buenamente pudo ocurrírsele hacer. Sólo que no concedió a esa cuestión la debida importancia; y, embriagados después sus representantes por los halagos del triunfo, han cometido lamentables errores. Atendieron, más que a otra cosa, hasta la fecha, a todo lo que era representación, pura exterioridad. Les preocupó, antes que nada, la idea de tender a la desaparición de todo aquello que era representativo de la monarquía: banderas, atributos, símbolos, distinciones, ornatos, escudos y carteles; lo cual debía ser inmediatamente sustituído por signos republicanos. Y claro está que todo eso es lo de menos. Porque el cartel, el símbolo, el atributo de una cosa cualquiera es siempre posterior al nacimiento de la cosa misma. Creo yo que, antes de fabricar el atributo de una cosa republicana, es preciso primeramente crear la cosa que va a ser representada por el atributo aquel...



Una de las puertas laterales que ostenta mayor magnificencia de estatuas y bajorrelieves de estilo "manuelino".

El pueblo portugués ha ido a la revolución, no con la conciencia de las renovaciones ideológicas que el cambio de régimen implicaba, sino empujado por la penuria económica, especie de cantárida social que irrita y enceguece a los pueblos, llevándolos al terreno revolucionario, en forma de que la Historia nos da ejemplos tan numerosos como convincentes. El pueblo, desde luego, no se ha arrepentido de haber hecho la revolución. Y la república, por su parte, está firmemente empeñada en la ardua tarea de restaurar las debilitadas energías del país. Pero, entre tanto, los que llamaremos intereses espirituales del pueblo, están sufriendo desastrosamente la actual desorientación.

—¿Por qué?

—Porque el hecho estricto, material, de cambiar una forma de gobierno, es cosa que puede llevarse a efecto acaso de un día para otro. Pero lo que no puede transformarse sino mediante un sólido proceso educacional de la conciencia y de la mentalidad populares, son las creencias, son las religiones, son los alimentos morales de los pueblos. Y en no haberse preocupado desde mucho tiempo atrás de esta cuestión fundamental, está, según mi humilde manera de ver, el mayor error de la república. La república, al hacerse cargo de la dirección del país, ha dicho: "Expulsemos a los jesuítas". Y los expulsó. "Separemos la Iglesia del Estado". Y así fué. "Basta ya de educación religiosa; hágase oficial la educación laica". Y así se hizo. "Cuélguense al frente de las escuelas unos escudos donde diga: "Ni Dios, ni Rey". Y se colgaron...

—¡Todo eso está muy bien!—exclamaréis, desde luego, si sois partidarios de esas cosas.

Pero, lo curioso es que, después de todo eso, el puebo lusitano sigue siendo tan religioso o más religioso que antes. Infinidad de familias pudientes envían a sus hijos a los colegios que los jesuítas portugueses acaban de fundar en Bélgica; y en lo que se refiere a las clases humildes, no pasa un día sin que los agentes carbonarios descubran distintos casos de padres que, para bautizar a un niño, llaman con todo sigilo al sacerdote, que concurre clandestinamente a cada casa para cumplir su misión.

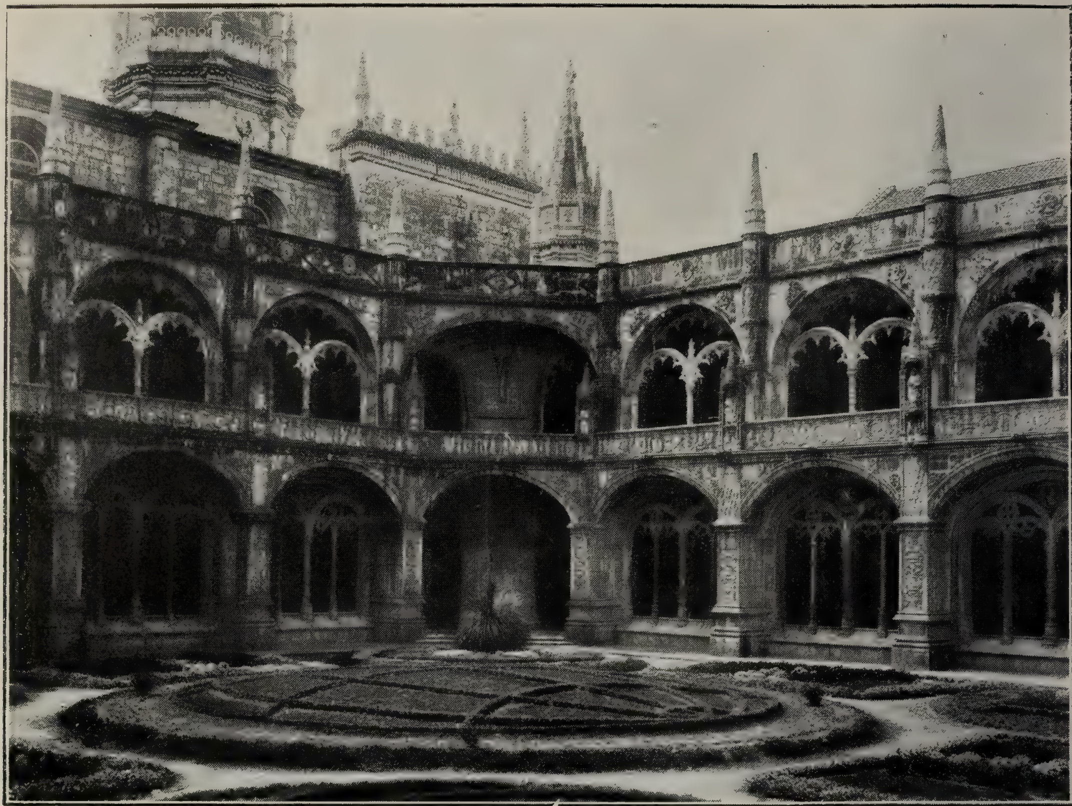
—Entonces—gritaréis, acaso un poco indignados—¿quiere usted que la república, como la famosa lámpara de Aladino, opere maravillosos prodigios en un instante no más?

—No; la república hará muy bien en tomar todas aquellas medidas, sí, señores; hará perfectamente en usar de tales medios para propender a que se extiendan entre el pueblo los gérmenes de una moral nueva, etc. Pero lo que yo quiero decir es que el pueblo no se ha enterado ni lleva por el momento miras de enterarse del asunto.

—¿Las razones?

—Ya las he apuntado: los ideales, las creencias, los sentimientos familiares al alma popular, sobre todo tratándose de pueblos con idiosincrasia como la del pueblo lusitano, no se arrancan de un tirón, ni se hacen desaparecer a sangre y fuego, o con simple colocación de carteles oficiales que digan: "Esto sentirás; aquello otro pensarás". No, no, no. No basta decir a un pueblo que desde hace quinientos años es, por ejemplo, ciegamente adorador del Sol: "Desde mañana, según reza en ese letrero, adorarás a la Ciencia, a la Verdad y al Bien". No. Es preciso iniciarle, cautelosa y racionalmente, en los derroteros de las nuevas ideas, educando paso a paso su espíritu, sembrando día a día en su cerebro, de modo que, al desaparecer de su alma estos sentimientos o aquellos ideales, las nuevas ideas y los nuevos sentimientos hayan ganado ya terreno en ella, para ocupar el vacío que dejaron los otros. Esto que es tan simple, tan elemental, es lo que han descuidado los padres de la república, que debieron comenzar por emprender nutrida campaña educacional, enseñando primero al pueblo a leer y escribir, preparándolo al mismo tiempo para la comunión trasmutadora de los nuevos valores ideológicos. Por eso ocurre lo que está ocurriendo, y yo tengo la satisfacción de saber que muchos distinguidísimos republicanos participan de esta pequeña opinión.

La letra no penetra a fuerza de torniquete. Los judíos matando a Jesús, no mataron al catolicismo. Las hogueras y la Inquisición no suprimieron a los infieles. Las conquistas obtenidas por las nuevas ideas no se han obtenido precisamente con la violencia y el puñal. Un asesinato político o un acto de extorsión cualquiera por parte de un gobierno, podrán hacer más propaganda, podrán llamar más la atención alrededor de determinada doctrina; pero un descubrimiento científico, una conferencia, un libro, una escuela, un periódico, conquistan más conciencias, preparan con reales y más sólidas y saludables bases el advenimiento de una transformación. Las verdaderas revoluciones, pues, se operan sobre los espíritus, y no hay renovación posible sin la intervención primordial y efectiva en las concien-



Vista general del jardín y de los claustros interiores, a través de los cuales celebran las horas de recreo los niños huérfanos actualmente asilados en el Monasterio, y que pasan de trescientos.

cias, de la educación popular, que realiza verdaderos milagros en la ruta del progreso...

Entre tanto, la admirable reliquia arquitectónica que perpetúa la memoria del famoso descubrimiento del camino a las Indias codiciadas, eleva en el encanto vespertino la soberanía maravillante de sus flores de piedra; ofrece al regocijo del espíritu sus inmortales portadas que el arte glorificó; sus góticas columnas inimitables; sus altos ventanales calados como encajes minuciosos; sus floridas barandas, elegantes y puras; sus limpias escalinatas resonantes; sus esculpidas bóvedas, acústicas y magnificentes, en la medida de cuya altura puede aquilatarse la fe de un pueblo remoto, conquistador y marino, enamorado del arte y de la vida, de la aventura y del porvenir.

Las verdes aguas del Tajo sueñan no muy lejos, arrullando la augusta majestad de la piedra; y, contemplando el purísimo azul del infinito que le sirve de marco, pensáis en el esfuerzo gigantesco de aquellas gentes que supieron crearlo; pensáis en el motor más hondo de los motores, en el motor grandioso de la fe, que pudo inspirar tan ardientemente a aquellas generaciones obras tan magnas y gloriosas...

Y afirmáis, entonces, en el fondo de vuestra conciencia, que el alma del arte gótico ha sido siempre la fe, sublime creadora que sembró de ideales el espíritu de aquellos pueblos conquistadores y artistas.

¡Cuánto ensueño, cuánta vida, cuánto desinterés se advierte en las magníficas creaciones del arte gótico! ¡Qué grandeza, qué espiritualidad insuperable, qué afán de más allá!...

¡Cómo resultan pequeños, insignificantes, frente a aquellos alardes prodigiosos, los alardes técnicos y alambicados de los ingenieros de hoy!

Es que los ingenieros de hoy saben levantar la torre Eiffel, pero no tienen aquella alma, no tienen aquellos ideales, no los impulsa una fe tan pura, tan inmensa como aquella fe....



Las grandes columnas de la nave principal, de extraordinaria altura, labradas desde la base al remate, y cuya riqueza y exquisitez incomparables es imposible describir; no existiendo en ninguna parte de ellas un sólo detalle repetido. Constituyen un maravilloso alarde de la fantasía gótica.

El recóndito secreto mediante el cual perduran en los siglos las grandes obras de arte, es, pues, la sinceridad, es el supremo soplo de lirismo que las haya animado, es el desinterés profundo que ha presidido el movimiento, el ritmo de su creación, ya que el arte en sus más gallardas acepciones no es sino el afán inmenso de sobrevivir que lleva perennemente sobre sus alas la conciencia de la humanidad...

El arte es cosa árdua que no admite, en sus expresiones superiores, ningún asomo de subalterna y vulgar preocupación.

El arte es lo ''azul'', que dijera el patriarca Víctor Hugo. Vale decir: el arte es lo infinito, lo más alto, lo más puro que ennoblece la pequeñez indiscutible de los hombres. Y por el arte se glorifica la humanidad, así como por la Ciencia se hace fuerte...

* * *

Los huérfanos asilados en el famoso Monasterio de los Gerónimos, vuelven a entonar sus cánticos regocijados de colegiales en asueto, y el fugaz rumoreo, que llega hasta mí confusamente, desde los claustros interiores, es como una promesa del Porvenir, que, indudablemente, está depositado en el alma y en el cerebro de esos pobres niños sin madre y sin hogar...

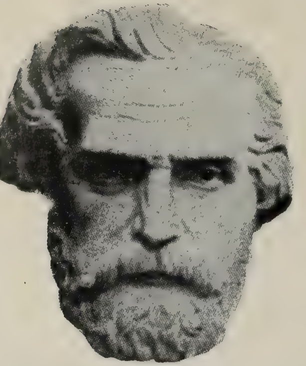
José de **MATURANA.**

BODA



Los desposados, señorita Sofía Pontaut y señor Jorge Cantilo, saliendo del templo San Miguel, donde tuvo lugar la ceremonia nupcial

El centenario de Verdi



Mascarilla que corona la efigie del inmortal autor de ''Rigoletto'', existente en la Opera de París

Italia, con justicia, ha dado todos los caracteres de un glorioso acontecimiento a la celebración del centenario de Verdi.

El insigne músico nació en hora propicia al desarrollo de su obra, que fué el espejo poderoso donde se reflejaron y se refractaron los pensamientos de sus compatriotas.

La música de Verdi — según la expresión de Rossini — ''llevaba un casco''; tenía, además, una espada. ''Fué Euterpe en traje de Minerva''. Ella inició y sostuvo el movimiento revolucionario y puede afirmarse, sin temor a exagerar, que ayudó al pueblo italiano a conquistar su libertad y su autonomía.

Su nombre era el símbolo de una idea; se le dibujaba así sobre los muros: V. E. R. D. I., para significar ''Vittorio Emmanuele Re D'Italia''.

Las melodías de Verdi fueron a la revolución italiana lo que la Marsellesa fué a la epopeya francesa de 1789.

Nacido en Roncole, en Octubre de 1813, no sale apenas de la estrecha y oscura habitación del albergue que tienen sus padres. Día y noche, sin tregua ni descanso, la guerra enardece al país; cuando no pasan las tropas por frente a la puerta baja y atrancada de la casita medrosa, truena a lo lejos el cañón. (Se refiere que Giuseppe fué escondido por su madre en el campanario para salvarlo de la muerte.)

Después sonríe la paz. El niño se pasea a menudo solo, a través de los campos que circundan la población; los recuerdos horrorosos de la guerra y las piadosas armonías de la naturaleza, envuelven esa alma juvenil. Su mente se fortifica y su instituto musical se revela, como nacido al calor de la caricias del sol. A los doce años es organista de Roncole y a los pueblos inmediatos llega su nombre: es un niño prodigio.

Todos le adoran y se dice que, habiendo sido designado para substituirle un protegido del obispo, los feligreses invadieron el templo, exigiendo que se dejase a su ''maestrino''.

Un almacenero de Busseto, hábil flautista y presidente de la Sociedad Filarmónica, habiendo advertido las vivas disposiciones musicales de Giuseppe, se lo llevó a la casa como empleado.

Verdi, pesando azúcar, café, sal y midiendo litros de rhum, oye con íntimo placer, las sinfonías de Hayda y de Mozart. Por la noche, toma lecciones de armonía con Provesi, director de orquesta de la Filarmónica, o copia particellas para el concierto del día siguiente, o bien toca el piano piezas a cuatro manos con Margarita Barezzi, hija de su patrón, y ''poco a poco, como las manos se acercan, los corazones se unen.''



Verdi en el Casino de Montecatini, rodeado de un núcleo de admiradores

A los diez y nueve años se traslada a Milán, toma parte en los exámenes del Conservatorio, donde se le rechaza. Trabaja luego con el profesor Larigara, y no cesa de escribir, produciendo una avalancha de notas que ruedan y recorren toda la Italia. En 1835 regresa a Busseto y contrae matrimonio con la hija de Barezzi.

La alegría invade su alma: termina su primera obra teatral: ''Oberto, conte di San Bonifacio'', que se estrena en la Scala de Milán el 17 de Noviembre de 1839.

El empresario Merelli le encarga tres nuevas obras. Pero ¡oh contrastes de la vida! en estas circunstancias tan halagüeñas para su vida artística, Verdi pierde a sus dos hijos y poco tiempo después muere su esposa.

Durante largo tiempo el músico está abatido, pero la fiebre de la música lo sostiene siempre, y renueva su labor. Termina el ''Nabucco'' y después ''I lombardi'', representada en 1847 en París, donde alcanza 33 representaciones: ''Ernani'', ''I due Foscari'', ''Giovanna d'Arco'', ''Alzira'', ''Macbeth'' (cuyo libreto deforma horriblemente la obra de Shakespeare), ''I masnadieri'', ''Jerusalem'', ''Il corsaro'', ''La battaglia di Legnano'' y ''Luisa Miller''.

Siguen ''Rigoletto'', ''Il trovatore'' y ''La Traviata'', que M. Camille Bellaigue califica con justicia de ''trilogía popular''.

Los quince años subsiguientes no añaden nada a la gloria y, sin embargo, ¡qué labor tan intensa! ''I vespri siciliani'', ''Simon Bocanegra'', ''Aroldo'', ''Un ballo in maschera'', ''La forza del destino'', ''Macbeth'' (nueva versión) y ''Don Carlo'', estrenada en la Opera de París el 11 de Marzo de 1857, y que tiene notables fragmentos.

Algún tiempo después el kedive de Egipto encarga a Verdi una obra, para la inauguración de la Opera del Cairo. Esta obra es ''Aida'', una de las más ricas producciones del genio latino.

Verdi, según propia confesión, no se sentía inclinado hacia la música religiosa; su temperamento de músico de teatro acaparaba su inspiración. Muere Manzoni, su antiguo amigo, y bajo el golpe de ese gran dolor, escribe Verdi su misa de ''Requiem''.

Desde aquella fecha el genio del gran italiano sube hasta las cimas más elevadas del arte y erige, después de largo intervalo de reposo, dos monumentos imperecederos: ''Otello'' y ''Falstaff''.

Se ha afirmado que Verdi dejóse llevar de la influencia wagneriana; afirmación falsa. Verdi se mantuvo latino; se perfeccionó y evolucionó sin cesar por un esfuerzo de la inteligencia, pero su alma y su inspiración fueron siempre las mismas.

Y fué ''sincero'', que es quizá la forma más alta del genio.

En la celebración de este glorioso centenario, todas las naciones civilizadas donde se rinde culto al divino arte de la música, han acompañado a Italia, realizándose en las principales capitales funciones y conciertos en homenaje a la memoria del insigne autor de ''Aida'', cuyas obras han llevado a los espíritus de tres generaciones la sensación deliciosa de sus bellas melodías, y perdurarán a través de los siglos, mientras la armonía de los sonidos sea fuente de inspiración y de arte. La aparición de nuevas escuelas y la divergencia de gustos no destruirá el grandioso monumento que el genio de Verdi ha legado a la Humanidad.



''Maquette'' del monumento elevado el 7 del corriente en la ciudad de Parma, a la memoria del gran músico

El gran compositor no sólo fué admirable y admirado por su talento fecundo, que produjo considerable número de obras, sino porque su vida abarcó distintas etapas y en todas fué ''actual'' en su técnica y en su inspiración.



La venganza del canillita

PASADA la medianoche, cuando el "negocio" no daba para más, el pequeño Aníbal resolvió recogerse a su dormitorio. No se sabe por qué ironía fraternal se le dió a un ser tan exiguo un nombre tan grande; el caso es que se llamaba Aníbal, y que soñoliento, friolero, aquella noche sentía más ganas que nunca de dormir.

Pero hubiera querido dormirse en una cama... en una de las camas blandas, tibias, que él sabía que existían en el mundo, pero que no lograba nunca tener. Se resignó, sin embargo, a su suerte, y paso a paso dirigióse a su habitual refugio.

En plena Avenida de Mayo tenía su alcoba. Un espléndido hotel hacía, por capricho arquitectónico, cierto entrante magnífico, una especie de nicho disimulado, que nadie más que él conocía, y que se ahondaba, obscuro y capaz, como un amoroso dormitorio. Aquella noche, como siempre estaba vacío. Y el pequeño Aníbal se acurrucó en su soberbia alcoba.

Pero empezaba a sentirse viejo, sin duda; le pesaban ya sus doce años de edad... Lo cierto es que al acurrucarse echó de menos el colchón de lana, y la frazada suave, y la almohada acariciadora. Lanzó un suspiro y puso bajo la cabeza, a guisa de almohadón, las cinco "razones" y las tres "últimas horas" que le habían sobrado de la venta nocturna. En cuanto a dinero, no le quedaba ninguno. Se lo había jugado con otros chicos, y los últimos "cobres" los destinó al pago de un café con leche, sin pan ni manteca.

En fin, el destino es piadoso con los miserables; el pequeño Aníbal se durmió, y se durmió profundamente, pesadamente, como una piedra.

Después se puso a soñar. Soñaba que iba por las calles vendiendo "naciones" y "prensas", "razones" y "últimas horas". Soñó que ganaba en las carreras, y que le tocaba el gordo de la lotería. Soñó además que era hombre, un hombre respetable, de bigote y jacquet, y que era director de un gran periódico.

El pequeño Aníbal creyó siempre que las leyes y las ordenanzas las hacían los directores de periódicos. Su imaginación no alcanzaba a comprender que un periodista fuera un ser tan insignificante y secundario como un simple vendedor de papeles. Vióse, pues, en posesión de un gran diario, y se apresuró a escribir uno de aquellos lindos artículos que él solía deletrear a veces a la luz de un farol.

¿Cómo sería su primer artículo?... Lo meditó bien, y después dejó correr la pluma. El artículo comenzaba diciendo:

"En adelante, no quedará en Buenos Aires ningun ser humano, grande o pequeño, que no posea una buena cama, con buenas sábanas y colchón de plumas"...

De su eminente labor vino a interrumpirle una impresión áspera, dura, indignante. Despertó sobresaltado. Y fué que pasaba una brigada de limpieza, con sus escobas y sus carros, con sus mangueras y su ruido. Uno de los barrenderos, por simple gusto de fastidiar, había aplicado al rostro del pequeño Aníbal la boca de una manguera, y el pobre canillita se levantó chorreando agua.

Sintió una indignación épica. No lloraba por verse mojado, ni por el sueño interrumpido, ni por la burla; lloraba por su hermoso y sublime sueño desaparecido, ¡aquel sueño que le concedió el atributo magno de dictar leyes!

—¡Animal, asesino, ladrón!... vociferó el triste muchacho.—¡Devuélveme lo mío!

—¿Qué cosa?—gritaba entre estúpidas carcajadas el burdo basurero.

—¡Mi sueño!...

—¡Eh! ¡Volvete a dormir!...

El pequeño Aníbal se volvió a acostar, en efecto, rezongando de rabia. ¡Si al menos pudiera reanudar su sueño interrumpido, su brillante y poderoso sueño! En caso de que se viera nuevamente en poder de un periódico, pensó que su artículo continuaría de este modo:

"Todos tendrían derecho, además de una cama de plumas, a un puchero caliente y café con pan y manteca"...

—¡Eh! ¿Estaba buena la ducha?—vociferó desde lejos el chistoso barrendero.

Y el pequeño Aníbal, medio dormido ya, sacando fuerzas de su rabia, añadió un paréntesis a su proyecto de ley:

"Todos, ¡menos los "musolinos!"

José M.ª SALAVERRIA.

Dib. de Pelayo

Lucía Kemp-Welch

Lucía Isabel Kemp-Welch es hoy, sin género alguno de duda, la mejor y la más grande de todas las mujeres artistas de Inglaterra. No sólo se encuentran cuadros suyos en todas las galerías de nota de la Gran Bretaña y del extranjero, sino que además desde la muerte de Rosa Bonheur, no tiene igual Miss Kemp-Welch como pintora de animales.

La célebre artista nació en Bournemouth, en 1869, y como la mayoría de los grandes artistas reveló desde edad muy temprana sus excepcionales dotes. Muy niña todavía frecuentaba en sus paseos un inmenso bosque de su país llamado la Selva Nueva y tomaba apuntes de animales silvestres que prometían un brillante porvenir a la pequeña artista. Aquellos trabajitos, imperfectos quizás, eran los primeros destellos de un arte que había de darle fama y dinero. ¡Seguramente, ni sus mismos padres soñarían que andando el tiempo produciría cuadros famosos pintados en aquella misma selva y con los mismos modelos!

En vista de su extraordinaria afición a la pintura, sus padres la enviaron al célebre estudio para discípulos que tenía establecido en Bushey el gran maestro Sir Herbert Herkomer.

Casi desde las primeras lecciones el profesor vió la gran promesa de su nueva discípula, y en poco tiempo se hizo notable por su habilidad para pintar animales.

En 1894 concurrió por primera vez a una exposición, presentando en la Royal Academy un cuadro que llamó mucho la atención, no sólo de los entendidos en arte, sino también del público en general.



Lucía Kem-Welch

Su triunfo quedó asegurado finalmente con su cuadro "Caza de potros en la Selva Nueva", que fué adquirido por los ejecutores testamentarios de Chantrey para la "National Gallery" en 1897.

Desde aquel día Miss Kemp-Welch fué colocada entre los pintores más célebres de animales. En el sentir de todo el mundo ocupaba en la lista de estos artistas un puesto inmediato al de la famosísima Rosa Bonheur.

Sus espléndidos estudios de caballos, cerriles y domados, de lujo o de trabajo, han sido siempre favoritos del público.

Lucía Kemp-Welch es una artista de mucha conciencia. Después de haber estudiado tanto el asunto podría pintar muy bien sus cuadros de memoria, y sin embargo, con el fin de dominar todos los detalles de una composición llegó al extremo de comprar una granja y ponerse a arar ella misma con los caballos para estudiar a fondo todo lo que pudiera interesarla. De aquellos trabajos de estudio preparatorio salió un famoso cuadro. La laboriosidad de Miss Kemp-Welch es extraordinaria. Aparte de multitud de cuadritos y estudios que produce constantemente, no ha dejado de presentar algo importante en las exposiciones de arte anuales desde que concurrió a la de la Royal Academy en 1894.

Entre otros cuadros famosos, debidos a su pincel, pueden citarse "Los segadores", "La sequía del verano", "Caballos bañándose en el mar" y "Lord Dundonal en Ladysmith".

A pesar de poseer tan fuerte individualidad como artista y atender con toda solicitud a la obra de su vida, no hay en Miss Kemp-Welch estrechez de miras, ni su inteligencia se limita como ocurre con algunos grandes artistas a lo tocante a su profesión.

En su estudio y fuera de él es una compañera y una amiga afabilísima, gran aficionada a los deportes, en especial a la equitación, al hockey y al ciclismo. Su carácter es alegre en extremo, su alma rebosa bondad, y disfruta ayudando a los jóvenes que por su vocación a la pintura ingresan en la escuela que tiene establecida en Bushey.

Su conversación es encantadora y deja hechizados a sus contertulios con su gracejo y su ingenio.

Es esta talvez la única pintora que se esmera hasta la exageración en la interpretación de sus cuadros.

Antes de concluirlos, o mejor dicho antes de iniciarse en la labor de una nueva obra, estudia detenidamente, compenetrándose del asunto.

Su manera de ser, estudiosa, observadora y muy pacífica, ha contribuido mucho para el éxito de sus obras.

Está probado que un artista debe ser, ante todo, muy observador. Debe estudiar bien el asunto para llevarlo al lienzo con toda la realidad posible.

Una vez Lucía Kemp-Welch, fué interrogada:

—¿Por qué no comienza el nuevo cuadro?

—Lo estoy estudiando. Aún me faltan algunos detalles que conceptúo de mucha importancia. En posición de ellos trabajeré, segura del triunfo.

Y su cuadro fué todo un éxito. Los animales que sus pinceles llevaron al lienzo parecían vivir, tal era la verdad con que se había revelado el genio de la artista.

Podría decirse que empleó más tiempo en estudiar el motivo que en trasportarlo al lienzo.

Actualmente ocupa un sitio de preferencia entre los pintores de mayor nombradía, destacándose sus obras por la fuerza y el vigor del colorido y la vivacidad del conjunto.

Sus cuadros llaman justamente la atención, y tal es la fuerza que se desprende del conjunto que, cualquiera diría que son el producto de algún artista de sexo masculino tal es el vigor que salta a primera vista.

NUESTROS HOGARES



Sra. Josefina P. de Taurel, con sus niñitos



Sra. María L. K. de Carranza, con sus niñitos



Sra. de Gómez, con sus niñitos

Fot. Merlino.

Una partida de Gualicho

Era feo, muy feo; tenía una fealdad grotesca, repulsiva y ''única''. Su cara de panvaso, surcada de arrugas, con pelotones de carne y rastros de viruela, causaba miedo. Su voz ronca, con cierto parecido al hervor del puchero, sus ojos batará perdidos tras el monte de leñosas cejas; sus labios gruesos, cargados de carne y el sombrero eternamente sobre la frente, completaban el conjunto.

En él había mucho de indio; en sus modales se traslucían gestos de toldería. y hasta sus miradas tenían pinchazos de lanzas y centelleos de flechas.

Todos lo conocían por Gualicho. Era un apodo que cuadraba con su carácter agrio y con sus intenciones malas como tajo de puñal envenenado.

No tenía amigos. Como el sapo, siempre andaba solo, sin juntarse con nadie, sin mirar a nadie. Hablaba muy poco y en tono imperativo, con marcada soberbia.



Los paisanos le temían sin saber por qué, quizá porque no era jaranista como ellos, tal vez porque gruñía para hablar, acaso porque su cara infundía miedo.

Cayó al pago como llovido del cielo. Una mañana, muy temprano—el sol aún no peinaba a la campiña, ni había caído la última gota de rocío, prendida en la hoja de un trébol—apareció en la pulpería de Mateo Platini y golpeando el mostrador con el rebenque hasta hacerlo crujir, pidió:

—Una caña de durazno.

La bebió de un trago y, enseguida, pidió otra que tampoco quiso saborear.

—¿Dígame, pulpero, no se juega por aquí?

—Sí, señor, algunas veces.

—¡No mienta! Aquí se juega todos los días.

El pulpero ''mojó las orejas''; lo miró con miedo y, por primera vez en su vida de bolichero, tuvo recelo; fué un miedo que le corrió por el cuerpo comenzando por la cabeza para concluir en los talones.

—Sí. Todas las tardes se tira el güeso.

Gualicho lió un cigarro mirando de reojo a Platini que, con un vaso en la mano no sabía qué hacer.

—¿El señor es forastero?—preguntó por decir algo.

—¡Qué le importa, so gringo!—exclamó el gaucho con voz ronca y áspera, ronca como un gruñido, áspera como los dientes de una rasqueta.

Esa fué su entrada en el pago.

Hacía dos meses que galopaba de boliche en boliche. Asistía a todas las carreras; estaba en todas las jugadas de taba, en todos las partidas de choclón, fico y monte. Pero nadie lo vió jugar una sola vez, ni nadie lo vió entusiasmarse lo suficiente para que se desarrugara su cara de cuero mal estaqueado.

Cuando la taba se clavaba en la tierra produciendo la consiguiente algazara en los gauchos, él torcía el ala de su chambergo con un movimiento brusco e incomprensible.

—¿Y usted no juega don?—le preguntaron una ocasión.

—No juego con chambones—contestó sin moverse.

—Aquí hay de todo, amigo.

—Sí... como en chiquero... chicos y grandes... flacos y gordos... pero chanchos todos.

Habló con tanta fiereza, con tanto dominio, que nadie quiso avocarse el derecho de contestar.

Y, desde aquella tarde, Gualicho fué ''malo'', guapo en el manejo del fillingo, hábil en el cuerpeo, maestro en el arte de canchear y desarmar maulas.

Su fama corrió de rancho en rancho filtrándose por las rendijas conjuntamente con el viento. Hasta las madres, para asustar a sus hijos, decían:

—No llorés... que viene Gualicho.

***

Un domingo, por la tarde, se jugaba fuerte en el boliche de Platini. La paisanada había caído ''como mosca al dulce'' atraída por la veintena de caballos atados en el palenque y en las plantas de tamarindos y sinasina.

Frente al boliche, a siete metros de la puerta, los gauchos perdían y ganaban, experimentando esa sensación rara y bruta como un latigazo que proporciona el juego.

—Vainte pesos al qu'espera—dijo uno.

—Pago.

—Cincuenta pesos... voy a mis manos.

—Pago al que espera.

Después hubo un apelotonamiento. Todos querían ver el ''güeso''.

—Jué suerte pa todos—argumentó el coimero.

Gualicho observaba la jugada con los brazos cruzados sobre el vientre, pensativo, fiero y mudo.

La jugada comenzó de nuevo, después de un bullicioso paréntesis.

—Cien peso... voy a suerte.

—Están jugao.

Cuando la taba describía una comba dando vueltas en el aire como si fuera un trompo, Gualicho, avanzó con resolución. Atropelló, sin hablar. El coimero rodó de un puntapie. Desapareció la plata.

—¡Juna...!—quiso gritar uno. Pero Gualicho, con una mirada de basilisco, preñaba de odio, sangrienta, despreciativa, apostrofó a todos con esta única frase:

—¡Mulitas!

Benito J. CASTAÑO.

Dib. de Pelayo

El expatriado

AMANECIA. Las primeras claridades de la aurora penetraban por los intersticios de las puertas en una pobre y maltrecha habitación, dando la señal para que se apagara la mortecina luz de la lámpara, cansada acaso de arder durante toda la noche.

El más desesperante insomnio había aprisionado en su enorme abrazo de pulpo a los dos únicos seres que moraban allí: la madre, envejecida por acerbos dolores; el hijo, un robusto luchador, cruzado de la libertad, también con prematuras canas, arrugas en la frente donde florecieron los sueños redentrices como rosas de luz.

—Bien sé—dijo éste—que soy para el mundo un visionario, un soñador, un loco, mas, no importa, cual no importa que en la lucha por mis altos ideales vaya dejando moléculas de vida. Las simientes que arrojé en los surcos abiertos por mis antepasados, tardarán acaso en germinar; pero los hombres del futuro van a ser los vendimiadores de mi eterna prédica. Me lo dice el corazón, madre mía, me lo dice esta fe que no puede extinguirse; cuando sobre la brecha dejamos pedazos de alma, aquellos se convierten en sabrosos frutos para alimentar a nuestros hermanos del porvenir y si en la hora presente soy el derrotado, mañana seré, pues, el vencedor.

—Delirios, hijo mío, delirios, nada más. Te empeñas en estéril lucha, semejante a la que libra el hombre desarmado contra la hambrienta fiera que va a devorarlo. Hoy, sufres la más dura lección por tu inexperiencia. Dentro de una hora escasa, vas a abandonar madre, hogar, playa nativa... todo, y a mí, a mí que no tengo en la vida otro bien, a mí me toca verte partir para lejanas tierras, víctima de un ensueño ineficaz, porque, ¿es posible, dime, que la prédica de un hombre pueda regenerar la conciencia del pueblo acostumbrado al humillante yugo de tiránica opresión?... No, hijo mío, no... convéncete: tu empeño es vano y tu lucha estéril... El déspota seguirá triunfando y tu oratoria, y tu periodismo y tu obra entera van a ser hasta para tus defendidos las gesticulaciones de un loco en funambulesca contorsión!... ¡Ay!... si yo pudiera, si yo pudiera!...



Gruesas perlas de lágrimas surcaron entonces sus apergaminadas mejillas, poniendo tremuleces en su voz, mas, al fin no pudo continuar porque la visión de sus infinitas desolaciones le oprimió la garganta como con férrea mano y lloraba, lloraba el llanto de las angustias supremas, el dolor desgarrante de la madre en presencia del hijo que no sabe si volverá jamás hasta sus brazos.

—No llores, no llores así—le dijo el joven, besándola, como cuando niño, en los cabellos, en la frente y en los ojos.—Armate de paciencia. Esto es cuestión de meses, acaso de días, nada más. El solio sobre el cual descansa el poder del tirano, carcomido se halla desde su base y en breve va a rodar, yo te lo juro.

—¿Y si eso no sucediera, qué será de tu pobre madre?...

—Si la perversa intervención de la suerte arrasa todos nuestros planes, volveremos a encontrarnos en el extranjero y quién sabe entonces en qué playa remota se alzará nuestra tienda; pero entretanto no te dejes abatir por el dolor. Tú, siempre fuiste valerosa, tú me has dado tus bríos y tu fe, tú has dado a mis fibras el fino temple del acero damasquino, ¿por qué desmayar ahora, ahora que yo, soldado del derecho, parto con el carcaj lleno de flechas para defender desde extranjeras tierras la causa de los buenos?... ¡Ah! no llores, no llores así, madre de mi alma!...

—Existe una especie de doble visión para los que amamos,—le repuso entre sollozos,—por eso yo no me ciego con tus entusiasmos, hijo mío y presiento los dolores que amargarán tu vida en el destierro... ¡Ay!... La hora se acerca, permíteme que te acompañe al puerto, permíteme que por última vez, acaso, recorra contigo las calles de nuestra ciudad y si el pueblo nos mira y el pueblo vé mi desesperación, no me importa del pueblo porque yo voy a darte junto al mar, mi postrer abrazo, porque yo voy después a decirte ¡adiós! desde lejos hasta que el buque se pierda en el horizonte. No desoigas mi ruego, hijo de mi alma, no desoigas mi ruego.

—Por amor de Dios, madre mía, por la memoria de mi padre te lo pido, no me exijas tan enorme sacrificio. Si accediera yo sé que hasta mi valor vacilaría al dejarte sola, desesperada, enloquecida sobre la desierta playa. Tú debes quedarte aquí, en el santuario del hogar, rogando por la suerte de tu expatriado. Ahora, llegó el solemne momento. Hasta pronto, hasta pronto, madre mía!...

Así le dijo, abrazándola con supremas ternuras y salió tambaleante como un ebrio.

—¡Hijo!... ¡Hijo... que Dios!...

No pudo decir más porque caía sobre el pavimento, desmayada.

Una hora después, el buque abandonó el puerto. Con el rostro oculto entre las manos, el apóstol de la libertad lloraba como un niño; pero haciendo el más poderoso esfuerzo quiso al fin envolver en la postrer mirada todas las cosas que le enseñaron a amar desde la infancia y descubierta la hermosa cabeza batalladora, dijo, como si el espíritu de esos amores pudiera oirlo:

—¡Adios, patria, patria de mi vida... hogar... madre de mi alma, adiós, adiós!...

Y mientras el buque cruzaba el mar en rápida carrera vomitando humo muy negro y muy espeso, mientras las olas besaban constantemente la popa del monstruo y mientras se alejaba de su patria minuto por minuto, segundo por segundo, el expatriado soñaba en la santa causa redentora.

Su cerebro marchaba más a prisa que el poderoso trasatlántico.

Acostumbrado a soñar encontraba, en el continuo vaivén del buque, algo que incitaba a su cerebro impulsándolo hacia el campo de la idea.

—¿Por qué no he de triunfar si es tan noble la causa que defiendo?

Y su espíritu de luchador fuerte y convencido se ensanchaba más, adquiriendo más volumen. De pronto recordó a la madre que, en aquellos momentos, lloraría al hijo amado.

La pobrecita estaba vieja, enferma y sola.

—¡Pobre madre! — exclamó de pronto dejando escapar hondo suspiro.

Sí, ¡pobre madre! Ella quedaba sola para pensar en su hijo y llorarlo.

El, en cambio, ensimismado en la lucha, viviendo para la causa, departiendo con amigos, estudiando o escribiendo, no pensaría tanto en la pobre vieja.

Estaban en alta mar. No se veía tierra; todo era agua oscura, moles de agua que comenzaban a mecerse impulsadas por un viento demasiado fresco.

Entonces, desde cubierta extendió la vista hacia derecha e izquierda y, sin querer, pensó:

—Así, sola, en medio del bullicio mundanal estará mi madre.

—¿Va usted muy lejos, señor?—le interrogó un personaje desconocido,

—Lejos.

—Yo también voy lejos.

—Y así de recuerdo en recuerdo, la conversación recayó en política y en ciencias. Coincidían en ideas y pareceres. Una hora de amena charla y eran amigos. Los hombres, bastan conocerse, para estrechar vínculos que, muchas veces, no nacen ni en muchos años.

Al separarse, el expatriado, creyó ver surgir la sombra de su madre que quedaba sola en lejanas tierras.

—¡Sea todo por la causa, por la noble y santa causa!—exclamó.

Las olas entretanto continuaron su monólogo eterno y el sol, cual un enorme florón de oro estampado en la túnica del éter, siguió impasible la marcha del proscripto.

María Josefa VARELA.

Dib. de Caro.

ESCENAS DE L



Preparando una comedia para la próxima velada



Alumnas que asisten a



Una clase de música

SON las diez de la noche. Un centenar de niña
salones del colegio, dándole un tinte de animac
blecimiento educacional escapan chorros de luz y
En el patio todo es soledad. Varios gorriones s
miga de pan. En las aulas, las maestras cumplen
sabemos por qué, la simple explicación de un elem
las chicas que desean educarse y ser mujeres aptas
Entre una escuela nocturna y otra diurna exist
chicuelas que saltan como pajaritos, niños vestidos
de lujo y dinero; parece que la inimitable gracia
trajes y el mimo maternal; en las otras, en cambio
bra sin saber por qué... y es que aquellas niñas
trucción, es que ellos tienen que trabajar durante
hora del almuerzo y de la cena, se sientan much
en las escuelas nocturnas se experimenta distinta
escuelas que visitamos son hijas de obreros. No pu
que las necesidades del hogar pobre reclama la ay
la maldita tienda!, las tienen enjauladas todo el d
Muchas de ellas, en la dura lucha contra el sue
el pupitre y un lápiz en la mano. Son débiles y e
empeñoso entusiasmo que alegra y encanta al mis
y ese triunfo tendrá el mérito incuestionable de se



Niñas que concurren también a las clases de la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres y Escuelas Profesionales



Una consulta interesante en la sala d dirección

Escuela nocturna B, del distrito 1

VIDA ESCOLAR



ase de anatomía, 3.ª sección



Clase de lectura, en la 2.ª sección

…jos vivarachos y rostros alegres, llenan los amplios
…e llega al alma. Por las puertas y ventanas del esta-
…les que no cesan.
…piando, de un lado para otro en procura de alguna
…misión generosa y grande de educar al niño. Y no
…problema de aritmética nos hace cavilar, igual que a
…el hogar y la sociedad.
…diferencia sencillamente enorme. En la una se ven
…cas telas, ostentando bucles de oro en un derroche
…i se adornara con el brillo del sol, la riqueza de los
…es triste, en el ambiente se nota algo que apesadum-
…horas al sueño para beber en las fuentes de la ins-
…: porque sus padres son pobres, y en la mesa, a la
…sonas, para cubrir apremiantes necesidades. Por eso
…sión. En efecto: la totalidad de las alumnas de las
…les es imposible concurrir a los colegios diurnos, por-
… sus brazos; porque la fábrica, ¡la maldita fábrica, o
…no si fueran pájaros prisioneros.
…l cansancio, se quedan dormidas con un cuaderno en
…igo las vence. Sin embargo, asisten a clase con un
…mpo. Triunfarán a fuerza de decisión y constancia
…se de grandes sacrificios.



Un grupo de alumnas en el patio de la escuela, en pose para "El Hogar"



La alumna Siria Cappi, de excelentes condiciones para la recitación



Dramatización de una lectura titulada "La cigarra y la hormiga"

gida por la señorita Perpetua Aubone

Educación infantil

He asistido a una de las clases que el "Centro Infantil de cultura física Rufina Sánchez" tiene establecida en la escuela del mismo nombre.

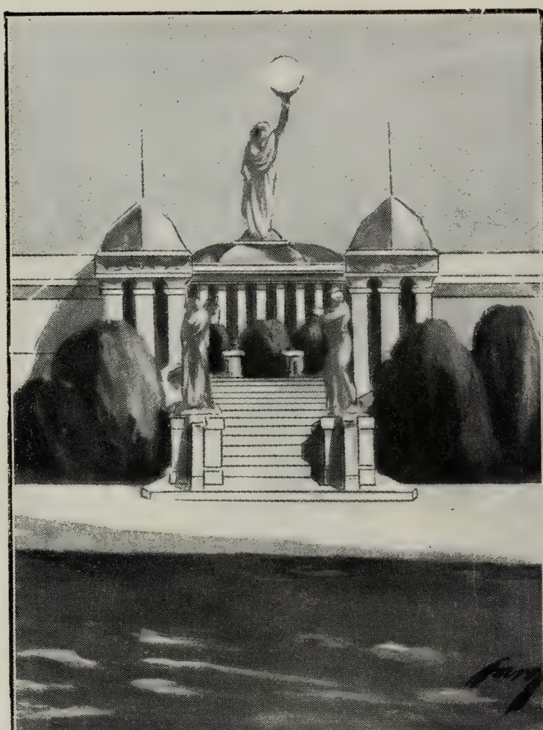
Era la lección de canto, un canto sencillo, rítmico, un canto limitado a acompañar los movimientos corporales pero no por esto menos encantador, encanto que sugería el del pensamiento de llevar a los niños al conocimiento y a la conquista de la vida. Al pensar en la antigua pedagogía me asombra el progreso alcanzado y me pregunto con extrañeza el por qué la humanidad, que en el transcurso de los tiempos ha realizado tantas maravillas en el campo de la ciencia y de las artes, que con la audacia del genio ha investigado en lo absoluto, que ha remontado y extendido su pensamiento por los espacios ilimitados, que ha dominado las fuerzas más sutiles y más poderosas de la naturaleza, ¿por qué no se ha preocupado hasta ahora de la ciencia esencial de la verdadera pedagogía?

Ciencia es y fundamental. Tiene la misma trascendencia para el progreso humano que para el artífice la perfección de los instrumentos con que ha de realizar su obra. Son ellos los que dirigidos por su voluntad han de plasmar su pensamiento, creando lo bello y lo útil en la materia informe.

Se me ocurre pensar que si esto no será una modalidad nueva del progreso humano, modalidad que ha ido formándose como consecuencia lógica de las evoluciones sufridas en la manera de ser de las sociedades modernas, y a la que ha contribuído también el medio ambiente.

Al esfuerzo individual del sabio solitario, al trabajo arduo y constante del benedictino a solas con su pensamiento, ha sucedido el deseo de una solidaridad, de un esfuerzo a otro esfuerzo. No soy yo quien para poder decir si la humanidad es mejor o peor. Creo que es mejor, que es menos cruel, aunque también es menos heroica y menos fuerte, porque si unos eran fuertes e idealistas, era porque habían otros que les enseñaron el dolor; y toda prisión es para el alma una torre de marfil con vistas al paraíso.

Y ahora, volviendo a mi tema, del que inconscientemente me he desviado un poco, con qué entusiasmo no he asistido a esta obra tan provechosa de enseñanza razonada: a penetrar en el alma del niño por los cinco sentidos, a enseñarle lo bello para que lo desee, y para que este deseo sabiamente estimulado, sea la palanca de la voluntad poderosa que consiga de sí mismo el más grande esfuerzo posible. Es necesario inculcarles en sus almas el pensamiento constante de que la vida debe tener una finalidad ideal. Encausar las energías después de haber sabido desarrollarlas científicamente, he aquí la labor de la moderna pedagogía.



Estamos siempre dispuestos a conmovernos por la más pueril manifestación externa de dolor y no nos detenemos nunca a pensar todo lo que puede haber en el alma de un niño, cuyas condiciones intelectuales no son aptas para realizar la labor a que se le obliga, y que una imperdonable ceguera en sus padres o maestros no ha sabido adivinar. ¡Qué amargo concepto no deben formarse de la vida esos pobres seres injustamente castigados en la mayoría de los casos calificados de incorregibles perezosos! Yo creo que el alma del niño está atormentada lo mismo que la del hombre por una sed insaciable de impresiones.

Para las inteligentes y dulces mujeres que afrontando resueltamente todas las responsabilidades morales del magisterio, consagran a la infancia toda sus energías y todos sus afectos, para ellas son, sin reserva alguna, las más vivas simpatías de mi corazón.

El maestro, perpetuando la luz del pensamiento, tiene para mí algo que le liga a la eternidad.

Sería un bien para el cuerpo y para el alma; el niño aprendería a leer en la naturaleza y tendría de la vida un concepto más grandioso y aquel horizonte que él ve siempre tan reducido desde las ventanas de su clase, aquel horizonte que él conoce limitado, entre los marcos de los edificios, lo vería ante sus ojos serenamente bello, extenderse inmenso, magnífico hasta lo infinito, y con esta visión de grandiosidad, por acción refleja se dilataría también su alma y extendería sus alas el pensamiento.

¡La Naturaleza! Este es el libro sagrado que encierra en sus páginas el secreto de la ciencia y la bondad. Es preciso hacer vivir al niño en contacto inmediato con ella, para que la conozca y la adore, es preciso encender sus pupilas de magnificencias de luz maravillosa para que luego esta luz tan bella converja hacia dentro de su alma y sea en la lucha la fuerza del ideal; es preciso que aprenda este salmo que entonan a la vida los seres y las cosas de los bosques, y que junto al mar comprenda lo eterno aprendiendo de su perpetuo ritmo, el cantar eterno de las olas.

Es preciso que desde su infancia se compenetre su conciencia, con esta gran conciencia del universo, conciencia que tiende siempre a lo bello y a lo bueno, es una ley tan sublime como la que rige la atracción de los astros, que es amor.

Luego otros domingos les llevaría a visitar en los hospitales a los niños enfermos, llevando a ellos un poco de alegría ofreciéndoles juguetes, dulces, besos y sonrisas, hechar piadosamente una flor en aquel paraje de tristeza infinita donde como los lirios se consume el alma de los niños.

Como la luz en las facetas de un diamante ha de convergir al suyo toda la alegría de aquellos tiernos corazones.

Es preciso no olvidar que a pesar de toda nuestra tan cantada libertad, de nuestro libre albedrío, y otras mil fórmulas consagradas no somos en la vida más que un conjunto de fuerzas casi para nosotros mismos desconocidas, y dirigidas la mayor parte de las veces por otras innumerables fuerzas que nos rodean. Claro que, educada y fortalecida la voluntad, puede sustraerse a la influencia exterior, pero esto siempre de una manera relativa.

Es cosa verdaderamente que indigna al ver cada día cómo dominados por la codicia, sacrifican muchos padres el porvenir de sus hijos.

No les ha dicho nunca su conciencia que ellos son moralmente responsables de la vida de sus hijos; que todo el dolor que haya en en ella ha de repercutir en su corazón, y que por el solo hecho de haberles dado la vida el amor mismo les dicte el deber de conducirlos por las cumbres más altas?

La preocupación constante en muchos padres de dejar para sus hijos una fortuna, es en mi concepto algo así como legarles una atrofia moral, inaptos para ser fuertes y hasta para ser felices. El que no está obligado a ganar el pan con el sudor de su frente no conoce el inmenso valor que tienen las pequeñas cosas adquiridas a fuerza de trabajo, y por largo tiempo deseadas. Y como todo en este mundo tiene un valor relativo, el humilde obrero puede poseer, como un vulgar millonario, cosas de gran valor.

Valor es el que representa el esfuerzo físico o intelectual. La riqueza se consume a sí misma, mientras que cada nueva impresión que recibimos de la vida es la piedra arrojada a un lago, cuyos círculos se multiplican hasta el infinito.

La dicha no es tener abundancia de pan, sino sentir el voluptuoso deseo de comerlo.

Si alguien cree que mi pedagogía es demasiado risueña pidiendo para los niños todas las bellas cosas de la vida, debo advertir que también es mucho lo que a ellos pido.

No quiero trabajadores vulgares ni hombres honrados por rutina; quiero que caminen como atraídos por una maravillosa luz astral, siempre más allá; siempre camino del sol!...

María Rosa **ORTEGA DE ALENTORN.**

Dib. de Caro.

El descubrimiento del doctor Renó

El conocido frenologista doctor Renó se enjugó la frente, respiró hondamente, y con la cara iluminada por una inmensa alegría, murmuró:

—¡Al fin!

Frente a él, colocado sobre una mesa, un cráneo humano impresionaba con la espantosa impavidez de la muerte.

En la sala rectangular del hospital, dedicada a las autopsias, el doctor Renó estudiaba diariamente, y siempre con un nuevo sujeto, el problema que desde hacía diez y seis años era su continua obsesión.



¿Podía trasmitirse de un cerebro a otro la inteligencia, haciendo un traspaso de materia gris, algo así como una transfusión de sangre?

Una vez, hacía ya muchos años, cuando el célebre asesinato de X... el condenado a muerte había consentido en prestarse al experimento, y Renó, por medio de la trepanación, había estudiado en el palpitante cerebro del asesino, si era posible o no sacar de su centro el punto en que reside el talento humano.

Su operación, magistralmente practicada por lo demás, lo había hecho adelantar mucho en sus averiguaciones, y ese día en que, frente al cráneo humano llegaba su alegría al colmo, era porque sus estudios se veían coronados por el más franco éxito.

Renó habíase casado con una viuda joven, hermosa y rica, quien además de sus encantos físicos y su fortuna, había llevado al nuevo hogar un niño, fruto de su anterior matrimonio, que fué desde entonces la mayor alegría de la casa.

Era Diego de una inteligencia asombrosa y a los cinco años, edad que tenía cuando su madre contrajo nuevas nupcias, dejaba pasmados a cuantos le conocían.

Hablaba correctamente el francés—el idioma de su madre, nacida en París—y no menos bien el castellano, pero lo que más admiraba era la facilidad con que aprendía todo cuanto se le enseñaba.

Refería hechos históricos con tanta gracia y precisión sin olvidar un detalle ni equivocar una fecha, que se hubiera creído que era un hombre quien así se expresaba.



Pasaron dos años y Mariana dió a Renó un hijo enteco y enfermizo.

Como por encanto, al sentirse padre, Renó cobró al pequeño Diego una aversión incomprensible, que fué convirtiéndose en odio, a medida que el tiempo pasaba.

Carlos, el hijo de Renó, como si fuera la negación absoluta del talento de su hermano, era apático, rudo para aprender, de un carácter taciturno y frío, y, además, de una fealdad poco común. A medida que iba creciendo se acentuaba su completa nulidad.

Renó tenía unos celos rabiosos del talento y la simpatía de su hijastro y muchas veces al verlo junto a su hijo y constatar su diferencia, estiraba el puño como en una muda amenaza, hacia el que borraba con su talento la insignificante personalidad de Carlos.

Al llegar al pináculo de su deseo y ver coronados sus anhelos de tantos años, su primer pensamiento había sido:

—¿Y si hiciera el experimento con mi hijo querido? ¡Anular al intruso y levantar al que es mi sangre!... ¿Pero, cómo convencerles?

Carlos quería a su hermano con todo el corazón; admiraba su talento y no consentiría jamás. En cuanto al otro, ¿cómo había de admitir esa muerte en vida, esa completa entrega de su "yo" intelectual del que tan orgulloso se mostraba?

—Pues será contra su voluntad—concluyó Renó.—Y yo veré cumplido mi deseo, mi ansia de toda la vida. Conquistar la inteligencia para mi hijo, por medio de una operación un poco egoísta, en verdad, pero asombrosa; y siempre tendrá la sociedad "un" hombre de talento. ¿Qué importa que el genio cambie de sitio? Siempre será un cerebro su cuna y siempre será un "ser" quien haga ostentación de él.

Renó, cuyo corazón latía hasta salírsele del pecho, se sacó el delantal blanco, pasó a la sala contigua, tomó el sombrero y saludando levemente a los compañeros que se hallaban reunidos, salió con la cabeza agachada y el alma llena de emociones y sentimientos extraños.

El aire fresco de la calle pareció despejar su calenturienta frente, y llegó hasta tener remordimientos de la idea que el descubrimiento le había sugerido.

Nada había dicho a nadie. ¿Volvería al hospital? ¿Propondría a los médicos una operación practicada en presencia de ellos? ¿Haría público su descubrimiento?... ¡No! ¡Antes con "ellos"! Convertiría a su hijo en un ser sobrenatural y luego, entonces, entregaría a la ciencia el secreto de la manera de trasmitir el talento.

Al entrar en su regia casa, en el hall, cuyas paredes se hallaban cubiertas de tapices antiguos y gobelinos de incalculable valor, Carlos y Diego conversaban sentados uno frente al otro.

Diego, con la cara como transfigurada por el fuego de sus palabras, daba a su hermano la explicación de algo que debía ser de gran interés, pues Carlos con la cara impávida, los ojos fijos y la boca entreabierta, parecía querer entender sin conseguirlo, las palabras que Diego pronunciaba.

Al entrar Renó, Diego se puso de pie, y pasando su aristocrática mano por el cabello, dijo con voz clara y bien timbrada:

—Buenas tardes, papá.

Carlos se levantó con dificultad y sonriendo con expresión estúpida se acercó a su padre, a quien besó dejando en su mejilla una mancha viscosa.

Renó se pasó el pañuelo por la cara, y lanzando una mirada iracunda a su hijastro, murmuró:

—Vengan conmigo.

Silenciosamente atravesaron los tres el hall, y se dirigieron al laboratorio de Renó, situado en el ala derecha del edificio.

Diego tomó del brazo a su hermano, y cariñosamente, con algo de protección en su actitud lo llevó siguiendo los pasos de su padre. Entraron... Renó cerró detrás de él la puerta del laboratorio. Sin decir palabra indicó a sus hijos un sillón de cuero colocado delante de una ventana que daba a una salita contigua. Estos obedecieron sin interrogar el por qué de la extraña conducta del médico.

Renó abrió la ventana, y luego salió del cuarto. Los dos jóvenes se miraron como sorprendidos, y Diego murmuró: ¿Qué querrá decir esto? Pero antes de que el perezoso cerebro de Carlos hubiera encontrado una explicación a la pregunta de su hermano, por la ventana apareció la cara lívida de Renó... Tenía algo en las manos... Pasó los brazos por encima de las cabezas de ambos muchachos y un fuerte olor a cloroformo llenó la habitación.

Diego se debatió un segundo bajo la careta, pero en seguida sus miembros se aflojaron, mientras Carlos caía sobre el brazo del sillón, dominado por el narcótico.

Pocos segundos después Renó volvió a entrar en la habitación, trayendo en las manos una bandeja de cristal llena de extraños instrumentos.

Dejó la bandeja sobre una mesa, tomó a Diego en sus brazos y lo colocó sobre la mesa de operaciones. Le sacó el cuello, la corbata, el saco, el chaleco...

En seguida, sobre un sillón giratorio, colocó a Carlos, a quien hizo la misma operación que a Diego... Cortó el pelo a ambos y por último afeitóles cuidadosamente las cabezas antes de dar comienzo a su delicadísima tarea.

Tomó en sus manos el trépano y comenzó a hacer incisiones en el pericráneo de Diego, después de largo tiempo de incesante trabajo, dejó al descubierto la masa encefálica.

Contempló, como quien admira un cuadro, la sustancia gris, y fué levantando una por una las tres capas

de que se compone: la exterior, casi blanca; la del medio, gris... la interna, de un color amarillento...

Veinte minutos después, en un líquido azulado, palpitaba la sustancia extraña que Renó, con ayuda de unas finísimas pinzas, acababa de sacar del cerebro de Diego.

Después de haber trepanado el cráneo de Carlos en igual forma que el de su hermano, observólo detenidamente y sacó de su cerebro algo análogo a lo que "vivía" en el líquido azulado, pero de un reducidísimo volúmen...

Cambió las materias, volvió a cerrar cuidadosamente las tapas cerebrales, y esperó...

Pasaron otros veinte minutos que parecieron al sabio veinte siglos... y al cabo de ellos, Diego dió un hondo suspiro.

Renó tomaba alternativamente el pulso a uno y otro.... Carlos iba bien, pero Diego tenía intermitencias muy marcadas.

—El corazón parece fallar,—murmuró Renó.

Volvió a tomarle el pulso y constató que iba debilitándose cada vez más.

—Con cafeína tal vez...

Una vez dada la inyección, el pulso pareció normalizarse, pero al cabo de un cuarto de hora, se acentuaron las intermitencias, hasta que, dando Diego un profundo suspiro, cesó de latir su corazón para siempre.

—Carlos va bien,—dijo el sabio con un leve temblor en la voz...—Por lo menos "uno"!...

Carlos abrió en ese instante los ojos, los paseó por la habitación y sus labios se movieron como si quisiera pronunciar una frase, pero ningún sonido consiguió emitir.

Renó, parado ante su hijo, lo miraba ávidamente, como queriendo fascinarlo con los ojos.

...En el cerebro del muchacho, mil ideas sin forma se atropellaban, sugeridas por la nueva materia demasiado desarrollada, que se agitaba en él. No había allí cabida para el talento. Sus células formadas para resistir tan solo una inteligencia en embrión, se negaban a mantener allí esa cantidad de materia gris, insoportable para ellas.

Era aquello como un dique pronto a estallar por la fuerza del agua...

De pronto, en un sobrehumano esfuerzo, los ojos de Carlos se dilataron espantosamente y en el sepulcral silencio del laboratorio, sólo interrumpido por la anhelosa respiración del doctor Renó, se oyó primero un ronco estertor que concluyó en una estridente carcajada...

Han pasado los años y se sigue creyendo en Buenos Aires que, en un ataque de locura, Carlos Renó asesinó a su padre y a su hermano.

ROXANA.

Dib. de Bolin

Horas de paz

I

Del rojo sol de estío los ardores
agostan mis jardines orientales.
Están mudos de sed los surtidores
y de sed se deshojan los rosales.
Y hasta aquel ruiseñor cuyas cantigas
perfumaron de ensueño mis veladas
muerto le encontré ayer, lleno de hormigas,
entre las negras hierbas calcinadas.
Ni el eco errante de una voz alegra
el sopor infinito del paisaje...
Todo muere y al par todo se olvida...
Sólo la sombra de una araña negra
hila entre el esqueleto del ramaje
el techo fatigoso de la vida.

II

Un triangular ensueño de cipreses
rasga el cobalto fúlgido del cielo,
proyectando en el ocre de las mieses
las sombras de su obscuro desconsuelo.
Es ceniza la jiba de la sierra;
nos asfixia la fiebre del bochorno...
Quema el aire, y parece que la tierra
es el candente respirar de un horno.
El llano es todo fuego, sin más sombra
que la de nuestro cuerpo... Alguien nos nombra
con voz ronca de sed... Y paladea
el labio las nostalgias de la jarra
que colgada a la sombra de la parra
el frescor de sus lágrimas gotea.

Francisco VILLAESPESA.

El niño eterno

Este chico vivía en una pequeña localidad, donde las ambiciones son escasas y están muy divididas; pero lo mismo hubiera sucedido en un gran centro comercial. El ambiente retrasa o hace precoces a los niños.

Sucedió, que un día el niño entró en una carnicería en lugar de ir a la escuela. Inmediatamente sintió la ambición de ser carnicero. Y durante un minuto y cuarenta segundos, trató de satisfacer este deseo, mediante el cuchillo de cortar pan y el gato de la solterona vecina. Más tarde un médico dijo que algunas de las heridas del niño no dejarían cicatrices, pero en cuanto a otras, le era imposible diagnosticar. Diremos que para ese tiempo la ambición de ser carnicero había desaparecido.



Después el niño vió a un herrero, herrando a un caballo y sintió impulsos de imitarlo. Pidió prestado un becerro, atólo a una tranquera por medio de una soga de tender ropa, y quiso colocar una pata del animal en la postura en que había sostenido el herrero el casco del caballo. Pero los becerros son de un carácter demasiado violento para operaciones como estas, de manera que el niño fué a parar a varios metros del lugar de la prueba, y el becerro fué encontrado a la luz de las linternas, a tres millas de distancia, en un bosque, siendo más de la media noche.

El niño no volvió a sentir el acicate de nuevas ambiciones, sino cuando visitó por primera vez un circo. Sólo entonces entró en deseos de ser jinete, equilibrista en la cuerda floja y acróbata. La cuenta del médico de la familia, recomendando sus propios productos, linimentos y otras yerbas profesionales, que siguió a estos ensayos, mantuvo despierto al padre del niño durante tres noches.

No pasó mucho tiempo sin que el niño sintiera la gran ambición de su vida. El padre del chico, compró un buen día una pipa nueva, y dejó de lado la vieja para que se curara. La potencia de las pipas viejas se acrecienta con el reposo.

Acompañado por su fiel perrillo Sport, el niño se retiró a un lugar apartado llevándose la vieja pipa, una caja de fósforos, y cierta cantidad de tabaco, tomada a los archivos paternales. Y así llegó a aspirar varias bocanadas de humo.

Hasta entonces Sports había participado en todos los placeres de su amo, pero el de la pipa le estuvo vedado. Y el perro tuvo que contentarse con mirar y ladrar. El niño, maldijo la vida, gesticuló de mil modos, vió el fantasma de la perversidad alzarse ante él, vestido en mil colores, y terminó por echarse a llorar sintiéndose muy mal.

El tabaco lo enfermó.

En la boca le dejó un gusto feo, repugnante, que provocaba náuseas. ¿Y era eso lo que tanto dominaba al hombre? El niño creyó morir, tal era el mareo producido por el tabaco.

Ninguna de sus travesuras le había producido tan mal efecto como aquella; ninguna le había producido tanta repugnancia.

Y sin querer recordó lo que había oído decir del cigarro: que es malo, que ataca al cerebro y que no se debe abusar de él, porque entraña un serio peligro para la inteligencia del hombre. Sí, ese insoportable gusto que sentía, debían sertirlo todos. Y aquí se preguntó: ¿Y si todos sienten la repugnancia que yo, por qué fuman? Algo de misterio debía haber en todo esto; los fumadores, forzosamente, debían experimentar algún placer, al consumir tabaco.

Entonces el niño hizo propósito de enmendarse y comportarse de tal modo que todo el mundo hubiera de designarlo como el niño modelo.

Sin embargo los niños son olvidadizos y no pasó sin que el de nuestro cuento cobrara afición a los cigarrillos.

J. A. WALDRON.



Srta. Zulema Jofre



Srta. Rebeca Montes de Oca



Srta. Celia Zamit Escobedo



Srta. Angélica García



Srta. María Teresa Mántaras

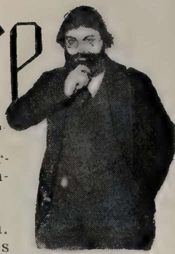


Srta. Elena Stokdale

Fot.s MERLINO



El Traje Hace al Hombre



Cuento ilustrado por artistas del teatro Buenos Aires

Acisclo Tenacillas...... Señor Díaz

Desconfiad del antiguo proverbio: el hábito no hace al monje. En los modernos tiempos habrá que crear un nuevo refranero, en parangón con ellos. Todo lo añejo va estando caduco.

El hombre es lo que su indumentaria indica, o por lo menos, se le confunde y se le considera según su vestido.

Y quien no lo creyere admita la experiencia del caballero cuya rápida historia va a desfilar ante sus ojos.

Es este el señor Tenacillas, individuo que a los treinta años se convenció de que en Europa no sería nunca nada y se vino aquí, convenciéndose a poco de que en América el que no vale no llega, si no median excepcionales circunstancias.

Sin oficio ni beneficio, sin aptitudes para nada, Tenacillas lo solicitaba todo y siempre le daban con la puerta en las narices.

Mal comido y peor vestido, su facha no inspiraba gran confianza en ninguna parte.

Los altos personajes le eran negados cuando iba a visitarlos; las niñas volvían la cara cuando las dirigía piropos; los camareros de los cafés le servían tarde y mal, porque no esperaban de él propina y hasta los vigilantes le miraban con torvo ceño, como miran a todos los tipos astrosos.

Un día se hartó de todo esto y se juró cambiar su estrella. Tenía una gran idea.

Encaminóse al domicilio de un judío moscovita, persona con quien había tenido el honor de hablar unas cuantas veces, y le dijo:

—Usted, señor Makarroff, ha de ser mi padre.

—Piro no istar yo padres nadies, sinior. Mí, Makarroff, solteros siempre.

—Va usted a protegerme.

—¡Como no, rubios! ¿Piensas pechar platas a mí? Bolsillos vacíos y con llaves.

—No preciso ni un centavo. Unicamente trajes de saco, jacquet, levita, "smoking" y frac; ropa blanca decentita; corbatas, sombreros y calzado.

—¿Querer el sinior poner boliches?

—Quiero debutar como personaje apócrifo en la farsa humana.

—¿En quí tiatros?

—En el gran escenario social. Yo, Acisclo Tenacillas, antes candidato a la atorrancia, pretendo llegar muy alto.

—¿En aeroplanos?

—A pie firme. Présteme atención. En esta urbe inmensa ¿no viven muchísimos del engaño? Agoreros, sibilas, cartomancieras, creadores de empresas imposibles, caballeros de industria, cazadores de dotes... Es Buenos Aires un laboratorio del engaño donde ningún rasgo del ingenio se pierde, donde todas las fuerzas, por falsas que sean, dan su jugo; el alma colectiva las absorbe todas. Yo aspiro a ser uno de tantos prestidigitadores que sin más recurso que sus aparatos emboban al mundo. En resumidas cuentas, quiero vivir de la apariencia. Vístame elegante, señor Makarroff de mi alma; haga de mí, tosco cascote, un brillante que eclipse los ojos de los ignorantes, y me habrá convertido en un hombre de posición.

Y siguió Tenacillas razonando sobre los bienes que sobre sí aportaría el cambio de su aspecto. Así, en forma de oruga, nada era; convertido en mariposa, escalaría las mayores alturas, sin temor a caer. El, el ínclito Makarroff, negociante en todo, Mefistófeles a la moderna, podría metamorfosearle recurriendo a su caja.

El ruso, al comienzo del discurso, hizo exclamaciones de asombro; después movió repetidas veces la cabeza en sentido negativo, mientras Tenacillas juntaba las manos, suplicante; luego, su corazón de israelita fué midiendo el pro y el contra de las reflexiones que se le hacían, y al calcular que de aquel hombre que se le ofrecía como mercadería podía sacar buen partido, atajó su peroración interrumpiéndole:

—¿Qué ganas yo?

—La mitad de lo que yo produzca.

—¿No engañas, sinior, a infelices comerciantes honradas? ¿Papeles garantías?

—¡Cómo no! Recibos de grandes cantidades percibidas por mí, promesas serias; cuantos documentos exija estoy dispuesto a entregarle.

Y así fué. Tenacillas hizo con Makarroff lo que tantos y sobre todo tantas han hecho toda la vida con el diablo, según se cuenta; venderle el alma para lucir el cuerpo.

Daba gusto verle tan paquete; siempre correctamente vestido, con el puro en la boca y el monóculo en un ojo y el bolsillo provisto de alguna plata con que atender a las necesidades más perentorias.

Asistió a las sesiones de cuantos conferencistas vinieron a Buenos Aires para abusar de la palabra; acompañó a la última morada a los cadáveres de hombres ilustres cuyos coches pagaba la familia; comenzó a saludar a cuantos bullían y hasta consiguió el trato de algunos; frecuentó salones; tomó parte en suscripciones, "pic-nic" y "fives o clock tea"; fué socio de multitud de círculos, consiguió que le designasen para el jurado de algunas sociedades esportivas, y dos meses después de cambiar media docena de trajes al día y de acudir sin descanso a todas partes, donde realmente maldita la falta que hacía, el señor Tenacillas era un ser del que por doquier se hablaba como de cosa notable.



Los repórters intervievábanle a cada paso, deseosos de conocer sus pareceres; los niños bien le consultaban respecto a los figurines; los criados que antes le volvían la espalda cuando iba a pedigüeñar a sus señores, se inclinaban ante él y le dejaban la puerta franca.

Muchos llegaron hasta a pedirle plata, y, lo que es más raro, él interesó a otros por ellos y se la proporcionó, mediante un tanto por ciento. Logró crédito en algunos Bancos y llevó, cumpliendo su palabra, fajos de billetes a Makarroff, quien los invirtió en la usura, interesando a Tenacillas, en cuanto menos pudo, por supuesto.



—Quiero debutar como personaje!

Tenacillas "snob"

¿Y qué? Si a él le bastaba con ser Tenacillas, el amigo de los ricos, el asistente a todos los banquetes, a todas las fiestas de beneficencia, a todas las reuniones de alto tono. Su crédito era su indumentaria, a cada instante variada, sus frases, tan sentenciosas como huecas, su aspecto distinguido, sus vinculaciones.

Quiso ser empleado y obtuvo un pingüe destino que cobraba y no desempeñaba. Aspiró a ingresar en ciertos directorios y lo logró sin lucha. Pasito a paso, deslizándose socarronamente por la parte más florida del sendero de la vida, llegó a la cúspide.

Comenzaba a marchitarse su juventud y aspiró al matrimonio, estado perfecto cuando no es aquello de: contigo pan y cebolla, y lanzó a todos los vientos la noticia, que conmovió a gran número de lindas doncellas.

Pero no se trataba de ganar corazones, sino un caudal de oro que afianzase el porvenir del experto hombre de mundo.

Las más frescas y apetecibles viudas, aquellas lisonjeadas por todos los galanes de buen gusto, despreciaron a sus adoradores, hallaron monótonos sus susurros de palomos, impertinentes sus endulzadas frases, estúpidos sus afanes, fuera de razón sus solicitudes y se acicalaron sólo por él.

Consideráronle como el becerro de oro destinado a su adoración.

Querían rendirle a su plasticidad.

¿Quién mejor que el ponderado Tenacillas podía hacer que siguieran conservándose sus hechizos entre tisúes, cachemiras y brillantes, los adornos más propios para la hermosura?

No hubo, pues, viudita de buen ver, que durante la época en que el galante de nuestra historia se exhibió como aspirante a marido, no olvidase a su suspirado y lagrimoteado difunto.

Por su parte, muchas casadas a quienes no les iba

del todo bien, llegaron a envidiar a las viudas. Ellas no podían aspirar al alabado Petronio...

Preciosas niñas, al recibir en sus salones a Tenacillas, preciado candidato para la coyunda, hacían gala de sus más expresivos gestecillos de simpatía. Aquel que antes hubiera sido el amante callejero de cualquier modistilla o planchadora, si éstas no le hubiesen despreciado al contemplar sus zapatos desolados o sus pantalones con flecos, era a la sazón el predilecto de peripuestas mocitas que se miraban con desdén temiendo respectivamente su triunfo y predisponiendo a las mejores amigas a una enemistad feroz, africana.

Fueron aquellos días fecha de horrible y enconada lucha entre las más ensalzadas doncellitas; lucha sin armas, sin derramamiento de sangre; lucha sorda en la que se medían los movimientos nerviosos, los ademanes despectivos como horrorosos golpes.

No sabía Tenacillas de qué lado caer, pero consideraba que estaba muy próximo a la caída.

Por cualquier lado que cayese, caería tan dulcemente...

Muchos rostros subyugadores le cautivaban.

¡Qué mujeres!

Unas tenían ojos brillantes, satánicos, tentadores.

Otras, coralinos labios, demasiado atrayentes.

Otras, mejillas sedosas.



Era el novio por todas apetecido

Otras, en conjunto, eran modelos de escultura humana.

Si era para volverse loco...

¿A dónde inclinarse?

¡Malhaya las leyes de los países que no permiten la poligamia!

¡Oh, si Tenacillas se hubiese hallado en Turquía! Hubiera demostrado que no sabía despreciar a nadie.

Rubias, morenas, púberes y jamonas habrían sido sus legítimas esposas.

Le atacó la fiebre, al no saber por quién decidirse y fué víctima de la manía de las persecuciones.

Soñaba despierto que un grupo enorme de mujeres le asaltaba, disputándoselo, atropellándolo.

El, especie de casto José, sin ánimo para defenderse, toleraba el asedio, cruzado de brazos, con resignación, y se decía para sus adentros:

"El hombre es débil. Ni me defiendo, ni me niego a nadie. Tómeme la que pueda."

Mas Makarroff, genio comercial en todos los casos, atajó a tiempo los ímpetus del próximo marido, sermoneándole:

—¿Piro quí piensas, sinior? Mirras casamientas con ojos di caras... No, no; in matrimonios nigosias con sosias. Tienasillos, socio industrial; muquer, socio capitalistas. Viecas siniorss más buena cosa pir la unión. Isto e mecor. Yo también quieres mi parte.

—¡Cómo!

—Mi partes di comisión en fortunas vieca dama. Yo conocer una y preparas último asunto noistro. Tienasillos marito, yo cobrado; rompo papeles compromiso noistro, ¿no?

—Sí, sí.

Tenacillas quiso protestar. A los personajes como él no se les debía molestar de esa manera.

—Osté un riqui tipo.

—Yo soy un tipo pobre.

—Boino, boino, deja macaniar coma dicís criollos, hombra. La nigosia istá nigosia.

Makarrof tuvo que apelar a toda su elocuencia de comerciante al cincuenta por ciento, para convencer a su cliente de que debía casarse con la candidata que le había señalado.

—¿Y las otras novias?—preguntaba Tenacillas.

—Osté casa con viecas siniora.

—Pero es fea...

—¡Quí fea, hombra!

—Yo podría casarme con otra... con alguna viuda de esas que me persiguen, y el negocio nunca sería malo.

Y tenía razón el personaje falsificado.

Las rubias, las morenas, solteras y viudas lo deseaban para marido.

Era el novio por todas apetecido.

Hubo un momento en que el aventurero tomó en serio su papel en el escenario social.

Se creyó un personaje. ¿Acaso no hay muchos que podrían compararse con los globos de jabón? El, bien sabía que el mundo está poblado de esos personajes de doublé.

—Usted debía dejarme obrar según mi criterio.

—La nigosia istá nigosia—protestaba Makarroff inflexible y empecinado.

Y Tenacillas imploraba en vano; el ruso tenía un corazón de piedra.

—Osté no sabe andi nigosias. Conviene viecas.

—Pero...

—No vale piros.

Fué entonces cuando Tenacillas dió el gran paso. Un buen día, vestido de manera irreprochable, ofreció su mano a la vieja señora rica.

¡Qué gran negocio!

Cuando se supo oficialmente el compromiso de Tenacillas, llovieron las felicitaciones. El novio era el hombre de moda, el hombre del día.

Pero muchas caras que antes le sonreían, ahora aparecían serias; con algunas arrugas indicadoras de fastidio o enojo.

—¡Jesús!, con quién se casa—decían las viudas.

—Con una vieja fea.

—Pero tiene dinero, hija mía—argumentaban algunas de las desahuciadas.

—Ese Tenacillas hace honor al apellido.

—¿Y ella es rusa?

—Sí.

—Claro. ¡Qué escándalo! ¡Pero eso no tiene nombre!

El despecho las hacía hablar a todas ellas, por no haberse fijado en ninguna.

Eso no se lo perdonarían nunca... ¡Dejarlas a ellas por esa tarasca mal hecha! ¡A ellas que eran modelos de perfección!

¿Qué importaba todo esto al astuto Tenacillas? El, que en no lejanos tiempos despertó las sospechas de comerciantes, mozos y agentes de policía por su indumentaria pobrísima, sería rico, muy rico. Y todo eso era producto de su ingenio y de haber sabido interpretar el drama de la vida.



Ya casado, luce a su esposa, que es como la vidriera de una joyería.

Y mientras se daban los últimos retoques a los preparativos de la boda, Makarroff, en su domicilio de moscovita usurero, se restregaba las manos exclamando:

—¡Quí gran nigocias istá Tenacillas! Yo tiene vinir enseñar vivir ista gente—decía.

El, que era un tipo especulador, psicólogo a su manera, se proponía proseguir especulando este nuevo género de industria, más seguro y lucrativo que prestar dinero al sesenta por ciento con una garantía hipotecaria.

En lo sucesivo no alquilaría trajes. Eso daba pocas ganancias. De esa manera nunca sería rico. ¿Y qué vale un hombre sin dinero, y, sobre todo, cuando ese hombre piensa como piensa Makarroff?

—Boino, conocer il lado flaco... Como en el mundo hay muchos Tenacillas, seguramente que el ruso encontraría clientes. ¡Vaya si los encontraría!

Con que Tenacillas ingresó en el gremio de los casados y hoy no sólo luce sus trajes de "snob", sino las alhajas de la rica matrona, que a todas partes le acompaña una especie de vidriera de joyería que es la admiración de todos.

Ya está asegurada para siempre su posición y bendice la idea que tuvo de vestirse bien. De no haberlo hecho así a tiempo, hoy andaría atorrando.

La "reclame" de Makarroff ya está hecha ¿verdad? Seguramente muchos querrían saber dónde vive aquel judío ruso.

¡Lástima que hayamos perdido sus señas!

J. VICTOR TOMEY.



La señora escribe

Señora Rosario Espina
de Bagrete.—Catamarca.—
Amiga del corazón:
Si no contesto a tus cartas,
hace ya como dos años,
no te creas que olvidada
en mis recuerdos estás;
siempre te llevo en el alma
y jamás olvidaré
a mi amiga de la infancia.
No te escribo porque estoy
siempre tan atareada,
que entre paseos, visitas
y los quehaceres de casa
no tengo un segundo libre
para escribir dos palabras.
Sin embargo, sacrifico
hoy un cuarto de hora en aras
de nuestra vieja amistad
y te dirijo esta carta
para saber como sigues
de salud... ¡Ah! Me olvidaba
decirte que, ya que escribo,
aprovecho la bolada
para pedirte un favor...
No me pongas mala cara,
Rosario, que es poca cosa...
Verás, verás qué pavada.
Es el caso que Ramón
anda hace tiempo en la mala,
los negocios no van bien
y ha perdido mucha plata;
y como hasta el mes que viene
no tiene que cobrar nada
y andamos muy mal de fondos,
quiere hipotecar la casa
o vender toda la hacienda
o rematar las estancias,
por no molestar a nadie
y eso a mí me desagrada.
Aunque nos falta dinero,
no es nuestra fortuna escasa.
Como digo más arriba,
el mes que viene, sin falta,
tiene que cobrar Ramón
una suma algo elevada:
cerca de ochenta mil pesos.
Por eso, amiga del alma,
me he acordado de tí
y te dirijo esta carta
suplicándote me envíes
en esta misma semana
unos cuarenta mil pesos,
dándote formal palabra
de que, en cuanto Ramón cobre,
te los mandaré sin falta.
Espero no negarás
a tu amiga de la infancia
un servicio tan sencillo.
Si puedes girar mañana,
en cuanto recibas ésta,
espero que así lo hagas.
Adios, querida Rosario,
recibe un millón de gracias
(que anticipadas te envío)
de tu amiga que te abraza
y que te quiere de veras.

Julia M. de Mac Hanna.

Señor Urbano Silvestre.—
Muy señor mío: Me estraña
muchísimo su actitud
y lamento que las faldas
me impidan el darle a usted
una lección bien ganada.
Le escribo, en vez de mi esposo,
porque el pobre está en la cama,
a causa del gran disgusto
que tuvo al leer su carta.
Los diez meses de alquiler
que en ella usted nos reclama
se los vamos a pagar
en la próxima semana,
pues tengo que recibir
en estos días, sin falta,
una fuerte cantidad
que un señor de Catamarca
nos adeuda hace ya tiempo.
No entable, pues, la demanda
y tenga entendido usted
que no sabe con quién trata
y que debe distinguir
entre personas honradas,
distinguidas y la chusma
inmunda de su calaña.
Y basta. Su servidora

Julia M. de Mac Hanna.

Señor Judas Aguilucho:
Me ha puesto muy asustada
la actitud que hacia nosotros
piensa usted adoptar mañana.
Mi esposo se ha puesto enfermo
al saber sus amenazas.
Yo le suplico, le ruego
que no nos pierda. ¿Qué gana?
usted con que metan preso
a mi pobre esposo? Nada.
Si él le firmó aquellos cheques
que usted quiso le firmara,
por cuádruple cantidad
de la que usted le prestaba,
no es razón para que ahora,
porque el pobre no le paga
nos pierda sólo por gusto
de hacernos daño. Mañana
irá mi marido a verlo.
Le pido a usted, por su alma,
por todo lo que más quiera,
un plazo de dos semanas
o más. El le explicará
que espero de Catamarca
una suma de dinero
de la herencia de una hermana.
No me niegue lo que pido.

Julia M. de Mac Hanna.

Señor Gerente de la
sociedad ilimitada
Cantimplora y Compañía.—
Muy señor mío: Mañana
necesito que me mande
una cama de dos plazas
de bronce, la biblioteca
y aquel jueguito de sala
de mil pesos que ví ayer.
Mándeme también sin falta
un buen tapado de zorro
azul o sino de marta,
de lo más caro que tenga;
unos cubiertos de plata,
y seis pares de calzones
de los que siempre me mandan.
La cuenta no me la envíe,
que ya pasará a abonarla
mi marido un día de estos.

Julia M. de Mac Hanna.

"Mi querida Josefina:
Conseguí el juego de sala
en seiscientos nacionales;
también conseguí la cama,
el tapado, los calzones
y los cubiertos de plata,
casi por mitad de precio.
Mañana los tendré en casa
junto con la biblioteca
que tanto le gustó a Clara.
Las espero por la tarde;
no se vengan sin la plata
pues yo lo pagué al contado
y me hace el dinero falta.
Creo que estarás contenta.
Te espera.

Julia.

Postdata.
Hoy mismo escribo a Rosario,
que se encuentra en Catamarca,
pidiéndole algún socorro
para tu recomendada;
pero tengo poca fe.
Adios, Pepa; hasta mañana."

Por la indiscreción

Julián J. BERNAT.

Dib. de Pelayo.

CRÓNICA de la MODA

Se necesita un criterio sensato para no marearse con la moda actual y caer en ridiculeces extravagantes.

La moda tiene sus veleidades; por eso es necesario marchar con pie de plomo, como generalmente se dice.

Los colores fuertes, los adornos, los sombreros, el escote, etc., presentan sus inconvenientes y las señoras de buen gusto deben obrar con mucho tacto. Un detalle, al parecer nimio, puede destruir el chic de un buen vestido.

Los inconvenientes es preciso salvarlos con un poco de habilidad y buen tacto.

En estos últimos tiempos han comenzado a desaparecer los cuerpos duros. El corsé, por ejemplo, se ha ablandado y modificado mucho. Hoy se usa más bajo, y en esta modificación el cuerpo gana en gracia, donaire y flexibilidad.

Las batas y los adornos también deben ser sueltos, según los últimos figurines que han llegado de París.

Las personas gruesas no deben usar ningún adorno atravesado. El cinturón se llevará bajo, desde el momento que el talle pequeño es, hasta cierto punto, desfavorable para las señoras gruesas.

Los vestidos abiertos se hacen doblando el género para que al caminar parezca que hay otra falda.

Es incuestionable que la mujer debe vestirse según su posición y la figura de su cuerpo. En cuanto a la edad no tiene importancia, pues mientras se sepa vestir no hay edades.

El escote moderado favorece mucho, pero es preciso no pecar en exageraciones.

Las crónicas que se reciben de París hablan detalladamente de los últimos modelos. Una de las cronistas dice:

''Los saquitos de colores vivos con faldas blancas se ven mucho. Algunos floreados; otros de punto de seda de un solo color. Chaquetitas de cretona antigua. La falda de crespón, de algodón o de hilo acompaña a estas chaquetas. Las faldas a cuadritos y la chaqueta lisa están igualmente muy de moda. Por ejemplo: falda a cuadros, verde y blanca; chaqueta lisa de género asargado verde obscuro; chaleco de batista de hilo, rayada, blanco y rosa o blanco y lila. Otras chaquetas muy de moda son las llamadas ''salto de barca'', bajo la cual las blusas tienen una elegancia distinguida.''

''Estas chaquetas de que hablo se hacen de tela a cuadros blancos y negros con mangas anchas de abajo y solapas de fantasía; botones antiguos rodeados de acero, aceitunas de marfil o de azabache pulido, que sirven a la vez de adorno y para abrochar, en el caso de que se abrochen, los delanteros, aunque tienen éstos más ''cachet'' cuando se dejan abiertos y libres. Verde musgo y amarillo canario se ve mucho esta fantasía, acompañando siempre las faldas blancas de esponjina o azul marino, de sarga.''



Modelos de los nuevos trajes formados por una túnica de tul de chiffon sobre un vestido de color diferente, con cinturón de seda negra, meteor

Un color que vuelve a ocupar un puesto de preferencia en el escenario de la moda, es el mordoré. Se le usa mucho tanto en los zapatos como para vestidos de tarde.

Hablando de las blusas más en moda, dice una reputada cronista:

''Las blusas son tan variadas que una señora puede tener varios trajes de diferentes grados de toilette y para todas las horas del día.''

''Estas blusas serán bonitas rayadas de linón de hilo o con florecitas, que sirven de chaleco, cuando se abre la chaqueta, con una faldeta adelante, en punta, que les da la hechura del chaleco de hombre exactamente. Dichas blusas son abiertas en puntas y concluídas en la abertura con un voladillo de tul o linón, abrochándose siempre adelante.''

''Fuera del linón de flores y rayas, y aun liso, son las blusas de tul las que tienen más aceptación, ya sean bordadas, tableadas, plegadas o lisas, desde las más sencillas hasta las más de vestir. En el escote se varía siempre con algún adorno que deja abierto, ya sea redondo o en pico; generalmente es en pico lo que más se lleva, con voladito o con cuello Médicis. El cuello está completamente desterrado y sólo lo usan aquellas que por su edad, su salud o cualquier otra causa, no pueden llevar la garganta descubierta.''

El cuello—de que nos habla la cronista—lo ha desterrado casi por completo la costumbre.

Hoy se usan batas con escotes moderados que dan un golpe de insuperable elegancia a las señoras.

Esto nos viene a demostrar que antes que la moda predomina el buen gusto. El cuello Medicis será todo lo que quieran los señores modistos del fastuoso París, pero un escote moderado, elegantemente disimulado por adornos sueltos, es más bonito aún.

En nuestra capital, por ejemplo, es la moda que marcha a la vanguardia de todas.

Esta moda tiene sus inconvenientes ¿y cuál no las tiene?

Hay muchas señoras que no poseen un cuello presentable y, sin embargo, llevan el escote, cuan-

do lo lógico sería que usaran cuello alto, convenientemente disimulado con adornos apropiados.

Demás estará que digamos aquí que las ballenas están completamente desterradas por incómodas.

Los botones de nácar, de strass, etc., ayudan al adorno de las blusas, colocados en ias aberturas de las tablas o simulando la abertura en medio de los delanteros.

Las corbatas color linón se usan mucho en las blusas rayadas o blancas. Estas corbatas son muy elegantes y aportan un buen contingente de belleza al conjunto.

No cabe duda que este verano se usarán mucho, pues la moda las está imponiendo desde ya.

Hemos observado que en los últimos modelos se ha aplicado la corbata en forma suelta y elegantemente graciosa.

Parece que el uso de la corbata lo han acaparado las niñas y señoritas de corta edad. Hasta ahora son quienes las llevan con mayor preferencia.

Ha salido al mercado una tela que constituye una verdadera novedad y a la que se ha dado el nombre de "marmotte".

Es una especie de "velours" de lana, tejido en seda. Algo rara parece esta explicación, pero es exacta. A primera vista, se aprecia un soberbio "velours" de lana, pero tocando el género nos convencemos de que es todo seda.

El precio es muy caro: 16 francos, 90 centavos el metro, en ancho grande, se entiende. Esta tela se empleará preferentemente en los abrigos y trajes "tailleur".



Nuevos modelos de vestidos para tarde

El color en los vestidos está experimentando grandes cambiantes que no se esperaban. Pero está visto que la moda reserva muchas sorpresas, a cual más grande.

Hoy se usan telas de colores fuertes y que, hasta fecha muy cercana, estuvieron relegadas al olvido. Y no se crea que el atrevimiento resulta malo. Tiene sus bellezas, dentro del cuadro de lo original.

Todo es cuestión de saber combinar los colores del vestido, de tal manera que no choquen con la forma del cuerpo, ni con el cabello. Y lo curioso es que esta moda no la han lanzado los modistos. Parece que las señoras jóvenes dieron en usarlas haciendo atrevidas y caprichosas combinaciones con tanta habilidad que, bien pronto, encontraron ambiente favorable entre las amantes de las notas originales.

Creemos que no se debe abusar de los colores demasiado fuertes, pues todo abuso resulta, al fin, chocante y malo.

Entre los gabanes ocupan un sitial de preferencia los llamados "suitters", por ser los más elegantes y los que prestan más encanto a la figura.

Los hay rectos, abrochados en el centro y sin cuello alguno; otros, con cuello vuelto se abrochan en el costado y tienen cinturón y, algunos de un corte muy original, recogen el vuelo en la espalda con una pequeña traba.

La primera impresión al ver estos gabanes es de sorpresa, pero acostumbrándose se descubre algo de gracia en ellos.

Esta moda no hará época.

Nosotros creemos que se trata de simples caprichos que no alcanzarán larga vida porque entre las señoras no ha encontrado ambiente de ninguna clase.

Aquí se han visto y se ven algunos modelos. En muchas vidrieras se exhiben como un renglón de alta novedad. Pero muchos tememos que la mercadería vegete sin encontrar compradores.

A estar a las crónicas, estos gabanes se usaron en algunos puntos de Europa, pero tampoco lograron imponerse.

Con la entrada de la estación calurosa estarán de moda las excursiones hacia distintos puntos en busca de aire fresco y expansión.

Para esta clase de paseo es necesario elegir un bonito modelo de vestido que armonice, en un todo, con lo que se desea hacer.

Fácilmente se comprenderá que a una excursión sería ridículo ir con el vestido de tarde, por ejemplo. Es preciso vestir de distinta manera, con más soltura, sobre todo.

Es necesario que el vestido se despoje de toda coquetería, siempre que ésta sea incompatible con la comodidad y con la resistencia necesarias; y no es menos indispensable el que la indumentaria conserve, sin embargo, una gran distinción y una gran elegancia, aun en el caso de que las



Sombrero de terciopelo, de ala doblada hacia arriba, y un volado de tul como adorno

prendas que se adopten, lleven cortes masculinos.

Ya ven nuestras lectoras que es este un problema cuya solución es un tanto difícil.

El vestido más práctico es un "tailleur" lo bastante amplio para que consienta absoluta libertad a los movimientos.

La chaqueta ha de ser del todo recta; los bolsillos muy holgados; las mangas largas y poco estrechas, y las vueltas de las bocamangas han de hacer juego con el cuello, siendo éste y aquéllas del mismo tejido, distinto al empleado en el traje, pero no de terciopelo ni de seda.

La falda ha de ser bastante corta, y ha de prestársele holgura, sin darle amplitud, merced a la ingeniosa disposición de una serie de pliegues en forma de fuelles.

De este modo se consigue el ceñido, que evita el engancharse en las ramas de los arbustos y, gracias a la combinada elasticidad, no estorba para la marcha o el salto.

En estas faldas está indicado uno de los bolsillos al costado, iguales a los de los pantalones de los hombres.

También se recomienda como precaución muy útil la de guarnecer el borde inferior del vuelo con un doblez de cuero. Así se evitará, en más de una ocasión, dejar media falda entre la maleza.

En cuanto al tejido con que se debe confeccionar este "tailleur" conviene desechar los géneros lisos y unidos que se manchan y rasgan con demasiado facilidad, prefiriendo, en cambio, los tejidos ásperos y bicolores, a cuadros o a rayas, que resisten mejor a las desgarraduras.

Los botones han de ser de cuero o de asta y han de hermanar con el color del vestido.

Nos queda por tratar el capítulo de la ropa interior.

En lugar del corsé ha de adoptarse un sujeta-pecho que no cohiba los movimientos del busto.

El pantalón debe ser de punto, y lo mejor es una combinación de cubre-sorsé y de pantalón de malla, de una pieza.

El pañuelo; la diminuta polvera; el lápiz para los ojos; el carmín para los labios; el microscópico frasco de agua de colonia; el peine y el cepillo, constituyen el "necesaire" preciso, que se reparte en los bolsillos del vestido.

¡Ah! No hay que olvidar, en estos casos, un estuche bien provisto de alfileres para disimular y prender cualquier imprevista desgarradura en el vestido.



Traje de amplia túnica y falda con volados



Nuevo e interesante modelo, que, aparte su indudable sencillez, resulta muy cómodo y chic

---

Y ahora nos encontramos suspensos, y el ánimo es preso de una vacilación; porque, diremos a ustedes; hablando de la moda y de las deliciosas "toilettes" de gracia supina que ahora se estilan, se nos ha bajado a los puntos de la pluma, la idea de tratar la belleza, y de los medios de conseguirla. Pero, ¿cabe intercalar en una crónica como esta, donde todo debe ser liviano y fino, como tules, o tener cálidas suavidades de terciopelo, una cuestión tan trascedental como es la de la belleza? ¿A qué vienen abstracciones metafísicas en una reseña de los últimos maravillosos caprichos de un modisto parisién? A lo cual fácil será contestar, teniendo siempre en cuenta una tangente salvadora, que si el problema de la belleza en sí, y su carácter psicológico, no entran en los límites de la crónica, en cambio podemos decir que el culto de la belleza ha sido la gran moda de todos los tiempos y el eterno triunfador de los siglos a pesar de las variantes que ha sufrido, de la austeridad con que la revistó la Edad Media, la gracia refinada del Renacimiento, las galas versallescas o las complicaciones contemporáneas; y que en ninguna parte está de más una indicación para hacernos dignos de aspirar a ella.

Ya antes que nosotros, y esto nadie lo ignora, infinidad de personas y celebridades, desde Popea, la emperatriz romana, o la

Lina Cavallieri, han dado remedios para curar tal o cual delito de lesa hermosura. Hay remedios que son descabellados y fantásticos, pero en cambio existen otros que son perfectamente asequibles, aunque de resultados dudosos, porque todos ellos se basan sobre un solo principio que generalmente no se observa, y que es lo único que tiene eficacia: la constancia o paciencia. Todo lo demás viene en segundo puesto y puede llamarse: vapores, masajes, electricidad, vendas, mascarillas, ungüentos, lociones, etc.

Hay infinidad de productos, pero sin el auxiliar de la paciencia no se obtendrá nunca más que una modificación precaria para que los tejidos cutáneos, vuelvan otra vez a su estado primero, no siendo posible combatir una manifestación regresiva que desde largos años se viene preparando, que es de una fatalidad atávica y que tiene por aliado el mal tratamiento del cutis.

De manera que ante todo, hay que recomendar constancia, calma olímpica, esperanza; luego, una buena venda y un medicamento que ayude a la venda a adherirse al cutis.

Existen vendas para el mentón, que evitan que la sotabarba tome proporciones poco convenientes, y hagan la competencia al mentón; vendas para los labios, vendas para la frente, que impiden que la tersura de este espejo del alma no se enturbie con rayas de sombra; hay vendas para las sienes, que se oponen a la formación, en su ámbito, de las tres arrugas convergentes hacia los ojos, tan características.

La venda tiene cuatro fines: corregir, distender, comprimir y tonificar.

Corrigen los cúmulos de grasa, como sucede en la sotabarba y en las pequeñas adiposidades que descomponen la simetría de la línea; además distienden la piel y le dan una exquisita tersura.

En este punto, es preciso cuidar que esta extensión no sea exagerada, pues una vez que adelgace la persona, se corre el peligro que la piel se arrugue en grandes pliegues, cuyo mal aspecto no es preciso indicar para que se sepa.

La comprensión es necesaria, para evitar que se pierda la relación de la piel con las capas blandas profundas, y también para que se hallen mejor unidas entre sí, a fin de facilitar su funcionamiento vital.

Mientras se cumplen estas prescripciones, mediante las vendas, y las mujeres se aplican a cumplir los preceptos con toda constancia, es bueno también ayudar la acción de las compresas, con una pomada, un líquido o un ungüento, delicado y odorante, blando como la piel, cautivante como la belleza misma, de manera que por la mañana, después del tratamiento de la noche anterior, el cutis sea fragante, cargado de perfumes misteriosos, seductores, y se vea palpitar en aquella piel, como una alegría de vivir, de sentir, los nervios en perfecto equilibrio, y el espíritu repleto de luz.



Traje de anchos pliegues como adornos principales

Hemos visto algunas toilettes de jovencitas que han llamado justamente nuestra atención. Una de ellas era de tul blanco y hecha completamente de volados cortos y plegados.

La falda, redonda, se componía, de volantes sobrepuestos, el corpiño ligeramente escotado en forma redonda, formaba blusa y estaba adornado detrás con una pelerina de tul malines, cuya extremidad bajaba hasta el cinturón color marfil.

El delantero del corpiño, guarnecido de rosas de tafetán coral; el escote estaba ribeteado de perlas blancas que caían hacia adelante, en forma muy graciosa.

Otro vestido, tan original como el que hemos tratado de describir, es hecho de "charmeuse" rosa te, cubierto casi por completo de una echarpe de tul malva, ligeramente abierta por delante. El corpiño apenas cruzado, hace, sobre la bonita falda, un efecto de corselete muy coqueto.

Una moda que revive.

Los chalecos que no hace mucho, se comenzaron a llevar debajo del saco, vuelven a verse en algunos elegantes trajes de noche. Estos chalecos se hacen de encaje. Adornan el delantero del corpiño y caen sobre la falda.

Queda descartado que este adorno no favorece más que a las mujeres altas y esbeltas.

Carmen AGUIRRE.

Casos y cosas



—Hace dos horas que está ocupando el teléfono y aún no ha dicho una palabra, ¿qué piensa usted?
—Yo, nada; ¿no ve que mi mujer me está hablando?



—¡Ah, señor, hubo un tiempo en que también yo andaba en coche!
—¿Sí? ¿Hace mucho de eso?
—Como cuarenta años. Mi madre lo empujaba...



—Por la medalla, debe ser usted, por lo menos, un veterano de la guerra del Paraguay.
—Yo, precisamente, no; pero el individuo que me la prestó, sí.



—Y, ¿cómo te fué?
—¡Macanudo! ¡Un viaje de primera en vagón de segunda clase!



—¿Y ustedes no echan de menos a sus esposas cuando están en alta mar?
—No, señora; nos llevamos un loro, y nos da la ilusión de hallarnos en casa.



—¡Qué gran artista es mi marido! Está cuarenta años adelantado a su época...
—Sí... ¡Y atrasado tres meses en el pago de la pensión!



—¿Conque, pretextando la asistencia ineludible a un velorio, fuiste a ver las estrellas del music-hall? ¡Pues toma! Ahora también verás las estrellas, sin salir de casa.

Una mala noche

Esto podría titularse una historia extravagante, si lo que llamamos así se compusiera de otra cosa que de elementos simples y naturales que se manifiestan en un orden contrario a la lógica del hombre.

Acababa de sonar la campana del hotel suizo (donde había venido con la esperanza de saborear el reposo y la quietud desconocidas en las ciudades) anunciando la hora de la comida y se oía en cada piso ruido de puertas que se cerraban, el frou-frou de los vestidos y gritos de niños prontamente sofocados ante la reprimenda de las madres cuidadosas de los buenos modales y del "qué dirán".

Y sin embargo cuán preferibles me parecían esas risas alegres y francas a la amabilidad obsequiosa de las reuniones del hotel y a las frases que acompañaban como estribillo, el eterno pollo flaco al "cresson" o la repugnante salsa al "madère", en la cual nadaba un pseudo filet.

¿Qué cara nueva iría a descubrir hoy en esta sociedad cosmopolita, siempre diferente, siempre semejante?

¿El último expreso no había traído nada de "nuevo"? No. El grueso comerciante de Francfort que viajaba con su mujer y que con gestos toscos y exasperantes trataba de remedar a la parisiense, estaba ya en su sitio. Se hallaba próximo a una "miss" de dientes de bull-dog que no osaba levantar sus ojos, como si cosas y gentes hubiesen chocado su candor nativo.

Esto naturalmente producía hilaridad en un gran diablo, seco y amarillo que tosía a intervalos regulares para advertir al convidado de enfrente, grueso muchacho, rollizo que comía con sus dedos como con su tenedor, y que saltaba de gozo cada vez que deslizaba una mirada interesante hacia una pequeña parisiense astuta, feliz porque las gentes le parecían ridículas.



De vez en cuando ella se inclinaba hacia su mamá, una burguesita muy contenta de hallarse en Suiza, e imitar a la alta sociedad, soñando en conciliar lo que creía inconciliable: un buen partido para su hija y una dote bastante menguada.

Ya las fuentes pasaban de mano en mano cuando, en el umbral de la puerta apareció por fin el "nuevo" y en seguida hizo sensación. Era de alta estatura. Flaco hasta el extremo de sugerir la idea de que vivía en constante ayuno; de pómulos salientes que sobrepasaban bastante el nivel de una nariz que parecía plantada allí para guiarlo en la vida a la manera de un lazarillo a un ciego.

Fijó sobre la mesa sus ojos llenos de fuego y siempre en movimiento. Llevaba un sombrero blando que retenía con dificultad una cabellera muy abundante.

Vestía jacquet de corte inverosímil, demasiado estrecho por abajo, demasiado ancho por arriba, y un pantalón al que las rodillas zambas habían dado una forma excéntrica. Tenía en su mano derecha una valija de cuero amarillo que, a pesar de las instancias del mozo que había salido a su encuentro, se había obstinado en conservar.

Un grave problema se presentó inmediatamente en el espíritu de cada uno. ¿Dónde iba a ser colocado ese interesante personaje? No había un lugar disponible entre aquellas personas que precisamente habían ido allí, para vivir a sus anchas. Estaban en pleno campo, de veraneo, y resultaba verdaderamente intolerable eso de tener que incomodarse por un recién venido. Finalmente intervino el "maître d'hôtel", y con aire amable, pero con gesto autoritario que no admitía la menor objeción me hizo aproximar mi silla a la de mi compañero de la izquierda mientras la señora gruesa que se encontraba a mi derecha se vió obligada a dejar mayor sitio, acercándose cuanto pudo al señor de bigote conquistador, su otro vecino.

El cálculo del "maître d'hôtel" fué exacto: entre mi insignificante persona y la gruesa había un vacío que podía ser ocupado exactamente por el hombre de la gran nariz. Y no solamente él podía posar en ese estrecho espacio, sino también sus largos brazos y sus largas piernas. Pero todavía buscaba el medio de colocar además su valija en tierra muy cerca de sí.

Ese momento de legítima emoción pasó por fin. Cada uno volvió a comer, salvo el recién llegado que con una mirada de insistencia contemplaba la rueda de salchichón que acababan de colocar en su plato. Su nariz desmesurada, apuntaba hacia adelante y por simpatía, sus pómulos habían seguido el mismo movimiento... parecía reflexionar profundamente.

De pronto levantó su cabeza, se pasó la mano por la frente, se irguió a medias sobre la silla, como un candidato que va a pronunciar un discurso a sus electores y se dejó caer pesadamente conteniendo un suspiro.

En los convidados la alegría contenida sucedió a la extrañeza. La pequeña parisiense se ahogaba entre el pañuelo; el alemán movía sus grandes ojos asombrados: en los de la "miss" se leía un reproche manifiesto, mientras que el gascón trataba de colocar algún sonoro chiste meridional. Sólo un señor acompañado de una mujer muy hermosa, sentada frente a mí, miraba la escena con un perfecto desdén. Y como me atreviera a sonreirle casi maquinalmente, ella también me dirigió una mirada aprobadora. El marido sorprendió nuestras miradas inocentes, y en seguida germinó sin duda en su espíritu toda una historia de celos. De amarillo limón que estaban sus mejillas se pusieron escarlatas. Se removía en su silla; tamborileaba con los dedos sobre la mesa y se agitaba hasta tal punto que logró atraer sobre sí el ridículo de que había sido víctima momentos antes el hombre de las meditaciones.

En un instante recordé que la víspera, en el concierto, había cedido mi lugar a esa persona tan bella; que la misma mañana le había cedido el paso en la escalera; en fin, de manera general, me había conducido delante de ella como corresponde a un hombre bien educado.

Tales eran mis pensamientos, cuando furiosos ladridos resonaron tras de mí.

Me dí vuelta: un horrible perrito venido no sé de dónde, se prendía a la famosa valija de cuero amarillo del recién llegado.

Presa de una verdadera rabia, se lanzaba sobre ella, como si fuese a desfondarla. Después se echaba hacia atrás para volver de nuevo al mismo movimiento, enseñando los dientes, tiesas las orejas, el cuerpo estremecido, loco de cólera.

Aquello fué un espectáculo épico: las señoras se levantaban sobresaltadas. Algunos señores interesados retiraban sus sillas. Un mozo pegaba servilletazos al perro, sin conseguir jamás su propósito: el "maître d'hôtel" daba puntapiés en el vacío. Una buena alma se proveyó de un sifón y no consiguió más que salpicar algunos vestidos y algunos pantalones.

Y el perro, rabioso, aullaba cada vez más fuerte, excitado por el ruido, y tomando tal vez la paliza que se le quería dar como un acicate.

Felizmente uno se sacrificó.

Sujeto hábilmente bajo el vientre por dos manos sólidas, el animal inmovilizado, puesto en la imposibilidad de resistir, fué arrojado fuera. Durante toda esta escena, la nariz del recién llegado se había dilatado husmeando ante el cuerpo inmóvil, las manos pegadas a las caderas, permanecía atontado sin comprender nada de lo que pasaba.

De repente, se inclinó, recogió su valija y olvidando su sombrero colgado en la percha se fué al jardín.

En un plato quedó intacta la rueda de salchichón.

Por la noche, estirado en mi lecho, trataba en vano de dormirme. A pesar mío, oía aún los ladridos obstinados del perro y el espectro del recién llegado, iba y venía delante de mis ojos. Me parecía más flaco, más descarnado aún. Me perseguía también, la idea de su inseparable valija. ¿Qué podría contener? Me había parecido que algo se movía dentro. Pero eso no era ciertamente más que una ilusión. ¿Qué podría haber puesto él en ese saco? Un gato, tal vez. ¡Pobre animal!

A menos que fuese un mono. ¡Un mono! Eso explicaría el alboroto. Un mono para las experiencias del señor sabio.

Podría, en efecto, ser un sabio. Tenía el aspecto suficientemente infeliz, y la apariencia bastante ridícula como para poder ser uno de ellos.

Al dar la una en mi reloj me dormí, persuadido de que

había resuelto el problema. Quién sabe cuánto tiempo haría que roncaba, cuando de repente fuí despertado por el ruido seco que hace el pestillo de una cerradura, abierto bruscamente, seguido por la sorda caída de un cuerpo al suelo.

Maquinalmente me enrollé en las mantas, con la intención bien resuelta de refugiarme en el fondo de mi lecho, al menor peligro, como una liebre en su cueva; con el corazón palpitante esperé un momento. Como nada se movía, raspé un fósforo para encender la vela. ¡Horror! La puerta de mi habitación estaba completamente abierta y un cuerpo vestido de blanco estaba allí, al parecer sin vida, extendido en el suelo. Aproximé mi luz y reconocí ¿a quién?: a la hermosa señora cuyo marido me había parecido tan poco simpático durante el almuerzo.

¿Cómo había venido a caer allí? ¿Era una sonámbula? ¿Habría huído de su cuarto después de una escena de celos?

¡Ella aquí, en mi cuarto, a buena hora y en buen momento! Me incliné hacia ella. Su cabeza fina con sus ojos cerrados, estaba rodeada por largos cabellos obscuros.

Levanté uno de sus brazos, que volvió a caer inerte. Coloqué mi oído cerca de su boca: respiraba débilmente. Le humedecí las sienes con agua fría sin resultado. ¿Qué hacer? ¡Pedir auxilio! ¡Habría sido poner en conmoción todo el hotel y qué hubieran pensado de ella!

Entonces la levanté y después de grandes trabajos conseguí acostarla en mi cama.

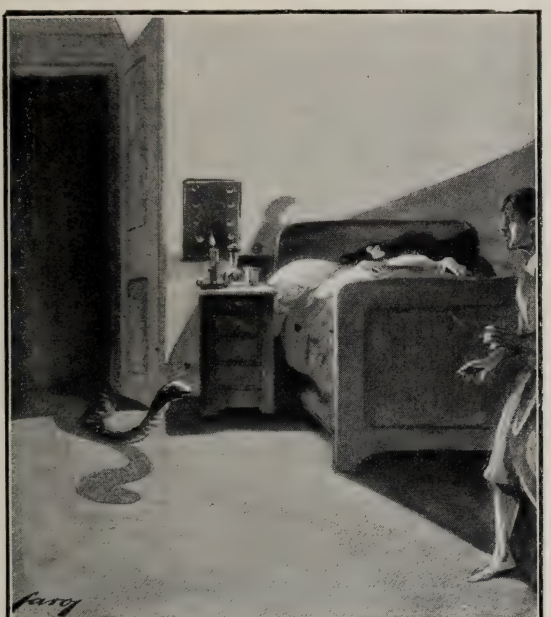
Allí, haciéndole aspirar vinagre aromático, que felizmente recordé haber puesto en mi valija, pudo volver en sí poco a poco.

Me contempló largamente, tratando de comprender por qué estaba en esta habitación con un extraño que la cuidaba.

—Señora—comencé—mi extrañeza no es menos que la de usted...

Pero completamente despertada por mi voz, levantándose, al mismo tiempo que su cara adquiría una expresión de terror, me dijo indicando con un gesto la puerta que aún permanecía abierta: "¡Allí, allí!". Después, como si estuviese en presencia de una horrible visión, cayó de nuevo en el lecho escondiendo la cara entre sus manos.

En el mismo instante percibí un ruido ligero como el de un rozamiento acompañado de un silbido débil, lento y continuado. Me dirigí hacia la puerta y miré en el corredor...



Lo que ví me heló de horror. En el suelo una forma redonda, alargada, avanzaba lentamente, mientras dos ojos de brillo fosforescente lucían en la oscuridad.

Me quedé inmóvil, clavado al suelo, incapaz de avanzar ni de retroceder, sin respirar, con la garganta apretada.

Los movimientos ondulatorios continuaban y los ojos se aproximaban a mí. Di tres pasos hacia atrás en mi habitación.

La sombra me siguió, arrrastrándose hasta mis pies. Y cuando ella estuvo a punto de tocarlos, retrocedí todavía un paso. La vela iluminaba el piso, y con la vista fija en tierra, impotente para separarla, fascinado, inconsciente casi, reconocí una serpiente.

No sé si la idea del peligro que podía correr se presentó a mi espíritu. Creo que durante algunos momentos toda vida se detuvo en mí y que me convertí en estatua. Pero un espectáculo, más horrible aún, me sacó de mi letargo.

La serpiente había cesado de perseguirme y se había subido a la cómoda, mientras que la extremidad de su cuerpo se arrastraba en el corredor.

Enderezaba su cabeza plana y la balanceaba suavemente con un movimiento rítmico, enseñando la lengua.

Esperaba a cada momento verla desplegar unas alas inmensas y volar en la habitación, como los monstruos de la fábula. Miré el lecho. La hermosa señora tenía la cabeza escondida entre sus manos. No tuve un gesto hacia ella, ni el menor pensamiento del peligro que ella podría correr, que corríamos los dos.

La serpiente seguía balanceándose. De pronto, resonaron en el corredor pasos precipitados y un hombre de alta estatura se presentó en la puerta.

Era él, el "nuevo", el personaje grotesco del almuerzo, el sabio.

Me abalancé hacia ese ser misterioso que se me había hecho simpático de pronto. ¡Creí que iba a arrojarme a su cuello, implorando su protección!

—No tenga miedo—dijo con una voz tranquila—no hay peligro...

Y volviéndose hacia el reptil:

—¡Ah, Sandor... tú harás siempre de las tuyas! Un día tendrás tu merecido. ¡Vamos, ven a tu saco, imbécil!

Después, tomando en sus brazos la horrible bestia, se fué. El cuerpo de la serpiente arrastraba detrás de él, sobre el piso.

Cuando volvió algunos instantes después, le indiqué el cuerpo blanco siempre extendido sobre mi lecho y que a fe mía creo que no había visto aún.

—Cuando se tienen animales, señor, se cuidan.

Me miró un poco extrañado.

—Esta señora ha venido a caer en mi cuarto sin duda porque... Pero, no es esta hora para explicaciones. Veamos si no ha perdido el conocimiento por segunda vez.

No tenía nada felizmente y no debía haber visto el horrible espectáculo del monstruo erguido sobre el mueble en la habitación. Sin embargo le hicimos aspirar sales nuevamente hasta que se sintió mejor.

—Será necesario—dije—llevar en seguida esta persona a su habitación. Si su marido la viese aquí y en ese estado, se produciría un escándalo.

Pero ella, aún inquieta, miraba con miedo hacia el corredor. Yo me esforcé en tranquilizarla.

—No tema nada — dije —usted está fuera de todo peligro y la serpiente ha regresado a su caja de donde no saldrá más.

A esta palabra, ella se estremeció de nuevo.

—Señora—trató de explicar el otro — la cosa considerada en sí misma es bastante sencilla: Sandor es mi fiel compañera de viaje. La he traído de Oriente, y como un perro, me acompaña por todas partes, porque es buena y no es peligrosa. Solamente ayer, los ladridos del perro la habían, como diré, enervado, y tuve que sacarla de la valija. La había dejado durmiendo tranquila sobre mi cama, cuando se escapó. Lamento mucho, señora—agregó con una amabilidad de que no le creía capaz.

Después agregó con un aire desenvuelto:

—¡Bah! se ha dado el lujo de dar un pequeño paseo por el corredor.

—Oh,—dijo por fin la joven—que susto he tenido! Salí de mi habitación un momento y me encontré frente a la... Entonces entré por la primer puerta que encontré y en seguida perdí el conocimiento. Pero —agregó, cruzando cuidadosamente su peinador, — es necesario que vuelva a mi habitación.

En cuanto al hombre de la serpiente, apenas le hizo una leve inclinación de cabeza. Desde ese día comprendí cómo sabe vengarse una mujer. Al día siguiente cuando salía temprano para realizar mi paseo habitual, encontré en la escalera al propietario de Sandor.

—Me voy—me dijo—regreso a mi casa. En mis baúles tengo toda una colección de culebras recogidas en el curso de mis últimos viajes.

Y como yo abriera los ojos asombrado:

—¡Oh! Estan todas disecadas—se apresuró a agregar. Animales soberbios, querido señor; una colección única. Lástima que usted no pueda verlas. Mis baúles están ya cargados y parto dentro de cinco minutos.

—De todos modos, usted ha dormido mal anoche por mi causa y sin duda seguirá teniendo horror a las serpientes. Es menester que no sea así... Tome,—dijo abriendo un saco.—He aquí en este frasco uno de los más maravillosos reptiles de la India. Guárdelo, examínelo, y comprobará usted mismo que ningún animal de la tierra ni aún el ave del Paraíso, puede comparársele en cuanto a la riqueza de sus colores.

—Es, me gritó, bajando a saltos la escalera, el Phychozom..."

E. ROGGERO.

Dib. de Caro.

PUNTOS Y COMAS

Comentaba un diario, hace pocos días, el hecho de que el ministro de hacienda no haya presentado aún la memoria de la labor de su departamento en el año vencido, como lo prescribe la constitución.

No se sabe si el doctor Anadón no se ha acordado de escribir esa Memoria, o si se ha olvidado de presentarla al Congreso... o si se le ha extraviado el documento.

Aunque estas, tres causas son,
se reduce la cuestión
a una sola, y bien notoria:
y es que el doctor Anadón
"ha perdido la memoria".

* * *

Desde Nueva Pompeya hasta Palermo,
de la plaza Victoria a la Floresta,
ahora no se oye más pregunta que ésta:
—¿Es que lo está... o que él se hace el enfermo?

* * *

Murió de fiebre sin cura
un político eminente,
y a su recuerdo la gente
quiso hacer una escultura.
Al notable artista Prida
encargaron que la hiciera,
exigiéndole que fuera
lo mismo que él era en vida.
Pero ¿sabéis lo que hizo?
Pues, nada, hizo una rareza;
le hizo hueca la cabeza
y el estómago macizo.

* * *

Varios vendedores ambulantes se quejan, con razón, de la ordenanza municipal que les obliga a usar guardapolvo, pues esa disposición—discutible, aun tratándose de tiempo normal—resulta disparatada y casi inhumana, aplicada en días de lluvia.

Los inspectores tomando al pie de la letra las ordenanzas—reñidas con la metereología, porque no han previsto el mal tiempo—detienen a esos pobres vendedores, cuando los ven con impermeable, durante un aguacero.

Los inspectores, por su parte, usan esa prenda que les defiende de la lluvia y ¡claro! les importa poco que los otros se mojen. Y los vendedores, sobre la pérdida que para su negocio representa el mal tiempo, tienen que oblar una multa y sufrir la persecución de la justicia, si justicia puede llamarse a esa injusta ley.

En cuanto viene un nublado,
negocio desbaratado,
y ¡anda! a la comisaría.
¡Pueden decir ese día
que "llueve sobre mojado!"

Estos últimos días los telegramas de Europa reflejaban un gran optimismo respecto a la paz en los estados balcánicos.

De un momento a otro, pues, hay que temer una gran conflagración.

Pues siempre que el optimismo
se hace en la prensa patente,
¡no falla! Al día siguiente
se produce un cataclismo.

* * *

Parece que graves errores de los técnicos han hecho fracasar la adaptación de la raza karakul a nuestro medio.

Los veinte ejemplares procedentes de la cabaña real de Austria han perecido. Y ahora se trata de adquirir nuevos lotes, ensayando otros procedimientos de aclimatación.

Y si la próxima prueba
también resultara "ful",
no se haga remesa nueva
de carneros Karakul.
Si lo mismo ha de ocurrir
en ensayos venideros,
bien se podría decir
que "¡no hubo tales carneros!"

* * *

El amor es una locura...

La canción no es nueva. Pero ahora la ha repetido solemnemente un médico alienista de San Petersburgo, según el cual, los enamorados son víctimas de una especie de demencia.

Y ha sostenido también que el amor es inútil en el matrimonio.

Como se ve, ese doctor ruso no hace grandes descubrimientos. Sus teorías coinciden con las de otros médicos más antiguos... y con las de algunos maridos antiguos y modernos.

* * *

Las sufragistas de Holanda son las más simpáticas del mundo, ya que sus manifestaciones son correctas y silenciosas.

Centenares de señoras y niñas han recorrido las calles de La Haya, dando a conocer sus aspiraciones por medio del más "elocuente" mutismo.

Silencio heróico que, sin embargo, ha alarmado grandemente a los enemigos del feminismo.

Porque temen que el desquite corresponda a la grandiosidad del sacrificio que se han impuesto esas sufragistas al adoptar tan silenciosa actitud.

Si buscan compensación
y hallan, al fin, la ocasión
de hablar, en su propaganda,
en cada mujer, Holanda
va a tener un Cicerón.

Vida pública y privada



En público: El hipnotizador puede hallar un alfiler colocado en cualquier parte



En privado: Por nada del mundo puede encontrar el botón de su cuello

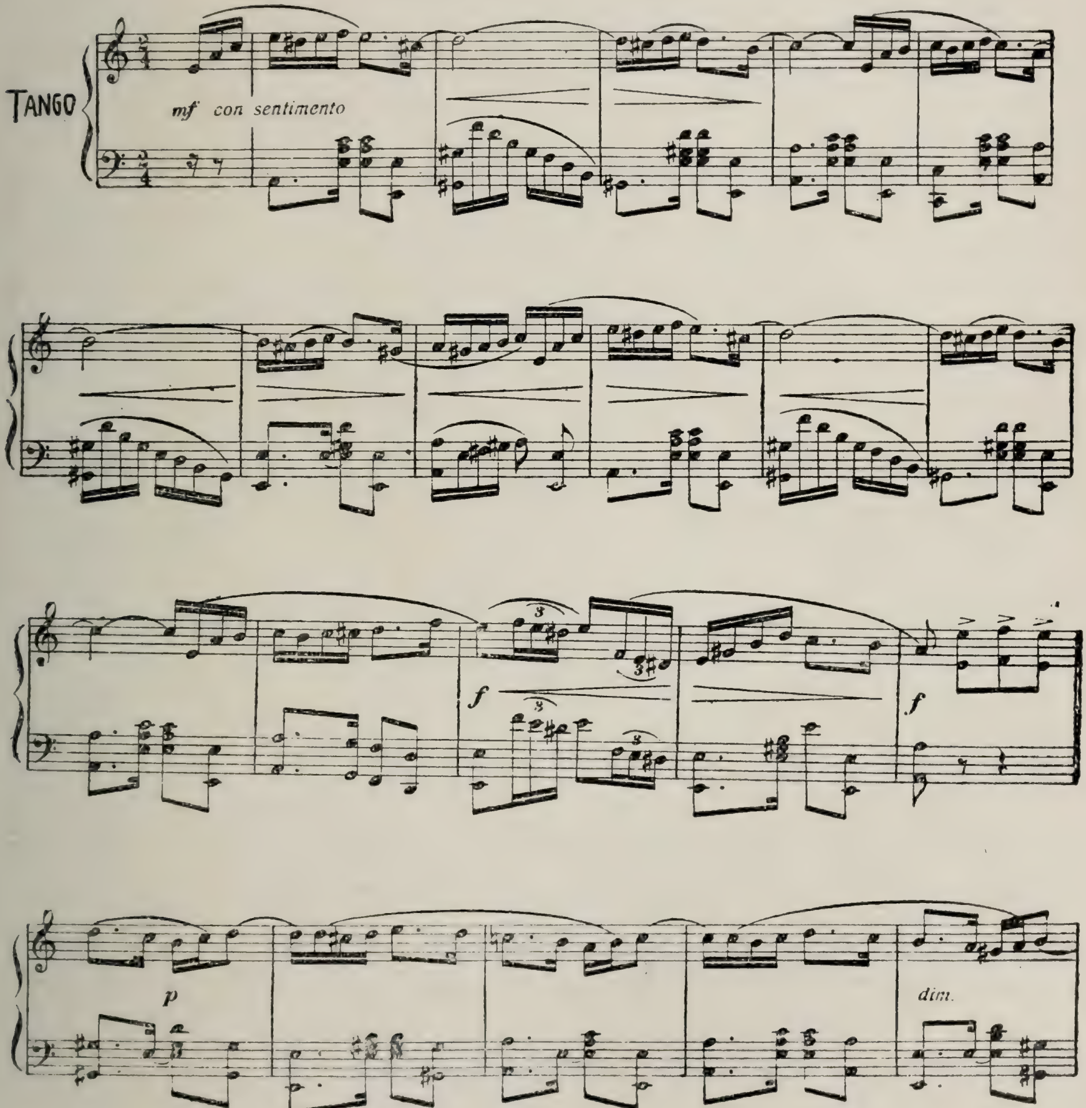


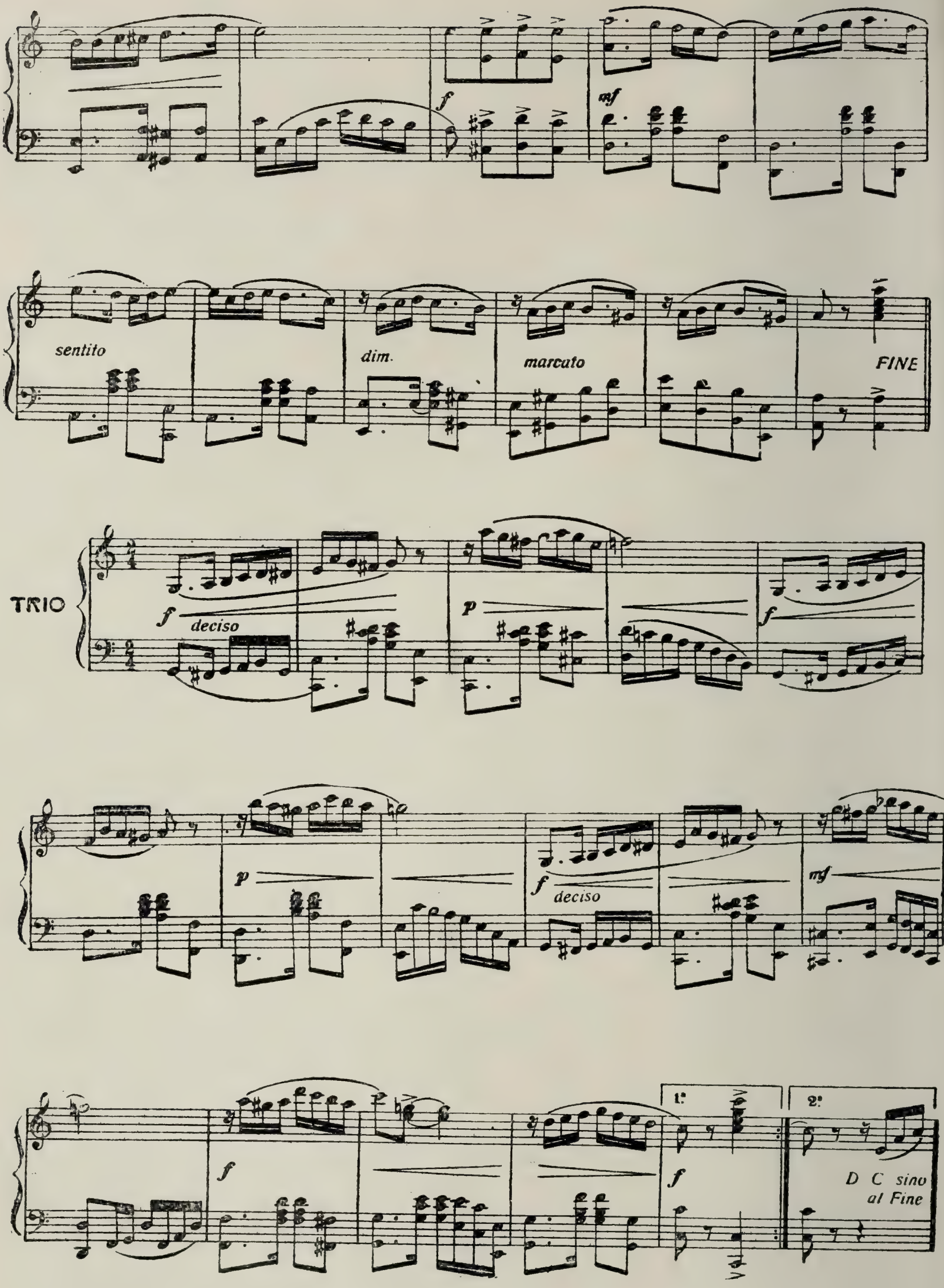
el Muñeco de don Pucho

(Resucitado)

-Tango para Piano-

A. LIMICE.




sentito
dim.
marcato
FINE
TRIO
deciso
deciso
1.ª
2.ª
D C sino
al Fine



Labores Femeniles

Las dos labores que hemos elegido para ofrecer a nuestras amables lectoras, reunen las distintas ramas de las labores femeniles, especialmente las trabajadas con una simple aguja, utensilio más diminuto que se emplea en su ejecución y que realiza proezas envidiables, por cierto, manejada con esa especial habilidad de las manos femeninas.

El bordado en blanco y los encajes de aguja, es cierto, que para nuestras lectoras no son desconocidos; muchas son las obras de diferentes estilos que se han publicado en estas columnas, con todas clases de datos a fin de facilitar su ejecución, sin ocultar secretos del arte.

Todo lo hemos hecho conocer minuciosamente; así se habrá podido apreciar la verdadera teoría de ejecutar un encaje o un bordado, saber apreciar y avalorar su trabajo, saber conocer y distinguir la diferencia de una obra ejecutada en diferente forma y poseer una base segura y firme para poder llegar a ejecutar cualquier trazado de dibujo adaptable al bordado, en blanco o al encaje de aguja.

Presentamos hoy una bonita labor de ejecución fácil y poco complicada. Como siempre trataremos de ser precisos en la explicación del trabajo a fin de facilitar la tarea de las aficionadas.

La bandeja bordada en blanco es confeccionada en batista de hilo muy fina.

A propósito de las telas de hilo: las telas de hilo que se emplean para ejecutar un bordado con calados y puntos artísticos merecen una especial atención en su elección, porque forman parte importante para llegar a obtener un buen bordado en los calados y en los puntos de fantasía.

La tela en blanco, sea batista o el linón de hilo según el dibujo que se desee bordar, debe ser de un tejido parejo, suave y sin apresto de ninguna especie: la tela tendrá que ser natural y con su debido blanqueo; lo que especialmente debe elegirse es el parejo del tejido y la igualdad de los hilos que la forman.

Las telas de hilo holandesas son reconocidas las mejores, por ser el producto de una materia prima de primer orden. El lino productor no ha sido posible aclimatar en otras naciones por la calidad del terreno y de las aguas propias. Francia, Suiza e Italia producen, también, muy buenas telas que son las más conocidas comercialmente en todo el mundo.

También el algodón que se emplea en el bordado en blanco debe ser elegido con mucha atención, pues es el factor principal del bordado.

Las condiciones principales que debe reunir son: muy suave, flexible y un poco brillante, que no se deshilache al bordarse y que no forme pelusa; son las condiciones requeridas para conseguir un buen bordado.

Volvamos a nuestra bandeja bordada.

Todo el ornato que lleva al contorno, y que forma los cuatro medallones de las esquinas, es bordado a punto raso con dibujos de fantasía, de puntos artísticos; los calados que hay en los cuatro medallones son completamente distintos los unos de los otros, dos de ellos son los que se emplean en el encaje de Alençon y en el encaje de Inglaterra, y los otros dos los generales del bordado en blanco.

El moño va bordado al contorno con un punto cordón muy bien hecho y el centro lo forma un calado a bastoncitos produciendo un efecto muy delicado.



Abanico de encaje a la aguja

Las flores, las hojas y los instrumentos están bordados con los puntos gene. se dichas armazones está ejecutada expresamente a la medida; ésta puede ser de metal blanco, de madera al laqué o completamente dorada opaca; producen un conjunto muy bonito.

En nuestras principales casas del ramo pueden adquirirse dicha armazones de todas formas y medidas.

Nuestra labor de encaje a la aguja es un hermoso abanico, una verdadera obra de arte, una joya artística de nuestra producción local.

Su dibujo complicadísimo por los diferentes paisajes que representa, es trabajado con todo acierto en los medios puntos y en los zurcidos de fantasías que forman el claro y obscuro del encaje como también en las diferentes direcciones que está formado el tul, dando a cada motivo la naturalidad perfecta del dibujo.

El castillo con sus elevadas torres estilo Morisco es ejecutado en su totalidad en punto zurcido, tan igual, tan parejo, que parece una tela transparente, sostenido por un pequeño festón que forman las partes más pronunciadas del castillo.

El faro igualmente está formado con punto zurcido y calados de fantasía que imitan a las piedras.

Las dos pescadoras son igualmente trabajadas en punto zurcido en diferentes direcciones para obtener las distintas fases del vestido; el agua es formada por un punto de tul tomado en va-



La Fortuna y El Comercio

La Fortuna y el Comercio ven pasar con verdadero regocijo, la alegre farándula de las gentes acomodadas y dichosas.

La juventud, la belleza y la elegancia, forman esa inacabable guirnalda, que da envidia a los mismos dioses.

Suerte y trabajo representa ese hermoso collar de lindas mujeres; pero no es bastante esto: es necesario que de estas dos entidades que adunan, puede decirse, la felicidad, haya surgido una inspiración, una "trovaille", como dicen los franceses.

Y así no más ha sido.

El genio de un inventor ya célebre en el mundo, imaginó que para que la felicidad perdurara todo lo posible en el mundo, era necesario idear un elemento que conservara, y si era posible, retrotrajera la juventud, y por ende, la belleza.

¡Y nació el Jabón Reuter!

Como la dicha trae la prosperidad, un pueblo dichoso se hace inmediatamente un pueblo activo y especulador.

La mujer linda, impulsa al hombre en sus anhelos de lucro; y la posesión de la mujer linda y de la buena posición, es la fortuna completa.

El jabón Reuter impulsa, pues, el comercio y hace fortuna.

as formas, para que forme el reflejo del agua ordándose sobre el mismo tul unos dibujos de unto cordón que forman las pequeñas oscilacio-es que tiene el gua.

Los calados que lleva en los iferentes motivos y en las flores son los mismos que se emplean en el verdadero encaje a la aguja.

Si con estas dos labores hemos podido satisfacer el gusto de nuestras lectoras, les auguramos momentos agradables en su ejecución.

Son dos labores que merecen ser ejecutadas.

Tanto el abanico de encaje a la aguja—de que nos ocupamos detalladamente al principio de estas páginas—como la bandeja bordada en blanco son de fácil ejecución.

En estas dos hermosas labores se debe dedicar especial cuidado a los zurcidos y a las medias puntadas, en los que estriba el éxito del trabajo.



Bandeja bordada en blanco

Creemos que estos trabajos se deben hacer bien, pues de lo contrario pierden todo su natural encanto.

Para la bandeja bordada en blanco es preciso saber elegir la tela de acuerdo con las indicaciones que hacemos más arriba. Es preciso convenir que empleando una tela mala, inapropiada, nunca se podrá conseguir una labor con cierto viso de perfección y belleza.

En esto estriba, precisamente, el fracaso que sufren gran número de aficionadas que, en el deseo de hacer mucho y a costa de poco gasto emplean cualquier material, muchas veces el primero que se les presenta a mano.

Rosa **ASPLANATO.**

Mendoza.—Enlace Lakse-Portillo



Los desposados, en el buffet, después de la ceremonia

Gollerías



—Tiene usted que darme un peso más...
—¿Por qué?
—¿No ve que acaba de matar este perro?
—¡Qué va a estar muerto!... ¡Es que está mirando un aeroplano!

El arte de escusarse

Frederick Lemaitre, el ilustre actor francés que triunfó sobre todo en el drama romántico, olvidó una noche el papel. La causa de todo era la embriaguez vulgar y degradante. El público, que conocía el defecto del actor, se enfadó aquel día y le silbó estrepitosamente.

Frederic Lemaitre se incomodó a su vez, y afirmando su insegura marcha se acercó a la batería y gritó con voz formidable:

—¡Sois unos imbéciles!

Dicho esto se retiró con aire altanero, mientras que los espectadores enfurecidos se precipitaban al escenario amenazando linchar al cómico si no pedía perdón.

A fuerza de insistir, el director de escena consiguió que Lemaitre accediera a excusarse, pero como su carácter no le permitía humillarse ante gentes que le habían silbado, su mordacidad proverbial le hizo excusarse de este modo:

—Señores, he dicho que sois unos imbéciles. Es cierto; os pido mil perdones; no es así.

El público no comprendió el sentido de estas palabras y aplaudió a rabiar, sin notar que Lemaitre sostenía su afirmación.

En la mesa

Jorgito rechaza todos los platos que la mamá le sirve.

El padre enojado le dice:

—Piensa que cuando yo tenía tu edad tenía que contentarme con un pedazo de pan...

—Entonces —exclama Jorgito— estarás muy contento de vivir con nosotros que tan buenas cosas comemos.



—Quizá no sea tan fuerte como ustel, pero en cambio puedo sostenerme con una mano.
—¡No diga!...
—Ponga una mano en el suelo y va a ver...

De todas partes

UNA PERRA INTELIGENTE

El "slougui" o galgo del desierto es un precioso perro de color leonado, alto de talla, hocico afilado, frente ancha, vientre muy reducido y pelo muy suave, que goza gran estima entre los moros, los cuales tienen un cantar en el que se ensalzan las condiciones del lebrel, del halcón y del caballo, afirmando que no hay mujer que haya valido lo que ellos.

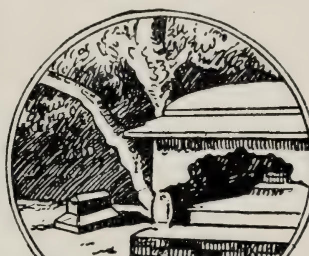


La galga que reproduce la adjunta fotografía, es de la casta mencionada, se llama Zaina, y es una perra muy inteligente. Nació en Ouargla, al sur de la provincia de Argel, y como desde pequeña ha vivido con europeos, tiene verdadero odio a los árabes, a los cuales ha mordido muchas veces las pantorrillas o los ha dejado sin albornoz. Pero lo más curioso es que distingue perfectamente un mendigo de un caid o de un soldado indígena, y trata a estos últimos con el respeto que merecen.

LA TUMBA DE UN DIENTE

Esta curiosa tumba, sin duda alguna única en su género, está en la India, en Fatepur Sikri, a unos veinte kilómetros de agra. Cuéntase acerca de ella la siguiente historia, que realza su interés.

En los días del emperador Akbar, un guerrero indio, teniendo que marchar a la guerra, se arrancó un diente y lo dió a guardar a su mujer como recuerdo. El guerrero murió en el campo de batalla y fué imposible recobrar su cuerpo, y entonces la viuda, no pudiendo tributar al cadáver los últimos honores, enterró el diente con toda solemnidad y le hizo levantar un pequeño monumento. Este es la tumba en miniatura que se ve a la izquierda en el croquis adjunto; la más grande que aparece a la derecha es la de un niño de seis años, hijo de un fakir llamado Salim Chisti, que se hizo famoso en la misma época por sus virtudes. Habiendo consultado Akbar a este venerable varón sobre lo que tendría que hacer para que el cielo le concediese un hijo, Salim Chisti contestó que era preciso que otro niño muriese. Al oir esto, el hijo del fakir ofreció su vida espontáneamente, y el prodigio se realizó.



TRAJE DE BODA



Los decretos de la moda son absolutos, lo mismo tratándose de un dandy parisiense que de un salvaje africano. Ejemplo de ello es el retrato que reproducimos de un joven dayak de Borneo.

El joven en cuestión va a casarse y lo mismo allí que aquí, el novio debe ponerse lo mejor que tiene, para estar guapo.

Según las reglas de la moda de Borneo, es preciso moldearse las piernas y los brazos a fin de darles mejor forma que la otorgada por la Naturaleza. Esto se consigue eficazmente enrollando alambre fuerte en torno de las caderas, muslos, pantorrillas y brazos delos niños, por consecuencia de lo cual, al efectuarse el desarrollo, los miembros se deforman, o, según las ideas de los dayaks, adquieren su debida forma. El cubrecabezas es un curioso gorro, todo él de sartas de cuentas y para adorno del cuello lleva el novio collares de cuentas, ifbras retorcidas y conchas. Estas últimas se usan allí como moneda. Un metro de fibra o veinte o treinta conchas representa el valor de cuarenta o cincuenta centavos de nuestra moneda



Cosquillas

Un carnicero, convencido de que iba a llegar su última hora, llamó a su mujer para decirle:

—Te aconsejo que no te quedes viuda... en una casa como la nuestra se necesita un hombre... debes casarte con nuestro dependiente.

—Ya lo he pensado, respondió ella pasándose el pañuelo por los ojos.

Cuando los ingleses decapitaron a su rey Carlos I, dijo la reina Cristina:

"Han hecho bien los ingleses cortando una cabeza que a su rey no le servía de nada."

La señora de un embajador de Prusia, que tenía fama de bella, aunque era demasiado alta y corpulenta, fué presentada a Tayllerant. Después le preguntaron a éste qué tal le parecía: "Muy bien, respondió, pero aquí tenemos algo mejor en la caballería de la guardia imperial."

Casi todos los grandes generales han sido feos, contrahechos y ridículos.

Agesilao tenía corcova.

El príncipe Eugenio era enano.

El mismo Napoleón era pequeño; en su juventud escuálido, en la edad madura barrigón.

Moltke, más que de soldado, tuvo facha de presbítero.

Carlitos mira durante largo rato a su tía, que es muy fea.

—¿Por qué me miras con esa insistencia?

—Porque me han dicho que tú pertenecías al bello sexo y no me lo parece.

Langostas de mar

De todos los animales que contribuyen a la alimentación del hombre, pocas habrá cuyas costumbres sean menos conocidas que las de la langosta de mar.

La langosta no puede vivir sino en el fondo del mar, en aquellos sitios en que las rocas submarinas son más escarpadas y en donde los corales, las madréporas e infinitas especies de algas se entrelazan y forman un verdadero bosque, asilo de numerosos peces, moluscos y equinodermes que constituyen el alimento de nuestro crustáceo. Tal vez sea esta una morada demasiado pintoresca para un animal tan feo; pero precisamente en estos singulares contrastes consiste la belleza sin par de la naturaleza. Animal esencialmente nocturno, la langosta pasa el día oculta entre las grandes piedras, especialmente si la capa de agua que hay sobre el fondo no es lo bastante espesa para impedir el paso de los rayos solares; todos los actos importantes de su vida, la busca del alimento, la fecundación, la puesta de los huevos, tienen lugar durante la noche. No es tan voraz ni tan pendenciera como su próximo pariente el bogavante o cabrajo.



Probablemente, las langostas lucharán entre sí, como lo hacen todos los crustáceos; el antiguo naturalista Plinio decía que se atacan mutuamente con sus antenas, idea muy fácil de concebir, pero enteramente desprovista de fundamento, puesto que todos los animales más o menos afines a la langosta, pelean siempre con el primer par de patas, que en los cangrejos, en el bogavante y en otros constituye lo que el vulgo denomina "bocas" o "pinzas".

Es la langosta tan amiga del calor como de la obscuridad; por esta razón, en el invierno se va mar adentro, es decir, a la mayor profundidad posible, y cuando viene la primavera se acerca a las costas, donde permanece hasta la vuelta de los fríos. Como se ve, no somos los hombres los únicos que buscamos las playas para veranear; las langostas también lo hacen, y con toda seguridad desde mucho antes de que a nosotros se nos ocurriera semejante cosa..



Cuando está para acabar el verano, comienza para los simpáticos crustáceos la época de los amores, que dura desde septiembre hasta abril. No se dirá que no tienen tiempo de hacerse el amor; y a fe que deben ser chistosas las emociones de una langosta enamorada. En abril, cada hembra pone de 100,000 a 120,000 huevos nada menos, y durante una porción de días los lleva adheridos al abdómen, entre las patas, por medio de una substancia viscosa. La solicitud con que la madre cuida de su numerosa familia en embrión, es verdaderamente enternecedora. Doblando hacia abajo la cola, preserva a los huevos de cualquier indiscreto rayo de luz que a través de la maraña de zoófitos y plantas marinas pudiera penetrar y echarlos a perder, y moviendo lenta y acompasadamente el mismo apéndice, agita con suavidad el agua para que la puesta esté limpia a fuerza de frecuentes lavados. Cuando llega el día en que la progenie ha de salir de los huevos, el animal se vale también de la cola para esparcir estos en todas direcciones.

Las langostas jóvenes no agradecen estos cuidados maternales. Apenas nacen, se separan de los individuos adultos; se diría que su único anhelo consiste en subir, subir siempre, y no paran hasta llegar a la superficie del agua.

Estas langostas recién nacidas no se parecen en nada a sus padres; tienen más bien aspecto de arácnidos, y en hermosos días de verano nadan y agitan sus patitas entre la espuma de las olas.

Muchas langostas pequeñas mueren en el choque de las olas o devoradas por las aves.

Desde temprana edad se separan de sus padres, yéndose cada cual por su lado y viviendo separadamente. Llama la atención que la casi totalidad de los animales de mar tengan poco amor a sus padres. Poco después de nacer se apartan unos de otros.

La casa moderna

La muerte de los brocales. — Todo lo que en otras épocas estuvo en su apogeo, todo lo que llenó una necesidad y satisfizo un capricho, hoy tiende a desaparecer azotado por el avance precipitado de lo moderno, más práctico, más seguro y hasta más económico.

Y es así como hemos visto morir muchas costumbres y muchas cosas que encarnaban, para nosotros, toda una leyenda tradicionalista, hermosa y grande.

Entre lo que muere se encuentran los brocales, los bonitos brocales donde muchos enamorados se juraron amor y donde muchos afligidos se sentaron a llorar sus penas.

Con la implantación de las aguas corrientes, estos vieron firmada su sentencia de muerte, sentencia inexorable que se cumple sin reatos de ninguna especie.

Pocos son los brocales que quedan en pie, y los que aún viven la vida agónica de los predestinados, se derrumban poco a poco, porque no hay una mano que los cuide luchando contra la triple acción del tiempo, las lluvias y la humedad.

En algunos hogares, empero, se les trata de conservar, así como se conserva a un amigo viejo y caduco que nos acompañó por largos años participando de nuestras tristezas y de nuestras alegrías.

La fotografía que reproducimos atestigua nuestra opinión. Es un brocal de viejo corte, tiene muchos años de vida, pero al mirarlo, aparece adornado de lozana juventud. Constituye una excepción honrosa de la regla. Es un brocal que vive, quizá apenado porque su familia se acerca cada vez más a la meta de la extinción casi absoluta.

Su roldana ya no trabaja; la soga del balde, descuidadamente anudada, parece esperar una mano que la utilice otra vez.



Brocal de corte antiguo

El conjunto del brocal da idea de algo antiguo que infunde cariño. Se levanta en medio del patio, rodeado de flores vistosas y plantitas verdes.

Las hortensias. — Desde hace muchos años, el público viene otorgando sus favores a las hortensias. Las dos especies más conocidas de esta planta son la "Hydrangea paniculata" y la hortensia propiamente dicha. La primera, es una planta soberbia, que produce sus flores en grandes tirsos piramidales, y aunque sus flores no sean completamente blancas, su abundancia y amplitud ofrecen un aspecto de lo más decorativo.



Hortensia común

En cuanto a la hortensia común, es una planta muy conocida, y de muy buen efecto con sus macizos ramos globulosos de flores rosadas, de un rosado, tierno, exquisito. Este colorido puede ser transformado gracias a un procedimiento de la cultura. — como por ejemplo agregar al agua de riego una dosis pequeña de agua amoniacal. — en un color azul.

También hay localidades, donde la sola composición del suelo basta a comunicar este tinte azulado. Asimismo existen variedades que sin tratamiento especial, pueden producir esta tonalidad azul, como la "Mandshurica" (oriunda de la Mandchuria) o la "cianoclada".

En un tiempo se creyó que esta variedad tenía las flores completa y constantemente azul; tal creencia no pasa de ser una ilusión. Bien es verdad, que más que ninguna otra clase produce flores con coloraciones tirando al azul, y que es muy fácil darles este último tono.

El tinte púrpura-negruzco de sus tallos, le comunica un aspecto muy particular.

Bajo el punto del "azulamiento", la variedad "rósea" ofrece también mucho interés. Esta variedad es originaria del Japón, y es más frágil y elegante que la hortensia común. Sus flores, que forman unos bouquets muy compactos, son de un vivo colorido rosado muy vivo; y son estas las que dan la tonalidad azul más intensa, cuando se someten al procedimiento apropiado.

Además, entre las otras variedades que desde hace años vienen alcanzando gran fama, merecen citarse la de "Thomas Hogg", que da flores blancas y cuyo vigor es notable, y aquella conocida con el nombre de "Otakta", también muy vigorosa, y que se distingue por el tamaño de sus flores y la belleza de su follaje.

La variedad "Mainesi", que se aprecia mucho en Inglaterra, tiene la particularidad de producir gran número de flores fértiles, es decir, florecillas con centros de inflorescencia; en la "Hydrangea", las flores fértiles, vale decir aquellas normalmente constituidas, son pequeñas y poco ornamentales.

Arquitectura asiria. — A los monumentos de Nínive les tocó igual suerte que a los de Babilonia; el tiempo acabó con ellos sin dejar en pie nada que pudiera dar clara idea de su importancia y traza.

En nuestros tiempos se han efectuado algunas excavaciones, sobre todo desde 1842, habiéndose podido comprobar que los palacios ninivitas tenían muros de muchos metros de espesor, formados con una especie de adobes revestidos de losas de mármol, esculpidos en los salones destinados a recepciones y otros actos solemnes, y de yeso marmóreo en las habitaciones privadas; en el interior había grandes patios, comunicándose los distintos cuerpos de edificio por medio de corredores.

En las puertas principales había toros alados con rostro humano, y en las secundarias, toros o leones colocados paralelamente a la entrada, que solía tener unos dos metros de anchura y estaba llena de losas con inscripciones. Algunas habitaciones permanecían siempre abiertas y los que las ocupaban preservábanse de las lluvias y del viento cubriéndolas con pieles. Las fachadas principales de los palacios estaban resguardadas con planchas de mármol y las secundarias con ladrillos esmaltados que sustituían a la piedra, muy expuesta a deteriorarse en aquel país. Estos caracteres ofrecen las ruinas descubiertas en las cercanías de Nínive y en Khorsabad, donde se ha encontrado el palacio de Sardanápalo III, construído 700 años a. de J. C.

De la arquitectura asiria se tienen escasos datos; los pocos que se conservan ofrecen poco campo para realizar estudios detenidos y de absoluta seriedad.

Un caballo sabio

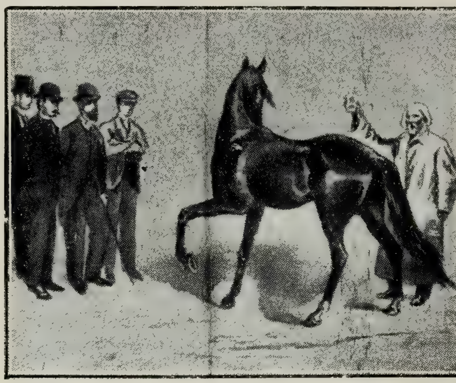
Toda la prensa extranjera ha estado ocupándose últimamente de "Hans", caballo existente en Berlín, y cuya inteligencia iguala a la de algunos seres humanos.

"Hans" ha nacido en Rusia, en una provincia donde tres cuartas partes de la población no saben leer ni escribir; él, en cambio, hace ambas cosas, y además suma, resta, multiplica, divide, y hace otras muchas habilidades que sería inútil buscar en los campesinos de su país.

En un principio se creía que este caballo era uno de tantos números de circo, que estaba enseñado a obedecer determinadas señas o voces de mando de su amo; pero al saber quién es éste, se han desechado todas las sospechas. Se trata, en efecto, de un hombre que merece todo género de respetos, por su edad y su saber: de un profesor retirado, llamado Wilhelm von Osten, que siempre ha sido enemigo de las trampas y procedimientos de circo.

Los resultados que Von Osten ha conseguido en esos cuatro años, son asombrosos.

En primer lugar, "Hans" comprende perfectamente el alemán, y hace todo cuanto se le pide, aunque sea una cosa que jamás haya oído pedir. Además, contesta "sí" y "no" moviendo la cabeza como una persona, y conoce las cuatro reglas elementales de la aritmética. Si se escribe, por ejemplo, en una pizarra el número 26, y debajo el 10, y se le pide que reste, en seguida da 16 golpes en tierra con una pata; del mismo modo expresa el resultado de las demás operaciones.



Reconociendo a un hombre por el retrato

También entiende el reloj, y contesta con la pata cuando se le enseña uno y se le pregunta qué hora es. Otra de sus habilidades consiste en reconocer a las personas que ha visto retratadas.

Pero lo más curioso es verle hablar. Claro que no pronuncia las palabras; pero se le ha enseñado un alfabeto de números, por el estilo de los que se emplean en la escritura cifrada, y expresa cada letra con uno, dos, tres o más golpes de pata.

"Hans" fué presentado ante una numerosa y escogida reunión, y sin dificultad alguna indicó el número de personas que en ella había, las que eran hombres y las que eran mujeres; cuáles de los primeros eran militares y cuáles paisanos, y otras muchas cosas por el estilo.

Un general allí presente se acercó al animal y le preguntó: "¿Cuántos dedos tengo en la mano derecha?" El caballo respondió con cinco golpes de casco. "¿Y en la izquierda?" "Hans" no dió más que cuatro golpes.

El público lleno de extrañeza, miraba a Von Osten, que empezaba a sentirse corrido, cuando el general levanta su mano izquierda y un aplauso resuena en toda la sala. El caballo tenía razón; nadie se había fijado en que el militar tenía un dedo amputado.

Para convencerse de la inteligencia de "Hans", han ido a verle numerosas comisiones de naturalistas, veterinarios, oficiales de caballería y domadores de animales, y todos han convenido en que allí no hay trampa.

Así, pues, si cabe que exista un caso intermedio entre la inteligencia animal y la razón humana, puede asegurarse que la ciencia se encuentra ahora ante él y que este caso es el famoso caballo "Hans".

Claro que la habilidad y paciencia de su dueño han sido factores principales en el desarrollo de esas "portentosas" facultades del caballo, pero es indudable que éste, sin una inteligencia superior a la de sus congéneres, no hubiera llegado a realizar tantas maravillas.

Hasta ahora no se había visto un caso igual. Los caballos amaestrados que se exhiben en los mejores circos del mundo bailan, saltan y practican muchas clases de "maravillas" con movimientos maquinales, completamente ajenos a lo que hacen. El caballo "Hans", presentado por el profesor Wilhem von Osten, es, sin duda, un caso excepcional que indica cierto refinamiento en el cerebro de la bestia.

Lo que es Andorra

ANDORRA es un país de leyenda, leyendas son la mayor parte de las versiones publicadas acerca de su origen; como leyenda también puede considerarse el nombre pomposo de "república" o de "estado" de Andorra con que la llaman la generalidad de las gentes.

La verdad es que los andorranos, lejos de ser libres, estaban sometidos antiguamente a un régimen extremadamente duro.

La situación privilegiada de que hoy disfrutan, es de fecha reciente.

Más no por eso es Andorra una república, aun cuando otra cosa parezcan creer sus representantes.

La única definición que conviene a Andorra, a su pasado lo mismo que a su organización actual, es la de que los valles forman un señorío indiviso entre el obispo de Urgel y Francia como representante de los condes de Foix.



La casa de la Vall

Cuanto a la soberanía, no hay que remontarse mucho en la historia para encontrar los primeros documentos en que el Obispo se títulaba: "Príncipe soberano de los valles de Andorra".

La organización de aquel territorio es muy curiosa.

El gobierno de los valles está confiado al consejo general, a los consejos de parroquia y a los consejos de "cuarto" o barrio. El consejo general tiene su asiento en la casa de la Vall: se compone de 6 cónsules mayores, 6 cónsules menores y 12 consejeros.

El elegido tiene que aceptar el cargo si no ha estado en funciones durante cuatro años; las funciones públicas son obligatorias hasta la edad de la "jubilación" o sean 60 años.

Al frente del consejo general está el síndico procurador general asistido de un síndico. Los cabeza de familia forman los consejos de cuarto o barrio.

En Andorra se practica una especie de socialismo. El médico está retribuído por el consejo general y sometido a una tarifa máxima.

Las carnicerías son del común.

La fuerza armada se compone de todos los jefes de familia bajo el mando de los vegueres y los baylios.

Bajo el punto de vista de los impuestos, Andorra es el país más feliz de Europa. Prescindiendo del diezmo que deben al Obispo, los andorranos no están sujetos a más pagos que el de la "quistia" o tributo a los señores de los valles, tributo que asciende sólo a 4.000 sueldos catalanes para el Obispo y 6.000 para Francia.

Por último, Andorra tiene bandera propia, aun cuando no es Estado.



Andorra la Vieja

Se compone de tres colores: amarillo y rojo por España y rojo y azul por Francia.

La lengua que se habla en los valles es el catalán.

Las comunicaciones con Andorra, por la parte de España, son relativamente fáciles, a pesar de lo abrupto del terreno. El acceso al valle se efectúa por la Seo de Urgel.



Un baylío andorrano

El castillo de Macbeth

En Escocia, no lejos de Inverness, existe el castillo de Cawdor, donde dicen se desarrolló el crimen dramatizado por Shakespeare en su tragedia famosa "Macbeth".

En sus subterráneos hay una especie de calabozo en cuyo centro se ve todavía el tronco de un árbol.



El castillo de Cawdor

Refiérese que los nobles que habían obtenido el privilegio para edificarlo, no podían ponerse de acuerdo en cuanto a su emplazamiento, y acordaron dejar que lo decidiera el borrico sobre el cual iba cargada el arca que contenía el dinero destinado a la construcción. El burro se detuvo junto a un espino, y en memoria del suceso los nobles dejaron en pie el tronco del árbol, en torno del cual se levantó el castillo. El arca aún se conserva: es la misma que llevaba el burro.

En el siglo XVI los señores del castillo de Cawdor tenían por heredera única a una niña llamada Muriel, y paseando ésta un día con su nodriza, se apoderaron de ella los jefes de la guerrera tribu de los Campbell, y se la llevaron.

Entre los señores de Cawdor y los Campbell se originó con tal motivo una guerra sangrienta a la cual puso término la toma del castillo por estos últimos, y el casamiento forzado de la doncella cautiva con el hombre más guapo del clan.

La habitación más interesante de la antigua fortaleza, la que van a visitar en peregrinación todos los admiradores del gran dramaturgo inglés, es el que sirvió de escenario al asesinato de Duncan.



La cámara del asesinato

Esta habitación, tan frecuentemente visitada, conserva todavía algo de misterioso, algo que predispone a pensar a todas las personas que penetran en ella.

Un asilo de gatos

En uno de los barrios más apartados de Londres tiene sentados sus reales la famosa Institución para Ga-s Hambrientes y Perdidos.

No deja de llegar en todo el día y en toda la noche -nte que lleva allí gatos, ya propios, ya recogidos en calle.

En el asilo se conserva a s gatos durante el tiempo dispensable para que los ueños puedan ir a buscarles así lo desean; pasadas aque-as horas, meten a los gatos n cajas letales y los matan isericordiosamente con vapo-es de cloroformo.

La directora y fundadora e la Institución es una se-ora llamada Morgan, enemi-a declarada de la vivisec-ión: el propósito de su obra s librar a los gatos de los alos tratos y sobre todo del isturí de los médicos y hom-res de ciencia, haciéndoles orir sin que lo sientan, ya que los recursos de la nstitución no son bastantes a mantener tanto animal omo se reuniría.



El departamento de ricos

Cuando llega algún ejemplar hermoso se le conserva, ues hay en el edificio un verdadero mercado de gatos n el que cualquiera puede ir a comprar uno.

La Institución fué inaugurada en 1890.

El primer piso de la casa está destinado a los gatos erdidos: allí se les da de comer, se les cuida, quizás or primera vez en la vida y se es deja descansar.

En el piso bajo se halla establecido el Hospital donde se cura a los gatos de buena clase que caen enfermos, y a los huéspedes.

Porque hay que advertir que en el Asilo de que hablamos existe un departamento reservado a los gatos ricos que dejan allí sus amos cuando se ausentan, prefiriendo fiarse más de Mrs. Morgan, que de los criados. La pensión es de cuatro pesos por semana y por gato y de seis pesos por cada pareja. El departamento de estos aristócratas está en el piso alto, y allí cada gato tiene su cama en una especie de camarote particular, con azotea para divertirse cuando hace buen tiempo y buena comida consistente en carne, pescado y leche. Además, se cuida de que estén limpios y hasta se les dan pelotas y otros juguetes para que se entretengan.

Muchos pobres niños envidiarán a esos gatos.

La fundadora de este asilo —que es rica, muy rica,—se distrae atendiendo personalmente tan rara como original institución.

Y lo curioso del caso es que el asilo se sostiene con sus propias entradas, pues la señora Morgan no ha gastado, hasta ahora, un solo peso de su peculio particular.

El renglón que más da al establecimiento es la venta de gatos finos.

Estos animales son entregados por sus dueños y se olvidan o se niegan a retirarlos, cuando ha vencido el plazo.

Entonces se procede a la venta.

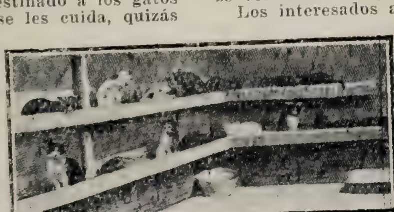
Como los animales son perfectamente atendidos y se encuentran en buenas condiciones de salud y gordura, se venden con mucha facilidad.

Los interesados abundan en esta clase de ventas.

Además el asilo cuenta con el apoyo de altas personalidades que la miran con marcada simpatía.

La señora Morgan posee varios carritos cerrados que recorren la ciudad con el único objeto de recoger todos aquellos gatos que, en las casas de familia, han sido sentenciados a muerte.

Cualquier persona puede detener al conductor del pequeño vehículo y entregarle un gato para que lo lleve al asilo y se disponga de él.



Recogidos pobres

Pensamientos de escolares

La dirección de EL HOGAR, *en el deseo de estimular entre la población educanda de la República Argentina la afi... al estudio y el culto de lo noble y bello, ha resuelto abrir esta sección, en la cual serán publicados todos los pensam... tos interesantes que se reciban por medio del jefe de la misma, que no excedan de 80 palabras y que no revelen la in... vención de persona que no sea el autor; al efecto, débese indicar: la escuela, grado o año a que asiste el dirigente. Los retratos de autores que se envíen serán publicados.*

GISBERTO P. VIDIRI.



La música y la pintura forman el complemento más sublime de la mujer; la música la hace: sentimental y soñadora, y la pintura: imaginativa e idealista.

Olga Fähnle.

Profesional núm. 5.

Como hay un Dios a quien alabar, hay una patria a quien adorar; así inclinémonos ante ese augusto altar de la patria, para recibir con devoción, el ejemplo altruísta de nuestros antepasados, llenos de gloria y abnegación.

María Hermann.

4.° grado. Escuela Lafinur.



No deja de ser encantador oir en una apacible mañana de verano, cuando se asoma el alba, los gorgeos de los pájaros; música divina, que, los genios de la música han podido apenas imitarlos.

Celina Aguirre.
Normal núm. 1.





La madre es el ser más qu... rido de todos los niños: ¡p... bres aquellos que no la co... cen o que la perdieron...!

Nélida Menvielli.

Grado 4.°. Escuela Gene... Viamonte.



¡Inmortal Sarmiento!, padre de toda la niñez y del saber de tu Argentina patria: yo, por ser una de tus hijas que, con amor recoge la simiente de oro, que sembró tu fecunda mente, reciba allá en lo alto... lo que mi humildad puede enviarte: el gran cariño de un puro corazón...

Melania Luisa Ullmann.

Escuela Presidente Mitre.

¡Qué lindo es ver a la mañanita, a los obreros que van a las fábricas, ¡todos contentos acuden al trabajo, para sostener a sus hijos que van a la escuela...!

Alida Menvielli.

Escuela núm. 13. C. E. 6.°
Grado 3.°



Pensamientos de escolares



La mujer está alcanzando los derechos equitativos al hombre, constituyendo la esperada evolución social que, por meros pesimismos, le obstruían ese obligado paso.

Rosa Zepurnaya.
Liceo.

———

Las asociaciones que se sienten animadas del deseo de ayudar al semejante, brillan con la potencialidad de las estrellas de primera magnitud: serán queridas por todas las hijas del pueblo, porque en ellas verán el puerto seguro de salvación, la roca inamovible, donde se estrellarán todas las pasiones con la ignorancia a la cabeza.

Dea Radivo.

Liceo.

———

Admito que se admire a la Francia pero que esa admiración no se exagere. Ayer iluminó al mundo con resplandeciente luz la antorcha española, hoy la de Francia y mañana u hoy mismo la de Alemania. En la vida de los pueblos, como en la vida de los hombres, hay tres períodos: ascendente, estacionario y descendente.

I. S. Riverós.

Nacional Central, 4.° año.

———

La música es la expresión más exacta de nuestros sentimientos; una marcha nacional, nos inspira alegría; una serenata, melancolía. Es el bálsamo inefable que inspira a los poetas a cantarlas a sus musas soñadas; es la esencia, que perfuma el alma cansada de los decepcionados...

María Esther Oliva.
Escuela Complementaria de Morón. 6.° grado.

———

La felicidad más grande es vivir con el sudor de nuestra frente.

Margarita S. Carriquisiborde.
Colegio Ntra. Sra. de la Misericordia.—La Plata.

———

El trabajo es la grandeza de un pueblo; es la dicha en el hogar; es, en fin, el todo en el ser que tiende a amar.

Violeta Bermejo.
4.° grado. E. núm. 1. C. E. 7.°

Mi primera es una nota musical, segunda y tercera accidente geográfico, y mi todo nombre histórico: Lavalle.

Juan Magrassi.
Grado 2.°. C. E. 8.°. E. núm. 8.

———

¡Loor a la educación! La educación que adquirimos, la debemos única y exclusivamente a nuestros maestros y a nuestros padres; por la preparación que obtenemos de los primeros y por los nobles consejos y sinceros ejemplos de los segundos.

uan Emilio Villegas.
Academia Rodríguez.

———

El amor a la patria es un sentimiento nacional, y sacrificar vida y fortuna en pro de ella, es patriotismo.

Dinorah Juárez.
Escuela núm. 8. C. E. 2.°.

Para colaborar en esta sección, dirigirse al

Sr. GISBERTO P. VIDIRI

Pueyrredón, 680, Buenos Aires.

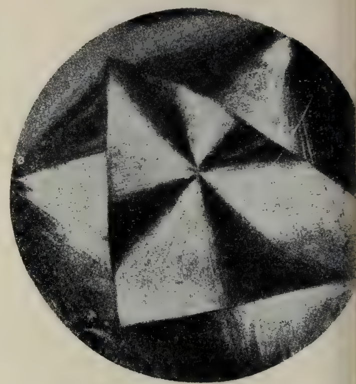
Los cristales maravillosos de la química

Una porción de substancias, que o bien se encuentran aisladas en la naturaleza, o bien se extraen de otras por procedimientos químicos, tienen la propiedad de cristalizar, es decir, de formar cristales más o menos simétricos, a veces muy curiosos por su aspecto. Por desgracia, las cristalizaciones más interesantes son extraordinariamente pequeñas y además muy transparentes, de modo que es en extremo difícil observar su estructura. Ello se consigue, sin embargo, sirviéndose de una luz de calcio y mirándolas con el polariscopio, es decir, con una suerte de combinación del microscopio y el polarizador, aparato este último formado por dos pequeños prismas de turmalina que modifican de un modo especial los haces de rayos luminosos, permitiendo ver cosas que con la luz natural, o no polarizada, nos resultarían invisibles.



Observando de esta manera algunas substancias químicas, se encuentran en ella estructuras tan maravillosas, que a su lado resultan feas las más bonitas que estudia la mineralogía.

Nuestro primer grabado, por ejemplo, represe ta, aumentada considerablemente, la cristaliz ción peculiar de la salicina, substancia que se e trae de la corteza del sauce y del álamo, y q existe también en el castoreo, sin duda como co secuencia de alimentarse los castores casi sol mente de dicha corteza. Los cristales, como s ve, parecen hojas de parra superpuestas, y s conjunto recuerda esa ornamentación especial de ciertos objetos de hojalata.



Otra substancia obtenida igualmente del sauce, la saligelina, forma cristales aún más notables, que parecen trozos triangulares de papel con cuatro pliegues o depresione dispuestas en cruz. El cristal, sin embargo, e perfectamente liso, y las sombras que parece pliegues son sólo un efecto óptico producido po la estructura interna del cristal mismo.

Entre las cristalizaciones más notables, merec citarse la de la brucina, esa substancia que s extrae de la falsa angostura y que acompañ siempre a la estricnina. La brucina cristaliza e

círculos concéntricos, cada una de cuyas series lleva en el centro una partícula de polvo, a modo de núcleo en torno del cual se han reunido los cristales. Pero lo curioso es que las series están unidas por pares; son verdaderas series gemelas, tan parecidas entre sí, que en ambas se encuentra el mismo número de círculos, las mismas manchas, etc. Si se tiene en cuenta que todo lo que representa el grabado adjunto está contenido en una extensión menor que la cabeza de un alfiler ordinario, se comprenderá cuán admirable es esta disposición.



Por supuesto, que estas combinaciones geométricas no son las únicas que se encuentran en los cristales; éstos adoptan también formas más irregulares, como la de helecho, característica del ácido hipúrico, o la de arbolillo, de la que ofrece un ejemplo muy lindo el nitrocianuro de sodio. Hay que advertir, para los que admiren la delicada estructura de este arbolito, que su longitud real no pasa de medio milímetro.

Valiéndose de los aparatos indicados, se observan, además, otras cristalizaciones muy raras y sorprendentes, que no sólo sirven de recreo y entretenimiento, sino también de estudio, ya que en ellas se descubren bellezas infinitas de un mundo microscópico, no asequible a la simple vista, y en el cual se desarrolla quizás una vida interesante que, en sus formas reducidas, es posible que tenga alguna semejanza con lo que, en grande, apreciamos ordinariamente.



En sus proporciones respectivas, esos elementos infinitamente pequeños que integran las cosas de la naturaleza — tanto en el orden mineral, como en el vegetal y el animal — se producen y se mueven con sujeción a leyes generales y bien conocidas, pero cuya acción nos sorprende cuando, merced a labor paciente las descubrimos, por lo mismo que escapan a los medios naturales de que disponemos.

De todos modos, no son inútiles estos estudios, porque aparte la curiosidad que despiertan, tienen, indudablemente, verdadero interés científico.

EL INGENIO A PRUEBA

CARTA CHARADA, *por Ñata*

Querida *prima cuarta.* Hoy que de ti me separo para cruzar el ancho *prima,* te dejo como recuerdo la *segunda cuarta,* que tanto te agrada. Recuerdos a *todo.* Tu amiga *tercia cuarta.*

FRASE EN ACCION, *por Coclcta*



NUMÉRICO, *por E. Bennini*

1 2 3 4 5 6 7 8 9 Ciudad de los Estados Unidos
4 5 6 8 6 7 2 Nombre de mujer
5 6 3 2 En el verso
4 5 6 8 2 7 2 En el ejército
8 2 3 2 Animal
3 2 7 5 6 7 Ciudad de España.
7 2 3 2 Juego
1 2 5 6 7 2 7 Virtud
1 6 8 2 5 5 2 Incepto
4 5 6 7 8 9 Juego

ROMBO, *por Mario*

1. En la cara y no en la frente.
3. De la Suiza soy Cantón.
5. Del tema celeste cuarto cuadrante.
3. Esta es nuestra pariente.
1. Soy cabeza a don Ramón.

En las estrellas deberá leerse alrededor, el nombre de un continente.

PEQUEÑA CORRESPONDENCIA

Enviaron colaboraciones. — E. Bennini, Rino, Amapola, María Luisa, Clavel, Teresa, Argentina, y Rosario.

Rosario. —

Discretamente escribió
y a las personas discretas
jamás se les contestó
con bromas y cuchufletas.

Argentina. — No sirve lo que nos ha enviado, ni debe usted molestarse en enviarnos nada más.

Amapola. — Excelente su nueva remesa. Se publicará.

SOLUCIONES AL Núm. 239

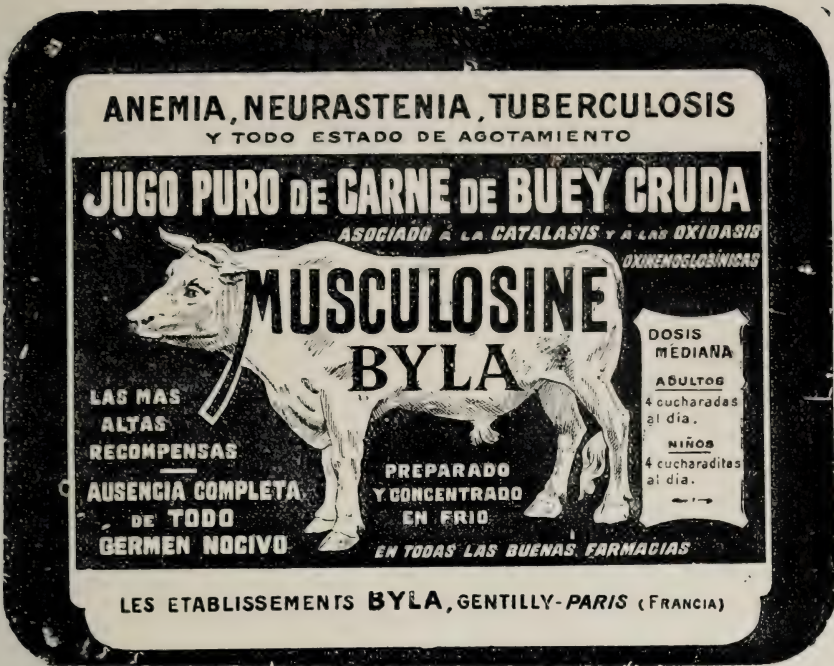
A la charada, por "Artepal": *Adelaida.*
A los jeroglíficos, por "Rino": *Sobreexcitado, Picaflor.*
A la letra C, por "Tip-Top":

S A L
C a n
I r a
V I A

Al jeroglífico, por "Aleunam": *Comadre.*

ENVIARON SOLUCIONES

A. B. Maldonado, Esther Crouzet Novaro, Mirita Candeyra Pringles, Telia Boedo Hoffmann, Nélida Gamarra, Arbo, Agustín Montoto de Urioste, Amalia, Margarita y María Eulalia Iriarte Iribal, Anita M. Peter, Rosa E. Mordente Silva, Rosa Gortila, Anita C. Pisani, Amapola, Mario Sormani, Teresa Capo, Adelita y Amanda López, María Luisa Duronto, Clavel, Clarita Ortiz de Rozas, Teresa, Juan Antonio Rebagliatti, y María Luisa.

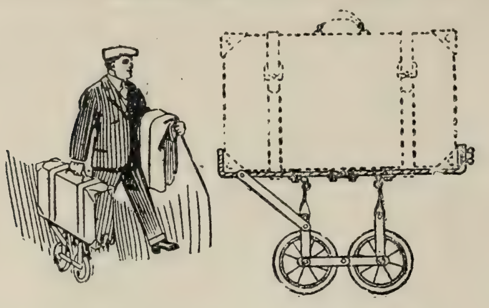


LOS GRANDES HUMORISTAS INGLESES.—TERRIBLE APARICION



La señora (a su esposo, que se la ha pasado leyendo su novela favorita: "La dama vestida de blanco").—¿Quiere decirme, caballero, cuánto tiempo va a pasarse sentado con esa "Dama vestida de blanco"?

Portamaletas útil.—Cuando es necesario llevar con frecuencia una maleta grande y pesada resulta muy cómodo el aparato que se ve en el dibujo. Es una especie de bicicleta pequeña, plegable con neumáticos y ruedas de 15 centímetros de diámetro, que sostienen un

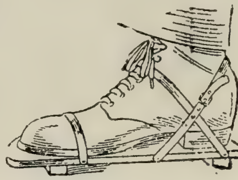


soporte metálico del largo de la maleta.

Cuando no es necesario su uso, se dobla y se ata con correas a un lado de la maleta.

El sistema es muy útil para los corredores de muestras.

Suelas de madera contra la humedad.—Cuando es preciso andar o trabajar en lugares húmedos o encharcados, conviene usar unas suelas de madera de quita y pon para conservar seco el calzado. Las suelas contra la humedad se hacen con unas tablas de madera fuerte de dos centímetros de grueso, recortadas en la misma forma que el piso de las botas, pero algo más anchas. Para sujetarlas al pie se les ponen unas correas como se ve en el dibujo.



Para mayor eficacia se les pone debajo un par de listones a fin de que el pie quede bien en alto.

Para taladrar cristal.—A una lima vieja del grueso del taladro que se desee hacer en el cristal, se le afilan muy bien los dos extremos como se ve en la figura 1. La lima así preparada se puede poner en un berbiquí de carpintero.

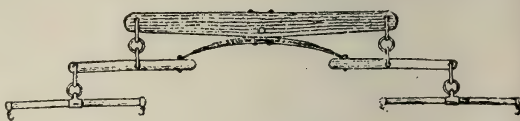


El cristal que haya de taladrarse se coloca sobre una superficie lisa y plana y se pone un paño debajo del sitio donde vaya a abrirse el agujero. Con un poco de masilla se forma sobre el cristal un anillo (fig. 2) en torno del sitio del taladro, y el espacio que queda en el centro se llena de trementina.

Así preparado, se aplica la lima puntiaguda montada en el berbiquí y se hace girar como si se estuviera barrenando madera, dando poca presión. De este modo se consigue abrir un taladro perfecto en cualquier cristal por grueso que sea.

Balancín para vehículos de carga.—Cuando un tronco de caballos tira de un vehículo muy cargado, por un camino malo, los animales sufren repetidos y bruscos golpes en el cuello, que les producen una fatiga innecesaria.

Esto se evita con el doble balancín que reproduce el



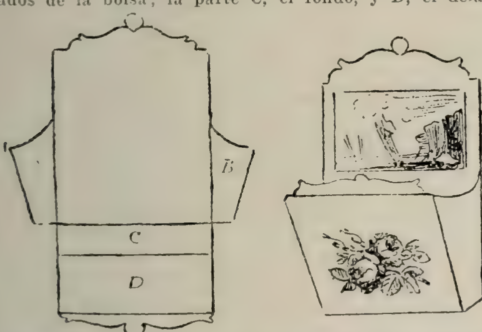
grabado adjunto, porque amortigua todos los golpes bruscos gracias a la ballesta del centro, la cual puede sacarse de un coche viejo.

Es un sistema que se emplea bastante en los Estados Unidos, y que da excelentes resultados, porque evita que el ganado sufra contusiones y rozaduras producidas por el collarón.

Una papelera sencilla.—La fabricación de una papelera como la que se ve en el grabado de la derecha es cosa sencillísima.

Cosas útiles

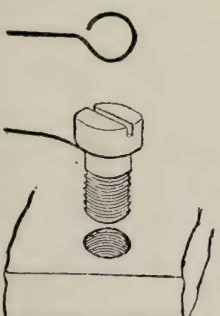
En un trozo de cartulina o de cartón delgado se traza y recorta, ampliada a las dimensiones que convenga el patrón que reproduce el dibujo de la izquierda: Las alas A y B, dobladas en ángulo recto, forman los costados de la bolsa; la parte C, el fondo, y D, el delan-



tero. Todo ello se une por los bordes, pegando las junturas con tiras de papel, y, por último, se decora pintando unas flores o pegando unos cromos.

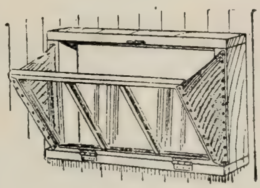
Este ejemplo basta para hacer, siguiendo el mismo principio, toda clase de cajas de cartón.

Para los tornillos pequeños. —Todo el que tiene que manejar tornillos muy pequeños sabe lo difícil que es atornillarlos, y la facilidad con que saltan y desaparecen en el suelo, por la imposibilidad de sujetarlos con los dedos.



La operación se facilita empleando una especie de gancho de alambre, de la forma que indica el dibujo. El ojo del gancho debe tener igual diámetro que el tornillo. Cuando éste ha penetrado bastante para no caerse, se retira el alambre y se concluye de atornillar.

Ventana para cuadras. —Este modelo de ventana es el más práctico y más sano que se conoce para cuadras y establos, porque dirige las corrientes de aire hacia el techo y libra de enfriamientos y pulmonías al ganado, sosteniendo al mismo tiempo una perfecta ventilación.



La ventana tiene los goznes en su parte inferior y se sujeta por los lados con unos trozos de lona que impiden que se abra del todo.

Estos trozos de lona no estorban para cerrar, porque se doblan.

Matafuegos casero. — Es cosa poco sabida que el tetraclaruro de carbono constituye un matafuego muy eficaz. Sus vapores son muy pesados y como subsisten un considerable espacio de tiempo, impiden la combustión. El líquido no estropea los muebles.



Con el tetracloruro y un sifón de los de agua de Seltz se puede hacer en casa un matafuegos muy sencillo. El sifón se llena de tetracloruro hasta unas dos tercias partes de su altura, se atornilla bien el grifo metálico y se introduce aire en el sifón por medio de una bomba de bicicleta. Es preciso introducir bastante aire para que pueda salir el líquido, porque éste tiene muy poca gravedad específica. Aunque la presión sea algo excesiva no hay peligro, porque los sifones están construídos para soportar grandes presiones. El diámetro del grifo hay que reducirlo soldando en su extremo el pico de una aceitera ordinaria.

Este matafuegos posee muchas ventajas.

FOLLETINES BREVES

LA EXPIACIÓN

por **Pablo Bourget**

(Continuación)

Me decía que al saber que yo era un desgraciado venía a darme una limosna... Yo creo todo cuando quiero ¿verdad? pero yo razonaba para mis adentros y me decía: tú, buen hombre, ¿qué es lo que quieres de mí? ¿por qué vienes aquí? Al principio no pude comprenderlo; después ha vuelto, y su mujer también, primero cada mes, luego cada semana trayéndome con qué pasar mis ocho días.

En realidad era un pretexto, pero no podían dejar de venir. Y es que yo los atraía, fascinándolos; yo los miraba ahí, en los ojos, y siempre bajaban la vista. Se achicaban ante mí, señor, ¿por qué? Mas después asaltóme la idea de que estaban mezclados a mi historia. Yo les hablé del dinero que debiera tener y de la carta de mi padre—y desde ese día he comprendido que los tenía bajo mi poder... ¡Oh!—terminó—para lo que yo los quiero hacen mal en tenerme miedo y desear que me vaya: un escudo de cien sueldos de vez en cuando, algo que beber cuando tenga sed, y los dejo en paz. Su hijo es rico, y si yo quisiera me lo devolvería todo, pero aun cuando ahora lo tuviera todo, vuelvo a repetir, ¿qué quiere usted? Hay que divertirse un poco. La vida no es alegre; afortunadamente esto no durará siempre... Tuvo nuevamente un acceso de su siniestro reír, después, viendo el napoleón que yo había dejado sobre la mesa, le cogió y le introdujo en el bolsillo del elástico que le servía de chaleco, por debajo de su levita, y levantándose de la silla hizo el ademán de conducirme hasta la puerta diciéndome: "Le doy a usted las gracias, señor, pero repítales que no vale la pena que de que me envíen otras personas caritativas para aconsejarme que abandone París... no vale la pena... A todos los que vengan de su parte, a todos ¿lo oye usted? les contaré su historia y no dejaré París, no saldré de aquí de ningún modo e iré a su casa, y me recibirán, repítaselo de mí parte. Adiós, señor, adiós..."

Unicamente al hallarme fuera de la estancia donde recibiera esta trágica confesión fué cuando me di cuenta de su consecuencia inmediata, con un temblor de espanto que no recuerdo haber sentido ni antes ni después. Eugenio Corbières me esperaba abajo... ¿Qué iba a decirle? Mi temor de afrontar su inquisitorial mirada era tan fuerte, que mis piernas se doblaban al descender las gradas de la escalera a cuyo término tenía sin embargo que llegar. ¿Y entonces?... Me detuve algunos minutos en el descanso del primer piso para intentar reponerme. Necesitaba a todo trance hallar en mí la energía bastante para oponer a las preguntas de Eugenio respuestas bastante bien calculadas, a fin de hacerle desistir de la continuación de esta terrible pesquisa. La primera condición era que mi cara no desmintiera mis palabras. Mi compasión hacia el amigo amenazado de esta horrible revelación ¿daríame esta energía? No tuve tiempo de poner mi voluntad a prueba, pues no había contado con la fiebre de

impaciencia que a Eugenio devoraba, y como mi ausencia se prolongara demasiado, decidióse a venir hasta la puerta de la casa, después al patio y por último al pie de la escalera, de suerte que en el momento en que yo me detenía sobre la última grada, completamente vacilante, abrumado, le ví surgir ante mí preguntándome:

—Has tardado mucho... ¿Qué te ha dicho?

—Nada de interesante—le respondí;—es lo que yo había pensado: un bohemio a quien tu padre socorre...

—¿Por qué estás tan turbado entonces?—continuó—¿Tiemblas?—¿Qué tienes, que estás tan pálido?...

—Es la impresión de esta miseria—respondí y agregué llevándole conmigo:—Vámonos, un poco de aire me calmará...

—Vámonos—dijo, pero después, parándose de pronto ante mí, y fijando de nuevo sus ojos en los míos, continuó.—No; hay algo que tú me ocultas; lo siento, lo veo, tú no me dices la verdad, ni me la dirás nunca... ¡Tanto peor! Voy a subir yo mismo...

—¡No vayas!—exclamé colocándome de través en la escalera; mas apenas hube lanzado este grito, comprendí la imprudencia cometida y traté de repararla añadiendo:—Es inútil y es peligroso, pues demasiado explota ya a tu padre...

—Tú no me dices la verdad...—repitió entonces Eugenio con un acento más áspero y, antes de que hubiera podido prever su acción, habíame apartado con un brutal movimiento y precipitándose hacia el piso superior, subió las escaleras de cuatro en cuatro. Yo permanecí abajo paralizado por la emoción y sin intentar nada. Sabiendo lo que sabía, parecíame sentir sobre mi frente un hálito de fatalidad en esta escalera de casa lóbrega. El encuentro entre aquellos dos hombres se me apareció como inevitable. Era mejor que se verificara ahora y que yo estuviera allí, en el minuto mismo en que iba a recibir el terrible golpe, si por acaso le recibía. Y me esforzaba en creer, en esta escalera de este cuartel de pobres, que un último resto de humanidad detendría al vagabundo. El hecho de que hubiera limitado sus peticiones de dinero a los padres Corbières, cuando le habría sido tan fácil ejercer presión sobre Eugenio, mostrando el fantasma del escándalo, se me presentó de pronto como muy significativo. Además, me lo había dicho él mismo, casi insistiendo en ello y quise ver la prueba de sus escrúpulos ante una revelación tan terrible, tan injusta, después de todo. El hijo no tenía ninguna culpa de la falta del padre, si él se había aprovechado de ella era sin saberlo y denunciárselo sería una ferocidad. No, Pedro Robert no se había mostrado durante su entrevista conmigo ni injusto ni feroz... Yo razonaba de esta guisa, olvidando que un maniático de alcohol como él, está siempre dispuesto por la excitación del momento a cometer los actos más opuestos a su propio carácter, a su voluntad más reflexiva. No cabe duda de que éste, en sus malas horas de infortunio, había pensado en dirigirse al hijo, pero retrocedió siempre ante semejante infamia. Iba a ver, sin embargo, que el instinto de venganza, despertado de improviso, debía ser el más fuerte, siendo de extrañar que un escrúpulo harto magnánimo, después de todo, hubiera resistido durante tanto tiempo en un ser tan degradado.

(Continuará).

Cuando se forma en el fondo de las zafras de aceite un depósito turbio y mucilaginoso, se puede aprovechar clarificándolo de nuevo del modo siguiente: Se disuelven tres partes de sal común en diez y seis de agua, y se mezcla esta disolución con una mitad de su peso del aceite turbio. Se agita la mezcla hasta que se haya emulsionado por completo, y se deja en reposo por espacio de dos o tres días, al cabo de los cuales se forman dos capas, una transparente arriba y otra turbia abajo. Se trasiega la parte limpia por medio de una mecha gruesa, poniendo un extremo en el aceite y el otro en un recipiente del aceite de modo que suba su nivel de continuo, hasta haber terminado la operación.

Estuco para objetos expuestos a la intemperie.—Se toma plombagina pura, caucho y lacre, se mezclan estas materias con un poco de acetato de plomo y se tritura el conjunto con un poco de aceite de linaza y trementina.



Este barniz que preserva los objetos expuestos a la intemperie es recomendable por su duración.

Muselina inflamable.—Las cortinas que envuelven las cunas de los niños están expuestas al peligro del fuego, y para evitarlo, se ha puesto en práctica un procedimiento que evita se inflame la muselina. Se empapa ésta en una solución compuesta de una parte de sulfato de amoníaco por cinco de agua.

Cada kilogramo de tela necesita para estar saturado, de un kilogramo a 1 kg. 800 de esa solución.

El agua de los acuarios y peceras no debe cambiarse nunca por completo mientras no muera algún pez o se ennegrezca el fondo. El acuario debe mantenerse limpio, extrayendo de él cualquier cuerpo extraño que caiga dentro.

Maquinilla para tostar el pan o calentar los brioches en el comedor, el salón, el jardín o donde se sirva el te.

Esta maquinilla, cuyo uso se divulga en Europa, tiene la forma de una mesita pequeña; es de plata con una plancha de cinc, cubierta por un enrejado de alambre donde se colocan las tostadas. Debajo se esconde la maquinilla de espíritu de vino que presta su calor al cinc y de éste se traspasa a la rejilla.

Cacerolas rotas.—Sucede a menudo que una cacerola estañada o esmaltada se agujerea sin saber cómo. A veces este accidente entraña una recomposición más costosa que una cacerola nueva. Resulta, pues, un utensilio inservible. Sin embargo, hay un medio sencillo y económico para "ponerlo como nuevo", haciendo que preste más largos servicios.

Se toma papel de estaño—puede servir el que se emplea para envolver el chocolate—se cortan ruedecitas y con ayuda de clara de huevo se colocan una encima y otra debajo del agujero y queda compuesta la cacerola.

Porta sombrillas. — Así como en muchos vestíbulos se tiene un porta paraguas de porcelana, en las casas de campo es muy útil tener en el pórtico un porta sombrillas, para depositarlas al entrar después de haber dado un paseo por el jardín.

Vamos a describir uno muy sencillo, de mimbre, pintado con laca blanca y forrado por fuera de cretona fruncida con cabecilla, sujeta por ambos extremos con un "trou-trou", por donde se pasa una cinta ancha de faya, con dos lazos muy grandes del color dominante en la cretona.

Para reconocer si un tejido de seda contiene algodón, se corta un trocito de la pieza que quiere probarse, se la acerca a la llama de una bujía y se observa la manera cómo se produce la combustión. Si el tejido es de seda pura, quemará sin llama, dejando como residuo una masa hinchada y carbonizada. Si existe en el tejido trama de algodón, arderá con una llama muy viva. Es conveniente conocer este procedimiento sencillo, pues así como en los restaurants dan, a veces, gato por liebre, en algunas tiendas dan algodón por seda. En este mundo nos engañamos unos a otros.

La buena calidad del almidón se comprueba vertiendo sobre él algunas gotas de vinagre. Si éste borbota, quedará demostrado que el almidón contiene carbonato de cal, lo que denota la falsificación.

Cera para planchar. — Se funden con cuidado y se vierte en moldes 200 gramos de cera del Japón, 200 de parafina y 100 de estearina. Pasando la plancha por esta cera corre mejor y da un brillo superior a las prendas.

COCINA PRACTICA

Bacalao a la provenzal. — Meted en una cazuela 125 ·amos de manteca fresca; tan pronto como esté de- ·etida, sin que esté demasiado caliente, añadidle un ·añado de hierbas finas muy bien picadas, un poco de ·mienta y de nuez moscada rallada, media cucharada · harina y un vaso de agua. Haced cocer el bacalao · esta salsa: cuando esté casi cocido, retiradlo de la ·zuela, añadid a la salsa una o dos cucharadas de aceite · la corteza de medio limón cortada en pedacitos. Volved · meter el bacalao en la salsa; meneadlo vivamente, y ·ego que lo consideréis bastante cocido, colocadlo en ·na fuente y vertedle la salsa encima. Rociad además · bacalao con el zumo de un limón en el momento de ·rvir.

Caldereta de anguilas.—Se toma · anguila, se limpia, se corta en ·dazos, se fríe ligeramente en acei·, salpicándola con cebolla macha·da, hasta ponerla rojiza. Se en·re luego con dos cucharadas de ·rina y se rocía bien con vino ·ejo. Se añaden cebollitas, se mez· · la salsa con manteca de an·oas y se coloca la anguila sobre ·banditas de pan frito y rodead· · cangrejos de mar o de langosti·s recién cocidos; y así se sirve.



Picadillo de pavo a la Bechamel. – Cuando los restos de un pavo asado de la víspera son ·astante considerables para formar un buen plato, se ·ica finamente todo lo comible y se aliña con sal y ·imienta; por otra parte, se hace una requemada blanca · manteca, mojada con media taza de leche y media · caldo desengrasado; el picadillo se cuece con esta ·lsa hasta que sea bastante espeso. Sírvese caliente. ·on una hilera de cortezones de pan fritos alrededor ·e la fuente. Este picadillo es mejor cuando se cubre de ·uevos en camisa en el momento de servir.

Coles coloradas a la holandesa. — Partid por la mi·ad una gruesa col colorada; quitadle las hojas exte·iores; cortad el resto en tajaditas estrechas. Hacedla ·ervir un momento en agua, dejadla enfriar y escurrir. ·Metedla de nuevo en la cazuela, con dos cebollas muy ·ien picadas, seis manzanas de la reina peladas y corta·as en pedazos, hierbas finas, 125 gramos de manteca fresca, sal y pimienta; se puede añadir, si se quiere, una cucharada de azúcar blanco, en polvo. Poned esta mezcla al fuego y dejadla cocer suavemente; algunos minutos antes de servir, echad a las coles un buen vaso de vino tinto.

Las coles así preparadas, también se comen con salchichas.

Timbal de salmón. — Adquirido previamente un timbal en la pastelería, preparad varios escalopines de salmón y freídlos ligeramente con manteca fina clarificada. Haced cocer en un poco de madera trufas cortadas, mezclad esta cocción con un poco de caldo, hasta reducir el componente. Llenad el timbal con las escalopas de salmón y las trufas y verter sobre él la salsa.

Salsa normanda. — Meted en una cacerola cuatro yemas de huevos crudos, un puñadito de pimienta blanca, un cuarto de manteca fina, zumo de limón y nuez moscada. Mezcladlo todo con una cuchara de palo, añadir una cucharada de caldo y unos champiñons cocidos, y revolvedlo hasta que la salsa esté a punto de hervir. Retiradla entonces a un lado, añadidle un pedazo de manteca fina y una cucharadita de una esencia agradable, revolved continuamente con la cuchara de palo para obtener una mezcla perfecta, pasadla por el colador y servidla muy caliente.

Compota de peras a la cardenal. — Para este género de compotas se suelen elegir peras muy grandes. Pélanse crudas y se cortan en pedazos de regulares dimensiones. Se cuecen en una cazuela con vino tinto, azúcar blanco, uno o dos clavos de especias y tanta agua como vino blanco. La dosis del azúcar es de 250 gramos por cada compota de seis a ocho peras grandes; las del vino y del agua son proporcionadas al volumen de las peras que han de nadar dentro. Déjase cocer todo durante dos horas; se pasa el jugo; se hace reducir, si es demasiado claro; se pone en infusión un pedazo de canela en tronco, durante algunos minutos; viértese el jarabe reducido, por encima de la compota metida en un cacharro. La compota a la cardenal puede servirse fría o caliente, a gusto del consumidor.

Galería infantil de "El Hogar"





Niño de Grafigna Niño de G. Bajal
Corrientes



Ercilia Chana Curetti
S. Martín de las Escobas





Niña de Carlevaro Niña de Manue[l]
Paraná





Cachito Perren Noemí Luppo
9 de Julio





Niña de Labarriere Ismael Civel[l]
9 de Julio





Migue' Ruíz Aulí Renée Aranguren
Paraná



Niñita de Cabral
Corrientes





Niño de Serravaele. Niño de Pizariell[i]
Corrientes

Galería infantil de "El Hogar"





Enriqueta Platero Angelina de Dovitis
9 de Julio



Danielito Brunati
Morón





Clementina López
Tapalqué

Rodolfo Suárez
Sta. Teresa (F. C. C. A.)





Niñito de Pampin Niñita de Arbo
Corrientes





Blanca Olhasso María Zubiri
Gral. Lamadrid





Miguel Laurencena Virginia Pawloski
Paraná



Nélida A. Capurro
Ciudad





Luis Martínez
Chilecito (Rioja)

Abel I. Brown
Las Flores



NUESTRO CORREO

Las cartas deben limitarse a dos preguntas solamente y venir con la firma autén- tica, como constancia de ser subscriptor. Las contestaciones se hacen únicament en esta página y no por carta particular, pudiendo contestarse bajo un seudónim si se desea. En la carta en que se haga la consulta no debe tratarse de ningún otr asunto, como renovación de subscripciones, reclamaciones, etc. Esto debe escribirs en otra carta, aunque puede incluirse bajo el mismo sobre.

Maruja.—1.ª Planchándola en el aire por el lado del revés. 2.ª Levantando en la mitad de la cabeza en forma de rodete.

Lectora de "E lHogar".—1.ª Lo mejor es humedecerlo con Agua Colonia antes de colocar las horquillas de rizar. 2.ª Le conviene dirigirse a algún establecimiento especial.

Una morocha.—Puede enviar las fotografías en las condiciones que desea.

Lolita.—1.ª Todas las sedas. 2.ª Sí.

Fresia.—Póngase vaselina todas las noches y lávese después con agua caliente.

Alma Guerrera.—1.ª Emplee el procedimiento que indicamos a "Fresia". 2.ª No pueden ser.

Una que molesta por vez primera, de B. Grande.—Los hay desde diez pesos, según las condiciones de los padres y pueden ingresar de seis años en adelante.

Violeta.—1.ª Sí. 2.ª También, aunque siempre debe imperar el gusto personal de la dueña de casa.

Condesa Negra.—1.ª Con baños faciales. 2.ª Lávese por algún tiempo con quillay.

Española.—1.ª Masaje todas las noches. 2.ª Vaselina pura en la parte afectada.

N. G. A.—No se puede formular más de dos preguntas cada vez. ¿Quiere enviar de nuevo las que le interesen más?

Rosa Blanca.—1.ª Fomentos de ácido bórico, aplicando después almidón del país. 2.ª Le convendría un poco de masaje.

Júpiter.—Lo mejor es que un especialista los haga desaparecer; mientras tanto puede ponerles, día por medio, tintura de yodo.

Azucena.—Da bastante buen resultado el uso del jugo de almendras machacadas.

Lila O.—Basta sumergirlo en alcohol y ponerlo después sobre una mesa bien estirado, sujetándolo por los extremos. 2.ª Oficialmente no debe usarla, pues hasta la mayor edad no tiene valor.

Flor del Valle.—1.ª Haga una mezcla de sebo con azufre molido hasta formar una pomada que colocará todas las noches donde tiene el mal, lávese después con ácido bórico o agua oxigenada no pura, todas las mañanas. 2.ª El peinado levantado, si le sienta.

Trébol de cuatro hojas.—1.ª La C únicamente. 2.ª Los hermanos.

Condesa.—1.ª Lávese por la noche con Agua Colonia mezclada con agua pura. 2.ª No creemos que haya sombreado más hermoso que el natural, con la ventaja de que no se perjudica el cutis.

Perlita.—1.ª En la calle Callao núm. 157, hay una como usted desea. 2.ª Son buenos, y consisten en recibir el vapor del agua hirviendo que podrá colocar en una palangana, cubriéndose con una toalla para que el efecto sea más eficaz.

Estrellita.—1.ª Todo está permitido dentro de lo correcto, nadie se fija si las niñas saben conducirse como es debido. 2.ª Es prudente no obligarlos a bajar la vereda, cuesta poco y produce una grata impresión.

Clara Gómez.—1.ª Es preferible que lo haga él, y en presencia de la madre. 2.ª Tienen por objeto depurar el cutis.

Adela Huger.—1.ª La corrección lo permite todo. 2 Si no va sola puede hacerlo.

Una negra fea.—No puede ser fea quien pregunta c tanta gracia. 1.ª Debe desplegarse, aunque no se colo como antes sino en la falda. 2.ª Si es comedor gener y de etiqueta, con sombrero.

Alma tierna.—Tiene usted razón: Existen naturalez en que las vibraciones pueden ser a la vez tan sutil y tan intensas, que la sola perspectiva de una salvaci moral, de un cambio de vida, llegan a producir u completa, una segura transformación. Mucho nos pla su manera de pensar.

Venturosa.—En efecto, es muy justa su observació "apena" el sentimiento casi místico que los hombr prodigan a la propia madre, mientras tan poco estim a las demás mujeres. Casi todos los poetas no han ca tado sino una mujer ideal, de la que Beatriz es u símbolo y Laura un jeroglífico; la mujer glorificada esencia, ensalzada en versos, es la mayor parte de l veces escarnecida sin piedad. Es una contradicción d lorosa, muy real. ¿No deberían los poetas querer s los primeros en vivir una vida noble, entera y coh rente a la luz del sol? pregunta usted ansiosament pregunta que revela una santa preocupación de su e píritu. Toca a la mujer reivindicarse ella misma con s caudal de amor, de maternidad y de bondad, pero ta bién de dignidad humana.

Marianella.—Sí; poder influir libremente sobre tod las criaturas ávidas de redención, poder darles u sonrisa, una esperanza, una energía a los que ignora gimen y desesperan, es, sin uda, realizar una misi grande, generosa...

Canción alegre.—En la Biblioteca del Consejo Naci nal de Mujeres, se dictan gratuitamente cursos de da tilografía, contabilidad, literatura, declamación, can y francés. Su local, ubicado en la calle Callao, 185 está abierto de 7 a. m. a 7 p. m.

Satisfecha.—Podemos recomendarle como muy bue el sistema Baró.

Madrecita.—1.ª Ser sencilla sin exageración y mode ta sin vanagloria. 2.ª Ser discreta en sus juicios y rep sada en la enunciación de sus ideas.

Encanto.—La mujer hacendosa jamás se ve acosa por ese terrible azote: el fastidio. Mucho me compla su pregunta porque ella deja traslucir una orientaci simpática hacia el verdadero fin para el que hemos si creadas. La lectura sana es un tónico poderoso pa su espíritu que entreveo fino y delicado. Perseverar triunfar.

María Luisa.—Reproducimos con gusto la receta e viada por usted contra las arrugas y grietas del cuti

Aceite de rosas rojas, recientemente preparado	100 gram
Cera blanca	10 ,,
Esperma de ballena	10 ,,
Borato de sodio	10 ,,
Extracto fluido Hinojo acuático	XL gotas
Esencia de nardos	XXX ,,

Mézclese todo exactamente. Cuando la crema está bi preparada tiene un color rosado subido.

"EL HOGAR"

REVISTA QUINCENAL PARA LAS FAMILIAS
LITERARIA Y DE ACTUALIDADES

Aparece cada dos miércoles

La primera publicación y la de mayor circulación en su género en la República Argentina

Editores: Empresa Haynes. La correspondencia debe dirigirse al Señor Administrador de la Empresa Haynes, CHACABUCO, 677|685, Buenos Aires. Unión Telefónica, 1472 (Avenida). Los reporters y fotógrafos están munidos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente. — No se devuelven originales, no se mantiene correspondencia respecto a los recibidos, ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la dirección, aunque se publiquen.

Agente en Montevideo: señor MANUEL FONSECA, Buenos Aires, 722

Venta en París en los kioskos de los bulevares y en la Librairie Française et Etrangére, 37, rue Saint-Augustin (Avenue de l'Opéra).

SUSCRIPCIONES

República Argentina: Por año, $ 4.— m|n. Número suelto, capital e interior, $ 0.20
Exterior: „ „ $ 3.— oro. „ atrasado. . . . . $ 0.30

"STELLA"
"STAR"
"IMPERIAL"
"EXPRESS"

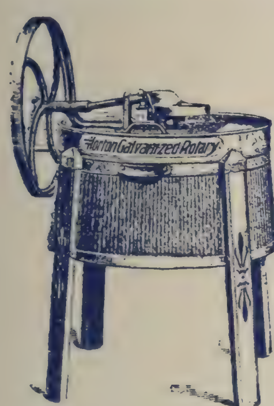


Todas estas cocinas responden a las exigencias del confort moderno.

Desde el punto de vista de la higiene no conocen rivales, pues queman absolutamente sin humo ni olor.

La rejilla tiene un mecanismo ingenioso que permite limpiarla rápidamente, desde afuera, sin sacarla.

Para darse cuenta de las principales ventajas que reunen nuestras cocinas, pida nuestro catálogo núm. 99, en el cual se describen e ilustran.



"EXPRESS"

Máquina para lavar.

Construidas en Francia. Modelos prácticos y de mucha duración. Adoptados en Europa por Ejércitos, Hoteles, Lavaderos, familias y por las principales comunidades religiosas, Hermanas San Vicente de Paul, etcétera.

Premiadas en todas las Exposiciones, desde 1868 hasta 1900, con más de 89 medallas.

Tenemos además un surtido completo en máquinas de planchar y exprimidores, etc.

Catálogo núm. 69, se remite a quien lo solicite.



Filtros de presion

Nuestros filtros son de la celebrada marca STAR, y están en uso en todos los países civilizados.

Esterilisacion absoluta

Los otros filtros (no merecen tal nombre), solamente quitan las substancias suspendidas en el agua visibles a la vista, dejando los microorganismos, que son tan peligrosos. Los filtros STAR purifican el agua completamente. Catálogo gratis. Pídalo a:

Anderson, Clerget y Cía.

Maipú, 135-147 - Buenos Aires - Gran Anexo Central: 47, Maipú, 49

TALLERES HELIOGRAFICOS DE RICARDO RADAELLI, PASEO COLON, 1266 — BUENOS AIRES


EXTRACTO DE MALTA
Quilmes
CERVECERIA ARGENTINA QUILMES
Ante la luz del sol y ante el juicio de los hombres
Extracto de Malta "QUILMES"
se revela el producto más puro, sano y fortificante para el organismo humano, debido á su científica y cuidadosa elaboración. Lo recomendamos muy especialmente para las madres que crian.
Precio por cajón de 24 botellas, $ m/n. 14
CERVECERÍA ARGENTINA QUILMES (Soc. An.)
ESCRITORIO CENTRAL:
BRASIL 731, Bs. Aires


EL HOGAR

Anécdotas y curiosidades

¿CUAL ERA EL FRUTO PROHIBIDO? Por qué y cómo se ha llegado a considerar la manzana como el fruto del árbol prohibido del Paraíso, es un enigma que nadie acierta a explicar porque en el Génesis, donde se relata el incidente del "árbol del Bien y del Mal" no se nombra el fruto. Todo lo que se dice es: "Y vió la mujer que el árbol era bueno para comer y que era agradable a los ojos, y árbol codiciado para alcanzar la sabiduría, y tomó de su fruto y comió, y dió también a su marido, el cual comió así como ella"...

Hay bastantes personas aficionadas a estos estudios que opinan que el fruto prohibido no era la manzana, sino el membrillo, cuya fragancia goza de gran estima entre los orientales.

El membrillo es un fruto consagrado a Venus y así se dice en muchos escritos antiguos. En Babilonia ocupaba Ishtar puesto igual al de la Venus de la Mitología romana y no hay que olvidar que la historia de la Creación procede de Babilonia. Así, pues, todos los datos y antecedentes parecen indicar que el fruto del árbol del Bien y del Mal era el membrillo.

Sea éste o la manzana, el caso es que los hijos de Adan y Eva hemos recogido el fruto — bastante amargo — de la desobediencia de nuestros primeros padres.

PRONÓSTICO CIENTÍFICO



"Se producirá un terremoto terrible, no se sabe en qué parte del mundo, pero sus efectos se dejarán sentir en los alrededores."

LUIS XIV EN ÓMNIBUS Cuando en 1664, Luis XIV concedió a MM. de Suchet y Crenon el monopolio para hacer circular por la ciudad y los alrededores de París, calesas, carrozas y tartanas para el transporte de gentes en común, los parisienses, aunque amigos del progreso, acogieron bastante mal la innovación.

"Se creían humillados — dice un viejo cronista — al ser transportados en común de un punto a otro, sin cambiar jamás de ruta, como vulgares mercaderías o bestias sin entendimiento."

Los primeros vehículos que circularon fueron atacados por el pueblo, que se entregó a violencias contra los cocheros y volcó los carruajes.

Entonces alegres estudiantes, a petición de los contratistas, montaron un día en todos los coches y recorrieron París en todos sentidos durante todo el día. Esta manifestación hizo cesar los disturbios, pero no pudo vencer la aversión del público.

Fué preciso aún que el Rey-Sol en persona, acompañado del duque de Enghien, tomara asiento en un coche público, para que los burgueses consintieran en servirse de ellos.

Luis XIV se trasladó así del Louvre a la Bastilla. En uno de los costados del carruaje se colocó un letrero con estas palabras: "Reservado para el recreo del Rey."

Al día siguiente, todo el mundo quería ir en carruaje. ¡Estaban creados y admitidos los ómnibus!

LA EVOLUCIÓN DRAMÁTICA



Antes el heroe de un drama solía ser un bravo y guapo militar.
Hoy es un detective, cuyos disfraces no son muy decorativos.

SENTIMIENTO JUSTIFICADO Se cuenta, y como sucedido se ha publicado, que, cuando murió en Londres el barón de Rothschild, al salir de la casa del difunto el cortejo fúnebre, vió el que lo presidía, a un hombre que daba grandes pruebas de sentimiento derramando abundantes lágrimas.

Dirigiéndose a él le preguntó:

— ¿Es usted de la familia del barón, caballero?

— No, señor — respondió el interpelado.

— Como le veo llorar amargamente... — insistió el que preguntaba.

— Es que lloro precisamente por eso: porque no soy de la familia.

PLATERÍA IMPERIAL El gran mariscal de la corte de San Petersburgo acaba de encargar al barón Foelkersan, conservador del palacio del Hermitage, que forme un catalogo ilustrado de todos los objetos de plata que existen en los palacios imperiales y que representan una fortuna fantástica. La mayor parte de esos tesoros fué adquirida por las emperatrices de Rusia, que reinaron antes del siglo XVIII.

Aunque, de aquella época, han sido fundidas muchas piezas de esas admirables colecciones, la cantidad de plata labrada que se encuentra en los palacios imperiales forma un peso total de cerca de 21.000 kilogramos. A esta suma se unen 200 kilogramos de oro y dos de platino.

Muchas de esas piezas de orfebrería son de origen extranjero, o fabricadas en Rusia, según modelos de otros países.

La prensa rusa manifiesta el deseo de que se organice, en cuanto se termine el católogo, una exposición pública de esos tesoros que, hasta el presente, sólo han podido admirar los privilegiados.

LAS PIPAS DEL REY El rey Jorge V adquiere, día a día, mayor popularidad en Inglaterra. Todo el mundo admira sus maneras sencillas y afables; todos los días se reciben pruebas conmovedoras de su bondad y de sus sentimientos filantrópicos.

Hace poco Su Majestad dió audiencia en el castillo de Balmoral, a unos veinte pescadores escoceses, que se distinguieron en el salvataje de numerosos náufragos durante los temporales que últimamente azotaron las costas de Escocia. El rey los felicitó cordialmente por su coraje y abnegación; habló con todos y les impuso las medallas de beneficencia. Antes de despedirse, el rey hizo entregar a cada uno de los pescadores una pipa montada en plata y un voluminoso paquete de tabaco.

Esos hombres rudos, de rostro bruñido, manos callosas y barba hirsuta, pero valerosos y con un corazón de oro, salieron emocionados y encantados de la audiencia real. Llenaron inmediatamente sus pipas, regalo real, con el tabaco de la misma procedencia, y encendiéndolas, abandonaron el castillo, atravesando el parque en correcta formación.

ARMA FEMENINA El pincho de sombrero es la única arma que no está prohibida por la ley. No podemos decir que las mujeres abusan de esta autorización tácita: a la mayor parte ni se les ocurre servirse de esta terrible arma que la coquetería impone.

Sin embargo, son numerosos los accidentes producidos por esta varillita de acero.

Un joven, debido a un barquinazo violento del tranvía en el cual viajaba, se sintió pinchado detrás de la oreja. Su vecina se excusó gentilmente, y él no pensó más en ello. Al día siguiente, el desgraciado moría: el alfiler había penetrado en el cerebro, quedando allí la punta.

En los Estados Unidos, los pinches de sombrero tomaron en los últimos tiempos proporciones tan descabelladas que fué presentado a la cámara un proyecto para limitar su uso.

Pero las elegantes de Nueva York levantaron tantas protestas, que la ley no fué votada.

Necesitaríamos disponer de mucho espacio para detallar con alguna minuciosidad los múltiples casos fatales en que los pinches han tenido el papel de principales protagonistas.

Hubo una época, no lejana por cierto, en que se abusó de los pinches desproporcionadamente grandes. Los accidentes producidos, fueron los que indujeron a la prensa, la grita de la dos, innovación.

ARTE MODERNO



—¡Qué quieres! Me han encargado una marina. ¡Y yo tomo mis modelos donde los encuentro!

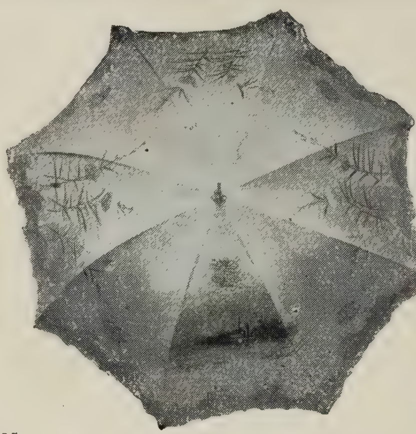
CASA · RIGHINI

CARLOS PELLEGRINI, 101 - BUENOS AIRES

PIELES ◈ PARAGUAS ◈ SOMBRILLAS ◈ CARTERAS ◈ ABANICOS ◈ GEMELOS PARA TEATRO Y ARTÍCULOS PARA REGALOS



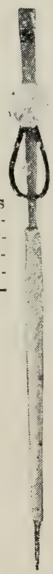
193. — En-tout-cas pura seda, todos colores, a $ 8.—



121. — Sombrillas pura seda, con encajes finos de Chantilly y pintadas a mano, con flores, paisajes, etc., etc., tipo especial para regalo, gran surtido para elegir, desde $ 15.— a . . . $ 30.—



En-tout-cas (Rosario), sarga pura seda, puños asta con incrustaciones, madera fina, a pesos 10.—, 12.—, 14.— y $ 16.—



194. — En-tout-cas (bella), pura seda, funda de terciopelo, última novedad, en todos colores . . $ 8.—



198.—En-tout-cas Poldi, tafetat inglés extra, muy delgado, con puño e incrustaciones de acero empavonado, nácar y doublé, $ 18.— Las mismas, en tornasol, todos los colores, las más bonitas $ 18.—



199. — Tip-Top satin de China, primera calidad, con puntitas y puños de carey rubio, lo más elegante y moderno, en todos colores. . . $ 22.—

La casa se encarga de toda clase de composturas en los artículos vendidos por ella. Extenso surtido en sedas para cubiertas de sombrillas, en-tout-cas y paraguas.



409. — En-tout-cas negro, seda gloria, $ 6.—. El mismo, con seda tramé, $ 8.—. En tafetat inglés sarga y satin de China, un extenso surtido, desde $ 10.— a pesos . . . 20.—

Nuestras encuestas

¿Qué haría usted si fuera muy rico, esto es, si tuviera mucho dinero?

Quisiera ser rica para vivir sin la preocupación del porvenir de mis hijos: vivir bien aunque sin gran lujo y crear una gran casa donde poder educar, darles oficio o carrera a los niños abandonados en la inclusa; y además daría premios para estimular al descubrimiento de las desgraciadas que los abandonaron, procurando después de su arrepentimiento el que reconocieran a sus hijos, pues opino que la mayor de las desgracias es no conocer la madre que nos dió el ser.—**Valencia.**

Si yo pudiera obtener mucho dinero, haría lo siguiente:

1.º Donar a mis padres una suma con la cual pudieran vivir de renta el resto de su vida.

2.º Donar a mis hermanos veinte mil pesos a cada uno.

3.º Dar una jira por distintos países.

4.º Para pasar mi vejez, formaría una estanzuela cerca de Rosario de Santa Fe, con todas las comodidades necesarias, pero sin exceso en el lujo.—**Manuel M. Amaya.**

Soy aún muy joven para dar mi opinión, es decir para explicar en debida forma lo que "haría si fuera rica"; pero lo explicaré en humildes palabras:

1.º Estudiaría para profesora en pedagogía y una vez recibida, compraría un terreno en un lugar sano, en el cual haría construir un colegio y unas cuantas piezas; compraría los útiles necesarios y luego daría instrucción gratuitamente a esos niños, a quienes sus padres, por impedirlo su pobreza, no envían a escuelas del Estado; a la tarde los enviaría a su hogar rogándoles hicieran sus deberes para el día siguiente, pues así llegarían a ser útiles a sí mismos, al hogar y a la patria; daría alimentos, alojamiento y ropas a esos pobres que no tienen hogar, y que andan mendigando.

2.º Ayudaría a los padres a alimentar a sus hijos y a ellos mismos proporcionándoles víveres y les pagaría el alquiler de su casa para que así pasaran una vida modesta, pero tranquila.

3.º Enviaría a las sociedades de Beneficencia mensualmente una cantidad de dinero, para socorrer a sus asilados y también les donaría ropa y pan.

4.º Fundaría una biblioteca y la llenaría de libros instructivos para pasar las horas de descanso leyendo, e invitaría a mis simpáticas amiguitas me acompañasen en mi agradable tarea.

5.º Y si fuera rica no sería orgullosa, no gastaría el dinero en trajes preciosos y joyas, sino que en mis trajes y adornos reinaría la sencillez y trataría de ser amable con todos. En una palabra, la mitad de mis rentas las distribuiría en obras caritativas. ¿Bué les parece mi idea, es buena o mala?—**Una niña de 14 años.**

¡Qué haría yo si fuese rica!... En primer lugar haría lo que casi todas contestan, y creo será porque es el sentimiento más noble a que da cabida el corazón:

1.º Haría construir grandes edificios en los cuales habría multitud de cómodas casitas para tantos pobres obreros cargados de familia, y pequeñitos que muchas veces llorarán por pan!...

2.º Toda mi familia estaría junto a mí y habitaríamos una suntuosísima casa en la ciudad, y un hermoso y pintoresco chalet en la estación de verano, en medio de una deliciosa pradera. En el país que yo habitase no habría miseria y mucho, muchísimo menos, tantas pobres criaturas que no conocen el amor maternal y que sufren toda clase de privaciones. Habría para ellos grandes escuelas en donde los haría educar y ser hombres arrojados hasta la muerte con el objeto de defender su patria.

3.º Grandes academias y teatros para fomentar el arte del "Divino Canto"...—**M. E. Gorreta Ferraris.**

¡Qué haría si yo fuera rica? Ante todo aliviar la existencia de mis padres y hermanitos, de manera que no tuvieran que desear nada y mis hermanitos concluyeran sus estudios. Después me casaría con un joven pobre a quien amo y haríamos todo el bien posible, dotando a aquellos jóvenes que (como a nosotros) su situación pecunaria les impide el ser felices. Construiría casas para pobres, alquilándolas a precios reducidos; asilos para ancianos y huérfanos; y por último viajaría por toda Europa y demás países y me subscribiría a muchas bibliotecas y revistas (tan lindas como El Hogar) porque es mi pasión la lectura.—**Dolly.**

¿Si fuera rico? Fomentaría la agricultura, la industria, combatiría con denuedo por hacer ceder para labrarlas inmejorables zonas agrícolas, improductivas hoy; que pertenecen a grandes terratenientes, quienes las han heredado, y que ignoran los grandes beneficios que el trabajarlas reportaría a la humanidad. Y si poseyera dinero, contribuiría tanto como posible me fuera, a la fundación y sostenimiento de escuelas; templos estos donde se enseña la verdad y donde se instruyeran las generaciones que harían honor a la patria. Por último: Ayudaría al necesitado y contribuiría en todo sentido al engrandecimiento moral y material de mi país.—**Dronojo.**

Desearía ser rica, para mejorar la situación de los pobres desventurados, que sufren las vicisitudes de esta senda mezquina.—**M. A. Giral.**

¿Qué haría si fuera rica, es decir si tuviera mucho dinero?

Primeramente, haría más acomodada la situación de mi hogar. Las diversiones y paseos, serían mi principal ocupación; pero no olvidaría a esos pobres, que viven de la caridad pública y por lo tanto les proporcionaría asilo.

Y por último fundaría escuelas para el adelanto intelectual y moral del país y de sus habitantes.—**Dora.**

Si yo pudiera disponer de muchos millones viajaría por apartadas y extrañas regiones desconocidas por mí; ir a la India es mi sueño dorado, contemplar esas inmensas e intrincables selvas, estudiar ese mito religioso, en que tantas vidas humanas se sacrifican; ir a Italia a contemplar la ruinas imponentes de la antigua Roma, admirar las pirámides de Egipto, contemplar el antiguo dominio de los Incas. ¡Qué bello sería mi viaje, viajaría de un extremo al otro del mundo, para admirar gozoso los panoramas que la naturaleza nos brinda!—**Francisco Sergiani.**

¿Para qué quiero ser rico?

Varias veces me he abierto este interrogatorio y diversas respuestas surgieron en mi mente.

No obstante puedo decir que: constituye mi ideal para contribuir a labrar la felicidad de los seres queridos; mi ambición constante para mitigar en lo posible, la acerba acrimonia que la miseria trae al proletario; mi deseo, ardiente como el de todos, para gozar de las comodidades que el dinero proporciona.—**A. Moreno Tejerina.**

Si yo fuera muy rica, compraría varias estancias y tendría en Mar del Plata y Montevideo hermosos chalets, y en Buenos Aires una señorial mansión.

Visitaría las principales capitales europeas. Me quedaría en París el tiempo necesario para poder estudiar pintura (a la que tengo una gran afición), al mismo tiempo pondría gran empeño en asombrar a las parisinas con mi elegancia.

Por último haría frecuentes donaciones a los pobres, fundaría hospitales y con especialidad escuelas y también crearía una Liga en contra del sufragismo.—**María Elena Obredor.**

¿Qué haría si fuera rica?

Primero, rodearía de bienestar a mi querida madre, y a todas las personas que me son queridas; después haría mucha caridad, pero no a los mendigos aparentes, sino a los seres que sufren en silencio, oprimidos por la miseria; jamás sabrían mi nombre.

Luego fundaría un hospital de que sería la principal enfermera, para lo cual siento gran vocación, aun cuando en la primavera de la vida, sería incansable en el deber; mi mayor recompensa sería la sonrisa de alivio del que sufre.

¿Qué mayor satisfacción para el alma?—**Brisa Oriental.**

¿Quiere usted saber qué haría yo si fuese muy rica? Prestaría dinero a las personas que lo necesitasen, sin cobrar por ello ningún interés o rédito.—**Maruja la Usurera.**

Yo no he soñado nunca con riquezas y millones, siempre estuve conforme con mi estado; pero, si fuera rica lo bastante para hacer lo que me dicta mi corazón, haría lo siguiente:

1.º Fundaría una escuela para recoger en ella a todos los niños de la calle, los instruiría y educaría esmeradamente, para que más tarde (en lugar de llenar las cárceles), fuesen buenos padres de familia, honrados obreros, útiles a la patria y a la sociedad.

2.º Fundaría un asilo para retirar en él a todos los pobres, ancianos y desvalidos.—**A. G. de Spertino.**

EL TEATRO DE EL HOGAR

La pesca del pavo

Escenas vulgares

PERSONAJES: **Sra. Ana.—La mamá**
Josefina. —La niña
Luis. —El novio

ESCENA I. Josefina y su mamá

Sra. —Vamos a ver, Josefina,
contame algo de la boda
de Inés. Te pasaste toda
la noche con Luis Encina
bailando, y se me figura
que no al ñudo habréis estado
juntos. ¡Qué, se ha destapado?
¿largó l rollo?... ¡Criatura!
¿qué te ha dicho? Contestá,
decime, ¿se declaró?
¿O es que no querés que yo
sepa nada?
Josefina. — —No, mamá.
Sra. Ana.—¿Nada? ¡No, no puede ser!
¡Ya sería demasiado!
Toda la noche a tu lado...
Josefina. —Pues, nada.
Sra. Ana.— —Pero, mujer,
¿es posible?
Josefina. — —No te miento.
Sra. Ana.—¡Qué poste! ¡Válgame Dios!
¿Se está riendo de vos,
o es mudo de nacimiento?
Josefina. —Pero mamá ¿qué querés
que haga yo?



Sra. Ana.— —Tener más arte.
Poné un poco de tu parte
también. Aprendé de Inés.
En la boda de Luz Prado
conoció Inés a su Ernesto,
que es más zonzo, por supuesto,
que Luis, y ayer se han casado.
Tres meses de relaciones
han tenido solamente
y, en cambio, tu pretendiente
no larga ni a tres tirones.
Por vos se le cae la baba
ya hace un año...
Josefina. — —¡Y aún te choca
que tenga seca la boca,
y no hable?
Sra. Ana.— —No, si la pava
sos vos. ¡Parece mentira
que tengás mi sangre! ¡Ah!...
¡Como yo fuera!...
Josefina. — —¡Mamá!
Sra. Ana.—A un hombre así, se le tira
de la lengua y se le arranca
si no rompe a hablar. Te juro
que yo me ví en ese apuro
con tu padre y no fuí manca;
quiero decir, no fuí muda.
Josefina. —¿Le hiciste hablar?
Sra. Ana.— —¡Cómo no!
(aparte) (¡Aunque luego me pesó!)
A un pavo así, se le ayuda
con preguntas maliciosas
que parezcan inocentes,
miradas incandescentes
y palabras cariñosas.
Josefina. —¡Si yo no sirvo para eso,
mamá!
Sra. Ana.— —¿Para qué servís,
entonces?
Josefina. — Yo sé que Luis
me quiere y, te lo confieso,
yo también le quiero mucho,
pero, de veras, no sé
qué hacer para darle pie.
Sra. Ana.—Bueno, escucná.
Josefina. — —Ya te escucho.
Sra. Ana.—Vos decile, por ejemplo,
que... estás estallando de ira,
(aunque sea una mentira,
por desgracia, como un templo),
porque un doctor muy audaz
te asedia a más no poder
y que no sabes qué hacer
para que te deje en paz.
y lograremos que Luis
quiera mojarse la boca
para hablar.
Josefina. — —¡Me volvés loca
con todo eso!
Sra. Ana.— —O le decís:
—¿Tiene usted novia? Y después,
cuando él te diga que no,
suspirá así, como yo,
mirá: ¡Ay! ¿Me comprendés?
Si así no estalla, otro día
vos le podés preguntar:
¿Conque se va usté a casar?
¡qué callado lo tenía!
¿Que eso no le conmovió?
decile entonces: ¡Dichosa
la mujer...
Josefina. — —¡Mamá, qué cosa
bárbara! No, lo que es yo,
aunque quiero mucho a Luis
antes me quedo soltera
que hablarle de esa manera.
Sra. Ana.—¿Sabés vos lo que decís?
yo creo que estallará
si vos le hablás!
Josefina. — —¿Y si calla
como un difunto y no estalla?
¿Qué hago yo entonces, mamá?
Sra. Ana.—Si diciéndole, m'hijita,
todo eso, no estalla aún...
¡hacele estallar con un
cartucho de dinamita!
¡Ah, no! Pero él romperá
a poco que le ayudés.
Y, últimamente, ¿querés
que yo le hable?
Josefina. — —No, mamá;
Sra. Ana.—Dejámelo por mi cuenta;
le diré lo que hace al caso
para que salga del paso:
¡ya verás cómo revienta!
Josefina. —No, no. Yo le voy a hablar
en cuanto tenga ocasión.
Sra. Ana.—Apuntale al corazón
a ver si le hacés saltar.
(Sale la mamá).

ESCENA II. Josefina y Luis. Después, la Sra. Ana

Luis. —Buenas tardes, Josefina.
Josefina. —¡Hola, Luis! ¿Cómo le va?
Luis. —Bien ¿y usted?
Josefina. — —Bien.
Luis. — —¿Su mamá?
Josefina. —Buena, gracias.
Luis. —(aparte) —¡Es divina!
Josefina. —¿Decía usted algo?
Luis. — —No.
¿y usted?
Josefina. — —Tampoco, no; nada.
Luis. —(aparte) ¡Está así, como turbada!
Josefina. —(aparte) ¡Voy a tener que hablar yo!
Luis. —¿Siente frío?
Josefina. — —Así, así.
¿y usted?
Luis. — —¡Ah! ¡Yo estoy helado!
Josefina. —Y qué tal, ¿ha descansado


Madres dad a vuestros hijos el
Jarabe "Roche"
es agradable al paladar
cura Tos
Constipados
Bronquitis
da Pulmones robustos,
y precave la Tuberculosis
Jarabe Roche de Thiocol
Ch. Weiss
30 Boul.d Magenta
y rue de Lancry 30
PARIS
F. Hoffmann La Roche
7, Rue St Claude
PARIS
Precio: 4f 50 el frasco
F. HOFFMANN-LA ROCHE y Cie PARIS.
De venta en toda Farmacia y Droguería.
Agentes. O. MONACO y Cª 871 Viamonte Buenos Aires.

del baile de anoche?
Luis. — — Sí,
y usted ¿también descansó?
Josefina. —Sí, también, gracias. ¡Qué noche!
Yo me dormía en el coche
cuando vine.
Luis. — — También yo.
Josefina. —(dirigiéndose a Luis) ¡Estoy estallando de ira!
Luis. —¿De veras?
Josefina. — — ¡Estoy rabiosa!
Luis. —¿Y por qué?
Josefina. — — Por una cosa.
(aparte) ¡Dios mío, cómo me mira!
Luis. —¿Y no se puede saber
por qué es ello?
Josefina. — — Sí, señor;
porque un joven... un doctor
me asedia a más no poder.
Luis. —¿Es buen mozo?
Josefina. — — ¡Ya lo creo!
Luis. —¿Tiene plata?
Josefina. — —Sí, señor.
Luis —¿Será sincero su amor?
Josefina.—Pienso que sí.
Luis. — — ¡Pues no veo
por qué no le quiere usted
entonces!
Josefina. —(aparte) ¡Qué hombre más duro!
Luis. —(aparte) ¡Yo salgo aquí de mi apuro!
Josefina. —(aparte) ¡Nada, no cae en la red!
(a Luis) La verdad que es buen partido;
tal vez tenga usted razón.
Luis. —No pierda usté esa ocasión
de tener un buen marido.
Josefina. —¡Me aplastó!
(dirigiéndose a Luis) Pues, sin embargo,
no me gusta. El otro día
me dijo que me quería
dar un beso...
Luis. — — Me hago cargo
de su enojo por el beso.
Josefina. —¡Si viera usted de qué modo
se puso!...
Luis. — — Despues de todo,
eso es un pequeño exceso
nacido de la pasión.
Se ve que la quiere a usted.
Josefina. —(aparte) ¡Dios mío! ¿qué le diré
que le mueva el corazón?
¡Ah! Me falta todavía
decirle... Voy a probar.
(dirigiéndose a Luis)
¿Conque se va usté a casar?
¡Qué callado lo tenía!
¿Conque no me han engañado?
Luis. —Le diré, ya que es preciso,
que estaba yo algo indeciso
y bastante preocupado,
porque había otra mujer...
Josefina. —(aparte) ¡Era yo!
Luis. — — que me gustaba
y, francamente, dudaba,
no sabiendo lo que hacer.
Josefina. — ¡Mas al fin!
Luis. — —Me he decidido
por una.
Josefina. — — ¿Quién es?
Luis — — Elena.
Josefina. — ¡Pobre la otra!
Luis. — — No me apena.
(aparte) ¡Qué lagarta!
Josefina. —(aparte) — ¡Qué bandido!
(a él) ¿Y por qué no le da a usté
pena de la otra?
Luis. — — Verá;
la otra tiene una mamá
que, francamente, no sé
si con semejante suegra
la niña hallará marido.
Josefina. — (aparte) ¡Cielo santo! ¿le habrá oído
mamá? ¡Qué suerte más negra!
la mía. Me equivoqué.
Sra. Ana. (entra en escena) ¡Hola, Luis! ¿Cómo le va?
Josefina. — (aparte) ¡Dios bendito! ¡Mi mamá!
Luis. — (a la Sra. Ana) Bien, muchas gracias ¿y usté?
Sra. Ana.— Regular; de tal manera
dormí que estoy atontada
pero, en fin, eso no es nada.
Luis. — (aparte) ¡Si me habrá oído esta fiera!
Luis. — Señora Ana, con permiso,
yo me voy...
Sra. Ana.— —¡Qué disparate!
(a Josefina) Josefina, retírate;
(a Luis), siéntese. Es preciso
que resolvamos al punto
cierta cuestión... No soy sorda.
Luis. — (aparte) ¡Aquí se va a armar la gorda!

Sra. Ana.— y me enteré del asunto
de que hablaban Josefina
y usted aquí, hace un instante.
Me ha molestado bastante
saber lo que usted opina
de mí...
Luis. — — ¡Señora, yo no...
Sra. Ana.—No me ha querido ofender,
ya comprendo. Puede ser
que haya entendido mal yo.
Luis. —Yo, señora...
Sra. Ana.— Usted se calla
que estoy hablando yo ahora.
Luis. — (aparte) ¡Me revienta esta señora!
Sra. Ana.—(aparte) ¡Voy a ganar la batalla!
(a Luis) Usted está enamorado
de Josefina, lo sé;
y ella también por usté
creo que se ha interesado.
Lo que haya podido hallar
en usted que es pobre y feo,
allá ella; yo no le veo
nada de particular.
Luis. —Tengo estancias; el acopio
de cereales me da rentas
y... soy hombre, en fin de cuentas.
Sra. Ana.—(aparte) ¡Le he tocado el amor propio!
De la plata no se trata,
es decir, yo considero
que usted es un caballero
y no viene por la plata.
¿No es así?
Luis. — — Naturalmente,
no me hace falta ninguna,
ni he pensado en su fortuna
para casarme.
Sra. Ana.— — Corriente.
En vista de su insistencia
Luis. —¿Qué
Sra. Ana.— — le concedo la mano
de mi hija.



Luis. — — Pero...
Sra. Ana.— — Es en vano
solicitar la anuencia
de mi esposo. Yo le haré
ver que es sólo una manía
la profunda antipatía
que siempre le tuvo a usté.
Se casan de aquí a dos meses
o antes, si esa es su opinión.
Luis. —Señora, mi situación...
Sra. Ana.— ¡No me hable usté de intereses!
(llamando) ¡Josefina!... Ven acá.
(entra Josefina) Ahí tenés a tu marido.
Josefina. —¿Cómo?
Sra. Ana.— — Es decir, me ha pedido
tu mano.
Josefina. — ¿Cierto, mamá?
Sra. Ana.—Sí.
Josefina. — — Mi pecho es una fragua.
Sra. Ana.—Supongo no tendrás queja.
Josefina. —¿Yo? ¡Al revés!
Luis. — — ¡Maldita vieja!
Josefina. — ¡Qué alegría!
Luis. —(aparte) — ¡Pecho al agua!
(a la Sra. Ana) Señora, pido perdón...
Sra. Ana.—Todo le perdonaré
si es que al fin se casa usté.
Luis. —Mas... con una condición.
Sra. Ana.—¿Cuál?
Luis. —Que ella y yo viviremos
solitos en nuestro nido,
lejos de usted...
Sra. Ana.— — Concedido.
(aparte) ¡Eso, después lo veremos!

TELON

José M.ª SIERRA.

De aquí y de allá

Carnero unicornio. — No es un fenómeno único, antes bien es una raza de carneros, cuyos ejemplares llevan en medio de la cabeza un enorme cuerno muy recurvado.

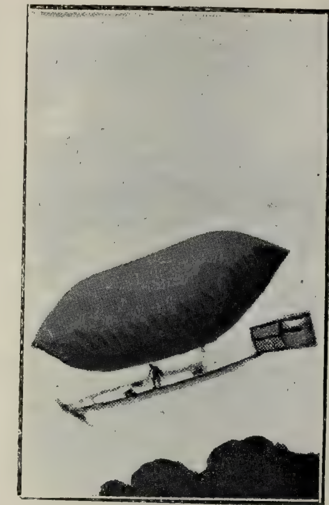
Estos curiosos animales existen en la falda del Himalaya, en el Nepaul, reino independiente del Indostán.

Pueden domesticarse fácilmente y viven en rebaños como los carneros ordinarios. La carne es sabrosa y su lana más abundante y más fina que la de otros ovinos. Créese que el hecho de que tengan un solo cuerno se debe a una lenta evolución y a una serie de transformaciones. Los dos cuernos que tenían primitivamente han debido unirse poco a poco hasta constituir esa única defensa. Esta deducción parece lógica, si se observa la ranura que presenta el cuerno, verticalmente, en su centro.



El dirigible más pequeño. — Está muy lejos de tener las proporciones de un Zeppelin o de un Spiess, porque mide exactamente 25 metros de longitud máxima y 7 metros en su mayor diámetro. La barquilla se extiende bajo su longitud y es análoga al armazón de un aeroplano. En la popa de esa barquilla se colocan lienzos estabilizadores, en el centro se halla un motorcito de 25 H. P. y en la proa la hélice.

Este dirigible miniatura es no sólo notable por sus exiguas proporciones, sino también por la historia de su construcción. Es, en efecto, la obra de un joven francés, de 18 años, quien lo ha concebido y lo ha ejecutado, por entero, sin auxilio de nadie. El inventor se ha colocado varias veces en la barquilla de su aparato, que ha maniobrado perfectamente y ha podido volar en un espacio de más de 25 kilómetros con absoluta seguridad.



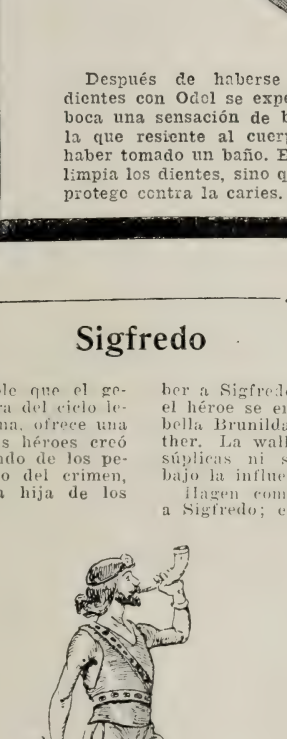
Desde luego, admitiremos que con ese aparato no es fácil que pueda realizar las audaces pruebas de Pegoud, que en sus vuelos invertidos acaba de asombrar al mundo; pero hay que reconocer que el inventor del pequeño aeroplano no es uno de tantos ilusos que fracasan en sus inventos. El suyo ha dado resultados excelentes en proporción a sus condiciones y esto servirá de estímulo al constructor para lanzarse a más grandes empresas, en la locomoción aérea.

Es indudable que la aviación, creando una nueva industria y nuevos medios de transporte, es hoy uno de los más interesantes aspectos de la actividad humana, y todos los esfuerzo que tienden a desarrollarla merecen llamar la atención.

Sigfredo

Sigfredo, el héroe valeroso e invencible que el genio de Wagner arrancó de la penumbra del cielo legendario germánico para llevarlo a la escena, ofrece una particularidad que lo distingue de cuantos héroes creó la humana fantasía. Nacido del más nefando de los pecados, es modelo de castas virtudes; hijo del crimen, el destino lo escoge para redimir a una hija de los dioses...

Dos hermanos, Sigmundo y Siglinda, fruto de los amores terrenos del dios Wotan, se aman ignorando su parentesco, y el primero mata con una espada encantada al marido de la segunda, siendo a su vez muerto, en justo castigo, por su propio padre. Wotan es justiciero, y después de castigar a su hijo humano, castiga a su hija divina, a la walkiria Brunhilda, que protegía aquellos amores criminales, sumiéndola en un letargo que durará hasta que la despierte el beso de un héroe que logre salvar el cerco de fuego que la rodea. Este héroe es Sigfredo, nacido del incesto.



Sigfredo ha sido educado por el enano Mimo, que se propuso hacer de él un hombre capaz de arrebatar a Fafner, el gigante transformado en dragón, el anillo forjado por otro enano, Alberico, con el oro del Rhin. El joven héroe, en efecto, lleva a cabo aquella hazaña; pero una vez dueño del anillo, sabe por las aves de la selva el secreto de su origen, se entera de que Mimo proyecta envenenarle y conoce la triste suerte de la walkiria Brunhilda. La espada prodigiosa, que le ha servido para vencer a Fafner, arranca la vida al enano. Sigfredo cruza el mar de fuego, y un beso de sus castos labios despierta a la hermosa walkiria.

El héroe y la heroina se aman. Convertidos en marido y mujer, viven dichosos hasta que Sigfredo llega un día a los estados del rey Gunther, que gobierna en colaboración con el enano Hagen. Este desea recobrar para su raza el anillo forjado por Alberico, y hace beber a Sigfredo un brebaje mágico, bajo cuya influencia el héroe se enamora de la hermana del rey, olvida a la bella Brunilda y hasta la da por esposa al mismo Gunther. La walkiria se resiste, se desespera: mas ni sus súplicas ni su dolor enternecen a Sigfredo, siempre bajo la influencia del mágico brebaje.

Hagen completa su obra asesinando en una cacería a Sigfredo; el héroe recobra en aquel momento la memoria, y muere pronunciando el nombre de la bella walkiria. Pero su valor y su firmeza van más allá que su vida, y cuando el enano pretende arrancarle el anillo, el brazo muerto se levanta, la mano muerta se cierra, y Hagen tiene que renunciar a su propósito. Aquella mano sólo se abrirá cuando vengan a abrirla los delicados dedos de la divina guerrera a quien Sigfredo redimió con un beso de amor. Y Brunhilda es, en efecto, la que dulcemente abre la mano del héroe muerto, y coge el anillo, arrojándolo al Rhin para que lo recojan las ondinas, las legítimas dueñas del oro que arrastra el río.

Entretanto, arde la pira funeraria del héroe. Brunhilda, siempre apasionada, salta sobre su caballo de guerra y se precipita entre las llamas. Y entonces, el universo entero se conmueve. La muerte de Sigfredo y el amoroso sacrificio de Brunhilda señalan el ocaso de todo aquel mundo mitológico.

El Walhalla arde; los dioses, los enanos y los gigantes se acaban, y sobre la tierra se abre una nueva era. Ahora son los hombres los que van a dominar en ella, y el amor humano reinará brillando con todo su esplendor. La leyenda termina, y empieza la realidad. Sigfredo ha muerto...

Y la muerte del héroe, señalando uno de los pasajes culminantes de la tetralogía, inspiró a Wagner una de sus más grandes concepciones musicales, ese fragmento que—aun desligado de la totalidad de la obra—causa profunda sensación: la "marcha fúnebre".

UN TEMPLO DE ISIS EN GENOVA. El turista que recorre las fortificaciones de Génova se queda profundamente sorprendido al encontrar en su camino la curiosa construcción que reproduce nuestra fotografía y que parece transportada por arte de magia desde las orillas del Nilo.



Tan curioso edificio, semejante a un templo egipcio fué erigido hace diez o doce años por una sociedad de índole misteriosa, a cuyos miembros se les suponía adoradores de Isis. Reuníanse los martes y los domingos, pero las reuniones no duraron más que seis meses, porque la asociación se disolvió como suelen disolverse estas sectas pequeñas: por falta de fondos. El templo permaneció cerrado algún tiempo, hasta que lo tomó un tabernero para despachar bebidas, pero también le fué mal y hubo de cerrar un establecimiento que seguramente habría sido una mina si se hubiera podido transportar a París y ponerlo al lado de los cafés excéntricos de Montmartre.

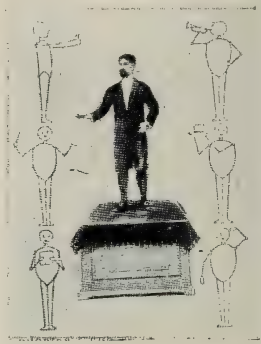
UNA ESTAFETA PRIMITIVA. Las ciudades americanas son notables por la rapidez con que se desarrollan en extensión, población y elementos de vida. Uno de los ejemplos más notables lo, ofrece la ciudad de Nebraska, capital del estado del mismo nombre de la república norteamericana. Nebraska es hoy una población importante y, sin embargo, todavía vive en Londres un viajero que cuenta en sus recuerdos una anécdota muy curiosa.



El viajero en cuestión llegó a Nebraska en los tiempos en que no había allí más que un grupo de casuchas y barracones construídos de cualquier modo por los primeros pobladores y al preguntar a unos vecinos por la estafeta de correos le indicaron que debía ponerse al habla con un viejo que estaba sentado en un tronco de árbol, a algunos metros de distancia. El viajero se acercó al anciano y cuando le hubo expuesto su deseo de ir a la estafeta a recoger una carta que esperaba, el viejo se quitó el sombrero, rebuscó entre varias cartas que guardaba en él y entregó el pliego esperado. ¡La administración de correos de Nebraska no tenía más local que la copa del sombrero del cartero!

Hoy dispone el servicio postal de la población de numerosos empleados y de un gran edificio a la moderna.

UN AUTÓMATA PARLANTE. Un francés ha inventado un autómata que según dicen es de lo más perfecto que se ha hecho en muñecos de esta clase. En la base sobre la cual se alza la figura hay mecanismos para mover los ojos, los párpados, la cabeza, la boca, los brazos, las manos y los dedos. El autómata puede mover a un tiempo catorce partes diferentes y adoptar 5.600 posturas distintas. Está provisto también de dos fonógrafos, uno para hablar y otro para cantar, según se desee.



El inventor se propone destinar el autómata a la publicidad de las casas que lo deseen. Vestido de cocinero, por ejemplo, puede anunciar productos alimenticios.



Poesías infantiles (Para recitar)

Los inválidos

"Micifuz" pasó diez años
de su vida en un cortijo
dando caza a los ratones
que se comían el trigo;
pero tuvo mala suerte
después de tantos servicios,
porque al verle viejo y torpe
lo echaron al pobrecillo...
Caminando, caminando
en busca de nuevo asilo
anduvo entre matorrales
hasta que cayó rendido.
Se fué acercando el cuitado
hasta hallar un escondrijo
entre unos pedruscos grandes
y unas matas de tomillo.
En aquel asilo rústico
se quedó "medio" dormido,
que el hambre no le dejaba
gozar de un sueño tranquilo.
cuando sintió un ruido extraño,
y vió llegar de improviso
un conejo que fué a darle
con su cuerpo en el hocico.
— Perdone usté, compañero —
dijo el roedor muy fino, —
estoy tan mal de la vista
que a estas horas no distingo.
¿Es usté conejo o liebre?
— Ahora no, porque estoy vivo;
después de mi muerte suelo
pasar por liebre en los guisos.
— ¡Válgame el tiempo de veda!
Según lo que usté me ha dicho,
debe ser gato sin duda.
— Siempre por tal me he tenido....
— Pues ya que mi mala suerte
me trajo aquí, le suplico
que no me haga sufrir mucho;
máteme, mas sin martirio.
"Micifuz", que era un buen gato,
con generosos instintos,
tuvo lástima del pobre
conejo ciego, y le dijo:
— Por mi parte, compañero,
puede usté vivir tranquilo,
que es una acción miserable
abusar de un impedido.
¿De qué se quedó usté ciego?
— De un disparo, amigo mío,
que matando a un compañero,
a quien iba dirigido,
me metió unos perdigones
en los ojos.
— ¡Pobrecillo!
— Veo que usté es generoso.
— Soy desgraciado, mi amigo,
y al ver a otro desgraciado
cual yo, con él simpatizo.
— ¿Y qué desgracia es la suya?
— Estoy viejo y paralítico,
y me echaron de la casa
donde prestaba servicio.
— Pues si piensa usté quedarse
a vivir por estos sitios,
y quiere usté, bondadoso,
servirme de lazarillo,
quizá le pueda ser útil.
— Compadre, lo mismo digo.
Si quiere usted enseñarme
dónde hay algún caserío
o sitio donde se pueda
hallar algo nutritivo,
yo le serviré de guía
para andar por los caminos.
¿Se acepta el trato?
— Se acept
Así los dos desvalidos,
reuniendo sus esfuerzos
como dos buenos amigos,
vivieron, hasta que un día
se los encontró dormidos,
el uno juntito al otro,
un señor muy compasivo
que se los llevó a su casa,
donde vivieron tranquilos...

JORNAL ESCASO



Los chinos que se dedican al acarreo del te se cargan pesos enormes y recorren al día muchos kilómetros por menos de cuarenta centavos de jornal. Pero aún así tienen que luchar con la competencia de las mujeres, que en punto a fuerzas y a resistencia no se quedan a la zaga, y además se contentan con un jornal más ínfimo todavía que el asignado al sexo fuerte.

La fotografía adjunta da idea de las proporciones de la carga que son capaces de transportar las chinas, sin gran esfuerzo.

EL MASAJE DE LOS PRESOS

En muchas cárceles de la India se presencia frecuentemente la escena que reproducen nuestras fotografías. Provisto cada preso de un cuenco de latón o



de hierro se dirigen por la mañana temprano a un lugar determinado donde hay un trozo de pavimento de piedra por el centro del cual se desliza un canalito de agua, y se colocan en dos filas, una a cada lado del canal. A una voz de mando del carcelero llenan de agua los cuencos y lavan el jubón que les sirve de chaquetilla. Previa otra voz de mando, los presos se ponen en cuclillas, se echan agua por la cabeza y por la espalda, giran sobre sus talones y cada cual empieza a frotar vigorosamente la espalda del individuo que tiene delante. Cuando el carcelero indígena juzga suficiente el "masaje" da otra voz, los presos giran y cada individuo fricciona al que le friccionó antes a él. Los presos a quienes les tocan los puestos de la cabeza y de la cola de las filas no reciben más que la mitad del tratamiento.

La escena resulta muy cómica a los ojos de los europeos.

UN MENDIGO INTERESANTE

A todos los europeos que visitan Tabris (Persia) les llama la atención un mendigo de aspecto venerable que recorre penosamente las calles apoyado en un grueso palo. El actual pordiosero es un ejemplo viviente de las vicisitudes de la existencia humana. En otros tiempos fué jefe de policía de Tabris y vestía con todo el esplendor de los uniformes orientales, el que ahora se cubre con unos harapos e implora la pública caridad, sin que nadie le ofrezca protección.



Para hacerse cargo de la importancia del destino de jefe de policía en aquella población, basta decir que Tabris es capital de la provincia de Aderbaiyán y segunda capital de Persia por ser la residencia del príncipe heredero que la gobierna; es también residencia de un arzobispo y de un obispo, y tiene 200.000 habitantes.

Casimiro, pez colorado

Por una casualidad elegí a Casimiro, entre otros cien ejemplares de razas diferentes, cuando se trató de adornar mi casa con la presencia de un animal doméstico.

Esta bestia, por lo menos—me dije—no cría pulgas.

Y aseguro a ustedes que no me arrepentí de mi elección. Casimiro era el ser más inteligente que podía encontrarse y, después de algunos días de adiestramiento, se puso en condiciones excelentes para darme todas las pequeñas satisfacciones que un hombre puede esperar de un "hermano" inferior, al que se le cambia el agua, cuidadosamente, todas las mañanas. El caso es que sabía saltar, hacer monerías, ponerse derecho y asomarse al borde del acuarium para recoger una lombriz, puesta a guisa de terrón de azúcar, como el perro mejor amaestrado.





Pero donde se mostraba Casimiro verdaderamente extraordinario, era en las manifestaciones de su exquisita sensibilidad.

Su cariño hacia mí era tan vivo que había aprendido a conocer mis pasos a distancia, y sin equivocarse.

Cuando yo entraba en casa, por la noche, nunca dejó de saludarme, moviendo la cola de contento, cuanto le permitía la pecera nueva que le compré el día de su cumpleaños.

Ustedes supondrán juiciosamente que yo, por mi parte, no podía permanecer insensible a semejantes muestras de afecto. Poco a poco, le fuí tomando cariño a Casimiro y cada vez me agradaba más estar en su compañía, de modo que acabamos por estar juntos todo el tiempo posible.

Por desgracia, esta intimidad acrecentó aún más el amor y la sensibilidad de Casimiro. Pronto me fué imposible alejarme de su lado, sin oir los gritos que exhalaba el pobre animal y que el agua, naturalmente, apagaba, pero que subían a la superficie del agua en forma de burbujas, delatoras de su angustia. Yo, reconocido, acabé por sacrificarle mis paseos dominigueros.

Esos días, en lugar de dirigirme al puerto o al jardín zoológico, como acostumbraba en otros tiempos, me quedaba en casa, paseando alrededor de la pecera.

Una vez, sin embargo, me vi obligado a separarme de él durante un tiempo más largo que de ordinario. Un asunto urgente reclamaba mi presencia en Bahía Blanca, así es que empleé más de cuarenta y ocho horas en mi viaje de ida y vuelta.



Esa fué la ocasión en que pude medir toda la extraordinaria sensibilidad de mi pez colorado y convencerme de que era un buen pez.

¿Creerán ustedes que, a mi regreso, encontré inundado mi departamento? El pobre Casimiro, desesperado por mi ausencia, había llorado de tal modo que había hecho desbordar el acuarium.

Y nuevo desborde de agua se produjo, al llegar yo, con el "desborde" de alegría que, a su vez, "inundó" el corazón de Casimiro.



La melancolía que le causó mi ausencia se trocó bien pronto en satisfacción inmensa, cuando me vió entrar. ¡Cómo saltaba, cómo agitaba la cola y cómo movía las aletas, cual si quisiera recibirme con los brazos abiertos!

Yo, al notar los efectos de su desesperación y de la humedad, estuve a punto de indignarme; pero ante las muestras de cariño que empezó a prodigarme el amante pez, se me ablandó el corazón y hasta me convencí de que debía darle explicaciones, pues la verdad es que me había marchado a la francesa.

Y le dí las explicaciones; y él, con su mirada tierna, pareció perdonar mi falta, como yo le perdoné la suya.

¡Ahora, díganme ustedes si hay que reirse de los peces de colores, cuando son tan cariñosos y sensibles!

Mesa revuelta

El barón, al bajar precipitadamente la escalera, pisa el vestido de la baronesa, que había salido delante de él, y refunfuña entre dientes:

—Siempre cerrando el paso. Pareces la burra de Balaam.



—Hijo mío, no estás fuerte en historia sagrada. La burra fué la que habló. El que cerraba el paso era el ángel.

* * *

—¿Por qué no le diste a tu hermana la mejor parte de la pera, como te encargué?

—Ya le dí las pepitas, para que las plante y pueda tener un peral.

* * *

—¿Por qué lloras, hijito?

—Porque mamá quiere que me ponga todo lo viejo de papá.

—¡Bah! ¿Acaso ese es un motivo para echarse a llorar?

—¿Y cómo no? Cuando papá se corte la barba yo tendré que usar la chiva...



* * *

Son las ocho de la noche. Los dos niños se divierten en el jardín. Pero su mamá se impacienta y los llama.

—¡Pepito, Juanita! Entrad y decid a Marieta que os acueste.

—¡Todavía no, mamá!

Los niños siguen en sus juegos, muy animados. Pero la mamá se levanta.

—¡Vamos, queridos, es preciso obedecer! Es la hora de dormir. ¿No veis?, los pollitos ya se han ido a acostar.

—Sí, —contesta la niña, —pero su mamá también ha ido a acostarse con ellos.

Necrología



Señora Teresa Rossello de Garcse

Tiquis - Miquis

Su único tema. — La ambiciosa mujer de un millonario, que rápidamente había amasado una fortuna en el tráfico de cueros, viendo que su marido no conversaba con sus huéspedes distinguidos, durante una de las recepciones dadas en su casa, le dijo no bien tuvo una oportunidad:

—¿Por qué no hablas un poco, hombre?

Y contestó él:

—¿Y qué quieres que diga, si ninguno de los que están aquí entienden de cueros?

POCA COMPENSACION



—¿Tiene usted ratones en su casa, señora?
—Sí, hijito, bastantes, por desgracia.
—Bueno, ¿entonces quiere regalarme uno, para nuestro gato?

Una equivocación. — Una vez, uno de los ayudantes del duque de Wellington, al pedir la comida para su amo, dió todos los títulos de éste. Cuando llegó el duque, tuvo que esperar un rato, hasta que finalmente, cansado de aquel retraso preguntó a un garçon:

—¿Y la comida, por qué no viene?

—Estamos esperando a que llegue el resto de los convidados,—replicó el interpelado.

¡Se había preparado comida para una multitud de nobles!

Seda impermeable a los rayos X. — Es sabido que las personas que realizan experimentos con los rayos X se hallan expuestas a las enfermedades que estos ocasionan. En vista de esto, M. Bettremieux ha conseguido fabricar un tejido de seda, impregnado con una mezcla de fósforo, estaño y plomo. Este tejido, según parece, es opaco a los rayos X como lo es una placa de plomo, y tiene la ventaja de ser más manuable. Con este tejido se pueden hacer, por ejemplo, guantes para los operadores.

Un seguro. — Una de las reclamaciones más curiosas que se han hecho a una compañía de seguros, fué la de siete pesetas y media por un pudding que se había carbonizado. La reclamación no fué atendida, no obstante la pequeñez de la suma, porque se probó que el accidente era hijo de un descuido de la cocinera, a la cual se le había olvidado poner agua en la cacerola. No se dice si la póliza contenía alguna cláusula especial referente a los descuidos de las cocineras.



—¡Ché, no huelas tan fuerte que no va a quedar perfume para los demás!

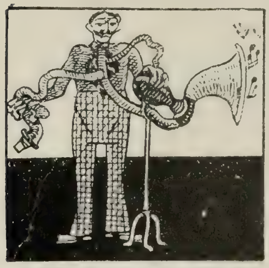
EL MÉDICO EN CASA

Bronquitis. — Con ser tan prodigiosa la obra maestra del divino escultor, o sea el hombre, el complicado mecanismo de éste se descompone muchas veces por errores de construccion, dicho sea con el debido respeto y sin ánimo alguno de ofender a Dios ni a sus divinos troqueles

La materia prima, el barro vil, hace más meritoria la obra; pero el barro siempre es "barro" y la fragilidad es por consiguiente explicable y disculpable.

Ahora bien, dentro de ese recipiente quebradizo se han hecho casi todas las piezas de materia "inflamable" y ahí es donde yo me permito señalar un error.

Bueno que el corazón se "inflame", porque si no "ardiera" la "llama" del amor, se perdería la especie. Y aunque yo creo que no se perdería gran cosa, esta es una opinión particular mía y respeto las demás opiniones en contra.



La bronquitis no existiría si los tubos de aire de los pulmones fueran de plomo

Pero, ¿por qué han de ser también de materia "inflamable los demás órganos?

El peligro que importa esa materia se ve en la mayor parte de las enfermedades.

La bronquitis, por ejemplo, no exitiría si los tubos de aire de los pulmones, o sea la membrana de los bronquios, fueran de plomo, pongo por materia. Pues la "inflamación" de esos tubos es lo que constituye la bronquitis.

Y mientras los ingenieros-cirujanos no se las "ingenien" para substituir esas cañerías, el hombre tendrá que aguantar la "mecha" cuando se le "inflame" la membrana de los bronquios.

Y digo "aguantar la mecha", porque no es tan fácil como parece, curar una bronquitis. Basta decir que hace falta sudar "la gota gorda"... y algo más.

Cualquier cosa que provoque el sudor abundante es buena para librarse de la bronquitis. Desde las infusiones sadoríficas como flor de malvas, malvavisco, sauco, hinojo, etc., basta fumar una tagarnina o caminar con botines muy apretados. Este último "sudorífico" produce más efecto cuando se dispone de una doble o triple vista, es decir, cuando se tiene ojos de gallo en todos los pies, ya sean dos o más. (Me refiero a los ojos; no quiero ofender a nadie).

Hay bronquitis que resisten muchísimo y tienen más "paciencia" que el "paciente".

No basta entonces sudar la "gota gorda". Hay que sudar "tinta", para lo cual se recurre a los sinapismos, cataplasmas de linaza, o bien se procura al enfermo otra "situación violenta" análoga, haciéndole estar "sobre ascuas" por medio de cualquier indiscreción que le moleste mucho más que la bronquitis. Para sudar "tinta" no hay nada mejor que una indigestión de calamares.



...y luego comprarse otra cabeza

Cabeza (Dolor de). — La cabeza es lo más malo que tiene el hombre, y sobre todo la mujer. Hay más "malas cabezas" que buenas. Y es lo que menos saben curar los médicos, siendo sin embargo lo más fácil de curar.

Al que sufre dolores de cabeza simples o está "simplemente" loco, yo le recomendaría como tratamiento radical e infalible, el único que se conoce: la decapitación, y luego comprarse otra cabeza. En Buenos Aires, cada fin de estación, hay una "liquidación de infinidad

El médico en casa

de "cabezas" de ganado. Pero como este sistema suele producir desfallecimientos y desmayos, aparte de lo difícil que es colocarse otra cabeza sana en el sitio de la enferma, los doctores suelen recetar otros remedios que, si no en todos los casos quitan el dolor de cabeza, siempre entretienen al enfermo durante el ataque... recíproco, es decir, mientras el dolor ataca al paciente y el paciente ataca al dolor.

Estos remedios varían (en la variación está el gusto), según la clase del dolor de que se disfruta.

Para los dolores de cabeza nerviosos, se recomienda la eadina, analgesina, fenacetina... y todos los acabados en "ina", que vienen a ser la antipirina, disfrazada con otros nombres para que el paciente la tome sin darse cuenta: pues la antipirina está bastante acreditada como producto generador de otras dolencias.

Un sabio asegura que da muy buen resultado, contra el dolor de cabeza nervioso, caminar hacia atrás durante algunos minutos.



...colocarse otra cabeza sana

Este remedio sencillo no es tan peligroso como atracarse de antipirina. El peligro está en romperse la cabeza, cuando no se tiene el hábito de andar al revés; pero en ese mismo peligro está la curación cuando la rotura es definitiva.

Bromas aparte, es un hecho que el dolor de cabeza nervioso se quita andando, o lo que es lo mismo, "discurriendo" con los pies hacia atrás.

Una prueba concluyente es que ningún cangrejo sufre de esos dolores.

Las personas que no tengan afinidad alguna con el cangrejo, ni disposición para la contramarcha, procuren imitar al burro, al topo, a la cigarra y a la marmota, porque la brutalidad, la torpeza, la haraganería y el reposo, que representan esos animalitos, son el mejor antídoto para el dolor de cabeza.

"Discurrir" para atrás, esa es la cuestión.

Otro doctor da este remedio: En un frasco de alcohol puro, se pone una cantidad de hojas verdes de naranjo durante diez días, bien tapado. Pasado ese tiempo cura el dolor de cabeza usándolo en fricciones sobre la parte dolorida, evitando el aire exterior durante una hora. Este remedio no debe empezarse a preparar el día que uno tiene el dolor de cabeza, sino diez días antes...

Muchas personas se colocan en las sienes hojas de madreselva, de rosa o de salvia, o se ponen rabanaditas de papas crudas, y sienten aliviado el dolor de cabeza en un tiempo que varía desde dos horas hasta uno o más años.



Para caídas

Un baño caliente, de manos y pies no debe rehusarse cuando duele la cabeza. Las personas que tienen horror a la higiene sentirán mejoría... por lo menos en su estado de aseo.

Cuando el dolor de cabeza es congestión, el "interfecto" nota pesadez del "mate", fuertes latidos en las sienes, se pone colorado como un colegial delante de una niña vivaracha, y se le embotan todos los sentidos que tenga.

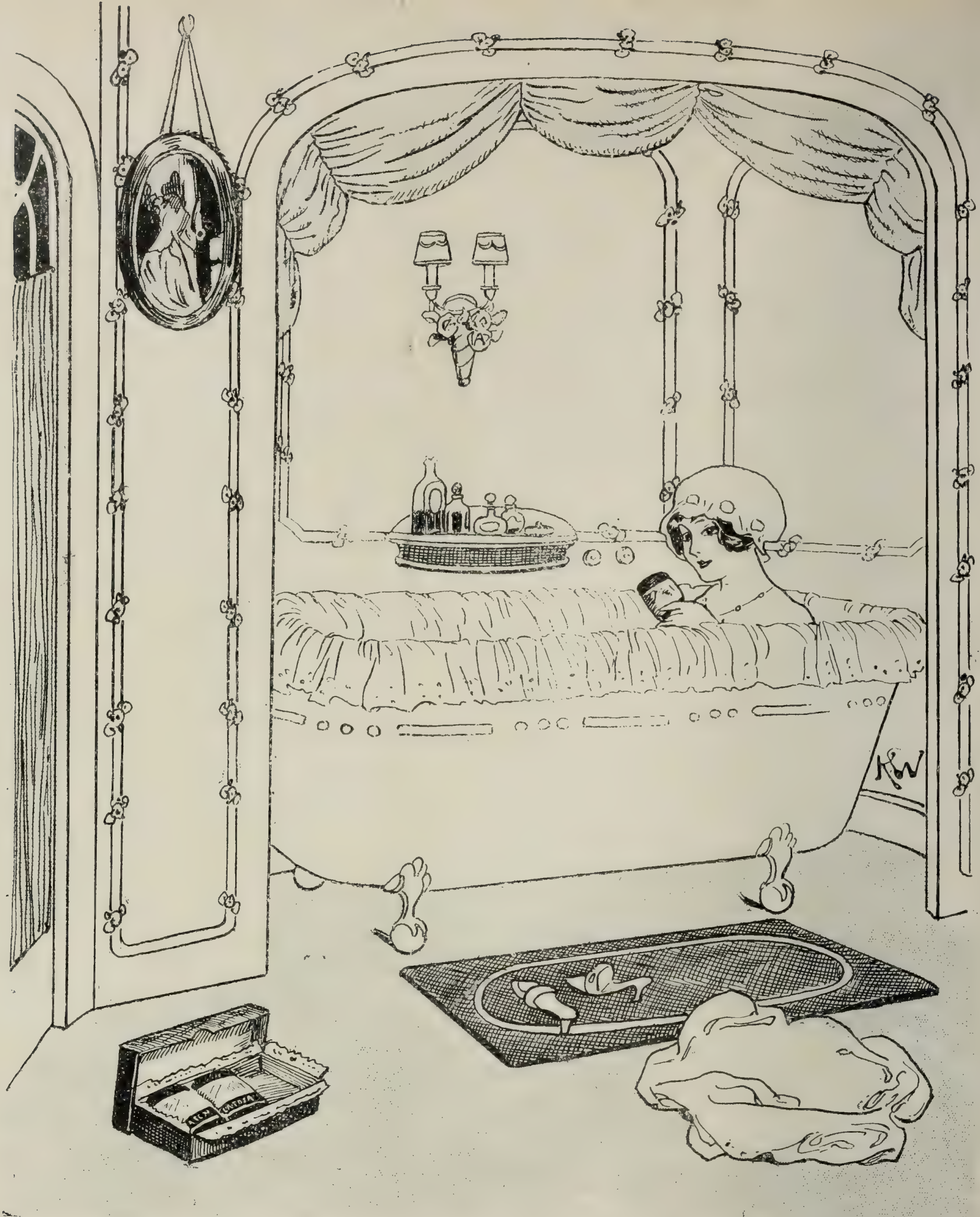
En este caso conviene ponerse en la frente paños mojados en agua fría y vinagre, o bien una ensalada de lechuga, o de hocicos de perro: algo frío, vamos. Al mismo tiempo unos sinapismos en los pies.

La congestión es grave cuando va seguida de fallecimiento, y llegado este caso, lo mejor es dejar al enfermo que descanse... en paz.

Caídas. — Un autor que me ha precedido en la divulgación de la medicina práctica, habla de las "caídas" como si fueran enfermedades, y las divide en "caídas fuertes" y "caídas simples".

A mi juicio todas las caídas son "simples", pues siempre es una "simpleza" caerse, aunque sea "de un nido".

SERRUCHO.



EL BIENESTAR EN EL BAÑO

Nada iguala al bienestar que se experimenta en el baño, habiendo anteriormente disuelto en el agua un pan del incomparable Jabón de Sales de LA TOJA, único en el mundo. El líquido suavizado por el efecto del espumoso jabón que acaricia su cuerpo, le produce un bienestar tal, que el tiempo pasado en el baño, le parecerá el más agradable de todo el día. Además muy pronto el Jabón de LA TOJA producirá sobre la piel su efecto benéfico. La pone sana y blanca y de una tersura incomparable.

CONCESIONARIOS:

POLLEDO y Cía., 1352 Bmé. Mitre - Bs. Aires

Agentes en el Uruguay:
Petillon, Galimberti y Cía.
MONTEVIDEO

CRÓNICAS del TIEMPO HEROICO

Presagio fúnebre...

(Episodio de la vida del mariscal de Ayacucho)

¡Cuántas veces, lector amable, no habréis sentido una voz oculta y misteriosa que, surgiendo de lo más recóndito de vuestro corazón, os previene un peligro o una desgracia! Y cuántas otras quizás, os habrán respondido vuestros padres, amistades o, tal vez, vuestras novias, a quien confiastéis el secreto: "¡Bah!... Déjate de esas agüerías, supersticiones, etc.!" ¿No es verdad?

¡Oh, no obstante, qué de ocasiones hay en la vida, en que nos hacen exclamar contritos y arrepentidos de nuestra indiferencia: "¡Ah! si hubiérame llevado de ese anuncio del corazón que nunca miente y no hubiese desdeñado su advertencia, no me habría sucedido esto y... mil cosas análogas!..."

Llena está, por otra parte, la historia de estas profecías, y ocurrídolas a nuestros próceres: a Dorrego, a quien cuenta la tradición, que una gitana le anunciara su fin trágico; a Güemes, al cual, la señora de Gorriti, le profetizara, días antes de su herida, su prematura muerte; a San Martín, que en España vaticináronle su carrera de glorias en América; a Bolívar, que le predijeran su muerte obscura; a Sucre... pero, ya que hemos nombrado al invicto héroe de Ayacucho, vamos a narrar uno de sus interesantes episodios, de que está cuajada su brillante existencia y que, por otra parte, servirá para corroborar nuestro aserto.

Hélo aquí, pues, y referido con la misma sencillez, cual lo oyera relatar a mi amada abuela:

Logrado que hubo la pacificación del sur de Colombia, el Libertador (así le apellidaban los pueblos a Bolívar) emprendió el regreso a Bogotá y a su paso por Quito le encareció al mariscal Sucre concurriese al Congreso que debía reunirse en aquella ciudad, como senador electo por Cumaná, a cuyo puesto lo había elevado el sufragio popular de esta provincia.

Preparado el mariscal Sucre para concurrir a la Asamblea, unos días antes de su partida le arrojaron por una de las ventanas de su casa un anónimo concebido en estos términos: "Usted será asesinado aún en los brazos de su mujer."

Las tradiciones refieren que al incautarse el héroe del miserable pasquín, se lo llevó a su esposa, diciéndole:

—"¡Mariana! ¿Tú serás capaz de hacerte cargo de esto?"

Y que viendo con desprecio aquella amenaza, olvidó presto el primer anuncio en que le pronosticaban su desgraciado y no lejano fin.

Si fuéramos a narrar todos los pormenores de que está sembrada la carrera pública del eminente personaje, una de cuyas anécdotas, — la más interesante sin duda, como que se refiere a los proemios del lúgubre drama en que le tocara ser actor principal, siendo su víctima, — motiva esta crónica; tendríamos material para llenar sendas páginas, tan abundantes así son los episodios — cual ya hémoslo dicho — de que está rodeada la gloriosa y accidentada existencia de este hombre extraordinario; pero que no pueden describirse, como quisiéramos, en el reducido espacio de una página.

Y ya que esto no es posible, continuemos, entonces, aunque sucintamente, relatando el que nos ocupa.

Despreocupado — como dejamos dicho — y sin temor alguno, pues que nunca como el Bayardo lo tuviera, emprendió Sucre su viaje a Bogotá a ocupar su puesto en la Asamblea Colombiana, conocida en la historia con el nombre de "Congreso Admirable", y al pasar por Pasto, fué a abrazarlo y besarlo el general José María Ovando, en cuyo acto díjolé el mariscal a sus amigos:

—"Este es el beso de Judas!..."

Y no tan desacertada era la creencia de Sucre al desconfiar de los halagos del general Ovando, porque en lo más íntimo de su corazón, — según declaración de él mismo a sus amigos y que consigna uno de sus biógrafos, — "había una voz oculta que le gritaba: ese será tu verdugo."

No erraba — repetimos — en mantener tal creencia el invicto vencedor de Ayacucho, y prueba fehaciente de ello es que la historia, con su fallo imparcial, señala a Ovando como el asesino del Abel de la América, como principal instigador del luctuoso drama de Berruecos, donde el glorioso paladín sucumbiera víctima de la más abominable y cobarde de las asechanzas...

¿Qué misterioso poder hay en esas profecías? ¿Qué es lo que encierran en sí para tener la virtud de hacer columbrar algo?

Creer en una profecía es impropio, es algo que no lo hacemos por dignidad, por nuestra misma educación y... empero, muchos casos nos demuestran que en ellas hay algo de sobrenatural que la ciencia del hombre no alcanza a explicar y menos aún a comprender.

Se trata de una interrogante que preocupa en ciertos momentos y se le olvida en otros.

Dícese, también, que a Napoleón, mucho antes de la batalla de Waterloo, le anunciaron la derrota. El insigne guerrero no creyó ni por un momento en un desastre y se preparó para librar la gran batalla con ese su ardor prepotente, casi salvaje.

Y todos los lectores saben lo que sufrió Napoleón aquel entonces.

La profecía se cumplió.

Quizá en la soledad de su ostracismo Napoleón la recordó y lamentó en sus sueños con la pasada gloria, pesándole no haberse abstenido a la lucha.

Si nos atuviéramos a observar detalles, esos que parecen perderse porque son pequeños, nos encontraríamos con datos sumamente curiosos en los que las profecías han desempeñado un importante papel.

Preciso es convenir, al propio tiempo, que, en esto, sólo se anotan y saben las profecías cumplidas — las menos quizá — no sucediendo lo mismo con las que han sido simples charlatanerías.

Como habréis visto, lector amigo, por lo que dejamos narrado, no siempre debe desoirse esa voz oculta que naciendo de lo más íntimo de nuestro ser, nos anuncia a veces, el peligro, y que en algunas otras, cuando no en todas, nos encojemos de hombros y exclamamos:

—¡Bah... son agüerías, supersticiones, cosas de viejas y nada más!...

María del Carmen **LOBO ARRAGA.**

La vida íntima, por Rojas

¿Cuándo se debe ir á comer?



Toda persona de buena crianza, debe poner su más exquisito cuidado en mostrarse correcto siempre y muy especialmente en todo aquello que a la comida se refiere.



¿Se debe ir a la hora en punto? Tal cronometría pudiera interpretarse como para esquivar la conversación amena de los hombres o el brazo delicado de las damas.



¿Retrasado? El retraso que redunda en perjuicio o molestia de un tercero es sin duda una falta de atención imperdonable.



Si se acude antes, el cocinero no formará buen juicio del que con tal apresuramiento desea regodearse con los platos señalados en el menú.



Esto sin contar con los contratiempos y molestias que a la dueña o dueños de la casa puede ocasionarles la intempestiva visita del impaciente comensal.



Si se falta a una cita aceptada es un insulto.



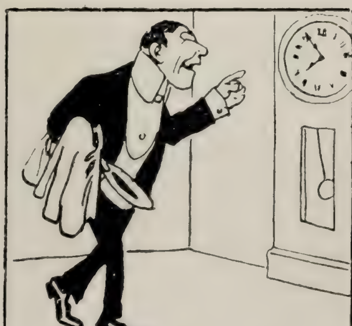
Y si al preguntarle por qué no fué contesta con un ''se me pasó'', es un nuevo insulto expresado en lenguaje de gente baja.



El retardar la asistencia a un convite es no sólo desatender la bizarría del dueño de la casa y de los asistentes que esperan al invitado sino ''una falta imperdonable''.



Aparte que da lugar a ruidos armónicos y escalas cromáticas intestinales que ejecuta el estómago cuando no se le atiende a la hora que precisa.



La regla es llegar a la casa ''seis u ocho minutos antes'' de la hora marcada.

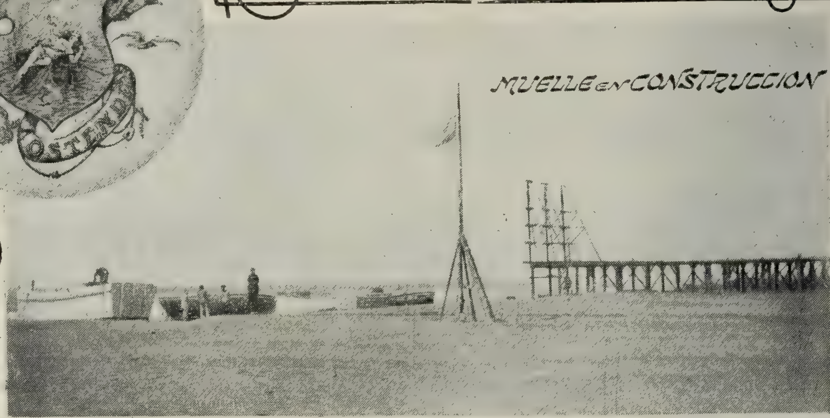


Todo lo contrario que en un restaurant cuya mesa está siempre a la disposición del público.

Balneario Marítimo "OSTENDE"

La Perla del Atlántico. La playa más hermosa de Sud América.

La playa ideal para familias y niños, por su pendiente suave de arena fina y su absoluta seguridad



FERROCARRIL PARTICULAR DE LA EMPRESA. RAMBLA MONUMENTAL.
PLANTACIONES Y VIVEROS DE PLANTAS auxiliados por el Ministerio de Agricultura.
LLOYD OSTENDE con línea de navegación directa.
MUELLE DE 250 METROS para mercaderías y pasajeros.
ATLANTIC HOTEL, con 40 piezas y salones de fiestas y Cinematógrafo.
OSTENDE HOTEL con 18 piezas y gran salón.
PLAYA HOTEL con 12 piezas.—Hotelito "El Regalo de Ostende".
CONSTRUCCIONES AUXILIARES con comodidades para pasajeros.
ALREDEDORES PINTORESCOS con bosques seculares para caza, pic-nics, etc.
PROGRAMA DE JUEGOS Y DIVERSIONES para este verano.

Sc. An. PALACE HOTEL y HEMICICLO de OSTENDE

Capital integrado: $ 1.620

Hágase usted propietario de un lote en Ostende y le daremos muchas facilidades para edificar un elegante chalet. Los terrenos se venden en 80 mensualidades, sin comisión ni interés

Pida datos á nuestra Oficina en Calle CHARCAS 1600, Bs. Aires





De las presentaciones ocasionales

Según se ha visto ya, una presentación ocasional no es otra cosa que aquella ceremonia por la cual quedan autorizadas dos o más personas entre sí desconocidas, para comunicarse en una visita, en un festín, o en un lugar cualquiera donde se reunan con un amigo común; sin que ninguna de ellas pueda considerarse obligada, por este solo hecho, a darse por conocida de las demás en ninguna otra ocasión en que se encuentren.

Esto no obsta para que personas de un mismo sexo que así hayan sido puestas en comunicación, se saluden o se comuniquen en otra parte, y aún establezcan relaciones permanentes, cuando a ello las mueva una recíproca simpatía, y según las circunstancias particulares que medien en cada caso. Pero jamás podrá entenderse que sea esta la intención del presentante, el cual, con las únicas excepciones que aquí se verán, cuenta y debe contar siempre con que los efectos de su presentación cesan enteramente, desde el momento en que se disuelve la reunión en que ella ha ocurrido.

Para haber de continuar y consolidarse las relaciones establecidas por una presentación ocasional, según lo indicado en el párrafo anterior, se requiere que sea el superior el que de algún modo manifieste su disposición al inferior. Y respecto de un simple saludo entre personas así presentadas, en cualquier lugar en que se encuentren, el inferior no podrá dirigirlo nunca al superior, ni el caballero a la señora, sin ser autorizados para ello por una mirada.

No hay inconveniente para que personas de un mismo sexo que se encuentren en un festín cualquiera, se comuniquen en todo el curso de la reunión, sin necesidad de que sean unas a otras presentadas; pues el hecho de hallarse reunidas por un amigo común, suple naturalmente en tales casos la presentación ocasional. Mas téngase presente, que la discreción aconseja esperar para esto a descubrir en los demás cierta disposición a prescindir de aquella ceremonia, y que la etiqueta prescribe que, sin un motivo justificado, no sea nunca el inferior el que se anticipe a dirigir la palabra al superior.

En los banquetes, y en cualesquiera otros lugares, desde el momento en que un caballero es excitado por el dueño de la casa a atender y servir a una señora o señorita, debe considerarse como presentado a ella, y autorizado por lo tanto para dirigirle la palabra en todo el curso de la reunión.

Cuando un caballero ha sido presentado ocasionalmente a una señora o señorita en una reunión, puede comunicarse con ella en otra reunión, sin necesidad de ser nuevamente presentado.

Respecto de aquellas personas que frecuentan unas mismas tertulias, o visitan a unos mismos amigos, no llega a suceder que sean presentadas muchas veces ocasionalmente unas a otras; ya porque la comunidad de sus amistades, que indica en ellas cierta analogía de circunstancias personales, las llama generalmente a contraer relaciones permanentes, ya porque es natural que se den por conocidas, cuando menos para comunicarse en cada lugar en que se encuentren, después que han sido una vez puestas en comunicación, y observan que han de hallarse a menudo en unos mismos círculos.

Cuando estemos en nuestra casa con una persona amiga, y llegue otra para ella desconocida, las pondremos inmediatamente en comunicación por medio de una presentación ocasional, siempre que entre ambas medien circunstancias análogas. Si son dos las personas con quienes estamos, y llegare otra desconocida para entrambas, procederemos de la misma manera: si son más de dos, sin exceder de seis u ocho, la que llegue será presentada a todas en general, sin mencionarle a ella sus nombres; y si la reunión fuere numerosa, nos abstendremos de presentar a la que entre, la cual estará naturalmente autorizada para tomar parte en la conversación, conforme a las reglas anteriormente establecidas.

De la misma manera procederemos, cuando estemos acompañados de amigos nuestros en la calle, en el teatro, o en cualquier otro lugar, y se nos acerquen otros amigos; con tal que esto no suceda en una casa ajena y nos encontremos en presencia de los dueños de ella, pues entonces todo acto de presentación nos está enteramente prohibido a nosotros.

Si yendo por la calle acompañados de un amigo, se nos acercare otro para él desconocido, pués que han sido una vez puestas en comunica- procuraremos no detener al que encontramos, para que no se haga notable la falta de aquella ceremonia; y si no pudiéremos evitar que se detenga, dirigiremos alternativamente la palabra a uno y a otro, de modo que no lleguen a verse en la necesidad de hablarse.

Por regla general, siempre que yendo por la calle con un amigo, la persona para él desconocida que se nos acerque, no haya de permanecer con nosotros sino breves instantes, nos abstendremos de ponerlos en comunicación, si no tenemos para ello un motivo especial.




Malta

Cómo se forman hombres

Contra la mentira. —Si existe un defecto que sea unánimemente despreciado, este es la mentira. Como no hay nada más propio a cubrir rápidamente una falta que se acaba de cometer y es un recurso practicado en todos los ambientes y a todas las edades, es muy difícil que un niño que diariamente asiste a los beneficios que se obtienen con la mentira, no acuda a su vez a ella. De este modo es muy difícil impedir que cometa semejante falta.

Pero, por otra parte, la mentira en sí es tan odiosa, es la fuente de tantos males, que disimula después de haberles dado nacimiento, que debía inspirarse en los niños un santo horror hacia ese vicio.

Hay que hablar de la mentira, delante de ellos, como de la cosa más vergonzosa del mundo, como de un vicio absolutamente indigno de un hombre bien educado que lo deshonra sin remisión, lo coloca al nivel más bajo y lo excluye, por consiguiente, del trato de las personas de bien.

Después de esto, la primera vez que el niño mienta, se deberá mostrar más asombro—como ante un fenómeno monstruoso—que retarlo como si se tratara de una falta ordinaria. Si este procedimiento no basta, se recurrirá a la reprimenda, al castigo, y que por una consecuencia lógica, el padre, la madre y todos aquellos que conozcan su falta, le testimonien un cierto desprecio.

Es un remedio generalmente eficaz y que puede repetirse sin que por esto pierda nada de su valor.

Cuando se interroga a un niño sobre una mala acción, de la cual se sospecha que es él el autor, es preciso, primeramente, exhortarlo a decir la verdad; después de lo cual, si persiste en querer salir del paso por el mismo recurso, entonces es preciso castigarlo como hemos dicho más arriba.

Pero si confiesa su falta sin ambajes, entonces, fuere cual fuere aquella, será perdonada, perdonada en absoluto, sin que jamás se vuelva a hablar del asunto, felicitando al mismo tiempo al niño por su sinceridad.

Si se desea que el niño ame la sinceridad y la practique constantemente, no sólo hay que cuidar que ésta no le cause jamás la menor molestia, sino que también vaya acompañada por algunos medios de aprobación.

Otra precaución que es bueno adoptar: si el niño da a su falta una excusa, si no verdadera, por lo menos verosímil, acéptese como válida sin demostrar que causa la menor sospecha; pues es de gran importancia que el niño crea mantener, cerca de sus mayores, una intacta reputación de sinceridad; si se pierde esto, se priva el educador de uno de los mejores auxiliares para conducir al niño a su gusto.

No hay que darle, pues, motivos para que crea ser considerado como un mentiroso; esto sin darle tampoco la impresión de complicidad. Si se le escapan algunas mentirillas, es preciso dejarlas pasar sin tomarlas en cuenta.

Pero desde el día en que sea sorprendido en un embuste de bulto, entonces no hay que perdonarle uno solo. Después de haberle prohibido la mentira, hay que representarla además bajo colores vergonzosos, y como es un vicio que se puede evitar, es preciso, si repite la falta, castigarlo con toda la severidad que merece la obstinación en una falta reputada como de las más graves.

Contra las lágrimas inútiles. —Los niños lloran por menos de nada; esto es una mala costumbre, no sólo a causa del ruido desagradable que estos llantos provocan en la casa, sino también por razones más importantes, que conciernen a los niños y que deben ser escuchadas.

El llanto de los niños puede ser de dos clases: o la consecuencia de su mal humor, o en cambio obedecen a la tendencia de llorar por la menor zoncera. Generalmente el llanto es de la primer especie; en este caso, los niños lloran para hacerse obedecer y las lágrimas son una prueba de su obstinación. Como no pueden hacer lo que quieren, pretenden mantener por sus gritos y sus lágrimas el derecho que creen tener a que se cumplan sus caprichos.

Los llantos de la segunda especie son el efecto de un dolor o una pena—no siempre—bajo la impresión de los cuales se lamentan.

Con un poco de habilidad y de costumbre se puede distinguir estas dos clases de llanto en el aspecto, en la mirada, en el porte, y sobre todo en el tono de voz del niño que se queja. Pero fuere cual fuere la especie a la cual pertenecen las lágrimas, no hay que fomentarlas; al contrario.

Se nos dirá: ese es un consejo más fácil de dar que de seguir. Evidentemente. Mas por difícil que sea de alcanzar un fin, hay por lo menos que señalarlo si es recomendable. Ahora bien, sabido es lo desagradable que resulta sufrir en los niños, llantos que son la prueba de su carácter colérico y voluntarioso.

Esto sería halagar su manía y fomentar en ellos principios de defectos que luego será preciso corregir.

¿Hay que ser más compasivos con los llantos que se derraman por un dolor moral o físico? Casi siempre es un error, pues, por lo general, el dolor adquiere en el niño la importancia que nuestra compasión les atribuye. Claro que es deber de aquellos que viven allegados a un niño, de compadecerlo cuando éste sufre, pero no hay que demostrarlo. Puede auxiliarse al niño y aliviarlo en lo posible sin demostrar que se siente sus males. Esta compasión los enternece y es causa de que el menor dolor penetre más profundamente. Es bueno que los niños se endurezcan contra los males, que se acoracen, por así decirlo, contra todos los accidentes a que estarán expuestos durante su vida, y como es por el ejercicio y la costumbre que se adquiere el temple del alma y el vigor del carácter, es conveniente que desde temprano se acostumbre a afrontar el dolor.

Lo que dicen los pies

Las formas de los pies encierran un mundo de revelaciones en cuanto al carácter de las personas. No digamos nada de las líneas de las plantas de ellos. En Oriente se las estudia con tanto cuidado como las de la mano y se sostiene que se hallan en correspondencia con las de ésta; pero en la India tal estudio es fácil porque va descalza la mayoría de la gente, mientras que en Europa no es frecuente ver a ningún prójimo las puntas de los pies.



Contentémonos por lo tanto con examinar sencillamente los botines.

Un zapatero observador podría revelar al detalle el verdadero carácter de sus parroquianos.

Pueden clasificarse los pies en tres variedades perfectamente distintas: 1, los cortos y gordos; 2, los largos y huesudos; 3, los pequeños y finos.



El pie corto y gordo indica en primer lugar versatilidad y vivacidad. Pertenece casi siempre a una persona efusiva, de buen corazón, demostrativa y aficionada a divertirse, que tiene más entusiasmo que constancia.

Si el punto del pie es alto y bien arqueado, indica habilidad diplomática y penetración, sea la que quiera la forma del pie en lo demás.

El pie largo y huesudo indica resistencia, tenacidad y carácter enérgico. Los que lo poseen suelen tener más afición al trabajo que a divertirse y toman las cosas en serio. No serán tan valientes ni tan demostrativas como las personas de pie gordo y corto, pero son más perseverantes en sus afecciones y en sus actos. Tienen aptitudes mecánicas y científicas más bien que artísticas. Son, por lo general, honradas, cuidadosas y buenas para amigos y malas para enemigos.



El pie pequeño y fino es distintivo de aptitudes literarias, musicales y poéticas. Las personas que lo tienen suelen ser difíciles de complacer porque tienen los gustos muy refinados. Este tipo revela a una persona más bien delicada que fuerte y dotada de más sensibilidad y agudeza que de valor y de fuerza de voluntad.



Los pies juanetudos indican a una persona metódica aficionada a la claridad y al orden material y físico.



Cuando los dedos de los pies son gordos revelan fuerza y voluntad, y cuando pequeños lo contrario.

Examinando el calzado de una persona se pueden sacar deducciones importantes.

Las que lo llevan muy en punta son por lo general hombres o mujeres que atienden a su vanidad más que a su comodidad, que se fijan en ir bien antes que nada y para las cuales la reputación es ante todo y que quieren aparentar más que ser.

La punta redonda a la francesa es señal de que la persona es altiva y no se preocupa mucho de lo que piensan los demás.

El hombre que gasta botines con punta cuadrada está generalmente dotado de mucho sentido común y de tendencias utilitarias.

Perros falsificados

Las exposiciones caninas y los cuantiosos premios que en algunas de ellas se conceden, han dado origen a una nueva industria: la de falsificar perros. Hasta ahora sólo se conocía la habilidad con que los chalanes corrigen los defectos naturales de los caballos; hoy, los falsificadores de perros han venido a hacerles la competencia, y su oficio ha llegado a convertirse en un verdadero arte, hasta el punto de que muchos de sus productos han alcanzado los primeros premios en exposiciones de Inglaterra, que es donde dicho oficio se practica en gran escala.

Falsificar un perro es, como el lector ya habrá comprendido, hacer de un perro malo uno bueno, de un ejemplar basto y ordinario un hermoso tipo de su raza. Para conseguirlo, el falsificador apela a un sin fin de medios, de los cuales los menos crueles consisten en pintar, esquilar o rizar el pelo al pobre animalito.

Cuando un perro tiene las orejas demasiado levantadas, perteneciendo a una raza en que los aficionados las prefieren caídas, el falsificador las hace bajar cortando el cartílago, o bien atravesándolo con una aguja, que no se quita de la oreja hasta que los nervios pierden la fuerza necesaria para mantenerla alzada. Esta operación, que es de las más crueles, se practica con bastante frecuencia; en cuanto a cortar colas, ponerlas rectas por medio de cortes dados debajo cuando están demasiado enroscadas, y afeitar a los retrievers que tienen el pelo rizoso para que lo tengan liso, son cosas de todos los días.



El aparato para dejar chatos a los bulldogs

Pero la más terrible de estas operaciones es la que tiene por objeto achatar el hocico a los "bulldogs".

Según las últimas exigencias de los aficionados, un buen "bulldog" debe tener siempre la nariz muy aplastada; pero se da el caso de que algunos de estos perros tienen el defecto de ser un poco narigudos, esto es, de presentar lo que en lenguaje técnico se llama cara de rana.

Para corregir esto, se ha ideado un aparato de tortura formado por dos tablas que comprimen la cabeza de delante a atrás, llevando la que va delante de la nariz dos agujeros para que el animal pueda respirar. Este aparato se le pone al perro unas cuantas horas al día, y así la nariz va aplastándose más cada vez, hasta tomar la forma deseada.

Por otro procedimiento no menos cruel, se consigue que el "bulldog" sea ancho de hombros; para ello no hay más que cargarle sobre las espaldas un peso muy considerable.

En cuanto a la pintura de los canes, se han dado casos muy cómicos y se han repetido las consabidas escenas de los gitanos traficantes en caballos. Más de un perro, que presentaba preciosas "manchas" de color canela, apareció completamente desteñido ante los ojos del comprador que lo adquiriera el día antes. Y otros ejemplares que se ofrecían con pelo lacio, despertaban rizados a la mañana siguiente, con gran asombro de los nuevos dueños.

Tal comercio fraudulento ha tenido que llamar, necesariamente, la atención no sólo de los aficionados, sino también de las autoridades, porque también ha dado lugar a varios pleitos.

Por iniciativa del Kennel Club de Londres, se han tomado severas medidas para evitar esas falsificaciones y se han dictado leyes rigurosas para castigar los procedimientos crueles empleados por los falsificadores.

Las sociedades protectoras de animales también han tomado carta en el asunto; y la protesta ha sido tan general, que el oficio de falsificador de perros, hace poco tan cómodo y productivo, no podrá, en lo sucesivo, ejercerse sin quedar expuesto a sufrir larga condena.

El veneno de las serpientes

Los venenos de las serpientes han sido clasificados en dos grupos: colúbridos y vipéridos; según los estudios recientes de Rogers, los colúbridos actúan, sobre todo, paralizando los centros respiratorios, en la médula y las placas terminales motrices de los nervios frénicos; pero su acción sobre la sangre es muy débil. Los vipéridos, por el contrario, actúan sobre la sangre, ya provocando la coagulación inter-vascular, ya haciendo perder a la sangre su poder coagulante, y facilitando así las hemorragias.



Pero estos venenos, que se encuentran en cuatro categorías generales de serpientes, pueden encontrarse uno y otro en proporciones variables en algunos de estos reptiles, tales como el ''bungarus fasciatus'', que posee la doble acción de estos venenos.

Los efectos de la mordedura de la ''enhydrina bengalensis'', que es una serpiente marina, no se manifiestan más que pasado un tiempo bastante largo; varias horas para una dosis poco considerable de veneno. Aparece un sopor; tras este período latente, el individuo mordido deja caer de vez en cuando la cabeza y cierra los ojos.

En seguida sigue una gran debilidad muscular, un aflojamiento progresivo; el número de respiraciones disminuye progresivamente, y la muerte se produce tras algunas violentas convulsiones respiratorias. Se comprueba que la excitación farádica del nervio frénico no produce contracción del diafragma.

Para la ''hamadriada'', serpiente muy común de la India, la acción es muy rápida: una inyección de su veneno, con dosis de 5 miligramos por kilogramo de animal, paraliza y detiene la respiración en minuto y medio, y medio minuto más tarde la presión de la sangre desaparece.

La acción del veneno de ''cobra'' es casi completamente idéntica.

Es muy interesante hacer notar que la dosis mortal del veneno de cobra es la misma para los pájaros que para los peces, mientras que para éstos el veneno de la enydrna es mortal en una dosis cinco veces más fuerte.

Este hecho no se repite en las otras serpientes marinas, existiendo fenómenos de adaptación y diferencias notables en la susceptibilidad de los organismos.

En el veneno del ''Bungarus cœruleus'' es característica la detención de la respiración y de la presión sanguínea. La respiración cesa próximamente a los cuatro minutos y medio de la inyección, y en seguida, minutos después, la circulación se detiene.

Contra los venenos colúbridos, la respiración artificial, y la inyección de la antitoxina de suero de Calmette, pueden salvar rápidamente al individuo mordido.

La acción hemolítica de los vipéridos es siempre mucho más señalada: los glóbulos rojos son destruídos rápidamente; tienen una acción paralizante muy clara sobre los centros vaso-motores, de la que se sigue una parálisis de los centros respiratorios, debida a la falta de sangre en la médula y la bulba; no existe en cualquier caso parálisis de las placas motrices terminales de los nervios.

Los colúbridos provocan la muerte por parálisis respiratoria, procedente de la detención cirulatoria, y los vipéridos, por parálisis circulatoria, procedente de la detención respiratoria.

No se ha determinado con precisión, si es más rápido el efecto del veneno de la víbora común o de la ''haja'' de Egipto. De todos modos, la diferencia estribará en pocos minutos.

Cocodrilo domesticado

Sabido es que en algunos países, sobre todo en la Florida, se ha conseguido domesticar caimanes, cocodrilos, yacarés y toda clase de saurios, de esos animales, que parecían los más refractarios a la educación.

Y sin embargo, ahí, en el grabado, pueden ustedes ver a una joven americana, que se ha especializado en la materia, y que tiene en sus brazos a un cocodrilo completamente amansado. La caza del cocodrilo es uno de los sports a que se dedican con preferencia los habitantes de aquel estado. Se practica de noche, porque de día esos animales saben despistar a los cazadores y huyen al menor ruido. Cuando llega la noche, los cazadores, provistos de linternas con vidrios de aumento, se ocultan en los parajes por donde deben pasar los cocodrilos; se les siente acercarse lentamente, pesadamente; y sobre ellos se enfocan las linternas. Espantados ante esta súbita claridad, permanecen como petrificados; sus dos ojos brillantes ofrecen un blanco fácil al tirador y le indican el sitio donde debe apuntar. Una vez muerto, un negro quita a la bestia los dientes y la piel y los restos son abandonados a la voracidad de los buarillos, ave de rapiña que abunda en aquellos parajes.



Una noche en que la señorita Bardgett—la joven de que se trata— se dedicaba a su sport favorito, hirió a un pequeño cocodrilo, que no había tenido tiempo de huir. En lugar de ultimarlo, lo hizo atar por los negros que la acompañaban y transportarlo a su quinta, donde atendió a su curación, tomando, naturalmente, todas las precauciones que exigía la ''calidad'' del herido.

Grande fué su sorpresa al ver que el ''animalito'' se dejaba cuidar con la mayor docilidad del mundo y de ningún modo mostraba deseos de ''enseñar los dientes''.

Por el contrario; el cocodrilo acostumbrado pronto a una curación regular y diaria, siempre a la misma hora se aproximaba a la puerta de la jaula donde estaba encerrado, sabiendo que ella iba a visitarle.

Desde entonces fué domesticándose rápidamente. Por lo demás, bien cuidado, bien nutrido, su herida quedó cicatrizada en poco tiempo. Se le puso, entonces, entre los demás pensionistas de la quinta; pero no olvida nunca a su patrona y basta que miss Fanny Bardgett haga un ademán y llame a su favovito, para que este vaya en seguida hacia ella, con gran admiración de los extraños que visitan la finca.
-oxzaci-lugar-pudoo

Es el primer caso conocido hasta ahora, pero es tan convincente que hace creer en su domesticidad.

El fidelímetro

Edison estaba en su gabinete de estudio, ocupado en perfeccionar el téléfono sin hilos, cuando llamaron a su puerta. Era su amigo Harry Corners, que iba a exponer al genial inventor una horrible duda que le atormentaba.

—¡Creo que mi mujer me engaña!—exclamó Corners.—Pero no tengo la prueba. Tú, que has descubierto tantas cosas ¿no podrías decirme si hay algún medio para que un marido conozca cuando le engaña su mujer?

—Deja que piense...—respondió Edison.—En efecto, podría haber algo que indicase las variaciones del corazón femenino, así como el barómetro marca las atmosféricas.



Quedó algunos momentos como absorto en una idea fija. De pronto se levantó y dando a Corners un golpecito en el hombro:

—¡Tranquilízate! — le dijo. — Haremos la prueba... ¡tú verás! El nuevo invento será la brújula del matrimonio, la medida de la fidelidad... ¡el "Fidelímetro"!

Se había inventado el instrumento: faltaba graduarlo hasta obtener la máxima precisión. Y a esto se dedicó Edison, empezando por construir fidelímetros en forma de elegantes relojes, que podrían llevar sin repugnancia las señoras.

Ofreció algunos a las esposas de sus amigos, por considerarlas honestas y recatadas.

"Estas—pensaba—me servirán para señalar la "fidelidad perfecta".

Pero hubo más de una, cuyo "fidelímetro", examinado a los pocos días, marcaba "¡desastre!"

"¡Es imposible—decía el inventor—que esas distinguidas damas hayan sido capaces de cometer un... "desastre". Me habré engañado... se habrá estropeado el instrumento..."

Después de reflexionar breves instantes, recobró la fe en sí mismo y resolvió hacer un nuevo y decisivo ensayo. Fuése al Gayty-Theatre de Nueva York, y entró en el "camerino" de la primera bailarina, miss Anna Facily, a cuyos pies se arrojó, fingiendo una pasión irresistible.

—Te ofrezco mi amor—exclamó—y diez mil dollars, para que me ames durante treinta días, con la condición de que has de llevar siempre en el pecho este precioso dije.

La esbelta Facily, demostrando su alegría con una graciosa pirueta, respondió con espartana sencillez:

—Dame el regalo y una cantidad como anticipo. ¡Te seré fiel!

Edison visitó a miss Anna con frecuencia; en los primeros días la aguja marcaba "fidelidad perfecta", pero al octavo se observó una ligera oscilación hacia el "hastío"; al décimo señalaba el fidelímetro "inquietud".



Entonces pensó que era ocasión de fingir un viaje, como hacen los maridos en las comedias. Y se despidió de la artista.

Pero la misma noche, en el último entreacto, entró sigilosamente en el "camerino" de la Facily y la sorprendió conversando con un individuo, que al punto corrió a esconderse detrás de un biombo. Y gritó con entusiasmo:

—¡El fidelímetro! ¡El fidelímetro!

La bailarina, temblando de miedo, le hizo entrega de la joya.

—¡Victoria, victoria!—exclamó el inventor radiante de júbilo.—No sólo marca "desastre", sino que se ha roto, prueba de infidelidad completa.

—¡Excelente resultado! ¡Exito indiscutible! ¡Que traigan champagne y que venga a beber ese caballero! —Es la primera vez—murmuró miss Anna—que estas... estas cosas producen semejante efecto.

Estaba hecho el descubrimiento. Edison pidió patente, que le fué concedida después de verificados los experimentos por los miembros de la Academia de Ciencias Morales de Nueva York, cada uno de los cuales entregó a su respectiva esposa un fidelímetro. Así pudieron comprobar la precisión con que la aguja marcaba los diferentes grados de la fidelidad.

Algunos académicos, realizadas las pruebas, entablaron demanda de divorcio.

El fidelímetro

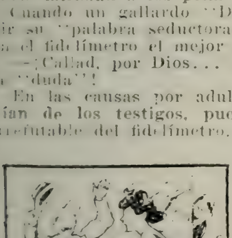
Se lanzó al mercado el nuevo aparato, perfeccionado y aplicado a diferentes comprobaciones: se hicieron fidelímetros para las mujeres, para los maridos, para los novios, para los ministros de hacienda, cajeros de Bancos, depositarios de fondos comunales, etc.

Entonces ocurrieron hechos singularísimos: los maridos miraban a los primos sin desconfianza.

Cuando un gallardo "Don Juan" se atrevía a dirigir su "palabra seductora" a una mujer, ésta hallaba en el fidelímetro el mejor defensor de su virtud.

—¡Callad, por Dios... que la aguja se inclina hacia la "duda"!

En las causas por adulterio, los tribunales prescindían de los testigos, pues les bastaba el testimonio irrefutable del fidelímetro.



Algunas intentaron ajustar a la "fidelidad perfecta" la aguja que ya se había desviado, pero les resultó peor el arreglo, porque el fidelímetro se rompía, lo que constituía una confesión de culpabilidad.

En cambio, había familias tan virtuosas, que todos sus individuos iban condecorados con la alhajita y la ostentaban con orgullo. Los políticos cuando se reunían bajo la presidencia de su jefe, mostraban el fidelímetro que marcaba la consecuencia y arraigo de convicciones; las cocineras lo usaban para probar que no habían "sisado" en la compra, y hasta los perros llevaban el emblema de su principal condición: la fidelidad.

Pero Edison tenía un rival, célebre mecánico, envidioso de la gloria del gran inventor, y al mismo tiempo esposo de una mujer celosa y desconfiada.

—¿De dónde vienes?—le preguntó ésta un día.

—Del Club.

—¡Mentira! ¿Qué marca tu fidelímetro? ¿"Variable"? ¡Tú me engañas!

Esta escena se repetía diariamente, hasta que, cansado el mecánico de tantos celos y sospechas, se propuso vengarse.

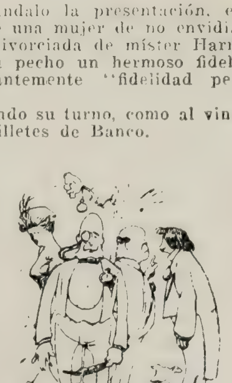
—¿No soy mecánico?—se dijo.—Pues construiré fidelímetros de "contrabando", que señalarán "fidelidad" y "desastre", a gusto de los consumidores.

Y realizó su obra.

Así produjo un gran escándalo la presentación, en un aristocrático balneario, de una mujer de no envidiable reputación — la esposa divorciada de míster Harry Corners, — luciendo sobre su pecho un hermoso fidelímetro, que marcaba constantemente "fidelidad perfecta."

Al fidelímetro le había llegado su turno, como al vino, a la leche, al café y a los billetes de Banco.

¡Había sido falsificado!



Desde aquel día, el descrédito inutilizó el instrumento y dejó de usarse, como cosa pasada de moda. Ante la inseguridad de las indicaciones, y la facilidad con que podrían marcarse, a capricho, las diferentes fases del cariño y de la rectitud, las gentes se convencieron de que la fidelidad es virtud que se lleva dentro, en la conciencia, y que no hay aparato que nos la pueda dar fingida.

Si otros ensayos dieran por resultado la fabricación de un "fidelímetro" perfecto, infalsificable, marcador exacto de las preciada virtud, habíamos de fiarnos menos de él que de los rasgos personales que descubren mejor las cualidades humanas, a pesar de hipócritas simulaciones. En nuestros actos, en nuestro temperamento, en nuestra mirada, hay a veces el "fidelímetro" espiritual, marcador de unos grados de afecto que un recurso mecánico perfeccionado no podría señalar.

Pero estas consideraciones son inútiles ante la opinión de un escéptico, a quien se le refería el caso.

—¡Medir la fidelidad! ¿Cómo se mide una cosa que no existe?

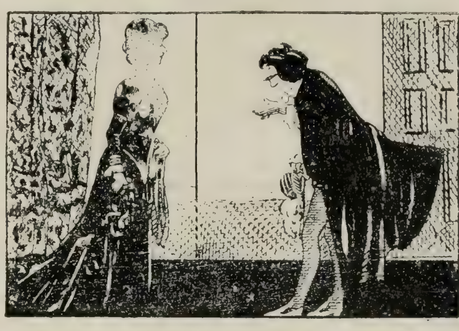
Juan GUILLOT MERCE.

Un caballero ladrón en el siglo XVII

Con razón nos lamentamos hoy del descaro con que sin respeto a la autoridad ni a las leyes se despoja de lo suyo a las gentes honradas; pero no han sido mejores los tiempos pasados, como lo demuestra el siguiente caso ocurrido en Madrid en el año de gracia de 1643.

Vivía por la citada fecha en la villa y corte una virtuosa señora, llamada doña Isabel de Quintana, viuda de ejemplares virtudes, consagrada por completo a obras de piedad y beneficencia. Retraída con algunas criadas dentro de su casa, situada no lejos de las Platerías, apenas tenía trato con sus vecinos. Gozaba fama de rica y lo era con efecto.

Disponíase doña Isabel, cierta mañana del mes de enero, a salir de casa, cuando a la puerta se presentó un caballero joven y de buen porte, con objeto, según dijo, de besarle las manos.



Recibióle la señora sin desconfianza, e introducido en una bien alhajada sala, le preguntó lo que quería.

—Pedir a Vmd. un favor —respondió el visitante— por hallarme en necesidad extrema, causada por negocios de gran importancia, para el despacho de los cuales he menester de cantidad de dineros.

Sorprendida la señora de la extraña petición, y no sabiendo qué decir, le respondió por decir algo:

—Me holgaría de estar en tiempo de poder acudir a su necesidad; mas no hay en mi casa con qué poder sacarle de aquélla, que en el alma estimaría hallarme con posibilidad de poderlo hacer.

—¿Me despide, pues, Vmd., sin darme nada? No lo esperaba de la caridad de tan principal señora; pero supuesto que así es, sírvase entregarme Vmd. la llave del escritorio de las joyas.

Asustada doña Isabel, viéndose sola, pues las criadas habían sido amordazadas por cuatro ladrones más, que ya de vuelta de su faena guardaban la puerta de la sala, echó mano al llavero y dió al caballero la llave de uno de esos preciosos "bargueños", orgullo ahora de los coleccionistas, de donde el ladrón sacó algunas alhajas con tanto desahogo como si se encontrara en su propia casa.

Poco satisfecho, sin embargo, del botín, sabedor por lo visto de que había muchas otras: —¿Y las demás, —preguntó,— dónde están?

—Esas son las únicas que poseo: ¿qué otras quiere usted que tenga?

—Una ha de haber de diamantes, que costó dos mil ducados—replicó el bandido, quien fué nombrando bastantes más detallándolas por sus hechuras y sus precios.

—Muy buena relación trae Vmd. de cuanto en mi casa hay, y bien conocida debe de tenerla quien se la ha proporcionado.

—Vmd. abrevie y las dé—exclamó con amenazador acento el ladrón; —no me ponga en el caso de que la pérdida sea de más importancia.

Puesta en semejante aprieto entregó las restantes joyas, temerosa de ver realizar sus amenazas al ladrón, el cual, dueño ya de ellas, las metió apresuradamente en un pañizuelo de faltriquera, no sin la precaución de hacer algunos nudos; tomó después con mucha calma el sombrero, y haciendo ante la atribulada dama una ceremoniosa reverencia, salió de la casa, seguido de sus cómplices.

Cerrada la puerta, y perdida del susto, no acertaba a creer la buena señora en tanta audacia y bellaquería, cuando una criada, que sólo después de grandes esfuerzos había logrado desasirse de sus ligaduras, la sacó de su estupor, y viendo al recorrer con la vista la habitación un papel doblado en el suelo, le recogió inmediatamente y le presentó a su señora, diciendo:

—¿Qué papel es este?

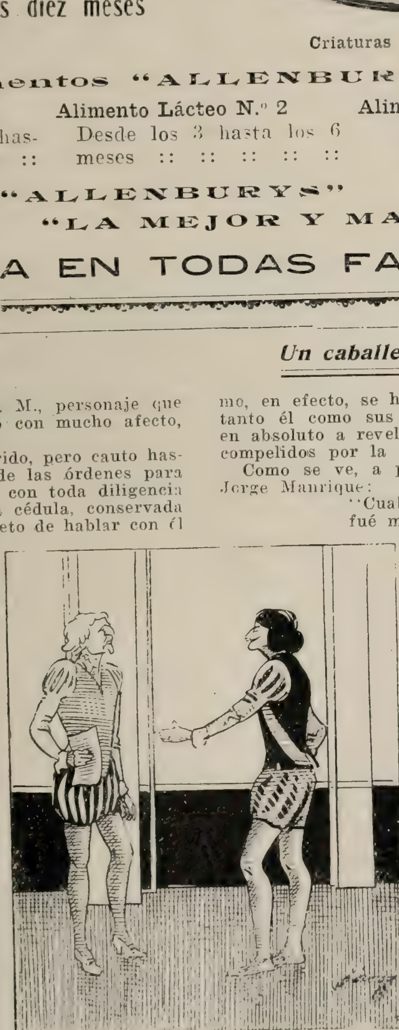
Leyóle la dama con tanta curiosidad como sorpresa, y en verdad lo merecía. Era una cédula real, en que se hacía merced del hábito de Santiago a cierto caballero, probablemente el ladrón.

Deseosa de apurar el caso mandó la dispusieran una silla e hízose conducir sin pérdida de tiempo a casa de

Un caballero ladrón en el siglo XVII

uno de los grandes ministros de S. M., personaje que no bien se hizo anunciar la recibió con mucho afecto, por haber sido amigo de su marido.

Enterado por la viuda de lo ocurrido, pero cauto hasta el extremo, avisó al secretario de las órdenes para que (sin decirle el objeto) buscara con toda diligencia al caballero, cuyo nombre rezaba la cédula, conservada mientras tanto en su poder, con objeto de hablar con él acerca de un asunto urgente.



No tardó el interesado en acudir a la citación, bien ajeno de lo que se trataba y en la creencia de que sería para darle cierto empleo, que gestionaba sin éxito hacía tiempo.

—Sabedor—comenzó diciendo afablemente el ministro para inspirarle confianza—de las buenas partes que adornan la persona de Vmd. y de los grandes servicios que a S. M. ha prestado, me encuentro dispuesto a favorecerle en cuanto pudiere. Y por cierto que, dada la calidad de su persona, extrañóme mucho de verle sin hábito.

—Hecha tengo ya merced de esa honra—respondió el caballero—y en prueba de que así es, enseñaré a V. E. la cédula que siempre sobre mí traigo.

—Pues gustaría de verla.

Echó mano el hidalgo a la faltriquera, sin poder encontrar en ella lo que buscaba, por lo cual después de registrarse largo rato, exclamó con alguna turbación:

—Señor, juro a tal, que aquí la tenía, y se me debe de haber caído.

—Mire Vmd. si acaso es esta—dijo el ministro, sacando la cédula del jubón, y mirándole con severidad de hito en hito.

—Sí, señor, esta es, que a mí se me habrá caído; y estimo haya venido a tan buenas manos.

—Otras cosas han llegado a las de Vmd. contra lo que debía a su sangre y a su persona.

Perdida con semejantes palabras la serenidad, confesó entonces de plano su delito, y así antes de salir de allí, mandó se le trajeran todas las joyas robadas, como, en efecto, se hizo, declarando en su descargo, que tanto él como sus cómplices, cuyos nombres se negó en absoluto a revelar, habían cometido acción tan fea, compelidos por la necesidad y la falta de recursos.

Como se ve, a pesar de lo que siglos antes dijera Jorge Manrique:

"Cualquiera tiempo pasado
fué mejor,

la moralidad y la honradez dejaba bastante que desear, y entonces abundaban los pillos tanto como hoy, por no decir más.

Basta leer las obras de los escritores de los siglos llamados de oro, las novelas e historias, donde se reflejan las costumbres de otras épocas, para comprender que en todas ha habido truhanes y ladrones dispuestos a vivir a costa del prójimo y aprovechando cuanto hallaban a mano, aunque fuese contra la voluntad de su dueño.

Y aún podría deducirse de todas esas lecturas que, en tiempos pasados, la seguridad personal estaba menos garantida que en los presentes, y que la relajación de las costumbres había llegado, en determinados días, a un estado que hoy no alcanza, por más que algunos moralistas traten de demostrarnos lo contrario.

Y no se crea tampoco que el rigor de los jueces era extremado con los delincuentes. Quizá se ocupaba menos la justicia de los "hechos", empeñada entonces en perseguir las "ideas", puesto que era verdad incontestable que el pensamiento delinquía.

Así no es extraño que el caballero ladrón de que hablamos saliera bastante bien de su aventura.

¿Qué castigo se le impuso?, preguntarán nuestros lectores.

Sencillamente la reprimenda del ministro; porque ha habido en todas épocas bulas para difuntos e impunidad para ciertos criminales. Era el caballero persona de viso y no convenía procesarle por ladrón.



Viejos niños

Es incontestable que los viejos gozan evocando los hermosos días de su juventud y recordándose mutuamente las bromas que organizaron, los juegos a que se dedicaban cuando eran niños.

Pero no hay ancianos que hagan renacer sus recuerdos, como los pertenecientes a la asociación de los "Old boys" (viejos muchachos), cuya sede social está en Brisbane, en Australia.

Cuando hablamos de "viejos-muchachos", no crean ustedes que se trata de uno de esos grupos de célibes egoístas a los que varios estados amenazan con un impuesto vengador. ¡No! El presidente de la sociedad es un venerable abuelo con numerosa descendencia, y la mayor parte de los asociados son excelentes padres de familia.

No se reunen más que una vez al año, el 20 de septiembre.

Antiguos compañeros de colegio, resolvieron revivir durante todo un día, cada año, los buenos tiempos de su juventud, lejos de las preocupaciones ordinarias y del cuidado de los negocios. La gravedad propia de sus años y de su situación, es abolida durante veinticuatro horas, y en ellas se trata únicamente de reir sin trabas y de recobrar el espíritu y, si es posible, la agilidad de antaño.



Se reunen en la campaña, en los alrededores de Brisbane, y antes del almuerzo, durante el cual se admiten todas las bromas, salen a dar un paseo por el bosque.

Los transeuntes que ignorasen la existencia de esa sociedad original, se sorprenderían al ver alegres camaradas encorvados y barbicanos cantar y bailar, haciéndose burla, cuando no juegan al salto del carnero.

También se ejercitan en la difícil tarea de encaramarse a los árboles, como en la época en que subían a coger nidos... Pero ha llegado la hora de almorzar. Se sirve la comida al aire libre y ofrece la particularidad de que ni las señoras ni los niños pueden ser invitados. Es preciso formar parte de la sociedad y haber sido educado en el colegio de San Patricio y contar, por lo menos, 50 años de edad, para tener el derecho de sentarse a la mesa.



Después del almuerzo, que resulta siempre alegre, un poco de reposo les es necesario a esos buenos ancianos, que, fumando sus pipas, sestean sobre el césped, recordando su pasado.

A las 3 de la tarde, pasean; y cuando el sol templa sus ardores, juegan un partido de cricket.

El año pasado pudo verse a los veteranos disputarse una carrera pedestre de media milla, mientras el presidente batía el record del salto largo. Era cosa de pensar si en aquella población no había viejos. Y cuentan que entre seis de los allí reunidos sumaban más de cuatrocientos años.

Un periódico australiano trató de satirizar a esos viejos-niños, pero fué condenado por la opinión y censurado por sus colegas. Y desde entonces nadie más se ha atrevido en Australia a burlarse de los "Old boys".

Por la noche están, en efecto, un poco fatigados, pero con el corazón alegre y deseando repetir la fiesta al año siguiente.

¡Es un baño de Juvencia que han tomado en ese día ardoroso!

A sesenta años siempre es más agradable evocar el pasado que pensar en el porvenir. Y ¿para qué?

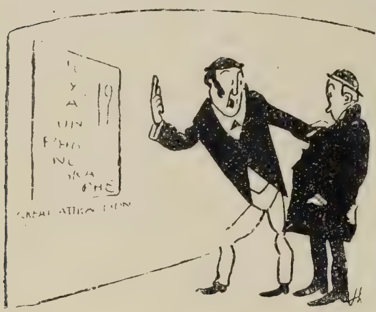
Los días futuros no son deseables en el descenso de la vida. Los que se hallan "sul paso stremo" quisieran detenerse y no avanzar, o por lo menos, retardar en lo posible ese descenso. Y ya que no les es dado retroceder en el tiempo real, vuelven atrás la mente, y los recuerdos los rejuvenecen y los alegran. Hoy Mefistófeles no viene al mundo y los viejos no pueden venderle el alma a cambio de la juventud, que sólo recobran con la imaginación.

Sin embargo, esos bravos y simpáticos viejitos de Brisbane hacen algo más que vivir de recuerdos; reproducen, siquiera no sea más que una vez al año, su vida de jóvenes, y es tal la fuerza de su voluntad y de su constancia, que esa transformación anual les sugiere una completa ilusión de adolescencia, al verse aún ágiles, alegres, decidores y animados para los ejercicios.

Un país donde los solteros no pueden excusarse

Ustedes saben—y si lo ignoran se lo hacemos saber —que en algunos estados de la América del Norte, algunos jueces, cuyos emolumentos no son muy elevados, están autorizados para aumentarlos, exigiendo una cuota a cada pareja que se unen en matrimonio.

Durante largo tiempo, esos magistrados se contentaban con atender a la clientela, sin poner de su parte nada por atraerla.



Pero algunos colegas, dotados de cualidades comerciales muy desarrolladas, lograron hacer llegar hasta ellos numerosas parejas, en detrimento de los intereses de otros jueces; y éstos decidieron defenderse.

Y ustedes habrán comprendido que, tratándose de los Estados Unidos, país donde la publicidad está en boga, esos casamenteros emplearon, para ello, el affiche y el aviso en los periódicos.

Algunos fueron tan originales como deliciosos. Pero la ''réclame'' más estupenda, que en ese sentido se haya hecho, es obra de Mr. Mullen, magistrado de Cincinnati (Ohio), quien, a fin de triunfar de todos sus competidores, hace a los jóvenes y a las niñas que quieran acudir a él para unirse en matrimonio, las sugerentes promesas que a continuación se detallan:

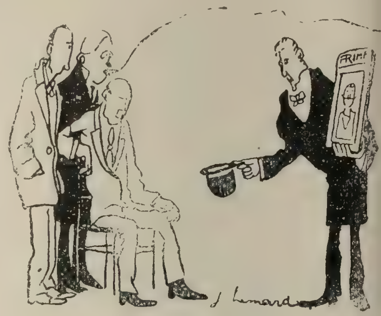
''Mis precios varían de dos a diez dollars. Por diez dollars, mi automóvil irá a buscar a los novios a la estación y los conducirá a la sala matrimonial, donde la futura esposa encontrará un boudoir perfectamente instalado, con espejos, polvos, horquillas, perfumes y tenacillas de rizar.

''Sobre una mesa adornada con flores frescas, un fonógrafo dejará oir una marcha nupcial, mientras un fotógrafo tomará instantáneas del acto, además de ofrecer a los desposados una fotografía encuadrada en rico marco. La pareja enamorada será invitada a un suculento almuerzo, al que asistirá Mr. Mullen. A los postres, éste tendrá el honor de entregar a los nuevos esposos un certificado de su matrimonio, impreso en papel de Holanda...''

Y no se crea que tal propaganda concluyó con la única publicación del cartelito de marras; en la misma fecha, y en abierto sentido de competencia, aparecieron affiches, pegados en la pared, ostentando grandes letras en colores, como para que los pudieran leer los miopes a la distancia.

Como todas las cosas sólo requieren comienzo, el procedimiento de los avisos se generalizó de tal manera que, al poco tiempo, nadie se admiraba de réclame tan original.

Un diario, al ocuparse del asunto, dice que el procedimiento a que aludimos, ha dado hermosos resultados, pues, el número de actas matrimoniales experimentó notable aumento.



Hoy que la vida está muy cara y escasea el dinero, debería adoptarse un procedimiento análogo. Y decimos esto porque una boda es siempre una cuesta arriba difícil de encarrilar para el cincuenta por ciento de los novios.

Debemos, o se debe, pues, imitar el sistema de los jueces de Cincinnati. Con un gran cartel, de letras rojas y llamativas ¿quién dice no?

Por de pronto, en muchos diarios aparecen avisitos personales, muy graciosos. Es un paso hacia el procedimiento en cuestión.

Elogio de las feas

Un nuestro amigo a quien, por discreción, llamaremos don Juan, se casa. El daño ya es irreparable; la enfermedad en el transcurso de estos últimos meses, había avanzado mucho; el cerebro, los sentidos, el corazón... ¡Todo estaba comprometido!... Don Juan se casa; y, lo más raro: él, tan rico, tan apuesto, tan provisto de cuantas desenvolturas y gallardías morales y físicas pueden adornar a un hombre, ha buscado para esposa una mujer fea.

Cómo?...

El cronista, que se desespera por conocer la lógica o motivo de estas arbitrariedades y muecas de la psicología amorosa, interrogó a don Juan. ¿Qué podía llevarle al matrimonio en circunstancias tan anormales? ¿Era el amor? ¿Era la piedad? ¿Era el caballeroso cumplimiento de algún antiguo y callado compromiso de honor? ¿O acaso las conquistadoras perfecciones de un espíritu dechado de discreción, firmeza y virtud?...



Pero a mis preguntas y distingos, un poco literarios, don Juan replicó encogiéndose tranquilamente de hombros; y este gesto familiar bien claro decía que el galán llegaba al matrimonio por el camino llano y fácil del gusto. Así lo declaró él mismo, sin ambages:

—Me caso con ella, no precisamente porque sea buena y económica y mujer de su casa, ni porque la juzgue poseedora de ninguna preexcelente y desusada calidad: la tomo por esposa... ¡porque me agrada!

Y añadió:

—Adivino cuanto vas a decirme: que tiene unos ojos insignificantes... lo sé; que su boca es grande... conformes; que hay una tristeza de misticismo en su seno escurridizo y en sus caderas sin carne... de acuerdo. ¿Y qué?... Te repito lo de antes; esa mujer me gusta...

En el famoso libro ''Los caracteres'', puso La Bruyére el siguiente pensamiento:

''Hay bellezas tan perfectas y de un mérito tan resplandeciente y avasallador, que sólo nos inspiran deseos de verlas y platicar con ellas.''

Esta observación escrita bajo el reinado de Luis XIV, por un autor mundano y versallesco, es absolutamente exacta; y, comprendiéndola, se comprende también que don Juan, espiritual, rico y buen mozo, entregue a una fea su mano ingrata.

Acerca de esto debo declarar que el poder y atracción que sobre mí ejercen las mujeres, no guardan medida ni marchan paralelamente con su belleza; pues si es cierto que las hermosas me atraen y cautivan, las ''muy hermosas'' me desconciertan, aturden y suspenden el ánimo de manera que me fuerzan a mirarlas como a obras purísimas de arte, y alejan de mi sensibilidad todo amoroso deseo. Quiero decir que, aunque para mi mayor alegría y regalo, se ofreciesen a mis ojos pecadores, desnudas, yo había de verlas recogidamente, sin ninguna vibración carnal, antes con aquella sagrada unción estética que en los temperamentos delicados suscitan un lienzo o una escultura, una página musical o una puesta de sol.

La admiración, cuando es muy intensa, sobrecoge nuestras facultades con tal brío que jamás se avillana ni rebaja hasta el extremo de convertirse en grosero apetito. La admiración destruye la sexualidad porque lo muy perfecto nos da la sensación de algo frágil, delicadísimo, que puede romperse bajo la calentura de nuestras manos. Por lo mismo, nunca fueron las mujeres más bellas las más ardientemente codiciadas: lo son las hermosas que no llegaron a la venustidad estatuaria, las simpáticas, las voluptuosas y coquetas, las espirituales, a veces las feas... cual si el deseo, para reventar y manifestarse plenamente, hubiera necesidad de uno o más defectos físicos a que agarrarse.

La Bruyére explica a don Juan. Yo, le comprendo ahora; y tú, lector, sin duda, le comprendes también.

Por eso, don Juan se casa con una mujer fea; él no quiere una estatua para esposa, no quiere una belleza perfecta como la Venus de Milo, de griegas formas y conjunto armónico.

Hombre práctico, y sobre todo hombre que ha corrido y visto mucho, supo elegir, entre todas las mujeres de todos los países recorridos, la que más se adaptaba a su manera de ser y de pensar.

Y no lo niega; lo declara francamente, sinceramente:

—Esa mujer es fea, pero a mí me gusta y me caso con ella.

El, que es un psicólogo de la moderna escuela, un psicólogo que siente y piensa, quiere a las feas porque tienen la belleza de ser mujeres ante todo y sobre todo.

¡Seductor admirable, psicólogo exquisito!... Tú, prefiriendo a las menos bellas, que suelen ser las más frágiles, hiciste tu agosto de amores, pues supiste quedarte con el mayor número...

Dib. de Caro. **Eduardo ZAMACOIS.**


12 PRANA
Syphon
Siphon
Sifon
12 PRANA
Bulb

EL HOGAR

Revista quincenal para las familias

Año X. BUENOS AIRES, 5 DE NOVIEMBRE DE 1913. N.º 242.

LA MUJER ARGENTINA



Señora Leonor Casarino de Iturralde

Fot. Merlino

Notas de la Quincena

¡El 2 de noviembre! ¡Día de tristes e imborrables recuerdos! Cada corazón que alienta tendrá dentro de sí la historia de una cruz pero que, olvidándola por completo, va a cubrir de lágrimas y de flores aquellas que signan las tumbas con el sello augusto del cariño, del respeto y del recuerdo.

Santo y sublime culto que cae sobre las almas que lo practican como rocío benéfico del cielo.

Y, cuando la plegaria haya arrodillado las almas en un solo voto y en una sola ansia, irá todo al más allá eterno como un trasunto del altar del corazón al ser querido é inolvidable que tal vez sonría en lo Alto, ya que nos parece imposible que el olvido pueda invadir hasta la excelsa morada.

No es posible silenciar la obra de alta cultura que hace la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres en nuestra juventud estudiosa que, en crecido número, concurre a las diferentes clases.

En la semana pasada tuvieron lugar los exámenes de Declamación, Arte de Leer, Canto, Francés y Contabilidad.

Aunque todos los cursos son de indiscutible utilidad y hay especial interés de parte de las niñas en seguirlos, el Curso de Declamación es el más numeroso, llamando la atención el que cada alumna tenga su sello y estilo personal.

El jurado, formado por los doctores Mariano de Vedia y Mitre, Mario Gorostarzu y César Iglesias Paz, que demostraron sorpresa y entusiasmo por el brillo de los exámenes, trabajó durante cinco horas, siendo la adjudicación de los premios reñidísima y difícil para poder seleccionar en el grupo de las que tenían diez puntos las dignas de recibir los premios "Catalina B. de Barón" y "Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres" de 200 pesos cada uno.

A las 8 de la noche después de deliberar largamente el jurado adjudicó los premios del siguiente modo:

Premio Catalina B. de Barón, a la alumna de 1.er año, señorita Margot Bazlaz. Accésit de 1.er año, a la señorita Alfonsina Massi. Accésit de 1.er año, a la señorita Rosa Gallo del Carril.

Premio "Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres", a la alumna de segundo año, señorita Adela Marchelli, que obtuvo el premio C. B. de Barón de primer año el año 1912. Accésit de 2.º año, señorita Leonor Kiernan. Accésit de 2.º año, señorita Dora Silgueira Crespo.

Presenciaron los exámenes los miembros de la comisión directiva, señora Carolina L. de Argerich, señora Dolores Lavalle de Lavalle, de Oliver, Waserman, Gómez, Pandolfini, Cantón, señorita de Moreno y señorita María de Guerrico.

El Departamento Nacional del Trabajo en su loable empeño de ayudar a los gremios en el buen empleo de sus energías, ha establecido en la calle Defensa 557 un Registro Nacional de Colocaciones que funciona en dos turnos: de 8 a 12 de la mañana, para mujeres y de 1 a 5 p. m., para hombres.

Visitamos muy gratamente impresionadas la sección femenina bajo la dirección de la señora Constanza Bravo de Villamayor, secundada por nueve señoras, todas de una cultura, paciencia y tino admirables; puesto que, para tener que entenderse con el sinnúmero de peticionantes hay que tener en cuenta que, la "necesidad" es el único "ser" que no razona, que no soporta postergaciones ni esperas.

La prolijidad en la ubicación, el cariño casi maternal con que buscan afanosamente el mejor y más seguro puesto, este grupo de mujeres a cuyo cargo funciona la oficina, es algo muy delicado y encomiable, por lo mismo que no prima en ellas el interés mecánico de la labor, sino el de favorecer y proteger a la mujer que dedica sus afanes al trabajo, nivelador de ambiciones y cualidades.

—Hay 1286 pedidos de colocación—me dijo la señora de Villamayor dulcemente—y yo ví en sus ojos ansias de madre, y señales de desvelos prolijos y grandes.

Pero, súbitamente y con alegría señaló la siguiente cifra:—Hemos colocado 554; todas van con su correspondiente ficha que acredita su edad, nacionalidad, estado, profesión, si sabe leer y algunas otras referencias; esta ficha tiene un talón que la patrona debe devolver firmado anotando el salario. Y si alguna pretendiera no abonarles sus sueldos, quédale a la empleada el recurso de reclamar a la oficina el cumplimiento de lo estipulado, siendo ésta a su vez ayudada por la policía de la capital.

—¿Y, cuánto tiene qué pagar la solicitante?—inquirí yo.

—Nada; todo es absolutamente gratis.

Y otra vez una alegría sana rebosó en el rostro de la directora, que ha hecho de aquel rinconcito de árduo trabajo un verdadero misionado, leyendo y comprendiendo en otras almas de mujeres todas las decepciones de la miseria y de la necesidad.

A los ochenta y cinco años ha muerto en París, Carlos Tellier, conocido en el mundo científico por el honroso título de "Padre del Frío".

Una vida larga en años, pero para su dueño y la humanidad demasiado breve en relación de su talento, su constancia, su abnegación y sus ideales. Vida consagrada al bien por completo por un solo rumbo luminoso, persiguiendo un descubrimiento que llegase a prevenir lo que, tal vez, la gente profana achacase a olvido de la Naturaleza. Sin él, sin su prodigioso invento no tendría Europa el intercambio de sabrosas frutas de otros países durante todo el año; ni tampoco nuestra República contaría con el establecimiento de frigoríficos que producen al país buenos millones.

También él—como los grandes astros cuya luz esplendorosa ciega un momento—tuvo sus sombras; sin embargo, la tristeza del desencanto no consiguió abatir su espíritu, ni la injusticia de los hombres ni la miseria agachar las alas de sus energías y, quizás, apretando su corazón entre sus manos para acallar sus dolores, dió vuelos a su genio y, sobre las propias y extrañas miserias levantó su obra gigante, compañera única de su vida y de su gloria.

El "Museo Social Argentino" ha tomado sobre sí la honrosa tarea de asociar nuestra República al homenaje que en estos momentos se rinde a su memoria, enviando a su hijo la expresión de admiración y simpatía que el recuerdo de aquella vida nos ha legado.

Perpétua AUBONE.

Arte y hogar



—Mamá...

—¿Qué quieres?

—Quiero oir cantar a papá.

—¿El arrorró?

—Sí.

El chiquilín Claudio Brianda había dejado sus juguetes, y apoyado en las rodillas de la madre, miraba curiosamente el fonógrafo.

Virginia Brianda apartó de sí el bordado, y dió cuerda al mecanismo. La púa arrancó del disco:

''Arrorró mi nene''; la sencilla melodía cantada por generaciones de madres y que en ese momento surgía de la bocina, con timbre de tenor. A veces, una que otra discordancia, acusaban en el disco el desgaste ejercido por el uso.

Carl Brianda, el padre de Claudio, había demostrado desde pequeño un gran temperamento artístico. A cierta edad huyó de su casa y entró en un teatro de la capital. Por su voz se le dió puesto en el coro, y como sus dotes eran grandes no pasó mucho tiempo sin que ascendiera. Después de un corto lapso de tiempo, comenzó a cantar óperas, y su éxito superó a los mayores triunfos conocidos. En el momento en que comenzamos la narración se hallaba cumpliendo un contrato en el extranjero.

Siendo aún corista Carl, se había enamorado de una joven actriz, de habilidad excepcional, y ella había dejado las tablas para formar un hogar con su amador. Los triunfos de éste lo habían separado paulatinamente de la vida doméstica. De los sueldos principescos del tenor, llegaba regularmente una suma importante a su casa, pero en cambio las cartas eran cada vez más escasas y afectadas, más formales.

—Otra canción—exclamó el chiquilín Claudio, cuando se concluyó la infantil ''berceuse''.

Virginia puso un disco del ''Trovatore'', y la melodía, pura, sentimental, enriquecida con la voz de su marido, cundió por la estancia como había llenado también muchas salas de espectáculos.

Virginia, que aún conservaba mucho de la belleza que antes encantara a Carl, había actuado en círculos sociales muy relacionados con el teatro. Había conocido a hombres que la galantearon y hasta algunos le habían hecho el amor. Pero, aunque el arte siempre implica una cierta libertad, Virginia jamás había gustado de ella, y gradualmente se había ido substrayendo a sus halagos.

El nuevo disco había finalizado.

—Yo quiero ver a papá—dijo Claudio.

—Hoy no puede ser,—replicó Virginia.

—¿Por qué?

—Porque está muy lejos.

—¿Y cuándo volverá?

—Pronto, según espero.

—¿Y sigue cantando en todas partes?

—Sí, querido.

—Yo quiero oirlo cantar algo más.

Virginia colocó el disco: ''Tus labios son como fresas''. Mientras la canción iba en progreso, ella deseó más apasionadamente que nunca la vuelta de su esposo. Carl se hallaba cada vez más absorto por su arte. Pero los grandes artistas—ya sean hombres como mujeres—también tienen sus instantes sentimentales. Adonde quiera que fuese Carl, era la figura descollante. En todas partes se le consideraba el héroe, y las mujeres lo asediaban.

En sus ojos se leía el orgullo de sí mismo. Sus habitaciones estaban abarrotadas de flores. Las aventuras eran cada vez más numerosas. En los hoteles esta persecución se recrudecía, dado que no hay sirviente que permanezca insensible al soborno.

—Yo quiero otra canción—dijo Claudio.

Virginia aquello de: ''Tus ojos me lo dijeron'' y de nuevo se escuchó la voz de Carl.

En ese momento el señor cántaba en el ''boudoir'' de una célebre belleza londinense.

J. A. WALDRON.



Para entretener doncellas

Cuento

PROEMIO

Reparto de la obra y acotaciones

En estas escenas de la comedia humana, que voy a escribir, actúan los siguientes personajes:

JULIA

(Nuestra protagonista.) Tiene veinte años. ¡Bonita edad! Ella también es bonita. Hace juego con la edad. Pelo y ojos negros. Blanca la tez, con algo de sonrosado que alborea en las mejillas. En los labios, es el color de la

Pura, encendida rosa,

que cantó el poeta. Se encienden al rojo grana.

Una advertencia importante: Julia no se pinta; de manera que todo esto que está pintado por mi descripción, no lo está por ella. Es copia "del natural".

Más detalles de ojos, pelo y boca, tres cosas buenas. El pelo es abundante, sedoso, y su negrura tanta, que a plena luz, tiene como reflejos azulados. La boca pequeña, los ojos grandes, y váyase lo uno por lo otro, como suele decirse.

De su manera de mirar, no hay palabras que adecuadamente puedan dar idea, porque Julia es una de esas mujeres en cuya mirada se expresa lo que tiene y lo que no tiene forma de expresión en el lenguaje humano. Ojos que "dicen" tanto, dieron en llamarlos "decidores", entendidos prosistas y poetas del siglo de oro.

Si en el curso de esta narración nuestra protagonista tuviese algún diálogo, esperemos aprovecharlo para "oir" lo que ella habla y "ver" lo que dicen ellos.

Estatura regular. La que deben haber pedido a Dios todas las que lucen manos y pies pequeños. No es gruesa ni delgada. Cuerpo elegante según los sastres que visten señoras. Cuerpo estatuario, según los escultores que desnudan modelos.

Y basta, porque acaban aquí las perfecciones de que es lícito hablar. Omití los defectos, pero me decido a no callarlos.

Lectora, vuélveme el crédito y sonríe, porque he visto como tú, que Julia no tiene la frente espaciosa, que la nariz no es griega, sino más bien aguileña, y que los pómulos son un tanto salientes, incorrecciones en que te has fijado, antes que yo, porque hubo de parecerme más correcto atender primero al encomio de las bellezas. Tú a los reparos. La crítica es mujer.

(Segundo personaje.)

PEPE

Sospecho que no llegue a "pisar las tablas" y sólo sepamos de él por referencias.

Sin embargo, es papel de galán joven. Veinticuatro años. Un "mozo bien". Acéptese el criollismo de la locución. Pepe es porteño, de este Buenos Aires, gran puerto de agua dulce.

Será doctor en leyes dentro de un año o dos. Tal vez tres. Son muchas las materias de estudio, pero no son pocas las materias de diversión con que brinda la capital federal a la "muchachada".

Nuestro galán joven, es muy galán. Alto, bien formado y mejor vestido. Sabe "cubrir las formas" bajo todos conceptos.

Sabe más, según su libreta de enrolamiento: "andar a caballo, dirigir automóvil, conducir vehículos"... y otras destrezas que se omiten en la libreta susodicha. Puede decirse que en punto a ejercicios físicos, sabe de todo. La "educación del músculo" le cuenta entre los más aventajados educandos.

Conoce el "bridge" desde que se puso de moda. Lo practica en los salones. En el club, el "bacarat". En el hipódromo, las apuestas.

En suma, Pepe es "dernier cri". Un argentino que vino al mundo con pelo rubio y ojos azules, proclamando la "europeización". Hizo ya el viaje a Europa. Estuvo tres meses en París y dos semanas en Londres.

Padres con regular fortuna. Hijo único y las buenas hadas quisieron también que fuera sobrino de un ministro, lo que deja suponer que ni siquiera le falta su "empleíto". Cuatrocientos pesos mensuales. ¡Una futesa! El chico gasta mucho. Para más detalles, sígase leyendo.

Y ahora, atención.

Tengo verdadero interés en presentar a



EL PRIMER ACTOR

Podemos llamarle "actor de carácter" porque lo tiene. Es uno de esos hombres-voluntad que pudieran exigir el título de profesores de energía, cuando éste se otorgue.

Siento decírtelo, querida lectora de cuentos y novelas. El héroe de esta fábula mía no tiene las gentilezas y elegancias que en fábulas de otros autores te deleitaron. No es elegante ni gentil, no es alto ni bajo, hermoso ni feo.

En sus modales no hay distinción sino sencillez y llaneza. Ojos de mirar decidido y sereno que no buscan ni rehuyen las otras miradas.

Cara inteligente. Treinta años en la edad más que en la cara. ¿Qué más? ¡Ah! Si. Algo importante en este siglo... y en los anteriores. Es rico. Tiene fortuna y se enorgullece de tenerla, porque ha sido un conquistador del bienestar en las luchas del trabajo.

Dejo para lo último el detalle más prosaico. Es comerciante. Antonio Fernández, de la casa "Fernández y Compañía. Paños y casimires. Importación directa. Marca registrada".

Personajes principales pero que en estas escenas ocupan segundos términos. Los padres de Julia.

El señor cincuenta años. La señora... más de cuarenta. Está en lo que se llama "cierta" edad, que es aquella en que predomina la incertidumbre para fijar las cifras.

Son propietarios pero... la vida en Buenos Aires es costosa. Julia ha sido presentada en el gran mundo y... tienen muchos gastos.

El Banco Hipotecario puede hacer la narración más minuciosa.

DECORACION

El telón se levanta. Escenario: Gabinete o salita que precede al dormitorio de Julia. Es lo que los franceses llaman "un boudoir". Acuarelas en las paredes (firmas francesas). Recuerdos de cotillón (firmas de titulados adoradores). Dos fotografías en ampliación (retratos de los padres de Julia). Muebles modernos. Maderas claras. Silloncitos: tapicería d'Aubuson, según factura... pagada. Vitrinas con "bibelots" y juguetes costosos.

La luz del día entra alegremente por los balcones y parece que se recrea en abrillantar los barnices, sonreir en los espejos y avivarlo todo.

Julia está sola en escena. Mira, sin ver, lo que le rodea. Está pensando. A los veinte años, ¿en qué?

La verdadera decoración está allí, donde están los pensamientos de nuestra protagonista. Eso es lo que no han visto los espectadores. Eso es lo que hay que ver.



Dentro de aquella hermosa testa todo está en desorden. Allí es donde viven la imaginación y la inteligencia. Dos hermanas que pocas veces están de acuerdo. Aquella es poetisa; ésta, muy dada a trascendentalismos filosóficos y amiga de razonar. Del soñar gusta la una; la otra, siempre quiere estar despierta. No se "llevan" bien.

—"¡Loca de la casa"! ¡Déjame en paz!

—¡"Marisabidilla"! ¡Cállate!

Así se increpan. Sin embargo, cuanto más riñen, más se quieren, y van juntas a todas partes.

Pero en aquella hermosa mañana de primavera y de sol, de juventud y de vida, con tales bríos empezaron reproches y quejas, protestas y recriminaciones, que Julia estaba aterrada.

La señorita Imaginación tuvo la culpa. Había estado la noche anterior en un baile y como eran inseparables, la Inteligencia estuvo también. Divirtióse la primera grandemente, mientras la segunda quedó como enervada y descontenta, y así, con tan distintas impresiones cuando volvió Julia a su casa, tardó mucho en dormirse y entre sueños, allá en su cabeza, le pareció oir que antes de darse al reposo, las dos eternas discutidoras, se decían con cierto tonillo de amenaza:

—¡Eso de quien vence, mañana lo veremos!



Ya muy entrado el día, despertó. Lo primero que pudo ver fué el "precioso" vestido tirado de cualquier modo sobre un sillón y las demás ropas, como nieve amontonada.

En el lindo tocador, cuyo arreglo era su encanto, no había nada en su sitio. Frascos destapados, pulidores de uñas, borlas y cepillos, aceros y cristales, en revuelta confusión.

Contempló aquello como un general puede mirar al día siguiente de su victoria, el campo de batalla. Mirada de orgullo, por el triunfo; luego de compasión y remordimiento.

Se levantó y se vistió apresuradamente. Pasó del dormitorio a la salita. Aprovechando los momentos de soledad, quiso entrar en su pensamiento... ¡Imposible! Aquello no llegaba a ser "una tempestad bajo un cráneo" pero era un desbarajuste, una confusión de ideas.

La Inteligencia, con sus afanes de hacendosa y pulcra, se desesperaba al ver que ninguna de éstas estaba en su sitio. La Imaginación se reía viéndola tan atareada en tales quehaceres con "los conceptos de las cosas", porque el desorden era obra suya.

. . . .

Quedamos, lector, en que hemos elegido para lo que entre autores dramáticos se acata como "lugar de la acción", el lugar preeminente, donde según afirman los fisiólogos, reside lo más excelso del organismo. La capacidad, el talento y por sinonimia y locución figurada, el "seso".

Empieza la disputa. Empieza el diálogo.

ESCENA PRIMERA

La Inteligencia.—La Imaginación.—Julia (escuchando)

La Inteligencia.—¡Buena la has hecho! Tu te has propuesto, sin duda, trastornarlo todo.

La Imaginación.—Es claro que sí. Aborrezco el método, la rutina, la compostura y el orden. Me gusta la variedad, lo imprevisto y el desarreglo. ¡Qué quieres! No lo puedo remediar. Tengo algo de artista.

Inteligencia.—¡Qué has de tener tú? El arte es manifestación de ideas en forma exterior y sensible. Y esto de las ideas, es cosa mía.

Imaginación.—Y mío lo del "ideal", que es "lo otro" y si me apuras mucho "lo de más allá". Enterate bien para que no me vengas con retóricas. ¡Las ideas! ¡La forma sensible! (burlándose). ¡Tiene gracia! ¡Tú piensas mucho, tú meditas. Tú reflexionas. Yo invento. La sensible soy yo.

Inteligencia.—Y yo la creadora. El arte es creación.

Imaginación.—Y dale con definir. ¡Creaciones pensadas no son bellas! (Exaltándose.) ¿Sabes por qué es tan hermoso el mundo? Porque es una improvisación hecha en una semana. A mayor tardanza, quizás menores defectos, pero el mismo Dios debe gustar de que los haya, y no quiso pensarlo mucho y allá salió obra de la espontaneidad divina que saca grandezas de la nada.

Inteligencia. (Algo desconcertada y confusa.) — No quiero discutir contigo de cosas que no entiendes.

Imaginación.—Pues callate.

Inteligencia.—Eso fuera bueno si no tuviese que preguntarte algo que nos interesa.

Imaginación.—¿A las dos?

Inteligencia.—Sí. A las dos. Ayer quedó esto en orden y hoy anda todo revuelto. ¿Qué te propones?

Imaginación. (Inquieta y procurando disimular.)—¿Yo? ¡Nada!

Inteligencia.—Vamos a ver. Contesta. Pero con claridad y sin ambages ni rodeos. Recuerdo perfectamente que en lugar de preferencia habíamos colocado...

Imaginación.—¿Algún retrato? (Continúa fingiendo).

Inteligencia.—No te hagas la tonta, porque no lo eres. Los pensamientos no se retratan.

Imaginación.—En los ojos, dicen que sí.

Inteligencia.—Bueno, pues aquí había un pensamiento y ahora no está.

Imaginación.—Se habrá... perdido. ¿Cuál era? ¡Tenemos tantos!

Inteligencia.—De sobra sabes a cuál me refiero.

Imaginación. (Con enojo.)—Supongamos que lo sé, pero no quiero decirlo. Dilo tú, ya que te interesa. ¿De qué se trata?

Inteligencia.—De que no, (tono severo) es la verdadera pregunta.

Imaginación. (Decidiéndose.)—Entonces... ¿de quién?

Inteligencia.—De Antonio.

Imaginación—¡Ah! ¿El señor Fernández? ¿Don Antonio?

Inteligencia. (Con ironía.)—¡Qué respetuosa estás.

Imaginación.—Y tú ¡qué familiar!

Inteligencia.—¡Naturalmente! Hay que irse acostumbrando a la idea. Los padres de Julia quieren casarla con él, y yo lo he pensado mucho y...

Imaginación.—¿Acaba?

Inteligencia. — Yo también se lo aconsejo.

Imaginación.—Pues yo, francamente, estoy indecisa.

Inteligencia. (Sorprendida. — ¿Por qué?

Imaginación.—¡Es tan distinto ese hombre de lo que se sueña para marido.

Inteligencia.—¿No te gusta?

Imaginación. (Jugando distraídamente con una de las muchas "imágenes" que la entretienen).—No lo sé. Me parece igual a todos los hombres que "no me parecen" feos. Ya ves que hay bastantes.

Inteligencia.—Pues tiene muy buen tipo. Varonil. Y ahora...

Imaginación.—Es verdad. Ahora eso escasea. (Sigue el jugueteo con la figurilla).

Inteligencia.—Además es... simpático.

Imaginación.—¿Sí? (Como queriendo consultar "el punto".) ¡Es posible! No recuerdo bien.

Inteligencia. (Fijándose en lo que distrae a su hermana.)—Pero ¿qué es eso? ¿Algún dije? ¿Acaso un "porte-bonheur"?



Imaginación. (Queriendo ocultarlo.) — ¡Oh! ¡No es nada!

Inteligencia. — ¡Déjame verlo!

Imaginación. — ¡Vaya! ¡Qué curiosa! Es aquel muchacho... Ya sabes... Pepe.

Inteligencia. — ¡Qué locura!

Imaginación.—¿Qué quieres? Pepe es mi "flirt", como ahora se dice. ¿No le viste anoche? Estuvo en el baile.

Inteligencia.—No me fijé. Pero yo creí que había acabado "eso".

Imaginación.—¿Acabar? (Sonriendo coquetamente).

Inteligencia.—Todo tiene fin en este mundo.

Imaginación.—Todo lo que tiene principio y esto no ha empezado. (Vuelve a sonreir). No dirás que no razono.

Inteligencia.—Llamas razones a las extravagancias, a los desatinos. A lo que no tiene pies ni cabeza.

Imaginación. (Hablando en serio.)—Principio ni fin es lo que te dije y lo repito. Pies y cabeza no me

hacen falta. Tengo algo mejor. Tengo alas. ¡Déjame volar!

Inteligencia.—¿Y la boda? Porque Julia está prometida desde esta semana.

Imaginación. (Riéndose.)—Pues para mí desde ahora empieza la semana de aviación.

Inteligencia.—Pero ¡desdichada! tu y yo de Julia somos; a Julia pertenecemos y ella se sometió...

Imaginación.—Yo no obedezco a ningún mandato.

Inteligencia.—Fué ruego, fué consejo.



Imaginación.—Sí. Los padres aconsejan, ruegan...

Inteligencia.—Por bien de los hijos, porque los quieren. Ellos saben del amor.

Imaginación.—¡Saben! Es tu afán. Pero no el mío. A mí que no me digan nada de la vida. Quiero adivinarla. Si puedo acertar, acertaré. No quiero copiar a nadie. Ante todo la originalidad... y la poesía.

Inteligencia.—En el casamiento tal vez. Pero luego el matrimonio es la prosa de la realidad.

Imaginación.—Yo haré verso libre. Déjame la inspiración.

(Las dos hermanas se miran y... sonríen. Empieza el cariño a buscar el fin de los enojos.)

Inteligencia.—Pero ven acá, soñadora. ¿Quieres a Pepe?

Imaginación. (Mirando el juguete.)—Me preguntas lo que nunca me pregunté yo misma. No sé qué decirte. Me entretiene, me divierte. Baila muy bien. "Todas nos lo disputamos".

Inteligencia.—¿Para eso?

Imaginación.—Para eso.

Inteligencia. (Empezando a tranquilizarse.)—¿Y qué te dice?

Imaginación.—¿Mientras bailamos? Que soy muy bonita y... que no pierda el compás. En el teatro también nos miramos.

Inteligencia.—¿De qué modo?

Imaginación.—Antes con gemelos. Ahora están más de moda los "impertinentes" o "face en main". El usa monóculo.



Inteligencia.—Que es más "impertinente" todavía.

Imaginación.—En el segundo entreacto nos visita en el palco. Entonces me dice que estoy elegantísima y que visto muy "chic".

Inteligencia.—¿Nada más?

Imaginación.—En el teatro, no.

Inteligencia.—¡Ah! También le ves en otros sitios?

Imaginación.—En todas partes. En Palermo, en el Tigre, en Mar del Plata los veranos.

Inteligencia.—¿Te sigue?

Imaginación. (Envanecida.)—¡Es claro! Me quiere.

Inteligencia.—¿Te lo ha dicho?

Imaginación.—Con los ojos y... algo más hay.

Inteligencia. (Alarmada, inquieta.)—¿El qué?

Imaginación.—Es muy atrevido. Un día... me pidió un beso.

Inteligencia.—¿Y tú?...

Imaginación.—Le dí una flor. En el "flirt" es la regla.

Inteligencia.—No te entiendo.

Imaginación. (Riendo.)—El premio consolación.

Inteligencia. (Quitándole el muñeco.)—¡Dame!



Imaginación.—¡Pobre joven!

Inteligencia.—¡Quita allá! Debes decir ¡pobre muñeco!

(Julia que ha estado atenta al diálogo, interviene de pronto. Acaba de oir que abren la puerta de su dormitorio y grita sobresaltada.)

Julia.—¡Silencio! ¡Alguien viene! Debe ser mamá.

Imaginación.—¡Ay, Dios mío! ¡Que no sepa nada!

Inteligencia.—¿Y yo qué hago con esta figurilla?

Imaginación.—Guárdala.

Julia.—Con cuidado. ¡Que no se rompa!

(La Inteligencia, al oirla, no puede ocultar su disgusto, pero obedece.)

El teatro queda un momento a oscuras para dar lugar a la "mutación" en los pensamientos.

Julia va al encuentro de su madre. Esta la abraza.

HABLANDO

—¿Has dormido bien, hija mía?

—Muy bien. Hasta hace poco.

—Y... ¿has pensado?

—¿En qué?

—¿En qué ha de ser? Antonio almorzará hoy con nosotros. Traerá las "alianzas". ¿Estás contenta?

—¿Lo estás tú?

—Fernández es bueno, honrado, inteligente y...

—Rico.

—No iba a decir eso. Algo tiene que vale más que la fortuna.

—¿De veras?

—Te quiere.

—¡Ah!

—Mucho, muchísimo. Con toda su alma. Vamos a ver ¿y tú?

—Yo ¿qué?

—Hija mía. Dime la verdad.

—¿La verdad? Dímela tú. ¿Queréis que me case con él?

—Sí. Pero... ¿tú le quieres?

—Me casaré. Yo os quiero a vosotros.

Lectora (interrumpiendo la narración.)—¡Pobre Julia! ¡Casarse sin cariño!

Lector.—¡Pobre marido!

Los dos (interrogando al autor del cuento).—Esto tiene que acabar mal. ¿Qué dice usted?

El autor.—Lo que dicen todos los novelistas, que "no anticipemos los sucesos".

Telón

CUADRO SEGUNDO

Escena... culminante

Por arte o virtud del casamiento, la señorita Julia quedó apellidada la señora de Fernández.

En la "Crónica social" publicaron los diarios reseña de la ceremonia, nombres y atavíos de las numerosas invitadas, retrato de la "feliz pareja" en fotograbado, lista de los valiosos regalos recibidos y por último noticia de que los recién casados partirían en viaje a Europa.

Y aquella noche, a la misma hora en que los cronistas iban camino de las redacciones para hacer estos relatos, Antonio, en la cámara nupcial estaba diciendo a la desposada:

—Tengo tanta fe en mi pasado, que busco en él las fuerzas para ganar ahora el porvenir. Quiero que mi vida hasta hoy la sepa quien desde este momento la vivirá conmigo.

Julia le miró. Los ojos "decidores" parecieron preguntar algo. Antonio, equivocándose, creyó que se burlaban.

!Es ridículo, ¿no es cierto?

—¿El qué?

—La historia de un hombre contada por él mismo a su mujer la noche de bodas.

—¡Oh!... ¡no! ¿Por qué?

—¿Entonces hablo?

—Sí.

Se abre un paréntesis y se cierra una puerta.

El autor tiene que interrumpir el cuento para dar su opinión en contra de lo que opina el protagonista.

El autor es del mismo parecer que Julia.

Antonio Fernández está en un error. No está en ridículo.

Pero... yo sospecho que no es sincero en el temor que acaba de manifestar.

Sin poner en tela de juicio la honradez comercial, debemos considerar a los que la ejercitan como personas hábiles en las artes de sugestión.

Antonio Fernández (de la casa Fernández y Compañía) sabe muy bien que acaba de excitar la curiosidad femenina y en el comercio nadie ignora lo que ésta puede valer. Póngase detrás de los cristales de la vidriera o escaparate algo que sin ser de "gran fantasía" ni última novedad, agrade a la vista, y al lado un letrero "Los modelos están dentro". Ninguna mujer pasa sin detenerse, sintiendo deseos de entrar para que se los enseñen. Si entra, compra.

Por algo hemos dicho que nuestro primer actor es de carácter, clasificándole, lo repetimos, entre los hombres-voluntad que siempre consiguen lo que se proponen.

Vamos despacio. Analicemos.

Hemos llegado a la escena más difícil de representar bien, en la obra del matrimonio, porque el éxito o el fracaso de todas las demás depende de ella y está fatal e ineludiblemente ligada con el desenlace.

Hasta cuando es trágico, lo justifica.

Y en el caso actual es dificilísima. No quiero ser yo quien juzgue. Intervenga el coro de ambos sexos. Ábrese discusión sobre la conducta del héroe de mi cuento.

Coro de hombres (todos a coro).—Pues, amigo mío, eso no es un héroe. Entretenerse en narraciones siquiera sean de la propia vida, en tal momento, no se le ocurre a nadie. Es inverosímil. Se lo perdonamos a usted porque al fin y al cabo nos está contando un cuento y... no nos atrevemos a decir más porque hay señoras delante.



Coro de señoras (hablando todas a un tiempo). —Atrévanse ustedes. Con talento se puede decir todo. Nuestra opinión es distinta. El cuento es precioso. ¡Lástima que no sea verdad!

El autor ofendido).—Yo no miento nunca. Los hechos ocurrieron como van relatados. Pueden ustedes discutir al personaje. A mí no.

Una señora.—Preferimos callar para seguir oyendo, porque estamos en lo más interesante.

El autor.—¡Imposible! Esta interrupción ha sido un recurso literario usado por mí cuando el diálogo de los recién casados quedó en suspenso. Así ha de seguir no por culpa mía, sino por decisión de Ambrosio.

Todos.—¿Pero no contó su historia?

El autor.—A Julia sí. Pero a ella sola. Olvidan ustedes el movimiento escénico de mis personajes. El de Antonio, nos deja fuera de la habitación y ante una puerta que acaba de cerrar él mismo.

Las señoras.—Y... ¿no se oye nada?

El autor.—Señoras y caballeros. La buena educación prohibe ponerse a escuchar detrás de las puertas.

Los caballeros.—¡Pero, entonces, usted no sabe nada!

Yo.—Eso es distinto. Yo lo sé todo. Julia y Antonio son creaciones mías. Pertenecen al novelista, como al Creador sus criaturas. Contaré lo que se pueda contar de todo lo que sé. Sigan ustedes leyendo... (si gustan).



DESENLACE

(La consabida escena de la carta)

La señora de Fernández vuelve a Buenos Aires.

Julia esté sola en su camarote escribiendo una carta. No llegamos a tiempo de leer la primera página porque, terminada ya, ha vuelto la hoja. Pero en la segunda, el papel se va cubriendo con letra pequeña, fina y clara.

Empieza párrafo y dice así:

"En Río de Janeiro tendremos que permanecer algunos días porque mi marido necesita arreglar allí no sé qué asuntos con los corresponsales de la casa.

"Te escribo, pues, a bordo, para echar esta carta al correo en cuanto desembarquemos en aquel puerto.

"En la última tuya me preguntabas si estaba contenta, si éramos felices y si nos queríamos "como Dios manda". Estas tres palabras me hicieron pensar mucho.

"Pero la verdad no es esa. Todo ha llegado "por sus pasos contados" y no fuí yo, ha sido él quien ha contando y guiando los pasos míos. Si Dios manda querer como yo quiero, ¡bendito sea Dios! Si manda que esto sea de otro modo... lo discutiremos.

"Quiero, sí, madre mía, "le quiero" y ahora voy a contarte desde cuándo, y el como y el por qué, si es que para amores hay motivos y razonamientos.

"¿Te acuerdas de Pepe? ¡Sí que te acordarás! Pepe, era la novela que yo estaba leyendo a escondidas. Una novela del género bonitamente falso; pero, tal vez por eso mismo, me entretenía solamente a ratos sin llegar a interesarme.

"La que se casa con su personaje ideal (mejor fuera decir idealizado), lo ve luego en la realidad del matrimonio. Pone una poesía en prosa y... no habrá párrafo en que no encuentre un defecto. En cambio, una hermosa página que tenga la sonoridad y la solidez del bien hablar castizo, tal como lo expresan los dominadores del idioma, jamás pierde el encanto del primer día.

"Estaba yo leyendo mi novela, como te digo, cuando vosotros vinisteis a interrumpir la lectura. ¿Hay que decirlo todo? ¡Por qué no? Te confieso que lo sentí, porque me quedé en el capítulo de las declaraciones de amor. Pepe me hizo varias... y de pronto, al tener noticia de mi boda, debió saber que no era yo tampoco la heroína soñada por él, sino una señorita vulgar, dócil y sumisa a la autoridad paterna.

"Si estuviera hablando contigo, de seguro que me dirías, interrumpiéndome:

"—Nosotros te aconsejamos únicamente.

"Es verdad, pero no es menos cierto que yo no acepté el consejo. Lo acaté: para mí fué una orden. Además te lo confieso. No hubo gran mérito de obediencia en lo que hice.

"Las sublevaciones necesitan una bandera y un caudillo. En pugna con mi amor filial no había otro amor. Así la sumisión es fácil.

"Habéis acertado, porque por vosotros, la historia, la verdadera historia, es lo que estoy aprendiendo y me gusta más que todas las novelas. La culpa de que algunas tiren también este nuevo libro debe achacarse a los maridos. No serán como el mío. Buenos narradores.

"Pepe, entraba con gentil desenvoltura en un salón. Tenía lo que entre actores se llama "el dominio de la escena". Pero en la cámara nupcial, al entrar por primera vez ¡qué pocos saben andar dominando!

"Bueno, mamá, Antonio que no es hombre de sociedad, fué aquella noche... ¿cómo te diré yo? Un hombre inspirado, y la inspiración estuvo en querer que yo le quisiera.

"Porque la vida de Antonio, es una de esas hermosas epopeyas que está cantando en América el trabajo estimulado por el ansia del bienestar.

"—He tenido dos ambiciones—me dijo.—La de la fortuna y la de la dicha. He logrado la primera. La segunda vengo a pedirla a quien me la puede dar.

"Estas creo que fueron sus palabras, y yo las escuché mirándole... ¡bueno! ya sabes que hay dos modos de mirar, porque tú como yo los habrás tenido. En aquel momento supe yo que no se mira a la pareja de baile, como a quien va a ser pareja de la vida.

"¡Ah! y... a propósito. Otra noticia que no sé cómo dártela. Ya no puedo bailar. No me lo prohibe Antonio. Es... prescripción facultativa. ¿Comprendes?

"Y ahora ¿qué más confidencias he de hacerte? Siento ser hija única porque si yo tuviera una hermana es posible que la dijese:

"—Desconfía de los comerciantes.

"Porque, lo cierto es que a veces dude si lo que se propuso Antonio fué conquistarme por medio de una historia que a mí me resultó conmovedora, o ejercitar una vez más su maestría comercial, y entonces aquello fué "hacer el artículo", como se dice en términos mercantiles.

"En todo caso, no me llamo a engaño. Me quiere tanto que espero ser su única "cliente".

PUNTO FINAL

Aquí termina el cuento. No es "Colorín" ni "Colorao", sino del más generalizado color de rosa.



Pepe no ocupa en él preferencias de lugar a que parecía tener derecho por su "buena figura".

No es mía la culpa. Al regresar a Buenos Aires los recién casados, hubiera debido salir a escena. Tal era mi propósito, pero busqué al galán joven inútilmente.

He sabido que está nuevamente en París. Se embarcó en el mismo vapor en que regresaba a la Ville Lumiere una "coupletista" francesa.

Eduardo LÓPEZ BAGO.

Dib. de Pelayo.

EL VIAJE DEL ORO



Marineros de un trasatlántico bajando de a bordo los cajones que traen el oro

TODO el mundo sabe que existe una Caja de Conversión cargada de millones de monedas de oro, pero pocos quizá conocen la trayectoria que el aurífero valor recorre desde su entrada al país hasta que es guardado bajo la custodia del estado.

Las grandes consignaciones de libras, marcos, águilas, dollars y otras monedas que reciben de Europa las casas bancarias y los fuertes establecimientos exportadores, viajan bajo la designación de "encomiendas a la vista". Los comisarios de los vapores que las transportan se reciben de ellas en el punto de embarque, y desde que el navío leva sus anclas para romper la marcha, ellos quedan constituidos en agentes responsables de los cajoncitos que traen el tesoro. Al ver estas encomiendas a primera vista, parecerían envases de munición o de puntas de París. Pero, ¡vaya la munición de larguísimo alcance con que vienen repletos, pesando como una mole!...

Al saberse en las casas consignatarias el envío del oro, por el cablegrama que trasmite el remitente, si la suma es considerable, la Caja de Conversión recibe pedido de sitio para el nuevo depósito que viene, océano abajo, con más custodia y rodeado de más recelo que un enfermo extremadamente grave. Y a partir de ese aviso, quedan adoptadas todas las precauciones para que el lustroso y codiciable viajero haga su entrada al gran mercado de Sud América.



En la aduana: fila de cajas conteniendo monedas alemanas



En marcha al carro, bajo segura custoria

El día de la llegada del vapor que trae el oro, una misión especial de empleados, con su attaché policial respectivo, y séquito de peones, va al puerto para recibir el envío que sólo va a sus manos, cuando los marineros vigilados por el comisario de a bordo, lo han depositado en tierra. Entonces comienzan los reconocimientos concienzudos. Se revisan los precintos, las uniones de las cajas, los lacres sellados; todo un examen de ver-



Cargando





En la carretilla de la Caja de Conversión

dadero requisito. Conformes las partes, el valioso equipaje comienza a viajar en carretillas y carros, hasta que llega al oculto alojamiento que se le ha deparado, no sin que haya vuelto a ser controlado de nuevo. Antes de ir a las cajas en el departamento destinado al tesoro, los valores pasan a la báscula donde se verifica su peso y se les da entrada en las planillas respectivas.



Todo un tesoro en un carromato



Ojo a la descarga: frente a la Caja



En la actualidad se prepara su traslado al local que hasta ahora venían ocupando los juzgados federales y corte suprema en la misma cuadra donde está aquella dependencia.

Al informar a nuestros lectores acerca de lo que hemos llamado el viaje del oro, hubiéramos querido citar cantidades de fletes, embalaje, intere-

Todas estas idas y venidas nos ofrecen las diversas escenas que ha sorprendido el objetivo, desde el momento en que el oro llega a Buenos Aires hasta que es recibido en la Caja de Conversión. Y no son estas operaciones poco corrientes: el desarrollo cada día más creciente de la vida comercial y del intercambio, va haciendo que se sucedan las remesas. Tal es, lo que un poeta llamaría raudal de oro, y tan progresivo, que dentro de poco el edificio de la Caja de Conversión será pequeño.

ses y demás que tiene aparejada esa evolución del dinero en metálico; pero los datos representan una labor detallada y un poco pesada, razón que justificará el hecho de haber prescindido de esas descripciones que, por otra parte exigirían su presentación gráfica respectiva, cosa que nos impediría la escasez del espacio.



Bolsa de esterlinas camino a la báscula



Verificando el peso de las remesas en las básculas especiales de la Caja de Conversión

Almanzor **LEAR.**

Biblioteca del Consejo Nacional de Mujere



Señorita Alfonsina Masi, alumna del primer año que disputó el premio



De izquierda a derecha: doctor Mario
profesor de literatura y declamación
Consejo Nacional de Mujeres; don C
presidenta de la Biblioteca del Conse



Señorita Adela Marchelli, alumna del segundo curso, quien el año pasado y este ha conseguido el primer premio



Señorita Margot Baylay, que bordando, más bien que recitando, ''Claveles reventones'' de Salvador Rueda y ''Fiesta galante'', de Arturo Drew, obtuvo el premio de primer curso



Algunas alumnas del curso de declamación.—De
Rosa Gallo del Carril, Alfonsina Masi, Dora Salg
Elisabet Howard Saavedra, Marina Ortuño Gon
Carril, que dieron relevantes pruebas de sus pro
ciendo, por ello, los plácemes del jurado y los
exámenes

-- Examen anual del Curso de Declamación





Señorita Julia García Ramo, una de las alumnas que más se distinguieron en el concurso

...tarzu, miembro del jurado; señor Roberto Dupuy de Lome, ...ra Ana Brickmann de Wassermann, secretaria de actas del ...lesias Paz, miembro del jurado; Carolina Lena de Argerich, ...cional de Mujeres, y don Mariano Vedia y Mitre







...rda a derecha: señoritas Ada de Marco, Dora Elkins, ...Crespo, Mercedes Dupuy de Lome, María Justa Perdriel, ...Roura, Cata Elkins, Margot Baylay y Zoila Gallo del ... en la declamación, recitando correctísimamente y mere-...sos de la distinguida concurrencia que presenció los

Señorita Rosa Gallo del Carril, que declamó con singular maestría "La canción de los bohemios", de Felipe Sassone, y "Oración a la luna", de Antonio Pérez Pintor, obteniendo uno de los dos accesits de la clase del primer año

Señorita Dora Sylgueira Crespo, accesit del segundo año

Ana Pavlova

Ana Pavlova, la más célebre quizás de las bailarinas rusas contemporáneas, nació en San Petersburgo, y se quedó sin padre muy pequeña. Su madre y ella eran muy pobres, pero el cariño materno disimulaba milagrosamente las escaseces, y Anita no carecía de los juguetes y de las distracciones propias de una niña.

Un día, para celebrar las Pascuas, la llevó su madre al Teatro Marinsky. Hacían una obra cuyo asunto era el del famoso cuento de Perrault "La Belle au bois dormant", con música del gran compositor ruso Tchaikovsky. Desde los primeros compases de la orquesta la futura estrella se tornó grave y sintió por primera vez el escalofrío que produce lo bello. En el segundo acto bailaron un vals. "¿Te gustaría bailar así?", preguntó la madre sonriendo. "¡Oh, no!", respondió la niña, yo querría bailar como esa señora tan linda que representa a la Bella dormida. Cuando llegue a mayor seré la Bella dormida, y bailaré como ella en este teatro.

La madre se rió de las ilusiones de la niña, sin sospechar que ésta acababa de descubrir la idea directiva de toda su vida.

Aquella noche soñó Anita que bailaba al compás de la adorable música de Tchaikovsky y al día siguiente comunicó a su madre su resolución de hacerse bailarina.

Entonces tenía ocho años y como en la escuela imperial de baile no se puede ingresar hasta los diez, tuvo que esperar impacientemente dos años. Poco después de cumplir los diez y seis obtuvo el derecho de poder llamarse "primera bailarina", título oficial como el de "tchnowirk" en la administración gubernamental.

La lectura de la vida de la Taglioni le sugirió la idea de presentarse en los teatros del extranjero y comenzó su primera "tournée" en Riga, en 1907. Las calles tortuosas, las casas góticas de aquella ciudad no son rusas, sino alemanas. Allí con la "troupe" que la acompañaba dió dos bailes en la Opera. La favorable acogida de los alemanes de Riga le dió ánimos para ampliar el recorrido. Desde Riga fué a Helsingfors, Estocolmo, Copenhague, Praga y Berlín y en todas partes fueron acogidos sus bailes como la revelación de un arte ignorado.

En Estocolmo iba el rey Oscar a ver los bailes todas las noches, cosa que naturalmente, satisfacía grandemente a la bailarina rusa, la cual se quedó sorprendida un día que llegó un chambelán de la corte a decirla que el rey deseaba verla en palacio. Fué a buscarla un coche de la corte y recorrió las calles de la capital sueca como una verdadera princesa.

Al año siguiente salió con una compañía rusa para Leipzig, Praga y Viena. El número principal de su programa lo constituía el titulado "Lago de los cisnes", de Tchaikovsky. Después se unió a la compañía de Diaghilew para dar bailes rusos en París.

En Londres bailó ante el rey Eduardo y la reina Alejandra y luego emprendió una "tournée" por América. Fué una marcha triunfal, pero fatigosa. La "troupe" vivía en un tren especial que la llevaba de un lado a otro recorriendo millares de kilómetros. A veces llegaban a una ciudad con el tiempo justo para dirigirse al escenario, y en cuanto terminaba la representación volvían a escape al tren y viajaban toda la noche, y a veces todo el día siguiente hasta llegar a una nueva ciudad donde daban otra representación. Los americanos querían volverla a ver al año siguiente; pero la Pavlova no tuvo fuerzas para hacer aquel vertiginoso viaje a través del nuevo continente. La prueba era decididamente demasiado fuerte para sus nervios.



Ana Pavlova

En Vancouver ocurrió un incidente que demuestra la cortesía de los canadienses. Al salir del teatro fué la Pavlova a cenar a un restaurant, y se encontró con todas las mesas ocupadas, pero muchos comensales la conocieron y se apresuraron a ofrecerla un sitio. Al final de la comida se puso de pie un caballero y pronunció un breve discurso proponiendo a todos los presentes que bebiesen a la salud de la célebre bailarina.

"Esta atención me impresionó hondamente—escribe la Pavlova en una autobiografía,—pero también recuerdo que lo que más me preocupaba era verme vestida con un vestido de viaje bastante usado."

Podría decirse que, desde aquella época, Ana Pavlova ha marchado de triunfo en triunfo, popularizándose gracias a la perfección con que ejecuta sus danzas rusas.

Y no es ésta una de esas artistas que, al llegar a cierta y determinada altura, se cristalizan, vale decir, que les es completamente imposible avanzar un paso.

Ana Pavlova siempre mejora, presentándose en las tablas con más gracia, más perfección y hasta más arte si se quiere.

Sus danzas llenas de vida despiertan en el espectador viva simpatía arrancándole sus aplausos, desde que aparece.

¿Pensaría la madre de Anita que ésta estaba llamada a ser una estrella de brillantez insuperable?

Su exclamación de: "querría bailar como esa señora tan linda que representa a la "Bella dormida", se ha cumplido, pues, al pie de la letra.

NUESTROS HOGARES



Señora Enriqueta Cigorraga de Giustiniani, con su niñito



Señora Felisa B. de Aztiria, con sus hijitos



Señora Teresa B. de Helguera, con sus hijitos



Señora Dora Pérez de Rocha, con sus niñitos

Fot. Merlino.



La Baronesa | Tiralienzos | Doña Concordia | Cretoncilla

La humana farsa

(Impresiones de una viuda)

Novela ilustrada por artistas del teatro Buenos Aires, bajo el siguiente reparto:

Doña Concordia . . . . Sra. Satorres
La Baronesa . . . . Sta. Banquer
Cretoncilla . . . . Sr. París
Tiralienzos . . . . ,, González
Don Sinforiano . . . . ,, N. N.

I

La esposa mártir, el marido verdugo y la parca fatal

En cuanto le plugo a Dios que doña Concordia se quedase viuda del todo—porque viuda a medias lo había sido desde que se desposó—respiró tan satisfecha que casi se le inflamaron los pulmones y comenzó a desvariar pensando en los trajecitos de "alivio" que había de lucir después de los seis meses de riguroso luto oficial, y hasta en los colorines que, terminado el alivio, adornarían su personalidad esbelta, arrogante y airosa.

Bien se merecía la viudez como premio a su resignación al aguantar las intemperancias de don Sinforiano durante diez años y un día, época de su condena matrimonial, en cuyo tiempo no había disfrutado ni de minuto y medio de satisfacción.

—No quiero que vistas de azul, ni de rojo, ni de amarillo, porque esos colores me excitan los celos—aconsejábala su marido—ni de rosa, pues me pone bilioso, ni de verde, porque el verde me altera los nervios, ni de negro, pues las negruras me producen vértigo, ni de blanco, porque no te pertenece.

—Como quieras tú, Sinforianito. Inventa un color cuando tengas un rato de calma.—contestábale ella sumisa y mansa como un corderito.

—No es preciso; lleva hábito.

Y de hábito vestía siempre la afligida casada, como si cumpliese alguna penitencia.

—¿Al teatro, al cine, a paseo?—decíale él.—No irás en vida mía. Díme que aborreces las diversiones.

—Lo diré, para darte gusto.



Sinforiano.—Dí que detestas las diversiones.
Concordia.—Muchísimo...

—Por supuesto, nada de visitas ni de reuniones; el mundo está pervertido. En las casas particulares se habla de todo... de todo lo que yo no entiendo. En mis tiempos no nos ilustrábamos; ¿para qué? Con saber barrer el boliche durante nuestra niñez, despachar al público cuando mocitos y regentar de mayores nuestro establecimiento, ideando desde él combinaciones para enriquecernos, era lo suficiente. Pero hoy... Nunca perdonaremos los antiguos comerciantes encumbrados a esas personillas que hablan de ciencias, de artes, de política, de religión, como quien todo lo ha estudiado. Hay que atajarlas el paso, poner vallas en su camino. ¿Por qué han de ser superiores a nosotros? Neguémoslas nuestro trato.

—Está bien, Sinforiano.

—Tus más honestos ratos han de ser los que emplees en confeccionarme tisanas que alivien mi gota, el entretenimiento más propio de una mujer casta cual corresponde a un hombre de mi virtuosidad. Y en ello estamos bien acordes, ¿no es cierto?

—Ciertísimo... ¡Lo que yo me divierto con eso!

II

Una viuda libre como el viento

En cuanto transcurrió el plazo de duelo reglamentario y ya no hubo de fingir más lágrimas, doña Concordia pensó seriamente en conocer el mundo por el lado de la alegría; ya era hora de desterrar suspiros y penas; su misión de enfermera compungida había terminado.

Abandonó Buenos Aires y se fué a Europa.

Quería ver ciudades y paisajes nuevos, libre, resarciéndose de su largo cautiverio; cambiar totalmente de costumbres y alternar con otra sociedad que no le recordase a cada paso a su vetusto y ya bastante llorado Sinforiano.

Recorrió Italia y España y ya bien saturada de arqueología, internóse en Francia.

París, el llamado cerebro del mundo, el centro pródigo en diversiones, el santuario de la moda, la atrajo.

Desde París se va a todas partes. ¿Dónde iría ella? ¿A un balneario de moda? Eso no: para nada precisaba del salutífero líquido de ninguno de ellos. Además, en tal lugar tendría que alternar con personas que padeciesen de algo, y como no era imposible que llegase a entromediar el amor y estaba tan harta de penas, dolores y quejas...

¿A un balneario aristocrático? Tampoco: bastante la había aburrido el mar durante su viaje a Europa.

Hojeando la prensa, acabó por convencerse de que el lugar de recreo por excelencia era Monte Carlo. Allí afluye alta sociedad cosmopolita que se entretiene en desparramar sus pingües rentas sobre el tapete verde para alimentar la voracidad de la ruleta.

Conque a Monte Carlo se encaminó doña Concordia.

Aquello le agradó extraordinariamente. En el lujosísimo hotel donde se albergaba, verdadera morada de príncipes, todo era suntuoso y no tardó en entablar amistad con tres linajudas damas, prototipos de la elegancia femenina, cuyos dedos parecían muestrario de joyeros, las cuales cambiaban de traje hasta para abanicarse; una baronesa belga, una princesa alemana y una duquesa sueca, las cuales tuvieron el alto honor de presentarla en el Gran Casino, la timba internacional de más crédito y fama.

Allí la viudita observó de cerca con cuánta delicadeza se despluma por igual a los personajes de todas las naciones; tomó helados sabrosísimos, escuchó sinfonías deliciosas interpretadas por zínganos pintorescamente vestidos y prestó a sus recientes amigas algunos cientos de luises, de los cuales hubo de despedirse para siempre, aun cuando se le prometió verlos a las pocas horas.

III

Un caballero particular

Pero entre tantos varones y barones, uno, más que los otros, parecía tener el mayor interés en insinuar-

se, no perdonando bajo ningún concepto la ocasión de contemplar a la viuda, y suspirando siempre que ésta tenía ocasión de apercibirse de ello, con fuerza de máquina de vapor potente.



Cretoncilla vertiendo deliciosas frases

Era un caballero cuarentón, con aspecto de salud excelente, de color rojizo.

Una noche, después de perder bastantes francos, jugando al colorado, permitióse acudir al salón de fiestas, acercando su silla al asiento de doña Concordia, y diciéndola con voz aflautada, afectuoso, pero, al parecer, acobardado:

—"Good night".

Ella abrió la boca más que de ordinario, señal indefectible de que no entendía aquello.

—"Bon soir"—prosiguió el otro, con la esperanza de ser ahora comprendido.

Doña Concordia abrió otra vez la boca, cosa de dos centímetros.

—¿Será que bosteza disimuladamente, o que tampoco sabe francés?—se preguntó el saludador. Y continuó, animándose más:

—"Bona sera, signora".

Sin darle tiempo de volver a desplegar los labios, saltó la duquesa de Suecia, que acompañaba en aquel instante a doña Concordia:

—Ese "cabagliero desir a vos salutación".

—¡Ah! ¿Es española?—exclamó el aludido, animándose gradualmente.—¡Cuánto lo celebro! Creí que se hacía la sueca.

—¿"Ma comme" ella hacerse "mí"?—respondió la amiga.

—Indudablemente.

—Yo "ser" la sueca.



Pedía de tan dulce manera la baronesa belga...

—¿Sí? Vaya, que aproveche... quiero decir que lo celebro mucho. Así como así, ya había agotado las pocas palabras que entiendo de diversos idiomas... ¿Y de dónde, encantadora beldad?

—Soy americana, señor. De Buenos Aires.

—¡Porteña! ¡Qué coincidencia!

—¿También es de allá el señor?

—Casi, casi. Chileno; pero habité algunos años en Buenos Aires.

—A mi me parece haberle visto alguna vez... ¡Cómo no! Pero no recuerdo dónde... ¿El señor era antes menos pesado?

—Señora...

—Más delgadito, quise decir.

—Sí; muy liviano. Para mí tampoco es usted desconocida. ¡Qué esperanza!

—El caso es que parece cosa rara... Porque yo, durante diez años, vi a muy pocas personas. Como estaba recluída...

—¡No diga! ¿Quizás en un convento?

—Casi, casi. Puede ser que haya visto al señor en alguna iglesia...

—No las frecuenté mucho...

—Entonces, en el Zoo, una vez que fuí.

—No he solido asistir a sitios tan democráticos, señora. Seguramente nos veríamos en alguna reunión de alto tono.

—Imposible. Yo no he frecuentado en mi país los grandes salones.

—¡Qué lástima! Una señora tan amable, tan bella... Es necesario que haga usted su aparición en ellos, de regreso a su patria. Si me concede ese honor, yo seré quien la presente. Estoy vinculado con las principales personalidades de la Argentina.

—Muchas gracias. Es usted, por lo visto, un caballero de abolengo.

—Cierto; del más alto abolengo. Un servidor, Claudio Cretoncilla, tiene acceso no solamente en las moradas de los presidentes americanos, sino hasta en los regios alcázares europeos. Trato con confianza a príncipes, reyes y emperadores, todos los cuales me lisonjean. ¿Pues y sus esposas? Esas me asedian.

—Entonces, el señor viene a ser una especie de don Juan Tenorio...

—No se exprese así... Es que soy su consejero, respecto a su manera de vestir. Puede usted preguntarles a todas ellas si han llevado vestidos y cintas a mi gusto. Perdone que me vanaglorie, pero en cuanto al arte femenino de vestir y al conocimiento de las telas, Cretoncilla es el número uno.

IV

Cretoncilla máscara, palaciego, mamarracho e incógnito

El buen señor estuvo amabilísimo aquellas y otras noches, desviviéndose por obsequiar a las damas y prodigándolas todo género de delicadas atenciones, con especialidad a doña Concordia.

Esta llegó a preocuparse de sus suspiros, reteniendo en su memoria sus tendenciosas frases que parecían envolver un amor sublime.

Y no era despreciable...

¿Si estaría Cretoncilla predestinado a entrar en tanda para sus segundas nupcias?

—¿Pero dónde columbro a ese hombre tan facha?—se preguntaba.—¿En un baile de máscaras? ¿En una obra teatral de gran espectáculo? No; esas son para mí cosas desconocidas. ¿Por ventura vistiendo prendas antiguas de algún ropavejero?

Por fin recordó algo de lo que en su viaje a España había visto. Acudió a su memoria una recepción palaciega, un besamanos en el palacio real de Madrid. Cerca del lugar de donde se apeaban estuvo extasiada cierta tarde contemplando cómo salían de sus carrozas personajes abigarrados, disfrazados con trajes de colorines, de pasados siglos. ¡Lo que pudo reirse de tales señores! Había algunos tan mamarrachos con sus vestiduras impropias... Iban cargados de bandas, cruces y otras condecoraciones y parecían tomar en serio su papel.

Entre ellos, seguramente, habría visto a Cretoncilla. Sí, sí; ¿por qué no?

¡Ah, el picarón! Qué callado se lo tenía... Quería guardar el incógnito.

Por eso nunca se decidía a decir quien era, por más que ella le sondeara sutilmente. Ahora comprendía que rehusase hablar de su personalidad, de su vida pública y privada, como si no tuviese historia.

Aquello acrecentaba más el deseo de doña Concordia, quien por conocer a fondo a su adorador, por tener noticias concretas de su modo de ser, de su significación y alto valer en el gran mundo, hubiese dado el dedo meñique de cualquiera de sus dos manos, con sus correspondientes anillos.

Mas el otro no soltaba la lengua. Rehuía ciertas conversaciones intencionadas, temeroso de que alzasen el velo que cubría su misteriosa existencia, sus costumbres en otros lugares, sus ocupaciones, su manera de ser.

Unicamente, en solemne momento, díjola en tono dulcísimo:

—Puede ser que no "haiga" en todo el universo un ser que la adore a usted tanto como este su seguro servidor. Si un día venturoso llegase a verme ¡ay! correspondido...

V

Cretoncilla modisto, o el sueño intranquilo de una viuda sensible

Aquel "haiga" tan majestuosamente pronunciado, cayó como una bomba en el oído de la viuda, y aquella noche volvió a soñar con Cretoncilla. Ya no le veía apearse de la fastuosa carroza en que antes acudía a personarse ante la realeza, mientras le sostenía la portezuela almohadillada un paje con más colorines que un guacamayo; ahora vestía como los hombres con quienes se tropieza a cada paso por todas partes; de un modo vulgar, y daba consejos a emperifolladas señoras, rodeado de costureras ¡Cretoncilla resultaba modisto! Por eso habría dicho que las mujeres de tantos personajes vestían según su antojo.

¡Qué decepción! Pero en fin, había que conformarse; de todos modos la profesión de Cretoncilla, cuando se ejerce con éxito, es de las que dan honra y producen provecho, y aunque doña Concordia no estuviese falta de riqueza, no estaba de más que el que consiguiese su mano la tuviese también.

Lo malo era aquel dichoso ''haiga''...

¡Qué palabrota tan ordinaria e impropia de aquel caballero!

Si no llegase ni a modisto Cretoncilla...

¡Oh! No quería pensar en eso.

VI

Una baronesa que admite pupilos, una condesa que cultiva las hortalizas y una princesa que se entretiene en la matchitcha.

Como doña Concordia no había tenido ocasión hasta la fecha en que la presentamos, de estudiar las falacias del mundo, desconocía totalmente los engaños y las farsas de la sociedad, mayores que en ninguna otra parte en el sitio donde a la sazón se hallaba. Era, no obstante su edad, franca, sencilla, confiada e ingenua, como una colegiala.

La baronesa belga intimó con ella, descubriéndole el flaco, y poquito a poco la confió que no tenía la baronesa ni un sólo cabello.



—¿No se acuerda del señor Tiralienzos? Ese... soy yo.

Cuando se desposeyó ante su amiga de su título y la pidió mil francos, pasó a ser dama de alto copete; después, al menudear los pedidos de quinientos, accedió a descender algo y presentóse como modesta e infeliz señora que confiaba al azar la devolución de su pequeña fortuna consumida en el juego en hora aciaga.

Ultimamente, cuando ya no se atrevía a pedir sino luises, confesó que era una posadera sin huéspedes ni crédito.

A doña Concordia esta decepción le llegó a lo profundo de su alma. Si una altísima y linajuda matrona se metamorfoseaba con tal rapidez en mujer vulgar, ¿a qué grado de inferioridad podía descender Cretoncilla?

Expúsolo así, sin rodeos, a la ex baronesa; mas ésta, espíritu práctico que atisbaba en la bolsa de la viuda sus últimos recursos y olisqueaba en ella si no ya ni siquiera luises, piezas de cinco francos con que alimentar el fuego sagrado del juego, tuvo buen cuidado de no arrojar al desconocido del pedestal en que seguramente él mismo se había colocado.

Mientras Cretoncilla no alzase el tupido velo de su existencia en el que misteriosamente se arrebujaba su personalidad, no debía doña Concordia desconfiar de que fuese un ser extraordinario; porque Monte Carlo es el refugio de hombres de virtudes poco comunes y hasta desconocidas; nadie allí sabe a ciencia cierta la honorabilidad de la persona a quien dirige la palabra.

Individuos morochos como mulatos, casi, pululaban por el salón de conciertos del gran Casino, según el criterio de la ilustre posadera, con sangre de monarcas, tan azul, que a agujerearles la epidermis brotaría un líquido del color del añil.

La viuda, al oir todo esto, se consolaba a medias. Mas cuando al ''haiga'', de repertorio constante en el léxico de Cretoncilla, se sucedían otras palabrejas mal sonantes, parecía experimentar idéntico suplicio que si martilleasen su oído.

En breve, cuando se atrevió a negar, algo escarmentada, una cantidad insignificante, dos míseros francos, a su experta consejera, ésta dejó hasta de dirigirle el saludo.

Una mañana, pretextando su mala estrella ante el tapete verde, dijo adiós al hotelero, quien al despedirse de ella despidióse también para siempre de su cuenta, como de tantas otras, según costumbre.

Y fuese a Bélgica, a regentar su mesón.

La princesa alemana también partió por aquellos días, con dirección a Inglaterra, después de partir a cierto baronet a quien había desplumado.

Doña Concordia la estrechó afectuosamente las manos, diciéndola:

—Comprendo que altos deberes de Estado le llaman lejos de nosotros. Siempre la recordaré con placer.

—''Dante. Empresagio il demanda presensia mía.''

—¡Cómo, empresario!

—¡Oh, sí! ''Parra'' matchitcha.

—¡Qué desilusión! Aquella era la llamada princesa Ziska, una bailarina famosa por sus devaneos, de la que se ocupaban por entonces los periódicos.

La duquesa sueca también se fué, en cuanto perdió sus últimas monedas. Su esposo la había telegrafiado reclamando su presencia para despachar a su clientela en el mercado de hortalizas de Stokolmo.

Si despierta había experimentado con cuánta rapidez se degradaban sus altivas amigas, aterrorizábala, durmiendo, sumir en la nada al que entrevió como futuro compañero.

VII

El señor Tiralienzos. A casita me vuelvo

Y lagrimoteando estaba en su habitación al depositar un camarero sobre un velador el te que se había servido pedir, cuando éste, mirándola fijamente, profirió emocionado:

—No se aflija la señora, y perdone que me tome interés, porque la conozco.

—¿Eh? ¿Quién es usted?

—No me recuerda... Estoy tan cambiado... Sin embargo, me vió la señora muchas veces en Buenos Aires, en la calle de Suipacha. Si fuimos vecinos...

Doña Concordia, desconfiando ya de todos, le dirigió terrible mirada, creyendo que aquel doméstico le preparaba un timo. Mas esta vez, poco práctica todavía, se equivocó.

—Pues es verdad—exclamó alegremente.—Si es usted el señor Tiralienzos, el que vivía al lado de mi casa... Cuántas veces le visité, apuradísima, para que mi esposo no me retara por la tardanza... ¿Cómo le va? ¿Qué hace aquí?

—Así no más. Ya ve la señora, sirvo.

—¿Y su gran establecimiento?

—Un dependiente vicioso lo arruinó.

—¿Cual de ellos? A ver si hago memoria?

—Un tal Percalina, que en la actualidad se hace llamar Cretoncilla.

—Ahora lo recuerdo perfectísimamente... si no me era del todo desconocido... ¡Ay! Sosténgame, señor Tiralienzos, porque si en este crítico instante no me da un soponcio, seré capaz de no desmayarme nunca. Con su permiso, voy a despreciarle, a afearle su conducta.

—No se moleste la señora. Acabamos de entregarlo a los gendarmes. Estaba reclamado, por estafador.

—¿Pero nadie es aquí lo que aparenta?

—Cierto. ¿Ve la señora aquel viejito desgarbado que lustra el calzado en el patio a un señorón que luce en la pechera un brillante del tamaño de un poroto?

—El cual debe ser un rey...

—Al contrario; el de la alhaja es un lustrabotines llegado a más; el que le limpia el calzado, es... un rey, llegado a menos.

—Imposible.

—Ceñía su corona, hace un año, en una región africana conquistada por cierta gran potencia europea. No se avino con la raquítica renta que el Estado conquistador le asignaba y ahí está, orgulloso de su personal independencia, aunque los que fueron sus súbditos sigan tiranizados por el yugo extranjero.

—Me mando mudar, respetable señor Tiralienzos. Estoy convencida de que aquí quien no se deja su plata, se deja el juicio.

—Con frecuencia, ambas cosas.

—Vuelvo a mi Argentina, donde aunque el personal cambia a cada instante, parece que nos conocemos todos. En regiones extrañas, las personas no nos compenetramos, no nos entendemos siquiera; más diré, hasta nos traducimos detestablemente.

—Váyase no más, doña Concordia; pero mucho me temo que hasta en nuestra propia patria no le ocurra a usted lo que aquí. Las viudas que pretenden reincidir, son ustedes las peores traductoras.

J. Víctor TOMEY.

NOVIAS



Srta. María E. Cabral Hunter



Srta. Angélica Muguerza



Srta. María Luisa Urizar



Srta. Margarita Marillier



Srta. Guadalupe Cámara



Srta. Carolina Passeron

Fot. Merlino.

Pasión del día

No hablaremos de "flirts" callejeros, ni de pasiones volcánicas nacidas al pie de un balcón, o en la soledad de un zaguán y menos aún de la pasión... y muerte de Jesucristo. La pasión del día—si los lectores no disponen otra cosa—es la lectura, porque no se nos podrá negar que "todo el mundo" lee con un entusiasmo de cuarenta grados Farenheit, sobre cero.

A tanto ha llegado el afán por la lectura que, infinidad de empleados, mientras se dirigen a la oficina, devoran un diario, un libro o una revista. El apuro y la sensación que se experimenta al leer un dramón policial, o las fechorías horripilantes de algun apache desalmado, producen serias colisiones. Los unos atropellan a los otros.... y los automóviles a todos.

—Disculpe, señor.

El otro, que está viviendo la vida de un asesino a lo Arsenio Lupin, lo mira de reojo y contesta:

—Los misterios de la aguja hueca y la pollera roja.

Pero no todos leen dramones policiales. Muchos se deleitan aspirando el raro sentimentalismo de un libro de poesías o atragantándose con prosas desnudas, más realistas que la misma realidad.

Faltan dos minutos para las ocho. A nuestra espalda oímos una voz de niña que dice:

—Apuráte.

Y la otra contesta:

—¡Qué bello! Una chica blanca como los blancos lirios, ama con locura y su virgen corazón que palpitó por vez primera, agoniza ante la negra ingratitud del elegido.

Sentimentalismo crónico, pensamos nosotros, mirando a la niña de rubio cabello y flaca como un escarbadientes, de nariz larga y boca fruncida.

Preciso es convenir aquí, que no todos leen libros o diarios. Hay quienes se entretienen hasta lo indecible, leyendo cartitas amorosas. Buscan los sitios poéticos ¡el Paseo Colón, por ejemplo! Se sientan en un banco, encienden un cigarro, y se deleitan con la carta de "ella". Ríen solos, suspiran y toman, después, la actitud de hombres plenamente satisfechos.

En el tranvía también se lee. No es extrañable encontrarse con un señor que llega a Belgrano, cuando se debió bajar en la plaza de Mayo.

—¿Se durmió?—le preguntamos.

—No sea usted antidiluviano... leía... me entusiasmé tanto que perdí la noción del tiempo. Y lo raro es que ahora no recuerdo nada de lo leído. ¡Tendré que leer de nuevo!

Si "tomamos" uno de los trenes que van a Quilmes, Bernal, Belgrano, San Martín, Avellaneda, etc., etc., tendremos oportunidad de presenciar escenas iguales o parecidas.

—Boleto—grita el guarda.

—Un momento.

—¡Boleto!—repite el otro.

—¡Cállese que estoy en lo mejor... en el nudo de la novela!

Sea como fuere es este un síntoma halagador. Leer es bueno; más aún, ha dicho alguien que leer es instruirse. Y cuanto más se lea...

Sin embargo esto también tiene "peros". Esa afición a la lectura es bonitamente explotada por comerciantes poco escrupulosos que se entregan a la venta de libros poco honestos y menos aún educadores. ¡Fatalmente todo, en este paño de lágrimas ha de tener su lado malo, su lado explotable!

Y así, en muchas partes, vemos ciertas cosas que no se deberían ver en una ciudad como la nuestra que marcha con la civilización en la mano.

Desgraciadamente aquí, como en todas partes del mundo, hay comerciantes de conciencia pequeña que tratan de llenar el bolsillo, así reviente quien reviente. ¡Qué hemos de hacer, si así está escrito en el libro del destino!

Preciso es convenir que el hombre, al nacer tiene ya señalado su destino: este será un pobre diablo; aquel, un millonario y este otro un vendedor de libros malos, explotador de la afición a la lectura.

Alguien, no recordamos quien, dijo que una bala, al salir de la fábrica llevaba escrito el nombre y apellido de la persona a quien debía matar. Lo mismo debe suceder con los malos vendedores de libros.

Después vienen los pichincheros, los que aprovechan la situación de estudiantes y no estudiantes para comprar libros por la décima parte de su precio real. Y de esas casas hay muchas en Buenos Aires.

Las vidrieras exhiben libros de todo calibre en una confusión hermosa de autores y estampas. Creemos que es allí donde se debe recurrir para la adquisición de libros baratos y buenos, al mismo tiempo.

NUESTROS NIÑOS

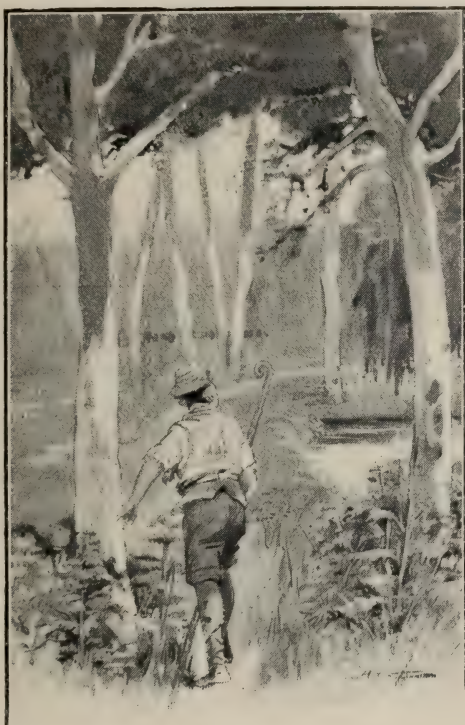


Niñitos de Bottini

Metamorfosis

Desde la elevada cumbre donde pastoreaba las cabras de su abuelo, contemplaba Gasparito con ojos antojadizos aquel valle que se extendía al pie de la sierra, con sus cañadas envueltas en sombras misteriosas; con sus huertas que le enviaban en alas de la brisa perfumes desconocidos; con sus casitas, diseminadas aquí y allá como aves descansando de las fatigas de un largo vuelo, y, sobre todo, con aquel delicioso jardín, tan lindo desde lejos, que ocupaba una rinconada, en medio del cual se destacaban las blancas paredes de soberbio palacio.

No eran precisas las mágicas relaciones que de boca de los pastores vecinos oyera una y otra vez el incauto muchacho, para que en su alma sintiese como acicates que le impulsaban hacia aquel abismo; su abuelo le había dicho: ''no bajarás del encinar'', y Gasparito ardía en deseos, por esa misma prohibición, de pisar aquel paraje desconocido donde su fantasía de niño había forjado los más encantadores ensueños.



Apoyada su infantil personalidad en el grueso cayado que le servía para guiar el inquieto rebaño, pasábase las horas muertas de la tarde dejando vagar la imaginación por mundos ideales, donde había jardines como aquel que a la vista tenía.

Una vez, estando solo, no pudo resistir la tentación.

Bajó, primero indeciso, después con más bríos, y a fuerza de salvar peripecias, vadear arroyos y andar y desandar un mismo camino, se halló en el valle.

Cuando, jadeante y rendido de cansancio alzó los ojos hacia el sitio donde quedaba la cabaña, allá en lo alto, sintió una especie de escalofrío al considerar tanta elevación. Ganas le dieron de volver pies atrás, sin conocer de cerca la maravilla; barruntos tuvo de la soberana paliza que el viejo le tendría preparada cuando al hogar volviera; pero ya casi en la meta de sus deseos de tantos días, consideró de cobardes el cejar, y allá se fué decidido a todo.

Y helo a Gasparito en pleno paraíso, asustado ante lo atrevido de su empresa, y helo también recorriendo con planta irresoluta las magníficas calles de naranjos que se venían al suelo con el dulce peso del delicado fruto; los bosques de acacias y lilas de flor perfumada; las márgenes del arroyo, sombreadas de sauces y abedules.

Un sol altamente esplendoroso iluminaba los harapos del muchacho con cascadas de luz meridional: chispas de espuma le salpicaban el rostro desde pequeñas cataratas que remedaban estrepitosa sinfonía; suaves aromas de mirtos y madreselvas halagaban su olfato.

Pero no parecían por parte alguna las aves extrañas que, según los pastores, hablan como las personas; y si asustadas a su presencia, tendían el vuelo bandadas de palomas de níveo plumaje; si extasiaban su oído los arpados ruiseñores, escondidos en la verde fronda, no hallaba el pájaro de pluma tornasolada que disluce, al desplegar la cola, tomando los colores del arco iris después de una copiosa lluvia.

Con el sentimiento de lo maravilloso, ingénito en su alma, Gasparito creía escuchar cantos de magas y voces de ninfas en el murmurio de las aguas que resbalaban por la finísima arena, o en el gemido de la brisa, que se columpiaba en las ramas de árboles raros.

A veces, un rayo de sol que se abría paso por el follaje, se le antojaba al zagal las formas de una mujer, tal como las que poblaban las cercanías de los palacios encantados que figuraban en los cuentos de su abuela; mujeres hermosísimas, dedicadas a engañar a valerosos caballeros que quedaban presos en las redes de su artera belleza.

Un suspiro le sacó de su arrobamiento, un suspiro que brotó muy cerca.

Sin hacer ruido, asomó la cabeza por la espesura, y después de dejar parte de sus harapos y aun de sus carnes entre los dientes de zarzas y arbustos, pudo distinguir una plazoleta donde el arroyo formaba un pintoresco remanso.

Había allí una mujer pródigamente hermosa que se disponía a despojar su cuerpo del vaporoso traje que lo envolvía.

Momentos después, las formas correctísimas, escultóricas de una Venus antigua se mostraban a los ojos del incauto muchacho en toda su plástica desnudez.

Con el afán del avaro que contempla los montones de oro que atesoraran sus garras en el rincón subterráneo, contemplaba Gasparito aquel tesoro de belleza. Sentía fuertes golpes en el pecho, en las sienes.

El instinto, el brutal instinto, le dió atrevimientos de fiera, y de un salto se puso en medio de la plazoleta.

Oyóse un grito y la ninfa desapareció vergonzosa, sin cuidar de cubrir las desnudas carnes.

Siguióla el mozo como caballo sin freno o como fiera que rastrea sangre, y después de cruzar parte del bosque, la vió, serena, inmóvil, ensayando artística postura.

Abalanzóse ansioso a ella, y la oprimió entre sus brazos una, dos, tres, cien veces, imprimiendo dulces besos en su cabeza y sintiéndose sumergido en oleadas de placer.

Pero al mismo tiempo, sintió por el aire algo así como un ruido de sollozos.

Era el angel de su inocencia que huía a las etéreas regiones, dejando a los pies del pobre mozo las inmaculadas alas, hechas pedazos.

Roberto BUENO.

Dib. de Arate.

La mujer argentina en la guerra de la independencia

Velada patriótica en San Juan



La comisión organizadora de la "Velada patriótica musical"

La sociedad sanjuanina ha sido gratamente sorprendida con la velada patriótica musical, patrocinada por la asociación de "Damas Patricias", reunión que adquirió contornos de alta sociabilidad. En el éxito de la fiesta han influído muchísimo los constantes trabajos de la comisión organizadora, compuesta en su totalidad por damas de representación social.

"Tiempo hacía — dice un diario de San Juan — que la sociedad sanjuanina no presenciaba una fiesta más espléndida, y pocas veces, también, la sala del San Martín se ha visto tan repleta de concurrencia selectísima".

Por su género, por sus fines, por los números del programa y hasta por las mismas personas asistentes, fué una velada de alto relieve, digna de ser imitada en otros centros, donde el patriotismo parece estar aletargado, o recluído a un segundo término, como algo puramente secundario.



Señora Julia Balaguer de Videla, presidenta de la comisión organizadora de la velada

Las damas sanjuaninas, buenas hijas de esta patria joven y lozana, quisieron, con una velada de recuerdos patrióticos, despertar dormidos amores y cariños. Y lo han conseguido. Al unísono de la fiesta han latido los corazones rebosantes de alegría.

Y no solamente se hizo patriotismo sino obra de enseñanza.



Señorita María Josefina Videla Balaguer, que declamó la poesía "El elogio de los ojos"



Niñas que tomaron parte en la velada, representando las "Damas patricias" en la comedia "La mujer argentina en la guerra de la independencia"

BODA



Los desposados, señorita María Esther Cortejarena y el ingeniero Eduardo Calastremé, saliendo de la capilla de las Victorias, donde tuvo lugar la ceremonia nupcial



—¡Qué cuento es ese?
—"El encanto
de la princesita rubia",
escrito por Luis Hermoso.
—Bien; seguí leyendo Ursula.
—Internóse el joven príncipe
de la selva en la espesura,
y al llegar cabe un arroyo
que aquellas tierras fecunda,
sus ojos, grandes y bellos,
vieron una criatura,
bella como los amores,
trabada en terrible lucha
con descomunal gigante
de cara fiera y sañuda.
¡Suelta, follón, malandrín!
¡Suelta a la princesa rubia!
que ya por ella, mi pecho,
en un casto amor se inunda.
Llevó delicada mano
a la rica empuñadura
de su espada toledana,
que brilló al aire desnuda,
y con su virgen acero
libertó a la virgen rubia..."
—Basta ya; no leas más
esas tonterías, Ursula.
—Señora, si es tan bonito...
—Mujer, no seas estúpida.
Me aburren horriblemente
esas cosas tan insulsas.
—¡Qué lástima!
—Lee otra cosa:
el diario
—"Anoche en una
fonda muy mal reputada,
se hallaban de gran garufa
seis compadres orilleros..."
—¡Basta! No hablés de esa chusma.
—¿¿Qué leo?
—No leas más.
No hay nada que a mí me aburra,
cuando me encuentro nerviosa,
tanto como la lectura.
Vestíme, voy a salir;
iré a ver a las de Ruda.

. . . .

Desnudáme; ya no salgo.
Me entretendré en la costura.

. . . .

Ya me aburro de coser.
Abrí un poco el piano, Ursula.
—Ya está.
—A ver si me distraigo
un poquito con la música.

. . . .

¡Jesús, qué aburrida estoy!
—(Para variar).
—La pintura
tal vez logre distraerme.
Traé el caballete, Ursula.
—Aquí está.
—Llevátelo
y preparáme una ducha;
a ver si así se me quita
este peso que me abruma.
—¿Qué peso?
—El aburrimiento
—Voy lijero. Por las dudas
yo, en su lugar, llamaría
al doctor.
—No seas burra.
¿Qué querés que haga el doctor?
—Curarla.
—No tengo cura.

. . . .

—Señora, cuando usted guste.
Ya está pronta.
—¿Qué?
—La ducha.
—No la tomo.
—(¡Qué cargante!)
—Traéme el lunch.
—¿Confitura?
—Sí... No... Servíme más bien...
—¿Un poco de jamón?
—Fruta,
te con leche y unas masas.
—Las que hay en casa están duras.
—Que vaya Juana a buscar...
Andá vos, porque es tan bruta
que es muy capaz de traer
de las que a mi no me gustan.

. . . .

—Señora, aquí están las masas
—Ya no quiero comer, Ursula.
—(¿Y para eso he ido corriendo?)
—¿Qué te pasa? ¿Qué murmuras?
—Nada, señora.
—Creí...
Aunque a veces soy injusta
no soy una fastidiosa
con ustedes, como hay muchas.
—¡Qué esperanza! (Y se lo cree).
—Andáte corriendo, Ursula;
pero corriendo, volando,
a casa de las de Ruda
a ver si quieren venir
para que yo no me aburra.
—Les puedo hablar por teléfono
si le parece.
—No, Ursula.
Hacé lo que yo te mando.
—Está muy bien. Ya voy. (¡Bruja!)

. . . .

—¿Quién es?
—Yo, señora.
—Entrá.
¡Qué roja estás! ¡Cómo sudas!
—Es que he venido corriendo
de casa de las de Ruda.
No había nadie. Han salido.
—Me alegro; son tan estúpidas...
Si vienen no estoy en casa.
—Bien.
—No quiero que me aburran.
Andáte de una escapada;
pero ligerito, Ursula,
a casa de...
—¡La gran perra!...
—¿Y dirás que no murmuras?...
¡Insolente! ¡Deslenguada!
¡Desagradecida! ¡Estúpida!
¡Me has llamado perra!
—¿Yo?...
—Sí, sí; no me cabe duda
pues lo he oído bien claro
—Discúlpeme...
—No hay disculpa.
—No he podido contenerme.
—¡A mí, que soy la dulzura
personificada.
—Es que...
—¡Parece mentira, Ursula!...
—Señora, lo hice por bien
—¿Eh? ¿Qué estás diciendo estúpida?
¿Por qué me llamaste perra?
—Para que no sea-burra.

Julián J. BERNAT.

Dib. de Pelayo

CRÓNICA de la MODA

Detengámonos un momento para hablar de las ropas interiores. Es un renglón que merece un poco de espacio en estas columnas, por el importante puesto que ocupa en todo armario femenino.

Las camisas de día son cortas y con poco vuelo, predominando la forma imperio.

Hay un modelo muy original, confeccionado con batista de hilo muy fino con un buen doble listado con calados estrechos que resultan diagonales por la disposición de la tela. Una cinta bastante ancha pasa entre las dos telas y forma un bullón. Resulta una camisa bonita y fácil de planchar.

Los encajes se reemplazan por tul lavable, colocado como entredós o en forma de volantes.

Las incrustaciones en forma de medallones suelen reservarse a las camisas de lujo, que se adornan tanto por el escote como por el borde inferior.

Los camisones de noche son un encanto: pliegues, aplicaciones, volantes de tul, bordados a mano y todo cuanto la imaginación pueda soñar...

*
* *

En números anteriores tuvimos oportunidad de ocuparnos de los vestidos que deben usar las niñas que se educan en colegios. Prosiguiendo nuestra misión de cronistas, dedicaremos algún espacio al calzado más corriente y práctico para las niñas.

Es quizá la parte más delicada del presupuesto de un hogar, desde el momento que no es posible hacer economías. Toda economía puede ser perjudicial. Un mal calzado fácilmente ocasiona deformaciones en los delicados piececitos de los chicos.

Lo que primeramente se debe tener en cuenta son los tacones que serán bajos y anchos para que no sufra el pie.



Elegante modelo de soirée, bordado y guarnecido de terciopelo. Cinturón oscuro con broche dorado

Detalle nimio al parecer, pero de transcendental importancia, el que no debe escapar nunca a una buena madre celosa por la salud de su niño.

Empero, si hablamos de él, es por haber observado muchas colegialas que calzan zapatos de alto precio, de material de primera, pero de una forma deficiente: con particularidad en el detalle de los tacos.

En una palabra: son demasiados altos y el resto no ajusta al tobillo para que éste no sufra violencias al caminar, correr o saltar.

Ahora precisamente entramos en una buena época para calzar a nuestras hijitas. Lo práctico es vestir sus pies con zapatos bajos, muy frescos y de material lo más delgado posible.

Calzados como el que aconsejamos usar demandan gasto económico y tienen la ventaja del reducido peso y la holgura.

Conviene que al regresar de la escuela cambien por otros los zapatos que han llevado durante varias horas. Es una precaución aconsejable, con la especialidad de recomendarse por sí sola.

Las familias poco pudientes también pueden seguir nuestras indicaciones adquiriendo artículos baratos, aunque, por la misma razón, de relativa elegancia. Esto no es un obstáculo, pues primero está la salud y después la moda y todas sus consiguientes coqueterías. Lo esencial es que las chicas anden cómodas y no sufran tempranas torturas en el vestir.

¿Es lógico que, por aparecer más bella y más elegante que otra, una niña deforme su cuerpo con prendas inapropiadas para su salud?

Nosotros creemos que esto es una tontería de leso orgullo.

En esta falta de tacto influye bastante la moda; hasta las mismas vidrieras de las casas de comercio excitan la tentación de muchas seño-

ras. Es preciso tener—¿qué diríamos?—un poco más de fuerza de voluntad para no dejarse dominar por los modelos que nos llegan de París.

*
* *

¿Y qué me dicen las simpáticas lectoras de EL HOGAR acerca de las variantes que experimenta la moda del peinado?

Muchas quizá no se hayan detenido a observar las múltiples transformaciones que ha sufrido en estos últimos años. Es que todo se ha realizado con pausa, en largos lapsos de tiempo, sin que las mujeres pudiéramos notar mayormente el cambio.



Precioso vestido para recepciones y fiestas nocturnas. En satín brochado de oro sobre fondo rubí; con túnica rubí, bordada de ''skungs''

Hagamos un poco de historia.

En una época, no hace de esto muchos años, el peinado destacábase por su volumen que formaba en la cabeza una especie de turbante.

Reinó muy poco tal moda. Bien pronto se la encontró ridícula y hasta poco apropiada, y a raíz de ello hubo un cambio, pequeño, pero modificación al fin.

Más tarde hicieron irrupción los bucles, rubios como el grano del trigo unos, negros con negruras de luto otros y torneados, elegantes todos.

Y como todas las cosas en este mundo tienen su pro y su contra, no faltó quien lanzara la voz de alarma haciendo circular la especie de que los bucles se confeccionaban con el cabello de los muertos.

Aunque la versión no sorprendió a nadie, se comenzó a tomar ojeriza a los bucles.

¡Como si los rellenos no fueran, también, de cabellos de chinos y pobres diablos, muertos sabe Dios dónde!

El caso es que los bucles vivieron poco. Con eso el peinado se achicó más, ganando en elegancia.

Nosotros encontramos muy natural que todo, al metamorfosearse por cuenta y voluntad del hombre, mejore en uno o en otro sentido.

Caso contrario ¿para qué variar? Por otra parte, es sencillamente ridículo retroceder, pues no otra cosa resulta afear algo que tiene un conjunto con ciertos toques de bello. Lo cierto es que las señoras lucieron bonitos peinados, con un gran relleno en la nuca, combinado perfectamente con el resto de la cabellera. El total se adornaba con una cinta que pasaba por debajo del relleno como sosteniéndolo.

El conjunto era bonito y hacía resaltar un tic de adorable sencillez.

Como todos los anteriores tuvo que amoldarse a las asechanzas de las transformaciones. Fué empequeñeciéndose, tomando distinta forma, adquiriendo nuevos vuelos.



Traje de ''velours'' de lana sedosa, de tono gris, con chaleco y vuelta de mangas en seda crema bordada con dibujos búlgaros. Chorrera de tul unida a la bocamanga

Primero juguetearon algunos rizos sobre las blancas frentes femeninas, luego graciosas trencillas dieron un elegante toque a la cabellera recogida y, por último, hubo un cambio radical.

El cambio a que aludimos comenzó por los rellenos, porque el nuevo peinado, poco voluminoso, no necesitaba abundancia de cabellera como para los otros.

Podríamos decir sin temor de equivocarnos que este es el que predomina en la actualidad y que promete tener más larga duración.

Es de creer — y sucederá con el tiempo — que el peinado será sencillo y, ante todo, suelto, para los efectos de la aireación.

No hay peligro de ver retornar a aquellas grandes moles de cabello que resultaban molestas, poco prácticas y hasta dañinas, si se quiere.

La moda no puede estar en desacuerdo con lo que necesitan ciertas partes del cuerpo para su conservación. El cabello para que no se estropee, requiere, en primer término, un peinado que lo sujete bien, sin formar capa impermeable donde el aire no pueda penetrar.

Mientras los vestidos se ajustan cada vez más, mientras los zapatos tienden a destruir el pie y mientras la mayor parte de las modas se vuelven incómodas, la del peinado mejora en todo sentido, y decimos esto porque el cabello se lleva con mucha naturalidad que se acentúa más aún con el uso del sombrero.

Y aquí cabe esta pregunta: ¿desaparecerán los rellenos?

La contestación no es tan difícil como parece. Si el peinado es cada vez más sencillo y tras de sencillo con algo que podría llamarse molestia, cae de su peso que un día llegará en el cual estará demás todo agregado al cabello natural.

Y ya que nos ocupamos del tema, bueno es apuntar un dato: los cronistas parisienses se encuentran tan entusiasmados con las modas lanzadas y las que se lanzarán, según promesas de los señores modistos, que olvidan detalles como el que mencionamos, muy digno de ocupar un espacio en cualquier revista, como también merecedor de las consideraciones que se dispensan a sus hermanos.

Parece que los vestidos, con sus hermosos cortes y adornos y con su chic, atraen las miradas de todas las personas que siguen paso a paso las constantes evoluciones de la moda. Y como toda la atención está reconcentrada allí, se descuidan otras cosas.

Por eso la de los peinados se encuentra algo descuidada y, por eso mismo, ningún cronista se ocupa de ella. Quizá sea este el adorno femenino que menos ha dado que hablar con sus transformaciones y en el que menos tinta se ha gastado.

A fin de apartarnos de la generalidad, es que nos ocupamos en el presente número.

*
* *

En París, la escena, hace competencia a las pelouses de Longchamps, en cuanto a su carácter de verdadera exposición de modas recientes. En las instalaciones del célebre hipódromo los nuevos modelos, tienen su estreno y establecen una reñida competencia por obtener la sanción pública.

En las rampas de los teatros estos modelos afianzan su predominio, vestidos por alguna actriz célebre, dechado de chic y de gracia.

Del cuerpo de los maniquíes obscuros, que pierden por así decirlo su personalidad, para no valer más que por sus trajes, las toilettes pasan a cubrir las formas famosas de alguna comedianta de renombre.

Y entonces sí que puede decirse que la moda ha encontrado finalmente el favor del público. Así pasó con la moda de las polleras trabadas, con los trajes ''paniers'' y finalmente con la ''robe minaret'', última palabra en cuestión de toilettes exóticas.

La aludida ''robe minaret'', tuvo su iniciación, cuando el estreno de ''El Minarete'' en el teatro Renaissance de la Ciudad Luz.

La obra es de Jacques Richepin con música de Tiarko Richepin, y como se colige por su nombre, el asunto es de ambiente y colorido oriental. Por consiguiente los trajes tenían que completar el cuadro de la obra y el encargado de vestir en carácter a las actrices exquisitas, las reinas de la elegancia, fué Paul Poirèt, el célebre modisto.

Los materiales de que echó mano, fueron terciopelos extraños y sedas maravillosas que brillaban heridas por la luz vesperal, y gasas de bordados chispeantes. Como adornos cubrían la cabeza y el busto bandas y festones enjoyados. La pollera o túnica que completan el atavío, son de una forma adorable y su amplitud es discreta, y de una gran variedad en cuanto a adornos o colores.



Traje de satin ''souple'', hoja de rosa, con túnica de tul blanco adornada con un hilo de perlas finas en el borde del descote. Cinturón de terciopelo azul sajón

La novedad de la moda y el prestigio de las actrices que tomaron parte en este ''lanzamiento'', han hecho que el ''Tout-Paris'' se ocupara del asunto, y pronto en la semana estival de Deauville, la ''robe minaret'' cubrió con los pálidos reflejos de sus sedas y sus complicaciones que transcendían a país levantino, más de un cuerpo elegante y escultural.

Y como siempre sucede, poco tardó antes que la moda no se extendiera por el mundo, alcanzando gran boga, por ejemplo en Nueva York.

*
* *

Hemos observado que las faldas de los trajes elegantes se hacen tanto para la tarde como para la noche, muy a menudo se cruzan los pliegues hasta arriba en un movimiento que deja el pie libre y al descubierto.

Se ven también algunos vestidos con el vuelo de la blusa sujeto en forma de cresta bajo la garganta.

Los vestidos quedan sumamente angostos en la parte baja, lo que obliga a que sean abiertos al costado. Las túnicas toman forma de pantalla sujetas alrededor de la cintura; hay quienes sostienen que se llegará a sujetarla con un hilo de latón cubierto con un biais de pekín o de terciopelo.

Otra moda que parece revivir después de su largo paréntesis, son los volados.

Al principio se disponían dos o tres solamente en una falda, y ahora, esa pequeña cantidad, llega hasta el número de nueve, lo que indica que la moda se impone cada vez más.

Por regla general se disponen desde el talle tres grandes volados de encajes que forman túnica, alcanzando al borde del superior a la cabeza del inferior y el último llega hasta el ruedo de la falda; en muchos casos el primer volado se coloca a la altura de la cadera.

Una novedad bonita para los trajes de moda consiste en disponer sobre la falda drapée de seda flexible una túnica corta de gasa cuyo borde se sujeta a la altura de la rodilla con frunces ''a la vieja''.

Queda bonito cubrir los forros de raso, sin

cola con un voilé de tul o de gàsa del mismo largo, recogido con un velo de rosas rococó y recubierta con una túnica de encaje de color blanco muy claro.

Los cronistas nos hablan mucho de los trajes de calle. Parece que se usarán y serán de gran elegancia en su sobriedad, paño negro bordado de negro; otros se harán con falda corta de pekín negro, ligeramente drapeados con una túnica de tul plegada y una blusa de pekín negro formando corselete prolongada con una guimpe de encaje blanco y transparente, velada con una segunda guimpe de encaje negro "coulissé" torcido, lleva una faja redonda de terciopelo negro, abrochada en el medio con una gran rosa punzó.



Ultima y original "creación"; forma rodeada de tul

Para las comidas íntimas se llevarán trajes especiales confeccionados con mucha sencillez y buen gusto al mismo tiempo.

Un vestido bonito que comienza a usarse mucho es este: faldas de velo rayado y blanco, blusas de gasa blanca velada con gasa negra y abierta sobre un chalequito color crema.

Estos trajes pueden adornarse con algun encaje dándole más gracia y más armonía al conjunto.

Con el tiempo estival los encajes blancos han entrado en auge, y bueno será dar algunas indicaciones, a fin de que éstos, al lavarse no pierdan ni su forma, ni su tersura de modo que siempre den la impresión de haber salido de las manos primorosas de la encajera.



Modelo "mariposa", con gran lazada en forma de alas

Para lavarlos hay que tener en cuenta que es muy perjudicial restregarlos.

Con el fin de evitar esto, se disuelven todos los pedacitos de jabón bueno, que han sobrado del uso diario, en un poco de agua y la solución se echa en un jarro. Se introduce el encaje y sobre éste se vierte la lejía hirviendo y luego agua fría, hasta que se llene el jarro hasta el borde. Se tapa éste y se agita. Debe repetirse la operación si fuera necesario. Después se enjuaga el encaje, y se pone a secar al sol sobre un paño limpio. El encaje no debe prenderse con alfileres, porque pierde su forma. También es conveniente esta indicación:

El encaje se coloca antes de mojarlo sobre la tabla de planchar y se contornea su forma por medio de un lápiz una vez lavado, es fácil al plancharlo hacerle adquirir nuevamente su forma primera.

* * *

Daremos ahora la reseña de algunos adornos para sombreros que se estilan mucho en Norte América. Extractamos la crónica de una revista yankee:

Uno de éstos está hecho de catorce secciones de cinta reunidos en dos partes de alambre de diez y seis pulgadas de altura. En la parte superior, se pliega la cinta, antes de ser cosida. Cada pedazo de cinta se corta a bisel en la extremidad; de manera que un lado tiene una longitud de siete pulgadas y el otro cuatro pulgadas.

Hay otro adorno que necesita tres yardas y cuatro de cinta, de la cual sesenta y ocho pulgadas, se cortan y se pliegan en una longitud de cuatro pulgadas en un cuarto de pulgada de extensión.

Estos pliegues se terminarán en la parte inferior por el resto de la cinta, formando un lazo más ancho que la sucesión de pliegues superiores.

Este adorno generalmente se coloca en la parte posterior del sombrero.



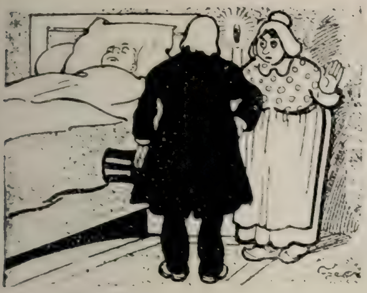
Elegante sombrero con adorno de plumas

Se ha impuesto otro que ha recibido el nombre de "Mariposa". Este está formado por ocho piezas de cintas dispuestas de modo que sugieren la idea de las alas de la mariposa. Los pliegues del adorno se mantienen en su sitio por medio de alambres muy finos.

Estos modelos, como decimos, proceden de Norte América, donde las modistas refinan su arte, para crear modas independientes de la "tiranía" parisiense.

Cármen **AGUIRRE.**

Casos y cosas



¿Qué médico asistió al difunto?
Ninguno. Nunca quiso médico.
- ¡Entonces no debe ser muerte natural.



— El otro día me encontré con su amiguita, y me pidió mi fotografía...
— Sí, me dijo que quería tener una colección de curiosidades del país.



— ¡Si hubiese sabido que el jefe de mi oficina no iba a venir al entierro de mi esposa, no hubiera encargado un servicio de primera!



— Dime, papá, ¿qué nombres les vas a poner a los cuarenta caballos de tu automóvil?



— He perdido la llave de mi caja de fierro y no puedo abrirla de ninguna manera.
— ¡Hombre! Llame usted a un ladrón.



— He mandado mis padrinos al casero y mañana nos batimos.
— ¡Claro! Los caseros rehusan toda clase de "reparaciones".



— ¡No, Juana! Yo no sirvo más a un señor que fuma cigarrillos de 20 centavos!



— Mi padre no puede venir hoy. Si no tiene usted otro modelo para el grupo de los luchadores, puedo servirle yo.



— ¡Oh señor! Yo no puedo casarme con usted. Mi origen humilde. Mi educación escasa...
— No se preocupe por eso, señorita. Yo la "elevaré" hasta mí.



Tú no tienes las piernas derechas.
— ¡Cómo no! Mírame bien.
- No; porque una es derecha... y otra es izquierda.



En ese momento una bala le cortó las piernas y los brazos y lo tiró al agua. Felizmente sabía nadar...



— Y ¿por qué no contestó a mi carta amorosa?
— ¡Ah, doctor! Como la letra era ininteligible, creí que sería una receta.

El globo rojo

UNA verdadera catástrofe se produjo en la existencia del señor Gregorio Gros-Lucas, cuando bruscamente perdió la plaza de preceptor que desempeñaba en París, en casa de una rica familia americana. No vaya a creerse que esa familia no estuviera satisfecha de los servicios de este hombre dignísimo por todos conceptos. No; no había nada que reprocharle, pero la familia de que os hablo debía regresar a la Argentina, su país, y el señor Gros-Lucas quedó en la calle, como vulgarmente se dice.

No era rico (¡bastante lo lamentaba él!), ni era joven este profesor, ahora sin discípulos. Encontrar nuevo empleo fué para él cuestión de vida o muerte, y se dedicó, por consiguiente, a hacer mil gestiones, buscando en diferentes casas, niños a quienes educar.

Pero la suerte no le sonreía; su exagerada timidez le perjudicaba mucho. Llamó inútilmente a todas las puertas y volvió a su casa, cada vez más triste, porque durante tan larga espera, sus pequeños ahorros se fueron rápidamente, y llegó el momento en que no hubiera tenido con que comprar su litro de leche y sus dos medias-lunas diarias.

Un sábado del mes de abril, haciendo, después de su primer y casi único almuerzo, la cuenta de lo que tenía en caja, comprobó que le quedaba (comprendido todo) la suma de veinte céntimos en dos piezas de dos sueldos. Entonces se dijo, desesperado: "¿Qué va a ser de mí? ¿A quién puedo recurrir?" Pero, mientras se abandonaba así a su dolor, una anciana y buena señora que habitaba en la misma casa, entró en el cuarto, de puntillas, y sin más preámbulos, se expresó de este modo:



—Esta noche he pensado en usted, y mire la feliz idea que he tenido: para salir de esa triste situación en que se halla, debe usted visitar al señor Saint-Enogat.

—¿Y quién es el señor Saint-Enogat?

—¿Es posible que usted no le conozca?

—No; no le conozco. ¿Y usted?

—Yo, tampoco; pero le conoce todo el mundo. El señor Saint-Enogat habita un hotel espléndido, en la calle Francisco II, junto a los Campos Elíseos. Es un hombre que posee, él solo, tres o cuatro pozos de petróleo, una línea de vapores, otra de ferrocarriles y minas de carbón. Tiene ocupada, en París, a una legión de empleados, y le tomará a usted a su servicio. ¡Es un presentimiento!

—¿Tiene hijos?

Lo ignoro. Pero debe tenerlos.

De todos modos, usted puede preguntárselo.

—¿Y si me recibe mal?

—¡Oh! ¡Deseche esa idea! Nuestra vecina, la tintorera, que es amiga de la cuñada del subjefe de cocina del señor Saint-Enogat, me ha asegurado que ese rey de las finanzas se muestra afable con todos y que tiene un alma generosa... No vacile usted en ir a su casa. Justamente—lo sé por la tintorera—recibe desde las tres todos los sábados, y los criados tienen orden de no despedir a nadie. ¡Vamos! Hágase usted un poco de "toilette" y... ¡en camino! Han dado las doce hace rato y la calle Francisco II está lejos de aquí.

La buena señora hablaba tan sinceramente que el señor Gros-Lucas se dejó convencer. Después de afeitarse cuidadosamente, se puso una larga levita y un sombrero alto, que fué negro, cuando nuevo, y que ya pardeaba a su vejez, se calzó unos guantes de lana remendados con algodón, descendió por la escalera, así ataviado, y se encaminó lentamente hacia la morada del señor Saint-Enogat.

El día era espléndido; brillaba el sol y hacía calor. Por esta causa, el profesor, al llegar a los Campos Elíseos, se sintió cansado y, viendo un banco libre, se apresuró a sentarse.

Al poco rato, mientras apoyando las manos sobre el puño del bastón, reposaba, contemplando el desfile de autos, le pareció sentir que alguien lloraba, a su espalda. Volvióse y vió a un niño de nueve o diez años, ricamente vestido y acompañado por un aya de buena casa. Había que pensar que el chico tenía una gran pena, pues corrían por sus mejillas gruesas lágrimas.

El señor Gros-Lucas se conmovió y preguntó cortésmente:

—¿Qué tiene este pobre muchacho?

—¡Nada! —contestó el aya.— Quiere a todo trance un globo rojo de esos que venden en ese barracón de feria, y se encuentra con que yo no tengo plata, por haber olvidado el portamonedas sobre la chimenea de mi cuarto. Pero ¿este es motivo para tanto desconsuelo y para alarmar así a la gente? ¡Ah! ¡No me hable usted de los niños mimados! — ¡Debería darle vergüenza, señorito Sergio!

—¿Es ruso?

—No, francés—declaró el aya.

El joven Sergio no tomaba parte en la conversación, y se contentaba—siempre sollozando—con dar patadas en el suelo, apretar su pañuelo entre las manos y repetir:

—¡Un globo rojo! ¿Quién me da un globo rojo?

—¿Y qué precio tiene—interrogó el profesor— uno de esos globos?

—Cuatro sueldos.

—Eso no es nada. Toma, amiguito; aquí tienes veinte céntimos. Compra el globo y no llores más.

—Tú, señor—dijo el niño, cuyo rostro se serenó—tú, señor, eres amable y yo te devolveré tus cuatro sueldos un día u otro. ¡Puedes estar seguro!

El viejo profesor no se detuvo más y se dirigió seguidamente a la calle Francisco II, a donde no tardó en llegar. La grandeza del hotel Saint-Enogat le impuso, y necesitó armarse de coraje para entrar en el jardín, hablar al conserje, subir los escalones del atrio y abordar al criado apostado en el vestíbulo, a pesar de que el doméstico estaba sonriente y afectaba un aire familiar.

—Viene usted algo tarde—exclamó—y no sé dónde voy a colocarle a usted.—Hoy se ha reunido una multitud de gente. El salón de espera está lleno; en el billar no cabe un alma; he tenido que ubicar algunos visitantes en los dos comedores. ¿Qué voy a hacer con usted?... ¡Ah!

¡Ya está! Sígame usted; tengo una idea.

Y el señor Gros-Lucas fué conducido a un cuarto de niño: un regimiento de soldados de plomo maniobraba sobre una mesa; los álbumes estaban esparcidos aquí y allá; pendiente de un clavo en la pared colgaba un magnífico polichinela.

—Siéntese usted—dijo el criado.—Cuando le llegue el turno, para ser recibido por el señor, yo mismo vendré a avisarle. Hasta ese momento, no se mueva usted.

El buen hombre quedó solo y se puso a hojear los libros de estampas, después a contemplar el polichinela con sus dos jorobas, luego a contar (¡y había muchas!) las flores de la tapicería y, cuando no otra cosa, se arreglaba los puños o daba vueltas al sombrero. A cada instante se percibía, ora rumor de pasos, ora sonar de timbres. El tiempo, poco a poco, pasaba, y la luz se hacía más pálida a través de los cristales.

—Ahora—pensaba el señor Gros-Lucas—la espera no será muy larga; el que me ha introducido aquí, vendrá pronto a sacarme para llevarme a presencia del patrón.

Pero nadie llegaba y la cosa era tanto más extraña cuanto que reinaba en el hotel un silencio profundo y las sombras invadían la habitación.

—¿Me habrá olvidado?—suspiraba el profesor. Le entraron deseos de huir: la timidez le contenía y también la esperanza de ser recibido. Aunque lleno de zozobra, no se movió. Y he aquí que la postrera luz del día desapareció.



¿Qué era, en tanto, del pequeño Sergio? Tirando del largo hilo sujeto al globo, que le seguía a lo lejos y en alto, abandonó con su aya los Campos Elíseos, se dirigió a la calle Francisco II y, llegando frente al palacio Saint-Enogat, penetró en él, como quien entra en su casa, cruzó velozmente el vestíbulo, enfiló un corredor y llegó a la puerta de su cuarto.

Pero en el momento en que pisaba el dintel, vió erguirse un fantasma negro y soltando el globo, retrocedió pidiendo socorro. El aya se lanzó en auxilio del niño y percibió vagamente la figura del señor Gros-Lucas, quien le pareció, por lo menos, un ladrón, y empezó a gritar: "¡Al asesino!"

Entonces la casa entera se puso en movimiento y más de treinta personas acudieron "al lugar del siniestro". Yo no puedo citarlos a todos, pero os bastará saber que estaban el dueño y la señora de la casa, el chauffeur, dos camareras y un criado, el sereno, armado de un fusil de dos cañones, el jefe de cocina, el subjefe, un marmitón con una aguja de mechar, y el portero, que no llevaba nada. Todos ellos se interrogaban unos a otros, queriendo descubrir a los bandidos, en medio de la obscuridad.

Por fin, al señor Saint-Enogat se le ocurrió dar vuelta al conmutador y se hizo la luz, apareciendo el venerable profesor, trémulo y pálido, pero tan poco semejante a un bandido, que la asamblea entera estalló en una carcajada.

Al mismo tiempo, el criado por quien había sido conducido allí el señor Gros-Lucas, se golpeó la frente con una gran palmada, y declaró con toda lealtad:

—¡La culpa es mía! No habiendo sitio en otra parte, he traído aquí a este pobre señor, y una vez despedidos los otros, me he olvidado de él.

Al instante, Sergio, repuesto de sus temores, se adelantó, se fijó en el anciano, y exclamó:

—¡Vaya! Es mi amigo de los Campos Elíseos, el hombre del globo rojo... ¿Cómo le va?

Y contó la historia del globo.

—No sería justo—dijo el señor Saint-Enogat al profesor—que usted hubiera esperado tanto por un fútil pretexto. Expóngame, se lo ruego, lo que venía usted a solicitar de mí.

El señor Gros-Lucas, conmovido profundamente, no se atrevía a exponer sus pretensiones; pero el señor Saint-Enogat insistió con ademanes y frases que alentaron al profesor.

El niño, por su parte, también animaba a su "amigo", invitándole cariñosamente y con razonamientos ingenuos y graciosos a que dijera lo que deseaba, seguro de que su papá, que era muy bueno, había de complacerle. Si hubiera dependido de Sergio, antes de que el viejo preceptor expusiera los motivos que allí le condujeron, ya hubiese sido admitido a compartir con él sus juegos y su ración en la mesa.

—No vacile usted,—díjole, por último el señor Saint-Enogat,—que, como esté en mi mano satisfacer sus anhelos, quedará usted complacido.

Entonces, exhibiendo honoríficos certificados y muchos diplomas en pergamino, el solicitante respondió que él buscaba un empleo de preceptor y que era capaz de enseñar ciencias, francés y latín.

—Me parece—observó la esposa del gran financista—que nuestro hijo es todavía demasiado niño para...

Pero Sergio se puso a llorar amargamente, diciendo:

—¡Yo quiero aprender el latín! ¡Yo quiero aprenderlo ahora! ¡Antes de comer! Y yo no soy demasiado niño. Y la prueba de que no soy demasiado niño es que los romanos, a mi edad, hablaban ya en latín.

—Tiene razón el niño—dijo el financista.—Pues bien, señor; yo le confío este muchacho que, gracias a usted, será algún día un verdadero sabio.

Sergio inmediatamente se enjugó las lágrimas y corriendo hacia su profesor, le abrazó, diciéndole al oído:

—¡Ah, señor! ¿Ves? ¡Ya te había yo prometido que te devolvería tus cuatro sueldos!

Desde aquel instante, el señor Gros-Lucas, radiante de júbilo, no pensó más que en regresar a su casa, para dar las gracias a su vecina por la feliz idea que tuvo al aconsejarle la visita.

Despidióse de los señores Saint-Enogat, los cuales le prodigaron grandes atenciones.

Al llegar a su casa, lo primero que hizo el profesor fué visitar a la vecina, a la que dió cuenta del excelente resultado de su entrevista con el señor Saint-Enogat, confirmando el concepto que de tan generoso caballero había emitido la tintorera, amiga de la cuñada del sub jefe de cocina.

J. PELTIER.

PUNTOS Y COMAS

Un bien que nada cuesta.—EL HOGAR va a poner en práctica una iniciativa, que aunque de nosotros ha partido, puede ser también recogida y practicada por otros, ya que tiende a realizar un bien.

Algunas ediciones de esta, como de todas las revistas ilustradas, dejan, en días de grandes lluvias, intensos fríos, etc. un excedente de ejemplares que, pasando la fecha oportuna, quedan inutilizados para la venta.

Para dar un destino útil a ese sobrante, hemos solicitado y obtenido la aceptación de los directores de los principales establecimientos carcelarios y hospitalarios para remitirles, en los casos en que haya, los ejemplares excedentes, estableciendo turnos para el mejor reparto.

Agradecemos a los directores de dichos establecimientos la benevolencia y cordialidad con que han acogido nuestra idea, participando de nuestro deseo de hacer un bien a los enfermos y a los presos, al procurarles distracción, alimento espiritual y sana alegría.

*
* *

Entre el poder ejecutivo y la comisión de presupuesto del congreso existe una grave discrepancia que, según un colega, tardará varios días en resolverse. Y este año sucederá lo de siempre: la cámara iniciará su labor a último momento, el senado atribuirá a una desconsideración a él el envío del presupuesto a última hora, y de conflicto en conflicto, se llegará a la eterna conclusión: el mantenimiento de la ley que actualmente rige los gastos de la república.

Y trae esta divergencia
la natural consecuencia
que se cifra en un cantar:
"Pecar, hacer penitencia
y luego ¡vuelta a empezar!",
Así pasan las sesiones,
entre acerbas discusiones
y un calor harto molesto.
¡Y llegan las vacaciones...
y no llega el presupuesto!

*
* *

"El socialismo y la música". Parece esto un tema de conferencia, a cargo de uno de esos señores que vienen a ilustrarnos, desde el viejo mundo.

¡No hay tal conferencia, afortunadamente! El titulito está relacionado con un suceso ocurrido en Berlín, donde la Asociación de mujeres jóvenes obreras organizó un concierto consagrado a Bach. En él debía figurar el profesor Irgang, de la escuela real de Música; pero este señor, al saber que el concierto era obra de socialistas, se negó a tomar parte en la fiesta.

Ese profesor, no sé,
si es partidario de Ugarte,
pero el caso es que se fué
con la música a otra parte,
pues, como todo ugartista,
por muy poquito que advierta
un sonido socialista,
el hombre se "desconcierta".

Catalina Elkins, a quien se creyó futura esposa del duque de los Abruzzos, ha contraído enlace, en Nueva York, con Mr. William Hitt.

Hemos llegado, pues, al epílogo de aquella novela que tanto alarmó a la monarquía italiana y de la cual se ocupó la prensa del mundo entero.

El casamiento ha sido una sencilla ceremonia realizada en la mayor intimidad.

Quizá en esa intimidad
este la felicidad
de la pareja novel,
muy lejos del oropel
que envuelve a la majestad.
Ella, reina en otra esfera
será, si amor verdadero
en su corazón impera.
Y él será rey... del acero
¡o de otra cosa cualquiera!

*
* *

Ya que algunos maliciosos suponen que el vicepresidente en ejercicio no está de acuerdo con el doctor Saenz Peña en sus ideas y procedimientos políticos, séanos permitido, siquiera, sospechar que las fórmulas protocolares adoptadas por el presidente no satisfacen al doctor de la Plaza.

Y ya en el campo de las hipótesis, no iremos del todo descaminados si atribuimos a don Victorino el deseo de acomodar su protocolo a reglas más en consonancia con su temperamento. Por esto nos atrevemos a indicarle algunos detalles de la etiqueta china, que acabamos de leer en una revista.

La etiqueta china exige que al hablar una persona con otra la ensalce todo lo posible y se desprecie a sí misma y a todo lo de su pertenencia.

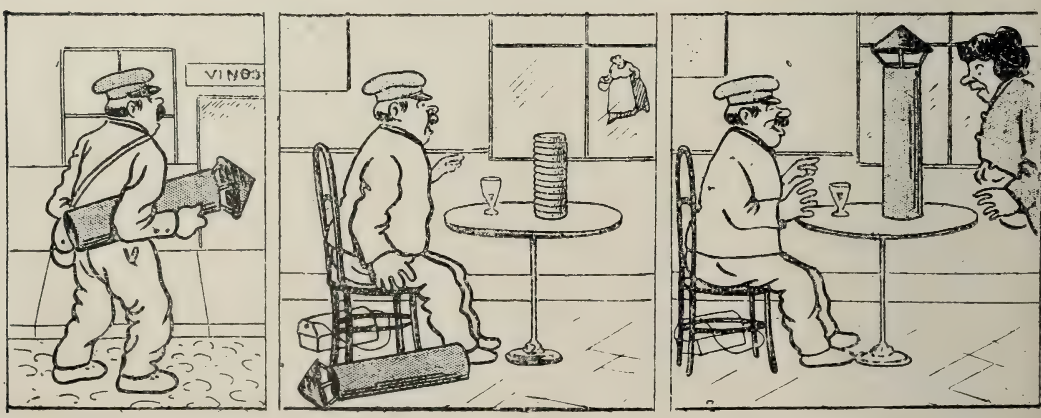
Un misionero que acaba de regresar de la Celeste República, afirma que es muy corriente oir allí conversaciones como ésta:

—¿Cuál es vuestro honorable nombre?
—Mi insignificante apelativo es Jing Su.
—¿Dónde está vuestro magnífico palacio?
—Mi despreciable guarida está en Lung Pi.
—¿Cuántos ilustres hijos tenéis?
—Tengo cinco viles e inútiles rapaces.
—¿Goza de buena salud vuestra distinguida esposa?
—La vieja gallina está bien.

Traduciendo estas fórmulas corteses a nuestro lenguaje, podrían oirse, en las esferas oficiales, diálogos como éste.

—¿Cuál es vuestro sonoro nombre?
—Mi callejero y asfaltado nombre es Victorino de la . . . .
—¿Dónde está vuestro magnífico palacio?
—Mi antiestética y amerengada Casa Rosada está en la Plaza de Mayo.
—¿Cuántos ilustres ministros tenéis?
—Tengo siete insignificantes e inútiles secretarios.
—¿Goza de buena salud vuestro titular?
—El viejo faisán padece de insomnio, por abuso del tabaco.

Caso de fumistería



—Creo que con un sólo vaso podré apagar esta sed que tengo...

—¡Cielos! ¡Mi mujer se acerca! ¿Cómo ocultar estos platillos?

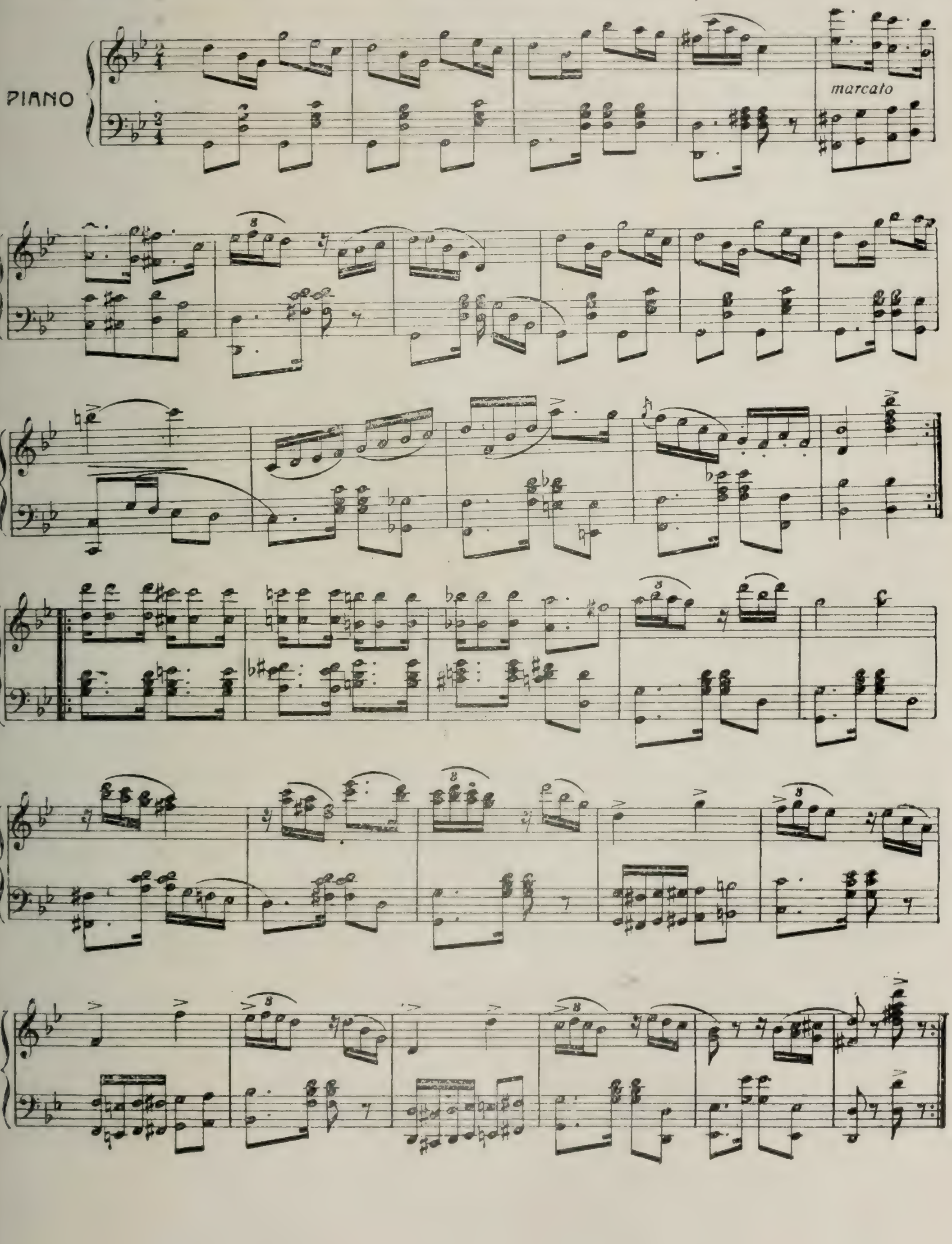
—¡Ah! ¿Ves, querida esposa, cómo te complazco? ¡No tomo más que un vasito!

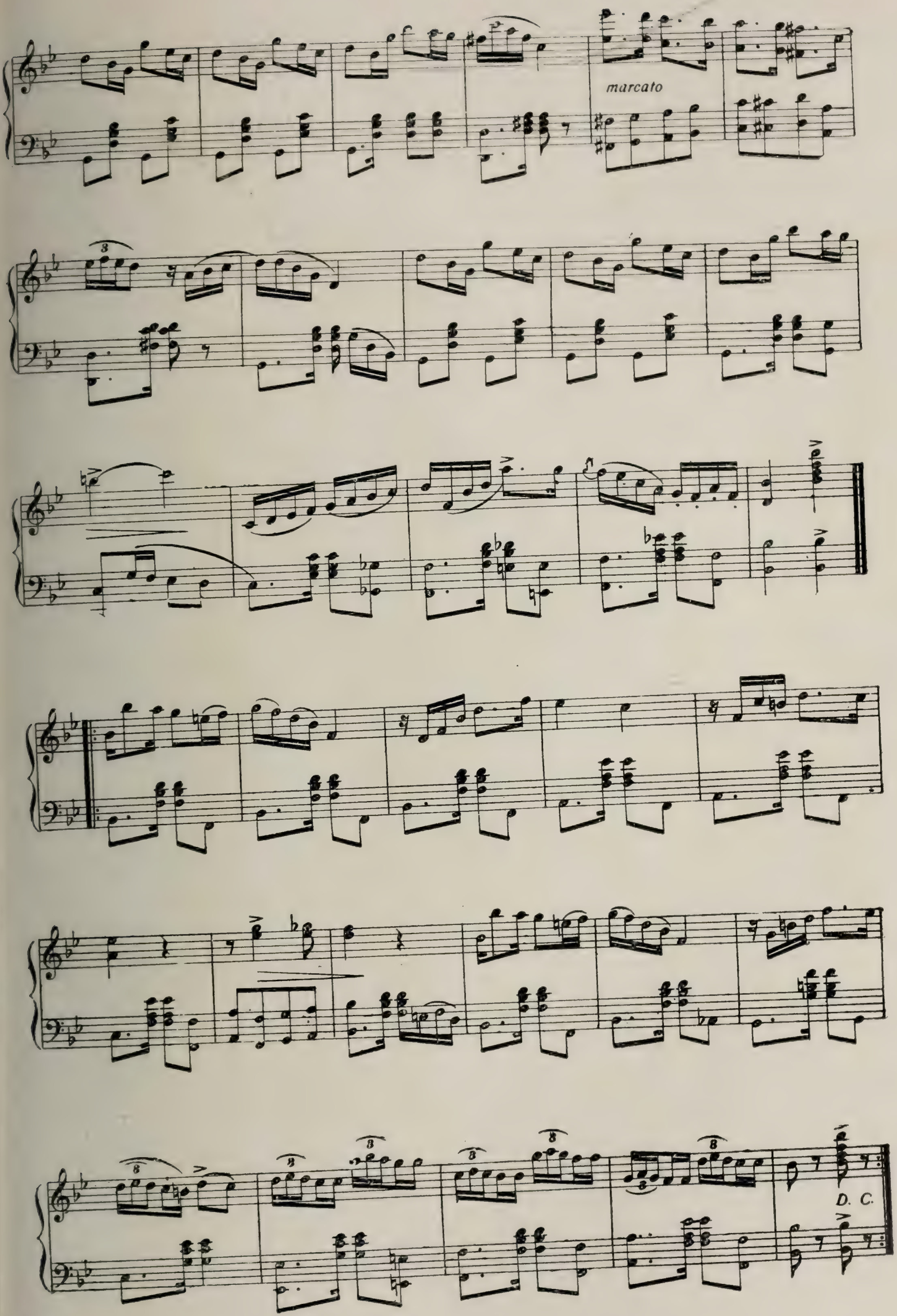


EL NUEVO "DANDY"

Tango Criollo

Por MIGUEL SANTÁNGELO




marcato
D. C.



Realeza y gracia

Que estas grandes soberanías, reinan y gobiernan en nuestro continente, nadie lo puede negar.

Basta echarse por esas calles, para darse cuenta exacta hasta qué punto, la distinción aristocrática y la gracia nativa, se hermanan y armonizan en nuestras mujeres.

Plantado este cetro romántico en señal de dominio, desde el istmo hasta el cabo, no es de extrañarse que el uso del Jabón Reuter se haya impuesto y generalizado, entre una raza cultora de la belleza plástica, como es nuestra noble raza latina.

Y a fe que ha sido una verdadera inspiración la adopción de este irreemplazable elemento de higiene y de toilette, por cuanto, merced a él, nuestro tipo se ha hermoseado, la juventud se ha hecho perenne, y los atractivos de seducción y encanto se han aumentado.

—¡Ya no hay viejas!—nos decía asombrado un antiguo porteño.

—No; ni las habrá, mientras las que sientan aminorarse y empobrecerse el brillo y tersitud de la piel, usen Jabón Reuter.

Labores Femeninas

Después de haber ofrecido a nuestras lectoras, en números anteriores, varias labores de verdadero mérito artístico, por el estilo de sus dibujos y lo complicado de su ejecución, que necesita tiempo, paciencia y una predilección especial para llegar a obtener obra relativamente regular en su ejecución y detalles, presentamos hoy dos labores de fantasía.

Esta clase de labores son las más favoritas para el embellecimiento del hogar y las que, con más facilidad, pueden ejecutarse en todos los variados estilos que la moda nos ofrezca y adaptarlos muy fácilmente a las combinaciones y adornos que se deseen.



Bombonera en forma de glorieta, de encaje Venecia y rococó

Para las labores de fantasía no rige el arte del trabajo de las labores de aguja o de los bordados, pero en cambio requieren otra cosa que quizá sea tan difícil como la ejecución de las demás labores de encaje o del bordado; este es el arte del buen gusto en la combinación de los materiales para la ejecución de la labor elegida; aún más difícil es la elección de los materiales para que éstos formen un buen conjunto en armonía con el estilo del dibujo.

Este es precisamente uno de los puntos principales y que en la generalidad de las veces se tiene menos en cuenta.

Hemos indicado que el dibujo tanto en los encajes como en los bordados, es la parte principal para obtener una buena labor distintamente. Lo es también para las labores de fantasía que tienen sus estilos diferentes, o cada estilo de labor que se ejecute es necesario elegir los materiales indispensables que correspondan a la clase del dibujo, sea por sus coloridos o por la calidad y forma de materiales que podrían formar su combinación en el dibujo.

Sería ridículo que un almohadón Luis XVI se bordara con cinta estilo Imperio y viceversa, y como estos estilos, cualesquier otro en las mismas condiciones. Esto es lo que sucede en la generalidad de las labores que se ven ejecutadas. Tales contrastes producen muy mal efecto a simple vista, desmereciendo todo cuanto en favor podría decirse a las labores de fantasía.

Una de las labores que ofrecemos a nuestras lectoras es un almohadón bordado en rococó y seda; no es una novedad para las lectoras, pero tiene interés por la perfección con que está bordado: constituye un modelo de cómo se debe ejecutar el verdadero bordado con cintitas de seda sombreadas, el cual, como podrá apreciarse por el grabado, es bien distinto de lo que generalmente se hace.

No es necesario para el bordado rococó elegir dibujos con grandes ramos de variadas flores, no es necesario tampoco usar dibujos de gran efecto por la complicación de su trazado para obtener una obra que reuna las condiciones pomposas; no es necesario aglomerar cintas ni lentejuelas, gusanillos, piedras, ni pájaros para hacer resaltar la habilidad de su ejecutora.

Precisamente el bordado rococó bien trabajado es lo suficientemente delicado para poder formar cualesquier labor que se desee en cualesquier estilo.

Veamos la combinación de nuestro almohadón: las rosas que forman las coronas son bordadas en tres tonos de cinta, unas rosa, otras rosa te y otras rosa viejo.

Las hojas y pimpollitos son formados por las mismas cintas en tonos muy claros para los pimpollos y en tonos verdes para las hojas.

Las espigas son bordadas con cinta rococó en tono amarillo tostado y los troncos con seda verde; el moño que une las espigas con las coronas es bordado en seda a punto raso en los cuatro primeros tonos del color rosa viejo.

Los bastones y recuadro que forma el almohadón se hacen con una cinta rococó con un ancho de medio centímetro, acresponada, con un pequeño ribete a los costados, en un tono vieux rose bastante obscuro, el que hace un bonito contraste con las flores.

Las pequeñas coronitas están formadas por diminutas miosotis en tono azul pastel; ese tono como desvaído de viejo; en el centro llevan una lentejuela de fantasía en oro opaco; en su armado lleva una puntilla valenciana bordada con lentejuelas de fantasía, opacas, colocadas sobre un volado de gasa y otra de pekín picado.

La bombonera en forma de glorieta lleva en la parte superior un delicado motivo de encaje Venecia en punto Rosalina con pequeños fondos de punto Burano; la parte inferior donde está

colocada la muñeca es del mismo encaje formando un ornato al contorno; el fondo es formado por barretas imitando el mosaico veneciano; presenta un efecto sumamente delicado; en su armado lleva puntilla de malina y guirnalda de flores de rococó colocadas al contorno de las columnas y alrededor de la forma.

El encaje de Venecia puede ser sustituído por cualesquier otro encaje o por un bordado en seda indistintamente.



Almohadón bordado en rococó y seda

En esta labor es preciso cuidar los detalles con cierta cariñosa minuciosidad.

Por ejemplo, el fondo debe formarse con cuidado tratando de que la imitación del mosaico sea lo más perfecta posible.

Si este detalle no se tiene en cuenta, por considerarse de poca importancia, es seguro que la labor sería deficiente, por más esfuerzos que se hicieran en el sentido de hermosearla.

El almohadón en rococó y seda de que hablamos, una vez totalmente concluído — si en su confección se ha prestado interés—debe presentar un bonito conjunto como obra de buen gusto.

Las labores que hemos presentado en este número tienen la especial particularidad de ser de fácil ejecución, cualidad que las hacen doblemente recomendables a las muchas aficionadas a esta clase de entretenidos trabajos de hogar.

Rosa ASPLANATO.

Un ensayo de piratería en 1913

Si hay una clase de individuos, que puede creerse desaparecida, es la de los bandidos del mar, la de los terribles piratas que, izando en el mástil el pabellón negro, sembraban el terror sobre los oceanos.

Y, sin embargo, en pleno siglo xx, se ha visto reproducido ese hecho extraordinario: una vulgar goleta mercante transformada bruscamente en navío pirata por su tripulación, y logrando durante algunos meses cometer varias fechorías.

Estas cosas no se conciben actualmente más que en algunas piezas de espectáculo y en las cintas cinematográficas y es necesario hacer un esfuerzo de imaginación para admitir que sean posibles en la realidad.

Pero cuando se reflexiona, hay que preguntarse cómo semejantes hechos no se producen con más frecuencia. No es el coraje ni la audacia lo que falta a los criminales; no son los escrúpulos los que les detiene. Ellos han probado muchas veces que no retroceden ante ninguna dificultad para realizar sus planes siniestros.

Desde el momento en que no vacilan en atacar a mano armada, en plena calle, a detener los automóviles matando a los chauffeurs, como hacían antes los bandidos en las carreteras, ¿por qué no han de operar en el mar?

Evidentemente, el oficio de pirata exige conocimientos especiales y... cierta cantidad de dinero. Para practicarlo de una manera relativamente moderna, sería preciso disponer de un buque excesivamente rápido y bien armado.



.... Acabaron por atacarse mutuamente...

Los malhechores que han intentado renovar las siniestras aventuras del capitán Kid eran más modestos. Se contentaron con arrojar por la borda a su capitán y continuar navegando por su cuenta, dando caza a los barcos de pequeño tonelaje, cuando los encontraban.

Una goleta no marcha muy de prisa y no pudieron ejercer su culpable industria en el Atlántico durante más de ocho días. Pero el Pacífico, lejos de las líneas frecuentadas por los grandes trasatlánticos, les ofreció ancho campo para sus correrías y esto explica que gozasen de la impunidad durante un tiempo relativamente largo.

El ocho de enero último, la goleta alemana "Westphalia" acababa de abandonar la isla Tongatabou, haciendo vela hacia las Fidji, cuando la tripulación, que había preparado el golpe hacía tiempo, se sublevó. En un cuarto de hora, el capitán, sorprendido antes de poder defenderse, fué juzgado y entregado a los tiburones, que se lo disputaron afanosamente.

Los marineros enrolados en estas pequeñas islas de la Oceanía, no tienen, en general, una moralidad excesiva. Son individuos de distintas nacionalidades, desertores en su mayoría, y dispuestos a toda clase de delitos.

El que fomentó la revuelta a bordo del "Westphalia" se llamaba William Christian. Era un mulato feroz, a quien sus compañeros temían tanto como a su cuchillo, pronto siempre a salir de la vaina.

Decidió dar caza a los pequeños buques de cabotaje y descender a tierra, de cuando en cuando, para realizar "razzias" en los pueblos costeros.

La fortuna, que es caprichosa, sonrió, al principio, a los bandidos. Desde el 8 de enero al 23 de marzo capturaron unos diez y seis barcos y saquearon tres plantaciones en las islas Souvarow. Habían también aterrorizado a los habitantes de las pequeñas islas de Samoa. Las autoridades alemanas intentaron, sin resultado, apresarlos, y ellos huyeron hacia otras playas.

Entonces fué cuando el "Secret Service of New South Wales" se ocupó activamente en perseguir al "Westphalia". Uno de sus buques encontró a los piratas a lo largo de la isla de Lord Howe. No habían éstos temido acercarse a las costas de Australia, a pesar de los peligros que esto ofrecía.

Esta audacia les fué fatal. Los policías del Oceano, después de hacer las intimaciones de costumbre, dirigieron los fuegos contra la goleta. Esto produjo a bordo gran confusión.

Los piratas se atacaron mutuamente y se mataron, quedando sólo tres, que fueron capturados por los agentes del Secret Service.



La Conferencista

Estamos en pleno furor de conferencias.

Desgraciadamente, no podemos decir que éstas tengan por tema cosas prácticas y útiles.

Generalmente, tratan de idealidades, cuando no se arrastran sobre asuntos triviales y "usados hasta la cuerda", como dicen los franceses.

Ultimamente, una mujer de talento y de inventiva, anunció una conferencia que tituló "El primer manto real".

Se creyó que se trataba de telas, bordados, pieles y piedras preciosas, y el teatro se llenó.

Estaba previsto.

Pero resultó que la conferencista disertó sobre el cabello, haciéndolo con tal brillo y eficacia que fué ovacionada más que si hubiera hablado de la poesía decadente, del Rey Pepino, o de sus viajes por Europa.

El final de su disertación encerraba una revelación y un consejo:

—Usad, —dijo— el muy célebre y eficacísimo Tricófero de Barry, único reparador y conservador del cabello, y si de aquí a dos meses no habéis probado una feliz reacción en los desperfectos de vuestras cabelleras, me dejo rapar al ras, que sería para mí peor que la muerte.

A su salida, fué ovacionada, de rodillas, por todos los calvos presentes, que eran legión.

La casa moderna

La conquista del aire.—No es nuestro propósito hablar de los últimos arriesgados vuelos realizados por intrépidos aviadores, ni hacer crónica de los continuos accidentes de que se ocupa a diario la prensa mundial, trataremos de la otra conquista de aire: de los grandes edificios que se levantan, de acuerdo con la moderna arquitectura, de esos monstruos sólidos y macizos que importan un enorme capital invertido en materiales de construcción. En estos últimos años ha despertado la pasión por lo grande: grandes acorazados para la defensa de los países; enormes dirigibles para restar espacio a las nubes; inmensas obras que facilitan el abrazo de los mares y, por último, soberbios edificios con infinidad de pisos para que el hombre tenga techo donde descansar.

Hasta ahora es Nueva York la ciudad que marca el record en lo tocante a edificios en alto; allí cada vez se sube más, como si los yankees sintieran la necesidad de alejarse de la tierra.

El precio elevado a que se cotiza la tierra en las grandes capitales es quizá la causa de este fenómeno que se comienza a observar en la edificación.

El espacio—dicen los capitalistas—no cuesta nada más que conquistarlo: ¡a él, entonces! Y en esa lucha ardorosa pierde la estética de la ciudad, porque frente a una casa de tres pisos se levanta otra de veinte, quitándole aire y sol.



Edificio de 55 pisos, recientemente construido en Nueva York

Un diario de Nueva York dice que se ha construido recientemente un edificio de cincuenta y cinco pisos. Será esta una de las casas más altas del mundo por espacio de algunos años. Y decimos esto último porque no sería difícil que, el día menos pensado, quedemos asombrados ante la transmisión de alguna noticia más sensacional aún. Porque está descartado que los edificios tienden hacia arriba como si faltara tierra.

Y lo más notable del caso es que tal clase de edificación se está aceptando como necesidad de la época presente. En nuestra metrópoli, sin ir más lejos, se han construído varios edificios de respetable altura. Y, a estar a las versiones corrientes, no sería difícil que se levantaran otros de mayor número de pisos.

También nosotros nos hemos contagiado, también sentimos delirio por lo alto.

Tales construcciones originan una modificación radical de la arquitectura del día, porque estos grandes edificios requieren condiciones de solidez y belleza, difíciles de armonizar en cuerpos tan altos y tan complicados.

Casas de campo. — Poseer una confortable casa de campo donde pasar cómodamente el verano es patrimonio de los ricos. Es por eso que gran número de familias poco pudientes no salen de la ciudad durante los grandes calores.

En muchos países las familias de la clase media construyen una casita en el campo, cómoda y de buen gusto.



Casita de madera y cemento armado

Como materiales se emplean casi exclusivamente la madera y el cemento. En muchos casos hasta el techo es de madera embadurnado con barniz de arena.

Entendido que un edificio de tal especie no es muy abrigado y resulta un poco húmedo en tiempo de lluvia, pero no se debe olvidar que se trata de una casa de verano solamente. En cuanto a comodidades, se las hace con vestíbulo, sala, despacho, comedor, dormitorio, cocina, etc.

El costo de estas construcciones es muy reducido y se levantan con mucha rapidez y en cualquier sitio.

Adornadas con un pequeño jardín y árboles, presentan un bonito golpe de vista. Se trata de verdaderas casas rústicas muy apropiadas para pasar cómodamente los meses de los grandes calores.

Uno de estos hotelitos de campo compuesto de un comedor, un despacho, tres dormitorios, cocina, cuarto de baño, etc., cuesta alrededor de 6.000 $ como precio máximo.

Muchas personas embellecen el edificio con barandas, marquesinas y galerías, las que, después de todo lo amplían, pues estos sitios abiertos pueden utilizarse como gabinete de trabajo o comedor de verano. De todo lo dicho se desprende que para tener una bonita residencia de campo, no hace falta gastar mucho dinero; lo que se precisa es tener buen gusto.

Para ser más económico aún se hace necesario saber elegir el terreno y tener tacto en la elección del modelo, de manera que no falte nada, pues son los detalles los que cuestan más. La casa al ser construída debe reunir todas las comodidades, sin que le falte nada por agregar.

Arquitectura del Renacimiento.—Los artistas italianos fueron siempre decididos adversarios del estilo ojival, que por otra parte no respondía a las condiciones que han de reunir los edificios civiles, y esto hizo que lo emplearan muy poco y que lucharan por mantener los antiguos principios de la arquitectura griega y romana.

El Renacimiento literario contribuyó también a fomentar la afición al estudio de la antigüedad. Al principio, la arquitectura del Renacimiento puede decirse que no fué más que una imitación del arte antiguo, lo que vino a ser como una serie de tanteos, pero luego se desarrolló la fantasía y se produjeron admirables obras, propagándose el gusto por este estilo a Francia, España y los demás países, en los que, poco a poco, fué olvidándose el ojival. En España floreció ese estilo, que se llamó "plateresco" porque su ornamentación era parecida a la usada en orfebrería o platería, siendo uno de sus propagadores Alonso de Berruguete.

Entre los edificios notables del plateresco figuran el Colegio de San Gregorio, en Valladolid, el palacio arzobispal de Salamanca, el claustro de la catedral de Córdoba, el monasterio de Santa Engracia, en Zaragoza, y los coros de varias catedrales.

Más tarde fué acentuándose la tendencia a la sobriedad en la ornamentación, con objeto de acercarse más a los órdenes clásicos, llegándose, a fines del siglo XVI a la exageración en este punto, creándose lo que se llamó el estilo "greco-romano", del que son muestras la iglesia de San Pedro de Roma y el Escorial de Madrid, en el que se señalaron reglas especiales para la disposición de los templos seguidas todavía en la actualidad.

Los estilos que siguieron al plateresco fueron variaciones sobre el mismo tema clásico, pero exagerando luego la ornamentación hasta formarse el "barroco" y el "churrigueresco", que señalaron una de las épocas de peor gusto que se han conocido en la historia de la arquitectura. Depurados estos defectos, renació la tendencia hacia la simplicidad, que se acusa principalmente durante el imperio napoleónico.



Grajea

Una anécdota de Napoleón.—Después de una batalla, un soldado que hacía la guardia, rendido, se duerme acostado en el suelo. Habiendo salido Napoleón a recorrer el campo se encuentra con el centinela profundamente dormido. Se inclina y lo mueve, hasta que el soldado saliendo del sueño entreabre los ojos sin levantarse, y como estaba acostado de lado con un oído en tierra, al distinguir a Napoleón, se deja estar. El emperador vuelve a tocarlo.

—Chiiist—dice el soldado lentamente, sin moverse, con el oído al suelo, como si escuchara algo.

Nuevamente Napoleón lo zamarrea.

—Un momento,—agrega el soldado,—oigo ruido de caballería...

La papa. — Cuéntase que cuando se introdujo la papa en Inglaterra, John Gerard, célebre botánico, la cultivó, siguiendo así el ejemplo de Raleigh, que había dado orden a su jardinero para que la plantase con otras legumbres. Gerard observó cuidadosamente su desarrollo y cuando la "fruta" estaba ya en sazón, la cogió lleno de gozo de la espiga y la probó. Encontrándola insípida, la escupió con repugnancia y dió las quejas a Walter Raleigh. Entonces se le ordenó al jardinero que extrajera las raíces, temiendo que las otras plantas se contaminaran. Al hacerlo, le sorprendió descubrir entre las raíces un montón de tubérculos exactamente de la misma clase que él había sembrado en la primavera.

—Cocedlas — dijo Raleigh — y después dadme vuestra opinión.

Pensamientos de escolares

La dirección de EL HOGAR *en el deseo de estimular entre la población educanda de la República Argentina la afición al estudio y el culto de lo noble y bello, ha resuelto abrir esta sección, en la cual serán publicados todos los pensamientos interesantes que se reciban por medio del jefe de la misma, que no excedan de 80 palabras y que no revelen la intervención de persona que no sea el autor; al efecto, débese indicar: la escuela, año o grado a que asiste el dirigente. Los retratos de autores que se envíen serán publicados.*



Mientras exista el cielo, el orbe entero admirará los mágicos colores del símbolo argentino: la luminosa creación del inmortal Belgrano. — **Juana García Franco.** — 2.º año. Liceo.

—

Siendo la vida un sueño tan efímero y engañoso, debemos hacer todo el bien posible, tanto para nosotros como para el prójimo. — **Ernestina Dora Carro.** — 1.º año. Normal núm. 5.



—

¡Oh amadas golondrinas! Volvisteis presurosas de las tierras lejanas cruzando inmensos mares azules, viendo las porfiadas olas sumergirse velozmente; por venir a nuestra patria, así como el emigrante, buscando la bella nación argentina para procurarse el bienestar. — **Clara Dorado.** — Jacinto Aráuz (Pampa Central).

—





Deseo ser maestra no por el interés mezquino del empleo sino para contribuir con mis esfuerzos al engrandecimiento de mi patria, difundiendo la educación. — **Rosario Alvarez Favilla.** — 6.º grado. Escuela graduada de Villa María (Córdoba).

—



Al despertar el día, el primer cántico y señal es de los pájaros y el dulce murmullo de las límpidas aguas, que descienden en loca carrera, impelidas por torrentes, entonan el sagrado "hosanna" al Supremo Creador. — **Dea Radivo.** — Liceo.

—

La salud del cuerpo y del alma se obtiene por el trabajo. — **María Luisa Bigourdan.** — 2.º grado. Escuela número 6. C. Escolar 13.



—

Cuando nuestra patria nos necesite, sin vacilar debemos ayudarle y, así imitaremos a las abnegadas patricias de nuestra historia. — **Dolores Barros.** — 3.º grado. Escuela General Viamonte.

—





Sobre los últimos perfiles de la pampa que corta el Paraná, sobre una de esas islas que hoy quizás existan, en hora inolvidable, retumbó el cañón...

Belgrano en ese instante alzó la bandera y el sol al ocultarse se fijó en ella. — **Raúl Fernández.** — 4.º grado. Escuela San Martín de Pueyrredón.

—



Mariano Moreno fué el alma de la revolución de Mayo. Con la palabra y la pluma consiguió que el pueblo luchara por la libertad de su patria que, más tarde, se consolidara en los campos de batalla. Murió y le sirvieron de tumba los abismos del mar. — **Carlos Coalova.** — 4.º grado, tarde. Escuela núm. 8. Consejo Escolar 8.º.

—

¿Cuál fué el héroe que destruyó la ignorancia, formando hoy hombres de carácter y de bien? Fué el inmortal Sarmiento que nunca se borrará de la memoria del ciudadano y del niño. — **Rafael A. Distasio.** — 5.º año Nacional.



—

El trabajo es la verdadera felicidad porque hace al hombre virtuoso. — **Julio César Prato.** — 2.º grado. Escuela núm. 6. Consejo Escolar 13.

—





El que es trabajador se siente satisfecho, es feliz y es virtuoso. — **Ferruccio Laconca.** — 2.º grado Escuela General Viamonte.

—

No se pinte el proceder humano por la dulce expresión de la mirada, sino por la rectitud de su pluma, cincel o espada — **Sara López.** — Normal de Quilmes.

Para colaborar en esta sección, dirigirse al señor

GISBERTO P. VIDIRI

Pueyrredón, 680. Buenos Aires.

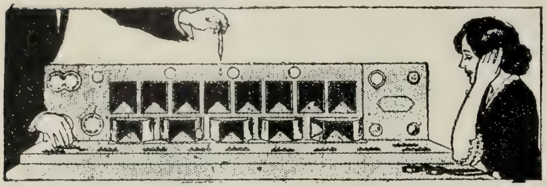
De todas partes

LOS GRADOS DE LA SORDERA La Sociedad nacional para el alivio de la sordera, institución inglesa, acaba de inventar un aparato notable, que mide exactamente los grados de ese defecto físico, en el cual se han observado 3.500 variedades.

Una persona que oye normalmente, puede, sirviéndose de la nueva máquina, percibir los más ligeros rumores.

Es factible, con el aparato, determinar exactamente el grado de sordera de una persona y construir, según el caso y la gravedad de la afección, un receptor que le permitirá oir, excepto si se trata de un sordo de nacimiento.

La misma sociedad ha perfeccionado un pequeño aparato, muy cómodo, para los sordos y que reemplaza ventajosamente a las trompetillas acústicas que llevaban siempre consigo y cuyos inconvenientes son bien conocidos: el mayor era tener que declarar la enfermedad, en vez de disimularla.



Cuando se sabe que los sordos son susceptibles y que les invade la tristeza al verse privados, parcial o totalmente, del oído, se comprende que el aparato está destinado a prestarles grandes servicios.

Construído para amplificar los sonidos, se compone esencialmente de una estrecha placa resonante, comparable a la de los antiguos aparatos telefónicos, y que se coloca disimuladamente en los ojales del saco o del chaleco, sobre el pecho.

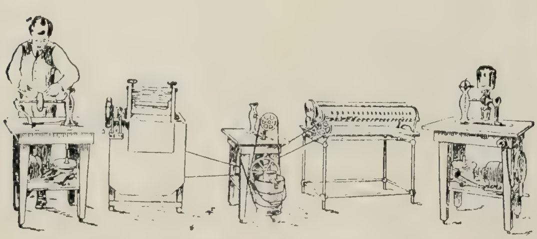
Esta placa, cuya sensibilidad es grande, va provista de pequeños bordes de los que parten ligeros hilos de acero, los cuales, después de rodear las orejas, penetran en la región del tímpano.

La placa, puesta sobre el pecho, hace el papel de diafragma, recogiendo los sonidos y enviándolos al oído.

Los hilos son tan finos que la oreja los tapa y nadie puede verlos.

Gracias a este dispositivo, perfectamente disimulado, los sordos tienen la doble ventaja de poder oir sin necesidad de confesar la inferioridad en que les coloca su molesta dolencia.

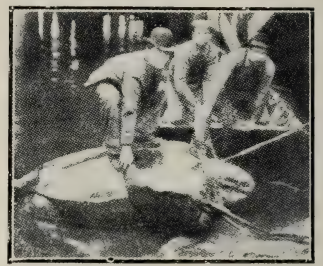
LA COCINA ELÉCTRICA Los grandes cocineros podrán muy pronto prescindir de los servicios de los pinches, gracias a la electricidad. Hoy día puede decirse que no hay en una cocina aparato o instrumento que no pueda hacerse funcionar eléctricamente, por medio de la mesa eléctrica que acaba de inventarse en los Estados Unidos. Es una pequeña mesa de cocina que apenas abulta lo que una máquina de coser y que lleva, debajo del tablero, un motorcito de un cuarto de caballo.



Esta mesa es fácilmente transportable y permite aplicar el motor al molinillo del café, al rallador, al batidor de huevos, al exprimelimones y a todos los demás aparatos culinarios. Unas veces, la aplicación se hace directamente, sobre el tablero de la mesa, y otras por medio de correas de transmisión, en cuyo caso pueden funcionar tres aparatos a la vez, como ocurre en el centro del grabado, donde una sola mesa eléctrica basta para poner en marcha una heladora, una máquina de lavar y otra de planchar. A la izquierda se ve la misma mesilla utilizada para afilar cuchillos, y a la derecha para moler café...

Notas extrañas

UNA TORTUGA GIGANTE Después de una espantosa galerna que se desencadenó hace poco tiempo en las costas del Pacífico, un pescador cogió en el muelle de San Pedro, del puerto de Los Angeles (California) la tortuga monstruo que se ve en la adjunta fotografía. El tal leviatan pesa mil doscientas libras, siendo por lo tanto la tortuga marina más grande que se ha capturado hasta ahora.



Anteriormente se había llevado la palma en cuanto al peso una tortuga de ochocientas cincuenta libras que recogió hace años en las islas de Galápagos una expedición organizada por Lord Rotschild.

Calcúlase que la tortuga de Los Angeles tiene unos tres siglos de edad. Su caparazón mide 198 centímetros de largo por 156 de ancho.

LA CUNA-TRINEO El valle Yosemite de California es un lugar delicioso durante el verano, pero, en cambio, los inviernos son muy crudos y todo queda cubierto de nieve.

En estas condiciones es difícil sacar de paseo a los niños pequeños y aun más si se trata de hacer excursiones largas, porque la madre o la persona encargada de llevarlos tiene que ir provista de skis y de un palo para no perder el equilibrio. Pero como hay muy pocas cosas sin remedio en este mundo, las mamás de aquel país resuelven la dificultad construyendo una especie de carrito, al cual aplican un par de skis, y después de colocar la criatura bien abrigada en esta cuna portátil, la remolcan en la forma que se ve en la fotografía, y recorren grandes distancias.



UN RELOJ AUTOMÁTICO PARA SEÑALES Nuestra fotografía reproduce un reloj que se para automáticamente, y cuando vuelve a echar a andar, automáticamente también, recupera en el acto el tiempo perdido.



El objeto de este reloj, que, como se ve, está montado junto a la vía, es indicar al maquinista la hora en que pasó el tren precedente en la misma dirección. Consultando su reloj, y observando la posición de las agujas en el reloj de la vía, sabe exactamente el maquinista cuánto tiempo le lleva de delantera el tren que le precede. Al pasar un tren, el reloj se para por medio de un mecanismo eléctrico, y cuando llega otro tren, echa a andar y se detiene en la hora correspondiente al nuevo tren.

REMANDO CON LOS PIES



La extraordinaria fotografía que reproducimos ha sido tomada en Birmania y aparecen en ella dos Inthas remando con los pies.

Los Inthas componen una tribu que vive a orillas del lago Neaung Zwe, en los Estados meridionales de Shan (Birmania). Estos indígenas reman con un pie y una mano en la curiosa forma que se ve en la fotografía, a fin de conservar libre la mano derecha para lanzar unos arpones de caña con punta de hierro que usan para pescar.

Mosaico

IDOLOS AL POR MAYOR.— En muchas partes de Birmania se encuentran en las faldas de algunas colinas numerosas esculturas religiosas, tajadas en la roca viva, formando como una exposición o galería de imágenes. Las que se ven en la adjunta fotografía están en Thombú, a orillas del Irraudi. Están esculpidas en la base de un acantilado que se levanta directamente desde la orilla del río, y son de un tamaño enor-



me. La galería toma aquí el aspecto de series superpuestas de nichos, que recuerdan algo de los de un cementerio, y en estos nichos hay otras tantas estatuas de Buda, en diferentes actitudes.

En la cima de la colina hay una pagoda muy venerada, a la que constantemente acuden numerosos peregrinos.

Es muy posible que ninguna divinidad de los paganismos antiguos ni ningún santo del moderno cristianismo hayan tenido jamás tantas imágenes reunidas en un mismo sitio, como tiene Buda en las colinas sagradas de Thombú, donde en peregrinación acuden por millares los indios.

AUTOMÓVIL-CISNE.—Es una fantasía de príncipe. ¡Y de príncipe oriental! Este originalísimo automóvil ha sido construído con arreglo a las órdenes y a los gustos de un rajah del Pendjab, que visitó París recientemente.

Parece, a primera vista, un carro destinado a figurar en alguna cabalgata, pero no un coche de paseo. Nuestro hindú, sin embargo, así lo ha querido, y no ha habido más remedio que complacerle. El encuentra ordinarias y antiestéticas las carrocerías corrientes.



La suya representa el cuerpo de un cisne, cuya graciosa cabeza se inclina hacia adelante.

Por otra parte este es el animal que figura en las armas del príncipe, que, cual nuevo Lohengrin, podría también apellidarse el caballero—o el rajah del Cisne.

¿Hablan los monos?

Cuando los periódicos yanquis anunciaron que el profesor Garner de la Universidad de Pensylvania había resuelto irse a vivir "entre los monos" de las selvas del Congo, para estudiar de cerca sus costumbres y familiarizarse con su lenguaje, la prensa europea no quiso tomar en serio la noticia. Sólo encontró eco en los periódicos cómicos y se hicieron chistes a costa del bravo profesor y de su plan de estudios, porque, según se decía, llevaba un amplio jaulón de barrotes de hierro para poder vivir en el corazón de la selva en contacto permanente con sus discípulos y libre de los ataques de las fieras.



Realmente estas cuchufletas estaban basadas en una interpretación errónea, pues Garner no pensaba, ni ha pensado jamás enseñar a hablar a los monos; su único deseo ha sido comprender su lenguaje.

Las malas lenguas que acusaron al doctor de buscar sencillamente un vulgar reclamo con semejantes proyectos, sentirán ahora haberse mostrado tan poco caritativas con el profesor. Sin ruido, casi desapercibido, con la modestia que conviene a un verdadero sabio, Mr. Garner acaba de regresar a Filadelfia, su pueblo natal, después de haber pasado seis años en las selvas del Africa Central.

Quitando lo que las han "inflado", las interviews que hasta ahora le han arrancado los periódicos de su país cabrían en una docena de líneas. Pero es muy natural que Mr. Garner desconfíe de los repórters yanquis que fueron los primeros en darle el poco reverente remoquete de "monkey-man", que tanto puede traducirse por el hombre de los monos como por el hombre mono, y tampoco es de extrañar que no quiera hablar de sus trabajos más que en presencia de gente sabia, y cuando haya ordenado sus notas y sus cilindros fonográficos.

Este último detalle demuestra que la expedición de Mr. Garner, que le ha costado la salud y una buena parte de su fortuna, fué inspirada por un espíritu verdaderamente científico. Al registrar en el fonógrafo los sonidos emitidos por los órganos vocales de los antropoides ha podido comprobar que estos grandes monos poseían la facultad de cambiar impresiones gracias a un vocabulario que no comprende menos de veintidós sonidos distintos o "palabras".

Los chimpancés se avisan mutuamente la proximidad de un peligro emitiendo un grito especial, cuya significación debe de ser comprendida por todos los miembros de la familia o de la banda. Si el peligro es grave, sirve de aviso otra palabra. Y el vocabulario simiesco ofrece otras voces para indicar el descubrimiento de un botín de bayas maduras o un charco de agua; el amor y la cólera, el orgullo del vencedor que ve batirse en retirada al adversario, el despecho del vencido y otros muchos sentimientos casi humanos encuentran expresión distinta en las cuerdas vocales de los antropopitecos.

Mr. Garner ha traído del Congo una colección de monos que le permitirán seguir sus estudios en su laboratorio de la Universidad de Pensylvania. Su discípula favorita es "Susie", una monita de ocho o nueve meses, cuya inteligencia es superior a la de un niño de cuatro o cinco años. El profesor asegura que entiende y ejecuta todo cuanto la manda. A pesar de su corta edad, dispone de un vocabulario de catorce palabras para expresar sus sensaciones y sus necesidades. Cuando llora y cuando ríe hace unos gestos que se asemejan cómicamente a los de un niño.

El profesor ha dado a "Susie" por compañera de juego una niña de la vecindad que se esfuerza por enseñarla los elementos de la lectura con ayuda de tarugos.

Una niñera policía

No es la primera vez que un agente de policía adopta el "travesti", para el mejor éxito de sus pesquisas; pero esto no deja de hacer interesante la figura de un policía londinense, llamado Robert Wice, a quien los jefes de "Scotland Yard" encomendaron una importante captura.

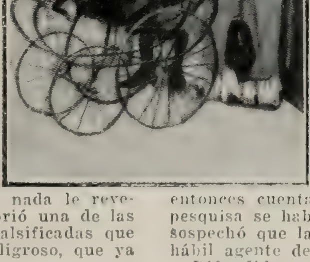
Un propietario de Richmond, en las inmediaciones de Londres, fué víctima de un robo de alhajas, y denunció el hecho, acusando a sus sirvientes, pues ellos solos sabían donde guardaba las joyas.

El personal de servicio se componía de una cocinera, una camarera, un jefe de cocina, un criado y una "nurse", que se hallaba en vacaciones, cuando se cometió el robo. A ella, pues, no la alcanzaba la denuncia.

Se trataba, por lo tanto, de averiguar cuál de los cuatro restantes servidores había robado las alhajas. Su dueño, M. Longford, no podía precisarlo, y menos la policía, por lo cual la pesquisa debía realizarse discretamente.

Robert Wice discutió largamente con M. Longford respecto a la manera más conveniente de introducirse en la quinta, sin despertar sospechas entre la servidumbre. Y, por fin, se les ocurrió la idea de reemplazar a la "nurse" ausente.

Hábilmente disfrazado, como puede verse por la fotografía, Wice debutó una tarde, paseando a los hijos de... su patrón.



Al anochecer, cuando los sirvientes estaban ocupados en los quehaceres de la casa, la nueva aya visitó todas las piezas. Las tres en donde entró primero, nada le revelaron, pero en la valija del criado descubrió una de las sortijas robadas, además de tres letras falsificadas que demostraban que ese individuo era un peligroso, que ya había tenido que ver con la justicia.

La misma noche, Robert Wice avisó a sus jefes, y fueron enviados a la quinta dos inspectores, para proceder a la detención del malhechor al amanecer del día siguiente.

Y no es esto sólo. El hombre, saltando por una ventana, intentó salvarse a campo traviesa, y los habitantes de Richmond pudieron asistir a ese espectáculo un poco banal de una mujer que corría tras un hombre, dando saltos.

No tardaron en agregarse a ellos los niños y algunos grandulones, que también echaron a correr tras aquella extraña pareja, como si hubiesen tomado parte en la impresión de una de esas películas grotescas, en que mezclados artistas, acróbatas y niños, se producen vertiginosas carreras, que da siempre el resultado apetecido.

Aquí también terminó la "película" con el "triunfo del héroe y el castigo del malvado".

El fugitivo cayó en poder de su perseguidor o perseguidora, viéndose ambos, en el momento culminante, rodeados de curiosos, que se preguntaban, algo extrañados, qué había ocurrido en el tranquilo pueblo de Richmond, para que se armase tanta confusión y ruido.

Pero a esas preguntas siguieron francas explosiones de risa, provocadas por la extravagante figura de la mujer perseguidora, cuya peluca había volado y cuyas polleras destrozadas descubrían detalles de indumentaria masculina.

Era el policía, cuya peluca voló pronto y que apareció extrañamente vestido, cuando entregó a los inspectores al ladrón que acababa de agarrar por el pescuezo, merced a unos puños demasiado fuertes para un aya de niños.

La gente de Richmond, pudo darse entonces cuenta de todo, pues hasta aquel momento la pesquisa se había llevado con tanta dicreción que nadie sospechó que la nueva niñera de los Longford fuese un hábil agente del "Scotland Yard".

Difundida por la población la noticia, le costó a Robert Wice gran trabajo sustraerse a las ovaciones que querían tributarle. Pero valiéndose de su bien probada habilidad, logró tomar el tren y regresar a Londres, donde seguramente, sus jefes habrán premiado el valor y la segacidad del joven policía.

PROBLEMA, *por Amapola*

Un pastor a quien preguntaban cuántas ovejas tenía, contestó:

—Si tuviera tantas como las que tengo, más la mitad, más la cuarta parte, más una, tendría 100.

JEROGLÍFICO, *por Clavel*



TARJETA-ANAGRAMA, *por Amapola*

AAACDEFILLLOOPRS.

Un día fué un personaje de actualidad a una imprenta a encargar unas tarjetas. El tipógrafo, que era descuidado, perdió el nombre verdadero del personaje en cuestión, pero conservaba las letras necesarias. No pudiendo dar con la solución, se pide a los lectores que reconstruyan el nombre olvidado.

TROMPO NUMÉRICO, *por María Luisa*

3 8	Nota
0 9 0	Mineral
1 2 3 4 5 6 7 8 9 0	Oficio.
1 2 3 7 8 9 0	"
4 5 6 7 0 9	"
4 8 7 3 2	Femenino
4 8 9 2	Fruta
4 5 8	Medida
4 0	Río
4	Consonante

ACRÓSTICO, *por Rino*

* O O O O O O	Metal raro
* O O O O O O	Mineral blanco
* O O O O O O	Soldado
* O O O O O O	En astronomía
* O O O O O O	Arbusto americano
* O O O O O O	Pez
* O O O O O O	Planta herbácea

Los asteriscos forman una palabra que indica una parte de la ciudad de Buenos Aires.

JEROGLÍFICO, *por Perito de Chaves*

NOTA Y NA NOTA

SOLUCIONES AL Núm. 240

A la carta-charada, por "Maneca": *Inesperado.*

A la frase de ajedrez, por "Clavel": *Río Negro en Casilla Blanca.*

Al diálogo enigmático, por "Perito de Chaves": *Josefina.*

A la tarjeta-anagrama, por "Mario": *Barón de Río Branco.*

A la fuga de consonantes, por "Teresa":

Para amarla a usted nací.
Sus ojos me lo dijeron
Cuando los míos la vieron
La primer vez que la ví.

ENVIARON SOLUCIONES

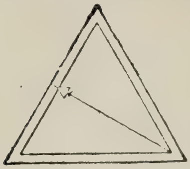
Delia Giménez Pastor, Mary, Raúl Calvo, Elda Rosalía Saint Pierre, Nélida Gamarra Arbo, Carmen Sánchez Sanz, Artepal, Anita Esther Ayerbe, Negrita, Miguel Rico, Rodolfo Regueira, Anita C. Pisani, Rosa Mailhos, María Finck, Electra, Margarita Soe, Enriqueta Bianchi, Lorenzo Martínez, Teresa, María Luisa, Clavel, José María Casal, Pedro Filloi, Blanquita Fereyra, Sarita Manetti, Miguel Nieto, y Josefina Fontana.

LOS GRANDES HUMORISTAS INGLESES. — MOMENTO DE JÚBILO



La joven. — ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra! ¡Ha venido el afinador de pianos a la casa de enfrente!
Todos. — ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra! .. ¡Benditos sean los afinadores de pianos!

Nivel casero. — El nivel que reproduce nuestro dibujo es de suficiente precisión para trabajos ordinarios. Se compone de un bastidor triangular de madera ligera, de cuyo vértice pende una plomada.

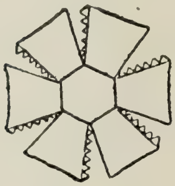


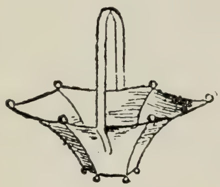
El punto central del lado inferior del triángulo se halla colocando el nivel sobre una superficie plana y haciendo una señal en el sitio donde quede la plomada. Después se da la vuelta al nivel y se hace otra señal donde indique la plomada. Si hay alguna diferencia entre ambas señales se busca el centro exacto entre ambas y se traza la señal definitiva.

Cómo se hace una cesta.—Hacer una bonita cesta de cartón es la cosa más sencilla del mundo.

En primer lugar se traza la figura exagonal que reproduce el dibujo de la izquierda. Esta figura se obtiene con la mayor facilidad trazando sobre el cartón o cartulina dos circunferencias concéntricas y tirando luego las cuerdas de seis arcos iguales.

Los bordes dentados que se ven en el dibujo sirven para pegar los lados separados que reunidos constituyen la cesta.



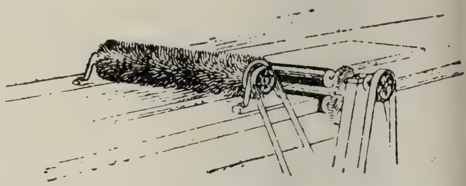


Unos alfileres de cabeza gorda, negra o de color, clavados en el cartón por el borde superior y alrededor del fondo, en cada una de las divisiones dan mayor consistencia al conjunto y contribuyen a adornarlo.

El decorado se completa pegando unos cromos en los lados de la cesta o revistiéndola de tela.

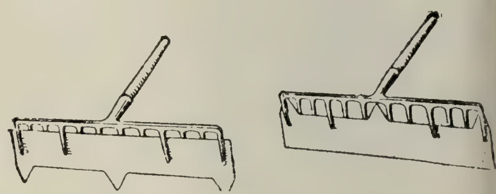
El asa se puede hacer de cartón reforzado con un alambre y revestido de papel o de tela.

Limpiador de maderas. — El director de una carpintería mecánica ha ideado el útil accesorio para los aparatos de cepillar la madera mecánicamente, que reproduce el grabado. Como la superficie de la madera suele estar llena de chinas y cuerpos extraños que mellan



y embotan rápidamente las cuchillas de los cepillos, se pone un cepillo cilíndrico de cerdas de alambre delante de los rodillos de alimentación de la cepilladora, movido por una transmisión y las tablas llegan perfectamente limpias a las cuchillas.

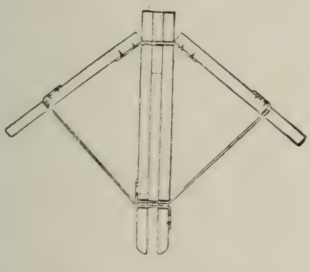
Rastrillo de tres usos. — Un buen sistema para hacer surcos de anchura y profundidad uniformes para sembrar, consiste en proveer al rastrillo de una chapa de metal como la que se en el grabado.



La chapa de metal o de hojalata tiene proyecciones en forma de V cuyo número depende del espacio que ha

le quedar entre los surcos. Se pone en el rastrillo en a forma que indica el grabado de la izquierda e invirtiéndola como se ve en el otro grabado, se obtiene una specie de azadón de suerte que con este accesorio, la erramienta sirve para tres usos.

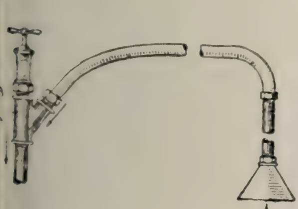
Aparador de guarniciones. — El adjunto grabado reproduce un buen modelo de aparador de guarnicionero.



El aparador se compone de dos piezas largas de madera que sirven para sujetar el cuero, las palancas, un tarugo separador y un trozo de correa de dos centímetros de ancho, por un metro de largo.

Cuando no se usa el aparador se pliegan las palancas y ocupa muy poco sitio. Para trabajar con él se pone entre las piernas con las palancas debajo de las corvas.

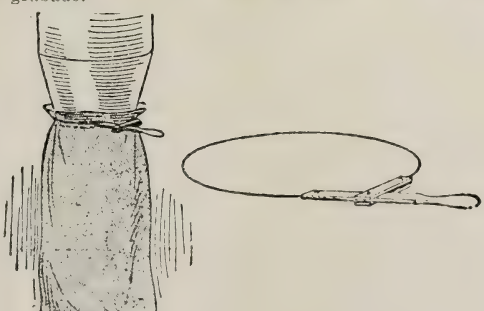
Limpieza por el vacío. — Con un poco de habilidad es muy fácil construir en casa un aparato para limpiar el polvo por medio del vacío, que da tan buenos resultados como las máquinas nada baratas que se venden para este menester.



El aparato de succión consiste en un tubo en Y de un par de centímetros de diámetro A, provisto de una rosca B, que enchufa en la boca del grifo de una fuente. La otra rama de la Y va provista de una rosca para enchufar un tubo flexible como el de una manga de riego. El palo inferior de la Y lleva otro tubo flexible para introducirlo en el sumidero de la pila. El tubo del limpiador cuya longitud será variable según convenga, termina en un tubo de metal que sirve de mango, el cual termina a su vez en un embudo aplastado, cuya boca medirá un centímetro de ancho por quince de largo. Todas las junturas deben ser perfectamente impermeables al aire.

Para que funcione el aparato se abre el grifo y el agua produce una succión suficiente para limpiar cortinajes y alfombras. El polvo recogido por el aparato lo arrastra el agua y lo lleva a la alcantarilla.

Para llenar sacos de harina. — Los tubos de salida de los molinos de trigo se prestan muy bien, si son cilíndricos, al uso del sujetador de sacos que reproduce el grabado.



El sujetador es de alambre templado, y está provisto de una palanca de hierro cuya forma se ve claramente en el dibujo. La boca del tubo debe tener un reborde para que ajuste el sujetador. Una vez puestos el saco y el sujetador en la debida posición, la palanca se cierra y no tiene tendencia a abrirse.

Escritura fotográfica. — Los aficionados a la fotografía suelen escribir los títulos o nombres de los asuntos fotografiados, rayando con un punzón la película del negativo para que salga la inscripción en la positiva, pero es más sencillo escribir el letrero con tinta negra ordinaria en el papel sensible antes de tirar la prueba, teniendo cuidado de no arañar la película.

LA EXPIACIÓN

por **Pablo Bourget**

(Continuación)

De pronto Eugenio Corbières apareció en el umbral de esta casa de miseria. Nos miramos fija, silenciosamente. El otro se lo había dicho todo...

IV

Eugenio estaba abrumado de dolor por la revelación que acababa de sufrir; no dudaba en modo alguno de su verdad, según pude reconocer en sus ojos; sin embargo, no hizo ni un gesto que manifestara frente a mí su horrible tempestad interior. Solamente me dijo: "¿Tienes algún inconveniente en acompañarme hasta la calle Amyot? El coche te llevará después a tu casa..." Y ante mi respuesta afirmativa, dió al cochero la dirección de sus padres con una voz que no temblaba, una voz clara y segura.

Durante el trayecto no hubimos de cambiar muchas más palabras que las cambiadas durante el precedente. ¿Para qué? Empero, fuí yo, el extraño, el que primero sintió el triunfo de esta viril reserva, y cuando descendió del coche ante la puerta de sus padres, no pude contenerme y, agarrándole de la mano, le dije con un acento ahogado por la angustia:

—Recuerda cuánto te han amado.

—Hubieran hecho mejor odiándome — respondió;—se lo habría agradecido más.

Estas sacrílegas palabras fueron pronunciadas con un acento en el que temblaba tal sobresalto de indignación a la vez implacable y fría. Volví a sentarme en el carruaje, y abandonándome al fin a la compasión que desbordaba de todo mi ser, no hacía más que repetir estas palabras, siempre las mismas:

—¡Dios mío! ¡Pobre gente! ¡Pobre gente!...

¡A! Si Eugenio hubiera encontrado frente a él la figura de un hombre, su cólera se habría descargado en un escándalo irreparable, mas, por fortuna, el viejo Corbières no estaba en su casa. Entretanto la anciana, cuyos ojos cansados no habían advertido aún en la sombra de la pequeña antecámara el cambio de la fisonomía de su hijo, cerraba la puerta con las precauciones acostumbradas y empezaba, como siempre, a contarle la humilde crónica familiar de su interior:

—¡Dios mío! Si hubiera sabido que venías hoy por la mañana—decía—te hubiera hecho un verdadero almuerzo con huevos y tomates como a tí te gusta. Los había muy frescos en el mercado de la calle Monge. Tu padre también ha salido... No se sentía muy bien esta mañana... Sufre siempre de sus ahogos. Será necesario que le auscultes de nuevo... ¿Pero qué es lo que te pasa a ti, hijo mío?... En efecto, acababa de entrar detrás de ella en el comedor y mientras le hablaba habíale contemplado a plena luz.

—¡Hijo mío!—repitió—¡Hijo mío! ¡Mi Eugenio!... ¡Ah!...

No pudo acabar. Este grito que lanzaba su corazón de madre, iluminado por la más fulminante

Folletines breves

La expiación

de las intuiciones, se detuvo de pronto ante la explosión de desesperación de aquel a quien iba dirigido. Corbières se dejó caer en una silla y allí prorrumpió en sollozos convulsivos.

—Eugenio mío, soy yo, es tu madre. Mírame... ¿Sufres? ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras? ¡Oh, háblame!...

Después, dijo en tono feroz:

—Habla, pues. Dime lo que tengas que decirme, sea lo que fuere... Me estás haciendo demasiado daño...

—¡Mi pobre madre, vengo de la calle del faubourg Saint-Jacques!...

Ella no respondió. El la vió a pesar suyo después de haber hablado, retroceder con sus viejas manos tendidas hacia adelante cual si quisiera apartar alguna cosa, invadiendo su rostro una palidez tan horrible que creyó verla morir. El médico se despertó en el hijo, y a su vez se abalanzó hacia ella dándola el mismo nombre que la hubiera dado veinte años antes si la hubiera visto palidecer así:

—¡Mamá!...

—Déjame—le dijo retrocediendo todavía hasta hallarse junto a la pared de la habitación. Una vez allí se volvió, se cogió la cabeza entre las manos y se arrodilló para orar con fervor, profundamente.—Estoy dispuesta a beber mi cáliz; el buen Dios me ha dado fuerzas... Eugenio, dime todo lo que sabes.

—Lo intentaré—dijo Eugenio después de un silencio...—¿Es verdad que ese desgraciado que vive allá, en la calle del faubourg Saint-Jacques, ese Pedro Robert, es el hijo adulterino de un protector de mi padre?

—Es verdad—respondió,—de don Pedro Robert Haudric. Por este motivo es por lo que ha sido inscrito bajo estos dos nombres. Ese señor Haudric era hermano de leche de Corbières; tu abuela fué su nodriza en Péronne y él fué quien nos colocó en el ministerio.

—Entonces—continuó el hijo, a quien faltaban las palabas para formular la odiosa declaración,—¿el resto es verdad también?

—¿Que el señor Haudric nos confió una suma de dinero, en depósito, para este hijo? También es verdad...

—¿Y que ustedes la destinaron para mí?—preguntó en voz baja, casi apagada.

—Es verdad.—Después, oprimiendo sus manos una contra otra y en actitud suplicante, exclamó: —Escúchame, Eugenio, escucha... Hemos sido harto culpables, mas para comprendernos es necesario saberlo todo y principalmente que este hijo del señor Haudric habíale causado ya bastantes inquietudes. Era inteligente, pero malo ya desde que entró en el colegio. Por eso es por lo que el señor Haudric dijo a Corbières: "No quiero que tenga, hasta los treinta años, más que la suma indispensable para sus estudios." Esta suma fué fijada en mil doscientos francos por año, siendo el capital de treinta y seis mil francos. Nosotros no debíamos darnos a conocer porque el señor Haudric estaba casado y la madre de Pedro Robert era una pariente cercana de su mujer, una prima hermana. ¿Cómo el señor Haudric se había comprometido en esta aventura de seducción, él, que era un hombre tan honrado?

(Concluirá.)

La siesta del niño.—He aquí un gracioso invento, procedente de Inglaterra y que muchas madres, de otros países, acogerán con júbilo.

En los días calurosos es conveniente que los niños descansen, durante un rato, después del almuerzo. Nada más a propósito para ello que el primitivo y sencillo aparato que muestra nuestra fotografía. Un metro cuadrado de tela gruesa, cuyas puntas se cosen en forma de dobladillo y se atan a las patas de una mesita, vuelta del revés, la misma mesa en que el niño ha tomado poco antes el almuerzo.

Esta hamaca improvisada no produce esa transpiración que provocan los colchones; y el niño despierta de su siesta, tan alegre y tan fresco como una rosa.



Las moscas desaparecen de una habitación, con sólo colocar sobre la mesa, una mezcla de pimienta, azúcar morena y crema.

Las manchas de tinta sobre los muebles de roble, desaparecen con espíritu de sal.

Los artículos de seda no deben envolverse en papel blanco, pues el clorhidro de cal usado para blanquearlo, ataca el color de la seda.

Los vasos deben lavarse con agua fría, pues ésta les da mayor brillo y los limpia más que el agua caliente.

Lo primero que debe hacerse en el caso de una quemadura es untarla con aceite de almendras dulces o en su defecto crema tartárica.

Cuando un traje comienza a descolorarse y se quiere convertirlo en blanco, lávese en lejía caliente hasta que el color haya desaparecido; luego se enjuagará y se pondrá a secar al sol. En caso de obtener éxito la primera vez, repítase la operación.

Limpieza de objetos de cristal y de porcelana.—Trátase de un procedimiento nuevo ideado por don Alfredo de Araujo-Cima, de Sao Paulo (Brasil), y probado con éxito completo en el laboratorio del periódico francés "La Nature". Sus resultados son excelentes sobre todo para la limpieza de frascos que han contenido aceite, aunque éste sea secante y contenga resina, en cuyo caso son muy poco eficaces los álcalis.

Se empieza por echar en los frascos una mezcla, en volúmenes iguales, de ácido sulfúrico a 60 grados y ácido nítrico fuerte, en cantidad suficiente para que al moverla en todos sentidos humedezca bien todas las paredes interiores del frasco. Hecho esto se echa con precaución un poco de alcohol de quemar y se agita. Inmediatamente se produce una elevación de temperatura bastante alta que al calentar las materias que ensucian el cristal, las disuelve casi instantáneamente. El alcohol hay que echarlo poco a poco, porque de lo contrario pueden caldearse demasiado los reactivos y hacer saltar el cristal y hasta producir una pequeña explosión.

Si no queda bien limpio el frasco, se repite la operación después de enjuagarlo con agua y escurrirlo bien.

Etiquetas para plantas.—La mayor parte de los jardineros tienen la costumbre de atar a las plantas, flores, arbustos y árboles frutales, pequeñas etiquetas indicadoras del nombre y especie a que pertenecen; pero casi siempre por estar a la intemperie, se van borrando los letreros hasta desaparecer por completo.

Para evitar esto, un jardinero muy inteligente, ha imaginado un aparato que consiste en un tubito de cristal, en el interior del cual pone una pequeña etiqueta de papel sobre la que se escribe con lápiz o tinta la clasificación botánica. Un tapón cierra herméticamente el aparato, y una tira de hierro galvanizado, que sirve para unir el tubo al árbol, completa esta novedad, que de seguro ha de ser muy apreciada en las granjas y jardines.

Para conservar frescas las flores.—Escójanse los capullos más perfectos y córtense, teniendo siempre cuidado de dejar un pedúnculo de más de tres pulgadas. Luego el extremo de este pedúnculo se tapa con lacre, se comprimen un poco los capullos y se envuelven en un papel limpio y completamente seco. De esta manera se conservarán un año entero.

Las botellas se limpian perfectamente metiendo dentro de ellas unos pedazos de papel y agua y agitándola.

COCINA PRACTICA

Salsa Robert. — Para preparar esta salsa, se hace desde luego, una requemada algo subida de color, con 60 gramos de manteca y una cucharada de harina; añádanse luego una o dos cebollas muy picadas, dejando que se doren bien, pero sin esperar a que se vuelvan morenas. Echad un vaso de agua en la salsa y reducirla haciéndola cocer despacio: en el momento de servirla, y después de haberla retirado del fuego, añadidle unas cuantas gotas de vinagre y una buena cucharada de mostaza. La salsa Robert es mejor, cuando en vez de echar agua a la requemada se le echa caldo bien desengrasado.

En las grandes cocinas se pone a sofreir aparte la cebolla picada, en la manteca, y se hace la requemada rubia en otra cazuela; después de haber reunido ambas preparaciones, se les echa un vaso de buen caldo e igual cantidad de salsa española; luego se añade el vinagre y la mostaza, después de haber retirado la cazuela del fuego, momentos antes de servir.



Relleno de pescado. — Picad carne de diferentes pescados, bien limpia de espinas: la carpa, el barbo, la anguila y el sollo son los más empleados para este uso en Europa. Se excluyen los pescados cargados de espinas pequeñas. Se pican separadamente hierbas finas, setas, y una o dos trufas por cada 250 gramos de relleno; se reunen estas sustancias con el pescado y se les añade la miga de un panecillo mojado en leche caliente, con un poco de sal, pimienta y ralladuras de nuez moscada.

Riñones de ternera saltcados con setas. — Se corta el riñón crudo en pedazos muy delgados, que se hacen saltear en manteca con sal, pimienta y algunas escaluñas picadas. Por otra parte, se cuecen unas cuantas setas cortadas en pedazos, en un poco de caldo desengrasado; se añaden a los riñones salteados, que se mojan con media taza de caldo y media copa de vino blanco, y se dejan cocer a fuego lento. Si la salsa parece algo clara, se retiran los riñones y las setas, conservándolos calientes junto al hornillo; y se añade a la salsa media cucharada de harina, igual cantidad de hierbas finas picadas, sal y pimienta. Cuando la salsa haya adquirido el grado de consistencia deseada, se la echa por encima de los riñones en el momento de servir. Esta salsa es mucho mejor cuando se le pueden añadir algunas cucharadas de jugo de asado procedente del día anterior.

Berenjenas rellenas. — Partidlas por la mitad, a lo largo. Quitadles parte de la sustancia interior, dejando empero una buena porción de la pulpa adherente a la piel, que no hay que estropear. Por otra parte, preparad un relleno de la manera siguiente: Separad las pepitas de la pulpa retirada; picad esta pulpa con 125 gramos de médula de buey e igual cantidad de pechuga de ave o carne de cordero asado. Mezclad con cuatro yemas de huevo 60 gramos de miga de pan duro muy bien desmenuzado; unid este relleno al primero; amasadlo todo muy bien a fin de que la mezcla sea íntima; añadidle un poco de sal y nuez moscada rallada, pero no la sazonéis en exceso. Llenad con este relleno las medias berenjenas ahuecadas; unid bien la superficie pasando por las junturas un poco de yema de huevo con las barbas de una pluma. Meted las medias berenjenas rellenas en una fuente que pueda soportar la acción del fuego. Haced derretir la médula de buey; pasadla a través de un lienzo y rociad con ella las berenjenas. Poned la fuente en el fogón con fuego muy vivo encima y poco fuego debajo; terminada la cocción, servidlas sin cambiar de fuente.

Fricasé de pollo. — Tomad las alas de un pollo gordo, desprendidas con la mayor cantidad de carne posible; mechadlas con tocino, jamón, caldo desengrasado, sal y pimienta. Suprimid el hueso principal del caparazón del pollo, trinchad el pollo, cocedlo a fuego lento con manteca suficiente. En el momento de servir, colocad los pedazos en una fuente y poned en el centro las alas mechadas y cocidas separadamente. Colocad alrededor del pollo las setas y las cebollas; pasad la salsa del cocimiento de las alas mechadas, desengrasadla, reunidla a la salsa del fricasé, añadidles una trabazón de yemas de huevo y el zumo de un limón.

Galería infantil de "El Hogar"




Niño de Iturriza — Niño de Rosenbrock
(Paraná)



Niños de Muñoz
(Paraná)




Niña de Mansuetti — Niña de Gardell
(Paraná)




Niña de Sachetti — Niña de Echagüe-Mors
(Paraná)




Niño de Moya — M. Ester Carlevaro
(Paraná)




Matías Osinaldi — Niño de Chiappe
(Paraná)



Niños de Vuotto
(Paraná)




Amelia del Valle — Niña de B. de Astrada
(Paraná)

Galería infantil de "El Hogar"



Niño de Archiprete
(9 de Julio)



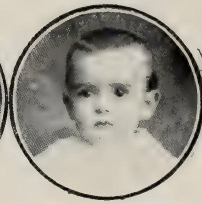
Esther Zaballa
(Paraná)



David Noguera y Eulalia Fagnaga (Capital)



Raquel Zaballa
(Paraná)



Guillermo Perren
(9 de Julio)



Sara Escudero
(Paraná)



Niña de Vera
(9 de Julio)



Niña de Ibáñez
(9 de Julio)



Niña de Quiróz
(Paraná)



Niños de Seurot
(Tucumán)



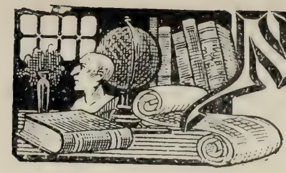
Juan Manuel y Amanda Palma Quintana (Morón)



Raul Olivencia
(9 de Julio)



Gerardo Genovese
(Corrientes)



NUESTRO CORREO

Las cartas deben limitarse a dos preguntas solamente y venir con la firma autén tica, como constancia de ser subscriptor. Las contestaciones se hacen únicament en esta página y no por carta particular, pudiendo contestarse bajo un seudónim si se desea. En la carta en que se haga la consulta no debe tratarse de ningún otr asunto, como renovación de subscripciones, reclamaciones, etc. Esto debe escribirse en otra carta, aunque puede incluirse bajo el mismo sobre.

Amor sincero.—1.ª Puede poner el nombre de la señorita. 2.ª Si él se lo quita sí; en caso contrario está obligada a vestir lo mismo que el esposo.

Suscriptora Sanfrancisqueña.—1.ª No; es preferible de gamuza porque es opaca. 2.ª Es de rigor todo el año.

M. L. Martínez.—No es malo porque existe la intención de lo bueno. Tiempo es ya de que se pierda la costumbre de prejuzgar. No debe ser motivo de crítica, entre personas sensatas, el hecho que ocasiona su pregunta.

M. S. L.—Puede adornarlo con seda del mismo color. El marrón y el gris en todos los tonos.

A. R. S.—Significa desdén, pero sobre el significado está la intención, cosa que usted debe conocer mejor.

Suscriptora 54789.—1.ª Puede usarlo. 2.ª Haga un manojo de hojas aromáticas, envuélvalas en papel de seda y colóquelas en los estantes.

Chita.—1.ª Lávese con quillay, cuya agua quede obscura. 2.ª Cualquier traje de color negro.

Jeta.—1.ª Es preferible monograma; algunas emplean un lema, lo que es muy bonito. 2.ª Para la playa sí.

Soñando.—1.ª El traje a que se refiere sólo podría usarlo en casos determinados. 2.º En muaré color crema o verde nilo, quedarían bonitas.

A una amante de novelas.—1.ª De etamina. 2.ª No sabemos.

Lina.—En lo de Cassels, Maipú 271, encontrará el cochecito que desea.

Descontenta con su suerte.—1.ª Lo mejor es lavarse con ácido bórico y ponerse después talco. 2.ª Aconsejámosle que consulte a una especialista.

Capillense.—1.ª Si es muy joven, un ligero recogido del cabello con un moño o peinetas que se usan tanto. 2.ª A voluntad.

María Luisa.—1.ª El jugo de almendras machacadas. 2.ª El de coco o de España.

La chola del Azul.—No lo conocemos prácticamente, pero aseguran que da buen resultado.

Suscriptora.—1.ª Puede dirigirse a la Academia Asplánato.—2.ª Se reproducirán siempre que sean interesantes.

A Maruja.—Toda de gris claro quedaría muy bien.

Cirila Q. de Martínez.—Lávese todas las noches con ácido bórico, más bien caliente, y póngase después vaselina pura.

Clota.—El color de papel más apropiado es el gris.

Ignotus.—1.ª Masaje con sebo y azufre todas las noches. 2.ª Vaselina.

Argentina.—1.ª Tres meses. 2.ª Más o menos el mismo tiempo. 3.ª En la izquierda.

A. R. M.—Una cucharada de azufre en un litro de agua.

Lani.—1.ª A los 22 años. 2.ª Con sapolio quedan bastante bien.

A una desgraciada.—1.ª No sabemos. 2.ª Gris y azul marino.

Jun Jun.—1.ª Frotar el casco con aceite de almendras y lavarse al otro día con quillay. 2.ª Labrados.

A la Mamá que me consulta sobre el peinado de su niñas, le diré que el mejor remedio para evitar que cla reen en un solo punto los cabellos, es variar de peinad separando el cabello en medio de la cabeza o al lado se ahuecan un poco en las sienes los dos bandos y s llevan los mechones bajo la nuca para formar un rodet atado con un lazo de cinta y que cae sobre la espalda

El rizar el cabello con tenacillas es una mala costum bre, sobre todo si las tenacillas están muy caliente perjudican el cuero cabelludo secando y cortando el ca bello y poniéndolo rojo a mechones, hay que suprimi las, por lo menos para diario. Es preciso conserva y cuidar con esmero ese principal elemento de belleza

Mimosa.—Para limpiar bien los cinturones de cuer blanco se flotan en seco con blanco de España y polv de almidón, todo ello mezclado.

Lina 59596.—1.ª Un año. 2.ª Puede hacerse cuand no se tiene hijos.

Una curiosa de Labardén.—1.ª Si se usará. 2.ª U rodete bajo adornado con horquillones.

D. B. M. Argentina.—Dos años y es igual saco chalón.

La morocha Taficeña.—1.ª Ignoramos. 2.ª Fleur D'Amour''.

Vibraciones.—1.ª Pienso como usted y creo que e posible lo que sostiene. ¿Acaso el trueno no produc ese fenómeno? 2.ª La sección a que se refiere se llama ''Informaciones útiles''. Al escribir hágalo poniend esto mismo en el sobre, además del nombre del diario Retribuyo su gentil saludo.

Picarería.—1.ª Merino o sarga. El crespón es má adecuado en el primer tiempo. 2.ª Forma chica.

Japonesa.—1.ª En Tacuarí 237. 2.ª Puede ofrecerle está permitido.

María L. Figueroa.—1.ª El primer año que es de lut riguroso. 2.ª Con baños de vapor.

Aura Rosarina.—Que use con constancia el jugo d almendras machacadas.

Firme en sus empresas.—1.ª No sabemos. 2.ª Sí.

Brisa suave.—Si quiere usar una receta casera par poner rubio el cabello, le indicamos la infusión de man zanilla aplicada todos los días y que produce lo apete cido, con el tiempo y mucha constancia.

Lulú.—Está usted en lo cierto al sostener que el azú car quemada purifica la atmósfera. Es cosa averiguada en efecto, que cuando se arroja sobre unas brasas un puñado de azúcar se forma inmediatamente un gas, cuyas propiedades antisépticas son más poderosas tres o cuatro veces que las del ácido fénico. Y he ahí cómo los antiguos, procediendo empíricamente, efectuaban una magnífica desinfección quemando azúcar, por lo cual, y siempre que no sea posible procurarse otros desinfec tantes, se debe echar mano de tan barato y cómodo sistema.

Descontento.—1.ª A la familia, las prendas de uso particular. 2.ª Al padre, porque es el padrino de la ceremonia.

"EL HOGAR"

REVISTA QUINCENAL PARA LAS FAMILIAS
LITERARIA Y DE ACTUALIDADES

Aparece cada dos miércoles

La primera publicación y la de mayor circulación en su género en la República Argentina

Editores: Empresa Haynes. La correspondencia debe dirigirse al Señor Administrador de la Empresa Haynes, CHACABUCO, 677|685, Buenos Aires. Unión Telefónica, 1472 (Avenida).

Los reporters y fotógrafos están munidos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente. — No se devuelven originales, no se mantiene correspondencia respecto a los recibidos, ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la dirección, aunque se publiquen.

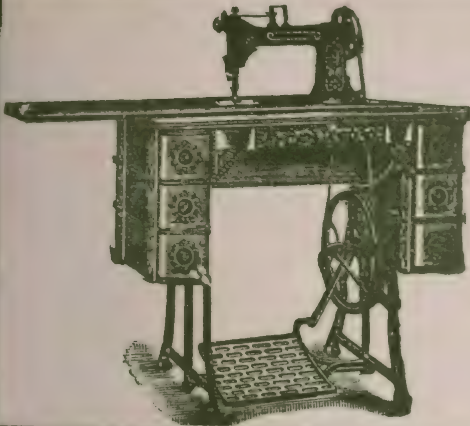
Agente en Montevideo: señor MANUEL FONSECA, Buenos Aires, 722

Venta en París en los kioskos de los bulevares y en la Librairie Française et Etrangére, 37, rue Saint-Augustin (Avenue de l'Opéra).

SUSCRIPCIONES

República Argentina: Por año, \$ 4.— m|n. Número suelto, capital e interior, \$ 0.20
Exterior: „ „ \$ 3.— oro. „ atrasado. . . . . \$ 0.30

Avisos. — Agentes en París: L. Mayence y Cía., 9 rue Tronchet.
En Londres: South American Press.— 1 Arundel St. Strand.
En Estados Unidos de América: Cía. J. Walter Thompson, 44-60 East 23 rd. St., New York.

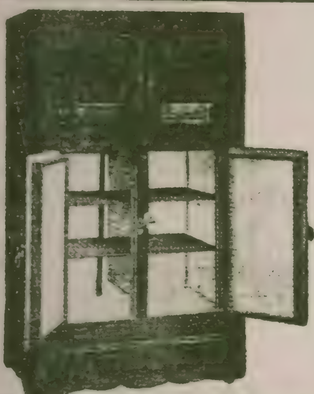


La Máquina Ideal del Hogar

Las máquinas de coser "IMPERIAL" son las únicas que tienen los movimientos rotatorios y los cojinetes colocados sobre bolillas, y las únicas también que han adoptado los últimos perfeccionamientos de la mecánica.

Pueden bordar, vainillar, hacer encajes y otras labores de precisión y artísticas.

Pida catálogo y muestras del trabajo de la "IMPERIAL', mencionando "HOGAR núm. 243".



HELADERAS "IMPERIAL" y "STAR"

Construídas según los últimos principios científicos empleados en los frigoríficos modernos.

Los compartimientos para hielo y para comida están forrados con chapas de hierro galvanizado.

Todos los estantes, tubos de desagüe, estantes, etcétera, se desarman fácilmente permitiendo hacer la limpieza con rapidez y comodidad.



LÁMPARAS "STAR"

Con mechero de luz incandescente. Consumen un litro de petróleo en 16 horas. Esplendor: 90 bujías normales.

Nuestro surtido comprende lámparas de pared, de mesa, de colgar, etc. Se remite gratis nuestro catálogo núm. 11.



COCHECITOS:

De fabricación francesa e inglesa. Colores finos y modelos elegantes. Pídase catálogo número 66.

AUTOMÓVILES:

Tenemos 12 modclos elegantes y de fácil manejo. Precio: desde $ 20 c/l. Catálogo número 111. gratis.



ANDERSON, CLERGET & Co.

135, MAIPÚ, 147 - Bs. Aires. - Gran Anexo Central: 47, MAIPÚ, 49



TALLERES HELIOGRAFICOS DE RICARDO RADAELLI, PASEO COLON, 1266 — BUENOS AIRES


EL
HOGAR
AÑO-X-Nº243

La JOYA de los NIÑOS

El alimento que más gusta á la
:: :: :: infancia es la :: :: ::

Harina Lacteada NESTLÉ

Los niños se crían fuertes, sanos
y robustos, usando la :: :: :: ::

Harina Lacteada NESTLÉ



Anécdotas y curiosidades

UN MARIDO MUY DESGRACIADO

John Cottrell es el marido más desgraciado que hay en los Estados Unidos, porque su esposa le quiere con delirio.

Desde hace ocho años que contrajo matrimonio, Cottrell no ha conocido un día de tranquilidad, debido a los celos de su esposa, la que le ha obligado a vivir en ese espacio de tiempo en 57 ciudades distintas de este país, pues cree que todas las mujeres se enamoran de él, y le obliga a cambiar de residencia frecuentemente.

Ultimamente, los celos de Mrs. Cottrell han tomado un giro trágico. Cottrell encontró una señorita que había sido amiga de su esposa cuando ésta era soltera, y la invitó a que fuera a comer con ellos el domingo siguiente.

La señorita le dió una tarjeta para su esposa, en la que la saludaba y la prometía ir a su casa el domingo, atendiendo a la invitación que le había hecho su esposo.

Al día siguiente, Mrs. Cottrell compró dos onzas de linimento de cloroformo y dos onzas de sulfato de cinc, y, poniendo la tarjeta en la cama, bebió primero el linimento, y viendo que no le hacía efecto pronto, tomó el sulfato de cinc.

Afortunadamente, la última medicina obró como antídoto de la primera, y Mrs. Cottrell salvó la vida, después de haber sido llevada al hospital.

Cuando la preguntaron la causa de su desesperada resolución, indicó a su esposo que buscara la tarjeta de su amiga.

Cottrell está averiguando cuál es la población de los Estados Unidos donde no hay mujeres, para mudarse allí.

FUTURO HIGIENISTA



—¡Un momento, antes de pegarme! ¿Ha esterilizado usted la vara?

JUEGO DE MANOS

La escena se desarrolla en el comedor de la señora X, que suele reunir, una vez por semana, a sus relaciones, pertenecientes, en su mayoría, a una sociedad no muy selecta.

Hemos llegado a los postres. Uno de los comensales tiene a mano un cubierto de plata y se lo guarda en el bolsillo, no tan disimuladamente que no lo pudiera observar otro invitado, cuya moralidad corría parejas con la del otro.

De sobremesa, y en tono de broma, este último se levanta y dice: Para distraer a ustedes voy a hacer un juego de prestidigitación. Agarra un cubierto y mostrándole a la concurrencia, exclama:

—¿Ven ustedes este cubierto de plata? Pues bien; lo introduzco aquí, en mi bolsillo y... ¡una, dos, tres! Aparece "ipso facto" en el de este caballero.

Y, efectivamente, saca del bolsillo de su vecino el cubierto que este había sustraído... y recibe las felicitaciones de todos los concurrentes, ante el asombro del "ladrón caloteado".

LA ISLA DE MONTE CRISTO

Los reyes de Italia son dueños actuales de la isla de Monte Cristo, que hizo famosa la novela de Alejandro Dumas, el cual se inspiró para escribir su obra "El Conde de Monte Cristo" en un americano excéntrico llamado Taylor.

Viajando Taylor en su yate por el Mediterráneo, conoció la preciosa isla, y se encaprichó de tal modo, que fué a Florencia y consiguió que el gran duque de Toscana le vendiese aquel lugar ideal, donde a la sazón había una colonia penitenciaria con una pequeña guarnición de soldados para vigilar a los presidiarios.

Taylor vivió allí completamente aislado; pero llegó a cansarse por la soledad y acabó por vender la isla al marqués de Ginora, opulento florentino, que había hecho una gran fortuna fabricando mayólica y porcelana.

El marqués pobló de caza la isla y la convirtió en el mejor cazadero del mundo.

El Rey Víctor Manuel decidió adquirirla, pero no lo pudo conseguir durante la vida del marqués, y la tuvo mucho tiempo arrendada.

En ella pasó la luna de miel, y allí pasa ahora el regio matrimonio algunas temporadas con sus hijos y un corto número de criados, haciendo vida campestre y sencilla.

ANILLOS DE ORO A DIEZ CENTAVOS

En un Tribunal de Londres acaba de ser juzgado un sujeto acusado de engaño por vender en las calles anillos "de oro" a 10 centavos. ¿Cómo es posible que haya personas que crean que se les dará un anillo de oro por 10 centavos? Sin embargo, ese charlatán ambulante consiguió despachar su mercadería en pocos momentos, hasta que fué detenido por un pesquisa de policía que también fué víctima.

El hombre se detenía en una calle concurrida y proclamaba lo siguiente al grupo de personas que no tardaba en rodearlo: "He sido enviado aquí por los conocidos "sportmen" señores Samuels y Teacher. Soy el encargado del billar de uno de los más grandes "clubs" de Pall Mall. Ayer, el señor Samuels, hizo una apuesta de 800 libras esterlinas, sosteniendo que no era posible vender anillos de oro legítimo, en las calles de Londres, a 10 centavos cada uno.

"La apuesta fué aceptada por el señor Teacher, que me ha entregado estos anillos para que los venda. He sido conducido aquí secretamente, y los dos señores aquí presentes (en efecto, le acompañaban dos individuos), pertenecen a la revista "Vida Deportiva", y vienen a comprobar la venta. Ninguna persona puede comprar más que un solo anillo, y no se venderá a los menores de diez y seis años. Sin duda, algún incrédulo me tomará por un vulgar vendedor callejero; pero mañana, leyendo "La Vida Deportiva", sentirá un verdadero disgusto por no haber comprado un anillo. Comenzaré la venta inmediatamente."

Naturalmente, la mayoría de los presentes no dejaban pasar la espléndida oportunidad, y el individuo se ganaba el día, agotando pronto su provisión de anillos.

LIMPIEZA EXAGERADA



—¡Qué mal gusto tiene esta ensalada! ¿La has lavado?

—¡Cómo no! ¡Hasta con jabón!

EN PLENO ESPIRITISMO

Vayan ustedes a convencer a los espiritistas de que no han intervenido en el fenómeno sus amigos los espíritus!

Sea como fuere, la coincidencia resulta verdaderamente extraña, y el caso tiene tanto de particular como de singular.

Entramos en el misterio.

Míster Frederick Littlewood, presidente del Consejo municipal de Milton Regis, condado de Kent, ha muerto hace cuatro días de un ataque apoplético, el tercero en tres años.

Hasta aquí, la historia no tiene nada de muy sorprendente, pues los ataques apopléticos no son cosa insólita, ni que produzcan la muerte es hecho nunca visto.

Pero lo que añade a la noticia del fallecimiento un periódico tan grave como el "Daily Mail", ya entra en lo que, según arriba se dice, tiene mucho de singular.

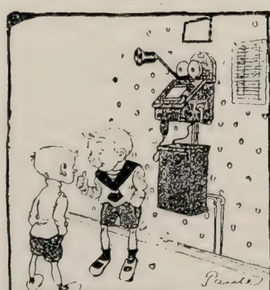
Al abrir anteayer la sesión para comunicar el fallecimiento del presidente, vieron los reunidos que un retrato de Mr. Frederick Littlewood que adornaba la sala se había caído sin tocarlo nadie, rompiéndose el cristal.

Estupefactos quedaron los consejeros al recordar que, hace cuatro años, en el primer ataque, ese mismo retrato fué hallado en tierra, y cuando sufrió el segundo, igualmente encontraron por el suelo la imagen de mister Littlewood.

Consultado el espíritu, dicen que asegura que la caída del cuadro era signo de advertencia de que el médico equivocaba la medicación, siendo el causante de la muerte.

¿Será cierto?

LOS NIÑOS PRECOCES



—¡Ché! ¿Vamos a hablar con Roque Sáenz Peña?



Nuestras encuestas

¿Qué haría usted si fuera muy rico, esto es, si tuviera mucho dinero?

Si yo fuera rica, esto es, si tuviera mucho dinero, en primer lugar me compraría una espléndida casa, donde iría a vivir con mis parientes: después me compraría un buen automóvil, fuerte y resistente, porque como me gusta el sport, saldría por ciudades, campos y valles, naturalmente, el automóvil en cuestión debería reunir las condiciones arriba indicadas.

Una vez en posesión del automóvil, solicito de nuestro buen presidente, doctor Roque Sáenz Peña, me otorgue una audiencia particular, que a no dudarlo me la concedería (porque habiendo plata no hay excusas).

Estando en presencia de S. E., después de los requisitos del primer momento, abordo la conversación, en los términos siguientes:

—¿Sabe S. E. que nuestros vecinos, los uruguayos están fundando, por ciudades, villas y campos, escuelas y más escuelas? ¿Que dentro de pocos años será el Uruguay la república más adelantada de América del Sur? Porque el pueblo que da educación a sus hijos, prepara al hombre de mañana que contribuirá con su saber, al engrandecimiento de su patria. Mientras que aquí, si se sale por los pueblos de campaña, o por ciudades de apartadas provincias, no encontramos ni una escuela... Señor presidente, aquí está la mitad de mi fortuna, con otro tanto que ponga la nación, haremos levantar escuelas por todas partes, dando de este modo un porvenir risueño a esos miles de analfabetos, y en vez de criminales y ladrones, tendremos mañana hombres laboriosos y honrados. Daría gustosa toda mi fortuna para tan magna obra, pero es menester que reserve algo, para mi bienestar y el de los míos''.

He aquí, queridos lectores, lo que haría si fuera rica, pero como soy pobre... no hay más que tener paciencia.

Una argentina que vive en Montevideo.

Si yo fuera muy rico, adquiriría tierras fértiles próximas a una ciudad, edificaría en ellas, rodeado de jardines, un magnífico palacio, que habitaría con mi familia, viviendo con lujo y dando espléndidas fiestas; y levantaría allí mismo grandes talleres fabriles, en los que daría trabajo a miles de obreros, y consagraría todas las horas de mi vida y todas las energías de mi alma a acrecentar mi fortuna, y probar cómo es posible suprimir la torpe lucha entre el capital y el trabajo, cumpliendo la gran ley de la solidaridad humana.

Manuel C. Chueco.

¡Qué haría yo si tuviera mucho dinero? ¡En pocas frases, voy a sintetizar mi pensamiento!... Nada de autos—de esos de cuatro ruedas: porque también los hay... de jueces—ni de ostentaciones desmedidas. Tampoco cifro mi dicha, en investigar nuevos horizontes; bastante bellos y extensos son los de mi amada patria, para pretender conocer lo ajeno sin antes conocer lo propio... ¿Sabéis cuál es mi patria?... ¿No?... ¡Pues yo os lo diré: es aquella que ostenta con orgullo y dignidad en su bandera, los divinos y puros colores que emanan del cielo; esa es mi patria; esa es mi bandera, ideados sus colores por French; ostentados por Berutti y convertidos en bandera por Belgrano...

¡Sin pensar, me aparté de la senda trazada por ''El Hogar''!...

Si yo poseyera mucho dinero, haría todo el bien posible: fundaría un gran Conservatorio de Música y de Declamación; haría construir grandes e higiénicos hospitales: mayor cantidad de colegios en los barrios suburbanos; haría por todos los medios a mi alcance que las vacaciones escolares no fueran tan largas; porque si bien es cierto agrada a los señores pedagogos, en cambio perjudican muy sensiblemente a los alumnos; los cuales, en ese lapso de tiempo, olvidan fácilmente la mitad de lo que con fatiga y desvelo, han aprendido... y, finalmente, propondría que cada maestro trabajase con un número más reducido de niños, para que las lecciones dadas fueran mucho más benéficas y para que esas tiernas e inocentes criaturas de hoy, y hombres en ciernes del mañana, pudieran compenetrarse con más conciencia de las bellas y sabias reflexiones educativas impartidas por sus maestros, es decir: por sus segundos padres...

Juan Emilio Villegas (hijo).

Ante todo socorrería a los pobres. Daría dinero para los hospitales y colegios de niños pobres. Haría casas y las cedería gratis a los pobres o les cobraría la mitad del alquiler, o menos. También ayudaría a los que deseasen aprender algún oficio o profesión y no pudieran. En fin, socorrería a todos los que necesitan ayuda. Compraría toda clase de libros instructivos y bibliotecas para leer y poder instruirme. Por último, me compraría una casa regular pero no muy lujosa para poder vivir contento y trabajando.

Pascual Bosso.

¿Si yo fuera rico?... Según la riqueza que me favoreciera, es decir, si fuera tan rico como Farquhar: haría más o menos lo que él. Compraría una buena red de ferrocarriles para que mi fortuna se mantenga siempre en balance, viviría con mi querida esposa en un palacio de 14 millones de pesos; sería muy liberal con todo el mundo; viajaría constantemente y asistiría todos los días a un banquete porque todo me vendría de ''arriba''. Al pobre que se arrimase a casa a pedir limosna, si su estado físico le permitiera trabajar, le haría dar trabajo; y a aquel que se hallase imposibilitado de hacerlo, lo ayudaría con una regular suma de dinero. Haría construir en mi país 50.000 casas para obreros y las alquilaría a un 75 % más barato de lo que cobran hoy día los propietarios.

Wilfredo L. Mallet.

Bien pensado lo tengo—por más que me falte para serlo—va aquí mi opinión.

Dispondría, primeramente, una parte de mi riqueza, en la construcción de asilos y hospitales para niños huérfanos y ancianos. Pondría un buen maestro en la Estación Libano, para que diera buenos ejemplos y enseñanza a los niños. ¿Verdad que no es mala mi idea?

Dorita de Libano.

Como argentina, engrandecería mi patria dotándola de lo mucho que hoy le falta: haría progresar nuestro querido suelo, aun en los esteros donde es avara la naturaleza; haría retoñar el sabroso arroz y a manera de Cristo redentor, redimiría al hombre de su miseria, a mi patria de sus desdichas y al fin viéndola como el faro más potente de las naciones, cerraría mis ojos bajo los más puros destellos de felicidad, para dormir un eterno sueño de paz, rodeada mi frente de blancas azucenas.

L. M.

Nada más que poseer 25.000 pesos y con ellos comprar lo siguiente:

Un lotecito de tierra, 12 × 40, cerca de la casa de mis padres	$ 5.000
Construir en él una casita estilo chalet. . .	„ 8.000
Mobiliario, etc.	„ 3.000
Piano	„ 1.000
Aves de raza	„ 500
Plantas de flores	„ 200
Viaje a Europa (Francia e Inglaterra), en compañía de mi querida esposa, de donde traería infinidad de novedades para adornar la casa ..	5.000

Los 2.300 pesos restantes los pondría en el Banco y continuaría trabajando con un empleo sencillo y cómodo.

Wilfredo.

Si tuviera mucho dinero, compraría campos, vendiéndolos después en quintas, chacras y lotes, al alcance de todo el que quisiera formar un hogar, no perjudicando mis intereses. Así protegería a muchos hombres laboriosos, que ven transcurrir los años sin poseer un hogar; de esta manera haría una obra benefica a la humanidad y para el adelanto de nuestra patria. Esta es mi opinión.

A. J. del Mármol.

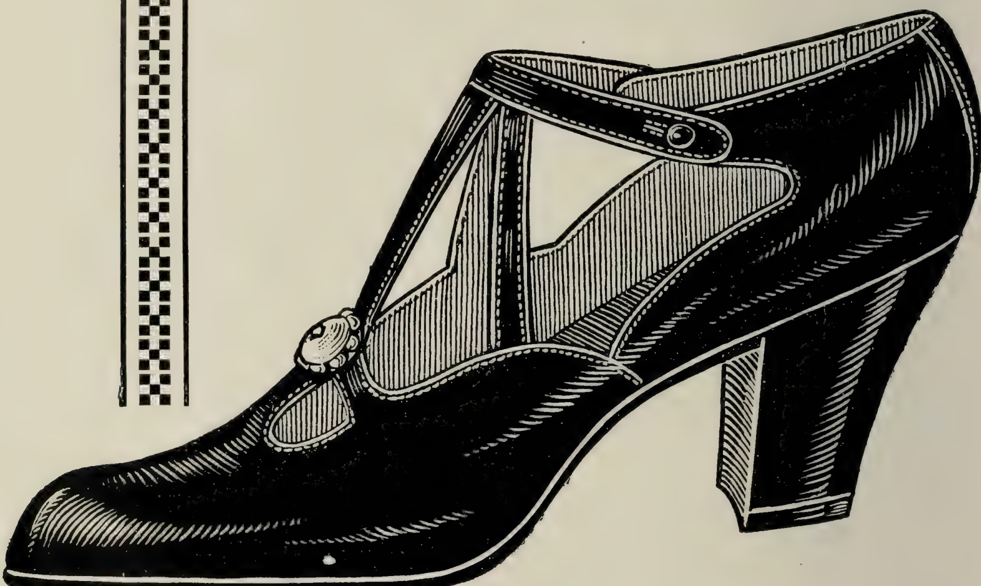
¡Ah, si fuera muy rica!... Mi única ambición sería viajar continuamente por el viejo mundo para admirar sus grandezas. Aseguraría el bienestar a todos los de mi familia después levantaría grandes edificios para los pobres, fundaría escuelas de Artes y Oficios para que se formen ciudadanos que honren a la patria. Construiría un mercado para que los artículos de primera necesidad se vendieran á un precio reducido, de ese modo a ols pobres les sería su vida menos penosa, y también obsequiaría a la revista EL HOGAR con un suntuoso palacio.

7 de Octubre.

Instalaría una o varias fábricas de conservas en el sur de Buenos Aires, compraría varias embarcaciones para la pesca, ocuparía un buen número de personal, pagándoles sueldos razonables, procurando que las instalaciones fuesen de las más modernas conocidas y de buenos resultados.

Me comería siempre el mejor pescado, lo que creo sería justo.

Corazón Internacional.



EL TEATRO DE EL HOGAR

El encanto del diablo

Avelina.—Buenas tardes, mamaíta.

Doña Elisa.—Buenas tardes, hija. ¿Qué cara es esa? ¿Te ha ocurrido algo?

Avelina.—Nada, mamaíta.

(Avelina se destoca el sombrero y tira sobre la mesa sombrilla, abanico y guantes).

Doña Elisa.—Pues hija, los aires que traes son de haber reñido con media humanidad.

Avelina.—Y de abofetear a la otra media. Me sobran ganas, no creas.

Doña Elisa.—¿Qué, no ha llegado a tiempo Cándido?

Avelina.—¿No había de llegar? Plantado lo teníamos allí desde hacía media hora. ¡Cómo que iba a faltar Candidito!



Doña Elisa.—¿Y la fiesta, qué tal ha resultado?

Avelina.—¿La fiesta? ¡Admirable!

Doña Elisa.—Mucha gente, ¿eh? Estaría el paseo lleno.

Avelina.—¡Completamente!

Doña Elisa.—¿Y tú?

Avelina.—Yo, bien, ¡gracias!

Doña Elisa.—Ya, ya te veo hecha una basilisca. Te pregunto si te has divertido.

Avelina.—(Nerviosa, excitada, va de un lado a otro. Se detiene un instante a mirar la calle junto a su madre, que, sentada cerca del balcón, abierto de par en par, leía en un libro. Luego se arregla el peinado en el espejo del gabinete).

Doña Elisa.—Pues yo me he pasado la tarde aquí sentada, leyendo.

Avelina.—¡Dichosa tú! ¿Y qué lees?

Doña Elisa.—Cuentos de Grimm.

Avelina.—¡Preciosa idea!

Doña Elisa.—Hija, cada uno lee lo que puede. O lo que tiene.

Avelina.—Te ha dado por regresar a la infancia. ¡A tus años!

Doña Elisa.—Por lo mismo. Ya sabes que los extremos se tocan. ¿Pero no te sientas?

Avelina.—Me es imposible, mamaíta.

Doña Elisa.—¡Como que estás a punto de estallar! En cuanto has entrado te lo he conocido. Anda, hijita, cuéntamelo ya. ¿Qué te ha ocurrido?

Avelina.—Te he dicho que nada, mamaíta.

Doña Elisa.—Pues como no me lo cuentes... ¡Cualquiera te adivina a ti los pensamientos!

Avelina.—Sí, ya sé que soy una loca.

Doña Elisa.—A ratitos, sí.

Avelina.—Prefiero ser loca a ser tonta.

Doña Elisa.—Pero no es incompatible. Supongo que no será nada de Cándido.

Avelina.—¿Y por qué lo supones?

Doña Elisa.—Porque sería la primera vez que Cándido te diese motivo de enfado.

Avelina.—¡Como que Cándido es un santo!

Doña Elisa.—No es un santo, pero es un hombre buenísimo y que te quiere mucho. Repasa la lista de tus novios a ver si encuentras algo mejor que Cándido. Cándido es un muchacho serio.

Avelina.—Demasiado.

Doña Elisa.—Que te hará muy feliz.

Avelina.—Eso sería cosa de verlo.

Doña Elisa.—Poco falta para que lo veas.

Avelina.—¡Quién sabe!

Doña Elisa.—¿Qué dices? ¿Vas a dudar de la formalidad de Cándido?

Avelina.—¡Qué locura! ¡Dudar de la formalidad de Cándido! Demasiado sé que si dice que se casa el primero de octubre, por ejemplo, se casa el primero de octubre... aunque esté con una pulmonía. ¡Digo, la formalidad de Cándido!

Doña Elisa.—Pues entonces...

Avelina.—Pero para casarnos no basta con la formalidad de Cándido. Hay que contar también con la mía. Y la mía es muy distinta.

Doña Elisa.—¡Quién lo duda! La tuya es de una niña caprichosa y mal criada, que no ha tenido la madre severa que merecía.

Avelina.—Gracias por el retrato al óleo que acabas de hacerme. Con dos trazos maestros te



a bastado. Pero parece mentira que siendo tu ija no me conozcas.

Doña Elisa.—Porque te conozco te hablo así. No tienes derecho a quejarte de Cándido. Es un ombre excelente, que se porta muy bien contigo, ue te quiere muchísimo, que será un marido modelo.

Avelina.—¡Y quién niega las excelencias de Cándido! Es bueno, es formal, me quiere, será un gran marido, lo sé... ¿Pero estás tú segura de que yo voy a ser feliz con ese hombre?

Doña Elisa.—¿Ahora salimos con esas? ¡A buena hora! Cuando faltan tres meses para casarte. Hija mía, pues si no eres feliz con un hombre como Cándido, dí que no puedes ser feliz con nadie.

Avelina.—Con Cándido, desde luego que no. Cuanto más tiempo pasa, más me convenzo de ello.

Doña Elisa.—¡Bah, aprensiones tuyas! Ya verás cuando estés casada cómo piensas de otra manera. Verás cómo entonces te alegras de que sea un hombre tan formal y tan ordenado... eso mismo que ahora te hace reir. Por lo visto, le has dado al hombre un sofocón con tus imaginaciones.



Avelina.—No, por cierto. Le he dicho, sencilla y llanamente, que yo no puedo casarme con él porque no le quiero lo bastante, y que como no le quiero lo bastante, pues... daba por terminadas nuestras relaciones. Ahí tienes lo ocurrido.

Doña Elisa.—¿Qué dices? ¿Pero, qué dices? ¿Estás en tu juicio? ¿No te has vuelto loca?

(Doña Elisa se ha levantado de un salto y va hacia su hija, en el colmo de la estupefacción.)

Avelina.—Y por toda respuesta se ha echado a llorar como un chico. ¡Eso es lo que me ha indignado! ¡Un hombre no debe llorar así!

Doña Elisa.—¡Jesús, Jesús! ¡Qué locura! ¡Pero qué locura tan grande, hija mía! Unas relaciones tan serias, conocidas de todo el mundo... faltando tres meses para la boda... rotas así, de golpe, por un capricho... ¡Indudablemente estás loca.

Avelina.—Es posible. Pero más loca estaría casándome con él sin quererle. Lo he visto claro y a tiempo y he querido evitarlo.

Doña Elisa.—¡A un hombre tan bueno, tan noble, abandonarle de ese modo...! ¡Qué tristeza Dios mío, qué tristeza...!

(Doña Elisa, profundamente contristada, se ha dejado caer en una silla.)

Avelina.—¿Quieres saber entera la verdad? Pues oye, y dime si he obrado mal o no. Desde hace días venía pensando en romper mis relaciones con Cándido. No por capricho, por ligereza, como tú supones, sino pensándolo bien y mucho, que, aunque loca por fuera, soy por dentro más seria de lo que parece. ¿Causa de todo esto? Bien sencilla. Yendo una mañana con la doncella a casa de Eulalia, me encontré de golpe y porrazo con... Amadeo.

Doña Elisa. — (Escandalizada). ¡Jesús, María y José! ¡Pero está aquí ese hombre?

Avelina.—Desde hace un mes. Apenas me vió, se acercó a saludarme. Yo me olvidé de todo en aquel momento. De que tenía novio, de que iba a casarme, de lo mucho que por Amadeo he sufrido, de lo mal que se portó conmigo, de todo... Empezó a hablar y a hablar, y yo no veía entonces más que al hombre que, a pesar de todo, he querido; y oyéndole hablar y viéndole, comprendí que aun le quiero, que sólo a él puedo querer y que sólo con él puedo casarme, si he de casarme por cariño. Como es natural, aquel mismo día pensé en romper con Cándido. Ahí tienes la verdad de todo. Tú dirás si he hecho bien o he hecho mal. Pero creo tener derecho a disponer de mi corazón, a buscar la felicidad de mi vida, a ser sincera conmigo misma.

Doña Elisa.—¡Pobre hija mía! ¿Quién va a disputarte ese derecho? Pero, ¿y si vives en un error? ¿Si lo que crees su felicidad no va a serlo? Por lo visto, no recuerdas bien los mil disgustos que te costó y que me costó el tal Amadeo; que se divirtió contigo, que te dejó plantada al fin... Mira, hija mía, que ese hombre es un loco, un tarambana...

Avelina.—¡Pues le quiero, mamá, le quiero!

Doña Elisa.—Piensa, por Dios, lo que haces.

Avelina.—A mí me quiere más que a nadie, me consta. Y si es mujeriego, ya dejará de serlo.

Doña Elisa.—Esa es tu desgracia, la de tantas mujeres... Os enamoráis de los calaveras y abandonáis por ellos a los hombres sensatos. Más os atrae el diablo por sus locuras que por su amor. ¡Así anda el amor en este mundo!

Avelina.—No, mamaíta; no creas que Amadeo es tan loco como supones, Está muy cambiado. Mi cariño le hará cambiar más todavía.

Doña Elisa.—Dios lo quiera. Yo te diré si ha cambiado o no cuando le observe un día y otro. Y, si por desgracia, no ha cambiado, no serás tú quien se case con él. Te lo aseguro.

Avelina. (Acercándose mimosa.)—¡Mamaíta!..

Doña Elisa.—Ya me has dado que pensar, hija mía. Ya me has dado preocupación para rato. ¡Ay, qué hijos!... Y esta obscuridad contribuye a ennegrecerme los pensamientos. Anda... enciende.

(Avelina da la llave eléctrica y se ilumina la habitación.)

J. ORTIZ DE PINEDO.

De aquí y de allá

Una isla ideal.—Próxima a la costa del condado de Donegal (Irlanda) hay una isla llamada Tory, de unos cinco kilómetros de largo que con razón sobrada puede calificarse de isla ideal, porque ninguno de los cuatrocientos habitantes que



la pueblan paga un solo chelín de contribución ni al erario público ni a los legítimos dueños del terreno.

El cómodo sistema de no pagar data del año 1878 en que los isleños tuvieron una cuestión con el recaudador y se negaron a recoger los recibos que les presentaba.

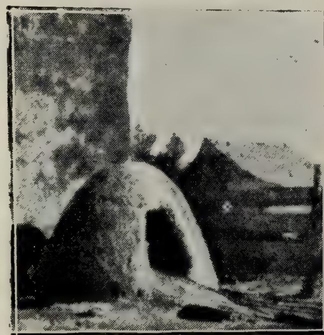
Tal vez viese el pobre agente la imposibilidad de hacer la recaudación sin el apoyo de un cañonero, el caso es que los habitantes de la isla no han vuelto a ser molestados por nadie.

La fotografía está tomada en la calle del Oeste, que es la principal de la isla Tory, cuyos pobladores libres e independientes viven tranquilamente sin importarles lo que ocurre por el mundo.

Un horno mejicano. — Los indios mejicanos construían los hornos en la forma que se ve en la fotografía que acompaña a estas líneas, y todavía hoy en muchos pueblos se ven hornos como éstos en las puertas de las casas, aunque, víctimas de la civilización, van desapareciendo rápidamente.

Vistos a distancia tales hornos, parecen hormigueros de termes o chozas de cafre, y aunque son muy lentos para la cocción del pan, pues tardan varias horas en despachar una hornada, responden muy bien a su propósito antes de conocerse otros sistemas más rápidos.

Los chinos y el papel.—Entre las diversas preocupaciones que tienen los chinos, una es la de considerar todo papel escrito o impreso como una cosa sagrada.



Ningún chino que cumpla con sus deberes de hijo del cielo se atreve a romper el más pequeño papel, por temor al castigo que en el otro mundo le impondrían.

En Nueva York hay un horno cuidado por sacerdotes que se enciende dos veces por semana, para reducir a cenizas todos los papeles de los chinos.

Edmundo Dantés

¿Quien no ha leído la historia, admirable en su misma inverosimilitud, del marinero Dantés? Acaso haya quien no recuerde este nombre; pero el título de Conde de Monte Cristo traerá en seguida a la memoria de los más olvidadizos aquella historia terrible de amor, de odio y de venganza que se ha considerado como la mejor de las novelas de Dumas.



Edmundo Dantés es un pobre marinero que, sin saber por qué, se ve encerrado en un calabozo del castillo de If, víctima inocente de las tenebrosas maquinaciones de un magistrado, Villefort, de un pescador Fernando, y de un "croupier" Danglars. Olvidado del mundo, durante una cautividad de catorce años, entabla amistad con otro prisionero de estado, el abate Faria, a quien se cree loco porque ofrece al gobierno francés un tesoro oculto. Al morir, lega el abate su secreto al marinero, y éste, ocupando el lugar del cadáver, se hace arrojar al mar consiguiendo así su libertad, y se pone en busca del tesoro, escondido en una gruta de la isla de Monte Cristo por el cardenal Spada, contemporáneo del pontífice Alejandro VI.

Dueño Dantés de los millones de Spada, su papel de mártir acaba, y principia su obra de vengador. Tan sensible a la gratitud como al odio, para premiar a sus antiguos bienhechores y castigar a los que causaron su mal, preséntase tan pronto bajo el nombre de Simbad el Marino, como el abate Busoni; unas veces es lord Wilmore y otras lord Rathwen; pero su disfraz predilecto es el de conde, el conde de Monte Cristo, título bajo el cual consigue sin el menor obstáculo entrar en el gran mundo y ponerse en contacto con los que se propone castigar. Todos ellos, en efecto, han logrado escalar elevadas posiciones gracias a la intriga y a la desvergüenza, procedimientos tan eficaces entonces en Francia como hoy (sin alusión) en otros paises. Villefort es procurador del rey en París; Danglars se ha convertido en banquero y es barón y diputado; el pescador Fernando, en fin, es general, conde y par de Francia.

Aprovechando ciertos secretos de familia de índole delicada y la existencia de un hijo natural de la baronesa Danglars, un perdido que acaba por convertirse en asesino e ir a presidio, Dantés hunde en la miseria al antiguo "croupier" que huye avergonzado a Italia. Allí es secuestrado por el bandido Vampa y sufre durante tres días el tormento del hambre, hasta que el conde de Monte Cristo, verdadero autor del secuestro, se presenta ante él, revela su personalidad y le deja libre con un pequeño capital y un cúmulo de remordimientos. El castigo del conde Morcef, el que fué el pescador Fernando, es mucho más terrible. Su inmensa fortuna es premio de una traición; Fernando es quien entregó a los turcos Janina, estando al servicio del bajá Alí Tebelén. Monte Cristo lo desenmascara ante la cámara de los pares, con pruebas irrecusables, y el general se ve obligado a levantarse la tapa de los sesos.

En cuanto a Villefort, una serie de desgracias de familia, a las que el espíritu impasible de Dantés no es enteramente ajeno, le privan de la razón después de privarle de todo cuanto ama en el mundo. Su inocente hija, la encantadora Valentina, es la única que se salva de esta casa. Valentina es la amada de Maximiliano Morrel hijo del viejo armador Morrel, antiguo bienhechor de Edmundo Dantés. El conde de Monte Cristo no encuentra mejor manera de pagar las bondades de su antiguo amo, que contribuyendo a enlazar aquellas dos almas jóvenes y bellas, y después de reunir a Valentina y Maximiliano en la isla donde encontró el tesoro del cardenal Spada, se hace a la vela y desaparece...

La novela, de Dumas ha sido llevada al teatro, donde, como todas las novelas, pierde intensidad, al tomar los personajes forma plástica. La reducción dramática, por otra parte, es detestable.



Una alumna de 70 años. — Madame Gauthier, que hasta hace poco era completamente analfabeta, ha terminado recientemente con gran éxito sus estudios en una escuela de Lieja (Bélgica).

Nuestra curiosa fotografía representa el emocionante momento de abandonar la **septuagenaria** Mme. Gauthier la escuela donde ha cursado sus estudios, rodeada de sus pequeñas condiscípulas, después de los últimos ejercicios practicados con gran brillantez.

Casi Jauja. — Las islas del Mar del Sur son una especie de Jauja. Todo lo que se necesita para la vida y hasta muchos de sus regalos se pueden obtener allí sin más trabajo que el de cogerlos. Véase sino la fotografía que acompaña a estas líneas, en la que aparece un grupo de indígenas de Tahití dándose un banquete al aire libre, un banquete soberbio para el cual ha proporcionado casi todo la bondadosa madre Naturaleza. El mantel, por ejemplo, se compone de dos enormes hojas de llantén y los asientos son sencillamente cocos. La mesa del festín está abarrotada de pescados, carne de cerdo, gallinas, batatas, ñames y plátanos, y por si esto es poco, los comensales tienen para los postres piñas, guayabas, melones, naranjas y peras, ¡un verdadero festín de los dioses! Detrás del grupo, revueltos de un modo que indica abundancia se ven una porción de cocos en un estado de frescura desconocido en los mercados europeos.



En Tahití no hay pobres, porque por todas partes se encuentran en gran abundancia las primeras materias para hacer todo, desde una caña de pescar hasta una canoa y desde un traje hasta un colchón. Pedir más sería gollería.

El arma de las sufragistas. — Aquella jocosa leyenda que atribuye a las mujeres españolas el llevar la navaja en la liga, leyenda propalada por algunos novelistas franceses en extremo fantaseadores, puede aplicarse con fundamento a las sufragistas inglesas.



Las entusiastas propagandistas del feminismo suelen acudir a sus campañas convenientemente armadas, siendo el puñal que disimuladamente ocultan en la media, el arma por ellas preferida.

Algunas, no pocas, ocultan el revólver en la cartera de mano, y otras, para no hacerse sospechosas, llevan una botella con etiqueta de un licor cuando lo que en realidad llevan es vitriolo.

Entre las armas secuestradas últimamente a las sufragistas detenidas merecen anotarse sombrillas con estoque, abanicos-dagas y llaves inglesas.

A algunas se las ha encontrado pulseras con agudos pinchos para evitar ser detenidas.

Un periódico festivo aconseja a los políticos ingleses el uso de trajes de malla construídos con hilo de acero, pero como el traje dejaría al descubierto la cara, otro recomienda el que los políticos salgan a la calle en jaulas de cuatro ruedas que ellos pueden conducir con suma facilidad.



Poesías infantiles (Para recitar)

El concurso de los peces

Una vez... yo no sé donde
ni es necesario decirlo,
pues lo mismo es que ocurriera
en Pekin que en Entre Ríos
o en París o en Petersburgo,
había un señor muy rico
aficionado a dar premios
a los trabajos científicos.
Convocó en no sé qué año
de no se sabe qué siglo
a un concurso, más que raro,
por el asunto, rarísimo:
Explicar por qué un pez muerto
pesa más que estando vivo.
Se daba un año de plazo
para el trabajo analítico
y tres mil pesos de premio
al que acertase el motivo.
Una de las condiciones
del concurso peregrino
era que no existiría
Jurado y que los escritos
de todos los concursantes
iba a juzgarlos él mismo.
(Merecían poco crédito
los jurados, por lo visto).
El día que expiró el plazo
miró el sabio reunidos
en un salón de su casa
dos mil trabajos distintos:
¡quinientas veinte mil hojas
sumaban los manuscritos!
—¡Hombre de Dios—le decía
al mirarlos un amigo,—
¿Cuándo acabarás de verlos?
Y él le contestó tranquilo:
—Hoy citaré en los diarios
a todos los que han escrito
y dentro de quince días
publicaré el veredicto
que desde luego respondo
por todos será aplaudido.
Llegó el día de la cita
y en el amplio Paraninfo
en medio de un gran silencio
y ante un público escogido
los dos mil opositores
se encontraron reunidos
esperando conocer
de sus trabajos el juicio.
Al fin llegó nuestro sabio,
solemne ocupó su sitio
y después de saludar
reposadamente dijo:
—Señores, sobre esas mesas
que veis, están los escritos
que vuestra sabiduría
al certamen ha traído.
En esos dos mil trabajos
cuya solidez admiro,
pues el más corto de todos
tiene cien folios y pico,
apurasteis el ingenio
razonando el gran principio
de que un pez estando muerto
pese más que estando vivo,
y pues dísteis con la causa
todos los que habéis escrito
debo declarar desierto
el premio que os he ofrecido.
¿Creéis que acertando todos
es lo justo repartirlo?
Pues yo opino lo contrario,
¿y sabéis por qué lo opino?
Porque cuanto más razones
dais del caso susodicho,
habéis perdido más tiempo
en escribir desatinos.
Si los hubierais pesado
antes de emitir el juicio,
hubierais visto al momento
que los dos... pesan lo mismo.
Otra vez, cuando os pregunten
la razón de algún principio
veréis primero de todo
si es verdadero o ficticio.

CHIRÓN.

Mesa revuelta

—¡Ya sabe usted: lo quiero tal y como soy yo!
—Bien; usted desea el retrato al natural; mejor dicho, en su propia tinta.



*
* *

¿Está el señor administrador?
—No, señor.
—¿Y el cajero?
—Tampoco.
—¿Dónde podría encontrarlos?
—No puedo decirle; se marcharon ayer de aquí con los fondos y... aún no han escrito!...

*
* *

—¡Oigo pasos!...
—¿Ves porque no quería fugarme contigo?...
—¿Y quién será?
—Por el modo de caminar, mi tata.
—A mí me parece que es el ama de cría!...



*
* *

Pifartos a Perecini:
—Amigo Perecini: Su dispepsia es originaria de su sistema de vida, lo mismo que mi debilidad. ¿Vamos a curarnos los dos?
—¿Cómo?
—Usted gasta 25 pesos en conservas, vinos y bicarbonato; el exceso de comida le produce molestias, sólo gasta $ 0.60 en verduras, dedíquese a las verduras, déme los 25 pesos y ¡ya verá usted cómo nos ahorramos el bicarbonato!...

*
* *

Perecini a Pifartos:
—¿A que no sabes cuál es el hombre menos limpio del mundo?
—Gutiérrez, por que hasta para nacer, eligió el canal de la Mancha.



*
* *

En los Tribunales.
—¡Pero, como! ¿No sentencian ustedes más que a un año de prisión por la muerte de una persona?
—¡Hay que hacer economías y los presos recargan mucho al presupuesto!...

Tiquis - Miquis

Para medir la altura de un árbol.—Cuando hace sol es fácil medir la altura de un árbol, aunque sea muy elevado. No hay más que colocar un bastón derecho en la misma línea del árbol y medir la longitud de la sombra que proyecta el bastón. Estableciendo una proporción entre la longitud de éste y su sombra y la sombra proyectada por el árbol es fácil el modo de proceder: si el bastón tiene un metro de altura y su sombra 3 de longitud y la sombra del árbol es de 30 metros, la altura de éste será de 10 metros, porque tres es a uno como treinta es a diez. De otro modo, multiplíquese la longitud de la sombra proyectada por el árbol por la altura del bastón y divídase el producto por la sombra del bastón.

LAS COMPARACIONES DE BORRACHIN



—¿Son gemelos esos niños? ¡Cómo se parecen!...
—¡Cómo dos gotas de vino!

Entre novios

Ella.—Y dices que papá lee en el presente, en el porvenir y que lo adivino todo?

El.—Por lo menos ha adivinado ya que no tengo ni un centavo!...

Necrología



Sta. Lucía Elodia Molins, † en esta capital



EL MÉDICO EN CASA

Decíamos, al hablar de las caídas, que una de las más nobles es la de ''caer de su burro'', pues demuestran con ello no ser testarudos.

Casi todas las caídas son malas. El que cae en la red de Cupido, sólo podrá usarse la ''camotitis'' casándose. El matrimonio es el mejor antídoto contra el amor.



San Juan cayó en martes este año...

Se exceptúan las lindas ''caídas de ojos'' y las ''caídas'' de los santos.

Por ejemplo, San Juan ''cayó'' en martes este año, y no se rompió nada.

Pero, en general, el que se cae suele lastimarse o morirse si ''cayó redondo'' o ''cae enfermo'' de gravedad.

Las caídas suelen ser de cabeza, y para evitarlas, se recomienda usar peanas de mayor peso que el mate.

El que naufraga y se acuesta violentamente dando una embestida al suelo, suele aturdirse, sufriendo una conmoción cerebral o de la médula espinal, parálisis de los remos y dificultad en la respiración de la chimenea. También puede abrirse un rumbo en la quilla por haber perdido el timón.

Tratamiento: trátese al caído compasivamente y procúrese sacarlo a flote haciéndole respirar vinagre o agua de colonia, según la delicadeza de olfato del averiado.

Désele a beber vino, agua, cognac, te; algunos solo vuelven en sí con el guindado.

Si el interfecto no tiene alma para pedir más vino, es mala señal, y entonces hay que seguir tratándolo, pero ya con menos consideración y finura. Se le fricciona fuertemente con una franela o con un cepillo de alfombras o un rastrillo, si tiene la piel dura.

Si es terco, recúrrase a los sinapismos.

En cuanto a los chichones y ''rumbos'', hablaremos oportunamente de la curación de golpes y heridas.

Calambre. — Es la contracción de algunos músculos, acompañada de dolores, ocasionada por la fatiga, el frío, las alteraciones circulatorias, y también por algunas enfermedades.

El calambre y el espectador de ''ballets'' se parecen en que ''se fijan'' en las pantorrillas generalmente.



El escritor que escribe con los pies...

Las bailarinas sufren en ese sitio, de ambas predilecciones, bien que les moleste más la fijación del calambre que la de los ojos del espectador curioso.

Si el calambre es en la pantorrilla, apóyese la pierna en alguna parte; mejor en el suelo que en el techo.

Friccionése la parte dolorida como quien lustra un mueble.

También suele dar buen resultado la aplicación de una cosa fría, como hierro, mármol o lata.

Si la ''lata'' es larga, el calambre cede al fin.

El médico en casa

Un autor recomienda, para evitar los calambres, poner debajo del colchón, a través de la cama, unas tenazas de cocina o algún otro pedazo de hierro largo. No respondemos de la eficacia de este procedimiento, pero puede probarse por ser inofensivo, tanto para el que lo usa como para las tenazas... si son fuertes. Por lo menos el remedio será eficaz contra la "jetta".

Calambre de los escribientes.—Se llama así porque da en los dedos cuando se escribe mucho. Suele curarse con masajes y evitarse escribiendo con palos de escoba en vez de lapiceras.



Hay que arrojar la primera piedra...

Pero a veces constituye una enfermedad y hay que colgar la pluma durante algunos meses (los que se pueda resistir el hambre cuando no hay otros medios de ganarse la vida), tomando como medicación interna fosfuro de cinc mezclado con nuez vómica y bromuro de cinc.

El escritor que escribe con los pies y sufre de calambres en ellos por escribir demasiado, debe dejar de escribir, en absoluto, aunque se muera de hambre. El público lector agradecerá ese sacrificio.

Calambre del estómago.—También el estómago suda tinta, sin escribir, y tiembla, tal vez por miedo al hambre.

El calambre del estómago no se cura como los otros. Apoyar el estómago en el suelo sería muy molesto. Dejar de comer durante algunos meses, es peligroso. Aplíquense sinapismos, tómese agua de azahar y baños templados.

Los paños calientes están muy desacreditados. La gente los toma en boca para burlarse de ellos. Sin embargo, aplicados en la "boca" del estómago, alivian los calambres.

Cálculos.—Cuando los riñones o el hígado quieren presumir de matemáticos y empiezan a echar sus cuentas, los "productos" de esas "operaciones" forman una piedra que no es la "filosofal" precisamente. En algunos casos puede ser la "primera piedra" de un panteón. Hay que "arrojar la primera piedra" para evitar el fin del mausoleo.



Las bodas de cálculo...

Las substancias disueltas en los líquidos de secreción que posee el cuerpo humano, pasan al estado sólido, se precipitan (por su mala cabeza) y forman lás concreciones llamadas cálculos.

Primero se forma un grano de arenilla, después la piedra, y si no se acude pronto con el remedio, sigue su curso la construcción del tabique hasta terminar el monumento.

Cálculos de hiel.—Cuando un individuo se lleva mal con su consorte porque ella derrocha la plata, empieza pronto a ver que no le salen las cuentas y se le complican los "cálculos". La vajilla vuela por los aires y el marido paga los "vidrios" rotos. Se le "cristaliza" la bilis, en fuerza de tragarla, y eso es lo que se llama cálculo de hiel.

Las tisanas de avena, el jugo de limón y tomar algunas cucharaditas de aceite de olivo, suelen "despejar la incógnita" de esos problemas.

SERRUCHO.

Crónicas del tiempo heroico

"El héroe de Ayacucho" y su matador

A la edad de veinticinco años fué el "héroe de Ayacucho".

Es bien conocida su actitud en el momento de principiar la batalla, cuando se apeó del caballo y le dió muerte, y es histórica la frase: "Armas a discreción y con paso de vencedores", que dirigió a sus soldados al marchar sobre las alturas en que estaba el adversario.

Pero aquel joven valeroso, bello y despejado, se envaneció después de ese triunfo y cinco años más tarde declaróse abierta y desatinadamente contra el libertador Bolívar, resistiendo a las fuerzas de la autoridad con la pujanza que le era peculiar.



A la intimación que le hizo el coronel O'Leavy, por boca del coronel Montoya, Córdoba, dice el historiador Posada, triste pero heroicamente resuelto, contestó:

—"Que después del paso a que le habían precipitado no le quedaba más recurso que vencer o morir."

—"Es imposible vencer" — le dijo Montoya.

—"Pero no es imposible morir" — replicó el hijo de la gloria.

La batalla se libró el 27 de octubre de 1829, en la aldea de Santuario. Córdoba fué mortalmente herido, y sintiéndose desfallecer penetró en un rancho, donde poco después hacía lo propio el irlandés Ruperto Handeu, quien, descargando dos sablazos sobre la frente del ilustre joven, concluyó con su vida.

El partido "bolivariano", si bien se conmovió ante esa pérdida, no disimuló su satisfacción al ver sofocado el movimiento que amenazaba destruir su preponderancia.

Un día, sin embargo, encontró quien le repudiara.

Se acercó a saludar al doctor don Diego B. de Urbaneja, y éste, al verle, le volvió la espalda, diciendo a los que le observaron su conducta:

—"Yo no puedo dar la mano al asesino del general Córdoba."

Handeu huyó triste de aquel sitio, alejándose más y más desde entonces del trato de las gentes.

Handeu murió más tarde, con el grado de coronel, en una de las tantas revueltas que se suscitaron en Colombia, y la historia ha grabado su nombre con letras negras al final de la biografía del glorioso "héroe de Ayacucho".

El pueblo guardó en su memoria el recuerdo de Córdoba, así como una antipatía profunda hacia Handeu. Ante la bravura y nobleza del primero oponían la forma innoble en que Handeu privó de la vida a Córdoba.

En medio de una imponente manifestación de duelo se entierra el cadáver del caído. Handeu, acosado, tal vez por los remordimientos, huyó el trato de las gentes, pero no fué perseguido ni castigado.

Como la escena de la muerte no había tenido testigos, pues únicamente le vieron salir de la tienda con el sable enrojecido, al interrogarle eludió siempre el dar explicaciones, pero acosado por varios en cierta ocasión, manifestó primero que al entrar en el rancho no le reconoció y que se aprestó a defenderse de los ataques de Córdoba, teniendo él la suerte de salvar la vida.

Otras veces manifestaba que cuando ocurrió el hecho estaba borracho y oponía testigos que habían desaparecido.

El vacío se hizo a su alrededor, nadie llegó a saludarle y hubiérase dicho que el hecho había sido dado al olvido o el perdón y el tiempo habían borrado su recuerdo hasta que un día encontró quien le repudiara delante de gente.

Y así, mientras el nombre del matador es execrado y su figura se borra de la memoria de los hombres, la figura y el nombre del "héroe" adquieren más relieve ante la historia que, a través de los años, va depurando los hechos y hace justicia, legando a las futuras generaciones el tesoro de las glorias, que enaltecen a los hombres y forman el patrimonio de los pueblos.

Estos pueden ser inducidos a error algunas veces, pero un innato sentimiento de justicia hace que brille siempre la verdad, aun con referencia a hechos legendarios.

María del Cármen LOBO ARRAGA.

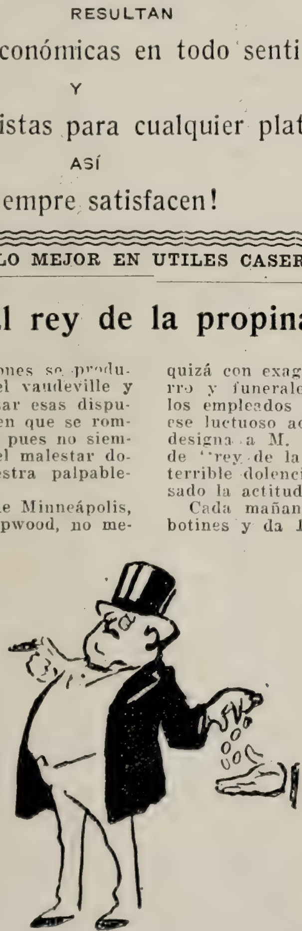
El rey de la propina

Generalmente, las más graves disensiones se producen entre el yerno y la suegra, y el vaudeville y el couplet son los encargados de ridiculizar esas disputas familiares. Pero puede llegar el caso en que se rompa la armonía entre el suegro y el yerno, pues no siempre ha de ser la "mamá" la causante del malestar doméstico. La siguiente historia lo demuestra palpablemente:

M. Charles G. Gates es un millonario de Minneápolis, que se casó con la hija de M. Frank Hopwood, no menos millonario que él; pero la desgracia ha querido que el novel esposo sea avaro, por naturaleza, mientras su suegro es pródigo hasta el exceso. Esta fué la causa inicial de las hostilidades entre yerno y suegro.

Una noche, M. Hopwood, acompañado de uno de sus amigos, había entrado en un café muy frecuentado de Minneápolis, donde se puso a comer con su acompañante, cuando, de pronto, notó que un grupo de quince personas, miembros de una asociación comercial, banqueteaban allí. Como él conocía a algunos de esos comensales, se acercó a la mesa y les ofreció champagne en grande. Después repartió propinas extraordinarias.

El simple camarero recibió diez dollars, la orquesta percibió ciento y pico, a condición de que no ejecutara más que aires patrióticos; y, a ese precio, los tziganes no se cansaron de tocar.



Alguien advirtió a M. Gates que su suegro estaba derrochando el dinero, tirando, como quien dice, su fortuna por la ventana. El yerno, indignado, se dirigió al café inmediatamente y pidió al dueño que echara del establecimiento al señor Hopwood. El dueño se negó a ello, pero M. Gates llamó a su suegro, y apenas le tuvo en su presencia, lo arrojó fuera del café y sin ninguna clase de miramientos ni explicaciones, lo obligó a subir al automóvil que tenía preparado.

Después de esta aventura, M. Hopwood ha jurado gastar toda su fortuna en propinas, y parece dispuesto a mantener su palabra.

Quiere, dice, morir sin un centavo, y ha ordenado — quizá con exagerada antelación — que el día de su entierro y funerales se dé una regia recompensa a todos los empleados de pompas fúnebres que tomen parte en ese luctuoso acto. Divulgada esta disposición, ya no se designa a M. Frank Kopwood más que con el nombre de "rey de la propina", y su yerno ha contraído una terrible dolencia, por efecto del disgusto que le ha causado la actitud de papá Hopwood.

Cada mañana el suegro pródigo se hace lustrar los botines y da 10 dollars al muchacho encargado de esa operación; a un mendigo que le abre la portezuela del auto, le regala generosamente uno o dos dollars.

Toda una legión de vendedores, servidores, golfos y vividores trata de averiguar en qué va a emplear el tiempo el millonario durante el día y a qué sitios concurrirá, para prestarle algún servicio que, sin duda, será espléndidamente remunerado.

Ultimamente el rey de la propina fué a Nueva York en un tren especial para su viaje. Notando, a la mitad del camino, que el tren no marchaba a su gusto, hizo entregar cien dollars al maquinista para que aumentase la velocidad. Marchó, desde aquel instante, a 150 kilómetros por hora. El jefe de tren protestó, desesperado, varias veces. Frank Hopwoor le llamó y le dió también 100 dollars. Al llegar a Nueva York, más de 500 personas aguardaban al rey de la propina.

Si se tratara de otro país, nadie se explicaría este derroche de dinero, ni la presencia inesperada de esas 500 personas que aguardaban a M. Hopwood, sin conocerle ni tener noticias de su viaje. Pero tratándose de los Estados Unidos, hay que conceder veracidad a las cosas más extravagantes y admitir esos relatos que nos hacen los cronistas, los cuales, si poseen una imaginación exaltada que les hace incurrir frecuentemente en hipérboles, reflejan casi siempre el carácter de ese pueblo enérgico, activo y simpático, en el que todo toma proporciones extraordinarias.

No debemos, pues, asombrarnos del despilfarro de M. Hopwoor, que contrasta con la exagerada avaricia de su yerno.

La vida íntima, por Rojas

El cocinero



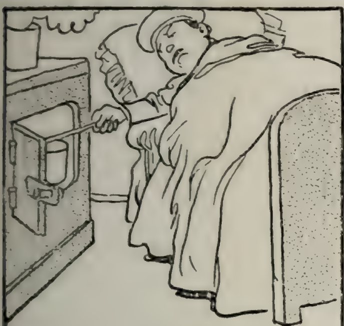
Debe ser ante todo sano, limpio y de mejillas carmíneas, para que, desde el primer momento, no se dude de su salud y aseo.



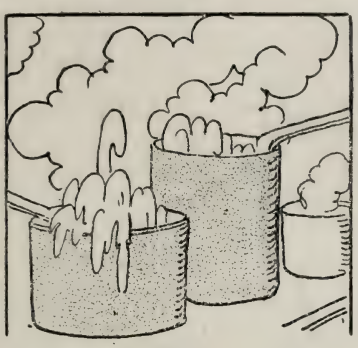
El cocinero debe tener su aprendizaje de pinche, cargo que debe ejercer con la dignidad de un ''attaché'' de legación.



Y terminar su alta carrera de "maître d'hotel'' o ministro de cocina. Una especie de don Indalecio, cerca de don Roque.



El cocinero no debe desatender un solo momento la llama rojiza del horno, cuidando de las marmitas y cacerolas,



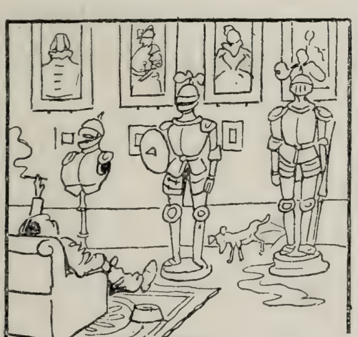
donde, en ebullición constante, prestan al guisado sus aromas y substancias las carnes y legumbres.



Las hojas de laurel, hermanas acaso, de otras con que primorosas manos entretejieron la corona de algún héroe modernista, tampoco deben faltarle entre sus provisiones.



Debe palpitar su corazón entre las alcachofas, las trufas y el tomate carnoso que guarda en su seno pepitas de oro,



pues se debe encontrar con la misma satisfacción que el poderoso siente, entre los cuadros de su galería y las armaduras de sus antepasados.



El cocinero personifica la época del lujo y del despilfarro, del sibaritismo en las costumbres y la dorada esplendidez aparente.



Y al verse rodeado de atenciones, y ponderada en letras de molde su habilidad, se crece, se ensoberbece y se juzga indispensable.



Cobrará gran sueldo, pues debe estar convencido de que la misma mesa, donde presenta sus suculentas creaciones, se desacreditaría



si se le substituyera por una criada de las que sirven para todo.



El jabón más fino y delicioso de una espuma suave y abundante es el famoso

JABON de

"LA TOJA"

¡Unico en el mundo! Para baño y tocador.

Cura las enfermedades y erupciones de la piel. Usado para lavarse la cabeza, **quita la caspa** é impide así la **caída del cabello,** al cual libra de grasitud é impurezas.

Concesionarios: POLLEDO y Cía.

1352, Bmé. MITRE, Buenos Aires

Agentes en el Uruguay: PETILLON GALIMBERTI y Cía.

MONTEVIDEO



En la calle

Conduzcámonos en la calle con gran circunspección y decoro, y tributemos las debidas atenciones a las personas que en ella encontremos; sacrificando, cada vez que sea necesario, nuestra comodidad a la de los demás, conforme a las reglas que aquí se establecen.

Nuestro paso no debe ser ordinariamente ni muy lento, ni muy precipitado; pero es lícito a los hombres de negocios acelerarlo un poco en las horas de trabajo. En una mujer, siempre sería impropio el paso acelerado.

Los movimientos del cuerpo deben ser naturales y propios de la edad, del sexo y de las demás circunstancias de cada persona. Gravedad en el anciano, en el sacerdote, en el magistrado: suavidad y decoro en la señora: modestia y gentileza en la señorita: moderación y gallardía en el joven; afectación en nadie.

Los brazos ni deben dejarse caer de su propio peso de modo que giren libremente, ni contraerse hasta el punto de que vayan como adheridos al cuerpo, sino que deben gobernarse lo suficiente para que lleven un movimiento suave y elegante. En cuanto a las señoras, no deben llevar nunca los brazos sueltos como los hombres.

No está admitido llevar las manos ocultas en la parte del vestido que cubre el pecho, ni en las faltriqueras del pantalón. Las manos deben ir siempre a la vista y en su disposición natural, sin recoger los dedos ni extenderlos.

Nuestras pisadas deben ser suaves, y nuestros pasos proporcionados a nuestra estatura. Sólo las personas ordinarias asientan fuertemente los pies en el suelo, y forman grandes trancos para caminar. Respecto del paso demasiado corto, esta es una ridícula afectación, tan sólo propia de personas poco juiciosas.

No fijemos detenidamente la vista en las personas que encontremos, ni en las que se hallen en sus ventanas, ni volvamos la cara para mirar a las que ya han pasado: costumbres todas impropias de gente bien educada, y que si pudieran ser perdonables en un hombre, jamás lo serían en una mujer.

No nos acerquemos nunca a las ventanas de una casa con el objeto de dirigir nuestras miradas hacia adentro. Este es un acto incivil y grosero, y al mismo tiempo un ataque a la libertad inviolable de que cada cual debe gozar en el hogar doméstico.

Una persona de buena educación, especialmente si es una señora, no se detiene delante de las ventanas de una casa donde se celebra un festín.

Cuidemos de no hablar nunca tan recio que los demás puedan percibir distintamente lo que conversamos.

De ninguna manera llamemos a una persona que veamos en la calle, especialmente si por algún respecto es superior a nosotros. El caballero que llamara a una señora, incurriría en una falta imperdonable.

No está admitido el detener a una persona en la calle sino en el caso de una grave urgencia, y por muy breves instantes. En general el inferior no debe nunca detener al superior, ni el caballero a la señora.

Jamás detengamos a aquel que va acompañado de señoras, o de cualquiera otra persona de respeto.

Podemos, sin embargo, detener a un amigo de circunstancias análogas a las nuestras, aunque no tengamos para ello un objeto importante; pero guardémonos de hacerlo respecto de aquellos que sabemos viven rodeados de ocupaciones, y de los que, por el paso que llevan, debemos suponer que andan en asuntos urgentes.

Por regla general jamás debemos detener a los hombres de negocios en las horas de trabajo, sino con el objeto de hablarles de asuntos para ellos importantes o de recíproca conveniencia, y esto en los casos en que no nos sea dable solicitarlos en sus establecimientos.

Una vez detenidas dos personas en la calle, toca a la más caracterizada de ellas adelantar la despedida; mas si se han detenido tres, no hay inconveniente para que se separe primero la menos caracterizada.

Jamás pasemos por entre dos o más personas, sean quienes fueren, que se hayan detenido a conversar; y en el caso de que no podamos evitarlo, por ser el lugar estrecho o por cualquiera otra causa, suspenderemos por un momento nuestra marcha, y pediremos cortésmente permiso para pasar por en medio.

Cuando las personas que están detenidas ocupen el lugar de la acera, despejarán ésta enteramente al pasar señoras u otras personas de respetabilidad.

Debemos un saludo, y las señoras una ligera inclinación de cabeza, a las personas que encontrándose detenidas, se separan para dejar libre el paso por la acera o por en medio de ellas.


OSTENDE
LA PERLA DEL ATLÁNTICO
El nuevo Balneario de Mar en la República Argentina
el más próximo de la CAPITAL FEDERAL
MUELLE de 250 metros autorizado por decreto del Superior Gobierno de la Nación
SOCIEDAD ANÓNIMA
PALACE HOTEL Y HEMICICLO OSTENDE
Sede BUENOS AIRES — Capital $ 1.620.000
Ferrocarril particular de la Empresa para transporte de pasajeros y carga
Comisión de Fomento del Balneario OSTENDE
LLOYD-OSTENDE CON LINEA DIRECTA AL PUERTO DE LA CAPITAL:
Rambla Monumental de 3 kilómetros sobre una playa de 150 metros, toda de arena fina y con pendiente suave
Hoteles y Chalets con todas comodidades para familias
Plantaciones y viveros de plantas para costas marítimas.
Venta particular en 80 mensualidades
SIN COMISIÓN Y SIN INTERESES
LOTES DE TODAS DIMENSIONES DESDE 50 CENT. HASTA 18 $ V.
Pidan datos y planos á CHARCAS 1600

Cómo se forman hombres

El miedo en los niños.—La aversión hacia el mal es tan natural que nadie puede evitar el temerlo. Siempre que un hombre se expone a algún peligro, o es por ignorancia o porque es presa de una pasión más imperiosa que el temor; nadie es tan enemigo de sí mismo como para exponerse a la tristeza y buscar el peligro, por amor al peligro mismo. De manera que, si comprendemos, que es el orgullo, la soberbia o la cólera que sofocan este temor en un niño, o le impiden escuchar sus consejos, hay que reprimir estos sentimientos, a fin de que, un poco de reflexión le abra los ojos ante el peligro. Pero es esta una falta en la cual incurren los niños muy raramente y por eso no hay necesidad de indicar en detalle la manera de remediarla. Los niños están frecuentemente sujetos al defecto contrario, de modo que es más interesante insistir sobre los medios de infundirles valor.

Lo primero que hay que hacer para conseguir esto, es impedir cuidadosamente que su espíritu no sea conmovido en su primer edad por ninguna idea de espanto, producida por conversaciones horripilantes o por objetos terribles que se presenten a sus ojos con el fin de sorprenderlo. A menudo se llegan a causar así grandes desórdenes en el espíritu del niño, a tal punto que jamás se consigue una reposición completa; pueden darse numerosos ejemplos de personas que durante toda su vida permanecen débiles y tímidos por haber sido asustados en su primera infancia.

En segundo lugar hay que acostumbrar a los niños a los objetos que les causan más miedo, pero sin precipitar los acontecimientos, y teniendo la preocupación de no emprender esta cura demasiado temprano, pues entonces se agrava el mal en lugar de desaparecer.

Si el niño tiene miedo de una rana, por ejemplo, ésta se colocará a cierta distancia del niño, quien deberá acostumbrarse a mirarla. Una vez que se ha acostumbrado a verla, se la hará saltar y después el niño la tocará hasta que llegue a tomarla en la mano, lo mismo que haría con una mariposa. De este modo puede librarse a un niño de todo temor quimérico, tomando precauciones para no precipitar las experiencias y exigir de él un nuevo grado de valor, antes que se haya confirmado en el que le precede inmediatamente.

Búsquese aquellos objetos que causen mayor miedo al niño, y acostúmbresele a mirarlos hasta que pierda todo temor, de manera que resulte en cierto modo victorioso de este combate.

Poniéndolo a menudo en el trance de tales victorias, el niño poco a poco caerá en la cuenta que los males no son tan reales y grandes, como nos los muestran, y que el verdadero medio de triunfar de ellos, no es huir y dejarse embargar por el miedo, sino marchar hacia ellos.

Para curar a los niños del miedo.—Hay que cuidar que el alma del niño no sea turbada por ideas de espíritus, fantasmas u otros seres que se aparecen en la obscuridad. A estas ideas se hallan expuestos por la imprudencia de las nodrizas y criadas, que, con el fin de mantenerlos quietos les hablan de cucos, duendes y otros personajes terroríficos, que son especialmente terribles en la soledad y en las tinieblas. Hay que tratar de suprimir estas estupideces. Si bien es cierto que ellas corrigen en el niño ciertas faltas, al fin de cuentas el remedio resulta peor que la enfermedad.

El espíritu del niño recibe ideas que no cesan de asustarlo, siempre que se presentan a él y que se arraigan tan profundamente que luego cuesta mucho extirparlo. Por otra parte están seguidos por visiones fantásticas a tal punto que los niños no pueden permanecer solos sin temblar y conservan el temor a las sombras durante toda su vida. Si se librara a los niños a sí mismos, la obscuridad de la noche tendría para ellos tanta eficacia como la claridad meridiana. Estos dos momentos les gustarían por igual, el primero para dormir y el segundo para jugar. Pero si, por desgracia, se encuentran junto a él personas lo suficiente estúpidas como para sugerirles la idea de que existe una marcada diferencia entre el hecho de encontrarse en las tinieblas y el de cerrar simplemente los ojos, la imaginación del niño, por ser demasiado sensible no necesita más para creerlo. Hay que tratar, pues, que los niños no sigan tan perjudiciales consejos, y si esta última parte no es posible, hay que demostrarles la falsedad de estas aseveraciones, habituándolos a permanecer en una habitación obscura, primero acompañado y luego solo.

Hay que favorecer en los niños el deseo de saber.—La curiosidad no es en los niños más que un deseo de saber; es necesario pues tratar de aumentarla no sólo por las bellas esperanzas que aquella inspira, sino también porque la curiosidad es el mejor medio que poseemos para sacar a los niños del estado de ignorancia en que vegetan.

No hay que desdeñar ninguna de las preguntas que hagan, ni menos tomar estas en burla. Por el contrario, hay que responder a todo lo que pregunten y explicarles los problemas que deseen saber, pero de modo que estas explicaciones les resulten inteligibles. No tenemos que incurrir en el error de embrollarle el espíritu por explicaciones que sobrepasan al alcance de su inteligencia, hablándoles de un montón de cosas que no tienen que ver con el objeto de la pregunta hecha.

Cuando un niño hace una pregunta, primero hay que enterarse de lo que quiere saber y luego, aclararle el punto; una vez que se le haya instruído con precisión sobre un tema, el niño entrará a considerar nuevos problemas e irá de este modo más lejos de lo que hubiéramos podido conducirlo, pues el conocimiento halaga tanto al espíritu como la luz place a los ojos. A los niños les gusta en particular, adquirir nuevos conocimientos, sobre todo cuando comprende que se atienden sus preguntas, y que se excita en ellos, por el elogio, el deseo de saber.

La risoterapia

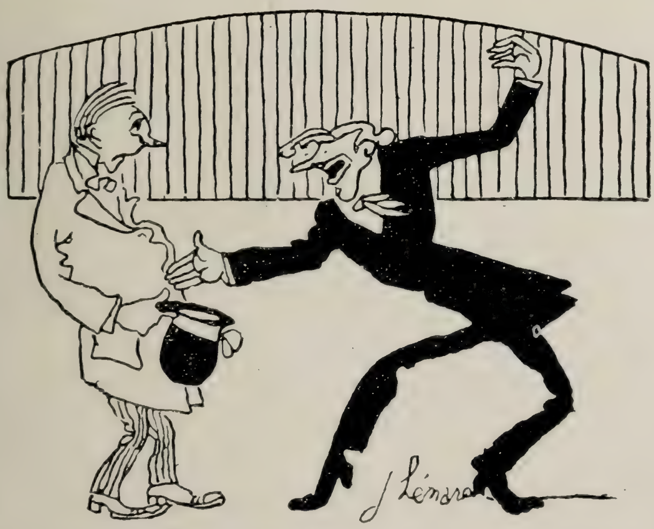


De buen grado tacharíamos de pesimistas a los que afirman que el ejercicio de la medicina permanece estacionario, si no vinieran los mismos sabios a compartir esta opinión.

Algunos dirán aún que la terapeútica moderna está, indiscutiblemente, subordinada a la antigua, cosa que hará estremecer de gusto a la sombra del gran Hipócrates.

¿De modo que los tratamientos en uso antes de Jesucristo, deberían prevalecer hoy, aunque convenientemente modificados por las fórmulas modernas? Evidentemente, no; pero es preciso convenir en que, en lo tocante a la medicina, la ciencia no ha dado todo lo que de ella se esperaba. El formulismo del siglo anterior ha decaído bastante, y los modernos Esculapios parecen recordar aquella verdad que constituía la base de toda medicación antigua, a saber, que el enfermo es su mejor médico.

Y es eso tan cierto, que algunos especialistas han obtenido curas maravillosas sin el empleo de drogas, y allí donde éstas habían obrado lamentablemente.



Los enfermos curados por persuasión son más numerosos de lo que se cree, generalmente.

Médicos hay que han adquirido notoriedad, tratando por autosugestión muchas enfermedades nerviosas.

Otros exigen a sus enfermos voluntad, nada más que voluntad.

Así un médico inglés pretende curar por uno de los más simples tratamientos una de las más terribles enfermedades modernas, esa que se manifiesta por un notable aumento en las estadísticas de los suicidios: la neurastenia.

Ese discípulo de Esculapio, que no carece de espíritu de psicólogo, recomienda la sonrisa a sus enfermos.

Piensen los neurasténicos en cosas alegres y sonrían, sonrían, o hagan, por lo menos, la intención de sonreir, que por sus pasos contados vendrá la risa espontánea y se llegará a la carcajada estrepitosa, cuando sea conveniente.

Nadie ignora que la moral y la fisiología están íntimamente relacionadas y que el estado del espíritu influye en el funcionamiento del organismo. Los trastornos hepáticos son muchas veces, consecuencia de serios disgustos.



La depresión física producida por afecciones del espíritu se manifiesta por rasgos bien característicos, que alteran el rostro y dan un tinte amargo a la expresión.

Por el contrario—dice el doctor aludido—si uno se esfuerza por dar al rostro, por medio de contracciones musculares, una expresión alegre, animada, luminosa, el espíritu se aclara, se aviva, y las brumas que que le cubrían de sombras funestas, se disipan pronto.

Es, por lo tanto, indispensable sostener la sonrisa hasta vencer por completo.

¡Neurasténicos, sonreid! Como si se tratara de fotografiaros. El remedio es sencillo y barato. Los resultados obtenidos por este procedimiento, que bien pudiera denominarse ''risoterapia'', son numerosos.

Desde luego resulta más cómoda la ''risoterapia'' que la ''hidroterapia'', con la ventaja de que no exige aparatos ni elementos extraños a nuestro propio ser.

Llevamos en nosotros mismos el remedio, si bien muchas veces necesita ser "preparado" por otros. Es decir, la risa es ''nuestra'', sólo que necesitamos que nos la exciten los demás.

Para que este efecto se produzca, tampoco hemos de tropezar con grandes dificultades, puesto que en este mundo hay muchas cosas que causan risa; y aun cuando nos encontremos en momentos de una sublimidad trágica, fácilmente llegaremos a la hilaridad, porque ya es sabido que de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso. Salvado ese paso, que no ofrece peligro alguno, la risa acudirá espontáneamente a nuestro labios, los músculos se contraerán, iniciando su acción beneficiosa en el organismo, los nervios se calmarán y... ''¡tutti contenti!''

Cuando la ''risoterapia'' esté oficialmente reconocida como eficaz tratamiento terapeútico, se operará una revolución en las farmacias. ¡Habrá que vender chistes, en lugar de específicos!

Y cuando no se vea la gracia al chiste... ¡agítese antes de usarlo!

Las mujeres soldados

Los periódicos de París publicaron la noticia, no hace mucho tiempo: Mme. Dieulafoy solicitó del ministerio de guerra el permiso para organizar una milicia femenina, destinada no a llevar el fusil, sino a suplir al sexo fuerte en muchos empleos.

Se estima en más de 40.000 el número de hombres afectos a la intendencia y a los servicios sanitarios: estos son los empleados a quienes reemplazarían las mujeres. Ellas lo harían con ventaja, pues hay en Francia más de 150.000 mujeres preparadas para el oficio de enfermeras por las Sociedades de socorros a los heridos.



La idea de militarizar a las mujeres no es completamente nueva. Ha sido estudiada en los países anglosajones, donde aparece como un corolario de las reivindicaciones feministas. Y es lógico que si las mujeres aspiran a gobernar el Estado, se hallen también dispuestas a defenderlo.

En Alemania, hace ya siete años, M. Hans Eschellbach escribía en una revista:

"La mujer es hoy igual al hombre o lo será mañana. Ella pretende los mismos derechos y debe sufrir las mismas cargas. El Estado tiene la prerrogativa de apropiarse dos o tres años de la vida del hombre. So pretexto de armarlos para su defensa, les impone una sujeción harto dura: ¿con qué derecho las mujeres ciudadanas han de estar exceptuadas?"

Pero el señor Eschellbach distingue entre los servicios públicos que pueden exigirse a cada uno de los sexos. A los hombres, la batalla; a las mujeres, los cuidados de la cantina y de la ambulancia. M. Eschellbach propone incorporarlas a las escuelas prácticas, donde aprenderían a cocinar, a coser, a remendar los trajes, a curar heridos y enfermos, a nadar, marchar, hacer gimnasia y también a bailar y a cantar, aunque



no explique la razón que justifique el baile y el canto.

Las sufragistas alemanas acaban de renovar las proposiciones de M. Eschellbach. Su "leader", Paulina Wœrner, reclama el servicio militar para sus hermanas, no como un deber, sino como un derecho.

—El servicio—dice ella—ha contribuído al desarrollo físico e intelectual del hombre; se perjudica a la mujer si quiere privársele de él."

Mme. Wœrner alega, en favor de sus pretensiones, la economía que realizaría el Estado y el interés del matrimonio, al cual aportarían las jóvenes más experiencia y madurez.

Para triunfar en el amor

He aquí, queridas lectoras, en diez máximas pequeñas, los mandamientos del amor. Que no sean desdeñados por ser sencillos. También el amor en sí, es sencillo, elemental, primitivo. No lo olviden.

I. — No te avergüences de confesar tu amor, si es que amas. Pero evita siempre simular una emoción que en realidad no sientas.

II. — El amor es la joya más preciosa que pueda ofrecerte un hombre, y por eso antes de aceptarla cuida bien de que tenga el engarce merecido.

III. — Si tu amor no te hace sentirte otra, una criatura más generosa e indulgente de lo que fuiste antes, cuidado con él.

Cariños por el estilo, generalmente carecen de sinceridad.

IV. — La mujer que se envilece para conquistar amor — acuérdate de esto, — jamás será puesta sobre un pedestal por el hombre que ella trate de cautivar.



V. — Fueres quien fueres, selo sin pretensiones. Permite que el hombre a quien ames, te comprenda, y aunque te halle defectos, nacerá la confianza entre tú y él. Un amor basado sobre la honestidad del sentir, encuentra en ésta su mayor firmeza.

VI. — El hombre a quien quieras debe ser un rey para tí, y tú debes comportarte de manera de ser una reina digna de tu compañero.

VII. — No seas lo suficiente ingenua para creer que tu festejante te querrá más si finges quererlo menos. Hazle comprender que es la persona mas querida del mundo y que su opinión para tí, vale más que la de ningún otro. Hazle comprender también que tiene sus responsabilidades y que siempre como hasta ahora debe ser digno de tu amor.

VIII. — Díle que lo quieres tan a menudo como sea posible. Una vez que el amor se haya acabado y la vida toque a su ocaso, el recuerdo de las dulces palabras es siempre un consuelo.

Cuando sea tarde nunca lamentaremos ni la flor ni el amor que hemos dado.

IX. — No incurras en el error de creer que mañana encontrarás un hombre, más rico y seductor, que el que hoy te sientes inclinada a querer. El amor llega al corazón de toda mujer, pero si tú lo desatiendes, a veces no vuelve, otras, tarda mucho en volver.

X. — Finalmente debo repetir: cuando encuentres a tu amor, quiérelo. El es el talismán mágico que asegura la felicidad de una mujer. No hay hombre que resista cuando la verdadera mujer lo ama.

Y ahora, séanos permitido "le mot de la fin". Queda librada a la consideración de los que nos han leído estas diez máximas que encierran la sabiduría de muchos ejemplos de amor, donde probablemente los triunfos han sido los menos, y los sufrires han sido los más. Porque el amor pleno, satisfecho, correspondido, no es precisamente el que enseña y da experiencia, sino el otro amor, el amor de los insoportables insomnios, el de los grandes tormentos, el que duele...

El diario de un niño malo

Traducción de Einar J. P. Hansen

para "EL HOGAR"

(Continuación)

En la ciudad hay un salón de conferencias y esa noche la sociedad de abstenios celebraba una, y yo resolví jugar los perdidos, de manera que regalé a otro chico mi cortaplumas y un pedazo de torta para que jugase conmigo.

Durante la conferencia nos escondimos debajo de un banco y cuando cerraron el local y apagaron las luces, nos divertimos en grande.

He sabido después que mamá pasó toda esa noche en vela, algo muy tonto por cierto, debía saber que no me pasaría nada. Cuando ya empezaba a clarear, mi compañero se había quedado dormido, lo llamé diciéndole que ahora era el momento de salir a pasear un poco. Me olvidaba decir que en ese local había una campana que solamente se tocaba en caso de incendio, para que los vecinos se reunieran y atacasen con tiempo el fuego; pues bien, a tientas nos dirigimos al fondo y con todas nuestras fuerzas empezamos a tocar la campana. Todos los vecinos saltaron de sus camas y corrían presurosos en todas direcciones. Desde nuestro escondite oíamos voces que decían: "¿Dónde es? ¿Ves tú algo?". ¡Cómo nos divertimos! En 10 minutos parecía que en la calle había una procesión, tal era la cantidad de gente que se agolpaba a la puerta del local. El portero vino corriendo hacia nosotros y al vernos se quedó como petrificado, sin saber qué decir. Como no salía de su asombro, le dije si no sabía qué día era hoy, entonces pareció recordar y se puso furioso, sacudiéndome tan fuertemente que yo creí perder la cabeza.

Pero el abogado Spring intercedió por nosotros, diciendo: Déjelos usted, los engañados hemos sido todos, ¡bravos muchachos! linda jugarreta nos han hecho; yo por mi parte lo celebro y les perdono. Papá me llevó a casa sin regañarme lo más mínimo y a la hora del almuerzo me dijo Isabel: "Jorgito, debes tener mucho apetito, habiéndote levantado tan temprano, toma estas masas". No me lo hice repetir dos veces, precisamente las masas son mi plato favorito, así es que les hinqué el diente y... ¡Qué masas tan feas y duras! me ví obligado a exclamar muy a pesar mío por cierto. Toda la familia se echó a reir a carcajadas, me habían hecho el inocente a mí, dándome unas masas rellenas con algodón y con mostaza en lugar de crema. Lo peor fué que no me dieron otra cosa para almorzar. Resuelto a seguir divirtiéndome, fuíme al cuarto de mamá; donde encontré una cartera que contenía un solo billete, que me apresuré a envolver en una gran cantidad de papeles de color y tomando la cartera salí a la calle para depositarla allí y reirme a costas del zonzo que la encontrase, pues éste creería de seguro hacer un valioso hallazgo. Me escondí detrás de un cajón y al rato acertó a pasar un vagabundo que al ver la cartera se apresuró a reco-

gerla disparando a la velocidad máxima que le permitían sus pobres piernas. ¡Qué chasco te has de llevar, dije, cuando abras la cartera! Seguí caminando y llegué a la estación del telégrafo, donde el empleado era muy amigo mío porque está perdidamente enamorado de Isabel. En un descuido suyo, tomé en préstamo un sobre y un formulario, corriendo a ver a Jim para que me escribiera lo que le dicté: ''Doctor Moore, venga usted, Lilí está gravemente enferma.—Montagne.''

Un chico se encargó de llevar el sobre a la botica y al rato salió el doctor. Ha sido una broma espléndida. ¡Cuánto me he reído! Yo sabía que el papel del telegrama lo engañaría, haciéndole creer que fuera cierto lo de la enfermedad. Ya era demasiado tarde para ir a la escuela, por lo tanto resolví hacer la rabona. Tomé mi moneda de oro que tenía en mi bolsillo y encolándola con pez de un zapatero amigo, la pegué en el pavimento de la calle, pues en otra ocasión había visto hacer el experimento con monedas de dos centavos. Muchas personas se agacharon para recoger la moneda, pero todos los esfuerzos que hacían eran inútiles, causándome un rato de hilaridad las fisonomías de los individuos que se retiraban sin haber conseguido apoderarse de la moneda. A los 10 minutos llegó un muchachón que al ver la moneda como incrustada en el suelo, lo primero que hizo fué abrir su cortaplumas y después de un momento había quedado yo sin moneda y sin diversión. Esa acción es incalificable, un verdadero abuso de confianza que debía ser penado con 25 años de penitenciaría.

Después fuime a casa del molinero y metiendo la cabeza por la puerta, pregunté a la señora si ya sabía que su hijito se había caído en el estanque; al oir lo cual empezó a dar tales gritos que parecía una loca furiosa, tirándose además al suelo y arrancándose los pocos pelos que le quedaban, qué estupidez, ¿no se dará cuenta que se quedará más pelada que una bola de billar? Además la cosa no era para tanto, bien debía haber mirado el almanaque al levantarse por la mañana, así sabría que era el día de inocentes. Después me dirigí hacia la casa del jardinero de la ciudad, que era una persona nueva aquí, y entregándole una tarjeta del empleado del telégrafo, que por una casualidad tenía yo en mi poder, le dije: ''Sírvase confeccionar un espléndido ramo de unos 5 pesos, que remitirá junto con esta tarjeta a casa de la señorita Isabel Hecker; la cuenta será abonada en la oficina de correos''.



El arte de tirarse al agua

Los ejercicios suecos

El bello arte de tirarse al agua con elegancia es cultivado en Suecia más que en país alguno.

Los niños y las niñas suecos aprenden desde muy pequeños a dominar el natural instinto del miedo al agua y practican toda clase de ejercicios difíciles dentro de ella. Varias razas primitivas, tales como las que habitan las islas del Pacífico y especialmente las islas de Hawai, son la admiración de los viajeros por lo admirablemente que nadan y por las proezas verdaderamente maravillosas que hacen en el agua. Ninguna de estas razas tiene la agilidad ni la elegancia de los suecos.

En España hay algunos buenos nadadores, aunque no muchos, que se distinguen por su valentía, su fuerza o su resistencia, pero ninguno o casi ninguno cultiva la elegancia en el nadar y sobre todo la elegancia en el arte de tirarse al agua.

Para un sueco arrojarse al mar desde alturas de treinta, cuarenta o cincuenta pies es un juego de niños, y nunca lo hace de la manera ordinaria, sino que verifica en el aire una porción de movimientos caprichosos que tienen mucho de gimnástico y de acrobáticos.

Una de las figuras favoritas suecas es la de hacer el cisne en el aire.

Para ello al ponerse en el borde del trampolín, el nadador echa el pecho muy hacia afuera y los brazos levantados muy hacia atrás, de modo que al dejarse caer parece enteramente un ave volando. Cuando ya se acerca al agua echa las piernas mucho más hacia atrás con objeto de poner el cuerpo en posición recta y avanza hacia adelante los brazos juntando las palmas de las manos con objeto de cortar el agua.

Es muy frecuente ver un grupo de quince o veinte hombres, niños y aun mujeres, tirándose uno detrás del otro al agua, desde gran altura, haciendo todos esta misma figura, lo cual les hace asemejarse a una bandada de golondrinas volando. Haciendo esas y otras figuras

y dando dobles y triples saltos y ejecutando otros ejercicios que asombrarían al gimnasta más experto, se pasan horas y horas.

Las mujeres llegan a ser tan valientes como los hombres; se tiran lo mismo de espaldas que de frente, de cabeza que de pies, y arrojándose desde las mayores alturas, hacen las mismas figuras que los hombres, pero con más gracia y elegancia en los movimientos.

En algunas playas de otros países de Europa ha empezado a establecerse la costumbre sueca de poner sobre sitios donde el agua alcanza bastante profundidad varios pisos de trampolines colocados a diversas alturas, como sucede en Suecia. De este modo los nadadores pueden ir acostumbrándose a tirarse al agua cada vez desde más alto, pues este es arte que se aprende gradualmente, y los suecos más arrojados no tratan nunca de saltar desde los pisos más altos sin haber practicado bien el salto desde los pisos más inferiores.

Esto les da una seguridad absoluta.

En Inglaterra desde hace algún tiempo se han organizado certámenes públicos en los cuales se dan premios a los nadadores que se tiran al agua mejor y desde más alto; a estos certámenes, suelen concurrir nadadores suecos, y poco a poco se va despertando la afición a tal ejercicio.





La utilidad de saber tirarse bien al agua es muy grande, y reconociéndola así las Sociedades de Salvamentos de Náufragos, son éstas las que han instituído los certámenes de que venimos hablando. En caso de un naufragio hay que arrojarse al mar desde la altura de las bordas del buque, que siempre es bastante considerable. Para salvar a una persona que se ahoga, no siempre se puede escoger un sitio donde el agua esté en playa o muelle. Además en el arte de tirarse al agua entra el de saber sumergirse en ella y esto es más difícil de lo que parece.

Para buscar a una persona que se está ahogando, lo general es tener que zambullirse en el agua hasta bastante profundidad, y una de las cosas que se enseñan a los buenos nadadores es el arte de zambullirse rápidamente estando nadando. Esto se hace dando unas cuantas brazadas de pecho, tomando respiración en el sitio donde se quiere uno sumergir y entonces meter la cabeza en el agua inclinándola mucho hacia abajo al mismo tiempo que se patea fuertemente echando hacia arriba las piernas y se bracea. Así se consigue que el cuerpo se sumerja. Una vez debajo del agua el nadador continúa usando los brazos y las piernas cual si nadara de frente, pero cuidando de mantener el cuerpo todo lo posible en diagonal y con las palmas de las manos vueltas hacia la superficie. Después de un poco de práctica el nadador consigue zambullirse sin necesidad de usar de las manos ni de los pies, pues entonces le basta volver la cabeza y el cuerpo hacia abajo para zambullirse con toda corrección. Cuando se quiere volver a la superficie se vuelven las manos hacia arriba, y cuanto mayor es la rapidez con que se hace este movimiento más rápida será la subida.

Según las reglas que tiene establecidas la Sociedad Nacional inglesa de Salvamentos de Náufragos para sus certámenes, la zambullida correcta es ésta:

"Primero se da un salto en el aire, luego se pone recto el cuerpo en posición casi horizontal, se vuelven los brazos hacia el agua y se echan las piernas hacia arriba para la caída. Al entrar en el agua los brazos deben estar muy extendidos delante de la cabeza, los dedos índices deben estar en contacto y las palmas de las manos vueltas hacia abajo. Los muslos, y las piernas desde las caderas hasta los dedos gordos del pie, deben conservarse unidos y los pies echados hacia atrás. En los certámenes no se considera válida la zambullida en que el nadador se vuelve de espaldas al entrar en el agua".

En esos mismos certámenes lo mismo que en los suecos se aprecia la corrección de una zambullida por la cantidad de agua que salta al penetrar en el ella el nadador.

Nuestros grabados ilustran algunas de las figuras y de los ejercicios hechos en Estocolmo por las Sociedades de Salvamento.

Como se verá, en ellos tomaron parte un buen número de señoras y señoritas.

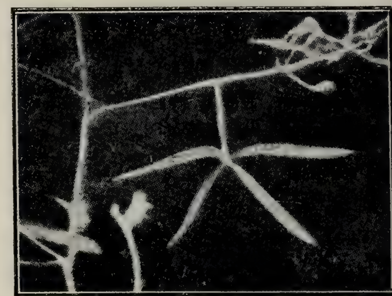
Las plantas ¿sienten el dolor?

No puede sostenerse, con buenos razonamientos, que la materia vital en las plantas no sea capaz de accionar como en los animales. Por esto no debe extrañarnos que muchos sabios discutan acerca de la conciencia de las plantas y busquen los indicios de la memoria en algunos ejemplares de la vida vegetal. Indudablemente, varios experimentos que se han hecho sobre los famosos "movimientos del sonido" en el haba, demuestran que esta planta posee, en cierto sentido, el uso de la memoria. En estos experimentos se ve que la desaparición de la luz del día, en el crepúsculo vespertino hace que se cierren las hojitas; y que, si se transporta la planta a un lugar completamente oscuro, las hojas continuarán cerrándose puntualmente a la hora del ocaso, por muchos días aún. Se deduciría de todo ello que la planta, o por lo menos el protoplasma recogido en las células recuerda ciertos movimientos que seguía a una hora dada, y los ejecuta cuando han desaparecido los hechos que la estimulaban a ejecutarlos.



Otro importante tema de estudio es el siguiente: una planta ¿está en condiciones de sufrir el dolor? Naturalmente, cuando se trata de plantas, es preciso dar a la palabra un significado especial, bien distinto del que toma cuando hablamos del hombre y también de los animales. En este caso, debe entenderse por dolor una sensación general de malestar, o mejor, una perturbación fuerte.

Un conocido hombre de ciencia recuerda, a este propósito, algunos de sus recientes experimentos. Fué elegida como "sujeto" una planta, joven y fuerte, de "mimosa púdica". Naturalmente, el grado de sensibilidad alcanza su más alta expresión, cuando las hojas están en perfecto desenvolvimiento. Las hojas extremadamente sensibles al aire frío, y el mínimo contacto de las manos bastaba para hacerlas cerrarse y para hacer languidecer los tallos. Se pensó en ensayar sobre las hojas los efectos de la llama. Se tomó una esponjita embebida en alcohol y se la hizo pasar rápidamente por debajo de una hoja bien abierta. Apenas el órgano vegetal había recibido una lejana impresión de calor, mostró claramen-





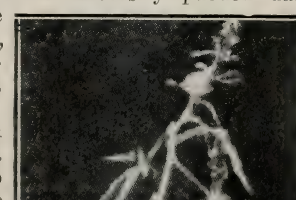
te con sus movimientos que había sufrido una sensación de malestar. Se acercó luego la llama al tallo de una hojita, por una fracción de segundo. El resultado fué sorprendente. Toda la hoja se contrajo como si hubiese sentido un verdadero estímulo de dolor.



Para los experimentos sobre los efectos de los anestésicos en las plantas se procede del siguiente modo: el vaso que contiene la planta se sepulta en medio de un montón de heno y se prepara una gran campana de vidrio. A la media hora, puede comprobarse que las hojas de la planta empiezan a languidecer, entrando en una especie de letargo más profundo que el que se verifica a la hora del ocaso. El experimento se completa acercando la llama a una de las hojas. Esta no advierte la sensación anormal, pues atraviesa un período de suspensión de la sensibilidad exactamente como cuando un hombre se halla bajo la acción de un anestésico.

Otros curiosos experimentos se han realizado, en el afán de aportar al caudal científico nuevos tesoros de conocimientos.

Difícil es penetrar en la vida de las plantas, pues sus "medios de expresión" consisten en esos movimientos, cuyo significado más que entenderse debe adivinarse; pero, indudablemente, los constantes ensayos de los sabios han de llegar a resultados más concretos y pueden dar — tratándose de plantas—frutos que, hasta ahora, no fueron recogidos por la ciencia.



Desde luego, con lo apuntado basta para asentar como afirmación, bastante bien fundada, lo que sólo era una sospecha; esto es, que las plantas sienten el dolor. Y por lo tanto, siempre que podamos, debemos evitárselo, siendo compasivos con ellas, como lo somos con los animales.

Y esta compasión es tanto más necesaria cuanto que las plantas son inofensivas, y si bien algunas, como los rosales, tienen espinas, carecen en general de medios de defensa contra sus destructores.

Béstenos saber que padecen, aunque su dolor no se manifieste por signos perceptibles a nuestros sentidos, como la actitud o los gritos de los animales. Muchas veces, el verdadero dolor es mudo.


EFC° LONGINES
Face-à-Main_Reloj
Los Relojes
Longines
5 Grands Prix
Precision
Elegancia
Pendentif_Reloj
Medallon_Reloj
De venta en todas las Relojerias y Joyerias

EL HOGAR

Revista quincenal para las familias

Año X. BUENOS AIRES, 19 DE NOVIEMBRE DE 1913. N.º 243.

LA MUJER ARGENTINA



Fot. Garro.

Señora Emilia Bustillo de Cané

Notas de la Quincena

El doctor Albarracín gestiona la supresión de cintas espeluznantes de luchas, boxeo y crueldades, de la exhibición cinematográfica tan cara a los niños. No puedo ocultar mi decidida adhesión a tal idea. Los salones múltiples de los cines metropolitanos, congregan durante los días de fiestas, una inmensa masa de población infantil; el niño necesita distracción, pero distracción sana y educativa, y en vez de obtenerla presenciando las escenas que se desarrollan en la tela con toda la realidad de la vida, y que son ya las piruetas de un Toribio aporreado y sucio al fin de su jornada, ya crímenes o robos, luchas de bandidos o misterios de tabernas y figones, —los pequeños adquieren la idea de que todo aquello es corriente y lógico dentro del orden de la vida... ¡Está allí tan claro, tan natural y lo ven tan seguido!

El cinematógrafo popularizado hasta lo infinito, ofrece un amplio campo a la educación del niño, con sólo saber elegir para las matinées los films adecuados a la calidad de la mayoría de sus espectadores. Sin ser mogigata ni pretender sesiones blancas en un salón de biógrafo, yo me resisto a llevar a mi hija para que presencie el desarrollo de esas películas norteamericanas donde es naturalísimo que la novia se cuelgue del cuello del novio,—un robusto mocetón rubio en traje de cow-boy,—o que ambos, perdidos en la floresta, paseen abrazados y se besen a cada minuto... Y no hablemos de las escenas de adulterio que forman el 80 % de los dramas cinematográficos.

***

En un torneo social y literario realizado ha pocos días en un flamante centro de alta cultura, un conferencista improvisado, contando, como cuentan siempre los osados, con la prudencia y natural discreción de la mujer, tuvo la audacia de verter ideas que constituían un verdadero y gratuito insulto al bello sexo. Fué una imperdonable falta de respeto al local, a sus autoridades y al auditorio, y si bien las protestas fueron ahogadas por ese sentimiento de pudor que obliga a la mujer a callar ante los mayores atrevimientos de lenguaje, sorprende que los caballeros asistentes al acto, limitaran su actuación a francas risas, a sordos murmullos y lo que es aún más asombroso, que premiaran al orador de pacotilla, con algunos aplausos...

El centro donde este hecho se produjo, ha sido, indudablemente sorprendido por un elemento extraño a su seno, pues no cabe concebirle complicidad en tamaño atentado.

***

La prensa diaria dícenos que tenemos entre nosotros una sufragista inglesa llegada con el fin de animar a sus correligionarias de este lado del Océano, a ayudar a las de allende el charco en su campaña político-destructora.

¡Una sufragista de carne y hueso! Figuraos con qué curiosidad se verá aquí donde el feminismo repudia las teorías de aquellas damas bravías, donde la mujer no se preocupa de derechos políticos, donde no se la concibe incendiando, destruyendo, atropellando todo y dejándose morir de hambre en las cárceles; con qué curiosidad, digo, se verá aquí a la representante de las exaltadas inglesas que han pasado a ser la expresión gráfica de la mujer-hombre, en los dominios de los caricaturistas... Con toda la razón que tengan las mujeres inglesas para solicitar la innovación del sufragio femenino,—vejadas como están por leyes anticuadas ante las cuales carecen de toda capacidad y de todo derecho—su furor destructivo, su exaltación rayana en locura, ha hecho antipática su campaña y grotesca y vulgar su figura. Nuestro ambiente no me parece propicio a la gestión de la sufragista recién llegada.

***

Pocos días más y la población infantil, como pájaros a quienes se ha abierto la puerta de la jaula, tenderán sus alas, libres de la sujeción escolar, hacia las playas, el campo, o simplemente, la vida descansada del hogar. No más madrugones, ni deberes, ni aflicciones por la lección mal sabida y peor explicada... Las maestras, igualmente gozosas que sus pequeños educandos, descansarán de una bien fatigosa tarea, y en todos los hogares se oirá la clásica exclamación de las madres ante las travesuras y el bullicio de los chicos:

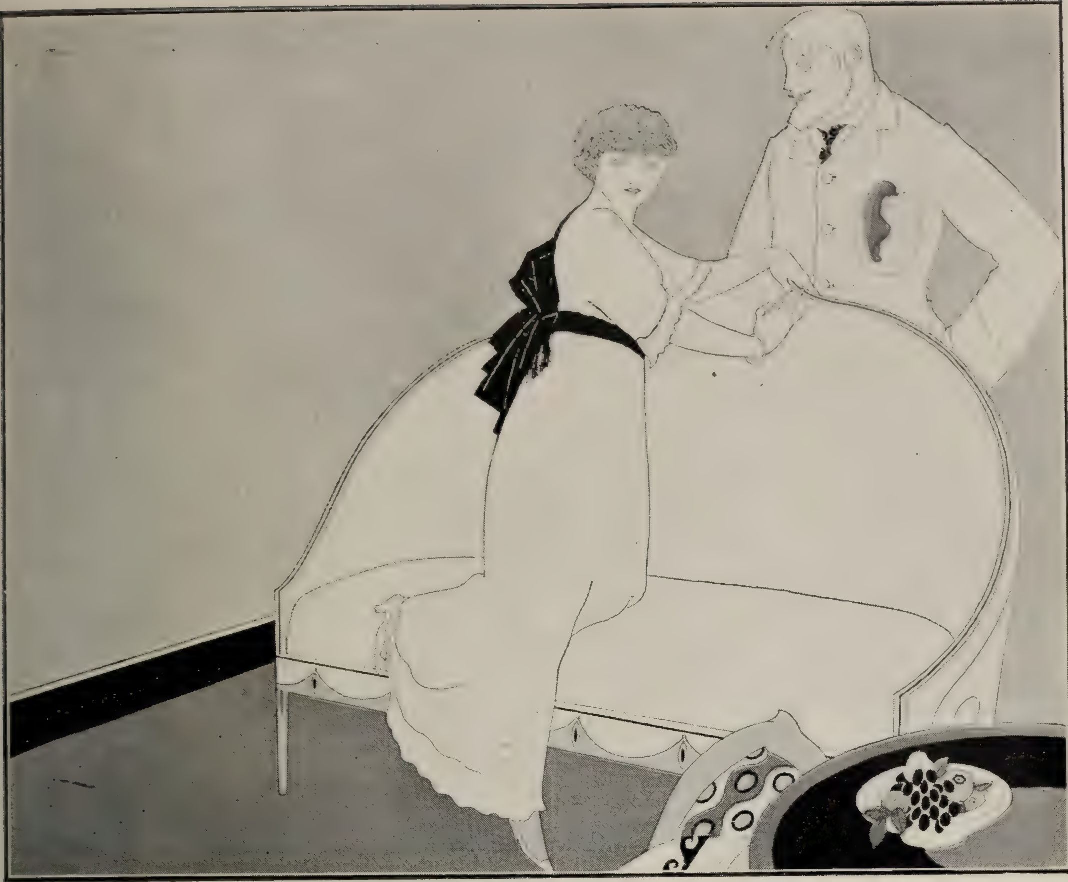
—¡No sé para qué habrá vacaciones! ¡Deseando estoy que se abran de nuevo las clases!

Buenos Aires adquirirá dentro de pocos días un aspecto de tristeza: sus calles pobladas de niños a las horas de entrada y salida de las aulas, no tendrán la animación ni el encanto que las dan esas legiones de colegiales bulliciosos que canasta en mano, o con los libros bajo el brazo, forman su mejor adorno y sus más nutrida corriente.

***

Como un dato del lento pero seguro reconocimiento de la importancia de la mujer en la vida de los pueblos, y en todo los órdenes de la actividad humana, no debo dejar pasar inadvertido el stand para señoras que se ha anexado al polígono de tiro de nuestra capital. Sin duda no es tan necesario saber tirar como saber guisar y sería doloroso descubrir que la dama que maneja, agil y seguramente la carabina o el revólver, no supiera manejar también a conciencia la escoba o la aguja,—pero, me agrada de veras la idea de que nuestra mujer pueda lucirse lo mismo ante la hornilla que en el stand, y borde centros en el blanco como perlas en la seda o flores en la batista...

Lola S. B. de BOURGUET.



Incompatibilidad de carácter

La luna de miel había terminado. Naturalmente que ambos esposos aún se amaban. No mucho, pero en fin, algo es algo. Seguramente que es la sabiduría de muchos siglos la que nos ha inducido a llamar luna de miel al primer período del matrimonio. La luna cambia de fase, y la miel empalaga. En este caso se producía como una resurrección de la individualidad de las costumbres del yo. Hugo Thornbay era toda una figura descollante en la vida contemporánea. Por vocación era novelista, habiendo desarrollado sus aptitudes en esa cuna de la literatura que se llama periodismo. Escribía para un público que lo conocía y no para la posteridad. Los que escriben para la posteridad, nunca conquistan reinos.

Thornbay había domado potros, viajado, sido corresponsal de guerra, todo aquello, en fin, que pudiera darle relieve. En media docena de clubs de la ciudad era el árbitro, y juez en todos los asuntos comprendidos en la jurisdicción de sus actividades. Thornbay había sido el héroe entre las bellas de más de una región, pero describía mejor el amor que lo practicaba. El entusiasmo hace mucho por un hombre en estos casos y la infatuación hace más. Thornbay se había enamorado de la señorita Lulú Dingle, una actriz a la moda. Esta, siempre había dicho que dedicaría al arte su vida entera, pero el escritor estableció un sitio tan severo que finalmente la plaza capituló. Ella sentíase muy orgullosa ya de su conquista. Se casaron, y una vez pasada la luna de miel, Hugo volvió nuevamente a sus escritos. Aseguraba que aquella sería su obra maestra y que su felicidad daría colorido a la novela. Cuando Lulú leyó los primeros capítulos, los clasificó de "divinos".

Una noche, después de cenar, Lulú se mostró un poquito extraña. Adoptó en el sofá una actitud negligente—aunque no por esto menos graciosa—como si estuviera indecisa entre sentarse o permanecer de pie. Hugo acercóse a ella.

—¿Vas a salir?—le preguntó ella.

—Creo que sí, querida. Pareces un poco aburrida, de manera que te dejaré sola una hora y volveré más tarde a escribir un poco. ¿O quieres mejor que te lea el sexto capítulo de mi novela?

—Por lo menos, el quinto no creas que me interesó mucho,—replicó Lulú.

Hugo miró amargamente a Lulú, y suspiró.

—¡Oh! ¡Oh! ¿En qué te fundas para decir eso?

—En que se parece a muchas otras. Está plagada de amores imposibles. Además creo que has idealizado extravagantemente al protagonista.

—¿Y qué piensas de la heroína?

—¿Me has tomado a mí como modelo?

—Es cierto, te he tenido presente.

—El personaje está bien. Pero, te diré francamente, me agrada más leer el recorte de los diarios, que se refieren a mi actuación teatral.

—¿De veras?—exclamó Hugo.

El ambiente cobró frialdad, y dijo el escritor:

—Entonces, ¿permites que salga un rato?

—Cómo no...

Hugo salió. Lulú se dirigió a un escritorio y del cajón sacó la colección de recortes que hablaban de ella. Y de este modo, en poco tiempo, concluyeron por divorciarse.

J. A. WALDRON.







Otoño de almas

(Poema leído por la notable actriz señora Antonia Plana, en la noche de su beneficio.)

I

Confieso que he cruzado la existencia
sin que nunca mis manos
hayan rasgado el velo de la ciencia
para inquirir orígenes y arcanos.
De la vida en la cumbre, todavía
desconozco las causas naturales
que a los humanos dan supremacía
sobre sus inmediatos animales.
Soñador y poeta,
la razón del contraste no me inquieta,
y en mi dichosa candidez, ignoro
por qué hay hombres de raza tan distinta,
por qué el inglés es rubio como el oro
y el guineo más negro que la tinta.
No sé por qué, bajo los mismos mares,
los peces tienen tan diversa escama,
ni por qué no son nunca similares
flores que se abren en la misma rama.
La ciencia, de seguro,
podría iluminar el fondo obscuro
de mi mente tranquila y soñadora;
más no quiero probar, pues me figuro
que es la ciencia una llama asoladora.
¿Para qué deleitarse en la toxina
del examen, el germen y el problema,
y saber con Bartrina
"que el genio no es de Dios sagrado emble-
[ma?"
Yo prefiero esta cándida ignorancia
del "eterno por qué". Place a mi labio
de la odre tosca la senil fragancia,
más que la amarga y doctoral substancia
que en copa minervina bebe el sabio.

II

Por eso no analizo
el por qué Rosa-Luz y Malvarrosa,
siendo hermanas, tenían un hechizo
que, pareciendo igual, era otra cosa.
Vinieron a la tierra el mismo día
y de un mismo rosal fueron la gala,
sin amenguar jamás su lozanía
ni torpe idea ni tendencia mala.
Eran dos almas puras,
dotadas de exquisito sentimiento;
pero existía en ambas crïaturas
opuesto y singular temperamento.
Aunque del mismo sol al dulce abrigo
al par abrieron su corola noble,
Malvarrosa era rubia como el trigo
y Rosa-Luz morena como el roble.
Todo era en Malvarrosa
natural y sencillo; parecía
Ofelia recatada y pudorosa
buscando flores al nacer el día.
Ni la inquietud más leve
llegó nunca a marcar sensible huella
en aquel corazón, preso entre nieve,
que, más que corazón, era una estrella.
Como único decoro
de aquellas olas de oro
que caían, rizándose, a su espalda,
Malvarrosa prendía los jazmines
que antes combaran su sencilla falda
en la quietud de rústicos jardines.
A veces, el mandato de la vida
sacudía su pecho indiferente
y quedaba la virgen inocente
en rústicos arrobos sumergida
ante el claro cristal de alguna fuente.
Besábanse las flores; en los nidos
ocultos en la sombra de la rama,
los pájaros sacaban sorprendidos
la cabeza, y en cantos confundidos
parecían decir: — ¡Despierta y ama!
Pero venciendo pronto este desmayo
de su imaginación casta y dichosa,
del moribundo sol al rojo rayo
a la heredad volvía Malvarrosa.

III

¡Naturaleza! ¡Madre y soberana
de cuanto alienta y vive en el planeta!
¿Por qué haces que en tu seno brote hermana
del soberbio clavel la vïoleta?



Rosa-Luz era fuego:
bajo su piel morena, parecía
que de la sangre el impetuoso riego
en volcanes las venas convertía.
El ébano brillante
de su cabello espeso y ondulante
recordaba la helénica belleza,
y era la frente, noble y arrogante,
blasón y majestad de la cabeza.
Bajo el arco divino
de las cejas, sus ojos retadores
lanzaban ese rayo peregrino
que es para el corazón puñal de amores.
No sabe Rosa-Luz lo que es la pena;
para ella la existencia es alegría,
y dormida sonríe la morena,
como despierta sonrió de día.
No tuvo para nada un gesto adusto
ni un pensamiento grave;
es tornadizo y desigual su gusto,
ama la independencia como un ave.
Sobre su pecho virginal, las rosas
se suceden en rápido reinado,
y Rosa-Luz contempla con agrado
el vuelo de las bellas mariposas.
Y sueña con volar a otras regiones
— mariposa de amor — y en loco vuelo
posarse sobre muchos corazones,
libando en todos con fugaz anhelo.
¿Y el porvenir?... ¡Qué importa!
Los años pesan como dura carga.
¡Más que una vida indiferente y larga,
vale una vida placentera y corta!

IV

Ese dios anarquista
que las almas sujeta a su mandato,
cuyo poder no hay pecho que resista,
pues no hay contra él posible desacato:
el amor, rey del mundo,
al corazón llamó de las hermanas
y un sentimiento insólito y profundo
perfumó aquellas flores tan galanas.
La pasión amorosa
fué dulce misticismo en Malvarrosa,
amor sin inquietud y sin orgullo,
sometimiento plácido del alma,
rumor de un lago en calma,
callado anhelo y contenido arrullo.
Pero la ley eterna del contraste
que aproxima contrarias energías
produciendo recíproco desgaste
de fuerza y calorías,
hizo que fuese Diego
novio de Malvarrosa; y era el mozo
un carácter de fuego
y un motivo constante de alborozo.
En cambio a Rosa-Luz tocóle en suerte
un galán apocado,
para la fiebre del amor, inerte;
para la charla pasional, callado.
Aun siendo tan distintos
de esta rara pareja los instintos,
creyendo que la dicha se improvisa
y que el amor no ofrece laberintos,
Rosa-Luz en casarse tuvo prisa.
Vosotros, los dotados de experiencia,
ya sé que juzgaréis grave imprudencia,
engendradora de seguro daño,
casarse pronto, y que la prisa engaña:
mas no olvideis lo que cantaba un maño:
"El matrimonio se parece al baño,
y el que lo piensa mucho, no se baña."
Se casó Rosa-Luz con Rigoberto,
segura de que al fin derretiría
la indiferencia fría
de aquel galán acobardado y yerto.
Mas ¡ay! el sol convierte
en arroyos la nieve de la altura;
pero a su beso bienhechor y fuerte
impávida resiste la escultura.
De Rosa-Luz la abrasadora llama
se retorcía en torno del granito,





y de los azahares en la rama
floreció prontamente la retama
del desengaño lóbrego y maldito.
  En silencioso llanto
ahogaba Rosa-Luz su desencanto;
y sedienta de amor, su pensamiento
alzóse enloquecido,
como ave que en la noche busca el nido
y cae rendida, sin lograr su intento.
  Moría Rosa-Luz entre la prosa
de la nupcial incomprensión; su brazo
se enarcaba en la noche silenciosa
llamando al ideal a su regazo.
  El hombre nieve un día
rechazó tu ternura delicada,
y el desamor, trocado en felonía,
pagó el amor con ruda bofetada.
Y Rosa-Luz huyó, dejando rotos
lazos que eran cadenas de tortura,
y en espacios remotos
se embriagó en el placer y en la aventura.
  En pos de sus fallidas ilusiones,
— mariposa de amor — en loco vuelo
buscó el amor en otros corazones,
libando en todos con fugaz anhelo.
  ¡Inútil busca! El ideal ansiado
no es la pasión grosera:
la caricia del sol yergue el sembrado;
¡se pierde el trigo si se incendia la era!

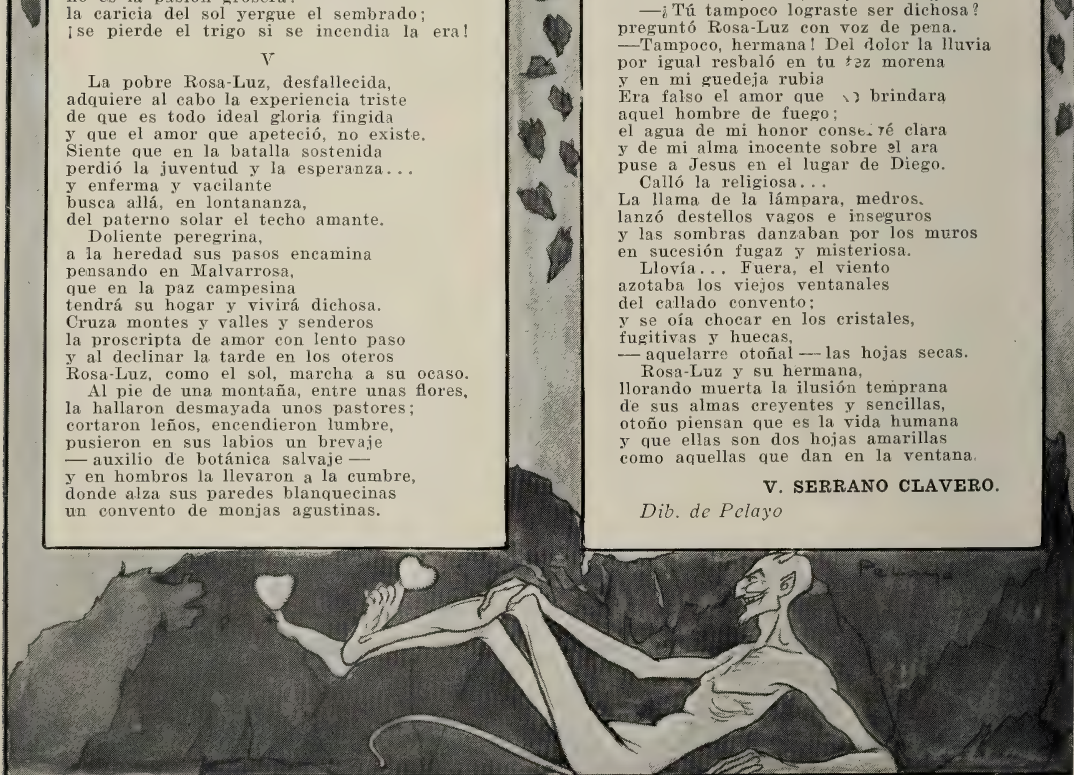
V

  La pobre Rosa-Luz, desfallecida,
adquiere al cabo la experiencia triste
de que es todo ideal gloria fingida
y que el amor que apeteció, no existe.
Siente que en la batalla sostenida
perdió la juventud y la esperanza...
y enferma y vacilante
busca allá, en lontananza,
del paterno solar el techo amante.
  Doliente peregrina,
a la heredad sus pasos encamina
pensando en Malvarrosa,
que en la paz campesina
tendrá su hogar y vivirá dichosa.
Cruza montes y valles y senderos
la proscripta de amor con lento paso
y al declinar la tarde en los oteros
Rosa-Luz, como el sol, marcha a su ocaso.
  Al pie de una montaña, entre unas flores,
la hallaron desmayada unos pastores;
cortaron leños, encendieron lumbre,
pusieron en sus labios un brevaje
— auxilio de botánica salvaje —
y en hombros la llevaron a la cumbre,
donde alza sus paredes blanquecinas
un convento de monjas agustinas.

  Ya de la noche el pavoroso imperio
envolvía a la tierra en el misterio,
cuando la pobre Rosa-Luz sus ojos
(que el delirio agrandaba con antojos)
abría en un rincón del monasterio.
  La razón lentamente
iluminó el cerebro indiferente,
y al fulgor de una lámpara oscilante,
Rosa-Luz, en su lecho de agonía,
miró a Jesús, también agonizante,
que de la sala en la pared distante
con ojos de perdón, la despedía.
  Una voz lastimera
sonó junto a la helada cabecera,
y fué el acento aquel tan puro y blando
que los ojos volvió la moribunda
y halló, vencida en su piedad profunda,
a una monja llorando.
  —Rosa-Luz, Rosa-Luz, ¿no me conoces?—
decía en su hondo duelo
la religiosa con pausadas voces,
mientras su llanto humedecía el velo.
—No ha permitido el cielo
que muriera en la luz la mariposa.
Hermana, mírame! Soy Malvarrosa.
  Y se unieron los labios
sedientos de perdón, limpios de agravios.
  —¿Tú tampoco lograste ser dichosa?
preguntó Rosa-Luz con voz de pena.
—Tampoco, hermana! Del dolor la lluvia
por igual resbaló en tu tez morena
y en mi guedeja rubia
Era falso el amor que nos brindara
aquel hombre de fuego;
el agua de mi honor conservé clara
y de mi alma inocente sobre el ara
puse a Jesus en el lugar de Diego.
  Calló la religiosa...
La llama de la lámpara, medrosa
lanzó destellos vagos e inseguros
y las sombras danzaban por los muros
en sucesión fugaz y misteriosa.
  Llovía... Fuera, el viento
azotaba los viejos ventanales
del callado convento;
y se oía chocar en los cristales,
fugitivas y huecas,
— aquelarre otoñal — las hojas secas.
  Rosa-Luz y su hermana,
llorando muerta la ilusión temprana
de sus almas creyentes y sencillas,
otoño piensan que es la vida humana
y que ellas son dos hojas amarillas
como aquellas que dan en la ventana.

V. SERRANO CLAVERO.

Dib. de Pelayo



BODA



Los desposados, señorita **Sofía Bengolea** y señor **Otto Be**mberg (hijo), saliendo de la basílica del Socorro, donde se efectuó la ceremonia nupcial

El hombre triple

El bohemio Plaffak está muy enfermo, — me habían dicho. Y yo, aturdido, pero aceleradamente, eché a andar avenida abajo.

Mi imaginación era un caos de escenas y lugares distintos bailoteando en derredor de la figura inquietante de Plaffak. Veía a éste cruzar sin rumbo las calles, metido en su amplio casacón gris deformado por el peso continuo y desigual de los libros, gacha la cabeza y fija la mirada en un punto flotante que avanzaba con él: actitud sempiterna de ir sumido quién sabe en qué reflexiones. Otras veces, en la vieja taberna del arrabal, aureolado su pálido rostro por el movible bosque bronceado de sus cabellos, llenos de luz sus ojos de incierto color y erguido cuan alto era, se me aparecía discutiendo entre estudiantes y amigos, con la verba abundosa y el calor de un sublime fanatizado, acerca de las tendencias novísimas de la ciencia y el arte, encargadas, según él, de eternizar nuestra complicada época en sorprendentes obras magistrales. Columbrábalo también en alguno de los antros inmensos en que se reunen los proletarios, donde, sobre la tarima y desde tras la mesa de pino que constituye la tribuna de los pobres, despertaba en los corazones, con la dignidad primera de la raza, un anhelo infinito de noble lucha, vociferando el dolor presente y latigueando con su ironía el pustuloso cuerpo social, no cansado de hundir su sueño en el ataúd donde la mentira lo acorrala. Ustedes recordarán, sin duda, que era esta una de sus frases favoritas. Y más allá de las calles de su vagabundaje pensativo, más allá de la taberna, más allá de los antros en que los esclavos se iluminan de libertad, más allá, más allá, en los últimos suburbios, en los burdeles de abominable abyección, en donde tiranizando actúa la canalla, en los que se loa la vida del puñal siempre sangriento y el estrujón de la más baja lascivia, volvía a ver al mismo Plaffak llorando amarga y prolongadamente ignorados desconsuelos, desolaciones de su espíritu extraño, sobre el seno condolido de una ramera, o, tambaleando a capricho de la embriaguez, y en la jerga de los delincuentes que lo aplaudían, escuchábalo panegirizar en largos discursos incoherentes la irresponsabilidad individual de aquellas existencias sombrías, de aquellos sus actos crapulosos.

Todo eso, desordenadamente, iba y venía en mi cabeza. Y nada de extrañar el tumulto de tales escenas con que evocaba la vida del extraordinario Plaffak, desde que se me acababa de decir que estaba poco menos que agonizando.

Sobre la ciudad, llena de los mil ruidos que el trajín de las gentes produce, el cielo, inconmensurable cuenca anegada de bruma gris, dejaba caer su tristeza en un así como finísimo y persistente polvo acuoso y helado que hacía estremecer.

Los transeuntes, con sus paraguas dirigidos contra el viento, o envueltos en sus impermeables como frailes en sus capuchas, o bien al igual que yo, sin ningún resguardo, o harapientos y pálidos y temblorosos, iban y venían, dejando libre el borde de las aceras, casi restregándolos en los umbrales y zócalos de las casas, impulsados por el afán de huir la pertinacia abrumadora de la llovizna.

Quedé un tanto maravillado, cuando me hallé de improviso en la puerta de la casa en cuya planta baja y en el fondo de un largo corredor obscuro tenía Plaffak su habitación.

Interneme, y en llegando al cuarto, golpeé.

—¿Quién?—preguntó débilmente Plaffak.

Y sin responderle, abrí y entré como solía hacerlo.

Precisé de un poderoso esfuerzo visual para lograr distinguir a Plaffak hundido en su viejo sillón. En el cuarto reinaba totalmente la penumbra. Y en esa penumbra, el rostro de Plaffak, aureolado por la sombra de sus cabellos, era un óvalo blanco mate en el que resaltaban siniestramente los dos puntos luminosos de sus pupilas.

Luego que me hube sentado y habitué la vista a la semiobscuridad reinante, fuí advirtiendo poco a poco el desbarajuste infernal en que se hallaban muebles y cosas. El lecho estaba vacío, y sus prendas se hubiera dicho que habían sido, no tendidas en el suelo, sino arrojadas con furia. Sobre ellas yacían los cuadros, con los vidrios rotos, y en los nudos de sus cordones presos los clavos mordidos por la cal de la pared. Sobre la mesa escritorio, se abría el agujero cuadrado del ventanuco, ropas, libros, volcadas piezas sucias de la vajilla del te, trozos polvorientos de viejo pan, combinaban la desarmonía más difícil de concebirse.



— ¿Qué es de ti, Plaffak? — pregunté a mi amigo no bien lo descubrí.

— De mí es la muerte — respondióme.

Un escalofrío recorrió mis nervios. Desconocía la voz con que me hablara Plaffak: voz de caverna y pesada, con el peso de un silencio de siglos.

Y sentí como si una tenaza, manejada por manos crueles, me apretase el corazón. No obstante, me atreví a insistir:

— ¿Cómo así, amigo mío?

—Así, y no de otra manera. Soy un hombre que se va.

— Que se va...—repetí máquinalmente, en el decrescendo de mi primer horror.

—Sí. Que se va sin haber llegado.

—Sin haber llegado...—volví a repetir.

—Sí. Sin haber llegado. Porque no es llegar a un sitio el solo hecho de pisarlo, si en él no se deja algo de nuestra sangre, algo de nuestro espíritu.

Y como en este punto la calma reaccionara en mí, repetí en la mente el diálogo comenzado, y el sombrío valor de las palabras de Plaffak me llenaron de profunda y tristísima curiosidad.

—Me resultan enigmáticas tus palabras.

—No lo extraño. Quiero decirte que muero dos años después de haber roto para siempre mis relaciones con Nilda, la mujer que hubo de ser mi compañera, y dos años después de haber olvidado mis manuscritos, que ayer arrojé al fuego.

—¡Oh! ¿Por qué has hecho eso, Plaffak?

—Porque en mis manuscritos hallé tres cosas que se contradecían: tres cosas a las que amaba por igual en el sagrado momento de la concepción, pero a las que odiaba por igual en la fría hora del análisis.

—¿Y ellas no constituían, por ventura, las distintas fases de tu temperamento?

—No, porque eran esencial y totalmente opuestas. Ellas hicieron de mi vida una constante lucha de martirios.

—¿De qué modo?

—Burlándose de mi sinceridad. Más bien negándola, y con ello negándome; enloqueciéndola, y con ello enloqueciéndome; destruyéndola, y con ello destruyéndome.

Con tanta vehemencia dijo Plaffak todo esto, a pesar de lo postrado de su ser y lo entonces débil de su misteriosa voz, que se apoderó de él un jadeo y una nerviosidad indescriptibles. Sus ojos, que parecían querer

salirse de las órbitas, habíalos fijado de tal modo en los míos, que se me figuraban los de un magnetizador no sé de qué narración alucinante.

¡Cuánto me dolía entonces el haberme interesado por la significación de sus palabras! Plaffak se mostraba deseoso de hablar, de explicarse, al punto de serle insufrible el silencio que hiciera para ver de calmar en algo su horrible agitación.

—Mi obra, inconclusa,—continuó.—era un pedazo de cielo lleno de luz y serenidad, y un pantano pestífero cuyos negros lodos traía y llevaba un torbellino, y un enorme grito perpetuo de guerra que no tenía eco en ningún ámbito.

—¿Tanta era, en verdad, la contradicción de tu obra?

—Tanta y más aún. Me he valido de tres símiles muy pálidos para explicártela. Añade a esto que la luz y la serenidad de ese pedazo de cielo no cayeron sobre nadie más que sobre mí; el cieno de ese lodazal no manchó a nadie más que a mí. Y esa luz y ese lodo y esa fuerza, ¿eran mías? No. No podían serlo. Quizá venían a mí para robarme lo que me pertenece, malo o bueno; lo que está en lo íntimo de mi ser y no conozco.

—¡Oh, Plaffak, Plaffak — roguele emocionado, — no prosigas así, que te haces mal.

A medida que Plaffak hablaba, su cuerpo se retorcía, y su rostro, desencajado, iba empalideciendo más y más. Hubo un punto en que pareció quererse arrojar sobre mí. Y yo no sé cómo me hallé de pronto parado entre la mesa escritorio y la entornada puerta. Y cuando, vuelto en mí, dirigí la vista al sillón, noté, estremeciéndome, que Plaffak no estaba en él. Y en ese mismo instante, un cuadro, arrojado sobre la pared, cayó hecho mil pedazos.

Plaffak, en el suelo, sobre trozos de muebles, vidrios y ropas en desorden, se revolcaba contorsionándose y mordiéndose los puños hasta hacerse sangre, o descansando sobre los talones y la nuca, hacía un rígido arco de su cuerpo, hasta que volvía a caer, convulsivamente, y comenzaba otra vez a encogerse y alargarse, con intermitencias en las que exhalaba un gruñido prolongado y feroz.

Yo, de pie, no tenía ánimo para moverme. El hielo del horror me había petrificado.

Plaffak se descrispaba entonces lentamente, cual si lo hiciera con intenso dolor. Y cuando pareció dispuesto a enarcarse y gruñir, quedó inmóvil, tendido en todo su largo, fijos en el techo los ojos vidriosos.

Como en aquel instante se aclarara en mí la conciencia de cuanto pasaba, deseé cerciorarme de si respiraba aún, y cuando me acerqué a él, vi transformada su cabeza en un ave blanquísima y maravillosa, la cual, asustada de mi actitud, comenzó a revolotear, hasta que, gozosamente, pudo huir de la habitación por el agujero cuadrado del ventanuco.

No había vuelto aún de mi asombro, cuando un soberbio león, que parecía haber salido del pecho de Plaffak, después de mirarme larga y dulcemente, llenó de estremecimientos, con un estruendoso rugido, mi alma y la habitación, y, gacha la cola, se escurrió por la entornada puerta, rozándome al pasar, con sus largas melenas suavísimas. Y, cuando, en el extremo de mi espanto y en el delirio de mi deseo de verdad, creí morirme sin ver qué restaba del cuerpo de Plaffak, aparecieron, abiertas ante mí, tremendas fauces rojas, armadas de agudos y largos dientes, como puñales, y, sobre esas fauces, dos pequeños ojos de fuego, y fauces rojas y ojos ígneos, en medio de un deforme cuerpo de negra pulpa gelatinosa que temblaba con fofo temblor.

. . . .

De súbito, un transeunte, entre temeroso y colérico, dió sobre mí con su paraguas y me insultó. Yo lo había atropellado con todo el ímpetu de una carrera loca y ciega. Hube de lanzarme sobre el desconocido, para contestar a sus vejámenes con mis puños, pero me contuve. Su paraguas me había hecho el servicio de volverme a la realidad callejera.

Libre del tercero de los seres en que se había metamorfoseado Plaffak, de aquel así como pulpo sin brazos pero de grandes fauces dentadas, sentí en mi pecho, lleno de oxígeno, el gozo inmenso que sigue a un inminente peligro salvado.

Edmundo MONTAGNE.

Dib. de Pelayo.

LA ORACIÓN DE LOS TRIGOS

Bajo la clara lumbre del Noviembre
un gran himno a la vida
la Pampa milagrosa
canta. Sueña la Pampa florecida...
¡La victoriosa madre está de fiesta!
Difunde, maternal y complacida,
su canción entusiasta y generosa,
que late en savia joven encendida
como la roja sangre de una rosa...
¡Bajo la clara lumbre del Noviembre!
Canta la Pampa milagrosa y buena
su gran himno de amor; canta el decálogo
que la hace más serena
y amada que un profundo pensamiento.
Y es grave y bueno su cantar...
¡Y es tan grave y tan bueno el escuchar!
¡Fructidor! — se oye al viento;
íntima nota errante
que vibra en los alambres del camino,
que es como una oración reconfortante
del solar campesino...
Y — ¡Fructidor! — repiten las rendijas
en el risueño patio de la estancia,
mientras la enorme rosa del molino
voltea sin cesar a la distancia,
y el ambiente se llena
de saludable y pastoral fragancia...
Lejos,
a los heroicos reflejos
del sol, que agita lábaros bermejos
en el azul de la extensión remota,
sobre la espalda de los ranchos viejos
la incansable gaviota
dibuja sus acentos circunflejos...
¡Lejos,
a los purísimos reflejos
de la encantada tarde del Noviembre!
Y en sus búdicos éxtasis plegados
descansan los ganados.
El vigilante perro
que la liebre olvidó, tranquilo espera
la hora de la sombra en la tranquera;
y a los aires arroja
la plácida bullanga del cencerro,
doliente y lastimera,
junto a la parva roja,
de cuando en cuando, la infeliz ternera...
Bajo la clara tarde del Noviembre
un gran himno a la vida
la Pampa milagrosa
cantó, fecunda al par y complacida.
Escuchad su canción, para que os siembre
génesis de entusiasmo al alma buena,
bajo la clara tarde del Noviembre.

Escuchad:
— ¿Sois amigos
del sol y de la risa venturosa
que vuelca nuestro dios en cada cosa?
¡Regocijaos, pues, nobles testigos!
Del Noviembre a la lumbre bondadosa,
que va dorando el germinal de granos,
que besa las espigas,
sacras manos amigas
han derramado bendición. ¡Los trigos
florecen como ensueños!
¡Los trigos fraternales!
¡Los trigos complacientes y paganos!
¡Los rurales amigos,
del bienestar y del contento hermanos!
Bajo la clara tarde del Noviembre
que el aire inunda de calientes brillos,
palpitan los trigales, que al Diciembre
se tornan amarillos.
Una terrestre bendición, tesoro
de la fecunda gesta,
flamea en la floresta
como bandera de oro,
bajo la clara tarde del Noviembre.
Almas sencillas, entusiasmos puros:
bendecid el prodigio
de los granos futuros.
La cosecha será rica en la copa
del soñado mañana,
cuando la lucha homérica
del brazo, en el solar, muestre de América
la esplendidez lozana,
que, al arrullo de cántigas marinas,
tórrido viento en popa,
conducirán los barcos hacia Europa
en busca de las áureas esterlinas
que colmarán las arcas argentinas...
¡Fructidor! ¡Fructidor!... La Pampa inmensa
respira, al germinal que la condensa,
bajo la clara lumbre del Noviembre.
¡Han granado los trigos
que ofrecerán amor por el Diciembre!
¡Campesinos, cantad!
¡Las bolsas del granero preparad!
Y, al fin de la oración, allá al Febrero,
sale esta voz del fondo del granero:
— ¡Somos los trigos, somos el amor!
¡Que todos gocen nuestro bien, señor!
Porque no es justo que el que aró la tierra,
mientras tú tienes paz, viva en la guerra...
¡Señor: dale también de nuestro amor!

José DE MATURANA.

Augusto Scherl

La condición peculiar de los periódicos alemanes de la generación anterior a la actual, era la misma que aún conservan algunos, como el sereno y reposado diario "Germania", de Berlín, del cual suele decirse que no publica más que una noticia telegráfica cada treinta años: cuando muere un Papa. Así era antes la prensa de Alemania; pero hoy, Berlín solamente cuenta, entre otros muchos diarios, con seis cuya circulación oscila entre 150.000 y 400.000 ejemplares. Hamburgo, Francfort, Colonia, Breslau, Leipzig y Dresde, tienen periódicos que venden más de 100.000 ejemplares.

El principal promovedor de esta revolución periodística alemana fué Augusto Scherl, fundador y propietario del "Berliner Lokal-Anzeiger".



Scherl, hijo de un humilde librero de Düsseldorf, llegó a la palestra periodística allá por el año 80 del pasado siglo, y llegó sin un peso en el bolsillo; pero con la inteligencia pletórica de ideas. Diez años después había reformado por completo los patrones a que se ajustaban los periódicos de su patria. El primer número diario del "Lokal-Anzeiger", que había empezado como semanario dos años antes, apareció en Berlín en agosto de 1885 y fué un acontecimiento sensacional en los anales de la prensa.

Los periodistas de la antigua escuela se frotaron los ojos y movieron la cabeza sorprendidos al ver que el nuevo periódico publicaba noticias de sucesos ocurridos veinticuatro horas antes fuera de Berlín y fuera de Alemania, porque estaban acostumbrados a ponerse en contacto con el mundo exterior cada ocho o quince días. Era evidente que alboreaba una nueva era periodística.

El "Lokal-Anzeiger" encontró una clientela que deseaba un periódico como aquel y que lo acogió con entusiasmo. El público esperaba un diario noticiero, imparcial y exento de los prejuicios de partido tan en boga en la prensa alemana. El nuevo periódico se ocupaba de política, pero no se cobijaba bajo la bandera de ningún partido. Scherl hacía en Alemania lo que Bennett y Pulitzer en América y lo que había de hacer Harmsworth poco después en Inglaterra.

En 1889, cuatro años después de su transformación en diario, el "Lokal-Anzeiger" consideró necesario publicar una edición por la mañana y otra por la noche y Scherl, el Napoleón de la prensa, ofreció ambas ediciones a los suscriptores por 50 centavos al mes, regalándoles además una edición especial del domingo. La doble edición diaria exigía un doble caudal de noticias, pero el problema estaba resuelto de antemano por Scherl, el cual llevaba mucho tiempo gastando dinero a manos llenas para montar bien y ampliar todo lo posible el servicio de información.

Al mismo tiempo que el gran periodista modernizaba el servicio informativo y la organización administraba para la venta del periódico, se ocupó también de la parte mecánica periodística. El "Lokal-Anzeiger" fué el primer periódico alemán que desterró la composición tipográfica manual y adoptó las máquinas linotípicas. Scherl introdujo la fotografía en la prensa diaria de su país y duplicó el éxito del "Lokal-Anzeiger" como diario con un semanario ilustrado, "Die Woche", que aún conserva el primer puesto entre los periódicos de su clase. Luego lanzó a la circulación un diario ilustrado, "Der Tag", que extendió por el mundo la fama del procedimiento tipográfico a dos colores inventado en Alemania.

Año tras año, Scherl fué creando nuevas publicaciones hasta que hubo explotado casi todo el campo de la actividad humana. Actualmente posee cinco diarios y una docena de semanarios entre los cuales figuran el periódico ilustrado de deportes más importante, "Sport in Bild" y el "Gartenlaube" periódico de familia muy leído. Ambos alcanzan una circulación colosal.

No obstante haber tomado una parte tan activa en el desarrollo de la moderna Alemania, quizás no haya en Berlín cien personas que conozcan de vista a Augusto Scherl. En sociedad no se le ve nunca; es un verdadero ermitaño; no firma jamás sus escritos, ni acepta invitaciones ni asiste a fiestas, espectáculos ni banquetes; recluído en su despacho, prosiguiendo su constante labor anónima, desaparecerá del mundo de los vivos dejando el fruto de su labor en el esplendor de su desarrollo y vida sin que de su nombre guarden el recuerdo más que unos cuantos profesionales del periodismo que al correr del tiempo irán con él a aumentar el montón de los trabajadores anónimos.

Hoy, gracias al fonógrafo, puede perpetuarse la voz de los cantantes y oradores que antes se perdía con la muerte de ellos; gracias al cinematógrafo las generaciones venideras podrán ver las actitudes del trágico o del tribuno, únicamente la labor del periodista caerá en el olvido: sólo quedará de él el título del periódico y la línea que diga: "Fundado en tal año por fulano de tal...

NUESTROS HOGARES



Señora Mercedes de Agustini Alsina de Doyhenard, con sus niños



Señora de Cortejarena, con sus niños



Señora Conde de Bary de Cazón, con sus hijitos



Señora de Seminario, con sus niñitos



Señora Catelin de Basabilvaso, con su niñita



Señora Rosa de Schindler, con su niñito

Fots. Garro y Freitas.



La calaverada

Cuando las doce campanadas del cercano reloj de Balvanera entraron con un vuelo extinguido por la entornada puerta, ella, que junto a su dormida hermana pequeña acechaba la hora, levantóse resuelta. El padre no había llegado aún. En el cuarto vecino su madrastra dormía profundamente, y en el centro de la habitación, estrecha, desventilada, sobre unas mantas tendidos en el suelo sus otros dos hermanos, prolongaban abrazados su sueño tranquilo.

Un tanto agitada por el temor de ser sentida comenzóse a vestir. Al terminar, acercándose a la puerta miró hacia fuera. Todo estaba tranquilo en el patio, cubierto de estrellas. Azorada, rápida, se deslizó temiendo al cruzar cada dintel ser vista por algún vecino desvelado. Cuando llegó al zaguán se detuvo un instante. El ruido exterior llegaba con un asordinado son de confusa sinfonía. Una honda congoja la turbó en ese momento, miró al interior de la casa silenciosa, dormida, pensó en los suyos, en la vergüenza, en la rigurosidad del castigo que sufriría si era descubierta, y permaneció indecisa, sin resolverse a salir.

Los nerviosos golpecitos del bastón de alguien que aguardaba en la inmediata vereda, la decidieron. Cautelosamente corrió el pestillo de la cerradura, y suave, muy suave, salvando el chirriar de las bisagras, abrió. El galán aguardaba; al verla aparecer toda pálida, brillantes los ojos, se acercó murmurando cariñoso palabras de agradecimiento, y como ella permaneciera inmóvil, sin salvar el umbral, tomólo del brazo mientras cerraba con cuidado la puerta.

Sin apresuramiento, con la apariencia de una tranquila pareja matrimonial, echaron a andar. En la esquina un coche esperaba con la capota baja. Subieron.

II

Con una mano abandonada entre las del acompañante conmovido, ella miraba sin ver el movimiento resonante de la calle llena de luz y de coches que rodaban raudos bajo la tibia noche de verano. Por su mente pasaba como un vuelo silencioso, la ansiedad de su ingenuo ensueño próximo a realizarse, por el que tanto arriesgaba y tanto suspirara. ¡El riesgo de esa aventura! Cuando ese día, al caer la tarde, su galanteador de ojos obscuros y bozo castaño, le propuso diestramente aquel nocturno paseo a Palermo, no pudiendo resistir la tentación, había accedido. Además, todos sus inconvenientes de muchacha honesta, desvirtuados hábilmente por el cortejante, habíanle dado decisión. Confiada, ingenua, sin sospechar la celada que él le tendía para lograr sus fines de fugaz enamorado, había convenido la hora, la jira rápida por el parque y la inmediata vuelta a su casa. Nadie se enteraría de su inofensiva aventura, y colmaría su deseo de conocer el Palermo de las noches de estío.

¡Cuánto soñar le hiciera aquel extraño deseo! Los raros paseos dominicales realizados con la pandilla de chicos de la vecina, que de tarde en tarde se decidía a acompañarla, y aquella distante y rápida jira en coche, debida a una no repetida munificencia de su padrino, era en realidad todo lo que había disfrutado del frondoso parque. Pero eso no la satisfacía. Deseaba conocer, gozar aquel Palermo de las noches veraniegas, del que le hablaban entusiasmadas algunas de sus compañeras de taller que tenían amigos... Deseaba conocer el paseo hacia donde veía rodar tanto tren lujoso, lleno de mujeres y hombres felices, cuando en las noches calurosas de diciembre y enero salía, con su madre y hermanos, en busca de fresco hasta el boulevard lleno de gente, de polvo, de mesas de café. Anhelaba conocer las avenidas frondosas, sombrías del bosque, aspirar las brisas llenas del soplo del río y de los sones de las músicas de los restaurants. Deseaba conocer el lago manso, argenteándose bajo la luna, surcado por góndolas que bajo sus tiendecillas ocultaban alegrías, tal vez idilios de novios felices...

Ese era su ensueño de muchacha romántica y pobre. Una ansiedad infinita por realizarlo la había invadido desde hacía tiempo. En noches desveladas durante el verano, mientras los suyos dormían pesadamente su sueño de gente laboriosa, ella, en el calor sofocante de la habitación abierta sobre el patio de la casa vecinal en donde vivía, con los ojos insomnes, escuchando el rumor desordenado de la calle, había soñado largas horas con la fresca alegría de aquel Palermo nocturno del que le hablarían en la inmediata mañana, algunas de sus compañeras de trabajo.

Por eso, aquella tarde, cuando su enamorado, que conocía su deseo, le propusiera en forma inocente el rápido paseo que ahora realizaba, impotente para resistir la tentación, accedió contenta de lograr una fórmula feliz para realizar su ensueño.

III

Un apasionado acercamiento del galán, la arrancó de sus ensoñaciones. Estaban en Palermo. El coche, dejando la avenida Alvear, cruzaba a la de las Palmeras. Automóviles resonantes pasaban en todas direcciones llevando mujeres cuyos velos flotaban trémulos al viento de la carrera. Algunas parejas caminaban lentas por los veredones; luces coloreadas aparecían por entre la frondosidad de los árboles. Algún silbido, risas, a veces el vacilante girón de una canción entonada desde un coche en marcha, surcaban la atmósfera eléctrica.

Adelantando el busto, miró ella con pupila conmovida

toda esa algazara: suspiró hondamente, y apartando de su frente los rizos que la brisa del río abanicaba, sonrió con un infinito contento en el corazón.

El carruaje se detuvo frente al lago. Descendieron comenzando a caminar por la ribera. Sobre las aguas plácidas, la iluminación del restaurant inmediato reflejaba sus colores; algunos botes cruzaban cercanos, y una góndola que volvía al amarradero trayendo un par de reidoras parejas, lucía sobre su tiendecilla un farolito veneciano y espantaba una escuadrilla de cisnes que huían esponjando el plumón. Ella rió argentinamente su alegría, y él, pasando su mano por el bozo, miróla enamorado, satisfecho.

Fueron a sentarse en un cenador abierto entre el follaje de la orilla. En el pabellón central del restaurant una orquesta daba al aire de la noche la cadencia sollozante de un vals. Un camarero acudió y fuése volviendo al rato con la bebida pedida. Como ella sin decir palabra miraba la concurrencia agrupada en torno de las mesas, él comenzó a hablar, mientras llenaba los vasos. En tanto bebían, ella fuése animando; todo su contento desbordaba en una cháchara nerviosa; su pupila y boca encendidas ponían en su rostro una expresión desconocida para el galán que mordiéndose suavemente los labios, la miraba brillante el fondo oscuro de los ojos.

De pronto, aprisionándole las manos vivaces, propuso él:

—¿Tomemos una góndola?

Fueron al amarradero y se embarcaron. Ella sentóse en el banco de amplio respaldo, bajo la toldilla azul y y roja. El, permaneció en pie; luego, cuando la góndola bogando lentamente bajo el impulso del remero se hubo internado en las aguas, sentándose silencioso le tomó las manos. Al cabo de un rato le preguntó en voz baja:

—¿Me quieres, me quieres mucho?

A ella le latió apresuradamente el corazón. Sólo contestó con un "sí" susurrante cuando él insistió por segunda vez. Entonces él, le besó las manos. Ella sintiéndose desfallecer apartó la cortinilla de la tolda, mirando hacia fuera.

La góndola bordeaba ahora las lejanías del lago. El rumor del restaurant llegaba apagado, manso; el verdor de los árboles se plateaba de luna; las estrellas palpitaban en un remoto sueño de oro y una apacibilidad infinita caía del curvo abismo del cielo. Una voz a lo lejos pasó cantando:

Quien canta su pena
encanta su vida...

El, inclinóse para besarla. Extendiendo las manos ella hurtó el rostro. El permaneció indeciso; ella alerta, con el corazón lleno de súbitos recelos.

Vuelto de espaldas a la pareja, el gondolero remaba silencioso. Un instante de expectación flotó entre los enamorados. Luego, de una pequeña ensenada surgió un bote tripulado por dos remadores. Levantóse ella de su asiento. Por entre los follajes, las luminosidades del restaurant reaparecían.

Desembarcaron. Al tiempo de subir al coche, ella insinuó:

—Podríamos volver. Debe ser muy tarde.

—Bah,—le repuso,—aún tenemos tiempo.

Los caballos arrancaron. En la avenida llena de luz los peatones habían desaparecido. Un automóvil, sonando su bocina, pasó mostrando el beso que se daba la pareja que iba dentro. Ella sufrió entonces un temor angustioso. Por primera vez desde aquella tarde, tenía conciencia exacta del alcance y de las complicaciones que podía tener la nocturna aventura aceptada con una ingenuidad infantil. Su corazón honesto se le oprimió, y valorando la incidencia de la góndola, sintió por primera vez también, una profunda desconfianza por las intenciones de su galán. De reojo lo miró suavemente. El, con los brazos cruzados sobre el pecho y el sombrero inclinado a los ojos, pensaba en la inesperada resistencia de su pareja, a la cual creyera presa segura; ni por un momento pensó que aceptase aquella muchacha con entera ingenuidad el ambiguo paseo. Ella rompió el silencio.

—¿Por qué no volvemos? Ya es tarde.

—¿No nos bajamos a caminar un poco?

—No; volvamos.

—Pero, ¡si no es tarde!

—No importa; yo quiero volver.

Por el acento comprendió que ella defendería su virtud hasta el escándalo; tuvo miedo de las consecuencias, y sobre todo, temió perderla insistiendo brutalmente. ¿Si probara hacerla beber?

El coche llegaba a un café. Jugando su última probabilidad hizo detener la marcha. Resistió ella a efectuar aquel alto, pero él insistió, suplicó tanto que por fin accedió mediante promesa de regreso inmediato.

Descendieron. Bajo una vasta armazón cubierta de follajes, una veintena de mesas aparecían dispersas a la luz un tanto incierta de los reverberos. Cuando entraron, media docena de trasnochadores estaban en torno de una mesa cubierta de botellas y vasos. Un pianista arrancaba a un teclado los compases de un tango. Los parroquianos coreaban la música y dos de ellos, haciendo pareja, levantáronse comenzando a bailar. El ambiente era de tumulto y peligro. Los camareros de pie, junto al mostrador, miraban la escena en silencio. La brisa del río próximo llegaba fresca. A la distancia vibró el silbato de un tren.

Ella estaba inquieta, y él, verboso, sólo se interrumpía para beber. De pronto un corcho vino a caer sobre la mesa donde bebían. El dióse vuelta rápidamente a mirar. La pareja que venía bailando, al pasar cerca a ellos rió fuertemente haciendo caer con estrépito una silla. Ella no pudo contener un grito nervioso; él se puso en pie. Los bailarines detuvieron su tango y uno se acercó con un ¡Qué hay! provocante, mientras el resto de los parroquianos se levantaba viniendo a formar corro. La muchacha, asustada, lo tomó del brazo para que se marcharan. En ese momento, uno de los individuos que estaba en primera fila, empujado violentamente vínose sobre ella. El lo abofeteó, y como alguien le arrojase una botella, tomando una silla volcóla sobre la cabeza e iracundo la arrojó sobre los agresores que se arremolinaron bajo el golpe. Hubo una confusión, un grito. A la luz de los reverberos brilló el niquelado de un revólver. Inclinándose lanzó una segunda silla. Se produjo un desbande, después un estampido...

Como no atinaron a huir, cuando entró la policía, fueron presos. Una vez en el carruaje, frente al agente que los conducía detenidos, ella comenzó a llorar con un llanto suspirante. El, todo conmovido, turbado por el temor y el desorden, no atinando a consolarla, acariciábale las manos en silencio, y el agente policial sentado frente a ambos, con los brazos cruzados sobre el pecho, acostumbrado a los llantos de las mujeres divertidas que trasnochan y escandalizan con sus amigos en los cafés, asistía impasible a la angustia de aquel corazón aniquilado.

L. GONZALEZ CALDERON.

Dib. de Caro.



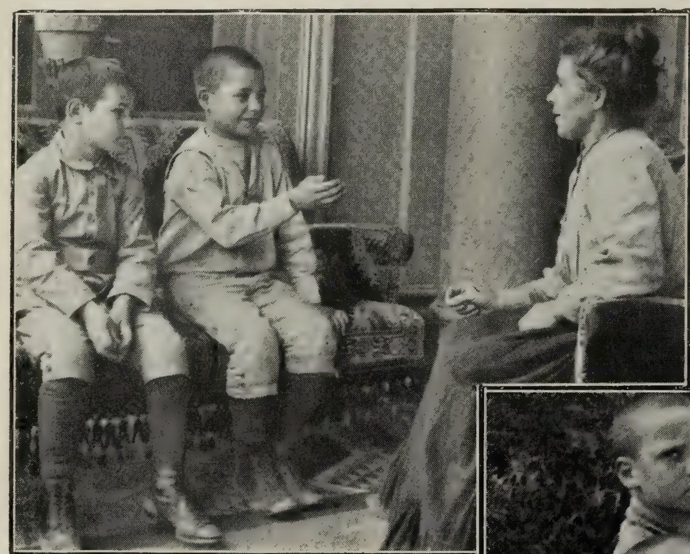
Una visita a "La casa del n



Grupo general de asilados, en "pose" para "El Hogar", antes de practicar la visita alrededor de la casa



Frente de "La Ca
por el As



Otra "madre" explicando a dos huérfanos cómo deben conducirse durante una visita

Instituciones tan perfectamente organizadas como "La casa del niño" merecen el cariño y admiración de todas las gentes; ellas no sólo ejercen la caridad con exquisito altruísmo sino que educan en el amor a la patria y al trabajo a los hombres del mañana.

La nota gráfica que ofrecemos a nuestros lectores corresponde a la visita llevada a cabo por uno de nuestros redactores a dicho establecimiento, y da una idea completa del funcionamiento de la institución.



La hora feliz del almuerzo en un rincón del bosque, presididos
cita prematura, — enseñando a

...ño" Asilo General Dellepiane



...l Niño", edificio donado ...neral Dellepiane



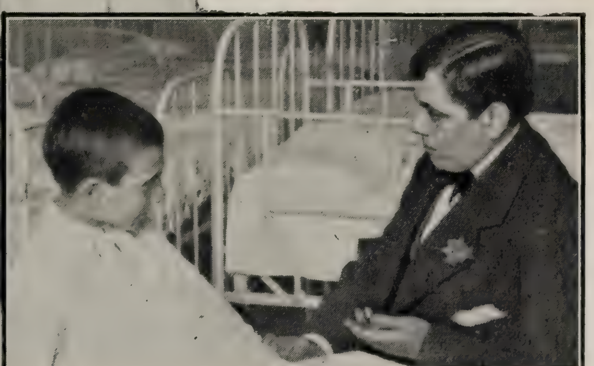
Una lección al aire libre, dada a los pequeños alumnos por una de las "madres" del establecimiento



... madre más joven. — La única niña de la Casa, — madre- ... cómo debe comer



El más chico y el más revoltoso



El Dr. Aníbal E. Mohando, en la sala-hospital del establecimiento, auscultando a un enfermito



Los principales personajes

La visita del difunto

Novela completa ilustrada por los artistas: señoras Faura y Tressols y señores Vehil, Martín, Venegas, Closa e Izquierdo.

I

Un caballero que fué trasladado de pieza, sin su permiso

Desentumecióse sosegadamente; después notó cierto escarabeo en los ojos y una especie de calambre recorrió todo su cuerpo. Quería respirar y no podía; deseaba ver y envolvíale la obscuridad.

De repente hizo un esfuerzo heroico; todos sus músculos entraron en acción. Extendió brazos, cabeza y piernas; comenzó a dar cabezadas, puñetazos y puntapies... y las paredes de la negra caja en que estaba encerrado saltaron hechas astillas.

Luego percibió en determinado punto cierta débil claridad, la que se filtraba por una grieta de la lápida de su nicho, y en aquel sitio comenzó a descargar otra tanda de golpes, cayendo cascote y cemento pulverizados y partiéndose los ladrillos y el mármol que cubría todo aquello.

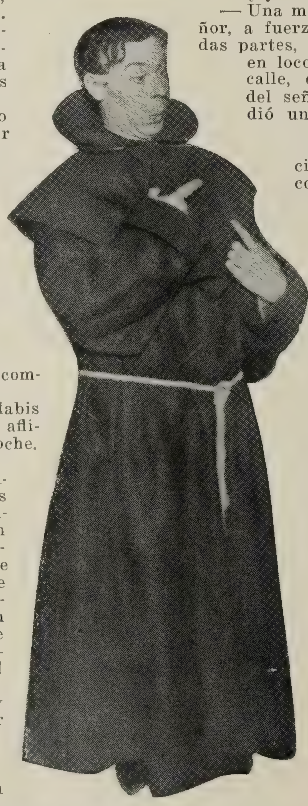
Saltó cabeza abajo, acrobáticamente, y se halló en el suelo del cementerio.

— Por lo visto, — se dijo — he estado muerto. ¿Y cuándo fallecí? ¿Y de qué? Pues no lo recuerdo. Si no sé ni quién soy... Tal vez me entere por la lápida...

Tomóse aquel hombre el trabajo de recomponerla, y leyó:

"Aquí yace el señor Salvino Piscolabis Labrunejo. Su desconsoladísima viuda y afligidísimas sobrinas llorarán por él día y noche, mientras le sobrevivan. R. I. P."

— ¡Cierto! Ahora me viene a las mientes que ese fuí yo... ¡Pero qué buenas personas las de mi familia! Siempre gimiendo... Hay que consolarlas. ¿Quién había de creer que mi mujer fuese llorona?... ¿Gime y la legué un millón de pesos y mi palacete? Pues si no la hubiese dejado nada... Pues las sobrinitas tampoco tienen derecho a estar tristes, con los cien mil pesos y el rascacielos que por una cláusula de mi testamento disfrutan. ¡Qué ocurrencia la de morirme! ¡Bah! No quiero pensar más en eso. Ahora... ¡a vivir otra vez tocan! Lo que me voy a divertir... ¡Lo que se van a alegrar aquellas cuando me vean!...



¡Qué ocurrencia la de morir-me!

Noticias del caballero

El señor Salvino echó a andar por un callejón cuyas veredas estaban constituídas por cuatro hileras de nichos. No le tentó la curiosidad por saber qué muertos habitaban en ellos, y eso que en aquella necrópolis cada vecino tenía a la puerta de su pieza un letrerito indicador de su nombre y apellido, seguido de otros detalles.

¿Qué se le daba al resucitado de su vecindad? Para lo que había alternado con ella...

Un hombre uniformado le cortó el paso.

— ¿Dónde va? — preguntóle, no muy cortésmente.

— A casa.

— ¿Y qué vino a hacer aquí vuesa paternidad?

— No me enteré... Por mi gusto, creo que mejor que aquí habría ido al biógrafo. Me trajeron, pues, ignoro cuándo. ¿Y por qué, diga, me trató de paternidad, si no soy clérigo?

— Entonces, será ladrón y vendría a profanar este santo lugar, ¿no? Porque va vestido de fraile? ¡Voy a dar parte!

— No dé nada, mi amigo. Soy enemigo de escándalos. Ese hábito que me cubre, ahora me percato de ello, será una mortaja. Mire, sea calladito y no le pesará, porque no escatimo propinas.

— ¡A mí con sobornos! ¿De dónde salió el señor?

— De aquel nicho que ve removido.

— ¿Entonces el señor es don Salvino?

— ¡Cómo no! ¿En qué fecha me enterraron?

— Recién hará dos años.

— ¿Qué enfermedad me condujo por acá?

— Una meningitis. Cuentan que, de improviso, el señor, a fuerza de oir conferencistas extranjeros en todas partes, le dió por la manía de la oratoria y paró en loco. Pronunciaba discursos en su casa, en la calle, en el café, en el teatro... Todos huían del señor, por temor a su verborrea. Un día le dió un arrechucho y ¡zás! feneció.

— ¿Por qué querría yo ser orador?

— Porque como el señor pasaba desapercibido, no obstante ser rico, le entró la comezón de hacerse célebre por algo.

— ¡Ah! ya... Bueno, ¡chao!

— ¿Se va? No lo permito. ¿Cómo voy a dar cuenta de usted? Vuelva no más al lugar que abandonó.

— ¡Quiá! ¡Antes la muerte!

— Pues muérase.

— Mas adelante. Ahora voy a farrear un poquito.

— Su fuga puede costarme el destino. El señor debe morir, quiera o no.

— ¡No me dá la gana!

El empleado del cementerio se lanzó amenazador sobre el señor Piscolabis, quien le propuso una transacción. El le ayudaría a recomponer la partida lápida y dejarla colocada como si nada hubiera ocurrido.

El otro aceptó a regañadientes y don Salvino siguió viaje hacia otro punto.

III

Los domésticos del tal caballero

Su primera idea fué tomar un auto: mas como no tenía con qué pagarlo, encaminóse a pie a su domicilio antiguo, restregándose con júbilo las manos, al pensar en la agradable sorpresa que allí iba a dar.

Llegó al palecete, hizo sonar un timbre y abrió un portero galoneado.

— ¿Qué desea? — le preguntó.

— ¿Pero no me recordás vos, Jacinto?

— No desconozco esa voz.... ni esa cara...

— Como que me serviste veinte años.

— Si jamás estuve en convento alguno...

—Aquí no más. Soy Salvino Piscolabis Lebrunejo, ¿sabés?

— ¡Oh! ¿Pero no murió el patrón, de empacho de elocuencia? Yo mismo lo acompañé al camposanto, con un hachón de seis hilos encendido. ¡Atrás, padre! ¡Usted no es usted!

— ¡Callá, majadero, y no soltés disparates! ¡Paso a tu dueño!

Y don Salvino se precipitó en el "hall"; llegó a una puerta y la franqueó, sin hacer caso del mucamo que le gritaba:

— ¡Deténgase, padre! ¿Dónde va? ¿Es que se volvió loco?

— ¡Estúpidos! Miradme bien. ¿Me reconocéis?

— ¡El patrón! — contestaron todos. — ¡Milagro! ¡Qué cosa estupenda!

— ¿Dónde está mi esposa?

— El señor no tiene eso.

— ¡Cómo! ¿Murió?

— ¡Se casó con otro!



—Felicidad, negro. No te molestes en volver.

IV

El marido de la mujer del mismo caballero

Abrióse una mampara y un señor feo como un demonio apareció, apretándose el gorro de dormir con una mano y con la otra los cordones de la bata.

— ¿Qué escándalo es este?— murmuró. — Son las ocho y tengo prohibido que se me despierte antes de las once. Me retiro muy tarde del círculo, ¡no! cuando concluye el "baccarat". ¿Pero es que no lo sabéis, otarios? Mañana os despediré a todos. ¿Creéis que soy tan imbécil como vuestro antiguo patrón, que os lo toleraba todo?

— Gracias — profirió Piscolabis.

— ¿Eh? Váyase enhoramala y no despierte a la gente bien. Yo no doy plata a las comunidades, che, hermano. Apenas si con lo que posee mi señora tengo bastante para mis vicios. Conque espiante.

— ¡Perico! — contestóle el fraile. — ¿Conque eres tú quien me suplanta? ¿Tú, mi escribiente, te atreves a derrochar el capital que yo acaparé? Si lo sé, no vengo.

— ¡Qué veo! ¡Pero quién diablo le mandó resucitar? El caso es que el señor tuvo a bien morirse, y solita su esposa y yo también solito... pues matrimoniamos, para acabar con tanta soledad. Lo cual quiere decir que aquí no hay más dueño que yo.

Don Salvino se abalanzó a Perico con intención de ahorcarle con los cordones de su hábito. Pero en esto abrióse un "portier" y presentóse en escena una señora bastante jamona, arreglándose los rulos de su pintada cabellera.



— ¡Que tengan que ir a pie los muertos al camposanto!...

V

La esposa del segundo caballero, viuda del que le dirige la palabra

Era la interfecta la mismísima doña Petronila, media naranja, en un tiempo, de don Salvino y otra media, después, de Perico; vamos, una señora naranja entera a la presente.

— ¿Tú? — exclamó al fijarse en el fraile. — ¿Pero vos... sos vos? No digás... Dejate de embromar...

— ¡Cómo no! Y me quedo aquí; y ese se manda mudar inmediatamente.

— Me parece... No lo creas...

— ¿Es que rige ahora la poligamia?

— Pero mirá, Salvino, que hasta muerto sos terrible... Andá a descansar al nicho y no me retés.

— Que vaya Perico en mi lugar. Yo ya me cansé de estar allá.

— Es que a él le preciso y a vos no.

— ¡Muy bien dicho! — arguyó Perico.

— Vos te callás, — le increpó el otro furioso. — Los tribunales arreglarán este asunto.

— Fallando contra vos. ¿Crees, simple, que no consulté el caso? Las mujeres, al llegar a la edad madura, lo preveemos todo. Conque, adorado mío... que fuíste, te aconsejo que te vayas a tu tumba. Allí estarás lo más bien... Yo soy de ese, y como dama virtuosa, no puedo ser de otro. Tu derecho sobre mí pasó.

— ¿Y mis bienes?

— También son de él, según la ley. Conque apuráte, che, y caminá de nuevo al cementerio.

— Vaya, pues, con tu permiso, me retiro.

— Felicidad, negro. No te molestés en volver.

VI

— Sí, sí, en mi casa sobro yo, — se decía don Salvino por la calle. — ¡Qué mundo este! A muertos y a idos... Yo, millonario en mi primera vida, vengo a ser un atorrante en la segunda... De veras que adelanté. Dicen que fuí orador... Si me quedasen restos de elocuencia... Probemos a discursear: Señores... señoras... respetable auditorio... ¡Pucha! Perdí ideas y conceptos... ¡Ni medio!

Y comenzó a jurar en alta voz y a moverse como si bailase un tango.

— Parece mentira — le dijo un guardia de seguridad agarrándole por la capucha, — que un fraile dé ese ejemplo a los transeuntes.

— ¡Pero si vos sos Canseco, el que yo coloqué de guardia!

— ¡Qué veo! ¡El señor Piscolabis, a cuyo entierro asistí! Un hombre con tanta meneguina, pasiando con la mortaja rota y sucia...

— ¡Ay, Canseco! No soy nadie, desde que mi mujer no es mi mujer, ni mi capital me pertenece, ni poseo siquiera un cobre. Estoy haciendo el papel de Job.

— ¡Pues a la comisaría o a un asilo!

— No me privés de la libertad. Voy a ver si mis sobrinas recuerdan de mí y quieren que vuelva a ser quien fuí.

— Así, siga nomás, y no olvide que deseo ser cabo.

VII

Con la cabeza baja, atontado y casi desfallecido marchó don Salvino. Alguien le dió limosna.

No mejor recibimiento le hizo su sobrina, sus demás deudos y amigos en vista de lo cual emprendió un viaje camino del cementerio, dudando de si allí le recibirían. Sonaban las doce de la noche cuando llegó.

¡Las doce! La hora de los muertos.

Buenos días

Al llegar corrió en busca del empleado de la necrópolis que le había facilitado la fuga.

— ¿Tan pronto de vuelta? — díjole éste.

— No me satisfizo la sociedad de los vivos. La he observado sin ficción, tan al natural... Abra la puerta de mi alojamiento.

— Cosa extraña... Viva, caballero.

— ¿No temía antes que se echase de menos un finado encomendado a su custodia? No quiero que falte a su deber.

— Como el señor desee. Pero hubiera preferido no cumplir con mi deber. Me ha sido el señor tan simpático...

—Zarandéeme un poco.

— ¿Quiere entrar en reacción? ¿Solicita masaje?

— Pretendo que caigan algunas monedas que personas filantrópicas colocaron en mi capucha. Muévame fuerte.

Sacudióle el empleado como si limpiase un felpudo y se desparramaron las piezas de cinco, diez y veinte centavos.

— Guárdelas nomás, — profirió don Salvino — y prométame un póstumo favor. Borre lo que hay en mi lápida y substitúyalo por esto:

"A nadie le importa quién yace aquí"

"Se prohiben visitas latosas"

— Se hará lo que el señor ordena. ¿Quiere que le despierte en alguna ocasión?

— No, no. Prefiero dormir tranquilo.

— Muy bien. Que muera con salud, caballero.

— Cierre herméticamente la lápida. Vaya, agur.

Arrellenóse don Salvino en su nicho, cerró los ojos, y se murió de veras, gozando tanto en su muerte que es de esperar no vuelva a resucitar.

Y hará perfectamente. Porque cada día que pasa está peor el mundo...

J. VÍCTOR TOMEY.



Un grupito de asilados, en la carpintería

El Refugio Rivadavia de Dolores

En nuestra corta visita al refugio Rivadavia que dirige con peculiar acierto el señor Eduardo A. Cano, hemos podido apreciar el significado altamente filantrópico que desarrolla la floreciente institución. El refugio-asilo para niños pobres, para esos chiquilines que el destino hizo nacer desheredados de la fortuna, tienen una importancia muy grande, no solamente para Dolores, sino también para toda esa rica región de la provincia de Buenos Aires.

Recorriendo sus distintas dependencias y admirando la lozanía de los jardines y la quinta, hemos experimentado una íntima satisfacción, al ver correr y jugar alegremente a tanto niño que no hace aún mucho tiempo vimos caminar al azar y recorrer calles en demanda de una moneda o un pedazo de pan. Los raquíticos de ayer, los que estaban prontos a morir de hambre o de frío, ahora estudian, trabajan, juegan, y en sus juegos saludables encuentran el desarrollo suficiente que han de hacer de los niños de hoy los hombres fuertes del mañana.

El director del refugio, que tiene formada una idea positiva acerca de la capacidad de los asilados los educa en forma sencilla, pero práctica, dentro del marco de su misma sencillez. El, no quiere que el niño viva pensando en su encierro, ni en el castigo, ni en el rigorismo pedagógico, siempre de pocos resultados, precisamente por ser una equivocación en un establecimiento como el que dirige el señor Cano. El refugio Rivadavia es un hogar, un hogar donde resplandece la alegría y donde cada asilado es un hijo a quien se viste e instruye.



En el comedor, frente a la quinta

Esta gente menuda—nos decía amablemente el director—necesita aire y sol; deben correr, trepar a los árboles, cansarse; cuando el cansancio los rinde y el calor y el aire les ha enrojecido la cara sienten apetito, un apetito que habla en favor de mi sistema educacional.

—¿Y se trabaja también?

—Sí, amigo. Los niños no pierden el tiempo. Estudian y aprenden riendo y conversando. Es este un buen sistema porque trabajan con gusto, con empeño so ahinco. Además, distribuyo premios.

—Es un gran estímulo.

—¡Gran procedimiento! A los más adelantados, a los que ya saben trabajar se les pagan 20 o 30 centavos diarios. Poca cosa ¿verdad? Pero esa pequeñez tiene un poder enorme sobre el ánimo de mi gente. Aquí todos se afanan por mejorar. La carpintería, como ve, es su principal trabajo.

—¿De dónde sacan madera?

—Aprovecho la de cajones que compro a precios sumamente reducidos. ¡Si viera usted cuántas cosas se han hecho de madera que todo el mundo consideraba inservible! Hay que desengañarse: todo es cuestión de ingeniarse en esta vida.

—¿Y los más pequeños?

—En los días de lluvia, en las horas fuertes de calor tienen sus salas donde jugar debidamente vigilados; en los días normales hacen la verdadera vida de campo, al aire libre, lo que contribuye a que adquieran una salud y robustez grandísimas.

—Este refugio—similar a la Casa del Niño de esa capital—fué creado hace tres años poco más o menos, bajo los auspicios del defensor general de menores, en



Una lección de Historia Natural en la quinta

la provincia de Buenos Aires. En la actualidad cuenta con una pequeña subvención del gobierno provincial y otra de la intendencia local. Con esas entradas, relativamente pequeñas, desarrolla su misión filantrópica.

Es tal vez por eso que su acción, en los primeros tiempos, abarcó un radio algo reducido, radio que ha aumentado considerablemente en estos últimos meses.

La sociedad dolorense, que en todo momento se destacó por sus sentimientos generosos en favor del desvalido, le presta también su concurso desinteresado y espontáneo.

Además, las obras de carpintería, se venden, lo que implica otra entrada que se invierte en mejoras para la institución.

Idéntico procedimiento se observa con los sobrantes de fruta y productos de la quinta.

El director del refugio es un hombre muy práctico, que tiene la habilidad de sacar buen partido de cosas que parecen insignificantes y sin valor alguno. Dirigiendo la casa ha hecho obra muy buena y meritoria.



Los más pequeños, en clase

El refugio Rivadavia ocupa una casa de amplios salones ventilados a la perfección. Una hermosa quinta cubierta de viejos árboles frutales, jardines y una plazoleta para el gimnasio, componen el conjunto dándole un encantador golpe de vista.

——

—Señor Cano?—desea hablarle ese niño.

—Es uno de los refugiados. Un niño grueso, rojo el rostro y bailarines los ojos.

—¿Qué hay, mi hijo?

—Una señora pregunta por usted. Trae un niño.

—¿Alguna visita?—preguntamos.

—No. Posiblemente es alguna pobre madre que trae su hijo aquí en la seguridad de que estará bien.

—Es usted el padre que tiene más hijos.

—¡No, mi amigo! Soy un hombre que cumple un deber lisa y llanamente.

Y sonríe con placer, con una risa franca y satisfecha que le sale de adentro.

Un empleado acompañado de una señora y un niño manifiesta que es un nuevo acogido. Llevadas a cabo las fórmulas del reglamento, el señor Cano, dando un beso en la frente al niño le pregunta:

—¿Vas a ser bueno?

—Lo soy; que lo diga mamá.

La madre sonríe.

—¿Vas a estar contento aquí?

—Sí, señor; mamá va a venir todos los domingos.

Al despedirse, la madre, una pobre viuda que debía ganarse el pan en su trabajo, da las gracias al doctor con lágrimas en los ojos, besa a su hijo y éste echa a correr con otros niños por el jardín.

Visitadas algunas dependencias del establecimiento, entre ellas los dormitorios en los que reina una limpieza exquisita y las cocinas donde las marmitas despedían un excelente olor, saboreamos un poco del guiso que iba a servir de cena a los niños y no pudimos menos de reconocer su agradable bondad.

Al salir en el gimnasio varios niños jugaban alegremente, en el jardín otros conversaban sentados en los bancos, a poco un niño se nos acercó; venía con el cabello todo mojado aún.

Era el último entrado.

—¿Qué te pasa?—le preguntamos.

—Que me han bañado, me han dado esta ropa nueva y... ahora no encuentro a mi amigo.

—¿A quién?

—A Juancito.

El muchacho acabado de entrar en la casa, ya se había creado sus amistades.

——

Nos despedimos. Era casi de noche.

Al salir oimos una campana.

Vióse luz en todos los pabellones y dependencias y un enjambre de niños se dirige riendo alegremente al comedor.

Era la hora de la cena.

Al abandonar la casa, dando las gracias al director, hicimos votos por que el Refugio Rivadavia no sólo siga su marcha progresiva, sino que sirva de ejemplo para su propagación en toda la República Argentina.

Y al decir que esta clase de instituciones son las que mejor que otra alguna merecen el apoyo de los gobiernos no es caer en la tentación de echar a éstas la culpa de todo, pues aún más la tienen aquellos que encójense de hombros pudiendo coadyuvar a su crecimiento y difusión no sólo con su óbolo sino una propaganda activa y eficaz.

Es menester conocer bien esta clase de colegios-asilos para darse exacta cuenta de su valor.

¡Con cuánto cariño la recordarán pasados los años los niños que hoy corren alegres por los jardines del refugio de Dolores!

Benito J. CASTAÑO.



El gimnasio del Refugio



Epistolario femenino

ESTE epistolario, escrito por una señora ya de edad, trata variedad de asuntos concernientes a las jóvenes. Tiene, como es natural, rasgos de gran experiencia y mucho sentido crítico cuando trata, no sólo la cuestión modas, con que encabeza su artículo, sino también en otros problemas más hondos y que nada tienen que ver con la percepción exterior de las cosas.

Empieza de este modo:

"¿No se sienten ustedes avergonzadas de la manera inmodesta con que muchas mujeres se visten hoy día? Cualquier chiquilina viste trajes tan apretados, que no pueden caminar con naturalidad, sino a breves pasitos, de modo que a la menor excitación ponen de manifiesto sus formas. Además el descote les da una apariencia tal de audacia, que no hay duda las perjudica en mucho. Muchas de ellas se exponen así, por negligencia, a sugerir pensamientos que las harían ruborizar si fueran conscientes de ellos. ¿Tienen las jóvenes derecho a ser tan provocativas? El vestido es un índice del carácter, y hasta estoy por creer que muchas niñas no aprecian el valor de ciertas miradas, pues de lo contrario no se expondrían a ellas.

Además, estos vestidos son poco saludables.

Según varias estadísticas, con los trajes actuales han aumentado las enfermedades de la garganta y los pulmones y es probable que no obedecerían tanto a los dictados de Doña Moda si supieran el daño que se hacen.

Los juegos de besos son dañinos. — Una niña me ha escrito pidiendo mi parecer sobre esos juegos ingleses, cuyas prendas mayores consisten en besos. En la carta relata la niña que una amiga suya en una reunión se abstuvo de semejante pasatiempo diciendo que los labios de toda jovencita deben ser sagrados para toda persona si se exceptúan sus padres. A pesar de las burlas de que fué objeto, ella permaneció firme en su resolución. La contestación a esta pregunta es categórica.

Héla aquí:

"Los besos que se cambian entre adultos y los niños se consideran dañinos por razones de higiene. Además, estos juegos donde los besos forman la base principal conducen a familiaridades indebidas entre los jóvenes, por inocentes que aquéllos sean.

Además esta costumbre lesiona el mutuo respeto que todo joven debe cultivar y mantener. Los hombres más sabios están contestes en condenar esta práctica y toda joven recatada debe abstenerse de estos juegos."

Un error de apreciación. — "Tengo una amiga —dice una joven — que tiene veinte y cuatro años. En el presente goza de buena posición. Es educada y de buena familia. Tiene un amigo que es diez años mayor, un caballero en todo el sentido de la palabra. Cuando era pequeño tuvo una mala caída y actualmente es un poquito rengo. En consecuencia no pudo trabajar, sino hasta hace cinco años, labrándose en este corto espacio de tiempo una buena posición.

La joven lo tiene en muy buen concepto. El es un buen amigo de la familia, y a veces parece darles muestras de aprecio. Sin embargo, nunca le ha dicho nada que no sea hablar del tiempo y otras generalidades. Ella, por su parte, vive preocupada por esta actitud y quisiera que él cambiara de modo. ¿Puede usted darme un consejo y hacer que ella vuelva a ser feliz?"

La contestación es la siguiente:

Su amiga debe llamar todo su orgullo en su ayuda, pues si ese hombre no la quiere, ella no puede pasar de demostrarle su amistad y estima. Es evidente que sus sentimientos hacia ella corresponden a una simple amistad.

¿Por qué ha de preocuparse su amiga sobre la extraña actitud de su conocido, si él nunca le ha dado motivos para pensar que la prefiere a cualquier otra? ¿Hay derecho a exigir que el aludido especialice sus atenciones con ella?

Una actitud amistosa y cortés es todo lo que debe esperar de aquel a quien trata. Si éste deseara entablar relaciones más estrechas, ya tratará de hacerlo comprender.

El problema de una casada joven. — "Soy una casada joven y desde que nació nuestra hija mi marido no se muestra tan bien dispuesto como antes, ni menos se interesa por la chica. Se que se halla disgustado porque no nació un varoncito, pero me parece que debería también preocuparse por nuestra nena. Por la noche, cuando vuelve del trabajo, yo le pregunto por sus negocios, pero en cuanto le menciono las genialidades de la nena, se pone serio. ¿Cómo podría yo hacer que le tome cariño a nuestra hija?"

¿Dedica usted a su marido las mismas atenciones que tenía para con él antes que naciera la nena? ¿Habla usted mucho de las gracias de la chica, de modo que se olvida de todo lo demás? Esto es un escollo en la ruta de muchas jóvenes casadas.

Puede ser que su marido esté descontento por no haber tenido un varoncito y lo demuestra de una manera tonta e inadecuada; pero no obstante todo, confíe en el tiempo y no hable mucho de la nena de manera que él se vea obligado a preguntar por ella. No se muestre resentida ante su indiferencia, y muéstrese alegre y cariñosa cuando él vuelva por la noche al hogar. Preocúpese por el bienestar de su marido de la misma manera que lo hacía antes que su hijita viniera al mundo; en resumen, compóngase de modo que no sienta que la nena está primero que él, o que ha sido olvidado por ella. Cuando ésta sea mayor, el amor de padre reaccionará ante las caricias de la nena, si usted no insiste ahora en llamar su atención sobre la chica.

NOVIAS



René Martínez



Julia Alvarez de Toledo



Blanca Real de Azua



Susana Vollenweider



Señorita de Bavio



Señorita de Repetto

Fots. Merlino y Freitas.



Cosas de ellas

—Pero, en fin, decime lo que te pasa.
—No me atrevo.
—¿Tan grave es el asunto?
—No es que sea precisamente grave, aunque para mí tiene mucha gravedad, pero...
—Pero ¿qué? ¿Se trata de tu marido?
—Sí...
—Vamos a ver ¿qué le pasa a tu señor esposo?
—Que se aburre.
—Pavadas. ¿Querés que no se aburra?
—No deseo otra cosa.
—Pues mirá: el principal sistema para que un marido no se aburra consiste en no dejarle tiempo para que pueda aburrirse.
—No te comprendo.
—Pues no puedo hablar con más claridad. Hacé lo que hago yo con el mío. No le des un momento de reposo.
—Eso es muy fácil de decir.
—Y de hacer.
—No sé cómo.
—Porque sos una pava; siempre lo has sido.
—Muchas gracias por el favor.
—Es justicia. No tenés más que seguir mi sistema y te aseguro que antes de un mes has curado a tu esposo.
—¿Y qué hacés?
—Fijáte bien. A las siete de la mañana lo despierto; se levanta, se lava, se viste y luego me hace el desayuno y me lo trae a la cama.
—¡Es posible!
—¡Ya lo creo! Luego, como no sale de casa hasta las nueve y media, le hago vestir los chicos y si éstos han mojado la cama, pone las sábanas a secar al fondo, mientras yo me visto y me hago la toalé. Cuando ya estoy lista me pongo a planchar o a repasar ropa y mientras tanto él me pela las papas y me lava la carne para el puchero.
—¿Y después?
—Nos sentamos a la mesa.
—¿Quién hace los platos?
—El. Después de comer juega un rato con los chicos: les hace barriletes, les recorta figuras, les sirve de caballo y luego los desnuda y los acuesta.
—¿Y la sirvienta?
—La sirvienta saca la mesa y lava los platos. Luego me acuesto yo y él se queda hasta la una o las dos haciendo un trabajito del escritorio que le pagan aparte. Cuando le vence el sueño calienta una mamadera para el chiquilín y se la da. Luego se acuesta y duerme de un tirón hasta el día siguiente, si no se despierta el chiquito.
—¿Y si se despierta?
—Lo despierto yo a él, se levanta y lo pasea y le canta hasta que se duerme.
—¡Pobre hombre!
—¿Por qué?
—Porque no tiene un minuto de reposo.
—Mejor; así no tiene tiempo de aburrirse.
—Sin embargo, con esa vida acabará por enfermarse.
—¿Enfermarse él?... ¡Estás fresca! Cada día está más gordo y más fuerte.
—Pues a pesar de todo...
—¿Qué?
—Que creo que, aunque me estuviera muriendo, si viera a mi marido pelando papas, se me caería la cara de vergüenza.
—Todo eso es música. Probá un mes y verás.
—Imposible. Además, si pusiera en práctica tu sistema, si mi marido hiciera todo lo que debo hacer yo...
—Seguí.
—Contestáme antes a una pregunta: ¿Qué hacés vos en tu casa?
—Nada.
—¿Y no te avergonzás?
—Me enorgullezco.
—¿Es posible?
—Sí. Me enorgullezco porque gracias a eso he conseguido curarle el aburrimiento a mi marido. Lo malo es...
—¿Qué?
—Que me aburro soberanamente.

Dib. de Pelayo **Julián J. BERNAT.**

CRÓNICA de la MODA

Dada la transparencia y estrechez de nuestros trajes creemos llegado el momento oportuno de dedicar unas cuantas líneas a los "desous" elegantes, por más que la lencería haya quedado seducida a su más mínima expresión en nuestra moderna indumentaria.

Los pantaloncillos llévanse estrechos, de linón o jersey en punto de seda, terminando encima de la rodilla y procurando que abulten lo menos posible.

Las camisas de moda son de estilo Imperio, de batista y cortas, con volante en su bajo formado por un entredós y puntillas de encajes.

Los nuevos modelos de vestidos han desterrado en absoluto las enaguas y refajos, quedando sólo el "fourreau" de raso ceñido o el cubrecorsé-refajo de nansú y entredoses de seis a ocho palmos a lo sumo de vuelo, colgado sobre los hombros por cintas anchas y abotonado por detrás.

Pero lo que vuelve a preocupar y es uno de los puntos más importantes en el conjunto de una toilette, es las medias.

Desde luego las que predominan son indudablemente las de seda, muy transparentes, blancas, negras o de color, según el traje.

Muchos adoptaron el gastarlas del mismo color del zapato. De estos hemos visto algunos, pocos, con tacos de porcelana.

Las que hacen verdadero furor son las bordadas en lentejuelas, piedras o sedas de colores, pero estas sólo se usan para los bailes, teatros o comidas.

*
* *

¿Las joyas dan calor en el verano? Ciertamente; si no todas, por lo menos, las pesadas cadenas de oro, como los collares ajustados dan calor, aquellas pesadas alrededor del cuello molestan y hasta ensucian.

Hoy se reemplazan elegantemente por una cintita de moiré blanco con un pasador de strass.

La moda que sigue imperando en las joyas es la de las pulseras en forma de las llamadas "esclavas", en jaspe que hoy se fabrica de todos los colores en París y no es excesivamente caro.



Elegantísimo vestido en tisú, a cuadritos blanco y negro

En cuanto a los collares... perlas, perlas y siempre perlas. No se ha declarado todavía la huelga de las perlas. Si alguna hada marina viniera una noche a llevarse todas las perlas de las joyerías y las que lucen las damas, para restituirlas a las pobres ostras, éstas no sabrían dónde meterlas ni cómo encerrarse con ellas.

¿Pero es que la invasión de las perlas impide el uso de otras piedras en los collares? ¡De ninguna manera! También los hay en oro cincelado, con crisofrases, aguas marinas y esmaltes: los unos caen y cruzan en varias vueltas la garganta; otros no son más que simples hilos.

Es sabido que una elegante posee varios collares de diferentes formas y clases.

Un artífice que conoce su oficio, dibuja hoy alhajas sencillas, pero de tonos vivos e ingeniosamente combinados. Es preciso hacer brillar unos después de otros, ciertos topacios abigarrados, como alas de mariposa, o pedrerías de colores imprevistos, indefinidos, color "benedictine" o "manzana no muy madura" o "higo de otoño".

Para que el collar no desentone y represente su verdadero papel, es preciso que se ajuste a la "toilette", que "haga juego" con ella y que parezca su indispensable complemento.

*
* *

Queda sobre el tapete la cuestión batallona de las faldas ajustadas.

En el verano la tendencia a la anchura de la

falda no llegará a implantarse, más parece que desea introducirse cuanto hubo de gracioso y lindo en algunas modas del segundo imperio.

Tal vez para otoño se acentuará el gusto hacia la falda ancha, ya hemos visto algunos volantes en el bajo de los fourreaux y alguno que otro traje con 2.50 metros de vuelo.

¡Casi el miriñaque para las que estamos acostumbradas a la tanagrina silueta!

La moda actual sin llevarle a exageraciones es de un gusto exquisito, pero no hay que olvidar que un traje vale más por la elegancia y naturalidad de la que lo viste que por su excesivo costo.



Modelo de traje sastre en tisú, a cuadros, y cuello de piqué blanco

El saberse vestir es un arte que nadie discute hoy.

*
* *

Andrés de Fouquières, en un ameno artículo titulado "Le protocole du Baise main" hace con su estilo espiritual, varias consideraciones sobre esa costumbre de pasados siglos, que hoy parece renacer, impuesta por la moda.

Efectivamente, el besamano vuelve a ser el saludo para las damas, substituyendo al "apretón de manos" menos delicado y, en ocasiones, ridículo. Todos recordarán que un forúnculo real, mal colocado, fué el origen de aquel gesto imprevisto, que hacía levantar el codo para dar la mano, de aquel "shake-hand" a la altura de la nariz.

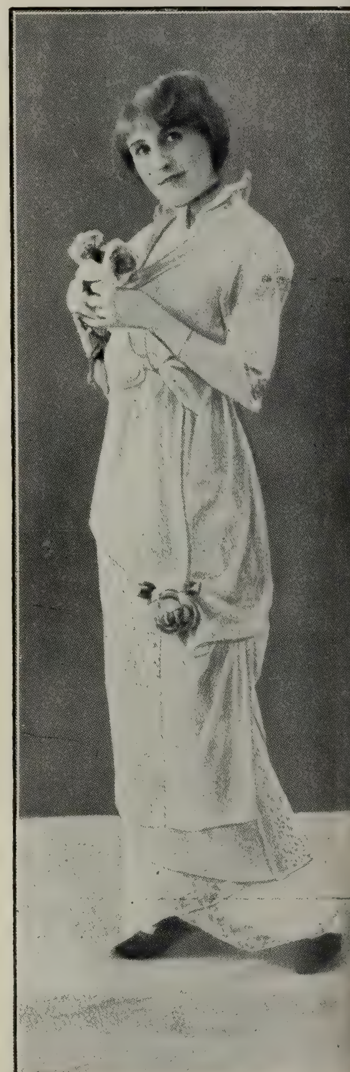
Nos hemos pasado más de un siglo ensayando maneras de saludar y ahora... "ritorniamo al antico". No se sabe quién es el que ha iniciado el gesto. ¿Qué cuadro de familia evocador se le presentó ante los ojos?—pregunta Fouquières. ¿Qué recuerdo de estampas, de grabados antiguos le vino a la memoria? Rojos tacones debieron danzar ante su vista, y allá, en su imaginación, aparecieron las pelucas empolvadas...

Sea una visión de tiempos pasados, sea un anhelo reformador, el caso es que el besamano reaparece como fórmula cortés y de buen tono.

Pero ¿en qué circunstancias debe besarse la mano a una dama?

Es preferible no usar este saludo en la calle o en un sitio público. Se trata de un gesto íntimo, que debe reservarse para el salón, para el gabinete, que es su marco apropiado. En público es un saludo molesto y algo pretencioso. Sin embargo hay dos excepciones: un palco, en el teatro, o en foyer, requieren el besamano.
el teatro, o el foyer, requieren el besamano.

Andrés de Fouquières dice que es difícil contestar a la pregunta, pero indica dos principios o reglas a las cuales habrá que atenerse, en caso de duda.



Novedoso vestido lencería blanco. cinturón en tafetán azul celeste y rosa en la falda

En una reunión numerosa, no deben besarse todas las manos: hay que elegir y besar las manos de las mujeres que merezcan mayormente esta atención, según las relaciones o rango de ellas y del que saluda.

Las circunstancias y el buen criterio dictarán lo más conveniente y oportuno.

La otra regla es clara y absoluta: no debe besarse la mano de una joven soltera.

Cree el escritor aludido que la resurrección del besamano se debe a la persistencia de los sentimientos "Vieille France" tan arraigados en sus compatriotas, y a la reacción contra el absolutismo anglo-sajón. Es este un punto de vista algo "chauvinista" que no podemos compartir, aunque debemos celebrar que reaparezca el delicioso, el refinado besamanos. Es la verdadera expresión, el más adecuado gesto del homenaje a la mujer.

*
* *

En los sombreros poca o escasa es la varia-



Sombrero en satén blanco, guarnecido de flores rosadas



Sombrero de tul negro, guarnecido de rosas

ción que puede anotarse, siguen usándose pequeños o medianos, se confeccionan en terciopelo negro, taffetas, sedas de variados colores, siempre de tonos obscuros y en fieltro bianco.

La copa de pequeño volumen más bien drapeada que lisa; los bordes se confeccionan de tela distinta.

Se adornan las copas a menudo con una gran rosa hecha de tela que se coloca adelante o bien a un lado. Esta rosa es casi siempre el único adorno del sombrero.

Algunas veces es reemplazada por un enorme moño colocado adelante y cuyas "coques" lanzadas en las más fantásticas direcciones dan gran originalidad al tocado.

Pero esas fantasías no pueden aún destronar a "l'aigrette", más lujosa, más movible, que eleva la línea y da un indiscutible sello de alta elegancia. Todos estos pequeños sombreros tienen un aire discreto que favorece mucho.

La "aigrette" se emplea sola, ya sea en "touffe" o dividida, siguiendo las briznas, flexibles o rectas, según el efecto que se desea obtener. Se llevará sobre todo en las tocas pequeñas entre las cuales hay que son verdaderas maravillas, simulando hechas de nada, pero encantadoras por el arreglo del drapeado y que aparecen fáciles de confeccionar; tal es el aire de poca pretensión que ostentan.

Se habla de la "aigrette" japonesa, de cuyo éxito no se duda, pero que será más bien una fantasía que un adorno de verdadera elegancia.

Hemos visto a menudo sobre un turbante drapeado "aigrettes" de variados colores colocados adelante y partiendo en direcciones diferentes.

*
* *



Vestido de tarde, color musgo, falda drapeada, sostenida por botones fantasía, con delantera de muselina pintada

Por ser el elemento que con mayor urgencia es menester sustituir a cada cambio de temporada, las blusas son, después de los abrigos, nuestra preocupación más inmediata. En nuestro vestido moderno, la blusa desempeña un papel de capital importancia. Combinada con las faldas para el elegante "at home", o sirviendo de complemento a los "tailleurs", la blusa da siempre la nota de originalidad y de gusto más característico de la temporada. Las de esta en que entramos, tienden a la forma bolero, de preferencia, y en general se adornan, sobre el delantero, con un chaleco simulado. La mayoría de estas blusas se hacen de crespón de China y de gasa de seda, con adornos de redecillas de perlas dispuestas como entredoses. En los modelos que tienen chaleco postizo, hácense muy bonitas combinaciones con "boleros" de encaje, que se habren sobre el ficticio chaleco de seda brochada. Como color, se concede toda preferencia al blanco, en primer término, y a los colores carne, verde pálido y sepia muy claro.

El clásico "tailleur" que en otro tiempo conservaba su forma severa y precisa, resistiendo a todas las oscilaciones del termómetro de la moda, no ha podido este año sustraerse a la renovación general que alcanza a todos los detalles de la indumentaria, por nimios que sean e inmutables que parezcan.

Y así vemos, en las grandes casas de moda, ciertos vestidos en cuya confección ha entrado una enorme parte de fantasía, y en las cuales, sólo al cabo de algunos instantes de asombrado examen, reconocemos a los desquiciados descendientes de aquellos modelos, todo seriedad y ponderación, que eran los ''tailleurs'' de antaño...

*
* *

El tul bordado con perlas nacaradas o irisadas dominará en las ''toilettes'' de noche, y en teatros y en salones hemos de ver a las elegantes envueltas de tal modo en verdaderas aureolas de reflejos... Por el camino que seguimos, —al aumentar cada día los escotes y disminuir en igual proporción el largo de las faldas, — llegaremos tal vez muy pronto a adoptar como único velo este, inmaterial y mágico, de un cendal de luz. A la hora presente, no andan muy lejos de tan osada meta las ''toilettes'' bocetadas por Drian para adorno exclusivo de Gaby Deslys—la celebérrima estrella—y, si bien es cierto que con tales ''toilettes'' la bellísima artista ha producido no pequeña sorpresa, no es menos verdad que al par ha suscitado aún mayor admiración... y esta última circunstancia es la mejor garantía de tal ejemplo; será imitado con verdadero entusiasmo, digno quizás de causa mejor, o al menos, de más prudente aplicación.



Traje en sarga blanca, con pequeña chaqueta atada con cinta por delante

*
* *

La pasión del vestido que hoy aflige a las damas, y que las obliga a trocar las modas casi diariamente, es cosa muy de ahora, de nuestros días. Nuestras madres, y sobre todo nuestras abuelas, se contentaban con dos ''toilettes'' por año: una de verano y otra de invierno, pero en cambio, asustaba el abrir los armarios de la ropa blanca. El lujo de la mujer, en aquel entonces, no consistía como hoy en cambiar de vestido tres veces por día, ni en hacer encargos tan costosos como frecuentes al gran modisto H, o al gran ''faiseur'' B. Reducíase a tener constantemente una obrera de blanco trabajando en el cuarto de costura, y en trabajar una misma también cuanto podía, para ver crecer como por ensalmo, en las baldas de los armarios o en el fondo de los arcones, las pilas de camisas, de enaguas, de pantalones, de refajos... montañas de lienzo y de batista; montañas blancas, con blancor de nieve; montañas perfumadas con atillos de romero y de mejorana, cuyos aromas, si bien no tenían la exquisitez del ''magnatic'' o del ''ambrada'', tenían al menos el sano aliento del aire de las montañas.

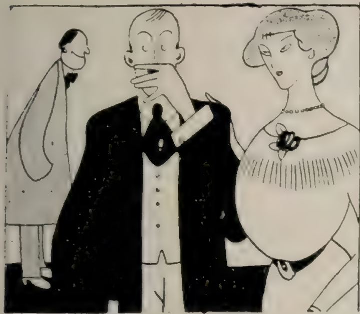
El tiempo ha cambiado los usos conforme a los nuestros; la ropa interior ha ganado en elegancia y en preciosismo todo lo que ha perdido en cantidad. Una obrerita aseada luce hoy camisas y pantalones más lindos que aquellos que vistiera hace un siglo una gran señora; pero si esa misma gran dama de antaño volviera al mundo y pasara revista al guardarropa de su nieta, su asombro no sería pequeño al comprobar que las prendas de cada clase se cuentan por docenas en lugar de contarse por cientos.



Precioso vestido en tafetán azul con flores, guarnecido de encaje (espalda y frente)

El secreto de esta relativa escasez de ropa blanca, que actualmente se nota en los equipos, está en dos circunstancias: es la primera la rapidez con que los modelos se transforman, obedeciendo a las incesantes evoluciones del vestido exterior, al que han de adaptarse; en la segunda, el enorme gasto a que está obligada una mujer moderna para vestir bien, gasto que forzosamente ha de restringir el presupuesto de la ropa interior, sin llegar nunca hasta carecer de lo necesario, y aún algo más, pero renunciando a aquel verdadero almacenamiento, que constituía el encanto de las señoras de la pasada centuria, y que suponía la paralización de un capital importante, necesario hoy para el ajetreo continuo de la indumentaria exterior.

Casos y cosas



—¿Y vas a invitar a comer a ese idiota?
—¿Qué quieres que haga si no hay medio de conseguir que no vuelva a casa?



—¿Tendría algún trabajo para mí, señora?
—Sí: partir leña, limpiar el gallinero, lavar copas...
—Y entonces, su esposo ¿qué hace?



—¿Qué es eso? ¿Te pones gafas negras para comer papas?
—Así me hago la ilusión de que como trufas, que me han sido prohibidas por el médico.



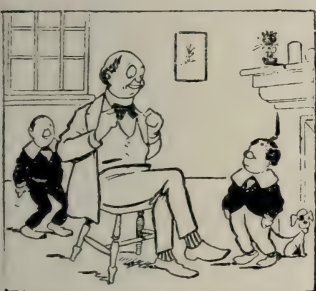
—¿Has leído un artículo sobre mi libro? Está plagado de faltas de dicción.
—¿No serán citas de algunos pasajes de tu obra?



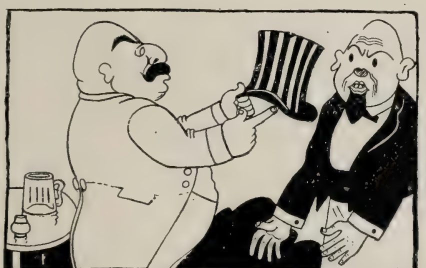
—Si yo corto las dos mitades de un bife en varias partes, ¿qué se obtiene?
—¡Picadillo!



—Creo que te has olvidado de comprar algo, querida mía.
—¿Yo?, me parece que no.
—¿Cómo no, si aún me queda un peso?



—Decime, Juancito, si hoy una persona tiene diez y ocho años, ¿cuántos tendrá dentro de diez años más?
—Eso depende de si es hombre o mujer.



—Vea, aquí falta un reflejo.
—Pues crea el señor que no he sido yo quien lo ha tomado.



—¡Caramba!, después de cantar durante tanto tiempo, justo es que tomes algo a la salud de la novia.



—Una vez, yo solito, manejé cuarenta caballos.
—Sí... ¿de qué manera?
—Manejando un automóvil.



—¿Es bueno el país para el reumatismo?
—Excelente, señor; aquí he atrapado yo el mío!



—Sé razonable, Juancito. Vamos a ver al dentista. No te hará nada.
—Pues si no me va a hacer nada, ¿para qué vamos a verle?



En el biógrafo

El timbre persistente del pequeño cinematógrafo lanzaba su nota aguda al bullicio de la calle, y la gente se detenía al pasar y contemplaba los "affiches" impresionantes, de violentas tintas, que cubrían las paredes del vestíbulo, las escenas grotescas y trágicas de las películas que habían de exhibirse esa tarde en la pequeña sala.

Los transeuntes entraban. ¿Quién podía resistir al encanto de aquellos "affiches" chillones y estremecedores?

El timbre enmudeció, y el pianista empezó la marcha de rigor, mientras la sala se sumía en la obscuridad.

Era un drama tremebundo, la primera parte, y el público, fijos los ojos en las imágenes temblorosas que desfilaban y se movían en el paño blanco, no perdía un detalle.

Sentada a mi izquierda, estaba la mujer de todos los días, una pobre mujer ya vieja, ataviada con un verdoso traje negro, encanecida, que iba diariamente al pequeño biógrafo.

En las tardes lluviosas la veía desde mi ventana, frente al cinematógrafo, llegar calada hasta los huesos y comprar su entrada.

Durante dos meses la ví asistir a todas las "matinées", siempre vestida igual, siempre sola.

En una ocasión, mientras se representaba una regocijante comedia, la sorprendí llorando en la media luz del teatro; lágrimas silenciosas que la pobre mujer enjugaba heroicamente al iluminarse la sala.

Aquella tarde se sentó a mi lado; nunca la había visto tan de cerca. La observaba de perfil, y veía sus ojos tristes clavados en la película.

Terminó el lúgubre drama, y a los diez minutos comenzó la segunda parte, al son de un vals que el melenudo pianista arrancaba al teclado de marfil.

La segunda parte era una grotesca pantomima llena de peregrinos y acrobáticos episodios.

Mi vecina, al iniciarse la película, se estremeció. Su brazo, que rozaba el mío, temblaba violentamente, y al contemplarla de perfil en la semiobscuridad, sorprendí en sus mejillas humedad de llanto.

Continuaba la vista, complicándose en los más absurdos incidentes. El público reía fuerte ante las desventuras del héroe, un "clown" flaco y desopilante. Y de pronto un sollozo reprimido estalló en la garganta de mi vecina.

La interrogué en voz baja si se sentía enferma. Pero la pobre mujer no me oía. Sus pupilas nubladas por el llanto seguían ansiosamente los menores gestos del "clown" flaco que se agitaba en la sábana blanca del cinematógrafo. Los espectadores de las filas cercanas sisearon para imponer silencio. Y a los sones jubilosos del vals, mi vecina intentaba contener los sollozos que estallaban en su garganta.

Volví a interrogarla, y después de un instante, sin apartar la mirada de la película, mi vecina murmuró:

—Era mi hijo, caballero... ¡Mi hijo!

El llanto la ahogaba.

—Cálmese, señora,—dije en voz baja, estrechando su mano.

—Era mi hijo,—prosiguió,—y murió hace tres meses, haciendo una película... Se cayó de un balcón y se mató... Todos lo vieron, ensangrentado y con los huesos rotos, él que hacia reir al mundo con sus muecas y sus saltos... Está muerto... Pero todos se ríen de sus muecas todavía, porque aún vive allá...

La pobre mujer señaló las imágenes temblorosas que se movían en la proyección.

—Por eso vengo todos los días, caballero... Vengo a ver a mi hijo... y cuando todos se ríen de sus gestos y sus cabriolas, yo lo veo tendido en la calle, ensangrentado y con los huesos rotos...

Los sollozos la interrumpieron. La vista terminó. El público, riendo aún, abandonó la sala del pequeño cinematógrafo.

Yo me quedé con la mujer que lloraba, mientras el pianista tocaba la marcha final.

Héctor Pedro BLOMBERG.

Dib. de Arata.

Los buenos sirvientes

15 de agosto.

Esta mañana la mucama que está a nuestro servicio hace diez o doce años entró en mi despacho con aire de triunfo.



—¿Qué pasa? —le pregunté—¿Te ha tocado la lotería?

—Algo mejor.

—¡Sí?

—Al fin se ha aprobado el derecho que tenemos los obreros y los empleados para disfrutar de los beneficios que supone la medalla del trabajo.

—¿Se ha publicado el decreto?

—Aquí está en el "Boletín Oficial" la proposición del ministro del Trabajo y de la Previsión Social. Algunos años más de trabajo y luciré el lazo tricolor debido a mis veinte años de leales servicios.

—Muy bien, te felicito; en efecto, tus servicios prestados bien merecen esa distinción.



Josefina salió del despacho puede decirse con aire majestuoso. Juro que nunca la ví tan marcial...

20 de agosto.

Josefina no es la misma, ella padece de monomanía de grandezas.

Al tratarla en el tono de confianza de costumbre pone la cara seria como diciendo:

—¡Ustedes olvidan que yo voy a ser condecorada?...

Además me parece que el gasto ordinario aumenta. Noto mayor número de platos en las comidas.

Al interrogar a Josefina me ha dicho:

—Sabe usted: es que me he enterado bien del Reglamento de la condecoración y yo puedo obtener mi retiro a los veinte años siempre que figure en la Caja Nacional de Retiros el ahorro mensual; cuanto más ingrese mayor será el retiro, por eso me debe usted subir diez francos el salario.



—Bueno, pero, ¿y los extraordinarios en las comidas?

—Señor, hay que cuidarse, para llegar a viejos...

—Tienes razón Josefina.



22 de agosto.

Josefina está de un humor de los diablos. La mucama del tercero la ha dicho que ella hubiera podido alcanzar la medalla si hubiera estado al servicio de cuatro niños, desde pequeños hasta la edad de 16 años.

Yo no tengo hijos.

Josefina me mira de una manera terrible. ¿Qué le he de hacer yo?

26 de agosto.

La situación se hace insostenible. A Josefina le han leído el artículo del reglamento, que dice: "la medalla será acordada a los sirvientes que hayan alcanzado los veinte años de trabajo, justificando no haberlos podido cumplir en la misma casa por incompatibilidad de caracteres u otra razón de fuerza mayor:



Hoy me dijo:

—La verdad, no vale la pena de aguantar a un patrón durante 20 años, cuando se puede mudar de casa cada cuatro días.

—A mi no me aguanta nadie, el que tiene que aguantar soy yo, sus inconveniencias — exclamé.

—¡El señor es un grosero!

—¡Vete a freir espárragos!



27 de agosto.

Josefina ha venido de la compra a las once de la mañana y me ha llamado a la cocina.

—Quería decirle, señor, que reflexionara sobre lo que me ha dicho ayer. ¡Me mandó a freir espárragos!

—Y lo repito: estoy harto de condecoración, de retiro y de reglamento!

—Repare el señor que yo no me insolento.

—Pues yo sí, es usted...

No había acabado de hablar cuando salió del cuarto de baño un caballero, era un escribano que levantaba acta de mis palabras.

Josefina había tomado sus precauciones.



30 de agosto.

Josefina se ha transformado. Está cariñosísima. Al salir a compras el aire me arrebató el sombrero y cayó al río; Josefina se arrojó al agua, varios marineros pudieron salvarla; Josefina me devolvió el sombrero.

De la emoción caigo enfermo. Josefina me dice que el médico asegura que tengo un pulmón dañado y me ofrece uno suyo...

Admiro su heroísmo. Al darme una píldora me leyó el artículo 93 del Reglamento, dice:



"La medalla será acordada sin condición de la duración del tiempo de servicio por el hecho de cometer un acto de heroismo...".

Josefina obtuvo el retiro. Yo me tragué la píldora y al día sigdiente tuv eque poner un aviso en el "Figaro" que decía: "Mucama se necesita"...

Y como en la Argentina importamos todo,, y más siendo francés, debemos estar prevenidos; a las mucamas de acá que piden el salario que quieren por no cocinar ni lavar ni planchar y que las den chocolate a las cuatro y café a las ocho no les faltaba más que una ley de retiro así.

Llegado el caso, desde luego hay que dedicarse a mucamo.



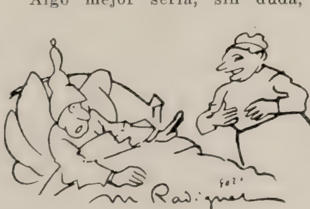
¿Qué profesión puede haber más lucrativa ni descansada?

Sin ella, hay que tolerarlas que salgan y entren cuando quieran; si tienen familia, que le invadan la casa cuando se les antoje; si no les gusta el sistema de alimentación que usted tiene, hay que perder la esperanza de que continúe en la casa y si uno tiene hijos ya puede contar que ni con farol encontrará mucama que quiera entrar a su servicio.

¡No hay que contar si la sirvienta tiene un primo recién desembarcado, habrá que aguantar hasta que se case... o hasta que desembarque otro!...

¡Hay que vivir prevenidos!...

Algo mejor sería, sin duda, que reglamentaran el servicio.



Bueno es que los sirvientes exijan cuanto gusten, empezando por el poco trabajo y siguiendo por el buen trato en la alimentación, pero lógico es también que los patrones tengan el derecho de ser bien atendidos.

PUNTOS Y COMAS

Con razón se ha llamado a Mr. Roosevelt "profesor de energía".

La energía es fuerza, voluntad y resistencia, cualidades que ha puesto de manifiesto el ex presidente de los Estados Unidos, no sólo al realizar el programa de festejos organizado en su honor, sino al resistir los discursos y saludos elocuentes que le han dirigido, y al tener que contestar a ellos.

Pues contra todos los males
pueden hallarse recursos,
mas no contra los fatales
efectos de los discursos.

* * *

En aeroplano se ha batido el record de altura, el de velocidad, el de duración del vuelo; hasta ahora, lo que no se había hecho, era aceptar un aeroplano como sitio a propósito para entregarse al sueño.

Y esto es lo que ha llevado a término recientemente en Santiago de Chile el teniente Mery de aquella escuela de volación militar.

El capitán Avalos, en compañía del teniente Mery, hacían un viaje de regreso de Valparaíso; quiso el capitán comunicar con el teniente por medio del teléfono que llevaba el aeroplano, y al no obtener contestación, pudo comprobar con asombro que Mery se hallaba entregado al más dulce de los sueños.

Conocemos mil mortales
que sin saber el por qué
se duermen en los portales
y hasta se duermen de pie.
Yo no les pongo ni un pero,
cualquier modo encuentro humano...
¡Mas dormirse en un aero-
plano!...

* * *

En el teatro Coliseo se celebró la función en honor de Mr. Roosevelt.

En ella se exhibió una película cinematográfica tomada de las últimas excursiones cinegéticas del conocido estadista.

—¿Qué le ha gustado más de la cinta?—le preguntaba un espectador a otro.

—Lo que más ha llamado mi atención, es el tono de luz. ¡En Africa debe haber un sol terrible!

—No me hable usted—dijo el primero;—¡yo salí del Coliseo con un "coup de soleil"!

* * *

En la escalera de un garito en Roma se ha suicidado, uno de estos últimos días, un sujeto que había perdido al juego una fuerte suma.

¿Y qué dirán ustedes que han hecho las autoridades?

Pues... ¡instruir un sumario, cerrar el casino y recordar a la policía el cumplimiento de la ley contra los prohibidos!

Pero, ¿no hubiera sido mejor cerrar el casino antes?

* * *

El presidente Wilson ha declarado últimamente que no está aún preparado para reconocer a Carranza como presidente de Méjico, pero que estudia detenidamente el punto relativo a la libre exportación de armamento.

En una palabra, los insurrectos pueden ir adquiriendo sus armas en Norte América y ambas partes beligerantes seguir a tiros sin temor a que les falten municiones.

Wilson en tanto estudia.

Esto recuerda por cierto
lo de una obra popular:
"—¿Qué ha sido?
—Un soldado muerto.
¡Puede el baile continuar!"

* * *

El suscriptor lee su diario y fija su atención, principalmente, en los títulos de los artículos y de los sueltos, para deducir por ellos lo que más pueda interesarle. En esa rápida ojeada ve unas negras titulares que dicen: "Una ley olvidada".

Y el suscriptor no lee el suelto, porque no da importancia al hecho de que se olvide una ley.

Y aunque esto resulte crudo,
lo mismo siempre ha ocurrido:
sólo la ley del embudo
no se ha dejado en olvido.

* * *

Noticias electorales, copiadas textualmente:

"Entre los principistas se activa la campaña electoral; creen que sacarán muchos electores en las secciones 2.ª, 4.ª y 6.ª"...

"Los provincialistas afirman que tienen muy buenas adhesiones y que habrán de traducirse en una inesperada proporción".

"Los socialistas confían en tener un gran éxito".

"No falta quien asegure que el partido radical saldrá triunfante en Buenos Aires, cualquiera que fueran los medios que el oficialismo emplee para impedirlo".

Esto a demostrarnos viene
que no piensan ser vencidos,
y que a todos los partidos
la esperanza los mantiene.
Pero, ¿sabiendo que alcanza
el triunfo un solo partido,
los demás, no habrán perdido
la esperanza?... ¡Qué esperanza!

* * *

Las potencias europeas reconocen que la política internacional de Inglaterra, respecto a la cuestión balcánica, se ha inspirado en la conveniencia de mantener el concierto europeo.

Sin embargo, puede observarse que en ese concierto cada músico lleva el compás que le conviene; y aunque todavía no se han tirado los instrumentos a la cabeza, la "armonía" no ha de conseguirse en mucho tiempo.

Todos quieren llevar la batuta, y de este modo resulta difícil llevar al unísono los acordes.

Por esto algunas potencias quieren reanudar las conferencias de Londres. Es decir, volver al principio, que es lo que se hace en los ensayos de conciertos que salen mal:

—¡Da capo!—dice el maestro.

Ilusión óptica



Al despertar.—¡Linda muchacha la que veo, a través de los cristales!

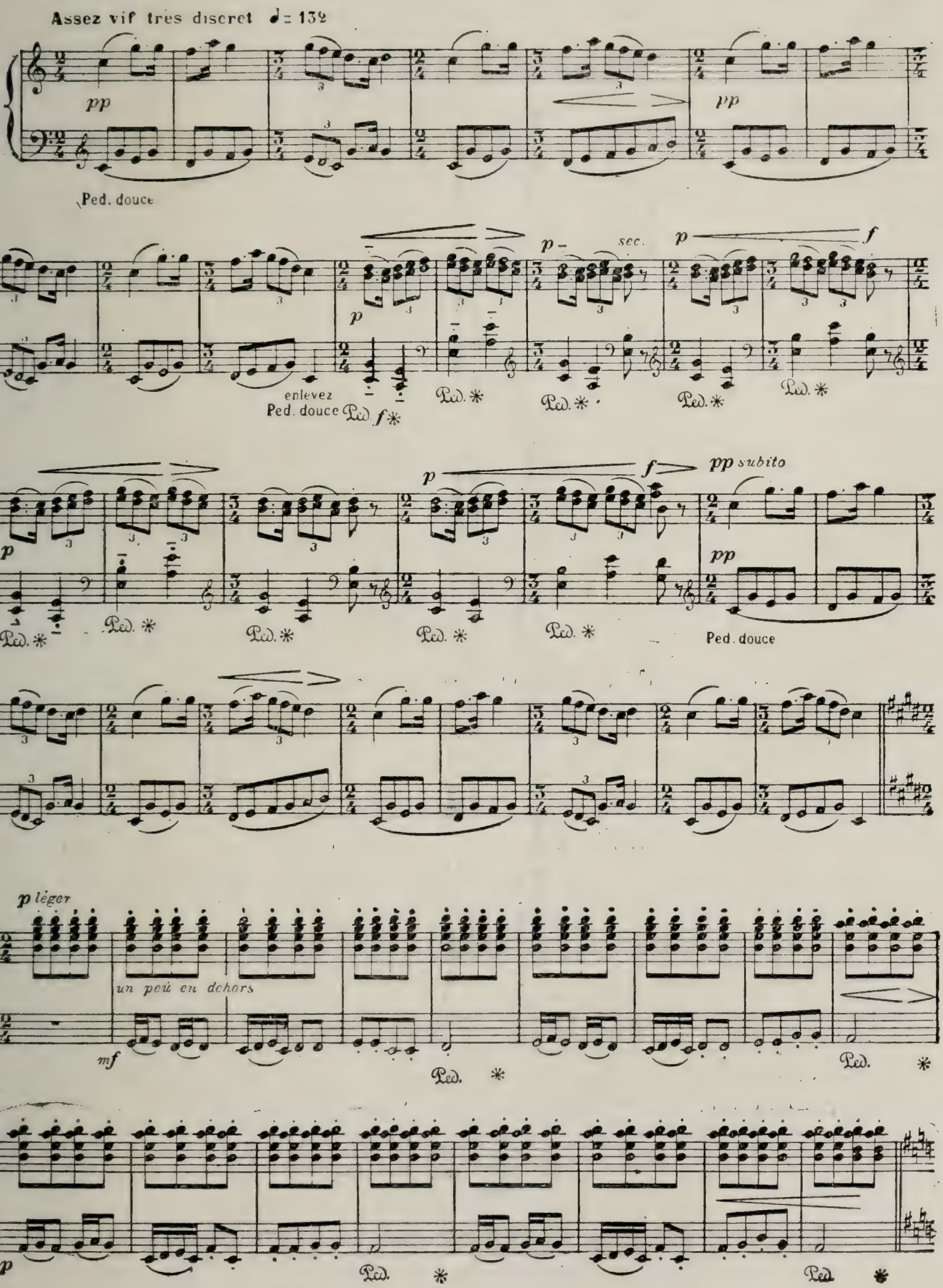
Al abrir la ventana.—¡Oh metamorfosis! La muchacha se ha convertido en árbol.

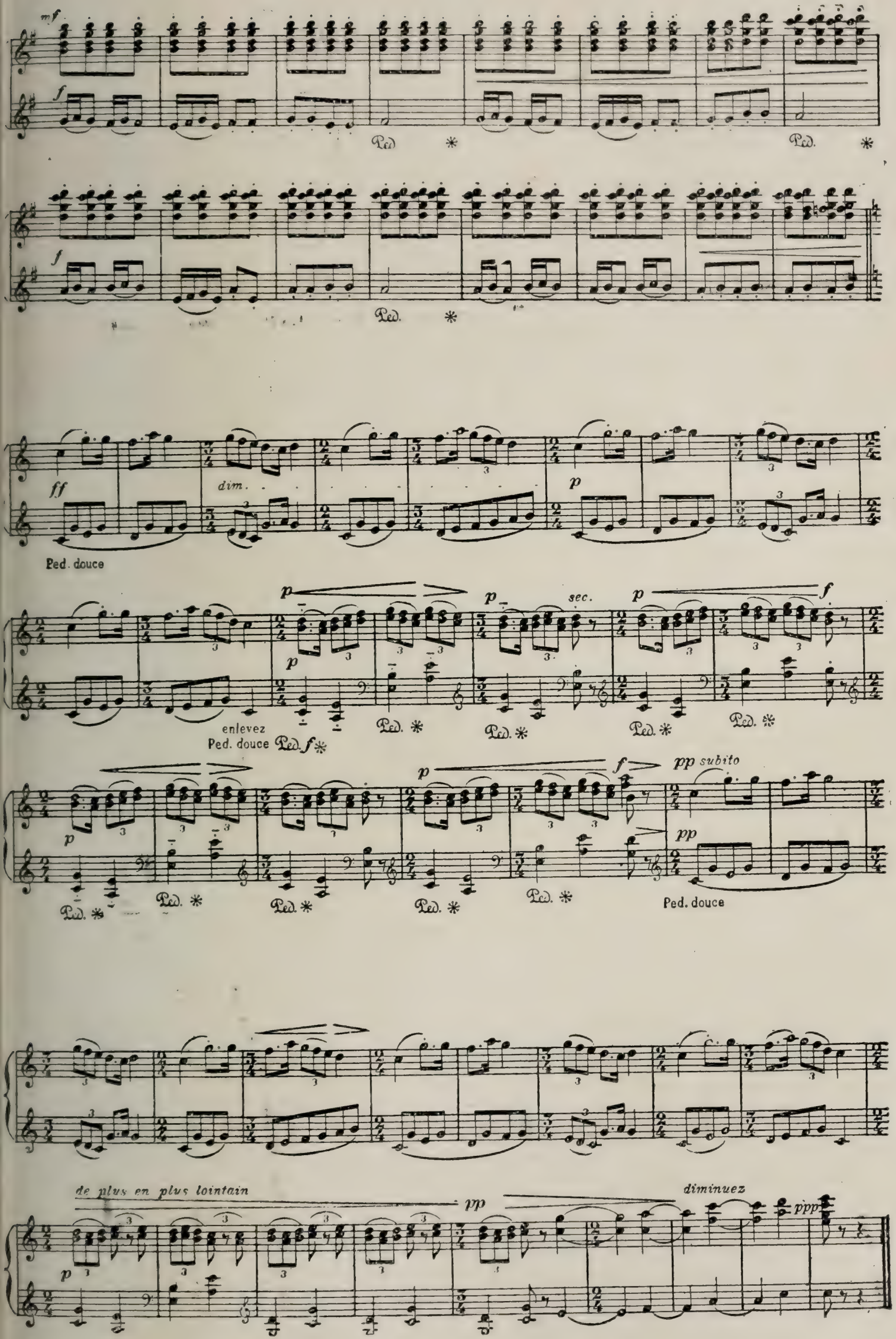
Album musical de "El Hogar"

"La Serenata Alegre"

Para piano

ALBERTO WOLF




mf
f
Ped.
dim.
ff
Ped. douce
p
sec.
enlevez
Ped. douce
pp subito
pp
de plus en plus lointain
diminuez
ppp



Estas pildoritas entonan el estómago, estimulan la acción del hígado y mueven suavemente el vientre, sin producir irritación intestinal. Por eso están indicadas y son eficacísimas en todos esos molestos achaques, que provienen de las malas digestiones, la inacción ó pereza del hígado y la sequedad del vientre. La falta de apetito, la dispepsia, los dolores de cabeza, la jaqueca, la irritabilidad nerviosa, la hipocondría y el insomnio, casi siempre tienen por causa algún desarreglo funcional del estómago, del hígado ó de los intestinos. En tales casos las

Píldoras de Reuter

desembarazan el intestino de las materias irritantes y mal digeridas que contiene, activan la acción del hígado, permitiendo cumplir su misión de eliminar de la sangre las toxinas ó venenos que se producen durante el proceso de la digestión y dan vigor al estómago, produciendo de este modo un alivio inmediato, y con un poco de constancia y régimen, una curación completa.

SE VENDEN EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ÚNICO IMPORTADOR:

RICARDO ILLA

VENEZUELA, 610. — Buenos Aires.

Labores Femeninas

Varias labores tan útiles como prácticas para el hogar e instructivas por la variedad de su conjunto, son las que hemos elegido para ofrecer a nuestras lectoras.

El cubrepié estilo japonés que presentamos es bordado en seda sobre raso color verde nilo muy claro; es un conjunto de dibujo fácil de ejecutar, acompañado con partes pintadas al óleo que hacen resaltar más las partes bordadas, dándole una naturalidad más clara a los personajes.

Siguiendo los numerosos datos sobre el bordado en seda que hemos dejado anotado en estas columnas, muy fácilmente podrán efectuarse buenos bordados que harán pasar horas agradables a su ejecutante.



Cubrepié estilo japonés, bordado en seda

Todas las sedas empleadas en el bordado del cubrepié son de la marca "La Encajera" en los siguientes colores: para la palmera se empleará como tono de base el número 151 al 160, matizando 341 al 347, 134 al 137 para el tronco; para las hojas, el primer tono de base matizando con el tono 184 al 190, 171 al 175, 334 al 339; para las frutas, los tonos más claros de las escalas indicadas.

Por cierto que para tener una buena combinación de colorido deben unirse muy bien los colores que dejamos anotados, teniendo en cuenta la posición de la palmera y la luz que recibe según la colocación del bastidor que se dé al bordarse.

Además, las palmeras son plantas muy generales en nuestros paseos por las cuales podrá tenerse una guía muy práctica y segura para llenar su bordado a un conjunto muy perfecto.

El traje de la japonesa sentada es bordado en los tonos números 351 al 356 como base, matizando con los tonos números 122 al 128 y 223 y 224; con estos pocos tonos pero muy bien matizados se obtiene un precioso conjunto, cuidando mucho los pliegues que forma el vestido al estar sentada y la manga, a la cual deberá dársele esta transparencia que tiene el género común de seda.

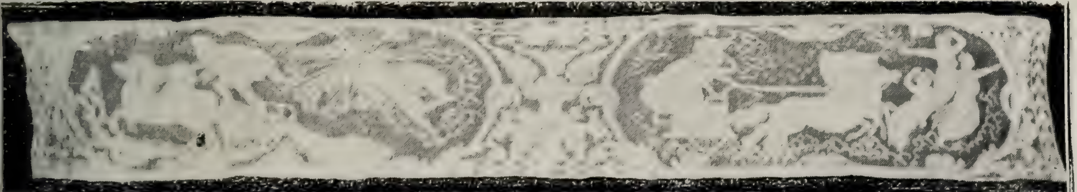
La armazón de la pantalla es bordada en seda color 22 al 27 y la parte superior en color 361 al 364 con pequeños dibujos formados con hilo de oro, la piedra donde está sentada la japonesa es bordada con nuditos con seda números 262 al 264, 257 al 259 y 172 al 174; las hojas de la planta se bordan en tonos verdes, las flores en tonos del 1 al 6, 11 al 16 y el centro números 38 al 40.

La japonesa parada lleva el traje bordado en tono números 361 al 366, matizando con los números 41 al 46 y 256 al 258; los dibujos que lleva bordado en el traje, lo son con hilo de oro opaco de fantasía y seda japonesa deflojada en tonos rosa muy pálidos.

Todo el fondo que forma el terreno es pintado al óleo en sus colores naturales y rebordado sobre la pintura formando el pequeño pastito verde las pequeñas plantas y las flores caídas del árbol; todo es bordado en seda.

El agua que forma el pequeño lago es pintada en su totalidad y se borda con seda colores 257, 258, 361 y 362 para formarle sus ondulaciones más naturales y mejor transparencia; el cisne es totalmente bordado en seda en los tonos números 1 al 5, 11 al 14, 261 al 263, 265 al 267 negro 38 y 39, 128 y blanco.

La parte de la glorieta es bordada con seda en tonos bambú; los crisantemos en tono números 321 al 327, matizando con el tono números 111 al 118 las hojas deben ser muy bien matizadas; como base se empleará el tono números 212 al 220 matizando con el número 184 al 188, 162 al 166, 132 al 135.



Filet artístico antiguo

Todos los colores de seda que dejamos anotados para bordar el referido cubrepié son para bordarlo sobre un fondo verde nilo, crema claro o pajita; para otros fondos dichos colores serán

susceptibles a variaciones a fin de combinarlos con el color del fondo que se hubiere elegido.

La carpeta para escritorio es un sencillo como delicado dibujo, bordada totalmente en oro sobre cuero de Rusia; el moño que sujeta a las dos plumas es bordado con gusanillo de oro liso brillante y briscado opaco; las dos plumas son bordadas la parte superior con hilos de oro de fantasía brillantes y opacos y las plumas con gusanillo liso opaco y liso brillante. Todo el ornato que lleva al contorno es bordado con gusanillo e hilos de oro de fantasía opacos y brillantes con puntos de novedad, los que hacen resaltar mucho el efecto del bordado y son de muy poco trabajo.



Carpeta de escritorio bordada en oro sobre cuero de Rusia

Una artística tira de filet bordado es la que completa las labores ofrecidas a nuestras amables lectoras.

En materia de bordados, se sabe ya que las manos femeninas han llegado a producir verdaderas obras de arte. Para ello, además de la destreza y la disposición para esta clase de labores — lo que pudiéramos llamar la técnica — es preciso el buen gusto, un sentido estético que dé por resultado la elección de un buen asunto o motivo ornamental y el acierto en el colorido. Los buenos modelos contribuyen, sin duda, a formar el gusto.

Rosa ASPLANATO.

Ladrón perseguido por una señorita

A 80 kilómetros por hora

Estan de moda los robos de alhajas, y últimamente se ha dado el caso de un joven que, desdeñando el concurso de la policía, logró alcanzar a sus ladrones en Lyon, después de haber demostrado cualidades detectivas que hubiera envidiado el mismo Sherlock Holmes.

Es lo mejor, a ser posible, operar así, personalmente. Así lo ha comprendido una señorita, a quien ha ocurrido una aventura nada vulgar, en Rusia.

Mlle. Duvignon es hija de un opulento industrial francés establecido en Novgorod. Muy cortejada, a causa de la belleza y de su nada despreciable dote, no parecía tener prisa por casarse, consagrando la mayor parte del tiempo a disputar los matchs de tennis o a guiar su magnífico automóvil.

Entre sus más asiduos admiradores figuraba un joven levantino, muy conocido en los círculos de recreo de San Petersburgo, Elías Bednaoui, que pasaba por ser poseedor de una enorme fortuna.

En realidad, este individuo no era más que un vulgar ratero, condenado muchas veces en Francia y en Italia. El más conocido de sus recursos provenía del dinero que ganaba tallando en algunos círculos.

Comprendiendo que no llegaría a ser el esposo de la joven francesa, y sintiéndose incómodo en San Petersburgo, donde muchos oficiales del ejército empezaban a sospechar de él, resolvió intentar un buen golpe.

La señorita Duvignon posee muchos anillos preciosos, cuyo valor total se estima en 50.000 francos. Estas sortijas la molestan cuando toca el piano, y suele quitárselas de los dedos.



Un día, después de ejecutar una pieza de concierto, olvidó colocarse otra vez las sortijas y, mientras conversaba con algunos de sus amigos, el levantino se apoderó furtivamente de las alhajas, y pretextando una cita se retiró de la reunión.

Cinco minutos después la joven advirtió la desaparición de los anillos, y no dudó un momento de que fuese Bednaoui el autor del robo.

¡Debía estar en la estación próxima.... y se oía silbar la locomotora!

El ladrón iba ya camino de San Petersburgo.

Mlle. Duvignon no vaciló. En el jardín estaba el auto. Subió y se agarró al volante; su padre tuvo apenas tiempo de montar en el vehículo y el 100 H. P. se lanzó camino de San Petersburgo, a toda velocidad.

Hay unos 150 kilómetros entre Novgorod y la capital rusa, y el tren llevaba cuatro minutos de ventaja.

Una hora después de la partida, ella lo alcanzó, y la marcha, a lo largo de la vía, fué un match épico entre los dos monstruos de velocidad. En vano el señor Duvignon, asustado, suplicaba a su hija que moderara la marcha. Ella no atendía razones.

Llegó sin incidentes nueve minutos antes que el tren, si bien teniendo que moderar la velocidad al entrar en la capital; en el andén de la estación, dos agentes la acompañaron y detuvieron al ladrón.

Se le encontraron las alhajas y fué arrestado.

Al regresar a Novgorod, la joven francesa fué felicitada por sus amigas, admiradas de la audacia y la decisión que había demostrado.



LA ECUYÈRE

—Siniorita Rosita—dice el payaso a la ecuyère, en un intervalo de descanso a sus piruetas.—Siniorita Rosita: ¡mí estar moi celoso di osté!

—¿Por qué, Payaso?—replica ésta sonriendo.

—Porque, el mocitos, estar moi piropeadores por osté.

—¡El público siempre es galante!—contesta maliciosamente la diva ecuestre.

—¡Oh, oh! ¡El galanterías pasan del castanio al escuro!...

—¿A propósito de mi cabello?

—Non; a propósito di outras cousas.

—¿Cómo?

—"¡Quí lindos espaldos!", dicen; ¡quí lindas piscuezas!", "¡quí lindas hombreras!", "¡quí lindas!..."

—Bueno, ¡basta!

—"¡Quí blancas, quí lindas!..."

—Pues, dígales usted que todo eso se lo debo al uso del célebre Jabón Reuter, que mantiene no tan sólo la blancura y el brillo juvenil de mi epidermis, sino que es el gran restaurador de mi fueza muscular, pues, terminado mi trabajo, me doy todas las noches un baño tibio, en el que empleo abundantemente el Jabón Reuter, bajo cuya impresión dulce y perfumante me duermo.

El Zoo de la danza





Si hemos de casar a Eugenia, me dijo mi mujer, ya que no sepa coser ni un botón, es preciso que conozca, al menos, las últimas "creaciones" de la danza.

Y como lo dijo mi mujer, llevé a Eugenia a casa del profesor de baile.

—Maestro—le dije—enseñe a Eugenia los bailes de moda.



Y el maestro la enseñó [illegible] el "tangó" y "El paso del oso". ¡Había que ver a Eugenia en el "tangó"!



Pero a Eugenia se le atravesó "El paso del pavo".

—Para "El paso del pavo", no hay que ser pava, dijo el profesor, ¡Hay que moverse!



Y Eugenia bailó con tal movimiento que el profesor la dijo: "Parece usted una débil barquilla agitada por un mar tempestuoso!"



Cuando Eugenia dominó "El paso del oso", supuse que había terminado su enseñanza, pero el profesor dijo:

—¿No va a aprender Eugenia los bailes del porvenir?



Se presiente el paso de las Sabinas, y el paso redoblado, pero no tendrán éxito porque no han sido bautizados con nombres de animales.



Los éxitos serán: "El paso del tigre" y "El paso del león". Estos dos últimos requieren ferocidad en los gestos y en la mirada.



Yo enseñaré a Eugenia "El paso del galápago" en que hay que encoger el cuello, y el de la jirafa, en que hay que estirarlo.





—¿Y cuál será el mejor paso, pregunté?

—El de la pulga—paso de a tres—la pulga baila y la pareja la persigue.

Y retiré a Eugenia de la academia. Lo de la pulga "picaba en historia".

Grajea

La cola de los tos.—En la cola los gatos hay t veces más múscu que en la mano y la muñeca del h bre.

¿Cuántos dien tienen los cara les? — La boca los caracoles es de las tantas ma villas de la natu leza. Tienen trei mil microscópi dientes, y antes que se les haya do el último, ya ha salido otra va dentadura.

La probidad na.—El chino es rrecto en sus n cios, porque en consiste su inte Respeta los con tos porque sabe ese respeto es el mento esencial su crédito, qu menudo suele se único capital. Y todo esto deduc escritor que la bidad comercial los chinos no es cualidad moral, el resultado de cálculo.

Pero esa obse ción—podrá obj algún chino — aplicable a o países. En todas latitudes, el int se sobrepone moralidad, y en das partes—en na, inclusive—c do un comerci se ve en situa apurada, con su dito afectado, cita la quiebra, moratorias, ven bajo precio sus tencias, huy país... o se un tiro.

Lo que cue algunas obras.- gers tardó cat años en comp su "Italia". tesquieu em veinticinco añ su "Sprit des "Exercitatio d tu Cordis et sa nis", de Harv cotó veintiseis de trabajo.

Pensamientos de escolares

Para que la actividad y la semejanza sea completa, es necesario que exista la puntualidad.
Las madres y los maestros deben enseñar esa virtud desde muy temprano y ambos con un esfuerzo insignificante obtendrán uno de los pasos más gigantescos que pueda darse en favor del progreso de la patria.— **María Elena Venegas.**—Lenguas vivas, 2.º año.



Nélida E. Boffi, 4.º grado Normal, de Quilmes

El niño obediente y educado es acreedor al cariño y amor de sus padres y maestros; muchas virtudes le adornan y siente para el anciano, el enfermo y el inválido, ayuda y respeto. — **Nélida E. Eoffi.** — 4.º grado, Normal de Quilmes.

Nada es tan hermoso en el hombre como cuando perdona; la venganza es una victoria indigna de un ser inteligente. ¡Niño! Cuida de obrar siempre bien; obtendrás mucho porque vivirás en un ambiente de Sabiduría, de Honor y de Placer. — **Catalina de Fina.** — 1.er año Normal.



Catalina de Fina, 1.er año Normal

Mirad con respeto al soldado que lucha por la patria. — **Horacio Musacchio.** — 5.º grado, Escuela Rufino Sánchez.

Sed perseverante y alcanzarás a todo. — **Ismael Musacchio.**—2.º grado. Escuela número 3, C. E. 6.º



Ismael Musacchio, 2.º grado, Escuela número 3, C. E. 6.º

Si honor quieres tener, cumple siempre tu deber. — **Elda Musacchio.** — 3.er grado, Escuela General Viamonte.

Si queremos imitar a los nobles bizarros de nuestra historia, no se necesita la espada, porque hay un arma más pequeña y de más valor que es la pluma, cuyo manejo se aprende en la escuela.—**Pedro Chans Moreno.** — 3.er grado, Escuela N.º 8. C. E. 8.º



Pedro Chans Moreno, 3.er grado, Escuela Juan M. de Pueyrredón

El gobierno de una nación es el pueblo, y su adelanto depende del adelanto moral e intelectual del mismo. — **Héctor Galli.** — 3.er grado, Escuela Juan Martín de Pueyrredón.

En el cementerio, donde la muerte al hombre da terror, forman las aves su nido, su dicha y su amor. — **Roberto García.** — 4.º grado, Escuela Carlos Tejedor.

Los niños huérfanos, sin el auxilio de sus padres y sin apoyo de nadie, forman la negación que entristece y amilana. — **Lola M. García.** — Normal de San Luis.

La calumnia es un mal inevitable en los seres que dejan roer su alma por el repugnante gusano de la envidia. — **José Olleia.** — Colegio Sadi Carnot.

Es la instrucción una estrella que irradiando sobre la niñez contribuye a hacer un pueblo próspero y exalta las ideas para saber defender en todo momento el honor de la patria. — **Pedro Pedraita.** — 2.º año, Escuela Superior de Comercio.

¡Vosotros jóvenes que sois el porvenir de nuestra patria, estudiad a los hombres nobles, que sus hechos os sirvan de ejemplos y, sobre todo, no faltéis a la escuela; cuando seais padres no obréis como aquel labrador ignorante que prefirió comprar un pollino que gastar doce duros para la educación de su hijo!—**Vicente Paganini.**—6.º grado. Escuela Cornelio Saavedra.

Los sudamericanos deben venerar al general San Martín como los ángeles veneran al Ser Supremo, puesto que a él le deben la libertad que hoy gozan. — **Norberto E. Risso.** — 3.er grado, Escuela núm. 1 de San Justo.



Horacio Musacchio, 5.º grado, Escuela Rufino Sánchez

El poeta sueña y el sabio escudriña y busca; el poeta suele bajar hasta la ciencia, para revestirla de armonías y bellezas; el sabio suele subir hasta la idealidad en busca del por qué. Uno es la fantasía, el otro es la razón. — **Marta López.** — Normal núm. 2, Rosario de Santa Fe.

La escuela es la bendita casa donde quedan depositados los sueños y alegrías de la infancia. — **Margarita Cichetti.** — 5.º grado, Normal de San Nicolás.

Eduquemos el corazón y los sentidos, legando el más precioso tesoro a la generación futura. — **M. Casauc.** — Escuela complementaria de Salto.

El hombre sin escuela sería una perdida nave que, en el mar de la existencia, navegaría sin brújula, con rumbo opuesto al puerto de la civilización. — **Alberto Zolezzi.** — 3.er grado, Escuela Juan Martín de Pueyrredón.



Elda Musacchio, 3.er grado, Escuela General Viamonte

San Martín, Moreno, Sarmiento, Belgrano... Al darte nuestro último ¡adiós! a las puertas de la eternidad, rieguen nuestras lágrimas esas gloriosas tumbas, que sean ellas de eterno agradecimiento y, al deponer nuestras humildes flores en sus bóvedas, pronunciemos con cariño tan sólo sus nombres. — **Elvira C. Bellani.** — Liceo.



José Olleia



Norberto E. Risso

Porque en su ambiente se respira la pureza y la luz de las aulas ilumina el alma de los niños con los mágicos destellos del saber; por eso amo la escuela, fuente de civilización y cultura. Y pienso: que si llego a diputado, votaré por la fundación de muchas escuelas en mi patria. — **Pedro S. Fiorito.** — 4.º grado, Escuela núm. 8 de Puán, Villa Iris.

La vida del estudiante es comparable a una gran empresa; las dos tienen un fin propuesto; igualmente encuentran obstáculos, verdaderos e imaginarios, que hacen dudosa la victoria. —**Ernesto Martinelli (h.)** — 3.er año, Nacional Bartolomé Mitre.



Héctor Galli, 3.er grado, Escuela Juan Martín de Pueyrredón



Roberto García, 4.º grado, Escuela Carlos Tejedor

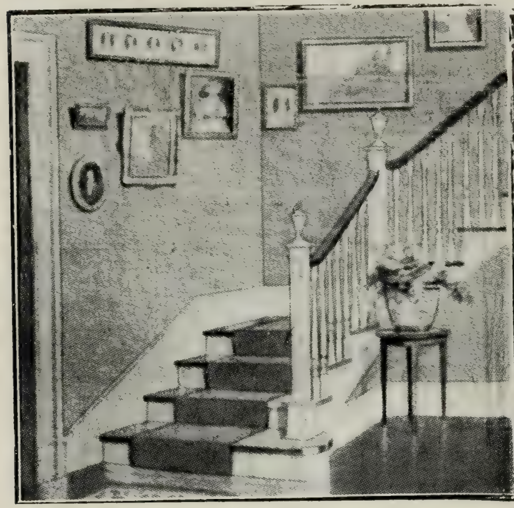


Lola M. García Normal de San Luis

No se reciben más colaboraciones para esta sección. Unicamente serán publicadas las que se recibieron anteriormente a esta fecha.

La casa moderna

Cómo se cuelgan los cuadros. — Entre los detalles que es preciso tener en cuenta, cuando se amuebla una habitación, se halla la selección de sus cuadros y la manera de colgarlos. Pocas personas comprenden la importancia de este factor, en cuanto al aspecto artístico presentado por la habitación. Las ilustraciones que ocupan la izquierda de esta página, dan varios ejemplos de cuadros con marcos de mal gusto e impropia-



mente colgados; porque es preciso decir que el marco tiene tanta importancia en lo tocante a este punto, como la posición del cuadro.

Probablemente, uno de los errores que más comunmente se cometen al amueblar una casa, es el empleo de demasiados cuadros.

Una pared abarrotada de cuadros, las más de las veces, de un dudoso gusto, producen el efecto más molesto y confuso que pueda darse. Esto se puede notar en las ilustraciones primera y segunda de la izquierda, que representan una parte de escalera, y el dormitorio de una joven.

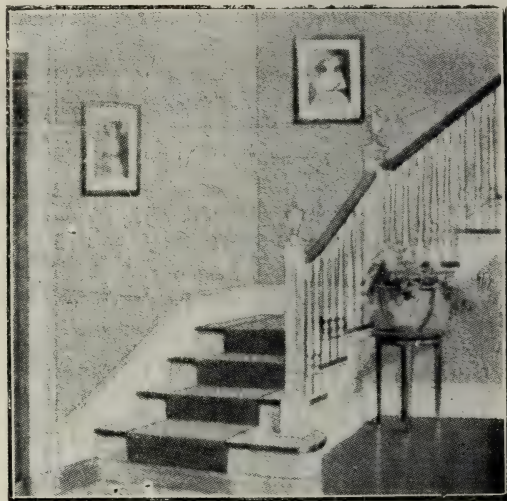


Muchas veces oímos decir que no hay lugar donde colgar un cuadro.

Esto es ya una prueba de que el cuadro no deberá colgarse, pues es obvio de que si falta espacio es porque ya hay cuadros bastantes. Sin embargo existen personas que consiguen colocación para el sobrante, y con esto no hacen más que producir el efecto de confusión que puede verse en las ilustraciones aludidas.

También se acostumbra a llenar de cuadros el espacio de pared que corona una chimenea. No hay para qué decir que esto, además de ser innecesario es de mal gusto. Por otra parte, la costumbre ya pasada de moda de dar al cuadro un cierto grado de inclinación dependía del hecho de que aquél se colgaba muy alto, y era necesario colocarlo de modo que se viera bien.

De manera que lo más importante al colgar un cuadro, es la altura: metro y medio o dos metros, es una



elevación conveniente para los cuadros de un tamaño regular.

Si se comparan los dos grabados, 1 y 2, en seguida se echa de ver que los cuadros de la fig. 1 han sido colgados sin discernimiento ni primor.

La escalera no es una exposición de cuadros, y si estos abundan no hacen más que demostrar el mal gusto de quien presidió a su colocación. ¡Cuánto más agradable y atrayente resulta la vista de la escalera en la fig. 2! Dos cuadros bastan a adornar la pared, pudiendo ser por otra parte, mejor apreciados.

En la fig. 3 vemos un dormitorio de paredes casi



cubiertas en su totalidad por cuadros y fotografías de tamaños y formas diferentes. Este espectáculo borra todo deseo de reposo y siendo, además, este amontonamiento de objetos muy perjudicial para la salud, por la cantidad de polvo que recogen.

Dos o tres cuadros seleccionados en cuanto a tamaño, asunto y colorido, no resulta de un efecto tan detestable como lo es el amontonamiento observado en la figura anterior.

Si se quita el marco dorado del cuadro que ocupa el centro de las decoraciones en la fig. 5, y se le pone uno más sencillo, como en la figura 6, y se eliminan las demás pinturas por estar demás, y se completa la obra colocando sobre la tarima de la chimenea un reloj pequeño y dos floreros, el efecto conseguido es de un innegable buen gusto.

En la fig. 7, se demuestra el error que se comete al



colocar cuadros relativamente grandes en un espacio de pared pequeño y también de cómo muchas veces los marcos echan a perder los cuadros.

La fig. 8 muestra cómo teniendo en cuenta las indicaciones dadas en esta página, y mediante un poco de criterio al hacer recuadrar las telas por marcos más sencillos se ha conseguido hacerlos armonizar con los objetos que los rodean.

Tales son las indicaciones principales que hay que seguir para colgar un cuadro de manera que no sólo quede de relieve su valor artístico, sino que también produzca una sensación de buen gusto a la persona que eche una primer ojeada a la estancia.

El problema del marco es de la mayor importancia y por ello volveremos a insistir. El marco debe adaptarse en cierto modo al contenido del cuadro, pues no es posible imaginar que siente bien un recuadro macizo de inusitada extensión y de lucientes dorados en una



tela pequeña, que representa una puesta de sol en miniatura, por ejemplo. Tal marco, como se comprenderá, contribuye a empequeñecer las proporciones de la pintura, produciendo a primera vista una impresión de insignificancia.

Y no sucede esto sólo con los cuadros, sino también con las fotografías; cuanto más importante sea la persona representada, de tanta mayor sencillez severa deberá usarse. Esto sugiere la idea del respeto y la veneración, y nos da a entender, aunque no conozcamos a la persona representada, sus cualidades relevantes. Los marcos sencillos, bonitos, de escasos dorados y oropeles,

se usan para los retratos de los padres, de las madres, en fin, de todas aquellas personas que por sus actos se han hecho acreedoras a nuestra profunda estima.

Hemos hablado asimismo, de lo feo que resulta el amontonamiento de muchos cuadros, en un estrecho pedazo de Pared. Pero dirán ustedes, en las fotografías de los talleres de gran número de artistas y pintores este amontonamiento es característico, y en las



paredes alternan molduras de yeso y estudios recién concluídos, dispuestos sin orden ni método, muchos de ellos colgando cabeza abajo, o lo que es peor, colocados contra la pared, y en los rincones. Pero a quienes tal pregunta hicieren, es preciso decir que no se trata aquí de una sala, pues el taller del pintor o del escultor es una especie de fábrica, donde el espacio es algo precioso que debe ser aprovechado en lo que sea posible. Esto en lo que se refiere a las colocacions de los cuadros y a la mejor manera de producir buena impresión en la persona que entre en una estancia, buscando en ella todos los detalles que puedan constituir un solaz para el espíritu, no solo por medio de la conversación y el ejercicio de la sociabilidad, sino también por las impresiones agradables que le procuren sus sentidos, entre los cuales se encuentra en primera fila, sin duda alguna, el de la vista. Pero si en este asunto de los cuadros se quiere extremar la nota y llegar a los límites



tes del refinamiento debemos atender asimismo al cuadro en sí, a su colorido, poniendo de relieve las maravillas de su técnica. Debemos advertir que la comprensión de la técnica en cualquier obra de arte, marca un alto grado del desarrollo de los sentimientos estéticos. Hay cuadros que necesitan de mayor claridad que otros para poder ser avalorados, y estos son aquellos donde los tonos rojos están en mayoría sobre los tonos azules por ejemplo. Si se desea hacer visibles aquéllos sobre éstos, es preciso exponer el cuadro a la mayor claridad posible.

La penumbra es perjudicial para el paisaje, pues esta parece bañada de bruma.

De todas partes

Un carro para borrachos. — La municipalidad de Praga en vista del enorme desarrollo que la ebriedad ha tomado allí, ha decidido la construcción de varios vehículos para la conducción de borrachos.

Claro es que distan mucho de ser estos como el carro triunfal de Baco. Lo constituye una especie de cajón de poco más de metro y medio de largo, cerrado herméticamente por su parte superior con una fuerte tela metálica.



Son conducidos por los empleados de la municipalidad, cuya misión es pasearse por la ciudad recogiendo los beodos.

No hay que decir que la caza da origen a muchos incidentes curiosos.

Un secadero de frutas. — La fotografía que ilustra estas líneas reproduce una vista parcial del secadero de frutas más grande de toda California. Ocupa una extensión de más de sesenta mil metros cuadrados y pueden extenderse en él 18.000 bateas de fruta.

En todo el occidente de los Estados Unidos se emplea el secado natural de la fruta por medio de la exposición directa a los rayos del sol, porque creen, o lo han comprobado con la práctica, que da mejor resultado que el secado artificial. Las frutas se extienden en bateas de madera de muy poco fondo y de dos metros de largo por medio de ancho. El período del secado varía de una semana a diez días, según el calor del sol y el tamaño de la fruta. Todas las noches se le da una vuelta, y cuando se termina el secado se llevan las bateas a unos cobertizos donde se hace la selección. La operación del escogido la realizan mujeres muy prácticas.



Presidiarios como bestias de tiro. — La fotografía que reproducimos da más idea de los estragos de la plaga del ganado vacuno en Africa del Sur que una descripción detallada de los mismos.

La región de Idutywa, donde ha sido tomada la fotografía, está situada en los territorios trankeianos del Sur de Africa, y mide cincuenta y cinco kilómetros de largo por unos treinta de ancho.

En el corto espacio de seis meses los habitantes de dicha región perdieron más de 25.000 cabezas de ganado vacuno y muchos de ellos tuvieron que dejar los arados y recurrir al antiguo sistema de cavar los campos, mientras que las autoridades reunieron a los presidiarios para el arrastre de los carros de piedra, destinados al arreglo de las calles y de los caminos, porque no quedó una sola bestia para prestar este servicio.



En las aldeas (y esto pasa igual en el interior de Marruecos) son las mujeres que labran la tierra, pues el hombre se dedica más al ejercicio de la caza, que es su profesión favorita.

El caballo, su inseparable amigo y animal de su preferencia, es cuidado con atención suma por lo que de ningún modo se le destina a las faenas del campo ni trabajos rudos.

Los presidiarios han aceptado el trabajo con agrado, pues aparte de que los aleja del presidio y de la inacción, las autoridades han dispuesto la mejora del alimento, que hoy es de calidad mejor y se les pasa en cantidad más abundante.

Fuerzas de la policía vigilan los trabajos para evitar las posibles evasiones.

Las autoridades retribuyen a los presos su trabajo con una adehala, parte de la cual se le entrega semanalmente, yendo la otra a constituir un ahorro que se les entregará al recobrar la libertad.

Notas extrañas

Es proverbial la inteligencia de los elefantes. Con gran frecuencia en los circos la presentación de uno de esos animales constituye un número especial que causa la admiración de los chicos y de los grandes.

Boby es un elefante fenómeno, en su género, apenas tiene año y medio y ya sabe escribir a máquina.

En efecto, subido en un taburete y en una máquina hecha apropósito para él, escribe ante el público su nombre y el país de su origen: Africa.



Por tradición inmemorial eran los reyes de Francia canónigos honorarios de la catedral de Mans dedicada a San Julián. Desde la caída del régimen monárquico quedó abolida esta costumbre, pero un fabricante de vidrieras, creído de que el mismo derecho tradicional debían tener los presidentes, ha construído una vidriera representando a M. Poincaré en el traje de ceremonia.

Apenas hay turista que al recorrer el oeste de los Estados Unidos, no vaya a ver los geysers de Sonoma.

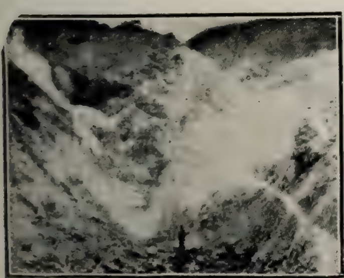
Los geysers están situados a unos ciento cincuenta kilómetros de San Francisco. Al acercarse se siente un ruido sordo como el que se oye al comenzar los terremotos, y ya en el parque del "Geyser Hotel" se ven los humos sulfurosos que despide la tierra.



Subiendo por el Cañón del Geyser que reproduce nuestra fotografía, se observan muchas cosas interesantes. A medida que se asciende, se amortiguan los ruidos y se percibe una especie de silbidos cada vez más fuertes. Las rocas están calientes y por las grietas del terreno se escapan grandes nubes de vapor. Los puntos más interesantes son el "Sillón del Diablo", la "Cocina del Diablo", la "Ponchera de Plutón" y la "Caldera de las Brujas".

Todos los nombres están dedicados muy apropiadamente al demonio, porque el lugar es digno del infierno.

La gente ignorante atribuye al diablo el origen de los geysers, los poetas han dedicado sus rimas a este hermoso fenómeno de la naturaleza y no ha faltado escritor que forjara una leyenda.



La más popularizada es la siguiente: Que tanto los enfermos del cuerpo como los del alma sólo alcanzarán la curación yendo a besar las secas y rocosas peñas donde hoy se encuentran los geysers.

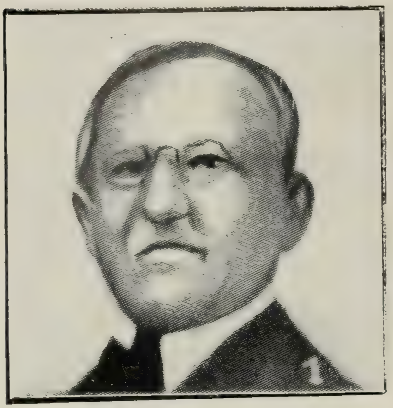
Dos enamorados fueron allí; ella juró un falso amor, que no sentía, a un prometido y entonces de entre las peñas brotaron las aguas hirvientes que abrasaron a la perjura y que hoy aprovecha la ciencia.

Los geysers son los manantiales medicinales más populares de América, y se les atribuye gran valor curativo.

Las aptitudes y la complexión física

¿QUÉ pensarían ustedes del industrial que adquiriese máquinas, sin conocer su rendimiento, su solidez y su duración, que comprase las materias primas ignorando sus cualidades y la forma en que deben elaborarse?

La opinión de ustedes acerca de un fantaseador semejante, sería muy pesimista. Le augurarían ustedes una quiebra a breve plazo. Y, probablemente, serían ustedes buenos profetas.

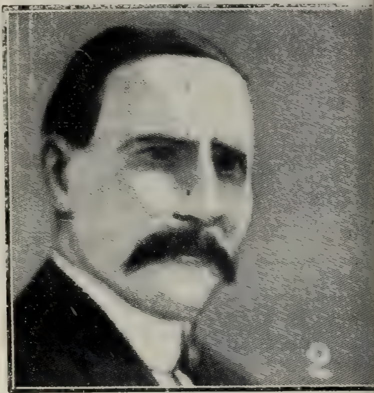


El comerciante que gestionase el traspaso de un establecimiento, sin cuidarse de la clase de negocios inherentes al mismo, ni de los beneficios realizados por su predecesor, les merecería el mismo concepto.

Pues hay, en la industria y en el comercio, una máquina más preciosa que todas las máquinas: el hombre. Empleado, obrero, colaborador, agente — llámesele como quiera — constituye el resorte más importante, el más delicado de toda la explotación, y de sus cualidades depende el éxito o el fracaso.

¿De qué modo el jefe de industria, que estudia atentamente cada máquina, cada aparato, cada útil, antes de adquirirlos para su fábrica, estudia a los hombres a quienes encargará la misión de cuidarlos, de ponerlos en marcha y de aumentar su rendimiento?

Es muy sencillo: no los estudia. Los toma al azar y les confía tareas más o menos delicadas. Si cumplen con su deber, la cosa marcha bien; si, por el contrario, son inferiores a su labor, los despide y busca otros.



Este método empírico cuesta muy caro, muy caro a los que se obstinan en emplearlo: tal obrero a quien se separa porque no ha realizado su trabajo, ha gravado sensiblemente los gastos generales de la casa durante la jornada. Que cinco o seis operarios de su misma especie le sucedan... y se notarán sus deficiencias en el balance de fin de año.

Para el empleado, el método y los resultados son idénticos. Se contrata, se ensaya, se procede por tanteos, hasta que, al fin, se encuentra uno que, por casualidad, es capaz de desempeñar el

papel a que se le destina. Pero antes de llegar a eso ¡qué de pruebas, qué de desengaños, qué de gastos inútiles!

Ejemplo: en el curso de la organización de su casa, el director de un gran establecimiento probó a trescientos candidatos, antes de lograr que veinticinco supiesen su obligación. El dinero gastado para contratar, hacer, en parte, el aprendizajé, y después despedir con las correspondientes indemnizaciones a los doscientos setenta y cinco inútiles, pasó de 80 mil pesos. Sin contar la pérdida de tiempo, de energía... y los beneficios que auxiliares aptos para sus funciones hubieran podido reportar a la empresa.



Existe un método mejor, más racional, y que permite reconocer las aptitudes humanas como se reconocen las cualidades del acero o los quilates de oro en una aleación.

¿Se pueden adivinar las aptitudes de un joven, a quien no se conoce y que viene a solicitar un empleo? El método existe y es obra de una mujer, la doctora Blackford, que, durante trece años, estudió cuidadosamente a los hombres y las mujeres en el trabajo y en diez y ocho países diferentes a más de cincuenta mil individuos y ha establecido científicamente la manera de discernir con golpe seguro y a primera vista, según su corpulencia, su estructura, las líneas de su rostro y la forma de su cráneo, aquello para que es apto uno y la rama de la actividad humana en que puede desarrollar mejor sus disposiciones.



No es posible, en los límites de este artículo, analizar todo el método y, por lo tanto, elegiremos algunos ejemplos.

La señora Blackford presenta, entre otros, cuatro prototipos que corresponden a los grabados que reproducimos y que son, respectivamente: un comerciante, un educador, un artista y un cultivador de los juegos atléticos.

Para los que quieran enriquecerse

Si ustedes deséan tomar lecciones de economía les presentaré a un modesto empleado, el señor Julio Lafuente. Desde que tengo uso de razón no he conocido a nadie que como él sepa economizar.

Sabe muy bien que centavo a centavo se reune un peso, y peso a peso un argentino y que así se hacen las más estupendas fortunas.

Nadie tiene noticia de que Lafuente haya hecho un gasto inútil.



No bebe, no fuma, no toma el tranvía, no pasea por no gastar las botas, parte el pan con los dedos para que no se gaste el cuchillo y divide los palillos de los dientes por la mitad por economía.

Un solo ejemplo bastará para demostrar lo que es este maestro del ahorro.

Ayer de mañana le encontré recogiendo prospectos, pues los colecciona para expenderlos después como papel viejo, llevaba el sombrero encasquetado hasta el cogote y la barba con exceso crecida; a pesar de todo una alegría infinita se reflejaba en su cara; le pregunté:



—¿Qué es eso? ¿Te ha tocado la lotería?

—No—me contestó sonriendo—los quintos de lotería cuestan muy caros. Estoy contento por que he hallado la forma de realizar serias economías en mi presupuesto.

—¿Sí?

—Tú sabes, como yo, que como la carne, el pan y el carbón, es un artículo de primera necesidad el peluquero. Esto me producía un gasto al mes de dos pesos diez centavos, lo que al año sumaba la cantidad de 25.20 moneda nacional. He suprimido el gasto.



—¿Cómo?

—¡Radicalmente!

El bueno de Lafuente se descubrió y enseñó a mis ojos su cabeza más limpia que una bola de billar.

—Tú lo ves—siguió—ni un pelo. Una pasta depilatoria me economiza $ 25.20.

—Entonces—le interrogué yo. ¿Por qué te dejas la barba?

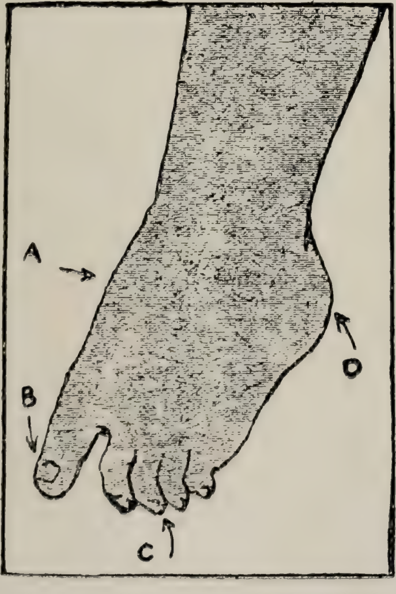
—Porque me ahorra la corbata!

El porvenir de los niños

(Según la forma del pie)

Un popular proverbio francés asegura que "el que mece no sabe lo que mece". Y esta duda hace que las madres conciban ciertas esperanzas mezcladas de angustias, al mirar la cuna en que duerme el bebé.

¡Qué será de ese niño que sonríe, durmiendo! ¡Un hombre honrado, la alegría y el orgullo de su familia, o bien un perezoso, un degenerado... o algo peor? Es verdad que ninguna madre puede suponer que su hijo está destinado a otra cosa que no sea un personaje ilustre, o por lo menos, un individuo normal y decente. ¡Qué no daría por conocer anticipadamente el carácter, las cualidades, los defectos, las aptitudes de esa criatura, por saber si se le parecerá, si corresponderá al amor que en su pecho desborda, si tendrá una naturaleza egoísta y fría?



Esto es lo que pretenden descubrir algunas madres, sentadas ante el fuego y tendiendo hacia la llama su mano, para recalentar en seguida los pies de sus hijitos. Están seguras de que esos piececitos les permiten, en cierto modo, descorrer el velo del porvenir.

Así, por lo menos, lo afirma la condesa Melouny. Muchos años de estudio y observaciones, escrupulosamente anotadas, le permiten asegurar que los pies de los niños se dividen en cierto número de tipos, que presentan entre ellos diferencias muy sensibles, y que basta examinarlos minuciosamente para clasificarlos dentro de tal o cual categoría. Nada más fácil, entonces, que conocer el carácter del niño, sus grados de inteligencia, etc. Y, en suma, ¿por qué lo que se da como exacto en frenología, es decir, atendiendo a la conformación del cráneo, no puede serlo, según la forma del pie? En todo caso, tanta confianza puede inspirar el nuevo sistema, como el arte que consiste en descifrar el enigma de las rayas de la mano.

He aquí algunas de las reglas dictadas por la condesa Melouny:

Un empeine fuerte (señalado por la letra A en el dibujo) es el signo precursor de un carácter independiente. Hay muchas probabilidades de que el niño posea una gran confianza en sí mismo, demasiada tal vez, con un poco de orgullo.

Un pie plano denota, por el contrario, un carácter vacilante y tímido, pero amigo del orden. Aquel a quien pertenezca ese pie no hará nunca grandes cosas; pero gozará, indudablemente, de la estima de todos, en su vida. Será modesto y se contentará con su suerte.

No deseemos que los niños tengan un dedo pulgar grande y parecido al señalado con la letra B, es decir, redondo, largo y ligeramente separado de los otros. Esto es indicio de instintos criminales.

Los dedos curvados (C), desde el nacimiento (porque luego todos toman esa forma por el calzado), acusan un espíritu autoritario, violento, despótico. Convendrá vigilar a ese niño, para reformarle el carácter.

En fin, un talón dilatado es señal cierta de indolencia y de inteligencia lenta.

Aquí no se han indicado más que las reglas esenciales y de fácil comprobación, pero existen otras muchas que exigen una larga práctica.

La condesa Melouny detalla todas sus observaciones, dándoles carácter científico, y exponiendo ejemplos que comprueban sus teorías. Y este sistema, como hemos dicho, puede dar el mismo resultado que la frenología.

EL INGENIO A PRUEBA

REFRAN, *por Rino*



CUADRADOS ENCADENADOS, *por Mario*

```
O O O O
O O O O
O O O O
O O O O O O O
      O O O O
      O O O O
      O O O O O O
            O O O
            O O O O O
                O O O
                O O O
```

Sustitúyanse los círculos por letras y luego léase horizontalmente y verticalmente: 1.º, verbo; 2.º, isla; 3.º, en las aves; 4.º, provincia argentina; 5.º, abundancia de una cosa líquida (plural); 6.º, novena letra del alfabeto griego; 7.º, lugar donde se hallan huesos; 8.º, últimas letras de Ilion; 9.º, lago de Rusia; 10., cenobita ateniense; 11., parte del sombrero.

LÁPIDA CARCOMIDA, *por Amapola*

```
E   ARIÑ   U   O   IEN
N   NTEREZ   I   EALTA
  E   A   LA   E   A
  UR   L   U   A   SPUMA
```

A los anteriores fragmentos les falta para convertirse en palabras la primera letra, la última o las dos a la vez. Coloque, amable lector, estas letras para que se pueda leer entonces con todas.

CHARADA RAPIDA, *por Bennini*

Segunda y *tercera* parte del cuerpo humano, *primera* y *segunda* ciudad de Europa y el *todo* hombre de la antigua historia.

PEQUEÑA CORRESPONDENCIA

Enviaron colaboraciones.—Rino, Amapola, María Luisa, Bennini, Negrita, Arol, Harguindeguy, Clavel y Teresa.
Juan Antonio.—Tiene usted razón, pero el espacio de que disponemos nos lo impide.

SOLUCIONES AL Núm. 241

A la carta charada, por "Nata": *Margarita.*
A la frase en acción, por "Cocleta": *La confianza mata al hombre.*
Al numérico, por "E. Bennini": *Cambridge.*
Al rombo, por "Mario":

```
    A
  U R I
S E N I L
  T I A
    R
```

ENVIARON SOLUCIONES

Eva Ll. Caruso, Mario Sormani, Cecilia Harguindeguy, Olga Bennini, Elena M. Gaulio, Angelita Etcheverry, Cecilia Ramos Fernández, Arol, María Hebé Sesvignes, Elvira y Mercedes Abeleira, Sara E. Coronado Quesada, Rogelio Martínez Cientat, Ovidio H. Salgueiro, María Esther Demaría, Teresa Darenzo, E. Gigeña, Anita C. Pisani, E. Bennini, Julio Mailhas, Pepa Regueira, Juana F. de Suárez, Juan Antonio Relagriatti, Amapola, María Luisa Capo, Violeta Ortiz de Rozas, Enriqueta y Teresa Ferriol.

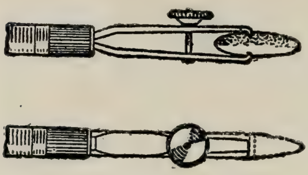
La fuerza de la costumbre



Diez años hacía que el perro tenía así el recipiente para recoger las limosnas del ciego.

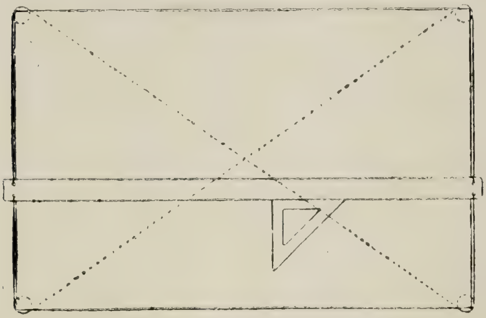
Retirado el pobre de los negocios y siguiendo el perro con la costumbre, sirve de un excelente cenicero.

Porta-gomas de borrar. — Para borrar detalles pequeños y delicados de los dibujos, cosa difícil con una goma del tamaño corriente, conviene hacer un porta-gomas como el del dibujo adjunto. Como se ve se compone de un tiralíneas viejo con las puntas cortadas y un poco dobladas hacia adentro. Con la presión del tornillo las puntas se hunden en el trocito de goma de borrar, y lo sujetan perfectamente. La goma puede ser de la forma más conveniente, según lo que se tenga que borrar.



Para trazar paralelas. — Con una regla, un tablero corriente de dibujo, cuatro poleas pequeñas acanaladas y un poco de alambre flexible se puede hacer un aparato muy cómodo para trazar paralelas.

Las poleas se fijan, de plano, en la parte inferior del tablero, una en cada esquina y se tiende el alambre flexible de una a otra, en la forma que indica el dibujo. Los extremos de la regla se fijan al alambre que corre a lo largo de los lados del tablero y de este modo conserva siempre la horizontalidad al correrla hacia arriba o hacia abajo.

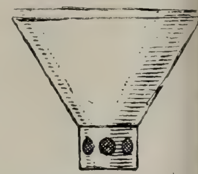


Para obtener buena frutilla. — Un buen sistema para criar plantas de frutilla de fruta grande y limpia consiste en poner sobre cada planta una tabla de 25 centímetros con un agujero de siete centímetros y medio en el centro para que salga el tallo. La tabla impide que crezcan hierbas alrededor de la planta, conserva la humedad y sirve de base a las fresas maduras sobre las cuales no salpica la lluvia, polvo ni barro. Además, la tabla irradia los rayos del sol ayudando así a la madurez.



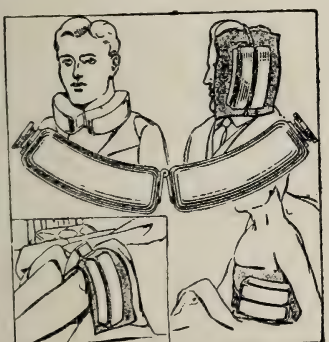
El modo más rápido de hacer estas tablas es serrar discos de madera de un tronco de árbol y hacerles una perforación en el centro. Los discos obtenidos así no se abren, porque la veta de la madera queda vertical.

Embudo colador para la leche. — Los embudos que ordinariamente se usan para la leche están provistos de un cedacito de tela metálica, pero como este cedazo está situado horizontalmente, el mismo peso del líquido impide que el polvo y el sedimento de la leche sean retenidos por la tela metálica y gran parte de ellos atraviesan las mallas y la leche no queda libre de impurezas.



El mejor sistema de embudo colador es el que reproduce nuestro grabado. Como se ve, tiene una serie de coladores de tela metálica fina alrededor de un pequeño depósito de fondo cerrado. Al colar la leche, su mismo peso hace que las impurezas se depositen en el fondo del colador, mientras que el líquido completamente limpio va saliendo por los coladores laterales.

Cosas útiles



Botella de agua para enfermos. — En Alemania se ha puesto a la venta una ingeniosa botella de agua caliente para los enfermos. Consta de dos secciones de metal unidas por una charnela a fin de que la botella pueda rodear el cuello. una pierna o un brazo. Doblada del todo puede aplicarse a un lado de la cara o a cualquier otra parte del cuerpo. Caliente o fría. el agua aplicada de este modo conserva su temperatura durante hora y media por lo menos.

Para ver el panorama desde el tren. — Para ver el panorama desde el tren, sin necesidad de llevar la cabeza vuelta y permaneciendo cómodamente en el asiento se hace una caja de cartulina gruesa o de madera delgada de unos 25 centímetros de largo por ocho de ancho y cinco de grueso, y se ponen en sus extremos dos trozos de espejo formando un ángulo de 45 grados. inclinados ambos en la misma dirección y con sus superficies reflectoras frente a frente.





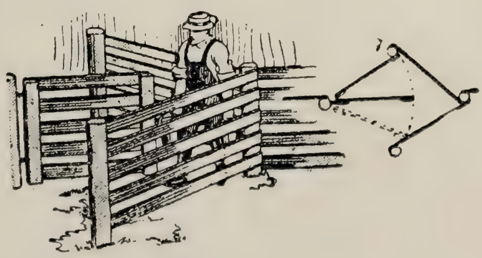
En el extremo A de la caja se abre una ventanilla de iguales dimensiones que el espejo, y en el extremo B, un agujero que caiga sobre el centro del otro espejo. Ambas aberturas se cubren con unos trozos de cristal transparente ordinario.

Para usar el aparato, se saca por la ventanilla el extremo A, y el portador mira por el agujero del extremo B.

Con este aprato se evita se metan en los ojos partículas de carbonilla y polvo del camino.

Puerta para granja. — Como a las horas del pienso es, a veces, conveniente conservar separado el ganado grande del pequeño, un ganadero americano ha ideado la puerta que reproduce el grabado y que sirve para separar los corrales.

La puerta está montada en tales condiciones que puede pasar por ella un hombre con un par de cubos en las manos, sin que le sea posible seguirle el ganado grande. Los animales pequeños, tales como los cerdos,



las gallinas y las cabras, pueden pasar por la parte en forma de V de la puerta, pero los caballos y las vacas no pueden dar la vuelta necesaria para franquearla.

Como se ve por el dibujo, la puerta se compone de dos partes, una fija en forma de V y otra central que gira sobre unos goznes. Esta puerta se ata a un lado o a otro de la V cuando se quiere impedir el paso al ganado pequeño.

Contra la escarcha.—Para preservar los árboles contra los efectos de la escarcha se cava alrededor una zanja circular, profunda, hasta llegar a las raíces principales y se llena de estiércol descompuesto y bien apisonado. Así se deja pasar el invierno y hacia el final de esta estación, cuando el estiércol está todavía helado, se le cubre con la tierra extraída de la zanja.

LA EXPIACION

por **Pablo Bourget**

(Conclusión)

Yo le juzgué severamente entonces, pero ahora sé que hacía mal y que no se debe condenar a nadie. Él tenía otros hijos, y por lo tanto quería que este secreto muriera con él. Te explico estas cosas, para que comprendas de qué modo hemos sido tentados... Como tu padre tenía la obligación de vigilar de lejos a este muchacho, el primer año servimos la pensión como debíamos; después supimos que había vivido en el Barrio Latino, en compañía de ciertas mujeres, corriendo de café en café sin seguir ningún estudio ni dedicarse a ningún trabajo. Bebía ya, ¡a los diez y nueve años! El segundo año continuamos enviando la pensión e hizo lo mismo, peor aún; tu padre se informó de su conducta y supimos que había contraído grandes deudas. El tercer año...—Aquí se detuvo un segundo y con el fervor de alguien que consuma su sacrificio, continuó...—El tercer año era el en que tú debías hacer tu servicio militar. Hacía falta pagar mil quinientos francos para que sólo fueras soldado un año y no los teníamos. Nuestras pobres economías, siete mil francos ahorrados sueldo a sueldo, se habían perdido en una desgraciada imposición. ¡Y tú eras tan trabajador, tenías tanto derecho a ser lo que ya eres!...

—¿No se han dicho ustedes nunca que quitarle esta pequeña fortuna era dejarle más inerme ante la vida que con su falta de energía, una vez sin recursos, caería cada vez más abajo y que sería yo, vuestro hijo, el que sería responsable de ello?

—¿Tú?—exclamó la madre.—¿Tú, tú responsable? No digas eso, hijo mío, no lo pienses... Ni tú ni tu padre... Soy yo la que lo ha hecho—continuó dándose golpes en el pecho cual si estuviese en la iglesia... Fuí yo la que lo hice todo por mi propia cuenta... Fuí yo primero la que tuvo la idea de emplear una parte del dinero para el pago de tu voluntariado, y la que decidió a Corbières; él no quería, yo le he arrastrado... Condéname, despréciame, Eugenio, pero no a tu padre; perdónale, no es culpable, te lo juro; soy yo la que lo ha meditado todo, la que lo ha querido todo; yo soy la única culpable, la única.

—No tengo derecho a juzgaros ni a tí ni a él. —respondió este hombre que a pesar de hallarse acostumbrado por su profesión al contacto del dolor, permanecía anonadado ante el abismo de miseria que bordeara durante toda su juventud sin verlo, sin sospecharlo siquiera, como tampoco sospechó el delirio de amor de esta madre, a la cual era el único que no podía condenar.

Tenía ante sí un alma humana completamente desnuda, completamente ensangrentada. ¡y qué alma aquella de donde la suya floreciera! ¡Cuánto hubo de sufrir, en efecto, esta pobre alma y cómo la habían marcado con sus terribles garras el arrepentimiento y la fe! ¡Cómo, a través de su suplicio íntimo, se había lavado de su falta! Ella aceptaba, reclamaba el completo castigo, tomando la responsabilidad sobre sí, ávida solamente de expiar por los dos, ansiosa de evitar a su cómplice, al viejo compañero de toda su vida, el golpe supremo con que acababa de ser herida de muerte.

¿En qué repliegue de su corazón habría hallado el hijo la fuerza de juzgarla y de obrar de otro modo que como obró? Se acercó a ella, y oprimiéndola entre sus brazos, la dijo:

—Mamá, mi querida mamá, no suspires más, no llores más. Todo se puede borrar, todo se puede reparar; yo seré rico, devolveré ese dinero y curaré a ese desgraciado...

La madre había apoyado su frente sobre el hombro del joven escuchándole sin hablarle, moviendo solamente la pobre cabeza encanecida con un tierno gesto que respondía "no" a sus promesas de esperanza, el "no" resignado de los moribundos, a quienes se describe los paseos que saben demasiado no han de volver a hacer, los placeres que no tendrán jamás.

Una mano introducía una llave en la cerradura de la puerta de entrada: era el padre que volvía.

—Valor, mamá—dijo Eugenio;—te prometo que no sabrá nada...

—Y yo he cumplido mi palabra—me repetía cuando volvimos a encontrarnos y me contó esta escena;—ya supondrás a costa de qué esfuerzo. Pasé a la habitación contigua para tener tiempo de secar mis ojos y arreglar la alteración de mi fisonomía, mientras oía la voz de mi padre que preguntaba:—¡Hola! ¿Ha venido Eugenio, pues veo ahí su sombrero?—Sí, respondió mi madre; —busca un libro en la biblioteca. Ha sido una suerte que haya subido esta mañana, pues me sentía muy mal cuando saliste. Me ha reconocido. No será nada...

Había hallado una piadosa mentira que me permitió presentarme sin que mi padre se asombrara de mis pupilas enrojecidas ni de mi rostro agitado, ya que, a pesar mío, sin ese pretexto, mi emoción me hubiera descubierto. Me separé de ellos inmediatamente; no podía permanecer más tiempo a su lado... ¿Lo creerás tú? Esta primera hora en que me vi completamente solo, fué la más dura para mí... Repetíame sin cesar lo que mi madre me dijera, es decir, que yo no era responsable, pero hay cosas que no se discuten como no se discuten la vida ni la muerte. Pero yo le devolveré... yo le devolveré...

—He ahí la verdad—le respondí yo;—tu pobre madre tenía razón cuando te decía que tú no eres responsable de lo que han hecho por tí tu padre y ella. Créeme, tu deber es bien sencillo y lo has hallado inmediatamente con sólo escuchar tu corazón que te ha ordenado apiadarte de tu madre, evitar a la vejez de tu padre un dolor que sería mortal para él, y hacer el bien al desgraciado del faubourg Saint-Jacques.

—¿Recuerdas—continuó—cuando nos volvimos a ver después del colegio, nuestras discusiones de ideas y las razones que me han hecho emprender mis estudios de medicina? Te decía entonces que tenía sed y hambre de certidumbre y esta certidumbre había creído encontrarla en una especie de apuesta a lo Pascal. ¿Te acuerdas aún? Yo soñaba en un empleo de existencia justificable tanto en una como en otra hipótesis, a saber: que Dios exista o no exista, que haya una libertad o que no la haya, otra vida o la nada... Pues bien, he llegado a un momento en que esta doble hipótesis no es ya posible. Estoy acorralado en la alternativa. Tú me hablas de un dinero que tengo que restituir, de atenciones que debo prodigar, ¿verdad? Pero es que aun cuando haya pagado a este Robert veinte veces, treinta veces, aun cuando le haya arrancado al horrible vicio, ¿por qué medio podré restituirle la juventud?

Folletines breves — *La expiación*

—¿Y tú deduces?... le pregunté al ver que se callaba.

—Deduzco, que si Dios no existe, yo no puedo devolver el depósito. Unicamente puedo hacerlo si existe... ¡Ah, si pudiera creer en él!—añadió con un suspiro que todavía oigo al cabo de diez y seis años.

V

Sí. Hace diez y seis años que Eugenio me decía, bajo la inmediata impresión de los sucesos que he relatado, estas palabras cuya lógica no puedo discutir y he aquí que después de estos diez y seis años ha llegado a través de no sé qué otras tempestades interiores, que nunca he sabido, a la solución que me indicaba en esta entrevista y que él deseaba tan apasionadamente sin que su razón se rindiera por completo a estas razones del corazón que hablaban en él. Repito lo que decía al empezar, esto es, que soy aquí un simple testigo y que no comento. Eugenio ya no tiene hoy ni padre ni madre; los dos han muerto: ella, calmada al fin por el perdón de su hijo; él, sin saber jamás que su hijo lo sabía todo. Pedro Robert ha muerto también, a pesar de que Corbières luchó contra la enfermedad con verdadera obstinación, y, por lo que respecta a él mismo, sus colegas han podido verle con un estupor que los años no han disipado aún, abandonar bruscamente, poco tiempo después de estas tres muertes, acaecidas una detrás de otra, su envidiado puesto de médico en los hospitales, su magnífica clientela parisiense y la certidumbre de todos los honores, para entrar en la congregación de los Hermanos de San Juan de Dios consagrada, como se sabe, al servicio de los enfermos. No hemos dejado de vernos, y cuando el azar de un viaje me lleva a Marsella, donde estos religiosos tienen una importante casa, no dejo nunca de hacer una visita a su hospital ni de preguntar en el locutorio por el padre San Roberto, donde vuelvo a ver bajo el negro sayal del enfermero a mi antiguo compañero de filosofía, al sabio prometido en otro tiempo a una fama europea, al hijo de los dos pobres extraviados a quienes el amor paternal arrastró al crimen y a cada visita le encuentro más tranquilo, más iluminado de esa certidumbre que él buscó tanto, con una expresión más libre en los ojos que aún permanecen jóvenes. Y yo comprendo dos cosas: primero, que posee hoy una fe completa, absoluta, y después que, haciendo de su ciencia el patrimonio de todos, una riqueza que él prodiga porque no la considera como suya, ha descubierto el único medio tal vez de resolver el más doloroso problema que jamás haya visto flotar sobre alma alguna, devuelve el depósito de que sus padres abusaron y como mi amigo, aun bajo sus hábitos ha permanecido enamorado de recuerdos clásicos, suele citarme a veces—sería su único proselitismo si no hubiera su ejemplo — la frase del comerciante fenicio arrojado por la tempestad a la orilla del Ática, donde encontró a su filósofo—Al naufragar, he llegado al puerto.

De todos los hombres de mi generación, nunca he sabido si era él al que más compadecía o al que envidiaba más.

Pablo BOURGET.

FIN

Para saber si un huevo es fresco.—El procedimiento más práctico y seguro para saber si un huevo es fresco, es meterlo en agua.

Los huevos frescos se quedan horizontales; un huevo de 3 a 5 días forma un ángulo de 20 grados con el horizonte, y un huevo de tres semanas se levanta a 75 grados. Por último, un huevo de un mes toma la posición vertical, y cuando es más viejo flota por completo.

Un medio muy bueno de conservar durante muchas horas un pedazo de hielo en una habitación, es poner un trozo de franela gruesa sobre una vasija vacía, estirándolo bien, y sobre ella colocar el pedazo de hielo cubierto con otro trozo de franela. En esta forma el hielo se conserva sin deshelarse.



Para cortar el hielo, lo mejor es una aguja gruesa o un alfiler de sombrero de señora o una lezna recta. Con cualquiera de estas herramientas se corta muy fácilmente.

Los tejidos de mimbre que revisten las damajuanas, botellas, etc., se conservan muy bien sumergiéndolos de dos a cinco días en una solución de 4 kilos de sulfato de cobre en 100 litros de agua.

Para hacer incombustibles los tejidos, el papel, etc., basta sumergir estas materias en soluciones de 20 gramos de bórax, 60 de ácido bórico y 120 de cloruro amónico en un litro de agua; o bien esta otra: bórax, 20 partes; sal de Glauber, 2 ½ partes; agua, 200 partes, dejando luego secar los objetos.

Gracias a esta propiedad se emplea también el bórax, mezclándolo con ciertos colores, para pintar decoraciones de teatro.

A los objetos de metal pequeños o delicados se les quita el moho sin necesidad de recurrir al papel de lija que los estropearía, frotándolos con una goma de borrar corriente, a ser posible de las que se venden para borrar la tinta.

Para conservar las flores secas para los herbarios sin que se alteren los colores, se colocan entre dos hojas de papel secante blanco, extendiéndolas con mucho cuidado. Se ponen después las hojas entre ladrillos refractarios, y se meten en una estufa a la temperatura de 60º a 70º centígrados. Allí se tienen durante tres o cuatro horas consecutivas, cambiando el papel cada hora. Hecho esto, la desecación será completa, y las flores conservarán muy bien sus colores naturales.

Cinco usos de la sal.—1.º La dispepsia se alivia tomando una pulgarada de sal después de comer.

2.º La sal es excelente como dentífrico, usándola una vez al día. Impide que se forme sarro y conserva los dientes blancos.

3.º Para adelgazar, toman muchas personas un vaso de agua caliente. Es mucho más agradable si se le añade media cucharadita de sal.

4.º Para avivar los colores de una alfombra no hay cosa mejor que frotarla con un paño humedecido en agua muy salada.

5.º Para fijar los colores de las telas teñidas, basta dejarlas unas horas en agua muy cargada de sal.

El agua de pan como alimento ligero se emplea con frecuencia en casos de desarreglos intestinales. Pero es necesario saber prepararla para que no tome aspecto y sabor desagradables. Hay dos sistemas de prepararla:

1.º Póngase corteza de pan en agua y cuando hierva ésta déjese todavía diez minutos en el fuego. Retírese y cuélese el líquido a través de un lienzo.

2.º Envuélvase un poco de miga de pan en un lienzo fino, sin comprimirla, mójese en agua que esté a punto de hervir, déjese veinte minutos sobre el fuego, comprímase el saquito con una cuchara y retírese. El agua de pan ha de prepararse precisamente en un recipiente de tierra vidriada o de porcelana y es preciso agitarla cada vez que se emplee.

Puede endulzarse con azúcar.

Para conservar las plumas de acero, basta dejarlas sumergidas, después de haberlas usado, en una solución de carbonato de potasa que se pone en el fondo de un vaso.

La solución alcalina neutraliza el ácido de la tinta y se opone a la oxidación del metal.

COCINA PRACTICA

Pies de ternera a la milanesa.—Una vez cocidos, deshuesados y partidos en rajas, se ponen en una cazuela. Aparte se fríe en manteca una cucharada de harina, y cuando está dorada se vierte sobre los pies, añadiendo una taza de caldo, setas picadas y rehogadas antes, lo mismo que unas cebollitas pequeñas, una hoja de laurel, perejil y pimiento. Se machacan dos yemas de huevo cocido que se agregan a la salsa desleídas con unas gotas de vinagre.

Crestas, riñones y criadillas de gallo.—Es manjar exquisito y caro por la gran cantidad que de estos menudos hace falta. Su mejor guiso es este:

Después de bien lavados con varias aguas frías se rehogan en aceite, se echan en una cazuela con caldo y la grasa en que se frieron y se dejan cocer despacio. Se fríe, sin que tome color, una tostada de pan y un poco de perejil y ajo; se machaca todo, se deslíe con algo de caldo y se echa en la cazuela para que cueza otro poco.

Luego se sirven adornados con picatostes de pan frito.

Lo mismo se condimentan los menudillos de gallina.

Espárragos en conserva.—Para conservar los espárragos se usa el procedimiento que se emplea también con la coliflor.

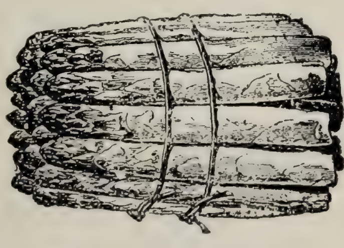
Los espárragos han de ser enteros, como cuando los cuecen para comerlos en seguida. Se colocan verticalmente en la botella, con las puntas hacia abajo; cúbrense con su caldo y se someten a media hora de ebullición en un baño maría. Los espárragos en conserva pierden casi todo su sabor natural.

Bacalao supremo.—Es el modo más fino de condimentar el bacalao, que así disfrazado engaña a cualquiera.

Muy desalado y deshecho en tirillas o hilachas, se pone a cocer con agua fría, y cuando ha dado un hervor se retira del fuego.

Entre tanto, se machacan mucho en el mortero dos yemas de huevo cocido con medio ajo, para amasarlo después con aceite crudo echado gota a gota hasta jícara y media, alargándolo de vez en cuando con zumo de limón. Cuando la salsa levanta ampollas y está muy espesa, se escurre el bacalao, se pone en la fuente y se cubre por completo con la salsa. Alrededor se colocan dos huevos duros cortados en cuatro pedazos a la larga y unas ramitas de perejil fresco.

Crema de chocolate.—Echad en una ensaladera 90 gramos de chocolate a la vainilla rallado, dos huevos, yema y clara, bien batidos con cuatro yemas de huevo, y 250 gramos de azúcar blanco en polvo. Echad en la ensaladera, por partes, un litro de crema, meneando vivamente la mezcla con una cuchara de palo. Dejarlo macerar todo durante dos horas; menead de vez en cuando la crema de chocolate en este intervalo. Pasadla por un tamiz de seda, en una fuente hueca que pueda soportar la acción del fuego. Poned esta fuente en ceniza caliente, cubridla con un hornillo bien provisto de lumbre, tan pronto como la crema esté mojada, sacad la fuente del fuego. La crema de chocolate puede servirse fría y caliente. Muchos la prefieren fría.



Espárragos de Argenteuil

Helado de sorpresa.—Con cuchara de palo se baten mucho hasta que esté como crema 300 gramos de manteca de vacas muy fresca, a la que se añade seis yemas muy batidas con 300 gramos de azúcar y las seis claras a punto de merengue. Después que todo está bien unido se va echando poco a poco 300 gramos de harina, y cuando está bien amasado se echa en unos cajetines de papel que se compran ya hechos y metiendo en el centro unos tubitos de cinco a seis centímetros de diámetro que pueden ser de hoja de lata o aprovechar los moldes de los tocinos de cielo y se meten en el horno, que ha de estar fuerte. Una vez que han tomado un bonito color se sacan y con cuidado se quita el tubo, quedando un agujero. No hay que olvidarse de untar con manteca el tubo para que pueda sacarse fácilmente después de cocido el mantecado.

En el hueco se introduce un poco de crema helada, se cubre con azúcar tamizada y almendras tostadas picadas o avellanas.

Galería infantil de "El Hogar"



Angélica Rueda



Miguelito L. de Calatayud

Capital



Niños de Piris

Lincoln



Niño de Almendral



Niña de Garacino

Paraná



Niña del Dr. Alejandro Moreno



Wilfredo Alpi

Capital



Niña de Quinteros



Niñita de Vocos Leguizamón

Paraná



Niño de Palacios



Concepción Fossa

Capital



Niños de Damario

Rauch



Niño de Vocos Leguizamón

Paraná



Armando D. Ferrari

Libertad

Galería infantil de "El Hogar"



José María Lana



Niñito de Coletta
Est. Río Luján



Niños de Zanta
Capital



Elisa Jáuregui
Daireaux



Carlos F. Rivas
Miramar



Niñita de Di Francesco
Est. Río Luján



Carlitos Cavezane
Rivadavia



Zulema Vallejo Encina
Mercedes (Ctes.)



Horacio Ochoa
Vieytes



Nicolasito D. La Barrera



Niñita de Cereijo
Rivadavia



Niñitos de Asinori
Monteros



Haydée Rosario Adobato
9 de Julio



Celina Sanguinetti
Ensenada



NUESTRO CORREO

Las cartas deben limitarse a dos preguntas solamente y venir con la firma auténtica, como constancia de ser subscriptor. Las contestaciones se hacen únicamente en esta página y no por carta particular, pudiendo contestarse bajo un seudónimo si se desea. En la carta en que se haga la consulta no debe tratarse de ningún otro asunto, como renovación de subscripciones, reclamaciones, etc. Esto debe escribirse en otra carta, aunque puede incluirse bajo el mismo sobre.

Silvia.—Cuánto le agradezco su gentil expresión, y cuánto satisface al alma saberse comprendida por un espíritu tan delicado como el suyo, y que tan bien sabe guardar las reliquias que el recuerdo y el cariño hace sagrados. No se aflija; los desperfectos del tiempo pueden subsanarse pintando el mueble, del color que usted prefiera, con una preparación especial conocida con el nombre de "Enamel". Me causará placer el que usted me diga que el trabajo ha quedado según el deseo de ambas.

Melancólica.—A sus tres preguntas contesto sí.

Primavera.—Sería conveniente que tratara de que sus digestiones fueran fáciles; causa principal del malestar que la aqueja. Por lo demás, podría usar, con probable éxito, almendras machacadas sobre las manchas, pudiendo también lavarse con agua de afrecho que es muy buena para estos casos.

A la Crespa.—1.ª Entre todo, seis meses. 2.ª Sí, con sombrero.

Negrita triste.—1.ª Sí, es un deber. 2.ª Frótese por la noche con vaselina pura y lávese después con quillay.

Désiré de Azul.—1.ª Aplíquese en un algodoncito la pomada Holloway's, y conseguirá lo que desea, repitiendo la operación tres veces por día. 2.ª Póngase todas las noches vaselina y lávese después con agua caliente.

Bibliófilo.—1.ª Lávese con ácido bórico y póngase después mucho talco. 2.ª Cualquiera, aunque es preferible una joya.

La Leonor.—1.ª Agua oxigenada, mezclada en partes iguales con agua filtrada o hervida. 2.ª Lávese con afrecho algún tiempo. Use el talco.

Mito.—1.ª Al novio. 2.ª Además del obsequio debe contribuir a la fiesta que se haga.

Pira.—Propóngase que no le suceda lo que la aflige, y esté usted segura y tranquila que todo desaparecerá. Ejercite su voluntad por un tiempo, y no se desanime si en el primer momento no consigue lo que desea. Piense en lo que me ha preguntado y en la respuesta que con todo gusto le remito. Y no tema volver a "conversarme". Desde mi cuarto de trabajo he de ayudarla.

Suscriptora.—No es malo, aunque lo mejor es aclararlo por medio del agua oxigenada.

Ogaño.—1.ª Al novio, la ropa de uso común, el traje y demás ceremonias. 2.ª La madre.

A. Polito.—1.ª Predomina el negro y el azul marino, adornados con fantasías. 2.ª Para la calle, azul, marrón, gris, y rosa fuego para niñas. Para baile, colores claros. 3.ª No se usan rulos sino muy discretamente.

Moruchuela.—El cabello recogido en la nuca, y como adorno dos horquillones.

Amiga de Ana.—1.ª Fomentos de ácido bórico le darán buen resultado. 2.ª Vaselina pura.

Clara G.—1.ª Almidón de papa todas las noches. 2.ª Baños de vapor, apretando después salen con facilidad.

Diego de Noche.—No conocemos, por eso no podemos complacerle.

Flor del Valle.—1.ª En lugar de te o café, tome agua de lino en grano, o dese usted misma unos masajes todos los días, a iguales horas. Esto le servirá para curar lo que consulta en la segunda pregunta.

Síly Amelia.—1.ª El jurado ha expedido su fallo hace pocos días, premiando los cuentos siguientes: "Claveina", "Renacimiento", "Así es la vida", "El ahijado", "Al alcance de la mano", "Civilización y amor salvaje", "Raza nueva". Estos trabajos corresponden al segundo tema propuesto.

Satisfecha.—Le aconsejamos lo mismo que a "Primavera".

Rubia de ojos negros.—Esfera.

Afligida.—1.ª La revista a que se refiere no es ya nuestra. 2.ª Podría probar la aplicación de una pomada, hecha con sebo y azufre. En la cabeza aplíquese aceite de almendras y lávese después con agua de eucaliptus, durante algún tiempo seguido.

Lita de Sin.—1.ª Puede enviar su trabajo que haremos todo lo posible por satisfacer su deseo. Agradecemos el juicio que le merece EL HOGAR. 2.ª Poniendoles, de cuando en cuando un poco de manteca.

Maruja.—1.ª Se usa más en el centro; sin embargo, es cuestión de gusto. 2.ª Cuando el cabello es abundante no se lleva rellenos.

Negra y fea.—1.ª De todas partes de la república. 2.ª No, señorita, a menos que se pida especialmente.

Lirios del Valle.—1.ª De Urbanidad, lo más conciso es Carreño. Nuestra revista viene publicando desde hace tiempo una serie de indicaciones de lo más correcto. 2.ª No es obligatorio para nadie.

Tita.—1.ª Sí, blanquea, y se usa mezclada con agua en partes iguales. 2.ª Sabemos de una persona que aplicándose sebo todas las noches consiguió lo mismo que usted desea.

Movediza.—Para que el ondulado quede mejor, es conveniente antes de hacerlo, es decir, de poner las horquillas destinadas a ese fin, mojar el cabello con la siguiente solución: 3 partes de alcohol puro, una de agua y media de glicerina, todo bien mezclado. El alcohol hace que los cabellos duren rizados, y la glicerina les da brillo.

Inquieta.—Es condición indispensable estar suscripta, para contestar las preguntas enviadas a nuestra revista.

Violeta obscura.—Para ceremonias: casamiento, baile, banquete, etc., el traje masculino es el frac y la corbata blanca. Para las damas, la "toilette larga, es decir, la cola y el escote (por supuesto para los bailes y todas las recepciones de noche).

Sauce triste.—Pensamos como usted. La mujer parece más sencilla y graciosa y aparenta menos grosura, cuanto más cómodo y poco apretado lleva el corsé.

N. G. A.—1.ª Es más grato para los padres cualquier obsequio, por insignificante que sea. 2.ª Es un deber de cortesía ineludible.

Alita.—1.ª Sí, porque el ingerto producirá doble matiz. 2.ª Puede hacerlo ya, que está en tiempo de conseguir lo que desea. Tenemos siempre la mejor voluntad para todas.

"EL HOGAR"

Revista Quincenal para las Familias
Literaria y de Actualidades

Aparece cada dos miércoles

La primera publicación y la de mayor circulación en su género en la República Argentina.

Editores: Empresa Haynes. La correspondencia debe dirigirse al Señor Administrador de la Empresa Haynes, CHACABUCO, 677/685, Buenos Aires. Unión Telefónica 1472 (Avenida).

Los repórters y fotógrafos están munidos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente. — No se devuelven originales, no se mantiene correspondencia respecto a los recibidos, ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la dirección, aunque se publiquen.



Agente en Montevideo: Sr. MANUEL FONSECA
Calle Buenos Aires, 722

Venta en París en los kioskos de los bulevares y en la Librairie Française et Etrangére, 37, rue Saint-Augustin (Avenue de l'Opéra).

SUSCRIPCIONES

República Argentina: Por año, $ 4.— m|n.
Exterior: ,, ,, $ 3.— oro.
Número suelto, capital e interior. . $ 0.20
,, atrasado. . . . . $ 0.30

Avisos.—Agentes en París: L. Mayence y Cía., 9 rue Tronchet.

En Londres: South American Press.—1 Arundel St. Strand.

En Estados Unidos de América: Cía. J. Walter Thompson, 44-60 East 23 rd. St., New York.



La mayoría de las epidemias tienen su origen en el uso de mal agua potable. Si quiere usted preservarse de ellas, adquiera uno de nuestros

Filtros de presion

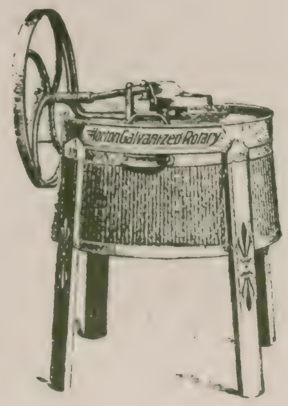
marca "STAR". Son los mejores de cuantos hasta el día se conocen, porque es su

Esterilisacion absoluta

Mientras que los otros filtros sólo quitan las substancias suspendidas en el agua visibles a la vista, dejando los microorganismos que son tan peligrosos, los filtros STAR purifican COMPLETAMENTE el agua. Pídase catálogo a

"EXPRESS"

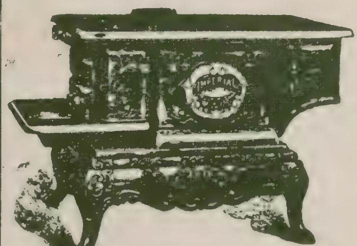
Máquinas de lavar Ropa



Construidas en Francia. Modelos prácticos y de ilimitada duración. Adoptados por Ejércitos, Hoteles, Lavaderos, familias, comunidades religiosas, Hermanas de San Vicente de Paul, etcétera.

Premiadas en todas las Exposiciones desde 1868, con más de 89 medallas.

Catálogo N.° 69, gratis.



"IMPERIAL"
"EXPRESS"
"STELLA"
"STAR"

Estas cocinas responden a todas las exigencias del moderno confort.

No conocen rivales desde el punto de vista de la higiene, pues queman absolutamente sin humo ni mal olor.

La rejilla tiene un ingenioso mecanismo, gracias al cual puede limpiarse aquélla desde afuera, sin sacarla.

Se remite libre de gastos nuestro catálogo N.° 99.

Anderson, Clerget y Cía.

135, Maipú, 147 - Buenos Aires - Gran Anexo Central: 47-49, Maipú



INSPÍRESE EN ESTE EJEMPLO

para evitarse ensayos y pérdidas de salud y de tiempo. Elija

Extracto de Malta "QUILMES"

como bebida reconstituyente de mesa y quede tranquila. La superioridad de su elaboración y pureza, está garantizada por una fábrica de viejas tradiciones y de altos prestigios en esta República.

Recomendado muy especialmente para las madres que crían.

Precio por cajón de 24 botellas $ m n. 14

CERVECERÍA ARGENTINA QUILMES (Soc. An.)

ESCRITORIO CENTRAL:
BRASIL 731, Buenos Aires

TALLERES HELIOGRÁFICOS DE RICARDO RADAELLI, PASEO COLÓN, 1266 — BUENOS AIRES


EL HOGAR
AÑO X Nº 244

Madres! Madres!

ES UN HECHO UNIVERSALMENTE RECONOCIDO QUE LA

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Es el único **alimento completo** e ideal para la infancia, los convalecientes y ancianos.

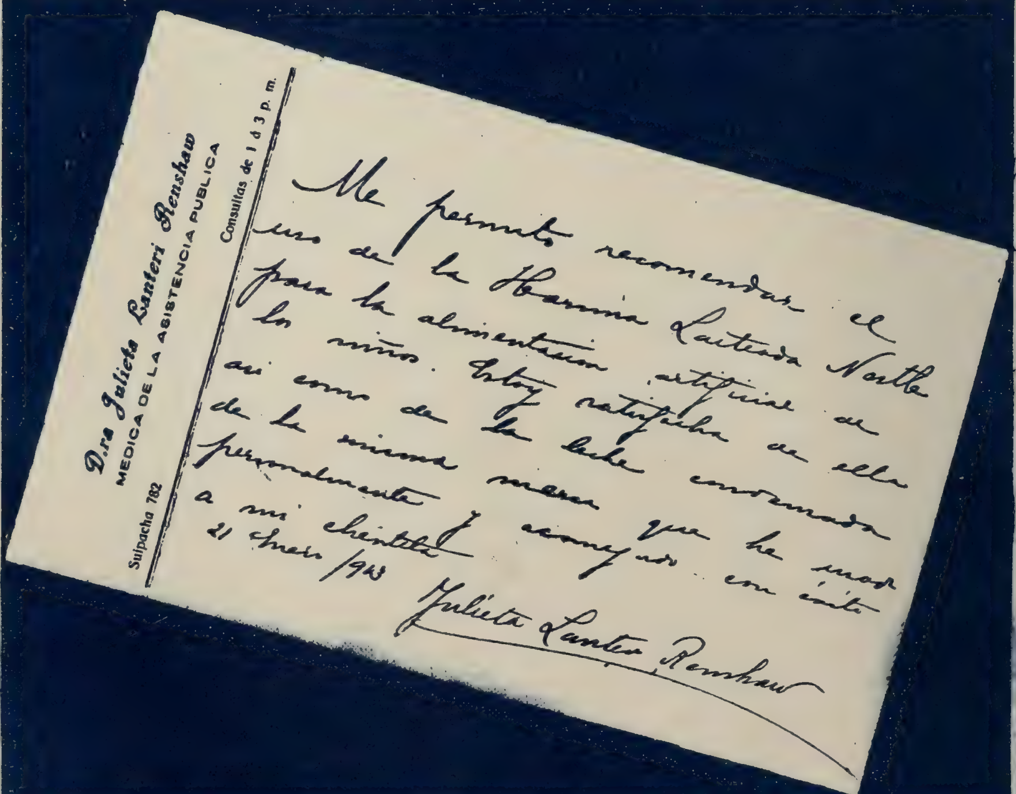
La señora doctora Julieta Lanteri Renshaw presidenta del

1er. CONGRESO NACIONAL DEL NIÑO

recomienda el uso de la Harina Lacteada Nestlé como el mejor sustituto de la leche materna.

A disposición de todos nuestros consumidores tenemos un álbum con más de setecientos testimonios de médicos argentinos y de la Rep. Oriental que recomiendan el uso de la Harina Lacteada Nestlé.

Sucursal de Buenos Aires — 130, LAVALLE



D.ra Julieta Lanteri Renshaw
MEDICA DE LA ASISTENCIA PUBLICA
Consultas de 1 á 3 p. m.
Suipacha 782

Me permito recomendar el uso de la Harina Lacteada Nestle para la alimentación artificial de los niños. Estoy satisfecha de ella así como de la leche condensada de la misma marca que he recomendado personalmente a mi clientela y consumido con éxito

21 Enero /913

Julieta Lanteri Renshaw

Anécdotas y curiosidades

LA CANCIÓN DEL TELÉGRAFO

Todo el mundo ha percibido el ruido que producen los hilos del telégrafo. Se atribuye, generalmente, a la acción del viento que los hace vibrar como una arpa eólica. M. Field, profesor de la Universidad de Ottowa sostiene que esto es un error, pues se siente el ruido aun en la más completa calma, en esos días caliginosos del verano, en que no se mueve ni una hoja.

Se ha dicho también que era efecto del calor o del frío que, dilatando o contrayendo los hilos, los hacía cantar tan pronto en tono grave como en tono agudo. Esta explicación no es menos exacta, teniendo en cuenta que para producir semejantes diferencias serían precisos cambios de temperatura como no se han visto jamás. M. Field lanza otra teoría. Asegura que la canción de los hilos telegráficos es una canción barométrica y que sus variaciones están en razón directa con las del tiempo. Escuchadla—dice—y veréis cómo anuncia el porvenir. Si es grave, el tiempo cambiará a los dos días; si es aguda, el cambio es cuestión de pocas horas.

Según el sabio, las vibraciones de los hilos les serían transmitidas por los palos sostenedores, que las recibirían de la misma tierra. Serían la repercusión de esos movimientos de la superficie terrestre, que registran los sismógrafos y que dan indicaciones tan preciosas sobre el estado próximo de la atmósfera. Aviso a los paseantes y excursionistas. Con alguna costumbre y un poco de oído, sabrán por el telégrafo si les conviene prolongar o abreviar la ruta.

CUESTION DE FORMA



—¿Le gustan a usted las uvas?

—¡Gracias! No tomo el vino en píldoras.

ERROR INVOLUNTARIO

Un excelente escritor, poco favorecido por la fortuna y menos conservador de lo que ganaba con su trabajo, estaba una noche de verano escribiendo en su despacho, cuando sintió ruido en el gabinete contiguo.

Fué a la puerta cautelosamente y vió a un ladrón que, con una ganzúa, trataba de abrir un armario, y soltó una gran carcajada.

El ladrón, al escuchar la risa, se volvió, y se quedó estupefacto al ver la cara de tranquilidad del dueño de la casa.

—Me estoy riendo—le dijo éste—al ver que con llaves falsas trata usted de encontrar dinero donde yo, con las verdaderas, no suelo encontrar ni un centavo.

El ladrón, rehaciéndose, repuso, con la mayor cortesía:

—Usted dispense: todo el mundo está expuesto a equivocarse. Ha sido un error involuntario...—; y se salió bonitamente por la ventana.

EL PRIMER CASAMENTERO

Parece que fué Pichegrú, el jefe de la revolución francesa, el que introdujo en Bélgica el uso de los anuncios matrimoniales.

Pichegrú se aburría en Bruselas, y pensó suscribirse al "Journal de Bruxelles", enviando la suscripción con este aviso, que constituía en aquel tiempo una novedad:

"Un militar de grado superior desea unir su suerte a la de una joven de quince a veinticinco años que sepa escribir bien, montar a caballo y sea hermosa de figura. No importa la dote. Dirigirse a la oficina del periódico, que indicará el nombre y domicilio del militar."

El anuncio quedó sin respuesta durante algunos días. Al fin, se presentó una señorita de Malinas, que pidió algunas aclaraciones. Entonces apareció un segundo aviso complementando los conceptos. Decía así:

"Grado: oficial general. Edad: treinta y tres años y seis meses. Altura: cinco pies y cinco pulgadas. Lugar de nacimiento: los montes de Jura. Lugar de residencia: en todas partes."

La malinesa se mostró complacida. Mas se presentó al mismo tiempo una señorita de Bruselas; las dos parecían tan satisfechas, que el general comenzó a estar receloso.

"Esas dos jovencitas, escribía a Dumouriez, se me hicieron sospechosas. Tenían demasiada prisa por simplificar las ceremonias..."

He aquí por qué Pichegrú no quiso casarse en Bruselas, después de haber importado en Bélgica el anuncio matrimonial.

LA CONTESTACION DEL MILLONARIO

El barón de Rotschild, cuando viaja, despierta naturalmente la avidez de las gentes que tienen que tratar con él.

Cierto día, en una estación balnearia, se dirigió al escritorio del hotel. Demás está decir que el hotelero se apresuró a servir con el mayor esmero al opulento cliente.

Ofrecióle el más lindo departamento; pero, naturalmente, a un precio exorbitante. El millonario no pestañeó al oír la cantidad excesiva.

Sin embargo, no contestó inmediatamente. Con la barba apoyada en la mano, parecía absorto en sus reflexiones.

El hotelero creyó que tal vez había forzado demasiado la nota, aun para un Rotschild.

—¿El señor barón piensa que mi precio es un poco alto?

—No, contestó el millonario con la mayor flema. Me pregunto, simplemente si volveré el año próximo a este balneario, porque en este caso me convendría comprar el hotel.

LA PRENSA CONTRA EL FRIO

El rey Christian de Dinamarca, que fué tío o abuelo de casi todos los soberanos de Europa, leía pocos diarios, pero tenía un gran "surtido" de ellos, a juzgar por lo que dice el periódico danés "Aartus Tidende". Durante muchos años el rey causó el asombro de sus ayudantes de campo, porque en las paradas de invierno se presentaba a revistar las tropas sin llevar, al parecer, prenda alguna de abrigo. Los oficiales de su escolta temblaban de frío, y Su Majestad sonreía y no tiritaba ni un momento.

Uno de sus íntimos acabó por descubrir la estratagema y luego, siguiendo el ejemplo del monarca, ya no volvió a sentir frío.

Christian, antes de cada parada, se envolvía el cuerpo con periódicos y encima se ponía el uniforme.

PADRE COMPLACIENTE



—¿Crees que tu padre consentirá en nuestro casamiento?

—¡Cómo no! Papá siempre ha satisfecho hasta mis caprichos más zonzos...

EL REY DE LAS CAJAS DE HIERRO

Esta caja de hierro, que tiene dos pisos, ha costado 130.000 pesos. Colocada en un sótano de formidables muros, es blindada de acero y de cimiento. Antes de penetrar hasta el acero, los ladrones tropezarían con unos hilos ensamblados en los cimientos, lo que haría funcionar veinte campanillas que el guardia revisa cada cuarto de hora.

La puerta, pesando 50 toneladas, gira por sí misma, pero hay que conocer las cuatro combinaciones que la mueven. Cada uno de los cuatro tesoreros, no conoce más de una sola combinación.

A más, estos privilegiados se relevan por parejas; vienen a diferentes horas y no pueden hacer funcionar su secreto sino al instante preciso, anotado en la hoja de servicio. Al sótano se baja sólo por medio de un aparato, cuyo jefe guarda la llave.

Esta caja de hierro pertenece al Estado de Wáshington y encierra los dos billones y medio que constituyen su tesoro de guerra.

EL SERVICIO DOMÉSTICO



—¿Tiene usted experiencia? ¿Es usted práctica en el servicio?

—¡Ya lo creo, señora! En menos de un mes he servido en cinco casas.



·CASA·RIGHINI·
CARLOS PELLEGRINI, 101 - BUENOS AIRES
PIELES ◇ PARAGUAS ◇ SOMBRILLAS ◇ CARTERAS ◇ ABANICOS ◇ GEMELOS PARA TEATRO Y ARTÍCULOS PARA REGALOS
212--Abanico varillaje carey rubio con país de seda pintado $ 16
337--Abanico varillaje sándalo labrado con encaje Bruselas, lentejuelas y con medallón pintado, desde. . . . . $ 8
302--Abanico de luto, varillaje ébano con país de encaje fino, desde. . . . . $ 10
MODELO ESPECIAL
354--Abanico varillaje hueso labrado y país encaje imitación Bruselas, con medallón pintado, desde. . . . $ 8
1203--Abanico varillaje nácar oriente con país verdadero chantilly y medallones, desde . . . $ 15
Extenso surtido en países finos pintados y de encajes verdaderos.
340--Abanico varillaje carey negro incrustado con país pintado y adornado con lentejuelas $ 25
TIPO RECIEN RECIBIDO Y DE GRAN NOVEDAD
Extenso surtido en abanicos de papel, de hueso, madera, sándalo, carey rubio y negro, nácar y galalit, en todos los precios.
Países y varillajes sueltos en todas calidades para composturas.
Especialidad para armar abanicos en encajes finos
6168--Abanico medio luto, varillaje ébano incrustado con lentejuelas y país de seda con figuritas de encaje, desde . . . . . $ 8
346--Abanico con patrones de carey negro y varillaje hueso labrado, rico país pintado y adornado con gasa y lentejuelas. Ultimo modelo muy elegante, desde. . . $ 8

Nuestras encuestas

¿Qué haría usted si fuera muy rico, esto es, si tuviera mucho dinero?

¡Desgraciadas las que en la época actual se hallan cobijadas bajo el negro manto de la pobreza! ¡Dinero! ¡Dinero! ¡Qué elocuente palabra! Ella significa honra, gloria, belleza, amor, sentimiento y poder, para salvar los obstáculos que se nos interponen a cada paso en la senda escabrosa de la vida.

¡Qué haría si fuera rica! ¡Qué pregunta más fácil y difícil a la vez de contestar.

Bullen tantas ideas en mi cerebro que me resulta imposible combinarlas en la forma que quisiera; mas creo que al descifrar la palabra ¡dinero! quedarán enteradas de mi opinión las amables lectoras de esta preciosa revista.

Lola Brau.

¿Qué haría yo si fuera rica? Destinaría una parte de mi fortuna a los consejos escolares para la adquisicion y construcción de locales para escuelas que reunieran las condiciones aconsejadas por la moderna pedagogía. Entregaría a las sociedades de caridad otra parte para que se socorriera a la desvalida niñez y a los haraposos y hambrientos que pululan por las calles. ¡Y lo demás! Siempre socorriendo al menesteroso, lo dedicaría a pasar una vida sencilla sin entregarme a las privaciones que la mísera pobreza lleva a veces. ¡Qué feliz mi corazón y mi ser todo si esto se cumpliera! ¡Loado fuera!

C. L. O. de M.

Si yo fuera rica. ¡Ah!... Si fuera rica llevaría a cabo muchas cosas que sólo efectúo con el pensamiento.

Por ejemplo: viajaría mucho recorriendo las provincias; llevando mi óbolo donde fuese menester; visitando, además, montañas, ríos, bosques, selvas, pueblos, en fin todo lo que hay de hermoso en ellas. De este modo podría apreciar las bellezas de mi patria y al mismo tiempo serviría este viaje para mi instrucción.

También de mi riqueza ¿sabéis lo que haría?... Compraría un aeroplano para poder deslizarme por los aires a mi gusto; de pronto me parece ver fallar el motor y bajar en velocidad vertiginosa hasta caer apretada bajo sus pesados hierros. Pero aún más rápida que la caída, vuelvo a la realidad, me encuentro sin pesos... y se derrumban todas las ideas de

Alma Soñadora.

Lo primero que haría sería rodear de toda clase de comodidades a mis ancianos padres.

Para esto compraría una hermosa casa-quinta, rodeada de árboles frutales y un jardín, para que mi padre que siempre fué agricultor, pudiera distraerse; también procuraría para ambos todo lo que fuera más de su agrado y todo lo necesario para que después de haber pasado tantas penas vivieran en paz. En segundo término haría construir un asilo para niños menores de ocho años, para que las pobres madres que tienen que abandonarlos para atender las necesidades de la vida pudieran dejarlos en lugar seguro, al abrigo de la intemperie callejera, durante el día; pondría para sus cuidados, personas caritativas y prudentes; les daría alimentos y enseñanza moral, y diversiones honestas para el recreo. Yo gozaría contemplando ese cuadro de dichas y bienestar.

Catalina Deprati.

Si yo fuera muy rica, haría lo siguiente: viviría espléndidamente; viajaría por lejanas tierras; en cada país que me fuera simpático compraría un automóvil para guiarlo yo misma, pasear y contemplar lo más agradable para conocer lo que hasta ahora desconozco.

Haría una visita al Papa para ver si es como lo pintan. Después de ese hermoso viaje regresaría a Mendoza para edificar una casa-quinta con toda clase de frutas y flores; compraría un automóvil, que es mi favorita diversión. Finalmente, en la envidiable glorieta del jardín, de tarde, me sentaría tranquila a leer El Hogar.

Isabel Benvenuto.

¡Qué haría yo si fuese muy rico? ¡Es muy sencillo! Dejaría fuera de mi programa la fundación de asilos y colegios para ancianos, menesterosos y niños huérfanos, por cuanto ya la mayor parte de los que han vertido su opinión en la presente encuesta habrían hecho todos esos edificios dignos de mi mayor elogio, y si como es natural ya no quedaba nadie por albergar en ellos ¿para qué se querrían?

Lo primero que haría sería casarme con una señorita que reside en Flores... de la que estoy locamente enamorado, y de quien me separa tan gran distancia que no es fácil que consiga nada en absoluto; ¡pero no es por nada, sino porque no me quiere!

Tendría después muchas estancias, las que dedicaría a la ganadería; muchos y muy grandes almacenes, principalmente en la campaña, y varias fábricas y talleres en las inmediaciones de la ciudad a donde daría ocupación a muchos millares de personas que hoy están sin ella.

La mayor satisfacción para mí, sería que todo el personal que entrara a mis órdenes, le fuese tan halagüeña mi presencia, que ni uno solo me mirara con los ojos que generalmente se mira al patrón, sino con los que se le mira a un padre cariñoso y amante de sus hijos, para lo cual los tendría tan bien retribuídos y atendidos que ni uno solo tendría nunca el más pequeño motivo de queja.

Tendría una casa-quinta rodeada de cuantas comodidades son precisas, varios coches y troncos que fuesen de los más selectos, y un cochero que fuese más feo que un trueno; visitaría frecuentemente los teatros; pasaría una crecida pensión a los autores de mis días y a mis hermanos daría una ilustración sólida.

Visitaría poco las reuniones y menos los bailes, pero en cambio visitaría muchos hogares donde se ceban el hambre y la miseria, y sin que supieran quién era el autor haría tantas limosnas cuantas me permitiese mi fortuna, evitando así días tan largos y tan tristes.

¡Y esto es lo que haría!

El Pampero de Galicia.

Si yo fuera rico, esto es, si tuviera mucho dinero, lo emplearía en convencer a la humanidad que se puede vivir sin él; pero que para ello se necesita pensar alto y sentir hondo.

S. S.

Si yo tuviera mucho dinero prodigaría el bien a los necesitados; construiría un asilo para albergar, y dar educación a la infancia desventurada; y, por último, proporcionaría el bienestar a mi familia y haría disfrutar de las mejores comodidades a mi anciano y querido padre.

J. B.

Quisiera ser rica para poderle proporcionar a "él" muchos placeres, en premio de lo feliz que me ha hecho; y también para fundar asilos de huérfanos; pero desisto de esto último porque de seguro no habría tantos desgraciados que socorrer como filántropos van apareciendo en El Hogar.

F. M. D. T.

Si por una de esas casualidades extrañas la veleidosa fortuna me concediese sus dones pródigamente, haría lo que constituye uno de mis más vivos deseos: viajaría. Pero ante todo conocería bien a mi país, lo recorrería desde Quiaca hasta el Estrecho y desde el alto Tupungato al imponente Iguazú. Después recorrería la America, Asia y por fin Europa, especialmente la Italia, España e Inglaterra. Apasionado por los inventos modernos haría mis viajes valiéndome de automóviles y aeroplanos.

Samuel Medrano.

Si yo tuviera mucho dinero me daría a mí y a mi familia muchas comodidades. Haría todos mis gustos, cuanto se me antojase. Me instruiría: aprendería las artes, los idiomas, en fin, todo aquello que yo quisiera, conocería los países extranjeros y después, es decir, después no, a medida que adquiriera estos conocimientos, ayudaría a todos los pobres, ya en una forma, ya en otra. Crearía hospitales, casas de salud, institutos para ciegos, para sordomudos, casas para niños desamparados, en donde se educarían y aprenderían de todo y les proporcionaría diversiones. Cuando ya no supiera qué diversiones darles les contrataría compañía de títeres y saltimbanquis, y para el día de Navidad le haría un hermoso árbol con muchísimos juguetes, que serían repartidos entre todos ellos. En fin, fundaría asilos para todos aquellos seres desgraciados que tantos hay en el mundo y que tanta pena siento por ellos. Daría mucho dinero, pero mucho, para un establecimiento, construído en un lugar saludable como Rosario de la Frontera, Córdoba, etc., para los tuberculosos, en donde encontrarían mejoría, alivio y hasta el completo restablecimiento. No tendrían el menor gasto porque todo lo encontrarían allí. ¡Hasta diversiones! No faltaría ninguna clase de juegos, paseos al aire libre y todo cuanto divertimiento puede haber. ¡Hasta un cinematógrafo! en donde se verían vistas siempre alegres y divertidas, nunca tristes. ¡Y qué contenta me encontraría al ver mis deseos cumplidos! ¡Ah, si Dios en realidad me diese mucho dinero!

Emiau Allau La Plata.

EL TEATRO DE EL HOGAR

La edad del alma

Fresnedo.—¿Y dice usted que no vendrá a comer?

Doña Blanca.—No sabemos, amigo Fresnedo. Con mi cuñado es imposible confiar. Dice a lo mejor que come fuera de casa, y se presenta a media comida. Pero, de costumbre, se despide hasta luego... y nos acostamos sin verle de retirada.

Fresnedo.—Cuánto siento, caramba... ¿Y ustedes no saben dónde podría encontrarle? Se trata de un asunto urgente...

Doña Blanca.—Ta, ta, ta... Cualquiera sabe dónde está a estas horas, ni a otras, el famoso don Teodorito.

Fresnedo.—¿Estará en el Tiro?

Doña Blanca.—¿En el Tiro? Mire usted: eso del Tiro bien podrá ser uno de sus muchos pretextos, ¿no le parece a usted?

Fresnedo.—Ah, usted cree... El me lo ha dicho muchas veces, señora.

Doña Blanca.—No haga usted caso; es de los que se creen sus propias mentiras.

Fresnedo.—Al Círculo sé que va muy poco...



Doña Blanca.—Desde que dimos en ir a buscarle allí... y no le encontrábamos, claro, tuvo que dejar de decir que iba al Círculo... Donde tal vez podría usted encontrarle es en el "cine", viendo el "vermouth"...

Fresnedo.—¿En qué "cine"?

Doña Blanca.—¡Vaya usted a saber en cuál! Pero que anda en alguno de ellos es cosa probable. El "cine" es su campo de operaciones.

Fresnedo.—Su campo...

Doña Blanca.—De operaciones amorosas. Bien inocentes por cierto, a juzgar por lo que él predica y nosotros presumimos. Todo se reduce a buscar modelos de pura raza madrileña y a enamorarse platónicamente de cada modelo que elige.

Fresnedo.—¿Y precisamente en los "cines" es donde se encuentran tales tipos?

Doña Blanca.—Ahí verá usted... En nombre del arte, hay que creérselo. Vaya usted a llevarle la contraria a los artistas... El arte se encuentra donde ellos dicen, y a veces vemos que no es allí, sino en otra parte, donde reside.

Fresnedo.—¿Trabaja ahora mucho don Teodorito?

Doña Blanca.—Mucho, siempre trabaja mucho; no sabemos cómo, eso es la verdad, porque siempre está en la calle; pero ello es que cada cuatro días tiene una obra nueva.

Fresnedo.—Y optimista.

Doña Blanca.—Desde luego. Mi cuñado lo ve todo de color de rosa. Con sus sesenta años sobre las espaldas no ha visto el lado triste y desagradable del mundo, o, por lo menos, ha hecho la vista gorda.

Fresnedo.—Dichoso él, que ha podido hacer la vista gorda ante los sinsabores... Porque hay a quien no le vale hacerse el distraído.

Doña Blanca.—A nadie nos vale, tiene usted razón, menos a él, que le ha dado por vivir muy feliz y por pintarlo todo muy alegre.

Fresnedo.—Por eso le llaman el pintor optimista.

Doña Blanca.—Otras cosas le llaman también, usted lo sabe. El tenorio chocho, el pollo verde... Y verde o no, es el pollo de la casa. Ya ve usted sus hijos... Pedro, el mayor, muchacho ejemplar, espejo de costumbres; Arturo, el pobre, delicado siempre, sin poder salir a la calle, y Alvaro, solitario, tristón, decidido a ingresar en la vida monástica... ¿Le parece a usted bonito que el viejo parezca el más joven de la familia?

Fresnedo.—Cierto; es un viejo que no lo parece.

Doña Blanca.—Le sobran alifafes, pero conserva los entusiasmos de un mozo. Si le oyera usted hablar de sus proyectos artísticos...

Fresnedo.—Le oigo, le oigo. Habla de sus trabajos y espera en los triunfos más lejanos, como si fuera a vivir siempre. El optimismo de don Teodorito es famoso en todas partes. Su corazón es menor de edad. Lleva dentro del pecho la eterna juventud...

Doña Blanca.—Pues, a pesar de su eterna juventud, se morirá el mejor día como cualquier viejo... El dice que la muerte es lo único desagradable de la vida, al revés de tantos como en el mundo no piensan más que cerrar el ojo para poder descansar. Ya ve usted si tiene ilusiones.

Fresnedo.—Pues, con permiso de usted, voime en busca de ese pollo inmortal. ¡Qué diablo! Recorreré todos los "cines". ¿Qué género cultiva? ¿La comedia... el género chico?

Doña Blanca.—Nada de eso. Las "varietés", con el pretexto de las películas; ¡el cuplé francés, esa es su especialidad, a creer lo que nos dicen!

Fresnedo.—Señora...

II

Don Teodoro.—Vamos, siéntate y descansa. Y, después que hayas descansado, dime qué angustias de muerte son esas que has venido a contarme.


los Constipados antiguos y recientes
Tos, Bronquitis
son radicalmente curados por el
Jarabe "Roche"
da
Pulmones
robustos
y precave la
Tuberculosis
Jarabe Roche
Ch. Weiss
30 Boulevard Magenta
Paris
F. Hoffmann-La Roche & Co.
Paris
Precio 4$50 el frasco.
F. HOFFMANN-LA ROCHE & Cº
PARIS
De venta: en toda Farmacia y Droguería.
Agentes: O. MONACO & Cº
871 Viamonte Buenos-Aires

Eugenio.—No lo tome usted a broma, don Teodorito, que es cosa demasiado seria.

Don Teodoro.—¿No lo he de tomar a broma, hombre? ¿Cómo crees tú que deben tomarse las cosas a los veinticinco años que tienes? Pues a broma. ¡Que es cosa demasiado seria! Las cosas no empiezan a ser serias más que cuando uno llega a viejo. Antes de la vejez; todas las cosas son risueñas. Y ya ves: yo, viejo y todo, sigo tomando las cosas a broma y siguen pareciéndome alegres.

Eugenio.—¡Usted! Usted tiene un nombre, usted tiene una posición...

Don Teodoro.—Muy incómoda estos días, como ves, por culpa del reuma... y perdona el chistecito. Pues nombre y posición y todo lo que quieras tendrás tú si te lo propones.

Eugenio.—¡Si me lo propongo! ¡Qué cosas dice usted!

Don Teodoro.—Bien sencillas, hijo de mi alma, si te lo propones, repito.



Eugenio.—¿Pero no le he dicho a usted, don Teodoro, que se me cierran todas las puertas, que desprecian mi trabajo, que parecen darme a entender que no sirvo para pintar, que ofenden mi amor propio, que parecen humillarme, qué sé yo cuántas cosas...?

Don Teodoro.—Pues sabe tú, hombre sombrío, que si se te cierran las puertas es porque tú no sabes abrirlas; que si desprecian tu trabajo es, sin duda, porque exigen más de ti, y que si hieren tu amor propio no es por culpa de nadie, sino de ti mismo, que tienes el amor propio muy sensible, demasiado quisquilloso. ¡Ay, qué jóvenes éstos! Hacen cuatro cosas, y ya quieren lograr los beneficios del que ha hecho mil... No, hijo; hay que trabajar mucho, pero mucho; ¡no existió, existe ni existirá un solo talento improvisado! Todo es obra de la voluntad y la perseverancia.

Eugenio.—Sí, señor, todo lo que usted quiera; pero cuando uno ve cómo medran otros que valen menos que uno, se le quitan las ganas de trabajar. Dice usted que voluntad y perseverancia... Sí, sí; diga usted suerte, favor, influencia... El que no cuente con un buen asidero bien puede echarse a morir.

Don Teodoro.—Querido Eugenio, eres un hombre perfectamente vulgar en tu filosofía. ¿Por que medre quien vale menos que tú vas tú a abdicar? ¿Es que el triunfo ajeno aminora el propio valer? ¿Es que la victoria de uno significa la derrota de los demás? ¿Y quién niega virtud a la suerte, al favor, a la influencia? ¿Pero es que todo se gobierna con esas tres cosas? Razonas de un modo lamentable. Y añade que, tal vez, quien crees que vale menos que tú valga más, porque acaso no sepas tu verdadera medida, y añade también que si por pararte a contemplar cómo adelanta el compañero descuidas tu camino, él llegará al fin y tú te quedarás al principio. ¡Qué envidiosillos sois también los artistas como tú!

Eugenio.—Bien se conoce que usted no es quien lucha. Ya no se acuerda usted.

Don Teodoro.—¿No he de acordarme? Es decir, bien a la vista lo tengo: que mientras tú llevas sin luchar, esto es, sin trabajar de firme cuatro o cinco años, yo llevo luchado mucho; y dime tú qué es más fácil y más halagüeño: si luchar a los veinte años, cuando se tiene el alma ligera, el cuerpo firme y el pensamiento risueño o cuando se es viejo y el alma pesa, y las fuerzas se agotan, y la cabeza está cansada de haber vivido... Pero ¿qué sabes tú de juventud, si tienes veinticinco años y un abatimiento, un pesimismo, que es la prematura vejez del espíritu? Sesenta y siete tengo yo y soy más joven que tú, porque veo la vida como debe verse: como una esperanza que extiende sus promesas ante todos los ojos y estimula nuestra fe y nuestro entusiasmo para su conquista. Sin este calor, sin esta ilusión, sin este optimismo por la labor y por la vida, ¿crees tú que valdría la pena de vivirla? Antes que fuera, debemos buscar en nosotros mismos la razón de nuestro amor y nuestro entusiasmo. Y si en nuestro interior no la encontramos y disfrutamos, es que no somos dignos de la vida.



Conducta en la calle

JAMÁS deberá un caballero incorporarse con una señorita que no vaya acompañada de alguna persona respetable, a menos que sea un sujeto de avanzada edad, y que al mismo tiempo lleve relaciones de íntima amistad con su familia.

TAMPOCO es lícito a un caballero, y mucho menos si es joven, el detenerse a conversar con una señorita o señora joven que se encuentre sola en su ventana, por muy íntima que sea la amistad que con ella tenga.

EVITEMOS, en cuanto nos sea posible, el detenernos por largo rato a conversar con señoras que estén en sus ventanas, aunque sean personas de edad o se encuentren acompañadas; y cuando alguna vez nos detengamos estando a caballo, guardémonos de estorbar el paso y quitar la acera a los transeuntes, especialmente las señoras y demás personas de respetabilidad.

ES un acto muy incivil el conservar o tomar la acera cuando ha de privarse de ella a una persona a quien se debe particular atención y respeto por su edad o posición social.

EN todos los casos, el inferior debe dejar la acera al superior, y el caballero a la señora; cuando se encuentran dos personas de circunstancias análogas, la regla general es que la conserve el que la tiene a su derecha.

UNA persona sola debe ceder la acera a dos o tres personas que encuentre juntas; a menos que le sean todas inferiores, pues entonces serán éstas las que deberán cederla.

CUANDO van tres caballeros juntos deben marchar en una misma línea lateral, tomando el centro el más caracterizado, y el lado de la acera el que le siga en respetabilidad. Pero si siendo un sujeto de alto carácter los dos que le acompañan le son muy inferiores, entonces llevará aquél el lado de la acera, y éstos se situarán en el orden que les indiquen sus respectivas circunstancias.

EN ningún caso deberán marchar más de tres personas en una misma línea lateral.

CUANDO de dos o tres personas que encuentren a otra sola le sea una superior y las demás inferiores, éstas se separarán dejando a aquélla la acera, para que la persona sola pase por el medio.

CUANDO yendo una persona respetable en medio de otras dos encontraren a una persona ya inferior a aquélla, y al mismo tiempo superior a la que lleva la acera, ésta conservará siempre su puesto.

CUANDO son señoras las que van, se observa generalmente lo siguiente: 1.º, una señora y una señorita marchan en una misma línea; 2.º, si van dos señoras y una señorita, las señoras van juntas y la señorita delante; 3.º, si son tres señoras, marchan en una misma línea; 4.º, si es una señora y dos señoritas, la señora marcha sola y las señoritas delante; 5.º, si son tres señoritas, o marchan todas juntas, o la de más edad va sola y las demás delante, o las dos de más edad van juntas y la otra delante.

LAS personas bien educadas siempre procuran ceder la acera a los demás; bien que nunca a aquellos que les son muy inferiores, porque, en realidad, sería intolerablemente ridículo que un anciano tratara de hacer este obsequio a un niño, o una señora a un hombre.

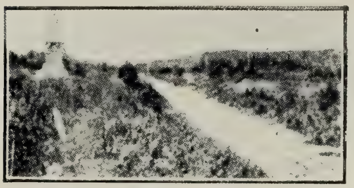
UNA señora que va acompñada de un caballero, cede siempre la acera a las señoras solas que encuentra; pero si van dos señoras y un caballero en el centro, sólo la cederán a señoras de mayor respetabilidad.

PUEDEN encontrarse señoras que de una y otra parte vayan acompañadas de caballeros, y para tales casos se tendrán presentes las siguientes reglas: 1.ª, cuando en todos los que se encuentran medían circunstancias iguales, así respecto del número de personas, como de su respetabilidad, la acera corresponde, según la regla general, a los que la tienen a su derecha; 2.ª, cuando entre una y otra parte existe en totalidad una diferencia notable de respetabilidad, también se aplicará la regla general, y los inferiores cederán la acera a los superiores; 3.ª, cuando entre una y otra parte hay diferencia en el número de las personas, se dará la preferencia al mayor número; a menos que en la parte del menor número concurran circunstancias de una notable superioridad; 4.ª, en todos los demás casos se obrará discrecionalmente; sin olvidar nunca que si bien el que usare de más desprendimiento manifestará mejor educación, no por eso podrá un caballero hacer este género de obsequios a las personas que encuentre, a costa de la comodidad y con mengua de la respetabilidad de las señoras que acompañe.

CUANDO se encuentren grupos de más de tres personas, y no exista entre unas y otras en totalidad una diferencia que marque claramente el derecho a la acera, como cuando son de una parte señoras y de otra hombres, se estimarán generalmente las circunstancias de los que marchen por delante; pues serían embarazosos y ridículos los movimientos que hubieran de hacerse para que cada inferior diese preferencia a cada superior.

De aquí y de allá

Donde acaba Europa. — En el punto de los Urales, donde la vía del ferrocarril transiberiano empieza a descender y a internarse en el Asia, se alza el pequeño monumento de piedra que se ve en nuestra fotografía y que sirve para indicar la divisoria de los dos continentes. En un lado de la pirámide se lee "Europa" y en el lado opuesto "Asia".



Los rusos llaman a este monumento la "Piedra de las lágrimas", porque todos los desterrados que pasan por allí con destino a Siberia lo besan por el lado que mira a Europa.

La ceremonia de la labranza en Siam.—Una costumbre siamesa muy antigua es la llamada "ceremonia de la labranza" que tiene lugar en el mes de mayo, época en la cual se siembra el primer arroz del año.

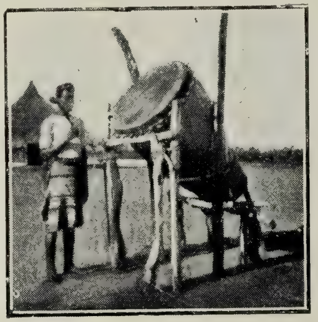
Los astrólogos eligen una faja de terreno, se construye en el lugar una especie de cobertizo y el ministro de agricultura del país acompañado de dos sacerdotes preparan con una serie de ritos simbólicos la yunta de bueyes destinada a la realización de la ceremonia. Los bueyes, adornados con flores, se uncen al arado y labran la tierra por espacio de una hora guiados por el ministro.

Acabada la labranza se presentan cuatro ancianas de la casa del rey y siembran arroz consagrado dejándolo sin cubrir. Después se desuncen los bueyes y les ofrecen varias seras con diversas clases de grano. Según la creencia de los supersticiosos siameses, el grano preferido por la yunta de bueyes es el que ha de escasear en el año y en cambio ha de abundar aquel del cual comen menos.

Para llamar a los obreros.—La fotografía que acompaña a estas líneas no representa ningún mortero primitivo para derribar las murallas de una plaza fuerte. Es sencillamente un tambor formado con base de un tronco hueco de palmera y una piel de bu
y no tiene más objeto que llamar a los obreros indígen
a las horas de comenzar y dejar el trabajo. Así, pu



con todo su aspecto imponente hace el mismo servi
que hacen en lejanas tierras la campana y el cuer
porque ya advertirán nuestros lectores por el tipo
"artillero" que se ve al pie del seudo mortero que
instrumento músico no es euro
sino del Africa oriental.



Jardinería japonesa. — En much
jardines del Japón, las plantas de
santemos se preparan igual que los
boles de los parterres europeos,
forma de lira, jarrón, ave, etc.

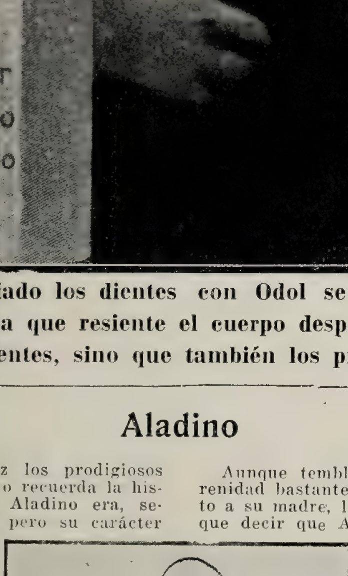
En Tokío hay jardines llenos de
guras naturales simulando guerre
damas, niños, animales, etc. Lo
frecuentemente representado es
muchacha con cola de zorra.

Inventos de Edison.—Edison ha
tenido hasta ahora más de 400 pa
tes de invención, lo cual es verda
ramente notable en América, donde
privilegio de invención es como un
tificado de haber descubierto algo r
mente nuevo, y se concede a muy
cos inventores.

Aladino

¿Quién que haya leído alguna vez los prodigiosos ntos de "Las Mil y una noches" no recuerda la his- ia de Aladino y de su lámpara? Aladino era, se- n la historia, un muchacho chino; pero su carácter completamente árabe. Su figura la personificación del oriental in- lente, que sentado en un rincón de scuro cafetín o en el pórtico de mal ente fondak, fuma su pipa de kif, liferente a todo, contento sin nada, erando que vengan las calamida- s, si están escritas, o la fortuna r algún camino inesperado y so- natural.

Y así es como le llega la fortuna al eno de Aladino. Un día que nues- héroe se solazaba en la plaza con os muchachotes tan holgazanes co- él, un mago africano, fingiéndose suyo, se le acercó y procuró ga- se su confianza, conduciéndole al mpo para servirse de él como auxi- r para cierta operación de magia. ntábase simplemente de que Ala- bajase a un subterráneo y bus- allí cierta lámpara maravillosa, a existencia había averiguado el o por medio de su arte. Aladino deció, llevando como talismán con- todo peligro un anillo que le en- ó el mago; pero una vez que hu- hallado la lámpara, se negó a dár- a éste en tanto que no le saca- del subterráneo. El africano, que proponía dejarlo allí encerrado pronto como la lámpara estuviera su poder, irritóse ante la resisten- del muchacho, y con uno de sus juros hizo que la entrada de la va se cerrase sobre su cabeza. El agán permaneció allí dos días, sin er ni beber; al tercero, habiendo inconscientemen- frotado el anillo del mago, un genio giganteseo apa- ió ante él diciendo: "¿Qué quieres? Aquí me tie- pronto a obedecerte como tu esclavo y esclavo de os los que tienen el anillo en el dedo, yo y los de- esclavos del anillo".



Aunque temblando de espanto, Aladino conservó se- renidad bastante para pedir al genio que le llevase jun- to a su madre, lo que fué al instante ejecutado. No hay que decir que Aladino llevó consigo su lámpara mara- villosa. Su pobre madre empezó a limpiarla inocentemente, con el pro- pósito de venderla, cuando al primer restregón se presentó un nuevo ge- nio que dijo con voz de trueno: "¿Qué quieres? Aquí me tienes pron- to a obedecerte como esclavo tuyo y de cuantos tienen la lámpara en la mano, yo y los demás esclavos de la lámpara". Por de pronto, Aladino y su madre pidieron de comer, que era lo más necesario en una casa donde no había más varón que un joven mal trabajador; después, poco a po- co con el auxilio de sus poderosos ta- lismanes fueron procurándose gran- des riquezas, que hicieron del anti- guo pillete un personaje importante, como tantas veces ha vuelto a ocu- rrir desde entonces en el mundo, y que le permitieron nada menos que casarse con la hija del sultán. Ver- dad es que el mago africano, astuto como él solo, supo apoderarse de la lámpara maravillosa, y a la vez de la princesa; pero Aladino conservaba en su poder el anillo y consiguió con su auxilio deshacer las maquinaciones del mago, que murió envenenado. Un hermano del africano, tan sabio co- mo él, quiso vengarle; mas de nue- vo el chino salió triunfante, gozando al fin tranquilamente, en medio de una prosperidad ya nunca interrum- pida, de la posesión de la lámpara maravillosa. Y así acaba la historia, historia inverosímil, llena de enor- midades, como todas las que la bella Schenherozada contó a su esposo, el cruel Schariar, pero historia que se repite a cada momento.

¿Quien no ha creído ver alguna vez la lámpara mara- villosa de Aladino en un quinto de lotería, o en la pa- peleta de defunción de algún pariente rico?

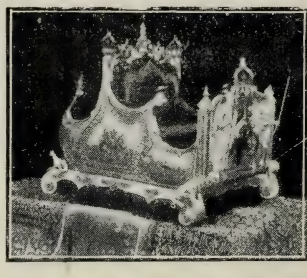
Mundo pintoresco

Una joya de virrey.—Son proverbiales el esplendor que emplean en todo los príncipes indígenas de la India y por este motivo los funcionarios ingleses tienen que seguir su ejemplo en muchos casos para causar buena impresión de la riqueza y poder del rey-emperador. Acompaña a estas líneas la fotografía del precioso



''howdad'', o silla de elefante que usa el virrey de la India en las grandes ceremonias. Su valor es incalculable: es toda de plata fina con numerosas y artísticas incrustaciones de oro y piedras preciosas. El ''shroud'', o gualdrapa del elefante es de rico tejido con bordados y flecos de oro.

Algunos príncipes indios poseen ''howdahs'', de más valor quizás, pero ninguno puede compararse con el del virrey en lo tocante a lo artístico del dibujo y a lo delicado de la mano de obra.



La dama del papagayo.—Es una condesa auténtica, una dama da la alta sociedad. Ha adquirido celebridad en Monte Carlo, donde frecuentemente se la ve pasear en compañía de Tommy, su inseparable papagayo.

Tommy, un animal dócil, bien educado, se coloca sobre la varilla del paraguas o de la sombrilla de su dueña y no se mueve de allí durante el paseo. Cuando encuentra personas conocidas, sabe saludarlas con un sonoro ''bon jour''; pero, a veces, lanza algunos gritos discordantes que molestan a los transeuntes.

Muchas damas salían a paseo con sus perritos. No será extraño que en adelante, reemplacen a los canes los congéneres de Tommy y veamos a las señoras acompañadas de papagayos, loros o periquitos.



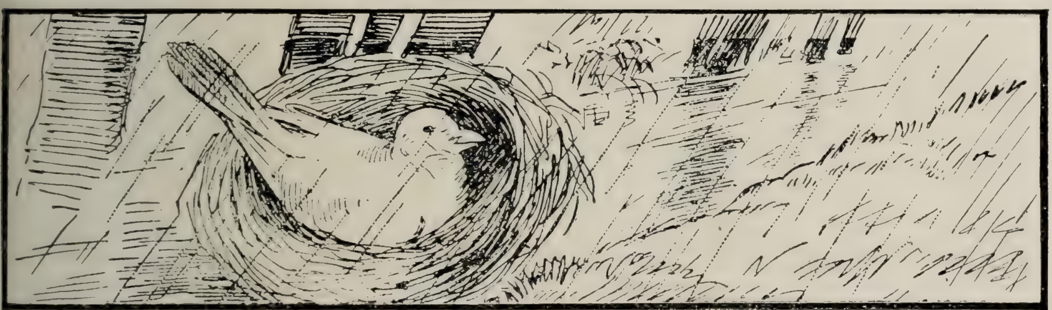
La familia de los gordos.—Los portugueses son muy simpáticos, lo que no obsta para que algunos de ellos sean gordos, como en el caso de la familia Palantes, que se compone de la madre (viuda) y cinco hijos y que habita en la región de Braga.

El padre, que murió hace dos años, a los 84 de edad, pesaba 204 kilos; y con razón hay que suponer que su mujer y sus hijos han querido ser dignos de tal jefe de familia, pues cada uno de ellos no pesa menos de 100 kilos y todos reunidos 800 kilos. Es, como se ve, un bonito total, que arrojaría más de 1.000 kilos, si el difunto existiera aún.

El más joven representante de esta familia, y al mismo tiempo el más gordo, Luis Palantes, pesa, en efecto, 142 kilos; su hermana Elvira, a quien se ve a su lado, a la derecha, en la fotografía, pasa de 120 kilos; la mamá, sentada en la butaca, es relativamente la más ligera, pues sólo pesa 101 kilos.

Todos estos ''grandes portugueses'' se hallan bien de salud y están dotados, al parecer, de un apetito feroz, que contribuye a mantenerlos en tan admirables condiciones.

Esteban Palantes, a quien se ve a la izquierda, en la fotografía, engulle fácilmente en su almuerzo diez o doce platos variados y abundantes.



Poesías infantiles (Para recitar)

El chorlito

Un pajarillo zancudo,
esbelto, ligero, vivo,
tan aturdido, que pasa
por modelo de aturdidos.
Un chorlito, en fin... obraba
en todo con poco juicio,
demostrando que tenía
la cabeza de chorlito.
Un día, sin decir nada
a su madre, dejó el nido,
con ánimo de formarse
otro nido a su capricho.
— Voy a hacerme un nido propio,
y voy a elegir el sitio
donde a mí me dé la gana,
y no como los antiguos,
que, esclavos de la rutina,
los hacen siempre lo mismo.
Llegó volando a la cima
de un pino esbelto y altísimo,
y le pareció de perlas
aquel delicioso sitio
para establecer al punto
su flamante domicilio.
Allí, en la rama más alta,
dejó el nido construído.
— ¡Esto es estar a la altura
de mi posición! — se dijo: —
que vengan aquí y aprendan
todos esos pajarillos
de tres al cuarto, que viven
en los más humildes sitios.
Poco le duró la dicha,
pues una tarde de estío
se armó una fuerte tormenta,
y un huracán violentísimo
azotó de tal manera
el ramaje de aquel pino,
que arrancó el nido de cuajo
y lo hizo en el suelo añicos.
Cuando el pájaro a la vuelta
se enteró del estropicio,
quedó con el pico abierto
de admirado y sorprendido,
y al fin, repuesto del susto,
pensó un momento con juicio:
— Pues señor — dijo muy grave
y sentencioso, — está visto
que el vivir a gran altura
tiene bastantes perjuicios,
pero yo pondré el remedio,
porque por algo soy listo;
y descendió a la llanura,
y en la orilla de un camino
hizo un hoyito en el suelo
y en él hizo el nuevo nido.
— Esto resulta más cómodo,
y es mucho más distinguido
habitar en cuarto bajo
que vivir en piso quinto;
aquí nunca azota el viento
como en la pompa de un pino,
y el sitio es más pasajero
y mucho más distraído.
Pero una tarde otra nube
dió en soltar agua y granizo,
y a poco la carretera
quedó convertida en río.
No hay que decir el destrozo
que halló el pájaro en su nido
cuando, pasado el chubasco,
a buscar su casa vino.
Quedaba el hoyo inundado,
en lodazal convertido:
pero del nido ni rastro
quedaba en aquellos sitios.
Púsose entonces muy triste
y se quejó del destino,
que en la altura y en el suelo
le perseguía lo mismo.
Y se fué a ver a su madre,
a quien contó lo ocurrido.
—¡Ni en la altura ni en el suelo
está la dicha, hijo mío;
en las exageraciones
están siempre los peligros!

CHIRON.

EL MÉDICO EN CASA

Calvicie.—El loro del cuento que se quedó con la cabeza pelada por meterla en la olla para pescar el chorizo, en cuanto veía un calvo le gritaba: "Tomá, por comer chorizo".

Según él, no había más causa que esa para convertir el cuero cabelludo en luna llena.

Sin embargo, una tomadura de pelo, varias enfermedades de la piel y otras internas, el trabajo mental excesivo, los disgustos conyugales, etcétera, etc., producen la calvicie prematura dejando el mate desabrigado y liso como bola de billar.



Ya entre los hebreos se consideraba como cosa ridícula un mate pelado. Cuarenta muchachos sufrieron la pena de muerte por haberse reído de Eliseo llamándole calvo.

Cuando la pérdida de la "cosecha" es ocasionada por la destrucción de las "raíces" no hay "abono" ni "riego" que valga. El interfecto queda convertido en efigie de la "ocasión", diosa que "la pintan calva", desde que el mundo es mundo.

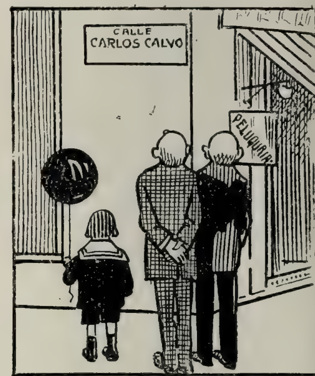
Pero cuando la calvicie es sólo accidental a causa de una enfermedad pasajera (como el sarampión, el amor, etcétera) que no ataca al polículo (raíz del cabello), éste puede echar nuevos brotos, y la guedeja volverá a evitar los resfríos del ex calvo y las burlas del prójimo.

La mayor parte de los cosméticos empleados en estos casos contienen diversos excitantes o tónicos astringentes, tales como aceite de ricino, de crotón, esencias aromáticas, tanino, ácido agállico, ron, sulfato de quinina, etc., etc., que realizan el milagro de hacer "echar buen pelo" a cualquier pobrete.

Pero el medio más rápido para tener pelo es comprarse un peluquín.

Sólo hay una calvicie que ni con postizos se disimula. El que nace Calvo... de apellido, lo es hasta la muerte.

Callo.—El callo es tan antiguo como el calzado. Los latinos "disfrutaban" de esa dolencia, que llamaban pintorescamente "clavus pedum".



Lindo "clavo" es, en verdad, tener callos; porque si llegan a echar raíces hondas y le toman cariño al "aposento", constituyen una especie de ser inmortal, un monstruo de mil cabezas... sucesivas.

En efecto, el desgraciado poseedor de un callo viejo murrullero, podrá cortarle la cabeza cuantas veces le venga en gana ejercer de verdugo, pero otras tantas veces el callo sacará la cabeza, criándola nueva con una terquedad de verdadero "cabezota".

La vanidad del pie diminuto lleva, como castigo, la penitencia del callo.

Los callos jóvenes aún, pueden ser extirpados persiguiéndolos con baños frecuentes y raspaduras o cortes, navaja en ristre u otro instrumento cortante que pode la raíz.

El médico en casa

Los emplastos de miga de pan con vinagre u otros, ablandan el corazón del callo adolescente y le hacen abandonar su presa.

Un remedio bastante eficaz es el siguiente:

Antes de acostarse, o después de acostado, pero antes de dormirse, se corta la parte dura del callo hasta que se descubre un punto negro o blanco (según la raza del callo) que es la raíz. Se parte un limón en dos pedazos y se aplica uno de ellos sobre el callo, sujetándola fuertemente.



La otra mitad del limón puede tomarse con agua y azúcar, lo cual no es indispensable para la extirpación del callo; pero sirve para refrescar la sangre y quitar la sed.

Esta mitad del limón puede aprovecharse o no, como se quiera.

La correspondiente al callo debe renovarse cuatro o cinco noches consecutivas.

El jugo del limón destacará completamente el callo de la carne, y a la cuarta o quinta noche se hallará pegado al limón una especie de dardo ensangrentado parecido a la espina de un rosal: es la raíz del callo.

Como complemento de la curación de los callos, se recomienda dejarse de presumir de pie pequeño, usar calzado ancho y huir de los pisotones.

Cáncer. — El cáncer es una enfermedad muy seria, de la cual es impropio hablar en broma, a pesar de que el enfermo que lo padece está "embromado".

Se ha trabajado y se trabaja enormemente para hallar un remedio contra el cáncer, pero el cáncer trabaja muchísimo más, causando infinidad de víctimas, sin miramientos de ninguna clase.

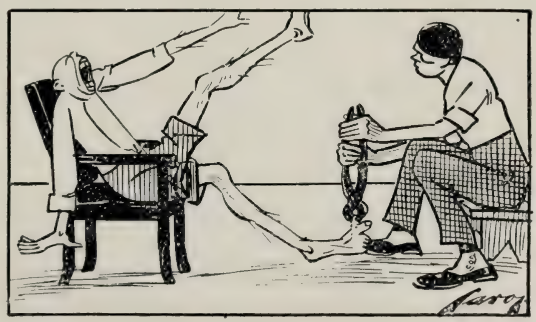
Si, al menos, el cáncer de la lengua no atacase más que a las "malas lenguas"... vaya y pase.

Pero, ¡ay!, los "deslenguados" son inmunes contra toda enfermedad en la "sin hueso", y está demostrado que el cáncer de la lengua se presenta con más frecuencia en el hombre que en la mujer, siendo ésta la que tiene fama de charlatana. El tabaco suele producir el cáncer, según algunos médicos que, sin embargo, fuman hasta hacerse acreedores a un premio del trust de cigarros.

Otros sabios atribuyen a ciertos alimentos y bebidas y aún al olor de algunas plantas, como la enredadera Stentonia latifolia, el origen del cáncer.

Pero también hay quien se muere de un cáncer sin comerlo ni beberlo, ni olerlo ni fumarlo, o sea, por herencia, como le pasó a Napoleón.

Lo que no sabe ningún sabio todavía es cómo se cura el cáncer.



Los remedios en uso varían desde el acreditado ungüento amarillo hasta la intervención quirúrgica, o sea el carneo humano, sin que la elección del remedio importe un poroto para el resultado.

Con frecuencia los diarios anuncian a bombo y platillo tal cual tratamiento infalible contra el cáncer.

Hace poco un doctor inglés comprobó con varios experimentos la eficacia de las violetas, usadas con buen éxito por una curandera para curar el cáncer.

SERRUCHO.

Industrias ignoradas

Muchos de nuestros lectores se habrán visto más de una vez asediados por comerciantes, comisionistas, corredores o agentes, que les proponen la adquisición de un artículo nuevo, de una pichincha o, simplemente, de un objeto de uso corriente.

Y también habrán conocido caballeros de industria que aguzan su ingenio para explotar a la humanidad, por todos los medios a su alcance.

Hay una legión de individuos que operan, casi sobre seguro, leyendo preventivamente los avisos y las noticias de los diarios, para ver dónde puede colocarse el artículo que expenden.



Alrededor de la santa institución del matrimonio se realizan algunos negocios más o menos importantes. En cuanto se hace pública la fecha de un futuro enlace, caen sobre la inocente pareja fabricantes de muebles, floristas, perfumistas, importadores de novedades y despachantes que "corren con todo lo de la boda" y que suelen ser los mismos que luego se encargan de gestionar los divorcios.

Pero la ingeniosa industria de Perico Marchanudo merece capítulo aparte. Su trabajo consiste en leer todos los días las noticias policiales e inspirarse en esa lectura, para dirigir misivas, de las que puede dar idea la siguiente, escogida entre otras 725:

"Distinguido señor:

"Acabo de enterarme de su desgraciada tentativa de suicidio. ¡Cómo le habrá hecho sufrir el abandono de su pérfida esposa!

"Yo, que le escribo, sé lo que es esto, por haber sido abandonado veinticuatro veces consecutivas...

"Es verdaderamente lastimoso que la cuerda de la liberación se haya roto antes que la estrangulación cumpliese su misión humanitaria.



"Pero no desespere usted. Yo tengo a su disposición, para cuando la precise, cuerda especialmente fabricada para autosuspensión. La vendo, al detalle, a cincuenta centavos el metro.

"En espera de su contestación y de verle llegar al término de sus males, me ofrezco de usted atto., etc.

Firmado: **Pedro Marchanudo.**"

"P. S.—Si prefiere usted un buen revólver, una buena estufa, con burlotes y demás accesorios para una calefacción hermética, así como una piedra para inmersión individual, tendré mucho gusto en servirle.

"Tengo también las obras de los más distinguidos humoristas y varias colecciones de chistes, para el caso en que se decida usted a morir... de risa."

Ni la circular ni la industria necesitan comentarios.

Claro es que, en este caso concreto, se trata de una industria ilícita, porque "no debe nombrarse la soga en casa del ahorcado", y menos en casa del que ha pretendido ahorcarse sin éxito.



Pero sucede también que "la cuerda se rompe por lo más delgado" y algunos de esos "ingeniosos" comerciantes, tras de bregar inútilmente por levantar el negocio, van a hacer su balance a la comisaría, mientras otros que, si no ofrecen cuerdas para autosuspensión, procuran ahorcar a todos los que pueden, se pasean tranquilamente, concurren a la Bolsa y hasta tienen trato con políticos eminentes y con distinguidos sportmen.

¡Sí! Hay muchas otras industrias ignoradas, que tienen más complicaciones que esas sencillas tramas urdidas por los vividores "al menudeo".

Lo malo es que tanto estos, como los otros, conocen las debilidades humanas y encuentran siempre clientela dispuesta a dejarse engañar y aceptar el artículo que se le ofrece.



Más que la desesperación, como en el caso del vendedor de cuerdas para autosuspensión, se explota la vanidad humana. Hay quien conoce el "flaco" de cada individuo y le ataca, precisamente, por él.

La adulación es uno de los recursos que emplean esos negociantes despreocupados, que ejercen su indutria a base del engaño, pero dejando satisfecho al engañado. Es una habilidad del industrial, que cuenta siempre con la "buena fe" del cliente.

Tiquis - Miquis

Los perros de oro.—Hasta hace muy poco tiempo, el hombre que pagaba 5.000 pesos por un perro, por bueno que éste fuese, era considerado como un loco, o poco menos; pero, por lo visto, en materia de chifladuras se adelanta tanto como en el terreno científico, pues hace cosa de tres años, un americano llamado Croker, gran aficionado a razas caninas, no tuvo reparo en pagar a un inglés mil libras esterlinas por un bull-dog de pura raza.

LADRÓN CAPTURADO



—¡Ya podrá estar contento; han agarrado al ladrón que le robó el mes pasado!

—¡Sí, pero lo que no han agarrado es el reloj!

El hecho llamó la atención entre los que se ocupan de tales asuntos. Con todo, podía disculparse al comprador teniendo en cuenta que el perro, que atendía al nombre de "Rodney Stone", era considerado por los inteligentes como el primer bull-dog del mundo, y además había ganado importantes premios en diversas exposiciones.

Ahora el hecho acaba de repetirse, también en Inglaterra, míster George Gould, acaba de dar por otro bull-dog, llamado "Heath Baronet", la misma suma de mil libras, que al cambio actual representa unos 15.000 pesos.

Acompañamos un retrato de "Heat Baronet".

Un borracho irónico. — Un vigilante exclama ante un borracho tendido en el escalón de un portal:

—¡Pobre hombre, mañana se despertará con la lengua seca, los ojos abotagados, mal sabor de boca...

El borracho:

—Es usted un "maestro". ¡Cómo recuerda las veces que se ha visto como yo!

Anuncios caros. — El más caro fué el que pagó un fabricante francés por un modelo de la torre Eiffel que mandó ejecutar en oro, como anuncio. Costo 500.000 francos.

Los propietarios de un específico, ofrecieron 125.000 francos porque les permitiesen fijar un anuncio, durante un año, en la estatua de la Libertad que hay en la entrada del puerto de Nueva York.

Unos fabricantes ingleses de jabón compran anualmente cuadros y estatuas de los artistas más conocidos en la actualidad para los anuncios, pagando enormes cantidades.



El anuncio más grande es uno que se puso en Inglaterra, cuyas letras podían verse a siete kilómetros de distancia y tenían cada una 12 metros y medio de altura. La lona medía 99 metros de ancho y todo él anuncio cubría un área de 4.800 metros.

En los periódicos, el más grande es uno que se publicó en Londres el 23 de Diciembre del año 34. Tenía más de 6.000 palabras, que ocupaban 24 columnas del "Times". En este periódico se insertó el 16 de Octubre del año 60, todo el libreto de la ópera de Macfarren titulada "Robin Hood", para anunciar un producto, y ocupaba cuatro columnas y media.

Animales zurdos.—Casi todos los animales son zurdos. Los loros cogen los objetos con la pata izquierda, el león da zarpadas con la garra del mismo lado, y Livingstone dice que su opinión es que todos los animales son zurdos. Sobre todo los loros, usan más de la pata izquierda que de la derecha para trepar.



EL NUEVO TRIUNFO de la

Malta Palermo

EXTRACTO DE MALTA

premiado con la **Medalla de Oro** (La más alta recompensa)

en la **EXPOSICIÓN DEL CONGRESO NACIONAL DEL NIÑO**, clausurado el día 23 de Noviembre del corriente año, es otra prueba evidente de la superioridad de nuestro producto.

Es con un sentimiento de satisfacción, mezclado con un orgullo bien fundado, al ver coronado con el éxito nuestros esfuerzos sacrificados, que nos complacemos poner en conocimiento de nuestros favorecedores la agradable noticia.

La superior calidad de las materias primas, su alta concentración, su mínima alcoholización, su pureza absoluta y su paladar agradable, son estos los principales factores que le han valido la alta distinción.

No exageramos llamando a nuestro producto *"la marca de calidad"*; el producto mismo sobrepasa todo elogio que se le pudiera atribuir.

Al comprar Vd. un extracto de Malta, exija que sea MALTA Palermo.

Cervecería Palermo (S. A.)

TELEFONOS { Unión, 110 y 114 (Palermo) / Cooperativa, 5 y 28 (Norte)

EN VENTA EN TODAS PARTES

Precio por botella . . . . . $ **0.65**
Id., íd. cajón, 24 botellas . . „ **14. —**

La vida íntima, por Rojas

El velo, los guantes y el abanico



El velo ha sido un símbolo de castidad en todas las épocas.



No debe conservarse el velo en el almuerzo ni el teatro.



Los guantes, por el contrario, son de todas las ceremonias. En una comida se dejan encima de la mesa.



Pero después de la comida se deben poner otra vez.



No se deben llevar guantes para firmar un acta.



Ni para fregar platos.



Las senoras de casa, cuando reciben en la propia, nunca llevan guantes. Es la mejor demostración de hospitalidad y afecto.



Cuando es uno recibido por un monarca o por Sáenz Peña, que viene a ser lo mismo, se debe uno quitar los guantes, aunque aparezcan las manos llenas de sabañones.



El abanico es el complemento de toda "toilette" elegante. En otro tiempo no se separaban de él ni en el lecho.



Es una ayuda del gesto y de la coquetería, tiene múltiples empleos, tiene su lenguaje y sufre como ellas los caprichos de la moda.



Unos versos o unos apuntes artísticos en el abanico es lo que más ambiciona una señorita.



Por eso cuando los poetas, pintores y literatos ven aproximarse hacia ellos una señorita con abanico en ristre, piden a Dios que se abra la tierra y los trague.

Cómo se forman hombres

No se debe engañar nunca a un niño. — Si no hay que descuidar las preguntas que hacen los niños, tampoco hay que engañarlos con respuestas ilusorias.

Los niños conocen perfectamente cuándo se los engaña, y aprenden a ser simuladores o mentirosos. Cuando ven que incurren en tales defectos aquellas personas en quienes mayor confianza tienen. Si nunca debiéramos adulterar la verdad, no hay por qué hacer una excepción en detrimento de los niños. Al usar de la superchería para con ellos, no solamente los desilusionamos, sino también impedimos que se instruyan, y al mismo tiempo corrompemos su inocencia y abusamos de su candor. Es un verdadero caso de conciencia.

Si por casualidad llegan a preguntar lo que no deben saber, es mejor decirles abiertamente que aquello no les interesa, que responderles con una mentira o una contestación ridícula.

La indolencia en el niño. — A veces se observa en el niño una disposición de espíritu diametralmente opuesta a aquella que lo impulsa a preguntarlo todo; es una especie de "vonchalance", que lo hace contemplar todo con ojo indiferente y hasta llega a inspirarle una cierta repulsión hacia sus ocupaciones. Es una de las peores tendencias que pueda manifestar un niño, y muy difícil de corregir cuando se extiende a todo.

De modo que primeramente hay que distinguir.

Desde que uno comprende que un niño es de carácter perezoso e indiferente, hay que observarlo, para saber si su indiferencia se extiende a todo lo que hay a su alcance o bien se limita a cierto ramo, demostrando gran interés por otros. Puede demostrar poco entusiasmo hacia el estudio y pasar mucho tiempo sin hacer nada, sin que esto sea una razón bastante para declararlo perezoso o negligente. Esto quizá se deba a la edad; prefieren otras ocupaciones porque las encuentran más interesantes, y si detesta su lección, es porque ésta le ha sido impuesta, como algo indispensable. Para saber si un niño es perezoso o dejado, es preciso observarlo en los momentos en que no se halla sometido a ningún trabajo y donde goce de plena libertad para jugar; de este modo puede verse si es vivo y activo en este ambiente, si persigue un fin, si siente entusiasmo por alcanzarlo o si aún persiste su pereza.

Si ésta no aparece más que en el momento de estudio, entonces quizá el remedio no sea difícil de conseguir. Si desgraciadamente lo acompaña a todas partes, entonces es cuestión de temperamento, de salud, y el tratamiento es más complicado.

Medios de curar la pereza cuando es accidental. — Si por los bríos que un niño desarrolla en el juego, llega uno al convencimiento de que el niño no es perezoso, sino que su indolencia se limita a sus lecciones, hay que hacerle comprender que transforma en acrobacias lo que pudiera ser un pasatiempo agradable; insistir sobre la variedad de ocupaciones que hicieran cada una de ellas más agradables por comparación, etc. Estos argumentos expuestos con dulzura y moderación tienen su eficacia, hasta presentar en el espíritu de un niño sobre un hecho que no había notado.

Si este procedimiento no tiene resultado, entonces se le reconviene muy dulcemente por su lentitud. Pregúntesele, todos los días cuando venga a la mesa y siempre que no hayan extraños, cuánto tiempo ha empleado en sus ocupaciones; si no ha cumplido sus tareas en un tiempo razonable, tóquese el punto en broma, sin reñirle.

Debe uno limitarse a mostrar un poco de frialdad para con él.

Si tampoco así se obtiene buen resultado, entonces se le dirá que ya no volverá a tratar aquellos puntos que no se hallan al alcance de su mente, pero usted tampoco gastará más dinero en instruirlo; y puesto que le place más tal o cual juego que sus estudios, no debe emplear su tiempo en otra cosa. Una vez hecha esta declaración se le obligará a practicar constantemente el juego por el cual sienta mayor afición, hasta que el niño, cansado, pida gracia y prometa dedicar algunas horas diarias al estudio, en vez de emplearlas en aquel juego forzado.

Modo de curar la pereza cuando ésta dimana del temperamento. — Si es un defecto de constitución el que enturbia el espíritu de un niño, hay que recurrir primeramente al médico. Un tratamiento apropiado puede darle el vigor y la actividad que les ha negado la naturaleza, atendiéndose siempre simultáneamente al tratamiento mental.

Cuando un niño parece presa de una pereza general del espíritu, es preciso estudiarlo con gran cuidado a fin de descubrir en él la aparición de una ligera muestra de interés aplicada a cualquier cosa, y acto continuo ingeniarse por desarrollar este interés. Que ame el juego, los adornos, las chucherías, etc., que tenga miedo de cualquier objeto, que tema disgustarlo, de cualquiera de estas cosas hacia las cuales demuestra marcados sentimientos o atención, es preciso tomarlas para despertar en ellos la actividad espiritual.

Como se está tratando con un niño de carácter indolente, no hay peligro de hacer nacer en su corazón inclinaciones peligrosas, y se despierta por lo menos el deseo, único resorte de las acciones humanas.

Si esto no basta, resulta a veces eficaz imponer al niño un trabajo manual, lo cual constituye un medio de habituarlo a hacer algo. La manera más conveniente de acostumbrarlo a ejercer su espíritu, es de ocuparlo en algún estudio atrayente. Pero como la atención que el niño podría aportar es cosa invisible y que por ende siempre hay lugar a dudas respecto a su presencia, es mejor recurrir al trabajo manual, donde la atención necesaria puede ser constatada por pequeña que sea.

En todo caso, es necesario en esta prueba de trabajo especial, imponer una tarea que deberá ser cumplida obligatoriamente en un tiempo dado, pues no hay que dar al niño oportunidad para que permanezca ocioso.

Tanto mejor si el trabajo es penoso. El desplacer de la obra le inspirará bien pronto el deseo de tomar un libro.







El primer empleo

La primera colocación que obtuve en París fué la de representante de la fábrica de jabones de Soap y Cía. Esto ocurría hará unos diez años.

Orgulloso de mi destino soñaba en mi buena estrella y me disponía a desempeñar el cargo a las mil maravillas.

A pesar de carecer de experiencia, el gerente no me dió un sólo consejo. Me dijo, únicamente, que el arte del vendedor consistía en ser psicólogo. Según la persona con quien tratase, tendrá que poner en juego una u otra táctica—me dijo.—En algunos casos bastará la elocuencia, en otros tendrá que aprovecharse de la vanidad o despertar la curiosidad. ¿Es psicólogo o no?

—Ya lo creo,—respondí.

—¡Entonces, adelante!

De acuerdo con las instrucciones, debía presentarme en casa de varias artistas lindas, elegantes y en boga para hacerles adoptar nuestro famoso jabón. Esto nos serviría de propaganda por medio de un réclame hábil.

Iba, pues, a tener la mejor ocasión para ejercer mi sutil psicología.

Antes de ponerme en campaña quise servirme de los puntos principales de mi estudio, basado en el conocimiento que tenía de la mujer, en general, y de la artista, en particular: despertar la coquetería, excitar la envidia y el amor a la moda. Como no estaba demás contribuir con un poco de habilidad, me propuse confeccionar algunas cartas, en las que las clientes ponderasen la bondad de nuestros productos. Dicho y hecho! una, sobre todo, me dejó satisfecho. Decía:

''Señores Soap y Cía.

''Me faltan palabras para recomendar la excelencia de su delicioso jabón ''El Lirio''. Es suave, y despide un perfume exquisito. Atribuyo, en parte a sus cualidades la lozanía y suavidad y ''blancura'' excepcional de mi cutis. firm. Netty Buttler''.



Esta Netty era una bailarina americana, llegada hacía poco, cuyo éxito era prodigioso. Los diarios la calificaban de maravilla encantadora. Había llegado a ser el ídolo de París, y ya se sabe de lo que es capaz el público parisiense, cuando proclama a una artista su predilecta. Su nombre, pues, iba a servirme más que el mejor discurso.

La primera artista en cuya casa me presenté fué en la de la señorita X., de la Opera. Era precisamente una de las clientes de Soap y Cía., y tuvo la amabilidad de recibirme. Hasta creo que me escuchó complacida, pero parecía poco dispuesta a adoptar el nuevo producto, alegando que usaba un jabón exquisito que no alteraba el color de la piel.

Tuve entonces que felicitarme por mi habilidad: Saqué mis cartas y leí una o dos, después le ofrecí otra, diciéndole con un tono disimuladamente despreocupado:

—Aquí tiene otra carta, es de Netty Buttler, la bailarina americana.

Extrañada, frunció agradablemente el ceño.

—Vamos a ver,—me dijo.

—Ya cayó en la red,—dije para mis adentros.

Leyó la carta, y se echó a reir.



—¿De manera que se figura que su jabón me dará la blancura excepcional del cutis de Netty Buttler?

Su risa es falsa,—pensé yo en mi calidad de psicólogo.—¡Se ve que es envidiosa!

—Pero, señorita, use el jabón y se le pondrá la piel igual que a Netty; ese es su éxito...

Ella, sobreexcitada, convulsiva, salió dejándome solo en el saloncito, donde apareció a poco la mucama para conducirme hasta la puerta.

Cuando volví a la casa Soap y Cía., el gerente acababa de colgar el receptor del teléfono.

—¡Ah!, ¡al fin aparece usted! Pase en seguida a la caja a cobrar lo que le debemos!

Y friamente me despidió sin decirme una palabra más.

. . . .

La explicación la conseguí algunos días más tarde. La casualidad me llevó al teatro donde trabajaba Netty, la bailarina americana.

Era, efectivamente una bonita muchacha, linda, enloquecedora, pero... negra, tan negra como el carbón.

—¡Enseguidita iba a usar el jabón la señorita X!...

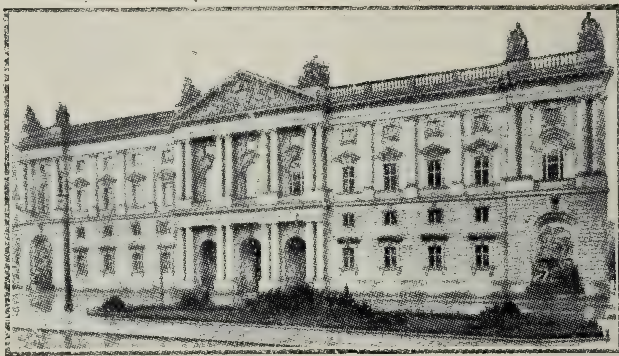
Hoy creo justificado mi cese, a pesar de ser un psicólogo.

Camilo SARTORISE.

Dib. de Pelayo

Las caballerizas del emperador de Alemania

HACE cosa de siete años, el emperador de Alemania Guillermo II, cuyas iniciativas y actividades ha pregonado la fama por el mundo entero, encargó al arquitecto Entschluss la construcción de un edificio monumental en que tuviesen cómodo y espacioso alojamiento las caballerizas imperiales, mal instaladas hasta entonces en el histórico y vetusto albergue de la calle Ancha. Trazados los planos y calculado el presupuesto, empezó en 1899 el derribo de la parte no aprovechable de las antiguas edificaciones, y al cabo de un año veía Berlín terminada la nueva obra, digna por su grandeza arquitectónica de la capital del imperio.



La fachada principal de las nuevas caballerizas da a la plaza del Castillo. Con airosa y elegante sencillez se levanta el triple portalón, sobre el que se destaca, apoyado en diez y seis columnas, un hermoso frontis, donde campea el águila prusiana rodeada de banderas y estandartes. En la balaustrada con que remata el edificio se ven grupos escultóricos representando escenas hípicas, domadores de caballos en el pleno ejercicio de su profesión, y figuras de antiguos guerreros con armaduras y trofeos. La hermosa sobriedad de la fachada queda hábilmente interrumpida por dos nichos laterales, que cobijan sendas esculturas, modeladas por Otto de Lessing. Una de ellas, la de la izquierda, representa el tormento de Prometeo, encadenado a la roca, y la de la derecha es un hermoso grupo de Perseo y Andrómeda.

Estas cuadras tienen cabida para 400 solípedos, además de una estancia hospital para los enfermos y un lazareto de veinticuatro bayas para los que sufren de alguna infección.

En la planta baja están los cuartos lavatorios y la farmacia a cargo del veterinario mayor de las caballerizas, bajo cuya inspección y cuidado está asimismo el taller de herraje.

Cuentan además las nuevas caballerizas de Berlín con un centenar de caballos para huéspedes, comitivas y servidumbre de la casa imperial. Las salas cocheras están divididas por grandes arcadas que les dan notable parecido con el claustro de un convento, formando espaciosas guaridas de imponente aspecto, en las que caben más de cuatrocientos carruajes de cuantas formas, tipos y hechuras se conocen y usan hoy en día. La victoria, el cabriolé, la carretina, el tílburi, el landó, el breac, la berlina, la calesa, el cupé, la carretela, el faetón tienen

allí variados y ricos modelos que copiar. Todos están ordenadamente alineados, como si obedecieran a la severa disciplina prusiana, con los pescantes mirando hacia el corredor y las limoneras contra las paredes. Los que no sirven a diario o con alguna frecuencia, están cubiertos con grandes fundas; pero los de gala, corte y séquito, y las carrozas históricas, se muestran sin tapujos a la admirada curiosidad del visitante. En el centro de la amplia estancia se ve la gran carroza de las coronaciones, que cuenta más de dos siglos de historia, pues fué construída para la entrada triunfal de Federico I, primer rey de Prusia, en Berlín el 17 de Marzo de 1701. La hechura, forma, dibujo y pomposo decorado de esta carroza dan a entender bien a las claras su antigüedad, sin que pueda encubrirse bajo la renovación en ella hecha no ha mucho tiempo.



Sólo se emplea en las grandes y extraordinarias solemnidades palatinas con que se celebra la coronación de los reyes de Prusia, hoy emperadores de Alemania, y en tan fastuosos actos va tirada por ocho caballos empenachados, que llevan de las bridas seis palafreneros a la Federica. En la banqueta trasera de esta gran carroza van sentados los lacayos, de empolvadas pelucas y galoneadas libreas, tiesos e inmóviles como esculturas de carne humana, y a derecha e izquierda del pescante, sobre diminutas y apenas perceptibles tarimas, la flanquean sendos pajecillos, que no pierden el equilibrio gracias a las doradas correas que por un brazo les retienen sujetos a la carroza. De esta suerte, y con tan solemne aparato, avanza lentamente el pesado vehículo por las calles de la capital en días de coronación real, recogiendo a su paso las aclamaciones y vivas con que la multitud saluda al soberano.



Otro de los coches dignos de mención es la

victoria regalada por Guillermo I a su nieto el actual emperador, con motivo de su matrimonio. Es de dobles muelles, y está construída de manera que puede mudarse a voluntad en carretela descubierta. El decorado es de adornos y aplicaciones de plata sobre fondo azul, siendo del mismo metal las cifras y escudos imperiales.



El personal de las caballerizas está formado por el caballerizo mayor, quien tiene a sus órdenes un jefe de cuadras, ocho capitanes de coches, varios contramaestres de pienso y forraje, un guarda de arreos y libreas, un albéitar, un farmacéutico, un maestro herrador, diez y ocho oficiales constructores para la reparación de carruajes e igual número de silleros y guarnicioneros.

El número de peones para la vigilancia y limpieza es numerosísimo y está perfectamente remunerado.

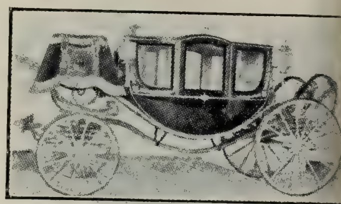
Tales son, rápidamente descritas, las nuevas caballerizas erigidas y dispuestas sobre los restos y ruinas de las de sus antepasados, por el infatigable emperador de Alemania.

Ciertamente que las de Madrid, Viena y San Petersburgo podrán aventajar a las de Berlín en cuanto al número de coches y caballos, pero de ningún modo en el edificio admirable que les sirve de albergue.



Las caballerizas pueden visitarse un solo día a la semana, cuando el emperador se halla en Berlín, y a diario cuando se halla ausente; al efecto los visitantes deben proveerse de una tarjeta especial que facilita la mayordomía de palacio.

Como curiosidad, en estos tiempos del automovilismo, se muestran los coches de viaje que en algunas ocasiones usa el emperador: son fuertes, pesados, pero con toda clase de comodidades, figurando entre ellos uno, el que puede llamársele coche-cocina, donde lleva todos los útiles para condimentar una comida.



La recordman de las visitas

Desde que M. Poincaré fué elegido presidente de la República Francesa, su esposa ha sido objeto de admiración por la constancia, gracia y fuerza de voluntad desarrolladas en el desempeño de sus deberes de compañera del primer magistrado.

Apenas instalada en el Elíseo visitó todos los asilos, casas de beneficencia y hospitales en pocos días.

Terminado el largo viaje realizado por las provincias con el presidente, llegó a París y sin reposo, tomó el automóvil y recorrió las mejores fábricas de juguetes de París para elegir ella misma los que su marido había de regalar a los infantes reales de España.

En la misma noche, cuando el presidente partió para Madrid, fué con él hasta la frontera, donde se quedó, pues el protocolo (¡!) no autorizaba que fuera ella.

El pueblo francés, entusiasta por todo cuanto significa ingenio, arte, fuerza o constancia, ha premiado con sus vítores más calurosos a madame Poincaré y hasta creyó que había batido el record de la actividad.

Pero... madame Tom Marshall esposa de uno de los vicepresidentes de Norte América la ha dejado chiquita... chiquitísima.



Madame Tom Marshall acompaña a su marido en todas sus campañas de propaganda, asiste a todos los mitins, está al corriente de toda la política interior y exterior de la república, no hay acto al que asista él que no se la vea, y hay quien cree que muchos de los éxitos obtenidos por él se deben a ella.

En los constantes viajes se metía entre las gentes del pueblo enterándose personalmente de sus necesidades y aún socorriendo en la medida de sus fuerzas las que podía, dándole estos actos una gran popularidad.

Un hecho ocurrido recientemente en un gran centro minero demostrará de qué modo unidos van siempre el vicepresidente y su señora.

Los miembros de una asociación de mineros habían invitado con un banquete al hombre de estado, y al ir a esperarlo a la estación vieron con sorpresa que no venía sólo, sino que le acompañaba madame Marshall, a la que ellos se habían olvidado invitar.

Pensando rectificar este olvido organizaron en el acto un segundo banquete, que ella presidiría, y al cual habían de asistir las señoras de los mineros.

Consultado el vicepresidente manifestó que no era preciso, que su mayor placer sería el que su señora ocupara un lugar entre sus amigos los mineros.

Entre hurras y aplausos estruendosos madame Marshall, ataviada de gran etiqueta, ocupó su sitio, no sin antes estrechar sonriente y cariñosa la callosa mano de los obreros.

Así es lógico que si el vicepresidente acepta que su señora comparta con él sus trabajos y sus fatigas tampoco admita asistir a viajes de placer ni espectáculos a los que no asista ella.

Se cuenta que rehusó el asistir a una excursión organizada por el presidente Taft porque regía el "sólo para hombres".

Como prueba de cómo ella entiende los deberes de esposa del vicepresidente bastará hacer constar que al tomar posesión del cargo él, ella hizo 1.600 visitas en 120 días!...

Para Mrs. Marshall es un placer el hacer visitas.

Como no tiene hijos y vive en un hotel, sale todas las tardes en automóvil a las 3 volviendo después de las 7, habiendo visitado unas 15 familias.

Indudablemente la señora del vicepresidente de la República de Norte América ha batido el record del visiteo!

Dios quiera que no se imponga esta moda en la Argentina.. ¡Porque si no... ¡Pobres de nosotros!

El diario de un niño malo

Traducción de Einar J. P. Hansen

para "EL HOGAR"

(Continuación)

Así resultó. En eso pasaba por allí la señorita Angela, amiga nuestra, y yo le dije: "Señorita Angela, se le ha caído el pañuelo de encajes", pero ella acordándose del día en que estábamos ni se dió vuelta siquiera, por lo que recogí el pañuelo, poniéndomelo en el bolsilo, pues lo había perdido de verdad. Como el hambre apretaba, entré en la panadería en que nos servimos y pedí una cantidad de masitas de todas clases, pasas, bombones, etc., que me puse a devorar mientras que Pedro el panadero me contaba las inocentadas que él había hecho cuando muchacho. Estaba en lo mejor cuando de repente pegó un brinco diciendo ¿qué es lo que corre por el suelo? Tal vez se ha hecho un agujero en el barril del vino, le digo. Fué a ver y era cierto; algún individuo había quitado el espiche, habiéndose derramado unos 30 litros de vino fino, ¡qué derroche! Pedro miróme fijamente, diciendo que apostaba cualquier cosa a que el causante era yo y me llamó bandido, bergante y otros adjetivos por el estilo. Me quiso atrapar y yo disparé, pegando Pedro un resbalón en el vino, cayendo cuan largo era, ¡qué muecas más llamativas y qué de epítetos me lanzó! Tuve que retirarme, por haberme prohibido mamá escuchar malas palabras.

Caminando llegué hasta el paraje donde los obreros del ferrocarril estaban desmontando un campo. Era la hora del almuerzo y los obreros se habían retirado. En el suelo ví un recipiente con pólvora que había quedado olvidado y su vista me sugirió una nueva diversión. En las cercanías habían construído un puente que hizo al volar por los aires un ruido tal como jamás había oído hasta entonces. ¡Qué humareda se levantó! ¡No sé cómo no fuí herido por los trozos de hierro que volarin por todas partes; era algo terrible! La gente vino corriendo y para no sufrir las consecuencias me escondí hasta que obscureció. Abandoné mi escondite y dirigíme a casa, donde me esperaban con ansiedad, diciendo mamá: "Creí que tú también habías volado con el puente, como no estuviste en la escuela y no te pudimos encontrar por ninguna parte... ¿sabes lo que ha sucedido?... el nuevo puente ha volado hoy, ¿has oído tú la explosión?" Si efectivamente, a esa hora he oído algo así como un trueno fuerte, y dime, ¿no se sabe la causa de la explosión?

En eso entró papá, quien dijo que la causa era por una explosión de dinamita, agregando: ¡Es una lástima un puente tan bien construído!

Estando sentados en la mesa, Susana se quejó de que el doctor no había venido hoy ni una sola vez, diciendo que era algo incomprensible.

Isabel se había adornado con las flores que había recibido hoy y a mi pregunta de dónde las tenía, se puso colorada, contestando que alguien se les había enviado.

El diario de un niño malo

A propósito, Jorgito, dijo mamá, ¿has visto tú mi cartera?, no la puedo encontrar en ninguna parte. Temo mucho que alguien la haya robado, contenía un billete de 100 pesos con el que iba a hacer un regalo de bodas a tu hermana Susana.

¡Un billete de 100 pesos! Tuve que tomar un vaso de agua antes de poder contestar: Querida mamá, yo creí que era un billete de 1 $ y espero que el vagabundo se apresurará a devolver la cartera cuando vea el contenido, mi intención fué el hacer una broma de inocentes no más. Toda la familia palideció, Susana suspiró ¡Oh, Dios mío! De pronto llaman a la puerta, sale Betti y regresa en seguida con una cuenta del panadero por medio barril de vino, un traje nuevo, 1 $ de masas, caramelos y demás. Mientras papá leía la factura aparece el doctor; parecía muy cansado y venía con cara de pocos amigos. ¿Dónde estuviste todo el día? le pregunta Susana y él responde: Pregúntale al angelito que está allí, señalándome a mí. ¿Qué nueva diablura has vuelto a cometer? preguntó Susana.

El doctor, muy enojado, dijo que había un sólo medio que podría curarme y con permiso de usted, papá, lo ensayaré después de la comida, le haré tragar 30 píldoras, lo voy a sangrar, en la espalda le colocaré cinco emplastos porosos, en el pecho 10 sanguijuelas, después lo voy a cloroformar y a cortarle las dos piernas, eso lo curará por algún tiempo. Después veremos lo que se hace, ¿le parece bien?

Papá dijo que sí. Cuando oí el tratamiento que me esperaba, bajé apresuradamente a la cocina pidiéndole a Betti que me prestara un peso, con el que me compré un boleto hasta la estación donde vivía Lilí, llegando a su casa a las 10 de la noche. En el sofá me preparó una cama bastante cómoda. Cómo se reía cuando me contó la cara que puso el doctor al verla a ella lo más bien sentadita en una silla y bordando y él la creía en peligro de muerte.

Me hizo prometer que jamás volvería a hacer semejante género de bromas, que eran, dijo, muy pesadas y molestas.

Entonces resolví no decirle nada de lo que pasó con el puente, ya tenía remordimientos de haberlo hecho. He calculado lo que más o menos vienen a resultar los gastos que he ocasionado y son los siguientes:

Cuenta del panadero Pedro. . .	$	50
Ramo de flores.	„	5
Cartera de mamá.	„	100
Boleto del doctor.	„	2
„ mío.	„	2
Costo del puente.	„	5.000

A pesar de eso creo que no es correcto cortarle las piernas a un pobre niño por haber hecho un par de bromas el día de los inocentes. Le pedí a Lilí escribiera al doctor que me perdonara y contestó que por última vez lo haría.

N. B.—Cuando regresé a casa estaba Isabel tan enojada conmigo que ni hablarme quiso, ¿por-que no habrá querido pagar la cuenta o callarse la boca el individuo del correo?

Fin del capítulo 23

Mesa revuelta



—Si nosotros decimos que Roosevelt es nuestro amigo, ¿nos darán algo?
—Nada.
—¿Y si decimos lo contrario?
—¡Nada!
—¡No se puede tener creencias arraigadas!...



—¡En cuanto sea mayor, nos casamos!...
—¿Y cuánto te falta para eso?...
—Si hubiera una guerra... un mes.
—¡Y aún hay quien defienda la paz universal!



—Pero, vamos a ver, para envenenar a tanta gente que le era a usted desconocida, tendría usted un fin. ¿Era el robo?
—¡Jamás! Yo no soy un ladrón. Quería únicamente ver publicado mi retrato en los periódicos y acreditar la marca de mis cigarrillos.

A nuestros lectores

Los que deseen subscribirse a la popular e interesante revista semanal "Mundo Argentino" y no tengan facilidad para conseguirla en la localidad de su residencia, pueden obtener una subscripción anual (52 números) dirigiéndose directamente a esta Administración, adjuntando la suma de $ 5.— moneda nacional.

—

"Mundo Argentino" es el semanario ilustrado de mayor éxito, y su circulación garantida de 130.000 ejemplares semanales, demuestra la aceptación que merece por parte del público. Su precio de $ 0.10 por ejemplar, en toda la República, lo pone al alcance de todos.

ADMINISTRACION

CHACABUCO, 677/85

BUENOS AIRES

De todas partes

Hijo de su padre.—Es la hora de la clase de cálculo. El profesor presenta a sus discípulos el siguiente problema:

"En el restaurant he almorzado con arreglo a esta adición: unos entremeses, 20 centavos; un plato de carne, 50 centavos; uno de legumbres, 40 centavos; un postre, 25 centavos; una taza de café, 20 centavos. ¿Cuánto he gastado en total?



Las cabecitas empiezan a calcular. De pronto, Juanito, hijo de un mozo de café, se levanta, y pregunta al profesor:

—¡Disculpe, señor! ¿Cuanto acostumbra usted a dar de propina?

Los viejos ómnibus.—No hay que insistir en la explicación de hechos que, por su misma naturaleza, todo el mundo se explica y cuyas causas saltan a la vista. Se ha dicho repetidas veces que los transportes por medio de caballerías están llamados a desaparecer, ante el avance progresivo de otros medios de locomoción más ventajosos y rápidos. La electricidad, la hulla y la gasolina han transformado por completo los transportes y hoy, en todas partes, se extienden nuevas líneas férreas, hasta en pueblos de poca importancia circulan tranvías eléctricos y por los caminos más apartados corren y hasta atropellan los automóviles.

Así es que van desapareciendo los coches a tracción animal, hasta el punto de que en algunos sitios un carruaje tirado por un caballo resulta algo anacrónico. Pero lo que ya, en estos tiempos, da la sensación de objeto arqueológico son las antiguas diligencias y los ómnibus, cuya desaparición será completa dentro de poco tiempo.

El último ómnibus de París, el que hacía el servicio entre la plaza San Sulpicio y la Villette fué suprimido el año pasado.



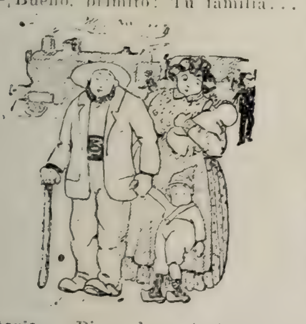
En Inglaterra los "cabs" y los "bus" que fueron reemplazados por taxi-autos y por autobus, se vendieron a vil precio.

Pero no es difícil encontrar un ejemplar de ómnibus en la campaña, transformado en "confortable" rancho o cabaña, donde labriegos o pastores hallan vivienda cómoda y barata.

¡No valen las indirectas!—Hay gentes que maldicen las vacaciones, es más, las execran. Así es la familia Benvenuti. Figúrense ustedes que el señor y la señora Benvenuti han recibido la visita de su primo Pastafiori, quien desde la Pampa se vino derechito a Buenos Aires. Al principio no les molestó el primo: les refería detalles de las cosechas, les hacía chistes y les cantaba milongas. Pero a la larga, el primo les resultó fastidioso. Y lo peor era que si les fastidiaba, él se divertía de lo lindo en la capital y no pensaba regresar a la campaña.

Una mañana el señor Benvenuti, armándose de valor, dijo a Pastafiori:

—¡Bueno, primito! Tu familia... tu excelente esposa y tus queridos hijitos tendrán deseos de verte y les parecerá muy larga tu estancia en Buenos Aires.



—¡Tienes razón!—exclamó el aludido.—Los echo de menos y por esto les he escrito esta mañana que vengan a reunirse conmigo. ¡Anda! Prepárales habitaciones.

Cláusula testamentaría.—Piave hace testamento y dicta en primer término lo siguiente:

"Ruego a mis herederos que hagan proceder a mi autopsia por un médico afamado, porque deseo conocer la causa de mi muerte."

Extravagancias

LA AGRICULTURA EN COREA En todos los países agrícolas una mala cosecha se atribuye a la falta o sobra de agua, de sol, de abonos o de cultivo.

En Corea, piensan de modo muy distinto y atribuyen tal desgracia a los malos espíritus.



Cuando una tierra no produce, son los malos espíritus los causantes y hay que ver el modo de desalojarlos.

Al efecto, clavan en el centro del campo troncos de árbol labrados en la forma que indica el grabado, plantando a un lado la rama de un árbol.

Todos los campesinos coreanos emplean este sistema, en la plena convicción de que el campo, por este sistema, rendirá en el próximo año una gran cosecha.

Si, desde luego, los ídolos coreanos no tienen ninguna eficacia desde el punto agrícola, por lo menos hay que reconocer que sirven de espantapájaros y... siempre es algo.

UN CASTIGO PERSA Entre los castigos corporales más usados en Persia, el más frecuente es el del vapuleo de las plantas de los pies. Del castigo no está exento ningún ciudadano, desde el primer ministro para abajo. La pena la aplican los "vareadores", que cada gobernador tiene a sus órdenes.



Tendido el culpable en el suelo, se le atan los pies a un palo que sostienen horizontalmente un par de verdugos en la forma que se ve en la fotografía, mientras que otros tres o cuatro vareadores empuñan unas varas de sauce de metro y medio a dos metros de largo por dos o tres centímetros de diámetro, y a la voz de "bezan" (pegad) del vareador-jefe empiezan a descargar golpes en las plantas de los pies del castigado. Las varas se rompen en los pies del culpable o en el palo que los sostiene, según la cantidad con que se ha sobornado al jefe de los verdugos. En la aplicación del castigo se rompe un centenar de varas, pero si el culpable tiene dinero y da buena gratificación, los varazos le hacen poco daño y al cabo de unos días puede andar como si no le hubiera ocurrido nada: pero si es pobre y no tiene con qué sobornar a los verdugos, se le aplica la pena a conciencia y le deja imposibilitado de tenerse de pie durante unos cuantos meses.



El castigo está, pues, en razón inversa del capital. A menos dinero, más varetazos, y vice-versa. La balanza de la Justicia en Persia, obedece "al peso".

Pensamientos de escolares



Es hermosísimo y conmovedor ver en las noches de luna reflejarse en el apacible lago los plateados rayos y las estrellas que tachonan el azul purísimo del cielo, y oir al mismo tiempo el murmullo de las aguas y de las hojas movidas por la tenue brisa, semejando los tiernos ayes del infante, el arrullo de las tórtolas y los acordes del arpa, pulsada por los querubes.—**Julieta González Obejero.** — 1.er año normal. — Prov. de Córdoba.



Me gusta mucho asistir a la escuela y estudiar; soy feliz siendo puntual y cumpliendo con mi deber. — **Gilda Josovich.** — 2.º grado (mañana). — Escuela Tomás M. de Anchorena.



Si deseáis tener larga vida y próspera, trabajad con amor y entusiasmo. — **Adolfo González Obejero**. — Prov. de Córdoba.



Los pueblos progresan, si sus componentes son instruídos. ¡Instruyámonos, compañeros! — **Norah Finengan.**—Escuela N.º 50, Villa Calzada.



El gaucho, la guitarra y las vidalitas, son el origen de nuestra sangre criolla.—**Miguel Finengan.** — 3.er grado, escuela N.º 50, Villa Calzada.



La maestra es, después de la madre, el ser a quien le debemos mayores beneficios. — **Felipe Banch.**—2.º grado (tarde). — Escuela 8. C. E. 8.º.



La escuela es el templo sagrado que nos legó el inmortal Sarmiento: a ella concurren los niños, no con temor, sino con alegría.—**José A. Maydagan.** — 3.er grado. — Escuela número 89 de Médanos.



El placer más puro y la satisfacción más grande es vivir del trabajo honrado. — **José Volpe.** — 3.er grado. Escuela General Viamonte.

PRANA SPARKLETS



Agua de mesa importada es buena pero muy cara

MUY BUENA, FRESCA y MUY BARATA le resulta su agua de mesa, preparándola en su propia casa por medio del

Sifón "PRANA SPARKLETS"

Los precios tan altos para aguas importadas se pagan en la creencia de ser puras, pero **nunca pueden ser más puras** que las que usted mismo se prepara con los **"PRANA SPARKLETS"**, teniendo la pureza del agua y el Sifón mismo bajo su continuo contralor.

Pidan el librito **"HIGIENE Y COMODIDAD"** por medio del cupón adjunto.

COMPAÑIA DELLAZOPPA LIMITADA. — Chacabuco, 167. — Buenos Aires.

Sírvanse enviarme el librito **"Higiene y Comodidad"** que Vds. ofrecen gratis.

Nombre ....

Calle .... N.º ...... Ciudad o pueblo .... F. C. ......

EL HOGAR

Revista quincenal para las familias

Año X. BUENOS AIRES, 3 DE DICIEMBRE DE 1913. N.º 244.

LA MUJER ARGENTINA



Señora María Lucía Gil de Centeno

Fot. Witcomb

Notas de la Quincena

Dentro de un marco de graciosa sencillez llevóse a cabo el lunes 24, en el teatro Coliseo, la 6.ª Fiesta del Libro de la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres.

La presidenta, señora Alvina Van Praet de Sala, abrió el acto con palabras muy sentidas y conceptos bien definidos de la obra educadora y altruísta que realiza la Biblioteca.

El acta, que es todo un resumen prolijo de los trabajos realizados, fué leída por la pro secretaría señora de Pandolfini, alternando su lectura con la distribución de premios, diplomas y libros.

El doctor Mariano de Vedia y Mitre leyó un conceptuoso discurso que tuvo párrafos felices sobre el verdadero rumbo del feminismo sano y consciente que hace el Consejo de Mujeres y la obra beneficiosa de la difusión del libro en los hospitales, cárceles y escuelas que tiene a su cargo la Biblioteca.

Después se representó la comedia ''Cleonice'' por las alumnas del curso de declamación; obra escrita especialmente para esta fiesta, por los señores Roberto Dupuy de Lôme y A. Pérez Pintor.

Era admirable la corrección y el dominio de sí mismas de las jóvenes artistas para quienes la escena parecía fuese una antigua y cariñosa amiga. Debe alentarlas este nuevo triunfo, que es bello exponente de la habilidad y acierto con que su maestro, el señor Dupuy, sabe dirigir sus lecciones.

La sala de nuestro Coliseo fué realzada con la presencia del señor ministro de instrucción pública, doctor Ibarguren y del doctor Anchorena, intendente municipal.

No podrá en adelante achacarse a la mujer argentina de indolencia o desidia, ya que es tesis bien sentada que no carece ni de buena voluntad ni de inteligencia para hacer y aprender lo que se propone. Me sugiere esta apreciación una visita que he realizado a la Academia de L'Artisan Practique, en la calle Santa Fe, 1648; dirigida por mademoiselles Jaureguiberry donde el arte, perfeccionador del trabajo y ennoblecedor del corazón y del sentimiento, tienen allí genuina expresión de belleza artística y de utilidad inmediata.

Los bellísimos trabajos expuestos demuestran la habilidad exquisita de las maestras, señoritas de Jaureguiberry, unida al talento y prolijidad de sus discípulas, las que en su mayoría pertenecen a lo más selecto de nuestra sociedad.

Cofres antiguos, floreros, cajitas, paneras, frascos, jarrones, arañas, bandejas, etc., en magnífico y lujoso conjunto lo útil con lo artístico, vése agrupado allí en las mesas, en las que hay más de trescientos cincuenta trabajos; siendo dificilísima tarea poder recordar para elegir cuál es el mejor; pues todos, por la suma de esfuerzo y contracción que representan, como por la hábil y prolija ejecución, dicen lo que valen y lo que cuesta su cuidadosa hechura.

Metales y cueros repujados, ''incisé'', mosaicos, pirograbado en madera y terciopelo, piroincrustación, trabajos en asta, desde lo más sencillo fácil hasta lo más complicado, notándose el acierto en la selección y combinación de colores y de figuras geométricas, que habla alto de la cultura estética, del buen gusto con que las maestras van transmitiendo a sus perseverantes discípulas sus lecciones.

Hay para los espíritus observadores un balance callejero del que se cosecha profundas o desalentadoras enseñanzas; para ello es suficiente fijarse en los detalles sin mirar el conjunto.

Viajaba hace poco en un tranvía completo al que también subió una mujer, como una concesión del guarda, debiendo permanecer parada hasta que hubiera sitio.

Nadie se incomodó por ella y así corrió el coche más de dos cuadras. De pronto un niño como de ocho años se levantó, y cediendo el suyo gentilmente a la mujer, fué a colocarse en la plataforma cual si fuese ya un caballerito.

Gratamente sorprendida ante la nobleza del niño, le llamé y preguntándole cómo se llamaba y de quién había recibido tan correcta enseñanza, me repuso:

—Soy Pedrito Palacios, alumno de una escuela de Palermo; el ''maestro'' nos ha dicho que cuando suba una señora ''con sombrero o sin él'' y no haya asientos, que nosotros los niños se lo demos y vayamos parados.

Original coincidencia. No llegará por cierto a ser un Almafuerte en poesía; pero desde ya en prosa es toda una promesa que sabe guardar y llevar a la práctica las sabias lecciones del buen maestro.

Ojalá que tan bello ejemplo aleccione a los grandes y cunda profusamente entre los chicos; ya que los transeuntes se ven incomodados hasta el fastidio por ese ejército de muchachos que confunden comedimiento cortés con el servilismo mercenario y descarado de esos que corren a abrir las portezuelas de los coches y automóviles gorra en mano y con cara solícita, para después plantarse airados y con ademán resuelto a cobrar y exigir por su infantil diligencia la obligada propina...

Tiempo es ya de que vaya compenetrando en todos los corazones la amplitud de concepto de la palabra patriotismo; por tanto rato circunscrita sólo a las tierras y a los símbolos, porque es también amor y protección mutua lo que se da a los hijos de nuestros compatriotas, donde quiera que vivan o en cualquier parte que los cobije extraña bandera; hasta allá, junto a ellos debe ir el lazo de unión como también llega para el equivocado y el malo, el dedo de nuestra ley.

Prueba inequívoca es que ha bastado que el señor Roberto Payró escribiera en nuestro idioma, y para nosotros, una relación sucinta y patética de la tristísima situación porque atraviesan las señoritas argentinas, Irma y Josefina Berutti para que surgiera al unísono, como una sola congoja, en todos los que han leído la noticia en ''La Nación'', el mismo sentimiento e igual afán de ayudarlas, con el deseo de hacer más fácil su vida, menos penosa la consecución del ideal que se proponen.

El Consejo Nacional de Mujeres, la comisión de la Biblioteca, de la Prensa y Propaganda, de Ayuda Social y el Ateneo Nacional, han tomado a su cargo la honrosa tarea de reunir fondos y enviárselos hasta Lieja, donde cursan sus estudios de piano y de violín.

Perpétua AUBONE.



El momento psicológico

— Y ahora, héme aquí con usted nuevamente, — dijo él.

Se hallaba frente al Hotel de la Velocidad, en cuyos garages se amparaban multitud de autos internacionales de carrera. Cuando las carreras de caballos estaban en su auge, los jockeys quedaban convertidos en "gentlemen" por el solo hecho de saber correr cualquier Pegaso del Hipódromo. Ahora son los "gentlemen" quienes se han convertido en corredores y necesitan de serenidad y a veces de la ambulancia. El mero chauffeur es un animal muy diferente.

— Hace un año que esperaba este instante, — agregó él, inclinándose hacia la adorable mujer que tenía al lado.

— ¿Hace ya un año desde la última vez que nos vimos? — preguntó ella, demostrando un espiritual olvido.

— Sí. Y he cumplido mi promesa ¿verdad?

— ¿Qué promesa?

— Que no tendría correspondencia con usted.

— Es cierto. Lo había olvidado.

— ¿Olvidado?... ¿Y ha olvidado usted todo lo demás?

— No. Recuerdo que hace un año usted me propuso una fuga, la cual sería una perpetua carrera de regocijo, sin "pannes" ni interrupción de magnetos, ni necesidad de paragolpes.

— Naturalmente que en esa ocasión hablé en lenguaje figurado. Pero en el fondo creo que usted comprendió y debo decirle que aún continúo firme en mi proposición.

— Pero ¿hubo necesidad de que usted cortara la correspondencia conmigo? — continuó ella. — Repetidas veces he oído hablar de usted. Durante las pruebas del Gran Prix, se le llamó el Temerario, y se dijo que era usted un solterón millonario, que buscaba la muerte, corriendo riesgos diabólicos, todo por el amor de una mujer que no aceptaba su amor!...

— Cosas de los diarios que no saben qué inventar. Deseaba en esa ocasión que usted tuviera noticias mías, merecer el amor que le había pedido. Y ahora he vuelto por usted.

Estaba muy conmovido.

— Pero después de las carreras, se dijo que Solaire, la famosa actriz francesa se había enamorado de usted...

— ¡Bah, es una tonta! ¡He encontrado a tantas mujeres tontas en el mundo!... Hace un año que no pienso más que en usted.

— Es posible... pero no probable, — dijo ella. — Usted ha sido el héroe de Francia, Inglaterra y otros países, en este año. Y dice que ha encontrado muchas mujeres tontas... ¿Ni una discreta?...

— ¿No me cree? ¿No recuerda? Estoy seguro que usted ha pensado mucho en mí, durante este último año. Además me dijo que su marido...

— Es cierto... Le confesé que había descubierto sus relaciones con coristas y camareras de café antes de casarse. Y también le dije que lo odiaba, y era cierto. ¿Pero, le prometí algo a usted?

— Me dijo que esperara un año. Que volviera. Que posiblemente cambiaría de parecer.

— Y es cierto, he cambiado. Las mujeres son tontas, como usted dice. Mi marido también ha cambiado, ahora es menos inquieto. Ha comprado un auto de carrera que puede hacer una milla en 29,3. Lo maneja él mismo. Y yo, he concluído por enamorarme de él. ¡Hemos cambiado los dos!

J. A. WALDRON.

Los Niños al Aire Libre



En las mecedoras. Iniciando el suave balanceo

Siempre que se quiera procurar un sabroso tema que hable tiernamente al corazón de las alegrías de la vida, es bueno echar una mirada a la infancia juguetona, chillona, eternamente jovial. Ella con sus gritos y sus travesuras, con sus carreras y sus ocurrencias nos trasmite un poco del bien que tiene la suavidad de los recuerdos: ese bien pleno de mansedumbre, capaz de arrancar lágrimas de los ojos del hombre menos sensible porque es la única fibra que aunque las pasiones humanas adormecen, no logran matar.

Tema ha sido siempre, desde que la memoria humana comienza a descombrar los recuerdos de su origen; cuando los hombres ya menos bárbaros se dedicaron a preparar el progreso social; cuando aparecen los hombres-faro, como Cristo, con aquellas imperecederas palabras; "dejad que los niños vengan a mí". Siguiendo luego en todas las edades, a través de los tronos, de la magnificencia, hasta la misma cámara de l'Empereur, a quien descubre la leyenda entretenido en jugar sobre la alfombra con sus sobrinos...



Descanso sobre la blanda arena



Futuros ingenieros ensayando "sólidas" construcciones

Y es que además de los encantos que ofrece la sonrisa infantil, cada uno de los hombres llevamos hasta la muerte, la mitad de nuestra alma en estado de puerilidad. Esto parecerá un ultraje a los graves señores de la pedantería, que creen que el ser "hombre" equivale a exteriorizar acritud y severidad en todo momento: teoría que nada vale para aquellos que pueden llegar a las reconditeces del corazón y descubrir cual es su verdadera estructura.

La época en que vivimos ha marcado una gran altura en lo que respecta al cuidado y la educación de los niños, especialmente en la importancia que tiene para su salud y su desarrollo, la vida al aire libre. No son ya Francia y Alemania los únicos países donde el niño tiene grandes consideraciones ciudadanas y grandes comodidades para solaz y ejercicio. Tan bello ejemplo ha tenido la fuerza de trascender los continentes y llevar al resto del mundo su beneficiosa influencia. En América, ya tenemos importantes centros que se dedican al cultivo del niño; que no de otro modo podría determinarse, puesto que se le guía desde que tiene capacidad para ello hasta que es hombre y las necesidades del vivir le transforman poco a poco.

No hablaré de la equivalencia que tiene en este caso la obra realizada con tanto empeño por las damas, en sus instituciones, donde la preocupación por el niño constituye el gran objetivo. Me voy a referir al cuadro general de vida y color que ofrecen las plazas y los paseos atestados de infancia que juega a todo, que corre satisfecha de la luz y del aire, plena de felicidad, llenando con sus voces los parques y los jardines.

Buenos Aires, ciudad monstruo que se transforma como una metamórfosis apocalíptica, apenas tenía hasta hace muy poco tiempo, un lugar que ofreciese las ventajas de los recreos infantiles que tiene Europa. Actualmente, gracias al movimiento de cultura que se lleva a cabo en todas las manifestaciones de la gran urbe, ya tienen sus "pequeños", amplios parques de recreo, y en las plazas hay arena limpia y fresca donde poder retozar, y donde también se pueden armar castillos de arena... Más tarde, serán en el aire. ¡Esa es la ruta del hombre!



Transporte galante y gratuito, por un medio de locomoción algo primitivo

Corresponde una buena parte del éxito que ha logrado el sistema "au grand air" a nuestras escuelas "al aire libre" instaladas en el Parque Lezama y Olivera, en Flores. Allí, bajo la fronda ligeramente matizada de Sol, los niños que se educan en la ciencia de los libros, aprenden a sentir las emociones que infunde la majestad de la



Juancito toma a su cargo la apertura de un nuevo subterráneo

Naturaleza. Estudiando como han de comportarse mañana, tonifican su organismo con saludable ambiente y le fortalecen con el vigor que dan los ejercicios y los entretenimientos al aire.

La propagación de los clubs de educación física para menores, como "K. D. T."—"Belgrano"—"Moreno" y otros, ha sustraído de las calles y de los conventillos millares de corazones que allí se agostaban, al contagio de la fetidez que emana el vicio y la ineducación; y los que hoy, merced al roce con los compañeros mejor educados y menos viciosos, han adquirido la pulcritud que el organismo requiere, y la pequeña moral que naciendo en los torneos del músculo, les conducirá a los de la honradez y del trabajo.



Esperando que se reuna "quorum" para empezar la sesión

Placer verdadero me inspiran esas bandadas de criaturas que cuando están en la cancha y el estadio, no se acuerdan que son pequeños: les entra por los sentidos la más amplia convicción del papel que van a jugar, y es preciso verlos de cerca, seguir sus gestos, observarles en fin, para comprender como el porvenir les adelanta sus presentimientos. Tal vez estas cosas preparen una nueva idiosincrasia a las sociedades futuras: no debe importarnos.

Lo bello, lo curioso, lo alegre y lo sonoro de esa juventud que nunca volverá con nosotros, es lo que debe interesarnos. Su arte, que es el arte de la verdad, sus lágrimas que son dulces y caen sobre los ensueños del niño como el maná que Dios mandó a Israel errante; sus carcajadas, que son el conjunto de todos los cánticos de los pájaros y de todos los susurros de las fuentes; eso, y el refinamiento de su celebración, es lo que a mi juicio, puede sernos de positivo interés. Y la afirmación más concluyente de esto, es la multitud de hombres y mujeres viejos que todas las tardes van a ver jugar a los chicos en la Recoleta, en la Plaza San Martín, en todas partes: sus ojos que jamás se inquietan por nada, siguen nerviosamente todas las incidencias de la algarabía infantil. Sonríen con la risa de los niños, y se estremecen con los porrazos que éstos se llevan contra el suelo. ¡Reviven su vida!...



¡Se ve que el asunto de que se trata, tiene verdadera importancia!

Muertos con un resto de animismo en marcha lenta y agobiosa al sepulcro, sienten rodar por sus mejillas cruelmente disfiguradas por el paso de los años, algunas lágrimas sin fuerza que se deslizan frías, como el sudor de la agonía... Y es, que no hay nostalgia tan amarga como el recuerdo de lo que fuimos, en presencia de lo que somos.

Id, lectores, cuando estéis abrumados por la vida; id a donde los niños juegan. Encontraréis la historia palpitante de vuestra propia alma, la tradición del hombre, y el enigma del porvenir. Sonrisas, carcajadas, besos y lágrimas, luz y vida, dolores, y... muerte.

Si nuestro espíritu es capaz de pacientes y minuciosas observaciones, veréis que, además de la alegría y el bien moral que reporta a los niños su comunicación anímica en esos parajes, su desarrollo físico tiene allí su base principal.

Higienistas y filósofos han hablado largamente de las ventajas que para la educación y la salud de los niños ofrece la naturaleza. Samuel Smiles dice que sólo puede llamarse ejercicio el que produce libre y completa expansión de los pulmones. El centro de la vida se halla en gran parte situado en el pecho. Si es cierto que la masa de sangre existente en el cuerpo pasa a través del corazón y de los pulmones doce veces por hora—para ser vivificada y distribuída de nuevo a todas las extremidades—no podrá menos de reconocerse la importancia de la inhalación y exhalación completas. Son necesarios para la salud del cuerpo lo mismo que para la de la inteligencia; es decir, para dar nueva vida a los músculos, lo mismo que al cerebro. En verdad, la fuerza de voluntad y la potencia cerebral dependen en grado no pequeño de la fuerza del hecho, y la facultad de pensar depende del aparato res-



¡Allá va la pelota! — "¿Quién sabe do va?"



El columpio de la vida. cuando unos suben, otros bajan

piratorio. Sidney Smith dice que la felicidad no es imposible sin la salud, pero es muy difícil de conseguir. Y a renglón seguido, añade que no ha de entenderse por salud solamente la ausencia de enfermedades, sino la perfecta armonía entre el cuerpo y el espíritu, entre el vigor y la alegría.

El vulgo ha repetido muchas veces que la alegría es vida y es muy común que las madres se alarmen, respecto a la salud



Y los niños las contemplan, desde lejos. ¡Ya se acercarán, a su tiempo!

de sus hijos, cuando los ven tristes. La alegría, además, es comunicativa, y en los juegos de los niños, en las agrupaciones infantiles al aire libre es donde mejor puede observarse esa verdad.

Las ventajas que la vida del campo ofrecen al desarrollo del organismo, no se hallan fácilmente en las ciudades; pero deben procurarse en la medida posible, y así vemos que la tendencia general en las grandes urbes modernas se dirige a la



Uno que se divierte solo

adquisición de parques extensos, construcción de jardines, anchas alamedas y grandes plazas, que proporcionen a los ciudadanos ancho campo donde poder respirar un aire que no circula por las calles estrechas. Y más que otras razones, se tienen en cuenta para ello la salud y el recreo de los niños. ¡Ah! El recreo de los niños. Para ellos es media vida y para los que los contemplan en sus juegos, es el consuelo eficaz de nostalgias y de dolores.

Cuéntase del obispo de Sodor y Man que, después de una confirmación, se puso a jugar al "cricket" con los niños de la escuela. Se había alegrado mu-



Las niñas juegan a la ronda...

cho al saber que se iba a hacer una partida. Se unió a los jóvenes y dijo: "Yo haré mejores paradas que ustedes, porque tengo mi delantal". El mismo decía después, hablando de esto: "Esta impresión jamás se borró de la mente de aquellos niños. Comprendían que había entre ellos un hombre que hablaba de las cosas más sublimes y santas—elevándolas a cuanto la confirmación tiene por objeto elevarlas—pero recordando al mismo tiempo que sus cuerpos requerían una recreación saludable. En consecuencia, jugó al "cricket" el resto de la tarde con aquellos niños. Desde aquel tiempo, jamás nombraron al obispo en la parroquia, sin que su nombre hiciese nacer algún pensamiento saludable en la mente de los jóvenes.

En otros tiempos, en que estas cuestiones pedagógicas e higiénicas no habían adquirido la importancia que hoy justamente se les concede, ya preocupaba a los hombres ilustres de las ciudades la vida de los niños con relación a los medios de que se disponía para su recreo.

Almanzor LEAR.



¿Quién me hace el favor de recogerme el libro?

BODA



Los desposados, señorita Susana Echeverría y señor Enrique Sundblad, saliendo de la capilla de Nuestra Señora de las Victorias, donde tuvo lugar la ceremonia nupcial





AL BAILE

NADA más curioso que el momento de la toilette para un baile.

El marido ha tardado hasta el último instante, pero en cinco minutos está listo. Anuda su corbata blanca, se pone su frac, el mismo frac que le sirvió para el banquete de ayer y que se endosará mañana y pasado mañana.

Pero la señora es otra cosa.

Desde temprano todo está en el aire. Los roperos trastornados. Encajes y diamantes y cintas desparramados sobre los muebles para la toilette que sólo tendrá lugar al cabo de diez o doce horas.

La señora está impaciente, nerviosa, intratable porque espera.

—¿Qué espera, pues,—me diréis,—a las diez de la mañana?

¡Dios mío! Espera a Laurencio, el famoso Laurencio, el rey de los peinadores, que no peina más que a las cabezas en boga... Laurencio en cuyo memorandum es preciso inscribirse con ocho días de anticipación.

Laurencio, que en media hora sabe hacer de los cabellos de su cliente una obra maestra a la moda. Así treinta nombres de los más sonoros de la "high life" femenina, están inscriptos para hoy, pero media hora para cada una de estas cabezas encantadoras, son quince horas que el intrépido grande hombre necesita para llevar a cabo su tarea.

La intriga lo rodea, pero contrariamente a todas estas ocasiones en que la ambición consiste en llegar la primera, se suplica al artista para pasar la última. Es decir, estar frescamente peinada a la hora precisa, en el momento de entrar al baile, casi en la antesala.

Pero todavía es indispensable que comience por la primera de las treinta cabezas elegidas. Esta primera pasará a las diez de la mañana y todavía debe estimarse muy feliz, pues su dicha singular está envidiada por las que se han visto obligadas a hacerse peinar por otra peinadora que no es el famoso Laurencio.

Son pues las diez y la señora está impaciente. Las diez y diez minutos. ¿Faltaría Laurencio a su palabra? ¿Se dejaría corromper a precio de oro por una rival que habría acaparado esa media hora? ¡Horrible suposición!

En fin, el rodar de un coche se oye.

La mucama corre... ¡Es él!

¡Gracias, Dios mío!

En este momento se dejaría al padre en el lecho de enfermo. Se despediría al notario trayendo los pliegos de una herencia. Se rehusaría ver al hombre amado. En una palabra, se sacrificaría todo por no hacer esperar al ilustre peinador, pues este autócrata no espera nunca. Por una cabeza que escapa a su peine, veinte otras se considerarían felices de pagar a un peso por cabello.

La más orgullosa se vuelve humilde delante del grande hombre que dicta sus órdenes e impone su voluntad.

—Nada de cintas, nada de flores; los diamantes están demás en este peinado...

¿Acaso no sabe más él que su cliente lo que puede convenir a su género de belleza?

Es necesario obedecer, pues a la menor insurrección el maestro capilar detendría su piramidal golpe de peine.

En fin, la señora está peinada.

Son las once de la mañana y el baile es a media noche.

Durante trece horas la señora estará tiesa, inmóvil, temiendo desarreglar su peinado. En la comida no comerá. Eso sería quedar sofocada en el corsé que debe dibujar su esbelto talle.

Las horas transcurren lentamente con el doble tormento de la inmovilidad y del hambre.

Llega el momento de vestirse.

Entonces los nervios comienzan a retozar y la impaciencia se despierta.

¡Si la modista faltara a su palabra!

Porque la modista, una ilustración también en su género, sólo debe venir a última hora, en el carruaje que se le mande.

De diez minutos en diez minutos los correos se suceden trayendo noticias: se ha terminado la falda... está acabada la bata... se retoca la cintura...

¡Ah, mi Dios! Dan las once y no llega la modista.

En fin, ya está aquí.

La puerta cochera y todas las otras puertas interiores, han sido abiertas para que la tela bien inflada pueda entrar sin arrugarse.

¡Vamos! Ya pasó la falda... Cuidad el peinado. Toda la casa entera se ocupa de la toilette. La costurera enviada por la modista, sus dos ayudantes, las dos mucamas, y si es preciso, la cocinera verá a la mujer del portero... todo el personal femenino se pone en actividad.

La una de rodillas, cose o descose el ruedo de la falda. La otra estrecha la cintura que está larga.

La de aquí sujeta las cintas.

La de allá ahueca la tela... y aquí y allá mil órdenes, mil cuidados y a fin de cuentas la señora no está satisfecha.

Una ajusta y después corta un nudo igual al que llevaba la señora Z, el otro día.

Esta hebilla se parece a la que llevó al último baile la señora de X.

Esta cinta daba mucho realce al traje de la señorita de C., en el concierto de la víspera.

En fin, ya la señora está lista.

Se piensa entonces en el marido que todo lo ha mirado en silencio, pues la menor observación habría levantado una tormenta.

Se sube al carruaje.

¡Ah! si el señor fuera un poquito galante iría al lado del cochero, pues en el reducido espacio del carruaje apenas hay espacio y se va a arrugar el traje!

Pero el señor usa de su derecho y se instala en su rincón, eclipsándose en lo posible.

La señora en vez de sentarse, apoya las rodillas en la banqueta de adelante y el cuerpo encorvado queda inmóvil durante el trayecto. Se creería que está en oración.

Precaución insuficiente por supuesto. Pero todo el mundo no tiene la fortuna que permite disponer de un carruaje especial para ir al baile, alto de techo y sin banqueta, en la cual se habría sostenido a fuerza de puños, manteniéndose derecha.

Se llega al baile.

En la escalera el señor ahueca una vez más el dichoso traje.

En la antecámara la señora interroga a la "psyche" sobre su peinado y su toilette. Todo está intacto.

La puerta se abre. El lacayo lanza un nombre.

Se ha puesto el pie sobre el campo de batalla... ¡Es preciso vencer!

Carolina **FREYRE DE JAIMES.**

Dib. de Pelayo



Los herederos de misia Rudecinda

Misia Rudecinda (la presente historia verídica no se desarrolla en el gran mundo, sino en un modesto conventillo), misia Rudecinda era la cabeza visible de una numerosa familia compuesta de cuatro hijos, siete nietos, hermanos, primos, etc.

Un día en celebración de su cumpleaños invitó a mazamorra a toda la parentela y no se sabe si la leche estaría envenenada o la cantidad ingerida de mazamorra por los invitados mucha, es el caso que entre horribles dolores murieron todos, a excepción de cuatro.

Fué una verdadera catástrofe que conmovió a todo el conventillo... Pero donde la catástrofe tomó las proporciones de un cataclismo, fué cuando los supervivientes quisieron repartirse equitativamente el patrimonio de misia Rudecinda y tuvieron que ponerse en contacto con las aves negras.

Misia Rudecinda había hecho sus ahorros y si no era rica poseía "un capital"...

Averiguóse por fin que la herencia consistía en un título nominal de 3 % de renta el que representaba un capital líquido de 101.42 pesos.

Se decidió vender el título y que cada uno de los cuatro herederos de misia Rudecinda recibiría su parte o sea 25.35 cts., pero como de estos cuatro herederos dos habían fallecido, correspondía a los hijos de éstos la parte proporcional de aquéllos.

Esto era sencillo, claro como el agua, no ofrecía la menor dificultad, pero en esto apareció la gente de justicia y con ella el papel sellado.

Para ellos, gente sencilla, creían que el reparto era cosa de unos momentos. El alma cándida de los herederos de misia Rudecinda ignoraba lo que era la transmisión de bienes y la ley del timbre.

El escribano García, fué el designado para entender en la sucesión; debemos reconocer que el hombre hizo cuanto en su mano estuvo para reducir los gastos al mínimum, al mínimum más estricto de la administración fiscal que siempre resulta un máximum doloroso...

Las dos hijas supervivientes estaban casadas; el fallecido Gibbros dejaba tres hijas casadas y la viuda Fremolet otra también casada.

Esto hizo preciso la copia en papel timbrado de siete actas de matrimonio, cuyo costo fué de pesos 14.

Tres declaraciones de herederos pesos 4.25.

Tres certificados notariales, pesos 66.

Tres certificados de pago de derechos de transmisión de bienes, pesos 2.25.

Tanto por ciento de comisión de venta del título, pesos 5.

Gastos diversos, pesos 8.30.

Ni un centavo demás.

Al hacer la liquidación de los gastos arrojó un total de pesos 99.80. El valor del título era de pesos 101.42, quedaba, pues, un saldo de pesos 1.62 a repartir, 40 cts. cada uno.

El importe de dos completos.

Pero estaba escrito que este drama tuviera un epílogo aún más trágico; el día en que el título fué puesto en venta en la bolsa, un pánico imprevisto desequilibró un momento las cotizaciones y el valor del título infortunado bajó a pesos 92.15.

De modo que en vez de tocar a 1.62, los herederos se encontraron deudores de una suma de pesos 7.35.

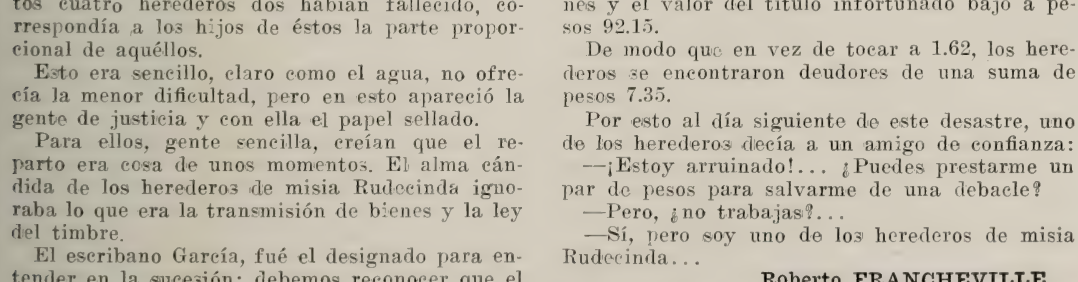
Por esto al día siguiente de este desastre, uno de los herederos decía a un amigo de confianza:

—¡Estoy arruinado!... ¿Puedes prestarme un par de pesos para salvarme de una debacle?

—Pero, ¿no trabajas?...

—Sí, pero soy uno de los herederos de misia Rudecinda...

Roberto FRANCHEVILLE.

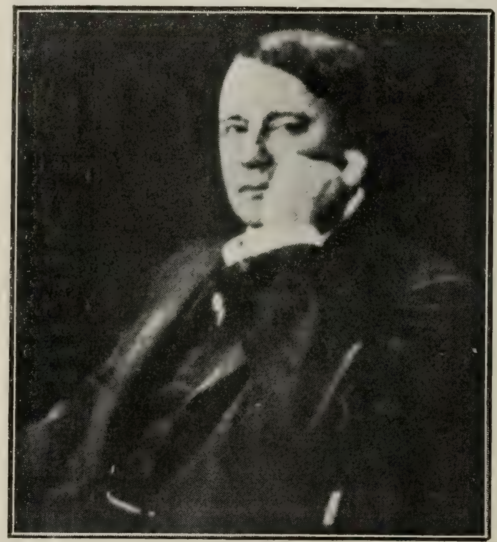


Figuras contemporáneas

Lord Northcliffe

A cualquier lado que se vuelva la vista, lo mismo en el campo de la política que en el de las letras, se buscará en vano una personalidad que pueda compararse con Alfredo Harmsworth. En su especie, digámoslo así, es un hombre sin par. Hay monarcas que pueden dictar su voluntad a millones de súbditos, pero sólo existe un hombre en el mundo que todas las mañanas puede encauzar las opiniones de varios millones de conciudadanos.

Este hombre extraordinario, es Harmsworth, Lord Northcliffe. Propietario del "Times", el más influyente de los periódicos del mundo entero, ha fundado hasta medio centenar de publicaciones cotidianas o periódicos de reputación mundial muchos de ellos: el "Daily Mail", el diario de más circulación de las islas Británicas; el "Daily Mirror", el más importante de los diarios ilustrados, con una tirada normal de ochocientos cincuenta mil ejemplares y que en ocasiones memorables ha llegado a la estupenda cifra de dos millones y medio de números; el "Evening News", considerado por los ingleses como el primer periódico de la tarde; el "London Magazine", etc.



Para dar idea de la obra gigantesca de este rey del periodismo basta decir que los periódicos fundados por él representan un capital de más de 250 millones de pesos; que en conjunto distribuyen diariamente cinco millones de ejemplares y que los ingresos de la empresa ascienden a medio millón por día, sin contar la publicidad.

Estos datos quedarían incompletos si no abordásemos el lado industrial de la empresa. Hace seis años, Lord Northcliffe, cuyos periódicos consumían ya 25 millones de pesos en papel, decidió ser su propio proveedor de tan capital artículo, y rápido en el ejecutar como en el concebir, compró en el centro de la isla de Terranova 5.500 kilómetros cuadrados de selvas vírgenes pobladas de osos, lobos y castores. Antes de transcurrir cuatro años, lord Northcliffe inauguraba en el corazón de aquellas selvas inexploradas una fábrica modelo de pasta de papel, la más grande del mundo; 25.000 caballos de vapor movían las máquinas que cada veinticuatro horas devoraban 50.000 árboles para devolverlos convertidos en pulpa o pasta de papel, o sea un consumo anual de 16 millones de troncos y una producción de 48.000 toneladas de pulpa de madera y 60.000 de papel presto para pasar a las máquinas de imprimir.

Mientras se formaba la fábrica monstruo, un ejército de obreros edificaba en sus inmediaciones una ciudad capaz para 3.000 habitantes—el efectivo del personal de la empresa—y un segundo ejército construía 33 kilómetros de línea férrea para poner la ciudad y la fábrica en comunicación con el puerto más próximo.

Simultáneamente, el infatigable periodista construía en Gravesend, en la desembocadura del Támesis una fábrica capaz de transformar en papel la pasta de Terranova, a razón de 5.000 toneladas mensuales. Para completar su obra, para verse libre de concursos extraños, para ser completamente dueño de sí mismo no le faltaba sino fabricarse la tinta de imprenta, cuyo consumo importaba más de un millón al año y no tardó en crear la fábrica necesaria, acabando así la evolución del formidable organismo hacia la independencia absoluta.

Este hombre cuya carrera se distingue por una serie casi constante de triunfos y que ha enriquecido a todos los que le han seguido en sus empresas, ha creado, sin embargo, con deliberado propósito un periódico cuya posesión no le envidiarán nunca los creadores de negocios ¡un periódico para ciegos impreso en caracteres Braille! El gran industrial que gasta 40 millones en hacer surgir una fábrica del seno de una selva virgen se complace en publicar con pérdida un semanario que permite a unos cuantos millares de ciegos comunicarse con el mundo exterior!

Mecenas de la aviación, cuyo porvenir presintió, ha contribuído en gran manera a sus progresos organizando concursos dotados de premios tentadores: 60.000 $ para el vuelo Londres-Manchester, otra suma igual para el circuito aéreo de la Gran Bretaña, dos gloriosos trofeos que se llevaron los franceses Paulham y Beaumont y 50.000 pesos más que ofrece ahora al primer aviador que cruce el Atlántico.

¿A qué edad sintió despertarse su vocación, el mayor propietario de periódicos del mundo? ¡A los catorce años! Pero no se crea que en aquella edad soñaba debutar como repórter o en algún modesto rincón de la redacción de un periódico, no. Quería ya dirigir. El único cargo que le convenía era el de director y publicó un periódico semanal dedicado a la literatura, ciencias, artes, crítica, etc.

No hay que decir que el intento fué un fracaso, mas no por esto se desanimó; tras de la primera revista llegó la segunda, las penurias y luchas continuas no lograron apagar sus entusiasmos hasta lograr el éxito alcanzado.

Los talleres del "Times" son causa de la admiración de los que los visitan, contando con los últimos modelos tanto en linotipos como en rotativas que permiten hacer ediciones en color.

Los servicios de información, así como el telegráfico, es de lo más extenso, así como el de corresponsales y representantes.

Aparte de poseer algunas líneas de telégrafo propias, dispone de un sinnúmero de teléfonos para las distintas secciones así como un completo servicio de coches y automóviles, permanente.

El número de avisos es grandísimo, siendo el precio de su inserción de los más caros del mundo.

NUESTROS HOGARES



Señora Paulina Tarnasi de Bonnamaison y su niñita

Fot. Witcomb.



Señora Emma B. de Achaval y sus hijitos

Fot. Freitas



Señora de Christophersen y sus niñitas

Fot. Merlino.



— Pasen, hijitas, pasen...

— Buenas tardes, misia Emilia.

— Buenas tardes, hijita. ¿Cómo te vá? ¡Tan monona que te has puesto! ¿Y vos, mi queridita?

— Bien, gracias... ¿Tanto tiempo, eh?

— Pasen, pasen.

— ¿A la sala, mamá?

— Sí, m'hija, a la sala. Después vamos a ir p'adentro. ¡Tanto tiempo sin venir, las picaronas!

— ¿La verdá, no?

— ¿Y mi comadre? ¿Qué me dicen de mi comadre Tomasa?

— ¿Mamita Tomasa?

— Si, pues. Tomasita.

— Buena, gracias.

— Más vale así. ¿Por qué no l'han tráido? Si hace un sin fin de tiempo que no la veo.

— Per'usté tampoco va por casa.

— Aistá. Tenés razón, hijita. Tanto qui hacer... una casa tan grande... Aura estamos sin servicio...

— ¿Ah, sí?

— Sin servicio, hijita. Tuvimos que despedir la muchacha. Si había puesto d'insufrible, qu'era una temeridá.

— Tan buena que parecía, ¿no?

— ¡De puerta e calle y nada más! Le salió un bandido 'e por áhi, quién sabe dónde, y esta mujer cambió un redepente. Pa ir al almacén, un'hora. Pa ir a la lechería, un'hora. ¿Que pa la carbonería, pongo por caso, p'avisar que trajieran carbón, no más, otr'hora! ¡Una temeridá!



— ¿Miren, no?

— Y después que ya no contabas con ella ni pa un fregao de piso. ¡En la puerta día y noche, hasta que no m'explico que no se le cansara la lengua e tanto conversar con ese hombre!

— Los enamoraos no se cansan nunca...

— ¡Eso le decía yo a mamá!

— ¡Pero, tan mononas qu'están, hijitas! ¡Com' unas muñequitas! ¡Com'unas muñequitas de porcelana!

— ¿De veras?

— ¡Riquísimas, hijitas!

— ¿Como caramelos, entonces?

— ¿Y vos has de tocar el piano, Manuelita? ¿Nu estabas aprendiendo?... ¿Quién fué que me dijo?

— Yo, mamá. Y muy lindo que toca.

— Pues no te has d'ir sin que ti oiga. ¡Mirá quien, que soy loca por la música! Lo que li habré rogao a esta chica pa que aprendiese...

— Tan fácil, la verdá...

— ¿Y mi compadre Romualdo, tu padre, hijita, tan perdido?

— Bueno, también.

— Antes solía llegarse hast'aquí, de pasada, pa visitarnos. Porque somos dos familias com'una sola. Tu madre y yo éramos compañeras de banco en el colegio. Y puerta por medio vivía tu padre, en aquella época, en la calle San Juan. Ya de chico, no más, gustaba d'ella. Porque tu mama era un pimpollito, hijita, y como qui ustedes le salen igual en la pinta, con esos coloretes y ese par di ojos grandes...

— ¡Los ojos, sobre todo, misia Emilia!

— ¡Qui a cuántos habrán muerto ya! Porque no me digás que no te gusta mirar a los muchachos, a vos... Y ya tendrás tu simpatía por ahí... algún rubio sin bigote, qu'estudia p'algo...

— Nues rubio, mamá, pero sin bigote, como usté dice. ¡Una monadita!

— ¿Y vos, m'hijita?

— Bien, gracias.

— ¡Qué gracioso! Bueno, sentat'entonces y tocá un tango, qui áura es la moda.

— Y bastante lindos que son.

— Bueno, hijita. Séntate y tocá. Y como qu'en esto 'el tango ha pasao lo que con el pantalón con dobladillo, qu'era la moda 'e los carreros y áura es la moda 'e toda la mozada.

—Y el bigote afeitao, qu'era l'obligación de los cocheros... ¡Si es cosa 'e qui una si hace cruces! Y todo importao, hijitas, porqu'el dobladillo y el afeite vienen d'Inglaterra y el tango 'e París. ¿Cuál es ese, Manuelita?...

— El Caburé.

— ¡Qué te cuento! Pues tocá...

Cruz **ORELLANA.**

La gata de Angora

Una mañana al volver de tomar el aperitivo ví un espectáculo atroz en casa; todas las sillas por el suelo, copas y platos rotos, prendas de ropa tiradas y a mi mujer echando llamas de furor por los ojos.



—Contempla, la obra de tu gata.

—¿Mi gata?—dije —yo que odio a los felinos.

—Sí, tú la trajiste.

—Porque tú me lo encargaste.

—¡No haberme hecho caso!

¡Cualquiera es el que no hace caso a mi casta esposa!...

Y es lo cierto, que la tal gata ha conseguido todos los mimos de mi mujer. Hace que duerma a los pies de la cama; la sirve leche de desayuno, hígado a la comida y bifes a la cena, alternando con pedacitos de bizcocho y otras golosinas.

Por eso yo odiaba a la gata y el amor que ella le otorgó hizo hasta que olvidara los continuos reproches que me dirigía cuando yo iba a casa con cuatro o cinco ajenjos en el cuerpo.

Felizmente esa mañana cambió la decoración, Zoé, que así se llama la gata, agarró una chuleta, mi mujer quiso castigar a la ladrona, ésta se defendió y la casa se convirtió en un campo de Agramante en el que sobraron arañazos y platos hechos añicos.



—Ahora mismo te la llevas, la tiras al río o la matas, lo que quieras.

Como a mi mujer hay que obedecerla, sin protestar, y como yo no soy sanguinario, metí a Zoé en una cesta y la dejé en un terreno baldío al lado de casa.

¡El abandono constituyó para mí uno de los momentos más felices de mi vida!

Al volver a casa, la exaltación de mi mujer había cesado, la encontré triste, dulce, doliente... ¡Ni se acordó de llamarme papanatas ni trasto!



Visiblemente la desaparición de la gata había herido las fibras más sensibles de su corazón.

En tanto yo fuí a la oficina, ella había buscado el hígado y había corrido al terreno baldío, donde estaba la gata.

—¡Zoé! ¡Zoé! gritó.

Y al mismo tiempo la echaba los diez centavos de hígado.

Zoé se lo comió con cierta dignidad y se volvió a la cesta.

Ni siquiera mayó ni enarcó el lomo en señal de gracias.

A pesar de las llamadas insistentes de mi mujer, la gata no se meneó, sin duda no quería volver a poner las patas en una casa de donde se la había arrojado.

De día en día las visitas a la gata se prolongaban y los obsequios al animalucho aumentaban. Ahora se lleva al solar su costura y allí se pasa hasta el mediodía.



Durante este tiempo yo solo en casa paso una vida de paz, envidiable, y así puedo leer tranquilamente los crímenes más espeluznantes, fumar mi pipa, dormir la siesta, etc...

Marcho a las mil maravillas. Zoé no quiere volver a casa; mi mujer ha mandado que la lleven al terreno la máquina de coser, la mesa de planchar, lo que la permite pasar la mañana y tarde con la gata.

Yo engordo visiblemente.

Se tuerce el carro. Mi mujer no sólo se ha llevado sus útiles de trabajo sino que ha ordenado lleven allí mi mesa de escritorio y la mesa de comedor, diciéndome:

—De hoy en adelante nos desayunaremos aquí. Yo no puedo comer lejos de Zoé.

Como yo protestase débilmente, me llamó criminal y asesino, añadiendo:

—¡Y de todo tienes la culpa tú!



—¿Yo?

—Tu, por haber tenido la idea infame de abandonar a mi Zoé!

Tuve que callarme.

La debacle.

Al llegar hoy a casa, de vuelta de la oficina... ¡Me había mudado!

Mi mujer, la sirvienta y los muebles estaban en el terreno baldío.

Zoé estaba acostada en la cama, relamiéndose.

En el primer momento quise protestar, pero me arrepentí; de todos modos no hubiera conseguido nada, de modo que ahora vivo calle 43, solar.



En el fondo tengo un consuelo: el pensar que si en vez de una gata mi mujer tiene un canario, ¡tendría que ofrecer a ustedes mi casa en la rama de un árbol!

B. G.



Las masitas encantadas

Sainete infantil para polichinelas, en un acto breve y un cuadro

PERSONAJES

Don Simeón, esposo de
Doña Cancia.
Cleta, hija de ambos.
Blas, marido de Cleta.
Toribio, aprendiz de panadero.
Don Sempronio, vejete.

Sala con sofá, armario, mesa y sillas. — La acción se supone en Buenos Aires. Epoca actual

ESCENA I

Simeón, Cancia, Cleta, Blas.

Simeón.—Vos, Cancia, siempre te comés las masitas. Yo no las pruebo.

Cancia.—Ni yo; otros son los golosos y yo me llevo las culpas. Esta hija nuestra (por Cleta) es la que se lo zampa todo. Ayer se comió la pomada que vos me compraste para el cabello, porque olía a frutilla, ¿sabés?

Cleta (llorando).—Las culpas de todo, a mí. ¡Ay! ¡ay! si me retás, me moriré; seguro.

Simeón.—Aquí no se muere nadie sin mi permiso. Soy el jefe de casa.

Cancia.—Y sin el mío; soy tu esposa.

Blas.—Y sin el mío, porque soy el marido de esta. (Por Cleta).

Cleta.—Si a tantos he de pedir permiso, me va a faltar tiempo.

Simeón.—Vive, pero respetá las masas.

Cleta (a Blas).—Vos sos quien se las traga, ¡glotonazo!

Blas.—¡Mentira! ¡Me calumniás!

Simeón.—¡Ah, tigre! ¡A mí, con la piolita! (Se olfatea.) Si te olí... Mirá, che, ¡cosa bárbara! Lleva una en un bolsillo del saco.

Blas.—Es que saltó desde la bandeja... Yo no la llamé... cierto. (Da un cachete a Cleta.) ¡Tomá! Para vos. ¡Por descubrirme!

Simeón (pegándole también).—¡Esta cachetada, por consentirlo!

Cancia (pellizcándola).—Y esto de yapa, por no decírmelo. (Salen todos, menos Cleta.)

ESCENA II

Cleta, sola.

Cleta (llorando).—Me castigaron, siendo inocente, y no retan al bribón de mi marido... ¡Quiero divorciarme! ¡Quiero cambiar de padres! No me convienen los que tengo. (Oyese un golpe a la puerta.) ¡Pase no más!

ESCENA III

Cleta y después **Toribio**, con un paquete.

Toribio (entrando).—¿Permiso?

Cleta.—¡Cómo no, si ya entró!

Toribio.—¿La señora está sola?

Cleta.—¿Qué, no es nadies el señor?

Toribio.—Entonces estamos solos los dos, ¿no?

Cleta.—¿Qué desea?

Toribio.—Sírvame no más lo que quiera; un bife, porotos, barbera...

Cleta.—¡Está loco!

Toribio.—El loco es quien me manda; un señor que me contrata de gato.

Cleta.—¿Cómo?

Toribio.—Así: ¡Miau! ¡miau!

Cleta.—Se burla... Explíquese.

Toribio.—Como en el departamento de don Sempronio hay tantas lauchas, dijo a mi patrón: "Mándeme a Toribio; en cuanto maye una hora como él sabe, las lauchas, asustadas, huirán de mis jamones y mi queso, y se meterán en casa del vecino."

Cleta.—¿Aquí? Bien nos quiere...

Toribio.—¿Qué dijo?

Cleta.—Nada... (Aparte.) Don Sempronio trata de hacernos una jugarreta y este mozo confundió la habitación. Si fuese yo quien se burlase de él...

Toribio.—Bueno; comienzo. ¡Miau! ¡miau!

Cleta.—¡Eh! Yo no soy laucha.

Toribio.—Ni yo gato, no crea.

Cleta.—Pues lo parece...

Toribio.—Aunque mi patrón me mande mudar, ¡miau! ¡miau!, no vuelvo a hacer este papel. ¡Miau! ¡Cha, digo! Si mi mama me viese!...

Cleta.—¡Pobrecito!

Toribio.—La señora parece muy buena y voy a explicarle...

Cleta.—Diga no más. Tengo deseos de conversar...

Toribio.—Agarré estas masas (el paquete).

Cleta.—¡Qué ricas! Aún están calentitas... ¿Me da una?

Toribio.—¡Eh! ¡No toque! Escuche un poco. (La habla al oído.)

Cleta.—¡Ah! (desviando, asustada, el paquete.)

Toribio.—¡Chist! Que no se sepa...

Cleta.—Guardaré el secreto.



Toribio.—Conque dejo esto aquí y espianto, ¿no? A don Sempronio le va a decir que mayé una hora seguida. No me descubra... Volveré. La boquita cerrada...

Cleta.—Así será.

Toribio.—¡Chao, pues!

ESCENA IV

Cleta, sola.

(Deponiendo sobre la mesa las masas.)—Ahora se comprobará que la única que no es golosa soy yo. Lo que voy a reirme luego... (Sale.)

ESCENA V

Don Sempronio

Sempronio (entrando).—Juraría que oí mayar... ¿Se equivocaría Toribio? ¡Bis! ¡bis! ¡Quiá! Ni Toribio ni gato... ¡Qué masitas tan simpáticas veo! (Toma una y se la come.) ¡Cosa rica! (Pausa.) Se oye ruido... ¿Qué dirán si me sorprenden con la boca llena? (Guarécese bajo la mesa.)

ESCENA VI

Don Sempronio, escondido bajo la mesa. Después, **Don Simeón.**

Simeón (entrando, sorprendiéndose al mirar la mesa). —¡Masitas! ¡Qué grandes! (Come una.) No se las tragará todas mi yerno. ¡Vaya otra! (La toma.)

Sempronio (bajo la mesa).—¡Miau!

Simeón.—Vuelvo a oir al minino... (Busca y no lo

encuentra.) ¿Dónde estará? (Se oye la voz de Cancia.) ¡Mi mujer! Que no se entere... (Escóndese bajo el sofá.)

ESCENA VII

Dichos, escondidos, y luego, **Cancia**

Cancia.—No encuentro a mi esposo... Y el caso es que no le vi salir. Ha de estar por aquí.

Sempronio y **Simeón** (asomando rápidamente la cabeza).—¡Miau!

Cancia.—¡Qué ruido extraño!

Sempronio y **Simeón.**—¡Miau!

Cancia.—Tengo miedo... ¿Llamaré a un vigilante? (Acércase a la mesa.) ¡Cosa increíble! ¡Masitas! De coco, de crema, de chantilly... (Toma varias.) Deliciosas... Parece que alguien se acerca... Que no me vean... (Escóndese al otro lado del sofá.)

ESCENA VIII

Dichos, siempre escondidos. Luego, **Blas,** que entra con una gran espada.

Blas.—Entró aquí un hombre; me lo han dicho. Y estaba mi señora... ¡Oh, qué furioso estoy! ¡Soy capaz de matar a dos regimientos! ¡Uf!

Simeón, Cancia y **Sempronio** (desde sus escondites).—¡Miau! ¡miau!

Blas (soltando la espada).—¡Qué miedo! (Mirando la mesa.) ¡Masitas! (Come varias.) ¡Superiores!

Simeón, Cancia, Sempronio (sacando la cabeza).—¡Miau! ¡miau!

Blas (despavorido).—¡Socorro! ¡Me matan! Son monstruos; los vi... ¿Por dónde huir? (Métese en el armario y lo cierra.)



ESCENA IX

Dichos, siempre escondidos, y **Cleta**

Cleta.—Escuché la voz de mi marido... ¡Vení, Blas! ¡Corré! ¿Qué hacés?

Los otros (asomando todos la cabeza).—¡Miau! ¡marramiau!

Cleta.—¿Es esto una gatera? ¿Una pieza encantada? ¿Es que sueño? (Acércase a la mesa.) Faltan muchas... Y es extraño, porque nadie entró... (Pausa.) No me atrevo a probarlas. Toribio, el aprendiz de panadero, me explicó al oído que su patrón atraca de ellas a los dependientes nuevos, para que las odien, y que tienen la virtud de hacer huir las lauchas... ¿Qué tendrán que ver las lauchas con las masitas? ¡Oh, qué misterio enorme!

Los otros.—¡Miau! ¡miau!

Cleta.—¡Qué pánico! No estoy aquí más. (Huye.)

ESCENA X

Dichos, menos **Cleta,** escondidos. Después, **Toribio,** que entra con un garrote sacudiendo palos a todos lados. Durante esta escena, **Simeón, Cancia** y **Blas** asomarán la cabeza cuando se indica.

Toribio.—¡Estoy lo más indignado! Si he de hacer de gato y de panadero, que me den doble meneguina. (Pausa.) En vez de mayar en lo de don Sempronio, me largué a chupar... Traigo el mate abombao, de tantos copetines... (Sacudiendo palos.) ¡Tengo deseos de bochinche! ¡Quiero peliar! ¡Que me suelten dos docenas de compadritos, pa sacarles el cuero! (Pausa.) La que aquí me tomó las masitas, se las daría a la mucama de don Sempronio. ¡Ja! ¡ja! Y andará gatiando... ¡Qué invento el mío! Unos polvos maravillosos... los echo en las masas, ¿no? Pues el que las prueba... ¡qué cosa bárbara! ¡je! ¡je! ¡je! ya no más se expresa sino como gato.

Los escondidos.—¡Miau! ¡miau!

Toribio (sacudiendo garrotazos).—¡Silencio! Aquí yo sólo mayo.

Sempronio (saliendo a cuatro pies de su escondite).—¡Miau! (suplicante).

Toribio (le da con el palo).—No le compadezco. Por el señor me mandan aquí.

Sempronio (muy triste).—Miau...

Toribio (golpeando a todos).—¡Voy a vengarme. (A Sempronio.) Maye como tenía que mayar yo, por culpa del señor, que se lo pidió a mi patrón. ¡Pronto! ¡A mayar!



Sempronio.—Miau... (muy melancólico).

Toribio.—No así; cante un Pericón.

Sempronio.—(Maya lo que le mandan, desde la primera a la última nota; los otros, asomando la cabeza, le corean. Toribio los acompaña con el garrote.)

Toribio.—¡Alto! Ya estoy vengado. (Salen todos de sus escondites, a cuatro pies, mayando.) ¡Todos gatos! Me dan lástima... (Pausa.) El caso es que para desencantarlos y volverlos a su personería, he de atizarlos una paliza... ¡Con qué placer voy a dársela! ¡Prepárense!

Todos (gateando suplicantes alrededor de Toribio).—¡Marramiau! (Toribio descarga fuertes golpes sobre ellos.) ¡Miau! ¡Fú! ¡fú! (Confusión; todos corren gateando, arañándose al tropezar unos con otros.)

ESCENA XI

Dichos; después, **Cleta.**

Cleta (asustadísima).—¡Mi familia a cuatro patas! ¡Y don Sempronio! Ahora recuerdo el secreto que me comunicó ese otario... (A Toribio.) ¡Tuno! ¡atorrante! ¡Desencántelos no más!

Toribio.—Lo estaba haciendo recién... Sólo me falta un poco de plata y que el señor (por Sempronio) no me vuelva a llamar para que maye. ¿Lo promete? Dígalo no más.

Don Sempronio.—Tomá. (Le da un billete.)

Toribio.—¡Diez nales! Me voy. El patrón estará furioso... ¡Miau! digo... felicidad. Espianto...

Don Sempronio.—A cualquier hora vuelvo a solicitar un mozo gato... (Salen él y Toribio.)

ESCENA XII Y ULTIMA

Dichos, menos **Sempronio** y **Toribio.**

Simeón.—¿Y?

Cancia.—Celebremos volver a ser personas.

Cleta.—¿Cómo?

Blas.—Con bailoteos muy alegres.

Simeón.—Antes hay que despedirse del público...

Cancia.—¡Cómo no!

Blas (a Cleta).—Eso tú, la única que no has pecado por golosa.

Cancia.—Pero si soy la más joven...

Blas.—Pues un poquito cada uno.

Simeón.—Las masitas encantadas

Cancia.—Cosa muy buena no son,

Cleta.—Pero ofrecen ocasión

Blas.—De que deis unas palmadas.

(Enlázanse las dos parejas y bailan.)

TELON LENTO

J. Víctor TOMEY.



Fruta de otoño

Por la mañana, tempranito, a través del pequeño salón, al que daban nuestras piezas, se cruzaban voces de inteligencia y llamada, en el tono bajo que nos imponía el temor de ser sorprendidos.

—¡María! ¿Estás despierta?

—¡Sí! ¿Y Dominguito?

—Yo lo llamo.

—¡Pronto ¡Bajito y con cuidado!

Yo no saltaba de la cama; me dejaba deslizar suavemente, con la vaga impresión de que transcurría un cuarto de hora, antes de tocar con los pies las frías baldosas.

Casi siempre aparecíamos al mismo tiempo por las cuatro puertas: Yo y mi hermana María, Dominguito, Nera y Mariolina, nuestros primos, todos blancos, con largos camisones de noche, los cabellos desgreñados y los ojos entreabiertos. Alguno espiaba, apoyado en la baranda de la escalera, enrojecida por el polvo de los gastados ladrillos; desde la cocina llegaba el chisporroteo de la llama, del huerto el cacareo de las gallinas; algunos días se oía el ruido del cedazo en la artesa, o el rumor de la pasta batida por las manos vigorosas de la tía Ulpiana.

Después de aquellos dos minutos de ansiedad, el explorador decía casi siempre: "¡Vamos ya!" Y marchábamos en fila; Domingo el primero, porque era el mayor, y Mariolina en medio, porque era la más pequeña y tenía miedo de quedarse en último lugar.

Recorríamos, de puntillas, un corredor estrecho y obscuro, subíamos cinco o seis escalones y llegábamos frente a una puerta vieja, vieja; el cerrojo rechinaba apenas, y nos parecía que temblaba toda la casa. Abierta la puerta, una onda de aire tibio y oloroso nos envolvía como una túnica; y aunque nuestras excursiones a aquel paraíso terrestre eran cotidianas, siempre nos quedábamos inmóviles algunos momentos, recogidos en un silencio lleno de admiración. ¡Qué maravilloso conjunto de delicias!



En la tenue claridad que se difundía por la amplia estancia, a través de los sucios vidrios de dos ventanas bajas, los tesoros aparecían algo velados: diríase que esperaban el roce de nuestras manos para brillar en todo su esplendor. ¡Y siempre nos sentíamos dispuestos a obrar el dulce milagro! Todas las manos se levantaban, con un gesto de invocación y de plegaria; hasta las de Mariolina, que estaba segura de no alcanzar nada... De unos cordeles ennegrecidos pendían, en largos festones, los racimos de uva, racimos transparentes, pálidos y sonrosados; cada uno era un reverbero de fuego que recordaba fulgores de sol, en la aurora o en el ocaso. Las manos se bajaban y volvían a alzarse rítmicamente. Dominguín dirigía la maniobra. "¡No — repetía — así no, siempre sobre el mismo racimo! ¡Se darían cuenta de ello! ¡Miradme a mí!" Los largos dedos corrían de derecha a izquierda, parecían acariciar los racimos, que por un momento seguían oscilando. Alguno, de cuando en cuando, llenaba de granos de uvas las manos de Mariolina, que después comía lentamente y se embadurnaba la cara con el jugo que le caía de los labios.



Después del ataque a las uvas, era de rigor una visita al estante de las manzanas. ¡De qué buen humor nos ponía aquella multitud, asentada sobre la paja, unas amarillas, otras coloradas! Y el olor, aquel olor que embriagaba como el de un ramo de rosas al sol. ¡Sí! Una para cada uno, una "de las que estaban debajo". María había descubierto una vez que, tomando de esas, nadie lo notaría, y desde entonces seguimos su consejo.

Este sistema, en cambio, no daba resultado con los duraznos, que estaban esparcidos sobre la paja, sin amontonarse. Pero, afortunadamente, los duraznos no estaban aún maduros: sólo una docena, cada tres o cuatro días se ponían en sazón y nos apresurábamos a quitarlos de en medio. Porque ¡fijaos!—dijo Nera la primera vez—Si no lo hiciéramos así, tendríamos que esperar a que estuviesen todos maduros y entonces ¿quién sería capaz de comérselos? El razonamiento tenía un sabor ingenuo y tan delicioso como el de los duraznos. Con las rodillas y las manos sobre la paja, escudriñábamos ansiosamente, como si nuestro deseo, día por día, hubiese podido aguardar la lenta maduración.



"¡Ese de ahí! ¡Bravo! ¡Aquel otro!! ¡Eso es! ¡Basta! ¡Por hoy no hay más!"

Mariolina preguntó una vez porque los duraznos no nacían maduros como las manzanas y las peras, y nadie supo darle una respuesta satisfactoria.

El montón de nueces nos inspiraba gran confianza. Aunque hubiésemos estado un año, repartiéndonos una nuez por barba todos los días, ¿quién hubiera notado la falta?

Esta reflexión me la hice yo y no valía menos que otras que se hacían a menudo en aquel paraíso terrenal.

Cumplida así nuestra misión, nos concedíamos cinco minutos de descanso sobre un viejo y mugriento diván arrimado a la pared. Casi ateridos por el frío y sobrecogidos por el imponente silencio que allí reinaba, hartos de dulzuras, nos apretujábamos unos contra otros, con las manos sobre las rodillas y las puntas de los piececitos helados asomaban por debajo de los largos camisones. Nuestros ojos volvían a observar con complacencia todas aquellas cosas que pendían de las cuerdas o estaban adosadas a las paredes; la jaula del mirlo muerto, los braseros, los frascos, las botellas negras, un catre viejo... Y cada una de aquellas cosas míseras nos parecía bellísima, porque no servía ya para nada.

Una mañana ocurrió una escena memorable. Estábamos en tan delicada contemplación, cuando Mariolina, que parecía medio dormida, se despertó y empezó a gritar desesperadamente. Dominguito se levantó alarmado.—"¿Qué hay? ¿Te has vuelto loca? ¿Quieres que todos se levanten y suban?" Mariolina no le llevaba el apunte a Dominguín y seguía llorando a moco tendido.—"¡Chitón, chitón!"—repetía inútilmente. Resonaron pasos en el corredor. ¡Estábamos perdidos! La abuelita apareció en la puerta y se fué derecha a Mariolina mientras nosotros permanecíamos como clavados en el suelo.

Mariolina miraba a la abuelita con los ojos llenos de lágrimas. Y abriendo tamaña boca, entre sílaba y sílaba, dijo:—¡El dur...azno... el dur...azno! ¡Estaba verde! ¡El me lo ha dado!—Y me señalaba con su índice chiquitín y rosado.

La abuela tomó en brazos a Mariolina y dijo:—No ha sido el durazno lo que te ha hecho daño; ha sido el pecado de la gula. Apostaría cualquier cosa a que esos señoritos también sienten algo...

Los ojos claros entre el nimbo de los cabellos blancos, se fijaron en nosotros; y ¡era verdad! ¡Cada uno de nosotros sentía algo que le apretaba la garganta!

Desde aquel día, cesaron nuestras travesuras matutinas, y largo tiempo nos duró la impresión que recibimos al aparecer por la puerta, como un fantasma, nuestra abuelita. Tampoco olvidamos, durante algunas semanas, su breve homilía sobre el pecado de la gula. Pero más tarde, confiada ella en nuestro escarmiento, y nosotros en el olvido de aquel incidente, reanudamos aquellas excursiones deliciosas, estableciendo mayor vigilancia. Solamente cuando alguno de nosotros sentía una ligera indisposición, la abuelita nos miraba a todos con ojos escrutadores y delatando su fundada sospecha. Entonces suspendíamos otra vez nuestras visitas al desván...



Un caso excepcional

—De manera que mi hija lo envía a que me hable ¿eh?,—preguntó Tadeo Rowland.

—Sí, es cierto, si usted quiere dispensarme ese honor,—replicó Lord Rythe que por mucho tiempo había esperado en la terraza del club el retorno de su futuro suegro.

Rowland había logrado una gran fortuna. Hasta hubo un momento en que llegó a creer que acapararía todo el dinero del mundo, pues su audacia era tanta como su suerte, pero la dispepsia había cortado sus sueños. Afortunadamente, la práctica de los deportes había regularizado sus digestiones, casi curado sus dolencias y mejorado su temperamento.

En cuanto a Lord Rythe, había sido el protagonista de muchas aventuras.

Una vez se enamoró de una corista y se casó con ella, sólo para tener el pretexto de divorciarse al año.

El asunto había sido la comidilla de los periódicos sensacionales. Pero como un escándalo siguiera a otro la prensa olvidó el asunto de la corista que ya era historia vieja, cuando Lord Rythe vino a América cargado de spleen en busca de una mujer, o mejor dicho de su dinero.

—¿Está seguro que mi hija quiere casarse con usted?—preguntó Rowland mirando curiosamente a su interlocutor después de servirse un nuevo whisky.

—Me parece... ¡claro! Yo creo por lo menos que consentirá si es que llegamos a un arreglo.

—Hum... Vamos por partes... Usted tiene títulos y propiedades ¿no?

—Tengo un título, que ya es algo,—replicó Lord Rythe.

—Eso será en su país. Allí, usted puede orgullosamente indicarme toda una extensa lista de antepasados, cuyos retratos adornan los salones de su casa solariega. Y naturalmente, aún conservará la armadura de alguno de sus abuelos, que investido de omnipotencia feudal, hacía la guerra por cuenta propia, ¿verdad?

—Es cierto, tengo armaduras y reliquias por el estilo. En cuanto a mis propiedades están un tanto gravadas.

—¿Hipotecas?

—Algo por el estilo.

—¿Y usted no ha tratado de reducir el monto de sus obligaciones? Quiero decir con esto si usted no se ha ocupado en algo...

—No; jamás me han preocupado las cosas que tengan que ver con los negocios.

—¿De manera entonces que los gravámenes habrán ido en aumento?

—No puedo decirle. Posiblemente, sí. Mis administradores, que son personas serias y honorables, me han dicho que necesito medio millón de esterlinas. Esto lo digo con entera candidez, considerando que tratamos una pura cuestión mercantil.

—Eso es. Lo que usted necesita son, pues, dos millones cinco mil pesos oro.

—¿De veras? Yo no sirvo para cálculos. Pero como usted comprenderá, mi querido señor...

—Rowland.

—Gracias. Pues como le decía, mi querido señor Rowland, en un casamiento como el que nosotros, digo, como el que yo pretendo, no se debe dejar para más tarde la cuestión dinero.

—Es cierto. Aquí tratamos un negocio como otro cualquiera. Una pregunta: ¿usted antepone el dinero al sentimiento en la perspectiva de una vida feliz?

—Justo.

—¿Su primer pensamiento es el dinero?

—Sí.

—¿Quiere usted a mi hija?

—Para mí, es encantadora. El amor, como usted sabe, es algo...

—Usted la encuentra adorable; pero si no hubiese sabido que yo tenía quince millones de dollars, ¿se hubiera usted fijado en ella?

—Pero estimado señor Rowland, ¿para qué entrar en hipótesis?

—No son hipótesis, Lord Rythe; le hago estas preguntas porque me gustaría más que mi hija se casara con un hombre sano de cuerpo y de espíritu, trabajador y sin un centavo que con...

—Con permiso,—exclamó un sirviente adelantándose a entregar una esquela a Rowland, mientras hacía una profunda reverencia a Lord Rythe.

—Felizmente hay quien comparte mis opiniones,—continuó Rowland, entregando una esquela concebida en los siguientes términos:

"Querido papá: no tomes en serio las cosas de Lord Rythe. ¡Yo no lo quiero!—Bella."



Sarah Bernhardt

Representa una comedia en el Presidio dc California

Una mañana recibí una carta que decía:

"Señora: Somos seis condenados a muerte; nuestro único deseo sería verla representar una obra. Tened caridad con los que van a morir, acceded y el director del presidio os hará la petición oficial."

Contesté que sí. La petición me fué presentada y acepté.

He visitado casi todas las prisiones de Europa y he temblado de horror ante las mazmorras de la fortaleza Pedro y Pablo de San Petersburgo; he visto los presidios de España e Italia y he visitado la mayor parte de las prisiones de Francia, célebres por la ironía del epígrafe grabado sobre la puerta principal que dice: "¡Libertad! ¡Igualdad! ¡Fraternidad!"

He tenido que visitar, para creer lo que de ella se decía, la prisión de San Quintín, en California.

Está situada en una diminuta península y el camino que a ella conduce es uno de los más floridos de la bahía de San Francisco.

Yo hice el viaje en auto y quedé maravillada al llegar a San Quintín.

El edificio de la prisión está en el centro de un gran parque; la construcción es ojival y aunque las ventanas tienen barrotes, son delgados y de forma elegante.

Desde que el auto entró en el parque oí que una banda de música tocaba la "Marsellesa". Me puse en pie en el carruaje y ví en un lindo quiosco Luis XV una banda compuesta de 40 individuos vestidos con pijamas de franela blanca con rayas negras.

Dí las gracias a los músicos y el director vino a besarme la mano. Era un francés. Como me admiré de encontrar allí un francés, me dijo sonriendo:

— Entre los prisioneros de aquí, los franceses constituímos una pequeña colonia.

Todos aquellos "caballeros" de traje de franela a rayas eran presos... Saludé fríamente; un malestar infinito se apoderaba de mí.

Pregunté qué había hecho el director de la banda y el alcaide me contestó:

— Esto no es un gran preso... ¡No ha hecho más que una falsificación de 10.000 dólares.

Llegamos a las habitaciones del alcaide, donde me vestí; en un sitio a propósito y cercano habían levantado el escenario. El decorado lo había yo remitido con anticipación.

A la luz de un sol radiante, el golpe de vista no podía ser más original. En bancos, que formaban graderías, se veían cerca de dos mil prisioneros; mezclados con ellos, resaltando por la diferencia de traje, estaban guardias, cabos y soldados.

En primera fila, separados del resto de los demás y severamente vigilados los seis condenados a muerte.

De entre ellos me señalaron dos que debían ahorcarlos en el término de 48 horas: un griego y un americano.

El griego había intentado suicidarse aquella mañana. Una palidez intensa cubría su cara y tenía la cabeza vendada.

En el público se veían también en primera fila varias presas.

A mi llegada me saludaron con aplausos y un prisionero, con un aparato fotográfico, sacó una instantánea.

También piden para él la pena de muerte; había asesinado a su mejor amigo para robarle 20.000 francos.

La representación fué un éxito. Al terminarse, me leyeron discursos en inglés y en francés; uno de ellos, Mr. Ruef, está allí por haber robado al Estado cinco millones de dólares. Está por terminar su condena y se dice que sus amigos le preparan un gran recibimiento en San Francisco. La obra que yo había representado era una de las de mi hijo Mauricio, esto dió motivo a que Mr. Ruef dijera en su discurso:

— "Vuestro hijo es vuestro orgullo, señora, nosotros también, nosotros hemos sido el orgullo de nuestras madres!..."

¡Y los dos mil prisioneros aplaudieron!

Después visité la prisión; es un verdadero palacio, con amplios corredores, salas de baño, piscinas, duchas frías y calientes, agua dulce y de mar, juego de pelota, biblioteca, etc.

Llegamos a la sala de las ejecuciones; el acompañante nos dijo:

— Veis esta cuerda, este nudo corredizo es el que al caer la trampa que veis al pie, viene a quedarse justamente aquí detrás de la cabeza partiendo la columna vertebral. La cuerda — añadió — se quema después de la ejecución.

— ¿Por qué? — le interrumpí.

— Sin duda — terminó guiñándome un ojo — por higiene. ¡Podría tener alguna enfermedad infecciosa alguno de los sentenciados!...

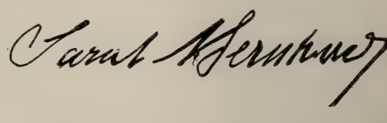
En medio de atronadores aplausos dejé la prisión. Confieso que volvía a San Francisco en un estado de ánimo desastroso.

¡Aquella noche debía trabajar en el teatro!...

* * *

La lluvia empezó a caer torrencialmente.

Mis compañeros temiendo por mi salud, bajaron la capota del auto y partimos a gran velocidad...



Dolor de amor

Debía de ser muy hondo, muy intenso y lacerante el pesar de Agustina, porque sollozaba sin intermitencias, ahogada, convulsa, en un espasmo de dolor comunicativo, contagioso.

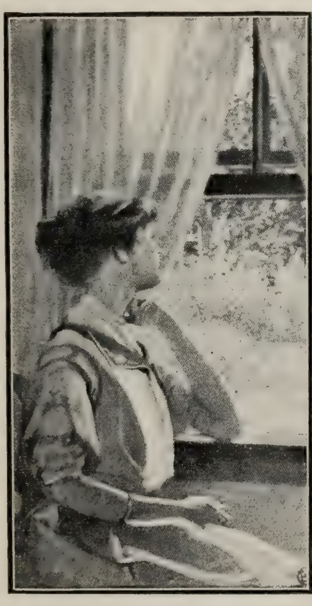
Entró Graciela; tiró su cartera y su abanico sobre la mesita del centro, y corrió a abrazar a su amiga. A los pocos segundos, era presa, ella también, de ese dolor traicionero, llegado solapadamente hasta su corazón afectuoso, penetrándolo sin esfuerzo, haciéndolo palpitar con mayor violencia e inundándole las pupilas sin quererlo y sin poder remediarlo.

Largo rato estuvieron las dos amigas unidas, intensificando en una doble vibración aquel pesar incógnito, magnificado con los contornos de un desastre irreparable, como ante la evidencia del inmediato término de lo que más se quiere...

Contemplaba yo la escena de mi cuarto, calle por medio frente en línea recta.

Bella, luciente y perfumada era la mañana aquella. Las ventanas abiertas, dejaban pasar el concierto misterioso de la naturaleza oficiando con esplendor inusitado el credo del vivir; y desde los vergeles vecinos, y desde el oriente majestuoso, y desde un piano madrugador, sensible a las melancolías de una novia romántica, llegaban luces, perfumes y armonías trayéndome nostalgias de lejana juventud.

Y allá abajo, cruzaban las gentes, comenzando el ejercicio del bregar cotidiano, en esa lucha dolorosa y pueril que desvía la voluntad y atrofia el sentimiento, alejándolas del dulce sosiego que el alma ambiciona como supremo bien.



Advirtieron de pronto las dos muchachas mi presencia, y sus semblantes descompuestos forzaron una sonrisa para acompañar el saludo inevitable, y al retribuirlo les signifiqué en un gesto cuán grande era mi interés por conocer el origen de tantas lágrimas. Azorada, Agustina, levantó su mano y, con un movimiento categórico, me hizo comprender que negaba a mi amistad la deseada confidencia.

II

Era Agustina un ejemplar de su sexo que daba amplio y completo significado a la calificación corriente dentro de la especie humana.

Bella, en verdad. Los homenajes de sus merecimientos no estuvieron ni están al alcance de mi pluma ni de mi palabra. Grande era la armonía entre aquel conjunto de gracias físicas; y la frescura de su ingenio, y la bondad de su carácter, y la gentileza de su educación, y su talento de mujer, en fin, para mostrarse siempre adornada con los joyantes matices de la discreción y la ingenuidad, y el no menos luciente del disimulo, matiz este del que jamás se despoja mujer alguna ante ningún testigo.

Fuí su amigo y consejero mucho tiempo; ese amigo que sirve a las mujeres de talento para matizar amablemente el vocabulario y la ideología de los novios acaramelados, líricos o sanchescos, quienes generalmente no se preocupan de interesar la avidez de sensaciones y satisfacer el inquieto mariposeo característico de la mujer joven.

Y como tuve, desde el momento que la conocí, clara noción de su temperamento, jamás pudo ella temer de mí una impertinencia, porque en la sinceridad de mi afecto nunca asomó el interés de desviar su inclinación amistosa hacia otros fines.

Asistí al desarrollo de las tres o cuatro escaramuzas con que se inicia el gran combate del amor...; efímeras palpitaciones que equivalen a la prematura floración de los ensueños indefinidos; y sin petulancias de maestro, mi consejo pudo siempre amortiguar los escozores del corazón dolorido después de esas luchas, cuyas características nos son a todos familiares.

Luego conoció a Enrique; gran muchacho en su figura y en su talento: veintiocho años, disciplinado en la labor y en el estudio, con ese elegante escepticismo que infiltra en el carácter la tolerancia hacia el pensar ajeno; no era tímido ni pecaba de audaz, y esa indecisión le había impedido fijar rumbos definidos a su vida, dejándose llevar en la muelle quietud de su oficina y su biblioteca, sin fomentar las naturales incursiones de la ambición que a todos nos acosa.

Sin mucho esfuerzo, ambos emprendieron la recíproca dignidad para merecerse, y, escudados en la lealtad que regía sus sentimientos, se amaron. Fué un amor equilibrado, tranquilo, consciente, que desechaba sentimentalismos y arrebatos pasionales, tan peligrosos para la subsistencia del cariño cuando el cariño es la expresión de nobles y serenos ideales.

La sensibilidad de Agustina, muy natural en la mujer, exigíale sin esfuerzo y sin propósito, un culto entusiasta a ese amor que había clavado sus raíces tan hondamente en su gran corazón. Podría sospecharse que existía disparidad de caracteres ante las formas ostensibles en que se manifestaba ese cariño: los impulsos de entusiasmo en que vibraba su alma, en la eclosión primaveral de la vida, parecían inconciliables con la gravedad y la lógica que servían a Enrique para evitar toda ofuscación de criterio, y para mantener—quizás con más eficacia—siempre encendida la lámpara votiva de su viril ensueño. Era esa una ley de equilibrio natural, una justa compensación, tan pocas veces observada en la fusión de los seres cuyos espíritus generalmente vagan desolados en pos del compañero—del alma gemela—que pueda rimar la estrofa sublime de los amores en la fimbria de una nube, a la luz de las estrellas, ante la majestuosa quietud donde se funde la esencia de todo lo creado...

Cuando Agustina sutilizaba los pormenores de este idilio, a cuyas confidencias la obligaba mi apremiante curiosidad, provocaba mi entusiasmo y me cegaba la visión encantadora de su júbilo, expuesto sin recelos y sin afectaciones, en una fulgurante aureola de felicidad plena, arrobadora, subyugante, que contagiaba al oyente con el poder de una ideal sugestión. No había horizontes para esa dicha, y bajo un cielo tan amplio no cabía imaginar una variante, una nube, un término, hasta la hora de la muerte, hasta más allá de la vida...

III

¡Oh, corazón de mujer!...; delicada sensitiva, flor del aire, todo ensueños y armonías en perpetua floración.

El talento de Enrique no podía ignorar que la razón es el verdugo del amor. ¿Cómo pudo creer, entonces, que la reflexión y la lógica le ayudarían a cristalizar para siempre en el corazón de la mujer amada todos sus líricos apasionamientos, para que no se esfumaran al contacto de las agitaciones y los sinsabores que podrían, que debían sobrevenir?

Quizás lo impulsara el halago de una felicidad, lejana pero evidente para su concepto acerca del amor: cuando sobre las lágrimas provocadas por su actitud, el destino se cumpliera y llegara fatalmente el hastío aventando las cenizas donde estaría escondida la brasa de los viejos amores... Tal vez confiara en esa posible rehabilitación para surgir en el recuerdo y en el corazón de Agustina con mayores prestigios aún. Entonces ella, aleccionada por la experiencia, justificaría lo que hoy juzgara con encono.

Al día iguiente de aquella mañana en que el sol besaba a las flores y llovían lágrimas en el corazón de Agustina, fuí a su casa buscando una tregua para mis lacerantes preocupaciones. El alma de Beethoven palpitaba en el teclado, y la tarde desplegaba toda su melancólica majestad en el horizonte.

—Vengo muy disgustado, Agustina.

—Espero que no dirá lo mismo cuando se retire.

—Para ello sería necesario que las lágrimas de ayer me hubieran engañado al sospechar su origen que atribuí a un sufrimiento muy grande...

—No; mis lágrimas no mintieron, pero pude felizmente reaccionar para no abatirme. Anoche he meditado mucho acerca del destino que arrastra a todas las mujeres. Todas vamos en pos del dolor, como si nuestra misión fuera llorar... Pero hay que ser fuerte, ¿verdad?

—Antes de continuar en esas reflexiones, dígame lo que ocurrió ayer.

—No quisiera volver a acordarme... Oiga una cosa: ¿No le parece mejor que le dé una gran noticia?

—Veamos.

—Pues que... el doctor Arturo Villar pretende casarse conmigo...

—¡Cómo! ¿Y Enrique?

—Esperaba la preguntita. Y ahora se contestará usted mismo.

Fué al velador, y recogiendo unos papeles me los entregó diciéndome:

—Luego me dirá usted si merecen los hombres que una los ame y llore por ellos.

Disimulé mi perplejidad al tomar la carta y reconocer la letra; era, sí, una carta en cuyas hojas había huellas de lágrimas y de manos temblorosas que las estrujaron con desesperación o con cariño.

Y leí:

Agustina:

''¿Quieres que conservemos una dulce
memoria de este amor?
Pues amémosnos hoy mucho, y mañana
digámonos: adios.''

Qué bien sintetizan esos versos la evolución del corazón humano, y cómo se ve claro en ellos la realidad de la vida!

Sin embargo, puedo jurarle, y se lo juro a usted por las cenizas de mi madre, que mi pensamiento dominante no se refleja en ese amargo análisis del espíritu, inquieto, evolutivo, insaciable.

No. Deseo que nos miremos sinceramente, despojados de todo prejuicio, de toda suspicacia, de todo recelo; con el alma desnuda, en un plano superior donde no se respire atmósfera de conveniencias ni de convencionalismos. Y estoy seguro de ser comprendido, porque de lo contrario la ofuscación restaría méritos a ese corazón apasionado que ha sabido cantar con el mío tan dulces y elevadas melodías...

Yo no sé si es la luz de sus pupilas; yo no sé si es el calor de su afecto que llega a perturbar mi razón; yo no sé si es la ausencia absoluta de egoísmo que ha rodeado nuestro idilio tan gentil; yo no sé qué fuerza me impulsa, pero yo deseo y le pido a usted que perdure siempre así... que seamos dos soñadores, dos idealistas, cuyas almas hablen siempre el divino lenguaje de la belleza y del amor lejos, muy lejos de todos los afanes de la vida mezquina y vulgar.

Si usted supiera, Agustina, cómo veo nublado mi porvenir, ''nuestro porvenir'', cuando tropiezo con la visión clara de la inevitable lucha cotidiana; cuando observo en otros seres las desviaciones del carácter a que los arrastran los sinsabores y los rozamientos inevitables de la vida en común. Yo sé que en esas luchas también hay sus treguas para saborear un triunfo conquistado, pero esos triunfos no pueden ser gratos al amor porque para obtenerlos el amor fué torturado, escarnecido, asesinado...

Ya ve usted que no creo en la paz de los hogares. ¿Se apercibe usted del abismo enorme que cavaríamos entre nuestras dos almas, tan afines hoy? Yo prefiero detener la marcha de las ambiciones que sustentábamos hasta ayer. Y usted sabrá juzgarme reflexionando si puede guiar mi ánimo la idea fría y calculadora de un sutil egoísmo, o si obedezco simplemente a la imperiosa ley de mi conciencia porque no me creo con derechos para sacrificar a sabiendas su corazón y sus ensueños quizás en beneficio exclusivo de (y esto sí que es egoísmo frío y calculador) la vanidad de poseerla en cuerpo y alma...

No; evitemos la caída de esas hojas que reverdecen nuestra primavera de ilusiones; que vayan nuestros espíritus como hasta hoy, confundidos en una suprema aspiración de amor sin egoísmos, sin luchas estériles, sin manchar sus alas en las miserias que rodean la existencia con tantos afanes y asperezas y recelos...

No seamos verdugos de nuestros más nobles ensueños. Yo prefiero que vibren siempre en su recuerdo las horas de intensa felicidad que vivieron nuestras almas, como vive y vivirá en mí el fulgor de sus pupilas obsesionantes que

'' de mi alcoba en el ángulo las miro
'' desasidas, fantásticas, lucir;
'' cuando duermo, las siento que se ciernen
'' de par en par abiertas sobre mí.''

Ellas guiarán mi dolorosa peregrinación por la vida, trayéndome constantemente la visión esplendorosa de la gentil samaritana que refrescó los labios del sediento caminante, hasta entonces huérfano de amores y desdeñado de la gloria...

Remember-me.

Enrique.

Cuando terminé de leer, pude observar, en la penumbra de aquel cuarto muy bien alhajado, la contracción de los labios de Agustina, ensayando una sonrisa para contrarrestar las palpitaciones del corazón que pregonaba su angustia a través de aquellos ojos donde las lágrimas se rebelaban contra el disimulo que les impedía desbordarse...

¡Oh, corazón de mujer!...

E. MENÉNDEZ BARRIOLA.

Romance de la ausencia

—Ven, morena;
ven gitana...
Misteriosa luz lejana
de mi ensueo y de mi pena,
gentil cáliz de azucena,
copita de nieve y grana...
Ven... Ya tengo en la ventana
claveles para tu pelo,
y un pedacito de cielo
para espejarlo en tus ojos,
y para tus labios rojos
un hondo beso de amor,
y un cántico embriagador
para ensalzar tu belleza,
y un regio chal de princesa
para tus hombros en flor...

—Ven, morena;
ven, gitana,
que por la noche gaiana
te asomas a la ventana
de mi pena...
Divina rosa temprana,
leyenda de bizarría,
fresca lluvia de alegría,
lucero del alma mía
que encantó a la morería
sobre una huerta serrana.

Canta, canta el trovador
su dulce trova de amor;
y más bien no la cantara,
para que no la escuchara
quien no siente su dolor...
Y así llora en su cantar,
aunque no quiere llorar,
el juglar.
¡Triste esperanza de amar
lo que no puede alcanzar!

—Gitana de estos amores,
senda alegre de mis flores
de encanto y de fantasía:
¿dónde estás, que el alma mía
no tiene más ufanía
que la de verte y besarte?
¿Dónde tendré que adorarte,
si no sé buscarte más?
Gitana, gitana mía:
¿dónde estás?

—Bordaré mi serenata,
por tí, magnífica y grata,
bajo el prodigio de plata
de las noches pensativas,
en que lloran las estrellas
como ilusiones cautivas;
y te ofreceré el collar
del azar
que me impulsa locamente
por camino diferente
del de tu planta florida,
tan distante...
¡Seré el misionero errante
de la canción de tu vida!

Loca y lírica canción
que brota del corazón
ardiente y aventurera,
flamante de vida entera,
como el sol en primavera
y el diamante en el carbón.
¡Loca y lírica canción
de mi esperanza postrera!

Voy en pos de la fortuna
de tus amores gitanos,
y llevo ardiendo en las manos
el alfanje de la luna...

Con él—promesa de amor—
quiero desgarrarme el pecho
para encantar mi dolor.

—Pobres trovas de juglar
que el viento arrastra al pasar.
¿Qué tumba irán a encontrar?
¿Dónde podrán descansar,
peregrinos del dolor,
los sueños del trovador
que sólo supo llorar?
Gitana de mi penar,
¡cuánto me duele tu amor!...

—Ven, morena;
gallardía
de la andante fantasía,
misteriosa flor de un día
fragante y primaveral,
limpia luz meridional
como el sol de Andalucía;
ven, palomita lejana
de mi ensueño y de mi pena,
gentil cáliz de azucena,
joyero de nieve y grana;
ven, que tengo en mi ventana
claveles para tu pelo,
y un pedacito de cielo
para espejarlo en tus ojos,
y para tus labios rojos
un hondo beso de amor
y un cántico embriagador
para ensalzar tu belleza,
y un regio chal de princesa
para tus hombros en flor...

José **DE MATURANA.**



Una lágrima y una tabla

HAY en el alma de las mujeres, abismos donde la luz no llega, ni la voluntad alcanza, a esos llamo yo los volcanes de lava birviente que, ni el amor, con todo su poder, ni las tiernas caricias de los niños con todas sus dulzuras logran entibiar.

En Mar del Plata, en una de sus riberas, se alza la casita de piedra de un pescador, hombre honrado, laborioso y bueno. El y su mujer, Rosina, son los habitadores de aquel nido besado por los rayos del sol naciente y humedecido por las brisas del Atlántico. Ella, como su nombre lo indica, es una hermosa flor con toda la lozanía de los veinte años. Hay en su frente las languideces de la azucena y en sus mejillas los amoratamientos cárdenos de la dalia; sus ojos, negros, brillantes, no espejan su alma porque cortando las brillazones de aquélla, las pestañas, como alero, con la tiesura hirsuta de la flecha amenazadora imponen silencio, por eso, su alma es una incógnita; su talle tiene las cimbraduras del clavel y su cabello ese negro azulado del mar en las noches sin luna.

Rosina es bellísima; es el encanto, la vida, la estrella guiadora de su esposo Pedro.

''Pietro'', como ella dulcemente le llama, es la antítesis de su persona, sólo es de piedra su voluntad soberana con todas las asperezas riscosas de aquélla. Su Rosina y ''Leal'', su barco de vela, son los astros que alumbran la soledad de su alma y lo que son razón de ser de su vida. A pesar de esto, hay en su corazón tristezas con negruras de crepúsculo y penas grises como las nubes portadoras de tormenta.

No preguntéis a la honradez por qué su alma se achica, gime y sufre cuando ve un punto negro en la del ser querido; es el pie colocado al borde del abismo, es la confianza que se triza, es la desdicha que se cierne y por eso, las almas rectas, nobles y buenas sienten la inmensa congoja de la impotencia, la horrible amargura ante la imposibilidad de poder combatir con la espada del cariño para vencer a muerte al adversario.

Pedro había visto en el horizonte de su dicha un punto negro, una interrogación a la cual no encontraba respuesta. Su Rosina no era ampliamente feliz; la casita, rodeada de las comodidades adivinadas por su inmenso amor, no era tampoco capaz de darle la respuesta; ''él'' era todo lo bueno, todo lo cariñoso que podía ser. Estas reflexiones hacíalas Pedro en los momentos de cruel melancolía y de negra duda; cuando notaba el fastidio crónico y hasta delirante que embargaba a Rosina durante las horas en que él pasaba a su lado. Sin embargo, ella no se quejaba, no tenía ambiciones, nada quería y siempre le decía que estaba bien y que era feliz.

Pedro concibió un proyecto magno, una empresa audaz, digna de un marino como él; comunicóselo a Rosina mientras cenaban y al final, al advertirle que no regresaría sino dos días después, hubo en el alma de aquella mujer un apresuramiento volcánico y la lava como un chispazo borbotó por sus ojos, cuyas pestañas rebeldes no supieron llegar a tiempo y apagarla. Rosina tuvo un estremecimiento de alegría, un parpadeo de descanso, que al ser notado, el alma noble de Pedro vibró, mientras lágrima cristalina y sencilla rodó silenciosa hasta el plato. Allí estaba la respuesta; la cortina de aquel escenario se descorrió de pronto y tuvo por todo público una lágrima! Después... hubo un silencio aplastador, enervante, frío con hielo de muerte, con quietud de tumba.

Pedro ultimó sus preparativos; ''Leal'' debía estar listo a la madrugada y aprovechar el buen viento; la suerte sería el hada misteriosa que guiaría el bajel conductor de un alma sin esperanzas y de un corazón hecho trizas por el hacha de la derrota.

Se durmieron. El alba golpeó los cristales de la ventana con su manecita blanca obedeciendo al llamado del mar y Pedro se alzó como un cóndor lanzando su graznido de desafío. Allá iría a medir sus fuerzas con el océano, donde tal vez hallara tumba para su cuerpo, pero no el agua bastante para apagar la sed de su alma.

Acompañóle Rosina hasta la borda de la barca, y haciendo sombra con la mano a sus bellísimos ojos le siguió hasta perderlo de vista detrás de las olas más firmes que su afecto. Volvióse a la casita masticando su plan, temerosa y sombría, pues le parecía que, hasta los guijarros que crujían bajo sus pies le reprochaban su conducta desleal. Pero, ¿hasta cuándo iba a estar triste? ¿No tenía ella derecho a embarcarse en el bajel de su amor único?

Se engalanó como nunca y encaminándose a un montecillo, hizo una señal con la boca, introduciendo los dedos, que produjo un chirrido parecido al de la gaviota cuando se aleja de la playa.

Alguien se dejó ver por el camino. Alto, esbelto elegante, el prototipo del narciso de mar con todos los perfumes terrenales.

Una alegría infinita se pintó en el semblante de ambos, sus miradas se confundieron en una como sus almas. Después el mismo techo cobijó el veneno mortífero de un alma especuladora, fría y cruel y la sencillez maliciosa de la mujer que no supo en la hora tremenda revestirse de la estoicidad de la estatua que soporta las tormentas sin permitir que ni una gota sola, llegue hasta su interior.

Mas ya era tarde. El primer impulso es el soplo primero al que, si no se le opone la valla de la voluntad, abre su paso al que más tarde, envuelve por completo con el avasallamiento del aquilón.

La tarde se puso pesada y el cielo se tornó gris. Un punto negro, amenazador, se destacó en el horizonte; la tormenta no estaría lejos. Pero, no era posible que Pedro ignorase esto antes de partir. El era un marino avezado y jamás se había visto en apuros de esa índole; sin embargo, los truenos se oyeron a poco rato y un temporal deshecho fué el triste ocaso de aquella dicha ilegal.

El océano bramaba con quejidos de injusticia, con ayes de rebeldía; barbotaba una espuma blanca e insultante hasta las paredes de la casucha. Jamás le habían visto tan irritado y sombrío.

Rosina tuvo miedo, sintió tal frío en su alma que, ni el fulgor de los ojos de su amante consiguió entibiar. Un temblor voltaico se apoderó de su ser y aquella lágrima de la noche anterior se le reveló como un ópalo fatídico de la corona de la muerte.

Quiso estar sola e instintivamente sintió horror hacia su acompañante y con tono imperioso le dijo:

—Váyase, váyase usted, yo se lo mando.

—Pero, querida Rosina, tú estás sola, hay tormenta...

—No, no me replique usted porque siento deseos de matarlo; váyase usted, váyase pronto.

—Sin embargo, mañana...—balbuceó nuestro narciso:—vendré, quiero verte.

—Eso es, váyase.

Y uniendo la palabra a la acción le empujó, e indicándole el camino imperiosamente le señaló la carretera que un relámpago iluminó.

El se marchó pesadamente como arrastrándose, pero, sugestionado por el gesto nerónico y amenazador tomó el rumbo de su vivienda desconcertado, confuso y malhumorado.

—En fin, dijo: mañana se calmará y veremos. Todas las mujeres son miedosas cuando truena; pero, lo que no me explico es, que quiera estar sola.

Y envolviéndose en la parda capa de la resignación,

por conveniencia, se fué a ocupar su puesto acostumbrado en el fondín del pueblo. Dejémosle solo, porque la ruindad tiene su cohorte y sus secuaces de víboras y de hienas.

Rosina penetró en su casucha; cerró con doble vuelta las puertas y ventanas y despojándose de sus ropas se acurrucó en su cama bajo las mantas, y allí vertió muchas lágrimas de rabia, de rebeldía y de pasión. Todo el cieno de su alma salió por sus ojos dejándola tal vez vacía y libre de tanta carga.

El cielo se serenó y la quietud aplastadora de una noche sin luces impuso el sueño a los elementos y a los hombres.

Sin embargo, muchos restos rebotaron contra las rocas y arenas de la playa. El mar sabe seleccionar muy bien todo aquello que no pueda servir de alimento a sus peces y por eso, casi siempre, los despojos van como una ironía de la devastación a coronar la playa donde el sol de la alborada se encarga de verificar el primer balance de lo que confiara el día anterior.

Amanecía. Una magnífica carcajada de la aurora parecía el despertar de aquel hermoso día. El mar se abría como un inmenso abanico de hadas; las nubes blancas y las gaviotas pincelaban el paisaje. La vida surgía, bullía en todas partes con esa alegría retozona de los pájaros, de las brisas matinales y de las olas.

Un estremecimiento general de toda la naturaleza enseñando sus galas y sus tesoros completó el cuadro.

Rosina, triste y somnolienta asomó su desgreñada cabeza por la ventana y contempló todo el esplendor del paisaje. Pero de pronto, palideció, sus ojos se agrandaron como quien ve un fantasma y haciendo alero de sus manos miró de nuevo hacia la arena de la playa y allí, como una acusación, como el birrete del juez, como el patíbulo, estaba, medio enterrada, una tabla junto con otras, pero aquella, horrible, amenazadora, cruel, despiadada, irónica, tenía esta palabra: "Leal", pintada de negro con filetes rojos. Era la del velero de su marido ausente que el mar plantó allí enfrente como una bofetada, como un puñal justiciero hiriendo en medio del alma, de alto abajo el corazón.

Enloquecida de terror, corrió a la arena y arañándola la besó muchas veces hablando palabras incoherentes, mezcladas con los nombres más cariñosos.

Sólo las olas le contestaron con tristes gemidos yendo a morir a sus pies; pero, aquella tabla muda, rígida, helada, no supo responderle; sólo podía leer esa tremenda palabra negra y roja que encerraba dos historias y que el mar consideró indigna de la voracidad de sus peces.

Ella la arrancó de la arena y agitadísima la arrojó sobre el umbral de su puerta como una lápida a la tumba de su amor clandestino, que había muerto ya; y lanzando una estridente carcajada, huyó por entre los riscos como perseguida por un monstruo.

Vacía quedó la casa, el amor había huido de allí, Rosina caminó por el mundo desorientada, loca...

Un hospital fué su albergue, el arrepentimiento trajo como un bálsamo sagrado, el consuelo a su amargado espíritu y sana de cuerpo y con la tranquilidad en el alma volvió a la vida...

. . . .

Han pasado veinticinco años.

La casucha se mantiene en su mismo sitio. Vese en ella una tabla con letras pintadas de rojo y negro colocada sobre la puerta, una anciana habita el interior. Todos los vecinos la quieren y le ayudan a vivir. Ella es la abuela común de los chiquilines del pueblo y la hermana cariñosa de todos.

Muchos recuerdan su historia, dicen que estuvo loca, loca de pena... Pero ella dice, cuando alguien le pregunta si no está cansada de vivir:

—No, porque sé que la constancia es la palanca de hierro de la esperanza y yo espero aún; por eso vivo.

Y allá en las tétricas noches en que el mar rugía tempestuoso, en que las olas azotaban con furia los peñascales de la costa, veíase a Rosina, desafiar la lluvia y el viento y dirigirse al mar murmurando sus labios una oración en las que el nombre de Pietro se repetía infinitas veces...

—¡El volverá!... Tiene que perdonarme...

Y así pasaban los días y la nieve de los años emblanquecía el cabello de Rosina que todas las tardes dejaba vagar su ansiosa mirada por el horizonte...

. . . .

Y una tarde un velero extraño atracó en la playa. Muy presuroso descendió de su borda un anciano y dos cabezas blancas se confundieron en estrecho abrazo, sin gritos y sin palabra.

Ella vió allá en la lejanía de su corazón temblar una lágrima.

Y él siguió con los ojos de su alma el proceso de una tabla.

. . . .

Al huir la gente de Mar del Plata, en una fría tarde de otoño en que el viento levantaba en remolinos las amarillas hojas de los árboles un pobre convoy fúnebre que se dirigía al cementerio.

Seguían al ataúd varios niños, y Pietro, al ser depositado aquél en la fosa, arrojó un puñado de tierra exclamando:

—¡Cuánto te he amado mi Rosina!

En las caras de ángeles de los niños se vió rodar más de una lágrima!

Perpetua **AUBONE**.

Dib. de Caro.



NOVIAS



Srta. Sara Fernández



Srta. Cora Fobety



Srta. Palmira Soldini



Srta. Julia Salles



Srta. de Bavio



Srta. de Mackinley

Fots. Garro, Witcomb, Merlino y Freitas.



De teatro

—Muy buenas tardes, ñatita.
—Hola, Antonio; buenas tardes.
—¿Qué tal?
—Bien. ¿Has conseguido
al fin las localidades?
—Aquí están: palco balcón
número diez.
—¿Es muy grande?
—Cuatro asientos.
—No cabremos.
—¿Estás loca? Tú, yo y Angel
somos tres; sobra una silla.
—Mi hermano ha dicho esta tarde
que no viene.
—Pues mejor;
quedan dos sillas vacantes.
—No quedan.
—¿Cómo?
—Verás.
Vino ayer Tota Zubiaurre
y la invité.
—Muy mal hecho.
—Y va a venir con su madre,
sus hermanas Pila y Lula,
su prima Drina y el chafe.
—¿El chafe?
—Sí; así le llaman
a don Lino el comandante
que le anda haciendo el amor
a la chiquilina.
—¡Diantre!
¿Y no viene nadie más?
—Nadie más.
—Pues ya es bastante.
No vamos a caber todos.
—¿Por qué no pedís un vale
a la empresa, por el palco
de al lado.
—Porque ayer tarde
pedí dos para tu hermano,
hoy otro y es muy probable
que, si pido más, me envíen
con la música a otra parte.
No sé para qué invitás
a esa familia cargante
que de todos se aprovechan
y van siempre a todas partes
sin aflojar ni un centavo.
—Yo... como son tan amables....
—Bien; yo arreglaré el asunto;
pero no invités a nadie
en lo sucesivo.
—Bueno.
—Si quieren aprovecharse
e ir al teatro de arriba
que los lleve el comandante.
Ahora no perdás tiempo;
vestite ya y arregláte
que yo me voy disparando
a buscar el otro vale.

. . . .

—¿Conseguiste?
—Aquí lo tengo.
Pero mirá que es muy tarde
y tenemos que comer.
—Sólo me falta un instante.
—¿Pueden ya servir la mesa?
—Sí, que sirvan.
—Apurate

. . . .

—Son las nueve y todavía
no se ha presentado nadie.
—No han de tardar.
—¡Qué fastidio!
Nada hay que tanto me cargue
como esperar.
—Ten paciencia.
Ya no es posible que tarden...
¿Querés te o café?
—Café.
—¿Mucho azúcar?
—Sí, bastante.
—¿Coñac?...
—Dos o tres gotitas.
—Juana, tráigame los guantes
y el sombrero.
—Sírvase.
—Ya estoy.
—Y no viene nadie...

. . . .

—Está visto que esta gente
no va a venir.
—¿Es muy tarde?
—Las nueve y media pasadas.
—Esperemos un instante.

. . . .

—Las diez y cuarto.
—¡Y no vienen!
—Esto ya es intolerable.

. . . .

—¿Qué hora es?
—Las once y cinco.
—¡Llaman!... Son las de Zubiau-
[rre...
—¡A buena hora, mangas verdes!
—Pasen por aquí... ¡Adelante!
¡Doña Petra! ¡Lula! ¡Tota!
¡Pilita! ¡Drina!
—¿Es muy tarde?
—¡No, señoras, qué esperanza!
—Un poquito.
—El comandante
don Lino Javier Regules,
mi esposo...
—Tengo muy grande
placer en...
—Lo mismo digo.
—Bueno, vamos al instante.
—Sí, vamos.
—Usted primero...
—No permito...
—Si no salen,
no vamos a llegar nunca.
—Vamos pronto, que es muy tarde.

. . . .

—Ya estamos.
—¡Al fin!
—Entremos.
—¿Entradas?
—Aquí está el vale.
—Primer piso a la derecha.
—Gracias.
—Pasen adelante.
—Diez y doce, estos dos son.
—Bueno.
—Muchachas, sentarse
—No hagan ruido.
—Que nos chistan.
—Siéntese aquí, comandante,
juntito a su simpatía.
—Mil gracias; es muy amable.
—¿Qué es eso?
—¡Cae el telón!
—¡Claro, vinimos tan tarde!...
—¿Pero, ya se ha concluído?
—¡Qué lástima!
—Vamos, marchen.
—Nos quedamos sin función.
—Tarda tanto en arreglarse
esta Drina...
—¿Yo? ¡Vos!...
—¡Vos!...
—¡Muchachas!
—¿Qué?
—Que se callen.
—Voy a buscar un programa
—¿Para qué?
—Para enterarme,
al menos, de lo que han hecho.
—Usted que siempre fué amable,
don Antonio, ¿no podrá
conseguir localidades
para otro día?
—¡Ay, si, si!
—¿Las conseguirá?
—Es probable
—¿Para cuando?
—Para el día...
(del júicio por la tarde)
—Pues esperamos...
—Esperen
—Que para el lunes o el martes...
—Cualquier día.
—Cualquier día...
(pido para ustedes vales.)

Julián J. BERNAT.

Dib. de Pelayo

CRÓNICA de la MODA

Ahora que se acerca la época en que nuestras elegantes abandonarán Buenos Aires, yendo en busca de la fresca brisa de nuestros balnearios, hablaremos del éxito enorme alcanzado en las aristocráticas playas del viejo mundo por los abrigos de colores vivos y brillantes que las damas usan en las tardes y noches frescas.

Los modistos parisienses lo han denominado "La nota de color" y hemos de reconocer que ningún título hallaríamos mejor aplicado.



La túnica ha de ser de distinto color de la falda y de colores vivos y brillantes, dominan los tonos rojos, verdes y malvas.

El tono cuero tiene también muchas partidarias; otras prefieren el gris "fumée", generalmente la predilección por un color determinado depende del cutis y del pelo de cada una, puesto que lo principal para resultar elegante es que haya una perfecta armonía dentro de los contrastes más violentos e inesperados. Entre los gabanes que hemos visto, los "suitters" son los más elegantes porque prestan a la figura un encanto extraordinario y una flexibilidad deliciosa.

Sus formas son tan distintas como su colorido: los hay rectos, abrochados en el centro y sin cuello; otros, con cuello vuelto, se abrochan en el costado y tienen cinturón, y algunos, de un corte muy original, recogen el vuelo de la espalda con una trabilla. No negaremos que la primera vista produce una impresión de sorpresa; pero luego se va uno habituando y concluye por encontrar la nota pintoresca.

Para que las lectoras de esta sección puedan formarse una idea aproximada de este conjunto, algo carnavalesco, describiremos algunos de los gabanes más originales:

Uno, de "tricot" de seda malva, con el delantero cruzado sobre el lado izquierdo, y guarnecido por ancha franja de "tricot" amarillo oro y tres botones grandes de nácar obscuro.

Otro del mismo género, forma rusa, es de color de naranja, con cuello, puños, cinturón y una tira recta desde el hombro izquierdo hasta el borde del abrigo, verde hoja seca. Los botones son de pasta color de naranja, y la hebilla del cinturón, de nácar blanco.

Del mismo estilo había varios en verde y blanco, verde y negro, morado y malva, naranja y blanco, etc., etc.

También se llevan algunos de punto de lana y seda, mezclando dos tonos bien opuestos entre sí (porque si no ya no tiene gracia), y otros de un género parecido a la "charmeuse" de seda; pero en lana, y de formas variadísimas.

Hemos visto uno, color de lacre, con cuello marinero blanco, parecía hecho de pedazos cortados sin orden ni concierto, porque en todo el gabán no había dos iguales, y, sin embargo, sentaba muy bien.

Un kimono muy caído de hombros, exageradamente ancho por el centro y de una estrechez inverosímil por abajo, con un gran volante de tul alrededor del cuello, despertaba la admiración general, a pesar de que la combinación de tonos era atrevida en grado máximo: estaba hecho con una tela de rayas anchas, muy anchas, color de violeta y paja tostada.

Todos ellos están forrados de blanco.

¿No es cierto que es una rara nota de color?

*
* *

Esos muñequitos esperados con impaciencia, que al llegar inundan de alegría a toda la familia, y en cuya existencia se cifran las ilusiones del porvenir, suelen ser el juguete de las primas que, embelesadas con los encantos del chiquitín, entablan un pugilato para ver cuál le hace el faldón o la gorra más bonita; y de este pugilato resulta que el bebé tiene un equipo principesco.

La ropita interior es primorosa; sus camisas, de una pieza, sin costuras, están bordadas a mano, sin realce, y las mangas, pegadas con vainillas finísimas. Los gorros vuelven a estar de moda, y como ningún niño bien arreglado sale con la cabeza descubierta, es preciso que figuren en la canastilla, por lo menos, seis o siete de diferentes géneros y formas.

El pequeño extranjero, como dicen los ingleses, tiene más exigencias que un niño de cuatro o cinco años, porque no sólo hay que pensar en vestirle a él, sino también en arreglar su coche, cuya manta debe hacer juego con el abrigo del pequeño.

La almohada y la sábana son siempre de hilo, bordadas y con un encaje alrededor; la manta, por la mañana, será de "tricot" de seda blanca, igual al gabancito con capucha que llevará el niño, y por la tarde, de batista bordada, con incrustaciones de encaje sobre un fondo de seda "ouatée".

Lo más interesante de la canastilla es el faldón de bautizo. El día de la solemne ceremonia, todas las miradas se reconcentran en el bebé. Su carita de rosa se adivina a través del velo que la

cubre para resguardarla del aire. Debajo de la capa de tul, bordado a ''plumety'', con viso de ''liberty'', lleva un faldón de tul estilo Imperio, sin mangas, fruncido y sujeto en los hombros con tirantes. Sobre el faldón se le pone un corselete de encaje pendiente de los hombros, y bajo el cual queda recogido el tul. Si el día fuese espléndido, se podría dejar los brazos del niño al aire; pero si hiciese demasiado fresco, convendría ponerle debajo del faldón una camiseta de batista con mangas largas. Este modelo se presta a las combinaciones más bonitas, porque el tul sencillo se puede substituir por tul de encaje, y aplicar guarniciones de Malinas o de Valenciennes. También se pueden bordar medallones y rodearlos con un entredós muy fino, que después se aplique al tul a punto de encajera.

El viso se hace generalmente separado, y si se desea que abrigue se forra de ''ouatines''. Cuando el faldón es escotado, el viso tiene la misma forma, y entonces la camiseta, por lo general, es una verdadera joya de primor, hecha con encajes, sin cuello y mangas largas. La gorra y el velo suelen ser independientes del faldón y de la capa, y es muy frecuente aprovechar encajes antiguos, prefiriendo entre todos las aplicaciones de Inglaterra. La nota nueva es la abolición de lazos de cualquier género. Las cintas no se admiten en ninguna forma; por eso se pone el corselete de encaje en vez de faja, y las mangas no se fruncen alrededor de las muñecas, sino que se hacen rectas y se vuelven formando cartera. En el lado izquierdo, sujetando el corselete, se coloca un ''bouquet'' diminuto de rosas rococó, blancas el día del bautizo, y de color en los sucesivos.



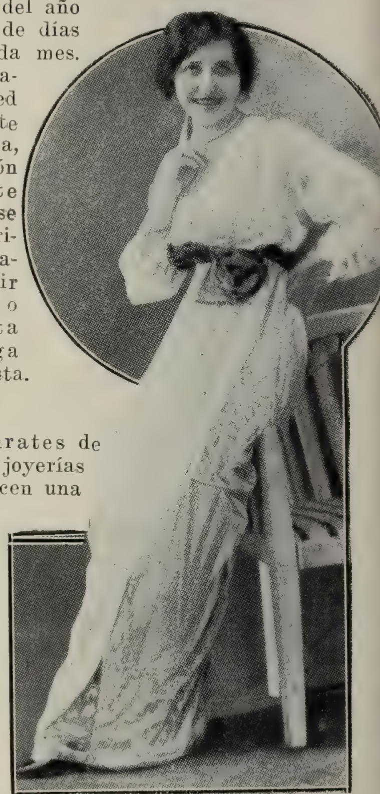
* *

Es una vulgaridad, queridas lectoras, decir que todo muere, pero tal vez no lo sea el recordaros que el que está próximo a morir es el año 1913.

En el viejo mundo las guerras han enlutado a madres, esposas e hijas; en la América del Norte hemos visto con dolor la revolución fratricida de Méjico; los historiadores prepáranse a escribir los hechos que hemos de relatar a la posteridad, los estadígrafos ultiman las últimas sumas, cuyo total ha de comprobar el balance comercial del mundo. Ambas cosas formarán las futuras efemérides.

En el hogar pensamos en el año próximo y al pensar en él nos preocupa el almanaque, guía de nuestra vida ordinaria y recordatorio diario de las felicitaciones que hemos de dar y de los días en que hemos de dedicar un recuerdo a nuestros seres queridos que han pasado a mejor vida.

La moda también se impone en el almanaque; entre las novedades que hemos visto citaremos uno, de acero empavonado, que a la vez sirve para sostener papeles. Por medio de un mecanismo muy sencillo, giran dos esferas, sobre las cuales están grabados los números: en una figuran del 1 al o, y en la otra del 1 al 3. Estas esferas, colocadas entre dos placas de acero, al girar, presentan delante de dos óvalos cubiertos de cristal el número o los números correspondientes a cada día del mes. Debajo hay 12 cartones, con los 12 meses del año y el número de días que tiene cada mes. Una vez colgado en la pared o en un estante de la librería, se hace presión sobre la parte superior y se levanta la primera placa para introducir una carta o cualquier nota que convenga tener a la vista.



* *

Los escaparates de las grandes joyerías de París ofrecen una nueva tentación a las que cuentan entre sus caprichos perlas y brillantes. La sortija más de moda es el tema obligado de todas las conversaciones y la meta de las aspiraciones juveniles.

Nos limitaremos a describirla sin juzgarla, puesto que aunque algunas personas de buen gusto estuviesen de acuerdo con el nuestro, la mayoría opinaría en contra.

Es un arito redondo, de oro o de platino, el cual sostiene, por medio de cuatro garras, un monumental calochón, pero tan grande, que es necesario abrir los guantes para que la piedra permita usarlos. Hay algunas mayores que una avellana gorda, y su valor oscila entre veinticinco y treinta y cinco mil francos. En el dedo anular del guante de la mano izquierda se hace un ojal de las dimensiones que exija el calochón; por él se introduce el aro de la sortija y después se pone el guante. De otra manera, sería imposible llevarla.

Aunque sea muy limitado el número de las señoras que adquieran esta joya, desde luego podemos asegurar que su aparición ejercerá alguna influencia sobre las sortijas.

A las aficionadas a todo lo que es novedad nos permitimos recomendarles las blusas "paysannes", de batista azul, naranja o de estilo persa antiguo.

La blusa género camisero se hace siempre con mangas largas de puño, sin grandes chorreras. Ahora priva la línea recta, y, por lo tanto, todo adorno voluminoso es inadmisible.

Las que no quieran llevar la garganta al aire con el cuello Robespierre, pueden optar por el "alto-vuelto", con corbata de batista, siguiendo la moda del año 1830.

Un detalle muy digno de tenerse en cuenta son los botones; de ellos depende que la blusa sea elegante o de una vulgaridad inadmisible.



Toda mujer elegante tendrá un juego de botones de platino, con chispitas de diamantes y un pequeño cerco de esmalte. Otro detalle de última moda es el cinturón, que será preciso buscar en casa de un anticuario, porque se hacen de dos pulseras antiguas, de plata repujada o de cobre, armadas sobre gamuza obscura.

Como todas las blusas se hacen sin forro, se impone un viso que no tenga aspecto de cubre-corsé, porque, sobre ser incorrecto, no es elegante que a través de una blusa de tul se vea la ropa que por algo se llama interior. Sobre el cubre-corsé, bordado e incrustado de encajes, con lazos muy pálidos, deben ustedes ponerse un cuerpecito de batista bordada, que vaya transparentándose gradualmente desde donde empieza el escote hasta la garganta y desde el hombro hasta donde llegue la manga de la blusa.

Esta graduación se obtiene uniendo a la batista un entredós de encaje un poquito tupido, y a éste otro de tul gordo, y, para que no parezca una cosa hecha de retales, se bordan a mano unas guirnalditas que parezcan la misma, serpenteando todo el cuerpo, formando de vez en cuando coronitas o lazos.

Un viso hecho de esta manera bastará para que la blusa más sencilla resulta una verdadera monada.

*
* *

Hay quien se queja de lo poco que trabajan las muchachas, y hasta se dice que algunas no saben coger la aguja. Podrá ser cierto, aunque nosotros nos permitimos creer que esas quejas (quizá hoy más justificadas que ayer) son las mismas que en todo tiempo hemos oído y seguirá oyendo la gente joven de las generaciones venideras. Pero lo que sí podemos afirmar es que nunca hemos visto en los escaparates tantos cestitos para la labor, y cuando constantemente se renuevan es que se venden; luego hay quien cose.

La cesta de actualidad, que dentro de pocos días ocupará un puesto en el saloncito de toda mujer elegante, es de hojas de maíz tejidas con una cinta ancha de faya malva que se entrelaza con las hojas y termina en un gran lazo. El interior de la cesta está forrado de faya malva y tiene dentro de varios bolsillos, alineados todo alrededor, agujas, dedal, tijera, punzón, alfileres, hilos y sedas. Como su coste no es excesivo, puede servir para hacer un regalo de poca importancia.



*
* *

Toda mujer ordenada debe apuntar sus gastos diarios al centavo; esta costumbre es utilísima y sirve para corregirse de esos infinitos caprichos de escasa importancia cada uno por sí solo, pero que en conjunto aumentan considerablemente el presupuesto doméstico.

La contabilidad carece en absoluto de encanto para la mayoría de las muchachas que aspiran a ser "señoras"; pero como su aprendizaje práctico es necesario, para animarlas al ensayo de amas de casa, se las debe regalar una caja como la que vamos a describir.

Es de piel verde, con un compartimiento para billetes, otro para oro, dos cestitos de alambre dorado para la plata y el cobre, y en la tapa un cuaderno con su lápiz, donde anotar el dinero que sale y entra en la caja.

*
* *

Las pantallas para las lámparas que se colocan sobre la mesa, sufren constantemente modificaciones. Ultimamente hemos considerado como las más bonitas las de seda estampada, imitando el color y dibujo de la porcelana; hoy, la última palabra de la moda consiste en unir dos o más entredoses de encaje gordo y montarlos

sobre seda transparente de un tono suave. En este estilo hay verdaderas preciosidades, y puede llegarse a convertir las pantallas en verdaderas joyas. Todo depende del encaje que se elija.

* * *

Que la moda lo invade todo es cosa ya indiscutible. ¿Querrán ustedes creer que esa "tirana" ha llevado también su acción avasalladora al campo de los ajedrecistas? Estos son, sin duda, entre los apasionados por el juego, los únicos acreedores a que se respete su afición, y, por lo tanto no será reprensible facilitarles el que puedan dulcificar—sobre todo en esta época de viajes—el aburrimiento en un largo trayecto, moviendo reinas, caballos y peones.



Con el movimiento del tren no sería posible que las figuras se sostuviesen sobre el tablero y, además, una vez terminada la partida, la caja ocuparía demasiado sitio; por eso consideramos un hallazgo precioso para los aficionados las carteras de piel que sirven de tablero. En cada una de las casillas tienen un pequeño bolsillo, donde se introduce la parte inferior de las figuras, las cuales quedan acostadas, porque su forma, siluetada en piel, lo permite perfectamente. Si por cualquier acontecimiento hubiese que interrumpir la partida, se dobla la cartera y se guarda en el bolsillo, sin temor de que las figuras se caigan.

Todo ello está hecho primorosamente en piel obscura con filetes dorados.

* * *

Entre las personas que tienen costumbre de viajar es muy frecuente encontrar en su equipaje, relativamente muy reducido, infinidad de detalles que a la vez que útiles son bonitos, y sirven para prestar al cuarto del hotel cierto aspecto confortable y de buen gusto, del cual suelen carecer aun tratándose de los hoteles más lujosos.

Merece especial mención la cartera para pañuelos, tanto por lo que tiene de práctica como por el sello elegante que tiene impreso.

Es de piel roja, forrada de raso blanco, tiene 20 centímetros en cuadro y se abre oprimiendo un botón colocado en el centro, por medio del cual se separa la parte superior de la cartera, formando cuatro triángulos. A pesar de su aparente pequeñez es capaz para contener 24 pañuelos, porque está hecha como los antiguos bolsillos de fuelle.

* * *

Según anuncian los periódicos, en lo que falta de año se celebrarán muchos matrimonios, y seguramente no serán pocas las personas que a estas horas estén pensando en la elección de regalos para sus amigos o parientes.

Hacer un regalo bonito a la novia es muy fácil; para las señoras hay mil objetos bonitos; pero regalar a un hombre es más difícil, sobre todo si se quiere salir del camino trillado de las vulgaridades.

Entre los objetos de buen gusto excepcional que pueden servir para regalos de boda, hemos visto un estuche de gamuza, que contiene una



caja cuadrada de plata para cigarros, doce ceniceros del mismo metal y la maquinilla de espíritu de vino para encender los cigarros.

Es bonito y de extraordinario lucimiento.

También pueden servir para hacer un regalo de menos importancia, los botones de platino, con cerco de esmalte blanco y chapitas de brillantes en el centro.

Son muy bonitos para los chalecos blancos y también como gemelos para los puños de la camisa.

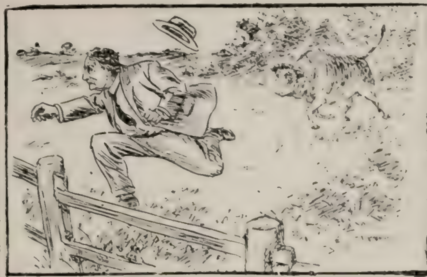
Los hay también con esmalte de color y esmeraldas, záfiros o rubíes, en vez de brillantes.

En gemelos hemos visto algunos en Eibar, son de un mérito grande, de acero con incrustaciones de oro, pero hay que ser inteligente para escogerlos, pues hoy día se falsifican y los falsos pierden el color y manchan los puños.

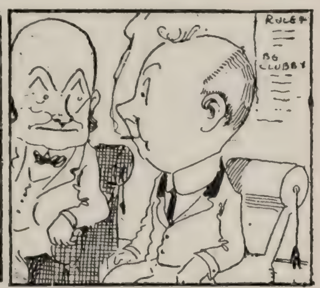
Casos y cosas



—Algunos dicen que el color de tu cabello no es natural.
—¡Es falso!
—¡Eso es lo que dicen!



—¡Se conoce que ignora que soy miembro de la Sociedad Protectora de Animales!



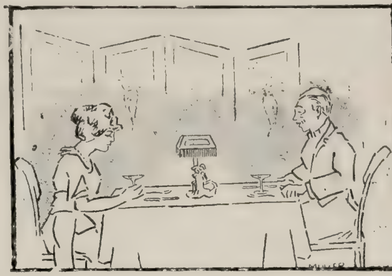
—¿No te impresionó la muerte del jockey que se estrelló el otro día contra los palos?
—¡Muchísimo! ¡Como que le llevaba jugados cincuenta boletos a su caballo!...



—Dice papá que no lo quiere a usted por yerno.
—Bueno; entonces dígale a ver si tiene otro empleo que darme...



—No puedo mantener la cabeza fuera del agua, al nadar.
—¡Yo creí que las cosas huecas flotaban!



—¿Qué es peor que una mujer celosa?
—Un marido que da motivo para los celos...



—Pero, ¿por qué no quieres darme un beso, Manolita?
—No, no, que dice mi abuelito que tiene usted una lengua de víbora.



—¡Zas! Tamien el nene tiene un diente solo, como vos, agüelito...



—¿Sabes que Mr. Billón, el célebre multimillonario, ha muerto?
—¿Si? ¡Cómo lo siento!
—¿Es pariente tuyo?
—No, es por eso que lo siento...



—Vea senorita, a mi no me asustan los aeroplanes.
—¡Qué bravo es usted!
—No crea. Es porque no pienso subir a ellos.



En plaza Constitución:
—¿Pero no me dijo usted que su casa está a diez cuadras de la estación?
—Sí. De la estación de la Chacarita.



—Señorita, he muerto a su perro, pero estoy dispuesto a disecarle.
—Basta con que no me cobre el viaje. (¡El perro no es mío!)

Centro infantil de cultura física "Rufino Sánchez"



Rondas ejecutadas por alumnas del Centro



Clases metodizadas por las mismas alumnas

En un álbum

A María Teresa Pearson

Partió el Amor distraído,
jugando cierta mañana,
un clavel que halló caído,
y de aquel clavel partido
formó tus labios de grana.

Asomaban por Oriente
del alba los tintes rojos;
tomó el rapaz sonriente
dos rayos del Sol naciente,
y te los puso en los ojos.

Queriendo un toldo adecuado
para sus luces extrañas,
que brillaban demasiado,
rompió en hebras un nublado
y dió sombra a tus pestañas.

Conchas de nácar hermosas
vió del Mar en las orillas
junto a flores olorosas;
amasó nácar y rosas
y así formó tus mejillas.

Y siguiendo alegremente
su marcha por norte y valle,
fué haciendo el dios inocente
de una palmera tu talle,
de una azucena tu frente.

Cuando el escultor travieso
tu faz, aunque hecha de prisa,
contempló con embeleso,
le dió un beso... y de ese beso
brotó entonces tu sonrisa.

Por eso al amor provoca
con su juego incitador
tu risa inocente y loca,
porque es El, el mismo Amor,
el que sonríe en tu boca.

Juan Antonio CAVESTANY.

El aprendiz

Don Teodoro es un amable y asiduo cliente de la peluquería "La trenza gris", una de las más acreditadas del barrio Sur. Don Teodoro tiene la manía o la debilidad de servir como "sujeto de experimentación" a los barberos bisoños que se inician en el difícil arte capital. Y somete su cabeza bien poblada y su rostro peludo a los primeros "ejercicios prácticos" del aprendiz, al que suele dar, "gratis et amore", provechosas lecciones.



Hace pocos días entró en la barbería, a su hora acostumbrada, y el patrón le atajó el paso en seguida diciéndole:

—¡Ah, don Teodoro! Tengo un dependiente nuevo. Le he dado ya tres lecciones... ¿Quiere usted probarlo?

Don Teodoro. — ¡Con mucho gusto! (Se acerca el aprendiz). ¡Ah! ¿Es usted el nuevo dependiente? (El aludido hace signos afirmativos). ¡Muy bien! ¿Qué es lo que se dice al cliente, después de saludarlo?

El aprendiz. — ¡Qué tiempo tan malo! ¡Y parece que va a durar toda la semana!... ¿Ha leído usted ese crímen que "trae" el diario? ¡Es horroroso! A propósito, yo tengo un amigo que...



Don Teodoro. — ¡Ah, no! Está usted equivocado. Antes de entablar conversación, pregunta usted al cliente: ¿la barba o los cabellos?... Yo respondo: la barba. Suba usted el respaldo. (El aprendiz obedece). Este es el momento de colocarme el paño alrededor del cuello. (El aprendiz vacila). A la derecha... un poco más acá... ¡bien! Ahora el jabón. (El aprendiz prepara el jabón y lo extiende copiosamente sobre el rostro del cliente). ¡Un minuto! No se hace así. ¡Me enjabona usted hasta los ojos! Hay que extender el jabón con precauciones... ¡Así, así!... Una barba bien enjabonada está medio afeitada, como quien dice. ¡Ahora, afeitar!



El aprendiz. — ¿Le hago daño, señor?

Don Teodoro. — ¡Absolutamente! Sólo que creo que me afeita usted con el lomo de la navaja. Ponga usted el filo. (El aprendiz vuelve la navaja). ¡Ay!

El aprendiz. — ¿Qué le ocurre?



Don Teodoro. — ¡Me ha cortado usted!... Pero no importa. ¡Continúe! (El aprendiz le abre un tajo al cliente en la barbilla). ¡Permítame usted! Yo no he querido decir que siguiera cortándome.

El aprendiz. — Es que... voy a explicarle a usted. La mejilla va bien, pero luego llega el mentón y hay que dar la vueltita y entonces ¡pam!... ¡es lo que sucede!

Don Teodoro. — Es preciso que se acostumbre usted. ¡A ver! Agarre otra vez el mentón.

El aprendiz. — ¡Es usted muy amable! (Toma otra vez la barbilla del cliente y la raja de nuevo).

Don Teodoro. — ¡Por dios! Me ha herido usted otra vez..... Pero, en fin, esta ya ha ido mejor. ¡Vamos! (El aprendiz va). Así no, por la garganta. Afeite "remontando".

El aprendiz. — A esto yo no puedo llegar. Prefiero decírselo con franqueza: ¡le cortaría a usted el cuello!

Don Teodoro. — ¡Vamos, hombre! ¿No le animo a usted? ¡Siga mis consejos no más! Si no aprende usted a afeitar a contrapelo, nunca sabrá usted hacerlo.

El aprendiz. — ¡Es verdad!

Don Teodoro. — ¡Caramba! Esta vez me ha desfigurado usted.

El aprendiz. — ¡Se lo advertí a tiempo!

Don Teodoro. — En fin, no puede decirse que esté tan mal. La mano todavía un poco pesada... ¡Y cómo me escuece la piel! Vierta usted un poco de vinagre en el paño y pásemelo por la cara. (El aprendiz obedece)... ¡No! ¡No es eso! Me pone usted brillantina.

El aprendiz. — ¡Es cierto!... ¿Polvos?

Don Teodoro. — Sí... ¡pero no en los ojos!

El aprendiz. — ¡Disculpe!... ¡Ya está!

Don Teodoro. — ¡Perfectamente!

El patrón. — Y ¿qué tal? ¿Qué dice usted del nuevo aprendiz?

Don Teodoro. — ¡No va mal! Con unas cuantas lecciones más, quedará adiestrado. No olvide que quiero que me sirva la próxima vez. (Llamando al aprendiz). Tome, querido amigo, veinte centavos de propina.

El aprendiz. — ¡Muchas gracias, señor! (Aparte). ¡Animal!

Don Teodoro se marcha con el rostro cubierto de tafetán inglés, pero satisfecho.

Marcelo ARNAC.

PUNTOS Y COMAS

La Duma rusa sigue discutiendo la ley de prensa. Desde luego, se ha reconocido al gobierno la facultad de establecer prohibiciones especiales en las ciudades cuya población sea inferior a 10.000 habitantes.

Ley, en verdad, poco equitativa; una ley del embudo, por donde los periódicos de las grandes ciudades verterán lo que les venga en gana, mientras los de las poblaciones pequeñas estarán sometidos a estrechas medidas.

Leyes moscovitas son,
que no deben afligirnos;
pero es cosa de decirnos:
"¿Qui mi cointas, Salomón?"
Pues, si causa sensación
un suceso extraordinario,
ese sistema arbitrario
hará variar la reseña,
si es una ciudad pequeña
donde se publique el diario.

* * *

Telegrama de Candelaria, publicado por uno de nuestros rotativos:

—"La oficina de correos necesita una bandera y un escudo".

Y el público que preste mejor servicio, añadimos nosotros.

* * *

El doctor Marcelino Ugarte ha pronunciado ya su discurso-programa, como candidato a la gobernación de Buenos Aires.

Empieza confesando sus errores de otros tiempos, y para que sea válida la confesión, expresa su propósito de enmienda.

Veremos si los electores le otorgan la absolución.

* * *

El ilustre candidato conservador, después de exponer los puntos referentes a administración pública, finanzas, obras, etc., etc., con detalles que revelan su competencia, hace alarde de un espíritu político amplio y casi ecléctico y llama a todos los ciudadanos y agrupaciones para que alleguen cada uno su material a la obra común.

"Que vengan varonilmente—dice—los radicales con sus vehemencias y energías a impulsar la vida democrática.

"Que vengan los cívicos a reconstruir su fuerza tradicional y moderadora.

"Que vengan los socialistas con sus reformas, ideas y principios. Debatiremos".

Los radicales, por lo pronto, no van a ir. ¡Lo han decidido!

Los demás, a su destino
van solos ¡y con escama!
pues saben que Marcelino,
si ahora amoroso los llama,
luego les cierra el camino.

* * *

Un tal Pereyra Suárez no teniendo en qué entretenerse en la vecina orilla degolló en menos que canta un gallo a la familia Mariscotti.

Todos los funcionarios de policía con el jefe político a la cabeza acudieron al lugar del suceso y procedieron inmediatamente a la busca del criminal.

A poco vieron a un hombre moreno, de mirar hosco y de pelo crespo, comiendo bananas, le rodearon y dijeron:—¡Usted es el matador!

Y aquel infeliz pelambre
les contestó:—¡Sí, señor,
yo soy aquí el matador...
porque estoy matando el hambre.

* * *

Indudablemente el cable presta grandes servicios a la humanidad; por él hemos sabido que el 23 almorzó el rey Alfonso con el archiduque Eugenio en Viena; que mister Brian salió de caza el 22, que el mismo día dió un paseo en un automóvil el rey Víctor Manuel y que el presidente Wilson abandonó el 24 las labores presidenciales para dedicar el día a los preparativos de la boda de una de sus hijas.

Pero, ¿cómo vivirían nuestros antepasados sin disfrutar de los adelantos de la cablegrafía?

* * *

El poder ejecutivo de Santa Fe ha manifestado a la Unión Comunal de la ciudad de Esperanza que no puede entender en las reclamaciones formuladas por los fraudes cometidos en una elección municipal, y aconseja a aquella entidad que acuda a los tribunales.

La Unión Comunal ha decidido seguir el consejo.

Y de Esperanza la Unión
a ese recurso se lanza,
pues si perdió la elección,
no ha perdido la "esperanza"...
de una rectificación.

* * *

Una de las cuestiones que se debaten en la municipalidad de Rosario y que interesa a los vecinos de la ciudad, es la referente a la concesión del alumbrado eléctrico. Como siempre, en estos casos, se trata de intereses comunales en pugna con los de las empresas particulares.

Y a propósito del asunto, dice un periódico que no se explica cómo los concejales partidarios de la empresa han dado su voto a una ordenanza que representa un desembolso de 500.000 pesos, sabiendo que las finanzas municipales atraviesan un período crítico.

Aunque aseguran que nace
la luz, de la discusión,
lo que es en esta ocasión,
la discusión la deshace.
Si "claridad" ha faltado
al discutir este punto,
¿qué pasará en otro asunto
que no sea de "alumbrado"?

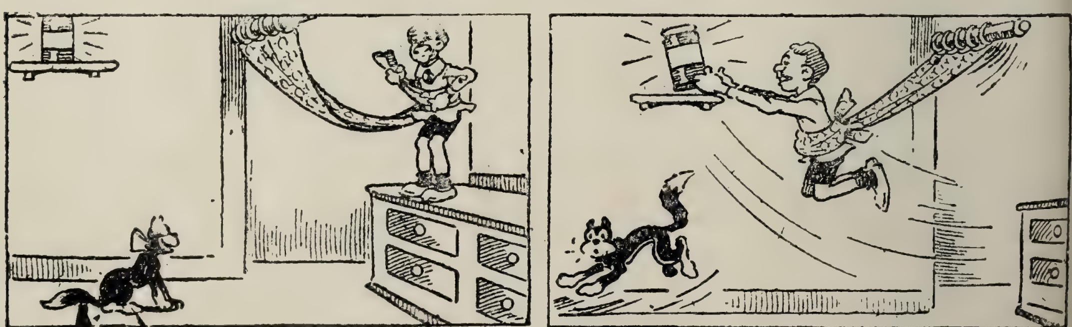
* * *

El "New York Herald", de París, publica la entrevista celebrada por un repórter con la célebre adivina madame Hebes. En ella ésta ha hecho las siguientes profecías para 1914:

Dice madame Hebes que el año entrante será dominado por Marte, que Inglaterra correrá peligros en la India, que en Londres habrá una terrible catástrofe; en Portugal se proclamará la monarquía, en Alemania habrá revoluciones, que se morirá el papa y que el único país que disfrutará de paz y prosperidad será el Japón.

¿Habrá que hacer oración
como aquel que va a morir?,
o tendremos que decir:
—¡Caballeros, al Japón!

Robo audaz



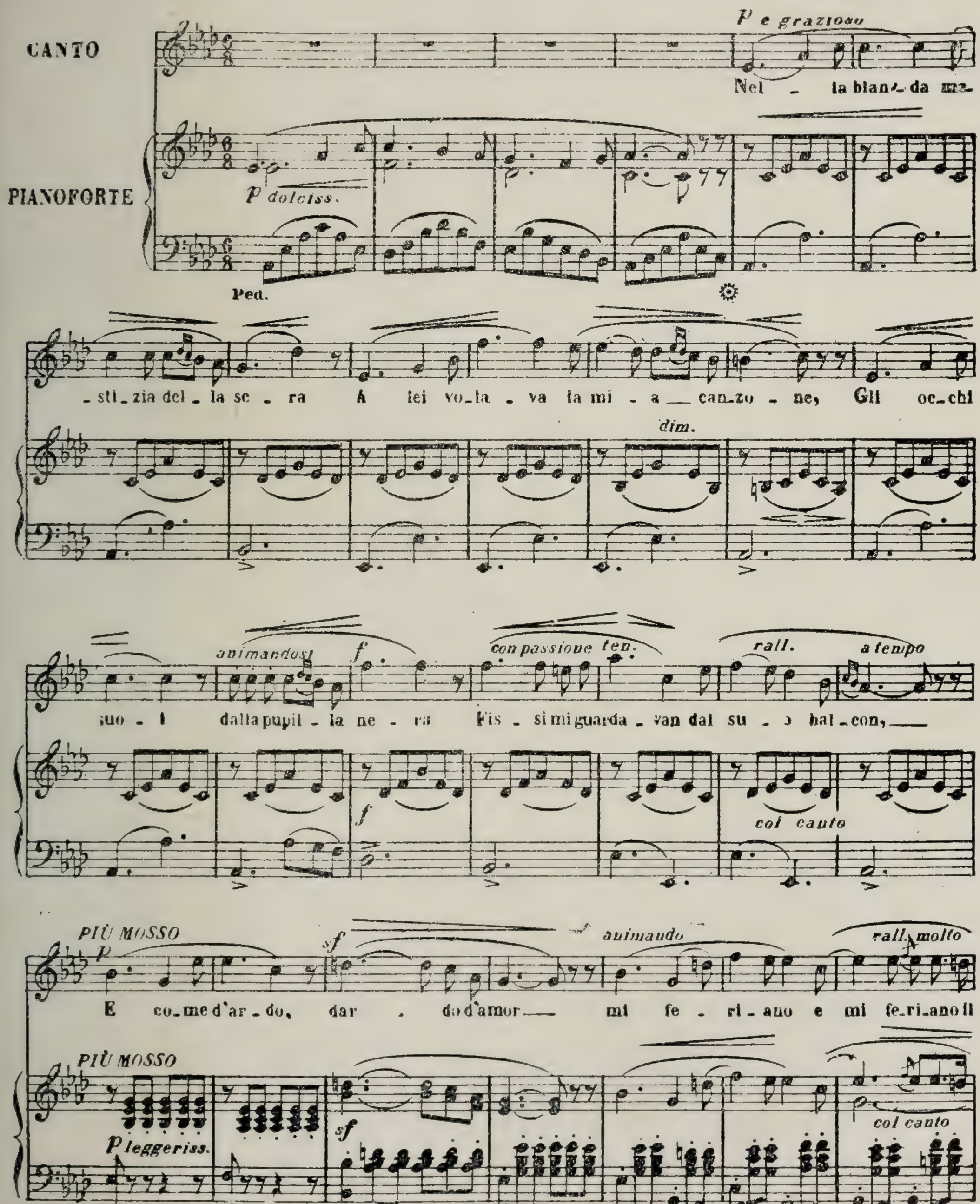
—¡Lo que me gustan a mí las guindas en dulce!



Melodía triste

Letra de E. F. Gallinone

Música de E. Cattaneo



El tónico JAVOL



hace crecer
un cabello

**bello, largo,
suave, rizado,
ondulado, sedoso
y exuberante**

cura la caspa
y evita la caída

**FRASCOS de $ 2.00
3.50 y 5.00**

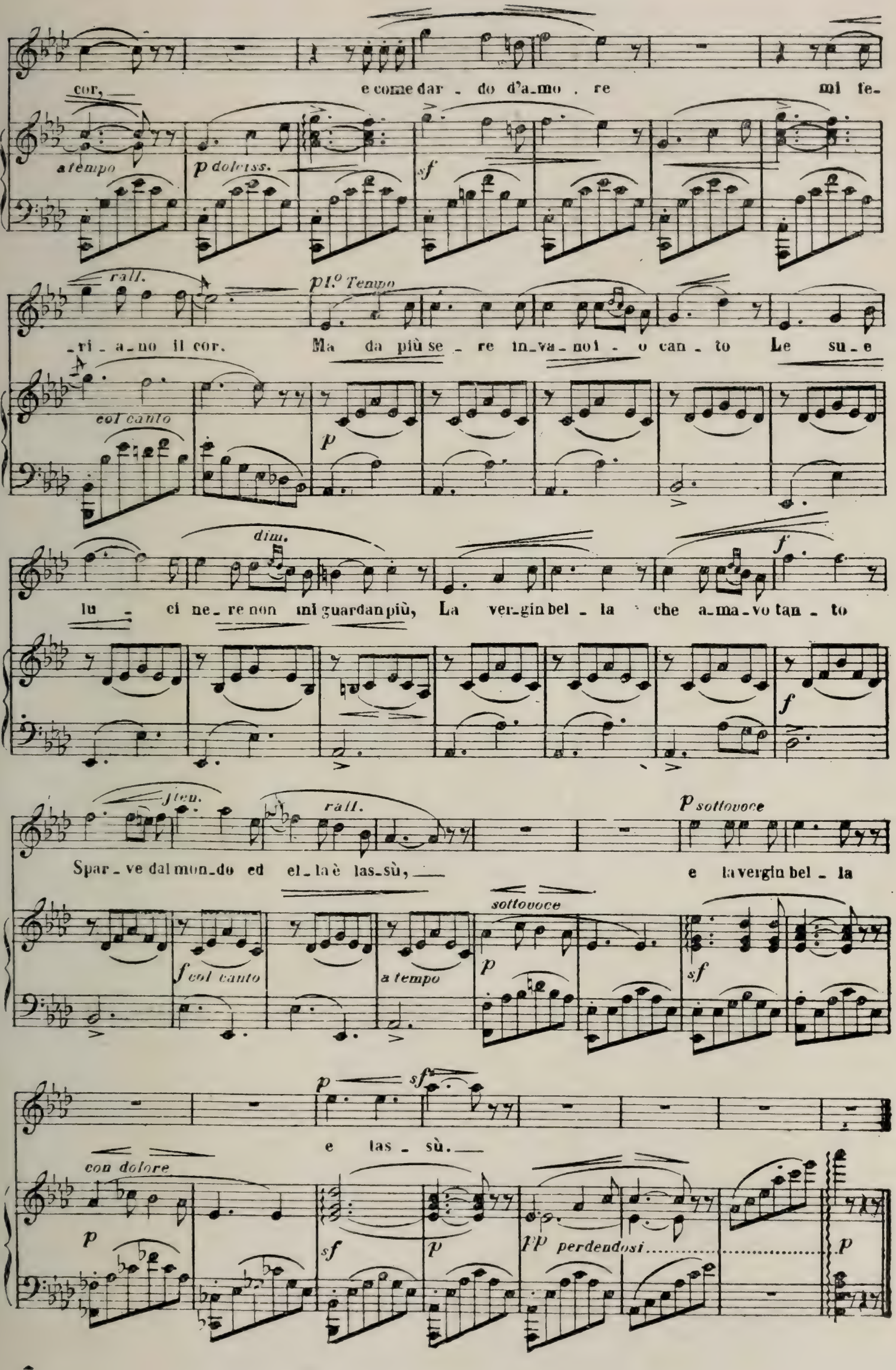
**Se vende en las
Farmacias, Peluquerías
y Mercerías.**

**En FRASCOS NEGROS para los cabellos GRASOSOS
y en FRASCOS BLANCOS para los cabellos SECOS.**

**Cada frasco lleva un paquete
de JAVOL - SHAMPÚ**

Concesionarios: **Arturo O. Diesel y Cía.**

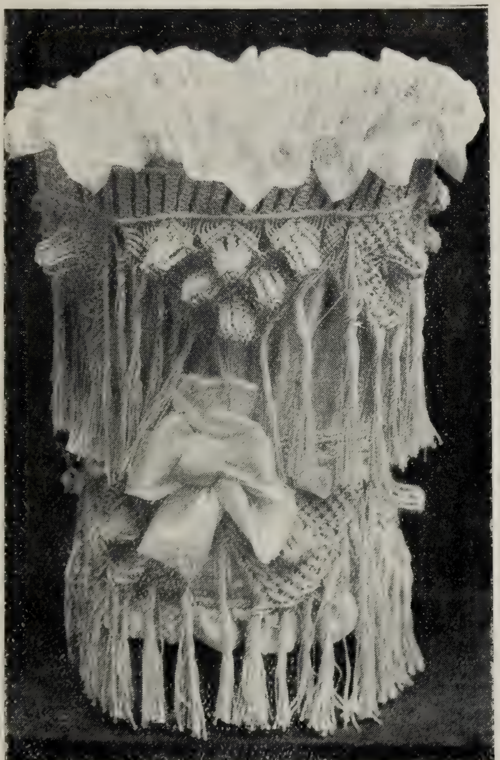
Reconquista, 459 Buenos Aires


cor, e come dar - do d'a_mo - re mi fe-
a tempo
p dolciss.
sf
rall.
P1.º Tempo
_ri - a_no il cor. Ma da più se - re in_va_noi - o can - to Le su_e
col canto
p
dim.
f
lu - ci ne_re non mi guardan più, La ver_gin bel - la che a_ma_vo tan - to
ten.
rall.
p sottovoce
Spar - ve dal mon_do ed el_la è las_sù, e la vergin bel - la
sottovoce
f col canto
a tempo
sf
p
sf
e las - sù.
con dolore
pp perdendosi

Labores Femeniles

Entre las labores que la actual moda nos ofrece como una primicia con todos los encantos de su belleza oriental de las lujosas mansiones asiáticas y de sus draperías artísticamente bordadas con soberbias franjas caladas adornadas con hilos de oro y plata con tejidos de macramé; el macramé simple es el que vuelve al escenario de la moda en todas sus variadas combinaciones de puntos y en su laberinto de nudos pasados en todas formas.

La moda, en su soberano mandato, así lo dice, sea o no sea bien venido, es el macramé. Por cierto, no será un desagrado para nuestras gentiles lectoras, una labor más que viene a morar en nuestros hogares y que sin duda tendrá un lugar de preferencia entre los tantos trabajos femeniles que hacen el encanto y el embellecimiento del hogar.



Canasto de papeles con tejido de macramé

El macramé tiene sus dificultades como la tiene toda labor, pero en su conjunto, una vez pasadas las primeras dificultades, que son la formación de los primeros cinco nudos diferentes, que diremos así como si fuesen los nudos de base, para formar sucesivamente con ellos todos los demás dibujos que se deseara hacer, ya las demás combinaciones quedan sumamente fácil de hacer cuando sean solamente dibujos formados por nudos formando enrejados, mosaico con alto y bajo relieve, barretas, columnas y diferentes calados.

Las dificultades más grandes que reune el macramé es formar figuras de pájaros, dragones, mariposas, leones y otros animales por el estilo. Como éstos deben formarse simplemente con un punto liso o un medio punto, y lo que le da la forma es la guía sobre la cual se va trabajando, ésta debe ser llenada con mucha prolijidad para formar una estética completa de la figura.

También al formar las figuras, los hilos que forman los pases del medio punto deben ser calculados muy justos para que éstos den lo suficiente para formar las partes tupidas y tengan su salida exacta para evitar cortes o uniones que indudablemente harían un mal efecto en el tejido por quedar tan visibles en el trabajo.

El macramé está destinado a revolucionar muchas labores y hacer de ellas menos combinaciones con nuevos encajes por sus formas de dibujos y por sus estilos, que serán toda una novedad para el embellecimiento del hogar con la base de los estilos antiguos.

Momentáneamente el macramé se emplea para formar guardas para visillos, stores, para carpetas de mesa, para almohadones, para vestíbulo, para canasto de papeles, para toallas y anchos embutidos en tejidos muy finos para vestidos; para pantallas será uno de los adornos más preferidos en combinación con las figuras y dibujos tejidos al crochet estilo veneciano.

Para los visillos se usan las guardas de macramé tejidas en dos o tres tonos muy claros; los más de moda son el color crudito en tres tonos, de mayor a menor; es la combinación más bonita y más delicada.

El canasto de papeles con sus dos guardas de macramé ricamente trabajadas, es un precioso modelo fácil, cuyo dibujo podrá ser utilizado para muchas otras labores por su fácil ejecución. Todos los hilos y dibujos y manuales ilustrados se hallan en venta en nuestras casas del ramo.

La relojera sobre marco dorado lleva un artístico bordado en seda imitación pintura; el bordado está definido con una sutileza con una transparencia tal, que haría dudar al más profano si es bordado en seda o si es pintura; es una delicada obra de arte como las tantas de nuestra producción local con que hemos engalanado nuestras páginas, haciendo las delicias de nuestras aficionadas y diletantes que prosiguen las difíciles bellezas que tienen un manojo de seda y una aguja.

Nuestro bordado es ejecutado sobre raso blanco totalmente bordado en seda menos las dos casitas y el agua; los colores empleados en las sedas son en conjunto, los tonos N.° 1 al 4, 11 al 13, 31 al 40, 121 al 128, 131 al 138, 201 al 210, 171 al 177, 341 al 347, 256 al 260, 351 al 356, 361 al 364, 141 al 146; estas son las sedas empleadas en nuestro bordado, que sin duda ya nuestras lectoras podrán emplear siguiendo todas las indicaciones que hemos dejado anotadas detalladamente en los varios números anteriores de El Hogar.

No olvidar nunca la posición del bastidor para que el bordado reciba los mismos reflejos de luz, que serán los que indicarán los tonos claros u obscuros que más conviene emplear para obtener un buen resultado en cualquier labor que se desee bordar en seda.

Una leyenda ingenua explica el origen del macramé, acaecido allá en un encantado país oriental.



Misterios del Africa

La civilización procede a veces por medio de actos inesperados, casuales, extemporáneos en su trabajo incesante de expansión y conquista.

No es el caso aquí de entrar en el maremagnum de las citas y ejemplos, para demostrar esta verdad.

La historia de la humanidad está llena de ellos, y a cada instante brotan a nuestro mismo alrededor.

Vamos a un caso concreto, que ha sido explotado en estos días por la prensa mundial, dando tono e interés a la gacetilla de lo maravilloso.

Una de las caravanas que cruzan las grandes llanuras africanas, con motivo de la guerra que aún estremece y retacea aquel país en su mayor parte aún inexplorado, es sorprendida por una patrulla y huye a la desbandada, arrojando al azar, para alivianarse, los artículos más raros y preciosos que, junto con los pertrechos guerreros, formaban su impedimenta. Entre éstos, en medio de un oasis, queda un cajón de Jabón Reuter, consignado a quién sabe qué lujoso y epicúreo estado mayor musulmán. Una mujer, una negra aborigen que lleva a su hijo con el objeto de asearlo en la charca vecina al pozo sagrado del oasis, lo encuentra y lo abre. El fino intelecto femenino le hace comprender, al aspirar aquel perfume exquisito, que aquella pasta, unida al agua, debe de ser un elemento supremo de pulcritud e higiene. Lava con ella a su hijo y se lava a sí misma. Un misterio de compenetración luminosa invade su espíritu. Tras de su barbarie y su salvajismo existen gentes que se parecen a los dioses, pues inventan aquella pasta divina. Los elefantes vienen del fondo de los bosques atraídos por el aroma de una nueva flor.

El desierto acaba de ser cruzado por una suprema ráfaga de civilización llevada hasta él por la suprema exquisitez y soberanía del Jabón Reuter.

Según la leyenda, vivió hace muchísimo tiempo, Kashimura, una princesita japonesa, de ojos oblicuos y tez bronceada y pies microscópicos. Y sufría de añoranza la princesita, una melancolía recóndita, que no bastaban a disipar ni las fastuosidades inenarrables de sus palacios, ni la visión del mar azul intenso, ni el oro del sol levantino cayendo en áureos chorros sobre las frondas. Los más valientes y ágiles samurays se le presentaron a cortejarla y pretendieron rendirla con el despliegue de sus riquezas magníficas o sus fuerzas portentosas puestas de manifiesto en encarnizados combates de jiu-jitsu. Ante sus pies, se desenroscaron los tapices más portentosos que hayan visto ojos humanos, los cofres olorosos mostraron sus entrañas de pedrería, los poetas y músicos trataron de halagar sus oídos con la fanfarra de sus estrofas épicas o la melodía de sus violines unicordes.... Nada... Todo lo conocía la extaña princesa nipona, todo la hastiaba. Nada nuevo había para Kashimura, que había saboreado todos los goces de los sentidos. Y fué entonces cuando un samuray,—el más prendado de todos,— al pasearse triste, muy triste, por sus jardines enanos, se detuvo un punto a contemplar el trabajo de una araña gigantesca que tendía su trama sutil entre dos ramas. El sol caía de soslayo sobre aquel trapecio donde la velluda equilibrista ejercitaba la actividad de sus ocho patas negras. Hubo un zumbido en el aire, que repercutió en la tela. La araña sintióla temblar bajo sus patas y se retiró a un rincón. Instantes después, un colibrí se incrustaba como una joya irisada en la telaraña.



Relojera bordada en seda, imitación pintura

El samuray sintió un ímpetu de compasión. Pero se detuvo. Y cuando todo volvió a la quietud, cuando solo resonaba en vibraciones de la tela la palpitación de fiebre y de angustia del prisionero, una mariposa cayó junto al cautivo. Sus alas explayadas tenían arabescos de oro en polvo, trazos de cinabrio, hilos de azul... y al verlos el samuray pensó en la seda nueva, en la seda maravillosa que deslumbraría las retinas cansadas de Kashimura.

Así nació el macramé.

No hay que decir que la princesita pagó espléndidamente al samuray.

Rosa ASPLANATO.

Cabezas empolvadas

Parece que vuelven a ponerse en moda los cabellos blancos. ¿Y por qué no? Un rostro joven bajo una cabellera de plata ofrece seductor aspecto. Basta, para convencerse de ello, contemplar un instante uno de esos lindos retratos del siglo XVIII, en que sonríen las bellas damas empolvadas.

La moda del pelo blanco reinó durante largo tiempo y señaló con un "cachet" especial y muy pintoresco toda una época. Se dice "el siglo del cabello empolvado", como se dice "el siglo de las grandes pelucas", al hablar de ese período, por más que no se limitó estrictamente a él la moda de que hablamos.

El "empolvado", aunque no de uso muy extendido, se empleó en tiempos de Enrique IV y aun en los de Enrique III. Este último rey tenía la costumbre de cubrirse los cabellos con polvos perfumados con almizcle, pero no tuvo muchos imitadores.

En 1593, se vió una cosa extraordinaria, que produciría un verdadero escándalo en nuestros días: las religiosas se mostraban públicamente pintadas y empolvadas, a despecho de las censuras que se les dirigían.



Sin embargo, se tardó mucho en generalizar los polvos en los tocados. Los cómicos fueron los que iniciaron esa costumbre, al presentarse en escena. Pero en el reinado de Luis XIV se extendió de tal manera que el duque de Borgoña, el austero discípulo de Fenelón, fué uno de los primeros en empolvarse. No obstante, no pasaba de ser un capricho, hasta entonces, lo que en el reinado siguiente adquirió todos los caracteres de una imposición de la moda, dando el tono el joven duque de Richelieu quien, durante la Regencia, contribuyó a propagar esa costumbre.

Se ha conservado la receta del polvo que empleaba el duque y que era conocido con el nombre de polvo "a la maréchale". Es extraordinariamente complicada. Entraba como base y elemento principal el iris, mezclado con rosas de Provins, cerezo de Rhodas, granos de ambarilla, un poco de clavo, canela fina, benjuí, estoraque, bergamota, azahar, sándalo, etc., etc.

¿Cómo pudo sostenerse ese, que parecía extravagante invento, de blanquearse los cabellos?

Indudablemente, tenía la ventaja de dar a todas las cabezas una cabellera idéntica, y reparaba el irreparable ultraje de los años.

La peluca había venido ya en auxilio de los calvos. Los polvos suprimían los cabellos grises de los viejos blanqueando los de los jóvenes. Estos creían que esa blancura comunicaba dulzura a las facciones y a la mirada. Así, pues, los polvos blancos contentaban a todo el mundo y no hay que extrañar la duración de su reinado.

La revolución no consiguió desterrar del todo la costumbre. La mayor parte de las cabezas que cayeron al filo de la guillotina estaban empolvadas, la de Robespierre entre otras. Bonaparte se empolvaba en Italia, y es curioso observar que los polvos subsistieron más tiempo en el ejército que en la población civil.

Esta moda, ¿podrá tener éxito en nuestros días? Tiene en su contra el ser embarazosa y poco limpia. Sienta bien a la cara, pero ensucia los vestidos y los muebles. Es un adorno, pero también una plaga.

Sin embargo, los médicos—¡quién lo hubiera creído!—la recomiendan, desde el punto de vista higiénico. Citan como ejemplo lo que sucede a consecuencia de ciertas enfermedades eruptivas, que han exigido que la cabeza quede cubierta durante largo tiempo, pues cuando el enfermo se decide a airear los cabellos, éstos caen por mechones.

De modo que contra los inconvenientes antes expuestos, tiene la moda de los cabellos empolvados las ventajas de la belleza y de la higiene.

Toda la gente elegante y práctica

USA LOS AFAMADOS



Son 10 veces más baratos que los cuellos de hilo y son muy prácticos especialmente en el verano

UNICOS INTRODUCTORES:

CURT BERGER y Cía.

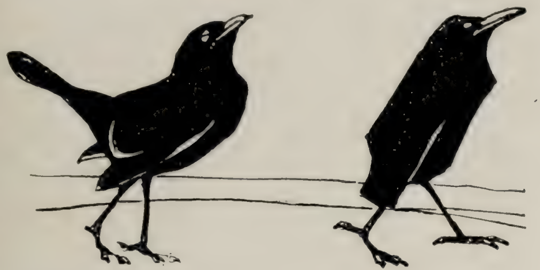
BUENOS AIRES Esmeralda, 184	VENTA POR MENOR:	ROSARIO Sarmiento, 779

A LA ELEGANCIA ECONÓMICA

Historias de cuervos

Desde tiempo inmemorial los cuervos han sido objeto de canciones, historias, consejas y supersticiones populares. Sus atrevimientos, sus picardías, sus costumbres contradictorias, sus astucias, la áspera nota de su canto, su fea forma y su bello plumaje ha constituído el tema de muchos cuentos.

Una de las particularidades más curiosas del cuervo es que no habiendo ave más tímida y más difícil de coger en estado silvestre, no hay otro más fácil de domesticar ni menos tímido, una vez domesticado. El cuervo silvestre no se atreve jamás a atacar a otra ave; conténtase con robar los huevos y las crías y volar alrededor de los nidos. Pero en cuanto se domestica no le importa subirse encima de un perro, limpiarse el pico en el lomo del can y aprovechar cuando está dormido para tirarle de las orejas y picarle la cola. Cuando el perro se despierta gruñendo el cuervo echa a volar y vuelve a los pocos minutos a reanudar el ataque. Casos como éste se han observado muchos.



En un interesante artículo publicado en "Country Life" acerca de los cuervos, cuenta el autor que poseía una pareja de estas aves las cuales cuando le veían hablando con alguien y no les hacía caso, castigaban su falta de atención picándole las piernas o desatándole las cintas de los zapatos.

El cuervo es un ave muy divertida y muy interesante cuando está domesticada, pero se la puede tener en sitio reducido. Los dos cuervos antes mencionados han vivido siempre en completa libertad; ni siquiera se les han cortado las alas y sin embargo nunca se alejan de casa de su amo como no les asusten alguna persona o algún perro extraño.

El cuervo es muy juguetón. Cuando viven emparejados juegan al escondite, pero su diversión favorita consiste en tirar cada uno del extremo de una cuerda o de una larga vara, a ver quién puede más. Cuando se cansa uno de ellos, suelta la presa y el otro cae de espaldas.

En cierta ocasión, un amigo del dueño de los cuervos antedichos, les ofreció un pañuelo para jugar, reteniendo él una punta. Los cuervos tiraban con energía, pero uno de ellos comprendiendo sin duda que la victoria no había de ser suya empezó a coger el pañuelo y de pronto le dió un doloroso picotazo y echó a volar huyendo del castigo.

Sabido es que los cuervos como algunas otras aves, son grandes coleccionistas de objetos menudos, sobre todo si relucen. Chinas de forma rara, trozos de cristal, alfileres, en una palabra, todo lo que les gusta se lo llevan y lo entierran. Un guarda rural encontró un día dos navajas en un nido de cuervos situado a una legua del camino y de las casas más próximas.

Otro guarda cuenta un caso chistoso que presenció. Se trata de una broma dada por un zorro a un cuervo. El ave estaba subida en una peña y el zorro se fué acercando cautelosamente. El guarda se quedó sorprendido, porque la carne de cuervo no resulta codiciable ni aun para el paladar de un zorro, pero no llevaba intenciones de comérselo, porque cuando llegó a lo alto de la peña, lanzó un ladrido desdeñoso y se sentó como para felicitarse del éxito de su broma, con gran disgusto de la asombrada y asustada ave.

El vulgo cree muchas mentiras acerca del cuervo, como por ejemplo que nacen blancos como la nieve y como les extraña el color a los padres que esperaban las crías negras, las abandonan. Lo que ocurre realmente es que los cuervos, como todas las aves de rapiña, sienten una antipatía extraordinaria hacia las crías cuando echan las plumas y los pican y atormentan hasta conseguir arrojarlas del nido.

Uno de los hechos más interesantes concernientes al cuervo es la extraordinaria edad que alcanza. Son famosos por su longevidad. Se ha registrado casos de cuervos que vivieron más de ochenta años.

Breves consejos de cultura física



Para que la educación física resulte práctica, es inútil buscar profesor. El profesor de cultura física enseña preferentemente un método sueco. Generalmente, es noruego, pero tiene cierto aire dinamarqués.

* * *

Pueden comenzarse los ejercicios físicos por la mañana, subiéndose los pantalones durante diez minutos por medio de los tiradores. Esto desarrolla los biceps y los cuadriceps y ro tiene cierto aire dinamarqués.

* * *

Un novio debe ejercitarse aspirando diez y seis veces por día el delicioso perfume de la elegida de su corazón. Así se desarrollará su caja torácica en proporciones notables. No hablamos de los apretones de manos, tan significativos y adecuados para fortalecer los músculos del antebrazo.

* * *

En el casado la cultura física tomará un carácter intensivo, sobre todo después de la luna de miel. Si tiene la suerte de "poseer" una suegra, el favorecido tendrá veinte ocasiones diarias de desarrollar sus músculos.



Padre de familia, se hallará en mejores condiciones: una azotaina mañana y tarde, antes o después de la comida, le dará doble resultado. Para él, el desarrollo del trapecio y del romboide y prolongación de los músculos dorsales. Para los chicos, endurecimiento de las nalgas.

* * *

Por hoy, nos detendremos en este punto. Por lo demás, los lectores que, tomando en serio estos breves consejos, sintieran el deseo de ponerlos en práctica para bien de sus vértebras y músculos, están suficientemente impuestos de la materia.



Antes de tres jueves, contemplando—mediante una combinación de espejos—el desarrollo y firmeza de su columna vertebral, podrán decir con orgullo que con esa columna se sostiene perfectamente todo el peso de la familia.

* * *

Los ejercicios físicos pueden practicarse en locales cerrados o al aire libre. Pero esto no quiere decir que sirva cualquier local o cualquier paraje aireado. En un templo, verbigracia, o en la rotonda del Congreso no debe hacerse gimnasia sueca, ni de ninguna otra nacionalidad. Enmedio de la Avenida de Mayo, sólo les está permitido desarrollar los músculos de los brazos a los agentes o "barítonos" encargados de dirigir el tráfico.

* * *

La cultura física debe practicarse desde la infancia. Sin embargo, no debe amamantarse a los niños de pecho en un trapecio. El paso gimnástico en las paralelas no deben aprenderlo mientras no sepan andar solos. Tampoco, a los dos años, se les puede obligar a levantar un peso mayor de veinte kilos.



La conferencista

Estamos en pleno furor de conferencias.

Desgraciadamente, no podemos decir que estas tengan por tema cosas prácticas y útiles.

Generalmente tratan de idealidades, cuando no se arrastran sobre escritos triviales y "usados hasta la cuerda", como dicen los franceses.

Ultimamente, una mujer de talento y de inventiva, anunció una conferencia que tituló "El primer manto real".

Se creyó que se trataba de telas, bordados, pieles y piedras preciosas, y el teatro se llenó.

Estaba previsto.

Pero resultó que la conferencista disertó sobre el cabello, haciéndolo con tal brillo y eficacia que fué ovacionada más que si hubiera hablado de la poesía decadente, del Rey Pepino o de sus viajes por Europa.

El final de su disertación encerraba una revelación y un consejo:

— Usad, — dijo, — el muy célebre y eficacísimo Tricófero de Barry, único reparador y conservador del cabello, y si de aquí a dos meses no habéis provocado una feliz reacción en los desperfectos de vuestras cabelleras, me dejo rapar al ras, que sería para mí peor que la muerte.

A su salida, fué ovacionada, de rodillas, por todos los calvos presentes, que eran legión.



Nuestros niños

¿Debe amamantar la madre al niño? Indudablemente, sí. Es lo más natural, además las madres que así lo hacen experimentan una gran alegría y se sienten orgullosas de ello, pues parece que el hijo es "más suyo", es decir que es "dos veces" su hijo.

Aunque muchas madres opinen lo contrario las funciones de la nutrición del niño, no es una esclavitud, mucho más si al poco tiempo se ayudan con el biberón y la leche esterilizada.

Lo importante tanto para la tranquilidad del niño como la de la madre es la de reglamentar la vida de aquél.

Durante el día al niño debe dársele el pecho cada dos horas.

Si se reemplaza una vez el pecho por una toma de biberón, la madre encontrará un descanso o libertad de cuatro horas, que es tiempo suficiente para llevar a término sus quehaceres.

Durante la noche, bajo ningún pretexto debe dársele de mamar a los niños.

El último pecho debe dársele a las 9 p. m., dejándole reposar hasta las 6.

El niño "debe" dormir.

Ya sabemos que no lo hace, sino que muy por el contrario se despierta llora y grita... Antes que nada hay que vigilar la postura en que está echado, si le molesta la ropa, si está mojado, etc., cambiarle ésta, etc., pero si la madre con "tal de no oirle llorar" le da el pecho, cada noche se despertará y llorará más fuerte hasta conseguir lo que desea.

El niño noctámbulo es un castigo para las madres que no tienen fuerza de voluntad para resistir unos cuantos días el llanto de los hijos.

Si al niño se le acostumbra a que cada vez que llora se le dé de mamar, él llorará cuando se le antoje, sin responder a la necesidad de alimentarse.

El mecer a los niños y menos el cantarles, es una costumbre deplorable, según las últimas recomendaciones nuevas. Las mujeres salvajes no cantan a sus hijos jamás, en cambio procuran que no duerman de día para que aprovechen la mayor cantidad de horas de la noche para entregarse al descanso.



La mayor hermosura de los bebés la constituye la robustez, a ellos no debe llegar la moda en el vestir; mostrar un niño sonrosado, fresco y gordito causará la admiración de las gentes.

Un niño bien alimentado le podéis dejar sin temor en la cuna en la que estará despierto, absorto en la contemplación de las manos y de los pies que alzará sin cesar y hasta pronunciando "discursos" de los que no se entiende más que: "rrr... gue... atta... rrr."

La madre no tiene más que vigilar la posición del cuerpo del niño para que no se lastime.

A los seis meses ya podéis sentarlo en un sillón y ya querrá escaparse y empezará a tirarse al suelo, andar sentado y a cuatro manos (si así puede decirse), entonces es cuando hay que vigilarle más; todo cuanto halle al alcance de la mano se lo lleva a la boca.

Un sabio alemán reglamenta los movimientos de la cabeza, de los brazos, piernas y cuerpo del niño.

El sabio lo será, pero creed que eso lo aprenden los niños por instinto.

El obligar al niño a movimientos determinados es someterle a una gimnasia, lo que es prematuro a esa edad.

¿Quién enseña a besar al niño? ¡Qué momento más feliz cuando recibimos el primer beso de un hijo!

¿Es que nos imita? No, es que nos reconoce y agradece nuestros sacrificios.

Por eso el niño tiende los bracitos a las personas encargadas de su cuidado y esconde la cara y llora ante una persona para él desconocida.

En esa época es cuando el niño empieza por imitar cuantos actos ve ejecutar y es cuando sobre todo, empiezan a manejar la cucharilla y debe enseñársele a manejarla con soltura y limpieza.

Sólo el cuidado de una madre puede conseguir del bebé una educación esmerada.

La mayoría lo consiguen.

María Magdalena
FRANC-NOHAIN.



Grajea

Los dos métodos. —El venerable Carlínez acaba de cumplir los cien años de edad.

El anciano está aún ágil y vigoroso y atribuye su resistente longevidad al severo régimen que se ha impuesto durante su vida.

Con motivo de su centenario ha recibido numerosas felicitaciones y algunos amigos acudieron a estrechar cariñosamente su mano. Entre los visitantes, se hallaba uno de los íntimos de la casa, Ferreiro, que tiene ya cumplidos los noventa años.

Carlínez se envanece de su sobriedad.

—Si he llegado a vivir cien años, lo debo a que no me he apartado nunca de mis rigurosas costumbres: acostarme temprano, levantarme al amanecer, comer poco, no beber más que agua y prescindir del tabaco... Aquí tienen ustedes el resultado.

Entonces, exclamó el otro patriarca:

—Pues miren lo que son las cosas, yo no puedo quejarme de mi salud y es que me gusta levantarme tarde, pues me acuesto casi al amanecer; que he comido y bebido siempre con exceso y que fumo exageradamente...

Carlínez, no puede reprimir una maliciosa mueca.

—Amigo mío—dice—si continúas así, me parece que no llegas a viejo.

Caprichos de músicos célebres. —Gluck escribía colocando el piano en praderas solitarias. Saleri, componía comiendo dulces. Cimarosa había de estar en una orgia.

Los rayos K

Este verano encontré a un joven gentleman en el tren de París al Havre. Se expresaba correctamente en francés, con un acento ligeramente extraño, pero no desagradable. Le tomé por un levantino, pero él mismo me desengañó: era italiano.

Trabamos conversación a propósito de un artículo periodístico que estaba yo leyeado y en el cual se trataba del reciente invento del ingeniero Ulivi.

—Sí —dijo mi compañero de viaje,— es importante ese descubrimiento y el nombre de Ulivi hace gran honor a Italia, que cuenta ya a Mar-



coni en el número de los sabios.... Obtener a distancia, por resonancia, la inflamación de explosivos encerrados en los recipientes metálicos, es maravilloso, y los rayos F de Ulivi, que no son, por otra parte sino los rayos infra-rojos, producirán una revolución en el arte de la guerra.

—¡Eso será espantoso! —exclamé yo.

—Espantoso... esa es la palabra. Cuando se piensa que con un solo gesto se podrá hacer saltar los torpedos, los torpederos, los pañoles de los buques, los obuses en los cañones, los cartuchos en los fusiles... ¡Brrru!... Esto hiela la sangre en el corazón. Y sin embargo, hay algo peor... ¡no! Me equivoco... ¡hay algo mejor!



—¿De veras?

—¡Como se lo digo a usted! Hay los rayos K, de los cuales soy yo el inventor.

—¿Y qué es eso de los rayos K?—pregunté.

—Son rayos que se proyectan de la misma manera que los rayos F o los rayos de la telegrafía sin hilos, pero con un aparato diferente. Todo lo que se encuentra dentro de su radio de acción, con tal que sea substancia metálica, queda instantáneamente volatilizado. ¿Comprende usted la inmensa ventaja de este invento?

Y mi interlocutor, entusiasmándose poco a poco, continuó:

—¿Una suposición? Yo me encuentro en presencia de un ejército. Aquí la caballería (su dedo señaló en mi pecho escuadrones imaginarios). La infantería, aquí. (Mi vientre, también en hipótesis, se llenó de regimientos). Más lejos, la artillería. (La artillería tomó posiciones sobre diversas alturas escalonadas a lo largo de mis costillas). ¿Qué hago? Instalo mis aparatos.

Retrocedió, se agachó en el fondo de su asiento y disparó sobre mí una caja de fósforos.

—He aquí mis aparatos... ¡Es una suposición! Yo dirijo un manojo de rayos contra la caballería... ¡Per Baco! ¡Qué espectáculo el que usted contempla! Todo volatilizado: cascos corazas y sables. Los caballos quedan sin herraduras, se les "disuelven" los bocados... ¡La desbandada!

En seguida ataco a la artillería. ¡Adiós cañones, balas, obuses... adiós todo! No quedan huellas. ¡Todo ha desaparecido!



Y la infantería...

—Los fusiles ¡pff! Las bayonetas ¡pff! Los revólvers ¡pff! En un abrir y cerrar de ojos, todo esto se volatiliza y hasta los clavos de los botines, los botones de las chaquetas y de los pantalones, y las hebillas de los tirantes. Toda la infantería no piensa más que en una cosa: en sujetarse los pantalones. ¿Ve usted el espectáculo? Yo lo veo, lo veo muy bien ¡Es la victoria sin verter una gota de sangre!

Ese demonio de hombre me había casi convencido. Yo iba, lo más serio del mundo, a persuadirle de que debía reservar su invento para la Francia, cuando una falsa alarma me retuvo.

Había otros viajeros en nuestro compartimiento. Sobre el rostro de uno de ellos sorprendí una sonrisa burlona, que decía claramente ¡oh, tan claramente!:

—¡Ese imbécil se lo ha tragado todo!

Yo me repuse. Podía haberme hecho la reflexión de que los necios son los que niegan o afirman, con una seguridad que iguala a su ignorancia, las cosas que les son desconocidas. Pero no.

Cuando, no recuerdo en qué estación, descendió del tren el italiano, yo me volví hacia el viajero escéptico y en tono compasivo, le dije:

—Ese pobre muchacho es un maniático. ¡Como si los cuerpos sólidos, como los metales, pudieran volatilizarse tan fácilmente!

Sólo al llegar a París, hice otra observación.

Mi reloj, mi cadena, mi bolsa de plata y su contenido habían desaparecido.

Era todo lo que, en metal, llevaba sobre mí. Y pude convencerme, en efecto, de que el metal se "volatiliza" con los rayos K.

Etienne JOLICLER.

Gollerías



—Estoy buscando un conocido que me dé su garantía para un pagaré.
—Entonces, mejor es que busques un desconocido.

La Biblia y los volcanes. — Ante la curiosidad tenaz y los estudios de los hombres de ciencia va siendo cada vez más difícil tener fe.

Todo buen cristiano considera como milagrosos los fuegos sagrados del Monte Sinaí de que nos habla la Biblia en el Antiguo Testamento; pero ahora ha salido un profesor de la Universidod de Berlín diciendo que los tales fuegos no tenían nada de milagrosos, sino que eran debidos a un volcán en ignición que por aquellos tiempos existía en la cima del Sinaí.

El que tan abiertamente se pone en pugna con la narración bíblica es el profesor Gunkel, uno de los más reputados teólogos de Alemania, el cual comenta de modo muy atrevido el libro del Génesis. En su trabajo, el profesor trata de relacionar las ideas religiosas sentadas en el Génesis con los mitos de Asiria y Babilonia antiguas.

La obra de Herr Gunkel ha causado grande y legítimo disgusto entre el clero alemán por sus atrevimientos críticos.

Zapatero burlón. — Un comendador de Malta, rico, pero avaro, dejaba apurar las libreas a sus criados hasta el punto de que un zapatero de la vecindad viendo los trajes de los lacayos tan agujereados, se burlaba de ellos. Quejáronse los lacayos a su amo, quien hizo llamar al zapatero y le reprendió po rsu insolencia.

—Dicen que te ríes de la librea de mis criados.

—¿Yo, monseñor?,—exclamó el zapatero,—eso es una calumnia: me río de los agujeros, que es precisamente donde no hay librea.



—Creo que estuvo usted en este hotel la vez pasada, ¿no?
—Señora, ¿piensa usted que si hubiera estado aquí ya una vez, hubiera venido otra?

Mosaico

El panteón de los sultanes.—Una de las cosas más interesantes y curiosas de Constantinopla es el interior del mausoleo regio que se halla en el recinto de la mezquita de Validé, en la parte antigua de la capital turca. En la cámara exterior hay unas tres docenas de féretros encerrados en unos receptáculos oblongos, de madera, más anchos y más altos por un extremo que por otro.

Dichos receptáculos o cajas exteriores están cubiertos con ricos pañuelos de seda y telas de



orocado. Los enterramientos de los príncipes se distinguen de los de las princesas por el blanco turbante que se ve en la cabecera. Los enterramientos de los sultanes están rodeados de una balaustrada de nogal adornada con incrustaciones de concha.

Joya arquitectónica. — Una de las más preciosas joyas arquitectónicas de la Alemania meridional, es la columnata del famoso monasterio de Wurtzburgo, donde está sepultado el legendario héroe alemán Gualterio de Vogelheide. Tiempo atrás la dirección general de los museos de Prusia trató de adquirir la columnata por el precio de 70.000 marcos; pero los vecinos de Wurtzburgo, y en su nombre la prensa local, se declararon resueltamente en contra de la venta pues en modo alguno querían consentir que saliese de la ciudad tan valioso tesoro artístico. Fracasado el intento de la dirección de museos de Prusia, el gobierno imperial, por iniciativa de Guillermo II, ha declarado monumento histórico al monasterio de Wurtzburgo, cuya magnífica columnata ha quedado expuesta a la admiración de los visitantes en el parque del nuevo museo de dicha ciudad.

Necrología



Sra. Ruperta R. de Andino † en General Urquiza



Horacio Jorge Aliverti † en esta Capital

La risa frecuente no es signo de alegría

Hay gentes que ríen muy rara vez y aún a flor de labio y silenciosamente.

Hay otras, en cambio, que no pueden pronunciar cuatro palabras sin reir estrepitosamente.

Los primeros pasan, en general, por seres egoístas, reconcentrados, poco accesibles a los sentimientos de la multitud, en una palabra, antipáticos.

Los otros tienen reputación de buenas personas, cuyas cualidades superan a sus defectos.

El que ríe frecuentemente posee un carácter abierto, franco y leal. Un rostro frío, severo, una boca cerrada, no indican nada bueno.

Esta es, por lo menos, la opinión del mundo.



Pues parece que tal opinión es falsa y puede aplicársele aquel refrán de que "las apariencias engañan."

Los sabios afirman que el reir no es siempre señal de alegría. Hay risa y risa, y las personas más espirituales, las más irónicas, aquellas a quienes más divierte la comedia de la vida son las que ríen prudente, silenciosamente, para sí mismas.

Ved al lindo charlatán algo fatuo, que va de salón en salón, haciendo la corte a todas las mujeres. Ríe por cualquier cosa, ríe sin cesar. Cultiva su reputación de "gentleman" infinitamente amable, adornando con una sonrisa las frases más banales. Es un "poseur": y puede tener un corazón seco.

Pero encontraréis muchas veces, por el mundo, a un señor con cara de clérigo, a quien no os atreveréis a dirigir la palabra por la impresión que os habrá causado su frío y flemático aspecto. De pronto cualquier reflexión ridícula o el tipo de un invitado le hacen sonreir. Ese es el hombre malicioso, el irónico, que se divierte y sabe reir.

Le veis indiferente, como si no se preocupara de lo que tiene a su alrededor; y, sin embargo, él observa y debajo de su apariencia severa estalla una risa íntima, intensa, que carece de expresión externa. Este hombre es todo buen humor "por dentro", mientras otros que están desternillándose de risa y llamando la atención con sus carcajadas más o menos histéricas, quizá lleven en su interior el peso de amarguras que tratan de disimular.

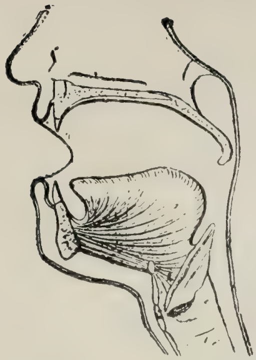
Así, pues, no debe atribuirse un temperamento frío, ni un carácter huraño, a aquellos que no ríen con manifestaciones patentes de regocijo; ni creer expansivos, alegres y dichosos a los que tienen siempre la sonrisa en los labios. Ya lo hemos dicho: las apariencias engañan.

Los grandes maestros del dibujo.—Estudios de expresión



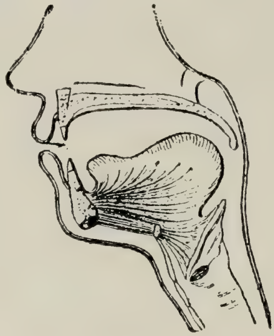
Leyendo la última obra, por Gibson

La lengua y la palabra



Posición de la lengua al pronunciar A

Gracias a recientes investigaciones se ha llegado a la conclusión de que hablamos más con nuestra lengua que con nuestra garganta. El profesor Helmholtz estudió la posición de los diferentes órganos cuando hablamos, y llegó a las conclusiones en la actualidad rebatidas, por un trabajo de Gretzuner. Este ha demostrado que no sólo las cuerdas vocales forman los sonidos en las palabras, sino que también la lengua tiene una parte en el proceso de hablar más importante de lo que generalmente se cree. En otras palabras: la expresión popular "es una lengua larga", cobra una significación real ahora que se ha precisado la posición de este miembro importante cuando tratamos de hablar.



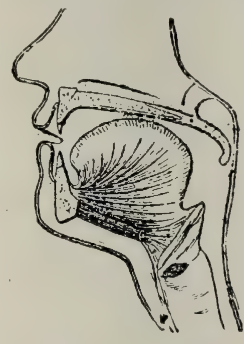
Al pronunciar la U

Todos nosotros hemos oído hablar a un tartamudo y sabemos lo penoso que resulta escucharlo. Esta condición se debe a la brevedad de los músculos, que ligan la lengua a la base de la cavidad bucal, de manera que es muy difícil para la persona que padece este defecto, levantar la lengua hasta el cielo de la boca, o colocarla contra los dientes a fin de pronunciar de una manera clara y distinta.

Esto nos explica por qué es más fácil escuchar la palabra en unas personas que en otras. Es que aquéllas emplean la lengua con corrección, pudiendo de este modo articular mejor los sonidos.

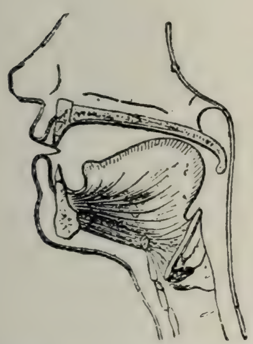
La lengua facilita la pronunciación de las vocales y de las consonantes, y todo su poder muscular entra en acción cuando el hombre ejerce su más alto don: el de la palabra.

La lengua no es más que un conjunto de músculos dispuestos en todas direcciones, de manera que pueda moverse en cualquier dirección, no sólo para la introducción de alimentos en la boca, sino también para la pronunciación.



Al pronunciar la vocal I

En la Biblia se dice que Moisés, cuando quiso excusarse de aparecer ante Faraón, exclamó: "Soy corto de lengua", con lo cual el libertador de los israelitas quiso decir que padecía defectos linguales y por consiguiente no podía hablar libremente, pues

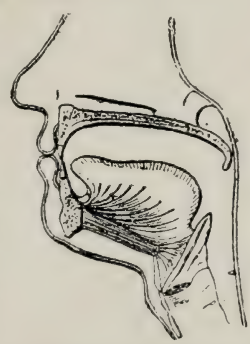


La lengua cuando se pronuncia la K

también hay personas que teniendo largos los músculos de la lengua, no pecan por verbosos, debido a que su pensamiento es demasiado rápido o demasiado lento.

Gracias a estas investigaciones podemos ver cómo la lengua nos ayuda a hablar, y por ella es posible aprender a usar la lengua más correctamente en la enunciación de palabras.

Los niños de nuestras escuelas al ver nuestros dibujos comprenderán más fácilmente por qué la K se llama letra palacial, por qué la P es dental, y la T se llama letra dental: en el primer caso la lengua se pone en contacto con el paladar, en el segundo los labios entran en acción y en el tercer caso la lengua se aprieta contra los dientes.



La lengua y los labios en el momento de decir P

En la enseñanza de los mudos, hoy en gran desarrollo de adelanto, el profesor abre la boca y pronuncia con mucha limpieza la letra "a". El niño abre la boca de la misma manera y procura emitir la "a". Con frecuencia se observa que la "a" emitida por el escolar es muy confusa y entonces el profesor por medio de una cucharilla, depresor, etc., baja la lengua del niño a fin de que le quede expedita la parte donde se produce la "a".

Aplicando el profesor una mano sobre el pecho o sobre el vientre del niño procurará contener los sacudimientos que pueden presentarse en la caja torácica. Ya puesto en condiciones el alumno contiene algo el aliento y emite la letra "a" con toda limpieza.

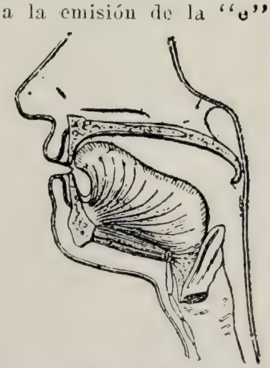
Dado el primer paso es cuestión de tiempo el resultado.

Este ejercicio ha de repetirse varias veces, una vez emitida la "a" con limpieza el alumno se ejercita enseñando a otro condiscípulo y así sucesivamente.

El paso a la emisión de la "e" ha de hacerse recordando la "a".

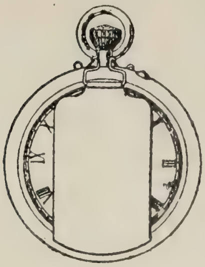
El profesor le coloca debidamente la lengua, ejerce la presión debida en el pecho y vientre y así continúa hasta que consigue la emisión de palabras y conceptos.

La pronunciación siempre resulta algo gutural.



La posición de la lengua contra los dientes al anunciar la T

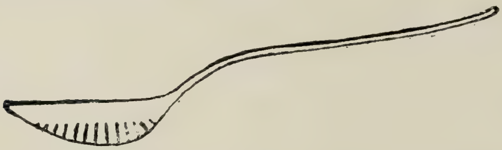
Para los que no tienen memoria.—El procedimiento del nudo en el pañuelo, tan en boga entre los desmemoriados, tiene dos graves inconvenientes: que es muy feo, y que a veces no sirve de nada, puesto que se dan casos en que el olvidadizo tiene que hacer un segundo nudo para recordar lo que significa el primero.



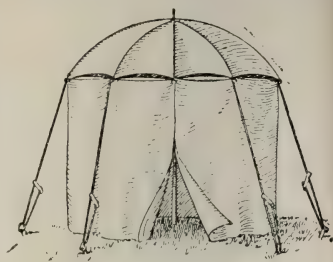
En París han empezado a venderse unas plaquitas nemotécnicas que sustituyen con ventaja a tan desacreditado procedimiento. Se trata de una planchuela de marfil o de hueso que, mediante un sencillo resorte de alambre de acero, en forma de corchete, se sujeta en la anilla del reloj. Cada vez que se mira la hora, se presenta a la vista la planchuela, sobre la cual se irá apuntando con lápiz todo aquello que se teme olvidar; para borrar lo escrito no hay más que pasar el dedo mojado por encima.

Fijándose un poco en el dibujo adjunto, que representa una de estas plaquitas sobre el reloj, se comprenderá que no es difícil hacerse en casa una igual con un trozo de cartulina gruesa. Es verdad que en tal caso no se puede borrar lo escrito con el dedo, y hay que apelar a una goma; pero, en cambio, es fácil sustituir la placa por otra nueva cuando esté llena.

Espumadera práctica.—Una cuchara más o menos grande, según convenga, puede convertirse rápidamente en una espumadera muy práctica. Todo se reduce a cortarla por medio de un serrucho, unas ranuras como se ve en el grabado, el cual indica claramente la situación y distribución de las ranuras.

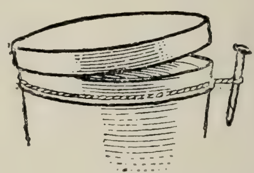


Una tienda de jardín.—Nada más agradable en este tiempo para los que tienen jardín, que pasar parte del día al aire libre, a la sombra de un cenador o de una tienda de campaña. A aquellos que no dispongan de uno ni de otra, les recomendamos el siguiente modo de sustituirlo por poco dinero.



Se compra un paraguas de los grandes, como los que usan los cocheros para el pescante, y el puño se ata, se clava o se enchufa, con un canuto de hojalata, en una estaca sólidamente hincada en el suelo. Al extremo de cada varilla se cose un corchete. Después, abriendo el paraguas, se sujeta a estos corchetes, con sus correspondientes corchetas, una pieza de lona o de algodón que cierre por completo el círculo y llegue hasta el suelo, y de este modo se tiene formada una pequeña tienda muy cómoda. Para que el aire no levante la tela que forma las paredes, pueden ponerse en el borde inferior, bien una serie de plomos como los que llevan algunos vestidos de señora, o bien unos cordelitos que se atan a estaquillas clavadas en el suelo.

Si se ata un cordel delgado a cada varilla y se sujetan todos alrededor con estacas, la tienda tendrá una estabilidad a toda prueba.



Para destapar botes.—Cuando está muy apretada la tapa de un bote de hojalata o de un recipiente análogo, se puede quitar fácilmente poniendo una cuerda fuerte alrededor de la boca del bote, debajo precisamente del borde de la tapa y dándole vueltas con un clavo a fin de apretarla mucho. De este modo, la boca del bote se estrecha por igual



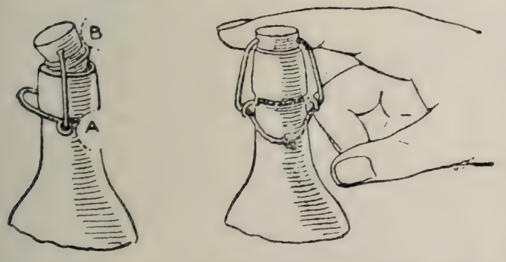
y la tapa salta por sí sola o puede quitarse con gran facilidad.

Para los ovillos de bramante.—Nos comunica un lector que buscando un sitio donde tener a [illegible] el ovillo de bramante sin que se [illegible], y no [illegible] niendo de un recipiente adecuado, se fijó en un embudo de hojalata y puso en práctica la idea que se le ocurrió al ver el vulgar utensilio.



Abrió tres agujeros equidistantes en el borde superior del embudo, ató a ellos unos trozos de bramante que unió en la forma que se ve en el dibujo para colgar del techo el embudo, puso en éste el ovillo y sacando el rabo del bramante por la parte inferior, creó un excelente medio de tener siempre al alcance de la mano el bramante, sin que le estorbase el ovillo ni corriera peligro de deshacerse.

Un experimento de fuerza.—Un tabernero conocido



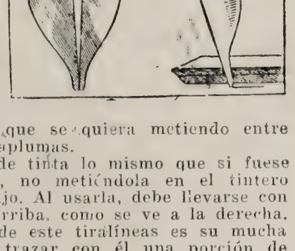
también por "el tío de más fuerza" de cierto pueblo, dejaba a sus parroquianos con la boca abierta abriendo las botellas de tapa de muelle dando, al parecer, un solo golpe al tapón con el dedo índice.

Sin embargo, el tabernero tenía su secreto. La gente no veía que al dar el golpe con el dedo índice pegaba con el dedo corazón en el juego de los alambres, A, como se ve en el dibujo, ayudando así al esfuerzo del dedo índice B.

Para hacer este experimento conviene que el muelle de la tapa no esté muy fuerte, a no ser que se posea gran fuerza en los dedos.

Tiralíneas casero.—Este tiralíneas es para usarlo con tinta de escribir, no de dibujo, y puede ser de gran utilidad para calígrafos, copistas de música, tenedores de libros, etc.

Se hace con un pedacito de hojalata o de latón muy delgado, recortado en la forma que indica el dibujo de la izquierda. La parte superior se dobla en semicírculo para que ajuste en el portapluma, pero los puntos se dejan completamente planos. La abertura central debe ir disminuyendo gradualmente, desde dos o tres milímetros de anchura hasta ser completamente cerrada. Si se ha de trazar una línea muy fina se cierran los puntos golpeando ligeramente con un martillo, mientras que si se necesita una línea gruesa, se entreabren en la medida que se quiera metiendo entre ellos la hoja de un cortaplumas.



Esta pluma se llena de tinta lo mismo que si fuese un tiralíneas de dibujo, no metiéndola en el tintero como las plumas de dibujo. Al usarla, debe llevarse con la parte cóncava hacia arriba, como se ve a la derecha.

La principal ventaja de este tiralíneas es su mucha capacidad, que permite trazar con él una porción de líneas sin llenarlo más que una vez.

Caballete para sujetar la madera. — Consiste en dos travesaños y unos listones verticales unidos por un larguero, en el cual se pone el pie para hacer presión y sujetar la madera. Los travesaños llevan otra madera para mayor sujeción.

ECONOMIA DOMÉSTICA

Horario para medicamentos. — Para saber cuándo hay que dar a un enfermo la próxima dosis, sin temor que el horario cambie hasta que llega la hora de administrar la medicina, se puede usar un indicador, que consiste en una tira de papel que rodea el cuello del frasco, dividida en veinticuatro partes iguales que representan las horas y las medias. Marcadas las divisiones y numeradas con tinta, se pega la tira de papel al borde del frasco en cuyo corcho se clava un alfiler.

Después de dar una dosis de medicina al enfermo se tapa el frasco de modo que el alfiler caiga sobre la hora de la próxima dosis.

Para dar al bronce la pátina antigua se disuelven 10 gramos de nitrato de cobre y 2 de sal de cocina en medio litro de agua y se añade una solución de acetato de amoníaco, preparada neutralizando diez gramos de amoníaco oficinal con ácido acético hasta una reacción ligeramente ácida y diluyendo el todo hasta formar un litro. Se sumerge el bronce en este líquido, se deja secar, se cepilla la superficie y se repite el tratamiento hasta obtener el tono deseado.



Se obtienen resultados semejantes dando al objeto una mano de una solución de cuatro partes de sal de amoníaco, una de oxalato potásico y 200 de vinagre. Se deja secar y se dan otras, según el efecto deseado.

Para lavar el celuloide, se friega primeramente con jabón y luego se aclara con agua abundante. Después se frota con un paño empapado en alcohol alcanforado, pasándolo siempre en el mismo sentido. De esta suerte se forma un depósito de alcanfor que hace desaparecer las manchas.

Cuando las flores empiezan a marchitarse se les devuelve su primitiva lozanía sumergiendo el extremo del tallo en agua hirviendo, hasta un tercio de su longitud total. Cuando el agua se haya enfriado las flores habrán recobrado todo su vigor. Antes de volver las flores al agua fría, se corta la parte escaldada del tallo.

Para hacer el jarabe concentrado de limones se necesitan seis limones, 1.200 gramos de azúcar y agua hasta formar un litro. Se raspan las cortezas sin llegar al tejido blanco esponjoso, se exprime el zumo, recogiéndolo sobre las raspaduras citadas y se disuelve el azúcar en este líquido añadiendo algo de agua. Después se pasa por un lienzo, se exprime bien y se añade agua para acabar de arrastrar el azúcar y completar el volumen de un litro.

Las manchas secas de polvo se tratan con alcohol y yema de huevo. Después se lavan con agua caliente y se frotan con un paño de lana.

Para conservar la elasticidad de los objetos de caucho.—Sabido es que el caucho vulcanizado, aun cuando no se use, concluye por estropearse; la superficie se pone dura y se agrieta al oprimirla. Para evitar esa alteración conviene dar a los objetos de caucho una mano de una emulsión compuesta de 5 gramos de terpinol y 100 gramos de agua. Para que la mixtura se agarre y se conserve adherida, se da al líquido suficiente viscosidad macerando previamente en el agua un 25 por 100 próximamente de goma arábiga, o agregando una proporción igual de sulforicinato de amoníaco.

Se hace goma líquida muy buena disolviendo unos 30 gramos de bórax en medio litro de agua hirviendo, a la cual se añaden 60 gramos de goma laca, dejando cocer todo en una vasija bien tapada hasta que se haya disuelto la goma. Esta goma es muy económica.

El olor de las latas que han contenido petróleo desaparece por completo lavándolas con una cantidad muy pequeña de cloruro de cal.

Un procedimiento muy bueno para blanquear las manos es hacer una pasta con papas blancas y harinosas y leche y darse fricciones.

Uno de los mejores remedios para curarse las quemaduras consiste en aplicar sobre ellas un poco de algodón, el cual se pega fácilmente y las cura en pocos días. Cuando se cicatriza la herida el algodón se desprende por sí solo. Para aliviar el escozor en los primeros momentos póngase bicarbonato sobre la quemadura.

Cuando por descuido se hierve un huevo pasado por agua más de lo necesario y se teme que salga duro, se retira inmediatamente de la lumbre y se pone al chorro de la fuente, dejando que le caiga bastante agua. El brusco cambio de temperatura ejerce el mismo efecto de ablandar el huevo.

COCINA PRACTICA

Anguila en salsa amarilla. — Entera, si no es muy grande, o en trozos si lo fuera, se rehoga en aceite. En éste se fríe una tostada de pan, una pizca de ajo, perejil y un poco de cebolla. Se machaca todo con dos o tres nueces, se deslíe con agua, y, bien colado, se echa sobre la anguila con la grasa en que se frió, dejándola cocer a fuego lento en esta salsa.

En el momento de servir se liga con dos yemas de huevo.

Cuando la anguila es grande, hay que "descamisarla", o sea quitarla el pellejo, para lo cual se pasa por encima de brasas muy encendidas, casi tocándolas, y limpiándolas en seguida con un paño, se quita con facilidad.

Empanadas de jamón. — En una cazuela de barro se echa una jícara de leche, otra de manteca derretida y sal. Con una cuchara de palo se bate mucho hasta que queden bien unidas añadiendo entonces, poco a poco, y sin dejar de batir, harina suficiente para que no se pegue la masa a la cazuela; entonces se amasa bien sobre una tabla, que a menudo se espolvorea de harina, y cuando está en su punto, que se conoce en que no se pega a los dedos, y hace liga, se extiende con un frusiero o palo de madera, dejando la pasta muy delgada, lo más posible, sin que se rompa. En una una punta de las que forma la masa al extenderse se echa un picadillo (que de antemano se tiene preparado) de jamón, gallina o ternera, y tres o cuatro aceitunas.



Se dobla la masa sobre este relleno, se corta con un cuchillo, dándole la forma ovalada de las empanadillas, y con los dedos se les coge unos pellizcos en los bordes para unirlos y que no salga el picadillo; esto de la forma se procura hacer con la mayor igualdad posible.

Crema de espinacas.—Quitados los tallos y las hojas malas de las espinacas, se lavan y cuecen en agua hirviendo con un grano de potasa. Luego se tienen cinco minutos en agua fría, después en otra, y por último, bien escurridas y secas con una servilleta, se pican lo más menudo posible. Aparte, en un cazo, se amasan, a fuego lento, dos cucharadas de harina con una nuez de manteca de vacas, incorporando poco a poco una taza de leche; a esta crema se incorporan las espinacas, más manteca, y moviéndolo, se deja cocer un rato para servirlas luego muy calientes y con unos picatostes de pan frito o como guarnición de carnes.

Ananás al natural. — Después de pelada y entera, o en rajas, se pone la piña en almíbar flojo y se deja en infusión doce horas, al cabo de las cuales se acerca al fuego, y cuando rompe a hervir se retira, haciendo lo mismo al siguiente día.

Bizcochos de Saboya. — Meter en un molde la cantidad necesaria de pasta de bizcochos de Saboya. Los moldes sólo deben llenarse en un tercio, a causa de lo mucho que los bizcochos aumentan de volumen al cocer. La cocción en el horno ha de vigilarse mucho, pues los bizcochos han de sacarse cuando, hallándose bastante cocidos habiendo adquirido buen color, conservan todavía en su interior una blandura elástica que constituye su mejor éxito.

Ponche María Luisa. — Hágase un helado de flor de limón en esta forma: en cuartillo y medio de agua échense 250 gramos de azúcar, el zumo de dos limones, el de una naranja y raspaduras de la corteza de ambos. Déjese en infusión unas horas, cuélese por un paño fino y póngase a helar, sin olvidarse de agregar la clara de huevo poco antes de sacarlo de la sorbetera.

Mientras se hiela prepárense, cortándolas en pedacitos, las frutas en dulce que se quiera: melocotón, piña, gajos de naranja, guindas, etc., y bátanse con azúcar tres claras de huevo.

Póngase el helado, muy duro, en una ponchera de cristal fino o en una ensaladera de lo mismo, cúbrase bien con las claras, arréglense las frutas encima, y en el momento de tomarlo y a presencia de los comensales viértase una botella de Champagne y sírvase en seguida en copas de ponche, cerveza o Champagne. También se puede presentar ya puesto en las copas. Si no se quiere gastar, tampoco está mal echarle sidra en vez de Champagne.

Galería infantil de "El Hogar"


María Aída Vanzina Pacheco


Emilio Carlos Espino (Capital)


Niños de Alvarez Olmos (Capital)


Alejo Casson


Antonina Collado (Rivadavia)


Julieta Geoffroy (Paraná)


José García Althabe (Bolívar)

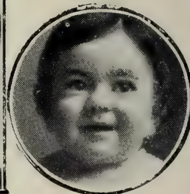

José A. Monrabal (Campana)


Romeo A. Zappa (Ciudad)


Adolfo Butson Isasa (Labardén)


Juan A. Chiesa (Capital)


Hedy y Pady Coaland y niños de Jantus (Corrientes)


Laureano Fernández (Capital)


Rafael H. Quijano (Yoyé, Buenos Aires)

Galería infantil de "El Hogar"



Carlos Gutiérrez



Lidia Rosa Soria (Catamarca)



Niños de Carrascosa Ferrazzini (General Paz)



Juan M. Rojas (Mosconi)



Lola Quieto (Fernández, F. C. C. A.)



Antonita Poggi (Rivadavia)



Florito Francisquielo (Baradero)



María E. Gaspe (San Mayol)



Cenobia O. Balbi (Victoria)



Sara Orbea (9 de Julio)



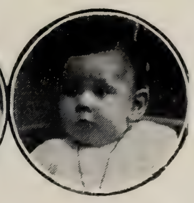
María Mac Dongall (Lobería)



Niños de Etcheverre (Mosconi)



Amelia Abeleira (Osma)



Róbel C. Irurzun (Posadas)

EL INGENIO A PRUEBA

JEROGLÍFICO, *por Clavel*



LETRAS REVUELTAS, *por Amapola*

A A B E E N N R T U U V

Si combinas bien las letras
de esa palabra, lector
te encontrarás fácilmente
con un nombre de varón.

CAMBIO DE VOCAL, *por Clavel*

Con O resulta mineral precioso.
Con E turbo si puedo tu reposo.

CANTAR ENIGMÁTICO, *por María Luisa*

El desdichado Manuel
en año y medio ha perdido
el juicio cantando endechas
a la mujer que aquí cito.

JEROGLÍFICO, *por Perito de Chaves*

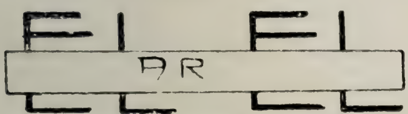
Nota nota N nota

EL INGENIO A PRUEBA

CHARADA, *por Artepal*

Prima dos me dijo un dia:
—¡Eres un *segunda cuarta*
que honra mi genealogia!
De mi *tres segunda* orgullo;
yo tu *prima dos* o *dos prima*
juro de modo formal:
sólo una *prima, tercera* y *cuarta*
podria llamarte *total.*

JEROGLÍFICO, *por Rino*



DIALOGO JEROGLÍFICO, *por Teresa*

—¿Cómo te gusta ir al teatro?
—De frac. ¿Y a tí?
—De levita. ¿Y a tí, Carlos, que permaneces tan callado?
—A mi, de... gorra.

REFRÁN - COMPRIMIDO, *por Mario*

ORESTES % PILADES

FUGA DE VOCALES, *por Harguindeguy*

.n .n. c.m. d. ..c.nc..
c.y. .nt.rm. m. .sp.r.nz.
l.gr.m.s t.n.d p.c..nc..
q.. .l t..mp. t.d. l. .lc.nz.

COMPRIMIDO, *por Tip-Top*

LAZ	VIDE
LEZ	VIDI
LIZ	VIDO
LOZ	VIDU

ANAGRAMA, *por Amapola*

EN JARDIN ESTAMOS

Con las letras que figuran en la oración precedente se podrá obtener el nombre de un ilustre general.

PEQUEÑA CORRESPONDENCIA

Enviaron colaboraciones.—Rino, Amapola, Mario, Vega Astrain, Saco, Teresa, Clavel y Maria Luisa.

Mario.—Los juegos de Amapola vienen escritos correctamente; los suyos casi siempre tienen errores. Esa es la causa. Además, los solucionistas piden se dé preferencia en la publicación a los trabajos enviados por aquel colaborador.

SOLUCIONES AL Núm. 242

Al problema, por "Amapola":
36 + 36 + 18 + 9 + 1 = 100

Al jeroglífico, por "Clavel": *Más vale pájaro en mano que ciento volando.*

A la tarjeta-anagrama, por "Amapola": *Alfredo L. Palacios.*

Al trompo numérico, por "María Luisa": *Carpintero.*

Al acróstico, por "Rino":

P A L A D I O
A M I A N T O
L A N C E R O
E C L I P S E
R A T A N I A
M E R L U Z A
O R É G A N O

Al jeroglífico, por "Perito de Chaves": *Reinado.*

ENVIARON SOLUCIONES

Margarita Bonnat, Una rosa del Salto Argentino, Mario Sormani, Enrique Bennini, Ernesto H. Ordini, Juanita Etchepare, Jorgecito, Eva Ll. Caruso, Sara E. Coronado Quesada, María Hebé Lesvignes, Regina Lizarralde, Angelita Etchepare, Cecilia Marcovich, Celestina C. Vega Astrain, Anita C. Pisani, Anita E. Ayerbe, María y Adela Finck, Ernesto Finck (hijo), María Robledo, Román Juárez, Amapola, Rosa Pérez, Amelia Regueiro, Juan José Rebagliatti, Eduardo Noyo, María Luisa, Blanca Gath, Rosario González, Delia Giménez Pastor, Josefina Fotana, Miguel Nieto, Clavel, Sarita Manetti, Enriqueta Bianchi, Artepal, Nélida Gamarra, Margarita Soe, José Antonio Casalonga, Anita Esther Ayerbe y Lorenzo Martínez.



NUESTRO CORREO

Las cartas deben limitarse a dos preguntas solamente y venir con la firma auténtica, como constancia de ser subscriptor. Las contestaciones se hacen únicamente en esta página y no por carta particular, pudiendo contestarse bajo un seudónimo si se desea. En la carta en que se haga la consulta no debe tratarse de ningún otro asunto, como renovación de subscripciones, reclamaciones, etc. Esto debe escribirse en otra carta, aunque puede incluirse bajo el mismo sobre.

G. M.—Argentina.—Podemos recomendarle como muy buena para el objeto que usted desea, una que está situada en la calle Tacuarí 1005.

Lata Ciruelas.—El color a que usted se refiere es uno de los matices del rosa pálido.

Lila.—1.ª De bombasí. Los hay con dibujos muy bonitos, con flores o bastones.—2.ª Sí.

La ricurita de Oriente.—1.ª Lavarse con ácido bórico, lo más caliente posible y poner después vaselina pura.—2.ª Se usan chicos y grandes, de modo que puede llevar lo que le quede mejor.

Lalo.—En la librería de Dasso, calle Sarmiento 825, lo encontrará usted al precio de siete pesos.

Subscriptor.—Diríjase a los señores Gibson y Green, Sarmiento 643, donde le darán todos los datos que le interesan.

M. G. A.—Concepción.—1.ª Tres meses.—2.ª Un rodete a la altura de la nuca; pude adornarse con un par de horquillones de fantasía.

Flora.—1.ª Cualquiera de los dos estilos está de moda.—2.ª El mueble a que hace referencia no se ha dejado del todo.

Almafuerte.—1.ª El mismo tiempo que por un padre, es decir, un año de luto riguroso.—2.ª Mientras vistan de negro no podrán asistir.

Coral.—El polvo color rosa le daría el efecto que usted desea.

Flor Marchita.—1.ª Géneros lisos y a cuadritos, son los más apropiados.—2.ª "No la hagas y no la temas" dice un sabio proverbio. No debe afligirle el ataque de que es víctima, pues por encima de todo está la propia tranquilidad, hija del correcto proceder. Es un mal viento que pasará, no lo dude.

Modesta.—El producto conocido por "Lait Larola", recomendado para la conservación del cutis, podrá encontrarlo en cualquier droguería. Si no lo hay en donde usted reside, puede pedirlo a la de Gibson, Alsina y Defensa, que se lo enviará inmediatamente.

Rook.—Sírvase tomar nota de lo que antecede. Puede usar con ventaja el producto indicado por Modesta.

Morocha.—Podemos recomendarle como muy buena la pedicura de la calle Cangallo 1011, cuya manera de trabajar es excelente.

Por primera vez.—1.ª Dos años.—2.ª Un año, entre luto liviano y medio luto.

Subscriptora rural.—Coloque los pétalos de rosas en un destilador el que pondrá después en una alquitara, y extraiga su perfume utilizando alcohol puro.

Blanca Rosa.—El dulce de coco se hace fácilmente, preparando primero el almíbar en el que se hará hervir después el coco rallado, hasta que aquél penetre bien en los filamentos.

Clodomira.—1.ª Hay dos procedimientos para lo que usted pregunta: Masajes con vaselina o ponerles todas las noches yodo o untura blanca.—2.ª En las comidas, por lo general, se sirve primero el fiambre, con el fin de despertar mejor el apetito.

Victoria B. Medina.—No conocemos nada mejor que las fotografías, con las que puede hacerse toda clase de reproducciones.

A Desconfiada.—Debemos creer en la duración de la amistad mientras no aparezca la sospecha ni la deslealtad sienta sus reales; por eso es que hay dos crisoles para probarla: la "ausencia" y la "desgracia". ¿La he complacido?

Cuidadosa porteñita.—Para quitar las manchas negras de las uñas, nada mejor que lavarlas con una solución de agua mezclada con una gotas de amoníaco; frotándolas bien con un cepillo duro pronto recuperan la blancura y brillo perdido.

Sarita.—1.ª Si el agua es áspera para lavarse el cabello, basta emplear jugo de limón y quedará tan suave como la de río.—2.ª Pienso como usted, y cuando hallo a mi paso situaciones como las que usted describe con tanto sentimiento, recuerdo una máxima que aprendí en la infancia: "No encojas tu mano al desgraciado, si no quieres ver en el porvenir de tu vida el ceño de tu cielo, arrugado".

Licha.—1.ª Con baños de vapor, bien calientes, aplicando después vaselina pura.—2.ª El de pintura, indudablemente.

F. S. M.—Sería mejor no usarlo, aunque no podemos dar fe personalmente sino por referencias.

Afligida.—Cualquier tela negra que no tenga brillo; puede quitarse el saco.

Lilidora.—Le aconsejamos lo mismo que recomendamos en este Correo a Modesta y a Rook.

Luisita.—En los quince primeros días; basta poner en la tarjeta, más o menos, lo siguiente: "La familia de... hondamente agradecida.

A Melancólica.—San Genaro.—1.ª Puede usarlo sin temor. 2.ª Lo mismo que decimos a Licha en su pregunta primera.

Nélida C. G. A.—1.ª Al lugar que usted indica en cualquier momento.—2.ª Lea lo que contestamos a Luisita.

A una que no vive sin EL HOGAR.—1.ª Si tiene confianza puede hacerlo en presencia de la persona que ha traído el obsequio.—2.ª El significado es: "Donde me enlazo muero".

Ex rubia azuleña.—En "Nuestro Correo" hemos aconsejado ya la infusión de manzanilla para el lavado de la cabeza, a fin de obtener lo que usted desea. Practíquelo con constancia y quedará contenta.

María Nava.—Seguramente la tierra no tenía abono, y debe haberles echado agua de más, lo que es muy perjudicial. Es también importante la hora del riego, que conviene sea siempre por la mañana. Quién sabe también si las semillas eran buenas...

Desesperada.—Para no engrosar demasiado, porque en efecto, nada envejece tanto el aspecto como un talle muy grueso, es preciso combatir en primer término la obesidad, por medios fáciles y no introducir en el organismo ninguna medicina, pues éstas sólo realizan el milagro con peligro de la salud, ejerciendo, sobre todo, su influencia en el corazón. En el número próximo le daremos algunas reglas prácticas.

"EL HOGAR"

Revista Quincenal para las Familias
Literaria y de Actualidades

Aparece cada dos miércoles

La primera publicación y la de mayor circulación en su género en la República Argentina.

Editores: Empresa Haynes. La correspondencia debe dirigirse al Señor Administrador de la Empresa Haynes, CHACABUCO, 677/685, Buenos Aires. Unión Telefónica 1472 (Avenida).

Los repórters y fotógrafos están munidos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente. — No se devuelven originales, no se mantiene correspondencia respecto a los recibidos, ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la dirección, aunque se publiquen.

Agente en Montevideo: Sr. MANUEL FONSECA
Calle Buenos Aires, 722

Venta en París en los kioskos de los bulevares y en la Librairie Française et Etrangére, 37, rue Saint-Augustin (Avenue de l'Opéra).



SUSCRIPCIONES

República Argentina: Por año,	$ 4.—	m/n.
Exterior: ,, ,,	$ 3.—	oro.
Número suelto, capital e interior. .	$ 0.20	
,, atrasado.	$ 0.30	

Avisos.—Agentes en París: L. Mayence y Cía., 9 rue Tronchet.

En Londres: South American Press.—1 Arundel St. Strand.

En Estados Unidos de América: Cía. J. Walter Thompson, 44-60 East 23 rd. St., New York.

Heladeras "STAR" y "STELLA"

Construidas según los últimos principios científicos empleados en los frigoríficos modernos, con 9 murallas aisladoras para ECONOMIZAR hielo.

Todos los costados se desarman para facilitar la LIMPIEZA.

Tienen DEPÓSITO para agua y cerradura con llave.

Tenemos en existencia más de 60 modelos diferentes.

Modelos especiales y elegantísimos, forrados de vidrio, ópalo y pisos de mosaico.

Antes de decidirse por cualquiera otra marca de heladeras, es de su conveniencia visitar nuestra casa o pedir nuestro catálogo ilustrado.





La Máquina Ideal del Hogar

La máquina de coser "Imperial" es la mejor que hoy día se conoce, PORQUE es la única que ha adoptado todos los perfeccionamientos de la mecánica.

La última novedad de la "Imperial" consiste en un mecanismo ingenioso que permite hacer coser la máquina hacia adelante y hacia atrás sin cambiar el movimiento del pedal.

Su interés exige que nos pida usted el catálogo y las muestras de trabajo de la "Imperial", antes de comprar otra marca de máquinas de coser.

TÉNGALO PRESENTE: ninguna vale lo que la IMPERIAL.



COCHECITOS

De fabricación inglesa y francesa. Colores finos. Modelos elegantes. Catálogo número 66, gratis.

AUTOMÓVILES

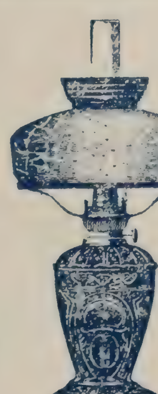
Ofrecemos 12 modelos artísticos y fáciles de manejar. Precio: desde $ 20.— c|l. Catálogo número 111, gratis.



Lámparas "STAR"

Consumen 1 litro de petróleo en 16 horas

Estas son dos de las muchas ventajas que ofrecen las lámparas "Star" con mechero de luz incandescente. En nuestro catálogo N.° 11, que tendremos sumo gusto en remitirle gratuitamente, se explican detalladamente las otras.



Esplendor: 90 bujías normales.

En ese catálogo hallará usted descriptas e ilustradas: lámparas de pared, lámparas de mesa, lámparas de colgar, etc.

No demore. Pida nuestro catálogo. Escriba HOY.

ANDERSON, CLERGET & Co.

135, MAIPÚ, 147 - Bs. Aires. - Gran Anexo Central: 47, MAIPÚ, 49



TALLERES HELIOGRAFICOS DE RICARDO RADAELLI, PASEO COLON, 1266 — BUENOS AIRES



EL HOGAR

AÑO X Nº 245

LA SUPERIORIDAD INCONTESTABLE

DE LA

Harina Lacteada Nestlé

CONSISTE EN QUE ES

EL **UNICO** ALIMENTO **ABSOLUTAMENTE** COMPLETO

PARA NIÑOS, CONVALECIENTES Y ANCIANOS

En su preparación no se necesita **la leche de vaca,** que en la mayoría de los casos es **peligrosa** por proceder de **tambos infectos,** sino sencillamente **un poco de agua caliente.**



LA HARINA LACTEADA NESTLÉ

es además la más económica, pues su precio por gramo de peso neto es inferior a **todos los alimentos** para la infancia ofrecidos en venta no tan sólo en la República Argentina sino en el mundo entero.

Su **envase** es el más liviano, y el contenido de cada lata es mayor en peso al de cualquier otro alimento infantil.

Estos son hechos comprobados, y toda madre que se interese por el bien de sus hijos debe usar

La HARINA LACTEADA NESTLÉ

Anécdotas y curiosidades

OS BEBEDORES DE AGUA Nuestros padres fueron unos grandes bebedores de ino, pero la moda estableció, al menos en las grandes udades, el abandonar el vino por las aguas minerales.

EL RELATO DEL EXPLORADOR



—Allí los cambios de temperatura son tan bruscos, que una vez encontré muerto uno de mis perros. Tenía la cola helada y una insolación.

Hoy los médicos que nos habían puesto "a agua", nos recomiendan que volvamos al vino. Sus estadísticas acusan que la apendicitis ataca con preferencia a los bebedores de agua.

Dejamos a los lectores se inclinen o no a las teorías que los "hombres de ciencia" lanzan y destruyen a su antojo, para los profanos la verdad quedará a igual distancia de las tesis extremas.

Es preciso usar de todo, de todo con moderación; cada uno debe ser su propio médico y él mejor que nadie debe juzgar cuál alimento le es saludable y cual nocivo a la salud.

Los consejos de los médicos son precisos cuando se sabe interpretarlos y cuando se han cho previo estudio del temperamento del enfermo. A tantos hombres, tantos estómagos; a tantos sistes nerviosos, tantos sistemas de curación.

L SIMBOLISMO DE LAS FLORES

Las flores han sido consideradas en do tiempo como símbolo y acompañamiento obligado de fiestas y ceremos, al mismo tiempo que piadosamen. se han colocado en las tumbas y n acompañado a su última morada a muertos.

Entre los primeros cristianos, las res se miraban como símbolo de los nes del Espíritu Santo y adornaron altares.

Tanto se ha extendido el gusto de flores, que su cultivo ha llegado a una lucrativa industria.

Algunas especies, cuyo cultivo se ha sto de moda dieron resultados sorndentes. Se citan tulipanes, por mplo, como el Semper Augustus, fué pagado en 13.000 florines. Los jacintos alcanzan también altos cios, llegando a pagarse una de es. flores en 1.805 florines.

El comercio de las flores cortadas anza hoy gran extensión; las mujeres las aman y ta las más modestas no prescinden de tener sus uquets" para adornar sus jarrones, así como las tas ocupan puesto de honor en la decoración de las taciones. Para conservar largo tiempo los "bous" en los vasos, se deben añadir al agua que los enta algunos granos de clorhidrato de amoníaco, muy barata.

MINISMO NORUEGO La última ley votada por la cámara noruega, aumentando 225.000 el número de electores femeninos, eleva su l a 325.000 o sea 25.000 más que los electores perientes al sexo fuerte. Las mujeres tienen, pues, le ahora, asegurada la mayoría en las elecciones no. gas: se convierten, por decirlo así, en dueñas del gono.

ay que añadir, por otra parte, que ellas no abusan us poderes que la ley les confiere.

l Storthing no cuenta actualmente ninguna mujer tado. Y gracias a esta moderación han obtenido tan damente considerables derechos. Más prudentes que sufragistas inglesas, las noruegas se conforman con l proverbio tan femenino: "Más puede la dulzura la violencia".

ETOS PRECIOSOS El expresidente Roosevelt, que acaba de ser nuestro huésy que conoce mil maneras para hacer que se hable l, antes de emprender su viaje a Sud América, ena la Exposición de calzado de Boston, un par de bo. me había usado cuando, simple "cow-boy", cuidaba ndo en el Far-West.

PLATO SABROSO



—¿Qué significa "English spoken"?
—No lo sé, a punto fijo; pero el hecho es que atrae a muchos forasteros.
—Bueno; pues sírveme a mi también una ración.

Esas botas habían ya figurado en la Exposición de San Luis, en el gran pabellón de Historia de los Estados Unidos, donde, a pesar de la vigilancia que sobre ellas se ejercía, excitaron los instintos "cleptomaniacos" de los aficionados a recuerdos.

Un inglés rico logró robar una espuela sujeta a una de las botas y ofreció, para retenerla en su poder, diez mil francos.

En Boston esas botas no podrán tocarse, siquiera. Estarán encerradas en una vitrina. ¡No vaya a suceder con esa preciosa reliquia lo que en el Louvre con la obra maestra de Leonardo de Vinci!

EL COLOR DEL PELO La revista inglesa "Tit-Bits" da cuenta de un Congreso celebrado por la British Association, y en el que se discutió sobre las características entre rubios y morenos.

Hubo conclusiones interesantes.

Como guerrero, el hombre rubio es admirable.

A través de los siglos, fué siempre destructor y creador de imperios.

Los bárbaros, que invadieron Europa y que acabaron con el poder de Roma, eran rubios.

Todavía hoy tienen los rubios la supremacía del mundo.

Así lo dijeron los congresistas londinenses, según los cuales, el hombre moreno es de natural apacible y pacífico; prefiere pensar a moverse, es más soñador que hombre de acción y ama la belleza intensamente.

La mayor parte de los músicos, poetas y pintores son morenos.

Respecto a la mujer, la Historia demuestra cómo las rubias han sido siempre las más formidables provocadoras de la discordia.

Cleopatra — dicen los congresistas — era pelirroja.

Existe más arraigada la creencia de que la astuta egipcia, que supo cautivar primero a César y después a Marco Antonio, y provocó la ruina de una nación, era morena.

Es un error; era pelirroja... o los congresistas de la British Association no saben lo que dicen.

Casi todas las famosas aventureras de que nos habla la Historia fueron rubias.

Las morenas, en cambio, suelen ser buenas, amables, dulces, excelentes esposas y madres.

La rubia es una calculadora fría; la morena ama apasionadamente y sólo tiene por guía los impulsos de su corazón.

REMEDIO MARAVILLOSO M. Charles Finlay, es un multimillonario director del Actua Bank de New York, cuya única hija acaba de contraer matrimonio con el pastor protestante Lee Paris.

Hace algunos meses el yerno del multimillonario se sintió enfermo y los médicos diagnosticaron que padecía tisis pulmonar. La noticia apenó profundamente al suegro y teniendo noticia de que un profesor alemán había hallado un remedio contra la tuberculosis, le dirigió una carta ofreciéndole la suma de un millón de dólares si se decidía a ir a Estados Unidos y realizar sus experimentos en enfermos norteamericanos.

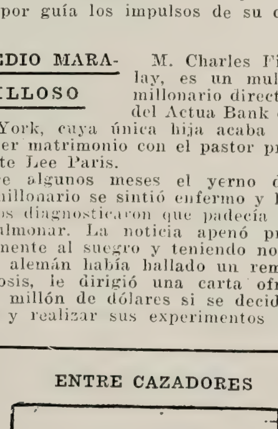
Como era lógico, el profesor alemán aceptó la oferta. Actualmente van a ser sometidos al nuevo tratamiento cien enfermos en New York y si se obtiene un resultado favorable en el 95 %, se proclamará la infalibilidad del remedio.

Si tal cosa ocurriera, M. Finlay está dispuesto a fundar cinco o seis sanatorios para tuberculosos.

Unicamente falta saber si M. Finlay vivirá el tiempo que se necesita para hacer las experiencias o... morirá antes de tuberculosis.

El tiempo lo dirá.

ENTRE CAZADORES



—¿A dónde vas?
—A matar perdices. ¿Y tú?
—A matar el tiempo.


A. Ehrmann
PETRÓLEO GAL
E. GAL
Modo de usarlo
MADRID
Lo mejor
para el pelo
Petroleo
GAL
PÍDANLO EN PERFUMERÍAS, FARMACIAS Y DROGUERÍAS
REPRESENTANTES:
MONTALVO Y PEDERNERA
CALLE VICTORIA, 978 — BUENOS AIRES

Nuestras encuestas

¿Qué haría usted si fuera muy rico, esto es, si tuviera mucho dinero?

Si yo fuera rica lo primero que haría sería hacer construir una casa para mis padres, que reuniese todas las comodidades, en un lugar que fuera más del agrado de ellos, y lo mismo haría con mis hermanas y hermanos, sin hacerle diferencia a ninguno trataría de que lo pasaran lo más bien, y parte de mi fortuna la repartiría haciendo todo el bien posible, haría construir refugios para ancianos, hospicios para niños, hospitales, en fin, todo lo que pudiera ayudar a la humanidad, y yo me divertiría cuanto pudiera, pasearía visitando a mis parientes y amistades, me gustaría conocer ciudades y campañas de la Argentina y también extranjeras, y vivir un poco en la ciudad y otro tanto en la campaña, tener coche y automóvil que yo misma me gustaría saber guiar. Eso es lo que haría yo si tuviera mucho dinero y buena salud.

C. Delucchi.

Conceptúo una persona rica a la que además de tener una buena fortuna, posea la mayor riqueza, que es la salud.

1.° Si mi fortuna pasara de un millón de pesos, cada aniversario, es decir, desde el día que de los 999.999 pesos llegue al millón, haría una fiesta dedicada a repartir víveres y proporcionalmente dinero a los desventurados por la fortuna; a los pobres.

Mi mayor placer sería dedicar parte de mi fortuna a crear una gran escuela en el pueblo que resido, dotarla de buenos profesores y para que éstos eduquen la niñez argentina y extranjera a fin de que en lo futuro estos niños, o algunos de ellos, puedan hacer las mismas caridades que habría hecho yo. Crearía un asilo de mendigos y un hospital.

2.° A los autores de mis días trataría en toda forma de hacerles pasear, tenerlos alegres y tranquilos y que sus cortos días de existencia los fueran pasando al lado del hijo que los estima, con la mayor armonía y alegría que pudiera implorar un hogar feliz.

3.° Me casaría con una señorita educada, trabajadora, buena, y que el día que fuera madre de familia fuese un modelo de madre. Con ella pasearía por regiones desconocidas y disfrutaría de la riqueza que motivó estas líneas y que todo quedó en Bavia.

Héctor Vimo.

Lo primero sería poner a mis padres en posición elevada, ayudar a mis hermanos y educar con esmero a mi única hermanita.

Compraría estancias y ocuparía a todos los pobres siempre que fuesen trabajadores, porque la haraganería yo la detesto.

En cada establecimiento haría construir importantes colegios y capillas para darles una buena educación a todos los niños de mis empleados y enseñarles la buena religión (esto la haría muy feliz a mi madre). Haría trabajar a todos, pero les daría buenas propinas.

Yo no sería orgullosa ni gastaría mis riquezas en vanidades. Compraría un automóvil y recorrería mis establecimientos acompañada de amigas y amigos y siempre tendría el placer de comer un cordero al asador en el rancho en que nací.

No me casaría hasta los 35 años, porque siendo muy rica nunca me iban a faltar pretendientes, ¿no les parece a ustedes?... y así pasaría la vida feliz y mis momentos de distracción serían leer la importante revista EL HOGAR, que tanto instruye.

Campesina de Labardén.

¡Ah, si yo fuera rica en dinero, que rica soy porque gozo de buena salud y aún soy joven! Pero me refiero a ser rica en dinero; lo primero compraría grandes extensiones de terrenos con el fin de cultivar la tierra por medio de personas que puedan trabajar, dándoles los elementos necesarios y pagarles bien su trabajo.

2.° Haría caridad a los imposibilitados dando los alimentos y vestidos (no les daría dinero).

3.° Y a todas aquellas que deseen suscribirse a EL HOGAR, y no pueden por carecer de posible, yo les ayudaría. Por fin, con esto creo que a todos les ayudaría con mi riqueza.

P. Obieta.

En primer lugar tendría una casa con todas mis comodidades. Viajaría y ayudaría al que viera que verdaderamente lo necesitara.

A más compraría un terreno con bastante extensión y formaría un pueblo con todas las comodidades necesarias y que llevara mi nombre.

Filomena de S.

Si yo tuviese mucho dinero, renuncio desde ya a lo que inspira a seres bien intencionados en el presente. Yo concibo pensando independiente mucha lógica en mi concepto y este es ante todo satisfacer todos nuestros meros caprichos, siendo uno de los míos viajar al través de tierras ignotas, atravesar el pensamiento hasta el punto de ansiar la gloria de que luego se diga ¡yo amé, instruí y fortalecí la renta del que luego será un ingenio; el resto de mi vida lo dedicaría a combatir el analfabetismo; luego, envanecida, morir.

Aras.

Primero de todo atender a las necesidades de mi familia, dar una instrucción sana y concreta (basada en todos los conocimientos naturales) a mis hijos, construir una casa moderna, donde el aire, la luz y toda comodidad sean los señores.

¿Y luego?... ¿construir hospitales? para qué... si ya hay demasiados... yo no quiero que haya pobres... haría y propagaría para que estuvieran en mejores condiciones y mejor atendidos; para que la palabra "hospital" no denigre o asuste sino que lleve confianza y dé fuerzas para aliviar sus males al que allí vaya.

Pero mi mayor anhelo, para no extenderme en consideraciones, ya que el dinero es también el causante de nuestros males, sería construir la "ciudad del trabajo", que dignifique al hombre, que le lleve a su verdadero destino; la ciudad que digo es la que nos pinta magistralmente Emilio Zola en su libro "Trabajo".

Fundar en esa misma ciudad las escuelas para todos los conocimientos útiles para la vida material y espiritual, hacer que cada obrero sea hombre de provecho para sí y para los demás, es crear la riqueza más natural del mundo: eso haría yo. ¿Que es utopía? Quien quiera sostenerlo se engaña. Así dispusiera de los millones necesarios y manos a la obra. ¿Que es un sueño? Será, y soñar así a los 27 años y tener por toda fortuna una pequeña casita y cuatro hijos y vivir de un bajo jornal, bien venido sea tal sueño.

¿No habrá algún millonario que piense como yo?

P. Bovio.

Si fuera muy rica, es decir, si tuviera mucho dinero, practicaría el bien de todas maneras, en primer lugar, me proporcionaría comodidades, que no las tengo, para mí y los míos, y si hubiera de casarme, en todo caso lo haría con un hombre pobre, de buenas cualidades y que fuera apto para manejar intereses, y en cada pantano haría construir un puente.

Aramburú H. A.

Si yo tuviera mucho dinero, lo primero que haría sería conocer todo nuestro territorio, y al objeto viajaría siempre con la intención de alegrar el lejano hogar pobre y allí extenderles mis manos pródigas, cubriendo el desnudo velo de la pobreza e iluminando con el libro a los futuros ciudadanos de mañana.

A veces, las necesidades de todas especies, se ven muy lejos y así es mejor que los ojos propios sean más fieles testigos para que eleven al corazón ese desprendimiento de generosidad entre hermanos.

Cubriría vacíos cuando en mi camino encontrara para después que surja el símbolo bienhechor.

Paz y tranquilidad en el hogar, fruto de estabilidad en los pueblos.

J. De Luca.

Si yo tuviera mucho dinero, lo primero que haría sería asegurar a mi padre, una vez tranquila y el porvenir de mis hermanitos, poniéndolos en las mejores escuelas para que siguieran una carrera u oficio a que tuvieran más inclinación, no tendría más culto que la caridad; para los niños y ancianos sin amparo, haría construir asilos con todas las comodidas.

En este pueblo haría hacer un hospital con todas las comodidades y adelantos de la ciencia, fundaría talleres para que trabajasen los jóvenes, pues considero que en ciertos casos la limosna es humillante, y por último desearía para mí hacer cada año un viaje a países lejanos y a mi vuelta vivir en el campo en una casita escondida entre árboles muy grandes y jardines y tener una biblioteca con muchos libros porque me gusta leer.

María T. Rogé.

Siendo como soy fantástico y superficial no quisiera poseer mucho dinero porque tendría ancho campo donde extenderme en los gastos, dada mi imaginación, y como me conozco bien a fondo, sólo desearía tener el dinero suficiente para poder vivir holgadamente.

Alfredo Wilmore.

EL TEATRO DE EL HOGAR

La entrada gratis

Al salir de la oficina en que trabaja don Ruperto se encontró con uno de sus íntimos amigos que le ofreció un vale de dos plateas para un teatro. La fila era excelente, la numeración de las dos plateas inmediata al pasillo, y la obra a representar el "éxito de la temporada".

Don Ruperto sueña en la sorpresa que le va a dar a su mujer. El sueldo de don Ruperto es corto, y en seis años que lleva de matrimonio sólo ha llevado tres veces a su mujer al teatro. Y el caso es que la única pasión de la señora de don Ruperto es esa.

Ella se lee a diario toda la sección de teatros de los periódicos, está al corriente de los chismes y cuentos de telón adentro, lleva al dedillo la fecha de los debuts, beneficios y despedidas y discute las obras y los autores como si fueran cosa suya.

—¡Ah! Qué sorpresa para Elena—decía don Ruperto.—¡Cómo se va a alegrar!

Y diciendo esto subió de cuatro en cuatro los escalones y llamó a la puerta ruidosamente:

Don Ruperto.—¡Hola, Elenita!...

Elena.—¿Qué te pasa?... ¡Vienes congestionado!

Don Ruperto.—¡Adivina! ¡Adivina!

Elena.—¿Qué es lo que quieres que adivine?

Don Ruperto (malicioso).—Lo que te traigo...

Elena.—¿Qué es? ¡Vaya no seas tonto, díme! ¡Parece que te va a dar una congestión!

Don Ruperto.—¿Eh?... ¿Tengo cara de enfermo?

Elena.—¡No sé, pero estás como si te pasase alguna cosa...

Don Ruperto (con gravedad).—¡En efecto, me pasa algo!...

Elena.—¿Te han repetido los cólicos?

Don Ruperto.—Nada de cólicos.

Elena.—¿Entonces?...

Don Ruperto.—¡Adivina!...

Elena.—Pero, si ya sabes que odio dos cosas en el mundo: los porotos y las adivinanzas...

Don Ruperto.—Es verdad; mira. (Dándole el vale).

Elena (después de haberlo leído).—¡Un vale para el teatro!...

Don Ruperto.—¡Sí!

Elena.—¡Para los dos!...

Don Ruperto.—¡Sí!

Elena.—¿Para tí y para mí?

Don Ruperto.—¡Sí!

Elena.—¿Y para esta noche?



Don Ruperto.—¡Sí!

Elena.—¡Qué felicidad! ¡Qué dicha!

(Salta al cuello de don Ruperto y le da un beso ruidoso en un carrillo).

Don Ruperto.—¿Estás contenta?

Elena.—¿Si estoy contenta?... ¡Contentísima! ¡Ah! Pero te advierto que el mejor acto de la obra es el primero y debemos ir antes de que empiece...

Don Ruperto.—Bueno, cenamos deprisa...

Elena.—¿Cómo cenar? ¡Pero, ¿tú piensas en cenar?

Don Ruperto.—¡Demonio!...

Elena.—Se necesita estar loco... ¿Te figuras que me voy a poner ahora a cocinar, a poner la mesa y a vestirme? ¡Así no voy a ir!...

Don Ruperto.—¡Claro!

Elena.—Comeremos a la vuelta.

Don Ruperto.—¡Bueno!

Elena.—¿De qué fila son las plateas?

Don Ruperto.—De la quinta.
Elena.—¡Qué gusto! ¡Desde ahí se ve todo, se oye todo...
Don Ruperto.—Ya te dije que eran de lo mejor...
Elena.—Solamente que...
Don Ruperto.—¿Qué?...
Elena.—Que estoy pensando en...
Don Ruperto.—¿En qué? ¡Acaba!
Elena.—¡En el vestido que voy a ponerme!...
Don Ruperto.—Ponte el gris.
Elena.—Tú estás loco... un vestido de mañana...
Don Ruperto.—Pues es muy bonito...
Elena.—Para la mañana, sí; pero para el teatro...
Don Ruperto.—Ponte el traje color malva.
Elena.—¡Un vestido de hace cinco años!...
Don Ruperto.—¿Y qué?
Elena.—Que me está estrecho.
Don Ruperto.—Apriétate un poco el corsé.
Elena.—Además es de una forma atrasada.

Elena.—La verdad. ¿No es una vergüenza que lleves seis años con 200 pesos de sueldo?...
Don Ruperto.—Auméntamelo tú!
Elena.—¡Si yo fuera hombre, ya encontraría el medio de ganarme la vida mejor que tú...
Don Ruperto.—¿De modo que el día en que yo te ofrezco una distracción me vas a dar un escándalo?...
Elena.—Es muy natural, porque es cuando comprendo mi modo de vivir y lo comparo al de todas mis amigas casadas.
Don Ruperto.—¿Y qué?
Elena.—¡Que veo que vivo como una miserable!
Don Ruperto.—¡Pero, ¿por qué me casaría yo?
Elena.—¡Eso digo yo!...
Don Ruperto.—Usted lo que es, una coqueta.
Elena.—Y usted un inaguantable.
Don Ruperto.—¡Antipática!...
Elena.—¿Antipática yo?...
Se rompen algunos platos, ruedan las sillas, caen los bibelots al suelo; calmados los nervios



Don Ruperto (algo molesto).—Bueno, ponte lo [...]e quieras.
Elena.—¡Pero, si no tengo nada!
Don Ruperto.—¿Entonces?...
Elena.—¡A no ser que quieras en peinador o [...] enaguas!...
Don Ruperto.—Yo creo que al teatro se va a [...] comedias, no a exhibir toilettes.
Elena.—Pero no a ser humilde ni a hacer un ri[dí]culo espantoso! ¿De qué tengo yo aire?
Don Ruperto.—De lo que eres: de una mujer [...] linda, casada con un marido que disfruta de [...] modesto sueldo.
Elena.—¡Y tan modesto!
Don Ruperto.—¡Si dependiese de mí el que no fuera!...
Elena.—Pues de quién es la culpa si no tuya...
Don Ruperto.—¿Mía?
Elena.—Tuya, porque no tienes energía ni voluntad...
Don Ruperto.—Pero, ¿qué dices?

de Elena, se sienta y llora; don Ruperto se pasea con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y exclama sentenciosamente:
Don Ruperto.—Esto me enseñará a que cuando quiera ir al teatro alguna vez vaya solo, o con algún amigo; de esta manera nadie tendrá que envidiar los vestidos de nadie... ni romper la vajilla...
Elena (avergonzada de lo que ha hecho).—¿En... en qué piensas?...
Don Ruperto.—¡En... nada!
Elena.—¿Te has enojado?...
Don Ruperto.—¿Quién, yo? ¡Unicamente!...
Elena.—¿Unicamente qué?...
Don Ruperto.—¿Que si te parece podríamos cenar?...
Elena (barriendo).—¡Mira, porotos que tanto te gustan! ¡Una cena modestita como corresponde a nuestra posición!...

Max MAUREY

De aquí y de allá



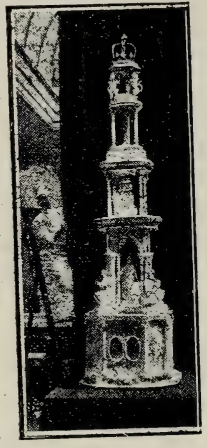
Indicadores artísticos. — Los naturales de la región de Warmbrun, en Silesia, procuran por todos los medios posibles en conservar todo el encanto de una naturaleza pródiga, mejorada, en lo que cabe, por la imaginación y mano del hombre. Así, en lugar de colocar en los cruces de carreteras, caminos y paseos, bastos postes que indiquen la ruta a seguir al caminante como se hace en la mayor parte de los países, ellos han tenido la original idea de reemplazarlos por árboles esculpidos en forma artística. Así se ve, por ejemplo, labrada en un pino la figura de un labrador con su hoz, en cuya hoja está escrito e indica el camino: "Hasta Greschdurf, una hora".

En otro lugar se contempla un colegial con una pizarra apoyada en el pecho; en ella se lee: "Colonia Fullner". La colonia Fullner es una aldea de mineros; la figura indica con la mano el lugar en que está situada.

De estos indicadores hay infinitos en Silesia.

Club de sordo-mudos.—En Londres hay un club ideal por varias razones, entre ellas porque ninguno de sus socios habla. Es el club nacional de mudos, compuesto enteramente de individuos que no disponen de más lenguaje que el de las señas, pues a ellas tienen que atenerse necesariamente, porque ninguno sabe el sistema labial y sólo pueden "hablar" con las manos.

Casi todos los socios se ganan la vida en el comercio y algunos de ellos son viajantes.



Arquitectura en turrón.—El ramillete que reproducimos no será, tal vez, el más artístico pero ha batido el record en altura.

Esta obra, fabricada con azúcar y turrón, med cinco metros de altura.

Fué ejecutada por un confitero de Londres con o sión de ofrecer sus majestades un banquete a l principales comandantes de la escuadra.

Sobre un piso de turrón, adornado de graciosas lumnas en azúcar rosada, reposaban cuatro estatu representando el Trabajo, el Comercio, Industria y la Agricultura. En medio, gran Albión; encima, siempre soportado columnas labradas con gusto, un velero azúcar con todas las velas desplegadas; el piso superior el Amor, y para termin tres unicornios sostienen en sus cabezas corona real.

La presentación alcanzó un éxito, sie felicitados los autores, cuyos retratos se v en nuestra fotografía.

Arboles viejos.—Algunos naturalistas h encontrado en cierta región de México árbol cuya edad no baja de seis mil doscientos años. Arboles viejos se conocían varios, como, por ejemplo, el célebre y gigantesco de Hidson, en Inglaterra, que tiene tres mil doscientos años; el baobab del Africa central, llamado baobab de Humboldt, que cuenta cuatro mil años y que se consideraba hasta la época presente como el decano de los árboles por ser contemporáneo de las pirámides. Pero acaba de estudiarse el ciprés de Chepultepec (México), y teniendo en cuenta sus cuarenta metros de circunferencia y el resultado de los estudios practicados, es indudable que disfruta de la no despreciable edad de 6.200 años.



Carmen

ARMEN es una gitana española. Una española nacida de un cerebro francés, pero al fin una española. Los pañoles, por regla general, solamente la han conocido el escenario del Real y, ¿por qué no confesarlo?, no abaron de tragarla. Y es que la Carmen la ópera no es enteramente la Carmen de rimée. Casi, casi no pasa de ser su caricura.

La verdadera Carmen, la de la novela que ió de base a la ópera, es una gitanilla con su dulce mirada y sus palabras de l alivia las penas del sargento Navarro, so por haberla dejado escapar cuando la ducía a la cárcel. El agradecimiento conrte al militar en adorador rendido de la ma: los celos le transforman en crimi- y el hasta entonces honrado sargento e que huir de la sociedad de las peras honradas y se hace contrabandista. tiene siempre cerca a Carmen, ya pueamarla libremente. Toda la gente mate que los rodea así lo comprende, pe- el antiguo sargento del regimiento de ansa es un hombre vehemente y ce- que en todos los demás hombres ve rival, hasta en los cándidos ingleses a nes Carmen sólo desea embaucar en be- io de la banda, y llevado de los celos, to añade nuevos crímenes al que fué n de su metamorfosis. Al fin se cree ueño de su gitana, y se enorgullece reendo toda Andalucía en su soberbio po- el trabuco en el arzón y la novia a la a. Pero una nueva nube viene a turaquella dicha.

n picador famoso es el héroe del día l mundo de la tauromaquia, y Carmen alta a una sola corrida. Es fiel a Na- o, a su José; éste no puede echarle en cara. Pero aquella asiduidad con la gitana va a la plaza de toros...

avarro decide probarla.

¿Quieres que nos marchemos a Amé-

¿Para qué?—responde ella.—Estamos bien aquí.

ex sargento cree comprender. Carmen ama sin al picador; Carmen ya no le quiere; Carmen de- orir.



En todo ello hay algo de verdad. Carmen, hija de una raza libre como el aire, empieza a cansarse de aquel tirano siempre celoso.

José Navarro nota su desvío, la pone a la grupa de su caballo y la conduce a uno de los más solitarios desfiladeros de la sierra.

—¿Es aquí?—pregunta la gitana comprendiendo de qué se trata.

Entonces Navarro se humilla, llora y suplica un poco de aquel antiguo amor que ambos pasearon, ebrios de vida, por montes y serranías. Ella le contesta sencillamente:

—Mátame; soy taya y estás en tu derecho: pero ya no puedo quererte''.

La imagen del picador, ovacionado por todos los hombres y amado por todas las mujeres, ofusca la mente del celoso, y lleno de cólera acribilla a puñaladas el bello cuerpo de Carmen. Después recapacita, comprende la enormidad de su crimen y, cavando una fosa donde deposita el cadáver de la que tanto quiso, corre a entregarse en manos de la justicia.

Tal es la verdadera historia de Carmen la gitana: coqueta, pero no infiel, voluble, pero nunca cruel hasta el punto de presentarse, como la heroína de la ópera, ante el hombre que se perdió por ella, como la amante de otro en quien aquél pudiera ver un rival.

La Carmen ideada por Merimée, la verdadera, la primitiva, es digna de compasión al morir, con dignidad casi espartana, a manos de un celoso.

La Carmen artificiosa de la ópera engañando públicamente al antiguo sargento con el ''toreador'' Escamillo, no puede inspirar lástima a nadie que haya amado de veras, y cuando cae a las puertas de la plaza, víctima de su propia infidelidad, más de un espectador se siente inclinado a decir: ¡Bien muerta está!

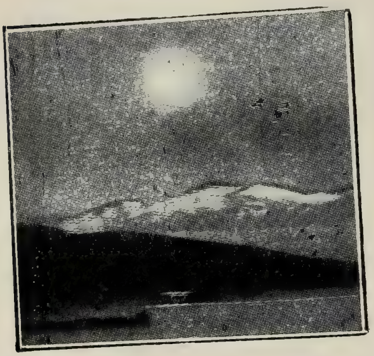
Desgraciadamente, esta Carmen, con toda su comparsa de cigarreras y ''bailaoras'', de contrabandistas y de toreros, es la que pasea por Europa como ejemplo de vida española. ¡Buen servicio han hecho a los españoles Mérimée y el bueno de Bizet!...

Mundo pintoresco

Cerca del polo el sol no aparece durante un cierto número de días, es la noche polar absoluta apenas esclarecida de tarde en tarde por auroras boreales. Por el contrario, en otras épocas el sol queda en el horizonte durante un lapso largo de tiempo, apareciendo pálido y brumoso. Uno de esos momentos es el que reproduce nuestra fotografía.

El automóvil más pequeño.—Un mecánico de Munich ha construído para su hijo, de 6 años de edad, un automóvil que probablemente es el más pequeño de todos los que se conocen.

Mide 1.50 metros de largo, 0.45 de ancho y 0.70 de alto. Pesa con el depósito lleno 55 kilos. Este puede contener siete litros y medio de esencia y el motor tiene una fuerza de un cuarto de caballo.



Desarrolla una velocidad de diez a doce kilómetros por hora.

En él va a la escuela su afortunado propietario causando la admiración de sus condiscípulos.

Para tener músculos de atleta.—Se ha puesto de moda en Francia, principalmente entre la gente que se dedica a los ejercicios de sport, el mascar goma elástica constantemente.

Muchos se quedarán admirados de este, al parecer capricho, que no es más que un procedimiento para desarrollar los músculos de las mandíbulas, del cuello, de las espaldas y de los brazos.

Los que lo duden no tienen, para convencerse, más que ponerse un pedazo de goma elástica en la boca. Inmediatamente sentirán un furioso deseo de mascar, operación que efectuarán, sin fatigarse, durante bastante tiempo.

Este deseo de masticar que se experimenta es parecido al que sienten los niños al echar los dientes, de morder cuerpos duros: hueso, marfil o nácar, materias de las que están hechos sus chupadores.

El haberse descubierto que el ejercicio de la masticación desarrollaba los músculos de la parte superior de nuestro cuerpo, se debe a los pieles-rojas. En efecto los pieles-rojas muestran un notable desarrollo en los músculos.

Y esto no se debe atribuir a su naturaleza, sino al ejercicio constante que ellos hacen de masticar.



"Tanto en las comidas, como entre ellas, el piel roja no cesa de masticar a fin de obtener el doble resultado de afirmar sus mandíbulas y desarrollar los músculos del cuello."

Ved la figura 3 en la que se nota el desarrollo de los músculos dichos en un piel roja casi idénticos al de los músculos de un atleta, que se representa en la figura 2.

Una distracción de Edison.—Edison fuma cigarros de poco precio, que él elige cuidadosamente; en su mesa de trabajo donde pone sus cigarros hay siempre un bote con exquisitos habanos que él destina a los amigos que le visitan, pero los amigos se le fuman sus cigarros y dejan sin tocar los habanos. Harto ya porque veinte días había tenido que elegir más de 500, fué a un cigarrero y le encargó un millar de cigarros del tabaco peor que hubiera. El encargo fué cumplido. A las dos semanas vuelve el cigarrero.

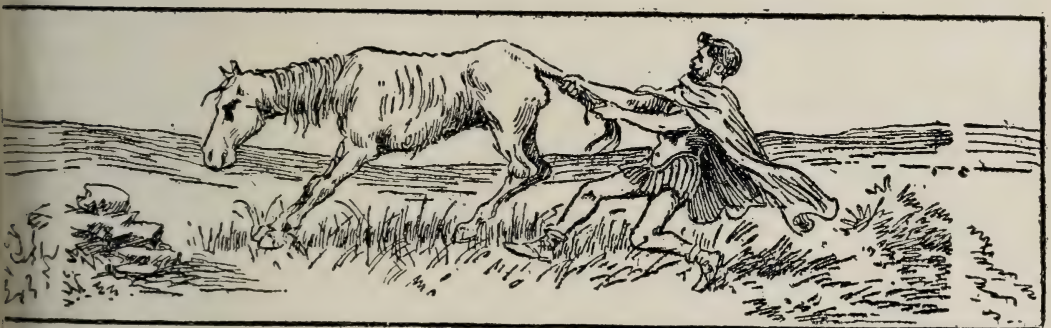
—¿Cuándo me remite los cigarros que le encargué?—le dijo Edison.

—Se los remití hace 14 días.

—¡Entonces son los que estoy fumando!



La obsesión de la rueda



Poesías infantiles (Para recitar)

Los caballos de Sertorio

Cuando por la dictadura
rudo tesón luchaban
rio, caudillo del pueblo,
s, de la aristocracia.
torio, que en el partido
primero figuraba.
desterrado de Roma
uscó asilo en España.
era tan hábil Sertorio
a pesar de ser su patria
que causó los horrores
la guerra de Numancia,
s españoles no vieron
él sino al entusiasta
aleroso caudillo
ra defender su causa.
organizó las huestes
ras a la romana
las adiestró en la guerra
n su inteligente táctica.
por lograr el prestigio
su persona y su fama,
elaba a los misterios
recurría a la magia.
empre llevaba a su lado
torio una cierva blanca,
io tutelar que en todas
s empresas le inspiraba,
y tenía aquella cierva
tan diestramente amaestrada,
que acercaba la cabeza
a su oído cual si hablara....
Y entonces, según Sertorio
que explotaba aquella farsa,
las órdenes de los dioses
la cierva comunicaba.
Gentes sencillas y crédulas
veían la escena extraña,
y a la cierva y a Sertorio
con gran respeto miraban,
y aprovechando el prestigio
sobre aquella gente cándida,
aumentaba el ardimiento
en la lucha con las armas.
Roma, viendo el poderío
del gran Sertorio en España
mandó un poderoso ejército
a castigar su arrogancia;
pero Sertorio, esquivando
aceptar grandes batallas,
donde la fuerza del número
fácilmente el triunfo alcanza
en las pequeñas acciones
al contrario hostilizaba.
No faltaron en su campo
algunos que criticaran
la estrategia de Sertorio,
que de cobarde trataban.
Lo supo el caudillo, y quiso
mostrar a la gente sandia
la diferencia que existe
entre la fuerza y la maña.
Hizo traer dos caballos,
uno de fuerza y estampa
y otro viejo, flaco y débil,
y llamó a dos hombres de arm...
—Tú—le dijo al más forzudo—
agarra la cola lacia
de ese pingo tan escuálido
y a ver cómo se la arrancas.
Tiró con toda su fuerza
el mozo, sin que lograra
su intento por más tirones
que desesperado daba.
Y entonces le dijo al otro
que al fuerte potro arrancara
una por una las cerdas
de la cola con cachaza
Así se vió demostrado
que si la fuerza no basta
la habilidad le supera
con paciencia y con constancia.

CHIRON.

EL MÉDICO EN CASA

Cáncer. — Actualmente parece demostrada la teoría del doctor Caride, basada en el principio científico-filosófico de que "un clavo saca otro clavo".

El doctor Caride ha logrado curar a muchos enfermos de cáncer con la propia sangre de los enfermos, extraída y aplicada según lo ha divulgado en conferencias y artículos para bien de la humanidad y honra argentina.

Carbunclo. — Es un tumor carbuncoso o pústula maligna, con lo cual queda demostrada la respetable dignidad del carbunclo y los tratamientos serios que merece.



Se manifiesta por una alteración de la sangre. El hacerse mala sangre jamás conduce a nada bueno.

Ya es sabido que el peor mal de los males es tratar con animales, sin distinción de especies, ya sean hombres, burros, moscas, etc.

Las moscas azules que se ceban en los restos mortales del ganado lanar, vacuno, caballar, asnal, etc., son las que inoculan después el carbunclo al hombre.

Por eso, dicha enfermedad es uno de los encantos de la vida del campo. Las personas que no aman la naturaleza y viven en las ciudades, no suelen disfrutar del carbunclo.

La "manifestación" local de la carbuncosis, se realiza sin permiso policial ni otro alguno.

Cuando vean ustedes a un individuo que ostenta graciosamente y con cierto orgullo un tumor virulento y séptico, inflamatorio y gangrenoso, háganse esta pregunta: "¿Qué mosca le habrá picado?"

Si después se manifiestan los accidentes generales que indican la intoxicación de la economía del interfecto, pueden ustedes contestar a la pregunta citada en esta forma: "Le ha picado una mosca azul, grande, que traía el carbunclo en el aguijón".

Con lo cual sacarán ustedes diez puntos por el acertado diagnóstico.

El caso es grave; pero son pocos los carbunclos que no se entregan a discreción, ante un ataque llevado con energía y en tiempo oportuno.



Si se deja generalizar la infección, el peligro aumenta de hora en hora, y la "última hora" llega más pronto de lo que desea el paciente, si el paciente no es un desesperado de la vida.

Si, por el contrario, es un hombre feliz que quiere vivir, cueste lo que cueste, y está dispuesto a cualquier heroico sacrificio, se dejará cauterizar el carbunclo con un hierro al rojo hasta una profundidad suficiente (todo el espesor del infarto).

Contribuirán a "resolver" el problema de la cura ción, las "soluciones" iodadas, inyectadas en el teji do celular subcutáneo con una jeringa y con una cui dadosa precaución.

El paciente, no obstante esos "tratamientos" tan "buenos", pierde las fuerzas, se debilita, y es nece sario reanimarlo. Esto se consigue con tónicos, excitan tes difusivos y vino.

Si lo que se ha comprado como vino es una tintura cualquiera, se corre el albur de que perjudique al en

El médico en casa

fermo el brebaje. Salvo que, por una feliz casualidad, fuese tintura de iodo, pues ella está indicada contra la infección carbuncosa y puede tomarse sin inconveniente, por más ascos que se le haga.

Caspa. — La caspa es una especie de escamilla que se forma en la raíz del pelo y que no tiene otra misión que llenar en este mundo sino dar que rascar a quien la padece y enriquecer a los vendedores de específicos contra ella.

El remedio más eficaz para quitarse la caspa es una afeitada de cabeza. Con la raíz del cabello se va la caspa también.



Pero la gente moderna, y más aún los poetas modernistas, no "la van" con la pelada, y es preciso recurrir a remedios menos heroicos.

Para algunos individuos, ya es bastante heroicidad lavarse la cabeza. Pero esto es imprescindible para el que no dé la preferencia a la caspa.

Agua y jabón es la mezcla ideal, base de la limpieza. A los más refractarios al agua fría se les permite usarla tibia.

Si no basta el agua jabonosa, puede usarse el alcohol o bien un cocimiento de eucaliptus.

Entiéndase bien que si recomiendo el alcohol contra la caspa no es para uso interno, sino para lavajes.

Hago esta aclaración con el fin de evitar que se abuse de la receta inocente o intencionadamente.

Catalepsia.—Neurosis cerebro-espinal caracterizada por la suspensión de las operaciones cerebrales.

Sin embargo, la suspensión de la actividad cerebral no siempre se traduce en catalepsia. Puede ser "burrez", y entonces o se cura con el estudio o es incurable, según el grado de la enfermedad.

Hay casos de catalepsia en que el enfermo oye, ve, entiende, se afecta, pero le falta todo movimiento, todo medio de expresión y disimula perfectamente la alegría que le causa, por ejemplo, saber que ha fallecido su suegra o el odio que le inspira el doctor que le da por muerto.

Las emociones fuertes, el terror, sobre todo, producen la catalepsia.

El ladrón, el acreedor, el casero o cualquier otra fiera que se presente de improviso ante una persona de nervios muy sensibles, pueden ser causa de un ataque de catalepsia.



El cataléptico es como un muñeco articulado, como el político que se entrega incondicionalmente a su jefe. Donde lo ponen se queda. Si le estiran un brazo o le erecgen una pierna, así permanece hasta que le cambian de postura.

Durante el ataque de catalepsia, si se quiere molestar al paciente, puede aplicársele sinapismos en las piernas y paños de agua fría y vinagre en la frente, o darle un vomitivo.

Para mortificarle más se le puede pellizcar o hacerle cosquillas. Lo más humano es dejarle tranquilo y proporcionarle algunos ratos de distracción, ya que ve, oye y siente, y esperar a que recobre sus movimientos, pues los ataques de catalepsia no matan. Después se tratará la enfermedad como corresponda. Generalmente son histéricos los individuos que sufren esos ataques.

SERRUCHO.

Dib. de Caro.

El hombre que no tiene apellido

Este hombre existe y acaba de presentarse en consulta a uno de los abogados más célebres de París.

—¿A quién tengo el honor de hablar?—dijo el abogado.

—A nadie.

Y como el abogado hiciera un gesto de impaciencia, el visitante añadió:

—No os impacientéis; no estoy loco; lo que os acabo de decir es verdad y os lo voy a explicar.

He nacido el 29 de junio de 1876, en Marsella. Mi madre Hubertina Lepetre, se había casado algunos años antes con un comerciante llamado Fortunato Rugemont. Mi padre fué un tal Pedidier, amigo de la familia.

Durante mi infancia y mi adolescencia, fuí llamado Camilo Félix Pedidier por mi madre y todas las personas que estaban al corriente de mi nacimiento.

En 1898 se pronunció el divorcio entre mi madre y M. Rugemont, el marido de mi madre.

Al año siguiente, este último intentó contra mi madre, con quien había tenido varios hijos, un proceso en repulsa de paternidad, y me fué interdicto por sentencia del tribunal civil del Sena mencionado, como lo prueba esta copia que le presento.



Yo continuaba llamándome y haciéndome llamar Pedidier. Mi padre verdadero, que me profesaba un gran cariño, tampoco podía reconocerme: en cambio, podía adoptarme y legar su nombre a la edad legal, que cumplía a los 52 años.

Tales eran, en efecto, sus intenciones cuando por mi desgracia, murió a los 51 años.

Imposible, pues, continuar llamándome Pedidier, y más imposible tomar el apellido de mi madre, puesto que su marido lo impedía.

De suerte que carezco de apellido. Mi libreta militar, pues he hecho tres años de servicio, está bajo el apellido de Rugemont, cuyo uso se me ha prohibido.

Me queda el de Camilo Félix. Esto sólo me sirve para firmar las cartas, como los obispos o los reyes, pero, ¿puedo yo entablar una demanda? ¿Acometer una operación comercial? ¿Casarme? ¿Heredar? Imposible.

Cada determinación que tomo me crea un conflicto: si voy a alquilar una pieza, me preguntan ¿Cómo me llamo... No puedo decir que me escriban a casa porque ¿qué apellido poner en el sobre?

He pedido la mano de una señorita; en una notaría de aquí cerca tengo doscientos mil francos legados a Camilo Félix Pedidier por su padre adoptivo, pero... Camilo Félix Pedidier no existe y yo tengo que trabajar teniendo legítima si no legalmente esa fortuna.

Y para colmo de ironía, yo, que no puedo gastar tarjetas, soy litógrafo: las hago por miles a diario.

Unicamente me ha servido para no pagar al almacenero, al sastre y al casero porque han querido demandarme y al preguntarles el juez:

—¿A quién se va a demandar?

—Como no ha podido decir a quién, el juez, muy bien hecho, no les ha admitido la demanda.

Pero... ¿Para casarme, qué hago?

¿Tendré que morir soltero?

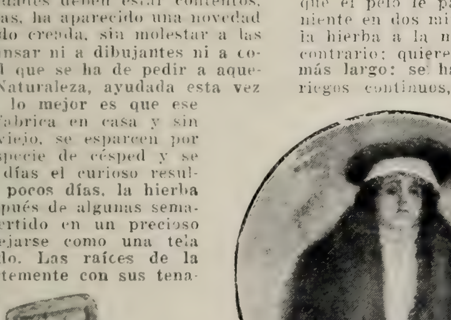
—¿Y no es una lástima?

J. F. Bernard

Género nuevo

Los amantes de las novedades deben estar contentos, pues, en materia de telas, ha aparecido una novedad e las más curiosas. Ha sido creada, sin molestar a las ábricas de tejidos y sin cansar ni a dibujantes ni a coreadores. Es una novedad que se ha de pedir a aquea fecunda inventora, la Naturaleza, ayudada esta vez or el ingenio humano. Y lo mejor es que ese jido no se compra: se fabrica en casa y sin ar. Se toma un tapete viejo, se esparcen por ncima semillas de una especie de césped y se spera, regando todos los días el curioso resuldo de la siembra. A los pocos días, la hierba mpieza a despuntar, y después de algunas semaas el tapete se ha convertido en un precioso "prado" que puede manejarse como una tela ande, sin ningún cuidado. Las raíces de la erba se agarran tan fuertemente con sus tenas y retorcidos filamentos tejido del tapete, que hay peligro de que se esprendan. Puede cogerse l tapete, doblarlo, plegar, volverlo, cortarlo y corlo de mil maneras, sin edo alguno. ¿Para qué rve tan raro tejido? Sir- para hacer todo lo que quiera, como puede ver- por las fotografías. Un stre inteligente puede cer un magnífico abrigo una pesante cazadora de utomovilista, que compita n la pelliza más abundante y larga. Las señoras drán hacerse tapados y brigos de todas formas y mbién adoptarán la tela ara los más variados usos omésticos: tapices de salón, carpetas para la mesa, lredones. Un rectángulo de este género siempre adorna na habitación, y una tira verde, si entona con el resto el vestido, realza la toilette de una dama. Estas son s ventajas más visibles y más fáciles de adivinar, ero no son todas. Una señora tiene, por ejemplo, un brigo de hierba, que ha crecido a capricho de la naraleza; un día a la dama no le gusta la prenda, porque el pelo le parece largo. Queda obviado el inconveniente en dos minutos: se toman unas tijeras y se pone la hierba a la medida que se desea. O bien sucede lo contrario: quiere la señora que su abrigo tenga el pelo más largo: se hace un cultivo intensivo de la hierba, riegos continuos, pequeñas podas, abonos químicos y exposición al sol. Al cabo de pocos días, el pelo es nutrido y fuerte.





Pero toda medalla tiene su reverso. La hierba, generalmente, goza de la simpatía voraz de aquellos animales que la zoología denomina herbívoros. Un automovilista, con su maravillosa pelliza, se para en el camino, desciende del vehículo y se sienta a descansar a la sombra de un árbol. Pero tiene la desgracia de dormirse. ¡Y ahí ocurre la catástrofe! En lo mejor del sueño, despierta al automovilista un tintineo de campanillas; abre los ojos, y se encuentra rodeado de todo un rebaño, que está almorzando... con su pelliza, sin dejar siquiera la trama del tapete.

También se hablará de las caritativas personas que, a semejanza de San Martín, se privan de su capa para cubrir a los mendigos. Se hablará de los que, compadecidos en presencia de un cordero flaco y hambriento, le han dado su propia piel... de hierba.

En fin, un inventor está estudiando ya la composición de un polvo insecticida que destruya la numerosa colección de arácnidos y coleópteros que suelen sentar sus reales en los prados. Es verdad que entre la hierba anidan a veces animales más grandes que los insectos, pero no se arriesgan a permanecer mucho tiempo en el tapete. Se ha dado, sin embargo, el caso de una luciérnaga que había logrado acomodarse en una carpeta de hierba, que cubría una mesa.



¡Esta y no otra!

Señora: ¿Cuál es la marca de extracto de malta que Vd. consume? ¿Está Vd. segura de que no se está envenenando su organismo? ¿Qué será de sus hijos?

¿Se ha preguntado Vd. alguna vez las consecuencias graves que debe tener una bebida alcoholizada en alto grado sobre su organismo debilitado por la maternidad? ¿Ha pensado Vd. que podría estar sembrando el primer grano para hacer de su hijo un futuro degenerado, alimentándole con su leche materna que lleva en ella el germen del alcohol?

Señora, Vd. no puede ser demasiado prudente en la elección de la marca del extracto de malta. Sea cual sea la marca favorecida por Vd. hasta hoy, Vd. hará bien en librarse de toda preocupación tomando la

Malta Palermo

EXTRACTO DE MALTA

A parte de su alta concentración, es particularmente por su mínima alcoholización que se han abierto a nuestro producto las puertas en todos los sanatorios y clínicas del país. Los médicos más eminentes ponen de relieve esta cualidad de tanta trascendencia propia a nuestro producto en sus certificados expuesto a la MALTA Palermo.

Señora, al comprar Vd. un extracto de malta, insista en que sea MALTA Palermo.

Cervecería Palermo (S A)

TELEFONOS { Unión, 110 y 114 (Palermo) / Cooperativa, 5 y 28 (Norte)

EN VENTA EN TODAS PARTES

Precio por botella. . . . $ **0.65**
Id, íd. cajón, 24 botellas „ **14.—**



De las condiciones físicas de la conversación

El razonamiento debe ser claro, inteligible y expresivo, coordinando las ideas de manera que la proposición preceda a la consecuencia y que ésta se deduzca fácil y naturalmente de aquélla; empleando para cada idea las palabras que la representen con mayor propiedad y exactitud; evitando comparaciones inoportunas e inadecuadas; eslabonando los pensamientos de manera que todos sean entre sí análogos y coherentes; huyendo de digresiones largas o que no sean indispensables para la mejor inteligencia de lo que hablamos; y finalmente, limitando el discurso a aquella extensión que sea absolutamente necesaria, según la entidad de cada materia, a fin de no incurrir nunca en la difusión, que lo obscurece y enerva, y lo despoja al mismo tiempo de interés y atractivo.

El estilo en la conversación será más o menos llano y sencillo, según el grado de inteligencia y cultura de las personas con quienes se hable, y según la mayor o menor amistad que con ellas se tenga. Pero adviértase que aun conversando con personas doctas y de etiqueta, será siempre ridículo el excesivo esmero en la elección de las palabras y frases.

Sin el conocimiento de las reglas gramaticales del idioma que se habla, no es posible expresarse jamás con aquella pureza de lenguaje que es tan indispensable para el trato con gentes cultas y bien educadas; y es de advertirse, que por muy adornada de buenas cualidades sociales que aparezca una persona, las faltas gramaticales en que incurra comunicarán a su conversación cierto grado de vulgaridad que eclipsará notablemente su mérito. ¿Hasta qué punto no se desluce el que dice "cualesquier cosa" por "cualquier cosa", "dijites" por "dijiste", "yo soy de los que digo" por "yo soy de los que dicen", "cabayo" por "caballo", "háyamos" por "hayamos", etcétera, etc.

El estudio de la gramática es, por lo tanto, indispensables a todas las personas que aspiran a poseer una buena educación, las cuales procurarán adquirir, por lo menos, aquellos conocimientos que basten para hablar con propiedad, y para conocer los giros del idioma que sirven para expresar más claramente cada idea.

El tono de la voz debe ser suave y natural en toda conversación sobre materias indiferentes, esforzándolo tan solo en aquellas que requieran un tanto de calor y energía, aunque jamás hasta hacerlo penetrante y desapacible. En la mujer, como ya hemos dicho, la dulzura de la voz es no sólo una muestra de cultura y buena educación, sino también un atractivo poderoso y casi peculiar de su sexo.

Las personas que tienen naturalmente una voz demasiado grave o demasiado aguda, deben tener especial cuidado, al esforzarla, de no llegar a hacerla desapacible, sin que por esto se entienda que dejen de darle aquella modulación que exigen siempre los sonidos orales, para no incurrir en la monotonía, que es un defecto no menos fastidioso y desagradable al oído.

Así la lentitud como la rapidez en la expresión, cuando se hacen habituales, son extremos igualmente viciosos y repugnantes. Pero, conviene observar que según es la naturaleza del asunto, y según el grado de interés o curiosidad que ha llegado a excitarse en los oyentes, así debe hablarse con mayor o menor pausa o celeridad. Un asunto serio requiere generalmente una expresión más o menos lenta; al paso que la relación de un hecho interesante o chistoso se haría pesada y molesta si no estuviese animada por una pronta y desembarazada locución.

Los movimientos del cuerpo deben identificarse de tal modo con la naturaleza de las ideas y con la energía de la expresión, que formen un todo con las palabras, y no se hagan jamás notables por sí solos. Una persona que al hablar mantuviese el cuerpo enteramente inmóvil, comunicaría cierta insipidez aún a la conversación más interesante; pero aquella que lo moviese demasiado, haciéndolo girar fuera de la órbita de los pensamientos, obscurecería sus propios raciocinios y fatigaría la atención de sus oyentes.

La fisonomía del que habla debe presentar las mismas impresiones que sus ideas han de producir en los demás; así es que en ella han de encontrarse los rasgos del dolor o de la compasión, si trata de acontecimientos tristes y desastrosos o de las desgracias y miserias de sus semejantes, y los de la alegría, si el asunto que le ocupa es agradable o chistoso. La persona que tomara un semblante festivo al discurrir sobre una materia de suyo imponente y grave, o un semblante serio y adusto al referir una anécdota divertida, o que conservara una fisonomía inalterable en toda especie de razonamientos, no movería jamás el interés de sus oyentes, y daría a su conversación un carácter ridículo y fastidioso.

El juego de la boca, que tanto contribuye a la expresión de la fisonomía, debe ser enteramente propio y natural. Las personas que apenas separan los labios para despedir la voz, las que los separan demasiado y las que dan a la boca movimientos estudiados y extravagantes, no sólo se ridiculizan, sino que desvirtúan todo el atractivo que este importante órgano está llamado a comunicar a la conversación.


JUGUETES
Casa Matriz
Bé MITRE y FLORIDA
GC SA
ALMACENES
SUDAMERICANOS
GATH & CHAVES
BUENOS-AIRES - SANTIAGO DE CHILE - LONDRES - PARIS

La vida íntima, por Rojas

Consejos y casos espinosos



Por mucha corrección que se tenga en las costumbres sociales, alguna vez se presentan casos embarazosos.



Cuando se desea una audiencia de algún alto personaje, debe solicitarse en el estilo protocolar que se use con el funcionario a quien se dirige.



Cuando se va a pasar una puerta, debe el hombre pasar primero que la mujer, y una vez que ésta haya hecho lo mismo, se le ofrece el brazo.



El brazo que se le ha de ofrecer a una señora o señorita debe ser el izquierdo, para protegerla con el derecho de cualquier accidente.



Ningún hombre bien educado debe solicitar el retrato de una dama, y si ésta se lo dá, no debe enseñarlo a nadie, conservándolo en sitio no visible para no dar lugar a torcidas interpretaciones.



La persona de buen tono no se voltea a derecha ni a izquierda para sonarse. Toma discretamente el pañuelo y se sirve de él, sin hacer ruido.



[illegible] se debe ser ni muy tímido, ni muy audaz. Lo primero hace cometer faltas incorregibles y lo segundo puede pasar al grado de mala educación.



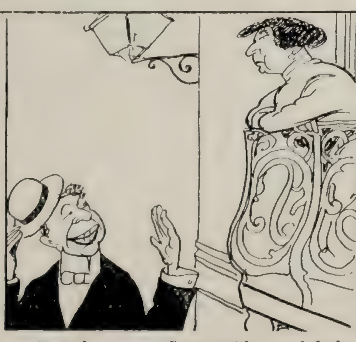
La maledicencia nació con la humanidad y casi siempre es inhumana. "Dicen" es un personaje enigmático y terrible con el cual se cubre el que calumnia.



Cuando se encuentran dos señoras, una joven casada y la otra vieja y soltera, debe saludar primero la casada, pues la edad y el no haber encontrado novio debe ser respetado siempre.



No se debe ser suceptible porque es signo de inferioridad. Debe compadecerse al que habla de uno, y perdonarlo si falta.



Cuando una señora está en el balcón y pasa un hombre, aunque la conozca no la debe saludar, porque ello equivaldría a decirle: "¿Ha salido usted para verme pasar?"



Cantar sin ser solicitado es muy molesto, y si el que lo hace desentona, se impone la emigración.

Cómo se forman hombres

El estudio

PRIMER PROGRAMA DE LA INFANCIA.—Las materias del primer programa, destinadas a reglaentar las ocupaciones de los niños, son esenalmente éstas:

Lectura, pintura, cálculo, solfeo, lecciones de sas, costuras, dibujo. A éste programa hay que gregar el juego, no como recreo sino como ocuoción que deba tener un lugar preponderante. o abrigamos la intención de dar aquí los métodos adecuados para enseñar a los niños la lecra, la escritura, el solfeo o el cálculo. Para tas materias existen manuales muy buenos, ue contienen las explicaciones y el desarrollo cesario a su enseñanza, y no haríamos más ue repetirlos. Mas, en cambio, podemos llamar atención de los padres sobre las consideranes siguientes:

1.ª Desde hace años, los métodos de enseñanza la lectura, la escritura, el cálculo y el solo, han hecho progresos extraordinarios; no hay, es, que instruir a los niños por los métodos tiguos cuya aplicación y éxito comportan para los una gran pérdida de tiempo, sino, inspiránse en los nuevos procedimientos que se hallan vigor en todas las clases primarias.

2.ª Si el niño es enseñado por una institutriz, acuerdo con los nuevos métodos de lectura, ritura, etc., es preciso que no haya en la falia una persona de buena voluntad que recua los métodos antiguos y embrolle en el cebro del niño las lecciones del maestro o de la stitutriz.

3.ª Si, a pesar de estas consideraciones, un embro de la familia quiere iniciar al niño en lectura, escritura, etc., siguiendo el antiguo todo, es importante que el niño sepa leer, al mpo de entrar a la escuela, sin lo cual, se entraría desorientado ante la aplicación de los evos métodos. Igual cosa podemos decir de la ritura, cálculo, etc.

4.ª Fuere cual fuere el método empleado,—y sin decir que preferimos el nuevo,—es coniente que siempre sea uniforme y enseñado r una sola persona.

Tenemos una confianza muy limitada en las tudes educadoras de una persona que no es de profesión; pero, la insuficiencia del método ede, al menos, ser compensada por su persisncia en los procedimientos.

LA LECTURA DEBE SER UN PLACER PARA EL NIÑO.—La lectura es de una importancia tan mordial que nunca sería demasiado hablar ella: desde que los niños saben hablar hay que señarles a leer. Pero ¡con cuántas precauciones! No debe recargarse la mente del niño de da que tenga visos de trabajo o que demande serio esfuerzo; tal cosa sería un yugo que diilmente soportaría un niño.

Muchos chicos, cuando mayores, detestan los ros y los estudios, precisamente por haber sido obligados a leer a una edad que es rebelde a toda férula por leve que sea. Es el caso de las indigestiones que, una vez pasadas, dejan una invencible aversión hacia los manjares que han perjudicado el estómago.

Hay, pues, que evitar todo esfuerzo penoso, de manera que la lectura resulte una ocupación agradable que, hasta se desee en ocasiones, y no un trabajo forzado.

Un filósofo inglés, J. Locke, cuenta que hallándose en casa de una familia amiga, donde había un niño rebelde a la lectura, decidió conducirlo por la buena senda, de acuerdo con el procedimiento siguiente:

En una conversación que tuvo con los padres, sin aparentar que notaba en lo más mínimo la presencia del niño, insinuó que la lectura era un ejercicio de alto valor, reservado en las familias al hijo primogénito y que sólo por caridad se podía enseñar a los menores; éstos, por otra parte, no tenían derecho alguno, y eran perfectamente dueños de vivir ignorantes y groseros como la gente baja.

El resultado no se hizo esperar, y el niño suplicó a su madre y a su institutriz, pidiéndoles que le enseñaran a leer.

Es cierto que se puede encontrar siempre un expediente análogo a éste, con no importa qué niño, y después de haber estudiado su carácter, puede estimularse en él el deseo de trabajar, deseo que puede tener la misma vehemencia que para el juego. No hay que emplear nunca la fuerza, o el reproche; con esto no se conseguiría nada. Al final de cuentas, el niño estaría nervioso y el maestro con dolor de cabeza. Si no puede alcanzarse éxito mediante la dulzura, postérguese la lección para el día siguiente. Vale más que el niño tarde algún tiempo en aprender a leer que le cobre aversión a la lectura y a los libros durante toda su juventud, y quizá por mayor tiempo también.

CÓMO DIRIGIR LAS LECTURAS DE LOS NIÑOS.—Cuando, por medios dulces y fáciles, un niño comienza a saber leer, se le pondrá en las manos un lindo libro, adecuado a su inteligencia y que contenga cosas que despierten su curiosidad.

Con esto, el niño se verá recompensado del esfuerzo hecho para leer. Desde hace años, las lecturas para los niños se han desarrollado extraordinariamente, hasta tal punto que es difícil hacer una selección de libros, pues hay que buscar aquellos que interesen sin llenarles la cabeza de ideas huecas o demasiado fuertes.

Los cuentos de Perrault, los de Andersen y los de Smit, así como las fábulas de Iriarte y las de Samaniego, son modelos en su género; en ellos hasta lo maravilloso es comprendido de un modo inteligente.

Estos libros tienen una virtud reconocida: la de no resultar pueriles.

La Navidad en Belén

Beit el Lahm, como la llaman hoy los turcos, la Ciudad de David, que se decía en los tiempos bíblicos, está muy lejos de producir, en el viajero que por vez primera la contempla, la impresión que parece debiera corresponder a su importancia histórica. Cuando se llega a ella, después de la caminata de dos leguas que la



separan de Jerusalén, aparécese como un lugarón grande y feo, de casas muy blancas unas, terrosas otras, que se amontonan confusamente formando calles de dos metros escasos de anchura, llenas de lodo y de suciedad, que despiden un olor que no es precisamente el de los perfumes de la Arabia. Estas calles están por lo ge[illegible] ral desiertas. Los habitantes de Belén son gente ind[illegible] triosa, en su mayoría dedicados a trabajar el nácar, q[illegible] allá en el fondo de sus tiendecillas obscuras transf[illegible] man en pilas de agua bendita, en cruces y en rosari[illegible] Algunos son carpinteros. Cristianos los más de ell[illegible] sus mujeres van con la cara descubierta y con una t[illegible] blanca tapándoles por completo la cabellera; únicam[illegible] te las jóvenes solteras lucen las negras trenzas, y sol[illegible] ellas una especie de tiara adornada con monedillas [illegible] dijes, de los que llevan también gran profusión en [illegible] brazos, en los tobillos y hasta en la nariz.

La iglesia de Belén



En la parte oriental de la colina en que se halla empiazada la población, está la plaza del mercado, y al sur de ella, la iglesia de la Natividad, uno de los edificios cristianos más antiguos del mundo, edificado sobre el sitio donde nació Cristo. Consiste en la iglesia propiament[illegible] cha y en tres monasterios: el católico, el griego [illegible] armenio. A la iglesia, cuya construcción se remonta [illegible] gún es fama, al siglo IV, se entra por una puertecita [illegible] baja, tan baja, que una persona de regular talla n[illegible] ne más remedio que inclinarse para pasar por ella. [illegible] leyenda pretende que se hizo así para evitar la ir[illegible] rencia, pues de este modo todo el que entra en el t[illegible] tiene que inclinar la cabeza; pero bueno es adverti[illegible] las puertas bajas son cosa muy común en Pale[illegible]

La Navidad en Belén

ntre, la iglesia de la Natividad es una gran nave, dos laterales más estrechas, separadas per filas de mosas columnas monolíticas, que se dicen sacadas las ruinas del templo de Herodes. Al final de dicha



ve, un alto mamparo magníficamente dorado cierra el ntuario, dividido en tres partes, para uso respectivaente de católicos, griegos y armenios.

El día de Navidad, este santuario atrae millares de regrinos; pero dicha festividad no coincide para las s ramas del cristianismo allí representadas. El 25 de ciembre sólo lo celebran los católicos; los griegos, do días más tarde, y los armenios observan la fiesta de Epifanía de los Reyes en vez de la Navidad.

La fiesta de Navidad

El día tradicional para Belén, es, sin embargo, el la Navidad católica, y entonces es cuando más conrrida se ve la población, pues a parte de los católicos Siria, acuden a ella turistas de todas partes de Eupa y de América.

El día antes por la tarde, ya son muchos los viajeros e, dejando las comodidades de los hoteles de Jerusa, se presentan en la ciudad de David. Los belenitas ambos sexos se ponen la ropa de fiesta, que para las jeres consiste precisamente en quitarse todos los adornos, los collares de gruesas cuentas, los dorados brazaletes, y echarse a la cabeza el velo blanco que de ordinario sólo llevan las casadas. Por la noche, en todas las ventanas se encienden velillas, y las estrechas calles se inundan de una luz rojiza que comunica a la ciudad, vista de lejos, el aspecto de una enorme brasa.

La mayor parte de los peregrinos y de los habitantes de Belén pasan la noche en pie, porque la iglesia concede ciertas bendiciones a los que al amanecer se encuentren en las afueras del pueblo, en el sitio llamado Campo de los Pastores, por creerse que fué allí donde los ángeles dieron a los pastores la buena nueva.

Cuando vuelven a entrar en Belén, entran también nuevos millares de viajeros, y toda la multitud acude a visitar la cueva donde nació el Salvador del mundo. En los antiguos caravanserrallos o mesones de Oriente, el establo solía ser una ancha cueva, y todas las autoridades parecen conformes en la autenticidad de la que hay bajo el templo de la Natividad. Habiéndose construído éste cuando aún no se había borrado el recuerdo

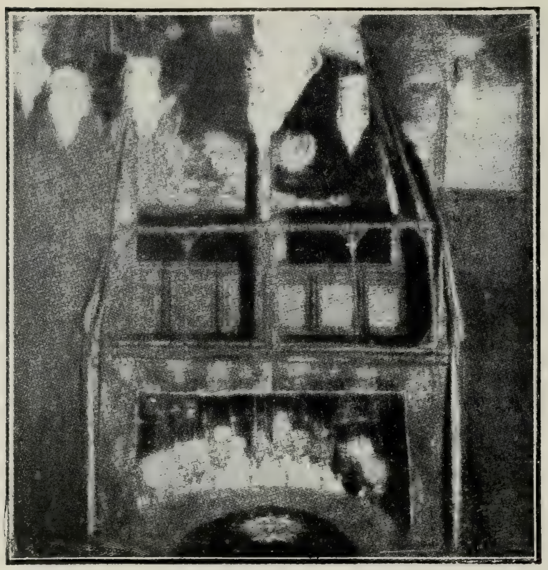


de los días en que Cristo estuvo en el mundo, la piadosa creencia tiene todos los visos de verdad.

Dentro del establo

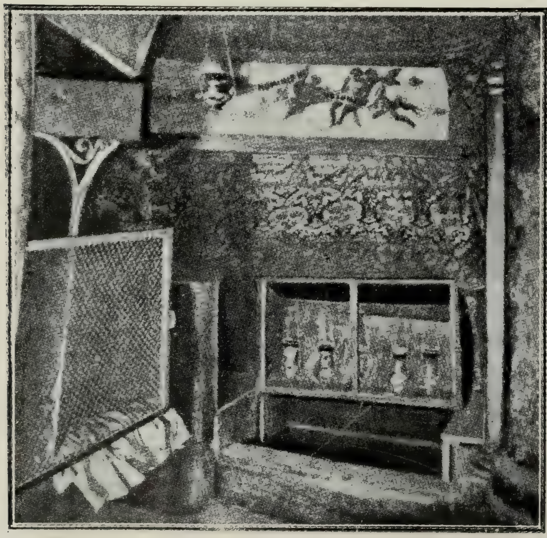
A esta cueva se baja por una escalerilla que hay en

el santuario de los griegos. Las paredes de piedra caliza están revestidas de mármol, y a un lado, junto al suelo y precisamente debajo del sitio en que se halla el altar de la iglesia, hay una excavación, ante la cual se postran devotamente los peregrinos. Precisamente en aquel



sitio se admite que fué donde la Madre del Salvador dió a luz su bendito Hijo. En el suelo hay una estrella de plata, adornada de pedrería; y en torno de ella, una inscripción que dice: "Hic de Maria Virgine Jesus Christus natus est" (Aquí nació Jesucristo de María Virgen). Encima pende gran número de lámparas de oro, plata y piedras preciosas, que las comunidades de los tres monasterios se encargan de tener encendidas constantemente.

Al otro lado de la cueva hay otra excavación, donde se cree estuvo el pesebre que sirvió de cuna a Cristo.



La tradición quiere que el pesebre auténtico sea uno que estuvo allí hasta el siglo XV, y que fué llevado a la iglesia de Santa María la Mayor, en Roma; actualmente lo sustituye otro de mármol, delante del cual hay una fila de lámparas encendidas.

Al regresar la procesión suenan los cánticos religiosos en la iglesia, que son escuchados con gran vocación por una inmensa muchedumbre.

Nuestros niños



Haydee Escobar



Máximo Le Chevalier de la Sauzaye

La muerte del aguinaldo

El 1911 en Inglaterra se suprimieron los aguinaldos no por tácito acuerdo de la gente, sino por disposición expresa de la ley. En efecto, la "Prevention of Corruption Act" (ley para impedir el soborno), aprobada el ... 1911 por el Parlamento, considera como actos inmorales, y en consecuencia, dignos de penalidad, los aguinaldos de comerciantes a clientes, así como los de particulares a carteros, barrenderos, recaderos, etc.

La ley de referencia califica de soborno cualquier regalo hecho con interés comercial, y reputa culpables, lo mismo al donante que al receptor, de actos de corrupción. La penalidad, una vez probado el hecho, varía entre 500 y 5.000 $ de multa, o prisión subsidiaria de dos a cuatro años, según la cuantía y las circunstancias que concurran en el soborno. Esta ley comenzó a regir en Inglaterra desde 1.° de Enero de 1912. De modo que el aguinaldo ha muerto en la patria de Shakespeare a manos de la ley, inmolado ante el ara de la moralidad pública.

Mesa revuelta

Hacer ejercicio.—Gedeón pregunta a su hijo:
—¿Haces ejercicio en el colegio?
—Sí, papá.
—¿De qué género?
—Por la mañana, ejercicio de lectura y escritura, y por la tarde, de gramática y aritmética.



* * *

—¡Nada, ni cantándoles el "Miserere" me arrojan diez centavos!...

* * *

Una respuesta oportuna. — El maestro explica la diferencia que separa a los animales en herbívoros y carnívoros.

Poco después pregunta rápidamente a un niño desatento:

—Vamos a ver. ¿Cómo se llaman los animales que comen carne?

El alumno, improvisadamente:

—¡Los ricos!



* * *

—Esa nariz colorada indica que es usted alcoholista.

—No, es que como soy tan pobre no como más que jamón con tomate.

* * *

—Nada, no meriendas mientras no me digas donde está Roma.

—¡En el mapa!

* * *

Lo que ignora Carlitos. — Oye, Carlitos; si tú tuvieras una bota que pesase 160 kilos, ¿de qué cosa la llenarías que no pesase más que 100?



—¿Cómo puede ser eso?

—Muy sencillo. No tienes más que llenarla de agujeros.

* * *

Mal agüero.—¿A qué no sabes por qué ha sufrido tantos atentados el rey Alfonso?

—Por llamarse XIII. ¿No ves que es de mal agüero?

—Pues lo podía haber evitado.

—¿Cómo?

—¡Llamándose XII bis!...

Tiquis - Miquis

Un médico innovador. — El doctor Knaps es ombre aficionado a los remedios heroicos. En u opinión ningún médico debe perder el tiempo ratando de curar a los tuberculosos; y en una onferencia de clínica climatológica ha dicho otundamente a sus compañeros de profesión: 'Matad a los tísicos con dosis de morfina redoladas. Morirán sin dolor. Es mi costumbre y osotros tenéis el sagrado deber de emplear la norfina, siempre que os llamen para asistir a un ísico moribundo.''

¡OH! LA HIGIENE!



—¿Y cuánto dices que ''filtra'' este ''filtro''?
— ¡Gota a gota, medio litro de grapa cada 30 minutos!...

Reyezuelo atento. — Rodeado de los salvajes le una tribu, el misionero se sonreía con benevolencia.

—Los apartaré del canibalismo—pensaba lleno le esperanza.—Me han tratado tan bien hasta ahora que seguramente los convertiré a todos.

Después de ser presentado al reyezuelo, el nisionero se retiró a una choza especial que la ribu le había preparado. Poco después entró un ndígena diciendo:

—El rey me manda que te prepare para la comida.

—¡Oh! qué atento es el monarca de esta tribu! ¿Tengo que vestirme de otro modo para presentarme en el comedor? ¿Eres acaso, el ayuda de cámara del rey?

—¡Soy el cocinero.



¡Una carta de luto!... ¿Me escribirá mi mujer desde el otro mundo?

La edad en la mujer.—Su señora dice que usted ha tenido el doble de años que ella.

—¡Sí, señor, a los cuatro años!

Entre padre e hija. — Juanita, niña de tres años, se cansa de pasear y su padre la pregunta si quiere volver a casa a pie o en tranvía.

—Mejor quisiera volver a pie, si me llevas **en** brazos, papaíto.

La actualidad femenina

CUANDO la mujer no acierta a conciliar debidamente las atenciones del gobierno doméstico con las exigencias de la vida de relación social, corre el riesgo de llevar sus aficiones al deporte más allá de lo que conviene a las demandas de la higiene corporal, hasta caer en extrañas exageraciones, propias tan sólo de los desocupados que tienen resuelto el problema de la vida cotidiana.



El gran duque Alejandro Micaelovitz de Rusia y la viuda de Mr. Astor

A este orden de felices mortales pertenecen a lo que parece las graciosas jóvenes cuyo entusiasmo por la vida al aire libre las ha movido a seguir las sugestiones de un médico francés, Bertrand, quien no satisfecho con dar a los ejercicios físicos todo el ambiente necesario para su mayor eficacia, estableció en Montfermeil una especie de colonia al estilo griego, en que las jóvenes con tiempo y dinero para hacer su gusto, han dado al traste con los ridículos adefesios de la moda contemporánea y no sólo visten, peinan y calzan como las griegas antiguas, sino que imitan la vida helénica en todos sus pormenores. Al efecto, disponen de una casa, quinta, villa, gineceo o como quiera llamársela, sin más piso que la planta baja, en donde, para dar mayor realidad al remedo, han instalado unos telares por el estilo del de



Una profesora de la Liga de Salvamento, de Nueva York, enseñando a los niños prácticamente la manera de subir y bajar del tranvía

Penélope, en los que, a despecho de las modernas industrias fabriles, tejen por sus propias manos las túnicas, kitones y demás prendas de la indumentaria helénica.

Pero como el trabajo necesita su alternación con el recreo, a no ser que en tiempo de Pericles rigiesen otras leyes higiénicas, las simpáticas émulas de la hija de Menelao se reunen después de la jornada textil en una explanada contigua, y despojadas de los mantos se dedic a la gimnasia rítmica, las danzas sagradas y bail populares de los tiempos heroicos.

Desde el punto de vista de la higiene y de la es tica, no está mal la idea ni deja de ser curioso el esp táculo; pero en todo debemos huir de las exageraciones y bien podemos alabar el gusto de las ninfas de Montfermeil, con tal de que sólo les sirva para distraer los ocios y aliviar en los días de fiesta las preocupaciones de la vida cotidiana.



La niña telegrafista Alicia Conaug transmitiendo un despacho telegráf

A cada cual le da el naipe por distinto palo; y si a las apacibles moradoras del gineceo de Montfermeil les encanta la naturaleza, a la señora Norma de Gibboney la atraen pasión las bellezas de las selvas y bosques con sus al y patudos pobladores, pues no hay en todo el estad Alabama cazador alguno que le aventaje en punter en el manejo de la escopeta, a lo que añade sin destreza en el de la caña de pescar, dos ejercici parecer incompatibles, pero que la realidad ha fun gallardamente en manos de Norma Gibboney. No han quedado menospreciados los méritos de la intrépida cazadora, porque el gobernador de Alabama, Mr. O'Neil, la ha nombrado inspectora oficial de caza, dándole licencia para cobrar cuantas reses le salten a tiro de escopeta. Es la primera mujer que en aquel país ha obtenido licencia de caza.



La actriz española Tórtol lencia paseando por L montada en un burro

—Aunque los concursos de bellezas son siempre muy relativos, pues abarcan muy corto radio de concurrentes, no dejan de tener su aliciente y a ellos acuden gustosas las mujeres que por secretas confidencias del espejo tienen el íntimo convencimiento de que algo llama en su rostro la atención de los hombres el concurso de bellezas celebrado no hace muc Newport (Estados Unidos), bajo la presidencia d duque Alejandro Micaelovitz, primo hermano del Rusia, ha superado en importancia a sus predec



La actriz inglesa Miss Ethel Dane paseando con un oso domesticado

porque el gran duque goza fama de perfecto conocedor de la belleza femenina y sabe comparar unos rostros con otros sin que se ofendan las interesadas. Tan aficionado es el gran duque Alejandro a ver y mirar caras bonitas, que durante su excursión por los Estados Unidos se entretuvo en sacar instantáneas de cuantas señoritas encontraba a su paso. Con tales antecedentes no es extraño que se le confiriera la presidencia del concurso, cuya decisión recayó en la señorita María Taylor, de Nueva York, a la que por esta circunstancia han proclamado sus compatriotas la mujer más hermosa del mundo, lo cual es demasiado proclamar, porque los proclamadores no echan de ver que, a juicio de excelentes galanteadores, en punto a bellezas... las hay en todas partes.

Del gran duque Alejandro, presidente de este concurso, se cuenta, que durante su estadía en Newport, el Biarritz, Ostende y Trouville de los archimillonarios norteamericanos, dió algunos paseos en compañía de la joven, elegante y simpática viuda del famoso banquero Astor, que pereció en el horrendo naufragio del "Titanic". Los comentarios del público no se detuvieron en los límites de la cordial amistad que, sin menoscabo de la reputación, pueden existir entre un gran duque soltero, de sangre imperial y una viuda con aspecto de virginal soltería, y al punto supuso que los paseos por la playa de Newport acabarían en matrimonio. Contra tan lisonjeros augurios se levanta la razón de Estado y no es fácil que una familia como la imperial de Rusia, tan celosa de su estirpe, consintiera en la boda morganática de un gran duque sin que éste dejara de serlo.



Detención por la policía de Miss Henney en un mitin sufragista de Londres

—Ya sabemos que cuanto más famosa es una atriz, mayormente gusta de excentricidades de buen gusto, de las que sin causar perjuicio a nadie, dan prueba de la independencia de carácter y excitan la curiosidad de las gentes, siempre atentas a lo que se sale de las rutinas cotidianas. Hace muchos años la famosa actriz Sarah Bernhardt tuvo el capricho elegante de domesticar un cachorro de tigre que la seguía con canina docilidad. Otra actriz, Miss Ethel Dane, nos sorprende hoy al verla de paseo inseparablemente acompañada por un oso, que responde al gracioso nombre de Eduardo Felipe. Quien no conociera a la linda actriz y no se fijara en su elegante indumentaria, la tomaría por una de esas zíngaras que recorren ferias y mercados ganándose la vida con el bailoteo del corpulento plantígrado; pero tanto por el porte de Miss Dane como por el pelaje de su hirsuto compañero se colige que no por necesidad sino por distracción pasea con él su dueña.



La esposa del millonario Thaw trabajando como bailarina en un circo de Nueva York con su compañero Mr. Clifford

—Menos peligrosa para los transeuntes, pero más llamativa, fué la idea que tuvo Tórtola Valencia mientras estuvo en Londres actuando en el "Coliseum". Todas las mañanas la veían los londinenses airosamente montada en un asno a través de las calles de la capital y con seguridad que los ingleses eruditos se forjarían al verla la imagen que de Dulcinea del Toboso se forjó el ingenioso hidalgo en su tempranera aventura de las hazañas.

—No es una novedad la señorita telegrafista. Sin embargo, no se sabía, hasta ahora que el elemento femenino tuviese la misma intervención en el servicio de la telegrafía inalámbrica, ni mucho menos que tan a la perfección lo desempeñara no ya una señorita adolescente y casadera, sino una niña recién salida del colegio llamada Alicia Mac-Conaughty, de 13 años, que ha recibido el nombramiento oficial de operadora telegrafista tras lucidísimas oposiciones en que demostró un absoluto dominio del aparato. Valga decir que la niña Mac-Conaugthy no hubiera sido admitida, a pesar de sus excepcionales aptitudes, a no ser porque el inspector de telégrafos no se fijó al examinar la solicitud en que no tenía aún la edad reglamentaria.



La señora Tojkander, jefe de una estación de Finlandia, en el ejercicio de su cargo

Finlandia es acaso el país más adelantado en feminismo de buena ley.



LEVADURA DE FRUTAS
=GIBSON=
ESTREÑIMIENTO
Tómese una copita de Levadura de Frutas Gibson todas las noches y no se tendrá jamás necesidad de recurrir á los purgantes para mantener el vientre libre.
Cura los granos y erupciones de la piel. Cura y evita las infecciones intestinales.
Soliciten folletos gratis. De venta en todas las Farmacias.
DG
MARCA DE COMERCIO
Diego Gibson
168, Defensa, 192 - Sucursal: B. Mitre y San Martín.

Crónicas del tiempo heróico

La batalla de los Generales
o
El último combate por la independencia americana

En el 89.° aniversario: 1824 - 9 de diciembre - 1913

"Cuando se recorre con la mente los nudos campos de pasadas lides, buscando el secreto de nuestra grandeza, recuérdase a Ayacucho, la última batalla de la América y una de las más luminosas páginas de la epopeya americana.

Después de quince años de rudo lidiar, la España jugó, por fin, en una meseta solitaria, la suerte del continente; quiso que sus guerreros más valerosos, de pie sobre el terreno devastado, con una mano sobre la empuñadura de la espada, y con la otra señalando las ruinas que hiciera una lluvia de fuego, intentaran un postrer esfuerzo antes de arrollar para siempre la bandera que un día hizo ondear Pizarro sobre los palacios del Cuzco."

E. Acevedo Díaz.

Era el jueves 9 de diciembre de 1824.

Hallábanse aprontados, a tiro de cañón, en los llanos de Ayacucho (1) y las alturas de Cóndor Kanqui (2), dos numerosos ejércitos: eran el ejército español y el americano, que fatigados en la prolongada campaña de tres lustros, parece que se hubieran dado cita para librar el último combate decisivo, reconcentrando cada cual todas sus fuerzas y condensando todo su ardor bélico.

Iba a cerrarse el largo y sangriento período de la guerra, con la última batalla, para fijar definitivamente los destinos del continente de Colón.

Desde el 14 de noviembre, uno y otro de esos ejércitos comenzaron sus maniobras y escaramuzas de guerra, aproximándose y alejándose respectivamente: flanqueándose sus posiciones en Talavera, San Jerónimo, y Andahuillas; cortándose sus comunicaciones en Uripa; pasando y repasando el río Pampas; presentando y excusando la batalla en Matará y Tambocangallo; disputándose el paso de las quebradas de Corpaguaico y de Chonta, donde el ejército libertador perdió más de 300 hombres, todo su parque y dos piezas de artillería; hasta que, después de repetidas marchas y contramarchas, siempre a la vista un ejército de otro, el 8 de diciembre, tomaron posiciones los realistas en las alturas de Cóndor Kanqui, y los independientes en los llanos de Quinapata o Ayacucho, cerca del pueblo de Quinoa, habiéndose batido esa misma tarde las primeras guerrillas y sosteniéndose el fuego de fusilería, durante la noche, por los destacamentos de ambos ejércitos.

La línea del ejército libertador, formaba un ángulo, cuya derecha estaba compuesta de los batallones colombianos "Bogotá", "Voltigeros", "Pichincha" y "Caracas", al mando del general José María Córdoba; la izquierda de los batallones 1.°, 2.° y 3.°, del Perú y la "Legión Peruana", a las órdenes del general José de la Mar; el centro de los escuadrones peruanos de "Húsares de Junín", los regimientos de "Granaderos" y "Húsares de Colombia" y el escuadrón de "Granaderos a Caballo" de Buenos Aires, a cargo del general Guillermo Miller; y la reserva de los batallones colombianos "Rifles", "Vencedor" y "Vargas", al mando del general Jacinto Lara. Entre la reserva y la división cordobesa colocó una pieza de a 4, única fuerza de artillería que poseía el ejército libertador.



Mariscal Antonio José de Sucre, a quien cupo la gloria de terminar la campaña redentora americana, con el inmarcesible triunfo de los llanos de Ayacucho

Estas fuerzas las mandaba el general Sucre.

El ejército español lo formaban 9.310 plazas.

El día 9, se libró la gran batalla.

Al amanecer de este día memorable, en que el sol —cual un presagio de victoria, — se levantó radiante tras la gigante cumbre de los Andes orientales, Sucre recorrió, a caballo, la línea de su ejército, proclamando a los soldados en alta voz: "¡De los esfuerzos de este día depende la suerte de la América del Sud. Este será el día de gloria que coronará la constancia! ¡Soldados! ¡Viva el libertador! ¡Viva Bolívar, el héroe del Perú!"

Breves momentos después unos cañonazos disparados daban la señal del combate. Eran las 9 de la mañana. Una hora más tarde la batalla se hacía en toda línea.

El choque no pudo ser sino considerable, y la pelea encarnizada; ambos beligerantes se disputaban la victoria, durante tres horas con admirable temple lucharon, desplegando todo su talento y ejecutando actos de arrojo y osadía en lucha desesperada, obteniendo el triunfo el mariscal Antonio José de Sucre.

María del Carmen **LOBO ARRAGA.**

---

(1) Rincón de los muertos. Se llamaba así porque los españoles hicieron en ese lugar una gran carnicería de peruanos, en tiempos de la conquista.

(2) Más propiamente "Condorcunca", que significa garganta de cóndor, en idioma quichua.


LOS RELOJES
Longines
5 GRANDS PRIX
SON LOS MEJORES
ELEGANCIA y PRECISIÓN
De venta en todas las Relojerias y Joyerias

EL HOGAR

Revista quincenal para las familias

Año X. BUENOS AIRES, 17 DE DICIEMBRE DE 1913. N.º 245.

LA MUJER ARGENTINA



Sra. Justa Dose de Zemborain

Fot. Witcomb

Notas de la Quincena

La inauguración del subterráneo ha sido la nota culminante de la quincena; el pueblo, con esa movilidad que es ya característica saliente de las modalidades porteñas, se ha precipitado al túnel, ha sufrido las sofocaciones de las grandes multitudes, ha empujado jadeante, ha distribuído codazos y encontrones, pasado apreturas y escuchado denuestos para poder decir, momentos más tarde, con cierto aire triunfal a los que no participaron de estas emociones, por timidez o por prudencia: ''¿Ha viajado usted por el subterráneo? ¿No? ¿Es posible? ¡Pero si es delicioso! Mucho mejor que el de Berlín... y muchísimo mejor que el de Londres...'' Y este sentimiento de vanidad, este prurito ingénito de ser el primero en todas las novedades, ha permitido anotar centenares de miles de boletos expedidos para viajar por el ''tabe'', en un sólo día, y ha ofrecido el espectáculo de multitud de personas agolpadas a las escalinatas de acceso a las estaciones, bajo el rigor de una temperatura sofocante.

Hace una semana ya que el tranvía subterráneo circula completamente inadvertido para los que sobre el nivel del suelo hacemos nuestra vida ordinaria, y el entusiasmo del primer día no decae entre las gentes que revolotean como enjambre de los alrededores de las bocas del túnel... Dentro de algunos días ya pasará esta novedad a la categoría de algo viejo y sin importancia, y ese mismo público se arremolinará en torno de alguna otra maravilla,—hombre o cosa,—que excite su nerviosidad de niño curioso e impulsivo...

Todos los años la lotería del millón tiene la virtud de revolucionar los hogares y de crear hondos déficits en los presupuestos caseros; todos los años hacen su agosto los agencieros especulando con usura sobre la increíble candidez, sobre la supina buena fe y sobre la absurda ambición de las gentes que prefieren escatimarse una comodidad, economizar sobre su hambre o negarse la realización de un honesto capricho, a pasarse sin el consabido décimo del millón—y todos los años se da el raro y maravilloso caso de millares de personas haciendo cola ante las oficinas de la lotería, para obtener, por su dinero, el papelito aquel en que cifran sus esperanzas... Este año el espectáculo ha tenido un número extraordinario aunque perfectamente natural en tal programa: una mujer ha sido arrancada a la aglomeración de los ''esperanzados'', víctima de la asfixia... El caso se comenta por sí sólo y debiera servir de ejemplo a ese montón de ilusos que confía porfiadamente al albur de la suerte el mejoramiento de su fortuna, y que se lanza, ciego y desatentado, a la conquista del billete. ¿Irían tan entusiasmados, tan decididos, tan desdeñosos del peligro al cumplimiento de un deber, a la realización de una faena cuya recompensa, aunque modesta, sería más segura que el ilusorio premio de la lotería?

Por otra parte, este juego no produce menos males que todos sus similares. En vano se esfuerzan algunos en demostrar que no es lo mismo jugar a la lotería que jugar a las carreras o a la ruleta... Tan profundamente perturbados y tan viciosos resultan éstos como aquél,—y ese espectáculo de gentes del pueblo arrebatándose los décimos de la lotería, y esa torpe avaricia con que los agencieros aumentan el precio de éstos, seguros de hacer un colosal ''negotium'' a costa de una afición desbordante y rayana en locura,—revela cuán hondamente reside en nuestras costumbres ese mal que lo mismo ataca a los que, bajo el pretexto de estimular el mejoramiento de la raza caballar, juegan en los hipódromos toda una fortuna, como el obrero que se sustrae a un goce lícito para poner el fruto de sus ahorros o el jornal de la quincena a la hipotética suerte de una bolilla.

Como una nota obscura y disonante en nuestro ambiente de abierta y franca filantropía, se ven por las calles, (y puedo hablar no tan sólo de barrios retirados como Flores, sino de las propias calles del centro), grupos de mujeres con criaturas, tiradas en las veredas, implorando la pública caridad, bajo la mirada indiferente de los agentes de policía. Y, peor que esto, niños chiquilines que no llegan a diez años, trepándose a los tranvías para impetrar el óbolo de los pasajeros, mostrándoles a guisa de título para tal solicitud, ya un brazo cortado, ya una lacra corporal cualquiera... Esto es sencillamente vergonzoso y abusivo; la ciudad está llena de asilos, todos los días surgen iniciativas nuevas en favor de la infancia abandonada y desvalida; la inagotable generosidad porteña acoge a todos los desheredados de la suerte y no se concibe cómo haya inocentes criaturas entregadas al pordioseo sino es pensando en una vil explotación por parte de sus familias o cuidadores.

Duele agregar que ni los agentes ni los guardas de tranvías reprimen esta situación, y el muñón cercenado o la llaga repugnante se mete por los ojos, plañe en el oído, toca los vestidos hasta lograr la moneda que, no es aventurado suponer, se transforme en incentivo del vicio o en fomentadora de la pereza de algun traficante vulgar.

Los prolegómonos de Navidad se echan de ver en la alegría de las gentes, en la profusión de bellezas de los escaparates centrales y,—aquí de la prosa ruda,—en la carestía exhorbitante de las golosinas propias de esta ocasión... Las amas de casa, fieles observadoras de la tradición que reunía en torno de la mesa patriarcal a toda la familia dispersa, no logran nivelar su voluntad con su presupuesto; huevos, confituras, frutas, aves, las castañas clásicas, el cordero infaltable, la sidra legendaria, todo ha tomado alas y sube, sube, en un verdadero vértigo de velocidad, como si pretendiera detentar el record de altura... Alcanzarlos es ya tarea más ardua y de triunfo más problemático que la travesía de los Andes que intentará hoy Figueroa...

Lola S. B. de BOURGUET.



Una decepción

—¿Quiere pintarme, Claudio? —dijo Thäis.

—Eso depende de usted —replicó Claudio.

Thäis había sido una modelo de fama. Finalmente un apetito saludable, satisfecho sin tasa, porque asistía a comidas donde acechaba la adiposidad, le había dado una amplitud de líneas que comenzaron a perjudicarla en el concepto artístico de su amigo.

Pero Thäis había nacido para triunfar en la vida. Antes que sus líneas comenzaran a ser elípticas había trabajado en el teatro, donde había conseguido despertar la atención del joven que pasaba por hijo de un millonario. Dió a Thäis palabra de matrimonio y poco tiempo después se casaban. El dinero del marido concluyóse a poco, y entonces él la dijo que debería volver al teatro; pero cuando ella descubrió que su esposo era una paradoja industrial, —un agente de automóviles, sin ocupación, —decidió separarse de él, y el affaire se terminó en Reno, ciudad donde cualquiera puede divorciarse por menos de nada.

De vuelta, Thäis, trabó conocimiento con un millonario de verdad, llamado Baggars, hombre de edad un tanto avanzada y que había estado en Reno por un asunto semejante al de Thäis. Baggars aún era sensible, de manera que cuando la modelo visitó a Claudio, en sus tarjetas figuraba el nombre de Baggars asociado al suyo.

Claudio sintió extrañeza al ver a Thäis, e hizo te para ella.

El pintor había absorbido el futurismo en toda su virulencia. El futurismo odia las curvas y los círculos y adora la línea recta, porque según su doctrina, el rápido mecanismo moderno, acorta las perspectivas. Ahora, de usted depende el que yo la pinte.

—¿Por qué depende? preguntó Thäis al pintor.

—Porque si usted me permite yo la pintaré, pero sin que usted pose.

—¿Y cómo quiere pintarme sin que yo pose?

—Poseo multitud de dibujos de usted, hechos en tiempos en que era modelo. Con estos podré pintarla... de memoria.

—Pero quiero que me pinte, tal como soy...

—Será satisfecha, replicó Claudio.

Thaïs se fué. Y volvió poco después a ver el cuadro terminado; un trabajo futurista donde se la representaba en el traje de Eva antes de la caída.

—¡Horror! —exclamó Thaïs, —no puedo aceptar esto.

—¿Por qué? —preguntó Claudio.

—¿Cree acaso que puedo presentarlo a Baggars?

J. A. WALDRON.

La Navidad



Célebre caricatura acerca de los Villancicos

La fiesta de Navidad es una de las más antiguas del cristianismo. Remóntase su ancianidad hasta la iglesia de Oriente, y su institución debióse, principalmente, al obispo Telesforo, que la estableció en 138. Ha de advertirse que mucho tiempo antes estaba en la mente de los cristianos el conmemorar debidamente todos los aniversarios del "birt. day" de Jesús de Galilea.

En un principio, no hubo avenencia respecto de la expresada conmemoración, por lo que fué una fiesta movible, y así se celebraba unas veces en enero y otras en mayo.

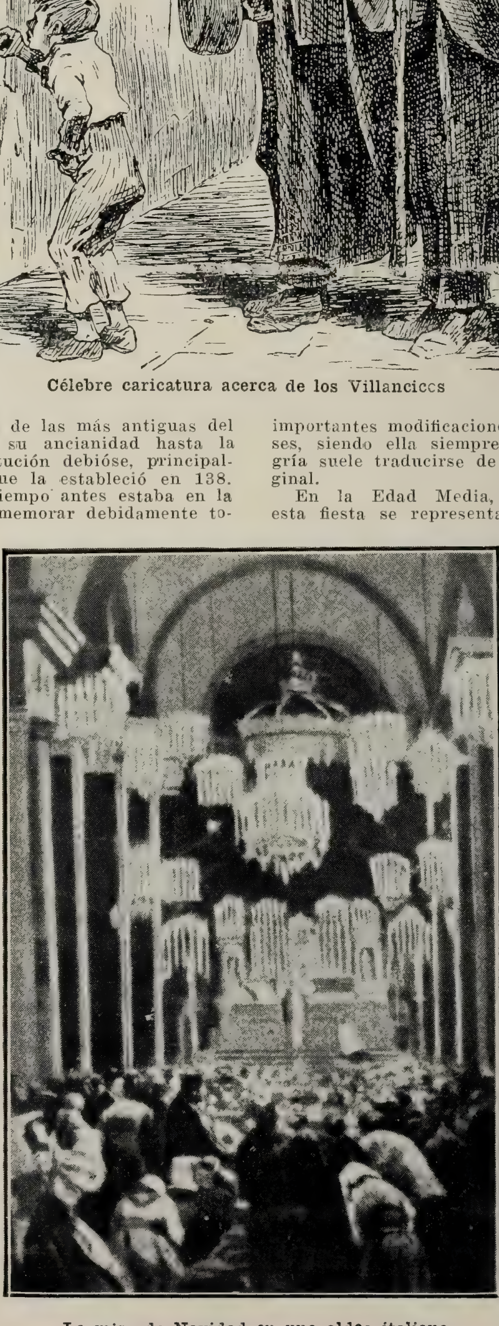
Durante el transcurso del siglo IV, Cirilo, obispo de Jerusalén, se dirigió muy atentamente al papa Julio, que en aquel entonces gobernaba la iglesia romana, y demandóle abrir una encuesta o plebiscito entre los más ilustres doctores de Oriente y Occidente, para que se pusieran de acuerdo sobre el verdadero día en que había de celebrarse en toda la cristiandad el fausto nacimiento del Salvador.

Consultados a este fin los teólogos, fueron unánimes en designar como data el 25 de diciembre, fijándose esta época desde tan remotos tiempos, si bien haciendo la salvedad algunos padres de la iglesia de que en los Evangelios nada constaba sobre el particular.

El uso de las tres misas que se celebran para la fiesta de Noel o Navidad, vino de Roma, siendo consecuencia de tres estaciones indicadas por los papas para el servicio divino. Celébrase la primera en Santa María la Mayor, por la noche; la segunda en San Atanasio, por la mañana, y la tercera en San Pedro, por la misa ordinaria del día.

Aunque la iglesia ha conservado esta costumbre, la ceremonia de Noel ha sufrido importantes modificaciones, según los tiempos y los países, siendo ella siempre origen de regocijo, cuya alegría suele traducirse de una manera más o menos original.

En la Edad Media, en la iglesia de Occidente, esta fiesta se representaba por procedimientos escénicos, cuyos personajes recitaban composiciones religiosas alrededor de la cuna del Niño Dios. Estos actores simulaban los reyes magos, los pastores, José, María, en fin, cuantos protagonistas tuvo el gran acontecimiento. Pero, semejantes fiestas, espectáculos inocentes en sus albores, no tardaron en degenerar en bufonadas, teniendo que intervenir la autoridad eclesiástica y suprimirlas.



La misa de Navidad en una aldea italiana

De aquí tomaron principio los "nacimientos", altares, canciones religosas (villancicos), etc.

Dice San Jerónimo que fué costumbre desde los más antiguos tiempos cantar villancicos a Jesús, y él relata, de paso, los que en sus días cantaban los monjes de Tebaida. Cada pueblo tiene los suyos, y en cada región se celebra de muy distinto modo tan solemne festividad de Noel.

Muchas páginas se llenarían para relatar el modo de celebrar la Noche Buena en los diferentes países del mundo.

En Francia, Italia y España es noche que se consagra a la familia, en que se hace derroche de juguetes a los niños y en los que el principal tema de conversación es el recordatorio de los seres queridos que pasaron a mejor vida durante el año y de los parientes que viven lejos del hogar.

Una abundante cena sirve de aliciente a la celebración de la fiesta: rabeles, pande-



La iglesia de Tombolo, donde Pío X celebró su primera misa

retas y zambombas atormentan los oídos hasta la media noche, en que algunas gentes de no muy buen gusto acuden a la misa del gallo, que en algunas, muy pocas iglesias ya, se celebra a dicha hora.

En Europa el intenso frío del invierno recoge a las familias de la casa, muy al contrario en la Argentina, el calor en Navidad, hace que las familias después de la tradicional cena, se echen a la calle e inunden Palermo y las grandes avenidas. en Buenos Aires, que bares y restaurants rebosan de gente y que al llegar las doce los taponazos del destapar las botellas de champaña rindan tributo alegre y bulicioso a la fiesta.

Los primeros rayos del primer día de Pascua suelen despedir a los cultores de la fiesta de Buenos Aires.

Los ingleses han puesto de moda el pasado año el celebrar la Navidad en los Alpes, denominando a la fiesta: la alegría y la nieve.

La baratura de los viajes y la afición al sport, cada día más creciente, han hecho que muchos turistas vayan a pasar los días de Pascua a los Alpes, donde pueden alojarse en confortables hoteles y pasar horas patinables o deslizándose con los skis o el trineo; y este nuevo aspecto de la fiesta, lejos de hacer al hombre rudo y salvaje, le comunica la misma cortesanía que distinguía a los señores medioevales cuando en sus castillos celebraban la Noche Buena en compañía de sus damas.

En tiempos de Carlo Magno el comienzo del año se fijaba en Navidad.



El oratorio particular donde el Papa celebra misa el 24 de diciembre a media noche

Es evidente que estas fiestas han decaído ya mucho, y apenas se hallan como hace pocos lustros ''nacimientos'' que eran verdaderas obras de arte, por el gusto exquisito y el interés con que se hacían.

''En ma jeunesse—dice Pasquier en sus ''Recherches de la France''—c'est il une costume que l'on avair tournée en ceremonie de chanter tous les soirs, presque en chaque famille, des ''Noels'' qui estoient des chansons spirituélles faites en l'honneur de Notre Signeur, lesquelles on chante encore en plusieurs églises, pendant que l'on célébre la grand'messe le jour de ''Noël'', lorsque le prête reçoit les offandres.''

Los villancicos—hoy bastante en desuso—han sido la poesía popular casi por excelencia. Hay verdaderos monumentos de estas canciones. Aunque faltos de literatura, han constituído la poesía bucólica, ingenua, de las almas sencillas.

¿Quién no recuerda aquellos tan vulgares de

> ''Venid, pastorcitos,
> venid a adorar
> al rey de los cielos,
> que ha nacido ya.''

que hicieron nuestras delicias en los tiempos plácidos de nuestra tierna infancia?

Sus autores nos son desconocidos. Y hubo tal abundancia de ellos, que el gran Quevedo los pone en solfa repetidas veces. Todos habréis leído los regocijados y disparatados versos que le recita a Pablillos aquel sacristán en ''El Buscón'':

> ''Pastores, ¿no es lindo chiste
> que es hoy Nuestro San Corpus Cristi?''

Aun habiendo abusado del género, existen admirables composiciones de villancicos, que en Italia llaman ''Pastorcillas'', en Francia ''Noelys'' y en Inglaterra ''Christmas carols''.

A la manera de los católicos, los protestantes no desdeñaron la celebración de la fiesta en conmemoración de Jesús, y muchos actos de Calvino lo corroboran en demasía.

A la noche de Navidad se la denomina Noche Grande, por ser ella cuando en la santa paz del hogar, se reunen las familias, y en regocijo y alegría transcurre la velada.

¡Noche consagrada a la bendición de los lares, en la noche de Navidad es cuando más se vinculan los afectos, se compenetran las almas y la más ingénita bienandanza preside a todos.

Esta noche, por fenómeno inexplicable, es para otros la más triste del año.

En algunos hogares esta noche es quemado por inveterada costumbre un tronco de leña con que celebran el natalicio de Jesús. A este leño se le llama en Francia ''bûche de noel'', y árbol del mismo nombre o Navidad es designado una rama de árbol, ornada de rayos dorados, de frutos y luces que, destinada especialmente a los niños, se construye en esta época del año, donde se cuelgan juguetes y otros objetos.

La palabra Natividad tiene también distintos significados. Así dijo Tirso de Molina:

...''Doña fulana tiene muchas ''navidades.''

Y Bretón de los Herreros:

''Y para estas ''navidades'' nadie un regalo me envía.''

Ovalle escribió: ''De manera que la mayor fuerza de los amores viene a ser por la ''natividad'' y circuncisión.'' Y Suárez de Figueroa: ''El ladrón condenado a cruz, no por el beneficio de su ''natividad'', sino por la confesión de la fe, pasó a los gozos del Paraíso.''

En su verdadera acepción la usó Alvaro Cienfuegos en este párrafo: ''...Y habiéndose recibido la noche de ''navidad'' aquel favor... se resolvió a dejar las cenas.''

A costa del nombre ''navidad'' también se han hecho proverbios.

Dice una francés: ''Quand Noël a son pignon, Pàques a son tison'', indicando que cuando el invierno llega tarde, cuando la temperatura es dulce en Navidad, la primavera será fría.

Y otro español:

> ''No alabes ni desalabes
> hasta siete navidades.''

que advierte que se suspenda el juicio acerca de las personas o cosas, hasta que la experiencia las dé a conocer claramente.



La navidad en los Alpes

La vecina desdeñosa



Amor es mensajero de los días floridos,
que tanto encanto traen y son tan bien venidos
que en ellos no hay ensueños no rejuvenecidos...

Nuevos pintores magos alegran la ventana
y encienden los claveles de un color que da gana
de conversar con ellos, diciéndoles mil cosas
de loco, pero buenas, puesto que son hermosas.

El celeste optimismo del pedazo de cielo
que recorta la puerta, luce como un consuelo
sobre un dolor, y tienen canciones volanderas,
al desplegar sus labios, las hadas mañaneras.

Pueblan los saltimbanquis gorriones argentinos,
teatro de sus diabluras, los árboles vecinos
de mi casa; y a ellos dedican sus reparos
los de mi vecinita ojos grandes y claros,
que yo en mirar me obstino con los afanes llenos
de esa codicia que ama los cercados ajenos...
Y si vierais qué hermoso el jardín allá abajo
se mira, de esta alcoba donde sueño y trabajo...
Sólo con ver la gloria virgen de que está lleno,
se siente uno poeta, se siente uno más bueno.

Jurarlo no lo juro, pero a conciencia os digo
que cuando mi vecina, como gentil testigo
de aquel florecimiento, se asoma piacentera
al descanso que forma la pared medianera,
parece que las rosas, con anhelo infinito,
la saludan, y se hace el jardín más bonito.
Siempre toda belleza, por triunfante eficacia,
duplica presunciones para otra altiva gracia,
y es de esto que ha nacido, según mis pareceres,
la envidia que se tienen entre sí las mujeres
bellas, que son lo mismo que rosas presuntuosas...
No os extrañéis, entonces, de que las majestuosas
rosas del jardín quieran erguirse más hermosas
cuando asoma la rubia vecina de mi cuento.
Yo estoy seguro que ella tiene el convencimiento
de que es más atrayente y esbelta que las rosas.

Y es, en verdad, divina la pícara vecina,
que a veces me confunde y a veces me fascina
con sus ojos azules de mirada tan honda
como los inmortales ojos de la Gioconda;
ojos que tienen tanta serenidad, y tanta
lentitud como un verso de Teresa la Santa,
y un traslucir topacio, que el alma me ilumina,
como los que cantara Gutierre de Cetina;
pues ellos son dos ojos que, para bien de males,
cautivan con la gloria de sus dos madrigales.
—Buenos días, vecino...
—Muy buenos, vecinita.
Es usted infaltable, puntual, en la visita
que gozan y agradecen diariamente las flores...
—No es extraño; son ellas mis amigas mejores.
Pienso que la existencia pasa obscura y odiosa
si en ella no encontramos la risa de una rosa.
¿No cree usted? Pues, bueno, yo para mí quisiera
reinar entre las flores o ser la Primavera...

—Algo de eso le ocurre, vecina, pues infiero
que cuando a usted la miro me siento jardinero;
y yo, que amo ese hermoso jardín que nos separa,
digo que no es tan bello si a usted se le compara...
—¿Galante?
—No acostumbro...
—¿Poeta?
—Hoy no se usa
la Poesía, pero, ¿quién sería la Musa
de este contorno, lleno de esa magia secreta
que hace brotar el canto, si yo fuese poeta?
—Quién sabe...
—Piense, piense...
—No sé; tal vez la Luna...
—Para los que no tienen la gloria y la fortuna
de beber en sus ojos hondos y traicioneros
esa deslumbradora fulgencia de luceros,
tal vez fuese la Luna; mas para mí, vecina,
tengo por bien sabido que es otra la heroína
del canto que cantara yo, si yo mereciera
ser bardo y jardinero de usted: la Primavera...

Una desconcertante risa loca y un fuerte
golpe de la ventana, me han traído la muerte
del matinal coloquio con la rubia galana.

He estado inoportuno o estoy de mala suerte;
pero, como es coqueta... se asomará mañana...

José de **MATURANA**.





RISA Y LLANTO

—De modo que usted me responde de que los polvos del doctor Koikon...

—Tienen la propiedad de provocar la risa y el llanto a discreción—respondió Eurekard.—El primero obra sobre los centros nerviosos y provoca la contracción del gran zygomático o músculo de la risa, y el segundo activa la secreción de las glándulas lagrimales. He aquí todo.

El sabio abrió un bote, tomó entre dos dedos un poco de un polvo verde, y soplándolo con fuerza lo arrojó a la cara de M. Koikon.

En el acto empezó a suspirar, y a poco lloró copiosamente; aplicándole inmediatamente otra pequeña cantidad de polvos rojos, estalló en francas carcajadas.

—¿Está usted convencido?—exclamó el inventor cerrando los botes.

Entusiasmado Koikon, compró los maravillosos polvos.

Koikon era empresario de dos o tres teatros, en los que indistintamente actuaban compañías de drama, opereta o varietés, y no hay que decir si con la adquisición de tales maravillas tendría asegurada la asistencia del público.

¿No le haría reir o llorar a su antojo?

¡Ah, si los autores dramáticos hubieran descubierto ese talismán! ¿Qué hubiera sido de él?...



Salió Koikon, pero a los dos días volvió a casa del inventor, indignado:

—¡Usted me ha engañado!... ¡Esto no tiene nombre!...

—Pero, ¿qué le ha ocurrido a usted?

—Figúrese. Al ir a casa, me tropiezo con un entierro; era el del padre político de un amigo mío; iba haciendo el ridículo, la cara alegre, sonrosada; lo recriminé, y me dijo:

—¡Qué quieres, me he dado hasta cebolla en los ojos, y no puedo llorar!...

Le ofrecí los polvos, los aceptó, los tomó y se puso a bailar en la iglesia el Pericón Nacional. ¡Se armó un escándalo bárbaro!... Una hora después di los polvos para la risa a un amigo que se iba a casar, y le entró tal congoja, que... se entabló el divorcio antes de casarse. Me he equivocado de producto, sin duda.

—¡Ah! Pero usted debe tener un exquisito cuidado en estas cosas...

—¡Si es peor cuando acierto!...

—¡Eh!

—Ayer fuí a mi teatro; había un lleno, y empleé vuestro maravilloso invento. Se representaba una pochade, y desde que se corrió la cortina el público estalló en francas carcajadas; tras del público, los acomodadores, los actores, los carpinteros; yo me reía también, hasta que noté que los artistas no podían trabajar de risa... ¡Era una risa que no acababa nunca!...

¡Más de dos mil personas riendo a todo reir!... ¡Al fin, tuvo que intervenir el médico del teatro, que puso la camisa de fuerza a muchos espectadores, dar sales a otros, administrar calmantes, etc., y como la representación de la obra no pudo ser terminada... tuve que devolver el importe de las localidades.

Deseando tomar la revancha, me marché a otro de mis teatros, en los que se representaban dramas espeluznantes; llegué y esparcí una pequeña cantidad de los polvos para excitar el llanto... ¡No puede usted imaginar lo que pasó!... ¡Aquello fué un mar de lágrimas!...

¡Cómo sería, que el público de plateas tuvo que abrir los paraguas para no calarse con las lágrimas de los espectadores, de palcos y anfiteatros!

Lloraron los bomberos, los intérpretes de la obra... que no se pudo representar por completo, y... también tuve que devolver el importe de la entrada...

Aburrido, me fuí a un cabaret, estaba repleto de gente. En el escenario, cantaba cuplets un negro, bailando dos danseuses al compás del estribillo, arrojé el contenido de las dos cajas y allí fué Troya: el negro se echó a llorar, las bailarinas a reir, al patrón le entró tal pena que ordenó a los camareros que no cobraran a



nadie, en cambio los camareros se pusieron a bailar y yo reía y lloraba a la vez.

¡Como verá, la experiencia demuestra que sus drogas no sirven para nada!

La risa forzada se conoce en seguida; las lágrimas si no son originadas por el sentimiento, también se conocen en seguida, por eso las llamamos "lágrimas de cocodrilo".



La risa y el llanto no son "productos" que se puedan fabricar ¡oh! si se pudiera ¿no nos reiríamos todos del mundo entero?...

El inventor se quedó un momento pensativo revolvió la cartera, sacó una cuartilla escrita, la rompió en mil pedazos y, echándolos al aire, dijo:

—¡Es la receta! Ría o llore la humanidad, a mí, ¿qué me importa?...

Mucho tiempo he buscado al doctor, mucho le he rogado que me proporcionara la infalible receta para consolar al triste, pero el doctor se ha cerrado a la banda y así, hoy como ayer, y ayer como mañana, seguiremos viendo correr a los desdichados de la vida el camino de lágrimas que la fatalidad nos marca a cada uno.

Yo que en el mundo creí reir para siempre y creí que los amaneceres del día siempre me habían de despertar con sus luces multicolores y sus músicas, siempre nuevas, veo al llegar el otoño de mi vida que ni lágrimas me quedan para llorar.

Pero... riamos, riámonos todos, por lo menos de esta clase de inventores de específicos.

¿No se enriquecen ellos a cuenta nuestra y se rien de nosotros, aunque su risa sea la del conejo?

¡Riamos!... que penas no nos han de faltar en la existencia para que las lágrimas acudan a nuestros ojos...

¿Quedarán almas caritativas en el mundo que sepan enjugarlas, consolando a los tristes desheredados?

Marcel CHAMBARD.

Los que fuman y los que no fuman

¿Antiséptico o veneno?. — El tabaco y los literatos

Una revista francesa, comentando el disgusto que manifiestan los fumadores por la mala calidad del tabaco, se extiende en largas y sabrosas consideraciones sobre el consumo de esa planta, añadiendo datos estadísticos comparativos que no tienen para nosotros mayor interés.



Tampoco pueden afectarnos las quejas de los fumadores franceses, ni la campaña que realiza allí la "Societé contre l'abus du tabac", mucho menos si no pensamos, por ahora, en hacer un viaje a Europa.

En cambio han de mover nuestra curiosidad, por su carácter anecdótico, algunos datos referentes a artistas y literatos, cuyas opiniones y gustos acerca del tabaco no denotan unanimidad, sino que, por el contrario, confirman el adagio "sobre gustos no hay nada escrito".

El uso del tabaco que, en otros tiempos, fué una "excepción", hoy es costumbre general. Antes se señalaba al "señor que fuma", como cosa rara; hoy el "señor que no fuma" es el ser verdaderamente extraño.



— ¿Usted no fuma? — decía Emilio Augier, gran fumador, a uno de sus amigos, que rechazaba el cigarro que aquel le ofrecía. — ¿Cómo no fuma usted? ¿Dónde diablos ha adquirido usted ese hábito?

En el mundo del arte, todos fuman su cigarrillo: pintores, escultores, compositores, no sabrían trabajar sin fumar. En el mundo de las letras, hay dos corrientes: se fuma mucho o no se fuma nada. Podría hacerse una curiosa clasificación de los escritores que fuman y de los que no fuman. No obstante, debemos declarar que el uso del tabaco entre los literatos data de mediados del siglo diez y nueve y que ha seguido en auge, en proporción ascendente hasta nuestros días.

* *

Si nos remontamos al pasado, veremos que Chateaubriand no fumaba, Lamartine tampoco, Víctor Hugo menos, Saint-Beuve tenía horror al tabaco, y Alejandro Dumas, padre, fumaba muy poco.



Si nos vamos acercando a nuestros días, encontraremos una completa evolución, y será larga la lista que podamos hacer de los fumadores distinguidos, sobre todo de los fumadores de cigarrillos.

A la cabeza de los que abusaron del tabaco hay que citar a Jorge Sand, la ilustre escritora, que fumaba cigarrillos a discreción, menos en la calle o en la mesa.

Teófilo Gauthier, Teodoro Barrière, Enrique Mürger, Teodoro de Banville, fueron grandes fumadores. Eugenio Laliche no abandonaba nunca su pipa. Y la fumaba conscientemente, diciendo: ¡Este es el mejor momento del día!

* *

La cuestión estriba en averiguar si el uso del tabaco es nocivo o si es inofensivo. Las opiniones, como hemos dicho, están divididas. Unos consideran el tabaco como un antiséptico destructor de microbios; otros lo tienen por un veneno y os salen siempre con la coletilla de la absorción de la nicotina.



Es cierto que el "abuso" del tabaco ha causado víctimas, y la sociedad aludida "contra el abuso". cita el ejemplo de Emilio Augier.

Fumador intrépido día y noche, fué víctima de su vicio. Una mañana se despertó presa de vértigos, con pérdida de los sentidos de la vista y del oído. Alarmadísimo, hizo llamar a su médico, el doctor Piogey.

— ¿De dónde procede el mal? — le preguntó.

—Del abuso del tabaco. Fumáis demasiado, estáis intoxicado.

— Pero yo conozco personas muy viejas, que no han dejado jamás de fumar y que, sin embargo, rebosan de salud.

— Esto prueba que han resistido; hay temperamentos más o menos refractarios.

—¿El tabaco es, pues, un veneno?

— ¡No! No lo es el tabaco, sino el "abuso" del tabaco.

—¿El remedio?

— Cesar de fumar.

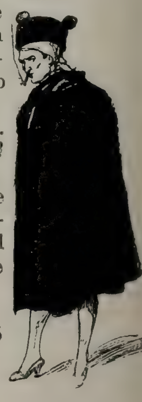
— Pero... ¡esto es imposible!

— Probad... Es cuestión de vida o muerte.

Hubo que resignarse. Augier dejó de fumar; los sentidos perdidos recobraron su poder de percepción, y él tomó horror al tabaco, hasta el punto de molestarle el simple olor.

* *

El caso de Alejandro Dumas, hijo, es muy particular. Fumaba pero sin pasión, como decía él, "por hacer lo que hace todo el mundo". Paseando un día con su amigo el cirujano Demarquay, sacó la petaca y se puso a fumar.



—¡Vaya! — exclamó Demarquay. — ¿Tú fumas? ¿Y por qué fumas?

—¡Otra! ¡Por fumar!

— ¡Bueno! Puesto que nada te obliga a ello, no fumes. No es peligroso, pero es inútil; entorpece el cerebro y tú necesitas tus útiles de trabajo.

— ¡Quizás tengas razón!

Dumas tiró su cigarro y no volvió a encender otro en su vida.

Juan D'ELLOR.

BODA



Enlace Herrera Laparte

La astucia de Pablillo



PABLILLO, nacido en las altas montañas de Saboya, tenía trece años, y era un muchacho ágil y vigoroso.

En uno de esos días en que la primavera cubre de flores los árboles y funde la nieve, Pablillo dijo adiós a sus montañas y se dispuso a descender al llano, para ganarse la vida. Era, en efecto, deshollinador, uno de esos pequeños deshollinadores, con el rostro ennegrecido, sobre el que destacan sus blancos dientes y que no saben más que reir y cantar.

Aquel día, Pablillo estaba contento. Había trabajado en un hermoso castillo, donde exploró todas las chimeneas. La señora castellana le había dado una moneda de plata, como propina, pues Pablillo le había divertido con su cara negra y su risa jovial.

—Es muy linda esta dama—murmuró el chico.— Sus ojos tienen el color de las uvas y sus cabellos parecen espolvoreados de sol. Pero tiene el aire triste. Debe tener una pena... ¿Por qué?... ¡Si yo pudiese consolarla!...

Y Pablillo, pensando en la tristeza que atestiguaba el semblante de la dama, llegó a la orilla de un gran lago que, en las aguas tranquilas, reflejaba todo el encanto del ocaso.

—¡Un lago! — exclamó. — ¡Qué felicidad!

Pablillo tenía una pasión: la de la pesca. No pudo resistir al placer de agarrar algún pez plateado y en seguida guisarlo a su modo, a la "broche", a la manera de los salvajes. Y él llevaba siempre, a prevención, un sedal con un anzuelo.

—¡Si yo pescara!... — se dijo.

Y cortó una rama de un árbol para hacer su caña. Ató el sedal, buscó un gusano, lo puso como cebo y largó el anzuelo. Muy pronto tuvo una impresión de alegría. El pez había mordido. Entonces, lentamente, tiró de la caña, pero cierta resistencia le advirtió que la pieza debía ser importante.

—¡Hum! — murmuró. — ¡Si fuese una ballena!...

No era una ballena, sino una carpa grande, de vientre luminoso, de ojos redondos, llenos de terror. Pabrillo se puso a reir.

—Señora carpa—exclamó—tiene usted cara de enojo. ¡Yo no debo hacerle a usted pizca de gracia!...

Y con viveza, agarrando el pescado, lo dejó en tierra y se preparó fieramente a abrirle el vientre, a fin de vaciárselo. Pero en aquel instante lanzó un grito de sorpresa. Acaba de percibir en el interior del pescado un cuerpo duro y no tardó en descubrir una sortija magnífica. La sacó, con precaución, y la examinó atentamente. Era un anillo de oro con un engarce soberbio de esmeraldas, perlas y diamantes. Estos, a la luz mortecina del crepúsculo, brillaban misteriosamente, despidiendo reflejos irisados, como Pablillo no los había visto en su vida.

—¡Qué maravilla!—prorrumpió extasiado. — ¿Cómo diablos esta carpa ha podido engullir esta sortija? ¿A quién pertenece esta joya?

Quedó perplejo unos instantes, a la par satisfecho del hallazgo y pesaroso de desconocer al propietario del anillo. ¡Claro! El no podía quedarse con la joya, porque eso era un delito... y Pablillo tenía un corazón generoso, incapaz de una mala acción. Por otra parte ¿a quién confiarla?

Entonces, muy preocupado, decidió trasladarse al pueblo más próximo para consultar el caso a alguna persona formal. Lavó el anillo en el agua del lago, lo guardó cuidadosamente en su pañuelo, haciendo un nudo; y se llevó su pescado, con la idea de ofrecérselo al hostelero que le albergara aquella noche.

Pablillo se encaminó hacia el hotel de la "Cigüeña desplumada" y pidió una cama. Después presentó su carpa al dueño, quien aceptó, prometiéndole una suculenta cena.

Apoyado contra la puerta, Pablillo estaba a punto de devorar una buena sopa de verdura, humeante, pensando en la misteriosa sortija, cuando oyó resonar un tambor a lo lejos.

—Es el pregonero—le dijo el posadero—que ahora pasará por aquí.

En efecto, algunos minutos después, el guarda campestre apareció, dando un redoble, y con voz sonora anunció a los habitantes del pueblo que la condesa de Terneuze había perdido una sortija y que gratificaría al que la hubiese encontrado.

Pablillo, al oir tales palabras, alargó las orejas. Estuvo a punto de gritar: "¡Soy yo!" pero se contuvo, como saboyano astuto, prefiriendo ir él mismo a anunciar de viva voz a la condesa su descubrimiento. Adivinó que esa condesa no podía ser otra sino la hermosa castellana de los ojos verdes, que por la mañana le había dado una moneda de plata.

—¡Ah!—pensó en seguida.—¡Por eso estaba triste!... ¡Y qué contenta se va a poner!

Cenó, en menos que se dice, con el deseo de llegar cuanto antes al castillo.

—Voy a dar una vuelta—dijo al hostelero.

Era ya de noche, completamente, y Pablillo marchó a paso acelerado, encantado de vivir, porque tenía el alma contenta y satisfecha del deber que cumplía.

En el camino observó que se le adelantaban numerosos automóviles, carruajes magníficos, ocupados por damas en traje de soirée, caballeros de frac. Los miraba pasar con respeto, algo sobrecogido por tanto lujo.

Llegado que hubo junto al castillo, se detuvo indeciso. Allí se dirigía el gran mundo. Miróse las manos negras, fijóse en su pobre indumentaria, y llegó a la conclusión de que su "toilette" era demasiado sencilla.



—¡Bah! — murmuró. — La hermosa señora estará tan contenta recuperando su anillo, que me dispensará que no entre vestido de e t i q u e t a. Luego yo la llamaré discreta mente...

Y no escuchando más que la voz de su corazón, se lanzó hacia la entrada del palacio, entre las filas de autos y carruajes, desafiando los relinchos de los caballos y la potencia lumínica de los reflectores. No le asustó tampoco la presencia de la servidumbre, ni el brillo de sus libreas de gala.

Avanzó hacia la escalinata, subió algunos escalones y se disponía a penetrar en el vestíbulo, cuando una voz, llena de indignación, le sobresaltó:

—¿Adónde vas, granuja? ¡Largo de ahí!

Y un endemoniado lacayo se precipitó hacia él, con gesto amenazador. Pero Pablillo respondió con calma:

—Yo vengo a ver a la señora condesa.

—¡A ver a la señora condesa! — replicó el criado. — ¡Vaya un desahogo! Márchate en seguida, o si no...

Y el pie del sirviente se levantó con movimiento expeditivo que, por fortuna, no alcanzó a Pablillo, que supo esquivarlo, y repitió con todas sus fuerzas:

—¡Yo quiero ver a la señora condesa de Terneuze!

Entretanto esta escena había llamado la atención de los demás criados. Un mayordomo se presentó a fin de conocer la casa del tumulto. El criado le señaló a Pablillo, estallando en una carcajada.

—¿Creerá usted que ese deshollinador quiere entrar al salón para ver a la señora?...

Estas palabras provocaron una hilaridad tan grande, que el pobre Pablillo, confundido, se dió cuenta del ridículo que estaba corriendo, se sintió enrojecer de vergüenza y se dispuso a salir, apesadumbrado. Pero la sortija, ¿cómo iba a devolverla si se le arrojaba de ese modo? ¿Qué hacer?

—¿El señor, acaso, ha sido invitado al baile?—preguntó el mayordomo, acercándose a Pablillo con irónica y fina cortesía.

—El señor se habrá olvidado, simplemente, de ponerse el frac—añadió un camarero.

—Yo no vengo al baile y no tengo precisión de llevar frac—gritó al fin Pablillo, exasperado—pero lo que tengo que decirle a la señora condesa es más importante que todo eso.

—¡Oh! ¡Una misión, sin duda!—replicó el mayordomo, fingiendo dar importancia al asunto.

—¡Sí! ¡Una misión!

Redoblaron las risas, y mientras todos contemplaban divertidos al pobre Pablillo en su traje de deshollinador, el mayordomo, guiñando el ojo a los demás, se

inclinó respetuosamente y dijo al muchacho:

—Si el señor duque de las Altas Chimeneas quisiera tomarse la molestia de entrar, yo le conduciría a presencia de la señora condesa...

Y precediéndole ceremoniosamente, le hizo penetrar en el vestíbulo y le introdujo en un corredor obscuro que conducía al oficio, mientras detrás de él seguían los otros criados, riéndose a cual más. Llegado que hubo la comitiva a la cocina, el mayordomo volvió a inclinarse con exagerada reverencia:

—Si el señor quiere tomarse la molestia de subir por esta escalera—dijo, indicándole el orificio de una chimenea—encontrará a la señora condesa arriba... El señor me permitirá que no le acompañe...



—Es completamente inútil—respondió Pablillo, recobrando su sangre fría y, a su vez, prorrumpió en una risa tan sonora y su rostro reflejó tal expresión de burla, que todos se miraron como interrogándose mútuamente. Después, sin ocuparse de ellos para nada, Pablillo entró en la chimenea y desapareció por el tubo negro.

—¡Veremos quién es el último que ríe!—gritó desde dentro, con voz fuerte.

Subir por el estrecho conducto no fué más que un juego para Pablillo; por otra parte, tanto más fácil cuanto que por la mañana había explorado todas las chimeneas del castillo.

Cuando llegó al tejado, respiró a sus anchas; contempló el cielo estrellado, la luna que remontaba el horizonte, y echó una mirada sobre el patio, donde estaban estacionados los automóviles y los coches; después, escalando las tejas, alcanzó la chimenea que creyó correspondía al salón. Aproximó su oído al orificio y escuchó.

—¡Esta es!—murmuró.—¡Adelante!

Y con el rostro iluminado de una alegría inefable, presintiendo la victoria a despecho de obstácuos, ganó el borde de la chimenea, y dejándose deslizar por el interior, emprendió el descenso.

En el salón, la fiesta estaba en su apogeo. La condesa de Terneuze, rodeada de damas y caballeros, refería la desaparición de su querido anillo.

Lo había perdido la víspera, cuando fué a pasear a orillas del lago. Lo echaba muy de menos, con hondo pesar, porque era la sortija de novia, y evocaba todo un pasado de felicidad.

No había terminado su relato cuando se oyó un formidable ruido junto a la chimenea. Todos los invitados se miraron con espanto. ¿Qué podía ser?

—No hay viento ahora—dijo uno de ellos.

El ruido aumentó. Una señora lanzó un grito, desmayándose. Un caballero agarró las tenazas y la pala. Fué un desconcierto general. Todos, impacientes y miedosos fijaron sus miradas en la chimenea, preguntándose qué iba a salir de allí.

Y no tardó en salir el pobre Pablillo, cubierto de hollín, pero riéndose a carcajadas.

—¡Señoras, señores!—exclamó.—¡No se asusten ustedes! ¡Soy inofensivo!

Y, acercándose a la condesa de Terneuze que le miraba asombrada, le hizo una reverencia, y le dijo, sacando su pañuelo:

—¡Señora condesa, aquí tiene usted su sortija!

—¡Mi sortija, mi sortija!—gritó ella, encendido el rostro de alegría.—¡Ah, muchacho, el cielo te envía!

El entusiasmo sucedió al temor, y todos quisieron conocer la historia.

Pablillo relató su aventura; el mayordomo, azorado, presentó sus excusas. La astucia de Pablillo fué aplaudida, y se resolvió que se quedara a la reunión. Se le atiborró de pasteles y fiambres, se le hizo bailar, cantar, y se le dieron monedas de oro. En resumen, fué un triunfo... y se bendijo al pez glotón que golosamente había engullido la sortija dejada caer en el agua por la condesa.

Y como era ya tarde, Pablillo, largamente recompensado, fué conducido en auto hasta el pueblo. ¡Aquello fué el regreso del triunfador!

Marc SAUNIER.

La prueba del optimismo

—El optimismo y el pesimismo son fenómenos muy curiosos, ¿verdad?—dijo él.

—Explíquese—respondió ella.

—Vea: por ejemplo, para un optimista, todo sale a las mil maravillas; para un pesimista, nada está bueno. Es decir, que si pensamos que un hecho va a suceder, generalmente sucede.

—Yo no creo en semejante teoría. Pienso mejor, que el hombre es optimista porque sus asuntos le resultan de debida manera. De modo que son los hechos los que provocan el optimismo, y no el optimismo el que determina los hechos. Yo no creo que las cosas sucedan, tan sólo porque pensamos en ellas. Muchas veces he deseado que resulten ciertos hechos, y todo ha sido contrario a mis deseos, o viceversa.



—Naturalmente que hay excepciones a la regla, pero hablando en general, yo creo que el optimismo es conveniente a la consecución de aquello que se desea. Un ejemplo: aquí nos hallamos usted y yo. Yo soy un optimista a toda prueba y creo que ciertos hechos van a suceder; ciertos hechos que me llenen de alegría, se comprende.

—¿Quiere usted explicarse, Alberto?

—Temo, Alina, no conocerla aún demasiado para expresarle mis deseos. Pero ya llegará el día. Como le iba diciendo...

—¿Se refiere usted a algo que me concierne?

—Esto... no... Pero, aquí estamos usted y yo. Si yo fuera un pesimista, pensaría que los hechos que van a suceder no sucederían, y en consecuencia así sería. Como ve, esta es una desventaja del pesimismo.

—Es cierto.

—De este modo podemos llegar por camino inverso a deducir las ventajas del optimismo.

—Quizá, aunque aún no he palpado ninguna de sus ventajas.

—¿Y si hiciéramos prácticamente la demostración?

—Un momento. Vamos a aclarar un poco el asunto, porque no lo entiendo mucho. Por ejemplo: si yo pensara que usted iba a declarárseme, ¿me llamaría usted optimista?

—Este... yo... este, ¡claro que sí, por supuesto!

—Y si pensara que usted no se declararía, ¿me llamaría pesimista?

—Creo que me ha entendido.

—Ahora bien, volviendo al primer caso, podemos sintetizar la disertación, diciendo: que lo que uno piensa que va a suceder, sucede, y lo que uno piensa que no va a suceder, no sucede, ¿no es así?

—Claro, que hay veces...

Ella se inclinó, y murmuró en voz baja:

—Mire, a la cortina, abajo.

El miró y se puso pálido. Había visto las puntas de dos botines de hombre.

—¡Su padre!—murmuró.

—Chist... no demuestre que lo ha descubierto...

—Ahora voy a demostrarle mi optimismo. Señorita Alina, ¿quiere usted ser mi esposa?

—Si usted está seguro que nunca será feliz sin mí, accedo.

Después de murmurar él, a su oído, que le haría el hombre más feliz del mundo, despidióse y se marchó. Entonces, ella dirigióse a la cortina, hizo a un lado los botines puestos allí de manera que asomaran sus puntas hacia el rinconcito donde había tenido lugar la dulce historia, y murmuró:

—Sí, Alberto tiene razón. ¡Hay veces que sucede lo que uno quiere que suceda!

Sin embargo, no todos los Albertos que piensan en una Alina, deben confiar en que suceda lo que ellos quieren, porque pueden darse Alinas pesimistas que desbaraten todos sus planes.

OPTIMISTA.

Pedro Mascagni

Con su corazón de muchacho y su alma de genio, el maestro Mascagni ofrece un interesante estudio biográfico. En el curso de su vida de compositor ha cumplido con exceso las promesas de su talento cuando entró tempranamente en el mundo de la fama como autor de "Cavallería Rusticana". Aún sonaban en los oídos de todos el día del estreno de esta ópera las notas del precioso "intermezzo", cuando los críticos se aventuraron a augurar un porvenir vácuo para Mascagni. "Ya ha hecho todo lo que podía hacer — decían. — Ha empezado la carrera por su obra maestra". Pero el tiempo ha desmentido rotundamente el aserto. Su fama como artista, como gran músico y como maestro, aumenta de año en año.

Pedro Mascagni nació en Liorna en 1860. Hijo de un tahonero de su ciudad natal, de no muy desahogada posición, mostró desde muy niño sus aficiones musicales y pasó al Conservatorio de Milán pensionado por el conde Larderel. Allí aprendió solfeo y piano, armonía y composición; mas, según parece, abandonó las aulas antes de acabar sus estudios, para contraer matrimonio. Otros refieren que, acabados sus estudios en dicho Conservatorio, compupuso gran número de romanzas y bailables y algunas sinfonías, obras todas que vendió a bajo precio; y agregan que luego organizó y dirigió una compañía de opereta cómica, con la que recorrió parte del Milanesado.



El maestro Mascagni

Deshecha la compañía que dirigía, y no bastando el producto de sus composiciones para atender a sus necesidades, solicitó y obtuvo la plaza de director de la banda municipal de Ceriñola, dotada con 1.200 liras al año. En la misma población dirigió una banda militar y una sociedad filarmónica, y compuso varias canciones populares y una misa que cantaron sus discípulos.

Hallábase en aquel rincón de Italia cuando supo que Sonzogno, editor de música, había anunciado un concurso para premiar tres óperas en un acto, ofreciendo un primer premio de 3.000 liras y la representación de la obra en el teatro Constanzi, de Roma. Esto sucedió en los comienzos del año 1890.

Deseando ganar una suma que mejorase temporalmente su situación económica, Mascagni buscó y halló, no sin trabajo, quien escribiera el libreto, y al cabo logró que lo compusieran Tozzetti y otro poeta, y sólo en veinte días concibió la música de "Cavallería rusticana", que alcanzó el primer premio, y que se estrenó en Roma el 18 de mayo de 1890, valiendo a su autor gran nombradía en todo el mundo musical, y el encargo de una nueva ópera para la casa Sonzogno. "Cavallería rusticana" fué aplaudida en las principales ciudades de Italia, y se estrenó en el teatro Nacional (Florida) de Buenos Aires, el año 1891 por el tenor Annovazzi y la soprano Fracchia, que fué sustituída por María de Nunzio. Luego fué cantada en la Opera por la Gabbi y Mariacher, y en San Martín por la Paoli Bonazzo, la mejor intérprete de Santuzza que se oyó en aquella temporada.

Por entonces se dijo que Sonzogno había ofrecido al compositor 150.000 pesetas por la cesión completa de la obra, y que en febrero de 1891 había cobrado ya Mascagni 50.000 por los derechos de las representaciones.

En octubre del último año citado estrenóse en Roma otra ópera de Mascagni, titulada "L'amico Fritz", que valió al compositor nuevos aplausos. A ésta siguieron "I Rantzan", "Rattcliff", "Iris", "Amica", "Isabeau" y otras.

Sus alumnos del Liceo Pesaro le quisieron con delirio, y como director sabe sacar los mejores resultados de cualquier material musical que tenga a sus órdenes. Su dirección inspira confianza. Con una orquesta mala ha conseguido hacer maravillas en muy poco tiempo.

Mascagni, trabaja principalmente por la mañana, porque es gran madrugador. Después de almorzar duerme una breve siesta, y dedica la tarde a su esposa y a sus hijos. No hay que decir que es muy solicitado en sociedad, pero aunque ésta no le inspira aversión, prefiere la vida casera y sus amistades de músicos y artistas. Es gran jugador de billar y muy aficionado a los deportes atléticos. Un día jugando al "pallone" recibió un terrible golpe y al siguiente día fué a la clase con un ojo vendado. Este incidente sin importancia demuestra el carácter despreocupado de este compositor, que puede figurar en primera línea entre los músicos contemporáneos.

De él se ha ocupado la prensa recientemente, con insistencia, con motivo de su nueva partitura "Parisina", cuyo libreto pertenece al gran poeta Gabriel D'Annunzio. Esta ópera es esperada con viva curiosidad en el mundo musical y en los grandes teatros líricos, especialmente, pues para éstos la reclame que se ha hecho alrededor de la obra inédita, asegura el interés del público.

¿Se representará pronto en Buenos Aires?

NUESTROS HOGARES



Señora de Bohn Mello, con sus niños

Fot. Freitas



Señora Amalia Bustos Morón de Vayres, con sus niñitas



Señora Adela de Brignardelli, con su hijito

Fot. Merlino.

La cocina futurista

No cabe duda que progresamos; cuando creímos agotados todos los sistemas de alimentación, llega el "eminente" cocinero francés M. Maineave a demostrarnos que estábamos en mantillas.

"El arte culinario—dice M. Mainave—gira lamentablemente alrededor de una docena de recetas que repetimos constantemente. Los mismos platos circulan por



infinitas mesas bautizados y rebautizados cien veces con nombres rimbombantes, que mal disimulan su mediocre uniformidad.

Desde hace cuatrocientos años no hemos hallado un manjar verdaderamente nuevo, por eso he pensado en renovar el arte culinario.

Ataco de frente a las dos Bastillas de la cocina moderna: las mezclas y el aroma. El método tradicional admite unos y rechaza otros. ¿Por qué esta diferencia? El aceite mezclado con el vinagre forma una salsa clásica, pero la idea de mezclar ron con manteca de cerdo está calificada de ridícula.

De forma que mi cocina tiene por fin principal aproximar alimentos hoy, que están separados, y provocar por este encuentro sensaciones gustativas desconocidas.

Nada más exquisito que un filete de vaca con jugo de langostinos, una tortilla de ostras, un trozo de vaca con absinthe, una chuleta al kumel y para reemplazar las patatas fritas, rodajas de bananas, rebozadas con queso de Gruyére rayado; arenques con galantina de frambuesa y sardinas con Camembert.

Los aromas culinarios son limitadísimos, no salimos del perejil, del laurel, del tomillo, de la cebolla y de la chalota. En cambio, la química nos permite, sin perjudicar a la salud, la preparación de manjares con todos los perfumes conocidos: rosa, violeta, lilas, etc. He hecho todas las pruebas debidas y no os podéis ima-



ginar el sabor de una chuleta con menta y un pollo con lilas".

Pero Maineave, siguiendo su revolución en la cocina, crea al mismo tiempo la cocina medicinal y entre las primeras recetas, dedica ésta a los niños: Puré de zanahorias con aceite de hígado de bacalao; la zanahoria quita el mal sabor al aceite y asegura que el puré es de un sabor agradable.

El procedimiento es el siguiente:

Hacer hervir las zanahorias sin mondar, pasarlas por tamiz, aplastarlas y dejarlas enfriar, añadir 20 gramos de aceite de olivas y diez de aceite de hígado de bacalao. Una yema de huevo. Medio litro de leche, a poder ser, de cabra, dos o tres gotas de angostura, un vaso de vino; dejarlo enfriar; este manjar frío es más digestivo. Mezclarlo bien y servirlo.

Y he aquí otra receta para los enfermos del aparato respiratorio; nadie ignora que el sirop de caracoles se le receta a los niños que padecen de los bronquios, de modo que no os extrañéis que incluya a los caracoles en este condimento:

Cortar un rosbif en filetes, procurando que el rosbif sea de la mejor calidad.

Hacer marinar los filetes durante diez horas en la salsa siguiente: dos vasos de vino de Málaga o Madera, dos de agua de Vichy, 35 caracoles picados en crudo, 275 gramos de berros; 125 de rábano, 150 de puré de zanahoria, tres cebollas, una copita de anisete y dos o tres gotas de bitter.

Una vez marinados los filetes se los pasa por aceite de olivas, poniéndolos en una ensaladera. Déjeseles cocer durante diez minutos, rociándoles con la salsa y se sirven.

Desde luego hemos de notar respecto a la cocina médica que todos los grandes químicos y farmacéuticos han dirigido, antes y ahora, sus estudios, no sólo a su preparación si no a facilitar el modo de ingerirlas y ha entrado en mucho el ingenio hasta para que su presentación sea agradable al enfermo.



De ahí las píldoras, los jarabes, las cápsulas, los sellos y los bombones curativos.

¿Qué extraño es, pues, que el cocinero Mr. Maineave pretenda curarnos por medio de la culinaria, cuando el uso de ella, en una forma u otra, nos es indispensable a la vida?

Lo único que queda por averiguar es si el paladar o el estómago aceptarían la tal reforma.

¿Comieron el puchero con lirios blancos? ¿Aceite de ricino con setas?...

Tal es la reforma que en la culinária quiere introducir M. Maineave, afirmando que ya sabe que en Fráncia no podrá vencer, pero que en Inglaterra, país eminentemente práctico, su triunfo es tan seguro como legítima será la gloria que alcance por sus inventos.

Y gloria que nosotros le deseamos...

Pero en tanto se popularizan estos inventos, los franceses seguirán por muchos años dedicados al ragut, los italianos a los tallarines, los españoles al clásico garbanzo y los árabes al alcuzcuz.

Nosotros... sigamos prosaicamente con nuestro indefectibe puchero y nuestro sabroso asado.

¿Ha padecido alguno de nuestros lectores alguna vez un cólico de asado o de puchero?

De seguro que no, ni aun tomando después un plato de arroz con leche y canela.

¡Y eso que lo usamos a diario!

Lorenzo HANRIOT.

Los niños precoces

Siendo la misión del periodismo sano, reflejar en sus páginas todas aquellas manifestaciones que representen un signo de cultura, nos ha parecido curiosa y plausible la información que insertamos en esta plana. Se trata de un niño que hace poco ha cumplido los ocho años, y que ya se muestra con un discernimiento y una inteligencia que no son, por supuesto, nada corrientes en criaturas de tan pocos años.

Egon Hobert, nacido en esta capital, hijo de alemanes, fué educado musicalmente en su casa, desde que comenzó a conocer a las personas y tuvo fuerzas para sostenerse sin apoyo encima del taburete del piano; y así, comenzó dando golpecitos sobre el teclado hasta que le llegó la hora de entrar a la enseñanza. Al comenzar ésta, dió tales pruebas de comprensión y tales muestras de inclinación por el arte, que su profesora debió muchas veces declararse sorprendida. Poco a poco el niño conoció los secretos



Egon Hobert, notable pianista que tiene 8 años de edad, y que ha causado la admiración de cuantas personas lo han oído.



El futuro hombre célebre, sorprendido en una bella actitud, con su hermanito menor.

del piano, y ya no es cosa de estarse de lecciones: el amor hacia la música se acentuó, y Egon dió rienda suelta a su atrevimiento artístico, llegando a progresar en una forma vertiginosa y eficaz, hasta el extremo que actualmente, es un músico consumado.

Indudablemente, no han de faltar escépticos que dejen asomar una sonrisa, calculando que a semejante edad, el cerebro, el corazón, el individuo todo, no están mentalmente desarrollados. Muy de acuerdo. Pero aparte de que estas discusiones han pasado ya a la condición de cosa juzgada porque la ciencia ha rato que nos explicó el caso, convengamos que con tales aptitudes y con tal sensibilidad espiritual, el niño este promete un porvenir brillante, y como otros niños célebres, él también, si persevera, lo será.

Egon Hobert, no sólo ejecuta los más arduos trozos de música, sino que también compone con bastante buen sentido, algunas cositas fáciles, naturalmente, que dan idea de la sensibilidad artística del pequeño compositor.

Sus padres, poseídos de esa legítima satisfacción que es lógico experimenten quienes han engendrado un elemento de indudable valía, le han proporcionado varias ocasiones para que sus ejecuciones fuesen juzgadas por los entendidos, habiendo sido muy felicitados, y muy aplaudido su hijo.

Ultimamente dió un concierto en un importante salón de Belgrano, con bastante éxito. Algunos órganos de la prensa han hablado elogiosamente del talento de Egon, que constituye las más hermosas esperanzas de su hogar, y una deliciosa promesa para el arte, siempre que el exceso de halagos no envanezcan su corazón, lo cual sería como regar una planta vigorosa con un líquido corrosivo: se iría secando sola...

En sucesivas audiciones, a las que el público asistirá, sin duda, se podrá juzgar con más razón la labor del niño Egon Hober, labor que ha de alentar la crítica con sus sanos consejos y el público con sus aplausos justos, que es con lo que premia a todos los buenos artistas.

Así deseamos que suceda.



Leyendo a sus padres y hermanos una partitura cuya composición él mismo ha ejecutado.

Una simpática institución par



Distintivos de oro, plata y bronce de la "Y. W. C. A."

Titulamos como una institución simpática a la Asociación Cristiana de Señoritas, por los múltiples beneficios que ella presta a la mujer, mediante una organización perfecta que le permite atender a sus asociadas lo mismo en las circunstancias normales de la vida, que en las necesidades eventuales que puedan ocurrir.

La "Young Womans Christian Assotiation" fué creada en Buenos Aires, en 1892, siendo su primer secretaria la señorita Agnes J. Milue, que no era graduado: esto se entiende porque la asociación otorga diplomas de competencia para dicho cargo, después que las aspirantas han cursado por espacio de un año, en el instituto de New York, las siguientes materias: sociología, filosofía, estudio de la Biblia, ejercicios físicos, higiene, religiones comparadas, historia de la Asociación Cristiana de las Jóvenes y estudios económicos.



Grupo de socias fundadoras de la división Buenos Aires

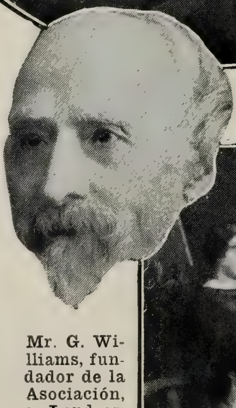


Alumnas de la clase culinaria, con su profesora

El origen de la Y. W. C. A. data de 1841, siendo su fundador el señor George Williams, que organizó la primer institución de hombres en Londres. Cuando en 1854 ocurrió la guerra de Crimea, se formó una rama femenina con el nombre de "Young Womans Christian Assotiation", de la que formaron parte todas las enfermeras que marcharon al campo de operaciones a prestar sus humanitarios servicios. En 1856, la corporación admitió en su seno a las profesoras extranjeras y estu-



Srta. Persis M. Breed, secretaria general — Señorita Elisa Cortés, secretaria del departamento argentino



Mr. G. Williams, fundador de la Asociación, en Londres, 1841



Clase de inglés, funcionando

...ñoritas. La "Y. W. C. A."



Las "jóvenes cristianas" durante un recreo en la azotea de la casa

dad vela la asociación desde que entra a formar parte de ella.

En el local social hay sala de lunch, al que concurren no menos de 500 comensales por año, socias y no socias, gozando del derecho a usar las salas de lectura y descanso, piano, y la espaciosa azotea de la casa, donde las jóvenes suelen improvisar entretenimientos.

Funcionan clases de inglés y francés y un curso especial de arte culinario. Periódicamente se dan conferencias y reuniones sociales. Hay una clase de primeros auxilios.

Almanzor LEAR.



El comedor

diantes. Es curioso advertir que al formarse el contingente que se incorporó a la legión de enfermeras, de todos los hogares salieron jóvenes deseosas de alistarse en la brillante compañía de la caridad, causa que permitió que la Y. W. C. A. se fundase con un número considerable de asociadas. También ingresaron en este movimiento, gran cantidad de muchachas que iban de las provincias a Londres buscando trabajo, o en procura de mayor perfeccionamiento intelectual.



Curioseando por la baranda de la azotea, lo que se ve de las otras casas



Sacando el bo-[illegible] para pasar al lunch

La sociedad ha prosperado prodigiosamente, y ahora está representada en cuarenta y nueve países, rigiendo el sistema universal para sus servicios y estudios.

En Buenos Aires existe una oficina general que funciona diariamente y atiende las necesidades de las socias.

Las viajeras encuentran allí todos los informes y auxilios que les sean precisos. Lo mismo ocurre con las que busquen ocupación: se les procura el empleo con toda la prontitud posible, y se trata de conocer la casa a donde ha de ir la recomendada, por cuya seguri-



Tertulia con "nocturnos" de Chopin y chistes al magnesio



Una cena de Navidad

I

Así intentando dominar su pena,
le dice el maquinista al fogonero:
—Más acordarme de mi afán no quiero,
y pues es esta noche Nochebuena,
en vez de lamentarnos, compañero,
vamos a hacer honor a nuestra cena.—
Y, en tanto que sus lágrimas esconde
bajo un gesto especial e indefinible,
el otro le responde:
—Lo haremos como dices... si es posible.
Pues, por el Dios en que creemos, juro
que al ver mi situación, algunas veces,
hasta las mismas heces
el acre cáliz del tormento apuro.
Yo nunca puedo separar mi idea
de aquella pobre gente
que aguarda entre amorosa e impaciente
mi regreso a la aldea.
Mas de no abandonarla no hallo forma,
pues el negro destino
me sujeta a esta férrea plataforma
para que vea siempre igual camino...
—Quizás lloras también porque estás preso,
y en tal noche como esta más te afliges
si tu memoria hacia el hogar diriges?...
Y el otro respondióle: —¡No es por eso!...
Y, al sentirse en tal punto combatido
por un recuerdo que un sollozo arranca,
dando al blanco vapor salida franca
oculta su sollozo en el silbido...
Mira al cielo después como un demente,
y dice al fogonero rudamente:
—¡Saca pronto esa cena!... ¿No has oído?

II

Corría el tren, corría
con tal velocidad, que estremecía.
A su paso los árboles temblaban,
y el ruido de los topes que chocaban,
una danza de diablos parecía.
Las gigantescas masas de granito,
en los horrores de la sombra envueltas,
daban, al parecer, vueltas y vueltas
en la vaga extensión del infinito.
El humo sube y sube
en raudas espirales,
y forma en los espacios una nube,
que adquiere proporciones colosales.
Nube que crece y crece
y oculta un breve instante el firmamento,
y al fin se desvanece
cuando le agita con su soplo el viento.
Se oye el vapor que aprisionado ruge
en la hirviente caldera,
y al impulso infernal de la carrera
el maderamen de los coches cruje
y todo el tren lo arrasa
con su potente y porfiado empuje,
y todo se estremece... y todo pasa...

III

Y, ya aquellos dos hombres frente a frente,
entre el vapor rojizo que la escena
alumbra débilmente,
dan principio a la cena.
Repite el fogonero el tema eterno
que trae siempre en la mente,
y habla de las virtudes de su esposa,
del calor de su hogar en el invierno,
del esponjoso pan, sabroso y tierno,
y de una pequeñuela muy hermosa...
—Y es tan bello ese amor de mis amores,
(exclama entusiasmado),
que el sol su ardiente resplandor le ha dado,
y al verla pasear, bajan las flores,
con respeto, su cáliz perfumado.
¡Si tú la vieras, Juan!... ¡Pobre chiquilla!...
Yo, como soy tan zote,
no me atrevo a besarla en la mejilla
por miedo a que la arañe mi bigote.
Me cuenta lo que sueña,
porque a mí me entusiasman estas cosas...
¡Y si vieras qué cosas más preciosas
distingue entre sus sueños la pequeña!...
¿Tú tienes hijos, Juan? —Una he tenido,
el otro le contesta entre un sollozo.
¡Una, Pedro, que ha sido
mi esperanza, mi afán, mi amor, mi gozo!
—¡Ahora la causa de tu llanto acierto,
y adivino el pesar que en tí se esconde!...
¿Murió?... ¡Pobre infeliz! Y... —¡No!—responde
el maquinista con furor: ¡No ha muerto!
Vive alegre, feliz y placentera...
Y... Pedro... ¡más valiera
que lo que has dicho resultara cierto!...
Que, aunque el hacerlo así mi alma taladre,
¡No puedo ser!... ¡No puedo ser su padre!...
—¿Y estás sólo en el mundo? —¡Como un perro!...
¡Sin hogar, sin amor, sin fe, sin nada!...
¡No pudiendo tener familia honrada,
escogí esta familia... que es de hierro!
Y al paroxismo del dolor cercano,
lanzando una estridente carcajada,
puso sobre la máquina su mano.
—Y ésta—murmura—a mi poder se aviene:
no es de esperar que a su capricho ceda...
¡Si quiero que se pare, se detiene!
¡Si le mando avanzar, al punto rueda!...

IV

No hablaron más después... Siguió corriendo
el tren por la extensión de la llanura...
Pedro a su niño en sueños sonriendo;
y el otro, desvelado, y maldiciendo
con voz entrecortada su tortura...

Luis de ANSORENA.

Cómo se debe peinar a los niños

Nada hay tan adorable como una cabecita de niño de tres a ocho años, sobre todo si está peinada con esmero y con gusto.

Las madres que viven consagradas por completo a sus hijos, encuentran en el tocado de sus pequeñuelos una distracción que no trocarían por ninguna otra en el mundo; y así, llevadas por su maternal entusiasmo, ensayan continuamente arreglos nuevos y combinaciones inéditas, con objeto de que los rizos de oro o de ébano queden lo mejor dispuestos que sea posible. Ocurre con estos ensayos algo portentoso, y es que en general resultan siempre bien. Ello es así, porque todo aquello en que se pone mucho amor tiene grandes probabilidades de éxito.



Consagramos pues esta página a una serie de indicaciones y de apuntes, encaminados a enseñar prácticamente cómo se peina a las niñas y a los niños. Para comenzar, anotaremos las particularidades de dos gorritos que están muy en moda, y que son de muy fácil confección. El primero de estos modelos conviene indiferentemente a un niño o a una niña, siempre que uno u otra tengan cabellera abundante; es un gorro de paja inglesa cosida, y de forma en punta, semejante a los gorros de algodón que antiguamente se empleaban para dormir. De la punta de este gorro cuelgan dos o tres cerezas o un ramito de flor de cerezo con sus hojas correspondientes. Este adorno es graciosísimo por su colocación especial. El borde inferior del gorro va guarnecido con una cinta de terciopelo negro que ciñe la cabeza, y que lleva un pequeño lazo sobre el costado derecho. De este lazo cuelgan también cerecitas o flores de cerezo. Sobre una cabeza rubia, este gorro hará una combinación encantadora. Téngase cuidado de dejar fuera una aureola de rizos, que resaltarán en briznas doradas sobre el negro del terciopelo.

La segunda figura representa un modelo constituído por una banda de paja muy fina, dispuesta en medio cerco sobre el rostro. Esta ''passe'' se completa con un casco de tul, de color apropiado al de la paja. Como adorno, este sombrerito lleva, sobre el borde, una corona de ''colibris''. Cada uno de estos diminutos pájaros sujeta bajo él una espiga de trigo, y el conjunto resulta del todo nuevo y original. Claro está que este tocado se reserva exclusivamente para las niñas.

Y dicho esto, abordemos el tema de los cabellos, de esos preciosos cabellos de seda que son el más lindo adorno de nuestros ''bebés'', y que hemos de lavar todas las semanas con jabón de iris, y peinar y cepillar todas las noches, con minucioso cuidado, antes de acostar a los pequeñuelos. Toda madre sabe lo indispensables que son estas atenciones, si se quiere que los niños conserven la cabellera lucida y sana.

Conveniente, pero no necesaria, es la fricción diaria con una buena loción: quinina o violeta, por ejemplo, según el gusto. Esta fricción fortalece el cuero cabelludo, además de perfumar y de limpiar el pelo.

En todo caso, ha de tenerse en cuenta que cuanto más abundante sea la cabellera del ''bebé'', en tantas más partes habrá que dividirla y trenzarla al hacer la ''toilette'' de noche. Sin esta precaución, el pelo se enredará, y a la mañana siguiente el peinado ofrecerá serias dificultades y el nene sufrirá en consecuencia de incomodidades no menores.

Llegada la mañana el peinado de ''bebé'' es una operación trascendental, sobre todo cuando la mamá se deja llevar por caprichos de momento, que le hacen buscar para el chiquitín un tocado de coquetería y de gracia sin precedentes.

Ved un primer modelo de tocado, con la raya a la izquierda. Al peinar, se rizan los bucles hacia afuera, contrariamente a lo que se hace en general; luego, se sujeta el peinado sobre la frente y en derredor de la cabeza con una cinta o con un galón bordado, dejando un flequillo corto sobre los ojos. Más vista quizás, pero encantadora también, es la combinación siguiente. Los bucles están peinados a la inglesa, o sea en tirabuzones, y sujetos por una cinta de terciopelo negro que ciñe la cabeza, cubriendo parte de la frente, sobre la cual no aparece cabello alguno. La raya, en este peinado, se hace siempre en medio.



Para las épocas de calor, he aquí un peinado indicadísimo. Se hace dividiendo el cabello en dos partes sobre la frente y recogiéndolo por detrás en un moño que deje completamente libre la nuca. Tanto el moño como el flequillo se sujetan con una cinta bastante ancha de seda rubia. Esta cinta da vuelta a la cabeza y se anuda por delante, sobre la frente, formando una pequeña y airosa escarapela. En las niñas muy pequeñas, hace siempre un efecto encantador el dejarles descubierta la nuca.

Hay un peinado nuevo al que se da el pintoresco nombre de ''al teléfono'', y que está muy en moda desde hace dos años, aproximadamente. Este tocado es de origen alemán, y fué importado de Munich por algunas damas que ''lanzaron'' la moda en París. He aquí dos variantes de ese peinado, que muy fácilmente podrán reproducirse.

En la primera, los cabellos están separados desde el flequilo hasta la nuca, por una raya que cruza completamente la cabeza. Dividida así, toda la masa de la cabellera se recoge en seguida en dos partes, cada una de las cuales se enrosca formando un caracol de trenza sobre cada uno de los oídos; de este modo se consigue que, durante sus juegos, la niña no se despeine continuamente.

El otro peinado similar a éste obedece al mismo principio, pero la frente queda del todo libre, suprimiéndose el flequillo, y en lugar de hacerse trenzas laterales, enroscadas sobre los oídos, el cabello se dispone en dos tirabuzones que caen sobre los hombros, sujetos por lazos de terciopelo negro.



Los nenes y las nenas de menos de dos años, que sólo tienen como cabellera unas pocas hebrillas de seda dorada, se tocan con un sencillo moñito, prendido en lo alto de la cabeza con lazo azul o rosa.

Para terminar, anotemos este peinado antiguo, con franja y mechones huecos en derredor de la cabeza: ésta se ciñe con una cinta de seda sin nudo aparente.

En la elección del color de la cinta, lógicamente debe responder al color del cabello, pero la fantasía o gusto de las madres, interviene casi siempre en la elección del color y hay que reconocer que la mayor parte de las veces, aciertan.

La cosa se explica: ¿Quién va a conocer mejor que ellas a sus hijos? ¿No pueden probar cuantas combinaciones quieran y cuantas veces deseen?

No hemos de cerrar esta pequeña información, sin recomendar a las mamás el mayor cuidado y la mayor paciencia al proceder al tocado de sus hijos. En general, para los niños, el dejarse peinar es un martirio, y esto ha de evitarse a todo trance.

Inmediatamente después del baño es la mejor ocasión; el cariño ha de conseguir más que el regaño, niños hay que se ponen tan nerviosos que parece va a darles un accidente; es preferible dejar que se calmen a peinarlos a la fuerza.

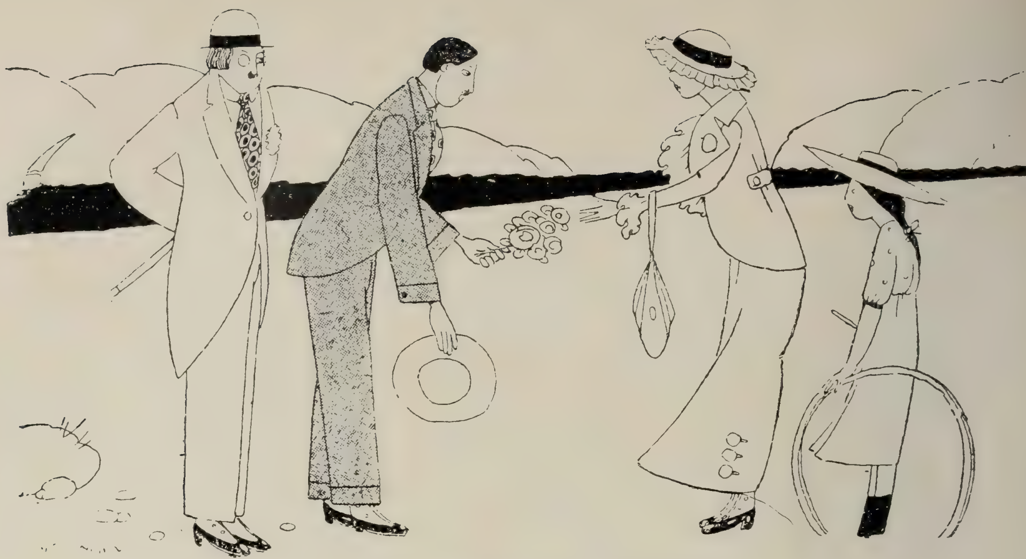
Al aire libre, en tanto corran o salten no importa que anden descubiertos a pleno sol, aunque se les vea que su rostro se enciende; muy por el contrario, estando parados, hay que evitar el sol, pues podríales producir graves trastornos.



La costumbre de algunas madres de empaparles la cabeza de agua, debe evitarse, siendo preferibles las fricciones de colonia, petróleo refinado, etc.

Algunos padres, más que las madres, cortan el pelo al rape a sus niños, creemos que es de muy mal gusto, el cabello es un adorno natural, que bien cuidado embellece a las criaturas.

El corte al rape deja ver los menores defectos de la cabeza.



Las escalas de Fanette

En San Rafael, frente al mar azul, encuentro a Enrique Darbelle, el joven y célebre compositor. Apretón de manos. Cumplidos por su buen aspecto. Darbelle ha estado enfermo el último invierno. Una fiebre tifoidea. Se le creyó caso perdido. Se ha curado. Para su completo restablecimiento ha venido a pasar diciembre y enero bajo el sol benéfico. Y paseando por el jardín del hotel, donde el azar nos ha reunido, me refiere esto, que me parece cosa conmovedora y que transcribo tan fielmente como me lo permite mi memoria.

* * *

—Sí, amigo mío... Durante algunos días creí firmemente que me iba al otro mundo. ¡Dios mío! Yo no temo a la muerte. Todos han de pasar por ella, y, verdaderamente, no hay derecho a quejarse y a asustarse más que de las desgracias excepcionales. Pero cuando, el 24 de diciembre, por la noche, hace un año, poco más o menos la víspera de Navidad, comprendí, por la cara que ponía el doctor, que yo iba mal, muy mal, la idea de que pudiera dejar de ver a mi hija Fanette, sus ojos grises y claros, sus cabellos abundantes, su talle largo y delgado de los diez años, sus manos coloradas y un poco enjutas, esa idea ¿sabe usted?, se presentó como algo inverosímil y monstruoso. Esa noche, justamente, la niña, antes de la visita del doctor, muy tardía, me había dado las buenas noches con más ternura que de costumbre — me pareció — y con más insistencia. Y después, aunque abatido, no dejé de observar que ella tenía mala cara, que estaba pálida, los ojos caídos, las manos ardientes. Yo me alarmé y en seguida hablé de ello a mi mujer...

—¡Qué idea!—me respondió.—Está bien, te lo aseguro. Tiene pena de verte enfermo. ¡Eso es todo! No te atormentes y trata de dormir...

Y como hacía todas las noches, se instaló a la cabecera de mi cama, hasta media noche, reemplazándola luego hasta la mañana una enfermera.

¿Dormir? ¡Oh, no! Yo no dormí. Tenía una fiebre terrible y, además, me perseguía esa idea obsesionante, de que Fanette estaba enferma, muy enferma. Esa Nochebuena, para algunos tan alegre, para otros tan conmovedora, tan poética para todos, fué para mí, el año anterior, una noche de angustia y de tortura.

Cuando al alba, mi querida esposa entró en la alcoba:

—¿Fanette? ¿Cómo está Fanette?

—Ya te he dicho...

—No te creo. Tengo un terrible presentimiento... Yo quiero verla. Ve a buscarla.

—Espera...

—¡Te lo ruego!

Salió y volvió en seguida.

—Fanette está bien... Ya se ha levantado... Pero no puede venir.

—¿Por qué?... ¿Por qué?

Se sentó junto a mi lecho, me asió la mano dulcemente:

—¡Oye! Es preciso que te explique... Ayer el doctor me dijo, al irse, que era peligroso para Fanette entrar en tu alcoba y aún bajar a nuestro piso. Un contagio en un niño siempre hay que temerlo...

—Esto es un pretexto!

—¡Es la verdad! Dentro de algunos días, cuando estés mejor...

—¿Yo? ¡Estoy perdido!

—¡Calla! Yo te la traeré y tú la abrazarás. ¡Un poco de paciencia, te lo suplico!

Yo me resigné, aunque seguí dudando. Un soporífero que acababa de tomar me hizo dormir un poco. Sonaban las diez cuando me desperté. Y en seguida una idea fija volvió a apoderarse de mí:

—¡Las diez! ¡Y Fanette no hace sus escalas!

He de decirle, mi amigo, que en nuestro hotelito de la calle Fortuny, el cuarto de mi hija está en el segundo piso, sobre el mío precisamente, y que cada mañana, a las diez en punto, la niña se pone a estudiar el piano. Sabe lo que eso me gusta y no dejaría de hacerlo por nada del mundo. Es un placer para mí oír a través del techo los ejercicios, aún defectuosos, que la labor mejora poco a poco. Ella tiene, indudablemente, temperamento de música, pero la ejecución es todavía imperfecta. A los diez años no es raro ¿verdad? Aún está en las escalas sin muchos sostenidos ni bemoles; pero cuando es

"demasiado negro", como ella dice, se equivoca a menudo. Si usted fuera pianista, sabría que la escala en sostenido menor, con los seis sostenidos, y la escala en "mi" bemol menor, con sus seis bemoles, figuran entre las más difíciles. En esta última es donde Fanette comete más faltas.

Yo repetía ansioso:

—Yo no oigo a Fanette en su piano.

Mi mujer duda un momento en responderme, y luego me dice:

—Hoy es Navidad. No trabaja.

Siguió la noche, tan mala como el día. Llegó la mañana. ¡Las diez!... ¡Nada! La misma pregunta del día anterior.

—¿Y Fanette?... ¿El piano? ¡Hoy ya no es Navidad!...

—¡Toma! ¡Es verdad! Se ha retrasado. Voy a ver...

Llamó a la enfermera para que no me quedase solo. Y un minuto después oí iniciarse las escalas allí arriba, sobre mi cabeza, metódicas, regulares y alguna vez confusas. Cuando llegó el turno a la terrible escala en "mi" bemol menor, observé más faltas que de costumbre. Me pareció que Fanette—¡qué idea!—por jugar, se complacía en multiplicarlas.

*
* *

Pasaron así ocho días, durante los cuales mi enfermedad permaneció estacionaria. Todas las mañanas, regularmente, oía las escalas de Fanette, seguidas de algunos ejercicios de Czerny y de una sonatina de Clementi. Pero la impresión experimentada la primera vez fué aumentando. Tocaba pasablemente, como de ordinario, las escalas fáciles; pero cuando llegaba a la escala en "mi" bemol menor, la tocaba tan mal, que hubiese jurado que era otra la que la tocaba. ¿No sería mi mujer la que tocaba, en lugar de mi hija? ¿No sería ella la que, excelente pianista, "forzaba" las faltas en la famosa escala para hacerme creer mejor que era Fanette? Pero, entonces ¿Fanette estaba enferma?

Con una fuerza de voluntad de que yo no me creía capaz, esperé la hora de las escalas de Fanette. Algunos segundos antes de esa hora, mi mujer, que estaba junto a mí, se levantó.

—¡Quédate!—le dije.

Ella me miró ansiosa, palideciendo súbitamente.

—Sí, te pido que te quedes.

—Es que... yo quería decir a Fanette que empezara sus estudios. Se retrasa alguna vez... Y tú quieres... tú quieres que sea puntual.

Sus ojos se clavaron en los míos, aterrados, como agrandados. Veía que su piadosa astucia había sido descubierta, que yo comprendía...

—¡Eres tú, verdad? ¡Dí que eres tú!

La pobre mujer cayó en los brazos que yo le tendía. ¡Ah, mi querido amigo! ¡Qué momento aquel! Usted sabe lo que es nuestra vida de artistas, un poco libre... la asidua asistencia a los teatros, las ocasiones fáciles, las fantasías sin consecuencias y sin "mañana". Yo amaba tiernamente, profundamente, a mi mujer, pero algunas veces—demasiado a menudo—aún conservándole mi afecto... En fin, usted me comprende. Pues bien; en ese momento yo ví lo vano que era todo lo que no fuese ella. Yo fuí herido hasta el fondo del alma por tanto desvelo, por tan sutil delicadeza. ¡Oh! ¡La buena, la preciosa compañera de mi vida!

Pero en seguida vólvió mi pensamiento a Fanette.

—Entonces... ¿Fanette? ¡Oh! habla, habla... ¡Quiero saber!...

—¡Cálmate! ¡No te impacientes!... Ya está mejor... ¡Salvada!



—¿Salvada?... ¡Dime!

—¿Te acuerdas, la víspera de Navidad, cuando ella vino a darte las buenas noches?... Yo te dije que no tenía nada. Te mentí, debía mentirte. Si ella te abrazó con tanta ternura, fué porque aquella misma noche tenía que entrar en la clínica de la calle Bizet, donde a la mañana siguiente la habían de operar de una apendicitis.

—¡Dios mío!

—La operación era indispensable, urgente. Ya está en plena convalecencia y dentro de dos o tres días volverá a casa.

—Y tú, durante tan largo tiempo, has tenido que ocultármelo todo, hacerme buena cara, y cada mañana, para que yo no abrigara ninguna sospecha, esas escalas...

—¿Qué más voy a decirle, mi buen amigo?—agregó Enrique Darbelle.—A partir de ese momento, en efecto, una mejoría rápida y continua se manifestó en mi estado. Y algunos días después, también salvada, mi amadísima hijita Fanette volvía a casa. ¡Puede usted figurarse con qué cariño nos abrazamos los dos, mejor dicho, los tres!

En aquel momento, la señora Darbelle y su hija llegaban a la playa. Compré algunas rosas y ofreciéndolas a la joven esposa:

—Por sus futuros progresos en la escala en "mi" bemol menor—le dije, sonriendo.

Ella se puso más rosada que la más rosada de las rosas, y con una penetrante mirada de ternura a su marido, dijo:

—Enrique es un indiscreto...

Jacques NORMAND.

El herrero más joven del mundo

En una excursión en bicicleta por Somerset (Inglaterra) llegó un viajero francés al pueblo de Glastonbury. Su máquina había sufrido algunos desperfectos, y buscó en aquel lugar un taller donde pudieran repararselos. Oyó de lejos los golpes de un martillo sobre el hierro y allí se dirigió, por una calle sombreada por tilos. No tardó en distinguir la llama de la fragua. Descendió de la bicicleta y antes de exponer el objeto que allí le conducía, se vió sorprendido por un hecho curioso, por un



cuadro interesante, que llamó su atención. En un ángulo del taller, frente a la fragua, un herrador de cuatro años, cinco a lo más, con un mechón rubio sobre la frente y sacando la lengua, se ocupaba en arrancar los clavos de la herradura de un noble y pacífico caballo blanco. Cubierto con un delantal de cuero, cuello y brazos desnudos, había puesto la pata del excelente animal sobre su rodilla.

Arrancado el último clavo, se aproximó a su caja de herramientas y levantó, entonces, la cabeza, mostrando su naricita redonda. Se fijó en el forastero y le dijo:

—Morning, sir! (¡Buen día, señor!).

El ciclista—en su relato—dice que se hubiera echado a reir, si no hubiera visto al muchacho realmente serio y grave. El herrero casi en pañales le parecía algo imposible.

La bicicleta quedó compuesta en pocos minutos. Era poca cosa lo que había que arreglar. El mismo "hombrecito" fué el que buscó la pieza que había de reemplazar a la deteriorada.

Chiquillo y cliente se entendieron bien. El padre, hombre alto y fornido, que trabajaba en otro rincón, no intervino en el arreglo. Se contentaba con preguntar de cuando en cuando:

—¿Cómo va, Reg?

Y Reg contestaba:

—All right!

El viajero entró en curiosidad, y como indicara al patrón, en el curso de su charla, que era la hora del te y que deseaba tomarlo, le dijo el padre de Reg:

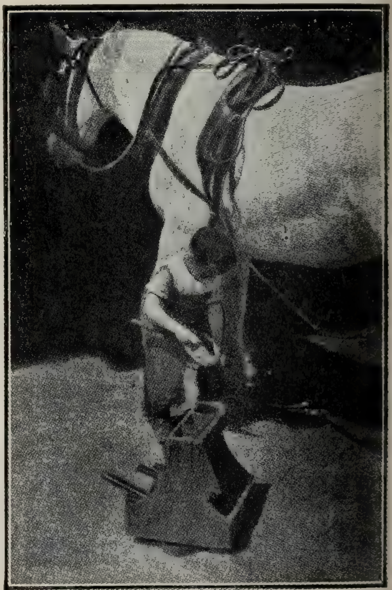
—Vaya a la fonda de al lado; mi mujer la tiene a su cargo. Yo iré en seguida.

La fonda ostentaba, en la fachada, su título sugestivo: "El gato negro". En su interior reinaban el orden y la limpieza. El viajero entró y sin más preámbulos preguntó a la señora que estaba en el mostrador, aldeana joven aún y rubia:

—¿Es usted la mamá de Reg?—y añadió, sin esperar respuesta:—¡Es un "hombre" extraordinario!

La mujer se puso a reir, de contento, y declaró con orgullo legítimo de madre:

—En verdad, es extraordinario, y lo peor es que se enoja cuando lo oye decir. Quiere que se le tome en serio, y cuando no puede terminar un trabajo que él ha empezado, le da vergüenza ir a pedir ayuda a su padre.



Este entró en aquel momento y detrás de él, Reg.

A las preguntas del ciclista curioso, contestó el herrero:

—Señor, este rapaz se ha aferrado al trabajo con vocación precoz. No tiene aún cinco años y me sirve de ayudante. Los jueves, los días de vacaciones, yo quisiera mandarlo a jugar en los prados con sus camaradas... y no quiere. Su madre—¿no es cierto, Winnia?—se ha visto obligada a cortarle su delantal de cuero y a coserle camisas de franela. Así equipado, es más feliz que nuestro rey Jorge.

El forastero entonces interrogó al niño:

—Dime, Reg; ¿qué haces tú en el taller? ¿cuál es tu ocupación?

Y el pequeño, sonriendo y con desparpajo, contestó:

—Por la mañana, yo pongo los clavos en el suelo y después los elijo. Luego doy un escobazo, poniendo aparte los residuos de pezuñas para venderlos al marchante de engrudo. Después guardo las herramientas que papá no necesita por el momento y clasifico las herraduras por tamaños. Cuando hay que herrar un caballo, que no es malo y que no tiene la pezuña dura, como ese jamelgo blanco del doctor, que está ahí, yo agarro el martillo-tenaza y empiezo la tarea. Algunas veces hay clavos que no pueden sacarse, ni con otro clavo, y se los dejo a papá... A mí lo que más me gusta es conducir a las quintas los caballos herrados. Los criados me suelen dar centavos.

El viajero, encantado de la inteligencia y de la viveza del muchacho, le fotografió; y guarda sus retratos como interesante y curioso recuerdo del "herrero más joven del mundo". Son las lindas fotografías que ofrecemos al lector en estas páginas.

Del relato se desprende que en la casa de Reg. este encantador muchacho, además de constituir una nota curiosa, contribuye con sus habilidades a la felicidad de sus padres y causa la admiración de cuantos le conocen.

Y para el fornido herrero y su esposa no cabe una sombra de reproche ni de remordimiento porque el niño se dedique prematuramente a trabajos tan rudos como los de la fragua. No le obligan, no hay en esa labor del chico ni un asomo de explotación por parte de sus padres. Espontáneamente, por vocación, como su entretenimiento favorito, el chico se dedica a herrar los caballos y a darle al yunque. Son para él ejercicios de educación física que ejecuta como un recreo y que la costumbre dulcifica. No hay esfuerzo extemporáneo ni cruel en esa labor infantil, realizada tan a gusto. No se repite el caso de otros niños precoces, cuya inteligencia y habilidad se someten despiadadamente a la tortura para sacar provecho. El caso de Reg es un caso que inspira simpatías y no excita la compasión.



Las fotografías que publicamos representan al bravo muchacho en varios momentos de su interesante vida. En una se le ve parado, erguido, con su contextura infantil, pero fuerte. Otra nos ofrece el cuadro que sorprendió a su biógrafo cuando entró en el taller: Reg está dedicado a su trabajo, como un hombre formal y consciente, que pone todo su empeño en salir airoso y "ganarse" dignamente el jornal. Otra nos lo presenta en su tarea favorita: la conducción de los caballos a las quintas de los propietarios. Va con la ilusión de la propina, con la que luego, quizá, como todos los demas niños, entrará en un almacén para comprar alguna golosina.

¡Qué porvenir está reservado a Reg? Se cansará del trabajo más tarde? ¿Cambiarán con los años, su naturaleza y sus aficiones? Conservará la habilidad que hoy demuestra? En el mundo artístico sucede frecuentemente que los niños precoces se estacionen al llegar a hombres y que los que parecieron poseer, en la infancia, cualidades extraordinarias, no pasen luego de unas vulgares medianías. Pero el trabajo físico en las condiciones en que lo realiza Reg, no entrana esfuerzos prematuros de inteligencia, ni desgaste físico, que obligue luego a cambiar de rumbos. Reg será, probablemente, un herrero trabajador y fuerte, como su padre, y heredará su taller... o quizá, viendo más amplios horizontes, salga del pueblo y complete su educación, para dedicarse a más grandes empresas dentro de su esfera.

¡Quién sabe si llegará a ser un industrial poderoso!

No sería el primer ejemplo del obrero modesto, del hombre obscuro que, merced a su esfuerzo y constancia, llega a escalar las más altas posiciones.

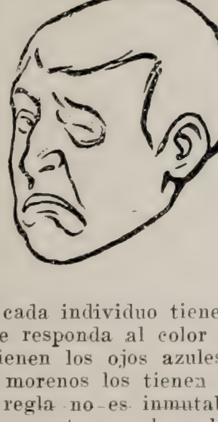
De todos modos, si Reg opta por continuar en ese rincón de Inglaterra, donde, casualmente, le ha descubierto un excursionista curioso, siempre sentirá la satisfacción de su deber cumplido y será, para sus conciudadanoos, un ejemplo vivo de "voluntad", esa virtud que da a los hombres la norma de una vida recta y provechosa. Y cuando esta vida, al transcurrir los años, parezca lo corriente y normal en un hombre, no dejará Reg de recordar esos trabajos primeros, que le señalaron como un caso excepcional.

El ojo

El ojo es un órgano común al hombre, a la mayor parte de los animales y a ciertos vegetales como el pan, la sopa, el queso, etc.

El emplazamiento ocupado por el ojo difiere según las especies, y si en el caracol, por ejemplo, el ojo se encuentra relegado en la extremidad de los cuernos, que se alargan o encogen a su voluntad, en cambio en los pies vemos los ojos de gallo.

En el género humano, afortunadamente, los ojos disfrutan de una situación más razonable y más cómoda; emplazados delante de la cabeza, a cada lado de la nariz, son adorno en la cara y marcan la gracia simétrica, pues la naturaleza sabia se cuidó de fijarlos exactamente a igual distancia uno del otro... salvo en los casos de extravismo.



El color de los ojos es en extremo variable; cada individuo tiene el suyo, lo frecuente es que responda al color del cabello, así los rubios tienen los ojos azules o grises, en tanto que los morenos los tienen negros; sin embargo esta regla no es inmutable, pues no es necesario hacer constar que los calvos no tienen el color de los ojos correspondiente a su pelo.

También se ha observado en algunos sujetos el cambio de color en un ojo, por ejemplo uno que de ordinario era azul, vuélvese de color rojo, a los pocos días amoratado, luego verde y finalmente recobra su primitivo color; esto ocurre, según sabios doctores, después de haber sufrido el dueño del ojo alguna emoción fuerte

El ojo del hombre también sufre las variaciones atmosféricas y así vemos a algunos con una nube en un ojo, a otros con gota serena.

También hay otros comestibles; son aquellos en que el uno llora aceite y el otro vinagre, y los ojos ribeteados de salchicha.

En resumen, el ojo es un órgano esencialmente caprichoso, sus fantasías no se reducen al color, sino que se extienden a la forma y a la consistencia, puesto que el ojo es tan pronto profundo, blando, duro o dulce, invadiendo también el campo de la temperatura, así vemos un ojo frío, una mirada glacial o una mirada de fuego.

Hay sujetos que echan tal fuego por los ojos que tienen que cerrarlos ante una fuente de huevos... para que no salgan los pollos!...

Bernard GERVAISE.





La vidente

El partido de bridge había terminado. Georgina Elliston se detuvo en el hall del club para hablar con su amiga Myra Keeling. La señora Elliston había perdido con pasiva satisfacción.

Myra Keeling, una jovencita de veinte años, que jugaba muy mal, y por eso muchas veces no podía permitirse el lujo de formar una mesa, esa vez había ganado y por consiguiente sentíase contenta.

La señora Elliston, dijo:

—Me espera mi automóvil, pero no tengo ganas de ir aún a casa. Vamos a dar una vuelta. Myra se echó a reir.

—Es una atención de su parte, pero, cabe preguntar, ¿le gustará ir donde me gusta a mí?

—A mi me gusta todo. Vamos. ¿Dónde quiere ir?

—A la calle Higham, núm. 18, en el barrio de Cricklewood.

Mientras el auto cruzaba lentamente las calles céntricas congestionadas por el tráfico, Myra dijo a su acompañante:

—Aún no me ha hecho una sola pregunta. Yo la esperaba

—¿Qué pregunta?

—¿Cuál es el objeto que nos lleva al barrio de Cricklewood? ¿Ha estado antes allí?

—Nunca. Si no la he preguntado es porque no soy curiosa. Sin embargo ya que se empeña, le diré: ¿Ha descubierto alguna modista?

—Mucho peor, Georgina, mucho peor. He descubierto la única vidente de verdad.

—Y es claro va a hacerse adivinar la suerte. ¿No? Bueno, yo la esperaré. No me gusta que me adivinen mis cosas.

—Pero esa mujer es sencillamente maravillosa. Conozco tres personas que la han consultado, y sé que todo lo que dice resulta verdad. Con solo tener algo que usted haya llevado encima, un anillo, un guante, cualquier cosa, en fin, ella puede ver su pasado y su futuro.

—Y luego cobra lo que quiere ¿no es eso?

—¿En Cricklewood? Eso es imposible... Cobra uno o dos pesos y gracias.

La señora Elliston rió de aquel modo perezoso que le era característico.

—A cualquiera se le ocurre, Myra, que con tales dotes nadie viva en un barrio como Cricklewood, ni cobra dos pesos por la consulta. Además, ya hace tiempo que sería rica.

—Es que si ella usa de su poder para enriquecerse, quizá pierda su eficacia. Por lo menos eso es lo que dice.

Llegaron a casa de la adivina que vivía en un tercer piso. Llamaron a la puerta del departamento, y salió a abrirles una viejecita que traía una calceta a medio hacer en la mano. Tenía un vestido de luto, muy limpio, y su principal rasgo fisonómico lo constituían sus cejas extraordinariamente espesas y alborotadas.

—¿Se puede ver a la señora Hope?—preguntó Myra.

—Soy yo.

—Muy bien. Quisiera que me leyera mi porvenir. Supongo que esta señora puede asistir a la consulta, ¿no?

—Entren—dijo la viejecita.—Pasaron a una sala de recibo. La adivina se sentó a una mesa sin mirar a sus visitantes.

—Deme su guante. Sostuvo en la palma de la mano el guante de Myra. Luego lo apretó contra su frente. Lo golpeó y empezó a trazar arabescos sobre el mantel con una de sus agujas de tejer. Sus ojos se hicieron vidriosos. La señora Elliston que se había sentado, sonreía con aire incrédulo.

La vieja comenzó a hablar:

—Veo un dormitorio, que mira al oeste; sus paredes están pintadas de blanco; en una de ellas pende un marco que contiene un retrato suyo a la acuarela. Si, es su habitación; aunque el cuadro es bueno, no se le parece; sobre la chimenea hay un reloj de plata, en la habitación sólo distingo dos colores: blanco y azul prusia.

La señora Elliston quedó admirada. Lo que decía la vieja era exacto.

Myra la interrumpió diciéndola:

—Lea ahora mi porvenir, nada ha dicho.

Hubo una larga pausa, después la hechicera dijo lentamente:

—Antes que en el reloj de la chimenea suenen las 9 habrá usted muerto.

La señora Elliston indignada arrojó una moneda de oro a la vieja y salió llevando del brazo a Myra.

—La debían meter presa—dijo Elliston.

—En la descripción de casa ha acertado!...

—Casualidad.

—En los colores de la habitación, también.

—Es cierto.

—En el no parecido del retrato tiene razón.

—Exactísimo.

—Es extraño.

—Mucho.

—Y hasta es verdad que moriré antes de que el reloj dé las nueve. Es un gran reloj, sólo tiene un defecto.

—¿Cuál?

—Que puede dar todas las horas menos las 9.

—¡Acabáramos!

Barry PAIN.



Srta. de Alvarado



Srta. Cristina Mac-kinley



Srta. de Villanueva



Srta. de Chiogna

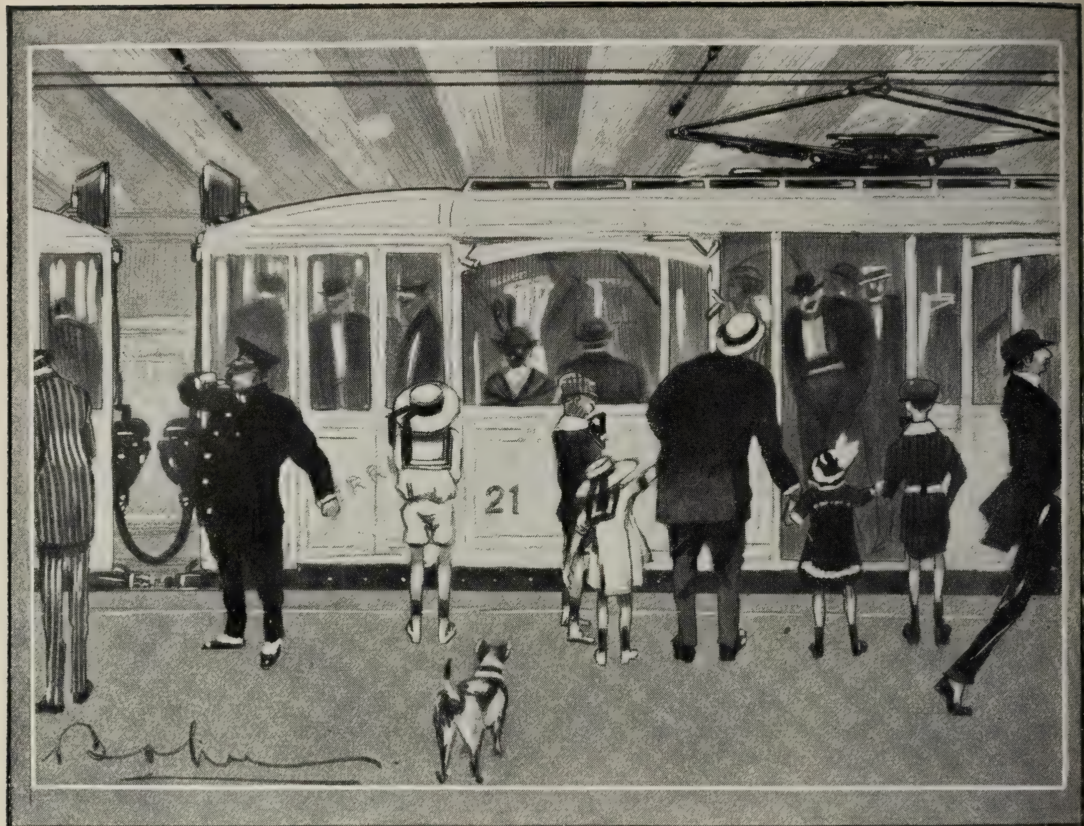


Srta. Emilia Gausa



Srta. Zulema Beruti

Fot. Garro.



Lógica infantil

—Nenes: si se portan bien
los llevaré al subterráneo.
—¡Lindo!
—¡Que viva papá!
—¿Están contentos?
—¡Sí!
—¡Bravo!
—Pues a lavarse la cara,
a vestirse, y nos marchamos.
—¡Mamá, dame medias limpias!
—¿Dónde has puesto mis zapatos?
—¡Pepe, dame unas bombachas!
—No puedo: estoy ocupado.
—¡A ver! ¿Quién tiene el jabón?
—¡Yo!
—¡Traé!
—Me estoy lavando...
—¡Mi pantalón!
—¡Mis botines!
—Mis calzoncillos!
—¡Mi saco!
—¡Mirá, mamá!...
—¡Cállense!...
—Es este.
—¡Chitón!
—¡Qué escándalo!

. . . .

—Ya estamos todos vestidos
—¿Vámonos, papito?
—Vamos.
Y a ver si son muy juiciosos,
no vayan haciendo el diablo,
porque me vuelvo hacia casa
y no van al subterráneo.
—No, papá; seremos buenos.
—En marcha. Vamos andando.

. . . .

—Ya hemos llegado.
—¿Es aquí?
—Sí, aquí es; bajen.
—No bajo;
tengo miedo.
—Vamos, hombre.
—¡No quiero!...
—No seas pavo.
—¡Vení!
—Déme seis boletos
para la plaza de Mayo.
—Sírvase.
—¿Cuánto?
—Sesenta.
—Vengan por aquí, muchachos.
—¿Los boletos?
—¿Para qué?
—Porque tengo que marcarlos.
—Disculpe, no lo sabía.
—¡A ver! Dejen libre el paso.
—Pasen, nenes.
—¡Ay, que lindo!
—¡Qué grande es el subterráneo!
—Decíme, papá: ¿el tranvía
pasa por aquí debajo?
—¡Natural!
—¿Y por encima
pasan tranvías y carros?
—Claro.
—¿Y si se hunde el techo,
papá?
—No tengás cuidado.
—¡Ay!
—¡Ay!
—¿Qué campana es esa?
—El tren que viene llegando.
—¿El tren?... ¿Pero no es tranvía?
—Es lo mismo.
—Ya ha parado.
—¡Suban! ¡Suban ligerito!
—Tengo miedo.
—¡Vení!
—¡Vamos!
—¡Tocan pito!
—¡Una trompeta!
—Ya camina.
—Che, que blandos
son estos asientos.
Sí...
—Y que bien iluminados
están los coches.
—¡Qué lindos!
—Tengo miedo...
—¡No seas pavo!...
—¡Una estación!
—¡Qué bonita!
—¡Mirá un tren al otro lado!...
—¡Otra estación!
—¡Cuánta gente!
—¿Qué hacen?
—Están mirando.
—Papá.
—¿Qué querés?
—Decime:
¿por aquí no pasan carros?
—No, hijito, van por arriba.
—¡Otra estación!
—¡Plaza Mayo!
—Ya hemos llegado. Bajemos.
—Vayan ligero, muchachos.
Miren qué estación tan linda.
—Tengo miedo.
—Ya nos vamos.
Suban por esa escalera.
—¡Por aquí!
—¿Les ha gustado?
—Sí, papá.
—¡Qué lindo es!
—Y vos ¿tenés miedo, Horacio,
todavía?
—Ya no tengo.
No me gusta el "suterráno".
Es muy feo.
—¡No seas zonzo!
—Y además es un engaño.
—¿Eh?
—¿Cómo?
—¿Te has vuelto loco?
—¡Qué estás diciendo, muchacho?
—Por ir solo ese ratito
te han cobrado diez centavos
—¿Y qué?
—Pues que el otro día
subí con el tío Carlos
al tranvía ochenta y seis
—¿Y qué?
—Pues que nos llevaron
hasta la Villa Devoto,
un viaje mucho más largo,
que casi duró dos horas,
y vimos calles y campos
y paseos y jardines
y tan solo nos cobraron
diez guitas por el pasaje,
igual que en el subterráneo.

Julián J. BERNAT.

Dib. de Bolin

CRÓNICA de la MODA

Vestidos de tarde. — Siempre fueron el hilo y la batista los tejidos indicados para los vestidos de verano, pero hasta hace pocos años no se puso, en la fabricación de dichos géneros, sino un esmero muy mediano, y no se salió del eterno modelo de confección, de blusa y de falda lisas, adornadas con puntillas y encajes, y dispuestas de modo a ser lavadas y planchadas con toda facilidad.

Hoy, en cambio, se encuentra medio de combinar puntillas y encajes incrustando unos en otros; se fabrican batistas tan ricas y finas que parecen tules por su delicadeza, y brocados por su trabajo y por su labor, y las telas fuertes que se emplean para la confección de los ''tailleurs'', son de colores completamente nuevos, y sin inconveniente pueden rivalizar con las sedas y las jergas, en cuanto a solidez se refiere. En resumen, se han realizado enormes progresos en la industria de esta clase de tejidos, cuya variedad es infinita.

El adjunto dibujo servirá para formarse una idea de todas las novedades que se han llevado este verano en Europa, y de la aplicación de las diferentes clases de tejidos, desde el finísimo de hilo hasta la batista de algodón, muy apreciada su resistencia, que le permite afrontar una serie de lavados y de planchados sucesivos.



Vestidos de verano

En primer término, ved dos blusas que, por ser de muy fácil confección, pueden hacerse en casa con dos metros de batista de hilo, y algunos más de entredoses muy anchos de encaje de Brujas. Este encaje se puede substituir por una ''guipure'' de hilo.

El delantero va fruncido, y la manga se corta recta, sin forma, y se sujeta a la muñeca con un puño liso, provisto de un botón. Como adorno, lleva este modelo varios botoncitos de pasamanería, escalonados sobre el pecho, y una gargantilla de tul fruncida, que rodea el escote. El cinturón, de cuero encarnado o blanco, resultará mucho más elegante que si fuera del mismo tejido que la blusa.

La otra blusa, pareja de la que acabo de indicar, es de seda de color de rosa intenso, y se cruza de derecha a izquierda, bajo una fila de botones de coral, rosa también. La manga es igual que la del modelo precedente, por ser la forma más práctica para el lavado.

En el centro de la página aparece un modelo de ''garden-party'': es de batista de hilo blanca. La falda se ajusta al talle con una cintura muy ancha, de seda escocesa verde y blanca. De la cintura cuelga un faldoncillo de tul negro lavable. Este faldón queda por lo demás medio oculto bajo una banda de ''guipure'' ocre, o de bordados de ''plumetis''; puede indiferentemente elegirse uno u otro de estos dos adornos, ya que los dos son igualmente apropiados y elegantes. La manga, hasta media altura, está incrustada de encaje, y tiene la boca muy ancha y guarnecida con un volante de tul fruncido, y sostenido por un encañonado.

El último modelo está hecho con una batista a lunares, y de tela de hilo más fuerte, de color azul uniforme. La túnica es de forma rusa, y se ciñe al cuerpo por una cinta de raso negro, que da dos vueltas y que se anuda por detrás, un poco más arriba de las rodillas.

El gran cuello ''marinero'' de este modelo es también de raso negro, y las mangas, cortadas a la japonesa, se completan desde media altura con una sobremanga de batista blanca a lunares, igual que la de la falda.

Pese al sol veraniego, se llevan con estos vestidos sombreros de terciopelo negro. Es una originalidad que ha sido adoptada, aun siendo una verdadera anomalía, por lo bien que sienta y la extraordinaria elegancia que presta a la ''toilette''.

Los zapatos, de cuero, de color igual al del vestido, exigen gran variedad de surtido. También se usan zapatos de colores muy intensos, buscando el contraste con el color de la ''toilette'', pero en este último caso, ha de cuidarse de que ese contraste no excluya la debi-

da armonía entre los elementos de la indumentaria.

El calzado negro y blanco está por ahora completamente fuera de moda. Las sombrillas han de ser de tamaño mediano, y excesivamente originales. Como formas, pueden elegirse entre la gran variedad de las que se usan, y las japonesas y anamitas son las preferidas. Se visten con sedas bordadas o de fantasía.

* * *

Vestidos para el campo. — Para la hora de cenar, en las intimidades del campo, puede darse a los vestidos una nota de fantasía, que jamás la permitirían en una comida oficial, es así que puede usarse esta falda de satín rosa, ligeramente drapeada sobre las caderas y cintura de negro.

Un agradable capricho parece reunir todos los pliegues del guardapiés.

Sobre un largo forro de charmeuse, azul noche, se lleva una túnica de dentelle, cayendo recta, y sencillamente; esto forma una toilette poco clásica tal vez, pero elegantísima siempre.

La túnica puede ser también en tul, orlada de una blonda, de una cuarta de alto.

* * *

Hay dos maneras de arreglarse para ir al teatro. En primer lugar, la manera sencilla que excluye toda excentricidad, y que es la indicada para concurrir a las butacas de orquesta y de balcón. En segundo término, la manera ostentosa y de alta etiqueta que es necesaria para mostrarse en los palcos o en las plateas.

La "toilette" cambia pues, completamente, según el lugar que se ocupa, pero sea éste uno u otro, es regla general el prescindir completamente del sombrero. En este punto hemos adoptado la moda inglesa, y hay que reconocer que como golpe de vispa y aspecto de conjunto, la sala sufre con tal moda una transformación muy ventajosa.



Vestidos para campo, de fantasía

Los vestidos claros se han preferido siempre a los obscuros por esta misma razón: la de obtener un conjunto lo más luminoso y artístico posible. Gasas de seda y rasos leves, formando envolvimientos, pliegues y combinaciones, y hermanando colores pálidos como lo son el oro, el gris, el perla y el naranja, contribuyen a la confección de vestidos encantadores.

El color blanco está muy indicado también para las "toilettes" de teatro, que en este caso se adornan con tul negro o con antiguo encaje de Malinas.

No obstante, de un año a esta parte, dominan los colores violentos y únicos, de tal modo, que se evita el contraste de dos tonos sobre un mismo vestido. Así, por ejemplo, se adoptará para una "toilette" el verde manzana, el rojo cereza, o el violado color "obispo", y de este color exclusivo se llevarán todos los elementos integrantes o accesorios del vestido, desde los zapatos hasta la "echarpe" que se echa siempre sobre los hombros al abandonar el abrigo.

Algunas mujeres van al teatro sin guantes; otras, por el contrario, llevan siempre el guante largo que cubre todo el brazo, colocando sobre dicho guante las pulseras; ambas modas son de actualidad y se admiten igualmente, pero sólo deben lucirse desnudos la mano y el brazo, cuando son de forma, dimensión, y blancura irreprochables.

Los bolsillos en que se guardan los anteojos son de formas y clases muy diversas y elegantes. Los hay grandes, hechos de tejido antiguo incrustado con adornos dorados, de estilo Renacimiento; hay otros completamente cubiertos de "strass", imitando una cota de malla; muchos son pequeños, hechos de ante y adornados con una cifra de diamantes; se usan mucho, también, ciertos modelos de "chagrin" blanco, de tamaño tan reducido, que sólo pueden contener el anteojo y un espejito que va aplicado en el revés del cierre.

La elección entre estos distintos tipos de bolsillo es completamente libre, y queda a merced del gusto y de las predilecciones de cada cual, sin que puedan establecerse principios determinados de una moda fija.

Antes se usaban para el teatro abanicos muy pequeños, de estilo antiguo, adornados con lentejuela, y montados sobre armaduras de concha rubia. Actualmente, la moda tiende a la adopción de abanicos grandes, hechos de pluma de marabú o de águila, y montados también sobre armazón de concha.

En cuanto al peinado, pocas veces hemos visto en él tanta variedad, tantas transformaciones, ni tantos adornos como ahora.

Indudablemente, se exagera un poco en lo que hace a este último punto, hasta tal extremo, que una gran mayoría de mujeres jóvenes y hermosas se envejecen a placer el rostro, cubriéndose la cabeza de adornos que más que favorecerlas las perjudican.

En la mayoría de los teatros está prohibido el llevar airones en el cabello a las señoras que ocupan butacas. Pero como en los palcos no existe tal restricción, hay muchas damas que abusan de ese derecho de engalanarse la cabeza a discreción.

Otro tocado de teatro muy de moda está constituido por los gorros o cascos de tejido de perlas, o de pluma, conforme al gusto de la época de Luis XIV.

Si hemos de recomendar tocados y adornos verdaderamente elegantes, apuntaremos los tres modelos que van

a la cabecera del adjunto dibujo, y que pueden adoptarse para concurrir a localidad de palco.

En la primera figura, los cabellos están recogidos muy altos, y sobre ellos va colocado un gran airón de pluma, fijo sobre la parte anterior de la cabeza. La combinación resulta muy airosa, y no demasiado recargada.

Muy coqueta y original, la segunda combinación tiene como adornos dos "paraísos" dispuestos en sentidos contrarios, de modo a simular un pájaro entero sobre el peinado.



Toilette y tocado creados por Mlle. Baltha, artista de París

En cuanto al último modelo, tiene el encanto de la sencillez. Está constituido por un sencillo enrollamiento del cabello, muy alto y hueco, conforme al estilo de peinado corriente que hoy adoptan todas las damas. No quiere esto decir que este tocado peque de trivialidad ni de abandono: muy al contrario, cuando está bien hecho, es de una distinción sin igual. Lo único que exige, es una cabellera muy nutrida y abundante.

Ultimo detalle: estaba fuera de moda, hace aún poco tiempo, el tomar bombones en el teatro, en esta temporada volveremos con entusiasmo a tal costumbre, que costará cara a los caballeros que frecuenten nuestros palcos.

* *

Desde que el juego se ha convertido en la diversión favorita de las señoras elegantes, las pantallas para las mesas de "bridge" es un nuevo detalle que preocupa a las amas de casa.

Pantallitas vulgares se encuentran en todas partes; pero verdaderamente elegantes y bonitas no siempre se ven en los escaparates. Hoy, sin embargo, podemos asegurar a nuestras lectoras que hemos visto varias preciosas. Son de "mica", especie de talco que resiste el calor sin prenderse; sobre la "mica" transparente están colocadas con verdadero arte pequeñas aplicaciones de encaje, o lazos y guirnaldas de diminutas flores, formando un dibujo finísimo, y, cubriéndolo todo, tienen tul de oro y un galón estrechito como remate.

Para los candeleros del tocador son más a propósito las de batista, bordadas a mano, colocadas sobre un viso de color o blanco.

*
* *

El vestido de baile. — Este ha sufrido en estos últimos tiempos una transformación completa debida a dos causas principales: Una, la creciente ostentación del lujo, que hoy alcanza límites realmente insensatos, y otra la influencia absoluta y preponderante del baile en la vida de sociedad.

La riqueza impuesta por la moda al vestido de día, obliga, como es lógico, a un refinamiento mucho mayor para las "toilettes" de noche. En virtud de tal circunstancia, vemos hoy a las mujeres de mediana fortuna luciendo galas que hace treinta años sólo eran permitidas a las princesas y a las reinas.

Por otro lado, el baile, dueño y señor de los salones, reviste en cada día nuevos y más desenvueltos aspectos. Los "tangos" y los danzones, a semejanza del actual "Tres-Moutarde" que constituye la novedad del día, no se prestan al menor disimulo en cuestión de indumentaria, tanto extrema como íntima, y muchos detalles que antes preocupaban poco a las damas, exigen de nosotras, ahora, una especialísima atención.

En los fastos antiguos, la característica de los tejidos suntuosos era la rigidez y el empaque, cualidades que entonces se consideraban como ventajosas, ya que contribuían a revestir la figura de obligada majestad.

Hoy, el espíritu de la elegancia es muy otro. El lugar del señorío artificial de la prosopopeya, buscamos el señorío efectivo de la belleza y de la gracia; y a los gruesos brocados implegables, y a los recios encajes acartonados, preferimos las gasas de seda y las arácneas labores de trama impalpable.

Vivimos ya, en punto a estética, bajo la obsesión del orientalismo. A hacer esta tendencia más imperiosa, trocándola en casi exclusiva, han contribuído y contribuyen poderosamente las magias de los bailables rusos, que más que evocación de un Oriente real, son fantásticas "mises-en-scène" de un país y de un ambiente de quimera: ensueño vivido, que excede en fantasía y en maravilla a todas las leyendas forjadas por la imaginación inquieta y visionaria de un



Saco recto y saco de cotelé con broderie. Saco de sarga



Vestidos y peinados para teatro

árabe o de un persa. La silueta de estas "toilettes" de noche se refiere siempre a un movimiento envolvente del tejido en torno del cuerpo, de modo a ceñir las caderas, formando así el vestido una funda de "drapés" sujetos por combinaciones de cinturas de galón estrecho, por cordones de seda o pasamanería y por guirnaldas de flores.

Algunas faldas se ponen con varias superposiciones de velos de crespón de China, o de seda muy ligera, sin más adorno que un cinturón de distinto color, sobre el cual se borda una rosa encarnada.

Las túnicas de estilo persa, mejor que con aros de metal que ya están en desuso, se arman con orlas de piel. En tul de color, bordados con plata y oro, estas túnicas se combinan con faldas negras o blancas; en cambio, para una falda de color intenso, conviene una túnica de tonalidad neutra.

El estilo Imperio domina, y a esta moda corresponde la del calzado pompeyano que acaba de aparecer.

Como joyas de teatro, se llevan en la actual temporada diademas, collares y esclavas, rompiéndose con la tradición que imponía exclusivamente ciertas y determinadas joyas para las solemnidades de las grandes "premiéres".

Está admitido el uso de las perlas falsas, siempre que sean de pequeño tamaño y de excelente imitación.

* * *

Sobre la belleza. — He aquí lo que dice la célebre artista Monna Delza:

—"Según yo, dice la graciosa artista, el secreto de la belleza consiste en llevar una vida regular; no acostarse demasiado tarde; estar lo más alegre posible y siempre de buen humor; dormir diez horas; hacer ejercicio; reir cuando se tienen ganas."

Por este sistema podéis estar seguras, por lo menos, de comunicar la alegría en vuestro derredor. ¡Esto ya es algo! Si, pues, Mlle. Monna Delza atribuye la conservación de la juventud y de la belleza a una vida tranquila y a un feliz carácter, si ella cree hallar una causa moral en el brillo del colorido, en lo cual tiene muchísima razón, un reputado profesor, Mr. Leroy, no deteniéndose tan sólo en la armonía del semblante, aumenta la flexibilidad y la esbeltez por medio de algunos ejercicios, cuyos resultados son extraordinarios.

He aquí un ejercicio muy eficaz para desarrollar el pecho, combatir la actitud encorvada y la contracción de los músculos fijadores de los omoplatos: Retirar los codos hacia atrás, los antebrazos bien horizontales, los codos tan lejos como sea posible. Extender enseguida los brazos, paralelamente, hacia adelante, los codos y los hombros enteramente prolongados.

Para conseguir desarrollar el pecho, hundir los omoplatos y hacer que los músculos dorsales vuelvan a adquirir la perdida contractilidad; el segundo ejercicio es perfecto:

"Los brazos bien extendidos hacia adelante: llevarlos, siempre extendidos, a los lados, alargando todo lo más posible los hombros y, sobre todo, sin hundir la espalda."

Tercer ejercicio: Los brazos tendidos hacia adelante y los codos alargados; levantar los brazos verticalmente sin doblar los codos, y prolongar todo cuanto sea posible la articulación del hombro, sin hundir la espalda, y siguiendo las manos con la mirada; volver a bajar los brazos a la posición horizontal, y paralelamente.

Veamos ahora tres movimientos de cabeza que le dan un porte normal y gracioso, si se ejecutan resueltamente buscando el máximum; tienen además la ventaja de descargar el cerebro.

Cuarto ejercicio: Movimiento de flexión del cuello adelante y atrás, teniendo cuidado de maniobrar sobre toda la región cervical, y no únicamente sobre un solo intervalo.

Quinto ejercicio: Volver la cabeza a derecha e izquierda, sin bajar la barba, sin desordenar la línea de los hombros, yendo de cada lado tan lejos como sea posible y sin ninguna sacudida ni estremecimiento; la barba derecha, siempre horizontal.

Sexto ejercicio: Inclinar la cabeza a derecha e izquierda, tratando de ir lo más lejos posible de cada lado, sin realzar los hombros, sin esconder el costado ni la espalda por el lado que se incline la cabeza.

Por muy sencillos que parezcan estos movimientos, no por eso se debe pensar que sean fáciles. Su eficacia depende, sobre todo, de la manera como son ejecutados; pues no se trata aquí de mover los brazos y la cabeza en todos los sentidos, se trata de hacer los movimientos con método, paciencia y perseverancia. Al cabo de algunos días viene la convicción y nos invita a continuar.

Después de haber cuidado de este modo la plasticidad y la gracia del semblante, del que mantenéis y corregís la pureza del óvalo y las formas juveniles, pensáis en proteger la epidermis contra las mordeduras del aire frío o del sol.

Frotarlo, pues, ligeramente, con esta mezcla: glicerina, agua de azahar o de rosas y agua oxigenada, en la misma cantidad de proporción cada una.

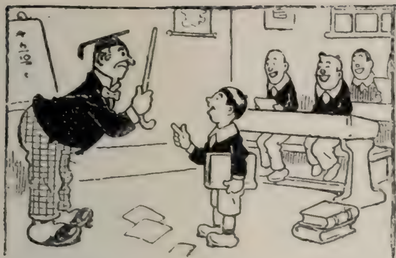
Esta fórmula sencillísima emblanquece la piel, no obstruye los poros, y retiene muy bien los polvos.

Se os dice por una parte: lavaos la cara con agua hirviendo; por otra: no empleéis sino el agua fría, en pequeñas duchas sobre la cara.



Botines de encaje. Tienen gran fama en Inglaterra y Francia

Casos y cosas



—¿Dónde está Europa?
—En la página 68, señor.



—¡Si, sobrino! Hubo un tiempo en que no comía más que lo que cazaba.

—¡Por eso está usted tan flaco, tio!



—¡Eh, amigo! ¿Por qué camina por las vías?

—Para que no me atropellen los automóviles.



—¿Qué tiene usted?
—Mal de piedra.
—¿Es en los riñones?
—No señor; en el pie. Me lo aplastó una piedra enorme.



—¿Qué harías tú, si llegasen a mandar las mujeres?

—Poca cosa... Meterme a modisto e imponer mi voluntad...



—¡Ché, no te asustés del perro! Yo, en tu lugar, le daría un trompazo.

—Yo, en el tuyo, te daría consejos.



—¿Te dijo don Pedro que iba a quebrar?

—Casi, casi. Me dijo que tenía un proyecto que le había de dar mucha plata.



—¡Ah! ¿Usted por aquí?

—Señorita, casi me hace usted dudar. ¿Dónde estaré yo?



—Se que ha muerto su novio. ¡Consúelese, señorita. Por ese camino van todos los hombres...

—¿Todos? Pero algunos todavía no piensan irse ¿verdad?



—¿Por qué no le saluda Carlos? ¿No eran amigos?

—Sí; pero desde que se casó con la mujer que yo le presenté, me ha tomado estrilo.



—Ya sabía yo que tu enojo era fingido, adorado mío, y que no tardarías en volver.



—Seis de mis enfermos salieron de peligro, la semana pasada.

—Tu tienes la culpa. Si los visitaras más a menudo, no te pasaría eso.

Notas de Santa Fe



Maestras normales egresadas este año

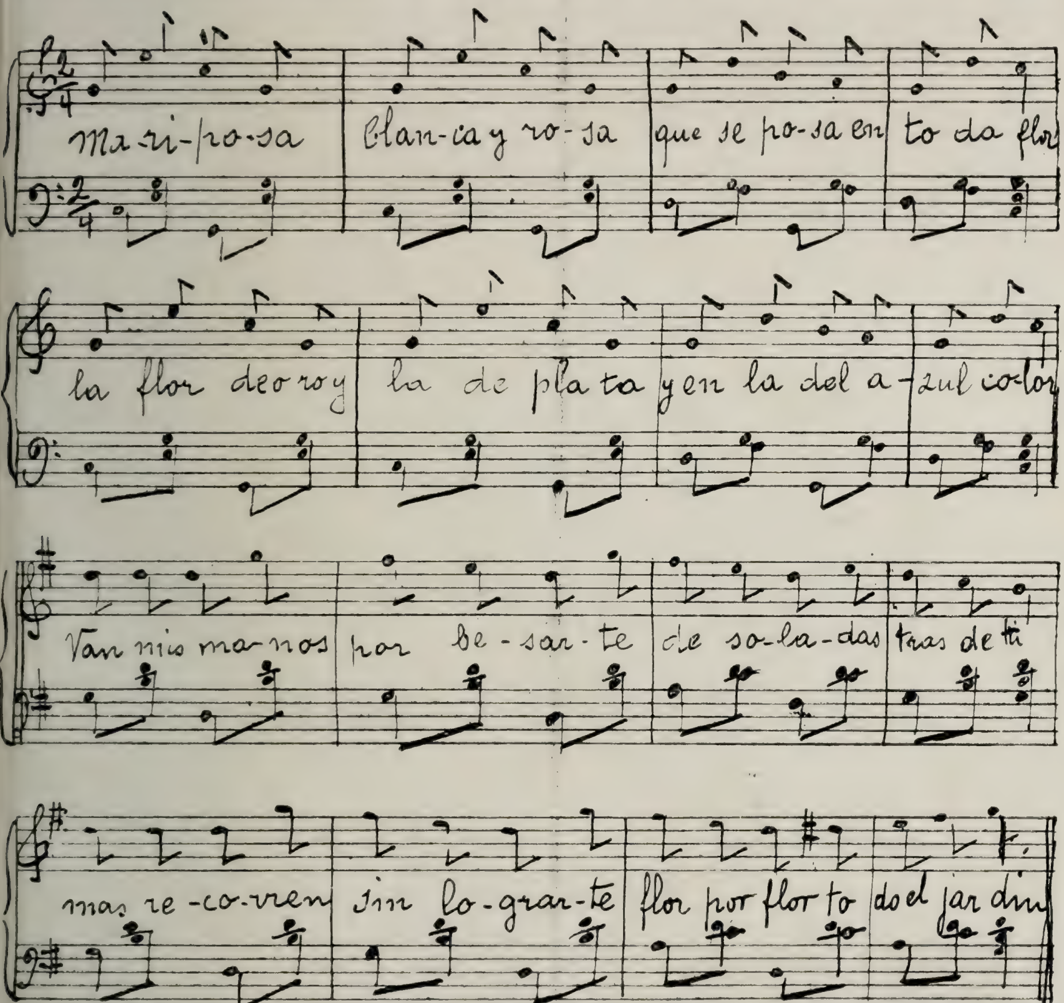


Te infantil organizado por la comisión para el Asilo de Mendigos



La comisión directora del Asilo de Mendigos, organizadora del te infantil





(La primera vez se repite con las estrofas 3.ª y 4.ª, y la segunda vez con las 5.ª y 6.ª)

3.ª

Tiemblas, huyes, vuelas, paras,
vas y vienes sin cesar.
Del aroma al pensamiento,
qué mareante es tu volar!

4.ª

¡Oh, ligera mariposa
que se posa en toda flor:
la flor de oro y la de plata
y en la del azul color!

5.ª

—¡Te dí caza! —clamo a veces
y mis manos alzo y ¡ay!
que una hierba en ellas veo
mientras tú volando vas!

6.ª

¡Oh, divina coquetuela,
brilla y vuela siempre así,
que en llegando tú a ser presa
queda triste mi jardín.

PUNTOS Y COMAS

Dicen de Corrientes que el gobernador electo señor Loza ha realizado varias excursiones por la provincia y se dispone a visitar varios pueblos, antes de tomar posesión de su cargo.

Es muy plausible su intento;
pero haga el viaje muy lento,
pues ya sabe que la "loza"
fácilmente se destroza
con el menor movimiento.

* * *

Una actriz, bastante fea, pero popularísima en París, Mlle. Polaire, ha introducido la moda de usar un anillo de oro en la nariz.

La citada actriz es ñata.

Si la moda echa raíces,
hay que buscar de mil modos
el que no quedemos todos
con un palmo de narices.

* * *

El doctor Sáenz Peña ha solicitado del senado nueva licencia, por no encontrarse aún en condiciones de reasumir el mando.

La solicitud del presidente dió lugar a animados comentarios y discusiones, sobre todo en antesalas del congreso, antes de votarse la petición.

Un senador, a quien falta
sentido gramatical,
exclamaba allí en voz alta,
que le parecía mal:
—¡Conceder tanta licencia
es de efectos vergonzosos,
pues despierta la creencia
de que somos "licenciosos".

* * *

El presidente de nuestra cámara de diputados cumple al pie de la letra la resolución adoptada por ésta al modificar el horario de sesiones, pero lo que ocurre es que los diputados si antes no iban, por ejemplo, a las dos de la tarde, ahora tampoco van a las nueve de la mañana.

Y la gente se pregunta: ¿dónde están los diputados? ¿Qué hacen los diputados?

¿Por qué no se forma quorum?
¿Por qué no van al congreso?
¡Porque no les da la gana!...
Unicamente por eso!...

* * *

Siempre que se habla de planes o acuerdos del gobierno, siempre que la voz pública atribuye a algún miembro del ejecutivo proyectos no definidos aún, los reporters políticos acuden a las fuentes de información para satisfacer la curiosidad de los lectores.

Pero casi siempre observarán ustedes que las informaciones contienen un inciso invariable: "el secretario de estado tal... o los ministros (si se trata de un acuerdo) no fueron muy explícitos". O bien: "el ministro no quiso revelarnos su pensamiento"...

¿Será que no le conviene
decirlo, por el momento?
¿O será porque no tiene
el ministro pensamiento?

Y es cosa que ocurrir puede,
que con tanto "trabajar",
muchos días no les quede
gran tiempo para pensar.

* * *

A 100.000 ascendió el número de pasajeros que viajó por el subterráneo el día de la inauguración; a 200.000 el segundo día.

Un periódico anota que la concurrencia femenina fué mucho mayor por las mañanas que por las tardes.

Y hoy hay más de un mozalbete
y de un viejo soñador
que pone el despertador
a las siete
y contesta muy ufano
al llegarle a preguntar
por tal cambio:—¡El madrugar
es tan sano!...

* * *

Ya no es solamente Sarah Bernhardt quien representa en el teatro el papel de Hamlet. Susana Després, artista tan inteligente como comprensiva, ha deseado también en ese sentido conseguir los aplausos del público parisién. Y los ha conseguido en buena ley. Y es de suponerse que más tarde aparecerán otras actrices con iguales aspiraciones, y con mucho talento para sustituir al elemento masculino en la escena. Véase cómo, sin quererlo, el teatro contribuye a que la mujer vaya ampliando su actividad más allá de los límites que el hombre creía reservados únicamente para él. ¿Será todo eso un efecto fatal de la evolución?

* * *

"Con todo orden se celebraron el domingo 7 las elecciones de electores a gobernador y vice de la provincia de Buenos Aires. Se cumplió en todas sus partes la ley electoral."

Esto, claro, lo dicen los individuos del partido Conservador, que es el triunfante.

"Jamás se han conocido tantos fraudes ni se ha faltado tan abiertamente a la ley electoral como en las presentes elecciones."

Esto lo dicen los socialistas, principistas y provincialistas que han salido de las elecciones como rata por tirante.

Y esto es lo que ocurre siempre. Pero nadie puede negar el lógico entusiasmo de los vencedores. Así don José, abrazó estrechamente al estoico don Juan y:

—¡Por fin — dijo don José —
hemos vencido, don Juan!
— Y... ¿por eso cree usté
que nos bajarán el pan?

* * *

Salvando un error.—En el número anterior de EL HOGAR, en la página dedicada a "Novias", por efecto de una confusión que se originó al seleccionar los retratos, apareció equivocadamente el de la señorita de Mackinley. Declaramos el error, que tiene la disculpa en la multitud y variedad de material fotográfico que recibimos en nuestras oficinas, y cuyo destino, aunque siempre cuidadosamente señalado, puede alguna vez cambiarse involuntariamente.

Esposa razonable



—Mirá, Luis, si soy económica. Devuelvo lo menos cincuenta paquetes, y...

—¿lo ves... No me quedo más que con ésto. ¡Nada más!

Souvenir

MAZURKA

A la señorita
María Estela Fenochietto

Vicente Ramos (hijo)

Tiempo de Mazurka




1ª
2ª
D C la 1ª parte
TRIO
TRIO
1ª
2ª
D C

Labores Femeninas

No son solamente los bordados y los encajes que las manos femeninas saben llevar al summum de sus delicadas bellezas, hacerlo sutil, flexible, perfecto y de una finura tan grande que haría envidiar al tejido plateado de una tela de araña, que según nos relata la historia sea el origen del verdadero encaje a la aguja.

Si esa aguja diminuta realiza proezas envidiables en las manos femeninas, ya bien puesta en relieve con las numerosas obras de diferentes estilos que hemos ofrecido en estas páginas, también con arte delicado maneja un martillo y un cincelador para reproducirnos sobre cuero, estaño, platino, aluminio o cobre, todas clases de dibujos, formando artísticas labores industriales.

De estas labores, estas mismas páginas han sido el reflejo de sus primicias presentadas en varias labores de diferente estilo, trabajos de verdadero mérito artístico por las dificultades que ofrece su ejecución en las diferentes obras ofrecidas.

El modelado, repujado o cincelado de dichos metales, requiere un estudio especial de paciencia y práctica por lo minucioso que son sus detalles, para llegar a obtener labores de relativo mérito artístico.

Su dificultad principal está en formar los relieves con mucha prolijidad, sin hacer perder las líneas del dibujo; por lo consiguiente se necesita una mano firme y muy cuidadosa del dibujo que va a ejecutar.

Otra de las dificultades es saber elegir según el dibujo un fondo adecuado para que éste esté en consonancia con el dibujo, formando un contraste adecuado al dibujo y al estilo del trabajo que se ha intentado realizar.

Los dibujos para esta clase de trabajos, igualmente deben elegirse apropiados, y no es que cualquier dibujo puede servir, este es el error muy grande que en la generalidad de las veces por falta de tacto o de conocimientos prácticos se desfigura un trabajo bien ejecutado porque el dibujo no pertenece a la labor que se ha trabajado.

Los dibujos estilo antiguo son los más indicados para los trabajos sobre metales, figuras, aves y animales que dan muy bonitos ornatos enriquecidos con piedras de diferentes colores; naturalmente éstas bien dispuestas y en consonancia con el dibujo.

Entre los trabajos modernos que se ejecutan en esta clase de labor son pequeñas pantallitas para vela, pantallas para lámparas, éstas son preciosas en todo el sentido de la palabra, jarrones de cristal con guirnalda de flores, macetas, alhajeras, ceniceros y tantas otras labores.

Trabajado sobre bronce ofrecemos un canasto para papeles; su dibujo es sumamente fácil, el que puede ser ejecutado como un segundo trabajo.

Su ejecución y materiales, como asimismo todos los útiles necesarios y dibujos para todas clases de labor en este estilo, se hallan en venta en nuestras principales casas del ramo.



Canasto para papeles, de bronce repujado

El ramo de rosas bordado en blanco, en punto artístico, es ejecutado sobre linón de hilo; a fin de que nuestras lectoras puedan apreciar más fácilmente los diferentes calados, la dirección de la puntada del punto raso, hemos hecho ampliar su fotografía, lo que facilitará a copiar con toda seguridad los calados que más sean del agrado.

En cuanto a los detalles de su ejecución, creemos inútil volverlo a repetir, dado que en números anteriores de El Hogar hemos dado todos los más minuciosos detalles de cómo se debe ejecutar un bordado en blanco, cómo se debe pasar la aguja, qué calidad de algodón se debe emplear, las telas más aparentes para sus bordados, los dibujos que más convienen para obtener un bordado perfecto y mil otros detalles que son los que deben tenerse presente para bordar en debida forma.

Sólo recordaremos que los calados deben ser los primeros a ejecutarse en cualquier forma que estén colocados, para sucesivamente hacer el bordado y según el grosor de la tela será el algodón que deberá emplearse al hacer el bordado; dicho ramo de rosas puede emplearse para una pañuelera o sachet estilo lencería.

La carpeta para escritorio es bordada sobre un fondo de muaré color madera muy claro con un ramo de amapolas bordadas en seda en los tonos números 91 al 100, matizando con el tono 321 al 327, el centro de la flor es bordado con seda negra y la semilla en tono gris en dos tonos, los gajos de miosotis en tres tonos de seda celeste.

Las hojas son bordadas en los siguientes tonos como base, números 181 al 190, matizando 162 al 168, 142 al 146, 171 al 174 y 128.

Todo el ornato que lleva al contorno es bordado con un cordón de oro de fantasía imitando



Misterios del Africa

La civilización procede a veces por medio de actos inesperados, casuales, extemporáneos en su trabajo incesante de expansión y conquista.

No es el caso aquí de entrar en el maremagnum de las citas y ejemplos, para demostrar esta verdad.

La historia de la humanidad está llena de ellos, y a cada instante brotan a nuestro mismo alrededor.

Vamos a un caso concreto, que ha sido explotado en estos días por la prensa mundial, dando tono e interés a la gacetilla de lo maravilloso.

Una de las caravanas que cruzan las grandes llanuras africanas, con motivo de la guerra que aún estremece y relacea aquel país en su mayor parte aún inexplorado, es sorprendida por una patrulla y huye a la desbandada, arrojando al azar, para alivianarse, los artículos más raros y preciosos que, junto con los pertrechos guerreros, formaban su impedimenta. Entre éstos, en medio de un oasis, queda un cajón de Jabón Reuter, consignado a quién sabe qué lujoso y epicúreo estado mayor musulmán. Una mujer, una negra aborigen que lleva a su hijo con el objeto de asearlo en la charca vecina al pozo sagrado del oasis, lo encuentra y lo abre. El fino intelecto femenino le hace comprender, al aspirar aquel perfume exquisito, que aquella pasta, unida al agua, debe de ser un elemento supremo de pulcritud e higiene. Lava con ella a su hijo y se lava a sí misma. Un misterio de compenetración luminosa invade su espíritu. Tras de su barbarie y su salvajismo existen gentes que se parecen a los dioses, pues inventan aquella pasta divina. Los elefantes vienen del fondo de los bosques atraídos por el aroma de una nueva flor.

El desierto acaba de ser cruzado por una suprema ráfaga de civilización llevada hasta él por la suprema exquisitez y soberanía del Jabón Reuter.

al gusanillo, llevando en su centro salpicadas mostacillas de oro opacas de fantasía.

Volviendo a los trabajos de carácter industrial que puede realizar la mujer, hemos de insistir en proclamar la habilidad indiscutible que acusan muchos de los que hemos visto y en los cuales se refleja un buen gusto, que envidiarían muchos artistas. El buen gusto es la base de la estética y como ésta se funda en el sentimiento, nada de extraño tiene que la mujer, que sabe



Carpeta de escritorio, bordada en seda

sentir, reproduzca las bellezas que la impresionaron. La escritora Paula Bayle, en el "Atelier des Dames", hace oportunas consideraciones sobre el gusto y expone muy meditados y justos puntos de vista acerca del estilo moderno aplicado a los trabajos femeninos. El "estilo moderno" es cosa que suele interpretarse de diferentes maneras, a veces de manera extravagante, y que desvía, en ocasiones, del buen gusto, por el afán de la originalidad. Las formas artísticas varían en sus accidentes, y éstos son los que forman los estilos; pero, en su esencia, la belleza no puede



Pañuelera en bordado en blanco

cambiar, pues su concepto es único y siempre basado en la proporción, tanto de la línea como del color y de todos sus elementos.

Así, pues, hay que tener presente, al aplicar esos "estilos modernos" a labores y trabajos artísticos, que no hay, ni puede haber arte completamente arbitrario y caprichoso. Por más que el individualismo cree formas y estilos múltiples y variados, no se llegará nunca a la "anarquía" artística. La concepción de la belleza es patrimonio de los "selectos".

Rosa ASPLANATO.

Las Pascuas en la Edad Media

El señor feudal que había estado en cien combates y encanecido en los campos de batalla, celebraba en su castillo, rodeado de su familia y de sus principales vasallos, la fiesta de Nochebuena. Aullaban los lobos en los valles, la nieve azotaba las aldeas, sólo la alegría reinaba en casa del poderoso.

Los señores y las damas tomaban asiento en la mesa principal, en tanto que los vasallos se instalaban más abajo.

Hábiles cortadores trinchaban el humeante asado; el despensero subía los viejos vinos de la bodega, músicos ambulantes tañían sus instrumentos, y los grotescos bufones del amo y señor hacían desternillar de risa a grandes y plebeyos; humeantes antorchas iluminaban los regios salones y los secos troncos de las viejas encinas templaban el ambiente.



Noche buena en el castillo

A las farsas se sucedían las recitaciones de romances caballerescos; no era extraño que el señor, en medio de un gran silencio, contara sus triunfos de la guerra.

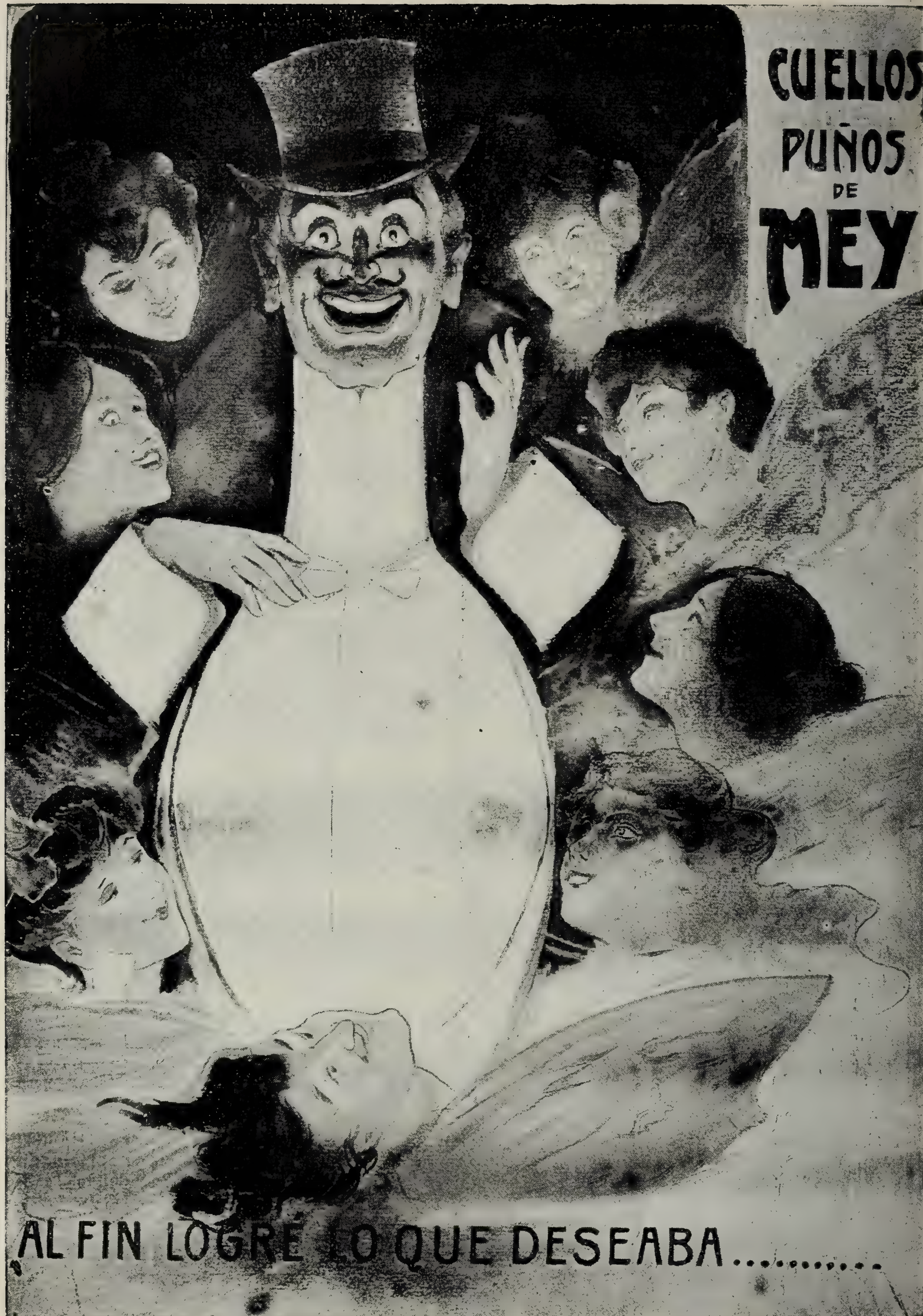
Exponía más tarde las próximas cacerías a realizarse, dedicando un recuerdo a su rey y señor.

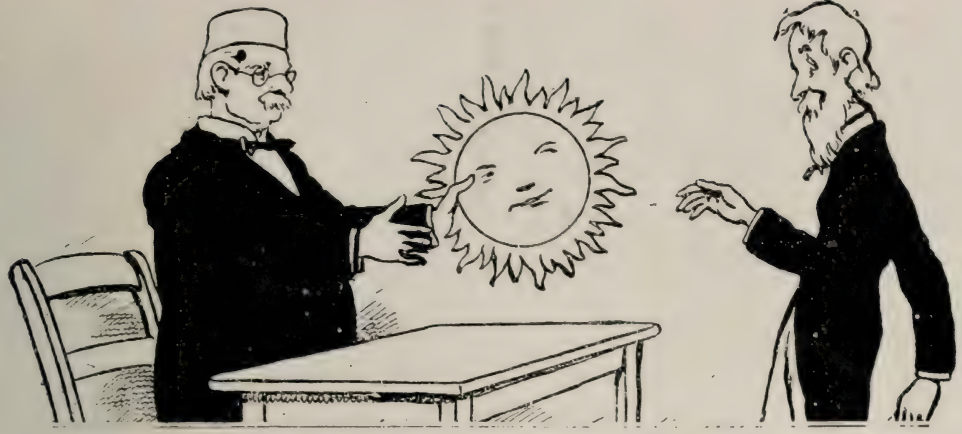
Al llegar la media noche, encendíase una profusión de velas en la capilla del castillo en donde señores y vasallos oían la misa de rodillas y varios coros entonaban alegres villancicos.

A poco, el silencio de muerte, de la vida ordinaria volvía a reinar en la señorial mansión.

El señor feudal daba por terminada la velada retirándose a sus habitaciones.

Así celebraban en la Edad Media los grandes señores la fiesta de la paz y de la alegría.


CUELLOS
PUÑOS
DE
MEY
AL FIN LOGRE LO QUE DESEABA..........



El vendedor de manías

El pobre Prudente, al llegar a la época en que si falta a muchos la fuerza y energías para proseguir la lucha por la vida, también les faltan recursos, se halló en una situación precaria por demás.

A fuerza de constancia logró una modestísima ocupación: la de portero en un antiguo manicomio de provincias.

Exiguo era el sueldo, pero tenía la casa y la comida aseguradas. Claro es que para el desempeño del cargo se necesitaba tener una gran dosis de paciencia, pero ¿por qué no había de ser él un nuevo Job?

Para ayudarse, emprendió el vender cigarrillos y masitas a los locos, pero éstos con sus locuras no le pagaron y tuvo que desistir del negocio.

De triste y meditabundo tornóse al poco tiempo Prudente en alegre y comunicativo, una satisfacción inmensa se retrataba en su cara, se frotaba las manos sonriendo.

—Muy contentos estamos, señor Prudente—le decían algunos.

—¡No se va mal!... ¡Algún día lograré mi sueño dorado!

—¿Qué sueño?

—El de comprar un pedazo de tierra en mi pueblo, construir una casita y cuidar mi huerto...

—¡Mucho se gana entonces!

—¡No se pierde!... ¡No se pierde!

¿Qué negocio ejercía Prudente? ¿qué significaba el "no se pierde"?

Los locos que le tomaban el tabaco y las masitas eran poquísimos y, sin embargo, casi todos ellos entraban y cuchicheaban misteriosamente con él. ¿Era pura amistad?

Es el caso que la alegría del portero fué en aumento, que los locos estaban más tranquilos y los conciliábulos se repetían en la portería.

De ella salían los locos muchas veces con paquetes envueltos y hasta a la portería empezaron a acudir las familias de los enfermos.

El portero se iba convirtiendo poco a poco de un sirviente modesto en un personaje importante.

No pasó mucho tiempo en que se supiera que Prudente había un pequeño terreno en un pueblo y que aun andaba en tratos con un constructor para hacerse levantar un pequeño rancho.

Esto llegó a oídos de los empleados, se comentó el asunto, hasta que el director llamó a su despacho a Prudente.

—Sea usted franco, Prudente—le dijo el director—usted ejerce algún comercio, para lo que no está autorizado, con los enfermos, ¿qué clase de comercio es?

El hombre bajó la cabeza y dijo:

—Señor, yo vendo a los locos... manías.

Estupefacto el director miró a Prudente y se dijo: ¿Estará este loco también? Pero el portero siguió imperturbable.

—Si, señor, manías y no tiene nada de particular; complazco a los locos y me gano algún dinero.

—¿Y como hace usted?

—Muy fácilmente: como usted sabe bien, hay locos que piden imposibles, el número 15, por ejemplo, pide a todos la luna; el 17, un mirlo blanco; el 8, que se cree rey, habla siempre de su corona y su cetro.

—¿Y qué?

—Nada, fabrico una luna de madera, una corona de cartón y un cetro de palo y me dan algunas monedas.

—Muy bien.

—Los pobres locos se creen felices, y si usted se ha fijado, están más calmados que nunca; es una industria nueva que no me falta más que patentarla.

El director del asilo miró curiosamente al viejo portero y lo dejó marchar tranquilamente, luego murmuró:

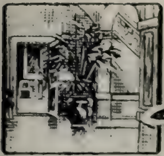
—Me parece que éste acabará por construirse la casa que desea, pero... de cartón también.

Henry de FORGE.





Tedéum Laudamus.
Ahora que te hallas restablecida
Ven y brindemos por tu salud,
Rindiendo juntos, a esta bebida,
Nuestro homenaje de gratitud.
Gracias a ella te encuentras sana,
Fuerte y hermosa como eras antes,
Pues, el Extracto Doble Africana
Te dió sus dones vigorizantes.
Le dió a tu cuerpo nueva energía
Y a tu organismo fibras de roble...
Ven y por ello brinda este día
Con la Africana Extracto Doble.
Africana Extracto Doble tiene un valor inapreciable para los organismos débiles. Es el mejor alimento y tónico a la vez, para las niñas y niños, en el período del desarrollo físico. Las propiedades nutritivas de la cebada y lúpulo que se emplean en este producto, eminentemente puro, enriquecen la sangre y vigorizan los nervios, creando vitalidad y fuerzas. Una copa en cada comida, basta en poco tiempo para comprobar sus bené cos efectos.—Se vende en todas partes. —
Precio en la Capital: $ 4 la docena.
Cervecería Bieckert Lda.—
San Juan, 3334, Bs As.
U.T. 2272, Mitre.
C. T. 290,
Oeste.
GARANTIA
EXTRACTO DOBLE
Africana



La casa moderna



Para embellecer una casa sencilla.—Para una mujer que tenga buen gusto, no hay casa, por modesta que sea, que no pueda transformarse en coqueta residencia, ni mobiliario, por viejo y desusado que esté, que no admita reformas capaces de prestarle una apariencia tan moderna como agradable.

Este ingenio y este sentido artístico que son peculiares de una mujer inteligente, se muestran especialmente en el campo, cuando presiden al arreglo de los viejos caserones solariegos heredados de los abuelos o de los bisabuelos, y que aún conservan el aspecto interior de los hogares de hace un siglo, incómodos, severos y fríos. Ante todo, para disimular las huellas dolorosas que dejan el tiempo y el uso de los muebles, hay que recurrir a las fundas, a esas fundas de cretona clara, estampada con flores, cuya moda nos vino de Inglaterra, y que pone una nota de luz y de alegría en el interior ms triste y desabrido.



Butacas y canapés se envuelven pues en sus fundas. Sobre las mesas se extienden tapetes de tela de Touy, o chales de Indias de pequeño tamaño, que pueden adquirirse a precios modestos: de seis a 12 pesos.

Mejor que alfombras, convienen a los suelos de las casas de campo esteras japonesas: estas esteras, de colores muy claros, y de dimensiones muy variadas, se acoplan y se combinan de modo a obtener un efecto artístico, muy en armonía con el de las fundas y los cortinajes de cretona.

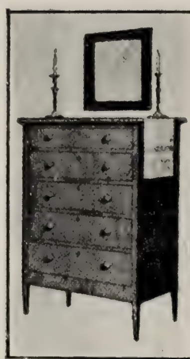


Cubiertos los muebles y el suelo, el aspecto de la habitación ha cambiado ya. Sólo faltarán, para completar el arreglo, ciertos detalles de refinamiento y de gusto muy fáciles de lograr.

Los floreros, los famosos floreros de porcelana pintada que eran el detalle ornamental más importante de los salones de nuestros abuelos, están completamente desterrados de los nuestros. Por lo tanto, hemos de reemplazarlos con búcaros de cristal, o con ánforas de barro más en armonía con nuestro gusto moderno. Las viejas flores artificiales de antaño irán a parar, como es lógico, al cesto de la basura, sustituidas por flores naturales, cortadas en el día, o por ramajes, brezos o cardos, que se conservan sin agua, durante varios meses.



En el comedor, cubriremos los trincheros y los aparadores con esos tapetes a cuadros que imitan un juego de damas blanco y amarillo, y que tan bien hacen sobre el mobiliario de la indicada habitación.



Con visos amarillos se adornan también las franjas caladas de los manteles, y como esta tonalidad ha de dominar en todo el comedor, las flores que se distribuyen sobre la mesa serán amarillas también. Estas flores no se colocan nunca en floreros, sino arrojadas con arte sobre el mantel. Sin embargo, acaba de ponerse en moda el empleo de cacharros de barro negro, que tienen la forma de una marmita de cocina, y que se llenan de flores y de hojas. El color negro de este barro hace un contraste muy feliz con el brillo y con los reflejos de la plata y de la cristalería. En las ventanas y en las balconadas hay que procurar colgar leves cortinas amarillas, sin forro alguno, de modo a conservarles toda la traslucidez posible. Tamizada así la luz del sol baña las habitaciones con encantadores reflejos de oro.



Los tinteros, los escritorios, las carpetas y los almanaques modernos — lo más modernos que sea posible — renuevan y transforman el aspecto, un poco "de museo", que tienen las estancias antiguas pobladas de antiguos muebles.

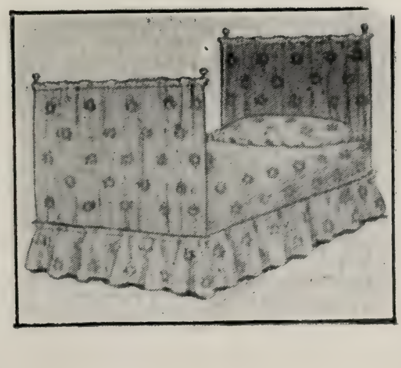
De igual modo, sobre los tocadores han de sustituir los juegos de porcelana vieja por otros contemporáneos, de cristal de color, o de loza monocrómica, muy del gusto actual. Sobre las camas, tiéndanse colchas nuevas y alegres. Cúbranse las lámparas con pantallas de papel blanco o de tela clara, con objeto de que recojan la luz e iluminen bien las habitaciones, que en general resultan obscuras por ser demasiado grandes.



El tocador se ilumina con un par de candelabros de cristal, cada uno de los cuales lleva varias bujías. Esto, suponiendo que la casa no tenga instalación eléctrica, como ocurre frecuentemente en el campo.

Las baldas de los armarios y los cajones de las cómodas se forran de cretonas claras, y de las mismas telas se hacen cortinas para todos los percheros.

Se consigue un recibimiento moderno, arrancando de sus goznes las puertas interiores de la planta baja.



El templo de oro de Amrítsar

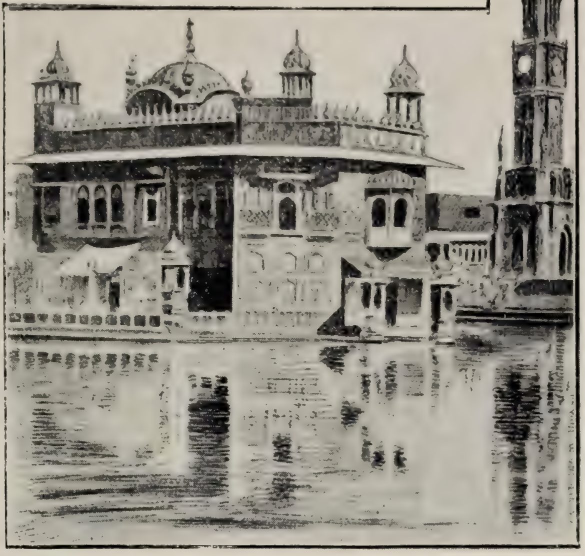
Donde se quita el polvo con plumas de pavo real

AMRITSAR, la ciudad más rica del Penyab, y la más populosa después de Delhi y Lahore, es para los sijs lo que Roma para los católicos o la Meca para los musulmanes. Allí es donde se conserva el original del "Granth" o libro sagrado que encierra los principios de la religión fundada por el profeta ("guru", que dicen en el país) Nanak y allí acuden diariamente numerosos peregrinos que se consideran felices con ver el sitio donde se guarda tan preciado tesoro.

La religión sij es muy moderna. Guru Nanak, su fundador, nació en 1469. No obstante, cuenta con muchos prosélitos, pudiendo decirse que es la que domina en el Penyab. Los dos principios en que se funda son la unidad de Dios y la igualdad de todos los hombres. Prohibe terminantemente el culto a los ídolos e imágenes de cualquier clase, y rechaza la institución fundamental del induismo, la diferencia de castas.

Lo más notable de Amritsar, cuyo nombre significa "Estanque de la Inmortalidad", es el estanque sagrado, en cuyo centro se alza el Darbar, o Templo de Oro, donde se guarda el Granth. El templo en cuestión, tiene la parte baja de los muros, así como el pasadizo o puentecillo de ingreso, de mármol blanco, pero todo el resto está revestido de cobre dorado, con inscripciones en caracteres penjabíes. Las puertas son de plata labrada. El europeo puede entrar en el templo, siempre que se quite las botas; los sacerdotes le ofrecen, al entrar, una taza llena de azúcar, a cambio de la cual es costumbre dar una rupia (88 centavos) de limosna. Dentro, la escena es muy interesante. Los muros están dorados y decorados con pinturas de flores; en el centro, hay una alfombrilla donde los peregrinos que entran arrojan dinero, cauris o flores naturales. El Granth o libro sagrado se guarda bajo un precioso tapiz de seda amarilla y oro, al cual se quita el polvo con plumeros hechos de plumas de pavo real.

Un sacerdote, que se releva cada cuatro horas, vela junto a él día y noche. De vez en cuando, el sumo sacerdote abre una copia del sagrado libro y canta algunos trozos, acompañado de instrumentos de cuerda, y los peregrinos que entran entonces unen su voz a la del sacerdote.

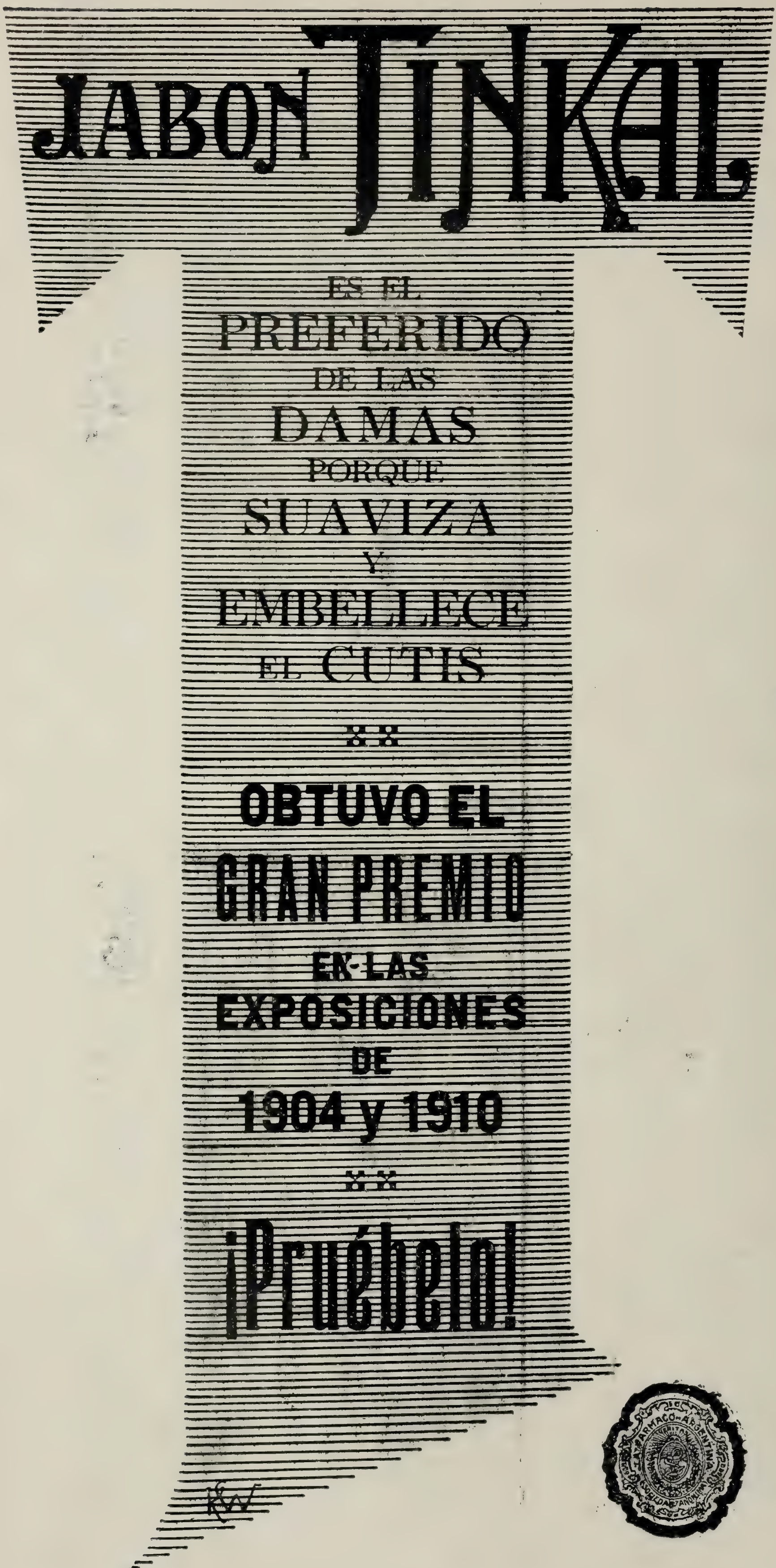


Fuera del templo junto al mismo estanque, hay otro edificio que contrasta singularmente con aquél. Es una torre completamente europea, con un reloj, que se diría arrancada de cualquier capital inglesa.

Modas antiguas



Algunos de los curiosos sombreros antiguos usados en "Juana de Arco", la nueva ópera inglesa estrenada últimamente en Covent-Garden



Grajea

La epidemia del sudor.—El sudor miliar es una enfermedad observada en Inglaterra, en Picardía y en diferentes puntos de Francia, caracterizada, entre otros fenómenos, por sudores abundantes, repetidos y prolongados, a veces con erupción miliar.

Rayer describió perfectamente la enfermedad hacia el año 1822. La epidemia de sudor observada por él, en el departameto del Oise (Francia) es muy rara. Muchos individuos que se acostaban sanos se despertaban enfermos con el cuerpo inundado de sudor abundante, que sólo cesaba con la muerte o al llegar la convalecencia.

La duración de la enfermedad ofrecía notables diferencias: unas veces era mortal a las veinticuatro o cuarenta y ocho horas y otras terminaba, bien o mal, al fin del primer septenario o del segundo.

La primera escuela de Buenos Aires.—La primera escuela que se instaló en Buenos Aires data de 1605, época en que el Cabildo autorizó al maestro don Francisco Victoria a cobrar a sus alumnos un peso anual por enseñarles a leer y dos pesos por enseñarles a escribir y a contar.

Carrera de caracoles.—Los jóvenes de ciertas provincias de Rusia son apasionados por las carreras de caracoles. No hay por qué reirse; al jugarse el dinero, un caracol es tan interesante como un caballo. Puestos los caracoles en orden y rotas las cintas, los mujick siguen a su favorito y aplauden o gritan y apuestan, como nuestros aficionados en el Hipódromo.

Soldaditos de plomo

Las guerras humanas fueron modificando el aspecto de los soldados de plomo, en quienes sus fabricantes procuraron reflejar la terrible "actualidad" de las naciones enemigas. Antaño, estos juguetes se dividían en "carlistas y cristinos"; después, en "moros y cristianos"; más tarde, el desastre de Sedán y el sitio de París pusieron en boga a los sajones de bruñidos y puntiagudos cascos y a los valientes zuavos con sus cortas chaquetillas de paño azul y sus anchos calzones rojos; últimamente, la infancia, que oía a sus padres preocuparse de la hecatombe de Puerto-Arturo, se interesó por "los blancos y los amarillos".

— Yo soy japonés — decían los niños; — tú eres ruso.

Y sentados frente a frente, delante de una mesa, comenzaban a ordenar sus huestes. En esas cajas de soldados palpita todo el rudo vivir de los campamentos: hay tiendecitas de campaña



de blanca lona, rancheros que guisan en calderos gigantes la comida del batallón, fosos, trincheras, caballerizas, árboles de plomo, morteros y cañoncitos que, cuando las peripecias del juego lo reclamen, sabrás disparar un perdigón. Aquellos soldaditos parodian los diversos "gestos" que las tropas adoptan durante un combate; unos marchan al paso, otros disparan, otros arremeten a la bayoneta, mientras los lanceros gallardos cargan al galope; y también hay muertos colocados en actitudes trágicas, y hermanitas de la caridad, y soldados de la Cruz Roja que transportan camillas...

Los niños, guiados por ese instinto estratégico común a los hombres, van disponiendo todos aquellos elementos de destrucción: las tiendas de campaña, las caballerizas y las cocinas con sus rancheros pacíficos, se colocarán en los lugares más distantes y seguros; la Infantería ocupará la vanguardia, la caballería atacará por los flancos. A una señal, los cañoncitos disparan, los combatientes caen, las trincheras se desmoronan, los bravos que cargaban a la bayoneta quedan aniquilados; un perdigón acaba de derribar a una hermanita de la Caridad... Y los niños, ebrios de matanza, excitados por las acres emociones de la violencia y de la muerte, ríen, y sus bocas frescas, donde todo debía ser candidez y dulzura, tienen la risa cruel de los adultos.

Una mueca inconsolable de dolor, un perfume de opresión y de injusticia flota sobre esas cajitas de soldados de plomo donde la niñez aprende, como en las páginas de un libro terrible, la afición a la sangre y la seguridad devastadora de que, algunas veces, la tiranía *puede* ser un derecho. En ese juguete, que emboza obscuramente los conceptos de "bandera" y de "patria", vive el hombre de las cavernas, que esgrimía contra la cabeza de sus semejantes su hacha de sílice.

— Se debe matar — piensa el niño. Y mientras sus cañones diminutos arrasan los ejércitos de plomo, todo el pasado tenebroso, todo el ayer manchado de intransigencia y de ferocidad, murmura en su alma inocente, que como no delinquió no siente necesidad de ser perdonada, la canción ancestral de la fuerza.

Yo maldigo esos guerreros de plomo que todos hemos visto tumbados entre las virutas pintadas de verde que rellenan sus cajas con tapas de cristal; son un juguete insano que produce en la conciencia de la infancia emociones morbosas semejantes a las que determinan en la plebe inculta "el crimen de ayer" o "el suicidio de anoche". La muerte interesa a los hombres más que la voluptuosidad; quieren conocer al matador, ver el sitio donde cayó la víctima, escuchar detalles de la tragedia. Este fenómeno, que podría informar uno de los capítulos más interesantes de la psicología de las multitudes, constituye el alma, toda el alma, de los soldaditos de plomo. Los niños gozan poniéndoles en fila para derribarlos después, y parece que este ejemplo sencillo ha de agarrarse a su pensamiento, endureciendo su moral, perpetuando al través del porvenir la roja leyenda de las bizarrías criminales.

Pero yo he gozado, yo gozo, cuando los niños, henchidos del espíritu de destrucción, en rojas fogatas, alimentadas de viejos papeles, queman los soldaditos de plomo que se deshacen en pequeñas bolitas brillantes que se diseminan y ruedan por el suelo como las estrellas en el vacío.

¿No sentirán sus almas infantiles el odio a la guerra, el amor intenso y civilizador de la paz universal?...

Los soldaditos de plomo también son un símbolo; el símbolo de nuestra humanidad implacable, vengativa, llena de rencores inútiles, para quien el perdón que predicó Jesús siempre será una vibración nueva.

Eduardo ZAMACOIS.

Elogio de la mujer romana

Belleza y cultura

Cuando el insigne Ovidio ensalzó a las doncellas romanas en su "Ars amandi", no sospechaba siquiera que, andando el tiempo, pudiesen aplicarse sus poéticos conceptos a las dulces jovenzuelas de la moderna Germania. Otro poeta romano, menos famoso, pero quizás más sentimental que Ovidio, el tierno Cátulo, compuso una elegía titulada: "A la muerte del pajarillo de Lesbia", que comienza con este verso:

Lugete veneres cupidinesque, passer
mortuus est meæ puellæ.

Pero el poeta ensalza a Lesbia más allá de la ponderación humana, y no satisfecho con darle el título de doncella, la sube de grado y la coloca en la categoría de celeste ninfa para encomiar su gracia y gentileza.



Julia Farnesio, sobrina de Paulo III

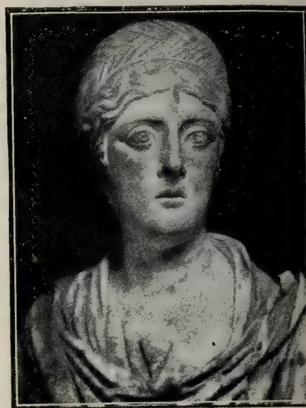
Esto nos mueve a considerar el alto aprecio en que los romanos tenían la belleza femenina, tal vez por sentimiento heredado de los griegos, sus maestros; y entre las damas del mundo antiguo que por su hermosura descollaron, están en la memoria de todos los nombres de Agripina, Popea, Livia y Cornelia.

En comparación de unos tiempos con otros, se nos representa la mujer romana más feliz en la adoración que por ello sentía el hombre, que las modernas jóvenes alemanas o inglesas, sujetas al férreo régimen pedagógico de una severa institutriz, cuyas pragmáticas encierran toda la vida de la mujer en rígida disciplina, que abarca hasta los más mínimos pormenores del traje casero.

Los nietos de Rómulo tenían en mucho la dignidad de sus esposas y lloraban la viudez en que les dejaba la muerte con tan sentidos epitafios como los que en las tumbas sombreadas por los cipreses de la vía Apia decían:

Unicubæ uno cotentæ viro.
Reginæ meæ, desiderio spiritus mei,
in æternum desideratissimæ

No faltaban esposos, como el de Cecilia Metrodora, que frecuentaban las tumbas de las que fueron sus compañeras y prorrumpían en exclamaciones laudatorias de la difunta. Como las mujeres romanas de hoy día, fueron las de la antigüedad reinas y señoras de la hermosura y gentileza por la corrección de sus facciones y la majestad de su apostura. Sin embargo, las romanas de otro tiempo excedían a las contemporáneas en los rasgos característicos de la belleza femenina y no hay pintor ni escultor alguno que con todo su arte sea capaz de establecer paridad entre el actual tipo étnico de las romanas con los bustos y estatuas que nos legó la ciudad de los Césares.



Popea, esposa de Nerón

Han pasado siglos. Cayeron en ruinas palacios y templos, se derrumbaron dinastías, desaparecieron reinos, y del esplendor del vasto imperio, sólo quedaron para pregonar su gloria el Coliseo y la belleza de la mujer romana, de quien se puede decir que su poder llegó al extremo de subyugar la voluntad de los pontífices de ver a los compradores postrados a sus pies. Así, el poeta Propercio dijo de la mujer romana que su perfecta y majestuosa figura de arrogante porte la hacía digna de ser hermana de Júpiter.

Elogio de la mujer romana

El tipo de las romanas ha sufrido las variaciones consiguientes al cosmopolita influjo derivado de la frecuencia de los viajes y el cruce de razas, que, por ley natural, ha traído consigo la emigración europea al continente americano y la inmigración de los hijos de las tierras transatlánticas. La aristocracia italiana ha recibido por transfusión de los enlaces matrimoniales sangre yanki, pero sin que esta mezcla haya empeorado, sino tan sólo variado el tipo clásico de la belleza antigua. El color de los cabellos adquiere tonos más rubios, en contraste con el castaño, propio de las márgenes del Tíber; y como las mujeres de todos los países, recurre ahora la romana al artificio del tocador como recurrió en pasados tiempos a los secretos de la química para enmendar o corregir la obra de la naturaleza.



Victoria Colonna

Las características estéticas de la mujer romana fueron siempre busto estatuario y majestuoso, caderas poco abultadas, manos seductoras, cabellos negros y espesos, ojos garzos y expresivos, pies elegantemente diminutos y voz de variadas y dulces modulaciones. Su carácter es, por lo general, quieto, sosegado, más bien indolente que impulsivo, muy distante de los romanticismos y propenso a las afecciones de la familia y al gobierno del hogar doméstico, con todas aquellas cualidades más a propósito para vencer los obstáculos con que suele tropezar la práctica de la vida.

Las innumerables obras pictóricas que enriquecen artísticamente las iglesias y museos de Roma son pruebas documentales de la belleza de sus mujeres, pues las graciosas "madonas", las imágenes de santas, las figuras femeninas de altares, retablos y trípticos no fueron representaciones idealmente engendradas por la imaginación del artista, sino copia fidelísima de modelos vivos cuyas facciones perpetuó el pincel en tablas y lienzos.

Mas, aparte de estas bellezas anónimas, cuyo rostro sirvió para dar expresión humana al concepto ontológico de las más elevadas figuras del cristianismo, nos quedan auténticos retratos de mujeres romanas cuyo nombre preservó del olvido la historia. Y más aún que a la paleta, debemos al cincel la conservación de los rasgos fisonómicos de las mujeres que en vida fueron ornamento y gala de la ciudad eterna y por su belleza se elevaron a eminentes posiciones sociales, con derecho a perpetuar su nombre en las generaciones venideras.



Busto de dama romana, con el tocado de la época de los Flavios

Entre las bellezas célebres de la antigüedad romana no podemos por menos de citar a Popea, cuya hermosura física corrió parejas con su degradación moral, pues no fué ni mucho menos dechado de virtudes ni tampoco pudo servir de ejemplo a las doncellas de su época. Estaba casada con Rufo Crispino, prefecto del pretorio, y al enviudar contrajo segundas nupcias con un magnate llamado Otón, quien hubo de cederla forzosamente al despótico Nerón, que se había prendado de su hermosura. Elevada de esta suerte al solio imperial, recurrió a ingeniosos artificios para conservar su belleza, de modo que resistiera sin menoscabo a los naturales estragos del tiempo, y al efecto, se bañaba

diariamente su leche de burras, con el cual menjunje mantenía fresca, sonrosada y tersa la piel. Pero de poco le valieron sus mañas, porque cansado de ella el tirano, la mató, según se supone, de brutal e innoble manera, dándole un tremendo puntapié en el vientre en ocasión en que se hallaba encinta.

Dice Heine que acaso la secular contemplación de la belleza pictórica, tan espléndidamente manifestada en imágenes, altares y retablos, haya contribuído por influencia psíquica del ambiente artístico a perpetuar la hermosura de las mujeres romanas hasta el punto de hermanarse con la magnificencia del radiante firmamento, que las envuelve como en marco de oro. Las vírgenes de Rafael Sanzio, los frescos del ''Pinturicchio'', los retratos de Lucrecia Borgia, de Victoria Colonna, la severa amiga de Miguel Angel, y el de la helénicamente escultural Julia Farnesio, sobrina del papa Paulo III, nos prueban el alto grado a que llegó la hermosura de la mujer romana en aquella época de sana galantería que en el arte tuvo su más acabado complemento.



Retrato de Beatriz Cenci, pintado por Guido Reni

Por desgracia, no siempre la hermosura es don que agradece al cielo la mujer que lo recibe. Ejemplo de ello fué la tristemente famosa Lucrecia Borgia, la arrogante espuria del siglo XV que por cuatro veces profanó el tálamo conyugal y en la corte de Ferrara quiso enmendar los yerros de su vida brindando protección a las letras y a las artes. Pero, en cambio, honra de su sexo fué la dulce y delicada Victoria Colonna, esposa del marqués de Pescara, Fernando de Avalos, cuya prematura muerte despertó en la desconsolada viuda el numen poético de las ''Rimas espirituales'' para acabar sus días en el monasterio de Viterbo, después de haber disfrutado de la honesta amistad de los más renombrados artistas de su tiempo.

Una de las romanas más famosas por su hermosura es ''la Fornarina'', inmortalizada por el genio de Rafael, al que, rendida de amor, le consagró su vida. Era ''la Fornarina'', esto es, ''la hornerita'', hija de un panadero de Transtébere, de lo que le vino este apodo con que todo el vecindario la conocía. Acertó a pasar Rafael por la margen del Tíber en ocasión en que la muchacha se lavaba los pies en sus aguas, y prendóse de ella con violenta pasión, que no tardó en ver igualmente correspondida. El retrato de ''la Fornarina'' una de las obras maestras de Rafael, representa a la famosa joven romana, de medio cuerpo, sin artificio alguno que suplante los naturales encantos de aquel incomparable busto, adornado por la naturaleza con las galas de su propia hermosura. El color de la piel, sin la fatigosa monotonía de la nieve ni la pálida blancura del mármol, brilla como el cristal, con la entonación clarimorena de la carne animada por la sangre. Fué ''la Fornarina'', a pesar de la modestia de su cuna, acabado tipo de la matrona romana, rica de músculos, perfecta de formas, vigorosa de nervios, suave de líneas, con tal lozanía y frescura en todo su ser que el ánimo se rinde cautivado por el hechizo de aquella peregrina hermosura, lindante con la ideal belleza.



La Fornarina.. Cuadro de Rafael

Una fortuna por diez centavos

No es un cuento. Durante todo un día, un hombre ha ofrecido billetes de banco por docenas y nadie le ha hecho caso. Durante horas enteras ha querido vender una fortuna por diez centavos y todos los transeuntes, intrigados, se alejaron de él con desconfianza. Es un gentleman millonario de Londres que ha querido darse ese gusto.

A consecuencia de una discusión bastante áspera en el círculo, Frank Penfield juró a sus camaradas que les demostraría las dificultades que entraña el oficio de vendedor ambulante y la desconfianza del público.

Al día siguiente, a la hora convenida, se vió llegar a Trafalgar Square un pobre "camelot" sucio y mal trajeado. Se colocó en el sitio más concurrido del parque londinense, y sacando un fajo de billetes de cinco libras del fondo de una valijita de cuero, comenzó su reclamo.



—A diez centavos vendo billetes de banco — gritaba. — Acérquense, damas y caballeros, y dense cuenta: les ofrezco una fortuna por diez centavos. Los billetes son verdaderos, legítimos... ¡Para ustedes, a diez centavos nada más!

Y durante todo el día Frank Penfield ofreció su extraña mercancía, repitiendo su anuncio monótono. Los transeuntes volvían la cabeza, se detenían alguna vez, sonreían y se preguntaban quién era aquel farsante, o miraban con desconfianza a aquel dispensador de fortunas a diez centavos, pero ninguno cedió a las solicitudes de Frank Penfield, ninguno sacó de su bolsillo la ínfima pieza de moneda que le hubiera hecho propietario de los hermosos billetes.

A las seis de la tarde, juzgando terminado su experimento, el millonario londinense abandonó su puesto de venta; y regresó al círculo donde le esperaban sus consocios.

— Ya veis — les dijo, como sentando una conclusión —que el hábito no hace al monje; pero si yo hubiera ofrecido mis billetes en traje de etiqueta, quizás hubieran sido aceptados. En todo caso, esto nos demuestra que para alcanzar nuestro fin, no es preciso ir en busca de la razón, y que para ejercer el comercio es casi indispensable ser un psicólogo sutil.

Frank Penfiel, a pesar de haber ganado la apuesta, quiso desprenderse de aquellos billetes, que el público desconfiado no aceptó, y allí mismo, en el Club, loos invirtió en una espléndida comida con que invitó a sus camaradas.

Estos celebraroon la ocurrencia y brindaron por el "pobre vendedor de billetes".

Gollerías

Vajilla imperial. — El gran mariscal de la corte acaba de encargar al barón Fælkersam, conservador del palacio de San Petersburgo, la publicación de un catálogo ilustrado de toda la vajilla que se encuentra en el palacio imperial y que representa una fortuna fantástica. La mayor parte de este tesoro fué adquirido por las emperatrices que reinaron en el siglo XIII.

CUESTION PELIAGUDA



—El señor se está tirando de los pelos porque te llama y no vas!...
—¿Tirándose de los pelos? ¡Si los tengo yo aquí!..

La cantidad de plata labrada forma un peso total de 21.000 kilos. A esto hay que añadir 200 kilos de oro y dos de platino.

La prensa rusa aconseja que se organice una exposición con todos estos objetos de arte.

Fraudes alimenticios. — Varios molineros de París han denunciado al servicio de higiene a un representante de comercio alemán que les ofrecía tierra silícea, preparada en Neubourg, para reemplazar a la harina.

La historia y el vino. — Los chinos, desde tiempo inmemorial, beben vino y cerveza de arroz, parecida al sakí del Japón actual.

Entre los indios, el sura hecho con arroz, miel, centeno y otros ingredientes, es la bebida de la gente del pueblo; los sacerdotes y la gente rica beben soma, la cual se hace con el zumo de ciertas plantas fermentadas.

La Biblia contiene numerosas referencias del uso del vino, y en todas las épocas, y en todos los pueblos, desde los más salvajes hasta los más civilizados, se encuentra alguna bebida causante de la embriaguez.

LLEGAR TARDE...



—Pero, ¿venía usted a robar? ¡Infeliz! ¿No sabe usted que acabo de ganar un pleito!...

El origen de los abanicos.— Hay quien cree que el origen de los abanicos plegables se remonta a la más lejana antigüedad, mas no es así, pues aparecen en tiempos relativamente modernos, en los años de 1401 a 1423, que fueron introducidos por vez primera en China importados de Corea, donde se inventaron. De China los llevaron los jesuítas a Portugal, España e Italia, primeros países europeos que los adoptaron en sus modas.

Inglaterra no los conoció hasta el siglo XVII.

El arte en broma



—Anoche, el verdadero héroe de tu drama fuí yo.

—¿Cómo?

—Tuve el heroísmo de quedarme hasta el final.

*
* *

—¿Usted ha estudiado pintura en el extranjero?

—¡Sí, señor!

—Ya se conoce; porque en este país no se ven puestas de sol como esa.



*
* *

—¿Te decides o no, a publicar tus novelas?

—Tengo que estudiar si, publicándolas, puedo ganar el dinero que economizaría en carbón quemándolas todas.

*
* *



—¿Qué hacen ustedes aquí?

—¡Nada! Queremos ver cómo sube la marea.

*
* *

—¿Has visto la "Magdalena arrepentida", que ha pintado Merénguez?

—Sí; pero creo que es Merénguez el que debe arrepentirse. ¡Aquéllo es un crimen!

*
* *

—¿Han fundido ya la estatua que hizo Ramírez, para el monumento a los héroes de la guerra del 74?

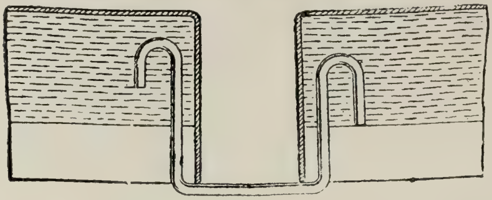
—La estatua, no; pero Ramírez está fundido completamente.

—¿Fundido?

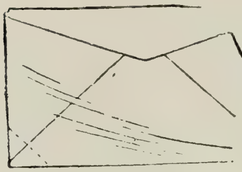
—Del todo.

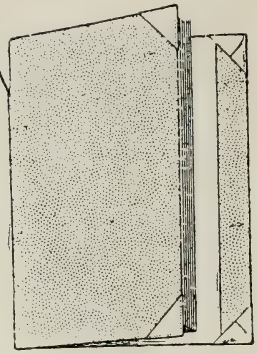


Sifones automáticos.—Un aficionado a la piscicultura, que posee una serie de acuarios de fondo de cristal, que debían comunicarse entre sí, emplea el sifón que reproduce nuestro dibujo. Dicho sifón funciona au-



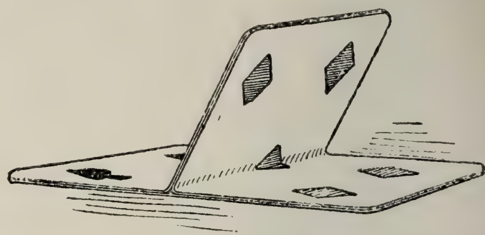
tomáticamente, y construyéndolo de tamaño adecuado, puede servir para trasegar vino o cerveza, evitándose la unión de las pipas por el fondo.





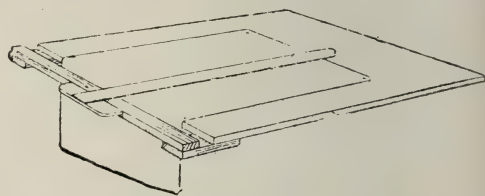
El arte de forrar libros.—Los libros nuevos quedan muy bien forrados cortando un papel resistente de tamaño tal que cubra el lomo y las tapas del libro, quedando alrededor un sobrante de tres o cuatro centímetros para doblarlo. Las puntas se refuerzan y sujetan pegando unos esquinazos cortados de sobres usados. Este sistema permite quitar y poner el forro cuando convenga.

La carta mágica.—Dos naipes de baraja francesa, como, por ejemplo, el cinco de pica y el cinco de cuadro, se doblan exactamente por el centro con la cara hacia adentro y se les pega por el reverso otra carta cualquiera, como se ve en el grabado. Las dos mitades verticales de los naipes se pegan también.



Para hacer el juego, se coge esta carta, previamente colocada en una baraja, y se muestra a los espectadores por el anverso y por el reverso, cuidando de que no se levante la mitad doblada, y después de anunciar que se va a convertir la carta en otra, se pasa la mano por encima y se le da la vuelta a la parte movible.

Tablero para dibujos largos.—El grabado reproduce un tablero de dibujo que puede usarse para trabajos de

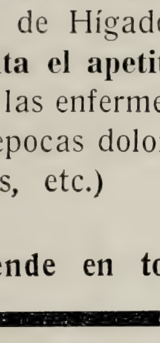


gran longitud, tales como planos de caminos. El espacio que queda entre el tablero y la muleta, permite al

delineante correr el papel a medida que va trazando el plano por largo que sea éste.

Creemos inútil describir la construcción de este tablero, porque el dibujo adjunto indica claramente todos sus detalles.

Florero de rinconera. — Con un frasco de color se puede hacer un bonito florero colgante para rinconera.



Se le corta el fondo al frasco por medio de cualquiera de los procedimientos usuales y se le pone un alambre como se ve en el dibujo, para colgarlo.

La boca del frasco se tapa bien con un corcho. Si el frasco es redondo, sirve para rinconera, y los cuadrados para las paredes.

Cómo se hace un rastrillo.—Ahora que es la época de vivir en el campo, cualquier aficionado a la jardinería puede necesitar un rastrillo, y en este caso, no hay sistema más expeditivo que comprar la herramienta en la ferretería; pero, puede suceder que el jardinero veraniego viva en un pueblo donde le sea imposible adquirir lo que necesita y entonces le será útil saber cómo se hace un rastrillo con clavos y listones, materiales ambos que no suelen faltar en ninguna parte.

En primer lugar, se necesitan dos listones de madera

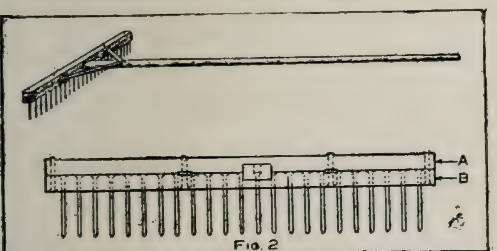


Fig. 2

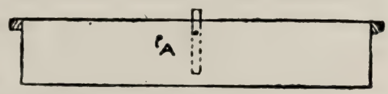
resistente de dos centímetros y medio de grueso por unos cuatro de ancho y sesenta centímetros de largo, y otro listón de dos metros de largo por dos y medio centímetros de grueso en un extremo, y cinco en el otro.

En uno de los listones de 60 centímetros (B. fig. 2) se marcan los sitios que han de ocupar los dientes, distanciados por un espacio de dos y medio centímetros, y se abre un agujero en cada señal, del grueso suficiente para que en cada uno quepa un clavo grande, ensanchando algo más por la parte de arriba los agujeros para que encajen las cabezas de los clavos.

Una vez metidos éstos en sus correspondientes agujeros, se clava encima del listón B, el listón A, que sirve para sujetar los clavos.

En los puntos indicados en la figura 2 se abren unos huecos para encajar en el del centro el listón de dos metros de largo que sirve de mango y en los de los lados unos listoncitos cortos que dan más resistencia a la herramienta (Fig. 1). El clavo del centro debe atravesar el extremo del mango para que quede bien sujeto.

Cierre para cajón de herramientas.—La persona que ideó este cierre, lo destinó al cajón de herramientas de la mesa de trabajo para impedir que lo abriesen personas extrañas; pero, naturalmente, puede utilizarse para cualquier cajón siempre que no encierre grandes tesoros.



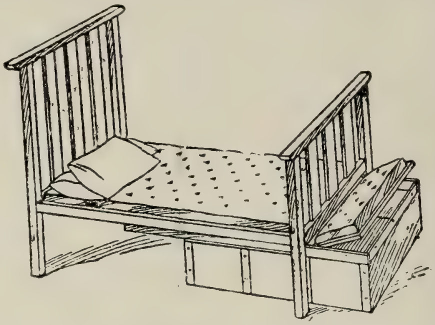
Consiste el cierre, sencillamente, en una taravilla de metal fija en la cara interior de la tabla anterior del cajón con un tornillo flojo que la permite girar. El tornillo se pone fuera del centro de la taravilla para que uno de los extremos de ésta pese más que el otro y se conserve siempre en posición vertical.

Al cerrar el cajón se ladea la taravilla con la mano, y una vez encajado, recobra la posición vertical la pieza metálica, cuyo extremo superior tropieza con el reborde del cerco del cajón e impide sacarlo. La persona que está en el secreto no tiene más que introducir entre el cerco y el cajón la punta de un cortaplumas para ladear la taravilla.

Con el fin de que ésta no gire del todo, se pone en un lado el clavito A que sirve de tope.

En las casas de campo, o cuando las habitaciones son pequeñas, se aprovecha muchas veces el espacio que queda debajo de la cama para guardar baúles con ropa, sombrereras, etc.; pero este procedimiento tiene el inconveniente de que para hacer limpieza hay que sacarlo todo.

El grabado que acompaña a estas líneas reproduce un modelo de cama que utiliza como arca casi todo el espacio que queda debajo de ella. Por medio de unos carriles y unas ruedecitas lleva suspendido un cajón que llega hasta unos diez centímetros del suelo. Dicho cajón se saca por los pies como si fuese el de un mueble cualquiera. El cajón puede construirse con tapa o sin ella, pero lo mejor es tapizar la tapa como indica el dibujo, para que sirva de asiento a los pies de la cama, sacándolo un poco cuando es necesario sentarse para ponerse o quitarse el calzado.



Para dar a los metales aspecto o color de oro se hace una mezcla de 125 gramos de cardenillo, 75 de trucia, 30 de bórax, 30 de nitro y 4 de sublimado corrosivo, y se bañan en ella los objetos de metal que se quieran dorar.

Se puede averiguar la cabida de un tonel por un procedimiento muy sencillo. Multiplíquese por 2 la longitud del diámetro de la parte más ancha; a este producto añádase la longitud del diámetro pequeño; elévese la suma al cuadrado, es decir, multiplíquese por un número igual al de la suma; multiplíquese este producto por la longitud del tonel, y por último multiplíquese el nuevo producto por 0,0875. El resultado será el número de metros cúbicos de cabida del tonel.

Las hormigas se destruyen poniendo boca abajo encima del hormiguero un vaso bañado en cualquier jarabe espeso. Las hormigas quedarán pegadas en las paredes interiores del vaso, y para matarlas no hay más que sumergirle en agua hirviendo.

Las quemaduras producidas por el aceite hirviendo se curan, según dicen, aplicando sobre ellas una cataplasma de aceitunas negras pulverizadas.

Una aplicación de bicarbonato en polvo refresca las quemaduras y alivia el dolor.

Los objetos de plata ennegrecida por la acción del ácido sulfuroso, se blanquean y abrillantan cociéndolos en una solución de 40 partes de agua por una de ácido sulfúrico.

Tinta dorada.—Tómense 50 gramos de oropimente y una cantidad igual de piedra cristal, todo muy bien molido, y échense en cinco o seis claras de huevo bien batidas, hasta que se queden como agua. Al poco rato se puede usar la tinta.

La tinta negra intensa se hace disolviendo 10 gramos de anilina negra superior en 20 gramos de alcohol, 2 de glicerina y 40 de agua.

Leche de rosa para la conservación de la tez.—El procedimiento para obtener esta clase de leche consiste en mezclar en una libra de agua de rosas, una onza de aceite fino de aceitunas y diez gotas de aceite de tártaro.

Para hacer desaparecer la escritura de la pasta polígrafa, se laza, inmediatamente después de haberla usado, con una esponja empapada en agua fría.

Si la tinta se resiste a desaparecer, convendrá emplear agua acidulada al 1 por 100 en ácido clorhídrico. Frotando un poco con esta mezcla desaparecerán los trazos.

Se puede escribir sobre madera de un modo indeleble empleando una pluma estilográfica de cristal. Antes de escribir, conviene embadurnar la madera con clara de huevo y dejarla secar.

Contra los vómitos rebeldes aconseja un médico de Wáshington la absorción de 500 gramos o un litro de cerveza ligera, poco alcohólica y diluída. Es muy raro que la ingestión de esta bebida no interrumpa la crisis de vómitos, sobre todo si el enfermo no es bebedor habitual de alcohol.

Unos cuantos vasos de cerveza bebidos con media hora de intervalo bastan en muchos casos para suprimir las náuseas.

Cola para pegar el mármol.—El mármol reducido a polvo y mezclado con cola fuerte y pez forma una cola que, después de calentada convenientemente, sirve para unir los mármoles rotos o quebrados.

COCINA PRACTICA

Solomillo de ternera con papas.—Un solomillo entero de ternera, cuanto mayor mejor, se prepara, que poco tiene que preparar, pues lo venden ya limpio de fibras generalmente, y la pielecita sedosa que lo cubre nunca se le debe levantar; se pone a asar bien en horno o en cazuela sobre carbón vegetal en la hornilla, cuidando que no se queme la cebolla y lo ennegrezca. Si es cazuela y con carbón vegetal, antes de que consuma la poca agua que para asarse de ese modo necesita, se tienen partiditas pequeñas papas, o se hacen de las grandes con el molde que hay para hacerlas del tamaño, a lo sumo, de nueces, se ponen en la cazuela hasta que tiernas por dentro se doren bien por fuera. Si el asado se hace en horno, fuera de él se fríen las papas en abundante manteca de cerdo, y a última hora se les da unas vueltas con la ternera ya asada. El solomillo asado en cazuela a la antigua y sus papas son incomparablemente mejor que el asado en el horno. También sobre la placa y en cazuela se hace sin necesidad de carbón vegetal.



Mollejas en tortilla.—Se cuecen después de limpias por el sistema del hilito en el cocido y en frío se cortan en pedazos delgados, se echan en huevos batidos con un poco de perejil picado y unos poquísimos torreznos fritos así como el tamaño, antes de partirlos, de una onza de chocolate, se cuaja la tortilla que se sirve arrollada, pero cuajada sin demasía de sal.

Sesos en caja a la mayordoma (o maître d'hôtel).—Se preparan las cajas y los sesos del mismo modo, sólo que no se cuecen con laurel, y se pone en seco el pan rallado, ajo y perejil en las cajas y un pedacito de manteca imitada del tamaño de un garbanzo sobre el seso, otro poco de pan rallado encima, otro pedacito chico de manteca imitada y media cucharada de las de café, de agua; sobre la hoja de lata o bandeja de horno se tienen unos minutos encima de la placa y se meten luego a tostar al horno, donde consumen la humedad y se tuestan.

Setas.—Se ensartan en unos hilos, formando varios rosarios, y se cuelgan en la despensa. Uno o dos días antes de emplearlas, según estén de secas, se echan en remojo y luego se guisan. También se preparan después de escaldadas, en latas, echándoles agua de sal y procediendo como para las otras conservas.

Tortas de leche.—Se mezclan bien tres tazas de leche, una de aceite frito, 200 gramos de azúcar, un poco de canela molida, seis huevos y, si gusta, un poco de polvo de raspadura de limón. Cuando todo se ha batido bastante y está bien unido, se amasa con harina y 100 gramos de levadura. Cuando la pasta esté un poco más blanda que para pan, se toma un trozo, se extiende con la mano en forma de torta de unos ocho a 10 centímetros de diámetro por tres o cuatro de alto, y así sucesivamente se hacen tantas tortas como la masa permita. Se tapan y arropan bien con sus paños blancos, y en la cocina se dejan hasta el día siguiente, que se meten en el horno fuerte. Cuando están doradas por igual, se sacan y se les echa azúcar por encima. Deben tomarse calientes.

Frutilla al natural.—A un litro de agua, 200 gramos de azúcar; se pone a cocer, y cuando está hecho almíbar claro se retira, se deja enfriar y se echa medio kilo de frutilla. Al día siguiente, se echa en latas o botes de cristal, se tapan y cuecen. Es una conserva muy delicada de hacer, pues es menester elgir la frutilla una a una para que estén todas en el mismo punto y un poco duras y ninguna pasada. Antes de echarlas en los botes se ponen unas gotas de limón y un poco de polvo de carmín. La frutilla ha de nadar en el almíbar.

Solomillos de cerdo asados.—Se mechan con perejil y ajo picado, se unen dos a lo largo y después de bien atados y untados de manteca se ponen a asar en el horno, rociándolos con media jícara de vino blanco y pinchándolos a menudo para que suelten el jugo.

Se sirven con puré de patatas o legumbres

De todas partes

El premio Nobel de Medicina.—La academia de Estocolmo acaba de rendir un nuevo homenaje a la ciencia francesa otorgando el premio Nobel de Medicina al doctor Carlos Richet, profesor de fisiología de la Facultad de Medicina de París.

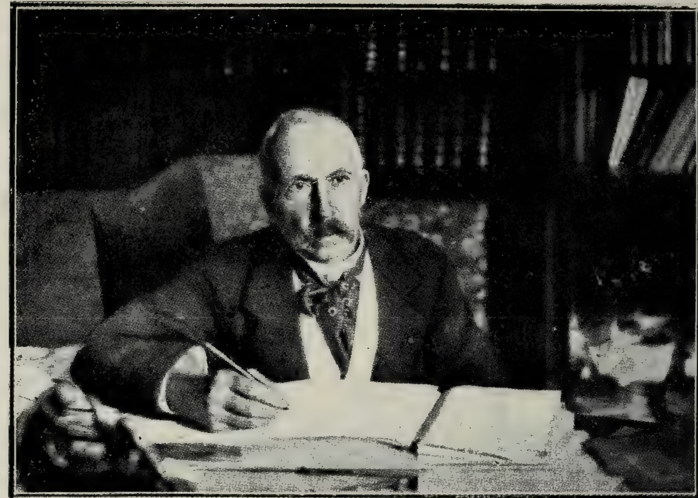
Hijo de uno de los más reputados cirujanos del pasado siglo, Richet ha sabido conquistar nuevos laureles para el nombre de su padre.

Nacido en París en 1850, en su juventud, se significó por su aplicación, dedicando sus energías a los estudios más diversos. Después de haber trabajado durante algún tiempo en el laboratorio de Berthelot, publicó un ''Diccionario de fisiología'' que se ha juzgado como modelo en su género; más tarde se encargó de la dirección de la ''Revue Scientifique''.

En colaboración con el doctor Hericourt demuestra en varios estudios en 1887 que la sangre de los animales vacunados contra una infección, puede, si se le inocula a otro animal, dar a este cierto grado de inmunidad.

Este fué el punto de partida de la mesoterapia que tan brillantes éxitos ha obtenido.

Más recientemente, Carlos Richet, formuló las primeras reglas de la anafilaxia o sensibilización progresiva del organismo con las sustancias tóxicas.



M. Carlos Richet, en su mesa de trabajo

En sus diversas obras, el doctor Richet no sólo se ha revelado como sabio notable sino como escritor correctísimo; buena prueba de ello es su obra ''Ensayo de psicología general''.

Sinceros aplausos merece, sin duda, la Academia de Estocolmo, que al premiar a un gran fisiólogo ha premiado a uno de los sabios más distinguidos de nuestra época.

Navidades trágicas.—Aunque no se trate sino de una mera coincidencia, es, ciertamente, un hecho singular el que se hayan cometido en las Navidades muchos más crímenes políticos y atentados contra las personas que en otras épocas del año.

Uno de los grandes crímenes históricos, el asesinato de Luis de Guisa, cardenal de Lorena, ocurrió durante la Nochebuena de 1588. Thomas Becket, el famoso arzobispo de Canterbury, muerto como el anterior a instigación de un rey, fué apuñalado ante los altares en que oficiaba en plena Pascua de Navidad.

En los tiempos modernos, recordemos que el atentado de Meunier contra la vida del rey Luis Felipe de Francia, aconteció el 27 de diciembre de 1836, y que Napoleón I estuvo a punto de perecer destrozado por una máquina infernal arrojada en la calle de San Nicasio, de París, en la noche del 24 de diciembre de 1800. Dos días antes de comenzar el año 1880 se registró un atentado contra Alfonso XII, y en 1888 contra el soberano del Afghanistan.



EL INGENIO A PRUEBA

CARTA-CHARADA, *por Arol*

Querido *prima segunda*: Te obsequio con esta linda *segunda cuarta quinta*, por ser la *total* de un hermoso ejemplar de Palermo. Sólo te recomiendo que no *segunda tercera* con la lluvia, podría enfermarse.
Tu *primera segunda, segunda quinta.*

JEROGLÍFICO, *por Leonor G.*

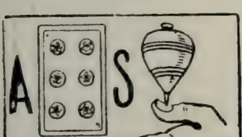
PUEBLO NOMBRE

TELEGRAMA CHARADÍSTICO, *por N. R. P.*

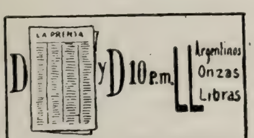
Segunda cuarta: Puedo decirte que es *cuarta prima*, traje *tercia segunda cuarta* mañana *prima segunda.*

Segunda Tercia Cuarta.

FRASE CRIOLLA, *por Amapola*



JEROGLÍFICO, *por Amapola*



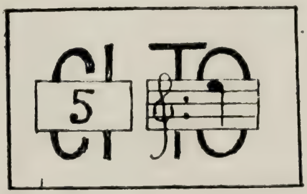
CHARADA, *por Negrita*

Es mi *cuarta* una corriente
Que *prima tercia* es en París
Segunda tercia si la encuentras
Puedes darte por feliz
Y mi *todo* una mansión
De saber y religión.

PREGUNTA ENIGMÁTICA, *por Mario*

¿Por qué Marte es más rico que Apolo?

JEROGLÍFICO, *por Rino*



SOLUCIONES AL N.º 243

Al refrán, por "Rino": *Dormiré, dormiré, buenas nuevas hallaré.*

A los cuadrados encadenados, por "Mario":

```
AMAR
MILO
ALAS
ROSARIO
      RIOS
      IOTA
      OSARIO
            ION
            ONEGA
                  GIL
                  ALA
```

A la lápida carcomida, por "Amapola": *El cariño que no tiene entereza ni lealtad dura lo que las espumas de las olas del mar.*

A la charada rápida, por "Bennini": *Romano.*

ENVIARON SOLUCIONES

Nila Rosa Pita, Juana Margarita Etchepare Hardie, Numa C. Menvielle, Mario Sormani, Isaías Pagura, Esther Crouzet Navarro, Eva Ll. Caruso, Enrique Bennini, Amapola, Anita Pisani, José Murga, Juanita Foglieta, Rosaura Valda, María Luisa, Teresa, Blanca Carmanini, y Clavel.

Galería infantil de "El Hogar"




José M.ª Calsina Isolina G. Candal
(Ciudad)



Teresa y Florencia Acuña
(Ciudad)




Carlos Salaburu Cado Estela Salaburu Cado
(Morón)




Lydia E. Speroni Emilio Napolitano
(Ciudad)




Maruca Salaburu Cado (Morón) Niñas de Secco Zapatta (Azul)




Ricardo G. Costa María Luisa Ocampo
(Ciudad)



Niños de Vicondo
(Rivadavia, F. C. O.)




Ana Cavillón Querejeta (S. Nicolás) Enrique Ciavattini (S. Nicolás)



Galería infantil de "El Hogar"





Margarita Bonini Lorencito Moreno (Rivadavia, F. C. O.)



Niñitas de Pierroni (Rivadavia, F. C. O.)





Miguel A. Chiavaro (Victoria, E. R.) Enrique A. Negri (Santa Fe)



Juanita J. Lacaze S. Enrique, F. C. S.



Miguel A. Salazar S. José de la Esq.



Oscar I. del Giovannino (Las Flores)



José M.a Mathieu (Cañuelas)



Niñita de Rinaldi Colonia María Luisa



Elda Libia Tracchia (Chascomús)



Niñitas de Bourdette (Cacharí, F. C. S.)



Eduardo González



Lilia Acuña (Catamarca)



NUESTRO CORREO

Las cartas deben limitarse a dos preguntas solamente y venir con la firma auténtica, como constancia de ser subscriptor. Las contestaciones se hacen únicamente en esta página y no por carta particular, pudiendo contestarse bajo un seudónimo si se desea. En la carta en que se haga la consulta no debe tratarse de ningún otro asunto, como renovación de subscripciones, reclamaciones, etc. Esto debe escribirse en otra carta, aunque puede incluirse bajo el mismo sobre.

A Princesa.—¿Qué debe contestar? Nada absolutamente. Para las cosas desagradables dichas por carta, hay un rinconcito sin fondo en el corazón, donde se depositan hasta que pasa el mal momento y se hace el vacío.

Provinciana risueña.—Para conservar la tez en toda su tersura, nada mejor que una alimentación sana, sencilla y ordenada. Le aconsejo masticar bien los alimentos. Puede probar y después consultarme.

Picaflor.—1.ª Hay varios procedimientos para destruir las pecas. Una solución de vinagre tinto, agua y almidón común en partes iguales, aplicada todas las noches, da buen resultado. Otra: flor de azufre, aplicada al tiempo de acostarse.—2.ª Las almendras deben ser dulces; una vez machacadas para extraer el jugo, éste se pone en la cara, friccionándola suavemente.

Una ignorante.—1.ª Pseudónimo o seudónimo, es el nombre adoptado por el que oculta su verdadero nombre y pone al frente de sus obras o escritos otro que no es el suyo.—2.ª Las flores con el cabo hacia arriba, quiere decir: "estoy comprometida", y hacia abajo: "busco".

A una que molesta por primera vez.—1.ª El jilguero y la urraca le dirían: saltando. Yo le contesto que con mucho ejercicio, es decir, caminando lo más que pueda, conseguirá lo que desea.—2.ª Para blanquear el cutis, almidón de papas y resguardarse del sol.

A una que no sabe.—1.ª En nuestra revista, que está al día en cuestión modas femeninas, encontrará los mejores modelos de peinados, no sólo en los figurines sino también en las fotografías "Novias".—2.ª No; debe ser con traje blanco o negro.

Calvo preocupado.—No se desvele usted; le bastará lavarse la cabeza con agua mezclada con el jugo de un limón, hasta que el mal que menciona en la suya, desaparezca.

Provinciana.—1.ª De ningún modo es incorrecto; sólo demuestra una gentileza merecida por el orador.—2.ª No deben devolverse los obsequios, por la misma razón que no es posible recoger y enmendar los hechos.

Luz y Sombra.—Naturalmente que sí, puesto que la madera se hincha con la humedad y el cuero se distiende. Le conviene esperar.

Rosa blanca.—La amistad familiar lo permite.

Suscriptora de "El Hogar".—1.ª Son primos.—2.ª Designación geométrica, porque está formado de varias divisiones y cada una de las líneas corresponde a quince grados.—3.ª Sí, la armonía del color entre el zapato y el vestido de baile es signo de distinción y de buen gusto.

A Magnolia.—1.ª Cincelado.—2.ª Nada se opone a un placer sano del espíritu, porque supongo que la correspondencia no ha de tener otro fin que el de pasar el tiempo.

María Luisa.—Le recomendamos el preparado por la señora Costatort. Retribuyo su gentil saludo.

Flor de ruda.—Seis meses entre luto y medio luto.

La pecosa.—Tómese el trabajo de leer lo que contestamos a "Picaflor", pues el caso consultado es el mismo.

A una triste.—Igual que a "Flor de ruda".

C. F. A.—Es muy sencillo. Un rodete adornado con horquillones de fantasía, en alto para señora, y en la nuca para niñas.

A Desesperada.—Cumplo la promesa que le hice en el número anterior, de algunas reglas prácticas para contrarrestar la tendencia a la obesidad: No dejarse dominar nunca por la pereza, no quedarse muchas horas en el lecho y recostada en un sillón muy cómodo. Conviene levantarse temprano y andar. Pero hay también dos maneras de andar: si es para adelgazar, se debe andar a buen paso, sin interrumpirse, una hora seguida, sin temor en verano a la transpiración, lo cual es lo mejor para el objeto que se propone. Un gran defecto que es preciso corregir para no engrosar es la gula. Es indispensable renunciar a los platos suculentos, a los vinos generosos; comer poco, sobre todo en las comidas de noche. Un médico afamado dice, que basta para enflaquecer, sin alterar la salud—y esto es lo más importante—privarse en "absoluto" de todo lo azucarado. Debe, pues, suprimirse el azúcar en el te, en el café, etc.

Podemos aconsejarle otro sistema, si usted lo desea, tan eficaz como el que dejamos anotado. A sus órdenes.

Imperiosa.—Pienso como usted y la felicito por la exquisita cordura de sus observaciones. El traje para salir por la mañana debe ser algo sencillo, que no llame la atención. Falda lisa, blusa y un sombrero ligeramente adornado con un moño de tul o de cinta, o una fantasía de las que se usan ahora. Un saco largo de color liso, más bien obscuro, haría un bonito conjunto.

Inquieta.—Sí, señorita, pero la conversación voluble o ligera sólo tiene su encanto cuando no se desciende a nimiedades, ni se hace uso de la crítica maligna. La sociedad no exige a la joven mayor ilustración, pues si es hermosa—según la fórmula masculina—no importa que su saber sea poco; pero sí le exige discreción, finura y acierto en los temas que elija o se disponga a tratar. Hay tanto de que hablar cuando la conversación se hace con gracia y naturalidad!

A Simpática.—El elemento principal de la belleza es la salud. Cuando no gozamos de buena salud siempre, tenemos un mal aspecto: nuestros ojos están lánguidos, el cutis se pone pálido, el cabello deslustrado, engrosamos o adelgazamos demasiado. La felicidad o simplemente el contento de ánimo, son las mejores ayudas de la belleza.

Las mujeres egoístas y de mal genio, nunca pueden ser realmente hermosas por muy perfectas que sean sus facciones. El alma se refleja en la cara, por consiguiente es preciso cultivar el buen humor y desterrar con todo cuidado las cosas desagradables, sobre todo, los malos sentimientos.

¿Es esto lo que usted quería?

"EL HOGAR"

Revista Quincenal para las Familias
Literaria y de Actualidades

Aparece cada dos miércoles

La primera publicación y la de mayor circulación en su género en la República Argentina.

Editores: Empresa Haynes. La correspondencia debe dirigirse al Señor Administrador de la Empresa Haynes, CHACABUCO, 677/685, Buenos Aires. Unión Telefónica 1472 (Avenida).

Los repórters y fotógrafos están munidos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente. — No se devuelven originales, no se mantiene correspondencia respecto a los recibidos, ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la dirección, aunque se publiquen.

Agente en Montevideo: Sr. MANUEL FONSECA
Calle Buenos Aires, 722

Venta en París en los kioskos de los bulevares y en la Librairie Française et Etrangère, 37, rue Saint-Augustin (Avenue de l'Opéra).

SUSCRIPCIONES

República Argentina: Por año,	$ 4.—	m|n.
Exterior: ,, ,,	$ 3.—	oro.
Número suelto, capital e interior. .	$ 0.20	
,, atrasado.	$ 0.30	

Avisos.—Agentes en París: L. Mayence y Cía., 9 rue Tronchet.

En Londres: South American Press.—1 Arundel St. Strand.

En Estados Unidos de América: Cía. J. Walter Thompson, 44-60 East 23 rd. St., New York.



TALLERES HELIOGRAFICOS DE RICARDO RADAELLI, PASEO COLON, 1266 — BUENOS AIRES


Pelayo
EL HOGAR



¡INVENCIBLE!

LA HARINA LACTEADA

NESTLÉ

alimento insustituible á base de leche suiza

fortalece los niños débiles, da vigor á los raquíticos, y los preserva contra los trastornos intestinales propios de la estación.

Anécdotas y curiosidades

EL REY Y EL REVISOR

Del rey de Rumania se cuenta una anécdota que pinta la flema de los suizos.

El rey Carlos y su hermano, encontrándose en una estación del cantón de Saint-Gall, quisieron, a la llegada del tren subir a un coche de primera. Un revisor se lo impide.

—No hay asiento —dice—vayan ustedes en segunda. En la otra estación ya veremos.

Sin protestar los viajeros toman asiento en segunda clase. Pero un extranjero, que había reconocido al soberano, se acerca al revisor:

—¿Sabe usted quiénes son las personas a quienes ha hecho usted subir en segunda?

—No.

—¡El rey de Rumania y su hermano!

El empleado queda dudando un momento; pero, luego, ante la reiterada afirmación de su interlocutor, abre la puerta del compartimiento del soberano y descubriéndose, dice:

—¡Perdóneme, señor rey! Pero ni "yo mismo" tendría derecho a subir el undécimo en un vagón de diez asientos. El reglamento es el reglamento ¿verdad?

Y sin más, desciende y toca el pito.

SOSPECHA INFUNDADA



—¡Me parece que aquí es donde guardan el queso!

GRACIOSO QUID-PRO-QUO

Los nobles ingleses cambian de nombre cuando cambian de título. Así el conde Winterton, antes de suceder a su padre, llevaba el título de lord Turnour. Miembro de la cámara de los lores, era una de las fisonomías más conocidas del parlamento.

Algún tiempo después de la muerte de su padre, asistió a un banquete oficial. Uno de sus vecinos, que no había cesado de mirarle durante toda la comida, acabó por preguntarle, a la hora de los brindis:

—Perdone, señor; su cara no me es desconocida, pero no puedo recordar su nombre...

—Soy lord Winterton.

—¡Ah!—exclamó su interlocutor, a quien este nombre no le sugería ningún recuerdo—¿Dónde tenía yo la cabeza? ¡Figúrese usted que, desde que empezó la comida, le tomaba a usted por ese imbécil de Turnour!

TRISTE DESPEDIDA



El pavo al zapallo.—¡Hasta luego, amigo! En el puchero nos encontraremos.

GROS Y LA MARIPOSA

Vió un día el pintor Gros entrar en su estudio a uno de sus discípulos, joven apático que había creído hacer una gracia clavando con un alfiler en su sombrero una mariposa que aún se extremecía angustiosamente. Indignado el artista lo increpó:

—¡Cómo, desdichado! ¿Es ese el sentimiento que sentís por todo lo bello? Encontráis a vuestro paso una criatura deliciosa, y no os acude otra idea que sacrificarla e inmolarla bárbaramente!... ¡Fuera de aquí! ¡Nunca más volváis a presentaros en mi casa!

SOBRETODOS PARA POLLOS

No son prendas de abrigo para esos jovencitos elegantes a quienes se denomina "pollos", en sentido figurado. Son abrigos para pollitos auténticos, que acaban de salir del cascarón. Una graciosa americana, la señora Ferril, que vive en Chicago, emplea un medio muy original para proteger del frío a los polluelos. Muchos de éstos no pueden resistir las bajas temperaturas y mueren apenas nacen. La señora Ferril ha tenido la idea de hacer sobretodos para los pollos, con la franela de que se sirve para sus bayetas de limpieza. Cubiertos con esas prendas los "niñitos de las gallinas" han resistido al frío como unos gallos hechos y derechos. La señora Ferril ha salvado más de 250 entre 300. ¡Ese pueblo de pollos con sobretodo debe de ser cómico y curioso!

CADÁVER QUE SE CONSERVÓ 1800 AÑOS

Unos marmolistas de Roma encontraron el año 1484 una sepultura, cerca de San Sebastián, que tenía la figura de una arca grande: era de una sola piedra, con una tapa que ajustaba perfectamente: dentro hallaron el cadáver de una joven como de 20 años, sacadas todas las vísceras y nadando en un bálsamo precioso. Estaba desnuda y tan fresca como si viviese, conservando la flexibilidad: la llevaron a Roma y la expusieron en el Capitolio, cubriéndola con una sábana de seda; á los tres días se corrompió y tuvieron que quemarla. Por la inscripción se dedujo que el cadáver era el de una hija de Quinto Curcio, el filósofo, que vivió en tiempo de Alejandro, unos 300 años antes de Jesucristo.

EL RESCATE DE LA NOVIA

Entre los canadienses de origen francés que viven en Quebec, existe una costumbre muy curiosa en la ceremonia de las bodas. Realizadas éstas en la iglesia, por la mañana, novios e invitados van en coche de casa en casa, visitando a los amigos y parientes, y al anochecer regresan al templo para asistir a las vísperas. Luego se va la comitiva a casa de los novios a cenar y antes de dar comienzo al baile obligado tras del festín, se pone de pie uno de los convidados y en alta voz, pero con mucha gravedad, pregunta: "¿Qué necesita la señora? ¿Tan pronto es desgraciada?" A lo cual responde la novia: "Me han robado un zapato y no puedo andar". Entonces la agarran entre varios, en la misma silla en que está sentada y la ponen en medio del aposento al tiempo que se presenta un grotesco y fingido vendedor de botas y zapatos viejos que pregona la mercancía a grandes voces, y que en el acto se dedica a probar a la novia todo el calzado que lleva en su cesto, hasta que entre todo aquel maremagnum, encuentra el zapato perdido.

El novio está obligado por la costumbre a pagar bien el servicio, y el dinero que da se gasta en agasajar a los circunstantes.

El pobre recién casado no sólo tiene que aflojar el bolsillo para rescatar el zapato de la novia, sino que si se descuida le quitan su propio sombrero y hasta la capa, que tiene que recuperar por el mismo procedimiento, y menos mal si la broma no llega hasta quitarle la novia, en cuyo caso el precio del rescate es mucho más elevado.

COSTUMBRES CHINAS

La civilización termina sistemática y rápidamente con las características costumbres de la China antigua; una de ellas es la de los ritos funerarios, tan exóticos y raros. Posiblemente, la última de estas grandes ceremonias, realizadas de acuerdo con las prescripciones de los viejos rituales, es el entierro de la princesa Tsin. Esta princesa era hermana del príncipe del mismo nombre, el más autorizado consejero de la dinastía derrocada.

Los funerales fueron magníficos, como correspondían a tan noble dama. El féretro, pesadísimo, fué llevado a pulso por 80 colíes, bajo un palio de seda. Inmediatamente detrás marchaban los sembradores de monedas, encargados de comprar el "derecho de paso" para el cortejo. La muerta se llevaba en el féretro, al paraíso de Buda, sus alhajas y objetos preciosos, objetos de jaspe, lozas y porcelanas, y su servidumbre familiar, representada por dos gigantescas frágiles muñecas de papel y de bambú, que llevaban la taza de te, la tetera y la pipa de su ama.

Llegadas al cementerio, ambas muñecas fueron quemadas, según se hacía antiguamente con los individuos mismos.

Es más que probable que el que nos ocupa sea el último de estos suntuosos entierros, que antes eran más frecuentes.

PÉRDIDA POSTAL



El cartero.—¡Atájenlo, que es una encomienda!

Nuestras encuestas

¿Qué haría usted si fuera muy rico, esto es, si tuviera mucho dinero?

Estaría siempre dispuesta a ayudar a cuantas personas pobres y desdichadas encontrara a cada paso, proporcionándome esto una felicidad inmensa; se me parte el corazón al pensar en tanto desgraciado, cuando en esas noches heladas de invierno me encuentro bien abrigada en mi cama, y ellos, esos pobres infelices, muchas noches pasarán hasta sin comer. Después viajaría mucho, seguiría mis estudios de francés, pintura y música; en lo que menos gastaría sería en lujo, llevaría una vida cómoda, tendría un lindo automóvil e iría continuamente a Buenos Aires.

Jaruma J.

Yo no quisiera ser rico por la ambición de tener mucho dinero, sino para poder recorrer el mundo por entero, tomar parte en todas las diversiones que me fuesen posibles; para poder prestar ayuda a toda persona inspirada de buenos sentimientos; para el progreso económico y moral y para poder ser, en fin, un hombre de los más filántropos.

Luccio.

En primer término pagar todas mis deudas, después ayudaría a mis parientes de escasa fortuna (a los que fuesen dignos de tal favor), proporcionándoles los medios de instruirse y seguir una carrera hasta terminarla y dejarlos bien establecidos. Pero mi verdadero anhelo, si tuviera una fortuna considerable, sería la difusión de la buena prensa. Fundaría un gran diario católico, dotándolo de los millones que fuesen necesarios para que marchase a la cabeza de la prensa mundial. Prestaría mi decidido y eficiente concurso a tanta revista, semanario etc. de principios esencialmente moralizadores que no pueden desenvolver su acción por falta de apoyo; en una palabra difundir la sana y sólida moral basada en la doctrina de Cristo—por medio de la prensa diaria y periódica sería mi constante anhelo, pues considero que haciéndolo así, habría hecho todo el mayor bien posible a la humanidad.

Para mi propio bienestar sólo pediría un modesto capital que colocaría en algún banco y que con sus intereses me viera al abrigo de la miseria en mis últimos años. Nada más.

Provinciana.

Muy fácil de contestar: primero, me compraría una casa-quinta con hermosos jardines y árboles frutales para vivir cómodamente con mis padres y hermanos. Luego compraría un petizito para pasearme por los jardines. Me instruiría, aprendería la música, sobre todo el arpa, que tanto me gusta. Después fundaría asilos y colegios para instruir la niñez. Visitaría todos los teatros y diversiones, valiéndome, para esto, de automóvil. ¿No les parece buena idea?

Anita Lacuara.

Rodear a mis padres y hermanos de todo aquello que contribuya a su felicidad, haría de mi casa una mansión en que la comodidad y la higiene reinasen; la muniría de de una caballeriza en la que colocaría para mí un lindo caballo oscuro; compraría para mi hermano un lindo automóvil. En casa tendría abierto un salón de lectura selecta para que mis amigos y amigas de mi edad se instruyeran y deleitaran. A ellos (a mis amigos) proporcionaría el medio de aprender a dirigir una casa, a cantar, bailar, nadar, jugar al tennis, etc. Costearía un buen dentista a mis conocidas y amigas que no puedan hacerlo. Una buena suma de dinero dedicaría a fundar un instituto de puericultura, en el que las futuras mamás aprenderían cómo se crían hombres bellos, buenos y sanos.

Costearía profesor a las alumnas de curso normal que salieran aplazadas en la Escuela Normal de Maestras de esta capital.

¡Oh! Viajaría mucho, pero mucho, y por último subscribiría a mis vecinas a "El Hogar".

Tales cosas sugiere a mi cabeza de 17 años la idea de que la fortuna pueda ser mi aliada.

Lita de Lin.

Con mi poder de riquezas, honraría a mi patria, dotándola de una poderosa escuadra; reorganizaría el ejército, requisito necesario para que en lo sucesivo fuera una nación respetada y admirada por su grandeza como por su nobleza.

En mi concepto, un país desorganizado, no responde a los ideales del modernismo. El resto de mi fortuna lo emplearía en desarrollar la mente de los niños (los hombres de mañana) para que sacaran el fruto de todo aquello que es accesible a la limitada inteligencia del hombre.

Lorenzo Torres.

Mi mayor ambición sería comprar muchos libros y recibir lecciones de profesores literatos, hasta penetrarme de las reglas preceptivas que rigen al arte de la palabra escrita. El día que, poseedor de este conocimiento, y apelando al escaso don de la Naturaleza con que bajo el punto de vista literato he nacido, diese a luz una inédita composición digna del aplauso de la crítica, sería la realización de mi sueño dorado. Y a partir de este momento, toda mi restante fortuna la destinaría a la instrucción de toda aquella persona que tal anhelase.

En síntesis, mi altruismo estribaría única y exclusivamente, en dotar a la humanidad entera de un vasto campo de erudición.

Arte Soñado.

Una casa confortable y no lujosa, con muchos árboles y muchas flores para la salud de mis chicos.

Un seguro que les reconociera una renta por un tiempo prudencial, para el caso de mi fallecimiento prematuro.

Lo demás, todo lo invertiría en fomentar iniciativas útiles de inteligentes y estudiosos, sin fortuna; en atenderlos con benevolencia, ayudarlos prudencialmente, estudiar sus proyectos y si eran realizables... realizarlos, dejando para sus autores el honor y el provecho.

Aun no vencido.

Mi pensamiento es, si fuera rica toda mi fortuna la distribuiría a los menesterosos. Principalmente haría construir asilos para los pobres mendigos, que tanto me afectan, que pasan los días en la calle pidiendo limosna de puerta en puerta, y recibiéndola a veces de mal corazón, para que así, estos desgraciados tuvieran una vez más un refugio para que nadie les molestara y estuviesen tranquilos hasta su última morada...

M. A. Quevedo Díaz.

Nosotros, los hijos del Omnipotente y vil instrumento de él, no saciamos nunca nuestras ambiciones; siempre deseamos un fin superior al que somos merecedores, pero a la par de esto estamos dotados, la mayor parte, de sentimientos nobles e ideas generosas.

Es muy laudable ansiar siempre una situación superior a la que nos hallamos en el presente, y a este fin me he interrogado un sinnúmero de veces: ¿Qué haría yo si fuera rica?

En mi imaginación han surgido multitud de ideas al hacerme este interrogatorio, de las cuales transcribiré las principales:

1.º Efectuaría un viaje a través del viejo mundo con objeto de admirar sus riquezas.

2.º Auxiliaría a la niñez que marcha por la senda de la vida, sin un guía que dirija sus pasos, sin un ser que fructifique su inteligencia para cuando llegue a una edad en que la lucha por su existencia le sea más llevadera.

3.º Fundaría un hospicio para los seres que llegan a la meta de su carrera, después de tantas luchas con ésta y no son poseedores de un lugar donde transcurrir el último período de vida que les resta.

4.º Sería el brazo fuerte y apoyo de mis padres en su ancianidad, si ellos llegaran a necesitarlo.

La Argentina.

Ambiciosa frase que encierra la preocupación de muchos millones de seres humanos de todas partes del Universo.

Yo, en mi humilde condición monetaria, no anhelo mayormente las riquezas. Pero si la casualidad en forma de hada bienhechora me hiciere rica, educaría esmeradamente mi única hijita, dándole una profesión que fuese útil a la familia y al pueblo.

Practicaría la caridad, socorriendo en silencio a aquellos infelices que verdaderamente lo necesitasen. Y, por último, distraería mi ánimo viajando por la vieja Europa, pues el conocer mundo es una de mis mayores aspiraciones.

Asunción Salsarrea de Tambascia.

¡Ah, si fuese rica o por una de esas casualidades extrañas, la veleidosa fortuna me concediera sus hermosos dones, haría lo que constituyen mis más ardientes deseos.

Me compraría una casa-quinta rodeada de comodidades, un jardín y árboles frutales para que mis queridos padres pudieran disfrutar ratos alegres, después de haber pasado tan malos momentos y horas tan amargas! Y yo, ¡cómo contemplaría ese cuadro encantador!

Quiera Dios que me alcance lo que le pido; y a vosotras, amables lectoras, os ruego que bajo este pseudónimo me contestéis qué es lo que debo hacer.

Potita.

EL TEATRO DE EL HOGAR

A la salida del sol

PERSONAJES: El Amor, Josefina, doña Luz, Mario y don Fausto

PRÓLOGO

El Amor.—Lector, ya me conoces; creo inútil explicarte quién soy. No quiero que me acuses ni me ensalces, porque la venda que mis ojos cubre, hace que cumpla mi misión a ciegas, esta misión de dirigir los frágiles polichinelas de la farsa humana, sin dejar de ser siempre protagonista incógnito... Va a empezar el guiñol: voy a ocultarme para hacer funcionar el mecanismo. Conque, ¡arriba el telón!

ESCENA PRIMERA

(Terraza de la casa de doña Luz: al fondo, corre una barandilla en cuyos hierros se enredan los rosales trepadores moteados de flores menuditas. Entre la verde urdimbre del cobertor florido, asoman, cual pinchazos luminosos, los reverberos de la calle. A un lado se abre la puerta que da acceso a la terraza; al otro lado un pabellón en donde está el observatorio de don Fausto, con otra puerta siempre cerrada y, junto a ella, una ventana amplia con barrotes de hierro torneado, a los que un jazminero se encarga de envolverlos en esa poesía encantadora de las floridas y amorosas rejas. Sobre dos mecedoras columpian su pereza musulmana doña Luz y su hija Josefina; van en traje de casa).



Josefina.—¡Qué aburrimiento! Sí, es una noche hermosa, digna de mejor suerte. Tú ya no te acuerdas de cuando eras joven, mamá. ¡Anda!, y para mayor diversión, te duermes.

Doña Luz.—¡Hija, qué genio más desabrido! ¡Mira que está eso bien a tus años!

Josefina.—Si me hubieses dejado ir a la reunión de las de Reinosa, no me oirías. ¡Siempre encerrada en casa!

Doña Luz.—Eso es: precisamente hoy martes... Dios sabe lo que te hubiera ocurrido; de seguro que te encuentras allí al hijo de don Fausto.

Josefina.—No es para tanto. ¡Qué atrocidad! Bueno que no tengas simpatía por el padre, porque es un poquito grosero...

Doña Luz.—¡Y un hereje!

Josefina.—Sí, algo descreído es; patrimonio de todos los sabios y, especialmente, de los astrónomos como él, pero no por eso creo yo que debes formar la misma opinión del hijo: un muchacho médico...

Doña Luz.—¡Que no te vuelva a oir hablar de ese modo, porque voy a creer!...

Josefina.—Nada, mamá, no te sofoques; ya sabes que ni siquiera le conozco... y, precisamente, tu conducta ha despertado mi curiosidad y ya estoy deseando conocerle.

Doña Luz.—¡Valiente mamarracho! Siendo rubio no puede ser bueno, ya sabes: "hombre rubio y perro perdido, primero muerto que conocido".

Josefina.—¡Bah, qué tonterías! Qué ganas tengo, mamá, de que dejes de ser supersticiosa.

Doña Luz.—Pues ya sabes que sale todo cuanto digo.

Josefina.—Claro, como que todos los días ocurren cosas agradables y desagradables, pero no porque se vuelque la sal, o el aceite, o se sueñe con ropa blanca y se rompa un espejo, y toda esa serie de cosas a las que tú atribuyes lo bueno o lo malo, que ocurre sencillamente por una razón natural.

(Doña Luz se estremece y lanza un grito aterrador; su hija, sorprendida en extremo, busca por todas partes la causa que ha movido el sobresalto y, luego de mirar en torno suyo, al levantar los ojos, le rozan los cabellos y la frente las membranosas alas de un murciélago enorme que revuela ebrio de la blancura luminosa que despide su traje).

Doña Luz.—¡Jesús, María! ¿Qué va a pasarnos? ¿Qué desgracia nos anunciará este bicho?

Josefina.—Vamos, no empieces. ¡Pues vaya un susto que me has dado! Total un murciélago, un animalito como otro cualquiera.

Doña Luz.—No, no; vámonos, y cuidadito no tropecemos en la escalera y nos rompamos una pierna o un brazo.

Josefina.—Pues para evitar el contratiempo lo mejor es seguir aquí: este vientecillo del mar parece que se me lleva la jaqueca.

Doña Luz.—Ya te he dicho que la tienes porque quieres: con echarte en los oídos dos gotitas de agua serenada...

Josefina.—Eso es, pues si tengo que esperar a que se serene el agua, es un remedio rapidísimo.

Doña Luz.—¿Ves?... Lo que te he dicho. Ahí tienes a don Fausto. Mira cómo se acerca la luz por el observatorio.

Josefina.—¡Anda, y que me parece que no sube solo!

Doña Luz. — ¿Y con quién había de subir, con su hijo? Eso quisiera él, pero por más que se ha esforzado aún no ha conseguido hacerle ver las estrellas.

(Por la florida reja aparece la luz que trae don Fausto. Le acompaña su hijo, que ha subido a disgusto, a fuerza de los ruegos de su padre. Por un claro que deja el jazminero entre los hierros de la reja, Mario se asoma a la terraza para ver a la joven. Josefina, que ha notado la idea del vecino, con el mismo deseo, procura con astucia coquetona mirarle sin que nadie la sorprenda y dejarse admirar graciosamente).

Josefina.—(Nada, no es posible verle; y me contraría la ventaja que le da la ocasión, porque detrás de la reja puede mirarme a su antojo sin exponerse a ser visto. Esto de no poder observar el efecto que produce una al hombre que la ve por primera vez, desespera. ¡Aprovéchate, hijo, aprovéchate, que no volverás a verte en otra!)

Doña Luz.—Mira, Josefina, vámonos; empieza a caer el relente y no me sienta bien para el reuma.

Josefina.—Voy, mamá, voy. (Bueno, pues entre una cosa y otra, resulta que ya no puedo pasar más tiempo sin conocerle. Además, ahora estoy en mi derecho: de él ha partido el rompimiento de hostilidades, que yo bien quietecita estaba, sin meterme con nadie).

Doña Luz.—¡Niña!

Josefina.—Vamos, mamá. ¡Jesús, qué prisa!

(Por la puerta que se abre a la escalera desaparecen).

ESCENA SEGUNDA

(En el observatorio de don Fausto. Al fondo un telescopio de grandes dimensiones, como un cañón, enfila su boca amenazante hacia el espacio constelado de puntos luminosos, y parece un gallardo desafío al misterioso enigma de los mundos. Al pie del aparato, don Fausto, en su sillón de gutapercha, acaba de sentarse. Mario está contemplando la terraza por entre el jazminero que se enreda en los hierros de la reja; la visión argentina e inesperada de la graciosa joven, ha tenido a sus ojos la apariencia de un lunático hechizo).

Don Fausto.—¿Qué te parece esto?

Mario.—Hombre, que para darme quince pesetas, hacerme subir cinco pisos nada menos, me parece elevar demasiado los intereses.

Don Fausto.—Yo te aseguro que no te arrepentirás nunca de haber subido.

Mario.—(Por esta noche desde luego que no; ¡vaya


A.Ehrmann

una vecina! ¡Y ésta es la que mi padre no quería que viese yo! ¡Qué preciosidad de muchacha!)

Don Fausto.—Esto de la astronomía es una cosa maravillosa; en cuanto se empieza es imposible dejarlo.

Mario.—Te creo; yo no he hecho más que entrar, ver la primera estrella... y te juro que ya siento una afición irresistible por tu ciencia, y que todas las noches subiré un ratito al observatorio.

Don Fausto.—Eso es pensar razonablemente. Sería una lástima que al faltar yo se perdiesen los conocimientos astronómicos, acaparados a fuerza de estudios, y los aparatos reunidos a fuerza de grandes ahorros.

Mario.—Pero yo emplazaría mi telescopio por este lado de la reja.

Don Fausto.—No, hombre; cómo se conoce que aún eres lerdo en esta materia. Aquí está mejor, a levante, por donde sale la luna y aparece el sol. ¡Oh, si tú supieses lo que es eso! ¿Quieres que nos quedemos a ver amanecer? ¡Te volverías loco de alegría! ¡Qué espectáculo, chico!

Mario.—No, no, otro día. Ya sabes que me están esperando. Anda, dame eso, que no tengo un céntimo.

Don Fausto.—Toma, hombre, pero no te vayas así: siéntate antes y mira, mira Venus, la espléndida Venus.

(Mario no se marcha, y las monedas, olvidadas, brillan sobre el sillón, y el padre bendice los prodigios de su ciencia).

INTERMEDIO

El Amor. — ¡Para qué presentarte escenas que conoces demasiado? Teniendo en mi poder el mecanismo de los polichinelas de esta farsa, lector, ya habrás supuesto que los protagonistas se han visto y se han amado. En cuanto se procura evitar mi contagio y mi presencia, me gozo en presentarme irresistible y vencedor. Pero, como veréis, es todo inútil cuando yo en estas lides intervengo.



ESCENA TERCERA

(Aparece la escena dividida: a un lado el despacho de don Fausto y al otro un gabinete de doña Luz, los cuales habitan en la finca, tabique de por medio. Josefina y su madre, y don Fausto y su hijo, cada cual en su casa, se encuentran conversando de mal talante).

Doña Luz.—No entiendo tu carácter, hija; antes, tan afanosa, cuando en la vida he conseguido hacerte coger la aguja, estabas, cose que te cose, hasta no sé qué hora, porque yo me acostaba siempre sin conseguir que dejases la tarea.

Josefina.—(Porque esperaba que te acostases para subir a hablar con Mario).

Doña Luz.—Y ahora no tienes ganas de coser, ni de salir a paseo, ni de ir a casa de las amigas, ni de subir a la terraza; ¡a tí, que te gustaba tanto subir a la terraza! ¿Qué tienes? ¿Cuál es el motivo de todo eso?

Josefina.—Agradécelo sin conocerle, ya que él favorece tu deseo.

(Doña Luz ha quedado pensativa, procurando acertar lo que su hija ha querido decirle).

Don Fausto.—No, Mario, no hay más dinero. ¿Esto qué es? Veamos: ¿por qué has cambiado de ese modo? Antes daba gusto ver tu vida; todas las noches al observatorio, de palique con las estrella, como digo yo.

Mario.—(No pluralices: de palique con una sola).

Don Fausto.—Y ahora haces una vida más desenfrenada que nunca. Me estás gastando un dineral; todos los días pidiendo sin consideración; por la noche... corriéndola con los amiguitos; por el día durmiendo en casa, y los libros que los estudie el moro Muza. ¿Crees que esto puede seguir así?

Mario.—Pues te aseguro que debes agradecérmelo.

Don Fausto.—Hombre, ten un poquito de dignidad.

Mario.—Si supieses la causa de aquella conducta que tanto ensalzas, te disgustaría más que la vida que ahora me censuras.

Don Fausto.—Calla, chico, calla: bendita causa que producía tan buenos efectos.

Doña Luz.—No comprendo lo que has querido decir.

Josefina.—No hace falta, mamá; lo interesante para ti es que no varíe de conducta, porque sería un motivo que te disgustaría bastante.

Doña Luz.—¡Jesús! ¿Yo querer tu mal? Nunca, hija mía. Pero, explícate, mujer.

Josefina.—Nada, mamá: que no me encuentro bien, que la jaqueca me tiene loca y voy a acostarme.

Doña Luz.—Mira, no seas tonta; haz una vez lo que te aconsejo; esta noche, como noche de San Juan, a la salida del sol, el agua tiene una virtud que lo cura todo; espérate, no te acuestes, ahora amanece muy pronto; subimos a la terraza y, en cuanto asome el primer rayo, te bebes un vaso de agua y verás cómo te sientes otra.

Josefina.—¡A la terraza? ¡Que no, mamá!

Doña Luz.—Hija, si lo digo por tu bien. Mira que no te pesará.

Josefina.—¿Y si te pesara a ti?

Doña Luz.—¡Qué cosas dices! ¿Pesarme el bien tuyo!

Mario.—En eso tienes razón

Don Fausto.—¡Claro!, has perdido la costumbre y con ella la afición a la ciencia. Mira, te doblo la cantidad que me pides si subes esta noche conmigo. ¡Qué maravilla! La noche de San Juan es la noche en que los antiguos celebraban el nacimiento del sol; este día aparece el astro rey más majestuoso, más grande y más esplendente, como si hubiese estrenado un nuevo manto de oro.

Mario.—Bravo! Te agradezco, en nombre del monarca, el elogio lírico que acabas de entonarle.

Don Fausto.—Y como a esas horas la bruja de doña Luz y la tonta de su hija estarán en la cama, abriremos la puerta del observatorio y saldremos a la terraza para ver el sol con toda la amplitud que merece.

Mario.—No insistas, que te va a costar más caro.

Don Fausto. — ¡Si ya sabes que no te niego nada cuando me complaces!

Mario.—Pues esta vez... no subo.

Don Fausto.—Esta vez, subes.

Doña Luz.—Nada nada; voy a preparar un vaso de agua y subimos.

Josefina.—¡Que no subo, mamá!

Doña Luz.—¡Vaya si subes!

ESCENA ÚLTIMA

(Otra vez la terraza. Por levante van abriendo las flores de la aurora sus pétalos de luz. La puerta que da acceso a la escalera, igual que la que da al observatorio, están abiertas descuidadamente; y Josefina y Mario, hablan junto a los hierros del barandal).

Josefina.—¡Ay, Mario, cuánto deseaba este momento!

Mario.—Y, sin embargo, te resistías a subir.

Josefina.—En la firmeza de la resistencia ponemos muchas veces las mujeres el interés del deseo. Pero dime: y tu padre?; ¿y mi madre? ¿Qué va a pasar cuando suban?

Mario. — Nada, alma mía; ellos tienen la culpa de todo esto: cuando nosotros no nos conocíamos, ni poníamos interés en conocernos, ellos se encargaban de despertar nuestra curiosidad, y luego procuraban que nos amásemos evitando que nos quisiéramos.

Josefina.—Mario, por Dios, ya están ahí. ¡Déjame! Yo me voy.

Mario.—Ahora menos que nunca.

(Doña Luz y don Fausto aparecen, cada uno por un lado de la escena).

Don Fausto.—¿Qué es eso?

Doña Luz.—Pero, niña, ¡si me parece mentira lo que estoy viendo!

Don Fausto.—¡Miren, miren la mosquita muerta!

Doña Luz.—¡Grosero! Más valía que educase mejor a su hijo para que se ocupara en cosas mejores.

Don Fausto.—Tiene usted razón, ¡so bruja!

Mario.—Vamos, señores; no creo que haya tanto penable en esto. Y, si lo hubiese, conste que somos nosotros culpables por culpa de ustedes: las culpas de los padres caen sobre los hijos hasta la quinta generación.

Josefina.—Mamaíta, no te pongas así; mira que esta era la causa de mi tristeza. ¿No decías que te interesaba tanto mi felicidad? Pues no la recibas con tan mala cara.

Mario.—Papá, a esta señorita debes el placer de haberme visto en tu observatorio cuantas veces he subido a él, y mi mayor deseo es que Josefina pueda también experimentar los goces que produce tu ciencia.

Don Fausto.—Hombre, eso no está mal, no está mal. Pero, ¿qué hacemos de la vieja?

Josefina.—¡Por Dios, don Fausto!

Doña Luz.—¡Groserote!... Vamos, niña, a casa.

Don Fausto.—Venga usted aquí, señora, y perdone si en un arrebato le he dicho la verdad, sin acordarme de que la verdad amarga.

Don Fausto.—Señora, esto ya no tiene remedio, y ahora a callar, que la maravilla empieza... ¡Ave, Febo!

Julio HOYOS.

La vida íntima, por Rojas

La cena de Navidad



Puede decirse que en todo el mundo cristiano raro es el hogar en que, de una manera o de otra, no se celebra el nacimiento de Jesús a la media noche del 24 de diciembre.



El árbol de Navidad se debe cubrir de juguetes para los niños y artísticas chucherías para señoras y señoritas.



Es la fiesta patriarcal por excelencia.



Se cubren las paredes de ramas de olivo, y una tradición poética dice que todos los jóvenes que pasan bajo sus hojas, reciben un gajo de felicidad.



Se debe ir a la misa del gallo donde, por lo general, cantan artistas célebres.



Al volver de esta misa es cuando se prepara la cena.



Se sientan los invitados alrededor de una mesa deslumbrante de flores y luz.



Por lo regular, se coloca en el centro un chanchito con hojas de lechuga, frutas de la estación, etc.



Las personas católicas cenan de vigilia si lo hacen antes de las 12.



El pavo relleno, pescado y carne, si es después de esta hora.



Para esta noche se guardan los mejores vinos, y el Champaña es de rigor.



De los que no se debe abusar porque se expone uno a pasar en vez de una noche-buena una noche-mala.

De aquí y de allá

La jirafa. — Las jirafas pueden recorrer con su cabeza una línea vertical de seis metros, que es la altura a que alcanzan con la boca cuando levantan el cuello completamente perpendicular al terreno, como se ve a la izquierda de la fotografía. Para llegar al límite mínimo del citado recorrido, es decir, para recoger algo del suelo, la jirafa tiene que abrir mucho las patas anteriores; y no deja de ser curioso que esta costumbre, cuando por primera vez hablaron de ella los viajeros que vieron jirafas en libertad, fué puesta en duda por los sabios que en sus laboratorios no acertaban a comprender la necesidad de tan molesta postura.



El ejemplar que aparece a la derecha de la fotografía da la razón a aquellos viajeros.

¿A qué altura se puede vivir?—El duque de los Abruzzos hizo en 1909 una expedición al Karakoram y al Himalaya Occidental, y en el relato del viaje se consignan las notables alturas alcanzadas por los expedicionarios. Según afirma el "Geographical Journal", el duque organizó la expedición con el fin principal de contribuir al esclarecimiento del discutido problema referente a la altura a que le es posible llegar al hombre en las montañas.

Los viajeros vivieron 37 días a 4.480 metros de altura, después pasaron 17 a 5.490 metros y 9 a más de 6.500 metros.

En su intento de llegar al Pico de Bride, la expedición acampó a 6.858 metros y al día siguiente subió hasta 7.505, situando de este modo el "nivel-humano" a unos 215 metros más arriba que el ascensionista que mayor altura había alcanzado hasta entonces. Si no hubiera sido por una niebla muy espesa que les envolvió, habrían llegado sin dificultad a la cumbre situada a 7.660 metros sobre el nivel del mar.

Lo más notable de todo es que ninguno de los ascensionistas padeció el llamado "mal de montaña" ni sufrió grandes fatigas.

Camino de hierro monorrail.—Este camino de hierro, monorrail, probablemente único en el mundo, existe en Irlanda, y el ingeniero que lo ha construído ha podido realizar en él ensayos muy satisfactorios.

El gran interés del sistema consiste en hacer imposibles los descarrilamientos. En efecto, la locomotora y los vagones están divididos simétricamente y encajan perfectamente como la silla en un caballo.



Los vagones descansan por una pequeña rueda sobre otro rail para evitar el balanceo.

El costo de construcción de este camino de hierro es mucho menos costoso que el de una vía ordinaria, y los trenes pueden alcanzar velocidades mucho mayores.

El monorrail irlandés ha alcanzado a marchar a 125 kilómetros por hora, sobre la alta vía y en la forma que indica el grabado.

Los animales conocidos.—El número total de animales conocidos y descritos es más de 400.000. Sólo de insectos, hay más de 280.000 especies, 120.000 coleópteros, 50.000 lepidópteros, 38.000 himenópteros. Pájaros hay cerca de 13.000 clases. El número de peces pasa de 12.000, y el de los reptiles de 8.300.

Artagnan

A decir verdad, Artagnan, el más famoso de los famosos mosqueteros de Dumas, no es enteramente un héroe creado por la fantasía del literato; su carácter, los puntos principales de su historia y aún algunas de sus aventuras están tomadas de la historia verídica de Carlos de Baatz de Castlemore, conde de Artagnan. Pero ¿con qué personaje de novela no ocurre lo propio? ¿Habrá novelista que no haya copiado en su protagonista el tipo, el carácter o las aventuras de algún personaje real, ya sea famoso, ya de él sólo conocido? La realidad da al literato el tipo original, a grandes rasgos bosquejado, al literato toca luego desarrollar este tipo, y al hacerlo, resulta un verdadero creador, aunque, como todos los creadores humanos, haya necesitado para su creación una primera materia.

El conde de Artagnan, hijo de Francisca de Montesquieu y de Beltrán de Baats, y que murió heroicamente en Maestricht es, en este caso, la primera materia; Artagnan, el intrépido y belicoso mosquetero, compañero inseparable de Athos, Porthos y Aramis, es el producto elaborado por la fantasía del novelista. Y la verdad es que el héroe de "Los tres mosqueteros" es muy superior a su original. Verdadero compatriota de Enrique IV, bravo y astuto como un gascón, entra en París sin un cuarto y llega a atreverse con el mismo Richelieu, gracias a los prodigios de audacia y de habilidad que con sus tres amigos lleva a cabo.



Es imposible narrar aquí, con todos sus detalles las aventuras todas del mosquetero casi siempre resueltas a cintarazos. Contentémonos pues con recordar el episodio más saliente de su vida.

Ana de Austria, en un momento de debilidad, ha dado a Buckingham, el insolente privado de Carlos I de Inglaterra, un collar de diamantes. Luis XIII, aconsejado por el sagaz Richelieu, ordena a la reina que se adorne con esta joya en un baile que se prepara en la corte, y los cuatro mosqueteros, Athos, Aramis, Porthos y Artagnan, viendo en entredicho el honor de su reina, parten decididos a buscar la alhaja en Inglaterra. Los tres primeros, sin embargo, son detenidos en el camino. Artagnan es el único que consigue vencer todos los obstáculos, que llega a la corte inglesa, que rescata la prenda cuya presentación exigía el rey de Francia y que salva a su reina, confundiendo al cardenal.

En esta empresa ha encontrado Artagnan un adversario temible, y ese adversario es una mujer, modelo el más acabado de perversidad. Esta mujer, agente secreto de Richelieu, incurre en el delito de bigamia, envenena a su segundo marido, trata de asesinar al mosquetero que ha descubierto su secreto, induce al fanático Feljon a dar la muerte a Buckingham, y acaba por envenenar a la mujer que ama Artagnan. El héroe es casi impotente ante este cruel enemigo; para los hombres que le estorban el paso, tiene su espada; contra la mujer, nada puede. Sólo cabría el asesinato, y Artagnan no es asesino. La terrible dama cae, sin embargo, en poder de los cuatro amigos inseparables y éstos, reunidos en tribunal secreto, la condenan a muerte.

Esta historia del collar, con las aventuras con ella relacionadas, son absolutamente hijas de la fantasía de Alejandro Dumas. Constituyen, por consiguiente, el más glorioso episodio de la historia del Artagnan novelesco, del creado por el literato.

Que es, después de todo, el Artagnan conocido de todo el mundo; porque lo cierto es que si no se le hubiera ocurrido a Dumas, en un buen día de inspiración, ponerse a escribir "Los tres mosqueteros", maldito si se hubiese nadie preocupado de que en Francia hubiera existido o dejado de existir, allá en los días calamitosos de Mazarino y Richelieu, un conde de Artagnan auténtico, ni de sus aventuras y trapisondeos, ni de su heroica muerte en el famoso sitio de Maestricht, mandando el fuego de sus mosqueteros.

El tipo creado por Dumas ha tenido, naturalmente, la fortuna o la desgracia de pasar del libro al teatro, quedando, como todos los grandes personajes de novela, desvirtuado y empequeñecido en las tablas. Desde el melodrama a la opereta, los mosqueteros han desfilado varias veces por los escenarios. ¿Quién no recuerda la célebre opereta "Los Mosqueteros"? Su música retozona la cantaron nuestros antepasados y aún la cantan algunos al oir las operetas al uso corriente.

Mundo pintoresco

Semáforo para carruajes.—Hace algún tiempo ya, se habían establecido en distintas capitales de Europa quioscos de señales para facilitar la circulación de carruajes y descongestionar el tráfico, pero, el tiempo demostró su poca utilidad.

La idea ha sido nuevamente estudiada y simplificada por un estudioso americano y aceptada por la municipalidad de Filadelfia.

Es una varilla de hierro, a cuya terminación están colocados dos brazos que llevan en letras negras sobre fondo blanco la inscripción "Closed" (cerrado), que los cocheros y chauffeurs pueden distinguir a una distancia de 50 metros.



El agente de facción no tiene más que apoyar el pie sobre una palanca para cambiar la posición de los brazos. Los conductores saben así, de lejos, en qué dirección está interrumpida la circulación.

Quemando grasa humana.—Cuéntase que el emperador Nerón era gran aficionado a las iluminaciones y mandaba quemar hombres vivos untados de pez y de resina para iluminar los jardines de su palacio.

Un periódico médico de Bélgica cita un hecho menos cruel, pero bastante macabro. Según parece, en los comienzos del siglo XIX, la mayor parte de las velas que se vendían en París estaban hechas con grasa de los cadáveres que se sacaban de las salas de disección de la escuela de medicina.

Los mozos de la escuela explotaban la grasa, y para que no se derritiera demasiado de prisa, la mezclaban con sebo de cerdo y de carnero.

Las velas que lucieron en las iluminaciones de 1810, con motivo de la boda de María Luisa y Napoleón, procedían de la escuela de medicina. Tan escandaloso tráfico no se descubrió hasta 1813. A los culpables se les castigó severamente, pero, no se divulgó el hecho para evitar la indignación de los parisienses.

En Viena acaba de morir un señor que ha dejado 250.000 pesos destinados a la fundación de un hospital para niños.



Este señor, llamado en vida José Spitzberger, estaba considerado como un avaro. Durante muchos años habitó en una pequeña habitación en la que jamás hizo gasto de luz. Su alimento consistía en pan seco y te sin azúcar.

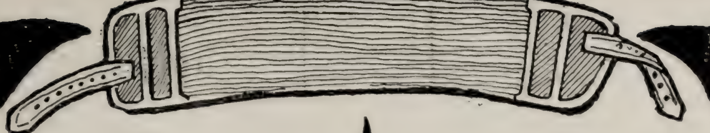
Ante las críticas de sus amigos, siempre contestaba:

—Ustedes se divierten gastando; yo gozo con el ahorro.

Hoy bendicen su nombre infinidad de madres.

Concurso original. — En la playa del Club de natación "Barcelona" se realizó un curioso concurso de nado en que los concurrentes se presentaron vestidos para lanzarse al agua. Se inscribieron varios nadadores vestidos respectivamente con traje de paseo, de mecánico, de etiqueta, de jockey, de labrador, de gomoso y de bailarina.







Poesías infantiles (Para recitar)

El tartamudo

Allá en los antiguos tiempos,
en la renombrada Grecia,
siempre que el pueblo acudía
a la gran plaza de Atenas,
a oir a los oradores
sus más brillantes arengas,
un chico desarrapado,
dejando juegos y fiestas,
iba a escuchar los discursos
mezclado a la gente seria.
Tanto le chocó a la gente
del muchacho la rareza.
que le preguntó un anciano:
—¡Chiquillo, por qué no juegas
como los otros, y vienes
donde el pueblo se congrega?
¿A ti qué te importan estos
asuntos y cosas nuestras?
¿Qué entiendes tú de gobierno
ni de la paz ni la guerra?
¿Te divierten los discursos?
Y el niño con la cabeza
afirmó dos o tres veces.
—¿Por qué respondes con señas?—
dijo entonces el anciano,—
¿acaso no tienes lengua?
Nueva afirmación del chico
lo mismo que las primeras.
—Pues habla si no eres mudo.

Y el muchacho, haciendo fuerza
para pronunciar, repuso:
—Es que-que me-me cu-cuesta
mu-mucho tra-tra-trabajo.
Al anciano le dió pena,
y haciéndole una caricia,
le dijo:
—¿Estudias las ciencias
o las artes? Ya presumo
que tienes inteligencia,
cuando gustas de discursos
en la corta edad que cuentas.
¿Qué vas a ser?
Y el muchacho
respondió con ligereza:
—¡Orador!
—¿Pero estás loco?
¿Orador con esa lengua?
Y todos los que le oyeron
rieron a boca llena.
Se fué el muchacho corrido
de aquella risa tremenda,
casi descorazonado
y fué a una playa desierta,
y como allí no le oían
y no le daba vergüenza
de hablar tartamudeando,
comenzó a exhalar sus quejas,
entre el rumor de las olas
que rompían en las peñas.

Oyó el niño con asombro
su propia voz que era recia,
y sonora y parecida
a la que oyó en las arengas,
y desde entonces solía
pasarse allí horas enteras,
arengando al mar y al viento
con gran énfasis y fuerza.
Un día ideó meterse
en la boca algunas piedras
menudas que el oleaje
dejaba sobre la arena,
y haciendo esfuerzos titánicos
llegó a pronunciar con ellas
las palabras que quería,
logrando de esta manera,
a fuerza de gran constancia,
dominar la resistencia
de su boca y hablar claro,
fuerte y con lengua bien suelta.
Buscó entonces al anciano,
le dió de sus trazas cuenta,
y con asombro de todos
llegó a tener elocuencia.
Aquel niño era Demóstenes
que consiguió fama eterna,
pues fué de los oradores
más famosos de la tierra.

CHIRÓN.

EL MÉDICO EN CASA

Catarata.—La catarata es como el "camote" o sea el amor "borrical": produce la ceguera.

Y, bien que haya dicho un hombre de buen humor, que para lo que hay que ver en este mundo, más vale cegar, es lo cierto que todo el mundo quiere "vivir para ver". Ya elevadas, ora rastreras, cada mortal "se lleva sus miras" y sólo a la fuerza se resigna a vivir sin poder "echar el ojo" (o los dos) a tal cual buena moza que le alegre la "vista".



Aquello de "ojos que no ven, corazón que no llora" es cierto a medias, nada más.

En fin, la importancia de la vista es bastante apreciada por la gente, y no es preciso demostrar sus excelencias. La vista es uno de los cinco sentidos que debe tener la mujer y de los seis que debe tener el hombre (contando el sentido común, el cual no le hace falta a la mujer).

La persona a la cual "le falta un sentido", desmerece ante los ojos de la sociedad.

La catarata es una de las enfermedades más temibles, por todo lo dicho, y porque no se cura con remedios. No hay más remedio que poner los ojos en manos del oculista-operador.

¡No es nada lo del ojo!

Catarro pulmonar.—Tos crónica, acompañada de esgarros más o menos abundantes. ¡Valiente compañía!

El catarro entiende la cortesía al revés de lo que prescriben las reglas de la educación y la diplomacia: respeta menos a las personas mayores que a la juventud.

Por eso, cuando una persona, ya madura y en sazón de acatarrarse, tiene el mal gusto de toser, debe procurar rejuvenecerse. Y como eso es imposible, se contentará con hacerse la ilusión de que ha vuelto a la edad infantil.

De ahí, el régimen de la lactancia y el aceite de hígado de bacalao.



La nodriza del adulto acatarrado, lo mismo puede ser una respetable vaca que una cabra gentil o una desgraciada burra, obligadas a repartir con los enfermos de catarro la ración de sus respectivas crías (terneros, cabritos o buches).

La leche de estos animales cura o alivia los catarros y alimenta.

Evítese que la leche sea adulterada. ¿Cómo? No hay más que un medio seguro: Tomar la leche directamente de la ubre por más que no sea muy cómodo.

En cuanto a la cura de los catarros por medio de drogas es bastante problemática. Los médicos suelen no dar importancia a las toses jóvenes, o sea las primeras que empiezan a molestar al paciente y personas

El médico en casa

que le rodean. Y cuando el catarro llega a hacerse crónico, los médicos de buena fe sólo recetan algunas pastillas para entretener el paladar y una buena dosis de paciencia al paciente.

Catarro de la vejiga.—Este catarro es bastante molesto, pero muy silencioso. No se oye toser a la vejiga. Produce dolores. El individuo que lo padece es como un barco viejo: hace aguas con frecuencia.



Contra lo que algunos pudieran suponer, el catarro de la vejiga no se cura con "vejigatorios". Las infusiones de lino y otras análogas, alternadas con baños "templados", suelen devolver el estado normal a la "destemplada" vejiga. Una alimentación sana y ligerita es siempre favorable para la curación y la economía doméstica.

Procúrese tener el cuerpo abrigado y no dedicarse a pescar ranas ni a otro deporte que pueda proporcionar humedad a los pies.

Ciática.—Se llama así la enfermedad que produce un dolor agudo en el nervio ciático. No tiene nada de agradable, ni mucho menos, este dolorcito, y es uno de los tantos que se presentan ellos solos, sin introductor de embajadores, y se van cuando les parece, sin obedecer a ruegos amables ni intimaciones contundentes. Los remedios indicados suelen ser unturas y vendajes. No diré yo que ellos sean completamente inútiles, pues hay casos en que después del tratamiento desaparece el dolor. El tiempo que dura la curación varía desde ocho a ocho mil o más días.

Depende de... ¡vayan ustedes a saber de lo que depende!

Cólera.—Hay que distinguir entre el cólera y la cólera, pues no es lo mismo un colérico que un encolerizado.

Al que "monta en cólera" se le puede hacer "apear" con buenas razones o con una paliza. El temperamento a seguir depende del "temperamento" del paciente en cada caso.

El cólera, por el contrario, no se cura con razonamientos ni con un garrote.

Esta enfermedad produce vómitos y evacuaciones abundantes, y cuando el enfermo ha echado ya la última papilla, lo mejor que puede hacerse con el pellejo y la armadura es reducirlo a cenizas en un horno crematorio.

Por ese medio sencillo se logra el descanso del paciente y se contribuye a evitar la propagación del cólera.

Eso es lo más importante en el tratamiento del cólera, evitar que se propague.

El cólera es un mal vecino y toda descortesía con él no basta generalmente para impedirle la entrada cuando llama a una puerta. Sin embargo, hay que echar llaves y cerrojos hasta donde sea posible.

Los gobiernos son los primeros obligados a tomar medidas sanitarias, por lo cual es muy importante para un país tener gobierno.



Y como hay países que no lo tienen, o que mejor sería que no lo tuvieran, se impone el esfuerzo de cada habitante para la preservación individual.

Preservarse del cólera es tan difícil, casi, como preservarse de los malos gobiernos. Ambos males se combaten con opuestos sistemas. Contra el cólera tiene mucha importancia el no cometer "excesos" de ninguna clase mientras que, por el contrario, los "excesos" de toda clase pueden derribar un mal gobierno.

SERRUCHO.

Dib. de Cortafierro.

Notas extrañas

El mayor pozo de petróleo.—Pocos pozos de petróleo habrá en el mundo que hayan causado tanta ansiedad a sus propietarios y a sus vecinos como el gigantesco surtidor que reproduce la fotografía.

El pozo, que se supone el más grande del mundo, fué descubierto en las inmediaciones de Beaumont (Tejas, Estados Unidos). Al acabarse la perforación saltó un chorro de petróleo que llegaba a 60 metros de altura y que arrojaba más de tres millones y medio de litros cada veinticuatro horas.



Al cabo de unas cuantas semanas se formó un gran lago del valor de muchos miles de pesos oro, y fué preciso hacer un dique de seguridad.

Caridad. — Entre las anécdotas que se refieren al gran cardenal Borromeo, se cuenta la siguiente: una vez llegaron varios visitantes al palacio de la familia Borromeo, entre los cuales se hallaba el cardenal Julio, a quien el anfitrión enseñó el palacio de punta a cabo. El visitante recorrió en silencio la mansión, y al salir, exclamó:

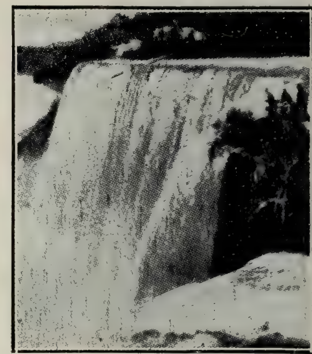
—Eminencia, he pensado que la suma gastada bien pudo haberse repartido entre los pobres.

—Pues nuestras ideas de caridad, difieren — le replicó Borromeo.—Yo pago a los pobres según su trabajo, y su eminencia según su holgazanería.

Un milagro de equilibrio.—Hace algún tiempo se presenció en las cataratas del Niágara el curioso caso que reproduce nuestra fotografía.

Un madero de longitud suficiente para servir de mástil de un barco cayó al agua desde uno de los grandes almacenes de maderas de Tonwanda, pasó por los rápidos, sorteó todos los escollos que halló en su camino, se libró de quedar detenido en las muchas islas que hay en el río, y cuando iba a caer por la catarata quedó cogido entre las rocas, y a pesar de la tremenda presión del agua permaneció inmóvil en la posición en que aparece en la fotografía, permaneciendo así varios días hasta que aumentó el caudal del río y las aguas lograron arrancarlo.

En aquellos días acudió mucha gente a ver el curioso espectáculo.



Anécdota de Bismarck. — Cuando éste visitó en 1862 a París, como embajador prusiano:

—Nunca he oído a un alemán hablar francés como a vos —le dijo el emperador en la primer entrevista.

—Gracias, sire— replicó Bismarck; — en cambio, yo nunca he oído a un francés hablar francés como a vuestra majestad.

El emperador había hablado con un ligero acento alemán.

El planeta Venus. — En Venus no existen zonas templadas. Durante el curso del año este planeta goza de un clima tropical. El año es mucho más corto; tiene doscientos treinta y un días de Venus o sean doscientos veinticuatro días de la tierra.

Los animales y plantas deben estar organizados de manera conforme a una vida que pueda continuarse en los polos y en el ecuador en el mismo año. La atmósfera de este planeta es mucho más densa que la de la tierra, lo que modera un tanto los cambios bruscos de la temperatura.

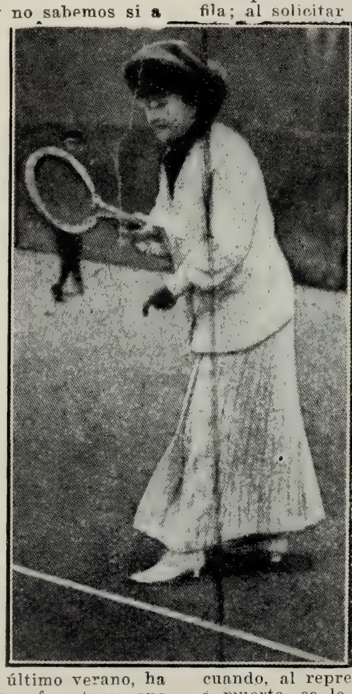
La rápida sucesión de las estaciones debe ocasionar vientos y tempestades de gran violencia.

La decana del tennis

No pasa día sin que un médico o un sabio cualquiera no encuentre una nueva fórmula para conservar la salud y alargar la vida.

Esas fórmulas valen lo que valen, y no sabemos si a ellas se someten los crédulos; pero, en la mayor parte de los casos, no tienen más que un interés de curiosidad y se contenta uno con leerlas.

Es difícil dar la receta infalible para prolongar la existencia y vivir en plena y continua salud; pero la observación de algunos hechos lleva a muchos higienistas a dar un consejo: "Ejercitaos en los sports". El "sport"—dicen— es la clave de la salud. En la práctica de los "sports", más que en las recetas del doctor, es donde reside el secreto de la longevidad.



El ejercicio constante vigoriza el organismo y lo mantiene en un estado de agilidad admirable. El reposo de los músculos los atrofia y retarda, poco a poco, sus funciones, hasta llegar a la paralización.

Madame Deschamps, cuyo retrato publicamos, lo ha comprendido así. Tiene 84 años y se la ve con la raqueta en la mano, siempre en disposición de jugar un partido de tennis. Fué siempre idólatra de los juegos y ejercicios físicos y se la consideró como una "campeona" del cricket, del golf y de otros "sports"; pero, su favorito fué en todo tiempo el tennis. No ha dejado de jugarlo ni un día, y hoy, a su avanzada edad, vence a sus competidores, como en los mejores días de su juventud.

Así ha conservado un vigor y una agilidad, que raras veces puede hallarse en una persona que ha pasado de los ochenta. Mme. Deschamps, este último verano, ha causado la admiración de los bañistas y forasteros que han acudido a la famosa playa de Touquet, donde, en el curso de una interesante partida de tennis en que tomó parte, fué impresionada la placa que reproducimos en el grabado.

El partido estaba formado por aficionados de primera fila; al solicitar tomar parte en él, alguno de los socios intentó disuadirla; tales razones dió para que se la admitiera que no hubo más remedio que transigir.

A poco de desarrollarse la partida de tennis, los aplausos confirmaban a la jugadora como una campeona de nota. Mme. Deschamps ha dedicado desde niña varias horas a los ejercicios físicos, y se cuenta haber estado en peligro de perder la vida en diferentes ascensiones alpinistas.

Una alimentación sana a base de carne y leche ha contribuido a que Mme. Deschamps conserve la naturaleza tan entera que hoy le admiran los aficionados al tennis.

Nos recuerda esta señora por su vitalidad poderosa y sus vigores jóvenes jamás desmentidos, otra persona, a quienes los franceses llaman "la divina" y que parece haber conocido el elixir de Juvencia.

Nos referimos a Sarah Bernhardt que aún guarda para sus auditorios de Londres y París, en su cuerpo, la flexibilidad de un cuerpo de veinte años. ¡Y a fe que el paralelo no es tan descabellado!

Mme. Deschamps, ha estado constantemente animada del espíritu inquieto del globe-trotter, y no hay ejercicio que no haya buscado para solaz de sus músculos. Sara Bernhardt ha viajado por América, ha realizado innumerables "tournées", y quizás haya tenido necesidad de un violento esfuerzo para inhibir a sus músculos de un gesto de rebeldía, cuando, al representar ante un auditorio de condenados a muerte, se le haya ocurrido, que tanta cabeza capaz de concebir lo bello, desaparecerían en breve, para satisfacción de la vindicta pública.

El número 13

HACE algún tiempo que la suerte, en cuyos brazos me entrego sin oponerle nunca la más pequeña resistencia, me llevó al gran casino de Monte Carlo. Hacer una descripción de aquel suntuoso edificio, sería cosa punto menos que imposible, sobre todo, disponiendo de poco espacio para ello; y por esta razón voy a limitarme al relato de lo que más fuertemente me impresionó durante mi estancia en la "Côte d'azur".

Al comenzar todos los días las sesiones de la ruleta, veía yo un anciano de cabellos blancos, ojos azules, de profundo mirar; andar lento, delgado de cuerpo y elegantemente vestido, siempre de negro, que invariablemente tomaba asiento a la derecha de uno de los paleteros, y que sin arriesgar en el juego un solo luis, permanecía horas enteras siguiendo con la mirada los saltos que daba la bolita de marfil antes de quedar inmovil dentro de una de las casillas.

Al principio, creí que sería uno de tantos "martingaleros" que después de estudiar profundas combinaciones pierden su dinero con la mejor buena fe del mundo; pero cuando vi que ni llevaba tarjeta, ni sacaba la cartera y que pasaba el tiempo como sugestionado por la rapidez vertiginosa de aquella esferita que giraba y giraba llevando a unos rostros la alegría y la desesperación a otros, comprendí que en aquel anciano había algún misterio y que su constancia obedecía a algo.

Tanto despertó mi curiosidad, que pregunté a todo el mundo, hasta que un día, estando en la "salle de conversation" interrogué a un viejo dependiente del casino que me dió la explicación siguiente:

Ese caballero que viene todos los años en la misma época y que permanece aquí dos meses justos, es un lord inmensamente rico y que acude a Monte Carlo, como una madre cariñosa o un amante melancólico van a rezar y a poner flores sobre la tumba del hijo querido o de la mujer adorada, cuyo recuerdo vive perenne en el alma.

Ese anciano tenía en el mundo un solo amor, demostrado con la tranquilidad que se traduce en todos sus actos, pero no por eso menos intenso.

Todos los afectos de su corazón, todas las ternuras de que su alma era capaz, habíalas reconcentrado y acumulado en un solo ser.

Su hija. Era esta una criatura angelical, rubia, con ojos grandes, azules, muy parecidos a los del padre; su mirada acariciaba, su palabra sonreía, y las pocas veces que una risa franca aparecía en sus labios era una carcajada sonora y vibrante como los chorros de agua cuando caen en el pilón de la fuente. A los diez y seis años, Kety enfermó y el lord la trajo aquí para que se distrajese, cuando ya las eminencias médicas la habían desahuciado.

A la niña la divertía mucho jugar a la ruleta y siempre se sentaba en ese sitio que ahora ocupa el padre. El anciano se acomodaba a su lado, limitándose a dar o tomar el dinero que Kety ganaba o perdía.

Al tercer año de venir a este país, la joven no era más que una sombra poco menos que intangible y un día, al incorporarse para cobrar un pleno de 10.000 francos que había ganado en el número 13, cayó sobre la mesa quedando su cuerpo inmóvil, sus ojos fijos en el número de la suerte y las manos crispadas sobre el tapete verde.

Desde entonces, el anciano Lord llega a Mónaco todos los años en la misma fecha y ahí se pasa horas y días pensando en su hija.

¡Quién sabe si reza!

¡Quién sabe si llora por dentro, con lágrimas que caen en el corazón y que son las más amargas!

¡Quién sabe qué pensamiento angustioso ondea en el inmenso mar de sus recuerdos, mar interior hondo y triste, mientras a su alrededor, con la más fría solemnidad, levanta su oleaje un océano de oro!



El Barón de STTOFF.



Las alumnas señoritas Juana Moraco, María Teresa Estévez, María Carmen Ferrari, María Esther Balbí, Florina R. Boero, María Esther Miñaur, María Catalina Vignole, y María Emilia Mistó, egresadas este año de la Escuela Profesional número 1

Los globos del progreso

El globo terráqueo, esa tangible imagen de nuestra Tierra, es un invento antiquísimo para ayudar, primero a los estudiosos y luego a los colegiales, a conocer la situación de los continentes y océanos y las ciudades importantes.

Pero los globos de esta especie, o sea del sistema simplemente escolástico, hoy no bastan, y una turba de inventores se ha dedicado a mejorarlos y, hasta el límite de lo posible, a completarlos. Se explica perfectamente. Las relaciones comerciales de hoy ya no son las de cien años atrás, y ni siquiera las de hace medio siglo. El maravilloso progreso de los medios de comunicación han permitido a los hombres de comercio extender una vasta red de negocios, no ya entre su nación y la fronteriza, sino con los centros más importantes de América, Asia y Africa, de la Australia, y también con los pueblos menos conocidos y más pequeños. Hoy no es raro el caso de un comerciante de Milán, pongamos por ejemplo, que tenga relaciones mercantiles con una casa del Tibet, o de un industrial de Barcelona que tenga representantes en Melbourne. Y es lógico, por lo tanto, que esos hombres de iniciativa deseen tener a la vista, en un momento dado, los datos que precisan para una determinada expedición de mercaderías, o sea para calcular los días que se emplean en el viaje, los posibles retardos causados por los escasos medios de transporte o, sencillamente, para conocer las condiciones climatológicas y locales de cada región.



Todos estos datos se encuentran, es verdad, en los libros, pero muchas veces se necesitaría leer media biblioteca para averiguar la más pequeña cosa, y se sabe que los hombres de negocios tienen por lema: "el tiempo es oro". A simplificar las cosas ha venido el invento de un globo especial que, después de haber indicado los continentes y los mares, señala todas las líneas marítimas que recorren los buques, todas las líneas ferroviarias, todos los cables telegráficos y hasta la distribución de los principales consulados europeos.

Las líneas que indican las rutas de los navíos son de catorce formas para precisar la nacionalidad de cada una. Sobre el globo están señalados, además, los bancos de arena, los escollos, los faros, los puestos comerciales, las estaciones carboníferas, con los datos más recientes y precisos para indicar la extensión y la importancia de cada localidad. Está también marcada la profundidad de los distintos mares. Otras señales especiales indican después la frecuencia de los terremotos en una región determinada, las trombas marinas, las corrientes oceánicas, los vientos tempestuosos, los témpanos o icebergs. Cifras minúsculas dan la población de todos los centros, mientras un semicírculo giratorio, que indica las millas y los kilómetros, ayuda a encontrar la vía más breve entre un puesto y otro. ¿Se puede desear más?



Para los que necesitan conocer rápidamente alturas y profundidades de montañas y mares, hay un globo cuyos relieves y ranuras, exactamente calculados, suministran esos datos, hasta el punto de marcar el aspecto del fondo del mar. Otro globo ingenioso, construído en conexión con un reloj, gira sobre su eje, dando la vuelta completa en veinticuatro horas. Una escala que gira alrededor de la línea ecuatorial permite determinar la hora precisa de un punto cualquiera de la tierra comparándola con la hora marcada en el reloj.



De la conversación

Ambas manos deben tomar parte en la acción cuando uno conversa; pero si la izquierda puede mantenerse inmóvil, especialmente en una conversación llana y sencilla, no sucede así con la derecha, la cual debe acompañar la enunciación de casi todas las ideas. Y téngase presente, que de todos los movimientos, los de las manos son los que menos pueden exagerarse sin dar una muestra de poca cultura, y sin comunicar a toda la persona un aire tosco y enfadoso.

Son actos vulgares e inciviles, el remedar en la conversación a otras personas, imitar la voz de los animales o cualesquiera otros ruidos, hablar bostezando, ponerse de pie en medio del discurso, hablar en voz baja con otra persona en una conversación general, y sobre todo, tocar los vestidos o el cuerpo de aquellos a quienes se dirige la palabra. La mujer que tocase a un hombre, no sólo cometería una falta de civilidad, sino que aparecería inmodesta y desenvuelta; pero aún sería mucho más grave y más grosera la falta en que incurriera el hombre que se permitiese tocar a una mujer.

Dirijamos siempre la vista a la persona con quien hablemos. Los que tienen la costumbre de no mirar a al cara de sus oyentes, son por lo general personas de mala índole o de poco roce con la gente; y es además de notarse que así pierden la ventaja de conocer en los semblantes las impresiones que producen sus razonamientos.

Cuando tomemos la palabra en una conversación general, dirijámonos alternativamente a todos los circunstantes, con un juicioso discernimiento de los pasajes del discursos que a cada cual pueden ser más interesantes. Pero en estos casos habrá siempre una persona en quien deberemos fijarnos más frecuente y detenidamente, y esta será, con la preferencia que marca el orden en que van a expresarse, una de las siguientes: 1.°, la persona con quien sostengamos un diálogo; 2.°, la que de cualquier modo nos excite a hablar, menos cuando sea pidiéndonos la relación de un hecho que ya conoce, para que la oiga otra persona, pues entonces será ésta la preferente; 3.°, la señora de la casa; 4.°, el señor de la casa; 5.°, la persona de la reunión con quien tengamos mayor amistad.

Usemos siempre de palabras y frases de cumplido, de excusa o de agradecimiento, cuando preguntemos o pidamos algo, cuando nos importe y nos sea lícito contradecir a una persona, y cuando se nos diga alguna cosa que nos sea agradable; como por ejemplo, "sírvase usted decirme, tenga usted la bondad de proporcionarme, permítame usted que le observe, dispénseme usted, perdóneme usted, doy a usted las gracias, etc.". Pero no sembremos demasiado la conversación de estas expresiones, sobre todo cuando no hablemos con señoras, lo cual la haría empalagosa y fatigante, y manifestaría estudio y afectación, donde el principal mérito consiste en la sinceridad.

Es una costumbre incivil y ridícula, y que hace la conversación sumamente pesada y desagradable, la de interrumpirse a cada instante para dirigir a la persona con quien se habla, las preguntas "¿está usted? ¿comprende usted? ¿me entiende usted?" y otras por el estilo.

Cuando hablemos con señoras, con personas de poca confianza, o con cualquiera que por su edad y demás circunstancias sea superior a nosotros, no contestemos nunca "sí" o "no", sin añadir las palabras "señor" o "señora".

Debemos anteponer las palabras "señor" o "señora" a los nombres de las personas que mencionemos en la conversación. Los que adquieren la costumbre de omitirlas, no saben, sin duda, cuán grave es la falta en que incurren, ni cuánto se deslucen ante las personas sensatas y bien educadas que los oyen. Sin embargo, la igualdad en la edad, unida a una íntima confianza, podrá a veces autorizarnos para omitir aquellas palabras; pero en esto debe guiarnos siempre la discreción, pues hay ocasiones, como cuando hablamos en un círculo de etiqueta, en que semejante omisión es absolutamente injustificable.

Delante de personas que no sean de nuestra misma familia, o de nuestra íntima confianza, no hagamos jamás mención de nuestros padres, abuelos, tíos o hermanos, sino por las palabras "mi padre, mi madre, mi abuelo, mi abuela, mi tío N. de N., mi hermano N.". Y cuando hayamos de referirnos a uno de nuestros parientes más cercanos que esté investido de algún título, abstengámonos de expresar éste al nombrarle.

Es vulgar e irrespetuoso, siempre que no se habla con personas de íntima confianza, el uso de la palabra "hombre" en la conversación, ya como vocativo, ya como interjección o ya como parte expletiva del discurso.

Tampoco están admitidos en la buena sociedad los refranes y dichos vulgares, las palabras y frases anfibológicas, y toda expresión cuyo sentido sea obscuro y pueda conducir a los oyentes a diversas aplicaciones y conjeturas. El hombre culto apenas se permite uno que otro donaire, uno que otro equívoco presentado con gracia, oportunidad y discreción, y cuya ambigüedad no haga fluctuar un solo instante el juicio de sus oyentes; aunque jamás cuando se encuentra en círculos de etiqueta, o donde hay alguna persona con quien no tenga confianza.

Cómo se forman hombres

La lectura, es, ya lo hemos dicho, la ayuda más preciosa quizás, del desarrollo intelectual del niño. Es seguro que el niño que siente afición por la lectura, pronto hará rápidos y grandes progresos: de manera que hay que satisfacer esta afición, y nada contribuye mejor a esto, como la lectura en alta voz y comentada. Primeramente se verá si el niño comprende todo lo que lee, y en seguida podrá hacérsele comprender cosas que no había penetrado. Un autor no confía al papel más que los resultados de sus reflexiones. Guarda en su espíritu la multitud de hechos, de ideas, de razonamientos y de ensayos que conducen a este resultado, y es por esto que flota alrededor del pensamiento escrito, un cortejo perjudicial de pensamientos accesorios y explicativos.

Incumbe a la voz el papel de hacerlo vivir en el espíritu del joven.

Es el trabajo mismo a que se ha librado el autor, que se renueva en su espíritu.

Y esto no es todo: existe en la voz una fuerza comunicativa que hace vivir en el cerebro del pequeño auditor las imágenes y los pensamientos que sólo serían evocados a media por una lectura hecha con los ojos.

La lectura en voz alta y comentada es un ejercicio fecundo, que cautiva al niño, y le es provechoso en extremo; es necesario, pues, consagrarle todo el tiempo que sea posible. No es imprescindible que sea una obra que sugiera muchos pensamientos.

El menor cuento, la menor historieta puede dar pie a un comentario que sea apropiado a la inteligencia del niño y al valor de la obra.

El comentario será más elevado a medida que aumente la inteligencia del niño, y con ella la lectura adquiera mayor importancia.

Hay que interrogar a los niños.—Otro método precioso para desarrollar la inteligencia del niño, constatar lo que sabe, seguir sus razonamientos, y hacer nuevos, o rectificar los existentes, es la interrogación. El niño que ha leído algunas páginas, oído algún relato o asistido a algún acontecimiento, retiene siempre algún detalle, y en su memoria queda siempre un recuerdo que es conveniente examinar. Y con el interrogatorio, puede uno llegar a saberlo con cierta exactitud.

Rousseau decía, que el interrogatorio debería reemplazar todos los demás medios de enseñanza. Esto es una exageración. El interrogatorio debe coexistir con las exposiciones y el empleo de libros. Practicado sólo, no bastaría a dar al espíritu de un niño nociones precisas y exactas y hacerles ver netamente el encadenamiento y el valor de las cosas.

Pero no interrogar al niño es renunciar a la verdadera tarea del educador. En un libro o por lecciones orales pueden adquirirse un gran número de conocimientos: pero lo que no se encuentra ahí, es la multitud de explicaciones, aplicaciones necesarias para que esos elementos se asimilen a las inteligencias jóvenes.

La interrogación, que es el corolario de la lectura comentada, contribuirá poderosamente a esta asimilación.

Sobre todo con los que recién empiezan, es de una importancia primordial; pues el interrogatorio, se aviene, mejor que nada, con la vivacidad del niño, sus inquietudes y la intermitencia de su atención. Sin embargo, la interrogación es un ejercicio muy delicado, que coharta las mejores voluntades si no se emplea correctamente.

Saber interrogar es una de las más bellas y raras cualidades del profesor. Conviene siempre aplicar cierto método, y tener siempre en cuenta ciertos principios que permita clasificar de antemano las interrogaciones.

Para llegar a este resultado, nada mejor que preparar un cierto número de preguntas, lo bastante generales como para poder aplicarlas en casi todas las circunstancias; preguntas que se saben de memoria, y cuyas formas pueden variarse, y a los cuales pueden agregarse preguntas secundarias.

Por ejemplo: siempre es posible, después de un paseo o un suceso cualquiera, preguntar al niño respecto a:

1.° El suceso principal que ha herido su imaginación.

2.° El o los personajes que fueron protagonistas del hecho.

3.° El sitio donde se ha desarrollado el suceso.

4.° Los móviles que impulsan a los personajes.

5.° El modo como actúan.

6.° La época en que ha tenido lugar el hecho.

He aquí un pequeño programa de preguntas aplicables a todos los casos.

Según las circunstancias especiales, se podrán agregar a éstas, nuevas preguntas. El niño mismo, al preguntarnos, excita nuestra interrogación. Hay que tener en cuenta este inconveniente: después de varias dificultades, para ponerse al corriente, el niño pregunta, tanto como su maestro, y entonces hay que hacer lo posible para evitar que sea él quien termine por dirigir la interrogación.

Los niños, ya se sabe, son de una curiosidad extremada. La tendencia de saber, es fuerte e imperiosa en ellos.

En los primeros tiempos, el ''por qué'' ocupa toda su atención, y no hay medio de evitar sus preguntas. Cualquiera cosa los intriga y excita la interrogación.

De manera que las preguntas de nuestro interrogatorio sean claras y precisas, y que se refieran a cosas que el niño conozca, y que conozca de manera completa. Si tiene una noción imperfecta, el niño tratará de aprovechar la ocasión de solucionar un punto hasta entonces no comprendido por él, y de este modo la conversación toma un giro imprevisto y se aparta bruscamente del objeto principal que perseguíamos al hablar a un niño.

La escuela de la práctica

La ciencia pedagógica no cesa nunca de progresar. Casi cada día se levanta la voz de un estudioso para indicar un nuevo método de simplificación de la escuela para hacerla más proficua y menos fatigosa, para obtener, siempre con ventaja, que no sea para el maestro un trabajo duro y que no represente a los ojos del escolar una imposición o un castigo, en lugar de una ocupación agradable. Los nuevos métodos, en estos últimos años, se siguen casi sin interrupción y constituyen, indudablemente, un adelanto. Cada pedagogo, al dar a conocer y sostener el sistema nuevo que ha creado, trata de abrir un camino distinto al que señalan los otros; pero todos, en nuestros días, están de acuerdo en afirmar que la escuela, para hacerse menos pesada y más provechosa, debe conceder la mayor parte de su tiempo a la práctica, y considerar la teoría como un modo de empezar, como una base, pero no como la substancia única y suficiente de la enseñanza. Así vemos los nuevos métodos didácticos no limitarse a la teoría, ni siquiera en las nociones más elementales de la lectura y escritura, y dar un desarrollo, siempre mayor, a la práctica a medida que se adelanta en la edad y en las clases.



¿Quién ignora que las nociones aprendidas en la infancia y en los años que le siguen inmediatamente son las que la memoria conserva mejor hasta la más avanzada edad? Pues bien, ¡cuántos importantísimos conocimientos, aun en la edad más propicia, se desvanecen porque fueron presentados como leyes y hechos casi abstractos, sin proporcionar el modo de comprenderlos y analizarlos acercándolos a la realidad! Hay escolares que de las más simples y sencillas verdades tienen una noción nebulosa, fantástica o inferior a su verdadero sentido. Conocen el metro, el metro cuadrado y el cubo, pero no tienen una idea precisa de la longitud, del espacio y del volumen que estas medidas representan.

Los modernos pedagogos sostienen que una noción, para que quede indeleble en la memoria, ha de darse completa desde el primer momento, lo que quiere decir, por ejemplo, que cuando a un niño se le revela la existencia de una unidad de medida, llamada metro, es preciso darle también el exacto conocimiento de la longitud representada por el metro.



Del especial cuidado que en las escuelas modernísimas existe para la enseñanza práctica de las medidas, dan idea nuestros grabados. En el primero se ve a los alumnos que aprenden prácticamente a apreciar a ojo las alturas y las longitudes. Un palo alto y colocado en medio del patio, y los escolares tratan de calcular la longitud. Pero la empresa es difícil, porque sólo un ojo ejercitado puede apreciar, con discreta aproximación.

Fotografías artísticas



Señoritas Delia Merle y Julieta Chilinste
Fot. Witcomb.



Señorita Adelina Morgan
Fot. Bixio y Cía.

Mesa revuelta

Le dan la noticia a Totolo de que se ha muerto un amigo suyo.

—¡Caramba! ¡Y yo que tenía que ir a almorzar con él pasado mañana!

Y escribe una tarjeta a la familia, excusándose.

* *



—¡No te muevas... espérame que voy a España a contratar un torero!...

¿Has jugado alguna vez en Monte Carlo?

—Sí, y con mucha desgracia, por cierto.

—¿Qué te ocurrió?

—¡Qué allí conocí a mi mujer!

* *

Anda, ve a llamar al médico—dice a su esposo la madre de Manolín.—Tiene un tremendo dolor de cabeza.

—¡Oh, no será nada! ¡Le ha pasado eso tantas veces!

—Sí, es cierto, pero nunca en un día de vacaciones.

* *

¿Sabrá usted decirme, Carlitos, dónde se encuentra el cacao?

—No lo sé, señor profesor, porque mi mamá lo ha guardado bajo llave.

* *



—Voy a decirle a tu papá, que te pasas el día jugando al foot-ball y no vas nunca a la escuela.

—¡El que no va nunca es papá y... es el maestro!

Dos niños encontraron una nuez al pie de un magnífico árbol que había a la entrada de su pueblo.

—Es mía—dijo Ignacio—, yo la he visto primero.

—No, señor; me pertenece—dijo Juan—, yo la he cogido.

Y sobre esto empezó entre ellos una riña.

—Vamos, yo os avendré y haré justicia—dijo un tercero que pasaba casualmente por allí.

Se colocó en medio de los dos, partió la nuez y les dijo:

—Esta media cáscara, para el primero que vió la nuez; la otra mitad, para el que la cogió; en cuanto al grano, me lo comeré, en justa recompensa de mi sentencia.

* *

Se habla en una tertulia de un matrimonio que está a punto de divorciarse a causa del genio infernal de los dos cónyuges.

—Pues ha sido una fortuna que se hayan casado.

—¿Por qué?

—Porque si cada uno de ellos se hubiera casado con otra persona, ahora tendríamos dos divorcios en vez de uno.



—¿Pero, a 50 pesos el metro? ¡Es carísimo!...

—¿Pero qué tela hace falta hoy para un vestido? ¿No basta con medio metro?...

* *

Un reverendo misionero estaba convidado a comer en una casa. En el momento de sentarse a la mesa, la señora se presentó con un vestido muy escotado, por lo cual el marido se creyó en el deber de dar alguna satisfacción al misionero.

—No importa—dijo éste,—estoy acostumbrado. ¿No ve usted que he vivido siete años entre salvajes?

* *

—Vengo de comer con un poeta que nos ha regalado a los postres un epigrama excelente.

—¿Y no les hizo daño la comida?

Tiquis-Miquis

Una pareja opulenta. — Hasta ahora no ha habido ninguna joven de la casa de Hohenzollern que aporte al matrimonio una dote tan considerable como la princesa Victoria Luisa, hija única del kaiser. Sus padres la han señalado diez millones de marcos de dote, que le serán entregados gradualmente hasta el año 1920. Las princesas prusianas predecesoras de Victoria Luisa no han recibido nunca más de 6.250.000 marcos de dote.

El novio lleva mucho más dinero. Calcúlase que su padre, el duque de Cumberland, posee una fortuna de 175 millones de marcos, y como la familia vive muy modestamente en Gmunden, se va acumulando al capital el sobrante de las rentas.

No se sabe con exactitud qué cantidad de dinero recibirá el príncipe Ernesto Augusto, novio de la princesa, pero se dice que disfrutará de cinco millones de marcos anuales, renta que no tiene ningún soberano alemán, excepción hecha del kaiser. El capital lo recibirá el príncipe en diversos plazos, como la novia.

A la muerte de su padre heredará casi toda la fortuna de la casa de Cumberland, cuyas rentas ascienden a 9.300.000 marcos anuales.

DESPUES DE CASADOS



—Cuando nos casamos siempre ibas colgado de mi brazo y ahora...

—¡Llevo las manos en los bolsillos, verdad?...

Dos colegialillos se disputan el amor de una señorita de su misma edad, pero como la coquetilla no se decide por ninguno, acuerdan ventilar el pleito por medio de un duelo, dejando a su amada la elección de armas.

—¿Las armas? No—contesta la chiquilla—vais a desafiaros a fumar un puro, y el primero que se maree tendrá que renunciar a mi amor.

MADRE OBSERVADORA



—¿Pero, a los 15 años crees que nuestra hija tenga novio?...

—No lo dudes, ha perdido el apetito, suspira y habla mal del servicio de correos...

¡Claro! — Hace dos horas que la señora Bledor está tocando el piano. Sus amigos resisten valientemente la lata. Termina, por fin, y la conversación sobre la música se hace general. Todos emiten sus opiniones sobre las diferentes escuelas y los compositores más célebres. Se habla también de los instrumentos, y Calinez dice que prefiere el violín al piano.

—¿Por qué?—le pregunta la señora Bledor.

—Porque el violín se puede tirar por la ventana más fácilmente.

UN CLAVO



—Así me gusta, ¿vas al zapatero para que quite el clavo y no se pinche papá al ponérselo?...

—¡No! ¡Voy a que lo quiten por qué es con el que papá me pega azotes?...

En la botica. — ¿Me da usted cinco centavos de caramelos para la tos?

—¿Son para tí, niño?

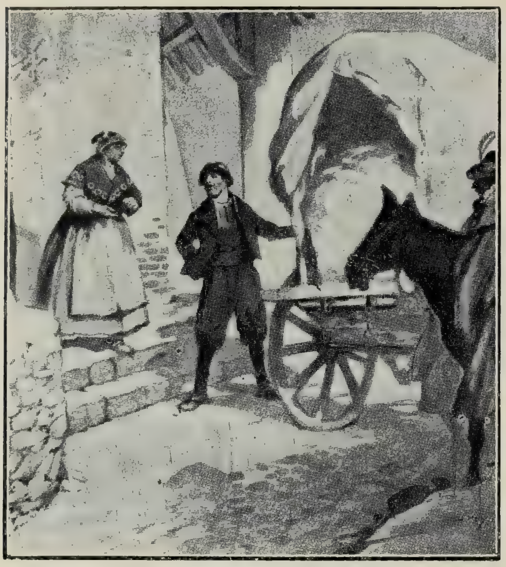
—Los caramelos, sí; pero la tos la tiene mi abuela.

El Arriero y el Diablo

Se ignora cuando, tal vez en tiempo del rey que rabió, había un arriero que recorria pueblos y ciudades con su carromato, probablemente cargado de pellejos de aceite o de vino, hasta los puertos de Galicia.

Costumbre tenía el tal arriero, siempre que estaba para concluirse la vela del farol con que caminaba a veces de noche, costumbre tenía, digo, de tirar al suelo el cabito. diciendo:—¡Para el diablo!—Al proferir estas palabras el bueno del hombre, muy lejos estaba de imaginar que algún día le podían sacar de grave apuro.

En cierta ocasión y en una posada, sita a la vera del camino real, comió nuestro arriero una tortilla de huevos de gallina, que se olvidó de pagar. Luego, prosiguió su marcha sin la menor inquietud, dirigiéndose a donde había de ir. Pasó largo tiempo, por ventura más de un año y dos, sea porque rara vez andaba por



el lugar de la dichosa posada, sea porque se le muriera la mujer, o él mismo cayese enfermo, o bien porque tuvo que sostener un pleitazo, y solamente entonces, es decir, a la vuelta de muchos meses, volvió nuestro hombre a la posada de la tortilla no pagada.

¡Pobrecito!, ¡ojalá que nunca más hubiera ido! No bien se presentó delante de esa casa, le sale al encuentro la posadera, diciéndole:—¡Buen amigo!, ¡cuánto me alegro que esté aquí vuestra merced! Pues hoy mismo me ha de pagar el precio de los huevos que se comió tanto tiempo ha. Estos huevos, que serían seis, los había de haber empollado mi gallina clueca; luego, los pollitos habían de haber crecido y hacerse a su vez gallinas y poner huevos, de los que saliesen otros pollos. De resultas de esto me debe usted tantos doblones que me ha de pagar ahora mismo, de lo contrario, sin demora le demando en juicio.

Todo perplejo nuestro deudor penitente salió fuera del lugar, pensando por una parte que había de pagar su tortilla; pero, por otra parte, haciéndosele muy cuesta arriba pagar el valor de tantos pollos y gallinas. Por ello se preguntaba: ¿En dónde hallaré un "buen hombre" o abogado que me defienda?

En esto, de repente se le pone delante un caballero desconocido y bien vestido. Este caballero le dice:

—Buen hombre, no temas, que esa mala hembra te sacó la cuenta del gran capitán; pero yo seré tú "buen hombre" y defenderé tu causa.

—¿Y quién sois vos, señor?—dijo el arriero.

—¡Yo soy el diablo!

Al oir esto, púsose a temblar de pies a cabeza el cuitado. Pero serenóle el otro con estas palabras:

—Vengo para tu bien. Acuérdate de cuántas veces, al renovar la vela de tu farol, tirabas los cabitos, diciendo:—¡Para el diablo! Pues me gustó este corto obsequio, y en pago de él, iré contigo ante el juez.

Llegado el momento de ventilarse la querella, después de exponer la queja y demanda el juez, preguntóle el diablo:

—Señor juez, dígame, después que ya fueron cocidos unos garbanzos, ¿todavía se los puede sembrar?

—No, por cierto, hombre.

—Pues bien,—repuso el defensor del arriero,—del mismo modo, una vez cocidos unos huevos, ya no pueden ser empollados, sino que sólo sirven para comidos.

Al oir la tal razón, quedó pasmado el juez y declaró que sólo había obligación de pagar la tortilla comida.

Eugenio MARCHAL.

Una operación nueva

De cómo podrá recobrar la vista la mayor parte de los ciegos.

Es sabido que la inmensa mayoría de los ciegos lo son por opacidad de la córnea. Una úlcera que deja extensa cicatriz frente a la pupila, y la vista se pierde. Cuando la extensión de la cicatriz lo permite, se hace la operación de la pupila artificial, cortando un trozo



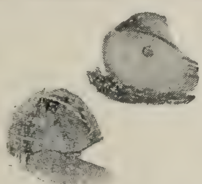
La oculística ha realizado enormes progresos. La inspección de los ojos se realiza con perfección asombrosa

del iris para dejar paso a la luz por el orificio practicado. Pero no siempre, por desgracia, es posible esta operación, y hay muchos desdichados que, teniendo íntegro el órgano visual, no ven a causa de la opacidad de la córnea.

Los oculistas han ensayado en vano reemplazar esta membrana importantísima, bien con injertos de córneas de animales, bien con escamas transparentes de pescado, o con barnices que a su juicio debieran volver a la córnea su perdida transparencia. Nada de esto ha producido buenos resultados. Tampoco se ha tenido éxito con la aplicación directa de córneas de cristal. El ojo es un órgano de sensibilidad extremada, y se inflama y se esfacela en cuanto un cuerpo extraño se pone en directo contacto con él. Pero hasta ahora, que yo sepa, nadie ha caído en la cuenta de que si el ojo es un órgano intolerante, el párpado no lo es, y que lo que directamente no puede hacerse en el órgano visual, se podría realizar de un modo indirecto, sobre el párpado.



Perforación del párpado

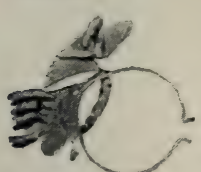


Párpado cerrado visto de perfil. Párpado cerrado visto de frente

He aquí un procedimiento que merece ser ensayado y que consiste en la serie de operaciones siguientes:

1.ª Apertura de un orificio circular en el párpado superior. Déjese cicatrizar.

2.ª Raspado de las conjuntivas ocular y palpebral alrededor de la córnea y del orificio del párpado. Superposición de las superficies sangrientas y sutura del párpado. Vendaje comprensivo. Caso de temerse que el movimiento del ojo impida la soldadura de ambas superficies, practíquese la tenotomía, para inmovilizarlo.



Raspando la conjuntiva

3.ª Trepanado de la córnea, es decir, cortar en ella un disco igual al calibre del orificio del párpado.

4.ª Colocación "en el párpado" de un lente de cristal de cierre hermético para impedir el escape del humor acuoso. Esta lente por su parte interna, no debe tocar al iris.

La segunda operación tiene por objeto formar un solo cuerpo del párpado y el globo ocular, constituyendo así un cierre estanco que impedirá al humor acuoso derramarse.

Respecto de la técnica operatoria nada debo decir.

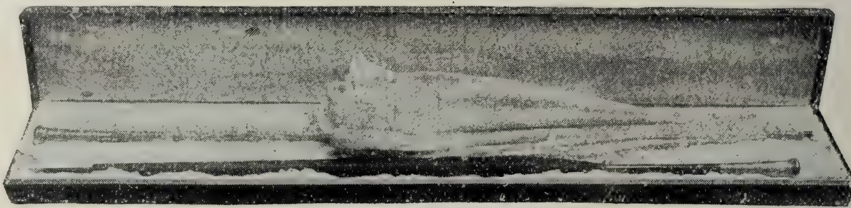


Corte demostrativo de cómo entra la luz en el ojo después de la operacion

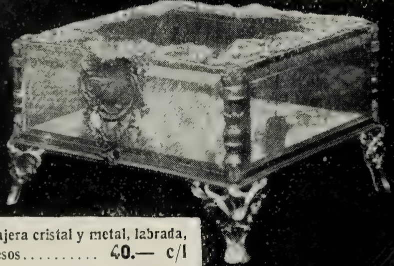
CASA · RIGHINI ·

CARLOS PELLEGRINI, 101 - BUENOS AIRES

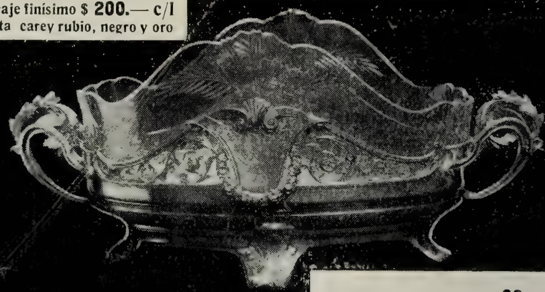
PIELES ⊙ PARAGUAS ⊙ SOMBRILLAS ⊙ CARTERAS ⊙ ABANICOS ⊙ GEMELOS PARA TEATRO Y ARTÍCULOS PARA REGALOS



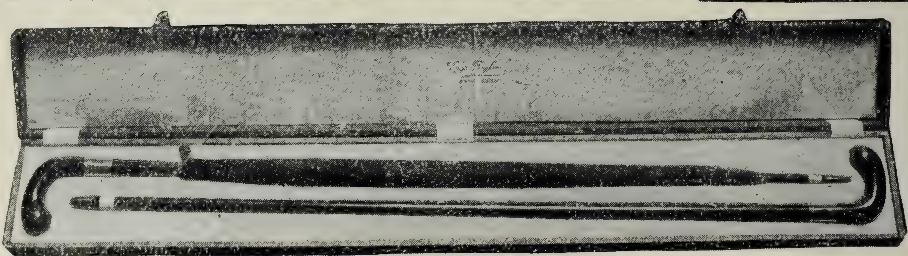
Juego de sombrilla y paraguas de señora, cincelado, puño oro y encaje finísimo $ **200.—** c/l
Extenso surtido en plata carey rubio, negro y oro



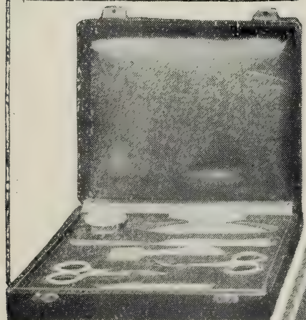
Alhajera cristal y metal, labrada, pesos.......... **40.—** c/l
Surtido en artículos finísimos de bronce labrado



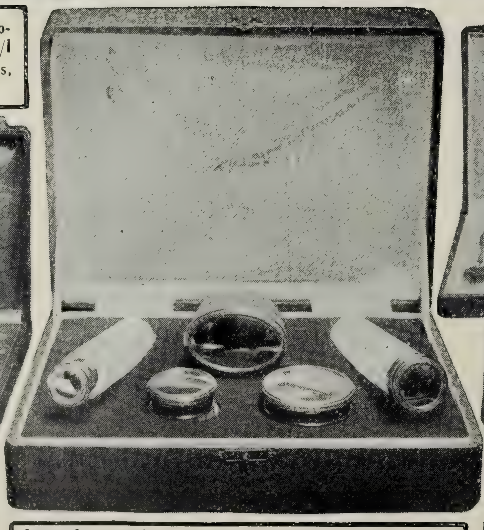
Jardinera plata "EMIG" $ **80.—** c/l
Extenso surtido en artículos de bazar



Juego paraguas y bastón, madera Amonette, puño carey negro $ **100.—** c/l
Extenso surtido en diversas maderas, puños de fantasía plata y oro



Estuche manicuro de nácar, pesos.......... **30.—** c/l
Extenso surtido en hueso, marfil, carey y nácar



Juego de necessaire para tocador, en cristal y metal blanco, pesos.................................. **25.—** c/l



Estuche cucharitas de plata labrada $ **50.—** c/l
Varias clases y varios precios



Juego porta-servilletas de plata pesos............ **13.50** c/l



Ultimos momentos del doctor Adolfo Alsina, en su vieja casa, calle Potosí núm. 517 (hoy Alsina)

Adolfo Alsina

En el XXXVI.º aniversario de su muerte. — 1877 — 28 de diciembre — 1913

Cumplen hoy treinta y seis años de la muerte del doctor Adolfo Alsina. El tiempo no borra de la memoria argentina el nombre de ese gran ciudadano, para el que la suerte no fué tan generosa, que le permitiera desenvolver con la plenitud de su concepto y previsiones, las grandes ideas alimentadas en esa mente, que fué superior en su época y se destacó sobre el nivel de los patricios de entonces con la evidencia de una personalidad de contornos gigantescos.

El patriotismo de Alsina está consagrado por el respeto con que su memoria se venera; con la uniformidad del juicio póstumo que no discute sus méritos, ni sombrea con reticencias sus glorias.

Brilla puro, en el santoral de los patricios nacionales, hechos a base de su propia obra y no de caricias de la suerte; hechos al modelo de su propia inteligencia y voluntad, y no en la apropiación de ideas ajenas y de esfuerzos extraños, que por un capricho de la suerte, tocara a otros modelar y aplicar despacio.

En la pureza integral de todas sus virtudes, así de las de la inteligencia como de las del alma, Alsina surge siempre como la expresión acentuada del carácter patriótico que debió infundir a las generaciones de Mayo; surge plasmado en el molde de la verdad, del talento, de la sinceridad de su intención, y del empuje de su voluntad, como modelo que renovara en su época el tipo cívico del ciudadano en las contiendas por la emancipación y en los debates por la organización de la República.

Por eso fué caudillo, y caudillo que apasionara a los pueblos, arrastrándolos con entusiasmos de fanáticos tras sus ideas y acciones.

Por eso todavía, a treinta y seis años de su desaparición y dejando su obra inconclusa, levanta los mismos entusiasmos, y el respeto se tributa a su memoria, como nueva y formal consagración de su alto valor de ciudadano.

Su labor fué amplia; y a esa amplitud hay que agregar su acendrado esfuerzo porque ella llevara en primer término y como principal impulso, un real beneficio para el bienestar nacional. Fué asimismo intensa, poniendo en su desarrollo las altas cualidades de su carácter y de su pensamiento, con el desinterés que siempre predomina en los hombres que ven más allá del presente el motivo de vida y de trabajo, al cual se consagran sin otra intención que la de ser útil a todos, y sin otra idea de recompensa que el deseo de la realización de su generosa obra; desechando las comodidades que pudieran proporcionarles la indiferencia y el ocio que no pueden de ningún modo encontrar abrigo en su espíritu.

A medida que pasa el tiempo, la patria se siente más reconocida a la labor de sus preclaros hijos, porque cuantos más años pasan, con más claridad se advierte que la tranquilidad y la ventura del presente son consecuencias de los innumerables y abiertos esfuerzos de quienes no conocieron otra dicha que el anhelo de conquistar la felicidad nacional; que esa tranquilidad y esa ventura están cimentadas en el pensamiento y el corazón de los hombres del pasado.

María del Carmen LOBO ARRAGA.



EL HOGAR

Revista quincenal para las familias

Año X. BUENOS AIRES, 31 DE DICIEMBRE DE 1913. N.º 246.

LA MUJER ARGENTINA



Fot. Merlino.

Señora María Ayerza de González Garaño

Notas de la Quincena

Si la ley de la evolución no existiera como algo necesario, la monotonía de la vida sería tan aplastante que las ambiciones y los anhelos irían a perderse en la noche del infinito vacío. Por eso al comenzar un año nuevo, presentimos también junto con su aparición la de una nueva esperanza, o la de la bienaventuranza por largo tiempo anhelada.

El mismo sol de ayer alumbra el nuevo día, pero es esperado con nuevas ansias, con otros anhelos, con distinta confianza; parécenos que trae consigo el maravilloso poder de anular lo malo, lo infausto, lo cruel, y que, con su benéfica influencia, podrá atraer lo bueno, lo venturoso, lo perfecto.

1.° de Enero de 1914; no te saludamos como alegóricamente lo hacen todos, como niño, no; puesto que aureolando tu joven cabeza debes ostentar toda la experiencia adquirida por tu antecesor y que, sin duda, te legó al abandonarte como sabio presente de anciano, como cariñoso recuerdo de bueno, junto con sus recomendaciones y advertencias.

¿Qué traes entu bagaje de zagal inexperto y confiado? Tal vez muchas venturas para todos; distribuídas equitativamente entre los humanos, pero que la escasez de juicio, la ausencia de talento o de tino, te devuelven como ingrato presente un amargo fracaso.

¡Abrete paso entre las turbas, el corazón amplio, abierto el pecho, alta la cabeza, erguida la frente! Cumple tu misión de señalar a los humanos una nueva etapa de vida; haz que resurjan y que la luz de tu sol tan esplendente y gloriosa como inmutable, inunde todas las almas infundiéndoles nuevas esperanzas, mejores propósitos y levantados ideales.

* * *

El telégrafo nos comunica desde Roma que el Consejo de Notarios hizo lugar al pedido de inscripción en el Registro de Escribanos Públicos a la señorita A. Perticci, la primera mujer que se dedicará en Italia a la carrera del notariado.

No nos sorprende; pero sí nos agrada tanto porque vemos al fin que en ese país de flores y de música, se le da a la mujer que estudia el derecho que por su talento, seriedad y dedicación le corresponde.

Aplaudimos el criterio de las autoridades italianas por el edificante y beneficioso estímulo del alto ejemplo.

¿No tenemos en Estados Unidos mujeres que son excelentes jueces de paz? Eso quiere decir que si son buenas madres de hogar para administrar la justicia distributiva entre sus hijos, podemos confiar y esperar que sabrán en el mañana, aplicar y defender todas las leyes que el sexo fuerte ha hecho y dictado para la generalidad.

Admiramos la valentía de la señorita Perticci que ha podido vencer con este acto viejos prejuicios, rancias rutinas, que sólo el tiempo y la civilización progresista irán quebrando como ramas de árbol viejo y seco que es necesario quitar.

* * *

Hay en la vida de los buenos, satisfacciones tan íntimas que es imposible pretender analizarlas; llegan hasta nosotros como perfumes que levantan y estimulan en la ardua lucha para seguir, más y más allá.

El viejo maestro don Carlos Crocce, de Lomas de Zamora, fué objeto de una demostración por parte de sus exalumnos al cumplir ochenta años de edad. Alrededor de cien discípulos pertenecientes a lo más distinguido de nuestra sociedad intelectual, fueron a saludarle y a ofrendarle como otrora, las flores del cariño y el perfume grato del respeto y del afecto.

El viejecito y su esposa contestaron emocionadísimos a las cariñosas salutaciones.

Lo sencillo de su vida, la rectitud como norma de su conducta y la bondad justiciera con que selló su larga vida de educador, son virtudes más que suficientes para hacerle merecedor de este homenaje. ¡Cuántos lejanos recuerdos no habrán acudido a la mente de maestro y discípulos en aquellos momentos de gratas expansiones!

Reverdecieron los consejos, las travesuras y las indulgencias del que les consideró siempre niños, siempre disculpables! Y, como alados pajarillos blancos, fueron otra vez a agitarse en torno del Maestro, las voces rumorosas de los chiquillos para prolongar lo intenso y dulce de la emoción sentida e indescriptible...

* * *

Como el mejor exponente del constante trabajo del año, se abrió en La Plata el domingo 21 la Exposición de la Escuela Técnica del Hogar. Difícil resulta la tarea de clasificar por orden todo lo allí expuesto; por su cantidad, prolijidad y delicadeza en la confección. Los talleres son muy numerosos y la concurrencia de las alumnas de los dos turnos, hacen estrecho el amplio local, para poder atenderlas.

Los trabajos de Corte, confección, bordados, cocina, flores, sombreros, lencería y tejidos, son muchísimos; llamando la atención el de planchado y confección de pantalones por ser los más solicitados y de inmediato resultado práctico.

Hay un taller de escultura y dibujo para las alumnas, dirigido por el hábil artista señor Arturo M.ª González. Son tan admirables los trabajos como el buen gusto artístico que van adquiriendo las alumnas bajo tan competente dirección.

Se fomenta la habilidad de crear, al par que se adquieren nociones de arte, anatomía y dibujo tan útiles y necesarios en la mujer que mañana formará un hogar.

Llamó nuestra atención un espléndido grupo denominado "Contemplación" ejecutado por la señorita Elena Rivera. Inmediatamente acudió a nuestra memoria el nombre de Rosa Boneur, la gran pintora de animales, de Francia; la que seguramente habría tenido allí su mejor modelo en barro; pues era tal la naturalidad de la cabeza del caballo, que parecíanos ver salir de sus fauces el humo producido por la carrera... "Envidia" es otro busto notable por el gesto y la propiedad de la expresión.

Las 700 alumnas que concurren a la escuela hallan un ambiente de cariño, suavidad y exquisita cultura, que imprime al establecimiento el abnegado personal que secunda a la comisión, presidida por la señora Isabel de Ferrando, con el concurso eficiente de su activa secretaría señora Amelia R. de Valesi.

Perpetua AUBONE.



Cosas de Navidad

¡He aquí, lectoras, la Navidad!

Parece que bastara hablar de esta fiesta que es el símbolo de tantos recuerdos gratos, el símbolo del más hermoso de los misterios del catolicismo para sentirse confortada y feliz.

La Navidad no es sólo la fiesta de la Iglesia; también es la fiesta de la familia, la fiesta de los niños, sobre todo, pues para ellos existe el divino Noel, portador de regalos, portador de alegrías, mensajero feliz, que realiza los sueños y las visiones de la infancia concebidos y acariciados todo el año

Conocemos a alguien que peina canas, pero cuyo espíritu juvenil y retozón, al pensar en la Navidad, exclama alegre:

—Quién fuera niño para mezclarse entre la muchedumbre que invade las calles en la Nochebuena y pasando de una tienda o bazar a otro y de este al de más allá, donde se venden baratijas y juguetes comprar aquí un tambor, allí una corneta, acullá un ''pierrot'', un muñeco que habla, otro que llora, otro que cierra los ojos, y hace sonar los cascabeles, y una escopeta, dos pistolas, un sable, tres cañones, una vaca, un carnero, un perro y todos los animales del Arca de Noé; amarrarlos con cintas, colgarlos de los brazos y el cuello y moviendo, golpeando, soplando, arman un estrépito fenomenal y estupendo!...

Es cuestión de gustos, como es cuestión de opiniones, juzgar si el pasado fué mejor que el presente hablando de la Navidad.

El placer de antaño en algunas moradas de bellas costumbres, era festejar la Nochebuena con una espléndida cena ofrecida a los amigos y amigas después de velar algunas horas el ''Nacimiento'' que la dueña de casa arreglaba y componía, colocando entre nubes de tul el ''Gloria in excelsis Deo'' como coronamiento. Después, pendiente de un hilo invisible, la estrella que condujo a los pastores de la comarca y a los tres reyes magos que por los cerros de los costados bajaban caballeros, el blanco sobre un caballo ídem, el indio sobre un camello y el negro sobre un grande elefante.

En el centro, el ''misterio'' compuesto del niño Jesús, la Virgen y San José. A un costado la vaca y el asno que calentaron con su aliento al Salvador del mundo, y después de una multitud de figuritas, candelabros, jarrones diversos con flores, bibelots y pequeñas maravillas de oro y plata cinceladas y esmaltadas según el gusto y arte de la época.

Durante la cena, los convidados improvisaban cánticos y villancicos y, concluído el refrigerio, los jóvenes bailaban y establecían animadas charlas, entre novios y festejantes, pues así se usaba antaño y los niños jugaban a la suerte los juguetes que codiciaban.

¡Qué diferencia entre el ayer y el hoy! Ahora el árbol de Navidad embellecido por el arte moderno, radiante de luces, con las simbólicas ramas cargadas de objetos preciosos que codician damas y niños y por una de cuyas flores suspiran los enamorados.

El árbol de Navidad, lo mismo en las casas de familia; lo mismo en las fiestas de beneficencia... promesa y esperanza de los niños pobres allí, encanto y codicia de los niños afortunados allá, y en todas partes alegría del mundo infantil bullicioso, cuyas miradas resplandecen, cuyas manitas se tienden hacia el objeto codiciado.

¡Oh! día de Navidad, día de los recuerdos tiernos de la madre; día que evoca sus momentos gratos y sus profundas alegrías; que le ofrece el cuadro dulcísimo del zapatito del niño querido hoy convertido en hombre esperando el regalo de Noel, que ella coloca furtivamente!...

Y si se vuelve la vista al pasado, si se mira al través de los siglos, si se busca la tradición ¡qué hermosa y explendente aparece la Navidad con la venida al mundo del hijo de Dios!

Relación vieja del nacimiento de Jesús, relación conocida en todos los tiempos y, sin embargo, siempre nueva y siempre bella e interesante por los siglos de los siglos.

Fué sobre una fría piedra, en el momento en que las estrellas marcaban la media noche cuando la virgen, pura e inocente, dió a luz sin socorro y sin dolores a un ser tierno y paciente y misericordioso como ella, sabio, poderoso y fuerte como Dios, el niño Jesús, el Cristo de los cristianos, el que los ángeles adoran en el cielo, desde ese sublime momento.

El Redentor del género humano no tuvo, al nacer, ni siquiera una cuna de juncos, como Moisés. Fué acostado en un pesebre, sobre un puñado de paja olvidada por algún conductor de camellos.

En las cercanías velaban unos pastores sus rebaños cuando se les apareció un ángel y les participó la venida del Salvador. Las brisas de la noche gemían en el valle; no había en el cielo ni un punto radioso, la visión maravillosa había desaparecido cuando ellos se dirigieron al pesebre.

La virgen inclinada sobre el recién nacido, le adoraba. San José inclinaba su cabeza sobre este hijo adoptivo, que era Dios. Un nuevo rayo de luna alumbraba este grupo divino. Y dentro de la cueva y fuera de ella, todo dormía bajo una noche estrellada!

Carolina FREYRE DE JAIMES.

Policarpo se divierte



POR esos pueblos de Dios hay una abundancia de hombres ilustres. Son pocos las plazas que no ostenten en el centro su monumento más o menos ecuestre, y las que no lo tienen están esperando de un momento a otro la llegada de la estatua o de los grupos escultóricos.

Hasta en Atorradero Cuarto han inaugurado su hermoso bloque de mármol con la efigies de no recuerdo quién, creo que de un almacenero filántropo que al morir dejó ¡naturalmente! su existencia y las existencias del almacén para repartir entre los pobres.

Se organizaron grandes fiestas para inaugurar el monumento, fiestas que coincidieron con la fecha de las romerías famosas que allí se celebran anualmente.

De los pueblos próximos llegaron muchos forasteros, entre ellos Policarpo, a quien su patrón, magnánimo y condescendiente, dijo aquel día:

—¡Policarpo! Mañana, que es fiesta, ¿quieres divertirte?... ¡Vete a Atorradero Cuarto!

—¡Sí, señor! Si dejo escapar esta ocasión, ya no me divierto en mi vida.

—¡Pues, anda!

Y Policarpo, que no se había divertido nunca, por la mañana agarró su bicicleta, montó y... ¡pedales, para que es quiero!

Volaba, volaba feliz. En Atorradero Cuarto le esperaban el monumento, la kermesse, la cucaña, los fuegos artificiales y otros espectáculos fascinantes y macanudos.

¡Métale no más, Policarpo!

* * *

La diversión empezó antes de entrar en el pueblo.

El último kilómetro del camino que conduce a Atorradero Cuarto—como saben ustedes—está en declive. Las personas serias, cuando llegan a aquel sitio, se apean del caballo o del carruaje, y van a pie para no ir al hospital. Policarpo, lleno de entusiasmo se dejó deslizar cuesta abajo, y por frenar demasiado se le rompió el freno y entonces la bicicleta tomó una velocidad loca, tanto que mientras la banda de música pasaba atronando los espacios con un paso doble marcial y horrísono, fué a caer, como un bólido sobre los ejecutantes, otro instrumento: el de Policarpo. La bicicleta quedó partida, por gala en dos, y el ciclista, como un payaso de circo ecuestre, dió un salto casi mortal y atravesó el parche del bombo.



Fué llevado a la farmacia y con un par de tiras de emplasto se le hizo la primera cura. Y apareció en la plaza con la nariz cubierta de tafetanes.

—¡Divirtámonos!—dijo:

¡Cuanta gente asistió a la inauguración! No había sitio donde colocarse ¿qué hacer?



¿Quién dijo miedo? Un mozo de pescadería siempre tiene la sal a mano.

Rodeaban la plaza varias hileras de árboles. A uno de ellos subió Policarpo, acomodándose perfectamente sobre una rama, desde donde se gozaba del espectáculo, sin apreturas ni molestias. Habla el intendente. El discurso, aunque él no había entendido una palabra, debió ser elocuente. Por fin, se descorre el trapo y la estatua muestra sus broncíneas formas. Mientras Policarpo estaba con la boca abierta, contemplando tanta maravilla, una explosión de morteretes y petardos atruena el espacio. La impresión fué tan inesperada y fuerte, que el joven perdió el equilibrio y al tiempo que la tela, cayó también él sobre el cesto de un vendedor de caramelos y bombones.

Otra visita a la farmacia y colocación de parches nuevos.

* * *



La mañana revela casi siempre si ha de ser bueno el día. Supondrán ustedes, por lo tanto, que si Policarpo se divirtió por la mañana, por la tarde la diversión alcanzó su más alto grado.

No quiso dejar nada. Ya que había llegado la ocasión, hubiera sido lástima no apurar hasta las heces el dulce cáliz de la alegría.

¿Hay cucaña? ¡Vamos a cucaña! En el extremo superior del alto palo se divisa una guirnalda de la que prende un cesto lleno de salame y duraznos. Policarpo mira arriba y suspira.

—¡Yo que he vivido entre frutas y fiambres ¿no sabré alcanzar esos "artículos"?—exclamó, confiado.

Se adelanta, abraza el palo, sube apenas un metro y después... ¡nada! El palo de la enseña está abundantemente enjabonado; la muchedumbre, rodeándolo, ríe. El se anima, prueba varias veces y acaba con untarse todo de jabón, destrozarse los pantalones y ensuciarse de arriba a abajo.

Deja, cansado y lloroso, aquella diversión, mientras un muchacho recio y ligero, sube, poco a poco, aprovechando las mejores condiciones en que ha dejado el palo Policarpo, al llevarse encima todo el jabón, y llega y se apodera del codiciado fruto.

Pero Policarpo no se arredra y va a divertirse de nuevo. El juego consiste en montar a caballo y, al galope, meter una pica por un anillo colocado en alto. El corredor que no ejecuta la suerte, recibe una ducha, procedente de un cubo suspendido.

Nuevo Don Quijote, lanza en ristre, emprende la marcha a galope tendido... y ¡naturalmente! recibe la ducha. ¡Agua y jabón! ¡Es una verdadera colada!

* * *

¿Y la kermesse? Allí vendían flores, bombones y monerías las más distinguidas muchachas de Atorradero Cuarto. ¡Con cinco pesos las cosas que iba a comprar!

Se acercó a una mesa, donde dos chicas morochas y traviesas lo tomaron para el patronato. El les pidió flores y entregó el billete de cinco pesos... ¡su capital! Y esperó que le dieran el vuelto, pero en lugar del vuelto, las muchachas se dieron vuelta y dejaron a Policarpo con un palmo de narices y sin un peso.

* * *

Es tarde. El patrón, sentado en el escritorio, está sacando sus cuentas. Entra Policarpo y aquel le pregunta:

—¿Te has divertido?

Y Policarpo, colocándose a plena luz y abriendo los brazos, exclama:

—¡Míreme usted!

Y donde Policarpo no tenía una mancha, tenía un roto!

Policarpo se había descosido del todo...



MOMO.



El hogar vacío

Hablan en el banco de piedra muy juntos
los novios, debajo del árbol florido,
de amor y esperanza, ¡qué dulces asuntos!
Y en el árbol suena la canción del nido....
Y tienen enfrente la verja cerrada
de altivo palacio, que invade el misterio.
¡Qué grande es aquella casa abandonada!
¡Es grande y es triste como un cementerio!
Nunca las persianas abre suavemente
perfumada mano de mujer hermosa.
Ni el placer, ni el lujo, ni el amor se siente.
¡La cerrada casa, siempre silenciosa!
Mármoles soberbios y piedras labradas,
artísticas verjas, revueltos verdores,
¡todo es allí triste para las miradas!
¡Todo habla de penas, nada habla de amores!

***

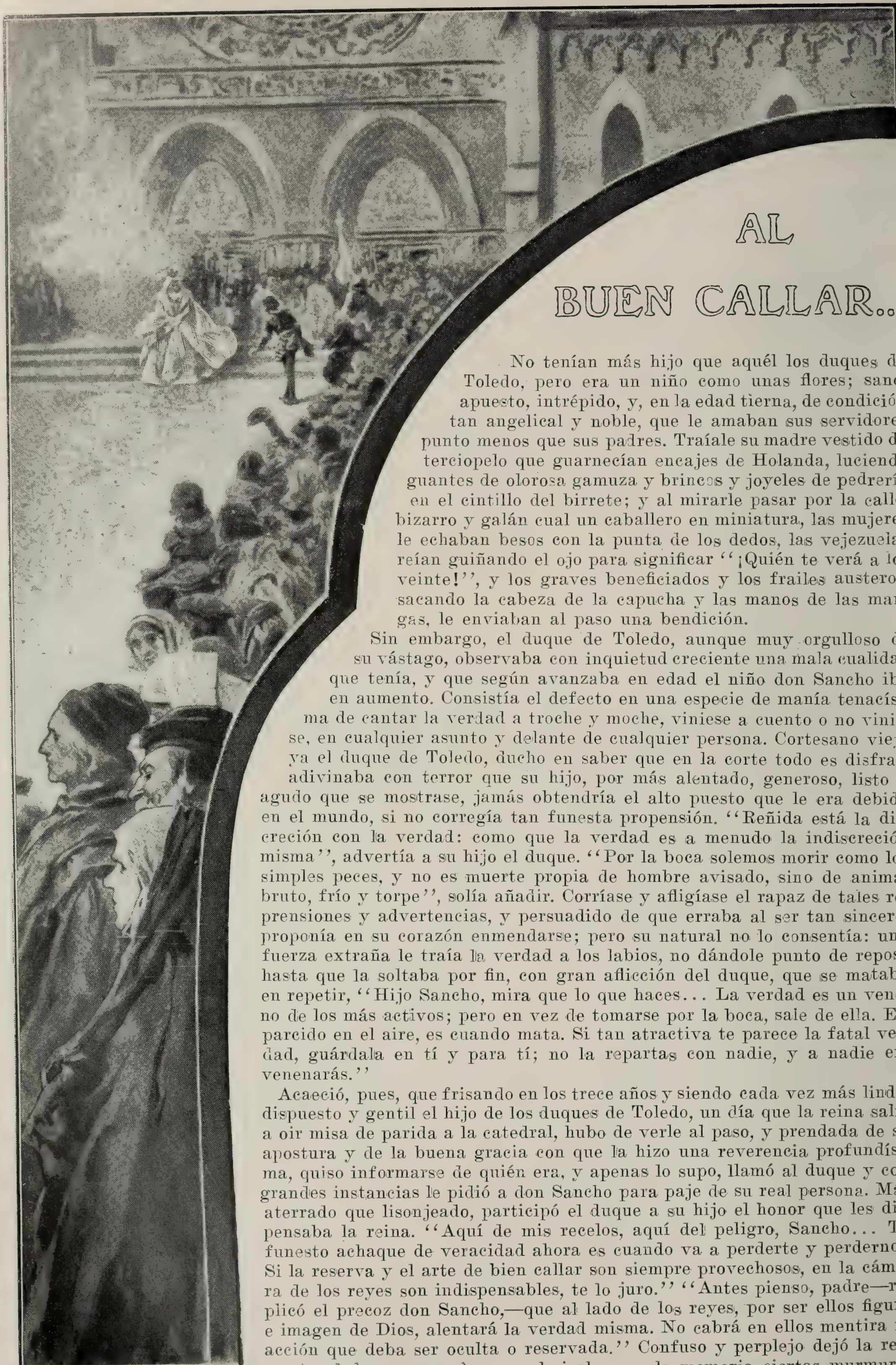
Suspiran los novios mirando al palacio,
las manos cogidas, ardiente la cara,
y el novio a la novia, bajito y despacio,
le dice:—¡Los ricos son gente muy rara!
Si yo ese palacio tuviera por mío,
alfombra de rosas tus pies hollarían,
volviérase claro lo que hoy es sombrío,
a mares los rayos del sol entrarían.
¡De noche alumbrados todos los salones,
y de día abiertas todas las ventanas!
Seríamos reyes de las ilusiones;
las flores serían nuestras cortesanas.
Y como a las luces van las mariposas,
traerían al foco de nuestra ventura
hombres y mujeres en turbas dichosas,
ellos el talento y ellas la hermosura.—
¡Oh, inútil palacio! Desierto, ¿qué vales?
Todo el que te mira tu dolor advierte.
¿Quién en tí ha cerrado verjas y cristales?....
¿Fué drama de amores? ¿Fué historia de muerte?

***

La tierra se duerme, la noche comienza.
Se alejan los novios por largo sendero.
Se alejan del sitio que guarda, ¡oh vergüenza!
la fecha solemne del beso primero....
El viejo criado que cuida la casa
les ve en el paseo perderse enlazados.
Y los novios huyen, como todo pasa.
Y esparce la noche fantasmas callados.
Y el viejo criado, desde la guardilla,
de ocultos dolores percibe el gemido....
Dentro, el mundo llora; fuera, el cielo brilla....
¡Y en el árbol suena la canción del nido!

RICARDO J. CATARINEU

Dib. de Arata.

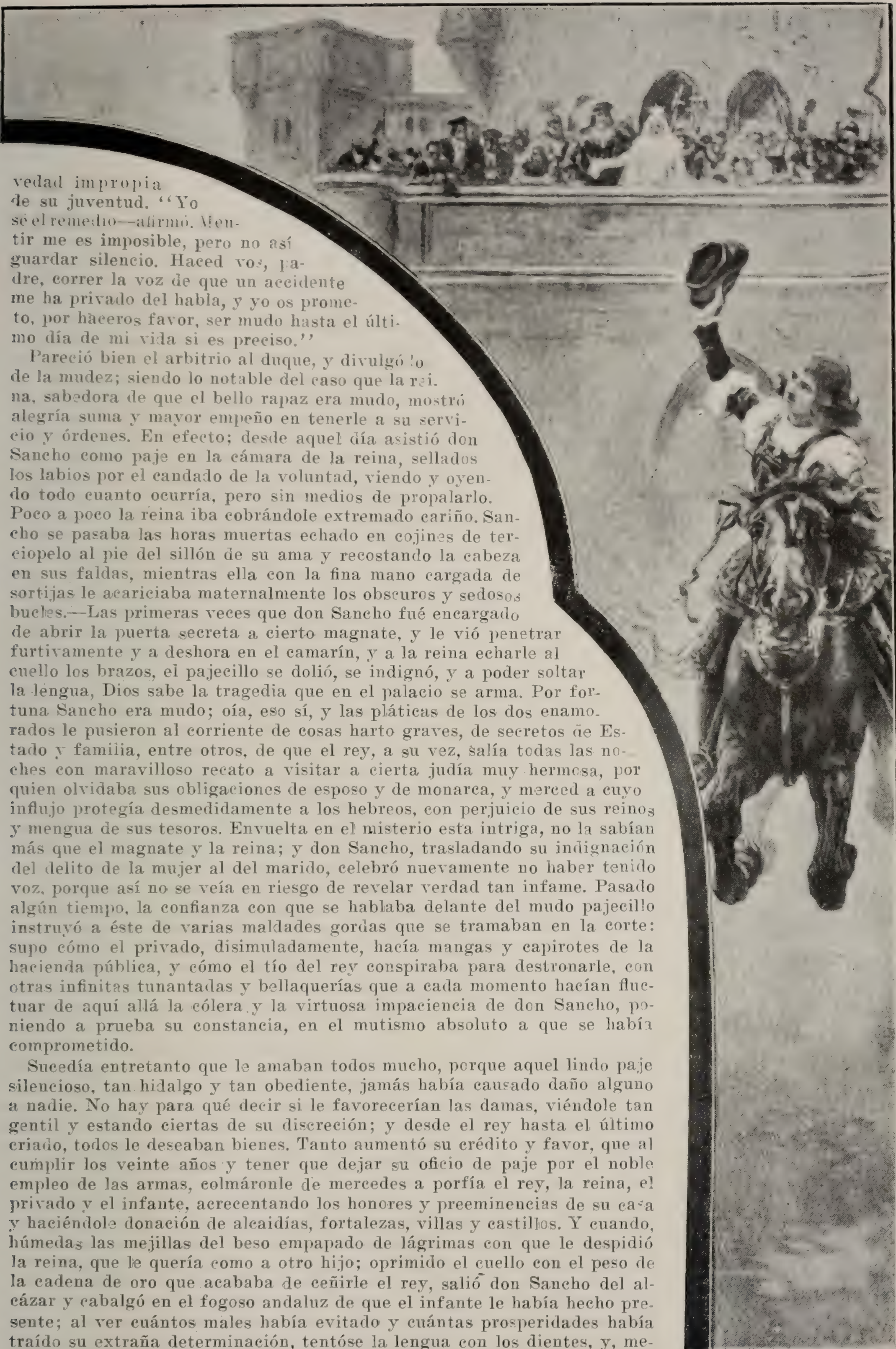


AL BUEN CALLAR...

No tenían más hijo que aquél los duques de Toledo, pero era un niño como unas flores; sano, apuesto, intrépido, y, en la edad tierna, de condición tan angelical y noble, que le amaban sus servidores punto menos que sus padres. Traíale su madre vestido de terciopelo que guarnecían encajes de Holanda, luciendo guantes de olorosa gamuza y brincos y joyeles de pedrería en el cintillo del birrete; y al mirarle pasar por la calle, bizarro y galán cual un caballero en miniatura, las mujeres le echaban besos con la punta de los dedos, las vejezuelas reían guiñando el ojo para significar "¡Quién te verá a los veinte!", y los graves beneficiados y los frailes austeros, sacando la cabeza de la capucha y las manos de las mangas, le enviaban al paso una bendición.

Sin embargo, el duque de Toledo, aunque muy orgulloso de su vástago, observaba con inquietud creciente una mala cualidad que tenía, y que según avanzaba en edad el niño don Sancho iba en aumento. Consistía el defecto en una especie de manía tenacísima de cantar la verdad a troche y moche, viniese a cuento o no viniese, en cualquier asunto y delante de cualquier persona. Cortesano viejo ya el duque de Toledo, ducho en saber que en la corte todo es disfraz, adivinaba con terror que su hijo, por más alentado, generoso, listo y agudo que se mostrase, jamás obtendría el alto puesto que le era debido en el mundo, si no corregía tan funesta propensión. "Reñida está la discreción con la verdad: como que la verdad es a menudo la indiscreción misma", advertía a su hijo el duque. "Por la boca solemos morir como los simples peces, y no es muerte propia de hombre avisado, sino de animal bruto, frío y torpe", solía añadir. Corríase y afligíase el rapaz de tales reprensiones y advertencias, y persuadido de que erraba al ser tan sincero, proponía en su corazón enmendarse; pero su natural no lo consentía: una fuerza extraña le traía la verdad a los labios, no dándole punto de reposo hasta que la soltaba por fin, con gran aflicción del duque, que se mataba en repetir, "Hijo Sancho, mira que lo que haces... La verdad es un veneno de los más activos; pero en vez de tomarse por la boca, sale de ella. Esparcido en el aire, es cuando mata. Si tan atractiva te parece la fatal verdad, guárdala en tí y para tí; no la repartas con nadie, y a nadie envenenarás."

Acaeció, pues, que frisando en los trece años y siendo cada vez más lindo, dispuesto y gentil el hijo de los duques de Toledo, un día que la reina salió a oir misa de parida a la catedral, hubo de verle al paso, y prendada de su apostura y de la buena gracia con que la hizo una reverencia profundísima, quiso informarse de quién era, y apenas lo supo, llamó al duque y con grandes instancias le pidió a don Sancho para paje de su real persona. Más aterrado que lisonjeado, participó el duque a su hijo el honor que les dispensaba la reina. "Aquí de mis recelos, aquí del peligro, Sancho... Tu funesto achaque de veracidad ahora es cuando va a perderte y perdernos. Si la reserva y el arte de bien callar son siempre provechosos, en la cámara de los reyes son indispensables, te lo juro." "Antes pienso, padre—replicó el precoz don Sancho,—que al lado de los reyes, por ser ellos figura e imagen de Dios, alentará la verdad misma. No cabrá en ellos mentira ni acción que deba ser oculta o reservada." Confuso y perplejo dejó la respuesta al duque, pues le escarabajeaban en la memoria ciertas murmuraciones cortesanas referentes a liviandades y amoríos regios; pero tomando aliento, "No, hijo—exclamó por fin,—no es así como tú supones... Cuando seas mayor y tu razón madure, entenderás estos enigmas. Por ahora sólo te diré que si vas a la corte resuelto a decir verdades, mejor será que tomes ya mi cabeza y se la entregues al verdugo." Cabizbajo y melancólico se quedó algún tiempo don Sancho, hasta que, como el que promete, extendió la mano con extraña gra-



vedad impropia de su juventud. "Yo sé el remedio—afirmó. Mentir me es imposible, pero no así guardar silencio. Haced vos, padre, correr la voz de que un accidente me ha privado del habla, y yo os prometo, por haceros favor, ser mudo hasta el último día de mi vida si es preciso."

Pareció bien el arbitrio al duque, y divulgó lo de la mudez; siendo lo notable del caso que la reina, sabedora de que el bello rapaz era mudo, mostró alegría suma y mayor empeño en tenerle a su servicio y órdenes. En efecto; desde aquel día asistió don Sancho como paje en la cámara de la reina, sellados los labios por el candado de la voluntad, viendo y oyendo todo cuanto ocurría, pero sin medios de propalarlo. Poco a poco la reina iba cobrándole extremado cariño. Sancho se pasaba las horas muertas echado en cojines de terciopelo al pie del sillón de su ama y recostando la cabeza en sus faldas, mientras ella con la fina mano cargada de sortijas le acariciaba maternalmente los obscuros y sedosos bucles.—Las primeras veces que don Sancho fué encargado de abrir la puerta secreta a cierto magnate, y le vió penetrar furtivamente y a deshora en el camarín, y a la reina echarle al cuello los brazos, el pajecillo se dolió, se indignó, y a poder soltar la lengua, Dios sabe la tragedia que en el palacio se arma. Por fortuna Sancho era mudo; oía, eso sí, y las pláticas de los dos enamorados le pusieron al corriente de cosas harto graves, de secretos de Estado y familia, entre otros, de que el rey, a su vez, salía todas las noches con maravilloso recato a visitar a cierta judía muy hermosa, por quien olvidaba sus obligaciones de esposo y de monarca, y merced a cuyo influjo protegía desmedidamente a los hebreos, con perjuicio de sus reinos y mengua de sus tesoros. Envuelta en el misterio esta intriga, no la sabían más que el magnate y la reina; y don Sancho, trasladando su indignación del delito de la mujer al del marido, celebró nuevamente no haber tenido voz, porque así no se veía en riesgo de revelar verdad tan infame. Pasado algún tiempo, la confianza con que se hablaba delante del mudo pajecillo instruyó a éste de varias maldades gordas que se tramaban en la corte: supo cómo el privado, disimuladamente, hacía mangas y capirotes de la hacienda pública, y cómo el tío del rey conspiraba para destronarle, con otras infinitas tunantadas y bellaquerías que a cada momento hacían fluctuar de aquí allá la cólera y la virtuosa impaciencia de don Sancho, poniendo a prueba su constancia, en el mutismo absoluto a que se había comprometido.

Sucedía entretanto que le amaban todos mucho, porque aquel lindo paje silencioso, tan hidalgo y tan obediente, jamás había causado daño alguno a nadie. No hay para qué decir si le favorecerían las damas, viéndole tan gentil y estando ciertas de su discreción; y desde el rey hasta el último criado, todos le deseaban bienes. Tanto aumentó su crédito y favor, que al cumplir los veinte años y tener que dejar su oficio de paje por el noble empleo de las armas, colmáronle de mercedes a porfía el rey, la reina, el privado y el infante, acrecentando los honores y preeminencias de su casa y haciéndole donación de alcaidías, fortalezas, villas y castillos. Y cuando, húmedas las mejillas del beso empapado de lágrimas con que le despidió la reina, que le quería como a otro hijo; oprimido el cuello con el peso de la cadena de oro que acababa de ceñirle el rey, salió don Sancho del alcázar y cabalgó en el fogoso andaluz de que el infante le había hecho presente; al ver cuántos males había evitado y cuántas prosperidades había traído su extraña determinación, tentóse la lengua con los dientes, y, meditabundo, dijo para sí (pues para los demás estaba bien determinado a no decir oste ni moste): "A la primer palabra que sueltes al aire, lengua mía, con estos dientes o con mi puñal te corto y te hecho a los canes."

Hay eruditos que sostienen la opinión de que de esta historia procede la frase vulgar, sin otra explicación plausible: "Al buen callar llaman Sancho".

La condesa de **PARDO BAZÁN.**



Venganza

El viernes, por la noche, había sido señalado por la señora Olivier Hamanoux para recibir a sus relaciones. De espíritu autoritario, llena de imposiciones, se casó con un hombre amante de las letras, todo esperanzas. Olivier Hamanoux, era excesivamente humilde, tímido, borroso, que perdía sus mejores años entre la duda y el tanteo, tachando a la mañana siguiente lo que había escrito la noche anterior. La misma vergüenza que sintió el primer día en que comenzó su ''pequeño trabajo'', la sentía aún del mismo modo. No veía sino debilidades y no acusaba por su oscuridad, ni al destino ni a la injusticia del siglo. Un verdadero filósofo amasado con malicia y melancolía. La señora Hamanoux lo despreciaba.

—¡Qué quiere usted!—exclamaba suspirante—es un hombre que ha titubeado toda su vida!

Ese paciente esposo no había llevado al hogar ni riqueza ni gloria. Sus obras completas se encontraban en su biblioteca: eran cuatro volúmenes, que si a alguien se le hubiese ocurrido hojearlos, hubiera visto que sólo el primero estaba impreso, una novela titulada ''Crepúsculo''; componía el segundo volumen algunos fascículos de una revista ya muerta y olvidada; el tercero era una colección de versos, dactilografiados; y el cuarto una serie de piezas irrepresentables, manuscritas.

Hamanoux se refugiaba en la lectura y en los pequeños placeres de la vida diaria. Tenía, no obstante, dos motivos de tristeza: comer mal—pues era un buen gastrónomo—y consagrar una reunión por semana a personas que lo aburrían soberanamente. No hay que ignorar que su señora tenía un salón literario.

Por admirable prodigio, dentro de este torbellino de electricidad y automovilismo, había conseguido resucitar en una modesta casa de Batignolles la época en que las damas de Luis Felipe ofrecían jarabe de grosella, pastelillos e insípidas poesías. Pero en este moderno salón literario, al jarabe lo sustituía un extraño chocolate que dejaba en el mantel—cuando alguno volcaba la taza—una mancha gris. Y en vez de los pastelillos de la vieja época, la señora Hamanoux convidaba con un plum-cake que era para el autor de ''Crepúsculo'' la más angustiosa pesadilla.

Su esposa compraba estos horrores en una casa que ella solamente conocía, y donde se pagaban una vez por semana los escasos budines que estaban compuestos de una masa negruzca e indigesta. Las pasas de uva, crujían a la presión de la dentadura como pequeñas piedras, y mellaban el cuchillo.

Un periodista había conseguido una muestra de tal manjar, que figuraba en la sala de redacción con este título: pan de sitio.

—Mi buena mujer—insinuaba a veces Hamanoux—para cambiar, no te parecería bien un bizcocho?...

—¡Un bizcocho, jamás!—Mi plum-cake es célebre. Además ya que se moja en el chocolate, poco importa que tenga unos días más o menos.

Y Olivier Hamanoux se volvía a sus libros. El viernes por la mañana, comenzó la preparación de la recepción nocturna.

Su cuarto de trabajo era a la vez dormitorio y salón. Su cama se transformaba en diván, gracias a un tapiz oriental y algunos almohadones de moderno estilo. Sobre la mesa de trabajo se colocaba un vaso de agua y una botella, a la usanza del lector clásico.

Entre tanto, Hamanoux miraba su lecho con inmensa ternura.

—Esta noche—pensaba—el colchón se inclinará hacia la derecha, y yo me despertaré mañana sobre el piso.

Venían jóvenes orgullosos de haber recibido una invitación debida únicamente a sus mérittos literarios, y sumergidos en un océano de cumplimientos pasaban sobre el pastel de granito y el chocolate salobre. Thielleux cantaba sus couplets, acompañado de piano, con una voz que tenía las resonancias afligidas de un clavicordio húmedo. Ciertas señoras cuchicheaban. El sábado por la mañana, Hamanoux anquilosado por la noche pasada en el diván desfondado, encontraba migajas del célebre pastel en la carpeta, cenizas de cigarro en el tintero; pero, daba vuelta la llave de la puerta y—¡suprema dicha!—se hallaba solo...

Dueño del campo, sacaba de un cajón secreto una resma de riquísimo papel, liso y frío como mármol, y blandiendo una pluma de cisne amorosamente tallada, comenzaba a escribir versos, presa de un terrible estremecimiento de alegría. Era menester que la señora no lo supiera. Una absurda racha de celos había sobrevido en su corazón al amor conyugal.

¡Qué hubiera dicho si hubiese visto este título escrito con la poética pluma de cisne, y con una letra vestida con mil ridículos adornos: ''A la gloria de una desconocida''!

Una desconocida, cuando ella, la señora Hamanoux, estaba allí, en su propia casa, con su estatura de Goliat, sus bigotes, sus cejas enérgicas! El poeta sólo se había atrevido a renegar de su mujer, imaginativamente, y aun así, con cautela, por las dudas...

Cuando cerraba la puerta para entregarse a su papel, su pluma y sus versos, sentía la inefable sensación de los enamorados de un ideal, que levantan una muralla entre el mundo exterior y el objeto de su pasión. La señora Hamanoux se sublevaba y gritaba contra semejante manía senil.

—¡Tú no puedes leer sin encerrarte!

Cuando el poeta hubo reunido una buena cantidad de versos, y el dinero suficiente, buscó un librero que—guardándole el más profundo secreto—le publicó la obra: ''A la gloria de una desconocida'', que firmó con el seudónimo Hialmar. En el más cerrado misterio, envió un ejemplar a los maestros, a los críticos, y un ejemplar impreso en papel de Holanda a su cónyuge, con esta dedicatoria: ''A la mujer de gusto, a la mujer de espíritu, al último salón literario, a la señora Olivier Hamanoux''. Cuando su mujer recibió el libro, pareció desvanecerse de dicha.

—Estoy segura que encontrarás esto muy malo; eres envidioso como un fracasado!

Enmudecido, Hamanoux meneaba lánguidamente la cabeza, iluminada por una profunda alegría interior. Y el viernes próximo, el libro ocupaba el sitio más visible.

—Yo invitaré a este joven poeta, para el viernes.

El viernes siguiente la señora Hamanoux se vistió lo mejor que pudo, y se colocó en la cabellera un gran penacho que parecía agitarse dando la bienvenida al neófito. Hialmar sobrexcitaba su curiosidad.

—Es Vigny—decía—con algo de Musset. Le pediré que nos lea ''Sufrimiento'', esa pieza admirable, en la que nos describe la resignación de Sócrates, víctima de aquella furia de Xantipa... Las diez de la noche.

—¡Cómo tarda!—murmuró.

En ese momento llegaba un despacho. Lo leyó y quedó lívida. El telegrama decía así:

''Imposible ir porque el plum-cake es tan duro que no se puede comer.''

Enrique **DUVERNOIS.**

BODA



Los desposados, señorita Luisa Edelmira Goyeneche y Sr. Luis Adolfo Luzuriaga, después de la ceremonia nupcial

La cárcel de detenidos de Dolores



Don Romeo Roveda, alcaide de la cárcel



Frente del establecimiento penitenciario dolorense

Cuando leemos las crónicas detalladas de algún lujoso banquete, donde se ha hecho derroche de dinero y de alegría; cuando observamos lo que se gasta en protocolos y lo que se tira en recepciones; cuando vemos cruzar por las calles de la metrópoli todo un mundo de gente que ríe gozando de libertad; cuando contemplamos una obra en construcción y vemos trabajando un centenar de obreros que luchan con entusiasta ahinco; cuando a la salida de una fiesta admiramos ricas toilettes que parecen cantar un himno a la vida y al oro; entonces nuestra imaginación se remonta hasta las cárceles y casas de reclusión donde purgan delitos muchos que el destino los hizo cometer errores que castigan nuestras leyes.

Viven en un mundo aparte.

Hasta ellos, sólo llegan los ecos del "otro" mundo que palpita, agitándose como una ola encrespada por el viento o la borrasca. Allí, entre paredes frías, macizas, pintadas del mismo color, pierden la noción del tiempo.

La vida regimentada, la alimentación siempre a su hora, la vigilancia extremada, el rechinar de llaves y el eterno murmullo de enjambre que no cesa en todo el día, hacen bien del detenido un hombre distinto al que corría viviendo en libertad.

Y hay muchos, ¡muchísimos!, que al pisar los dinteles de esa vida amarga sienten pesadez en el cerebro, tristezas en el alma.

Entonces enferman. Luchan con la muerte y, al fin, la constitución del hombre y el apego que todos tenemos a la vida, hacen que el cuerpo recobre su salud quebrantada. Pero aquel hombre, al dejar la cama es otro hombre. Entre las sábanas ha quedado su carácter y su "yo". Siendo otro, ¿qué escrúpulo podrá tener en aceptar las costumbres y vicios de los demás? ¿No lo hacen todos, acaso?

Los malos, los que están ahí porque deben estar, ¿qué pierden adquiriendo nuevos odios? A rebelde de alma, ¿qué le importa la conducta en la vida?



El alcaide (x), presenciando la limpieza de un jardín

Uno bueno, ¿cómo evitar el contagio? El hombre bueno es el que cae más fácilmente.

Sarmiento fué un declarado enemigo de las cárceles; por eso luchó en favor de la educación, por medio de la escuela, del libro y de la prédica. En las aulas—decía el genial maestro—se forman hombres de carácter, capaces de odiar las cárceles y amar la vida y la patria.

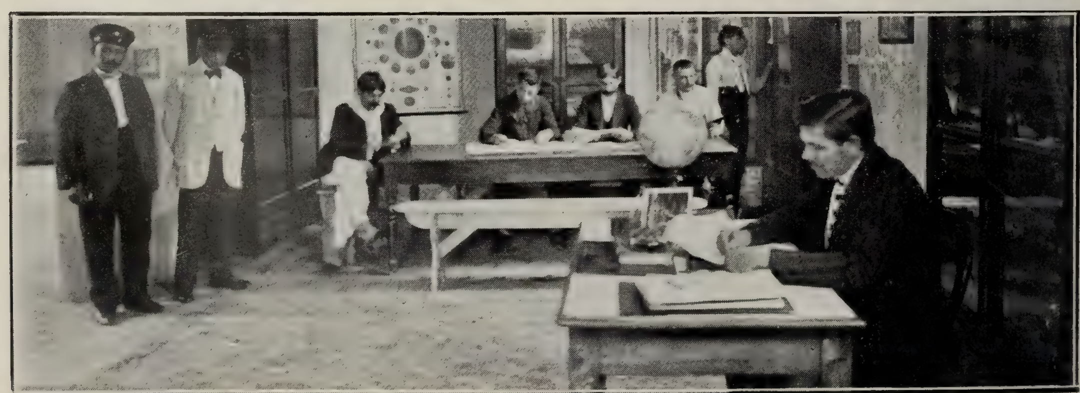
La educación de los sentimientos es una medida eficaz contra la criminalidad. De ahí que el gran pedagogo consagrara muchos años de su fecunda existencia en inculcar tal verdad.

Estas y no otras eran las ideas que danzaban en nuestro cerebro al trasponer los dinteles de la cárcel de detenidos de Dolores, quizá el único establecimiento de su género, en la provincia, que se encuentra en buenas condiciones.

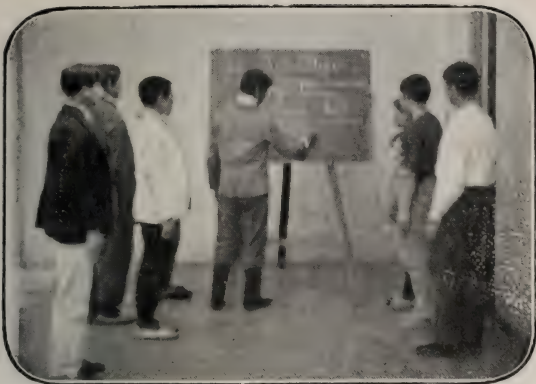
Hasta nosotros llega incesante murmullo que parece emanar de las paredes o vivir en el aire, como algo misterioso y raro. Y ese canturreo sordo, forma contraste con las gruesas paredes pintadas de amarillo y los barrotes de las puertas.

No sabemos por qué nuestra imaginación se remonta hasta la jaula de los leones, del Zoo. Las dos son cárceles: la una de fieras y la otra de hombres.

Los detenidos parecen niños, por lo curiosos. ¿Pensarán que, entrando por mero gusto o para recorrer pabellones y galerías, se les lleva algo de esa libertad que ellos ansían? Quizá. Un preso experimenta, siempre, íntima satisfacción estrechando la mano del visitante.



Un grupo de presos estudiosos en la biblioteca



Menores detenidos en la clase de moral cívica

Sonríen con una risa que les nace de muy adentro. Se muestran atentos y corteses. Hablar así, estar cerca de una persona que no es de la "casa", les sabe a gloria.

Preguntamos al alcaide, señor Romeo Roveda, que nos acompaña en nuestra visita:

—Estos detenidos parecen muy buenos.

—No son malos. Además, aquí no se permiten rebeldías. Tolerarlas sería perder toda consideración de respeto. El más "arisco" se apacigua a poco de haber entrado. El ambiente mismo les infunde temor.

Y debe ser verdad. Los detenidos se muestran respetuosos. Muchos, la casi mayoría, bajan la vista cuando el alcaide pasa frente a ellos. Al observar este fenómeno hemos sufrido interiormente ante la presencia de tantas voluntades dominadas por la influencia sugestionadora de un superior.

Empero el alcaide es una persona muy querida por sus condiciones de hombre bueno y por sus ideas contrarias al rigorismo y al castigo disciplinario.

Los detenidos se muestran contentos; ¿qué hacer? ¿No es una suerte, dentro de la desgracia misma, estar en cárcel limpia, dirigida por persona de nobles sentimientos?

—Si el alcaide fuera malo y castigador—nos dijo uno de ellos en voz muy baja—la vida sería más triste.

Y luego:

—¿Me da un cigarrillo, señor?

—Sírvase.

—Mil gracias.

¿Por qué será que los presos siempre solicitan tabaco? ¿Por qué será que ese vicio se arraiga en los detenidos con asombrosa facilidad? Cualquiera diría que el silencio.

Recorriendo las distintas secciones, dependencias y galerías de la cárcel, hemos podido apreciar a fondo las condiciones en que se encuentra este establecimiento carcelario.



Mujeres delincuentes



Varios detenidos trabajando en la fabricación de escobas

La higiene, la luz y la ventilación es lo que más se cuida, por ser, también, lo de mayor importancia.

Y no se crea que es tarea trivial atender tales exigencias.

El edificio es viejo. La disposición de celdas, galerías, pabellones, etc., etc., no es del todo correcta. Las mejoras que se han introducido en estos últimos meses apenas si han salvado los inconvenientes de más volumen. Aún subsisten algunos que el actual alcaide piensa combatir, poco a poco.

—¿Muchos detenidos?—interrogamos.

—Son 262, en total. Duermen de a dos en cada celda. Pero ha habido épocas malas.

—No entendemos.

—Exceso de gente. Entonces dormían tres y cuatro en cada celda y la vigilancia y el trabajo, como es de suponer, resultaban doble o triple.



Un ciego atendido por un compañero de prisión

—¿Quiere decir, entonces, que la criminalidad tiende a disminuir?

—En este departamento, sí.

Y la contestación del alcaide nos arranca un suspiro de alegría. ¡La prédica de Sarmiento, da sus frutos!

—En muchas de las mejoras—continúa nuestro informante—han trabajado los mismos presos en calidad de peones. De esta manera, además de ganar algunos pesos, han experimentado la siempre agradable sensación del trabajo que siempre está a tres pasos de la libertad.

Proseguimos nuestra visita a través de jardines, pabellones, botica, enfermería, lavadero, baños, cocina, escuela, patios, galerías, etcétera, y en todas partes encontramos pulcritud, aire, higiene.

Ante obra tan buena hemos recordado, no sin dolor, las crónicas de muchos diarios metropolitanos, llamando la atención oficial cerca del mal estado en que se encuentran las cárceles provinciales. La de Dolores, felizmente, es una honrosa excepción...

Sería pecar de ingratos no mencionar en esta crónica, la ayuda que presta el segundo alcaide, señor Francisco Espinosa. Es un viejo y simpático servidor del establecimiento. Se le mira con cariño. Se le quiere, en una palabra, porque es bueno, amable y condescendiente. Su foja de servicios es extensa. Comenzó a trabajar hace nada menos que quince años. Ya está viejo. Pero tiene alma de niño.



La enfermería de la cárcel

El, también tiene su parte de lucha, en el mejoramiento de que nos ocupamos.

Al retirarme pensamos que una cárcel no debe ser lugar de martirios, ni cementerio de personas vivas. Podría decirse—y pase la cursilería de la frase—que es el templo del arrepentimiento. Debe ser el hogar de todos esos hombres que no han sabido o no han podido vivir en amistad con las leyes y la justicia.

Benito J. CASTAÑO.

Figuras contemporáneas

Nicolás II de Rusia

Nicolás II, emperador de Todas las Rusias, según reza el Almanaque de Gotha, nació en 1868, y en 1894 se casó y subió al trono. El futuro emperador se educó en las sencillas costumbres típicas de la real familia rusa, costumbres que contrastan grandemente con la ceremoniosa existencia oficial que tiene que soportar en público.

Casi en la infancia aprendió tres o cuatro idiomas, y a la edad de nueve años comenzó su educación sistemática bajo la dirección del general Danilovich. Sus estudios duraron trece años, en el curso de los cuales además de las enseñanzas generales fué sometido a un aprendizaje práctico del gobierno civil y militar. Su carrera terminó con un viaje por Asia, Egipto, India, China y Japón.

Su vida actual es tan sencilla como laboriosa. Se levanta temprano, a las nueve se desayuna y va a su despacho a leer los periódicos de la mañana. En la mesa de trabajo encuentra el programa de la jornada y un resumen de lo que merece llamarle la atención.

Hasta las diez y media el emperador habla y cambia impresiones con diferentes dignatarios y sale a dar un corto paseo por el parque, generalmente solo, algunas veces en compañía del zarevitch, pero seguido siempre de sus perros favoritos, unos "collies" escoceses muy fieles a su amo. Al regresar a palacio, a las once, suele detenerse a probar la comida de su regimiento de infantería de la Guardia o de su escolta personal y luego se dedica a hablar con los ministros hasta la una, hora fijada para almorzar.

Después del almuerzo que se hace en familia, empiezan las recepciones, y el poco tiempo que queda hasta las cinco lo consagra el zar al segundo paseo, a pie, a caballo o en bicicleta. Si está veraneando en Peterhof, en el golfo de Finlandia, el paseo lo da en una chalupa, y le entusiasman los deportes náuticos porque rema a la perfección.

De cinco a seis toma el te en familia y aprovecha el momento para comunicar a la emperatriz las noticias que pueden interesarla y para leer en alta voz, distracción que le agrada mucho porque lee admirablemente.

Desde las seis hasta las ocho, hora de comer, trabaja de nuevo. Cuando no recibe a los ministros, lo cual es raro, permanece solo en su gabinete de trabajo despachando los asuntos pendientes. Para la comida y la tertulia familiar no destina más que hora y media. A las nueve y media vuelve a su despacho a trabajar, y hasta las doce y media o más tarde no se retira a descansar, pero antes de acostarse anota en su diario las impresiones del día, aunque sea muy concisamente. Este diario no lo interrumpe aunque esté de viaje.



Nicolás II con el príncipe heredero

El zar es muy aficionado a los deportes, sobre todo a la natación; juega muy bien al tennis y a los bolos, y es un tirador de fusil de primer orden. Le gusta todo lo ruso, y por eso sus platos favoritos son los platos nacionales, tales como el "borstch" (sopa de remolacha), el cochinillo, las "aschas" (sémolas) y el "kvasi" llamado del convento, bebida parecida a la sidra que aprendió a hacer en el convento de Sarrow. El champagne que se sirve en la corte es exclusivamente ruso. En general, la mesa del emperador es sana y abundante, pero desprovista de todo lujo.

Sus veraneos en Livadia los aprovecha para hacer largas marchas a pie, seguidas de un baño de mar, y otras veces se dedica a la caza. Todo el mundo recuerda los famosos paseos por los alrededores de Livadia y Yalta. El emperador salía vestido de soldado, de pies a cabeza, con el fusil de reglamento al hombro para probar por sí mismo el peso que soporta el soldado, así como su célebre abuelo, el zar Pedro, vivió un mes a pan y agua para saber cuál podía ser la ración necesaria al soldado.

El trato del emperador con todas las personas que se acercan a él se distingue por una bondad perfecta. La bondad es el rasgo característico de Nicolás II y de su familia. Los yerros y las irregularidades encuentran siempre en ellos una indulgencia inagotable. Interesados en la vida íntima de todos los que les rodean, los soberanos y sus hijos participan de sus alegrías y de sus penas. Recuerdan las fiestas de familia de todos ellos, los felicitan y les hacen regalos adecuados a sus categorías y a sus gustos personales. La imparcialidad del emperador, su rectitud, su diplomacia para indicar un error sin herir la susceptibilidad de nadie, son proverbiales en la Corte.

Está al corriente de toda la política internacional, siguiendo con gran interés el desarrollo del socialismo en el mundo.

Es, en el fondo, un hombre a la moderna, en el que jamás se ve la sombra del tirano.

La agricultura le merece especial atención, así como en las artes la música es su predilecta. Así, en las grandes temporadas de la ópera, es raro ver desocupado el palco del emperador.

Se cuenta que en las grandes maniobras militares, que se celebran todos los años, no se limita a ser un mero espectador, sino que le gusta estudiar los planos detenidamente, discutiéndolos con sus primeros generales.

En esos días recorre las líneas principales, habla con los oficiales y soldados, agradándole probar el rancho extraordinario que se da a la tropa.

Las caballerizas del emperador, que son, después de las del emperador de Alemania, unas de las mejores de Europa, preocupan su atención especial, efectuando visitas de inspección a diario.

Los ejemplares que tiene son seleccionados, viéndose el caballo de pura raza inglesa así como el árabe y el andaluz.

En los coches de lujo, para ceremonias, viajes, etcétera, posee el emperador Nicolás II una colección hermosísima, aunque hoy hace poco uso de ellos.

Los automóviles han relegado casi al olvido estos medios de lomoción; sin embargo, los coches para expediciones de campo, a los que es gran aficionado, merecen su especial atención.

A la biblioteca particular dedica una gran cantidad mensual, enriqueciéndola no sólo con las firmas de los más reputados escritores rusos, sino extranjeros, gustándole leer los juicios críticos hechos de cada libro.

Tal es Nicolás II, a quien parte del vulgo atribuía un carácter reservado, dominador y agrio.

Después de la lectura de esta rapidísima biografía, se deduce que la vida de este hombre, que gobierna un territorio tan vasto como el mismo continente europeo, no puede ser más activa y compleja. Sin embargo, hay tiempo para todo cuando el orden preside las decisiones de la voluntad. Nicolás II reparte el día en los asuntos que se refieren al desenvolvimiento de la acción gubernativa, en los que se relacionan con los deberes del hogar y en los deportes higiénicos. Antes los jefes de estado llevaban una existencia más llena de halagos y de bienestar. Eran otras las exigencias del país, no eran tan complicadas las relaciones internacionales. En la actualidad, habiendo aumentado la población, y por otra parte, siendo la evolución más rápida, tienen que sobrellevar una tarea doblemente ardua.

NUESTROS HOGARES



Señora Clota Holemberg de Cullen y su nenita



Señora de Gatti y sus niños



Señora Bonomi de Basualdo y sus hijitos



Señora Oliver de Landaje y su niñita

Fots. Witcomb y Garro.

La muñeca

CUANDO ella volvió a París, de su pretendida "tournée" teatral por Norte América, cubierta de joyas, en seguida se dió pábulo a la maledicencia. Una actriz que se ausenta por un año, así... con tanto misterio, para reaparecer rica y enjoyada maravillosamente, no podía menos que haber desplumado a algún millonario. Y como yo recordara todo lo deliciosa que me resultó la actriz al tiempo de su debut, antes del viaje que había alhajado su vida, experimenté una inmensa desilusión, al par que una gran sorpresa. Y por eso, fiado en nuestra sincera amistad, un día fui a visitarla con el objeto de tranquilizarme.

—Dígame: la vida es dulce para usted, a quien conocí en plena lucha no ha mucho ¿verdad? Las gentes que son malas con las mujeres felices, se han extrañado bastante, y esto me irrita. Cuénteme, pues, esa página de su vida.

—¡Ah! es cierto... Se habla... Se murmura. Tengo joyas y dinero, y esto basta para manchar a una mujer... ¡Miserables!

Sin embargo, usted me conoció cuando salí del conservatorio, muy ingenua, jovencita... Aun recuerdo que mis camaradas se burlaban de mí, a causa de mi cara de muñeca.

¡Una muñeca!

*
* *

Por un instante se detuvo y arrugó el entrecejo.

—Y es, en efecto, prosiguió, la historia de una muñeca, la que voy a contarle, una historia extraordinaria, increíble... No quise decírsela a nadie. Pero, puesto que la gente ha comenzado a mancharme, es mejor que hable y revele de dónde viene tanto dinero y tantas joyas. Sí... son espléndidas... Mire, este collar de esmeraldas, estos zarcillos y este broche... ¡Ah! Si usted supiera, si usted supiera... Figúrese, usted, que una noche, en mitad de una representación teatral, en el fondo de una comarca californiana, la pequeña actriz, sola, sin dinero, sin amigos, sin porvenir, recibió la visita de un hombre notable, un rey de las finanzas.



Y bruscamente, con esa desconcertante flema de los americanos, aquel hombre formidable me dijo:

—¿Quiere, usted, ser rica?—Y agregó con visos de respeto:

—Será de la manera más honesta del mundo.

Cualquiera creería en un cuento de hadas, ¿verdad? El poderoso del mundo, explicó:

—Tengo dos hijos que adoro y cuyos caprichos cumplo sin vacilar. Usted es actriz, es linda, tiene ojos de ingenua... ¿Quiere usted venir a mi casa y divertir a mis hijos? Será retribuída de una manera regia.

Al principio me sentí maravillada. ¡Representar en el domicilio de un millonario y ante un público compuesto por niños! ¡Qué debut!

El hombre me detuvo en mis fantasías:

—No se trata de eso, —me dijo.— Usted sabe que en América se hace lo que no se hace en otras partes. Se hace lo mejor, lo más grande, lo más bello. Lo que yo le pido es que sea, no actriz, sino muñeca, una muñeca viviente... Se me ha ocurrido esto para divertir a Jack y Dickie, dos chiquilines adorables. No se asuste por esto; no le resultará nada fatigoso y su vida material será cómoda. Ser muñeca consiste en hacerse admirar mucho, traquetear un poco y acariciar siempre que los dos rubiecitos se encuentren despiertos. Hágalo... yo les he hablado de una muñeca grande, más maravillosa que todas las demás, una muñeca animada que se mueve y tiene la estatura de un adulto. Los pequeñines no comprenden... Piensan que es usted un personaje de ensueño, bajado a la tierra...

El hombre había hablado con acento de sinceridad, casi gravemente. Me mostró el retrato de los dos niños, que eran muy lindos, unos de esos niños por quienes uno haría las mayores locuras con tal de tener dinero...

Acepté la oferta. ¡Oh! me sentía vacilante, conmovida, hasta molesta de este papel inesperado, inaudito.

Fué como se me había dicho. La madre me recibió con benevolencia. Era una persona dulce y enferma, privada por su mal de ocuparse de sus hijos.

—Tienen que jugar... me dijo ella. Este placer los consuela un poco de mis caricias.

Ya comprenderá cuál fué el regocijo de Jack y Dickie, chiquilines exquisitos, blondos y rosados, cuando fuí presentada a ellos, vestida suntuosamente. En seguida ocupé en sus corazoncitos entusiastas un lugar preponderante.

Pero, como eran muy chicos y débiles, y el juego con muñeca tan grande los cansaba, mi trabajo fué pequeño.

En lo que me restaba de tiempo, vivía cómodamente, gozando de todo lo que la amabilidad de un anfitrión riquísimo puede rodear a una mujer, con delicadeza infinita y una deferencia absoluta; y los sueldos, según lo estipulado, fueron magníficos.

Había momentos en que me sentía avergonzada. Es preciso comprender todo lo que hay de original en la vida americana, toda la fantasía que reina en casa de estos millonarios, para poder admitir, sino comprender, cómo una mujer razonable, con propósitos de trabajar en el arte, pudo resignarse a ser, pura y simplemente un juguete.

Pero el ambiente era tan favorable, y Jack y Dickie eran de tan fina picardía, que yo, contenta consentí a todos sus caprichos, y me dejaba vestir y desvestir conforme a su antojo, y pasear y admirar como lo hubieran hecho con una muñeca verdadera.

Ellos me decían, en su jerga infantil, cosas adorables, y—no se ría—yo me sentía amada con una afección que no tiene igual en el mundo.

Me veía, mimada, alhajada, cubierta de caricias. Era su diosa, el hada del cielo que había bajado a cumplir sus voluntades revoloteantes. Me vestían según su antojo. Una vez, cayó en sus manos una revista francesa o inglesa, no recuerdo bien... Traía el retrato de la Karsavina, en "Sherezade", el más bello ballet del mundo, como dicen los americanos en su afán de hiperbolizarlo todo; y los ojos, abiertos de asombro, cayeron sobre aquel cuerpo arqueado, que mostraba una graciosa flexibilidad de felino. Y, amigo mío, quisieron que yo, por un instante, encarnara ante ellos la gracia de la estampa. Pocos días después, obedientes al capricho de los niños, llegaron de las importantes ciudades portuarias las sedas más costosas, las joyas más raras y un "aigrette" valiosísimo. Y con aquel traje que hubieran envidiado las actrices más encumbradas de mi época, fué para los niños, por momentos, la encarnación de la maravillosa narradora. El traje, las plumas, las joyas, todo lo conservo...

Ah, me olvidaba decirle que hasta me bautizaron; y mi apodo de "Yuca" tenía un sabor tan "sauvage", tan agreste y cariñoso a la vez, que por ingenuo que parezca el caso, yo no le vi en lo más mínimo su lado de ridículo. Quien se hubiera hallado en aquel ambiente, expuesto a cada minuto al asombro de una nueva maravilla, rodeado de tantas cosas extrañas, podría sonreir, pero, nunca de una manera sarcástica, o lo que es peor, irónica; pues usted sabe, amigo mío, como buen francés, que la ironía lleva siempre una intención despreciativa, muy fina.

Y ahora, "atention": le ruego que no se ría. Figú-

rese que una vez a aquellos dos diablillos, dieron en el afán de romperme para ver lo que tenía adentro. Comprenderá usted mi apuro. Había visto a aquel hombre derrochar verdaderas fortunas para satisfacer los menores caprichos de sus hijos, y yo estaba tan sola, sin un amigo para protegerme, que, francamente, llegué a sentir miedo y a imaginarme los horrores de la vivisección. En cambio, nunca como en aquella oportunidad pude apreciar el valor de la fábula "la gallina de los huevos de oro"...

De este modo, pasó un año. El tacto infinito de los padres me evitó siempre toda lastimadura o violencia. Aunque usted no me crea, le diré que terminé por amar aquella vida por extraordinaria que fuera.

Y hasta me sentí un poco orgullosa, pues se había extendido por el país el rumor de que existía una bella muñeca viva, más hermosa que ninguna otra...

Una ráfaga, una de esas ráfagas que soplan aun entre los más poderosos de la tierra, vino a demoler la dicha de aquellas gentes que parecían hechas para estar siempre a cubierto de todos los dolores.

Una misma enfermedad, una mala fiebre, atacó a los dos niños. En vano fué la presencia de los médicos. Aquellas dos florcitas, como su madre, eran demasiado frágiles.

Quise partir, juzgándome ya, demás... Pero se me suplicó que me quedara y fuera el testigo silencioso de la cosa más terrible: la lenta agonía de dos niños; y hasta el fin, yo, el bello juguete, fui la cara obsesión de sus cerebros debilitados.

Viera usted cómo me llamaban, en su loco afán de tenerme constantemente a su lado, y sentir de continuo el contacto de su Yuca que para ellos, en aquellos instantes de delirio, era más que un juguete, era un hada que lograba calmarlos. Ante la presión de mis brazos, se dormían en mi regazo, como si ellos les infundiera el calor necesario a sus cuerpecitos ateridos por la fiebre. Así murieron, amigo mío, una vez que se calmaron bajo la caricia de su "Yuca", para no volver más de su reposo.



Abreviaré, porque cuando pienso en ello siento ganas de llorar, y podría resultarle ridícula.

Sepa tan solo que representé mi papel hasta el final.

Sepa que la fatalidad cumplió su obra y que la ciencia fué impotente.

Cuando todo hubo concluído, volví a Francia. Los padres me pidieron que conservara todas las joyas con que Jack y Dickie me adornaban.

He aquí toda mi historia, amigo mío...

Quizás haga sonreir a los incrédulos porque en sí, es un poco absurda e indigna de la gran actriz que pretendo ser; y sin embargo ¿gozaré en mi carrera teatral de emociones más bellas, más puras, que las que tuve allá lejos, ante aquellos bracitos tendidos hacia mí, en un gran llamamiento de ternura? ¿Encontraré pesar más profundo que el que me causó ver cómo se fueron tan pronto dos seres adorables?

Los niños lloran sobre los restos de sus juguetes.

Esta vez, fué el juguete que lloró sobre los restos de sus niños.

Henry de FORGES.

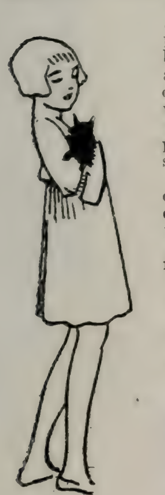
Los bailes infantiles

Érase un rey muy malo. En cierta ocasión, fué condenada a muerte una señora muy buena, porque no salió al balcón al pasar el rey.

Cuando en el pueblo se tuvo conocimiento de tan horrible sentencia, las señoras resolvieron apersonarse al rey y pedir gracia para la desdichada señora:

—¿Qué queréis de mí, mujeres?—gritó colérico el rey.

—Majestad—habló una de ellas—una distinguida y excelente matrona ha sido condenada a muerte por no haber salido al balcón cuando vuestra majestad pasaba por su casa...





—Sí. Su cabeza rodará por insolente.

—En nombre del pueblo, solicitamos a vuestra majestad levante tamaña sentencia.

El rey quedó pensativo breves instantes, y después habló así:

—Bien, sea. La perdonaré con una condición.

—¿Cuál es ella?

—Me presentarán tres cosas, las que ustedes quieran y, por lo menos una de ellas me ha de alegrar. Caso contrario, la insolente morirá a la vista de ustedes.

Después de muchas fatigas y de salvar dificultades grandísimas, se presentaron a la prueba.

—Comenzad—ordenó el rey.

—¿Véis esta piedra negra como el carbón? Tiene la rara propiedad de salvar las más largas distancias.

—¡Es una basura!—vociferó el rey.

—Este pedazo de género—dijo otra de las señoras—es de la India...

—No sirve—rugió el rey.

Las señoras, desalentadas ante los dos primeros fracasos, no sabían qué hacer.

—¡El tercero!

Entonces se presentaron ocho niñas vestidas a la antigua costumbre regia y, a una indicación, bailaron con tanta gracia, tanta perfección que la ira iracunda del rey se apaciguó.



—¡Hermoso!—exclamó el rey.—nada hay más bello en el mundo que presenciar un baile infantil. ¡Soltad a la presa!

Y la señora fué puesta en libertad. Y cuenta la leyenda que, cuando una pena lo afligía, exclamaba: ¡Que un grupo de niñitas bailen algo! ¡Eso es lo más lindo del mundo, lo único que me alegra!

Y no estaba equivocado el rey del cuento: los bailes infantiles tienen, en sí, algo que subyuga, que atrae, que sugestiona. Tienen el don especial de pulsar las delicadas cuerdas del alma.

Instituto Nacional de Niñas



El doctor Honorio Leguizamón entregando los diplomas a las alumnas normales, señoritas Aurelia Rebecchi, Delfina Corlevato, Pilar Visconti, Natalia Brusco y Marina Badía



Frente del edificio que ocupa el

El Instituto Nacional de Niñas
tablecimiento de la América
funcionar con 23 alumnas y tres
la utilidad de esa institución huma
cia de sus métodos de enseñanza y
progresión constante hacia el cump
tituto vió aumentar el número de sus
15 profesoras para la enseñanza
una de dibujo, y el personal de dis
Las niñas son admitidas desde
ra aprender a hablar y para adquir
to grado de las escuelas primarias
que han de luchar esos seres privad
oído, hay que admirarse de que en
circunstancias anormales — lleguen
expresarse con claridad.
No se reduce la misión del Ins
abarca también la profesional, qu
to. Dirige esta noble institución la



Un núcleo de alumnas en una clase de gimnasia



El comedor del Instituto



Clases de labores. — Alumn

Sordomudas. -- La fiesta anual



stituto Nacional de Niñas Sordomudas



Una de las alumnas que egresan del establecimiento, pronunciando el discurso de despedida

lomudas es, en su género, el único es- Sur. Fundado en 1900, comenzó a ofesoras. Bien pronto fué reconocida aria y se hicieron patentes la excelen- acierto con que se aplicaban. En iento de sus fines simpáticos, el Ins- umnas, y hoy cuenta 162, atendidas por la palabra, una de ejercicios físicos, ina y administración necesario.
dad de seis años, necesitando ocho pa- onocimientos elementales hasta el cuar- eniendo en cuenta las dificultades con del uso de la palabra y del sentido del lapso de tiempo — breve en esas obtener conocimientos completos y a

to a la enseñanza elemental, sino que da en seis talleres montados al efec- ñora María Ana Mc. de Madrazo.



Consultorio médico y dental, montado a la moderna



en el taller de guantería



Uno de los dormitorios del establecimiento

Cuento de Reyes



En el amplio despacho, de severo y modesto mueblaje, hallábase reunida toda la gente de la casa en torno a la chimenea, donde ardía el cok en vivísima hoguera de un rojo intenso. Los cuatro niños—el mayor de ocho años—habíanse sentado en el suelo y charlaban sin cesar, arrebatándose la palabra, entregados a una de esas improvisaciones imaginativas con que la niñez adorna y acrecienta la realidad futura de las cosas que desea febrilmente y quisiera ver cumplidas al instante. Mucho más cerca del fuego, el abuelito, que apenas si lograba templar el frío implacable de los años, escuchaba con sin igual delicia, encogido en la mullida butaca, aquel hablar impetuoso, signo de vida pujante que por todos lados brota y se manifiesta en todas ocasiones; y de vez en cuando cruzaba miradas de inteligencia con la madre que, de pie, al lado del balcón, pretendía leer un periódico y a cada paso lo dejaba para atender a los niños.

Anochecía prematuramente. Los cuatro hermanitos dejábanse llevar por la atractiva inspiración de sus sueños poéticos. Buscaban ahora apoyo en la realidad circundante para seguir fantaseando; el mayor, con cierta malicia escéptica y cierto afán de deslumbrar a los pequeños; éstos, con inocente y natural espontaneidad, que les arrastraba de modo irresistible. Por centésima vez en el día, volvieron a mirar un gran cuadro que colgaba de la pared, frente al balcón, iluminado ahora por aquella luz grisácea del crepúsculo y también, de costado, por reflejos brillantes de la chimenea. Era un lienzo antiguo, de factura holandesa, que representaba la Adoración de los Reyes Magos. En el centro, la Virgen, cubierto el busto por plegado manto que destacaba su azul verdoso sobre una especie de dorado tapiz, tenía en el regazo al tierno infante, desnudo del todo, coronado por el divino nimbo. A los lados, los tres monarcas orientales, con caras de vulgarísimos burgueses flamencos, trajeados de una manera medio convencional, medio realista, acercábanse adorando al niño Jesús y trayéndole ricos presentes; y en lo alto, sobre la arcatura de un pórtico que llenaba el fondo, lucía la estrella de oro, dejando caer un haz de rayos blanquísimos semejantes a la cabellera de un cometa. A pesar de la costumbre que tenían de ver aquellas caras, protestaban los niños de semejante representación de los Reyes. Las imágenes nacidas en su fantasía eran muy otra cosa; y además, como dijo el mayor, las figuras de barro del Nacimiento, "tenían otras caras".

—Y van montados.—añadió el segundo-génito, preciosa niña de suaves ojos azules. Dirigiéndose al abuelo: ¿Vendrán a caballo, o a pie?—preguntó en seguida.

Antes de que contestara el anciano, ya los otros dos pequeños habían dado su opinión, naturalmente, distinta. Ambos reconocían a los Reyes el indiscutible derecho de ser plazas montadas; pero quería el uno que viniesen en borriquillos morunos y el otro en velocípedos por parecerle esto cosa más nueva y más digna de la majestad y riqueza reales. A lo menos a él, si le dejasen manifestar sus preferencias, escogería el velocípedo.

La conversación giró al momento sobre cosas más positivas:—¿Qué traerán los Reyes? Y aunque ya varias veces lo habían preguntado, insistieron en averiguar si llegarían aquella noche, aquella misma noche.

—¿Qué duda cabe?—dijo la madre apartándose del balcón y viniendo a juntarse con los pequeños. Vendrán; es el día fijado.

—¿Pronto, pronto, antes de cenar?—apuntó la niña.

—Creo que no. Cuando ellos vengan, estaréis ya durmiendo. Tienen mucho que hacer en el camino y es natural que tarden.

—¿Pero nos oirán ahora, si les pedimos cosas chillando mucho, mucho?—preguntó el tercero con vivo afán.

—Sin que chilléis—contestó el abuelo, temeroso ya de las voces de los niños.—Son de oído finísimo esos señores.

—¿Vamos a cantarles en el Nacimiento?—insinuó el chiquitín.

No fué necesario más. Como grupo de alborotados pajarillos, que de improviso levantan el vuelo piando locamente, pusiéronse en pie los cuatro hermanos para correr hacia la galería, donde el Nacimiento, con sus figuras pintarrajeadas, sus montes de cartón y "rocaille", sus placas de musgo arrancadas del vecino prado, esperaba para animarse que los niños encendieran las luces y golpearan la alegre pandereta. Allá fueron todos con febril algazara, deseosos de agasajar mucho a los Reyes y congraciarse con ellos; y las infantiles voces sonaron bien pronto con brillantes tonalidades que, a pesar de su desconcierto, parecían fundirse en una rara y briosa armonía.

Quedaron solos el abuelo y la madre. La luz del crepúsculo se había apagado de tal modo que no marcaba más que un rectángulo ceniciento sobre los cristales del balcón. El despacho se llenaba de sombras; y por contraste, el fuego parecía más vivo, más rojo, enviando a todos lados reflejos de incendio. Llamados en aquella hora sombría, evocadora de todos los recuerdos tristes, a consoladora intimidad, padre e hija hablaron de sus dos mayores preocupaciones: los pequeños que comenzaban a vivir, y los mayores que habían muerto.

La doble viudez trajo abrumadora tristeza a la casa, antes alegre. El anciano, infatigable luchador de la inteligencia que vió con estupor cómo desaparecía de su lado la compañera de toda la vida vió también defraudada la esperanza de una prosecución de su obra en el mundo con la prematura muerte del que era a la vez nuevo hijo y discípulo, a quien la envidia miserable, armando el brazo de la inhumana venganza, había arrebatado en plena granazón.

Aunque hablaban con cierto misterio, para que desde fuera no les oyesen, la voz del anciano tenía acentos de indignación, de emocionada protesta contra las miserias, las injusticias, los horrores de la condición humana, más salientes para él que para otros, no sólo por el cruel golpe recibido, sino también por el agrio contraste con el optimismo tan natural a los obreros de la inteligencia que, viviendo en un mundo abstracto, pierden de vista

la realidad de las pequeñeces sociales. Poco a poco, la conversación fué languideciendo, trocándose de una parte en ahogados sollozos, de otra en frases entrecortadas y nerviosas. Al fin, reinó el silencio... Parecían haberse dormido padre e hija; y en aquella calma de sepulcro, destacábanse con mayor fuerza los cánticos y voces de los niños, arrebatados en inocente y exaltada alegría.

La noche era ya completa. Los cristales del balcón no trasparentaban mancha alguna de luz y el fuego de la chimenea había crecido en color y en siniestros reflejos. El anciano, vuelto de cara hacia el testero donde colgaba el cuadro de la Adoración, podía ver, iluminada de rojo, gran parte de la figura de un Rey, que parecía bañada en sangre. ¿Qué extraña combinación de imágenes se formó en la mente del dolorido viejo, para que comenzase de pronto a notar movimientos de vida en el pintado lienzo y se sintiera súbitamente contaminado por las mismas ilusiones que allá fuera tenían en impaciente espera a los niños?...

El fondo del cuadro empezó a retroceder, alejándose, alejándose, metros, kilómetros, claramente visible por cierta luz misteriosa de un suave tono plateado; formó una bóveda larguísima, sostenida a un lado y otro por

—¡Yo, no, no! Créalo Vuestra Majestad. No pretendo torcer el curso natural de mi existencia. Viví cuanto era posible.

—¿Quieres oro?

—Nunca lo ambicioné.

—¿Qué desearías para ser feliz? Algo hemos de dejarte como señal de nuestro paso. Nuestras manos están hoy abiertas. Pide con fe y te será concedido.

Vaciló el anciano ante una idea que le surgió de pronto en el cerebro. Dulcísima esperanza brilló con tenue claridad en su espíritu... Con honda emoción, con palabras nacidas de lo más profundo y sano del alma, pidió así;

—Para mí no quiero nada. Contento estoy de lo que logré en la vida. Toda ella la acepto y la bendigo, con sus afanes, con sus dolores, con sus desengaños. Luchando he pensado por ella, siempre descontento de mi obra, siempre confiado en mi ideal. He buscado la verdad con ansia infinita, y mil veces me engañó el deseo de verla cara a cara. Recibí, no obstante, más de lo que merezco. Al través de los más agudos reveses, seguí caminando con la resignación en el alma, sin doblegarme, sin protestar, sin maldecir..: Pero, a medida que avanzaban los años, una honda amargura iba llenándome el cora-



columnas de mármol blanquísimo; y la perspectiva era tan natural y perfecta, que al aparecer al final en lo más lejano, un grupo de hombres, no mostraba tamaño mayor que muñequitas.

—Ya vienen—pensó el anciano.—Son ellos. Y le palpitó el corazón como, cuando niño, esperaba a los Reyes entre impaciente y miedoso.

El grupo fué avanzando y creciendo: era toda una comitiva de gentes variadas, unas a pie, otras a caballo y en camellos conduciendo numerosos bultos.

—Son los regalos—siguió pensando el visionario.—Pero no veo más que dos Reyes; ¿y el otro, el otro? Movió un momento la vista y dió con él.

—¡Ah, vamos! está aquí ya; es este que va de rojo, Llegó antes y les espera.

—La hora es llegada,—dijo.—Pide. Te será dado cuanto desees. Es la noche de las ilusiones y de los inocentes apetitos. Pide.

—No es a mí, no—creyó contestar el anciano.—Viene equivocada Vuestra Majestad. Son aquellos, los de la galería, mis nietecitos, que aguardan impacientes...

—¿No eres tú niño como ellos?—interrumpió el Mago.—Los hombres vuelven a la infancia muy a menudo. Todos sois niños en el desear y en esperar un milagroso regalo.

—¡Niño! Sí, puede que lo sea... Lo soy, sin duda, puesto que Vuestra Majestad lo dice,—balbuceó el anciano.—Y ¿qué puedo pedir, qué puedo escoger de vuestros santos bagajes?

—Pide. ¿Quieres años de vida? Los viejos somos por lo general miedosos de la muerte.

zón, porque a todo me resigné menos a la falta de amor entre los hombres. A todos perdono; a ninguno guardo rencor; de nada ni de nadie me duele el daño recibido sobre mis personas y mis bienes, o sobre los que más amé en el mundo... No pido venganza. Quisiera antes de morir el consuelo inmenso de que todos los que me han hecho daño viniesen a juntar su mano con la mía y a decirme que me aman, como hermanos míos que son.

Calló el anciano.

—Hace diecinueve siglos—contestó—que Aquel a quien fuimos a adorar, vino al mundo para eso que tú pides. Dió su vida en prenda; y con ser tan grande el sacrificio, no ha logrado aún fructificar entre los hombres.

Rápidamente, fuéronse borrando, tras estas palabras, las figuras de la comitiva regia. Tendió hacia ella sus brazos el anciano, queriendo detener al venerable Rey que desaparecía; y con mortal angustia, le gritó:

—Y esos, esos que ahí fuera os aguardan, ¿quedarán entregados también al odio de sus semejantes? ¿No tendréis misericordia de ellos?

A punto de extinguirse, la sombra ya lejana del Rey volvió la cabeza, y sus labios se movieron diciendo algo. El anciano oyó las palabras, escuchó la sentencia:

—Ellos mismos han de redimirse. En medio de lágrimas, nacerá el amor.

Borróse del todo el cuadro.

Al despacho llegaron entonces, más alegres y alborotadas que nunca, las canciones de los cuatro niños que seguían pidiendo a los Reyes.

Rafael **ALTAMIRA.**



La casa encantada

El día que llegué a aquel pedacito de pueblo de campaña, no podía ser más hermoso. Terminaba el mes de mayo con esa temperatura indecisa entre fresca y tibia que denuncia la probable existencia de una quinta estación. Una docena de casas más o menos juntas, poca gente, mucho cielo y un inmenso campo abierto que daba la más exacta sensación de la libertad: tal el sencillo cuadro que se presentaba a mis ojos.

—Lo único que podemos ofrecer a usted—me dijo un buen hombre que se llamaba Lucas—es aquella casita; no hay nadie...

Y me señaló un edificio vulgar, de aspecto alegre, pintado al fresco, con rejas en las ventanas, en las ventanas persianas verdes, y en el pretil de la azotea, hacia una esquina, un nido de horneros.

—¿Por qué no la habitan?... Es lo mejor que tienen ustedes.

—Eso es precisamente lo que iba a decirle... No la habitamos porque... no sé cómo decírselo... está encantada...

—Entiendo—me apresuré a contestarle.

—Está encantada... Hay alguna alma en pena seguramente. Si usted quiere pasar una temporada en ella... pero no se lo aconsejo. En fin, elija: en la casa nueva tendrá muchas comodidades; en cambio tendrá lo demás. En la nuestra faltan las comodidades, pero dormirá tranquilo.

Yo, que no creía en los aparecidos sino en las buenas comodidades, elegí la casa encantada.

—Está bien—me dijo Lucas.—A todos los que pasan por aquí les sucede lo mismo. Les damos a elegir. En la casa encantada no falta ningún mueble. Son lujosos. Un poco descuidados, es cierto, porque nadie quiere vivir en ella, pero muy cómodos. Sala, comedor, dormitorios, cuarto de baño... de lo mejor. Pero de noche, lo quiero ver; las comodidades desaparecen. No se descuide. Hasta ahora, los que se han hospedado en ella se han visto obligados a mudarse al día siguiente.

Tales reflexiones hechas por un hombre de unos cuarenta años, me causó una extraña sensación compasiva.

—¿Y quién la hizo?—le pregunté.

—Ya verá. Es una historia corta. Vivía a diez leguas de aquí una familia bastante rica. Un día, se le antojó hacer una casa en este pueblito porque en donde ellos estaban era puro campo pelado. Y así fué. Como el dinero les sobraba, al año estaban instalados en la nueva casa. Pero a los seis meses, más o menos, empezó el encantamiento, y con tal furia que se tuvieron que ir, dejando todos los muebles porque de ellos también salían gritos, duendes, ruidos...

Lucas se me quedó mirando. Yo lo dejaba hablar, sin interrumpirlo. Para el oído tenía su palabra ingenua, el mismo encanto que el olor del pasto, fresco y simple, para la nariz. Estábamos frente a su casa, y desde allí abarcaba en una sola ojeada la inmensa curva de campo, de suaves lomas. Bajaba la tarde silenciosamente. Lucas me seguía mirando. Esperaba tal vez que su corta historia me decidiera a no aceptar la casa encantada. Pero, algo decisivo leyó en mi semblante, porque haciendo un visaje de desengaño:

—Usted es como los otros—me dijo— no cree en estas cosas...

—Quiero ver qué es eso—le contesté.

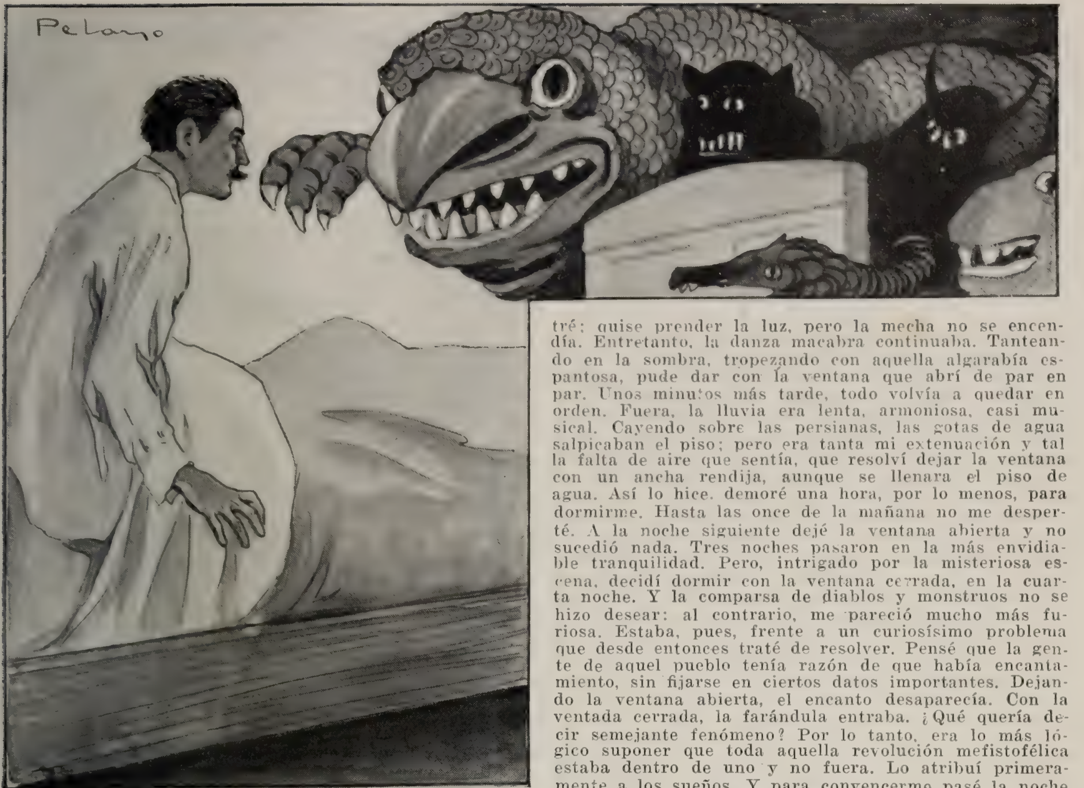
—Bueno, mi amigo. Mi gente arregló la casa. De día entran sin miedo, pero al caer la tarde ya no hay modo de hacerlos entrar.

—Usted querrá descansar—agregó—que pase una buena noche.

—Hasta mañana, compañero.

Cuando entré en la casa encantada ya hacía rato que brillaban las estrellas con tan gran limpidez que daba la más real sensación de que se estuvieran deshaciendo.

Todo estaba en perfecto orden: una casita de la ciudad trasladada al campo. En el comedor, encontré la mesa servida. Comí despacio para hacer tiempo. Aquella buena gente se acostaba a las ocho. Es cierto que se levantaba con el sol, aunque estuviera nublado. Tenía yo que permanecer una semana por lo menos en el pueblito, hasta que llegara el correo de la capital, pues tenía que recibir unos datos que se relacionaban con la mensura de un campo cercano que me había encomendado un cliente. Como me sentía un poco molestado por el viaje, resolví acostarme después de cenar. Eché un vistazo al pueblito que dormía ya acurrucado, sin el más leve ruido. Oí un galope lejano, rimado con un ladrido lastimero. En seguida, el silencio se hizo más profundo. Decidí acostarme. Coloqué el revólver en el cajón de la mesita de luz, y con la compañía de un libro de cuentos me acosté. Me puse a leer a la luz de una lámpara belga, niquelada y panzuda, capaz de tragarse tres litros de kerosene. Leí, como digo, pero no sé cuánto leí. Hubo un momento que me incorporé sobresaltado, enfermo de angustia. Sin faltarme el aire, sentía ese vago malestar que produce el ambiente en que se ha quemado azufre. Me parecía que no había leído más de media hora; sin embargo, el reloj indicaba la una... La lámpara estaba encendida y alumbraba perfectamente el cuarto. No había duda entonces de que me dormí leyendo y en sueños continué la lectura. En efecto, el libro estaba en el suelo, abierto, desaliñadas las hojas. Abrí el cajón de la mesa de luz... y el revólver no estaba. La primera impresión fué de sorpresa; pero reaccionando rápidamente conservé intacto el ánimo. Empeñado en buscarlo, lo encontré por fin debajo de la almohada... Entonces traté de reconstruir lo que había pasado antes de acostarme... Dudé... afirmé... volví a dudar... Llenaba mi imaginación una tenue bruma que hacía difusas las cosas del pasado. Por último, no estaba seguro de si había guardado el arma en la mesa de luz o debajo de la almohada. Lo más lógico es que la hubiese puesto en este lugar. Y ¿no hubiera sido más lógico—pensé—no haberla colocado allí?... Porque en momentos como aquél no se sabe donde anda la verdadera lógica. Me esforcé por leer de corrido toda la escena: cené, cené mucho, con voraz apetito; cerré las puertas; entorné la ventana que daba a la calle hasta dejar estrecha rendija; puse la lámpara en la mesa de luz; coloqué el revólver debajo de la almohada o en el cajón de la mesita; me acosté; empecé a leer boca arriba; fuí en-



trando en esta posición en el ensueño; dentro de este ensueño proseguí leyendo: ya completamente dormido, los brazos cayeron sobre el pecho, desprendiéndose el libro de mis manos; continué soñando, y, seguramente, el sueño que no podía recordar tuvo alguna ilación con la historia de Lucas; molestado por la posición primera—boca arriba—me dí vuelta, siempre dormido, y el libro que era bastante pesado, cayó al suelo; al caer, hizo ruido, y como afuera el silencio dominaba profundamente, el eco violentó mis oídos: entonces, desperté. Todo era, pues, absolutamente real y humano desde este punto de vista. Por las dudas, hice en la casa una revisión general. Arreglé la ventana de modo que quedara una rendija más ancha, a fin de evitar el tenue olor de azufre, y me acosté. Las dos de la mañana. Al vaivén de las ideas que no eran muy halagüeñas me dormí hasta el otro día, sin interrupción; es decir, sin interrupción no, porque me despertó el llamador de la puerta de calle.

—Hola—me dije—¿empezará con esto la escena funambulesca? Muy pronto salí de dudas. ¡Medio día!... Quien llamaba era Lucas, a quien divisé por la rendija de la ventana con una cara de angustia que daba pena. Le golpeé el cristal y le hice seña que esperara. Me vestí y le abrí la puerta.

—¿Cómo? ¿Durmiendo?

—Sí. ¿Por qué? Usted habría creído que me habían evaporado encantadamente...

—¡Claro! Son más de las doce...

—No tema, hombre, que aquí no hay nada... nada más que una casa excelente que ustedes desdeñan.

Concluí de vestirme y salimos.

—Pues sí, mi amigo Lucas; lo de la casa encantada es un cuento risueño...

* * *

En el cuarto día de mi llegada, el tiempo comenzó a descomponerse. Hacía un calor sofocante; y el cielo, compacto de nubes, sin ningún retazo en claro, amenazaba lluvia de temporal. Esa noche, cuando me recogí, empezaron a caer pesadas gotas de agua que estallaban al golpear en las piedras. Como el techo era de cinc, una vez que la lluvia se resolvió en tupida garúa, fuí entrando en el sueño, mecido por aquel arrorró de los cielos.

A la madrugada, me desperté inusitadamente. Cuarenta mil diablos volaban por el cuarto; las puertas crujían; todo tenía una extraña vibración; manos desprendidas de las muñecas, caras que miraban con ojos desorbitados, culebras que no terminaban nunca de desarrollarse por completo; y detrás de toda esta barahunda, asomaban la cabeza animales antediluvianos... Intenté agarrar el revólver, pero no lo encontré; quise prender la luz, pero la mecha no se encendía. Entretanto, la danza macabra continuaba. Tanteando en la sombra, tropezando con aquella algarabía espantosa, pude dar con la ventana que abrí de par en par. Unos minutos más tarde, todo volvía a quedar en orden. Fuera, la lluvia era lenta, armoniosa, casi musical. Cayendo sobre las persianas, las gotas de agua salpicaban el piso; pero era tanta mi extenuación y tal la falta de aire que sentía, que resolví dejar la ventana con un ancha rendija, aunque se llenara el piso de agua. Así lo hice. demoré una hora, por lo menos, para dormirme. Hasta las once de la mañana no me desperté. A la noche siguiente dejé la ventana abierta y no sucedió nada. Tres noches pasaron en la más envidiable tranquilidad. Pero, intrigado por la misteriosa escena, decidí dormir con la ventana cerrada, en la cuarta noche. Y la comparsa de diablos y monstruos no se hizo desear: al contrario, me pareció mucho más furiosa. Estaba, pues, frente a un curiosísimo problema que desde entonces traté de resolver. Pensé que la gente de aquel pueblo tenía razón de que había encantamiento, sin fijarse en ciertos datos importantes. Dejando la ventana abierta, el encanto desaparecía. Con la ventada cerrada, la farándula entraba. ¿Qué quería decir semejante fenómeno? Por lo tanto, era lo más lógico suponer que toda aquella revolución mefistofélica estaba dentro de uno y no fuera. Lo atribuí primeramente a los sueños. Y para convencerme pasé la noche en vela, con la ventana abierta. Noche tranquila. Dormí de día; y a la noche, nueva vigilia, pero con la ventana cerrada. Esta vez las carreras funambulescas fueron tan bárbaras que me desmayé. Recuerdo vagamente que el desmayo comenzó con un vahido leve, seguido de inmediato por un esfuerzo de reacción del organismo, inútil, pues nuevos avances de vahido que ultimaban con creces el esfuerzo, presto terminaron en un profundo desmayo, del cual no desperté sino a la mañana. Ya repuesto, a la tarde, de los efectos del desmayo, me entregué a las deducciones. Por lo pronto, tenía un dato hermoso; con la ventana cerrada entraban los duendes; con la ventana abierta no entraban. Además, para que esas escenas se produjeran, existía un mareo, previo tal vez, acentuándose hasta el desmayo. Pasé así revisando la casa sin encontrar ni un dato que iluminara mis deducciones. Guardé la más completa reserva, y una tarde le pregunté a Lucas:

—Y antes de que se fuera la familia ¿no vino nadie?

Lucas me miró con sorpresa.

—¿Por qué me pregunta así?

—Porque pienso que tal vez lo de los fantasmas sea pura invención de alguno que quiso hacerles mal... Yo no he sentido nada...

—Feliz de usted...

Los fantasmas se hubieran ido cuando la familia se fué. Pero, es que han quedado, señor...

Y tenía razón; los fantasmas habían quedado. De pronto, tuve la idea de un nuevo dato.

—¿Y qué clase de fantasmas vieron ustedes?

—Lechuzas enormes con unos ojos que echaban fuego, cabezas de perros y caballos como monstruos, lagartos, víboras...

Dato clarísimo—pensé— este hombre no vió los demonios antediluvianos que yo vi por la sencilla razón de que no los conoce.

—Y a propósito de mi primera pregunta: ¿no vino nadie cuando estaba esa familia?

—Mire: me acuerdo que antes que la familia se fuera, vinieron muchos a visitarla. Entre ellos, un arquitecto que les dibujó la casa, un mueblero, un químico medio loco, un agrimensor y muchos más que no puedo recordar.

—Y el químico ¿estuvo mucho tiempo?

—No, casi lo que estuvieron los demás; me acuerdo que era medio loco porque se encerraba y no salía sino de noche.

Desde aquel momento, la idea del químico empezó a preocuparme. Al regreso, revisé minuciosamente todos los cuartos. En el comedor, en un ángulo del piso, divisé un cuadriculado, típico de puerta de sótano. Lo abrí y bajé, era un sótano vulgar de casa de familia, como para guardar botellas, cajones vacíos, etcétera.

Pero, en un rincón distinguí un matraz y varias probetas rotas.

—Aquí—me dije—estaría el laboratorio del químico. Me acerco, y al inclinarme para recoger un matraz roto, huelo muy acentuado cierto perfume, el mismo que vagamente agradable sentí al entrar al sótano. Alzo el matraz y veo que tiene un líquido color perla, cuyo aroma coincidía con el que estaba esparcido por allí. Huelo profundamente, y al rato comienzo a sentir apenas el vahido de la noche. Subí al dormitorio, y todas las experiencias que hice me dieron la idea de que la culpa del encantamiento la tenía el licor color perla. Puse un poco de él en un frasco, y el resto en una botella bien cerrada que guardé en el sótano. Desde entonces, dormí con la ventana abierta, y dormía tranquilamente sin que nada me molestara. Dos días después, Lucas me invitó a cenar a su casa. Y una vez terminada la cena, en un momento oportuno, cuando nadie me veía, saqué el frasco del bolsillo, lo destapé y lo coloqué en un zócalo corroído, de manera que no se viera. Quería cerciorarme de que era aquel líquido la causa del encantamiento, y cualquiera el lugar donde actuaba. Al día siguiente me consternó la angustia de aquella pobre gente. Había pensado, antes de colocar el frasco en el zócalo, decírselo a Lucas; pero luego reflexioné que si así lo hacía tiraría el frasco inmediatamente que yo saliera de la casa. Fué tal la impresión de la barahunda producida por el licor, que creyeron que la casa encantada había contagiado la de ellos, y que el contagio no demoraría en extenderse a todas las demás.

—No se asuste—le dije—por fin he dado con la causa de todo eso. ¿Recuerda, usted, el químico loco? Pues ese caballero tiene la culpa del encantamiento que es falso. No hay tal encantamiento.

—¿Qué dice, usted?—me interrogó con tamaña cara de sorpresa.

—Sí, lo que oye. No hay tal encantamiento. El químico sufría seguramente de insomnios; no podía dormir, y por eso fabricó en el sótano el licor en cuestión que el creyó que le hubiera servido como medicina. Pero, por lo visto, el resultado del invento fué contrario a sus deseos.

—¿Cierto?

—Cierto. No hay más nada que eso.

—Pero, amigo...

—No perdamos tiempo. Vamos a casa, y allí haremos la prueba. Se convencerá usted con sus propios ojos.

Antes de regresar, tuve la precaución de enseñarle el frasco puesto por mí en el zócalo y explicarle por qué lo había hecho. Ya en la casa encantada, le mostré el sótano, el laboratorio del químico, los aparatos que usaba.

—¡Hombre!—me dijo de pronto, ligando una reflexión—Tengo una idea de haber visto al químico con esas botellas por el patio...

A la noche lo hice quedar en casa. Cerramos la ventana, y destapado el frasco no demoró en sentirse la primera influencia.

—Fíjese bien—le dije.—Hay que cerrar la ventana para que los vapores que se desprenden del líquido queden encerrados en la habitación. De otro modo, se escaparían hacia fuera y no tendrían acción ninguna sobre nosotros.

Hombre propenso a la sugestión, Lucas tenía sobrado juicio para aceptar la realidad cuando se la probaban. Al siguiente día la convicción corrió por todo el pueblito.

En esa misma semana tenía que irme, y con la intención de hacer examinar químicamente el licor, lacré la botella y la guardé en el sótano para llevármela a la ciudad.

El día de mi partida, inmediatamente que salí del cuarto, al levantarme, bajé al sótano para subir la botella del líquido funambulesco. El sótano estaba limpio y vacío. Ni matraces, ni probetas, ni tubos de ensayo... ni el olor.

¿Qué significaba aquélla transfiguración? ¿Existían en realidad los duendes? ¿Sería alguno de ellos que tomando la revancha se había alzado con todo el laboratorio? De pronto, apareció por la puerta del patio, Lucas, sin saco, remangada la espesa camisa de lana, alzados los pantalones hasta las rodillas, el rostro fresco, iluminado por una graciosa sonrisa.

—Por no molestarlo—me dijo—esta mañana, mientras usted dormía bajé al sótano y lo limpié a cepillo y jabón. Adiós, duendes... Y ahora, mi querido amigo—agregó, dándome un fuerte apretón de manos—cuando vuelva, véngase a parar directamente aquí. Mañana mismo me mudo con toda la familia.

Y así lo hizo. Al día siguiente, estaba instalado en la casa desencantada.

Oscar G. RIBAS.

Dib. de Pelayo

El negro y la sandía

Es día de mercado en una gran ciudad del Sud de los Estados Unidos.

Entre los puestos volantes, donde se amontonan legumbres, aves y pescados, circula una turba compuesta de los más diversos elementos: yanquis, mejicanos, negros, cocineros, hoteleros, soldados y mucamas.

Un negrito, de quince años de edad, se ha detenido, con la boca abierta, delante de la tienda de un frutero.

Inmóvil, el cuello extendido, la mirada fija sobre un objeto, sin duda, admirable, parece la estatua viviente de la codicia.



Y es que una sandía enorme se destaca, con toda la majestad de su vientre verde, en la cima de una montaña de frutas.

El negrito, como todos los de su raza, profesa un amor inmoderado a los melones de agua, y mira aquél con un éxtasis especial, porque también es especial, por su tamaño, el fruto.

—¡Qué delicioso sería—piensa—morder ahí, descubrir las rojas entrañas de la sandía y saborear su dulce jugo!

—¡Si quieres la sandía, es para tí!—le dice al oído un yanqui, que le contempla regocijado.

—¿Para mí la sandía grande?—pregunta el negro, asombrado.

—¡Sí! Yo te la ofrezco, a condición de que te la comas entera delante de mí, y que no dejes ni un bocado. Si dejas algo, tu la pagas.

El negro reflexiona un instante, y exclama luego:

—¡Espere usted! Me voy un momento. Dentro de cinco minutos estaré de vuelta y le diré si acepto.

Echó a correr y volvió a los cinco minutos.

—¡Va!—dijo al yanqui.—Voy a comerme la sandía grande.

—¡Empieza!

El negro se apodera de la sandía y muerde con tal afán y apetito, que la enorme cucurbitácea disminuye rápidamente, hasta desaparecer por completo.

—¡Has ganado!—dice el americano, pagando al vendedor. Pero, dime ¿qué es lo que fuiste a hacer?

—¡Muy sencillo! Yo tenía en casa una sandía grande muy parecida a la que usted ha pagado y por ver si podría comerme ésta...

—¿Qué has hecho?

—¡Me comí primero la mía!

Masonería de mendigos.—Los mendigos andantes y los trotarreteras del pordioseo en Francia se han ingeniado para disponer de un a modo de "Baedeker" que les advierte en lenguaje criptográfico de los peligros o de las circunstancias favorables que hallarán en la ruta que siguen.

Veintiocho signos convenidos, que aparecen en los muros de las casas rurales, denuncian al campesino brutal, a la buena mujer que se apiada y de la que se puede obtener gran provecho.

He aquí el sentido de algunos de los signos:

Tres radios en un círculo: se da pan en la casa.

Cuatro círculos unidos: se da dinero. Si los círculos están sobrepuestos, es que precisa insistir.

Unas flechas: habitantes hostiles.

Un báculo de obispo (!): hay gendarmes.

Dos triángulos: techo propicio que abriga una dama anciana y una criada, personas caritativas que comparten con el pobre su comida y hasta le ofrecen lecho.

Tienen, pues, los pordioseros andantes en Francia un servicio de información y una guía completa que, de seguro, muchos viajeros acaudalados envidiarán.

NOVIAS



Srta. Leonor Matilde Trillo



Srta. Palmira Gambaudi



Srta. Josefa Núñez Monasterio



Srta. Albina Celotti



Srta. Concepción Costa



Srta. de Bellagamba

Fots. Garro, Witcomb y Freitas.



La eterna enemiga

—¡Laura!
—¡Mamá!... ¿Vos aquí?
—¡Ay!...
—¡Qué suspiro tan grande!...
¿Qué tenés, mamita?
—Nada...
—A vos te pasa algo grave...
—No...
—Desde hace más de un año,
desde aquella triste tarde,
en que te echó mi marido,
no has venido a visitarme...
Por eso estoy convencida
de que algo debe pasarte.
—Te juro, Laura, que nada
me pasa.
—Estás jadeante,
sudorosa... ¿Qué tenés?...
Mamita, por Dios, contáme
que es lo que te pasa.
—Nada,
hija, que pueda alarmarte.
—Pues, entonces, no comprendo
esta visita... Explicáme...
—¿Has leido los diarios?
—No. ¿Por qué?
—Porque ayer tarde
ha habido un uxoricidio...
—¿Y qué?
—¡Qué susto tan grande!...
—¿Querés agua con cognac?...
¿Tila?... ¿Café?...
—No, no.
—¿Sales?...
¿éter?...
—Nada, nada.
—Entonces
sentáte aquí y explicame...
—¿Está en casa tu marido?
—Fué al escritorio.
—Más vale.
Pues, verás... Vas a reirte,
mas no debés criticarme.
—Hablá, que estoy impaciente,
mamá.
—Ya voy; no te alarmes.
Como es tan malo tu esposo...
—¡Mamá!...
—¿Qué?
—No disparates
Mi marido es un bendito...
—Sí, sí...
—Se llama y es Angel...
—Bueno, bien; no discutamos,
que será más saludable.
—Seguí.
—Sigo. Esta mañana,
cuando acabé de peinarme
me puse a leer "La Prensa"
y leí: "Marido infame".
"Un uxoricidio espantoso."
"Horrible escena de sangre."
"Treinta y nueve puñaladas."
"Ocho de ellas son mortales
de necesidad. Las otras
revisten carácter grave."
Me puse a leer ansiosa
el crimen espeluznante,
cuando, de pronto, a mi vista
salta un nombre... ¡Dios me am-
[pare!
¡Mi yerno!—exclamo en un grito—
acudió hacia mi tu padre;
le dije lo que ocurría,
leyó el diario muy grave
me llamó estúpida y necia
y me lo arrojó al semblante.
—Pero... ¿el autor de ese crimen
se llama lo mismo que Angel?
—Lo mismo, precisamente,
no; tu marido es Andrade
y el asesino se llama
Serafín Ondó. Fijáte
en que esos dos apellidos
son, Laura, muy semejantes.
—No lo veo... Pero el nombre...
—Los nombres son casi iguales
—¿Cómo?...
—¡Claro! ¿No sabés
que serafines y ángeles
son lo mismo?...
—Pero ¿y ella?
—¿La muerta?... Se llama Carmen
—¿Y es igual Carmen que Laura?
—No; pero pudiera darse
que fuera un error de imprenta
—¿Y eso ocurrió en esta calle?
—En la calle de Mendoza
—¡Apenas está distante!
—Pero como vos vivís
en la de San Juan... quién sabe...
Se pudo haber confundido
el cronista.
—¡Dios me ampare!
¡Qué cosas vas a buscar
tan extrañas!
—Yo soy madre,
hijita, y estás casada
con un hombre tan infame...
—¡Mamá!...
—Que en cuantito leo
el menor hecho de sangre
entre esposos, me figuro
que estoy viendo tu cadáver.
—¡Pero, parece mentira!...
¡Qué ridiculez tan grande!...
—¡Qué querés!...
—Mirá, mamá:
yo no puedo tolerarte
que hablés mal de mi marido
que es muy bueno y muy amable
conmigo y me quiere mucho...
—No tanto como tu madre.
Laura ¿por qué te has casado?...
—¿Y vos por qué te casaste?
—Podías haber buscado
un marido más tratable.
—Vamos, no digás zonceras...
—¿Te pega?
—¡Qué ha de pegarme!
—Vos lo decís por decir;
mas no engañás a tu madre.
—¡Pero, mamá!
—No, hija, no;
es inútil cuanto haces
para convencerme.
—Pero...
—No lograrás engañarme.
Decíme, Laura, hija mía...
—¿Qué, mamá?
—¿Querés vengarte?
—¡Por Dios!...
—Yo te vengaré,
librándote de ese infame
—Mirá, si no te callás,
mamita, voy a enojarme.
—Está bien, me callo; pero...
—¡Mamá!...
—¿Querés que lo mate?...
Mirá; me escondo en el baño
y en cuanto vuelva tu Angel
le pego tres puñaladas
en el corazón; él cae,
me le echo encima, lo corto
en pedazos no más grandes
que una moneda de cinco
centavos y por la tarde
vamos las dos a Palermo
y a las hienas y chacales,
osos, leones y tigres
vamos poco a poco echándoles
los pedazos de tu esposo
y no sospechará nadie
que somos las asesinas.
—Andá, mamita, a acostarte,
y alimentáte muy bien
que estás muy débil.
—Bastante.
—Mi esposo me quiere mucho,
yo he llegado ya a adorarle
y no hay mujer en la tierra
que pueda envidia causarme.
—Está bien. Mas si algún día
llega tu esposo a pegarte
no vaciles, llámame
y yo vendré a asesinarle
y haremos lo que te he dicho
—Estás loca...
—Sí, es probable.
Mas, si no mata a su yerno,
¿para qué sirve una madre?

Julián J. BERNAT.

CRÓNICA de la MODA



Sombrero con aureola de tul, adornado con rosa "tango" y con hojas artificiales

La canastilla de boda.—Ya la moda de enseñar de un modo original los regalos de boda ha concluído; pero aun no hace mucho no era extraño el encontrarse en París a unos recién casados y al decirles:
—Qué precioso automóvil de ocho cilindros el que os ha traído!... apresurarse a decir la recién casada:
—Es un regalo de mi marido. Me lo puso en la canastilla de boda.
Otro día yendo al campo, veis una huerta, hermosamente labrada y cuidada, y os dicen lo mismo:
—Es de los regalos que me envió en la canastilla mi marido.
Y esta canastilla simbólica, modernista, queridas lctoras, cuenta luengos años y es tan vulgar, que bastan citar varios datos de su historia para demostrarlo.
En los hebreos encontramos las primeras noticias de esta costumbre del regalo de la canastilla de boda; entonces se consideraban como deshonrados a los padres que no casaban a sus hijos, y para atestiguar que ellos habían contraído matrimonio, recogían en una canastilla los regalos cambiados entre sí.
Los lacedemonios que no podían casarse antes que cumplir los 30 años, así como las mujeres los 20, los padres conservaban en el fondo del baúl los anillos de compromiso, que no salían a la luz hasta celebrarse la boda, la cual se verificaba de noche, en otoño y a la luz de las antorchas.
En Roma, el matrimonio podía verificarse desde la edad de siete años. Para afirmar esta unión el novio enviaba a la novia un anillo de hierro. Después, y en una ceremonia especial, ella cambiaba con él un pan de trigo para significar que vivirían en común. La novia, entonces, encerraba en una canastilla el anillo y el pan hasta el día de la boda.
Todo prueba que la canastilla de boda ha existido siempre.
En la Edad Media fué reemplazada por los viejos arcones, cerrados por grandes llaves, tal como se ven hoy en muchos museos, entre ellos el de Cluny. En ellos se depositaban las alhajas y ricas telas.
En Normandía, donde aún se conservan más las tradiciones, más que en Bretaña, antes de celebrarse "le brument", esto es el matrimonio, no faltará a la prometida el regalo del novio, consistente en la ya dicha canastilla repleta de regalos catalogados...
Hoy la canastilla sigue el curso rutinario de su vida, aprovechando para remozarse, los adelantos modernos; así, como los autos, las tierras no "caben" en las canastillas y como el exhibir las escrituras de propiedad o cesión no interesa a nadie, vino la fotografía a trasladar los retratos de todos los regalos a tamaño reducido, que traducidos en tarjetas pueden repartirse con profusión.
En una pequeña vitrina de la casa se exhiben hoy las alhajas donadas; a cada lado de la vitrina se colocan dos ordenanzas que su fin no es el de



Silueta de playa

vigilar, sino el de entregar las tarjetas-fotografías de los regalos e informar sobre los nombres de los obsequiantes.

Arreglos caseros.—Cuando se desea cambiar la hechura de un traje de noche, no basta añadir aquí o allá un adorno, una cintura o un lazo. Así no se obtiene nada interesante. Hay que resignarse a emplear algún tiempo y a emplear una buena dosis de ingenio a fin de transformar el vestido en cuestión hasta hacerlo casi nuevo y desconocido.



Vestido de noche, de crespón color limón, cuerpo con bordado "au passé"

Las modas nuevas permiten siempre a una mujer hábil e ingeniosa utilizar una toilette, de una o dos estaciones anteriores, sin que parezca tal cosa. Véase un ejemplo:

El dibujo I, que representa un vestido para la noche, compuesto de un cuerpo kimono clásico y una pollera de túnica muy sencilla. Este tipo de traje, muy en boga hace dos años, pudo llevarse el pasado sin chocar gran cosa; pero esta temporada la línea de los trajes femeninos ha variado demasiado, para que pueda usarse ahora sin faltar abiertamente a las leyes de la elegancia.

La base de la confección es de satín ligero. La túnica y el kimono son de muselina de seda. Con estos elementos hemos de formar la nueva toilette.

Compremos diez metros de encaje ligero, poco recargado, de diez a doce milímetros de ancho, y si no queremos hacer ese gasto, un metro 20 centímetros de tul que se cortará en volantes y cuyos bordes terminarán en un pico por un punto bordado en seda de color. Se adquirirán asimismo tres metros de amplia cinta flexible, rigurosamente armonizada con el tono de la muselina, o en su defecto, de un matiz netamente fuerte y aun plateado.

El cuerpo, del cual no se deshace más que el cordón de perlas brillantes que adornan el borde de las mangas y del escote, está enteramente cubierto de volantes de encajes apenas sostenidos y dispuestos como indica la figura II: dos pasando por debajo del brazo, dos sobre los hombros y otro saliendo de debajo de éstos y cubriendo el bajo de la manga. Estos volantes están colocados por delante y por detrás en una especie de fichú cuyos cabos vienen a perderse en un punto de satín parecido al que forma todo el bajo de la pollera. Los encajes superpuestos, que se dejan flexibles e independientes, dan a ese cuerpo la hechura de "abandono" tan del gusto del día.

En cuanto a la falda o pollera, no es necesario desmontarla por completo. La túnica queda en el mismo estado; sin embargo, será útil volverla de manera que el sesgo de abajo, en vez de estar sobre el lado, caiga en medio, donde también será conveniente cubrir ligeramente la falda de satín con un repliegue que la levantará un poco. El bajo de la pollera estrechada por esta reforma se abrirá un poco en redondo sobre el centro delantero y en seguida se pondrán las tres hileras de volantes de modo que la túnica, más larga por detrás que sobre los costados, termine muy corta por delante.



A fin de dar al vestido una forma del todo nueva, se coserá al borde de cada volante un canutillo (latón flexible) que deberá, tirando un poco el encaje, seguir, acentuar las menores sinuosidades formadas por la amplitud en que se dejarán los volantes. El montaje de estos últimos debe ocultarse bajo un dobladillo de muselina.

El punto medio de la cinta, colocado exactamnete debajo el último volante, está cosido sobre la falda.



La vida femenina al aire libre.—La mujer en las distintas clases de ''sports'' a la moda

no larga con el raso negro; de la misma tela se hace la parte superior del cuerpo y las mangas, cortas, escotándole en pico muy pronunciado, para que aparezca por debajo una camiseta de gasa blanca y encajes, con mangas largas y cuello alto; luego, del raso blanco se hace una túnica que suba hasta la mitad del cuerpo y cubra la falda casi por completo por el lado izquierdo, subiendo por el derecho hasta la rodilla, y para dulcificar el contraste demasiado duro del raso negro con el blanco, éste último se cubre de gasa negra, colocada muy fantásticamente, para obtener ese efecto flotante que caracteriza la moda actual, y que no se consigue si la modista carece de gracia.

Sobre los vestidos de terciopelo se ponen una especie de enagüillas de tul, del mismo color del terciopelo, plegado a máquina y bordeado de piel, que ensancha la falda por arriba muy discretamente y le dan aspecto de estrecha por abajo, sin necesidad de acentuar la nota.

La ''silhouette'' de moda es ridícula; no se debe vacilar para afirmarlo; pero como somos tan débiles para rechazar los absurdos que nuestra tirana nos impone, a pesar de reconocer que es feo y poco artístico, etc., etc., concluimos por acatar sus órdenes y nos ponemos la falda estrechita por abajo. Ahora bien, creo que debemos poner una barrera infranqueable entre el deseo de vestirse a la moda y el de acatar sus incorrecciones. El primero es lógico, pero nunca traspasa los dominios de su irreconciliable enemigo; por eso se han creado las túnicas o sobrefaldas de telas vaporosas, que parecen un pequeño miriñaque y dan a la figura la ''silhouette'' deseada sin necesidad de ceñir la falda a los tobillos, con lo cual se evita que los lacayos y los transeuntes se rían y hagan juicios equivocados cada vez que una señora se sube al coche. Las ''toilettes'' de noche se modernizan con facilidad suma: una guarnición de piel, una faja de seda bordada o unos volantes de tul bastarán para que parezcan nuevas.

Desde los costados señala un movimiento de subida brusco, hacia adelante. Los dos cabos de la cinta vienen a cruzarse uno sobre otro en el punto donde se reunen y disminuyen de ancho los volantes, y de allí parte cada uno por un lado para ir a perderse bajo la cintura.

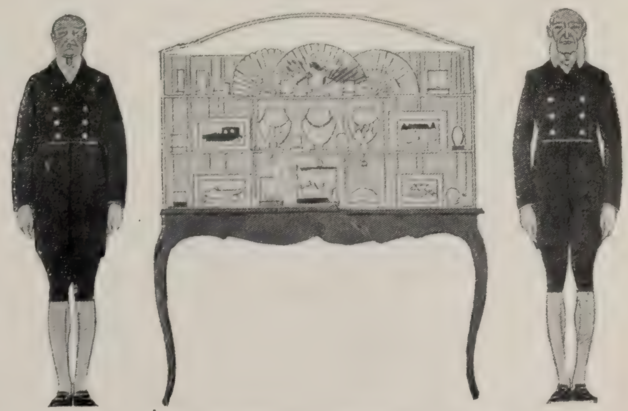
El arreglo de las blusas.—Estas, como generalmente se estropean pronto, no suelen modificarse; pero, sin embargo, diré algo acerca de la manera de reformarlas.

Lo que antes pierde frescura es el cuello; se suprime escotando la blusa y guarneciéndola con un volante de tul festoneado. Otra, de seda brochada, que empieza a deslucirse, se convierte en chaleco agrandando bastante la bocamanga y poniéndole mangas de gasa. Las blusas de encaje son las más sencillas de arreglar, porque se combinan con diferentes encajes aplicados sobre tul, lo cual permite cambiarlas de forma siempre que se quiera.

También es muy bonita la coraza de malla bordada, aplicable a una blusita de cualquier género.

Los trajes de tarde, aunque estén completamente nuevos, no se pueden usar sin reformar, por ser los que han sufrido mayor cambio.

Por ejemplo: un vestido del año pasado, de raso blanco y negro, puede resultar de última moda figurando una falda estrecha, redonda y



La canastilla o ''corbeille'' de boda

Veamos un caso práctico. Se trata de un vestido de raso con cola y larga túnica de tul. La falda se redondea, dejando las costuras rectas: la túnica se corta para colocarla en forma de dos volantes, con un pequeño borde de marta cebellina, y de un tul igual se hace un cuerpo escotado, como un ''kimono'' muy ancho; se guarnece de marta y se coloca sobre otro cuerpo de encaje de plata. El vestido quedará precioso y completamente desconocido para los que lo vieron la temporada anterior.

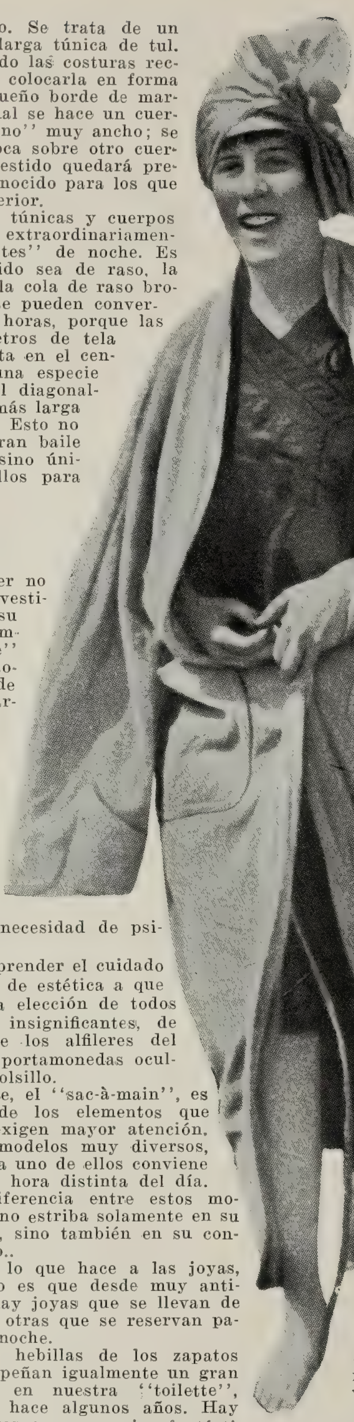
La moda de los volantes, túnicas y cuerpos distintos a la falda, favorece extraordinariamente el arreglo de las ''toilettes'' de noche. Es muy frecuente que un vestido sea de raso, la túnica de tul o de encaje y la cola de raso brochado. Los vestidos cortos se pueden convertir en largos en un par de horas, porque las colas se reducen a dos metros de tela fruncida en la cintura, sujeta en el centro de la falda formando una especie de lazada y doblada al final diagonalmente de modo que resulte más larga por un lado que por el otro. Esto no se refiere a los trajes de gran baile o de ceremonias de corte, sino únicamente a los trajes sencillos para teatros o comida íntima.

*
* *

La elegancia de una mujer no consiste únicamente en su vestido, en su sombrero, o en su abrigo; hay cien detalles complementarios de la ''toilette'' que dependen del gusto personal, y que prestan esa nota de elegancia que no puede lograrse con tal o cual modelo de vestido, ya que éste, al cabo, está al alcance de toda mujer que pueda pagarlo, en tanto que el buen gusto es privilegio de quien nace con él, o lo adquiere con la educación.

Sólo con ver el bolsillo de mano que una dama lleva, puede decirse a qué categoría cerebral pertenece dicha dama, y ello sin necesidad de psicologías trascendentales.

Por lo tanto, fácil es comprender el cuidado y la constante preocupación de estética a que hemos de sujetarnos para la elección de todos esos elementos, al parecer insignificantes, de nuestra indumentaria, desde los alfileres del sombrero hasta el diminuto portamonedas oculto en el fondo de nuestro bolsillo.



En la playa.—Otra silueta interesante

Este, el ''sac-à-main'', es uno de los elementos que hoy exigen mayor atención. Hay modelos muy diversos, y cada uno de ellos conviene a una hora distinta del día. La diferencia entre estos modelos no estriba solamente en su forma, sino también en su contenido..

En lo que hace a las joyas, sabido es que desde muy antiguo hay joyas que se llevan de día y otras que se reservan para la noche.

Las hebillas de los zapatos desempeñan igualmente un gran papel en nuestra ''toilette'', desde hace algunos años. Hay mujeres que a precios fantásticos adquieren hebillas antiguas, y reunen una colección digna de un museo de indumentaria. Otras, por el contrario, prefieren las hebillas modernas, de ese estilo que priva en el día de hoy, y que suscita hostilidades y entusiasmos tan apasionados cocomo contrarios.

Acerca de los bolsos de mano hemos de insistir, ya que, desde la gran señora que gasta cien mil pesos por año hasta la modesta burguesa, toda mujer se esmera en lucir un bolsillo que esté de moda. Se llevan para la mañana modelos de piel flexible, y de marroquinería negra o de color, con cierre muy aparente o completamente oculto. Las formas son alargadas o cuadradas, y lo suficiente grandes para contener el pañuelo, la polvera, el estuche del carmín y el espejo, aparte de las numerosas chucherías que toda mujer lleva siempre consigo.

Para la tarde, estos sacos de cuero o de piel se reemplazan por otros de muaré o de ''ottoman'', cuyo color se armonice con el del vestido. Son tales modelos de forma ovalada, y llevan en el cierre, o cerca de él, una cifra de brillantes. A veces, las anillas laterales que sujetan el lazo, están igualmente incrustadas en brillantes. En general, el color de estos bolsillos es el negro o el azul oscuro, pero las grandes elegantes poseen series completas de modelos, hechos con los tejidos de sus distintos vestidos. De este modo, se ven con frecuencia bolsillos color de rosa, verdes y rojos...

Los bolsillos bordados con perlas y hechos a mano que figuran en la página de dibujo adjunta, son todos de colores claros, e imitan a los que antiguamente se llevaban y que aún se ven en los escaparates y en las vitrinas de los anticuarios. Se cierran con un broche de plata y se suspenden con una cadeneta del mismo metal.

El modelo ovalado bordado con flores, y cuyo lazo doble arranca del centro para terminar en una bellota de pasamanería, es una creación reciente que alcanza éxito extraordinario, y que se lleva mucho para el teatro y para las cenas en restaurantes.

Los bolsillos de oro y de platino son verdaderas maravillas, porque los dos metales se trabajan en hilos finísimos que se tejen como la seda. Complétanse estas joyas con pequeños portamonedas de forma de lagarto, con cierre de oro imitando la cabeza del animal, y a guisa de ojos, dos esmeraldas.

Se hacen también reducidos ''necessaires'' de esmalte, en los que hay hueco para los polvos el carmín, un espejo, algunos cigarrillos turcos, unas pocas monedas de oro y un reloj.

Este modelo, aunque muy conocido ya, sigue usándose por su pequeño tamaño y su comodidad.

Un detalle casi indispensable desde que las damas se perfuman exageradamente es el vaporizador de bolsillo, que generalmente se hace de cristal tallado.

Para prender las tocas de terciopelo o de piel se usan alfileres de sombrero adornados con gruesas perlas irregulares rodeadas de chispas de diamante. Las horquillas y los peines que sujetan el cabello llevan cabezas o incrustaciones de ''strass''.

Los paraguas se prefieren de seda obscura pero no negra, pues este color resulta demasiado severo para acompañar los tonos vistosos de la indumentaria actual. Los mangos de esos paraguas pueden ser de cuarzo rosado, de jaspe, de ámbar o de oro cincelado.



Un figurín moderno



Un figurín antiguo

Casos y cosas



—¿Ha leído ya este drama a algún otro director?
—No, señor.
—¿Y entonces, cómo tiene ese ojo negro?



—Vea, agente, hace una hora que un hombre está peleando con mi papá.
—¿Y por qué no me llamaste antes?
—Porque en esos momentos el que ganaba era papá.



—¿Lustre, señor?
—No.
—Es que yo le lustro los botines hasta el punto de que usted puede mirarse la cara.
—¿No le he dicho ya, que no?
—¡Cobarde!



—¿Quiere usted ser jockey?
—Sí, señor.
—¿Entiende usted de caballos?
—¡Cómo no! Fígúrese que mi padre trabajaba en una fábrica de caballos de madera



—¿Te causó mucho daño el tatuaje?
—Al principio, no, pero en cuanto lo vió mamá, me causó un daño bárbaro.



—Usted ha embalsamado muy mal a mi loro. Todas las plumas se le han caído.
—¡Bueno! Ahora con la primavera le crecerán de nuevo.



El inquilino (después de la gran garufa).—¡Aquí debe haber habido un terremoto colosal!



—¿Camina su reloj, señor?
—Camina tanto, que se ha perdido de vista.



—¿Este pantalón vale igual que este? ¿Si? pues deme este y... me ahorro el chaleco.



—Hace un frío de mil diablos, pero me consuelo. En cuanto apriete, planto bandera y enciendo mi calorífero a gas...



—Ahora que estamos casados, adorada mía, no pienso más que en el futuro.
—Y yo, en el presente.



—Vea, voy a enjabonarlo... ¿Quiere cerrar la boca?
—Bueno, predique con el ejemplo.



—¡Mamá! ¡mamá! El nene se está comiendo todo el pudin.



—Recuerde, amigo, que soy una estrella del arte.
—¡Lástima que no sea una estrella errante!

Cuando las noches son largas...

Llega todos los años una fecha en que los días empiezan a acortarse... Poco a poco, la noche se apodera de horas que, meses antes, pertenecieron al día, y las cubre desde temprano con su negro manto. ¿Qué han de hacer los niños? ¿Deben irse a acostar como los pollitos, o bien deben distraerse, esperando la hora del sueño.

Para ocupar el tiempo útilmente están, naturalmente, los deberes del colegio, pero los maestros no son tiranos y no consienten que sus alumnos tengan tanto que trabajar en casa, que no les permita, como quien dice,



levantar la cabeza de la mesa de estudio. Al contrario, los deberes se señalan en forma de que el muchacho esté ocupado una hora o poco más, tiempo que puede aprovecharse después de mediodía.

Y ¿por la noche? Los más chicos escuchan los cuentos de la abuela, de la mamá, de la tía; pero quien relata no es una máquina parlante y no puede tener siempre en la cabeza una biblioteca entera de fábulas, leyendas, cuentos y novelas. El entretenimiento tiene su término y es preciso pensar en alguna otra cosa: y entonces está bien que se busque otra diversión útil y que logre el objeto de interesar a los niños, grandes y chicos.

Pero hay que tener en cuenta las dificultades. Por la noche no puede hacerse ruido y no es prudente correr de aquí para allá, por las piezas, para no molestar a los vecinos y para evitar el riesgo de tropezar con las puertas. Y por otra parte ¿por qué recurrir a diversiones peligrosas y ruidosas, cuando hay otras que parecen hechas a propósito para divertir a los niños en una atmósfera—podría decirse—de sosiego y seguridad? Proponed a las niñas que se ocupen en arreglar los vestidos de las muñecas. Las tendréis atentas a esa ocupación durante muchas horas: serán modistas, lavanderas, planchadoras, costureras, sin aburrirse ni un momento. Y el mismo éxito obtendréis con los niños, animándolos a hacer maniobrar sus soldados, a disponer planes de batalla, a levantar campamentos.

Despuntará en cada niño un pequeño Napoleón, incansable en sus juegos con los soldados.

Otro tema de resultado seguro es el de la cocina. Tanto los niños como las niñas se ponen contentísimos, cuando pueden ocuparse en algo de cocina. Pero, para interesarlos de verdad, se necesita presentarles este trabajo, no como una diversión, sino como cosa seria, cuyos productos deberán ser comidos de veras y no ofrecidos inútilmente al supuesto apetito de las muñecas.

Proponed también a los niños que se finjan adultos para cuidar a un hermano o a un amigo que represente el papel de enfermo. Veréis al muchacho transformarse en un enfermero cuidadoso que no sabe qué inventar para hacerse la ilusión de que alivia



los sufrimientos del "enfermo imaginario". Y no sólo se empeñará en curar al fingido enfermo, sino que tratará de distraerle hojeando libros ilustrados, álbumes de tarjetas postales, y haciendo maniobrar sobre la cama muñecas y soldados. Y divertiendo al otro, se divertirá él mismo.

Siendo posible, es una diversiión muy instructiva formar orquestas y coros infantiles. Pero estas son empresas un poco difíciles.

Muchos y muy diversos juegos pueden organizarse según la fantasía y los medios de que se dispone. Lo importante es dar con argumentos y recursos capaces de hacer las delicias de la infancia. En primer lugar, debe ponerse como una de las diversiones favoritas de los niños los trenes con sus vías, sus agujas y todo lo concerniente al movimiento ferroviario. La mecánica y especialmente la relacionada con la locomoción, atrae al niño, aunque se vea obligado a admirarla solamente sobre papel, sin silbidos, ni movimiento. Dibujad una locomotora con gran variedad de vagones en colores, con una gran columna de humo negro, con figuritas que asoman por las ventanillas, y en otros detalles que representen los diferentes efectos de un tren en marcha, y el niño se considerará feliz, quizá más que si emprendiera un viaje en un tren auténtico.



La construcción de un teatro de cartón es de una sencillez suma; pero entretiene por la construcción de sus decoraciones, con sus varillas a la cabeza y al pie.

La filatelia es otro de los sistemas de diversión educativa, y no muy cara al principio, ella no sólo enseña, puede decirse parte de la historia, si no que hace que el niño reuna gran número de pequeños amiguitos.

El juego del asalto, las damas y el ajedrez son también de utilidad, puesto que su conocimiento es casi una gimnasia del cerebro.

El juego de las sombras es gracioso y entretiene a los niños.

Variando cada noche, el niño no se fatigará y aprenderá estos pequeños juegos agradables y de sociedad.

Los rompecabezas ingeniosos, las charadas, logogrifos, son educativos y entretienen largo tiempo, manteniendo despierta la atención de los pequeñuelos. En cambio, debemos relegar al olvido la vieja costumbre de relatar a los niños leyendas de fantasmas y ladrones que suelen acongojarlos y hasta tener sueños intranquilos; mejor es la relación de hechos grandes, viajes maravillosos y hasta ciertos hechos culminantes de la historia del país, que despierten en ellos el amor a la patria y al hogar; el respeto a los padres y mayores, y el amor al prójimo.

Hay aún un filón riquísimo que explotar para el entretenimiento del niño: la física recreativa.

En ella tenemos, por ejemplo, y sin necesidad de aparatos, las experiencias de equilibrio, en el que está el conocidísimo de los dos cuchillos sobre la botella; las pruebas de inercia, la presión de la atmósfera, las de densidad y las extraordinarias y maravillosas de óptica, etc., etc.

Juan **BERGMANN.**

Notas escolares



Niñas del Colegio de la Misericordia, cantando el Himno Nacional, durante la fiesta celebrada con motivo de la distribución de premios al finalizar el año escolar



Parte de la concurrencia que ocupaba el salón del Círculo Central de Obreros, durante la fiesta escolar celebrada por el Colegio de Nuestra Señora de la Misericordia



Profesoras y alumnas de la Escuela Normal número 8, festejando con un lunch la terminación de los estudios de las primeras maestras normales egresadas de dicho establecimiento este año

PUNTOS Y COMAS

Hace pocos días llegó a Roma el representante de una poderosa casa cinematográfica de Nueva York, con la pretensión de entregar 60.000 dólares para el óbolo de San Pedro a condición de que el papa se deje cinematografiar trabajando en su biblioteca, comiendo, etc.

Al oir esto Juan Gil
dijo a su amigo Gaspar:
—¡Qué atrocidad! ¡Yo por mil
me dejó hasta embalsamar!

* * *

Con la temporada veraniega se abren los casinos y se prodiga el florecimiento de garitos y ruletas donde se le tira de la oreja a Jorge y el dinero del bolsillo de los más pasa al bolsillo de los menos.

La prensa clama, con justicia, contra esta tolerancia de las autoridades, y las autoridades...

Ni saben qué replicar,
ni saben lo que han de hacer
y, si hacen, por hacer, hacen...
oídos de mercader.

* * *

Entre los telegramas referentes a los asuntos mejicanos, los diarios publican indefectiblemente dos cada día, en uno de los cuales se da por seguro el ataque de los rebeldes a Tampico y en el otro se desmiente la noticia.

Y así decía Perico,
autor del género chico,
a quien esto tiene loco:
—¡Pues parece que hoy "tampoco"
han atacado a "Tampico"!

* * *

La devolución oficial de la "Gioconda" ha dado lugar a manifestaciones de amistosa cordialidad entre Italia y Francia.

El arte, representado por esa joya de Leonardo de Vinci, ha hecho más que la diplomacia, pues los dos pueblos hermanos han experimentado un momento de sensación estética, ajena por completo a los intereses materiales, que son los que, generalmente, promueven las contiendas.

¡Nunca más justificada
esa serena sonrisa,
que, viva, más que pintada,
tiene siempre Monna Lisa!
Mostrando al mundo su faz
sonreirá con más placer,
desde que pudo ejercer
tan alta misión de paz.

* * *

En Córdoba la superioridad de un establecimiento provincial, ha comunicado a un grupo de empleados que por razones de mejor servicio debían presentar su renuncia so pena de quedar cesantes sin esa formalidad.

Aquí de Don Majaderano Cabeza de Buey, protagonista de la obra de magia "La pata de cabra":

—¡Puesto que doña Leonor no me quiere... renuncio generosamente a su mano!

* * *

El actual rey Nikita, de Montenegro, es además de rey, autor dramático; hace años escribió un drama titulado "La zarina de los Balkanes" y la reciente guerra le ha inspirado otra obra que con el título "El sitio de Escútari" se ha estrenado en Virpararo.

La prensa montenegrina, dice que el público fué muy numeroso y mostró su entusiasmo aplaudiendo a rabiar.

Al leer esto un alacrán
dijo entre otros de su grey:
—"¿Que le aplaudieron? ¡Pues no!
¿Iban a silbar al rey?

* * *

Dicen que en Mendoza ha causado penosa impresión el que el volador Figueroa haya desistido en su intento de atravesar la cordillera, pues al público se había forjado la ilusión de verle llegar triunfante después de haber realizado una magna hazaña.

Figueroa dice que el paso es imposible; esto ya lo dijo Newbery, a quien Figueroa quitó la razón, razón que le devuelve con mucho gusto, exclamando:

Es muy fácil el pensar
que todo se puede hacer,
mas no se debe olvidar
que si es muy fácil volar
es aun más fácil caer!

* * *

"Tokio, Diciembre 22.—El embajador del Japón en San Petersburgo, doctor barón Motono se despidió de sus amigos."

"Washington, Diciembre 25.—El embajador de la Gran Bretaña tiene un resfrío".

¡Respiremos!

¡Y todo esto ha ocurrido y
"ni se ha hundido el firmamento
ni han temblado las esferas"!

* * *

El premio mayor de la lotería española ha caído en Buenos Aires

El premio alcanza a la bonita suma de seis millones de pesetas.

Nosotros felicitamos a los agraciados entre los que se cuentan varios modestos empleados, y nos quedamos cantando:

"La nochebuena se viene
la nochebuena se va
y nosotros nos iremos
para no volver jamás!"

* * *

En Montevideo, los periodistas han fijado el 11 de enero como día del gremio, y al efecto habrá cuchipanda, alegría y champagne... y...

¡Por Dios, que no haya brindis!

* * *

En lo que corre del año se han otorgado permisos por la Dirección de Obras Públicas de la municipalidad para las siguientes construcciones en Buenos Aires: refacciones 318, galpones 314, caballerizas 130, establecimientos industriales 214, pisos bajos 7776, de un piso 892, de dos 226, de tres 80, de cuatro 54, de cinco 37, de seis 15, de siete 9, de ocho 5, bóvedas 582 y garages 15.

¡Ahora, ahora... es cuando seguirá el aumento de precio de las habitaciones!...

Música.—Hemos recibido un ejemplar del tango titulado "Feliz Año Nuevo", original del señor J. Nirvassed, que obtuvo el primer premio en el concurso recientemente llevado a efecto por la Sociedad Sportiva Argentina.

Las delicias del campo



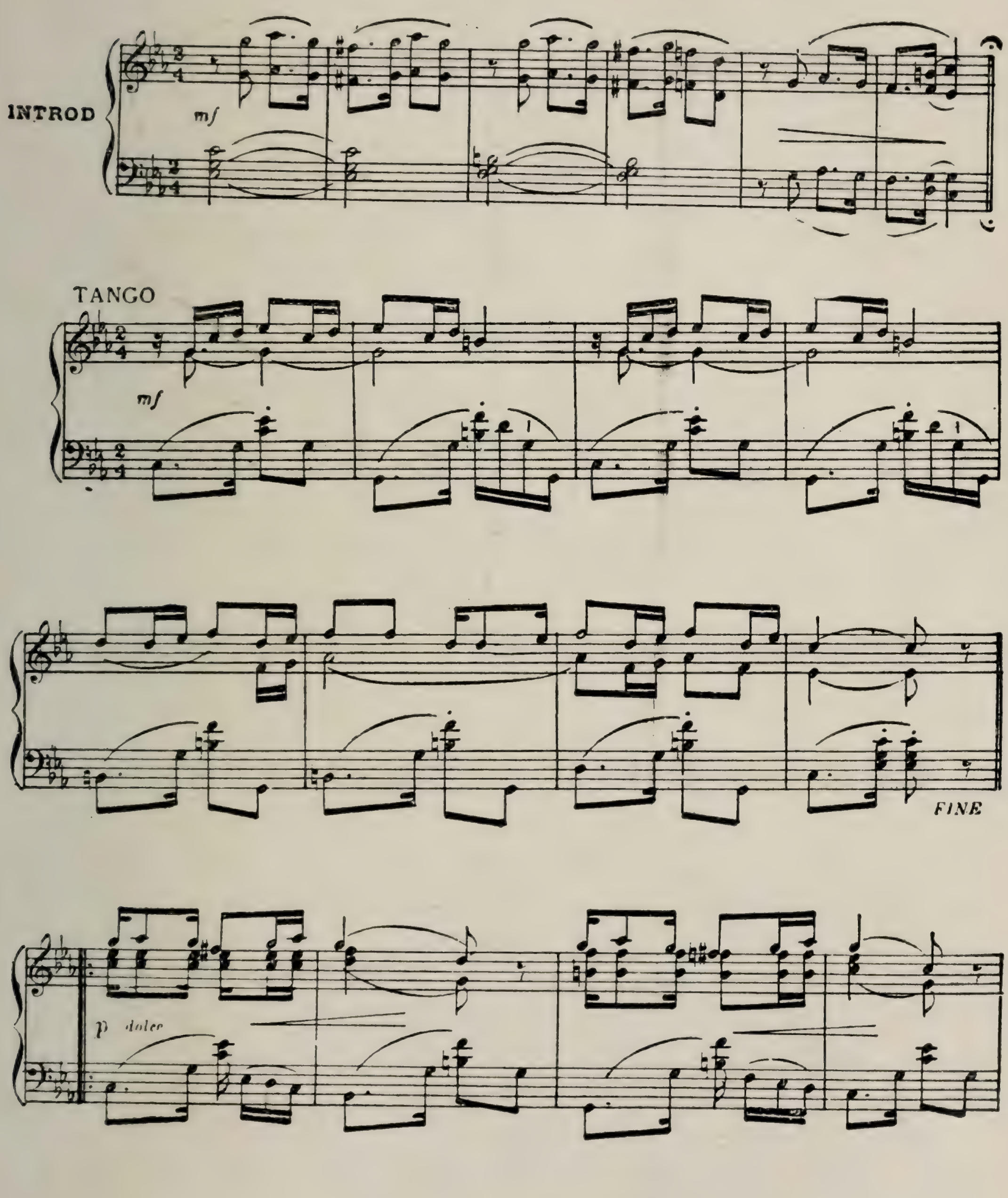
No hay nada como la campaña. Reina la tranquilidad y... **no hay que temer accidentes de ninguna clase.**

MICIFUZ

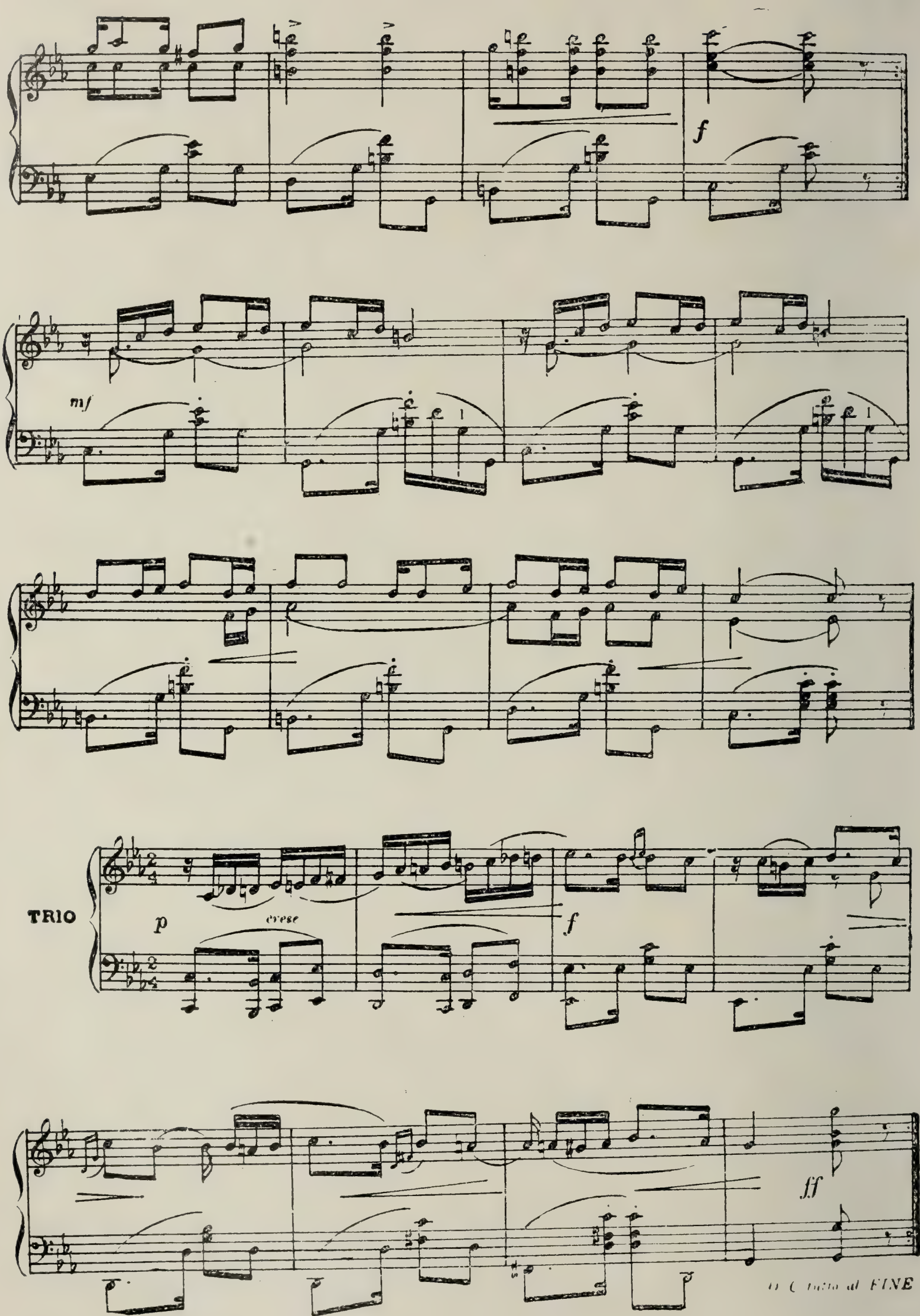
Dedicado á mis queridos padres

TANGO

NELIDA FRENCH BENAGHI



(1) Esta pieza de música es original de una argentina de diez años.—N. de la R.


f
mf
TRIO
p
cresc
f
ff
FINE

Labores Femeniles

Todos los bordados y los encajes de aguja o al bolillo son fáciles de ejecutar cuando se lleva un buen método de estudio, y con la práctica que se hará en ellos se podrá alcanzar con toda facilidad a ejecutar obras primorosas.

Los encajes, los bordados, el corte, el dibujo, la pintura, las flores y tantas otras labores femeninas, tienen un método de estudio, tienen un principio para aprender, como lo tiene la música, como cuando empezamos a leer y a escribir, que debemos empezar hacer palotes y más palotes, para llegar a formar las letras y de las letras formar las palabras, e igualmente lo es para todas las labores femeninas, pero que muy pocas veces se lleva a efecto dicho principio.



Esta es una de las causas de que se vean numerosos bordados y encajes ejecutados por manos muy buenas, que podrían llegar a ser buenas artistas pero es lamentable la falta de detalle en el trabajo ejecutado, causa de no haber tenido un buen método de enseñanza para que paulatinamente fueran conociendo los detalles minuciosos, el efecto que puede producir un punto o un calado más que otro en un mismo encaje.

Como es también de mucha importancia conocer la colocación de un medio punto y punto zurcido al lado de un calado, o la parte que ha de formar el claro y obscuro del dibujo, todos éstos son detalles que si es bien cierto que se adquieren con la práctica, pero también desde los primeros encajes que se ejecutan se tuviera la prolijidad de formarlo minuciosamente, es más que natural que los que se ejecutarían sucesivamente siempre más perfecta sería su ejecución y más fácilmente se tendría el dominio de la aguja.



Es bien natural que en un encaje o en un bordado en blanco, sus dificultades son mayores que las que tiene un bordado en seda; pero esto no priva de que sean allanadas con facilidad, siguiendo un buen método de estudio.

Entre los varios encajes que la moda actual nos favorece para nuestro entretenimiento, ofrecemos a nuestras gentiles lectoras dos motivos de encaje Venecia.

Uno de ellos es un tapatetera, labor fácil y práctica; es ejecutado en hilo grueso de Bruselas núm. 60 y algodón de relleno núm. 2. Sus puntos principales son el zurcido y el medio punto; los calados son los más fáciles que se hacen en el encaje y los mismos que se emplean en el bordado en blanco: las barretas son todas de punto festón con un picot a un lado.

La única dificultad que tiene es la ejecución de la figura: ésta es trabajada con el hilo Bruselas num. 80, para poder formar los perfiles mejor concluidos, dado el tamaño de ella, y formar los zurcidos y medios puntos más acabados, ofreciendo un contraste mucho más delicado.

Para formar el tapatetera se necesitan dos lados en la misma forma; el dibujo puede ser diferente, pero siempre haciendo juego en su armado, lleva un raso acolchado del color que más agrade.

El paño para silla es formado por un artístico motivo de encaje Venecia, con la cabeza de un antiguo guerrero; a ambos lados lleva un motivo de broderie veneciana; forma marco a estos motivos un pequeño embutidito de guipure de hilo, formado por todas barretitas muy bien trabajadas, con cuatro palillos cada una.

Sigue a este embutido otro más ancho de Cluny, y nuevamente el mismo, angosto; como conclusión, por tres lados lleva una puntilla de guipure de dos centímetros de ancho; en la parte inferior, como conclusión, lleva un rico encaje de guipure veneciano, copia de los antiguos modelos descriptos en los libros de dibujos por Cesare Vecellio; en cada pico lleva una bellotita confeccionada con hilo Bruselas núm. 10, forro de seda color verde resedá y moño de cinta del mismo color.

Una artística carpeta de escritorio, sobre cuero de Rusia, bordada en oro, completa nuestras labores que ofrecemos a nuestras amables lectoras.

Su motivo principal es el símbolo de la medicina; la copa y las dos serpientes son bordadas en relieve con hilos de oro brillantes y opacos lisos, briscados y diamantados, con pequeñas intercalaciones de gusanillo de oro liso brillante y oro opaco.

Todo el ornato es bordado en seda apolicromada, contorneado con un hilo de oro de fantasía opaco; los dibujos que forman enrejados son igualmente bordados con hilos de oro de fantasía brillantes y opacos.

Es una obra muy delicada y muy aparente para obsequio. Igualmente puede bordarse sobre raso muaré o faya, pero siempre el cuero de Rusia la hace más artística y aparente para un escritorio.

Los almohadones o cojines son siempre útiles y cómodos y no pueden faltar en los hogares, pues son apéndices indispensables de muchos muebles, cuando no bellos accesorios que completan los adornos de una habitación.

En un sofá, en una butaca, sobre las colchas de la cama, los almohadones siempre prestan un servicio y ofrecen a la vista un efecto estético agradable, sobre

todo cuando en su confección ha presidido un criterio artístico.

Esto es indudable.

Se admiten en esto los más diferentes géneros y las formas más opuestas, sin que se destruya la armonía general de mueblaje del salón o de otra pieza cualquiera. Los tejidos de seda alternan con el linón ligero, los terciopelos con las más finas batistas. Cabe en los almohadones la pintura, el bordado, el encaje: todo lo que realiza la habilidad femenina en consorcio con el buen gusto.



Las flores son generalmente, el motivo ornamental de los almohadones. Sobre raso se pintan admirablemente, y también se bordan. Se obtienen matices muy bellos mezclando, en el bordado, la seda con el algodón. Los hilos de oro y plata sirven para encuadrar los dibujos y para dar suntuoso relieve a los que requieran brillantez.

Hemos visto un modelo muy artístico en satín verde claro. Sobre este fondo un mazo de flores, cuyos talles parten de un ángulo, en donde están enlazados por una tira de tul blanco bordada. Las flores van extendiéndose y subiendo hacia el ángulo opuesto, en diagonal. Unas son color rosa, otras malva, pero todas de tonos pálidos, y contrastan con el color verde de las hojas, un verde delicado, algo más subido que el del fondo.

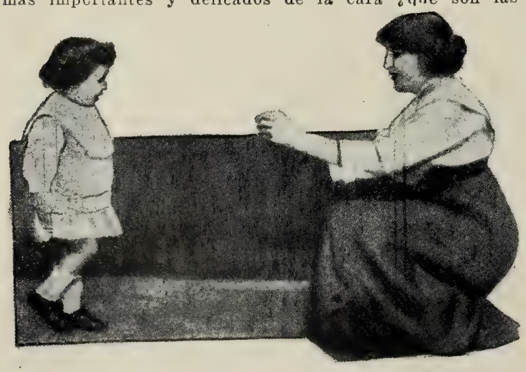
En estas labores, como se ha indicado otras veces respecto a trabajos femeniles, el buen gusto es la base del éxito. La delicadeza de los tonos y la sencillez del dibujo deben buscarse con preferencia a las complicaciones y a los tonos recargados. Hay bordadoras excelentes, cuya habilidad es su mayor enemigo, pues por lucir esa cualidad, acumulan en los trabajos mil dificultades. Se aprecia un labor por lo que tiene de "ejecución manual perfecta, mas se lamenta que esa "perfección técnica" haya perjudicado el efecto estético.

Rosa ASPLANATO.

La belleza modelada

No existen niños feos. Y no porque no haya en el mundo una madre capaz de juzgar a su hijo menos hermoso que los demás, sino porque, realmente, la fealdad no acompaña casi nunca, de modo visible, los primeros meses y aún los primeros años de nuestra existencia. Un niño de pocos días y de pocos meses, no es, físicamente hablando, un cuerpo definitivamente "estructurado". Es una materia susceptible de corrección, una belleza capaz de plasmarse.

Hay defectos que una madre hábil logra hacer desaparecer, pero hay otros que pueden ser agravados y quizá creados. Si se mira, por ejemplo, a los órganos más importantes y delicados de la cara ¿qué son las



orejas? Pequeñas construcciones de mórbidos cartílagos, pero, si no se cuidan, comprimiéndose sobre la almohada durante el sueño pueden tomar una forma magullada y alargarse, si se permite al niño que tire de ellas con sus inocentes manos. Muchas orejas de abanico, desproporcionadas, increiblemente largas, no recibieron de la naturaleza su forma poco simpática.

Son, por el contrario, un producto del descuido y de los malos hábitos que acompañaron a la primera infancia. ¡Y cuántas narices, irremediablemente aplastadas, no lo estaban cuando asomaron por primera vez al mundo! Pero luego se le consintió al poseedor de esa nariz dormir horas y horas con el órgano del olfato contra la almohada, o no se le dijo nada cuando miraba a través de los cristales, con la punta apoyada en ellos. Y he aquí a la nariz transformarse, plasmarse bajo las compresiones que se le hicieron sufrir por ignorancia o por descuido. Y aquello que quizás estaba destinado a ser el mejor ornamento del rostro, se convierte en un grave defecto, en una deformación.

Si no se corre a impedirlo, el niño se agranda la boca y se estropea la dentadura con los dedos, que más tarde se dirigirán a la nariz. Pero, en los primeros meses, las manos son atraídas irresistiblemente hacia la boca, los dedos se aferran a los labios, tiran de ellos y los deforman, dejándolos, tal vez, imperfectos para toda la vida.

Y hay que fijarse, principalmente, en el cuidado que requiere la vista y evitar que el niño se restriegue los ojos con las manos sucias.



No hay parte del cuerpo del niño que no exija extrema atención y que no sea susceptible de mejoramiento. Es preciso tener siempre presente que el niño, además de un cuerpo no formado definitivamente, posee una voluntad que debe educarse, corregirse, encarrilarse, para que no lo impulse a destruir su belleza con sus propias manos. Esta voluntad debe también inclinar al niño a preferir las posturas correctas del cuerpo a las perjudiciales. El cuerpo del niño. por lo mismo que es débil, tiene la tendencia a doblarse, a encorvarse, y ¡ay! si en vez de luchar contra esa tendencia, se la deja convertirse en vicio que dé al cuerpo una línea falsa.



El punto negro

Sólo con auxilio del frasco de sales pudo oir, sin trastornarse la condesa, detallada relación del escándalo inaudito.

¡Cómo! ¡En su casa, entre personas distinguidísimas, de su mayor intimidad, escogidas entre sus mejores amigos para que la acompañaran unos días en el campo!... ¿Cómo era posible? El mundo estaba desquiciado; ya no es posible saber con qué gente se trata...

El lance no era para menos. La selecta compañía hospedada en la posesión de la condesa distraía las noches inacabables en el campo jugando al "pocker"; juego tan de "timba" como cualquiera de nuestros castizos "montes", pero que merced al pabellón británico podía ser admitido en buena sociedad.

La partida comenzó con timidez, por pasatiempo. El dinero suelto, de bolsillo, era el único que pasaba de mano en mano; no tardaron en asomar las carteras, y en ellas billetes de Banco; ya no se reía ni se bromeaba; algunas caras palidecían, algunas manos se crispaban, y cada noche se adelantaba la hora de la partida.



Si fué casual o intencionado el descubrimiento, nadie lo supo; pero una mañana, después de mil cuchicheos, consultas y recomendaciones mutuas de guardar un secreto que a poco no lo era para nadie, se averiguó que las barajas usadas para el juego estaban marcadas... ¡Marcadas! ¡Y el fullero, jugador de ventaja, estaba allí, no había duda, confundido con personas dignísimas, intachables!

En primer lugar, ¿quiénes eran las personas intachables? La condesa, encerrada en su gabinete con las dos únicas en quien tenía confianza, pasaba revista uno por uno a los demás huéspedes... Los excluídos, por su parte, de tres en tres o en parejas, y alguno, más receloso, consigo mismo, inquirían, conjeturaban, apuntando sospechas, recordando antecedentes, acumulando datos... De tan distintas y separadas indagatorias, quedó en claro que no había ninguno sin su punto negro, como los naipes de las barajas.

Del uno se recordaban mil historias y trapisondas, reveladoras de menor aprensión de la necesaria para trampear en el juego; del otro nadie sabía cómo gastaba y triunfaba, sin capital ni rentas conocidos; aquél había estado procesado, y el de más allá dejó nombre como gobernador de provincias en medio mundo.... El uno era esposo complaciente y el otro amante complacido... La condesa se perdía en un "charco" de confusiones; sus invitados "chapoteaban" también aturdidos. La murmuración trascendía de unos a otros; el escándalo era inevitable... La condesa tuvo que acudir a la "antipirina".

Cuando la tirantez parecía ya insostenible, Bill, su ayuda de cámara inglés, se presentó a la señora condesa, y con la mayor corrección británica, y pidiéndole mil perdones, confesó su pecado... La servidumbre jugaba también con las mismas barajas de los señores, y él era quien había marcado las cartas...

La condesa perdonó la incorrección del criado en gracia de haberla devuelto la tranquilidad perdida; le hizo repetir la explicación delante de todos sus invitados, y sonriente, graciosa, como si nada hubiera sospechado, exclamaba:

—¡Ya decía yo! ¿Cómo era posible? ¡En mi casa! Sé muy bien con quién trato.

Reinó un profundo silencio, la condesa hizo majestuosamente una señal al criado para que se retirara y el criado salió, alta la cabeza, sin dignarse mirar a nadie; un diplomático no hubiera adoptado figura ni ademanes tan gallardos.

La condesa volvió a exclamar:

—¡Ya lo decía yo! ¡En mi casa!

Y todos asentían a coro, porque una cosa era tener un punto negro en su historia y otra marcarlo en una baraja.

Jacinto BENAVENTE.

Reyes Magos de varios países

España es de los pocos países privilegiados con la visita de los Reyes Magos cargados de juguetes para los niños buenos y con regalos más substanciosos para los gallegos crédulos que antiguamente iban a esperarlos escalera en mano, y que en vez de los tales regalos recibían bromas pesadas y aun palos. Los pobres corrían tras un ideal, y les pasaba lo que a Don Quijote.

En Francia, en Alemania, en Bélgica y en Suiza, el encargado de repartir los juguetes a los niños y niñas es San Nicolás, el patrón de la infancia.



En Francia va montado en un corcel magnífico y sobre todo de paso muy seguro; bien lo necesita porque tiene que trepar por las tapias y las paredes, subirse a las chimeneas y por el cañón de ellas echa San Nicolás los juguetes, que van a caer precisamente en los zapatitos puestos en el hogar.

En Bélgica, San Nicolás es persona más seria. Va siempre de pontifical y lleva un báculo tan grande y tan macizo, que mete miedo.

En Suiza, como país montañoso, el caballo es reemplazado por un borriquillo duro y juguetón que trepa por las breñas como si tal cosa. Hace su reparto el día de Nochebuena, como en casi todos los países, menos España, y hay la creencia de que aquella noche no hay animal que corra peligro en la montaña, porque los aludes no se atreven a hacer nada estando el Santo en la montaña. En vez de llevar el saco a cuestas como el San Nicolás de otras partes, el suizo coloca sus juguetes en los amplios serones del borriquillo.



En Holanda no conocen a los Reyes Magos ni a San Nicolás. Allí el encargado de los regalos es el Padre Pascuas, un señor chiquitín de luenga barba blanca, muy alegre de carácter y de cara bastante parecida al Santa Claus de los demás países del Norte.

En Noruega y Suecia, con su helado clima, tienen un Santa Claus o Rey Mago septentrional, de corte especial. No gasta cabalgadura, y, sin embargo, es de todos los del mundo el que va más de prisa, como que se pone uno de aquellos "skis" inmensos que le permiten avanzar sobre los hielos y sobre las nieves con la velocidad de un tren expreso. Alguna que otra vez se le representa cómodamente reclinado en un trineo y lleva a cuestas su carga de juguetes. Estos son lo mismo en todos los países: polichinelas, Juan de las Viñas, caballos de cartón, trompetas, arcas de Noé, banderas, sables, etc. De vez en cuando el artista introduce alguna novedad. Este año los Reyes Magos, los Padres Pascuas, los San Nicolás y los Santa Claus, han llevado en sus cestas y en sus sacos y en sus serones infinidad de automóviles y de bicicletas.

En todo el mundo inglés, los niños aguardan impacientes a Santa Claus, que suele ir vestido con un caprichoso gorro y con un largo gabán forrado de pieles blancas y con unas botas propias para andar por la nieve, que en aquellos países suele cubrir los campos en la época en que tiene que desempeñar su misión, la víspera del día de Pascua.



Hoy los Reyes Magos, San Nicolás, Santa Claus y todos los personajes santos encargados de esta noble misión, no diremos que hayan perdido su prestigio, pero sí podemos afirmar que no tienen tanto trabajo como antes, porque en todos los países se tiende a cultivar con preferencia el "Arbol de Noel", que, como es sabido, se carga de juguetes, que son los frutos apetecidos y deseados por los niños.

En muchas partes el árbol de Noel, no sólo se carga de juguetes ni de bonitas cajas de mazapán y bombones; viéndose al lado del polichinela que toca los platillos o el tambor, una caja de turrón, latas de conservas y hasta botellas de champagne.

En España no es raro ver en algunas de estas cestas, asomar, por entre los rizados papeles de distintos colores, la cabeza de un pavo vivo o de un par de capones de Bayona.

Pero lo más usual es el que el árbol lo constituyan sólo juguetes en que la mecánica, la gracia y el ingenio han contribuido en mucho a su fabricación. Los precios de estos juguetes son altos.

La moda de ese "árbol", que se desarrolla con la afición a la fiesta del "árbol", también institución moderna, va haciendo anacrónicas las costumbres de esos otros portadores de juguetes.

Claro que hay padres tan espléndidos y generosos que ponen árbol y después hacen venir a los Reyes o a San Nicolás y aun en otras festividades o cuando les parece, llenan la casa de juguetes. Pero, en circunstancias normales, los niños no sienten la ilusión que les proporciona lo sobrenatural, ese "dulce engaño" representado por esas tradiciones, que no desaparecen rápidamente, por lo mismo que las sostienen los niños. Y por ahora no se acaba el mundo.



Algunos juegos antiguos

Curiosos son en verdad los datos recogidos sobre los juegos que pudiéramos llamar domésticos conocidos en otros tiempos. La mayoría de los hoy usados por las gentes de todas las clases sociales, son los que vemos en bronces, papiros y piedras, o citados por escritores que inmortalizaron aquellas épocas con sus obras. Las damas, el ajedrez, los dados, la peonza, entre los de una clase; la gallina ciega, como ejemplo de diversiones infantiles, entre los de otra; el de cara y cruz y el peón, por último, entre los que han llegado a ser exclusivo patrimonio del golfo, son pruebas fehacientes de que hubo afición a estos entretenimientos en aquellos pueblos. Según algunos escritores antiguos y modernos, Palamedes fué, durante la guerra de troya, el inventor de los dados y las damas. Por lo que al primero se refiere, el mismo Homero nos presenta a los Pretendientes ocupados en este juego. En un papiro egipcio del Museo de antigüedades de Leyden se le encuentra representado; su fecha se remonta quizá al año 1700 antes de J. C. En orden al segundo (o sean los dados), se sabe que consistían en dos o tres prismas de forma cúbica con diversos números, y se lanzaban con la mano o con una cajita cuadrada o cilíndrica, de madera, cuerno o marfil sobre el álveo. Este era el tablero, que se ve representado en muchos mármoles con una inscripción compuesta de seis palabras, cada una de seis letras y dispuestas de tres en tres. Dichas palabras eran augurios alusivos a la tirada más feliz o en que todos caían por el número 6; tal tirada se llamaba *jactus basilicus*, así como en la que salían todos ases se llamaba *canis*. Según César Cantú, había dados de madera, cristal, hueso y aún piedras preciosas. En un grupo de bronce, obra de Policleto, vemos la práctica de este juego. Como fichas se usaban ciertas monedas, que en el anverso tenían la diosa Fortuna, con las letras C. S.





El juego de cara y cruz lo recuerdan Ovidio, Plinio y Macrobio, bajo el nombre de *caput aut novis;* Aristófanes cita el de pares y nones (en su comedia *Plutón*, acto IV, escena I), con el que, según Suetonio, se distraía Augusto después de la cena; Esiquio y Polux describen el de la gallina ciega (*Onomasticón*, lib. IX), con el nombre de *mynda;* el de la *ostri lynda* era una pueril imitación de la guerra.

Sobre algunos vasos se halla dibujado el del columpio, consistente en una tabla puesta en equilibrio, a modo de balancín, llamada *pentaurum*. Los atenienses lo introdujeron en honor de Erigone, que se había ahorcado.



Aunque no pueda incluirse entre los juegos domésticos, debemos citar por ser el predilecto de algunas regiones españolas—el de pelota. A él fueron muy aficionados, según parece, los griegos y los romanos; pues, según ellos, daba gracia y elasticidad a las personas. Jugábase por consiguiente, en todas las edades y condiciones, y aún hay quien afirma que se elevaron estatuas a algunos jugadores—no se ha llegado a tanto en España.—Hasta parece que se conoció el empleo de la pala para *restar* la pelota. Digno es de citarse—en relación con nuestra patria, y por lo que al presente asunto se refiere—la importancia que el juego (muchas veces más que de entretenimiento) debió tener en la época de Alfonso X; dos hechos lo comprueban: uno la redacción de un libro que de las diversas clases de aquel trataba (existente en la Biblioteca escurialense); otro, el Ordenamiento de las Tafurerías, colección de leyes sobre las casas de *tafur*. La idea que preocupó en estos trabajos a Alfonso el Sabio, fué la de evitar las riñas y las muertes, según se deduce del prólogo de la segunda obra, en que se dice: *Porque se viede el destrez, e se escusen las muertes, e las peleas e las tafurerías.* Entre sus más salientes disposiciones hallamos la prohibición de jugar fuera de las casas de tafur del rey, sin mandato de aquellos que las tuvieren, después que fuesen arrendadas. Exceptuábanse los *ricos omes* que quisieren jugar a los dados en su posada, pudiéndolo hacer de puertas adentro; palmaria muestra de que no todo cambia con el progreso de los tiempos. Y se imponen penas como la de *cortarles dos dedos de la lengua en travieso por la tercera trampa*, a no ser el día de la vigilia de Navidad, en el que todo cristiano podía jugar libremente en su casa, sin pena de ningún género. En el códice que existe en el Monasterio de San Lorenzo, se representa en una lámina una desesperada lucha entre varios *tafures*. También se escribe en el mismo manuscrito la fabricación de tableros, dados, el juego de la ruleta y el de la lotería. Empléanse en éste fichas de la misma forma que las utilizadas por los romanos, sustituidas las letras por números que se sacan a la suerte de un bombo, según consta en tres de sus dibujos. Consiste aquél, por el contrario, en un tablero giatorio con huecos numerados, sobre el que se arrojan unas bolas de regular tamaño, indicadoras de los tantos obtenidos.



La forma de jugar a la pelota, representada en una miniatura de las Cantigas (véase el dibujo correspondiente), muy distinta a la conocida hoy día, nos indica o una habilidad especial en los jugadores, o una dureza de dedos que no tienen seguramente los pelotaris contemporáneos.

Por todo lo dicho se ve que a la humanidad le ha gustado en todo tiempo distraerse y algunas veces hasta lucrarse, si la diosa Fortuna les era propicia, y sobre todo en España tiene ya precedente la costumbre de confiar las *fortunas* a la *fortuna*.

Entre nosotros, desde que se instituyó la Lotería Nacional, también hay gentes que confían en la *grande* para realizar sus planes. Pero este es un juego tan moderno en el país, que no tiene aplicación en un relato sobre cosas antiguas. Por otra parte, no podemos remontarnos a más allá del descubrimiento de América, para imprimir cuales fueron los juegos preferidos por los conquistadores y por los indígenas, si bien hay que hacer constar que el juego de la *taba* es de lo más antiguo que se conoce en nuestros lares.

El baccarat, la ruleta, el treinta y cuarenta, etc. vinieron más tarde. Pero esto sería ya entrar en círculos viciosos, para venir a parar a la misma conclusión de que la humanidad, en Europa y América, ha sido siempre aficionada al juego.

EMILIO A. SERRANO Y JOVER.



El plebiscito

¿Es un principio?
¿Es un pensamiento?
¿Es una teoría?
¿Es una bandera?

No es nada de esto, en concreto, y es todo, según se le observe y se le encare.

Sustrae, seduce, apasiona, se impone y convence.

"Ecco il problema".

Quien ha hecho con él conocimiento íntimo, no lo olvida ni lo abandona jamás.

Está en el pensamiento y en la voluntad de todos.

Hablemos claro de una vez, y abandonemos esta especie de acertijo.

Quien dice Jabón Reuter, dice belleza, pulcritud, higiene, juventud, seducción.

Quienes no lo han usado (que son muy pocos) arden en deseo de conocerlo.

Los que lo usan, no podrán abandonarlo jamás.

Reuter es un imán.

Si alguien saliera por esas calles llevando un letrero que dijera tan solamente esta mágica palabra: Reuter, al cabo de pocos minutos tendría a toda la población de la metropoli, siguiéndolo y aclamándolo en el más imponente y entusiasta de los plebiscitos.

El lago de los niños en Nueva York

En Nueva York, en el centro mismo de la ciudad, hay un gran parque — el Central Park — que es un verdadero paraíso para los niños, con vastos ''campos de juego'', [illegible] y diversiones



varias jaulas con los más curiosos animales, y por las calzadas, caballitos que comen azúcar en la mano y llevan a cuestas a los chicos, mientras un número infinito de arroyuelos serpentean entre el arbolado. Pero, hay un sitio que goza de particulares preferencias: el ''lago de los niños'', ancho, alegre, reservado exclusivamente a los ensayos de los pequeños inventores, constructores y propietarios de canoas y balandras que, de proporciones minúsculas, llegan alguna vez a superar las dimensiones de sus propios dueños. Circundando el lago se halla una baranda de madera que aleja todo peligro al realizar las maniobras... navales.



Y cuando el viento sopla favorablemente o las velas y el timón han sido sabiamente colocados, se ven flotar esas embarcaciones y navegar rápidamente sobre la superficie ligeramente encrespada del lago, remontando victoriosas las pequeñas olas y dejando tras de sí la estela espumosa, como si fueran embarcaciones verdaderas. Por lo demás, lo único que las diferencia de las grandes son las dimensiones.

Es preciso asistir en día de fiesta a los preparativos febriles, a las discusiones vivísimas que animan aquellas márgenes.

En las discusiones, toman parte activa los papás y las mamás que, luego, con el resto de la familia, siguen, embarcados en lanchas automóviles, los incidentes de las regatas.

Ya están los dos mejores campeones en plena carrera: de lejos, sobre la orilla, los... tripulantes, con su asta a guisa de remo siguen ansiosos la dirección de los pequeños botes y los movimientos de las velas...



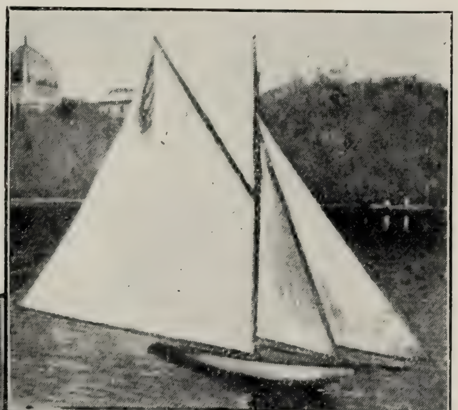
Pero, alguna vez no basta el remo: algunas sorpresas del viento reservan amargas desilusiones a concurrentes que ya iban a cantar victoria. A lo mejor, un desgraciado choque — como sucede con los barcos grandes — lo echa todo a perder. Y cuando la regata ha terminado, mientras los vencedores reciben su premio de vivas y silbidos — los silbidos en Nueva York equivalen a los aplausos — los vencidos se consuelan, confiando en que la fortuna les favorecerá en la lucha del domingo siguiente; y sin perder tiempo, continúan sus trabajos de perfeccionamiento, iniciando — ¡con gran seriedad! — a algún novicio en los secretos de la náutica.

Cuando el sol empieza a declinar tras la línea de los rascacielos, que se dibuja a lo lejos, fuera del parque, el lago se desprende de sus blancos navíos y las aguas quedan en la soledad y el silencio de la noche.

Una caseta, levantada al efecto, alberga aquellos pequeños tesoros de tantos niños, que los ordenan cuidadosamente, uno al lado del otro.

Un lugar verdaderamente delicioso, donde los niños y los grandes pasan el tiempo, sin darse cuenta, entre instructivas y gratas diversiones.

Es indudable que, entre los juegos infantiles, hay algunos peligrosos y pudiera parecer, a primera vista, que ese lago ofrece riesgos considerables, por ser el agua uno de los elementos que ha producido más víctimas. Pero, no hay cuidado: sobre no ser grande el fondo de ese lago, la vigilancia que allí se ejerce por empleados atentos siempre a evitar toda clase de accidentes aleja el peligro, y los padres pueden contemplar tranquilos a sus vástagos dedicados a una diversión honesta y útil como es la de la práctica de esos ejercicios náuticos, que



aguzan el ingenio y aficionan a los niños al sano sport.

En todos los países cultos se desarrolla y se favorece la afición a la náutica, porque para casi todos son indispensables los elementos marítimos. Hoy debe conocerse la importancia de la navegación, no sólo como recreo, sino como medio de comunicación entre los pueblos de distintos continentes que gracias a ella se sienten cada día menos separados.

"LOS LUTOS"

Sucesores de EMILIO E. GERDING

443, C. Pellegrini, 445

Unión Telefónica, 1873, (Libertad)

ALGUNOS PRECIOS DE NUESTROS ARTÍCULOS



Artículo	Precio
TAPADOS etamina, fina calidad, forma japonesa, muy elegante modelo, sin forro, a. . . . . $	29.50
TAPADOS etamina, fina clase, completamente forrados de pongé seda, adornos crespón, a. . . . . $	38.00
TAPADOS primer luto, forma "Cavour", de etamina fina calidad, forro pongé seda, adorno crespón, a. . . $	55.00
CAPAS etamina, elegantísimos modelos, sin forro, a $ 85, 80, 75, 70, 65, 60, 55 y. . . . . $	50.00
TOCAS de crespón, modelos última moda, con 2 velos, crespón atrás y gasa a la cara, a $ 30, 27 y. . . . . . . $	25.00
SOMBREROS de crespón, de granadina y de crespón con granadina, a $ 22, 20 18, 17.50 y. . . . . $	16.50
CHALES de cachemir, con dobladillo y vainilla, con cuello forma de 5 puntas, a $ 31, 29, 27, 25 hasta. . . $	13.50
CHALES de etamina con cuello forma 5 puntas, dobladillo y vainillas, a $ 30, 28, 26, 24, 22, 20 hasta. . . $	10.75
BLUSAS de riquísima batista y de sedalina, no destiñen, bonitos modelos, extranjeras, a $ 6.20, 5.50 y. . . $	4.90
VISOS de pongé seda, muy frescos y resistentes, no se cortan, a. . . . . $	12.75
La más alta novedad en tapados de etamina, charmeuse, cachemir seda, satín, etc., a la medida y confeccionados, a $ 120, 110, 100 y. . . . . . $	90.00
AROS y tornillitos luto, engarce plata dorada, el par. . . . . $	1.20
PERLAS fino oriente, marca "Sotnas", engarce plata dorada, el par. . . . $	1.20
Engarce oro 18 kilates, el par. . . $	10.50
CARTERAS. Selectísimo surtido en clases finas, desde $ 40, 35, 30, 24, 23, 20, hasta. . . . . $	6.75

Todo pedido mayor de $ 20 que venga ACOMPAÑADO de su importe SE REMITE LIBRE DE FLETE Y EMBALAJE.

Soliciten el catálogo N.° 10. SE ENVIA GRATIS.

"LOS LUTOS" Buenos Aires

La inteligencia de los perros

Un profesor de psicología animal se ha ocupado durante años del perro, queriendo dilucidar si éste posee como el hombre el uso de la razón. Ha podido establecer, después de pacientes comparaciones, que el perro no es el animal más inteligente, pero que es capaz de dar prueba de una sorprendente inteligencia. Antes de llegar a tal conclusión, escribió a varias personas pidiéndoles le señalasen los actos más notables que conocieran respecto del perro. Un farmacéutico de Bucarest le escribió que su perro tenía la costumbre, desde hacía mucho tiempo, de pasar el día en la tienda. A las cuatro era llevado a paseo por un amigo de aquél, quien tenía la costumbre de comprarle un bizcocho de cinco centavos en una confitería cercana. Un día, el amigo pensó no ir más a paseo con el perro, pero le puso en la boca la moneda para que él mismo fuese a comprar su merienda. Y el can no demoró en presentarse en la confitería, y entregando la moneda, esperó que se le diera el bizcocho. Una tarde, se le ocurre al vendedor hacerle una broma: agarra los cinco centavos y no le entrega nada. El perro, entonces, salta, amenaza; mas, a la vista de un rebenque, resuelve abandonar el campo de lucha. Al día siguiente toma sus precauciones. Ya en la confitería, arroja la moneda al suelo, y coloca sobre ella una pata; y no abandonó tan prudente actitud hasta que no se le dió el bizcocho. Durante dos meses puso en práctica ese beneficioso procedimiento.

Un médico francés narra lo siguiente de su perro, de nombre Bob. No escapó a su juicio que el patrón almorzaba a las once. Pues bien; un cuarto de hora antes del almuerzo, Bob saltaba sobre la mesa y no había forma de hacerlo salir. Sostiene el médico que el perro aprendió a reconocer la hora en un gran reloj que quedaba frente a la mesa. Además, Bob se mostraba el sábado más alegre que otros días con la sirvienta, porque el domingo era el indicado para que ésta lo sacara a paseo.



Ejercicios difíciles

En Irlanda, un perro se presentó a la puerta de un veterinario, y cuando éste apareció le presentó una de las patas que estaba herida. El médico lo curó y no pensó más en el curioso episodio. Pero, tres días más tarde, volvió el perro con un hueso en la boca: el pobre animal creía que aquello era un medio suficiente para recompensar al veterinario.

Otro perro había hecho pedazos el sombrero de un señor, en un café.



Paseo peligroso

El dueño del sombrero amenazaba abofetear al patrón del can, quien de pronto tuvo una luminosa idea para evadir tal compromiso.

—El perro no es mío—dijo.

—¡Ah! ¿Conque no le pertenece a usted? Vamos a ver, llámelo.

El propietario del animal aceptó la propuesta, y lo llamó; pero el perro, inmóvil, no hizo caso alguno.

Un oficial francés, en Algeria, tiene un can que no deja ningún día de salir a la calle a pelearse con los otros perros.

Una tarde, el can, que se llama Driff, regresó más vapuleado que de costumbre, y el oficial no contento con regañarle agarró un látigo para sacarle el hábito de salir a la calle. Entonces, Driff, viendo que el asunto tomaba un cariz tan contundente, levantó hacia el oficial una pata como dándole a entender que se hallaba herido. El patrón, piadosamente dejó el látigo y miró con todo cuidado la pata del gran amigo: estaba sana! Driff se fingía herido para evitar la paliza.

Los curiosísimos casos relatados demuestran de una manera indiscutible que los perros tienen inteligencia. Y demuestran más aún: que el raciocinio existe en ellos. El raciocinio es una facultad que no se manifiesta tan fácilmente en los seres irracionales. Como que es facultad que tantas veces falta también en los que no lo son! Y en el perro, además de ese relámpago de inteligencia que siempre brilla en sus ojos—casi siempre abiertos para agradecer los buenos sentimientos del amo—hay un principio de juicio como lo atestiguan las historietas anteriormente narradas como asimismo tantos hechos elocuentes que registran las obras de historia natural, y de psicología animal. Lo que hacen día a día los célebres perros de San Bernardo prueba de un modo perfecto que la facultad del raciocinio no es de la exclusividad del hombre. Es de suponer que en este caso hay más aún. En esos piadosos animales que desafían en los Alpes las más bajas temperaturas y no es únicamente la inteligencia la que mueve sus ágiles patas, sino el sentimiento.



Queriendo llegar a una señal


Con una rapidez
increible han ganado
los "Cuellos y Puños Mey" el favor del público, y lo ganan cada día más por las grandes ventajas que ofrecen y que consisten principalmente en su precio baratísimo y su aspecto elegante.
ÚNICOS IMPORTADORES:
Curt Berger y Cia
VENTA POR MENOR:
LA ELEGANCIA ECONÓMICA
BUENOS AIRES:
ESMERALDA 184
ROSARIO:
SARMIENTO 77
MEY
HILO
HILO
HILO
HILO
HILO
HILO

La construcción antigua y moderna

Edificios curiosos y notables



Vista exterior del Palacio de la Paz, que se acaba de erigir en La Haya por iniciativa del zar de Rusia y a expensas e Mr. Carnegie

DICEN que el tiempo nada respeta y que, como la muerte, hace tabla rasa de toda obra de hombre. Esto tiene más adecuada aplicación a los edificios históricos, que un tiempo fueron residencia suntuosa de personajes célebres por su alcurnia o por su talento, y por la inestabilidad de las cosas humanas han venido tan a menos como las familias que un tiempo los poseyeron. Ejemplo de estas grandezas caídas nos ofrece el hermoso castillo de Chenonceaux, cuyo nombre acompaña en la historia de Francia al de las mujeres que fatigaron a la fama con su intervención en los hechos ocurridos en pasadas épocas, cuando eran sus propietarias las aristocráticas familias de Vendome y Borbón. Entonces hubo de merecer este castillo el sobrenombre de "Castillo de las damas", por haber servido de residencia a Diana de Poitiers, a Catalina de Médicis y a la hermosa Gabriela d'Estrees. Más tarde poseyó el castillo de Chenonceaux la familia Villeneuve, quien la vendió a Mme. de Pelouze, para caer en 1891 bajo el dominio de M. Francisco Terry, cuya viuda ha decidido recientemente ponerlo en venta. Los franceses amantes de su histórico pasado temen ahora que la cuna de tantos monarcas se convierta en residencia rural de algún multimillonario americano.

En los actuales momentos de verdadero compromiso para la paz del mundo no deja de ofrecer interés, siquiera sea contradictorio, la terminación del palacio erigido en La Haya para celebrar en él con todo el decoro que su importancia requiere los congresos periódicos en favor de la paz. El nuevo edificio es de construcción sencilla, airosa y elegante, debiéndose su iniciativa al zar de Rusia. El coste de las obras ha sido sufragado por Carnegie, excepto las verjas, donadas por el gobierno alemán. Se colocó la primera piedra en 1907.



Fachada del teatro Victoria Eugenia, que se ha construído en San Sebastián, cuya inauguración tuvo lugar hace algunos meses.

El teatro Victoria Eugenia, hace poco inaugurado en San Sebastián, es una de las construcciones modernas que mayormente embellecen a la linda ciudad donostiarra. Se levanta en la famosa Zurriola, y en su fachada principal, que mira al mar, tiene tres amplias puertas sobre las cuales se abren otros tantos ventanales de mucha luz. Campean en ella los bustos del conde de Peñaflorida, del compositor vizcaíno Arriaga; del insigne músico Eslava; del incomparable tenor Gayarre; el de Gaztambide y el de Santisteban. Completan el adorno de esta fachada los grupos escultóricos de la Tragedia, la Música, la Danza y la Comedia. Otra fachada mira a la calle de la Reina Regente y tiene también puerta de entrada, cubierta con una artística marquesina de hierro y cristal. El escenario es verdaderamente hermoso y mide 22 metros de ancho en el fondo y doce en la boca, con una profundidad de once metros. El alumbrado eléctrico del escenario responde a todas las exigencias de la moderna escenografía, con sus diversas gradaciones imitativas de los crepúsculos, medias luces, pleno día, mañanas de sol, tardes lluviosas, etc., manejándose todo ello como el timón de un buque. Alrededor de la parte trasera del escenario se abren los cuartos de los artistas, muy espaciosos y ventilados y con los muebles exigidos por su destino. La sala, amplísima y hermosamente decorada. Uno de los mayores atractivos de la sala de espectáculos es el techo, admirablemente pintado por Ignacio Ugarte, en cuyo centro campea una bellísima alegoría del sol y en los lados las de los crepúsculos. Ocupa este nuevo edificio un área de 2.400 metros cuadrados y su coste total a 975.000 pesetas.



Fachada del teatro de Variedades, de Panamá, erigido en la plaza de Santa Ana

En Panamá se ha inaugurado hace pocos meses el hermoso teatro de Variedades, construído en la plaza de Santa Ana. La fachada de este elegante coliseo es de severo estilo, sobria de adornos y de justas proporciones en todos sus elementos constructivos, produciendo desde luego la impresión del objeto social a que se destina el edificio. La sala ha sido magistralmente decorada por el pintor escenógrafo español Francisco Ballarín, excepto el gran plafón central, que es obra del artista panameño Aguilar.

Cosa corriente son, en las construcciones de Nueva York, los edificios llamados rascacielos. Mas no obstante lo acostumbrados que están los neoyorquinos a tales portentos de construcción, no han podido menos de maravillarse al ver erigido un araña-cielos de cincuenta y cinco pisos, que ha costado catorce millones de dólares.



Edificio que ocupa, en Nueva York, la importante casa de banca de Mr. Pierpont Morgan, fallecido en Roma últimamente



Recuerdo de bellezas

En el ángulo de un pequeño salón se han reunido las primeras bellezas del baile y acompañando la charla con una taza de aromático te, discuten un asunto de sumo interés femenino.

Se trata del cabello.

Una tiene la cabellera negra, la otra castaña y la otra rubia.

— El pelo corto es detestable, — dice una. — Las mujeres de melenita me hacen el efecto de saltimbanquis o "ecuyères". No puedo hacerme a la idea de que una señora o una señorita bien se despojen voluntariamente de uno de los dones más excelsos con que la ha favorecido la naturaleza.

— Toman el pretexto, las que tal cosa hacen — dijo otra — de que el cabello largo es más propenso a su caída, y que por lo tanto, puede ser determinante de una prematura calvicie.

— Las que dicen eso — interrumpió una tercera — ignorarán que existe el Tricófero de Barry, con cuyo uso tienen asegurada no tan sólo la integridad de la mata cabelluda, sino también, y como si dijéramos, la replantación de ella, pues su uso abre los poros del pericráneo, estimulando el crecimiento de nuevo pelo, vigorizando el existente y comunicándole una sedosidad y un brillo esplendoroso.

El resultado de la conferencia fué la confesión de que las tres que poseían magníficas cabelleras, usaban desde pequeñas el Tricófero de Barry.

Historia de cuatro campanas que fueron á la guerra

COMO reclinada sobre el verde de una colina, frente al espejo de un lago, estaba... y está todavía, la aldea de Rocamonte, orgullosa de su iglesia chiquita y, sobre todo, de sus campanas. Cuatro hermosas campanas que, al dar sus sonoros repiques, hacen quedar estáticos a los oyentes.

¡Din don, din, don, dan! ¡Don, don!

La más grande, con su enorme boca abierta, cuando suena, lanza al espacio un retumbo largo y profundo, que se extiende por los valles como un zumbido y se oye lejos, lejos... ¡don, doon, doon!

Las campanas de Rocamonte son célebres, no tanto por sus broncíneos tañidos, como por haber estado en la guerra. ¿Campanas que van a la guerra? ¡Sí! Las campanas de Rocamonte han deshecho al enemigo. He aquí el hecho, en pocas palabras:

Cuando se levantó, junto a la nave de la iglesia, el airoso campanario, con su cúspide puntiaguda y el ventanal en forma de cruz, un solo anhelo invadió a los habitantes del pueblo: dotar a la torre de sus correspondientes campanas.

Pero los rocamonteses eran todos campesinos y pobres, por añadidura, y don Antonio, el párroco, no tenía mucho más que ellos. ¿Qué hacer? Las campanas eran necesarias; un campanario sin campanas es como una boca sin lengua. Don Antonio tuvo una idea. Un domingo llamó a sus feligreses, les habló largo y tendido, y concluyó, sobre poco más o menos:

—Tenemos iglesia y campanario. Faltan las campanas. ¿Las queréis?

—¡Sí, sí, síii! —contestaron los aldeanos, de acuerdo todos.

—No hay dinero, pero a cada uno de vosotros le sobra siempre algo de la cosecha: traedme lo superfluo y yo pensaré en lo demás.

Los campesinos obedecieron y cada uno llevó su modesto contingente: quién unos quintales de grano, quién un saco de nueces, quién otro de patatas, el de más allá un par de conejos, pellejos de vino, aceite, una cabra, gallinas... ¡y hasta un borrico! Tanto se recogió, que la plaza de Rocamonte parecía el mercado de Eldorado. Corrió la voz por los contornos, se organizó una feria y todo aquello fué puesto a remate, recogiéndose tanto dinero, que don Antonio pudo comprar las campanas.

¡Vaya una fiesta la que se celebró cuando fueron izadas sobre el campanario! ¡Qué manera de repicar durante todo el día, con gran júbilo de los aldeanos y el estupor de las aldeas vecinas! ¡Din don, din, don, dan! ¡Don, don!

Un día estalló la guerra; el enemigo había traspasado la frontera y amenazaba la integridad de la patria. Don Antonio vió partir a sus feligreses jóvenes y los bendijo, emocionado. Pero el ejército necesitaba cañones, y entonces el gobierno del rey hizo un llamamiento a los párrocos para que donasen las campanas, con objeto de convertirlas en cañones. Don Antonio, sincero y entusiasta patriota, respondió en seguida a la demanda, y las cuatro campanas de Rocamonte fueron arriadas de la torre, cargadas sobre un carromato, llevadas a la fundición, metidas dentro del horno... y transformadas en una culebrina nueva, flamante, que fué bautizada con el nombre de "Rocamontesa".



Un piquete de artilleros rocamonteses la tuvieron a su cargo, orgullosos de cargar y disparar "sus campanas" convertidas en armas de guerra. No sonaban como en un tiempo: ¡Din, don, din, don, dan!, sino: ¡Bum, bum!, y desde lejos destruían las filas enemigas.



La guerra terminó; los invasores fueron rechazados; el ejército salió victorioso. Don Antonio vió regresar a sus parroquianos con trofeos y los recibió con grandes festejos. Pero el campanario no pudo saludarlos con su toque de fiesta: estaba viudo de campanas; y la culebrina "Rocamontesa" yacía inerte en el arsenal.

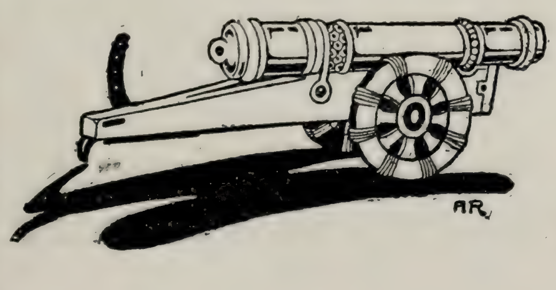
La aldea, reclinada sobre la verde colina, estaba triste, porque le faltaba su voz más poderosa. Pero don Antonio, que era un hombre de muchos recursos, sin decir nada escribió una hermosa carta al rey, pidiendo que le fuese cedida la culebrina, para refundir sus campanas. Pasaron muchas semanas sin respuesta, y ya don Antonio desesperaba de obtenerla, cuando una mañana, por el camino del lago al pueblo, vieron los rocamonteses un piquete de soldados que escoltaban un carromato sobre el cual era transportado un cañón.

—¡La "Rocamontesa"! ¡La "Rocamontesa"!

Cundió la voz inmediatamente, por todas partes se oyó un bullicio ensordecedor y todos los aldeanos corrieron al encuentro del carro, mientras don Antonio, a la puerta de la iglesia, esperaba, lleno de júbilo.

Cuando el armón llegó al templo, fué descargada la culebrina, de la que hizo entrega a don Antonio el oficial que mandaba la tropa, añadiendo un saco lleno de escudos, donación del rey, para que pudiese adquirirse el metal que debía agregarse al bronce en la refundición de las campanas.

Y así fué cómo pocas semanas más tarde las campanas de Rocamonte, refundidas con el viejo bronce de la culebrina y con la plata donada por el rey, fueron izadas sobre el campanario y tocaron a fiesta durante tres días seguidos... y suenan aún, orgullosas de su glorioso pasado.



Por eso su repique dicen que es toque de gloria.

Y... por eso no hay moza en Rocamonte que al ir a casarse no le pague al cura un puñado de centavos para anunciar la boda.

¡El din don de las campanas cuentan que augura felicidad eterna!

Así lo propala el vulgo y el cura... que cobra los centavos!...

Adolfo PADOVAN.



Grajea

Una nueva legumbre.—Una nueva legumbre, de origen chino, ha hecho su aparición en el mercado de París con mucho éxito, después que un hortelano de los arrabales ha conseguido aclimatarla. Se llama Pe-tsai; por la forma se parece a una pequeña col y por el gusto a una nuez ligeramente azucarada.

Condimentada con una salsa, a base de pan, es buenísima como plato de dulce, y los higienistas lo recomiendan como muy saludable.

Un alojamiento histórico.—Un portero de París está reuniendo un capital enseñando a los curiosos la habitación que en un quinto piso ocupó, cuando era estudiante, el actual rey de Servia, pagando por el alquiler 750 francos al año. Muchos, le ofrecen sumas considerables por adquirir el contrato de arrendamiento con la firma del rey; pero el portero piensa cuerdamente que más sacará enseñando el documento que vendiéndole.

La ciudad de las viudas.—La floreciente ciudad de Charlottenburgo, a las puertas de Berlín, que cuenta con 310.000 habitantes, es llamada familiarmente por los alemanes la ciudad de las viudas, porque en el último censo aparecen más de 14.543.

Según el censo, hay 29.240 mujeres más que hombres, proporción que no se registra en ninguna otra ciudad alemana.

Indios feministas.—Entre los pueblos indios, las mujeres tienen iguales derechos de propiedad que los hombres, y gozan de una autoridad absoluta sobre sus hijos.

Cuando se celebra un matrimonio, el marido va a vivir con la familia de la mujer, y los hijos pertenecen a la tribu de la madre.

Las genealogías se siguen por la línea materna, los hombres, son los que hacen la parte más ruda del trabajo, las mujeres construyen casas de adobes, tan cómodas como raras, y son las dueñas de ellas. Mientras el grano está en la mies pertenece al hombre, con la obligación de llevar a casa lo suficiente para su esposa y sus hijos; pero en cuanto entra la cosecha en el granero pertenece a la mujer y no puede sacarse nada sin consentimiento suyo.

¡Y pensar que todo eso lo han conseguido sin propagandas sufragistas!

Temas de Navidad

El árbol. — Ha florecido el árbol de Noel en los hogares. Los juguetes son frutos apetecidos... Pero ¿cuáles son los juguetes que conviene comprar para los niños? Cada año aparecen novedades. Hace ya algún tiempo que las empresas de los campeones del aire han inspirado a los fabricantes de juguetes, y las muñecas en traje de aviador despiertan entusiasmo. Los aeroplanos comenzaron a construirse en forma defectuosa, y hoy esos pequeños aparatos son completos y tienen, en la proporción debida, todos los elementos de que disponen los verdaderos.

Una moda, o quizá una manía, puso en circulación juguetes que encerraban "una lección de cosas". Objetos más o menos complicados y científicos. ¿Qué resultados dieron? Muchas veces se trató de divertir a los niños, instruyéndolos al poco tiempo, y no se logró ni una cosa ni otra. Los niños, sobre todo, los de corta edad, prefieren siempre un objeto simple, de poco valor, a uno caro y complicado.

Los juguetes en "pelouche" son los que hoy reemplazan a los de mecanismo. Presentan, sobre éstos, la ventaja de una solidez a toda prueba y de un precio al alcance de todas las fortunas.

Se fabrican con ese género modelos muy divertidos, ya en forma de animales, ya de personas.

La Navidad en Servia.—Todos los países tienen su manera particular de celebrar la Navidad.

Conocidos son los ritos franceses, ingleses y españoles; pero los de Servia no ofrecen menos originalidad y carácter típico.

En Servia, dos días antes de Navidad, se preparan los asados—lechón o corderito—y los "tschebatchitch", especie de salchichas hechas con cordero picado y fritas en grasa. Y tampoco faltan los pasteles, sobre todo los "croissants".

La víspera de Navidad, un muchacho de la familia va al bosque próximo a cortar el "badgnak", el tronco tradicional, cuya entrada en la casa se hace con toda solemnidad: a cada lado de la puerta se han colocado dos cirios, que se dejan consumir por entero. El marido y la mujer se arrojan mutuamente granos de trigo y después los esparcen sobre el tronco.

La esposa saca en seguida miel, que todos los miembros de la familia deben lamer, después de haberse abrazado por parejas. El tronco es introducido en la casa y entonces la patrona, seguida de los niños, corre a buscar un manojo de paja y recorre la casa tres veces, imitando el cacareo de la gallina. Los niños, a su vez, imitan el "pio-pio" de los pollitos y arrancan pajita por pajita, el manojo que lleva la madre. El padre enciende la vela, toma el incensario e inciensa toda la casa, sin olvidar el tronco, que arde en el atrio.

Lo que queda de este pedazo de madera ennegrecida, se guarda, como reliquia, hasta la Navidad siguiente.

El "plum-pudding". — Para la revista médica "Lancet" no hay nada sagrado. Ha tenido la audacia de someter el "plum-pudding" de la vieja Inglaterra a un frío análisis crítico. El pudding de Navidad, examinado desde el punto de vista químico, contiene, al parecer, una enorme proporción de agua, ciertas substancias nitrógenas, grasa, glucosa, celulosa, dextrina, almidón, ácido acético, ácido tártaro, y, en fin, principios solubles e insolubles. Todo esto no parece que pueda constituir un plato muy sabroso, sobre todo si contiene substancias insolubles...

Pero no es esto lo peor que hay en las revelaciones de "Lancet". La creencia tradicional de que el pudding contiene, en igual peso, más principios nutritivos que el bife, no podrá resistir a la prueba del análisis científico. "Su valor nutritivo—dice friamente "Lancet"—se asemeja mucho al de los higos secos o al de los dátiles".

Nota cómica



—Señorita: soy el escribano que viene a embargar a su esposo.

—¿Ah sí? Tome usted una silla.

—No, señorita: ¡si vengo por todos los muebles!...



—Y él ¿cree conquistarla con semejante barba?
—¡Cómo no! Se la ha dejado crecer a propósito, porque sabe que a ella le agradan los perros falderos.

De todas partes

El aeroscopio.—Una de las diversiones más notables de la Exposición de Panamá, será el "aeroscopio", que reproduce el grabado adjunto: consta de dos torres de quince metros que sostienen un largo brazo en cuyo extremo pende una especie de vagón con asientos para cien personas. El brazo, que mide setenta y cinco metros, de los cuales corresponden quince al contrapeso, se eleva lentamente con el vagón y al mismo tiempo gira la base de todo el aparato, de suerte que los pasajeros dan una vuelta completa a la vez que se sitúan a conveniente altura, para contemplar toda la exposición a vista de pájaro.



El correo de Kuruman.—En la adjunta fotografía aparece un cartero de los que llevan el correo en el distrito de Kuruman, de la Colonia del Cabo. (África del Sur.)

Las carreteras de este país—que tienen una longitud considerable—son muy arenosas, y todos los correos se llevan en carretas de bueyes o en bueyes de carga. La estación de ferrocarril más próxima está á unos ciento cincuenta kilómetros, y el puerto más cercano a más de novecientos. El cartero que se ve en la fotografía tiene que llevar el correo entre dos puntos situados a setenta kilómetros, que recorre en treinta y seis horas.

El tiempo nublado y la vegetación.—Sabido es que la asimilación del carbono por las plantas está íntimamente unida a la radiación solar; pero, hasta ahora no se tenía ningún dato preciso acerca de la importancia del daño que podía ocasionar a los cultivos la falta de sol.



Según experimentos realizados por los señores Müntz y Gaudechon, las cantidades de carbono retenidas por los vegetales durante la insolación directa son, por término medio, cinco veces mayores que durante el tiempo nublado y lluvioso.

Según esto, si se toma como base una producción de 2.500 kilos de trigo por hectárea en cien días de vegetación verdaderamente activa, resulta que, en un mes que tenga diez días de tiempo nublado y veinte días de sol, la asimilación de carbono bastará para la producción de 720 kilos de grano.

Ilusiones de óptica.—Parece que no hay nada más seguro que la vista, y, sin embargo, no hay nada más susceptible de equivocación. Cualquiera que se fije en el dibujo que acompaña a estas líneas, decidirá en el momento que el perro que figura en el marco de la izquierda es el más pequeño de los dos, y esto no es cierto. Los dos son exactamente iguales, como se puede comprobar midiéndolos.



¿Por qué, pues, se supone que el uno es mayor que el otro? Porque las líneas superior e inferior del marco que contiene la figura se inclinan hacia la derecha, y esto hace aparecer el dibujo más pequeño, cuando con el compás se puede demostrar que los dos son completamente iguales.

Lo mismo sucede con las dos figuras que hay a la derecha: un hombre grueso y un hombre delgado. Aquél parece más alto a causa de su gordura.

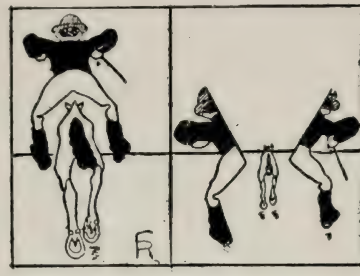
Mosaico

La fotografía identificando cuadros.—El profesor Lippman, al que debe tantos adelantos el arte fotográfico, dijo, hace poco tiempo, que la fotografía había reproducido los trozos, invisibles a simple vista, de los retoques hechos por Rafael en ciertos dibujos suyos.

Empleando un procedimiento semejante y proyectando un cono de rayos ultra-violeta sopre un cuadro atribuído a Rubens, M. Parenty, ingeniero de Lila, ha logrado identificar la obra del gran maestro.

Tratábase de un cuadro que se conserva en el museo de Lila, representando la degollación de San Juan Bautista, que hasta ahora se atribuía a Rubens sin que los "connaisseurs" pudiesen afirmarlo rotundamente, por falta de pruebas. Pero, en el negativo fotográfico obtenido por M. Parenty se ve claramente la firma auténtica del ilustre maestro, que por la acción del tiempo se ha hecho invisible a simple vista.

ACCIDENTES HIPICOS



Triste historia de un jinete y de un caballo demasiado flaco.

El sport más higiénico.—¿Queréis ejercitar un sport saludable y económico? Desempeñad los oficios domésticos: nada fortifica tanto los músculos de las piernas y el desarrollo del pecho como el subir y bajar escaleras. Trabajar levantando las manos como al limpiar el alto de las vidrieras, es ejercicio inmejorable para la caja del cuerpo. El manejo de la escoba es maravilloso para dar flexibilidad a las espaldas. Amasar unos cuantos kilos de tallarines da fuerza a los antebrazos, y una hora de lavado de ropa equivale a una semana de "tennis".

Así lo afirma el doctor Dudley Sargent.

Las contribuciones, limitadoras de la población.—Las contribuciones constituyen el factor que más influye sobre el crecimiento de las ciudades, según hace notar el autor de un artículo publicado recientemente en el "Wall Street Journal". Las ciudades más grandes y de más rápido desarrollo llegan a detener su marcha progresiva ante los impuestos y arbitrios nuevos que cada día pesan sobre ellas. Momsen dice que los impuestos por contribuciones sobre el agua, en tiempos de Adriano, prueban que Roma tenía 1.400.000 habitantes, nada menos. Hoy sólo cuenta 400.000, escasos, y de ello saca nuestro contemporáneo la conclusión de que su decadencia se debe al exceso de contribuciones. El fenómeno se está observando actualmente en Londres, cuyo crecimiento se va haciendo cada vez más lento, y no tardará en observarse en Nueva York, cuando empiecen a recargarse los impuestos para poder pagar las costosas obras de mejora que se han emprendido.

ILUSION DE REALIDAD



—¿Qué hace usted aquí?
—Espero que baje la marea.

Propinas modernas.—Un banquero de San Luis (E. U.) ha inventado lo que él llama el sistema ideal de dar propinas. Este señor nunca recompensa monetariamente a aquella persona cuyos servicios le agradan, sino que le abre una cuenta a su favor en el banco, ingresando, metódicamente, las sumas que habría de emplear en propinas. De este modo, una señorita empleada en un hotel ha llegado a poseer un bonito capital.

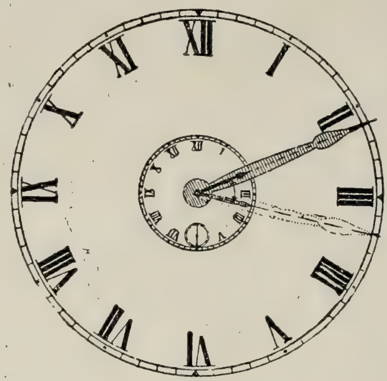
Una gruta curiosa.—Una de las mayores curiosidades de Siracusa consiste en una cueva artificial, construída por orden del tirano Dionisio para servir de prisión. Tiene la forma de una oreja humana, y, como se comprenderá, sus propiedades acústicas son extraordinarias. Si se raspa una hoja de papel, a la entrada de la gruta, este ruido adquiere intensas proporciones.

Cuando se habla, se silba o se grita, en este punto, la sensación auditiva del que se encuentra dentro es enorme.

Minutos largos y minutos cortos

Cómo puede ser—se preguntaba Carlitos—que tanto la aguja de un reloj grande como la de un reloj chico empleen el mismo tiempo en señalar un minuto, mientras el espacio que la aguja debe recorrer es más grande en el reloj grande que en el pequeño?

A todos los niños a quienes les sugiera las mismas dudas o despierte esa curiosidad un hecho tan sencillo, les conviene leer estas líneas, que encierra una perogrullada, y fijarse en el dibujo que las acompaña y que fafacilita la explicación.



El hecho de que la aguja sea grande o pequeña, no cambia la duración del tiempo que transcurre en dar la vuelta. En un reloj grande un minuto representa una 60.ª fracción de la vuelta de la aguja de los minutos; y un minuto en un reloj pequeño es también la 60.ª parte de la minutera correspondiente, y por lo tanto el tiempo que tarda en efectuar la vuelta es exactamente igual en ambos casos.

Si tomáis un lápiz y una hoja de papel y trazáis una línea circular alrededor de un plato vuelto del revés, tendréis un círculo semejante al cuadrante de un reloj; y si después, en ese círculo trazáis un círculo menor, sirviéndoos de un platillo de taza, os explicaréis mejor el hecho de que la aguja de un reloj grande recorra un espacio mayor que la de un reloj chico, y sin embargo, ambas emplean el mismo tiempo en su recorrido. En el centro exacto de los dos círculos que habéis trazado, señalar un punto, y, de este punto haced partir una línea recta que, atravesando el círculo menor, vaya a terminar sobre la línea del mayor. Esta recta representará la aguja, tanto del reloj chico, como del grande. Entonces, a poca distancia de la primera recta, trazáis otra que también partiendo del centro vaya a la línea del círculo externo. Con esta segunda línea tendréis el espacio que las dos agujas habrán recorrido simultáneamente, en un minuto, por ejemplo. Y no obstante, habiendo sido igual el tiempo empleado por ambas veréis que la línea que representa las agujas ha señalado sobre el cuadrante más pequeño un ángulo igual al del cuadrante mayor.

Los minutos tienen, pues, en todos los relojes, la misma duración. Ahora, lo que hay es que se dice muchas veces: "¡qué minutos más largos!" o "¡qué corto se ha hecho el tiempo!" Pero esto no depende de las agujas del reloj, sino del estado de ánimo en que se encuentra cada cual.

Cuando el tiempo transcurre, en medio de la felicidad, el tiempo pasa pronto. Cuando nos invade la pena o nos asalta una contrariedad, los minutos nos parecen eternos. ¡Pero las agujas no se enteran de si sufrimos o gozamos!

Sombreros de aluminio.—Dentro de algún tiempo llevarán todo el mundo, hombres y mujeres, sombreros de aluminio, voluntariamente, o quizás a la fuerza, por lo menos en los Estados Unidos, si los legisladores atienden al escritor y publicista de Boston, Mr. Johon Benyon, que ha presentado un proyecto de ley en el congreso de Washington haciendo obligatorio el uso del sombrero de aluminio a todas las mujeres mayores de edad.

Si el proyecto llega a ser ley, las mujeres no saldrán perjudicadas, porque se dispone que los sombreros se repartan con cargo al presupuesto nacional; ni tampoco se perjudicarán las sombrereras, porque si bien los nuevos sombreros duran toda la vida, admiten toda clase de reformas, adornos y variaciones, según los dictados de las modas futuras.

Hablando del asunto el presidente de la "Compañía inglesa de aluminio", dice que la idea no es impracticable, aunque el público se muestre escéptico. El aluminio puede doblarse, cortarse y enrollarse, y posee sobre los demás metales la ventaja de su poco peso y de su gran duración y flexibilidad. Los sombreros de aluminio pueden tejerse con finísimas fibras de metal, como otro tejido cualquiera, pudiendo, por lo tanto, confeccionarse sombreros tan flexibles como los jipis.

La despedida de Saint-Saëns

De solemnidad sensacional puede calificarse la velada musical que se celebró últimamente en el salón Gaveau de París, en la que Camilo Saint-Saëns se despedía del público en calidad de concertista.

Pocos buenos aficionados a la música hay que ignoren que el autor de tantas partituras impecables, Camilo Saint-Saëns, antes de dedicarse a componer, era un prestigioso ejecutante.

Apenas contaba 10 años, cuando se reveló como pianista precoz, admirando por su inteligencia y seguridad al interpretar las más difíciles partituras.

Más tarde, reconocido su nombre como una celebridad, desempeñó, por gusto, el cargo de organista en las iglesias de Saint-Merri y en la de la Magdalena. Al contrario de su émulo Ernesto, que dedicó un constante amor al piano, el autor de "Sansón y Dalila" dió sus entusiasmos al órgano.



En el órgano, Saint-Saëns es un artista prodigioso. Para órganos ha escrito delicadísimas composiciones, que hoy se consideran como clásicas, contándose entre ellas tres sinfonías que ejecutó en la velada a que nos referimos.

Los que tuvieron el honor de escucharle y aplaudirle en esa "soirée" no olvidarán ni el estilo grave de sus páginas ni la maravillosa interpretación que les dió el maestro.

Desde el lejano retiro en que vive con sus laureles, otro pianista incomparable, Francisco Planté, unió sus aplausos a los del público. "Aplaudid a Saint-Saëns—decía en un telegrama—alternativamente como pianista y como organista; en ambas cosas es una maravilla."

Como una gran pena consideramos el no poder volver a escuchar como virtuoso al gran maestro.

¿Sienten dolor los insectos? — Los experimentos que se han hecho para averiguarlo han venido a demostrar que los insectos son insensibles casi por completo. Para convencerse no hay más que coger un mosquito grande de los de patas largas, y de cada diez casos, en nueve ocurrirá que el animalito echará a volar dejando en los dedos del apresador, por lo menos la mitad de sus patas; y se ha visto insectos clavados con una aguja en un muestrario, devorando la comida que se les ponía, como si no les ocurriese nada.

También se ha visto a los saltamontes andar después de haberles cortado el cuerpo en dos mitades.

Las abejas comen miel aun cuando falte toda la parte posterior del cuerpo, y a las avispas les ocurre lo mismo, observándose que vuelan perfectamente si se les tapa la herida con un poquito de cera.

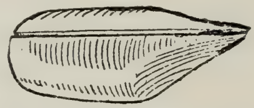
Historia peligrosa.—En la época en que Leti escribía la historia de Inglaterra, se presentó un día en palacio, y habiéndole preguntado el rey Carlos II por sus trabajos literarios, le dijo:

—Cuidado con ofender a nadie.

Como Leti le replicase que aunque el historiador reuniese toda la sabiduría de Salomón, no sería posible que desempeñase su encargo, sin que una u otra persona se diese por resentida, dijo el rey con mucha gracia:

—Hijo, imita a ese Salomón que has citado: escribe proverbios y no historias.

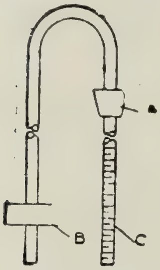
Aceitera improvisada.—Cuando hay que engrasar una máquina cualquiera y no se dispone de aceitera, por haberse roto o haberse perdido, se puede improvisar una con la misma botella del aceite, poniéndola un tapón de la forma que se ve en el dibujo.

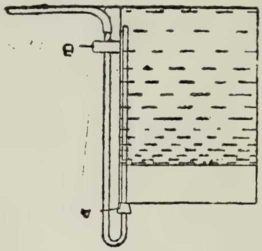


Para hacer este tapón basta un taruguito de madera y una navajita con la cual se talla, dejándolo puntiagudo para introducirlo en los orificios de engrasar. El aceite sale del frasco por la ranura de V que corre a lo largo del tapón.

Sifón graduado.—Este sifón graduado, es como su nombre indica, un sifón sencillo que permite al operador determinar en cualquier ocasión la situación del extremo del tubo con relación al fondo del depósito. El adjunto grabado da clara idea de su forma.

El sifón se compone de dos corchos o de dos trozos de corcho y un tubo de cristal doblado en forma de U que termina en un extremo en un tubo de goma.



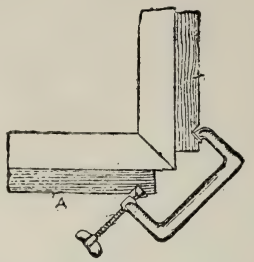


El corcho A sirve sencillamente de soporte del tubo de cristal en el borde del depósito, y el corcho B tiene por objeto impedir que se incline el referido tubo de cristal por efecto de su peso. Este corcho se puede poner en cualquiera de los extremos de la U, según el lado hacia donde se inclina ésta.

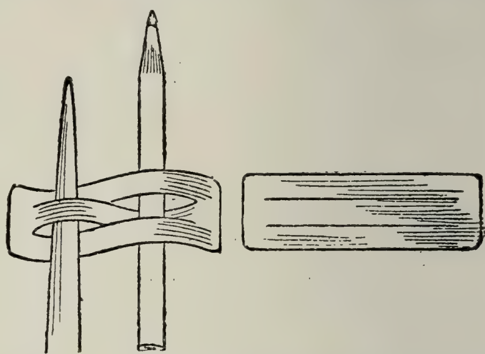
Si el tubo de inmersión tiene una escala graduada C, para la lectura directa, es mucho mejor.

Este aparato es muy práctico para extraer líquidos sin remover los posos, como por ejemplo, el aceite, cuando se quiere extraerlo claro del depósito.

Encolado de marcos. — Un buen sistema para sujetar los ángulos de los marcos hasta que se seca la cola es emplear cuatro listones, AA, dos de los cuales se ven en el dibujo adjunto, con muescas para el torno. De esta manera se da presión igual a los cuatro ángulos y el encolado es más perfecto.

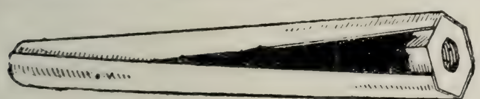


Porta-lápiz para el compás. — Los carpinteros y otros operarios que usan el compás en su trabajo tienen a veces que trazar líneas circulares con lápiz, en cuyo caso, si no disponen de mejor aparato pueden convertir el compás de puntas en compás de lápiz



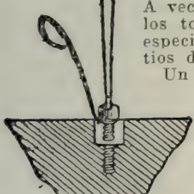
cortando un trozo de hojalata en la forma que enseña el dibujo y aplicándolo como en el mismo se ve. Si la pieza de hojalata es de dimensiones proporcionadas, el lápiz se mantiene muy firme.

Atornillador de tuercas.—Este atornillador se hace con un trozo de chapa de metal enrollada en forma cónica prolongada. Después se pone una tuerca en su ex-



tremo ancho y se machaca todo alrededor para que la chapa tome la forma de la tuerca.

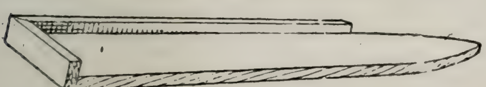
El atornillador no sólo es muy útil para el trabajo a que se destina, sino que permite atornillar bien las tuercas en sitios poco accesibles.



Para atornillar tornillos pequeños.—A veces es difícil comenzar a atornillar los tornillos pequeños de las máquinas especialmente cuando corresponden a sitios difíciles de alcanzar con los dedos.

Un buen sistema para remediar el inconveniente consiste en atarles un trocito de alambre bastante apretado y empezar a atornillarlos. Cuando han agarrado unas cuantas vueltas de rosca, se quita el alambre y se continúa la operación con el destornillador.

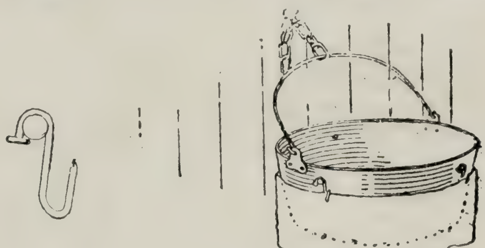
Para aguzar piquetes.—El modo más fácil y más rápido de cortar y aguzar piquetes de madera es hacer un patrón como el que reproduce nuestro dibujo, con



un reborde por dos lados para que sirva de tope. Además se le ponen dos clavos para que ayuden a sujetar las tablas mientras se sierran.

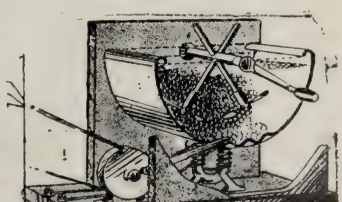
Con este patrón pueden cerrarse muy bien los piquetes a máquina.

Para llenar sacos.—Un caldero o un cubo viejo, sin fondo y provisto de unos clavos alrededor para fijar unos ganchos A donde enganchar los bordes del saco, es un excelente accesorio para llenar sacos con gran comodidad, sobre todo si el asa del cubo se engancha



por medio de una cadena a un gancho clavado en la pared, con lo cual no se necesita la ayuda de nadie para la operación.

Bruñido y limpieza de cubiertos.—Para bruñir y limpiar cubiertos de plata se ha inventado un aparatito muy sencillo, y que no obstante da excelentes resultados.



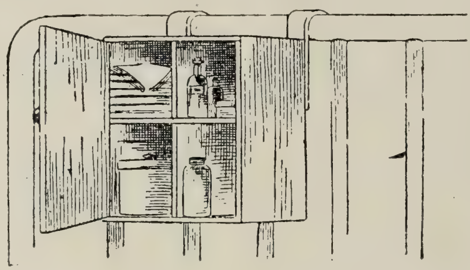
Consta de un recipiente semicircular con un buen puñado de bolas de acero de las que se emplean para los rozamientos de las máquinas. Un movimiento de vaivén que imprime al recipiente una polea montada como indica el grabado, hace que las bolas rueden por la superficie de los cuchillos, tenedores, cucharas y otros artículos sometidos al tratamiento y sostenidos en unos sujetadores especiales. Un potente electro-imán colocado debajo del recipiente atrae las bolas de acero para que ejerzan una presión igual sobre los objetos de plata.

Neceser de cama.—Hecho con buenos materiales y con un poco de gusto, el neceser que reproduce nuestro grabado puede resultar decorativo además de útil.

El tamaño del mueble, así como su colocación a los pies o a la cabecera de la cama, dependen del gusto del dueño.

El neceser es muy útil sobre todo para guardar medicamentos en las alcobas de los enfermos.

Para dar brillo a los muebles, se hace una muñequilla con un trozo de franela suave en un trapo usado y se echan en esta muñequilla dos gotas de aceite de almendras y otras dos de espíritu de vino, repasando en seguida la superficie del mueble en sentido circular, hasta sacar el lustre requerido.



Conviene no dar lustre más que a una pequeña parte de la superficie del mueble cada vez que se moja la muñequilla, y emplear siempre un trapo limpio.

Para que duren más las suelas del calzado. — Cuando se compra calzado, conviene calentar las suelas acercándolas al fuego, y aplicar después sobre ellas una mano de barniz copal. Una vez seco el barniz, vuelven a calentarse las suelas y se les da otra mano, repitiendo la operación tres o cuatro veces. Con esto, el cuero se hace impermeable y dura el doble que cuando no está sometido a dicho tratamiento.

Para dorar objetos sin necesidad de corriente eléctrica, se disuelven en 1.000 gramos de agua destilada y en el orden en que se mencionan, las substancias siguientes: pirofosfato cristalino de sodio, 80 partes; solución al 12 por 100 de ácido hidrociánico, 8 partes; cloruro de oro cristalino, 2 partes.

Se pone a hervir, y se sumerge el artículo que haya de dorarse, bien limpio.

Si el alcanfor, la pimienta y la esencia de trementina no bastaran a preservar a las pieles del destructor efecto de la polilla, aconsejamos un procedimiento que a la par que sencillo es económico y práctico. Consiste en golpear las pieles, al llegar el verano, con una varita y peinar bien el pelo si éste fuera largo. Después, no hay más que envolverlas en un lienzo bien limpio, antes de guardarlas.

Empleando este sistema, consérvanse las pieles brillantes y sedosas.

El jarabe de ácido cítrico mezclado con agua o vino da una excelente bebida, propia para excursionistas, ciclistas, etc.

Jarabe simple	1.000 gramos
Acido cítrico	10 ,,

Las personas que temen los microbios del agua pueden disponer de un sencillísimo esterilizador, en el que entran solamente dos elementos: el sol y el ácido cítrico. Está, en efecto, demostrado científicamente que en un litro de agua donde se hayan disuelto seis gramos de ácido cítrico y que sea expuesto al sol, los microbios del cólera mueren a los cinco minutos, y los del tifus quedan completamente destruídos a las dos horas.

Teniendo esto en cuenta, no hay que decir que el más sano de todos los refrescos es la limonada, sobre todo si se ha tenido la precaución de exponerla al sol durante un rato.

Para limpiar las botellas que han contenido vino tinto común, se emplea una solución caliente (no hirviente) de sosa al 10 por 100. Después, hay que enjuagarlas muy bien con agua clara.

Cuando se cosen tejidos gruesos a máquina, conviene frotar la línea de la costura con jabón seco, para que corra mejor la aguja.

Para que las flores se tengan derechas en los floreros, se pone en el cuello de estos recipientes un trozo de tela metálica de mallas claras por las cuales se pasan los tallos.

Para perfumar el tabaco, se extiende sobre una mesa y se rocía con aguardiente de buena calidad. Se restrega bien entre las manos, de modo que el aguardiente lo impregne bien. Luego, se deja secar en un recipiente de tierra, durante veinticuatro horas.

COCINA PRACTICA

Manos de carnero rebozadas.—Después del somero lavado con que se venden, hay que lavarlas muy bien en casa y si no lo necesitan, rasparlas en lo que no hay inconveniente, como en el mondongo. Si son para frito, se pueden cocer en el puchero, al que dan muy buena substancia y pueden aumentar el caldo tomando a la par mejor sabor; ya bien tiernas, se sacan y se ponen a enfriar, se les saca el hueso mayor y se parten por la mitad a lo largo, de arriba abajo, se les pone un muy ligero polvo de pimienta y se envuelven en harina y huevo, friéndolas en aceite bien caliente. Salen mejor que en manteca, y se sirven adornadas con perejil entero, muy fresco.



¿Por qué en los pasteles se forman cortezas espesas con rajaduras?—En los pasteles pueden haber dos clases de cortezas: la primera se produce cuando se coloca un pastel en un horno demasiado caliente. En estas condiciones se forma una rajadura en la parte superior debido a que el calor del horno ha formado una corteza encerrando en el interior aire y gases que se dilatan con el calor y rompen la costra para tener un punto de escape.

Esta rajadura da mal aspecto, y cuando se corta el pastel generalmente está apelmazado. Para impedir esto, es preciso hornear el pastel a una temperatura regular, teniendo en cuenta que los más suculentos necesitan el tiempo necesario para que se asen las frutas que lo adornan. La segunda corteza se forma sólo en la parte superior, y esto se debe a un excedente de grasa y azúcar entre sus elementos y por ende, a falta de harina.

¿Por qué se echan a perder los budines de crema y gelatina?—Tres causas pueden obrar en este caso: que se haya batido demasiado la crema; que la gelatina esté demasiado caliente cuando se filtra en la crema, y la hace demasiado liviana, o bien, es demasiado fría y entonces adopta una forma granulosa.

¿Por qué las tortas se levantan en los costados y se hunden en el centro? — Cuando se coloca una torta en un horno demasiado caliente, la torta se levanta en los costados dejando un hueco en el centro. También un exceso de azúcar puede causar el mismo efecto, existiendo además otras causas para el mismo resultado, como ser, mover las tortas mientras están en el horno, y antes que los ingredientes se hayan mezclado del todo. Igualmente, puede producirse el mismo defecto si se retira la torta antes que ésta se haya asado convenientemente. También si la puerta del horno se cierra con brusquedad determina la entrada de aire frío que perjudica la torta.

¿Cómo se puede evitar que no se corte la crema cuando en un dulce se mezcla con el tomate?—La leche o la crema, cuando se usa en combinación con el tomate, se pueden conservar sin que se corten, añadiéndoles una dosis pequeña de bicarbonato de soda antes de efectuar la mezcla. Una mezcla pequeña de bicarbonato de soda impide que en verano se corte la leche o la crema.

¿Se deben poner tortas en una ventana a fin de que se enfríen?—No, porque el vapor se condensa y perjudica la torta.

¿Por qué se raja la corteza de los merengues? — A veces, la corteza de los merengues se raja debido a que el horno está demasiado caliente. En ningún momento el horno debe estar caliente en exceso: de lo contrario, el merengue pronto tomará color y se levantará mucho.

Galería infantil de "El Hogar"



Victoria, Lilia y Alicia Quillataguerre (Luján)



Niñas de Etchepare Hardie (Ayacucho)



Alfredo, Alberto y María Esther Luengas (Necochea)



Livio Eranzo (Ciudad)



Atilio A. Mazzoncini (Ciudad)



Roberto L. Pereno (Chaco)



María Angela Castagno (Paraná)



Elena Cabeza Vila (Tres Arroyos)



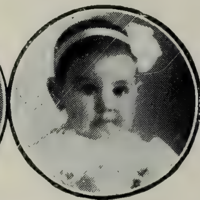
E. Hartenfels (Esperanza, S. Fe)



María y Esther Quiroga



Catalina M. Ferrero (Deheza)



Leopoldina A. Biletta (Ciudad)





Galería infantil de "El Hogar"



Niños de Churruarin Aranguren (Paraná)



Paulina, Juan, Emilio e Irma Sturni (Pozo del Molle, Córdoba)



Carmen, Elvira y Dora Pereira (San Juan)



Juan Carlos Dotta (Suárez)



María L. Soria Bravo (La Rioja)



Nélida Esther Barrera (Ciudad)



María C. Seisdedos (Ballesteros)



Amalia Isabel y María Matilde Acuña (Catamarca)



Niños de Bajac Gómez (Corrientes)



Armando y Dora Capurro (Capital)

Pensamientos de escolares



Las flores proporcionan alegrías y perfumes. Constituyen el adorno más hermoso de nuestro hogar. Comparten con los placeres de las fiestas como en el dolor y tristeza de la muerte.

F. Meeroff.

1.er año normal, núm. 1

Los ministros diplomáticos que nos representan en el extranjero, en vez de preocuparse por el progreso de nuestra nación, se preocupan en exhibir sus dorados trajes, en los continuos banquetes y soirées.

Emilio Díaz.



La buena educación hace al hombre acreedor de toda confianza, condición que le honra y enaltece.

Miguel Herzmann.

4.º grado,
Escuela "Carlos Pellegrini".





Cuando un árbol es joven, todas las direcciones toma. Dócil a la mano que lo dirige, a todo impulso se sujeta. Mas, cuando su corteza se halla endurecida, ¿quién es capaz de enderezarlo?

Miguel Badel,
Escuela núm. 14,
Consejo Escolar de Morón.



En la juventud no debe existir el apasionamiento político, porque no son más que tendencias, cual planta exótica, que disfrazan verdades, guiados por vanos pruritos, para llegar al pináculo de su aspiración: el poder.

José Bernardelli.

Para ser hombre de mérito debe saber muy bien leer y escribir, así le será muy fácil la lucha por la existencia.

Atilio Vidiri.

Estudiante libre.



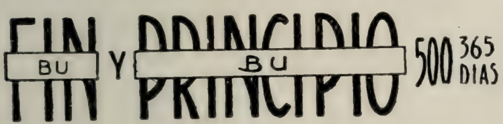


EL INGENIO A PRUEBA

ENIGMA, por *María Luisa*

La alegría y la tristeza,
la hermosura y la fealdad,
la limpieza y la suciedad,
la opulencia y la pobreza,
la actividad, la pereza,
lo incorrecto y lo correcto,
lo cabal y lo imperfecto,
todo a un tiempo en mí se advierte,
hasta la vida y la muerte
y soy amigo perfecto.

JEROGLIFICO, por *Amapola*



CARTA-CHARADA, por *Amapola*

Mi *prima dos* Marta:
Desde que no tengo el gusto de ver tu hermosa *prima dos*, mi corazón *cuarta dos* de amargura; *tercera dos* Marta, no hay en el lenguaje humano palabras para expresar lo que *primera cuarta*; pues es pobre el idioma que lo que no puede decirse con un sonido tan dulce como el de mi *total*, más vale callarlo.
Fíjense tus ojos brillantes como la *tercera primera* en esta carta y admirarte mis cariñosos saludos.

tuya *Amapola*

JEROGLIFICO COMPRIMIDO, por *Clavel*

Goza felicidad Isla argentina

ANAGRAMA, por *Teresa*

Este Mario Seles fué veloz cuando niño

Si combináis bien las letras de la precedente oración, obtendréis sin dificultad lo que os desea el autor.

LETRA "H", por *Yolanda*

❉ O O	O O O	Ciudad de Italia
❉ O O	O O O	Ave de rapiña
❉ O	O O	Astro
❉ O	O O	Me descubrió Volta
❉ O O O O O O		Fué presidente
❉ O O O O O O		Rey de Inglaterra
❉ O	O O	Río de Italia
❉ O	O O	En la cruz
❉ O O	O O O	Ciudad brasileña
❉ O O	O O O	General de la independencia

La vertical de estrellas dará el nombre de un importante puerto del Pacífico.

JEROGLIFICO, por *Flor de Lis*



SOLUCIONES AL N.º 244

Al jeroglífico, por «Clavel»: *Florentina Portela y Mateo Botero se casan.*
A las letras revueltas, por «Amapola»: *Buenaventura.*
Al cambio de vocal, por «Clavel»: *Pórfido-Pérfido.*
Al cantar enigmático, por «María Luisa»: *Elena.*
Al jeroglífico, por «Perito de Chaves»: *Redondo.*
A la charada, por «Artepal»: *Mamarracho.*
Al jeroglífico, por «Rino»: *Entredoselar.*
Al diálogo jeroglífico, por «Teresa»: *Chiste-ra.*
Al refrán comprimido, por «Mario»: *El interés divide los amigos.*
Al comprimido, por «Tip-Top»: *Sin luz no hay vida.*
Al anagrama, por «Amapola»: *José de San Martín.*

ENVIARON SOLUCIONES

Artepal, F. G. de Gómez Langenheim, Rafael Morcillo, Anita Ayerbe, María Luisa Golisciani, Dora Alvarez Pezzano, Victorina Denday, Alma Soñadora, Jorgecito, D. Javiera Rodríguez, Matilde Lacay, Carlos Arroyo, Elvira y Mercedes Abeleira, Graciana Etcheverry, Margarita Martino, Amapola, Anita C. Pisani, Maria Luisa, Clavel, Margarita Foe y Celia Ramos.



NUESTRO CORREO

Las cartas deben limitarse a dos preguntas solamente y venir con la firma auténtica, como constancia de ser subscriptor. Las contestaciones se hacen únicamente en esta página y no por carta particular, pudiendo contestarse bajo un seudónimo si se desea. En la carta en que se haga la consulta no debe tratarse de ningún otro asunto, como renovación de subscripciones, reclamaciones, etc. Esto debe escribirse en otra carta, aunque puede incluirse bajo el mismo sobre.

A Interesada.—1.ª Puede lavarse el cabello con una infusión de flor de manzanilla y recuperará el color perdido por el uso del agua oxigenada.—2.ª El cutis se blanquea empleando por la noche, antes de acostarse, el jugo de almendras dulces, machacadas, con un poco de agua filtrada y azúcar.

Dorita de Líbano.—1.ª Se regala al novio algo que demuestre la habilidad en labores de la novia, es decir, si sabe coser, tejer, bordar o pintar.—2.ª Ya no es de moda.—3.ª El anillo de compromiso o ''alianza'' se lleva liso o labrado; este último se prefiere con ramas de hiedra o de laurel.

Magdalena Isasa Zabala.—La debilidad de las raíces descolora las hojas de la planta; puede cambiarle la tierra mezclándola con ''resaca'' y mojándola después con el agua donde se haya lavado la carne destinada al puchero; ese jugo y la grasitud le harán bien.

Clotita.—1.ª Al presentar una señorita a un caballero, debe decir: el señor Paz (por ejemplo); la señorita Díaz (si es una señorita). Si está en una reunión o en rueda de visitas y hay necesidad de ausentarse un instante, lo natural es pedir permiso a las visitas, a quienes se dejan solas o con otra persona de la casa.

A Delicada.—1.ª No va mal, pero quedaría mejor la blusa celeste con pollera negra o azul marino.—2.ª Al penetrar a un cementerio, basta pensar que allí sólo están los ''restos'' de los que han muerto, pero que sus almas necesitan de nuestro recuerdo en el ''más allá''.

Cleopatra.—La expresión del dolor compartido debe ser tan sincera y verídica como sintética y, sobre todo, de pocas palabras; por eso es preferible decir: ''Sentido pésame'', en el primer momento, aunque después se complete con una cariñosa carta o una visita.

Pobre Negra.—El ''paño'' rebelde de la cara, desaparece lavándose constantemente con agua con afrecho.

A la que nunca fué a la iglesia.—1.ª Para asistir a un bautizo no necesita llevar libro de misa ni rosario si no tiene intención de elevar una plegaria, para, acompañar lo solemne del acto realizado.—2.ª Cuando va un matrimonio por la calle, el marido debe ir siempre del lado de la calle y la señora del de la pared.

Una Quilmera.—Puede obtenerlos en la calle Carlos Pellegrini 156.

Azucena.—El color lila está a la última moda, en todos los tonos, desde el púrpura fuerte hasta el pálido, tan sentador a rubias y a morenas.

Rosa verde.—1.ª Los muebles de mimbre se limpian con alcohol y quedan como nuevos otra vez.—2.ª Lavé el cabello postizo con un cocimiento de hojas de eucaliptus y recuperará el color perdido.

A viajante.—El domicilio que solicita es: Charcas número 4741.

Subscriptora.—1.ª La grasitud del cutis desaparece enjuagándose la cara con agua y una gotas de limón. 2.ª—La palidez de las manos se corrige, lavándoselas con agua mezclada con amoníaco líquido.

M. M., de Curuzú Cuatiá.—El anillo de compromiso de una novia debe llevar las iniciales del novio y las de su prometida, con la fecha en que se comprometieron.—2.ª Al banquete dado al novio, ofrecido generalmente por sus amigos solteros, jóvenes, no debe asistir el padre de la novia, para no coartar libertades ni restar expansiones.—3.ª Por lo pronto, se extirpa el vello y adelgaza, haciéndolo invisible, con el uso constante del agua oxigenada o de la piedra pómez.

A Intranquila.—Si quiere hacer su casa atrayente para que su esposo no se marche a la confitería, debe tratar de que esté limpia, alegre, en orden y ''risueña''; esto último se consigue colocando flores en los floreros, con arte y coquetería, haciendo postres y potajes bien condimentados que a ''él'' le gusten.

A Fastidiosa.—De ningún modo nos molesta usted. Tenemos por divisa la paciencia, y por arma la prolijidad; conque están demás sus disculpas. Nos alegramos que nuestros consejos le hayan hecho bien y que vaya consiguiendo su empeño. Para su mal le recetamos calma, mucha calma; es, por lo general, lo que desarma a los impulsivos tornándolos juiciosos y prudentes.

A Subscriptora bañadense.—1.ª Para hacer crecer las cejas, nada mejor que untarlas con aceite de almendras constantemente.—2.ª Las manos pueden blanquearse lavándolas con leche de vaca o con agua con almidón y unas gotas de vinagre tinto.

Villa Jordán.—Para planchar trajes de hombre y que no queden lustrosos, nada mejor que colocar encima un trapo blanco, delgado y húmedo.

Relámpago.—1.ª El cariñoso apodo de Luchy, le cuadra mejor a Lucía que a Luisa; pues en inglés se dice Lucy, que es, seguramente, de donde se ha adoptado al castellano.—2.ª Vea lo que le decimos a M. M. de Curuzú-Cuatiá.

Alma triste.—Nos apena su intranquilidad, que, por otra parte, consideramos muy justificada. Con la premura que el caso requiere, le aconsejamos que no continúe con el seguro indicado. No le pesará.

A Resentida.—La serenidad y discreción que caracterizan a esta revista, son las causas por las cuales no se han contestado sus preguntas; razón también por la que no respondemos a las que vienen con seudónimo que carecen de seriedad y de cultura. Tome nota y formule de nuevo sus preguntas, en la seguridad de que será complacida como las demás.

Flor de naranjo.—1.ª Lo mismo que decimos a Subscriptora bañadense en la pregunta segunda. Vaselina por la noche; lávese todos los días con agua mezclada con afrecho.

Yaya.—Le conviene conservarlas, pues con el tiempo aumentan de valor.

Coqueta de C. del E.—Seguramente serán producidas por el sol, en este caso le aconsejamos se ponga todas las noches glicerina mezclada con jugo de limón, lavándose después con agua preparada previamente con afrecho.

"EL HOGAR"

Revista Quincenal para las Familias
Literaria y de Actualidades

Aparece cada dos miércoles

La primera publicación y la de mayor circulación en su género en la República Argentina.

Editores: Empresa Haynes. La correspondencia debe dirigirse al Señor Administrador de la Empresa Haynes, CHACABUCO, 677/685, Buenos Aires. Unión Telefónica 1472 (Avenida).

Los repórters y fotógrafos están munidos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente. — No se devuelven originales, no se mantiene correspondencia respecto a los recibidos, ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la dirección, aunque se publiquen.

Agente en Montevideo: Sr. MANUEL FONSECA
Calle Buenos Aires, 722

Venta en París en los kioskos de los bulevares y en la Librairie Française et Etrangére, 37, rue Saint-Augustin (Avenue de l'Opéra).

SUSCRIPCIONES

República Argentina: Por año, $ 4.— m|n.
Exterior: ,, ,, $ 3.— oro.
Número suelto, capital e interior. . $ 0.20
,, atrasado. . . . . $ 0.30

Avisos.—Agentes en París: L. Mayence y Cía., 9 rue Tronchet.

En Londres: South American Press.—1 Arundel St. Strand.

En Estados Unidos de América: Cía. J. Walter Thompson, 44-60 East 23 rd. St., New York.



TALLERES HELIOGRAFICOS DE RICARDO RADAELLI, PASEO COLON, 1266 — BUENOS AIRES